



A. ALONSO  
ENCUADERNADOR  
POSTIGO 14

D-2  
2560

S.G-15  
—  
7-3

B.P. de Soria

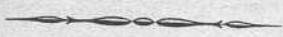


61109768  
D-1 922

D-2  
2560

528

# HISTORIA UNIVERSAL



9768

D-1  
922

11

# HISTORIA UNIVERSAL

DE

13<sup>o</sup> 823

## CÉSAR CANTÚ

DESDE LOS TIEMPOS MÁS REMOTOS HASTA NUESTROS DIAS  
VERTIDA AL ESPAÑOL

EN VISTA DE LAS REFORMAS Y CORRECCIONES HECHAS POR EL AUTOR EN LA  
ÚLTIMA EDICION ITALIANA

POR DISTINGUIDOS LITERATOS

Y CONTINUADA HASTA 1888, BAJO LA DIRECCION DE

D. FRANCISCO NACENTE Y SOLER

AUTOR DE VARIAS OBRAS CIENTÍFICAS É HISTÓRICAS

---

ILUSTRADA CON UN ATLAS DE MÁS DE 500 LÁMINAS  
QUE FORMAN LA HISTORIA MÁS COMPLETA DE trajes, armas, muebles, monumentos, etc.,  
DESDE LOS TIEMPOS MÁS REMOTOS HASTA NUESTRA ÉPOCA,

POR

HERMANN WEISS

AUMENTADA

CON CENTENARES DE FIGURAS CORRESPONDIENTES Á LA Indumentaria Española  
Y Á LA Arqueología DE TODAS LAS ÉPOCAS.

TOMO SEPTIMO

BARCELONA

F. NACENTE, EDITOR, PASEO DE GRACIA, 149.

1888.

---

Esta obra es propiedad del Editor, quien se reserva todos los derechos de propiedad literaria y artística de la misma, y perseguirá al amparo de las leyes á todo aquel que la reimprima ó que reproduzca sus láminas fraudulentamente.

---

# LIBRO DÉCIMOCUARTO

---

Geografía y viajes.—Comercio.—Descubrimientos.—Colonias.—Misiones.—China.—Viajes emprendidos por curiosidad por especulacion por amor á la ciencia.

## CAPÍTULO PRIMERO

---

---

### GEOGRAFIA Y VIAJES ANTIGUOS.

Al seguir hasta este punto en su marcha á la civilizacion, que desde las cumbres originarias del Asia se estiende por las dos vertientes opuestas, una hácia el mar Amarillo, otra hácia el Mediterráneo, estacionaria al otro lado, activa á este, hemos procurado demostrar que se ha adelantado continuamente hácia el otro, aumentando su patrimonio de ciencia, de moral, de libertad, y haciendo prevalecer el espíritu sobre la materia, la inteligencia sobre la fuerza bruta. Este libro está destinado á señalar su desenvolvimiento sucesivo, siendo nuestra intencion bosquejar los viajes por cuyo medio, desde los tiempos más remotos hasta nuestros días, la curiosidad, el comercio, el acaso, la codicia, las conjeturas, la caridad, la ciencia, empujaron á los hombres á adquirir un conocimiento más extenso ó más exacto de la superficie de nuestro globo. Nos ha parecido preferible juntarlos todos en un mismo libro, y mucho más cuando los grandes descubrimientos del siglo quince no se enlazan á la política general en un principio: más tarde, interrumpiendo la narracion de las vicisitudes políticas, nos espondríamos á descomponer el plan general de nuestra obra, aun más de lo que podrán descomponerlo las repeticiones á que nos obligará el método que elegimos. Añadiremos á esto la historia de la navegacion, del comercio, de las colonias, limitándonos no obstante á mencionar rápidamente los hechos de que ya hemos hablado, ó de que tendremos que hablar sucesivamente. Y agrada al lector ver al hombre reconocer poco á poco la morada que debe habi-

tar durante su tránsito, y los hermanos entre quienes y con quienes ha de correr, expiar, combatir, perfeccionarse. Veremos al comercio engendrar héroes, que, aun proponiéndose un objeto prosaico no menos que la guerra con los ímpetus nacionales; y al hombre desafiar ora sobre sus camellos los ardores del desierto africano, ora en los trineos de Siberia los rigores de un frio de cuarenta grados, donde no encuentra vivientes, amenazados á cada instante de ser sepultados por las montañas de nieve ó por olas de arena inflamada; y si sucumbe en medio del camino, le espera la reprobacion reservada á los que no saben salir bien de una empresa, sin tener en cuenta los obstáculos con que han luchado (1).

---

(1) *La historia de los viajes de la HARPE es un compendio inexacto y sin colorido, un trabajo académico sin valor, en atencion á que el autor, desprovisto de conocimientos geográficos y marítimos, no ha podido animar sus extractos con ayuda de los detalles que le dan vida.*

No sucede lo mismo á la escelente obra de WALKENÆR que se está publicando, como tambien á la *Biblioteca universal de los viajes de ALBERTO MONTEMONT*, y á la *Historia de los descubrimientos geográficos de las naciones europeas en las diversas partes del mundo, dando, segun las fuentes originales para cada nacion, el compendio de los viajes hechos por tierra y por mar desde la más remota antigüedad hasta nuestros días, y más especialmente desde el fin del siglo xv, y dando el cuadro completo de nuestros conocimientos actuales acerca de los países y de los pueblos del Asia, del Africa, de la América y de la Oceania; con un*

Las necesidades de la especie humana la impulsaron desde el suelo natal á remotos países, ¿pero quién domó el primer caballo, el asno, el camello? ¿quién los unció á los carros? ¿quién fué el primero que se confió á las olas del mar en una frágil nave? ¿quién por la observacion de las aletas de los pescados, de las alas de la grulla, de los aparejos del nautilio llegó á modelar el remo y las velas? Esto es lo que ignoramos. ¿Cuánto tiempo, estudios y esperimentos no fueron en efecto necesarios para que el hombre, cuya primera embarcacion fué probablemente un tronco ahuecado al fuego, llegase á cortar los bosques cuidados con este objeto, á reducirlos á maderas y tablas, á saber unirlos sólidamente, á calcular la forma más conveniente, la precisa capacidad, el peso absoluto y específico, la fuerza de los mástiles, de las velas, de los cables, de las anclas, su resistencia á las olas y á las tempestades, la marcha probable de la embarcacion por día; para que aprendiese á domar los vientos, de suerte que sirviesen aun los más contrarios, como las adversidades á las almas enérgicas á leer su rumbo en las estrellas, faros inmortales encendidos en las bóvedas del firmamento por el Eterno! Llegó después el momento en el que reuniendo la hermosura y la comodidad, formó los bajeles que vemos en el día, triunfo de la mecánica y de la física, resumen de todos los conocimientos del hombre, desde los materiales hasta los más abstractos; vehículo, fortaleza, campo de batalla, almacén, observatorio; donde el horno arde al lado de la pólvora y de las bombas, donde el vapor supe al viento, donde se encuentran reunidos los más ingeniosos mecanismos, las delicadas superfluidades de los gabinetes y hasta cien cañones prontos á hacer fuego.

Si la morada oriunda de los hombres estuvo situada entre grandes ríos (*Mesopotamia*), puede ser que las primeras familias, en la época de su dispersion, hayan seguido el curso de ellos, y que, aventurándose primero en sencillos esquifes, se atreviesen á alejarse de las costas para adelantar en alta mar, cuando supieron dirigir su marcha con ayuda de los remos. La estructura del pescado pudo dar idea de la forma más propia de los barcos y remos. Se evitó con la construccion de la obra muerta las grandes olas que, pasando por encima de la borda

inundaban á los navegantes; aumentáronse los remos, reforzóse la arboladura; el arte y las manobras se aprendieron poco á poco, y cada dificultad fué un motivo de nuevos perfeccionamientos.

Los pueblos semíticos, hebreos, árabes, fenicios fueron los primeros que se dedicaron al comercio; y ya, al principio de la historia, hemos encontrado caravanas trasladando á remotos países las riquezas del Asia y del Africa. Tiro y Sidon, situadas en una lengua de tierra insuficiente para proporcionarles subsistencia, pero teniendo á su espalda los bosques del Líbano y delante de ellas un mundo bárbaro como era entonces la Europa, sacaron partido de aquella posicion y fueron el Lóndres y el Amsterdam de los tiempos primitivos (2). Sus barcos viajaban desde Ofir á Tartesio, en el Atlántico; tenían á Utica, á Cartago, Gades, colonias que á su vez fundaron otras muchas. Para establecerlas en las costas de Africa, Hannon é Imilcon, emprendieron, un difícil viaje al Océano occidental: el primero exploró las costas del Mediodía, el otro se remonto desde la España al Norte hasta las islas del Estaña, es decir la Irlanda ó las islas Scilly (3).

La India fué principalmente el objeto á que se dirigía el comercio tanto por tierra como por mar, por ser al país de donde procedían los objetos preciosos, los tintes, el marfil y especias. Para llegar allá por tierra era preciso reunirse en caravanas, y con caballos, asnos ó camellos, segun el país, seguir los caminos que la esperiencia habia indicado como menos trabajosos, más provistos de agua y de sitios cómodos para las paradas. En aquellas largas travesías, encontraban otras que se dirigían al mismo punto, ó que procedían del interior y salían á su encuentro. Establecíanse mercados en estas especies de confluencias comerciales, y se celebraba allí una fiesta asociando la religion al comercio, que aumentaba el número de compradores, en la multitud de devotos que acudían al santuario elegido para hacer alto. Este lugar consagrado adquiría fama é importancia, y una aldea ó una ciudad se construía en su rededor. Por esto es por lo que las vías del comercio antiguo se conservaron tan constantemente, y cuando perecía una ciudad en su paso, otra le sucedía de repente á poca distancia, y ofrecía á los traficantes las mismas comodidades (4).

No se sabia ir por mar á la India, sino costean-do la Arabia; así es que los habitantes de esta península usurparon su monopolio, no permitiendo á otros pasar á lo largo de sus costas de que los navegantes no se atrevían á separarse. De aquí procede la opinion de que el incienso, la mirra, la acacia, el cinamomo, el láudano no iban más que

gran número de cartas geográficas hechas sobre los relatos mismos de los viajeros y sobre otros documentos muy ciertos y una bibliografía completa de los viajes de L. VIVIEN DE SAINT-MARTIN, Paris, 1845 y siguientes. Asia sola comprenderá veinte tomos.

Puede consultarse también el *Diccionario geográfico de MAOCARTHY*, la *Historia de la geografía de MALTEBRUN*, la *Hist. de los descubrimientos de SPRENGEL*, en alemán.

Algunos diarios y obras periódicas tratan únicamente de viajes, como *Anales de los viajes*, *Diario de los viajes*, *the Asiatic journal*, *the Missionary register*, *Anales marítimos*, *Revista Marítima*, *Diario de la marina*, *Boletín de la sociedad geográfica de Paris*, etc.

(2) Véase el Libro II, cap. 24 y 25.

(3) Libro IV, cap. 6.

(4) Ya hemos indicado la direccion de estos caminos en el t. I, pág. 283.

de la Arabia; de aquí también el nombre de Félix dado á la comarca del Yemen. Además de estos viajes de especulación, se emprendieron otros por curiosidad. El rey de Egipto, Necao, después de haber puesto en comunicación por medio de un canal, el Nilo con el golfo Arabigo, despachó desde allí navíos fenicios, que dando la vuelta al Africa, volvieron por el estrecho de Gades (5). Fuera de que se necesita menos arte para los viajes de costa, les era mucho más fácil á los fenicios doblar de este modo el cabo de Buena Esperanza, que lo fué á los portugueses desde el lado opuesto. Los primeros salían por el estrecho de Bab-el-Mandeb después de volver el cabo Guardafuí, y dirigiéndose por lo largo de la costa con los monzones del Noroeste, encontraban al llegar al sudoeste de Madagascar, la rápida corriente del banco de las Agujas, y tocaban en el cabo con los vientos del Sudeste que reinan allí casi de continuo: después de doblarle, podían subir con ellos hasta el cuarto ó sexto grado de latitud Norte; y desde allí ayudados por las brisas alternativas de tierra y de mar, subir por todo lo largo de la costa, hasta el momento en que pasado el cabo de Mogador, eran arrastrados por la corriente que desde el Océano se precipita en el Mediterráneo. Los fenicios pudieron, pues, efectuar en la infancia del arte, una travesía que tan arriesgados esfuerzos costó á los portugueses, contrariados por todas las circunstancias que habían favorecido á los otros.

Tampoco ha quedado ningún monumento original de los fenicios; pero los viajes de su Hércules, simbolizan las numerosas colonias que establecieron á lo largo del Mediterráneo y del Atlántico (6). Los historiadores y los poetas ponen en competencia con ellos á los tirrenos, durante algún tiempo señores del mar; pero no ha quedado ningún vestigio de sus descubrimientos. Los conocimientos geográficos de los hebreos no tienen más apoyo que las conjeturas á que dan lugar sus historiadores y poetas; por lo mismo es difícil distinguir lo doctrinal de lo que es mero parto de la imaginación, las fantasías propias de las inspiraciones de los asertos de la ciencia. No pueden atribuirse importancia á los viajes de los argonautas, que en un mes dieron la vuelta á la Europa, á pesar de las furiosas tempestades, y que llevaron detrás de sí su nave por medio de una cuerda, a lo largo de toda la costa: lo mismo sucede con los viajes de Ulises, que un día llegó á los límites del Océano.

Tampoco hay que fiar mucho, en cuanto á geografía, en los escritores de la antigüedad, puesto que los menos antiguos ignoran con harta frecuencia, lo que sus predecesores habían sabido de positivo. La travesía desde el Africa á la Sicilia parecía maravillosa á los héroes de Homero, cuando

ya los fenicios desafiaban al Océano. Herodoto, primer geógrafo de la antigüedad, viajó mucho: si no con crítica, se informó al menos con curiosidad de los usos de países remotos, y aunque los describió con las formas poéticas que exigía el gusto de su nación, los viajes posteriores demostraron que se encerraban muchas verdades en lo que se presentaba con la apariencia de fábulas. Designa los países por sus habitantes al contrario de lo que han practicado los modernos, y de ahí resulta, que es muy difícil volver á hallar los lugares, y las poblaciones que habían mudado muchas veces de residencia. Como historiador, su atención se dirige más bien á los países que tenían una civilización antigua, que á los que la recibían entonces, como la Italia, y el resto del Occidente, que ha descrito mucho peor que el Egipto. Divaga con frecuencia cuando quiere elevarse á ideas generales y á conjeturas á que todavía faltaba el apoyo de los hechos. No puede «contener la risa al pensar en los que pretendiendo describir el contorno de la tierra sin poseer ninguna idea razonable acerca de ella, suponen que el Océano la abraza toda, y dicen que es redonda cual si estuviese hecha al torno» (7). Figurábase él una superficie plana, prolongada indefinidamente por los cuatro lados, y cuyos límites no era posible conocer; pero sostiene que la Europa excede ó á lo menos iguala en longitud de Oriente á Occidente, á las otras dos partes del mundo. Además, la escasez de libros le dejó en la ignorancia de gran número de cosas, y hasta de los descubrimientos de los cartagineses.

Los griegos tuvieron noticias de ellos por Scylax de Caria, que describió mejor las costas del Euxino y del Mediterráneo, y fué el primero que nombró á Roma y Marsella. De esta última ciudad salió Piteas, que antes de Alejandro navegó por las costas de España y de la Galia hasta la Bretaña, y desde allí al Báltico. Intrépido navegante y al mismo tiempo sábio, determinó exactamente la latitud de su patria, atribuyó á la luna el flujo del mar, y supo que la estrella ártica no marca exactamente el Norte. Es, pues, sensible que no nos hayan quedado de él más que algunos fragmentos (8).

(7) Lib. IV.

(8) Joaquin Lelewel (*Phytees de Marseille*, Paris, 1837, en 8.º con mapas) devuelve á Piteas la confianza que le negaron Polibio, Estrabon y muchos modernos, entre ellos el erudito Gosselin. Traza con exactitud el viaje de aquel marsellés, que costeó la Iberia hasta las Columnas de Hércules, dobló el promontorio Sacro (Cabo de San Vicente), y en el Océano siguió las costas de la Céltica hasta Finisterre; dejando entonces el camino de los cartagineses, á quienes el comercio había conducido ya hasta las Casitérides (islas Sorlingas), y al Cabo Benerion (costas de Cornwall), dirigió su rumbo al Norte, alcanzó el Estrecho y costeó el lado oriental de la Bretaña: habiendo llegado á la extremidad, se lanzó á la alta mar, y al cabo de seis días de navegación arribó á la *ultima terrarum Thule*, esto es, ja Islandia, ó más bien una de las Feroe. Piteas se alejó de

(5) Véase la nota 16, pág. 286 del tomo I.

(6) Véase tom. I, pág. 287.

Los viajes de Ctesias y de Jenofonte dieron á conocer la India y la Persia, pero se debieron muchas más noticias á la expedición de Alejandro el Grande, que llevaba consigo sábios, y enviaba á su maestro Aristóteles objetos raros y curiosos datos. En cuanto se vió detenido al frente de Tiro, como si hubiera querido indemnizar al comercio del daño que le causara destruyendo su emporio más antiguo, concibió tres grandes proyectos destinados á serle de inmensa utilidad: fué el primero el completo reconocimiento del mar de Hircania, que llamamos en el día mar Caspio, y cuyas orillas eran en gran parte desconocidas: el segundo, el establecimiento de una marina respetable en el Océano Indico, con cuyo objeto hizo que los fenicios construyesen cuarenta y siete grandes naves, que debían servir para reconocer las costas de la India, ver á dónde convenia abrir puertos, y de qué producciones podria sacarse algun provecho: el tercero era la conquista de la Arabia. Con este objeto envió al almirante Nearco á explorar el golfo Pérsico, y fundó en las orillas del Indo ciudades destinadas á proveer de mercaderías á la de Alejandria, edificada por él en la situacion más ventajosa, y que por sí sola bastaría para inmortalizarle. Aquella posicion, cuya eleccion justificó el porvenir, la hizo bien pronto el emporio del comercio de la India, y un manantial de riqueza que no ha podido agotar todavía sus repetidos cambios de dominacion. Nearco bajó por el Indo con su escuadra, y haciendo rumbo hácia el Oeste, aunque conocia imperfectamente la época de los monzones, se adelantó hasta Ormuz, y llegó á la embocadura del Éufrates en veinte y una semanas, cuyo viaje se haria en el día en tres, aun sin auxilio del vapor.

Este feliz resultado animó á Alejandro á nuevas empresas, pero la muerte contuvo sus progresos: sus generales se dividieron sus conquistas, y de los escritos de sus ingenieros no quedó más que un corto número de fragmentos, que hacen más sensible su pérdida. Entre ellos, Magasthenes describió la magnificencia de los rios orientales; Onesicrato fué el primero que trató de la isla de Taprobana (Ceilan); después los Tolomeos dirigieron todos sus esfuerzos á conservar entre su reino y la India un comercio que les proporcionaba tantas riquezas y conocimientos. Las nociones recogidas de este modo y depositadas en la biblioteca de Alejandria, fueron puestas en orden por Eratostenes, geógrafo de mucha ciencia, que introdujo un método uniforme, y empleó las líneas paralelas para determinar en el mapa-mundi la situacion de los lugares. Pero conocia poquísimos del Africa; de la Europa sólo las islas del Mediterráneo y las costas del Este y del Ponto Euxino; creia que la Ibe-

ria y la Céltica continuaban en línea recta desde el promontorio de San Vicente á la embocadura del Loira; para él la Céltica terminaba en el Rhin, y llamaba al resto del continente Escitia de Europa hácia los 60° de latitud, bañado en línea recta por el Océano septentrional; el mar Báltico era un estrecho de éste que separaba el continente á la isla Báltica hácia cuya parte occidental caian las tierras de Albion y Tule. Eudoxio de Cizico obtuvo de Tolomeo Evergetes un navio para dar vuelta al Africa, y habiéndole salido mal su primera expedición, emprendió otra de que probablemente fué víctima.

Por lo general, los griegos, despreciando los países que visitaban, nos han pintado sus costumbres, mas no sus pensamientos, ó bien los han desfigurado á su manera. Sus relaciones son demasiado ilustradas para que las tengamos por ingenuas, y demasiado graves para excitar nuestras simpatías. Pausanias merece el título de viajero; pero aun cuando recorrió el país más poético de la tierra, son muy raros en él los destellos de la inspiracion. Dedicó tres capítulos al sepulcro de Cipselo, y pasa como deslizándose por hechos y ruinas, cuya sola mencion basta para excitar el entusiasmo.

La conquista de los romanos impidió tentativas ulteriores derrocando las antiguas repúblicas marítimas. Mas así como las victorias de Alejandro revelaron la existencia del Oriente, las de Mitrídates dieron á conocer el norte de la Europa, y las de los romanos el Occidente. César, que habia visto las Galias con sus propios ojos, no da más que algunas pinceladas, pero con mano maestra, y sin él no conoceríamos aquella region. Tácito vió la Germania ó tal vez obtuvo acerca de ella noticias de los que la habian visitado: estudió los hombres en grande, pero no penetró en los escondrijos de la sociedad, en donde puede comprenderse el carácter verdadero y originario de un pueblo.

Las noticias científicas habian hasta entonces ganado bien poco (9), y Estrabon no supo más que lo que ya se habia dicho cuatrocientos años antes de él (10); tal vez el poco caso que los griegos hacian de la literatura romana le impidió aprovecharse de ella: por eso habla cual un ignorante de la Bretaña, descrita por César con tanta exactitud. Discute la cuestion de si la Italia es un triángulo ó un cuadrado, y cree que el mar Caspio comunica con el Océano septentrional, aunque Herodoto ha-

(9) Las inexactitudes geográficas abundan en los clásicos latinos. Horacio da por límites á la tierra la Bretaña y el Tanais. Virgilio hace correr el Nilo por medio de la India (Georg. IV, 293). Tácito alaba mucho á Agrícola, por haber descubierto el primero que la Bretaña era una isla (sin embargo de que tiempo antes habia sido descrita por César), y dice que tiene al Este la Germania, al Mediodía la Galia, al Occidente la España, y á mitad de camino la Irlanda. Para Plinio la Escandinavia es una isla.

(10) Ya hemos espuesto al principio del libro VI los conocimientos de Estrabon.

allí sin haberla reconocido, volvió al continente europeo, y corriendo hácia el Norte penetró en el Báltico hasta la embocadura del Vístula.

bia ya dicho que era un gran lago, y los ejércitos de Pompeyo le habían dado vuelta. No conocía nada más allá del desierto de Cobi, ni la impenetrable Arabia, ni en el centro del Africa. Las relaciones de los viajeros que acabamos de citar le eran enteramente desconocidas, ó no las creía, encaprichado como estaba en su opinion sistemática de que la tierra se dividía en cinco zonas, de las que sólo dos eran habitables. Es, sin embargo, digno de alabanza por haber reunido en sus escritos cuantas noticias podían agrandar é instruir sin vanagloriarse de ello; distribuye las materias con método, subordinándolas á un plan general, y á pesar de sus defectos nos ha dejado el monumento más vasto de la geografía antigua.

El resúmen de Pomponio Mela, escrito en elegante prosa, y la Periegesis en verso, de Dionisio, nada añaden á los conocimientos geográficos. Plinio es un simple compilador que ni aun cuida de poner en concordancia las relaciones contradictorias, ni de arreglar las diferentes medidas á un tipo comun; su método es un eclecticismo irracional, oscuro de suyo é indigesto; pero todavía más por las formas escolásticas y poéticas que emplea en su exposicion.

Las tablas é itinerarios que nos muestran los caminos por medio de los cuales Roma había encadenado á su política las provincias más distantes, esparcen mucha luz sobre la geografía antigua.

Los descubrimientos de los antiguos fueron muy lentos porque se hacían por tierra; más precisamente por esta razón daban un conocimiento más exacto de los hombres y los países. La sucesion de los grandes imperios no ejerció sobre ellos tanta influencia como sería de creer. Dejando á un lado las suposiciones gratuitas y las conjeturas, es indudable que los antiguos conocían muy poco los países situados al Este de la Germania, la Prusia, la Polonia, la Rusia y aun menos las estériles regiones situadas bajo el polo ártico; tampoco les era conocida el Africa más que en la parte que se estiende por las costas del Mediterráneo y del mar Rojo, y con respecto al Asia, ignoraban todo lo que había al otro lado del Ganges, y ninguna noticia tenían de las regiones por donde vagaban ó andaban errantes los sármatas y los escitas.

Ni los autores que acabamos de citar, ni Estrabon, ni Plinio habían fundado su geografía en las matemáticas, porque todos condenaron al olvido los trabajos emprendidos por Hipparco. A Martin de Tiro se debió aquella mejora, con arreglo á la cual Tolomeo (100 años después de Jesucristo) en tiempo de los Antoninos, redactó su geografía, elevando esta ciencia á mucho mayor altura que Estrabon; verdad es que se aprovechó también de las obras que se conservaban en la biblioteca de Alejandria, y de datos recogidos de muchos comerciantes que frecuentaban aquella ciudad. Tolomeo fué el primero que adoptó las medidas de latitud y de longitud, aprovechándose de los penosos trabajos de sus predecesores que procuró corregir, y

á él se deben también los primeros diseños de la esfera armilar. Dió un catálogo de los lugares con su posición respectiva: buen compilador, aunque sin ingenio, sorprende por el gran número de los lugares que conocía en todas las regiones del mundo, y pone especial cuidado en transcribir los nombres indígenas; mas como toma por base las medidas itinerarias de los comerciantes y navegantes, cae en frecuentes errores, señala toscamente las costas y no calcula la proyeccion. Da al Mediterráneo veinte grados más de longitud, y sin embargo, era el que mejor se conocía; hace desembocar el Ganges á cuarenta y seis grados más allá de su verdadero punto, lo cual equivale á una octava parte de la circunferencia del globo (11).

En Tolomeo concluye la geografía antigua, que muy defectuosa ya por la dificultad de recoger nociones exactas, estaba además plagada de ideas mitológicas y opiniones sistemáticas. Cada uno, por vanidad nacional, creía que su país estaba situado en el centro de la tierra: así sucedía con el Meru entre los habitantes de la India; el Olimpo, entre los griegos; el Midgard entre los escandinavos, y el imperio del medio entre los chinos. Al derredor de este centro se hallaba distribuida la raza civilizada, y á lo lejos los extranjeros ó bárbaros, designados por monstruos, osos ó monos, gigantes ó pigmeos. Al Occidente se encontraban tierras sumamente deliciosas que los griegos llamaban Hesperides ó Afortunadas; al Septentrional estaba el reino de las Tinieblas, habitado por los cimerios, y por debajo de tierra se extendía el reino de los muertos: por último, rodeaba á todo esto un océano impenetrable, sobre el cual descansaba una bóveda sólida, en la que estaban incrustadas las estrellas, y por la cual los astros conducían sus carros. La imaginación de cada pueblo daba su colorido á aquel cielo y á aquellas imágenes segun el carácter que le era propio. La figura de la tierra variaba á su antojo; era redonda para unos y cúbica para otros; éste le daba la forma de un cilindro, aquél la de un disco, y alguno también la de una barca.

(11) Sobre la geografía matemática de los arabes, véase el capítulo XXVII. Tolomeo es inexactísimo en la geografía de Italia, bien sea por su falta de conocimientos, ó por el descuido de los amanuenses que copiaron sus obras. En sola la parte que se refiere á la Italia Superior, coloca entre los cenomanos á Bérgamo, Mantua, Trento y Verona, que pertenecían á los euganeos, á los levos, á los aetos y á los venetos. Hace nacer el Pó junto al lago de Como, y al Dora junto al lago Penino, dirigiéndose luego al de Garda; después de las bocas del Pó pone las del Atriano (el Tártaro); olvidando al Adige. Señala como ciudades mediterráneas á Aquileya y á Concordia, entre los carnos á Mino, y Adria entre los venetos, situadas todas cuatro en la costa del mar. Coloca al occidente de Venecia á los becnos, nombre desconocido, que se refiere quizá á los camunos, ó á los breunos, pueblos por otra parte de poquísima importancia.

Los libros eran objeto de un respeto tanto mayor cuanto eran más raros. Bastaba que una cosa estuviese escrita, para que pareciese verdadera, y se repetía con confianza, porque se había dicho anteriormente. Si se levantaba contra ella la experiencia, en vez de desmentirla, se procuraba conciliar una con otra, aun con riesgo de faltar á la verdad.

Esta limitada reduccion de los escritos hacia que los descubrimientos anteriores fuesen ignorados de los que venian después; y cuando en el día sería imperdonable emprender un trabajo sin conocer todos los que de ellos se habían ocupado con antelación, el progreso de una ciencia entre los antiguos no podría medirse por el siglo en que vivieron los autores: tantos errores se hallan admitidos en los más modernos, ó verdades ignoradas sobre las cuales otros habían emitido ya su juicio (12).

Como además los nombres estaban tomados de las cualidades genéricas, se aplicaban con frecuencia á diferentes lugares distantes entre sí: de aquí provenia un nuevo impedimento para reconocerlos. *Casiterides* quiere decir islas del Estadio, y tal vez esta denominacion se aplicó igualmente á regiones de la India y á la España. *Hesperides* significa occidental, y cada país llamó así á los que tenia al Occidente. *Fasos* quiere decir río, y encontramos el Faso y el Fison en Ceilan, la Colquide, la Armenia y otras partes. *Eridan* significa río lejano; puede, pues, correr lo mismo por Escandinavia que por Italia, y hacer llorar bajo los álamos del Po á las hermanas de Faetonte.

**Monzones.**—Un descubrimiento muy importante del tiempo de Plinio fué el de los *monzones*, vientos regulares que soplan periódicamente en los mares situados entre el Africa y la India, la mitad del año del Sudoeste, y la otra mitad del Sudeste (13). Los antiguos no tardaron mucho en observarlo, pero sin fijarse en sus efectos ni sacar de ello una regla general. Hippalo, navegante instruido, habiendo observado la constancia de aquel fenómeno (50 de Jesucristo), se atrevió á aventurarse en el Océano, y abrió con su ejemplo un nuevo camino al comercio de la India, que pudo hacerse ya libremente á despecho de los árabes.

Arriano, comerciante de Alejandria, ha descrito este viaje en el *Periplo del mar Rojo* (14), com-

puesto especialmente para el uso de los mercaderes. Las flotas de Egipto con destino á la India zarpaban de Berenice, salian por el estrecho de Bab-el Mandeb, tocaban en Aden, y después, costeando la Arabia Feliz, llegaban á Cana, capital del Hadramaet; desde allí se dirigian á la península del Decan, en donde se proveian de muselinas é indianas; haciendo entonces vela hácia el Mediodía, tocaban en Bombay y en la costa de Canara, que ya era afamada por sus muchos piratas: luego, desde el cabo Guardafuí, se dirigian á Mesuril, principal almacén de comercio de todas aquellas regiones del Oriente que corresponden al Mirzon moderno, entre Onora y Barcelona. Treinta días se empleaban en hacer esta travesía, y cuando cambiaban los vientos, regresaban antes que concluyese el año. Los árabes perdieron, pues, su monopolio, y los griegos y egipcios, entrando comunicacion directa con la India, pudieron conocer mejor á aquel pueblo en que tan adelantado se hallaba el comercio, que los seguros marítimos se ven ya indicados en el código de Manú.

Los primeros predicadores del Evangelio, guiados por el ardiente celo de la verdad, llegaron hasta las estremidades de la tierra; pero pensaban en la salvacion de las almas, y no en recoger ni transmitir noticias. En la *Topografía del mundo cristiano* vemos uno llamado Cosme Indicopleustes, escritor del siglo vi, que haya hecho ó no el viaje de la India por mar, asegura que en su tiempo los romanos avanzaban más allá de la costa de Malabar.

Pero ¿los antiguos sospechaban acaso que más allá de nuestro hemisferio existiesen otros países habitables ó habitados? Todos pueden consultar el *Sueño de Escipion*, en que el orador romano finge que el héroe arrebatado al cielo durante su sueño, ve poblada al derredor toda nuestra tierra, de manera, que los hombres están en una parte en posicion oblicua, y en otra en sentido inverso á los demás: pero de las cinco zonas, sólo las dos templadas tienen habitantes, y se encuentran separadas por la zona tórrida, barrera insuperable. El tono dogmático con que un hombre que no ignoraba nada de lo que era conocido en su tiempo espone esta teoria, nos conduciria á creerla general, con tanta más razon cuanto que tenemos en apoyo de esto mismo la autoridad de Manilio, que admite de una manera más terminante la existencia de países y habitantes antípodas (15). Pero hemos

la parte occidental del mar de la India, es decir, la costa de Malabar, de la Persia y de la Arabia.

(15) *Terrarum forma rotunda  
Hanc circum varia gentes hominum atque ferarum  
Aerique colunt volucres. Pars ejus ad arctos  
Eminet; austrinis pars est habitabilis oris,  
Sub pedibusque jacet nostris, supraque videtur  
Ipsa sibi fallente solo declivia longa  
Et pariter surgente via, pariterque cadente  
Hinc ubi ab occasus nostros sol aspiciit ortus,*

(12) Plinio, compilador apasionado, parece que no conocia los escritos de Estrabon.

(13) *Moussim* en lengua arábica, quiere decir tiempo fijo, la estacion de reunirse las caravanas que van en peregrinacion á la Meca. De aquí se deriva la palabra *moussum* para indicar la estacion de los vientos regulares. Deben distinguirse de los vientos *alisios*, que en toda la zona tórrida soplan constantemente de Levante: son principalmente producidos por el movimiento diurno de la tierra al rededor de su eje, combinado con la accion del sol en sentido contrario.

(14) *Θαλάσση ἐρυθραία* llamaban los antiguos á toda

aprendido á no maravillarnos de ver que los más instruidos entre los antiguos, no tenían ninguna idea de lo que se habia hecho y dicho antes de ellos. Los hombres no tardaron ciertamente en persuadirse de que fuera de su país existían otras tierras, con climas semejantes á los nuestros, y las designaron con los nombres de Atlántida, Gran Tierra, ó continente Chroniano. Platon, que habla de ellas espresamente, dice haber oido á su abuelo Critias, que lo sabia de Solon, que lo habia oido á un anciano sacerdote de Sais, que habia existido en el Océano, más allá de las columnas de Hércules, una grande isla de forma cuadrada, llamada Atlántida. Su longitud era de tres mil estadios por dos mil de ancho, que se estendia hácia el Mediodia, y por el Norte estaba rodeada de montañas, que escedían en altura y belleza á todas las hasta entonces conocidas. Tenia en abundancia frutos, metales, animales, sobre todo oro y elefantes. Hasta Platon se encuentra en estado de esponer el culto, las costumbres y el órden civil de aquella isla, hermosa y santa en un principio, pero que se corrompió después de tal manera, que Júpiter resolvió anonadarla; al efecto desencadenó los vientos, conmovió el suelo, y la isla fué sepultada en una noche. El mismo nombre de Atlántida hacia alusion á orígenes divinos; añadiéronse después los orígenes humanos, suponiendo que de aquí habia procedido la civilizacion cuyo desarrollo se encontraba por todos los países, sin descubrir en ninguna parte el primer gérmen. Creyeron, pues, que los atlántidas habian emigrado á Egipto, llevando allí el culto, las ciencias y las artes que pasaron después á Grecia.

¿Cuánta verdad habia en todo esto? ¿No debemos ver en todo esto una parábola del filósofo poeta, que habiendo trazado el plan de una sociedad ideal para sacar una leccion moral, quiso esta vez hacer lo mismo con ayuda de una hipótesis geográfica? Si se fundaba sobre recuerdos históricos. ¿dónde estaba situada la Atlántida? ¿Sería acaso el desierto donde luego no ha quedado más que un mar arenoso aun, impregnado en el dia con sal? ¿ó entre la Europa y la América donde se encuentran en el dia las Azores, las Canarias, las de Cabo Verde y multitud de escollos y de bancos, cuya posicion caprichosa no aciertan á explicar los hidrógrafos? ¿Hubiera tenido bajo este nombre, de los navegantes fenicios, alguna revelacion del mundo que llamamos nuevo y que se ofrece á nos-

otros cubierto de ruinas no menos antiguas ni majestuosas que las de la India y del Egipto? (16) ¿ó bien la Atlántida surgió del Mediterráneo hasta el momento en que, sepultada en un repentino cataclismo, no quedaran más que las elevadas cadenas y cimas que forman en el dia la Italia y las islas comarcanas?

Sea lo que quiera, este continente habia perecido; pero cuando la idea pitagórica sobre la esfericidad de la tierra se propagó, se sacó en consecuencia por el razonamiento la existencia de las tierras antípodas, y climas que correspondian á las nuestras. Algunos como Eratóstenes habian notado que la elevacion de las tierras y la declinacion aparente del sol cuando se acerca al trópico, así como la distancia de los dos pasos de aquel astro por zenith del lugar, debían templar el ardor de la zona ecuatorial. Gemino, que vivía en tiempo de Ciceron, dice que no se debe creer inhabitable la zona tórrida, puesto que ciertos viajeros llegados á aquellos países han encontrado allí hombres; pues hay quienes pretenden que los territorios situados en medio de aquella zona tienen mayor poblacion que los de las estremitades (17) Añade que Polibio habia escrito un libro para demostrar que aquellos lugares gozaban de una temperatura más templada que las orillas de aquella zona. Era, no obstante, en la opinion dominante, un país inaccesible ó inhabitado, ó como dicen Ovidio y Virgilio, una faja *Semper sole rubens, et torrida semper ab igne*, ó mejor un océano que formaba un cinturón en rededor de la tierra, y allende el cual se encontraban otros países habitables. Aristóteles suponía, en el hemisferio opuesto al nuestro, grupos de países aislados; Crates colocaba en él á los falsos etiopes; Estrabon y Mela otro mundo; los pitagóricos un *Antichthon*; Cosme Indicopleustes una tierra transoceanica, que apoyaba en nuestro globo los estrechos de su paralelógramo.

Los fenicios después del descubrimiento de España, salvaron las columnas de Avila y Calpe, reputadas el *non plus ultra* de los navegantes; y arribaron probablemente á las islas del Atlántico, de las cuales quedó más tarde un recuerdo confuso y poético. Segun el dicho de Aristóteles, los cartagineses habian descubierto más allá del estrecho una isla deshabitada, pero tan fértil que ellos acudieron en multitud á poblarla; emigracion que el senado tuvo que impedir con pena capital. Es cierto que los griegos colocaban al Occidente risueñas comarcas, adornadas con todas las bellezas, donde los hombres disfrutaban las delicias de la edad de oro y donde la tierra producía tres veces al año. Impulsado Coleon de Samos por la tempestad fuera del estrecho, contó maravillas de Tartesio y de sus habitantes. Estas islas del Océano adquirieron gran fama, y tan pronto se les llamó Atlántidas

*Illic orta dies sopitas excitat urbes  
Et cum luce refert operum vadimonia terris:  
Nos in nocte sumus, somnosque in membra locamus:  
Pontus utrosque suis distinguit et alligat undis...  
Alter a pars orbis sub aquis jacet in via nobis  
Ignoteque hominum, gentes, nec transita regna  
Commune ex uno lumen ducentia sole,  
Diversasque umbras, levaque cadentia signa,  
Et dectos ortus caelo spectantia verso.*

MANILIO, *Astron. I.*

(16) Véase la nota 16, pág. 53 del tomo I.

(17) Ap. PATAV. y *Doctr. temp.*, tom. III.

como Hespérides, tan pronto Afortunadas, atribuyéndoles tradiciones mitológicas, colocadas primero en Italia, después en Sicilia, por último en la Bética, y cada vez más lejos á medida que se descubrieran nuevos países. Algunas veces se aplicó este nombre á los oasis de Africa ó á las fértiles orillas de la Gran Sirte, ricas en manzanas de oro, es decir, el fruto del naranjo. Así es que Plinio dice con razon, que la fábula vagabunda trasladó este nombre á cien lugares diferentes. Otras mitologías colocaban también al Occidente un país de felicidad: era para los indios *Isapura* ó la *Sueta duipa*, isla Blanca de Poniente (18); para los persas la montaña *Asburi*, á cuyo pié se pone el sol; los pueblos germánicos cambiaron este nombre en el de *Ausburg* ó *Asgard*, que tal vez vinieron á buscar á Europa, y que concluyeron por trasportar al cielo no encontrándole en la tierra. El mismo Confucio coloca el paraíso á Occidente, como lo hicieron los griegos con respecto á su Eliseo.

Este no es tal vez más que un resto de los conocimientos primitivos que hubieran sobrevivido á un gran cataclismo, y que se encontraría en relacion con estas otras creencias que atribuían una sabiduría y una beatitud sobrehumanas á los hiperbóreos, es decir, á los septentrionales. Es cierto que á medida que nuevos países se descubrieran á Occidente, era necesario que los europeos consideraran á mayor distancias estas islas oceánicas; lo que no obstante indica que tenían sobre ellas nociones positivas, es el proyecto de Sertorio que no pudiendo sostenerse en España contra el poder de Roma, pensó en trasladarse allí y hacerse independiente.

Entre tanto la Europa habia cambiado de aspecto, y el sistema de las comunicaciones se habia modificado. La gran emigracion de los bárbaros dió á conocer los nombres de los países de que procedían, pero no por relaciones detalladas ni por descripciones científicas. En Oriente, la religion predicada por Mahoma habia dado impulso á los árabes, lanzándolos al mundo antiguo para derribarle. Pronto extendieron sus conquistas desde la Siria hasta el mar Caspio, desde el centro de Africa á la España por un lado y por el otro á la India. Dieron entonces un nuevo impulso al comercio, su primitiva ocupacion, que hacian por tierra poco experimentados como estaban en la navegacion, yendo desde el Egipto y de Berberia al centro del Africa, para comprar negros, marfil y polvos de oro; por la Persia, Kachemir y la India;

(18) La isla Blanca recibe en los mitos indios los epítetos de *grita*, resplandeciente; *tya*, espléndida; *canta*, brillante; *cirna*, deslumbradora; *schira*, láctea; *padma*, flor, etc. Cuando se reflexiona en la semejanza de estos nombres con los de las islas griegas de Candia, Teos, Sciros, Patmos, Cynos, Creta, se encuentra uno inclinado á creer que colocaban en el Archipiélago y en el Mediterráneo los límites del Occidente.

por el Kashgar y la Tartaria á la China; en fin, por la Armenia y á lo largo de las playas occidentales del mar Caspio á Astracan y al país de los búlgaros y de los rusos; así permanecieron por espacio de varios siglos los únicos dueños del comercio en todo el mundo.

Además de estos viajes puramente comerciales, hacian otros los árabes en calidad de misioneros ó con el objeto de visitar á sus correligionarios. A mediados del siglo XI Julia el *intérprete* fué enviado por el califa Vatek en busca de las comarcas hiperbóreas, habitadas por los descendientes de Og y de Magog citados en el Coran. Después de haber recorrido la costa occidental del mar Caspio y de haberse internado bastante en direccion del Norte, se encaminó hácia el Oriente, luego hácia el Mediodía hasta llegar á Samarcanda, desde cuyo punto volvió á Bagdad de donde habia partido. Desde el año 851 al 77, dos aventureros Wahab y Abusaid, recorrieron y describieron los países más apartados del Asia; llegados á la China, dieron noticias de aquel pueblo tan original en sus costumbres y en su civilizacion, y sabemos por ellos que un cadí musulman residia en Canfú; prueba de que eran frecuentes las relaciones entre los árabes y los chinos. La descripcion de las comarcas del centro del Asia que nos han dejado los musulmanes, es aun la más detallada de cuantas poseemos; á ellos se les debe también las primeras relaciones acerca de los rusos, y hay muchos motivos para creer que estaban en comunicacion con el Báltico y con la Escandinavia. En Africa penetraron por la costa meridional hasta el cabo de Bojador, y por el centro hasta el Nilo de los negros (*Niger*), donde fundaron colonias y reinos. No se aventuraron sino por casualidad en el Atlántico, como hoy día sucede á los Almugrarin.

En el año 921 el califa Mochtader envió á Asmed, hijo de Foz-lan, con una embajada al rey de los búlgaros, establecido en las orillas del Volga, para darle noticia de la religion musulmana. Otros viajeros se dirigieron hácia el Norte, y conservamos relaciones suyas desde el siglo VIII (19), aunque llenas de patrañas y de anacronismos. Algunos iban por el país de Samarcanda á Canfú y á la China y á ellos se deben las primeras noticias sobre el té, el aguardiente y la porcelana. Cuéntase que á principios del siglo XI ocho musulmanes de Lisboa, llamados Almagrurin ó errantes (20), habiéndose engolfado en alta mar, encontraron al cabo de ocho días unas islas á las que dieron el nombre de *Azores*, por las muchas aves de esta especie que allí habia. Los califas, por su parte, hacian levantar los

(19) Véase á RASMUSSEN, *Mem. sobre las relaciones y el comercio de los árabes y de los persas en la Edad Media con la Rusia y con la Escandinavia*. Copenhague, 1804.

(20) De Guignes pretende que dicho nombre significa *los engañados*, con referencia al error que padecieron en su expedicion.

mapas de los países conquistados. En el año 833 comisionó Al Mamun á los dos hermanos Benish-chaker para que midiesen un grado de latitud en el desierto de Sanyan entre Racca y Palmira.

Nos quedan tambien los viajes de Massudi, de Al-Estakry y de Ebn-Haucal. Visitó el primero las orillas del mar Caspio, la isla de Madagascar, las provincias de España y los valles de Camboya en el Malabar; desembarcó en Ceilan, y vió en las arenosas llanuras del Segestan los primeros molinos de viento de que hace mención la historia. Ebn-Haucal, de cuyo testimonio nos valemos para las cosas de Sicilia, vió la India, pero sólo en sus costas, por estar prohibido á los musulmanes penetrar en lo interior de las comarcas del Ganges, antes de la conquista del Gaznevida, así es que tenían por incultos y desiertos aquellos países que ahora forman la principal riqueza de Inglaterra. Albyruny que penetró en ellos á la cabeza de un ejército, describe el receloso cuidado con que los indios ocultaban sus conocimientos en los recónditos valles de Kachemir y de Benarés, el alto aprecio que hacían de sí mismos, despreciando á los demás pueblos, y la desconfianza con que miraban á los extranjeros, á excepcion de los judíos con quienes tenían relaciones de tráfico.

El principal testimonio que tenemos de sus conocimientos es el de Edrisi, que escribió, por orden de Roger [de Sicilia, las *Peregrinaciones de un curioso que exploraba las maravillas del mundo*, en cuya obra explica las indicaciones de un globo de ochocientos marcos de plata que aquel rey había mandado hacer. En él expone Edrisi los conocimientos de sus compatriotas, agentes principales del comercio á la sazón, bajo un plan sistemático, nuevo y extraño. Consiste este plan en dividir el mundo en siete climas, desde el Ecuador al Septentrion, y cada clima en once partes iguales separadas por líneas perpendiculares, de donde resultan setenta y siete cuadrados semejantes á los que produce en nuestros mapas la interseccion de los meridianos con los paralelos. Dentro de estos cuadrados va describiendo, unos después de otros, todos los países comprendidos desde la costa occidental del Africa Media hasta el nordeste del Asia, distribución que además de irracional es sumamente incómoda. Segun el parecer de este autor, solamente está habitada por la especie humana la parte septentrional del globo, pues la meridional, situada en la parte inferior de la órbita del sol, es inhabitable á causa de sus destemplados calores que hacen imposible la existencia de todo ser viviente. El Océano ciñe á la tierra con una faja circular no interrumpida, de modo que sólo una parte de ella queda descubierta, como si fuera un huevo sumergido hasta la mitad en un vaso de agua.

Ismael Abul-Feda, príncipe ayubita, que en 1342 comenzó á reinar en Hamath, comarca situada á lo largo del Oronte, escribió tambien el *Takuíim-al boldam*, ó la verdadera situación de los países,

es una geografía dividida en cuadros, segun los climas, longitudes y latitudes; aunque la obra no sea del todo satisfactoria, es sin embargo la mejor que habia aparecido hasta entonces.

Entre los viajeros árabes el jeque Ibn Batuta, de Tanger, del que desgraciadamente no queda más que un extracto compendiado, merece particular mención. Como visitase á Alejandria, el sábio iman Borhan Oddin, le dijo: «Puesto que tanto amas el viajar, deberias ir á saludar á mi hermano Faridd-Oddin, á la India; en el Sindaya, á mi hermano Oddin-Ibn-Zacaria; en China á mi hermano Borhan-Oddin.» Marcha pues (1324), con el objeto de conocer hasta qué punto se habia extendido el islamismo, atraviesa el Egipto hasta los confines de la Nubia, venera en Gaza los sepulcros de los patriarcas, visita los baños de Tiberiade, las fortalezas de los asesinos ismaelitas, los ermitaños del Líbano, las magnificencias de Balbek, de Damasco y de Basora; recorre el Irak, el país de los kurdos, visita los santuarios de Medina y de la Meca, desde donde pasa por el Yemen á Aden y desde allí á la Abisinia, el Zanguebar, á Ormuz y á Fars; vuelve á la Meca, después al Cairo, Jerusalem, la Natolia, Erцерum, obsequiado siempre por la hospitalidad de los turcomanos. Llega luego al mar Negro y se adelanta por entre los tártaros hasta el Volga, desde donde vuelve á Constantinopla. Desde aquí vuelve por Astracan; llega después á Caris'n y á Bokara, asolada recientemente por Gengiskan; á Samarcanda, á Balkh, destruida tambien por el conquistador, como tambien Kandahar y Cabul; después se embarca en el Indo, para Lahore, desde donde llega á Maultan, capital del Sindaya.

De aquí fué á Delhi que era la mayor ciudad del islamismo en Oriente, pero que á la sazón se encontraba despoblada por la crueldad del turco Mohamed, que sin embargo gratificó con regalos al viajero y le dió el empleo de cadí. Habiéndose hecho sospechoso al sultan, pudo librarse del riesgo que corria á fuerza de oraciones, con cuyo motivo renunció á todo y se hizo fakir; mas vuelto á la gracia del sultan, le mandó éste con una embajada al emperador de la China, que habia solicitado la facultad de construir templos á sus ídolos en el territorio sometido á los musulmanes. Ibn Batuta fué encargado de intimarle la negativa, y corrió terribles aventuras; vió la India, el Malabar, Calicut, desde donde se embarcó para la China, en los enormes juncos de aquel imperio; pero un huracan destruyó los regalos que llevaba al hijo del cielo. No atreviéndose entonces á volver á presencia del soberano de Delhi, se encaminó hácia las Maldivias, donde obtuvo grandes honores: habiéndose después dado á la vela hácia Coromandel, la tempestad le impulsó á Ceilan donde veneró las huellas de Adán y Eva; porque el principal objeto del devoto musulman era visitar todos los lugares afamados por tradiciones sagradas, todos los santuarios y sepulcros de los

santos imanes. Nuevos desastres le acaecieron en su tránsito á Coromandel y á Calicut; pasó desde allí á Bengala, el más fértil país que había visto. Llegó á Sumatra, después á la China, cuya civilización le admiró, y donde encontró en cada ciudad mercaderes musulmanes con juez y jeque, y hasta mezquitas en algunas de ellas.

Por lo demás, multitud de milagros acontecieron en aquel devoto viaje. Ibn Batuta vió en el golfo Pérsico una cabeza de pescado que se asemejaba á una colina, cuyos ojos eran como puertas; y en efecto se entraba por uno y se salía por otro. En los países de las Cinco-Montañas, toda una ciudad pasó delante de él, y por los techos salía un humo que dejaba un gran rastro, como en el día en nuestros caminos de hierro. Hacia la China, encuentra á los *Joghis*, que viven sin comer y matan á los hombres con una sola mirada. En China oye hablar de la gran muralla Og y Magog. De vuelta por Calicut, Ormuz, la Persia y la Siria, cumplió su tercera peregrinación á la Meca, y restituyóse de allí á su patria. Pero incapaz de sufrir el reposo, marchó para España, pasó luego á Marruecos y á las comarcas del Níger al través del gran desierto (21), visitó á Tumbuctú, y concluyó fijando su residencia en Fez.

(21) El Diario de Asia, correspondiente al mes de marzo de 1843, tradujo el viaje de Ibn Batuta al país de los negros, en el que se presenta el viajero como un observador exacto de las costumbres de aquel pueblo. En prueba de ello tomamos del Diario los dos capítulos siguientes:

*De lo bueno que encontré en la conducta de los negros.*

Son entre ellos muy raros los actos de injusticia: es acaso el pueblo menos inclinado á cometer estos actos, y además el sultan no perdona al que los comete. Así es que por todo este país se goza de una seguridad completa, y se puede vivir y viajar en él sin temor de ser robado ni asaltado. Cuando algun blanco muere en esta tierra, no se echa el fisco sobre sus bienes, aun cuando sean de un valor inmenso, sino que se confían á tutores elegidos de entre los blancos, en cuyo poder están hasta que sean reclamados por sus herederos legítimos.—Hacen sus oraciones con toda regularidad, y son muy exactos en ir á la mezquita; si sus hijos se muestran indóciles para orar, les obligan á ello por medio de mortificaciones. Si no se va con tiempo á la mezquita, en el viernes, no se encuentra sitio en que colocarse, tan grande es la muchedumbre que acude: es preciso mandar con anticipación un criado, que extienda un tapete en el puesto que á cada cual le corresponde. Estos tapetes se fabrican con las hojas de un árbol semejante á la palma, pero que no produce fruto. En este día se visten los negros con trajes blancos, y el que no los tiene procura al menos lavar su camisa para tenerla limpia y asistir á la plegaria pública. Son muy aplicados para aprender el Corán de memoria, y si sus hijos descuidan esta obligación, los aprisionan con cadenas hasta tanto que cumplen con ella. Habiendo yo ido á visitar al cadí en un día de fiesta, encontré á todos sus hijos amarrados con cadenas, y suplicándole que los dejara libres me contestó:

Benjamin de Tudela, judío de Navarra, dió tambien una relacion de las maravillas del mediodía de la Europa, de la Palestina, de la India, de la Etiopia, del Egipto, que visitó á la manera de Ibn Batuta, buscando las huellas de la religion mosaica. Pero se conoce por numerosas razones, que lejos de haber visto todos los países que describe, se limita comunmente á reproducir con credulidad lo que le ha sido referido.

Los escandinavos, que poco conocidos de los antiguos, adelantaron á los modernos en los descubrimientos occidentales, fueron más atrevidos en sus correrías. Ya hemos dado cuenta en otra parte de las relaciones de los dos viajeros Other, noruego, y Wulsftan, que llegaron en sus incursiones por el Norte, hasta el mar Blanco, más allá del Báltico y de la Estlandia, ó Rusia moderna (22). En 861, los normandos encontraron por casualidad las islas Feroe; y otros que después se dirigieron allí fueron arrojados por una tempestad á la costa oriental de la Islandia, cráter volcánico que los geógrafos modernos colocan en América. Era desde el siglo VII frecuentada por los corsarios; los normandos, aprendiendo entonces á conocerla mejor, se establecieron allí, y la convirtieron en asilo de la civilización escandinava, que perecía en Europa. Pronto conquistaron las Hebridias que llamaron islas Meridionales (*Suder-eyer*), con las de Man, y las reunieron en un reino bajo un solo obispo. Ocuparon después las islas de Shetland, que dependían de las Orcades, y arrojaron de ellas á los petas ó papas.

Desde la Islandia se adelantaron hacia el Occidente, donde Gund-Biorn descubrió un vasto país

*No lo haré hasta que aprendan el Corán.* Otro día pasaba junto á un hermoso niño elegantemente vestido que llevaba á los pies unos pesados grillos, y habiendo preguntado al que le acompañaba si por ventura se le imponía aquel castigo por haber cometido algun asesinato, oyólo el rapaz y se puso á reir; entonces me dijo su conductor que debía permanecer en aquel estado hasta que aprendiese el Corán.

*De lo malo que encontré entre los negros.*

Sus esclavos, hombres y mujeres, y tambien las niñas, se presentan en público completamente desnudos; no obstante, ví pocos en este estado hasta el mes de Ramadan. Como es costumbre que los emires interrumpen el ayuno del sultan, cada uno de ellos se hace llevar viandas por una veintena á lo menos de jóvenes esclavas, completamente desnudas. Estas se descubren el cuerpo y la cara para presentarse al sultan, y lo mismo hacen sus hijas. La víspera del día 27 del mes de Ramadan, ví salir del palacio á cien muchachas desnudas, que llevaban viandas, é iban acompañadas por las hijas del sultan, jóvenes ya formadas, que igualmente llevaban descubierto el cuerpo y el pecho. Para manifestar respeto se echan los negros polvo y ceniza sobre la cabeza. Recitan poesias de una manera ridícula, y muchos de ellos comen asnos, perros y otras inmundicias (Véase la nota A al fin del presente libro).

(22) Véase t. IV, pág. 514.

al cual se trasladó después Erico Rauda (ó Roeda), noble noruego, desterrado por asesino, que encontró en él enormes hielos flotantes. Se dió á este país el nombre de Groenlandia, por su aspecto herbáceo, y fué desde luego poblado. Pero habiendo quedado desierto en el siglo xiv por la peste negra, los hielos impidieron nuevas comunicaciones con las costas hasta 1721, en cuya época se fundó allí una nueva colonia.

Se pretende que los normandos continuaron desde allí sus correrías, y que Biorn, yendo á visitar á su padre á Groenlandia, fué arrojado por la tempestad al Sudoeste, donde reconoció á una gran distancia una llanura cubierta de bosque. Leif, hijo de Erico Rauda, habiendo ido á explorar aquella tierra, tocó primero en una isla llena de rocas que llamó Elleland; después llegó á otro país muy arbolado, al cual dió el nombre de Markland. Prosiguiendo su camino, llegó á un rio de riuueñas riberas sombreado por árboles frutales, de delicioso clima, fértiles alrededores, donde la pesca del salmon era muy abundante. Remontó su curso hasta el lago que es su origen, y pasó el invierno con sus compañeros. Allí adquirieron la certeza que en el día más corto el sol permanecía ocho horas en el horizonte, lo que indica que se encontraban en el 49° paralelo (23). Algunos racimos de uvas silvestres que se presentaron á su vista, les hicieron designar el país con el nombre de Vinland, y llamaron á los naturales krelings ó pigmeos, por su pequeña estatura. Después de haber muerto á algunos, se vieron asaltados por toda la tribu, con la cual entablaron después relaciones amistosas, comprándoles pieles, lo cual hizo prosperar la colonia. Erico, obispo de Groenlandia, introdujo allí el cristianismo.

Las relaciones de estos viajes ofrecen un aspecto de verdad tal, que no se pueden refutar razonablemente; y resultaría que el Vinland de que aquí se habla debía estar situado en Terranova ó en el continente americano.

Los dos hermanos Zeno, nobles venecianos al servicio de un príncipe de las islas Feroë, visitaron

todas las tierras descubiertas por los escandinavos, y trazaron un mapa de ellas. Véase allí á la Islandia, y al Mediodía de aquella tierra una isla de gran estension rodeada de otras varias más pequeñas con el nombre de Frisland, es decir, islas Feroë. Al Norte la península de Groenlandia, en la cual Nicolás Zeno encontró un convento de dominicos, calentado por las aguas de un manantial hirviendo, gracias al cual el jardín de los religiosos reverdecia entre los hielos. Iban de Suecia, Noruega é Islandia á traficar con aquellos frailes, que daban pescado y pieles en cambio de grano, telas de lana, leña y toda clase de utensilios que les traian. Tal vez estos detalles y otros más son adornos añadidos por algun editor más moderno para embellecer la obra; pero es cierto que el lugar indicado en el mapa no corresponde á la colonia de Groenlandia.

Lo singular es que los hermanos Zeno colocaron á más de mil millas al oeste de esta Frisland y al mediodía de Groenlandia dos costas llamadas Estotiland y Droceo. Ahora bien, se cuenta que un barco pescador de las islas Feroe, impulsado hácia el Oeste, y arrojado después de un largo camino á una isla llamada Estotiland, encontró en ella una ciudad, un rey, una biblioteca y un intérprete que sabía el latin, lo cual permitió á los escandinavos aprender la lengua del país. Los habitantes de aquella isla, menos grande que la Islandia, pero más fértil, hacian con la Groenlandia el tráfico de pez, de pieles y de azufre. Como no se conocia allí el uso de la brújula, los náufragos, que sabian servirse de ella, fueron encargados por el rey de dirigir una expedicion á un país situado al Mediodía y llamado Droceo. Allí fueron asaltados y muertos todos por caníbales, excepto uno solo que se libertó por su maravillosa destreza en pescar. De esta manera pudo reconocer el país, y lo encontró tan grande como un nuevo mundo. Los habitantes andaban desnudos y comian á sus prisioneros; pero al Sudoeste se encontraban otros más civilizados, que conocian el uso de los metales preciosos, y poseian ciudades y templos, donde ofrecian víctimas humanas. Tal fué la relacion del pescador cuando volvió á su isla natal. El príncipe que reinaba en ella trató de explorar los indicados países; pero las tempestades le hicieron renunciar á aquella expedicion; se ignora si se renovó.

¿Es sincera esta narracion? Se inclina uno á creerlo, á pesar de las fábulas con que se halla mezclada; prueba al menos, que los septentrionales no cesaban de dirigir sus miradas y su navegacion hácia el Noroeste. Suponiéndola cierta, Estotiland (*East-out-Land*), corresponderia á Terranova, Droceo á la Nueva Escocia y á la Nueva Inglaterra, así como el pueblo más civilizado de que se hace mencion, no podia ser otro que Méjico ó la Florida.

Aquellos descubrimientos que en estos últimos años han ocupado la laboriosa paciencia de los

(23) Así lo dice el *Heimskringla* de Snorr Sturlesson. — Aquel país por consiguiente debía corresponder á Gaspé en la orilla meridional del rio San Lorenzo. Los misioneros cristianos llegados allí en el siglo xvi, encontraron que se veneraba á una cruz, y que se conservaba entre los naturales el recuerdo de un buen hombre que con la señal de aquella cruz habia curado á sus padres de la peste. Puede consultarse una memoria del señor Rafn de Copenhague, inserta en el *Niles Register* del mes de noviembre de 1828 sobre los viajes emprendidos por los europeos á la América del Norte antes del descubrimiento de Colon. En 1824 se encontró en la costa occidental de la Groenlandia á los 73° de latitud Norte una inscripcion que se creyó rúnica, y que fué interpretada así: *Erling Sigvalson, Biorn Hordeson la Euside Aidon, levantaron este monton de piedras, y limpiaron este sitio el sábado antes de gagnay* (25 de abril) 1135.

anticuarios del Norte (24), hubieran adelantado algunos siglos el reconocimiento de la América. Sea como quiera, permanecieron ignorados de los demás europeos en la Edad Media. Las calamidades de la invasión, las guerras nacionales y finalmente la división feudal, entorpecieron las comu-

(24) La sociedad de los anticuarios del Norte, establecida en Copenhague, se ha ocupado principalmente en reivindicar para los normandos el descubrimiento de la América septentrional, y demostrar que Colon no se decidió á su viaje sino después de haber visitado la Islandia en 1477, y haber oído hablar allí de los descubrimientos de los escandinavos. El tomo que han publicado bajo el título de *Antiquitates americanae, sive scriptores septentrionales rerum ante-columbianarum in América* (XL, y 486 páginas en 4.º con 8 facsimile, 4 cartas y otros seis grabados) contiene principalmente los capítulos siguientes.

I. Relaciones sobre el país llamado Vinland, escritas en el siglo XI por Adan de Brema, que las sabía por boca de Swen Estridson, rey de Dinamarca, y otros daneses, impresas más correctamente que en las ediciones anteriores, segun un manuscrito de la Biblioteca imperial de Viena.

II. Relacion de Vinland, por Arc Frode, en el mismo siglo ó en el siguiente.

III. Relacion del mismo, acerca de Arc Marson, famoso jefe de Islandia, y pariente suyo, que hácia 983 fué impelido hácia las costas de un país de América, cerca de Vinland, llamado Hvitrammanaland ó Grande Islanda: los habitantes de aquel país, de origen islandés, le cobraron mucho afecto, y no le permitieron que volviese á salir de él.

IV. Escritos antiguos sobre Biörn Asbrandson, que en 999 tocó en el litoral americano, en donde retenido tambien por los indígenas, se hizo jefe del país, y vivió en él cerca de treinta años.

V. Documentos sobre Gudleif Gudlögson, navegante islandés, que en 1027 fué arrojado á la misma costa, y salvado por su compatriota Biörn Asbrandson.

VI. Diversos pasajes concernientes á la América en los anales de Islandia de la Edad Media, como asimismo detalles escritos por contemporáneos sobre el viaje del obispo Erik al Vinland, en 1121; sobre el descubrimiento de otros países en el Océano occidental, hecho por los islandeses en 1285; sobre los viajes de comercio emprendidos por la antigua colonia del Groenland al país de Markland, en América, en 1347.

VII. Datos antiguos sobre los países septentrionales de la Groenlandia y de la América, visitados principalmente por los habitantes del Norte, con objeto de la pesca y de la caza; entre ellos una curiosa descripción de un viaje de descubrimientos hechos por algunos sacerdotes del obispado de Gardar en la Groenlandia en 1266, por medio de los estrechos de Lancaster y de Barrow, hasta los países que sólo han sido conocidos estos últimos años. Una observación astronómica hecha por estos antiguos viajeros da á conocer el derrotero que siguieron.

VIII. Extractos de antiguos tratados geográficos islandeses, con un bosquejo que representa la tierra dividida en cuatro partes habitadas.

IX. El antiguo poema de las islas Feroe, en donde se hace mencion del Vinland.

Las diferentes obras publicadas sobre esta materia, han sido compendiadas por Cárlos Cristian Rafn, secretario de esta sociedad, en una memoria que se insertó en la colección de sus actas (Véase la nota B al fin del libro).

nicaciones de pueblo á pueblo: los corsarios no se proponían más que el saqueo: los misioneros al penetrar muy adelante, para conquistar á la civilización pueblos desconocidos, tenían fines ú objetos más sublimes que la ciencia: sin embargo, dieron algunas veces noticias de que el rey Alfredo debía haber sacado partido, sobre todo describiendo el país de los eslavos (25). El Báltico era tan poco conocido en el siglo XI, que Adam de Brema dudaba que se pudiese pasar por mar á Rusia, y contaba entre las islas á la Curlandia y la Estonia. Pero algunos navegantes bremeses arrojados por las tempestades sobre las costas de la Livonia, dieron á conocer enteramente aquel mar; en tanto que otros, siguiendo las huellas de los permios y varegos, llegaban hasta la Tartaria.

Habíanse formado itinerarios para comodidad del gran número de cristianos que la devoción atraía á Jerusalem, y por su medio se reproducían las noticias recogidas sobre la India y el Egipto. El más antiguo de estos itinerarios se atribuye á Adaman, abad de Yona, que se le oyó referir á San Arculfo. Villibaldo, primer obispo de Eichstadt, describió la peregrinación que él mismo había hecho á Palestina, atravesando la Italia y pasando por Chipre. Dos siglos después, Adam de Brema dió una narración más clara, en la cual principia por describir lo interior de la Suecia y de la Rusia. Pero un viaje que no se embelleciera con relaciones maravillosas, hubiera parecido demasiado trivial: en su consecuencia, ó se inventaban ó se adoptaban sin crítica ni medida. Dicuil, monge irlandés, escribió en 825 un compendio titulado *De mensura orbis terræ*, compuesto de extractos de los geógrafos antiguos, de algunas observaciones propias, y sobre todo de las noticias de los viajeros modernos, especialmente de uno llamado Fidel que había estado en Egipto. Los conocimientos y las fábulas se aumentaron con las cruzadas, durante las cuales, á la experiencia diaria se agregó el testimonio de los árabes, que habían visitado países inaccesibles hasta entonces á los europeos.

En el curso de nuestro relato hemos hecho mencion de otros viajeros, pertenecientes en su mayor parte á la Italia. Tales fueron los religiosos que en diferentes periodos enviaron los papas á los kanes tártaros, á saber: Asselin, Juan de Carpi y Rubruquis (26). Hay mucha inexactitud en lo que ha escrito el bienaventurado Oderico de Pordenone. Mas cuando llega á Malabar, señala allí la pimienta, describe las supersticiones indianas, la veneración de los habitantes á los bueyes, el sacrificio de las viudas en la hoguera, la abstinencia del vino que se imponen los hombres, las ceremonias pomposas y sanguinarias de Jagrenat, en que quinientas personas se inmolan voluntaria-

(25) Véase, tom. IV, pág. 531.

(26) Véase el Libro XII, cap. XVII.

mente en cada año. Así como Rubruquis no omitía indicar que la escritura china comprende en una sola figura muchas letras que forman una palabra, Oderico señala los dos caracteres de la belleza china, dedos largos y doblados, y piés cortos y estrechos. En el Tibet, es el primero que ha hablado del gran lama, papa de los orientales.

Ya en 1288 Juan de Monte Corvino, enviado á aquellas regiones por Nicolás IV para ejercer allí el apostolado, había penetrado hasta Pekin. Después de haber visitado en Persia la corte de Argun, pasó á la India y bautizó algunos neófitos: entró luego en el Catay, es decir, la China septentrional, y presentó al gran kan cartas del papa que le invitaba á hacerse cristiano. Aun cuando el resultado no correspondió á sus esperanzas, no por eso dejó de continuar su predicación durante once años; después le llegó un coadjutor en la persona de Arnaldo de Colonia, fraile franciscano; catequizando entonces con él y comprando niños, se dedicó á aumentar el rebaño de Jesucristo y á convertir nestorianos. Tradujo en idioma mongol los Salmos y el Nuevo Testamento, y fundó dos iglesias en las cercanías de la corte, como también una capilla junto á la misma cámara del gran kan. Ricoldo de Montecroce, fraile predicador florentino, recorrió el Asia para convertir á la fe á los sarracenos, y describió sus costumbres y sus sectas. Murió en el convento de Santa Maria la Nueva en 1309 (27).

El veneciano Nicolás Conti fué en 1446 á pedir la absolución al papa Eugenio IV por haber renegado de la fe, y el papa se la concedió con condición de que remitiese al célebre Poggio una relación exacta de su viaje. Nos refiere que habiendo salido de Damasco atravesó el desierto de Bagdad, se embarcó en el Eufrates para Ormuz, desde donde llegó á Cambaya, observándolo todo con la más escrupulosa atención. En 1444 regresó á su patria, que había abandonado en 1419, y conservó relaciones con la Persia; pero únicamente por asuntos comerciales (28). El genovés Gerónimo de San Estéban se encaminó también hácia las Indias, á fines de aquel siglo, por especulaciones mercantiles. Pasó por el Cairo, y atravesando el mar Rojo, visitó á Calicut, Ceilan, Coromandel, y llegó al Pegú, donde vendió con pérdida sus mercancías al rey.

Si hemos de creer á Bocaccio (29) el célebre astrólogo genovés Andalon de Nero, recorrió casi todo el mundo; pero nada más sabemos de él. Juan Colonna, según dice el Petrarca (30), obligado á espatriarse á consecuencia de sus disensiones con Bonifacio VIII, viajó igualmente por países muy remotos. «Después de haber atravesado, le dice,

los confines de nuestra zona habitable y el Océano, hubieras llegado á los *antipodas*: seguramente la gota no te ha sorprendido en Persia, ni en la Arabia, ni en Egipto, á donde has ido por recrearte, como si fueses á una de tus casas de campo.»

El más ilustre de estos viajeros fué Marco Polo, verdadero creador de la geografía moderna del Asia. Ya hemos hablado en otro lugar de este buen observador (31), que jamás miente, aunque se engaña algunas veces, y que refiere sin entenderlos, como ha sucedido á Herodoto, ciertos hechos que el porvenir se ha encargado de explicar. Penetró en lo interior de la China, conoció el Japon, y nadie tuvo más facilidad que él para examinar aquellos países misteriosos. Sus contemporáneos debieron escuchar, poseídos del mayor asombro, lo que contaba de aquella estraña corte de Cubilay-Kan, y de la estrañante civilización de aquellos países desconocidos, de donde venían las pedrerías, la porcelana, las especias, y de aquellos pueblos á cuyo nombre temblaba el mundo. Así es que sus descripciones abrieron campo á nuevas creaciones de la imaginación por la mezcla de las ideas asiáticas con las nuestras, á la manera que las plantas de la Nueva Holanda vinieron después á sembrar nuestros jardines, y prestaron un poderoso estímulo para los descubrimientos del siglo xv.

En 1374 Luchin Tarigo partió de Caffa en una fusta armada, en compañía de otros pobres y desesperados aventureros genoveses. Cuando llegaron al Tanais, le subieron hasta un punto que no dista más que sesenta werstas del Volga. Arrastrando entonces su fusta por todo aquel espacio, se embarcaron en el otro río, y arribaron al mar Caspio, en donde se enriquecieron ejerciendo el oficio de corsarios, y después volvieron por tierra á su país (32).

En 1483 Bertrand de la Brocquiere, después de atravesar toda el Asia occidental y la Europa oriental, se presentó al duque de Borgoña vestido á la usanza de los levantinos, con su caballo, compañero de fatigas en su escursión poética.

El inglés Juan Mandeville cuenta que estuvo treinta y cuatro años al servicio del soldan de Egipto, recorriendo varios países, y que después sirvió al gran kan de Catay; sin embargo es lo más probable que no pasara de la Palestina. Su narración es un tejido de patrañas; entre otras cosas dice que vió un mar de arena, en el que desembocaba un río de peñascos; habla de tierras de pigmeos y de islas de gigantes; asegura que los diamantes bañados con el rocío crecen hasta un tamaño indefinido; en suma, mezcla y exagera en la relación de sus viajes todos los cuentos de los viajeros precedentes. A pesar de esto se escribió

(27) P. P. QUETIF Y ECHARD, *Scriptores*, etc.

(28) POGGIO, *De varietate fortuna*.

(29) *Genealogía de los dioses*, libro XV.

(30) *Epístolas familiares*, lib. VI, 3.

(31) Véase el libro XII, cap. XIV.

(32) GRABERG.—*Anales de Geografía y Estadística*, enero, 1803.

un pomposo elogio sobre su sepulcro, y se guardaron cuidadosamente los estribos y espuelas que le habian servido en el supuesto viaje. Sólo hay digno de notar en él la proposicion que sienta de que toda la tierra es habitable y habitada, y que puede dársele la vuelta (33).

Muy diferente de éste es Ruy Gonzalez de Clavijo, que enviado por el rey Enrique de Castilla, como embajador cerca de Tamerlan, escribió su viaje hasta Samarcanda. Señala entre otras cosas, el sistema de postas y los caravan-serrallos ó posadas establecidas á una jornada unas de otras, capaces de contener de ciento á doscientos caballos. Los correos de Tamerlan mudaban en ellas los caballos, y podían requisar los de cualquier individuo que encontrasen en el camino, sin cuidarse de más que de acelerar su carrera por todos los medios incluso el de la fuerza (34). También el soldado alemán Schiltberger, que quedó prisionero de los turcos cuando derrotaron el ejército de Segismundo de Hungría, siguió á Asia á las tropas de Bayaceto, y luego á las de Tamerlan, vió con el príncipe Zegra la Gran Tartaria hasta los confines de la Siberia, y durante los treinta años que duró su destierro, recogió datos sobre las costumbres y hazañas de aquellos pueblos (35).

El gran historiador persa Mirkhond nos ha dejado la relacion de una embajada enviada á China por Mirza Schah-Rok, rey de Persia, que encargó á las personas nombradas al efecto, que describiesen y dibujasen todo lo que les pareciese más notable. Aunque su narracion correspondiese imperfectamente á sus miras, se encuentra en ella, como en un resumen, todo cuanto se sabia entonces acerca de la China. Los enviados persas entraron en ella por la llanura de Bukaria y el desierto de Cobi. Al aproximarse á Socheu, primera poblacion del imperio, las gentes del pais les salieron al encuentro, levantaron en el desierto tiendas y cabañas, y les sirvieron pollos y frutas en vajillas de porcelana. Así fueron constantemente tratados, y aun con magnificencia á pesar de ser en número de ochocientos sesenta, y no pudieron menos de sorprenderse al observar la civilizacion de aquel imperio, y la cultura, la industria y el orden que allí reinaban; pero les disgustó mucho el ver andar los cerdos por las calles y vender su carne en las carnicerías. Cambalú (Pekin) escedió á la idea que de él tenían formada, por la magnificencia de sus edificios, su poblacion inmensa, la habilidad de los músicos, la abundancia del oro y la destreza singular de los juglares. Ni ellos ni

Marco Polo hacen mencion de la gran muralla de la China.

Los venecianos hicieron otros viajes á Asia, para anudar sus relaciones diplomáticas: Josafat Bárbaro, enviado á Persia, se dirigió allí por tierra, atravesando la Pequeña Armenia, espuesto á los ataques de las cuadrillas de salteadores, que mataron á sus compañeros y le hirieron á él también. Consiguió, por último, venciendo mil obstáculos, llegar á Tauris, y allí recibió la mejor acogida de Hussum-Cassan. Cuando aquel príncipe dejó de existir, el anciano Bárbaro volvió por Alepo con las caravanas, y escribió su relacion como hombre entendido y de buen criterio.

Al mismo tiempo llegaban á Persia otros dos embajadores: Leopoldo Betton, por Trebizonda, y Ambrosio Contarini por el Norte. Este último escribió su viaje por la Polonia, Caffa, la Cólquide, el Faso, la Georgia y la Mingrelia, y finalmente la Armenia. Habiendo encontrado al sofí de Persia en Ispahan, permaneció allí todo el invierno, ocupado en recoger los mejores datos acerca del pais, y los traía á su patria por el mismo camino, cuando los turcos, que se habian apoderado de Caffa, le obligaron á atravesar la Moscovia. Partió, pues, de Derbend en la orilla del mar Caspio, llegó á Astracan, y atravesando un pais inculto y miserable entró en Moscou: el gran príncipe de aquella ciudad le facilitó dinero por cuenta de su patria, á la que regresó en 1476.

Se ha tratado de asegurar últimamente, que un tal Cousin, de Dieppe, pais célebre por sus navegantes en los siglos xiv y xv. estimulado por las conjeturas de su compatriota Dechaliers, á quien los normandos miran como el fundador de la ciencia hidrográfica, habia emprendido un largo viaje y descubierto en 1488 la embocadura del rio de las Amazonas, de donde regresó al año siguiente tocando en el Africa (36); pero esto no es más que una suposicion que no se apoya en fundamento alguno.

**Mapas.**—Las primeras cartas geográficas se atribuyeron en Grecia á Anaximandro, discípulo de Thales. Se pretende que desde los tiempos de Herodoto, diseñó Demócrito la figura de la tierra; otro tanto se dice de Eudoxio que acompañó á Platon en sus viajes. Ya era comun por entonces el uso de los mapas: Sócrates enseñaba uno á Alcibiades para quitarle la vanidad que fundaba en la extension de sus tierras (37); los ciudadanos de Atenas se complacian en trazar los contornos de las provincias de Cartago y de Sicilia, que pensaban conquistar, por consejo y bajo la direccion de Alcibiades (38). Aristófanés describió una de ellas (39); Alejandro

(33) *That men may enviroñe alle the erthe of alle the world, as wel undre as aboven, und turnen agen to his countree, that hadde companye and skippung and conduit; and alle weyes he scholde synde men, landes, and yles als wel as in this contree.*

(34) Véase la nota C al fin del presente libro

(35) Véase t. VI pág. 242.

(36) *Diario asiático*, t. IX, pág. 324.

(37) ELIANO.

(38) PLUTARCO, *en Alcib.*

(39) Véase por el siguiente diálogo los detalles de esta descripcion:

llevó consigo á Bëton y á Diognetes, para que levantasen los planos y midieran las distancias de los países que conquistaba. Eratóstenes de la escuela griega de Alejandria aplicó á los mapas la graduacion gnómica, pero con la proyeccion plana, á cuyo método substituyó Hiparco el de los meridianos convergentes. Es muy probable que las cartas que acompañan al texto de Tolomeo fuesen modificadas en cada edicion, segun la interpretacion dada al autor ó segun los nuevos conocimientos que se tenia costumbre de añadirles.

No parece que los romanos hicieran progresos en este arte: y el único monumento que nos queda de ellos, es la tabla de Peutinger, de dibujo muy basto é incorrecto, y trazada unicamente con intencion de marcar en ella los itinerarios, de modo que la tierra está comprendida en un mapa de un pie de latitud y veinte y dos de longitud (40).

La cartografía no cesó con la civilizacion greco-romana, porque al viaje de Cosmas Indicopleustes, acompaña un mapa mundi. Carlomagno legó á sus hijos una tabla de plata con triple planisferio en relieve (*signis eminentioribus*), Teodolfo de Orleans aprendia la geografía en una carta iluminada (*in tabula picta ediscere mundos*).

La biblioteca de Turin posee un mapa-mundi, unido á un comentario del Apocalipsis de 787, en que la tierra se halla representada en figura plana, rodeada de líneas circulares, y dividida en tres partes desiguales: después, más allá del Africa, hay una cuarta division del mundo, morada inaccesible de los antípodas: en el centro exactamente de la carta se encuentra el monte Carmelo y la Judea. Esta indicacion y otras colocaciones sistématicas, echaron á perder las cartas de la Edad Media, en las que se marcaban tierras que jamás habian sido visitadas, pero sobre las cuales circulaban vagos rumores. Jamás se encuentran indicados en ellas los descubrimientos hechos por los escandinavos en el Noroeste, al paso que se ven otros hechos en el Sudoeste, como las Canarias, Madera y las Azores, mucho antes de la época se-

ñalada á su descubrimiento. ¿La casualidad haria adivinar su existencia, ó algun intrépido navegante habia anteriormente estendido hasta allí su viaje?

Las cartas de los árabes son malísimas: las de Europa fueron mejorándose, como se observa en el planisferio dedicado á Enrique V por el canónigo Enrique de Maguncia, que observa en el día la Academia imperial de San Petersburgo; en algunas otras cartas que poseen las bibliotecas de Francia y de Inglaterra, en las de la Laurencia de Florencia, agregadas á la *Flos historiarum terræ orientalis*; en las del genovés Pedro Visconti en Viena, hechas en 1318; en las de Marin Sanuto, en 1321 (biblioteca del Vaticano), y de Ambrosio Lorenzetti, en Siena (41). Pasamos en silencio las demás, y únicamente citaremos el célebre planisferio de fray Mauro concluido en 1460, que enriquece el palacio ducal de Venecia. En este planisferio se marca la situacion respectiva de Cabo Verde, Cabo Rojo, Golfo de Guinea, y están indicados con toda exactitud los viajes de Marco Polo y de otros viajeros que no escribieron los suyos, ó cuyas descripciones no han llegado hasta nosotros. El artista conoce otros países, como por ejemplo, *Dafur* que es el Darfur, que después ha permanecido ignorado, hasta que en nuestros días ha vuelto á descubrirlo Bruce; indica además todo cuanto sabian los árabes, y acorta la distancia entre la costa oriental y occidental del Africa, hasta darle casi una figura triangular (42).

Tambien se conserva en Venecia en la biblioteca Marciana, la carta formada en 1436 por Andrés Bianco, en que el antiguo mundo aparece como un vasto continente, que el Mediterráneo y el mar de la India dividen en dos partes desiguales; el Africa se estiende desde el Oeste al Este, paralelamente á la Europa y al Asia; en su estremidad meridional se encuentra el reino del Preste Juan, que concluye antes de tocar al ecuador. La

*Filósofo.* Esta carta sirve para medir la tierra.  
*Sterpsiade.* ¿Cuál? ¿La tierra que ha de repartirse después de la victoria?

*Fil.* Nó; la tierra universal. ¿Ves? este es el contorno de toda la tierra. Aquí está Atenas.

*Ster.* ¿Cómo? Yo no puedo creerlo, pues no veo á los jueces que se asientan en sus tribunales.

*Fil.* Este es sin embargo todo el territorio de la Atica.

*Ster.* ¿Y dónde están los cicinianos, mis compatriotas?

*Fil.* Hélos aquí; y en este punto está la Eubea; ya ves que es una isla muy extensa.

*Ster.* Ah sí; tú y Pericles á fuerza de impuestos la habeis hecho más grande en producciones. ¿Y Lacedemonia dónde está?

*Fil.* Mírala allí.

*Ster.* ¡Diantrel Y bien cerca de nosotros. Es preciso alejarla.

(40) Véase el tomo III, pág. 591.

(41) El museo Borgia, en Valettri, poseia un mapa-mundi de cobre, de mediados del siglo xv, con algunas indicaciones históricas debajo de los nombres de los países. Por ejemplo: *Hic Tamuris Scitarum regina, Cyrum Persarum regem, cum militibus interfecit.—Hic uxores diligentes maritos se faciunt comburi.—Hic tot sunt homines magni, cornua habentes longitudine quatuor pedum, et sunt tot serpentes tante magnitudinis, quod bovem comedunt integrum.—Hic mulieres sine maritis partum faciunt.*

(42) ZURLA, el mapa-mundi de fray Mauro descrito é ilustrado. Venecia, 1806. Obra de poco valor.—Al trasladar este precioso monumento desde San Miguel de Murano al palacio ducal, se pudo hacer de él un exámen más detenido, y se encontró al dorso la siguiente inscripcion: *este trabajo quedó concluido en 25 de agosto de 1460.* En él está trazada toda la tierra bajo la figura de un círculo ceñido por el mar. En el centro está Jerusalem; el Norte en su parte inferior, y el Sud en la parte superior. Toda la circunferencia está cubierta de dibujos, inscripciones y comentarios, que dan una muestra de los conocimientos históricos de aquella época.

figura del Asia no es menos errónea, y la de la Europa, no vale mucho más. Pero al norte de ésta se hallan marcadas la Islandia y la Frislandia, y al Noroeste otra isla, llamada *Stokafixa*, que probablemente es Terranova, en donde abunda el *stokfish* (bacalao). Lo más chocante es, que el occidente de las Canarias se ve una tierra que forma un cuadrilátero muy prolongado, indicado con el nombre de Antilla. Pudiera creerse que era una adición hecha á la carta después del descubrimiento de América, si no la encontrásemos en las cartas de Picignano de 1367. Quizá estas indicaciones no debieron sin duda su origen más que á las fábulas árabes y españolas, que refieren, que cuando la invasión de los sarracenos, muchos cristianos huyeron, y fueron á buscar asilo en una gran tierra situada al Occidente, en medio del mar. La isla de la *Mano de Satan*, que el mismo Bianco coloca al norte de la Antilla, debe contarse también en el número de las fábulas.

Zanetti asegura que desde el año 1317 señalaban los venecianos los grados de longitud y latitud en sus cartas marítimas. La introducción de éstas contribuyó en gran manera al perfeccionamiento del arte, pues como se requieren en ellas mayor exactitud que en las terrestres, se rectificaban inmediatamente los errores cometidos en su construcción. El célebre historiador Ebn-Caldun, que vivió desde el 1332 hasta

el 1406, habla como de cosa corriente en su época de los diseños de las costas del Mediterráneo en cartas llamadas *al-kambas*, en que estaban marcadas la dirección de los vientos para regularizar los viajes de los navegantes.

Se atribuye al infante don Enrique de Portugal, la primera academia náutica establecida en Sagrés, en los Algarbes, en 1415, y la invención de las cartas planas, cuando antes sólo se hacían de meridiano inclinado; más parece que en esto se le anticiparon los catalanes. Este pueblo, considerado como el más ilustrado de España, adquirió grande prosperidad cuando sus condes subieron al trono de Aragón y Jaime I quitó á los moros el reino de Valencia y la isla de Mallorca. Los catalanes tenían frecuentes relaciones con el África. A consecuencia de su romántica expedición al imperio de Oriente habían fundado en él numerosos establecimientos desde los que frecuentaban los puertos del mar Negro. Fundaron en Mallorca una escuela de matemáticas, y allí se encontró un mapa anterior al año 1375 (43), que es el segundo en antigüedad, y que sólo cede al Atlas geohidrográfico de la biblioteca de Viena, formado por Pedro Visconti de Génova en 1318.

(43) Véanse las adiciones de Huot, á la *Historia de la Geografía* de Malte-Brun, libro XIX.

## CAPÍTULO II

---

### EL COMERCIO ANTES DE LOS GRANDES DESCUBRIMIENTOS.

Las expediciones y descubrimientos tenían siempre por principal móvil el comercio, cuya historia forma el vínculo entre los tiempos antiguos y los modernos, da la clave de muchos acontecimientos políticos como también del acrecentamiento ó decadencia de ciertas naciones y cambios operados en su carácter; cambios que, de ambiciosas é inquietas que eran, las han hecho pacíficas é industriosas (1).

Hemos visto que desde los tiempos más remotos de que habla la historia, se iba á la India en busca del algodón, los diamantes, las especias y las más ricas telas, así como de la Arabia se extraían los perfumes, el marfil, las perlas, que eran llevadas por medio de caravanas á las capitales de los reinos más famosos ó á los puertos más concurridos. Desde muy temprano se empezaron también á aprovechar los mares y los rios para establecer comunicaciones comerciales: á estos últimos debió la Mesopotamia su grande importancia, así como á su situación á orillas del mar debieron su riqueza y poderío la Fenicia, la Arabia y sucesivamente todos los demás países que forman las costas del Mediterráneo. Las muchas colonias fundadas por los griegos y por los cartagineses favorecían igualmente las comunicaciones entre los diferentes países, y el cambio recíproco de las mercancías. El afán de obtener productos extranjeros hizo emprender á los antiguos, según dejamos apuntado, viajes

mucho más largos que lo que podía esperarse de sus escasos medios de transporte y de la imperfeccion de sus instrumentos. Mientras la silla del Imperio estuvo en Roma, fué esta ciudad el mercado principal del mundo. El inmenso consumo de aromas y perfumes que se hacia en ella para el servicio de los templos y el placer de los ricos, así como de especias de todas clases, de perlas y piedras preciosas, de muebles de maderas exóticas, de tapices y adornos asiáticos y de millares de esclavos, atraía á los puertos de Italia naves del Euxino, del Asia Menor, de la Grecia, de la Siria, del Archipiélago, de la Libia y del Egipto. También el Norte enviaba allí sus pieles, su ámbar y sus maderas, con lo cual se acrecentó su comercio; y se abrieron por aquella parte nuevas factorías.

Con la decadencia de Roma cobró aliento Constantinopla. Esta ciudad, que estiende su derecha hácia el Archipiélago, su izquierda por el Ponto Euxino hasta Palus Meótidas, con el Asia Menor enfrente y la Europa á su espalda, parece destinada á ser la metrópoli del comercio del mundo. Apenas se trasladó allí la sede del Imperio, cuando se convirtió en mercado central de las mercancías de Oriente; eran llevadas allí por el Egipto, y hasta los mismos bizantinos iban á buscarlas á la India, embarcándose en Aila, dando la vuelta al Africa, y ganando á Taprobana, Caliana y Malea. Traficaban en las costas de Persia en caballos, tejidos preciosos y sedas.

Este último género se sacaba del país de los seres, pueblos de la China (2) que habitaban según parece, en el Tibet, de costumbres pacíficas aunque incultas, y que evitaban en lo posible el trato con los extranjeros. Los persas se habían reserva-

---

(1) Véase HUOT, *Hist. del comercio*.

SAVARY, *Diccionario de comercio*.

G. B. DEPPING. — *Hist. del comercio entre Levante y la Europa, desde las cruzadas hasta la fundacion de las colonias de América*. Paris 1830.

PARDESSUS, *Sobre el comercio marítimo*. Introduccion á su *Coleccion de las leyes marítimas*.

---

(2) Véase tom. III, pág. 8.

do el tráfico exclusivo de este género, hasta el punto que en el siglo vi negaron á los sogdianos, que habitaban en la Bukaria, el permiso de atravesar la Persia para vender la seda á los griegos. Las caravanas persas partian de Bactra y desembocaban en la region de los comedos junto á las fuentes del Yaxartes; de aquí se encaminaban á Tackend, y después de atravesar los desfiladeros de Conghez y el Kasgar, llegaban á la capital de los seres, que las estaban esperando, y que sin hablar palabra daban en cambio de la moneda europea sus lanas y sus sedas. De este modo permanecieron los griegos tributarios de los persas en el comercio de seda hasta el reinado de Justiniano, que aclimataron en su país el gusano que la cria (3). Todo el Peloponeso fué plantado de moreras, de donde le vino luego el nombre de Morea, y se establecieron fábricas por todo el Imperio, con lo cual se disminuyó, ya que no se remediara del todo, la necesidad de recurrir á los extranjeros para surtirse de este artículo.

Habiéndose apoderado los venecianos en 1018 de la isla de Arbo en las costas de Dalmacia, impusieron á sus habitantes la obligacion de pagar todos los años algunas libras de seda, ó en su defecto de oro puro (4). Aclimatados en Italia los gusanos de seda y las moreras por Roger de Sicilia, se desarrolló la industria de la sederia con la invencion de los tornos de hilar, y las manufacturas de este producto, juntamente con las de lana, llegaron á ser las principales fuentes de la riqueza de Italia (5).

(3) Véase tomo V, pág. 57.

(4) En 1248 prohibieron los venecianos el comercio de la seda á los recaudadores de los derechos impuestos á los fabricantes de artículos de la misma. Resulta por consiguiente que con aquella fecha había ya manufacturas de sederia.

(5) Al principio eran muy raras las moreras, tanto, que Crescencio (c. 14) se queja de que las mujeres cogiesen las hojas más tiernas de estos árboles para alimentar cierta especie de gusanos, lo cual impedía al fruto llegar á sazón. Se cree que Luis Sforza fué el primero que cultivó las moreras en su jardín de Vigevano, desde donde se propagaron por toda la Lombardia, y que de aquí le provino el sobrenombre de Moro. Muralto en su *Crónica de Como manuscrita* hace notar que la campiña que circunda á Como ofrecia la imagen de un bosque de moreras. Buonvicino de Riva, fraile de Milan, que escribió en el siglo xiii, dice que se fabricaban en esta ciudad paños de *lana noble y de seda*. Las fábricas de esta última florecian especialmente en Luca, pero cuando esta ciudad fué tomada á la fuerza, los operarios que había en ella se desparramaron por toda la Italia. Borghesano, natural de Bolonia, inventó en 1272 una máquina para torcer la seda, cuyo descubrimiento ocultaron los boloñeses con el mayor cuidado, hasta que en el siglo xvi la enseñó á los habitantes de Módena un tal Ugolino, siendo por ello ahorcado en efigie por sus compatriotas. En Florencia se contaba entre las artes mayores el de los fabricantes de telas de seda, desde antes del siglo xiv, y su gremio ostentaba en su bandera una puerta encarnada en campo blanco. No se pasó mucho

El Imperio de Oriente es el primero de quien sepamos que tuviera comunicaciones constantes y seguras con la China. Segun asegura Cosme Indocopleutes, los navegantes griegos llegaban hasta el Celeste Imperio después de una larga y difícil travesía, y por su parte los chinos venian á los puertos de la India ó á los del Golfo Pérsico. Pero si hemos de dar crédito á los historiadores de la China, los naturales de este país frecuentaban también las costas del Japon, del Kamschatka y hasta de la California, y allí cargaban pieles que traían á los puertos de la India, á donde venian á buscarlas los mercaderes occidentales. También Alejandria conservaba el comercio con el Africa; pero los persas, émulos constantes del Imperio de Oriente, se hicieron dueños exclusivos del tráfico del Golfo Pérsico.

La primera irrupcion de los árabes convertidos en mahometanos, no pudo menos de arruinar el comercio; pero tan pronto como fijaron su asiento en los países conquistados, fueron sus promovedores más ardientes. Basora, fundada por ellos, arrebató sus ventajas á Alejandria, y como por otra parte la ocupacion del Egipto por los árabes excluía á los

tiempo sin que se tejieran en Venecia damascos, brocados y toda especie de telas de seda. Las frecuentes relaciones de los españoles con la Sicilia les proporcionaron la ocasion de ejercer desde muy antiguo la industria de la sederia. Zurich fué una de las primeras ciudades que se dedicó á esta industria; pero los gravísimos desórdenes que ocurrieron en esta poblacion durante el siglo xiv, fueron causa de que pasase este arte á Como y Laris (GIOSIA SIMLER, *Rep. helvet.*, Elzevir, 1627). De aquí volvió á la Suiza en tiempo de la Reforma religiosa.

Las primeras provincias de Francia en que se empezó á fabricar telas de seda, fueron el Languedoc, la Provenza y el condado de Aviñon. En 1470 estableció Luis XI fábricas de seda en Tours, con operarios que hizo venir de Génova, Venecia, Florencia y hasta de Grecia. Sin embargo, tan escasa era en Francia la fabricacion de este artículo en aquellos tiempos, que Enrique II fué el primero que usó medias de seda en las bodas de su hermana celebradas en 1559. Enrique IV estableció algunos operarios en las Tullerías y en otras partes, y dió principio á las fábricas de Lion que trajeron tantas riquezas á la ciudad, especialmente después del maravilloso invento de Jacquard. El mismo rey hizo plantar muchos viveros de moreras, y trató de difundir en su reino la cria de los gusanos de seda; pero se necesitaba traer todos los años nueva simiente de España. De tal manera consiguió, á fuerza de desvelos, aumentar las manufacturas de seda en Francia, que se halló en el caso de poder prohibir su introduccion del extranjero. Pero revocó esta medida á instancia de los mercaderes de Lion.

Octavio Ney, negociante de esta ciudad, inventó á mitad del siglo xvii el arte de dar brillo á la seda, y Falcon, natural de la misma, inventó la lanzadera en 1758. Las lanzaderas que hoy están en uso son de origen italiano; pero fueron perfeccionadas por el francés Vaucanson.

En el presente siglo se ha traído de la China nueva semilla de gusanos, y se ha estudiado la manera de obtener la seda blanca natural, para evitar el excesivo desecho que produce el blanqueo artificial.

comerciantes de Constantinopla de la posesion del Mar Rojo, no tuvieron más recurso que recibir por conducto de aquéllos los productos de la India. Independientemente de las antiguas vías penetraron al oriente de la Persia en la Bukaria, hacia el lago Aral y el mar Caspio, y allende este mar en el país de los búlgaros y de los eslavos; sus monedas, desenterradas en gran número en la Rusia europea, comenzando desde el gobierno de Kazan, país de los búlgaros, hasta el obispado de Cristian-sund en Noruega, manifiestan sus multiplicadas relaciones por esta parte. Las principales son asiáticas, algunas de Africa y de España. Se saca en consecuencia que al fin del siglo IX y al principio del X el comercio de los productos del Norte se hacia principalmente con la Gran Bukaria, donde tenia por mediadores á los búlgaros del Volga, vecinos de los khazares, y por agentes secundarios á los rusos, que por una parte recibian los géneros de los búlgaros y de los khazares, y por otra, los de los países del Báltico (6). Otro camino atravesaba la Persia y la Mesopotamia, dirigiéndose al Cáucaso y al mar Negro, cuyos puertos se comunicaban con los del Mediterráneo.

También iban los árabes á la China septentrional atravesando el Cabul, el Tibet y el desierto de Cobi, ó bien por Samarcanda y el Kasgar. En Can fu (*Canton*) era tan crecido el número de árabes que se hallaban establecidos, que obtuvieron del emperador de la China la gracia de tener un cadí propio. Así es que las mercancías de aquel país y las de la India, pasaban necesariamente por sus manos. Basora era el centro de todo comercio: desde allí unas caravanas atravesaban el Tigris, y por la Persia iban á parar á Tebris, desde cuyo punto se dirigian por la Armenia á Tana (Azof) en el mar Negro; otras partiendo de Bagdad ó de Tauris iban á Damasco, Alepo, Tiro ó Antioquia; algunas se encaminaban al mar Caspio y á los países circunvecinos, actualmente pertenecientes á la Rusia, en donde cambiaban sus mercancías por granos, lanas, cueros, pescado, metales, esclavos y sobre todo pieles. Importaban del Africa marfil y oro, y penetraban dentro de este país hasta las orillas del Níger.

Las mercancías de la China meridional, de la India y de la Arabia, eran trasportadas por mar á Cambaya en el Guzerate, situada en las bocas del Sind; desde aquí siguiendo río arriba hasta donde era navegable, se llevaban á Cabul ó á Gazna, desde cuyo punto pasando por Candahar y la Bukaria, eran conducidas por el Djihun (Oxo) al mar Caspio. Cuando los tártaros encaminaron

la corriente de este río hacia el lago de Aral, las mercancías fueron trasladadas por tierra al mar Caspio, ó á la gran vía central al mediodía de este mar, ó al Volga hacia el Norte, en direccion de la vía septentrional.

Otras veces se traian las mercancías á la desembocadura del Tigris ó del Éufrates; de allí eran generalmente trasladadas á Basora, situada á corta distancia, y luego á Tebris, ó bien remontaban el Tigris y eran conducidas á Trebizonda en el mar Negro, ó á Ayaccio en el Mediterráneo.

Segun parece, las embarcaciones chinas llegaban hasta Malacca y Sumatra, donde cambiaban por drogas el áloe y otras producciones de estos países, telas de seda, alumbre de roca, ruibarbo y obras de ebanisteria. El punto más importante de la costa occidental de la India era la isla de Ceilan: á ella venian á traficar los árabes, africanos, indios, malayos y chinos, que eran admitidos indistintamente por el rey de la isla, que sacaba de ellos grandes ganancias. Las mercancías que los mercaderes de estos diferentes países exportaban de Ceilan, eran la nuez de la areca, drogas medicinales, incienso, raiz de chaya para teñir las telas de algodón de color de naranja, aceite y azúcar de palma, gengibre, tamarindo, goma laca, índigo, pimienta, palo de sándalo y de sapan, brocados de oro y plata y telas de algodón.

Escluidos los bizantinos de los puertos árabes, se decidieron, para satisfacer la inevitable necesidad de las mercancías de la India, á hacer un larguísimo viaje, remontándose hasta Kiev, en Rusia, ciudad que los escritores del Norte dicen ser la rival de Constantinopla, y donde se hacia un comercio muy activo de pieles. Se cambiaban, por la mediacion de los búlgaros, por mercancías indias y chinas, que á pesar de un largo y difícil camino y onerosos derechos, llegaban á Constantinopla en bastante cantidad para proveer á todo el Occidente.

Sin embargo de que la Europa habia sido trastornada por las incursiones de los bárbaros y fraccionada después por el feudalismo, que convirtiendo en extranjero al propietario del campo limítrofe, impedía las comunicaciones y la confianza, que es la vida del comercio, no llegó éste á paralizarse del todo. Protegiéronlo los papas y Carlomagno procuró darle actividad. Los pueblos del Norte, que hemos visto tan audaces en sus correrías, seguian traficando, y ya desde aquellos tiempos eran concurridos los mercados de Trosó en la Esthonia, de Berghen en la Noruega, de Sleswig en la Judlandia, de Halerik, Odensea, Roskil en las islas Danesas, de Land y de Helsingburg en la Escania, de Sigtuna en la Suecia. Estos puntos conservaban relaciones de un lado con la Permia Glacial, y de otro con los países que producen la seda.

Las cruzadas comenzaron, no obstante, á hacer que se considerase á la Europa como á una sola nacion, reunieron á los hombres en empresas co-

(6) LEDEBUHR, *Pruebas encontradas bajo de tierra, en los países del Báltico, del comercio de esta comarca con el Oriente, bajo el dominio de los árabes* (aleman). Berlin, 1840. Frahen leyó en octubre de 1841, á la Academia de Ciencias de San Petersburgo, una disertacion sobre las monedas árabes desenterradas en Rusia.

munes, y los acercaron á los países de donde se sacaban las mercancías preciosas. Aumentaron los beneficios, los privilegios, las ocasiones de lucro para las ciudades marítimas, que protegieron sus especulaciones con el estandarte de la cruz. Después declinó el feudalismo á medida que se constituyeron las naciones, y los concejos adquirieron la libertad que da el valor de tentar empresas, y la confianza en la indagación de las mejoras.

La Europa podía ser considerada entonces, con respecto al comercio, como dividida en dos partes; la una en redor del Mediterráneo, la otra el del Báltico, del mar de Alemania y del Océano Atlántico. Asignamos á la primera la Italia, la Provenza, el Languedoc, Cataluña y Valencia; á la otra los Países Bajos, las costas de Francia, Alemania, Escandinavia y los condados marítimos de la Inglaterra; las primeras se dirigían al Mediodía y á Levante; las otras al Norte y hacía el mar Glacial.

Hemos dado un bosquejo del comercio italiano (7); pero poco á poco los genoveses y los venecianos se hicieron los principales agentes, si no los únicos, del comercio de la Europa con la India: cuando las conquistas mahometanas y las guerras religiosas sucesivas impidieron ir por Egipto, se dirigieron por la Siria y el mar Negro. Se atribuye al dux Andrés Dándolo, el historiador, la gloria de haber vuelto á abrir el Egipto á sus compatriotas, enviando una embajada al soldan, en ocasión de las diferencias que se habían suscitado entre él y los tártaros, y que el dux apaciguó. Francisco Balducci nos describe el viaje que hacían entonces los venecianos para ir desde Tana á Catay, donde debían dejarse crecer la barba, y procurarse un buen intérprete, como también servidores que supiesen hablar el tártaro. Un mercader llevaba comunmente consigo, tanto en dinero metálico como en mercancías, veinte y cinco mil ducados de oro; y el gasto de la travesía hasta Pekin, comprendidos los salarios de los servidores, no escedia de trescientos á trescientos cincuenta ducados.

Los venecianos iban á buscar al Norte cáñamo, madera de construcción, cables, pez, sebo, cera, pieles, que esportaban por la Pequeña Tartaria. Para asegurar este camino, Venecia y Génova concluyeron al efecto frecuentes tratados en el siglo XIII con los sucesores de Oktay y de Gengiskan, que habían conquistado la Rusia, la Polonia, la Hungría y la Moldavia (8). Caffa y Tana eran los dos mercados de aquel comercio. En esta última tenían factorías Génova, Venecia, Florencia y otras ciudades. Habiendo obtenido los genoveses permiso para residir en Caffa, concluyeron por hacerse dueños de esta ciudad, que era la llave

del camino de Oriente; después excluyeron á los venecianos del mar Negro, haciéndose ceder á Pera, arrabal de Constantinopla (1261). Esta colonia llegó á ser tan poderosa, que más de una vez asustó á los emperadores; se gobernaba por un podestá propio enviado de Génova, un consejo de veinte y cuatro, y otro de sabios. Cuando cayó Constantinopla en poder de los turcos, esta colonia tan floreciente vino muy á menos, y únicamente pudo sostenerse á fuerza de humillaciones.

Los venecianos se establecieron principalmente en Alejandria, otro puerto muy favorable, donde las mercancías llegaban, con una corta travesía por tierra, entre el golfo Arábigo y el Nilo. Un canal que comunicaba con este río facilitaba las comunicaciones de Alejandria con el mar Rojo y con el Cairo, á cuya ciudad venían todos los años caravanas de lo interior del Africa con gomas, colmillos de elefante, tamarindos, papagayos, plumas de avestruz, oro en polvo y negros. Desde aquí continuaban las caravanas su camino á la Meca, ó hacía el monte Sinaí, lo que les proporcionaba nuevos cambios. Muchos europeos atravesaban el Egipto en compañía de estas caravanas; pero los comerciantes que desembarcaban en Alejandria eran mirados con tan gran recelo, que se quitaban las velas y el timon de sus embarcaciones, y se inscribían sus nombres en un registro. Los mamelucos, cuya única renta consistía en los derechos que devengaban en aquella travesía, los favorecieron, y por su parte los venecianos, sin asustarse de las bulas pontificias que prohibían todo trato con los mahometanos, usaban con respecto á ellos los mejores procedimientos posibles. Si ocurrían algunas diferencias entre ellos, se les veía presentarse en las costas con amenazadoras fuerzas de la misma manera que actualmente lo hace la Inglaterra. Comercian con Africa los italianos, los marseleses y los catalanes. El rey de Túnez cedió á los pisanos la isla de Tabarca, donde se hacía la pesca del coral; también tuvieron relaciones con el imperio de marruecos, de las cuales todavía se conservan documentos.

Los venecianos habían obtenido también grandes privilegios entre los armenios, pueblo sóbrio, industrioso, activo, que habiendo reconquistado su libertad en tiempo de las cruzadas, había buscado la alianza de los europeos. Sólo los venecianos tenían el derecho de llevar al país camelotes y de extraer el pelo de las cabras de Angola; gozaban exención de derechos, tenían sus magistrados aparte y una franquicia absoluta para las mercancías, que sacadas de la Táuride y de la Persia, atravesaban el país (9). Aprovechábase Trebizon-

(7) Véase el libro XII, cap. XXIII.

(8) MARSIGLI, *Investigaciones sobre el comercio veneciano*.

FANUCCI, *Historia de los tres célebres pueblos marítimos de la Italia*.

(9) Poseemos la relación de los viajes del genovés Sanstefano publicada en 1496. Este viajero fué á la India por la vía de Egipto, llegando hasta Sumatra. De vuelta á Cambaya, se puso á servir á un mercader de Damasco. En Ormuz se unió á unos armenios que se dirigían á Trebi-

da de aquel tránsito para poblarse con numerosas colonias que hacían el comercio de especiería. Constantinopla estaba mejor situada para sacar partido de él; pero en su aniquilamiento dejaba á los italianos la fatiga y los beneficios de su comercio.

La conquista de aquella ciudad por los latinos pareció deber animar con colonias europeas el litoral de Levante, lo cual hubiera dado un nuevo impulso á la civilizaci6n y un acrecentamiento incalculable al comercio; pero los reinos latinos no tardaron en perecer. Después, se pudo creer por un momento que las conquistas turcas tendrían por resultado arrojar de Levante á los europeos é interrumpir las antiguas comunicaciones con Oriente; pero los príncipes musulmanes establecidos á lo largo de la costa septentrional y oriental de Africa, como también en el golfo Árábigo y el Pérsico, no habían hecho causa común con sus hermanos de Siria, y en su consecuencia no alimentaban odio contra los cristianos. Así es, que las ventajas de las cruzadas no desaparecieron por completo á pesar de su éxito desgraciado.

El dux Mocénigo calculaba que Venecia debía tener constantemente en circulaci6n diez millones de zequés, es decir, tres mil barcos de cien á doscientas toneladas, tripulados con diez y siete mil marineros, trescientas naves del Estado con ocho mil hombres de tripulaci6n, y cuarenta y cinco galeras con once mil. Aparte de los buques de particulares ocupados en la importaci6n y exportaci6n de mercancías, la república enviaba cada año veinte ó treinta galeras de transporte, de mil á dos mil toneladas cada una, con un cargamento de cien mil ducados. Una flota acudía al mar Negro, otra á Siria, y una tercera á Egipto. La cuarta y más importante cargaba de azúcar en Siracusa, y desde allí se dirigía á Africa para encontrarse en las ferias de Trípoli, de la isla de Gerbi, de Túnez, de Argel, Oran, Tánger, con objeto de cambiarlas con las producciones del país, como trigos, marfil, esclavos, polvos de oro. Pasando después el estrecho de Gibraltar proveía á Marruecos de hierro, cobre, armas y utensilios. Costeaba también el Portugal y la España, donde compraba en los puertos de Almería, Málaga, Valencia, lanas, seda y trigo; después, costeando la Francia, llegaba á Brujas, á Amberes, á Lóndres, y llevaba, en fin, á la liga anseática los productos del Asia, en cambio de lanas, pieles y otros géneros del Norte (10). Así es como la marina del Estado, al paso que se-

cundaba las empresas mercantiles de los particulares que no podían armar bajeles por su propia cuenta, conseguía también mantenerse en ejercicio.

Nápoles cambiaba sus variados productos en Constantinopla, en el mar Negro y en Marsella. Trani era un gran mercado de géneros asiáticos: Gaeta comerciaba con Berberia, y la Sicilia con Cataluña, Valencia y Murcia. Marsella, que desde su origen no había descuidado nunca el comercio, aumentó el suyo, merced á los cruzados que con frecuencia iban á embarcarse en aquel puerto ó fletaban allí barcos. Balduino II (1117) concedió á los marseleses un establecimiento en Jerusalén, con esclusi6n de todo el que no había nacido su conciudadano; y en 1190 poseían bastantes buques para trasportar el ejército de Ricardo Corazón de León. Las diferencias de la Francia con Aragón, en que fueron envueltos por Carlos de Anjú, no perjudicaron poco á su poder en el Mediterráneo.

El comercio de Francia fué escaso, hasta que Luis IX se apoderó de Aigues-mortes. En Languedoc se fabricaban paños; Aviñ6n, que se había enriquecido con la residencia de los papas, hacía operaciones de giro, y se conservan tratados de comercio entre las ciudades italianas y las de Niza, Grasse, Frejus, Antibo y Arlés. Los paños de Ruan, Caen y Louviers eran muy estimados, así como las tapicerías de Beauvais y de Arras y las telas de Cambrai y de Laval. Antes de que Lyon se hiciera famosa por sus tejidos de seda, era el depósito de los productos de los países situados á orillas de los dos ríos que pasan por aquella ciudad. También era muy nombrada la feria de Champagne, y aun más la de Troyes, en las que se hicieron comunes las medidas y se adoptó la libra tornesa. Los ingleses se apoderaron en una sola vez de ciento veinte naves de la Normandía á la entrada del siglo xiv.

Los árabes llevaron á España las industriosas costumbres de su país, y apropiándose al suelo, le hicieron estremadamente floreciente. Introdujeron el cultivo del azúcar, del algodón, del azafrán, los procedimientos para la preparaci6n del cordobán, del alumbre, del papel de algodón; y dieron estos productos á los europeos en cambio de hierro en barras, alambre, cobre, plomo, armas, vasos de cobre, madera de construcci6n, papel de hilo. Cataluña participaba de aquella industria, y lo que los árabes habían fabricado para la Francia, la Italia y los Países Bajos, era llevado á Barcelona, donde se trabajaban además las telas de algodón y el fustán.

Fernando el Católico, con el objeto de aumentar enormemente el beneficio ya considerable que le procuraban los venecianos arribando á sus Estados, impuso una contribuci6n de diez por ciento sobre todas las exportaciones. Los ministros de su sucesor duplicaron este derecho y establecieron otro sobre las importaciones. De esta manera fué víctima Venecia del sistema esclusivo que había

zonda, se embarcó para el Laristan, provincia persa, en donde solían atracar las naves salidas de la embocadura del Éufrates con direcci6n á la India. Esperó en el país de los azaménos á las caravanas, y pasando por Ispahan, Kasbin y Soldania, llegó á Tebriz, desde cuyo punto marchó á Aleppo.

(10) Véase t. VI, pág. 471.

introducido; pero los españoles en lugar de cuadruplicar sus rentas como lo creían, destruyeron el comercio y la agricultura (11).

La costa septentrional de Africa estaba dominada por los berberiscos, que impedían a los europeos internarse en el país que ellos recorrían hasta más allá del cabo de Nun, y hasta la Nigrícia y Tumbuctú.

Si queremos saber en qué consistía principalmente el tráfico del Mediterráneo, encontramos que las especias eran muy buscadas, sobre todo la pimienta, tan indispensable entonces como lo fué dos siglos después el azúcar. Las más pequeñas ciudades tenían almacenes de ella; en algunas los derechos sobre este género suplían á todos los demás. En 1299 los señores de Basilea concedían el derecho de vender pan, mediante la retribucion de una libra de pimienta al año (12). La canela, el clavo, la *curcuma* ó azafran de la India, el gengibre, la cubeba, el anís, las hojas de laurel, el cardamomo, la nuez moscada, eran para los sentidos, agradables estimulantes, sin contar las flores de lavanda cogidas en Italia. El alumbre era llevado de la Caramania, porque las minas de Europa no se conocieron antes del siglo xv. La gran *galanga*, cuya raíz es para los habitantes del Malabar un alimento sazonado y un remedio, por su reduccion á harina que se mezcla con el jugo del coco, y de la que se hace una especie de torta, era recibida con avidez, sobre todo en Francia. Añádase á esto la paja de la Meca (*andropogon schoenanthus*), la escamonea, la goma laca, el gálbano, el laserpicio, la sarmentaria, el aloe, la mirra, el alcáñfor del Japon, el ruibarbo de la Siberia meridional, además el sen, la cañafistola, el badegnar, las agallas de las hojas del espino blanco, el cisto de Creta del que se estrae el láudano, el aceite de sésamo, la goma de astragalo, la sandaraca de Africa, la almáciga, la goma arábica, la sangre de drago de las Canarias. Además de estos productos, exóticos en su mayor parte, se traficaba con los frutos de Italia, España y Grecia, y especialmente con el aceite, el vino y el arroz; este último artículo era hasta vendido por los especieros como se llamaba á los que vendían los productos extranjeros que dejamos mencionados. Venecia hacia un comercio importante de sal. El café no se conocía, el azúcar tenía pocos usos.

La seda, tan escasa en tiempo de la caída del imperio romano, se estendió cuando se dedicaron á criar gusanos de seda en los confines de Europa, y después en España donde los árabes enriquecieron con afamadas manufacturas á Almería, Lisboa y Granada. Después, cuando la toma de Constantinopla, los venecianos estendieron la produccion de las sedas, cuyo monopolio aseguraron

por tratados con los príncipes de Acaya. Las manufacturas de seda fueron causa de la grandeza de Luca hasta el momento en que la tiranía de Cas-truccio produjo la ruina de aquella industria; entonces de novecientas familias espulsadas del país, treinta y una de obreros de seda fueron acogidas en Venecia. Encontróse en esta ciudad el medio de hilar el oro y la plata. Bolonia conservaba con cuidado el secreto de sus talleres de hilar la seda, y se trataba de imitar en Italia las telas y alfombras que enviaba Mosul Baldac y Damasco.

Las pieles, señales distintivas de los caballeros y de algunas dignidades civiles y eclesiásticas, eran consideradas al igual de la seda. Las más comunes venían de Suecia y Noruega; las más preciosas de Rusia, y eran preparadas en Magdeburgo, en Brunswick, en Brujas, en Estrasburgo, como también en Venecia, en Bolonia, en Florencia; desde allí se enviaban en gran cantidad á Oriente.

No teniendo los príncipes ejércitos permanentes, no poseía el Estado fábricas de armas; y esta clase de trabajo ocupaba gran número de obreros, en atencion á que cada feudatario debía proporcionarlas á sus hombres, cada individuo libre procurárselas para sí mismo, cada armador proveer á su buque. Se hacían muchas en Estrasburgo y Magdeburgo, como también en Bruselas, Malinas y Brujas, que por el Rhin y el Mein las dirigían por el Danubio á Grecia; Venecia, Barcelona, Milán, tenían también manufacturas de armas afamadas. En un tiempo donde se hacia grande uso de los caballos, debía haber gentes dedicadas á tener cuidado de las razas, como también zurradores y guarnicioneros. Los Países Bajos, Estrasburgo, Zurich, Marsella, que sacaban del Norte los cueros y el aceite de foca para prepararlos, tenían gran reputacion en esta última industria.

Los molinos de papel del Friul y de Brescia proporcionaron un nuevo objeto de exportacion á los venecianos, que no tardaron en añadir el arte de la imprenta á los de preparacion de drogas medicinales, refinamiento del azúcar y fabricacion de vidrios, espejos y objetos de bisuteria en que de antiguo se ejercitaban. Las minas de la isla de Elba y de Pietrasanta enriquecieron la Toscana, así como á Venecia las de hierro y cobre del Friul y de la Carintia.

Nuevas necesidades se habían introducido por el culto; los días de vigilia hicieron se buscasen los pescados. En el siglo duodécimo se pescaban arenques en el Rhin, si es que no era la saboya que, una vez salada, pasaba con este nombre en el comercio. Se encontraba en abundancia en las costas de la Escandinavia, pero rara vez en las partes meridionales del mar del Norte y en el Atlántico. De repente, sin que se sepa por qué revolucion, este pescado se trasladó á las costas de la Holanda y de Inglaterra. Entonces se ocuparon millares de barcos en pescarlo, y aun mucho más cuando Guillermo Beukelszoon, de Biervliet, cer-

(11) PARUTA, *Historia de Venecia*, IV, 257.

(12) HERGOTT, *Geneal. dipl. gentis Habsburgo*, t. III, página 570.

ca de la Eclusa, encontró el medio de conservarlo (1449).

Se necesitaba también, para los ritos de la Iglesia, cera y ambar amarillo. La primera era preparada por las abejas en las inmensas selvas de la Polonia y de la Lituania y trabajada luego por los venecianos; el segundo, arrojado por el mar en las costas de Prusia (13), se empleaba en lugar de incienso; en Lubeck, Hamburgo, Amberes, Brujas y Venecia se hacían crucifijos y rosarios. Se fabricaban para los trajes y vestidos de los clérigos, telas de pelos de cabra, seda y lana. Trípoli de Siria, Arringan en Armenia y la isla de Chipre, suministraban el bucaran, la Italia el camelote, y Ratisbona el barragan.

Poco adelantada la Gran Bretaña en el comercio marítimo, estuvo recibiendo los productos que necesitaba por conducto de los extranjeros, hasta que en el siglo XIII se formaron compañías de nacionales para ir á comerciar á Flandes. Al contrario, este país unía á la fertilidad de su suelo, la gran extensión de su comercio, que aumentó especialmente después que los cruzados belgas de vuelta de su expedición ponderaron el lujo de Italia y de Levante. De aquí resultó que los Países Bajos adquirieron con el comercio una vida, si bien artificial, en extremo animada, especialmente en la parte valona ó meridional. Si hemos de creer á Mateo de Westminster, todo el mundo vestía de lanas inglesas tejidas en Flandes, y no tan solamente los cristianos, sino hasta los turcos se afligieron de la aciaga lucha que estalló en 1380, entre las ciudades de aquel país y su conde, en atención á que Flandes era el mercado general de todos los pueblos. La sola ciudad de Gante podía poner en campaña tres ejércitos; sus armas eran un león con collar de oro teniendo entre sus garras un escudo negro, que indicaba el baluarte que protegía al león popular. El 1156 tuvo esta ciudad dinero bastante que dar á su príncipe para rescatar el condado que tenía empeñado, después llegó á contar hasta cuarenta mil telares de sargas y tapices. Courtray mantenía seis mil tejedores de paños y cuatro mil Ipres. Los tapices de Oudenarde rivalizaban con los de Arras. En Lovaina trabajaban cuatro mil telares á mediados del siglo XIV, y otros tantos en Malinas. Brujas en su época más floreciente contaba cincuenta mil obreros; comerciantes de diez y siete distintos países tenían allí sus establecimientos mercantiles y aun se cree que había en ella una cámara de seguros. Ya desde el año 958 el conde Balduino había establecido mercados en la mayor parte de las ciudades flamencas.

Los belgas compraban á la Inglaterra sus lanas crudas, y se las volvían á vender trasformadas en paños, pagando aquéllos la diferencia en objetos de estaño, que eran un lujo en las mesas alemanas. Desde 1220 habían establecido en Londres una casa de giro, al mismo tiempo que á orillas del Rhin, hacía centro de su comercio á Colonia. Más tarde lo fué Amberes, situada en el centro de la Bélgica, y con un hermosísimo puerto, que en breve fué la escala del comercio del mediodía de Europa con el norte. Amsterdam llegó á ser una ciudad marítima, cuando el Zuyderzée, lago situado entre las provincias de Holanda, de Utrecht y de Frisia, se encontró unido á un golfo que formó el mar, penetrando furioso entre la primera y la última de estas tres provincias, por el paso del Texel.

La Holanda se dedicaba también al tráfico de las lanas inglesas, y en 1285 se estipuló entre Eduardo I y el conde Florencio V que se establecería el mercado en Dordrecht; al mismo tiempo convinieron en que sólo holandeses y zelandeses pescarían en la costa de Yarmouth. Los ingleses por su parte preferían á los puertos de Zelanda los de Flandes, como mejores y más conocidos; pero casi todo su comercio consistía en la venta de las lanas que les proporcionaban sus numerosísimos rebaños.

El valle del Danubio era la vía más fácil para introducir la mercancia de Oriente en la Alemania central y meridional. Ya desde el siglo IX servía de primera estación en esta ruta la abadía de Lorríck; desde aquí se remontaba el río hasta Ratisbona, luego se continuaba por tierra hasta la Sojonia, ó bien siguiendo río arriba se atravesaban los países que ahora se llaman de Wurtemberg y de Baden, hasta llegar á Estrasburgo.

Los habitantes de las orillas del Rhin se dedicaron también á la industria de telas de lana ayudados por las franquicias locales; mientras que las ciudades de Francia tardaron mucho en aplicarse á ella, bien fuese por las trabas que las imponían los señores, ó por las guerras que tuvieron que sostener con la Inglaterra. No enviaban al Norte más que sal, porque sus vinos eran menos estimados que los del Rhin.

Desde el siglo XII eran ya frecuentadas las ferias de Francfort sobre el Mein, así como las de Maguncia, Colonia y Nuremberg.

El descubrimiento de las minas de Hartz aumentó el numerario. Multiplicóse la industria de telas entre los alemanes y flamencos, y la Frisia exportaba en gran cantidad sus lienzos que sustituyeron con ventaja á las telas de lana que usaban interiormente los antiguos y á las de algodón de los árabes.

Por todas partes mejoraban las condiciones del comercio, porque si no tenía en un principio más protectores que la Iglesia y el secreto, pudo entonces presentarse claramente. Los progresos del entendimiento humano hicieron que se escribiese so-

(13) En abril de 1840 escribían de Dantzig, refiriéndose á la recolección del ámbar, que en la sola aldea de Weichselmund se habían recogido 1,500 libras por día, de modo que se temía que la abundancia disminuyese su valor.

bre él más de lo que se había escrito hasta entonces; los príncipes disminuyeron los impuestos, conociendo que ganarian más con la concurrencia y el establecimiento de extranjeros industriosos en sus Estados, que con la inmediata percepción de los derechos.

El cálculo del interés individual llegó á comprender que era posible obtener por la unión de muchos, resultados para los cuales eran insuficientes las fuerzas de un solo particular. Así es que desde luego vemos se formaron compañías de negociantes en Italia y otras partes: en 1188 se hace ya mención de sociedad pisana de los Humildes (*Umili*) que en medio de sus negocios de comercio, no dejó de socorrer á los cruzados (14). La de los lombardos era mucho más importante; Luis de Saboya, señor del canton de Vaud, dió salvo-conducto á los procuradores de la comunidad de comerciantes de Milan, Florencia, Roma, Luca, Siena, Pistoya, Bolonia, Orvieto, Venecia, Génova, Alba, Asti, y la Provenza (15). Tenia esta comunidad sus jefes especiales; por armas una bolsa y una estrella, y eran tan grandes los privilegios de que gozaba en Francia que podía considerársele como un Estado dentro del Estado. Además de tener leyes y medidas propias y de pagar levísimos impuestos, estaban exentos sus miembros de los derechos de naufragio y de albinaje (*aubaine*), y si alguno de ellos era desterrado por delitos, se le concedía en plazo de un año y cuarenta días para poner en orden sus negocios. Hasta la autoridad pontificia les prestaba su apoyo, excomulgando al que violase los pactos celebrados con ellos.

Tampoco eran desconocidas en aquel tiempo las sociedades en comandita, segun se desprende de un decreto sobre la usura de 1315, que habla de las sociedades de este género que los italianos tenían en Francia.

Como el exclusivismo era entonces el pensamiento dominante del comercio, cada compañía se esforzaba en procurarse ventajas con perjuicio de los demás, obteniendo el monopolio y con él utilidades enormes. En ciertos países se colocaron en el fondo comun los derechos y concesiones que habían podido conseguirse, y de este modo se formó la liga anseática (16). Las ciudades confederadas se apresuraron á fundar establecimientos ó levantar fortalezas en los lugares en que el mercado era más lucrativo, y á procurar franquicias y garantías de seguridad á sus colonias, lo cual era muy importante, especialmente en las regiones del Norte, en donde los habitantes estaban habituados á mirar á los extranjeros como enemigos. En Wisby, en la isla de Gothland, una de las factorías principales de la Hansa, la mayor parte de la po-

blacion se componia de alemanes, y tomaban asiento en la corporacion municipal. Los bremeses partieron de allí para descubrir la Livonia en donde abundaban las pieles. Otros alemanes pudieron, merced á la proteccion de Wisby, establecerse en Novogorod con un juez especial suyo: era una plaza importante para sacar de ella peleterias, cueros, maderas de construccion y pez; así es que un estatuto anseático prohibia que en los mercados de la Rusia se emplease el dinero, y prescribia que todos los negocios se hiciesen por cambio. En Khologhii Gorodok, en la confluencia del Mologa y del Volga, se celebraba una famosa feria, que era el punto de reunion de los comerciantes rusos, alemanes, griegos, italianos y orientales; y el gran príncipe sacaba sólo del derecho de portazgo, 180 *pouds* (más de 3,000,000 de reales). Tambien se formaron otros establecimientos notables en Skanort y Falsterbo en la Escania, para la pesca del arenque, mientras el pescado permaneció en sus aguas, y las ciudades anseáticas obtuvieron ó usurparon su privilegio, con exclusion hasta de los mismos naturales. Tantas prerogativas hicieron, que muchas veces se prescindiese de la buena fe.

Bergen en Noruega, era el mercado adonde iban á parar las producciones de la Islandia, de la Groenlandia, de las islas Feroe y de las Orcadas, producciones que consistian en pieles, manteca, ballenas, plumas y en todo lo necesario para la construccion de buques. Pero como los escoceses é ingleses frecuentaban las costas noruegas, costó mucho trabajo á la liga anseática conseguir el monopolio. Principió sin embargo á comprar privilegios, y á asegurarse la facultad de hacer operaciones sin intervencion de los naturales del país, y después se puso á traficar directamente con los habitantes de los pueblos y aldeas. Entonces consumió dasapiadadamente la ruina de Bergen. Pero tuvo que sostener guerras tenaces para conservar la posesion del Báltico, cuyos ribereños eran no obstante tan sencillos, que creían no poder dar salida á sus productos, sino ofreciendo á los compradores el aliciente de los privilegios.

Así como la Francia, la España y las costas del Mediterráneo no eran visitadas por los alemanes en el siglo XIV, así tampoco los meridionales penetraban en el Báltico. Mas unos y otros se encontraban en Brujas ó en cualquiera plaza de los Países Bajos, y allí se hacia el cambio de las mercaderias. La liga no pudo asegurarse allí el monopolio, por la oposicion de los condes de Flandes y de los duques de Brabante, y por las frecuentes disensiones de las dos naciones. Pero cuando á principios del reinado de Felipe el Atrevido, los alemanes viendo violados sus derechos, comprometida su seguridad y desatendidas sus quejas, convinieron en trasladar sus establecimientos mercantiles de Brujas á Dordrecht, corsternados el duque y las ciudades, les ofrecieron una transaccion, y se celebró su regreso como una ventaja pública; tan necesarios se les conceptuaba entonces.

(14) MURATORI, Disert. 30.

(15) Docum. En el archivo de la Cámara Real de Cuentas de Turin.

(16) Véase libro XIII, cap. XXIV.

Las ciudades anseáticas concibieron también el proyecto de una comunicación mútua por mar ó por medio de canales navegables; trabajos á la sazón muy difíciles, tanto por lo defectuoso de procedimientos hidráulicos, cuanto por los obstáculos del terreno que era preciso atravesar. Pero la Italia había suministrado ya modelos en este género, la Holanda enseñado á dirigir el curso de las aguas por medio de las esclusas (17). La liga anseática se aprovechó de aquellos ejemplos para abrir muchos canales, de los que los principales fueron el de Lasrona entre el Immenau y el Elba; el de Hamburgo entre esta ciudad y Lubeck; otro entre Brunswick y Brema, otro entre esta última población y la de Hannover, y otro que debía conducir el Elba á Wismar.

La Inglaterra, empeñada entonces en asegurar su libertad política, no se preocupaba demasiado con su prosperidad comercial. No obstante, el comercio estaba allí protegido con buenas leyes, entre otras por una consignada en la Carta Magna que establecía unas mismas pesas y medidas para todo el reino, y ordenaba que los mercaderes fuesen bien recibidos y tratados. Con todo, aquella nación estaba tan distante de pensar en la grandeza á que se ha elevado por el comercio, que á fin de dar á éste algun impulso, multiplicaba los privilegios á favor de los extranjeros. En 1203 se encuentra uno concedido por Juan Sin Tierra á los comerciantes de Colonia, otro por Enrique III á los de Brunswick, y después á los de Lubeck y Hamburgo. Los alemanes fundaron entonces un establecimiento en Lóndres, que llegó á ser comun á toda la liga anseática. Eduardo II concedió á los extranjeros, y sobre todo á los alemanes, belgas y lombardos, privilegios tan extensos, que concentraron casi todo el comercio en sus manos. Hasta mediados del siglo XIV no formaron los ingleses una sociedad, llamada primero sociedad de Tomás Becket, y enseguida de los Aventureros; pero los extranjeros quedaron siempre favorecidos, porque suministraban dinero á los reyes, que de este modo no necesitaban recurrir á los parlamentos (18).

En 1261 el parlamento de Oxford prohibió la exportación de lanas del reino y la importación de paños extranjeros; pero esta medida no pudo llevarse á cabo por falta de fabricantes, hasta que las continuas guerras de Flandes decidieron á muchos de este país á trasladarse á Inglaterra, movidos además por las ofertas de Eduardo III, que les prometió entre otras cosas, *buen vaca y buen carnero cuanto pudiesen comer*. Como se quejasen los obreros de que los gremios perjudicaban á la industria particular, el parlamento, que comprendió la importancia de este asunto, lo tomó en consideración con toda solicitud, y publicó muchas dispo-

siciones al efecto. La condición de mercader fue reputada por de mayor estima que la de militar, legista ó propietario. Eduardo III ordenó que el comerciante ó profesor de algun arte, que poseyese en bienes muebles por valor de cincuenta libras esterlinas, pudiera vestir el mismo traje que un escudero que tuviese cien libras de renta; y si el valor de sus muebles excedía de las cincuenta libras, vistiese como un escudero cuya renta llegase á doscientas. Así es como halagando, los intereses el amor propio y el orgullo, rivalizó bien pronto la Inglaterra con los demás países. A principios del siglo XIV vendió ya sus paños á Italia y á España, y en 1348 y 1465 cambiaba sus carneros por caballos españoles de raza árabe, con ventaja mútua para ambas naciones. También la agricultura prosperaba con la ayuda de los muchos conventos que se dedicaban á ella, y junto á los comerciantes iban alzando propietarios territoriales, de donde resultó un equilibrio que constituyó la grandeza de Inglaterra.

En lo sucesivo, los ingleses tuvieron factorías en el Báltico, y en las costas de Prusia y Dinamarca. En 1363, Picard, que había sido lord corregidor, recibía en su casa de Vintry á Eduardo III, el príncipe Negro, á los reyes de Francia y Escocia, y muchos grandes señores á quienes hacía regalos magníficos. En tiempo de Ricardo II, Jilpot tenía á sueldo mil hombres contra los corsarios. En 1379, Lóndres entregó á Ricardo 50,000 libras esterlinas y Bristol 1,000 marcos: en 1386, Lóndres aprontó 4,000 marcos, y otro tanto en la época de la coronación de Enrique VI. Pero cuando el comercio inglés adquirió importancia, fué en el reinado de Eduardo IV: la navegación de las costas acostumbró á los habitantes de la isla á despreciar los peligros del Océano.

Para sacar mercaderías de lo exterior, se procuraba por todos los medios aumentar en lo interior los productos por los cuales podían cambiarse, multiplicar las manufacturas con el objeto de bajarlas y acrecentar su valor. Así era que el deseo de satisfacer nuevas necesidades, sugería nuevos inventos, y que merced á ellos se aumentaba la riqueza que á su vez produjo la libertad.

En aquellos tiempos la piratería no era más deshonrosa que la caza, y se ejercía con particularidad en el Norte, hasta el punto de constituirse allí compañías poderosas con jefes y reglamentos: A las ciudades anseáticas se debe la primera idea de acabar con los piratas. Para conseguirlo adoptaron fuertes medidas; todo corsario que caía prisionero fué muerto sin piedad, y se prohibió á todos recibir rescates por su vida, y comprar las mercancías robadas en el mar, bajo pena de confiscación, aun cuando se hubiesen adquirido ignorando su procedencia. Los confederados concluyeron por enviar al Báltico fuerzas imponentes contra los vittalianos, y los obligaron á abandonar aquellas costas (1430); después, como los jefes de la Ostfrisia los dieron asilo, se siguió una guerra

(17) Véase t. VI, pág. 233.

(18) Véase t. VI, pág. 478.

de cincuenta años, que no concluyó hasta que uno de los jefes reunió todo el país bajo su dominación, y se obligó con los hamburgueses á no tolerar más tiempo á los corsarios.

El comercio de los antiguos y de la Edad Media se hacia de distinto modo que entre los modernos, porque la comision, que es ahora la forma usual, no se conocia entonces. Como no habia correos, no era posible sostener una correspondencia seguida, y los fabricantes no confiaban á los comerciantes mercaderias para que las vendiesen por su cuenta. En vez de esta subdivision tan favorable del trabajo, los mismos fabricantes ó sus dependientes marchaban con ellas, bien embarcados, ó bien en caravanas, á venderlas y hacer cargamentos; después se volvian con las que les quedaban y con el producto de los cambios. Los papas habian prohibido, por motivos de conciencia, el tráfico con los musulmanes, y á duras penas pudieron los venecianos obtener una dispensa, que luego se hizo extensiva á los franceses, exceptuando empero de ella la importacion de armas y municiones.

Segun el derecho de represalias, el que habia recibido una injuria sin obtener satisfaccion de ella, podía indemnizarse con los bienes y personas de los conciudadanos del ofensor. Del mismo modo, todos los compatriotas de un deudor que no podia ó no queria pagar, eran responsables de la deuda, por consiguiente se secuestraban sus bienes y personas. Algunas veces se extendió aquella responsabilidad hasta los casos criminales; y habiendo muerto á un inglés un italiano de la compañía Spini, los oficiales de justicia aprehendieron á sus compatriotas y sus bienes (19).

En una época en que muy pocos sabian escribir, en que el pergamino que al efecto se usaba era un artículo de lujo, y en que apenas eran conocidos los números arábigos, debian naturalmente ofrecer grandes dificultades las cuentas y la correspondencia. Solamente los nobles y el clero tenian capitales disponibles: los derechos de aduanas se regulaban por el capricho ó la avaricia de los señores, no por la utilidad del país, y se multiplicaban los impuestos bajo los más diversos nombres (20). A su paso por determinadas ciudades estaban obligados los traficantes á desbalijar sus géneros y ponerlos en venta, y los habitantes de las mismas te-

nian la preferencia para comprarlos: en otras partes sólo era permitido vender á los naturales del país, de manera que se ahuyentaba á los especuladores forasteros. Para defenderse contra los salteadores de caminos habia necesidad de reunirse en caravanas, ó pagar á los señores de los castillos á fin de que protegiesen el paso por sus territorios. Las mercaderias estaban gravadas con gabelas y peajes en su tránsito por la multitud de Estados que entonces existian, y era infinita la variedad de pesas y medidas. Añádase á todo esto el derecho de albinaje (*aubaine*), en virtud del cual los bienes de un extranjero pertenecian al señor en cuyas tierras muriese, y el de *varech ó de brise* (rompiente) por el cual todo buque que naufragaba en las costas era presa del primer ocupante, así como todos los despojos del mar (21). La Iglesia habia

(21) Desde el siglo VI habia penas establecidas en el Fuero Juzgo contra el que despojaba á los náufragos. Esto no obstante en Cataluña, donde este Código era la ley comun, se conservaba en 1068 el uso bárbaro de secuestrar los bienes y reliquias de los que naufragan, puesto que uno de los capítulos de los *Usajes*, leyes dadas por Raimundo Berenguer, se dirige á la abolicion de este uso. Segun parece, tampoco se mantuvo en vigor lo dispuesto en los Viajes, porque tanto Don Jaime I en 1245, como Alfonso III en 1286, tuvieron necesidad de renovarlo.

Los principios proclamados por el rey godo Teodorico eran conformes á los del derecho romano. El concilio de Letran anatematizó en 1079 al que despojase á los náufragos, y en 1172 se publicó un decreto imperial en el mismo sentido; pero la falta de observancia obligó á dar otro nuevo decreto en 1221. A pesar de todo, tanto el fisco como los habitantes de las costas, continuaron apropiándose los bienes de los náufragos.

Los estatutos de Sicilia de 1231 establecian penas contra los que se apoderasen de estos bienes, y decretaban su restitucion; mas, sin embargo, Carlos de Anjú, apoyándose en las antiguas leyes, confiscó hasta naves pertenecientes á los cruzados. Su desgraciado competidor Conradino habia formado un convenio con la república de Siena en 1208, por el que renunciaba al derecho de naufragio.

Iguales contradicciones se notan respecto de este asunto en las legislaciones de las repúblicas italianas. En un estatuto de Venecia de 1232, se prohibia tomar nada de los náufragos; con todo, esta misma república hizo un tratado con san Luis en 1268 para abolir el derecho de naufragio en sus costas y en las de Francia, y más todavia, en 1434 los magistrados de Barcelona andaban en negociaciones con los de Venecia para obtener la misma garantia.

La prudencia de san Luis y la voz de la religion se dieron la mano en Francia para poner fin á esta horrible injusticia; sin embargo, se ve por un decreto de 1277, que el rey seguia ejerciendo el derecho de naufragio en sus dominios, puesto que exime de él á algunos particulares extranjeros. A principios del siglo XII existia en el Poithieu, donde no fué abolido hasta 1191. En otras provincias subsistia aun en 1315, en cuya época se aseguró nuevamente á los náufragos la proteccion real por medio de un decreto, monumento especialísimo de legislacion, porque ordenaba la promulgacion en el reino de Francia de la constitucion imperial de 1221 haciéndola obligatoria á los franceses.

Segun parece en Marsella no se toleró este abuso. En 1219 obtuvieron los marseleses del conde de Ampu-

(19) MADOX, *Hist. of Exchequer*, c. XXII, 5-7.

(20) V. Du Cange, voc. *Avaria*, *Anchoragium*, *Carvatura*, *Exclusaticum*, *Foraticum*, *Gabella*, *Geranium*, *Hansa*, *Haula*, *Mensuraticum*, *Mediaticum*, *Nautaticum*, *Passagium*, *Pedagium*, *Plateaticum*, *Palifictura*, *Ponderagium*, *Pontaticum*, *Portaticum*, *Portulaticum*, *Pulveraticum*, *Ripaticum*, *Rotaticum*, *Teloneum*, *Transitura*, *Viaticum*.—MURATORI, *Antiquit. ital. mediæ ævi*, t. II, col. 4 e seg. e 866.—WERDENHAGEN, *De rebus-publicis Hanseaticis*, parte III, cap. 20.—MARQUARD, *De jure mercatorum*, libro II, cap. 6.—FISCHER, *Geschichte des deutschen Handels*, t. I, pág. 526 y seg.—PEGIOTTI ap. PAGNINI, *Della decima*, t. III, pág. 301.

prohibido desde el año 1079 despojar á los náufragos; Federico Barbaroja y Federico II (22) apoyaron esta *libertad* de la Iglesia, que no obstante en casi todas partes se procuraba eludir.

rias el que renunciase respecto de ellos al derecho de naufragio; y si este derecho hubiese estado en uso en la ciudad, la renuncia hubiera sido recíproca; además, no se encuentran en los estatutos de la ciudad ningun indicio de que existiera esta costumbre bárbara.

En Inglaterra, el derecho de naufragio fué abolido desde el siglo XI por Eduardo el Confesor. Esta disposición fué renovada por una bula del papa Honorio de 1124, por una ley de Enrique I de 1139, por otra de Enrique II de 1174, y de Ricardo I de 1239.

Alejandro II que reinaba en Escocia en el siglo XIII publicó una ley en el mismo sentido. Esto no obstante, los soberanos de aquellos países otorgaban de tiempo en tiempo á los mercaderes extranjeros la exención del secuestro por derecho de naufragio, conocido bajo el nombre de *varec*.

Las citadas constituciones imperiales, y una ley especial de la Alemania de 1195, no impidieron que este derecho subsistiese allí, segun se desprende de varios documentos del siglo XIII en que se renuncia á él á favor de muchas ciudades.

Tambien estaba en práctica este derecho en las costas de la Baja Alemania, de la Frisia y de la Holanda; pero con el tiempo quedó reducido á un impuesto, proporcionado al valor de los bienes rescatados, que se pagaba al soberano en compensacion de su asistencia protectora para salvar dichos bienes y formar su inventario. Sin embargo de todo, ó estas equitativas providencias no estaban generalmente establecidas, ó por lo ménos no eran observadas por todas las naciones, supuesto que en el siglo XV habia aun necesidad de privilegios ó tratados para obtener la abolición del secuestro.

A pesar de las sabias y humanas disposiciones de muchos de los códigos de los Estados septentrionales, redactados en el siglo XII, está probado que existia allí el uso de confiscar los bienes naufragados, por los muchos convenios hechos para abolirlo, entre las ciudades del Báltico y de la Baja Alemania. No deja de llamar la atencion, que en las costas de la Prusia, donde este derecho bárbaro llegaba hasta el punto de reducir á esclavitud á las personas, se creyese fundado en las leyes marítimas de Rodas. En algunos países se extendia el abuso de este derecho hasta el extremo de calificar de náufragos á los que se extraviaban en los caminos, y de apoderarse de los objetos extraviados ó detenidos por causa de alguna desgracia, del mismo modo que de los que eran arrojados á las costas por la tempestad.

Lo que hemos visto en Europa sucedia tambien en Oriente: la misma inútil proteccion de parte de las leyes, idénticos usos en los habitantes de las costas, igual necesidad de exenciones imperiales. En el capítulo 46 de la Asisa de los ciudadanos del reino de Jerusalem atribuido al rey Amalarico, que ascendió al trono en 1194, no se pone más que un remedio incompleto á este abuso, limitando la confiscacion á una sola parte de la nave naufragada. No hay que extrañarse de que los musulmanes ejerciesen este derecho contra los cristianos y vice versa, pues era una consecuencia de sus recíprocas enemistades; sin embargo, existen algunos tratados en 1265, 82, 83, 85 y 90 en que se consigna la renuncia de una y otra parte.—PARDESSUS.

(22) *Nova constitutio de statutis et consuetudinibus contra Ecclesie libertatem editis tollendis.*

Pero á medida que el comercio iba adquiriendo más importancia, se introducian costumbres más humanas y razonables; primero, en forma de convenios y privilegios, pero que después pasaban á formar parte del derecho comun. Una de las estipulaciones más usuales, era la de renunciar el derecho de naufragio, de manera que se consideraba como un robo el hecho de apropiarse los objetos arrojados por el mar. Regularizose tambien el derecho de represalias, y esta circunstancia hizo que los diferentes países tuviesen interés en reprimir á los corsarios. La piratería quedó muy limitada, pero no destruida, y mientras que en tierra las nuevas instituciones sociales hacian menos fáciles los actos de rapiña, se ejercía osadamente en el mar. ¿Y cómo se habia de obligar á la restitution á gentes que no tenian patria? Los señores que hubieran podido hacerlo, participaban del botin. Algunas veces tambien las repúblicas se armaban en corso unas contra otras, ó bien consideraban á los buques corsarios como aventureros mercenarios que podian tomarse á sueldo en caso de necesidad. Más tarde, se comprendió que la piratería podria servir para asolar los países enemigos, y se la sujetó á reglas, espidiendo patentes para ejercerla con una bandera particular: el pirata quedó entonces convertido en armador.

La frecuencia con que se expatriaba y se volvía á llamar á los judios y lombardos, prueba la grande importancia que habian llegado á adquirir la industria y el comercio, hasta el punto de rivalizar con la propiedad territorial. En adelante los judios pudieron traficar sin peligro. A medida que se iban conociendo las ventajas del comercio, se le protegia con nuevos privilegios, los barones facilitaban á porfia el paso por sus dominios; los Estados de Italia olvidaban las discordias en pro de sus recíprocos intereses comerciales, y establecian treguas mercantiles, lugares francos y neutrales; se invitaba á los plebeyos á que concurriesen á los mercados, y se multiplicaban las sociedades de artesanos como en otro tiempo las de los guerreros.

**Gremios.**—Es muy digna de notarse la organizacion de la industria en asociaciones gerárquicas, dentro de las cuales quedaban colectivamente emancipadas las personas, cuya igualdad civil y política no estaba generalmente reconocida. Como no se conocian la libertad del trabajo, se consideraba al operario respecto de su maestro de la misma manera que al villano respecto de su señor. En Francia necesitaban de real privilegio los zapateros, los vendedores de cebollas y nabos y los panaderos, y todas las profesiones é industrias estaban reglamentadas con una minuciosidad pueril. Al hilandero le estaba prohibido mezclar el hilo de cáñamo con el de lino; al cuchillero hacer los mangos de los cuchillos; al alfarero tornejar una vasija de madera. No se podia mezclar el sebo de vaca con el de carnero, ni la cera nueva con la vieja; el oficio de sombrerero estaba dividido entre cinco clases distintas de operarios, y pasaban de cincuenta

las profesiones sujetas á estas providencias. A nosotros nos parecen trabas y en realidad lo son; pero entonces contribuían á consolidar la industria, y con sólo ver los *Estatutos de los menestrales* de París que san Luis hizo redactar á Estéban Boileau, se conoce de cuánto sirvieron para impedir el fraude y la mala fe.

Sin embargo, no se tardó en reconocer los graves inconvenientes y la tiranía de esta organización; los reyes hicieron de ella un instrumento para sacar recursos, se afirmó el monopolio, y se concedió á muy pocos el privilegio de tener fábricas; por la menor trasgresion de los estatutos gremiales se imponían multas, y los jueces eran los émulos interesados en encontrar delito. Se hizo, pues, un bien con deshacer los gremios privilegiados; pero quien ve la confusion que hoy reina en la industria, después de haber quedado libre de todas las trabas no encuentra tan fácil de resolver como parece el problema industrial. Concretándonos á entonces, no cabe duda en que los síndicos, los consejos, los prohombres, las cámaras de disciplina contribuían á la educacion popular; los artesanos reunidos por barrios se vigilaban mutuamente, y á la vez se estimulaban, resultando de aquí la desaparicion de los fraudes, fáciles donde es nueva la industria y el pueblo inexperto. Con la subdivision de los trabajos, cada cual pudo perfeccionarse en el suyo propio. El espíritu de cuerpo comunicó á los asociados cierto aire de gravedad y el conocimiento y apreciacion de sus derechos; los estandartes de los santos patronos fueron los pendones de la independendencia, á cuya sombra, libres las clases trabajadoras de toda clase de vejámenes, llegaron á ser poderes sociales, y algunas hasta adquirieron derechos de soberania en Italia y Alemania.

Las compañías de mercaderes realizaban grandes utilidades á la sombra del monopolio. El dux Mocénigo señaló el interés anual de 40 por 100 á los capitales empleados en el comercio, y como en los países industriosos, el interés del dinero se halla siempre en proporcion de las ventajas que de él saca quien toma prestado, se mantuvo constantemente á un precio muy elevado. Verona le fijaba en 1228 á doce y medio por ciento: Módena á veinte (23) en 1270: Génova pagaba en el siglo xiv á sus acreedores del siete al diez por ciento. En Barcelona se descontaba el diez en 1435. En 1311, Felipe el Hermoso decretó un veinte por ciento después del primer año. En Inglaterra, dice Matias Paris, se pagaba en tiempo de Enrique III el diez por ciento cada dos meses.

Pero la renta producida por el dinero, se consideró desde luego como diferente de la que procedía de cualquiera otra mercadería: fundábanse para ello en distinciones arbitrarias y en la pretendida escasez del metal. En su consecuencia, desde los

tiempos antiguos los gobiernos pusieron límites á la usura, y subsistieron aun después que quedaron en clase de libres los contratos relativos á cualquiera otra mercancia. A esto se agregó el consejo del Evangelio, que como ley de amor, invita á prestar á los necesitados sin esperanza de recompensa: interpretado en el sentido de un precepto positivo, hizo que ciertos moralistas declarasen ilícita la ganancia exigida por el préstamo del dinero. ¿Y qué resultó? Nada más que crear, como sucede de ordinario, una industria clandestina, más lucrativa en razon del peligro, en favor de los que se atrevían á contravenir á la ley. Ejercieronla principalmente los judíos, con quienes no tardaron en entrar en competencia los lombardos, los toscanos y los habitantes de Cahors. Estos capitalistas mal mirados con el título de usureros, abrieron bancos en todas las regiones de Europa, y suministraron dinero, no sólo á los particulares, sino también á los diversos Estados, especialmente en Inglaterra, en donde percibían los impuestos como garantía de su anticipacion.

Los Frescobaldi, los Bardi, los Peruzzi, los Capponi, los Acciajuoli, los Corsini y los Ammanati de Florencia, eran en el siglo xiv (24) los banqueros más célebres de Inglaterra y de los Países Bajos. Los lombardos se establecieron en Metz por los años de 1260, y en el de 1370 destinó la ciudad á la recomposicion de sus murallas los impuestos que aquéllos pagaban; en 1404 arrendó sus rentas á Juan Frassinale de Vercelli por valor de 2,408 florines de Florencia, en doce años. A los lombardos se les miraba del mismo modo que á los judíos, y eran como éstos protegidos y odiados: las *Cartas lombardas* que expedía la Chancillería francesa para permitirles el tráfico, costaban el doble que las otras; se les obligaba á vivir en barrios separados, semejantes á las aljamas ó juderías, y á veces eran violentamente despojados ó expulsados ó protegidos, sin más que una ordenanza especial. Por una del 6 de enero de 1477, se invitó á los habitantes de Amsterdam á que retirasen sus prendas de mano de los lombardos antes del martes de Carnaval, absolviéndoles del pago de intereses. Juan Bodin desaprobó altamente las operaciones de un banco establecido en Lyon, que hizo con Francisco I contratos muy onerosos, y prestó á Enrique I en nombre de los Capponi y de los Albizzi, al diez, doce y hasta al diez y seis por ciento: en este banco depositaban fondos, no solamente los príncipes cristianos, sino hasta los bajás.

En 1400 obtuvieron dos judíos del senado de Venecia la facultad de fundar en esta ciudad un banco de préstamos, y cuando la república se hizo dueña de Rávena, se obligó á despedir de allí á los banqueros judíos. Estos tenían establecimientos de crédito en Roma, Florencia, Pavia, Parma,

(23) Véase tomo VI, pág. 465.

(24) Véase tomo VI, págs. 427 y 464.

Mantua y en las principales ciudades; y con el objeto de prevenir y de neutralizar sus abusos se fundaron los montes de piedad (25). En 1433 el emperador Maximiliano I expulsó á los judíos de Nuremberg, estableciendo allí un banco en lugar del que aquéllos tenían.

**Cambio.**—Como en los países distantes circulaban monedas diferentes, los contratos se hacían en oro y plata al peso, es decir, al marco dividido en ocho onzas de veinte y cuatro quilates, especialmente para hacer los pagos en plata. La confusión del año, del cuño y del valor se aumentó cuando cada país tuvo su casa de moneda, y los reyes consideraban la alteración ó falsificación de las monedas como un ramo de sus rentas. En su consecuencia, los comerciantes, cuando no se efectuaba el pago en mercaderías de un valor igual, llevaban oro ó plata en barras, ó compraban antes de entrar en su patria, metal no acuñado, con el dinero que habían recibido en el extranjero. Los cambiantes remediaron aquella incomodidad y los fraudes demasiado fáciles en monedas poco conocidas. En su mayor parte eran lombardos, florentinos ó sieneses, y como abrían bancos en las principales ciudades, se les dió el nombre de banqueros ó *campsores*; recibían cantidades en depósito, que guardaban hasta no tener la orden del depositante para entregarlas, ó bien se las hacían dar á éste por sus corresponsales en el punto donde se encontrara.

**Letras de cambio.**—Las dificultades de todas clases para la trasmisión efectiva del dinero, hicieron concebir la idea de las letras de cambio (26). Algunas no tenían dirección particular, como sucedía en el Levante; en 1200 se encuentran ejemplos de ello y parece indicarlas Fibonacci en 1202: otras contenían la orden de pago dirigida á una persona determinada, y más tarde llegaron á ser efectos negociables. Se ha creído que los judíos fueron los inventores de las letras de la segunda especie, y que hicieron uso de ellas desde 1183, para sustraer sus ocultas riquezas á la codicia del fisco. Pero no se halla ningún ejemplar cierto hasta 1246, cuando Inocencio IV remitió veinte y cinco mil marcos de plata al anticésar Enrique Raspon, suma que pagó en Francfort una casa de Venecia. Enrique III de Inglaterra autorizó en 1253 á unos italianos acreedores suyos, á que se reembolsasen de sus créditos girando contra los obispos de su reino, y el legado pontificio se encargó de satisfacer las cantidades giradas que ascendían á 150,540 marcos. Después los negociantes pensaron en saldar sus cuentas, sin intervención de los banqueros, por medio de giros, cuyo primer ejemplo es de una

casa de Milan que en 1326 giró sobre otra de Luca á cinco meses de fecha (27). El jurisconsulto Baldo

(27) Juan Villani y Savary (*Perfecto negociante*) atribuye la invención de las letras de cambio á los judíos desterrados de Francia por Dagoberto I en 630, por Felipe Augusto en 1181, y por Felipe el Largo en 1316. Habiéndose retirado á Lombardia se valieron, según él, para traer el dinero que habían dejado en Francia de los mercaderes y viajeros á quienes daban cartas concisas para dicho país. Dupuy de la Serre (*Tratado del arte de las letras de cambio*) refuta la opinión de Villani, 1.º porque no se limita á un tiempo determinado, y 2.º porque la orden de destierro prohibía toda comunicación con los judíos expulsados, y no es probable que nadie quisiese recibir sus riquezas en depósito. Tanto él como Derubys, historiador de Lion, atribuyen este invento á los güelfos de Florencia arrojados de la ciudad por los gibelinos, que buscaron un asilo en Francia: ellos fueron los primeros que emplearon este medio para trasladar sus riquezas, principalmente á Lion, donde los comerciantes se reunían en la plaza del cambio. Expulsados á su vez los gibelinos, se refugiaron en Amsterdam, é hicieron lo mismo.

Felipe el Hermoso en 1294 hizo un convenio con el capitán y con la corporación de los cambistas italianos, en virtud de la cual debían pagar cierta cantidad por sus operaciones. Pero la primera vez que se hace una mención formal de las letras de cambio, es en el edicto expedido por Luis XI en marzo de 1462, donde confirmó las ferias de Lion.

Por lo que respecta al papel-moneda, quien primero dió á conocer su existencia á la Europa, fué Marco Polo, que lo había visto en uso entre los mongoles, señores á la sazón de la China, y que tal vez lo introdujeron en la Persia; pero acaso no fueron ellos los inventores sino los chinos. Con efecto, desde el año 119, antes de Jesucristo, reinando Wu-ti, de la dinastía de los Han, viéndose apurados por los muchos gastos, inventaron el *phi-pi* ó valor en piel, que no era otra cosa que pedazos de piel de unos ciervos blancos, de un pié chino en cuadro, adornados con pinturas y geroglíficos: cada uno de estos pedazos valía trescientas libras, y según parece no circulaban sino en la corte y entre los magnates.

Desde los años 605 de Jesucristo hasta que acabó la dinastía de los Sui, fué tal el desorden de la hacienda pública, que llegó á hacerse uso de toda especie de bienes en vez de moneda. Al empezar el reinado de los Hien-tsung, por los años de 807, se mandó á los mercaderes y á los ricos que depositasen el numerario en las arcas públicas, y en su lugar se les dieron *bonos* que circularon con el nombre de *fey-thsian* (moneda volante). Al cabo de tres años quedó prohibido su uso.

Tai-tsu, fundador de la dinastía de los Sung (año 960), autorizó á los mercaderes para depositar su dinero y mercancías en algunas de las cajas imperiales, recibiendo en cambio *pian-thsiam* (moneda cómoda). En 901 se había emitido de esta especie de papel por valor de un millón setecientos mil onzas de plata, y en 1021 más de mil ciento treinta millones.

Pero el verdadero papel-moneda, ó como ahora se le llama, los asignados, equivalentes al dinero, sin que éste les sirva de garantía, fueron primeramente introducidos en el país de Chou, y llamados *ci-tsi* ó cupones. Se imitó este ejemplo en el reinado de Cin-tsu (del 998 al 1022), haciendo asignados pagaderos cada tres años. Seis casas de las más acaudaladas dirigieron esta operación de crédito, pero habiendo quebrado, quitó el emperador á los particu-

(25) Véase t. VI, pág. 467.

(26) Isócrates habla de un extranjero que habiendo llevado trigo á Atenas, recibió del mercader Estratocles una carta-orden girada sobre una plaza del Ponto Euxino, en que le debían dinero.

cita dos letras de cambio, una del año 1381 con firmas supuestas, y la otra del 1395 firmada por Borromeo de Borromei, de Milan, y dirigida á Alejandro Borromeo. Hay un reglamento de 1394 que ordena que los negociantes de Barcelona paguen las letras de cambio á las veinte y cuatro horas de ser presentadas, y que expresen al dorso su aceptación; también parece que por entonces estaba ya en uso el protesto. Las letras de giro con endosos se introdujeron más tarde (28).

**Derecho de cambio.**—Las ferias de Champaña eran muy frecuentadas como mercados intermedios para la Italia, el mediodía de la Francia por una parte, y los Países Bajos por la otra; y como los negociantes no hacían allí más que una corta permanencia, las reyes de Francia, en calidad de condes de aquella provincia, decretaron que se procedería sumariamente contra el que no abonase una letra de cambio suscrita en la anterior feria. Tal fué el origen del derecho del cambio. En otras partes se obligaba á los deudores á declarar en las letras de cambio que se había contraído la deuda en tiempo de feria, y que sería pagada en el mismo, con cuya ficción se eludían las penas pronunciadas por el derecho canónico contra los prestamistas á interés.

**Bancos.**—Los bancos de depósito se instituyeron también para comodidad de los comerciantes, y se cree que el primero fué el de Barcelona en 1401 (29). Los primeros bancos de crédito fueron el de Génova y el de Venecia, que se remonta probablemente al año 1171. Pero el banco de Génova, llamado banco de San Jorge, fué más importante, y ya hemos hablado en otra parte de él detalladamente

(30). Los papas y los emperadores confirmaron sus privilegios, y todo senador, á su entrada en el empleo, juraba sostenerlos. Daba su parecer en todas las medidas de gobierno y de interés público, equipaba barcos por su propia cuenta, hacía conquistas y las gobernaba, como la gobierna en el día la compañía inglesa de las Indias.

**Seguros.**—Es probable que los romanos conocieran los seguros marítimos; pero su uso era tan poco habitual, que los legisladores y jurisconsultos no los encontraron de particular atención. Los primeros ensayos consistieron en estipular una comunidad de riesgos entre los propietarios del barco y los del cargamento, lo que se asemeja á los *seguros mutuos* de nuestros días. Encontraron en ella tantas ventajas, que la compilación Rodiana, anterior ciertamente al siglo XI, la ley de Trani de 1060, y la de Venecia en 1253, la prescribieron como una obligación. Hasta entonces no ligaba más que á las personas interesadas en una misma expedición marítima; estaba, pues, aun muy distante del sistema y de las exactas combinaciones, encontradas por atrevidos especuladores, que calculando los riesgos, los vientos, las estaciones, y todo en conjunto la política, la guerra, la piratería, ofrecen á los navegantes el reembolso completo de sus pérdidas, mediante una módica prima pagada por adelantado.

Se ha pretendido sostener, sin pruebas que lo apoyen, que esta clase de seguros se conocían en Brujas en 1310, pero ninguna ley marítima del Norte, ni tampoco la gran ordenanza anseática, hablan de ellos; la opinión más común les da nacimiento en el Mediodía, donde se encuentran los primeros reglamentos en las leyes de Barcelona; Florencia debió conocerlos en 1300, porque Pegolotti discurre sobre los contratos *à riesgos de mar y de gente*: también en el breve expedido á favor del puerto de Cagliari se dictan disposiciones para los casos de naufragio y de seguro *del naulegare y del sigurare* (fletes y seguros).

**Leyes.**—Terminábanse más fácilmente las diferencias cuando los mismos dueños trataban en persona sus negocios, y los procesos de piratería y represalias se instruían con prontitud. Más adelante se instruyó una jurisdicción especial para los litigios mercantiles con formas jurídicas más breves y sencillas que las ordinarias, y en su consecuencia se nombraron cónsules en el extranjero para que vigilasen las transacciones comerciales y juzgaran las cuestiones que ocurrían entre sus compatriotas. Esta institución, desconocida de los antiguos (31), que dió á los negociantes un pro-

lares el derecho de emitir papel-moneda, reservándose para sí.

Quien pretenda enterarse de las alternativas de los asignados en la China, consulte las *Memorias sobre el Asia*, de Klaproth, tomo I, pág. 373, pues nosotros hemos llenado nuestro objeto con haber indicado que este importantísimo invento se debe al pueblo chino. Los manchúes, actuales señores de la China, no conociendo el que se pretende pasar por principio de una buena administración económica, á saber: que un país es tanto más rico cuanto es mayor su deuda, no han vuelto á emitir más papel-moneda de esta especie.

En el Japon no se conoció hasta el reinado de Godiagoteno, de 1319 á 1331.

(28) Sin embargo, todavía después de este tiempo se transportaba con frecuencia el dinero en especie: Maquiavelo refiere el embarazo en que estuvo cuando la república de Florencia lo comisionó para que condujese á Mantua una gruesa suma en 1495. Francisco I y Carlos Quinto recorrieron la Alemania con muchos carros cargados de dinero para comprar á los electores; treinta mulos con cuarenta mil escudos cada uno llevaron á San Juan de Luz el rescate de los hijos de Francisco I, y cuando éste enviaba los subsidios á los suizos sus aliados, eran recibidos con fiestas y músicas. Por causa de tenerse que valer del dinero en especie, se hicieron públicas muchas ventas y capitulaciones deshonrosas.

(29) Véase la nota Dalfin del presente Libro.

(30) Véase t. VI, pág. 466.

(31) Los egipcios concedían á los navegantes extranjeros la facultad de elegir entre sí é instituir magistrados para juzgar las cuestiones de los nacionales con arreglo á las leyes de su patria. HERODOTO, II, 54. En Grecia se elegía un *proxeno*, huésped común, que debía dar ayuda

teor oficial en los países más frecuentados. La jurisdicción consular se extendió con el tiempo á los pueblos del interior, á consecuencia del establecimiento de sociedades industriales y de comercio que preferían los jueces consulares á los ordinarios. Las sentencias que daban aquellos jueces con arreglo á las leyes escritas, á los usos del país y al buen sentido, constituyeron un derecho consuetudinario (32). A principios del siglo XIII un italiano, ó un catalán ó acaso un marsellés, concibió la idea de recoger las costumbres de los diferentes puertos del Mediterráneo, ó sea las decisiones arbitrales dadas con arreglo á esas mismas costumbres, y de aquí tuvo origen el *Consulado de los hechos marítimos*, que aun en el día es la base de la legislación en esta materia, y el derecho común, cuando faltan disposiciones especiales. Debían esas costumbres ser restos de la antigua legislación cuyos documentos habían perecido, pero que se habían perpetuado en la costumbre. A ejemplo de los usos del Mediterráneo, los del Océano se reunieron también en cuerpos bajo el título de *Código de Oleron*. Se ha creído sin razón redactado por orden de Leonor, duquesa de Guyena, y de Ricardo Corazón de Leon, y parece que nunca obtuvo fuerza de ley. Es más bien una compilación hecha para comodidad particular: ha sido titulada así, porque el ejemplar más extenso fué copiado en Oleron en 1266; pero este compendio había sido hecho muy anteriormente, porque se encuentran ejemplares donde faltan muchos artículos (33).

y consejo á los traficantes extranjeros y facilitar la expedición de sus negocios. Era admitido en las asambleas políticas, y una plaza diferente le estaba asignada en el teatro y en el templo. Véase TUCÍDIDES, I, 90. DEMÓSTENES, *pro Rhod.*—WALCKENAR, *Animad. ad Ammon*, pág. 201, libro III, c. 10.

Se lee en el código de los visogodos (Fuero-Juzgo) libro XI, tit. 2, pág. 2: *Dum transmarini negotiatores inter se causam habuerint, nullus de sedibus nostris eos audire presumat, nisi tantummodo audiantur apud telonarios suos.*

(32) Poseemos los estatutos originales de muchas ciudades de Italia y los títulos de los de Trani y Amalfi. La *Tabla* de éstos fué publicada en Nápoles en 1844 por el príncipe de Ardore, que la copió de los manuscritos de Foscarini. Es como sigue: *Capitula et ordinationes curie maritima nobilis civitatis Amalphe, quæ in vulgari sermone dicuntur* LA TABULA DE AMALPHU, *nec non consuetudines civitatis Amalphe.*

(33) Pardessus cree que el *Código de Oleron* es anterior al *Consulado del mar*, que, según él, no fué hecho antes del año 1340, ni después del 1400. Sus argumentos no nos parecen convincentes.

Las *Ordenanzas de Wisby* coleccionadas en el siglo XIII (34), estaban en vigor en el Norte. Además Enrique el Leon, duque de Sajonia, dió á Lubeck, de que fué fundador, una legislación particular, sacada de las costumbres sajonas y venecianas, de las Capitulares de Carlomagno, de las constituciones imperiales y del derecho de la antigua ciudad de Soest, en Sajonia. Otras ciudades de Westfalia y de los Países Bajos habían hecho otro tanto. Habiendo adquirido Lubeck gran prosperidad, otros países adoptaron sus instituciones; y de esta manera fué como de leyes de diferente origen surgió un derecho que después fué común á toda Europa.

El *Consulado del mar* establecía que en tiempo de guerra las mercancías neutrales cargadas por el enemigo, son francas y no pueden ser secuestradas, al paso que la bandera neutral no cubre la mercancía enemiga. Las ciudades del Báltico sostenían, por el contrario, que el mar era libre; y esto no por principios de generosidad y de justicia, sino porque navegando solas por este mar, encontraban en él sus propias ventajas, con perjuicio de las potencias beligerantes. Estas cuestiones, en el modo de entender el derecho marítimo, las veremos luego debatirse en los libros, en los congresos y con las armas en la mano.

**Cuarentenas.**— Para librarse de la peste que en diferentes ocasiones había recorrido la Europa, se habían adoptado algunas precauciones del momento. Cuando sobrevino la de 1493, Venecia tomó á los eremitas la isla de Santa Maria de Nazaret, á fin de tener en ella las personas sospechosas y los géneros procedentes de Levante. Un magistrado de sanidad estaba al frente de aquel establecimiento, y así fué como se preservó Venecia de la peste, hasta que le vino por tierra de la parte de Alemania. La imitación de este primer ejemplo ha contribuido no poco á librar á la Europa de tan cruel azote, y mientras que el Oriente no esté civilizado, las cuarentenas no serán del todo inútiles.

(34) *Hogeste Water-Recht tho Wisby*. Los septentrionales quisieran considerarle como el más antiguo monumento del derecho marítimo en la Edad Media, y como el manantial del *Código de Oleron*. Pero Schlegel y Pardessus que es posterior á éste y al *Consulado del mar*. Pardessus añade que no ha sido hecho ni en Wisby, ni por Wisby; pero que es un extracto ó resumen de las costumbres anseáticas, que no se remonta á más del siglo XV, y que ha sido redactado por un particular, sin haber tenido nunca ninguna autoridad pública.

## CAPÍTULO III

### LA BRÚJULA.—DESCUBRIMIENTOS DE LOS PORTUGUESES.

Los navegantes no podían aventurarse á largos viajes, sin que se perfeccionara el arte de construir barcos y dirigir su marcha en todas las estaciones. En un principio, no sabían orientarse de día sino con la vista de las costas y de noche por las estrellas. La navegacion debia, pues, cesar en la época de las noches largas y de los días nebulosos, es decir, desde principios de noviembre hasta mediados de febrero, ó limitarse á viajes de un cabo á otro (1) tomando puerto todas las tardes. Se continuó navegando de esta manera, hasta después del siglo xii en que fué inventada la brújula.

Parece que Homero no conoció más que los cuatro vientos cardinales: Boreas, Euro, Noto y Céforo; y aunque la ciencia augural de los etruscos subdividía cada punto del cielo en otros cuatro, de modo que eran diez y seis, los griegos no conocieron, segun parece, más que la rosa de ocho vientos, tal como se halla representada en la torre de Andrónico en Atenas, y empleada en los usos comunes de la vida. Existía otra más antigua de doce vientos derivada probablemente de la escuela pitagórica, para quien este número era ritual (2). Ahora bien, es notable que las primeras brújulas se hallen divididas precisamente en doce rumbos (3), lo que hace se la crea de origen italiano:

tanto más, cuanto que hay en este idioma nombres propios para indicar los vientos cardinales y los intermedios, por ejemplo, *cuarto de Poniente* por *libeccio*; al paso que con los nombres alemanes sería preciso espresarse por octavos. En fin, los mismos nombres de brújula y de compás son italianos.

Está fuera de duda que los antiguos conocían en el iman la propiedad de atraer el hierro, y un pasaje de Alberto el Grande nos haría creer que Aristóteles en su libro *sobre las piedras*, perdido en el día, presentó la opinion de que se dirigía al Norte (4). Nada indica que los antiguos hayan usado de él; hasta el mismo pasaje de Alberto el Grande, aun cuando se le quisiese considerar como tomado de una version árabe del Estagirita donde hubiera sido intercalado, nos demuestra que la polaridad del iman era conocida en la Edad Media. Una vez observada esta propiedad, era fácil aplicarla al arte de la navegacion; ahora bien, el cardenal Jacobo de Vitry, muerto en 1240, se espresa de esta manera: «El diamante (iman) que se encuentra en la India atrae el hierro por cierta

---

nombre de *bossolo antico* en contraposicion á la brújula moderna.

(4) Dice así: *Ad hoc autem Aristoteles, in libro De Lapidibus, dicit: Angulus magnetis cujusdam, est, cujus virtus apprehendendi ferrum est ad ZORON, hoc est, septentrionalem, et hoc utuntur nautæ; angulus vero alius magnetis illi oppositus, trahit ad APHRON, id est, polum meridionalem et si approximes ferrum versus angulum ZORON, convertit se ferrum ad ZORON; et si ad oppositum angulum approximes, convertit se directe ad APHRON. De Mineralibus libro I, trat. III, 6.—Zoron y Aphron son palabras que no pertenecen á ninguna de las lenguas conocidas; nosotros nos inclinamos á creerlas de los antiguos fenicios, que tenían la Siria al Norte y el Africa al Mediodía?*

---

(1) La palabra *cabotaje*, se deriva del español *cabo*, y sirve para indicar un viaje de corta duracion, de cabo á cabo, por decirlo así, á diferencia de los largos viajes.

(2) Plinio habla de ella, y Vitrubio parece que tambien alude á ella, al dar su Rosa de los vientos.

(3) En el *Isolario* de BENEDETTO BORDONI, impreso en Venecia por Nicolás Aristotile, llamado el Zoppino, en junio de 1533, y reimpresso en la misma ciudad en 1547 por Federico Foresalo, se encuentra esta division con el

fuerza oculta: una aguja de hierro después de ser tocada por él, se vuelve siempre hácia la estrella del Norte; por esto es muy necesario á los que navegan por el mar.» (5)

La brújula se empleó primero con el nombre de *rainetta*, y Vicente de Beauvais nos la describe de esta manera: «Cuando los navegantes no pueden conocer el camino que debe conducirles al puerto, frotan sobre el iman la punta de una aguja, la enebren en una paja y la ponen en un vaso lleno de agua, al rededor del cual da vueltas el iman. La punta de la aguja se dirige al momento hácia el iman, que después de haber dado algunas vueltas se separa de repente; entonces la punta de la aguja se vuelve hácia la estrella, y no se separa más.» (6) Poseemos una descripción semejante hecha por un trovador (7), y una alusión á la brújula de un poeta provenzal (8); pero ambos son de fecha desconocida.

Compréndese á primera vista, aun cuando nunca se haya visto una nave, cuán rara vez se consigue una calma completa para poder sacar partido de tan tosco instrumento, y por esta razón, para hacerle utilizable aun en tiempo contrario, se colocó la aguja en equilibrio sobre un pernio, encerrado en una caja, suspendida de modo que cualquiera que fuese el movimiento se mantuviera horizontal, y marcando en ella y aplicándola á la rosa náutica, se tuvo la brújula (9).

Que Flavio Gioja, á quien los italianos atribuyen este descubrimiento, era natural de Amalfi, lo indica suficientemente el ver que la rosa de los vientos no es más que el desarrollo de la cruz enarbolada por esta ciudad en su bandera, y que

(5) *Hist. hieros*, cap. 89.

(6) *Speculum doctrin.*, XVI, c. 134.

(7) *Icelle etoile ne se meut.  
Un art font qui mentir ne peut  
Par vertu de la rainette,  
Une pierre laide e noirette  
Oú le fer volontier se joint,  
Et si regarde le droit point,  
Puisque l'eguille l'a touchée,  
Et á un festuc l'ont fichée;  
En l'eau le metten sans plus,  
Et li festuc li tient dessus;  
Puis se tourne la pointe toute  
Contre l'etoile; si sans doute  
Que japer rien ne faussera,  
Ne mariniers n'en doutera.  
Contre l'etoile va la pointe  
Parce sont les mariniers cointe  
De la droite voye tenir.  
C'est un art qui ne peut mentir.*

(8) *Mas ira de mal temps lor á fracsat lur vela:  
Non val li camarida pueSCAN segre l'estela.*

RAYM PERAUT.

Brunetto Latini, muerto en 1294, habla tambien en su *Tesoro*, lib. II, c. 49; y no lo da como novedad.

(9) Los escritores que tratan de este asunto pueden verse en una disertacion de GRIMALDI, *Ensayos de la Academia de Cortona*, t. III, pág. 195.

después sirvió de distintivo á los caballeros de Malta. Amalfi adoptó más tarde por armas la brújula; pero se ignora en qué tiempo. Los franceses quisieron tambien atribuirse la invencion por la flor de lis que se aplica á ella; ¿pero quién puede decir en qué época comenzó semejante uso? ¿El mismo Gioja no puede tambien haberla colocado en ella para honrar á la casa de Anjú que entonces reinaba en Nápoles?

Hay quienes zanján la diferencia usurpando á la Europa la primera idea de este precioso instrumento para atribuirle á los chinos. Es un hecho que el iman se encuentra mencionado en las historias más antiguas que existen de ellos, con su propiedad de dirigirse al Sur, como ellos dicen. A invitacion de Alejandro de Humboldt, se hicieron indagaciones con respecto á este asunto en los libros chinos por Klaproth; y no sólo encontró que el uso de la aguja magnética ascendia en aquel pais á una remota antigüedad, sino que reconoció que su declinacion estaba señalada en una *Historia natural*, compuesta en tiempo de los Sung por Ken-tsung-chi, de 1111 á 1117. «Si frotas, dice, una punta de hierro en el iman, adquiere la propiedad de dirigirse al Sur, pero declina siempre hácia el Oriente (Noroeste), y no se dirige rectamente al Mediodia. Si se toma, pues, un hilo de algodón y se pega con un poco de cera á la mitad del hierro, la aguja se dirige al Sur, con tal de que no haga viento. Si se enebra la aguja en una caña pequeña y se pone á sobrenadar en el agua, tambien señala al Sur, pero siempre declinando hácia el punto *ping* ( $\frac{3}{8}$  Sur).» (10).

Como ya hemos tratado con respecto á otras invenciones, ésta ha podido ser traída á Europa por los viajeros, sobre todo por Marco Polo, ó bien por los tártaros; y tal vez no se dió gran importancia al primero que la hizo conocer, por no haber hecho más que introducirla; por lo demás, el uso no llegó á ser general hasta el siglo XIV (11).

(10) KLAPROTH, *Carta á M. Alej. de Humboldt sobre la invencion de la brújula*, pág. 68.

(11) Como es necesario buscar con frecuencia para el periodo de la Edad Media, en los libros las más frívolas é interesantes nociones, á los poetas es á los que deberemos tambien ahora la indicacion de los instrumentos de que se servian los navegantes. Se lee en la novela de *Guerino Meschino*, traducida al italiano á principios del siglo XIV pero ciertamente anterior: «Los marinos van seguros por el mar con el iman y las estrellas y con el auxilio de la carta y con la brújula de iman.» Pág. 69; Padua, 1473. Gorodati se espresa de esta manera en un poema en octavas sobre la *Esfera*, atribuido sin razon á Zanobi Strada (libro III 221), escrito á fines del siglo XIV é impreso en Florencia en 1482:

*E con la carta dove son segnati  
I venti, e porti e tutta la marina,  
Vanno per mare mercanti e pirati...  
Col bossol della stella temperata  
Di calamita verso tramontana,*

Los normandos, estos intrépidos navegantes que se adelantaban hasta el mar Glacial, al mismo tiempo que se arrojaban como conquistadores sobre la Francia y la Baja Italia, fueron los primeros que supieron desplegar sus velas de manera que pudieran adelantar camino hasta con viento contrario; arte de tal manera admirado entonces, que se atribuía á encantamiento (12). La ciencia de la navegacion se perfeccionó aun más cuando una asamblea de sábios reunida por don Juan de Portugal, sugirió la idea de aplicar á ella el astrolabio de mar. Es un anillo metálico de cerca de quince pulgadas de diámetro, suspendido á otro anillo fijado en la parte superior del instrumento. El borde exterior del gran anillo marca los grados por medio de una aguja que se mueve en rededor del centro. Para observar se coge el instrumento por el anillo pequeño, volviéndole hacia el sol, de modo que sus rayos pasen por los dos niveles de que está provisto. En esta posicion, la aguja sirve para marcar los grados de la altura en que se halla el observador. Así, pues, formadas las tablas de declinacion del sol, para cada dia, podia determinarse en un momento á qué distancia se encontraban del Ecuador. Pero estaban todavia muy lejos de la perfeccion actual; baste decir que el cuadrante de que se servian para tomar la elevacion de los astros, tenia un hilo á plomo, y es bien fácil figurarse cuán inexactas debian ser las observaciones hechas en el mar.

En la misma época se mejoraba la construccion de los buques. Jal al hablar de los que se usaban en tiempo de las cruzadas (13), se maravilla, de que con construccion tan imperfectas, se atreviesen á trasportar al otro lado de los mares poblaciones enteras. La escuadra de san Luis, segun dice Joinville, se componia de mil ochocientos buques grandes y pequeños, y sólo algunos que otros en tan larga travesia sufrió detrimento, aunque no de importancia. Conforme á las inducciones de este sabio, los buques de entonces no se diferenciaban mucho en cuanto á la forma, la magnitud y las proporciones de nuestros barcos de trasporte, y se

*Veggion appunto ove la prora guata...  
Bisogna l'orologio per mirare  
Quante ore con un vento sieno andati,  
E quante miglia per ora arbitrare  
E troveran dove sono arrivati.*

«Con la carta donde se encuentran marcados los vientos, los puertos y toda la marina, surcan el mar piratas y mercaderes... Con la brújula, cuya imantada aguja se dirige hácia la estrella del Norte, se conoce por donde va la proa y por donde dirigir las velas. Es necesario reloj para saber cuántas horas se ha andado con un viento por las ágiles olas, y calcular cuántas millas se han navegado en una hora. De esta manera se sabrá el punto donde se encuentra el barco...»

(12) FORSTER, *Viajes del Norte*.

(13) Discurso á la Academia Francesa, 1837.

aproximaban á las gabarras del dia y á las galeotas holandesas. Su inferioridad procedia principalmente de los aparejos, que se limitaban á una vela latina, pesada y difícil de manejar. Además su parte inferior distaba mucho de ofrecer las comodidades que se hallan en los nuestros. Por ejemplo, de las ochocientas personas que llevaba el navio de san Luis, las dos terceras partes estaban, por decirlo así, hacinadas en los entrepuentes, y estaba prevenido que se acostasen dos en el sitio de uno, colocándose de pies con cabeza (*uno tenente pedes versus apud alterius*): los caballos ocupaban veinte y siete pulgadas de ancho cada uno; se los suspendía ó colgaba con unas cinchas, y se les daba friegas de cuando en cuando para desentumecer sus miembros.

Las mismas cruzadas contribuyeron á mejorar la disposicion de las naves. Venecia usaba cinco clases de galeras: las grandes, para el viaje de Flandes y de Inglaterra; otras diferentes para el de Tana y Constantinopla; tenia además la galera ligera, la nave latina y la cuadrada. Un individuo que sirvió en aquellos buques, en el siglo xv, nos ha dado á conocer sus dimensiones (14). La galera grande tenia veinte y tres pasos y tres piés y medio de manga, diez piés de eslora por diez y siete y medio de entrepuente, y ocho piés de cubierta á arriba, pero carecia de *obra muerta*. El timon ó estribor se movia con una *jamba* por lado. La galera de Levante, tenia veinte y tres pasos y tres piés de manga, diez piés de eslora y llevaba cuatro velas. Las más ligeras siete piés y medio de largas y llevaban tres velas, en lo que se asemejaban a las nuestras. Las naves latinas, doce pasos de quilla, nueve piés de anchura, veinte y cuatro de entrepuente y nueve y medio de cubierta, por diez y seis de largo: el timon tenia cuatro pasos y llevaban dos bateles de treinta pasos y una góndola de veinte y cuatro. La nave cuadrada, trece pasos de quilla, nueve y un cuarto de anchura de veinte y seis y medio de ancho; cargaba trescientas toneladas. Las naves rostradas, llamadas Gatos, tenian cien remos (15). En las que se llevaron al lago para hostilizar á Nicea, iban ciento cincuenta soldados (16). Sanuto valuó el sostenimiento de una galera en siete mil zeques anuales (17). Del tratado concluido entre san Luis y Venecia se colige que la nave Santa Maria tenia de largo ciento ocho piés, setenta de quilla; [distaba la popa de la proa treinta y ocho piés y subia su tripulacion á ciento diez marineros, y la Rocaforte, ciento diez piés de largo y setenta de quilla; las demás variaban de ochenta á ciento. Quince naves debian trasportar cuatro mil caballos y diez mil perso-

(14) Manuscrito de la Magliabecchiana, clas. XIX, código 7.<sup>o</sup>

(15) GUILLERMO DE TIRO, *Gesta Dei*, lib. III.

(16) *Ibidem*.

(17) *Secr. fidel. crucis*, I, 8.

nas (18). Gran fama alcanzaban las carracas de Venecia y especialmente las carabelas (19) de España y de Portugal, moles que después llegaron á construirse con más solidez para que pudieran resistir mejor los choques del Océano.

Aun con anterioridad á estas mejoras, la actividad siempre creciente de los europeos los habia impulsado á buscar nuevas tierras más allá de aquellas columnas, que todavia se llamaban los confines del mundo. En 1281, Vadino y Guido Vivaldi salieron de aquella ciudad con dos galeas, para dar la vuelta al Africa y llegar á las Indias. La una encalló en la costa de Guinea, y la otra arribó á *Menam*, en Etiopia; pero estos dos buques fueron sucesivamente capturados, y ni uno solo de sus tripulantes pudo escaparse. Se cita esta expedicion en los itinerarios de Antoniotto Usodimare: después, Pedro de Abano y Cecco de Ascoli refieren que Teodosio Doria y Ugolino Vivaldi, estimulados por aquella tentativa, se hicieron á la vela en 1292, acompañados de dos franciscanos para hacer la misma travesia, pero que no se volvió á oír hablar de ellos (20). Estos navegantes, ú otros de la misma época, descubrieron las islas Canarias ó Afortunadas, en donde Petrarca dice que habian penetrado ciertos genoveses en el siglo anterior al suyo (21).

En nuestros días se ha publicado un manuscrito de Boccacio que contiene una *relacion del descubrimiento de las Canarias y otras islas del Océano, nuevamente encontradas en 1341*. Se funda en las noticias recogidas en Sevilla por los comerciantes florentinos, del genovés Nicolás de Recco, uno de los jefes de aquella expedicion, y que aun cuando ha permanecido ignorado, debe colocársele entre los grandes navegantes del siglo XIV (22). Segun

lo que allí se refiere, el rey Alfonso IV hizo partir de Lisboa, á las órdenes del florentino Angiolin de Tagghio, tres buques que se dirigieron á las islas Afortunadas: al cabo de cinco dias entraron en aquel archipiélago, en donde cargaron pelo de cabra, sebo, aceite de pescado y pieles de foca; probablemente seria en la isla de Lanzarote ó de Fuerteventura. Boccacio designa con el nombre de Canaria la segunda isla donde abordaron, y cuyos habitantes no llevaban más vestidos que una especie de delantales muy cortos hechos de filamentos de palmera ó de pelo de cabra. Desde allí se dirigieron á otra isla, que debe ser la del Hierro, toda cubierta de bosques. Se nos representa su poblacion como leal, viva, fiel, inteligente, de hermosa presencia, robusta, y tanto ó más civilizada que algunos españoles, que contaban como nosotros y colocaba la décima á la izquierda de la unidad. Habiendo llevado varios de aquellos isleños al infante, los mandó dejar en libertad reconociendo que eran de distinta raza que los negros, cuyo tráfico se hacia ya.

Hé aquí, pues, á los italianos buscando de nuevo aquellas islas Afortunadas que habian sido el sueño dorado de los antiguos. Después en 1344, Luis de La Cerda, conde de Clermont, equipó dos naves con permiso de Pedro IV de Aragon, y fué á asaltar á los habitantes de Gomera; pero la numerosa poblacion de aquella isla le rechazó. Diez años después preparó otro armamento para intentar la conquista de las Canarias, y el papa Clemente VI le coronó rey de ellas en Aviñon; mas habiéndose puesto enseguida al servicio de Francia contra los ingleses, renunció á aquella empresa.

En 1393, una compañía de andaluces y vascongados, formada en Sevilla con autorizacion de Enrique III, despachó cinco buques para explorar las costas de Africa, los cuales visitaron desde el paralelo 34° al 29° sin perder de vista la costa. Cuando se encontraron al frente de las Canarias, las llamas del volcan de Tenerife asustaron de tal modo á las tripulaciones, que no se atrevieron á abordar á ella, y la llamaron isla del Infierno. Después de saquear á Lanzarote, regresaron con un considerable botin de cera, pieles y otras producciones. Los armadores solicitaron hacer la conquista de las Canarias; pero Enrique nada conquistó (23) á su expedicion.

(18) LEIBN. *Cod. jur. gen. diplom.*, p. 24 y siguientes. CARLI, *opere*, t. V, p. 47, dis. VII. *Sobre la moneda*.

(19) El nombre de carabela se supone viene del de *carabel'a*, aspecto hermoso; pero nosotros creemos más bien observar en él la raiz de una palabra antigua reproducida en las palabras griegas *καράβιον*, *καράβος*, y lo mismo en las palabras *carabus*, *corbita*, en nuestra *corbeta*, en la *korabla* rusa, etc.

(20) HUBERTO FOLIETÆ, *Historia general*, libro V.

(21) *Eo siquidem et patrum memoria Genesium classem armata penetravit* (*De Vita solit.*, 12, sect. 6. c. 3).

(22) Tambien por la lectura del *Portulano*, que lo mismo que el *Mitione* publicó Baldelli, se deduce que los genoveses y otros italianos las descubrieron y pusieron el nombre de Canarias, y quizá antes que las Azores. Sostiene esta última opinion G. Carrale (*De los antiguos viajantes y descubridores genoveses*, Génova 1846), que aduce este pasaje del continuador de Caffaro: *Eodem anno (1291) Thedisius Auria, Ugolinus de Vivaldo et ejus frater cum quibusdam aliis civibus Januæ ceperunt facere quoddam viagium, quod aliquis quisque tunc facere minime atemplavit. Nam armavit optime duas galeas, et de victualibus aqua et aliis necessariis in eis impositis, miserunt eas de mense madii de versus strictum Septe* (el estrecho de Ceuta), *ut per mare Oceannum irent ad partem Indie, merci-*

*monia utilia inde deferentes. In quibus iverunt dicti duo fratres de Vivaldo personaliter, et duo fratres minores. Quos quidem mirabile fuit non solum videntibus, sed etiam audientibus. Et postquam locum quod dicitur Gozora (Azores), transierunt, aliqua certa nova non habuimus de eis. Dominus autem eos custodiat et sanos et incolumes reducat ad propria.* Segun Carrale la isla de Lanzarote debió tomar el nombre de su descubridor Marcelo Lanzarote, genovés.

(23) NAVARRETE, *Coleccion de los viajes y descubrimientos de los españoles*.

VIERA Y BENZONI, *Historia de las Canarias*.

MORISOT, *Orbis maritimi historia*.

Juan de Bethencourt, baron normando, exploró, según se cuenta, las costas occidentales de Africa, no sólo hasta Sierra-Leona como los demás normandos, sino hasta el río de Ouro, de donde volvió con muchos esclavos y noticias; su intencion era construir allí un fuerte para someter el país al pago de un tributo. El mismo baron obtuvo (1412) del rey de Castilla, el título de rey de Canarias, en calidad de tributario. Mas no parece que las conquistase en su totalidad: más tarde sus sucesores las cedieron á don Enrique de Portugal, por unos Estados en la isla de la Madera.

Las Canarias comprenden siete islas (24), colocadas en semicírculo á cerca de cincuenta millas de la costa occidental de Africa, hácia el paralelo 28°. Son en extremo fértiles y de gran belleza, gozan de un clima muy benigno y las dominan montañas volcánicas. Los guanchos que habitaban en ellas y que perecieron por el mal tratamiento de los europeos, eran de hermoso aspecto y muy ágiles, por la costumbre de atravesar sus escarpadas montañas á la manera de las gamuzas, saltando de pico en pico. Arrojan las piedras á una distancia prodigiosa. Vivian en una especie de feudalismo y divididos en dos castas, la de los *achimenceyr*, nobles y propietarios, y la de los *achicaxuas*, plebeyos. Embalsamaban los cadáveres, y los colocaban en nichos abiertos en la peña, los cuales volvian á cerrar con mucho cuidado. No nos quedan de ellos más que ciento cincuenta palabras de un idioma berberisco, que como sus momias, presenta una extraña mezcla de razas diferentes.

Los comerciantes de Dieppe y de Ruan hicieron una expedición á la misma costa de Africa, y fundaron la factoría del pequeño Dieppe en la embocadura del río de Cestos, que al año siguiente se extendió hasta la costa de Oro, y que establecieron factorías desde el cabo Verde hasta la Mina, en donde construyeron tambien una iglesia en 1383. Se refiere tambien que el catalan Jaime Ferrer, en 1346, mandó desde Mallorca dos naves al río del Oro; pero se añade que no volvió á saberse de ellas, y que el citado río debía estar al norte del cabo Bojador, diferente del río Ouro en Guinea, aun cuando estaba marcado en un derrotero del año 1375 existente en la Biblioteca nacional de Paris (25) y en la carta de Francisco Pizzugno de 1367, que está en Parma.

Todas estas indicaciones son vagas, pues aparecen fundadas en testimonios recientes ó en inducciones infundadas, y aunque fueran veraces, no

pasarian de ser tentativas personales; pero de ningún modo fruto de un vasto designio ó de una intencion calculada. Los primeros que acometieron estas empresas con miras elevadas fueron los españoles y portugueses. Bañada su península por dos mares, y situada á la estremidad de la Europa, habia sido en otro tiempo el límite de los navegantes: los árabes llevaron á ella los conocimientos que habian adquirido en sus relaciones lejanas, é introdujeron en el país un lujo que habia necesarias las relaciones mercantiles con el Asia. Cuando después se fueron reponiendo los naturales, y concibieron la esperanza de borrar el oprobio de la dominación estranjera, comprendieron que para conseguirlo era preciso impedir que sus enemigos recibieran continuamente refuerzos de Africa. En su consecuencia, en cuanto los portugueses reconquistaron su reducido territorio, dirigieron inmediatamente sus pensamientos hácia el mar; procurando de este modo á su país una grandeza asombrosa, gracias á sus constantes y heroicos esfuerzos.

Juan de Portugal desembarcó con sus hijos en Africa (1415), y después de apoderarse de Ceuta, enfrente de Gibraltar, dejó allí por gobernador al quinto, el valiente don Enrique, guerrero y versado en todas las ciencias de su tiempo; su imaginacion se exaltó con las relaciones de viajes, que entonces circulaban. Hizo preguntas á los moros acerca de lo interior del Africa, é informado por ellos y por los judios de la existencia de los aznagos, que habitaban al otro lado del país de los negros, como tambien de las minas de oro de la Guinea, concibió el proyecto de llegar allí por mar. Se estableció en Sagres, la punta más meridional del reino y cerca del cabo de San Vicente, y asociado de personas instruidas, se aplicó al estudio de la geografia, y empleó en los progresos de esta ciencia las riquezas de la orden de Cristo, instituida para la destruccion de los moros. En efecto, la conversion de los infieles y la apropiacion de sus tesoros, era el objeto de la empresa, y las damas rehusaban su cariño á los que no iban á hacer proezas en Africa. Don Enrique habia enviado ya un buque á explorar las costas, primera tentativa de los portugueses, que tuvo un éxito desgraciado (1412). Las dispendiosas quimeras ó ilusiones del infante eran motivo de burlas para los poltrones; pero despreciando las preocupaciones populares y los errores de los doctos, no pasaba año sin que despachase un buque, con orden de pasar de donde habia llegado el anterior. De este modo sus marinos lograron pasar el cabo Non, considerado hasta entonces (segun indica su nombre) como el último punto accesible: de aqui el proverbio que corria entonces: *El que llega al cabo Non, ó tiene que volverse atrás, ó no.*

Después de doblarle encontraron los mayores peligros, porque se vieron obligados á luchar con corrientes rápidas, olas embravecidas y numerosos arrecifes que parecian defender otro cabo si-

(24) Lanzarote, Fuerteventura, Gran Canaria, Tenerife, Gomera, Palma y la isla del Hierro.

(25) Ha sido descubierta por J. A. Buchon. Se lee allí en el costado de un buque. *Partich luxer du Jac. Ferrer per mar al rin de l'Or al gorn de San Lorens, qui es á X de agost, i fo en l'an MCCCXLVI.* Véase *Noticia de los manuscritos de la Biblioteca Real*, t. XII.

tuado en la estremidad de la zona tórrida, que se creía inhabitable. Le llamaron Bojador á causa de los espantosos remolinos que las olas formaban á su alrededor. Pero Juan Gonzalez Zarco, y Tristan Vaz Texeira, secundando la noble audacia del príncipe, se ofrecieron á intentar el paso, y se dirigieron al Mediodía. No atreviéndose sin embargo á internarse mucho en el mar, más bien por falta del suficiente arte que de valor, hubieran malogrado su empresa, si un furioso viento que soplabá de la parte de tierra no les hubiese obligado á correr á lo largo. Crefanse ya perdidos cuando calmó el huracan, y el alba les permitió divisar una isla situada en el meridiano de las Canarias, que su inesperada salvacion los hizo llamar Puerto-Santo. Su aspecto era encantador, el clima escelente, y los habitantes afables y francos. Encantado Enrique de la descripcion que de ella le hicieron, les dió otros tres navios cargados de semillas y utensilios para formar allí una colonia.

**Madera.**—Durante su permanencia en aquella isla, Vaz y Zarco veian de cuando en cuando en el horizonte alguna oscuridad cuyo aspecto variaba, pero que siempre se manifestaba en el mismo sitio. Resolvieron ir á reconocer que era aquello, y encontraron una isla bastante grande, pero enteramente desierta y cubierta de bosques, por cuya razon la llamaron de la Madera (1420). Quizá tuviesen ya noticia de ella, porque en 1354 el inglés Macham, huyendo de la persecucion de los parientes de Ana Dorset, de quien habia llegado á ser esposo, habia sido arrojado por la tempestad con sus compañeros y su mujer á aquella isla, en donde tuvieron que quedarse, porque su navio habia sido arrebatado por las corrientes. Murió Ana, él mismo espiró sobre su sepulcro, y sus compañeros colocaron encima una cruz, destinada á recordar su deplorable historia; aprovechándose después de una embarcacion que les deparó la suerte, llegaron á Marruecos y á España. Admitiendo que la poesia haya adornado ó inventado este hecho, atestigüa sin embargo que era ya conocida la existencia de la isla de la Madera.

La colonia de Puerto-Santo no prosperó, porque los conejos que á ella se llevaron se multiplicaron de tal modo que destruyeron la vegetacion. Entonces se puso fuego á la isla de la Madera, y el incendio duró siete años: cuando concluyó, se plantaron algunos sarmientos de vides de Chipre, algunas cañas de azúcar de Sicilia, que prosperaron más de lo que podía esperarse. Estas ventajas fueron para don Enrique una recompensa y un poderoso estímulo; cuando todos se desanimaban á vista de los peligros que se sucedian unos á otros, reanimaban los espíritus abatidos, recogia noticias, dibujaba cartas, y daba instrucciones á los navegantes: «Tirad hácia al cabo Bojador,» les decia, «no le paseis, pero haceos á lo largo, y tendreis algun descubrimiento; después virad de bordo, y volveremos á empezar hasta que le hayamos doblado.»

Gil Yañez de Lagos, que partió para seguir la costa de Africa (1433) hasta el punto en que se creía que volvia hácia el Mediodía, dobló el temible cabo; pero cuando esperaba no encontrar más allá, sino tempestades y playas inabordables, vió que se le presentaba un mar tranquilo y climas afortunados: esto fué un incentivo para mayores expediciones.

Segun el derecho público de la Edad Media, se consideraba al papa como el señor supremo de las islas, y esta idea, cualquiera que fuese su origen, no era dudosa para nadie; así es que hemos visto que los normandos, en cuanto conquistaron la Inglaterra y la Sicilia, ofrecieron al papa aquellos dos reinos, de que les concedió la investidura: que Urbano II dió la Córcega al obispo de Pisa, y Adriano IV la Irlanda á Enrique II de Inglaterra. Con arreglo á este principio, don Enrique pidió á Martin Vola investidura de los descubrimientos que hacia á sus expensas, y aquel pontífice, no sólo hizo donacion perpétua á la corona de Portugal de todas las tierras que se encontrasen entre el cabo Bojador y las Indias orientales, sino que también concedió indulgencia plenaria al que muriese en una travesía, que debía ganar para el cielo tantas almas rescatadas por el agua del bautismo y civilizadas por el Evangelio.

Este fué, pues, el objeto á que en adelante se dirigió el magnánimo ardor que en tiempos anteriores impelió á los cristianos á la Tierra Santa, reuniendo dos sentimientos poderosos, el gusto de las aventuras y la religion. Don Enrique envió á Antonio Gonzalez y Nuño Tristan en busca de nuevos descubrimientos. Pasadas cincuenta leguas del cabo Bojador, llegaron al cabo Blanco, en donde capturaron una docena de moros. Como los prisioneros eran personas de alto rango en su pais ofrecieron grande rescate. Gonzalez quedó encargado en el año siguiente de volverles á su patria, en donde recibió en cambio otros esclavos, gran cantidad de polvo de oro y objetos raros y de gran precio, lo que valió al brazo de mar en donde habian penetrado los navios portugueses, el nombre de rio de Oro. Alfonso V hizo fabricar con aquel oro una hermosa moneda que llamó *cruzado*, por la cruzada que entonces habia publicado Calixto III, y en la cual prometiera tomar parte. Aquel metal fué el argumento convincente que triunfó de las razones que se oponian á las expediciones de don Enrique, hasta tal punto que muchos particulares armaron buques por su cuenta para llevar á cabo otras expediciones. Ya no se pensaba más que en un nuevo mundo habitado por otros pueblos: se ensalzaban los insignes progresos de la navegacion, y principió á dudarse de la opinion, hasta entonces generalmente admitida, de que la zona tórrida fuese inhabitable (26). En

(26) Antonio Galateo, *De situ elementorum*, cita un genovés llamado Jorge, que sostenia la posibilidad de pasar la línea.

efecto, á medida que se iban descubriendo las tierras del Senegal, se las encontraba fértiles, muy pobladas, y de día en día iban desapareciendo las barreras que se creía que la naturaleza habia opuesto á la estension de los descubrimientos.

Ya habia reconocido Tristan la isla de Arguin, y aun quizá tambien algunas de las del Cabo Verde y visitado la costa hasta Sierra Leona. Posteriormente algunos habitantes de Lagos equiparon á sus expensas, con consentimiento del monarca, seis carabelas para explorar la costa de Guinea. Mas habiéndoles faltado los viveres, se vieron obligados á volverse, pero no por eso dejaron de llevar algunos negros.

Aventureros de todos los países, y especialmente de Italia, fueron entonces á ofrecer sus servicios á don Enrique: en este número se encontraba Luis de Cadamosto, noble veneciano. Enviado con Vicente de Lagos visitó las Canarias y Madera: habiendo arribado luego al cabo Blanco y á la Gambia, se reunieron al genovés Antonio de Noli, que exploraba las costas por orden del príncipe, y regresaron juntos. Se leyó con avidez la relacion de este viaje, que publicó Cadamosto, y la de otro que se hizo dos años después, indicando en todas partes los usos del país, y señalando los rápidos progresos que allí hacian el comercio y las colonias. Se obtenian en Canarias y Madera hasta setenta especies de semillas, y las vides, la caña de azúcar, el palo de tinte y el pelo de cabra producian una riqueza inmensa. Los moros de los desiertos situados enfrente de la isla de Arguin, frecuentaban el país de los negros y la Berberia que confinaba con el Mediterráneo, y viajaban en caravanas con camellos cargados de plata, cobre y otros objetos, que cambiaban en Tumbuctú por oro, malaquitas y simiente de cardamomo. Los árabes llevaban tambien allí caballos, por cada uno de los cuales recibian de doce á diez y ocho esclavos: volvíanlos á vender en Tunez ó en Arguin, en donde los portugueses compraban de siete á ocho mil cada año para traficar con ellos en su patria. Antes los robaban del litoral ó de lo interior.

Cadamosto supo tambien que en Tegazza, distante seis jornadas de Hoden, se hacia gran extraccion de sal que se llevaba á Tumbuctú y de allí al imperio negro de Melli, en donde se cambiaba por oro. Visitó el Senegal y el Niger, que las opiniones sistemáticas hacian nacer como los demás rios del Asia, en el paraiso terrenal. Aquellos jefes, entre quienes habia penetrado la religion mahometana, acogieron como huésped al veneciano, que pasando el cabo Verde y torciendo al Mediodia, encontró regiones en extremo risueñas. El primer europeo que penetró en Africa por el rio de Oro, fué Juan Fernando, que en 1445 viajó siete meses entre los nómadas del Sahara, y dió una descripcion de aquellos lugares anterior en un siglo á la de Leon el Africano.

Sin embargo, otras naciones se apresuraban á

imitar á los portugueses en los viajes de descubrimientos. Van-der Berg, navegante flamenco, arrojado por las tempestades á algunas islas del Atlántico, á doscientas cincuenta leguas de Portugal, y en la misma latitud, lo puso en conocimiento de la corte portuguesa que las hizo ocupar; y el gran número de azores que se encontraron en ellas, hizo que se las diese el nombre de aquellas aves. Son nueve, y se encuentran divididas en tres grupos por un mar borrascoso. Al Sur se halla la isla de San Miguel, que tiene como por satélite á la de Santa Maria: al Oeste y al Norte están Fayal, el Pico, San Jorge, Graciosa y Terceira: los dos islotes de Flores y Corvo están separados setenta leguas al Occidente. Suponen algunos que se enlazan por una cadena de escollos submarinos á Madera y Puerto Santo, y desde allí al continente africano, lo cual formaria una prolongacion de la cadena del Atlas producida por un mismo sacudimiento ó levantamiento. Como los autores más modernos clasifican las islas con los continentes á que se encuentran más cercanas, las Azores se han asignado á la Europa. Están sujetas á violentos temblores de tierra (27), pero en compensacion tienen un clima saludable, un terreno fértil, y valles muy hermosos, en donde prosperan los frutos de los dos hemisferios.

Don Enrique estableció en ellas (1449), con autorizacion del rey Alfonso, otras colonias para que fuesen como los puestos avanzados de la civilizacion europea, y puntos de expectativa y esperanza. La navegacion de estas islas llegó á ser una escuela práctica de marinos, preparatoria para los viajes de descubrimientos, hasta el momento en que reconocidas ya las costas del Africa, y encontrada la América, dejaron de tener el mismo interés, para no ser más que simples colonias ó sitios de escala.

Don Enrique (1465) continuó su tarea durante cincuenta y dos años, dedicando al acrecentamiento de los conocimientos marítimos, sus constantes afanes y las considerables riquezas que poseia como duque de Viseo y gran maestre de la orden de Cristo. Si no consiguió tanto como esperaba, y si sus buques no se aproximaron mucho al Ecuador, abrieron el camino para las tentativas que se siguieron y cambiaron el aspecto de la navegacion. Las dimensiones de Alfonso V con Castilla le impidieron proseguir sus nobles designios, aunque cada día se sacaba más oro de aquellas regiones. Fernando Gomez le tomó en arrendamiento el tráfico con Guinea, mediante quinientos ducados anuales, y además la obligacion de estender sus

(27) El de 1591 duró con fuerza doce días. En 1720 en medio de terribles sacudimientos, salió una isla cerca de la de Terceira, y después apareció otra y lanzaban humo y escoria. En 1811 se elevó otra cerca de la de San Miguel, de una legua de circuito y cien piés de altura, pero después volvieron á sumergirse todas.

exploraciones hasta quinientas leguas más allá. Este privilegio dió por resultado la suspensión de los descubrimientos. Sin embargo, Juan de Santarem y Pedro de Escalona pasaron el cabo de Sierra-Leona, y volvieron á emprender en las costas de Guinea el comercio del oro, que según se decía habían hecho un siglo antes comerciantes de Dieppe y de Ruan.

En aquella época (1481) fueron descubiertas las islas de Fernando Pó, del Príncipe, Santo Tomás y Annobon, distantes un grado escaso del Ecuador: por manera que cuando murió don Alfonso, los portugueses conocían ya toda la costa de Guinea, con las bahías de Benin y de Biafra, como asimismo las islas, y hasta los confines septentrionales del reino de Congo.

Juan II dió nuevo impulso á los descubrimientos, puesto que sus rentas, mientras fué infante, consistían en el producto del comercio con la Guinea, y en el oro que se traía del puerto de Mina. Consultó á la ciencia; y sus dos médicos Rodrigo y el judío José, astrónomos afamados, conferenciaron con Martin Behain, intrépido viajero, y consiguieron aplicar el astrolabio á la navegación, á la que aquel instrumento proporcionó el medio de reconocer las latitudes por la altura del sol. Desde aquel instante los navegantes se sustrajeron á la dependencia de la tierra, y pudieron engolfarse en la inmensidad de los mares, seguros de poder asegurarse á su arbitrio de su posición sobre las olas, y volver á encontrar el anhelado puerto (28).

El rey don Juan mandó construir una fortaleza y una iglesia en Mina, á donde envió materiales y una buena escuadra, mandada por don Diego de Azambuga. Desembarcaron los portugueses ocultando cuidadosamente sus armas, y enarbolaron su bandera en la ribera: después colocaron un altar á la sombra de un frondoso árbol y en él se celebró el santo sacrificio de la Misa. Camaranza, jefe de los negros fué á visitarlos con gran pompa y aparato de fuerza; Azambuga le presentó algunos regalos y le pidió permiso para formar un establecimiento en aquel sitio; pero le costó mucho trabajo vencer la justa desconfianza de los negros y sus ideas supersticiosas. Mas á pesar de todo hizo dar principio á los trabajos, y el fuerte de San Jorge de Mina no tardó mucho en quedar concluido.

De este modo quedaron aseguradas las con-

quistas de Africa, y preparado el camino para el paso á las Indias. Don Juan tomó el título de señor de Guinea, y pidió al papa la confirmación de las concesiones hechas á don Enrique, y el papa se lo concedió prohibiendo á las demás naciones cristianas introducirse en las posesiones de Portugal. Estaba tan reconocida la autoridad del pontífice en esta materia, que el rey de Inglaterra, Eduardo III, cuando recibió la notificación del rey de Portugal, obligó á los navegantes ingleses que armaban buques para el Africa á que renunciasen á dirigirse hácia aquellos parajes. A donde quiera que abordaban los portugueses, colocaban cruces de piedra con las armas de su reino, el nombre del monarca, el descubridor y la fecha, como acto de su toma de posesión.

El último descubrimiento hecho en el reinado de don Juan, fué el del cabo de Santa Catalina, por Diego Cano, que llegó al río Zairo ó Congo. Habiendo subido por la corriente de aquel río, encontró negros gobernados por un rey en que residía Banza, llamada después San Salvador. Se concilió su amistad haciéndoles algunos regalos, y llevó cuatro á Portugal para hacerlos instruir y que le sirvieran luego de intérpretes. Dotados de un talento y despejo natural, aprendieron bien pronto la lengua y dieron noticias al rey acerca de su país, el cual los volvió á enviar á él colmados de regalos para que invitasen á su rey á abrazar la religión cristiana. Este recibió favorablemente á don Diego y envió, con él al rey de Portugal á uno de los suyos, que fué bautizado con el nombre de Juan Silva y del que fué padrino el soberano. El rey de Benin á quien Juan II había enviado por embajador al célebre Zacuto, pidió misioneros, que á pesar de los obstáculos que encontró su celo, bautizaron muchos negros.

Los portugueses quedaron sumamente sorprendidos, cuando los que volvían de aquellos remotos países les refirieron que el cielo estaba allí formado con otras constelaciones que en nuestro hemisferio, y que el Africa en vez de ensancharse como creía Tolomeo, hacia una curva hácia Oriente. Entonces dedujeron que el Africa terminaba en punta, y que doblándola se llegaría á las Indias. Pero ¿no había que temer nuevos peligros? ¿No dejaría acaso la brújula de mirar al polo Norte y desaparecería el medio de orientarse en un mar desconocido?

Supieron por aquellos negros, que á una distancia de veinte lunas, es decir, de doscientas cincuenta leguas al este de Benin, residía el poderoso rey Ogane, que gozaba de gran veneración entre los jefes idólatras. Los reyes de Benin, á su advenimiento, le enviaban un magnífico regalo para que los confirmase la herencia de su antecesor. Ogane les enviaba en cambio un cetro y una especie de celada de cobre con un collar del mismo metal, insignias que á los ojos del vulgo hacían al príncipe legítimo. Jamás veían los embajadores á Ogane; únicamente cuando se despedían

(28) MACEDO.—*Memoria sobre as verdadeiras epochas en que principiara as nosas navegacoes*. Lisboa, 1835.

*Indice cronologico del navegacoes, viagens, descobrimientos et conquistas dos portuguezos nos paizes ultramarinos desde a principio de seculo xv, por el patriarca de Lisboa, 1841 en 8.º* En otra memoria de 1844 quiere quitar á los árabes la gloria del descubrimiento de las Canarias. *Mem. en que se pretende provar que os Arabes nao conhecerao as Canarias antes dos Portuguezos*. (Véase la nota E al fin del Libro).

de él, veían pasar un pié por debajo de la cortina de seda, detrás de la cual se mantenía oculto, y cuando habían hecho acatamiento á aquel pié, se les distribuía unas crucecitas.

**Preste Juan.**—Su nombre, su grandeza y aquellas cruces, hacían creer que era el Preste Juan, rey cristiano de dudosa existencia y á quien todos los viajeros han marcado diferente país. Rubruquis le habían colocado entre los mongoles, y Juan de Carpi en la India: otros en la Etiopia ó en los diferentes lugares en que habían encontrado algunos vestigios de cristianismo en medio de poblaciones bárbaras. Los portugueses creyeron que hacia largo tiempo que reinaba en Africa; y cuando don Pedro fué regente, tenía resuelto enviar á descubrir su residencia y solicitar su amistad. Este proyecto quedó entonces sin ejecución, pero las noticias últimamente recibidas, decidieron á informarse ulteriormente de lo que había de cierto. El rey envió, pues, al franciscano Antonio de Lisboa para que penetrase en la India por la Palestina y el Egipto, y procurase encontrar al misterioso Preste. Aquel religioso no pudo internarse mucho por no saber el árabe; pero el rey Juan se obstinó en descubrir á aquel quimérico Preste Juan, cuya alianza debía ser tan ventajosa. Eu su consecuencia, encargó al capitán Pedro de Covilham y Alfonso de Payva, que penetrasen en la India por tierra.

Reunidos á una caravana árabe de Fez y de Tremecen (1487), llegaron al monte Sinaí, recogiendo datos sobre el comercio de las Indias. En el puerto de Aden, en Arabia, se separaron: Payva pasó á Abisinia, mientras su compañero se dirigió á la India, por decirlo así, como precursor de los europeos, en aquellos mares en donde bien pronto debían desplegar todo su poder. Después de visitar á Calicut, Cananor y Goa, pasó por mar á Sofala, en Africa, para reconocer allí las minas de oro, cuya existencia le había sido revelada en la isla de la Luna, llamada después de Madagascar. Como supo por los judíos que Payva había muerto en el Cairo asesinado, resolvió buscar por sí mismo al Preste Juan. El negus de Etiopia le dispensó excelente acogida, y encantado de su talento, quiso conservar-le á su lado mientras viviese: enriqueció, pues, á Covilham, que se casó en el país, llegó á los primeros empleos y no dejó ya su nueva patria. Veinte y tres años después, una embajada cuyo jefe era Rodrigo de Lima, le encontró allí todavía vivo, y recordando sin cesar á su antigua patria que no volvió á ver. Dirigía, sin embargo, frecuentes comunicaciones al rey de Portugal, asegurándole que si continuaban su camino hacia el Sud á lo largo del Africa occidental, los buques llegarían á la estremidad de aquel continente, y que en cuanto entrasen en el Océano oriental, harían vela hacia Sofala y la isla de la Luna. El paso del cabo era ya cierto, y no había más que efectuarlo; con este objeto se hizo al mar una escuadra á las órdenes del caballero Bartolomé Díaz.

**El Cabo.**—Este avanzó ciento veinte leguas más

que los navegantes anteriores (1486) y plantó la Cruz dos grados más allá del trópico meridional. Corriendo entonces hacia el Mediodía con una audacia magnánima, y habiendo perdido de vista la tierra, fué arrojado por los vientos á una bahía, que por los muchos rebaños que desde ella vió, llamó de los vaqueros, situada á cuarenta leguas al Este del último cabo de Africa. Díaz hubiera querido doblarle, mas no notó que allí concluía el continente y continuó haciendo vela al Este hacia la isla de Santa Cruz. De cuando en cuando enviaba algunos negros que había llevado consigo para atraerse la amistad de los naturales, á hacer cambios, é informarse del Preste Juan; pero era imposible sacar partido alguno de aquellos hombres feroces y groseros. Cuando llegó á la bahía de Lagoa, las tripulaciones, reducidas á las mayores privaciones por haberse perdido el buque que conducía las provisiones, se sublevaron para obligarle á volverse. Pero Díaz, que tenía la persuasión de que no podía estar ya distante la estremidad del Africa, les exhortó á que continuasen todavía veinte y cinco leguas. No es fácil describir la alegría y el asombro de todos, cuando observaron que habían pasado el cabo que buscaban. Para colmo de felicidad, volvieron á Lisboa después de explorar trescientas leguas de costa, y dieron á conocer la verdadera posición del cabo. Le habían llamado *cabo de las Tormentas*, por los terribles huracanes que en él habían experimentado; pero el rey exclamó: *¡No quiera Dios que conserve un nombre de tan mal agüero!.. que se le llame el cabo de Buena Esperanza.*

Estaba, pues, resuelto el gran problema, conocida la forma del Africa, y más avivada que nunca la esperanza de llegar por este camino á las Indias.

Pero faltaba encontrar un hombre intrépido que se lanzase por aquellos mares desconocidos, cuando Vasco de Gama, noble, en quien la experiencia de la navegación corría parejas con el valor y la habilidad, se presentó al rey Manuel. Partió con tres buques y sesenta hombres (julio de 1497), y dirigió la proa á las islas de Cabo Verde: corrió hacia el Mediodía hasta que llegó á la bahía de Santa Elena (29), un poco al norte del Cabo, á cuya estremidad arribó en tres días. Allí parecía que una fuerza indomable, no el espectro evocado por Camoens, sino los terribles vientos del Sudoeste que en aquellos parajes soplan todo el estío, querían repelerle invenciblemente, y fué necesaria toda su destreza para apaciguar á la tripulación amotinada. Consiguió sin embargo atravesar el paso, encontró en la isla de la Cruz las últimas señales que había dejado Díaz, y vió inclinarse las costas del Africa hacia el Norte. No se apartaba nunca mucho de la tierra, para regirse por las car-

(29) No debe confundirse esta bahía con la isla de aquel nombre, que no fué descubierta hasta 1502 por Juan de Nova.

tas é indicaciones de Covilham, y exploraba con frecuencia las costas. Despues de pasar á Sofala, echó por fin el ancla en Mozambique.

Aquella ciudad estaba gobernada por un príncipe mahometano, y habitada por moros y árabes, que recelosos de la inesperada concurrencia de los cristianos, procuraron perderlos por cualquier medio. Para librarse de sus asechanzas, Vasco prosiguió su camino hácia Chiloa, dirigido por un piloto del país; pero contrariado por las corrientes llegó á Mombaza. Recibido en aquella costa con las mismas disposiciones pérfidas por parte de los musulmanes, continuó hasta Melinda, en donde el rey le recibió cortesmente, y los habitantes sin ninguna muestra de desconfianza. Encontró allí muchos navios de la India, y algunos cristianos que le dieron noticias muy oportunas. El rey le proveyó de un piloto llamado Malemo Cano, de Guzerate, que era muy experimentado en aquellas aguas, y que al ver el astrolabio con que los portugueses observaban la altura meridional del sol, les dijo que tambien se usaba en el mar Rojo.

En veinte y tres días llegaron á Calicut, la ciudad más rica y comerciante de la India. Estaba gobernada por un zamorin, que prometió hacer á Gama los honores dispensados á los embajadores de los más grandes potentados. Los incesantes lazos de los musulmanes hacian á los portugueses desconfiados; pero Vasco quiso, á pesar suyo, trasladarse á la corte del príncipe, después de prescribir á su hermano lo que debía hacer en caso de que fuese muerto. Tomó tierra con doce de los más esforzados, atravesó á Calicut en medio de una multitud de curiosos, y llegó á la residencia del zamorin, situada á cerca de cinco millas de distancia. Recibió en un principio señales de cortesía y algunas esperanzas, pero bien pronto las su-

cedieron la falsía y la envidia: la poca importancia de los regalos las aumentó, y se trató de sorprender la escuadra. Descubrióse la trama, y Vasco supo, uniendo la intrepidez á la astucia, inspirar respeto á la corte, y convencerla de las ventajas que la reportaría un tratado con los portugueses. Habiendo conseguido de este modo el volver á bordo, levantó el ancla con presteza, y regresó á Europa á anunciar su descubrimiento dos años después de su partida. El rey en su enajenamiento, le tituló señor de la navegacion, de la conquista y del comercio de Etiopia, de Persia y de las Indias (30).

---

(30) Una de las obras más importantes por la crítica de los autores que han tratado de los descubrimientos, es la que publicó el vizconde DE SANTAREM, con el título de *Indagaciones sobre la prioridad del descubrimiento de los países situados en la costa occidental de Africa, más allá del cabo Bojador, y sobre los progresos de la ciencia geográfica, después de las navegaciones de los portugueses en el siglo XV*. Paris, 1842. Examinando con atención los escritores europeos y orientales, y principalmente las cartas, el autor llega á probar que antes de Colon nadie había pensado que fuese posible, atravesando el Atlántico, llegar á las tierras occidentales, así como tampoco nadie antes de los portugueses había doblado el cabo Bojador; y que los cosmógrafos únicamente después de este hecho, añadieron en las cartas países nuevos, pero que en realidad todos conservaron los nombres hidrográficos portugueses. La conclusion es quizá demasiado absoluta, pero las observaciones de Santarem son muy preciosas, como tambien su atlas de cartas-portulanos y mapa-mundi de los siglos XI y XVII, en su mayor parte inéditas: porque suministra términos de comparacion para apreciar los progresos de la ciencia, mucho más completamente que pudiera hacerlo la historia.

---

## CAPÍTULO IV

### COLON.

Un error geográfico sobre la forma del Africa, y otro error histórico sobre la existencia del Preste Juan, habian animado á los portugueses á encontrar un nuevo paso para las Indias. Un nuevo error, pero al mismo tiempo una reflexion profunda para concebir, una constancia imperturbable para ejecutar, y esa fuerza de carácter que es la única que lleva á cabo las grandes empresas, condujeron á un descubrimiento de la más alta importancia á un italiano, que se levanta como un gigante sobre los confines de la Edad Media y de los tiempos modernos (1).

Cristóbal Colon, de una familia noble de Pla-

sencia empobrecida por las guerras de la Lombardia, era natural de Génova ó sus cercanias y se dedicó á la navegacion (2). Siendo todavia jóven, interrumpió sus estudios que habia comenzado en Pavia, para seguir la carrera de su padre, y bien pronto se distinguió por su valor y habilidad marítima, como tambien por sus conocimientos en geometria, astronomia y cosmografia. Después de haber mandado buques napolitanos y genoveses, fué á Portugal en donde los italianos, ó segun se los llamaba, los lombardos, eran muy bien recibidos, porque su instruccion favorecia el ardor de los descubrimientos. Lisboa particularmente, estaba llena de sabios, curiosos, aventureros, misioneros, comerciantes y artistas, que de todas partes acudian para tomar parte ó utilizarse de unos acontecimientos cuya fama circulaba y se habia estendido por todo el mundo. Colon, como marino, habia contraido en aquella ciudad relaciones

(1) Las principales obras que tratan del asunto son, además de la *Vida del almirante*, escrita por su hijo Fernando. HUMBOLDT, *Exámen crítico de la historia de la geografia del Nuevo continente y de los progresos de la astronomia náutica desde el siglo xi al xv*. Paris, 1837, 4 tomos.—*Ensayo político sobre la Nueva España*.—*Monumentos de los tiempos antiguos de la América*.

WHITE KENNET en 1713 imprimió en Lóndres *Bibliotheca americana primordia*, que es una bibliografia de las cosas americanas. En 1789 fué extraordinariamente aumentada con la *Bibliotheca americana, or a chronological catalogue of books concerning the America etc*. Es aun más completa la *Biblioteca americana ó catálogo de las obras relativas á América que se han publicado desde su descubrimiento hasta el año 1700 por M. H. TERNAUX* Paris, 1837.—*Viajes, relato y memorias originales para la historia de América, publicadas por primera vez en francés por M. H. TERNAUX*. En el mismo punto 1837, 3 tomos.

G. B. MUÑOZ, *Historia del Nuevo Mundo*. No ha publicado más que el primer volumen.

MARTIN FERNANDEZ NAVARRETE, *Coleccion de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde el fin del siglo xv*, 1823, t. III.

*Historia del descubrimiento de la América*, de CAMPE, traducida del aleman por E. C. PITTON. Paris, 1836.

(2) Por espacio de cincuenta años se ha disputado más que nunca sobre la patria de Colon, y en honor de las letras desearíamos que nadie leyese algunas de las disertaciones á que ha dado lugar esta polémica. Bastará decir, que segun las diversas opiniones, su nacimiento se fija en 1430, 36, 41, 45, 46, 47, 49 y 55: la segunda fecha parece la más probable. En cuanto á su cuna, Génova, Cogoleto, Bugiasco, Finale, Quinto, Nervi sobre la Rivera, Savona, Palestrella, Arbizoli cerca de Savona, Cosseria entre Millesimo y Carcare, Val de Oneglia, Castel di Cucaro entre Alejandria y Casale, Piacenza y Pradello en el Placentino, se la disputan. En el documento auténtico de 22 de febrero de 1498, que contiene la fundacion de un mayorazgo. Colon se titula genovés por estas palabras: *De la cual ciudad de Génova he salido y en la cual he nacido*. El magistrado de San Jorge, contestando á una carta suya el 8 de diciembre de 1502, le llama *amatissimus concivis*, y añade que Génova era *l'originaria patria de sua claritudine*.

de amistad con una familia de viajeros, y recogía con avidez las narraciones, las conjeturas, y hasta los sueños de los navegantes. Quizá hizo algún viaje á la costa de Guinea; lo cierto es, que todo alimentaba en él el deseo, estimulado por el cálculo, de estender sus descubrimientos en una esfera mucho más vasta, que á la que hasta entonces se habian limitado. Pero desprovisto de medios suficientes, ¿cómo podia esperar ver realizadas las constantes ilusiones de su pensamiento? Conservaba, no obstante, sus dorados sueños y se lisonjeaba encontrar un apoyo respetable en la opinion de los antiguos sabios; porque lejos de proceder al azar, no cesó de consultar el cálculo, las estrellas y el mar, sobre el viaje que meditaba; y si los que descubrieron las playas africanas no hicieron más que seguir un continente piramidal, cuya costa en el Oriente era ya conocida de los árabes, Cristóbal se preparaba una conquista de reflexion, proponiéndose llegar á Asia por un camino que todavia no se habia intentado.

Por escasos que fuesen sus conocimientos en literatura y en erudicion sabia las teorías de la antigua escuela italiana, con respecto á la esfericidad del mundo y á la existencia de los antípodas; doctrina que, anatematizada en algun tiempo, llegaba á estar de dia en dia más generalizada (3). Si, pues, la tierra es esférica, se podrá pasar de un meridiano á otro, ya sea en direccion del Oriente,

(3) En el *Morgante* de Pulci, (cap. XXV, el demonio Astarot sostiene en estos términos la existencia de los antípodas.

*Sapi che quella opinione e vana  
Perche piu oltre navigar si puote  
Pero che l'acqua in ogni parte é piana  
Benche la terra abbia forma di ruote...  
E puossi andar giu nell'altro emisferio  
Pero che al centro ogni cosa reprime  
Si che la terra per via di misterio  
Sospesa sta tra le stelle sublime.  
E laggiú son città, castella, imperio  
Ma nol cognobbon quelle genti prime  
Vedi che il sol di camminar s'affretta  
Do'io ti dico che laggiu s'aspetta.*

«Es un pensamiento que la razon no confiesa; porque puede navegarse mucho más adelante, pues el agua va por todas partes aplanándose aunque la tierra tenga la forma de una rueda. Puede llegarse por debajo al otro hemisferio, puesto que todo tiende al centro de la tierra á la que un nudo misterioso retiene suspendida entre las estrellas de los cielos. Allá abajo existen ciudades, castillos y algun imperio que no conocieron los pueblos antiguos, y el sol apresura su curso para dirigirse allá abajo en donde otros mortales le esperan con impaciencia.»

Petrarca habia ya dicho que cuando el sol nos deja va á alumbrar á otras gentes que *tal vez* le aguardan: «y Dante habia comprendido más científicamente la posibilidad de que los hombres habitasen en todo el derredor del globo, admitiendo el centro de gravedad del mundo á cuyo punto son atraidos los cuerpos pesados de las demás partes.»

ya en sentido inverso, y ambos caminos serán complemento uno de otro; de modo que si el uno pasa de ciento ochenta grados, el otro será menor, es decir, más directo. En este sencillo raciocinio se apoyaba Colon.

Eratóstenes fué el primero que evaluó en doscientos cuarenta grados la distancia entre la Iberia y las costas de la China, y su cálculo apenas erraba en diez grados. Estrabon adoptó aquel cálculo (4), pero Marin de Tiro le redujo á ciento treinta y cinco grados, y Tolomeo, al corregirle, se engañó tambien en cuarenta y uno. Colon habia leído en este autor que la tierra está dividida en veinte y cuatro horas de quince grados cada una; y de este número los antiguos conocian ya quince, desde Gibraltar á Tina en Asia: los portugueses avanzaron hasta el diez y seis, y no quedaban ya más que ocho, es decir, una tercera parte de la superficie terrestre. Colon sabia, además, que los mares formaban un séptimo de la parte seca del globo. No es, pues, la tierra tan grande como supone el vulgo (5), y no deberia ser muy difícil atravesar el Atlántico para llegar á la otra estremidad del continente de la India, desde donde se podria volver á Europa por tierra. Séneca (6), Plinio, Aristóteles y Alfergan, habian dicho que bastaria un viaje de pocos dias para ir desde España á la India, y las relaciones de Marco-Polo y de Mandeville afirmaban que aquella region se avanzaba mucho más lejos de lo que hasta entonces se habia reconocido. Parecia además cierto, pues, que el grado bajo el Ecuador no debia tener más que catorce leguas de estension, que para llegar desde las Canarias á las regiones más orientales del Asia, no habria que recorrer más que quinientas millas por mar. Y aun así hubiera sido una distancia escesiva para una navegacion acostumbrada al cabotaje: mas las nociones precedentes la hacian esperar puntos de descanso.

Los contínuos descubrimientos, hacian creer en la posibilidad de otros nuevos. La Atlántida de Platon, la Antilla de los fenicios y las islas Afortunadas de los poetas, vivian en la memoria de todos. Los habitantes de las Canarias afirmaban que veian al Occidente una grande isla montuosa (7); algunos habian ido á buscarla, y aunque

(4) En el libro I habla de la circunnavegacion. «Como los matemáticos han establecido que el círculo se plega sobre sí mismo, si la estension del mar Atlántico no opusiese obstáculo, podríamos, hallándonos bajo un mismo paralelo, navegar desde España hasta la India.»

(5) Carta de Colon á Isabel.

(6) *Quantum est quod ab ultimis litoribus Hispania usque ad Indos jacet paucissimorum dierum spatium, si navem suus ventus implevit. Quæst. nat.*

(7) Bajo el cielo de los trópicos, las nubes que se apoyan en el horizonte toman con frecuencia la forma de una tierra vista de lejos. Este fenómeno es especialmente notable en las Canarias, en donde ha producido á veces estrafios errores.

nada consiguieron, se creía no obstante en ella. Dióse el nombre de isla de San Brandano, á esta ilusión de óptica. Colon no daba crédito á aquella opinion; pero acumulaba, no obstante, todos los argumentos, por débiles y frívolos que fuesen para confirmarse en la idea de una tierra situada al Occidente, y para insinuársela á los demás. Un navegante encontró flotando árboles desconocidos en nuestros climas, un pedazo de madera cortado sin emplear el hierro, juncos enormes como Tolomeo describe los de la India, y dos cadáveres que presentaban facciones diferentes de las nuestras. Colon nos ha trasmitido sus razones (8); porque su primer cuidado, como el de todo hombre emprendedor, debió ser el de disculpar su audacia, reuniendo aun las más pequeñas circunstancias, cuyo conjunto había de demostrar la posibilidad de llegar por un camino más corto á la region de las especias. Parecieron entonces frívolas, y después sirvieron de argumento contra él, para disminuir el mérito de su descubrimiento. Colon añadía á ellas la famosa profecía de Séneca (9) anunciando que el mar ofrecería nuevas tierras, y que otro Tyfís descubriría mundos desconocidos. Se apoyó luego en motivos sobrenaturales, y en pasajes de la Sagrada Escritura, diciendo que solo faltaban ciento cincuenta y cinco años para concluirse el mundo (10), y que haciendo profetizado Isaias que la verdad sería predicada por toda la tierra, Dios quería hacer un gran milagro, abriendo por aquel nuevo lado el camino de la India (11).

(8) Estas razones se encontrarán en la nota G. Están sacadas de las que su hijo esponen en sus *Historie del signor don Fernando Colombo*. Milan, 1614.

(9) *Venient annis  
Sæcula seris, quibus Oceanus  
Vincula rerum laxet, et ingens  
Pateat tellus, Typhisque novus  
Detegat orbis, nec sit terris  
Ultima Thule.*

(MEDEA).

(10) San Agustin fijó el fin del mundo á los siete mil años. Adán fué creado 5343 años y 318 dias antes de Jesucristo, segun los cálculos exactos del rey don Alfonso: si á éstos se añaden los 1501 años trascurridos desde el nacimiento del Salvador, no quedan más que 155 años. Véanse la *Carta rarísima* y especialmente las *Profecias*.

Agustin Giustiniani, que imprimió en Génova un Psalterio polígloto en 1516, refiere, á manera de comentario al versículo *in omnen terram exiivit sonus eorum*, la vida de Colon que nadie esperaba encontrar allí.

(11) Colon acumuló todos estos racionios en la carta en que describe al rey su tercer viaje: «Plinio ha escrito que el mar y la tierra reunidos constituyen una esfera: que el Océano es la mayor masa de agua, que se vuelve hácia el cielo, y que la tierra permanece debajo de él y le sostiene: que el cielo y el mar están mezclados entre sí, y se sostienen reciprocamente, como las diversas partes de una nuez por medio de la corteza verde que la cubre.

»El maestro de la historia escolástica, discurriendo acerca del Génesis, dice que las aguas son poco abundantes; cuando fueron criadas cubrían toda la tierra, pero que eran

Estas eran las ideas que agitaban la mente de Colon: para asegurarse de ellas recurrió al geómetra más hábil de aquel tiempo. Pablo Toscanelli de Florencia (12) que le respondió conforme á sus deseos, que la travesía á las Indias era fácil por el Occidente: que no había que recorrer más que cuatro mil millas en línea recta para ir desde Lisboa á la provincia de Mango cerca de Cathay, tan magníficamente descrita por Marco Polo; y que en el camino debían encontrarse las islas Antilla y Cipango, distantes una de otra doscientas veinticinco leguas. ¿Qué más faltaba para conver-

vaporosas y semejantes á las nieblas, pero que convertidas en líquidas y reunidas, ocuparon un pequeño espacio.

»Nicolás de Lira es de la misma opinion.

»Aristóteles dice que nuestro globo es muy pequeño, y no tiene más que una cantidad muy corta de agua, la cual puede atravesarse fácilmente desde España á las Indias.

»Avenruyz confirma esta opinion, y el cardenal Pedro de Aliaco le cita reproduciendo aquella idea, que es conforme á la de Séneca, diciendo que Aristóteles tuvo conocimiento de muchos secretos del mundo por medio de Alejandro el Grande, Séneca por el César Neron, y Plinio por los romanos, todos los cuales emplearon mucho dinero y una infinidad de personas, para que con gran celo descubriesen los misterios del mundo, y los diesen á conocer á todos.

»El mismo cardenal concede á todos estos autores mayor autoridad que á Tolomeo y á otros griegos y árabes; y para confirmar lo que dicen con respecto á la poca abundancia de aguas, y la pequeña cantidad de tierras que cubren, en oposicion á lo que se refiere con arreglo á Tolomeo y los que le siguen, cita al profeta Esdras, cuando dice en el tercer libro, que de las siete partes del mundo, las seis son áridas, y que sobre la otra se estienden las olas; sentencia aprobada por los Santos Padres, es decir, por san Agustin y san Ambrosio en su *Hexameron*, los cuales confirman el tercero y cuarto libro de Esdras, en que se dice: *Aquí vendrá á mi hijo Jesús y morirá mi Cristo*. Estos santos dicen que Esdras fué profeta, como Zacarias padre de san Juan.»

(12) Pablo del Pozzo Toscanelli, célebre astrónomo, nació en Florencia en 1397. Se le debe el gnomon ó aguja del reloj de Santa Maria la Nueva en aquella ciudad. Los sábios de aquella época se escribían cartas sobre los puntos más importantes de todos los conocimientos humanos, y las dos dirigidas por Toscanelli á Colon en 1474, prueban que merecía el título de sabio. *A Cristóbal Colon saluda el físico Pablo: Veo tu noble y gran deseo de pasar á donde nacen las especias... te envío una carta de navegacion... por medio de la cual quedarán satisfechas tus preguntas*. Añade que este país, es decir, la India, está muy poblado, y que allí hay un sinnúmero de reinos sometidos á la dominacion de un príncipe llamado el gran Kan, es decir, *rey de los reyes*. *Yendo derecho desde Lisboa al Occidente, he marcado en la carta 26 grados, de doscientas cincuenta millas cada uno (es decir, ochocientos doce leguas) hasta la ciudad de Quinsay*. (Ideas tomadas del viaje de Marco Polo). En otra carta dice á Colon: *He recibido la carta y los objetos que me has enviado, en lo que he tenido mucho honor y contento. Tu designio me parece noble y grande, y te ruego cuanto puedo, que navegues del Oriente á Occidente*. Toscanelli murió en 1482, sin conocer los magníficos descubrimientos á que había dado impulso.

tir en convicción las hipótesis de Colon, é inspirarle el doble entusiasmo de la ciencia y de la fe... Efectivamente, Colon era en extremo religioso, y no solo conversaba á menudo con sacerdotes, sino que algunas veces vestía su traje; y en la empresa que meditaba, le animaba el deseo de salvar una multitud de infelices, haciéndoles ver la verdad, y de adquirir grandes riquezas para obtener la *restitucion de la Casa Santa*, es decir, para libertar á Jerusalem y destruir el islamismo.

Hacia aquel tiempo hizo su viaje á Islandia; y aunque allí pudiese recoger por casualidad alguna noticia sobre los descubrimientos que ya remontaban á cuatro siglos, no pudieron ni sugerirle sus pensamientos, ni aun confirmarle en ellos; porque no se proponía descubrir un nuevo mundo sino llegar por el Occidente á Cipango y demás regiones descritas por Marco Polo.

Pero ¿cómo procurarse los medios? La Italia estaba dividida en pequeños Estados, enconados unos con otros, y además harto hacian en defender su propia independencia de los nuevos ambiciosos que tenian puestos los ojos en ellos; las dos repúblicas marítimas preferian conservar el monopolio de las antiguas vias á aventurarse en otras nuevas, y no hubieran trocado las ventajas que les reportaba el comercio con el Mediterráneo, á la superioridad que aquella empresa pudiera darles sobre las naciones situadas en el Océano. La Francia pasaba de la dominacion de un rey positivo y avaro, que acababa, no obstante, de darla unidad, á la de un príncipe emprendedor y novelesco, que soñaba con invasiones y conquistas tan fáciles de hacer, como de perder. Portugal tenia toda su atencion fija en el Africa, hasta que indisponiéndose con Castilla, convirtió contra ella todo el ardor que habia desplegado en los descubrimientos. Mas cuando le reanimó Juan II y la aplicacion del astrolabio hizo menos temerario el pensamiento de aventurarse en una mar sin orillas, Colon corrió á proponer sus ideas á aquel rey. Hizo que las examinasen los sábios y los grandes, que le calificaron de loco presuntuoso.

**Behaim.**—Entre los encargados de examinar aquella proposicion, se hallaba Martin Behaim de Nuremberg, exaltado por algunos como el precursor de Colon, y al que debemos mirar con alguna atencion, como hombre que representaba las ideas más avanzadas que se tenian entonces en geografia. Nació hacia 1430, y se dedicó en un principio al comercio, pero se aficionó poco á poco á aquella ciencia: fué llamado á Portugal, en donde contrajo amistad con los mejores cosmógrafos, y quizá ayudase á Rodrigo y José á combinar el astrolabio con la brújula. Se embarcó después con Diego Cano y dobló el cabo de Buena Esperanza: después de lo cual se trasladó á las Azores, en donde casó con una hija de Job de Hurter, gobernador de la colonia flamenca que allí se habia establecido. Volvió á Nuremberg, su patria, en 1490, y esta ciudad, una de las más ilustradas, no le dejó des-

cansar hasta que hubo satisfecho su docta curiosidad, construyendo un globo terrestre que debia conservarse en los archivos. Este es el primer microcosmo que señala la historia de la geografia. Tiene pié y medio de diámetro, su superficie está cubierta con un pergamino, en el cual se hallan trazados los circuitos de los países conocidos, y unas breves notas con figuras de hombres y noticias sobre las costumbres. «Séparse, se ve allí escrito, que este globo representa el tamaño de la tierra, tanto en longitud como en latitud, medida geoméricamente, segun la *Cosmographia Ptolomæi* por una parte; y por lo demás, segun el caballero Marco Polo, y el respetable doctor y caballero Juan de Mandeville. El ilustre don Juan, rey de Portugal, hizo en 1485, que sus navios visitasen todo el resto del globo hacia el Mediodia, desconocido á Tolomeo; descubrimiento, en que yo, autor de este globo me he encontrado. Hacia el Oeste se halla el mar llamado Océano, en donde se ha navegado tambien más lejos de lo que ha indicado Tolomeo, y más allá de las columnas de Hércules, hasta las islas Azores, Fayal y del Pico, que están habitadas por el noble y piadoso caballero Hurter de Morchirchen, mi querido suegro, con colonos llevados de Flandes. Hacia las regiones tenebrosas del Norte, más allá de los límites indicados por Tolomeo, se encuentran la Islandia, la Noruega y la Rusia, hoy día conocidas y hacia las que cada año se envian buques, aunque el mundo sea bastante sencillo para creer que no puede navegarse por todas partes; atendida la forma de globo en que está hecho.»

Hé aquí las autoridades y el resumen de los conocimientos de aquella época. La América no figura en el globo de Behaim, pero como las dimensiones generales de la tierra están en él mal calculadas, el vacío que deja la falta de aquella region es menos grande: su sitio se halla ocupado en parte por el continente asiático, y el Japon se encuentra á doscientos ochenta grados en vez de ciento cincuenta. Se creia, pues, que no habia que recorrer más que la mitad del camino verdadero para ir desde las Azores á Asia.

Dos tierras se encuentran además marcadas en este espacio: una hacia el grado 330 de longitud, llamada *Antilla*, debajo de la cual escribió Behaim: *En 734, cuando la España fué sometida por los africanos, la Antilla fué poblada por un arzobispo de Oporto acompañado de otros seis obispos y de muchos cristianos que habian huido de España con sus ganados y bienes.* La otra tierra, más grande, entre el Asia y las Azores se llama San Brandano, y la inscripcion dice: *En 563 después de J. C. San Brandano arribó con un barco á esta isla, donde encontró cosas maravillosas, y volvió después de haber permanecido allí siete años.*

Behaim fué del número de los que desaprobaron el proyecto de Colon (13), insistiendo en que los

(13) Behaim terminó su globo en 1492, el mismo año

portugueses continuasen sus exploraciones al Sudeste; pero algunos intrigantes de los que se llaman políticos, aconsejaron al rey que entretuviese con esperanzas á aquel aventurero, hasta que se enviasen bajeles á ver lo que habia. Indignado Colon con las asechanzas que le tendian, abandonó secretamente Portugal; volvió á su patria y tal vez ofreció sus servicios á ésta, á Venecia é Inglaterra, vagando así de pais en pais preocupado con un gran pensamiento que no encontraba medio de realizar. Avanzaba en edad y nada le acercaba al objeto á que se dirigian todas sus esperanzas. El espíritu de asociacion hubiera podido evitar á Colon la humillacion de las negativas de los reyes. Así es como en nuestros dias, cuando el gobierno inglés negó un barco al capitán Ross, que en un primer viaje habia perdido los derechos á su confianza, se abrió una suscripcion para proporcionarle uno, y pudo resolver uno de los problemas geográficos más debatidos, el de un paso al Noroeste. Pero entonces no era posible ejecutar una grande empresa sin recurrir á los reyes; en el dia basta con que no quieran estorbarla.

Dirigióse, pues, Colon á España, y caminando á pié con su hijo Diego, fué á pedir pan y techo al convento de Santa Maria de la Rábida. Afectado fray Juan Perez, prior de aquel monasterio, con el fatal signo que los grandes pensamientos imprimen en la frente del hombre, se impuso de la posicion y proyectos del extranjero, y como era un talento cultivado, le escuchó con interés, aplaudió lo que meditaba y le recomendó á su compañero Fernando de Talavera, confesor de la reina Isabel, en el momento en que los reyes sitiaban á Loja con la resolucion de estirpar los restos de la dominacion árabe. No juzgó el confesor propicia la circunstancia para presentar á un extranjero vestido bastante pobremente, y que no tenia que ofrecer más que un proyecto que tenia por una quimera. Vióse, pues, obligado Colon á abrirse él mismo el paso. Encontró alguno que le escuchase, y pudo en fin hacerse presentar al arzobispo Mendoza, aquel gran cardenal que llamaban el tercer rey de España.

Es cierto que los asertos de Cristóbal Colon causaban recelos á los teólogos, como que indicaban la existencia de otros mundos y de otros hombres, de que no se habla en el Génesis. Pero el nuncio apostólico Geraldini demostró que no estaban en contradiccion ni con san Agustín ni con Nicolás de Lira, que no eran cosmógrafos ni navegantes. Una vez acallados los primeros escrúpulos religiosos, el cardenal prestó voluntariamente oído á Colon, y le presentó á los reyes. Su entusiasmo y profunda conviccion se comunicaron á los soberanos

de España, y encargaron á una comision examinase lo que proponia.

Verificóse la conferencia en los Dominicos de Salamanca, donde tuvo Colon que discutir con profesores de diversas ciencias y con teólogos; pero á pesar de todas las preocupaciones que se suscitaban contra él, y aunque Colon no esplicó su pensamiento estensamente por temor de verle de nuevo usurpado (14) muchos opinaron que era algo más que un soñador (15). Si, no obstante, no fué rechazado, tampoco con mucho apoyado. La guerra de Málaga absorbía todos los pensamientos, como tambien todas las rentas publicas; y la resistencia de la corte esponia á Colon á los sarcasmos de abyectos magnates, que amoldaban su modo de pensar y sentir al de los principes cuyo favor ambicionaban. Fué tomada Málaga (1487), ocurrió la peste, después hubo el sitio de Sevilla, y Colon iba de una parte á otra siguiendo á la corte, hasta dando pruebas de valor militar, y recibiendo de tiempo en tiempo alguna subvencion, limosna mortificadora para aquel que alimenta una idea capaz de enriquecer á los más grandes monarcas. Pero la guerra contra los moros y la noticia llegada de Tierra Santa traída por dos religiosos, de que el soldan queria asesinar á los cristianos para vergar á los mahometanos de España, afirmaron á Colon en su idea de llegar á ser el exterminador del islamismo, sacando del descubrimiento de las Indias las riquezas necesarias para llevar á cabo aquella magnánima empresa, y convertir á los súbditos del gran kan, que los misioneros representaban avaros de predicaciones. Por último, Sevilla tambien fué tomada; pero triunfos y bodas distrajeron á la corte, que no tardó en reconcentrar toda su atencion en los aprestos para la guerra decisiva contra Granada, y terminada que fuera, esperaba ó al menos hicieron esperar á Colon que tomaria nuevo impulso su proposicion.

¡Y si al menos fuera así! ¡y tener ya cincuenta años! ¡y hallarse en la incertidumbre de si alcanzaria la inmortalidad, ó moriria como un necio y un visionario! ¡Qué lucha tenia que sostener una alma de su temple! ¡cuántas veces debió desesperarse de los hombres y de sí mismo, y maldecir la raza humana, tan pronta para correr á su ruina, tan obstinada en contra de lo que es útil y verdadero! ¿Qué otro apoyo podia quedarle sino su fe en aquel Dios á quien se reconocia deudor de su inspiracion, y en quien confiaba para su cumplimiento?

Volvió al lado de sus religiosos de la Rabida, y encontró lo que los reyes y las cortes le negaban,

(14) Lo atestiguan así su hijo y Herrera en las *Décadas*.

(15) Lo defendieron particularmente los dominicos, y Colon escribió que *sus Altezas poseian las Indias, gracias á Diego de la Doza*, profesor de la teologia que sostuvo sus aseveraciones.

en que Colon navegaba hácia la América; no pudo, pues, marcar en él los descubrimientos del navegante genovés. Volvió después á Fayal, y murió en Lisboa en 1506, sin haber tomado parte en las últimas grandes espediciones.

un exámen concienzudo, simpatías tan necesarias en las grandes empresas y nuevas recomendaciones para la reina Isabel. Peleaba ésta entonces en la vega de Granada con el casco y la armadura. Capaz, aunque mujer, de hacer ceder el entusiasmo á los cálculos de la prudencia, acogió las instancias de fray Perez y del genovés, que le suplicaban aceptar el regalo de un nuevo reino. Cristóbal, á quien recibió en la improvisada ciudad de Santa Fe, vió caer la última muralla de los musulmanes y su más espléndida residencia. Triste y desanimado en medio de la universal alegría, veía con indiferencia y casi con desden un triunfo que recogijaba todos los corazones (16). Pero aquel triunfo despejaba el terreno y daba ánimos para pensar en la realizacion de sus designios. Se comenzó, pues, á tratar sériamente con él, y á pesar las condiciones que proponía.

¡Pareció extraño al orgullo español que aquel oscuro italiano pidiese los títulos de almirante y virey del país que descubriera, como si nunca pudiese el genio aspirar á honores que solo debe dar la casualidad del nacimiento! Fué, pues, despedido con los desdenes que en las cortes se siguen á una desgracia, y presa de las amargas reflexiones que asaltan á un hombre grande cuando se ve desconocido. Iba á abandonar á la ingrata España, cuando otras personas benévolas despertaron en el corazón de Isabel sentimientos generosos. Aun fueron contrariados, como acontece comunmente, por cálculos de dinero; pero se conoció que dos barcos y trescientas mil coronas bástarian para la expedición, y se convino en que Colon contribuiría á los gastos con una octava parte, á condicion que se le asegurara una octava parte tambien de las ventajas. La reina ofreció alhajas para completar la suma; pero el ministro San Angelo consiguió proporcionarla. Estas fueron las convenciones que se estipularon.

Colon debía ejercer durante su vida, y sus herederos y sucesores despues de él perpétuamente, las funciones de almirante, en todas las tierras y continentes que hubiera descubierto y adquirido en el Océano, con los mismos honores y prerogativas que el gran almirante de Castilla en su jurisdicción.

Debía ser virey y gobernador general de todas las dichas tierras y continentes, con el privilegio de designar para el gobierno de cada isla ó provincia tres candidatos, entre los que elegirían uno Fernando é Isabel.

Tenia derecho á una décima parte de todas las perlas, piedras preciosas, oro, plata, especiería, géneros y mercancías de cualquiera clase que se encontrasen, comprasen, cambiasen ó estuviesen en los límites de su jurisdicción, descontados los gastos.

Colon ó su teniente debía ser el único juez de todas las diferencias ó contestaciones que pudie-

ran suscitarse en materia de comercio, entre los países descubiertos y la España, ya que el gran almirante de Castilla tenía el mismo privilegio en su jurisdicción.

Le era permitido entonces y en todo tiempo concurrir con una octava parte á los gastos del armamento, y en su consecuencia recoger la octava parte de las ventajas. El puerto de Palos habia sido condenado, por una rebelion, á suministrar á la corona dos carabelas anualmente, y estas fueron las que se destinaron para Colon. Los Pinzones proporcionaron á Colon los medios de armar un tercer barco para ejecutar el indigno tratado concluido con ella. Pero le quedaba que vencer la oposicion de los marinos de Palos, que consideraban como perdidos inevitablemente los que se aventurasen á una expedición declarada despues fácil y sin importancia, con objeto de oscurecer su brillo. Fué preciso recurrir á órdenes despóticas, que no hicieron otra cosa que exasperar aun más los ánimos, persuadidos como estaban de que el rey usaba artificios con respecto á los amotinados para castigarlos de una insubordinación anterior; no cedieron en fin sino á las reiteradas seguridades de Alonso Pinzon, navegante intrépido y estimado. De esta manera fué como la *Santa Maria*, la *Pinta*, la *Niña*, pequeñas carabelas, de ligera construcción, abiertas, sin puente, á escepcion de una de ellas, mal acondicionadas, mal calafateadas, muy altas de popa y proa con castillos en ésta, cabañas para la tripulación, y lo que es peor, montadas con gente forzada, acometieron una de las más difíciles empresas, y Colon, despues de haber confesado y comulgado, partió en medio de la compasión y la burla de los ciudadanos.

Desde este momento comenzó á redactar su diario, admirable revelación de los sufrimientos y grandeza de aquel hombre incomparable, de las inmensas alegrías y de las crueles decepciones que rápidamente se suceden en el alma de los gloriosos artífices de las obras magnánimas.

Habia en Colon, como en todos los que han dejado un gran nombre, dos hombres, el de su siglo, con sus ideas y errores, y un poder individual que le hace superior á sus contemporáneos. A las pocas numerosas, desordenadas y engañosas nociones que le proporcionaba entonces la ciencia, unió un espíritu de observación minucioso, que no impidió en él los grandes designios. Los Padres de la Iglesia, los talmudistas, los escritos místicos de Gerson, los antiguos geógrafos, la cosmografía del cardenal Ailly, Marco Polo (17) sobre todo, le proporcionaron, como ya hemos visto, argumentos en favor de su proyecto ú objeciones contra su

(17) Es extraño el que Colon no lo nombre nunca, aunque es verdad que se refiere constantemente á sus relatos, lo que puede conocerse por el mapa de Toscanelli y las narraciones de Nicolás de los Conti.

(16) CLEMENCIN, *Elojio de la Reina Católica*.

cumplimiento. Lleno de penetración para señalar todo fenómeno natural, aunque no estuviese bastante instruido en las teorías para explicarlas con verdad, no se ocultaban á su penetración los indicios de un nuevo mundo y un nuevo cielo, y unía los hechos buscando sus mútuas relaciones. Fué el primero que marcó la declinación de la aguja magnética; antes que Pigafeta conoció la manera de encontrar las longitudes por medio de la diferencia de ascensión directa de los astros. Notó la dirección de las corrientes; la acumulación de las plantas marinas, que determinan una gran división de los climas del Océano; el cambio de temperatura, no sólo por las distancias del Ecuador, sino también por la diferencia de los meridianos. No descuidó tampoco las indicaciones geológicas sobre la forma de la tierra y las causas que la producen.

Esto es lo que se nota en su diario y en sus cartas; pero lo que aparece en el fondo de todo, es un vivo sentimiento religioso, que le hace creer en revelaciones, visiones y tomar por objeto supremo de su empresa el aniquilamiento del islamismo, la conversión de los súbditos del gran Kan, y la reedificación de Jerusalén: piadoso entusiasmo que contrasta con la sencillez de sus relaciones, tan diferentes del énfasis afectado de Vespucio y otros viajeros.

Lejos estaba su tripulación de participar de estas profundas convicciones, y de la obstinación necesaria para proseguir la empresa. Todo les parecía extraño y nuevo; se espantaban de la rapidez de las corrientes, del volcán de Tenerife, de las calmas inmensas de los trópicos, de las islas flotantes de verdura (fucos). El mismo viento propicio que soplabá del Este, les hacía temer, si no cambiaba, que la vuelta les fuese imposible. Era preciso que Colón usara del razonamiento, de la astucia, de la severidad, para vencer su resistencia; y que persistiese sobre todo, en la firme resolución de dirigirse rectamente al Oeste, sin consideración á los fenómenos que podían inclinarle á buscar tierras á derecha ó á izquierda. Entre tanto transcurría tiempo, y aunque Colón les hacía creer que era menor el camino que habían recorrido, y decía que sólo habían atravesado quinientas setenta y ocho leguas cuando habían andado setecientas siete desde Canarias, se creían ante un espacio infinito; mil incidentes que á cada paso prometían encontrar tierras salían falsos; la ilusión de las nubes que se tomaban por islas, redobló el desaliento con el engaño; la deseada Cipango sólo aparecía en el mapa adicionado continuamente por Colón; las setecientas cincuenta leguas que calculaba para llegar á ella se habían recorrido, y sin embargo el sol desaparecía del horizonte sin distinguirse ninguna ribera.

Estallaban en la tripulación las murmuraciones; hasta se amotinó (18). Pero cuando se vió la tierra,

cuando todas las bocas repitieron: *¡Tierra! ¡Tierra!* la alegría toda material de la tripulación, que en fin se veía llegar sana y salva, y próxima á arribar al país de las especias, no fué nada en comparación de la intensa alegría experimentada por Colón. Conocía que el proyecto que había meditado treinta años se había cumplido, que los sarcasmos se iban á cambiar en aplausos, que un nuevo mundo se abría delante de él, que una mitad de su vida obtenía su corona, y que nuevas fatigas se preparaban para la otra. Estos son momentos que sólo el genio conoce, y de los cuales uno solo basta para indemnizar una vida llena de abnegaciones y sufrimientos.

El sol del 12 de octubre alumbró una de las islas más bellas, en cuyos bosques brillaba un verde desconocido, y de la que salieron una multitud de hombres desnudos y admirados. Echadas al mar las chalupas, vestido de gala y con el estandarte real en la mano desembarcó Colón; rodeado de un aire balsámico, de una vigorosa vegetación, y de una satisfacción que el vulgo no entiende, postróse en tierra para dar gracias á Dios, y tomó posesión del país. Los naturales nada comprendían de estas ceremonias; pero sencilla y tranquilamente se acercaban á mirar y aun tocar á los recién llegados, que á su vez se admiraban de los indígenas.

«Yo (dice Colón en su diario el día 15 de octubre) porque nos tuviesen mucha amistad, porque conocí que era gente que mejor se libraria y convertiría á nuestra santa fé con amor que no por fuerza, les dí á algunos de ellos unos bonetes colorados y unas cuentas de vidrio que se ponían al pescuezo, y otras cosas, muchas de poco valor, con que hubieron mucho placer y quedaron tanto nuestros que era maravilla. Los cuales después venían á las barcas de los navíos adonde nos estábamos, nadando y nos traían papagayos y hilo de algodón en ovillos y azagayas, y otras cosas muchas, y nos las trocaban por otras cosas que nos les dábamos, como cuentecillas de vidrio y cascabeles. En fin, todo tomaban y daban de aquello que tenían de buena voluntad. Mas me pareció que era gente muy pobre de todo. Ellos andan todos desnudos como su madre los parió, y también las mujeres, aunque me vide más de una farto moza, y todos los que yo ví eran todos mancebos, que ninguno yide de edad más de treinta años: muy bien hechos, de muy fermosos cuerpos, y muy buenas caras: los cabellos gruesos casi como sedas de cola de caba-

---

la sublevación contra Colón, la amenaza de arrojarle al mar, su promesa de virar de bordo, si no descubría tierra en un tiempo dado, no está fundada más que en verosimilitudes y en el aserto de Oviedo; así es que Colón en su diario dice que el 10 de octubre respondió á los marineros: «No conseguireis nada con vuestras quejas. Yo me he puesto en camino para ir á las Indias; creo llegar á ellas, y no cederé hasta que con la ayuda del Señor las haya encontrado.»

(18) Sin embargo, la historieta general esparcida sobre

llos, é cortos: los cabellos traen por encima de las cejas, salvo unos pocos detrás que traen largos, que jamás cortan; dellos se pintan de prieto, y ellos son de la color de los canarios, ni negros ni blancos, y dellos se pintan de blanco y dellos de colorado, y dellos de lo que fallan, y dellos se pintan las caras, y dellos todo el cuerpo, dellos solo los ojos, y dellos solo el nariz. Ellos no traen armas ni las cognocen, porque les amostré espadas y las tomaban por el filo, y se cortaban con ignorancia. No tienen algun fierro; sus azagayas son unas varas sin fierro y algunas de ellas tienen al cabo un diente de pece, y otras de otras cosas. Ellos todos á un mano son de buena estatura de grandeza, y buenos gestos, bien hechos; yo vide algunos que tenían señales deferidas en sus cuerpos y les hice señas que era aquello y ellos me amostraron como allí venían gente de otras islas que estaban acerca y les querían tomar. y se defendían, y yo creí é creo que aquí vienen de Tierra Firme á tomarlos por captivos. Ellos deben ser buenos servidores y de buen ingenio, que veo que muy presto dicen todo lo que les decía, y creo que ligeramente se harían cristianos, que me pareció que ninguna secta tenían. Yo, placiendo á nuestro señor, llevaré de aquí al tiempo de mi partida seis á V. A. para que aprendan hablar. Ninguna bestia de ninguna manera vide, salvo papagayos en esta isla... Ellos vinieron á la nao con almadías que son hechas del pie de un árbol, como un barco luengo, y todo de un pedazo, y labrado muy á maravilla segun la tierra, y grandes que en algunas venían cuarenta ó cuarenta y cinco hombres, y otras más pequeñas, fasta haber dellas en que venía un solo hombre. Remaban con una pala como de fornero, y anda á maravilla, y si se le trastorna luego se echan todos á nadar, y la enderezan y vacían con calabazas que traen ellos.

Y yo que estaba atento y trabajaba de saber si había oro, y vide que algunos dellos traían un pedazuelo colgado en un agujero que tienen á la nariz, y por señas pude entender que yendo al Sur ó volviendo la isla por el Sur, que estaba allí un rey que tenía grandes vasos dello y tenía muy mucho. Trabajé que fuesen allá, y después vide que no entendían en la ida. Determiné de guardar fasta mañana en la tarde y después partir por el Sudeste, que segun muchos dellos me enseñaron decían que había tierra al Sur, y al Sudeste y al Noroeste, y que estas del Noroeste les venían á combatir muchas veces, y así ir al Sudeste á buscar el oro y piedras preciosas.

«Esta isla es bien grande y muy llana y de árboles muy verdes, y muchas aguas, y una laguna en medio muy grande, sin ninguna montañía, y toda ella verde, que es placer de mirarla; y esta gente farto mansa, y por la gana de haber de nuestras cosas, y teniendo que no se les ha de dar sin que den algo y lo no tienen, toman lo que pueden y se echan luego á nadar; mas todo lo que tienen lo dan por cualquiera cosa que les den; que fasta los

pedazos de las escudillas, y de las tazas de vidrio rotas rescataban, fasta que vi dar diez y seis ovillos de algodón por tres ceotis (19) de Portugal, que es una blanca de Castilla, y en ellos habría más de una arroba de algodón filado. Esto defendiera y no dejara tomar á nadie (20) salvo que yo lo mandara tomar todo para V. A. si hobiera en cantidad. Aquí nace en esta isla, mas por el poco tiempo no pude dar así del todo fe, y también aquí nace el oro que traen colgado á la nariz; mas por no perder tiempo quiero ir á ver si puedo topar á la isla de Cipango.»

Llamábase aquel país Guanahani, y Colon lo llamó San Salvador (21); es una de las Lucayas, y está rodeada de las innumerables islas de banco de Bahama, que Colon creía fueran las siete mil cuatrocientas ochenta y ocho islas indicadas por Marco Polo. Navegó por entre ellas admirado cada vez más con nuevas maravillas y buscando siempre á Cipango, desde donde debía llegar en diez días á Quinsay. Era su intención presentar allí al gran kan las cartas de sus soberanos y volver después con la respuesta, triunfante por haber llegado á la India por la dirección opuesta.

Creó haber encontrado á Cipango en Cuba, isla adornada igualmente por una poderosa y magnífica vegetación, flores, frutos y aves, cuyos colores rivalizaban en brillantez. *Es la hermosa, es la que jamás vieron los ojos humanos, llena de excelentes puertos y profundos rios; no sé salir de ella;* y encantado esclama con el pastor de Virgilio: *Podría vivir eternamente en ella.* Al arrebatador espectáculo del día sucedía el de la noche, tan magnífico en los trópicos, donde la claridad de las estrellas centellea viva y pura en bosquillos perfumados y bajo un cielo siempre sereno. En todas partes veía siempre Colon la India, el país de las especias y del oro; y se esforzaba en hacer que correspondiesen los nombres que le indicaban los salvajes con los mencionados por los viajeros.

Pero las ciudades y las cortes que se habían prometido no se presentaban; en lugar de una civilización extraña y opulenta, se ofrecía á su vista el aspecto de una sencillez primitiva, exenta de las necesidades y de los caprichos. Entre otras tierras descubrió á Haití, una de las más hermosas islas del mundo, destinada á ser una de las más desgraciadas. Sus habitantes eran buenos y muy hospitalarios, y Colon escribía á los reyes: *Si vuestras altezas mandasen prenderlos á todos y tenerlos prisioneros en su misma isla, nada sería más fácil*

(19) Por *ceuti* ó *cepti*, moneda de Ceuta que corría en Portugal.

(20) Es una gran prueba de la moralidad de Colon el cuidado de impedir este tráfico, porque le parecía poco decente y usurario. Como si no fuese la opinión la que daba el precio al oro, así como á las cuentas de vidrios.

(21) Gibbs, en una comunicación á la sociedad histórica de Nueva-York, cree que la isla en que ancló Colon no fué San Salvador, sino la de Turk's Island; Navarrete adoptó esta opinión.

que conseguirlo. Los indígenas acogieron cordialmente á Colon, y le ayudaron á construir una fortaleza á la cual denominó la Española, primer eslabon de aquella cadena que debía sujetar tan rudamente la América á la España.

Entre tanto uno de los barcos de la expedicion se habia averiado. Pinzon habia desertado con el que le correspondia, y no se tenian noticias suyas: dejó, pues, Colon en la isla á algunos de los suyos seducidos por aquella dulce existencia y por aquellas bellezas tan accesibles, y se volvió á embarcar llevando consigo un pequeño número de naturales; pero habiendo encontrado poco después á la Pinta, se volvió al punto de donde habia salido. El viento entonces sopló en direccion contraria y varia, y después una furiosa tempestad estuvo amenazando por espacio de quince dias sumergir la tierra descubierta. ¡Figúrese el lector cuál seria en aquellos dias la ansiedad de Colon, cuando habiendo realizado el deseo de toda su vida, dispues to ya á traer á Europa un nuevo mundo, á sus émulos la más triunfante refutacion, y á sus favorecedores la justificacion del éxito, se veia próximo á sucumbir, sin dejar detrás de sí más que la fama de un temerario, que habia perecido por querer realizar un sueño! Para que á lo menos quedase memoria de él, escribió algunas relaciones de su gran descubrimiento, las encerró en diferentes barriles, y las arrojó al mar, para que las llevase á alguna playa civilizada las olas que tan contrarias se le habian mostrado.

Arribó al fin á las Azores; pero recibió allí la más detestable acogida de los portugueses, que aprisionaron la mitad de la tripulacion: el rey habia mandado prender á Colon donde quiera que le encontrasen, como culpable de arrebatarle un descubrimiento que habia rechazado, ó querer inquietarle en las posesiones que el papa le habia concedido. Pero cuando llegó á Lisboa eclipsó con sus maravillas aquellas á que estaban acostumbrados hacia medio siglo: dejándose el rey vencer por la admiracion, disimuló su despecho y lo recibió con grandes honores (22).

En fin, Colon entró en Palos, donde la poblacion rompió en trasportes de alegría; las campanas se echaron á vuelo, las tiendas se cerraron y todos á porfia corrian apresuradamente á abrazar á aquellos compatriotas que creian perdidos, y venerar en aquel que acababa de descubrir un nuevo mundo, al hombre de quien se burlaban siete meses antes como de un visionario. El mismo dia llegó Pinzon, que creyendo adelantarle ó esperando que hubiera perecido, se daba por autor del descubri-

miento. Pero engañado en su esperanza, el triunfo de Colon causó en él tal despecho, que murió pocos dias después.

Colon fué admitido en Barcelona al honor de presentarse delante de los reyes, que le hicieron sentar en su presencia, como si hubiera sido, no un grande hombre, sino un grande de España. Quisieron oír de su boca los detalles de aquella maravillosa expedicion, y pareció, dice Las Casas, que gozaban en aquel momento de las delicias del paraíso. En el escudo de Colon figuraron las armas reales con el mote

A Castilla y á Leon

Nuevo mundo dió Colon.

No menos piadoso en su prosperidad que lo que lo habia sido en su humillacion, Colon fué á cumplir los votos que habia hecho, en los diferentes santuarios; é hizo otro nuevo prometiendo emplear las riquezas que adquiriera en siete años en equipar cuatro mil caballos y cinco mil infantes, y otros tantos en los años siguientes para la libertad del Santo Sepulcro. Por toda venganza contra los incrédulos y sus contrarios, escribia: «Bendito sea Dios que da la victoria y el triunfo al que sigue sus caminos. Esto lo ha probado maravillosamente en mi favor. Yo emprendí un viaje contra el parecer de tantas personas respetables, y todos tachaban mi intento de quimérico. Confio en el Señor que el resultado dará gran honor á la cristiandad.»

Pero el papa Martin V habia concedido al rey de Portugal todos los paises que descubriera desde el cabo Bogador y desde el cabo Non hasta las Indias. La España usurpaba, apropiándose los descubrimientos de Colon, los derechos de posesion de Portugal; y el rey Juan mandó una escuadra á ocuparlos. Fernando se interpuso ofreciendo reparacion. Al mismo tiempo recurrieron á Roma, de donde fueron las bulas de Alejandro VI que asignaban á la España las islas y tierra firme, tanto descubiertas como por descubrir, en el Océano occidental, así como sus predecesores habian hecho donativo á los portugueses de las de Africa y Etiopia. Después en otra bula, del 4 de mayo de 1493, el papa marcó una línea desde el polo Artico al Antártico, á cien leguas de las Azores y del cabo Verde, y asignó á la España los paises situados allende de aquella línea (23).

(23) No era arbitraria esta línea; era la línea magnética, observada por Colon, que decia que al pasarla, como al pasar una colina, la aguja dirigida al Nordeste se inclinaba hácia el Noroeste. *Et uti tanti negotii provinciam apostolica gratia largitate donati, liberis et audacius assumatis* (la propagacion y la exaltacion de la fé entre los bárbaros), *motu proprio, non ad vestram vel alterius pro vobis super hoc nobis oblate petitiones instantiam, sed de nostra mera liberalitate et certa scientia, ac de apostolica potestatis plenitudine, omnes insulas et terras firmas, inventas et inveniendas, detectas et detegendas, versus occidentem et meridiem fabricando et construendo unam lineam a polo arctico, scilicet, septentrione, ad polum antarcticum,*

(22) Sin embargo, no desapareció la envidia de los portugueses, y el famoso historiador de las Indias orientales Juan de Barros, en 1552, no hablaba de Colon sino como de un *homem fallador é glorioso em mostrar suas habilidades, é mais fantastico é de imaginacoes, con sua ilha Cypango*. Da Asia. Dec. lib. III, c. 11.

Era un espectáculo imponente el ver al papa en el momento en que la autoridad pontificia iba á desquiciarse, levantarse todavía con toda la grandeza de la Edad Media, para trazar con el dedo los confines de dos naciones poderosas, y decirlas: *Llegareis hasta aquí*, como si fuese aun el tiempo en que los reyes le hacian árbitro de sus contiendas en vez de recurrir á las armas. Y sin embargo, ya habia nacido Lutero.

Se pensaba no obstante llevar más adelante las conquistas. Los tributos impuestos á los judios y moros, y los arsenales tomados á los

*scilicet meridiem, sive terræ firmæ et insulæ inventæ et inveniendæ sint versus Indiam aut versus aliam quamcumque partem, quæ linea distet a qualibet insularum quæ vulgariter nuncupantur de las Agores y Cabo-Vierde centum leucis versus occidentem et meridiem, per alium regem aut principem christianum non fuerint actualiter possessæ usque ad diem Nativitatis Domini nostri Jesu Christi proxime præteritum, a quo incipit annus præsens millesimus quadringentesimus nonagesimus tertius, quando fuerunt per nuncios et capitaneos vestros inventæ aliquæ prædictarum insularum, auctoritate omnipotentis Dei nobis in beato Petro concessa, ac vicariatus Jesu Christi quo fungimur in terris, cum omnibus illarum dominiis, civitatibus, castris, locis et villis; juriisque et jurisdictionibus et pertinentiis univversis vobis hereditibusque et successoribus vestris Castellæ et Leonis regibus in perpetuum tenore præsentium donamus, concedimus et assignamus, vosque et heredes ac successores, præfatos illarum dominus cum plena, libera et omnimoda potestate, auctoritate et jurisdictione facimus, constituimus et deputamus, decernentes nihilominus per hujusmodi donationem et assignationem nostram nullo christiano principi qui actualiter præfatas insulas aut terras firmas possiderit usque ad prædictum diem Nativitatis Domini Jesu Christi quæsitum sublatum intelligi posse aut auferri debere. Et insuper mandamus vobis, in virtute sanctæ obedientiæ, ut (sicut pollicemini et non dubitamus pro vestra maxima devotione et regia magnanimitate vos esse facturos) ad terras firmas et insulas prædictas viros probos et Deum timentes, doctos, peritos et expertos ad instruendum incolas et habitantes præfatos in fide catholica, et in bonis moribus imbuendos, destinare debeatis, omnem debitam diligentiam adhibentes. Ac quibuscumque personis, cujuscumque dignitatis, etsi imperialis et regalis, status, gradus, ordinis vel conditionis sub excommunicationis lata sententia pena, quam eo ipso si contrafecerint incurrunt, districtus inhibemus ne ad insulas et terras firmas inventas et inveniendas, detectas et detegendas versus occidentem et meridiem fabricando et construendo lineam a polo arctico ad polum antarcticum, sive terræ firmæ et insulæ inventæ et inveniendæ, sint versus Indiam aut versus aliam quamcumque partem, quæ linea distet a qualibet insularum quæ vulgariter nuncupantur de los Agores y Cabo Vierde centum leucis versus occidentem et meridiem, ut præfertur, pro mercibus habendis vel quavis alia de causa accedere præsumant absque heredum et successorum vestrorum prædictorum licentia speciali: non obstantibus constitutionibus ac ordinationibus apostolicis ceterisque contrariis quibuscumque: in illo a quo imperia et dominaciones, ac bona cuncta procedunt confidentes, quod, dirigente Domino actus vestros, si hujusmodi sanctum ac laudabile propositum prosequamini, brevi tempore cum felicitate et gloria totius populi christiani vestri labores et conatus exitum felicissimum consequentur.*

últimos, proveian á los gastos de la nueva expedición. Colon se hizo á la vela lleno de gloria y de confianza, llevando abundantes viveres é instrumentos de artes y oficios, semillas, plantas, caballos y otros animales domésticos. Una multitud inmensa solicitó formar parte de esta nueva cruzada, cuya tierra prometida era la India: por ambición unos, por su afición á las novedades y la gloria otros, y algunos para desplegar en aquellas regiones una actividad que no encontraba ya pábulo en su patria después de la toma de Granada. Se escogieron sólo mil; pero marcharon muchos voluntarios á sus espensas, lo cual hizo ascender el número total á mil y quinientos. Pusieronse en marcha con gran pompa, envidiados y llenos de alegría y de esperanza. En Canarias se tomaron semillas de naranjos, limoneros, bergamota y otros árboles frutales, becerros, vacas, carneros y puercos, animales que después se propagaron asombrosamente en aquellas nuevas regiones. ¡Felices la Europa y la América si no hubiesen hecho entre sí más que esta especie de cambios, y si las absurdas ideas de la ciencia económica en aquella época, ó más bien la insensata codicia de los soberanos, no hubiera considerado el oro como la única riqueza!

La escuadra española llegó á la Guadalupe en medio del archipiélago de las Antillas. La colonia que habia quedado en la Española para recoger noticias y un barril de oro destinado á librar la Tierra Santa, habia exasperado á los naturales por su brutal insolencia y su lascivia, en tales términos, que los caribes la acometieron y esterminaron. Aquellos pueblos, cuya ferocidad probablemente exageraban los americanos, diciendo que eran antropófagos, que combatian tanto hombres como mujeres, que recorrian el mar, y que desde su infancia estaban habituados á navegar y manejar las armas, salieron sin duda de los valles de los Apalaches, penetrando á viva fuerza hasta la Florida: arrojándose después sobre las Lucayas, y pasando de una á otra, habian hecho de la Guadalupe su plaza de armas. Algunos desembarcaron tambien en el continente meridional, y se encontraron sus huellas hasta en el Orinoco y el Brasil.

Colon continuó tratando á los habitantes con la dulzura y consideración que su carácter y política le sugerian. Siguiendo las indicaciones de los salvajes, hizo vela hácia el Sur y abordó á la Jamaica. Su sorprendente fertilidad prometia un excelente establecimiento; y en efecto, todos los frutos de Europa prosperaron admirablemente en la colonia que se formó en derredor del fuerte de Isabel. El grano que se sembraba en el mes de Enero se recogia ya maduro en el de Marzo; las legumbres en quince días, y en un mes las sandias y melones.

Entonces pudo conocerse mejor á aquellos pueblos, observados primero bajo la influencia del entusiasmo. Enseñaban en Haiti, que creian la más antigua de las islas, la caverna de donde habian salido el sol y la luna, y en que los hombres ha-

bían salido de una de sus hendiduras. Reconocían la existencia de un Dios; pero no dirigían sus ruegos más que á los *zemi*, divinidades inferiores y medianeras. Cada cacique (éste era el nombre que daban á sus jefes de tribu) tenía uno de forma monstruosa, que consultaba en todas sus empresas: cada familia tenía también el suyo, y le creían muy superior á las vicisitudes humanas. Los *butios*, que eran sus sacerdotes, practicaban abluciones, ayunos rigurosos, y tomaba un breva en que ponían en infusión unos polvos que los producían un delirio, durante el cual suponían tener sus visiones. Enseñaban el uso de las plantas, curaban las enfermedades haciendo muchas ceremonias, y se picaban todo el cuerpo formando figuras de *zemi*. Todos los súbditos del cacique celebraban en honor de su *zemi* una fiesta, en la que les precedía tocando un tambor, y llevando por ofrendas tortas, que los *butios* distribuían en pedazos á cada jefe de familia, quienes los conservaban como una reliquia. Cuando atacaba al cacique alguna enfermedad grave, le destrozaban para que no muriese como el vulgo; honor que se concedía también á algunos otros. Temían las apariciones de los muertos y creían que aguardaba á los buenos en la otra vida una mansion deliciosa. Sus danzas consistían en movimientos arreglados que espresaban hechos y combates; conservaban en sus canciones el recuerdo de los antiguos héroes y de los acontecimientos notables. Repugnábales la fatiga, y no trabajaban más que lo que les era necesario para alimentarse, y no pensaban más que en gozar de los dones que la naturaleza les ofrecía con abundancia: la ociosidad, los festines, la alegría y la hospitalidad formaban su vida; y sin embargo aquellas poblaciones tan dichosas, iban á desaparecer bien pronto de la superficie de la tierra en medio de los más crueles padecimientos.

Un cacique se presentó á Colon y le dijo: *No sabemos si sois hombres ó dioses, pero dais muestras de tal poder que sería locura resistir, aun cuando lo quisiéramos. Hénos, pues, aquí, á vuestra merced; pero si sois dioses aceptad los dones y sednos propicios: si sois hombres sujetos como nosotros á la muerte, debéis saber que después de esta vida hay otra, muy diferente para los buenos y los malos. Si esperáis morir algun día, y creéis en la vida venidera, en que cada uno será tratado segun su conducta en la vida actual, no hareis mal á quien no os le hace* (24).

Mas no bastaba la dulzura de los habitantes y del clima, era necesario oro. Se sabía que rebosaba en el palacio del Catay: era necesario para subvenir á los gastos de los reyes y satisfacer su codicia, y ni se encontraba allí ni en las islas circun-

vecinas, y sin embargo se persistía en la creencia de que eran las que había descrito Marco Polo.

Después de costear largo tiempo á Cuba, Colon quedó persuadido de que era la tierra firme, é hizo estender una acta, amenazando con castigar á cualquiera que dijese lo contrario (25). Si hubiese proseguido su camino dos días más, se hubiera desengañado, y cambiando la dirección dada hasta entonces á sus descubrimientos, hubiera vuelto su pensamiento hácia otra parte. Su hermano Bartolomé, navegante intrépido que había hecho el viaje de Africa con Bartolomé Diaz, llevó socorros á la colonia; pero los recién llegados, sedientos de oro y de placeres, se hicieron odiosos á los naturales, y acusaron al almirante de los males que esperimentaban y de los que ellos hacían. Tenían por instigador al padre Boile, primer misionero, hombre turbulento, que volvió á España con los descontentos y comenzó á calumniar á Colon.

Juan Rodrigo de Fonseca, arcediano de Sevilla y después patriarca de las Indias, fué el encargado por la metrópoli de la dirección de los descubrimientos. Era un hombre duro y vengativo que entorpeció los negocios, y colmó de amargura á los que daban á España nuevos reinos. Era necesario dar cuenta de las operaciones al Consejo Real de Indias que representaba, y no podía darse un paso sin su permiso. Isabel tomaba parte en la suerte de los indios, en cuyo favor Colon la había interesado vivamente, y esperaba convertirlos á la fe con el buen tratamiento que el almirante había empleado en su primer viaje: pero providencias tiránicas é inesperadas, dictadas por el Consejo, hicieron de aquel grande descubrimiento un azote de la humanidad.

Fonseca tomó pretexto de las narraciones del padre Boile, para trastornar las expediciones de Colon, tanto más cuanto que los primeros frutos del descubrimiento estaban muy lejos de realizar las exageradas esperanzas que se habían concebido. Las enfermedades producidas por el clima

(25) Fernando Perez de Lima, escribano público de Haití, recibió orden del almirante el 12 de junio de 1494, de trasladarse á las tres carabelas del segundo viaje, para preguntar á cada hombre de la tripulación en presencia de testigos, si le quedaba alguna duda de que aquella tierra (Cuba) fuese la tierra firme ó el principio de la India, y que desde allí pudiera irse á España por tierra. El escribano declaró además, que si quedaba alguna duda á la tripulación, la invitaba á que la desechase, y creyese verdaderamente que era la tierra firme, NAVARRETE, Documento núm. 76. A esta acta se añadieron las disposiciones conminatorias.—Colon escribía en su carta del mes de julio de 1504, es decir, al fin de su último viaje: *Llegué el 13 de mayo á la provincia de Mungo, limítrofe á la del Catay. Desde Sigaro en la tierra de Veragua, no hay más que diez jornadas para llegar al Ganges. No conocí, pues, la importancia de su descubrimiento, y no pudo adivinar más que una pequeña parte de la gloria inmortal que le reservaba la posteridad. A este error se debe el nombre de Indias occidentales, que se ha dado á América.*

(24) HERRERA, Dec. I, lib. II, cap. XIV. Dicen algunos que estas palabras fueron esplicadas á Colon por el intérprete Diego; pero si no son ciertas, no podemos menos de alabar al que las haya inventado.

hacían sucumbir muchos europeos: otros sentían verse obligados á trabajar en donde no creían tener que hacer mas que amontonar oro, y se quejaban del rigor con que Colon se veía en la necesidad de mantener la subordinación. Algunos nobles que por capricho caballeresco habían ido en la expedición, conceptuaban poco decoroso obedecer á un advenedizo.

Entretanto crecía la irritación de los indígenas, contra los que habían recibido y venerado en un principio como los enviados del cielo. El caribe Caonabo, que se había hecho poderoso entre los caciques de la isla, parece que preveía los males que resultarían de la ocupación. Se opuso, pues, á ella con todas sus fuerzas, y formó una liga de todos los jefes. Entonces fué ya preciso entrar en una lucha abierta, en la cual los españoles se hicieron terribles auxiliares de los perros adiestrados ya en esta especie de caza en las guerras contra los moros de España, y mucho más temibles contra hombres desnudos, que no habiendo visto jamás animales grandes (26), esperaban también ver lanzarse sobre ellos los caballos para devorarlos. Los españoles, superiores por su disciplina, habituados en sus montañas á la guerra de partidas, y provistos de armas de fuego, quedaban fácilmente vencedores, y aun hicieron prisionero á Caonabo, el terrible cacique, de la Casa de Oro, quien indomable aun en los hierros, murió antes de llegar á España. Muchos habitantes fueron enviados á Europa, y otros obligados á trabajar, sin esperanza de verse jamás libres de aquellos extranjeros, que habían trocado en desolación su natural alegría.

Colon en su primer viaje manifestó sentimientos llenos de humanidad: quería que fuesen respetadas la propiedad y la libertad individual de los indios, y los que llevó á España, fueron conducidos otra vez á su país en cuanto recibieron el bautismo. Menos circunspecto fué en el segundo: amigo de la justicia y de la humanidad, creyó poder prescindir de ellas algunas veces, con respecto á los herejes y los idólatras. Impulsado por la intolerancia, escribió á los reyes, que no consintiesen que ningún extranjero fuese á establecerse en el país, á menos que fuese buen cristiano, puesto que había sido descubierto únicamente para gloria del cristianismo. Hizo prisioneros á muchos caribes, y aconsejó por la salvación de sus almas, que se llevase un gran número de ellos á España, en donde podrían cambiarse por ganado y víveres, y aun él mismo envió quinientos para que fuesen vendidos en Sevilla.

Sacrificaba así á las ideas de su siglo, que creía que el judío, el moro y el hereje estaban fuera de la ley de la humanidad; y aun cuando no se hubiese establecido todavía nada con respecto á los indígenas de la América, se veía obligado á satis-

(26) No es cierto que no se conociesen perros en América, como se cree vulgarmente.

facer la codicia antes que la humanidad (27) para acallar las exigencias del tesoro, y obtener el permiso de continuar sus descubrimientos, mostrando por experiencia cuáles eran sus resultados. Además, se halla en la naturaleza del hombre, el traspasar en el calor de los sucesos los límites que sabía distinguir perfectamente en un principio: Colon, encontrando en aquellos salvajes resistencia ó incapacidad para el trabajo, se persuadió de que eran de una raza inferior á la nuestra, ó quizá peor. La misma Isabel, tan benéfica para los indios, consintió luego en que se los obligase á trabajar y se los trasladase de un lugar á otro. Y esto se hacía proclamando siempre la libertad innegable de los indígenas; y aun se fueron permitiendo sucesivamente las barbaries de que fueron víctimas. La política lo aconsejaba así, decían, y sus exigencias justifican por lo comun todas las iniquidades.

Los lamentos de aquellos desgraciados, y los murmullos de los nuevos colonos llevados á España por gentes hostiles al almirante, disminuyeron su crédito; y aunque los reyes se inclinase á guardarle consideraciones, y á pesar de que repetía que debía juzgársele, no como gobernador de un país organizado, sino como conquistador de una población salvaje, se dirigieron contra él graves acusaciones. Se aprovechó aquella ocasión para disminuirle las amplias concesiones que se le habían prometido cuando su proyecto no parecía más que un sueño. Se autorizó á todo el que quiso ir á la Española para hacer descubrimientos: además fué enviado á aquellos países Juan de Aguado, para hacer una información de los abusos denunciados, el cual abusó de sus poderes para complacerse en atormentar á un grande hombre, y agravar los males de Colon, que enfermo, y abismado en una profunda melancolía, veía desvanecerse los dorados sueños de su primer viaje. Conoció, pues, la necesidad de presentarse en Europa; pero sin experiencia de los vientos, y deseoso de explorar otros parajes, tuvo que hacer una travesía de ocho meses; llegó por fin al puerto (1496), y vestido de fraile, con la barba larga y la cabeza baja, pasó por medio del pueblo, cuyo favor siempre veleidoso había ya perdido. Hablaba bien todavía de aquella India, de aquel Ofir á que había llegado; pero se había deshecho el encanto, aunque hacía por reanimarle, mostrando los objetos raros que había traído, y que

(27) El combate entre el carácter benévolo de Colon y las exigencias de los monarcas, aparece de un modo muy notable, en su carta á la reina Isabel. Hablando de la tierra de Veragua, que creía el Quersoneso de Oro de donde Salomon sacaba sus tesoros, después de describir su inmensa riqueza, añade: «sin embargo no me parece conveniente quitársela al jefe de este país por *via de robo*; pero yo arreglaría la cosa de modo, que evitando el *escándalo y mala fama*, todo aquel oro vaya á las arcas de vuestras altezas, aunque no quedase un grano al príncipe de Veragua.

siempre parecían inferiores á las esperanzas que se habían concebido. Los reyes entre tanto se hallaban ocupados en las intrigas de Europa, y para disputar un rincón de la Francia ó la Italia, prodigaban los tesoros y navios, de que tan avaros se mostraban cuando tenían un mundo entero que adquirir. Fernando pedía oró, lo necesitaba para su política bastarda, y como no se le daba bastante, era preciso proporcionárselo, vendiendo los naturales como esclavos.

Por último, se decidió una tercera expedición, y se preparó con el apoyo de Isabel, que conservaba siempre gran interés y respeto hacia aquel Colón, para con quien Fernando manifestaba tanta indiferencia. Sin embargo, el entusiasmo público se había apagado; prestábase oídos á la maledicencia, y en vez de ver correr apresuradamente á la multitud, fué preciso autorizar á los oficiales de la corona para que tomasen los buques mercantes que fuesen á propósito para el viaje. El mismo Colón propuso que se embarcara á los criminales, que en vez de caminar al patíbulo, fueron á poblar aquellas tierras afortunadas: á tan extremadas medidas obligaba á recurrir la necesidad de obtener recursos y de luchar contra una malignidad activa é infatigable.

Colón levantó el áncora para su tercer viaje con seis buques y se dirigió hacia la línea, persuadido como sus contemporáneos (30 de mayo de 1498) de que las tierras más cálidas encerraban mayores riquezas minerales. Sobrevinieron en el camino las espantosas calmas del Ecuador, y llegó por fin á una nueva isla, la de la Trinidad: después avanzó hasta la embocadura del Orinoco, en donde la multitud de perlas y la inmensa fertilidad del terreno, le hicieron creer que había llegado al paraíso terrenal.

La colonia de la Española debió, por el contrario, parecerle un infierno, á pesar de cuanto pudiera haber hecho la sabiduría de su hermano Bartolomé. La había invadido una turba de nobles «de los que el más instruido no sabía el *Credo* ni los *Diez Mandamientos*» (LAS CASAS). Por manera que todo era allí confusión y discordia intestina, que en las adversidades suele ser el colmo de todos los males. Durante aquel tiempo llegaban continuamente quejas á España, y la reina Isabel se conmovía extraordinariamente al escuchar los padecimientos de los naturales reducidos por Colón á la esclavitud cuando eran cogidos en la guerra, y á la vista de las mujeres y niños enviados á España, en tanto que Colón reclamaba continuasen todavía por algún tiempo aquellas medidas con respecto á los indios. En su consecuencia hizo partir á Francisco de Bobadilla con poderes ilimitados para informarse del verdadero estado de la colonia. Despótico y violento este comisario regio, escuchó las relaciones sugeridas por el odio á intrigantes y ambiciosos, y aun la gritería de una raza turbulenta, é hizo prender brutalmente á Colón, que se vió reducido á atravesar encadenado

aquel mar Atlántico que había abierto el primero á la ingrata Europa.

Al escribir estas palabras, me acuerdo de las suaves lágrimas, que en la edad de las ilusiones derramé yo al leer este pasaje en Robertson. Desde entonces conocí que la historia ofrece más motivos de tristeza que de consuelo, y que el hombre no es grande sino á costa de la felicidad.

Colón conservó aquellas cadenas como monumento de la ingratitud de los hombres: *Y yo* (dice su hijo), *las vi siempre colgadas en su gabinete, y quiso que fuesen con él sepultadas*. Tales iniquidades devolvieron á Colón el favor del pueblo, á quien pareció demostrada la injusticia de sus enemigos.

Los reyes le mandaron inmediatamente poner en libertad, le tomaron bajo su protección y llamaron á Bobadilla; mas no por eso reintegraron á Colón en sus honores, y aun se hizo partir á Ovando en su lugar con una magnífica escuadra de treinta buques. Porque el carácter dominante de la política española era un esquisito cuidado en no dejar engrandecerse á nadie, interrumpir las empresas á medio hacer, quitar los medios de llevarlas á cabo, rehusar y restringir las concesiones y ocultar la gloria de otro con tan gran esmero como otras naciones hubieran puesto en proclamarla (28). Encontraremos de esto muchos ejemplos.

Para conocer íntimamente á Colón, es preciso estudiar en sus cartas los repentinos movimientos de su alma apasionada é impresionable por la influencia de su genio, del infortunio y de la piedad. En sus viajes cada nueva isla le parecía más hermosa que las anteriores. Siente que las expresiones le faltan para describir el encanto y la variedad. ¿Se encuentra entregado á los negocios? no le distraen del estudio, y el cuidado de los intereses materiales no embota en él la admiración por la naturaleza. Si se encuentra perseguido, abandonado, se queja, pero sin bajeza y como un hombre que tiene la conciencia de sus derechos. ¡Qué profunda melancolía respira su Carta *varitissima*, gemido de un alma destrozada por una larga serie de iniquidades y pérdidas sus más ardientes esperanzas! (29) y no obstante, permaneció fiel á su soberano ingrato, cuando hubiera podido prestar á otros sus preciosos servicios. La fe, ó si se quiere la imaginación le sostenía en los reveses; se figuraba enviado por el cielo, creía que sus visiones procedían de arriba. Tomaba con frecuencia el traje monástico, y todas las tardes hacia entonar en sus bajeles la *Salve Regina*. Su testamento contenía legados para fundar capillas y hacer decir misas. Conservando lejos de Génova el amor á la pa-

(28) Colón escribió al banco de San Jorge en Génova: *Los hechos de mi expedición, ya divulgados, os causarían más asombro si los conociérais enteramente y si la circunspección de este gobierno no los hubiese hecho ocultar.*

(29) Véase la nota G al fin del Libro.

tria, dispuso, en favor del banco de San Jorge, de una renta que hubiera sido considerable si se hubiesen cumplido las promesas que se le habian hecho (30), y hasta en su lecho de muerte hizo en ventaja suya un codicilo militar (31)

Si el entusiasmo hacia que Colon fuese muy apto para los descubrimientos, no era lo mismo para la organizacion del pais: precisado por otra parte á satisfacer pedidos incesantes de oro, no se pudo ocupar de las ventajas más reales que se podia esperar de las colonias. Este fué el error de todos sus contemporáneos, pero por lo demás todo lo exploraba, y pensaba fundar ciudades con una administracion regular y en hacer florecer la agricultura.

«Somos bien ciertos (escribia al rey), como la obra lo muestra, que en esta tierra, así el trigo como el vino nacerá muy bien; pero háse de esperar el fruto, el cual si tal será como muestra la presteza del nacer del trigo, y de algunos poquitos de sarmientos que se pusieron, es cierto que no fará mengua el Andalucía ni Sicilia aquí, ni en las cañas de azúcar, segun unas poquitas que se pusieron han prendido: porque es cierto que la hermosura de la tierra de estas islas, así de montes é sierras y aguas, como de vegas donde hay rios cabdales, es tal la vista, que ninguna otra tierra que soles caliente puede ser mejor al parecer ni tan hermosa.» Y en la relacion del tercer viaje: «y asimismo debe de ser dello de maíz, que es una simiente que hace una espiga como una mazorca de que llevé yo allá, y hay ya mucho en Castilla, y parece que aquel que lo tenia mejor lo traia por mayor excelencia, y lo daba en gran precio.»

Los que le motejan de avaricia por las minuciosidades domésticas á que descende escribiendo á su hijo Diego, no recuerdan ni el estado precario á que le habia reducido la vergonzosa ingratitud de la España, ni la recomendacion que dirige á su hijo de emplear las riquezas espresadas en el sostenimiento de cuatro profesores de teologia, y

(30) Una décima parte de su sucesion, en disminucion de la tasa sobre los víveres.

(31) En 1566, Felipe, rey de España, dió á la república de Génova un manuscrito en pergamino, de pequeño tamaño, puesto en cordoban con broches de plata y encerrado en un estuche de cordoban con cerradura de plata; este manuscrito era una coleccion hecha por el mismo Colon de sus títulos en aquel descubrimiento, y de los privilegios que le habia valido. Mandó hacer dos copias que envió á Nicolás Oderigo, su amigo, para que las pusiese en sitio seguro. En los últimos acontecimientos de Génova estos documentos se dispersaron; un ejemplar que se llevó á Paris se recobró después de aquella época; el otro se encontró en la biblioteca del conde Miguel Angel Cambioso, y habiéndolo comprado el cuerpo de los decuriones, le hizo traducir por el padre Espotorno; después le imprimió con el título de *Códice diplomático Colombo Americano, ossia raccolta de documenti originali é inediti, spettantia, Cristoforo Colombo, alla scoperta e al governo dell' America.*

un mayor número en Haití; construir allí un hospital y una iglesia en honor de la inmaculada Virgen con un monumento de mármol; en fin, depositar en el banco de San Jorge, en Génova, fondos destinados para la expedicion de la Tierra Santa, si los reyes no se ocupaban de ella, ó socorrer al papa en el caso en que el cisma le amenazase con perder su clase y bienes. ¿Quién se reirá al ver que con el oro esparaba sacar muchas ánimas del pugariorio? ¿Quién se reirá del Creador de un nuevo mundo si, haciendo muestra de sus riquezas, esperaba animar á los españoles á continuar la conquista de los paises que les habia dado? Y proyecto era este tan generoso y desinteresado, que habiéndole los reyes ofrecido en Haití una posesion de veinte y tres leguas de anchura y cuarenta y seis de longitud con el título de marqués ó duque, no quiso aceptarla por temor de que el cuidado de esta hacienda le distragese de pensar en todas las Indias.

La ingratitud no le desanimó, y después de haber insistido en la cruzada, y recogido los pasajes de la Escritura que á ella se refieren, imploró el favor de hacer un nuevo viaje, para penetrar en los opulentos reinos descritos por Marco Polo. Se dedicaba con tanto más ardor á ello, cuanto que acababa de abordar Vasco de Gama por otro camino, y Cabral habia descubierto el Brasil. No pudo obtener más que cuatro carabelas, de las cuales la mayor era de setenta toneladas, y á la edad de sesenta y seis años se preparó á dar vuelta al globo (mayo de 1502). No se le quiso siquiera recibir en la *Española* para reparar sus barcos averiados; ¿quién nascio, sin quitar á Job, que no muriera desesperado? ¿que por mi salvacion y de mi hijo, hermano y amigos me fuese en tal tiempo defendida la tierra y los puertos que yo por la voluntad de Dios, gané á España sudando sangre? Después de haber escapado á un huracan que habia previsto, y que sepultó los barcos cargados con las riquezas mal adquiridas que llevaban á España Bobadilla y Rolando (32), jefe de los rebeldes, arribó á Cuba. Habiéndose dedicado entonces en busca del Catay, se obstinó en creer que encontraría á lo largo del istmo de Darien, un estrecho que le llevaría á los mares orientales; lo cual le separó de Méjico, cuyo descubrimiento hubiera hecho brillar una nueva gloria en la pálida declinacion de sus dias.

Colon naufragó en las costas de Jamaica, y enfermo de espíritu y cuerpo, sitiado por los naturales al mismo tiempo que se amotinaban sus marineros,

(32) Colon habia aconsejado al gobernador no dejar salir la flota. No se le escuchó, y todos los barcos perecieron, excepto uno pequeño que llevaba la plata de Colon. Los historiadores contemporáneos vieron en este acontecimiento una manifiesta intervencion de la justicia divina. Colon fué acompañado en aquel viaje por su hijo Fernando.

languideció allí durante un año; después de haber pedido en vano socorros y pan á la Española. Entonces fué cuando se ganó el respeto de los naturales y obtuvo víveres prediciendo un eclipse. Pareció refugiarse desde este momento más en la fe, y encontrar en visiones del cielo el consuelo que le negaba el mundo. Cansado (escribe á los reyes), me dormecí gimiendo: una voz muy piadosa ot diciendo:

*«¡Oh estulto y tardo á creer y á servir á tu Dios, Dios de todos! ¿Qué hizo El más por Moisés ó por David su siervo? Después naciste, siempre El tuvo de tí muy grande cargo. Cuando te vido en edad de que El fué contento, maravillosamente hizo sonar tu nombre en la tierra. Las Indias, que son parte del mundo, tan ricas, te las dió por tuyas; tú las repartistes adonde te plugo, y te dió poder para ello. De los atamientos de la mar oceana, que estaban cerrados con cadenas tan fuertes, te dió las llaves y fuiste obedecido en tantas tierras y de los cristianos cobraste tan honrada fama. ¿Qué hizo el más alto pueblo de Israel cuando le sacó de Egipto? ¿Ni por David, que de pastor hizo rey en Judea? Tórnate á El, y conoce ya tu yerro: su misericordia es infinita: tu vez no impedirá á toda cosa grande: muchas heredades tiene El grandísimas. Abraham pasaba de cien años cuando engendró á Isaac, ¿ni Sara era moza? Tú llamas por socorro incierto: responde, ¿quién te ha afligido tantas veces, Dios ó el mundo? Los privilegios y promesas que da Dios no las quebranta ni dice después de haber recibido el servicio que su intencion no era esta y que se entiende de otra manera, ni da martirios por dar color á la fuerza: El va al pie de la letra: todo lo que El promete, cumple con acrecentamiento: ¿esto es uso? Dicho tengo lo que tu Criador ha fecho por tí y hace con todos. Ahora medio muestra el galardón de estos afanes y peligros que has pasado sirviendo á otros. Yo así amortecido ot todo; mas no tuve yo respuesta á palabras tan ciertas, salvo llorar por mis yerros. Acabó El de hablar, quien quiera que fuese, diciendo: No temas, confía: todas estas tribulaciones están escritas en piedra mármol, y no sin causa.»*

En fin, Colon volvió á emprender el camino de España, y aquí acaban sus gloriosos trabajos (33). En su tercer viaje, habia tocado en el continente americano; en el cuarto arribó á los países más opulentos, pero sin saberlo. Su objeto de enseñar un paso para las Indias habia fallado, y aunque mostró en esta última tentativa más habilidad como

marino que en las anteriores, desplegando la energía de un héroe, no ohtuvo los aplausos populares; la ingratitude y la miseria, esta fué su recompensa. Frustrado en los derechos que le habian sido prometidos, después de haber adelantado dinero á los que le habian acompañado en su cuarto viaje; obligado á sostener honrosamente su clase de gran almirante y virey, se vió reducido á vivir de prestado. Y escribia al rey: «Yo vine á servir de veinte y ocho años á V. A., y ahora no tengo cabello en mi persona que no sea cano y el cuerpo enfermo, y gastado cuanto me quedó de aquellos, y me fué tomado y vendido, y á mis hermanos fasta el sayo, sin ser oído ni visto; no tengo solamente una blanca para el oferta; aislado en esta pena, enfermó aguardando cada dia por la muerte, y cercado de un cuento de salvajes y llenos de crueldad y enemigos nuestros, llore por mí quien tiene caridad, verdad y justicia.» Y á su hijo: «Poco me han aprovechado veinte años de servicio que yo he servido con tantos trabajos y peligros, que hoy dia no tengo en Castilla una teja; si quiero comer ó dormir no tengo, salvo el meson ó taberna, y las más de las veces falta para pagar el escote.» Así es, que obligado á vivir con la más estricta economía, suministró á esos hombres generosos de que suele abundar el mundo, el pretesto de atribuirlo á la avaricia italiana.

Su protectora Isabel habia dejado de existir. Después de repetidas instancias, Fernando le permitió fuese á verle á caballo, pues le era imposible montar en una mula, y le recibió con frias protestas de estimacion y benevolencia. Es cierto que las primeras promesas de la corte de España, son un testimonio de que no se creía en sus descubrimientos, porque casi le concedian la soberania: los cargos hereditarios son además demasiado absurdos, y especialmente los de aquella importancia. Pero en vez de reflexionar antes de empeñar su palabra, sólo después de haber visto la inmensidad de la conquista, fué cuando Fernando, ingrato para con quien ya no necesitaba, se desentendió de sus compromisos, y al cabo de mil dilaciones y entorpecimientos, concluyó por negarle el título de virey. Sin embargo, Colon yacia sumido en la mayor miseria, eclipsado por nuevos y más felices navegantes, como Vesputio, Cortés y Pizarro, que por medio de la explotacion de las minas, hicieron triplicar repentinamente el valor del oro y de la plata, y alterar todos los valores nominales. A estos motivos de pesar reunia Colon, el de saber cuanto tenian que sufrir los indios de la Española, que debia mirar como á sus hijos. «Estos son ahora la verdadera riqueza de la isla; ellos cultivan la tierra y preparan el pan á los cristianos, trabajan en las minas de oro y sufren toda clase de fatigas, trabajando como hombres y como bestias de carga. Desde que he dejado la isla, sé que han muerto las cinco sextas partes de los naturales por bárbaros tratamientos ó por cruel inhumanidad, algunos bajo el hierro, otros á fuerza de golpes,

(33) «Partí en nombre de la Santísima Trinidad la noche de Pascua, con los navios podridos, abrumados, todos fechos agujeros, sin barcas, ni bastimentos por haber de pasar siete mil millas de mar y de agua ó morir en la vía, con fijo y hermano y tanta gente. Respondan ahora los que suelen tachar y reprender diciendo allá de en salvo ¿porqué no hacíades esto allí? Los quisiera yo en esta jornada.»

muchos de hambre, la mayor parte en los montes ó en las cavernas, á donde se habian retirado por no poder tolerar los trabajos que se les imponian.» En estos términos escribia al rey: y añadía, que con respecto á él, si habia enviado algunos indios á España para que fuesen vendidos, lo habia hecho siempre en la persuasion de que serian instruidos en la religion católica, en las artes y usos de Europa, y que entonces podrian volver á la isla, para ayudar á sacar á sus compatriotas de la estupidez é ignorancia.

A pesar de tantos desengaños, Colon continuó formando nuevos proyectos, aunque tenia la certidumbre de que no los podria realizar, miserable y atormentado de la gota, escribia todavia al rey, hablándole de los grandes servicios que se sentia capaz de prestarle: y en fin, llegó el momento en que los disgustos que habian ido minando su existencia cortasen el hilo de su vida. Murió en Valladolid el 12 de mayo de 1506, á la edad de sesenta y ocho años.

El amor habia dulcificado algun tanto sus padecimientos: tuvo de la portuguesa Felipa de Palestrello, á don Diego, y de Beatriz Enriquez, un hijo natural, llamado don Fernando, que vivió en la corte de Carlos V, hasta 1539, y escribió la *Historia del almirante, su padre*. Don Diego hubiera debido suceder á su padre en sus derechos al vireinato de las Indias, y al diezmo de las rentas; pero la España, sintiendo su imprudente generosidad, le promovió con toda la sutileza de la ingratitud, un proceso en que se esforzó en acumular las más fútiles y vagas inculpaciones. Presentáronse veinte testigos para justificar que Colon habia tenido noticia del Nuevo Mundo por un libro que existia en la biblioteca de Inocencio VIII, y por un cántico de Salomon que indicaba el nuevo camino de las Indias: y aun se citaron entonces todas las autoridades de que hiciera mencion Colon para conseguir que se le creyese. Esto sirve únicamente para probar cuán malamente se le ha querido arrebatar después la gloria de unos descubrimientos, que ni aun los arduos del fisco pudieron arrancarle (34). Y en efecto, las

conjeturas hechas en aquella época y después sobre el conocimiento de descubrimientos anteriores, se desvanecen bien pronto si se reflexiona en la incredulidad con que en un principio fueron escuchadas las promesas de Colon.

Aquel proceso produjo muchos disgustos á don Diego, aunque habia procurado proveerse de los medios necesarios en España para triunfar, casándose con una sobrina del duque de Alba. Las eventualidades tomaron peor aspecto, cuando á un rey que debia al menos apreciar la memoria de Colon, sucedió el impasible Carlos Quinto. Así pasó toda su vida, ocupado en defender la memoria de su padre y su propia reputacion. Después de él, su hijo Luis renunció sus pretensiones mediante una renta anual de mil doblones con los títulos de duque de Veragua y marqués de la Jamaica (35).

Los reyes quitaron á Colon la dominacion de los países que le pertenecian, y los escritores le arrebataron la gloria de darles nombres. Sólo después de largo tiempo, se multiplicaron en los Estados Unidos, los que habia puesto á otras regiones. Por último, en el siglo pasado (1795) obligados los españoles á abandonar á los franceses la isla de Haiti, en que habia sido sepultado Colon, trasladaron sus cenizas con las de don Diego y Bartolomé á la Habana, solemnidad afectuosa, en que no se mezclaron maldiciones como en las de otros héroes. Finalmente, Bolivar quiso adornar con el nombre de Colombia la república fundada por sus victorias.

¡Justicia tardía!... No le quedó á Colon más que la felicidad de haber llevado á cabo una grande obra: dicha que no comprenderán jamás las almas embotadas en una negligente ociosidad.

por insubordinacion, y despedido del servicio. Se ha querido tambien suponer que aquel marino, indignado de semejante tratamiento, marchó á España, y fué el mismo Pinzon, que después de haber acompañado á Colon, armó en 1499 cuatro buques á sus espensas, con los cuales se dirigió precisamente al rio de las Amazonas. Necesitamos todavia argumentos más decisivos.

Hace poco tiempo que el sabio Lelewel ha querido tambien designar al polaco Juan Szcolny como uno de los que arribaron á América antes que Cristóbal Colon. Segun él, aquel marino, que se encontraba al servicio del rey de Dinamarca, en 1476, abordó entonces á las orillas del Labrador, pasando antes por Noruega á la Groenlandia y la Frislandia de los Zenos. Humboldt opone algunas dudas á este hecho, y especialmente el silencio guardado por Gomara, que conoció aquel viaje del navegante polaco y que se esforzó cuanto pudo por minorar la gloria de Colon.

(35) Cuando en 1608 se estinguió la descendencia masculina de Cristóbal Colon, sus títulos y rentas pasaron á don Nuño Yelves de Portugal, descendiente de una hija de don Diego. En 1712 los duques de Veragua fueron elevados al rango de grandes de España de primera clase. Pero las últimas revoluciones que quitaron á la España las Indias occidentales, redujeron á la miseria al duque de Veragua. Pidió una indemnizacion al gobierno, y obtuvo una pension de más de veinte y cuatro mil duros sobre las rentas de Cuba y Puerto Rico.

(34) Entre los que pretenden haber sido los primeros descubridores de la América, figuran los dieppeses, famosos navegantes en el siglo XV, que se ha querido probar visitaron la América en 1488. No habla de ellos ningun escritor antiguo hasta Villani de Bellefont en 1488. Los documentos originales en que se ha apoyado esta asercion, si acaso han existido, debieron desaparecer en el incendio que devoró la casa consistorial de Dieppe en 1694. Se ha dicho, citando al efecto autores de crédito, que Cousin de Dieppe, dirigido por las conjeturas de su conciudadano Descalies ó Deschalliers, mirado como el padre de la ciencia hidrográfica, emprendió largas navegaciones, y en 1488 descubrió la embocadura del rio de las Amazonas, desde donde al año siguiente volvió á su patria, por las costas de Congo y de Angola. Uno de sus buques era mandado por un tal Pinzon, dieppés, que á su regreso fué procesado

## CAPÍTULO V

---

### OTROS DESCUBRIMIENTOS.—VIAJE AL REDEDOR DEL MUNDO. —HISTORIADORES.

Mientras tanto la casualidad y el atrevimiento descubrian otros paises, y el nuevo mundo se agrandaba y poblaba de colonias, no por un esfuerzo nacional de la España, sino por la curiosidad privada de los ambiciosos ó especuladores. La facultad de hacer descubrimientos libremente que los reyes tenian concedida, habian exaltado la imaginacion y la codicia de los españoles, que dirigieron hácia aquella parte su afición á las aventuras, afición que ya carecia de objeto con la conclusion de las cruzadas y la espulsion de los moros. Cuando se tuvo noticia del tercer descubrimiento de Colon, Alonso de Ojeda (1499) equipó varias naves para ir en busca de las perlas que el almirante habia anunciado; y habiendo llegado osadamente á Saragua, la costeó desde Venezuela hasta el cabo de la Vela. Para dar una apariencia de legalidad á la conquista de paises inofensivos, inventóse entonces una fórmula que fué empleada poco después por los demás *conquistadores* (nombre que se dió á aquellos aventureros), dice así:

«Yo Alonso de Ojeda, criado de los muy altos y muy poderosos reyes de Castilla y de Leon, domadores de las gentes bárbaras, su mensajero, y Capitan, vos notifico y hago saber, como mejor puedo, que Dios nuestro Señor, uno y eterno, creó el cielo y la tierra y un hombre y una mujer, de quien vosotros y nosotros y todos los hombres del mundo fueron y son descendientes procreados, y todos los que después de nosotros vinieren; mas por la muchedumbre de generacion, que de estos ha procedido desde cinco mil y más años que há que el mundo fué creado, fué necesario que los unos hombres fuesen por una parte y los otros por otra, y se dividiesen por muchos reinos y provincias, porque en una sola no se podian sustentar, ni conservar. De todas estas gentes Dios nuestro Señor dió cargo á uno que fué llamado san Pedro

para que de todos los hombres del mundo fuese Señor y superior, á quien todos obedeciesen, y fuese cabeza de todo el linaje humano, do quier que los hombres estuviesen, y viviesen y en cualquier ley, secta ó creencia; y dióle á todo el mundo por su servicio, y jurisdiccion, y como quiera que le mandó que pusiese su silla en Roma, como en lugar más aparejado para regir el mundo, tambien le prometió, que podia estar, y poner su silla en cualquier otra parte del mundo, y juzgar y gobernar todas las gentes, cristianos, moros, indios, gentiles y de cualquier otra secta ó creencia que fuesen. A este llamaron *Papa*, que quiere decir, admirable, mayor, Padre, guardador, porque es padre y gobernador de todos los hombres: A este Santo Padre obedecieron y tomaron por Señor, Rey y superior del universo los que en aquel tiempo vivian, y ansi mismo han tenido á todos los otros que después dél fueron al Pontificado: eligidos y ansi se ha continuado hasta aora y se continuará hasta que el mundo se acabe.

»Uno de los Pontífices pasados, que he dicho, como señor del mundo, hizo donacion destas islas y Tierra Firme del mar Océano, á los Católicos Reyes de Castilla, que entonces eran don Fernando y doña Isabel de gloriosa memoria, y á sus sucesores nuestros señores, con todo lo que en ellos ay, segun se contiene en ciertas escrituras, que sobre ello, passaron, segun dicho es (que podreis ver si quisiéredes). Así que su Magestad, es Rey y Señor destas islas y Tierra Firme, por virtud de la dicha donacion, y como á tal Rey y Señor algunas islas, y casi todas, á quien esto ha sido notificado, han recibido á su Magestad, y le han obedecido y servido y sirven, como súbditos lo deben hacer y con buena voluntad y sin ninguna resistencia. Luego sin ninguna dilacion, como fueron informados de lo susodicho, obedecieron

á los Varones Religiosos, que les enviaba para que les predicassen, y enseñassen nuestra santa Fe: Y todos ellos de su libre y agradable voluntad, sin premio ni condicion alguna, se tornaron cristianos y lo son; Y su Magestad los recibió alegre y benignamente, y así los mandó tratar como á los otros sus súbditos, y vasallos, y vosotros soys tenidos y obligados á hazer lo mismo: Por ende como mejor puedo vos ruego, y requiero que entendays bien esto que os he dicho, y tomeys para entenderlo, y deliberar sobre ello, el tiempo que fuere justo, y reconozcáis á la Iglesia por señora, y superiora del universo mundo, y al Sumo Pontífice llamado Papa, en su nombre, y á su Magestad en su lugar, como superior y señor Rey de las islas y Tierra Firme, por virtud de la dicha donacion, y consistays que estos Padres Religiosos declaren y prediquen lo susodicho: Y si así lo hiziéredes, hareys bien, y aquello que soys tenidos y obligados: Y su Magestad y yo en su nombre vos recibirán con todo amor y caridad y vos dejarán vuestras mujeres, e hijos libres, sin servidumbre, para que dellas, y de vosotros hagays libremente todo lo que quisiéredes y por bien tuviéredes, como lo han hecho casi todos los vezinos de las otras islas: Y aliende de esto su Magestad vos dará muchos privilegios, essenciones, y vos hará muchas mercedes. Si no lo hiziéredes, ó en ello dilacion maliciosamente pusiéredes, certíficooos que con el ayuda de Dios, yo entraré poderosamente contra vosotros, y vos haré guerra por todas las partes y maneras que yo pudiere y vos sujetaré al yugo y obediencia de la Iglesia y de su Magestad y tomaré vuestras mujeres y hijos, y os haré esclavos y como tales los venderé, y dispondré dello, como su Magestad mandare: Y vos tomaré vuestros bienes y vos haré todos los males y daños que pudiere como á vasallos que no obedecen ni quieren recibir á su señor, y le resisten y contradizen. Y protesto que las muertes y daño que de ello recrecieren, sea á vuestra culpa, y no de su Magestad ni nuestra, ni de estos caballeros que conmigo vinieron. Y de como os lo digo, y requiero pido al presente Escribano que me lo dé por testimonio asignado.»

Tal intimacion hacian leer los conquistadores á los indios en cuyos países entraban, y aunque estos no pudiesen entender ni una palabra, se tenia por una declaracion legal y una toma de posesion.

Pocos dias después de Ojeda, partió Pedro Alonso Niño, que costeó los países de que se compone en el día la Colombia y recogió gran cantidad de oro y perlas. Vicente Pinzon, de Palos, encontró el Brasil (1500), exploró cuatrocientas millas de costas hasta entonces ignoradas, y viendo que el rio de las Amazonas descendia con bastante impetuosidad para conservar dulces sus aguas, á muchas millas dentro del mar, concluyó que el continente que atravesaba debía ser muy vasto. Fué el primer europeo de aquel tiempo que pasó el Ecuador

por la parte occidental del Atlántico, y contempló con asombro aquel otro hemisferio celeste. Otros muchos aventureros se lanzaron á aquellos mares, seducidos por las amplias concesiones de territorio que hacia el rey, complacido en verlos hacer conquistas por su cuenta, sin fatigas ni desembolsos por su parte, y quitárselas á los extranjeros, cuya concurrencia temia.

Estos, en efecto, pensaban en tomar parte en los descubrimientos. En tanto que la España y Portugal, disputando sobre los límites de sus posesiones, alegaban la línea de demarcacion trazada por el papa, el rey de Francia decia: *Tendria mucho gusto en ver el testamento por el cual el padre Adan dividió al mundo entre ellos sin dejarme ni una pulgada*. Aunque los progresos de la Reforma hacian perder á la decision pontificia mucha parte del respeto que inspiraba, la Francia agitada por disensiones intestinas, no podia ocuparse en empresas lejanas.

**Cabot.**—La Inglaterra se resentia todavia de las hondas brechas que la abriera la guerra de las dos Rosas. Mas cuando se restableció la tranquilidad, Enrique VII recibió, como ya hemos dicho, proposiciones de Colon; después se apresuró á admitir al veneciano Juan Cabot, piloto de gran reputacion, que oyendo hablar de las proezas de Colon, sintió nacer en su corazon el deseo vehemente, ó más bien el ardor de hacer alguna cosa que le distinguiese. Observando la esfera, imaginó que podria llegarse al fabuloso Catay por un camino más corto, haciendo vela al Noroeste. Ofreció, pues, al rey de Inglaterra, si queria darle dos carabelas, ir con su hijo Sebastian á buscar nuevas tierras, y no sólo reconoció á Terra-Nova (1497), como hasta ahora se ha tenido siempre por constante, sino que (buenos documentos lo justifican) tocó en el Labrador el 24 de Junio de 1497, un año y seis dias antes que Cristóbal Colon llegase al continente.

Sebastian hizo un segundo viaje en aquella latitud para buscar un paso á las Indias, y establecer colonias á imitacion de los españoles; pero retrocedió asustado de los hielos y de las largas noches. Continuó, sin embargo, alimentando la magnífica idea de llegar á las Indias por el Noroeste. Cuando murió su protector Enrique VII, fué á avistarse con Fernando el Católico, y después cuando sucedió á aquel príncipe, Carlos V, poco codicioso de descubrimientos, Cabot regresó á Inglaterra, y llevó á efecto, probablemente con Tomás Pert, otro viaje en que reconoció la bahia de Hudson (1). Pero el gran problema que ocupaba la atencion de aquel ilustre italiano no ha sido resuelto hasta hace muy poco tiempo.

(1) Ricardo Eden confirma este hecho, *Tratado de la nueva India*, 1555, en la dedicatoria. Parece que la vió en 1501 Gaspar de Cortereal, que murió en aquellos países.

Cabot, á quien la Inglaterra es deudora del continente que fué para ella un manantial de prosperidad y grandeza, y en que más tarde debia nacer y desarrollarse la libertad, es llamado siempre por su amigo Ricardo Eden, el buen anciano (*good old man*), decia en su lecho mortuario, que sabia por revelacion divina un método infalible para encontrar la longitud; debia ser sin duda por medio de la desviacion de la aguja tocada al iman (2).

Los portugueses fueron más favorecidos por la fortuna. En efecto, Pedro Alvarez de Cabral (1500), enviado para visitar las nuevas regiones de la India oriental, encontró al dirigirse hácia Calcuta, en el momento que se engolfaba para evitar las calmas del mar de Guinea, una tierra desconocida: habiéndola seguido algun tiempo, reconoció que era un continente, y que se hallaba al Oriente de la línea en que terminaban los límites de su soberano. Este era el pais visitado ya por Pinzon: le llamó Brasil, por la madera de color de brasa que encontró allí en abundancia.

El rey de España, á quien inspiró envidia aquel acontecimiento, reunió los mejores pilotos, Ojeda, Juan de Coza, Américo Vespucio y Juan Diaz de Solis, que habia reconocido con Pinzon la costa de la América del Sud (1507). Después de convenir en que era necesario explorar el continente meridional, para encontrar el soñado paso para las Indias y apoderarse de la conquista portuguesa, partieron Pinzon y Solis encargados de aquella expedicion. Habiendo sucedido este último á Vespucio en el encargo de primer piloto, armó una escuadra partiendo á medias las ganancias y los gastos (1508); y reconociendo exactamente las costas, llegó á un rio inmenso cuya embocadura se asemejaba al mar, pero fué asaltado allí por los salvajes y devorado.

Allí volvieron á encontrarse algun tiempo después Sebastian Cabot y Diego Garcia: el primero remontó aquel rio, y habiéndole ofrecido los salvajes guaranis, unas especies de láminas ó tablitas de oro y plata, le dió el nombre de Rio de la Plata; después avanzó hasta el paralelo 27° y llegó al Paraguay.

Lucas Vazquez de Aillon descubrió, dando caza á los salvajes en la isla de Bahama, las regiones septentrionales situadas entre las dos Carolinas.

(2) Las noticias acerca de Cabot son contradictorias é inciertas. Pero tenemos una obra (*Memoir of Sebastian Cabot by á citizen of Philadelphia* Lóndres, 1831) cuyo autor, M. Biddle, procura demostrar que Sebastian habia nacido en Bristol, y que habiéndole llevado su padre á Venecia á la edad de cuatro años, pasó por veneciano: que entró efectivamente en la bahia de Hudson, lo que confirma citando una carta que se hallaba antiguamente en la galeria de Isabel en Whitehall. Extractó tambien de los archivos de Lóndres las segundas patentes dadas por Enrique VII á Juan Cabot, veneciano, el 3 de febrero de 1498, patentes que aun no se han publicado.

Después de haber tomado posesion de ellas, y dado la esclavitud á los naturales en recompensa de su hospitalidad, estableció á su costa una colonia distante ya ochocientas leguas del primer desembarco de Colon. Pero las enfermedades concluyeron con los colonos y el mismo Vazquez, como si la fortuna se hubiese obstinado en repeler á los españoles del continente septentrional.

**Américo Vespucio.**—En estos viajes muy rara vez se hace mencion de Américo Vespucio, acerca del cual no ha sido posible adquirir buenos documentos hasta 1830. Nuñez y Navarrete que los han publicado, le acusan de plagiarlo é impostor; Humboldt se inclina á disculparle (3). Nació en Florencia (1451) de una buena familia; estudió con aprovechamiento, y segun el uso de sus compatriotas, se colocó como factor en casa de Giovannotto Berardi, en Sevilla. Habiendo llegado á ser hábil marino y buen cosmógrafo, hizo diversos viajes por comision del gobierno español: acompañó á Ojeda, pero sin mando, en la expedicion de que ya hemos hablado, después de lo cual el rey de Portugal logró atraerle á su servicio, y le envió á reconocer la costa del Brasil nuevamente descubierta. La España le recobró enseguida, le colmó de honores, y cuando murió Colon le nombró primer piloto. Murió en Sevilla el 22 de febrero de 1512, sin que aparezca llevase á cabo ninguna expedicion importante.

Tres cartas dirigidas por Vespucio á Lorenzo de Médicis, y otra á Renato, duque de Lorena, contienen una ampulosa y confusa relacion de cuatro viajes (*quatuor navigationes*). Esta narracion, hinchada y confusa, parece un extracto ó compilacion, llena de circunstancias milagrosas y gran ostentacion de ciencia; pero siendo la primera fué divulgada y traducida, asociando su nombre al del Nuevo Mundo, tanto más, cuanto que él no nombra nunca á Ojeda y se pone siempre en primer lugar. El primer viaje se da como verificado en 1497, pero podria ser un error de números, entonces tan comun, porque todo se conjura para no admitir que haya emprendido un viaje antes del que hizo sin mandato en 1499. Si nos atenemos á esta última fecha, la presumida prioridad del descubrimiento del continente quedaria destruida, puesto que ya Colon habia visitado á Paria un año antes, como lo depusieron ciento nueve testigos en el proceso de que hemos hablado relativamente al mérito del almirante, en cuyo proceso no se dijo siquiera una palabra concerniente á Vespucio.

Sea como quiera, al publicar Waldseemüller, en la Lorena, una cosmografía el año 1509 (4), tomó á su cargo el llamar *América* á los últimos descubrimientos, del nombre del que habia dado la pri-

(3) Véase tambien el vizconde de Santarem. *Observaciones históricas, críticas y bibliográficas sobre Américo Vespucio y sus viajes*. Paris, 1842, en 8.º

(4) HYLACOMYLUS, *Cosmographia introductio*.

mera descripción; costumbre que el ejemplo hizo adoptar. Pero Vespucio, buen piloto, mal narrador, inventor de segundo orden, ¿ha tratado verdaderamente de hacer recaer en sí con fraude la gloria que pesa sobre él? Nada apoya la imputación de semejante bajeza. Colon se manifestó benévolo con él hasta en sus últimas cartas, recomendándole á su hijo don Diego; y ningún contemporáneo le acusa de fraude ó de vanidad usurpadora, ni aun Fernando Colon, que no obstante no perdona á cualquiera que hubiese querido disminuir la gloria de su padre. Es cierto que no hizo inscribir el nombre de América en las cartas levantadas bajo su dirección, y pudo ignorar la impresión del libro publicado en Lorena. Además, tanto Vespucio como Colon suponían que sólo era el camino de las Indias el que habían encontrado; debían de tener, pues, poco interés en dar su nombre á países que ya tenían uno.

Entre tanto otros navegantes habían penetrado en el *Océano Pacífico*; y el intrépido Ojeda se adelantaba hácia países donde los caciques anunciaban que el oro se encontraba en abundancia, que se comía en oro, que las habitaciones eran de oro. Tuvo por compañeros á Balboa, Juan de la Cosa, Pizarro y otros, cuyas relaciones serían tan preciosas, si la avaricia y el celo del gobierno español no las hubiese enterrado en los archivos.

Ponce de Leon marchó de Puerto Rico con tres barcos (1512) en busca de un manantial que devolvía la juventud, descubrió la Florida y la costa oriental de esta comarca hasta el grado 30 paralelo, pero espermentó una viva resistencia por parte de los naturales. Continuando Alvarez de Pineda (1519) las exploraciones, reconoció todo el golfo de Méjico, y Juan de Grijalva un país estremadamente rico, con restos de arquitectura, de templos, en los que se veían cruces é ídolos, oro por todas partes; á cuyo país dió el nombre de Nueva España, extendido después á todo Méjico.

**Balboa.**—Vasco Nuñez de Balboa, hombre oscuro, desplegó tanto valor é inteligencia en una expedición al istmo de Darien, que fué nombrado jefe de ella, y fundó la primera colonia española en el continente, Santa María de Darien. Comprendiendo que el único medio para hacer que se le confirmara su dignidad en Madrid sería el presentarse allí cargado de oro, recogió todo el que quiso, no matando á los naturales sino acariaciéndolos. Un cacique le dijo al ver á los europeos tan avaros de este metal: «En el otro mar, á seis soles de aquí, hay un país donde podríais coger todo el que quisierais. Pero sois muy pocos.» No olvidó Balboa esta noticia: un rico regalo le proporcionó los socorros del gobernador de la Española y su protección; algunos aventureros se decidieron, mediante dinero y esperanzas, á acompañarle á través de rios y desiertos inmensos, para ver aquel mar buscado en vano por Colon. Eran ciento noventa y nueve, y Balboa consiguió obtener de ellos docilidad (1513), y ganarse el afecto de los indios

que encontraban. Los reunía á su pequeño ejército, y su constancia animaba á los demás á sufrir con paciencia las fatigas. Adelantando á través de pantanos y espantosas gargantas, por bosques donde nunca había pisado la planta del hombre, después de veinte y cinco días de marcha, se encontraron á la falda de una montaña de gran elevación, y desde donde los naturales aseguraron que se veía el mar. Balboa quiso ser el primero en gozar de semejante espectáculo, y cuando desde la cima de las Cordilleras descubrió el vasto Océano, se prosternó dando gracias á Dios; después, mientras que los suyos llenos de alegría entonaban himnos piadosos, se lanzó adelante hasta llegar á la playa, y tomó posesión del mar en nombre de la España, metiéndose armado enteramente dentro de las olas.

Era el golfo llamado después de Panamá. Este fue llamado del Sur por Balboa, por la posición en la cual le pareció estar por su camino; después recibió de Magallanes el nombre no menos impropio de mar Pacífico; pero está mejor designado bajo el de Grande Océano, puesto que es tres veces más estenso que el Océano Atlántico y se extiende desde un polo á otro.

Pero este mar no tenía más que arenas que ofrecerles, y no oro; el manantial de este metal se les había indicado en el Perú, revelado entonces por primera vez á los europeos. Balboa recogió no obstante gran cantidad de perlas y otras riquezas naturales, que dividió lealmente con sus compañeros.

Acostumbrada la España á despreciar ó romper los instrumentos que mejor le habían servido, confió el gobierno de Darien á Pedrarias Dávila, que habiendo llegado con fuerzas más considerables y mayores esperanzas, se dedicó á vejar el país con una atrocidad insensata, y causó de esta manera graves pérdidas que hicieron seguir el desaliento. Lleno de odio contra Balboa, según la costumbre de los seres viles que llegan á suplantar un mérito superior, llegó á hacer espirar en el cadalso á aquel que había dado á la corona de Castilla el mayor mar del globo (1517).

**Magallanes.**—¿Pero existía un paso entre el Atlántico y el mar del Sur, y se podía, franqueándole, dar la vuelta á la tierra? El problema fué resuelto por el portugués Fernando de Magallanes, que mal recompensado por su corte á los servicios que había prestado en las Indias orientales, fué á ofrecerse á Carlos Quinto.

La célebre bula de Alejandro VI asignaba á los reyes las islas y tierras, tanto descubiertas como por descubrir, al Occidente y al Mediodía de una línea tirada de un polo á otro, á una distancia de cien leguas de las islas Azores y de las de Cabo Verde. Pero el Portugal se había quejado de que acercándose esta línea demasiado al Africa, le impedía hacer conquistas en el Nuevo Mundo. Fernando é Isabel consintieron, pues, en que esta línea se trasladase á trescientas setenta leguas á Occidente (1494); de tal suerte que todo lo que se en-

contrase á trescientas setenta leguas al oeste de las islas de Cabo Verde les pertenecía, y todo lo que estuviese al Este al Portugal. Ignorábase aun entonces cuál era la configuración de la América, y no se creía que por su mediodía se acercase tanto al Africa: de otra manera la España no hubiera consentido en una division que atribuía el Brasil al Portugal. Tampoco se preveía que adelantándose el uno hácia Levante y el otro hácia Poniente, concluirían ambos pueblos por encontrarse y serian limítrofes en otro hemisferio á donde no se extendía la línea pontificia.

Ahora bien, el caso se encontró realizado en pocos años y disputaron á quién pertenecerían las islas Molucas. Los portugueses las habían ocupado; pero Magallanes demostró á Cárlos Quinto que estaban situadas aquende la línea de los países asignados á la España, puesto que se encontraban á ciento ochenta grados al oeste del meridiano de demarcacion. Era fácil designarlas de esta manera en el Atlántico, pero los geógrafos cuyas apreciaciones eran siempre exageradas en la India y el Catay no sabían hacer otro tanto al otro lado del globo. Propuso, pues, Magallanes conducir una flota por el Occidente, persuadido que existía un paso de un mar á otro; y tambien, con el objeto de obtener crédito, afirmaba haberle visto en la carta de Martin Behaim. Marchó con cinco barcos (1509), tripulados por doscientos treinta hombres, y después de haber tocado en el Brasil, prosiguió su camino al Sur: contrariado por una rebelion de sus compañeros, que sentían tantas fatigas, la reprimió con inexcusable severidad. Los españoles pasaron el invierno en la bahía de San Julian, sin ver á un ser humano; en fin, vieron aparecer algunos hombres de una estatura gigantesca, cuya admiracion fué estremada al contemplar hombres tan pequeños y tan grandes barcos. Llevaban en los pies pieles de llama, animal que se vió entonces la primera vez; de aquí procede el nombre de patagones, es decir, mal calzados, dado á estos salvajes.

Habiéndose dado á la vela Magallanes, entró en el estrecho que aun conserva su nombre, y penetró con tres barcos en aquel Océano del Sur, que habia reconocido Balboa (1521). Empleó tres meses y veinte dias en pasar aquel estrecho, sin encontrar ninguna de las islas tan numerosas en aquellas playas, hasta que llegó á las que después se llamaron Filipinas. Bautizó al rey de Zebú, y le prometió sostenerlo contra cualquier enemigo que fuese; pero obligado por esta promesa á hacer la guerra á un rey vecino, fué muerto combatiendo; hombre admirable cuya audacia cumplió una navegacion que aun en el dia nos parece atrevida, en una época en la que poseemos tanta superioridad de medios y conocimientos.

Peró pronto se rebeló el rey de Zebú (1522) y asesinó á todos los europeos que pudo coger; los otros volvieron á marcharse y arribaron á las Molucas; en fin, sólo la *Victoria*, mandada por Sebastian Cano, dobló el cabo de Buena Esperanza y

llegó á San Lúcar después de haber dado vuelta al mundo en tres años y catorce dias (1522). Estos navegantes no podían volver de su sorpresa cuando se encontraron atrasados en un dia segun su almanaque, y en consecuencia habían cometido el pecado de comer de carne el viernes. Nadie sabia dar la razon; pero fué explicado por el veneciano Gaspar Contarini, que se encontraba en la corte de Cárlos Quinto (5); ¡tan en la infancia se encontraba aun la ciencia y tan sujeta á andar á tientas! ¿Cuán difícil no seria navegar cuando todo se ignoraba? Sin embargo, el piloto Andrés de San Martin hizo en aquel viaje algunas observaciones de longitudes, sacadas de la distancia y de las oscilaciones de los astros.

Redactóse una historia de aquella maravillosa expedicion, segun la declaracion separada de cada uno de los marineros; pero pereció en el saco de la capital del mundo católico por los soldados del rey católico. Esta pérdida dió precio á la relacion del vicentino Antonio Pigafetta, oscuro compañero de aquel viaje (6). No pudo haber á las manos los diarios de bitácora ú otros documentos para componer una historia precisa, y se muestra muy crédulo; pero es muy interesante leer lo que refiere de tantas tierras nuevas, por la pintura que hace del carácter original de Magallanes, y por el primer vocabulario que da de las lenguas habladas por los indios.

**Bibliografía de los viajes.**--Y en verdad ¡qué admirables colores hubieran podido proporcionar á la historia tantos y tan maravillosos acontecimientos, los grandes hombres que se levantaban para cumplirlos (como en todas las revoluciones), los caracteres enérgicos que manifestaron en ellos su fortaleza! Y no obstante, aun está por presentarse un escritor al nivel de semejante asunto. La Harpe y los otros narradores generales han reducido aquella inmensa variedad de relaciones á una monótona uniformidad; el que quiera formarse una idea justa, debe atenerse á las relaciones originales, en su sencillez ignorante ó vanidosa, y ponerse en el lugar del narrador ó de aquellos de quien habla, sin pretender hacerlos probar por fuerza un sistema, como lo hicieron Montesquieu y Rousseau.

Las primeras noticias fueron registradas por los sábios italianos en interés de la ciencia cosmográfica. Los embajadores de Pisa, de Venecia y Génova informaban á sus respectivas señorías; ó tam-

(5) P. MARTIR ANGLÆSIUS.

(6) Impresa en 1556. La relacion de aquel viaje, en el *Maximilianus de insulis Moluccis*, 1523, es muy inferior. Las relaciones de Cano y de Magallanes, encontradas últimamente, se publicaron en la *Coleccion de los viajes y descubrimientos de los españoles*. No se encuentra siquiera el nombre de Pigafetta en el rol de la marinería, á menos que no esté designado bajo el de *Antonio Lombardo*, criado de Magallanes.

bien los mercaderes de aquellas ciudades tomaban notas en sus libros, por la alteracion que resultaba en el precio de los géneros. Después se publicaban pequeños folletos, que se leían con avidéz y traducían á diferentes idiomas. El autor del más antiguo es Luis Cadamosto, que exploró en 1455 la costa occidental de Africa: describe bien y con orden; y su esposicion acompañada de interesantes particularidades tiene mucha claridad (7). La carta de Colon, *De Insulis India nuper inventis*, habia sido publicada desde 1493. El florentino Julian Dati, penitenciario de San Juan de Letran, en Roma, la tradujo en octavas (8) (Florencia 1493), y escribió en el mismo metro *La gran magnificencia del Preste Juan, señor de la India mayor y de la Etiopia*; compuso tambien otros opúsculos destinados á popularizar los descubrimientos. Apareció en 1508 un *Itinerarium*, traducido, segun se dice, del lusitano, sobre los descubrimientos de los portugueses en Oriente.

Pedro Mártir de Anghiera publicó (1516) *De Rebus oceanis decades*, cartas escritas á medida que las noticias llegaban de la India. Esto es al menos lo que se supone, y Robertson usa de ellas con este título; pero los anacronismos prueban que fueron compuestas mucho tiempo después de haberlas referido (9).

Citaremos, además, á Juan Leon, moro de Granada, que después de haber viajado por Africa y por Asia, hizo una descripción de estas partes del mundo que tradujo después al italiano; convertido en Roma en 1517, enseñó allí su lengua, después de lo cual volvió al Africa y al su primera religion.

(7) *Primera navegacion por el Océano á las tierras de los Negros en la baja Etiopia, por Luis Cadamosto*. Vicenza, 1519. Tal vez habia sido publicada desde el año 1507.

(8) El poema se titula: *Ysole trovate novamente per il re di Spagna*. La última octava dice:

Questa ha composto de Dati Giuliano  
A preghiera dei magno cavaliere  
Messer Giovan Filippo Ciciliano  
Che fu di Sixto quarto suo scudiere  
Et commissario suo et capitano  
A quelle cose che fur di mestiere,  
A laude del Sihnor si canta e dice  
Che ci conduca al suo regno felice

Y concluye el libro con estas palabras: *Finita la storia de la inventione delle nuove isoli di Canaria indiane, tracta de una epistola di Christofano Colombo, e per mes ser Giuliano Dati tradotta di latino in versi volgari a laude delle Celestiale Corte et a consolatione della christiana religione; et a preghiera del magnifico cavaliere messer Gio Filippo de Signamine, familiare dello illustrissimo re di Spagna christianissimo. A di xxvi d'ottobre 1498 Florentia*. ¿Cuáles son peores, los versos ó la prosa? Ciertamente ni los unos ni la otra valen la pena de exhumar este libro.

(9) Se leía sobre la puerta de la iglesia de Sevilla del Oro en Jamaica: *Petrus Martyr ab Angleria italus civis mediolanensis, protonotarius apostolicus hujus insule, abbas, senatus indici consiliarius, ligneam prius ad hanc bis igne consumptam, latericio et quadrato lapide primus a fundamentis extruxit*.

Se añadía tambien en las reimpresiones de Tómeo los países nuevamente descubiertos, y se indicaban en los mapas. Se hizo después una coleccion de los viajes modernos, de las cuales se cuentan cuatro por lo menos en Venecia y en Vicenza. La más antigua es el *Nuevo Mundo y los países nuevamente hallados por Américo Vesputio, florentino* (Vicenza, 1507), por Francansano de Montalbodo, y traducido al latin el año siguiente. En 1545 Antonio Manucio, hermano de Pablo, imprimió en Venecia los *Viajes hechos de Venecia á la Tana, á Persia, á la India y á Constantinopla*. Simon Grynæus, profesor de Basilea (10), reunió diez y siete viajes desde Marco Polo. Pero la coleccion de Juan Bautista Ramusio, que mantenía correspondencias con un gran número de sabios, viajeros y curiosos, hizo olvidar á los demás. El primer tomo apareció en Venecia en 1550, el segundo en 1555, el tercero en 1565; y al momento los libros de esta clase atrajeron todo el interés que en otro tiempo se concedía á los libros de caballería.

Después comienzan las relaciones de los misioneros, y la primera la de Claudio de Abbeville, que habia ido á convertir á los tupinambís en la isla de Maranham. Bajo la influencia de su ministerio, ven á Dios en todo, admiran á los salvajes tanto como los demás los deprimen; imputan á los sacerdotes ó al diablo sus feroces ritos y todo lo malo que hacen, y recogen por todas partes términos nuevos, emociones nuevas de boca de los naturales; nuevos testimonios de la moral grabada originariamente en todos los corazones.

Se encuentra en la conquista de América lo que aconteció en Europa en la Edad Media, dos sociedades diferentes y dos opuestas maneras de ver, segun que se considere una á otra. Considerando los misioneros á los indios como hermanos que deben convertir é ilustrar, dedican á su obra un ardor de benevolencia que les atrae las burlas de los filósofos, por la exageracion con que alaban sus buenas cualidades. Proclaman sus derechos y la igualdad, al paso que no tratando los tiranos más que de despojarlos, están obligados á desconocer que sean hombres como nosotros. Queriendo unos cumplir la promesa divina, se apresuran á reunir al rebaño estas ovejas há tanto tiempo extraviadas; los otros se emplean en escluirlas hasta de la humanidad.

Muchos misioneros de los que escribieron, tienen atractivo, buen sentido, sentimientos humanitarios, aunque sus observaciones de viajeros contrasten con sus preocupaciones de europeos. En ellos se encuentra con frecuencia aquel elogio de la vida salvaje, que fué después un lugar comun de los filósofos enciclopedistas. Du-Tertre, en la *Historia de las Antillas*, dice de los caribes: «Al

(10) *Novus orbis regionum et insularum veteribus incognitarum*. Paris, 1532.

oir la palabra salvaje, se figuran la mayor parte una clase de hombres bárbaros, inhumanos, irracionales, contrahechos, grandes como gigantes, cubiertos de pelo como el oso, unos monstruos más bien que unos hombres racionales; pero la verdad es que nuestros salvajes lo son sólo en el nombre, como las plantas y frutos que produce la naturaleza sin cultivo en los bosques y desiertos, y que aunque son llamados salvajes, poseen las verdaderas virtudes y propiedades en toda su fuerza, y que nosotros solemos corromper con frecuencia con nuestros artificios, y alterar plantándolas en nuestros jardines... Me agrada el hacer ver que los salvajes de las Antillas son los hombres más satisfechos, más felices, menos viciosos, más sociales, menos contrahechos y atormentados por las enfermedades que hay en todas las naciones del mundo.»

Mientras tanto otros sabios compilaban sobre aquellas relaciones, narraciones más generales; Juan de Barros escribió, en 1552, las conquistas de los portugueses en Oriente; Acosta la historia de las Indias, Herrera reunía numerosos documentos (11); Mendoza, el primero después de Marco Polo, dió en 1585 noticias sobre la China. De Bry y Merian comenzaron en 1590 á publicar en Francfort una coleccion de los viajes á las dos Indias, trabajo continuado hasta 1634. Hakluyt dió posteriormente á 1598 los de los ingleses; y el jesuita piemontés Botero una cosmografía con el título de *Relaciones universales*. El *Theatrum orbis terrarum*, de Hortelio (1570), primer atlas general, cita cerca de ciento cincuenta tratados de geografía, posteriores al año 1560. El célebre Gerardo Mercator, que inventó un método de proyeccion para las cartas hidrográficas, segun el cual los paralelos y los meridianos se cortan en ángulos rectos, tiene mucho mas mérito.

El carácter científico de los viajes se presenta en Benzoni, en Zárate y mucho más en Acosta. Bernardino de Sahagun se hace superior á muchas preocupaciones, por sus ideas filosóficas que faltan á sus predecesores, por la fuerza de la inteligencia y por un alma religiosa. Considera en aquellos hombres esterminados y subyugados, una civilizacion de otro orden y necesidades diferentes; y sacó en consecuencia que no debía destruirse, pero sí regularizarla (12).

Torquemada escribió sobre sus relatos y los de los otros franciscanos Andrés del Olmo y Toribio de Benevento, la historia de la *Monarquía India-*

na. Demasiado crédulo y supersticioso para discernir lo verdadero de lo falso, es sin embargo muy importante por haber residido cincuenta años entre los indios. Los jesuitas Maffei de Bérgamo y Daniel Bartoli, reunieron el uno en latin y el otro en italiano, las relaciones concernientes á las fatigas de sus hermanos; ambas son estimadas por la elegancia del estilo, pero no por la novedad ni por la crítica. Otros sabios toman de las relaciones de los viajeros indicaciones instructivas. Pedro Mártir, á quien ya hemos mencionado, Gesner, Belon, Ortelio, Munster, Belleforest, determinan los puntos sobre los cuales debe dirigirse la atencion, con el objeto de ordenar mejor la esploracion de los nuevos paises.

Así habia nacido una literatura nueva, pues eran estos viajes de una naturaleza muy diferente de la de los griegos, en los cuales se desprecia generalmente todo lo que es extranjero, no se compara, y la crítica es muy comunmente errónea. Con respecto á los árabes y á los chinos, vieron comunmente las cosas con ojos oscurecidos por la prevencion y la pasion. La mayor parte de los narradores del siglo xv intervinieron ellos mismos en los descubrimientos; se manifiestan admirados ante aquel conjunto de maravillas; enamorados de las bellezas de la naturaleza, y revelan sin escrúpulo su amor al oro y refieren sus rápidas impresiones como realidades. Aunque crueles, y probablemente á veces embusteros, esparcieron multitud de ideas nuevas; y si la historia cesó de ser puramente griega y romana, para tomar la estension que la hizo universal, á ellos es á quienes se les debe. Luego, además de la curiosidad satisfecha, dieron impulso á consideraciones elevadas sobre la naturaleza y sobre la educacion humana, como se vió poco después en Bodin y posteriormente en Montesquieu.

Muchas veces nos hemos admirado de cómo en la edad de oro de la literatura italiana y española, las relaciones de los viajeros, tan llenas de imágenes, fueron impotentes para darles á viva fuerza una nueva direccion, á arrancarlas de las pinturas de los bosques de la Arcadia y de las aventuras de los paladines, impulsando á colorar escenas nuevas, y á poblarlas de milagros, intactos aun, que unian al prestigio de lo extraordinario el atractivo de la verdad. Pero prevalecieron las antiguas formas y se conservaron las Amarilis y la sombra de las encinas. Hubo algunos pocos talentos escogidos que de tiempo en tiempo recogieron la gran poesia esparcida á torrentes en los escritos de los viajeros: Camoens, Cortereal, Ercilla, que habiendo viajado ellos tambien y visto por sus propios ojos, supieron inspirarse en aquella poesia, pero sin atreverse no obstante á olvidar la erudicion y separarse de la escuela. En medio de las selvas vírgenes, adornadas como templos con festones de liana de variados colores, y procurando bajo el ardor de un sol que dirige sus rayos á plomo, un fresco asilo á millares de animales desconocidos y á bandadas de pájaros con cuya belleza no hay piedra precio-

(11) *Descripcion de las islas y tierra firme del mar Océano que llaman Indias Occidentales.*

(12) Dice hablando de Méjico: «Habiendo los españoles abolido todas las costumbres y formas de gobierno de los indios, y querido reducirlos á vivir á la española por respeto á las cosas divinas y terrestres, considerándolos como bárbaros é idólatras, toda su organizacion social se trastornó.»

sa que comparar, recuerdan aun los frios valles del Hemo, las pálidas violetas, los suspiros de la tórtola viuda y de la ciega Filomena.

Se dirá tal vez que las acciones de los conquistadores son bastante poéticas por sí mismas para no necesitar la poesía del arte, que considera la ficcion como su esencia; pero nos bastará citar á los dos verdaderos poetas de esta naturaleza y de esta sociedad, Bernardino de Saint-Pierre y Chateaubriand.

El estudio de los viajes ha adquirido principalmente importancia en nuestro siglo y produce una instruccion real, dirigiéndose á lo que es el objeto de toda ciencia, el conocimiento del hombre. Las prevenciones se disiparon ante la manifestacion de la simple verdad; un conjunto de conocimientos estremadamente variados se empleó en indagarlos y esplicarlos, acompañados de una crítica severa sin ser enojosa ni insultante, de una humanidad sin cólera, de una benevolencia sin adulación.

Sometióse entonces á una nueva investigacion á aquellos que habian descrito primeramente la América; y las cuestiones suscitadas con motivo de la prioridad del descubrimiento fueron pesadas en balanzas más justas. Los monumentos escapados á una destruccion avara ó ignorante, y transmitidos hasta nosotros sin haber sido comprendidos, depusieron verdades que no se aguardaban. Otros continuaron explorando el interior de un pais cuyo circuito conocemos en la actualidad, y consiguieron, á vista de una naturaleza tan magnífica y tan singular, inspiraciones que comunicaron después á infinidad de lectores. Werden, Heckelwetter, Schölcrafft y la sociedad de Nueva-York nos presentaron con exactitud la América septentrional, y el profundo Humboldt nos puso de manifiesto los dos grandes Imperios de la meridional, cuyas antigüedades habia ya presentado Kingsborough á los ojos de todo el mundo. En nuestros dias Salt nos ha introducido en la Abisinia, Caillaud nos ha llevado á Tumbuctú por un camino señalado por la muerte de tantos hombres ilustres, y Okley, Cunningam y Hurt nos han ofrecido en la Nueva Holanda espectáculos nunca vistos.

Dejando aparte aquellos infelices que creyeron necesaria la prosa poética en la narracion de los viajes, en lo general, el elemento gramatical fué mirado como una cosa de segundo orden, como un medio de conseguir observaciones positivas de las cuales se tuvo gran abundancia hechas sobre la naturaleza y las costumbre de los habitantes, aumentando la verdad de las descripciones con términos propios de los paises explorados. ¡Cuánta vida no sabe comunicar al mundo sensible Jorge Forter! Puede decirse que es el primer viajero científico de nuestros dias, pues en

sus viages coloca los vegetales segun las latitudes, y traduce la individualidad de los diversos reinos de la naturaleza.

La popularidad dada al dibujo por la litografía, multiplicó las imágenes de estos hombres, de estas escenas, de las antigüedades, de los nuevos paises, y hasta en los dibujos más esmerados, la verdad no era sacrificada á una pureza ideal y académica. Conserváronse los tipos, las fisonomias, los caracteres de los lugares y de la época, la tosquedad y singularidad de los monumentos, cuando antes era preciso conformarse á las exigencias de un siglo desdeñoso, que anatematizaba con el nombre de bárbaro todo lo que no era él.

Con semejantes intenciones y tales socorros, fué posible revestir con brillantes colores los sublimes cuadros de la ciencia, y en lugar de sacar de los viajes epigramas, como Montesquieu, investivas ditirámicas como Raynal, ó blasfemias como Volney, pudimos ver á Neuwied, Saint-Hilaire, Cuvier, Bompland imprimir á la historia natural un inmenso vuelo; las ciencias sociales y antropológicas enriquecerse con los trabajos de Peron, de Freycinet, de Leson, de Duperrey, de Krusenstern; desarrollarse la lingüística y la etnografía, gracias al genio de Humboldt, que supo ser poeta con un saber tan vasto.

Ahora bien, la ausencia de la poesía será siempre la falta de los viajeros modernos, en comparacion de los primeros. Estos aparecen apasionados del oro, de la religion; mientras que los modernos, pacientes, eruditos, calculadores, no conocen otro dios que la gloria y la ciencia. Los unos observan los hechos aislados, y tales como se presentan; los otros buscan la significacion, la espresion. Los antiguos admiraban los fenómenos en conjunto; los nuevos examinan los detalles, analizan, descomponen. Al espectáculo de la naturaleza y de las sociedades nuevas, los viajeros del siglo quince dejan escapar del fondo de su corazon el acento de su sorpresa; todo es maravilloso, todo es poético, y nunca seca en ellos la crítica la admiracion; los otros caminan con el péndulo, el barómetro y el compás, cuentan los habitantes, miden las producciones, pesan las autoridades; quieren tener la esplicacion de cada acontecimiento, y remontarse de uno á otro con el objeto de unirlos á la historia del hombre y de la humanidad.

Son, pues, los primeros para la infancia, para aquellos á quienes se llama eternos niños, y que palpitan á las aventuras de Robinson ó de Gulliver; los otros son el pasto de la edad madura, los almacenes de la ciencia, los fundamentos de la historia y de la filosofia. Quizá no ha nacido uno que sepa ser uno y otro, agradar é instruir, unir los derechos de la razon y de la imaginacion. Esta será la epopeya de los siglos venideros.

## CAPÍTULO VI

### ESCLAVITUD INDIA.—LAS CASAS.—TRÁFICO DE NEGROS.

Los nuevos descubrimientos no dejaban concebir á la Europa la idea de otras riquezas que los valores metálicos, y cada uno se figuraba encontrar en abundancia en el Nuevo Mundo el oro y las pedrerías con que Marco Polo, los viajeros y las *Novelas árabes* habían sembrado los palacios de los príncipes orientales. Los pocos bosquejos que se habían referido se encontraban exagerados por la imaginación y computados por los cálculos de una esperanza insaciable. El mismo gobierno pedía oro para indemnizarse de los gastos de la expedición y para llenar sus arcas. En vano repetía Colón que era necesario paciencia, y que el Portugal debió también aguardar para recoger de la Guinea ventajas reales; se quería el fruto antes de su madurez, y cortaban el árbol para cogerlo.

Se había enviado para gobernar aquella isla, que había parecido á Colón un paraíso, á Nicolás Ovando, personaje prudente, pero que convenía poco al país; porque si restringió los derechos que la corona pretendía ejercer allí, dejó emplear el rigor con los naturales, á fin de forzarlos al trabajo, hácia el cual experimentaban una estremada repugnancia. Las gentes que se habían trasladado allí, cuando veían que era necesario trabajar perdían el valor; y habiéndose agotado sus provisiones antes de proporcionarse otras nuevas, maldecían, no su credulidad, sino las engañosas relaciones que los habían burlado.

Habíase visto reducido Colón para apaciguar las rebeliones, á exigir de los caciques que pondrían á su disposición cierto número de naturales, en lugar del tributo impuesto. Bobadilla aun empeoró la condición de aquellos desgraciados; comenzaron, pues, las reclamaciones y se llevaron á España, sobre todo por los misioneros, que se habían dedicado de repente á buscar almas en los lugares donde tantos otros iban en busca de oro.

Prestando oído Isabel á estas quejas (1502), declaró que los indios eran naturalmente libres, y que desde entonces no podían reducirse á servidumbre sino con fundados motivos. Ovando se apresuró á representar, que aquella declaración instantánea haría imposible el cultivo de la isla: de ello resultó que la reina, combatida por las dulces inspiraciones de la religión y los inhumanos consejos de la política, se contentó con recomendar la moderación, y que si era necesario obligar á los indios á trabajar, se templase la autoridad con la dulzura.

La costumbre ordinaria de los encargados de la ejecución, es apropiarse el mandato y desentenderse de las restricciones. Ovando procedió á señalar á cada español cierto número de indios (este era el nombre que se les daba, aunque también se les solía llamar naturales). La duración del trabajo se fijó primero en seis meses; después en ocho, *por el bien de los cuerpos y de las almas*, en atención á que recibían un corto salario y se les instruí en la religión (1).

Pero ¿acaso tiene corazón la avaricia? Los españoles se habían acostumbrado al islamismo combatiéndole, y llevaron á América sus persecuciones y esterminio. Hacían sufrir á aquellos desgraciados todo cuanto puede imaginarse de más espantoso, ya para esplotar las minas, ya para cultivar

(1) Los naturales eran confiados á ciertos *comendadores* por un despacho concebido en estos términos: «Por el presente se os confían á título de depósito, á vos N. N., el señor y los naturales de la aldea de N, para que os sirvais y ayudeis de ellos en el cultivo de vuestras tierras, conforme á las ordenanzas publicadas, ó que al efecto se publicasen, con condición de que les enseñeis los artículos de nuestra santa fe católica, y no omitais nada para conseguirlo.»

la caña de azúcar, que trasplantada poco después del descubrimiento se multiplicó con portentosa fertilidad. Acostumbrados los indios á la inercia, perecían en los trabajos que se les exigían sin consideración, y aun sin darles el alimento que no se rehusaría á los animales, hasta tal punto, que codiciaban los huesos que arrojaba de la mesa su bárbaro dueño. Si huían, se los buscaba con perros adiestrados en este género de caza, y se les imponían trabajos todavía más duros. Cuando al abandonar los campos ó las minas, conseguían llegar á sus moradas, distantes cincuenta ó sesenta leguas, espiraban de cansancio diciendo: *tengo hambre*; muchos se daban la muerte para sustraerse á aquellos tratamientos atroces, y las madres ahogaban á sus niños. Un oficial del rey recibió trescientos indios, y en pocos meses los redujo á treinta; se les reemplazó con otros trescientos que tuvieron igual suerte, y así continuó, dice Las Casas, hasta que se le llevó el demonio.

Alonso Sanchez encontró una cuadrilla de mujeres cargadas de víveres que le ofrecieron, los aceptó y enseguida las mató. Un español, no teniendo nada que dar de comer á sus perros de caza, arrancó su hijo á una esclava y se lo echó despedazándole antes. Cuando caían estenuados de fatiga en las montañas y los españoles les rompían los dientes con los puños de sus espadas, gritaban: *Matadme aquí, quiero morir aquí*. Un sacerdote sacó del fuego á un niño que habían arrojado á él; mas habiendo llegado un español le volvió á arrojar. Aquel hombre murió al día siguiente, y *yo*, dice Las Casas, *era de opinión que no debía dársele sepultura*. Un convoy militar se dirigía á una ciudad con sus bagajes, que según costumbre lo eran de indios de ambos sexos. Al atravesar un pantano al caer el día, un español perdió su puñal; después de buscarle largo tiempo infructuosamente en la oscuridad, arrancó un niño del pecho de una madre infeliz, y le arrojó al cielo, para que al día siguiente por la mañana, sirviese para indicarle el sitio en que debía volver á buscar su arma (2).

La hospitalidad que generosamente ejercían los habitantes de la Española y de que con particularidad daba pruebas Anacaona, mujer del cacique Caonabo, heroína de aquel pueblo y amiga constante de los blancos, no desarmó al suspicaz Ovando: aquel hombre, que no creía posible que se tuviera ningún afecto á los autores de tantos sufrimientos, no vió en aquella conducta noble y generosa más que fingimiento; aprisionó y atormentó á los jefes, hizo quemar cuarenta y esterminó á la clase vulgar; la misma Anacaona fué ahorcada á vista de aquellos blancos, á quienes salvara tantas veces.

Entonces principió la guerra, ó más bien la matanza. Todo fué llevado á sangre y fuego, con una barbarie que nunca en verdad habian manifestado los tan temidos caníbales. Hogueras que quemaban á fuego lento, sofocaciones, mutilaciones prolongadas, torturas en las partes más sensibles; nada, en fin, se omitió para sacrificar á aquellos desventurados; más de una vez fueron colocados en parillas trece individuos en honor de los doce Apóstoles y de Jesucristo. Catobanama, último cacique de la isla, desplegó el valor de la desesperación, y habiendo caído prisionero fué ahorcado como un vil malhechor. Los españoles no consideraban á los americanos como hombres que tenían el pleno derecho de defender su libertad, sino como siervos rebelados contra sus señores (3). De este modo quedó la isla completamente sometida y despoblada; siendo así que doce años antes y cuando el descubrimiento, contaba un millon de indígenas. Entonces Ovando invitó á pasar á la isla á muchos naturales de las Lucayas prometiéndoles posesiones, y habiendo ellos acudido, redujo sesenta mil á la esclavitud.

Para no tener que avergonzarnos de ser europeos debemos apresurarnos á decir que muchísimo se opusieron á estas crueldades y principalmente los misioneros. Los dominicos, que fueron los primeros que acudieron á predicar la religión á los vencidos y la mansedumbre á los vencedores, declaran que los repartimientos eran contrarios á la religión y al objeto que se proponían. Se convirtieron en animosos defensores de la libertad natural de los indios, contra ministros ambiciosos, contra una corte despótica, y lo que aun es más, contra las imperiosas necesidades de la naciente industria de las colonias. En 1511 Montesinos clamaba con la más enérgica elocuencia contra aquellos abusos en la catedral de Santo Domingo: y como en el diccionario de los tiranos es un acto de rebelion el descubrir á los demás sus maldades, fué denunciado á Fernando. El intrépido religioso atravesó el mar y fué á defender no su causa, sino la de los indios, en tanto que sus hermanos negaban la absolucion á los que tenían esclavos.

Los franciscanos guiados por una baja envidia se mostraban menos severos, bajo pretexto de que era un mal indispensable. Sometida la cuestion á Roma, el papa decidió *que no solamente la religión, sino hasta la misma naturaleza se oponian á la esclavitud* (4) y empleó los ratiocinios y las negociaciones para persuadir á la corte de España. Fernando sometió el asunto á consejo privado, cuya

(3) Una de las razones alegadas para probar la soberanía de la España, era la bula de Alejandro VI, que le señalaba aquellas tierras; pero es evidente que se limitaba á los terrenos desiertos: no puede disputarse la propiedad de lo que ya tiene dueño.

(4) *Non modo religionem, sed etiam naturam reclamare servituti*: FABRONI, *Vita Leonis*, X, p. 27.

(2) Este hecho pasó en Méjico. Zurita, página 286, en la Colección de TERNAUX, *Horribles crueldades de los conquistadores de Méjico*, etc. Memorias de don Fernando de Alba Ixtlilochitl.

decision fué conforme á la opinion de los dominicos, pero con ciertas restricciones; los indios eran libres de derecho; pero en cuanto al hecho era necesario conservar los repartimientos; mas en fin el rey declaró que después de un maduro exámen se habia convencido de que la esclavitud de los indios estaba autorizada por las leyes divinas y humanas y únicamente recomendaba la humanidad.

Los dominicos, sin embargo, no cesaron de sostener que era más ventajoso para el interés particular el dejarlos libres y «desde el púlpito, en los colegios y en presencia de los monarcas, proclamaron, que hacer la guerra á los indios, era una violacion manifiesta de la justicia; y que el dinero de aquel modo adquirido, era una ganancia ilícita.

**Las Casas.**—Tales eran las palabras de Bartolomé de Las Casas, el defensor más ardiente y apasionado de los indios. Su padre que habia viajado con Cristóbal Colon, le regaló un americano; pero cuando se los declaró libres, le volvió á enviar á su pais conservando siempre simpatias hácia aquellos desventurados. En 1502 pasó con Ovando á la Española, para observar los padecimientos de los naturates, y proclamaba en alta voz su derecho natural á la libertad; mas cuando se le preguntó cómo se cultivaria la tierra sin aquellos brazos que nada costaban, no supo qué contestar. Propuso como ensayo, que se fundase en Cumaná un establecimiento separado para inspirar á los naturales el amor al trabajo. Se le dejó obrar; pero los indios ulcerados por los malos tratamientos que habian sufrido asaltaron la nueva colonia y la dispersaron.

Desalentado Las Casas, tomó el hábito, y se empleó al menos en salvar sus almas sin renunciar por eso á mejorar su condicion en la tierra, y durante su larga vida de noventa y dos años, no cesó de interponerse entre las víctimas y sus verdugos. Simple dominico en un principio y despues obispo de Chiapa, pasó una parte de su vida en recorrer playas desconocidas, para atraer á los americanos á la civilizacion, y la otra, en abogar por su causa. Atravesó catorce veces el Océano, habló, negocio, escribió siempre con el calor de la conviccion, interesando á un mismo tiempo, la razon y las simpatias naturales. En el dia, y en algunos paises no se dejaria reimprimir su *Quæstio de imperatoria vel regia potestate*: tan gravemente trata en ella de la supremacia de la ley sobre los reyes. Su *Historia general de las Indias hasta 1520*, de que se han valido los escritores posteriores, es preciosa, como que emana de un testigo ocular, y rica en documentos: pero no se permitió la impresion, porque presentaba en toda su desnudez los feroces procedimientos de los españoles.

En aquella esposicion de las miserias que no habia podido prevenir ó evitar, se encuentra la refutacion de todo lo que se ha dicho antes ó después en los dos mundos, contra la libertad de los esclavos, y hasta en las quejas elevadas contra los «misioneros, cuya doctrina era perjudicial á los intere-

ses de los dueños, porque los esclavos no obedecen sino mientras están sumidos en la ignorancia y no se hallan instruidos en la moral cristiana que los hace raciocinar acerca del cumplimiento de sus deberes.» (5)

No puede creerse que á un ministro del Evangelio faltasen razones que oponer; pero leyendo sus escritos, encontramos que al hablar de la barbarie se espresa así: «Estas cosas y otras muchas que horrorizan á la humanidad, las he visto con mis propios ojos, apenas me atrevo á referirlas, y yo mismo desearia no creerlas y figurarme que eran un sueño.» (6)

Habiendo venido á España, para implorar la libertad de los indios, obtuvo de Fernando en su agonía un consentimiento que le hubiera rehusado en cualquiera otra circunstancia. Pero muerto el rey, el gran cardenal Jimenez, ministro y regente del reino, escuchó al religioso y adoptando un partido muy distante de la lenta política de Fernando envió allá tres frailes y un doctor para que examinasen y decidiesen este asunto. Estos concedieron privilegios á los esclavos que tenian los cortesanos y demás gente no arraigada en América; y habiendo estudiado la cuestion juzgaron que no se podia redimir absolutamente á los indios y sí solamente usufructuar las tierras; pero procuraron obtener y obtuvieron que se les administrase justicia y guardase los respetos debidos á la humanidad.

No sólo no quedó satisfecho fray Bartolomé de Las Casas, sino que volvió á reclamar la completa libertad de los indios. Jimenez habia ya muerto, y animaban otros sentimientos á Carlos Quinto, ganoso de poder y de dinero para conquistarlo. Sin embargo, la sublevacion de los comuneros, producida por la pretension de querer privar de sus derechos á las ciudades y pueblos, debió ser favorable á la causa de Las Casas, haciendo ver á qué desastres conduce la injusticia de los gobiernos. Después de esponer al mismo Carlos Quinto las quejas y razones de los indios, concluia en estos terminos: «Al informar de esto á vuestra majestad, estoy seguro de hacerle el más señalado servicio que un buen súbdito puede hacer á su rey. No aspiro á sus gracias ni á sus favores, pues que no obro por su interés, salvo la obediencia que le debo como súbdito, sino por la conviccion de que debo á Dios este grande sacrificio. Y en confirmacion de esto, séame permitido esponer lo que digo: y declaro de nuevo que desde este momento renuncio cualquier gracia ó favor temporal; y si alguna vez directa ó indirectamente reclamo la menor recompensa, consiento con gusto en que se me tenga por embustero y capaz de felonía para con mi rey.»

El doctor Ginés Sepúlveda, cronista del empe-

(5) Tom II, pág 174. Véase *Obras de Bartolomé de Las Casas, obispo de Chiapa, defensor de la libertad de los naturales de la América*. Paris, Eymery, 1822, 2 t.

(6) Véase la nota H al fin del Libro.

rador, y hombre de mucha retórica y grande erudición, con cuyos escritos muchas veces se irrita uno al ver una máxima inmoral que quizá en un principio ponía nada más que como un principio de lógica, sostuvo doctrina opuesta á la de Las Casas. Decía que la guerra hecha por los españoles á los indios era justa, y que éstos estaban obligados á someterse á los primeros, porque el poder es siempre del que más sabe. El Consejo de Indias prohibió la publicacion de este tratado, cuyo escándalo y consecuencias preveía. Pero el rey se encontraba en la corte de Viena, en donde se ignoraban enteramente las ideas y necesidades de un pueblo absolutamente diferente. Sepúlveda se condujo allí con tal actividad, que hubiera conseguido la impresion de su manuscrito, si el obispo Las Casas no hubiera neutralizado sus esfuerzos. Entonces Sepúlveda envió su obra á Roma, aprovechándose de la libertad que allí gozaba la imprenta, y la hizo publicar: no contento con esparcirla por el reino, á pesar de la prohibicion, compuso un compendio para que los pobres y el vulgo pudiesen aprovecharse de tanta sabiduría.

Las Casas le opuso una apologia; despues en 1550 el emperador mandó que se discutiese públicamente el asunto en Valladolid. Sepúlveda en una larga argumentacion, sostuvo á presencia de los teólogos y jurisconsultos, que se podía y aun que debía hacerse la guerra á los indios, aunque no fuesen culpables más que de no ser cristianos.

Sus argumentos tenían toda la sutileza imaginable, y palió la inhumanidad con sus sofismas, aparentando que sólo se proponía defender la memoria de los reyes de España que mandaron aquella expedicion, porque es propio de la injusticia, despues de estraviarnos en las acciones, oscurecer la inteligencia y corromper las ideas, para llegar á defenderlas. El infatigable Las Casas resumió las teorías de su adversario, y las combatió con otras, aduciendo razones, autoridades, y empleando silogismos como era necesario en aquella especie de debates. Es muy curioso el ver presentar allí todos los argumentos por medio de los cuales se ha sostenido y combatido aquella causa hasta nuestros días, y como Las Casas se elevó á las consideraciones de soberania, demostrando, que la que se funda únicamente en la superioridad de las fuerzas materiales, no es más que tiranía.

En suma, los legistas se adherían únicamente al derecho que resultaba del hecho, es decir, á los intereses materiales y políticos. Las Casas, como teólogo, consideraba otro anterior y superior á los hechos. Sin embargo, al refutar á sus adversarios, jamás se salió de los límites de la caridad, y no dejó escapar una sola palabra de odio. «Protesto ante Dios y sus ángeles y los santos del reino eterno, ante todos los hombres que ahora viven y que vivirán despues; que ningun interés personal me dicta estas consideraciones: tienden únicamente á la salvacion del alma del rey, á la salvacion de las de los españoles y de los indios. He reconoci-

do en efecto que en estos cuarenta años, el mal gobierno, las tiranías y crueldades que la autoridad ha ejecutado en América, en nombre del rey de España, han hecho perecer allí sin religion más de quince millones de indios.» Exageraba en verdad; y sin embargo podía afirmarlo en presencia de los que tenían más interés en desmentirle.

Cárlos Quinto hizo leyes para las colonias (*Leyes nuevas*, 1542), que no concedían libertad á los naturales sino únicamente algunas mejoras, y que sustituían al capricho de los particulares, la autoridad protectora de la corona. Los repartimientos que escedían de cierta medida, fueron reducidos: cuando moría un plantador, sus posesiones debían volver á la corona. No debían darse á los empleados ni á los eclesiásticos: los indios debían estar exentos del servicio personal pagando únicamente el tributo señalado. Debían construir aldeas, en donde tendrían sus caciques elegidos por ellos. Dos vireyes dirigían la administracion civil y militar en Méjico y el Perú. Había una audiencia en Méjico y en Lima, y se fundaron también un arzobispado y una universidad. Felipe II añadió además la Inquisicion.

La corte de España era más pródiga que económica de decretos; pero para hacerlos eficaces hubiera sido preciso energía y voluntad. Los conquistadores eran un conjunto de hombres de todas las naciones, que no sabían lo que era obedecer, y que lo mismo que creían poder saquear á Roma, Florencia y Siena, en nombre del rey que los había lanzado como un azote sobre la pobre Italia, y que ya no podía contenerlos, del mismo modo juzgaban despues de haber conquistado la América, que podrían tratarla á su antojo, conociendo que la España los necesitaba para sostener allí su imperio.

En su calidad de obispo de Chiapa, Las Casas previno á sus sacerdotes, que negasen la absolucion al que no quisiese admitir el rescate ofrecido por sus esclavos, lo cual se confirmó por un concilio celebrado en Méjico. Jamás renunció á la esperanza de conquistar la América por sólo el medio de la predicacion; de descubrir los rios con arenas de oro para saciar la codicia de los conquistadores, y de hacer que la tierra correspondiese también á ella. Y efectivamente, de aquella manera sometió en el país de Guatemala, una region de cuarenta y ocho leguas de largo, por veinte y siete de ancho.

Los negros.—¿La memoria de este hombre de bien, deberá quedar manchada con la nota de haber sugerido una grande injusticia? Generalmente se cree, que para aliviar las fatigas de sus indios, Las Casas dió la idea del tráfico de negros, ó como entonces se decía, de la trata de los negros de Africa; llaga atroz que todavía brota sangre, que tuvo tanta influencia, y que tan grande debe ejercerla en el carácter y la fortuna de los países que se glorian de civilizados.

Ya hemos tenido ocasion de demostrar, que la esclavitud no se habia estirpado en aquella época en Europa: segun las ideas de aquel tiempo, el idolatra y el musulman, esclavos del demonio, podian con buen derecho ser reducidos á servidumbre. El comercio de negros, que la Etiopia, la Abisinia y Nigricia hacian en los pueblos situados entre el Atlas y la Nigricia, se remonta á la más alta antigüedad. Los cartagineses los empleaban como remeros en sus galeras, y Asdrubal compró cinco mil en un solo dia. Los garamantas, con especialidad, que habitaban el Fezzan, iban subidos en sus carros de cuatro caballos á la caza de aquellos desgraciados *trogloditas*, en los mismos paises en que sus descendientes los tuarekos y tibbones van á buscarlos para los musulmanes de Egipto y de Constantinopla.

El establecimiento del cristianismo y la interrupcion del comercio suspendieron probablemente aquel horrible tráfico; pero se volvió á aumentar con el islamismo, y los árabes de los paises berberiscos fueron los abastecedores de negros para toda Europa. Uno de los más poderosos motivos que hacia se visitasen las costas de Africa, era la esperanza de sacar esclavos negros, que tenían mucho valor en nuestros mercados. Los filósofos los creian de una raza inferior á la nuestra; los teólogos leian en la Biblia que la descendencia de Cam habia sido destinada á servir eternamente; los hombres de Estado declaraban que aquellos esclavos no eran sino gentes destinadas al suplicio, cuyos jefes preferian sacar partido de ellos vendiéndolos; y Fernando el Católico, rodeado, no obstante, de personajes piadosos é ilustrados, enviaba á arrebatar de la costa de Africa pacíficos moros para traficar con ellos (7).

Apenas se descubrió la América, cuando trasladaron allí negros para trabajar en la tierra. Habia gran número de ellos en Haití, antes que Las Casas propusiese permitir á los colonos introducirlos para aliviar á los naturales (1517). En efecto, aunque se niegue absolutamente (8), es cierto que si el piadoso obispo de Chiapa aconsejó la trata, fué sólo diciendo que el trabajo de los negros seria menos mortifero en América que el de los naturales. Ahora bien, nada era más cierto, porque la raza indígena ha perecido en muchos puntos, al paso que los negros se han mejorado. Se exageraban, además, los males que debian sufrir bajo el clima abrasador de la Etiopia, sin recordar que era su

patria, y se aseguraba que gozarian en la España de la más robusta salud, de tal manera, dice Herrera, que «si no son ahorcados, no se mueren nunca, y prosperan como naranjos;» pero desgraciadamente, como si el nombre de Las Casas hubiese justificado aquella iniquidad, el tráfico de la carne humana se aumentó, y fué estremadamente lucrativo. Si el cardenal Jimenez de Cisneros le habia prohibido durante su regencia, Juan de Selvaggio, canceller del rey, hombre estimado por su integridad, nada encontró de ilícito, y estimó que un negro valia por cuatro indios para el trabajo. Carlos Quinto, para hacer dinero, aseguró á sus flamencos el privilegio de proveer de este género á las colonias españolas, y ellos subarrendaron poco después á los genoveses el derecho de introducir veinte y cuatro mil negros de Guinea. En la noche del 26 de Diciembre de 1522, veinte negros se lanzaron furiosos del taller de don Diego Colon, y uniéndose á otros asesinaron á los españoles; asaltados á su vez, resistieron hasta el momento en que sucumbieron al número. Fué la primera hecatombe; pero debian pasarse trescientos años antes de que se consumase la venganza de la gran iniquidad en los mismos lugares donde habia comenzado.

La Iglesia manifiesta aquí su oposicion: ya el 7 de Octubre de 1462, Pio II habia dado un breve contra los portugueses, que reducian á esclavitud á los neófitos de Guinea, y Pablo III, que habia declarado que era una invencion del diablo afirmar que los indios podian reducirse á servidumbre, escribia el 29 de Mayo de 1537 al arzobispo de Toledo para reprobar la trata: «La sabiduria encarnada, que no puede engañarse ni engañarnos, ordenó á sus Apóstoles, enviándoles á predicar el Evangelio, instruir á todos los pueblos y á todas las razas: *Id, instruid todas las naciones*. Jesucristo no quiere distincion entre pueblo y pueblo, sólo sí que la luz se comunique á todos, porque todos son capaces de recibirla. Pero el antiguo adversario del género humano, siempre contrario á las buenas obras y á todo lo que puede conducir á los hombres á su salvacion, con el objeto de impedir que el Evangelio se predique á todos, ha inventado un medio ignorado hasta nuestros dias. En efecto, hombres llenos de una vergonzosa avaricia y constantemente ocupados en satisfacerla, han servido de instrumento á la malicia de Satanás, para impedir, si es posible, que la Iglesia recibiese en su seno las gentes de Oriente y Occidente, que hemos conocido hace poco tiempo. Todos los indios, segun estos artífices de mentiras, no deben ser mirados y considerados sino como un rebaño sin razon y reducidos á esclavitud, ya porque viven sin fe, ya porque son incapaces de recibirla. Bajo este pretexto, que la esperiencia nos demuestra ser una pura é insensata calumnia, tratan á los pobres indios con más dureza que á las acémilas, los encadenan, apalean, ultrajan de todos modos y encuentran un cruel placer en hacerlos sufrir. Y como no podemos olvidar que somos el vicario de Jesucris-

(7) Zúñiga dice claramente que Sevilla abundaba en esclavos antes de la época de Colon. *Habia años que desde los puertos de Andalucía se frecuentaba la navegacion á las costas de Africa y Guinea, de donde se traian esclavos, de que ya abundaba esta ciudad... Eran en Sevilla los negros tratados con gran benignidad; desde el tiempo del rey don Enrique III, etc., etc.* Anales de Sevilla, p. 373, 374.

(8) Entre otros el obispo Gregorio, en el elogio de Las Casas, inserto en las *Mem. del Instit. Acad. de las ciencias morales y políticas*, t. IV.

to y que debemos representarle en la tierra, en el puesto en que su divina misericordia nos ha colocado, sin ningún mérito por nuestra parte, no descuidaremos nada para hacer volver al redil del buen pastor á todas las ovejas de su rebaño. Los indios no son menos dignos de nuestra atención que todos los demás habitantes de la tierra. En efecto, son hombres como nosotros, y no sólo pueden después de una instrucción suficiente, recibir el don de la fe, sino que sabemos que se conducen con una loable constancia en todo lo que pertenece á la piedad cristiana. Con el objeto de hacerles la justicia que les es debida, y separar todo lo que podría ser un obstáculo á su conversión, declaramos que los indios, así como todos los demás pueblos, aun los que no están bautizados, deben gozar de su libertad natural y de la propiedad de sus bienes, que nadie tiene derecho á turbarlos ni inquietarlos en lo que poseen de la mano liberal de Dios, señor y padre de todos los hombres. Todo lo que se hiciera en sentido contrario sería injusto y condenado por la ley divina y natural. En consecuencia, invitamos á todos los fieles que están en relación con los indios y demás poblaciones, á atraerlos y llamarlos á la fe católica. Lo que los unos pueden hacer por el ministerio de la predicación, otros lo pueden con instrucciones familiares y todos con el ejemplo.»

Estos acentos del pontífice se han reproducido por boca de sus sucesores hasta Gregorio XVI, que ha prohibido absolutamente la trata (9). Por su parte la Sorbona, interrogada sobre la cuestión de saber si los negros podían ser arrancados de Africa por fuerza; si los colonos podían comprarlos sin saber de dónde procedían, y á qué reparación estaban sujetos los vendedores y compradores, respondió como era de esperar.

Peró el interés aconsejaba de diversa manera á los reyes, á los particulares, que no consideraron en esto más que un medio inesperado del lucro, y no se propusieron otra regla que la de no maltratar á los negros hasta el punto de comprometer el capital empleado en su compra. Los españoles recobraron en 1582 el monopolio de la trata concedido á los flamencos en 1580. Felipe II lo dió á los genoveses, después pasó á una compañía que realizó enormes beneficios; Felipe V lo concedió por doce años á los franceses; la Inglaterra en la época de la paz de Utrech, lo pidió por treinta años. Por esto se ve que toda la Europa habia reconocido este tráfico: Isabel lo autorizó á los ingleses, bajo la absurda condicion de que no emplearian medios violentos para procurarse negros; Luis XIII lo permiti-

tió á las colonias francesas de la India, y este ejemplo se siguió por las potencias de segundo orden.

En los primeros tiempos, la trata se pudo hacer sin grave perjuicio del Africa, en atención á que no se compraban más que los esclavos espuestos en venta en las costas. Pero habiéndose aumentado en las colonias la costumbre y la necesidad de ellos, la avaricia enseñó á buscarlos en el interior, y á convertirlos en una especulación. Cuando los jefes africanos vieron buscado este género, no vendieron solamente á los criminales y prisioneros, sino que se pusieron á caza de inocentes: así es que el primer fruto de los asesinatos europeos fué pervertir á los africanos; y no se avergonzaron después de buscar una excusa en la perversidad que habia producido. Arrebatados de sus pacíficas cabañas, donde tal vez habian abrigado hospitalariamente al europeo que iba para hacerles traicion (10) eran conducidos en largas filas, desde el desierto á las costas, cargados de provisiones que les distribuian con mano avara, y atados cada uno por el cuello á un madero que se apoyaba en el hombro del anterior, y les impedía separarse. El precio de la compra debia ser muy corto, porque muchos huian, muchos sucumbian en el camino, y aun más en la navegacion: En efecto, gemian amontonados y encerrados en la bodega de los barcos contruidos para el efecto, aguardando hasta cinco y seis meses á que el cargamento estuviese completo. Cuando después se daban á la vela, las enfermedades sostenidas por el mal alimento, por la falta de aire, les atacaban en la línea, y era preciso arrojarlos al mar á centenares. Sobrevenian calmas que, prolongando el viaje, hacian temer la falta de víveres; si las tempestades se desencadenaban con furor, se aligeraba de aquella mercancía sin pensar que tambien estos hombres tenian alma, patria y familia. Muchas veces sucedia que las viruelas acometian y acababan con toda la conduccion, y el negociante se desolaba al ver malograda su operacion.

Mas ¡cuán poco debian envidiar la suerte de sus compañeros difuntos los que llegaban por fin á la América! Ellos mismos se desconocian entre sí cuando desembarcaban; eran cadáveres que apenas tenian un soplo de vida. Al llegar allí eran marcados, afeitados y pintados; es cierto que estaban mejor alimentados para que tuviesen mejor aspecto en el mercado; pero una vez vendidos iban sin saber á dónde, sometidos á la menor señal de un dueño que se convertia en árbitro de su vida desde el momento que los habia pagado. Los esclavos viejos enseñaban á los nuevos el trabajo á que estaban condenados. Entre los protestantes se les dejaba sin ninguna idea de religion. Los misione-

(9) El 22 de abril de 1639, Urbano VIII prohibe privar á los negros de su libertad y arrancarlos de su patria, de sus mujeres é hijos. El 20 de setiembre de 1741, Benedicto XIV repetia las mismas prohibiciones á los obispos del Brasil. Pio VII secundó el celo de sus contemporáneos para la abolicion de la trata; Gregorio XVI la prohibió el 3 de setiembre de 1839.

(10) Los huéspedes de Mungo Park cantaban: «Los vientos mugen, la lluvia cae á torrentes; llega el pobre blanco, y se arroja bajo nuestro árbol: no tiene madre que le dé su leche, no hay mujer para prepararle la harina. ¡Piedad para el pobre blanco!»

ros católicos se esforzaban, por el contrario, en convertirlos contra el deseo de sus dueños; porque entonces no podían negarles el descanso en los días festivos, ni desconocer absolutamente en ellos el carácter de cristianos.

Medio desnudos, alimentados pobremente con pan y tocino, hacinados por la noche en sus guaridas, después de haber trabajado todo el día en el fondo de las minas, en los molinos y en otros trabajos malsanos, sobre el suelo abrasador de las plantaciones, abandonados á la ignorancia y al concubinato, se consumía su vida en los trabajos más duros, y sin embargo no perdían su alegría natural, y se divertían, siempre que podían, bailando, jugando á los dados, tocando é improvisando canciones. Amaban con ardor, y sus uniones eran en extremo fecundas, pero los servicios penosos á que estaban sujetas las mujeres, causaban muchos partos prematuros, y más de una madre hacía peecer al fruto de sus entrañas por sustraerle á un horrible porvenir, y hasta por causar un disgusto á su amo. Los niños que se libraban de estos diversos peligros amaban tiernamente á sus madres, y era muy frecuente oírles decir: *Pegadme, pero no habéis mal de mi madre*. Los negros viven sostenidos en su miseria con la idea de que después de muertos deben volver al otro lado del *gran mar*, para ver á su patria y sus parientes, objetos constantes de sus sentimientos, bajo el cielo extranjero. Así es que para ellos la muerte es una fiesta, y los hermanos del agonizante se reúnen al rededor de él, envidiando su suerte, y se despiden encargándole que salude por ellos á sus amigos y parientes (11).

Los que más horriblemente los trataban eran los ingleses, que decían: «Esta es una ralea falsa que no desea verdaderamente hacerse cristiana, sino que lo fingen con la esperanza de ser mejor trata-

dos. Son peligrosos porque su número es triple que el de los blancos. Son seres maléficos que á veces les ocurre incendiar las plantaciones.» En su consecuencia, no había dureza, por cruel que fuese, que no se emplease con ellos. No bastaba atrincherarse en su contra por medio de fortificaciones: había mucho cuidado en separar los de una misma nación, y el que tocaba solamente á una arma, era castigado con las penas más graves. Negábanseles esas ligeras expansiones de la vida que hallaban al menos entre los franceses: lejos de esto había mucho cuidado en inspirarles, en lugar de un sentimiento de benevolencia, el orgullo que seca el alma y que se desarrolla muy fácilmente en el seno del infortunio. Así es, que los negros viejos no tomaban cariño á los nuevos, como sucedía en las colonias francesas, donde con frecuencia servían de padrinos á los neófitos. Si alguno de ellos delinquía, se le metían los piés entre los cilindros del molino de azúcar, deshaciéndoselos poco á poco.

En 1788 se calculó que, en las islas occidentales británicas, había cuatrocientos diez mil esclavos, y que cada año compraban los ingleses treinta mil en la costa de Africa, de los cuales diez mil eran para llenar los huecos propios, y los demás para revenderlos, produciendo esto la exportación de ochocientas mil libras esterlinas en manufacturas nacionales, y la importación de un millón cuatrocientas mil. De Liverpool, emporio de este tráfico, salieron desde el año 1730 al 70, dos mil buques negreros, que llevaban desde la costa de Africa á las Antillas trescientos cuarenta y cuatro mil esclavos; y desde el 1789 al 1819, los ingleses llevaron á Cuba trescientos mil, de los cuales murieron cincuenta mil en el camino. En Jamaica había á principios de este siglo noventa mil por cada dosmil y quinientos blancos (12). Se calcula que mueren

(11) Un testigo ocular dice: *Sept à huit patates et un peu d'eau étaient la nourriture que les esclaves de Saint-Domingue recevaient de leurs maîtres. Ils se levaient la nuit pour aller marronner quelques viures, et, lorsqu'ils étaient découverts, ils étaient fouetés. Que de fois j'ai vu, à l'heure du déjeuner, les nègres ne pas avoir une patate, et rester sans manger! Cela arrive sur presque toutes les habitations à sucre, lorsque les pièces des viures ne donnent pas en abondance, et alors les nègres souffrent pendant quelques mois... On conçoit à peine que les gouverneurs qui étaient distingués par leur naissance et par la douceur de leur caractère, aient souffert les crimes atroces que l'on commettait. On a vu un Caradeua aine un Latoison-Laboule qui, de sang froid, faisaient jeter des esclaves dans des fournaies, dans des chaudières bouillantes, ou qui les faisaient enterrer vifs et debout, ayant seulement la tête hors de terre, et les laissaient périr de cette manière... Sur l'habitation Vaudrouil et Duras, un certain procureur ne sortait jamais sans avoir dans sa poche des clous et un petit marteau, avec lesquels il clouait les noirs par l'oreille à un poteau placé dans la cour. S'il y avait eu des inspecteurs de culture, tous ces crimes ne seraient pas arrivés, non plus que les châtimens de cinquans coups de fouet, distribués par deux commandeurs ensemble, et souvent renouvelés le lendemain, jusqu'à ce que le nègre mourut dans un cachot, ou il pouvait à peine entrer. MALENFANT, Des colonies françaises et particulièrement de Saint-Domingue.*

(12) 497,736 negros fueron llevados á la Jamaica desde 1702 hasta 1775. En 1735, según el periódico de Santo Domingo, t. III, pág. 15, costaba un negro 1,100 pesetas: y una negra 1,000; desde 1738 á 1744 los varones 1,200, y las hembras 1,100: en 1751 los negros 1,500, las negras 1,400: después subió el precio hasta 1,600. Desde 1767 á 1774, 274 buques negreros tomaron en las costas de Guinea 70,000 esclavos, es decir, mas de 11,000 por año.

Después, en 1783, fueron sacados de allí ó vendidos	9,370	en el precio de	15.650,000	ptas.
— 1784, — — —	25,026	— — —	43.602,000	»
— 1785, — — —	21,762	— — —	43.634,000	»
— 1786, — — —	27,648	— — —	54.420,000	»
— 1787, — — —	30,839	— — —	60.563,000	»
— 1788, — — —	29,505	— — —	61.936,000	»

anualmente cinco por ciento de la población negra, que se renueva así cada veinte años. Admitiendo que las dos Américas contuviesen tres millones, resultaría que ascienden á quince millones las personas arrebatadas al África en el transcurso de un siglo, sin contar las que perecieron en la navegación.

Los misioneros no dejaron jamás de predicar en favor de estos infortunados, y de consagrarse, cuando no podían hacer más, á aliviar sus sufrimientos. Entre los amigos de los negros se cita al padre jesuita Claver, catalán, que al profesar se había firmado *Pedro, esclavo de los negros para siempre*. Encontró en Cartagena, que era entonces el mercado abierto para la trata de los negros, muchas ocasiones en que poder ejercitar su caridad, cuya tarea se había impuesto á consecuencia de un voto particular. « Desde que llegaba algún buque acudía al momento con galleta, aguardiente y otros refrigerios, esforzándose en apartar de la imaginación de aquellos infelices la idea de que estaban destinados á calafatear los buques con su grasa y á teñir las velas con su sangre, anunciándoles, al contrario, que la esclavitud podía abrirles el camino de una libertad celeste. Bautizaba á los niños nacidos durante la travesía, socorría á los enfermos, los limpiaba, los asistía y alimentaba. Llevando consigo otros negros ya esclavos, se servía de ellos como de intérpretes para insinuarse en aquellas almas ulceradas por la injusticia y la desesperación. Tampoco los abandonaba en sus miserables albergues; erigía el altar en medio de aquella atmósfera fétida, y pronunciaba palabras de amor y de perdón á unas gentes que no oían por lo común más que el acento de la amenaza.

Pero los hombres se acostumbraron de tal modo á esta iniquidad, que ni los filósofos ni las universidades hacían ya protestas importantes. Los mismos que la reconocían la consideraban como un mal inevitable y no pensaban en hacerla menos atroz. Los cuáqueros fueron los primeros que la reprobaron, siguiendo así su doctrina de benevolencia universal. Fox, Woolman y Penn emanciparon sus esclavos; y después todos sus correligionarios se obligaron absolutamente á no tenerlos, y con el auxilio de la imprenta hicieron una guerra activa á la trata de negros, cuyo grito de emancipación principió á hacerse oír desde entonces. Estos acentos resonaron en el parlamento inglés, donde tuvieron por eco la elocuente palabra de Sidmouth, Wellesley y otros oradores. Grandville Sharp, estudió tres años de leyes de su país, para extraer de este conjunto indigesto los argumentos que creyó convenientes para prohibir legalmente el comercio de hombres. Pero el interés resistía á la filosofía como había resistido á la religión, y la Inglaterra compraba anualmente treinta mil esclavos. De esta cantidad se enviaba una tercera parte á las Indias occidentales, y el resto se volvía á vender con un beneficio de doce á quince millones para Bristol y Liverpool, y seis millones para el tesoro. Objeción inespugnable.

Los enciclopedistas en Francia, y particularmente Raynal, pusieron al servicio de esta causa una filosofía iracunda é hinchada, que se dirigía al sentimiento sin atacar los obstáculos que señalaba la razón en la ejecución (13). Pero es esencial á las grandes iniquidades el hacerse necesarias, como la hiedra que ha destruido la argamasa de un edificio, y cambiarse en daño los mismos remedios con que se quieren reparar. Esto se vió claramente el 24 de febrero de 1792 cuando la Convención declaró libres á los negros de las colonias francesas, exhortándolos á tomar las armas contra los ingleses.

Esta proclamación improvisada fué un llamamiento al asesinato: los negros de Santo Domingo asesinaron los colonos, resultando de aquí una guerra de esterminio que costó más sangre que la misma trata (14). De aquí procedió que en muchos sitios se encontraron menos inconvenientes para conservar la esclavitud, y Bonaparte se vió obligado á tranquilizar á los plantadores declarando que no sería abolida.

Los ingleses procedieron con más prudencia, y de consiguiente con más eficacia. El historiador Roscoe de Liverpool levantó su voz en 1781 contra aquel mercado de sangre. Tomás Clarkson y Guillermo Wilbelforce, celoso metodista, consagraron su elocuencia, su fortuna y su vida al triunfo de esta causa. Clarkson hizo de ella el único objeto de su existencia. Wilbelforce fundó la *Sociedad Africana*, destinada á formar la opinión pública en este sentido y separarla de las ideas políticas; estuvo en relaciones con todo el mundo para con-

(13) Voltaire tomó una acción de cinco mil francos en un buque negro armado en Nantes por M. Michaud á quien escribía: «Me felicito con vos por el feliz éxito del buque *el Congo*, llegado tan á tiempo á la costa de África para librar de la muerte á tantos desgraciados negros. Sé que á los negros embarcados en vuestros buques se les trata con tanta dulzura como humanidad, y en tal caso, me complazco en haber hecho un *buen negocio* al mismo tiempo que una *buena acción*.» Un filósofo de su escuela, aun cuando no era su admirador, Mably, escribía en una obra de derecho: «He dicho en las ediciones precedentes de esta obra, que descuidamos una de las más grandes ventajas que nos ofrece la venta de negros; que muchos Estados están faltos de hombres para el cultivo de las tierras y el trabajo de las manufacturas; que aun los más poblados, no teniendo esa feliz abundancia de habitantes que produce los talentos y que los alienta, deberían los príncipes permitir á sus súbditos comprar esclavos en África, y servirse de ellos en Europa. Me retracto y convengo en que este medio sería insuficiente para poblar países en donde disminuye de día en día el número de habitantes. Se ha creído que yo proponía violar las leyes de la naturaleza, proponiendo establecer el uso de los esclavos en Europa; pero no se violan estas santas leyes en los Estados donde algunos ciudadanos lo poseen todo, al paso que otros no tienen nada? *Derecho público de la Europa*, París, 1790, t. II, página 394. Es difícil unir tantos absurdos á tanta humanidad!

(14) Véase nuestro Libro XVIII.

vertir á Santo Domingo y á la Australasia, y no cesó de reproducir en el parlamento inglés el bill de abolicion, que pasó en 1792 en la cámara baja; pero la cámara alta, conservadora por naturaleza, lo rechazó. Fox, nombrado ministro, declaró en 6 de junio de 1800 que sostendría la libertad de los negros, la cual fué votada en efecto por ciento catorce votos contra quince, y la cámara alta no se opuso á esta resolucion. Se designó el último dia del año 1808 para que cesase todo tráfico de negros en buques ingleses; después en 14 de mayo de 1811 se impuso la pena de catorce años de deportacion y trabajos forzados á cualquiera que hiciese el tráfico de negros: finalmente, en 31 de marzo de 1824 Jorge Canning igualó el tráfico á la piratería.

En cuanto al modo de tratar á los que se hallaban ya en América, promulgó el parlamento en 1825 un código, segun el cual no podian ser vendidas ni separadas las familias esclavas. El castigo del látigo quedó limitado á veinte y cinco golpes por dia, y se les concedió el domingo para descansar; cuyas determinaciones revelan que su situacion era horrible. Y sin embargo, si las colonias de la corona se vieron obligadas á aceptarlas, la Jamaica, las Bermudas y otras islas regidas por antiguos estatutos las rechazaron, y no quisieron renunciar al castigo del látigo, ni aun con respecto á las mujeres, ni dejar á los negros la facultad de rescatarse.

En la época de la paz de 1814 hubo muchas negociaciones á fin de que las potencias se entendiesen respecto á la prohibicion del tráfico, como se entendian sobre otros puntos, cuya resolucion hubiera asegurado un hermoso lugar en la historia de la humanidad á aquel congreso, señalado tan sólo en los fastos de la tiranía. Castlereagh obtuvo de Luis XVIII la promesa de hacerlo, é Inglaterra aseguró á Portugal una indemnizacion de 7,500,000 francos. Cuando los reyes de Europa se hallaron reunidos en Aquisgran en 1817 para calcular hasta qué punto podrian los pueblos soportar el yugo, se presentó Clarkson para interesar los más generosos de aquellos príncipes en favor de los desgraciados que sufrían en América y en Africa. Se discurió mucho sobre este objeto, y los pueblos aplaudian, pero los celos y los intereses parciales impidieron determinar nada. El mal parecia que empeoraba con los remedios. Posteriormente, al año de 1797 los buques británicos llevaban anualmente hasta setenta mil negros, los de Holanda diez mil, además de los que sacaban España, Portugal y Francia. En 1826 habia en el puerto de Saint-Malo de doce á quince buques negreros; en Marsella se construian otros: quince se habian hecho á la vela desde Nantes, y los cruceros ingleses, apostados para impedir este tráfico, detuvieron aquel mismo año á la corbeta inglesa *Orfeo*, á cuyo bordo iban cuatrocientos negros encadenados. En la sesion de la Sociedad de la moral cristiana, celebrada en Paris en 9 de enero de aquel

año, M. de Staël describió el cuadro horrible de los padecimientos de los negros, y produjo una viva impresion al presentar á la vista de todos un monton de cadenas fabricadas para ellos en Nantes, así como una enorme barra de hierro, apenas pulimentada, con la cual les sujetan los piés durante los dos meses de la travesía para obligarles á permanecer inmóviles en medio del gas mefítico producido por las náuseas y la disentería.

La Inglaterra no ha olvidado un instante los medios que ha creído más eficaces para la abolicion del tráfico, pero la tendencia constante de esta nacion á usurpar la dominacion sobre las demás, con el auxilio de una política intrincada, ha dado lugar á que se dude si en esta noble tarea no entraba por más este objeto que la filantropía; si no aspiraba por medio del derecho de visita á molestar á los buques de las naciones rivales, y si al abolir el tráfico no pretendian á asegurar el acrecentamiento de sus colonias de la India, alimentadas por un género de esclavos de otra clase que los negros. Haremos mencion, sin embargo, con un sentimiento de sincera gratitud, de una sociedad para la abolicion del tráfico y para la civilizacion del Africa, establecida en Lóndres en 1839 á propuesta de Tomás Fowell Buxton. Tres buques de vapor fletados á su costa debieron subir el rio Quorra, para celebrar tratados con los jefes de aquellos países, á fin de evitar el infame tráfico, é insinuar á los negros ideas de cultura y de humanidad.

Los medios de esta clase son sin duda alguna los más eficaces. Sin embargo; si leemos en las actas de esta sociedad filantrópica que se han empleado 940,000 libras esterlinas en pagar el rescate de los esclavos y 330,000 para el sostenimiento de los tribunales de justicia instituidos para juzgar á los negreros apresados, sin contar los gastos del gobierno inglés para tantos buques como tiene en los cruceros, ni los 20,000,000 de indemnizacion concedidos á los propietarios cuando fué proclamada en todas las colonias inglesas la emancipacion de los esclavos, leeremos tambien que el tráfico se hizo en 1838 con más actividad que nunca, particularmente por los portugueses, de tal modo, que han podido contarse hasta ciento cincuenta mil negros por año vendidos en América, y cincuenta mil en los mercados mahometanos (15).

(15) Tomamos estas noticias de la obra de Buxton sobre la esclavitud. Segun su cálculo, para cien negros que llegan sanos y en disposicion de prestar buen servicio al comprador, es necesario perder 145, tanto por las enfermedades en la travesía, cuanto por los que mueren en la caza que se hace de ellos. El Africa perdería así 490,000 individuos todos los años. El bergantin español *Cristina*, apresado en 1831, llevaba 348 esclavos, de los cuales habian perecido de viruelas 132 en la travesía. El brik español *Midas* en 1830, iba cargado con 562 esclavos, que quedaron reducidos á 369. La *Jeune Estelle*, perseguida por un buque inglés, arrojó al mar doce esclavos, metidos en

El bey de Tunez, en diciembre de 1842, proclamó libre todo esclavo nacido en su regencia, en lo que le imitó el emperador de Marruecos, siendo este un gran paso en favor de la emancipación.

Es notabilísima la alteración que experimentan los negros. Cuando son trasportados del Africa á las colonias llegan con la espalda encorvada, el talon saliente, la faz prominente y los labios abultados; sin embargo, el hijo de un negro y una negra de esta clase pierde ó atenúa mucho esos caracteres; se aproxima al tipo blanco, y solo persisten el color y los cabellos.

Hay en las colonias una aversión muy arraigada contra los negros, y la distinción entre los blancos y hombres de color es allí tan profunda como la de castas en la India. Hay oficios serviles destinados á los negros, y hasta los criados tienen uno á quien mandar. Las leyes les prohíben usar coche y ciertos trajes por más ricos que sean. La costumbre les aísla de los otros habitantes en los cafés, teatros y en los bancos de las iglesias; en una palabra, se los trata como seres de otra especie, y para escusarse alegan la malignidad de su carácter. Es cierto que aprovechan todos los pretextos para fingirse enfermos, y prefieren tomar los medicamentos más repugnantes, con tal de poderse abandonar á la inercia. Acechan con avidez la ocasión de ejercer venganzas meditadas de antemano y de una refinada atrocidad, entregándose siempre que pueden á la intemperancia. ¿Pero tiene derecho el europeo para censurarles estos vicios de los cuales es causa?

¡Nadie se horroriza de ver á los negros en los mercados, ni tiene escrúpulo en venderlos por sí! Hay en las colonias cristianas republicanos, que á imitación del viejo Catón, compran negritos ignorantes para instruirlos y volverlos á vender más caros. Otros los alquilan como zapateros, sastres y cocheros, y hay también algunos que dejan á los negros en libertad para ir á ganar su jornal donde

quieran, con tal que traigan á la noche una ó dos pesetas, segun el trato convenido.

La peor condición es la de los negros que cultivan los campos bajo la inexorable vigilancia de un capataz, que tendría á menos explicarse de otro modo que á latigazos. Por la noche les arrojan un pedazo de pan y de tocino rancio, y después los encierran todos juntos para dormir sobre tablas. A la menor falta son atados por los pies ó por la cintura con enormes cadenas, ó colgados por los brazos á los árboles, donde los dejan veinte y cuatro horas después de haberlos azotado: con frecuencia sufren este maltrato las mujeres, embarazadas algunas veces, y tal vez del mismo que las tortura tan brutalmente. Sus uniones son un concubinato: ceden sus mujeres á un precio convenido, y los hijos son educados por el amo, con el mismo cuidado ni más ni menos que se crían los becerros y potros.

En algunos parajes tiene prisiones el gobierno, ó más bien antros, donde manda á los negros culpables ó tercios para ser castigados, y todas las mañanas reciben de mano de los carceleros cierto número de golpes, lo cual se llamará probablemente policía correccional. Se puede juzgar todo el odio furioso que reconcentrará con tales tratamientos una raza de una firmeza indomable y de un valor impasible, como la de los negros. Así que, cuanto más cruel es el amo más le niegan el único fruto que espera obtener de ellos, que es su trabajo, y se obstinan en su holgazanería uniendo á ella una ferocidad concentrada, que sólo espera el momento y el sitio favorable para vengarse, aunque no sea sino suicidándose para hacer perder á su tirano los 3,000 francos que haya pagado por ellos.

Las leyes aplican algunos remedios al exceso de sus males; pero los negros lo ignoran y el amo no se da gran prisa á enseñárselas; antes, por el contrario, la opresión misma en que están desde su nacimiento, los persuade de que son de una naturaleza inferior, nacidos para sufrir y para obedecer, sin que el terror moral en que han crecido les permita solamente concebir la idea de los derechos. Si se rebelan, es sólo bajo el exceso de un tormento actual. Huyen entonces hácia los bosques, hacen al blanco una guerra á muerte, asesinan, incendian, envenenan; y es preciso perseguirlos como á fieras, echan lo en su busca perros enseñados á encontrarlos y hacerlos pedazos cuando los cogen.

Nada más difícil bajo tal régimen, que el desarrollo de las voluntades tan energicas para llegar á conocer y seguir la larga carrera que conduce á la libertad, para concebir y practicar la economía que permite sacar de un cerdo ó de una cesta de huevos una suma suficiente á su rescate. Los hay, sin embargo, que con ayuda de pequeños ahorros y de trabajos extraordinarios, reúnen un pequeño peculio, y la ley obliga entonces al propietario á aceptar el rescate; las mujeres se lo procuran con frecuencia por la corrupción. Pagada la suma, los negros reciben una carta de libertad que llevan

toneles. Este vergonzoso tráfico ofrece, segun dicen, una ganancia de 30 por 100. Los esclavos rescatados por los cruceros desde 1828 hasta 1837, ascienden á 56,000, es decir, 5,600 por año. Pero en el diezmo siguiente hasta el año 47, dícese que fueron importados en Cuba y en el Brasil 635,000 negros, de los cuales sólo fueron arrebatados á los negreros 50,000. Cuán poco aprovechan tantos gastos.

Los negros que hoy se encuentran en América y en las Antillas, esclavos ó libres, son:

En los Estados-Unidos (libres en 1863).	4,000,000
» el Brasil (id. en 1871).	1,016,262
» Santo Domingo (id. en 1792).	500,000
» las colonias inglesas (id. en 1833).	800,000
» las españolas (libres).	700,000
» las francesas (id.).	250,000
» las holandesas, danesas, suecas (id.).	100,000
» Méjico y en las repúblicas meridionales (id.).	500,000

7,866,262

constantemente consigo, para presentarla en caso de necesidad. La mayor parte no usan de esta facultad, y continuando sirviendo á sus amos, se contentan con dejar á sus hijos al morir lo que han reunido.

Por lo demás, la publicidad dada últimamente á las discusiones sobre esta materia en las cámaras

inglesas y francesas, ha demostrado que el problema era mucho más complicado que lo que parece á primera vista; que no basta para borrar las grandes iniquidades el declararlas abolidas, que el sentimiento y la filantropía pueden darles el impulso, pero que no son suficientes á sugerir los medios mejor entendidos y saludables.

---

## CAPÍTULO VII

### MÉJICO (1).

El país descubierto por Grijalva ofrecía á las miradas multitud de maravillas, y se le atribuían muchas más; lo cual inspiró á Velazquez, gobernador de Cuba, el deseo de conocer con certeza lo que habia de verdad en estas relaciones. Pero sin talento ni valor, resolvió confiar la empresa á un

hombre cuya bravura y talento no fuesen de temer, y que contentándose con una recompensa, dejase á otro la gloria y los beneficios.

**Cortés, 1485.**—Hernán Cortés, nacido en Medellín, en Estremadura, de una familia como hay muchas en España, noble como el sol, pobre como la luna, fué educado con cuidado para el foro, que pronto abandonó por la carrera de las armas. Seducido por las noticias que circulaban del Nuevo Mundo, pasó á la edad de diez y nueve años á la Española, y desde allí hizo con Diego Velazquez la expedición á Cuba, donde dió pruebas de gran valor personal, unido á la perseverancia y franqueza que gana los corazones. Permaneció sin embargo hasta la edad de treinta y tres años confundido en la multitud de aventureros que acudían por moda á América, hasta el momento en que el gobierno, informado de que Grijalva habia descubierto la Nueva España, buscó, según su sistema de ingratitud de costumbre, un hombre nuevo para confiarle el cuidado de conquistarla. Cortés, en quien recayó la elección, pudo desplegar en ella la constancia y la intrepidez, á las que debió la gloria de cumplir los más grandes hechos con los más débiles medios. Se dió á la vela con diez

(1) Sobre Méjico se pueden consultar:

Las cartas de Cortés en 1519, 1520, 1522, y 1524, insertas en el *Novus orbis de Grinaeus* (Basilea, 1555), menos la primera aun inédita.

RAMUSIO, *De las navegaciones y viajes*, Venecia, 1606.

GOMARA, *Hispan. victrix, Historia de las Indias*. Medina del Campo, 1553.

G. DE ACOSTA.—*Historia natural y moral de las Indias*. Barcelona, 1591.

JUAN DE TORQUEMADA. *Monarquía indiana, con el origen y guerras de los indios occidentales, de sus poblaciones, descubrimiento, conquista, conversion, y otras cosas maravillosas*. etc. Sevilla, 1614. Es la obra más completa sobre las antigüedades de Méjico, aunque desprovista de crítica y gusto.

SOLIS, *Hist. de la conquista del Méjico, poblacion y progresos de la América septentrional*.

ROBERTSON'S.—*History of America*. Lóndres, 1787.

CLAVIGERO.—*Historia antigua de Méjico hasta la toma de la Ciudadéia* (Cesena, 1780). Excelente obra.

ALEJ. DE HUMBOLDT. *Ensayo político sobre el reino de Nueva España*, Paris, 1841.—*Viaje á las regiones equinocciales del nuevo continente*. Además de los viajeros pueden consultarse *Description of the ruins of an ancient city discovered near Palenque in the kingdom of Guatemala, in Spanish America*. Londres, 1822.

*Antiquities of Mexico, comprising fac-similes of ancient Mexican paintings and hieroglyphics, preserved in the... libraries of Paris, Berlin, Dresden; in the imp. library of Vienna; in the Vatican library, in the Borgian museum at Rome; in the library of the Institutes at Bologna; and in the Spain: by M. DUPAIX; with their respective scales of measurement and accompanying descriptions, the whole*

*illustrated by many valuable manuscripts, by AUGUSTINE AGLIO*. Londres, 1830. Esta obra ha sido publicada á expensas de lord Kingsborough, en 7 t. El ejemplar que posee el Instituto de Francia está valuado en 18,000 francos.

ALEJ. LENOIS.—*Antigüedades mejicanas; Relacion de tres expediciones del capitán Dupaix, ordenadas en 1805, -6 y -7, para la indagacion de las antigüedades del país, seguida de un paralelo de aquellos monumentos con los del Egipto y el Indostan, y lo demás del antiguo mundo*. Paris, 1836.

W. PRESCOTT.—*History of the conquest of Mexico*. Nueva York, 1843.

barcos, en su mayor parte sin cubierta, seiscientos á setecientos hombres, diez y ocho caballos comprados á un enorme precio, trece mosquetes y cañones pequeños, para ir á conquistar un imperio más estenso que el de Alejandro. Precedido por una cruz en la cual estaba escrito: *Vencerás con este signo*, tenía la confianza de convertir á los idólatras y saquear su país. Acababa de marchar, cuando el entusiasmo que había manifestado, causó recelos, y se trató de detenerle ó separarle; pero él se había adquirido la confianza de los suyos, y pudo á despecho de las intrigas continuar su camino, con la necesidad de conseguir su objeto, ó verse condenado como culpable de felonía.

El estenso valle que rodea á los dos lagos de Tezcuco y Chalco, llamado *Anahuac* (país entre los mares), es un valle que se eleva á 2200 metros más alto que el nivel del mar, es decir, á más elevación que ciertas cimas de los Alpes y que la mayor parte de los lugares habitados. Forma el centro del imperio de Méjico, que se extiende entre el Pacífico y el Atlántico, desde el 14° al 21° de latitud Norte. Era habitado por pueblos de diversa lengua y naturaleza, cuyo origen no se conoce bien, pero que de seguro son muy antiguos. Las tradiciones recogidas por los primeros analistas, y consignadas en los cuadros históricos de los aztecas, refieren que el año 544 de J. C. entraron allí los toltecas, que buscaban tierras y climas mejores, y que permanecieron bajo los reinados de ocho reyes hasta 1502. Era un pueblo civilizado que cultivaba las artes, regido por buenas instituciones, como lo fueron los pelagos con respecto á los griegos antiguos, y que llevó al país maíz, algodón, y otras plantas útiles. Sabían fundir los metales y trabajar las piedras preciosas. Versados en la astronomía, introdujeron un calendario nuevo, y erigieron en honor del dios Quetzalcoatl las pirámides perfectamente orientadas de Cholula, de Papantla y de Teotihuacan; construyeron también, para hacer su capital, la ciudad de Tula, donde el astrónomo Uemazin compuso en 708 una especie de enciclopedia, que comprendía la historia, la mitología, el calendario y las leyes de la nación.

La razón y los monumentos manifiestan que Méjico estaba civilizado anteriormente á aquella época, y probablemente los toltecas no hicieron más que recoger los frutos ó fecundarlos. La tradición prosigue diciendo, que en medio de su prosperidad una terrible sequía destruyó al país y á los hombres. La peste hizo lo demás, y los pocos restos que sobrevivieron se mezclaron con sus vecinos de Yucatan y de Guatemala, donde extendieron las formas de su culto.

Un siglo después (1170), llegaron al país asolado, por el mismo camino del Norte, los chichimecos, nación más atrasada, que habitaba en cavernas, viviendo de la caza, dividida, no obstante, en nobles y plebeyos, gobernada por un rey y adorando

al sol. Después de haberse establecido en el país, adoptaron costumbres más civilizadas y se dedicaron tanto á la agricultura como al arte de tejer. Otras siete tribus les siguieron atraídas por la hermosura del país; después los tascaltecas y los acolhuas, más civilizados que los demás, y que habiéndose unido por matrimonios y adquirido superioridad, fundaron diferentes dinastías, sometieron á los demás pueblos para instalarse en el Anahuac, y edificaron allí hermosas ciudades. La denominación menos impropia de los indígenas, es decir, de aquella reunión de naciones, parece ser nahualtecas.

¿De dónde procedían? Se ignora. De todos modos es de notar que estas sucesivas invasiones acontecieron en la época en que la caída de la dinastía de los Kin en China había conmovido toda el Asia oriental; que todos estos advenedizos entraron en el país por el mismo lado, que tenían el mismo idioma y el mismo culto, construyendo pirámides de diversos pisos y perfectamente orientadas, concordancias que es imposible atribuir á la casualidad. Decían que procedían del *Aztlan*, que puede significar país de los ciervos ó país de las aguas; ahora bien, este nombre conviene á la Siberia oriental. Es cierto que los documentos más antiguos de la China y del Japon, no ofrecen señal de semejante emigración.

La banda más célebre de todas es la de los aztecas, cuya emigración había determinado un oráculo: apareció *cerca de las aguas* en 1244. Pobres é inertes sus individuos, apenas habían aprendido á conocer en su viaje las ventajas del fuego, y obtenerlo frotando dos pedazos de madera uno contra otro. Un toscó simulacro de madera representaba á su dios de la guerra, Vitzilopoti, á quien ofrecían víctimas humanas. Cayeron bajo el yugo de los acolhuas; pero desde que ensayaron su propio valor, se emanciparon de aquella dependencia y construyeron en un paraje donde habían visto á un águila coger una serpiente (2), una ciudad llamada Tenochtitlan (1325), á la cual los europeos dieron el nombre de Méjico, de el del dios Mexi, que había guiado aquella colonia. Vivieron allí pobremente, pero haciendo progresos en la industria, bajo la influencia de los sacerdotes de su dios, que se complacía en los sacrificios humanos, fueron gobernados por veinte nobles hasta el momento en que, á ejemplo de otros pueblos del Anahuac, eligieron un rey. Comenzaron entonces á aparecer entre ellos mejores instituciones, y se dedicaron á tejer y edificar.

Sin detenernos en las vicisitudes de aquellos reyes, diremos solamente que su audacia y ambición agrandaron el imperio de Méjico, al cual reunieron las ciudades y Estados vecinos. Ahuitzolt encontró materiales preparados para la construc-

(2) Fue después adoptado para las armas del nuevo imperio.

ción de un gran templo (*teocalli*). Durante los cuatro años que se trabajó en él, terminó tantas guerras, que, cuando la consagración de aquel templo, condujo una procesión de sesenta mil prisioneros para ser degollados en el altar del dios. Había tenido por su principal agente en sus expediciones á su sobrino Motezuma (3), á quien su valor hizo merecer el trono. Ocupábale gloriosamente, cuando llegaron los españoles, ciento noventa y seis años después de la construcción de Méjico, y ciento sesenta después que aquella ciudad era la capital del imperio.

**Costumbres.**—Los mejicanos eran una hermosa nación de tez aceitunada, con poca barba, cabellos espesos y lasos, de robusta salud y larga vida; serios, reposados y tranquilos; educaban sus hijos con cuidado, ya en la casa ya en los colegios, donde se enseñaba, según dicen, una moral recta y liberal. No usaban para vestirse más que el *maxtlatl*, atado en rededor de los riñones y el *titmaltl* que cubría sus hombros, y las mujeres con el *cuchiltl* á la cintura, el cual era de una tela proporcionada á la clase. Entrelazaban en sus largos cabellos plumas, como también oro y pedrerías, con que adornaban también sus orejas, manos y muñecas. En sus casas no usaban de adornos en sus personas. Los aztecas habían inventado los jardines flotantes sobre los lagos; lo cual les dió después probablemente la idea de cultivar el terreno sin emplear el socorro de los animales ni el arado, y llevar desde los montes cercanos aguas para fertilizar los campos, donde crecían el maíz, el cacao, la chia, la pimienta, las alubias, el maguey, cuyo tronco da hermosos maderos: hojas filamentosas para los vestidos y cuerdas; espinas para agujas, y el jugo vino y miel. No poseían animales grandes, pero cuidaban mucho el ganado menor, que criaban en parques ó corrales. La cochinilla era allí un producto natural, y no dedicaban menos cuidado á su cria que la que nosotros concedemos á la del gusano de seda.

Ningun arte de necesidad ó lujo faltaba en Méjico, donde los artesanos estaban repartidos en diferentes barrios; en un lado los plateros, que ejecutaban con habilidad los más delicados trabajos; en otro los sastres; más distantes los tejedores de admirable destreza; además los tintoreros. Los españoles admiraron tanto sus fábricas como sus labores de buril, las piedras preciosas, el oro y los tejidos, y Cortés escribía á Carlos Quinto:

«E así se hizo, que todos aquellos señores á que él envió dieron muy cumplidamente lo que se les pidió, así en joyas como en tejuelos y hojas de oro y plata, y otras cosas de las que ellos tenían, que fundido todo lo que era para fundir, cupo á V. M. del quinto treinta y dos mil y cuatrocientos y tantos pesos de oro, sin todas las joyas de oro y plata, y plumajes y pieles y otras muchas

cosas de valor que para V. S. M. yo asigné y aparté que podrían valer cien mil ducados y más suma; las cuales demás de su valor, eran tales y tan maravillosas, que consideradas por su novedad y estrañeza, no tenían precio, ni es de creer que alguno de todos los príncipes del mundo de quien se tiene noticia las pudiese tener tales y de tal calidad. Y no le parezca á vuestra alteza fabuloso lo que digo, pues es verdad, que todas las cosas criadas así en la tierra como en el mar, de que el dicho Moctezuma pudiese tener conocimiento, tenía contrahechas muy al natural, así de oro y plata como de pedrería y de plumas, en tanta perfección, que casi ellas mismas parecían; de las cuales todas me dió para vuestra alteza mucha parte sin otras que yo le dí figuradas, y él las mandó hacer de oro, así como imágenes, crucifijos, medallas, joyeles y collares, y otras muchas de las nuestras que le hice contrafacер.»

Se servían de colores preparados para hacer cuadros, que no sólo espresaban acciones, sino que también fijaban la palabra, porque escribían con ayuda de geroglíficos tan misteriosos como los de los egipcios, los acontecimientos y los hechos nacionales: destruyéronse archivos llenos de estos preciosos documentos por la negligencia ó por la superstición de los españoles. Algunas veces empleaban colores como adornos, y formaban especies de mosaicos, con conchas y las plumas de ciertas aves de gran hermosura. Esta última industria era peculiar á aquel pueblo, que la empleaba en adornar á los dioses, en formar las insignias de ciertas dignidades, en hacer alfombras y baldaquinos. Los tarascos han conservado esta clase de habilidad, y aun hacen cuadros maravillosos combinando millares de plumas, algunas tan pequeñas como la cabeza de un alfiler, y las encolan en planchas metálicas, á las cuales suplían, antes de la llegada de los españoles, con las pencas de maguey.

Sus mercados estaban abundantemente provistos de todos géneros, y usaban en lugar de monedas, de granos de cacao, de copos de algodón, de pequeñas cañas llenas de polvo de oro, ó en fin, de pequeñas planchas de cobre ó estaño. Los caminos y los puentes de cuerda eran sostenidos en muy buen estado por el gobierno para la comodidad del comercio. En la plaza del gran mercado se elevaba un elegante edificio donde había diez ó doce jueces, para pronunciar sobre todas las diferencias que pudiesen ocurrir; mientras que otros oficiales circulaban por entre los vendedores, observando los géneros, las medidas, los pesos. Había prisiones para los criminales, y oficiales especiales para prender á los nobles; cosa que no se podía esperar de los bárbaros. Los mismos refinamientos del fisco no faltaban, como el derecho de consumos, que se cobraba en las puertas de la ciudad por empleados que estaban en casillas: los aguadores iban con barcas debajo de los puentes en donde se les daba el agua por ca-

(3) *Mochtezuma*, amo severo.

nales mediante un pago determinado. Hernandez, médico de Felipe II, enviado al país para recoger los conocimientos de los mejicanos, aprendió á conocer de sus practicantes mil descientas plantas medicinales, y más de doscientas clases de aves, además de otros animales y minerales designados todos con nombres particulares, y de los que se servían para el tratamiento de las enfermedades.

Aquellos pueblos hablaban diversas lenguas, de las cuales la que se conoce mejor es la de los aztecas: las letras *b, d, f, g, r, s*, le faltan, lo que no le impide ser muy rica en nombres y en diminutivos. Puede también espresar ideas abstractas, componer una sola palabra de varias; y ofrece sobre todo gran facilidad para la geografía y las ciencias naturales, porque puede asociar el género al nombre propio, como también la calidad ó el uso y las costumbres. Los aztecas poseían muchas arengas y poesías que se trasmitían de memoria; pensamientos melancólicos ó ideas sobre la muerte, dominaban en ellas generalmente. Era este pueblo muy aficionado á la música y más al baile, que consideraban como una ceremonia religiosa, y se jactaban de extraordinaria habilidad en los juegos de destreza y de fuerza.

«El atrio del templo de Quetzalcoatl, dice Acosta, tenía un patio mediano, donde el día de su fiesta se hacían grandes bailes y regocijos, y muy graciosos entremeses, para lo cual había en medio de este patio un pequeño teatro de á treinta piés en cuadro curiosamente enclavado; el cual enramaban y aderezaban para aquel día con toda la policia posible, cercándolo todo de arcos hechos de diversidad de flores y plumeria, colgando á trechos muchos pájaros, conejos y otras cosas apacibles, donde después de haber comido se juntaba toda la gente. Salían los representantes y hacían entremeses haciéndose sordos, aromadizados, cojos, ciegos y mancos, viniendo á pedir sanidad al ídolo; los sordos respondiendo adefesios: y los aromadizados tosiendo: los cojos cojeando decían sus miserias y quejas con que hacían reír grandemente al pueblo. Otros salían en nombre de las sabandijas; unos vestidos como escarabajos, y otros como sapos, y otros como lagartijas, etc. Y encontrándose allí referían sus oficios, y volviendo cada uno por sí tocaban algunas flautillas, de que gustaban sumamente los oyentes, porque eran muy ingeniosas: fingían asimismo muchas mariposas, y pájaros de muy diversos colores, sacando vestidos á los muchachos de el templo en aquestas formas, los cuales subiéndose en una arboleda que allí plantaban, los sacerdotes del templo les tiraban con cervatanas, donde había en defensa de los unos y ofensa de los otros, graciosos dichos con que entretenían á los circunstantes. Lo cual concluyendo hacían un mete ó baile con todos estos personajes y se concluía la fiesta, y esto acostumbraban á hacer en las más principales fiestas.»

Sin embargo, alguna cosa grave y meditativa predominaba en los mejicanos. Gemidos y dolor

señalaban en ellos los acontecimientos domésticos que en otras partes se celebran con regocijos. Decían al recién nacido: *Has venido al mundo para sufrir; sufre, pues, y ten paciencia*; la enseñanza que el padre daba oficialmente á su hijo consistía en decirle: *Preparate á las enfermedades, á los castigos que Dios puede enviarte todos los días, en atención á que todos nosotros debemos sufrir en este mundo*. Antes del matrimonio los novios debían entregarse en el retiro al ayuno y á la penitencia durante cuatro días, y en ciertos puntos hasta veinte. Cuando se presentaban delante del altar, el sacerdote los cubría con un manto de tela muy fina, de diversos colores, en medio del cual había representado un esqueleto para recordarles que el matrimonio no debía acabar sino con la muerte.

Los hijos eran educados en comunidad de la misma manera, al paso que las hijas crecían á la vista de su madre, en aposentos separados. En todo se mezclaba la religion; las prácticas y la moral enseñadas por los sacerdotes consistían en orar, en ayunar y hacer limosnas, en respetar á sus parientes y á sus jefes, en amar á su prójimo; de tal manera, que en la fórmula de los consejos dirigidos por el padre á sus hijos, los misioneros no tuvieron, por decirlo así, más que cambiar el nombre de los dioses en el de Dios.

Se atravesaba el labio á los niños obstinadamente embusteros; aquellos cuyos vicios eran incorregibles, sufrían la esclavitud. Los hijos de los jefes eran educados en los templos con los de los reyes; y los hijos del pueblo, en colegios militares, de los que había uno para cada tribu. En ellos no se fatigaban con el estudio de la gramática, sino que se les ocupaba en cultivar la tierra, en partir leña, en ejecutar diferentes servicios para el templo y la comunidad, en procurarse ellos mismos su alimento, comiendo poco, durmiendo también poco en salas húmedas y poco ventiladas, para acostumbrarse á las incomodidades de la guerra. Durante las vacaciones, que eran raras, iban á ayudar á sus padres, prestando de este modo algun servicio á la comunidad. Esta era su existencia hasta el momento en que se casaban.

Esta educacion los acostumbraba á sufrir, más bien que á resistir y á hacerse fuertes. Seis de sus obreros apenas hacían tanto como un español, y no podían soportar el frío. Por obedecer, afrontaban la muerte, pero sin saber rechazarla con valor.

**Gobierno.**—El gobierno era un gran feudalismo poco diferente del de Europa, escepto que el clero no formaba un órden distinto y vitalicio. La nacion conquistadora proporcionaba los reyes, los jefes, los soldados; el pueblo conquistado estaba reducido á la condicion de colonos y villanos: y entre las dos clases formaban los habitantes de la ciudad, artesanos y mercaderes; también había muchos esclavos. Pero la nobleza no constituía una clase exclusiva, en atención á que todos podían ser admi-

tidos en ella por servicios guerreros, y no era de caer entregarse á la agricultura. Tenian tambien algunas órdenes de caballeria parecidas á las nuestras, y no podian usar ciertos trajes, ni llevar ciertas distinciones, sin haberlas ganado debidamente. Entre estos guerreros se observaron varias ideas que nosotros miramos como caballerescas, así como cuando los aztecas estaban en guerra con los tlascaltecas, que les enviaban su cacao, algodon y sal que no tenian, sin que por esto se mostrasen menos crueles en la batalla.

El imperio se componia de una clase de federacion de los tres Estados de Méjico, de Tezcucó y de Tacuba, y cada uno tenia un rey, una herencia, una nobleza y conquistas propias (4). Méjico tenia la preeminencia en las guerras generales, y daba la investidura cuando se extinguia la línea real en los otros dos Estados. Cuando se extinguia en Méjico, la eleccion del sucesor debia ser aprobada por los otros dos soberanos. Por lo demás, eran mutuamente independientes, excepto en que participaban en comun de las rentas de los países conquistados tambien en comun. La corona pasaba á los varones, pero segun su grado de capacidad; lo mismo sucedia con las riquezas de los nobles, cuyas diferencias decidian los reyes.

En Tlascala el heredero presuntivo de la corona era sometido á una penitencia solitaria de dos años, de siete en Samagosa; y estas penitencias se asemejaban á suplicios. En Tlascala no tenia más asiento de día que el suelo, y de noche se le llevaba una estera, de la que debia levantarse varias veces de noche para orar; además, á penas los guardas que velaban á su inmediacion lo veian gozar de descanso, cuando le picaban con largas espinas, diciendo: «No debes dormir, sino tener cuidado de tus súbditos. No asciendes al trono para descansar; el sueño debe huir de tus ojos, destinados á permanecer siempre abiertos y velar por el bien del pueblo.» Terminábanse las austeridades con magníficas fiestas acompañadas de señales de veneracion sin límites. En tiempo de la coronacion, el príncipe elegido era primero llevado al templo, donde los sacerdotes, después de haberle arengado, le revestian con dos mantos, el uno azul y el otro negro, bordados de cabezas y huesos de muerto, recordándole que debia morir como todos los hombres. Cuando habia recibido los homenajes y los regalos de los jefes, era introducido en aposentos solitarios, contiguos al templo, para pasar allí cuatro días en el ayuno y la oracion. En algunos países, en el momento en que salia era entregado á la muchedumbre, que le atacaba de palabra y hasta con acciones, con objeto de experimentar su

paciencia; porque debia soportarlo todo sin responder y hasta sin volver la cabeza. Una vez coronado ya, no se atrevian á mirarlo de frente, y la desobediencia con respecto á él era castigada con atroces suplicios. En ocasiones solemnes dirigian la palabra al rey los sacerdotes y los grandes, y á la reina las damas, para hacerles, no ridiculos elogios, sino exhortaciones morales (5).

Bajo la supremacia del emperador dominaban tambien muchos príncipes, poseedores inamovibles, mientras no faltasen á las obligaciones de la investidura, y algunos con tal fuerza que podian armar cien mil hombres. Los cuatro principales elegian el nuevo emperador entre la familia régia.

**Justicia.**—La justicia emanaba del rey, como tambien el poder civil y el militar en todo el reino, en atencion á que su autoridad era despótica, á pesar del feudalismo; los bienes reales, ó del Estado, ó que no podian pertenecer á un feudo, permanecian vinculados en poder del rey. La gerarquia estaba firmemente organizada, y era regular la promulgacion de las leyes en las provincias. En una civilizacion incipiente las instituciones judiciales son aun más importantes que las legislativas; pero en Méjico la administracion judicial estaba arreglada progresivamente y sujeta á un sistema de pruebas. En las provincias y ciudades examinaban los negocios de menor cuantía jueces ordinarios, procurando arreglarlos pacíficamente; en los casos criminales arrestaban á los reos, é instruian el proceso antes de llevarle á los tribunales de la ciudad. Este tribunal se componia de doble número de jueces que en las provincias, cada una de las cuales nombraba dos jueces de por vida, que recibian varias tierras en feudo en premio de su empleo; el tribunal estaba abierto todos los días para todos sin distincion de causas ni personas; cada cuatro meses, en sesiones de doce días consecutivos, doce jueces presididos por el rey resolvian los litigios más difíciles en primera instancia ó en apelacion y sentenciaba los delitos.

**Ejército.**—Un juez de Tezcucó, que habia favorecido á un noble con detrimento de uno de la clase media, fué enviado al cadalso. Un jefe de Tlascala, propietario de ciudades y numerosos vasallos, sufrió la pena de muerte por adúltero, como tambien las hijas é hijos del rey convictos del mismo delito. En semejantes casos se hacia asistir al suplicio á las damas de la corte y á las doncellas de la más elevada nobleza (6). Prodigábase la pena de muerte, y se aplicaba al historiador que escribía una falsedad. Pero ¿qué es lo falso bajo un déspota?

En cada distrito se anotaban todas las variaciones del estado civil en registros estadísticos. Cor-

(4) Llevando adelante las exageraciones, se dice que el imperio de Motezuma abrazaba 16,000 leguas cuadradas, y que su capital contaba 300,000 habitantes. En un espacio no muy extenso tenian toda la variedad de climas, y por consiguiente todas las producciones.

(5) Zurita ha traducido algunos de estos discursos.

(6) Zurit, p. 106—109.

reos y postas facilitaban las comunicaciones con la capital.

**Ejército.**—Un imperio que se había fundado y que se había sostenido con las armas, debía haber concedido gran cuidado á la organizacion militar. Todo el que se hallaba en estado de servir, estaba obligado á llevar las armas; los señores feudatarios proporcionaban un número de hombres determinado y mandaban á su cabeza; los aliados daban tambien un contingente. Motezuma había fundado tres órdenes para los guerreros; la de los Príncipes, que era superior á todas, la del Aguila y la del Tigre; los guerreros que estaban condecorados con ellas, llevaban como señal distintiva la efigie de estos animales, y los oficiales se tomaban de sus filas. Sus armas no podían ser buenas sino contra personas que usaban otras semejantes: eran corazas de algodón, escudos de mimbres, hondas y cañas para arrollar al enemigo: los nobles usaban armaduras de oro y cobre, cascos en forma de animales, sables con hoja de piedra, lanza; con punta de cobre, y sobre todo, un dardo que lanzaban con una admirable destreza, y volvían á quedarse con él con ayuda de un cordón. Las flechas envenenadas, comunes á los demás americanos, eran desconocidas en aquella comarca. No hay necesidad de decir que no conocían ni ordenanzas, ni movimientos regulares. El valor era el mérito supremo. El estandarte, que era una lanza sobrepuesta de un águila que se precipitaba sobre un jaguar, era llevado por el general en jefe; otras banderas se ataban estrechamente á los hombros de los oficiales, á quienes no se las arrancaba sino con la vida. También hacían uso de instrumentos músicos de guerra; y cuando el general en jefe daba la señal, los soldados se lanzaban contra el enemigo con furor, y con inmenso clamoreo.

**Propiedades.**—Las tierras del imperio se dividían entre la corona, los nobles, los concejos (*calpullis*) y los templos; los diferentes colores las distinguían en los catrastrós generales. El rey concedía gran parte de las tierras de la corona á los nobles, que las convertían en su morada, y cuyo censo se limitaba á un corto homenaje de flores, frutas, plumas, con la obligacion de cuidar tanto los jardines como el palacio del soberano situado en su distrito, y escoltarle cuando se presentaba en público. Estos dominios se llamaban *tecpanpouhquez* otros (*teccallis*), se daban vitalicios á los nobles que vigilaban el cultivo de las tierras reales y comunales en una provincia, y percibían las contribuciones; otras se arrendaban á hombres libres, ó se abandonaban á campesinos con el encargo de cultivarlas. Se llamaba (*pilallis*) á los patrimonios de los nobles, trasmisibles por sucesion con los esclavos que les estaban, afectos: podían, á voluntad, ó ser vendidos ó divididos entre sus hijos sin consideracion al orden de primogenitura, lo cual fraccionaba las propiedades, al paso que los dominios que dependían del rey permanecían enteros y predominantes.

Todos estos bienes estaban exentos de impuestos. Los empleos civiles y militares pertenecían á los nobles. Para ser admitido en esta clase, era preciso en Tlascalá, en Cholula y en Huexotzinco sufrir rigurosas pruebas, además del nacimiento; después de lo cual se concedía solemnemente la investidura.

Con respecto á la plebe, cada provincia comprendía varios círculos llamados *calpullis* con sus ciudades, los que generalmente tenían un territorio para su subsistencia. Los concejos no se asemejaban á los de Europa; eran más bien tribus descendientes de las familias conquistadoras que se habían establecido en el territorio. La primitiva poblacion no quedó en una verdadera esclavitud, sino que dependía del Imperio con respecto á la política; por lo cual era libre aunque no propietaria, en atencion á que la propiedad pertenecía á la comunidad en cuerpo, y la posesion á cada uno en proporcion de la parte que le había sido asignada con facultad de trasmision. Ningun extranjero podía adquirir tierras en el concejo, y el indígena que se trasladaba á otra parte perdía las suyas. Se asignaba un campo á todo mancebo pobre que se casaba; además, en cada distrito había una vasta estension de territorio de reserva, sin pertenecer su propiedad á nadie, y era cultivada por todos; el producto de aquel terreno servía para pagar las contribuciones al rey; por esto es por lo que se le denominaba el *campo de la guerra*. Cuando se hacían nuevas conquistas se dejaban á los vencidos sus leyes, sus jefes y tribunales, reservando para los vencedores una parte del territorio, que la poblacion indígena estaba obligada á cultivar.

De esta manera los mejicanos estaban divididos en nobles y plebeyos, es decir, en ricos y pobres, en jefes y trabajadores, teniendo tanto en una como en otra clase diferentes grados. Inferiores al rey estaban los feudatarios vitalicios (*teccutzin*), que poseían un distrito (*teccallis*), dado por el príncipe; después los jefes de *calpullis* tomados en el mismo *calpullis* probablemente, en la familia de un cacique (7); en fin, un tercer orden, los *pilleos*, nobles de origen, sin autoridad ni poder, entre los cuales el rey elegía á sus oficiales de corte, y á aquellos á quienes concedía tierras ú otros favores; estaban obligados para con él al servicio militar, únicos aptos á las dignidades, como también á llevar ciertos adornos; por lo demás, exentos de tributos y contribuciones. Entre los plebeyos algunos tenían, si no patrimonios en propiedad absoluta, al menos posesiones trasmisibles por herencia. Los que se dedicaban á la agricultura pagaban el impuesto con los productos del campo

(7) *Cacique* significa en general *señor*, ya de un reino, ya de un provincia, ya de un concejo ó de un dominio particular. Véase además á Zurita, Torquemada, Clavijero, etc.

de guerra; los mercaderes y los artesanos esparcidos en los capullí pertenecían á la clase plebeya, en tanto que satisfacían el impuesto en mercancías ó en trabajos de su profesion; se aproximaban á la nobleza cuando no tenían que trabajar en el campo de la guerra, y adquirían privilegios con ayuda de sus riquezas. Un pequeño número de individuos libres, diferentes de estos últimos, tomaba en arrendamiento algunas tierras del dominio real por más ó menos años.

En una clase muy inferior se encontraban colonos que sin propiedades ni existencia civil, no tenían más que la porción de la cosecha que les dejaba el dueño del terreno (*thalmaites, magueyes, macehuals*): descendían probablemente de la raza subyugada; pero diferente de nuestros siervos, la jurisdicción sobre ellos estaba reservada al príncipe, que, en caso de necesidad, los llamaba á las armas. Había para ellos una fórmula de enseñanza moral diferente de la que igualmente servía á los nobles, á la clase media, á los mercaderes y á los artesanos. El padre decía á su hijo: *No ceses de servir á aquel de quien eres, con objeto de merecer sus gracias*. Y el hijo respondía: *Padre, soy un miserable macehual, que vive en una pobre casa, al servicio de otro*. Los esclavos eran numerosos, pero no estaban exentos de derechos; podían poseer, y la mujer esclava que concebía de un padre libre, tenía libres sus hijos. El amo no podía tampoco venderlos arbitrariamente.

Fué sin duda preciso una larga serie de acontecimientos políticos para introducir aquella graduación del poder, de la nobleza y del clero; ciertos países hasta estaban tan adelantados, que llegaban á las formas republicanas.

**Religion.**—El acero de los soldados españoles y el celo de los misioneros, extinguieron tan completamente la religion mejicana, que hay poco que decir de ella. Teotíl, dios supremo del bien, estaba opuesto al malo Tlecatecolotl; recompensaba y castigaba en el otro mundo, ó hacia pasar en éste las almas á cuerpos de animales. Otros dioses, representados bajo estrañas figuras, presidían las diversas funciones. Huitzilopotli, personificación del sol y jefe de la colonia conducida por Mexi, habia él mismo dictado las formas de su culto, que consistía en postraciones, ayunos y ofrendas de perfumes. Se le colocaba en medio del campo de batalla, y todo dependía de su voluntad. Los pueblos que guiaba, habiendo emprendido un largo viaje á la voz de un oráculo, no cesaron de caminar hasta el momento en que se detuvo en la tierra prometida. En conmemoración de aquel acontecimiento, era paseado en procesion por las vestales mejicanas, como los judíos y los egipcios lo hacían con el arca.

Los *teocallis* ó *teopan*, es decir, casa ó lugar de Dios, eran edificios magníficos, construidos en proporciones astronómicas y piramidales como el templo de Belo en Babilonia, y dotados con grandes rentas. Encerraban en ellos jardines, fuentes,

habitaciones para los sacerdotes, y arsenales. En medio se elevaba una pirámide truncada, colocada sobre una base de ladrillos barnizados ó de enormes masas. Se subía á la cima por una escalera; en la plataforma superior se encontraban capillas en forma de torres con ídolos colosales y el fuego sagrado. Desde allí podia ser visto el sacrificador por un inmenso pueblo cuando degollaba á las víctimas, que precipitaba después desde lo alto de la escalera. El interior de la pirámide servía de sepultura á los reyes y á los grandes; todo el edificio estaba fortificado, á la manera del templo de Jerusalem; y Cortés se vió obligado á asaltar en él á la poblacion sublevada de Méjico.

Multitud de sacerdotes estaban destinados á los templos contábanse cinco mil en el principal de Méjico; las dignidades superiores de ellos se reclutaban en las familias de los príncipes y se distinguían con insignias particulares. El gran sacerdote debía dar su consentimiento para hacer la guerra, y acudia él mismo con los principales magistrados (8). Mientras que un individuo estaba revesti-

(8) Fray Sahagun nos ha conservado esta oracion de los mejicanos para obtener la asistencia divina contra sus enemigos:

«Señor muy humano y muy piadoso, defensor invisible é impalpable, cuya sabiduría nos rige, bajo cuyo imperio vivimos. Señor de las batallas, una gran guerra se prepara; el dios de los combates abre la boca; tiene hambre y quiere la sangre de aquellos que morirán combatiendo. El sol y el dios de la tierra, llamado Tlatecutli, quieren divertirse: quieren dar de comer y de beber á los dioses del cielo y del infierno, á quienes servirán la carne y la sangre de los que perezcan en la batalla. Ya los dioses del cielo y del infierno nos cuentan para ver los que vencerán, cuáles serán los vencidos, cuáles deben matar, cuáles deben ser muertos; de quiénes se comerá la carne y beberá la sangre. Pero no lo saben los nobles padres cuyos hijos deben morir; no lo saben sus parientes y deudos; no lo saben las madres que los criaron y amamantaron de pequeños.

«Haced, oh señor, que los nobles que mueran en la guerra sean recibidos graciosamente por el sol y por la tierra, que son el padre y la madre de todos, y que tienen entrañas de amor. Vos no los habeis engañado haciendo lo que habeis hecho, exigiendo que mueran en la guerra, pues es verdad que vos los habeis enviado á esta tierra para que alimenten el sol y la tierra con su carne y con su sangre...

«Oh señor muy humano, señor de las batallas, soberano de todos, tñ, llamado Tezcatlipuca, dios invisible é impalpable, te suplicamos que aquellos á quienes permitas morir durante esta guerra sean recibidos en la casa del sol con amor, con honor: que se coloquen al lado de los valientes, es decir, cerca de Quitzieguagatzin, Maccubcatzin, Thacavepatzin, Yatlicuecavac, Yhuitlenuic y Cavaguetzin, y de todos los más célebres muertos en la guerra. Hacen regocijos eternos, celebran con continuas alabanzas al sol, nuestro señor; van chupando, aspirando la dulzura de las flores, las más suaves en el gusto y el perfume. Tal es la alegría reservada á los valientes muertos en la batalla; no se acuerdan ni del día ni de la noche, de los tiempos ó de los años, porque su poder y su riqueza no tiene fin, y nunca se marchitan las flores cuyo perfume respiran.»

do con el sacerdocio (porque el sacerdocio era temporal), ¡desgraciado si tocaba otra mujer que la suya, ó si por pereza faltaba á los oficios religiosos! Ninguno de ellos salía del recinto de sus ricas habitaciones contiguas al templo. Consagrábanse mujeres al servicio del dios y á sostener el fuego sagrado; pero no asistían á los sacrificios sangrientos. Los mejicanos tenían también ciertas clases de órdenes monásticas, de las cuales una consagrada á la diosa Centeotl, se componían en su totalidad de sexagenarios y viudos, que daban consejos y escribían la historia, que remitían después al gran sacerdote para publicarla. Los *tlamacazqui* maceraban rigurosamente su cuerpo, y después de haberse despedazado con espinas, metían pedacitos de caña en sus heridas.

Los mejicanos ejercían la ferocidad que les hacían contraer estas sangrientas penitencias, en los sacrificios humanos, comunes en ellos y acompañados de atroces ceremonias. Se hartaban con la carne de las víctimas ó traficaban con ella. En la cima de la pirámide de Cholula se elevaba el altar dedicado á Quetzalcoatl, dios del aire, representado bajo la figura de un hombre blanco y barbudo, gran sacerdote legislador, jefe de una secta que se imponía rigurosas penitencias, como la de atravesarse los labios y las orejas, y clavarse en el cuerpo espinas de agave. Bajo su mando goza el Anahuac de la edad de oro hasta el momento en que el gran espíritu Tezcatlipuca presentó á Quetzalcoatl un brebaje que produciéndole la inmortalidad, le inspiró el irresistible deseo de visitar comarcas remotas. Llegados á Cholula, los habitantes le ofrecieron el gobierno; y durante los veinte años que permaneció con ellos, les enseñó á fundir los metales; mandó el ayuno de ochenta días y la intercalación del año tolteca, recomendándoles vivir en paz, y no ofrecer á la divinidad más que las primicias de los frutos. Desapareció después, prometiendo venir á renovar su felicidad.

Los aztecas tuvieron, como los indios, la idea de las destrucciones y de las regeneraciones periódicas del universo, atribuyendo al espacio lo que parece no pertenecer más que al tiempo. Contaban cuatro edades, que cada una había tenido su sol propio. La primera, llamada *edad del agua*, duró cuatro mil ochocientos años, y acabó con un diluvio general, en el cual el mismo sol pereció con los hombres. La otra, *edad de la tierra*, después de haber durado cinco mil doscientos años, se concluyó con la destrucción de los gigantes, producidos por terribles temblores de tierra, que también causaron la extinción del segundo sol. Después llegó la *edad del viento*, de cuatro mil diez años, terminada por un torbellino que anonadó el tercer sol y á todos los vivientes. En cada una de estas revoluciones se transformó la especie humana en animales capaces de sufrir aquellas catástrofes, salvándose sólo un hombre y una mujer para que renovasen la especie. La actual edad, la *edad del fuego*, comenzada hace

ochocientos cincuenta años, es la única cuyos anales se han conservado, y se terminará con un incendio general. Ahora bien, debiendo esto suceder al fin de uno de sus siglos, que eran sólo de cincuenta y dos años, el momento en que concluía cada uno de ellos, causaba gran espanto.

Observábase entonces una tristeza general; apagábase el fuego sagrado, los monjes no cesaban de orar; destrozábanse sus vestiduras, se hacían pedazos los muebles de valor, se ocultaban la cara con una máscara de pita, y ¡cosa singular! las mujeres en cinta, se miraban con horror, en la creencia que en el momento de la catástrofe se transformarían en tigres y se unirían á los genios maléficos para vengarse de los hombres. La noche del último día, los sacerdotes, revestidos con los trajes de los dioses y seguidos de una multitud inmensa, subían al monte de Huixacecat, y guardaban en silencio, en la cima de la montaña, el momento en que las Pléyades ocupasen el medio del sol. Cuando habían pasado por el meridiano, el sacrificador degollaba á un prisionero y atizaba en la herida el fuego con que se encendía la hoguera donde era quemado. Un grito de general alegría anunciaba á los más distantes que había pasado el peligro; otros acudían con antorchas encendidas á avivar el fuego; el entusiasmo se aumentaba cuando aparecía el sol radiante sobre el horizonte: entonces volvían los dioses á su santuario, las mujeres á sus casas; se renovaban los vestidos, y las fiestas duraban trece días, en los cuales se limpiaban los templos, las paredes y los utensilios domésticos.

No se sorprendieron poco los europeos al encontrar allí ritos semejantes á los de los cristianos: vigiliias, ayunos, confesión auricular (9), y una espe-

(9) Fray Bernardino de Sahagun ha conservado un fragmento de la exhortación de un sacerdote mejicano á su penitente.

«Hermano, has venido á un lugar de grandes peligros, de muchas fatigas, de muchos terrores. Es un precipicio desde el que se eleva un escollo á los piés; el que cae en él una vez no saldrá nunca. Has llegado también á un paraíso donde mil lazos están tendidos unos debajo de otros, de manera que no se puede pasar sin caer en algunos de ellos; y hay además profundos agujeros como pozos; y tú te has arrojado en el torbellino del río, te has arrojado en los lazos de donde es imposible salir. Estos lazos son tus pecados, y por lo que destruyen el alma, pueden también compararse con las fieras que destruyen el cuerpo. ¿Has callado por casualidad alguno de esos pecados tan graves, tan horribles, tan vergonzosos, que el cielo, la tierra, y el infierno saben ya y que infestan el mundo desde uno á otro confín?

«Te has presentado á nuestro clementísimo Señor y protector de todos, que has ofendido, cuya cólera has provocado y que mañana ó pasado te sacará de este mundo, y te enviará á la morada general del infierno, donde están tu padre y tu madre, el dios y la diosa de la triste morada, con la boca abierta, prontos á despedazarte como todo lo del mundo.

»Para concluir, te lo digo, es necesario que barras las

cie de eucaristia, pero en la que el pan estaba empapado en sangre humana.

**Calendarios.**—Las fiestas estaban reguladas por calendarios, uno de los más singulares monumentos de la cultura mejicana, que nos fueron especialmente revelados por una gran piedra de basalto desenterrada en 1790 de las ruinas de una antigua teocal. El año civil de los aztecas era solar, de trescientos sesenta y cinco días, dividido en diez y ocho meses de veinte días; además cinco días complementarios, llamados *nemontemís*, es decir, inútiles. Dividían el día, que comenzaba al salir el sol, en ocho intervalos, á saber, el salir y el ponerse, el medio día y la media noche, y las cuatro porciones intermedias, que no tienen nombre. El mes tenía cuatro períodos, al principio de los cuales cada comunidad de habitantes tenía su mercado; la semana de siete días no parece haber sido conocida de ningun pueblo del Nuevo Mundo (10). Trece años formaban un ciclo, llamado *tlalpilli*, de los cuales cuatro constituían un *xihumolpilli*, y dos de estos un *chehueticiliztli* ó vejez. El calendario ritual de que usaban los sacerdotes, es una serie de períodos de trece días, siguiendo la *velada* y el *sueño* de la luna. Veinte y ocho períodos de aquellos constituyen un año civil y un día más, que formando cada trece años un nuevo período, ponía acordes al año ritual con el civil.

Uno de los acontecimientos más dignos de admiración, es la analogía que se nota en el calendario mejicano y el de ciertos pueblos del Asia oriental, como los japoneses, analogía demostrada por Humboldt y que no se puede creer accidental, porque no está fundada en ningun fenómeno natural. El mismo sabio nos demuestra, además, que los nombres dados á los meses mejicanos son los signos del zodiaco entre los asiáticos orientales (11); como también Méjico y el Tibet ofrece notables relaciones en la gerarquía eclesiástica, eu el número de congregaciones religiosas, en la extrema austeridad de las penitencias, en el orden de las procesiones.

Celebrábanse fiestas movibles, y otras fijas cada mes, con frecuencia fiestas, marcadas por crueldades que manchaban igualmente las ceremonias relativas á las diversas circunstancias de la vida, y se hacían raras veces sin efusión de sangre. Los

muecos eran quemados frecuentemente con sus mujeres y criados en una misma y única hoguera. Parece, pues, que se descubre en esta religion la lucha de un culto antiguo, todo símbolos, y de un culto nuevo entregado á prácticas sanguinarias. Los mejicanos se acuerdan hasta de la época en que habian sido sacrificadas á sus dioses las primeras víctimas humanas. En ciertos sitios se conservaba el culto de las divinidades campestres que debían, segun se aseguraba, triunfar un día de los dioses sanguinarios.

A la verdad, puede causar admiración encontrar estos ritos atroces en un pueblo que, en el resto de sus instituciones, se parece á la nacion china; pero la estrecha union de los sacerdotes con la nobleza compuesta de guerreros, hizo que su culto homicida se extendiese con el imperio; al contrario de lo que pasó en el Perú, donde los descendientes de Manco-Capac, con sus leyes, la division de castas y el despotismo monástico, llevaron una religion pacífica.

Sin embargo, este pueblo que habia llevado tan lejos el estudio de la astronomía, que conocía la verdadera causa de los eclipses, la revolucion anual de la tierra, y poseía un calendario más perfecto que el de los romanos, no conocía la moneda, ni el sistema de pesos y medidas, ni el hierro, ni la confección del queso, ni el uso de las bestias de carga. Eran imperfectísimas las transacciones mercantiles, contentándose con la fe en la palabra: el vicio era objeto de castigo y aun de vilipendio; al ebrio se le derribaba la casa y se le cortaban los cabellos, como á los magistrados negligentes ó prevaricadores, y á todo al que se queria degradar.

**Artes.**—Las artes de imitacion estaban en aquel pais en estado de rudeza sin idea de las proporciones del cuerpo humano; figuras enanas, altas, de cinco cabezas; una nariz enorme y una cabeza puntiaguda, distinguen á los héroes de las divinidades. Los dioses ávidos de sangre debían ser representados con facciones monstruosas, y tales como el pueblo los concebía, para conformarse á los tipos inalterables de los geroglíficos; pero no les ponían muchas cabezas y manos como en la India. Treinta mil ídolos de barro fueron destruidos por los misioneros en la primera conquista; estaban formados por medio de dos moldes, de los cuales el uno producía la parte anterior, y el otro la posterior, como se practicaba para los lares en Italia. En los bajos relieves el tipo particular de los hombres es el ángulo facial muy agudo, de tal modo, que casi no tenían frente. Sobre las rocas se encuentran esculpidos animales gigantescos y armas de las provincias cuyo límite indicaban; trofeos militares, batallas, emblemas, y en todas partes geroglíficos. El plano de Méjico, antes de la conquista, una de cuyas hojas pintadas se conserva, prueba lo que entendían de geometría y topografía. Sus vasos, por su ligereza y finura, se dirían fabricados á torno, y tienen barnices de colores que se diferencian muy

inmundicias y el estiércol de tu casa; que tú mismo te purifiques; que busques un esclavo para sacrificarle á los dioses; que des una fiesta á los sacerdotes, y que cantes las alabanzas del Señor. Debes tambien hacer penitencia trabajando un año, ó más en la casa del Señor. Allí te sacaré sangre, te picaré con espinas de álces, y para hacer completa penitencia de tus adulterios y de tus demás iniquidades, te atravesaré dos veces cada dia pedazos de madera aguzados á través de las partes sensibles del cuerpo, una vez las orejas, otra la lengua.

(10) Bailly piensa de otra manera; pero es refutado por Humboldt.

(11) *Vistas de las Cordilleras*, t. II, pág. 3.

poco de los primeros etruscos. Ha sido hallado en Méjico el busto en basalto de una sacerdotisa azteca, con la cabeza adornada por el estilo de la de Isis y de otras estatuas egipcias. También recuerdan á Egipto las pirámides con gradas, las momias conservadas en cajas pintadas, el uso de la pintura geroglífica, los cinco días epagomenos aumentados al fin de cada año como en Menfis, mientras que las demás instituciones parecerian originarias del Tíbet (12).

El teocali de la capital fué destruido después de la conquista, pero han quedado los más antiguos. En el valle de Méjico se elevan las pirámides de Totihuacan, de las cuales están dedicadas al sol y á la luna las dos principales, y al rededor hay colocadas, como adorno de los caminos, otras más pequeñas. De las dos mayores, la una se eleva perpendicularmente á cincuenta y cinco metros, y la otra á cuarenta y cuatro, teniendo de base la primera ciento ocho metros por cada lado. Las otras, que no pasan de ocho ó nueve metros, servían, según dicen, de sepulcro á los jefes de tribu. Las estatuas fueron destruidas por la avaricia de los conquistadores, y por la devoción del obispo Zumaraga. Hace medio siglo que unos cazadores descubrieron la pirámide de I'apantla, cuya altura es de diez y ocho metros, por veinte y cinco de ancho en la base, toda ella de grandes piedras labradas, con tres escaleras que conducen á la cúspide, y adornada por todas partes con nichos y geroglíficos.

La de Cholula, que tiene cuatro pisos, construída de ladrillos sin cocer, en una llanura descubierta, á dos mil doscientos metros sobre el nivel del mar, no se eleva á más de cincuenta y cuatro metros; pero cada lado de la base no tiene menos de cuatrocientos treinta y nueve, es decir, dos veces más que la pirámide egipcia de Cheops. Según la tradición, habia sido construída esta pirámide por las únicas siete personas libradas del diluvio; pero los dioses, irritados contra este edificio, que debia tocar las nubes, lanzaron contra él sus rayos, por cuya razon quedó sin concluir. Los conquistadores vieron en esto un recuerdo del diluvio de Noé y de la torre de Babel. En el día se ve en la cima de este montecillo una iglesia de la Virgen, la más elevada del mundo, que los nacionales visitan con la misma devoción que en otro tiempo las conducía á los altares de sus dioses sanguinarios.

En Xochicalco se encuentra la Casa de las Flores, gran terraplen parecido á un bastion gigantesco, cuya plataforma tiene setenta y dos metros

de longitud y ochenta y seis de latitud; en el centro se eleva una pirámide de cincuenta gradas, toda de paralelepípedos trabajados perfectamente y reunidos sin cimientó. En una y otra parte se ven geroglíficos grabados, figuras de cocodrilos y de hombres sentados con los brazos cruzados.

**Palenque.**—A mediados del último siglo Mitla, ciudad de los muertos, y Colhuacan, ciudad del desierto, llamada equivocadamente Palenque, ofrecieron á la vista las ruinas de edificios inmensos que revelaban un arte original. Antonio del Rio y Alonso de Calderon fueron encargados de explorarlos en 1787. Las ruinas de Palenque ocupaban un espacio de cerca de ocho leguas, tan cubierto de maleza, que ni el fuego ni el hacha pudieron desprenderla apenas de quince edificios, en treinta y cinco semanas. El rey de España Carlos IV, envió una comision en 1805 á las órdenes del capitán Dupaix, que pudo dar una idea completa de estos restos de un pueblo destruido, edificios sagrados y civiles, fortificaciones, caminos, puentes, diques, acueductos, grandes subterráneos con esculturas, bajo-relieves, geroglíficos, escudos de armas, vasos de barro, estatuas de divinidades y utensilios de piedra y de metal.

Las construcciones más antiguas eran de toba ó de piedra labrada en enormes montones, lo mismo que los sepulcros en que habia vastos pasajes subterráneos, y sostenian tumbas cónicas cubiertas de piedras ó de ladrillos entre las cuales se elevaban algunas como verdaderas pirámides por el estilo de las egipcias. El edificio más notable, que descansa sobre un terraplen de sesenta piés de elevación, tiene en el interior algo de gótico, ó más bien de morisco. Tiene trescientos piés de longitud, por ciento ocho de latitud y treinta de altura. En el centro se destaca una torre, que debia ser muy elevada y que disminuía á cada piso. Al rededor no hay más que pirámides, acueductos, subterráneos, fortificaciones y sepulcros. Las murallas están en declive, revestidas de estuco, en el cual entra el óxido de hierro: están orientadas sobre un plano cuadrilátero, con puertas y elevadas, aberturas por altas ventanas: están situados en las eminencias, sin tener nada para cerrarlos, sin armaduras ni bóvedas para sostenerlos, aun cuando estas últimas se ven empleadas en las construcciones tumularias y en los subterráneos: tampoco entra en su construcción el ladrillo. Los templos están cubiertos, y su arquitectura, que es muy adornada, ofrece pilastras, cornisas, modillones plásticos y mascarones. Los bajo-relieves indican los ritos de la sepultura, porque representan al difunto tendido con sus armas y con todo lo que tenia de más precioso, sobre la hoguera donde se degollaban sus servidores y sus mujeres, y donde se sacrificaban voluntariamente las esposas. Hay en el templo otros bajo-relieves que representan al parecer los ritos de la iniciación.

Pero lo que más llamó la atención fué un cuadro en cuyo centro se veía el escarabajo con la T,

(12) Hace poco tiempo que Godofredo Martin Uhdé, que residió veinte y tres años en Méjico, llevó á Heidelberg un gran número de antigüedades de este país, entre las cuales se distinguen cincuenta y dos vasos de barro muy parecidos á los etruscos; con figuras de divinidades romanas, griegas, egipcias é indianas.

tan frecuente en las esculturas egipcias, y una gran cruz latina coronada con un gallo, del brazo de la cual pende una especie de palma arrollada; en medio de esta cruz se ve otra más pequeña cuyos brazos terminan en una flor de loto. A la derecha hay un sacerdote ofreciendo á la cruz un vaso de flores, y á la izquierda una mujer, con la tiara á la egipcia, le presenta un niño acostado sobre hojas de loto.

Las ruinas de Palenque han dejado de ser las más admirables de todas las demás, después que se han descubierto recientemente las de Yucatan y de Itzalan. En éstas, todos los edificios son de piedra labrada, y el más pequeño, que tiene ochenta y un piés de largo por diez y siete de alto, se eleva en una esplanada á la cual se llega subiendo cien gradas: todo está allí cubierto de adornos y geroglíficos, con una pompa asiática. En frente de esta especie de pirámide está la gran plaza, adornada con cuatro edificios muy vastos y empedrada con piedras cúbicas, en que se ven tambien esculpidas figuras de animales: como no se ponía una sino cada veinte años, resulta que se remonta á más de veinte siglos la construccion de la ciudad (13).

Se designan tres épocas á los monumentos de este país, monumentos de los aztecas, fundadores del imperio; monumentos anteriores, obra de los toltecas y de otros pueblos venidos al suelo de Anahuac hácia el siglo vi; monumentos de Palenque y otros esparcidos en Guatemala y Yucatan, anteriores á todo recuerdo, y llamados impropriamente mejicanos: éstos, que se remontan á cerca de tres mil años, se distinguen por su sencillez, gravedad y solidez. Sólo un gran pueblo ha podido construir semejantes ciudades; pero ¿de qué modo ha llegado á perderse completamente la memoria de ellas? Si fué destruido, debieron conservar los vencedores el recuerdo de tan gran triunfo; pero lejos de esto, en el tiempo de la conquista nadie conocia la existencia de Mitla ó de Palenque. Se han propuesto una infinidad de sistemas para la solucion de este problema, y últimamente se ha llegado á sostener que estas ciudades eran anteriores al diluvio.

Cuando llegaron los europeos, los mejicanos vieron llenos de admiracion desembarcar en sus costas á estos terribles huéspedes, cuya armadura, caballos, fusiles y cañones los hicieron creer, como en todas partes, bajados del cielo. Vinieron muchas gentes á examinarlos, tomando diseños de todo lo que veian, para enviarlos á la corte de su soberano en forma de informe. Motezuma, elegido rey por sus maneras modestas y dignas á la vez, apenas habia subido al trono, cuando cambió de conducta, y encerrado en su palacio, trató de deslumbrar por el fausto, y de sostenerse por el ter-

ror. Su devocion le arrastraba á guerras frecuentes, con la intencion de no dejar á los dioses sin sacrificios humanos. Reinaba entonces del uno al otro mar, sobre treinta caciques poderosos, y mantenía en su gobierno un órden perfecto. Habia instituido distinciones para el valor y para la nobleza, y reservado una ciudad para reunir en ella á todos los que habian envejecido en el servicio de la corona. Habia tambien establecido escuelas para los ejercicios corporales é intelectuales, segun que los jóvenes se destinaban á la guerra, al sacerdocio ó á las diversas magistraturas. Pero llevando la severidad hasta el exceso, destruía todo lo que le resistía, alejando de la corte y de los empleos á cualquiera que no fuese noble. Después de haber subyugado todas las provincias, decia que se le hacia tarde para conquistar á Mechoacan, Tepeaca y Tlascala, á fin de que los dioses no careciesen de víctimas.

Estos tres países habian permanecido independientes, aunque el imperio se estendia hasta las fronteras de Guatemala y Yucatan. Motezuma les hizo la guerra con vigor, pero encontró una vivísima resistencia: los reveses que sufrió debilitaron la idea que se tenia formada del poder de los hijos del sol, y prepararon aliados á los europeos.

Asustado con su venida, Motezuma no omitió medio para librarse de la visita con que le amenazaba aquel extranjero que se decia enviado como embajador, haciendo pasar su pequeño ejército por un simple acompañamiento ú escolta. Le envió soberbios regalos, vestidos del más fino algodón, penachos con los más vivos colores de un brillo natural, armaduras, y dos grandes de una materia y un trabajo desconocido y precioso, uno de plata y otro de oro, donde estaban representados en relieve el siglo y el año de los mejicanos; sin hablar de la pedrería, joyas, collares, perlas, oro en polvo y enormes pedazos de oro virgen y de animales del mismo metal, objetos todos que sólo servian para excitar la codicia y la curiosidad.

Cortés insistía en que el decoro no permitía despedir, sin ser oído, al embajador del más grande de los reyes; que habiendo ido á esparcir la verdad, se creía en el deber de anunciarla destruyendo la idolatría, y sin amedrantarse de los doscientos mil hombres que Motezuma podía poner en campaña, segun se decia, soñaba ya la conquista de su imperio. Mientras duraban las conferencias, determinó construir la Villa-Rica de Vera-Cruz, cuyo nombre abraza los dos móviles de aquel tiempo, el dinero y la religion; y viendo que Velazquez insistía en considerarle como rebelde y sin poderes, Cortés estableció en Vera-Cruz, en nombre del rey de España, un consejo soberano, en cuyas manos resignó su autoridad, dejándole en libertad para elegir al más digno de mandar. Elegido como general y gobernador, quemó sus buques para quitar á los suyos hasta la esperanza de volver, y á la España la de llamarlo; habiéndose granjeado luego la amistad de algunos caciques

(13) Descrita por WALDECK, en el *Boletín de la Sociedad de Geografía*, octubre de 1855.

descontentos de la tiranía de Motezuma, se puso en marcha con quinientos hombres, seis cañones y quince caballos.

La república de Tlascal, que situada en las montañas y gobernada por un senado de diputados de todo el país, había resistido á los mejicanos, fué reducida á pedir la paz, y aliándose con los españoles, contribuyó principalmente á asegurarles una conquista más grande. Una jóven india que había sido regalada á Cortés, y que éste hizo bautizar con el nombre de Marina, convertida en órgano de su elocuencia y en agente principal de sus manejos, le valió como intérprete y como consejero, mucho más que un ejército numeroso.

Cortés se distingue entre los demás conquistadores, por un resto de las ideas caballerescas de su país; lleno de entusiasmo y de intolerancia, perseverante hasta la obstinacion, ávido de riquezas más aun que de gloria; cruel algunas veces, pero no por instinto; dispuesto á hacer padecer, mas siempre inclinado á una compasion generosa. En las relaciones escribió sus empresas en estilo claro y agradable, aunque soldadesco é inculto. Pero si por su parte trataba de cautivar á los indios por buenos medios, los suyos los empleaban muy malos. Después comenzó él mismo á derribar los ídolos, é intimando que se hicieran cristianos á una gente que no entendia lo que se le decia, se enemistó con los caciques que al principio se le habían mostrado favorables. Se disponia á echar por tierra los ídolos en Tlascal, cuando el padre Bartolomé de Olmedo le hizo ver que no era justo ni político propagar la religion con el hierro.

Desalentado Motezuma, pensó en oponer á los españoles secretos manejos, en lugar de recurrir á las armas; pero los españoles le aventajaban tambien mucho bajo este concepto. Observaron que en Cholula habían sido acogidos con demostraciones afectuosas, y concibiendo Cortés algunas sospechas, mandó arrestar á varios sacerdotes, los cuales confesaron que se meditaba el estermínio de los extranjeros bajo apariencias amistosas. Irritados los españoles al descubrir este proyecto, hicieron grande carniceria en los naturales y siguieron adelante.

Entonces se ofreció á sus miradas encantadas el vasto lago de Tezcuco, atravesado por tres calzadas artificiales, con jardines flotantes en medio de las aguas y ciudades populosas al rededor. En una isla unida al continente por medio de una calzada que atravesaba el lago, se elevaba Méjico, que en un recinto de quince millas de circuito contenia setenta mil casas, con plazas y anchas calles, un número infinito de tiendas, bosquecillos, viveros y canales navegables que recorrían en todas direcciones cincuenta mil barcas. Los españoles se admiraron de ver tanta civilizacion y riqueza, no menos que de su propia audacia, al paso que Motezuma estaba sobrecogido de su superioridad moral. Viendo que habían sido vanas todas sus combinaciones, multiplicó las plegarias y los sacrifi-

cios humanos, creyendo que era la cólera de los dioses la que se manifestaba en los prodigios, cuya relacion se le hacía por todas partes. En la imposibilidad de evitar la temida visita de los europeos, creyó al menos aplacarlos saliendo á recibirlos con todo el brillo de la magnificencia. Marchaban delante mil nobles vestidos con adornos uniformes, y después venian tres heraldos seguidos de un centenar de nobles. Motezuma iba conducido en una litera cubierta de oro y protegida por un gran parasol de plumas verdes; nadie se hubiera atrevido á mirarle frente á frente. Flotaba en sus espaldas un manto recamado de oro, plata y pedreria, y sus brazos y pechos desnudos llevaban asimismo una multitud de joyas de oro. Le seguian doscientos príncipes magníficamente ataviados. El emperador protestó de su amistad por estos hijos del Sol, y Cortés le aseguró que no había venido con intencion de quitarle nada, sino tan sólo para consolidar su alianza, y para establecer la nueva religion.

Si hubiese sido así, ¡cuántos bienes hubieran resultado á la humanidad! ¡Qué hermoso espectáculo hubiera sido el que ofrecieran las artes de la Europa ingiriéndose en aquella civilizacion natural, auxiliándose ambas mutuamente! Pero las seguridades de Cortés eran falaces, pues sólo pensaba en adormecer la desconfianza de Motezuma, no menos desprovisto de medios defensivos contra los recién llegados, que pudieran estar los reyes de Europa contra enemigos aéreos.

El templo de Méjico había sido construido, segun el modelo de los templos más antiguos, seis años antes que Colon llegase á la América, sobre una colina artificial elevada en medio de un llano. Un vestíbulo de murallas espesas de piedras, cubiertas todas de esculturas que representaban serpientes enroscadas, precedia á una escalera magnífica que conducia á una vasta capilla, con un terraplen donde estaban fijadas sobre estacas, cabezas humanas que se renovaban en las grandes solemnidades, y cuyo número ascendia, segun dicen, á trescientos mil. Las cuatro puertas del templo se abrian á los cuatro vientos sobre otras tantas plataformas, cada una de las cuales ofrecia á la vista cuatro estatuas gigantescas. Al rededor estaban las habitaciones de los sacerdotes con un grande espacio, donde ejecutaban bailes rituales hasta diez mil personas. En el centro se elevaba una pirámide truncada de cincuenta y cuatro metros de altura sobre noventa y siete de anchura en la base, y en una de sus caras se descubria una escalera de ciento veinte gradas. El dios Mixtitlo á quien se ofrecia el corazon de las víctimas, estaba representado bajo el aspecto de una figura humana, horriblemente feroz, con serpientes y rayos en la mano y cubierto de dibujos simbólicos. El fuego sagrado se conservaba en dos grandes urnas de mármol, y las numerosas capillas brillaban con todo el lujo imaginable.

Motezuma poseia palacios de grande estension

construidos de piedras sujetas con cal y formados de infinitas habitaciones reunidas: el que fué destinado para Cortés hubiera bastado para alojar ocho mil hombres. El emperador se había retirado al palacio del luto en el que todo era sombrío y horroroso y apenas penetraba la luz. Tenía también sitios de recreo, y se citan dos de ellos como verdaderas maravillas: el uno lleno de aves de rapaña y el otro con los pájaros más dóciles y raros. Vastas galerías sostenidas por columnas de mármol de una sola pieza daban á los jardines, donde los árboles y las aguas ofrecían asilo á las diversas clases de volátiles, y trescientos hombres encargados de cuidarlos recogían sus plumas para hacer emblemas y dibujos. También se cultivaban plantas medicinales para distribuirlas á los que las pedían.

Motezuma había hecho conducir por medio de dos conductos de piedra, abundantes aguas para el riego de sus jardines y para la comodidad de la ciudad. Las armas se construían y conservaban en diez arsenales: una guardia real vigilaba las treinta puertas del palacio, y toda la nobleza del reino hacía el servicio cuando le tocaba en las salas interiores. Además de dos reinas de la raza real, tenía el emperador un gran número de concubinas. Daba audiencia muy raras veces, y cuando lo hacía desplegaba un aparato fastuoso. Algunas veces comía en publico, pero siempre solo, y se le servían hasta doscientos platos, entre los cuales elegía uno, y los demás se distribuían á los nobles de guardia. A veces de sobremesa se presentaban bufones y músicos. Después de haber hecho tantos gastos para satisfacer sus gustos fastuosos y para poner en pié dos ó tres ejércitos, todavía le quedaban tesoros, por lo mucho que producían las minas y las salinas; y más aun, por el producto de las contribuciones, en atención á que cada propietario pagaba una tercera parte de sus frutos y los artesanos igual porción de los objetos elaborados.

Cortés quiso verlo todo, y desde lo alto del templo estendía sus miradas sobre la gran ciudad, aun cuando se sentía estremecer á la vista de los restos sangrientos de los sacrificios humanos. Motezuma se resignaba á oír las rudas predicaciones de este soldado, y luego se prosternaba para pedir perdón á sus dioses de las blasfemias que acababa de oír. La primera idea de Cortés fué fortificarse en el palacio que se le había señalado para residencia, y allí soñaba en los medios de conquistar un país cuyas riquezas escitaban de día en día su codicia. En el entretanto, un general mejicano sitió á Vera-Cruz, y aun cuando fué rechazado, mató á muchos españoles y cogió uno prisionero, cuyas cabezas fueron paseadas por todo el imperio con el fin de sublevar el odio nacional contra estos extranjeros, y de disipar el pavor que inspiraban, probando que eran mortales como los demás.

Muy pronto conoció Cortés el peligro que corría si desaparecía el prestigio, y resolvió intentar uno de esos golpes que ni el mismo triunfo puede librar de la censura de temeridad. Fuése al palacio

de Motezuma, lo sacó de él, y habiéndolo conducido al suyo, le impuso sus órdenes. El general agresor fué quemado vivo y la misma suerte sufrieron los que habían manifestado dudas acerca de la inviolabilidad de los españoles. Motezuma, cargado de cadenas, se vió obligado, lleno de horror él y todos los suyos, á reconocerse vasallo de Carlos Quinto, y á suministrar á título de donativo 600,000 marcos de oro puro, sin contar una infinidad de piedras preciosas. No fué posible reducirle á que cambiase de religion; sin embargo, se suspendieron los sacrificios humanos, y las vírgenes y los santos reemplazaron en los templos al monton de cráneos humanos.

Motezuma creyó que Cortés se marcharía después con arreglo al convenio estipulado, pero lejos de esto, proclamó la soberanía de España y reclamó de nuevo oro para los gastos necesarios (14). Pero supo con sorpresa que había llegado Narvaez con un ejército para quitarle el mandó y la libertad. Sin perder tiempo resolvió marchar contra él, dando á los mejicanos el espectáculo de una guerra fratricida; pero venció á su rival y redujo á servir á su gente bajo sus banderas: creció en valor con su poder y acometió la empresa de someter á todo el país. Durante su ausencia, Alvarado, que quedó mandando, dejó á los mejicanos que se reunieran para una fiesta y se aprovechó de esta ocasion para matarlos. Esta odiosa traicion dió amargos frutos. La nobleza temblaba al contemplar el envilecimiento en que había caído Motezuma, los sacerdotes al considerar la profanacion de sus ritos y todos al sufrir tantos ultrajes: estalló la insurreccion y el palacio de Cortés fué sitiado. Motezuma se presentó en vano para aplacar su furor, pero fué insultado por su debilidad y herido. Reconociendo entonces que había llegado á ser un objeto de desprecio para los suyos, espiró de dolor.

Después de haber perdido una prenda de tanto precio, los españoles, cercados por todas partes, reconocieron la necesidad de pelear en retirada, pero en el momento en que atravesaban la calzada, protegidos por la oscuridad, los mejicanos persuadidos de que los hijos del Sol no podrian obtener por la noche el auxilio de su padre, los atacaron con más confianza, perdiendo los españoles todos sus caballos, su artillería, su tesoro, y algunos de sus más esforzados campeones que fueron sacrificados por los vencedores con el fin de recobrar el favor de los dioses. Pero no había pasado todavía el mayor peligro: apenas habían atravesado los españoles, después de una penosa

(14) Solís (á quien elogia Voltaire, no sabemos con qué intencion, aunque fatiga al lector con un énfasis insoportable) atribuye á su héroe palabras y hechos copiados evidentemente de otros héroes, y de un carácter completamente teatral. Si comete una injusticia ó una imprudencia, la niega por la única consideracion de que es incompatible con la probidad conocida de Cortés y con su política.

marcha, el estrecho pasaje, cuando se encontraron enfrente de un ejército formado en buen orden. Se necesitaba toda la constancia de Cortés para no sucumbir. Sin dejar á los suyos el tiempo necesario para reconocer toda la gravedad del peligro, se lanzó sobre el enemigo, y como sabía por Motezuma la mucha importancia que daban los mejicanos á su estandarte, se precipitó solo sobre el jefe que lo llevaba, y se lo arrancó, juntamente con la victoria.

Tomó enseguida á Tlascalca, y en lugar de pensar en poner á cubierto las pocas fuerzas que le quedaban, inspirado por el Espíritu Santo, envió á buscar por todas partes municiones y hombres, que no tardaron en llegar atraídos por la fama de las riquezas que estaban reservadas á los vencedores. Ocho mil esclavos tlascaltecas fueron empleados en conducir á la espalda la madera necesaria para construir embarcaciones que, armadas de improvisado, dispersaron las toscas canoas. Entonces Cortés rompió los acueductos, y si Guatimozin, sobrino y sucesor de Motezuma, le venció algunas veces en batalla, si muchos españoles fueron decapitados en los teacales para aplacar la cólera de la divinidad, y aunque al son del sagrado tambor se despertó el entusiasmo guerrero, el hambre, sin embargo, desconcertó á los mejicanos, y las tribus vecinas mudaron de parecer.

Finalmente, poniendo Cortés su confianza en Jesucristo y en Santiago, reunió quinientos españoles, á los cuales se unieron algunos tlascaltecas, y con seis piezas de artillería atacó de nuevo á Méjico, defendido intrépidamente por Guatimozin contra el esfuerzo de las armas y contra la traición. Se apoderó de la ciudad con mucha efusión de sangre, quedando prisionero el emperador con toda su familia. «Y es verdad y juro amen, dice Bernal Diaz, testigo ocular, que toda la laguna y casas, y barcas, estaban llenas de cuerpos y cabezas de hombres muertos, que yo no sé de qué manera lo escriba. Pues en las calles y en los mismos patios del Tatabulco no habia otras cosas, y no podíamos andar sino entre cuerpos y cabezas de indios muertos. Yo he leído la destruccion de Jerusalem; mas si en ella hubo tanta mortandad como ésta, yo no lo sé.» Los que sobrevivieron, teniendo que luchar contra el hambre, se vieron obligados á escarbár en las inmundicias para arrancar un pasto repugnante; y si el hierro hizo sucumbir á cien mil personas, el hambre y las enfermedades acabaron con cincuenta mil. El botín fué inmenso, de manera que los sueños de riqueza en que se habian mecido los españoles, quedaron realizados. ¿Pero qué se hizo del tesoro de Motezuma? Sospechaban muchos que Cortés le habia hecho desaparecer, pero éste supo hacer recaer las sospechas sobre Guatimozin, que á pesar de los tratados fué puesto sobre un brasero, con el fin de hacerle confesar lo que habia hecho del tesoro. Echado á su lado sobre las ascuas, compartía el suplicio su ministro, y oyéndolo gemir Guatimo-

zin, le dijo: «¿Pues qué, yo estoy en un lecho de rosas?»

Esta fué la primera conquista de que pudieron alabarse los españoles, y la que manifestó la superioridad de las armas y de la disciplina europea. Cortés no sólo habia fundado una colonia, sino que habia sometido un imperio poderoso y afamado que ofrecia rentas inmensas. La relacion de estos triunfos hizo callar á la malevolencia en la corte de España, uniéndosele una porcion de aventureros y un gran número de indios; de tal modo, que se encontró á la cabeza de doscientos mil hombres. Carlos Quinto le asignó como marquesado el valle de Oaxaca, con el título de gobernador y capitán general de Méjico.

Como tal se dispuso á fundar ciudades y á darles ordenanzas y artes. Mandó explorar el país para recibir la sumision de los habitantes y para hacer que le entregasen el oro. Alvarado atravesó cuatrocientas leguas de tierras desconocidas, y ganó á Guatemala donde mandó construir á Santiago. Informado Cortés de que existian preciosas minas en Higueiras y en Honduras, dirigió una expedicion, con la esperanza de encontrar todavía por aquel punto un paso hácia el mar del Sur, á las órdenes de Cristóbal de Olid. Pero descontentas las tropas al ver que el oro que encontraban no era tan abundante como se habian figurado, se insurreccionaron contra el gobernador, y Cristóbal de Olid el primero. Habian tenido tambien necesidad de luchar contra los indígenas escitados por las mujeres, que desnudas y con el cuerpo pintado, parecian brujas á los españoles, cuando sólo eran heroínas.

Cortés se puso en marcha con un ejército para ir á castigar la rebelion. Auxiliado de un mapa que le habia regalado un cacique, atravesó bosques inmensos cuya estension y profunda oscuridad desesperaban á los que le seguian; pero al fin, después de andar un millar de millas llegó á Honduras, condenó á muerte á Cristóbal de Olid y obligó á la colonia á entrar en obediencia. Temiendo que los mejicanos pensasen aprovecharse de sus reverses para rebelarse durante aquella expedicion, hizo ahorcar á Guatimozin, que habia recibido el bautismo (15).

A su regreso hizo construir la nueva capital sobre las ruinas de la antigua por mano de los mismos indios que le habian ayudado á destruirla. Siguió las mismas líneas, pero cegando los canales, y en el dia es una de las más hermosas ciudades

(15) El 22 de octubre de 1836 murió en Nueva-Orleans don Marcelo de Temel, último conde de Motezuma, descendiente en línea recta, por las mujeres, del último emperador de Méjico. Era grande de España, y fué desterado del reino por su liberalismo. Se trasladó á Méjico donde se vió comprometido en una revolucion política, por cuya razon tuvo que refugiarse á Nueva-Orleans. El gobierno mejicano continuó pagándole una pension.

del mundo, que no cuenta menos de ciento cuarenta mil habitantes. Los castellanos iban á establecerse allí llamados por Cortés, quien suplicó á Carlos Quinto que enviase sacerdotes de corazón sencillo, pero no canónigos ni otros holgazanes; ni médicos que llevasen enfermedades nuevas en lugar de curar las antiguas; ni legistas que inoculasen en el país la peste de los procesos. «Y certifico á vuestra cesárea majestad, escribía á Carlos Quinto, que si plantas y semillas de las de España estuviesen; y vuestra alteza fuese servido de nos mandar proveer dellas, como en la otra relacion la envié á suplicar, segun los naturales de estas partes son amigos de cultivar las tierras y de traer arboledas, que en poco espacio de tiempo hubiese acá mucha abundancia.»

En efecto, el cultivo de los vegetales de Europa prosperó en un país cuya fertilidad seria prodigiosa si fuesen más abundantes las lluvias. Cuando los españoles, con buen pensamiento, rebajaron el lago de Tezcucó, que en el día no toca la ciudad, se hubiera podido sacar de esto inmensas vestijas, si al mismo tiempo se hubiese proveído al riego. Se debió pensar entonces en armonizar lo posible las formas y condiciones del Estado nuevo con las del antiguo, y en efecto, parece que Carlos Quinto concibió esta idea ó le fué sugerida, porque en 1563 pidió un informe exacto sobre el país, y todavía poseemos la respuesta de Alonso de Zurita (16), de donde hemos tomado muchas noticias para escribir la condicion de aquel país. Ninguno era más á propósito para llenar esta tarea, porque habia recorrido casi todas las nuevas conquistas como magistrado y filósofo, y habia hablado con los testigos más fidedignos, con los viejos indígenas y con los misioneros, cuando estaba todavia reciente el recuerdo de los sucesos. Demostró la equivocacion que habia en tratar á los mejicanos como bárbaros, y espuso la dulzura de sus costumbres con la atrocidad de los *corregidores* y *encomendados* españoles; éste era el nombre de los sugetos á quienes habia la España confiado el país y su poblacion para vigilar la propagacion y conservacion de la fe (17). Son un argumento poderoso, aun cuando rechaza sus consecuencias, de los hechos confesados por Cortés, que á cada instante manifiesta su admiracion por el orden, industria y construcciones de los mejicanos. Los españoles, sin embargo, tenian interés en hacerles

pasar por toscos, ineducados é ineducables con el fin de disculparse por haber violado con ellos el derecho de gentes y el de la naturaleza.

No por esto pretendemos ensalzar la civilizacion de los mejicanos; hallamos entre ellos algo de triste y sentencioso que revela una nacion decrepita, y en todas partes costumbres muy distintas de la sencillez de los pueblos nuevos.

Decimos solamente que era una enorme falta condenar como bárbara é insociable á semejante nacion, y entregarla á toda la cocicia inhumana de conquistadores ignorantes que se repartian entre sí las tierras y los hombres. Obligados los naturales á trabajar en las minas, obstruian con sus cadáveres los caminos que conducian á ellas: la menor desobediencia por su parte era declarada rebelion y castigada como tal. No bastaba esto para oprimirlos con una arrogancia brutal. Los españoles recurrieron á las astucias fiscales. Se decretó que todos los que se embriagasen serian condenados á los trabajos de minas, y se ofreció al mismo tiempo alicientes á la embriaguez: se impuso la confiscacion al colono negligente, y se le impidió trabajar, imponiéndole servicios personales, con el fin de buscar un pretexto para justificar el despojo. Después se prohibió el cultivo de la viña y del olivo, y fué necesario pagar 4 reales por cabeza para oír la misa. ¿No tenian, pues, razon los mejicanos para odiar á sus dueños y para negarse á unirse con sus mujeres, para no engendrar compañeros de tantas miserias?

No iban mejor las cosas para la raza dominadora, en la cual se desarrollaron los vicios más detestables, un egoismo repugnante, una codicia desenfrenada y la pasion por las mujeres y por el juego. No tardaron en comunicarse estos vicios á los vencidos, que pensando solo en su interés particular, se acusaban unos á otros para salvarse, se entregaban al espionaje haciéndose cómplices de los españoles, para sustraerse al peligro, para vengarse y para enriquecerse.

Cortés no fué testigo de estos horrores á los cuales habia abierto el camino. La corte de España, fiel á su antiguo sistema de ingratitud y desconfianza, se puso á accharlo, cuando llegó inopinadamente á Toledo con un séquito magnifico. La pompa de que iba rodeado dió una alta idea del país conquistado, y Carlos Quinto acogió al héroe con vivas demostraciones de estimacion, pero disminuyó su autoridad y dió el titulo de virey de Méjico á Antonio de Mendoza. No quedó otra perspectiva á Cortés que la de poder ejercitar todavia su génio emprendedor en los descubrimientos. Carlos Quinto le habia recomendado explorar las costas orientales y occidentales de Nueva España para buscar el *secreto del Estrecho*, destinado á abreviar en dos terceras partes la navegacion desde Cádiz á las Indias orientales. Cortés prometió lograrlo, y mandó partir á sus espensas á Fernando de Grijalva, que descubrió las costas de la California, á donde se dirigió él mismo enseguida

(16) *Informe sobre las diferentes clases de jefes de la Nueva España publicado por primera vez en francés por M. H. TERNAUX COMPANS, en los viajes, relaciones, etc.*

(17) El hermano Bernardino de Sahagun, á quien hemos citado muchas veces, y cuya *Historia universal de la Nueva España* forma el sétimo volumen de las *Antiquities of México*; vivió tambien cuarenta años en medio de los mejicanos, y comprendió como otros varios que no podia haber allí conversiones verdaderas sin un conocimiento previo de las creencias y costumbres que dominaban anteriormente en el país.

con cuatrocientos españoles y trescientos *esclavos negros* para continuar los descubrimientos.

A medida que se aparecía un país nuevo, la imaginación trasportaba allí sus delirios: en Cumaná y en Caracas se exaltaba la riqueza de los países situados entre el Orinoco y el Río-Negro; en Santa Fe sólo se hablaba de las misiones de los Andaluquias, y en Quito de las provincias de Macas y Meaxa. La California era un país muy desgraciado bajo un hermoso cielo; pero producía las perlas, cuya pesca atrajo un gran número de navegantes; cuando fueron agotadas volvió á quedar desierta la península, hasta que los jesuitas fundaron en ella algunos establecimientos y nos dieron los informes más completos acerca de este país. Hace poco se nos ha presentado como el país más abundante en oro.

Cortés hizo reconocer también la Nueva Galicia, descubierta al Nord-Oeste por Nuñez de Guzman. Despachó además otros buques para explorar las islas en el Océano Pacífico, gastando en estas expediciones hasta 300,000 coronas. De este modo confiaba contrarestar por medio de nuevas empresas, la envidia que había causado la primera, y obligar á Carlos Quinto á que le indemnizase de los gastos, ya que por sus nuevos méritos no le restituyese sus arrebatados dominios. Pero cuando

llegó á España no encontró sino una fría acogida y desprecios. ¿No había prestado ya bastantes servicios? podfase, pues, ser ingrato con él. Siguió á Carlos Quinto en su expedición á Argel, pero perdió todas sus joyas en un naufragio, y sólo pudo lograr salvarse á nado; le mataron enseguida en una batalla el caballo que montaba, y sin embargo, el emperador llegó hasta el punto de negarle una audiencia. Indignado de esta ingratitud brutal, atravesó un día la multitud, y adelantándose hasta el coche del emperador, que le preguntó quién era: *Yo soy*, le contestó Cortés, *el conquistador de Méjico; yo soy aquel que os ha dado más provincias que ciudades os dejaron vuestros abuelos*. No se echa en cara impunemente á los reyes su ingratitud. Carlos Quinto le dejó morir oscuramente en Sevilla (18).

Motezuma y Guatimozin estaban bien vengados; pero era Carlos Quinto quien debía encargarse de esta misión?

---

(18) Vargas Ponce nos ha conservado la última carta llena de melancolía, en la cual espuso Cortés sus derechos al emperador (*última y sentidísima carta de Cortés*). Un secretario puso al márgen de ella: *Nada hay que contestar*.

## CAPÍTULO VIII

### PERÚ.

El feliz éxito de Cortés reanimó el gusto por las aventuras, que al parecer se iba disminuyendo, no pareciendo demasiado vasta ninguna esperanza, ni demasiado atrevida ninguna empresa. Ya hemos dicho como Balboa, después de haber atravesado el istmo de Darien, fué informado de la existencia de un gran país al Sud, riquísimo en los metales, que era el único deseo de los europeos. Este país era el Perú; pero era muy difícil á los españoles establecidos en Panamá llegar á él, no sólo por la distancia considerable, sino también por las lluvias que eran torrentes en aquel clima abrasador, y por los bosques impenetrables que había que atravesar. Pedrarias Dávila, llegó á ser virey y asesinó á Balboa; pero en vez de los tesoros que él se imaginaba no halló sino disgustos, privaciones y unos aires malsanos, que le causaron la pérdida de trescientos de sus aventureros. Los restantes, sin disciplina ninguna, se burlaban de él y amenazaban á los caciques. Velasco por su parte era muy cobarde para emprender por sí el descubrimiento, y muy envidioso para consentir que otros lo hicieran; así es que trascurrieron algunos años sin adelantar nada en la expedición, hasta que la emprendieron llenos de decisión Francisco Pizarro, Diego de Almagro y Fernando Luque. El primero nació fuera de matrimonio en Trujillo, provincia de Estremadura, fué porquerizo, y no conoció los sentimientos de humanidad ni de familia; más adelante se instruyó rudamente en las guerras de Italia, y por último se embarcó para América, donde adquirió tierras y dinero. Almagro tenía el valor de un veterano; pero le faltaba aquella confianza que lleva á cabo las empresas. Luque, rico eclesiástico y maestro-escuela, aspiraba á un episcopado, allí donde otros buscaban vireinatos. Los tres trabajaron en unión, poniendo Pizarro la audacia y los otros dos los recursos; se juraron solemnemente, comiéndose entre

los tres una hostia consagrada, no faltar á la fe y lealtad prometida, y Pizarro partió sin saber por qué mar, con una nave y ciento veinte hombres.

Se encontró con la peor estación, y con que su embarcación no hallaba más que pantanos y bosques inaccesibles; él permanecía resuelto; pero las dificultades y las enfermedades desanimaron á sus compañeros, que después de tres años de errores se volvieron en medio de las burlas y oyendo lo que les estaba bien merecido. Ya antes de esto se inventaban en Panamá cantares á su costa, en los cuales se llamaba á Pizarro verdugo, á Almagro el mercader, porque facilitaba las provisiones, y á Luque, Fernando el loco. El gobernador, Pedro de los Ríos, prohibió el llevarse hombres para semejantes empresas y mandó volver á los que habían marchado. Pero Pizarro no desanimado aun, señaló con la espada una línea en la tierra, y exigió la pasase inmediatamente el que renunciase á las esperanzas de los tesoros que él prometía. Todos la pasaron menos doce que permanecieron con él y con los cuales permaneció sufriendo mil contratiempos y la miseria más espantosa en la isla de Gallona, aumentándose cada vez más su valor. Bien pronto recibió de Panamá una nave y salió para el Perú que descubrió al fin á los veinte días.

Al descubrir por todas partes señales de la industria y de las comodidades de la vida, campos cultivados y habitantes bien vestidos, comprendió que no tenía que habérselas con una horda de bárbaros, y que no podría establecerse allí con la poca gente que llevaba; en vista de lo cual regresó, refiriendo estas buenas noticias. No quedaban bastantes fondos á los tres asociados para proseguir la empresa; pero su valor y su obstinación estaban lejos de ceder. Pizarro pasó á España y allí prometió montes y maravillas. Fué oído por el rey y

se le nombró gobernador y capitán general de todos los países que pudiese ocupar, sobre una extensión de doscientas leguas al Sud del río Santiago. Cortés le suministró de su bolsillo algunos sumas de dinero y se le unieron algunas de sus parientes. El obispado se asignó á Luque, y Almagro á quien sólo se le reservó el mando de una fortaleza, concibió por esto un vivo despecho, pero se consiguió por fin apaciguarlo, y muy pronto se renovó la alianza entre los tres asociados (1).

Hombres de este temple inspiraban, sin embargo, poca confianza; así es que se presentaron pocos voluntarios para una expedición tan arriesgada, y sólo se pudieron reunir tres barcos pequeños con ciento veinte personas y treinta y seis caballos. Mientras que Almagro permanecía quieto reclutando gente, partió Pizarro, que á los trece días arribó á la bahía de San Mateo, desde donde, dirigiéndose hácia el Mediodía, llegó á una ciudad tan rica en oro y plata, que no le quedó ninguna duda acerca del éxito feliz de su empresa. Envió al momento á Panamá y á Nicaragua una muestra de estos tesoros, lo que bastó para atraer á su lado á un gran número de aventureros. Marchó entonces hácia la capital anunciándose como embajador de un soberano poderoso, y diciendo que los pocos hombres que le acompañaban no anunciaban por su parte intenciones hostiles.

La primera palabra que oyeron pronunciar los españoles en el país, hizo que le diesen el nombre de Perú. Contaban los naturales que sus antepasados habían hecho una vida salvaje, hasta que el Sol, su padre, compadeciéndose de ellos, les había enviado seres sobrehumanos para instruirlos. La tradición varia aquí, según los países y aun según las personas: la más general á lo que parece, designa á Manco-Capac, que habiendo venido del Norte con Mama Oella su mujer y su hermana, fundó á Cuzco, capital del reino, sometió y civilizó

los pueblos inmediatos, y comenzó la raza de los Incas, que reinó sin interrupción en este país.

Estas tradiciones fabulosas merecen menos atención que los monumentos de que está lleno el reino, los cuales anuncian una civilización muy antigua. Había en Tiauanacu palacios y estatuas destruidas, así como moles de piedras enormes. En la orilla del lago Chucuito se veía una plaza de quince brazas en cuadro rodeada de casas, con dos pisos y una sala cubierta, de cuarenta y cinco pies de longitud y veinte y dos de latitud, todo de una sola pieza; además todo estaba lleno de estatuas. Estas construcciones se atribuían á una nación en la cual no se afeitaban los hombres y llevaban trajes diferentes á los vestidos modernos, y anterior con mucho á los Incas. ¿Se debe creer que los peruanos hubiesen vuelto al estado salvaje después de una civilización anterior? ¿Descendían de su raza los que los instruyeron de nuevo, simbolizados en Manco-Capac?

Manco-Capac consiguió atraer sin gran trabajo los pueblos inmediatos á una sociedad regular; les enseñó el culto del Sol, y el cultivo de los campos. Puso á la cabeza de cada pueblo un *curaca* para gobernarlo, elevó un templo al dios que lo había enviado é inspirado, y destinó á su servicio vírgenes consagradas. Manco-Capac concedió á los peruanos una tonsura particular en la cabeza, una especie de faja al rededor de ella y grandes pendientes como él usaba, cuyos adornos llegaron á ser un distintivo nacional. Se casaban entre hermanos para que permaneciese sin contaminación la estirpe del Sol. Su primogénito Sinchi Roca, ordenó el país bajo el punto de vista político, y emprendió la conquista de los pueblos cercanos, no como guerrero, sino como el Baco antiguo ó como los misioneros modernos para civilizarlos; fundó algunas poblaciones y arregló la administración. Sus sucesores, ya pacíficos, ya guerreros, extendieron y consolidaron su poder, aboliendo en todas partes la idolatría y construyendo magníficos edificios y hermosos caminos.

Uno de los Incas había recibido estando durmiendo, los consejos y predicciones de un viejo, que, al revés de lo que se usaba en el país, llevaba grande barba y largos vestidos, habiéndosele anunciado como hermano del Sol, bajo el nombre de Viracocha. En recuerdo de esta visión, elevó el Inca un templo de piedra labrada de ciento veinte pies sobre ochenta, con cuatro puertas que se abrían á los cuatro puntos cardinales y enteramente descubierto, en el cual se colocó la estatua del Inca que se había aparecido al príncipe. Un nuevo Viracocha edificó otros palacios y ciudades, y dió al país buenas instituciones. Predijo que muy pronto vendría una gente desconocida á destruir el imperio y la religión. No contribuyeron poco al triunfo de los europeos esas coincidencias y profecías, pues asemejándose en la barba y en el traje á Viracocha, fueron designados con este nombre y acogidos desde el principio como envia-

(1) Además de las historias generales y de las colecciones de Ramusio, Herrera, Gomara, Acosta, etc., se pueden consultar las obras siguientes:

*Verdadera relación de la conquista del Perú y provincia de Cuzco, llamado la Nueva Castilla... enviada á su majestad por FRANCISCO DE JEREZ, uno de los primeros conquistadores.* Sevilla, 1535.

*Crónica del Perú, que trata la demarcación de sus provincias, etc., fecha por PEDRO DE CIEZA DE LEÓN.* 1553. En ella asegura que anduvo mil y cien leguas á pié para no decir cosas de que no estuviese cierto.

AG. DE ZÁRATE.—*Historia del descubrimiento y conquista de la provincia del Perú.* Amberes. 1555.

*Comentarios reales escritos por el Inca GARCILASO DE LA VEGA, natural de Cuzco y capitán de su majestad.* La primera parte publicada en Lisboa en 1609, trata del origen de los Incas, de su religión, leyes, gobierno, vida, conquistas, y de todo lo que se refiere á ellas antes de la llegada de los españoles. La segunda parte, publicada en Córdoba en 1616, trata del descubrimiento del país y de las guerras civiles.

dos del cielo, y después tenidos como un mal inevitable.

Cada uno de estos pueblos tenía un modo distinto de bailar y una manera diferente de arreglarse la cabeza. En los días solemnes, formaban una rueda en la gran plaza de Cuzco cogiéndose de la mano, en número de trescientos algunas veces; después iban al centro del círculo uno tras de otro para ejecutar allí un baile á su manera, y para cantar alabanzas al Inca.

Huyana mandó construir, cuando nació su hijo, una cadena de oro que podía rodear toda la rueda; tenía setecientos piés de longitud, y su peso era tal, que apenas podían llevarla doscientos hombres robustos. Esta cadena (objeto de desesperación para los españoles que no pudieron nunca encontrarla) dió al recién nacido el nombre de Huascar, cuya palabra significa cadena.

**Gobierno.**—Tomamos estos detalles de Garcilaso de la Vega, descendiente de los Incas, quien los había oído á un viejo abuelo suyo, poco tiempo después de la conquista. Pero él ha aumentado los cuentos de la tradición y de la superstición embelleciéndolos para conformarse al uso comun entonces en España. No se cuida de separar lo verdadero de lo falso, lo cual le hubiera sido muy fácil con el conocimiento que tenía de la lengua, en una época en que aun sobrevivían tantos recuerdos borrados después por el tiempo y por la dominación extranjera.

Sin embargo, por sus escritos, los de sus contemporáneos y por los monumentos que han sobrevivido, estamos bastante instruidos de lo que era el pueblo del Perú para conocer que estaba muy bien preparado para la civilización. Los Incas gobernaban con un poder absoluto, algo parecido á la teocracia, y la desobediencia se consideraba como una impiedad, y sólo los miembros de su familia ejercían los empleos importantes, así como el sacerdocio; cuatro lugartenientes gobernaban los cuatro principales distritos, y cada uno de ellos estaba auxiliado por un consejo de Incas, lo mismo que el emperador, á quien daban cuenta de sus actos. Los curacas, gobernadores hereditarios de las provincias, formaban una nobleza de segundo órden, y todos los años enviaban al rey un presente del oro, pedrería, maderas preciosas, bálsamos, tintura y otras producciones que no se usaban en la vida comun. Los curacas debían ir á Cuzco cada dos años para dar cuenta de su administración: enviaban también á esta ciudad sus hijos mayores para instruirlos en la lengua, usos y leyes. En los caminos había en cada milla cabañas con cinco ó seis hombres, que trasmitiéndose unos á otros las noticias, las llevaban rápidamente á la corte, ó de ésta á los curacas.

Tenían un registro de la población; cada diez familias tenían un jefe, otro cada cincuenta, otro cada ciento y así cada quinientas y cada mil; estos jefes organizados gerárquicamente, debían responder de las personas que dependían de ellos. Los

padres eran castigados cuando cometían alguna falta sus hijos, lo cual producía una tiranía doméstica de las más terribles. Se prodigaba la pena de muerte, y hasta se aplicaba al juez que había interpretado mal la ley. La opinion en que estaban los peruanos de que la menor falta era un ultraje á la divinidad, los inducían á denunciarse unos á otros; además los jefes de familia estaban obligados á denunciarles todos los delitos. Las leyes no dejaban nada al arbitrio, del juez, que si las interpretaba mal, era castigado con la pena de muerte.

Su moral se reducía á tres prohibiciones: á no ser ladrones, viciosos, ni embusteros. Como estaban persuadidos de que los desastres públicos y privados provenían de los crímenes cometidos, iban á denunciar á los jueces aun aquellos que cubría el secreto; y si hemos de creer á Vega, todo lo más que se cometía en un territorio tan vasto en todo un año, era un delito punible. No es, pues, extraño que Acosta considere á los peruanos como superiores á los griegos y á los romanos en cuanto á sus instituciones políticas.

Los únicos propietarios eran el Sol, el Inca y los concejos. Así que á falta de posesiones privadas todos los trabajos se hacían en comun, y aun los particulares estaban obligados á cultivar las tierras del Inca y del Sol, practicándose lo mismo respecto á los puentes, caminos, fabricación de armas y demás necesidades del gobierno. Los hijos del Sol cultivaban también un campo cerca de Cuzco, á lo que llamaban triunfar de la tierra. Estaban muy adelantados en el cultivo de los campos, y habían sabido dirigir las aguas por medio de canales á los terrenos arenosos en que nunca llovía, arreglando el nivel de aquellas y su distribución. Sostenían los terrenos montuosos con muros de piedras y los abonaban con el excremento de los pájaros y con los pequeños pescados que arrojaba el mar.

Se citan leyes muy sabias de estos reyes *barbaros*, que, como dice Acosta, consideraban como su principal riqueza el amor y las bendiciones de sus súbditos. Regia los concejos un estatuto municipal, y estaba prohibido el uso de los metales preciosos y de las piedras por un reglamento sunuario; los habitantes de cada canton, bajo la presidencia de los curacas, se reunían dos ó tres veces al mes en un banquete y se divertían todos juntos, sin escluir á los pobres. Había destinados almacenes públicos para alimentar y vestir á los ciegos, mudos, sordos, estropeados, viejos, enfermos y á cualquiera que no podía trabajar. Los que estaban debilitados por la edad, los mantenía el concejo, y se les encargaba espantar los pájaros de los campos sembrados. Los que se distinguían por sus virtudes públicas ó privadas, obtenían trabajos construidos por las personas de la casa real. Nadie estaba dispensado de trabajar después de cumplir cinco años, debiendo cada uno hacerse sus vestidos, su casa y sus instrumentos de agri-

cultura. Las puertas de las casas debían estar abiertas en las horas de descanso, á fin de que los jueces pudiesen entrar y ver lo que pasaba en ellas.

Es evidente, pues, que el legislador del Perú quiso obrar sobre las masas reformándolas con el auxilio de una obediencia casi monástica. Los hombres estaban reducidos á la condicion de máquinas animadas y divididas en castas, cada una de las cuales se habia consagrado á un trabajo determinado, sin poseer nada propio, pero produciendo en beneficio de la comunidad, sistema muy favorable para la ejecucion de grandes obras, más no para el progreso, que no puede nacer sino de los esfuerzos de la libertad individual.

Ningun pais puede vanagloriarse de poseer caminos más hermosos, pero las únicas bestias de carga que tenían era el llama y el huanaco, que servían para muy poco. Los rios y los vallados se atravesaban por medio de puentes formados muchas veces de cuerdas tirantes, por las cuales se escurrían los viajeros metidos en una cesta. Los restos de los canales, diques, fortificaciones formadas de grandes montones de piedras, y otros objetos de sorpresa para los conquistadores, escitan todavía la admiracion. La mayor parte son de construccion ciclópea. Se encuentran, en efecto, en los edificios peruanos grandes montones de piedra colocados á mucha altura, pero no sabían labrar las piedras, limitándose á arreglar la piedra inferior para que la superior encajase bien, operacion muy difícil y fastidiosa. La fortaleza de Cuzco, principalmente, era maravillosa; estaba construida con peñascos de que no es fácil formarse idea, sacados y llevados á aquella elevacion por el solo esfuerzo de miles de brazos. No conociendo el ladrillo, ni la cal, ni la bóveda, ni la carpinteria, no sabían armar los techos, ni procurarse comodidad. Esculpián muy toscamente, mas sin embargo, no carecían de elegancia y finura los vasos encontrados en sus sepulcros. Recogían el oro en los rios, sacaban la plata de las minas, pero sólo en la superficie de la tierra, y sabían fundir el mineral. El cobre mezclado con el estaño, les servía para hacer los instrumentos destinados á trabajar las materias duras.

Quando moría un Inca, se tapiaba la habitacion que habia ocupado en cada uno de los palacios, con los muebles y todo, y se preparaba otra para su sucesor. Con objeto de que las solemnidades no fuesen turbadas por la intemperie los Incas tenían en sus palacios estensos salones que podrian contener varios millares de personas, cubiertos de madera. El interior del palacio real resplandecía de pedreria, metales preciosos, tapices y figuras de hombres y animales. Los utensilios para todos los usos de la vida eran allí de oro y plata: encontrábanse tambien soberbios jardines, baños, esquisitas mesas, aunque generalmente eran muy sóbrios. El rey salía sentado en una silla de oro, y los hombres de cierta provin-

cia tenían obligacion ó el privilegio de llevarle, así como los de otras desempeñaban á su inmediacion otros servicios. La caza les era reservada, como tambien á los gobernadores ó curacas.

Los miembros de la familia real debían á la edad de diez años, para obtener la categoria de Inca, ser sometidos á la prueba de un ayuno de seis dias, tan riguroso, que todo el alimento consistía en un puñado de granos de maiz. El que no podia soportarle era desechado; el que, por el contrario lo sufría hasta el último, pasaba después de haberse hartado, á la prueba de la carrera, del pugilato, de la lucha, del tiro de piedras y flechas y de la más ruda disciplina. Cuando habia salido de ellas con honor, su madre y hermanas le calzaban las sandalias con cordones trabajados por sus propias manos; era después presentado al emperador de quien recibía la banda de tela de algodón; y este acontecimiento se celebraba con fiestas. El mismo heredero presuntivo no estaba exento de estas pruebas.

Los peruanos conocían muchas sustancias medicinales, entre las cuales citaremos la quina. Tenían nociones de astronomia, aunque sólo las aplicaban al sol, á la luna y á Venus, y habian dispuesto ocho torres por parejas, de manera que el sol se elevase entre ellas en los solsticios y en los equinoccios. Poco sabemos de su calendario. No sólo calculaban con sus *quicos* ó cordeles con nudos, sino que tambien conservaban el recuerdo de los acontecimientos, variando los colores y los hilos con gran destreza.

Representábanse comedias y tragedias en las fiestas de la corte, y cantos celebraban las acciones de los héroes ó espresaban las afecciones del alma. Pero estos pueblos, que ignoraban la escritura, no pudieron hacer grandes progresos (2).

(2) De la Vega, para dar una idea de la dulzura de la lengua *quechua*, la principal del Perú con la *aymara*, refiere un himno compuesto por los sacerdotes en honor de Maria.

*Ma-mal-Ica,*  
*Soo-mak,*  
*Nooste-alya,*  
*Kancha-rene,*  
*Inte-tapas,*  
*Kul-ya-tapas,*  
*Koil-ya-koona-tapas.*

«Mi dulce madre, mi jóven y hermosa princesa, sois tan brillante como el sol, la luna y las estrellas.»  
Refiere tambien canciones como ésta:

*Cayla Llapi*  
*Punnunqui;*  
*Chauptuta*  
*Gamusac.*

«Con la cancion te dormirás; yo llegaré á media noche.»  
En nuestros dias los jefes de la revolucion de Chile, di-

Cada provincia tenia su lengua particular; pero á medida que eran conquistadas se obligaban á aprender la del Cuzco. La corte hablaba un idioma particular, desconocido á los demás habitantes.

Los peruanos tributaban culto al sol, considerado sólo tal vez como el ministro supremo del todopoderoso Pachacamac; pero en lugar de sacrificios humanos le ofrecian conejos, harina y frutos. Mil quinientas vírgenes reclutadas entre las familias de los Incas les eran consagradas, y vivian como enclaustradas, sin ver á más hombres que al emperador; y aun teniendo éste cuidado de no presentarse en el venerado recinto. Se ocupaban en trabajar las obras más finas, preparar los objetos necesarios al culto y mantener el fuego sagrado. Si les acontecia manchar su pureza, eran enterradas vivas, y tanto su familia como la de su cómplice esterminadas. Otros conventos estaban diseminados por el reino, y se recibian en ellos á doncellas de todas clases, con tal que fuesen hermosas; el rey elegia entre ellas sus concubinas.

Además del sol, los peruanos adoraban diversos ídolos, á quienes tenian por oráculos; eran grandes piedras ésculpidas, y á veces pedazos de madera colocados sobre cogenes muy ricos; estas divinidades tenian sacerdotes y riquezas propias. Además, una piedra erigida en medio de cada aldea era considerada como la deidad tutelar del lugar, é invocada tanto en las circunstancias desastrosas como en las prosperidades.

Los matrimonios se celebraban en épocas determinadas, segun la voluntad del Inca ó de los curacas, y siempre entre parientes ó conciudadanos. Una vez casada la mujer, salia poco de su casa donde se ocupaba en hilar y en tejer. El deteste de las criaturas se celebraba con una solemnidad doméstica; su educacion se verificaba después con dureza. Los muertos se colocaban en la posicion de una persona sentada, y encerrados con todos sus vestidos en sepulcros tapiados ó en el subterráneo de la familia: se construia á veces encima un túmulo ó una pirámide. Se encerraban frecuentemente con el cadáver del Inca sus servidores, y las mujeres que más habia amado. El luto de la nacion se prolongaba por espacio de un año, acompañado de peregrinaciones, lamentaciones y ofrendas.

La mansedumbre respira en todos los actos de los peruanos, hasta en sus guerras emprendidas para civilizar á los vencidos y aumentar el número de los adoradores del sol. Pero Humboldt nota

que habia en el Perú una riqueza general y poca felicidad privada, resignacion á los decretos reales más que amor á la patria, obediencia pasiva sin valor para las empresas atrevidas, un espíritu de órden estendido á las acciones más indiferentes de la vida, y ninguna grandeza de ideas, ninguna elevacion de carácter. Las instituciones más complicadas que proporciona la historia de la sociedad humana, habian sofocado allí la libertad individual, y para hacer á los hombres felices se les habia reducido al estado de estatuas.

Tal era el pais que Pizarro se disponia á recorrer y conquistar. Huaiana-Capac, duodécimo emperador, habia sometido el feroz reino de Quito, que le fué deudor de la civilizacion, de los caminos y de los canales. Aunque los Incas no pudiesen unirse más que con vírgenes de su sangre, se habia casado con la hija del rey destronado, la habia preferido á cualquier otra, como tambien al hijo que habia tenido de ella, Atabalipa (Atahualpa), á quien dejó al morir el reino de Quito. Fué un germen de enemistad entre aquel príncipe y su hermano, el nuevo Inca Huascar, que, vencido, fué cogido en su capital. Atabalipa sometió tambien á los voluptuosos y feroces habitantes de Tumbes, cuya ciudad embelleció con palacios y templos. Otro tanto hizo con la isla de Puna, hasta entonces indomable; pero no tardó en sublevarse, asesinando las guarniciones del Inca. La terrible venganza que ejerció fué el asunto de los cantos nacionales. Subyugó y civilizó además otros pueblos, pero estas expediciones le costaron torrentes de sangre.

Atabalipa, después de haber dado audiencia á la embajada de Pizarro, le envió regalos y le dejó adelantarse sin obstáculos hasta Caxamalca. Hasta quiso salir á su encuentro para visitarle y desplegar su magnificencia. Llegó precedido de cuatro correos, llevado en una rica litera forrada de plumas de papagayo, vestido con un traje de plumas sujeto con broches de plata y oro, con una comitiva de cortesanos, con un aparato no menos espléndido. Detrás de ellos iban cantores, danzantes y hasta treinta mil soldados.

Todo entre ellos era ruido y aplausos entre los indios, al paso que un sombrío silencio reinaba en las filas de los españoles, dispuestos en buen orden por Pizarro. Teniendo á la vista el ejemplo de Cortés, se resolvió á imitarle, sacrificando al éxito la buena fe y la lealtad. Habiéndose adelantado á algunos pasos de la tropa el capellan Valverde, habló en el sentido habitual, esponiendo al Inca cosas incomprensibles para él, escepto cuando concluyó su discurso invitándole á hacerse cristiano y vasallo de la España. Apenas contestó Atabalipa con una justa indignacion á semejante salida, cuando Pizarro, á la cabeza de un puñado de gentes de las más resueltas, se arrojó á él, derribó todo lo que se le resistia y le hizo prisionero, recogiendo un botin capaz de sobrepujar la más avara esperanza. De esta manera fué como la perfidia y la

rigieron en aquella lengua á los habitantes del Perú una proclama, invitándolos á insurreccionarse en nombre de Manco-Capac, de Yupanqui, de Pachacutec. Se insertó en el *Journal of residence in Chile*, de Maria Graham:

En la *Nueva historia del Perú*, segun la relacion del padre Diego de Torres, pág. 5, se hace mencion de una buena gramática de la lengua aymara, compuesta por un padre italiano y publicada en Roma.

audacia, ayudadas de la superioridad de las armas, entregaron un poderoso imperio al poder de un aventurero, cuyo total de fuerza consistía en ciento sesenta hombres y tres cañones. No perdió ni un soldado en la matanza de cuatro mil indígenas.

Cuando sus enviados fueron á explorar el reino, donde por todas partes fueron bien acogidos, en ejecución de las órdenes que Atabalipa era forzado á dar, encontraron á Huascar, que les dijo declarasen á Pizarro que su hermano no podía darles bastante oro para satisfacerles sin despojar los templos, pero que él se comprometía si querían darle la libertad, á procurarles tanto como quisiesen de los tesoros de su padre que había ocultado. Informado Atabalipa de aquella oferta, le mandó matar, conociendo después que la única pasión de los españoles era la sed de oro, les prometió si le devolvían la libertad, llenar de él la sala donde estaban hasta donde alcanzase su mano, y esta sala tenía veinte y dos pies de largo y diez y seis de ancho. Dedicáronse entonces á llevar montones de oro; y ya había sobre sesenta y cinco millones, cuando los conquistadores, no pudiendo ya contenerse, se arrojaron sobre aquella enorme presa y se la dividieron. Cada ginetete recibió doscientos mil francos, cada infante un quinto. Considerando entonces muchos de ellos que ya habían ganado bastante, pidieron volver á su patria, y Pizarro los dejó ir á condición que divulgarían el hecho. Desde este momento todo empezó á encarecer estruendosamente en Europa.

Aquellos felices aventureros no por esto devolvieron la libertad á Atabalipa. Cuéntase que el arte de la escritura causó sobre todo gran sorpresa al cautivo, y que habiendo hecho escribir en su uña el nombre de Dios, le enseñó á varios soldados que todos lo leyeron del mismo modo. Sólo Pizarro no pudo hacerlo enteramente, ignorante como era. Como Atabalipa manifestó desprecio hácia él, el jefe español juró vengarse, y cuando vió que ya no tenía nada que sacarle, pensó en quitarle la vida. Como si quisiesen hacer burla de los tribunales de Europa, muchas veces no más justos pero sí más ordenados, instruyeron un procedimiento contra el desgraciado Inca y le condenaron á ser quemado vivo; pero se contentaron con estrangularle cuando consintió en recibir el bautismo. La corte de España que había perseguido al magnánimo Colón, ensalzó hasta las nubes á Pizarro, que le envió en oro triunfantes justificaciones, y añadió setenta leguas de costas al territorio que se le había concedido.

Entre tanto, Pizarro había conseguido, después de varios combates y con ayuda de perfidias, apoderarse de Cuzco, la capital de los Incas. Esta ciudad está situada en la cima de una montaña; sus largas calles están todas cortadas en ángulo recto, dos ríos con magníficas calzadas corren por ambos lados y está defendida con formidables castillos. La ciudadela estaba construida de enormes

pedruzcos irregulares, rodeábala una triple muralla, y la puerta estaba cerrada con una piedra desmesuradamente grande. La torre redonda de la ciudadela que servía de aposento á los Incas cuando iban allí, era magnífica; sus paredes estaban revestidas de planchas de oro y de plata, con efigies de animales y plantas. Los monarcas habían obligado á algunos de los salvajes sometidos, á construir en los arrabales de Cuzco habitaciones como las que usaban en el país de que procedían, los orientales al oriente, los meridionales al medio día y así los demás, y á medida que se extendía el imperio, nuevos súbditos iban á añadirse á los precedentes en posiciones que coincidiesen con la geografía de su país natal, todos con sus trajes y usos de vivir, de manera que se podía ver allí como un compendio de aquel extenso imperio.

La magnificencia del templo del Sol, era superior á todo lo que es posible imaginar. Las paredes estaban revestidas de planchas de oro: veíase en el altar principal la figura del Sol sobre una plancha doble gruesa que las demás, y estendiéndose desde una pared á otra. En ambas partes estaban colocados los cadáveres embalsamados de los Incas, sentados en tronos de oro, por orden de fechas. Las diferentes puertas del templo eran de oro, y desde allí se entraba en un claustro de cuatro frentes, sobre el cual había, como también sobre el templo, una guirnalda de oro de un metro de ancho. En su rededor había cinco pabellones cuadrados, terminados en pirámides. Uno de ellos dedicado á la luna, mujer del sol, todo de plata recibía los restos de las reinas; otro consagrado á Venns, á las pleyadas y á las demás estrellas; un tercero al trueno, al relámpago y al rayo; el cuarto al arco iris; el último estaba reservado al gran sacrificador y á los sacerdotes elegidos en la familia del Inca, que daban audiencia allí, y deliberaban sobre las cosas del culto.

De Cuzco partían dos magníficos caminos que se prolongaban hasta Quito en una extensión de quinientas leguas; el uno en una llanura á lo largo del mar; el otro por las montañas donde los valles habían sido terraplenados, las rocas niveladas y construídose de distancia en distancia hospicios, templos y fuertes; se habían también dispuesto en situaciones convenientes, elevadas plataformas, donde podían subir los que llevaban al emperador, con el objeto de que pudiese gozar allí de una perspectiva admirable.

Después de la muerte de Huascar, Manco-Capac que debía sucederle, se resignó á sufrir el vasallaje de los españoles para ser reconocido emperador; y sugirió la obediencia á sus súbditos, que eran inclinados á ella por la tranquilidad de su natural; así es que fué escuchado fácilmente. Habiendo ido á España Hernando, hermano de Francisco Pizarro, para justificar la conquista, había prometido á Carlos Quinto una enorme suma en cambio de los favores concedidos á su hermano. Pero este conquistador halló extraño que después

de una expedición verificada por sus consejos, á su costa y riesgo, no bastase lo que habia enviado, que fuese preciso para saciar á un emperador remoto y á ociosos cortesanos, entregarles riquezas destinadas tanto á indemnizarle á él como á sus soldados, y á fundar ciudades y colonias. Hernando, por no faltar á su promesa, hizo que el Inca hiciese un considerable regalo á la España; medio cierto, le decia, de recobrar sus títulos y obtener seguridad. Siguióse el consejo, pero sin resultado, porque los aventureros se entregaron luego al saqueo.

«Al principio, dice Gomara, arrancaron la plata de las paredes de los templos, violaron los sepulcros para coger los vasos de oro y plata que encerraban, robaron á los ídolos, saquearon las casas, las fortalezas donde los Incas habian reunido inmensos tesoros. Pero aun no estaban satisfechos los españoles, y cuantas más riquezas descubrian, más sed de ellas tenian. Aspiraban sobre todo á apoderarse de los tesoros de Huascar y de los demás principales señores de Cuzco; pero no lo pudieron conseguir, ni hubo indio que lo declarase aunque á muchos dieron tormento.»

Luque habia muerto antes de recoger los frutos de la empresa; Almagro, cuyos consejos respiraban siempre ferocidad, se dispuso á conquistar la costa que se le habia designado por la corte de España, es decir, Chile. Mucho tuvo que sufrir en el camino á través de las montañas, de la crudeza de un clima riguroso; hombres y caballeros perecieron de frio. Encontró después hácia el Mediodía salvajes robustos y feroces, que vestidos de pieles de focas y lobos marinos, oponian una vigorosa resistencia, y volvian á la carga después de haber sido batidos.

El emperador habia asignado á Pizarro la *Castilla de Oro* hasta la línea, y á Almagro doscientas leguas más allá, bajo el nombre de reino de Toledo. Cuzco se encontraba entre estos dos territorios, y resultó de ello que los dos conquistadores comenzaron á disputársele. Después de haber reducido prontamente Chile á la obediencia, haciéndose pasar por enviado de los Incas. Almagro volvió apresuradamente por la playa, donde sufrió un calor excesivo, contrario á lo que habia experimentado en el otro camino. Encontró á su llegada á los peruanos insurreccionados por todas partes contra sus opresores, que tarde habian aprendido á conocer, y parecia llegado el momento en que el número podria, en fin, obtener venganza de aquellos avaros salteadores. Animados por Manco-Capac, se habian apoderado de la mitad de la ciudad, mientras que Pizarro, sitiado hacia nueve meses, se defendia en la otra á la cabeza de un puñado de valientes. Habiendo hecho huir Almagro ó engañado á los naturales, consiguió hacer á su rival prisionero, y se hizo dueño de la rica ciudad. Pero los vencidos pudieron consolarse de sus males, viendo á los conquistadores desenvainar el acero unos contra otros. Achacoso Almagro por la

edad, quedó vencido, y prisionero á su vez fué condenado á la horca. Espantado con la ignominiosa muerte que le aguardaba, él que tantas veces la habia desafiado en el campo de batalla, se deshonró implorando la piedad de Pizarro, que como él, no habia conocido jamás este sentimiento. Sólo se encontró á un desgraciado negro para tributarle los últimos deberes. Manco-Capac se retiró á los Andes, y con él concluyó el imperio de los Incas.

Las riquezas no produjeron la prosperidad. La abundancia del oro hizo encarecer los demás objetos. La pasión del juego llegó á empobrecer á aquellos que la vispera nadaban en la opulencia, y la corrupción se desencadenó con desvergüenza sin igual. No sólo Pizarro habia oprimido hasta el exceso á los naturales, sino que tambien habia descontentado á los colonos, y en la particion de los territorios y de los indígenas, los partidarios de Almagro habian sido escluidos; de aquí procedió una grande irritacion. Agrupándose, pues, en rededor del hijo de Almagro, se amotinaron, dieron muerte á Pizarro, y se dedicaron á perseguir á sus partidarios, tratando de arrancarles con tormentos las riquezas que pretendian debian poseer. Desde este momento se envenenaron los ódios; los nuevos gobernadores, no tenian ni talento ni autoridad, y si les acontecia á veces querer proteger á los indígenas, incurrian en la indignacion de los españoles; y Diego Almagro, que se rebeló abiertamente, fué cogido y entregado al suplicio. Así era el cadaiso la apoteosis reservada á los conquistadores, que demasiado habian merecido su suerte.

Reconociendo Carlos Quinto la importancia del Perú, decidió que todas las tierras pertenecian á la corona, á la cual debian volver á la muerte de los primeros feudatarios; declaró además que á los esclavos se les devolviera la libertad, y que los demas naturales podrian á precio de dinero rescatarse de los trabajos que les estaban encargados. Blas Nuñez de Vela que llegó al Perú, portador de aquella orden, quiso que fuese ejecutada sin modificación ni retardo; de esta manera se encontraron los nuevos propietarios desposeidos de repente, y varios oficiales fueron hechos prisioneros.

Gonzalo Pizarro, hermano del conquistador, que él mismo habia conquistado paises muy difíciles de someter, se puso entonces á la cabeza de los descontentos que se rebelaron, y se hizo reconocer en calidad de gobernador, después de haber sido muerto en una batalla el virey Nuñez. Se estableció en Lima, ciudad fundada por su hermano para ser la capital del país, y obró allí como rey, aunque se negase á tomar el título. Carvajal le aconsejaba se casase con una hija del sol, reconciliase á los peruanos y españoles y hacerse soberano independiente; pero no sabiendo ser criminal sino á medias, dejó á los españoles el tiempo necesario para tomar la iniciativa. No considerándose Carlos Quinto bastante libre en sus movimientos para anonadarle por la fuerza, recurrió á la perfidia.

Pedro de la Gasca, sacerdote virtuoso y de raro desinterés, fué encargado por el emperador de llevar la seguridad de un perdón general á todo el que volviese al deber, y hasta conceder el vireinato á Pizarro; satisfecho «hasta con que el diablo lo tuviese, con tal que conservase las minas del Potosí. Si Pizarro se obstinaba, el enviado debía reclamar la ayuda de las colonias.»

Partió, pues, Gasca solo, de bastante edad y sin armas, para restablecer la paz en un país situado á mil doscientas leguas de su patria. ¿Pero cómo conseguirlo? Gonzalo creyó notar en sus procedimientos una aversión particular á él, y le obligó á pensar en los medios de hacerse obedecer por la fuerza. Estalló, pues, la guerra civil. Abandonado Pizarro por los principales oficiales, cayó, en fin, prisionero, y fué condenado á muerte, así como Carvajal. De esta manera es como Carlos Quinto, recompensaba á sus héroes; como la justicia divina pagaba con la ingratitude política las atrocidades políticas de los primeros conquistadores. Esforzose Gasca en dulcificar la suerte de los peruanos, en la imposibilidad en que estaba de dispensarles inmediatamente del trabajo. Ocupó á los descontentos en nuevas expediciones, en que pudo amortiguarse su ardimiento; y después de haber recompensado con largueza á los que le habían secundado, mandó á Carlos Quinto 1.300.000 pesos (3), volviéndose después pobre como antes á su piadosa oscuridad, de donde fué sacado para ser promovido al obispado de Palencia.

¿Cómo hubiera sido posible mejorar la suerte de un país en que no se buscaba más que oro, ó del oro dependían las traiciones y la fidelidad? Por su insensata política, la España escitaba los descontentos, prolongaba las venganzas y facciones; recurria después para reprimirlas á un régimen de terror, como si hubiera querido vengar con la sangre de los suyos la de los peruanos. Manco-Capac no había cesado de ser el objeto de un constante afecto por parte de los peruanos, hasta el momento en que fué muerto por un español en una refriega. Sus dos hijos parecieron peligrosos al rey, y ordenó que Sairi-Tupac, el sucesor, se entregase en sus manos. No tardó en morir. Su hermano Amaru-Tupac, habiéndose á su vez negado á ir, fué sitiado, preso y decapitado. Con él pereció la última esperanza de los peruanos, que quedaron presa de una partida de avaros extranjeros, y se doblegaron á su yugo, dóciles como eran, hasta el punto de no tener valor ni para quejarse. La ejecución de las órdenes dadas para abolir las reparticiones y la esclavitud se difirió por mucho tiempo; pero en fin, tuvo por efecto la formación de los ayuntamientos. Sin embargo, era muy difícil á tan gran distancia refrenar en sus excesos la avaricia de los particulares.

Un reino con exceso de población se vió reduci-

do á una de 3.000.000 (4), y obligado á recurrir al trabajo de los negros, lo cual hizo que la industria y la agricultura pereciesen. Los grandes monumentos que acababan de concluirse á la llegada de los conquistadores, se arruinaron; pero los peruanos no olvidaron á los hijos del sol, y de tiempo en tiempo se proclamó un nuevo Inca, como aconteció en 1742. Cuarenta años después, Gabriel Condorcanqui, descendiente de Amaru Tupacso, cacique de Tungasuc en el alto Perú, cuya educación se había hecho en Cuzco por los jesuitas, tomó el nombre de Amaru y se puso á la cabeza de sus compatriotas, que oprimidos hasta el exceso, se sublevaron contra los españoles. Pero dominado por sus pasiones, carecía de la resolución necesaria en un jefe de rebelión. En lugar de conciliarse á los criollos, que odiaban á los españoles, los trató como á enemigos: de todos modos se sostuvo más de un año, rodeado de la multitud de peruanos, cuyos recuerdos había despertado, oponiendo á la disciplina un valor desesperado. Hecho, en fin, prisionero, fué condenado á asistir al suplicio de su mujer é hijos; después, luego que se le cortó la lengua, fué arrastrado por cuatro caballos. Su casa fué arrasada y toda su familia condenada á muerte ó desterrada. Perdieron los indios los privilegios que les quedaban: se abolieron sus fiestas ó reuniones, y se prohibió á todo peruano el tomar en adelante el título de Inca.

Aquella feroz ejecución, que manifestaba que los españoles no habían degenerado de la barbarie de sus padres, hizo la resistencia aun más encarnizada. Andrés, primo de Amaru, para ganar sin cañones la ciudad de Gorata, hizo caer sobre ella torrentes de las montañas, y de veinte mil ciudadanos que contenía no se libertó más que un sacerdote. Pero ayudando la política y las traiciones á los españoles, se apoderaron de los jefes, apaciguaron á los demás habitantes, y el último vástago de los Incas estuvo prisionero en Ceuta hasta 1820, época en que se proclamó la Constitución (5).

Sin embargo, las artes y la civilización europea se introducían en aquellas comarcas. Carlos Quinto fundó en 1545 una universidad en Lima, con tres colegios reales, que por momentos contaron doscientos maestros y tres mil discípulos. Otros vegetales fueron á aumentar el número de los que los indígenas cultivaban ya, y útiles animales enriquecieron el suelo que ayudaron á fecundizar.

(4) Tal vez se ha formado una idea exagerada de la población de América. Preténdese que fray Gerónimo de Loaysa, arzobispo de Lima, probó en 1551 la existencia de 8.285.000 indios en el Perú. Humboldt pone en duda el hecho, en atención á que no se encuentran rastros en los archivos; ¿pero cómo no tener en cuenta el censo hecho en 1793 por el virey Gil Lemus, que probó había una población de 6.000.000?

(5) Los españoles tuvieron cuidado de tener estos hechos ocultos, y apenas se oyó hablar de ellos en Europa: sacamos estos datos de las memorias del general Miller, publicadas en Londres en 1828.

(3) Los pesos de entonces equivalían al luis.

## CAPÍTULO IX

### AMÉRICA MERIDIONAL.—ELDORADO.

Hacia la tercera parte de un siglo que se hallaba descubierto el continente americano, y ya aquellos intrépidos aventureros se habian estendido por todos los sitios, y las mismas expediciones, las mismas crueldades, el mismo valor, se reproducian en todas las partes del Nuevo Mundo. Separados de su patria, olvidaban en medio de las maravillas de la naturaleza y de los prodigios verificados por su audacia, que no eran mas que los instrumentos de un poder distante; y se arrojaban con el entusiasmo de la conviccion y del interés personal donde los aguardaban descubrimientos ó conquistas.

En el momento en que algunos de ellos trataban de someter á Chile, otros se adelantaban en direccion opuesta. Desde el golfo de Darien, Vardillo ganó la estremidad del Perú, recorriendo una distancia de mil doscientas leguas á través de montañas y selvas desiertas, la más audaz correria que la historia conoce. Benalcazar, oficial de Pizarro, sometió á Quito en medio de los Andes, uno de los más hermosos países del mundo. Pero Alvarado, que habia merecido peleando á las órdenes de Cortés, ser nombrado gobernador de Nueva España, creyendo que Quito dependia de su jurisdiccion, invadió el país, y con esfuerzos dignos de admiracion si hubiesen sido determinados por motivos menos innobles, encontró á Benalcazar. Estaban á punto de llegar á las manos, cuando comprendieron que era una locura el disputarse un país que unidos apenas podrian defender; en su consecuencia, Alvarado se contentó con una suma de dinero.

España y Portugal no habian podido avenirse con respecto á la posesion de las islas Molucas, donde los unos habian arribado por el Este y los otros por Poniente. Habiendo quedado sin resultado la conferencia de Badajoz, España mandó á las

islas para sostener sus derechos, seis barcos mandados por Ignacio Loaysa, con Sebastian de Cano por piloto, y 3,000 combatientes á bordo. Pasaron el estrecho de Magallanes; pero sufrieron en el Océano Indio una furiosa tempestad que dispersó la escuadra. Loaysa y Cano perecieron, sus compañeros arribaron á las islas de los Ladrones, y desde allí á las Molucas, donde se dedicaron á hacer la guerra á los portugueses, y acabaron por sucumbir casi todos.

Pero la *Pataca* y otro barco ligero, que se habian encontrado separados de la escuadra, anduvieron errantes sin provisiones. El único recurso de los que los tripulaban, eran algunas aves que podian coger al vuelo. Una gallina que cada dia ponía un huevo, valía entonces mucho más que todos los tesoros que habian ido á buscar, y su propietario no admitió por ella 1,000 ducados. Reducidos á la última estremidad, no aguardaban ya más que una muerte dolorosa, cuando distinguieron una tierra poco distante, pero estaba erizada de escollos y defendida por salvajes armados. Por dicha, era la costa de Méjico, desde donde los conquistadores españoles les enviaron prontos socorros.

Informado Cortés por aquellos náufragos, hizo marchar á Saavedra para prestar ayuda á los que hacian la guerra en las Molucas, donde no se sorprendieron poco de saber que venian directamente de Nueva España; tan inconexas eran aun las cartas, y mal conocida la situacion de aquellos países. Saavedra descubrió varias islas en su camino, y fué el primero de los navegantes que señaló la inmensa utilidad de un canal á través del istmo de Darien. Perekó en aquel viaje.

Al paso que los españoles tardaban en establecerse en el rio donde Solís habia hallado la muerte, Sebastian Cabot, enviado á pasar de nuevo el

estrecho de Magallanes, llegó allí con cuatro barcos. Halló á las orillas del río á algunos hombres que habian sobrevivido á anteriores naufragios, y que le persuadieron remontase su curso, anunciándole que el oro se encontraba en abundancia en aquellos parajes. Remontó, pues, el Parana, y no salió al mar sino al año siguiente. Algunos adornos de plata que le dieron los indios guaranos hicieron dlesen á aquel río el nombre de Río de la Plata, y dirigió á Carlos Quinto una pomposa descripción del país, acompañada de brillantes promesas.

Poco dispuesto á hacer gastos por un país que no le produciría inmediatamente grandes rentas, Carlos Quinto descuidó la proposición de Cabot, hasta el momento que Pedro Mendoza de Castilla ofreció encargarse de la empresa. Fué, pues, nombrado con aquella liberalidad poco cuidadosa que da sin saber, gobernador general del Río de la Plata hasta el estrecho de Magallanes, sin que la extensión del territorio hacía Occidente estuviese determinada. Debía recibir 2,000 ducados al año y otro tanto de los productos de la colonia, sin contar los nueve décimos de los rescates pagados por los caciques y la mitad del botín. Se obligaba en cambio á trasladar al país mil hombres y cien caballos, á abrir un nuevo camino por tierra hasta el mar del Sur, á construir á sus expensas tres fortalezas y diversos establecimientos; á llevar, en fin, consigo ocho misioneros, un médico, un cirujano y un farmacéutico.

Llegado al Río de la Plata después de grande fatigas, con catorce barcos y dos mil quinientos hombres, fundó en el vasto golfo que se encuentra á la embocadura del río la ciudad de Buenos-Aires. Era uno de los países más hermosos y más fértiles del mundo; rico en pastos, producía algodón, azúcar, añil, pimienta é ipecacuana; por fortuna para los naturales no se encontraba oro. Se comenzó de todos modos, como en otras partes, á usar de perfidia y de crueldad; después, habiendo llegado á faltar los víveres, se les quiso exigir por fuerza á los indígenas, que exasperados, se dedicaron á exterminar á los que pretendían robarles.

Continuando sus exploraciones á lo largo del río, los españoles reconocieron los otros cursos de aguas, considerables también, que desembocan en el Uruguay, el Paraguay, el Río Salado. Debilitado Mendoza por los sufrimientos y los pesares que le causaba un éxito inferior á sus esperanzas, perdió la razón, después la vida, y sus compañeros no fueron más felices. Sin embargo, su hermano Gonzalo y Juan de Salazar fundaron la Asunción, que debía ser la capital del país inferior, llamado después Paraguay.

En las colonias allí establecidas, hubo la acostumbrada serie de opresiones, de guerras y odios recíprocos, disputas entre los conquistadores, y subterfugios de los abogados. Los naturales que tuvieron la audacia de resistir á los salteadores invasores, fueron muertos ó entregados á la esclavitud, bajo el nombre de encomienda; cada comendador español tenia en su casa tantos como le habian cabido en particion, empleándolos en todas sus necesidades, con desprecio de la ley que prohibia venderlos ó maltratarlos sin motivo, con obligación de vestirlos, mantenerlos, cuidar los enfermos, é instruirlos en la religion. Con respecto á los cantones que se habian sometido pacíficamente, debian designar en su territorio un paraje propio para el establecimiento de la colonia; formábase esta entonces con oficiales municipales á ejemplo de los de España, empleos desempeñados por los indígenas, y se daba su mando á un español.

Los diferentes vireyes enviados al país trataron á la vez de estender la conquista y consolidarla fundando ciudades, concediendo en encomienda todo conjunto de indígenas cuya existencia se les revelaba. El primer comendador y el que le sucedía, los tenian en propiedad para indemnizarse de sus gastos; quedaban después libres sin estar sujetos más que á un tributo. Los mestizos nacidos de un español y de una indígena seguian la condicion del padre.

De esta manera es como España, conociendo la importancia del país, le habia dado reglamentos que le encaminaban á la libertad, cuando de repente se prohibieron aquellas encomiendas. Fué lo suficiente para que cesase el establecimiento de las colonias, y esto en el momento en que los portugueses iban del Brasil, país contiguo á aquél, á dar caza á los indios errantes.

Encontrábase el país en esta deplorable situación, cuando los jesuitas fueron como veremos á educar.

Pero el paso entre el Atlántico y el mar de las Indias no se habia encontrado aun. Juan de Ayala, compañero de Pedro de Mendoza, emprendió el descubrirle. Habiendo remontado el Paraguay hasta su nacimiento, llegó al Perú á través de países desconocidos. Habia dejado en el río embarcaciones para que le volvieran á llevar á su vuelta, pero no las encontró, y concluyó por ser muerto. Doce años después, Irala intentó de nuevo aquel peligroso viaje, y consiguió establecer comunicaciones entre el Perú y el gobierno de la Plata (1).

Sin embargo, en el Perú se recogian datos sobre los países limitrofes, y se creyó comprender que los indios designaban en el interior del continente americano, por la parte del Este, montañas en que abundaban las especias, la canela, y sobre todo el oro. Las armas y utensilios eran todos de aquel metal; se hablaba también de una ciudad de Manoa, donde los techos, las puertas y todo, en fin, era de oro. Gon-

(1) *Coleccion de obras y documentos relativos á la historia antigua y moderna de las provincias del río de la Plata, ilustrados con notas y disertaciones por PEDRO DE ANGELIS (napolitano), 5 tomos. Buenos Aires, 1836.*

zalo Pizarro, que tenía el gobierno de Quito, resolvió dedicarse á buscar aquel país, que se llamaba Eldorado. Sin asustarse de los peligros que presentaba un país cubierto de bosques y nieve, ni de la ferocidad de los naturales que le habitaban, partió con trescientos cincuenta españoles y cuatro mil indios á una expedición memorable, tanto por los descubrimientos como por las aventuras.

A las rudas fatigas que se pueden figurar, se añadieron espantosos temblores de tierra que, en Quixos, sepultaron quinientos habitantes, á la vista de los españoles. Al mismo tiempo parecía que el cielo se desencadenaba contra ellos; el rayo y los relámpagos se sucedían en medio de torrentes de lluvia que amenazaban sumergirlos, ó reducirlos á morir de hambre. Les fué después preciso atravesar una de las más elevadas montañas de los Andes, donde un frío desusado hacía caer á los indios como moscas; sufrimientos demasiado reales, mientras los techos y las armaduras de oro aun no se presentaban. En fin, en el valle de Zumaço se manifestaron por todas partes canelos diferentes de los de Ceilan, pero que se cultivaban con gran cuidado para cambiar su corteza por las provisiones necesarias á la vida.

Siguiendo el curso de un gran río hácia Oriente, llegaron á un punto donde se precipita de seiscientos piés de altura, con un ruido que se oye á diez y ocho millas de distancia. Después de haberle costado por espacio de cincuenta leguas sin encontrar un solo punto vadeable, tan ancho y profundo era, la aproximación de dos rocas les permitió intentar el paso. Arrojaron, desde una cima á la otra, enormes troncos de árboles de una altura desmesurada, y atravesaron el río por encima de aquel abismo. Se encontraron entonces en una vasta llanura llena de estanques y aguazales, ó cubierta de yerbas tan altas y espesas, que no podían atravesarlas. La necesidad de ir en busca de víveres, y de aliviarse del peso de los bagajes, le hizo tratar de construir una barca que calafatearon con las camisas que les quedaban, y á formar cuerdas con las cortezas de los árboles: continuaron después su camino durante doscientas leguas más con un valor indomable.

Pero llegándoles á faltar enteramente los víveres, mandó Pizarro á Francisco de Orellana que bajase el río con toda la furiosa rapidez de su corriente, y encargándole que cuando hubiese hallado provisiones volviese á buscarlos para depositarlas en un sitio en que, según las indicaciones hechas por los habitantes del país, era de presumir que otro gran río se reuniese con el que él iba á seguir. Partió Orellana y encontró el punto de confluencia de este río (quizá el Napo) con el Marañón, pero no había en sus inmediaciones ni aldeas, ni campos cultivados, ni medios de hacer provisiones. La necesidad, pues, ó más bien la curiosidad y la manía de los descubrimientos incitaron á Orellana á abandonarse á estas aguas terribles, con el fin de salvarse, al menos con sus

compañeros, ya que no pudiese socorrer á los que quedaban rezagados. El último día del año 1540, Orellana y los suyos se habían comido sus zapatos, sus sillas y todo lo que podía servir de alimento, cuando se abandonaron á la corriente, que los arrastró á razón de veinte á veinte y cinco leguas por día. Algunos de ellos fueron muertos por las tribus salvajes en cuyas manos cayeron; otros, después de haber pasado unos trabajos comparables sólo con su valor, llegaron al mar en el mes de agosto siguiente, después de un viaje de mil setecientas leguas.

Orellana entonces compró un barco y volvió á España contando maravillas de Eldorado que decía haber visitado, pero que nadie supo volver á encontrar ya. Habló también de poblaciones enteramente femeninas, lo cual hizo dar al río el nombre de las Amazonas. La existencia de estas mujeres guerreras fué creída por unos y negada y ridiculizada por otros. Sin embargo, la tradición del país confirma su existencia. Pigafetta se expresa así en su *Primer viaje*. «Nuestro viejo piloto nos contaba otras cosas extraordinarias. Nos decía... que en una isla llamada Occoloro, en la grande Java, sólo se encuentran mujeres, cuyo seno fecundiza el viento. Si dan á luz un varón, lo matan, y si es hembra lo crían; si algun hombre llega á poner los piés en su isla, lo matan también siempre que pueden.» La Condamine escribía en el siglo del análisis... «Durante nuestro viaje preguntamos por todas partes á los indios de las diversas naciones acerca de esas mujeres belicosas, y todos nos dijeron que habían oído á sus padres hablar de ellas, añadiendo muchas particularidades dignas de risa, pero que tienden á confirmar que ha existido allí realmente una república de mujeres que vivían sin hombres. Estas se retiraron hácia el Norte, en el interior de las tierras por el río Negro ó por otro de los que se unen por el mismo lado al Marañón.»

Les preocupaba mucho este río que corría del Oeste al Este, en el cual pretendía Orellana haberse embarcado en Quito y haber ido á parar al Atlántico. Era, pues, posible procurarse por este medio el paso tan buscado al mar de las Indias; mientras que los galeones españoles obligados á dar la vuelta á la América con las riquezas de Chile y del Perú, tenían que correr infinitos peligros. No se llegó á conocer hasta mucho tiempo después la comunicación de este río con el Orinoco y con otros muchos afluentes, que ponen en comunicación una infinidad de pueblos. Este es el río más grande del mundo, porque desde su nacimiento á treinta leguas de Lima, atraviesa casi todo el continente meridional en una longitud de mil y cien leguas, recibiendo el tributo de otros doscientos ríos, algunos de ellos más caudalosos que el Danubio. A doscientas cincuenta leguas de su embocadura se deja sentir el efecto de la marea, que en los días próximos á la luna llena y á la nueva, viniendo á luchar con las olas que bajan, produce

el terrible fenómeno conocido bajo el nombre de *pororoca* (2). Se eleva entonces el río en menos de dos minutos á una enorme altura, y las olas, levantándose como montañas, arrastran con un ruido espantoso buques, tierras y todo lo que encuentra (3).

Orellana habia recogido de estos sitios doscientos mil marcos de oro y muchas esmeraldas, lo cual no era nada, segun dicen, en comparacion de las riquezas que habia visto. En su consecuencia se le mandó á la cabeza de una nueva expedicion como gobernador de los paises que llegase á conquistar; pero le esperaban todos los desastres imaginables; sufrió en la travesia la falta de agua; uno de sus barcos se fué á pique con setenta hombres y con los otros dos llegó á la embocadura del río de las Amazonas y lo subió en un espacio de cien leguas; pero cincuenta y siete de sus compañeros perecieron de hambre, y otros muchos bajo las flechas de los salvajes, finalmente, espiró él mismo de fatigas y de disgusto, con el ánimo preocupado siempre con los sueños de Eldorado.

¿Qué hacia entre tanto Gonzalo Pizarro? Se habia internado al través de los bosques y de sabanas igualmente intrincadas hasta la confluencia donde habia citado á Orellana; pero ni encontró á éste ni á las provisiones que esperaba. Esta tropa desgraciada empezó á sentir entonces la falta de valor: creyendo que Orellana, espuesto todavía á los mayores peligros se habia perdido con los suyos, les pareció que el mejor partido que debian tomar era volverse á Quito que distaba cuatrocientas laguas. Volvieron piés atrás con increíbles sufrimientos, y por fin, después de dos años de ausencia, apareció Gonzalo de nuevo en su gobierno, llevando consigo ochenta españoles

de trescientos cincuenta que le habian acompañado, y ni uno solo de los cuatro mil indios.

Pero Eldorado no se habia encontrado, ni tampoco el paso para conducir á las Molucas, que tanto importaba á Carlos Quinto. Cuando llegaron á convencerse de que no habia ningun estrecho que comunicase el golfo de Uraba con el canal de Nicaragua, se propusieron diferentes medios para reunir los dos mares; ó bajar el lago hácia este sitio y abrir canal en un espacio de cuatro leguas, que es el intervalo que lo separa del mar del Sur, ó seguir el río de los Lagartos ó el de Vera-Cruz, poniéndolo en comunicacion con el mar, ó finalmente abrir un paso desde Nombre de Dios á Panamá. La empresa no hubiera sido superior á las fuerzas de España; pero sin hablar de lo demás, se ocurrió que teniendo distinto nivel los dos Océanos, podrian resultar las más graves consecuencias.

Se prosiguieron tambien las exploraciones por la otra parte del Perú. Se llama Chile la lengua de tierra que se estiende desde el Perú á la Patagonia, entre el grande Océano y la cordillera de los Andes: el paso de estas montañas, de grande elevacion, cuya cima está cubierta de nieve, sólo es practicable en algunos meses del año: además, los veinte volcanes abiertos en su estension hacen estremecer la tierra muchas veces al año, y abren anchos abismos capaces de tragar ciudades enteras. Singular contraste con un suelo de los más fértiles y con un cielo siempre apacible, embellecido con abundantes rocios que parecen convidar á los hombres á fijar allí su residencia.

Poco antes de la llegada de los europeos, el Inca Yupanqui quiso someter aquellas fértiles regiones situadas al mediodia de su imperio. Después de haber sacrificado muchos ejércitos, cansó la obstinacion de los chilenos, y las tropas de ocupacion, á las que mandó establecer sus cuarteles en medio de ellos, los mantuvieron en la obediencia, resultando de aquí que tardaron muy poco en adoptar la civilizacion de los hijos del sol. El último Inca fué obligado, como hemos dicho, á entregar á los españoles una orden por la cual los declaraba sus aliados y amigos, y encargaba á los chilenos que los considerasen como tales: de este modo se consumó la conquista del pais sin efusion de sangre. Primero fué gobernado por Almagro y después de su muerte por Pedro Valdivia, que llegó allí á la cabeza de ciento cincuenta europeos solamente (1541); pero con muchos auxiliares y rebaños enteros de animales domésticos, de donde emanan los que en el dia forman la principal riqueza de la América del Sur. Con el fin de establecerse en un sitio donde no pudiesen los españoles volver fácilmente al Perú, se internó Valdivia en el populoso valle de Guasco, á que dió el nombre de Nueva Estremadura, en memoria de su patria, y edificó á seiscientas leguas del Perú, á Santiago, que es hoy la capital de Chile, cuyo puerto es Valparaiso.

Los chilenos no tardaron en conocer que estos extranjeros eran los opresores y no los amigos de

(2) Corresponde á lo que se llama *barra* en la embocadura del Ganges, del Senegal y del Sena, y *mascaret* en la del Garona y del Dordoña.

(3) Muy pocos viajeros se han arriesgado después en este río terrible. En 1560, Pedro de Hurscia, por orden de Hurtado de Mendoza, virey del Perú; en 1602 el jesuita Pedro Rafael; en 1616 un oficial por orden del virey Francisco Borja; en 1639 Cristóbal de Acuña y Andrés de Artieda por orden del virey conde de Chinchon; en 1689 el jesuita Samuel Friteque, fué el que trazó el primer mapa del pais publicado en Quito en 1707; en 1725, Palacios, y los franciscanos Breda y Andrés de Toledo; en 1743 y 1744 la Condamine, midiendo un grado del meridiano. El célebre naturalista Haentre, austriaco, al servicio de España y compañero del navegante Malaspina, exploró en 1794 los cuatro grandes afluentes, Ucayali, el Beni, el Mamoré y el Itenes, bajando hasta el Océano Atlántico, pero sin ningun fruto á causa de las dimensiones que mediaban entre la España y Portugal. El corso Lister Mawe, teniente de la marina inglesa, lo recorrió en 1828, y dió cuenta del estado actual de las misiones fundadas antiguamente en sus orillas, en una interesante relacion publicada en Londres el año siguiente. El congreso de Bolivia ofreció 100,000 pesetas en 1834 al primer barco de vapor que subiese cualquiera de los grandes rios de esta república.

sus antiguos dueños, y sufrieron su yugo con tanta menos paciencia, cuanto que era más pesado. Sepultados á millares donde se les obligaba á prestar trabajos á que no estaban acostumbrados, perecian á centenares. Los que sobrevivian, solo aspiraban á vengarse, y se insurreccionaban con frecuencia para asesinar á sus opresores, pero les faltaban las principales cualidades de un pueblo insurreccionado, que era la concordia entre sí y la perseverancia, al paso que los españoles unidos por necesidad, y tenaces por naturaleza, quedaban siempre encima. Valdivia acababa al fin por subyugarlos: y fundó siete ciudades que creyó necesarias para consolidar la dominacion del pais y proteger las minas, pero que, sin embargo, lo debilitaron porque diseminó sus fuerzas.

**Araucanos.**—Se adelantó hasta el 40° paralelo y dió su nombre de Valdivia al pais fértil y cubierto de bosques situados entre el Biobio y el archipiélago de Chile. Habitaban allí los araucanos y los molucos, que era la poblacion más antigua de Chile. Era una raza hermosa y robusta, de una voluntad enérgica y celosa de su independencia. Sin dar crédito á las descripciones aduladoras que se han hecho de ellos (4) es cierto que tenian instituciones civiles muy refinadas, que estaban más adelantados que sus vecinos en las artes, en los cálculos y en la política y que entre los indios eran quizá los que estaban mejor preparados para recibir una civilizacion que se les hubiese llevado por hombres capaces de habérsela hecho acoger. Otra particularidad de los araucanos es la atención que ponía en la propiedad del lenguaje, llevada hasta aquella minuciosidad que usan los pedantes en las lenguas cultivadas. Todo extranjero está obligado todavía á cambiar de nombre entre ellos, para no introducir palabras heterogéneas, y los misioneros se veian algunas veces interrumpidos en sus sermones por los oyentes que advertian un error en el lenguaje ó una falta de pronunciacion. Aun cuando sepan el español, siempre han recurrido al auxilio incómodo de un intérprete para tratar los negocios públicos. Esta lengua, exenta de sonidos guturales y muy variada en su acento, es armoniosa y muy regular en su formacion, no teniendo más que una declinacion para los nombres. La conjugacion del verbo es tambien sencilla y constante, y se presta con mucha facilidad á formar los compuestos (5).

(4) MIERS en los *Travels in Chile and Plata*. Londres, 1825, trata de fábulas todo lo que se ha dicho por Herrera y Ercilla, y después en el siglo pasado, por Molina, y por el jesuita Harestadt (Chili dugus), sobre la cultura intelectual de los araucanos, y sobre sus conocimientos en medicina, astronomia, geometria, poesia, etc. Las noticias más recientes sobre los araucanos, las hemos tomado de LESSON. *Viaje pintoresco al rededor del mundo*. Paris, 1830.

(5) FEBRES.—*Arte de la lengua general del reino de Chile*. La palabra *Rucatum-maclopaen* está compuesta de

Los españoles, sin tomar en cuenta con quien se las habian, quisieron sepultar tambien á los araucanos en las minas, y Valdivia, habiendo convidado á comer á uno de sus jefes lo envenenó cobardemente. Esta fué la señal de un levantamiento general, á cuya cabeza se puso Capolican (1553). Conociendo éste que no se debe acometer en orden de batalla á tropas regulares con reclutas improvisados, comenzó á hacer la terrible guerra de guerrillas. El mismo Valdivia cayó prisionero, sirviendo sus huesos, así como los de otros españoles, para hacer unos pífanos con los que escitaban el valor de sus compañeros. La guerra duró sesenta años, y el odio todavia más, porque estallaba á cada momento, de modo que las ciudades de la Concepcion, Talacuano y Valdivia fueron destruidas en varios ataques. Los españoles no podian ir algunas veces al pais á enriquecerse con el oro lavado de que abundan las arenas y los rios, ni tampoco á explotar sus minas de las cuales las situadas á las inmediaciones de Valdivia daban al gobernador 25,000 escudos por dia (6).

Felipe II tenia en tanto precio la conservacion de Chile, que estableció allí una administracion separada de la del Perú, es decir, una audiencia real, situada en la Concepcion, la cual fué suprimida por economia en 1575 y restablecida nuevamente en 1709. En nuestros dias, sin hablar de los acontecimientos políticos, cuyo teatro recorreremos, ha adquirido Chile una nueva importancia por sus minas de plata. En 1832 yendo á buscar leña un pobre hombre al territorio escueto de Copiapo, se encontró algunos pedazos de plata, cuyo secreto no pudo guardar, de lo cual resultó que al momento se pusieron á explotarla una porcion de gentes. En los cuatro primeros dias solamente, se descubrieron diez y seis filones, veinte y cinco á los ocho dias y cuarenta al cabo de tres semanas. En los ocho primeros meses se estrajeron cincuenta mil marcos de plata, y el mineral produce hasta sesenta y setenta por ciento y á veces hasta noventa y tres.

Los españoles habian multiplicado tambien los establecimientos, unas veces por casualidad, otras por avidez y otras por devocion en el pais situado al norte del Perú, que ellos llamaron Tierra Firme (Colombia), que se estiende desde la orilla septentrional del Orinoco hasta el istmo de Panamá. Carlos Quinto en uno de esos estremados apuros de dinero á que le reducía su ambicion, vendió á la casa Welzers de Hamburgo el territorio de Venezuela que forma la parte noroeste de la moderna Colombia, entre el Atlántico y el mar de las Antillas. Debía ejercer esta familia el cargo perpétuo de al-

*ruca* (casa), *tun* (edificar) *ma* (interjeccion de súplica) *clo* (ayudar), *paen* (venir) y significa. Por favor, venid á ayudar á edificar una casa.

(6) JUAN IGNACIO MOLINA.—*Ensayo sobre la historia civil de Chile*. Bolonia, 1787.

guacil mayor; las provisiones que sacase de España habían de estar libres de derechos, y además fué autorizada para reducir á esclavitud á los indígenas que se negasen al trabajo, obligándose ella por su parte á dar al real tesoro una quinta parte del oro que encontrase.

Los misioneros vieron con disgusto que el rey concediese á herejes mando sobre los indios; y cualquiera que conservase un resto de humanidad debía estremecerse al contemplar estos traficantes arreglar sus negocios como una pura especulacion, martirizar los indios, y explotar del peor modo un pais vendido brutalmente á su avaricia. Habiendo permitido la corte que fuesen vendidos como esclavos los antropófagos, aquellos aventureros no veian por todas partes más que hombres que se alimentaban de carne humana. Una de esas voces que se multiplicaban entonces entre el vulgo, les hizo creer que existia un palacio de oro en el interior del pais, y fueron á buscarlo llevando una gran porcion de salvajes atados unos á otros por el cuello, y cargados con las municiones necesarias. Si alguno de ellos, rendido de fatiga no podía continuar, le cortaban la cabeza para no perder tiempo en desatarlo y continuaban su marcha. No hay necesidad de decir que sucedió con el palacio de oro lo mismo que con Eldorado.

**Cartagena.**—No habiendo podido subyugar todavía la provincia de Calamari, en atencion al carácter guerrero de sus habitantes, pidió su concesion un oficial llamado Pedro de Heredia, y obtuvo todo el espacio comprendido entre los dos grandes rios de la Magdalena y del Darien hasta el Ecuador. Construyó en una grande bahía, y puso al abrigo de un golpe de mano la ciudad de Cartagena, que después dió su nombre á la provincia, y reunió tanto oro en sus conquistas, que ascendió á veinte mil quintales de metal puro la quinta parte que dió á la corona. A pesar de los esfuerzos que hicieron los misioneros y el nuevo obispo de Cartagena, fueron esterminados millares de habitantes.

Se decia que avanzando hácia el Oeste se encontraria el oro aun con más abundancia, cuya voz corrió por todas partes con el deseo de que fuese cierta. Se preparó, pues, para esta expedicion, no menos peligrosa que las de Méjico y el Perú, Gonzalo Jimenez de Quesada. Pusieron en marcha ochocientos ochenta y cinco españoles en compañía de muchos indios bautizados, á cuya cabeza iban Las Casas, Zambrano y otros dos misioneros. Después de muchos meses de un viaje en extremo penoso al través de las Cordilleras, llegaron, por fin, á este afortunado pais. Los misioneros prometieron en nombre de Cristo, que era la única arma que llevaban sus manos, la paz á los indios, que desde luego no opusieron ninguna resistencia. Pero los conquistadores tenian empeño en dar con el príncipe Bogotá, que se les habia señalado como excesivamente rico. Allí, al menos, no era un sueño lo que buscaban, como en otras

partes. En efecto, los piadosos misioneros encontraron una hermosa ciudad donde fueron acogidos con grandes muestras de alegria, como á hijos del sol, y observaron en sus habitantes todas las apariencias de una civilizacion progresiva.

Los españoles, sin embargo, fueron adelantándose á su vez, y apercibido demasiado tarde el rey del pais de la codicia insaciable de estos extranjeros, pasó desde los cumplimientos á las hostilidades, no sin haber sido antes provocado por los actos de barbarie de aquellos; pero como siempre tuvo que sucumbir. Las palabras persuasivas de Las Casas determinaron á la obediencia muchos indígenas, y Quesada entró en Bogotá. Las riquezas que allí encontraron escedian á las más codiciosas esperanzas; el orden civil, el culto, las tradiciones fabulosas, una corte bien arreglada, todo daba la apariencia de una ciudad bien civilizada, si el bueno de Las Casas no se hubiera aterrorizado y desengañado al verles sacrificar sus hijos.

Los naturales se daban el nombre de muisquios, y segun su tradicion, una dama llamada por su sabiduria Comizagal, es decir, tigre volante, *blanca como una española* y hábil maga, habia visitado la provincia de Cerquin, y se habia establecido en Cesalcoquin, donde se adoraba al ídolo de tres espantosas caras, cuya ayuda le hizo conseguir victorias y estender sus dominios. Comizagal, aunque virgen, tenia tres hijos entre quienes dividió el reino, dándoles escelentes consejos para gobernarle; después, cuando conoció que su fin se acercaba, fué á buscar su lecho al templo, desde donde voló al cielo bajo la forma de un pájaro, en medio de truenos y relámpagos. Habia introducido entre los indios el culto de los ídolos, de los cuales uno se llamaba el Gran Padre, el otro la Grande Madre; se pedia la salud á aquellos ídolos, mientras que se dirigian á los demás, para obtener el consuelo á sus males, la riqueza y la abundancia.

Segun otra tradicion, los antecesores de los muisquios vivian desnudos y bárbaros, sin artes ni culto, cuando apareció entre ellos un anciano procedente de las llanuras situadas al Oriente de las Cordilleras de Chingasa; parecia de una raza diferente de los naturales, llevaba una barba larga y espesa, y tenia tres nombres diferentes, Baquica, Nemqueteba y Zuhé. Les enseñó á vivir en sociedad civilizada y á cultivar la tierra. Habia llevado consigo una mujer que tambien tenia tres nombres, Chia, Yubocayguaya y Huytaca: no menos mala que hermosa; no cesaba de contrariar á su esposo, y dañaba con la magia á aquellos á quienes hacia él bien, y un sinnúmero de sus fechorias deshabitaron el valle de Bogotá. Por último, el marido, indignado, la mató, y se convirtió en la luna; Baquica entonces secó el valle y se introdujo el culto del sol.

Véase aquí una civilizacion tradicional como se encuentran en tantos otros paises de América, ó más bien en todos aquellos en que la memoria de los antiguos tiempos se habia conser-

vado; véase aquí una trinidad, una antigua veneración hacia los blancos que disponía los ánimos en favor de los castellanos, mirados como pertenecientes á la raza de Baquica ó de Comizagal, ó como enviados por aquellas divinidades. Pero pronto debieron creerlos descendientes del espíritu maligno; porque, sin haberse hartado con los montones de oro de que se habian apoderado, se entregaron á mil crueldades para procurarse otros; ofreciendo así un contraste chocante con las máximas de caridad que predicaba Las Casas, como que formaba la base de la religion de los conquistadores.

Los castellanos adquirieron además otros países penetrando más adelante, entre otros el opulento reino de Tunca, cuyo rey detuvieron prisionero, y Sagamosco, metrópoli de la religion de Bogotá, donde se elevaba un templo de una maravillosa estructura, enriquecido con ofrendas de varios siglos, y que un accidente hizo fuese presa de las llamas. Semejante desastre hizo creer á los misquicos que sus dioses les abandonaban, y la conversion del pontífice supremo arrastró consigo á multitud de indígenas, que de esta manera se encontraron ligados á la España, y que los misioneros se esforzaron en preservar, como pudieron, de la violencia de los conquistadores.

Estos se volvieron con montones de oro; pero la

retirada fué en extremo penosa, y muchos de ellos perecieron de hambre en el camino, como el Midas de la fábula; otros, sitiados por los indios, llenos de venganza, se vieron reducidos á arrojar su presa. Quisieron indemnizarse á espensas de aquella misma poblacion, y dieron muerte al rey Tizquesuca. Seguesagipa, su sucesor, fué cogido y obligado á entregar los tesoros de su predecesor; después, con indignos pretextos, ahorcado con toda su familia. Las Casas no pudo más que protestar en vano, y quejarse de que se le hubiese convertido en instrumento de violentos latrocinios y esterminios feroces; porque él habia facilitado la conquista engañando á los naturales, á quienes prometia la paz y justicia del Evangelio. Quesada tuvo mal fin.

De esta manera se fundó el reino de la Nueva Granada, del que fué capital Santa Fe. Los españoles pudieron entonces decir que habian encontrado Eldorado, que buscaba la imaginacion de todos. Arrebataron los tesoros, y dieron muerte á los habitantes. Los pocos indígenas que sobrevivieron se refugiaron en las Cordilleras, donde no pudieron alcanzarlos ni los hombres ni los perros, y donde se sostuvieron varios siglos, hasta que llegada la hora, que tarde ó temprano concede la Providencia, se rehicieron contra sus opresores.

## CAPÍTULO X

---

### COLONIAS ESPAÑOLAS.

España poseía en el Mediterráneo, Mallorca, Menorca, Ibiza y Formentera, además de la Sicilia; en Africa las ciudades de Ceuta, Oran, Mazalquivir, Melilla, Peñon de Vélez; en el Atlántico las Canarias; en Asia las Filipinas, y establecimientos ó factorías en las islas de San Lázaro y de los Ladrones: en América las islas primitivas de la Española, Cuba, Puerto Rico, de los Caribes, Trinidad, Santa Margarita, Roca, Orchila y Blanca, y varias de las Lucayas; al Norte el antiguo y nuevo Méjico, la California, la Florida; al Mediodía la Tierra Firme, el Perú, el Paraguay, el Tucuman. Chile, ó bien desde el grado 34 del paralelo boreal hasta el 53° del paralelo austral; poseía una estension de cerca de 6,000 millas á lo largo, ó sea la mitad de la superficie de la luna.

Con tan favorables posiciones, con minas y productos tan preciosos, tan diversos, que le proporcionaban la poderosa vegetacion de los trópicos; con los incomparables rios de la Plata, de las Amazonas, del Mississipi, de San Lorenzo, ¡qué ventajas no hubiera podido sacar España, si hubiera sabido unir sus estensas posesiones en un vasto sistema comercial, de modo que hubieran podido abrazar todo el mundo! O tambien se hubiera podido asegurar inmensas riquezas haciendo libre el comercio con la América, como varias veces lo aconsejaron los frailes de la Española. Pero conocía la guerra y no el comercio; y obligándole el sistema de exclusion y de esclavitud á hacer muy desgraciados á los naturales que no perecieron, hizo que ella misma se empobreciese y debilitase; tan verdad es que las maravillas de la conquista no se debieron á Fernando ó á Carlos Quinto ni tampoco á su política sin seguridad y sospechosa, sino á la admirable actividad de cada hombre en particular, obrando sin parecer ó contra las intenciones de la autoridad, que siempre dispuesta á

poner trabas, disimulaba ó accedia después, cuando se trataba de actos arbitrarios y violencias. Cuando después aquel gobierno se sometió á cierto órden, fué el órden del sable, y la civilizacion, los descubrimientos se vieron obligados á buscar en otras partes propagadores y agentes.

Seducida España por las inesperadas ventajas que le procuraba el descubrimiento de las minas, no se contentó con formar establecimientos para hacer el comercio con los naturales; quiso además poseer el territorio: se mezclaba en el gobierno de las colonias; á cuya fundacion no habia contribuido, y las consideraba, no como pertenecientes al Estado, sino á la corona. En consecuencia, los príncipes austriacos que ascendieron después al trono español, considerándose como propietarios universales del pais conquistado por sus súbditos, se creyeron con derecho á otorgar concesiones, á nombrar los jefes de las expediciones, después los magistrados, y medir los privilegios que querian conceder á los colonos. Pero nunca conocieron los medios de hacer prosperar aquellas inmensas adquisiciones, ó al menos no quisieron emplearlos; y teniendo todo por objeto el enriquecer la metrópoli, no trataron más que de explotar los paises avasallados, sin proporcionar, en una época en que aun se ignoraba la omnipotencia de la asociacion, los capitales indispensables para formar vastos establecimientos. Las caducas é inhumanas ideas de economía política, resucitadas por Carlos Quinto sacaron de su ejemplo una nueva autoridad. Vióse en consecuencia legalizado el tráfico de negros, ciertas clases obligadas al trabajo en ventaja esclusiva de otras, con impedimentos para producir las colonias por absurdas restricciones, y obligadas á consumir lo que les era inútil. En una palabra, se decidió que los plantadores vivirían á espensas de los trabajadores, y que después la metrópoli saca-

ria de ellos sus beneficios con el título de diezmos, tarifas y otros robos fiscales. De aquí procedió lo poco que se estendieron las riquezas, la utilidad del contrabando, las repentinas riquezas y las rivalidades industriales que motivaron tantas guerras modernas.

La absoluta ignorancia del régimen colonial, y la inclinacion que tenían los españoles á preferir las expediciones aventureras á las pacíficas labores de la agricultura, hicieron que sólo se fijase la atencion en Méjico y en el Perú, que ofrecían metales preciosos. Pero aun en estos puntos, no se trató más que de obtener la mayor cantidad posible, sin tener en cuenta los medios, hasta introduciendo allí el gobierno más absurdamente absoluto.

Los nuevos países no fueron, pues, considerados como descubrimientos, sino como conquistas; tampoco se les pudo llamar colonias, sino dominios del rey, que los concedía á quien quería; los cargó de rentas y tributos, gobernándolos por uno de sus tenientes, sin que los colonos tuviesen ningun privilegio municipal, ó participasen de la administracion.

El gobierno español anhelaba que las tierras tuviesen un dueño, no para que fuesen cultivadas, sino para que pagasen. En su consecuencia se distribuyeron á los soldados conquistadores con estremada liberalidad; así es que el soldado tuvo cien piés de largo y cincuenta de ancho para sus casas, mil ochocientos noventa y cinco para el jardín, siete mil quinientos cuarenta y tres para la huerta, noventa y cuatro mil doscientos noventa y cinco para cultivar los grános de la India, y el espacio necesario para mantener diez cerdos, veinte cabras, cien carneros, veinte bueyes y cinco caballos. Asignóse el doble al de á caballo para sus habitaciones, y el quíntuplo para los demás. El sistema feudal de aquellas encomiendas, aunque restringidas y abrogadas por las leyes hasta la época de la independéncia, tuvo por resultado dar á la esclavitud formas más regulares; y los indios, repartidos en tribus compuestas de algunos centenares de familias, tuvieron por señores aquellos que les impuso la España, y estos señores fueron ó los soldados que se habían señalado en la conquista, ó abogados que habían ido á gobernar el país, y también monasterios ó iglesias.

Algunas veces un particular obtenía autorizacion de edificar una ciudad, con jurisdiccion civil y criminal en primera instancia por dos generaciones, el nombramiento de los oficiales municipales y cuatro leguas cuadradas de territorio. Lo que no se ocupaba por los edificios comunes y por el emprendedor se distribuía á la suerte por fracciones iguales, á razon de una fraccion por casa. Los jefes de las colonias podían además asignar terrenos á los que se iban á establecer en ellas hasta el momento en que Felipe II quiso sacar provecho vendiéndolos.

Como los metales preciosos eran en general el

objeto de todos los deseos, se descuidaba el cultivo de las tierras; de aquí procedía el empobrecimiento y la corrupcion. En un principio, las minas pertenecían al que las descubría. El mismo gobierno hacia esplotarlas en sus dominios; pero como no sacaba beneficios las dejó á los particulares, exigiendo de ellos el quinto de los productos, como se practicaba ya en España. Pero tuvo que contentarse después con el décimo, y disminuir el precio del mercurio que servía de amalgama, que tenía monopolizado. No obstante, no encontró quien se encargase de estas empresas más que agentes sin recursos, en las que un comerciante recomendable se hubiera desacreditado.

Cárlos Quinto gravó á los indios y á los propietarios con la *alcabala*, contribucion del 5 por 100 sobre toda venta por mayor, que se aumentó hasta el 14 por 100. Añadiéronse otros impuestos por las necesidades que renacían en la metrópoli, tales como el papel sellado, el monopolio del tabaco, de la pólvora, del plomo, de los naipes, además de la bula de la cruzada que se percibía cada dos años en el Nuevo Mundo desde 35 sueldos hasta 13 pesetas, segun la clase y la riqueza, para obtener el indulto cuadragésimo. En 1601 el indio pagaba 32 reales del tributo anual, y 4 de servidumbre, lo que equivaldría á 23 pesetas: aquella suma se redujo á 15 y hasta 5 pesetas. En la mayor parte de Méjico la capitacion ascendía á 11 pesetas, sin contar los derechos parroquiales; ahora bien, era preciso pagar 10 pesetas por el bautismo, 20 por casarse y 32 por el entierro.

La España y después las demás naciones introdujeron un recurso que ya habían ensayado varias veces los pueblos antiguos; el monopolio de los productos de sus colonias, y de los artículos de que tenían ellas necesidad. En su consecuencia se les prohibió plantar la viña, el olivo y los demás vegetales que hubieran prosperado allí, y les fué preciso por el contrario, comprar á peso de oro de la madre patria el aceite, el vino y lo demás. Hasta se prohibió también traficar una colonia con otra; todo debía ir á España y todo volver de allí. Hacer el comercio con estranjeros fué desde entonces un crimen capital; lo fué también comunicarse con ellos; y puede desde luego juzgarse las vejaciones que resultarían. Todo el comercio del Nuevo Mundo se encontró de este modo concentrado en Sevilla y limitado á los españoles. No por eso dejaron de ser ellos también sometidos á fuertes trabas, porque el gobierno determinó el número de los barcos que se debían mandar, su destino y la ruta que habían de seguir; visitas repetidas é incomodidades fiscales hicieron duplicar el precio de las mercancías, y la concesion de aquellas expediciones que los demás gobiernos trataban de animar, se consideraba como un favor.

La fundacion de las colonias reanimó en el primer momento la industria de España. En efecto, los pedidos que se le dirigieron en 1545 fueron tan numerosos que diez años de trabajo, segun el

cálculo que se hizo, no hubieran bastado á satisfacerlos (1). En su consecuencia, los obreros se aumentaron; y en tiempo de Felipe II, Sevilla, donde se encontraba el comercio con América, ocupaba diez y seis mil telares en tejer paños y sederías, que empleaba más de ciento treinta mil brazos. La marina se aumentó en la misma proporción, de tal manera que á principios del siglo XVII España poseía más de mil barcos mercantes.

Pero mientras aumentaban los pedidos de las colonias, España se imaginó que era bastante rica; y corriendo á buscar oro á nuevas regiones, dejó á los demás países de Europa que le proporcionasen víveres y telas. El gobierno los rechazaba y los declaraba prohibidos; pero como era un mal necesario, no conseguía más que manifestar su impotencia; y la prohibición se eludía cubriendo el cargamento con nombres de negociantes españoles, que en aquellas transacciones no se separaban de la delicadeza propia á su nación.

Aquel monopolio de pura apariencia estaba sostenido con ayuda de prescripciones absurdas. La corte tenía la superintendencia del comercio; sus oficiales visitaban el cargamento al marcharse y á la llegada; en su consecuencia Sevilla era el único puerto á donde todo iba y venía. Dos escuadras hacían el comercio de toda España con la América; la una llamada de los *galeones*, y la otra la *flota*. Los primeros se dirigían á Tierra-Firme, el Perú, Chile, tocaban en Cartagena, donde acudían los comerciantes de Santa Marta, Caracas y la Nueva Granada; después á Portobelo, triste aldea, mortífera á los extranjeros, donde acudían entonces multitud de gentes que llevaban los productos del Perú y de Chile para cambiarlos por las manufacturas de Europa. No se hacen en ningún país tantos negocios como se terminaban allí en cuarenta días, y con tan buena fe, que ni siquiera se desembaraban las mercancías, sino que se entregaban y aceptaban con la simple declaración del vendedor. La *Flota* se daba á la vela para Veracruz, donde recibía los tesoros de Nueva España, depositados en los Angeles, y después las dos escuadras se reunían en la Habana para volver juntas á Europa.

Reducido el comercio á un solo puerto, tuvo que concentrarse en un pequeño número de manos que pudieran prevenir la competencia, y desde entonces tasar arbitrariamente las mercancías: así era que las que se revendían en América daban hasta 200 y 300 por 100 de beneficio. El cargamento de ambas escuadras no pasaba nunca de veinte y siete mil quinientas toneladas; ahora bien, era mucho menos que lo que reclamaban las necesidades de las colonias, que desde luego estaban mal provistas y con inferiores cualidades. El contrabando suplía lo demás: se quiso cuando se conocieron sus efectos, reprimirlo con ayuda de una seve-

ridad monstruosa; por ejemplo, imponiendo la pena de muerte ó sometiendo el delincuente á la inquisición como si se tratase de una impiedad.

Los economistas proponían admitir la libertad, que es la única que puede impedir tales abusos; pero los degenerados austriacos en cuyo poder había caído España, no podían escucharles ni comprenderles. Personas embriagadas por la facilidad con que habían podido conquistar extensos países, asesinando poblaciones enteras, encontrando montones de oro y perlas, hubieran tenido por un loco al que les hubiera dicho: «No es conveniente devastar un campo fértil para abrir allí una mina: la abundancia creciente del oro no sirve más que para encarecer los géneros que se compran con él. Pero los errores económicos llevan consigo un castigo: pronto los tesoros de América se encontraron destinados, antes de llegar á España, á pagar las mercancías extranjeras; y Felipe II, dueño de las minas del Potosí y de Méjico, se vio precisado á dar un edicto para que una moneda de cobre tuviese el valor de plata, y la universidad de Toledo representó á Felipe III, que el numerario era tan escaso, que era preciso para procurarse un capital dar una tercera parte de interés (2).

Las colonias no podían prosperar cuando la metrópoli perecía; pero la ignorancia y el orgullo se obstinaban en querer el oro y la dominación, en lugar de admitir el libre cambio de los productos y la superioridad civil, que los hubiera hecho crecer mutuamente.

**Clero.**—Los papas, cuya diestra y tradicional ambición no se cesa de recordar, ó no vieron todas las ventajas que podían sacar de la América, ó al menos no se les importó. En efecto, Alejandro VI cedió todos los diezmos de ella á Fernando el Católico, á condición de sostener allí á los misioneros, y Julio II el patronato y el nombramiento de todos los beneficios. Véase, pues, á los reyes de España jefes de la Iglesia americana investidos con los derechos que habían sido tan cuestionados en Europa, como el derecho de elegir para los empleos eclesiásticos, el de disponer de las rentas y administrar los beneficios vacantes. Ninguna bula era allí obligatoria sin que antes fuese aceptada por el Consejo de Indias.

El clero secular y regular se multiplicó extraordinariamente, y la América española tenía en 1649, al decir de Conzalo de Avila, un patriarca, seis arzobispos, trescientas cuarenta y seis prebendas, dos abadías, cinco capellanes del rey y ochocientos cuarenta conventos (3). La mayor parte de los eclesiásticos iban de España, por lo cual se deducirá fácilmente que no eran los mejores. El deseo de librarse de las reglas rigurosas á que estaban sujetos en su patria, estimuló á muchos

(2) CAMPOMANES, I, 417.

(3) *Teatro eclesiástico de las Indias Occidentales*, t. I, pref.

(1) CAMPOMANES I, 406.

monges á buscar en América una condicion más libre; se permitía á los religiosos mendicantes desempeñar curatos y disfrutar diezmos; todos vivian exentos de la jurisdiccion episcopal, de lo cual resultaba que muchos se estraviaban y hacian una vida desordenada, ó se dedicaban á tráfico innoles, arrastrados por los ejemplos que tenian á la vista.

**Rentas.**—El gobierno no sabia lo que producian á España las colonias. Es cierto que los gastos de administracion consumian más de dos tercios de las rentas; pero se introdujo algun orden durante el ministerio del marqués de la Ensenada, pudiéndose evaluar lo que percibió la corona durante los doce años de su administracion en 17.719,448 pesetas, y además los derechos de embarcos y desembarcos. Creció después esta suma, en términos que en el año de 1780 daba Méjico al tesoro 54.000,000; el Perú 27.000,000; Guatemala, Chile y el Paraguay 9.000,000. Deduciendo 56.000,000 á que ascendian los gastos, quedaban 34.000,000 á favor del fisco; además de 20 que recibía en Europa sobre las mercancías embarcadas para las colonias y sobre las que venian de ellas. Se calculaba, pues, en 54.000,000 de pesetas el producto neto de las rentas del Nuevo Mundo.

**Administracion.**—Esas posesiones estaban divididas para la administracion en nueve Estados, independientes casi enteramente entre si. Eran éstos: en la Zona Torrida, el vireinato del Perú y de Nueva Granada, con las capitanías generales de Guatemala, Puerto Rico y Caracas; y entre los dos trópicos los vireinatos de Méjico y de Buenos-Aires, con las capitanías generales de Chile y de la Habana, en que estaba comprendida la Florida. Los empleados recibían un sueldo del rey representado por los vireyes, jefes de administracion y del ejército, investidos de un poder despótico sobre los súbditos; tenían estos altos dignatarios una corte semejante á la de Madrid, guardias de á pié y á caballo y banderas con sus armas; se extendía su jurisdiccion sobre países lejanos e inaccesibles, cuyos intereses y situacion desconocian (4).

Su autoridad absoluta sólo estaba limitada por las *audiencias*, que eran unos tribunales de justicia, organizadas como las chancillerías en España. Pronunciaban en última apelacion sobre las causas civiles y eclesiásticas que no escedían de 10,000

duros, podían dirigir reconvencciones al virey, cuyas funciones suplían á falta de éste, y se entendían directamente con el Consejo de Indias. Los miembros de la audiencia, dotados de grandes privilegios, no tenían jamás á la vista otro interés que el de la madre patria, y les estaba prohibido, lo mismo que al virey, contraer alianzas de familia en el país vencido y adquirir en él propiedades. Los vireyes intentaron muchas veces abrogarse una atribucion que sólo existe en los países más esclavizados, es decir, el derecho de administrar justicia en persona, en lugar de los magistrados, con lo cual hubieran dispuesto á discrecion de la vida y hacienda de los súbditos; pero los reyes de España les impidieron siempre que pudieron el inmiscuirse en los procesos sometidos á las audiencias.

El Consejo de Indias, que es el más considerable de la monarquía española, fué instituido por Fernando y organizado después por Carlos Quinto en 1524, para que entendiese en todos los negocios civiles, eclesiásticos, militares y comerciales en estos países. Cuando los dos tercios de los miembros aprobaban las decisiones del Consejo, se publicaban éstas en nombre del rey. A estos tribunales tenían que acudir todos los americanos desde el último hasta el virey. Un tribunal de comercio, establecido en Sevilla con el nombre de *Casa de contratacion*, vigilaba todo lo concerniente á las operaciones mercantiles entre España y América, determinaba las mercancías de importacion y esportacion, señalaba el momento en que se habian de hacer á la vela las flotas, la fuerza de las tripulaciones y los gastos del viaje, y finalmente decidía todas las cuestiones que tenían relacion con este movimiento comercial. La Hacienda, llaga de este país, estaba dirigida por un intendente en cada vireinato.

Situados de modo que pudiesen vigilarse unos á otros, segun lo exigía la desconfianza española, ninguno de estos empleados tenía el encargo de conseguir las mayores ventajas, no diremos para la poblacion subyugada, sino tampoco para los colonos. Habíase introducido al principio de la conquista el sistema municipal, que Carlos Quinto no habia arrancado aun de España, y los ayuntamientos eran nombrados por las ciudades para proteger sus intereses; pero la corte trató siempre de estirparlos y desnaturalizarlos, reduciéndolos á una simple administracion interior sin ninguna ingerencia en el gobierno. Sin embargo, lograron sostenerse á pesar de la corte, hasta el punto de llegar á ser en nuestros dias el núcleo de la resistencia que les dió la libertad.

Los que conocen los reglamentos promulgados por los españoles en el Milanésado y en el reino de Nápoles, pueden formarse una idea del código de las colonias (*Recopilacion de las leyes de Indias*): es un conjunto indigesto de las órdenes emanadas del rey y del Consejo de Indias con intencion diversa y para casos muy diferentes; pres-

(4) Entre los cincuenta vireyes que gobernaron á Méjico desde 1535 hasta 1808, no hubo más que uno nacido en América, que fué el conde Juan de Acuña, marqués de Casaforte, peruano. Buen administrador y hombre muy desinteresado, hizo que se echase de menos su gobierno, que duró desde 1722 hasta 1734. Fueron también vireyes en Nueva España un descendiente de Colon, y otro de Motezuma, así como don Pedro Nuño Colon, duque de Veraguas, que hizo su entrada en Méjico en 1673 y murió seis dias después, y don José Sarmiento Valladares, conde de Motezuma, que gobernó el país desde 1697 á 1701.

cripciones estrañas é incoherentes en que nunca faltaba un texto para apoyar cualquier abuso. Y como si esto no fuese bastante, los privilegios (*fueros*) de corporaciones ó de personas se habían multiplicado hasta lo infinito, con sus tribunales especiales; laberinto intrincado que ponía al indio en la imposibilidad de obtener justicia del europeo.

**Poblacion.**—Se ha imputado sin razon á España la intencion de esterminar á los indígenas, para no esponderse á perder el país. Las leyes estaban ciertamente llenas de palabras humanas, pero se cuidaba poco de su ejecucion. El número de colonos se aumentó tambien muy lentamente en razon á que las fatigas que se exigian para la explotacion de las minas, desalentaba á muchos que creían hacerse ricos apenas llegaban. La manera como estaban constituidas las propiedades, no dejaba de ser tambien muy perjudicial al interés general, porque en lugar de estar subdivididas para que fuesen de fácil trasmision, cada una se extendía sobre provincias enteras, y como estaban afectas á mayorazgos, resultaban los inconvenientes que tanto perjudicaban en Europa en aquella época. Estaban además gravadas con el diezmo para el clero, aun sobre los objetos de primera necesidad, y sobre aquellos cuyo cultivo es el más costoso.

Lo cierto es que á diferencia de las colonias inglesas, en las españolas la raza indígena fué conservada en gran parte y se civilizó mezclándose con los europeos. Así es que la poblacion americana se divide en siete razas: los blancos nacidos en Europa, llamados *gachupines*; los criollos, ó blancos de raza europea nacidos en América; los mestizos, nacidos de blancos y americanos; los *zambos*, hijos de negros y de indios; los indios, ó la raza indígena de color cobrizo, y en fin, los negros de origen africano.

Ya hemos hablado de estos últimos. Parecía que era usar de mucha clemencia el reconocer á los indios por hombres, pero siempre estuvieron en la condicion de pupilos, exigiéndoles para que pudiesen contratar por más de veinte y cinco libras que los abonase un blanco. Hasta en los sitios donde los naturales se mantuvieron siempre en mayor número y con tanto poder, que tenían los mismos derechos políticos que los colonos, no se les consideró iguales á los blancos. Teníase por un favor distinguido el que algun perdido europeo se casase con una rica y principal americana, y los mestizos que nacian de esta union eran despreciados. La letra de la ley no establecía, sin embargo, ninguna diferencia entre el blanco y el hombre de color, pues que declaraba á unos y á otros admisibles á la obtencion de empleos; pero en realidad sólo se daban á los españoles ó á los cristianos puros, como ellos decían, es decir, á aquellos cuya sangre no había sido adulterada con alianza judía ó mora; hombres estraños á los usos y necesidades del país, á donde sólo iban por poco tiempo con intencion de enriquecerse lo

posible. Los vireyes, sobre todo, se enriquecían estraordinariamente distribuyendo á su antojo el mercurio, cuyo monopolio pertenecía al rey, encargándose de obtener en Madrid títulos, privilegios, la justicia ó la iniquidad; concediendo licencia para violar las leyes prohibitivas y vendiendo los empleos á gentes que los tomaban hasta sin sueldo, con la certidumbre de ganar suficientemente con sus concusiones.

Así es que los chapetones, es decir, los españoles puros, despreciaban altamente á los criollos, que en cambio les correspondían con un odio mortal. Los negros, que estaban de esclavos en las casas, se llenaban de orgullo y maltrataban y escupían á los indios, lo cual era una nueva fuente de odios que fomentaba España como un medio escelente para evitar las confabulaciones peligrosas.

No se necesita decir que haciendo imposible toda industria las innumerables trabas que existían, resolvieron del modo más notable, el problema de hacer una nacion pobre en medio del oro y en un suelo estremadamente fértil. Si el indígena y el criollo se resignaban a ser despreciados por los gachupines, y á estar escluidos de los empleos y honores, no podían dejar de indignarse al verse forzados á pagar escesivamente caros los artículos de primera necesidad, cuyo monopolio se había reservado la madre patria, y que la tierra que habitaban les habría suministrado en abundancia sin prohibiciones tiránicas.

A los abusos inevitables en semejantes sistemas, se agregaron otros dos: la *mita* y el *repartimiento*, que probarán hasta donde llegaba la opresion de los indios, ya estuviesen libres ó sometidos.

La *mita* era un servicio corporal á que estaban obligados todos los indios desde diez y ocho años hasta cincuenta. La poblacion estaba dividida para este objeto en siete partes, que trabajaban seis meses cada una, de manera que no volvía á tocarles el turno hasta después de tres años y medio. Todo propietario de mina tenía derecho á exigir del distrito cierto número de brazos para explotarla. Es fácil formarse una idea de lo que tendrían que sufrir los indios con semejante derecho, cuando se sepa que sólo en el Perú había cuatrocientas minas abiertas, y que perdía la suya el que no trabajaba en ella en un año y un día. Los desgraciados á quienes se obligaba á prestar este duro trabajo, lo consideraban como mortal, y disponían de sus bienes como si fueran á morir. En efecto, apenas sobrevivía una quinta parte. Transportado á ciento y trescientas leguas de distancia, recibía el indio cuatro reales diarios, de los cuales dejaba una tercera parte al dueño en pago de la comida, y éste sabía tambien sacarle el resto, haciéndole anticipos ó vendiéndole licores ú otros objetos. A veces tambien acumulaba sobre el indio una deuda que le obligaba á quedar en perpétua esclavitud por no poder satisfacerla.

Por el repartimiento los corregidores y subintendentes de distrito, tuvieron la obligacion de

suministrar á los indios los objetos de primera necesidad, cuya medida fué muy oportuna en un principio, cuando eran muy pocos los comerciantes que penetraban en aquellos países; pero los corregidores no tardaron mucho en hacerla servir para la más infame especulación. Considerando como una obligacion de parte de los indios lo que se habia instituido en su abono, les obligaron á comprar cosas de desecho, como si fueran de primera necesidad; les vendian mulas cansadas, granos averiados, vino picado, tres ó cuatro veces más caro que si hubiese sido excelente. Obligaron á las personas que iban descalzas y á las que no tenian barba, á proveerse de navajas de afeitar, de medias de seda y trajes de terciopelo. Uno de ellos que habia ajustado á bajo precio con un torpe especulador un cajon de anteojos, obligó á los indios de su distrito á no presentarse en la iglesia sino con gafas, que tasó á su antojo.

Los resultados correspondian á los medios que se empleaban, y así cuando se concedió alguna libertad, se conoció cuán más provechoso era ésta que no las costosas prohibiciones. Cuba, que es uno de los países más favorecidos por la naturaleza, situada en el centro del Mediterráneo del nuevo mundo, estendiéndose por una parte hácia el Atlántico y por la otra hácia el golfo de Méjico, con las Lucayas y las Antillas por compañeras, y teniendo en la Habana uno de los puertos más hermosos del mundo, fué siempre muy cómoda para el desembarque de los buques que llegaban de Europa. Pero España, atendiendo sólo al continente y no mirando á las islas sino como punto de descanso, descuidó la isla de Cuba, y queriendo hacer soldados á estos colonos, irritó á una gente amiga de la paz é inspiró grande aversion á los movimientos mecánicos de nuestros ejércitos. Así que, sin llegar á ser nunca buenos soldados, abandonaron la agricultura y aborrecieron á una nacion que sólo sabia tiranizarlos. Apenas hace un siglo, era Cuba una miserable posesion de noventa y seis mil habitantes, cuyos productos eran casi esclusivamente las maderas y los cueros; todo su comercio lo hacian tres ó cuatro buques procedentes de Cadiz, ó algun comerciante que despues de haber vendido su cargamento en los puertos de Cartagena, Vera Cruz ú Honduras, tocaba allí para cargar de nuevo, de modo que la isla debia dar las mercancías y el dinero para pagarlas. Pero desde que desaparecieron las esclusiones en el año 1765, arribaron ciento y un barcos españoles, y ciento diez y ocho buques ligeros de Méjico y de la Luisiana; posteriormente se publicaron las ordenanzas reales de 1789 que permitian arribar los buques de todas las naciones, con la condicion de no introducir negros; por último, en 1818, se concedió la libertad de esportacion, primer ejemplo de libertad en esta clase de colonias. Actualmente es esta isla el fondo de reserva de la monarquía española, produce setenta y cinco millones al año y esparce sus productos por toda la Europa, y segun

los cálculos recientes, esporta siete millones de arrobas de azúcar.

El nuevo paso hallado por Magallanes, habia procurado á los españoles una comunicacion fácil entre las colonias meridionales y la madre patria, realizándose así el pensamiento de Colon; pero habiendo tenido mal éxito muchas expediciones, cesó la navegacion entre el mar del Sur y el Atlántico. Necesitando despues dinero Carlos Quinto para ir á hacerse coronar en Italia, vendió al rey de Portugal los derechos de España á las Molucas. Las Cortes, cuya voz no estaba aun del todo sofocada, reclamaron contra esta débil concesion, y hasta se obligaron á suministrarle la suma prometida por los portugueses, á condicion de que les dejase disfrutar sus rentas por espacio de cinco años, y al fin de ellos volveria el emperador á quedar por dueño de esta posesion como antes; pero se obstinó en sacrificar el interés y el honor del país.

Todavía conservaba España las numerosas islas descubiertas al Este de la línea de demarcacion. Ruy Lope de Villalobos fué enviado á ellas para formar establecimientos, y añadió él mismo nuevos descubrimientos, particularmente en las Filipinas, que despues de haber estado dominadas por la China, las habia abandonado por estar demasiado lejanas. Los naturales resistieron obstinadamente á los españoles, que sufrieron mucho sin obtener resultados. Miguel Lopez de Legaspi, que volvió á ellas poco tiempo despues para intentar de nuevo la creacion de establecimientos, encontró las Bermudas, y quizá tambien una de las Marianas, é hizo de la isla de Manila el centro de las posesiones españolas en Filipinas. Mejor conocido ya el camino para Nueva España, que hasta entonces sólo fué señalado por naufragios, siguióse habitualmente por los navegantes.

Manila ó la isla de Luzon tiene al Norte la China, al Nordeste el Japon, al Mediodía una multitud de islas, y al Oeste Malaca, Siam, Cochinchina y los demás países donde se aumentaba el poder portugués. El napolitano Gemelli Carreri, viajero más desacreditado que lo que merecia, halló este clima menos cálido que el verano en Nápoles. Se cria el arroz sin necesidad de riego, así como los mejores frutos del trópico, y el oro es tambien abundante. Los naturales son malayos; pero la isla habia sido ocupada recientemente por los moros venidos de Borneo y de Malaca. ¿Cuántas ventajas no bubieran podido obtenerse de esta posesion incomparable? Pero los españoles se aprovecharon tan poco, que en una historia de las Indias, escrita por Guyon, ni aun se les cuenta entre los pueblos que hacian allí el comercio. Los chinos se alarmaron al principio con esta vecindad, pero muy pronto se hicieron amigos de los españoles por interés, viniendo muchos de ellos á establecerse en Manila. En 1603 ascendia á treinta y cinco mil el número de los que se habian trasladado á esta isla; pero de resultados de una trama, verdadera ó supuesta, fueron muer-

tos veinte y tres mil: se aumentó después su número, pero en 1639 quedaron reducidos por los mismos medios, desde cuarenta mil á siete mil, y por último, fueron totalmente espulsados en 1709, como intrigantes y amigos de fraudes (5).

Los españoles no desistieron nunca de recobrar las Molucas, á las cuales no habian renunciado sino con disgusto; pero las tentativas que se hicieron para conseguirlo, vino á ser una causa de ruina para las Filipinas, que estaban en un estado de hostilidad continua. Por fin consiguió apoderarse de ellas don Pedro de Acuña, pero los resultados fueron tan inferiores á lo que se esperaba, que se trató de abandonar las unas y las otras. El gobernador de estas islas gozaba de una autoridad ilimitada durante ocho años, al espirar los cuales se le sujetaba á una residencia y quedaba á disposicion de los colonos. Era éste un puesto de mucha importancia, porque al mismo tiempo que protegía las expediciones que se hacian al mar del Sur, servia de escala al comercio con Nueva España por una parte, y con la China por otra.

Como el tráfico con la China, segun las miserables ideas económicas de aquel tiempo, parecia refluir solamente en beneficio de este imperio, se restringió en extremo. Los que tanto se preocupaban por la balanza comercial, podian haber reflexionado que el imperio del Medio no se servia de aquel dinero para la ruina de España, al paso que todo el que enviaban á Europa iba á caer directamente en manos de sus enemigos.

Manila, por medio de un comercio muy activo con la China, pudo mandar la produccion de aquel país á las colonias. Es extraño que España que negaba á los mismos europeos todo tráfico con la América, lo permitiese á las Filipinas: á menos tal vez que aquellas islas no lo hubiesen comenzado antes de que la madre patria comprendiese la ventaja, y que después ésta no se atreviera á prohibirle. El hecho es que un enorme galeon salia todos los años de Manila para Acapulco, y la corona contribuía á sus gastos con 75,000 pesos. Iba tan cargado, que la bateria inferior quedaba bajo del agua, hasta que el consumo de los víveres y del agua en la navegacion lo aligeraban. Su cargamento se componia de oro, pedreria, quincalla, seda cruda, tejidos ordinarios para el vulgo, especias, objetos fabricados en Filipinas, telas de las Indias, mercancias de China, y todo en grandes partidas; cincuenta mil pares de medias de seda, por ejemplo. El comandante tenia el título de general: el sueldo del capitán era de 40,000 pesos; el del piloto de 20,000, y la mitad el contraestre. Los agentes cobraban el 9 por 100 de las mercancias que hacian vender; cada marinero recibia

350 pesos fuertes. Habia á bordo de trescientas á cuatrocientas personas de sobrecargo, y era preciso aguardar del cielo el agua dulce para beber; lo cual era un riesgo terrible. Admitiendo que ninguna tempestad turbase el viaje, permanecian seis meses enteros sin echar el ancla antes de llegar á la costa de California. Semejante lentitud procedia de las precauciones que el gobierno creia necesarias para proteger aquella reunion de personas y tesoros. En su consecuencia, prescribia dia por dia, y en tal ó cual caso, lo que habia que hacer irrevocablemente, cuando hubiera podido dispensarse de aquellas precauciones, eligiendo por comandantes á hombres experimentados, en lugar de personas que compraban su empleo como medio de lucro ó de vanidad.

Descansaban cuatro meses en el puerto de Acapulco, el mejor del mar Pacifico, pero donde el aire es tan mal sano que perecen allí gran numero de pasajeros. Se cambiaba el primer cargamento por dinero contante, cochinilla, vinos, confituras, mercancias de Europa, y el *galeon* se daba á la vela. Hacia de esta manera tres mil leguas para ir, y dos mil quinientas á la vuelta; la más extraordinaria navegacion del globo, empresa de proporciones gigantescas, con objeto de no pagar más que una sola tasa, y tambien tal vez por ostentar el aire de magnificencia que España afectaba en todas sus expediciones. Pero además de los peligros que se debian temer de los vientos y de las olas, aconteció más de una vez que el galeon fué robado por un enemigo de España; y el que se apoderaba de uno solo de aquellos barcos sacaba bastante dinero para sostener contra ella la guerra por espacio de un año.

Las islas de los Ladrones, llamadas despues Marianas, por el nombre de la madre de Carlos II, que envió á ellas misioneros, estaban pobladas de salvajes tan ignorantes, que no conocian siquiera el uso del fuego. Pero el suelo era en extremo fértil, y abundaban de árboles del pan. ¡Qué situacion más favorable para ser el centro del comercio de las Indias, y (aun sujetándose á las ideas exclusivas de entonces) para impedir á cualquiera otra nacion el pasar á Oriente por el mar Pacifico! Pues no comprendiendo los españoles la riqueza, sino bajo la forma del oro, aguardaron siglo y medio antes de formar allí establecimientos, aunque sus barcos tocasen en ellas al pasar de la América á Manila; y nunca pensaron más que en gastar lo menos posible. En dichas islas los jesuitas determinaron á Felipe IV á enviar allí misioneros, que obtuvieron un feliz éxito mientras emplearon solamente la constancia y la caridad; pero como llegaron á reclamar varias veces la asistencia de la fuerza, acabaron por hacer odiar la religion y todo fué de mal en peor.

Los españoles hicieron sin duda otros descubrimientos en tan multiplicados viajes; pero fueron siempre tan mal señalados como explotados. No podemos, sin embargo, pasar en silencio á Juan

(5) Los ingleses se apoderaron de Manila en 1762, entregándola al pillaje. Los habitantes pagaron por su rescate veinte y cinco millones de pesetas, y al ajustarse la paz volvió á poder de los españoles.

Fernandez, que encontró un camino mejor en el Grande Océano, y halló en uno de sus viajes la pequeña isla que lleva su nombre.

Tal era el sistema absurdo con el cual España arruinaba sus colonias y se arruinaba ella misma, con su insensata pretension de encerrar un país de una inmensa estension como la América. En su origen el ardor de los descubrimientos cubría al menos con alguna apariencia de esplendor, su ferroz brutalidad y su estúpida admistracion; pero una vez que Felipe II, viendo la imposibilidad de proteger suficientemente posesiones muy extensas, prohibió buscar nuevas tierras, no quedó otro medio á los gobernadores para saciar su ambicion, que enriquecerse, haciéndose perdonar sus robos dividiéndolos con los que dominaban en España. No pudiendo ellos mismos intentar expediciones aventuradas, separaron de ellas á los particulares, y dejaron que la desidia reemplazase el entusiasmo. Concluyóse la gloria de los españoles en la carrera que ellos habian abierto, y en la que no dejaron más que un triste renombre y ejemplos de crueldad.

Cuando pasó el trono de los austriacos á los franceses, España volvió algo en sí; pero Felipe de Borbon se vió en la precision de conceder á la Inglaterra el *asiento*, es decir, el privilegio de proveer de negros las colonias españolas, y enviar cada año á la feria de Portobelo un barco de quinientas toneladas, cargado de mercancías de Europa. Los que conocian el carácter de los ingleses no dudaron que la concesion se dilatara. No sólo el cargamento se aumentó, sino tambien el número de barcos, de tal manera, que atrajeron á sí todo el comercio, y los galeones no sirvieron entonces más que para traer de América el quinto de los metales preciosos. El gobierno, con objeto de remediar el mal, restringió los abusos y el contrabando; permitió á ciertos negociantes (*barcos de registro*) hacer el tráfico mediante una tasa, y fueron tan evidentes las ventajas, que se cesó de mandar galeones. El comercio se hizo entonces con barcos, que, doblando el cabo de Hornos, llevaron directamente las mercancías á donde habia necesidad de ellas.

En medio de tantos absurdos económicos, habia no obstante uno de que habia sabido guardarse España, aunque todas las naciones dedicadas al comercio lo hubiesen adoptado: queremos hablar de la institucion de las compañías de comercio,

investidas con el monopolio. La corte se lo habia reservado; pero entonces se concedió á una sociedad para el comercio de Caracas y de Cumaná, con el cargo de sostener bastantes barcos para alejar á los contrabandistas holandeses que habian atraído á sí todo el comercio del cacao (6). Otra compañía instituida por Cuba en 1735, y otra tercera, treinta años después, para Santo Domingo y Puerto Rico, vieron bajar sus acciones de repente á la mitad de su valor.

Establecióse entonces solamente un servicio de barcos-correos para llevar los despachos y las cartas, que antes no iban más que con las flotas, de lo que resultaba un gran atraso en las operaciones y órdenes: cada barco pudo además llevar un ligero cargamento. Después la libertad del tráfico en las colonias recibió un poco de estension, pues fué permitido elegir diferentes puntos de partida; y además, se disminuyeron los derechos, y el cultivo del azúcar, que España habia tenido que comprar hasta entonces, recobró actividad. Establecióse un nuevo vireinato que comprendia las provincias del Rio de la Plata, Buenos-Aires, el Paraguay, el Tucuman, Potosí, Santa Cruz de la Sierra, lo cual facilitó la administracion y puso obstáculos al contrabando de los portugueses, al menos tanto como era posible con los exorbitantes derechos que se quisieron conservar (7).

(6) La provincia de Caracas se estiende más de cuatrocientas millas á lo largo de la costa, y es una de las más fértiles de América; en los veinte años que precedieron á la formacion de aquella compañía (1728) llamada de Guipuzcoa, la España no envió allí más que cinco barcos, y desde 1706 hasta 1722 no se dió ninguno á la vela desde Caracas para España. Vióse precisado el reino durante este tiempo á comprar todo el cacao que necesitaba, y no sacaba tampoco de allí ni tabaco ni cueros. En los treinta años que siguieron á 1731, se esportaron de Caracas 643,213 fanegas de cacao, de ciento diez libras cada una, y 869,247 en los diez y ocho años posteriores. La produccion de los tabacos y cueros aumentó tambien considerablemente. Véase ROBERTSON, lib. VIII.

(7) Entonces aparecieron los notables escritos de que hemos hecho mencion con frecuencia de don Pedro Rodríguez Campomanes, fiscal del Consejo Real. *Discurso sobre el fomento de la industria popular*, 1774, y *discursos sobre la educacion popular de los artesanos y su fomento*, 1775, en los que el autor combate con osadia las preocupaciones vulgares concernientes al comercio y á las manufacturas.

## CAPÍTULO XI

### MISIONES EN AMÉRICA.

Si la raza india no fué esterminada enteramente, no es á la compasion de los españoles, ni á su cansancio á lo que se debe, sino al caritativo celo de los sacerdotes y obispos, á los cuales las leyes españolas confiaron el cuidado de velar por la vida y libertad de los naturales, en cuyos protectores legítimos se constituyeron. Tal fué, en efecto, la tarea de que se encargaron; otros llegaron después de Europa con el designio de convertir á los americanos, y el primero que atravesó el Atlántico con este objeto fué el benedictino catalan Bueil, á quien una bula pontificia del 24 de junio de 1493, designó para aquella mision, con otros doce sacerdotes.

Otros muchos se precipitaron siguiendo su ejemplo. Los dominicos, instituidos principalmente para la predicacion, acudieron pronto á ejercerla en el Nuevo Mundo; lo mismo aconteció con los franciscanos, agustinos, capuchinos y lazaristas; pero sobre todo los jesuitas, órden que estaba aun en el vigor de la juventud, animados con el deseo de sobrepujar á los demás en celo y en sufrimientos, se dedicaron á aquella obra con un ardor particular, y encontraron donde desarrollar su propio carácter, mezcla de obstinacion y flexibilidad. Dejaremos á otros el cuidado de disculpar á los jesuitas en la época en que sufrieron el contagio de las cortes; nuestro deber será siempre admirarlos, cuando un sacrificio sublime los hizo consagrarse al consuelo de los que sufren.

Después de las perfidias y atrocidades que acompañaron al descubrimiento, el ánimo se solaza al fijarse en estos héroes, los cuales, llenos de viva compasion por la degradacion del hombre, y por las miserias á que lo reducia la ignorancia propia ó la avidez de otros, iniciaron holocausto de sus vidas y placeres para llevarles la verdad, arrojando ya las crueldades de la barbarie, ya la obstina-

cion de las preocupaciones y siempre la repugnancia de la naturaleza humana, no sostenida por esperanzas de gloria ni por la vanidad de padecer intrépidamente ante una admiradora multitud. Hoy se hacen las expediciones científicas con grande aparato; pero entonces el misionero partia para conquistar un mundo sin más instrumentos que la cruz y el breviario. Y no bastaba el valor en empresas en que no se trataba sólo de matar y dominar á los pueblos, sino que se requería tambien ciencia para convertirles, hablar en su lengua, secundar sus costumbres y el giro de sus ideas; refutar sus antiguas creencias, y saber exactamente hasta qué punto la moral y la religion pueden condescender con la costumbre y las preocupaciones.

En medio de aquellos rios en que desaguan otros inmensos; en medio de aquellos bosques ilimitados que desembocan en otros bosques vírgenes; en aquellas praderas sin fin en que el hombre se pierde como en medio del Océano, el misionero, á merced de los elementos, rodeado de fieras y reptiles venenosos, lo mismo que de hermosísimos pájaros, penetraba por sendas que ni la avaricia se habia atrevido á pisar, dirigiéndose en busca de conversiones ó del martirio. Sólo Dios veía al franciscano con su tosca túnica y los pies descalzos, ó al jesuita con su gran sombrero, sus negros hábitos, el crucifijo en la cintura y el breviario bajo el brazo, recorrer aquellos bosques vírgenes, atravesar los pantanos con el agua hasta la cintura, encaramarse á las escarpadas rocas, penetrar en las sangrientas tinieblas de las cuevas y precipicios expuestos á ser presa de las garras del tigre, de las mordeduras de la serpiente ó de la glotoneria del indio que podria creerle una caza apetitosa. Si alguna de estas cosas sucedía, el misionero espiraba alabando al Señor, y otro compa-

fiero que seguía sus pasos, al encontrar los restos dejados por el canibal ó el ave de rapiña, los sepultaba, entonaba su oración al mártir, plantaba en aquel sitio una cruz y continuaba su camino dispuesto á sufrir igual suerte.

Acostumbrado el salvaje á no ver al europeo acercarse á él más que para arrebatárle su oro, su mujer ó su libertad, se admiraba al aspecto de aquellos hombres que nada pedían; se admiraba también de la intrepidez con que desarmados, afrontaban la muerte; de la constancia con que sufrían los tormentos más refinados y se apiñaban en rededor del sacerdote, que, apenas sabiendo algunas palabras del dialecto hablado por la multitud que le rodeaba, les enseñaba una cruz y el cielo. ¿Era un mago? ¿Venía del cielo? Un nuevo encanto percibían en sus palabras y le escuchaban atónitos cuando les invitaba á dejar la vida errante, los matrimonios múltiples, los banquetes humanos y á unirse en la santidad de la familia y de la sociedad. ¿Quién no recuerda la fábula griega de Orfeón y Anfión? Los misioneros proveíanse muchas veces de instrumentos armoniosos, y surcaban los ríos llenando el ambiente de sencillas melodías. Con este nuevo prodigio los salvajes acudían de las llanuras y los montes, y se arrojaban al río para seguir á nado la navicilla que le atrevesaba, entonando los himnos de la Iglesia, con lo cual empezaban á gustar los placeres que proporciona el vivir en sociedad, y procuraban desde luego imitar estos cánticos al rededor de la cruz ó de la efigie de María.

Muchas tribus ni aun tenían las palabras *Dios* y *alma* que había que darles á conocer por ideas materiales; otras, indiferentes á toda religión, no habían recapitado jamás en los deberes de ninguna de ellas, y la mayor parte tenían costumbres opuestas á la predicación, como la ligereza infantil, la orgullosa gravedad, la brutal venganza y los continuos incestos que eran los enemigos que bajo diferentes formas tenía que combatir el misionero. La dulce piedad, la moral pura y una fe incontrastable eran las armas de que podía disponer. Para buscar á los salvajes tenía que seguir sus huellas por cuevas profundas, aventurarse en medio de los ríos sobre algunos maderos, lo cual apenas se atrevían á hacer los salvajes mismos, aunque eran muy semejantes al anfibio, ó por bosques cuyos habitantes les prendían fuego algunas veces luego que los veían dentro, y atravesar muy á menudo doscientas ó trescientas leguas por senderos frágiles y prados inaccesibles para reunir el rebaño. Una vez que les encontraban, tenían que hacerse á sus repugnantes comidas, como ranas casi crudas, caza aun sangrienta, dormir en sus fétidas cabañas, labrar tierras vírgenes con instrumentos de madera, trabajar á destajo mientras les contemplaba el ocioso salvaje, enseñarles todos los oficios, destruir el origen de su glotonería y darles una idea de lo que menos podían comprender que era la Providencia.

Al separarse de una tribu, siempre dejaban en ella algunas máximas de moral y ejemplos que imitar. Un misionero que acompañaba varias familias indias fuera del país aislado por los irroqueses, escribía lo que sigue: «Somos sesenta, tanto hombres como mujeres y niños, y todos sin fuerzas ya. Las provisiones están en la mano del que alimenta las aves del aire. Parto cargado con mis pecados y mi miseria, y tengo gran necesidad de que se ore por mí.» Estos hombres que se sacrificaban, no podían aguardar ninguna recompensa en este mundo, ni siquiera la que resulta de la certidumbre de ser útil; y después de una vida llena de fatigas, abandonaban la tierra con la triste convicción de haberse esforzado en vano en domar instintos feroces. El jesuita Vasconcellos, tratando de convertir á una vieja en su lecho de muerte, le espuso los artículos de la fe, las leyes de la caridad, después trató de saber de ella si quería algún alimento; pero ni el azúcar ni los demás generos de Europa le incitaban; lo que únicamente deseaba, lo que pedía con instancia, era una mano de un niño que roer. Comunmente se les oía contestar: *No queremos un paraíso donde hay europeos.*

No hay necesidad de preguntar si aquel nuevo territorio fué fecundado con su sangre. Los jesuitas cuentan trescientos mártires entre sus hermanos en el siglo xvii y los que visitaron sus colegios encontraron largos corredores cubiertos de retratos, no de aquellos que se insinuaron cerca de los troncos, sino de los que perecieron propagando la civilización con la cruz en la mano.

En medio de aquellas santas penalidades, los misioneros conservaban la mayor tranquilidad de alma. Los más capaces de ellos dirigían á sus jefes la relación de sus trabajos. Estos relatos, impresos después con el título de *Cartas edificantes*, son un monumento notable para todo el que está exento de las preocupaciones, y en los que, sin fijarse en la gloria mundana del estilo, la sencillez de la exposición añade un nuevo adorno al heroísmo. No olvidaban tampoco la ciencia del mundo, y algunos compilaban diccionarios que sirvieron de base á la lingüística; otros enseñaban el uso del chocolate y de la quina; éstos indicaban posiciones comerciales excelentes, aquellos encontraban tierras nuevas. Un jesuita halla en Tartaria una mujer hurona que había conocido en el Canadá, y sacó en consecuencia la proximidad de ambos continentes al Noroeste, antes que Behring y Cook diesen la certeza de ser así.

Poseían también el entusiasmo que abrasa á los corazones puros al espectáculo de la naturaleza; y uno de ellos exclamaba viendo las majestuosas selvas que existen en el río de las Amazonas: *¡Que hermoso sermón estas selvas!* Otro escribía: «Caminé hacia adelante sin saber adonde llegaría, sin encontrar un alma que pudiese indicarme el camino. A veces encontré en medio de las selvas sitios encantadores. Todo lo que el estudio y la industria

del hombre pueden imaginar para hacer un lugar agradable, no puede sostener la comparacion con las bellezas que sólo la naturaleza ha acumulado allí. Estos admirables sitios que recuerdan las ideas que tenia otras veces leyendo las vidas de los antiguos solitarios de la Tebaida. Ocurrióseme en el pensamiento de pasar el resto de mis dias en aquellas selvas donde la Providencia me habia conducido, para no ocuparme allí más que de mi salvacion, estraño á todo comercio con los hombres. Pero, no siendo dueño de mi suerte y estándome indicadas las órdenes del Señor, por las de mis superiores, deseché aquella idea como una ilusion.»

En las Antillas, los misioneros se opusieron tanto como pudieron al esterminio de los naturales; después se esforzaron en dulcificar la suerte de los pobres negros, sin, no obstante, disimular sus defectos; y los religiosos eran los únicos que se atrevian á quejarse de los detestables ejemplos dados por los católicos. En Méjico, un principio de civilizacion y alguna conformidad en las tradiciones mitológicas y el cristianismo facilitaron la obra de los que iban á sustituir el Dios de los vencedores á los ídolos de los vencidos. Ya la cruz brillaba como objeto de culto en los altares: el águila del imperio cedió su puesto á la paloma, las religiosas sucedieron á las castas hijas del sol. Torquemada valúa en seis millones el número de individuos bautizados desde 1524 á 1540; y no hay porqué admirarse, en atencion á que los reyes y los caciques dieron el ejemplo. Clemente VII envió á Martin de Valencia á Méjico con doce frailes menores; y Hernan Cortés asistía á sus predicaciones, para darles más crédito. Reunióse en Méjico un concilio en 1524 para arreglar las cosas de la religion, bajo la presidencia de Martin. Abolióse la poligamia, y se intimó á cada uno presentarse al bautismo con una sola mujer para no conservar después más que aquella. Hubo otro concilio en 1555; pero el más célebre es el de 1585, que sirvió siempre de basé á la disciplina en aquellos paises. Permittiase entonces elevar al sacerdocio, con cierta circunspeccion á los naturales que se habian escludido hasta entonces, por temor de envilecerle (1).

Los mejicanos conservaron y conservan un vivo afecto y un reconocimiento constante á los misioneros y pastores. Aun recuerdan al obispo Las Casas, patrono de los indios, y á Bernardino Ribera de Sahagun, que sugirió la idea de fundar un colegio, donde reunió más de cien mancebos indios destinados á propagar la fe entre sus compatriotas. El jesuita Gonzalo de Tapia, que salió de Méjico, se internó á varios centenares de millas á Occidente, aprendiendo las lenguas y amansando multitud de tribus salvajes, hasta el pais de Cinaloa. En 1680 los jesuitas dirigieron setenta misiones en Méjico, donde era preciso luchar incesantemente

contra la inestabilidad de los indígenas y la desconfianza de los españoles, tratando al mismo tiempo de destruir la esclavitud, que por otra parte retardaban los progresos de la fe.

Los reyes de España gozaban allí, como hemos dicho, de la más estensa jurisdiccion; nombraban para los beneficios y empleos, traficaban con las bulas y las indulgencias, que fué uno de los principales ramos de sus rentas. Ninguna bula era recibida en América sin aprobacion del Consejo de Indias. El clero no tuvo que luchar en las colonias como en Europa con la autoridad civil, sino que trató eficazmente de mejorar la estirpe indígena y mezclarla con la advenediza, como habia hecho en Europa con los vencedores y vencidos. Estableció la igualdad en la Iglesia; empleó el Evangelio para extirpar la triple preocupacion de la naturaleza, de la supersticion y del tiempo, y se unió con el pueblo contra la oposicion del gobierno de la metrópoli. Hasta las leyendas se utilizaron para elevar la opinion que se tenia de los indios: á uno de ellos se le apareció la Virgen en la montaña de Guadalupe, en Méjico, que habia llegado á ser un santuario protector de los vencidos: el compasivo Palafox y Mendoza, al ver morir de sed á un indio que le acompañaba, hace que se abra una fuente para que beba, y el padre Mendiola, que se niega á firmar como juez la sentencia de otro indio, se halla con que en aquel mismo instante le elevan á la dignidad episcopal. Si los individuos del clero querian pasarse á la India, no se lo podian impedir los magistrados. Ellos no pudieron pedir privilegios á la absoluta España por la conquistada América; pero dividiendo la poblacion en hermandades, hicieron inviolables las personas y las propiedades de los indios, reuniéndolas en un cuerpo religioso, y declarando sacrilego al que atentase contra él. Al mismo tiempo, los paises confinantes establecian misiones que llegaron á ser centros de nuevos paises conquistados.

El mal causado en el Perú por el fanático celo de Valverde, fué reparado por sacerdotes llenos de mansedumbre, cuyo apostolado fué más fácil desde el momento en que los mismos Incas doblegaron la frente bajo el agua del bautismo. Toribio, promovido por Felipe II al arzobispado de Lima (1580), encontró allí todos los males que resultaron de la crueldad y avaricia de los conquistadores, la guerra civil entre ellos, la opresion de los naturales, la corrupcion de todos. No menos pronto en hacer cargos que en derramar consuelos, tanto en el fondo de las grutas como en la cima de las montañas y en el interior de las ciudades, aseguró la disciplina eclesiástica, y sufrió con intrepidez las persecuciones de los gobernadores del Perú. Verificó tres veces la difícil vuelta á toda su diócesis, no pensando ni en las fatigas ni en las privaciones, y renovó enteramente la iglesia peruana, que tardó poco en ser señalada con los méritos de Rosa de Lima.

Los padres de la Merced fueron introducidos

(1) Véase la nota 1 al fin del Libro.

en Chile por Pedro de Valdivia. Después, hacia 1553, tocó la vez á los dominicos y franciscanos; los jesuitas lo consiguieron en 1593, en tiempo de Martin Loyola, sobrino de su fundador. Los misioneros operaron en Bogotá con actividad estremada; entrados en el país en compañía de los feroces conquistadores, convirtieron primero á Sagamoxi, pontífice supremo del culto idólatra, cuyo ejemplo arrastró á multitud de los suyos; les persuadieron también el unirse á España, é hicieron todos sus esfuerzos para sustraerlos á la ferocidad avara de los conquistadores (2).

Los capuchinos fundaron varias ciudades en el territorio de Venezuela y hasta las orillas de Orinoco, donde aun no habian penetrado. En este punto dejaron de misioneros dos jesuitas, Ignacio Laure y Julian de Vergara, que permanecieron allí hasta 1576 en que los neófitos fueron dispersados por una expedición holandesa. Otros misioneros llegaron allí de Cataluña en 1687, y en el espacio de quince años formaron tres pueblos en la provincia y dos en la isla de la Trinidad. Después de ellos llegaron otros que siguieron sus huellas.

Capuchinos aragoneses fundaron las misiones de Santa Maria de Cumaná, á la extremidad de la punta de Paria; los padres de la observancia la que se estiende desde allí hasta el Unara; en fin, todo el territorio llamado en el día Colombia estaba sembrado de ellas. Los jesuitas construyeron iglesias y aldeas á lo largo del río de las Amazonas, donde convirtieron á los mosquitos y á las tribus vecinas. El padre Cipriano Baraza descubrió con irreibles esfuerzos un camino á través de las cordilleras, para ganar desde allí el Perú y obtener coadyutores.

La mision de la Florida fué tan estéril, como gloriosa en mártires. Cinco dominicos que penetraron en ella en 1549, fueron asesinados en 1565. Marchando Pedro Menendez á la conquista de aquel país, quiso llevar consigo jesuitas; pero abandonados en aquella región inhospitalaria y desconocida, fueron muertos. Otros jesuitas que llegaron cuatro años después sufrieron la misma suerte; y las tentativas que se sucedieron no tuvieron resultados duraderos.

No tenemos intencion de seguir paso á paso aquellas conquistas de la cruz. Bastará decir que á principios del siglo xvii, la América contaba ya cinco arzobispados, veinte y siete obispados, cuatrocientos conventos (3), catedrales magníficas, de las cuales una de las más hermosas era la de los Angeles. Los indios se complacian extraordinariamente en la pompa de las ceremonias católicas; era para ellos una felicidad ayudar á misa,

cantar en el coro, adornar las iglesias con follajes y flores de selva. Al mismo tiempo los jesuitas enseñaban por todas partes la gramática y las artes liberales, y habian reunido un seminario á su colegio de San Ildefonso, en Méjico, ciudad donde, como en Lima, se habia establecido una universidad. Así fué como la conquista se trasformó en mision, y los asesinatos cedieron el puesto á la civilizacion.

Ya hemos dicho á qué miserable condicion se hallaba reducido por el sistema de las encomiendas españolas el vasto país situado entre el Perú y el Brasil, y que á causa del río que le atraviesa se llama el Paraguay. En estos hermosos lugares se encontraba el hombre en toda la rusticidad de su decadencia no contrarestanda por la civilizacion; desnudo, feroz, antropófago y odiando todos aquellos trabajos que son el instrumento concedido por la Providencia para la reforma del hombre. Ya muchos misioneros, y principalmente los mínimos francisco Solano y Luis de Bolaños, habian acudido á civilizarlos: pero su celo habia sido coronado generalmente por el martirio y sus frutos eran muy escasos, cuando el franciscano Francisco Victoria (1586), obispo de Tucuman, se dirigió á los jesuitas que tanto habian trabajado en el Perú y el Brasil. Anchieta, provincial de los de este último país, mandó inmediatamente á Santiago los padres franciscanos Angulo y Alfonso Bárcena en union del lego Juan Villegas (perdónennos los maestros si nos creemos obligados á consignar estos nombres después de haber dado cuenta de los de los primeros conquistadores) que ya muy prácticos en las misiones, daban esperanzas de obtener abundantes frutos.

Las misiones de los jesuitas en el Paraguay son la más hermosa página de su historia, y fueron una de las principales causas de su supresion. Pronto recorrieron el país, enseñando y convirtiendo; y por su mansedumbre, que contrastaba con la ferocidad de los españoles, acostumbraban á los salvajes á comprender que no era una misma cosa cristiano y asesino, como se lo habian persuadido. La primera cosa que habia que hacer era aprender su lenguaje, y cada tribu tenia su dialecto particular. Los jesuitas hicieron una eleccion de las espresiones que parecian usadas en el mayor número, y se formaron una lengua general, en la cual pudieron escribir con ayuda de un alfabeto inventado espresamente por ellos.

Sin fanatismo, sin intolerancia, se insinuaban por la dulzura corrigiendo los vicios, y sobre todo el de la embriaguez, que los indios debian al ejemplo de los europeos. Aquellos pueblos antropófagos tenian la costumbre de engordar á sus cautivos antes de devorarlos. Los jesuitas se inclinaban á aquellos desgraciados como más dispuestos á abrir su alma á los pensamientos de otra vida, en el momento de abandonar ésta. Los salvajes veian con disgusto sus caritativas asiduidades, diciendo que la carne de sus víctimas perdía el

(2) *En el Compendio de la Historia, continuacion de la del Segur*, edicion de Milan, da lástima ver como el autor, decidido adversario de los misioneros, se irrita contra los hechos que no puede desmentir.

(3) HERRERA, *Descripcion de las Indias*, p. 80.

sabor con el bautismo. Arreglabanse, pues, los jesuitas de manera de administrarle clandestinamente, y provistos de un lienzo mojado, tocaban cualquiera parte del cuerpo, pronunciando las palabras sacramentales.

Hacia cierto tiempo que los jesuitas habian concebido la idea de experimentar en toda una parte del Nuevo Mundo si era posible civilizar á los habitantes por el cristianismo, en lugar de esterminarlos con la espada. Comenzaron, pues, por pedir la libertad de los indios que pudiesen reunir; la influencia que ejercian sobre los reyes hizo acceder á su demanda: tuvieron necesidad de toda esta destreza, de toda aquella constancia de que el mundo les hace un cargo, para reprimir las quejas de los colonos que querian conservar la esclavitud, para obtener el ser en el desierto los mártires de la libertad y de la civilizacion. Tu vieron particular cuidado con los guaranos, habitantes de la provincia de Guahiro, pueblo estúpido y supersticioso, pero afecto al terruño por la agricultura, lo que hacia se resistiese con una feroz tenacidad á la usurpacion de los extranjeros, y en su consecuencia, le esponia á las atrocidades de los españoles y de los portugueses. Los padres llegaron á ofrecer á aquellos salvajes una celosa proteccion contra sus verdugos, un trabajo menos penoso, y echaron entre ellos los primeros fundamentos de su memorable república. Ya el franciscano Bolaños, discípulo de san Francisco Solano, habia fundado allí una pequeña comunidad, á la cual se unieron los jesuitas; y poco tiempo después podian anunciar á sus superiores que doscientos mil indios estaban dispuestos á recibir el bautismo. Admiróse la España al ver que procedimientos tan diferentes á los suyos, consiguiesen familiarizar á los que ellos no habian sabido más que asesinar; entonces decretó el rey que ya no se conquistarían aquellas poblaciones de otra manera que por la persuasion de la palabra, ni serian reducidas á esclavitud.

El resultado obtenido por los jesuitas los animó á consolidar su obra, y reconocieron que el único medio de conseguirlo era reunir á los indios y aislarlos de los españoles. Era menos difícil amansar la barbarie que vencer la feroz corrupcion de los europeos, y sustraer á los nuevos convertidos á su avaricia. Pidieron, pues, que se les concediese, tanto por el obispo como por el gobernador, entera facultad de reunir á los cristianos en distintos lugares, y regirlos á su modo sin ninguna dependencia de las ciudades coloniales vecinas; edificar iglesias, oponerse en nombre del rey á todos aquellos que, bajo un pretexto cualquiera, quisieran pervertir á los neófitos para emplearlos en servicio personal de los españoles. De esta manera es como preparándolo todo para la civilizacion de los naturales, se atraian la irreconciliable enemistad de los que ofendian en su ambicion y en su avaricia, impidiéndoles repartirse los indios en encomiendas. Los padres Cataldino y Maceta fundaron á

Loreto, entre los guaranos, sobre el Parapaneme, afluente del Parana, la primera parroquia, ó como la llamaron, *reduccion*, formada de doscientas familias.

Pronto se aumentó el número de las reducciones, y hubo expediciones de otra clase, que tenían por objeto convertir. Desde 1593 á 1746, los jesuitas habian fundado treinta y tres en el Paraguay, entre los guaranos, los chiquitos y los moxas, desde el 12º de latitud hasta el pié de los Andes del Perú, dándoles una constitucion sin ejemplo en la historia. La Iglesia se convertia en el núcleo de la colonia; y todo el que ha podido ver con qué habilidad saben los jesuitas elegir las más hermosas situaciones en nuestros países para establecer sus casas, conocerá que lo desempeñaban con felicidad cuando nada lo impedia.

Las *reducciones* se construyeron, pues, en posiciones admirables y con frecuencia á orillas de un curso de agua, con casas de piedra de un solo piso, dispuestas en cuadro en redor de la plaza pública, donde se encontraban la iglesia, la casa de los jesuitas, el arsenal, el granero comun, el hospicio para los extranjeros. Cada pueblo tenia á su cabeza un cura, persona de consideracion en la compañía, se ocupaba de la administracion, mientras que el teniente cura desempeñaba las funciones espirituales. Todos dependian de un superior revestido por el papa de poderes muy estensos, hasta el de administrar la confirmacion.

Se habian separado enteramente de toda dependencia del gobierno, tomando á su cargo todos los gastos de la colonia; el mismo gobernador nombrado por el rey, dependia del superior de la mision. La voluntad del cura hacia ley, los colonos le estaban sometidos como los hijos al padre en las familias patriarcales, y todas las mañanas escuchaba sus quejas y hacia justicia.

Los niños eran educados en dos escuelas, una para las letras, la otra para la música y el canto, en que adquirieron tanta habilidad que fabricaban toda clase de instrumentos. Todos debian aprender á leer y escribir; pero les estaba prohibido saber la lengua española, con el objeto de que las relaciones no corrompiesen su natural sencillez. Con la misma idea se habia establecido que ningun extranjero pudiese detenerse más de tres dias en las misiones. Sin embargo, se estudiaba la disposicion de los niños: unos estaban destinados á la agricultura, que sujetaba al terruño las tribus vagabundas; los demás á las diferentes artes, tanto para las obras de utilidad como para las de adorno. Sólo los jesuitas eran sus maestros. Las mujeres trabajaban en las casas, separadas de los hombres, recibiendo cada semana la lana y el algodón, que devolvian hilado el sábado. Algunas, sin embargo, desempeñaban tambien trabajos de agricultura en lo menos penoso que tienen. Si un jóven manifestaba disposiciones particulares, se le iniciaba en las letras y en las ciencias en una congregacion donde los discípulos seguian un curso de es-

tudios en el retiro y en el silencio, para formar sacerdotes y magistrados.

Al romper el día, el sonido de la campana anunciaba la hora de levantarse, y todos acudían a la iglesia á invocar al Criador; por la tarde la campana los reunía también en la iglesia; y el día que pasaban en el trabajo, comenzaba y concluía con cantos piadosos.

Cada familia tenía un pedazo de tierra que le era designada en proporcion á sus necesidades, además de la *posesion de Dios*, cultivada en comun en interés de todos, para suplir la escasez ó las malas cosechas, y proveer á los gastos de la guerra, al sostenimiento de viudas, huérfanos y enfermos; el resto se aplicaba al culto, y se disminuía del escudo de oro con que cada familia debía contribuir al rey de España. La cosecha se depositaba en comun en almacenes á disposicion del cura, lo cual escluí la emulacion al mismo tiempo que la avaricia y las pasiones que escita. Las cosas necesarias á la vida no se compraban en el mercado, sino que se distribuían en días fijos por misioneros á los jefes de familia, segun el número de personas. La carne se daba diariamente en la carnicería, excepto los días de ayuno.

La explotacion de las minas en medio de aquella industrial actividad que á todo se estendía, era lo único que estaba prohibido, por el horror que inspiraba por los males que habia producido en otras partes. El trabajo era poco penoso y aliviado con distracciones. Apenas duraba la mitad del día, rodeado de un aparato de fiestas del género de las que se han indicado por Fourier para sus futuras y simpáticas falanges. Los labradores se iban al campo al son de los instrumentos, precedidos de la efigie de su santo protector, que colocaban en una cabaña de follaje, para que su presencia bendijese fatigas que nada tenían de forzadas.

La venta de la yerba del Paraguay, especie de té, de gran uso en América, procuraba á los colonos los medios de enriquecer las iglesias, que no sólo adornaban con cuadros, sino también con guirnaldas renovadas con frecuencia, y perfumaban en las grandes fiestas con aguas de olor y flores deshojadas. Los vasos sagrados eran de oro y plata, enriquecidos con piedras preciosas; y en la época de las solemnidades, que eran con frecuencia, y que se celebraban con gran pompa, habia fuegos artificiales, arcos triunfales adornados con flores; se veían figurar también aves, leones, pescados, como si cada criatura hubiese debido mezclarse á los conciertos de alabanza que se tributaban á Dios. El cementerio era un campo plantado de cedros y cipreses. El mismo cuidado para seducir las imaginaciones se hacia notar en las insignias brillantes con que estaban condecorados los magistrados, así como el pensamiento que hacia dar á estos reclutas de la civilizacion la diversion de los torneos, representaciones escénicas y bailes. Se impedía el libertinaje casando jóvenes á los in-

dios; y los dos sexos permanecían separados en la iglesia, en el trabajo y en la casa. Las mujeres tenían por traje una camisa blanca sujeta á la cintura, con los brazos y las piernas desnudas, y el cabello suelto; los hombres usaban el traje de los castellanos, excepto el que se ponían para trabajar, una camisa blanca: la del color rojo era la señal distintiva del valor y de la virtud.

La asamblea general de los ciudadanos elegía (probablemente á propuesta de los misioneros, y de seguro bajo su influencia) un cacique para la guerra, un corregidor para la justicia, regidores y alcaldes para que cuidasen del buen gobierno y de las obras públicas. Los ancianos elegían después un fiscal, que tenía un registro de los hombres aptos para llevar las armas; un *teniente* encargado de la vigilancia de los niños, los llevaba á la iglesia y á la escuela é inquiría sus defectos y buenas cualidades. Se nombraba un inspector para cada barrio, otro visitaba los instrumentos agrícolas, y daba órdenes obligatorias para la siembra y demás trabajos de los campos, con objeto de vencer la natural indolencia de los indios.

Bajo esta paternal direccion no era posible casi ningun delito entre ellos; las trasgresiones de la ley se castigaban la primera vez con una severa reprobacion, y la segunda con una penitencia pública en la puerta de la iglesia; el azote se reservaba para la tercera, pero nunca se encontró que nadie lo mereciese. El perezoso era condenado á un exceso de trabajo en el campo comun, lo cual hacia que el castigo fuese en beneficio del público.

El misionero debía ser á la vez el brazo y la cabeza de estos indios, incapaces de pensar, de calcular ni de prever nada por sí mismos. En un pais como éste, donde se ignoraba todo, necesitaba hacerse arquitecto y obrero, pintor y cocinero, médico y jardinero, panadero y barbero, alfarero y administrador. Tenía que predicar todos los días; apenas dejaba la sobrepelliz, tomaba el delantal del albañil, y no sólo tenía que dirigir todas las cosas, sino también trabajar personalmente para enseñar desde el primer hachazo en los bosques, hasta el cultivo de las rosas que debían adornar la frente de Maria.

«El misionero, dice el tirolés Sepp, se levanta al amanecer y va á la iglesia á consagrar una hora de meditacion en presencia del Altísimo. Si encuentra otro sacerdote en la iglesia, se confiesan mutuamente. Sin embargo, al tocar el *Ave Maria* y al primer rayo del sol se celebra la santa Misa, á la que asiste con devocion la multitud, y después se hace una oracion general en accion de gracias, concluida la cual se retira el misionero para oír las confesiones. Después principia la esplicacion del catecismo á los jóvenes de ambos sexos, cuya tarea es en extremo pesada, como es fácil de suponer. Apenas concluye esta instruccion, va el padre á visitar los enfermos, fortificándolos con la administracion de los Sacramentos y

preparándolos en lo posible á una muerte cristiana, al mismo tiempo que se desvive por cuidarlos, aplicándolos sangrias, ventosas ó cualquiera otro remedio, y suministrándoles los alimentos convenientes. Luego va á una escuela á enseñar á leer y escribir á los muchachos, y á otra á donde aprenden las niñas á hilar, hacer media y coser; allí da sus lecciones, interroga á los discípulos, y confía lo demás á los indios de más capacidad. El padre debe tambien dirigirlo y ordenarlo todo en la escuela de música, aun cuando obtiene con frecuencia un auxilio oportuno. Pasa después á los talleres, á las obras ó á los hornos de ladrillo y al despacho del pan y de la carne, que suministra diariamente en cantidad necesaria á toda la comunidad; desde allí va á visitar los herreros, carpinteros, tejedores, escultores, torneros y demás artesanos.

»Pero no debe perder tiempo, porque los enfermos no tarden en distribuir á los enfermos los alimentos prescritos. Llega la hora de comer, y el padre se sienta á una mesa frugal para ocuparse de sí mismo hasta las dos, á cuya hora da la campana la señal del trabajo, que bien pronto quedaria interrumpido ó descuidado, si no esperasen al padre en todas partes, el cual, lo mismo por la tarde que por la mañana, se presenta en casa de los artesanos y al lado de los enfermos, en casa de los grandes y de los pequeños, dando en todas partes impulso y ejemplo, hasta las cuatro de la tarde en que el pueblo es llamado á la iglesia. Se reza el rosario, que es muy útil, particularmente para recordar al alma los santos misterios; después vienen las letanias, y enseguida un detallado examen de conciencia. Concluidas las devociones se da sepultura á los muertos: el resto del día se concede para las distracciones convenientes; pero si este momento de descanso no lo emplea el misionero en hacer la visita á los enfermos, lo emplea en meditaciones piadosas ó lo consagra en probar un ligero sueño.»

Los jesuitas habian organizado para la defensa una milicia urbana de á pié y de á caballo, que hacia el ejercicio todos los domingos, guardaba los límites del territorio, que no podian traspasar los extranjeros, y en caso necesario rechazaba los ataques hostiles. Si se aproximaba alguna nueva tribu á la congregacion, salia el cura á su encuentro acompañado de muchos neófitos que conducian rebaños. Encantados casi siempre de lo que veian, se detenian y aceptaban los víveres y la promesa de poderlos obtener todos los dias con tal que se acomodasen al género de vida de los colonos sus hermanos. Por lo comun se dejaban persuadir y enseguida eran distribuidos entre las diversas reducciones.

Los enemigos más funestos de estos establecimientos eran los gobernadores de la Plata y del Paraguay, que hubieran querido poder ejercer allí una autoridad absoluta, y los mamelucos, es decir, los mestizos limítrofes, que se apoderaban de los

neófitos para venderlos como esclavos. Destruyeron tres ó cuatro aldeas, y viendo los jesuitas que continuaban sus devastaciones, imploraron del pontífice la autorizacion necesaria para hacer uso de las armas de fuego, y luego que la obtuvieron opusieron á los invasores una milicia aguerrida, que vino tambien en auxilio de España en sus guerras con Portugal.

No hay nada peor que un gobierno patriarcal para los hombres de una civilizacion avanzada; pero cuando el individuo, no teniendo todavia conocimiento de lo que puede ni de lo que vale, necesita estar constantemente vigilado, es para él el primer grado en el órden social. Así que, después de haber visto en otras partes asesinatos, hogueras y perfidias innobles, nos atrevemos (perdónenme los filosofos) á escusar á los jesuitas, si es cierto que se engañaron recurriendo á las flores, á las fiestas y á los cuidados paternales, nos atrevemos á no condenar las experiencias de un gobierno que fué tratado no sólo en el papel como los de los utopistas, sino puesto en ejecucion por espacio de siglo y medio sin tasas, sin prisiones y sin verdugo; nos atrevemos por fin á hallar menos culpable la ambicion de civilizar que la de esterminar. No ignoramos las enormes inculpaciones dirigidas contra los jesuitas en el último siglo; se les ha criticado que dejasen besar su sotana, que admitiesen fácilmente á los salvajes, no sólo al bautismo sino tambien á la eucaristia, y de haber llegado hasta hacer apalear á algunos magistrados prevaricadores, y sobre todo el haber querido depender lo menos posible de esa España que regia sus colonias con el auxilio de procedimientos tan distintos. Además, habiendo mandado el rey á Bernardino de Cárdenas, obispo de la Ascension, á visitar los curatos de los jesuitas para asegurarse si se observaba bien en ellos el concilio de Trento y la supremacia real, se dice que le opusieron muchos obstáculos, de lo que resultó una lucha que costó mucha sangre, y en la cual los dos partidos creyeron tener razon (4).

Los numerosos enemigos de los jesuitas tomaron de aquí pretesto para darles terribles ataques, afir-

(4) Véase las *Cartas edificantes*, 27 volúmenes.

CHARLEVOIX.—*Historia del Paraguay y del Canadá*. Paris, 1756.

MURATORI.—*El cristianesimo felice nelle missioni del padre della compagnia de Gesù nel Paraguay*. Venecia, 1743.

MARTIN DOBRISHOPFER.—*Historia de Apibonibus, equastri bellicosaque Paraguaria natione, locupletata copiosis... observationibus*. Viena, 1784.

FELIX DE AZARA.—*Viaje á la América Meridional, que contiene la descripcion geográfica, política y civil del Paraguay y del rio de la Plata*. Paris, 1809.

GREGORIO FUNES.—*Ensayo de la historia civil del Paraguay, Buenos Aires y Tucuman*. Buenos Aires, 1816.

WILTMANN.—*Historia universal de las misiones católicas* (aleman, 1839).

mando que la república del Paragnay era en un centro, á cuyo rededor se disponia nada menos que á organizar una monarquía universal. Suposicion más bien estúpida que maligna, pero que no era permitido poner en duda sin incurrir en el epíteto de supersticioso y de fraile. Y yo tambien, si miro á mi alrededor, debo condenar esta obra como todas las de los jesuitas, ó ser condenado. Pero no es el miedo uno de mis defectos y mucho menos ante un fantasma creado por sombríos filósofos, que (creo que sin conocerlo) prestan auxilio á una tiranía más fuerte y real con sumergir el mundo en el temor, la desconfianza y el odio; cosas que son oportunas para el envilecimiento y la servidumbre.

Los indios que habian sido tratados como hijos por los jesuitas, luego que quedaron éstos suprimidos, fueron tratados como esclavos por los españoles, y el Paraguay muy desgraciado hasta que la América se emancipó de la dominacion de la metrópoli. Entonces se declaró independiente de Buenos-Aires el criollo doctor José Gaspar Rodriguez Francia, y basó sobre las ideas jesuíticas un gobierno arbitrario (1827), aun cuando se hizo asistir por cuarenta y dos representantes del pueblo. Fué reconocida su autoridad por el emperador del Brasil, y es bien sabido el cuidado con que aquel escluí á los extranjeros. Su desenfadada tiranía no fué conocida hasta que murió. Es un hecho que los jesuitas dejaron en el Paraguay quinientos mil indios, y que diez años después quedaron reducidos á cien mil: hoy está desierto (5).

Los jesuitas se esparcieron desde el Paraguay hácia el Occidente, en medio de los lulos, omagas, diaguitas, quiriñanos, calcagos y gualcuros; pero sacaron poco fruto. Salieron mejor librados en los países de Uruguay y del Parana inferior, así como entre las tribus guerreras de los chichitas, al Noroeste del Paraguay. Los siete pueblos que tenian en el Brasil, y que en la época de la supresion de la órden contaban treinta mil neófitos, quedaron reducidos en 1821 á tres mil. El feliz éxito obtenido por los jesuitas en el Paraguay escitó á España á adoptar los mismos medios en la Patagonia,

habiendo enviado allí á los padres Quiroga y Cardiel que obtuvieron pocas ventajas.

Tambien se debe á los misioneros jesuitas la cultura de la Nueva y Vieja California. La esterilidad del terreno habia hecho desistir á los españoles de la idea de colonizar la península en 1534, época de su descubrimiento. Antes de morir Felipe IV habia mandado someterla, pero faltando los medios de ejecucion se retardó hasta 1677. El almirante don Isidoro de Atondo fué entonces encargado de reconquistarle; pero costó tan caro, y produjo tan poco esta expedicion, que renunció á ella la corte. Eusebio Francisco Kühn, profesor de matemáticas en Ingolstadt, curado de una enfermedad á consecuencia de un voto, fué á dirigir las misiones de Sonora, provincia contigua á la California: reunió los misioneros, restableció la paz entre los naturales que se hacian la guerra, escribió catecismos en los diferentes dialectos, y obtuvo que quedasen exentos de la servidumbre durante cinco años los que se convirtiesen, y fundó la ciudad de Loreto.

Fué secundado en esta empresa por los padres Goñi y Juan Maria Salvatierra, superior de las misiones de Taharuma. Aun cuando el gobierno y la Compañía de Jesús se oponian á una empresa que parecia imposible, obtuvo al fin el permiso para ir á conquistar esa indomable California, casi sin armas y sin otros recursos que los de la caridad. Los misioneros tuvieron que combatir allí la barbarie, la supersticion y las preocupaciones que los indios habian concebido muy justamente contra los europeos. Pero Salvatierra aplacó estos hombres feroces y sombríos; más de una vez necesitó emplear la fuerza de sus brazos contra algunos seres ignorantes que no comprendian más que este género de superioridad, siendo coronada con el mejor éxito su infatigable actividad. Desde que se formaba una comunidad suficiente para la reunion de neófitos, se sembraban y plantaban de viñas los terrenos á propósito y se poblaban de ganados; y desde que se habian construido casas en lugar de tiendas, el padre superior elegia los tres más instruidos y nombraba al uno síndico, al otro catequista y al tercero sacristan, con encargo de explicar el catecismo en la lengua del país y de dirigir las oraciones. Salvatierra introdujo tambien en este país la forma del gobierno patriarcal, imponiendo á los naturales un mismo traje. El sacerdote tenia para cada mision un soldado; un capitán de la guarnicion estaba encargado de los negocios civiles y militares. Cerca de treinta comunidades estaban regidas por procedimientos tan sencillos, que no fué perdido el bien que esto produjo, aun después que los jesuitas fueron espulsados de este país (6).

(5) Tengo en las manos los *Travels in the interior of Brasil principally through the Northern provinces and the gold and diamond districts, during the years 1836-41* (Londres, 1846) del inglés Dr. GARDNER. Y dice: «Los jesuitas dejaron en las clases baja y media un recuerdo de gratitud que se trasmite de padres á hijos. Están persuadidos de que su supresion fué una calamidad para el país, y nunca hablan de ellos, sino con veneracion y entusiasmo. Los sacerdotes que les sucedieron no continuaron la obra de la Compañía de Jesús. Más de una tribu india del Brasil que en tiempo de los jesuitas habia renunciado á la vida salvaje para abrazar el cristianismo, volvió á caer en el triste estado de que tan trabajosamente habia salido. Sean cualesquiera los motivos que se atribuyan al celo de esta corporacion, el hecho es que sólo está juzgada por sus buenas obras.»

(6) Robertson, adversario constante de los jesuitas, los acusa de haber presentado á la España la California como un país que nada producía, siendo así que decían que era

Los misioneros obtuvieron también grandes ventajas entre los salvajes del interior del Perú, donde sometieron á la España el vasto país de las mainas, limítrofe de las pampas del Santo Sacramento, y se adelantaron hácia el Ucayal, donde establecieron, á costa de grandes fatigas, colonias muy florecientes en el siglo pasado, hasta las márgenes del Manoa. Su destrucción, después de la abolición de la compañía de Jesús, reanimó á los salvajes del gran Pagional, que hicieron escursiones y devastaron audazmente las inmediaciones.

Las obras públicas llevadas á cabo por los misioneros, y tales que pueden asemejarse á las de los príncipes más suntuosos, nos prueban lo que puede la persuasión pacífica. El padre Francisco Tembleque con los convertidos de Cempoala concluyó en Méjico un acueducto de treinta y dos millas que atraviesa tres valles con tres larguísimos puentes. En 1788 un párroco de Novita hizo abrir un canal á los suyos entre el río Atrato y San Juan de Chocó en la Nueva Granada, dos ríos que desembocan uno en el mar Pacífico y otro en el Atlántico, de modo que resolvió el problema que hoy nos agita tanto de poner en comunicacion los dos Océanos; pero los ministros celosos mandaron cegar el canal.

No fueron menos maravillosos los resultados obtenidos por las misiones francesas. El jesuita Crevilli fundó la de Cayena; y los hermanos Ramette y Lombard penetraron en medio de las lagunas de la Guayana, donde humanizaron los galibis á fuerza de aliviar sus miserias. Algunos niños educados por ellos evangelizaron á sus ancianos padres, que se reunieron en Kuru donde habia construido Lombard una miserable cabaña. Habiéndose aumentado el número, desearon tener una iglesia, ¿pero cómo construirla sin tener ninguna idea del arte? ¿Cómo pagar los mil y quinientos francos que pedía un carpintero de Cayena? Los galibis se obligaron á construir siete piraguas cada una de valor de doscientas libras; las mujeres hilaron algodón para formar el resto; se dieron á un colono veinte salvajes en calidad de esclavos por el tiempo que estuviesen ocupados en serrar madera dos negros que él habia prestado, y por fin se elevó un templo á Dios en el desierto convertido.

muy rico después de su espulsion. ¡Admirable modo de raciocinar! Dice también que cuando se abolió la orden, tenían los jesuitas en Nueva España treinta colegios, casas de profesos y residencias; diez y seis en Quito, trece en Nueva Granada, diez y siete en el Perú, diez y ocho en Chile y otras tantas en Paraguay; en todo ciento doce, con dos mil doscientos cuarenta y cinco sacerdotes y novicios. Hé aquí cómo se espresa en otra parte: «Se observará que todos los autores, más ó menos severos respecto á la vida licenciosa de los monges españoles, alaban unánimemente la conducta de los jesuitas que, educados bajo una disciplina más perfecta que los otros, y celosos del honor de su sociedad, vivieron siempre de una manera irreprensible.» *Historia de América.*

Trabajaron también en la viña del Señor los carmelitas, capuchinos y predicadores de la orden de San Luis, y los curas se hicieron misioneros en cada uno de los nuevos establecimientos que se formaban.

El Canadá estaba habitado por poblaciones de un carácter feroz que tenían residencias fijas y un gobierno particular; no se admiraron al ver las armas europeas ni les cobraron miedo. Sólo buscaban á los extranjeros para procurarse armas, dispuestos á volverlas contra ellos en la primera ocasion. El jesuita Cunemundo Masse se consagró durante medio siglo á trabajar este terreno que no halló nunca ingrato. Juan de Brebeuf se internó entre los hurones; el padre Samuel Rasles llevó con paciencia y alegría infinitas fatigas por espacio de treinta años, durante los cuales tuvo que sostener la concurrencia con los ingleses, que trataron de introducir en el país misioneros protestantes, y en una irrupcion que hicieron sus soldados, sacrificó su vida para salvar á su grey. Los misioneros penetraron entre los iroqueses y los hurones, que no eran superiores á los animales feroces sino por una inventiva más fecunda en su crueldad. El padre Jacobo fué el primero que llegó entre ellos y sufrió el martirio: los que le siguieron supieron amansar estos salvajes y hacerlos dóciles para con la Francia, á la cual conservaron el país á pesar de la mala administracion y de la falta casi absoluta de prevision. Los misioneros eran después reverenciados como *hombres de la oracion*, y los salvajes los creían en comunicacion con el Ser Supremo, y versados en el arte de los encantamientos; la rigidez de su celibato principalmente, hacia que los considerasen como superiores á los mortales. Las hijas de la caridad fueron á ayudarles en esta obra santa, y su casta piedad les hizo pasar como seres celestiales. Las penitencias exageradas á que se entregaban los iroqueses una vez convertidos, y que se resentían mucho de su barbarie primitiva, exigieron nuevos esfuerzos para moderarlos.

De tiempo en tiempo se lanzaban los salvajes sobre las colonias, y cometían horribles asesinatos: el misionero entonces se apresuraba á bautizar y absolver los moribundos, hasta el instante en que él mismo recibía el golpe de muerte. Una vez se sublevaron los iroqueses y lo asolaron y quemaron todo hasta Quebec; el padre Lamberbille permaneció en su puesto, y á fuerza de persuasion obtuvo alguna tregua y los convenció de la conveniencia de mandar embajadores al gobernador, según éste mismo deseaba; los que se presentaron con esta mision fueron presos, encadenados y conducidos á Francia. Lamberville, que era enteramente extraño á esta perfidia, estaba en poder de los salvajes y se creyó perdido. Tuvo que sufrir agrias reconvenções de los iroqueses; pero se manifestaron convencidos de que no habia tenido parte alguna en esta asechanza, y le facilitaron en su consecuencia los medios necesarios para ocultarse y sustraerse de la venganza de una multitud irritada.

A los peligros que tenían que temer hasta entonces los misioneros, vinieron á agregarse los nuevos que produjo el cisma que dividió la Iglesia, pues los protestantes se vengaban con intolerancia de la intolerancia de que eran víctimas á su vez. Cuarenta jesuitas que navegaban hácia el Brasil, fueron apresados por el calvinista Jacobo Sourié y muertos en medio del mar con horrorosa crueldad y feroces insultos.

**Misiones protestantes.**—Las nuevas iglesias quisieron tener también sus misioneros que asistiesen á los descubrimientos y á las conquistas, principalmente á las de los ingleses. Se establecieron muchos en la Nueva Inglaterra. Juan Helliott multiplicó las conversiones en el Massachussets, y fundó colonias cuyos habitantes aprendieron de él á vestirse y á labrar la tierra. Secundado por Mayhew, pudo aumentar el número de aquéllas hasta once, que eran las existentes en 1647. Según los términos del reglamento que habían introducido, el que permanecía ocioso por espacio de quince días, sufría una multa de cinco chelines; de veinte el libertino que mantenía relaciones ilegítimas con una mujer libre; de cinco, la mujer que no se recogía sus cabellos ó no se cubría el pecho: todo jóven que no fuese esclavo debía formar una plantación y trabajar en ella, casándose para este fin. Pasamos por alto otros reglamentos que tenían por objeto hacer que los colonos adoptasen el género de vida inglés.

En el día se prosigue con ardor la obra de las misiones protestantes auxiliada con los recursos abundantes que le proporciona una sociedad establecida en Inglaterra. Pero el predicador va allá con su mujer é hijos, por cuya razón no hay que admirarse si le falta la resolución necesaria para esponerse al martirio, y si se limita á ser un maes-

tro de moral con intenciones más rectas que generosas. Esta sociedad imprime Biblias á millares, y calcula los resultados obtenidos según el número de ejemplares distribuidos á gentes que apenas saben leer, entre las cuales recibe las más extrañas interpretaciones la palabra misteriosa y la relación mística.

El centro de las misiones católicas es Roma, que ha instituido para dirigir las la congregación de la Propaganda (*Propaganda fide*); de allí salen esos centinelas avanzados de la verdad, en su mayor parte franciscanos y agustinos, para la América meridional y para el Asia posterior; capuchinos para el Asia superior y el Africa; carmelitas para la Palestina; lazaristas para la América septentrional, y padres del Oratorio para Ceilan. Pero las rentas de esta congregación no pasan de trescientos sesenta mil florines, suma muy insuficiente para dirigir misioneros á todos los puntos del globo. Esta congregación ha sido auxiliada por algunas instituciones recientes, como el Seminario de misiones extranjeras en París y la sociedad Leopoldina en Austria, para la América septentrional; pero sobre todo por medio de la *Propagación de la fe*, instituida en Lion en 1822, la cual llama á todos los católicos á asociarse á esta empresa piadosa mediante la módica contribución de un sueldo por semana, pero esta corta limosna multiplicada por el gran número de suscritores, produce cada año sumas considerables que sirven para auxiliar las misiones (7) y para esparcir la relación impresa de las generosas escursiones de estos héroes de la fe y de la caridad.

(7) En 1844 reunió 3.562,000 fr., y sin embargo, en muchos países, como en Austria, está llena de trabas, y hasta prohibida por el gobierno.

## CAPÍTULO XII

### EL BRASIL.

Vicente Pinzon primero, y después Alvarez Cabral, descubrieron el Brasil, país fértil y poblado, pero sin organización civil. Los primeros habitantes con quienes tuvieron que habérselas los europeos, no manifestaron la admiración y el miedo que los otros indios. Salían á su encuentro y encendían el cigarro; cuando se les enseñó el oro y la plata, indicaron que se encontraba debajo de la tierra; cuando vieron un loro dieron á entender que no les era desconocido este animal; no les llamó la atención la vista de un carnero, pero se asustaron al ver una gallina: miraban con repugnancia nuestros manjares, incluso el vino, y se enjugaban la boca después de haberlo probado. Cuando se hallaban cansados se echaban á dormir, sin más cuidado que el de no estropear sus plumas, único adorno que cubría su descuidada desnudez (1). Cabral se opuso á toda violencia, y mantuvo relaciones pacíficas con los naturales, que vieron celebrar la misa, oyeron el sonido de los instrumentos, cambiaron algunos presentes y besaron la cruz de las armas de Portugal, que plantada en su territorio, era el símbolo de una conquista no disputada. El comandante de la expedición creyó que esta tierra era una isla (2), y dejó en ella dos condenados; mal medio por cierto de hacer amable la civilización europea. Al tiempo de partir oyó los lamentos de estos dos hombres, y al mismo

tiempo la voz de los naturales que los *consolaban y compadecían* (3).

Las nuevas expediciones que se dirigieron á este país fueron poco provechosas, de lo cual resultó que quedó descuidado. Creyendo Américo Vesputio que era esta la antesala del paraíso terrenal, persuadió á España á que enviase allí buques, como así lo hizo en efecto, sin que Portugal le opusiese sus pretensiones, porque estaban todavía mal deslindados los derechos de los dos países, en razón á que la línea tirada sobre uno de los hemisferios del globo, no podía servir de regla para el otro. Mientras tanto los especuladores que iban á buscar palo de tinte hicieron conocer el país por su utilidad, y se establecieron allí sin que Portugal le ocupase en otra cosa que en servir de presidio á los malhechores.

El Brasil se extiende á lo largo del Atlántico en su parte más oriental, sobre un espacio de novecientas leguas, es decir, dos quintas partes de la América del Sur. Los campos de Para que forman el centro, son unas llanuras arenosas en medio de las cuales se elevan altas montañas, de las que bajan abundantes aguas al mar, al Marañón y al Plata, cuyo curso traza sus límites. Hay que aumentar á éstos el Paraguay y otros muchos ríos, los más considerables que existen en el mundo, y que divididos en canales ofrecerán un paso fácil al corazón del Perú, cuando la industria haya demostrado allí el poder del hombre sobre la naturaleza. Aun cuando este país está situado en la zona tórrida, el calor es muy templado y prosperan en él todas las producciones europeas. En el inmenso bosque del centro están los árboles entrelazados por medio de enredaderas y bejucos las flores son

(1) Tomamos estos detalles de una relación de este descubrimiento dirigida al rey por Pedro Vas de Caminah, que era uno de los navegantes, cuya relación ha sido sacada recientemente de la *Torre do Tombo*, de Lisboa, por Manuel Ayers de Casal.

(2) «Beso las manos á vuestra alteza real desde este puerto muy seguro de vuestra isla de Vera-Cruz.» Carta existente en los archivos navales de Rio Janeiro.

(3) RAMUSIO.

enormes y los frutos magníficos; se cria allí el mirto de corteza argentada; el coco, más elevado que en la India, y tiene gusto muy esquisito; los helechos son tan grandes como árboles, y coronan las alturas; el palo de hierro sirve para los trabajos sólidos; del bellissimo caobo, oloroso por sus flores y su goma, penden á millares los frutos semejantes á piedras preciosas, y el banano da con poco cuidado grato alimento. El palo brasil dió nombre al país que antes se habia llamado Vera-Cruz; las fieras y los reptiles abundan tambien, la caza y la pesca y toda clase de aves desde la del paraíso y el mosca y la arara hasta el avestruz y el buitre. Nada es comparable con la magnificencia de las mariposas, y ciertos gusanos de luz despiden tanto brillo, que es suficiente para leer en la oscuridad. Cuando se descubrió este país, se hallaron tantas conchas, que bastaron para suministrar la cal á todo él, de donde se deduce que los habitantes no habian tenido hasta entonces más comida que mariscos.

La raza era de un color moreno oscuro que tiraba á rojo, y los pueblos situados entre el río de las Amazonas eran de un carácter feroz. Los primeros habitantes de la costa media, que se comían sus muertos y vivían de la caza, estaban divididos en setenta y seis tribus que hablaban un centenar de lenguas (4); sus instituciones eran tan groseras como su religión. Fueron espulsados por los tupis, población agrícola dividida en diez y seis naciones, entre las cuales prevalecían los tupinambas, menos morenos que los otros, con poca barba, alta estatura y de gran vigor. Se pintaban el cuerpo de negro y amarillo, se horadaban los labios, y engarzaban en ellos huesos y piedras; sus adornos habituales consistían en plumas y conchas; algunas veces se frotaban tambien el cuerpo con una sustancia pegajosa, y después se revolcaban entre plumas.

No se encuentra ningun monumento entre ellos, ni más edificios que chozas miserables. Creían que Paye-Tomé, legislador vestido de blanco, con un baston en la mano, se habia aparecido á sus abuelos para enseñarles á construir casas y á cultivar el manioc; pero no habia entre ellos rastro alguno de culto (5), aunque reconociesen la existencia de los genios malignos, con los cuales hablaban los payeos ó caribes, magos, consejeros, predicadores, adivinos y médicos. Si se ha de creer á Américo

Vespucio, los brasileños le hicieron con unas piedrecitas el cálculo de sus años. Se rigen por las costumbres bajo la dirección de los ancianos; viven entre sí en buena inteligencia, y son enemigos de todo extranjero. Comíanse los prisioneros de guerra después de concederles fiestas, comidas y mujeres.

El Brasil está además habitado por otras razas que se distinguen por su diversa lengua; entre otras, los guaitacazos, los más intrépidos de todos, que nunca han podido ser domados, y que emigraron poco á poco del Atlántico hasta el río de las Amazonas.

Después de Méjico y el Perú, el Brasil fué el que produjo más metales preciosos además del hierro; pero como el oro no se encontró allí tan pronto como en otras partes, ni en la proximidad de las costas, fué necesario pedir riquezas al suelo, conquistarlo palmo á palmo, y resistir á unos bárbaros sin industria ni civilización; así que los anales de esta conquista no son notables por hechos grandes, pero al menos no fueron manchados con los mismos actos de ferocidad.

Los portugueses, siguiendo el sistema que habían observado en la Madera y las Azores, dividieron el país en capitanías que enfeudaron en la nobleza de la corte. Se asignaron á cada concesion cuarenta ó cincuenta leguas de longitud en la costa, sin limitar la profundidad en el interior, con una jurisdicción civil y criminal muy amplia, y la facultad de crear sub-infeudaciones, no reservándose el rey más que el derecho de volverlas á poseer en caso de muerte, el de acuñar moneda y percibir el diezmo. Dos hermanos Souza, fueron los primeros que obtuvieron concesiones de este género; Alfonso se estableció en la isla de San Vicente, y Lope en la de San Amar y de Tamarica; pero este último estuvo en lucha continua con los habitantes, y en ella perdió la vida. Otros portugueses solicitaron capitanías en el país, adonde fueron multitud de personas, particularmente judíos y gentes deseosas de sustraerse á la inquisición. Sirvió el Marañón de límite al Brasil, se formó una capitanía de los países situados á la derecha de este *mar de agua dulce*, para el historiador Juan de Barros. De este modo, un pequeño rey de Europa daba á un escritor un territorio doble ó triple del que él mismo dominaba. Pero habiéndose embarcado los hijos de Barros con una partida de aventureros para ir á tomar posesión de su soberanía, naufragaron y volvieron pobres á Europa, donde su padre continuó ejerciendo el oficio poco lucrativo de historiador.

Los ataques de los salvajes, las violencias de los europeos, las mútuas rivalidades de los capitanes, semejantes á príncipes independientes, y algunas aventuras románticas, llenan los primeros años de la ocupación del Brasil, durante los cuales no parece que conoció su importancia Portugal. Merece particular mención entre estos aventureros el portugués Diego Alvarez. Arrojado en un naufragio

(4) Esto es lo que dice Vasconcellos, buen observador. Las noticias más preciosas acerca de los primeros habitantes del Brasil, se encuentran en el *Roteiro*, manuscrito de la Biblioteca nacional de París atribuido á Francisco de Acuña.

(5) Pigafetta lo afirma así con Vasconcellos (Noticias curiosas, libro II, núm. 12) *os indos do Brasil de tempos immemoráveis á esta parte nao adorao espressamente deos algum: nem templo, nem sacerdote, nem sacrificio, nem fé, nem ley alguma*. Sin embargo, otros autores han asegurado lo contrario.

al norte de Bahía, vió morir ahogados á muchos de sus compañeros, y á otros devorados por los salvajes, en cuyas manos cayó él mismo, y comprendió que no le quedaba otro medio de salvacion que hacer ver á los naturales que podia ser útil: después de haber conseguido llevar á la orilla algunos objetos que habian quedado entre los restos de su barco, tales como un arcabúz y muchos barriles de pólvora, dejó admirados á los salvajes con los efectos que les hizo presenciar: éstos le dieron el nombre de Caramuru, es decir, hombre del fuego, y lo eligieron por jefe contra sus enemigos, á quienes puso en fuga. De este modo se encontró soberano en el pais en que hacia poco era prisionero, y los principales indígenas le presentaron á porfia sus hijas para esposas. Al cabo de algunos años, habiendo abordado á estos parajes un buque francés, se embarcó en él con aquella de sus mujeres que más preferia, al paso que las otras siguieron al buque á nado mientras pudieron sostenerlas sus fuerzas.

Informó á los portugueses de la riqueza del pais y de los medios que era preciso emplear para sacar partido, pero no le dieron oídos. La Francia, que lo habia acogido con benevolencia, le permitió volver con dos buques, que devolvió cargados de productos del pais. Los franceses recordaron esto más tarde, y pensaron en formar allí algunos establecimientos; pero habiendo concebido recelos Juan III, mandó colonizarlo sobre un pié más sólido, revocando los poderes dados á los feudatarios y mandando un gobernador general. El primero fué Tomás de Souza, célebre ya por sus expediciones precedentes, que dió un centro á la América portuguesa, fundando á San Salvador. Se valió de la cooperacion de Caramuru, que no contribuyó poco, con su mujer Paraguasu, á domesticar las tribus independientes de los tupinambas. Establecióse así un gobierno más regular, y á la vez más capaz de defenderse contra los salvajes. Se enviaban con frecuencia á la colonia los huérfanos y las huérfanas, fundando tambien la ciudad de San Sebastian en una de las posiciones más hermosas del mundo. Sin embargo, todos estos establecimientos estaban situados en la costa, y el interior del pais quedaba enteramente desconocido.

El objeto más importante hubiera sido domar el carácter feroz de los naturales y mejorar las costumbres de los colonos, lo cual procuró hacer Souza, llevando consigo seis jesuitas, que fueron los primeros que desembarcaron en América. Se aplicaron á aprender las lenguas que hablaban los salvajes; muchos fueron asesinados como portugueses, pero otros los reemplazaron intrépidamente, y predicando la paz en lugar del esterminio, llegaron á conciliarse los corazones. La abnegacion con que se ofrecian ellos mismos para saciar sus feroces apetitos hizo renunciar á los naturales á comer carne humana, y supieron captarse su afecto y hacerse necesarios. Era una fiesta para la

tribu cuando iban á visitarla, y salian á recibirlos al ruido de sus instrumentos, con bailes, cánticos y aclamaciones. Elegian auxiliares entre los más inteligentes, esparciendo así una idea favorable de los portugueses entre los indígenas que se acercaban á ellos por curiosidad, y les tomaban cariño poco á poco. Se presentó un dia Nuñez en el momento en que se preparaban los naturales para comerse un prisionero, y azotándose hasta derramar sangre, les dijo que obraba así para apartar el castigo que el cielo destinaba á su impiedad: conmovidos con estas palabras, le prometieron perder esta costumbre. Si los jesuitas no podian obtener más, hacian lo posible para visitar á los desgraciados condenados al suplicio, con el fin de convertirlos y bautizarlos, aun cuando los salvajes pretendiesen que este sacramento hacia menos sabrosa la carne, y que imputasen á los misioneros las epidemias y otros males accidentales. Contrariaban sus esfuerzos con frecuencia los sacerdotes, las otras órdenes opuestas á éste instituto, nacido apenas, cuando ya fué gigante, y hasta los mismos gobernadores, teniendo que sufrir los tormentos de los bárbaros al mismo tiempo que las tergiversaciones de las gentes civilizadas. Nobrega, jefe de la mision y apóstol del Brasil, no cesaba de educar niños y huérfanos. Anchieta, jóven todavia, sintiendo su castidad en peligro en medio de tantas desnudeces lascivas, no halló cosa mejor para conservarla que hacer un voto á Maria de componer un poema en su honor, y para suplir á la falta de tinta y de papel, trazó sus versos en la arena, y enseguida los aprendió de memoria (6). Vasconcellos que nos ha trasmitido su vida, nos pinta estos misioneros llevando por todo vestido una túnica de algodón con sandalias hechas de toscas cuerdas de cardo silvestre. Una estera de paja cerraba su puerta; las hojas del bananero servian de mantel y de platos á su frugal comida, cuyos simples manjares eran las ofrendas que les hacian los indios. Anchieta instruía sus hijos, y como no tenia libros pasaba la noche escribiendo muchos ejemplares de la leccion del dia siguiente, y componiendo canciones que muy pronto se hicieron populares.

Habiéndose internado él y Nobrega hácia el interior, encontraron, después de haber atravesado una elevada serie de montañas, una deliciosa llanura, donde después de dar gracias á Dios, establecieron allí el centro de sus trabajos. Las cabañas que construyeron sobre una colina á lo largo

(6) Este poema se compone de cinco mil versos latinos. Hé aquí un fragmento:

*En tibi que vovi, mater sanctissima, quondam  
Carmine cum sævo cingeret hoste latus  
Dum mea Tamuyas præsentia suscitât hostes  
Tractoque tranquillum pacis inermis opus  
Hic tua materno me gratia ferit amore,  
Te, corpus tutum mensque, regente fuit, etc.*

del Piratiniga, formaron luego la ciudad de San Pablo, sitio de las célebres colonias de paulistas. Anchieta, que componía dramas en lengua mixta, quedó sólo en rehenes en manos de los naturales, para salvar la colonia. Azpilcueta escribió un catecismo en su lengua.

Los jesuitas sugirieron dos edictos á Mem de Sá, tercer gobernador del Brasil: el primero para prohibir á los salvajes hacerse la guerra entre sí y comerse los hombres; y el segundo para mandarles que se reuniesen en habitaciones fijas, y que tuviesen iglesias. Una política inhumana calificó de imprudente la determinación de impedirles esterminarse entre sí y aglomerarlos en sitios donde podían aprender á conocer sus fuerzas. Mem de Sá mantuvo sin embargo la libertad personal de los brasileños y conservó la paz por la fuerza, castigando á cualquiera que la violase. No obstante, varias tribus, y aun una parte de los tupinambas, se habian retirado á los bosques del Amazonas, indóciles á toda educación. Primero sus escursiones y después los destrozos de la viruela y del hambre, causaron los mayores males á la colonia, y destruyeron muchas parroquias de los jesuitas. Los habitantes de las ciudades se aprovecharon de esto para vender muy caras sus mercancías, para adquirir esclavos, y sobre todo para hacerlos trabajar en las plantaciones de las cañas de azúcar; se declaró lícito venderse á sí mismo ó á sus hijos, para procurarse medios de subsistencia (7).

Los portugueses descuidaron el Brasil, por ocuparse de las riquezas de que se apoderaban con facilidad en el Asia, y aun cuando se empezó á decir que se encontraban allí diamantes, no se conocía aun su precio. Todavía iban las cosas peor cuando Portugal se encontró sometido á España, y lo mismo sus quince colonias. El número de calvinistas ó hugonotes, como se les llamaba, aumentaba en Francia de día en día, y no siendo compatible su existencia con la unidad que se pretendía obtener en este reino, les aconsejó el almirante Coligny, que era uno de los principales entre ellos, que buscasen un refugio, en América. Nicolás Durand de Villegagnon, antiguo caballero de la orden de Malta, que habia abrazado la religion reformada, se embarcó con autorización de Enrique II y llegó á Rio-Janeiro, ciudad del Brasil, en ocasión que le favorecían mucho las circunstancias. Los naturales aborrecían á los portugueses porque veían que sus ciudades y establecimientos tenían por objeto mantenerlos en una perpétua servidumbre. Amaban por el contrario, á los normandos que venían á estos sitios á cargar palo de tinte y se marchaban después de haber pagado, y aun algunos de ellos,

acogidos entre los indígenas, habian adoptado la vida salvaje y servían de intérpretes. Su ayuda favoreció los proyectos de Villegagnon, y los calvinistas acudieron en tropel á su lado como á un asilo que les deparaba la Providencia. Pero cuando Villegagnon se vió precisado por la falta de provisiones á alimentarlos con demasiada parsimonia, y quiso forzarlos á trabajar, se pusieron á murmurar y los echó: dícese tambien que hizo traición á sus correligionarios, y que volvió á Francia, donde fué odiado como un apóstata (8). El carácter religioso dado á aquella empresa causó su ruina, porque los franceses no la consideraron como una obra nacional, sino como la de un partido: resultó de esto que no trataron de evitar su mal éxito, y que hasta apenas sintieran la pérdida de un establecimiento que hubiera sido de tan gran importancia.

Volvieron después, y bien acogidos por los sal-

(8) «Algunos de los nuestros decían que el cardenal de Lorena, y otros que le habian escrito de Francia por un barco que habia llegado por aquel tiempo al cabo Frio, le habian hecho un gran cargo por haber abandonado la religion romana, y que el temor le habia hecho cambiar de opinion. Pero, sea como fuere, puedo asegurar que después de su cambio, como si su verdugo hubiera sido su conciencia, se volvió tan triste, que, jurando á cada momento por el cuerpo de san Jacobo, su ordinario juramento, que rompería la cabeza, los brazos y las piernas al primero que le enojase, nadie se atrevía á presentarse á él.»

Lery, que ha escrito la *Historia de un viaje hecho á la tierra del Brasil*, llamada de otra manera América, en el sencillo estilo de los primeros cronistas, se expresa de esta manera: «Y porque fueron los primeros salvajes que yo ví de cerca, dejó á pensar si los miré y contemplé atentamente. Primero, tanto los hombres como las mujeres, estaban tan enteramente en cueros como cuando salieron del vientre de su madre; además, para estar más feos, estaban pintados y ennegrecido todo el cuerpo. Por otra parte, sólo los hombres estaban rapados de la forma y del modo que están los curas, casi toda la cabeza, y tenían por detrás los cabellos largos; pero, así como los que llevan peluca, levantados en rededor del cuello. Teniendo todos además el labio agujereado, cada uno llevaba en él una piedra verde y pulimentada, muy bien aplicada y como engastada, la cual siendo del ancho y largo de un teston, se la quitaban y ponían cuando les parecía. Con respecto á la mujer, además de que no tenía el labio horadado aun, como las de por acá, llevaba los cabellos largos; pero, con respecto á las orejas, las tenían tan despiadadamente agujereadas, que se hubiera podido meter el dedo á través del agujero; llevaban grandes pendientes de huesos blancos, los cuales les caían casi sobre los hombros; y como no tienen entre ellos ninguna clase de moneda, el pago que les hicimos fué en cermisas, cuchillos, redes para pescar, espejos y mercería. Pero en fin, así como aquellas buenas gentes á su llegada no habian tenido inconveniente en mostrarnos todo lo que llevaban, cuando se marchaban y se habian puesto las camisas que les habíamos dado, y se sentaron en la lancha, no teniendo costumbre de tener puesto ninguna clase de traje; y con objeto de no gastarlo, se lo enrollaban en el ombligo, y descubrían lo que debían ocultar.»

(7) Pedro Moreau en la *Historia de la última revolución del Brasil*, cuenta cosas horribles de la actual deprecación de aquel país. No sólo se venden los negros, sino tambien los mozos, mujeres, y hasta los hijos que se han tenido de ellas. Desde Pedro II esto ha mejorado mucho.

vajes en el Marañon, fundaron el fuerte de San Luis: así fué que los religiosos franciscanos pudieron dar á Paris el espectáculo de varios de aquellos salvajes convertidos á la fe y bautizados por ellos. Pero en la guerra que resultó, el fuerte se rindió á discrecion, sin que Francia se ocupase ya de un pais, cuyo valor sin embargo conocia.

Habiéndose declarado independientes en aquella época los holandeses de España, le hicieron la guerra, así como al Portugal, que obedecia á los españoles, y atacaron el Brasil. Prolongóse una terrible lucha, durante la cual la suerte de aquel pais quedó sometida á las vicisitudes de la política europea. Los holandeses adoptaron allí dos medidas muy oportunas, dando libertad á gran número de esclavos y uniéndose con los indios medio civilizados, que fueron para ellos poderosos auxiliares. Fernambuco adquirió importancia, multiplicáronse las fortalezas, y el Brasil fué más conocido en Europa.

Cuando Portugal recobró su independencia, un comun odio contra España hubiera podido unirlo á la Holanda, si la religion no los hubiese dividido. Fernando Vieira, hombre de color, emprendió el despertar la nacionalidad brasileña. Sostenido por su propio heroismo, por el del indio Cameran y el del negro Enrique Diaz, hizo felizmente la guerra á los holandeses, sin ser apoyado por el gobierno portugués, que fingia desaprobarlo. En efecto, Juan IV, deseoso de conservar la corona de Portugal que habia conquistado, trataba de impedir que la Holanda se uniese á España; pero como se encontró en mejor posicion para obrar, se declaró por los insurrectos. Vieira, que ya habia merecido el título de libertador del Brasil, obtuvo el honor del triunfo, y recompensado por el rey, fué además proclamado por Inocencio XI el restaurador de la Iglesia.

Sin embargo, en el espacio de un siglo, en que tantos males habian caido sobre el Brasil, la prosperidad de aquel pais se habia aumentado considerablemente. El azúcar prosperaba, los rebaños de bueyes y carneros se habian multiplicado inmensamente, así como tambien los caballos y las gallinas. El cacao, el té, el café, el tabaco, el cáñamo, las naranjas, los melones, las viñas le enriquecian con productos desusados, además de la sal de nitro, los cristales, la pedreria, el aceite de pescado y el ámbar que se sacaba. Pronto se introdujo allí el lujo en los trajes, hamacas, esclavos y banquetes. Fortificóse á San Salvador; aumentóse el número de los barcos y varias ciudades florecieron: el aire no era demasiado saludable, por lo cual las mujeres se acostumbraron á los baños frios y á vestir ligeramente, y se previnieron algunas enfermedades indígenas con una vida conveniente. El descubrimiento del curso del rio de las Amazonas, abundante en pescado y rodeado de numerosas poblaciones, fué de gran importancia; hermosas llanuras, selvas ricas proporcionaron los medios de construir barcos y procurarse

cordaje, y lo que aun era más precioso, se encontró de esta manera el medio de llegar hasta Quito. Entonces las colonias se extendieron tambien por el interior del pais, á cuya exploracion habian contribuido tambien los paulistas y los vicentinos. Estos hombres han sido presentados mucho tiempo como un conjunto de pícaros y bandidos, que por su propia seguridad y en daño de los demás, habia fundado san Pablo, á la manera de los compañeros de Rómulo (9). Aquella colonia establecida desde un principio por los jesuitas, se vió pronto obligada á ejercer hostilidades contra los colonos de la llanura comarcana. Encontráronse, en fin, reunidos, portugueses de pura sangre con los indios y los mestizos. Ahora bien, estos últimos, á los que se les dió el nombre de *mamelucos*, eran gente indomable, que no pudiendo doblegarse á las exigencias de la sociedad, se entregaron á las incursiones aventureras, en busca de minas y esclavos; lo cual los puso con frecuencia en el caso de atacar las *reducciones* de los jesuitas en el Paraguay.

Cualquier jefe que tenia la costumbre del desierto, ó algun mancebo deseoso de señalarse, proponia la expedicion; y una vez hechos los convenios con los que querian seguirle, se ponian en camino después de haberse confesado y haber comulgado juntos. Les era preciso con el hacha en la mano abrirse paso á través de las selvas, donde á veces la caída de un solo árbol arrastraba á multitud de otros, sostenidos únicamente con enredaderas; franquear pantanos y rios para encontrar algun terreno, cuyo aspecto revelase la presencia del oro. La mayor parte de ellos perecian, otros quedaban dispersos aquí y allá, para ser el tronco de familias eremiticas. El que volvia flaco y estenuado, pero con un poco de oro, despertaba esperanzas frenéticas, y arrastraba tras sí á multitud de compañeros á nuevos peligros. Contraian en estas correrias un orgullo feroz que desdenaba todo lazo social; á veces robaban poblaciones enteras de indios, para venderlos ó hacerlos trabajar. Estos hombres forman la parte poética y aventurera de la historia del Brasil; en ellos se confundieron las dos razas europea é indígena para hacer mucho tiempo la guerra á la civilizacion extranjera, y más tarde para regenerar la patria. Desarrollaron la industria conveniente á las nuevas colonias, y domesticaron la naturaleza salvaje con una firmeza que rayó en ferocidad. A estas *bandeirantes* es á las que se debe, entre tantos otros, el descubrimiento del inmenso pais llamado *Matto-Grosso*, cuya riqueza no fué conocida sino en el siglo pasado. Se

(9) De esta manera los pintan los jesuitas del Paraguay, que siempre los trataron como enemigos, y cuyas acusaciones ha repetido Charlevoix. El fraile brasileño Gaspar de Madre de Dios ha emprendido su defensa en las *Memorias para a historia da capitania de San Vicente*, etcétera, Lisboa, 1797.

recogieron allí en un mes cuatrocientas arrobas de arenilla de oro, sin cavar en la tierra más de cuatro piés.

Tendremos al tratar de los negocios de Europa, que hablar de las vicisitudes sucesivas del Brasil; bastará señalar aquí el descubrimiento de las minas de diamantes. Ya en el distrito de las minas no se había encontrado piedras preciosas de gran valor, principalmente crisoberiles de gran belleza; no se había notado la presencia de los diamantes, porque mezclados á un terreno ferruginoso en la cima de los montes, desde donde las aguas los arrastran en el curso de los rios y de los arroyos, llegan barnizados de una clase de materia en la que también se encuentra oro. Se ofrecen, pues, en el Brasil á la superficie del terreno, al paso que en la India es preciso buscarlos á gran profundidad. Algunos mineros fijaron por acaso la atención en aquellos guijarros brillantes, y los llevaron al gobernador que, dicen, se sirvió de ellos como de tantos para jugar á los naipes: pero un joyero holandés, habiendo hecho conocer que realmente eran diamantes, el gobierno se reservó el monopolio, y le aseguró á una compañía. Se pretende que en los primeros veinte años sacó de aquella explotación mil onzas de diamantes. En 1772, el gobierno quiso emprenderla por su propia cuenta, pero la hizo tan desacertadamente que se endeudó.

En el día se dice que saca hasta veinte mil quilates de diamantes al año. Tres sentenciados á quienes hicieron cavar en el lecho del Abaeta, encontraron el diamante más grande que se conoce; pesa una onza; y en 1844 en Sincura, provincia de Bahía, se descubrió una inmensa mina, á la cual acudió enseguida gran copia de gente que en diez meses juntó cerca de cuarenta mil quilates de diamantes, valor de cuarenta y ocho millones de pesetas. Cuando un negro encuentra un diamante de diez y siete quilates y medio, se le adorna con guirnaldas y recobra su libertad; obtiene también por los de menor peso una recompensa que llega á disminuirse hasta un polvo de tabaco. A mediados de 1846, en el distrito de los diamantes, halló un negro uno que pesa cerca de una onza, que vendió en ochocientos setenta y cinco pesetas, cuando vale millon y cuarto (10).

Pero los negros tienen una habilidad increíble para ocultar algunos á la penetrante vigilancia de sus amos. Los venden á una especie particular de contrabandistas (*garimpeiros*), cuyas aventuras son más novelescas aun que las de los contrabandistas comunes, estos revisores de los malos reglamentos de rentas.

---

(10) Véase la nota J al fin del tomo.

## CAPÍTULO XIII

### AMÉRICA SEPTENTRIONAL.—COLONIAS INGLESAS Y FRANCESAS.

Entre el golfo de Méjico y el Océano Atlántico se adelanta hácia las Antillas el cabo Florida, desde el cual encargó España á Narvaez someter todos los países que se encuentran hasta el cabo de Las Palmas. Habiéndose dado á la vela Narvaez con Alvaro Nuñez y otros seiscientos, fué sorprendido en Cuba por uno de aquellos huracanes de una violencia desconocida en Europa, y cuyo furor fué tal, que las casas cayeron unas sobre otras, y que los troncos de árboles seculares estaban desarraigados como arbustos (1527). Después de haber recompuesto su flota, llegó á la Florida (1528); pero no encontrando allí los montones de oro que esperaba hallar por todas partes, se internó sin provisiones y sin guías por regiones desconocidas, con la esperanza de descubrir aquel metal hácia la cordillera de los Apalaches. Sitiado pronto por el hambre en un país pantanoso ó cubierto de selvas, llegó con los suyos, después de increíbles esfuerzos, á la aldea ardientemente deseada de Apalachen; pero no encontraron nada de lo que se habían prometido, y sólo inspiraron desconfianza á los naturales, prontos á aprovecharse del menor indicio de espanto. Cuando se vieron precisados á volverse por donde habían ido, varios de ellos fueron muertos; los demás fueron presa de las enfermedades y de crueles miserias. Después de haberse arrastrado así hasta el punto llamado en el día bahía de San Marcos, reconocieron la imposibilidad de seguir la costa, hasta que hubiesen vuelto á sus barcos. Resolvieron, pues, construir otros como pudiesen: en su consecuencia convirtieron sus camisas en velas, hicieron cuerdas con las fibras de la palmera, y en seis semanas botaron al mar cinco barcas que podían contener cuarenta hombres cada una, pero tan cargadas que no les quedaba nada desocupado.

Abandonáronse de esta manera á las olas; y en

esta peligrosa situación lucharon varias semanas con la muerte. Narvaez renunció á su autoridad y se quedó detrás con sus compañeros. Alvar Nuñez se aproximó con los suyos á una isla, y después de abordar con gran trabajo obtuvieron compasión y víveres de los naturales; pero al volverse á embarcar, un golpe de mar volcó la barca y parte de los viajeros se ahogaron, y los demás quedaron desprovistos de todo, hasta de esperanza. En medio de esto tuvieron la fortuna de que los salvajes se compadecieron de ellos, pero éstos eran pobres, y no les faltaban razon á los europeos para temer que se les estaba engordando para sacrificarles á sus divinidades. Con el invierno sobrevino tal hambre entre ellos, que se vieron reducidos á comerse unos á otros, á cuyo espectáculo los indios cambiaron la compasión en horror, atribuyendo á aquellos feroces extranjeros las desgracias extraordinarias que sufrían.

Consiguió, en fin, Narvaez ganar el continente, y se dedicó á hacer el comercio de conchas, llevándolas al interior del país para cambiarlas por el ocre rojo, del que se servían los naturales para teñirse el cuerpo, por pieles para hacer correas, y por cañas y espinas para hacer armas. Su actividad le hizo pronto el mediador general de los cambios entre aquellas tribus enemigas; pero cansado de un destierro de tantos años cuyo fin no veía, resolvió aventurarse de nuevo, é intentó con dos compañeros abrirse paso hácia el mar á través de inmensas tierras y de naciones feroces. Se concibe todo lo que tuvo que sufrir: sitiado, reducido á esclavitud, y precisado á alimentarse con gusanos, y hasta con madera, se hizo pasar por médico curando las enfermedades por solo el medio de su soplo, y hasta resucitando á un muerto, decía. Respetado desde entonces, y precedido por la fama, atravesó el gran río, es decir, el Misisipi, y

se internó en los desiertos que separan á Méjico de los países donde se constituyeron después los Estados Unidos de América. En fin, llegó á país de cristianos, que no le trataron mejor que los salvajes, y se embarcó para Europa.

Pidió entonces Nuñez el gobierno de la Florida, que se le debía, segun costumbre, por haber descubierto aquel país; pero el capitán Hernando Soto, que se había señalado en el ejército de Pizarro, le obtuvo, gracias á su reputacion, y aun más al dinero que había traído del Perú. Armó, pues, diez barcos á sus espensas, y marchó con novecientos hombres la mayor parte aguerridos. Tuvo que sentir el no haberse aprovechado del ejemplo de Narvaez; porque encontró jefes indomables que le incomodaron con combates sin fin, y no vió el menor vestigio de oro. Murió sin haber obtenido ningun resultado, y desanimados sus compañeros sufrieron los mayores trabajos para conseguir llegar desnudos á Méjico.

El mal éxito de Soto devolvió el crédito á Nuñez que fué enviado como gobernador de Buenos Aires. Habiendo naufragado en la costa del Brasil, se decidió á intentar por tierra un camino en el cual sólo sus aventuras anteriores podían hacerle pensar tan pronto á pié, como abandonándose al curso de los ríos, llegó en cuatro meses á su gobierno. Pronto incomodó á los colonos el ver que queria proteger á los indios; se rebelaron y le mandaron encadenado para España. Permaneció ocho años con un proceso, al fin del cual fué absuelto, pero sus acusadores quedaron impunes, y no se le devolvió el mando.

Las empresas de Nuñez habían inspirado el deseo de conocer los países situados al nordeste de Méjico; el virey don Antonio de Mendoza envió allí, pues, al religioso franciscano Marcos de Niza, volvió el fraile con maravillosas relaciones sobre el oro y la plata que se encontraban en todos los lugares, y de veinte mil casas de Chiola, todas de piedra y de varios pisos. No fué necesario más para despertar el deseo general de ir allí: una primera expedicion, por mar, mandada por Fernando de Alarcon, no produjo ningun hecho importante. Otra se dirigió por tierra, con Vasco de Coronado, hácia el país que el religioso había indicado, como la comarca fabulosa de las Siete Ciudades; pero encontró el camino más largo y desastroso que lo que se le había figurado. Chiola no era más que una miserable aldea; con respecto al oro y á la plata, no encontró ninguna huella; sólo si halló á la poblacion con más cultura que los salvajes de alrededor. Habiendo oído hablar Vasco de una ciudad marítima llamada Quivira, llegó á ella después de trescientas leguas de camino, la encontró muy superior á las siete villas soñadas, y rica, además, con una especie particular de carneros: esto es al menos lo que refirió, porque luego no fué posible encontrar ninguna ciudad de aquel nombre, ni los rebaños que había indicado. ¿Debe creerse que inventó, como el padre Niza, ó todo

ha perecido, y los restos de la civilizacion que se ofrece en aquellos sitios son indicios de ello?

Los franceses no habían tomado parte en las fatigas ni en los provechos de los primeros descubrimientos, distraídos como estaban por las guerras de Italia y sus discordias religiosas. El viaje de Verazzani, emprendido en 1524 por comision de Francisco I, no había producido ningun resultado. Jacobo Cartier, de San-Maló, reconoció yendo á explorar la costa de Terranova, el río San Lorenzo, y encontró remontándole, la más rica vegetacion que se ha visto nunca. Hizo alianza con los naturales. Cuando las poblaciones vecinas al río vieron que se obstinaba en remontar su curso, creyeron espantarle enviando á su encuentro tres individuos disfrazados de diablos, que no escitaron más que la risa de los suyos. Por todas partes se ofreció un terreno de una vegetacion potente, y los habitantes le manifestaban benevolencia. Una deliciosa colina cerca de la ciudad de Hochalaga, y desde la cima de la cual se veía correr el río por espacio de quince leguas hasta una magnífica cascada, recibió de él el nombre de Monreal. Fué sorprendido Cartier en aquellos sitios por el invierno, que hizo helarse el agua al rededor de su barco, donde el escorbuto hizo sus estragos. En fin, volvió á Francia, y á su vuelta, la descripcion que hizo de aquel hermoso país, estimuló á multitud de personas á establecer colonias en el Canadá; y sin embargo, el éxito estuvo distante de corresponder á las esperanzas que se habían concebido. Trasladóse allá Ravilon en 1591, menos para hacer descubrimientos que para dedicarse á la pesca de las focas. Enrique IV envió después al marqués de la Roche, como teniente general del Canadá, el Labrador, Hochelega, Norimbegue y Terranova, con poderes ordinarios; pero no obtuvo grandes resultados. En este estado, las costas de la Acadia habían sido también reconocidas: en fin, Champlain dió mejor direccion á los negocios del Canadá (1608), que fué el centro del poder francés en América. Fundóse Quebec, y establecieron relaciones con dos grandes tribus de salvajes, los algonquinos y los hurones. El río San Lorenzo los separaba de los terribles iroqueses, vecinos del Hudson y del lago Ontario. Todas aquellas tribus se atacaban unas á otras con furor, y se entregaban á sangrientas batallas: tomando Champlain partido por los algonquinos, atrajo sobre su nacion la irreconciliable enemistad de los iroqueses.

Los franceses no manifestaron nunca, al fundar colonias, la tenaz paciencia y la impertérrita constancia de los españoles y holandeses. Cuando se arruinó la colonia del Brasil, de que ya hemos hablado, Coligny creyó que la Florida era un país propicio para sus correligionarios; y Cárlos IX concedió dos barcos á Juan Ribaut, de Dieppe, que partió con un cargamento de reformados. Desembarcó en las orillas del río, llamado después de San Mateo por los españoles, y continuó su camino explorando el país, y para preparar allí una nue-

va Francia, fundó á Charlefort, en la bahía de Puerto Real. El capitán Alberto, á quien dejó el mando de la plaza, entró en relaciones amistosas con los indios, pero, reducido pronto á la privación, construyó lo mejor que pudo algunos barcos de una sola vela, y volvió á Europa con los miserables restos que le quedaban.

Trastornada la Francia con las guerras de los hugonotes y de los católicos, no podía pensar en el nuevo establecimiento; pero apenas se calmaron cuando Coligny obtuvo el volver á enviar de nuevo tres barcos á las órdenes de Renato de Laudonnière. El pintor Lemoine fué del número de los que se embarcaron con él; y los dibujos grabados por Dabry ofrecieron por primera vez, á las miradas de los europeos, los aspectos de aquellos nuevos países y las costumbres de la vida salvaje. Cuando llegaron los segundos colonos, los primeros habían abandonado ya la Florida, y Laudonnière prefirió las orillas del río Mayor, donde encontró disposiciones favorables en los naturales y en el cacique Saturiava. Pero arrastrado pronto á tomar parte en las querellas de aquel jefe con sus enemigos, se enajenó la voluntad de los demás salvajes; sus mismas gentes se amotinaron contra él, y sus piraterías, con respecto á la colonia de los españoles, avivaron el odio que éstos le tenían ya como hereje.

Habiendo solicitado don Pedro Mendez de Avilés, del rey de España, el permiso de combatirlos con este título, cayó sobre ellos en el momento en que, desesperando de sostenerse y faltos de víveres demolian el puerto para reembarcarse. No pudieron, pues, resistirle; y Mendez esterminó la colonia después de haber vencido á los socorros que llegaban de Francia. A medida que cogía á algunos de ellos, si declaraban que no eran católicos les hacía ahorcar, *no como franceses sino como herejes*. No estaba la Francia en estado de vengarse de aquella ejecución; pero Domingo de Gourges, veterano de las guerras de Italia, se encargó de ello. Equipó tres barcos con el dinero que pidió prestado, y llegó á la Florida con una ardiente animosidad (1567). Algunos franceses, refugiados entre los indios, le ayudaron á entenderse con ellos para que le secundasen en su ataque; cayó entonces sobre los establecimientos españoles, é hizo ahorcar al pequeño número de ellos que pudo coger vivos, *no como españoles, sino como asesinos*. Pidió España una reparación, y Carlos IX que no quería ponerse mal con esta potencia, persiguió á Gourges: resultó de esto que se abandonó el proyecto de colonización.

Así era que la América, que en otro tiempo ignoraba la existencia de Cristo, se encontraba ya ensangrentada por las diversas maneras de entender sus doctrinas; y hasta las querellas religiosas de la vieja Europa debían producir colonias destinadas á darle el gérmen de su futura grandeza.

Llegaron muy tarde los ingleses al continente donde debían dominar un día. Onofre Gilbert

obtuvo de la reina Isabel la primera patente emanada de la corona de Inglaterra: aquel acto le confería la autoridad sobre toda la tierra que descubriera en los países remotos y bárbaros, que aun no estuviesen ocupados por cristianos; revestia á él y á sus herederos de la propiedad del territorio con la facultad de disponer de él en todo ó en parte, y darlo en feudo á los que le hubieran seguido; las tierras del nuevo establecimiento eran dadas á cargo de fe y homenaje á la corona de Inglaterra, pagando un quinto del oro y de la plata que se encontrase en ellas. Gilbert estaba revestido del resto de la jurisdicción, y de todos los derechos reales y legislativos, tanto sobre aquellas tierras como sobre los mares adyacentes, con prohibición á todos los demás de formar, durante seis años, ningún establecimiento que no estuviera distante del suyo doscientas leguas.

Derechos semejantes á los que se habían concedido por los reyes al almirante español, se concedían, pues, un siglo después de Colon, y en un país de mayor libertad. Se descubrían las mismas pretensiones á dominar sobre pueblos no descubiertos aun; y la reina de Inglaterra no hacía más ni menos que lo mismo de que se acusaba al papa, á quien ésta había sustituido (1).

Provisto Gilbert con estos privilegios, se dispuso á ocupar el norte de la América y Terranova; pero fracasó en su empresa. Empeñó todo lo que poseía para dar de nuevo principio; pero por más valor que desplegó pereció en el mar de una manera deplorable. Roberto Raleigh, su cuñado, talento despejado, después de haber desempeñado un papel muy activo en la política, trató de descansar y consolarse de las contrariedades que le había causado, emprendiendo los proyectos de Gilbert. Cuando España y Francia ponían el pié en el Canadá y la Florida, ¿por qué sólo la Inglaterra no había de tener parte en el Nuevo Mundo? ¿No sería para ella el mejor medio de rivalizar con España, de quien se consideraba Isabel como enemiga natural? Estas consideraciones y otras del mismo género se hicieron obtener privilegios ya concedidos: partió, pues, siguiendo el camino de costumbre de las Canarias y de las Antillas; adelantóse hácia el Norte hasta una tierra que llamó Virginia, en honor de Isabel y de una virginidad de que esta sacaba vanidad y provecho. Este país se había ofrecido á sus miradas en medio

(1) El gobierno de la Gran Bretaña, con respecto á sus colonias fué un monopolio por el modelo del de España, monopolio que confirmó por más de veinte y nueve actos el Parlamento. Solo era permitido vender á los extranjeros lo que los ingleses no habían querido, para que pudiesen ganar con que pagar los tributos ingleses. Una multitud de privilegios tenían esclavizadas las libertades comerciales de los nacientes Estados, y los principios de la justicia natural fueron pospuestos al temor y á la avaricia de los negociantes ingleses. BANCROFT, *Historia de los Estados-Unidos*, c. XI.

del estío, cuando la vegetacion en todo su vigor ostentaba sus maduros frutos, y la viña inculca sus pámpanos cargados de uvas. Pero pronto se conoció que el suelo era ingrato y el clima peligroso: sin embargo, Raleigh, para distraerse de las mortificaciones que le hacia sufrir la corte, continuó sus armamentos sin desarmarse por los débiles resultados que habia obtenido á precio de cuarenta mil libras esterlinas consumidas en siete expediciones. Si es verdad que trajo de allí la patata á Irlanda, mereceria ser contado entre los bienhechores del género humano.

La idea de Eldorado que habia puesto en movimiento á tantos españoles, fué adoptada por Raleigh, como que indicaba el país situado al norte del Brasil, y llamado Guyana por los naturales. Sea que en efecto lo creyese, ó que aprovechase la ocasion de dañar á los españoles, enemigos de su soberana, publicó un libro sobre el *Descubrimiento del grande, rico y magnífico imperio de la Guyana, con una relacion de la gran ciudad de Manou*. En una época en la que nada parecia inverosímil, el mundo se persuadió de que los Incas se habian refugiado en aquel país, y que habian recobrado en él, con su antigua grandeza, aun mayor opulencia. Muchas gentes se ofrecieron á acompañar á Raleigh, y obtuvo del ministerio los medios necesarios para la exploracion de la conquista. Proclamándose entonces libertador de la Guyana, que se disponia á librar de la tirania española, metió sus barcos en el Orinoco, sin tener en cuenta los pareceres contrarios; después subió el curso del rio en chalupas descubiertas, por espacio de trescientas millas. En este punto habló con el centenario Tapiowray; y las informaciones que recogió le determinaron á adelantarse aun cien millas, sabiendo, á pesar de las privaciones, sostener el valor y la esperanza de los que le seguian. Pero habiendo llegado la estacion de las lluvias fué preciso dar la vuelta; y este nuevo obstáculo acabó de arrebatarle toda la reputacion en su patria, donde concluyó por ser condenado como culpable de traicion (1618).

Pensaron tambien los franceses en formar establecimientos por aquellos parajes, y tomaron posicion en Cayena, isla de quince leguas de circuito, á la vista del continente, de fácil acceso, poco salubre y sin gran fertilidad. Ya habian arribado á ella en 1604 después del descubrimiento del país por los españoles; pero la oposicion de los caribes les forzó á renunciar á él. Treinta años despues algunos mercaderes de Ruan se asociaron para colonizarla á sus espensas, pero sin éxito; porque los caribes asesinaron á todos los hombres que desembarcaron, y la sociedad se disolvió. Constituyóse otra de setecientos á ochocientos parisienses; pero el abate Marivault, que los conducia, se ahogó cuando el embarque. Boiville que le reemplazó, fué degollado en la travesia, los demás jefes se dieron muerte unos á otros, y se consideró como una gran felicidad el que cerca de

trescientos de ellos que habian escapado del hierro de sus compañeros y de las flechas de los caribes, se hubiesen podido establecer en Cayena.

Aquella colonia no prosperó nunca, aunque el clavo y la nuez moscada se daban bien, y el café que se llevó de Surinam se produjo perfectamente, hasta el punto de ser el mejor de América. Desde el principio comenzaron los ingleses á inquietar á los habitantes (1667), y los arrojaron de la isla; pero los franceses volvieron, y se aumentó su número. En fin, Luis XV envió allí una colonia, célebre por la imprevision con que se dejó perecer á aquellos desgraciados en medio del hambre y de las enfermedades.

En 1797 después del golpe de Estado del fructidor, el Directorio mandó á Cayena varios realistas, y en 1852, después del golpe de Estado de diciembre, Napoleon III envió allá centenares de republicanos.

Las diferentes potencias procuraron establecerse en Guyana, posicion favorable, como que se encuentra en medio de las dos Américas, y se acerca al Brasil por una parte y á las Antillas por otra. Recibió, pues, á la vez á los franceses, á los holandeses en Surinam; á los ingleses en Demerary y Esequibo; á los españoles en el cabo Nassau, á la embocadura del Orinoco, y á los portugueses en las vastas regiones situadas en el Mediodia hacia el Brasil.

El descubrimiento de Raleigh en la América septentrional fué más provechoso: allí fué donde los ingleses comenzaron á desplegar el ardor, la habilidad, la perseverancia que les hizo célebres en el arte de establecer colonias y en la aplicacion de su política interior, que consiste en dar trabajo á la plebe para que no envidie las tierras de los ricos, y para encontrar salida á la industria nacional, creando nuevos consumidores.

El capitán Weymouth, mandado para explorar la Virginia, confirmó las maravillas referidas anteriormente de su belleza y magnificencia: entonces se formaron dos sociedades para explotarla. Entre los que fueron al efecto á establecerse en ella, el capitán Juan Smith de Villoughby adquirió gran fama. Un carácter romántico que se habia manifestado en él desde su infancia, le hizo dedicarse á correr aventuras de país en país, saliendo de mil peligros tanto por la destreza como por la fuerza, y con ayuda de una fecundidad inagotable, de ingeniosos subterfugios. Después de haber viajado mucho tiempo entre los cristianos y los turcos, partió en fin con una colonia que desde Inglaterra pasó á América, donde pronto adquirió la superioridad que por lo comun procura el talento. Habiéndole entonces atacado la envidia, fué acusado de proyectos ambiciosos, y se le negaron los empleos á los cuales tenia derecho. Dedicóse entonces á hacer reconocimientos en los alrededores de James-Town, ciudad fundada por aquellos colonos, hasta que de nuevo se tuvo necesidad de sus servicios.

Habiendo caído prisionero en aquellas aventuras correrías, estaba ya atado para servir de blanco á las flechas de los salvajes, cuando su jefe se decidió á conservarle vivo, para conducirlo en triunfo al país vecino. En efecto, celebraron con fiestas la captura de aquel hombre tan superior por su vigor y talento; pero él abundante en recursos supo persuadirles de que lo conservasen. Los sorprendió con prodigios siempre nuevos; se imaginaron que la brújula que les enseñó estaba animada, que la pólvora era un grano susceptible de germinar, y la sembraron. Fué estremada su admiracion cuando le vieron, con ayuda de letras, hacerse entender á gran distancia. Sin embargo, como se negó á ponerse á la cabeza de ellos para asaltar á James-Town, le sujetaron otra vez para darle muerte cuando Pocahontas, hija de Powhatan, el principal de aquellos jefes, precipitándose á él le salvó y fué, enviado á la colonia. Aquel hombre intrépido emprendió entonces de nuevo sus exploraciones é incursiones, secundado por la infatigable fidelidad de Pocahontas, á quien la Inglaterra es deudora de que una de sus colonias pudiese en fin establecerse en el continente, al Norte del golfo de Méjico. El mismo nos ha transmitido el relato de sus expediciones en el que aparece, á pesar de evidentes alabanzas, una indomable actividad que chocaba contra los obstáculos suscitados, ora por los salvajes, ora por los europeos, y un raro talento político, con el cual consiguió dar estabilidad á la colonia, cuyo presidente fué mucho tiempo.

Los gastos de aquel establecimiento se hacian por la compañía de Lóndres, que habia obtenido patentes muy estensas, con el derecho de explotar en provecho suyo las minas que encontrase, reservando el quinto para la corona; la facultad de trasladar allí á los ingleses y los extranjeros; la exencion de derechos para las mercancías mandadas de Inglaterra, y la autorizacion concedida al consejo superior de la colonia que residia en Lóndres, de hacer las leyes y reglamentos para su uso. Como los ingleses procedian en sus establecimientos con ideas diferentes, los mercaderes á quienes la práctica enseñaba principios de economía menos estrechos, proclamaron que no debia ponerse trabas á la esportacion del dinero; que aquel metal no aumentaba ni disminuía el comercio, sino que por el contrario, era su resultado, y que el que lo extrae lo hace únicamente para aumentar sus capitales y realizar un beneficio: ideas que en aquella época eran una novedad.

La Virginia prosperó particularmente por el cultivo del tabaco; pero habiendo deportado á ella el gobierno á algunos condenados, cayó en descrédito y cesaron las numerosas emigraciones que se dirigian allí. En la parte septentrional se establecía la compañía de Plymouth. Pero como los naturales fueron tratados primero con rigor, ya no fué posible amansarlos. Personas de todas las naciones, y que pertenecian á las mil creencias que

se agitaban entonces en Inglaterra, acudian á aquella comarca; y pronto, emancipandose los colonos del lazo que los ligaba á la compañía, adquirieron el poder legislativo, que fué ejercido por representantes de cada ciudad ó de cada distrito. Desde el principio se habia exigido que cada uno que llegaba á la Nueva Inglaterra se adhiciese á una iglesia cualquiera para ejercer en ella los derechos de ciudadano. Resultó de ello que las diversas comunidades de habitantes fueron determinadas por las creencias religiosas; de aquí procede que se encontraron formadas allí de puritanos y de presbiterianos; y en otra parte de congregacionistas, de unitarios y anabaptistas, y principalmente brownistas, especie de puritanos más rígidos que los demás que habian sido espulsados de Inglaterra, porque se les consideraba como entusiastas hostiles al gobierno.

Una de las sectas más notables era la de los cuáqueros, lógicos severos que llevaban las consecuencias del Evangelio hasta escluir toda distincion entre las personas, así como tambien todo culto exterior, y se abstenerian de jurar, usar armas y dañar á ninguna criatura. Habian llegado allí con Guillermo Penn, de Lóndres, que habiendo hecho muchos sectarios, obtuvo las tierras situadas entre el Maryland, Nueva York y la Nueva Jersey, llamada Pensilvania por su nombre. Prometiéndole la libertad civil y la libertad de conciencia, mostrando tal respeto á los derechos, que no ocupó ningun terreno perteneciente á los salvajes sin haberle pagado, dió á la colonia una constitucion conforme á sus principios religiosos, que protegió al pueblo contra los abusos del poder de los magistrados, y llamó á los representantes de todos á la confeccion de las leyes. La ciudad de Filadelfia, que él fundó, indicó por su nombre, que una benevolencia general y fraternal, primera ley de aquellos colonos, debia reinar constantemente entre ellos. Gobernó Penn, como patriarca, á los súbditos que él se habia dado: propietario de todo el territorio, el arrendamiento era el impuesto; cada aldea tenia su policia: transmitió aquel Estado á sus hijos, y los filósofos ensalzaron su gobierno como una realizacion de las teorías que inspiraba entonces un benévolo delirio.

Seducidos otros señores ingleses por aquel ejemplo, quisieron hacerse plantadores y reformadores en América. Lord Delaware se habia puesto á la cabeza de una colonia de plantadores. La hermosa colonia de Maryland habia sido fundada bajo la direccion de lord Baltimore, por católicos, que desde entonces acogieron á los que se encontraban perseguidos en otras partes. Ocho lores colonizaron después la Carolina, para la cual pidieron á Locke una constitucion, quien les presentó un trabajo con sus ideas filosóficas y lleno de admirables teorías; pero en la aplicacion no produjo efecto y se renunció á él.

De esta manera, toda clase de estatutos, cultos y naciones, se mezclaban en la América septen-

trional. Poco á poco los establecimientos ingleses se extendieron allí á lo largo de la costa desde la bahía de Pasumaquody hasta la Florida, remontando los rios hasta los montes Apalaches ó Aeganis.

Los holandeses habian fundado en los países situados al Noroeste, descubiertos por Hudson, una nueva Bélgica sobre el Delaware y el Connecticut; después de ellos, el rey de Suecia, Gustavo Adolfo, envió sus súbditos á la misma bahía del Delaware y á la de Chesapeake. Eran estas colonias de un nuevo género, no ya fundadas en la esclavitud de los indigenas y en la explotación de las minas, sino destinadas á la agricultura; más lentas en su prosperidad, con menos atractivos para la imaginacion, pero de más seguras y grandiosas consecuencias.

Los acrecentamientos de los ingleses en la Virginia fueron funestos á los franceses del Canadá y á los demás establecimientos limítrofes. Entonces comenzaron aquellas guerras, en las cuales se batian en la Alemania por la posesion de tierras en América, y en el Canadá por las querellas europeas. Tambien cuando los franceses y los ingleses se disputaban el Canadá, haciendo ostentacion de su interés por los naturales, fué con razon con la que éstos se adelantaron diciéndoles: *¿Y las tierras de los indios dónde se encuentran? Padres, retiraos; retiraos, hermanos, y dejadnos en las tierras que Dios nos ha dado.*

La colonia francesa del Canadá hizo, no obstante, progresos, sobre todo después de 1668, y con el ofrecimiento que hizo de un asilo á los fugitivos, á los descontentos que abandonaban la Francia, y á los caballeros arruinados. Sus posesiones se extendieron cada vez más. El regimiento de Cariñan Sabliers obtuvo allí tierras, lo cual le hizo dedicarse más á la defensa del país. Quebec fué erigido en arzobispado; el padre Chaumont, fundó el establecimiento de Loreto entre los hurones cristianos. Los misioneros obtuvieron al principio poco éxito entre los aïeros, pero en 1671 convocaron á los jefes de las tribus nómadas, á los cuales les manifestaron cuán ventajoso seria para ellos constituirse vasallos del gran rey de Francia, y les persuadieron á hacerlo.

Una memorable adquisicion fué la de la Luisiana. En 1660, algunos aventureros de las selvas habian oido decir que un gran rio, que nacia en las cercanias de los estensos lagos del Canadá, corria hácia el Sur y desembocaba en el golfo de Méjico. Era el Misisipí. La Salle, de Ruan, uno de los más extraordinarios aventureros de aquel siglo, partió para descubrirlo. Descendió por su curso con el misionero Hannequin, y fué el primero que vió el hermoso rio de Niágara, precipitarse todo entero y formar aquella catarata, que es una de las maravillas del mundo. La Salle fundó algunas fortalezas para imponer respeto á los iroqueses, que no les dejaban un momento en paz á instigacion de los ingleses. La guerra que estalló entonces produjo la invasion de la nueva Francia por

las tropas británicas que sitiaron á Quebec, pero fueron al fin rechazadas con pérdida.

Entre tanto supieron por los indios algunos negociantes, que existia otro rio cuyo curso no era al Norte ni al Este. El gobernador Fontenac resolvió enviar á reconocerlo, confiando esta mision al padre Marquette, jesuita francés, y á un comerciante de Quebec, llamado Jolet, quienes hallaron en efecto en la direccion indicada el Utagamis, ó rio de las Zorras, que pone en comunicacion el Misisipí y el San Lorenzo en una estension de setecientas leguas. El intrépido padre Hannequin se internó entre las turbas de salvajes, con peligro continuo de su vida, viéndose unas veces atado ya para ser asesinado, y tranquilizado otras por la oferta de la pipa, símbolo de paz. Al fin, pudo regresar desde una distancia de cuatrocientas leguas, y segun su relato habia reconocido la embocadura del Misisipí, mas sin embargo parece que se equivocó.

La Salle entonces emprendió un nuevo viaje para reconocer el rio por la parte del mar, con la intencion de establecer en su embocadura una colonia destinada á imponer respeto á los españoles y á los ingleses, continuamente hostiles al país, á la cual dió el nombre de Luisiana en honor de Luis XIV, pero se vió contrariado y desobedecido por los que le seguian; y finalmente, habiendo entrado entre los ilineses, fué asesinado por el francés Duhaut. Este ilustre aventurero fué olvidado por su patria; pero los Estados-Unidos le han erigido un monumento en el capitulo de Washington entre los de Penn y John Smith.

Continuando Hontan las espediciones de La Salle, reconoció el rio Largo ó de San Pedro, y aunque los españoles tratasen de poner obstáculos á los descubrimientos y proyectos de los establecimientos franceses, tomaron éstos posesion de la Luisiana con la intencion de hacer allí el comercio de la lana y de los bueyes del país, además de la pesca de perlas. En un principio tuvieron que habérselas los franceses con los apalaches; nacion que bajó desde las montañas de este nombre á aquel y otros países donde le esperaba igualmente la espada de los europeos. Entre los demás indios que tuvieron aliados ó por contrarios, una de las hordas más numerosas era la de los catavos, que segun, se decia, podian aprestar hasta veinte y cinco mil combatientes.

Pero la principal tribu era la de los natchez, de alta estatura y de color cobrizo, que creian haber recibido sus leyes de un hombre y de una mujer salidos del sol. Daban el nombre de Gran Sol á su jefe supremo, á quien honraban con ofrendas y homenajes divinos, dejándole un poder absoluto sobre sus vidas y haciendas. Todas las mañanas se presentaba este jefe á la puerta de su choza real, y mirando hácia el Oriente y prosternado lanzaba grandes aullidos. Cuando moria, se mataban sus criados ó se les ahorcaba para que le siguiesen al otro mundo, sucediéndole el hijo de la mujer

quien le unian lazos más estrechos de parentesco. Dirigían la guerra dos jefes; dos maestros las ceremonias del templo; dos funcionarios los tratados de paz y guerra, y cuatro las fiestas públicas; el Gran Sol nombraba todos los empleados. Aun cuando estaba permitida la poligamia entre los natchez, no tenían por lo común más que una mujer, la cual se prestaban en muchas ocasiones. Una joven noble podía casarse con un hombre de baja esfera, que continuaba siendo tratado como siervo, á no ser que mandase á los otros y dejase de trabajar. Debía mantenerse en pié delante de su mujer, que podía tener amantes á su antojo, despedirlo para casarse con otro, ó condenarlo á muerte si era infiel. Los natchez celebraban á principios de julio una solemnidad que duraba dos días, la cual presidía el Gran Sol con su mujer, terminada la cual, exhortaba á sus súbditos al cumplimiento de sus deberes, á venerar los espíritus y á educar bien á sus hijos. Las recolecciones se hacían en común, y se depositaban las primicias en el templo.

Las primeras tentativas de los franceses para someter la Luisiana habían tenido mal éxito, cuando Iverville, natural del Canadá y hombre de grande arrojo, fué á Francia y obtuvo algunos buques, con los cuales penetró en el Mississippi, después de haber encontrado su verdadera embocadura y reconocido los salvajes que habitaban en sus orillas. Pero en lugar de elegir fértiles llanuras para establecer la colonia, prefirió el Biloxi, costa despoblada donde se instaló, en una isla inculta y desierta, que recibió fastuosamente el nombre de Delfina. Pero los ingleses pretendían haber descubierto el país medio siglo antes, trataron de expulsar á los franceses que se vieron obligados á fortificarse en sus posiciones. El rey Guillermo quiso trasladar á este país los refugiados franceses de la Carolina, mientras que Luis XIV, siguiendo su política intolerante, había excluido de la Luisiana á los protestantes. También los españoles trataron de tomar posición, pero los franceses se mantuvieron firmes, á pesar del mal que les causaron los corsarios ingleses, y aun cuando no contaban en la colonia más que veinte y ocho familias francesas, veinte negras y trescientas cabezas de ganado, ni hacían más comercio que el de maderas y pieles. Entonces solicitó un especulador llamado Antonio Crozat, el privilegio comercial de la Luisiana, que obtuvo por diez y seis años, con la propiedad perpétua de las minas que en él descubriese. Este llevó muy lejos sus reconocimientos, extendió las relaciones de la colonia y trasportó á ella muchos esclavos de Guinea, pero no tardó en restituir el privilegio de que se le había investido.

Pareció que se habían de improvisar brillantes fortunas en la Luisiana, cuando el célebre economista Law tomó por base de su sistema rentístico una especulación que tenía por objeto trabajar las tierras y explotar las minas de este país que, según él, eran muy abundantes. Vióse entonces á los fran-

ceses con esa pasión con que adoptan todo lo que es negocio de moda, arrojarse á porfía sobre las acciones de la nueva compañía, llevando en tropel no solo su dinero contante, sino también sus alhajas y vajillas para cambiarlas por billetes del banco de Law. Se apresuraron á marchar á la Luisiana una multitud de artesanos y especuladores, pero muchos de ellos perecieron allí, y los demás volvieron desengañados y llenos de deudas.

La compañía procuró mantenerse á pesar de sus reveses demasiado bien conocidos, pero trató á los natchez con tanto rigor, que tramaron una conjuración para matar á todos los franceses. La falta de unión les impidió insurreccionarse todos á la vez, y los franceses pudieron vengarse de esta tentativa. Continuó Perrier haciéndoles la guerra, y prendió al Gran Sol enviándolo prisionero á Nueva Orleans con otros muchos jefes. Los débiles restos de esta nación se incorporaron con los chicacos, contra quienes dirigieron también sus armas los franceses, hasta que los obligaron á retroceder y á pedir la paz. Principió desde entonces á florecer la colonia, situada como estaba en un suelo de los más fértiles, próxima á la mar y á un gran río como el Misisipi; y aumentó todavía más su prosperidad después que se reconoció el curso del Misuri. Finalmente, la Francia cedió á los españoles la Luisiana para indemnizarlos de la pérdida de la Florida que habían abandonado á los ingleses; tratado vergonzoso por el cual dejó de resonar el nombre francés en la América Septentrional.

El antiguo genio de los conquistadores parece haberse limitado hoy á aquellos cultivadores que llaman en la América Septentrional *First-settlers* gente á quien no une á la tierra vínculo alguno. Abierta y cortada una selva la abandonan en breve para buscar otra donde suponen que hay riquezas y mayores placeres. Penetran de nuevo en el desierto imaginándose hallar un clima más sano, una caza más abundante y un suelo más fecundo. Andan algunas veces hasta mil leguas, guiados por esta sola esperanza, abandonándose á la corriente de los ríos en las canoas, ó penetrando entre naciones salvajes ó en los bosques inhospitales, sin llevar más que una manta, una carabina, una hacha, un cuchillo de monte y dos lazos para coger castores. La caza los alimenta en estas largas travesías, y después se instalan en un bosque que quemán y desmontan, ó entre los salvajes á quienes atacan, esterminan y hacen huir.

A estas gentes se debe la primera cultura de Kentucky y del Tennessee, pero apenas empiezan á producir fruto sus fatigas, se marchan para volver hacer lo mismo en otras tierras vírgenes. Detrás de ellos viene una población más estable que se aprovecha de sus primeros trabajos, estiende el cultivo y convierte en casas las chozas. Así es como ha pasado la civilización al otro lado del Misisipi, y como va acercándose el nacimiento del Misuri.

## CAPÍTULO XIV

### DE LAS AMÉRICAS EN GENERAL.

Cristóbal Colon llegaba á la América en 1492, y cuando en 1525 Diego Rivero volvió del congreso geográfico astronómico, celebrado en Puente de Caya cerca de Ilves, para determinar los límites entre la monarquía española y la portuguesa, estaba ya trazada la configuración de los continentes que contiene este hemisferio al sur y al norte del Ecuador, desde la tierra del Fuego hasta el Labrador; tan cierto es que cuando una generacion concibe una esperanza, no da treguas hasta que la realiza. Se continuó enseguida la exploracion de la tierra firme y de las islas, de tal modo que su conjunto se conocia mejor que el del antiguo mundo. Sólo en las regiones árticas, donde son eternos los hielos, no pudo llegar la exploracion á ser tan precisa: sin embargo, parece cierto están separadas de nuestro continente por canales que serpentean en medio de este archipiélago helado.

La América forma, pues, una inmensa isla desde el 78° de latitud boreal, á que llegó el capitán Ross en 1840, hasta el 55° 58' 30" de latitud austral. Es estrecha en el Sur y luego va ensanchando, hasta que se reduce de pronto hácia la duodécima paralela en un istmo que une esta parte con la del Norte. El mar que la rodea, bajo el nombre de Atlántico por un lado, y de grande Océano ó mar Pacífico por otro, la designa á lo largo de las costas y penetra profundamente en algunos sitios formando los mares mediterráneos de Mejico y de las Antillas, y las bahías de Hudson y de Baffin.

Las salidas y entradas de estos lagos litorales, están cubiertas de una multitud de islas que á veces se agrupan en muchos archipiélagos, algunos de ellos condenados á una esterilidad helada, tal como el de Baffin; otros poblados por la pesca, como el de Terranova, ó favorecidos con todos los dones de la naturaleza como las Lucayas, que

reunidas á las Antillas rodean el golfo de Méjico como una guirnalda de flores. Todavía quedan otras islas incultas y casi desiertas que sirven de asilo á los piratas, esperando la obra civilizadora del hombre.

Por mucho tiempo ha contrariado la navegacion de estas aguas un fenómeno singular, cual es la gran corriente ecuatorial llamada *Gulf-Stream*. Partiendo de España, circula al través de las Canarias, desde donde llevaria un buque en trece meses á las costas de Caracas. En diez meses da la vuelta al golfo de Méjico, desde donde se lanza con una rapidez acelerada, en el canal de Bahamá, y al salir de él toma el nombre de corriente de las Floridas. Siguiendo entonces á los Estados-Unidos, llega en dos meses al banco de Terranova, formado probablemente por los depósitos que deja tanto esta corriente como otra que viene del Norte en la direccion del rio de San Lorenzo. Desde alli se dirige en sentido inverso, rasando las Azores y Gibraltar, hasta que vuelve á ganar las Canarias después de haber recorrido tres mil leguas en tres años y once meses. En el día está señalada exactamente en las costas, y los marinos la conocen en el calor y en la rapidez de las aguas.

La América está atravesada, en una longitud de cerca de tres mil leguas, por una cadena de montañas, llamadas Cordilleras, segun la expresion española, y la cima más elevada de esta cadena es el Chimborazo al Sur del Ecuador. Tiene 6,529 metros de altura, y ha pasado por el pico más gigantesco del globo hasta que se midieron las cimas del Tíbet. De ella salen muchas llanuras de una estension y elevacion notables, tanto que el fondo del valle de Quito en los Andes, no está á menos altura que la cima del monte Blanco. La ciudad de Bogotá y los llanos de Méjico, están más elevados

que el convento de San Bernardo; se encuentra en ellas, sin embargo, ricos pastos, muchos ganados, y una atmósfera templada donde el barómetro se mantiene siempre á veinte pulgadas. La elevacion determina el clima, no menos que la latitud, pero en zonas más exactas que en nuestro hemisferio. No se halla en estos sitios la alternativa útil y agradable de las estaciones: las regiones frias están constantemente cubiertas de nieblas, la esterilidad es perpétua, y hiela sin dejarlo en los países cálidos, produce exhalaciones pesadas, el calor sofocante: en los climas templados es el calor uniforme como en las estufas, sin que reinen sucesivamente el invierno y el verano.

Esas alturas gigantescas y los llanos que las separan, procuran á la América la vegetacion más rica y variada, al mismo tiempo que la hacen gozar las más dulces influencias del cielo, bajo la zona tórrida, á lo que tambien contribuyen los grandes rios que descienden de sus cimas ó se estrechan hácia los trópicos, y la disposicion de sus montañas que dejan correr libremente los vientos del Norte (1).

No faltan tambien desiertos áridos como los del Africa, especialmente en la mayor parte de la costa occidental del 4° al 30° de latitud Sur: al otro lado de los Andes, se extiende asimismo un desierto de más de trescientas leguas (*la Travesia*) cubierto no de arena, sino de guijarros.

Estos desiertos, en que se encuentran elevadísimas montañas, bosques espesos é inmensos rios que se precipitan en cascadas desde mucha elevacion, separan las tribus entre sí, y mantienen la diversidad de lenguas y costumbres. Algunos de estos rios son de una extension y rapidez desconocidos en nuestro continente, por ejemplo, el Orinoco y el rio de la Plata. El Parana, que se parece al Nilo por sus corrientes periódicas, por su nacimiento próximo á la zona tórrida, por sus cataratas y por sus crecidas regulares que inundan vastas campiñas, lleva más agua, despues de haberse unido con el Paraguay, que cien rios juntos de los más caudalosos de Europa. El rio de las Amazonas, despues de haber recogido en sus rodeos infinitos centenares de rios tributarios, viene á entrar en el mar como un mar nuevo (2). Entre los lagos del Canadá, llamados mares de agua dulce

por los primeros navegantes, se distingue el Superior que tiene de cuatrocientas á quinientas leguas de circunferencia y recibe cuarenta rios. El lago Erie se desagua por el Niágara que se precipita de ciento cuarenta y dos piés de altura, en una extension de mil ochocientos piés y envia sus aguas al pacífico lago Ontario y al de las Mil-Islandas, de donde sale el rio San Lorenzo, que no tiene menos de tres leguas de anchura en su origen, llegando despues á quince y veinte, hasta que por su embocadura derrama en el mar 67.335,700 metros cúbicos de agua por hora. ¿Qué ventajas no podrá obtener la civilizacion cuando haya hecho navegables estos inmensos rios, que reunidos por medio de algunos canales pongan en comunicacion á los países separados por largas distancias?

Una série inmensa y casi no interrumpida de volcanes, revelan las combustiones interiores, que se manifiestan con harta frecuencia por medio de terremotos desoladores. Apenas existe una ciudad en aquel hemisferio, que no haya sido destruida por lo menos una vez: se elevan nuevas montañas, desaparecen los lagos, cambian de aspecto regiones enteras, y hasta el clima se altera para siempre. La noche del 23 de Enero de 1663, sufrió la América septentrional treinta y dos sacudimientos tan terribles, que se abrieron las puertas, sonaron las campanas, se cuartearon las paredes, fueron arrancados muchos árboles, y se trastornó todo el suelo en un espacio de trescientas leguas: el rio San Lorenzo quedó obstruido por dos colinas que se desplomaron; en otros sitios se rebajaron hasta flor de agua las márgenes del rio, y se encontró allanada una cadena de montañas calcáreas de doscientas millas de longitud (3). Ni una sola persona pereció en medio de un trastorno tan grande.

El 19 de Octubre de 1682, fué destruida la ciudad de Pisco, en el Perú. El mar se retiró media legua, y volviendo despues con rapidez, cubrió un grande espacio de tierra, y arrastró todo lo que halló al paso, incluso los habitantes, que todavía dormian por ser muy temprano. El terremoto de 20 de Octubre de 1687, destruyó completamente á Lima, que volvió á ser destruida por el que principió en 28 de Octubre de 1746, durante el cual se dejaron sentir doscientos sacudimientos en las primeras veinticuatro horas, llegando el número de aquellos á 451 hasta el 24 de Febrero siguiente: sólo un habitante consiguió salvarse.

En el famoso terremoto del 4 de Febrero de 1797, en Riobamba, en la provincia de Quito, la sacudida fué vertical; de modo que los cadáveres fueron lanzados á gran altura, y hasta arrojados á una colina de más de cien piés de elevacion, y obrando al mismo tiempo circularmente, hizo girar las paredes sin derribarlas; encorvó largas filas de árboles; volcó unos sobre otros campos de

(1) Segun Humboldt, las ciudades en que la temperatura media es más elevada, son: Veracruz de 25° 4 Reaumur; la Habana, de 25° 6; Cumana, de 25° 7.

(2) El Misisipi recorre solo. . . . .	1,000 leguas.
El Misuri reunido al Bajo Misisipi. . . . .	1,600 »
Y recibe el rio Piatto que recorre. . . . .	500 »
— el Ohio. . . . .	400 »
— el Arkansas. . . . .	450 »
— el rio Colorado. . . . .	400 »
Las Amazonas. . . . .	1,035 »
El Oregon ó Colombia. . . . .	420 »
El Rio de la Plata. . . . .	560 »
El Orinoco. . . . .	500 »

(3) CHARLEVOIX, *Historia general de la Nueva Francia*, I, 8.—CLAVIJERO, *Hist. ant. de Méjico*.

diferente cultivo, llevó los muebles de una casa á otra á algunos centenares de metros de distancia (A. HUMBOLDT); en el distrito de Quito fueron sepultados de treinta á cuarenta mil indios; el suelo abierto en muchos puntos arrojó agua sulfurosa y fangosa, y el pico de Sicalpa cayó sobre la ciudad de Riobamba, sepultándola con nueve mil habitantes. El 4 de Febrero de 1799, perecieron en Quito en un instante cuatro mil ciudadanos, y la temperatura que antes se mantenía casi constantemente á cerca de quince grados, es rara la vez que ahora los marca, y hay casos en que baja hasta cuatro. La atmósfera se ha vuelto sombría y nebulosa y los sacudimientos se repiten con frecuencia. Los desastres de Guadalupe (1843) y los del Perú (1867) son demasiado recientes para que nos detengamos á recordarlos.

En 1759, cincuenta leguas al oriente de Méjico y á treinta y seis del mar, en una vasta llanura de riquísimas plantaciones, principió á mugir y bramar el terreno, que después se levantó y abrió vomitando cenizas y piedras candentes por una gran abertura, y por otra ciento menores, cubriendo el campo en la extension de una legua, y formando el volcan de Jorullo, de quinientos metros de altura con otros seis conos alrededor (4). Generalmente los terremotos van acompañados de truenos ó ruidos subterráneos que se extienden á grandes distancias y que duran mucho tiempo. Tales fueron los de Guanajuato en Méjico, que duraron más de un mes desde el 9 de enero de 1784, y concluyeron sin el más mínimo sacudimiento.

Los vientos, ó como allí dicen, los huracanes, soplan tambien con extraordinaria furia: arrancan centenares de árboles como si fueran ligeros arbustos, y dejan tras de sí la desolacion y la muerte. En Buenos-Aires, el día 12 de enero de 1793 cayeron treinta y siete rayos; en abril del mismo año, el viento levantó las aguas del Rio de la Plata, tanto, que en el fondo pudieron verse restos de antiquísimos naufragios, y después de repente el rio volvió á seguir su curso.

La vegetacion es muy variada en América, desde las criptógamas hasta las palmeras, desde el banano hasta el helecho arbóreo de los trópicos. Y tanto cuanto ha variado la naturaleza las especies, tanto más ha diseminado los individuos, lo cual es causa de que en lugar de encontrarse grandes espacios cubiertos de árboles y plantas de una misma especie como en nuestras regiones, se ven mezclados en el mismo suelo los vegetales más diferentes, lo que imprime un carácter particular á los bosques americanos.

La América no tiene los animales que la Europa, que á su vez no posee tampoco los de América. No se ve allí ninguno de nuestros animales domésticos, ni tampoco el búfalo, la cebra, la hiena, el

chacal, el gallo silvestre, el gato de algalia, la gacela, la gamuza, el cabron silvestre, el macho cabrío, el conejo, el huron, el raton, el topo, el liron, el topo blanco, la marmota, la mangosta, el tejón, la marta cibellina, el elefante, la girafa, el rinoceronte, el leon y el armiño; pero en cambio se encuentra el oran-gutan, el chimpancé, todos los gibones, los babinos, las bertricas, pero ninguno de los monos del antiguo mundo se encuentran en el nuevo, y viceversa (5). Lo mismo sucede con respecto á otras razas, aun cuando se les haya aplicado nombres ya conocidos. En América se encontraron el puma, el jaguarondi, el ocelote, la alpaca, el aguti, el puerco de la India, las mofetas y tambien el tatú, el perezoso, el hormiguero, los gerbos que presentaron un nuevo modo de generacion vivípara, esto es, la de los animales con bolsa. Podría decirse tambien que en América se encontró otro reino animal paralelo al del antiguo; así en el orden de los paquidermos, á nuestros puercos y jabalíes corresponden el pecari, el tayasu, el tapir; á nuestros gatos el jaguar, el ocelote; el cuguar á los tigres, panteras y leones, y á nuestros ruminantes el llama, la alpaca y la vicuña del Perú, que suplian con desventaja la falta de nuestros ganados domésticos.

Los animales son en general en América más pequeños que los nuestros. Nuestro caballo se ha multiplicado en estremo, y en ciertos sitios ha vuelto al estado salvaje. Nuestras cabras, carneros y bueyes les han llevado riquezas mucho más positivas que las que se han obtenido de ellos en Europa. Los castores, muy buscados por su piel, formaron por mucho tiempo la principal riqueza del Canadá, pero en el día casi están esterminados. Serpientes enormes desarrollan sus largas espirales al través de los bosques, donde se columpian en las ramas haciendo oír á lo lejos sus amenazadores cascabeles; y á la orilla de los rios se arraistran grandes tortugas y preciosas nutrias. La naturaleza ha desplegado un lujo particular en los pájaros, desde el gigantesco condor, el catarto real y la harpia de la Guyana, hasta el colibrí, el pájaro mosca, el flamante, el curucu dorado y otras *flores volantes*.

Aquellos altísimos troncos, sobre cuya aérea cima ondean al menor suspiro del viento las umbelas y abanicos de las palmeras; aquellas selvas de plantas desconocidas, no violadas aun por el hacha, sino unidas entre sí robustamente por nudosas yerbas y membrosas lianas que reverdecen aun después de marchitas las raices como las memorias que sobreviven á las tumbas, merced á los afectos que ligan á los vivos con los muertos; aquellos árboles que suministran á un tiempo mismo comida, bebida, habitacion y vestido, al paso que otros proyectan una sombra que mata, y como

(4) De algunos hundimientos de éstos hemos hablado en el libro I, cap. 2.

(5) En la América del Sur, se entiende. Algunas razas penetran en la del Norte recíprocamente.

el envidioso se forman un círculo mortífero, dentro del cual no puede vivir el más pequeño arbutito; aquellos insectos gigantes que irreparablemente persiguen las habitaciones, las naves, la persona del colono; aquellos rios de muchas millas de anchura, que de repente se recogen entre dos rocas ó precipitan su inmenso raudal por montañas; aquel cielo imperturbablemente sereno por una larga estacion, mientras que en otra se desgarran en irrefrenables diluvios, todo esto debía herir extraordinariamente la imaginacion de los primeros descubridores.

Pero lo que es sobre todo admirable en el cielo austral, son las noches pobladas con las magníficas constelaciones del Aguila, de la Nave de Argos, del Centauro, del Serpentario y de la Cruz, con frecuentes estrellas nebulosas separadas por algunos espacios de un negro sombrío. La luna sale con frecuencia coronada con un ancho arco blanquecino, y con otro más pequeño semejante á un arco iris, separados entre sí por un anillo azul. Venus se muestra algunas veces adornada con diademas por el estilo; y de distancia en distancia atraviesan el cielo anchas bandas coloradas, ó le enrojecen lluvias de estrellas que caen. Después brillan en las tinieblas, como para rivalizar con el firmamento, grandes gusanos de luz, y algunos de ellos despiden tal brillo, que basta para iluminar una habitacion; sirven de guia al indio en sus escursiones nocturnas, y brillan en las frentes de las bellas mejor que los diamantes. Reina en todas partes una solemne calma que parece invitar al hombre al descanso, al hombre que fué, por el contrario, á llevar á estos sitios la matanza y la desolacion.

Figurémonos, pues, el mundo de entonces, joven y en toda la frescura de sus ilusiones, no oyendo hablar á todas horas más que de flotas que se equipan, de noticias que llegan, de viajeros que regresan, de exploraciones que se emprenden, de resultados sorprendentes, de aventuras estrañas y de maravillosos relatos. Lo acepta todo con curiosidad, y todo se amplifica por las exageraciones de los narradores, lo mismo que por la imaginacion de los que los escuchan; es una confusion de ideas religiosas de la época, de supersticiones legadas por la Edad Media, y de dudas científicas suscitadas por la era que comienza. ¡Qué conjunto de ideas nuevas! ¡Qué carrera abierta á la imaginacion! ¡Qué de lazos á la credulidad! ¡Cuánto mentís á las doctrinas consideradas como irrefragables!

A la vista del Nuevo Mundo propusieron los primeros navegantes los mismos problemas que atormentan todavía la curiosidad de los doctos. ¿De dónde han venido los americanos? ¿Es una misma la especie humana? ¿Cuándo y cómo se ha desviado del tipo primitivo? ¿Han venido del otro lado del Atlántico las poblaciones, los animales y los vegetales? ¿Cuál es el grado de afinidad entre las lenguas? ¿Qué causa determina los vientos ali-

sios y las corrientes oceánicas? ¿Por qué disminuye el calor en la rápida vertiente de las Cordilleras y en los abismos del Océano? ¿Obran unos sobre otros todos esos volcanes? ¿Debe atribuírseles la causa de los terremotos?

Las cuestiones físicas pertenecen á otras ciencias: aquí sólo nos ocuparemos del estudio del hombre. ¡Pero qué escasos son los materiales en todo lo que le concierne! Los conquistadores imitaron á los romanos destruyendo los caracteres antropológicos de las sociedades indígenas; los misioneros abolieron los recuerdos de la idolatria para inculcar la religion cristiana. La política borró los vestigios de la nacionalidad; los sabios, muy lejos todavía de haber terminado los problemas y los datos propios para resolverlos, se arrastran inciertos en pos de sistemas arbitrarios ú obedecen á una curiosidad dudosa.

Felizmente fueron trascritas y aun impresas muchas cosas sin ser, no obstante, comprendidas. Los archivos españoles se llenaron de cosas curiosas cuyo exámen apenas es permitido. Boturini (6), Acosta y Garcilaso de la Vega recogieron muchas particularidades de que se aprovecharon Clavijero, Kingsborough y Humboldt. Quedan tambien pinturas históricas compuestas en el siglo xvi por indios convertidos en Tlascala, Tezcuco, Cholula y Méjico, así como algunos informes oficiales de los vireyes de la Nueva España; actas de la audiencia y contestaciones dadas por los empleados á las preguntas hechas por el Consejo de Indias, cuyos materiales bien empleados podrian ayudar á resolver las cuestiones relativas á la primitiva poblacion y civilizacion del continente.

¿De dónde vinieron los americanos? Los filósofos del siglo pasado, muy crédulos en todo lo que no era artículo de fe, resolvian muy sencillamente la cuestion diciendo que del mismo modo que hay animales en todas partes, existen tambien los hombres. Suponer raza indígena y puramente americana, repugna no sólo á las tradiciones bíblicas, sino tambien al hecho de que las tribus del Nuevo Mundo no tienen un tipo comun. Los primeros viajeros, admirados al ver estas semejanzas, como

(6) El caballero milanés, Lorenzo Boturini Bonaducci, probablemente de la Valtelina, fué á estudiar sobre el terreno, la historia de los indígenas de América; pero los españoles le quitaron sus ricas colecciones y le enviaron á Madrid en 1736 como prisionero de Estado. La elocuencia soberana lo declaró inocente, sin restituírle, á pesar de todo, el fruto de sus fatigas; así es que sólo pudo publicar el catálogo de lo que habia recogido, á la conclusion de su *Ensayo sobre la historia antigua de la Nueva España*. La mayor parte de estos documentos ha perecido en los archivos de España. El arzobispo de Toledo, en cuyas manos cayeron algunos, publicó ciertas pinturas que representaban los tributos pagados por los mejicanos. Tambien se ven de estas escrituras pintadas en la coleccion de Hakluyt publicada por Purchas, y en el viaje de Gemelli Careri.

sucede de ordinario, afirman que esceptuando algunas hordas próximas al círculo polar, forman los americanos una raza única que se distinguía solamente por la conformación del cráneo, poca barba, cabellos lácios, un tinte bronceado parecido al color del cobre, cuerpo pequeño y ojos oblongos, cuyo ángulo se elevaba hácia las sienas. Señalaban además en ellos mejillas salientes, labios gruesos, mirada sombría en desacuerdo con la expresión graciosa de la boca. Finalmente, en un espacio tan inmenso como el que separa la Tierra del Fuego del estrecho de Behring, se parecían tanto las fisonomías que, según dice Pedro Cieza de Leon, uno de los conquistadores del Perú, y los dos hermanos Ulloa, que recorrieron una gran parte de la América, parecían los habitantes hijos del mismo padre y de la misma madre.

En fuerza de ser repetida esa opinión adquirió la autoridad de cosa juzgada, pero á medida que fueron mejor conocidos estos pueblos se multiplicaron los motivos de duda. En efecto, aun cuando no se halle en otra parte una raza que tenga el hueso frontal más deprimido y la frente menos saliente, aunque todos los indios pertenecen á los leyotricos, es decir, á los pueblos que tienen el pelo lácio, sin embargo, esceptuando aun los esquimales árticos, ofrecen tanta diferencia en cuanto á la estatura, á la fuerza y al color, como pueden ofrecerla los árabes, los eslavos y los persas.

Pero sea lo que fuere, el capitán Gabriel Lafond, que ha recorrido últimamente con atención el Nuevo Mundo, reduce la raza india á una sola familia, si bien ofrece cuatro variedades muy distintas por resultado de la influencia del clima. La primera es la de los pueblos que habitan el Norte en Unalaska y en la costa Noroeste; éstos se parecen á los de la Tierra del Fuego. Los mejicanos y los chilenos que habitan las llanuras del Norte y las pampas del Sur forman la segunda variedad; los peruanos del Cuzco, Quito y sus inmediaciones, la tercera; la última la compondrán los indios todavía errantes en las Floridas, la Luisiana, el Yucatan, en el territorio de la república de Guatemala, en las orillas del golfo de Darien, del Orinoco, del rio de las Amazonas, en Chaco, en las Guyanas, en el interior del Brasil y en los confines del Paraguay.

La variedad de lenguas es tambien infinita, de tal modo, que en el Paraguay se cuentan cincuenta y cinco; veinte en la Nueva España, de las cuales catorce tienen gramáticas y diccionarios muy abundantes, de modo que no se las puede considerar como dialectos de un mismo idioma, respecto á que difieren más entre sí que el persa del alemán, ó el francés del eslavo (7). Se atribuyen á la América más de dos mil, de las cuales han desaparecido algunas después de la conquista. Sólo

se han recogido de otras varias palabras sueltas, repetidas por los papagayos que habian criado los indígenas, y otras se han conservado entre los escasos restos de las antiguas tribus: finalmente, algunas usadas en otro tiempo en un vasto espacio, sirven todavia de medio de comunicacion entre los diferentes pueblos, aun cuando tengan su idioma propio. Así es que las tribus de Chile y de las pampas se entienden por medio del puelche; las del Paraguay y del Chaco oriental con el auxilio del guarano. Los misioneros se esforzaron muchas veces en reunir bajo un solo idioma los pueblos que habian juntado, sobre todo en la América del Sur; pero lograron pocos resultados. Sin embargo, Duponceau, Gickering y Gallatin, grandes filólogos, hallan semejanzas gramaticales aun en donde faltan las verbales.

Los rios que no se pueden atravesar, los obstáculos de una vegetacion espesa, y el calor que, bajo los trópicos hace temible la travesía de las llanuras, interrumpen las comunicaciones, y son causa de esta infinita variedad de lenguas. Agréguese á esto que hasta el día no se ha hecho ningun estudio bastante profundo para poderlas dividir en grupos, ó enlazarlas con los idiomas estinguídos, ni para reconocer el grado de afinidad que se observa en ciertas formas gramaticales, en la modificacion de los verbos, y en la multitud de agregados y sub-agregados. A pesar de la variedad que produce el aislamiento de la vida salvaje, hay algunos idiomas de una disposicion artificial que anunciaria la cultura y el estudio, si las lenguas estuviesen combinadas por los hombres: algunas que sólo las hablan los salvajes, como la groenlandesa, la cora, la tomanac, la totanac y la chicua, tienen una riqueza de formas de que solo hay ejemplo en nuestro continente, en el Congo, y entre los vascos, restos de los antiguos cántabros. En casi todas ellas espresan los verbos por medio de inflexiones distintas, cada relacion entre el sugeto y la accion ó entre el sugeto y los objetos, y revisten las formas particulares para espresar los pronombres aplicados á cada persona: artificio maravilloso y tanto más admirable, cuanto que es comun á idiomas por lo demás muy distintos. Las lenguas del continente americano, aun cuando en general difieren mucho entre sí, en cuanto á los vocabularios, guardan relacion en el orden gramatical, y al paso que ofrecen alguna semejanza con nuestros idiomas bajo el primer concepto, difieren enteramente en cuanto al otro. En Nueva España, la lengua otomia, que es la más esparcida despues de la azteca, se parece mucho á la china por su composicion monosilábica y por sus raices; pero quién se atrevería á afirmar que se deriva de ésta, cuando aquélla se encuentra completamente aislada en medio del continente americano?

¿Cómo se ha de llegar á decidir si los americanos son de una raza ó de muchas? Las prodigiosas semejanzas entre los etruscos, egipcios, tibetinos y aztecas, aunque tan distantes unos de otros, prue-

(7) HUMBOLDT, *Estudios sobre la Nueva España*, libro II, 4.

ban las emigraciones parciales del Norte y del oriente del Asia. Pero aun cuando se estableciese por induccion el origen de los institutores del pais, éstos habrian encontrado una poblacion anterior, y no habrian bastado para alterar su especie. Aun cuando tambien se haya explicado cómo se encuentran en América, usos y animales de nuestro continente, quedará por resolver la difícil cuestion de saber cómo se encuentran en estas regiones animales particulares, desconocidos anteriormente en nuestro hemisferio.

Si se insiste en preguntar de dónde han venido los americanos, nosotros preguntaremos tambien á nuestra vez, de dónde vinieron, á un mundo que se estudia hace ya tantos siglos, los celtas, los godos y los oscos, y en qué consiste que se habla el vascuense en medio de lenguajes europeos, radicalmente diversos. Hay ciertos problemas que no pueden ser ilustrados mas que por un solo libro.

Nada induce á creer que la América haya salido del mar, después que nuestro mundo, ni que la especie humana haya llegado allí posteriormente: tal vez las comunicaciones de sus primitivos habitantes con las otras razas preceden á los tiempos en que se separaron los mogoles, los indios, los tungusos y los chinos. La América recibió despues en diferentes veces (sin que pueda decirse de qué manera) hombres ilustrados que llevaron la civilizacion á varios centros en que se la encuentra, ora todavia floreciente, ora naciente apenas, ora ya estinguída, sin que se reconozcan las relaciones entre el uno y el otro. En todas partes donde sobrevive alguna tradicion recuérdase la aparicion de extranjeros venidos á educar á los indígenas. Pero si la erudicion arbitraria del siglo xv ha explicado caprichosamente las cuestiones que nos ocupan, la nuestra, á pesar de estar tan adelantada, las deja todavia sin resolver. En esos hombres designados bajo el nombre de Manco-Capac, de Bocica y de Quetzalcoatl, que vinieron con su larga barba y el bordon en la mano, á enseñar la civilizacion, no reconocemos á santo Tomás como los misioneros, ¿pero quiénes eran? ¿De donde venia ese Votan de los chapaneses que lleva el nombre de la divinidad cartaginesa y de la de los escandinavos? ¿Quién habia trazado esos libros que conservaban con veneracion los salvajes del Ucayale, sin entender las palabras que contenian? ¿Cómo habia tantas cruces enterradas y esculpidas en los monumentos? ¿Cómo existia la flor del loto y los clavos del Nilo? ¿Cómo la circuncision y aquellas palabras griegas y fenicias? La erudicion no se atiende en el día, como entonces, á los temas griegos ó hebreos; pero ¿qué contesta en su universalidad actual? En medio de sueños tan diversos, ¿cuáles ofrecen más realidad, los de la puerta de cuerno ó los de la puerta de marfil? ¿Los del monge en el siglo xvi, los del naturalista del siglo xviii, ó los del filósofo del siglo xix?

Los sacerdotes llegados con los primeros europeos que descubrieron estos paises, se admiraron

de hallar entre los mejicanos el recuerdo de una madre de los hombres que pecó; de un gran navio del cual no se salvó más que una familia; de un inmenso edificio erigido por el orgullo de los hombres y anatematizado por los dioses. El uso de bañar á los niños recién nacidos, formar pequeños ídolos con harina y distribuirlos en pequeñas partes al pueblo en el templo; la confesion de los pecados; la secuestacion de los hombres y de las mujeres en especies de conventos; y además la creencia de que la religion habia sido cambiada por santos personajes de blanca tez, y que llevaban una larga barba; todas estas circunstancias reunidas hicieron adoptar la opinion de que en otro tiempo habian llegado allí misioneros cristianos. Si precisamente no se puede desmentir esta suposicion, se debe notar que se han encontrado iguales ideas en los pueblos del Asia meridional, entre los escamanes, entre los budistas, de quienes pueden haberla recibido los mejicanos; derivacion que podria confirmar el dogma de la metempsychosis, comun entre los tlascaltecas.

Encontramos en el Perú las cuatro edades del mundo, dogma fundamental de la teogonia de los indios y de los tibetanos, así como ciertas formas calendarias propias de los mogoles, y otras circunstancias además que indicarian que aquellos legisladores pertenecian al Asia oriental, y fueron de los pueblos que estuvieron en contacto con los tibetanos, con los tártaros escamanes, con los ainos barbudos de las islas de Jeso y de Sagalia. ¿Pero cómo conciliar el budismo, tan lleno de mansedumbre con los ritos sanguinarios? Además, se encuentran en una parte mujeres que depositan á sus hijos en el polvo podrido de la madera, como los tungusos; hombres que arrebatan la cabellera de sus enemigos, como los escitas; Incas que labran la tierra, como los emperadores de la China.

Los hay como Gomara, que hacen proceder de Cananea á los pueblos de América: Adair encuentra en ellos semejanza con las costumbres judias; Huet y Kircher acuden á los ejiptos; Campomanes á los cartagineses; Grocio á los noruegos; Guignes y Jones á los hunos y á los tibetanos; Forniel á los japoneses; y todos tienen en parte razon. Pero Humboldt, que no ha recogido con menos cuidado las semejanzas entre los americanos y los asiáticos, concluye emitiendo la opinion de que se separaron desde un principio del resto del mundo, cumpliendo ellos mismos la obra de su civilizacion sobre un fondo comun de tradiciones primitivas. Aun cuando la América no estuviese unida por el Norte con el Asia, ¿qué hubiera impedido á una emigracion tártara ó mongola, saliendo de la Siberia el atravesar el estrecho de Behring? Este sistema que ha prevalecido mucho tiempo, está apoyado además por el hecho de que varias tribus de la Siberia han llegado de aquella manera á América en los tiempos modernos (8). ¿Pero cómo creer

(8) Como los chippeways, *Diario de Mackenzie*, pági-

que las naciones civilizadas de Méjico y el Perú procediesen de hordas salvajes del Nordeste del Asia, ó que las poblaciones salidas de los países meridionales del Asia hayan atravesado las regiones heladas sin dejar tras sí ningun vestigio? Por otra parte, se ha notado que los malayos navegaban maravillosamente desde un tiempo remoto: se han encontrado pobladas todas las islas del Grande Océano, desde el Asia hasta las islas de Pascua; y numerosos ejemplos han demostrado con qué rapidez pueden multiplicarse un pequeño número de individuos arrojados á una isla por un naufragio.

La dificultad no consiste, pues, en saber cómo ha podido poblarse la América, puesto que ciertamente ha habido varias emigraciones de nuestro hemisferio al otro; pero la historia de aquellos pueblos anterior al descubrimiento permanece en las tinieblas, y sólo aparece que aquellas emigraciones han llevado la civilización á aquella parte del mundo, en lugar de destruirla como en la Europa.

El doctor Warden de Boston ha examinado cierto número de cráneos encontrados en la América septentrional, en eminencias que han debido ser construidas hace ocho ó diez siglos para uso del culto ó sepulturas: ahora bien, le han parecido diferentes de los nuestros no menos que de los indios actuales, y hasta de cualquier otra nacion conocida: la frente es más ancha y más elevada que la de los indios de la América del Norte, pero menos que la de los europeos; las órbitas de los ojos son pequeñas y regulares; las mandíbulas prominentes pero menos que las de los indios; el cielo de la boca redondo, las fosas nasales menos dilatadas que las de los indios y de los africanos, y sin embargo más que las de los europeos, con la singularidad de que el occipucio está aplastado artificialmente. Otros cráneos encontrados á más de mil quinientas leguas se han reconocido como pertenecientes á los peruanos antiguos, aunque algo alterados, lo cual hace suponer que existe una afinidad entre aquellas naciones; que la raza del Norte ha sido arrojada por los padres de los septentrionales actuales, y que después de una larga resistencia se ha retirado á la América del Sur, dando allí origen á la nacion que fundó el imperio del Perú.

No debemos omitir el decir que los adornos y los huesos sacados de aquellos túmulos se asemejan á los del Indostan (9). Se ha reconocido tambien gran semejanza entre los japoneses y los pueblos de la llanura de Bogotá: tienen la misma costumbre de vestirse de algodón, cultivar los cereales, vivir en vastas comunidades, sometidos á un rey y á un pontífice; su complicado calendario tiene los mismos ciclos de números y dias, así

como tambien el período de sesenta años; la letra / les falta igualmente á ambos (10).

Aquella raza americana poco numerosa se extendia á través de ambos hemisferios, desde el grado 68 de latitud Norte hasta el 55 de latitud Sur, habitando en un sitio como á doscientas toesas más elevado que el pico de Tenerife, sin que la cercanía á la línea contribuyese á broncear su tez como acontece en nuestro hemisferio.

El istmo de Panamá divide á la América en dos partes, sin relaciones evidentes de una con otra; la historia presenta, no obstante, analogías en sus revoluciones políticas y religiosas, desde donde comienza la civilización de los diferentes pueblos. Una educación más avanzada se nota en los mejicanos, los peruanos, y los muisquios. Ya hemos visto que los europeos encontraron en Méjico imperios reunidos por un vínculo gerárquico; el principio de una administración centralizada; el feudalismo establecido por una revolución reciente; repúblicas independientes y belicosas gobernadas por un patriarcado hereditario; vastas ciudades con perfecta policia; una manera particular de propiedad territorial; un sacerdocio poderoso, rico, organizado; el comercio, la industria, el refinamiento aristocrático, todo esto con costumbres serviles producidas por el despotismo y por una religion sanguinaria. Admiráronse los primeros viajeros al ver los caminos abiertos al través de las Cordilleras, las moles de Cuzco y las pirámides y pinturas de los mejicanos. Nos las han descrito con verdad, pero es de sentir que no nos hayan transmitido por medio del dibujo monumentos que el tiempo ó el fanatismo han destruido después.

El tono declamatorio de Solís y de otros escritores que nunca habian salido de España, desacreditaron las relaciones de los que lo habian visto realmente; y pareció que era mostrarse filósofo el tratar de charlataneria los hechos referidos por Clavijero en la historia de Méjico. Los monumentos de más antigua civilización se descubren al Norte de los grandes lagos, donde quizá se detuvieron las poblaciones emigrantes, después de haber perdido sus ganados por efecto del frio, y dejaron groseros vestigios de su tránsito entre los hielos y los montes de aquellos desiertos. Algunos subieron hácia los hielos del Norte, donde encontraron pieles y peces; otros se esparcieron por los hermosos bosques, y á las orillas de los lagos y de los rios, y los hubo tambien que penetraron en la península meridional, ocupando poco á poco los áridos desiertos, las sábanas cubiertas de yerba, las formidables gargantas de los Andes, las llanuras fangosas y fértiles, los perennes valles, las ásperas y estériles alturas, las soledades salinas, las

nas 387, 113, los siús, los *osages*, los pawni ó panis. *Expedición*, de Pike, part. I.<sup>a</sup>, pág. 63, part. II, pág. 9, 14), y otros.

(9) *Mem. enciclopédica*, 1839, lib. 95.

(10) PARAVEY ha multiplicado aquellas comparaciones. *Origen único de las cifras y de las letras de todos los pueblos*. Inglés.

arenas y los pantanos. Luchando con una naturaleza tan poderosa no les fué dable pulirse; sin embargo, dejaron grandiosos monumentos primitivos en las orillas del Ohio, del Illinés, del Misuri, del Tennessee; luego (¿quién sabe á consecuencia de qué acontecimientos?) atravesaron las Cordilleras y fundaron los imperios de Méjico y Perú.

Ya hemos mencionado algunas de las antigüedades de Méjico, donde cada día nuevos descubrimientos manifiestan las comunicaciones de aquellos pueblos con los del Nilo y del Mediterráneo, como tambien su origen oriental. En diciembre de 1842 la Sociedad de anticuarios de Londres recibió una carta del capitán Napean que anuncia haber encontrado en la isla de los Sacrificios en el golfo de Méjico, ídolos, instrumentos de música, vasos, y entre otros objetos dos estatuas de barro, de dos piés de alto, con los ojos cerrados, los labios abiertos, anillos en las narices y en las orejas, y el cuerpo pintado de encarnado y azul. Estos objetos varían de carácter de los que se encuentran en la América central, al paso que se asemejan á los del mundo antiguo: las estatuas á las de los egipcios, las hachas de piedra á las de los celtas, muy numerosas en Francia y en Inglaterra. En el mismo año el alemán Uhde volvió de Méjico, después de haber pasado allí veinte y tres años en indagaciones históricas y arqueológicas. Ahora bien, entre las antigüedades de su rica colección, hay cierto número que manifiesta la relación de aquel país con el mundo antiguo: cincuenta y dos vasos de barro de un pié á pié y medio de altura, son etruscos, y están cubiertos de figuras que representan divinidades griegas, romanas, egipcias, indias: se aguarda el catálogo y la explicación.

No es sólo allí donde se encuentran monumentos de una antigüedad muy remota, sino tambien en países que en la época de los descubrimientos no conservaban ninguna señal de cultura. Tambien en 1840 se han desenterrado en los desiertos de la América del Norte los restos de una gran ciudad medio sepultada y de que no habla ninguna tradición. Estos antiguos monumentos de un mundo que sin embargo llamamos nuevo, pueden distinguirse de dos clases: algunos son el resultado de la fuerza, como armas, utensilios, túmulos, y susceptibles de ser producidos hasta por naciones incultas; otros no pueden ser ejecutados sino por un pueblo adelantado ya en las artes y las ciencias.

Pertenecen á los primeros los extensos diques y los baluartes de algunas ciudades; las obras ya mencionadas de los Toltecas, Pelasgos de aquel mundo; los inmensos atrincheramientos descubiertos en los Estados Unidos, desde el lago Ontario hasta el golfo de Méjico, y entre los Alleganis y las montañas Pedregosas. En Cuzco y en Hollaytaytambo, los antiguos peruanos sobrepusieron, no grandes pedazos de piedra, sino rocas enteras perfectamente unidas, sin no obstante, conocer ci-

mentos ni palancas, ni otras máquinas (11). Se ven cerca de Casamalca, en el Perú las ruinas de una ciudad muy grande, con casas escalonadas. Las más bajas son de piedra que tienen hasta doce piés de largo y siete de alto; y que probablemente fueron sacadas cavando un canal soterráneo para llevar aguas á la ciudad al través de las montañas. Vastos recintos polígonos, con dos hileras de banquetas en medio de lugares estériles y desprovistos de agua en el estado de Ohio, parecen haber sido destinados, no para proteger á las cabañas de las tribus, sino para servir de anfiteatros á los bárbaros espectáculos del asesinato de los prisioneros. Hombres de guerra han pretendido reconocer nociones de táctica en la disposición angulosa de aquellas ciudades, de las cuales algunas presentan muros hasta de veinte y cinco metros de espesor en su base (12).

Los túmulos se presentan por todas partes tan diferentes como numerosos: la mayor parte son pequeños; pero hay uno en el Misuri, cuyo circuito en su base tiene dos mil cuatrocientos piés, y su elevación ciento. Hay enfrente de San Luis un centenar de ellos diseminados en diferentes grupos, la mayor parte alineados de Norte á Mediodía, y en forma de paralelógramos. Brackenridge estima que se encuentran más de tres mil sólo en la Luisiana, algunos con cuatrocientos metros de anchura y setecientos de extensión, en los cuales se encuentran esqueletos, armas y medallas de cobre: y en toda la Union no bajan de cinco mil las construcciones de esta clase (13). Semejantes

(11) Comunicacion de M. Gay, al Instituto de Francia, en 1840. Stevenson pretende haber reconocido un cimiento de arcilla en las grandiosas ruinas que se encuentran cerca de Casamarca.

(12) Invitamos á comparar lo que se dice aquí con las ideas que hemos expresado sobre la arquitectura primitiva en el Lib. II, cap. XXII.

(13) *On the population and tumuli of the aborigines of North America.*

Brackenridge cuenta más de quinientos túmulos, algunos de los cuales comprenden más de cien fanegas de terreno. Rafinesque asegura que visitó en el Kentuki quinientos monumentos antiguos, y mil cuatrocientos fuera del Estado. Véase tambien á

BECK, *Gazetier.*

LATROBE, *Paseo por Méjico.*

DEL RIO, *Palenque.*

WALDECK, *Viaje arqueológico y pintoresco*, y tambien los viajes de Stephens y de otros; las memorias de la Sociedad Filosófica americana y de la Academia de Nueva York.

BRADFORD, *Antiquity americ. y On the origin and history on the red race*, 1841.

WARDEN, *Recherches sur l'antiquité des Etats-Unis de l'Amérique septentrionale.*

ORBIGNY, *El hombre Americano*, 6 *Viaje á la América Meridional.*

La opinion de Bradford es que los tres mayores grupos de monumentos antiguos en los Estados Unidos de Nueva España y en la América meridional muestran ser obra de

ruinas se extienden por un grande espacio empujando desde el Estado de Nueva Yorck estrechándose á lo largo de los Aleganis al Occidente; al Sur de ellas están la Georgia oriental, hasta el Océano, en la parte más meridional de la Florida, abundan al Oeste en las orillas de todos los ríos hasta mucho más arriba de las fuentes del Misipi y aun del golfo de Méjico. No llegan al Atlántico sino á la Florida, ni tampoco al mar Pacífico ni á los países frios: lo cual desmentiría á los que quisieran que la Florida haya sido la primera residencia de aquellas naciones; porque se ha observado, por el contrario, que siempre los núcleos de las poblaciones se han formado á lo largo de los ríos y de los mares, al paso que no se presenta ningun vestigio al acercarse al Atlántico.

Si reflexionamos que enormes árboles han crecido á millares en aquellas ruinas; que hay asimismo parajes donde, segun el testimonio de hombres competentes, se han renovado dos veces (y sin embargo las selvas una vez devastadas son muy tardías en reproducirse), de tal manera, que aun en el día se distinguen las que fueron soladas por los conquistadores; debemos referir una antigüedad muy remota al origen de aquellos monumentos.

Hemos acostumbrado al lector á buscar en los sepulcros testimonios de la civilizacion de un pueblo, y la América ofrece muchos que indican una generacion anterior á la raza roja. Se ha descubierto uno en Cincinnati, cuya forma ovalada corresponde á los puntos cardinales, y es la prueba de mucha ciencia arquitectónica. Aquel sepulcro contenia objetos de jaspe y cristal, carbonizaciones, huesos cincelados, planchas de plomo, cobre, mica, utensilios domésticos hechos con conchas. A nueve millas al sudeste del Lancaster, en el Ohio, se encuentra un macizo de ciento cincuenta piés de circuito y diez y nueve de altura, en cuyo interior hay una cueva de tierra erial de diez y ocho piés de largo, ocho de ancho, y uno y medio de alto, cubierta con una piedra cortada con el cincel. En esta piedra habia un vaso de dos piés

de alto y media pulgada de grueso, de barro bien modelado y pulimentado; debajo un lecho espeso de cenizas y carbones; en la fosa doce esqueletos humanos de diferente forma y tamaño, y al rededor del cuello de un niño, un collar de conchas, raíces y una piedra cincelada.

Lo que decimos de aquel sepulcro nos dispensará de describir otros, en gran número que fueron la obra de una raza más inteligente y más culta que aquella de que América estaba poblada en tiempo del descubrimiento. Ahora bien, su semejanza en las partes restantes indica, si no una sola nacion, al menos la afinidad de los diferentes pueblos.

El arte de construir vasos de barro, arte fragil en apariencia, y sin embargo destinado á durar más que los mármoles, ha sido floreciente tanto en América como en Grecia y en Italia; y es muy curioso comparar los restos de ellos con los del antiguo mundo. Un vaso de barro encontrado en Neshville, en el estado de Tennessee, á veinte piés de profundidad, es de forma redonda: la tapa es plana; redondeada hácia los bordes, y sobrepuesta de una cabeza de mujer, cuyas facciones son asiáticas, cubierta con un gorro cónico, bajo el cual tiene grandes orejas que llegan hasta la barba. Se ha sacado del mismo sitio un túmulo, una figura de hombre de hermosa arcilla mezclada de yeso, sin brazos, mutiladas la nariz y la barba, la cabeza cubierta con una especie de birrete plano, y los cabellos trenzados. Se han descubierto en las murallas medallones de colores, que figuran el sol con sus rayos; pequeños ídolos de diferentes figuras, urnas funerarias de las cuales algunas tienen forma graciosa. Se encuentran en las salinas del Oeste obras de barro de gran dimension. El vaso más grande fué desenterrado en Lancaster: tiene diez y ocho piés de alto y seis de ancho; está cubierto de efigies delicadamente modeladas. El vaso llamado *Triune*, encontrado á orillas del Cumberland, es aun más estraño: está formado de tres cabezas reunidas por la parte superior hácia el vértice por una especie de cuello de garrafa, que representa dos mancebos y un anciano, pintados de rojo y amarillo muy vivo, con gruesos labios, mejillas prominentes, el cráneo en punta, y sin barba.

Las mujeres americanas no ceden en elegancia á las egipcias. Dos cuerpos de diferente sexo perfectamente conservados se han encontrado en un subterráneo del condado de Warren en el Tennessee: estaban sentadas en cestas de juncos, con las caderas desencajadas, y las piernas levantadas contra el busto se hallaban envueltas en pieles de gamo preparadas, y un traje de un tejido ordinario hecho de fibras de ortiga bordado de plumas de ave. Tenian después otro traje de piel no preparado, después un manto exterior de tela muy parecida una á la otra, pero sin adornos; y la mujer tenia en la mano un abanico de pavo que podia cerrarse y abrirse. En un sepulcro de Méjico

las ramas de una misma familia; pero ésta debia estar civilizada, con artes, culto nacional y un gobierno regularizado; la uniformidad física y moral prueba que aquellas naciones tenian un origen comun, y que las tribus rojas son los restos, que se volvieron salvajes, de una sociedad culta; que á aquellas naciones civilizadas pueden asignarse dos épocas: la una muy antigua, que duró largo tiempo, si bien indeterminado, y sin alterarse la tranquilidad; la otra agitada por disensiones nacionales é irrupciones de pueblos salvajes; en ella se verificó la caída de los antiguos imperios y la fundacion de uno nuevo más vasto. Los primeros establecimientos civiles se hicieron en la América central, desde donde la poblacion se extendió á las dos Américas, empezando en el cabo de Hornos y acabando en el Océano Artico. Bradford encuentra la raza roja ó cobriza en Egipto, en Etruria, en Madagascar, en la antigua Escitia, en Mogolia, en China, en el Indostan, en el Archipiélago mayayo, en la Polinesia, en la América.

se halló en 1576 tanto oro, que la quinta parte, correspondiente al fisco, subió á nueve mil trescientas sesenta y dos onzas.

El cincelado habia hecho tambien progresos, y los collares de oro y de conchas existen en gran número. Las armas y los utensilios son por lo comun de piedras muy duras; otras, cortadas con finura, sirven de adorno á los cadáveres. Se ha encontrado en Natchez un ídolo de piedra que tenia la forma humana; en Cincinnati la cabeza y el pico de una ave de rapiña esculpidas; en Colombo, en Ohio, un buho; en la orilla de Misisipi, cerca de San Luis, una piedra calcárea que ofrece la señal de dos piés, donde cada músculo resalta con una precision delicada. En la confluencia de Elk con el Kanhawa, se eleva un macizo de doce piés sobre nueve, donde están figurados una tortuga, una águila con las alas desplegadas, un niño y otros objetos cuya hechura no es muy tosca. Es en el Masachusetts donde fué descubierto el *Writing-rock*, inscripcion sobre una roca, que los sábios de Europa en vano intentaron descifrar, aunque inclinándose á atribuirle á los fenicios. La Sociedad real de Arqueología de Copenhague, ha oido en su sesion del 10 de febrero de 1843, un informe sobre los descubrimientos recientes hechos en el valle de Ohio: consisten en una piedra que tiene veinte y cuatro caractéres rúnicos; tenacillas de plata maciza, semejantes á las de bronce, muy numerosas en los sepulcros escandinavos, y tres vasos peruanos idénticos á las vasos etruscos.

Si se encuentran menos obras de metal no por eso faltan del todo. Se ha descubierto en una pared en Marietta, en el Ohio, una taza de plata maciza, de figura de cono al revés, enteramente dorada y de una forma muy sencilla, como la de los mismos objetos de barro. Los peruanos sabian dar consistencia al cobre por un procedimiento perdido en el dia, lo cual les permitia hacer instrumentos propios para trabajar los vasos, muebles y alhajas. Pero es preciso que aquel metal fuese poco abundante ó poco fácil el prepararlo, tan raros son los que se encuentran en el dia. Sin embargo, con él debia suplirse la falta del hierro.

Cuando la Grecia y Roma tenian tanto trabajo en procurarse papel para escribir, el de maguey era comun entre los toltecas y los aztecas, que hacian en él dibujos y geroglíficos. Los libros mejicanos escritos sobre piel, y doblados poco más ó menos como nuestros abanicos, contenian los anales, los procesos, las representaciones astronómicas y cosmogónicas, las ceremonias rituales, los documentos relativos al catastro y á los tributos, cuadros genealógicos: así es que ningun pueblo del mundo hizo tanto uso de la pintura. Las figuras están dibujadas muy incorrectamente; pero con colores muy vivos, de gran duracion, y los detalles muy cuidados. Ningun pueblo de América conocia, sin embargo, la escritura alfabética, ni siquiera los caractéres silábicos, al paso que el antiguo continente ofrece tan gran variedad de ellos; las pretendi-

das incripciones antiguas son, segun el parecer de Humboldt, caprichos naturales; seria, pues, preciso creer que el alfabeto era ignorado de los primeros habitantes, ó que fué despues olvidado. No se puede llamar tampoco geroglífico á toda representacion de un acontecimiento; y las escrituras mejicanas son dibujos que es preciso interpretar como la columna Trajano, más bien que como los obeliscos.

Los aztecas tenian geroglíficos simples para indicar el agua, el aire, la tierra, el viento, el dia, la noche, la media noche, la palabra y el movimiento; los tenian tambien para espresar los números, los dias, los meses del año solar; y estos signos unidos á la pintura de un acontecimiento, espresaban de una manera muy ingeniosa si la accion pasaba de dia ó de noche, cuál era la edad de los personajes, si habian hablado, y cuál de ellos habia hablado más. Se encuentran por una parte entre los mejicanos vestigios de geroglíficos *fontéticos*, que indican, no las cosas sino la palabra. En los pueblos medio bárbaros, los nombres de los individuos, los de las ciudades y montañas, hacen generalmente alusion á los objetos que hieren los sentidos, como por ejemplo, la forma de las plantas y de los animales, el fuego, el aire ó la tierra: ahora bien, estas circunstancias proporcionan á los pueblos aztecas los medios de *escribir* los nombres de las ciudades y los de sus soberanos. La traduccion verbal de *Axajacatl*, es rostro de agua; la de *Ilucamina*, flecha que hiere al sol: en su consecuencia para espresar el rey Motezuma, *Ithuicamina* y *Axajacatl*, el pintor reunia los geroglíficos del agua y del cielo á la figura de una cabeza y de una flecha. Los nombres de las ciudades Maucuihochitl, Guauhtincan, Tehuilojocan, significan cinco flores, casa del águila, y lugar de los espejos. Así era que cuando se queria indicar á estas tres ciudades, se pintaba una flor colocada sobre cinco puntos, una casa de donde salia la cabeza de un águila y un espejo de obsidiana. De aquella manera la reunion de los diferentes geroglíficos simples espresaban nombres compuestos, por medio de signos que hablaban á la vez á la vista y al oido. Con frecuencia los caractéres que indicaban las ciudades y las provincias se tomaban igualmente del territorio ó de la industria de los habitantes.

Humboldt que nos proporciona estas reflexiones, considera estos escritos como pinturas del género mixto, que habian llegado á gran perfeccion en tiempo de Motezuma. Los tomos que los primeros misioneros llamaban impropriamente libros mejicanos, contenian nociones sobre objetos muy variados: por ejemplo, los Anales históricos del imperio, rituales que indicaban el mes y el dia en que se debe sacrificar á tal ó cual divinidad; representaciones cosmográficas y astrológicas; fragmentos de los procesos; documentos relativos al catastro ó á la division de las propiedades en un pueblo procedimientos de los tributos que se habian de pagar

en tal ó cual época; cuadros genealógicos por los cuales se regían las herencias y el órden de sucesión; calendarios que marcaban las intercalaciones del año civil y del año religioso, y en fin, pinturas que recordaban las penas con que los jueces debían castigar los crímenes.

«Mis viajes á las diferentes partes de la América y de la Europa, dice Humboldt, me procuraron la ventaja de examinar más manuscritos mejicanos que los que pudieron hacerlo Zoega, Clavijero, Gama, el abate Hervas, Carli, autor ingenioso de las *Cartas americanas*, y otros sábios que desde Boturini han escrito sobre estos monumentos de la antigua cultura de la América. He visto en la preciosa colección que contiene el palacio del virey en Méjico, fragmentos de pintura relativos á cada uno de los objetos que llevamos mencionados. Es de admirar la afinidad que existe entre los manuscritos conservados en Velletri, en Roma, en Bolonia, en Viena y en Méjico: es tal, que á primera vista se tomarían por copias unos de otros. Cada uno de ellos ofrece estremada corrección en los contornos, minucioso cuidado en las partes, gran vivacidad en los colores, dispuestos de manera que producen contrastes marcados. Las figuras tienen en general el cuerpo apelmazado, como la de los bajo-relieves etruscos; con respecto á la exactitud del dibujo, ceden á las peores pinturas de los indios, de los tibetinos, de los chinos y de los japoneses. Se distingue en las pinturas mejicanas cabezas de un tamaño enorme, cuerpos escesivamente cortos, y piés que por la longitud de los dedos se asemejan á garras de aves; cabezas dibujadas constantemente de perfil, aunque el ojo esté colocado como si la cara estuviese vista de frente. Todo esto demuestra la infancia del arte; pero no hay que olvidar que los pueblos que espresan sus ideas con ayuda de la pintura, se ven precisados por suerte social á hacer con frecuencia uso de la escritura geroglífica mista, dando poca importancia á pintar correctamente, como nuestros sábios de Europa á tener buena letra.

»Antes de la introducción de la pintura geroglífica en 648, los pueblos del Anahuac se servían de los nudos y cordelitos de varios colores que los peruanos llaman *quippos*, y que no sólo se encuentran entre los del Canadá, sino también desde muy antiguo entre los chinos (14). Boturini tuvo la felicidad de procurarse verdaderos quippos mejicanos ó *nepohualtzitzin*, encontrados en el país de los fascalitanos. En tiempo de las emigraciones de los pueblos, los de América se trasladaron del Norte al Mediodía, como los iberos, los celtas, los pelagosos refuyeron del Este á Oeste. Tal vez los antiguos habitantes del Perú pasaron por la llanura de

Méjico. En efecto, Ulloa, que se había familiarizado con el estilo de la arquitectura peruana, se había asombrado de la grande semejanza que ofrecen en la distribución de las puertas y de los nichos, ciertos edificios de la Luisiana occidental con los *tambos* construidos por los Incas. No es menos digno de notar que, según las tradiciones recogidas en Lican, antigua capital del reino de Quito, los quippos eran conocidos de los puruays antes que los descendientes de Manco-Capac fuesen avasallados.» (15)

La prueba de que Méjico y el Perú eran los dos focos de la civilización resulta del cultivo del maíz, que parece haberse extendido de allí á las dos Américas. En el Masachusets, la tradición le hace proceder del Sudoeste; en Nueva York, pasa por un regalo de los indios del Sur, que le recibieron de las naciones más meridionales; en la América del Sur, por el contrario, la procedencia está indicada en un sentido opuesto.

Sin volver á hablar de los tres pueblos civilizados, los europeos encontraron algunas formas de gobierno regular entre los *natchez* de la Luisiana, y entre ciertas confederaciones de tribus en el Norte y en el centro de los Estados Unidos actuales, como también entre los *araucanos*. Una tribu de *gaspeianos*, de la costa oriental del Canadá, distinguía las direcciones de los vientos, designaba por su nombre algunas estrellas, describía en una especie de mapas el país que habitaba y adoraba la cruz. Los indios de los alrededores de Santa Bárbara, en la California, en medio de pueblos feroces y estúpidos, sabían construirse habitaciones seguras y hermosos sepulcros con pinturas históricas; no se casaban más que con una mujer y la respetaban. El resto estaba sumergido en la barbarie. De todos modos es cierto que las poblaciones se encontraban mezcladas. Al lado de los pacíficos habitantes de Haití, los indomables caribes desplegaban su furor. Los brasilleños reunían el vigor del cuerpo á la viveza del ingenio; el istmo de Darien alimentaba razas robustas que probablemente habían ido allí de lejos.

Robertson hizo una descripción algunas veces pintoresca, pero siempre sistemática, de las costumbres de los americanos, para ofrecer, como era moda en sus tiempos, un cuadro ideal de la barbarie. Así era que se figuraba uno, al leerla, que todo aquel hemisferio estaba absolutamente en el mismo grado de civilización; añádase á esto que tanto para él como para Paw y para Raynal, todo lo que no se asemeja á la cultura clásica es considerado como bárbaro. La civilización era, por el contrario, muy diferente allí, de tal manera, que Condamine decía: «Para dar una exacta idea de las costumbres de los americanos, sería preciso hacer tan-

(14) LAFITEAU, *Costumbres de los salvajes*, t. I, página 233 y 503, *Hist. general de los viajes*, t. I, lib. X, capítulo 8.—MARTINI, *Historia de la China*, p. 21.—BOTURINI, *Nueva historia de la América septentrional*, pág. 35.

(15) Véase HUMBOLDT, *Vistas de las Cordilleras*, donde se encontrará, por decirlo así, un catálogo de todos los manuscritos americanos que existen en Europa.

tas descripciones como naciones hay entre ellos.» Con respecto á los detractores de la civilizaci6n y de la sociedad, que en el siglo pasado quisieron hacernos envidiar la condici6n de los salvajes, deben colocarse entre los novelistas y los utopistas, si es que hablaron de buena fe. El sabio naturalista Lamanon decia á la Perouse, con quien habia arribado á la isla Samoa: *los indios valen mil veces más que nosotros*. El día siguiente fué asesinado por aquellos buenos indios, y la Perouse escribia: *los filósofos que ensalzan hasta las nubes á los salvajes, me encolerizan más que los mismos salvajes*.

Es necesario de todos modos distinguir entre el salvaje y el bárbaro, que difieren bajo el aspecto de las cualidades específicas. Así es que aquellos que para trazar un cuadro de la vida de los pueblos no civilizados, confundieron á los indios con los cuales tuvieron que habérselas los primeros conquistadores, con los germanos de Tácito, incurrieron en un grave error. Hay allí poblaciones enteras, como los esquimales, los groenlandeses, los samoyedos, los hotentotes, que nunca podrán ponerse al nivel de los pueblos que aun llamamos bárbaros, como los tártaros, los mongoles y los beduinos. No se harán conquistas en su país, en atenci6n á que no hay nada que las provoque ni que las pague; y el equilibrio de sus facultades parece tan profundamente alterado, que nunca la obra puramente humana llegará á restablecerle. Colocados á los extremos del globo en climas donde la naturaleza derrama la vida con mano avara ó con tal superabundancia que ella misma se destruye; de un aspecto disforme, sufren en sumo grado el predominio de la masa carnosa sobre el sistema nervioso; el ser pensador está disminuido en ellos por la tosquedad de los órganos materiales, y apenas un pálido reflejo del brillo divino los distingue de los brutos. Una inclinaci6n invencible á la inercia entorpece sus facultades, y los encadena al suelo natal hasta el punto, de ser para ellos un suplicio ser arrebatados de él; y hasta los mismos á quienes la necesidad precisa á entregarse á la caza, á la pesca, recaen, cuando concluye la estaci6n, en su torpeza habitual, y se abandonan á los terrores que les inspiran las fuerzas sobrehumanas, lo cual les induce á considerar poblada toda la creaci6n de poderes maléficos y espantosos. Un jefe á quien considerarán como descendiente de raza divina, obtendrá de ellos una obediencia absoluta é irreflexiva, abusarán hasta el punto de abreviar sus días de las bebidas espirituosas que les hacen disfrutar las delicias de una vida exaltada. Robustos é intrépidos por la misma raz6n de que no conocen el peligro se lanzan con furor contra todo lo que les parece un enemigo; y á sus ojos la fuerza es la única virtud, y la guerra el único derecho.

Tal era el estado en que se encontraban gran número de tribus americanas en tiempo de la conquista; otras, por el contrario se manifestaban apasionadas, valerosas, pacientes contra el dolor, y daban señales evidentes de generosidad, fuerza de

alma; pero aquella misma escepci6n sirve para probar que todas las tribus procedian de poblaciones no salvajes esparcidas en otro tiempo por el continente, reducidas después por un largo aislamiento á una degradaci6n que es casi el medio entre el estado salvaje y la barbarie.

La idea de la divinidad existia casi en todas partes más ó menos material; en unas sin apariencia de culto, y en otras rodeada de aparatos mágicos y espantosas supersticiones. Conservando algunas poblaciones el recuerdo de un ser regulador de la naturaleza, que premia y castiga, le tributaban un culto sencillo, y lo reverenciaban ó en el sol ó en otro astro cualquiera, ora como un objeto raro, ora bajo estrañas formas. Sacrificios y amuletos apaciguaban á la divinidad colérica, y proveían á los muertos para la otra vida, de manjares, trajes y armas, como tambien de servidores y mujeres, que se degollaban sobre sus sepulcros. Ciertas naciones tenian la idea de una trinidad, y otras, la de un doble principio del bien y del mal. Los araucanos, los natchez, los cactos se inclinaban al sabeismo. En las orillas del Orinoco superior, Cachimana producía el bien, y Jolokiano el mal; ambos no eran venerados sino en las fuerzas de la naturaleza, y nadie era iniciado en sus ritos sino después de pruebas estremadamente penosas. Los salvajes de la América septentrional elegían cada uno por su *manitu*, ya á un animal, ya á un árbol, ya á una piedra, que adoraban mientras que aquel ídolo les era favorable. En los ritos de algunas tribus del Paraguay, los devotos se arrancaban unos á otros pedazos de carne, picándose con espigas ó agujas de madera durante todo un día. Los minetarios de las orillas del Misuri, se mutilan ellos mismos en la fiesta de julio, ó ruegan á los sacerdotes, ya sea el arrancarles pedazos de carne, ó cortarles la piel en tiras en el cuerpo, atravesarles las espaldas para pasar correas que arrastran después por el suelo, ó clavarlos flechas en las partes más musculosas.

Algunos pueblos estaban gobernados por reyes, pero la mayor parte obedecían á jefes de tribu que dejaban subsistir la libertad. En la Española el cacique trasmitía su categoría á sus hijos. Lo mismo acontecía en la Florida, donde se distinguían con adornos particulares. A orillas del Misisipi entre los natchez, ciertas familias se trasmitían por sucesi6n una especie de nobleza. En Bogotá, país agrícola, el príncipe gozaba de una autoridad plena, y tenia séquito real, gerarquía, ministros, gabelas, dones y homenajes de súbditos trémulos. Siempre se adherían al soberano ideas religiosas, siendo los príncipes ó considerados como hijos del sol, ó educados en el templo, ó se creían que estaban en relacion con la Divinidad. Por lo demás, en todos los lugares donde el gobierno estaba constituido sólidamente, se le veía acompañado de la servidumbre, que hacia del jefe el dueño absoluto de los bienes y de la vida de sus súbditos.

Los ancianos eran reverenciados, y la experien-

cia con cuya ayuda preveían los acontecimientos ó curaban las enfermedades, parecia tener algo de divina. Aquella opinion se mezcló fácilmente á la de un comercio con los poderes superiores, lo que produjo la creencia general de los encantamientos y hechicerías.

En todas partes la mujer es esclava, considerada como una propiedad y forzada á penosos trabajos, como debe acontecer necesariamente en el estado salvaje, en el que el hombre debe por precision ocuparse de la caza, de la pesca y de la defensa del hogar. En general, los americanos no tienen más que una mujer, y pasan por frios; hasta se encontró en algunas localidades la poliandria, como en ciertas tribus de los avanes y de los maiguros, donde varios hermanos no tenían más que una mujer, á la manera del Tibet y de Ceilan. Lo que es particular á la América, es la facilidad del parto: apenas el niño ha visto la luz, cuando su madre lo lleva al rio para lavarlo y bañarse ella tambien; después emprende de nuevo sus trabajos de costumbre. Entre los chirifanos de la provincia de Santa Cruz de la Sierra, al momento después del baño que sigue inmediatamente al parto, las mujeres vuelven á la cabaña donde se acuestan sobre un monton de arena, mientras que el marido se mete en la cama, guarda dieta y recibe las visitas (16). La costumbre de procurar abortos, esponer ó enterrar á los niños, es comun á varias naciones.

La barba y los pelos le faltan á aquella raza, pero no tan generalmente como se cree; los aztecas de Méjico se dejan crecer el bigote; por lo demás, las cabelleras largas son comunes entre los americanos. Hombres y mujeres van desnudos, cubriéndose á lo más las caderas con plumas de diversos colores, y pequeños delantales artísticamente tejidos. Tambien acostumbran á usar el tatuage, trazando en la piel figuras de diferentes colores, y agujerearse las carnes. La primera de estas operaciones produce un largo tormento; á algunos no les basta el dibujo si no obtienen relieve; así el gusto por los adornos es mayor entre los salvajes que en las naciones civilizadas, puesto que para satisfacerlo se resignan á tan prolongados sufrimientos. Se atraviesan tambien las orejas y quitan los lóbulos hasta el punto de hacer pasar un huevo ó una clavija; algunos se hacen esta operacion en las narices y en el labio inferior, que encierra algunas veces un disco de marfil ó de madera, del tamaño de una pieza de cinco fran-

cos. Las mujeres se atan las piernas por encima del tobillo, para que las pantorrillas adquieran una gordura disforme. Pasamos en silencio otros medios de parecer bien, todavia más estraños, así como el uso de untarse ó barnizarse de una manera repugnante todo el cuerpo ó sólo los cabellos. Trasladaremos, sin embargo, la respuesta que dió á Stedman un jóven indio de Cayena, de quien se echó á reir al verle tan untado y lustroso: «Este uso de que haces burla, le dijo, además de embellecer el cuerpo, suaviza la piel, disminuye la traspiracion y me resguarda de las picaduras de los mosquitos. Pero ¿por qué razon vais vos lleno de polvos blancos? (esta era la moda de entonces). ¿Por qué perdeis así vuestra harina, manchais vuestro vestido y aparentais tener el pelo blanco antes de tiempo?»

Los indios no se rien en lo general, hablan muy poco, ni revela su rostro ni admiracion ni afliccion. El jefe de una casa suele estar ausente por muchos dias, y á su regreso no dice una palabra de cuanto le ha pasado. Su voracidad los reduce con frecuencia á abstinencias forzosas. Sus afeciones sociales se limitan á un círculo muy estrecho, fuera del cual no hay más que odio ó muy débiles instintos de piedad. La venganza es para ellos una satisfaccion feroz, y hacer padecer á sus enemigos muy largas agonias. La indiferencia por la vida, la llevan hasta el extremo de reunirse por cincuentenas para beber el jugo venenoso del giatro. Otros celebran sus solemnidades con actos de valor feroz, esponiendo sus cuerpos á los más crueles sufrimientos.

La imprevisión habitual de los indios, su afición á los juegos de fuerza solamente, ó cuando más á los de agilidad, y la rudeza de sus religiones, prueba lo poco que la razon influye sobre la naturaleza. Los americanos, que no están obligados á trabajar para vivir, contraen el habito de la pereza, que sólo sacuden algunas veces por entregarse á fatigas estraordinarias, como remar y hacer largas marchas. La caza es para ellos, no sólo una diversion, sino su ocupacion privilegiada. Buscan para este objeto armas que puedan suplir al hierro que no conocen, y echan mano de piedras y huesos que envenenan para que causen una muerte inevitable. Los indios son singularmente robustos en la Patagonia, hombres y mujeres trepan ágilmente á los árboles, atraviesan los vallados, pasan los rios y luchan á la carrera con los caballos, con tal que no sea por obedecer una orden.

Aun cuando están situados entre los rios más grandes de la tierra, y entre dos vastos mares, no llevarón el arte de la navegacion más que á la construccion de simples piraguas, en las que arrosaban los más grandes peligros y se entregaban á combates furiosos con tanta más seguridad, cuanto que nadaban como anfibios. Algunos de ellos desconocian el fuego, y otros lo encendian por medio de la frotacion. Para preservarse de los animales dañinos, dormian en lechos colgados,

(16) Esta es una costumbre estraña, y muy estendida. El misionero Zuchelli la encontró en el Congo; otros en el Bearn, en la Tartaria, en la India, como tambien en una gran parte de América (PISO, de *India utriusque re naturali*, lib. I, pág. 18). Los antiguos la encontraron establecida entre los cántabros (ESTRAB. *Geog.* III, 250) entre los corsos (DIOD. DE SIC. V), entre los pueblos del Euxino (APOLL. ROHD.) II, v. 1013.

que hemos aprendido de ellos á llamar hamacas. Eran estremadamente sóbrios, en términos, que la comida de un español hubiera bastado para seis de ellos, no obstante que los españoles son el pueblo de Europa que menos consume. Habian aprendido á procurarse licores que embriagaban, pero luego que conocieron el aguardiente, se apasionaron tanto á él, que daban todo lo que tenian, y hasta sus hijas por obtenerlo. Lo derraman sobre los muertos, á quienes compadecen por no poderlo ya beber.

Mientras que la vida pastoral y agrícola se encuentra en la cuna de nuestras sociedades, en la América se desconocian los rebaños, y apenas se cultivaban los campos. La leche, que tanto se usa en nuestro antiguo mundo, era entre ellos un alimento desconocido, y los indios no habian sabido sacar partido de los innumerables rebaños de bueyes de almizcle, de los bisontes y otros rumiantes que abundan en las inmensas llanuras del Misuri y del Misisipi. En su consecuencia, debian carecer de las verdaderas ideas de la propiedad, además de que en los cantones donde las mujeres sembraban las tierras, se hacia en comun la recoleccion lo mismo que el trabajo, de lo cual resultaba que no habia pobres ni ricos.

Su habilidad en las artes, se reducía á la fabricacion de armas. Se cuidaban muy poco de su habitacion, viviendo amontonados cuando el clima no les invitaba á quedarse al raso. Poseen muy pocos utensilios de casa, comiendo los frutos como los da la naturaleza, asando la carne de los animales y de los pescados, ó cuando más, haciéndola hervir en una concha de tortuga. El pan de caza-be lo sacaban de la raiz del yuca raspándola.

Al paso que eran tan ignorantes respecto á las comodidades de la paz, habian ya adquirido la terrible ciencia de la guerra; y la conquista de los españoles la facilitaron en parte las hostilidades de las tribus ó de las naciones entre sí. Sus combates eran de los más sangrientos, y á pesar de cuanto se suponga gratuitamente acerca de la sencillez de los salvajes, lo cierto es que recurrian con frecuencia á los ardides, sin que tuviesen por vergonzoso sorprender al enemigo ni causarle el mayor mal con el menos peligro posible. Las expediciones son cortas y sin preparativos como su persistencia, y así se observa que al dia siguiente de haber dado una batalla sangrienta, los vencedores y los vencidos están de regreso en sus chozas. Lejos de ser glorioso perecer con las armas en la mano, lo consideran como una señal de la reprobacion divina. Como si no fuese bastante matar á sus enemigos, se los comen tambien. Hacen sufrir al prisionero horribles tormentos, gozándose en el espectáculo de su agonía, mientras que él, dando muestras de valor, responde á los insultos con insultos. Hace alarde de sus victorias, recuerda al uno que le ha muerto á su padre, y á otro á un hermano; y por último, se pone á entonar su cántico de muerte. Las mujeres y los niños asisten

á esta carnicería que escitan con sus pinchazos, y si no pueden más, con sus palabras mordaces: se hace brotar la sangre de la víctima sobre los muchachos para que aprendan á morir como hombres, y después que ha exhalado el último suspiro, la cuecen y la devoran. ¡Con qué ferocidad tranquila degollaban los sacerdotes de Méjico á centenares y miles de victimas humanas, á la vista del pueblo ávido de su sangre! Los dientes de los vencidos sirven para hacer collares preciosos; sus cráneos amontonados componen los trofeos y de sus huesos hacen flautas para animar á los combatientes.

Los indios esponian su constancia á las más duras pruebas para habituarse á sufrir valerosamente la muerte y sus terribles preliminares. A veces se cogian del brazo dos jóvenes, varon y hembra, y ponian un tizon entre los dos para ver cual resistia por más tiempo el dolor. En el Orinoco, el guerrero que aspira á ser jefe de su tribu, se somete á largos ayunos, y al fin de ellos recibe de cada jefe tres palos sin que deba manifestar la menor señal de dolor; enseguida se tiende sobre una estera con las manos atadas y se le aplican ciertas hormigas venenosas, cuya terrible mordedura, sea en la parte que fuere, debe hallarle insensible. Pero hay más todavía: se le envuelve en hojas de palmera y se enciende debajo un fuego preparado para exhalar un humo fétido, el cual á veces le sofoca y mata. Si resiste á todas estas pruebas sin quejarse, se le juzga digno de mandar á los hombres.

Estos son medios muy á propósito para hacer predominar el amor de sí mismo, que no quiere sufrir nada por los demás, ni se cree obligado á nada por reconocimiento ni por afeccion de familia. Otra de sus consecuencias es el hábito del disimulo, así es que permanecian ignoradas de los españoles, á pesar de su suspicacia, las conjuraciones en que estaban complicados millares de individuos.

Los salvajes del Paraguay y de la Plata son los más conocidos. Los charruas, poblacion feroz que anda errante desde el Maldonado al Uruguay, jamás pudieron ser domados, y los españoles no consiguieron alejarlos de la costa hasta 1724 que fundaron á Montevideo. La porcion que habita al levante de Uruguay se ha mantenido hasta ahora libre y amenazadora. Son de alta estatura, morenos, con los cabellos espesos y largos, sin barba y de una estremada suciedad: las mujeres se complacen en tener sobre la lengua pulgas y piojos, y ni hilan ni cosen; constituyen su vivienda ramas de árboles encorvadas y su lecho es una piel: no cultivan la tierra y se alimentan de la caza que hacen asar. Su cara no espresa ninguno de sus sentimientos interiores; hablan poco y rien menos; no cantan ni tocan ningun instrumento. No conocen la servidumbre de unos á otros, ni tienen ningun culto; los jefes de familia atienden juntos á la seguridad comun, y dirigen los ataques, en los cuales desplagan una habilidad temible, en térmi-

nos, que más de una vez hicieron huir á los españoles. Cuando muere un padre de familia, sus hijos adultos someten su cuerpo á los más atroces tormentos.

Los pampas que habitan los llanos situados al mediodía de Buenos Aires, son tambien muy feroces; y no sólo no se sometieron nunca al yugo, sino que con frecuencia hicieron sufrir á los españoles crueles pérdidas. Cinco de ellos hechos prisioneros fueron embarcados para Europa en un buque tripulado por seiscientos hombres, y después de cinco días de viaje, aprovechándose de la libertad en que se les dejaba, se pusieron de acuerdo, y arrojándose sobre las armas mataron muchos hombres, hasta que, abrumados por el número se precipitaron todos juntos al mar.

En el pampa del Sacramento, entre el Uallaga y el Ucayal, y en los parajes próximos al Perú interior, los indígenas eran blancos y las mujeres muy hermosas, llevándose hasta tal punto el esmero por la perfeccion corporal, que mataban los recién nacidos que tenían alguna deformidad. Se vendaba á los otros diferentes partes del cuerpo para hacerles adquirir una hermosura convencional; la cabeza particularmente la comprimian entre tabletas para que se pareciese, como ellos decian, á la luna llena. Los lenguajes varian hasta el extremo en este pais, y parecen todavia más diferentes á consecuencia de las modulaciones que los naturales afectan dar á la voz cuando pronuncian las palabras. Los casamientos se arreglan desde la cuna, y aun cuando no sean indisolubles, la muerte sola es la que con más frecuencia separa los esposos. Se figuran á Dios como un viejo que habita en el cielo, pero no le consagran altares ni templos: creen que los terremotos son producidos por su aparicion en nuestro globo. El genio del mal reside debajo de la tierra ocupado en hacer daño á los mortales por obra de los moanes, hechiceros que emplean como médicos, que son castigados muchas veces, cuando muere alguna persona querida ó poderosa ó se halla atacado de alguna enfermedad. Después de esta vida hay otra donde los parientes y amigos se encuentran en la via láctea, y allí pasan el tiempo en fiestas, en comer, beber y cazar. Algunos creen tambien en su tras migracion á los cuerpos de animales más ó menos felices. Se reunen cuando muere alguna persona á quien aman, y dan alaridos que imitan los gritos de diferentes animales; después queman la choza del difunto y al difunto mismo, con todo lo que le ha pertenecido; encierran sus cenizas en un vaso que depositan en un lugar desierto, y borran todas las huellas que pudieran revelar la sepultura, y hasta prohiben que se hable de ella. Las mujeres, á veces, se comen las cenizas. Los capanagas asan y se comen los muertos. Cuando los roa-maïns creen que estarán cosumidas las carnes, desentieran los esqueletos, los limpian y depositan en un catafalco de arcilla cubierto de geroglíficos, que colocan en las cabañas como objeto de veneracion.

Sólo á costa de mucho trabajo consiguen afilar las piedras para hacer de ellas hachas: uno de ellos ofreció su hijo mayor al jesuita Richter, si queria darle una hacha y como el misionero le censurase su falta de afeccion por su sangre, le contestó: «Yo amo á mi hijo, y puedo procrear tanto como quiero, pero jamás podré procrear un hacha: además, mi hijo no estará conmigo sino muy poco tiempo, y el hacha me pertenecerá siempre. Aun cuando no tienen más armas que sus toscas lanzas, sus flechas envenenadas y palos endurecidos al fuego, se dan batallas encarnizadas, ó van á luchar con el jaguar, ó á matar los pescados cuando están á flor de agua.

Los patagones, descritos como gigantes por los primeros viajeros, sólo parecen de una estatura más alta por el modo que tienen de ataviarse (17). Se cubren con una gran piel de vicuña que les baja hasta la rodilla, y se pintan de negro el contorno de los ojos y el intervalo que los separa, como si llevasen anteojos: se cortan derechos los cabellos erizados y se los sujetan á la cabeza con una banda, en la cual colocan sus flechas para ir á caza. El cuerpo y la cara lo pintan de diversos colores. Cuando tienen caballos y perros, usan espuelas de hueso ó piedra, lo mismo que la punta de sus lanzas, de sus flechas y el corte de sus hachas: tambien se sirven de la honda con mucha habilidad. Sus chozas están formadas de pieles, sostenidas por estacas, y si ven á un europeo dibujarlos ó escribir solamente, se incomodan como si fuera una operacion mágica y temible. Viven como nómadas, segun los arrastra la caza de los avestruces y de las vicuñas. Como adoran á Chetebol y Cheluda, aullan y gesticulan al salir la luna, inmolan un caballo á la muerte de los más principales de entre ellos, y continúan sus aullidos durante meses enteros (18).

Los americanos se hablaban pues en decadencia cuando llegaron los europeos á sus comarcas. Colón evaluó en un millon el número de los habitantes de la Española. La viruela hizo perecer allí ciento veinte mil; sesenta mil en Cuba, y seis millones en el continente, pero estas evaluaciones son arbitrarias; y si, en efecto, habia en ciertos territorios poblaciones apiñadas, tambien habia inmensos espacios abandonados á una naturaleza inhospitalaria. Algunas naciones que habitan entre el rio San Lorenzo y Méjico, lo mismo que las de Chile, los araucanos y patagones, manifestaron un horror tenaz al yugo extranjero, y lo rechazaron con toda su fuerza. Por el contrario, las que están situadas entre los trópicos acostumbradas á una vida más quieta, no conocieron esa resistencia intrépida que hace retroceder las invasiones. Los pue-

(17) Segun d'Urville, su estatura ordinaria es 1,722 m.; segun d'Urvigni, de 5 piés y 4 pulgadas.

(18) *Monthly Review.*, febrero de 1834.

blos de Méjico (19) y el Perú, esclavos de una raza dominadora, se cuidaron poco de defenderla y se sometieron. Desaparecieron de las Antillas los habitantes primitivos; pero no fué así en el continente, donde la poblacion va en aumento en el dia, como sucede en la Nueva España. Los pueblos amantes de su territorio, como acontecia á los que se dedicaban á la agricultura y las tribus que habitaban los llanos de Méjico soportaron las vejaciones de los vencedores sin abandonar las tierras labradas por sus padres. Los nómadas que habitaban los paises septentrionales abandonaron á los vencedores las sábanas con sus búfalos, refugiándose al otro lado del Gila. Los del Canadá se retiraron tambien á los montes Alleganis, luego detrás del Ohio, y últimamente al Misuri. Este es la razon porque la raza cobriza es poco numerosa en las provincias interiores de la Nueva España y en los paises cultivados en los Estados-Unidos; calculándose además que, después de tantos desastres, las dos terceras partes de la poblacion de Méjico son indígenas, y que lo mismo sucede en todas las colonias de la tierra firme meridional. Los estadistas modernos calculan que de diez habitantes de la América, nueve son actualmente de la raza primitiva (20), lo cual debe entenderse especialmente con

(19) El P. Toribio de Benevento señala diez causas á la pronta despoblacion de Méjico: 1.<sup>a</sup> la viruela que fué introducida en 1520 por un negro, esclavo de Narvaez, la cual destruyó la mitad de la nacion: Torquemada añade otros dos contagios en 1545 y 1576, que hicieron sucumbir, el primero 800,000 personas, y el segundo mas de dos millones. La viruela penetró mas tarde en el Perú, pero no fué menos mortífera: 2.<sup>a</sup> el hambre, que hizo perecer á una multitud de naturales durante la guerra con los españoles, y sobre todo durante el sitio de Méjico: 3.<sup>a</sup> la escasez que siguió á la toma de esta ciudad, por efecto de la interrupcion de los trabajos agrícolas: 4.<sup>a</sup> las rudas fatigas impuestas por los españoles á los que les habian tocado en el reparto: 5.<sup>a</sup> las contribuciones en extremo onerosas, de que no estaba exento ningun indio: 6.<sup>a</sup> el gran número de indios empleados en recoger el oro en los torrentes, sin alimento suficiente, y espuestos á los frios de los paises elevados. 7.<sup>a</sup> Las fatigas que sufrieron para reconstruir á Méjico, obra que Cortés hizo proseguir con tanta premura, que muchos de ellos murieron de inanicion. 8.<sup>a</sup> La esclavitud á que fué reducido un inmenso número, bajo diferentes pretestos. 9.<sup>a</sup> Los trabajos á que fueron condenados, sobre todo en las minas, cuyas inmediaciones estaban sembradas de cadáveres, y asediadas por nubes de cuervos que peleaban por devorarlos. 10 Las guerras civiles de los españoles, durante las cuales se empleaban los indios como *tamenes*, es decir, como bagajes.

Ulloa indica, al hablar del Perú, otra causa, como una de las principales, á saber: el abuso de los licores fuertes que, en su concepto, mata más gentes en un año que las minas en medio siglo.

(20) Esta es la opinion de Humboldt, pero Balbi cree que la proporcion apenas llega á cuatro; los dos comprenden cuán difícil es averiguar, ni aun aproximadamente, el número de aborígenes que quedan en América. Los Estados-Unidos trataron de reconocer, después de 1815, los que existian todavia en el territorio de la Union. Chevalier (*Cartas sobre la América del Norte*) los estima en 513,000;

alusion á los paises colonizados por españoles. Estos, mezclándose con los indígenas, han mejorado la estirpe india, al paso que los ingleses casi no han observado otra conducta más que la de espulsarlos y suplantarlos.

Los que quedaron aislados (*indios bravos*) siguen todavia en el estado salvaje: tienen á la vista el buey, el caballo y magníficas praderas que de vastar de tiempo en tiempo, y viven, sin embargo, espuestos al hambre aguardando el alimento, de la guerra y de la caza, y sin haber contraido de los europeos más que la embriaguez y las enfermedades mortíferas. En las demás naciones, por el contrario, la introduccion del caballo y del buey produjo una revolucion capital, porque se convirtieron en verdaderos tártaros para asolar el territorio desus vecinos, como los cavalleiros y los araucanos, y otros semejantes á los nómadas del Asia, como los zambos (21), hacen pastar innumerables rebaños en las provincias del Brasil y del Rio de la Plata. A la estremidad meridional, en el archipiélago de Magallanes, los pechereses sólo se alimentan de conchas y otros moluscos, lo que hace que se distribuyan por familias en los sitios en que pueden hallarlos. Los establecimientos colombianos están amenazados sin cesar por los feroces guaiavas, mientras que los estúpidos ottomacos que habitan á lo largo del Orinoco viven muchos meses sin comer más que greda.

¿Pero se debe deducir de aquí que sin la conquista de los europeos no se habrian nunca transformado los americanos? La Rusia y la Escandinavia estaban sumidas en la barbarie cuando la civilizacion era ya floreciente en las llanuras de Anahuac, y toda la raza eslava podia considerarse como muy poco superior á la raza americana. ¡Pero cuán grande aptitud mostraron para civilizarse! Los mejicanos, peruanos y muisquios mostraron mucha inteligencia, y de la antigua raza americana salieron escritores ilustres, tales como Garcilaso de la Vega, Ixtlixochitl, el Ciceron americano, Nica, Tezozomoc, Ponce, Tobar, Camango, Ayala, Zapata, Castillo, Chimalpaire y doña Maria Bartola; pero en la época de la conquista se hallaban en decadencia hasta los pueblos más adelantados: se habian ya perdido muchos de sus antiguos recuerdos, y tal vez se hubiera tragado lo que restaba, el golfo de los tiempos, si no hubieran llegado los europeos.

Harris, comisionado para los negocios de los indios, en 332,498, y Crawford en 305,695. El gobierno hace en el dia los mayores esfuerzos para desembarazarse de sus ataques, obligándolos á trasladarse á millares al oeste del Misisipi y de los Estados de Arkansas y del Misuri. Desde 1828 á 1838, hicieron emigrar 81,282.

(21) Hemos dicho que se llaman mestizos los que han nacido de un blanco y una americana; mulatos, los que han nacido de un blanco y una negra; zambos los nacidos de un negro y una india; pero además hay una infinidad de nombres, que designan las gradaciones de estas mezclas de color.

Los demás indígenas parecían inferiores aun á los negros, bajo el aspecto de la inteligencia, aunque les escudiesen en la finura de los órganos; incapaces de crear, les ha sido imposible conseguir por medio de la educacion, más que imitar servilmente, aunque con exactitud, las artes europeas. Ni la violencia de los conquistadores, ni la longanimidad de los misioneros, lograron nada en las tentativas que hicieron para civilizar las poblaciones indígenas. A la primera oportunidad que se les presenta, vuelven á la vida libre de los bosques, sin llevar á ella más que el hábito de las armas y del caballo. Ni aun la paciencia de los jesuitas bastó para obtener frutos, sino en las hordas agrícolas, y aun en ellas no se logró una ventaja decidida sino por medio del cruzamiento de las razas.

Raynal y Paw afirman con su ligereza acostumbrada, que la raza americana degeneró con los rudos trabajos de las minas; pero Humboldt ha

visto á los indios resistir durante seis horas un peso de doscientas veinte y cinco libras de mineral, subiendo ocho ó diez veces una escalera de mil ochocientas gradas, bajo una temperatura muy elevada, y muchachos de diez y siete años llevando al hombro cien libras de peso.

Finalmente, se juzga mal de un pueblo, en tanto que las cadenas tienen humillada su frente hasta el suelo. El grito de independencia ha resonado en nuestro siglo, desde los Apalaches á la Patagonia; y en medio de estas agitaciones violentas, semejantes á las tempestades que purifican el aire, y llevan á largas distancias útiles semillas, se ha visto aparecer la fuerza de carácter, sutileza de talento, ambiciones tenaces, firmeza en los designios y el heroísmo verdadero. Así, pues, los que tengan que delinear la historia de la América regenerada, encontrarán hechos no menos gloriosos que los que puede ofrecer la historia de los pueblos más avanzados en civilizacion.

## CAPÍTULO XV

### PRODUCCIONES DE LA AMÉRICA.

En lugar de ser dirigidos los primeros descubrimientos por la prudencia de gobiernos ilustrados acerca de las oportunidades y de las aplicaciones, fueron abandonados á hombres ávidos de dinero ó de gloria, y muchas veces perversos. De la accion alternativa de estos dos móviles, resulta ese raro conjunto de heroismo y de crímenes, de religion y de perfidia, de atroces crueldades y de victorias casi increíbles. En el valor de los conquistadores habia algo del entusiasmo caballeresco, que en la Edad Media hacia correr en busca de aventuras peligrosas, y algo tambien, pero más todavía, del espíritu de guerrilleros, que combatiendo por el lucro, desplegaban el valor de los héroes en las luchas en que para nada entraba el sentimiento.

La dificultad misma de las empresas incitaba á estos aventureros, á querer sacar de ellas el mayor provecho posible, con el fin de acabar prontamente, y no verse obligados á emprenderlas por dos veces para hacerse ricos. Tenian tambien mucho empeño en desplegar una grande opulencia en su patria, para demostrar que no habian ido tras de ilusiones vanas. De aquí ese furor que hizo tan deplorable la primera invasion y el mal espíritu que se apoderó de la Europa distraida de las vias regulares de la produccion, para verse lanzada en las de los riesgos y de las ganancias improvisadas. Por desgracia, sí usaron estos medios con las nuevas colonias como los antiguos con las suyas, trataron sólo de explotarlas en interés únicamente de la metrópoli, y para conseguirlo se las sometió á las leyes escepcionales, y se las obligó á vender barato y comprar caro; los actos lícitos en Europa se consideraron como crímenes en las provincias de Ultramar, se niveló la produccion y el consumo; fué necesario multiplicar las leyes y los estatutos con el único objeto de perjudicar á los go-

bernados, y de hacer una especie de curso de immoralidades fiscales y mercantiles. Prosperó la semilla y echó tan torcidas raices, que las doctrinas de los economistas sucesivos y las costosas lecciones de la esperiencia, no han bastado hasta ahora á estirparlas enteramente.

**Metales.**—Los metales preciosos fueron el principal motor de las conquistas, y de aquí provino tambien el daño principal. Acostumbrado el hombre á ver la posibilidad de satisfacer sus necesidades y sus pasiones, se figuró que llegaria la sociedad al colmo de la dicha cuando poseyese el oro y la plata en gran cantidad, sin reflexionar que la abundancia subiria el precio de las mercancias, y que no tardaria en equilibrar de nuevo los goces con los medios de adquirirlos.

Una de las maravillas de América, es la cantidad de oro y plata que se encuentra casi á flor de tierra; pero sobre todo en las tierras de aluviones del Perú, de Choco en la Colombia, del Brasil, de Méjico, en las rocas pizarrosas de las Cordilleras. En el Perú parece que está el suelo impregnado de estos metales. Existe cerca de la Paz una montaña que se desmorona, y en los pedazos que caian se recogieron trozos de plata desde dos á cincuenta libras; y después de un siglo que hace que se remueven aquéllos, todavía se encuentran algunos que pesan una onza. En la mina de Buenaventura en Haití, se estrajo un pedrusco de doscientas onzas (1); la de Real del Monte en Méjico produjo

(1) La pepita encontrada en Haití en 1502, en los aluviones, pesaba de catorce á quince kilogramos; en 1821 se halló otra en los Estados Unidos, de 21 kil. 70 gramos; en 1826 otra en el Ural, descrita por Humboldt, de 10 kilogramos 11 gr.; en 1842 otra en la Siberia, de 36 kilogramos.

tal riqueza, que el conde de Regla, su dueño, dió á Carlos III dos buques de guerra de alto bordo y tres millones.

Un indio que perseguía á un llama estraviado, se enganchó en un arbusto y lo arrancó, y debajo de la tierra que ocupaba vió un pedruzco de plata y muchas barritas pegadas á sus raíces. Hizo provision de ellas y se calló, pero un amigo que se apercibió de su riqueza improvisada, consiguió que le revelase la fuente de su dicha. Este no supo guardar el secreto y así se descubrió la mina del Potosí, situada en la jurisdiccion de la Plata. Se principió á trabajar en ella en 1545, y se practicaron cuatro galerías, sin contar con otras bocas de menos importancia. Fué tan considerable el producto en los primeros años, que la quinta parte correspondiente al rey ascendía anualmente á millon y medio de duros, sin contar el fraude que quizá ocultaba otro tanto. Desde 1547 á 1574 se habian estraído de ella 76 millones de pesos; y desde este último año hasta 1637 produjo, aunque imperfectamente explotada, cuatrocientos cincuenta millones de escudos españoles, que segun Alonso Barba, bastarian para cubrir sesenta millas españolas cuadradas; y desde 1556 á 1801 el derecho de la quinta parte produjo al Erario 158.000,000 de pesos, lo cual supone un producto de 824.000,000 de pesos (2).

Las escavaciones son costosas por estar cara la leña y la labor, y además arriesgadas, de suerte, que si algunos se enriquecen, muchos caen en la miseria. Durante mucho tiempo no se conoció otro método que la fusion, y trabajaban en ella más de seis mil hornos; pero después Bartolomé Medina de Pachuca en 1557, ó segun otros, Pedro Fernandez de Velasco en 1597, introdujo el uso de la

amalgama, sacando partido de la casualidad que hizo caer en manos de un indio una piedra rojiza en la cual se descubrió el mineral de mercurio. Se estrajeron ocho mil quintales por año, y desde 1570 hasta 1789, recogió la corona 1.040,452 quintales. Así los españoles poseyeron un método admirable y económico de estraer el metal. Tambien introdujeron el método de purificarlo, adoptado luego generalmente, que es sencillísimo. No se necesita más que un lavadero y una campana de bronce, mientras que los hombres ó los mulos remueven con los piés el mineral; y si bien éste contiene á veces apenas dos milésimas de metal fino, combinado con azufre, antimonio, arsénico ó cloro, basta mezclarle dos ó tres céntimos de sal, de uno á tres de piritas de hierro ó de cobre tostado (magistral) y de tres á cuatro milésimas de mercurio. Sin embargo, estas partes tan pequeñas llegan á ser considerables en una masa tan grande de trabajo, y la sal es de difícil trasporte por la falta de caminos y canales; además el mercurio, que bajo el régimen colonial se vendía á cuarenta pesos el quintal castellano, cuesta ahora cincuenta á causa del monopolio.

Las minas de Pasco en el Perú son tambien estremadamente ricas, pero la mayor parte de la plata viene de las de Guanajuato, Catorcio y Zacatecas en Méjico. Cuando Humboldt visitó á Méjico en 1803, la Valenciana ocupaba tres mil y cien hombres, y se gastaba en sus trabajos cinco millones anuales, de los cuales se empleaban 400,000 ptas. sólo en la pólvora para las minas; el metal que se sacaba ascendía á 360,000 marcos de plata (2.400,000 libras) lo que daba á los accionistas un producto neto de cinco millones (3). Méjico produce, pues, doble plata que toda

(2) IGNACIO NUÑEZ.—*Noticias históricas, políticas y estadísticas de las provincias unidas del Rio de la Plata.* Londres, 1825.

(3) La produccion anual de la plata, está valuada del modo siguiente:

	Méjico. . . . .	Kil.	538,000	Ptas.	118,360,000
En AMÉRICA. . .	Perú. . . . .	»	140,000	»	30,800,000
	Bolivia. . . . .	»	110,000	»	24,000,000
Asia septentrional.	Chile. . . . .	»	7,000	»	1,540,000
	Siberia. . . . .	»	20,000	»	4,400,000
	Suecia y Noruega. . . . .	»	2,000	»	440,000
	Hartz. . . . .	»	16,000	»	3,520,000
EUROPA. . . . .	Hungria. . . . .	»	18,000	»	3,960,000
	Transilvania. . . . .	»	1,000	»	220,000
	Bohemia. . . . .	»	3,000	»	1,740,000
	Estiria, Carintia, Carniola. . . . .	»			660,000
	Tirol, Salzburgo. . . . .	»	3,000	»	
	Sajonia. . . . .	»	13,000	»	2,860,000
	Prusia. . . . .	»	5,000	»	1,100,000
	Nassau. . . . .	»	1,000	»	220,000
	Baden. . . . .	»	2,000	»	440,000
	Total en América. . . . .			795,000	»
— Europa. . . . .			69,000	»	15,000,000
— Siberia. . . . .			20,000	»	4,400,000

la Europa, y más que todo el resto del mundo, sin contar con que los filones como la Veta-Madre, de un espesor de cincuenta metros, y la Veta-Grande que tiene veinte y cinco sobre una longitud indeterminada, podrían aumentar infinito la producción si se aplicasen las máquinas y procedimientos químicos modernos. Helms afirma que si se llegara á extraer sólo una parte de la plata de los Andes, reemplazaría al hierro en la mayor parte de las obras en que se emplea este metal, y se trastornaría el sistema comercial del mundo.

Las minas que se descubrían poco á poco indemnizaban de los gastos que costaban las colonias americanas. Robertson refiere que en 1765, las escursiones de los salvajes desolaron de tal modo las provincias de Cinaloa y de Sonora, en la costa oriental del golfo de California, que se pidieron tropas para rechazarlos al marqués de Santa Cruz, virey de Méjico. España se encontraba en tal miseria, que no podía hacer justicia á las reclamaciones de los habitantes, pero la reputación

de que gozaba el virey, determinó á los negociantes á adelantarle las sumas necesarias. Durante la guerra, que fué conducida con acierto, se encontró el llano de Cineguilla, en el cual, y en una extensión de catorce leguas, se hallaban granos de oro que tenían hasta diez y seis pulgadas de espesor y un peso de nueve marcos. Abundaban tanto, que nadie se cuidaba de lavar la tierra que contenía otros de pequeño volumen. Principiaron después las escavaciones, que dieron enormes resultados.

La estadística publicada en el *Mercurio peruano* nos dice que en 1791, sin contar las provincias de Quito y de Buenos Aires, ni el riquísimo Potosí, se explotaban en la intendencia de Lima cuatro minas de oro, ciento ochenta y una de plata, una de mercurio, cuatro de cobre; había además setenta de plata abandonadas: en la intendencia de Tarma se contaban doscientas veinte y siete minas de plata en explotación, veinte y dos abandonadas y dos de plomo; en la intendencia de Trujillo, tres de oro y ciento treinta y cuatro de plata,

Pero segun el cálculo de Chevalier, cada año da el Nuevo Mundo:

	PLATA.				ORO.			
	Peso.		Valor.		Peso.		Valor.	
Estados-Unidos.. . Kil.		Ptas.		Kil.	1,888	Ptas.	6.199,000	
Méjico. . . . . »	390,960	»	86,793,000	»	2,957	»	10.184,000	
Nueva-Granada. . . »	4,887	»	1.086,000	»	4,954	»	17.062,000	
Perú. . . . . »	113,158	»	25,146,000	»	708	»	2.439,000	
Bolivia. . . . . »	52,044	»	11,554,000	»	444	»	1,529,000	
Brasil. . . . . »	—	»	—	»	2,500	»	8.610,000	
Chile. . . . . »	33,592	»	7,457,000	»	1,071	»	3,689,000	
Varios. . . . . »	20,000	»	4,440,000	»	500	»	1,722,000	
Total. . . . . Kil.	614,641	Ptas.	136,476,000	Kil.	15,022	Ptas.	51,434,000	

Desde el descubrimiento en adelante:

								TOTAL EN MILLONES.
Estados-Unidos.. . Kil.	—	Ptas.	—	Kil.	18,525	Ptas.	64 millones.	
Méjico.. . . . . »	60.782,917	»	13,507 millones.	»	379,221	»	1,306	14,813
Nueva-Granada. . . »	250,000	»	55	»	556,840	»	1,018	1,973
Perú. . . . . } »	58.163,062	»	12,925	»	337,725	»	1,163	14,088
Bolivia.. . . . . }								
Brasil. . . . . »	—	»	—	»	1,334,400	»	4,596	4,396
Chile. . . . . »	930,000	»	216	»	248,000	»	854	1,070
Total. . . . . Kil.	120.125,979	Ptas.	26,703 millones.	Kil.	2,874,711	Ptas.	9,901 millones.	36,340

El mismo Chevalier calcula los metales extraídos anualmente, segun se ve á continuación:

	PLATA.				ORO.				VALOR TOTAL.
	Kil.		Ptas.		Kil.		Ptas.		
América. . . . .	614,641	Ptas.	136,476 m.	Kil.	14,934	Ptas.	51,434 m.	187,910 m.	
Europa. . . . .	120,000	»	26,667	»	1,300	»	4,478	31,145	
Rusia. . . . .	20,720	»	4,604	»	22,564	»	77,720	82,324	
Africa.. . . .	—	»	—	»	4,000	»	13,778	13,778	
Archipiélago de la Sonda. . . »	—	»	—	»	4,700	»	16,189	16,189	
Varios. . . . .	20,000	»	4,444	»	1,000	»	3,444	7,888	
Total. . . . . Kil.	775,361	Ptas.	172,191 m.	Kil.	48,498	Ptas.	167,043 m.	339,234 m.	

además de ciento sesenta y una abandonadas; en la de Huamana, sesenta de oro, ciento y dos de plata, una de mercurio, en elaboracion, tres de oro y sesenta y tres de plata abandonadas; en la intendencia de Cuzco diez y nueve de plata; en la de Arequipa, una de oro y setenta y una de plata, en elaboracion, cuatro de oro y veinte y ocho de plata abandonadas; en la de Huancavelica, una de oro, ochenta de plata, dos de mercurio, diez de plomo en elaboracion, dos de oro y doscientas quince de plata, en reposo. Así pues, desde principios de 1780 hasta fines de 1789, se obtuvieron treinta y cinco mil trescientos cincuenta y nueve marcos de oro de á veinte y dos quilates, y tres millones setecientos treinta y nueve mil setecientos sesenta y tres de plata; que valiendo el marco del primero ciento veinte y cinco pesos, y el de la segunda ocho, asciende á más de ciento ochenta y cuatro millones de pesetas. En 1790 el producto subió á cuatrocientos doce mil ciento diez y siete marcos de plata.

Se ha calculado que los tesoros conducidos anualmente á Europa desde 1546 á 1600, ascendían á once millones de pesos fuertes, ó cincuenta y ocho millones de pesetas; en el siglo siguiente, á ochenta y cinco millones; desde 1700 á 1750, ciento diez y nueve millones, y desde 1750 hasta fin del siglo XVIII, ciento ochenta y cinco millones y medio. Se puede suponer que en los primeros años del siglo actual, han venido anualmente cuarenta y cinco millones y medio, y que antes de 1810 habían producido las minas americanas cerca de cuarenta y siete millones de duros, de los cuales veinte y siete eran de las de Méjico (4). La revolucion de 1810 disminuyó la produccion de estas últimas por la falta de brazos, de capitales y de mercurio. Sin embargo, desde 1811 hasta 1828, han dado novecientos cincuenta y cuatro millones de pesetas: es decir, cerca de cincuenta y tres por año, y el resto de la América cuarenta y dos (5).

(4) El peso tiene 5 ptas y 30 c.

(5) Necker calcula el producto de todas las minas en 23 millones de libras tornesas por año. Garnier, evaluando la plata á 62 pesetas el marco de ocho onzas, hace subir su producto á . . . . . 14.679,600  
El oro á 780 pesetas, en Europa. . . . . 6.135,480  
En la América española. . . . . 159.000,000 } 209.000,000  
En el Brasil. . . . . 50.000,000 }

229.815,080

Peuchet pretende que las minas de la América española, han producido todos los años de 17 á 18 millones de pesos, es decir, 90 millones de pesetas. Sin embargo, los españoles dicen, que el oro y la plata que ha entrado en España desde el descubrimiento de la América sube á 56 mil millones de pesetas ó 180 millones por año. Ustariz (*Teórica y práctica del comercio*) afirma que toda la riqueza de España, inclusa la moneda, no escedian de 100 millones en 1724.

Chevalier calcula, que desde la conquista hasta 1810, se han sacado de Méjico en metales finos casi 200.000.000 de pesos de á 5 fr. 40 céntimos, sin contar los extraídos clandestinamente, que tal vez hayan sido una séptima parte de la plata y una quinta parte del oro, con lo que subiría aquella cantidad á 2,195.747,167. Es difícil calcular el producto de los años, borrascosos desde 1810 á 1815; pero había sido de cerca de 185.000.000 de pesos. Establecida luego la independendia, el contrabando se aumentó. Las minas del Perú, mal explotadas, podrán haber reedituado hasta 1846, todas juntas 2,609 000,000 de pesos. El Brasil producía hasta 12,000 kilogramos de oro al año; después dió menos, y hoy se ha reducido á unos 2,500. También abunda en oro Colombia, y los Estados-Unidos han principiado á extraerlo hace poco. Ha sobrepujado á todo el reciente descubrimiento de los terrenos auríferos de la California, espacio de 300 millas de longitud y 30 á 40 de anchura, del cual se sacan de 420 á 450.000,000 de pesetas anuales. 100,000 personas, trabajando al mismo tiempo, no podrian en un año sondear veinte millas cuadradas, de suerte que se necesitarian seis siglos para agotar aquellos terrenos de aluvion, y después quedarían las montañas, de donde la lluvia arrancó tantas riquezas.

Se ignora, dice Humboldt, el oro que se ha sacado del interior del Asia y del Africa, del Tonquin, de la China y del Japon. El comercio del polvo de oro que se hace en las costas orientales y occidentales del Africa, unido á lo que nos han trasmitido los antiguos acerca de estos países, con los cuales tenemos muy pocas relaciones, da lugar á suponer que el país situado al sur del Níger, es estremadamente rico en metales preciosos. Lo mismo se puede decir de las altas montañas que se prolongan al Nordeste de Paropamisso hácia las fronteras de la China. El oro y la plata que trajeron del Japon los portugueses y holandeses en cierta época, hace creer que las minas de Sado, Suruma, Bingo y Kinsima no ceden en riqueza á las de América. Pero sea lo que fuere, es lo cierto que de los 73,191 marcos de oro (17,653 kil.), y los 3.555,447 marcos (869,960 kil) de plata sacados á principios del siglo XIX de todas las minas de América, de Europa y del Asia boreal, la América sola ha dado 57,658 de oro y 3.250,000 de plata, es decir, los ochenta centésimos del pro-

Los cálculos más recientes nos dan los siguientes resultados:

	Antes de 1810.	Después de 1810.
Europa y el Asia septentrional. . . . .	4.000,000	5.000,000 p. .
El archipiélago oriental. . . . .	2.980,000	2.980,000
Africa. . . . .	1.000,000	1.000,000
América. . . . .	47.000,000	15.000,000
	54.980,000	23.980,000 p. f.

ducto total del oro, y los 91 del producto de la plata (6). Después se cambió la proporción por la riqueza de las minas de oro de la Rusia oriental, mientras que en América la producción del oro disminuyó hasta el punto de no dar toda tanta como el Brasil por sí solo hace cien años.

En una zona cuya longitud es de un cuarto de círculo, desde el Kamschatka hasta el mediodía de Perm, y cuya latitud cuenta 8°, se extienden inmensos depósitos auríferos. Herodoto los había indicado ya; pero en 1823 fué cuando el oro de estas minas empezó á circular por Europa, cabalmente al disminuirse el de la América meridional. Desde 1834 á 1839 llegaron á Rusia casi 300 poud anuales (un poud equivale á 16,872 kilogramos); luego se acertó esta suma; pero á su vez, hubo el oro que se saca después de lavar las arenas de Siberia, y que en 1838 ascendió á 165 poud, de modo que en aquel año la Rusia tuvo un total de 469 poud. En 1834 la corona sacó del Ural 2,108 kil., de la Siberia 338, y los particulares 2,690 del Ural y 1,384 de la Siberia; total 6,320 kilogramos. En 1845, el Ural dió á la corona 2,121 kilogramos y la Siberia 862, y á los particulares, el primero 3,237 y la segunda 15,147; total 21,367; esto sin contar el que se extrae de contrabando para no pagar el 20 por 100 á la corona; en 1846 subió á mucho más. Se producía, pues, allí anualmente una mitad más que en América (144 por ciento) antes de las últimas exploraciones en la California, y los valores deberán experimentar una revolución, como en la época del descubrimiento del Nuevo Mundo.

La América es igualmente abundante en otros metales, tales como el estaño de Guadalajara, el cobre de Chile, el plomo del Misuri, el hierro de los Estados-Unidos, y el platino que fué encontrado, primero en el Choco, á cuyas riquezas es necesario añadir, los diamantes, las otras piedras preciosas del Brasil y las perlas. Manco-Capac había prohibido á los peruanos el oficio de buzos, porque no ofrecía una utilidad comparable con el peligro que se corría; pero los europeos empezaron al momento á recoger las perlas que tenían las naturales, y después á pescarlas. Encontraron á Méjico lleno de ellas, y en el año de 1557 trasportaron á Sevilla trescientos diez y seis kilogramos. En el golfo de Panamá se hicieron pescas muy abundantes, en términos, que los primeros aventureros hicieron su fortuna; pero ya hace mucho tiempo que está agotada la producción. Las esmeraldas que se estraen cerca de Santa Fe de Bogotá, son las más estimadas desde que se han abandonado las de Egipto.

El oro era tan escaso en Europa antiguamente, que, según refiere Teopompo (7), los lacedemonios no pudieron proporcionarse el necesario para

dorar el rostro de un Apolo Amicleo, sino pidiéndole á Cresos; y habiendo querido Gerion de Siracusa consagrar á Apolo un trípode y una victoria, le faltó oro, hasta que le indicaron un corintio, poseedor de un tesoro, que se lo cedió por una nave cargada de grano y muchos regalos. Semerjantes masas de metal depositadas en los templos disminuían mucho la circulación; así los convenios mercantiles debían ser difícilísimos, tanto más, cuanto que no conocían el uso de las letras de cambio. Los metales preciosos habían disminuido mucho en Europa, cuando por la traslación del imperio á Constantinopla, cesó éste de absorber los despojos y tributos de los pueblos vencidos. El tráfico con las Indias, que es la principal salida de la plata, se aumentó también entonces, siendo necesario prodigar mucho por otra parte para aquietar á los bárbaros. Las cruzadas produjeron un nuevo consumo, en términos, que se hizo sentir la escasez en Europa, lo cual entorpeció los negocios mercantiles, hasta que se abrieron nuevas minas (8).

La riqueza se hizo sentir en un principio sin sus inconvenientes, como sucede cuando alguno se presenta de repente en el mercado con una cantidad considerable de géneros; los deudores se encontraron aliviados y perjudicados los que tenían créditos. De repente se generalizaron en el comercio los pesos españoles, que tenían un  $11\frac{1}{2}$  de metal fino hasta 1772, año en que hubo en ellos alteración. Por otra parte, los gastos de los armamentos equivalían próximamente á los productos de las primeras minas, y sólo se notó el aumento del numerario en Europa cuando fueron abiertas las del Potosí y la Veta-Madre de Guanajuato. Se hizo generalmente entonces la alteración de precios, y á los últimos años del siglo xvi había subido el precio de todas las mercancías, cuadruplicándose hácia mediados del siglo xvii, como se había cuadruplicado la masa de metales preciosos. El gobierno, lejos de distraer los ánimos de esta especulación ilusoria, la escitó cada vez más, juz-

(8) Jacob (*Precious metals*) calculó que las especies monetarias en Europa, al fin del siglo xv, eran 34.000.000 de libras esterlinas, ú 800.000.000 de pesetas cuando más. En Inglaterra, en los 230 años que terminaron con el de 1509, el oro y la plata acuñada ascendían anualmente á 6,886 libras esterlinas, al paso que hoy llegan á 819,415.

Se puede fijar aquí un cálculo curioso. Según Humboldt y Ward, el dinero existente en Europa, Asia y América, al fin del año 1809, deducido  $1/420$  por pérdida y deterioro, importaba 11,643,269,500 pesetas: á últimos de 1829 esta suma había disminuido en 1,663.000.000. La población del globo es próximamente de 737.000.000. Así, por término medio, cada individuo debería poseer 13 ptas. 54 c.; y si se añade el dinero de Africa, enteramente desconocido, 15 ó lo más 16 pesetas.

La mayor cantidad de la plata se acuña en Francia, donde existe por valor de 3.000.000.000  $1/2$  de pesetas, esto es, 100 pesetas por cabeza, mientras que en Inglaterra sólo hay 1,200.000.000, es decir, 44 pesetas por cabeza,

(6) *Ensayo político sobre el reino de Nueva España.*

(7) Fragmento 219.

gando de la riqueza de los países descubiertos por el mayor ó menor número de minas que encerraban. Los fértiles llanos de Méjico y del Perú fueron descuidados para fundar ciudades sobre alturas estériles, y se abandonó por este procedimiento cualquiera otra manera de enriquecerse.

Estamos muy distantes de creer que el aumento de los metales preciosos sea en detrimento del comercio y de la industria: citaremos una prueba reciente de lo contrario. Los productos de las minas de América no se aumentaron nunca en proporción igual á lo que ellas han dado en los diez primeros años de este siglo; el valor era estimado en 250.000.000. Sin embargo, no hemos sentido consecuencias funestas, aunque haya que añadir un diluvio de papel-moneda puesto en circulacion. Pero este acrecentamiento iba á la par con el desarrollo de la industria que exigió más grandes capitales: se hace un gran consumo de metales en utensilios de oro y plata que son ya de uso comun; mucho se esporta tambien por el cabo de Buena Esperanza, á proporcion del lujo y del bienestar que se ha aumentado; y si el precio de los géneros y de la mano de obra se ha encarecido, no es á medida de la abundancia creciente de los metales.

Pero estos correctivos faltaron entonces, y cuando aquella masa de metales llegó á hacer su irupcion, bajó de repente su valor, es decir, que el de las mercancías y géneros alimenticios se aumentó; entonces la clase pobre pagaba aun la tasa por los antiguos salarios, y precisada á comprar á los precios nuevos las cosas necesarias á la vida, se encontró reducida á una estremada miseria. Es difícil formar una escala exacta del aumento de numerario y del de los precios en aquella época, en atencion á que impulsados los reyes á guerras de ambicion y conquistas fuera de su país, se encontraron reducidos á alterar el valor intrínseco de las monedas; espediente engañoso de economia sin razon, que multiplicó los embarazos, y cuyos deplorables resultados recayeron tambien sobre la masa del pueblo.

Pero aquella necesidad de numerario inspiró á los príncipes una mania invencible de poseer oro; y el que no tenia minas que explotar exigia el equivalente á sus súbditos. En particular los españoles, viendo que llegaba con tanta abundancia á sus puertos, se creyeron opulentos, y quisieron tener por este medio comodidades y placeres sin trabajo. En lugar de perseguir con ardor la riqueza que nace del trabajo, no pensaron más que en procurarse los mismos metales, haciendo pesar su tirania sobre los pueblos subyugados y asegurándose el monopolio de las ventas. Una vez llenos con el producto de las minas que realizaban vendiéndolo, se abandonaron á la molicie: descuidaron el cultivo de un país de los más fértiles de Europa, dejaron perecer á la industria que los moros á tan alto grado habian elevado, é hicieron

que su grandeza convirtiese á toda Europa tributaria de su dinero (9).

Abaratándose el oro, todos los objetos que con él se compraban se encarecieron, y los extranjeros, teniendo que satisfacer los pedidos que se les hacian de España, enviaron mercancías á un precio excesivo. España no pudo, pues, sostener la competencia; pero cuando hubiera debido abrir los puertos y esparcir sus riquezas por todo el mundo, impidió la exportacion. No existian producciones del país que cambiar por las de la industria extranjera, y fué preciso dar oro; en consecuencia, la península se arruinaba, al paso que las manufacturas prosperaban en otros puntos. El operario entrevió la probabilidad de mejorar su condicion, y la produccion y el cambio adquirieron más movimiento, más vida, atendidas las facilidades que resultaban de la abundancia de numerario. Antes, sin duda, se hubieran obtenido con menos dinero más géneros; pero estos géneros faltaban, al paso que entonces, dos mundos nuevos los ofrecian con abundancia, y se dió tal impulso á los trabajos, que no bastando ya el oro, hubo que recurrir á los billetes y al crédito público y privado.

Esto hubiera debido bastar para que España abriera los ojos, y tambien todos los economistas, sobre la verdadera naturaleza de las riquezas; pero se obstinaron, por el contrario, en considerar al oro y á la plata como la medida universal de los valores, y pensar en que era preciso procurárselo de cualquiera manera que fuese, considerando la nacion más rica, aquella que más cantidad poseia. Tal vez haya aun en el día personas que deslumbradas por el brillo de los metales no comprendan que las minas de carbon de piedra han producido á la Europa moderna riquezas mucho más considerables que lo que produjeron las minas del Potosí.

¡Pero cuánta sangre costó un error de doctrinal Generaciones enteras fueron sepultadas en las minas, donde perecieron blasfemando, cuando hubieran podido, hasta sufriendo la iniquidad de la servidumbre, encontrar mejor suerte en hacer fructificar un suelo tan fecundo. Aun en el día, los países de Antioquia y de Choco, al oeste de la Cordillera central, son muy ricos en filones de oro, que no se tratan siquiera de explotar por falta de brazos. Se ha encontrado allí un pedazo de oro que pesaba veinte y cinco libras, y sólo el lavatorio de las arenas proporcionaron 22,000 marcos al año. Pues bien, no hay siquiera caminos para penetrar en el país, y aquel territorio muy fértil, no está habitado más que por un pequeño número de indios y esclavos negros; un barril de harina de los Estados-Unidos se paga allí hasta 90 pesos, y

(9) Se pretende que Carlos Quinto prohibió en 1535 elaborar las minas de España, para dar valor á las de América. Hace poco que los españoles han vuelto á explotar las de Murcia y Granada, y el producto que sacan no baja de 30,000 kilógr. al año.

de tiempo en tiempo terribles carestias asolan la poblacion del más rico país (10). Tschudi, yendo á Pasco en el Perú, pagó de dos á tres pesos diarios por la manutencion del caballo, y encontró á los naturales tratados pésimamente y obligados á los servicios de la *mitad*.

Se trató desde un principio, conforme á las ideas de Colon y de aquellos cuyo talento era mayor, el sacar partido del terreno. Una de las primeras producciones trasladadas al Nuevo Mundo fué, como ya hemos dicho, la caña de azúcar. Se habia empezado hacia varios siglos á hacer uso de ella y cultivarla en Europa. Cien mil libras de azúcar comun, segun Marini, se mandaron en 1319 de Venecia á Inglaterra, y diez mil de azúcar cande. Los primeros viajeros llevaron esta preciosa caña de Sicilia y de España á las Canarias, y desde allí á América. Pedro de Atienza la plantó en 1513 en Haiti (11), y en 1520 cerca de la Concepcion de la Vega. Al principio no se sacaba más que la miel: después el catalan Miguel Ballesteros encontró el medio de extraer la verdadera azúcar, y Gonzalez de Velosa construyó los primeros cilindros, que estaban movidos por agua ó por animales. Treinta de aquellas máquinas se encontraban en actividad en Haiti en 1535; mejoradas bien pronto, sirvieron de modelo para construir algunas en otras partes, y proporcionar cargamentos á los buques que volvian á España. Ya en 1553 producía Méjico bastante para proveer al Perú y á España. El consumo del azúcar se extendió poco á poco por Europa; pero no llegó á ser considerado hasta el siglo xvii en que se propagó el uso del café y el del té. Desde aquel momento el azúcar fué tan indispensable como la sal. Fué la ruina del comercio de la miel que habia sido muy activo; se abandonaban por el alimento de las abejas estensos terrenos cubiertos de plantas aromáticas; y habia en Venecia, en Languedoc, en Lorena y en el Mans, inmensos talleres para la fabricacion de la miel, el hidromiel y la cera. Si el azúcar indígena llegase á conseguir en el dia ventajas sobre el de las colonias, no seria esto más que una reaccion ó vuelta á la primitiva condicion (12).

El café que prosperó en América, no fué tan aromático como el de la Arabia; más tarde sólo la Martinica pudo proporcionarlo de excelente calidad (13). Llegó el primero á Marsella en 1644. Se vendia en Paris al principio á 2 sueldos y medio la taza en las boticas y en los conventos. Dos ar-

(10) *Viajero universal*, t. XXII. Lo mismo sucede actualmente en la California.

(11) No en el Norte, como se ha dicho. Otros atribuyen este mérito á Gonzalo de Oviedo.

(12) En 1826 la exportacion de solo el archipiélago de las Antillas, llegó á 287 millones de kilogramos de azúcar, sin contar lo esportado por contrabando, y en 1836 pasó de 380.

(13) Sólo la Jamaica ha esportado en 1829, 19 millones de libras de café.

menios, Gregorio y Procopio, abrieron el primer café en la feria de San German, y después en los sótanos de San German.

El cacao era cultivado en gran escala, en Méjico, donde los habitantes hacian una mezcla llamada *chocolate*, espesándola con un poco de harina de maiz, con vainilla y pimienta de Chapa, para hacer pastillas que desleian en agua caliente cuando lo necesitaban. El cacao más estimado era el de Soconusco, cuyos granos de desecho servian de moneda. Pronto reconocieron los europeos su cualidad nutritiva, y los jesuitas fueron los primeros que enseñaron á hacer uso de aquel brebaje, que su inclinacion á una condescendencia paternal con respecto á una sociedad delicada, hizo que lo permitieran hasta en tiempo de ayuno (14). El padre Labat, que publicó sus viajes al principio del siglo pasado, se hizo el apóstol del chocolate, que queria convertir en un alimento popular á un sueldo la taza, afirmando que el cacao de la Martinica bastaria para ello. Pero sus esfuerzos no obtuvieron resultado. El té fué introducido primero por los holandeses en 1610. Lo recibian de los chinos en cambio de la salvia, de que se proveian en las costas de Italia y Provenza, en razon de una caja por tres de té, que vendian después á peso de oro.

Discutióse durante el siglo xvii el pro y el contra del café, el té y el chocolate, y como siempre más ruidosamente en Francia que en ninguna otra parte. Tenemos á la vista varios folletos sobre este asunto, donde cada una de estas bebidas está tratada unas veces como veneno, y otras ensalzada como remedio universal (15). La política se mezcló tambien por su parte: los que preferian el té al café fueron acusados de ser los fautores del príncipe de Orange y de los ingleses; la teología entró tambien en la liza, y se discutió sobre si estas bebidas quebrantaban el ayuno; pero los devotos se abstuvieron durante la cuaresma.

Somos tambien deudores á los jesuitas del conocimiento de la propiedad febrifuga de la quina. Lleváronla á Roma en 1640, del mismo Perú, donde se empleaba con tal objeto. Se extendió después por el resto de Italia y de España; el cardenal de Lugo la llevó á Francia, donde se vendió á peso de oro.

**Tabaco.**—En el número de las extravagancias

(14) Redi cita en el *Bacco*, al florentino Antonio Carletti como uno de los primeros que hicieron conocer el chocolate en Europa. Alaba á la corte de Toscana por haber introducido la corteza fresca del cedro y el olor del jazmin, al mismo tiempo que la canela, el ámbar, la vainilla, etc. Hace tambien mencion de un pequeño poema del jesuita Tomás Strozzi, en honor del chocolate, y los que han leído á Roberti, notarán la predileccion de las musas jesuitas á este producto.

(15) Véase sobre todo DUFOUR, *Tratado del café, del té y del chocolate*. Lion, 1685.

BLEGNY.—*Buen uso del té, del café*. Lion, 1687.

POMET, *Hist. de las drogas*.

observadas por Colon en Cuba, le pareció una de las más estrañas coger ciertas grandes hojas, enrolladas como pequeñas velas, encenderlas por un extremo y aspirar el humo por el otro: los naturales llaman á este rollo *tabaco* (16). Los viajeros hablan frecuentemente de salvajes, que hasta combatiendo encienden la pipa y estraen el humo, con el que reemplazaban el del incienso en sus sacrificios; los adivinos recurrían á él para embriagarse cuando querían predecir el porvenir ó curar las enfermedades. Era entre los salvajes un símbolo de paz y de hospitalidad presentar la pipa al que llegaba.

Por repugnante que pareciese al principio á los europeos esta costumbre de los bárbaros, quisieron ensayarla, y á su vez les agradó; así es que el tabaco debió á la ventaja de producir una sensación que puede repetirse hasta lo infinito sin que haya saciedad, la favorable acogida que no tardó en obtener. Los marinos fueron los primeros que se procuraron en ello una distracción, y lo estendieron á lo largo de las costas, no sólo fumándolo, sino también mascándolo y aspirándolo en polvo por la nariz. Sir Walter Raleigh había tomado la costumbre de fumarle, pero en secreto, y encerrado en su gabinete. Habiendo entrado un día su criado de repente, retrocedió espantado, y fué á contar que había visto á su amo que se evaporaba su cerebro en humo por las narices. Juan Nicot, embajador de Francia en Portugal, envió algunas hojas de tabaco en 1560 á Catalina de Médicis, lo que hizo se le llamase polvo de la reina, ó nicotiana. Fué llevado á Italia por el cardenal Santa Cruz, nuncio pontificio en Lisboa, y por Nicolás Tornabuoni, legado en Francia. Sin embargo, el verdadero tabaco preparado, rapé y en polvo, no se usó en Francia antes de Luis XIII, y se vendía á doce pesetas la libra. En 1674, el fisco atrajo á sí el monopolio de esta sustancia, y en 1697 Duplantier compró el derecho esclusivo de venderla en todo el reino, mediante ciento cincuenta mil libras al año (17).

Los médicos, los moralistas, los físicos discutieron sobre las ventajas y los inconvenientes del ta-

baco; se escribió á porfía el pro y el contra; los unos encontraban que era un calmante insigne, otros un estimulante agradable y suave, y algunos lo convertían en un medicamento universal (18). Hubo un momento en que sus adversarios prevalecieron, y fué proscrito por todos los gobiernos. Un decreto de 1600 lo prohibió en Francia. La corte de Roma hizo otro tanto, no por frivolidad, sino porque ocasionaba en las iglesias gran desorden, llevando cada uno consigo (como aun no se vendía pulverizado) una pequeña escofina para frotar la hoja cuando se necesitaba; operación que hecha durante el servicio divino distraía. Parecía también inconveniente que los sacerdotes, cuando estaban en el coro, se manchase la cara con aquel polvo, y en su consecuencia las sobrepellices y los breviarios; lo que hizo prohibir el uso en algunas iglesias particulares, y después en todas (19). Otro tanto hizo el czar de Rusia, el shah de Persia y el gran Turco. Pero como acontece con ciertas cosas, la prohibición no impidió que la costumbre se estendiese, hasta tal punto, que el tabaco es en el día una de las rentas más productivas de los diferentes Estados (20). La Alemania fué una de las primeras en abusar de él, gracias al aire militar que adoptó en el siglo pasado, á ejemplo de los prusianos. Caminó por sus huellas la Francia cuando olvidó, por las costumbres soldadescas, las maneras galantes que antes la distinguían. Otros países, que no son ni muy laboriosos ni muy guerreros, adoptaron el uso del tabaco, por tonta imita-

(18) El doctor HECQUET, en su *Tratado de las dispensas de Cuaresma* sostiene que el tabaco quebrantaba el ayuno, al paso que los jesuitas toleraban hasta el chocolate en los estómagos débiles.

(19) Cuando Urbano VIII prohibió el tabaco, Pasquin dijo: *Contra folium quod vento rapitur ostendis potentiam tuam, et stipulam siccam persequeris.*

(20) La cosecha comun del tabaco en la América del Norte, que es la más importante, está valuada en ochenta millones de kilogramos. Cuba, Colombia y el Brasil, producen mucho, además de Levante, de la Persia, de Bengala, de las islas Orientales, la China y hasta la Europa, en los países donde la ley permite su cultivo. Se consumen en Francia, en la actualidad, catorce millones de kilogramos, que producen al Tesoro sesenta millones, y mucho mas en tabaco para fumar que en polvo; siendo sin embargo el único que hace pocos años toleraba la educación francesa; el otro que entraba apenas por un duodécimo en el consumo antes de 1789, se encuentra en el día en proporción de cinco octavos.

En Inglaterra se importan anualmente 15 millones de kilogramos de tabaco. Hamburgo, que tiene 150,000 habitantes, consume 40,000 cigarros al día. En 1854 se calculó la cosecha de tabaco en todo el mundo en 250,000 millones de kilogramos. Debe haberse consumido otro tanto, lo cual daría 250 gramos por cada uno de los mil millones de habitantes. Cien kilos de tabaco producen 3 de nicotina, sustancia volátil, narcótica, eminentemente venenosa; de suerte que se producen 7 millones y medio anuales de narcótico y se absorben otros tantos por los fumadores.

(16) Cartier dice también que en el Canadá los naturales «tienen una yerba de que hacen provision en el verano, después de haberla dejado secar al sol. Sólo los hombres la usan, llevándola en bolsillos colgados del cuello, en los que tienen un pequeño pedazo de piedra, ó de madera hueca, á manera de flauta. Reducen aquella yerba á polvo, poniéndola á la estremidad de aquella caña y un tizon encima, después aspiran el humo, y se llenan el cuerpo de tal manera, que les sale por la boca y por las narices, como sucede en nuestras chimeneas. Dicen que su uso es muy bueno para la salud. Tratamos de hacer otro tanto, pero el humo nos quemaba la boca como pimienta.»

(17) P. DE PRADES.—*Hist. del tabaco*. Paris, 1677.

SAVARI, *Dic. del comercio*, ad. v. tabaco.

PABLO, médico del rey de Dinamarca, *Tratado del tabaco*.

ción, y por baja necesidad de distraerse, aturdirse, desechar el fastidio, resultado de la inercia de la imaginación. De esta manera es como el esclavo se embriaga en sus cadenas con gran placer de su amo que le apalea con más seguridad.

No sabemos si los médicos filósofos han examinado qué influencia puede haber ejercido en la constitución humana, y sobre las enfermedades á las cuales está sujeta, la simultánea introducción del chocolate, del té, del café y del tabaco.

En el número de las principales riquezas de Méjico, debe contarse la jalapa, sustancia muy útil en la farmacia. Se secaban de siete á ocho mil quintales al año por valor de 1.200,000 pesetas. La vainilla se da en los terrenos húmedos de Méjico, y se esporta por valor de 400,000 pesetas al año. Está menos cultivada de lo que parece aconsejar el elevado precio á que se sostiene. De esta comarca es de donde viene el palo de campeche y de Honduras, el bálsamo de copaiba, el cacao de Guatemala, el añil, á razón de 8 ó 9.000,000 de pesetas al año, y la cochinilla cuya venta asciende á veces hasta 12.000,000.

La América posee en abundancia las plantas alimenticias, tales como la yuca, el maíz, el plátano, el *tropaeolum tuberosum*, el *chenopodium quinoa*. El maíz tiene más usos que las demás plantas, y se encontró cultivado por todas partes, por la facilidad con que se reduce á alimento. Se halló en las orillas del Paraguay en estado silvestre. Llega en Méjico á la altura de dos y tres metros, dando de cuando en cuando hasta ochocientas veces las semillas: así es que se considera mala cosecha cuando sólo produce ciento. Antes del descubrimiento, los naturales extraían el azúcar de su caña, que es muy rica en los trópicos.

Se ha querido sacar de las costumbres del cultivo, como también de las lenguas, noticias sobre las emigraciones de los americanos; porque pasando los pueblos nómadas á través de los países agrícolas, recogen siempre por ellos algún animal, algunas semillas y algunas espresiones. Se cree, pues, poder deducir de las plantas cultivadas en el Mediodía, que los pueblos procedentes del norte de la California y de las orillas del río Gila, hicieron varias irrupciones en el hemisferio austral. Otros, por el contrario, niegan el origen asiático y africano de los habitantes de América, por motivo de que no cultivaban ni el trigo ni el arroz de la India.

Sacaron bebidas espirituosas, no sólo del maíz y de la yuca, sino también de la pulpa del plátano, de algunas sustancias mimosas; y también cultivaban con el solo objeto de extraer el licor, una planta de la familia de las bromeleáceas. Esta es el maguey, variedad del agave, cuyo jugo sirve para hacer *pulque*. Se planta hasta en los terrenos más áridos; y aunque no pasa de metro y medio de altura, la incisión que se hace en él da hasta 1,100 decímetros cúbicos de jugo diario, por espacio de dos ó tres meses. Es una bebida

fortificante y nutritiva cuando puede uno sobreponerse á su olor á carne podrida. En 1793, la entrada de aquel líquido en Méjico, Toluca y Puebla, produjo al fisco 817,739 pesos. Además de que el maguey reemplazaba en los mejicanos á la viña, que les era desconocida, le empleaban para diferentes usos, y se servían de sus filamentos como del cáñamo para hacer tejidos y papel. El azúcar del maguey, que antes de florecer es muy áspera, era muy favorable para limpiar las úlceras, y se servían de sus espinas en lugar de clavos.

La patata crecía espontáneamente en el Perú, aunque Humboldt pretende que no es originaria de allí y que fué llevada de Chile. Se le llamaba *papa*, al paso que el nombre de *patata* ó *batata* se daba á un covólculo.

Se asegura que Raleigh la encontró en la Virginia, cuando aun era desconocida en los países intermedios, en Méjico y las Antillas. De estas y de los Estados-Unidos se esportan hoy anualmente por valor de 3.000,000 en hojas de palma para tejer esteras. Quizá no pasará mucho tiempo sin que se introduzca entre nosotros el coca, arbusto de los Andes tan nutritivo, que unas cuantas hojas reducidas á polvo bastan para sostener al hombre durante un largo viaje.

Todos los frutos de Europa que se han llevado á América han prosperado, como también las especies de la India; y las colonias occidentales proporcionaron también el clavo, la pimienta, la nuez moscada y el algodon. El olivo, la viña, la morera, el cáñamo y el lino hubieran producido más que las minas, si su cultivo no se hubiese proscrito, para obligar á comprar á la metrópoli el aceite, el vino y las telas (21).

Un esclavo negro de Cortés encontró en el arroz que se le daba algunos granos de trigo y los sembró en el Perú en 1530. Escobar lo llevó á Lima, distribuyendo sólo veinte ó treinta granos por espacio de tres años á los nuevos colonos; pero en 1547 no se conocía aun el pan de trigo. El padre José Rixi, de Gante, sembró el primer trigo en Quito cerca del convento de San Francisco; y los frailes conservan como una reliquia el vaso en el cual habia encerrado aquel tesoro para llevarlo de Europa. Francisco de Caravantes plantó allí la viña en 1540; don Antonio de Ribera, el olivo en 1560; la monja Catalina de Ritez, el lino; después el té peruano reemplazó al de la China. Los europeos trasladados á América trataron de recordar allí á su patria cultivando los productos del suelo natal: era una felicidad y una fiesta en las colonias el hacer prosperar en ello los nuevos vegetales. Garcilaso de la Vega nos habla de la invitación dirigida por su padre á sus antiguos compañeros

(21) Resulta de los cálculos de Smith y de Humboldt, que las minas de Nueva España, apenas dan la cuarta parte del producto de las tierras, producto que Humboldt valúa en ciento cuarenta y cinco millones.

de armas para probar tres espárragos, los primeros que maduraron en las alturas de Cuzco.

En época en que las familias indígenas cultivaban á lo más un pedazo de tierra y se contentaban con un alimento vegetal, el ganado doméstico les era poco necesario; así era, que los americanos no habían sabido siquiera utilizar las dos clases de bueyes salvajes (*americanus* y *moschatus*) que andan errantes por el norte de Méjico. No habían sabido sacar partido ni del llama, que existe en los Andes más acá de la línea, ni de las ovejas salvajes de la California, ni de las cabras de las montañas de Monterey, ni del cerdo comun, ni de las gallinas. No criaban más que una sola especie de perros para comerlos. Con respecto á los salvajes, es de admirarse que se tomasen tanto trabajo en amansar á los monos, cuando no se tomaban ninguno por animales que les hubieran sido más ventajosos.

Las razas europeas prosperaron notablemente, como ya hemos dicho, después del descubrimiento, y lo que dice Buffon de su degeneración en apoyo de su sistema con respecto á la antigua condición de nuestro planeta, es contrario á la verdad.

Garcilaso de la Vega vió en 1557 vender el primer asno en cuatrocientos ochenta ducados; tambien se trató de introducir los camellos, pero poco tardaron en perecer. Los caballos fueron de Andalucía á Cuba á y la Española, desde donde pasaron á Méjico y al Perú; su precio era de dos á tres mil duros; y en 1554, antes de la batalla de Chuquinga, no se admitieron 12,000 ducados por un caballo enseñado, con el esclavo que le cuidaba. En 1587 se trasportaron desde Santo Domingo á Europa 35,000 pieles y 64,000 de Nueva España (ACOSTA); este comercio no tardó en ser uno de los más importantes para la metrópoli.

Sin que los colonos se tomasen el menor trabajo, las reses vacunas se multiplicaron de tal manera, que en el día andan errantes en masas de treinta á cuarenta mil en las inmensas llanuras que se estienden entre los Andes y Buenos Aires: lo mismo acontece en Nueva España. Humboldt calcula en 12,000,000 el número de estos animales que vagan por las llanuras de Buenos Aires y 3,000,000 los caballos: en las de Caracas, el propietario mismo ignora las reses de que es poseedor, como nosotros ignoramos el número de nuestras espigas; les ponen una señal, y hay amos que marcan de este modo hasta 40,000 al año. Se les mata en la caza sólo para obtener el cuero, y la carne abandonada exhala tan mal olor, que se infestaria el aire sin la multitud de perros y buitres que acuden á devorarla. Los asnos recobraron la libertad en las montañas de Quito, en términos de llegar á ser molestos; cuando se les ataca, se defienden á mordiscos, y si un caballo entra en el sitio donde pastan, es víctima de su ferocidad. Son tambien allí innumerables los cerdos, los carneros, las cabras; el gorrion acudió á aquellos parajes como acude siempre á los puntos donde principia la agricultura

ra (22); el gato es el compañero del hombre, y los perros, en estado salvaje, atacan los rebaños, mientras que entre nosotros sirven para defenderlos.

La América se ha encontrado, pues, dotada por los europeos de los frutos, animales, y conocimientos que les habian legado las emigraciones sucesivas, ó que habian adquirido en las indagaciones de cincuenta siglos. Trasladáronse allí diferentes clases de frutos de la Guinea para alimento de los negros.

Por nuestra parte hemos añadido á nuestras producciones la de América. Con respecto á los animales, escepto algunos pájaros de jaula, y una brillante variedad de guacamayos y de loros, no hemos tomado para ventaja doméstica más que al más grande de nuestras aves, de las que se crían en los corrales, es decir, el pavo de Nueva España. La Flora y la Pomona europeas le deben, por el contrario, un grande aumento de riqueza. El jardin de Carlomagno era una maravilla, porque se encontraban en él manzanos, perales, nogales, servales y castaños. San Luis llevó de Siria el renúnculo inodoro, el de los jardines se debe á embajadores que se lo procuraron por astucia en Levante. Cuando volvió de la cruzada el trovador Tebaldo trajo el rosal de Damasco: el olmo apenas era conocido en Francia antes de Francisco I, y la alcachofa antes del siglo xv. Constantinopla vió el castaño de Indias al principio del siglo xvii; el tulipan, de cuya clase contamos en el día sobre novecientas especies más hermosas que en ningun otro pais, procede de Turquía. Chipre ha enviado la planta de malvasia, Babilonia el sauce; la coliflor y la grosella han venido tambien de Levante; el ruibarbo es originario de la Tartaria, el rábano de la China, la angélica de la Laponia, la hemorcalla de la Siberia (23); don Juan de Castro llevó en 1526 de la China á Portugal el primer naranjo, y esta clase de plantas prosperó tanto en Viseo, que sus preciosos frutos, con el nombre de portuguesas, se esparcieron por toda Europa. Las lilas del Japon, el liquidambar y las magnolias de América, no han llegado á nosotros hasta el siglo pa-

(22) En Rusia apareció en tiempo de Pedro el Grande; actualmente se ha presentado tambien en el Kamschatka.

(23) Se conoce la pasión particular de los holandeses á las flores. Cuéntase que en 1637 se vendieron ciento veinte bulbos de tulipan en 90,000 pesetas; uno solo, llamado el *virey*, en 4,203 florines del pais. Se ofreció por una *semper augustus* 4,600 florines, un coche nuevo, un par de caballos y los arreos completos. Una sola cebolla, se vendió en 2,500 pesetas, en 1836, en la venta de los tulipanes de M. Clarke en Croydon. Los precios anunciados por lo comun en Inglaterra para las nuevas especies de tulipanes, geraneos y dalias, están entre cinco y diez libras esterlinas. Se dice que un lord inglés ha pagado 100 guineas por un individuo de la familia de las orquídeas. Uno de mis recuerdos más gratos de Inglaterra es una exposición de flores del jardin perteneciente á la sociedad de horticultura establecida en Chiswich.

sado: las primeras ananas que se maduraron en invernaderos europeos, se comieron en la corte de Luis XIV.

Estos diferentes dones llegaron á Europa sucesivamente y de tiempo en tiempo; pero cuando el descubrimiento de las dos Indias, fué una invasion repentina de nuevas producciones y una inesperada riqueza para los jardines botánicos, y los museos de historia natural, que las recogieron primeramente como rarezas; después con estudiosa atención, de tal manera, que fué preciso reformar las antiguas clasificaciones para colocar á los nuevos individuos que llegaban casi á duplicar el número de las especies conocidas.

Nosotros, que hemos sido testigos de la alegría con que fueron acogidas ciertas plantas ó flores nuevas, como las hortensias, las camelias, y últimamente la retama, los helechos, los polipodios y las ericineas del Cabo, y la estraña familia de las orquídeas, escepcion completa en el mundo vegetal, podemos formarnos una idea de la felicidad con que se veían llegar entonces cada día nuevas adquisiciones. Pronto la acacia de la Virginia, el fresno negro, los abedules y el tuya del Canadá dieron sombra en nuestros países; Méjico nos envió el jazmin nocturno, la brillante salvia, la dalia, la mancelia; la isla de la Madera el amomo; la India la balsamina, Ceilan la tuberosa, etc. (24). Bastará decir, sin alargarnos más, que se cuentan 2,345 variedades de árboles venidos de la América, 7,000 del Cabo, además de varios millares oriundos de la China, de las Indias orientales, y de las que se han traído recientemente de la Nueva Holanda. Los que hacen el viaje á las Indias encuentran á su vuelta una agradable distraccion en el barco con las hermosas flores, principalmen-

te las orquídeas, que vienen á enriquecer nuestros invernaderos, encerradas herméticamente en vidrieras destinadas á volver á las Indias con las flores comunes en nuestros campos, para recrear en otros climas las miradas de los europeos, recordándoles los prados y jardines de su patria (25).

La patata y el maiz deben contarse en el número de las adquisiciones más útiles. El maiz se entendió rápidamente, y recibió el nombre de trigo de Turquía, porque se le creía de origen asiático (26). Evitó las carestias contribuyendo inmensamente al aumento de la poblacion europea. El matemático Harriot fué el primero que describió la patata con el nombre de *openavk*, nombre que probablemente le daban los indios de la Virginia; pero cuando Raleigh la llevó desde aquel país á Inglaterra, ya era cultivada en España y en Italia. El descuido y la rutina impidieron por mucho tiempo á las poblaciones sacar de este tubérculo toda la ventaja que ella ofrece para en adelante hasta á los países menos productivos de Europa.

Habiéndose introducido nuevas necesidades, se abrieron nuevas especulaciones al comercio, que tomó una estension desconocida hasta entonces.

---

(25) Nos permitiremos recordar á los amantes de las flores, cuyo número se aumenta por todas partes, tres obras inglesas de fecha reciente, á saber: *El jardinero de las damas*, por Mistris London; *El cultivo de las plantas en los invernaderos portátiles*, por el doctor Ward, que se ha propuesto sobre todo por objeto alegrar el aposento de los enfermos; en fin, una mezcla de versos y prosa poética titulada *Poesia de la jardineria*.

(26) Mateo Bonafoux estableció (*Historia natural, agrícola y económica del maiz*, 1836) que era conocido anteriormente al descubrimiento de la América, en atención á que la misma planta está representada en antiguas figuras chinas, y que se han encontrado algunos granos en un sarcófago egipcio.

---

(24) HUMBOLDT, *Geografía botánica*.

## CAPÍTULO XVI

---

### LOS PORTUGUESES EN ASIA.

Un camino hasta entonces desconocido habia conducido á los portugueses á las costas de las Indias, que habian sido el objeto de todos los viajes desde los tiempos más remotos, y que Colon se habia lisonjeado de alcanzar por el camino de Occidente. Pronto reconocieron la importancia de su descubrimiento, y que Lisboa arrebatava á Venecia el cetro del comercio entre el Asia y la Europa; hicieron en su consecuencia, para sostenerse en aquellos parajes, esfuerzos á los cuales no parecia bastar un pais tan limitado, y dedicaron tanto ardor á sacar partido de aquel nuevo camino como el que habian tenido para buscarle. No abandonaron, como España, los descubrimientos y las conquistas á aventureros y ladrones, con el único deseo de sacar mucho sin gastar nada; y Portugal, considerando aquellas expediciones empresas nacionales, las confi6 á hombres que unian la habilidad al valor, y el éxito llegó á consolar de los escesivos gastos hechos para obtenerlas.

Apenas Vasco de Gama estaba de vuelta con la prueba del feliz resultado de su viaje, cuando trece barcos se daban á la vela bajo el mando de Pedro Alvarez Cabral, á quien ya hemos mencionado varias veces. Llevaba consigo mil doscientos soldados para vencer á los indios, y varios frailes para convertirlos. Con objeto de evitar las tempestades que se desencadenaban á lo largo de las costas, hizo rumbo hácia el Sudoeste, eligiendo con su sagacidad la direccion seguida aun en el día con preferencia; y la casualidad le hizo arribar á una tierra desconocida, bajo el grado de diez y siete del paralelo austral; esta era el Brasil, como ya hemos dicho. Dióse entonces á la vela para el Cabo; pero sufrió allí tempestades espantosas que sumergieron cuatro de sus buques, y con ellos á Bartolomé Diaz. Pereci6, sin haber tal vez conoci-

do toda la importancia de su descubrimiento, pero de seguro sin haber sido recompensado.

Despues de un corto descanso en Mozambique, continu6 Cabral su camino en línea recta á la India, y aunque reducido á seis barcos, llegó á imponer á los príncipes de la comarca. De esta manera obtuvo del zamorino de Calicut una acta escrita con caractéres de oro, que le concedia la investidura de un palacio, donde se enarbol6 la bandera portuguesa, y se establecieron almacenes con un c6nsul. Pero ya fuese que los portugueses escitasen la envidia ó manifestasen desprecio hácia los naturales, fueron atacados y asesinados.

Ya habia marchado Cabral para Cochín, Ceilan y Canamore, recibiendo en todas partes seguridades de amistad, y cargado de riquezas diferentes de las que llevaban los que llegaban de América, volvió á Portugal. Las considerables pérdidas que habia sufrido, hicieron que se le acogiese con frialdad. Sin embargo, Juan de Nava, que habia sido enviado á su encuentro, llegó á la India, donde con notables proezas hizo respetar y temer el nombre portugués. A su vuelta fué arrojado hácia la isla de Santa Elena, que pronto ofreció un punto de descanso muy favorable para los barcos después de tan larga travesía (1).

Las cosas se presentaban en la India de otra

---

(1) La Geografía del Asia por Barros, que es la más completa de aquel siglo, se ha perdido. Eduardo Barbosa, compañero de Magallanes, ha contado lo que ha visto por sí mismo y oido decir: Bartolomé Bernardo de Argensola fué encargado en tiempo de Felipe III por el Consejo de Indias, de escribir la historia de la conquista de las Molucas. De Bry publicó en 1590 á 94, en Francfort, una *Coleccion de navegaciones y viajes á las Indias Orientales*.

manera que en América: No había que habérselas con poblaciones novicias que se pudiesen asustar con armas de fuego y despojar á su antojo. La antigua civilizaci6n, que en aquellas comarcas habia hecho inesplicables progresos, habia perecido; pero la Europa no habia cesado nunca de pedirle los productos destinados á alimentar su lujo y á estimular el gusto. Rodeado aquel archipiélago austral de un mar tranquilo que serpentea allí como por multitud de canales, parece indicado por la naturaleza para el comercio de producciones tan raras, únicas á veces que produce, como el clavo y la nuez moscada. El dato más antiguo que tenemos sobre estas especies, es una ley conservada en el Digesto, y dada por Marco Aurelio y Cómodo; si fueron entonces conocidas en Europa, fueron traídas por los indios, que en aquella época llegaron á Malaca.

Pero si los antiguos traficaban con la India, no formaron allí establecimientos, por no tener los suficientes conocimientos en la navegaci6n, cuya lentitud é irregularidad era un inmenso obstáculo á los viajes á aquellos lejanos países, y sobre todo al envío de tropas indispensables para conservar allí las colonias ó simples factorías. No pudieron, pues, transmitirnos ningun detalle sobre el origen de las poblaciones diseminadas en aquellos millares de islas, y sobre una civilizaci6n, de la que se podia considerar á Java, la más fértil y poblada, como el foco. Los modernos se han ingeniado en buscarla supliendo á ella por medio de recuerdos antiguos, con procedimientos ingeniosos que hemos visto empleados para la China, y que consisten en deducir del lenguaje el grado de cultura intelectual. Ahora bien, parecen indicar tres eras de civilizaci6n. La primera, en una raza que estendió sus emigraciones desde Madagascar hasta los últimos archipiélagos del grande Océano, raza de origen incierto, aunque parezca derivarse del centro y del oriente del Asia. Tal vez penetró por la península de Malaca á las islas comarcanas, á menos que no formasen entonces más que un solo continente, despedazado después por convulsiones de la naturaleza, siempre tan poderosas en aquellos puntos. La historia no nos enseña lo que fué, ni hasta dónde llegó la civilizaci6n de la India; pero se suple á ella en parte con el vocabulario de la lengua que se habla allí, es decir, el kawi (2), en la cual nueve palabras de diez revelan un origen sanscrito, al paso que las formas gramaticales se separan enteramente de él. Se encuentra allí el indicio evidente de su estado agrícola, y varias producciones que reclaman un trabajo diario, como el arroz, el azúcar y los animales domésticos. Tambien hay telas tejidas con filamentos de plantas, el trabajo del hierro y de las alhajas de oro, la numeraci6n

decimal, un calendario rural y otro hierático, fundado en una astronomía estraña. Además, el vulgo malago y javanés respeta aun ciertas divinidades; y conserva varias supersticiones que manifiestan un antiguo culto á la naturaleza.

Hacia el año 76 de J. C. comienza la era cierta de Java con la llegada de Aji-Saca, que venció á los raschi-asa, ó malos genios que habitaban allí; hizo leyes, estableció colonias, y desde este momento comienza tambien una mezcla de historia y mitología, difícil de ilustrar: aun cuando se consiguiese, no serian más que aventuras de reyes. A lo más parece que aquellas colonias fueron del noroeste del Océano, y que llevaron á Java las artes y las instituciones de la India, como tambien la division por castas; los bramines no adquirieron allí, sin embargo, la misma influencia que en la isla, permaneciendo el gobierno absoluto en el rey, que era protegido sólo con penas excepcionales. El budismo hizo tambien prosélitos. Entonces sobrevino entre los javaneses y los indios la fusion de que da testimonio la lengua, y Java fué, bajo el aspecto de la ciencia y la religion, la metrópoli de los países comarcanos hasta en 1400, época de la destrucci6n de Mayapait, ciudad cuyas ruinas escitan la admiraci6n de los viajeros, y que en los dos siglos anteriores, era la sede de un imperio, del que dependian veinte y cinco reinos.

Los templos y los sepulcros de la isla rivalizan con los del Egipto y de la India. Los restos magníficos del gran templo de Brambanan, ofrecen estátuas de relieve y tambien en bajo-relieve; así como el de Loro-Yongrang, á poca distancia del cual están los Chandi-siva, ó mil templos, conjunto de infinidad de y columnas estátuas. Seria demasiado largo enumerar tantas pagodas arruinadas, y tantas estátuas rotas, trabajadas por el modelo de las estátuas indias, con inscripciones en sanscrito, en kawi, en un antiguo idioma javanés y en otro enteramente desconocido. Los budistas destruyeron los objetos del culto bramínico, y después de ellos los musulmanes los vestigios de los budistas; de modo que la sucesi6n de las diferentes religiones se encuentra de esta manera probada con las ruinas.

La mezcla del sanscrito, estremadamente sensible en el kawi, se advierte menos en el alto javanés, cuya formaci6n es más reciente; la lengua popular conserva mejor el tipo polinésico á medida que desciende á las clases preservadas del contacto con los extranjeros. Tambien el malayo tomó muchas formas y palabras del sanscrito para expresar las ideas morales é intelectuales y los ritos religiosos. A proporci6n que se aleja uno de Java, se siente menos el influjo de los dialectos oceánicos, y los idiomas de Madagascar y de la Nueva Holanda son muy distintos del de Java, aunque pertenezcan á la misma familia. En la Polinesia no se encuentra voz alguna del sanscrito, lo cual indica que las colonias indias no llegaron hasta allí.

(2) Guillermo de Humboldt ha publicado en Berlin, en 1836, una obra sobre la lengua kawi de Java. *Ueber die Kawisprache auf der insel Java.*

Las obras javanesas, escritas todas en kawi, tienen el sello de la civilización india sin manifestarse por eso esclavizadas. El *Kanda*, que es el más antiguo de los poemas cosmogónicos, del cual no queda más que una traducción en la lengua vulgar, mezcla las ideas nacionales con las del budismo, y representa la lucha de las divinidades indias con las del país, personificadas en Watu Gunonb. Desaparece el conflicto en el *Manek-Maya*, donde triunfa ya el dogma búdico.

El asunto de *Bratayuda* ó guerra santa, por Poseda, que es su poema épico más célebre, está tomado del Mahabarata. Se dice que esta imitación es de tal energía, que puede sostener en parte la comparación con la Biblia y Homero.

«¿Qué es lo que el valiente pide á los dioses durante la guerra? Vencer á sus enemigos, ver sus cabellos cortados por su mano, y dispersados como las flores sacudidas por el viento; desgarrar sus vestidos, quemar sus altares y sus palacios; hacer rodar sus cabezas, mientras que están sentados en los carros de guerra, y merecer por sus victorias una gloria inmortal.

»Tales eran los votos que formaba Yaya Baya dirigiéndose á los tres mundos para obtener una guerra feliz; tales eran los proyectos que alimentaba su alma contra sus enemigos. Su nombre y su poder se hicieron célebres en el universo, y fué ensalzado por todos los hombres de bien y por las cuatro clases de panditos.

»El señor de las montañas descendió acompañado de todos sus panditos, y el rey se aproximó á él con respeto y con un corazón puro. El dios quedó satisfecho y le dijo: *Yaya Baya, nada temas, no vengo á ti con la cólera, sino para darte, como deseas, el poder de la conquista. Recibe mi bendición, hijo mío, y escucha mi voz. Llegarás á ser el jefe de todos los príncipes que reinan como señores en el país que habitas; saldrás vencedor en las batallas; sé fuerte y no tengas miedo, porque rezas como un batara* (como un dios encarnado). Esta solemne predicción fué conservada en la memoria de todos los santos panditos del cielo.

»Luego que dijo esto desapareció. Sobrecogidos de miedo los enemigos del rey, se le sometieron; las regiones de su imperio permanecieron tranquilas y contentas. El ladrón se mantuvo apartado, intimidado por su vigilancia severa, sólo el amante cometió algunos hurtos amorosos, buscando á la claridad de la luna el objeto de sus suspiros.

»En este tiempo hizo Poseda memorable el anagrama que indica la fecha de este poema. Este era el tiempo en que las victorias de Yaya Baya resplandecían como el sol en la tercera estación, y su compasión para con los enemigos vencidos, era dulce como los rayos del astro nocturno, porque trataba á sus enemigos en la guerra, con la generosidad del rey de los animales para con la presa.

»Entonces vino Batara Sewa y dijo al poeta: *Canta la guerra de los hijos de Pandu, contra los hijos de Coro.*»

Los maestros añadirán, si gustan, esta prótasis á las de los poemas que recomiendan como modelos de imitación á aquellos que no saben crear. En cuanto á nosotros, no daremos otros fragmentos de esta epopeya, porque no podría menos de parecer descolorida la exposición, y su fondo difiere poco del de los poemas indios de que ya hemos hablado en particular (3).

El *Niti Sastra* es un tratado moral que respira la doctrina dulce y ascética de los budistas.

»Llor á Batara Guru (Budda) que es omnipotente. Llor á Visnú que purifica el alma humana y á Batara Suria (el Sol), que ilumina el mundo. Que ellos protejan al autor del *Niti Sastra*, que contiene un sumario de las verdades enseñadas en los libros sagrados.

»El abismo de las aguas, por profundo que sea, puede medirse, pero quién sondeará jamás el pensamiento humano?

»Sólo debe ser llamado sábio el que puede explicar las palabras más abstractas.

»Una mujer que ama á su marido lo bastante para no sobrevivirle, ó que si le sobrevive, pasa el resto de sus días en la viudedad como si estuviese muerta para el mundo, es superior á todas las de su sexo.

»Un hombre que daña á sus semejantes, viola la ley de Dios, y olvida las lecciones de Guru. Jamás podrá ser feliz y le seguirá el infortunio por todas partes. Se parece á un vaso de porcelana que se rompe al caer y pierde todo su valor.

»Nadie puede llevarse consigo los bienes del mundo. No olvides jamás que debes morir. Si has sido compasivo y liberal para con los pobres, grande será tu recompensa. ¡Feliz el hombre que comparte con el indigente, que da de comer al hambriento, que viste al desnudo y alivia á su prójimo en sus necesidades! la felicidad le espera en la otra vida.

»Las riquezas no sirven más que para atormentar el alma del hombre, y á veces para causar su muerte. Cuesta mucho trabajo el adquirirlas y todavía más el conservarlas, porque basta un sólo instante de negligencia para que el ladrón las robe, y el sentimiento que esto produce, suele ser á veces peor que la muerte.»

Los antiguos monumentos de Java están inspirados por las mismas ideas, así como los grandes bajo-relieves de Brambanan y de Boro Budor, en que aparecen los mismos personajes y las mismas leyendas. Posteriormente los javaneses abandonaron la costumbre de imitar, para dedicarse al tipo nacional y á la historia, cantando á Panji, héroe caballeresco del siglo ix, y al príncipe Damar Vulan, contemporáneo de la dinastía de Mayapait. Entonces fué abandonado el uso vulgar de la lengua kawi, que quedó para la liturgia, y del alfabeto cuadrado que fué reemplazado por los ca-

(5) Véase tomo I pág. 203 y siguientes.

ractères cursivos modernos. Los hechos y las leyendas de los diferentes países fueron recogidos entonces en muchas historias, ó mejor dicho, en crónicas. Se compusieron dramas cuyo argumento estaba sacado de las ideas religiosas de la India ó de las tradiciones heroicas; los cantaban los jefes al son del *gamelan*, mientras que se movían en la escena actores verdaderos ó figuras de cuero. Las novelas abundan sobre todo; así su mayor parte son elegíacas, reducidas á hacer pinturas graciosas de la naturaleza.

La literatura malaya ha sido más estudiada: se han hecho varias traducciones de sus obras, y la Sociedad Real de Lóndres posee grandes colecciones de ellas, debidas principalmente á Raffles. Aunque todas estas composiciones son posteriores al islamismo, se refieren á hechos más antiguos, históricos ó novelescos. La Sociedad de Lóndres posee entre las primeras una gran crónica de los reyes de Java, que comprende desde los primeros siglos de nuestra era, hasta el sultan Amangku Buama VI, que reinó en 1814. Se asegura que no hay en el archipiélago asiático ninguna nación, por pequeña que sea, que no tenga una historia, ó al menos, una serie genealógica de sus príncipes; pero se da más importancia á los códigos de leyes que, conservados primero en la memoria, y redactados por escrito hácia fines del siglo xiv, revelan diferentes grados de civilización.

En las novelas se confunde el mundo ideal con el mundo positivo, la prosa con la poesía, y ésta es siempre cantada. Estos insulares, como todos los orientales, tienen grande afición á los cuentos, viéndose á poblaciones enteras oír atentamente al viejo narrador. También gustan mucho de los certámenes poéticos en los que usan los *pantun*, forma particular de su poesía, que consiste en una ó dos estancias en rimas alternadas, cuyos dos primeros versos espresan por lo comun, una idea bajo forma simbólica ó por vía de imagen; y los otros dos una idea moral ó una máxima práctica. Los malayos han traducido además á su lengua todas las mejores obras del Oriente, lo cual nos ha conservado más de una que se había perdido en el idioma originario.

Otros pueblos del archipiélago de Asia ó Malasia (el único que posee alfabetos), cultivaron la literatura; pero hasta el presente son menos conocidos. Cada operación de los oceánicos va siempre acompañada de una poesía fabulosa, haciendo mover con cadencia el remo de los marineros, el hacha del leñador y las armas de los guerreros. Los cantos populares de los tagalos, que son los más civilizados de las Filipinas, comprenden las tradiciones religiosas y las genealogías, repitiéndose toda la vida, desde la infancia hasta la más adelantada vejez.

Las Celebes, habitadas también por los bugos, venidos probablemente de Borneo, fueron antiguamente ocupadas por los indios. El emperador que reinaba en ellas en 1809 era el XXXIX de una di-

nastía, á la cual se atribuyen diez siglos de duración. Cuando llegaron allí los holandeses (1525), encontraron muy pocos mahometanos, y al momento envió allí misioneros Francisco Javier; pero los mollahs se apoderaron de ellas, hasta que en 1672 se sometió el imperio á los holandeses. La lengua buguí es el idioma antiguo y el de la religion; se aproxima al malayo y al kawi de Java, espresando por medio de agregados las relaciones de casos y tiempos. Sus libros gozan de gran reputación (4).

Borneo, probablemente Calematan, es la isla más grande del mundo; tiene cerca de treinta y seis mil leguas cuadradas de superficie y cerca de cuatro millones de habitantes. Sin embargo, es muy poco conocida á causa de las agitaciones continuas del interior, y del carácter feroz de los reyes que han escarmentado siempre á los que han tratado de explorar el país. Los principales entre los naturales son los dayas, cuyas tradiciones anuncian una comunicación con la India, y tal vez son el tronco de las diversas poblaciones de la Polinesia (5).

La tercera revolución que sufrió este mundo vino del islamismo, que fué introducido en el siglo xiii; pero aunque convirtió desde luego á la raza malaya, hasta el punto de hacer que el Corán sirviese de símbolo de la unidad nacional, en Java hizo pocos progresos y ejerció muy poca influencia en la literatura y en el lenguaje. En las Filipinas no se encuentra ningún vestigio de él.

Los árabes, guerreros y negociantes ocuparon el Egipto, que los hizo dueños del comercio de las Indias, de donde suministraban á la Grecia las mercancías del Oriente, y después también á los turcos y á Venecia. Se extendieron igualmente sobre las dos orillas del mar Rojo, sin haber recurrido tal vez á las armas, y sólo con un interés comercial. Establecieron una colonia en Ormuz, desde la cual dominaban el mar Rojo y el golfo Pérsico, donde nadie podía navegar sin su permiso: en el Africa habían llevado sus buques desde la costa de Ayan hasta Sofala, que llamaban el país del Oro, y tenían establecimientos entre los cafres, en Magadoxo, en Brava y en Quiloa.

Como se casaban con muchas mujeres, multiplicaron muy pronto por todas partes una nueva generación adherida á los intereses de los conquistadores. Los príncipes idólatras no ponían dificultad en permitir una religion que no contraria-

(4) Los naturales de las Celebes hacen exclusivamente el cabotaje del Archipiélago. Las mujeres toman parte en los negocios públicos. (Nota de 1862).

(5) Spencer Saint-John, único europeo que ha explorado el interior de esta isla, halló un país cubierto de maleza que va poco á poco elevándose. Los malayos y chinos ocupan las costas occidentales; las del Este y Sur los bugos, y las del Norte los cochinchinos. Si esta isla se cultivase como Java, podría mantener 100 millones de habitantes. (Nota de 1862).

ba las inclinaciones naturales, y que hacia concebir la esperanza de adquirir la proteccion del sultan, cuyo nombre inspiraba en aquellos países temor y respeto: ellos mismos la abrazaban á veces para obtener el auxilio de los árabes, en tiempos de facciones ó contra los enemigos esteriore.

Así creció en la India la influencia de los musulmanes: en ciertos países ocupaban los primeros puestos de la corte, y haciendo venir á sus correccionarios, llegaron hasta poseer algunas plazas, como Diu. Tenian muchos establecimientos en Malabar, y eran muy poderosos en la costa de Malaca, donde convirtieron un gran número de idólatras: desde allí hicieron rumbo hácia las Molucas, y habiendo atraído á su creencia á los reyes de Tidor y de Ternate, obtuvieron de ellos considerables ventajas para su comercio. Marco Polo describe la gran prosperidad de Java y de Malaca, y la abundancia de dinero que atraian allí las especias, las piedras, á veces falsas, y el almizcle.

Los árabes llegaron de este modo, sin poseer una marina poderosa, á un resultado intentado en vano durante tantos siglos por los griegos y los romanos, de suerte que fueron por mucho tiempo los únicos factores del comercio de la India con la Europa. Hasta cristianos habia establecidos desde épocas antiguas en las costas de Coromandel y del Malabar; pero no sostenian la concurrencia con los activos musulmanes. La Persia conquistó gran parte de la península aquende el Ganges, á donde debian llevarse muchas mercancías desde la Bactriana y de los países más septentrionales. En el reino de Orixá, próximo al de Bengala, empezaba la costa de Coromandel, dependiente de un reino indio que sucesivamente fué llamado Bisnagar, Narsinga y Visapur. En tiempo de la irrupcion portuguesa Narsinga y Crisna, radja, de Bisnagar, poseian todo el Carnático, y recibian tributo de los príncipes del Malabar, entre quienes eran los principales los de Travancor, Cochín, Curgo y el zamorino de Calicut. Bajando por la costa occidental se encontraban Mazulipatuam, Palicate, Meliapor, Tangora, Cael y otros mercados á que acudian las caravanas de lo interior.

Los que partiendo del cabo Comorin hubiesen subido por la costa occidental, habrian encontrado una serie de ciudades, aldeas y campos cultivados, con ricas factorías de moros que podian llamarse señores del país. Los reyes, contentos con las aduanas, no se cuidaban de que el comercio estuviere todo en manos de extranjeros. Navegantes de Egipto, Arabia y Persia iban á proveerse de las muchas producciones ó de los objetos de arte de la península interior y de sus partes más remotas, que llevaban allí los buques de Malaca, Sumatra y Ceilan. En igual abundancia llegaban los productos del centro del Asia meridional y de la Europa por el Egipto y por el conducto de las caravanas de Siria, que luego los negociantes de estos países difundian en la India. Su marina con-

sistia casi únicamente en bateles ó barcas, provistas de una vela de algodón y construidas sin hierro. Las expediciones se hacian costeando: algunos más osados se lanzaban al Occidente hasta Camboya, Persia y Arabia; y al Oriente hasta los puertos de Bengala, Sumatra y Malaca. Los piratas causaban daños inmensos, y para librarse de ellos el mejor medio era ponerse bajo la proteccion de los bramines, ó tener guarniciones de árabes en los buques.

La parte más meridional de la costa del Malabar estaba dividida en pequeños principados, y los más conocidos eran Calicolan, Colan, Porca, Cochín, Cranganor, Travancor y Tanor, que por su posicion podian comerciar con la Persia, la Arabia y Ceilan. Calicut, en cierto modo centro del comercio meridional del Asia, tenia un puerto menos seguro; pero así las personas como las mercancías estaban protegidas allí por leyes más humanas, y mientras en los países vecinos todo buque impelido por la tempestad á sus costas era confiscado, en Calicut se daba á los navegantes buena acogida, cualquiera que fuese su procedencia, y partian cuando les acomodaba.

A la costa del Malabar seguia la de Canara, casi toda dependiente del Estado de Bisnagar, ó de Narsinga, el cual en extremo floreciente en los siglos xiv y xv, hasta el punto de resistir á la invasion de los mogoles, se extendia por las dos orillas de la península. Bisnagar, fundada en 1344, hacia gran comercio, particularmente de objetos de lujo, como perlas, diamantes, rubies, esmeraldas. Mangalor era uno de los puertos principales: un camino de trescientas leguas, que conducia á la capital, servia para exportar las producciones de lo interior. Sucedia la costa del Decan, que producía en abundancia granos y frutos: los puertos más frecuentados eran Goa, Tannah, Benda, Dabul y Cabul, y los géneros del país llegaban á ellos por medio de las caravanas: el comercio, dividido entre los moros y los indios, era tan activo como en Calicut, y habia igual abundancia de mercaderías europeas.

La costa del Decan confinaba con la península de Gudjerat, separada sólo por la bahía de Camboya. Los moros hacian el principal tráfico en los puertos que se sucedian allí sin interrupcion. Los habitantes de Gudjerat, indios sumamente hábiles en el comercio, mantenian con los productos del suyo muchos buques de gran cabida y perfectamente dirigidos, que en su mayor parte hacian el comercio de cabotaje; muchos iban hasta Aden y tenian agentes en Decan, Goa, Calicut y Malaca; el número de los barcos dedicados á este tráfico, se calculaba en cerca de cinco mil. Camboya gozaba de celebridad por sus manufacturas, telas de seda, algodón y terciopelo, joyas, objetos de marfil y embutidos: el territorio de los alrededores era fértil, y los habitantes, enriquecidos por la industria y el comercio, disfrutaban de todas las comodidades que proporciona el lujo. Frecuentaban su

puerto buques procedentes de las dos costas de la península aquende el Ganges, y de puntos más lejanos, y había allí, como en Calicut, negociantes de todos los países de la India, y hasta de Egipto y Siria. El indio debía llevar á los mercaderes los productos del país é introducir los del extranjero.

Enfrente de la Persia meridional, region salvaje, sin ningun comercio marítimo, y antes de penetrar por el estrecho de Ormuz en el Golfo Pérsico, se descansaba en Mascate. La isla de Ormuz, si bien desprovista de agua y de vegetacion, y aunque no producía más que sal, encerraba una ciudad de comercio activísimo, á donde acudían los negociantes del Africa, principalmente del Egipto, de la Siria, de la Armenia, del Asia Menor, del Irak-Arabi, del Irak-Adjemi, del Aderbiyan, y llevaban allí las sedas, el ruibarbo, el almizcle, los chales, etc., del Malwaranahar, del Turkestan, de la Bulkaria, del Cabul, del Tibet, de Cachemira, de los desiertos de Tartaria, de los calmuco, de la China septentrional y de todo el Oriente. En Ormuz se recibían de Chiraz y otras ciudades manufactureras de la Persia, armas, telas, alfombras, alumbre de roca, turquesas, y se trabajaban de un modo admirable las perlas en que abunda el Golfo Pérsico. La nevegacion conducía también allí á los mercaderes de la China, de Malaca, Tanaserim Bengala, Camboya, Gudjerat, las Maldivas, Abisinia, Zanguebar, Socotora, Arabia, y singularmente de Yedda y Aden. Luis de Bertema, uno de los viajeros terrestres más antiguos de quien nos quedan relatos, cree que han echado el ancla en aquel puerto más buques que en ningun otro del mundo. La diferencia de religion no era obstáculo ni para la recta é imparcial justicia, ni para el comercio que allí se hacía ya por cambio, ya por dinero. El lujo excesivo y la corrupcion de los habitantes excitaban la indignacion de los primeros europeos que la visitaron.

Los navegantes de Ormuz y de todos los puertos del Golfo Pérsico, tocaban de vuelta en los puertos indios, y trasportaban las mismas mercancías, y principalmense caballos de Persia y Arabia. Por consiguiente, todo cuanto producía Oriente desde la China hasta la parte más occidental de la India, abundaba en Ormuz, y desde allí salían las mercancías para Basora, subiendo por el Tigris y el Eufrates hasta Siria y Diarbekir. Las innumerables islas del Golfo Pérsico, por el cual se conducían gran parte de los productos de la China hasta la embocadura del Eufrates, eran puntos de descanso del comercio oriental antes que Ormuz llegase á ser el centro de este comercio. Sin embargo, la isla de Baharein conservó mucho después su importancia por la pesca de las perlas que no eran blancas como las de Ceilan, sino más gruesas y no menos buscadas.

Aden, punto de fácil comunicacion con Ormuz, recibía muchas mercancías de la India. Toda su poblacion, compuesta de árabes, indios y algunos africanos, se dedicaba al comercio, sacando el so-

berano considerable provecho de las aduanas. El interés mitigó el odio que los musulmanes profesaban á los cristianos, y en el siglo xv había allí gran número de mercaderes italianos que llegaban á la India por la vía de Egipto y Persia. Aden, además estaba favorablemente situada para exportar las producciones de la Arabia Feliz, siendo su industria especial la preparacion del opio tabaico. Parte de las mercancías eran conducidas desde allí á la Meca, atravesando los desiertos de la Arabia, ó bien por el estrecho de Bab el-Mandeb á Gedda, puerto del mar Rojo, poco distante de la Meca. En 1326 el soldan de Egipto, señor de este puerto, descargó un gran golpe sobre el comercio de Aden, duplicando los derechos que pagaban las naves que llegaban después de haber tocado en las costas del Yemen, por lo cual los navegantes se vieron precisados á hacer el viaje directamente.

Socotora se hizo entonces punto frecuentadísimo. Esta isla, casi estéril, producía la goma llamada *sangre de drago* y la especie particular de aloe conocido con el nombre de aloe *succotrina*. Gran número de naves de las penínsulas de la India, de Malaca, de Sumatra, del Ceilan y de todas las costas dependientes se dirigían hácia el Cabo Guardafui, en la extremidad de la costa africana, á la entrada del estrecho de Bab el-Mandeb.

Gedda vino á ser un depósito considerable, tanto para los que peregrinaban á la Meca, como por la necesidad que había de desembarcar las mercancías á fin de enviar por tierra las destinadas á la Meca y cargar en naves más pequeñas las que iban para Egipto. A pesar de su difícil navegacion, que no podía hacerse más que de día, llegaban á Gedda buques del Africa, del Asia y de la China; las aduanas daban un producto inmenso; pero no satisfecho el soldan; arruinó el comercio imponiendo derechos de toda especie, de almacen, de inspeccion, etc., además de haberse apropiado el monopolio del cobre, del coral y de otros objetos que se llevaban de Europa, obligando á los negociantes de Asia á recibirlos en cambio. Parte de las mercancías procedentes de Asia se consumían en el país, y principalmente en la Meca; otra parte y no pequeña era enviada por tierra á la Siria y al Egipto.

Por los primeros navegantes portugueses sabemos que los árabes tenían muchos establecimientos en la costa oriental de Africa y en las islas vecinas. Sofala, conocida antiguamente por sus ricas minas de oro, era de los puntos más frecuentados, cargándose allí marfil de caballo marino, mejor que el de elefante, telas de algodón finísimas; á las cuales no sabían dar tinte los indígenas, todo lo cual se cambiaba por telas de seda y de algodón pintadas y fabricadas en Quiloa y Mozambique y muchas mercancías de Camboya. También recibían los árabes oro además de esto, en cuyo comercio sacaban un ciento por ciento.

La costa de Zanguebar, las islas de Madagascar, Munsia, Penda, Zanzibar y todas las adyacentes,

eran igualmente conocidas de los árabes, así como la costa de Ayan hasta el cabo Guardafuy. Brava y Magadoxo eran puertos principales donde se cambiaban con ventaja las mercancías que venían de Cambaya, por productos del país, y principalmente por marfil abundante y excelente allí. Zeila, en el reino de Adel, hacia gran comercio de esclavos, oro y colmillos de elefante.

La Abisinia tenía algunos puertos, como el de Axum, que servían para introducir las mercancías de la India, y eran frecuentados por los negociantes de aquellas costas. Durante mucho tiempo el comercio entre la Nubia, la Arabia y la India, fué muy activo en el puerto de Aidab y la isla de Suaquem. Las mercancías que llegaban á las costas de la Abisinia y de la Nubia, se enviaban parte por tierra al Egipto, y parte por mar á Koss, donde eran embarcadas en el Nilo. Pero las continuas revoluciones de Egipto quitaron toda seguridad al camino del desierto, y por lo mismo el puerto de Suaquem dejó de ser frecuentado (6).

Cuando después los portugueses atravesando el cabo de Buena Esperanza fueron á tomar mercancías á los mismos sitios, tuvieron que luchar, no contra los naturales, sino contra los mahometanos; pudiendo considerar desde entonces estas expediciones como una continuación de la cruzada, de que habia sido teatro durante muchos siglos, la península ibérica. Encontraron en abundancia en aquellos mercados oro, plata, diamantes, perlas, marfil, algodón, porcelana, índigo, azúcar, especias de todas clases, tejidos de hilo, telas estampadas, maderas preciosas y aromas. No se ignoraba allí como en América el valor de los primeros objetos, y si los indígenas no empleaban las especias en los mismos usos que nosotros, extraían de ellas aceites y bálsamos. En Ceilan se hacia hervir el fruto de la canela para hacer bujías, que sólo usaba el rey, y aceite para las lámparas de sus súbditos. Se saca de las hojas destiladas aceite de malabato; las de clavo sirven en Amboina de medicamento y de fortificante, tanto interior como exteriormente, y en polvo se mezclaban al tabaco. Los portugueses cargaron abundantemente; y así es que cuando los venecianos, acostumbrados á ejercer el monopolio de estos aromas, se presentaron á venderlos en Lisboa, se les ofreció á un precio ínfimo.

**Vasco de Gama, 1502.**—Animado el rey con este primer ensayo, que aunque feliz, no habia producido grandes riquezas, resolvió enviar á estos países una flota considerable, equipando en su consecuencia veinte buques de alto bordo, cuyo mando confió á Vasco de Gama. El almirante portugués redujo muchos reyes á la condicion de tributarios, destruyó la flota del indómito zamorin del Calcuta, y el inmenso botín que encontró en los navíos, le valió á su regreso, la acogida más afectuosa. Ha-

bia dejado en la India á Vicente Sodrez con seis buques; pero ávido únicamente del dinero, no protegió á los aliados de Portugal, en la costa de Malabar, y se ocupó en hacer incursiones en el mar Rojo. Visitó primero á Socotora, y costeó la Arabia Feliz; pero fué asaltado en estos sitios por las tempestades que se le habian anunciado, y allí pereció.

De la preocupacion comun de los príncipes indios formaban los portugueses sus alianzas ó enemistades, segun las ventajas que les resultaban de favorecerles ó rechazarles, dando esto lugar á que se hiciesen la guerra unos á otros. El adversario más temible de los portugueses fué siempre el zamorin de Calcuta, que venció y despojó al rey de Cochín su aliado; pero fué restablecido en el trono por Francisco de Alburquerque que llegó mandando nueve buques, y agradecido á este servicio, dejó construir el fuerte de Santiago y la iglesia de San Bartolomé. Así fué puesta la primera piedra del dominio espiritual y temporal de los portugueses en aquel país.

**Alburquerque.**—Alfonso de Alburquerque, hijo de Francisco, ofreció al rey, entre otras riquezas, á su vuelta á Lisboa, cuarenta libras de gruesas perlas, un diamante, el más gordo que hasta entonces se habia visto, y dos caballos, el uno árabe y el otro persa, que fueron los primeros que recibió Portugal de las nobles razas de Oriente.

Cuando marcharon de la India los dos Alburqueres, confiaron la defensa del fuerte de Santiago á Eduardo Pacheco, uno de los héroes más notables de aquella época. A la cabeza de un puñado de valientes resistió en esta bicoca á cincuenta y siete mil soldados del zamorin, apoyados por una flota de ciento sesenta velas y doce mil hombres de tripulacion. Las historias de los paladines no ofrecen nada comparable á los prodigios que hizo con una vigilancia y constancia sin igual. El rey de Calcuta, abochornado con su derrota, abdicó de despecho y se encerró en el templo de sus dioses: Lopez Suarez de Alvarafia llegó después con trece buques en socorro de Pacheco y lo llevó á Lisboa, donde fué colmado de elogios y olvidado en seguida.

**Ceilan.**—Desde este momento principió á ser considerado Portugal como dueño de estos países. No contento con sacar de ellos ricos cargamentos, envió con calidad de virey á Francisco Almeida (1507), con guardias de corps, capellanes y otras pompas de una corte. Su prudencia ó su valor fué coronado con el más feliz éxito. Sometió al tributo á los reyes de Quiloa, de Mombaza y otros Estados, y construyó muchos fuertes. Su hijo Lorenzo llegó á la isla de Ceilan, la India occidental, y casi igual en extension á la Irlanda. La posicion y los fuertes de esta isla parecen designarla para ser el centro del comercio del Africa á la China; ningún puerto es comparable en estos mares al de Trincamale. Por la parte septentrional está separado de la tierra firme por un golfo, atravesado por

(6) PARDESSUS.

una cadena de bancos de arena, llamado Puente de Adan, interrumpido apenas por dos angostos pasos. Cuando no se sabía dar más que una vez al año la vuelta á la isla, aprovechando el viento constante del Nordeste y del Mediodía, eran aquellos pasos de grandísima importancia, por ser los únicos que conducían á la isla, por lo cual todo el comercio de las costas del Malabar y de Coromandel se dirigió allí, y allí tambien se formaron almacenes y estaciones para el tráfico más apartado. El interior del país está erizado de montañas; pero las costas, y en particular las del Norte, van inclinándose hasta que forman playas; estas costas, á pesar de su aridez, estuvieron muy habitadas en otro tiempo, segun lo atestiguan las ruinas de que están cubiertas, anteriores á todo recuerdo humano; pero entonces habia grandes lagos artificiales que distribuían sus aguas en los campos que producían el arroz, los cuales quedaron estériles desde la destruccion de aquellos lagos. La raza nativa de los cingales se ha retirado al interior, y ahora ocupa las costas una mezcla reunida de gentes de todos los países.

Los antiguos no ignoraban la importancia de esta isla, que Marco Polo llama la más hermosa del mundo, rica en arroz, pedrerías y maderas preciosas. Los archemitas, perseguidos por los omniadas, en tiempos del califa Abd-el-Malek, vinieron á Ceilan desde el Eufrates, y allí formaron ocho establecimientos, entre los cuales fueron los principales Mantotte y Manaar, por su posición más favorable enfrente de la India, para el paso del puente de Adan y para la pesca de las perlas. Allí se concentró todo el comercio que se hacia por una parte del Egipto, la Arabia, la Persia y el Malabar, y por otra con el Coromandel, Bengala, Malaca, Java, Sumatra, las Molucas y la China. Los comerciantes chinos, despues de haber cargado en canoas capaces de mil personas, aloes, clavo, nuez moscada y palo de sándalo, proveían con gran lucro los pueblos vecinos de los golfos Árabe y Pérsico, juntamente con la seda, porcelanas, alumbre de roca, ruibarbo, almizcle, y las obras de ebanistería de su país. Al mismo tiempo los de Mantotte y Manaar sacaban productos de los diversos puertos de la isla, arroz de Trincamale, madera de palmera negra, conchillas de lujo, indigo de Yafna, perlas de Cudramalla, ébano, nueces de arek y betel de Paltam, canela y piedras finas de Colombo, aceite de coco de Barbarin, marfil y elefantes de punta Gales; y enriquecidos con este comercio conservaban las vastas obras hidráulicas que fecundaban el país (7).

Se concibe que Almeida concediese gran valor á la amistad del rey de aquella isla, y tratase de conciliársela. No supo no obstante contenerse en los justos límites; y tratando á los jefes con arro-

gancia, precisó á los naturales á vender sus géneros á un precio que él mismo determinaba. Cerró los ojos sobre las violencias y concusiones de sus agentes; despues, cuando estendió sus descubrimientos y consolidó sus conquistas, declaró buena presa á todo barco que navegare por aquellos mares sin cartas patentes del virey. Semejante tiranía indignó al zamorino de Calcuta, y los egipcios que se unieron, provistos de artillería por los venecianos, envidiosos de los portugueses, sorprendieron á Lorenzo. A pesar de la enorme desproporcion de fuerzas, prefirió á la fuga la muerte de los héroes; pero la superioridad de la marina portuguesa les valió la victoria y un rico botin. Habiendo sido entonces enviado Alfonso de Albuquerque para reemplazarle, rehusó algun tiempo el cederle el mando y hasta le aprisionó. Concluyó por resignarse, pero habiendo arribado á su vuelta á la costa de Africa (1509), donde llegó á las manos con los hotentotes en la bahía de Saldhana, fué muerto en ella con setenta y cinco portugueses.

**Toma de Calcuta.**—Las funciones de Lorenzo Almeida, pero no su título, habian sido conferidas á Albuquerque, que se hizo célebre por una ambición, con la que no se puede comparar más que su actividad y prudencia. Tuvo que combatir además del enemigo, la desconfianza de sus nacionales. Confióse por el gobierno una expedición contra Calcuta, enemiga tenaz de los extranjeros, á Fernando Cotinho: aunque incomodado Albuquerque por aquella preferencia, quiso servir voluntario á sus órdenes, con objeto de remediar los errores que preveía. Tomóse á Calcuta, pero volviendo los enemigos á la carga, destrozando á los portugueses, dieron muerte á Cotinho é hirieron gravemente á Albuquerque. Curó sin embargo, y aprovechándose de aquel desastre, se apoderó de la dirección de los negocios, sin dejar de disimular las órdenes contrarias de la metrópoli. Atacó entonces á Goa, de la que se hizo dueño; pero pronto fué sitiado allí por el rey Idalkar á la cabeza de sesenta mil combatientes; vióse obligado á evacuar la plaza para refugiarse en sus barcos; despues le forzaron á alejarse las traiciones y la falta de víveres. Volvió no obstante á presentarse cuando recibió refuerzo, y habiendo tomado la ciudad á viva fuerza (25 de agosto de 1510), dió muerte á todos los moros que encontró.

Pensando entonces que no era posible conservar el imperio de los mares, sino teniendo fortalezas en tierra, estableció su residencia en Goa, ciudad construída en anfiteatro, en una isla separada del continente por los mamelucos, entre los dos brazos de un río, y una posición tan favorable, que sólo tal vez debieron los portugueses á ella el sostenerse en Asia. Recibió allí á los embajadores de los reyes vecinos, y favoreció la mezcla de las razas por los matrimonios, con el objeto de que resultase una población que tuviese intereses comunes con los europeos.

El comercio con todos los países del Asia y de

(7) HEEREN, *De la política y del comercio de los pueblos antiguos.*

la Europa se concentraba en Malaca, situada á igual distancia entre las dos estremidades oriental y occidental de las Indias, y dominada además el estrecho por el que se comunican; lo cual la hacia la reunion de los japoneses, de los chinos y de los mercaderes del continente, de las Molucas, del archipiélago de Asia, que llegaban allí de Levante, y de los del Malabar, de Ceilan, de Coromandel, que iban de Poniente. Alburquerque dirigió entonces sus fuerzas contra aquella plaza, para vengar el asesinato de algunos de los suyos. Desembarcó al frente de ochocientos portugueses y doscientos malabares, se apoderó de ella á viva fuerza (mayo de 1511), haciendo una horrible carniceria, y el quinto del botin reservado al rey fué comprado en doscientos mil pesos de oro (8). Esta hazaña hizo á los portugueses temibles en toda la India, y el terror que inspiraban facilitó nuevas conquistas. Alburquerque envió á reconocer las Molucas y á formar allí establecimientos, recibió el homenaje de varios príncipes; y el nuevo zamorin de Calcuta, renunciando en su favor á la mitad de sus rentas, concertó una alianza con el rey Manuel.

Ormuz, á la embocadura del golfo Pérsico, era el depósito del comercio de la India exterior, así como Malaca lo era de la India interior. Alburquerque habia intentado apoderarse de él á su llegada al Asia; pero habiendo fracasado la empresa, juró reparar aquel descalabro; y para recordárselo dejó crecer su barba, que se prolongó hasta el punto de verse precisado á atársela en la cintura. Al menor pretexto que se le ofreció, se adelantó hacia aquella ciudad con veinte y siete barcos, que tenían á su bordo mil quinientos portugueses y la mitad más de maleses: y como el rey habia sido destronado por un usurpador, Alburquerque lo tomó bajo su proteccion y lo restableció en el trono. Recibió en recompensa las mejores casas, las fortalezas y la artilleria, y el comercio se encontró de esta manera trasladado de los pequeños príncipes que dominaban bajo la supremacia de la Persia á las manos de los portugueses; construyéndose pronto en aquella isla desprovista de agua una ciudad de las más poderosas.

Comprendió Alburquerque que no bastaba tener grandes factorias en Africa y en Malabar, sino que era necesario á toda costa ser dueño del mar Rojo y del golfo Pérsico, mandar en la embocadura de los grandes rios y cerrar las antiguas vias de comunicacion para hacer prosperar las nuevas. Este fué, pues, el objeto de sus esfuerzos; pero en-

contró que se oponian á él los venecianos y los mamelucos de Egipto, cuya principal renta consistia en los derechos de entrada y salida de las mercancías de la India dirigidas al puerto de Alejandria. Hasta amenazó el soldan asesinar á todos los cristianos que habia en Egipto y en Siria, si los portugueses no abandonaban sus nuevas adquisiciones; y se armó para rechazarlos, y Venecia le proporcionó barcos, que fueron llevados á costas por camellos desde el Cairo á Suez.

Dióse á la vela la flota egipcia en 1508; pero después de varios esfuerzos inútiles fué vencida. Alburquerque no se propuso nada menos entonces que destruir el Egipto, dando otra direccion al Nilo, de acuerdo con el Negus de Abisinia; después enviar trescientos caballeros á esterminar á los árabes, saquear la Meca y volverla á su nulidad primitiva, haciendo cesar las peregrinaciones que es lo único que la hace vivir. Cuando Selin I avasalló á los mamelucos, se unió más estrechamente á los venecianos, con intencion de anonadar el comercio portugués; y les concedió muchos privilegios, dejando libre de derechos á todas las mercancías que llegaban directamente de Alejandria á sus Estados, al mismo tiempo que gravaba con impuestos las procedentes de Lisboa. Se trató hasta de cortar el istmo de Suez, único medio de salvacion para Venecia: pero pronto la liga de Cambray forzó á aquella república á pensar en su propia defensa, y en 1521 propuso al rey de Portugal comprarle á un precio determinado todas las especias que llegaran á Lisboa, separando antes las que fueran necesarias para el consumo interior. No fué escuchada su solicitud.

De esta manera los portugueses, que no tenían cuarenta mil hombres sobre las armas, hacian temblar al imperio de Marruecos, á los berberiscos de Africa, á los mamelucos, á los árabes y á todo el Oriente desde Ormuz hasta la China.

Se habian aguerrido en sus luchas con los musulmanes en el territorio de su patria; el espíritu de libertad era alimentado por las cortes; y la rivalidad con los españoles, el celo religioso y la sed de oro los convertian en héroes.

En medio de sus triunfos supo Alburquerque que sus enemigos le habian vencido en la corte de Lisboa, y que aquellos á quienes habia enviado á Europa como criminales volvieran para suplantarle. Esta noticia aceleró su fin (diciembre de 1515) (9), que fué deplorado por sus soldados y por los vencidos; y hasta él mismo se arrepintió de los esce-

(8) Los historiadores añaden que encontró allí tres mil cañones, y que habiendo caído en su poder, uno de los moros autores del asesinato de los portugueses, le hizo servir de blanco á mil tiros, sin que fuera posible que derramara una gota de sangre; pero en fin, por indicacion de los indios le quitó una pulsera encantada, y al momento corrió su sangre y con ella la vida.

(9) En las *Memorias de Literatura*, publicadas poco há por la Academia de Ciencias de Lisboa, se halla inserta una carta descubierta últimamente, del 11 de marzo de 1516, en la cual el rey Manuel asegura á Alburquerque no haberle llamado sino para proporcionarle descanso; pero que atendidos sus méritos y las necesidades del país, habia dispuesto conservar todos los poderes, honores, etcétera, etc. Alburquerque no recibió esta carta.

sos, á los cuales se habia dejado arrastrar algunas veces en un trasporte de cólera. Cuando los portugueses pidieron algunos años después las cenizas del gran Alburquerque, los ciudadanos de Goa se negaron á deshacerse de ellas, porque su veneracion hácia él se habia aumentado cuando pudieron compararle con sus sucesores, y fué precisa una orden absoluta del pontífice para decidirlos á obedecer. Pudo apellidársele el Afortunado, con más razon que el Grande; porque tuvo que combatir naciones muy inferiores á la suya, y nunca tuvo en cuenta ni las leyes ni la buena fe: siendo héroe para los que piensan que todo debe sacrificarse al interés de su bandera.

Durante este tiempo los portugueses habian estendido sus descubrimientos. Tristan de Acuña encontró hácia el Sur las islas que llevan su nombre (1506); Alvaro Tellez arribó á Sumatra, y comenzó la exploracion del archipiélago indio. Manuel de Meneses fué arrebatado por la tempestad hasta Madagascar, Suarez descubrió las Maldivas, cuyo soberano se titulaba rey de trece provincias y doce mil islas. No se pudieron formar nunca en estas últimas establecimientos duraderos, ni tampoco en Sumatra, donde los pequeños príncipes guerreros, con los cuales tuvo que habérselas Segueira, nunca permitieron á los extranjeros fijarse allí. Los portugueses arribaron en 1513 á Borneo, que ya Magallanes habia señalado; pero sólo en 1530 formaron allí establecimientos importantes para procurarse el alcanfor.

**Molucas.**—Después de haber sido mucho tiempo buscadas, se encontraron las Molucas ó islas de las Especies que fueron descubiertas en 1511 por Francisco Serrano y Diego de Abreu, que enviados por Alburquerque continuaron allí por espacio de ocho años sus exploraciones, y fueron acogidos con hospitalidad. Jorge Brito fué encargado de tomar posesion de ellas (1521); pero habiendo desembarcado en Sumatra, cuyas inmensas riquezas ensalzaba, fué muerto allí. Acogióse muy bien á Antonio Brito que le sucedió en aquellas islas, solicitando todos el honor de hospedar á los portugueses. Este funesto honor recayó en Ternate, donde las persecuciones religiosas y las rapiñas ejercidas por los portugueses, sobrepujaron hasta las de los españoles en América. Los sucesores de Alburquerque dieron más estension á las conquistas de las Molucas, como también á los establecimientos de Ceilan, en la costa de Coromandel, y en las islas de la Sonda. El virey Nuño Acuña conquistó á Diu, para sentar el pié en el reino de Cambaya (1535); y los dos sitios que sostuvo allí contra el ejército de Mahmud, sultan de Cambaya, secundado por la flota del bajá de Egipto, deben contarse entre los más gloriosos hechos de armas (1538-1546).

Pronto tuvieron acceso los portugueses á todos los países donde se hacia el comercio, desde el cabo de Buena Esperanza hasta Canton, ejerciendo así su dominacion en más de cuatro mil leguas,

por medio de una cadena de factorias y fortalezas. Sin rivales, eran recibidos con placer y podian dictar leyes, fijar los precios, y llevar á Europa variedades de producciones desconocidas hasta entonces. Las principales dependencias de Goa, centro de sus posesiones, eran Mozambique, Sofala, Melinda, en las costas de Africa; Mascati y Ormuz, en el golfo Pérsico; toda la costa del Malabar, donde estaban situadas Diu y Damaun; en fin, en la de Coromandel, Negapatuan, y Malaca en la isla de este nombre.

No habia compañía privilegiada; pero era preciso, para emprender el comercio en aquellas comarcas, una autorizacion del gobierno, que se reservaba algunos ramos de él, como también la direccion y el mando de la marina. Los portugueses llegaron á tal grado de grandeza, que los orientales se persuadieron que el Portugal era la primera potencia de Europa. Satisfechos con las inmensas ventajas que habian adquirido, renunciaron á los descubrimientos de curiosidad; y pensando sólo en enriquecerse, no se manifestaron ya más que especuladores aventureros. Los gobernadores que sucedieron á Alburquerque no tuvieron las grandes miras de éste: después el entusiasmo que habia señalado á las primeras expediciones, cedió el puesto á pasiones bajas y á un miserable espíritu mercantil.

Comprendiendo Suarez, que reemplazó á Alfonso de Alburquerque, cuán importante le seria añadir relaciones con la China, mandó á ella ocho barcos que arribaron á Canton, fueron acogidos allí con la desconfianza particular á este pueblo: sin embargo, el capitán Andrade supo desde luego conciliarse su confianza por su lealtad, y anunciando desde luego su partida, á fin de que los que tuvieran que hacer reclamaciones pudiesen presentarlas. Perez llegó á Pekin con el carácter de embajador, y las negociaciones estaban en el mejor estado, cuando no pudiendo los portugueses que habian permanecido en el barco contener la rapacidad á que se habian acostumbrado, se entregaron á violencias brutales. Al momento el gobernador chino reunió á varios barcos, y rodeó á los portugueses, que no consiguieron huir sino á favor de una tempestad. Tan pronto como la noticia llegó á Pekin, Perez fué cargado de cadenas, y se le abandonó á que concluyese sus dias en un calabozo. De esta manera se vieron los portugueses escluidos de la China; pero algunos años después obtuvieron el permiso de mandar algunos barcos á la isla de Sancham para presentar allí mercancías. Cuando se encontraban en esta isla, los mandarines reclamaron su asistencia contra Tchang-Si-Lao, famoso pirata, que se habia apoderado de Macao y sitiado á Canton, y en recompensa de los eficaces socorros que sus súbditos habian recibido, el hijo del cielo dió Macao á los portugueses. Esta ciudad se fortificó á la europea; y aunque los chinos la tuviesen siempre algo dominada con no permitir que tuviese víveres para más de

un día, los portugueses pudieron traficar desde ella con el Japon, lo cual la hizo una de las plazas más ricas y más importantes: así era que la facultad de residir allí se concedía como un privilegio.

**Japon.**—En el momento que un barco portugués echaba el ancla en la costa de Siam (1542), tres marineros, Antonio de Mota, Francisco Zeimoro y Antonio Pexoto, desertaron de á bordo, y embarcándose en un junco chino, fueron los primeros que llegaron al Japon. Pero pronto se unió á ellos Fernando Mendez Pinto, uno de los aventureros más célebres, y que el mismo escribió sus viajes. Nacido de padres nobles en Monte-mor-Ovelho, huyó al mar por un delito en su juventud; cogido por un pirata francés, fué echado á tierra, *sin otra cosa que los azotes que acababa de recibir*. Habiendo entrado de criado, ocupacion que no le agradaba, pensó hacer el viaje á las Indias, *medio el más corto de desembarazarse de sus harapos*. Sirvió en los barcos que peleaban contra los moros en el mar Rojo; pero fué hecho prisionero, y conducido á Moka, donde permaneció en un riguroso cautiverio y espuesto varias veces en el mercado; en fin, fué comprado por un griego renegado y vuelto á vender á un judío, que lo llevó á Ormuz, donde fué rescatado por el gobernador portugués. Embarcóse entonces en los buques que Pedro Vaz-Cotinho llevaba á la India: llegado despues de diferentes aventuras á Goa, entró al servicio de Pedro de Faria, que se dirigia á Malaca, en calidad de gobernador. En el número de los embajadores de los jefes vecinos, se encontraba el del belicoso Batas, que á su partida, tomó consigo á Mendez Pinto como agente portugués, para examinar la naturaleza del pais y de los habitantes. Describió los objetos nuevos que le admiraron con la acostumbrada exageracion en los viajeros; la acogida llena de benevolencia que recibió del rey de los batas, fué *como una lluvia abundante sobre el arroz en la estacion de los calores*. Fué pródigo en promesas en aquel pais, donde no cesaba de informarse de la isla del Oro; lo mismo hizo en Aarú, pero naufragó á su vuelta, y le fué preciso arrastrarse por el fango, lleno de mordeduras de millares de insectos, presa del temor de las serpientes y de las fieras. En fin, fué recogido con el único compañero que le quedaba, por un pequeño barco; suponiendo los que le tripulaban que habian tragado piedras preciosas, les administraron un vomitivo tan fuerte, que su compañero sucumbió. Con trabajo escapó Pinto á la muerte, y fué vendido á un mahometano en veinte y tres libras, despues rescatado en Malaca por algunos amigos.

Dedicóse entonces al comercio, en el cual adquirió de repente, por vicisitudes no menos estrañas, enormes riquezas que tambien perdió de repente; y no encontró otro recurso para sustraerse á sus acreedores, que hacerse pirata en compañía de chinos y de Antonio de Faria, reducido tambien á adoptar este partido por especulaciones que habia abortado. La vida del corsario espor su na-

turalidad bastante fértil en aventuras: despues de haberse enriquecido, se establecieron en la isla de los Ladrones, y se encontraron en una estremada miseria. Faria prometió á su compañero que la Providencia les enviaria socorro, y creyó fuera este un junco chino que acababa de arribar. Habiéndose apoderado de él por sorpresa, le desataron y dejaron á los propietarios en la costa. Vueltos así á su primer oficio, se unieron á un pirata chino, y fueron acogidos con gran honor en Liampo (*Ning-po*) por los mercaderes portugueses. Allí, el terrible Faria tuvo conocimiento de una isla Calembuy, donde estaban los sepulcros de diez y siete reyes chinos, todos de oro macizo. Puede creerse que no tardaron en ponerse á buscar tan hermosa presa; pero la isla no se mostraba: en fin, llegaron á ella, y encontraron tanto ermitas como sepulcros, que saquearon, conviniendo en que hacian mal, y hasta en su culpa, pero reservándose el hacer penitencia más tarde. Este botín, mal adquirido, tuvo mal fin, porque la tempestad lo sepultó con Faria, y sólo catorce portugueses pudieron salvarse (5 de Agosto de 1540).

Recibieron los chinos á los náufragos como lo merecian: presentados delante de un juez en Nankin, fueron condenados á que se les cortasen los pulgares, y á sufrir que se les diera de palos. Sólo esta última pena se les aplicó, pero con tal furor, que dos de ellos sucumbieron. Fueron llevados entonces á Pekin, comunmente por canales, y encontraron en aquella ciudad á cristianos, hijos de algunos de los que un siglo antes, habian sido convertidos por el húngaro Matias Escandel. Pinto vió bien; y supo describir con vivacidad aquel pueblo, cuya exacta justicia alaba, aunque llegó á él encadenado, y que su bienvenida consistió en palos, con un año de trabajos forzados en Quinsay. Pero habiéndose apoderado el rey de los tártaros de aquella ciudad ocho meses despues, Pinto se encontró esclavo de los nuevos conquistadores. Obtuvo de ellos, ayudándoles á ganar una plaza, el que los portugueses serian bien tratados. Los aventureros acompañaron á los vencedores á su vuelta á Tartaria: despues escapándose llegaron al mar. Se embarcaron, despues riñeron entre sí, por lo cual el capitán los abandonó en una isla desierta, donde un corsario los recogió: comenzaron de nuevo la vida de piratas. De este modo llegaron á Tanixuma, isla japonesa; un fusil que regalaron al gobernador de aquella isla, fué imitado al momento y proporcionó armas contra los extranjeros. Habiendo ido desde allí á Liampo, contaron las nuevas tierras que habian descubierto, y su relacion escitó el entusiasmo de la avaricia. Multitud de personas marcharon á ellas; pero la poca esperiencia que tenian de aquellos sitios, hizo perecer á gran cantidad de hombres y mercancías. Pinto fué lanzado contra las rocas cerca del gran Lequio, donde sólo veinte y cuatro personas se salvaron á nado. Como se les tomase por espías, fueron condenados á ser descuartizados; pero el dolor

de las mujeres portuguesas fué tal, que las de la isla se afectaron y obtuvieron la libertad de los portugueses. Volvieron entonces á Liampo y Malaca. Pinto fué empleado en viajes y en intrigas que le hicieron correr muchos peligros, y le produjeron poco dinero. Visitó varias comarcas de la India y de la China, de las que da una descripción en la que es fácil reconocer un fondo de verdad. En fin, arrojado por las circunstancias y por su inclinación en medio de mil vicisitudes y en todas las revoluciones, concluyó por hacerse jesuita en Malaca, donde exhortó á sus hermanos á convertir á los reinos de Siam y de Pegú, cuya descripción les hacia.

Volvió como misionero á la China y al Japon; luego, de vuelta á Europa (1556), en lugar de encontrar indemnizaciones después de tantas fatigas, fué tratado de embustero y de visionario. Los descubrimientos posteriores fueron, no obstante, en descargo suyo. Amigo de lo maravilloso, cuyas huellas encuentra sin cesar en países nuevos, se deja arrastrar por su imaginación; pero sus relaciones se acercan siempre á la verdad, y es preciso una alma muy poética para comprender tan extrañas aventuras, habiendo sido reducido á la esclavitud diez y siete veces en aquellas islas de Oriente, que él llamaba, á la manera de los chinos, los párpados del mundo. ¡Con qué verdad nos describe aquellos malayos animados únicamente por un ardiente amor, y sin soñar más que en danzas ó venganzas! Dos jóvenes amantes se rodean de flores, de perfumes, y se abandonan á las olas del mar, pronunciando tales palabras que Pinto no pudo inventarlas, sin ser el mayor poeta de su tiempo. Si concede á los chinos y á los indios reflexiones finas y mordaces con respecto á los europeos, siempre está uno dispuesto á perdonárselas, tan verdaderas y á propósito son á veces. La sencillez del relato y la vivacidad del estilo hicieron de su viaje un libro clásico. Y suponiendo que todos estos acontecimientos no le hayan pasado realmente, representan al menos con exactitud la vida de los aventureros de aquella época: por esto es por lo que no hemos creído inútil dar aquí un bosquejo de ella.

Admirado el historiador Juan de Barros de la multitud de islas que encontró diseminadas al Sudeste del Asia, la consideraba ya como la quinta parte del mundo, así como han sido clasificadas en nuestros días con el nombre de Oceanía. Couto, su continuador, dividía en cinco grupos las islas situadas más allá de Java y de Borneo, á saber: las Molucas con Ternate, Motir, Tirador, Makian, Baciam y las más pequeñas que dependen de ellas; en el segundo archipiélago, Gilolo, Mortay, las Celebes, habitadas por salvajes; en el tercero, la grande isla de Mindanao, y las de Saloo y varias de las Filipinas meridionales, principalmente Mascate; en el cuarto, las islas de Bando, Amboina y las islas vecinas; el quinto archipiélago era poco frecuentado por los portugueses y habitado por sal-

vajes que tenían horror á los extranjeros; eran negros como cafres, y parecen indicar la Nueva Guinea. Si los portugueses no se adelantaron más hacia el Sur, es cierto que sospecharon la existencia de una gran tierra meridional; y parece que tocaron en ella desde el principio de aquel siglo, la que después fué llamada Nueva Holanda (10).

**Oposición de los venecianos.**—El antiguo comercio está únicamente fundado en el privilegio y en el monopolio; así es que la idea nueva de la libre concurrencia no pudo ser comprendida por los venecianos ni por los anseáticos; resultó de ello que se obstinaron en hacer valer los derechos antiguos, cuando debieran haberse aprovechado de las ventajas nuevas. Los venecianos hubieran asegurado mejor sus intereses si en el momento que se percibieron del perjuicio que les causaba el cambio dado á la dirección del comercio, en lugar de impulsar á los mahometanos á prohibir el paso por el Cabo, se hubieran entendido con los mamelucos para cortar el istmo de Suez, ó más bien para multiplicar los canales del Egipto por modo de facilitar la comunicación del Mediterráneo con el mar Rojo, lo que hubiera producido una nueva prosperidad tanto en Egipto como en Italia.

**Comercio de los portugueses.**—Esto no se hizo; y como ya no hubo en adelante comunicación entre Europa y la India más que por mediación de los portugueses, Lisboa se convirtió en el mercado general. Los portugueses hicieron de Amberes su depósito, de lo que resultó que los negociantes trasladaron allí los almacenes que tenían en Bruselas, formando seis corporaciones de alemanes, daneses y osterlingios, es decir, de los que habitaban en las orillas del Báltico, de italianos, españoles, ingleses y portugueses. Las mercancías llevadas allí en el verano, se estendían en el invierno por España é Italia, donde se las cambiaba por especias. Pero cuando Amberes fué sitiada y tomada en 1585 por los españoles, que la entregaron al saqueo y degüello, las manufacturas se dispersaron; la pesca se concentró en Holanda; los fabricantes de telas de lanas se retiraron á Leida, los tejedores á Harlem y á Amsterdam, una parte de los fabricantes de seda á Inglaterra; y aquella ciudad no se repuso hasta en tiempo de Napoleón (11). El comercio se hacia generalmente en el

(10) BARROS, III, 254; COUTO, pág. 190.

(11) Juan de Barros describe los tres modos de comerciar los portugueses en la India: «El primero tiene lugar cuando en el territorio ó dominio habido por conquista, contratamos con los pueblos de señor á vasallo. El segundo consiste en celebrar contratos perpétuos con los reyes y con los señores del país, á fin de que por el precio convenido den sus mercancías y reciban las nuestras, como sucede con los reyes de Gananor, Challe, Chochin, Culam y de Ceilan, que poseen las mejores de todas las especias que se recogen en la India. Este modo no tiene más aplicación que en las especias, que ellos mismos entregan á los oficiales régios, residentes en las factorías, para que su-

golfo Arábigo y en las Indias, entre las manos de los reyes indígenas; constituía, pues, una parte muy importante de la política, y de aquí procede que produjeron tenaces guerras. Después de haber alejado á los venecianos y domeñado á los mamelucos, los turcos, conquistadores del Egipto, trataron de

disputar á los portugueses su preponderancia. Una escuadra del gran Soliman (1538), que partió de Suza, sometió á Aden, sitió á Diu y reunió á los abisinios y los árabes y los cambayeses contra los europeos; pero los malabares conservaron su fe á los portugueses, y el rey de Cochin hizo les jurasen fidelidad sus súbditos en la pagoda. El valor de Juan de Castro los hizo salir vencedores de la lucha.

ministran cargamento á las naves que llegan de Portugal; los demás artículos extraños al comercio de Oriente quedan libres, pudiendo todo portugués, ó natural del país, comerciar en ellos, estableciendo el precio que quieran los contratantes. El tercer modo consiste en mandar nuestras naves á aquellas regiones, y arreglándose á los usos del país, contratar con los indígenas cambios, aceptando su precio ó fijando el nuestro.»

Antonio de Oliveira Marra (*Joao de Barros, Luis Mendez de Vasconcellos é o Commercio da India*; artículo publicado en el *Panorama de Lisboa*, año 1.º de la segunda série, pág. 370), que cita este mismo pasaje, añade: es evidente que entre estos tres modos, el primero y el tercero se pueden considerar únicamente como resultado de un comercio libre... no pudiendo llamarse el segundo más que monopolio, porque en vez de aceptar el precio del mercado se sujetaba á una tasa y ley anteriores. Como este último tráfico consistía en especias, base principal de nuestro comercio en las colonias, podemos asegurar sin temor de equivocarnos, que era esencialmente despótico. ¿Cuáles eran, pues, los objetos del cambio? El clavo de las Molucas, la nuez moscada y el macis de Banda, la pimienta y el jengibre del Malabar, la canela de Ceilan, el ámbar de las Maldivas, el sándalo de Timur, el benjuí de Aquem, las maderas de Tec, los cueros de Cochin, el índigo de Cambaya, las maderas de Solor, los caballos de Arabia, los tapices de Persia, las sederías, damasco, porcelana y el almizcle de la China, las telas de Bengala, las perlas de Calcear, los diamantes de Narsinga, los rubíes del Pegú, el oro de Sumatra y de Lec, y finalmente la plata del Japon. ¿quiénes eran los comerciantes? Los habitantes de la Europa, los reyes, príncipes, potentados, vasallos, banqueros, fabricantes y personas del comercio por mayor, la aristocracia en masa de aquellos tiempos, sin omitir las dignidades eclesiásticas... todos buscaban con avidez las producciones asiáticas; era una manía general de la que la miseria y las costumbres toscas apenas exceptuaban al mendigo, al soldado y al hidalgo campesino.

Venecia, la reina de los mares, debía en mucha parte su poder á las producciones del Asia. Y ¿cuál era su sistema económico y comercial? Puede decirse que difería esencialmente del nuestro, en el punto más importante, aun en la época en que abrazando un sistema exclusivo, la república rodeaba su comercio con el monopolio y los privilegios. Venecia, Estado libre, consentía al más humilde de sus ciudadanos las transacciones mercantiles sin restriccion alguna, reservando éstas para los extranjeros; nosotros, por el contrario, que entonces pasábamos de un gobierno mixto á otro que rayaba en la monarquía absoluta, habíamos dado á la Corona, la propiedad, la soberanía, por decirlo así, del comercio, con gran perjuicio del pueblo y de los derechos é intereses nacionales. Mientras la bandera de san Marcos recorría los mares en busca de riquezas comerciales, Venecia no se olvidaba de sus manufacturas, ni de su industria, y nosotros por entregarnos al tráfico colonial despreciábamos las fábricas, y lo que es peor, la agricultura, abandonando esto al único instinto de la avaricia, sin reglas fijas, sin cálculo, sin prevision y sin establecer principios conservadores que asegurasen su duracion.

Encontráronse entonces los portugueses en el colmo de su grandeza. Sesenta años les habia bastado para fundar uno de los imperios más estensos, puesto que tocaba los confines de la Persia. Muchos pequeños príncipes árabes les obedecian, otros eran sus tributarios, y tenian allende las costas árabes del mar Rojo un verdadero amigo

«¿Qué juicio formaba Barros de este nuevo sistema comercial que habíamos adoptado? ¿Apreciaba él en lo que valia la leccion que Venecia daba al mundo, y el ejemplo que se podia sacar de ella? No es fácil hallar contestacion á esta pregunta en las Décadas. ¿Era ésta una reserva dictada por la delicadeza de su posicion como empleado público, ó como escritor del gobierno? ¿Era el temor de desacreditar el hecho más brillante de nuestra historia? ¿Era el temor de malquistarse con la nobleza, tan interesada en el comercio de la India? ¿O era una maña de artista que trata de exponer su cuadro á la luz más brillante, pero de modo que se oculten sus defectos? En su *Económico* que no se dió á la imprenta, responde perfectamente á todas estas preguntas... Pero transportémosnos nosotros, hombres de este siglo prosaico y calculador, al siglo de aventuras y encantamientos en que él vivia; respiremos un momento aquella atmósfera de preocupaciones populares y de errores políticos; dejemos llegar á nuestros oidos el estrépito que él oyó cuando inmensas aclamaciones saludaron al explorador de las Indias, las felicitaciones de la corte, el influjo tan contagioso de las fiestas que se celebraban por todo el reino, el entusiasmo con que Portugal se esparcía por el resto del mundo, para llegar á torrentes á aquel país; figurémosnos además las aclamaciones de nuestras victorias que resuenan desde el Ganges al Tajo, y en el Tajo... el espectáculo magnífico de las riquezas de Oriente, las naves de las naciones extranjeras que acuden á admirar nuestra inmensa fortuna, y á convertirse en tributarias de nuestro comercio; la complacencia de un pueblo, ayer pobre y débil y de repente colocado en la cumbre del dominio y la opulencia: abandonemos un momento la perspectiva de los economistas y de los hombres de Estado, y supongámonos autores ó espectadores de este drama tan nuevo y tan variado, y tendremos la explicacion de su silencio y de sus errores.

Se ha dicho que antes de la segunda expedicion de Vasco en 1502, se puso á discusion el asunto de las Indias, y que la mayoría del Consejo, en union del rey Manuel, mostró repugnancia á la continuacion de la conquista. Se acordaban que de trece navios que habian partido dos años antes, cuatro habian sido abismados con todos los hombres que llevaban... tenian presente las traiciones del Zamorin, los peligros, las fatigas de toda especie que habian sufrido los navegantes portugueses... lo exhausto del tesoro, el aumento de las dificultades con la conquista, el poder de los moros y el odio que nos tenian. A pesar de todo esto prevaleció el voto contrario porque tenia en su favor el rey Manuel.»

en el rey de Etiopía. Ocupaban todo el largo de las fronteras de Persia y del mar de las Indias, casi todos los puertos y las islas de alguna importancia, y además la costa del Malabar, desde el cabo de Ramez hasta el de Comorin, la costa de Coromandel, el golfo de Bengala, la península de Malaca con la ciudad y fortaleza de aquel nombre; recibían un tributo de la isla de Ceilan; las de la Sonda y las Molucas estaban bajo su obediencia; tenían un pié en la China y el libre comercio del Japon. Sus establecimientos se extendían en un territorio de 15<sup>o</sup> desde la Madera hasta el Japon (12), y desde cada uno de estos puertos traficaba con las comarcas del interior: desde Malaca con la de las Indias Transgagéticas; desde Adem con la Arabia; desde Ormuz con el continente de Asia; recogiendo casi solos el áloe de Socotora, las perlas de Ormuz, la canela y los rubís de Ceilan, el sándalo y el alcanfor de Sumatra, el clavo y la nuez moscada de las Molucas, la pimienta de Goa, la muselina de Bengala, el algodón y el azúcar de la India, el té de la China y la porcelana del Japon.

El Ormuz podía proporcionar la medida de la riqueza y del comercio de Oriente. Apenas los portugueses hicieron al sultan su tributario, cuando multiplicaron los edificios donde el oro y los dorados brillaba con profusion, y donde todo estaba dispuesto para templar allí el ardor del clima. Los mercados de los tres primeros meses del año, después los de setiembre y octubre, atraían á multitud de personas de todos los países del mundo. Se evitaba el polvo salitroso de las calles con alfombras y esteras, y el ardor del sol con toldos fuera de las casas, cuyo interior estaba guarnecido de porcelanas magníficas, de antigüedades chinas y de pebeteros y flores. Las tiendas tenían magníficos escaparates: los juglares de la India y de la China se mezclaban con los cantantes de Europa, y todo lo que las más remotas regiones del Mediodía y del Oriente ofrecen de extraño, se llevaba al mercado por los barcos ó las caravanas.

Uno de los principales productos de las posesiones portuguesas, eran las perlas. Una costumbre muy antigua, tanto en la China como en la

India, hace que el día de sus nupcias el novio atravesase una perla, símbolo inocente y al mismo tiempo provechoso al comercio; la pesca se hizo, pues, siempre: se ejecutaba en Baharin, en el golfo Pérsico, en los parajes de Ceilan y el reino de Madura, donde cinco ó seis mil personas no tenían otra ocupacion. Es un espectáculo á la vez de los más curiosos y de los más dolorosos. A principios de abril las costas del mar del Japon, de las Filipinas, de la India, donde abundan estas preciosas conchas resuenan con los cañonazos, que durante la noche anuncian la apertura de la pesca: al momento una infinidad de embarcaciones salen al mar, al paso que la playa se llena de músicos, bramines, curiosos y ruidosa multitud. Apenas los primeros rayos del sol doran la superficie del mar, cuando los buzos se lanzan á las olas, precipitando su inmersión con ayuda de peso, y llevando un saco para llenarlo á su gusto de conchas, que separan de la roca donde han nacido. No pueden permanecer bajo el agua más de tres ó cuatro minutos; los barqueros les ayudan por medio de un cable, á volver á la superficie para recobrar aliento y murgirse de nuevo: ahora bien, repiten alternativamente cuarenta y cincuenta veces este penoso ejercicio. Á veces no se saca del mar más que un cadáver; á veces la sangre les sale por las narices y por los oídos. Otras un perro de mar que encuentran les arranca un brazo ó una pierna. El mar se enrojece con su sangre, y los quejidos de los desgraciados mutilados se ahogan con los aplausos de la multitud, los instrumentos de los músicos y la bendición de los bramines.

Los portugueses disfrazaron su monopolio bajo el nombre de protección, fingiendo tomar la defensa de los naturales y facilitarles la salida de sus géneros. Ofreciendo en los mercados de Europa las que compraban á ellos directamente, les fué fácil atraer á su patria los tesoros metálicos de América. Entonces el precio de las especias bajó de repente al Occidente, el transporte en los grandes barcos fué más fácil, y las mercancías más abundantes, no pasando ya por tantas manos, hasta el punto de que costaban en Lisboa la mitad que en Alejandria ó en Alepo. En su consecuencia aumentó el consumo, y ciertos aromas, ciertas telas, que antes eran objeto de lujo, fueron de uso común.

**Caracas.**—«Los caracas ó barcos reales de la flota de la India son, dice el elegante Bartoli (13), una masa de tal volúmen, que pueden alojar un pueblo de hombres además de un mundo de mercancías. En efecto, tanto de marinos que componen la tripulación, como de hombres castigados, soldados destinados á las guarniciones y á las fortalezas, oficiales nombrados para el gobierno de las provincias, mercaderes acompañados á veces por toda su familia, esclavos y otras personas de

(12) Las ciudades principales eran Moka, que entonces adquirió importancia; Aden, que la perdió pronto; Mascate, que los portugueses fortificaron llevando á ella el agua de una montaña próxima; Diu, fabricada por los mismos y fortificada inespugnablemente; Daman, donde los persas se habían refugiado con el fuego sagrado cuando los musulmanes conquistaron aquel país; Tanna, con los templos venerados por sus dos colosos de Buda; Bombai, perdida por el bajá de Salseta (1530) con el mejor puerto del mundo, y que llegó á ser centro del gran comercio marítimo; Goa, quitada por Alburquerque al rey de Visapur y convertida en capital de las posesiones portuguesas en Oriente; Cranganor, que desde el año 490 se hallaba en poder de los judíos; y Malaca, fundada en 1252 por un príncipe maltés destronado.

(13) *El Asia.*

todos oficios, el número de personas embarcadas asciende de 800 á 1000, y á veces más; cada uno tiene su sitio designado, con más ó menos comodidades, según su empleo y clase. Las mercancías cargadas, además de su valor que se cuenta por millones, son de tal cantidad, que al mirarlas amontonadas en la playa, parece imposible puedan caber en un barco; sin embargo, á veces apenas llenan la cala, y esto con las municiones de guerra, los víveres necesarios para alimentar durante ocho meses un millar de bocas. Sólo un gran rey puede hacer el gasto de su construcción, de su armamento y mantenimiento. El espacio comprendido entre la sentina y la cubierta está dividido en cinco ó seis pisos (especialmente en los buques antiguos, que eran mayores que los modernos), y en ellos se colocan con el mayor orden las vituallas comunes, las mercancías, las armas y la artillería, llevando algunas veces hasta ochenta piezas: suelen tener además dos castillos á popa y á proa, que son como las torres y baluartes de aquella fortaleza. Los costados, principalmente en la parte que cae sobre el agua eran en aquel tiempo en las galeras de guerra una muralla de cal y canto, cubierta por dentro y fuera de gruesas tablas, todo lo cual se creía necesario para resistir los cañones en las batallas y la furia del mar en las tempestades, pues cuando se desencadena la tormenta, las embiste con tan rudos golpes, que no se creía poder resistirlas si fuesen más débiles. De los cuatro árboles ó mástiles que se elevan desde el fondo de la nave, el mayor se compone de muchos maderos abrazados y sujetos con hierro y cuerdas en un solo tronco; encima están las gavias en las cuales pueden combatir cómodamente veinte y más hombres. Y sin embargo, con ser tan fuerte y grande aquel palo, y con estar sostenido por tantos obenques alrededor, algunas veces, el huracán le troncha y derriba como si fuera una caña; finalmente, las vergas, las diez ó doce velas, los cables, las anclas, el esquife con sus remos y todos los demás arreos de la nave son proporcionado á su magnitud.

»El tiempo necesario para hacer el viaje á las Indias depende enteramente de los vientos. Cuando nada lo retarda ó desarregla, no se echa el ancla en Goa sino después de seis meses de camino, durante los cuales se recorren por los largos circuitos que hay que hacer para dar vuelta a toda el Africa, cinco mil leguas de mar. Desde Lisboa se va en derecha á la Madera por cuarto de Sudoeste; después para evitar la calma de las Canarias se dirigen por Oeste, enfrente de la isla de Palma; luego hácia el cabo Verde y Sierra Leona. Desde allí se costea una gran parte de la Guinea; después se orienta la vela de modo que se pueda caminar con los vientos llamados generales (el Sudeste es el que reina allí después de haber pasado la línea equinoccial), y adelantar siempre hácia el Sur; se deja uno dirigirse así hácia el Brasil, pero no hasta descubrir la tierra; de otro modo no hay medio

de tocar la tierra aquel año por las invencibles corrientes y los vientos contrarios que se encuentran en aquel mar, y hay que volver á Portugal ó perecer. Se hace rumbo de esta manera á lo largo del Brasil hasta la isla de la Trinidad, luego hasta la de Tristan de Acuña; después, en fin, se pasa por el terrible Leon, como los marinos llamaban al cabo de Buena Esperanza. Cuando se dobla este cabo, se sigue costeando la Cafreria, las costas de Africa, que desde el cabo se estienden hasta el Nordeste. Si la navegación ha sido feliz y se ha pasado el cabo por san Jacobo de julio, es permitido tocar en Mozambique y refrescar allí; se toma entonces la parte interior de la gran isla de San Lorenzo para entrar después en Goa: de otra manera las corrientes furiosas y continuas que hay que combatir en la estacion más avanzada, con gran peligro de ser arrojado contra escollos y bancos de arena de siniestro renombre por los numerosos naufragios, obligan á hacerse á alta mar y á seguir la costa exterior de la isla, para ir rectamente á Cochín, puerto donde arriban los barcos que no tocan en Mozambique; pero de esta manera se alarga el viaje más de un mes.»

Además de los sufrimientos inseparables á tan larga navegación, con tantas personas amontonadas en un corto recinto, había que sufrir la transición de los excesivos calores de la Guinea á los frios del cabo, y de las fatigantes calmas de la línea á la agitacion del golfo de las Yeguas. Pasando el Ecuador, el agua se echaba á perder, los víveres no servian; lluvias malignas producian el escorbuto, las ballenas amenazaban el barco; después, cuando se había doblado la estremidad de Africa, violentos vientos, que soplaban en sentido contrario, levantaban enormes olas, hasta tal punto, que en los tres ó cuatro dias que se tardaba en doblar el cabo, se cubria la artillería con la arena, se tapiaban las ventanas, y los pasajeros se encerraban bajo cubierta, tapando todos los respiraderos esperando la voluntad de Dios.

**Administracion.**—La felicidad de los portugueses fué no tener concurrentes hasta el momento en que los holandeses, y después de ellos los ingleses, les arrancaron el cetro de los mares. Por lo demás, su administracion incurrió en los mismos errores en que incurrieron los españoles. El cálculo reemplazó en ellos al heroísmo, cada uno pensó en hacer una fortuna rápida, las costumbres se corrompieron cada vez más, descuidóse la agricultura, y la poblacion se disminuyó. Se obstinaron en las colonias en conquistar más de lo que podían conservar; desdeñaron mezclarse con los que habían subyugado, lo cual les impidió formar una poblacion afecta á sus intereses; después su tiranía y sus vejaciones los hicieron detestar de los naturales: así fué que en Ternate y en Ormuz fueron asesinados por el pueblo enfurecido.

La autoridad suprema estaba depositada en manos de un gobernador ó virey de las Indias, cuyo poder era ilimitado, pero apenas duraba tres años.

El almirante de las Indias dependía de él; su tribunal estaba en Goa, sentenciaba sin apelacion sobre todos los asuntos civiles; y sólo las sentencias capitales pronunciadas contra caballeros se sometían á la sancion del rey. Un considerable sueldo permitía al virey tener el lujo que reclamaba al país, donde el fausto era indispensable para conformarse á las opiniones orientales, cuando tantos reyes tenían que tributarle homenaje como vasallos. Con el objeto de mantenerlos en la obediencia é impedir toda empresa de su parte contra los intereses de la metrópoli, fuertes suficientes se habían construido y estaban guarnecidos en las posiciones más convenientes, y las factorías, establecidas en los diferentes puertos donde las mercancias y los precios estaban á su discrecion.

En lugar de disfrazar su tiranía con la máscara de la religion, los portugueses concedieron la libertad de conciencia en Goa, y la inquisicion, rueda indispensable de aquella época, no tuvo acción más que sobre los católicos. Las guerras y el tráfico rivalizaban en codicia y rapiñas. Los vireyes no tenían tiempo, durando tan poco en sus funciones, de conocer las necesidades de países tan diversos; no pensaban mas que enriquecerse lo más pronto posible. Ponían tasa á los barcos á su llegada; también á la pesca de las perlas; se atribuían el monopolio de ciertos generos ó el derecho de mandarlos á ciertos puntos. Era permitido á los empleados civiles y militares hacer el comercio por su propia cuenta, y de aquí resultaban enormes abusos; hasta la justicia era un tráfico. El lujo enervaba las almas hasta el extremo de que los oficiales se hacían llevar en palanquines durante las marchas militares y comían en medio de las bayaderas.

**Los vireyes.**—El desinterés del virey Juan de Castro pareció una maravilla. Después de haber obtenido muchas victorias, concibió la idea de resucitar el valor belicoso de los portugueses triunfando á la romana, con la frente coronada de laureles (1545). Esto hizo decir á la reina de Portugal que había vencido como cristiano y triunfado como pagano. Habiendo muerto su hijo en el sitio de Diu, quiso recibir por esto felicitaciones públicas, y después de haber tomado la ciudad, faltándole dinero para restaurar la ciudadela, hizo un empréstito en su nombre, y dió en garantía uno de sus bigotes. Vivió pobre en un puesto en que sus predecesores habían hecho inmensas fortunas; y cuando murió en los brazos de Francisco Javier (1548), juró no haber distraído nunca en provecho propio, ni un maravedí del dinero perteneciente al rey ó á los particulares: así es que sólo fueron hallados en su caja tres reales.

Pero los nueve vireyes que se sucedieron después de Castro exasperaron á los vencidos, dando lugar á que se formara una liga contra los portugueses, con el designio de expulsarlos del país (1578). La insurreccion se propagó desde Amboina á otros mil puntos, y el jefe de ella, llamado Idalcan,

estrechó cada vez más á los aborrecidos huéspedes. A la primera noticia de la sublevacion, fué enviado desde Lisboa Luis de Ataíde á la cabeza de tropas aguerridas. Habiéndole propuesto sus oficiales abandonar los establecimientos lejanos para limitarse á defender á Goa, les contestó: *Mientras yo viva no ganarán los enemigos un pie de terreno.* Enviaba socorros á todas partes como si no estuviese sitiada la capital, y no dejó tampoco de continuar despachando para Portugal los galeones con sus cargamentos habituales. Tanta constancia acabó por obtener el triunfo: Idalcan, vendido por su querida, fué muerto: los demás reyes fueron subyugados unos tras de otros. Ataíde domoñó el país; hizo más aun, porque corrigió los vicios y los abusos del gobierno portugués, pero no tardó mucho en ser reemplazado (14).

Sucedió á Portugal la mayor desgracia que pudiera ocurrirle, que fué caer bajo la dominacion de España. Esta potencia parecía que debía estender por todo el mundo sus posesiones, y reuniendo las Filipinas y las islas de Luzon á las colonias portuguesas por una parte, y á la América por otra, quedaba señora de los mares y ponía en comunicacion la India y la China con Méjico y el Perú. Pero en sus estrechas ideas económicas, sólo trató de atraer á sí el comercio con exclusion de todos los demás pueblos. Pero esta era una empresa que no pudo realizar á pesar de las grandes sumas que sacrificó. Los holandeses vinieron luego á desbaratar sus proyectos ambiciosos, y para sostener su rebelion, atacaron en todas partes al coloso que los oprimía. Las colonias portuguesas tuvieron desde entonces por enemigos á todos los enemigos de España. En el día «ya no existe Goa,» Goa la *Dorada*, donde exhaló el último suspiro el anciano Gama, donde el divino Camoens sufrió y cantó. Otra ciudad ha sido construida no lejos de allí, pero pobre y triste, aun cuando el orgullo portugués lo haya condecorado con el título de vireinato. No queda más de la antigua ciudad que el palacio de los gobernadores, cinco ó seis iglesias servidas por algunos monges, como sacerdotes que quedan velando á un difunto (15).

El veneciano Gaspar Balbi, negociante en alhas, hallándose en Alepo en 1579, resolvió visitar el Oriente. Llegó á Bir sobre el Eufrates y navegó á lo largo de este rio sembrado de peligros, hasta cerca de Bagdad; desde esta *Nueva Babilonia* descendió por el Tigris á Basora; desde allí pasó á Ormuz, observando la pesca de perlas en Bahrain, y después á Diu y á Goa, en cuyo país florecía entonces el poder portugués. Nada nuevo

(14) En 1560 las posesiones portuguesas fueron divididas en dos vireinatos: el de la India en las costas del Mar de Oman, desde el Cabo Guardafuy hasta Ceilan; y el de Malaca desde Ceilan hasta la China.

(15) CHARDIN, *Historia de los establecimientos europeos en las Indias Orientales.*

aprendió respecto á historia y geografía; pero en su calidad de negociante, nos informa en detalle de lo que concierne al comercio, del precio de las mercancías y de su dirección. Desde Goa pasó á Cochin y luego á Santo Tomás, por el cabo de Comorin, observando los resultados notables de las misiones de los jesuitas, Navegó en compañía de comerciantes portugueses hasta el Pegú, reino entonces poderoso que dominaba los de Ava y Siam, en el cual cocontró una magnífica capital, como sabemos, en efecto, que lo era, antes de su destrucción por los birmanes en el siglo pasado. Habiéndole hecho el rey algunas preguntas sobre su país, se echó á reír oyéndole decir que se gobernaba por sí propio y sin rey. Le regaló una copa de oro y un tapiz de la China, y le compró muchas esmeraldas, dándole en cambio de ellas otras piedras finas y pedazos de plomo, que en aquel país servían de moneda. No pudo pasar á Ava á comprar rubies á causa de una rebelion que acababa de estallar; el rey del Pegú llamó cerca de sí á los oficiales y gobernadores de las provin-

cias, á quienes creía en connivencia con los insurrectos, y los hizo quemar con sus familias en número de cuatro mil. Balbi asistió á las fiestas triunfales que se celebraron después de la victoria, á las jornadas y á los banquetes en que figuraron con grande aparato los elefantes del rey. Nos describe este pueblo como dulce, tolerante é inclinado al bien por los buenos ejemplos de los talapuinios, monges austeros y caritativos, que no impedían á nadie hacerse cristiano, porque en todas las religiones, decían, se puede ser virtuoso. El país esportaba plata á Bengala y arroz á Malaca, consistiendo su principal fabricacion en telas de algodón. No le seguiremos en su regreso por la costa de Malabar, cuyos usos describe. Desde allí volvió á tocar en Alepo pasando por Ormuz en 1588, y dos años después publicó en su patria su *Viaje á las Indias Orientales*, relato precioso, tanto por la sencillez que hace verosímiles sus cuentos, como por las noticias que fué el primero en suministrar sobre la India Transgánica.

---

## CAPÍTULO XVII

### HOLANDESES, DINAMARQUESES, FRANCESES É INGLESES EN ASIA.

No podían los holandeses sostenerse sin el comercio, después que sacudieron el yugo de los españoles, por medio de esfuerzos generosos y dramáticos que referimos después (1). Así lo comprendió Felipe II, y en su consecuencia trató de cerrar á la Holanda las fuentes de la riqueza y el poder creyendo que así conseguiría arruinarla como intentó hacer Napoleon con Inglaterra. Al momento que incorporó Portugal á sus Estados, que era de donde sacaban los holandeses las especias, prohibió todo comercio con ellos. Fué ese un pensamiento desgraciado que produjo, como de costumbre, efectos contrarios á los que se proponía, porque los holandeses tomaron el partido de ir ellos mismos á las Indias; pero no atreviéndose en un principio á desafiar las flotas españolas, buscaron un paso por el Norte, pero no pudieron encontrarlo.

Cornelio Hotman, prisionero de guerra en Lisboa, tomó buenos informes acerca del viaje á las Indias que se ocultaba siempre con celoso cuidado, ofreciendo entonces á los negociantes de Amsterdam conducirlos á aquellos países si pagaban su rescate. Fué aceptada su oferta y condujo al través del Océano la primera flota holandesa. Luego que llegó á las Maldivas después de haber costeadado el Africa y el Brasil (1595), hizo alianza con el principal soberano de Java, venció los enemigos que le habían suscitado los portugueses, y volvió con grandes riquezas y mayores esperanzas.

En su consecuencia, los negociantes de Amsterdam resolvieron formar un establecimiento que pudiese asegurarles el comercio de la pimienta y abrirles el paso á la China y al Japon. Partió Van-Neck con ocho buques, estableció factorías tanto

en Java como en muchas de las Molucas, y poco tiempo después habia sometido estas islas bajo la dominacion de Holanda. Multiplicáronse entonces las sociedades particulares, y para que no se perjudicasen mutuamente, y pudiesen al mismo tiempo resistir á numerosos enemigos, los Estados generales las reunieron en una sola bajo el nombre de *Compañía de las grandes Indias*, á la cual concedieron el privilegio de comercio al otro lado del cabo de Magallanes y el derecho de hacer la paz y declarar la guerra á los príncipes de Oriente, construir fuertes y nombrar oficiales de policia y de justicia. Esta compañía principió con un capital de 25.000.000 de pesetas, teniendo á la cabeza un gran consejo de sesenta miembros, que residia en Holanda, el cual nombraba diez y siete directores. En la India conducia la administracion civil y militar un gobernador general auxiliado por un consejo superior, de cuyo seno se elegian los gobernadores particulares, y en caso de vacante, el gobernador general. La organizacion de la compañía holandesa es muy sencilla; y todas sus posesiones fueron amuralladas en los setenta años de su mayor prosperidad (1602-72). Económica, sin lujo ni grande aparato, pensaba sólo en reducir los gastos y aumentar los productos, hacia el comercio de cambio mandando á Java mercancías de Europa para cambiarlas por especias, y no entablaba operaciones sino con los príncipes de la isla.

Fué el modelo de las compañías, asociaciones necesarias en un país donde ningun particular ni el Estado habria podido atender á gastos tan considerables, y en un tiempo en que la experiencia no habia demostrado los inconvenientes del monopolio. No tardó mucho en adquirir gran poder. El almirante Warwich, verdadero fundador de las colonias holandesas de Oriente, se hizo á la vela

(1) Véase lib. XV, cap. 22.

para estos países con catorce buques, á que no pudo hacer frente la flota portuguesa, y fortificó una factoría en Java y otra en el territorio del rey de Johor, cuya rada era muy cómoda, formó alianzas con muchos príncipes de Bengala; y mientras que los portugueses en su ambición heroica esterminaban todo lo que les resistía, haciendo el comercio con la espada en la mano, los holandeses, especuladores pacientes, más deseosos de oro que de gloria, hacían su negocio por medio de tratados y de halagos, sin dejarse por eso intimidar por temor á la guerra; pues sostuvieron hasta con tenacidad la lucha contra los portugueses, y supieron obtener ventajosos resultados.

Los establecimientos de los portugueses fueron, pues, declinando. Los ingleses, convertidos en enemigos suyos, facilitaron una escuadra á Abbas, el célebre shah de Persia, que aspiraba hacia mucho tiempo á la conquista de Ormuz, y aunque defendida con valor la plaza, se vió obligada á capitular después de ciento veinte años de posesión por los portugueses. Los ingleses no se aprovecharon de nada, pero este fué un golpe mortal para el poder de los portugueses en Oriente. Ormuz fué destruida, y el terreno en que estaba quedó convertido en un desierto promontorio de sal, pasando su comercio á Bender-Abbassi.

Sin embargo, los holandeses hechos dueños de Timor y de Amboina (1607), que fué al momento su principal colonia, dirigieron desde allí sus miradas hácia la China. Los portugueses establecidos en Macao, estaban preparados para impedirselo; pero sus rivales persistieron en su propósito con una tenacidad invencible. Vencida su flota, formaron un establecimiento holandés en las islas de los Pescadores, rocas estériles y sin agua, desde donde esperaban una ocasion favorable, segun habian hecho antes en medio de los pantanos de su patria. En efecto, descontentos los chinos de los portugueses, ofrecieron á los holandeses un comercio regular y la posesion de la Formosa (1624), que era una isla de ciento cuarenta leguas de circunferencia, y muy fértil, la cual quedó muy pronto limpia de los tártaros degenerados que la habitaban. Habiendo invadido la China entre tanto otros tártaros, se refugiaron cien mil chinos en el suelo de la Formosa, por huir de la dominacion de aquéllos, llevando consigo su industria, y cubierta al momento de una poblacion numerosa, llegó á ser el mercado más considerable del Asia.

Los holandeses penetraron en el Japon, con no menos fortuna (1638), porque fueron acogidos como enemigos de los portugueses que atentaban, no tan solo á la religion, sino tambien á la independencia nacional. Habiendo naufragado un buque holandés en la isla de Quelpaert á doce leguas al sur de la Corea y hechos prisioneros los que lo tripulaban, aunque tratados con humanidad, no pudieron reembarcarse, y se les obligó, por el contrario, á entrar á servir á los nobles. Sobrevino

una revolucion que los redujo á mendigar para vivir, y algunos de ellos pudieron fugarse al Japon. A su vuelta á Holanda, dieron noticias sobre la Corea, que obedecia á los manchues, y los holandeses fueron allá al momento, siendo por mucho tiempo los únicos que esportaban sus riquezas.

Sus expediciones en América no fueron coronadas con tan buen éxito, mas sin embargo volvían siempre con un rico botin, cogido unas veces á los españoles y otras á los portugueses, y en 1628, además de haber conquistado el Brasil capturaron un galeon cargado. En el Africa se apoderaron tambien del cabo de Buena Esperanza, que pertenecia á los portugueses, y comprendieron la grande importancia de esta adquisicion para el porvenir. Baste decir que la compañía consiguió armar ochocientos buques en trece años, mediante un gasto de noventa millones; que tomó al enemigo quinientos cuarenta y cinco, cuya venta le produjo 180 millones, y que sus dividendos, que nunca bajaron del veinte por ciento, ascendieron á veces hasta el cincuenta. Esforzabase sobre todo en estender su poder en las Molucas, cuya empresa era muy difícil, en razon á que cada isla formaba un Estado independiente, y aun algunas, como las Célebes y Java, estaban divididas entre muchos príncipes. Era, pues, necesario ganarlos ó someterlos á uno; empresa tanto más larga, cuanto que los holandeses habian formado el proyecto de restringir el cultivo del clavo y de la nuez moscada á las islas de Amboina y de Banda. Se vieron tambien en la necesidad de acudir acá y allá para obtener, arrancar ó comprar el derecho de estirpar estas plantas en las otras islas, adquiriendo á costa de grandes gastos un monopolio tan difícil de conservar. Esta obstinacion verdaderamente holandesa, fué coronada con el mejor resultado, pero fué preciso esperar largo tiempo las ocasiones favorables.

Los socorros que prestaron los holandeses al emperador de Matarem, les valieron poco á poco la completa adquisicion de la isla de Java, y habiendo querido espulsarlos el rey de Jactra, se apoderaron de la ciudad, capital de la isla, y edificaron sobre sus ruinas la de Batavia, que se hizo el centro de su comercio en el Asia. El rey de Atcheh, con quien se aliaron en 1641, les ayudó á quitar á los portugueses á Malaca, que da la llave de estos mares á los que la dominan.

Se prolongó la lucha en la costa de Malaca, donde habian echado más raices los portugueses, pero los holandeses acabaron por apoderarse de ella, así como de Cochín, Cananor y la fabulosa Ceilan. El reino de Siam estaba ya bajo su proteccion, en términos que habiendo obrado una vez el soberano con cierta arrogancia respecto á ellos, la compañía dispuso que se retiraran sus agentes, que al momento volvieron á ser llamados con instancias.

Los portugueses habian dado, al parecer, menos importancia que la que realmente tenia la costa

de Coromandel; pero los holandeses, al contrario, estendieron su dominio cuanto pudieron. ocupando las grandes y antiguas ciudades de Sadraspatnam, Paliacates, Bimilipatnam y Negapatnam, donde hicieron el tráfico sin competencia. El cabo de Buena Esperanza, que habian quitado á los portugueses, ofrecia una excelente aguada á las flotas numerosas que venian á hacer el comercio en estos paises, y los holandeses fueron dueños en adelante, de todos los mares comprendidos entre este puerto y la isla de Formosa. La compañía debió ocuparse entonces de otra cosa que de negocios mercantiles, poniéndose en disposicion de gobernar, de hacer leyes y de tener tropas propias. Java estaba dividida en aldeas y éstas en familias compuestas de un jefe y de cierto número de parientes, amigos y obreros que trabajaban á sus órdenes, con opcion á la mitad ó á dos quintas partes de arroz recolectado. Los príncipes tenian derecho á otra quinta parte que podian conmutar en trabajo corporal, en cuyo caso nombraba el jefe de familia los que debian prestarlo, y deducian la parte correspondiente. Los habitantes de Java soportaban esta carga por hábito, sin murmurar, pero si llegaba á ser excesiva, emigraban en lugar de insurreccionarse.

Los holandeses debieron respetar, por interés propio, esta autoridad hereditaria de las familias soberanas, pero en vez de contentarse con las compras que hacian á los jefes, quisieron explotar toda la isla, lastimando sus hábitos é imponiendo á los habitantes el género y modo de cultivo. La compañía se apropió el impuesto anual pagado anteriormente á los descendientes de los reyes y dejando á sus empleados, en diferentes distritos, el cuidado de repartirlo entre las familias; pero como podian haber cometido abusos en esta operacion, se decidió que en reemplazo del trabajo corporal tuviesen los habitantes la obligacion de plantar anualmente milpies de café, para dar el producto seco á la compañía, y que se guardasen el arroz, menos una décima reservada para el funcionario.

La administracion y el sostenimiento de las tropas ocasionaron muchos gastos, y los magistrados que compraban su cargo, se indemnizaban del precio que les habia costado, por medio de exacciones, lo cual produjo grande descontento en el país. Se habian establecido cinco gobiernos en Java, Amboina, Ternate, Ceilan y Macassar, aumentándose luego el del Cabo, dependientes todos del de Batavia, que además tenia bajo su inspeccion muchas comandancias y directorios. Esta ciudad, construida en una excelente rada, ofrece una imitacion de Amsterdam, con sus calles tiradas á cordel y sus canales llenos de árboles. Todas las mercancías compradas en el Asia debian ir á parar allí para ser esportadas á Europa. Acudian tambien muchos chinos, á quien los holandeses, para vengarse de las humillaciones que les hacian sufrir en la China, trataban lo mismo que se trata en Europa á los judíos, señalándoles un

barrio separado, una señal distintiva y somtiéndolos á continuas contribuciones. Los chinos sufrían todo esto con resignacion con tal que se les permitiese cambiar las porcelanas, el té, la seda y el algodón que llevaban, por tripam, vejigas de buey marino, nervios de ciervos y nidós de Cochinchina; manjares muy apreciados de los chinos gastronómicos.

En 1672, hostigados los holandeses por Luis XIV, habian resuelto trasladarse á Java, más bien que sufrir su yugo. Si lo hubiesen hecho, habrian continuado y estendido en esta situacion tan favorable el cambio de especias con el grano, habrian ofrecido un asilo á todos los fugitivos de Europa, aprovechándose de sus conocimientos en una tierra de las más fértiles, impidiendo quizá el engrandecimiento de la Inglaterra. Batavia ha llegado á contar quinientos mil habitantes: era residencia de dos consejos supremos; el de Indias para la política y el de justicia para los asuntos ordinarios. El primero gobierna directamente á Java y sus dependencias, y envía órdenes á los otros gobiernos. El gobernador general elegido por el consejo de Indias, y confirmado en Holanda por los directores, ejerce facultades ilimitadas: tiene la llave de todos los almacenes, saca de ellos lo que quiere sin necesidad de dar cuenta á nadie, y dicta las órdenes necesarias. Es un déspota, en una palabra, pero que puede ser reemplazado. Su sueldo es de 800 rixdables al mes, y además 500 para la mesa, y el sostenimiento de toda sucasa. Tiene una corte, recibe los honores reales, y marcha rodeado de un séquito oriental; los emolumentos afectos á su clase son bastante considerables para que pueda en dos ó tres años acumular tesoros sin cometer ninguna malversacion. Si el gran poder concedido al gobernador, puede producir abusos, tambien le permite remediar la letra de la ley cuando no la crea conveniente y tomar las medidas que exigen las circunstancias. Los empleados están autorizados para ejercer una industria por su propia cuenta, á condicion de no vejar los intereses de la compañía. El director general debe comprar todas las mercancías necesarias á la compañía, y vender aquellas de que no tiene necesidad; preside además todas las operaciones comerciales.

La sociedad tenia una marina de ciento ochenta barcos de treinta á sesenta cañones, tripulados por doce ó trece mil hombres. El mayor general mandaba las tropas, de la que una parte era de europeos, y la otra de milicias indígenas. La religion reformada era la única admitida en sus posesiones, que contaban numerosos establecimientos para los pobres y los huérfanos, remedio necesario al decaimiento que se apodera con facilidad de hombres espuestos á tantos peligros, á tan gran distancia de su patria. Se habian constituido en Amsterdam, en la Zelandia, en Delft, Rotterdam, Hoom y Enkthuyen, seis juntas compuestas de los principales accionistas: algunos de ellos eran designados para formar la asamblea general que de-

cidia soberanamente, pero que debía dar cuenta cada tres años á los Estados generales. Los empleos en la India eran muy ambicionados, y era fácil hacer buenas elecciones entre los numerosos concurrentes. Más de una vez la compañía envió al estatuder embajadores indios y chinos, adulando de esta manera la vanidad europea, al mismo tiempo que los asiáticos volvian con una alta idea de la civilizazion y del poder de la Europa.

Realizáronse enormes beneficios en los primeros momentos, á pesar de los errores inevitables, y los gastos que producía la necesidad de dar convoy á las expediciones, cuando no se las hacía escoltar hasta por la misma escuadra. Si es verdad que los doce primeros viajes produjeron á la compañía inglesa de noventa y cinco á ciento treinta y dos por ciento, los holandeses debieron ganar más en atencion á que tenían más esperiencia. Resulta de sus registros que desde 1603 hasta 1693, sacaron de la India de 60 á 120 millones de géneros cada año, que volvian á vender después á doble y triple precio en Europa. En 1655, la compañía realizó, después de pagados todos los gastos é intereses, 51.000.000, y cerca de 100 en 1693 (2). Las acciones se elevaron por momentos hasta 1.000 por 100. En menos de ciento treinta años, se dividieron entre los asociados 180.000.000 de florines, además de las grandes sumas pagadas para obtener el privilegio, como tambien la construccion de una casa consistorial en Amsterdam, y socorros que se proporcionaron á los Estados en las circunstancias difíciles. Con esto se aumentó la marina, y la poblacion no disminuyó. Semejante riqueza ¿procedía acaso de las minas?

Pero la prosperidad duró poco; Batavia, rival de Goa, enormemente enriquecida por la afluencia de barcos de todas las naciones, no tardó en corromperse contrayendo los vicios de todas las razas de que era punto de reunion. Las casas de juego producian á la compañía 400.000 pesetas líquidas; el gobernador tenía el lujo de un monarca de Oriente. Las mujeres del menor consejero llevaban detrás de sus carruajes y palanquines á multitud de esclavos deslumbrando con los diamantes; se bebia agua de Seltz en lugar de la del país. Las comarcas más distantes proporcionaban tributos para las mesas de aquellos mercaderes opulentos, y poblaban sus serrallos de mujeres de todos colores, desde el ébano de las de Etiopia hasta la tez de nieve de las danesas. Semejante lujo no podía sostenerse sino con ayuda de concusiones y vergonzosos beneficios. El poder nacional, de que nunca se despojan enteramente los administradores de un estado territorial, falta enteramente en los de un gobierno de mercaderes, en el que no se lleva otro objeto que reunir oro, y en el cual los empleos no son considerados sino como un medio

de fortuna. Añádase á esto un clima mortífero, hasta el punto de morir en cincuenta y dos años en el hospital de la compañía ochenta y siete mil hombres entre marinos y soldados. Por otra parte, los insulares indígenas no habian estado nunca tan completamente avasallados, que de tiempo en tiempo no tratasen de arrojarse sobre la ciudad; en fin, la rivalidad de los franceses y de los ingleses consiguió atraer al continente una parte del comercio que formaba el orgullo de Batavia.

La prosperidad de la compañía habia despertado la desconfianza y la envidia de los pueblos entre quienes traficaba; no era sólo en China ni en el Japon donde tenía que sufrir humillaciones, sino tambien en Surate, Cambaya, Coromandel, Persia, Basora y Moka. Impúsose un riguroso silencio en Holanda á los miembros del consejo, y los interesados no tuvieron conocimiento del acrecentamiento y de la decadencia de los negocios más que por la alta ó baja de las acciones. Cansáronse las seis juntas de la absoluta dependencia, y cada una quiso tener sus arsenales y barcos propios, su caja y sus expediciones. Una vez que la concordia dejó de existir, los ingleses y los franceses destruyeron aquel poder, en otro tiempo tan temible, que concluyó por ver el clavo y la nuez moscada crecer en otras partes que en Banda y en Amboina.

Todas estas causas hicieron disminuir los beneficios de la compañía, y ya en 1730 tenía un déficit de 233.000.000. En 1780, los cargamentos enviados á Holanda, fueron cogidos por los ingleses, lo cual obligó á la compañía á suspender sus pagos. Los Estados generales dispusieron que diese una cuenta exacta de su situacion, y resultó de ella la prueba evidente de su decadencia. Desde 1694 los gastos escedian á las rentas en varios millones, que se remediaban por medio de empréstitos, que ascendian en 1779 á la suma de 168.000.000 de pesetas, y en 1791 á la de 238. Los acontecimientos que se siguieron no permitieron restablecer el equilibrio, y la compañía se disolvió en 1808.

El gobierno se encargó entonces de la administracion de las colonias; y Luis Bonaparte, rey de Holanda, envió allí como gobernador general al mariscal Daendels, hombre firme y previsor. Habiendo llegado el momento en que los ingleses amenazaban aquellas posesiones, y en el que los príncipes javaneses pensaban sacudir el yugo, devolvió á los naturales la libertad de comercio, aumentando los servicios corporales necesarios para construir fuertes y hacer caminos, y abolió el sistema ruinoso de los arriendos, que en poder de los chinos les producía enormes beneficios, con ayuda de medios tiránicos; reprimió la avaricia de los empleados, á los cuales asignó un sueldo fijo, y reorganizó los ramos de la administracion, al mismo tiempo que todo lo dispuso para oponer á los ingleses una resistencia vigorosa. Pero la escuadra de estos interceptó las expediciones, y en lugar de los beneficios con que contaba, se halló con un

(2) ED. SELBERG, *Über die vergangene und gegenwärtige Lage der Insel Java.*

enorme déficit: en fin, los príncipes á quienes no acariciaba, le suscitaban turbulencias en el país.

Daendels fué reemplazado por el general Janssen (1811), y en este estado, los ingleses al mando del lord Minto, ocuparon á Java. Raffles, que fué nombrado gobernador de ella, organizó el gobierno según el modelo del que lord Cornwallis, habia establecido en Bengala, adoptando el sistema municipal como existia antes del islamismo, y despojando á los príncipes de su autoridad. Irritados éstos, urdieron una conspiracion para asesinar á los extranjeros; pero la paz de 1814 devolvió Java á la Holanda. Esta potencia creyó entonces oportuno continuar el régimen inglés, nombrando en cada ciudad un jefe que tomaba en arrendamiento el producto de las tierras. Pero encontrando insuficiente la renta, obligó á los naturales á plantar café y se adjudicó las dos quintas partes de la cosecha. ¿Que resultó de ello? Una intolerable opresion á los naturales, que vendian su café de contrabando á los extranjeros, sobre todo á los chinos. Cuando después disminuyó el precio del café, privado el gobierno de una renta tan considerable, se vió obligado á contratar un empréstito al 9 por 100; incapaces de sostener todas las casas de comercio del país, la competencia con los ingleses que iban á vender allí sus mercancías y comprar aquel género, se arruinaron. Fundóse en 1824 una compañía con el rey de Holanda á su cabeza, para hacer frente á aquella terrible competencia, pero no impidió que el país declinase cada día más. La colonia tuvo que sostener una tenaz guerra con Diego Negro, uno de los jefes javanese: oprimidos los naturales corrian á las armas, y peleaban con encarnizamiento; las cosas habian llegado al punto de que después de haber gastado 300.000.000 en cincuenta años, la Holanda pensaba en abandonar la colonia.

Pero habiendo sido nombrado gobernador de Java Van der-Bosch en 1830, hizo á Negro prisionero, dió fin á la guerra, y organizó una administración mejor que la esperimentadas. Pidió á cada pueblo el abandonar una quinta parte de los campos de arroz, para cultivar en ellos las plantas cuyo precio era más elevado en Europa. Bajo esta condicion los libertó de impuestos y de contribuciones, y hasta les aseguró una parte en los beneficios. Además estableció por todas partes talleres con obreros, para hacer la cosecha y las preparaciones bajo las órdenes de los jefes del país. La repugnancia de los naturales al trabajo fué vencida de esta manera, y también por la facilidad de la labor y la esperanza de un beneficio. El ejemplo les hizo también cultivar por su propia cuenta las plantas buscadas, para venderlas á la sociedad, que pudo extinguir una parte de sus deudas; además la navegacion empleada en los trasportes recibió nueva actividad, y al mismo tiempo cultivada Java por todas partes, se cubrió con una poblacion numerosa, gracias á los chinos, que industriosos como los judíos y despreciados como ellos, llegan á to-

das partes donde hay una esperanza de ganancia (3).

Ignoramos la renta de las colonias holandesas, si bien puede asegurarse que es muy grande la que dan las minas, pues Sumatra produce diez millones de libras inglesas de oro en polvo; Porneo por valor de trece millones de pesetas; Banca, cinco millones de libras de estaño; Raffles, estima en cien millones la renta anual de Java, y la de las Molucas puede calcularse en veinte.

**Colonias danesas.** — Otras naciones y otras compañías no tardaron en ir á las estremidades de Oriente á disputar á los españoles y á los portugueses un privilegio de que gozaban hacia más de un siglo. Boschower, enviado á Ceilan como agente de la compañía holandesa (1616), ganó el favor del rey de aquella isla, que le hizo su primer ministro y príncipe de Mongone. De vuelta á Europa, ostentó la pompa de su clase á los ojos de sus sóbrios compatriotas, que ó se mofaron de él ó no le hicieron caso: pasó entonces á Dinamarca y propuso á los negociantes de aquel país conducirlos á Oriente. Formóse al momento una compañía que mandó seis barcos; pero Boschower murió en la travesía, y los daneses que llegaron á la costa de Coromandel, donde nunca habian oido hablar de ellos, fueron despedidos con burla.

Los emperadores de Bisnagar dominaban en la mayor parte de la península aqueña el Ganges; pero su fausto los habia arruinado, cuando acudieron los patanes, naciones tártaras que proporcionaron ocasion á los diferentes gobernadores de hacerse independientes. Uno de ellos, Naiki, acogió favorablemente á los daneses y les dejó tomar tierra en Tanjur, al paso que sus envidiosos rivales se unian para escluirlos de los puertos de la India. En fin, quebró la compañía en 1730, y fué disuelta; formóse otra, y por negociaciones con el rey de Ceilan ocupó á Tranquebar. Adquirió aquella colonia en medio de tan fuertes pruebas una gran prosperidad con ayuda de la justicia y de la dulzura, mientras que España, Portugal y Holanda estaban ocupadas en hacerse mutuamente la guerra. Cuando se restableció la paz entre estas potencias, habiendo agitado á Dinamarca turbulencias interiores, la colonia declinó y apenas podia sostenerse: sin embargo, ha resistido hasta nuestros días. Habiendo enviado allí Federico IV (1705) misioneros que desplegaron un valor admirable en su tarea apostólica, consiguieron disciplinar las poblaciones. Fué el primero Bartolomé Zigenbalg

(3) J. W. B. Money, en su libro titulado *Java or otto mange á colonos*. Londres 1861, describe minuciosamente el sistema allí establecido. Con los ingresos de Java en Holanda ha pagado gran parte de la deuda nacional, ha indemnizado á los dueños de esclavos en las colonias de América, y ha podido gastar 10.000.000 de pesetas al año en ferro-carriles. Con el sistema de cultivo allí establecido la renta de Java se ha elevado á 250 millones.

y después Enrique Plutschan, á quien debemos la mejor relacion sobre aquellos países.

Otros pueblos del Norte fueron aun menos felices en sus colonias. Avergonzándose el Austria del estado de languidez en que habia caído en sus manos aquella Flandes tan floreciente bajo los duques de Borgoña, y de ver crecer las yerbas en sus calles, pobladas en otros tiempos de millares de artesanos y pescadores, quiso formar en Ostende una compañía de las Indias, con los privilegios más estensos. Seducidos los flamencos con la esperanza de ver á su país renacer á la vida, prestaron voluntariamente los fondos necesarios, y pronto se reunieron 6.000.000 de florines. Establecieronse dos factorias en Coromandel y en las orillas del Ganges, y proyectábase otra en Madagascar; pero los ingleses y los holandeses ponian constantemente trabas á la empresa (1725), hasta el momento en que Carlos VI se decidió á sacrificar á la compañía de Ostende, para que aquellas dos potencias no se opusiesen á la pragmática sancion, es decir, á que su hija sucediese á la corona imperial. Los capitales de aquella sociedad pasaron entonces á Estokolmo, donde se formó una compañía sueca, siempre sin fuerzas y pronta á sucumbir, aunque realizaba á veces enormes beneficios.

**Prusianas.**—No quiso Federico II de Prusia que su nuevo reino estuviese privado de lo que la moda imponia á los demás Estados; y habiéndose puesto en contacto con el mar por la adquisicion de Ost-Frisia, constituyó en Embden una compañía con el capital de 4.000.000. Seis barcos se dieron á la vela para la China; pero apenas sacaron con qué cubrir los gastos. No fué mejor el resultado en Bengala, y en 1762 la compañía mercante cedia el puesto á compañías de guerreros, que parecian más propias de aquel país.

**Francesas.**—Decidióse tarde la Francia á dirigir su actividad hácia el Asia. Así como en América los intrépidos marinos de la Bretaña y de la Normandia fueron los que abrieron el camino, entre otros Francisco Pirard, de Laval, que habiendo naufragado en las Maldivas, aprendió la lengua del país, cuya descripcion exacta nos ha dejado (1601). Ya en 1604 Enrique IV habia formado una compañía; pero murió por sí misma. Reginon, de Dieppe, trató de reponerla (1633); y después de infructuosos esfuerzos en las Indias, se pensó en formar establecimientos en Madagascar, isla muy fértil en arroz, algodón, goma, resina, ámbar gris, ébano, palo de tinte, sin contar el estaño, el oro, y sobre todo el hierro y los bueyes. Los portugueses se habian establecido allí en 1548. Los holandeses les sucedieron. Rigault obtuvo del cardenal de Richelieu, por espacio de diez años, el privilegio del comercio sobre todo su territorio (1642); pero las malas disposiciones de los naturales y el aire pestilencial de las costas, obligaron á los franceses á alejarse de aquellos parajes.

Colbert, que habia comprado en menos de un

millon todas las colonias fundadas por particulares en las diferentes islas de América, deseando aumentar la gloria del gran rey, quiso tambien dotar á la Francia con una compañía que no cediese á ninguna otra, al menos en magnificencia (1661). La de Holanda habia comenzado con 14 millones; el capital de la compañía francesa ascendió á 15: se concedió una prima por cada tonelada de mercancías esportadas ó importadas. Todo extranjero que entregaba una suma de 20.000 francos podía ser naturalizado en Francia, y hasta adquirir nobleza por los servicios que habia prestado. El rey, los príncipes y todos los grandes señores tomaron acciones, como tambien todos los negociantes de los puertos del Océano. Marcharon de nuevo con tan brillantes esperanzas á instalarse en Madagascar; pero el clima esterminó á los colonos y puso á prueba la constancia de los franceses, que es poca. El crédito que estos principios imponentes habia producido no tardó en perderse, y los insulares asesinaron á los franceses que habian permanecido en su territorio.

Otros franceses obtuvieron mejor éxito en la India (1668). Habiéndose indispuerto con la compañía holandesa un antiguo factor de ella, llamado Caron, los introdujo en Surate, donde establecieron una factoria, y en Santo Tomás, de la que se apoderaron á viva fuerza; pero el príncipe de aquel país volvió á entrar en posesion de ella con ayuda de los holandeses (1672). Precisados á retirarse, se establecieron en Pondichery, en la costa de Coromandel.

La natural impaciencia de los franceses, y la mania de querer someterlo todo á la administracion, impidió en Francia el libre desarrollo de las empresas comerciales. No teniendo por el contrario, los plantadores que ejercer una vigilancia facil en las habitaciones de que sacaban prontos beneficios, prosperaron rápidamente. Principios más liberales presidian siempre al sistema de las colonias: los extranjeros no eran escludidos de ellas, y podian ó visitarlas ó establecerse allí. No estaban bajo la inspeccion de los comisarios especiales, y dependian directamente del ministro de marina. La administracion militar y civil estaba dividida entre un gobernador y un intendente, que se concertaban en caso de necesidad.

Habiendo formado en aquella época Constantino Phaulcon, aventurero griego, hijo de un veneciano que era primer ministro del rey de Siam, el proyecto de suplantarle, ofreció á los franceses el monopolio del país si querian ayudarle á apoderarse del trono. En una época en que la adulacion era el arte universal, los factores de la compañía no dudaron en que Luis XIV se lisonjearia con recibir una embajada de Oriente, y se la enviaron. Resonó toda la Europa con este triunfo; el gran rey hizo ostentacion de aquellos embajadores que habian venido desde las estremidades de Oriente á tributarle homenaje, pero aun duraba la embriaguez de aquellas grandezas cuando Phaulcon era

derrocado por los rebeldes siameses. Algun tiempo continuaron las buenas relaciones entre la Francia y el reino de Siam, que ha adquirido fama de país escesivamente rico y poderoso, siendo así que no tiene sino gente pobre y de escaso valor; pero en las sucesivas revoluciones los franceses perdieron el crédito y sus posesiones y la compañía fué espulsada ignominiosamente. Estallando después la guerra, los holandeses se hicieron dueños de Pondichery; y lo que es peor, los millares de corsarios lanzados de los puertos de Francia en barcos ingleses introducían tantas mercancías de Oriente, que éstas perdieron su valor en el mercado con detrimento de la compañía.

Con la paz se recobró á Pondichery; se fortificó y agrandó, y el director general trasladó allí su residencia. Aquella ciudad está situada en la posición más favorable para procurarse los diamantes de Golconda de Visapur, como también la seda, las especias, los perfumes de toda la costa de Coromandel y del golfo de Bengala: también recibe y trasmite con facilidad los cambios entre la Europa, la India y la Persia. Su comercio más activo era el de telas, que tejidas en Golconda, eran teñidas ó pintadas en Pondichery. Sin embargo, la compañía fué siempre declinando á pesar del favor del gobierno de que dependía; vióse reducida á ceder su privilegio á los armadores de Saint-Malo y no atrevióse á hacer el comercio en su nombre por temor de que sus acreedores se apoderasen de sus barcos. Reanimóse con una vida artificial, en tiempo de la aparición del famoso sistema de Law (4). Este rentista la reunió á la compañía del Misisipi; pero cuando se desvaneció aquel fantasma se encontró más empeñada. Se repuso algo con el ministerio del cardenal de Fleury, y sostuvo su dignidad con los pequeños príncipes de la India, entre los cuales tomó lugar Pondichery con derecho de acuñar moneda.

Los principales establecimientos franceses estaban entonces en la isla de Borbon y en la de Francia. La primera, descubierta en 1545 por el portugués Mascarenhas, fué ocupada en 1642 por los franceses de Madagascar bajo la administración de Pronis. Enviáronse entonces allí á los deportados, que se casaron con mujeres indígenas; otros también se refugiaron allí después de la matanza de Madagascar; y otros más cuando la revocación del edicto de Nantes: de esta manera se aumentó la población, florecieron las artes y se mejoraron las costumbres. En una posición muy saludable no impidió la estremada aridez del suelo el prosperar rápidamente el café, el que fué llevado en 1708, hasta el punto que produjo una octava parte más que en el Yemen y de calidad no muy inferior. Poirvé introdujo allí el clavo, el árbol del pan, la canela, la nuez moscada, además de los animales domésticos de Europa. Los colonos se portaron

con valor en la guerra de la India: pero contrajeron costumbres de lujo, y el uso que adoptaron de enviar á sus hijos á educarse á Europa, fué siempre en detrimento de la sencillez. En Borbon fué donde nacieron los dos poetas Antonio Bertin y Evaristo de Parny; Bernardino de Saint-Pierre colocó allí la escena de sus deliciosos idilios; la civilización no ha hecho aun progresos suficientes, y la antipatía entre los colonos subsiste más que nunca, sobre todo desde que el sistema general de las colonias ha consolidado la diversidad de derechos y marcado una línea que no se puede pasar.

**La Bourdonnais.**—La isla Mauricio, reina de las islas del Océano indio, es poco estensa; pero es preciosa por su madera de ébano. Descubierta también por Mascarenhas, fué después ocupada por los holandeses, que le dieron aquel nombre, abandonada luego en 1712 por la multitud de ratas. Los franceses comprendieron su importancia como puesto avanzado á la entrada del mar en la India, y se establecieron allí, asignándole el nombre de isla de Francia; trasladáronse también á ella criollos de la de Borbon y la hicieron floreciente. Abandonada después de las primeras experiencias, ocupada de nuevo en 1721, aun se trataba de evacuarla como onerosa, cuando Mahé de la Bourdonnais fué enviado allí en calidad de gobernador general, independiente del que residía en la isla de Borbon. Hombre capaz y activo, la sacó de su miserable estado. Fué el primero que imaginó armar buques aun en los mares de la India, disponiendo allí arsenales. Llamó á los negros de Madagascar, introdujo allí la industria y procuró trabajo, secundado poderosamente en aquella obra de civilización por los padres de San Lázaro, se hizo atribuir por la corte de Delhi el título de nabab, que desde la clase de comerciante le elevaba al nivel de los príncipes indígenas; sostuvo gloriosamente la guerra contra la Inglaterra (1746), y le arrebató á Madrás, su capital en aquellas comarcas (1748); desgraciadamente la envidia de Dupleix, gobernador de Pondichery, le castigó por su heroísmo (5); pero Dupleix se hizo perdonar esta bajeza por el valor con que emprendió establecer un gran imperio en las Indias; tarea en que prosiguió hasta el momento en que los ingleses, á quienes siempre había rechazado de Pondichery, consiguieron hacer llamar á aquel adversario temible, único que pudo poner freno á su ambición. De repente cayeron las vastas posesiones de Francia en poder de los ingleses, hasta el mismo Pondichery; fué devuelto dos años después (1761), pero desmantelado, y con la obliga-

(5) Encontróse en la Biblioteca Real, en la colección geográfica, el mapa que la Bourdonnais, prisionero en la Bastilla, hizo para su defensa, sirviéndose á falta de tinta, papel y pluma, de café molido, una moneda y un pedazo de mnselina. Hablaremos de él con más detalles en el libro XVIII.

(4) Véase nuestro libro XVII, cap. 2.

cion de sostenerle en aquel estado de nulidad en que se encuentra en el día.

De esta manera todos los pueblos que procedentes de Europa habian ido á establecerse en Asia, sucumbieron ante aquel que estaba destinado á fundar allí un imperio de mercaderes.

**Colonias inglesas.**—Las relaciones que la Inglaterra habia establecido por mediacion de Chanceller con la Moscovia, le hicieron conocer las ventajas que resultaban á ese pais del tráfico con la Persia y con Bukara: en su consecuencia concibió el deseo de ocupar las vias que conducian al corazon del Asia, siendo elegido para este efecto Antonio Jenkinson, viajero experimentado y valeroso (1546 72). A su partida de Moscou halló paises situados entre el Volga y el mar Caspio, desolados por la guerra civil, por la peste y por el hambre. Astrakan era una ciudad abierta, cuyos habitantes sólo se alimentaban de pescados secos, que tenian infestada la atmósfera. Habiéndose embarcado en el Volga penetró en el mar Caspio, pero en vez de encontrar comercio y dinero que ganar, sólo halló bandidos y poblaciones sin fe. Llegó, con unas caravanas á las tierras del sultan Timur, célebre bandido, de quien se garantizó yendo á implorar y á comprar su proteccion. Como no poseia Timur ni ciudades ni castillos, fué recibido por el kan en una choza formada de encañados cubiertos de fieltro. Después de veinte dias de viaje por un desierto completo en que sus compañeros y él se vieron obligados á comerse sus monturas, llegaron á la ciudad de Urienz. En todo el pais de los turcomanes que habian atravesado desde el mar Caspio, sólo habian encontrado gentes errantes bajo de tiendas, con sus caballos, camellos é inmensos rebaños, y en perpetua guerra unos con otros, indemnizándose de sus pérdidas despojando á los viajeros. Siguiendo entonces el Oxo, entraron en otro desierto y llegaron á la ciudad de Bukava empobrecido por las faltas del gobierno y por la religion, á pesar de que recibia las caravanas de la India, de Balkan y de Rusia, aunque con pocas mercancías. La guerra habia interrumpido las relaciones con el Catay y la Persia, que segun lo que Chanceller oyó decir, no valian mucho más que las de Tartaria.

A pesar de que sus descripciones rectificaron muchas ideas respecto á esos paises y disiparon las esperanzas de lucro que los ingleses habian fundado sobre su comercio, éstos continuaron comprando las especias á los venecianos; pero un buque veneciano de mil y cien toneladas que naufragó en 1587 en la isla de Wight, fué el último despachado en Inglaterra. Isabel obtuvo del gran señor los mismos privilegios que los venecianos, y desde entonces se hizo el tráfico directamente, á pesar de la envidia de los portugueses.

Sentianse ya los ingleses bastante fuertes para disputarles el mar, y el capitán Stephens fué el primero que se hizo á la vela para la India por el Cabo (1591), y después le siguieron Drak y Ca-

vendish, con buques muy pequeños, como no podian menos de serlo en un pais en que las expediciones se hacen por los particulares y no por el gobierno. Pero los numerosos barcos españoles y portugueses que capturaron en aquellos mares, determinaron al gobierno á formar establecimientos, concediendo Isabel una carta por la cual se institua el *Gobierno y la compañía de negociantes de Lóndres para el comercio con las Indias orientales* (15 de diciembre de 1600). La reina nombró gobernador á Tomás Smith y veinte y cuatro directores, dejando la eleccion del vice gobernador á la compañía, que debia nombrar enseguida, no sólo al gobernador sino tambien á todos los oficiales y diversos agentes, publicar órdenes, aplicar penas corporales, y la facultad de importar toda clase de producciones, hasta el completo de treinta y nueve mil libras esterlinas por año, y de introducir un valor igual en oro ó plata.

La primera expedicion, cuyo capital fué de siete mil libras esterlinas, la formaban cinco buques cargados de metales preciosos, hierro, estaño, telas, cuchillos, quincalla y cristaleria; de retorno traian pimienta y otras especias; las expediciones fueron generalmente felices, tanto en razon á los cargamentos capturados, como á las colonias que fundaron; pero hay exageracion evidente en decir que ascendió el beneficio en los trece primeros años á 132 por 100. En 1612 se hizo un tratado de amistad entre la Inglaterra y el Gran Mogol, por el cual se obtuvieron privilegios, formando la compañía establecimientos en Sumatra, Java, Borneo, Formosa, en la Cochinchina, Chusan, Macao y en la China (6).

**Adams.**—Guillermo Adams, uno de los muchos ingleses que servian de pilotos á los extranjeros, conducia una flota holandesa al mar Pacífico por el estrecho de Magallanes, cuando se vió obligado á arribar al Japon con sólo cinco hombres, resto de la tripulacion destruida por la tempestad y por el hambre. A pesar de la envidia de los portugueses y de la desconfianza con que se les oia decir que habian llegado por esta via nueva é incomprensible, lo acogió benévolaemente el rey del Japon y quiso que le enseñase las matemáticas y la construccion de buques, cosas que Adams sabia bastante mal, pero que se esforzaba en sacar de ellas el mejor partido. Sus servicios parecieron de tanto precio, que se le indemnizó de la prohibicion de volver á su patria otorgándole grandes dones. Encontró, sin embargo, medios para informar á sus compatriotas de las ventajas que ofrecia el pais. Fueron á él los ingleses, y como Adams hubiese conseguido poner en hostilidad á los portugueses y á los jesuitas, obtuvieron los ingleses con su ayuda una excelente acogida. Su capitán Sars no creyó útil, sin embargo, formar

(6) BRYAN EDWARDS.—*Historia civil y comercial de las colonias inglesas en las Indias orientales, 1793.*

establecimientos en esta parte. Entre tanto murió Adams y los ingleses tardaron mucho tiempo en dar la vuelta; pero como no pudieron negar que su rey estaba casado con una hija del rey de Portugal, el soberano del Japon prohibió para siempre á esta nacion la entrada en su pais.

Pero la compañía continuaba estendiéndose en las Molucas y en el continente, manifestando mucha dulzura con los naturales; mas cuando llegó á faltarle la proteccion de Isabel, le hicieron desocupar las Molucas los holandeses y le quitaron tambien á Amboina. No impidió esto que los ingleses se estableciesen en la tierra firme en Malipatnam, Delhi y Calcuta, y aunque contrariados siempre por los portugueses, se apoderaron á viva fuerza del mercado de Surate, que fué la principal estacion de su comercio en la costa occidental de la península, hasta que poseyeron á Bombay. Pero no se contentaron ya con factorias, sino que las convirtieron en plazas fuertes, poniendo en ellas guarniciones en lugar de mozos de cuerda; animados con el buen éxito, meditaron más vastos designios, pretendieron privilegios esclusivos en ciertos distritos y ocuparon diversos territorios. Para llevar á cabo su intento, se constituyeron en centro de los príncipes disgustados de la dominacion portuguesa, y con su asistencia consiguió el gran Shah-Abbas apoderarse de Ormuz (1623), destruyéndola y trasladando su comercio á Bender-Abassi, puerto situado enfrente de esta isla. Enseguida obtuvieron la autorizacion para construir el fuerte de San Jorge, y Madrás vino á ser en 1568 el principal sitio de la compañía.

Los holandeses redoblaron sus esfuerzos para librarse de esta competencia, durante una revolucion que tenia trastornada la Inglaterra y le impedía pensar en tan lejanos establecimientos. En tiempo de Cromwell fué derogado el privilegio de la compañía, y durante cuatro años de libre competencia, fué trasportada á las Indias una inmensa cantidad de mercancías (1661); pero el protector lo renovó enseguida, y luego lo confirmó Carlos II, confiriéndole además el derecho de hacer la paz y la guerra y de mandar á Inglaterra todo súbdito inglés que traficase en las Indias por su propia cuenta.

Pero el gobierno inglés, apremiado por la necesidad de dinero, contrató con otra nueva compañía un empréstito de dos millones de libras esterlinas, con un interés de ocho por ciento, concediéndole en cambio el mismo privilegio. La antigua compañía tuvo que combatir á la nueva con la intriga y con las armas, tanto en Europa como en el Asia. Los holandeses se aprovecharon de esta competencia hostil para arrojar de Butan á sus rivales, y pagaron al venal Carlos II porque impidiese un vigoroso esfuerzo que se disponia á hacer la antigua compañía de las Indias. Una serie de reveses sufridos por esta asociacion, desacreditada ya en la opinion, hacia esperar su próxima ruina, pero se reanimó de repente, uniéndose con la

nueva compañía (1702). Ocupó á Calcuta, la fortificó, y obtuvo de la corte de Dehli la soberania de treinta y siete aldeas situadas en los alrededores de esta ciudad. Entonces dieron principio las expediciones militares; el coronel Clive batió á los indígenas, y tomó á Bengala, Bahar y Orisa (1757-68). Todavía fueron más prósperos los sucesos durante el mando de Warren Hastings, y la compañía pudo sostener contra la Francia una guerra que costó á esta potencia todas sus posesiones, pero se gravó aquella con una deuda de novecientas mil libras esterlinas (1774-85). Los ingleses dominaron desde este momento en Bengala, en las dos costas del Malabar y del Coromandel, en el golfo Pérsico y en el Arábigo.

Aquí comienza esa grandeza colosal, cuyo desarrollo veremos después (7), que destruyendo el poder de los príncipes nacionales, sometió la India á la autoridad directa del extranjero, separó la administracion del pais de los intereses del comercio, y dió, en una época de civilizacion avanzada, el triste espectáculo de un despotismo egoísta, sin más objeto que el de explotar sin piedad la timidez de un pueblo ignorante y habituado á la obediencia.

Cuando se vió que llegaba la compañía á este grado de grandeza, se pensó en reformar sus estatutos, creándose en tiempo del ministro Pitt la *Oficina de exámen para los negocios de la India*. Esta comision, compuesta de seis miembros del ministerio, estuvo encargada de revisar todos los actos civiles y militares de la compañía, que conservó, no obstante, la soberania en cuanto á los negocios comerciales. Sus deudas crecian, sin embargo, en términos, que á fines del siglo pasado tenia un déficit de 1.319,000 libras esterlinas, y aun cuando la conquista de los Estados de Tipu-Saib y de otros príncipes, así como la toma de Delhi, hiciesen subir sus rentas territoriales de 8 á 15.000,000, se hallaba gravada en 1805 con una deuda de 2.269,000 libras esterlinas, que ha ido aumentándose en los años sucesivos.

Habiendo concluido el privilegio en 1814, se proclamó la libertad de comercio con la India, pero se conservó á la compañía, hasta 1831, el monopolio para la China y la dominacion de la India. En su consecuencia, todo el mundo pudo traficar en este último pais, con la condicion de no emplear buques menores de trescientas cincuenta toneladas, y de no hacer el cabotaje en la India, ó desde este pais á la China. Quedaron reservadas á la compañía las presidencias de Calcuta, Madrás, Bombay y el puerto de Pulo-Pinang. Su capital es de seis millones de libras esterlinas, cuyas acciones puede comparar cualquiera. Su dominio directo se estiende sobre ciento setenta y ocho mil leguas cuadradas, pobladas por ochenta y tres millones de habitantes, y además otros cua-

(7) En el Libro XVII.

renta millones de tributarios, que ocupan ciento sesenta y tres mil leguas de territorio, sin contar las conquistas al otro lado del Ganges, que suben quizá á veinte y cinco mil quinientas leguas cuadradas con trescientos mil habitantes. En 1830, contaba la compañía con doscientos veinte y tres mil cuatrocientos sesenta y seis hombres sobre las armas, de los cuales treinta y siete mil trescientos sesenta y seis eran europeos; y este ejército le costaba nueve millones y medio de libras esterlinas por año.

La patente de la compañía fué prolongada por veinte años en 1834; pero ya no constituye una sociedad de comercio, aunque todavía le queda el derecho de recaudar los impuestos y de regularizar las ventas: sus propiedades muebles han sido trasferidas á la Corona, sólo el usufructo es de la compañía hasta la estincion del privilegio.

Se censura á los ingleses la sed de sus conquistas; pero es necesario atribuirla en gran parte á la necesidad de conservarse, porque cada país sometido los pone en contacto con un nuevo enemigo. Emplean para combatir, los cipayos, excelentes soldados en su país, pero que fuera de él no valen nada, y que pereciendo entonces muchos sin provecho, atraen infinitos odios sobre la cabeza de los dominadores. Los ingleses quieren sacar partido de este inmenso imperio, y no pueden conseguirlo (desde la abolicion del monopolio) sino por medio del impuesto territorial, cuyo producto debería ser empleado en beneficio del país; pero se trabaja muy poco en mejorar su condicion. y sólo se abren caminos entre las principales estaciones militares. Los progresos de la civilizacion están abandonados, y se dejan destruir los pocos bienes que allí ha hecho. Muchas veces devora el hambre una comarca, vecina de otra en que hay que tirar los granos por falta de medios de transporte. La poblacion de la India inglesa pasa hoy de 240.000.000.

La dominacion inglesa no echa, pues, raices en el país, y no se necesita tener un talento superior para prever que vendrá por tierra á la primera sacudida ¿En provecho de quién? El porvenir nos lo dirá, pero no será ciertamente en el de los indígenas. Tal vez consigan los ingleses salvar á Ceilan, que es la isla más hermosa y fértil del mundo. Después de habérsela arrebatado á la Holanda (en 1795), consolidaron su posesion combatiendo los indígenas hasta 1814, en cuya época sometieron al rey de Candí, que era su principal adversario.

Por lo demás, ningun sitio se presta mejor que esta isla al establecimiento de colonias, porque reúne los frutos de todas las estaciones y de todos los climas, al mismo tiempo que está situada en la posicion más favorable para esportar sus productos, abundantes en extremo.

No abandonaremos los Estados europeos forma-

dos en el Asia, sin decir algunas palabras del comercio por tierra. Aun cuando llegaban por mar las mercancías que venian para Europa al través del Egipto, antes que se hubiese doblado el cabo de Buena-Esperanza, no por eso quedó completamente abandonado el comercio terrestre, pues las sederías de la Persia, y otras varias producciones, las llevaban á Smirna las caravanas; viaje penoso tanto por su distancia cuanto por las grandes contribuciones impuestas por los turcos, en razon de su enemidad religiosa con los persas. Federico III, duque de Holstein-Gottorp, trató de dar nueva direccion á este comercio estableciendo en Friedrischtadt, edificado sobre el Eider por algunos americanos fugitivos de Holanda, un depósito para las sedas, como lo era Amsterdam para las especias, debiendo ser aquéllas conducidas desde Persia á Astrakan, embarcadas allí en los rios de la Rusia, los cuales debian unirse entre sí, llegar por esta via á Arcangel, y dirigirse desde este puerto á la nueva ciudad.

Este proyecto, que ponía coto á las inmensas ganancias de los sunitas, debía lisonjear á los persas, y no menos á los moscovitas, á quienes ofrecía grandes ventajas. Federico no dudó un instante de su asentimiento, y en su consecuencia envió una solemne embajada á Moscou y á Ispahan, á cuyo frente iban el juriconsulto Felipe Crusius y Oton Bruggemann, negociante de Hamburgo y autor del proyecto (1634). Salieron de Gottorp con un séquito régio, y llegados á Moscou obtuvieron la aprobacion del czar Miguel II, Fedorowitz, con la condicion de darle anualmente seiscientos rixdales por los derechos de tránsito. Los embajadores se embarcaron entonces en el Moscowa, llegaron por el Oka y el Volga á Astrakan, y después de una larga navegacion en el mar Caspio, abordaron á Derbent, desde donde se dirigieron á Chamaky. Obligados á detenerse allí tres meses para esperar las órdenes del rey, volvieron á emprender el viaje, entrando en Ispahan el 13 de agosto de 1637. Pero el gobierno persa se negó á suscribir á la principal condicion, la de otorgar á los negociantes del duque el privilegio de esportacion, libre de derechos. Los embajadores regresaron á Moscou y desde allí á Gottorp. Entre tanto, la Suecia habia hecho proposiciones al czar para dirigir el comercio, no sobre Arcangel, sino sobre la Livonia. El príncipe ruso hizo velar en su consecuencia sus pretensiones respecto al duque de Holstein, que se vió precisado á renunciar á sus proyectos. Bruggemann ofreció un nuevo ejemplo del infortunio reservado á los autores de vastas concepciones; acusado de una malversacion de fondos, fué condenado al suplicio (1640), y todos los gastos hechos por Federico no dieron más resultado que el de dar á conocer mejor la Persia, por medio de los viajes publicados en aleman por Adan Olearius y Juan Alberto Mansdels.

## CAPÍTULO XVIII

### MISIONES EN ORIENTE

El sentimiento religioso no se separaba de las expediciones del siglo xvi, siendo el objeto principal de todos los viajes de descubrimientos, el de convertir los bárbaros é incrédulos. No dejaron de ir misioneros en los primeros buques que salieron de Ceuta para explorar el interior del Africa. A medida que se encontraba un país nuevo, se establecían en él, quedando solos muchas veces para arrostrar la barbarie de los salvajes, aguardando la muerte con resignación. Después de haber sido doblado el Cabo, apareció á la vista como un mundo nuevo, no habitado por hombres ignorantes y salvajes, sino ofreciendo una civilización diferente, con lo cual pareció abrirse una carrera magnífica al celo de los misioneros. Los jesuitas se lanzaron allí con preferencia, como que iban á encontrar países donde tenían que habérselas con hombres ilustrados, sostener discusiones y tratar con sacerdotes y con reyes. Salieron, pues, nuevos brazos de aquel gran río cuyo origen está en Roma, y uno bajó al Oriente, regando á Constantinopla, la Siria, la América desde la batería de Hudson, invadiendo el Canadá, la Luisiana, la California, las Antillas, la Guyana y el Paraguay, un tercer brazo regará las dos penínsulas indicadas, hasta Manila y las nuevas Filipinas, y el último irá á restaurar los viegos troncos de la civilización en la China, el Tonquin y el Japon.

**San Francisco Javier, 1506.**—El más notable de los misioneros en estos países, y en el que parece estar personificadas las obras de todos los demás, es Francisco Javier, nacido en España, de una familia noble. Conoció en París, donde hizo sus estudios, á Ignacio de Loyola, que le repetía con frecuencia: *¿De qué le sirve al hombre adquirir todo el mundo si pierde su alma?* Después de haberle mirado en un principio con desden, acabó por ser uno de sus más fervientes discípulos, y el

que más le ayudó á fundar la orden de los jesuitas (1534). Apenas tuvo noticia Juan III de Portugal de la primera constitución de estos religiosos y de su celo, les invitó á pasar á las Indias para verificar allí conversiones. Francisco volvió de Roma á España, y hasta sin ir á ver á sus parientes, puesto que tenía en adelante al universo por familia, fué á Portugal con Simon Rodriguez, y pronto fueron proclamados allí apóstoles por la admiración popular. Uno de ellos fué detenido en el reino, y Francisco se embarcó para las Indias con el título de legado apóstolico en la escuadra del virey Martin de Souto (1554); iba solo con el recurso de la caridad que se hace á los viajeros, á convertir un nuevo mundo, cuya lengua, costumbres, errores y hasta el nombre ignoraba. Así como los demás viajeros, nos ha dejado la relación de su expedición, donde se encuentran detalles llenos de interés (1).

Tenia por compañeros á los padres Pablo de Camerino, italiano, y á Francisco Mansilla, portugués, sin ningún criado, guisando por sí mismo sus alimentos, lavando su ropa y negándose á comer con el virey; se ocupaba sobre todo en cuidar las enfermedades que afligen al cuerpo en las largas

(1) Además de los historiadores, véanse las vidas de *san Francisco Javier*, especialmente á Tursellino (Roma 1594) que agregó después las cartas del santo, y la elegante *Historia da vida do P. Francisco de Xavier, composta pelo padre Joao de Lucena*. Lisboa, 1600.

PAOLINO DE SAN BARTOLOMÉ, *India Oriental cristiana*. DANIEL BARTOLÍ, *El Asia*. GONZALEZ DE AVILA, *Teatro eclesiástico de las Indias*. LUIS DE GUZMAN, *Historia de las misiones en las Indias orientales, la China y el Japon*.

Las obras históricas del jesuita Maffei y del obispo Osorio no son más que extractos de los escritos de Juan Barros, puestos en latín muy elegante.

travesías, y las no menos peligrosas que atacan al alma; inventaba medios de distracción para evitar el juego entre los marineros, y se aprovechaba de todas las ocasiones para hablarles de Dios. Encontró en la travesía por Mozambique, Melinda y Socotora, algunos vestigios de cristianismo mezclados á las doctrinas del islamismo; numerosos sectarios del magismo, pero idólatras en su mayor parte; algunos cristianos de santo Tomás, afectos á los errores de los nestorianos y dependientes del patriarca de Babilonia: en fin, los misioneros que habian ido con los primeros conquistadores, la mayor parte franciscanos, habian derramado el buen grano en aquellos parajes, pero habia sido poco fecundo. Goa fué erigida en arzobispado, cuyo primer prelado fué Juan de Albuquerque; Cochín y Malaca en obispado: después Meliapur y otras ciudades. Pero no habia en toda la India cuatro predicadores, y muchos de los que se habian unido al Evangelio lo habian abandonado después.

La primera dificultad para Javier consistia en convertir á los cristianos, que tanto allí como en las demás partes se abandonaban á los escesos de costumbre de los conquistadores. Enorgullecidos por la victoria, escitados por la seguridad de la impunidad á satisfacer sus pasiones, libres de las consideraciones á las cuales está uno obligado en su pais natal y en medio de los suyos, su avaricia y lujuria no conocian freno; vivian en concubinato público con las mujeres indígenas, hasta que disgustados de ellas, las vendian á otros; no contentos con el rico tráfico de los géneros, iban á caza de hombres, y se permitian toda especie de fraudes y trampas en los contratos. Ventilaban sus cuestiones á navajazos, y el que tenia dinero para comprar á los jueces, nada temia de los tribunales. Por dinero se toleraba hasta la idolatria y la persecucion de la ley de Cristo.

Arrojóse Javier en medio de aquel fango predicando en general, corrigiendo en particular. Mortificaba el orgullo de otros mendigando de puerta en puerta, desempeñaba en los hospitales las ocupaciones más penosas, dividiéndose entre los enfermos y los prisioneros. Recorria á Goa, ciudad corrompida, con la campanilla en la mano, exhortando á los padres á que enviasen á sus hijos al catecismo; después cuando los habia reunido, les enseñaba las alabanzas del Señor, en lugar de canciones lúbricas, y remediaba con santos preceptos los malos ejemplos domésticos. A veces penetraba en los nuevos palacios, donde se mezclaba á las conversaciones, tomaba asiento en los banquetes para templar la licencia; ponía paz en las casas y recordaba los principios de una buena educación. Otro tanto hizo en Malaca, lo mismo en Melinda, en todas las plazas fuertes y factorías; después en los barcos, en las galeras, no sintiendo gastar semanas enteras, si era preciso, para instruir á un simple soldado.

Se dedicó entonces á convertir á los infieles; é

informado primero de que habia en la costa del Malabar una poblacion ignorante y miserable, que vivia de la pesca de las perlas, se trasladó á aquella árida playa con su campanilla: adoptando allí su género de vida, durmiendo sólo algunas horas en sus pobres cabañas, hizo conversiones milagrosas. Durante quince meses fué su médico, su juez, su maestro de niños; pronto se colocó la cruz en gran número de casas, é ideas de esperanza y arrepentimiento reemplazaron á una brutal ignorancia. Habiendo pasado después al reino de Travancore, consiguió allí sólo, aunque de una raza odiosa ó sospechosa, en medio de idólatras ó doctores de una teología inesplicable, el bautizar en un mes á diez mil personas, y al mismo radjá, y ver las pagodas destruidas por los mismos que eran sus más celosos defensores. Resistió triunfante los anatemas de los bramines, los ataques de los guerreros; y habiéndose hecho traducir á aquella difícil lengua, la *Salve* y el *Confiteor*, y el persignarse, lo repetía á los niños exhortándoles á que lo enseñasen en su casa. Explicaba el *Credo*, componía catecismos; no se puede creer de otra manera los admirables resultados que obtenia, atribuyéndolo á milagros y al don de las lenguas.

Viendo que no podria bastar á tantas fatigas, se proponia volver á Europa para hacer un cargo á las universidades por tener *más ciencia que caridad*, y apelar á los ánimos, á que cesasen vanas cuestiones para unirse á la conquista de las almas. Enviáronse sin embargo otros jesuitas á Goa, donde se les confió un seminario bajo el nombre de *Padres de san Pablo*, dado á aquel establecimiento, y así fueron conocidos aquellos religiosos en las Indias. Javier les dió una regla; después se dedicó á recorrer las islas de aquel Océano, indignándose al ver que aquellas islas, á donde hubieran acudido en tropel, cualquiera que hubiera sido el peligro, si hubiesen contenido metales ó maderas preciosas, fueron abandonadas porque no habia más que almas que ganar. Sufrió en las Molucas, en Ternate y en Ceilan grandes contrariedades; pero fueron dulcificadas por los inefables consuelos de la gracia, cuyos tesoros caian sobre él con tal abundancia, que á veces le acontecia esclamar en sus solitarias meditaciones: *¡Basta, Señor, basta!*

Confesaba, no obstante, que en los peligros estremados la humanidad se desanima para dejar aparecer á la débil y frágil naturaleza; pero sabia vencerla, sabia desafiar el hambre, la desnudez, el veneno y el hierro de los asesinos. Tan intrépido bajo las sofocantes calmas de la línea como en medio de las horribles tempestades, de los ejércitos en batalla y de las erupciones de los volcanes, desafiaba al demonio, cuyas asechanzas y derrota veía, y mostraba de cuánto es capaz la preparacion de los largos martirios y la caridad.

Así era como Cristo, Mahoma, Confucio, Brahma y Budda se encontraban en presencia unos de otros á la estremidad de Oriente. Pero el islamismo estaba en decadencia; el brahamismo, aunque

introducido ya en las costumbres, había sido comovido por la reforma de Budda, que hallaba acogida hasta entre los indiferentes chinos. Los apóstoles de aquella doctrina, llamados bonzos por los portugueses, no sabemos porqué, tenían la reputación de ser hipócritas é impostores, de entregarse á buscar el brebaje de la inmortalidad y á otras supersticiones peores. Sea de esto lo que quiera, no cabe duda que llevaban una vida de contemplación ascética y de privaciones que no podían conciliarse con la actividad general de aquellas comarcas. Los mismos bramines se nos representan por los misioneros como hombres groseros, y tan distantes de practicar las antiguas austeridades, que hacían consistir sus dogmas en no matar terneras y mostrarse generosos con respecto á los bramines, proveyendo abundantemente al lujo de su mesa (2).

Los misioneros llevaban á los mismos lugares una fe pura y desinteresada con la integridad de costumbres que se hace honrar hasta de aquellos para quienes son más estraños. No iban como los mercaderes á buscar crecidos beneficios, ni conquistas como los capitanes; y su solo objeto al atravesar la mitad del mundo, era propagar la verdad. Además, una doctrina que elevaba á las almas hacía una cosa más alta que los intereses mundanos, que templaba los rigores de la servidumbre, debió también ser acogida con favor. Pero, por otra parte, tenía por adversario el interés de los mismos sacerdotes y doctores, cuya reputación y subsistencia dependía de la conservación de los antiguos ritos; sin contar el carácter de las poblaciones muy apegadas á sus costumbres nacionales y á la resistencia de los gobiernos, que fundadas en la religion y en las costumbres, temían cualquier innovación. Un obstáculo muy grave había en la ignorancia de la lengua. Era, pues, preciso hacer traducir los sermones por intérpretes que los escribían en caracteres latinos; y los misioneros los leían sin entender las palabras. Los errores, los contrasentidos, provocaban la risa y escitaban el orgulloso desprecio de las gentes acostumbradas á considerar como bárbaro á todo lo que es extranjero. Añádase á esto la ignorancia de los usos y costumbres sobre las cuales estos pueblos son tan susceptibles. Parecía, además, como lo hacen notar los misioneros, que el demonio había preparado allí una parodia de la religion cristiana, con encarnaciones de la divinidad, con

Sakia, nacido de una vírgen, circuncidado, presentado al templo, tentado por el diablo, muerto para rescatar el pecado; con una gerarquía dependiente de un pontífice supremo, con una especie de confesion y misa, y conventos y abstinencias.

A pesar de todos estos obstáculos, proseguía Javier su tarea con éxito, y dejaba por todas partes traducciones de nuestros libros santos (3). Sin embargo, sus deseos se dirigian siempre hacia aquella China de la que no se hablaba sino con admiración, y donde pensaba encontrar la cuna de las doctrinas que combatía en Oriente. Pero ¿cómo franquear las barreras que una envidiosa desconfianza oponía á los extranjeros? Entretanto que la ocasión se ofrecía, partió para el Japon (1549), después de haber animado su valor y fé con penitencias más rigurosas, y haberse acercado al Criador en las meditaciones de la soledad. «No sabré deciros, escribe, con qué alegría emprendo este largo viaje. Es peligroso, se considera como feliz la flota que de cuatro barcos salva uno. Sin embargo, no huiré del peligro, uno de los mayores que he afrontado en mi vida. Nuestro Señor me ha revelado cuán rica cosecha dará aquel país á la sombra de la cruz que vamos á plantar allí.»

Por uno de aquellos prodigios que el cristiano fervoroso esplica con la ayuda de la fé, y el escéptico por la pasión, bastaron algunas semanas á Javier para aprender la lengua tan difícil del país. Los unos, encenagados en los deleites, rechazaban al predicador á pedradas; otros se admiraban de ver aquel bonzo extranjero querer reducirlos á un solo Dios y á una sola mujer; algunos le llenaban de preguntas sobre los astros, los eclipses, el pecado, la gracia, la inmortalidad, y le hacían objeciones tan sutiles, que parecía que el mismo diablo discutía bajo sus formas. Javier comenzó, sin embargo, á obtener resultados entre los japoneses. Estableció la primera iglesia en la isla de Kiusiu y llegó á convertir á varios príncipes, cuyo ejemplo fué imitado por otros de las cercanías; siendo tal su apresuramiento, que dicen los misioneros, que parecía que querían ganar el cielo por fuerza. Permaneció Javier en el Japon dos años y medio (1551); dejando después allí algunos jesuitas, volvió á la India, donde encontró el cristianismo floreciente, gracias á los trabajos de los padres Barza, Heredia y otros. Su reputación resonaba por los países comprendidos entre el Indo y el mar Amarillo: parece que se vió renovar en su persona alguna de las manifestaciones (*avatar*) de que hablan sus libros sagrados los Vedas; no había prodigio que no se contase del misionero: hablaba todos los idiomas, se había encontrado en un mismo momento en lugares diferentes, curaba á los en-

(2) *Christianorum vicos circumiens, per brachmanum ades transire soleo; at mihi nuper ussuenit ut pagodem ingressus, ubi erant brachmanes, verbis ultro citroque habitis, quasi quid ipsis sui dñi præciperent ad beatam vitam. Longum certamen... Demum, communi consensu, res ad unum ex iis qui ceteros etate anteibat, relata est. Tum ille respondit, deos iis qui ad ipsos ire vellent, duo imperare: 1.º ut abstinerent cædè vacarum, quarum specie dñi colerentur: 2.º ut brachmanibus deorum cultoribus benigne fuerunt.* FR, XAVIERI, lib. I, ep. 8.

(3) *Diversor in valetudinario... inde in custodiam ad victos me confero... in oppidis pagisque singulis christianam institutionem ipsorum lingua conscriptam relinquo.* Lib. I, ep. 1 et 8.

fermos, resucitaba á los muertos y mandaba á los espíritus invisibles.

Se preparaba, sin embargo, á hacer el viaje á la China, esforzándose en persuadir al gobernador de Malaca que le enviase allí como embajador; pero á su negativa acompañada de burlas, Javier hizo presente su calidad de nuncio apostólico, que habia tenido secreta hasta entonces, y después de haberle escomulgado se embarcó como simple particular. Sabia que el barco le conduciría á una prision; pero en la prision encontraria, sin duda, chinos que convertir; y una vez echada la simiente, dejaria á la Providencia el cuidado de fecundarla. No pudo realizarse su esperanza, porque la muerte le sorprendió á la vista de las costas de la China, como á Moisés á orillas de la tierra prometida (3 diciembre de 1552). Los prodigios que acompañaron á su muerte, y la traslacion de su cadáver, que no se corrompió, aumentaron el número de los nuevos prosélitos, como tambien la veneracion hácia el apóstol de las Indias, de las que fué después declarado patrono Javier (1747).

Este fué para los misioneros un estimulante más: de las Filipinas, de Macao, sobre todo de Goa, Roma de las Indias en la que ya se contaban en 1565 trescientos mil cristianos nuevos, llegaban sin cesar al Japon donde se ganaban la estimacion, por una virtud amable, la majestad pomposa de las ceremonias, su celo en asistir á los pobres y á los enfermos. Varios japoneses instruidos por los jesuitas fueron recibidos en su sociedad, y llegaron á ser misioneros no menos celosos y más eficaces. Habiéndose estendido la fe entre los príncipes, las prácticas religiosas se observaban con gran austeridad; además, como los obreros eran poco numerosos en esta fértil viña, los legos suplían á falta de eclesiásticos. Así las cosas, los reyes de Bungo y de Arima, como tambien el príncipe de Omura, resolvieron enviar una embajada á Roma gara tributar homenaje al vicario de Cristo y pedirle sacerdotes. Personajes de elevada categoria, elegidos al efecto, marcharon acompañados de algunos misioneros. Pasaron á Macao y á Goa, y llegaron á Lisboa, donde el rey Felipe los recibió de pié y los abrazó, en testimonio de su alta estimacion hácia los príncipes. Fué á visitarlos en persona, y mandó se les tributasen honores en todos los países de su dependencia que atravesasen para ir á Roma. Allí los acogió Gregorio XIII con solemnidad (1585), en pleno consistorio, en la sala real, en medio del brillo que afecta tanto en las ceremonias romanas; y enterrecido hasta derramar lágrimas, exclamó: *¡Señor, llama ahora á vos mi alma, puesto que mis ojos han visto la salvacion!* En efecto, pronto murió; y habiéndole sucedido Sixto Quinto, no hubo honores que no tributase á aquellos embajadores. Los admitió á besarle el pié delante de tres cardenales, quiso que desempeñasen en su coronacion las funciones más solicitadas, como era llevar el palio, verter el agua en las manos, tenerle la brida de su pala-

fren; los condecoró con la Espuela de Oro, les hizo adjudicar el título de patricios romanos por el pueblo y el senado; dijo para ellos una misa particular, en la que les dió la comunion por su mano, los recibió además á su mesa, donde fueron tratados espléndidamente. Atravesaron cargados de regalos la Italia y la España por medio de una fiesta perpétua; y Felipe los despidió para el Japon con grandes dones, adonde llegaron, no sin haber corrido grandes peligros, ocho años después de su partida.

La conversion de algunos sábios producía aun mayor sensacion que la de los mismos príncipes: tal fué entre otras la de un tal Dosam, citado entre los mayores pensadores, quien cedió á las razones de los misioneros. Así era que en las reuniones de aquellos insulares, llenos de amor propio, se oía repetir por todas partes: *Dosam se ha hecho cristiano; el sábio que todo lo sabe no ha encontrado religion mejor que la fe cristiana;* y muchos de ellos se convertian por este motivo. Los misioneros no se cansan de hablar de los actos generosos de los convertidos y de los apóstoles en medio de una nacion tan inteligente; pero pronto no tuvieron ya que contar más que la ferocidad de los insulares en el arte de dar tormento, y la constancia de sus víctimas en sufrir.

Los religiosos agustinos fueron los primeros que llegaron á las Filipinas. Se vieron obligados á proceder de diferente manera con la clase dominante que habitaba á lo largo de las costas, donde se habia civilizado, y con los negrillos y los ilanos, poblaciones bárbaras en lo interior del país que adoraban toscos ídolos. Llegaron en 1577 diez y siete franciscanos bajo la direccion de Fr. Pedro de Alfaro; después arribó Diego de Salazar, nombrado obispo de Manila, con tres dominicos, cinco franciscanos y tres jesuitas. El número de los fieles fué bastante considerable para que se pudiese establecer un arzobispado en Manila, y obispos en Cáceres, la Nueva Segovia y Zebú. Contábanse en aquellas diócesis, á principios del siglo pasado, un millon de almas repartidas en setecientas ú ochocientas doctrinas; y al fin del siglo el número se habia casi duplicado. Los jesuitas portugueses hicieron mucho en las Molucas desde 1540, y tuvieron mucho que sufrir; pero fueron perturbados en su tarea por la conquista de los holandeses.

El nombre de las islas de los Ladrones, dado á las Marianas por los primeros navegantes que las descubrieron (1660), prevenia desfavorablemente contra ellas. Cuando el jesuita Jacobo Ladoo, de Sanvitores, arribó allí, encontró á los naturales buenos y dóciles, y se propuso convertirlos. Negándose á escucharle el gobernador de Filipinas, se dirigió directamente al rey de España, y sustituyó en honor de la reina, su mujer, el nombre de Mariana al que se le haba antes asignado. Trasládose con otros frailes lleno de celo á Guaan, donde convirtió al jefe Chipoa, y fundó una iglesia en Agaña. El mismo cantaba y bailaba con los insu-

lares, para amoldarse á su gusto apasionado por aquellos ejercicios, y ponía la doctrina cristiana en canciones: así era que aquéllos decían *buen Jesus*, porque el padre que las predicaba se mostraba lleno de bondad.

Pero los bonzos no dejaban de enseñar en sentido contrario; los privilegiados consideraron como una cosa indigna de ellos estar obligados á mezclarse para el bautismo y la comunión á la casta despreciada; chinos que estendian el budismo en aquellos parajes, consiguieron escitar sublevaciones, en las cuales Sanvitores, el padre Medina y otros perdieron la vida (1672). Su obra fué continuada por don José de Quiroga y Losada, que supo hacer que volviese la isla á mejores disposiciones, y restableció allí el orden, de tal manera, que el gobernador Saravia pudo establecer una administración é introducir la industria. Los naturales se insurreccionaron varias veces contra los dominadores; pero Saravia los domó con las armas, y los misioneros con la palabra. Pasaron desde allí á las Carolinas, aun menos conocidas, y á su cabeza el padre Bobadilla, que habia sido mandado para explorarlas; pero no consiguieron más que el martirio.

Los kanes del Mogol estaban aun indecisos sobre la religion que adoptarían; en su consecuencia, el gran Mogol Akbar I escribió en 1582 al rey de Portugal para pedirle una traducción de la Biblia al árabe ó al persa, con algunos doctores para explicarla. Trece años después (1595), envió á pedir sacerdotes al virey Alburquerque, quien le mandó á Gerónimo Javier, pariente de San Francisco, con otros dos jesuitas. Akbar los recibió con honor, les dió una iglesia, y las rebeliones de los musulmanes le hicieron favorable á los cristianos; de tal manera, que en el año 1599 la fiesta de Navidad fué celebrada solemnemente en Lahor. Javier fué además encargado de escribir dos obras en persa, que fueron la *Historia de Jesus* y el *Espejo de la verdad*. La lectura del primero de estos libros afectó á Akbar; un persa de Ispahan opuso al otro el *Brunidor del Espejo*, donde tachaba de idolatría las prácticas y las doctrinas del cristianismo. La congregación de la propaganda encargó al franciscano Felipe Guadañoli contestara á él, lo que hizo con la *Apología pro christiana religione* (1631), obra muy poco concluyente para musulmanes, en atención á que sólo se funda en la autoridad de los papas y de los concilios. Después de la muerte de Akbar (1621), tres príncipes de la familia imperial recibieron el bautismo; fundóse un colegio en Agra y una sucursal en Patna: hermosas esperanzas de frutos que no debían llegar á madurez.

Otros misioneros habian trabajado con éxito en el reino de Madura, en el centro de la India meridional. En las costas del Malabar, los jesuitas Desideri y Freyre concibieron el pensamiento de adelantar sus incursiones más allá del Cáucaso y hasta el Tíbet después de haber atravesado el im-

perio mogol y sus montañas, de las cuales la menos elevada escende á la más alta cima de la Europa, espuestas unas veces al intenso calor de los valles y al frío fuerte de las nevadas cimas, se dedicaron á combatir en las comarcas del Boutan la metempsícosis y la poligamia. Llegados á Lassa, fueron bien acogidos por el príncipe y concibieron esperanzas que no se realizaron. Aunque á veces se alaban los resultados de las misiones católicas, de las escuelas luteranas ó anabaptistas en el Indostan, en realidad producen poco. En vano la astucia y la espada de los ingleses han abierto aquellas vastas regiones, llamadas en otro tiempo imperio del Gran Mogol: una población miserable pide allí pan á los que quieren llevarle la instrucción. Una nobleza orgullosa opone á las predicaciones sus ritos más antiguos que los nuestros, sus abstinencias más rigurosas, y una moral extremadamente pura, aunque no observada. Además, ocupados los ingleses ante todo en el cuidado de conservar aquel manantial de su poder, no sólo soportan bajo el nombre de tolerancia religiosa las fomentan, asisten al sacrificio de las miserables supersticiones del país, sino que las viudas (*suti*), que se inmolan en la hoguera de su marido, imponen una contribución sobre las peregrinaciones á Jagrenat, abren con la salva de sus cañones las fiestas de Durga y de Kali, fiestas manchadas con locuras fanáticas.

A fines del año 1600, se trató de enviar gran número de misioneros á Oriente, y los franceses insistieron sobre todo en que se ordenasen sacerdotes á los naturales. Se hizo marchar al efecto á tres obispos, Francisco Pallu, Lamberto la Motte é Ignacio Cotolendy, repartiéndose titularmente entre ellos el Asia oriental. Establecieron en Siam un seminario, de donde sacaron sugetos para ejercer el apostolado en la China y en los otros países más remotos del Asia. Se lisonjearon en aquel momento de convertir al rey de Siam Schau-Naraya, pero concluyeron por reconocer que no habia en él más que indiferencia. Cierta que envió embajadores á Francia y que Luis XIV le mandó por su parte al caballero de Chaumont, quien llevó consigo al abate de Choisy y á varios jesuitas; pero la tan deseada conversión no pudo obtenerse; después los misioneros experimentaron en tiempo de la revolución de 1766 una terrible persecución, y fueron espulsados enteramente.

La congregación de las misiones establecida en Francia por San Vicente de Paul, se dedicó á su obra en la insalubre Madagascar, donde los misioneros eran mártires del clima, después de haber tenido que sufrir cruelmente en la travesía tempestades y calmas, sin que su ejemplo desanimase á los que iban á reemplazarles. El padre Bourdaise, entre otros, instruyó y bautizó á muchos indígenas; pero las esperanzas concebidas se desvanecieron cuando la destrucción de la colonia.

No hay, pues, país donde no haya resonado la voz de los misioneros: «Mares, tempestades, hielos

del Polo, dice Chateaubriand, ardores del trópico, nada les detiene; viven con el esquimal sobre cueros de toro marino; se alimentan de aceite de ballena con el groenlandés; pasan con el tártaro y el iroqués inmensas soledades, montan sobre dromedarios del árabe, siguen al cafre errante por en medio de sus abrasadores desiertos; el chino, el japonés y el indio son sus neófitos; no hay roca del Océano que escape á su celo: y así como en otro tiem-

po faltaban reinos á la ambicion de Alejandro, falta tierra á su caridad. ¡Y á cuántos piadosos engaños, á cuántas santas astucias no se ve forzado á recurrir el misionero, para anunciar á los hombres la verdad! En Madura adopta el traje del penitente indio, y se sujeta á sus costumbres y austeridades repugnantes ó pueriles; en China se convierte en mandarin, en letrado y en astrónomo; en cazador y en salvaje entre los iroqueses.»

## CAPÍTULO XIX

### EL JAPON.

Al llegar aquí, los pasos de los mercaderes europeos y de los misioneros nos hacen dirigir nuestra vista hácia los pueblos de las estremidades de Oriente, cuyas relaciones de amistad ó de hostilidad con Europa datan de aquella época.

No tiene rival en el mundo el archipiélago más oriental del Asia, que se extiende entre los 126 y 148 grados de longitud oriental, y sube desde los veinte y nueve á los cuarenta y siete de latitud. Nosotros lo llamamos Japon, y los naturales, *Ni-fon*, por el nombre de la isla principal que significa *base del fuego* (*Ni pon*), lugar de donde el sol se levanta. Esta y las otras de Kiusiú y de Sikokf, en medio y al rededor de las cuales están esparcidas multitud de islas menores, forman el imperio del Japon. Los antiguos no lo conocian, y Marco Polo habló de él, llamándole *Xipango*; después, á mediados del siglo xvi, tres portugueses arrojados á sus costas por la tempestad, lo descubrieron, no tardando los mercaderes en establecer allí bancos de comercio, y los misioneros en llevar las artes y la religion (1).

El mar que circunda al Japon es peligroso, el acceso difícil á causa de los muchos escollos, el cli-

ma agradable. La isla principal, sembrada de cráteres y conmovida por frecuentes temblores de tierra, abunda en manantiales que alimentan una robusta vegetacion. El té crece allí sin necesidad de cultivo; los bambúes adquieren un tamaño gigantesco en las cañadas; la pimienta negra, el azúcar, el algodón, el añil, el jengibre, el laurel indio, el árbol del alcanfor y del barniz, alternan con el alerce, el ciprés y el sauce lloron de los climas templados. La estacion cálida es interrumpida por frecuentes huracanes; enseguida las lluvias se suceden durante algunos meses, cambiándose luego en nieves. Las entrañas de la tierra son tan pródigas en oro y plata, que para que no desmerezcan estos metales se ha limitado su excavacion: allí se usa el cobre en vez de hierro, y se obtiene con abundancia mercurio, azufre, betun y carbon fósil.

Mientras el buzo arranca de los abismos del mar la *madre perla más hermosa de Anfitrite*, millones de campesinos cuidan de que no quede sin cultivo un palmo de tierra, crian el gusano de seda y trabajan los estambres. Hay pocos caballos, y estos pequeños; el jabalí y la cabra están desterrados de su territorio, como perniciosos á la agricultura; el carnero es supérfluo, por la abundancia de la seda, y ayudan al labrador ciertas vacas pequeñas y búfalos gibosos. Un rey, llevado de su gusto particular, introdujo allí una inmensa cantidad de perros. Veneran la grulla, como anuncio de felices auspicios, y la pintan en las murallas, en los templos, en el palacio. Las damas aprecian mucho la mosca nocturna, mariposa de elegantísimas alas matizadas de azul y de oro, de la cual (segun cantan sus poetas) se prendan todos los insectos nocturnos y la requieren de amores: ella, para librarse de sus importunidades, los envia á buscarle fuego, y los insectos dan vueltas en torno de la luz, hasta que al cabo se consumen.

(1) KAMPFER, *Historia del Japon*, en aleman.

CHARLEVOIS, *Hist. du Japon*.

*Brevis Japonia insulae descriptio, ac rerum a patribus Societatis Jesu gestarum succincta narratio*. Colonia 1580.

Cartas del Japon y de la China en 1589-90, escritas al rev. vic. general de la C. de J. de Roma, 1591.

Actualmente se está publicando un *Viaje al Japon hecho durante los años 1823 á 1830, ó descripcion física, geográfica é histórica del imperio japonés, de Jeso, de las islas Kuriles meridionales, de Kratto, de la Corea, de las islas Liu-kin, etc.*, de PH. FR. SIEBOLD, con explicaciones del señor Hoffman sobre cuanto pertenece á la historia y á las relaciones de la China.

El pueblo numerosísimo (2), bello, ágil y vigoroso, de color aceitunado, estatura menos que mediana, cabeza ancha, cuello corto, nariz chata, rostro mal proporcionado y sin pelo de barba, ojos más oblongos que en ninguna otra raza y protegidos por cejas espesas y altas, parece una mezcla de chinos y manchúes; pero su idioma conserva pocas voces chinas y menos aun manchúes ni tártaras; no es monosilabo, y tiene sintaxis y conjugación originales. En otro sitio hemos hablado de su escritura (3). Seis siglos antes de Jesucristo esculpian las monedas del Imperio y las genealogías de las familias principales; pero hasta 1206 no introdujeron la imprenta para los libros buddistas. Rivalizan con los chinos en el arte de representar los objetos naturales; los superan en dar a la porcelana la forma de vasos desmesurados, y en templar el acero.

Por miedo á los frecuentes temblores de tierra, construyen las casas de un solo piso, formando la armazon de vigas de cedro y paredes de tablas barnizadas de un blanquísimo esmalte. Visten sedas de colores claros, con flores y arabescos, y fabrican por sí mismos las telas y los adornos. Se raen la mitad de la cabeza, reúnen los cabellos restantes en la coronilla, y cuando van de viaje se envuelven en grandes hojas untadas de aceite, sin soltar nunca el abanico: su aseo es tal, que les mueve el estómago la poca limpieza de los europeos. Al saludar, se inclinan repetidas veces hasta el suelo; si se les injuria, no responden una palabra; pero su cuchillo se encarga de vengar la afrenta cuando menos se espera.

Acostumbran como los chinos, visitar los sepulcros, y son usos comunes de ambas naciones la fiesta de las linternas, los recursos dramáticos y las danzas voluptuosas. Tienen una sola mujer y muchas concubinas, que no celan tan cuidadosamente. Para casarse, la esposa, de pié junto al altar enciende una luz, y en ella el novio enciende otra; después ella arroja al fuego los juguetes de su infancia. Las casadas creen que las hermosa arrancarse las cejas y teñirse los dientes de un negro brillante. Cuando se les repudia, deben llevar la cabeza rapada. La prostitucion tiene algo de religiosa, desde que el último pontífice soberano se ahogó, huyendo del kubo, y las mujeres que componian su corte, quedándose sin pan, lo ganaron por medio de aquel torpe tráfico.

Segun parece, la China, por los tiempos en que se constituyó en monarquía, redujo el Japon á ser colonia suya, y asociando los japoneses su civilizacion primitiva con la que les llevaron los chinos, su impetuosa ferocidad con la mansedumbre de éstos, su lengua polisilaba con la monosilábica de la China, las palabras indígenas con la construc-

cion extranjera, y con la declinacion al estilo de los tartaros, resultó una mezcla que hace aparecer aun más extraño á aquel pueblo, que lo era ya en extremo por sus dos idiomas, uno reservado para la política, las leyes, la religion, la literatura, las ciencias, y el otro destinado á los diferentes oficios y á los usos populares; por sus dos constituciones, con la potestad eclesiástica al lado de la temporal; por el pundonor, aun más sutil que en nuestros duelos, pues un japonés que ha sido ultrajado desafia á su enemigo á destrozarse el vientre al mismo tiempo que él.

Aunque estacionarios como los chinos, son más robustos, tienen un ingenio más agudo y vivo, gran corazon y más disposicion para la libertad civil. Pero como pesa sobre ellos una servidumbre absoluta, su misma energía los ha arrastrado al delito, de suerte que con dificultad se hallará un pueblo más atroz en sus venganzas y más facineroso. Se han dictado leyes sanguinarias á fin de reprimirlo, y las acciones están todas ajustadas á reglas severas: de cada cinco jefes de familia, uno ejerce el cargo de magistrado respecto de los demás; la familia entera es castigada por el delito de uno de sus individuos, y especialmente las mujeres por el que cometan sus maridos: todo está dispuesto de una manera propia para excitar aquella recíproca desconfianza, que es el peor y más necesario arreo de la tiranía, y que la perpetúa.

Empieza la historia del Japon por los siete grandes espíritus celestes (*sen-sinsita-dei*) que reinaron millones de años: el último tuvo amores con una mujer, de la cual nacieron los únicos grandes dioses terrestres (*Dsia-im-goodai*). Seiscientos sesenta años antes de Jesucristo se presentó en el país Sinmu, el guerrero divino, con la cabeza de buey, que ocupó el trono á los setenta y ocho años, y reinó otros tantos: en él principia la era de los japoneses, llamada *Nin-o*.

Su nombre indica que era extranjero, siendo probable que emigrara de la China, mientras que luchaban allí las sectas en tiempo de Cheu. Determinó la duracion del año, dividido segun las lunas, de modo que unas veces empieza en febrero, otras en marzo, y se intercalan siete meses cada diez y nueve años; dió leyes y comenzó la serie de los dairs ó emperadores religiosos, que duraron hasta 1585 mirados por los súbditos como dioses en autoridad y poder. El dairi seria profanado si tocase con los piés el suelo, por lo cual los nobles le llevan sobre sus hombros; el aire exterior no debe refrescar su rostro, ni el sol ofender con los rayos su sagrada majestad. No le han de servir dos veces los mismos vestidos, muebles y vasos; se reputaria sacrilegio cortarle los cabellos ó las uñas mientras está despierto; además, hubo tiempo en que debia permanecer todas las mañanas algunas horas inmóvil en el trono, con la diadema puesta creyéndose esto necesario para la paz, hasta que se libró de tal molestia, atribuyendo el mismo efecto á la corona, colocada en el asiento imperial; y á la verdad, en

(2) Kœmpfer contaba allí 13,000 ciudades y 909,858 aldeas, con poblacion que iguala á la de la Francia.

(3) Tom. II, pág. 138.

el mundo la corona sola bastaría frecuentemente para hacer lo propio que el que la ceñía. Una vez muerto, los ministros le destinaban por sucesor al más próximo heredero, cualquiera que fuere su edad ó sexo.

La historia del Japon, desde 660 antes de Jesucristo hasta el año 400 de la era vulgar, menciona apenas diez y siete emperadores, todos oriundos de un mismo tronco, y poquísimos sucesos. Uno es la guerra de los Yet y de los Go; otro una erupción volcánica que en el término de una noche formó el gran lago de Biwa-noumi. Se hizo creer á Tsin-schi-uang-tí, emperador de la China, que crecía en el Japon la yerba de la inmortalidad, y que para cogerla se necesitaban trescientos pares de jóvenes. El astuto médico, habiendo conseguido que se pusiese á sus órdenes este número de individuos, se valió de ellos para establecerse en el Japon. Singu-Kogu, primera emperatriz que ocupó aquel trono, trató de conquistar la Corea, guiando por sí la expedición, que fué afortunada en gran parte. Creó las postas en su imperio. Su hijo y sucesor Oosin fué venerado después de morir, con el título de Fatsman, como dios de la guerra. Ninto-Ku, hijo de Oosin y décimo séptimo dairi, que vivió ciento setenta años y reinó ochenta y siete, es el último emperador fabuloso de su historia. En 799 los manchúes, habiendo intentado ocupar el país, fueron rechazados: en 1281 los mogoles, después de conquistar la China, embarcaron contra el Japon cien mil guerreros en novecientos buques que suministró la Corea; pero una tempestad excitada por los dioses los dispersó.

En lo tocante á las creencias, se dividen en tres sectas principales: los adoradores de los ídolos nacionales antiguos; los Sinto ó moralistas que profesan un deísmo parecido al de los letrados chinos, y desprecian los demás cultos; por último, los Budzos, precedentes del buddismo. Los Sinto adoran á un Dios supremo, que demasiado elevado para cuidar de las cosas de este mundo, las abandona á divinidades inferiores. Entre estas la principal es la diosa Tensio-dai-sin, á quien nadie puede dirigir sus súplicas sino por el intermedio de los Siu-go-sin, divinidades tutelares. Sus templos son habitaciones y galerías formadas de bien entendidos tabiques removibles, con esteras de paja en el pavimento, donde ponerse en cuclillas: no se ve allí ninguna imagen del Dios supremo, sino algunas figuras de los dioses menores. En medio del templo hay un espejo, y todas las fiestas son alegres, cual conviene á númenes dispensadores del bien. Creen que las almas de los buenos suben á regiones luminosas, próximas al empireo, y que las de los malvados vagan por los espacios aéreos hasta cumplir la expiación: aborrecen la sangre y la carne de los animales, y no tocarían un cadáver por nada del mundo.

Los budzos son en el fondo buddistas, que pasaron allí desde la Corea en 543 después de Cris-

to; pero tienen máximas y ceremonias especiales mezcladas de tal suerte, que con dificultad pueden separarse los dogmas. Se les atribuye el culto de Amida y Saquia, dispensadores de una larga vida y de todos los bienes, no acabando nunca de contar sus prodigios. A imitación suya, creen obra meritoria quitarse la vida, por lo cual son allí frecuentes los sacrificios voluntarios que hemos visto ensangrentar las fiestas de la India. Los devotos de Saquia las más de las veces se ahogan después de despedirse solemnemente de sus padres y amigos, que los acompañan al lago fatal; los de Amida se dejan morir de hambre, haciéndose emparejar en un estrechísimo espacio con un solo agujero, por el cual conservan el aliento.

Más moderno es Cambadoxi, bonzo elevado á la categoría de dios, al que atribuyen la invención del alfabeto silábico. Las distintas sectas rinden culto á otros héroes también divinizados; pero convienen en los cinco preceptos siguientes: no matar á ningun ser viviente, no comer lo que se mata, no robar, no fornicar, no mentir y no beber vino. Los religiosos maceran su cuerpo con penitencias austerísimas, é inspiran temor al pecado pintando las penas del infierno, ya por medio de palabras, ya por medio de horribles figuras, que entristecen los templos y las calles. Las ciudades, las aldeas y los desiertos están llenos de templos y monasterios; en algunos viven hasta mil monges regulares; al paso que los bonzos seculares habitan en las casas, todos dependientes de sus pontífices. En el templo de Cano, hijo de Amida, el dios está representado en mil estatuas con varias actitudes; en otro, este número asciende á treinta y tres mil trescientos treinta y tres. Uno de los sesenta templos que hay en Meaco, igual en longitud á la catedral de Milan, es de piedra, y está construido en la cima de una montaña, adonde se sube por un camino adornado de columnas á cada diez pasos, con faroles colgados de una á otra; allí está la estatua de Daibut, esto es, del gran Budda, sentado en una flor de loto. Antes era de bronce dorado; pero habiéndola echado á perder el terremoto de 1662, se sustituyó en su lugar una de madera de ochenta y tres pies de altura, cubierta de papel dorado.

La cabeza de uno de aquellos ídolos es tal, que caben en ella quince hombres, y está colocado en un trono de 70 piés de alto y 80 de ancho. Cerca de él se ve la campana mayor del mundo, que tiene más de diez y siete pies de altura y pesa 2,000,000 de libras holandesas. Al templo de Cubuco se llega por tres patios con pórticos de columnas, construidos uno sobre otro: subiendo al segundo por una magnífica escalera, se encuentran dos figuras gigantes en acto de guardar la entrada; en la grade-ria que conduce al templo hay dos leones de enorme tamaño; en lo interior se ve la estatua de Saquia, con dos de sus hijos sentados junto á ella, y setenta columnas de cedro de un espesor portentoso, cada una de las cuales costó 5,000 ducados. El monasterio anexo tiene 780 celdas, una riquí-

sima biblioteca, y todas las comodidades con espléndida elegancia (4).

Constituye el símbolo de la divinidad una tira de papel atada á bastones de caña del Japon, y se ve, no sólo en los templos, sino tambien en todas las casas. En los desastres naturales, y especialmente en los terremotos que se repiten allí á menudo, acuden á los bonzos para aplacar á la irridada divinidad por medio de ceremonias, y á veces hasta inmolándole víctimas humanas. Doscientas mil personas cumplen cada año la penosísima peregrinación á Nara, atravesando un espacio de más de 200 millas. Eligen la senda más áspera y solitaria, caminan con los pies descalzos, y su único alimento consiste en tomar dos veces al día un puñado de arroz tostado y tres vasos de agua pura; pero como el viaje, durante los primeros ocho días, se verifica por terrenos áridos, á menudo falta el agua ó se corrompe, y los peregrinos mueren de sed. Los bonzos dirigen la peregrinación; árbitros de las caravanas, ordenan la austeridad, y castigan cualquiera transgresión, por leve que sea, colgando al pecador de una rama, donde pronto le abandonan las fuerzas y cae en el abismo: se califica de culpa la compasión que se muestre hácia él. Hay un campo en que deben permanecer durante veinte y cuatro horas con los brazos cruzados y la boca sobre las rodillas, mientras examinan su conciencia. Subiendo luego á la cúspide de una montaña elevadísima, término del viaje, son colocados uno á uno en una balanza suspendida encima del precipicio, y allí deben confesarse en alta voz; si alguno disimula ó vacila, el Bonzo afloja la palanca que le sostiene, y le deja precipitarse. Los que se salvan se dirigen despues á adorar al dios de oro, Saquia, á ofrecerle tributo, y á acelerar la fiesta de la reñencia.

Una tempestad llevó por la primera vez á algunos europeos á aquellas costas, segun hemos visto antes; posteriormente un jóven del país huyó á Goa, y habiéndose convertido á la fe, descubrió las ventajas que los portugueses podrian reportar del comercio con su patria. Encamináronse, pues, al Japon, y como todavia no estaban cerrados los confines á los extranjeros, obtuvieron favorable acogida, y les fué permitido andar por donde se les antojase. Especialmente en la isla de Kiu-siu ó Kimo, los príncipes trataron á porfía de asegurar á sus súbditos el beneficio que esperaban del comercio con los portugueses. En efecto, aquéllos podian de este modo vender útilmente los ricos productos del país, mientras que la curiosidad y la ignorancia les hacia pagar carísimas las mercancías de Europa; así aquel tráfico era satisfactorio para ambas partes. Las personas ricas del Japon se complacian en dar sus hijas á estos guerreros europeos; 15,000,000 de pesetas se enviaban todos los años á Europa procedentes de aquellas abundantes mi-

nas, estimándose la ganancia en un ciento por ciento.

El emperador del Japon gobernada antiguamente de un modo absoluto; pero en 1143 empezó á confiar parte de su autoridad á un kubo ó jefe militar que se convirtió luego en hereditario, y que al fin, en el siglo xiv despojó al dairi de la autoridad temporal, dejándole sólo la espiritual, como derivada de su origen divino. El dairi consintió, fuese á causa de la fuerza, del afecto ó de la indolencia, y desde entonces continúa siendo considerado como un descendiente de los dioses que en los primeros tiempos reinaron en el Japon; lleva el título de *Ten-si*, es decir, hijo del cielo, como el emperador de la China, trasmite su autoridad á sus descendientes; y cuando no tiene heredero, encuentra uno cerca de los árboles que dan sombra á su palacio. Pero el poder de hecho reside en el kubo ó seo-gun, que da un sueldo al dairi y á sus ochenta y una mujeres y servidores, de quien recibe los honores divinos que ya hemos referido. Aunque el dairi no tiene ninguna influencia en los negocios públicos, no se deja nunca de consultarle, con el objeto de dejar subsistir la apariencia de su autoridad suprema. El seo-gun, cuando era elegido, después de cada cinco años abostumbraba ir á Meaco á rendirle homenaje, casarse con una de sus hijas, y reconocer su superioridad bebiendo en una taza de porcelana que luego dejaba caer al suelo; mas habiéndose suscitado una vez entre ellos cierta cuestion, quedó suprimida la ceremonia, limitándose el seo-gun á enviar todos los años felicitaciones al dairi, el cual se las devuelve, mandando al efecto comisionados á Yedo.

Conrado Kramer, embajador de la compañía holandesa en el Japon, asistió en 1626, en Meaco, á la solemnidad de la visita quinquenal del emperador secular al dairi. Los preparativos comienzan un año antes que el kubo se ponga en marcha, y se dispone desde que sale de Yedo su residencia ordinaria hasta Meaco, donde encuentra al dairi veinte y ocho alojamientos de los cuales ocupa uno diariamente á las doce del día, y otro por la tarde, encontrando en cada uno una nueva corte, nuevos equipajes, guardias y todo lo necesario. Todos á medida que adelantan se ponen en seguimiento del kubo, de tal manera, que á su llegada lleva tras sí un séquito tan numeroso que la ciudad no puede contenerlo. Las calles de Meaco estaban cubiertas de arena blanca y de talco pulverizado, lo que producía al efecto de la plata; y en toda su longitud habia dos balaustradas guarnecidas de una doble fila de soldados. Al romper el día desfilaron los servidores de los dos monarcas, portadores de los presentes; después cien hermosas literas de brillante madera, llevadas cada una por cuatro hombres sobrepuestas de un gran quitasol de seda blanca, bordado todo de oro, y dentro las damas y los principales personajes de la corte del dairi. Después se adelantaban ochenta nobles á caballo, ostentando con profusion el oro, la plata, la seda y

(4) ALMEIDA, *Epist. Ind.*; VAREÑO, *Hist. del Japon.*

las pieles de tigre; cada uno de ellos llevaba doce palafreneros que le tenían las bridas, y ocho criados de á pié. Tres carrozas brillantes por el barniz, el oro y el esmalte, tiradas cada una por un par de toros negros cubiertos de seda carmesí, llevaban á las tres favoritas del dairi, y el embajador como era mercader valuó aquellos trenes en 370,000 florines de Holanda.

Iban después las concubinas y damas de honor en veinte y tres literas, con servidores que sostenían quitasoles; después sesenta y ocho nobles á caballo; luego, señores de la primera categoría que llevaban regalos al kubo, á saber: dos grandes sables con puños de diamantes, un reloj maravilloso, dos grandes candelabros de oro, dos columnas de ébano, dos mesas cuadradas, también de ébano, incrustadas de marfil y nacar, con los cajones llenos de libros curiosos; dos platillos de oro, y otros muchos objetos de menos valor. Después de otros, doscientos sesenta nobles á caballo de las primeras familias del imperio, se adelantaron los hermanos del kubo y ciento sesenta y cuatro reyes y príncipes tributarios, cada uno con una comitiva proporcionada, precediendo dos carrozas que escudían á las otras en riqueza. En la una iba el kubo, en la otra el príncipe su hijo, detrás multitud de carrozas, sillas, literas de marfil y de ébano con servidores y músicos. La litera del dairi cerraba la marcha precedida por una guardia de cuarenta nobles y llevada por otros cincuenta, de estremada magnificencia tanto por dentro como por fuera, con un imperial soberbio, sobrepuerto en los costados de un gallo de oro macizo.

La multitud fué tan grande que hubo varias personas estropeadas; otros se abrieron paso con espada en mano, mientras que los ladrones se aprovechaban de todo lo que podían coger. Permaneció el dairi tres días en la corte, servido por el kubo y por los príncipes, así como sus tres mujeres por los primeros ministros. El kubo le ofreció un regalo de tres mil barras de plata, dos sables de un temple muy fino y de un esquisito trabajo, con la vaina de oro; doscientos hermosos trajes, trescientas piezas de raso, doce mil libras de seda cruda, diez caballos magníficos, con arreos de valor inestimable, y cinco vasos grandes de plata llenos de almizcle, ámbar gris y otros perfumes semejantes.

La revolución verificada en el Japon había rejuvenecido aquel imperio, estableciendo un gobierno más capaz de hacer el bien, sostener la tranquilidad y poner freno á una nación demasiado inquieta. Acostumbrados los príncipes, bajo la antigua dominación, á no escuchar más que sus caprichos, se indignaron al verse obligados á obedecer á un amo; formaron una conjuración; pero proporcionaron también á Taiko la ocasión de enfrenarlos más: levantó tropas, cayó sobre ellos aisladamente, y en diez años consiguió domeñarlos, y dominar como dueño absoluto. Con el objeto de tenerlos ocupados, introdujo la guerra en la Corea, donde bajo el pretexto de que aquella península

había estado en otro tiempo avasallada á los japoneses, envió allí, pidiendo le tributasen homenajes á embajadores que fueron muertos. Pero acostumbrados á la paz, y teniendo por rey al voluptuoso Li-Fen, no aguardaron los coreos al ejército japon: abandonando las llanuras y las ciudades, reclamaron el socorro de los chinos, que prevalecieron tanto por la astucia como por las armas. Los japoneses fueron batidos y rechazados; pero Taiko se alegró de ello como de una victoria, porque había alejado á los príncipes turbulentos, que habían consumido en aquella expedición su dinero y sus fuerzas, y pudo de esta manera someterlos á las condiciones más duras. También los obligó á que enviasen á la corte á sus mujeres é hijos como réhenes, en cuyo punto deberían presentarse una vez cada año.

Con objeto de sujetar aquel pueblo turbulento y faccioso, promulgó Taiko rigorosísimas leyes, no permitiendo al mismo tiempo que los extranjeros morasen en su imperio, y muy particularmente los portugueses, que habían aumentado su número y poder; también proscribió el cristianismo en sus Estados. Taiko murió antes de haber podido realizar estos proyectos, dejando el poder á su hijo Fide-Yori. Gegias, tutor del jóven príncipe, concibió el proyecto de despojarlo del trono, y habiendo atacado á su pupilo, le redujo á tal extremo, que se arrojó á las llamas con todos los que aun le eran fieles. Gegias puso en ejecución los planes de Taiko (1616), expulsando á los negociantes europeos, y estirpando la religion cristiana.

Las extraordinarias riquezas que habían adquirido los portugueses aumentaron su ambicion, y para satisfacerla usaban de los medios más reprobados: llenos de orgullo, despreciaban á los naturales, y el clero mismo no los trataba mejor, á punto que los frailes, desdenándose de andar á pié, se hacian conducir en magníficos palanquines, y con imprudente intolerancia insultaban las pagodas y derribaban los idolos. El comportamiento de los portugueses les acarreó el odio de los japoneses, que temían que estos extranjeros opulentos, unidos por enlaces con los recién convertidos, alimentaban pensamientos de revolución. Dió causa á su desconfianza Caron, que habiendo obtenido permiso para edificar una casa, construyó, sin que los naturales lo percibiesen, una verdadera fortaleza, en la que introdujo los cañones dentro de pipas. Su único objeto seria probablemente procurar mayor seguridad al establecimiento; pero descubierto el secreto, fué citado ante el tribunal, que lo sentenció á la pública vergüenza vestido del traje de los locos después de raparle. Desde que tuvo lugar este suceso, cuando llegaba cualquier buque quitábanle los japoneses los cañones, la pólvora y las demás armas, y vigilando con el mayor cuidado á la tripulación, no permitían saltar á tierra más que á cuatro hombres á la vez.

Los portugueses tenían en aquella época unos grandes enemigos en los holandeses, que habiéndose

dose establecido en Firando, y obtenido patente para comerciar con toda libertad, no perdonaban medio alguno para perjudicarlos en provecho propio. Con este objeto dirigieron una carta al kubo, que fué interceptada, en la que se afirmaba que los portugueses trabajaban por dominar al país, y preparaban para este fin un movimiento, de acuerdo con muchos de los principales habitantes. Los acusados, á pesar de que negaron el hecho, fueron enviados al suplicio. Las ideas exageradas y mal comprendidas de la autoridad papal, parecían apoyar la existencia de este complot, puesto que hacían creer que los misioneros pretendían que el rey debería depender de un pontífice que residía á larga distancia, cuando había otro en el país, cerca de su persona. Los reñores y los odios se habían nutrido por los bonzos, y por la corte del dairi, irritados por el menosprecio que los cristianos hacían de sus ídolos, por el agravio que amenazaba su crédito y sus rentas, y de la intolerancia de los predicadores, que declaraban condenados por una eternidad á todos los que no creyesen como ellos.

Gegias ordenó, por lo tanto, á los portugueses, que evacuasen el país, cesando todo comercio con ellos (1637). Prohibió á los japoneses salir de él, ya fuese para comerciar ó para cualquier otro asunto: proscribió las cartas, los dados, los desafíos, el lujo, los banquetes suntuosos, los vestidos y golosinas introducidas por los extranjeros. La ruina de los portugueses agradó mucho á los holandeses, á quienes se permitió, gracias á los servicios que habían prestado, traficar libremente en el Japon, bajo la palabra que dieron de llevar las mismas mercancías que sus rivales y espenderlas con más ventajas.

Torrentes de sangre se vertieron por estirpar el cristianismo, profundamente arraigado ya en los naturales. Taiko había publicado un edicto para impedir su propagación, prohibiendo la entrada en el país de más misioneros, y espulsando á todos los que se hallaban en él. A pesar de esto desembarcaron algunos franciscanos en la isla, y persuadidos de que debían obedecer más á Dios que á los hombres, predicaron públicamente por las calles de Miaco, despreciando los edictos imperiales, y edificaron una iglesia, aunque los jesuitas se opusieron á ello. Un desprecio tal á sus órdenes irritó al emperador, y muchos cristianos fueron enviados á los suplicios, donde perecieron entre los mayores tormentos, que en ningún otro país pudieron imaginarse.

Sin embargo, la sangre de los mártires no fué estéril; porque si bien los jesuitas contaron veinte mil quinientas y setenta víctimas en 1590, en los dos años siguientes hicieron doce mil prosélitos. El joven Fide-Jori usó con ellos de tal tolerancia, que se creía que había sido convertido con toda su corte, pero pudo ser muy bien que esta creencia la hubiera originado pérfidamente su tutor, quien después de usurparle el trono desplegó una

ferocidad atroz. La muerte había ya terminado con todos los misioneros que habían conseguido sostener á los prosélitos en esta terrible prueba, en medio de los suplicios que sufrían con una constancia tal que, admirados muchos indígenas, anhelaban conocer una doctrina que tanto heroísmo inspiraba. Esta persecución, sin segunda, existió cuarenta años: durante ella se pusieron en juego las mismas crueldades y los prodigios que fueron compañeros inseparables de las persecuciones de la primitiva Iglesia: porque la firmeza de carácter que distingue á este pueblo, si bien le comunicaba valor para aplicar los más crueles tormentos, dábale también la necesaria entereza y constancia para resistirlos. Las mujeres y los niños rivalizaban en intrepidez, y millares de personas y pueblos enteros fueron esterminados sin que una sola vacilase en la fe, por temor á la muerte, ó seducidas por las promesas, por sus afectos ó por el atractivo de las grandezas que se les prometían.

Cuando los papas prohibieron á cualquiera otro que á los jesuitas trabajar en el Japon, por temor de que la competencia perjudicase á los progresos de las misiones, muchos religiosos de distintas órdenes corrieron á la isla para rivalizar en valor, y presentándose como simples prosélitos probaron la firmeza de su creencia, espirando en los más atroces suplicios. La noticia de tan cruel persecución se difundió por toda la India y llegó á Europa, desde donde los pontífices no podían auxiliar más que con plegarias y bendiciones á los que tanto sufrían. No teniendo otro recurso, cuarenta mil cristianos se retiraron al castillo de Simabara, en la isla de Ximo, resueltos á vender caras sus vidas; pero después de defenderse hasta el último extremo, fueron todos degollados. Desde entonces quedó estirpado el cristianismo.

El dairi estableció un tribunal inquisitorial con objeto de conocer la secta á que pertenecía cada familia y cada individuo, y desde esta época data, probablemente, la costumbre de pisotear, según se presume, la imagen de Cristo y de Maria. Los niños son conducidos por sus padres, los que les mandan cometer este sacrilegio, que exigen los inquisidores, y cualquiera que se niega es condenado á muerte si es sujeto de clase elevada, y á una prisión, donde existe hasta que abjura de su creencia, si es un ignorante de la clase baja.

De este modo se vieron los portugueses lanzados del Japon, después de haber hecho un comercio lucrativo durante cien años. En 1640, el gobernador de Macao trató de anudar las antiguas relaciones, por lo que envió al kubo dos embajadores con un acompañamiento de setenta y tres personas; pero inmediatamente que desembarcaron fueron presos y decapitados inmediatamente, á pesar de que, registrado su buque, no hallaron en él ninguna clase de mercancía, perdonando sólo á los criados, á los que encargaron contasen lo que habían visto, y que asegurasen que la misma suerte

les cabría al rey de Portugal, y hasta al Dios de los cristianos, si se determinaban á pisar las playas japonesas. Un misionero, llamado Sidoti, se atrevió en 1709, sabiendo los peligros á que se esponía, á entrar en el Japon de incógnito; mas á los siete años se supo en Canton que habiendo sido descubierto y llevado á la presencia del emperador, quiso éste informarse de sus intenciones; pero como el misionero ignoraba el idioma japonés, ordenó que lo mantuviesen preso hasta que le aprendiese; mas ya fuese de enfermedad, ó ya por los malos tratamientos, el desgraciado viajero murió en la prision.

Esceptuando una factoria china y un reducido establecimiento holandés establecidos en Desima, sobre una isla artificial, en el golfo de Nangasaki, se prohibió completamente en el Japon, el comercio con los extranjeros. Un puente guardado con toda vigilancia, separa del país á los negociantes privilegiados, y el número de los europeos que habitan este puente, está reducido á once, y son servidos por japoneses. Las casas son de alquiler pero pueden amueblarlas á su gusto, y el gobierno les designa siempre los operarios que les han de trabajar, y los comerciantes con quienes deben tratar; frecuentemente él compra todo el cargamento, y siempre lo valúa. Cuando las mercancías han sido vendidas, compra el mismo gobierno las que los extranjeros quieren llevar á sus países de retorno, porque no quieren ni aun que toquen el dinero. Ninguno puede salir de Desima sin una autorizacion superior y un gran acompañamiento de vigilantes, y el populacho corre al redor del que lo obtiene gritando: ¡Orando, Orando! y el europeo que desea disfrutar tan triste satisfaccion, tiene precision de poner buen rostro y halagar á toda la caterva que lo acompaña. Durante la noche, las puertas de Desima no se abren por ningun motivo.

«La avaricia y el deseo del oro del Japon, dice Kæmpfer (5), pudieron tanto para los holandeses, que más que abandonar tan lucrativo comercio, se sujetaron á una prision casi perpétua, porque bien se puede llamar prision á nuestra residencia de Desima, resignándose á sufrir los malos tratamientos de una nacion extranjera y pagana; á privarse del culto divino, aun en los domingos y dias feriados; á abstenerse de rezar ó cantar salmos en público, de hacerse la señal de la cruz, de pronunciar el nombre de Jesús en presencia de los naturales, y en general de todas las otras muestras del cristianismo, sobrellevando con bajeza y paciencia las injurias de estos infieles llenos de orgullo, cosas indignas é insufribles para hombres bien nacidos. *Quid non mortalia pectora cogis auri sacra fames?*»

Un incidente que influyó mucho en la suerte de los europeos, puede dar idea de la situacion de éstos en el Japon. Enviado á este punto como em-

bajador del consejo de Batavia, el holandés Pedro Nuytz (1627), por darse más importancia, se tituló embajador del rey de Holanda, obteniendo por este medio el paso que se negaba á los demás; pero descubierta la mentira, fué despedido, sin admitirlo. En vez de castigarlo, se le dió el gobierno de Formosa, á cuyo punto llevó hasta el extremo su odio á los japoneses, desarmando dos grandes buques que de esta nacion llegaron á la isla, del mismo modo que se efectuaba en el Japon (1629), tratando mal á su tripulacion y no permitiéndole ni seguir su ruta ni volverse á su país. Los negociantes japoneses, irritados contra él se sublevaron, y apoderándose de su persona, le obligaron á que devolviese á los dos buques el armamento que les habia quitado. No se determinaron los holandeses á recurrir á la fuerza por temor de perder su trabajoso comercio, y se sujetaron, por lo tanto, á dar rehenes y además tanta seda como los dos buques hubieran podido cargar para la China; á pagar los gastos del viaje, y á desarmar sus mismos bastimentos, hasta que los de los japoneses hubiesen partido. Cuando en el Japon se supo esta ocurrencia, se aumentó la desconfianza por los comerciantes holandeses; no se les insultó; pero tampoco se oyeron sus reclamaciones, y durante cinco años, se les tuvo en un verdadero cautiverio, hasta que la compañía decidió entregar á Nuytz, para que castigado el culpable, no hicieran padecer por más tiempo á los inocentes. Por este medio se alzó el secuestro, y empezó otra vez el comercio, habiendo devuelto los japoneses al mismo Nuytz, que no sufrió otro mal que un miedo harto justificado. Este suceso demostró á los holandeses la necesidad que tenian de no hacerles la menor ofensa que pudiese dar lugar á una reaccion desgraciada, y de tener siempre adicto á sus intereses á un ministro del emperador á costa de regalos, sujetándose además á toda clase de humillaciones.

La compañía está obligada á mandar cada año una embajada á Jedo, y tenemos la descripcion de la correspondiente á 1776, á cuya cabeza iba M. Fheit, acompañado de doscientas personas. Esta embajada fué escoltada por un *daimio*, que viajaba en un gran palanquin, precedido de una lanza en señal de su autoridad. Segúfale un numeroso séquito, y en él un intérprete que debia atender á las necesidades del viaje, costado por la compañía. Los europeos hicieron la travesia con la comodidad posible, y los japoneses á pié ó á caballo, llevando sus sombreros cónicos con barboquejo, su abanico, quitasol, y algunos unas grandes capas de papel encerado. Una multitud de curiosos salia al encuentro de la numerosa caravana, que observaba lo mejor que podia, lo poco que le era dado ver. De distancia en distancia hallaron los holandeses los baños sulfúreos y calientes, que con tanta frecuencia usan los naturales; las manufacturas de aquellas admirables porcelanas, que tanto han degenerado, y aldeas de considerable estension que sólo se diferencian de las ciudades

(5) Lib. IV, cap. 6.

por estar formadas de una sola calle. Al término de cada provincia hallaban á un comisionado que les ofrecia cuanto necesitaban, y los acompañaba hasta que entraban en otra. Atravesaron los holandeses caminos muy bien construidos, con sus zanjas para la corriente de las aguas, sus correspondientes hileras de árboles, y sus respectivos mojones para marcar las leguas. Las casas, compuestas de un piso bajo para habitar, y de uno segundo para granero, están construidas de bambú revestidas de mezcla, y las habitaciones separadas con papel trasparente. En las de recreo no permitieron que entrasen los holandeses. Los palanquines son conducidos por hombres que levantándolos cuanto pueden, corren con la mayor velocidad.

Al llegar á Jedo, enviaron los embajadores sus presentes al emperador y á sus ministros, presentándose después vestidos pomposamente con sus espadas y capas de seda, y prosternándose delante de aquél; pero la entrevista fué muy corta, consistiendo en dirigirle breves palabras, que fueron contestadas más brevemente y las mismas que siempre.

La abertura del Japon, emprendida de 1852 á 1854 por los Estados Unidos, fué continuada sucesivamente por Inglaterra, Rusia, Holanda y Francia. En virtud de un tratado que se firmó el 9 de octubre de 1858, las ciudades y puertos de Hako-Dadi, Kanagawa y Naugasaki fueron accesibles al comercio francés á contar desde el 15 de agosto de 1859. En espera de esa fecha los negociantes europeos se habian instalado en Jokonama. El tay-kun abrigaba los mejores diseños en pro

de los extranjeros: permitió la práctica de la religion cristiana en los puertos abiertos y dió la libertad de recorrer el Japon con tal de llevar pasaporte. Pero alzabase contra él un partido poderoso, completamente reaccionario y hostil á los extranjeros. La situacion del tai-kun era tanto más crítica cuanto que habia tratado sin el asentimiento del mikado ni de los daimios (grandes feudatarios), siendo responsable ante ellos de toda medida de interés general. De ahí emanaron numerosas dificultades, y para el Japon disturbios muy graves que acabaron por trocarse en revolucion. Mientras los daimios reclamaban enérgicamente la espulsion de los extranjeros, no tenian éstos en cuenta la civilizacion del pais y mostraban cada dia nuevas exigencias. Para conseguir el paso del mar interior del Japon, en donde mandaba el príncipe Nagato, fué allá una escuadra anglo-franco-holandesa en 1864, la cual hubo de recurrir á la fuerza de las armas: Muerto en 1864 el tai-kun Minamoto, en 1867 pidió el sucesor suyo, Stotbachi, la convocacion de una asamblea de los daimios para juzgar su politica. Respondieron éstos con un acto de violencia: invadieron el palacio del mikado, que era un niño de nueve años, se apoderaron de él y de sus principales consejeros, y gobernaron en su nombre. El caido tai-kun resistió algun tiempo y acabó por ser vencido en 1869. Desde esa época, el mikado volvió á tomar posesion de sus derechos soberanos, y fué reconocido como único dueño del Japon por todas las potencias extranjeras.

## CAPÍTULO XX

---

CHINA.—XXI DINASTIA.—LOS MINGS, 1368-1644,

Dejamos á la China bajo la dominacion de los mongoles (Lib. XII, cap. 14), pero Chu-yuan-chang abandonando el arado y cansado de los humildes oficios que le imponian los bonzos, se coaligó con los que detestaban la dominacion extranjera. Su mérito le condujo en los más altos puestos, concluyendo por sentarlo en el trono, tomando el nombre de Ung-wu y el título de Ming-tsai-tsu, ó bisabuelo de Ming. La fortuna consolidó la dinastia de los Mings, y las alabanzas indispensables de los historiadores chinos ensalzan á este príncipe, no solamente por haber librado á su patria del yugo extranjero, y obtenido por su valor personal, el alto rango que otros adquieren por la casualidad del nacimiento, sino tambien por haber sido, segun dicen, un modelo de virtudes, tanto en su vida pública, cuanto en la privada.

Así que entró en el pueblo de su nacimiento, se dirigió al sepulcro de sus padres, y prosternándose hasta tocar al suelo, dijo á sus oficiales: «En la pobreza en que nací, nunca ambicioné otra fortuna que la que disfrutó mi padre. Cuando entré en la milicia, no procuré más que cumplir con mi deber; ¿cómo podria imaginar que habia de ser yo quien diese la paz al imperio? Después de diez años vuelvo glorioso á mi patria, cerca de la tumba de mis antepasados, y encuentro á los ancianos que he dejado en ella. Cuando entré en el servicio militar, ví á los más valientes y estimados oficiales dejar que sus dependientes arrebataren á las mujeres, los niños y los bienes del pueblo. Indignado por tales latrocinios, y compadeciendo á los desgraciados, levanté la voz contra los que toleraban aquellos escesos, pero no siendo escuchado, tomé el partido de aislarme. Me circunscribí á los oficiales que dependian de mí, recomendándoles no consistiesen semejanter desafueros, y que

libertasen al púeblo, con el objeto de que conociesen que habíamos tomado las armas para dulcificar sus males, y darle una paz sólida. El cielo me aprobó, puesto que de la posicion más humilde, me ha puesto á vuestra cabeza.» Por último, sometió tambien á Pekin, á donde trasladó su corte, y á donde acudieron tambien los embajadores de los cuarenta reinos extranjeros, llevando consigo diferentes objetos raros, entre otros un leon, el primero que se habia visto en la China. Acudieron tambien del Japon, de Corea, de Formosa, de las Filipinas y de otras islas meridionales. Para borrar hasta el recuerdo de la dominacion extranjera, restableció el ceremonial, tal como existia antes de los mongoles, y precisó á cada uno á vestirse á la china. Hizo escribir la vida de los personajes que se habian señalado desde los tiempos más remotos, poniendo tambien sus retratos. Renovó tambien la ceremonia de labrar la tierra, como tambien el sacrificio al espíritu de las morenas, con objeto de obtener la prosperidad del gusano de la seda.

Cuando aun no era más que el más terrible competidor de los mongoles, fijó su residencia en Nankin, que adornó con palacios y templos. Después de haber ofrecido el sacrificio al solsticio de verano, condujo á su hijo á campo raso y le dijo: «Ves estos campos, observa con qué ardor trabajan estos labradores esparcidos por todas partes. Confian en este momento á la tierra la simiente destinada á producir frutos en otra estacion. Para alimentarnos trabajan estas pobres gentes; por nosotros se fatigan y sudan; felices aun si después de debilitados por el trabajo, les queda algun escaso alimento para reparar sus fuerzas. Nuestros abuelos pertenecian á esta clase; yo los he visto bañar la tierra con sus sudores. Yo tambien seria lo que ellos fueron si hubiera tenido bastante fuerza para

el trabajo; Dios lo ha querido de otro modo: no debemos olvidar sin embargo la humildad de que hemos salido para ser elevados al colmo de los honores. Si el cielo te coloca en el puesto que yo ocupo hoy, acuérdate siempre de estas mis palabras: te inspirarán sentimientos de compasión para con tus súbditos, te dispondrán á aliviarlos y te impedirán abandonarte á un loco orgullo.»

Mientras que sus generales perseguían los restos de los mongoles, Ung-wu se ocupaba en consolidar su dominación por medio de instituciones bien entendidas, dictando para la paz del país sabias ordenanzas, de las cuales citaremos algunas disposiciones: «Que el que ejerza una autoridad superior no estienda su jurisdicción fuera de su territorio, ni se mezcle en los negocios públicos: que los eunucos no puedan obtener cargos civiles ni militares: que no se admita entre los bonzos á ningún hombre ni mujer que no haya cumplido cuarenta años: que los veinte y siete meses señalados para llevar luto por los parientes difuntos queden reducidos á veinte y siete días.» También hizo reunir todas las leyes antiguas y modernas, que formaban trescientos volúmenes, restableció las escuelas, restauró los sepulcros de los antiguos emperadores, y formó el mapa del imperio: mandó que se examinasen cuidadosamente los libros, que se colocasen dos ejemplares de cada obra en su biblioteca, y que se estableciese una en cada ciudad. Moderó las locas prodigalidades que hicieron odiosos á los mongoles, destruyó sus suntuosas palacios, y mandó reemplazar con figuras de cobre las estatuas de oro y plata, á fin de que ingresando en las cajas del Estado aquellos metales preciosos, pudiesen servir para atender á las necesidades públicas. En cuanto á las mujeres que se hallaban en el palacio cuando lo tomó, les permitió que se retirasen al lado de sus parientes ó donde gustasen. Habiéndosele presentado un mandarin vestido con un magnífico traje, le preguntó: *¿Cuánto te ha costado ese vestido?*—*Quinientas monedas*, le contestó:—*Con esta suma*, repuso el emperador, *tiene para vivir cómodamente un año una familia de diez personas. Tanto lujo denota entre vosotros la prodigalidad y el orgullo, porque es superior á vuestra clase. Cuida de no volver á presentarte delante de mí con tanta magnificencia, porque haré un escarmiento con vos.*

Orgullosos los letrados con la protección que les concedía, no cesaban de darle consejos, y de presentarle todos los días nuevos proyectos. A todos los oía, pero después no hacía más que lo que consideraba útil. Un día los reunió y les dijo: «Los antiguos escribían poco, pero bien, y siempre con la intención de inspirar amor á la virtud y al deber, de hacer que se apreciase á los grandes hombres y de facilitar la observancia de las leyes y de las costumbres. En el día sucede todo lo contrario; los letrados escriben mucho y sobre objetos de ninguna utilidad real. Los antiguos escribían sencillamente, y sus escritos estaban al alcance de

la capacidad común; su estilo era fácil y sus expresiones claras: decían muchas cosas en pocas palabras. El estilo de los modernos es difuso y afectado; las ideas están envueltas en frases ininteligibles, porque van buscando los términos más oscuros y ambiguos, de manera que pudiera decirse que escriben para que nadie los entienda. Vosotros que sois la flor de la literatura, esforzaos en hacer que renazca el buen gusto, lo cual conseguiréis solo con imitar á los antiguos (1).

Añadiremos á esta lección otra no menos oportuna. Un mandarin á quien preguntó un día si el pueblo estaba contento, le respondió: «Señor, estoy enteramente consagrado al estudio y método entre mis libros, así es que me cuido poco de lo que pasa en el mundo. ¿Cómo, contestó el emperador, sois mandarin é ignorais las necesidades del pueblo y no podeis decir en qué estado se encuentra? Mientras que un letrado se halla estudiando debe proponerse por objeto único la instrucción, para ponerse en estado de instruir á los demás; pero una vez que ha obtenido grados, y que ha sido admitido entre los mandarines, debe leer en el gran libro de la sociedad civil, y no ignorar nada de lo que en ella pase, para poder servir segun las necesidades en los empleos que se le confian.» Repetía igualmente á los letrados que perdian su tiempo en obras frívolas ó en objetos de pura distracción, y á los tao-sse que buscaban el brebaje de la inmortalidad: *Ocupaos en cosas útiles.*

Fueron un día sus cortesanos á ofrecerle matas de trigo con cuatro ó cinco espigas, diciéndole que el cielo daba señales de su favor por medio de tanta fecundidad, y recompensaba las virtudes del rey, á lo cual contestó Ung-wu: «No tengo bastante virtud para merecer que el cielo me recompense, ni bastante vanidad para creer que haga en mi favor cosas extraordinarias. Es raro que una mata de trigo lleve cuatro ó cinco espigas; pero es una cosa natural y no hay para que felicitarme por eso. Merecería las felicitaciones si en virtud de mi buen gobierno hiciese vivir á todos mis súbditos en la abundancia y alegría sin que pudiesen faltar á ninguno de sus deberes. Haré todo lo que pueda por merecer semejantes felicitaciones. Me complazco, sin embargo, en que me hayais ofrecido estas espigas: en adelante quiero que se me informe de todo lo que suceda de extraordinario en el imperio, del bien ó del mal que de ello resulte, para regular mi conducta segun las circunstancias y aprovecharme de los consejos que se me den.»

Sus disposiciones pacíficas no le impidieron recurrir á las armas: pudo también someter el Tibet, el Liao-tong y muchas tribus mongolas, aun cuando el antiguo emperador, retirado á Karakorum, cuna de su raza, continuase inquietando la

(1) Para que no se diga que satirizo á mis contemporáneos, cito la fuente de donde he tomado estas noticias: AMIOT, *Retrato inédito de Ming-tsai-tsou.*

China. Tamerlan hacia también preparativos para vengar á los sucesores desposeídos de Gengis Kan; pero su muerte le impidió probar si su fortuna no se desmentiría contra un pueblo orgulloso con su reciente emancipación. Después de haber tenido la gloria Ung-wu de librar á su país del yugo extranjero en el curso de treinta y un años de reinado, restableció la paz en el interior, reanimó el comercio y dejó, según dice Remusat (2), reputación de uno de los más grandes príncipes que haya poseído la China, dotado de muchas buenas cualidades, sin ningún defecto esencial; estaba persuadido de que el pueblo marcha siempre guiado por su interés, y cuidaba asiduamente de que sus súbditos no careciesen nunca de lo necesario. Su conducta, á la vez por un juicio recto y por la bondad, le granjeó el amor de los chinos y de los extranjeros. Su clemencia era igual á su valor. Habiendo caído en sus manos Maitilipala, nieto del último emperador mongol, solicitaron los grandes, temiendo que se suscitara alborotos, que fuese inmolado en la sala de los abuelos de la familia imperial, apoyando esta política bárbara en el ejemplo de Taisung, ilustre fundador de la dinastía de los Tang. Pero Ung-wu contestó: «Bien sé que este príncipe hizo morir á Uang-chi-chung en la sala de los abuelos, pero si hubiese tenido en su poder alguno de la familia de los Sui, desposeída por la suya, dudo que hubiese obrado del mismo modo. Que ingresen en el tesoro público para atender á las necesidades del Estado las riquezas venidas de la Tartaria. En cuanto al príncipe Maitilipala, sus padres han estado la cabeza del imperio por más de trescientos años, y los míos se han contado entre sus súbditos: y aun cuando el uso constante autorizase tratar así á los vástagos de una dinastía que se estingue, yo no no podría decidirme á hacerlo.» Ordenó, pues, que le hicieran dejar el traje de tártaro para tomar el vestido chino; lo declaró príncipe de tercer orden y le asignó un acompañamiento y un sueldo conveniente, con un palacio para él y sus mujeres. Poco tiempo después lo dejó marchar á Tartaria, recomendando á las personas encargadas de conducirlo que preservasen de todo accidente al que debía continuar la dinastía mongola.

Kien-ven-ti, su hijo, demostró que había aprovechado las lecciones paternas, ocupándose en aliviar al pueblo, pero á los cuatro años de su reinado fué destronado por su tío (1403), que se apoderó del poder bajo el título de Ching-su, es decir, mejorador de la raza. En un principio pareció cruel, pero calmados sus temores con la sangre que derramó, dió pruebas de magnanimidad y de prudencia. Hizo quemar todos los libros de los tao-sé que trataban del brebaje inmortal, favoreció los letrados, y habiéndose descubierto una mina de piedras preciosas, mandó cerrarla y dijo:

«No quiero fatigar al pueblo con un trabajo inútil, con tanta más razón cuanto que estas piedras por preciosas que parezcan, no podrían alimentar ni vestir al pueblo en tiempo de carestía.» Por la misma razón mandó llevar á la casa de moneda cinco campanas de bronce de ciento veinte libras cada una.

Reinó veintitres años, y sucediéndole sólo por algunos meses Yin-tsung (1426) que dejó el trono á su hijo Yuan-sung, el cual tenía la costumbre de disfrazarse y de mezclarse entre el pueblo á fin de conocer la verdad. Habiéndose incendiado el palacio imperial durante su reinado, se renovó la antigua fábula corintia de la fusión de los metales preciosos, que mezclados con otros habían producido uno de gran valor. Ing-tung, su sucesor, se proponía poner término á las continuas incursiones de los tártaros, pero fué derrotado y cayó entre sus manos. Libertado por su hermano King-ti, mediante un grueso rescate, le dejó el trono y abandonó la corte para hacer una vida tranquila; pero habiendo abdicado King-ti á causa de sus dolencias, volvió á empuñar el cetro Ing-tung conservándolo todavía seis años y perdonando á aquellos de quienes hubiera podido vengarse.

En tiempo de Hien-tsung, Hiao-tsung, Watsung, Schi-tsung y Mu-tsung (1464-1567), príncipes supersticiosos y crueles, la población decreció de sesenta á cincuenta y tres millones, á consecuencia de enfermedades y de las correrías de los tártaros (1573). Ching tsung, docto y amigo del saber, ordenó se imprimiese todos los años la lista de los mandarines, modelo de nuestros almanaques reales, regularizó el curso de los grandes ríos, pero vió á sus súbditos perecer á millares de hambre y á los tártaros invadir el imperio. Habiendo Fung-ngan aprovechado aquella ocasión para prenderle y aconsejarle que se separase ciertos ministros, le condenó á muerte; pero como se presentase el hijo de Fung-ngan, ofreciendo su cabeza en lugar de la de su padre, el emperador conmutó la pena.

**Los manchúes** -- Los tártaros orientales, llamados manchúes, principiaban á inspirar terror. Después de haberse hecho mutuamente la guerra sus siete hordas, se reunieron bajo un solo jefe y formaron un reino, pensando entonces en apoderarse de algunas ciudades. Tai-tsung, hijo de su rey, entró en la China proclamando contra ella siete agravios (1616). Habiendo invadido el Liao-tung y el Pe-chi-li, continuó avanzando y arrollándolo todo; titulose emperador de la China, y los manchúes que la conquistaron más tarde, hacen remontar hasta él la serie de sus soberanos. Aunque fué rechazado, continuaron las hostilidades en los siguientes años, y los tártaros llegaron hasta amenazar á la capital.

Hi-tsung, nuevo emperador de la China (1621), hombre tímido, entregado á los eunucos, reunió los recursos de todo el reino para hacer frente á los tártaros, y se le aconsejó que llamase en su auxilio á

(2) *Nuevas mezclas asiáticas*, tom. II, pág. 4.

los portugueses de Macao, más hábiles que los chinos en hacer uso de la artillería. Esta nación que tanto deseaba conciliarse con los chinos, les permitió alistar en Macao cuatrocientos hombres entre naturales y europeos. Bien vestidos y bien armados, llegaron á Canton y fueron festejados por todo el país, que los miraba con curiosidad, y les hacían ricos regalos. Pero los chinos de Canton, que les sirvieron de mediadores para sus operaciones mercantiles, temiendo que obtuviesen entablarlas directamente en recompensa de sus servicios, trataron por todos medios de alejarlos, y los mandarines, ganados á precio de oro, disuadieron al emperador de que se confiara á los extranjeros, que fueron por último despedidos colmándolos de dones, recogiendo las pocas noticias que pudieron adquirir acerca de este país hasta entonces inaccesible.

Entretanto, el rey tártaro iba avanzando favorecido por las poblaciones, y luego que se posesionó de la capital de Liao-tung, mandó que todos los chinos se afeitasen la cabeza como los tártaros, bajo pena de la vida, siendo así que antes ponían singular esmero en conservar su cabellera. Era tal el apego que tenían á sus costumbres, que muchos prefirieron la muerte: otros se resignaron, y entonces se introdujo ese género de adorno en la cabeza conocido de todo el mundo. Sitió enseguida á Pekin, pero no consiguió apoderarse de ella, y se persuadió de que no bastaba la fuerza para someter á la China, sino que se necesitaba además estar iniciado en aquella civilización particular. En su consecuencia envió á su hijo á que aprendiese en secreto la lengua, usos y ciencias de los chinos. Este príncipe, que le sucedió bajo el nombre de Tsung-te (1636), escitó la admiración de los suyos, y se concilió el afecto de los mandarines y generales chinos. Había estudiado el arte de ganarlos, al paso que Hoai-tung, hermano y sucesor de Hi-tung (1628), con su carácter sombrío y su avaricia, se enajenaba las almas y aumentaba el número de las deserciones.

Los tártaros se habían dividido en dos cuerpos (1641), mandado el uno por Chang-ien-chung, que penetró en las provincias occidentales, donde ejecutó las mayores crueldades; el otro dirigido por Li-tse-ching, invadió las provincias del Norte y destruyó á Hai-fung-fu, capital del Ho-nan, y prosiguió el curso de sus victorias, matando á los mandarines, pero absteniéndose de otender al pueblo, lo que le proporcionó gran número de prosélitos; tanto, que de jefes de bandas se hizo proclamar emperador. Habiendo puesto sitio á Pekin, se apoderó de la plaza al cabo de tres días, obrando de acuerdo con varias personas que estaban dentro. Cuando el emperador Ming, ocupado exclusivamente en sus devociones, sin cuidarse de lo que pasaba, llegó á saber que la ciudad había sido tomada, salió de su palacio á buscar una muerte generosa, pero viéndose solo y sin esperanza, se retiró al jardín y escribió con su sangre éstas palabras:

«Los mandarines han hecho traición al emperador, por lo cual merecen la muerte, y será justo que la sufran. Que no se impongan castigos al pueblo porque no es culpable, y sería injusto hacerle daño. He perdido el reino que había heredado, y en mí concluye la raza real que se había prolongado en tantos reyes mis ascendientes. Cerraré, pues, los ojos por no ver á mi imperio destruido ó dominado por un tirano; me quitaré la vida para no tener que sufrir el deberla al más indigno de mis súbditos.» Después de ésto se ahorcó, y lo mismo hicieron el primer ministro, las emperatrices y los eunucos más fieles.

Li-tse-ching se encarnizó con los cadáveres y con los vivos, pero U-san-kuei, general de los Ming que todavía se sostenía, prefiriendo el extranjero al usurpador (1644), invitó y proclamó emperador al rey tártaro Tsung-te, que fué y venció. La muerte le impidió gozar de su triunfo. Su hijo Chun-chi, de edad de seis años, hizo su entrada en Pekin, donde fué saludado por el pueblo como su libertador, exclamando: *¡Que viva diez mil años!* Así subió al trono la dinastía de los tártaros manchúes aun reinante.

El último emperador de los Ming había favorecido el cristianismo, y muchos jesuitas que se hallaban presentes cuando sucedió la catástrofe de esta raza, nos han trazado aquel cuadro, añadiendo algunos detalles sobre la condición de este imperio. La China se dividía entonces en quince provincias llamadas reinos, con cuatro mil cuatrocientas dos ciudades amuralladas, tanto del orden civil como del militar; algunas de ellas estaban situadas en rocas inaccesibles y obedecían á un príncipe independiente. Los caminos y canales de comunicación comprendían desde Pekin hasta las estremidades del territorio, una extensión de mil ciento cuarenta y cinco jornadas. Al fin de cada una su encontraba un hospicio en el cual se hospedaban los mandarines que viajaban para asuntos del servicio, y se les trataba con una suntuosidad proporcionada á su clase, á espensas del emperador. Se alojaban también otras personas á quienes concedía esta distinción el emperador, y los correos encontraban también caballos de relevo y todo lo que pudiesen necesitar para acelerar el viaje. Se contaban cincuenta y nueve millones, setecientos ochenta y ocho mil, trescientos sesenta y cuatro individuos varones, comprendiendo solamente los que cultivaban las tierras ó pagaban el impuesto al emperador; novecientos dos mil soldados guardaban la gran muralla, con trescientos ochenta y nueve mil caballos; setecientos sesenta y ocho mil estaban diseminados en tiempo de paz en el interior del país, con quinientos cincuenta y cinco mil caballos, tanto para las tropas como para el servicio de las costas. Ingresaban en el tesoro todos los años 13.600,000 escudos de plata (ó más bien onzas de plata de 7 pesetas 50 céntimos), sin contar los derechos sobre todo lo que se compraba ó se vendía, ni el producto de muchos millones

que tenía impuestos el emperador á un interés muy crecido, ni tampoco la renta de las tierras, bosques y jardines reales y los millones procedentes de confiscaciones, que todo podia ascenden á una suma igual; además 1.823,962 escudos de renta asignados á la emperatriz, á todo lo cual se debe añadir cuarenta y tres millonés, trescientos veinte y ocho mil, ochocientos treinta y cuatro sacos de arroz y de cebada que se llevaban á los almacenes de la corte; un millon trescientos quince mil ciento treinta y siete panes de sal de cincuenta libras cada uno; doscientas cincuenta y ocho libras de minio; noventa y cuatro mil setecientas treinta y siete de barniz; treinta y ocho mil quinientas cincuenta de frutas secas; y en los guardaropas imperiales, un millon seiscientos cincuenta y cinco mil cuatrocientas treinta y dos libras de seda de diferentes colores, y de diversos hilos; cuatrocientas setenta y seis mil, doscientas setenta piezas de tela de seda ligera para el verano; doscientas setenta y dos mil novecientas tres libras de seda cruda; trescientas noventa y seis mil cuatrocientas ochenta piezas de algodón tejido, cuatrocientas sesenta y cuatro mil doscientas diez y siete libras en rama; cincuenta y seis mil doscientas ochenta piezas de cáñamo; cuarenta y un mil cuatrocientas setenta sacos de habas, en lugar de avena, para las caballerizas imperiales; dos millones quinientos noventa y ocho mil quinientos ochenta y tres haces de paja, de á quince libras, cuyo número se aumentó considerablemente en tiempo de los príncipes tártaros por la gran cantidad de caballos que sostenian. Deberia hacerse aquí tambien cuenta de los numerosos objetos que recibe la corte á título de renta, como bueyes, carneros, gansos, patos, gallinas, caza, ciervos, osos, liebres, jabalíes, pescados finos

y legumbres de todas clases; lo que hace que todos los días los alrededores del palacio parezcan un mercado.

Tomamos estos detalles del padre Gabriel Magalhan, que vivió veinte y nueve años en aquella corte y pasó ocho en recorrer el país; pero el padre Martin Martini (3) hace ascender á 150 millones la renta total del imperio, á diez millones, setecientos veinte y ocho mil, ochocientos ochenta y siete el número de familias, y á cincuenta y ocho millones, novecientos diez y siete mil, seiscientos ochenta y tres, el de los individuos varones de las clases indicadas, variando tambien en las demás rentas, tal vez por la diferencia de la época.

Si se habian adquirido, en tiempo de los primeros mongoles, nociones sobre bastante número de países, cuando las dinastias establecidas en Persia y en el Kapchak reconocian la soberania de la que reinaba en China, bajo los Mings, cuya dominacion no se estendia casi hácia el Occidente, la geografia hizo pocos progresos, en atencion á que nunca es para los chinos el objeto de un estudio abstracto, sino un ramo de la administracion. Esta dinastia no dejó por lo demás huellas duraderas, por carecer de vigorosas instituciones sociales, y de defensa contra ataques decididos, á los cuales es tal vez imposible á la China el resistir. En efecto, los diversos conquistadores de aquel imperio no pensaron nunca más que en tener al país sometido por fuerza, de donde resulta que la autoridad permanece en la superficie, sin poder sostenerse contra el embate de serios peligros, porque jamás se fundió con los gobiernos.

(3) *Atlas sinensis*. Amberes, 1654.

## CAPÍTULO XXI

### DINASTIA XXII.—LOS TAY-TSING.—MISIONES EN LA CHINA.

La lengua de los manchúes (1) indica su identidad con los tonguses del día, y su derivación de la antigua casa de los Yu-chin, dispersados por Gengis-Kan. No sobrevivieron de ellos tal vez en Asia más que tres ó cuatro millones al Norte y al Nordeste, en las vastas llanuras que se extienden entre Angora, el mar Glacial, el lago Baikal, y las posesiones de los yakutes en la Siberia oriental; al Sudeste, en las orillas del Amur y en la Manchuria, reunidas en el día al imperio chino. Lo poco que se encuentra en China, propiamente dicha, sin contar los manchúes ha abrazado el buddismo; los demás, entregados á la superstición, veneran los espíritus.

Diferentes hordas de la familia manchú, se constituyeron en nación, año de 1520, bajo Aysin-Giyoro, que habitaba en las cercanías de las montañas, situadas hacia el 43° paralelo y hacia el 147° de longitud. Habiéndose aumentado en el curso de un siglo por la reducción de varias tribus, sacudieron toda dependencia de los chinos, y proclamaron emperador á Tai-tsu: pasaron después por las victorias y derrotas que ya hemos referido; pero no se hubieran hecho probablemente dueños del imperio del medio, si las discordias intestinas no les hubiesen abierto la puerta.

El jóven emperador Chun-si empleó un año en subyugar las provincias septentrionales, acercán-

dose siempre á la capital, sin ocuparse de las plazas fuertes que dejaba á sus espaldas. Ocupóse después en someter las provincias del Mediodía: después de haber puesto á la Corea bajo su obediencia, se hizo dueño de Nankin, é hizo degollar al último vástago de los Ming. No permitió el miedo á los chinos pensar en atrincherarse en sus impracticables montañas; sin embargo, algunos resistieron, otros se portaron como monstruos: Chan-hien-chong, por ejemplo, que cuando se cometía un crimen, hacia dar muerte á todos los que habitaban en la misma calle que el culpable. Diez mil letrados reunidos por sus órdenes fueron degollados, porque decia que escitaban al pueblo con sus sofismas. Al abandonar á Ching-tu-fu hizo llevar á campo raso y asesinar á sesenta mil habitantes. Conociendo que las mujeres embarazaban al ejército en sus movimientos, mandó á los soldados degollarlas, y dió él mismo el ejemplo en trescientas de las suyas. Se daba como partidario celoso del cristianismo, y proclamaba, que una vez conseguido el imperio construiría un templo magnífico á Dios, alabándose de haber inmolido veinte mil bonzos, porque uno de ellos habia escitado la persecución de los cristianos. Los tártaros usaban también de un rigor atroz con respecto á los vendidos. En Kien-ning, pasaron por las armas á trescientas mil personas.

Las tropas al servicio del emperador están distribuidas en ocho banderas de diversos colores. Cuando varias de ellas tienen que ponerse en marcha, se hace resonar un cuerno, y se conoce por el lugar donde suena, y las diferentes modulaciones, cuáles son los jefes y los soldados llamados á marchar, y en qué número. Marchan sin saber á donde van, escepto el general, siendo el secreto el principal mérito de los tártaros, lo que no desconcertó poco á los chinos que los encontraban siempre

(1) El célebre sinólogo Schmidt leyó, en el mes de abril de 1841, á la Academia de Ciencias de San Petersburgo, una memoria para establecer que el nombre de los manchúes, desconocido á los historiadores chinos anteriores, se deriva de *Mandchous'ri*, nombre que designa en lengua tártara el principio de la sabiduría de Budda, y que se asignó á los tártaros después de su conversión al buddismo.

donde menos los aguardaban. Añádase á esto que no llevan consigo trenes ni bagajes, ni se ocupan de provisiones, contentándose con los primeros alimentos que han á las manos. A veces tienen cacerías á manera de las hordas de Gengis-Kan, rodeando una montaña ó una llanura, después acortando al recinto en el cual toda la caza se encuentra encerrada. La tierra es su lecho, duermen sin más abrigo que los caparazones de sus caballos, y en un abrir y cerrar de ojos plantan y quitan sus tiendas. Les agrada tanto esta clase de habitaciones movibles, que las hacen de un trabajo maravilloso, y que duermen en ellas con preferencia á cualquier otro abrigo: si se ven precisados á acostarse en las casas, derriban las paredes de los cuatro vientos, y apenas dejan lo preciso para sostener el techo.

Con estas tropas endurecidas en las fatigas, fué con las que Amavang, tío de Chun-si, primer instrumento de la conquista del Imperio, conquistó á las provincias del Norte; después envió á someter y regir las del Mediodía. Canton, grande y opulenta ciudad, rodeada por todas partes de aguas, excepto por un istmo, y no menos provista de hombres que de municiones, fué la única que resistió, gracias al famoso pirata Chin-si-long. Nacido de padres pobres, habia llegado á Macao con los portugueses, donde se hizo cristiano. Un mercader, á cuya casa fué después empleado al Japon, le confió barcos, con los cuales trabajó en Cochinchina y en Camboya, por cuenta de diversos negociantes. Habiendo muerto sus comitentes durante una peste terrible, se apoderó de todo lo que poseían con ayuda de falsos testamentos; y para no tener cuentas que rendir, se dedicó á seguir la carrera, y se encontró en rivalidad con otro pirata que infestaba entonces aquellos mares; pero consiguió vencerle y darle muerte, lo que duplicó sus fuerzas. Impotentes los emperadores para reprimirle, á quienes llegaban á cada momento quejas por parte de los mercaderes, á quienes despojaba, se veían reducidos á acariararle. Por otra parte, su oro hacia que los eunucos le representasen como un bienhechor del reino, y le preconizaban como á tal, á los que se quejaban de los males que les hacia sufrir. Una vez descontento de los oficiales reales de Canton, que no le pagaban ciertas sumas, desembarcó con cinco ó seis mil hombres para imponer la ley á una ciudad de doscientas mil almas. Formó en la plaza un tribunal ante el cual citó á los funcionarios, los forzó á pagar, hizo estender su recibo y se volvió sin cometer otros excesos.

Como los portugueses, que acababan de establecerse en Formosa, le causaran recelos, los amenazó con arrojarlos de aquella isla; pero le enviaron humildemente una embajada, y le ofrecieron treinta mil escudos al año, y entre otros regalos un cetro y una corona de oro, poniendo á su disposición todas sus fuerzas cuando le conviniese emplearlas. Hay quien le acusa de haber aspirado al

imperio, al paso que otros le citaron como un ejemplo de fidelidad á la desgracia, y como que habia querido preservar á la patria del yugo extranjero. Hizo, en efecto, proclamar á un niño de la sangre de los Mings, y reuniendo un número prodigioso de tropas y barcos (se habla de tres mil velas), se hizo el protector del comercio de las Indias, resistió á las seducciones de los tártaros, como tambien á su propia ambicion, y dió varias batallas á los invasores. Apoderáronse de él los tártaros por sorpresa y le condujeron á Pekin, al paso que su hijo Qui-sing-kong (*Cosinga*) permaneció anclado, para vengarle, en las cercanias de Canton. Después de haber resistido esta ciudad un año, se vió obligada á ceder á una terrible bateria de cañones y á la traicion; la matanza que tuvo que sufrir le costó más de cien mil habitantes: espantoso ejemplo que produjo la rendicion de otras plazas.

Amavang, uno de los conquistadores tártaros más afamados, que habia subyugado estensas comarcas y muerto más hombres que todos los conquistadores de Europa, murió al año siguiente; pero habiéndose esparcido la voz de que llevaba intenciones de trasladar el cetro á su familia, su memoria fué infamada, y se cortó la cabeza á su exhumado cadaver.

Diferente de los últimos reyes Mings, que vivian encerrados en su palacio entre mujeres y bonzos, Chun-si, se mostraba con frecuencia en público y daba acceso á todos. Conservó, por lo demás, la antigua forma de gobierno y los usos nacionales, hasta el punto de prohibir á los chinos aprender el tártaro. Los seis tribunales continuaron subsistiendo, aunque tuvieron presidentes tártaros, y todos se encontraron reunidos en Pekin, que fué la única capital del imperio. Todo cuerpo de tropas en las provincias estaba compuesto por mitad de chinos y de tártaros; así, ambas naciones se contenian mutuamente, ninguno estaba privado del poder civil ni del militar, y la conquistadora podia engrandecerse sin debilitarse y resistir á las guerras civiles extranjeras.

No estando los manchúes en estado de dirigir los negocios, se vieron obligados á confiarlos á eunucos ó á letrados; resultaron dos partidos que los consiguieron alternativamente, y no descuidaron nada para separar toda influencia extranjera, capaz de turbar su dominacion. No llegaron, sin embargo, á evitar en el pais las revoluciones religiosas.

**Misiones.**—Ya hemos podido ver que la China considera la escritura como una revelacion por esencia, y que desde luego hace consistir la ciencia en la inteligencia de los libros sagrados. Esta es la única distincion que existe en aquel pais. No se conoce otra gerarquia que la mayor ó menor capacidad en la interpretacion de las escrituras sagradas, que todas tratan de moral y de gobierno. Resulta, pues, un pueblo eminentemente razonador, incapaz de todo movimiento sublime y de

grandes acciones, esclavo de las supersticiones de la forma y de un ceremonial minucioso. Aquel vacío de la revelación china provocó una reacción de las creencias extranjeras, principalmente del buddismo. Pasóse entonces de las doctrinas estrechamente positivas a las que negaban hasta la existencia; de las que reducían la religión a un sistema de economía política, a las que separan al hombre de la sociedad para sumergirlo en la contemplación; de aquellas en que la vida pública está constituida sobre la doméstica, estableciendo por primer deber el vínculo entre los padres y los hijos, a otras que ensalzan el celibato y la vida claustral. Lo que hay más singular, es que dos enseñanzas tan evidentemente opuestas no impidieron al imperio permanecer apoyado en las antiguas bases de la política de Confucio; efecto de la indiferencia profunda connaturalizada en aquella sociedad y que no distingue de creencias, con tal que se dirijan a hacer al hombre virtuoso.

Si los nestorianos habían introducido algunas ideas del cristianismo en la China (2), es lo cierto que no quedaba de él ningún vestigio. Cuando Roma, deseosa de estenderlo por todas las comarcas nuevamente descubiertas, quiso también que penetrara la verdad allí donde los negociantes se empeñaban en introducir sus mercancías. Los jesuitas, que eran entonces la milicia más celosa de los progresos de la religión, se apresuraron a dedicarse a la obra. Después de la muerte de Javier, en el momento en que iba a arribar a aquel país, el superior de las misiones, residente en Macao, hizo inútilmente varias tentativas. En fin, el napolitano Gabriel Roger fué el primero que entró en 1581. El bolonés Pasio y Mateo Ricci, de Macerata, penetraron allí después: instruidos en las costumbres y en la lengua del país, ganaron a los magistrados con regalos y asiduidades, haciéndose útiles, y fueron tolerados en Canton; después obtuvieron establecerse en Chao-king. Ricci se fijó allí: instruido en las matemáticas, se ganó la estimación de los mandarines; les hizo un mapamundi que escitó en ellos una sorpresa mezclada de incredulidad, cuando vieron cuán poco lugar ocupaba su imperio en el conjunto del mundo, aunque tuvo cuidado para no chocar de frente con sus preocupaciones, en colocar a la China en el centro del mundo. Siguió en todo aquel sistema contemplativo, y fué el origen de felices resultados con los chinos, y de contradicciones que se suscitaron después por parte de los europeos.

Vestido de doctor, pasó siete años entre los chinos para iniciarse en sus costumbres, doctrinas y complicado ceremonial, é hizo tantos progresos en aquella lengua, siempre difícil, pero reputada entonces como incomunicable, que su *Tian-chu-chi-i* se colocó en la categoría de los libros clásicos. Al mismo tiempo enseñó la música, y sus cantos no-

tados contienen una exposición de la doctrina cristiana. Distribuyó retratos del rey, del papa y hasta suyos, pero siempre en el acto de adorar a Cristo; esforzóse después en establecer el cristianismo en el catecismo chino, adaptándole a la moral, ya en uso en el país. Cualquiera que haya sido el éxito, la intención era buena. No hubiera podido, sin estos medios, sostenerse en medio de una nación tan hostil a los extranjeros, y tratar de establecer allí una iglesia cristiana. Después de veinte años de permanencia, obtuvo el presentarse al emperador, vestido de mandarin. Chin-tung le acogió bien, aceptó con agrado los regalos de los portugueses que él le presentaba, principalmente un reloj de repetición, y le concedió una pensión con la facultad de predicar. Hizo muchos prosélitos, entre otros, a los hijos de uno de los principales mandarines (Siu), que fué después colao, es decir, primer ministro, como también a su sobrina Cándida, que construyó varias iglesias, dió dinero para edificar otras, hizo traducir é imprimir ciento treinta y tres pequeños tratados, un comentario sobre la Biblia, la *Suma* de santo Tomás, y otros libros; y en fin, educar en el cristianismo a muchos niños espósitos. El emperador, cuya admiración escitó, le confirió por un decreto el título de *mujer virtuosa*, uniendo a él un traje magnífico. Lo estrenó el aniversario de su nacimiento, después de lo cual fué poco a poco quitando la plata y las perlas, para emplearlas en consuelo de los pobres.

Sucumbió Ricci en 1610, no tanto por sus fatigas apostólicas, como por las visitas, los banquetes y demás ceremonias indispensables en aquel país de la etiqueta. Sus últimas palabras fueron para recomendar el *proceder sin ruido, y el bordear mientras que la mar estuviese gruesa*. Fué reemplazado en su gloriosa tarea por el padre Adam Schaal, de Colonia, casi tan célebre como él, que hasta fundó cañones para rechazar a los tártaros, y fué después consejero director del cielo en el reinado del primer emperador manchú, es decir, presidente del tribunal de matemáticas, con el objeto de que se ocupase en formar la astronomía por los métodos europeos: recibió además el título especial de maestro de las doctrinas sutiles. Se aprovechó de su favor para obtener que el cristianismo se practicase libremente: así es, que desde 1650 hasta 1664, cien mil chinos recibieron el bautismo.

Continuó Chun-tsi favoreciendo a los jesuitas, y dió al padre Adam Schaal el título de *maja*, mi padre, permitiéndole presentarle directamente memorias sin mediación de los tribunales. Pero el lenguaje franco del padre, en las representaciones que le dirigía sobre sus defectos, hizo que el emperador prestase oídos a sus enemigos; le decían que los jesuitas no podían ser sino gentes perversas, que se veían precisados a salir de su patria; que adoraban a un malhechor ajusticiado entre dos ladrones, por haber intentado hacerse rey, y

(2) Tomo IV, pág. 468.

que meditaban la conquista de la China. Comenzaron entonces las persecuciones, y el venerable anciano, arrojado á una prision, se tuvo que presentar ante los tribunales. De todos modos pudo justificarse y hacer creer que su religion podia ser verdadera, puesto que las reglas matemáticas que habia ensenãa lo eran, como tambien sus predicciones astronómicas (3). No se podia esperar nada mejor de un gobierno cuya máxima fundamental es la tolerancia, ó para hablar con más exactitud, la indiferencia religiosa.

El sultan del Turfan, descendiente de Chagatai, hijo mayor de Gengis-Kan, envió á solicitar el título de vasallo, y lo obtuvo á condicion de hacer cada cinco años renovar el homenaje, pero con tal de que la embajada no se compusiese más que de cien hombres, sin ninguna mujer. La Europa trató tambien de tener relaciones inmediatas con la China, y la primera embajada regular que llegó á la corte de Pekin fué la de los rusos, en 1655; pero como no quisieron someterse á las nueve postraciones exigidas, fueron despedidos sin tardanza. Los holandeses, que llegaron aquel mismo año á implorar la facultad de comerciar libremente, no pusieron obstáculos á las reverencias; pero Chunsi les contestó: «Reflexionando en la gran distancia á vuestro pais, y en los violentos vientos que soplan en estas costas, donde vuestros barcos tendrian mucho que sufrir, con sumo disgusto por mi parte deseo, puesto que tereis anhelo por venir aquí, que no lo hagais más que una vez cada ocho años, con sólo cien personas, de las cuales veinte podrán trasladarse á donde tenga mi corte.»

Estos embajadores fueron recibidos al mismo tiempo que otros, colocados todos con la regularidad del ceremonial chino. En primer lugar estaba el representante del sultan de los tártaros occidentales, de que se acaba de hablar, con el cuerpo medio desnudo, el resto cubierto de pieles de carnero, con toscos calzoncillos que caian hasta media pierna y un penacho de crin de caballo en su gorro. Después de él iba el embajador del dalailama, pontífice de los conquistadores de la China, vestido simplemente de amarillo; después el enviado del gran Mogol Chah-Djihán señor de la India, del Decan y de una parte de la Persia, con cien millones de súbditos. El traje suntuoso del embajador estaba en relacion con la grandeza del monarca; su regalo consistia en trescientos treinta y seis caballos magníficos, un gran diamante y varias piedras preciosas. Los holandeses, disimulando su calidad de diputados de una compañía de mercaderes, se atribuyeron la categoría de virey, lo que

(3) Los retratos del colao Siu, de Cándido y de los padres Ricci, Schaal, y Verbiest, vestidos con el traje que adoptaron en aquel pais, se encuentran en la magnífica edicion de la *Descripcion geográfica, histórica, cronológica, política y física del imperio de la China y de la Tartaria china*, por el padre DU HALDE, Paris, 1735.

les valió el ser colocados después del ministro del gran Mogol.

El tártaro que reinaba en la China no tardó, cuando ya no habia obstáculos ni rivales, en dar rienda suelta á sus pasiones. Enamorado de una dama tártara, maltrató á su marido hasta el punto de darle muerte. Entonces se casó con su viuda; pero habiendo muerto ella tambien poco tiempo después, su inconsolable amante, queria darse la muerte para seguirla al sepulcro: comenzó por degollar á treinta hombres sobre su hoguera; después, habiéndose hecho afeitar, se puso á correr dando aullidos, como atacado de locura, de pagoda en pagoda. Cuando le volvió la razon tuvo un gran dolor al reconocer el mal que habia hecho á sus súbditos, y se dispuso á morir.

**Kang-i. 1662-1722.**—Dejó un hijo de ocho años, que fué célebre con el nombre de Kang-i, es decir, inalterable paz. Su minoria, su largo reinado, sus victorias y su gloria, hicieron que se le comparase con frecuencia á Luis XIV por los jesuitas, que trasladaban entonces á la Europa la relacion de los sucesos de la China, y traducian sus principales libros (4).

Comenzaron los regentes por arrojar del palacio á cuatro mil eunucos, prohibiendo á los emperadores el elegir á ninguno en lo futuro para los empleos ó dignidades. Cosinga, hijo del pirata de que ya hemos hablado, continuaba amenazando al celeste imperio, y hasta habia sitiado á Nankin. Sorprendido y precisado á retirarse, atacó á la escuadra tártara, é hizo cuatro mil prisioneros, que abandonó en la costa después de haberles cortado las narices y las orejas. Entonces el gobierno chino, para impedir que se divulgase la vergüenza de su derrota, mandó darles muerte en el mismo sitio, alegando el que debian haber perecido con las armas en la mano. Cosinga sitió á Formosa, y aunque los holandeses los batiesen con una excelente artilleria, los venció, y estableció en aquella isla una administracion á la usanza china, pero vivió poco, y tuvo por sucesor á su hijo Chin-king-

(4) Los autores de las principales obras publicadas entonces por los jesuitas, concernientes á la China, son:

INTORCETTA, *Sinarum. Scientia politico-moralis*. Goa, 1669. Esta obra, escrita en latin y en chino, ha sido parafraseada en el *Confucius sinarum philosophus sive scientia sinensis latine exposita* (Paris, 1687), con la adiccion de *Monarchia sinica, ó fabula chronológica*, del padre COUPLER.

F. NOEL.—*Philosophia sinica. Sinensis imperii libri classici sex, e sinico idioma in latinum traducti*. Praga, 1711.  
DU HALDE.—*Descripcion geográfica, histórica, cronológica, política y física del imperio de la China*. Paris, 1735.  
GAUBIL.—*El Chou-king, traducido*. Paris, 1770.

DE MAILLA.—*Hist. general de la China, traducida del Tsung-kien-kan-gmon*. Paris, 1785.

*Las memorias concernientes á la historia, las ciencias, las artes, las costumbres, los usos, etc., de la China, por los misioneros de Pekin, que se comenzó á imprimir en 1776, y aun continúa.*

maí (1683). Por una de aquellas medidas á las cuales sólo recurren los gobiernos despóticos, se dió orden de abandonar las costas de seis provincias hasta á distancia de tres leguas del mar, destruir las fortalezas, los arrabales, las casas, y cesar todo comercio con el mar. En la misma época el gran rey francés mandaba en Europa una devastacion igual; pero las maldiciones lanzadas por las poblaciones chinas, expulsadas de sus habitaciones, privadas de la pesca, su único recurso, no llegaron hasta nosotros. Este medio extremo fué de todos modos eficaz contra el pirata; y los holandeses que, en aquella ocasion habian hecho causa comun con los chinos, obtuvieron nuevos privilegios en reconocimiento de su útil cooperacion.

El jóven Kang-i, cuyo talento se habia madurado antes de tiempo, habiéndose apoderado de las riendas del gobierno, se mostró justo, inflexible y amigo de las ciencias. Aquel U-san-kuei, que habia sido el imprevisor autor de la grandeza de los manchúes, se habia retirado al principado que se le habia dejado. Como se fortificase en él, el emperador concibió recelos y le mandó llamar; pero él contestó: «Si me necesitan, iré á verlos; pero al frente de ochenta mil hombres.» En efecto, tomó el traje y las insignias chinas, é hizo oír el grito nacional, que encontró eco. Era secundado por una conjuracion que su hijo habia urdido en Pekin; pero fué descubierta. Otros enemigos más surgian en el imperio, y un descendiente de Gengis-Kan se disponia en la Tartaria á hacer valer las pretensiones de su raza.

La nueva dinastia se encontraba en circunstancias muy difíciles; pero Kang-i, jóven y sin experiencia, mal provisto de tropas, suplió con la actividad las fuerzas que le faltaban. Sofocó las sublevaciones, entre las cuales no existia ningun acuerdo, y rechazó á U san kwei, que poco tiempo después murió con el dolor de dejar á su patria avasallada sin remedio. Su hijo menor, á quien trasladó el vano título imperial, fué después desposeido, y se dió muerte para escapar al suplicio. El hijo del temible Cosinga se vió obligado á entregar á Formosa al emperador, y terribles suplicios aseguraron la dinastia manchú.

Pudo entonces el emperador pensar en dirigir sus armas contra el extranjero Galdan, *contaisc* ó jefe de la tribu mongola de los eleutos, una de las cuatro ramas de la nacion zungara; resto de los mongoles, que prevaleció sobre las demás, habia adquirido, con ayuda de crímenes y de intrigas, la autoridad suprema, y apoyándose en el Dalai-lama, que recordaba los servicios de los mongoles, parecia querer reunir, avasallándolas de nuevo, las hordas mongolas del ala izquierda y restablecer el poder de Gengis-Kan en toda el Asia. Valiente como él, y no ménos feliz, habia arrebatado á los musulmanes Samarcanda, Bucara, los Purutas, Yerkiyang, Kasgar, Turfan, Kamul, y se habia adelantado hasta el Organ. Entonces Ayuka, jefe de los tur-ganes, otra nacion zungara, huyó con Galdan, se

refugió entre el Jaik y el Volga, con autorizacion del czar Fedor, hermano de Pedro el Grande, de quien se hizo vasallo; los kalmucos que habitan en la actualidad la Rusia, son los restos de aquellas hordas de zungaros.

Kang-i hizo marchar su ejército contra Galdan, y después de largas alternativas, obtuvo su sumision, al menos en la apariencia. Kang-i, por lo demás se fiaba tan poco de él, que resolvió penetrar en persona en el territorio de los mongoles. El padre Gerbillon le acompañó en aquel viaje, cuya descripcion nos ha dejado. Varios príncipes, tributarios de Galdan, se sometieron, y él mismo iba á verse reducido á entregarse en poder del emperador, si la muerte no le hubiese evitado esta humillacion. Fueron no obstante precisos algunos años para someter enteramente las hordas del Asia central y pacificar el Tibet.

Tales fueron los triunfos del monarca chino, á quien tampoco faltó la gloria de las letras como á Luis XIV. El mismo era letrado, y sus poesias comprenden más de cien tomos, además de las reglas de política que escribió. Hizo componer un considerable número de obras por letrados, entre otras un diccionario chino-manchú, no por orden alfabético, sino por orden de materias; la version al tártaro de los Kings, y otras obras morales é históricas; comentarios sobre los libros clásicos; colecciones de los mejores trozos de elocuencia y literatura. Este rey concedió su favor á los jesuitas, que recibieron de él una suntuosa hospitalidad, menos como misioneros que como sabios, gustaba de su conversacion, y sobre todo de la del padre Verbiest, quiso que le enseñase la gnomónica, la geometria, la agrimensura y la música, complaciéndose extraordinariamente en reconocer la relacion que guardan estas ciencias entre sí. Los padres Bouvet, Regis, Jartoux, Fridelli, Cardoso du Tarte, de Mailla y Bonjour, formaron mapas del imperio: la China los poseía anteriormente, pero no abrazaban más que el pais comprendido del lado de acá de la gran muralla, y además no estaban graduados; al paso que dichos padres tomaron por base de los suyos la triangulacion y las observaciones del cielo en relacion con la brújula.

No impidió esto que Kang-i persiguiese á los cristianos. Los chinos toleran otras religiones, pero la nuestra repugna demasiado á sus hábitos, porque obrando inmediatamente sobre la moral y la política, reprueba como profano el culto de sus mayores y aproxima en las iglesias á los dos sexos. Informado Chin-sung en 1615 por el tribunal de los ritos, que estos extranjeros turbaban la tranquilidad y maquinaban un levantamiento general, mandó que fuesen conducidos á Canton, para ser desde allí expulsados á sus paises. Este edicto fué renovado durante la menor edad de Kang-i, y el padre Schaal fué condenado á ser hecho diez mil pedazos; pero ocurrieron entonces unos terremotos tan violentos y tan prolongados, que quedó arruinada una gran parte de Pekin, y la corte tuvo que

alojarse en tiendas (1692), cuyos desastres se tomaron como una señal de reprobacion celeste, y en su consecuencia se concedió un perdon general (5). Los misioneros fueron á pesar de esto desterrados

(5) El padre Verbiest conservó en la corte sus costumbres austeras, llevando el cilicio debajo de sus magníficos vestidos. Murió en 1688 á la llegada de los nuevos matemáticos, y creemos se leerá con placer la descripcion de sus funerales: el emperador mismo compuso su oracion fúnebre para que fuese pronunciada delante de su catafalco después de los honores de costumbre. *Considero, decia, que el padre Verbiest abandonó la Europa voluntariamente para venir á mi reino, y pasó gran parte de su vida consagrado á mi servicio. Debo declarar en honor suyo que en todo el tiempo que presidió á los matemáticos jamás salieron falsas sus predicciones. Dócil además á mis órdenes, se mostró siempre exacto, fiel, asiduo al trabajo y de un carácter igual. Cuando supe su enfermedad, le envié mi médico; pero cuando llegó á mi noticia que el sueño de la muerte le habia separado de nosotros, sentí el mas vivo dolor. Envié doscientas onzas de plata y muchas piezas de seda para honrar sus exequias, y quiero que este edicto sea un testimonio público de mi sincero afecto.*

Muchos grandes, siguiendo el ejemplo del emperador, hicieron el elogio del padre, y sus escritos se pusieron de manifiesto en la sala donde estaba espuesto. El dia de los funerales envió el emperador para que le representase su suegro con uno de los principales personajes de la corte, un gentil hombre de cámara y cinco oficiales de palacio. El cadáver estaba encerrado en una caja de madera de cuatro pulgadas de espesor, barnizada y dorada, la cual fué espuesta en la calle bajo un dosel blanco, que es el color de luto en la China, y con guirnalda de diversos colores, para ser después conducido en hombros de sesenta hombres. El duelo atravesó dos largas calles precedido por un cuadro de veinte y cinco piés de altura por cuatro de largo, en el cual estaban escritos en letras de oro sobre fondo encarnado los nombres y títulos del difunto: marchaba á la cabeza una música, y enseguida una comparsa con banderolas, estandartes y guirnalda. Seguía luego una gran cruz adornada tambien con banderolas, entre dos filas de cristianos que llevaban una vela en una mano, y en la otra un pañuelo para enjugarse las lágrimas. Después seguía una imágen de la Virgen y de san Miguel, con muchos adornos y el retrato del difunto con su elogio compuesto por el emperador; enseguida los cristianos y los misioneros, de luto, en fin, el catafalco en medio de los personajes enviados por la corte y otros señores á caballo: cerraba la marcha un piquete de cincuenta caballos: cuando se hubo llegado al lugar de la sepultura, y terminadas las ceremonias católicas, se arrodillaron los misioneros para oír al suegro del emperador que se espresó así en nombre del monarca: *El padre Verbiest ha prestado grandes servicios al Estado, y su majestad, que está persuadido de ello, me ha enviado con sus señores para tributarle públicamente este homenaje y dar una prueba del singular afecto que siempre le tuvo, así como del dolor que le ha causado su muerte.* Los misioneros contestaron como convenia: después de algunos dias, el tribunal de los ritos presentó al emperador una demanda, á fin de que se hiciesen nuevos honores al difunto. El monarca decretó setecientos uals de plata para construirle un sepulcro, y además hizo grabar en el mármol el elogio que le habia compuesto. El italiano Grimalde sucedió al padre Verbiest en la presidencia del tribunal de los matemáticos.

enseguida, á escepcion de cuatro, que se emplearon en obtener del gobierno que volviese á ser tolerante, demostrándole que la fe cristiana consistia en reverenciar al cielo, amar á los hombres, vencerse á sí mismo, realizar las leyes de la naturaleza, mostrarse fiel y sincero, observar la piedad filial y mantenerse humilde y modesto; preceptos recomendados por los libros chinos (6).

El tribunal de los ritos opuso entre otras cosas que esta religion admitia indistintamente los hombres y las mujeres; perdonaba los pecados por medio de aspersiones de agua, absolvía á los convertidos de todas sus faltas, ungia á los enfermos los cinco órganos de los sentidos para obtenerles la misericordia del Señor, no permitia las ceremonias prescritas por las costumbres chinas respecto á los muertos, deduciendo en su consecuencia que era inútil, y que las tres religiones, de los letrados, de Fó y de los tao-sse bastaban para enseñar á los hombres lo que tienen que hacer y de lo que deben abstenerse. Un consejo supremo de los grandes del reino emitió una opinion menos absoluta, y el emperador al adoptarla prohibió que fuese propagado el cristianismo y que se edificasen nuevas iglesias, pero dejó subsistir las existentes. Los jesuitas trabajaron tanto después, que obtuvieron del tribunal de los ritos una declaracion del todo favorable, en la cual se consignó que los jesuitas habian atravesado los mares y vastos territorios atraidos por la reputacion de la sabiduria china; que se ocupaban de la astronomia, de presidir el tribunal de los matemáticos, y de construir máquinas de guerra, cuyo socorro habia sido muy útil en las últimas guerras civiles; que habian servido en las embajadas de Moscovia; que jamás habia sido acusado ningun europeo de haber hecho daño á nadie; que la doctrina que enseñaban no era mala ni subversiva; que no era racional prohibir el ejercicio de su religion cuando estaba tolerado el de otras, y que por consecuencia el emperador obraba sábiamente permitiéndola.

Era de esperar que diese abundantes frutos esta perseverancia de los jesuitas en mantenerse en medio de este pueblo celoso, á pesar de los peligros renacientes que corrian, como centinelas avanzados de la civilizacion y de la religion; pero sus progresos fueron detenidos por las quejas que tanto preocuparon al siglo pasado, y que si el nuestro puede considerarlas como pueriles (7) causaron á no dudarlo, resultados muy deplorables.

(6) *Innocentia victrix sive sententia comitiorum imperii sinici pro innocentia christiane religionis, lata juridice per annum 1669, et juss. r. F. Antonii de Govea s. F. ibidem v. provincialis sinico-latine exposita, Canton, 1671.* Está grabada en madera.

(7) «Me engañé. Nuestro siglo ha vuelto á las cuestiones de los jesuitas, con toda la intolerancia de los tiempos de fe y la ligereza de los tiempos de incredulidad. Gioberti (*Jesuita moderno*, V, 79) quisiera que los jesuitas se hubiesen hecho imitadores de los buddistas. ¿Puede imagi-

**Cuestiones sobre los ritos chinos.**—Habian ido á la China algunos monges jacobitas para ayudar á la obra emprendida por los jesuitas (1631), pero no pasó mucho tiempo sin que estallase entre unos y otros la discordia. Sabido es que los segundos representaban al partido liberal del catolicismo mostrándose condescendientes, siempre que era posible sin lastimar la conciencia, y contemporizando para no exigir demasiado, á fin de no esponerse á perderlo todo. Habian obrado en la China segun estos principios, y encaminándose siempre hácia su objeto, con mucha prevision y no con las ideas de una conciencia estrecha; habian permitido á los recién convertidos conservar ciertas ceremonias, que para ellos son una segunda naturaleza, por ejemplo, su veneracion por los antepasados y por Confucio, que llegando hasta la idolatria y siéndolo quizá en la manera de pensar del vulgo, no tiene este carácter en el ánimo de las personas ilustradas. Miraban los chinos como una cosa repugnante y de una inconveniencia inexcusable la ceremonia del aliento y la saliva que se usa en la celebracion del bautismo; los jesuitas, pues, creyeron poder suprimir estas dos ceremonias que nada tienen de esencial (8); por lo demás, su instituto les permitia adoptar los trajes del país. Vivian en la corte, tomaban el título de doctores, como los sectarios de Confucio, y se servian de frases y modos parecidos á los del filósofo chino para insinuar las doctrinas católicas. Como los anales del imperio se remontaban á tiempos anteriores al diluvio, segun la Vulgata los misioneros recurrieron al cálculo samaritano para conciliar las épocas.

Los jacobitas educados en las ideas rigurosas del claustro, se escandalizaron al ver las concesiones de los jesuitas, y Juan Bautista Morales se apresuró á volver á Roma para acusarlos, obteniendo de la congregacion de la Propaganda la condenacion de esta manera de obrar; pero los jesuitas no se dieron por vencidos, y enviaron al padre Martini á dar esplicaciones al papa Alejandro VII: mejor informado por este padre la congregacion del Santo Oficio, declaró que las ceremonias relativas á los muertos eran puramente civiles, y que su interdiccion total era un obstáculo invencible para la conversion de los chinos. Esta decision restableció la paz, haciendo prosperar las misiones, á lo que contribuyó eficazmente la tolerancia de Kang-i, sin embargo, de que la ley prohibia formalmente á los chinos abrazar el cristianismo. Sólo las recomendaciones que los jesuitas obtenian de la corte habian cerrado los

ojos á los mandarines. No por esto estaban aquellos menos espuestos á los caprichos de estos funcionarios, á la enemistad de los bonzos, á la aversion innata en los habitantes por todo lo nuevo y á la indiferencia religiosa de los emperadores que á veces respondian á los misioneros: «¿Por qué os obstinais tanto por vuestra religion? ¿Por qué os cuidais tanto de un mundo en que no estais todavía? Gozad del tiempo presente. ¿Qué importa á vuestro Dios todos esos trabajos que os tomáis? El es bastante poderoso para hacerse justicia sin que mostreis tanto celo por sus intereses.

Finalmente, los señalados servicios hechos por los jesuitas, como matemáticos y médicos, arrancaron un edicto que concedia la libertad de cultos y hacia concebir las más lisonjeras esperanzas. Pero cuando Luis XIV envió á la China á los jesuitas matemáticos Fontenay, Gerbillon, le Comte, Videlou para recoger nociones científicas y para auxiliar á los que ya estaban allí, envió Inocencio XI algunos lazaristas de las misiones de Francia, y señaladamente á Carlos Maigrot. Este religioso, nombrado vicario apostólico de la provincia de Fu-Kien, proscribió irremisiblemente los ritos de los chinos en honor de Confucio y de los difuntos: prohibió emplear las palabras de *tien* y de *chang-ti*, que significan cielo, de las cuales se servian los cristianos para espresar Dios, á falta de expresion propia en la lengua china. Los jesuitas se opusieron á una medida que echaba por tierra su laborioso edificio, de lo cual resultaron quejas, y Maigrot fué insultado por el pueblo. Los jesuitas enviaron á Roma al padre Charmont, y se sometió la cuestion á varios miembros de la Inquisicion. Los jesuitas tuvieron grandes enemigos desde un principio, y el número de éstos se iba aumentando cada vez más; de manera que los doctores de Paris aprobaron el decreto de Maigrot y escribieron al papa, que recibia de todas partes quejas contra la idolatria de los jesuitas, cuyos enemigos se alegraron de tener un nuevo pretexto que alegar, y ciertamente el que menos aguardaban; pero el gran Leibnitz, que comprendió la verdad, de fendió en esta ocasion la Compañia de Jesús de la cual se proclamaba, en lo demás, su constante adversario (9). Los hombres sensatos pueden creer que los jesuitas se hicieron culpables cuando más de respeto humano y de consideraciones políticas, pero el encarnizamiento de los agresores lleva con frecuencia á los queeson atacados á la obstinacion y á la injusticia.

**Cuestiones sobre los ritos malabares, 1595-1606**

—Por todas partes se suscitaban quejas del mismo género. Muchos jesuitas, como ya hemos dicho, se habian establecido, para ejercer el apostolado, en el reino de Madura, en el Indostan, y en la costa del Malabar, donde el jesuita portugués Gonzalo Fernandez construyó una iglesia, una escuela y un

narse una institucion más civil que la de estos frailes y estas monjas de la Indo-China? Si los jesuitas, en vez de atacarlos, lo hubiesen imitado y sobrepujado, el cristianismo floreceria quizá á estas horas en las últimas regiones del Oriente.»

(8) San Gregorio Magno habia permitido tambien á los ingleses, nuevamente convertidos, que retuviesen algunas de sus ceremonias particulares.

(9) *Noviss. Sinica*, 1697. Obras, t. IV.

hospital. El padre Roberto de Nobili, oriundo de una gran familia romana, contribuyó eficazmente, gracias á su ardiente celo, á que la religion hiciese notables progresos. Persuadido de que sus predecesores habian conseguido hasta entonces pocas ventajas, porque habian querido hacerse superiores á la preocupacion de castas y colocarse entre los parias, quedando así escluidos de las clases elevadas, y haciendo que éstas considerasen á Cristo como Dios de seres degradados, dedujo de aquí que si conseguia convertir los privilegiados, la humildad cristiana los escitaría después á tender la mano á los infortunados parias para elevarlos á la condicion de hombres. Esta manera de ver las cosas obtuvo la aprobacion del arzobispo de Cranganor, provincial de los jesuitas en la India: en su consecuencia, el padre Nobili, vestido de bráminy á manera de penitente, se abstuvo de comer carne, pescado, huevos, vino y licores fuertes, no comiendo más que legumbres y arroz una vez al día. Su habitacion fué una cabaña donde estudiaba la lengua tamúlica y el idioma de los letrados y las ceremonias, y no recibía más que á las personas de alta gerarquía. Provisto así de doctrina y de reputacion, se presentó á los brámines y como, segun ellos, había cuatro modos de llegar á la verdad, de los cuales se había perdido uno, les anunció que venía á enseñárselo. Después de haber justificado la nobleza de su raza, recibió sus visitas, pero se negó á salir de su cabaña para volvérselas, en atencion, decia, á que su devocion le prohibía ver á las mujeres. Al mismo tiempo que toleraba las preocupaciones de casta y las señales de distincion, separaba en la iglesia las clases altas de las inferiores, y cambiaba las espresiones rituales para sustituirlas con otras más elegantes. Consiguió hacer muchas conversiones, y rompió el cordon bráminico por sugestion de sus neófitos, como hace el que quiere mostrarse como *sania* ó penitente; tomó el largo manto amarillo sujeto á la espalda con un lazo encarnado; se calzó las sandalias de madera, y llevaba en una mano una vasija de agua para las purificaciones, y en la otra un palo con una banderola. Sujetándose á estos actos exteriores, logró convertir setenta brámines, sin hablar de los milagros, á los cuales no dejan de atribuir algunos las victorias que alcanzó sobre sus adversarios, refutados ó convencidos con sus palabras.

Los demás religiosos y los mismos jesuitas no podian aprobar estas escenas, ni las ceremonias que toleraba á los neófitos. Sin embargo, Roma condescendió y aprobó algunas de ellas. Habiendo muerto Nobili en Meliapur en 1656, otros jesuitas continuaron su obra de tal modo, que en 1700 adoraban á Cristo más de 150,000 indios. Todos los años representaban en su iglesia de Pondichery una tragedia cristiana. El argumento de la que dieron en 1701, fué san Jorge destruyendo los ídolos; pero los ídolos que le hicieron destruir, eran Bracma, Visnú, y los otros dioses adorados en el

pais. Esta imprudencia irritó á los naturales que se sublevaron y demolieron las iglesias por todas partes donde pudieron.

Las quejas sobre todos estos hechos llegaban á la vez á Roma, exageradas y desfiguradas por la distancia. Clemente XI, sin precipitarse, envió á aquellos sitios á Cárlos Tomás de Tournon, patriarca titular en Antioquia, hombre de reputacion y de gran ciencia, confiriéndole una autoridad muy estensa y superior á todos los demás privilegios (1704). Llegado á Pondichery, dió un decreto proscribiendo las ceremonias adoptadas ó toleradas, llamadas *malabáricas*: prescribió observar en el bautismo todos los usos católicos, y en particular la saliva, la sal y el aliento, así como dar nombres de santos á los recién bautizados; prohibió alterar en la traduccion los nombres de la cruz, de los santos y de las cosas sagradas; celebrar los desposorios de niños menores de siete años, con el *tally*, collar simbólico que usan los indios en esta ceremonia, emplear la imágen del dios del matrimonio, así como las cintas de color de azafran y romper las nueces de coco. Quiso igualmente que las mujeres no fuesen obligadas á manifestar en público la prueba de su pubertad; que los socorros espirituales fuesen concedidos á los parias lo mismo que á las otras castas; que los cristianos no se bañasen como los indios; que los sacerdotes no se manchasen en el rostro con el excremento de vaca para fingirse *sania* ó brámines, y en fin, que no se tiesen el cuerpo ni leyesen los libros de los idólatras.

Viendo los jesuitas en estas prescripciones la ruina del cristianismo en aquellos paises, reclamaron y obtuvieron una prórroga por sólo tres años, y aun cuando después confirmó la inquisicion el decreto de *Tournon*, el gobernador de Pondichery declaró que el legado se había escedido de sus facultades, y los jesuitas continuaron las prácticas malabáricas, á pesar de la oposicion de los capuchinos. Se prolongó después la querrela, dando nuevo motivo de acusacion á los enemigos de los jesuitas, que los tacharon de desobediencia al papa, después de haberlos insultado hasta entonces como ciegos campeones de la Santa Sede.

Tournon se presentó en la China, donde tenia que examinar las mismas cuestiones: los jesuitas lo presentaron al emperador, pero cuando se estaba discutiendo el negocio recibió el legado y publicó inmediatamente, bajo pena de excomunion, la decision del Santo Oficio, prohibiendo el uso de las palabras profanas y de los ritos mortuorios. Los jesuitas, como es fácil suponer, se alarmaron vivamente, pero más todavía los chinos, que se sentian lastimados en sus más arraigadas opiniones respecto á la veneracion debida á los difuntos: la autoridad del emperador tambien quedaba resentida, en el hecho de publicar en sus Estados unas decisiones contrarias á lo que él tenia mandado.

Los jesuitas dirigieron al emperador una petition, concebida en estos términos: «Suplicamos á V. M. que nos dé aclaraciones positivas sobre

los puntos siguientes: Los letrados de Europa han sabido que en la China se practican ciertas ceremonias en honor de Confucio; que se ofrecen sacrificios al cielo, y que se observan ciertos ritos particulares respecto á los antepasados. Ignorando el verdadero sentido de estos ritos, pero persuadidos de que están fundados en la razon, os ruegan encarecidamente los referidos letrados, que los instruyais en ellos. Nosotros hemos creído siempre que Confucio era honrado por los chinos como legislador, y que las ceremonias celebradas en su honra, sólo se practicaban bajo este aspecto: que los ritos para con los antepasados, eran únicamente para manifestarles el amor que se les conserva y para consagrar los recuerdos del bien que hicieron en vida: los sacrificios no se hacen al cielo visible, sino al Ser Supremo, autor y conservador del universo. Tal es la significacion que nosotros hemos aplicado siempre á las ceremonias chinas, pero como algunos extranjeros han creído poder decidir sobre este hecho importante con tanta seguridad como los chinos, nos atrevemos á suplicar á V. M. que no nos niegue la luz que le pedimos.»

Kang-i, á quien debían causar estas discusiones una estraña sorpresa, habló en sentido favorable á los jesuitas; pero de aquí resultó mucho descrédito para la doctrina católica entre los letrados chinos: «¡Cómo, decían, venís á predicarnos vuestra doctrina como la única verdadera, y no podeis aveniros entre vosotros mismos acerca de la verdad!» Kang-i acogió bastante mal al patriarca de Tournon, indignado al ver que personas estrañas pretendiesen, no sólo establecer nuevos ritos en sus Estados, sino abolir y censurar los antiguos, y hasta aquellos que practicaba la clase más instruída é inteligente. En vano mandó á Roma el emperador dos jesuitas para reclamar. Clément XI, por la bula *Ex illa die*, creyó deber mantener el decreto, y prohibir todos los escritos relativos á los ritos chinos: conminó á todos los prelados eclesiásticos, y particularmente á los jesuitas, con la pena de excomunion mayor, si no ejecutaban con puntualidad esta bula, cuyo cumplimiento debía jurar todo misionero antes de emprender su viaje. El franciscano Carlos Castorani, que la publicó en las iglesias de la China, fué perseguido por este hecho, puesto en prision como rebelde y obligado á retractarse. Otros eclesiásticos que obedecieron al legado apostólico, fueron tambien perseguidos y espulsados. Pero como el principal objeto que se proponía el gobierno chino era el de conservar la tranquilidad pública, creyó que el mejor partido que debía tomar para conseguirlo, era espulsar á todos los misioneros, concediendo, sin embargo, una autorizacion especial á los que adoptasen la doctrina de Confucio y los ritos que se discutian. Tournon fué preso, y murió en la carcel.

Con el fin de calmar estas diferencias envié Clemente XI á Macao, en calidad de legado, á Carlos Ambrosio Mezzabarba, patriarca titular de Alejandria (1721). El emperador le recibió con fi-

nura, pero escribió debajo de la constitucion que aquél había llevado de Roma: «Este decreto no se refiere más que á viles europeos; ¿cómo podrian ellos decidir nada sobre la grande doctrina de los chinos, ellos que ni aun entienden la lengua? claro es que su secta tiene mucha semejanza con la de los bonzos y de los tao-se, que mantienen entre sí terribles discordias. Es necesario, pues, prohibir á los europeos que prediquen su ley en la China, á fin de evitar conflictos desagradables.»

El legado Mezzabarba se contentó con hacer circular una carta patente, autorizando á los cristianos chinos á colocar en sus casas pequeños cuadros en honor de sus mayores, con la condicion de venerarlos con inocentes ceremonias, las cuales no degenerasen en culto supersticioso, y tambien tributar á Confucio un culto civil y puramente humano, hasta quemar en honor suyo inciensos y velas, colocando manjares delante de las tablas en que estaba escrito su nombre, y finalmente arrojarse, tanto delante de ellas como delante de los catafalcos y de los nombres de los difuntos. Al regreso del legado, estaba ocupada la silla pontificia por Inocencio XIII, que desaprobó su conducta y exigió que los jesuitas aceptasen íntegra la bula de 1715, bajo la pena de caer en su indignacion; pero la muerte de Kang-i vino á cortar esas diferencias.

A los sesenta y nueve años continuaba ejecutando los ejercicios á que se había acostumbrado desde su primera juventud. Su testamento estaba concebido en estos términos: «Yo, emperador que venero al cielo y estoy encargado de la revolucion, hago este edicto y digo: En ningún tiempo ha habido un emperador entre todos los que han gobernado el universo que no estuviese obligado á reverenciar al cielo y á imitar á sus mayores. El verdadero modo de hacerlo es tratar con bondad á los que están lejos y colocar segun su mérito á los que están cerca: así se procura al pueblo el reposo y la abundancia; se hace del bien de todos su bien propio, y su corazon del corazon de todos; se preserva al Estado de los peligros que sobrevienen y se conjuran las desgracias posibles. Han pasado más de cuatro mil trescientos cincuenta años desde el año Kia-tse de Hoang-ti, y en el curso de tantos siglos se cuentan trescientos un emperadores; pero pocos han reinado tanto como yo: veinte años después de haber sido elevado al trono me parecia que era mucho llegar á los treinta, y sin embargo, estoy en los sesenta. El Chu-King hace consistir la felicidad en cinco cosas: larga vida, riquezas, tranquilidad, amor á la virtud y un fin dichoso; este último es el mayor de los bienes, porque es el más difícil de obtener. Ya he vivido bastante; he poseído tantas riquezas como existen entre los cuatro mares; soy padre de ciento cincuenta principes entre hijos y nietos, y de mayor número de hijas; dejo el imperio en paz y contento; mi felicidad puede llamarse grande, y si no me sucede ninguna otra cosa, muero satisfecho.

»Aun cuando no me atrevo á decir que he corregido las malas costumbres, ni que he procurado la abundancia á cada familia y lo necesario á cada individuo, en lo cual no puedo ser comparado con los santos emperadores de las tres primeras dinastías, creo, sin embargo, poder asegurar, que en mi largo reinado, sólo he procurado conservar una paz profunda en el Imperio y hacer felices á mis súbditos según su estado respectivo; para conseguirlo, he empleado asiduos cuidados, un increíble ardor y un trabajo indomable que ha destruido mi cuerpo y mi espíritu. Desde mi primera infancia me he aplicado al estudio y he adquirido el conocimiento sumario de las ciencias antiguas y modernas. En el vigor de la edad he podido tender los arcos de quince fuerzas y lanzar flechas de trece palmos de longitud; he manejado bien las armas, me he puesto á la cabeza de los ejércitos, y he adquirido mucha esperiencia. No he hecho morir en mi vida á nadie sin motivo: he apaciguado la insurrección de tres reyes chinos, y he rescatado las provincias del Norte: expediciones concebidas y conducidas por mí mismo. No me he atrevido á hacer ningun gasto inútil de los tesoros imperiales, cuya guarda está confiada al tribunal de los tributos, que son la sangre del pueblo. He tomado solamente lo que ha sido necesario para mantener los ejércitos y atender á las carestias. No he permitido cubrir de seda las casas de los particulares en que me detenía cuando viajaba para visitar el imperio, ni querido que escediesen los gastos en cada localidad, de veinte mil onzas de plata (150,000 pesetas); lo cual parecerá bien poco si se considera que gastaba anualmente más de tres millones de onzas de plata en sostener y reparar los diques.

»Los reyes, los grandes, los oficiales, los soldados, el pueblo, todos, en una palabra, me muestran adhesión y se afligen al verme tan avanzado en edad. Si mi larga carrera ha concluido, abandonaré la vida con satisfaccion. Yung-ching, mi cuarto hijo, es un hombre raro: se me parece mucho y le creo capaz de soportar el pesado cargo que le dejo; ordeno que suba al trono después de mi muerte.»

**Yung-ching.**—En efecto, Yung-ching sucedió á su padre á la edad de cuarenta y cinco años (1723). Este príncipe mandó que nadie fuese conducido al cadalso antes de que el proceso se hubiese sometido por tres veces al emperador; que el impuesto fuese pagado, no por los arrendatarios, sino por los propietarios de las tierras; que los gobernadores de las ciudades le enviasen todos los años el nombre del paisano de su distrito, que se distinguiese por su trabajo ó por una conducta irreprochable, por el buen orden en su manejo interior y por su frugalidad. Elevaba á este paisano á la categoría de mandarín ordinario de octava clase, lo cual le confería el derecho de vestir el traje de magistrado, de visitar al gobernador, de sentarse en su presencia y de tomar el té con él. Como no

cesaban los á letrados de pintarle á los misioneros bajo los más negros colores, sólo conservó aquellos cuyos servicios eran útiles al gobierno, dejándolos únicamente en las dos ciudades de Pekin y de Canton; les quitó trescientas iglesias, dejando trescientos mil prosélitos sin sacerdotes y sin instrucción.

**La Inquisicion.**—Mientras tanto el papa Clemente XII habia sometido nuevamente la cuestion debatida, no ya al colegio de la Propaganda, sino á la Inquisicion. La bula *Ex quo singulari*, que dió por sugerencias del padre Castorani, revocó las concesiones del legado Mezzabarba, y en ella se mandaba observar rigurosamente la de Clemente XI y abstenerse de todas las prácticas supersticiosas. Aunque no se nombraba en ella á los jesuitas, habia ciertas frases que demostraban poca benevolencia para con ellos. La llegada de esta bula suscitó una terrible persecucion en la China, y el emperador respondió á los jesuitas que le dirigieron sus quejas: «He debido remediar los desórdenes escitados en el Fu-Kian. ¿Qué diriais vosotros, si yo mandase á vuestro pais una compañía de bonzos ó de lamas? En tiempo de Ricci erais muy pocos, y no teniais discípulos ni iglesias; durante el imperio de mi padre os habeis multiplicado; pero si conseguisteis engañarle, no esperéis hacer otro tanto conmigo. Quereis que todos los chinos se hagan cristianos y vuestra ley os lo impone; ¿pero qué seríamos nosotros entonces? los vasallos de vuestros reyes. En tiempos de turbulencias, los súbditos no escucharían más voz que la vuestra. Yo bien sé que al presente no hay nada que temer; pero cuando los barcos vinieran á millares, podría haber peligro.»

La desconfianza habia entrado quizá por mucho en esta persecucion, con tanta más razon, cuanto que los holandeses habian hecho de la religion un instrumento para insinuarse en el Japon, donde, según se decia, pretendian dominar. Además, los letrados y los mandarines se apoderaban á porfia, por celos de saber y de autoridad, de todas las ocasiones para desacreditar á los Padres, de todo lo cual resultó la espulsion del cristianismo, con raras escepciones. En el número de los que fueron perseguidos á causa del cristianismo, se contaba una familia descendiente del hermano mayor del fundador de la dinastia, y los miembros de ella fueron desterrados á la Tartaria, despojados de la categoría de príncipes y vigilados con rigor y hasta con crueldad. El jefe de esta familia se sometió al destierro con treinta y siete hijos y nietos, casi otras tantas mujeres y trescientos servidores. Cuando se vió que no sucumbian á su desgracia, se les hizo conducir á Pekin, donde se les prometió rehabilitarlos si abjuraban, y amenazándoles con suplicios horribles si persistian en su error. Se negaron, pues, abiertamente, y fueron condenados á muerte, pero el emperador conmutó la pena en una rigurosa prision.

Los jesuitas fueron conducidos á Macao (1732),

y la historia de Du Halde se terminó al mismo tiempo que la de sus relaciones con la China. La ilustrada Europa aplaudió una espulsion solicitada por sus propios príncipes, pero es sensible para la humanidad que la verdad no haya podido penetrar más en aquellos países, quedando reducido á esperar que le abran el paso las guerras homicidas.

Pedro Parisot, capuchino, natural de Lorena, conocido bajo el nombre de padre Norberto, y no menos sábio que intrigante, se habia presentado como adversario declarado de los jesuitas en Pondichery, donde servia un curato. Desde allí volvió á Roma (1736), llevando un catálogo de agravios, tanto contra ellos, como contra su condescendencia para con los ritos idólatras: escribió además las *Memorias históricas sobre las misiones de las Indias orientales* (Aviñon, 1742, 2 tomos), que es la obra mas sangrienta que se haya escrito contra la Compañía. Apoyado en una multitud de documentos auténticos y en el odio público, obtuvo este libro un grande éxito, aun entre los hombres de buena fe. Benedicto XIV que habia alentado al autor, lanzó entonces contra los jesuitas del Malabar, la bula *Omnium sollicitudinum*, prohibiendo sin escepcion las ceremonias extranjeras. Los jesuitas tuvieron que someterse, y desde entonces puede decirse que desapareció el cristianismo de estos países.

Los misioneros elogian al emperador de la China, aun cuando fué su perseguidor. Lo han representado como aplicado á los negocios, y cuidadoso de gobernar bien; buen escritor y amante de sus pueblos, de lo cual dió pruebas, principalmente cuando el terrible terremoto que destruyó á Pekin en 1731 en cuyas ruinas quedaron sepultados cien mil habitantes.

En 1721 habia llegado á la China otra embajada mandada desde Moscou por el czar Pedro el Grande. El viajero inglés Bell d'Artermony que le acompañó, nos ha dejado su descripcion. Escitó mucha curiosidad el ver entrar en Pekin este cortejo, vestido á la europea, en medio de tropa de caballeria con sable en mano. El ceremonial exigia que todo embajador se prosternase, tocando nueve veces la tierra con su frente (*ku-tu*), y esto no sólo delante del emperador, sino tambien en presencia de los príncipes de la sangre, de los vi-reyes, mandarines y ministros: el embajador Ismailof temia por una parte el enojo del czar si se prestaba á esta humillacion, y por otra se esponia, no haciéndolo, á suscitar un desacuerdo entre los dos imperios, malogrando asi el objeto de su mision. Por fortuna se celebraba entonces la solemnidad del sexagésimo año del reinado del Kang-i, y el emperador deseaba que estos extranjeros fuesen testigos del esplendor de las fiestas, cuyo brillo se aumentaba con su presencia. Imaginó, pues, un espediente para salir del paso, que consistia en hacer que un madarin prestase en su nombre un homenaje semejante á la carta que traia el embajador. El enviado ruso pudo entonces cumplir sin

escrúpulo los actos de respeto indispensables (10). La Rusia pedia la libertad de comercio entre los dos Estados y la facultad de establecer factorias en las principales provincias; pero Kang-i solo consintió que se estableciesen en Pekin y Chu-ku-pai-sing, en las fronteras de los eleutos. Tambien obtuvo la Rusia la autorizacion para dejar un agente en Pekin, pero fué vigilado como prisionero y se le despidió en la primera ocasion.

Se reanudaron muy pronto las relaciones, siendo uno de los primeros actos de Yung-ching determinar los confines con Pedro I, que habiéndose extendido en perjuicio de los mongoles del Kaptchak y habiendo invadido la Siberia, se hallaba limítrofe con la China, al norte del pais ocupado actualmente por los mongoles kalkas. Durante las guerras con Galdan se habian refugiado, después de su derrota, muchos mongoles al sudeste del lago Baikal, desde donde imploraron la proteccion de la Rusia, ofreciéndole ser sus vasallos. Como pertenecian á la secta de los lamas, iban en peregrinacion al Urga, residencia de su pontifice supremo (*ku-tuk-ku*), y de aquí resultaban frecuentes conflictos que llamaron la atencion de los dos gobiernos ruso y chino. Se abrieron conferencias con este motivo sobre el Selinga; se deslindaron los confines levantando columnas y se colocaron centinelas. Se designó á Kiakta para mercado comun de las dos naciones, mientras que los chinos habitasen á Mainachin en aquel territorio, á trescientas sesenta leguas de Pekin. Hacen en particular el comercio privilegiado del ruibarbo, cuya semilla no han podido obtener los rusos por más que han hecho para conseguirlo: cambian además el té por plata, pieles y paños. El gobierno chino permite ir á Pekin cada tres años á los negociantes extranjeros de Kiakta, siempre que no pase su número de doscientos.

Kien-lung, que ocupó el imperio á la edad de veinte y seis años (1736), dejó que continuasen las persecuciones contra los misioneros. Los descendientes de Galdan, que habian inquietado varias veces las fronteras de la China, se hacian la guerra entre sí habiendo después asesinado á sus vecinos; un gran número de eleutos fueron, en su consecuencia, á reclamar la proteccion de Kien-lung, que por este medio extendió su autoridad sobre el territorio de aquellos, pero los príncipes se irritaron de su dominacion y se sublevaron, reuniendo muchas tribus que amenazaron al Asia con una invasion como la de Gengis-Kan. Los emperadores chinos hicieron frente al peligro y consiguieron, aunque con trabajo, someter aquellas hordas. El ejército manchú recorrió la Tartaria, y habiendo reunido los eleutos que quedaban, fueron condenados á muerte los jefes y desterrados los demás á países lejanos. De aquí resultó que los países musulmanes de Kasgar, Aksú, Yerki-yang y otros

(10) *Cartas edificantes*, tom. XVI, pág. 378.

anteriormente sometidos á los eleutos, quedaron sujetos al imperio chino, que se extendió, como en las épocas más gloriosas, hasta los confines de la Persia. Algunos príncipes turcos que habían ido en auxilio de la China, obtuvieron honores y mandos, y en 1759 reconocieron la soberanía de los manchúes muchas de sus tribus, conservando, no obstante, su gobierno propio. Se trazaron entonces dos caminos militares al través de la Tartaria, y todas las ciudades de la Bukaria fueron consideradas como incorporadas al grande imperio.

Kien-lung sometió el Tibet, en razon á que el general chino que había sido nombrado gobernador de aquel país concibió el proyecto de declararse independiente. Sucumbió, y cuando perdió la vida, quedó el país bajo la obediencia del dalailama nombrado por el gobierno de Pekin. Kien-lung salió á diez leguas de Pekin á recibir al general Chiaio-hoei, y después de dar gracias al espíritu de la victoria, dispensó al general el honor de tomar el té con él y lo llevó en triunfo entre su familia.

No era ya difícil para la China mantener en la obediencia al centro del Asia. Diversas naciones musulmanas se habían consolidado al Oeste y los rusos estendian incesantemente sus conquistas. El buddismo procuraba tranquilizar las poblaciones que poco antes se hallaban inquietas, al mismo tiempo que la direccion marítima impresa al comercio ya no les ofrecia las seducciones de las grandes ganancias para entregarse al pillaje. De sus resultados disminuyó el número de estos nómadas, y perdieron aquella intrepidez y aquella union tan necesarias para las grandes empresas. Los mongoles turgutos, que como hemos dicho, se habían refugiado en Rusia, fueron tratados como emigrados de quienes nada había que temer; se les sujetó al servicio militar, y fueron abrumados con cargas de toda especie. Dieron oídos con mucho gusto á los consejos de los lamas del Tibet y á las sugerencias del gobierno chino que los invitaba á volver (1770). Se fugaron secretamente cincuenta mil familias, y viajaron durante ocho meses al través del país de los kirghiz y á lo largo del lago Balkachí, llegando por fin al Ili, estenuados de fatiga y de privaciones, donde les aguardaba un oficial chino que les suministró en abundancia víveres y vestidos, y les asignó un territorio. Se habló mucho en la China de este acontecimiento. La ciudad de Ili, donde reside un gobernador con una guarnicion para sujetar las hordas mongoles, es el lugar á donde se deportan los grandes criminales.

Los padres Hallerstein y Benoit presentaron á Kien-lung nuevos mapas de su imperio más completos que los precedentes. Este príncipe que vió coronadas por la victoria otras varias empresas, prohibió celebrarlas con gastos excesivos é inútiles lo mismo que sus aniversarios, los cuales señalaba, al contrario, haciendo beneficios. Para evitar

los desastres que ocasionaba el rio Amarillo, mandó abrir un canal destinado á dar salida á las aguas; castigó las concusiones y la venalidad de los mandarines, vigilándolo todo en persona, aun cuando estaba en edad muy avanzada.

Abdicó en fin, en 1796, á favor de su hijo Kia-King, después de haber reinado sesenta años, teniendo ochenta y nueve cuando murió. Fué sin disputa uno de los más grandes príncipes de la dinastia manchúa: de un caracter firme y de un espíritu penetrante: amaba á sus pueblos y los visitaba, no para aumentar sus cargas, sino para conocerlas y aliviarlas. Muchas veces perdonó grandes sumas que se adeudaban al Tesoro. Conservó la paz en el interior y terminó las conquistas en el exterior. La primera embajada inglesa fué recibida por él en 1793, y también la de la compañía holandesa de las Indias orientales en 1795. Dió orden para traducir al manchú las mejores obras chinas; fueron revisados los King y se hizo de ellos nuevas ediciones. Compuso prefacios, poesias y muchas historias; recogió monumentos antiguos y modernos añadiéndoles sus esplicaciones; y había principiado á formar una coleccion escogida de las mejores composiciones de la China, en ciento ochenta mil, y segun otros, en seiscientos mil volúmenes, lo cual sería mucho aun siendo solamente buenas dichas obras.

Los emperadores han conservado de su origen manchú el uso de las cacerias, durante las cuales, viven por espacio de quince días como jefes de hordas tártaras: llevan consigo más de diez mil cazadores, que se alojan en tiendas ambulantes dispuestas á la tártara, es decir, sin más que algunos utensilios domésticos, algunos despojos de animales muertos por ellos y algunos arbustos en flor.

En cuanto al comercio, quedó abierto á los europeos en la ciudad de Canton, pero se les limitó el tiempo que podían permanecer allí, no pasando de doce el número de negociantes con quienes se les permitia hacer operaciones de tráfico, hasta 1792; después se aumentó el número hasta diez y ocho, entre quienes residia el monopolio; ellos solos servian para todos los negocios comerciales y respondian de todas las eventualidades. Los rusos llevaron á este mercado pieles de la Siberia y de las islas árticas, paños, flanela, terciopelos, lienzos toscos, cueros, cristal y perros de caza: esportaban algodón, té, porcelanas, juguetes, flores de mano, pieles de tigre y de pantera, arroz, almizcle, ruibarbo y materias colorantes (11). Los chinos se estienden además para hacer el comercio, por todos los mares de Oriente y por los principales puertos de la Malasia y de la India Transgángética. En el siglo pasado se apoderaron del comercio del reino de Siam y del imperio de Annam.

(11) En 1842 se calculó el valor del comercio entre la China y la Rusia en 2 868,333 rublos, sin contar el contrabando.

La principal esportacion es la del té, que suministra únicamente la China á la Europa y á la América. Esta hoja, de un uso muy antiguo entre los naturales, fué introducida por primera vez en Europa en 1610, por los holandeses. Los embajadores moscovitas le regalaron al czar una porcion en 1638, y á los pocos años estaba ya estendido el uso del té en toda la Rusia. Apenas era conocido en Inglaterra en 1650, pero no pasó mucho tiempo sin que se le sujetase á un impuesto como el café y el cacao. La compañía de Indias creyó, sin embargo, hacer un buen presente al rey en 1664, ofreciéndole dos libras y dos onzas, pero en el transcurso del siglo pasado ha llegado á ser un objeto de primera necesidad. Desde 1710 hasta 1810 ha vendido en Lóndres la compañía setecientos cincuenta millones, doscientos diez y nueve mil, diez y seis libras en 929.804,595 esterlinas; y desde 1810 hasta 1832, más de ochocientos cuarenta y ocho millones, cuatrocientos ochenta mil diez y nueve libras: en 1837 despachó cincuenta y un millones de libras: así pues, el té ha producido á la real Hacienda un ingreso de 75.000.000 de pesetas.

Posteriormente á las embajadas de que ya hemos hablado, fué una de Portugal en 1722 para pedir proteccion en favor de los portugueses diseminados en el imperio. La corte admiró la gravedad del embajador don Metello, y su exactitud en el cumplimiento de las ceremonias, pero se escusó de hablar sobre materias de religion, porque le parecieron muy escabrosas. Los holandeses enviaron otra nueva embajada en 1796, que tuvo muy mala acogida, porque el imperio ya no los necesitaba. En el mismo año mandó la Inglaterra á la China á lord Macartney, hombre muy hábil, cargado de títulos y cruces, pero que no pudo obtener nada, aun cuando él creyó haber hecho mucho, porque evitó las genuflexiones. La Rusia mandó en 1806 una legacion espléndida, compuesta de quinientas personas, pero cuando llegó á la gran muralla vino orden para que quedase reducida á sesenta; y como los que habian podido pasar adelante no quisieron someterse al *ku-tu* fueron despedidos sin ver la capital. La Inglaterra deputó de nuevo en 1815 una embajada de treinta y cinco personas, para terminar las diferencias, siempre crecientes, entre la China y la compañía

de las Indias: en el número de éstas se contaban lord Amherst, Sres. Allis y Morisson, con muchos factores de la compañía, gentes que en su calidad de mercaderes son despreciados en la China. Habiéndose negado á resignarse al *ku-tu*, llegaron, segun escribió el emperador al despedirlos, *hasta las puertas de la morada imperial, sin poder levantar los ojos á la faz del cielo*. Los marinos que llevaron á la China al embajador Amherst examinaron sus costas todo cuanto pudieron, y algunos penetraron en el interior con la legacion. Poseemos las relaciones de los viajes hechos á este pais por Jorge Staunton (1797), Juan Barrow (1804), De Guignes (1808), Enrique Ellis (1817), Abel Clarke (1818), Timkovski (1827) y Davis (1837), pero repetiremos que á los extranjeros se les oculta la verdad, son engañados con frecuencia, y como ha confesado un chino *se les recibe como mendigos, se les trata como prisioneros y se les despide como ladrones*.

Pero sea lo que fuere, lo cierto es que la China fué en un principio admirada, bajo la fe de Marco Polo, de Juan de Carpi y de Mandeville, como el pais del oro y de las piedras preciosas: después fué representada bajo favorables colores por los misioneros, que esperaban hallarla dócil á sus elecciones; Voltaire, y otros filósofos de su escuela la describieron llena de Mencios y de Confucios, para censurar nuestra civilizacion, y al contrario, los negociantes de Macao y Canton, no menos injustos, hacen de ella un juicio que deduce lo general por lo particular. La guerra que hicieron los ingleses á la China en 1840, ó la abertura de sus puertos que fué la consecuencia, no consiguió convencer á los chinos, y fué necesaria otra intervencion armada de Francia è Inglaterra en 1860, la toma de Pekin y la destruccion del palacio imperial para imponer allí el respeto de las potencias de Europa. Después han enviado los chinos varias embajadas á los *bárbaros*, celebrando con éstos algunos tratados de comercio, han fabricado fusiles y cañones del modelo más reciente, elevado hilanderias de algodón y fábricas de tejidos, han instalado líneas telegráficas y han tomado parte en las exposiciones universales de Londres, Filadelfia, Paris y Barcelona.

La China, siguiendo el ejemplo del Japon, ha entrado en la via del progreso.

## CAPÍTULO XXII

### ÁFRICA.

Aun cuando el Africa sea uno de los países de que la historia se haya ocupado desde los tiempos más antiguos (1), es hasta ahora muy poco conocida. Es preciso culpar á la naturaleza de su suelo, cuya superficie de un millon setecientas cincuenta mil leguas cuadradas, está poco surcada de ríos, así como á sus costas de difícil acceso, á la alternativa muy rápida de una maravillosa fecundidad y de una esterilidad invencible, á sus animales feroces, á sus reptiles y á sus insectos venenosos; siendo tal su número, que todavía se puede repetir hoy este proverbio de los antiguos: *El Africa produce cada día algun nuevo monstruo*; y los hombres, por otra parte, son tan feroces como los animales.

El Sahara, desierto inmenso de arena y de salitre, se estiende desde el valle del Nilo hasta el Atlántico, en un espacio de mil seiscientas millas geográficas de Oriente á Occidente, y la mitad desde el Norte al Mediodía; es como una faja de esterilidad que separa el Africa atlántica y un poco europea, del Africa equinoccial, region del oro, de los negros y de la esclavitud. El Ecuador corta el Africa al través, y los trópicos encierran en la Zona tórrida las tres cuartas partes de su porcion septentrional y las cuatro quintas de su parte austral. Sin embargo, la elevacion de los terrenos y los vientos regulares que reinan, hacen el clima soportable en algunas comarcas. En determinadas ocasiones, y cuando el sol está vertical, caen torrentes de lluvias que hacen salir de madre los ríos, dejando las aguas al retirarse la fertilidad y las en-

fermedades. En Africa, dice Ritter, no existen las magníficas maravillas de la mañana y de la tarde, la lucha y el triunfo alternativo de las diferentes estaciones que empiezan con la primavera y terminan en el invierno, el contraste del subir y bajar de lo pasado á lo futuro. Nada de esto contribuye allí á dar vida á la naturaleza humana: jamás el efecto de las oposiciones en la naturaleza y en el hombre despierta ó agita el pensamiento de una eternidad y de un mundo mejor.

La naturaleza se muestra allí gigantesca en la riqueza de los árboles, cuya elevacion es enorme; en los arbustos arborescentes, en la viña, cuya cepa apenas pueden abarcar dos hombres, en las yerbas estremadamente altas, entre las cuales corren manadas de monos espantosos, de ligeras gacelas, leones, tigres y panteras. Véanse además los útiles camellos, descomunales serpientes y elefantes mucho mayores que los del Asia; los monstruosos hipopótamos, las girafas, las cebras y los cocodrilos, de los cuales algunos tienen hasta veinte y cinco piés de longitud. En medio de los aloes, de las balsaminas, de las mimosas, de las euforbias, de las tuberosas, de las proteas, que las aéreas palmeras, dominan y los inmensos baobabs, se guarecen magníficos papagayos, águilas de gran tamaño, avestruces y el alcaraban blanco cuyas plumas son tan buscadas. Los mismos gusanos é insectos son mayores; las abejas salvajes existen en enjambres infinitos; y las devastadoras langostas son el único alimento de tribus enteras; el nido de las hormigas blancas se eleva en forma de conos, que á veces llegan á la altura de diez y seis piés. En contraposicion á la antigua opinion de que los países cálidos son ricos en piedras preciosas, el Africa no las produce, ni tampoco cristales, á escepcion de unas cuantas esmeraldas y algun cristal de roca: tampoco se conocen allí volcanes notables.

(1) Véase libro VI, cap. 6. RITTER, *Geografía general comparada*.—H. TERNAUX COMPANS, *Biblioteca asiática y africana, ó catálogo de las obras relativas al Asia y al Africa que se han publicado desde el descubrimiento de la imprenta hasta 1700*. Paris, 1842.

Atraviesan los arenales del desierto, las tribus que pasan de unos pastos á otros, las caravanas de peregrinos que se dirigen á Meca, y los comerciantes que van á buscar marfil, plumas de avestruz, y oro en polvo, y traen las especias desde lejanas tierras. La astronomía es una ciencia indispensable de la cual depende la vida en estas regiones áridas, en que no existe otro medio de orientarse; así es que la enseña prácticamente el jefe de cada tribu.

Los antiguos supieron poco del Africa interior, y los griegos no pasaron del oasis de Ammon (*Syoah*). Herodoto supo sin embargo de boca de los habitantes de la Libia, el camino que seguían las caravanas por Aujela y el Fezzan hasta los pueblos del Atlas; que cinco jóvenes nasamones llegaron á través del desierto á pueblos negros, que habitaban una ciudad donde un gran río lleno de cocodrilos, que debía ser el Níger, corría de Oeste á Este: supo también que á cuatro meses de camino de Elefantina, se había establecido una colonia egipcia en las orillas del Nilo, cuyo nacimiento eran según Tolomeo, en las montañas de la Luna. Los viajeros contemporáneos, Barth, Livingstone, Stanley y otros nos han hecho conocer el interior del Africa.

Después de la derrota de Cartago, los romanos se adelantaron algo hácia el interior, y avasallaron á los garamantós; pero sus indicaciones son inciertas y cuestionadas, y además sus itinerarios no pasan del Atlas.

La revolucion de más importancia para lo interior del Africa, fué la predicacion de los mahometanos, que á fuerza de apóstoles armados, cabalgando en los camellos á que estaban acostumbrados en su patria, llegaron al corazón del país, y se comunicaron directamente con los países del oro y del marfil. En 965 muchos doctores musulmanes fueron á estirpar la antropofagia y á establecer su religion entre los negros y en los oasis, á que debió el islamismo sus más celosos defensores. Multiplicáronse los descubrimientos cuando estuvieron ya fundados los florecientes imperios de Marruecos y de Fez, el primero de los cuales llegó al último grado de esplendor en el siglo xii, reinando el califa Manzor. Después, cuando los moros fueron espulsados de España, al volver á las costas septentrionales, aumentaron allí la industria, é hicieron reinar el órden, hasta que hordas feroces é ignorantes cayeron sobre la Berberia y establecieron en ella no dominios, sino guaridas de ladrones que han continuado siendo hasta nuestros dias, una barrera entre nuestro continente y el africano.

Roger de Sicilia encargó en otro tiempo á Edrisi la formacion de una geografia, en la cual parece revelar la existencia de muchos reinos y ciudades del Africa interior. Entre los viajeros árabes como cemos ya á Ibn-Batuta, que en 1353 llegó á Tumbuctú, y á Juan Leon de Granada, que después de haber ido allí dos veces, nos ha dejado una descripción del centro del Africa, la más completa que existia poco há. Así como es necesario cono-

cer los caminos de nuestro continente, importa estudiar en Africa las estaciones de las caravanas. Aun se ignora cuáles son las de los países meridionales; no sabemos siquiera si todas las que se dirigen á Levante y al Norte parten de Tumbuctú. Sólo las vemos llegar diariamente á las costas de Berberia á través de Atlas, por su parte más baja, y donde los valles están más abiertos, buscando menos el camino más corto que el más útil. Ya Herodoto nos habla de las caravanas que iban en diez dias desde Tebas á Egipto, al país de los amoneos; en otros diez, al de los nasamones; después al de los garamantós al extremo de la Gran Sirte; á los atarantós; siempre por etapas de diez dias, y encontrando agua y pastos en medio del desierto. El mismo camino nos está indicado por Edrisi, y éste es aun el que sigue la caravana que va desde Marruecos á la Meca. A esta gran caravana se reúnen las más pequeñas de las regencias berberiscas, y las más numerosas aun del interior de Africa; porque, en estas expediciones religiosas y comerciales, la época de la partida, la duracion de las estaciones, el momento de la llegada, todo está determinado de una manera invariable.

Muchos viajeros trataron de penetrar en el centro del Africa pasado el año 1400, cuando el ardor de los descubrimientos había invadido la Europa. Los portugueses, antes que nadie, guiados por el veneciano Cadamosto, se internaron en 1455 en el Senegal y en la Gambia. Habiéndose establecido en la isla de Arguin, estrecharon amistad con muchas poblaciones negras y Bemoys, príncipe de los yolofs solicitó su alianza, fué á Lisboa donde se hizo cristiano el 3 de noviembre de 1489, y dió noticias de Tumbuctú y de la Guinea. Dirigióse luego la atención principalmente hácia el Congo, descrito repetidas veces por los misioneros españoles. Leon el Africano suministró muchos datos á Mármol, que á fines del siglo xvi describió aquella comarca, añadiendo multitud de cosas nuevas de que se impuso en los años que militó allí. Los portugueses, después de doblado el cabo de Buena Esperanza, fundaron establecimientos en aquellas extremidades meridionales, ensangrentadas por perpétuas guerras de tribus.

Los geógrafos árabes dividen el mundo musulman en *beydhan* ó blancos, y en *sudan* ó negros. Dividen además la vasta region habitada por los primeros en *Scherg*, Oriente, que comprende el Asia con los países de los *Misr* ó Egipto, y el *Maghreb*, Occidente, que se estiende desde Egipto hasta el Atlántico. Llaman á los habitantes de los primeros *scharqyyin*, sarracenos ú orientales; y los de las otras *maghrebeyn* ú occidentales, llamados tambien moros. Dividen en consecuencia el Africa en *Ardh-al-Magreb*, tierra del Oeste, y en *Belad-al-Sudun*, ó país de los negros. En el Maghreb, llaman *Tell* las altas tierras habitables á lo largo del Mediterráneo, y *Ssahhra*, el desierto que se estiende al Mediodia hasta el Sudan, donde están esparcidos los oasis (*ouahh*), las islas (*gezirah*),

y los valles (*ouädy*). Una série de estos oasis rodea la frontera meridional del Tell, y se llama *Belädel-Geryd*, ó pais de los dátiles. El Tell se divide al Este en provincia de *Afríqya*, ó regencias de Trípoli y de T'únez, en *Maghreb-al-Oasat*, ó Poniente del medio, correspondiente á la provincia de Argel; en *Maghreb-al-Aqssay*, ó Poniente lejano, que comprende los reinos de Fez y de Marruecos; y en *Sous-al-Aqssay*, cuya capital es Tarodante. Para el pais de los negros no hay otra division que la de los Estados políticos.

**Razas.**—Entre las multiplicadas razas, que es tan difícil referir al único tronco atestiguado por la tradicion religiosa (2), hay tres principales en Africa. Los *moros*, cuyas formas se refieren á las de los europeos, y á los cuales pueden unirse los kabilas, los berberiscos, y tambien los demás restos de los antiguos nómadas y de los gétulos, mezclados después con los árabes, hasta el punto de parecer hermanos. De la mezcla de los naturales con otras poblaciones del Asia, proceden los coptos, los nubios, los abisinios, todos de tez más ó menos oscura. Los *negros* ocupan el centro y la parte occidental del Senegal hasta el cabo Negro; han penetrado en la Nubia y en Egipto. La costa oriental está doblada de *cafres*; se distinguen de los negros por un ángulo facial menos obtuso, la frente convexa, los cabellos crespos, la tez más ó menos oscura y que tira á amarillo.

Hay otras poblaciones cuyo origen no puede designarse. Los hotentotes, por ejemplo, son de un oscuro subido ó de color de hollin; tienen la cabeza pequeña, la cara ancha en la parte superior, y en la parte inferior termina en punta; las mejillas muy prominentes, los ojos hundidos, la nariz aplastada, los labios gruesos; toda su persona presenta el aspecto del desaseo. Sus ritos son más bien de magia que de religion; las mujeres se procuran un delantal artificial, provocando el acrecentamiento de una parte que otras africanas tienen la costumbre de circuncidar. Se encuentran en Madagáscar colonias de raza malaya.

**Lenguas.**—Es aun más difícil clasificar estas poblaciones por la lengua, tanto más cuanto que el mismo idioma se habla por naciones de razas distintas, al paso que otras del mismo origen se sirven de idiomas diferentes. El berberisco se habla en muchos dialectos, exceptuando el árabe y un poco de franco en todo el Norte del Africa, en todas las ramificaciones del Atlas y en la série de oasis que se suceden detrás de estas montañas hasta el Congo, y toma los diversos nombres de *showiyah*, *amazirgh*, *shillah*, *ertana*. Es la lengua de los antiguos nómadas, madre de la que hablan los kabilas de la Argelia y los táuricos del Sahara. Otros idiomas de origen araneo evidencian la larga dominacion de las naciones semíticas. La lengua felana confirma la fraternidad de los fela-

nes con las tribus que habitan el Toro, el Futa, el Bondu, el Kasson, el Sangran, el Fuladu, el Bruko y el Massina. Los hotentotes y los cafres no son menos diferentes entre sí en el idioma que en la conformacion. Otros idiomas separan tambien á poblaciones, cuya mezcla es por lo demás completa. Es un problema cuya solucion dará tal vez el porvenir, en lo que concierne principalmente á los idiomas de los gallas, de los achantis, el bomba y el unda. El copto, el árabe y el gheez, son los únicos que tienen alfabetos propios.

**Indole.**—El gran número de mujeres y la corta duracion de su fecundidad han hecho se conserve allí siempre la poligamia. El orden social (porque la sociedad se encuentra en todas estas razas, aun en las más groseras) está en relacion con su manera de vivir; es patriarcal entre los nómadas, monárquica ó aristocrática en otras partes, y siempre despótica. La raza negra es la más prolífica, y todos los viajeros convienen en que la poblacion es numerosísima en Africa, á pesar del tráfico de esclavos: la pubertad es precoz, y cada matrimonio procrea muchos hijos.

Parece, sin embargo, que la exuberancia de las familias y de los pueblos sofoca el desarrollo de la personalidad. El negro es inclinado á la inercia por el ardor del clima, y la facilidad de procurarse el alimento en paises donde, sin hablar de los frutos naturales, bastan veinte dias para asegurar la cosecha del arroz, del mijo y del maiz. Añádase á esto la ninguna delicadeza en el gusto, de lo que resulta, que no le incomodan ni la repugnante carne de los cocodrilos y del elefante, ni la de los perros y monos. El vino de palmera y la cerveza del maiz eran sus licores de costumbre, antes de que la Europa le llevase el veneno del aguardiente. En los paises donde no va desnudo, el algodón le proporciona un vestido fácil; algunos troncos de árboles medio pulimentados y una pequeña cantidad de ramas le bastan para su cabaña, destinada á ser llevada con frecuencia por las lluvias anuales. Las habitaciones de las ciudades son tambien toscas, y la morada real no se distingue de las demás sino en la reunion de varias de ellas; pero á veces tiene el rey por trono un pedazo de oro, que ningun soberano de Europa podría procurarse otro igual.

Lo que prueba la indiferencia del negro, es que nunca ha tratado de domesticar al elefante; no hace siquiera sentir á las fieras su predominio cazándolas. Se entrega mejor á la pesca, afrontando las fatigas y peligros en medio de las tempestades para sumergirse después en su pereza habitual. Sabe tambien tejer, trabajar la madera, los metales, y á veces las piedras preciosas con cierta delicadeza. Por otra parte, los negros no piensan más que en gozar alegremente de la vida en medio de los cantos, de los bailes, del sonido de los instrumentos y de las emociones convulsivas del juego. Algunos son antropófagos, todos se pintan la piel, en muchos la circuncision es de costumbre. Todos

(2) Véase la nota L al fin del libro.

los géneros de religion se encuentran allí desde el fetichismo grosero y sanguinario hasta el cristianismo; pero ninguno en su pureza, ni con verdadera eficacia sobre las acciones y recta inteligencia de los preceptos. Lo que les espanta ó lo que les admira se convierte en objeto de su culto; ídolo temporal que arrojarán tal vez al día siguiente al fuego donde la vispera hacian quemar incienso. La supersticiosa religion es explotada con un objeto de lucro sórdido ó de goces lascivos por los sacerdotes, que liban en nombre de Dios las primicias de los recién casados.

El Egipto pertenece por su historia á las naciones asiáticas, y ya hemos hablado de él detalladamente. La costa septentrional del Africa, con sus ricas selvas y sus fértiles llanuras, situada en el gran lago europeo, que contribuyó tan poderosamente á la civilizacion, parece destinada, por su situacion enfrente de Italia, Grecia y España, á ser una provincia de Europa, y cambiar con ella sus ideas y producciones. Podia ya considerársela de esta manera cuando florecian allí Cartago y Cirene; añadamos tambien la Numidia, aunque ésta no haya tenido historia entre los antiguos, que la confundieron con Cartago (3); pero aquella brillante civilizacion fué turbada por el acero de los romanos, y estinguida después por las devastaciones de los vándalos. Impulsados los moros por el entusiasmo religioso, hubieran podido cooperar á la civilizacion de las costas de Africa, pero las varias dinastias musulmanas las convirtieron en teatro de incesantes vicisitudes; y desde allí amenazaban á la Europa, ocupando tambien algunas partes de ella, como la Sicilia y la España.

Sin embargo, el Africa no era bárbara en la Edad media; bajo el gobierno de los emires vivian muchos cristianos, especialmente aragoneses, catalanes é italianos, que continuaban el tráfico con Europa, y le traian de allí alumbre, almizcle y oro en polvo; frecuentaban sus costas los europeos; Génova, Pisa y Venecia hacian un comercio activo en Bugia. Existen tratados con las potencias de Europa para proteger la seguridad de las personas y del culto. El Africa no fué bárbara sino cuando vino á tierra el gran pensamiento del cardenal Jimenez, ministro de España, que queria convertir al Mediterráneo en un lago cristiano. Hordas de turcos feroces sobrevinieron, subyugaron á los árabes y establecieron los gobiernos berberiscos que hasta hace poco eran el oprobio de la política europea, que toleraba las amenazas de tales vecinos.

Los Estados berberiscos no cesaban de aumentar su poblacion con esclavos y renegados cristianos.

Y esto es tan cierto, que disminuyó cada vez más desde el momento en que el número de los renegados fué menor y se enfrió el fanatismo musulman; es decir, cuando ya no fué necesario cambiar de religion para sustraerse á las persecuciones, y no fueron impulsados por el ejemplo contagioso del entusiasmo.

**Abisinia.**—Para combatir á los berberiscos fué por lo que Portugal comenzó sus expediciones á lo largo de las costas, é impulsado, continuándolas á doblar el cabo de Buena Esperanza. Ya hemos dicho que al mismo tiempo que se mandaban barcos para doblar aquel promontorio, se habia enviado á explorar por tierra la Abisinia. Una cadena de montañas que desde el istmo de Suez se estiende á lo largo del mar Rojo, separa aquella parte del Africa en dos vertientes, de las cuales la una se inclina hácia el golfo Arábigo, y la otra por la parte del Nilo, donde deja desembocar á varios rios. Entre los grados 9 y 16° de latitud Norte y el 34° y 39° de longitud oriental, contados por el meridiano de Paris, se encuentra una llanura elevada, de suave temperatura y fértil suelo, que se llama Abisinia, y que ha permanecido desconocida de los antiguos. Las nubes que permanecen en las cimas que rodean aquellas llanuras durante varios meses del año, se convierten en abundantes lluvias, á las cuales debe el Egipto su fecundidad. La vegetacion, como en todos los países situados entre los trópicos, es muy rica.

El país comprende dos comarcas, el Amara y el Tigre. En la primera se habla el amárico, que es la lengua de la corte; en la otra el gheez, antiguo idioma reservado á los libros y de origen semítico, con menos mezcla que el amárico. Que la Abisinia haya recibido su poblacion de Egipto ó que le haya transmitido la suya, sus habitantes eran poderosos desde los tiempos más remotos. Estuvieron varias veces en guerra con los egipcios, y hasta con la Palestina, de donde procedió una colonia que conservó allí la religion judaica. De allí es, segun el dicho de estos judios, de donde salió la reina de Saba para ir á reverenciar á Salomon, de quien concibió un hijo que estendió el culto de Moisés. Cambises y otros conquistadores, que atraidos por la fama de las riquezas fabulosas, quisieron penetrar en aquel país, pagaron cara su avaricia. Pocos datos, además de los que proporcionan algunos mármoles, nos quedan del reino de Axum, donde se encuentran restos de los antiguos edificios y muchos obeliscos, uno entre otros, de ochenta piés de altura y de un solo pedazo. Los sacerdotes conservaron una crónica de los antiguos reyes ó neguse de Abisinia, enteramente fabulosa en lo concerniente á los tiempos antiguos. Fromencio introdujo desde un principio en aquella comarca el cristianismo, que se ha conservado hasta el presente á pesar de las reiteradas tentativas de los musulmanes. Pero los que le profesan, separados de los demás cristianos, desprovistos de libros y de educacion y sin poseer más

(3) Cristóbal Cellario dió de ella una buena Geografía en 1701, *Notitia orbis antiqui*, reimpressa por Conrado Schwartz 1773; se han hecho estudios más detenidos, después de la conquista de Argel, por Dureau, Hase, Walkenaer, etc.

que algunos fragmentos de homilias y concilios, que, así como su Biblia, hormigüean en errores, han debido necesariamente estraviarse en su creencia; y se dejaron principalmente arrastrar á la herejía de los monofisitas, que les fué de Alejandria.

La colonia judía obtuvo durante algun tiempo la preponderancia, y dió á la Abisinia reyes que se pretendian descendientes de Salomon, al paso que una sola provincia quedaba á los príncipes de la antigua dinastia. Entre los primeros se cita á Lalibala, que habiendo dado asilo á los cristianos á fines del siglo XI, obligados á huir de Egipto, los empleó en construir templos y canales. Su sobrino abdicó en favor de Icon-Amlac, descendiente de los antiguos soberanos, que recobraron de esta manera el poder y que, reuniendo toda la Abisinia á su ley, se vengaron de las incursiones de los árabes arrojándolos de las provincias que habian ocupado. Los abisinios continuaron alternativamente en paz ó en guerra con ellos, y los árabes les enseñaron diferentes artes, comunicándoles al mismo tiempo la civilizacion y el lujo.

Dos frailes enviados por Zara Jacob, emperador de Etiopia, se presentaron al concilio de Florencia, y esta fué la primera revelacion que se tuvo de aquellos cristianos, que habian permanecido allí como un oasis en el desierto. Al momento se aplicó á aquel soberano todo lo que la fábula contaba del preste Juan, y refiriéronse y fueron aceptadas con la credulidad de costumbre de las imaginaciones de la Edad Media mil anécdotas. En su consecuencia, los reyes de Portugal mandaron en busca de aquel rey católico, que debía ser un poderoso socorro para conquistar el Africa, y todos los indicios que se obtenian sobre aquel personaje eran cuidadosamente coleccionados. Ya hemos dicho cuál habia sido el resultado del viaje de Covilham. Un mercader armenio llamado Mateo, que habia arribado á Lisboa, procedente de la Abisinia, después de varios años y grandes fatigas, fué bien acogido allí. Se le volvió á enviar con Rodrigo de Lima, revestido con el título de embajador, provisto de una comitiva conveniente y numerosos regalos, entre otros, artilleria, un mapamundi y un órgano. Después de un penoso viaje arribaron á Axum, donde vieron restos de antiguos edificios, obeliscos, templos subterráneos de un trabajo maravilloso, é iglesias con columnas, todo abierto en la roca. Recibiólos el rey David con un ceremonial complicado detrás de un paño de oro, que descorriéndose de repente, lo presentó en medio de un brillo deslumbrador, con una cruz en la mano. Verificóse una mútua alianza para la destruccion de los musulmanes; pero no produjo resultado alguno.

Habiéndose detenido Bermudez, médico portugués, en la corte de Abisinia, fué enviado por el rey del país á Roma y á Lisboa, para pedir socorros, con los cuales volvió revestido además con el título de patriarca, y combatió contra el rey de

Adel; pero este triunfó y asoló el imperio. Ascendió entonces al trono un rey menos amigo de los cristianos. La influencia que los portugueses habian adquirido, hizo se les odiara, y Bermudez se creyó feliz con poder huir á Massuah, en el mar Rojo, desde donde fué á Goa. Escribió allí una relacion al príncipe de Portugal, asegurándole que con socorros los cristianos podian llegar á ser tan fuertes en aquel país, que produjeran la sumision del emperador á la Iglesia. «La conversion de los abisinios sería tanto más fácil, cuanto que no hay entre ellos sábios orgullosos y obstinados, sino personas humildes y piadosas, que desean simplemente servir á Dios y conocer la verdad. Con respecto á lo temporal, se hubieran podido sacar tantas ventajas, que el Perú con su oro y la India con su comercio, no serian nada. Hay en el reino de Dancot y en las provincias vecinas, más oro que en el Perú, y se podría coger sin guerra y con menos gastos.»

Continuáronse recibiendo noticias de Abisinia por los misioneros. El padre Alvarez permaneció allí seis años; y habiendo vuelto en 1540, publicó una relacion poco fiel. Durante todo aquel siglo, misioneros y aventureros portugueses ejercieron mucha influencia en Abisinia; algunos de ellos llevaron bastante lejos sus descubrimientos, tales como el padre Fernandez, que llegó hasta Narea el Yinyiro y el Cambot, es decir, hacía el centro, donde nadie ha penetrado después: esperaba llegar á Melinda, pero no pudo conseguirlo. El jesuita Paez descubrió el nacimiento del Nilo azul; el padre Lobo anduvo errante mucho tiempo entre los gallas, vecinos poderosos y nómadas de los abisinios, que se alimentaban con carne cruda. Conociendo el mismo Paez la lengua que se hablaba en Abisinia, sacó gran ventaja de ella. Obtuvo la confianza del rey, para quien construyó un palacio muy adornado y muy rico, y se dedicó á civilizar aquel pueblo atrayéndole á que abjurase de sus errores, como único medio de obtener la proteccion de los europeos. Sela-Cristos, hermano del emperador, y el hombre más valiente del reino, arrastró consigo al convertirse á muchas gentes que le imitaron. A pesar de la oposicion que se manifestó, y aunque la guerra civil tomó el aspecto religioso, los católicos obtuvieron ventaja; Seltan-Segned recibió la comunión católica, y prohibió orar por el patriarca de Alejandria.

Pero las disidencias nacidas sobre los puntos en que los católicos difieren de los jacobitas, impidieron la union necesaria; vengáronse los musulmanes sobre los abisinios de las pérdidas que esperimentaban en la India, y los socorros proporcionados de tiempo por los portugueses eran insuficientes. Alfonso Mendez, enviado al país en calidad de patriarca, en lugar de recurrir á los medios suaves para conseguir la conversion, escitó descontentos y rebeliones. Reprimiólas el rey Socinios con ayuda de los portugueses; pero aprovecharon de ellas los feroces gallas para verificar

nuevas invasiones. Habiendo entonces sucedido Facilita á su padre (1630), tomó el partido para extinguir estas disensiones, de rechazar la supremacía papal. Proscribió á los misioneros y trasladó su residencia á Gondar.

El médico Porcet, que en tiempo de Luis XIV fué enviado desde el Cairo para curar al rey de Abisinia (1698), nos ha dejado una descripción de los países poco numerosos que atravesó. El número de las relaciones se aumentó á fines del siglo pasado, posteriormente al viaje de Bruce: lord Valentia, que aprovechándose de la situación de los ingleses en la India, empleaba sus riquezas en conocer los diferentes países de Oriente, habiendo llegado á Moka, resolvió enviar á su secretario Enrique Salt á Abisinia. Habiendo cumplido perfectamente este joven su misión (1809), los ingleses le hicieron emprender un nuevo viaje á aquel país para anudar allí relaciones de comercio. Dotado de una imaginación muy viva, y escritor de gran capacidad, no fué bastante profundo en sus indagaciones, y carecen de exactitud sus asertos. Combes y Tamisier le esceden en originalidad. El prusiano Katt no penetró más allá de Adova; los misioneros Samuel Gobat y Cristiano Kugler, mandados por la sociedad de las misiones inglesas, en 1829, para llevar allí biblias traducidas en lengua amárica, encontraron al país pobre, al rey sin autoridad y con falta total de tranquilidad: por complemento de males, la langosta había assolado el territorio.

El doctor Rupell, atrevido viajero, que reunía los conocimientos necesarios para sacar provecho de todo lo que veía, recorrió el Egipto y la Arabia Petrea (1831) con objeto de hacer allí observaciones de astronomía y de historia natural. Dióse á la vela para Massuah, punto de partida de los que van de Egipto al interior de la Abisinia: este puerto, conquistado por los turcos en 1557 es muy rico en razón al comercio de esclavos, marfil, cera, almizcle y café. La naturaleza tropical de los animales y de las plantas ofreció allí al doctor Rupell gran motivo de estudios; después penetró en Abisinia con una caravana de cuarenta y nueve camellos y doscientos hombres, todos bien armados contra los salteadores. La raza abisinia es hermosa, y tiene semejanza con la de los árabes beduinos; los habitantes de las costas tienen algo del etiope; los gallas son enteramente diferentes. Los abisinos tienen cada año ochenta días feriados y otros doscientos de ayuno; creen que el trabajo envilece: en su consecuencia los mahometanos son los que adoban y curten las pieles, los griegos y los egipcios, los que fabrican las armas y las obras de platería, y los judíos, los que desempeñan el oficio de albañiles y jornaleros.

Rupell confirma lo que ya había dicho Burkhart, de la grave dificultad para aquel que viaja por Africa, de saber á quién debe dar y cuánto. Si descuida el gratificar á alguno, es un enemigo que se gana; si no se da en ocasión oportuna, es-

cita la avaricia de todos. Encontró por todas partes el desorden y la anarquía como en medio de las tribus salvajes, y sangrientas violencias resultaban de las enemistades intestinas. Catorce soberanos han ocupado el trono de Abisinia desde 1788 hasta 1833, y el país ha sufrido veinte y dos revoluciones; así es que todo el que no quiere obedecer, permanece independiente, con tal que tenga la fuerza necesaria. La dinastía hebreaica del Semen se estinguió desde principios del siglo XIX.

En 1840, el ministerio francés mandó allí dos oficiales, Galinier y Ferret, que penetraron en efecto en el país, del que trazaron un mapa precioso. El misionero alemán Krapf (1842) ha recogido otros datos muy importantes sobre los países aun por explorar, y Zimmerman se ha servido de ellos y de otros para dibujar la parte superior de la comarca del Nilo; pero las fuentes de este río permanecen aun en el misterio. Las diferentes expediciones que el bajá de Egipto ha hecho marchar á buscarlas, no han obtenido ningun resultado, aunque se han adelantado hasta el cuarto grado de latitud Norte.

La costa que desde la Abisinia y desde el estrecho de Bab-el-Mandeb se estiende hasta el Egipto entre el mar y las montañas, y cuya cadena la sigue paralelamente, presenta una población indicada, tanto por los antiguos como por los modernos, como troglodita (es decir, habitantes de grutas). Es una nación salvaje de una raza que se acerca á la árabe, que se ocupa en hacer pacer las cabras, y que por este motivo se la llama tambien *gheez*, es decir, pastores. Algunas tribus van como si fueran rebaños á beber en los lagos distantes; otras viven bajo un gobierno monárquico; la circuncision es allí comun á los dos sexos. Los turcos son los dueños de aquella costa desde el siglo XVI, y envían allí para gobernarla á un naib, que tan pronto rechaza toda dependencia, como reconoce la supremacía de los abisinos.

En el día, que los ingleses son dueños de Aden, y por consecuencia de un nuevo camino entre la India y la Europa, la Abisinia no puede tardar en ser explotada en interés político y comercial, sobre todo si se abre, en union con los principes indígenas, comunicaciones entre el interior del país y las costas del mar; comunicaciones que son en el día difíciles por la altura de las cimas y la poca hospitalidad que hay en el país que se debe atravesar. La Inglaterra se apropia ya el camino que, desde la costa situada enfrente de Aden, conduce al reino de Choa, comprando la soberanía de las tribus árabes, sin inquietarse si estos salvajes saben lo que venden, y si tienen derecho para hacerlo.

Christofer, teniente de la marina anglo-india, al examinar en 1843 la costa de Africa, empezando en Aden, descubrió al norte del Ecuador un río con cuatrocientos piés ingleses de ancho y sesenta de profundidad, por el cual subió unas ciento treinta millas. En la misma época Rochel d'Heri-

court anudó relaciones entre los abisinios y la Francia, y encontró los amaras, pueblo cristiano, de costumbres suaves, en cuya legislación estaba abolida la pena capital, exceptuando sólo el caso de asesinato. El capitán Jehenne que fué al Yemen para buscar allí semillas de café con que renovar los plantíos en América, exploró aquel país, y rectificó la configuración de la costa al occidente de Bal-el-Mandeb.

Con respecto á la costa occidental de Africa, los portugueses, apoyándose en un breve pontificio, creían tener allí el privilegio del comercio, y trasportaban de allí bueyes marinos y mahometanos y negros robados, de todo lo cual se formó un mercado en la grande isla de Arguin. A medida que adelantaron más sus descubrimientos, se establecieron en la Senegambia, en la costa de Oro y en el Congo, donde la lengua que se habla al sur de la Gambia conserva aun huellas de su presencia; pero sabemos poco de los viajes emprendidos por esta parte como especulación, ó con la idea de convertir á los indígenas. Cuando en la época de la reforma los ingleses dejaron de tener en cuenta los decretos de la Santa Sede, enviaron á traficar á las costas de Guinea, de donde trajeron oro, pimienta, colmillos de elefante, y aun el mismo animal, en el que encontraron un cráneo tan enorme que un hombre vigoroso apenas podia levantarlo. Una compañía de comerciantes de Exeter obtuvo (1588), de la reina Isabel, un privilegio para la explotación de los países situados entre el Senegal y Gambia; pero como acontece en los monopolios, tuvo poco éxito. Como se supo, sin embargo, que el oro abundaba en Tumbuctú y Gago (1618), se trató de ensayar el llegar allí, y constituyóse una sociedad con el objeto de buscar el país de Tumbuctú, considerado como el foco de todas las riquezas de Africa. Los exploradores tuvieron en el camino relaciones con los reyes moros, que acudían á su tránsito para hacer cambios, y sobre todo para obtener sal; pero no se adelantaron mucho hácia el interior.

Los armadores de Dieppe pretendían haber traficado, desde 1364, con las costas occidentales de Africa hasta Sierra Leona; pero un incendio ha destruido las pruebas de aquel hecho. Es cierto que han permanecido mucho tiempo únicos en este comercio, y que tenían además un establecimiento en la embocadura del Senegal en 1626. La primera compañía con privilegio se estableció por el rey de Francia en 1664; después ha habido otras cinco, pero ninguna ha prosperado; no han hecho más que facilitar las exploraciones, y aumentar las nociones geográficas sobre los alrededores del Senegal; con respecto á penetrar en el país del oro, los negociantes indígenas se lo impidieron,

Los portugueses no se inquietaron mucho en sus posesiones al sudeste, por avanzar hácia el centro de Africa. La encontraron tal como está aun en el día, destrozada por guerras intestinas, sin llevar otro objeto que crueldades y espoliaciones, y no

grandes conquistas de territorio, que al menos ayudan á la civilización constituyendo inmensos imperios. Los reyes se habían dedicado hacia mucho tiempo á hacer el comercio de esclavos con Europa. Se los procuraban por los medios más horribles, hasta el punto de tener mujeres á quienes precisaban á prostituirse á los extranjeros, con el objeto de tener un pretexto para hacerlos esclavos como violadores de la fe conyugal. Los akimos inmolaron sobre el sepulcro de su rey Freempoung á millares de esclavos; enterraron vivo á su primer ministro y á sus trescientas treinta y seis mujeres, después de haberles quebrado los huesos, y continuaron muchos días sus cantos y bailes en redor de las fosas, donde se oían los gritos de agonía.

Una nación estremadamente feroz, procedente del centro de Africa, en el país de Angola, llamada yagas, caía de tiempo en tiempo sobre los Estados de la costa donde existía alguna forma social. Bien provistos de armas, unos con permanencia fija y otros con una vida errante, eran tan bárbaras sus costumbres, que se inclinó uno á rechazar el testimonio de los viajeros que las referen. Practicaban tambien la magia, y consultaban á la divinidad con atroces ritos. No dejaban educar á sus hijos á las mujeres, y enterraban á los recién nacidos; los mancebos que arrebatában á las demás tribus les servían para reclutas del ejército; les ponían un collar en señal de servidumbre, hasta que llevasen la cabeza de un enemigo; entonces eran recibidos en su sociedad. En ciertas fiestas, su rey arrojaba un leon hambriento en medio de la multitud, y era un honor el caer bajo sus garras. Después de haber recorrido la reina Zimbo como conquistadora el Africa meridional, se dirigió á sitiar á Mozambique. Fué derrotada delante de Melinda, y su imperio se destruyó. Temba-Ndamba, sobrino de uno de sus generales, trató de restaurar aquella nación con ayuda de leyes muy severas; y para darles ejemplo de la obediencia con que queria se ejecutasen, machacó á su propio hijo en un mortero; habiendo hecho después un unguento con aquellos espantosos restos, se untaba con él en los días de batalla.

Semejantes atrocidades se han hecho con frecuencia por los que defienden ó escusan la trata de negros, que dicen son ya esclavos en su país, ó pueden serlo de un momento á otro. Pero no es de la condicion de los negros en su patria, de la que se deben sacar argumentos eficaces contra este tráfico bárbaro, sino de su influencia funesta sobre el carácter de los europeos; como si de robar á estos desgraciados ó comprarlos, de trasladarlos amontonados en las bodegas de los barcos, entregándolos allí al contagio y al hambre, traficando después con ellos como animales, no resultase para los negros una escuela de inhumanidad y de crimen! Añádase á esto el que cuando los reyes de Africa vieron buscada esta mercancía, dedicaron más actividad á procurársela, adelantaron en este arte, así como los europeos en rentas, no dejando de

dar muerte á un millon de hombres por apoderarse de un centenar de prisioneros.

Si se cuenta la espantosa mortandad que diezma los esclavos en las colonias, donde la poblacion negra se renueva cada veinte años, calculando cerca de tres millones el número de negros en ambas Américas, deben haber llegado quince en el curso de un siglo y perecido otros tantos en la travesia. ¡Qué enorme masa de poblacion arrebatada al Africa!

Este oro, que los europeos buscan en América con los brazos de los negros, fueron tambien á pedirlo á los ardores de Africa, en la errada opinion de que cuanto más cálido es un pais, más abunda en minerales preciosos. Leon el Africano, el ménos crédulo de los viajeros antiguos, afirma que el emperador de Tumbuctú posee barras de oro, cuyo peso asciende á mil trescientas libras.

La indolencia ha impedido siempre á los africanos el hacer progresos en las artes, hasta el trabajar el hierro, cuya indispensable necesidad conocen sin embargo. Así es que carecen de toda clase de comodidades, tanto en las habitaciones como en los viajes; ni la religion ha mejorado sus costumbres, sobre todo con respecto á las mujeres, á pesar de las atroces enfermedades á que les espone su incontinenia. Aprendieron pronto á vestirse y armarse á la europea, y la corte del rey del Congo adoptó el fausto de las nuestras. En un dia determinado, el monarca da su bendicion al pueblo, después de haber eliminado á aquellos de quien ha recibido ofensa, y que se convierten en un objeto de horror.

La costa entre el cabo de Palmas y el de las Tres-puntas, se llamó costa de los Dientes por los portugueses, por la gran cantidad de marfil que compraron allí. En efecto, abundan tanto los elefantes, que con objeto de preservarse de ellos los naturales, cavan muy profundamente las grutas á donde se retiran á dormir. Los europeos los distinguieron en buenas y malas gentes: estos últimos, á diferencia de los otros, son salvajes y además antropófagos; se aguzan los dientes, viven divididos en castas, y la magia es hereditaria, tanto entre los sacerdotes como entre los reyes. La costa de los Esclavos trae su nombre del gran comercio de éstos que allí se hace, cambiándolos por producciones del Brasil y de las Antillas, ó por manufacturas europeas.

La Guinea fué apellidada Costa de Oro, porque los franceses, que, segun se dice, se establecieron allí los primeros, encontraron en él gran cantidad de este metal. Permanecieron en aquellos parajes hasta 1410, época en que las guerras que tuvieron que sostener en su patria no les permitió concederles atencion. Llegaron entonces allí los portugueses y fundaron en 1454 la colonia de Santo Tomás. Pronto se formó una compañía de Guinea que tuvo considerables beneficios. Elmina, fuerte construido en 1484 por Azembnia, fué declarada ciudad y se convirtió en refugio de los veteranos

y oficiales beneméritos. Los malhechores deportados á aquel punto se entregaron á porfia á una avaricia desenfrenada, que hizo se tomase horror á los blancos; así es que fueron varias veces atacados por los naturales, que no cesaron de oponerse á los establecimientos que querian intentar otros europeos. Estaban, por otra parte, escitados contra ellos por la envidia de los portugueses, que no descuidaban ningun medio para ser los únicos que permaneciesen en aquellos parajes. Habiendo, sin embargo, conseguido los holandeses el tomar allí tierra (1637-1642), concluyeron por arrojarlos de Elmina y de Axxim. Tuvo la Holanda que sostener, para conservar aquellas posiciones, largas guerras contra los negros, la Inglaterra y el Portugal. Estas dos potencias tuvieron después allí factorias, como tambien Dinamarca, Francia y Prusia.

El calor es muy intenso en aquellas comarcas, pues el termómetro permanece entre 16 y 25 grados en la estacion que puede llamarse invierno, y asciende á 42 en el verano, por los vientos del Este que pasan á través del Africa. En invierno diez y seis ó diez y ocho aguaceros causan un verdadero diluvio. Durante todo un mes de verano, no se siente el menor soplo de viento, y los cuerpos permanecen abatidos bajo un calor sofocante como el de un horno. Los naturales observan religiosamente todas las mañanas al abrirse las flores del baobab, árbol gigantesco que estiende sus ramas como un inmenso quitasol sobre la costa de Guinea, y da asilo en la cabida de su tronco á varias familias, que se alimentan con sus frutos. El tabaco, que es escelente en el Senegal, es una indispensable necesidad para los negros; la caña de azúcar sirve de pasto á los elefantes, á los jabalies y á los búfalos.

**Congo.**—Los habitantes del Congo, cuyo territorio es muy fértil, se abandonan voluntariamente á la indolencia, dejando la labranza á los esclavos y á las mujeres. Es cierto que después de la llegada de los portugueses, se acostumbraron á trabajar algo en la agricultura y en los tejidos. Su pais está por lo general muy poblado; creen que el resto del mundo ha sido creado por los ángeles, pero que el mismo Dios ha hecho su patria: que segun ellos, es superior á los demás paises en belleza é industria: así es que tienen lástima á los europeos que se ven obligados á trabajar, y á ir desde tan lejos á buscar aquello de que tienen necesidad. No sólo ignoraban la escritura, sino tambien la division del tiempo en años y horas; no recordaban más que una serie de reyes, comenzando desde uno llamado Luqueni, guerrero valiente, que convirtió en un solo reino (no se sabe en qué época) los diferentes Estados esparcidos en aquella costa. Nos los describen como malos, sospechosos, envidiosos, vengativos y sin afecciones domésticas. Sus sacerdotes los gangas, dedicados únicamente á engañarlos, les venden bendiciones, encantos, amuletos y consejos. El calombo, jefe de los

gangas, tiene para su sostenimiento las ofrendas de las primicias: objeto del respeto general, no debe acabar de muerte natural, y desde el momento en que su salud comienza á declinar, es muerto por su sucesor. En ausencia del calombo, es un crimen capital en los maridos el tocar á sus mujeres. ¿Qué resulta de ello? Que la mujer que está cansada de su marido le acusa de incontinencia y de esta manera se ve libre de él. Con el deseo de estirpar el inmoral poder de los gangas, los reyes del Congo favorecieron á los misioneros; pero fué en vano: continuó sin influencia, é hicieron que toda la poblacion les siguiese á los lugares donde podian practicar en seguridad sus ritos nacionales.

Aun reinaban los descendientes de Luqueni cuando Diego Cano llegó al país. Fué recibido con magnificencia, y volvió á marchar con embajadores y regalos para el rey de Portugal. Al momento se establecieron misiones en el Congo; hasta el rey y la reina recibieron el bautismo y marcharon contra sus enemigos bajo el estandarte de la cruz. Pero las inseparables divisiones, en un cambio de creencia, no tardaron en multiplicarse con las apostasias y las conversiones forzadas; así aconteció sobre todo bajo el mando del hijo del rey, llamado Alfonso, que proscribió la idolatria y envió á su hijo don Pedro á Lisboa para ser educado allí. Ascendido don Pedro al trono, propagó el cristianismo, y hasta se estableció un obispado en sus Estados. Los jesuitas, que habian acudido allí para extender la fe, conociendo bien por el ejemplo de los americanos, cuánto podia costar á aquel pueblo, el que los portugueses descubrieran las minas de oro, aconsejaron á sus príncipes lo ocultasen. Cuando después cayó el Portugal bajo el dominio de Felipe II, ni este monarca ni el papa tuvieron gran cuidado en sostener en aquellas comarcas obreros para la propagacion de la fe; no hizo, pues, más que declinar, alterada como estaba por la mezcla de todas las ideas falsas y de todas las prácticas supersticiosas que dominaban antes en el país. Prosperó más el cristianismo en las provincias del litoral, donde el nombre de Banza-Congo, capital de la comarca, se cambió en el de San Salvador; pero hay que añadir que el escándalo causado por los conquistadores, disminuyó considerablemente los buenos efectos producidos por la introduccion de la nueva fe.

Habian conseguido los gobernadores con sus usurpaciones fraccionar aquel imperio en pequeños señoríos, á los cuales los portugueses asignaron títulos á la manera europea. Los duques se establecieron allí con una autoridad tan completa, que hubieran podido hacerse independientes, desde el momento en que los reyes de Portugal hubieran tratado de limitarlas.

**Angola.**—Se habia separado del reino del Congo el de Angola, cuya capital es San Pablo de Loanda: esta ciudad construida en 1578 por los portu-

gueses, á las órdenes de Pablo Diaz de Novais, su primer gobernador en aquella comarca, tenia un colegio y un hospital bajo la direccion de los jesuitas, con varios monasterios de otras órdenes. Lo bueno que es el puerto atrae allí un comercio considerable, y se sirven en lugar de monedas de pequeñas cuentas de vidrio y de mercancías. Sobre todo se hace un tráfico muy activo de esclavos, que son llevados allí desde larga distancia, y los portugueses aseguran que emplean con respecto á ellos todas las precauciones que podría tomar un buen mercader de bueyes para que muera el menos número posible.

El gobierno del país de Angola es una especie de feudalismo en el cual los señores están obligados á proporcionar cierto número de guerreros. Pueden tambien poner en pié grandes ejércitos cuando la necesidad les obligue. Los naturales pueden contar los hechos de sus reyes anteriores á la llegada de los portugueses. Estos, que fueron bien recibidos al principio, pronto se les aborreció. Así es que pensaron entonces en vengarse por la fuerza de las armas y en aprovechar esta ocasion para hacer conquistas. Viéndose los indígenas en la imposibilidad de resistir, tomaron el partido de entrar en tratos. Zinga, hermana del príncipe reinante, que habia sido enviada al efecto al virey portugués, quedó encantada del espectáculo, nuevo para ella, de la civilizacion europea, y recibió después el agua del bautismo. Pero el tratado que ella obtuvo no fué observado, lo que hizo se emprendiesen de nuevo las hostilidades. Habiendo perecido el rey en aquella lucha, Zinga dió muerte á su sobrino, heredero del trono, se hizo reina, y declarando la guerra á los portugueses, llamó en su socorro á los holandeses. Apoderáronse éstos de San Pablo de Loanda; pero los portugueses la volvieron á tomar, y habiendo sustituido á Zinga un príncipe cristiano, llamado Juan, dominaron bajo su nombre y después bajo el de sus sucesores. Furiosa Zinga con su derrota, abjuró el cristianismo, y fué á fundar entre los terribles yagas el reino de Matamba, donde incomodó á los portugueses con una continua guerra, durante la cual hacia asar á todos aquellos que caian en su poder. Cruzáronse numerosas embajadas por una y otra parte, y en fin, los misioneros consiguieron volverla á la fe cristiana. Pero despótica hasta en esto, quiso que todos sus súbditos adoptasen su nueva religion. Los capuchinos que tomó por consejeros, le hicieron prohibir las costumbres impías é inhumanas, tales como el infanticidio, la poligamia y la antropofagia: entonces ya no fué difícil arreglar la paz entre ella y los portugueses.

Habiendo muerto Zinga en 1663, fué reemplada en el trono por su hermana Bárbara; pero entrada en años y débil aquella princesa, fué impulsada por Mona Zinga, su marido, gran enemigo de los cristianos, á medidas violentas: no tardó en sucederle (1666), y volviendo entonces el país á los ritos sanguinarios de los yagas, persiguió á los

cristianos. Un competidor le destruyó y dió muerte; y desde entonces los portugueses, dueños del país de Angola, destruyeron en él todo vestigio de libertad, y dieron por pretexto á sus violencias que era necesario propagar el cristianismo.

El reino de Loango, cuya capital era la ciudad de este nombre ó Boori, estaba igualmente separado del de Congo. La religion no era allí más que supersticiones é ignorancias: así es que fué muy difícil introducir la verdadera creencia, tanto más cuanto que los misioneros fueron pocos en número en aquellos parajes.

Los capuchinos, los carmelitas y los agustinos, sufrieron mucho en toda la costa de Africa. Los mínimos y los trinitarios habian recorrido en todos tiempos las costas berberiscas para rescatar á los esclavos, ó al menos ofrecerles consuelos. Los dominicos llegaron á Mozambique, á Monomotapa y á Madagascar. Los religiosos agustinos á Melinda; el padre jesuita Gonzalo Silveira, se señaló por un celo admirable en el Monomotapa, donde sufrió el martirio en 1561. Los capuchinos habian fundado en la Senegambia diferentes comunidades, y en el día las monjas francesas de San José hacen allí prodigios de caridad. Pero en general, las misiones en Africa y en el Congo se han ensalzado más que los frutos que han producido. Las lenguas de aquella comarca son muy difíciles, y apenas saben los misioneros algunas palabras de ellas, de las que se sirven para predicar á los naturales privaciones que les son muy penosas, como la de no tener más que una mujer. Añádase á esto la insalubridad del clima, que da muerte á los campeones de la civilizacion cristiana. El negro que catequizan contesta á sus exhortaciones preguntándoles si habrá aguardiente en el paraíso, y cuántas mercancías ganará dejándose bautizar. Con frecuencia les hace á veces perfidias y engaños. A estos misioneros es á los que debemos las primeras nociones sobre aquel país; nos lo describen contándonos sus trabajos apostólicos (4). Feo Cardoso ha dado la descripción de las posesiones portuguesas en Africa, segun documentos oficiales, y después de él Douville, la relacion de un viaje hasta Bomba, capital de los nineanais.

**Senegal.**—El Senegal y la Gorea fueron, como lo demás, ocupado primero por los portugueses, pero los franceses se apoderaron del Senegal y de la isla de San Luis, que conservaron hasta 1758, en cuya época la perdieron en la guerra de Siete años, para recobrarla con la paz de 1763. Los ingleses se la arrebataron de nuevo en 1779, y se la restituyeron cuando el tratado que reconoció la independencia con los Estados-Unidos. Volvieron á

apoderarse de ella en 1809, para devolverla en 1815, cuando Portendic fué asegurado á la Francia, aunque con la facultad reservada á los ingleses de ir á cargar allí goma. La vecindad de estas dos potencias rivales establecidas en los dos grandes rios de la Gambia y del Senegal, produjo con frecuencia conflictos entre ellas.

Las factorias fundadas en aquellos parajes han contribuido á conocer los países limítrofes, y el comercio de la goma arábiga, que es producida en las comarcas del centro por una mimosa, las ha hecho importantes para la madre patria. Los criollos suben á lo largo del rio para comprarla á los naturales, en cambio de telas de algodón; entregándola después á los negociantes franceses, cuyo beneficio se ha aumentado á medida que su uso se ha ido extendiendo en Europa. Cada año se espenden unos 30.000.000 de kilogramos, y en las colonias francesas se cambia por *guineas*, ó sea telas de algodón elaboradas espesamente en Pondichery. Otro manantial de riqueza es el aceite de palma, que los ingleses estraen de Guinea, mandando á este fin treinta ó treinta y cinco buques que van á cargar al Nuevo Calabar y al Bonny, y con él fabrican jabon amarillo que envian á las dos Américas, dando en cambio barras de hierro, collares de ámbar del Báltico, perlas falsas, botellas, pólvora y municiones, algodones y paños (5). El Senegal provisto de agua, elemento tan escaso en Africa, y que recibe por el mar á los extranjeros y comunica por los rios con lo interior, podrá llegar á ser la via de comunicacion entre el centro del Africa y la Europa.

Los mandingos, que habitan entre la Senegambia y la Guinea, se nos presentan por Mungo Park como menos feroces, y con alguna forma de gobierno civilizada. Los hay que han abrazado el islamismo. Más arriba de la Senegambia, los susus forman una especie de confederacion donde se sostiene la justicia por los purrahs, sociedades secretas análogas á los tribunales vehémicos de la Edad Media; cada canton tiene el suyo, en el que nadie es admitido sino después de iniciaciones terribles y pruebas rigurosas. Si alguno comete un crimen ve llegar á un individuo enmascarado que le dice: *El purrah te envia la muerte*, y se la da al momento.

**Fullah.**—Los fullah (*poul, foul, fellan y fellat*), que no se conocian al principio más que en la Senegambia, están esparcidos, segun las nociones adquiridas actualmente, desde las orillas de este rio hasta Bornu, y desde el gran desierto hasta las montañas del Congo. Esta nacion fué pastoril hasta que, hace cerca de dos siglos, tomaron residencias fijas abrazando el islamismo. Fundaron, en el siglo pasado, en el Oassa, un imperio que amenazaba invadir todo el noroeste de

(4) Poseemos preciosas relaciones sobre aquel país, de Lopez en 1578; de Carli en 1668; de Juan Antonio Cabazzi, de Monte Cucoli, natural de Módena de 1654 á 1670; de Merolla de 1682 á 1688; de Zuchelli de 1696 á 1704; de Tuckey en 1716; y de Gregorio Mendez en 1785.

(5) En 1827 los ingleses esportaron 94,296 ocois de aceite, y en 1836 más de 276,636.

Africa. Difieren enteramente de los negros en que tienen los cabellos lacios, la nariz levantada, la tez aceitunada, la cara oval y mayor inteligencia. Poseen el sentimiento de la dignidad personal y el entusiasmo religioso, hasta el punto de hacerse apóstoles del islamismo. Se asemejan en el lenguaje á los malayos, y sobre todo á los de Java y Madagascar, al paso que están separados de ellos por los caracteres físicos. Ya á fines del siglo pasado se habían puesto en marcha para conquistar el Africa al islamismo, fundando ciudades para dar asilo á los esclavos fugitivos, con la condicion de que adoptasen el Coran. Clapperton redujo al sultan Bello á escribir una carta al rey de Inglaterra, por la cual se obligaba á impedir á sus súbditos conducir negros á los mercados de Guinea. Si se llegase á obtener de estos jefes un compromiso igual, la Europa podria estar segura del triunfo de sus ideas filantrópicas, mucho mejor que con los tratados de visita.

La costa de Sierra Leona recibió este nombre, segun se dice, de los primeros navegantes, á causa del bramido de las olas, parecido al del rey de las selvas. Los habitantes del reino de Mesurado cambian de ídolos á su antojo, segun refiere Desmarchais; pero ofrecen siempre al sol un homenaje que consiste en vino, frutas y animales: en otro tiempo le sacrificaban tambien hombres, pero después vieron que era más provechoso venderlos á los europeos. El calor es insoportable en el rio de Sierra Leona, llamado tambien Mitamba, Tagrin y Rokelle; abundan los cocodrilos en sus orillas, así como los monos, que vienen muchas veces en tropel á devastar las plantaciones de los europeos. Los cambez y los kombu-maney no han cesado nunca, desde que son conocidos, de hacerse la guerra para tener prisioneros que vender.

**Achantis**—Nada se ha adelantado todavía desde el estrecho confin de la Guinea, poblada por los colonos, á la parte que los naturales llaman el Oangarah: sin embargo, Juan Barbot habia hecho ya mencion de los *achantis*, y Bosman tuvo alguna nocion del poder creciente de un pueblo de este nombre. Este mismo pueblo fué á llevar la guerra hasta el litoral en 1807: los ingleses tuvieron ocasion para enviarle una embajada, la cual reconoció el pais, atravesando unas cien millas desde el cabo Corso hasta Komasy. Forma un Estado soberano rodeado de otros muchos que le están unidos como aliados tributarios, en una estension de ocho mil leguas cuadradas. Los achantis, venidos á este pais del Norte ó del Noroeste (algunos dicen que esto sucedió en los principios del islamismo, pero lo mas probable es que fuese en el siglo xvi), se mostraron desde luego como guerreros enérgicos. Son de color negro, pero se distinguen de las razas del mismo color por sus caracteres propios, pareciéndose más á los abisinios, en razon á que tienen el pelo largo y lacio, barba, rostro ovalado, nariz aguileña y el cuerpo bien proporcionado. Su lengua es distinta de la de las

razas que conocemos, pero es la misma en todo el imperio y abunda en vocales. No conocen la escritura. El espíritu guerrero es general en ellos y son soldados en llegando á la edad de tomar las armas; se hacen temibles á los europeos de la costa y se muestran muy sanguinarios en la victoria. Los sacerdotes arrancan el corazon á cierto número de enemigos, y con ellos disponen un guisado para los más bravos, destinando los dientes y los huesos pequeños para hacer collares. Los sacrificios humanos son frecuentes en sus fiestas, y Hutchinson, residente inglés en Komasy vió continuar esta carniceria por espacio de diez y siete noches, en el año de 1817. Esta ferocidad de costumbres cede, sin embargo, poco á poco á la influencia del islamismo, que de dia en dia se propaga en el pais (6).

Segun Bowdich, entre los achantis existe la siguiente tradicion originaria. Al principio del mundo creó Dios tres hombres blancos y tres negros, é igual número de mujeres, dejándoles la eleccion del bien y del mal, para que no tuviesen de qué quejarse ni por qué reclamar en lo porvenir. Colocó sobre la tierra una calabaza de gran tamaño y una carta sellada, y permitió que los negros eligiesen primero. Los negros tomaron la calabaza, creyendo que contenia todos los bienes, pero al abrirla, sólo hallaron un pedazo de oro, uno de hierro y otros metales cuyo uso ignoraban: los blancos abrieron el pliego sellado, y de él aprendieron á conocer todos los bienes. Entonces Dios dejó á los negros en medio de los bosques y de los céspedes, y condujo á los blancos hácia el mar; todas las noches venia á conversar con los blancos, y habiéndoles enseñado á construir un barco, los condujo á otro pais. Mucho tiempo después los blancos volvieron, llevando una gran cantidad de mercancías para traficar con los negros. Sin su malhadada eleccion, los negros hubieran llegado á ser primer pueblo en la tierra; mas viendo que Dios los habia abandonado, y que preferia á los blancos, prestaron homenaje á los espíritus inferiores y á los fetiches que presiden á los rios, á los bosques y á las montañas.

Bowdich cree que los achantis proceden de una antigua emigracion de etíopes, que se mezclaron con los restos de los cartagineses. Comercian en oro y marfil; tejen y tiñen telas, preparan pieles, fabrican vasos y alhajas de plata: el rey ejerce un poder despótico sobre las vidas y haciendas de sus súbditos, al mismo tiempo que un consejo de los principales vela por los negocios interiores y exteriores. Por una estraña singularidad en el orden de sucesion, el hermano hereda la corona, y entre los particulares, sucede tambien en las herencias: á falta de hermano es llamado el hijo de la her-

(6) Los viajes hechos á aquellas regiones por Bowdich en 1817 (*Mission from cape Coast-Castlet Ashantee*, Londres 1819), y por Dupuis en 1820, son en extremo interesantes.

mana; después el hijo del difunto, y por último su primer esclavo.

La embajada enviada por los dinamarqueses á los achantis, fué recibida por el rey en un trono de oro macizo, bajo un árbol con hojas de oro y salpicado de oro, y el cuerpo untado con sebo. Estaba cubierto con un sombrero á la europea, galoneado de oro, ceñido con una faja de oro, sus pies descansaban en un pequeño baño también de oro, y estaba cargado desde el cuello hasta los pies de cornalinas, ágatas y lapizlázuli; los grandes estaban sentados en el suelo, con la cabeza empolvada, y en la misma actitud se mantenían un centenar de acusadores y de acusados. Detrás de ellos una veintena de verdugos, con el sable desnudo en la mano, esperaban la señal de la ejecución, que es la solución habitual del proceso. Las contestaciones del monarca eran de una vanidad ridícula hasta el exceso, y llenas además de ferocidad. Para llegar hasta él, tuvo el embajador que pasar por en medio de cabezas que todavía estaban chorreando sangre, y después le oyó decir: «Nadie en el mundo es igual á mí. Dios en el cielo me aventaja muy poco.» Como el enviado dinamarqués se negase á continuar bebiendo cerveza porque le embriagaba, le dijo el rey: «No es la bebida la que te produce este efecto, sino el esplendor de mi rostro que embriaga al universo.» Habiendo quedado vencedor del valiente jefe de los achimis, que se suicidó, mandó que le llevasen su cabeza, la adornó de piedras y le dirigió estas palabras: «Hé aquí por tierra lo que no tenía más igual que Dios y yo. ¡Oh hermano Orsué! ¿por qué no has querido confesarte inferior á mí? Esperabas una ocasión para matarme, porque creías que no debía existir más que un gran monarca en el mundo, y así es como deben pensar todos los grandes reyes.» (7)

Los ingleses que entraron en relaciones con los achantis obtuvieron de ellos grandes ventajas (1822), pero enseguida sirvieron de blanco á sus amenazas. Carlos Mac Carthy, que fué enviado para gobernar los establecimientos formados en la costa de Africa, trató de aislar estos temibles enemigos de las demás naciones africanas, que sublevó contra ellos, y les declaró la guerra; pero fué vencido y asesinado. Los ingleses vieron también en otra jornada que su metralla sería inútil contra la intrepidez de los achantis, pero los cohetes á la congreve decidieron la victoria y obligaron al rey, Say-Tuto-Kuamina, á pedir la paz (1826).

Benin.—Así como el Achanti es el país preponderante de la parte occidental del Oangarah y Daomey de la del centro, así también domina la parte oriental el reino de Benin, situado en el fondo del golfo de Guinea en el vasto delta formado por el Níger. Lope Gonzalez y Diego Cano habían recorrido ya estas costas cuando Fernando

Po visitó en 1485, las que se internan hácia el Este. Encantado de su hermosura, llamó Formoso al río que viene á desembocar allí en el mar, al cabo inmediato y á la isla que lleva su nombre. Juan Alfonso de Aveiro continuó la exploración el año siguiente, y condujo á Lisboa un embajador del rey de Benin que rogó al de Portugal le enviase misioneros, menos quizá por celo religioso que por participar de las ventajas que sus vecinos de la Costa de Oro sacaban del comercio con los europeos. Los misioneros se estrellaron contra la idolatría inveterada del país, y las enfermedades consumieron la colonia.

Un piloto portugués al servicio de Venecia, nos ha dejado una descripción del viaje que hizo repetidas veces á la isla de Santo Tomás, bajo el Ecuador, á principios del siglo XVI con algunas indicaciones sobre el Benin. El inglés Tomás Wintham se hizo á la vela enseguida para la Guinea en 1553 y llegó á Gató. Un belga escribió en 1600 una descripción anónima del país de Benin, traducida por Gotardo Arthus de Dantzick: David-van-Nyendaul, en 1701, dirigió después desde allí á Bosman una descripción del río Formoso y del país inmediato; otros muchos viajeros lo han estudiado y descrito después; pero no han suplido la falta de nociones geográficas en que estamos todavía respecto á estos países.

Es este un país rico de habitantes hospitalarios y aptos para la industria; pero al mismo tiempo de una naturaleza inclinada al robo. Andan desnudos con solo un taparrabo, y las mujeres emplean el trabajo de muchas semanas en arreglarse el pelo, que de este modo resiste arreglado por espacio de algunos años. Se entregan á bailes lascivos al sonido de instrumentos groseros, haciendo ruido con las manos y cantando canciones monótonas. Idólatras y supersticiosos, no deja de haber en todas sus fiestas sacrificios humanos. El collar de coral, señal distintiva de los nobles, debe ser consagrado por la sangre humana, y el número de estos collares está en proporción de la categoría de cada uno, hasta el rey *ú oba* que lleva los que quiere. En veinte y cuatro horas puede poner cien mil hombres sobre las armas, y aun el doble en caso de necesidad: prefieren las mulas á los caballos para el servicio de la guerra, y en el día tienen fusiles en abundancia. La ley no establece entre ellos ninguna diferencia en cuanto á su rigor, ni toma en consideración las circunstancias atenuantes ni la inocencia de la intención. En vano fué que Landolphe y el naturalista Palissot de Beauvois, en 1787, se esforzaron en salvar en Auery á un hijo del rey condenado á muerte por haber matado á un hombre por pura casualidad. El Auery es una provincia separada, que desde tiempos muy remotos forma el patrimonio de un hermano del ova de Adú, á quien paga un tributo.

La cantidad considerable de esclavos que llegan á Benin desde el interior, después de siete meses de viaje al través de bosques y pantanos, atesti-

(7) ROEMER, *Relación de la Costa de Oro.*

gua las comunicaciones con el centro del Africa, tanto más cuanto que parece que el rey de Benin era en el siglo XVI tributario del de Kano en la Nigricia: este país podría ser de grande importancia para penetrar más adelante subiendo el curso de los ríos que todavía están sin explorar.

En Francia el ministerio de Marina se ocupa hace algunos años en el exámen y estudio de toda la costa occidental de Africa, y los franceses consiguieron fundar en 1843 dos nuevos bancos cerca de los ríos Asinia y Gabon; pero la insalubridad del clima ha sido siempre un obstáculo para los establecimientos que han tratado de formar en esta costa los holandeses, franceses é ingleses; y sería de desear que los imperios interiores de Borno, Fellatah, Bambara, Tumbuctú y el de los achantis, llegasen á consolidarse, absorbiendo las tribus dispersas, con el fin de prepararlas por medio de la union á la civilizacion.

Del mismo modo que el Africa septentrional encerrada entre el Atlántico, el Mediterráneo y el desierto, corre las mismas vicisitudes que la Europa, la parte oriental sufre las de la Arabia, según hemos tenido ya ocasion de notar al hablar de los descubrimientos portugueses al otro lado del Cabo.

**Madagascar.**—Madagascar (*Malgache*) isla magnífica á la vista de la costa oriental del Africa; conocida tal vez por los antiguos bajo el nombre de Menuthias, llamada Fanbabú por los persas y Serendib por los árabes, fué después designada con el primer nombre, según una indicacion de Marco Polo. Está situada entre los 12° y 16° de la latitud, y su estension en la direccion del Nord-Norte es de trescientas leguas de longitud y ochenta de latitud. En el día la pueblan los ovas, que allí predominan, además de los sakalavas y los malgaches propiamente dichos. Los franceses se establecieron en ella en 1642, en tiempo del cardenal de Richelieu, y construyeron el fuerte Delfin; pero no consiguieron ninguna ventaja, porque sus establecimientos no pudieron resistir á los ingleses, que se instalaron allí durante las guerras del Imperio. La Francia les disputó su posesion, pero los ingleses saben hacerse fuertes por la influencia que ejercen sobre los naturales. Estos son en general de un carácter feroz: el veneno más eficaz que sirve entre ellos para probar su inocencia (*tanghen*) suministra á los poderosos el medio para esterminar á sus enemigos.

La colonia portuguesa de Mozambique continúa en rápida decadencia; está reducida á un mezquino cultivo; no hace ningun comercio, y le amenaza, al Este los piratas Maratas, raza malaya que habita al Nordeste de Madagascar; al Norte los árabes, y por tierra las razas indígenas. La abolicion del tráfico de esclavos la privó de su única ganancia.

Pocos viajeros han tratado de penetrar más allá de Mozambique y de estas regiones orientales, al interior del Africa, y muy pocos han dado á cono-

cer el resultado de sus tentativas. El más antiguo es Francisco Baretto, que enviado por los portugueses para hacerse dueño de las minas de oro, estableció diferentes factorías y el fuerte de Teté. Pereira se adelantó en 1796 á cuarenta jornadas más adentro, y llegó á la capital del príncipe Kazembé sobre el río Zambeze. En 1823 los oficiales ingleses de la expedicion hidrográfica de Owen subieron por el curso de este río hasta Sana, y después Livingston (1851-64), nos dió á conocer todo el curso del Zambeze y la vasta region que baña.

**El Cabo.**—El primero que abordó al cabo de Buena Esperanza fué Juan de Infante (1498) compañero de Bartolomé Diaz; y en vista de sus informes resolvió el rey Manuel fundar allí un establecimiento: aterrados los colonos con la vecindad inmediata de los indígenas y con su ferocidad, construyeron sus habitaciones en el islote de los pingüinos. Francisco de Almeida, virey de las Indias, que se atrevió á desembarcar en el Cabo (1509), fué muerto con setenta y cinco de los suyos, y aun cuando los portugueses los hubiesen vengado cruelmente, bastó esto para disminuir su deseo de abordar allí nuevamente. Sin embargo, los buques que navegaban hácia la India, se acostumbraron á tocar allí, de lo cual resultó que el Cabo fué por muchos siglos una especie de terreno neutral, como las islas de Santa Elena y de la Ascension, abierto igualmente á todas las naciones. Sólo los hotentotes tenían allí sus chozas y al lado de ellos los cafres.

Los holandeses le ocuparon después cuando pensaron arrojar á los portugueses de todas sus posesiones, y trasladaron allí á sus condenados, señalándoles un terreno que se media por horas. Pero no daban á esta posesion más importancia que la que le habian dado sus antecesores, hasta que la descubrió un cirujano llamado Juan Antonio Van Riebeck, el cual habiendo obtenido de Amsterdam permiso para formar una colonia (1652), llegó y ocupó, de grado ó por fuerza, el terreno necesario, logró amansar á los hotentotes, instaló algunos malhechores deportados, militares reformados y antiguos marinos; después dictó varios reglamentos que fueron observados por mucho tiempo, y en su consecuencia aumentó la poblacion, prosperó la agricultura y se multiplicaron los ganados. Halló la tierra inculta, pero en extremo fértil; los naturales débiles é ignorantes, pero buenos para defender las manadas de bueyes y carneros contra las bestias. Se construyó una hermosa ciudad con toda la limpieza holandesa, rodeada de casas de campo según el uso del país, y aunque la compañía se vio obligada á gastar 46 millones en los primeros veinte años, no tardó en recoger las ventajas de una estacion en que hacian escala todos los buques que se dirigian á la India. El Cabo se hizo así el depósito de todas las mercancías del Africa meridional, á propósito para el tráfico, y además, se cultivó en el «Jardin de la compañía» todo cuanto era necesario para el abastecimiento de un buque.

En la época de la revocación del edicto de Nantes vinieron á él muchos franceses á buscar la libertad de cultos (1685). No tardaron en prosperar abundantemente los frutos de la Europa y de los países extranjeros, en todas partes donde se encontraba una fuente, que era un precioso descubrimiento en estos climas, y nuestras estufas han recibido de allí magníficas plantas, especialmente las ericáceas y bulbosas. Es aquél también uno de los pocos lugares fuera de Europa donde se hace el famoso vino de Constanza (8).

Salieron de allí algunas exploraciones para el país de los hotentotes y de los cafres. Lo que se cuenta de la sociedad de los hotentotes, apenas parece creíble; por ejemplo, comen piojos y consagran la unión de los recién casados con asperciones de un líquido repugnante; las mujeres se procuran un delantal natural; por lo demás, no parece que tienen ningún conocimiento de Dios, aun cuando practican la magia. Causa admiración encontrar en estos países hombres en el último grado de embrutecimiento, como los busgemanes y los saabs, cuando el mono cipangey aparece con una inteligencia tan maravillosa. Inertes, feroces y sin saber reír, viven en medio del humo y se revuelcan en la ceniza después de haberse untado con cebo. Los hombres son pequeños, con la espina dorsal encorvada, las caderas desarrolladas extraordinariamente, pocos cabellos y en copos claros; ángulo facial por el estilo de los habitantes de la Australia y ojos como los de los chinos. Las mujeres tienen el cuerpo delgado, excepto las monstruosas protuberancias, sobre las cuales se sientan. Andan errantes y solitarios como bestias salvajes, alimentándose de varias raíces, huevos de hormigas, sapos, lagartos, y sobre todo de langosta, cuya aparición es para ellos una fiesta. Ignorando que existe otra forma social, no parecen hombres sino porque saben envenenar sus flechas, que lanzan contra el viajero desde el fondo de alguna cueva, para deleitarse con la vista de la sangre, y con el olor infecto de los cadáveres.

Existen muchas descripciones sobre la región del Cabo, principiando por la de Levaillant (1824), que parece menos verídica por ser más estudiada, hasta la del misionero Rolland (1833), que llegó á Mozika, capital de los baaruzis, y la del traficante Hume, que avanzó veinte y cinco jornadas más hácia el Nordeste. Fueron enviados al Cabo un gran número de misioneros para evangelizar tanto á los colonos como á los salvajes: los hermanos moravos particularmente, han esparcido nociones de nuestras artes entre los hotentotes (9).

(8) Los otros puntos son la Madera, las Canarias, el Asia menor, la Persia; alguno viene también de la California y de la provincia mejicana de Cohahuila, cerca de Tejas.

(9) Se ha publicado en 1842 una *Relacion de un viaje de exploracion al Nordeste del cabo de Buena Esperanza*, emprendido por MM. T. Arbousset y F. Daumat, misio-

La importancia del Cabo se aumentó cuando los ingleses se apoderaron de él en 1795, bajo el pretexto de evitar que lo tomaran los franceses. Después de haberlo restituido cuando se hizo la paz de Amiens, lo volvieron á ocupar en 1806, y lo han conservado como la posición militar más conveniente para dominar en el Atlántico. Han fomentado el cultivo de la viña, y desde este foco podrian muy bien esparcir la civilización en Africa.

El territorio de esta colonia, que ya se había ensanchado bajo los holandeses, comprende en el día un espacio como España, Francia y Alemania juntas, con una población de un millón y medio de almas (10), á saber: doscientos sesenta y seis mil blancos, treinta y cuatro mil esclavos, y los demás son indígenas, es decir, hotentotes declarados libres, pero esclavos en realidad, mientras estén sobre el terreno, y perseguidos como salvajes si se escapan (*bushmen*). La colonia pertenecía á la corona, y hoy tiene gobierno representativo con legislatura local electiva. Toda la autoridad reside en un gobernador, que disfruta un sueldo de 150,000 francos, auxiliado por un consejo ejecutivo, del cual forma parte el comandante militar, el gran juez, el tesorero general y el secretario del gobierno. Al frente de cada distrito hay un comisario (*landdorst*) que ejerce también la jurisdicción asistido de ciertos jueces de paz. Los descendientes de los antiguos colonos holandeses (boers), privados como estaban de los derechos de representación á los cuales los ingleses dan tanto aprecio, no cesaban de quejarse de la condición á que se veían reducidos, y hacían un cargo al gobierno porque no los defendía contra los buchinanes. Pero no se puede esperar que quiera hacer ningún gasto por una colonia cuya única ventaja consiste en la posición geográfica.

**Cafrería.**—Las tribus hotentotes han sido casi todas reducidas á la esclavitud por los europeos; pero nunca se han dejado amansar los cafres, población feroz y antropófaga. Los mahometanos de la costa oriental llamaban *cafres*, es decir, herejes, á los naturales del país: de aquí procede el nombre de Cafrería dado por sus geógrafos á todo el interior del Africa. Los holandeses conservaron esta denominación á la tribu próxima á sus establecimientos del Cabo, y que en realidad se llama país de Kusa; es una raza bien formada, activa, que se abstiene de carne de cerdo, de ganso y de pescado, que ama las largas correrías, la caza, el ejercicio de las armas, y en quien es tan recíproca

neros de las misiones evangélicas de Paris: se adelantaron por entre el río Orange y el Namagarí, encontraron entre los malutes las hordas de los canibales, y reconocieron el nacimiento de todos los ríos principales del Africa meridional, en una montaña de la cordillera Azul.

(10) En 1798 sólo había 62 000 almas: en 1806, 76,000; en 1814, 84,000; en 1819, 99,000; en 1821, 116,000; y en 1824, 120,000; y actualmente tiene 1,500,000

la benevolencia como la venganza. Ultimamente ha surgido entre los cafres de la Amakosa uno de aquellos hombres que parecen destinados á grandes cosas (1817): llamábase Makanna, el Zurdo. Hombre oscuro, pero reflexivo, que acudia con frecuencia á los establecimientos ingleses, informándose de lo concerniente á la civilizaci6n y á la religion de Europa. Estas ideas, que madur6 en su cabeza, combinándolas con las de su patria, le sirvieron para tomar una doctrina religiosa que se dedic6 á predicar, anunciándose como el enviado de Dios y hermano de Cristo, en un lenguaje apasionado, con la persuasiva elocuencia que gana las almas; multitud de los suyos quedaron convencidos de su mision celeste: se le consultaba como un oráculo; y cuando las tribus de Amakosa se reunieron para hacer la guerra á Gaika, otro jefe, partidario de los ingleses, Makanna, fué proclamado profeta y encargado de dirigirla. Habiendo entonces invadido el pais los ingleses, á donde llevaron el estrago y la desolacion, Makanna resolvi6 vengar á los suyos. Reuni6los en su derredor, y se dirigi6 á sitiar á Grahams-Town, capital de los establecimientos ingleses en aquella comarca. Fué terrible el asalto, pero las bocas de fuego consiguieron la victoria: los cafres sucumbieron á millares, y Makanna se vi6 reducido á emprender la fuga. Habiendo entonces amenazado los ingleses á los cafres con terribles represalias si no les entregaban á su jefe, Makanna resolvi6, como Alfonso de Nápoles, ir él mismo al campo enemigo á llevar proposiciones de paz. No tenia razon en esperar magnanimidad: en efecto, los ingleses le condenaron á una perpetua reclusion en las minas. Apenas habia pasado un año, cuando los hombres degradados, con quienes se encontraba enterrado, le veneraban como á un jefe y á un sér divino. En su consecuencia, ya pudo abrirse paso á viva fuerza y embarcarse con ellos; pero el exceso de carga hizo irse á fondo el barco, y el mar sepult6 á aquel que era el espanto de los ingleses y la esperanza de los cafres (11).

Los descubrimientos de las costas son fáciles por la regularidad de éstas y su poca estension respecto del continente; pero el corazon del Africa fué siempre un arcano, cuya revelacion se habia deseado, sin obtenerla jamás; sólo los misioneros se adelantaron hasta el pais de los buchianes, bajo el tr6pico. Presenta grandes dificultades el viajar en aquellos paises interiores, por entre razas negras, relegadas en medio de un inmenso continente, defendidas por desiertos y montañas, ignorantes, feroces y celosas de su libertad. El blanco es para ellos un mal genio, precursor de la conquista; é inspira terror ó desprecio, segun que resiste vigorosamente á obstáculos sobrehumanos, ó sucumbe al clima destructor. Los instrumentos con que observa el cielo les parecen cosa de magia, y

por lo mismo le atribuyen todas las calamidades que afligen al pais. Si, al contrario, adquiere, en virtud de alguna cura feliz, el amor y la veneracion de una tribu, no le dejan partir; los principes, para tenerle á su lado como defensa contra la muerte y el estímulo de los sentidos gastados, le rodean á fuerza de músicos y bufones, y jay de él si en su calidad de cristiano falta á la lectura del Coran, á las preces, á las abluciones!

**J. Bruce.**—Uno de los viajeros más instruidos y más simpáticos, Jacobo Bruce, se propuso descubrir el nacimiento del Nilo, objeto de tantas relaciones fabulosas. Después de haber visitado una gran parte de la Europa, y las costas de Berberia y de Siria, aprendido el árabe y los procedimientos astronómicos, penetr6 en Egipto, ocultando cuidadosamente sus intenciones, y haciéndose pasar por astr6logo (1768), lo que hizo se le acogiese favorablemente. Remont6 entonces el Nilo, y recorriendo con sus miradas los paises que no se habian explorado hacia siglos por los europeos, penetr6 en Abisinia, trastornada en aquel momento por las guerras civiles, y pudo, á pesar de aquellos obstáculos, conseguir el objeto de su viaje. «Vedme en fin, escribi6 (1770), en este lugar que ha cansado tanto al genio, á la inteligencia y al valor de todos los antiguos y modernos por espacio de más de tres mil años. Reyes á la cabeza de sus ejércitos han tratado de descubrirlo, y sus expediciones no se diferencian entre sí más que en el número de las víctimas. Los soberanos han prometido por espacio de varios siglos, fama, riqueza y honores á millares de sus súbditos; y sin embargo, no se ha encontrado todavía uno solo en estado de satisfacer su curiosidad, vengar al género humano de las afrentas que sufría hacia tanto tiempo, y enriquecer á la ciencia y á la geografia con un descubrimiento tan vivamente deseado.»

Semejante viaje emprendido enteramente á sus espensas, y con un objeto científico, honra á Bruce; pero el tono ligero y vanidoso con que lo describe, y las aventuras románticas que mezcl6 á las dificultades vencidas, exagerándolas, hizo dudar de su veracidad sobre lo demás. No visit6 por otra parte, como él lo afirma, el nacimiento del Nilo, sino el de Bahr-el-Azergue, visto ya por otros, y hasta por el padre Paez, misionero portugués. La tribu de los agones, que habita en las cercanías, venera aquel manantial como sagrado, y todos los años inmola allí una ternera negra, cuya carne se distribuye entre todos los jefes de tribus.

Habiéndose despertado el ardor de los viajes entre los ingleses, sobre todo en la segunda mitad del siglo pasado, se form6 en L6ndres una asociaci6n africana para explorar el centro de aquel continente. Salt habia recogido datos, sobre todo de los mercaderes esclavos que se trasladan de Sana á Angola (1791); Morice, afirma que de la isla de Francia (que hizo en 1776, un tratado de alianza por cien años con los moros de Quiloa) sale todos los años una caravana de africanos que pasa por el

(11) PRINGLE, *Bosquijos africanos.*

interior á la costa occidental, y vuelve del mismo modo, alimentándose con vegetales, frutas, y sobre todo tamarindos (12); lo cual indicaría que no existen grandes naciones en el centro del Africa. Ledyard, andarin incansable, que habia tratado de llegar por tierra al Kamtschatka y atravesar la América hasta los Estados-Unidos, se dirigió entonces al Cairo, donde recogió datos y buscó los medios de trasladarse al nacimiento del Níger, cuando murió (13).

**Mungo-Park.**—Con objeto de evitar las inmensas dificultades que presentaba el Sahara, se trató de penetrar por la parte de Gambia; y el mal éxito de los primeros que se atrevieron á ello, no desanimó al escocés Mungo-Park. Lleno de valor y de inteligencia, se lanzó adelante (1795) bajo la direccion de los cazadores de elefantes y de los mercaderes de esclavos. Afrontando las hienas, los ladrones, reyes no menos feroces, y tribus groseras, era un objeto de curiosidad para las mujeres, que se admiraban al aspecto de aquel ser extraño, de tez blanca y nariz larga. Despojado de sus vestidos, de sus instrumentos, privado de todo alimento, tan pronto prisionero como libre, segun los acontecimientos de la guerra entre las tribus, llegó en fin al Níger; pero cada dia le era preciso hacer esfuerzos más penosos: de tiempo en tiempo encontraba alguna compasiva mujer, que tenia lástima «del pobre blanco que no tenia madre.» Al fin sucumbió su caballo. Mungo-Park volvió sin embargo con un convoy de esclavos, abatido por los sufrimientos, pero no desanimado. Pocos años después (1803), el gobierno le puso á la cabeza de una expedicion destinada á explorar el Níger, pero fué asolada por enjambres de abejas, y después por un violento huracan; acaecieron luego calores insoportables, que enfermaban á muchos pereciendo de fatiga. Sostenido Mungo-Park por su entusiasmo, llegó á la cima de las montañas que separan el Níger del Senegal (1805), en el cual se embarcó con el pequeño número de compañeros que le quedaban. Desde entonces no se ha oido hablar más de ellos.

Parecía que las dificultades eran un aguijon para otros hombres valerosos: el Níger y Tumbuctú eran el sueño de muchos viajeros; gran número de ellos perecieron en la empresa, diezados por las enfermedades, por un horrible clima, y con obstáculos por parte de los indigenas, que los procedimientos de los ingleses en la India han hecho desconfiar de los extranjeros. Juan Bautista Belzoni, de Padua, se proponia, después de haber recorrido la Nubia,

penetrar en el interior de Africa, y se habia preparado á ello con penosas pruebas, cuando murió en Benin (1823). El doctor Oudney y el capitán Clapperton (1825) pudieron adelantarse más; pero sucumbieron tambien, el primero de frio y el segundo de la disenteria, después de haber descubierto el camino más corto para llegar al centro poblado de Africa. Clapperton encontró que eran hermosas allí las mujeres, que amaban á los blancos, hacian rondas, y hasta la guerra en caso de necesidad, y seguían á la carrera el paso de los caballos. El mayor Lang consiguió atravesar el desierto (1826), y llegó á Tumbuctú, donde permaneció dos meses; pero fué asesinado á su vuelta por los feroces moros que viven del latrocinio. Su desgraciada suerte no separó al francés La-Caille de intentar aquel peligroso viaje: ganando por la costa las montañas del Congo, fué desde allí al lago Dibia y volvió por Arauan, al gran desierto de Marruecos.

**Tumbuctú.**—La ciudad de Tumbuctú es muy diferente de lo que hacian suponer las antiguas relaciones: es un conjunto de casas de tierra mal construidas, rodeadas de arena movediza y de una naturaleza árida. Está poblada por cerca de doce mil personas, la mayor parte negros kissoures ó moros de Marruecos, que vuelven á su patria después de haber hecho allí fortuna. El calor es sofocante: la nacion, que profesa la religion mahometana, es afable, hospitalaria y de un hermoso negro; las mujeres son graciosas y menos esclavas que entre los berberiscos. Tumbuctú fué fundada, segun se dice, en 1113 por Boktua, que se detuvo en el oasis cercano á Djoliba: era á principio del siglo xiv, la capital de su estenso imperio que comprendia los reinos de Agadez, Cachena, Gualata, Cano y Melli, Zanfara, Zeg-Zeg; estaba ya en decadencia cuando en 1672 la conquistó Muley Ismael, emperador de Marruecos; luego cayó en poder de los moros, que la poseyeron hasta 1805, año en que el rey negro de Segó formó de ella una provincia del poderoso imperio de Bambara. El rey es negociante como sus súbditos; sencillo en su comitiva, sin ministros ni impuestos. Las caravanas llevan allí sal gema, mercancias y productos de la Europa y de la India, y reciben en cambio oro en polvo ó elaborado, colmillos de elefante y rinoceronte, trigo de Sahara, goma copal, asa-fétida, ébano, sándalo, añil, goma del Senegal y esclavos; de estos últimos se hace allí regular caza, y los musulmanes les devuelven la libertad muchas veces con tal que abracen el islamismo.

Estas comarcas son las que los europeos llamaron *Sudan*, es decir, Nigracia. Todo lo que se estiende por el interior de Africa, desde el Sudan hasta Mozambique y desde Abisinia ó el Monomotapa hasta el Congo, está aun por explorar y desde que ya no queda ningun punto en los mares para colocar en él á la fabulosa atlántida, hay personas que quieren trasladarla á un gran mar Caspio en el centro del Africa. Mohammed-ebn-Omar,

(12) COSSIGNY, *Medios de mejorar las colonias*, t. III, página 246 y siguientes:

(13) WALCKENAER, *Indagaciones geográficas sobre el interior del Africa septentrional*.

*Viaje y descubrimientos al Norte y al centro de Africa*, por Denham, Clapperton, Oudney.

*Viajes al Africa central en 1827*, 28 y 30 por DOVILLE.

de Tunez, yendo en busca de su padre, con la resignacion propia de los musulmanes, llegó á Darfur, en 1803, y nos ha dejado algunas noticias de aquel país. Más estensas las tenemos de otro Mohammed, tambien de Túnez, que escribió en arabe su viaje al Sudan, donde encontró asimismo una ciudad y monumentos que pudieran servir para dar á conocer una civilizacion media entre la del Egipto y la del Africa interior. Estaban seguros de que el Níger corria de Oeste á Este, no era el mismo que el Nilo, y desembocaba en el Atlántico; pero se ignoraba el punto de la desembocadura. Ricardo Lander, antiguo criado de Clapperton, y su hermano Juan, emprendieron esta esploracion. Llegados á Busa, donde Mungo-Park habia perecido, costearon el rio (1830), erizado de rocas en este paraje, y encontraron sufrimientos de toda especie: despojados por los naturales; tan pronto reducidos á cautiverio, como considerados como semi-dioses, ó precisados á mendigar, continuaron su camino á través de poblaciones que no conocen de la civilizacion más que la sed de oro; en fin, hechos prisioneros, fueron conducidos al mar. Desde entonces estuvieron ciertos de que el Níger, llamado por los naturales Djoliba ó Cuorra, lejos de reunirse al Nilo ó perderse en las arenas, desemboca en el Océano, por la costa del golfo de Guinea, llamada cabo Formoso, después de haber recorrido ochocientos cincuenta leguas.

El Gambia tiene nueve millas de ancho en su desembocadura. Hasta los descubrimientos modernos, se le confundió con el Senegal; pero en la actualidad se sabe que tanto estos dos rios como el Níger, nacen en la vertiente septentrional de la gran cordillera de los Kong, entre el 10° y 11° grado paralelo. Los dos primeros corren hácia el Norte, se inclinan después al Oeste y desembocan en el mar al Noroeste, al paso que el Níger corre primero al Sudoeste, luego al Este, vuelve después á su primitiva direccion para dirigirse al Mediodia, después al Sudoeste, concluyendo todo su curso inferior por dirigirse al Sudoeste. De estas irregularidades nacen las contradictorias relaciones que de él se han hecho, y el que haya parecido una vez y otras brazo de mar. Sus riberas se hallan cultivadas como las del Támesis, y á las ciudades que le costean afluyen las mercancías del interior; debiendo decirse que aquellos reyes saben respetar y dispensar justicia y leal proteccion y seguridad á las gentes que á ella concurren de continuo del Gambia, del Senegal, de Marruecos, de Fez, del Cairo y de Darfur, si no intentan alterar la tranquilidad.

Tambien se trató de sacar partido de estos datos para el comercio, y se mandaron dos barcos de vapor al Níger, pero sin provecho. Por el contrario, las tripulaciones sufrieron mucho por las calenturas, y el mismo Ricardo Lander, murió de las heridas que recibió. En 1840, los ingleses han emprendido una nueva espedicion de tres barcos de vapor, mandada por el capitán Trotter. Pero ata-

cado por espantosas enfermedades, se vió obligado á volverse atrás sólo con un oficial y tres marineros, y un gasto de tres millones. ¿Cuántos navegantes no habian fracasado antes de que Colon y Diaz consiguiesen su objeto?

Dispõtase el intrépido Seetzen á visitar á Melinda, y á reconocer los puntos antiguamente ocupados por los europeos en la costa oriental, como Lamo, afamada por sus grandes asnos; Patta, de donde los árabes de Mascate arrojaron á los europeos en 1692; Jubo, con su costa infestada de serpientes; Bracca, pequeña república donde se adoraban piedras untadas con aceite de pescado, y donde se hacia un comercio muy activo con la Arabia y la India; pero el iman del Yemen le hizo envenenar, por sospechas que concibió de sus proyectos.

Entre las colonias situadas al rededor del Africa, si se exceptúa la costa septentrional, las más importantes son de los ingleses, en atencion á que no seria posible sostener allí establecimientos coloniales sin grandes fuerzas maritimas. El clima es tan mal sano, que las guarniciones están compuestas en su mayor parte de soldados negros, protegidos por fuertes que los ponen en estado de prolongar la resistencia, al menos hasta que las enfermedades hayan destruido á los sitiadores.

El principal establecimiento inglés sobre el Gambia es Bathurst, en la isla de Santa Maria, con buenos puestos militares. Estas estaciones, y las demás que posee la Inglaterra á lo largo de la costa occidental hasta las islas de Santa Elena y la Ascension, son como centinelas avanzadas de sus posesiones en la India, le aseguran el comercio de Africa, y contribuyen á hacer que consiga un noble objeto con la abolicion de la trata de negros, que de esta manera puede impedir en su origen. Ya el capitán francés Landolfo habia formado con esta intencion un establecimiento en Ouary, donde queria tambien introducir al mismo tiempo el cultivo del azúcar. Pero tres mercaderes negreros de Liverpool, furiosos con la disminucion que amenazaba á sus beneficios, destruyeron en plena paz su establecimiento y asesinaron á los negros que lo cultivaban (14) (1792).

Queremos creer en un sentimiento de justicia y de filantropía; pero otras personas no ven en la conducta de la Inglaterra más que un interés mal disfrazado y un pretexto para dominar á la marina de los demás países: esto es, segun ellas, lo que la ha hecho declarar que perseguiria como pirata á todo barco negrero. Los diferentes fuertes que posee en la costa le sirven de vigias con este objeto, y principalmente Sierra Leona, ofrece el espectáculo de esperiencias dictadas por un principio de humanidad. Habiendo bandonado los portugueses las factorias que tenian establecidas en aquellos parajes,

(14) CLARKSON.—*The history of the abolition of the slave-trade*. Londres, 1808.

los ingleses se instalaron en la isla de Bani, en el brazo de mar al Norte de la península de Sierra Leona. Cuando concluyó la guerra de la independencia americana, los negros que habían servido en los barcos ó en los regimientos ingleses, fueron trasladados allí por consejo de Dupont de Nemours. Eran cuatrocientos bajo el mando de cuatro blancos; pero perecieron la mitad en el primer año; el resto asaltado por los indígenas se vió precisado á refugiarse en la isla de Bani.

Quando en 1791 se estableció una sociedad africana en Londres, con la benéfica intencion de civilizar el Africa, formóse allí un nuevo establecimiento con los negros cimarrones desterrados de la Jamaica; pero fué destruido por una escuadra francesa que ignoraba el objeto. La compañía lo cedió entonces á la corona (1808), cuya propiedad fué, en su consecuencia: de ella es de la que emanan las leyes, sin embargo, siempre bajo la inspiracion de la Sociedad africana. Una vez proclamada la abolición de la trata, se decidió que se trasladarian hácia Sierra Leona los negros cogidos en los barcos que contravenian á la ley. Habiéndose aumentado la colonia en 1825 con la adquisicion de la isla de Cherboro, habia recibido desde el año siguiente más de veinte mil rescatados, que se distribuyeron en doce aldeas, con escuelas, correos, posadas, caminos y tierras para cultivo.

No es tal vez posible encontrar un punto más favorable que aquella península, que elevándose gradualmente desde el mar, está reunida al continente por una cordillera magnífica de colinas con bosques. Sin embargo, la mortandad es allí espantosa. Por otra parte, la avaricia es muy hábil en encontrar medios de convertir en tráfico de sangre, lo que era una tarea de emancipacion. Los negros no son devueltos á sus familias, sino sujetos á duros tratamientos y todo esto, sin que hasta ahora se haya conseguido hacer cesar la trata (15). Este establecimiento ha costado á la Inglaterra más de cuatrocientos millones; pero es verdad que el gasto disminuye poco á poco. Los europeos mueren allí confacilidad; pero los negros se multiplican, y se asegura que la educacion que se les da fructifica, sobre todo por los cuidados de los

metodistas, de tal manera, que ya ellos mismos eligen sus magistrados municipales y á los jurados. En la actualidad, de veinte y siete capillas de metodistas, veinte están construidas con la madera de los barcos negreros capturados por los buques ingleses. Cuenta unos 40.000 habitantes.

La sociedad americana de colonizacion fundó tambien en 1821, á levante del cabo Mesurado, la pequeña Liberia, llamada así, porque sólo se compoue de individuos libres. Exceptó el agente general, los habitantes y funcionarios son negros, y no se permite que ningun blanco vaya á residir allí. Todo está bien administrado por ellos. Aunque su número sea apenas de dos mil, se hace respetar de sus vecinos, y varios de los reyes limítrofes se ponen bajo su proteccion. Los norte-americanos han fundado una colonia semejante cerca del cabo de las Palmas.

Las colonias situadas en la costa oriental se hallan próximas á adquirir grandísima importancia, hoy que la apertura del istmo de Suez ha fijado tanto la atencion como el verdadero lazo de union entre Inglaterra y Bengala, viniendo de este modo á realizarse los grandiosos designios de Albuquerque. Mucho contribuye á dar importancia á este continente el descubrimiento de Stanley sobre las fuentes del Nilo y varios mares interiores, cuya existencia no se sospechaba siquiera. El Egipto ha extendido su autoridad hácia el Norte hasta el Ecuador, y los ingleses han reunido en el Sud á su colonia del Cabo, la Cafreria (1866), el pais de los basutos (1868), el de los gricuas (1876) y la república del Transvaal (1877).

El punto principal es Aden, gran puerto que no fué fortificado sino después de la conquista de los turcos á mediados del siglo xvii. Ultimamente pertenecia al sultan de Saidja, cuando un negociante inglés se entendió con él para que se verificase el naufragio en aquellas costas, de un barco que habia tenido cuidado de asegurar. Descubrióse el fraude, y después de haber empleado inútilmente los ingleses las negociaciones, se apoderaron de aquel puerto, que conservan pagando sólo una suma anual al sultan. Al momento le fortificaron, conociendo que no hay ninguno en el mar Rojo que se le pueda comparar como posicion militar, además de las ventajas que ofrece para el comercio de los cafés de Moka, y la comodidad que presenta para los depósitos de carbon de piedra.

(15) Véase la pág. 74 y siguientes.

## CAPÍTULO XXIII

### LAS ANTILLAS.—LOS FILIBUSTEROS.

Ya hemos visto que en los antiguos mapasmundi, la *Antilia* se encontraba indicada en el Océano, unas veces como una sola isla y otras como un grupo de ellas, y que unos la colocaban hacia las Canarias y otros en las cercanías del Japon. Persuadido Cristóbal Colón de que había llegado á la India, aplicó el nombre de Antillas al archipiélago que se extiende por la estremidad meridional de la Florida á la entrada del golfo de Méjico, hasta la embocadura del Orinoco, en una curva de seiscientas millas, á poca distancia del archipiélago de las Lucayas, á donde Colón llegó primero.

Estas islas estaban probablemente reunidas en otro tiempo á los dos continentes, de donde las habrá separado el mar; pero el exámen geológico hace creer que varias de ellas han surgido posteriormente á las de formación granítica y metálica, que se podían llamar primitivas, como Cuba, Haití, la Jamaica y Puerto-Rico. Numerosos volcanes arden aun en aquellos parajes, donde frecuentes temblores de tierra sepultan en los abismos ó derriban ciudades enteras (1). Aun están espuestas á otro azote con los huracanes que se desencadenan por todas partes con furia sin igual, arrastran piedras enormes, y en medio de los estallidos del rayo y de torrentes lluvias, levantan trombas marinas, arrojan á la costa los barcos de mayor porte, y barren en el campo los árboles y los edificios.

Sin esto el clima seria encantador; bajo aquel cielo siempre sereno, nunca pierden los árboles su lozania, la estacion de las lluvias no hace más que reanimar la vegetacion, que despliega entonces un

vigor lujuriente, rivaliza en pompa con las regiones ecuatoriales, y alimenta á aquella multitud de insectos, tormento de los países tropicales. Los vientos alisios que soplan invariablemente del Este, han hecho llamar á las Antillas, *islas de Barlovento* á la parte de Oriente, é *islas de Sotavento* á lo largo de las costas de Colombia.

Los europeos encontraron allí dos razas principales de habitantes bien diferentes en sus costumbres y en el aspecto fisico. La una, en las islas del Mediodia, procedente de la Guyana, de donde la habian arrojado los robustos arrowakis, se llamaba caribe; eran hombres de tez cobriza, ágiles, de elevada estatura, vigorosos, siempre ocupados en hacer incursiones á las demás Antillas y al continente, para procurarse prisioneros que comer. Opusieron á los europeos una resistencia tan tenaz, que fué preciso esterminarlos; y probablemente no queda ninguno de su sangre. Los demás habitantes de las Antillas eran afables, hasta afeminados, y la mayor parte sucumbieron á las rudas fatigas que les impusieron los conquistadores.

Los españoles fueron primero los únicos que sentaron allí su planta, y ya hemos referido lo que aconteció en las más importantes de aquellas islas, donde primeramente fué puesto en ejecucion el absurdo sistema de las colonias. Después no hubo potencia que no quisiese tener allí un establecimiento (2), y cultivar la caña de azúcar, que se daba allí mejor que en su suelo nativo. Los holan-

(1) En 1691 fué destruida en Haiti la ciudad de Agira; en 1751 y 52 Puerto Príncipe y Leogana; en 1792 Puerto Real y Jamaica, y en el año 91 sufrió Cuba terribles sacudidas. Conocido es el desastre de la Pointe á Pitre en 1843.

(2) Epoca de los establecimientos: San Cristóbal en 1625, Barbada en 1627, Antigua en 1628, Nieves en 1628, Monserrate en 1634, la isla de la Anguila en 1650. La Jamaica fué arrebatada á los españoles en 1655, la Tórtola, á los holandeses, en 1666. Las antillas francesas se tomaron en 1764.

deses tuvieron á Curazao (1634), roca con un excelente puerto, desde donde traficaban con Venezuela; además de San Eustaquio, bien fortificado y de la fértil Saba, y disputaron largo tiempo á los franceses á Tabago, que fué después presa de los ingleses (1696). La Dinamarca compró á la compañía de las Indias Santa Cruz y Santo Tomás, y muy prontamente tuvieron por asociados á muchos negociantes de Brandeburgo (1671). Finalmente los suecos ocuparon á San Bartolomé, que compraron á la Francia (1785). El grupo de las pequeñas Antillas fué casi enteramente propiedad de los franceses (1625-30); pero la compañía hizo tan poco caso de él, que las volvió á vender separadamente. Boisseret compró en 73,000 pesetas la Guadalupe, Maria Galante y las Santas; Duparquet en 60,000, la Martinica, San Luis, Granada y las Granadinas, de las cuales vendió dos en 80,000 pesetas; la órden de Malta pagó 50,000 escudos por San Cristóbal, San Martín, San Bartolomé, Santa Cruz y la Tortuga (1651). Los compradores gozaban de una autoridad absoluta, tanto sobre las tierras como sobre los empleos civiles y militares, y el derecho de gracia. Continuó el interés privado mejorando aquellas posesiones, escepto que los holandeses continuaron haciendo un comercio muy activo de contrabando.

Santo Domingo, primer establecimiento de los españoles en el Nuevo Mundo, pronto se encontró despoblado, como ya hemos dicho, y los negros que se habian trasladado allí para suplir los indígenas, se sublevaron: primera reaccion de aquella raza negra, que debia dominar allí más tarde. Un temblor de tierra derribó la ciudad; después el almirante Drake asoló la isla por órden de Isabel. Habiendo perecido los indígenas, los especuladores dirigian voluntariamente sus miras hácia Méjico, el Perú y la Nueva Granada, y los pocos colonos que quedaban, faltos de brazos y de capitales para la explotacion de las minas, vivian de la pirateria. Aun se entregaron más á ella desde el momento en que, habiendo el gobierno prohibido comerciar con los extranjeros, hizo destruir con este objeto las obras de los puertos: los habitantes se vieron de esta manera reducidos á los recursos del interior, y apenas quedaron catorce mil criollos y mil doscientos negros insurrectos.

En su consecuencia, la principal ocupacion de las Antillas fué siempre el contrabando: conspiracion de la sociedad contra el fisco, que restablece el equilibrio de los cambios, roto por las leyes prohibitivas, y en el que todo el que sabe arriesgar gana siempre; epígrama del comercio, que tiene su parte dramática y hasta heroica. En todas aquellas rocas se habian emboscado multitud de atrevidos corsarios, mezcla de todas las naciones, que llenaron el mundo con la fama de sus proezas temerarias, y que buscando las costas más peligrosas, conspirando con las tempestades, contra el mal genio de la prohibicion, y contra las leyes tan razonadas como impotentes, merecieron un lugar en

la historia. La magnífica isla de Cuba permanecia, por decirlo así, despoblada, y como abundaba en caza mayor, los que se dedicaban á la pirateria iban á hacer allí sus provisiones. En su consecuencia, el comercio de los viveres fué allí muy lucrativo. Los *matadores* después de haber muerto la res, la hacian secar á la manera de los caribes, sobre parrillas, al calor de las brasas. Esta operacion se llamaba *bucan* en la lengua del pais, de donde procede el nombre de *bucaneros* dado á los que la practicaban, franceses en su mayor parte, y que en su asociacion tenian el género de vida de que nos ofrecen ejemplo las partidas de salteadores.

El bucanero llevaba por traje pieles naturales que arrancaba á las fieras y á los toros salvajes. Iba siempre acompañado de veinte y cinco á treinta perros, y armado con un fusil cargado con una bala de á onza, único instrumento de su arte, y el solo medio que conocia para resolver sus cuestiones con los compañeros. Era proverbio entre ellos que Dios habia dicho: «Matarás toros durante seis dias; el sétimo llevarás sus pieles á los barcos.» Cuando el bucanero no estaba en la caza, iba á examinar las pistas y los sitios, á derribar naranjas cortándolas por el rabo de un tiro; ó tambien se ocupaba en formar discípulos. De esta manera es como vivia en una soledad de su eleccion, en medio de sus perros y de sus *enganchados*, especie de criados que iban de Europa para entrar á su servicio, en el que se comprometian á pasar tres años antes de ser ellos cazadores. Si veian un barco, corrian á la costa, donde amontonaban las pieles y las reses. El cambio se hacia en pocas palabras, y volvian en busca de nuevas provisiones. Los españoles adoptaron para desalojarlos, el partido de destruir á los toros salvajes en las Antillas, pero habiéndose apostado piratas ingleses en aquellas islas, en las que aseguraban con las armas en la mano, sus operaciones de contrabando, se les llamaba de una palabra indígena *free-booters*, y por corrupcion *filibusteros*. Una comun enemistad contra los españoles y el deseo de enriquecerse por el latrocinio reunieron estos piratas á los bucaneros; tomaron entonces el nombre de *hermanos de la costa*, y se dieron reglamentos á propósito para enemigos de la sociedad. Ya una tropa de franceses é ingleses habia tomado posesion de la isla de San Cristobal, en la que cultivaban el tabaco; pero desalojados de ella por los españoles, se dieron al corso, trasladándose algunos á la Tortuga, isleta próxima á Santo Domingo. Fué ésta desde entonces el centro y depósito de sus correrias; y como dirigian las últimas contra los españoles más especialmente, eran bien vistos por los enemigos de esta nacion, y de ellos recibian patentes de corso. Reinaba una perfecta igualdad de derechos entre los filibusteros. No tenian mujeres ni hijos; todo era comun entre ellos, escepto el criado que cada uno tenia y á quien heredaba. Sucios y mal vestidos, toda su ambicion se reducía á poseer un buen fusil; tomaban un nombre nuevo después de

su *bautismo*, es decir, después de la aspersion que se acostumbra á dar á los marinos la primera vez que pasan los trópicos. Tenia para ellos un atractivo poderoso la libertad absoluta y el diario ejercicio de actos de valor; no tenían ni jueces ni sacerdotes; el que era insultado mataba al ofensor, é iba enseguida á participarlo á sus compañeros, quienes examinaban el hecho, y si el ofendido habia obrado con justicia enterraban al difunto, y no se volvía á hablar más de ello; pero en el caso contrario, ataban al matador á un árbol y cada uno le disparaba un tiro.

Hacinados en barcas descubiertas, sin más provisiones que galleta, agua y fusiles, pasaban semanas enteras, tendidos unos encima de otros por falta de espacio, y sin tener más que un pedazo de vela para librarse de un sol perpendicular; se veían espuestos con frecuencia á los horrores del hambre, pero se obstinaban en no volverse con las manos vacías.

Toda su esperanza estaba en divisar un buque en el horizonte, y enseguida corrían derechos hácia él. Más de una vez animados con aquella intrepidez feroz á que nada se resiste, les ocurrió poner á rescate y hasta tomar al abordaje, navios de guerra, cuyo simple choque habria bastado para echar á pique sus frágiles barcas. Apenas se aproximaban, cuando setenta ú ochenta hombres resueltos se lanzaban á bordo armados hasta los dientes: su primera operacion era apoderarse de la Santa Bárbara, dispuestos á hacerse volar con toda la tripulacion, poniendo fuego á las municiones. Era absolutamente preciso ceder á unas gentes que jamás se batian en retirada y que se burlaban de la muerte. De aquí esos prodigios de valor, cuyo relato apenas puede creerse. Pedro Legrand, de Dieppe, abordó un galeon, echó á pique su propio barco, y al mismo tiempo se encaramó en las cuerdas y se lanzó sobre el puente, escitando tanto terror y admiracion, que se apoderó por sí solo del barco ricamente cargado. Montbars, gritaba á los que atacaba: *Defiéndete para que te pueda matar.*

El botín se llevaba á la isla de la Tortuga, y allí se repartía con una lealtad que no es rara entre bandidos: las primeras partes eran para los heridos, que recibían además una indemnizacion determinada, es decir, cien escudos por la pérdida de un ojo, doscientos por la de un brazo, y la cuota de los que habían muerto se enviaba á sus familias, y si no las tenían, se distribuía á las iglesias para sufragio de sus almas. Hechas las partes, los filibusteros disipaban lo que habían adquirido tan trabajosamente, y vueltos luego á su desnudez, emprendían de nuevo sus expediciones. No contentos con robar en el mar, se lanzaron también sobre el continente, saqueando los pueblos y queriendo hacer conquistas. El filibustero que conseguia salvarse de los peligros del mar, de las armas enemigas y del diente de los salvajes, acababa por lo comun sus dias en su patria rico y conside-

rado. En efecto, tanto arrojó y tantas victorias escitaban la admiracion, que se convertía fácilmente en afectuosa simpatía. De todas partes venían una multitud de aventureros á asociarse con ellos, y los nombres de sus jefes Morgan, Brouage, Lebasque, el Olonés, Nau, L'Ecuyer y Picard, se repetían como los de otros tantos héroes. Algunos gentiles hombres franceses, tales como un Gramont y un Montbars, no se desdeñaron de asociarse á los peligros de los filibusteros.

El Olonés, natural del Poitú, se habia hecho ya temible en las Antillas, cuando naufragó y vió á todos los suyos asesinados por los habitantes de Cartagena. Dejado por muerto con los cadáveres, entre los cuales se habia ocultado, tomó luego que entró la noche los vestidos de un español que habia sido muerto y sublevando algunos esclavos volvió con ellos á la Tortuga. Habiéndose hecho nuevamente á la mar con veinte filibusteros, fué á cruzar delante del puerto de Los-Cayos, en la isla de Cuba, haciendo el tráfico de pieles, azúcar y tabaco. Informado de su presencia el gobernador de la Habana, despachó un buque de diez cañones, tripulado por setenta hombres, y con ellos un negro encargado de decapitar á todos los filibusteros menos al Olonés. El atrevido corsario, que entró en el puerto con dos canoas para buscar algun barco mejor, se encontró con la fragata, cuya llegada ignoraba, pero lejos de asustarse fué el primero en atacarles, apoderándose de ella. Entonces hizo dar muerte uno tras otro á todos los hombres de la tripulacion, excepto uno que envió á la Habana con una carta concebida en estos términos: *Gobernador, he hecho con los tuyos lo que querias hacer con nosotros.*—EL OLONÉS.

De vuelta á la Tortuga con su presa, se encontró allí á Miguel Lebasque, su compañero de corso, y los dos reunidos proyectaron una expedicion contra Maracaibo: el Olonés debia mandar las fuerzas marítimas y Lebasque, las de tierra. Atestaron con unos cuatrocientos hombres cinco ó seis barcos pequeños, el mayor de diez cañones, y se hicieron á la mar. Al doblar la punta oriental de Santo Domingo encontraron dos buques españoles, de los cuales se apoderaron: uno de ellos iba cargado de municiones de guerra y llevaba diez y seis cañones y ciento veinte hombres. De este modo ganaron ciento ochenta mil pesetas, llegando á siete el número de sus buques, tripulados por cuatrocientos cuarenta hombres armados cada uno de un fusil, un sable y dos pistolas. Llegados al lago de Maracaibo, se apoderaron de la fortaleza que cierra su entrada, aun cuando fué defendida por doscientos cincuenta soldados y catorce piezas de artillería. Los habitantes de Maracaibo huyeron y se refugiaron á Gibraltar, plaza que se hallaba en buen estado de defensa: al mismo tiempo fué inundado el campo, y se cubrió de troncos de árboles que las aguas arrastraban; no quedaba más que una estrecha calzada en que apenas cabían seis hombres de frente, defendida por una batería de

veinte piezas, pero los filibusteros, arrojando el fuego y el agua, se precipitaron sobre el enemigo y le obligaron á rendirse. El Olonés hizo poner en tortura á muchos desgraciados para obligarles á descubrir sus tesoros, y á otros los impuso gruesos rescates, obligándose, si los pagaban, á no causar vejaciones en el pueblo; pero habiéndose negado á ello, hizo embarcar los rizos y el botín y puso fuego á la ciudad. Cuando los filibusteros procedieron al reparto en Santo Domingo, se hallaron dueños de 360,000 escudos, sin contar más de un millón de escudos en ornamentos robados á las iglesias; de quinientas mil libras de tabaco y los prisioneros, que fueron vendidos en pública subasta.

Luego que el Olonés volvió á la Tortuga, dirigió sus miradas codiciosas hácia las ciudades y aldeas de la bahía de Honduras: llegado á la vista de de Porto-Cabello, se apoderó de un navio español de á ochenta, y quemó la ciudad. Se puso entonces á la cabeza de trescientos hombres decididos, y fué á tomar la pequeña poblacion de San Pedro, que redujo igualmente á cenizas, y haciéndose de nuevo á la vela, capturó un rico barco de setecientas á ochocientas toneladas, que partía todos los años desde España para el golfo de Honduras. Poco tiempo después, el Olonés fué devorado por los salvajes en la costa de Darien (3).

El galés Enrique Morgan con tanta intrepidez como el Olonés, tuvo más suerte. Habiéndose apoderado de Puerto-Príncipe, de Cuba, en medio del poder español, se halló á la cabeza de nueve buques y cuatrocientos setenta hombres, ingleses y franceses, con los cuales sitió por la noche á Puerto Bello. Durante quince días lo redujo á tales apuros, que faltaron los víveres, y las enfermedades consumieron la poblacion; sin embargo, no consintió en retirarse sino después de haber recibido del gobierno de Panamá una suma de cien mil escudos: entonces se marchó con setenta y cinco mulos cargados de botín. Semejante fortuna inesperada atrajo á su lado un gran número de jefes, llegando á tener á sus órdenes quince naves y novecientos sesenta hombres. Lanzóse tambien sobre Maracaibo, y habiendo encontrado en el fuerte muchas armas y municiones, saqueó la ciudad, y lo mismo hizo en Gibraltar. Atacado por tres fragatas españolas, echó á pique una de ellas y se apoderó de las otras dos sin perder ni un hombre, repartiendo después á sus compañeros una suma de dos mil quinientos duros, sin contar las mercancías.

Otra vez cayó sobre Santa Catalina, isla protegida por diez fuertes y bien provista: gracias á las municiones que allí encontró, fué á atacar á Panamá, batió al ejército español y quemó la ciudad. Habiéndose sustraído enseguida al descontento de los suyos, se retiró á la Jamaica, donde fué hecho caballero y nombrado comisario del al-

mirantazgo, en cuyo cargo desplegó un rigor estrechado contra sus antiguos compañeros.

Otros filibusteros en número de trescientos treinta y uno arribaron á Darien, y provistos de un fusil, pistolas, un martillo y cuatro galletas, se pusieron en marcha cada uno á las órdenes de sus jefes respectivos, mandados todos por Bartolomé Sharp. En todas partes se ocultaban y huían las gentes á porfía á su aproximacion. No encontrando tanto botín como deseaban, construyeron canoas, bajaron hasta el mar del Sur, y allí tomaron y capturaron grandes buques. Los españoles les atacaron con tres buques y fueron batidos; pero habiendo perecido Sharp, se dividieron en bandos, dirigiéndose los unos hácia las Indias Occidentales y los otros hácia el Perú.

Habiendo entrado en el rio de Guayaquil asaltaron la ciudad, apoderándose de 92,000 duros en dinero, una cantidad considerable de alhajas y mercancías, y catorce buques mercantes: por fin, el gobernador se obligó á pagar por el rescate de la plaza 1.000,000 de duros y cuatrocientos sacos de harina. Pero en medio del desorden estalló un incendio que destruyó la mitad de la ciudad: los filibusteros se marcharon con su botín, llevándose quinientos prisioneros á la isla de Puna donde esperaron el rescate prometido, y á medida que éste se hacia esperar, enviaban al gobernador como recuerdo la cabeza de alguno de los cáuticos.

El holandés Van-Horn, fué á atacar á Veracruz á la cabeza de mil doscientos compañeros, entregándola al saqueo. Reunidos después en gran número los filibusteros cayeron sobre el Perú. Nadie se atrevió á resistir á estos temibles invasores, que despojaban atrevidamente las ciudades y los campos. Después de haber puesto presos á los ricos, y de haber asesinado los naturales y violado brutalmente las mujeres, se volvieron sin haber perdido un hombre, tan cargados de oro y plata como los compañeros de Pizarro. Pero, como los destructores de Troya, perecieron en el camino por las tempestades, y por sus malas costumbres.

Si estos hombres audaces hubiesen obrado de acuerdo y con un fin mejor, habrian podido cambiar la faz de América, al paso que, obrando como aventureros aislados, sólo dejaron señales de devastacion. Cuando más, encontraron por casualidad alguna isla desconocida; pero escitaron la admiracion general por sus prodigios de valor y por sus grandes infortunios. Un año después del descubrimiento de la isla de Juan Fernandez, los bucaneros se dejaron allí olvidado por equivocacion á un indio mosquito, llamado Guillermo, que permaneció tres años. Tenia un fusil, un cuchillo, un frasco lleno de pólvora y algunas balas; pero cuando se le acabaron estas municiones, se sirvió del cuchillo como una sierra, con la cual cortó en varios trozos el cañon de su fusil, de los cuales fabricó harpones, lanzas y bicheros, y un gran cuchillo, caldeando el metal y moldeándolo después entre piedras, como lo practican los mosquitos. Los ves-

(3) EXQUIMELIN, *Historia de los filibusteros*.

tidos se le habian consumido, y se hizo uno de piel de cabra, el cual tenia puesto cuando volvieron á aparecer sus compañeros, á quienes habia tenido la atencion de preparar un banquete abundante.

En 1700, abandonaron tambien en la misma isla los bucaneros al bravo marino escocés Alejandro Selkirk. Le costó mucho trabajo vencer la melancolia y el fastidio en los ocho primeros meses; mas, sin embargo, se construyó dos cabañas y mató cabras mientras le duró la pólvora. Después encontró el modo de encender lumbre frotando fuertemente dos palos secos. Logró pasar el tiempo y sostener la esperanza, orando y cantando los salmos. No teniendo ya pólvora para matar cabras, las cogia á la carrera; pero una vez se cayó en un precipicio persiguiendo á uno de estos animales, y estuvo muchos días sin poderse mover. De este modo cogió más de ciento cincuenta cabras, crió algunas y se divertía en bailar con ellas y con los gatos: estas dos clases de animales habian sido introducidos en la isla por los cazadores. Endurecidos los piés con las carreras, le formaron un grueso callo, y se hizo vestidos con pieles de cabra, que cosía con el auxilio de un clavo. Las palmeras y rábanos que habian sembrado los bucaneros le suministraron tambien alimento. Vivió así aislado cuatro años y cuatro meses, durante los cuales olvidó casi completamente la pronunciacion de las palabras. A su vuelta á Lóndres iba por las calles como atontado, y á veces echaba á correr con toda su fuerza, segun hacia en la isla, sin cuidarse de la gente. Selkirk sirvió de tipo á una de las pocas novelas que nunca perecerán; el *Robinson Crusoe* de Dé Fœ.

Principió la decadencia de los filibusteros cuando parecia haberles llegado el momento de conquistar la América entera. Estallaron entre ellos las aversiones nacionales, comprimidas al principio por la sed del botín, haciéndose cruda guerra los franceses por una parte y los ingleses por otra. Cesó entonces de ser su centro comun la Tortuga: los primeros se instalaron en la Jamaica, desde donde fueron á buscar nuevas aventuras al mar del Sud, donde volveremos á encontrarlos. Los franceses, dirigidos por Grammont, hicieron una célebre expedicion á Campeche, saqueando la ciudad y quemando por valor de 1.000.000 en palo de tinte, en honor de Luis XIV. Otras veces acudieron en auxilio de las armas de su nacion, como sucedió en el sitio de Cartagena en 1697; pero como se les dejó espuestos á los mayores peligros y no se les llamó después á tomar parte en el botín, se apoderaron de nuevo de la ciudad para saquearla á su vez,

Las guerras continuas que sostenian, manteniéndolos más separados de los ingleses, contribuian á debilitar sus fuerzas, y renunciando á su vida aventurera, se aplicaron al cultivo, principalmente en Santo Domingo, donde formaron una colonia de que se apoderó luego la Francia: las plantaciones

de cañas de azúcar atrajeron muy pronto el oro de Méjico y del Perú, lo que contribuyó á hacer de esta isla el más rico establecimiento de ambos mundos. Habiéndose emancipado en 1722, adquirió mayor prosperidad: quinientos mil negros cultivaban su suelo, fértil en extremo, y sus productos eran tan abundantes que se ocupaban cuatrocientos diez buques y doce mil marinos en esportar un valor de 150.000.000 de mercancías recogidas por las ocho mil quinientas cincuenta y seis plantaciones, de las cuales hay ochocientas que sólo producen azúcar.

El ministro Colbert, deseando hacer que prosperase el comercio de Francia, creyó conseguirlo fundando una nueva compañía, volvió á comprar las Antillas en 840.000 pesetas, pero la compañía le perjudicó con sus privilegios sin aprovecharse nada ella misma. El sistema de Colbert gravitaba pesadamente sobre las colonias, y sus rendimientos, lejos de ser empleados en hacerlas florecer, pasaban á manos de los arrendatarios que percibian el impuesto: la esportacion estaba encadenada, y como los negociantes extrangeros disfrazaban sus operaciones con el auxilio de las cartas patentes que les facilitaban los naturales, se impuso á todos los buques la obligacion de volver á entrar en los puertos de partida, produciendo así mayores gastos y la pérdida de mucho tiempo. Llamábase esto celo por la prosperidad del comercio. Agréguese tambien los derechos de introduccion, hasta el punto de que el cacao, que costaba veinticinco céntimos en las colonias, pagaba setenta y cinco de entrada. De los veintisiete millones de libras de azúcar que producian las colonias, sólo se permitian esportar veinte para el consumo de la metrópoli, de lo cual resultaba, que lejos de aumentarse la produccion, se disminuía. No quedaba más recurso á los colonos que idear alguna industria nueva que no estuviese todavia sobrecargada por el fisco, ó favorecer el contrabando.

En 1717 se dictó un reglamento bien concebido y claro para sustituir al antiguo, por el cual quedaron libres de derechos las mercancías que se esportaban para las Antillas, y se disminuyeron tambien los derechos de entrada que pesaban sobre los productos de éstas. Quedaron, sin embargo, bastantes trabas para entorpecer su desarrollo, sin que la Francia haya sabido nunca plantear una legislacion apropiada á estos establecimientos, cuyo clima, cultura y propiedades son tan diferentes de los de Europa. ¿Qué ley puede haber más justa en principio que la de dividir las herencias en porciones iguales? Y sin embargo produce allí tal fraccionamiento, que imposibilita el cultivo en grande, indispensable en este género de propiedades.

La Martinica no fué de menos importancia que Santo Domingo, y aunque los colonos tuvieron que sostener una guerra continua contra los caribes, lograron por fin espulsarlos, organizando entonces el trabajo, el comercio y el cultivo, primero del

tabaco y del algodón, y después el del azúcar y el cacao, en particular, desde 1684 que se extendió en París el uso del chocolate. Habiendo destruido un huracán, poco tiempo después, todos los árboles del cacao, fueron reemplazados por el café, que llegó á ser el mejor de la América. Luego que cesaron las guerras con las potencias marítimas, así como la mala administración, fué la Martinica el mercado de las islas inmediatas, llevando allí dinero en abundancia el activo contrabando que se hacía en las posesiones españolas. Esta prosperidad se turbó muchas veces á causa de las deplorables guerras dinásticas de Europa, después por muchos huracanes, principalmente el de 1766, y por un insecto que devastaba de tal modo las plantaciones, que se pensó en abandonarlas como cosa perdida, pero felizmente se encontraron algunos remedios para combatirlo.

Fué preciso tener constantemente en estas islas fuerzas considerables para defenderlas contra los ingleses y holandeses, y no bastando las milicias del país, se sujetaron los colonos á un impuesto para el sostenimiento de tropas regulares. Pero el gobierno francés creyó necesario conservar al mismo tiempo las milicias para velar por el orden interior, y obligó á los colonos á sufrir esta carga sin librarlos de la otra, lo cual produjo un grande descontento, particularmente en Santo Domingo, donde fué necesario recurrir á las armas para comprimirlo.

Contábase en la Martinica doce mil blancos en 1778, tres mil negros ó mulatos libres, y ochenta mil esclavos. Doscientas cincuenta y siete plantaciones de caña de azúcar producian 244,000 quintales de azúcar en bruto; los colonos eran una poblacion rica, que amaba el lujo, sobresalientes en el mar, y que detestaban la tiranía.

La Francia recibió de Santo Domingo en 1775 en trescientos cincuenta y tres barcos 1.230,663 quintales de azúcar, cuyo valor ascendia á 45 millones de pesetas; 459,000 quintales de café, que valian 22 millones; 18,000 de añil, cuyo precio era de 15 millones; 5,780 de cacao, por valor de 400,000 pesetas; 500 quintales de achiote, estimado en 32,000 pesetas; 26,000 de algodón, en 6,700,000 pesetas; 14,100 de cueros en 164,000 pesetas; 43,000 quintales de hilaza para hacer cuerdas á 43 pesetas el quintal; 90 quintales de pulpa de cañafístula, valuados en 2,400 pesetas; además, géneros menudos y plata acuñada, todo ascendia á 94 millones. A esto debe añadirse 488,598 pesetas de Cayena, 19 millones de la Martinica, 12,751,404 de Guadalupe; y se encontrará que en el curso de aquel año la Francia sacó de sus posesiones del Nuevo Mundo más de 126 millones, de los cuales esportó para los extranjeros 73 millones y medio.

La Francia saca productos de otro género de la pequeña isla de San Pedro, que no cuenta más de ochocientos habitantes de vecindario; pero millares de marinos acuden allí de la Bretaña y de la

Normandia á la pesca del bacalao. Catorce mil marineros, ocupados en las diferentes operaciones que produce, existian en ella en 1830.

Ya hemos hecho mencion de la prosperidad á que llegó Cuba en tiempo de la abolicion del monopolio. En 1740 España habia concedido su comercio á una compañía que enviaba á ella tres barcos al año, y volvian con veinte mil arrobas de azúcar. En 1764, la España permitió á los colonos vender directamente sus géneros á los europeos, aunque empleando para el transporte los barcos del Estado; restriccion que se quitó tres años después: tambien se suprimió luego la prohibicion de traficar con otros americanos. En fin, en 1790 el comercio pudo considerarse como libre. Es admirable el acrecentamiento rápido que resultó de él. La poblacion, en un principio en pequeño número, ascendia ya á 170,000 almas en 1775; en 1817 á 552,000, y á 730,000 en 1827; es decir, que se habia cuadruplicado en el espacio de medio siglo. La produccion era en 1830, de 8 millones de arrobas de azúcar y de 2.880,000 de café, en lugar de 7,000 apenas que daba en 1792. Las rentas en 1827 eran cerca de 47 millones, al paso que Méjico, con igual poblacion, producía sólo doce, y Java, isla la más floreciente en el archipiélago indio, no daba más que 8 millones en 1822.

La Constitución promulgada en España después de la muerte de Fernando VII parece que se propuso arruinarla: tan desastrosas eran sus disposiciones. Escluidas por ella las colonias de la representacion nacional, se las hizo reparar los daños de la metrópoli con un ruinoso sistema de hacienda; pero la isla sin embargo continuó prosperando. En 1831 se evaluó que ella hacia un comercio de 33 millones de duros, en el cual los productos de la isla figuraban por 9 millones; y después ha aumentado mucho más este comercio. Pero la prosperidad de la isla fué turbada por las tentativas de sublevaciones fomentadas por los Estados Unidos, como la de Lopez en 1851, y por la formidable insurreccion que estalló en otoño de 1868 bajo la direccion de Céspedes. La república fué proclamada y la separacion de la madre patria era la consecuencia. Los rebeldes, amos de las tres cuartas partes de la isla, resistieron cerca de diez años, y hasta fines de 1877 no consintieron en deponer las armas sino bajo la promesa formal de reformas en la administracion del país.

La Habana cuenta 230,000 habitantes, y cada año llegan allí de 1,600 á 1,700 buques. Los naturales en continuo trato con la América septentrional, adquirieron gran actividad: se toleró en ella á muchos extranjeros, sin imponerles gabela alguna, atendido que la ley antigua no los admitia; la industria agrícola y la fabril prosperan ayudadas por las máquinas (4): los ca-

(4) PESARON Y LASTRA.—*La isla de Cuba*, Madrid, 1858, en 8.º.

minos de hierro se multiplican, y la instruccion al propio tiempo se difunde, habiendo gran número

de periódicos y muchos poetas, especialmente dramáticos. Todas estas causas hacen que los Estados Unidos deseen tanto su adquisicion, que por fin llegarán á realizar.

LA PEZUELA.--*Diccionario geográfico é histórico de la isla de Cuba*, Madrid, 1863-67, 4 tomos en 8.º.—*Historia de la isla de Cuba*, id., 1868-69, 4 tomos en 8.º.

RAMON DE LA SAGRA.--*Historia de Cuba*, París, 1861 y siguientes.

## CAPÍTULO XXIV

---

### VIAJES POR LOS MARES DEL SUR.

El final del siglo xvi pareció destinado á eclipsar las glorias con que habia brillado en un principio: tanta intrepidez y felices acontecimientos se vieron entonces, y tan graves ataques dieron los holandeses y los ingleses al poder de los españoles en América y Asia (1).

**Drake.**—Francisco Drake, nacido en el Devonshire en 1539, habiéndose embarcado en edad temprana, hizo con Hawkins varios viajes para transportar negros desde las costas de Africa á la Española; pero, sorprendido por los españoles, perdió el cargamento y los barcos. En represalias (1573) se armó en corso con intencion de interceptar el tesoro, que decian debía mandarse de Panamá á España, á través del istmo de Darien; aunque no lo consiguió, adquirió considerables sumas, que adelantó al conde de Essex para ayudarle á vencer á los irlandeses. Ya el pabellon inglés se habia mostrado en el mar del Sur para robar las riquezas acumuladas allí por los españoles; pero Drake volvió entonces á él con sesenta y cuatro hombres y cinco barcos (1577), de los cuales el mayor era apenas de cien toneladas; medios insuficientes con los cuales comenzó un viaje memorable. Llegado que hubo al rio de la Plata, y pronto reducido á tres barcos, franqueó el estrecho de Magallanes, y después de haber sufrido tempestades terribles, arribó á la costa de Chile, haciendo un botin considerable en dinero, tanto en los barcos como en la tierra. Enriquecido el atrevido filibustero más de lo que ambicionaban sus esperanzas, resolvió volver á su patria por el Nordeste; camino que aun no se habia ensayado; pero horribles frios no le permitieron asegurarse, si como se buscaba ardentemente en aquella época, el Océano Atlántico se

comunica por el Septentrion con el mar del Norte. Habiendo, pues, vuelto atras, encontró á la Nueva Albion, pais muy frio, habitado por hombres que vivian allí en sociedad. Desde allí se dirigió hácia las Molucas, y descubrió las islas de los Ladrones (Pelew?). Después fué acogido con benevolencia por el rey de Ternate, que le concedió el privilegio de comerciar en aquella isla. Visitó después las Célebes, y volvió á Plymouth, dos años y dos meses después de su marcha (26 de setiembre de 1580), siendo el primero que habia dado vuelta al mundo.

A instancias del gobierno español, se devolvió á sus dueños gran parte del botin que recogiera; pero le quedó sin embargo riqueza suficiente además del favor de la reina Isabel, que comió á bordo de la osada nave, que únicamente volviera, y que conservada por mucho tiempo se convirtió después en una cátedra para la universidad de Oxford. Drake, que sin la fortuna del buen éxito hubiera sido un ladron, y uno de cuyos compañeros fué ahorcado por los españoles sin que fueran por ello tachados de injustos ni aun por sus enemigos, fué el primero entre los ingleses que atravesó el estrecho de Magallanes; pero es de admirar que haya podido con tan débil escuadra, cumplir en tan poco tiempo un viaje de tanta dificultad que los españoles habian renunciado á él. Fué el primero que vió la estremidad de las tierras australes, se adelantó más que lo habia hecho nadie hasta entonces, por la costa del noroeste de América, y descubrió el territorio del Oregon, que los americanos disputan en el día á la Inglaterra. Así es, que aunque Drake no fué más que un corsario, su constancia y su habilidad le merecieron el título de héroe (2).

---

(1) JACOBO BURNEY.—*A chronological history of the discoveries in the south sea.* Londres, 1803-1817, 5 tomos.

---

(2) BARROW.—*The life, voyages and exploits of admiral sir Francis Drake Knight.* Lóndres, 1844.

Conmovida la Inglaterra con este ejemplo, pronto se elevó á la primera categoría, sostenida por la ayuda de Isabel, y en diez y seis años, lo menos diez y seis expediciones se dirigieron al Sur. Admirados los españoles con encontrar á los ingleses en el mar Pacífico, y verlos más atrevidos que ellos mismos, conocieron el peligro que los amenazaba: sacudiendo, pues, su confiada inercia, fortificaron el Perú, y reconocieron mejor el estrecho de Magallanes para colocar allí colonias, y cerrar su entrada. Pero los inmensos gastos que estos trabajos exigian fueron perdidos por falta de buena dirección; el atrevimiento de los ingleses se aumentó é invadieron las posesiones españolas del Mediodía. Tomás Cavendish (1686) colmó las miserias en que habían perecido las colonias magallánicas, y llevó el esterminio á aquellas cuyo estado era aun floreciente. Recogió un inmenso botín, tanto en tierra como en el mar, se apoderó de un galeón, dió la vuelta al mundo en ocho meses menos que Drake, y queriendo por último emplear las inmensas riquezas que debía al pillaje en adquirir otras nuevas, experimentó toda clase de desastres, y concluyó él mismo por sucumbir, lo cual desanimó por algun tiempo á los ingleses.

En el interin no habían permanecido inactivos los españoles. Alvaro Mendana de Neira fué el primero que adelantó sus exploraciones en el grande Océano hácia la tierra austral, y encontró las islas de Salomón. Sin embargo, este descubrimiento se tuvo oculto, con el objeto de que otros pueblos no fuesen á ocuparlas; y como no prometian oro, la corte no se inquietó por las ventajas que podia sacar de ellas. Habiendo salido de Lima (1596) su compañero Quirós con una expedición destinada á *ganar almas al cielo, y reinos á la España*, encontró multitud de islas en el océano Pacífico y Taití; pero en vano trató de hacer que la España formase establecimientos en aquellos lugares, aunque describió su belleza y posicion favorable, con colores que aun no han perdido nada de su frescura.

Neira y Quirós son los últimos de aquella raza heroica de conquistadores españoles. Ya todas las potencias habían conocido que era preciso herir á la España en sus colonias. Insurreccionados los holandeses contra Felipe II (1598), trataron de disputarle su posesion, y se dirigió una expedición por Van-Noort, tanto sobre Nueva España como sobre el Perú. Después de haber atravesado el estrecho de Magallanes con un intenso frio, los holandeses hicieron algunas presas poco importantes en las costas del Perú, y dieron la vuelta al globo en tres años; viaje memorable, por la rígida disciplina que hubo en él. El mismo gobierno había aprobado los estatutos que los marineros habían jurado observar; y el vice-almirante que los violó, fué abandonado en tierra, donde probablemente pereció. Las expediciones holandesas fueron siempre ejemplares bajo este aspecto. Aunque la compañía de negociantes no sacó de ella ninguna ventaja, hizo marchar para las Molucas á Jorge Spil-

bergen (1617), que, después de haber contribuido á establecer allí el poder neerlandés, batió á los españoles en las costas del Perú; tan superiores se habían hecho los navegantes republicanos, aunque novicios, á los más experimentados del rey. Había, sin embargo, una causa para esto: los holandeses querian ser independientes, y los españoles permanecer dueños: empleaban los primeros sus riquezas en adquirir un poder nacional, y los segundos en impedir se desarrollasen los demás. Concluyó Spilbergen la vuelta al globo en menos de tres años, y volvió con su flota intacta. Este fué uno de los viajes más felices.

Habian concedido los holandeses á la compañía de las Indias orientales el privilegio de pasar por el estrecho de Magallanes y tocar en el cabo de Buena Esperanza; al mismo tiempo habia prometido el producto de los cuatro primeros viajes al que encontrara un nuevo camino para llegar á las Indias. Pensaron, pues, en dar vuelta á la América austral para eludir los privilegios de la compañía; y persuadido Isaac Le Maire, rico comerciante de Amsterdam, de que se podia navegar en aquella dirección, armó para asegurarse de ello los navios la *Union y Hornos* (1615). Después de haber pasado la Tierra del Fuego, los que los tripulaban encontraron una mar tan llena de pescado, que los cetáceos impedian el paso, y apercibieron la estrechidad del continente, á la que llamaron cabo de Hornos. Varios acontecimientos siniestros impidieron insistir en las exploraciones australes; pero se sacó en consecuencia que el mar Pacífico no concluye en el estrecho de Magallanes.

Amenazada la España, no cesaba de querer estender sus colonias hácia el Sur, pero con poco éxito. Cuando, sin embargo, vió el estrecho de Magallanes abierto á los ingleses y á los holandeses, pensó en cuidar más las costas de la América meridional, al mismo tiempo dirigia exploraciones hácia el Noroeste, para proteger el galeón que salia de Manila para Acapuco, y fortificar algun golfo en la California. En efecto, construyó (1602) el puerto de Monterey, su principal establecimiento al noroeste de la América; pero los descubrimientos estaban llenos de trabas por la negligencia y la ingratitud de aquel gobierno, é inciertos por el misterio con que se las envolvía.

Viendo los felices golpes dados á las posesiones españolas por las potencias rivales, algunos particulares concibieron la idea de ir á tomar tambien parte en ellos. Aquellos filibusteros y bucaneros que se señalaron en las Antillas con tan audaces hazañas, tenia en su favor á los gobiernos enemigos de la España que les ayudaban á apoderarse de países, de los que después se hacian dueños, segun fuese la mayoría entre los corsarios que las ocupaban, ingleses ó franceses. Otros bucaneros, en su mayor parte ingleses, resolvieron trabajar por su propia cuenta, y recorrer los mares del Sur (1680), desde donde podrian más fácilmente volver á Europa. Después de haber atravesado el

istmo de Darien y apoderándose de varios barcos, saquearon audazmente las costas vecinas á Panamá y al Perú meridional, después el sur de Chile, encontrando al mismo tiempo islas nuevas, y reconociendo mejor las costas. Después doblaron el cabo de Hornos, con aventuras propias de esta clase de vida. Hubo finalmente otros que tomaron diferentes direcciones, aumentándose de este modo los descubrimientos y la práctica del Mar meridional; de modo, que esta asociación produjo un número mayor de viajes de los que hasta allí se habian hecho, y fué para los ingleses escuela de adelanto y perfeccionamiento marítimo.

Habiéndose dedicado á navegar Guillermo Dampier de Sommerset, después á cortar madera de tinte y á comerciar con ella en Campeche, adquirió gran fortuna. Los filibusteros, con los cuales contrajo amistad, le infundieron el deseo de unirse á ellos; dió con Cowley la vuelta al mundo (1699), y escribió una interesante relacion de sus viajes. Elegido para mandar una expedición que Guillermo III destinaba á explorar la Nueva Holanda y la Nueva Guinea, descubierta últimamente por los holandeses, se dió á la vela y encontró á la Nueva Bretaña, como tambien otras tierras, de las que dió una hermosa descripción.

Continuaron las hazañas de los bucaneros, aun después de que cesaron de ser el objeto de todas las conversaciones, y de enardecer las imaginaciones. Algunos mercaderes ingleses formaron el proyecto de imitar su audacia y sus latrocinios con detrimento de las potencias, que á principios del siglo pasado se disputaban la sucesion de España, y confiaron dos barcos á Dampier; pero acostumbrado éste á vivir con ladrones, desplegó un rigor tan escesivo, que descontentó á las tripulaciones. No tardaron en comprender que no hay provecho en andar al corso más que para los piratas que ejercen este oficio por su propia cuenta y encuentran en él una ventaja inmediata. Enviaron los franceses corsarios al mar del Sur, y tambien los holandeses, que debian ser allí más felices.

**Nueva Holanda.**—En las primeras correrías á través de los archipiélagos del Océano, el hambre ó la casualidad hicieron que siempre se dejase á un lado el continente, llamado después Nueva Holanda. Sin embargo, segun todas las probabilidades, los portugueses habian adelantado más los descubrimientos australes desde los primeros momentos; parece tambien que á mediados del siglo XVI visitaron las costas septentrionales de aquel continente, y tal vez las costas orientales. Aun más: Antonio Ambra y Francisco Serram, habian arribado en 1511 á la Nueva Guinea; Meneses tocó en ella en 1527; pero cuando los holandeses los arrojaron de las Molucas, á ellos fué á quienes quedó la gloria de los nuevos descubrimientos (1606).

Fuertes con el atrevimiento y la habilidad que habian adquirido, los holandeses se adelantaron al Sur, y fueron los primeros que exploraron las costas

orientales y occidentales de la Nueva Guinea, que no estaban habitadas, ó que si lo estaban, era sólo por negros salvajes. Habian visto una tierra al Mediodía, que tomaron por la misma Guinea. Pero haciendo rumbo desde Holanda á las Indias Teodorico Hertoge, encontró con la *Concordia*, hácia el grado 25 de latitud, un estenso continente, al que llamó Tierra Endracht (3) por el nombre de su pais natal (1616). Este continente fué el que se llamó después Nueva Holanda. Pronto se dirigieron los viajeros hácia aquella parte, y en pocos años el oeste y norte de aquellas vastas regiones habian recibido sus nombres. Tanto como los portugueses habian tenido cuidadosamente oculto aquel descubrimiento un siglo antes, otro tanto los holandeses se apresuraron á proclamarlo. Enviaron desde Batavia á reconocer el pais, tanto á levante como al mediodía, y Abel Janson Tasman, que dió á la geografia una inmensa estension, asignó á la parte que da frente á las Molucas el nombre de Diemen, por ser el del gobernador de las islas orientales (1642). Comprendió que aquella *tierra del Mediodía* no se estendia hacia el polo tanto como se habia supuesto al principio. Después de haber reconocido la Nueva Zelandia, las islas de los Amigos y otras varias, en parte habitadas por salvajes y en parte por poblaciones de un natural sociable y bondadoso, de los que obtuvieron provisiones y agua, los holandeses volvieron á Batavia después de haber verificado en nueve meses los más felices descubrimientos. En los diez años que se siguieron, otros navegantes reconocieron más completamente las costas occidentales y meridionales de la Nueva Holanda.

Pedro Nuyts habia visitado la playa del Sur; pero el aspecto salvaje de aquella region y los peligros que ofrecia hicieron que no se verificase la colonizacion. Aunque la compañía holandesa mandaba allí de tiempo en tiempo á hacer exploraciones, aquel continente pareció casi olvidado, porque prohibia á los demás fundar allí establecimientos en los cuales tampoco pensaba. En su consecuencia quedaron persuadidos de que aquellas estensas regiones, que debian ofrecerse á nuestros padres casi como un descubrimiento nuevo, no eran más que un desierto estéril.

El holandés Roggewen se obstinó, á ejemplo de su padre, en el descubrimiento de las tierras australes, y encontró, en efecto, en 1722 la isla de Pascua, la de Carlshoff, las Perniciosas, y otras varias islas, que encontradas después por otros navegantes, recibieron más tarde diferentes nombres. Al llegar á Batavia se apoderaron de sus barcos y

(3) Freycinet encontró allí en 1818 una lámina de estaño que atestiguaba aquel viaje, y otro hecho en 1697 por Vlamingh, á quien el gobierno holandés habia encargado reconocer las costas de la Nueva Holanda, desde el río de los Cisnes hasta el cabo al noroeste de la tierra de Endracht.

fueron vendidos, y él mismo puesto en prision con sus compañeros, como si hubiesen violado el privilegio de la compañía de las Indias Orientales.

La superioridad de la marina inglesa se habia manifestado en la guerra que se agitaba á mediados del siglo XVIII. Desposeidos los franceses de las Carolinas (1763), pensaron en indemnizarse estableciendo una colonia en las islas Falkland, llamadas Malvinas por los corsarios de San Malo, con el objeto de proporcionarse puntos de descanso para los barcos mandados al océano Pacífico. Bougainville emprendió fundarla á sus espensas, llevó allí á varios de los que habian perdido sus bienes en la Acadia, y consiguió su empresa.

Pero la Inglaterra no debia dejar engrandecerse en paz al nuevo establecimiento. Encargó al comodoro Byron reconocer las islas diseminadas entre el cabo de Buena Esperanza y el estrecho de Magallanes, como tambien las de Pepys y Falkland. No encontró las primeras; pero habiendo arribado á las Malvinas, tomó posesion de ellas; luego descubrió aun varias otras islas; pero atacado del es-

corbuto, volvió á Inglaterra después de un viaje de veinte y dos meses. Continuó el capitan Wallis lo que Byron habia comenzado, consolidando la colonia de Falkland, descubriendo diferentes islas en el mar del Sur, ó asignándoles un nombre, entre otras á la de Taiti, donde contestaba con el esparto y la desolacion á los procedimientos benévolos de los naturales.

De esta manera es como los ingleses ocupaban de nuevo, ó adornaban con otros nombres, paises visitados ya por los franceses. Poco faltó para que la guerra no estallase entre las dos potencias por la colonia de Falkland; pero España hizo presente la antigua concesion hecha por el papa (1767), y los franceses le abandonaron aquella posesion sin sentimiento, recibiendo quinientas mil coronas por los gastos de desmonte. Bougainville que fué á hacer la entrega, marchó para un nuevo viaje de descubrimiento al océano Pacífico, donde descubrió el archipiélago Peligroso, que los indios llaman islas de las Perlas; tocó tambien en Taiti, y dió la vuelta al globo, adelantándose á Cook en el reconocimiento de varias tierras.

## CAPÍTULO XXV

---

### VIAJES AL NORTE.—LA SIBERIA.

Los españoles y los portugueses habían encontrado dos nuevos caminos para ir á las Indias. ¿Pero no había otro por la parte del Norte? ¿Cuán-to no desearían los septentrionales que existiese otro hácia el polo, cuando los pueblos de la Euro-pa meridional, se habían hecho dueños de los pa-sos por el Atlántico?

Esta fué la esploracion á la que se dedicaron primero los ingleses, haciendo hacer grandes pro-gresos á la geografía. Enrique VII concedió, tan-to al veneciano Juan Cabot, como á sus hijos Luis, Sebastian y Sancho, cartas patentes para explorar tierras desconocidas, con la facultad de establecer allí colonias, pero como ya hemos dicho, se enga-ñaron en sus esperanzas (1). Las guerras con la Escocia hicieron descuidar los descubrimientos. Sebastian Cabot hizo entonces el viaje á Puerto-Ri-co, después otro al río de la Plata por cuenta de Es-paña (1516.) En fin, habiéndole hecho Eduardo VI de Inglaterra piloto en jefe, con un rico sueldo de 500 marcos a laño (4,200 pesetas), le puso á la cabe-za de la *Sociedad de aventureros del comercio*. Con-tribuyó poderosamente en esta posicion á desarrol-lar y regularizar entre los ingleses el gusto á las empresas marítimas.

Terranova, que Juan Cabot había reconocido en su primer viaje (1463), había sido anteriormen-te explorada por Juan Vaz Costa Cortereal, gentil hombre de Alfonso V, cuyo hijo Gaspar encontró en 1500 la Groenlandia ó Tierra-Verde. Se asegu-ra que descubrió también entre Poniente y Noroes-te, un continente desconocido, que costó por

espacio de ochocientas millas, en la persua-sion de que se acercaba al país visto anteriormen-te por los Zeno de Venecia; pero se vió detenido por los hielos. Esta sería la Tierra del Labrador. Gaspar obtuvo de su soberano el permiso de em-prender un segundo viaje, para buscar un paso á las Indias por el Norte; pero después de haber pa-sado Groenlandia, no se sabe lo que fué de él. Habiéndose dado á la vela su hermano Miguel para encontrar sus huellas, arribó á la costa del continente que había descubierto; pero allí los dos barcos, con los cuales navegaba en conserva, le perdieron de vista, y no se ha vuelto á oír ha-blar de él. Su mal éxito no hizo renunciar á la idea de navegar por el Océano septentrional, y los portugueses establecieron en los bancos de Terranova varias pesquerías, que perdieron toda su actividad, cuando el país cayó bajo la domina-cion extranjera. Algunos barcos, también extran-jeros, llegaron á aquellas costas á intentar fortuna, y se encontraron hasta seiscientas velas reuni-das en aquella altura.

Por sugerencias de Roberto Thorn (1629), rico negociante de Bristol, Enrique VIII de Inglaterra envió á reconocer las tierras del polo Artico; pero esta tentativa fué vana como las demás. En su consecuencia, los ingleses se limitaron á traficar con Flandes y con Irlanda. Pero Sebastian Cabot llevó adelante la idea de un viaje, para encontrar un paso al Cathay por el Nordeste. Partió la es-pedicion bien provista (1533), llena de esperanza y valor; pero parece que el hambre y el frío hicie-ron perecer cerca de las costas de la Laponia, á los que estaban en el navio del capitán general, y el otro navío mandado por Ricardo Chancelor arribó á un país donde nunca era de noche. Ha-biendo sabido que era la Moscovia, atravesó Chancelor las mil quinientas millas que la separan

---

(1) Véase antes, pág. 64. Se ve por los manuscritos de Verazzini, en la biblioteca de Strozzi, en Florencia, que Cabot se proponía también encontrar por el Norte un paso á las Indias.

de Moscou, é hizo con Juan Vasiliovitz un tratado que fué la base de la alianza de ambos reinos, y éste encuentro de Rusia se consideró casi como un descubrimiento de una nueva region.

Mientras que este inesperado resultado le consolaba de su mal éxito (1556), Esteban Barrow marchó explorando los mares árticos, y abordaba á la Nueva Zembla, donde le detuvo el frio. Entonces trataron de buscar el deseado paso por el Noroeste, dando vuelta á la América. Martin Frobisher, que consideraba este paso como fácil, persistió quince años en solicitar con este objeto. En fin, obtuvo dos barcos (1576), que animados por un saludo de la reina Isabel se adelantaron hasta el Labrador, penetraron después en el brazo de Lumley, donde tomaron á los esquimales por pescados. En el viaje un compañero suyo habia recogido una piedra, la cual arrojada al fuego por su mujer, vió cubrírsele los *labios de oro* (labra d' oro) de lo cual se dió nombre á aquel país, si es que no viene más bien de *labrador* ó cultivador. El triángulo habitado por los esquimales es una comarca de las más desgraciadas, en la que al renjifero cuesta el mayor trabajo el arrancar alguna poca de yerba para vivir. Frobisher no pudo nunca anudar relaciones con los habitantes; pero recogió en aquellas islas gran cantidad de mineral que despertaron las esperanzas. Encantada Isabel con esta nueva gloria, que iba á ilustrar su reinado, y deseosa por otra parte de dañar á Felipe II, su rival, despachó á Frobisher (1578) para que estableciese una colonia en aquel *límite desconocido*, y volviese á traer tierras auríferas. Pero encontró obstáculos en los hielos, y las tempestades dispersaron sus barcos. Perdió entonces su crédito, y la esperanza que habia alimentado tanto tiempo.

La avaricia ó un ardor desinteresado hacía los descubrimientos, animó á varios ingleses en tiempo de Isabel. Habiendo obtenido Sir Humphery Gilbert el permiso de dedicarse á buscar un paso á la China y á las Molucas por el Norte, arribó intrépidamente á Terranova, y tomó posesion de San Juan en nombre de la Inglaterra; pero pereció á su vuelta. En una época en que los prodigios renacientes no permitian creer nada imposible; persuadidos los comerciantes de Lóndres, de que aquel paso tan buscado ya, debia existir al Noroeste, armaron dos barcos, bajo el mando de Juan Davis. Después de haber pasado la Groenlandia, encontró Davis en los 60 grados y 15 minutos de latitud, un grupo de islas (1585) de fácil acceso, y habitadas por indígenas benévolos. Continuando desde allí su camino, se lisonjeaba de haber encontrado el paso esperado, cuando se vió detenido por las nieblas y los vientos contrarios.

Habia, sin embargo, dado pruebas de tanta habilidad, que sus armadores le confiaron la segunda expedicion, que igualmente no tuvo otro resultado que el reconocimiento de islas y costas. Lo mismo le aconteció en el tercero; pero consi-

guió la conviccion de que el norte de la América no era más que un compuesto de islas á través de las cuales era posible navegar. Sebastian Vizcaino emprendió en 1596 y en 1602 dos expediciones al Norte: observó con el mayor cuidado las costas de la Nueva California; pero no pudo pasar del grado 42 de latitud; otros barcos se mandaron de España hacia el Noroeste (2).

Sin embargo, los holandeses, que emancipados del yugo de los príncipes austriacos de España, disputaban el imperio de los mares á sus antiguos dominadores, se dedicaron á encontrar tambien un paso para las Indias á través de los hielos, por el Nordeste. Animados por una demostracion del sábio Pontano, la sociedad de comercio llamada de los *Países remotos*, armó en 1594 tres barcos; el *Cisne*, mandado por Cornelis, el *Mercurio* por Isbrantz y el *Mensajero* por Barentz, para explorar la Noruega, la Moscovia y la Tartaria. Los dos primeros se adelantaron hasta cuarenta leguas del estrecho de Waigatz; y viendo la tierra prolongarse al Sudoeste, creyeron haber descubierto el paso, lo que les decidió á volver á anunciarlo. Barentz continuó adelantando hácia el Noroeste, más allá de la Nueva Zembla hasta los 77 grados y 15 minutos de latitud: detenido allí por los hielos, viró de bordo, volviendo con una enorme piel de oso, y los primeros dientes de vaca marina que hasta entonces se vieran.

En el año siguiente se concedieron siete barcos al capitan Heemskerke, y á Barentz por piloto en jefe; pero los hielos les impidieron adelantar. Sin embargo, los samoyedos les aseguraron que á la estremidad de la Nueva Zembla se encontraba un mar muy estenso que bañaba las costas de la Tartaria, y se estendia hasta países más cálidos. No se atrevieron, sin embargo, los Estados Generales á aventurar nuevos gastos; contentáronse con prometer una recompensa al que descubriera un paso á la China por el Norte. Los comerciantes de Amsterdam tripularon, pues, dos barcos, que el uno confiaron á Hammerfest, el otro á Cornelis, bajo la direccion de Barentz. Llegados el 22 de mayo de 1596 á las islas de Shetland descubrieron el 9 de junio una isla árida, en la que dieron muerte á un oso blanco, y que en su consecuencia la llamaron isla del Oso (*Beeren Eiland*). Prosiguiendo su camino, se encontraron el 17 de junio á los 80 grados y 11 minutos de latitud, muy admirados al ver por la primera vez á tres soles con tres arco iris que le rodeaban; remontando después,

(2) Amoretti ha encontrado en la Biblioteca Ambrosiana de Milan un *Viaje del mar Atlántico al océano Pacífico por la via del Noroeste* (Milan 1811). Es de Maldonado Ferrer, que refiere haber pasado por allí en 1588, y aconseja se haga una expedicion. Aunque Lapie le haya defendido en los *Nuevos Anales de los Viajes*, 1821, otros autores lo reputan enteramente fabuloso, y no está acorde con los últimos descubrimientos.

probablemente los primeros, la costa Noroeste de Spitzberg, apercibieron con sorpresa yerba y ganado mayor, al paso que la Nueva Zembla, cuatro grados menos septentrional, les habia ofrecido un suelo estéril. A la vuelta, uno de los barcos, después de haber luchado mucho tiempo, se encontró detenido entre los hielos. La relacion de Gerardo de Veer, escrita día por día, sin énfasis, sin ficciones, y sin que el autor trate de dar á sus sufrimientos más importancia que á los de los demás, es una de las más dramáticas que proporcionan los anales de la marina (3). No se puede dejar de admirar la paciencia con que soportaron la falta de alimento, el rigor del frio y la oscuridad, en medio de los asaltos de los osos: felices cuando podian matar alguna zorra para satisfacer su hambre y vestirse. Después se toma parte en la alegría que experimentaron al volver á ver el sol al principio del mes de enero. Pero los rayos de este astro les llegaban tan oblicuamente y tan débiles, que aun estaban encadenados allí en el mes de junio. En fin, los hielos se rompieron y se pusieron en marcha con ellos; Barentz pereció; y los suyos, después de haber andado errantes con dos pequeñas embarcaciones descubiertas, por espacio de más de trescientas leguas, por medio de hielos, privaciones y peligros de todas clases, volvieron en fin á su patria.

Las expediciones de Barentz fueron muy provechosas, pues descubrieron Beeren Eiland y Spitzberg (4), pais donde el pueblo industrioso de la Neerlandia debia encontrar nuevas ocupaciones. En efecto, renunciando los holandeses á buscar un paso, comenzaron una pesca nueva que fué para ellos un Perú. Primero los normandos y después los vascos, en el siglo xv, habian ido á Spitzberg y á Groenlandia á dar caza á la foca y á la ballena, con el objeto de sacar partido de su grasa y de sus barbas. Los holandeses los contrataron entonces para dirigir sus barcos, y pronto fueron superiores.

(3) *Het derde Deel van de navigatie om den Noorden.* Amsterdam, 1605.

(4) Buffon pretendia que la tierra, en un principio incandescente, habiéndose enfriado poco á poco, se habia hecho habitable á medida que su calor disminuia. Los primeros paises habitados serian pues los polos: en su consecuencia Bailly colocó la cuna del género humano en Spitzberg, de donde salieron los atlántidas, que pasaron por maestros en todas las ciencias. Habiéndose detenido éstos en Asia entre el Obi y el Yenisei, se multiplicaron allí, después se estendieron hácia el Cáucaso y el mar Caspio hasta el grado 49 de latitud, y diseminándose, fueron los padres de los diferentes pueblos. (*Cartas sobre la Atlántida de Platon. Cartas sobre el origen de la ciencia.*) Cuando se considera lo que son estos paises, no se puede dejar de admirar hasta donde arrastra la mania de los sistemas opuestos á las tradiciones universales; ¿y por qué? Solamente porque éstas se hallan en armonia y dan fuerza á la narracion bíblica.

En 1603 el adermann Cherry armó un barco para aquellos parajes, y Steven Bennet, que tomó el mando, ignorando ó fingiendo ignorar el descubrimiento anterior, dió á la isla del Oso el nombre de isla de Cherry. Otros ingleses arribaron allí después, y la sociedad moscovita que se habia formado en Lóndres, tomó luego posesion de ella. Ahora bien, en 1612, cuando los holandeses acababan de hacer la primera pesca, que habia sido muy abundante, sus barcos fueron á la vuelta hechos prisioneros por los ingleses, que segun sus costumbres, pretendian ser dueños de los mares polares, y separaban de ellos á todo concurrente por su propia autoridad. Durante cinco años, fué una lucha de contrabando y una guerra de esterminio, con el objeto de escluir á los holandeses de las costas descubiertas por un holandés. Auggard, comerciante de Hammerfest, hizo construir allí una cabaña para que se abrigasen los que se viesen precisados á invernar en aquellos parajes. Los rusos construyeron otra, de vigas mal unidas. El capitán de un barco noruego, que permaneció allí dos años consecutivos con su tripulacion, mató el primer año 677 vacas, 30 zorras azules y tres osos blancos. El estremado rigor del invierno les impidió salir el año siguiente.

Por espacio de medio siglo la pesca fué muy abundante. Las grandes fatigas de aquel oficio formaban escelentes marineros; y ya no era necesario adelantarse tanto. Pero pretendiendo cuatro naciones el derecho esclusivo de pescar la ballena en las bahias del Norte y al sur de Spitzberg, los armadores hicieron escoltar sus barcos por otros de guerra. La sociedad llamada *Moscovita*, formada en Lóndres en 1606 para explorar el Norte, se obstinaba en no querer que los demás pescasen en Spitzberg: habiendo obtenido del rey Jacobo I un privilegio absoluto en los mares del Norte, arrojó de ellos á los holandeses, á los franceses y á los vizcainos, y llamó á aquella costa Terranova del rey Jacobo. Los holandeses, que habian formado tres compañías para luchar con ella, volvieron con catorce barcos de pesca y cuatro de guerra, que arrojaron de ella á los usurpadores. La Dinamarca intervino á su vez pretendiendo imponer cierto derecho á los buques ingleses que pasaban sus estrechos. Pero la pesca fué tan copiosa, y la concurrencia de otros barcos, mandados por Dinamarca, Bremen, Hamburgo y Vizcaya, se multiplicó de tal manera, que conociendo los ingleses la imposibilidad de arrojarlos á todos, se resignaron á dividir con ellos aquellos hielos, ensangrentados ya por tantos conflictos entre cuatro naciones rivales. De todos modos, se reservaron las bahias mejores.

Varios millares de hombres se enviaban todos los años para afrontar los más terribles peligros, sin otro objeto que pescar monstruosos cetáceos y luchar con osos y vacas marinas. Muchos perecieron allí estrellados contra las montañas de hielo, ó encerrados en medio de témpanos, unos eran

presa de los mórstruos, y otros diezmadados por el escorbuto en las largas noches del polo.

Todas las naciones mandaban barcos al banco de Terranova: sólo los ingleses tenían cincuenta en aquellos parajes en 1578; Portugal otros tantos, España doble número, Francia ciento cincuenta, y los vizcainos unos treinta. Sobre todo, estos últimos eran muy hábiles en pescar la ballena. El establecimiento de sir Humphrey Gilbert dió á los ingleses, que escedían á las demás naciones en el número de sus armamentos, la dominacion positiva de aquel pais; y al fin del reinado de Isabel se empleaban en aquella costa doscientos barcos y ocho mil marinos. En 1697, un pescador holandés encontró cerca de Groenlandia una escuadra de ciento veinte y un barcos holandeses, cincuenta de Hamburgo, quince de Bremen, y dos de Emden, que en muy poco tiempo pescaron mil novecientas cincuenta ballenas.

En un principio estos cetáceos eran enormes, porque tenían hasta setenta pies de longitud, y treinta ó cuarenta de ancho. Los soberanos no exigian ningun derecho sobre los productos de aquella peligrosa pesca, y sólo se daba por devocion la lengua á las iglesias (5). Primero se llevaban enteras, lo que producía un cargamento enorme. Pero se establecieron almacenes y hornos en Smeeremburgo, en una de las bahías más septentrionales de Spitzberg, donde se prepara el aceite y los huesos abandonando lo demás. Pronto se formaron en derredor de aquellos almacenes aldeas, donde resonaban todas las primaveras los cantos de alegría á la llegada de los nuevos huéspedes, que encantados con poder hartarse de pan fresco y divertirse en las hospederías, brindaban con las gentes del pais. Las ballenas comenzaron después á ser raras y feroces; se alejaron de las bahías donde se las cogía con facilidad, y concluyeron por retirarse en medio de los hielos; entonces los peligros y las dificultades de la pesca se aumentaron (1690): como ya tentó menos á la avaricia, se dejó que la hiciesen libremente los que quisieran correr los riesgos; los establecimientos que se habian hecho con este objeto desaparecieron, Smeeremburgo fué demolido, y se vendieron sus inmensas calderas de setenta pies de diámetro.

Los holandeses habian querido establecer allí una colonia en 1633, y tres hombres pasaron el invierno; pero otros siete que los imitaron tuvieron un deplorable fin. El 20 de octubre desapareció el sol; entonces les atacó el escorbuto: el 24 de febrero volvieron á ver el disco solar. Las últimas palabras que escribieron en su diario fueron éstas: «Somos aun cuatro tendidos en nuestra cabaña, débi-

les y enfermos, hasta el punto de no poder ayudarnos unos á otros. Quiera Dios socorrernos y quitarnos de este mundo de dolores, donde ya no tenemos fuerzas para vivir.» Los holandeses que llegaron en el verano encontraron la cabaña, que habian cerrado para libertarse de los osos y de las zorras; dos de aquellos desgraciados yacían muertos en sus camas, otros dos sobre velas viejas, y cerca de ellos los restos descarnados de sus perros.

En el día pocos barcos toman aquella direccion; la ballena *mysticetus* ha desaparecido, y la *boops* es muy difícil de coger. Las barbas de ballena, muy buscadas á principios del siglo pasado por la moda de los guarda infantes que se hacían con ellas, han bajado mucho de precio. Los rusos han continuado yendo, á buscar á aquellos parajes la foca, el delfín blanco y la vaca. En el día, los noruegos y los flamencos tratan de hacer esta pesca, que cada vez produce menos; y los marinos sucumben con frecuencia en su lucha con los cetáceos ó al rigor del frío. En 1838, diez y ocho rusos invernaron en las Mil Islas, y perecieron allí todos. El inglés Scoresby, que permaneció allí desde 1818 hasta 1822, ha dado la mejor descripcion de los fenómenos polares.

Los pescadores de ballenas fueron entonces á buscar aquellos enormes cetáceos á las regiones ecuatoriales, y hasta al polo Antártico. Los ingleses habian sostenido su superioridad en aquella industria reclutando á los mejores balleneros. Pero cuando los anglo-americanos conquistaron su libertad, atrajeron á sí los beneficios de aquella clase de expediciones, y persiguieron las ballenas en todos los mares. Algunas veces la ballena sabe vengarse de sus sitiadores, no sólo agitando el mar hasta el punto de echar á pique las embarcaciones, ó destrozándolas con sus enormes quijadas, sino tambien persiguiéndolas con la idea de castigarlas. Pescaba el *Gustavo* en las costas de la Nueva Holanda, cuando una ballena herida cogió entre sus dientes los dos costados del bote, que infaliblemente hubiera sido arrastrado á los abismos, si no hubieran cortado prontamente las terribles mandíbulas del mórstruo. El *Essex*, mandado por el capitán Polard, habia cogido el 20 de noviembre de 1820 dos ballenas en los mares antárticos, á las que remolcaba, cuando otra ballena de gran dimension, comenzó á golpear con tanta fuerza al bergantín que le destrozó y le echó á pique. No tuvo más tiempo la tripulacion que el de arrojarle á tres botes; el uno de ellos, en el que iban siete hombres, se perdió probablemente; los otros dos, después de haber andado errantes tres semanas en medio de grandes peligros, arribaron á la isla de Isabel, una de las Ducias, donde los náufragos no encontraron más que nidos de alción tan estimados de los chinos. Sufrieron todas las angustias del hambre: habiendo muerto dos de ellos, sus compañeros los devoraron: después sortearon la vida de otro que inmediatamente fué hecho pedazos. Estaban todos en la agonía, cuando llegó un barco. Este recogió tambien á tres

(5) Sólo una ballena puede dar ciento cincuenta barriles ingleses de esperma, que es como se llama la sustancia particular encerrada en las enormes cavidades de la cabeza, y un tonel que contenga ocho barriles (1024 pintas de Paris) se paga de 70 á 100 libras esterlinas en Lóndres.

de ellos, que habían querido permanecer en otra isla desierta, donde habían vivido con aves y tortugas, aunque padecieron todos los tormentos de la sed.

Mencionaremos aquí un hecho que se refiere al objeto del presente capítulo. Se asegura que se encuentran en las cercanías de la China y del Japon, ballenas que llevan clavados en sus lomos harpones lanzados sobre ellas en los mares del Norte. Han franqueado, pues, el paso septentrional, tan laboriosa y vanamente buscado.

Tal es el tenaz poder del hombre que le hace sobreponerse á todos los obstáculos que le opone la naturaleza. Así era, que mientras desafiaba los ardores de un sol perpendicular y las invencibles calmas ó furiosas tempestades de los trópicos, se internaba en parajes donde los vientos casi no tienen fuerza y apenas sufren algunas variaciones, donde el flujo y reflujo son casi insensibles. Baffin encontró islas de hielo de cien millas de largo, con montañas de cuatrocientos piés de elevacion. A veces las aves hacen su nido en aquellos bancos, que no se han derretido hace medio siglo, y que el verano no destruye. Otras los hielos se extienden en una inmensa llanura, por la que es preciso abrir un canal á fuerza de hachazos, de tajamar y hasta á cañonazos, y pasar por allí, con riesgo de verse encerrado de un momento á otro, al mismo tiempo que asusta el formidable ruido que produce el rompimiento de los hielos. En 1743, un mercader ruso de Mezen, fué cogido entre los hielos con catorce hombres á los 77° de latitud, sin esperar poder salir de allí. Cuatro de ellos se lanzaron á la costa para explorarla, y encontraron una cabaña donde pasaron la noche; pero por la mañana no vieron ya el navio, que se habia sepultado entre los hielos. No tenían nada para vivir, y todas sus municiones consistian en un cuchillo, una hacha, un fusil con doce cartuchos, una marmita y un eslabon; pero poseian un valor indomable, exaltados por la desesperacion. Separan la nieve de la cabaña, matan con los doce tiros igual número de rengíferos, y se hacen con los restos de un barco los utensilios más necesarios. Habiendo muerto un oso, utilizan para cuerdas de arco sus nervios, y van á la caza, comen cruda la carne del oso para preservarse del escorbuto, beben sangre de rengífero caliente, y hacen gran consumo de coclearia. Pasan seis años en aquella miserable condicion, y en fin, son vistos por un barco que los vuelve á llevar á Arcangel.

En 1835, cuatro marineros noruegos mandados á las Mil Islas para explorar el fondo de una bahía, sorprendidos por la niebla, que en aquellos parajes se forma de repente cubriendo el cielo y el mar, se vieron obligados á gobernar al acaso, guiándose por el ruido de las olas, que se estrellaban contra las rocas. Una vez disipada la niebla, prosiguieron su marcha; pero volvió la oscuridad y les fué preciso dejarse ir á la suerte, que los condujo á una isla. Pero cuando arribaron á ella hubo una tempestad que arrebató su barco. Sin ninguna es-

peranza, no tuvieron otro partido que adoptar, que el de permanecer en tres cabañas que encontraron en las costas. Algunos cadáveres de vacas marinas arrojados á la arena por las olas, fué su único alimento. Grande alegría tuvieron cuando consiguieron una fresca. Dedicarouse á pescar; pero un dia que ésta habia sido abundante fueron sorprendidos por los hielos, más tempranos que de costumbre. No podian resolverse á abandonar su embarcacion, muy preciosa para ellos: esperaron, pues, dos dias, con la esperanza de que otro viento produciria el deshielo. Se incitaban á correr para calentarse; pero no pudiendo resistir al gran frio y á la nieve que caia en espesos copos, se desanimaron y se disponian á morir, cuando oyeron de repente romperse y hundirse el hielo; y en efecto, pudieron volver á empuñar los remos y volver á sus cabañas. Llegado el invierno, se hicieron una lámpara con el fondo de una botella y la alimentaron con la grasa de las vacas; un pedazo de cuerda les servia de mecha. Clavos viejos les sirvieron de agujas y deshacieron los cables, se proveyeron de hilo; con lo cual y con pieles de animales se hicieron vestidos con que cubrirse. Para distraerse fabricaron naipes, pintando algunas pequeñas planchas, y jugaban con tal ardor, que á veces llegaban á las manos. Los osos blancos rondaban al rededor de sus cabañas; los mataban entonces y comian su carne. Pero estos animales desaparecieron en el mes de abril, y ya no les quedaba más alimento que pieles de vacas que mascaban. A fines de junio vieron un barco, y habiéndole alcanzado volvieron á Finmark.

Durante todas estas expediciones, que no tenían otro objeto que el lucro, no se interrumpian las exploraciones científicas. Los primeros que se entregaron á ellas fueron los daneses, á quienes favorecía la situacion de su patria. En 1605, envió el príncipe reinante á explorar la Groenlandia, poblada por los antecesores de sus súbditos; otras expediciones se siguieron con poco éxito, con la idea de que se encontrarían allí minas de plata.

**Hudson, 1609-10.**—La exploracion de un paso que habia costado tantos esfuerzos inútiles y dispendiosos, estaba abandonada, cuando los negociantes de Lóndres hicieron marchar de nuevo á Enrique Hudson. Después de haber pasado la Groenlandia y el Spitzberg con un pequeño barco tripulado sólo por doce hombres y un muchacho, volvió sano y salvo á Inglaterra. Habiéndose vuelto á dar á la vela con catorce hombres, hizo varias observaciones sobre la declinacion de la aguja magnética; pero se encontró detenido por los hielos. Vióse comprometido en medio de ellos en otras expediciones, y una vez, insurreccionada su tripulacion, le abandonó en ellos con los enfermos y los estropeados, sin dejarle más que pocos víveres y un fusil. Pero ya habia descubierto un estenso mar á occidente del cabo Wolstenholm, como llamó á la estremidad noroeste del Labrador. Los negociantes de Lóndres mandaron á Tomás Button con mision de explorarlo. Después de haber pasado

el estrecho de Hudson, invernó en el río á que puso por nombre Nelson, alimentándose con perdicés blancas, verdadero beneficio de la Providencia en aquella altura inhabitada, y sosteniendo el valor de los suyos ocupándolos en resolver problemas. Fué el primero que tocó por aquella parte la costa oriental de América.

**Baffin, 1615.**—Guillermo Baffin, que inventó el método de calcular la longitud por la posición relativa de los astros, y proporcionó á la ciencia ricas observaciones, penetró más adelante que su predecesor. Descubrió el mar que conserva su nombre, y le creyó rodeado de costas no interrumpidas, en atención á que habiéndole recorrido hasta los alrededores de Lancaster-Sund, se cansó, como en nuestros días el capitán Ross, y se volvió atrás. Ya no esperaron conseguir hallar el paso que se presumía; pero se sacó partido de las tentativas que habían fracasado, bajo el aspecto de las relaciones comerciales. Así como se iba á buscar al Sur las especias y las maderas de tinte, se sacó del Norte, reses, pieles, vacas marinas, ballenas, zorras, plomo, aceite de pescado, y otros objetos cuyo consumo es tan importante, que no es de admirar que el monopolio fuese tan disputado entre los ingleses, los moscovitas y los daneses.

Llegaron los colonos franceses establecidos en el Canadá, adelantándose hácia el interior en busca de pieles, á las costas de la bahía de Hudson. Uno de ellos, Grosselier, volvió á Francia para hacer presente la ventaja que se podría sacar de aquella posición. No se le escuchó; mas no así en Inglaterra, donde se le confió un barco para fundar un establecimiento en aquella comarca (1665), é intentar de nuevo el paso á la China. Fundóse, pues, el fuerte Carlos, y el rey de Inglaterra concedió á la compañía todas las costas y territorios de la bahía, con el privilegio del comercio; los considerables beneficios que realizó hicieron se olvidara el paso: sin embargo, la idea revivía de tiempo en tiempo por argumentos y hechos nuevos; pero las últimas tentativas costaron aun vidas y dinero sin provecho. Más tarde se constituyó una sociedad en Bergen, á instigación del predicador luterano Egede, para comerciar con la Groenlandia; y á pesar de las numerosas dificultades (1721), encontró tanto apoyo por parte de Cristóbal VI, que se formaron allí doce colonias por los daneses desde 1742 á 1758. Empleóse Egede en convertir á los indígenas, pero con poco éxito. Los frailes moravos adelantaron más, sobre todo socorriendo á los enfermos en una horrible epidemia de viruela; fundadores de la Nueva Herrnhut, enseñaron allí las artes de la vida social y civil; Crantz, que ha escrito la historia de Groenlandia (1746), era de su comunidad.

**Siberia.**—El descubrimiento del paso al Norte, hubiera sido muy importante, sobre todo para la Rusia; pero esta potencia vivía oscuramente; no conocía siquiera la Siberia más allá de Yenesei, aunque el país fué recorrido por sus cazadores y

algunos aventureros (*promyshlenni*), á quienes su interés impulsaba á conquistar tal ó cual porción de territorio, sin ninguna idea de política ó de justicia. A quella comarca tomó su nombre de Siber, ciudad fundada por los tártaros, en 1242, en las riberas del Irtesk y del Oby. Este nombre se estendió después á los nuevos descubrimientos, y hasta á los reinos tártaros de Astracán y Kazan, al paso que debía estar limitado al Oeste por los montes Urales, al Mediodía hácia la China por los Altaís, al Este por el mar de Okotsk y de Behring, y al Norte por el mar Glacial, espacio que no es menos de una tercera parte de Europa.

Anika Strogonof, negociante de Arcangel, estableció hácia mediados del siglo XVI, un comercio de cambios con los países distantes de la Siberia, que todos los años llevaban á su ciudad natal hermosas pieles. De esta manera adquirió grandes riquezas, y obtuvo varias tierras, en las que fundó colonias con derecho de armas, justicia y leyes. Cuando conoció el czar la importancia de aquel comercio, tomó en 1558 el título de señor de la Siberia. Renovó la explotación de las minas de oro y plata, conocidas de muy antiguo, mejoró los caminos y los fortificó; pero parece que no se llegaba entonces más allá del brazo occidental del Obi.

Los ostiakos del Obi, que entre los pueblos de la Siberia fueron los primeros conocidos de los rusos, se cubren con pieles de nutria, y se alimentan, en caso de necesidad, con la carne de este anfibio; pedazos de piel de renjífero les sirven de calzado. Las mujeres, casi desnudas, llevan pieles abiertas por delante; sus trenzas caen sobre las espaldas, que adornan mucho las ricas, y cuelgan tambien de sus orejas pequeños pedazos de cristal de color. Pero tienen particular gusto en pintarse con varios y extraños dibujos el antebrazo y la pierna. Viven de la pesca, y por esto es por lo que trasportan en el verano sus movibles tiendas á los lugares donde es abundante, para volver en el invierno á sus cabañas, donde varias familias viven juntas y se calientan en el mismo hogar. Todos los trabajos son participados por las mujeres, con quienes los hombres no usan ninguna dulzura ni en los actos ni en las palabras. Cada uno puede tener tantas mujeres como quiera. Se casan con la viuda de su padre, con su suegra y con la nuera; pero no toman esposas en su propia familia. El ostiako que quiere una mujer, paga al padre de la futura la mitad del precio que ha fijado; si pasada la primera noche el marido se declara contento, hace un regalo de pieles de renjífero á su suegra, que corta en pequeños pedazos aquella en que se han acostado los esposos para esparcirlos triunfalmente. Si por el contrario, el marido no está satisfecho, su suegra debe regalarle un renjífero. Cuando ha pagado enteramente el dote estipulado, lleva consigo á su mujer á su casa. Si no puede resistir á sus malos tratamientos, se refugia en casa de su padre, que restituye el dote y la casa con otro.

Habiendo estendido sus Estados Ivan Vasilievitz, traficó con la Persia y la Bukaria, pero sus comerciantes se veían con frecuencia blanco de los ataques de las tribus que desembocaban de el Don y del Volga. En su consecuencia envió tropas para arrojarlos de allí. Obligado Yermack-Timovief á batirse en retirada, lo hizo con seis mil cosacos hácia el Ural, donde se encontraba una de las colonias fundadas por Strogonof, y mereció allí que se le considerase (1579). Resolvió entonces atacar á Kutcham-kan, jefe de los tártaros que residían en Sibir. Haciéndolo, pues, con un valor indomable, sin dejarse conmovido por las amenazas ni cansar por la resistencia, destruyó al enemigo que se sometió: de esta manera se encontró príncipe soberano. Con el objeto de sostenerse, hizo homenaje del territorio que había adquirido al czar de Moscovia, enviándole pieles preciosas. Sus regalos fueron bien acogidos, y el apoyo que obtuvo, le permitió extender sus límites; pero fué muerto en una sorpresa, y los rusos abandonaron de nuevo la Siberia. De todos modos habían aprendido los caminos y reconocido la facilidad de vencer á los tártaros: volvieron pues á ella, y construyeron las plazas de Tobolsk, Sungur y Tara; desde allí se extendieron por la comarca fundando ciudades y colonias en todas direcciones, de modo que en menos de un siglo avasallaron toda la Siberia, desde los confines de la Europa hasta el Océano oriental, y desde el mar Glacial hasta la China.

Hasta 1639 no conocieron el río Amur, que desde el centro de la Tartaria, donde nace, baja al mar, después de haber recorrido hácia Oriente más de treinta grados de longitud; y entonces trataron de avasallar á los tártaros que habitan en sus orillas, y prosiguiendo sus conquistas, se encontraron en contacto, y pronto en guerra con los chinos. Apenas se acostumbraron éstos al uso de las armas de fuego, cuando la ventaja fué suya: se entró en negociaciones (1651) y los límites que se determinaron hicieron perder á los rusos la navegación del Amur. Se conoció de cuanta importancia era aquella pérdida, cuando el descubrimiento del Kamschatka y las islas situadas entre el Asia y la América (1689), cuyos productos hubieran podido trasladarse con facilidad por aquel río. Los rusos conservaron la facultad de traficar con la China; obtuvieron después la de enviar allí caravanas, que durante su permanencia en Pekín, debían ser mantenidas por el celeste imperio; además, todo particular podía llegar hasta la estremidad de la Mongolia.

**Tratado de Kiahhta.**—Pero indignado el hijo del cielo con la deslealtad y embriaguez de los rusos, los arrojó de allí. Un nuevo tratado (1728), aseguró mejor los confines respectivos, y se estipuló que una caravana, que no podía ser de más de doscientos viajeros, podría cada tres años dirigirse á Pekín, edificar allí una iglesia y enviar estudiantes para aprender la lengua.

Los rusos se adelantaron con menos rapidez há-

cia el Norte, remontando de río en río. Pero parece que 1648 pasaron el estrecho de Behring y doblaron el cabo Norte. Encontraron ciertamente la comunicación por tierra entre la Colima y el Anadir, lo que debieron á Staduchin y á Deshniev. Había en aquellos sitios gran cantidad de hipopótamos, y los rusos fueron al principio venerados allí como divinidades invulnerables, pero no tardaron en demostrar lo contrario, asesinandose unos á otros.

En 1696, se adelantó una banda de cosacos, saqueándolo todo, hasta el río que recibió después el nombre de Kamschatka. Waldimiro Atlassof fué á conquistar el país. Habitado por hombres de estatura muy pequeña, barbudos, que pasan el invierno bajo tierra, y el verano en cabañas colgadas, no pudieron oponer resistencia. Esta tranquila población se vió agitada y corrompida por los rusos, y después esterminada, ó se mezcló á otras razas. Los kamschadales dieron conocimiento á los rusos de las islas Kurilas al Sur; les dijeron que más allá de las que se veían desde el continente, se encontraban otras á donde llegaban hombres vestidos de seda y algodón, que llevaban vasos y porcelana. Por el contrario, los chukskos (*tshuktsks*), que habitan la punta del territorio más distante, eran de un natural feroz (1701); cuando los rusos los atacaron y vencieron, aquellos á quienes habían hecho prisioneros se dieron muerte unos á otros, y no pudieron tenerlos por súbditos más que en el nombre.

Estos hablaban de una gran tierra más allá de su país, probablemente era la América la que designaban; ahora bien, ya estuviere unida al Asia ó separada de ella por un estrecho, la Rusia podía esperar adelantándose hácia Levante, llegar á aquel otro continente. Es probable que los mercaderes y cazadores hubieran hecho varias veces aquel camino; ¿pero qué les importaba hacerlo constar? En su consecuencia, Pedro el Grande, que había reconocido desde un principio la importancia de los minerales de la Siberia, hizo establecer allí por los Demidoff varias fábricas para la fundición del hierro y del cobre, y dictó pocos días antes de morir sus instrucciones para un viaje de descubrimientos. Quería que, saliendo del Kamschatka, ó de otro país del Océano oriental, se examinase si las costas al Norte ó al Este se unían á la América (1728). Vital Behring, danés, al servicio de la Rusia, se encargó de aquella difícil expedición. Dióse á la vela en Kamschatka, y se adelantó hasta los 60° y 18' de latitud, después de haber pasado sin apercibirse el estrecho que separa ambos continentes, y que sin embargo se llamó como él.

Entre tanto el coronel Schestakof demostraba la importancia de someter de una vez á los chukskos para poder reconocer completamente el país, y habiendo acometido la empresa de atacar á aquella gente resuelta, fué derrotado y muerto. Continuando en ella Pautluski, capitán de dragones, consiguió vencerlos en muchas batallas, y entre los hie-

los y los enemigos hizo una marcha prodigiosa, llegando hasta la última extremidad de Siberia (1731). El cosaco Krupischef, que se había mandado por mar para secundarle, completó dando la vuelta al Kamtschatka, el descubrimiento de Behring, y reconoció cuánto se acerca nuestro continente al territorio americano. Sin embargo, varias expediciones destinadas á probar este hecho tuvieron un fin deplorable, y produjeron la pérdida de hombres llenos de valor en medio de aquellos hielos intransitables.

De repente un junco del Japon, cargado de seda, algodón y arroz, fué arrojado por la tempestad á la costa oriental del Kamschatka. Más implacables los cosacos que el mar, dieron muerte á los que le tripulaban (1732), excepto á un anciano y á un niño que se enviaron á San Petersburgo. Este fortuito acontecimiento reanimó el ardor por los descubrimientos, ofreciendo la esperanza de un feliz éxito. Martin Spanberg y Guillermo Walton marcharon con intencion de determinar la posición del Japon con respecto á la Siberia. Llegaron allí en efecto por un nuevo camino, diferente del que la curiosidad ó la sed de ganancia había abierto ya á los europeos. Behring fué después á reconocer el continente americano, y visitó aquel archipiélago ártico. Muchos hombres perecieron allí pasando el invierno en grutas cavadas en la arena, y se perdió al mismo Behring, cuyo nombre quedó á la isla donde se dejó su cuerpo. Los restos de su tripulación volvieron á la Siberia con los mayores trabajos.

Otros kamschadales visitaron después aquella isla, donde abundan las nutrias; y posteriormente las demás islas, á medida que la caza se agotaba en las primeras. En 1774, un armador ruso, llamado Liakhof, reconoció el archipiélago de la Nueva Siberia, visto ya en 1711, entre el estrecho de Behring y la Nueva Zembla, donde arde el volcan más boreal del mundo. Aquellas islas están compuestas de arena, y contienen gran cantidad de huesos de mamutes y elefante, tan estimados como el marfil de Asia y de Africa. Descubriéronse después todas las Aleutianas entre los 52 y 55<sup>o</sup> de latitud Norte. La infatigable industria rusa ha establecido, tanto allí como en las trescientas leguas de costa mas allá del círculo polar, factorías, por medio de las cuales hace el comercio de pieles con la China. La compañía rusa americana ha obtenido un privilegio en 1799.

Catalina II, que comprendió bien cuán importante era conocer exactamente las costas orientales del Asia, encargó á José Billings, compañero de Cook en su última expedición, el reconocer, bajando por Colima la costa septentrional de la Siberia hasta el cabo Este (1787). No pudo conseguirlo; sin embargo, visitó después las islas Aleutianas, donde vió con qué barbarie los negociantes, á quienes la Rusia había vendido los naturales, trataban á aquellos desgraciados esclavos, á los que habían casi aniquilado. Este mismo y otros tam-

bien investigaron la Siberia y las costas del Océano septentrional, y en aquellas regiones el viaje es una série de padecimientos, cuya renovación y aumento es lo único que hace conocer la existencia. Después de haber caminado todo el día bajo los débiles rayos de un sol nebuloso y de una eterna nieve, se detienen en algun paraje donde haya menos cantidad, con el objeto de que los caballos puedan arrancar de debajo de aquella capa de hielo alguna yerba. Es necesario para procurarse el agua derretir aquella nieve con el fuego, comer con guantes, y envuelto el cuerpo en pieles, teniendo la marmita sobre el fuego para que los manjares no se hielen, y cortar á hachazos el pan y el vino. Se duerme de día, es decir, durante el tiempo en que el sol debería estar sobre el horizonte, en atención á que las noches están iluminadas por auroras boreales. A medida que el frío aumenta, la humedad contenida en el aire se precipita bajo la forma de una niebla intensa; y aquella niebla se convierte en escarcha, que flotando en el aire, estropea la piel con su solo contacto. Los vapores que el mar exhala permanecen inmóviles sobre su superficie, hasta que se halla cubierta de hielo: entonces el cielo vuelve á aparecer sereno, y el invierno comienza con un rigor espantoso. El interior de las cabañas, donde los naturales permanecen agrupados delante del fuego, se cubre con una capa helada; fuera reina la tranquilidad del sepulcro, y el sonido más ligero se oye á gran distancia.

Tales son los peligros y sufrimientos que se arrostran por cambiar diversos utensilios y bujerías por pieles con se adornarán las grandes señoras de Paris ó el shah de Persia, luz del mundo; y por recoger dientes de mamutes, que se encuentran allí á millares; maravilloso testimonio de las revoluciones del globo (6). Los mares comarcanos abundan en crustáceos, en anélidos, en arenques; y sobre todo

(6) El sabio Baer sometió en 1842 á la Academia de Ciencias de San Petersburgo diversas indagaciones sobre el comercio de la Siberia. Afirma que no se debe sentir la gran disminución que hay en el producto de la caza de los animales de piel en Siberia, sobre todo de la nutria. Según él, el esterminio de los animales de pelo precioso, que son carnívoros, excepto el castor, tiende á multiplicar los herbívoros y los que roen, que proporcionan pieles menos estimadas, pero en mayor número. Las pieles de zorra negra, las más estimadas de todas, dan cincuenta mil rublos de plata al año; las de nutrias de mar, 150,000; las cibelinas 220,000; solo el pelo de la liebre da cerca de un millón de rublos al año, y se pueden valuar en 15,000,000 el número de ardillas que se matan anualmente, las que compondrán cerca de 1,000,000 de pieles grises. Así es que en general las mercancías de elevado precio producen menos que las que siendo más baratas están más buscadas. La Rusia saca cien veces más de las cerdas de cerdo que de las cibellinas; y las pieles de carnero le producen 16,000,000 de rublos, es decir, triple que todos los mamíferos salvajes muertos en la caza.

en gelatinosos microscópicos (7), que bastan para alimentar los inmensos cetáceos y los mamíferos anfibios. Multitud de aves de paso llegan allí; y el eider que proporciona el finísimo plumon, llamado edredor, hace su nido en las rocas. El reino vegetal es, por el contrario, muy pobre en aquellos parajes donde está restringido sólo á las criptógamas.

En 1820, Fernando Wrangell, teniente de navio, recibió de la Rusia la orden de explorar las costas septentrionales de la Siberia, y adelantar lo más posible en el mar Glacial (8). Se embarcó allende los montes Urales, y la Siberia meridional, cultivada y hospitalaria, sobre el Lena, rio magnífico, y llegó á Yakuzk, ciudad compuesta de barracas de madera, y en la que no se ve una mata de yerba. No tiene más edificio notable que una fortaleza, también de madera, construida por los cosacos en 1647, cuando la conquistaron. Acuden, sin embargo, allí desde varios centenares de leguas al rededor, del mar Glacial, del Okotsk, del Kamschatka, para llevar dientes de vaca marina y huesos fósiles de mammut, que se venden allí durante seis semanas que llaman estio; pero sobre todo tal cantidad de pieles, que se valúan en dos y medio millones de rublos al año. Se cambian por cebada, harina, azúcar, té, telas de seda, algodón y lana, utensilios de hierro y de cobre, sobre todo por aguardiente y tabaco, objetos de predilección para los de la Siberia. Una vez pasada aquella estacion, todo se pone más caro, y los pobres habitantes quedan aislados.

Pasado Yakuzk, ya no hay caminos, ni es posible emplear carruaje alguno, y á duras penas pueden avanzar los caballos, que marchan atados á manera de recua, y á los cuales se les suelta por la tarde, descargándoles y dejándoles ir libremente en busca de algun pasto. Wrangell encontró más lejos, donde ya no había más que hielo, un sacerdote de noventa años que habia consumido su vida en convertir yakuzktos y tonguses: viejo como era, hacia quinientas leguas de camino todos los años para visitar las ovejas de su rebaño, dispersadas en una vasta estension de territorio. El termómetro bajaba á 39°, después bajó aun hasta 43. Durante los tres meses de verano, cuando asciende hasta 18, los naturales se ven atormentados por nubes de mosquitos; pero al mismo tiempo los rengíferos salvajes, á quienes persiguen con su agijon, se precipitan hácia el

mar, y ofrecen de esta manera una abundante presa á los cazadores. Pero aun más allá de los límites en que cesa la vegetacion, y donde todo animal desaparece, se encuentra al hombre sepultado en la nieve y en el vapor, ocupándose en satisfacer las necesidades del momento, sin poder decir cuándo ni porqué eligieron sus padres aquellos inhospitalarios climas, de los que no sabe separarse porque ha nacido allí y quiere morir en él.

Los esquimales son una raza muy fea, con la tez negra, á veces tanto como los hotentotes; las mujeres son disformes, precisamente en lo que las nuestras tienen más atractivo: el parto es fácil en ellas. Rara ven están enfermos; pero la ceguera acompaña á su corta ancianidad. La manteca es su alimento favorito; por lo demás no hacen uso de sal ni de aguardiente, y toda su sociedad consiste en la de la familia. Tienen pequeños barcos de construccion admirable: son una especie de cajas puntiagudas en la estremidad, que tienen doce piés de largo y uno y medio de ancho, revestidas por todas partes de piel de perro marino; sólo un agujero practicado en el medio, en la parte superior, permite al navegante meterse en aquel esqui-fe; ata entonces el cuero en derredor de su cintura, y el agua no puede de esta manera penetrar en el interior ni sumergir la embarcacion.

Wrangell encontró en la costa de Colima una colonia de rusos, muy superior á los indígenas por su habilidad en la caza y por su inteligencia. Al paso que los últimos son muy sombríos y taciturnos, aquéllos quitan de tiempo en tiempo sus escarchas, repitiendo canciones cuyas ideas están llenas de colores muy estraños á su actual situacion (9). Los esquimales pasan el invierno encerrados en sus habitaciones; la vuelta de la primavera no les produce ninguna alegría, porque en aquel momento sus provisiones se han consumido; el pescado se mantiene aun en las profundidades donde el agua está tibia; debilitados los perros por la fatiga y la abstinenca del invierno, no tienen el vigor necesario para acompañar á sus amos á la caza de rengíferos y de dantas. Demacrados y estenuados, entonces se dirigen por bandas á las aldeas rusas, para recoger allí huesos, pieles, cue-

(9) Wrangell refiere algunos fragmentos:

«Quiero escribir una carta, una carta á mi querido. No escribiré con la pluma ni con negra tinta; pero lo haré con lágrimas brillantes para que nunca se borre. Mi mensajera será la paloma de alas azules. ¡Oh paloma, palomita, lleva este billete á mi querido! Arrójaselo por la ventana á fin de que conozca mi amor y mi pesar.

»Rui señor, hermoso rui señor de oscuro plumaje, dime: ¿dónde has encontrado á los que bogan por el mar?—Los he encontrado cerca de los escollos que blanquean donde han hallado una isla deliciosa.—Rui señor, hermoso rui señor, vuelve á emprender tu vuelo; hiende el aire por el mar azul en busca de mi querido. Dile que la que le ama vierte por él amargas lágrimas.»

(7) Scoresby, á quien se deben las mejores observaciones sobre aquellas comarcas, ha calculado que dos millas cuadradas de aquellos mares contienen tantos animales microscópicos, como hubieran podido contar ochenta mil personas ocupadas en este trabajo desde el principio del mundo hasta hoy.

(8) Su viaje ha sido publicado en Berlin veinte años después, por Ritter: *Reise langs der nordküste von Siberien und auf dem Eismeere*. Berlin, 1840.

ros y todo lo que puede apaciguarla por un momento, del cual los mismos colonos no pueden siempre escapar.

Pero de repente aparecen en bandadas las aves de paso, los cisnes, los gansos y los patos; y todos se arman para darles caza: llega, en fin, en junio el deshielo de los rios, y el pescado que hormiguea, forma el alimento principal de los hombres y de los perros. Estos echan á los renghferos hácia los rios, donde los cogen. Las mujeres hacen provision para el invierno de algunas yerbas aromáticas, algunas bayas; alegre vendimia de aquellos miserables países. En los primeros frios del otoño, los habitantes rompen el hielo de los rios, para coger el pescado que no ha huido aun; después cuando llega el invierno, tienden lazos á las zorras, á las martas y á las ardillas, ó persiguen con perros á las dantas y los osos. El perro es el amigo, el recurso de aquellos desgraciados. Le enganchan á los trineos que llevan los víveres y las mercancías, y alimentados con arenques helados, hacen con esta carga ciento cincuenta millas por dia, adivinando el sendero en medio de las nieblas y de la oscuridad, y la cabaña sepultada bajo la nieve que debe proporcionarles un abrigo. En verano remolcan las barcas, y en caso de necesidad defienden á su amo contra los osos.

Wrangell empleó seiscientos perros y cincuenta trineos en sus correrías por el mar Glacial, con el objeto de poder llevar sus instrumentos y provisiones. La estremada intensidad del frio hácia que las observaciones fuesen muy difíciles y el menor sopro formaba sobre el cristal de los lentes una costra de hielo. En medio de tales sufrimientos, llegó al cabo de Schelagskoi, término asignado á su viaje.

Durante aquel tiempo, su compañero Mathiushkin habia ido á la feria de Ostrownoi, situada bajo

los 68° de latitud, donde acuden los rusos y los chukskos nómadas; estos últimos van allí con renghferos desde la estremidad oriental del Asia, en donde recogen los dientes de vacas marinas y pieles, que venden y cambian en diferentes mercados en sus correrías de un año. Compran á los americanos, por media libra de tabaco, una piel que vuelven á vender, por dos libras del mismo género, á los rusos, que á su vez sacan el doble. Pero lisonjean sobre todo de una manera irresistible la avaricia del cazador de la Siberia con el cebo del aguardiente. Estos chukskos, siempre nómadas, conservan orgullosamente su libertad, compadeciéndose de aquellos á quienes los rusos se la han arrebatado. Tienen al renghfero que les ayuda, así como los tonguses al perro; no sólo les sirve como animal de tiro, sino que tambien les proporciona su piel, con la que hacen sus tiendas, y tambien su carne y su leche. Están bautizados; pero esto es todo lo que tienen de cristianos. Los libros esparcidos por la Sociedad bíblica de San Petersburgo no han destruido entre ellos la poligamia, ni la costumbre de dar muerte, tanto á los ancianos como á los niños defectuosos, y recurrir al schaman, que es el mago, el médico y el consejero de la tribu (10).

La Siberia tiene una nueva importancia con sus minas, que, explotadas antiguamente, como ya hemos dicho, han producido en este siglo en los montes Urales inesperadas riquezas. Ha resultado que el hierro que se buscaba primero en aquellas regiones, se ha descuidado por el oro y la plata.

---

(10) Nuevos y terribles padecimientos en estas regiones nos han sido descritos por Middendorf, que en 1843 recorrió la Siberia septentrional.

## CAPÍTULO XXVI

### PROGRESOS DE LA GEOGRAFIA Y DE LA NAUTICA.—DERECHO MARÍTIMO.

Tantos viajes habian estendido el conocimiento del mundo y ofrecido una amplia cosecha de hechos nuevos á la ciencia, que, ejercitándose en un campo más vasto, se fortificó y llegó á facilitar los descubrimientos. Ya hemos visto cuantos errores habian acompañado á las primeras expediciones; y ¡cosa notable! varias de aquellas expediciones debieron á estos errores su primer impulso, ó la constancia con que se continuaron. Los descubrimientos de Colon y de Gama hicieron evidentes las faltas en que habia incurrido Tolomeo, único guia de la Edad Media. Los hermanos Apiano de Sajonia, y después de ellos Ribiero, representaron en sus mapas los nuevos descubrimientos. El de Gema Frisius fué mejor que los suyos; después Sebastian Musta mereció ser comparado á Estrabon.

Deben añadirse á las demás dificultades de este trabajo la imperfeccion de los datos sobre los países descubiertos. Los españoles guardaban sobre esto un misterio impenetrable, hasta el punto de comprometer la gloria de los primeros descubridores. Llenos los holandeses de habilidad, emprendedores y exactos, proporcionaron, menos que ningun otro pueblo, nociones geográficas, por desconfianza y envidia de sus rivales, sobre todo con respecto á la China. Los escritos de los misioneros estaban dictados con frecuencia, más bien por el sentimiento que por la inteligencia; sin embargo, para ciertos países, por ejemplo la China, sus informes son aun lo más exacto que tenemos.

Pedro Nuñez señaló y trató de rectificar los defectos de la proyeccion. Aplicó Ortelio la erudicion á la geografia antigua. Gerardo Mercator reimprimió á Tolomeo, de manera de destruir las opiniones falsas, aprendidas en el estudio de aquel escritor. En el siglo xvii la obra comenzada tomó estension. El erudito Cluverio y el astrónomo Ric-

cioli reformaron la ciencia, y Cellario redujo á un sistema regular la geografia antigua.

Auger Ghisleu, de Busbecq, flamenco, habiendo sido enviado á Constantinopla por Carlos Quinto como su embajador cerca de Soliman II, indagó allí las costumbres de los turcos con una sagacidad entonces desconocida, trajo á Europa diferentes manuscritos griegos y latinos, y publicó el *Monumento ancirano*, y marchando después á Francia acompañando á este reino á la esposa de Carlos IX, estudió aquella corte como buen diplomático, confesando De-Thou haberle servido de mucho las observaciones que aquél hiciera sobre ella. Juan Lœvenklau, buen latino y helenista, sabia tambien el turco, y tradujo de este idioma los anales otomanos, que continuó desde el año 1550 hasta el 87, además de componer una historia de los turcos que abrazaba hasta 1552.

Llamado Juan Pedro Maffei, de Bérgamo, á Lisboa por el rey cardenal para describir las conquistas de los portugueses en las Indias, escribió su obra en un latin correctísimo, y á consecuencia de esto consiguió permiso para recitar los rezos en griego, á fin de que las incorrectas frases del breviario no adulterasen su pureza ciceroniana. Pedro Della-Valle publicó en cincuenta y cuatro cartas los viajes que hizo desde 1614 al 26 por Siria y Persia, siendo muy buen observador, y dando mucha vida á su narracion, con la de sus aventuras particulares. Fray Leandro Alberto, bolonés, hizo una descripcion de la Italia (1550) dando acerca de ella muy buenas noticias, aunque extraviándose algunas veces por seguir á Annio de Viterbo: asunto tratado tambien en una obra póstuma de Juan Antonio Magini (1620). Ferrari publicó en 1627 el primer *Lexicon geographicum*, compuesto de 9,600 artículos: Purchas, sacerdote in-

glés, después de consultar 1,200 autores, dió á luz el *Peregrino* (1613-25) coleccion de viajes á todos los países, repertorio no muy exacto, pero de gran utilidad á los contemporáneos; y Adan Oleario, holandés, embajador del duque de Holstein en Moscovia y Persia, desde 1633 á 39, escribió en alemán sus viajes, que se tradujeron muchas veces, en los cuales describe perfectamente la barbarie de Rusia y el despotismo de Persia, siendo narrador prolijo sin ser enojoso, porque observa con atención y refiere con lealtad.

Varios fueron los que comentaron las geografías antiguas, y aun se escribieron algunas nuevas; pero ninguna señalada. Benito Bordone compuso el *Isolario* (Venecia, 1528). Varennio, acaso alemán, refugiado en Holanda, imprimió la *Geographia generalis, in qua affectiones generales telluris explicantur* (Elzevir, 1650), obra maestra en la cual se tratan las cuestiones sobre la parte física del globo bajo un punto de vista más general todavía que lo hizo Acosta (*Historia general de las Indias*, 1590). Por su residencia en Holanda, pudo aprovecharse de las vastísimas relaciones comerciales de este país, y además de una notable descripción de la tierra en general, son dignas de fijar en ellas la atención la enumeración de los sistemas de montañas y de las relaciones que existen entre sus direcciones, y la forma general de los continentes, la descripción de los volcanes apagados, y existentes, la distribución general de las islas y archipiélagos, las investigaciones sobre la profundidad del Océano deducida de la altura de sus costas, la demostración de la igualdad de nivel de todos los mares abiertos, la de la dependencia entre las corrientes y los vientos dominantes, y de la dirección de éstos como consecuencia de la variedad de temperaturas, la exacta descripción de la corriente equinoccial de Oriente á Occidente, y las indicaciones sobre la formación de las islas por elevaciones del fondo del mar (1). La ejecución gráfica de las cartas geográficas hizo también notables adelantos.

En la colección geográfica aneja á la Biblioteca Nacional de París, además de los monumentos originales que encierra, existen copias de los más preciosos que se conocen en la historia de la geografía. Entre ellos se cuentan la copia del mapamundi circular de Turin, que se cree ser el siglo x, la del de Leipzig, del xi: el rectangular de la biblioteca Cottoniana, de la misma época: otro pequeño, citado en las *Antiquitates americanæ* de la sociedad histórica de Copenhague: una carta itineraria alemana, que es de los primeros grabados en madera, en la que se ve una brújula, y las millas están señaladas con puntos: las cartas de Marin Sanuto, de 1321, y de los hermanos Zeno, de 1380: otra pisana, y la copia de un atlas catalán de 1375: tres cartas del mismo Borgia, del geno-

vés Bartolomé Pareto, formadas sobre la de Andrés Bianco de 1436, y parte del mapamundi de fray Mauro; dos atlas de Benincasa, de 1466 y 67, y el mapamundi de Martin Behaim, del año mismo en que se descubrió la América. Paso en silencio las muchas ediciones que se hicieron de la Tabla Peutingeriana y de Tolomeo, después de la de 1475, y cuya serie pone de manifiesto los descubrimientos que sucesivamente se hicieran. Siguen después la *Cassettina geográfica*, de Milan; el atlas del Mar Rojo de Juan de Castro, de 1541, portulanos, aun de geógrafos desconocidos, y diferentes cartas marítimas y particulares. Últimamente logró adquirir una tabla cosmográfica de Ratisbona, de 1603, grabada en piedra litográfica, y las rarísimas cartas unidas al poema geográfico de Berlinghieri, de 1481. En la referida colección no faltan tampoco cartas geográficas orientales, entre otras algunas de Edrisi, y otras de China, rectificadas por los jesuitas, además de las que existen en relieve, obra de Lartigue y de otros, y hay también instrumentos de geografía, gnomónica y astronomía, como astrolabios de cobre, el más antiguo de los cuales fué construido por el hijo del califa Moctafi Billah, hácia el año 320 de la egira, con caracteres cúficos, el globo celeste de 461, que estaba en otro tiempo en Milan, y que es anterior en un siglo al descrito por Assemani, y otros varios, igualmente que anillos astronómicos y brújulas chinas.

La primera cosa que importa en la geografía, la que Bacon definió la ciencia del espacio, es determinar exactamente la situación de los países que se describen. En cualquier punto del esferoide terrestre se puede concebir un plano vertical que contenga el eje sobre el cual se efectúa su rotación cotidiana, y este plano se llama el meridiano de un lugar, dándonos su trazado geométrico las observaciones astronómicas. Todos los meridianos se cortan siguiendo el eje de rotación que les es común, de modo que se podrá determinar la posición de un punto cualquiera tomado sobre la superficie terrestre, cuando se conozca, sobre su meridiano local, la distancia angular de su zenit al polo más próximo, y el ángulo que este plano forma con otro meridiano determinado. El primer elemento da por complemento la altura del polo sobre el horizonte del lugar, ó sea la *latitud geográfica*, y el otro se llama *longitud geográfica*. Se cree que Martin de Tiro, ha sido el primero que ha indicado en los mapas los grados de distancia de un país con relación á un meridiano, tomado por punto principal (*longitud*), y los grados de elevación sobre el Ecuador (*latitud*) (2). Pero los

(1) *Magna spirituum inclusorum vi, sicut aliquando montes a terra profusos esse quidam scribunt.* Pág. 225.

(2) Los árabes adoptaron el nombre de *longitud* para designar la extensión de la tierra desde Occidente á Oriente, y el de *latitud* para indicar la de Mediodía á Norte. Algunos tomaron también por primer meridiano el de Tolomeo: otros lo fijaron en la costa africana, como Abulfeda,

antiguos caminaban de tal manera al acaso, que en los países más conocidos entonces, como Constantinopla, que es la ciudad mejor indicada, está colocada por Tolomeo dos grados más al Norte; los árabes la pusieron aun dos grados más; y cuando el turco Amurat hizo determinar su verdadera posición á los 41° 30', pareció escandaloso que los bárbaros se atreviesen á corregir á los infalibles clásicos.

Los errores eran aun mayores en las longitudes: así era que el Mediterráneo comprendía en la carta de Tolomeo, desde el Peñon de Gibraltar, hasta el fondo de la bahía de Ixo, 62°, en lugar de 41°; lo que forma una diferencia de 1,300 millas. Por esto dice Delambre: «La geografía de los antiguos no ofrece posición alguna verdadera que pueda servir de apoyo; las latitudes varían frecuentemente en más de 1°, las longitudes no podrían haberse fijado ni aun con aproximación de 2° sino en algún caso muy extraordinario; no son raros los errores de 3 y 4° con respecto á un mismo país, y son mucho mayores todavía refiriéndose de un país á otro. La corografía puede sacar algún provecho del estudio de los antiguos; pero en cuanto á las posiciones absolutas, no hay una sola en la cual tenga yo la más pequeña confianza á no encontrarla confirmada por las observaciones modernas, en cuyo caso una determinación debida á la casualidad, no sería á lo sumo más que un objeto de curiosidad.»

Estos errores fueron evidentes cuando la astronomía se perfeccionó; pero como la veneración hacia los antiguos oponía obstáculos al reconocimiento de la verdad, Kepler se vió obligado á demostrar con ejemplos irrecusables cuánto se habían equivocado en sus cálculos los sabios (3). La

10° más á Levante, y otros adoptaron el de los indios, que le hacen pasar al través de la isla de Ceilan. Este es la *cúpula de la tierra*, es decir, el punto central, lo cual solamente hace poco fué advertido en sus libros por Reinaud, en la traducción de la *Geografía* de Abulfeda explicando el sentido de las indicaciones que sobre esto mismo se encontraban en Rogerio Bacon y Cristóbal Colon.

(3) Kepler no ponía entre las dos bien conocidas ciudades de Roma y de Nuremberg, mas diferencia que un grado de longitud, al paso que se había fijado de 9° á 2° 30' por los geógrafos siguientes:

Por Regiomontano á . . .	9°
— Werner . . . . .	8°
Después del eclipse de 1497,	7°
Por Apiano . . . . .	8° 30'
— Mestlin . . . . .	8° 15'
Stoffler . . . . .	4° 30'
Por el mismo Apiano . . .	3° 45'
— Magini . . . . .	6° 30'
— Schoner . . . . .	3°
— Stade . . . . .	3° 15'
— Jansen . . . . .	2° 30'

La de dos lugares colocados en la misma latitud, como Ferrara y Cádiz, varían aun más:

Tolomeo, edición de 1475,	27° 20'
---------------------------	---------

incertidumbre debía aun ser mayor con respecto á los países descubiertos últimamente y situados en las estremidades del Asia.

Es sabido que las longitudes y latitudes se marcan por el cruzamiento de los círculos, meridianos con los paralelos. En estos últimos su largura disminuye con relación á la del Ecuador en razón del radio coseno de latitud; y á fin de que la línea loxodrómica corte todos los meridianos bajo un mismo ángulo, se les representa en las cartas por medio de paralelas, de lo que resulta, que los lugares no se encuentran en su verdadera situación. A fin de obviar este inconveniente, imperceptible en escalas pequeñas, pero muy notable en las extensas, el escocés Eduardo Wright y el flamenco Gerardo Mercator (4) inventaron las cartas reducidas, en las cuales los meridianos, aunque representados todavía por paralelas que cortan en ángulo recto los círculos paralelos, se hallan divididos en partes desiguales, que aumentan desde el Ecuador hacia los polos según la ley que hace decrecer los grados de longitud en los círculos paralelos, en razón del radio de la secante del arco de latitud (5). De esta manera el mapa puede considerarse como una serie de cartas planas en escalas diversas, reunidas una á otras.

Alberto Dureró y Enrique Glareano inventaron el arte de grabar en cobre los segmentos estéricos, y después de haberlos tirado sobre el papel, el adoptarlos á los globos, los cuales pudieron de este modo multiplicarse; pero algunos particulares se hicieron construir otros con grande coste y trabajo, como el que construyó el veneciano Marco Vicenti Coronelli para el cardenal de Estrés. De este mismo son los dos globos que existen en la Biblioteca Nacional de París, que tienen 12 pies de diámetro, y tambien otros varios más pequeños. Coronelli publicó tambien más de 400 mapas, y fundó en su patria una academia de geografía. Pe-

Tablas Alfonsinas, edic. de.	1492,	27° 30'
Apiano . . . . .	1540,	27° 5'
Mauro Florentino . . . . .	1557,	28° 13'
Gemma Frisio . . . . .	1578,	27° 55'
Tablas de Ridolfi . . . . .	1627,	17°
Argoli . . . . .	1638,	24° 55'
Riccioli . . . . .	1672,	49° 27'
Schott . . . . .	1677,	26° 50'
Lalande . . . . .	1789,	17° 52'

(4) La primera carta de Mercator con las latitudes prolongadas es de 1553; pero no se construyó con principios bien establecidos, los cuales fijó luego Wright en el año 1590.

(5) Determinado el radio 1.000,000, se deduce por cada minuto el valor de la secante, después se suman á un tiempo todos los aumentos de la secante del ángulo, aumentando un minuto sobre la secante del precedente hasta 60°, y de este modo se tiene la longitud que debe darse al meridiano de la carta reducida por cada grado. De esta manera, el grado de longitud, en el paralelo correspondiente al 60° de latitud, es la mitad del grado medido sobre el Ecuador, y el del meridiano es el doble de la medida real.

dro el Grande envió una fragata para conducir el globo que Oleario construyó desde 1654 á 64, con objeto de que adornase su capital: J. B. Poirson construyó tambien uno para el hijo de Napoleon, del diámetro de un metro y siete centímetros, y este mismo hizo después otro mayor para el Louvre, en 1814. El profesor Zenno y Krummer han construido en Berlín globos en relieve, en donde están marcadas las ondulaciones del suelo, trabajo que después se ha aplicado á los mapas, y por último en el georama construido en París por M. De-langlard, el espectador, puesto en el centro de un globo de 120 piés de circunferencia, ve á su alrededor, merced á la transparencia de aquel, todas las regiones de la tierra, cuyo tamaño aparece todavía mayor por las ilusiones de la óptica.

Coronelli, Merian, el holandés Blæw y el sueco Bureo, se dedicaron á fijar con precision los detalles en las cartas, procurando la mayor exactitud en las distancias, y en vez de las figuras caprichosas y de los monstruos que solian adornarlas, las acompañaron con datos estadísticos, aunque la geografía sólo se considerase entonces como auxiliar de la historia, no habiendo llegado todavía á formar un ramo aislado con su objeto independiente y exclusivo. Comparando aquellas cartas podria deducirse la marcha progresiva de los conocimientos geográficos, si pudiéramos creer que los editores procuraron publicarlas cada vez más perfeccionadas. El que confronte la que acompaña al *Novus Atlas* de Blæw, de 1648, con el de Ortelio de 1612, encontrará muy poco adelanto: el estrecho de Aniano se halla todavía separando la América del Asia hácia el 60° de latitud: se ve aun en la costa Nordeste el mar de Dawis: la Estotilandia cedió su puesto á la Groenlandia: el Canadá está algo mejor delineado, y mucho más perfecta la Escandinavia: al Sur, la Tierra del Fuego termina en el cabo de Hornos, no uniéndose con la Tierra Austral: al Este, la Corea se presenta como una isla oblonga, desaparece el mar de Aral, y la muralla de la China se extiende al Norte de 50° paralelo, y por último la India es muy pequeña, é inexacto el Caspio.

En 1651 Nicolás Samson publicó el mejor mapamundi, y otro su hijo en el año 93, los cuales si se comparan, ofrecen muy pocas diferencias, aunque hay en el último algunas mejoras. El Caspio no se prolonga de Este á Oeste, sino de Norte á Sur: hay alguna más exactitud en el trazado de las costas europeas, y principalmente en las de la Escandinavia, y tambien en las de la Nueva Holanda, excepto por la parte oriental: la Corea se halla convertida en península, y desaparece ya Cambalú, imaginaria capital de la Tartaria, á pesar de que se extiende todavía en el centro de ésta un vasto lago. En cambio falta el de Aral, y no se hace mencion de la Siberia: los montes Altaís se sitúan mucho más al Norte de lo que realmente están, y en Africa, el Nilo nace de un lago denominado Zairo, hácia el 12° paralelo Sur, hasta el cual se

prolonga el imperio de Monomotapa para reunirse á la Abisinia.

Cuando se discutieron entre Newton, Huygens y Cassini las cuestiones que surgieron sobre el aplanamiento del globo por los polos, mereció ya estimacion y crédito la geografía matemática, y se procuró aplicar á las cartas la exactitud de las observaciones celestes. El último de estos geógrafos publicó en 1668 sus tablas de emersion de Júpiter, calculadas por el meridiano de Bolonia, y en 1693 por el de París, y Picard hizo con arreglo á ellas sus cálculos en el observatorio de Uranienburg, en Dinamarca, cuya diferencia con el meridiano de París fijó con una precision hasta allí desconocida. Entonces fué comisionado juntamente con Lahire para levantar la carta general de Francia, que se encontró mucho más pequeña de lo que generalmente se juzgaba. En el interin, Cassini trazaba sobre el pavimento del observatorio de París un planisferio con 39 posiciones que acababan de fijarse, y pronunciándose contra aquel necio respeto á la antigüedad que prohibia hasta las observaciones más precisas, indujo á Chazelles á rectificar la carta del Mediterráneo, al que se representaba 300 leguas más largo de lo que es. Halley, discípulo de Newton, mientras que determinaba en Santa Elena la posicion de 350 estrellas, vió el paso de Mercurio sobre el sol, y conoció las importantes inducciones que de él podrian hacerse para determinar la paralaje del sol. Aun fué de mayor importancia el paso de Vénus, durante el cual habia indicado las observaciones que debian hacerse. Este fué quien por primera vez echó los fundamentos de la geografía física, y habiendo publicado las *Variaciones magnéticas* y la *Historia de los monzones*, el rey le facilitó un buque para que con él pudiera acreditar en el Atlántico la verdad de sus teorías, lo cual hizo en efecto.

Esto no obstante, los más se obstinaban en seguir los métodos antiguos, arrastrados por su respeto á los clásicos: las longitudes de Tolomeo les hacian insensibles á los grandiosos descubrimientos de la astronomía moderna, y los falsos cálculos de las medidas antiguas les hacian desfigurar de un modo extraño así los diferentes países como el globo entero. Por fin, Guillermo Delisle, amigo de Cassini, se ocupó desde su primera juventud en construir un mapamundi, y los mapas de Europa, Asia y Africa, sin tener en cuenta para nada las opiniones precedentes, y atendiendo sólo á los datos que le suministraba la astronomía, combinados con las relaciones de los viajeros célebres de la época, como la de Chardin para la Persia (1625-88), la de Bernier para la India (1643-1713), las del P. Labat para las islas de América y para el Senegal, las de los jesuitas en cuanto á la China y Tartaria, y otras muchas, con lo cual llevó á cabo una verdadera revolucion, aunque ésta ya se hallase preparada. En sus trabajos redujo el Mediterráneo á sus verdaderos límites, y acortó el Asia oriental quinientas leguas, in-

roduciendo variaciones análogas en los demás países.

D'Anville y Busching, animados del mismo espíritu, dispusieron de mayor abundancia de medios. El primero escluyó de la geografía antigua las quimeras que la oscurecían, y llegó á fijar el valor de las medidas empleadas por los clásicos, engañándose muy raras veces en sus agudísimas conjeturas, fijando con precisa exactitud la posición de los nuevos descubrimientos y multiplicando los detalles. Busching dió la preferencia á los modernos, y sirviéndose de los datos que obtuvo, hasta de los países del Norte, describió el estado de los diferentes reinos con una exactitud minuciosa aunque muy espuesta á cambios; pero si bien escribía mejor que D'Anville, nunca supo ó quiso presentar aquellos grandes cuadros que tanto agradan y son de tan gran utilidad.

Los adelantos de la astronomía física, ayudada por la aplicación de poderosos métodos de análisis, y ocupada en contemplar la teoría de las mareas y en investigar las desigualdades lunares y la errante marcha de los cometas, ayudaron en gran manera á la náutica y á la geografía, habiéndose ésta elevado en nuestros días á la categoría de las ciencias exactas, y reuniendo además el mérito literario. Durante las guerras de la Revolución, se levantaron con toda exactitud los planos y mapas militares: los diferentes Estados de Europa quisieron tener buenas cartas geográficas de sus territorios, y en muchos de ellos se construyeron con mayor minuciosidad con objeto de que sirviesen para el catastro. Al presente la geometría y la astronomía concurren juntas á la perfección de los mapas: sociedades particulares fomentan los trabajos geográficos: se perfecciona la geodesia: se crea la geografía comparada: las noticias estadísticas y las alturas perfectamente determinadas sobre el nivel del mar, reemplazan á los caprichosos adornos de las cartas: aplicanse en provecho de éstas los adelantos del arte del grabado; la geología rinde también á ésta ciencia un nuevo tributo (6), y las naciones, por último, se comunican recíprocamente sus descubrimientos y los datos que respectivamente adquieren.

Nadie ignora que la determinación de una longitud corresponde á la de la hora que se cuenta en el mismo momento en dos puntos diferentes, por la observación de un fenómeno instantáneo visible en aquellos dos puntos. Se había esperado que los eclipses de sol y luna darían una precisión exacta por medio de la inmersión y de la emersión instantánea del borde ó de una de sus manchas en la sombra; de lo cual resultaban equivocaciones inevitables, en razón á que la extremidad de la sombra no está nunca cortada de tal

modo, que la aparición del fenómeno sea absolutamente contemporánea en dos sitios diferentes (7). El descubrimiento de los satélites de Júpiter en 1610, gloria de Galileo, ofreció un medio mejor de solución: propuso al rey de España aplicar el cálculo de sus eclipses á la geografía y á la náutica, pero no se le dieron oídos. Los holandeses enviaron á Florencia á Hortensius y Blaeu para obtener de él mismo noticias sobre el particular, pero la imperfección de los telescopios fué causa de que no se sacasen tan pronto ventajas de este procedimiento. Más tarde se aprendió á servirse de las ocultaciones de estrellas causadas por la luna: la gran distancia hace imposible equivocarse ni en un segundo en la determinación del tiempo, porque se efectúa la desaparición y la reaparición en el mismo instante en dos sitios á la vez.

Fácilmente se comprende que sólo pueden hacer uso de estos medios los que se hallen en tierra firme: en la mar existen recursos más fáciles, como la altura de la luna en el horizonte, y su distancia del sol y de los otros astros. En efecto, sin aguardar á que se manifieste el fenómeno celeste, basta conocer el cambio de la distancia angular entre dos astros de movimiento conocido, para saber á punto fijo la posición en que uno se encuentra. Sólo se necesita que el astro se mueva con bastante rapidez, para variar en veinte y cuatro horas respecto de las estrellas que pueden servirle de punto de comparación (8). Formáronse con este objeto tablas en que están determinados previamente todos los eclipses y todas las ocultaciones en un lugar de una posición exacta (9). Respecto á la latitud, se proveen los navegantes de las tablas solares, que señalan día por día la distancia de este astro con relación al Ecuador, ó su declinación, por cuyo medio se puede encontrar á todas

(7) Además de que sólo pertenece á los astrónomos muy ejercitados la operación para deducir las longitudes de los eclipses solares, nunca son de una exactitud precisa los resultados que ésta ofrece. En efecto, habiendo observado tres sábios ilustres con una atención estremada el del 5 de setiembre de 1792, se halló que la longitud de Nápoles era de 47' 32", según Lalande; de 47' 40", según Würm, y de 47' 20", según Triesnecker.

(8) Este método, llamado de las distancias lunares, fué indicado por Werner de Nuremberg en 1513 (*Note in Ptol. Geog.* lib. I), desenvuelto por el sajón Apiano diez años después, y encomiado por Kepler; pero las ventajas que ofrecía eran dudosas, á causa de la inexactitud de las tablas astronómicas. El viajero dinamarqués Niebuhr hizo uso de él, y desde entonces, mejorado por Borda, Delambre, Burg y Laplace, fué ya muy fácil y seguro con el auxilio de instrumentos exactos, de tablas de una incomparable precisión y de fórmulas muy variadas. Véase DUBOURGUET, *Tratado de navegación*, lib. III, 10.

(9) De este número son: el *Conocimiento de los tiempos*, de los franceses; el *Almanaque náutico* de los ingleses; el *Calendario del navegante*, de los dinamarqueses, y las *Efemérides náuticas*, de Lisboa.

(6) Elías de Beaumont y Dufrenoy publicaron en 1843 la *Carta geológica de la Francia*, en seis mapas, acompañados de un texto en 3 tomos en 4.<sup>o</sup>

horas la latitud de un punto, rebajando de la altura del sol su alejamiento del Ecuador. Con el fin de aumentar los medios de determinacion, se ha calculado tambien la distancia en que están las principales estrellas respecto al Ecuador, y el intervalo entre su paso por un meridiano dado, así como el paso del punto de la eclíptica correspondiente al equinoccio de primavera. De este modo se pueden sustituir las estrellas al sol en la averiguacion de las latitudes. Se averiguó después el mejor método para determinar la elevacion del sol es el que resulta de la longitud de la sombra; pero para llegar á la precision actual, ha sido necesario primero perfeccionar los instrumentos, es decir, los círculos repetidores de Meyer, los telescopios y los relojes.

**Medida del tiempo.**—La sucesion periódica de los fenómenos naturales fué la primera medida del tiempo. Parece que los antiguos egipcios dividian en veinte y cuatro horas el espacio de un día á otro, pero este uso no se introdujo en la vida civil. Los griegos y los romanos empleaban el día natural, y dividian en doce horas el tiempo que media entre la salida y la puesta del sol, siendo por consiguiente más largas las horas en verano que en las otras estaciones. El gnomon es de un uso muy antiguo; se sabe que consiste en una línea recta que traza la seccion del meridiano celeste sobre un plano inclinado cualquiera; pero dándole el sol á medio día, y pasando los rayos al través de una estrecha abertura, ó haciendo proyectar la sombra de una lámina delgada, indican el verdadero medio día. La historia sagrada hace mencion de él en Ezequiel, y en los libros chinos se lee que era tambien empleado en una época muy remota, para las observaciones celestes. Se dice que fué introducido en Grecia por Anaximandro, quien lo conoció de los caldeos. Los romanos encontraron uno en Sicilia, y se lo llevaron á su ciudad, pero eran entonces bastante ignorantes para no comprender que habiendo variado la longitud, ya no podia servir.

Para saber la hora y sus subdivisiones cuando el sol no brilla sobre el horizonte, se recurrió á medios artificiales. El primero fué la clepsidra, que es un vaso del cual sale cierta cantidad de agua en un tiempo dado. Tales debian ser los relojes descritos por Vitrubio, cuya invencion se debe, al parecer, á Ctesibios y á Heron, geómetras de Alejandria, hácia mediados del siglo segundo antes de Jesucristo. Se engañaban, sin embargo, los antiguos, al creer que el agua descendia con una celeridad uniforme, puesto que corre más lentamente á medida que disminuye la presion. Amontons la adaptó en los tiempos modernos á la navegacion y Tycho-Brahé á las observaciones astronómicas, después de haberla perfeccionado.

Hácia el año de 1000 se habia conseguido llegar á una combinacion mejor, que consistia en un peso unido á una cuerda, cuya tension hacia girar una rueda sobre la cual estaba arrollada. De

aquí nacieron después los relojes de contrapeso, remediándose la aceleracion del movimiento por las oscilaciones de la péndola, y después poco á poco por el admirable aparato, que se llama escape de corona, de muelles y de rueda catalina. Estas invenciones procedian de los monges, que cavilaban mucho para precisar la hora de los oficios. En 1344 fué colocado un reloj en la torre del palacio público de Pádua, y después otro en la de San Eustorgio, en Milan, al cual iba unido un juego de campanas. A este lado de los Alpes, se colocó el primer reloj de campana en 1370, en el palacio de Paris en tiempo de Carlos V de Francia. Después se complicaron los relojes con diferentes caprichos, así en su forma exterior como en sus campanas para las horas.

Ocurrió la idea de sustituir un resorte al contrapeso, y quedaron inventados los relojes de faldriquera. Los habia en la corte de Enrique III y de Carlos IX, y se les llamaba *huevos de Nuremberg*, por su forma ovalada y por el lugar donde se construian. Cuando no fueron ya un juguete para las gentes ricas, sino un objeto de atencion para los doctos, se aplicó la espiral á la péndola y se arrolló la cuerda á la pirámide, por cuyo medio se obtuvo el movimiento uniforme, y se pudieron marcar los minutos y hasta los segundos. Se pretende que el primero que empleó el reloj para las observaciones astronómicas fué Walter de Nuremberg á fines del siglo xv, y ochenta años después Tycho-Brahe empleó muchos con este objeto.

Galileo habia remediado la tosca construccion de los relojes, descubriendo el isocronismo de las oscilaciones de los péndulos. Huyghens lo aplicó después á un sistema de ruedas destinado á reemplazar la péndola y á secundar la fuerza motriz, únicamente en cada una de las vibraciones iguales del regulador, mientras que éste recibiria de esta fuerza sólo la impulsión necesaria para mantener el movimiento. Presentó el primer reloj construido de este modo á los Estados de Holanda en 1657, y al año siguiente publicó el primer tratado sobre la materia. Se dedicó tambien á obtener un mecanismo que no se alterase con el balance del mar. Ofreciéndole, pues, la geometria la cicloide, curva sobre la cual oscila en tiempos siempre iguales, un cuerpo pesado, sean los que fueren los arcos que describa, construyó un péndulo cuyo disco debia describir líneas cicloidales, sistema ingenioso pero que carece de exactitud. Este mismo fué el que enseñó á unir en los relojes de bolsillo la espiral á la péndola para obtener el libre escape. El primer reloj construido segun este procedimiento, fué obra de Thuret, en Paris, 1674. El inglés Barlow descubrió en 1676 la repeticion para los relojes fijos, y diez años después para los de bolsillo.

Nada quedaba ya que inventar, pero quedaba mucho que perfeccionar para obtener la precision que exigen la náutica y la geografia. Una vez conseguida la construccion de relojes que no se alterasen por el continuo movimiento de los buques,

habría ya lo necesario para precisar la longitud, porque indicarían con toda exactitud la hora que era bajo aquel meridiano, y comparando ésta con la del punto de arriba, la diferencia de tiempo indicaría la del meridiano. Los gobiernos de los Estados marítimos escitaron por medio de recompensas los descubrimientos de esta clase. El parlamento de Inglaterra propuso un premio de 20,000 libras esterlinas al que inventase un reloj que no variase más de dos minutos en cuarenta y dos días, lo cual debía bastar para precisar las longitudes cerca de medio grado.

El reloj de péndola fué mejorado por el escape de áncora, que permitió á los péndulos algunos ligeros movimientos, invencion de Clement en 1680. Graham lo perfeccionó en 1710 y obtuvo el escape de descanso, esto es, de cilindro, en el reloj de péndulo, como ya se tenía en el reloj de balancin, evitando el resalto de la rueda de escape en cada oscilacion del péndulo. Los escapes convenientes para los relojes astronómicos ganaron extraordinariamente con los trabajos de Le-Roy y de Le Paute; pero debieron más todavía á Berthoud, que encontró el escape libre y de fuerza constante. Así remedió la irregularidad producida por la continuacion de la acción, por medio de un rozamiento durante el descanso del escape, haciendo que el regulador no recibiese de la fuerza motriz más que una impulsión instantánea.

Recibió después el reloj astronómico un nuevo adelanto por medio de la compensacion que resulta del empleo de diferentes metales en la construccion de la varilla del péndulo, lo cual evita la prolongacion producida por el calor. El cilindro no es aplicable á los relojes marinos, al paso que el escape de fuerza constante y el escape libre se adaptan á ellos perfectamente. Se hicieron, además, los ejes de las ruedas más delicadas de rubíes, con el objeto de que no se gasten con el uso, á lo cual se aplicaron Thompson, De Bauffre, Breguet y Berthoud. Harrison empleó tambien el oro en un aparato de compensacion. Breguet, sobre todo, llevó á una estremada exactitud los cronómetros, y obtuvo el primer premio propuesto por los ingleses por un cronómetro que no variaba ni un segundo por día. Lehonardt, relojero de la Academia de Berlin, inventó en 1842 un reloj que señalaba hasta las milésimas de un segundo por medio de una aguja, que en un segundo recorre este cuadrante regularmente y sin sacudimiento (10).

Se sabe que los relojes dan el tiempo medio: el tiempo verdadero se obtiene por cuadrantes ó meridianos, que se perfeccionaron tambien, levantando mucho el espectro solar (11). Los astrónomos

compusieron tablas de ecuacion que indican, dia por dia, la diferencia entre el tiempo verdadero y el tiempo medio.

Respecto á la indicacion de las correcciones que en las observaciones deben hacerse, teniendo en cuenta el calor, la humedad, la densidad y las ilusiones ópticas, no decimos nada, porque son detalles técnicos que no entran en nuestro plan (12). En el dia, un observador que se halle situado en un terreno sólido, está provisto de abundantes recursos para determinar su posicion. Los relojes de compensador le marcan la hora con una estremada precision; la vertical del lugar, determinada por el hilo á plomo ó deducida por el horizonte de las superficies quietas, le señala una línea recta, invariable. Desde este punto de partida, puede medir siempre las distancias angulares de los astros á su zenit, ó su elevacion angular sobre el horizonte móvil que le rodea. Catálogos exactos le ofrecen las distancias de todos los astros fijos á su polo visible, así como la de aquellos que, no cambiando nunca de sitio, tienen un movimiento propio. Le es muy fácil calcular la hora del astro para compararla con la que apunta su reloj; y además del exámen de los fenómenos instantáneos, observados en diversos puntos, con relacion al centro de la tierra, se deduce la longitud relativa de los dos observadores.

En el mar es esto más difícil, porque no hay ni vertical fija ni péndulos, ni anteojos que tengan una direccion constante, y el centro de observacion varia á cada instante. El espíritu humano tuvo que dar con este motivo una fuerte prueba de esa constancia que arrostra todos los obstáculos. Para sacar los ángulos verticales se toma el contorno le-

reformado enseguida á instancias de La Condamine, por Jimenez, tiene una elevacion de 277 piés, 6 pulgadas, 9 líneas y media sobre el piso de la iglesia, y 377 piés, 4 pulgadas y 9 líneas  $\frac{68}{100}$  sobre el mármol solar donde se hacen las observaciones de la oblicuidad de la eclíptica y de los movimientos aparentes del sol.

(12) Un astrónomo de los más célebres ha sostenido que en el dia mismo, después de la introduccion de los círculos repetidores, no existen en la tierra más que tres sitios cuya latitud sea conocida con una certidumbre tal, que no varia un segundo. En 1770 se calculó la latitud de Dresde, con una equivocacion de poco menos de tres minutos. La del observatorio de Berlin ofreció hasta 1806 una incertidumbre de cerca de veinte y cinco segundos. En 1790, antes de las observaciones de MM. Barry y Henri, el error de latitud en la posicion del observatorio de Manhein, era de un minuto y veinte y dos segundos; sin embargo, el padre Cristiano Mayer habia hecho allí sus observaciones con un cuadrante de Bird de ocho piés de radio (*Efemérides de Berlin*, 1784, pág. 158, y 1795, página 96). Antes de las de Lemonnier, la verdadera latitud de Paris variaba próximamente en quince minutos. El Diario astronómico de M. Zach ofrece ejemplos propios para demostrar que un hábil observador, provisto de un buen sextante y de un horizonte artificial exacto, puede encontrar la latitud de un lugar sin más diferencia que seis ó siete segundos.

(10) Véase tambien á BARFUSS, *Gesch. der Uhrmacherkunst*. Weimar, 1836, y nuestra Cronología, § 31.

(11) El de la catedral de Milan viene por un agujero abierto en el techo; el de San Sulpicio á 80 piés de altura; el de Florencia, colocado en 1467 por Pablo Toscanelli,

jano del horizonte, puesto que la direccion del rayo visual varia poco en este límite por las ondulaciones ordinarias; y las variaciones producidas por la temperatura ó por la refraccion, se corrigen con el auxilio de instrumentos exactísimos.

Pero para medir un ángulo es necesario hacer pasar sucesivamente un rayo visual por cada uno de sus lados, que se mantienen fijos, porque en el mar no queda fijo el lado inferior, si el ojo se separa para volverse hácia el cielo. Es preciso tratar de ver al mismo tiempo el horizonte y el astro en la misma línea recta. Para esto se hace uso de dos espejos, combinados de manera que reflejan los dos vértices del ángulo visual en un movimiento exactamente comun; tal es el efecto del octante, inventado por Hadley en 1732, llamado así, porque la division de su estremidad comprende una octava parte de la circunferencia. Después se le substituyó el sextante, y en fin, los franceses adoptaron el círculo entero de Borda, mientras los ingleses conservaron el sextante, perfeccionándolo en su sistema de division. Así se obtiene, lo mismo en mar que en tierra, la medida de los arcos celestes. Para medir el tiempo se hace uso de los relojes marinos de resorte, de que ya hemos hablado, conservándolos con gran cuidado en la misma posicion y temperatura y reduciéndose de este modo la operacion á un cálculo facilísimo mediante las tablas que se tienen preparadas.

**Figura de la tierra.**—Desde muy temprano se consagró la atencion de los sábios á reconocer con más exactitud la figura y las dimensiones de la tierra. Sabido es cómo se deduce por la distancia de dos estrellas la longitud de un grado sobre el meridiano terrestre, y cómo la fuerza centrípeta más enérgica en el punto de la superficie de la tierra que está menos alejado del centro, acelera las oscilaciones del péndulo: y no nos detendremos por tanto en esplicaciones ociosas sobre el particular. Hemos dicho en otro lugar que los antiguos habian tratado de medir un arco del meridiano. Pero Posidonio, al comparar á Alejandria y Rodas, no habia advertido que no se hallaban bajo el mismo meridiano, lo cual es una condicion esencial. Cuando las ciencias volvieron á tomar vuelo, se hicieron muchas tentativas en Europa para reconocer la verdad. Habiendo determinado Snellius en 1617 los arcos celestes comprendidos entre Alkmaer, Leida y Berg-op-Zoom, calculó segun la diferencia de la altura del polo en cada una de estas ciudades, las distancias meridianas terrestres de los tres paralelos, por medio de una série de triángulos reunidos que partian de una base medida sobre el suelo, y así determinó el valor del grado terrestre en cincuenta y cinco mil veinte y una toesas. El inglés Norwood en 1635, midiendo cuidadosamente el grado comprendido entre Londres y York, lo encontró de cincuenta y siete mil trescientas toesas; pero quince años después pretendia Riccioli, segun las medidas tomadas en Bolognia, que llegaba á sesenta y dos mil novecientas.

Picard pudo hacer con más exactitud esta operacion aplicando los lentes á los instrumentos de que se servia. En 1669 midió en la Picardia, con un cuidado muy poco comun hasta entonces, una base de cinco mil seiscientos sesenta y tres toesas, cuya triangulacion llevó hasta la catedral de Amiens, y el resultado fué señalar la longitud de un grado en cincuenta y siete mil sesenta toesas.

Iguales resultados obtenidos en otras partes hicieron considerar como cierta esta medida, y los sábios la tuvieron por tal hasta que se suscitó una nueva duda. Habiendo arreglado el astrónomo Richer su reloj de péndulo en París por el movimiento medio del sol, lo llevó á Cayena, distante apenas cinco grados del Ecuador, y observó que atrasaba 2' 28" por dia. Midió exactamente la varita de un péndulo que daba los segundos en Cayena, y reconoció que era una línea y un cuarto más corta que lo que se necesitaba en París. El peso de un mismo cuerpo es diferente en estos dos sitios: el uno de ellos está por consiguiente menos apartado del centro de la tierra, de donde resulta que el globo no es redondo sino aplanado. Antes de este esperimento habia ya deducido el mismo hecho por razones físicas el gran matemático holandés Huyghens; Newton que estudiaba entonces las leyes de la gravedad, lo acogió como cierto y se aseguró por medio de cálculos sutiles, no sólo que la tierra está deprimida en los polos, sino que su masa no es homogénea, y que aumenta de densidad á medida que se aproxima al centro.

Dedijose de estos cálculos y de las diferencias de longitud del péndulo, que el aplanamiento es de una 332<sup>a</sup> ó de una 336<sup>a</sup> parte del eje terrestre, de lo cual resultaba que no eran iguales entre sí los arcos del meridiano, sino más prolongados hácia los polos y ménos hácia, la parte más cóncava, es decir, hácia el Ecuador. Pero las medidas tomadas por Domingo y Jacobo Cassidi indicaban, por el contrario, que el grado disminuía hácia el Norte, de lo cual deducian que la tierra era prolongada hácia los polos, y que el elipsoide terrestre giraba sobre su eje mayor. Semejante deducción repugnaba á la teoria del equilibrio de los fluidos, por lo cual la rechazaron otros, naciendo de aquí graves discusiones. Se comprende que no bastaria nunca medir los grados contiguos para resolver el problema, siendo su diferencia demasiado mínima para no confundirse con los errores de observacion, mayormente cuando los instrumentos no habian llegado todavía á la perfeccion que después adquirieron (13). Por el contrario, un grado medido en el Ecuador, daría algunos cientos de toesas

(13) Es sabido que los astrónomos de Milan midieron una larga base para la triangulacion de la Lombardia. La de la Toscana, ejecutada poco antes por el padre Inghirami, habia tenido una base de muchas millas. Sin embargo, la que el baron de Zach dedujo con instrumentos perfeccionados, de una medida de algunos cientos de toesas, se aproximó á ésta perfectamente.

de diferencia con relacion á otro medido en el círculo polar.

En su consecuencia resolvió la Academia de París hacer ejecutar estas medidas en posiciones convenientes. La Condamine, Bouguer y Godin, partieron para el Perú, y el rey Felipe V les agregó los sabios españoles Jorge, Juan y Antonio de Ulloa. Hé aquí, pues, un viaje emprendido por un motivo desconocido hasta entonces: el interés de la ciencia. La Condamine multiplicó sobre aquellas cimas en que por primera vez se interrogaba á la naturaleza, las observaciones geográficas, naturales y filosóficas; recogió nociones positivas sobre la comunicacion entre el Orinoco y el río de las Amazonas, por medio del río Negro; Bouguer dió la descripcion de todas sus operaciones en uno de los libros más científicos que se han publicado (14). Llegados á Quito, principiaron la medicion de un valle de las Cordilleras que se prolonga doscientas millas al mediodia de esta ciudad, y continuaron sus operaciones durante diez años, á pesar de la incomodidad del clima y de lo desagradable de su método de vida. La inscripcion colocada en estos sitios para perpetuar la memoria de esta abnegacion científica, refiere sus numerosas observaciones físicas, astronómicas y geodésicas, entre otras la de la longitud del péndulo que oscila allí en un segundo, lo cual les hizo emitir la opinion de que puede adoptarse aquella como medida universal. Si se les hubiese escuchado ¡cuánto provecho no hubiera podido sacar la geografia, cesando de marchar á tientas en medio de las diversas dimensiones usadas en los diferentes paises!

Al mismo tiempo Maupertuis, Clairaut, Camus, Lemmonier y el abate Orthier fueron enviados al círculo popular, uniéndose á ellos Celsius, profesor de astronomia en Upsal, llevando consigo instrumentos de Graham y el sector del zenit, muy superiores á los que entonces se conocian. Acompañábanles tambien Sommercaux en calidad de secretario y Herbelot como dibujante. Mientras que sus colegas hallaban en el otro hemisferio un sol ardiente y una vegetacion magnífica, éstos tuvieron que arrostrar los frios más intensos. En su consecuencia pudieron establecer su base de siete mil cuatrocientas siete toesas sobre la superficie helada del río Tornea, donde el frío bajó hasta los 37°, en términos que ni aun el vino podia conservarse líquido por un momento.

Dedujeron del término medio de sus observaciones, que el grado era de 57,438 toesas, es decir, 512 más que en París, al paso que el del Ecuador se habia encontrado de 57,753, lo que probaba la diferencia entre los dos diámetros en la proporcion de 178 á 179. Pero la impericia de Maupertuis en la astronomia, hizo dudar de la exactitud de la operacion, la cual se repitió por el

sueco Svanberg (1801) en el mismo sitio, en mayor estension y con mejores instrumentos, de la cual resultó una elipse mucho más aplanada, es decir, en proporcion de 302 á 301. Los Cassini, con una buena fe demasiado rara en la historia de las ciencias, habian repasado sus cálculos y confesado los errores en que habian incurrido; así que su rectificacion venia en apoyo de lo que habian negado anteriormente, pero además de esta rectificacion, el hecho se hallaba confirmado por la medida de ocho grados hecho por la Caille entre Dunkerque y Perpignan.

A las precedentes se añadió una nueva prueba cuando la Convencion nacional organizó un sistema uniforme y estable de pesos y medidas, cuya regulacion debia sacarse del cielo. Se resolvió adoptar por unidad la diezmillonésima parte del cuarto del meridiano terrestre dándole el nombre de *metro*. Fué preciso, pues, asegurarse de nuevo con más escrupuloso cuidado de la medida de un grado. La operacion fué ejecutada por Delambre y Mehan desde 1792 á 1796 sobre el arco entrecortado por los paralelos de Dunkerque y de Barcelona, con instrumentos muy exactos y círculos repetidores fabricados por Borda. No pareció, pues, posible dudar de su rigurosa exactitud. La unidad de medida se encontró así determinada, y sobre ella las unidades de peso y de capacidad. Pero los ingleses, partiendo del mismo principio, simplificaron la aplicacion é hicieron fácil la comprobacion, adoptando por unidad de medida (*yard*) la longitud del balancin ó péndulo que marca los segundos en una latitud dada. Sin embargo, se ha reconocido que esta longitud no es constante bajo la misma latitud, y que puede variar en el mismo lugar (15).

Los geómetras llevaron su atrevimiento hasta querer determinar con toda minuciosidad las ondulaciones de la curva del globo, pero el milanés Pablo Frisi demostró por la comparacion de las diversas medidas, que éste no siguió en su curvatura una regla rigurosa y constante. En 1817 el capitán Freycinet partió en la *Urania* para dar vuelta al globo, con el cargo principalmente de comprobar con el péndulo su curva en el hemisferio austral. Halló que las depresiones no se diferencian mucho de las que aparecen en el hemisferio septentrional, que pasan  $1/305^a$  medida indicada por la teoria de las desigualdades lunares que van de  $1/280^a$  á  $1/282^a$  y que las paralelas no tienen una forma regular, es decir, que la tierra no es exactamente un sólido de revolucion. Las espe-

(15) Todo el mundo sabe que de esta unidad se dedujeron las de todas las medidas de longitud, capacidad y peso. Es singular que la libra china de diez onzas sea idéntica á la de 373 gramos, establecida en Asia por los romanos, y con la libra *troy* de los ingleses, y que el pié chino y el pié árabe correspondan exactamente con el de Carlomagno.

riencias hechas por otra parte confirmaron estas deducciones, y luego las medidas geodésicas, tomadas recientemente por Marennés en Pádua y por Greenwich en las islas Baleares, han limitado también esta depresión entre  $1/271$ .<sup>a</sup> y  $1/292$ .<sup>a</sup>

El cielo ofreció puntos de comparación con estos resultados, porque además de la luna se encontró también en Júpiter un aplanamiento de  $1/338$ .<sup>a</sup> El péndulo convertible, que según el capitán Kater, debía ofrecer un modelo infalible de medida lineal, fué empleado para reconocer la medida de la tierra. Puissant hizo ver en 1826 á la Academia de Ciencias un error en el cálculo de Delambre. Habiéndose fijado el metro en tres pies, once líneas y doscientas noventa y seis milésimas, se debió añadir otras setenta y dos milésimas de línea para que representase exactamente una diez millonésima de la distancia del Ecuador al Polo, de donde se deduce que el aplanamiento de la tierra, sería de  $1/315$ .<sup>a</sup>, igual precisamente al que se deduce de las desigualdades de la luna. Bessel, por tanto, en vista de los diferentes resultados de las 11 mediciones del grado practicadas, dedujo que la elipticidad era de  $1/299$ .

Esta diversidad tan insignificante en la medida de un cuerpo tan vasto, sólo serviría para hacernos admirar la fuerza de la inteligencia humana, y el poder del que todo lo ha dispuesto por *peso y medida*.

**Polo magnético.**—Cristóbal Colón había observado la declinación de la aguja magnética, es decir, el ángulo que forma con el meridiano terrestre, aunque por lo común se atribuye á Cabot este descubrimiento. Pedro Medina, que publicó en 1545 el primer tratado de navegación, negó este hecho: Martín Cortés no sólo lo sostuvo en 1556, sino que le señaló por motivo una atracción ejercida por un punto de la tierra. Los reyes de España habían ofrecido cincuenta mil cequíes al que descubriese la causa de las variaciones de la aguja magnética. El inglés Norman observó este fenómeno con cuidado, y notó la inclinación de la aguja bajo las diversas latitudes, cuya causa creyó haber penetrado Enrique Bond, en 1657, y anunció que en el curso de este año no declinaría la aguja en Londres. Y acertó; pero no sucedió lo mismo en la *Tabla de las declinaciones* que publicó en los años siguientes.

Halley, después de haber recogido las observaciones hechas sobre diferentes puntos de la tierra, trazó en 1700 sobre la carta hidrográfica las diversas declinaciones. Las explicaba suponiendo que el globo era un imán con cuatro polos, dos móviles y dos fijos, cuya acción determinaba las variaciones de la aguja. La línea trazada por Mountain y Dobson en 1744, según el mismo sistema y como consecuencia de observaciones más exactas, difieren mucho de las de Halley. Euler llegó después á demostrar que bastaba, para explicar las variaciones, suponer dos polos atractivos móviles. Churchman, de Filadelfia, pretende que estos dos

puntos fuesen los polos del Ecuador magnético, moviéndose periódicamente de Oeste á Este, de manera que describieran en el globo dos círculos paralelos al Ecuador terrestre (1795); y se ha servido de ellos para trazar un atlas magnético. Los hechos no han respondido á estas hipótesis, ni á las demás que se han producido hasta ahora, y entre las cuales la de Epinal es la más luminosa. En lugar de considerar en el día al globo como un gran imán, se le compara á una pila, en la que, por la comunicación de los polos, se determinan corrientes eléctricas circunferenciales, dirigidas perpendicularmente al Meridiano magnético, de Este á Oeste hácia el Ecuador. De estas corrientes se supone que toma dirección la aguja imantada, y en cuanto al ángulo que el Meridiano magnético forma con el Meridiano astronómico, ángulo que varía en diversos puntos, pero no obstante con uniformidad en todas las brújulas, se cree que procede de la revolución del globo en la órbita de la eclíptica, y que puede desde luego presentar un período de variaciones análogo á la inclinación de esta órbita.

La inclinación de la aguja procedería de las mismas corrientes, por consecuencia de la atracción que ejercen entre sí los que se mueven en la misma dirección. De esta manera los fenómenos magnéticos se encontrarían referidos á la electricidad dinámica, según las teorías de Ampère, y no estamos tal vez distantes de poder explicar las declinaciones é inclinaciones de la aguja imantada. Pero entretanto tenemos tablas calculadas de sus variaciones diurnas y anuales, que se acercan más ó menos á la probabilidad.

Muchos viajes se han emprendido últimamente por sólo el interés de las ciencias, para reconocer si existe un continente austral, si hay un paso por el Noroeste, y también para estudiar el centro de África y de la América. El acrecentamiento de la navegación produjo la disminución en sus peligros por la rectificación de los errores geográficos, y se enmendó lo que se había alterado á propósito, por la astucia de envidiosos rivales. Las relaciones de los viajeros abandonaron aquel aire de charlatanismo, que hacia permaneciendo la duda, aun cuando se aceptara la verdad. En lugar de sus impresiones personales y accidentes extraños, contaron lo que importa: la historia de la tierra y del hombre. Las rarezas y los monstruos fabulosos cedieron el puesto á las clasificaciones, al estudio de las costumbres y á la corrección de los errores.

Hiciéronse indagaciones científicas en la parte meridional de América. En 1781, el gobierno de España encargó á don Félix de Azara y á otros oficiales determinar los límites entre el Brasil y las posesiones españolas, lo cual proporcionó una ocasión de procurarse datos importantes y buenas cartas geográficas. La historia y la hidrografía del país del mediodía de Buenos Aires había permanecido muy oscura, cuando el capitán Head nos

dió á conocer las Pampas, vastas llanuras de noventa y cinco millas al oeste y al mediodía de la Plata, á través de las cuales pasó para ir á visitar las minas. En 1782, los españoles trazaron exactamente las costas de la Patagonia y el estrecho de Magallanes; y se supo entonces que la Tierra del Fuego es un conjunto de islas. El capitán King, hizo después un diseño completo (1826) con gran dificultad, pero con mucha exactitud, el que no aprovechó poco á la navegacion en aquellos puntos, por ser considerada hasta entonces como muy peligrosa. En fin, la distancia entre Europa y América no estaba bien determinada; y hace pocos años que se disminuía aun la anchura del Atlántico en sesenta y hasta en ciento cuarenta leguas, al paso que se aumentaban la del gran Océano. Desde el momento en que los ingleses se instalaron en la India, despreciando los arcanos respetados por la ignorancia, examinaron geográficamente la comarca. Webb y Moorcroft, que subieron al Himalaya en 1808 para descubrir el nacimiento del Ganges, reconocieron que era la cordillera más elevada del globo; el Dawalagiri, en los confines del Nepal y del Tibet, tiene 8,176 metros de elevacion, el Chamlari, en la frontera del Butan y del Tibet, 7,297, y el Gaurisankar 8840, siendo éste, por lo tanto, el gigante del globo.

**Humboldt.**—De esta manera la geografía se da la mano con la historia natural, la etnografía y la física, sobre todo cuando se presenta uno de aquellos grandes talentos, que comprendiendo varias ciencias las fortifican una con otra. Esto es lo que hemos visto en Alejandro Humboldt, que después de haber estudiado en su juventud multitud de ciencias, principalmente la física y la electricidad animal, que entonces estaban en boga, pudo, rico como era, perfeccionar sus estudios con los viajes. Sus relaciones con los naturalistas más distinguidos, le dieron lugar á dedicarse con más especialidad á buscar los misterios de la naturaleza, y se asoció al ilustre botánico Amado Bompland para ejecutar peregrinaciones científicas. Habiendo obtenido de España autorizacion para visitar sus colonias (1799 á 1804), donde nunca se había detenido la mirada de un sábio, examinó por todas partes como botánico y geólogo. Subió á las cimas más altas, penetró en las llanuras donde ningun viajero había puesto el pié antes que él, observó las costumbres y los idiomas de los hombres, al mismo tiempo que el aspecto de las selvas y de los vegetales, siempre con los instrumentos en la mano, enseñando sin cesar medios de mejorar las colonias, y sacando con prodigiosa variedad de conocimientos, instrucciones de todas clases de fenómenos y de hechos. Gracias á él, la geografía física adelantó inmensamente, y las teorías, las hipótesis que él aventuró se adoptaron con frecuencia por los mejores sabios.

Los últimos viajes que se hicieron tuvieron tambien por objeto los progresos de una ciencia nueva, la antropología. Blumenbach había funda-

do la distincion de las razas en la organizacion, y principalmente en la conformacion de los cráneos (16). Distingua cinco, segun una division más geográfica que científica. A aquel estudio se asociaron después los de la lingüística y de la historia. En fin, en nuestros dias se ha precisado esta ciencia, reconociendo que debe fundarse sobre los caracteres físicos como más estables y menos arbitrarios, pero confrontándolos al mismo tiempo con la historia.

Bajo este pensamiento se escribieron la obra de Edwards (17) y las *Indicaciones sobre la historia física de la especie humana*, del doctor Pritchard. Los pueblos de la América meridional han sido objeto del exámen de Alcides Orbigny. En 1817 Luis XVIII mandó á Luis de Freycinet hácia el hemisferio antártico, para observar allí, además de los fenómenos magnéticos y meteorológicos, las lenguas y las costumbres. Dumont de Urville, encargado de visitar la Oceanía, recogió cadáveres, modelos, señales y datos sobre los caracteres físicos y morales de las numerosas razas que se encuentran mezcladas en aquellas regiones. Trajo ochocientos sesenta y seis dibujos de hombres, armas, habitaciones y utensilios; cuatrocientos de costas y paisajes, sin contar cincuenta y tres cartas terminadas y doce bosquejos de costas, puertos y radas; porque si antes bastaba, cuando se descubria una isla, determinar su posicion, estando en la rada, en el día se quiere conocer todas las ensenadas, fondeaderos y pasos, y á las indicaciones astronómicas es necesario unir nociones físicas y naturales.

El *baston de Jacob*, de que se servian los antiguos para medir la velocidad de los barcos, fué inútil desde el momento en que, por la invencion de las velas, este vehículo no recibió ya su impulso de los remos. El portugués Bert Crescencio concibió en 1604 un mecanismo, que consistia en un husillo al cual se adaptaba un volante que movido por el viento, atrae á sí una cuerda enrollada en un cilindro, de manera que pudiese deducir el espacio recorrido por el barco en un tiempo dado, por la longitud de la cuerda recogida; instrumento imperfecto, porque el viento puede aumentar sin que la marcha del barco se acelere. En su consecuencia se le sustituyó una especie de lanzadera atada á una cuerda con un nudo de toesa en toesa. Se arroja al mar y se da cuerda hasta que flota libremente, de modo que se pueda considerar como punto fijo. Cuéntanse cuántos nudos se han desarrollado en medio minuto, y esto indica cuántas toesas ha navegado el barco. Este medio, que aun deja que desear, se ha llamado *Loch* del nombre del inglés que lo inventó (18).

(16) Véase el tom. I, pág. 78.

(17) Véase el tomo I, pág. 80.

(18) Una aseveracion del Loch encuentro en el viaje de Magallanes, en el que en el mes de enero de 1521 se lee lo siguiente: «Segun la medicion que haciamos con la ca-

Los primeros viajes á largas distancias hicieron mejorar la construcción de los barcos; y desde 1514 se concibió la idea de forrar su quilla en plomo. Este arte no se fundaba antiguamente en deducciones científicas, sino en una larga práctica: de esta manera es como aun hace poco se veían construir excelentes barcos en el arsenal de Venecia, según ciertos procedimientos transmitidos de padre á hijo, á título de secreto, como acontece cuando no se opera según las leyes de la ciencia. Pero á medida que las matemáticas y el cálculo progresaron, y que se conoció la aplicación de las ciencias exactas á las artes prácticas, la arquitectura naval se mejoró, siendo entonces objeto de estudios teóricos y de gran número de obras. Cornelio Van-Itk da la figura de los galeones y de las caracas españolas; da también la de un navio construido por un francés en Rotterdam en 1653. Este barco debía moverse por medio de un mecanismo á manera de reloj, sin emplear las velas, y navegar con la suficiente velocidad para ir en un día desde Rotterdam á Dieppe, y desde allí á Amsterdam; pero el inventor de este mecanismo huyó antes de hacer el experimento. Describe también el navio de Enrique Steven, que debía ofrecer tanta seguridad como un carruaje en tierra (19).

Juan Bouguer, matemático, cuyo elogio hemos hecho, ha tratado de una manera notable la parte teórica de la construcción de los barcos (20), y puesto al alcance de todo el mundo las cuestiones más abstractas; pero menos versado en la práctica, no ha sabido hacerla corresponder siempre á las teorías. El gran Euler ha dado una «Teoría completa de la construcción y maniobra de los barcos.» Obra más importante es la de Jorge Ivan, que uniendo la práctica á la teoría, da nacimiento á una nueva doctrina sobre la resistencia que encuentran los cuerpos que se mueven en el agua (21). Borda, Condorcet y Romme han obtenido, sin embargo, mejores resultados por medio de experimentos sucesivos, y á la par de sus obras marcha la de Federico Hinez de Chapman (22), no hablando ahora de las modernas que tanta reforma debían introducir en los antiguos usos. Roberto Seppings elevó la arquitectura naval á profesión científica, introduciendo el corte diagonal que cambió en trián-

gulos los innumerables paralelogramos formados por el contorno del casco de un buque, siendo también obra maestra la de Ricardo Norwood (23), en que enseñó la aplicación de los logaritmos y de la trigonometría á los tres métodos principales de cálculo en la náutica.

Deben añadirse las obras escritas sobre los medios de conservar la salud de las tripulaciones y regularizar las provisiones. El doctor Johnson decía en 1778: «Si desde la cubierta miráis al interior de un buque, vereis el exceso de la miseria. ¡Qué estrechez, qué mal olor! El barco es una verdadera prisión con el peligro además de ahogarse. Es peor que una prisión; todo es más malo, el local, el aire, los alimentos y hasta la misma compañía.» De aquí proceden las enfermedades mortíferas de que están llenas las relaciones de los viajes de aquella época. El almirante Hoiser, que en 1726 navegaba hácia las islas orientales con siete navios de línea, perdió por dos veces toda la tripulación de su barco, y él mismo murió de pesar. El escorbuto se desarrollaba con frecuencia después de algunos meses de navegación, y ocho ó diez hombres perecían cada día inevitablemente. En 1780 sólo el hospital de Haslar recibía todavía mil cuatrocientos cincuenta y siete enfermos de escorbuto, al paso que no hubo uno siquiera en 1806, y no entró más que uno solo en el año siguiente. En el día la salud de la tripulación es una de las cosas más recomendadas á los capitanes, y á su vuelta se tiene menos en cuenta sus descubrimientos que las vidas que les han costado.

Un gran adelanto moderno ha sido el de los faros que señalan de noche, con una luz y un brillo más vivo, la entrada de los puertos ó los escollos de la costa. Se han sustituido á las lámparas comunes las de Argand, de doble corriente, perfeccionadas por el sistema de Cárcel, que hacen ascender el aceite por medio de un mecanismo, que permite bañar constantemente la mecha hasta su estremidad superior, é impide formarse pábilo. Las leyes de la catóptrica han hecho además encontrar los espejos parabólicos de metal, que concentran la luz y aumentan la fuerza. Como acontecía sin embargo que la luz de los faros no se percibía sino en las direcciones de los rayos verticales á los focos de las planchas parabólicas, y que varios intervalos permanecían oscuros, se ha remediado haciendo dar vueltas al aparato. Esto es lo que Bordier fué el primero que ejecutó en el Havre en 1707. El eclipse que resulta de este procedimiento sirvió también para distinguir la luz de los faros de cualquiera otra accidental. Pero estando sujetos estos espejos á empañarse, se trató de sustituir á ellos la refracción, que también puede dirigir la luz á voluntad del hombre. Fresnel lo consiguió sirviéndose de la lámpara de Cárcel perfeccionada, y de lentes dispuestos de

DENA DE POPA, andábamos de sesenta á setenta leguas diarias.» Véase AMORETIL, *Primer viaje al rededor del globo terráqueo*, etc., 1800, pág. 46.

(19) *De Nederlandsche Scheeps bouw honst open gestelt vertoouende naar wat regel*, etc. etc. Amsterdam, 1697.

(20) *Tratado del barco, de su construcción y de sus movimientos*. Paris, 1746.—*Nuevo tratado de la navegación, que contiene la teoría y práctica del pilotaje*, 1753.

(21) *Tractat om Skepps-bygg eriet tillika*. Estokolmo, 1775.

(22) *Exámen marítimo teórico práctico, ó tratado de mecánica aplicado á la construcción, conocimiento y manejo de los navios y demás embarcaciones*. Madrid, 1771.

(23) *Treaty of trigonometry.—The Seaman's practice*.

modo que rodean la llama como anillos, y verifican la refraccion en la direccion más conveniente.

El duque de York inventó el arte de mandar en el mar con ayuda de banderas, pendones y fogatas: este sistema, perfeccionado por el caballero de Tourville hácia 1675, se perfecciona cada vez más; y así como la maniobra de los telégrafos, la de estas señales establece una comunicacion rápida entre puntos muy distantes.

En el dia, de los treinta y dos vientos de la rosa, veinte pueden soplar sin tener que cambiarse las velas de su direccion; y es tal en el dia la práctica, que la navegacion de Nueva York á Inglaterra se hace á la vela en diez y siete dias. No se ha encontrado, sin embargo, un medio para precisar la velocidad y la fuerza del viento en el mar; lo mismo acontece con respecto á su direccion. Tampoco se ha descubierto un procedimiento para renovar el aire bajo el puente, ni para desalar al agua del mar, lo que evitaria tan gran cargamento; hay aun algunos otros problemas que tratan de resolver hombres hábiles, y aun no se ha perdido la esperanza de emplear la navegacion sub-marina.

**Vapor.**—Desde 1543, el capitan Blasco de Garay ofreció á Carlos Quinto una máquina destinada á dar impulso á los barcos sin el socorro del viento y de los remos. El emperador autorizó un experimento que se hizo en el puerto de Barcelona. Aunque el autor no quiso publicar su importante secreto, se sabe que el aparato consistia en una caldera de agua hirviendo que hacia mover dos ruedas colocadas en los costados del barco. Se alabó el resultado obtenido; pero el tesorero Rávago objetó que un barco de aquella especie no podia caminar más que dos leguas en tres horas, que costaba mucho, y que tenia además el peligro de la explosion de la caldera (24). Los hombres prácticos emitieron una opinion enteramente contraria; pero ocupado Carlos Quinto en trastornar á la Europa, no tenia tiempo de pensar en un invento que hubiera apresurado dos siglos y medio la revolucion en el arte de navegar.

Otro mecánico se presentó en nuestros dias á un emperador animado de las ideas de Carlos Quinto, y le propuso tambien barcos que navegarian contra el viento por la fuerza del vapor. Ahora bien, este guerrero, que no obstante buscaba todos los medios de vencer á la Inglaterra, desconoció el que le hubiera procurado una superioridad infalible. Fulton no fué comprendido por Napoleon en los dias de su gloria, tal vez no se dignó siquiera escucharle, y debió sentirlo amargamente en los dias de sus miserias. La libertad acogió lo que un conquistador habia desdeñado: esa América, á la que

aun llamamos el Nuevo Mundo, y que aspira como un aventajado discípulo á hacerse superior á su maestro, aplicó á la navegacion este agente que produce incalculables efectos; y gracias al vapor, los mares se atraviesan en el dia con seguridad y con mayor rapidez, casi á despecho de los vientos y de las tempestades. Fulton construyó en los Estados-Unidos, en 1807, el primer barco de vapor de fuerza de diez y ocho caballos, con el cual fué desde Albany hasta Nueva York en diez y ocho horas, distancia de sesenta, que se anda en el dia en siete ú ocho horas. En 1812 construyó el primero para el Ohio y el Misisipi. Desde 1818 el número de los barcos de vapor se ha aumentado de una manera considerable. En 1835 habia quinientos ochenta y ocho en el Ohio; en 1839 se contaban ya mil trescientos en todos los Estados-Unidos y 4,320 en 1876. En el dia se va desde Nueva York á Filadelfia en cinco horas; en ocho á Baltimore, en diez á Wasington, en veinte á Norfolk, en cuarenta á Charleston, en la Carolina del Sur; en ciento sesenta y ocho á la Nueva Orleans, en la embocadura del Misisipi, que son 900 leguas. Se puede tambien ir desde Nueva York hasta la Nueva Holanda en ocho ó diez dias, visitando las ciudades principales, gastando una suma bastante módica.

La Inglaterra y sus colonias tenian en 1814 dos barcos de vapor de cuatrocientas cincuenta y seis toneladas. El número ascendia en 1824 á ciento veinte y seis, que cargaban entre todos quince mil setecientas treinta y nueve toneladas. En 1834 á cuatrocientos sesenta y dos, del porte de cincuenta mil setecientas treinta y cuatro toneladas. En 1876 pasaban de 5,300. El primer vapor de guerra inglés se construyó en 1828, y en el dia cuenta la marina inglesa más de 380. No se atrevieron al principio á aventurarse con estos barcos sino sobre el Clyde; después les hicieron pasar el estrecho; luego se les empleó en el cabotaje en los tres reinos; en fin, recorrieron las costas del Mediterráneo y del Báltico. Los teóricos y los prácticos habian, sin embargo, declarado que seria imposible servirse de ellos para atravesar el Océano; pero el *Great-Western*, que salió de Bristol en el mes de abril de 1838, llegó con indecible regocijo á Nueva York, en donde vivian todavia algunos que se acordaban de haberse burlado con la generalidad de la Fultomania: habia corrido en 15 dias 3,500 millas (6,500 kilómetros), y después consiguió llegar en 12 dias y medio, largando hasta 8 nudos y tres cuartos cada hora (25), y llegando á hacer hasta 70 de estos viajes.

(25) Este barco tenia 1,340 toneladas de peso oficial, peso que es siempre inferior á la realidad: los entrepuentes tenian más de 200 piés; la cala podia contener 800 toneladas de carbon, además de las provisiones, y el agua para 300 personas. Las cámaras eran espaciosas y ricas; la sala estaba adornada con pinturas, tenia 75 piés de largo, 21 de ancho y 9 de elevacion.

(24) Los documentos relativos á este asunto se han publicado por Navarrete y por Dezos de la Roquete. *Coleccion de los viajes y descubrimientos de los españoles desde fines del siglo xv.*

En este estado se trató de sustituir el hierro á la madera, que es más fuerte, más ligero y que no le perjudican los insectos. No se sabe si el mérito de haber inventado las calas en varios compartimentos, sistema que, si la una hace agua, deja las demás intactas, procede de Dodd, que sugirió la idea desde 1818, ó de C. W. Williams, que la puso en práctica. Construyéronse, segun este sistema, el *Tigris*, el *Eufrates*, el *Alburkha*, el *Quorra*, el *Alberto*, el *Wilberforce* y otros para servir á explorar los rios. Fué posible con estos barcos adelantarse más hácia los polos, rompiendo los hielos con fuerza y calando menos agua, y se navegó contra la corriente en rios hasta entonces inaccesibles. En el día el Orinoco, el inmenso Misuri y el misterioso Misisipí sirven, gracias á ellos, para acercar las poblaciones más distantes. En la actualidad se les emplea en explorar completamente el Níger, con el objeto de llegar á la total esteripación del infame comercio de negros. Otros dos barcos de vapor han remontado el Eufrates por espacio de trescientas leguas, y además hasta Beles, para abrir por este lado una nueva guía comercial, más favorable aun que la de Suez; porque la Inglaterra no tendria la concurrencia de los americanos ni de los banianos.

Apenas se estendió la navegacion del vapor, el gobierno general de las Indias pensó en aprovecharse de ella para facilitar las comunicaciones entre Europa y aquellas comarcas, antiguo límite de los viajes, y para introducir un cambio muy ventajoso en sus relaciones con la madre patria. Este proyecto fué muy discutido. En fin, el capitán Johnson marchó el 16 de agosto de 1825, de Falmouth con la *Empresa*, barco de cuatrocientas sesenta toneladas, y el 7 de diciembre tocó en Bengala. Este vapor, que el gobierno compró, se empleó tambien en la guerra contra los birmanes. Se le unieron otros, y cuando tres meses no bastaban á un buque de vela para navegar por el Ganges el trayecto que hay desde Calcuta hasta Allahabad, éstos llegaron en ocho dias, aunque no caminaron de noche. Otros se dirigieron hácia el mar Rojo; y en 1830 el *Hug-Lindsay* fué desde Bombay hasta Suez en veinte y un dias de viaje. Los que le siguieron emplearon menos tiempo. En su consecuencia la cámara resolvió establecer comunicaciones regulares por aquella via, y al poco tiempo el correo de Bombay pudo llegar á Londres en un mes. De esta manera desaparecen las distancias.

El *Ironsíde*, primer vapor de hierro de la marina británica, llegó á fines de 1839, desde Fernambuco á Liverpool con un cargamento muy grande, comparado con el pequeño espacio que ocupaba. Este viaje contribuyó á vencer la preocupacion que existia contra esta clase de barcos; y la sociedad del *Great-Western* resolvió hacer construir el *Great-Britain*. Esta es la mayor innovacion que se ha hecho desde hace mucho tiempo en las construcciones navales, cesando de copiar los barcos

de Fulton. El gran defecto de éstos era no tener otro motor que el vapor, y no aprovechar las grandes fuerzas naturales. En efecto, encontrándose la máquina colocada en el centro y en los costados del barco, impiden se coloque allí una poderosa arboladura, capaz de hacer frente á las mayores tempestades. Ahora bien, las paletas de las ruedas se han reemplazado por una rosca (*hélice*) de diez y seis pies de diámetro, nuevo aparato de propulsion, que los franceses atribuyen á Delisle, y los ingleses á Smith. Este mecanismo aligera el barco en cien toneladas y le da comodidad y elegancia, al mismo tiempo que les hace más fácil la entrada de los canales. Si este procedimiento se estiende, como es de presumir, facilitará mucho los viajes á la India, alargados por lo comun con las alternativas de calmas, las corrientes y los torbellinos (26). El éxito, sin embargo, de estas tentativas fué degradado, y los dos grandes buques indicados perecieron; pero como este desastre provino de accidentes ó de errores, y no porque la teoria fuese falsa, la perseverancia británica se empeñó en seguir adelante en estas construcciones, y en 1849 se fabricaron dos buques de vapor, de fuerza de 3,000 toneladas para la travesia de Nueva York á Liverpool.

El *Indostan*, de fuerza de 500 caballos, habiendo salido de Southamptom el 24 de setiembre, llegó á Madras el 20 de diciembre, esto es, en 87 dias, de los cuales empleó 27 en estaciones; de modo que hizo 200 millas cada veinte y cuatro horas, y fué destinado al servicio mensual entre Calcuta y Suez. El *Pacifico* hizo en 1850 la travesia del Atlántico en diez dias y cinco horas, y el *Asia* en diez dias al regreso, que se sabe es ayudado por las corrientes. Ultimamente, el *Canada*, buque americano, caminó 892 millas en tres dias consecutivos, siendo ésta la mayor rapidez continua que jamás se viera. Al presente se han organizado

(26) El *Napoleon*, barco de hélice, botado últimamente, navega doce nudos, y aun más en caso de necesidad. Véase la comparacion entre el *Great-Britain* y un navio de línea de primera clase:

	El «Great-Britain»	Navio de línea.
Longitud del puente entre las perpendiculares. . . . .	87' 17 m.	68' 131 m.
Anchura sin contar el bordaje.	15' 54 »	16' 040 »
Elevacion del puente. . . . .	7' 31 »	8' 012 »
— de los alcázares.. . . .	9' 78 »	—
Se sumerge en el agua.. . . .	4' 876 »	7' 877 »
Agua que desaloja, toneladas.	2' 870 »	5' 080 »

Es de 1,500 toneladas, todo de hierro, excepto el gabinete y las ventanas interiores. Tiene cuatro puentes con cuatro salas comunes, dos reservadas á las señoras, 180 camarotes independientes de los sitios para el equipaje con 252 camas. Las cuatro máquinas, movidas por veinte y cuatro hornillos, tienen la fuerza de 1,288 caballos. Tiene seis mástiles.

diferentes compañías, que envían constantemente buques á los diferentes países transatlánticos.

En 1853 una sociedad inglesa sostiene con ayuda de catorce vapores y diez goletas de vela, el servicio de correos, á razon de dos cada mes entre la Gran Bretaña y todos los países de las Indias occidentales, la costa de la América meridional y Honduras; manda dos veces cada mes barcos á la Habana, á Nassau, á los puertos de los Estados Unidos, en el Atlántico, y hasta Halifax en la Nueva Escocia. El servicio está organizado de manera que puede facilitar las comunicaciones entre todas las islas y los continentes, de Surinam á Oriente, hasta Méjico á Occidente, y desde el golfo de Paríria y de Chagres hasta Halifax. De esta manera se va y se vuelve en sesenta días de América á Londres, después de tocar en la mayor parte de las islas occidentales y visitar los principales puertos de América. Merced á los progresos en la construcción naval, hoy es posible dar la vuelta al mundo en 80 días, utilizando los ferrocarriles y barcos de vapor.

Tales son los inmensos resultados que se han conseguido desde que las teorías científicas presiden á las construcciones, y no se abandonan ya á una ciega práctica. La admiración redobla cuando se ven á multitud de barcos que en toda Europa y aun más en América, navegan en todos los ríos y visitan todas las costas. El subir un río, que antes se habia considerado como un obstáculo al comercio lo es ahora como una feliz circunstancia. Pero tambien el descubrimiento de una mina de carbon se ven á multitud de barcos que en toda Europa y aun más en América, navegan en todos los ríos y visitan todas las costas. El subir un río, que antes se habia considerado como un obstáculo al comercio lo es ahora como una feliz circunstancia. Pero tambien el descubrimiento de una mina de carbon de piedra es más estimada en el día que en el siglo xvi lo era el de una mina de oro y no se necesitaria más que esto para dar un enorme valor á cualquiera roca desierta de la Polinesia. La invención no data, sin embargo, más que de ayer. ¿Pero quién podrá calcular las perfecciones de que es susceptible, y las consecuencias que tendrá? La misma guerra cambiará de aspecto. La infantería de tierra, los marineros de los ríos podrán servir en estos barcos. Se llegará sin tardanza al punto donde se debe combatir; y aun en el caso en que no se sustituyan los vapores á los navios de línea, facilitarán los movimientos de una manera incalculable; los sacarán de una posición crítica, y los remolcarán cuando se vean desamparados. Es cierto que la delicadeza de la máquina, que el cañon puede fácilmente destruir, impedirá á los vapores ocupar el puesto principal; pero aun cuando la rosca de Arquímedes y el electro-magnetismo no consiguieran remediar este inconveniente, serian lo que la caballería en los ejércitos, que no puede decidir una jornada, pero son excelentes para proteger las alas, para conducir al fuego los navios de línea, hacer las retiradas menos desastrosas, y la derrota del enemigo más completa.

**Derecho marítimo.**—La importancia del mar hizo estudiar á fondo el derecho marítimo, y las relaciones entre las potencias tanto en paz como en guerra. Tanto en la Edad Media como en los tiem-

pos antiguos, la guerra autorizaba á causar al enemigo todo el mal posible, y á impedir todo lo que podia serle ventajoso. De esta manera se encontraba simplificada en su acción aquella fuerza feroz que gobierna el mundo, y que se llama derecho. La piratería era entonces un estado legal, y aun cuando los héroes cesaron de entregarse á ella, fué ejercido por todo el que encontró los medios, y se media su derecho por lo que cada uno podia ejecutar. Pero apenas el comercio se aumentó hacia el siglo xi, cuando se prohibió armarse en perjuicio de las naciones amigas, y después de toda nación que no estaba en guerra con aquella á que pertenecian los corsarios. En su consecuencia tuvieron que obtener patentes de corso de su gobierno. Los mismos gobiernos comprendieron que podian atraer á sí el beneficio de que se aprovechaban los particulares, y encontrar en él un medio de empobrecer á sus enemigos. Regularizaron, pues, el ejercicio de la piratería, y dieron instrucciones á los armadores, con el objeto de producir el mayor daño posible al enemigo, interceptándole los viveres y municiones. Como no tardaron en manifestarse en aquel sistema abusos muy fáciles de cometer, se pretendió someter á un tribunal la decision sobre la legalidad de las presas hechas por los corsarios, antes de que pudiesen disponer de ellas; si disponian, debian ser tratados como piratas.

Aquellos tribunales dieron nacimiento al derecho marítimo, establecido, como ya hemos visto, en el Mediodía por las ciudades itálicas y catalanas; y en el Norte por las anseáticas. Se formaron diferentes colecciones del derecho marítimo, de las cuales la más célebre es el *Consulado de mar* (27). Las reglas de aquél pueden reducirse á cuatro sustanciales: primero; las mercancías del enemigo, en barcos amigos, pueden ser reputadas como buena presa: segundo; en este caso se debe una indemnización por el precio del flete al patron del barco: tercero; la mercancía de una nación amiga en un barco enemigo, no es adjudicada al fisco: cuarto; el que coge un barco enemigo puede exigir el flete por las mercancías amigas que se encuentren en él, como si fuesen conducidas á su destino. El capítulo 273 del Consulado decia en estos propios términos: «Si un barco apresado pertenece á amigos, y el cargamento á enemigos, el armador puede obligar al patron á llevar aquellas mercancías á donde crea que están en seguridad, pagándole el flete que hayan ganado llevándolas á su destino. Si el patron se niega á ello, puede echar á pique el barco, salvando la tripulación. Si, por el contrario, el barco es enemigo y el cargamento amigo, los propietarios tendrán que arreglarse con el armador sobre el rescate: de otra manera, deberá conducirse éste al lugar de la partida, y los propietarios pagarle el flete como si el buque hubiera llegado á su destino.

(27) Véase antes, pág. 35.

Tal era la costumbre en la Edad Media; pero entonces se conocía poco el comercio de comision: el propietario de la mercancía viajaba él mismo con frecuencia, para buscar de puerto en puerto el mercado más ventajoso. Era, pues, fácil decidir á quién pertenecían las mercancías, al paso que en el día se mandan ó por comision ó en consignacion mediante un adelanto, lo que complica la cuestion cuando se trata de decidir cuál es su naturaleza y el verdadero propietario. Se continuó, sin embargo, considerando como libres las mercancías neutras cargadas en barco enemigo; pero el pabellon neutro dejó de cubrir las mercancías enemigas. El interés particular hizo alterar esta costumbre en el siglo xv, y las naciones que tenían la preponderancia marítima, hicieron mantener la segunda parte, abandonando la primera. Enrique V de Inglaterra, y Juan Sin Miedo, duque de Borgoña (1417), se convinieron para que en adelante las mercancías neutras, encontradas á bordo de un barco enemigo, fuesen de buena presa; Francisco I (1543) dispuso que el barco neutro, que llevase mercancías enemigas, fuese considerado como enemigo.

Se debió á los turcos alguna suavidad en este derecho feroz. En efecto, en la capitulacion concedida á los franceses por Achmet I, entre otras sabias prescripciones, aceptó para los súbditos de aquella potencia la segunda disposicion del *Consulado de mar* (1646). La Francia lo admitió por cuatro años en favor de las Provincias Unidas; después le derogó y volvió alternativamente á ponerse en vigor hasta la paz de Utrecht (1713), en la que se estableció como regla general por veinte y cinco años.

Era una gran ventaja para las Provincias Unidas de Holanda, que se entregaban principalmente al comercio de comision, que el pabellon neutro cubriera las mercancías enemigas. En su consecuencia se esforzaron en consagrar este principio con tratados particulares. De esta manera se convino entre ellas y Felipe IV, rey de España (1650), que toda mercancía enemiga, encontrada en sus barcos, seguiría libremente su camino, al paso que la mercancía neutra, en barco enemigo, seria considerada buena presa: este convenio, enteramente opuesto al principio establecido por el *Consulado de mar*, debía hacer de los holandeses los comisionados generales del comercio europeo. La libertad del pabellon se reconoció por la Inglaterra en sus tratados con Portugal, después le estendió á la Francia, Cromwell (1655); además á la España (1670); pero la Dinamarca y la Suecia, que no tenían que esportar más que los productos de su suelo, se atuvieron con tenacidad al antiguo derecho.

**Contrabando de guerra.**—Estas diferentes estipulaciones no atacaban en nada la prohibicion relativa de *contrabando de guerra*, es decir, la de llevar ciertos objetos para uso de la nacion con la cual se está en guerra. Esta prohibicion no com-

prendia a. principio más que las armas, después se estendió á la provision de viveres, y en fin á las primeras materias que pueden servir para la construccion de los barcos ó la fabricacion de las armas. La aplicacion de esta costumbre dió nacimiento á frecuentes discusiones para llegar á conciliar la seguridad de las partes beligerantes con la justa libertad que habia que dejar al comercio neutro. En la actualidad se comprende que entre los cargamentos algunos son de utilidad directa al enemigo en la guerra; ciertos de ellos pueden serlo, y otros sirven igualmente tanto en la guerra como en la paz. Las mercancías de la primera clase están prohibidas; las de la tercera libres. Las segundas tan pronto se prohíben como se permiten, segun las respectivas situaciones. Tambien se considera como permitido interrumpir el comercio de los neutros ó secuestrar sus barcos cuando la seguridad del pais lo exige, ó cuando se trata de reducir á un enemigo obstinado, después de haber agotado todos los medios de arreglo. Queda de todos modos la obligacion de indemnizar al neutro del perjuicio sufrido. Esto hace que las naciones neutras se empleen en evitar la guerra que puede ser en detrimento suyo.

Del derecho de prohibir la introduccion del contrabando, en las ciudades sitiadas, nace el del bloqueo marítimo. Los límites se establecieron en 1620 por el edicto que dió la Holanda con motivo de los puertos de Flandes que estaban aun sujetos á España. Dice que todas las mercancías á bordo de los barcos neutros pueden capturarse, justa y regularmente á la entrada de un puerto bloqueado, como las reputadas de contrabando, sin poner ninguna restriccion más al comercio marítimo. Los holandeses violaron sus propias prescripciones cuando ya no les fueron utiles; y el año 1652 pretendieron escluir á los ingleses de sus puertos en todo el mundo, quejándose sin embargo de ellos, cuando dispusieron éstos otro tanto con respecto á los holandeses.

El derecho de visita no es una consecuencia del derecho de bloqueo, y como es muy oneroso, es causa de contiguos lamentos y protestas. Por la razon, mejor dicho, bajo el pretesto de asegurarse si los barcos extranjeros tienen á bordo esclavos negros, los ingleses pretenden visitar todos los buques, cualquiera que sea su pabellon; lo que les da una especie de supremacia en el mar, á pesar de las protestas de los demás pueblos.

**Libertad del mar.**—Otra cuestion se ha presentado: ¿la mar es libre? Hemos visto á los venecianos abrogarse una dominacion verdadera y continua en el Adriático, sometiendo á una contribucion á todos los barcos que penetraban en él. Los españoles y los portugueses se apoyaron en la famosa bula de Alejandro VI para escluir á todas las demás naciones de los mares en que el papa habia trazado entre ellos su *línea de demarcacion*. Fueron poco escuchados; y cuando los holandeses sacudieron la obediencia, tanto con respecto á Roma

como con respecto á España, resolvieron emancipar la pesca y el comercio, y declararon que el mar era libre (1635). Este principio fué sostenido por Grotius en el *Mare liberum*, al paso que Selden queria probar con ayuda de declamaciones en el *Mare clausum*, que la Inglaterra tenia la propiedad de los cuatro mares que la rodean. Alberico Gentile demostró que el mar podia ser poseído como dominio por una nacion, con exclusion de cualquier otra; Puffendorf estableció que los mares mediterráneos pertenecen á los pueblos de la costa, segun las reglas que determinan los derechos sobre las corrientes de agua, al paso que los océanos permanecen indivisibles. Bynckerskoek admite que una nacion puede apropiarse ciertas porciones de mar, como las aguas del litoral, hasta el alcance del cañon ó de la vista, y los mares encerrados en su territorio: decisiones inspiradas á cada uno por la naturaleza del pais, en favor del cual escribia, y en las que la Inglaterra se ha apoyado para escluir á las demás potencias de los mares británicos, y la Dinamarca del Sund y del Belt.

Las antiguas costumbres fueron recopiladas y mejoradas por Luis XIV en la *Ordenanza de la marina* (1681), porque viendose al frente de una escuadra de cien navios de línea, y otros setecientos barcos de guerra que tenian catorce mil cañones y cien mil marinos, creyó poder dominar en los mares. Declaró, pues, que todo barco cargado de mercancías pertenecientes á sus enemigos, y que toda mercancía cargada por sus súbditos ó aliados en barco enemigo, seria declarada buena presa. Hizo más en la guerra de sucesion de España, decretando que las mercancías no seguirian la cualidad del propietario, sino que todo producto del territorio ó de la industria del enemigo serian confiscados. Viéronse en su consecuencia capturarse hasta barcos neutros, que después de haber tomado su cargamento en los puertos enemigos, se dirigian á otros puntos.

La Inglaterra, en la época de la paz de Utrecht (1713), enfrenó este feroz rigor, desconocido á los piratas de la Edad Media. Se estipuló entonces que el pabellon neutro cubriría la mercancía enemiga; pero no formulando nada con respecto á la mercancía neutra sobre buque enemigo, la ley por la cual se permitia confiscarla parecia confirmada. Preponderante después la Inglaterra en el mar, trató de abolir aquella restriccion, como que derogaba el derecho comun, y debia cesar tambien con el tratado en la primera guerra que estallase. Encontrándose la Francia humillada por las condiciones que se le habian impuesto en Utrecht, trató tambien de separarse de él, estipulando cláusulas contrarias en tratados particulares. Luis XV declaró buena presa, no sólo á las mercancías enemigas sobre barco neutro, sino tambien á todo producto del territorio ó de la industria enemiga (1744).

El tratado concluido en la Haya, entre el rey de Sicilia y los Estados generales (1753), fué el primero que se separó de aquella severidad. Se esti-

puló que toda mercancía de cualquiera clase que fuera, encontrada á bordo de ambas potencias contratantes, seria libre aun cuando perteneciese á enemigos, escepto las mercancías de contrabando. En este estado, España habia adoptado durante sus hostilidades con la Inglaterra el sistema de los armadores (1759), poniendo en el mar barcos mandados por capitanes nacionales y tripulacion francesa, para perseguir á los buques ingleses que entraban en el Mediterráneo, y de los cuales se cogieron gran número. En efecto, se habian capturado al fin del primer año cuarenta y siete, cuyo valor ascendia á 234,000 libras esterlinas; y al fin del segundo más de cuatrocientos, estimados en 1.000,000 de libras esterlinas.

Suscitóse una nueva discusion en 1756 sobre el punto de si una potencia beligerante puede durante la guerra autorizar á los neutros á un comercio que les prohibió cuando la paz. La duda nació de que la Francia habia permitido á los neutros hacer entonces con sus colonias el comercio prohibido anteriormente. Habiendo en efecto roto la Inglaterra el monopolio, gracias á la superioridad de su marina, sostenia lo que se llamó *reglas de la guerra* de 1756, á saber: que no alterando la guerra las relaciones de las potencias beligerantes con las neutras, no dispensaba á los súbditos de éstas de las prohibiciones que limitan su comercio en tiempo de paz. Este *derecho inglés* subsistió, y ha producido últimamente graves discusiones.

Era la época en que los filósofos razonaban sobre todo. Se dedicaron á examinar tambien el derecho marítimo, cuyas bases buscaban en el derecho natural, y demostraron que la libertad del comercio de los neutros se fundaba en este último derecho y no sobre convenciones, cuando no trasladaban víveres y municiones de guerra: era su conclusion que debia suprimirse toda traba como una barbarie y una tiranía. El danés Hubner publicó una obra sobre la estension y los límites del derecho que las naciones beligerantes tienen á la captura de los barcos neutros, probando que esta confiscacion no podia justificarse sino en el caso de infraccion flagrante de los deberes de la neutralidad. Varias naciones adoptaron este parecer, y se distinguió un síntoma precursor de la libertad de los mares, en la época de los Siete años, cuando la Suecia y la Rusia declararon que la Prusia, con la que se encontraban en hostilidad, podia continuar el comercio, escepto el contrabando de guerra, y la entrada en los puertos en estado de bloqueo, prometiendo á las demás naciones la misma seguridad que en plena paz para el comercio y la navegacion.

La lucha enteramente marítima que se sostuvo para la independencia de la América septentrional, embrolló de nuevo las cuestiones de este asunto (1778). La Francia convino con los Estados Unidos que el pabellon cubriera las mercancías; prohibió á los corsarios detener á los barcos neutros destinados á los puertos enemigos, ó que pro-

cedían de ellos. Sólo podían, si estos barcos estaban cargados de contrabando, apoderarse de las mercancías pero no del buque, á menos que el valor no ascendiese á las tres cuartas partes del cargamento. Los filósofos encontraron muy mezquina esta concesión, y se pronunciaron contra el derecho de visita que arrastraba consigo. Como después, con el objeto de evitar estas vejaciones, los buques mercantes se hacían convoyar por barcos armados, se debatió la cuestión de saber si aquella escolta bastaba para evitar la visita de los bajeles de las potencias beligerantes (28).

A estas cuestiones se agregaban las relativas al bloqueo y á los derechos respectivos de los pueblos cuando estaba declarado, y su decisión en este asunto fué, que si el bloqueo era efectivo, esto es, cuando cruzaban buques de guerra por delante del puerto ó de la rada de tal manera, que ningún barco pudiera intentar sin peligro el violarlo, los buques neutros no debían traficar con el puerto cerrado, bajo pena de ser tratados como enemigos; que si el bloqueo no es absoluto, las partes beligerantes tienen el derecho de rechazar los barcos neutros y de despedirlos, pero no de tratarlos hostilmente. Con respecto á la escolta, se había reconocido que todos tenían derecho de usar de ella, sin poder de todos modos exigir que la potencia beligerante se atuviese á la aserción de la neutralidad; que tenía necesidad de visitar el barco cargado, pero no el armado que viajaba con él.

Pero mientras esto se discutía, los ingleses se prevalían de su superioridad en el mar para visitar los barcos, con el objeto de que no llevasen nada á Francia ó á España; consideraban el derecho de visita como una consecuencia de la guerra, y como independiente de toda convención. Obligados, sin embargo, á dividir sus fuerzas entre América y Europa, les era efectivamente difícil cerrar gran número de puertos: en su consecuencia, pretendían que la declaración de bloqueo bastaba para escluir á los neutros, sin que hubiera en las cercanías una escuadra para separarlos. De esta manera es cómo establecían una regla de lo que reclamaba su interés; los demás pueblos se oponían también á ella por su interés, sobre todo los del Norte, que, ricos en maderas de construcción, cáñamo y alquitran, se quejaban de que la Inglaterra les impedía llevar sus géneros á las naciones en guerra con ella, pero en paz con ellos. La emperatriz Catalina II sostuvo, pues, aquella libertad (1780), proclamando, que los barcos neutros podían navegar sin obstáculo, desde un puerto á otro, en la costa del país en guerra, llevar á él productos y cargar los de ellos, escepto los objetos de contrabando; que no bastaba que un puerto estuviera bloqueado sin que realmente lo fuera, de tal suerte, que no se pudiese entrar en él sin

evidente peligro de ser detenido por los cruceros enemigos.

Esta declaración fué aplaudida por los filósofos (29); tanto España y Francia, como Dinamarca y Suecia prestaron á ella su adhesión, concluyendo con la Rusia el *tratado de neutralidad armada*; los Estados generales, la Prusia y el Austria se adhirieron á ella más tarde. No se atrevió la Inglaterra á oponerse directamente á un asentimiento tan general, y á las declaraciones de los filósofos, árbitros supremos entonces de la opinión; pero se abstuvo de todo acto que pudiera considerarse como adhesión, dejando obrar al tiempo y usando del procedimiento más útil en política, y que consistía en no decir nada. En efecto, cuando cesó la guerra de América, los motivos que habían determinado á la Suecia y á la Rusia cesaron también, y ya no se trató más de ello. Veinte años después se volvió á presentar la ocasión, pero reina y señora ya la Gran Bretaña de los mares, ejerció entonces el derecho de guerra con una brutalidad salvaje; bombardeó á Copenhague, y estipuló con el czar Alejandro convenciones en sentido opuesto á las que habían valido tantos aplausos á la abuela de aquel príncipe.

Una carta de mayo de 1849, escrita por lord Palmerston, ministro de Inglaterra, reconoce un principio opuesto al que dió origen á la larga cuestión de los neutrales; «si no existe bloqueo legal, ó si no se envió ninguna fuerza naval para formarlo ó sostenerlo, ó si después de enviado, fué rechazado por otra fuerza enemiga superior, las naves de país neutral que salgan de este puerto, bloqueado en el nombre y no de hecho, no pueden ser apresadas, y si lo fueren, los propietarios pueden reclamar la restitución de sus propiedades, con más los daños é intereses; pero en un puerto cuyo bloqueo se declaró legalmente, la ausencia momentánea de los cruceros por accidentes de mano ú otras causas, no prueba la insuficiencia de las fuerzas navales destinadas á llevar á efecto el bloqueo declarado, como tampoco la salida accidental también de cualquier buque neutral.»

La Inglaterra modificó también en 1849, en cuanto á los demás puntos, el acta de navegación de Cromwell en sentido más libre, de modo que desde principios de 1850 cualquiera mercancía, procedente de cualquier país y bajo cualquiera bandera, tiene libre entrada en los puertos ingleses. Casos continuos, sin embargo, y muy recién

(29) *La memoria sobre la neutralidad armada*, del conde de Gorz, 1801, ha arrancado aquella palma de la frente de la zarina filósofa, demostrando que fué únicamente el resultado de una intriga de gabinete. Véase sobre este hecho, tom. XXXVIII, pág. 270.

Véase también á KARSEBOOM, *Specimen juris gentium et publici de navium detentione qua vulgo dicitur embargo*. Amsterdam, 1840.

(28) Véase el Libro XVII, cap. 30.

tes nos convencen de que la cuestion de si la bandera ampara ó no las mercancías, quedará siempre á discrecion del más fuerte.

**Patentes de corso.**—Apenas se creará en los tiempos venideros, que los gobiernos civilizados hayan podido hasta en nuestros días legitimar el corso; es decir, dar cartas patentes, en virtud de las cuales, un barco particular puede atacar á los de un país enemigo, saquear, dar muerte, incendiar, echar á pique, y llevar á los almacenes del armador los efectos robados, chorreando aun sangre. A diferencia de los piratas, los corsarios enarbolan el pabellon de su nacion, respetan á los neutros, y no atacan más que á al buque enemigo (30). En vano es que el progreso de los tiempos haya impuesto la ley de hacer la guerra con el menor daño posible á los vencidos; respetar á los individuos desarmados y no alentar la violencia: la innoble sed de ganancia por un lado, y la ciega necesidad de la venganza por otro, hacen tolerar esta torpeza adornándola con nombres especiosos (31).

(30) Encontramos en la *Gran Carta inglesa* prescripciones más humanas que las costumbres actuales: «Que todos los mercaderes, á menos que no exista prohibicion pública, tengan entera seguridad para salir, ir, quedarse y volver á toda la Inglaterra, ya sea por tierra ya por agua, escepto en tiempo de guerra, y si son de un país que está en guerra contra nosotros. Si se encuentran de éstos en el nuestro cuando la guerra estalle, que sean presos sin daño de sus cuerpos y bienes, hasta que nosotros ó nuestra justicia sepamos como son tratados nuestros comerciantes que se encuentran en aquel momento en el país en guerra con nosotros. Si los nuestros están libres, que lo sean también los contrarios en nuestra tierra.»

(31) Las patentes de corso dadas por la Francia, en

Desde 1673, Colbert habia sugerido á Luis XIV la idea de dar pasaporte á todo barco enemigo que quisiera comerciar con la Francia. En 1675, la Suecia, la Holanda y la Rusia permanecieron acordes para que en caso de hostilidades no se diesen patentes de corso. La Prusia y los Estados Unidos de América hicieron otro tanto en 1785. La Francia en 1791, dirigió á las potencias europeas la proposicion regular de borrar recíprocamente del derecho de gentes á las acostumbradas torpezas que él consagraba. Hasta recibieron la orden sus escuadras, cuando estaba en guerra con los ingleses, de proporcionar toda seguridad á los barcos ingleses que formaban parte de la expedicion del capitán Cook, y de asistirlos en caso de necesidad por todas partes donde los encontrarán. La época no está, sin duda, distante, en la que los negociantes y los inofensivos curiosos puedan recorrer libremente los mares por entre escuadras enemigas, sin tener que temer ni ataque á su fortuna, ni turbacion en sus estudios.

virtud de la ley del dos pradiel, año XI, que sirve de regla en esta materia, están concebidas en estos términos: «El gobierno francés autoriza por las presentes á N. ...á hacer armar y tripular en guerra un... de... toneladas, mandado por el capitán N... con tantos cañones, balas, pólvora, plomo y con municiones de guerra y víveres que crea necesarios, para armarse en corso contra los enemigos de la Francia, y los piratas, ladrones y vagabundos, por todas partes donde pueda alcanzarlos; á cogerlos y á llevarlos prisioneros con sus barcos, armas y otros efectos cogidos, con obligacion por parte del armador y del capitán de conformarse á las leyes y ordenanzas,» etc.

## CAPÍTULO XXVII

### COOK.—EL MUNDO MARÍTIMO.

El inglés Jacobo Cook, abre la era de la navegación científica: habiendo conseguido por sus talentos é intrepidez salir de su humilde condicion, fué elegido para mandar el barco mandado á otro hemisferio con objeto de observar el paso de Venus por el disco del sol. Aprovechándose en aquel momento los sabios de diferentes países, de que las antipatías nacionales y las guerras de los reyes dormian olvidadas, se habian concertado en interés pacífico de la ciencia, preparando con escrúpulo y con actividad admirable los instrumentos y los cálculos. Marchó Cook acompañado de sabios de todas clases, tuvo que sufrir los nocturnos frios de la estremidad del cabo de Hornos, y llegó á Taiti (1); isla descubierta por Quirós en 1606, visitada despues por el inglés Waly y el francés Bougainville. Esta isla habia sido designada como la más favorablemente situada para un observatorio. No menos hábil que experimentado, entabló Cook relaciones pacíficas con los naturales, y lo dispuso todo para una observacion que hacia palpar á tantos corazones en todos los puntos de la tierra. Chappe fué á California, para rectificar las observaciones hechas en Siberia. Gentil se dirigió hácia las Indias, y bajo un cielo, en el que no se habia presentado una nube hacia seis meses, vió al sol cubrirse repentinamente en el preciso momento del fenómeno, pero pronto volvió á aparecer más brillante, y un feliz éxito coronó aquella esperanza general.

Mientras que los demás contemplaban al cielo,

Cook agrandó el conocimiento que se tenia de la tierra, descubriendo ó reconociendo diferentes islas en el mar del Sur. Alma de fuego en un cuerpo de hierro, atrevido en concebir, resuelto en ejecutar, perspicaz en encontrar espedientes, indomable en los reveses, reprimió las sublevaciones con una sangre fría imperiosa, próxima á la altivez. Conoció que el mal éxito de las expediciones anteriores procedia de la forma defectuosa de los barcos, demasiado grandes á la vez para abordar, y demasiado reducido para permitir largas navegaciones. Ocupóse, pues, en mejorarlos.

Encontró en Taiti pocas elevadas montañas, llanuras cubiertas de cocoteros, bananeros, moreras y cañas de azúcar, y playas llenas de pescado. Al paso que los habitantes de la mayor parte de aquellas islas eran pacíficos y civilizados, Cook encontró á los de la Nueva Zelandia feroces y caribes. El reconocimiento de aquella tierra, cuya vuelta dió, es el primer gran descubrimiento de Cook; y el sábio Dalrymple prestó grandes servicios allí, indicando continuamente los mejores espedientes que habia que emplear.

Desde allí se dió á la vela para la Nueva Holanda (1770) que hallada en el siglo xvi, habia caido en el olvido, hasta el punto de poder ser considerada entonces como un descubrimiento, y constituir un mundo enteramente nuevo. Prosiguió Cook su camino admirando las plantas y animales con un aspecto enteramente desusado. Atravesó el estrecho que separa aquel continente de la Nueva Guinea, descubierta desde 1666 por Torres, compañero de Quirós. Pero como él queria mantenerse siempre á la vista de la tierra, tocó en uno de los numerosos bancos de coral que cruzan la proximidad de las islas; é infaliblemente hubiera perecido, si las mismas ramas del coral no hubiesen tapado en parte la via de agua que habian abierto

(1) Los indígenas, á quienes los primeros navegantes preguntaban cómo se llamaba su país, respondieron *O-Taiti*, ó de otra manera: *este es Taiti*. El uso hizo entonces prevalecer aquella denominacion impropia de *O-Taiti* sobre la de Taiti.

y la que ya entonces fué posible remediar. Después de haber tomado posesion de la Nueva Gales del Sur (12 de junio), volvió á su patria, habiendo dado la vuelta á la tierra en dos años y once meses, no sin haber perdido al volver por el escorbuto gran número de hombres. El célebre Banks, que le acompañaba, enriqueció la botánica con especies muy raras.

La idea de que la Nueva Zelanda formaba parte de una estensa tierra austral, se encontraba destruida por el reciente viaje de Cook: sin embargo, muchos navegantes persistian en creer en un continente meridional. Se decidió una expedicion con el objeto de asegurarse de ello; y marchó Cook con la *Resolucion* y la *Aventura* (13 de julio de 1772). Un interés general acompañaba á aquel viajero, como diputado por toda la Europa para llevar las artes á los bárbaros, y reparar con la ayuda del cristianismo los desafueros de Pizarro y de Valverde. Llevaba consigo á los afamados sabios Banks, Green, Sparrmann, Solander, Forster y Anderson, academia que se entregaba á sus trabajos en las dos fragatas. Encontraron masas de hielo de dos millas de estension y sesenta piés de altura, después otra masa continua y auroras boreales, y tuvieron la certidumbre de que allí no existia tierra, á menos que no fuese á una muy gran distancia, después de haber permanecido ciento diez y siete días en el mar sin haber visto la tierra más que una sola vez. Desembarcaron en la Nueva Zelanda carneros, cabras y hortalizas de Europa, con el objeto de dar á los naturales un testimonio de sus benévolas intenciones. De vuelta á Taiti, aprendió Cook á conocer mejor á los habitantes, asistió á sus representaciones dramáticas y se confirmó en la buena opinion que habia concebido de los taitianos, á pesar de sus sacrificios humanos y de la barbarie de sus guerras.

Un grupo de cerca de cien islas que se prolonga en tres grados de latitud y dos de longitud, recibió de Cook el nombre de islas de los Amigos, por la benevolencia de los habitantes con respecto á los extranjeros y á él mismo. Están pobladas de naciones muy diversas, cuya metrópoli es Tonga, descubierta en 1643 por el holandés Tasman, y representada como un jardin de temperatura uniforme, susceptible del mas hermoso cultivo, si se encontrasen manantiales. Los indigenas reverencian á los dioses malignos, á quienes tratan de hacerlos propicios con encantos, y sacan presagios de los fenómenos celestes. Observan la prohibicion del *tabu*. Su gran sacerdote *tui-tonga*, que pasa por descendiente de la sangre de los dioses, fué venerado al igual de U, es decir, del rey, y á veces ofrecen sacrificios humanos. Si se ha de creer á los viajeros, difieren mucho de los europeos, en la parte de tener horror á la maledicencia.

Continuó Cook serpenteando á través del archipiélago mal indicado por los viajeros anteriores, y que llamó las Nuevas Hébridas. Se adelantó des-

pues por otras, á las cuales dió el nombre de Sandwich, las más meridionales que se han visitado hasta ahora, cubiertas todas de hielo, que hicieron desvanecerse la idea de un continente austral. Después de haber corrido más de veinte mil leguas marinas más allá del cabo de Buena Esperanza, volvió á Inglaterra, de donde habia estado ausente tres años y diez y ocho días (1775).

Estimulados por estos ejemplos, algunos franceses habian armado en Bengala (1769) dos barcos que, bajo el mando de Surville, exploraron los mares antárticos, y descubrieron allí el pais de los Arsácidas; pero el capitan se ahogó. Otros franceses acudieron siguiendo sus huellas; pero el poco éxito y la gran mortandad que experimentaron, hicieron resaltar más el mérito de Cook que habia sabido conservar su tripulacion con buena salud.

Una vez desechada la idea de un gran continente austral, á menos de suponerle á tal altura que no habria nada que esperar de él, ni con respecto á colonias ni á riquezas de cualquier clase, quedaba aun en duda si existia un paso al Noroeste, y el gobierno inglés decretó 20,000 libras esterlinas para el que lo encontrara (1776). Cook ofreció ir en su busca. Marchó, pues, con barcos cargados de ganado, con el objeto de enriquecer á las islas del Sur; y habiendo llegado de nuevo á aquel teatro antiguo de su gloria, dejó sus regalos á los admirados habitantes. Dedicándose entonces á la esploracion de aquel paso, llegó á la estrechidad más occidental del continente americano, separado apenas por trece leguas del Asia, y midió la anchura del estrecho de Behring.

**Muerte de Cook.**—Los hielos que sobrevinieron le obligaron á virar de bordo; y descendiendo desde el polo Artico por toda la longitud de la mitad del mundo hácia el polo Antártico, fué á visitar durante el invierno las islas de Sandwich, donde recibió la acogida más benévola; pero no pudo enfrenar la irresistible inclinacion de aquel pueblo al robo. Precicado á actos de rigor, irritó á una parte de los habitantes que se rebelaron, le hirieron mortalmente y se encarnizaron sobre el cadáver de aquel que en otro tiempo era objeto de su amor y de su respeto.

Cook habia sido muy poco favorecido en el resultado de sus viajes; porque ellos contestaron negativamente á dos cuestiones resueltas por la afirmativa en los descubrimientos posteriores; pero fué muy feliz por la fama que obtuvo. No es de todos modos que fuese innecesaria, porque exploró mayor estension de costas que cualquier navegante antes que él. La playa oriental de la Nueva Holanda no habia sido recorrida por nadie; nadie habia dado la vuelta á la Nueva Zelanda, considerada como un continente. Se le debe el conocimiento de la Nueva Caledonia y de la isla de Norfolk, como tambien el haber determinado las Hébridas y las islas de Sandwich, que estaban olvidadas. Aunque tales resultados estén lejos de ser tan brillantes como los de los primeros autores

de los descubrimientos, han resultado problemas importantes geográficos, tanto en estos parajes como en otros situados más al noroeste de la América. Cook determinó con una precisión hasta entonces desusada la situación de todos los lugares á donde arribó. Un mérito que le es particular es el atento cuidado por la salud de su tripulación en los viajes que le trasladaron dos ó tres veces desde la línea á los dos polos, y por él se ha conocido que el jugo de limón es un excelente preservativo contra las enfermedades que engendran una larga navegación. El mismo fabricó cerveza en la Nueva Zelanda, con corteza de pino; en las islas de la Sociedad saló la carne de cerdo por un nuevo método; detalles que da cuenta de sus sencillas relaciones que llevan el sello de la verdad. No había novela que pueda interesar tanto como semejantes relaciones, en que se ven precauciones por la salud de los marinos, la paciente habilidad que desplegó para amansar pueblos bárbaros, y la civilización europea que tomaba posesión de un mundo que se ensanchaba para recibir sus frutos. Su muerte en el campo de batalla hizo olvidar las faltas de que se le podían hacer cargo por el celo con que obedeció, cambiando el nombre de ciertas tierras descubiertas antes por los franceses y holandeses.

En este estado estalló la guerra entre Francia y la Inglaterra; pero aquella potencia había mandado á sus barcos respetar el de Cook; noble ejemplo de veneración tributado á la neutralidad de la ciencia que no fué imitado por los Estados-Unidos de América.

Clarke, que tomó el lugar de Cook, continuó el viaje de circunnavegación, durante el cual encontró que ciertas islas habían llegado á la guerra civil por disputarse cabras abandonadas por Cook, que concluían por destruir. Después de haber intentado en vano el paso al Norte, se decidió Clarke á volverse; pero murió en Kamtchatka, después de haber dado tres veces la vuelta al mundo. El naturalista Anderson había perecido también en aquella expedición.

Los nuevos zelandeses se habían hecho amar particularmente del capitán Cook como una nación generosa y rica en productos, lo cual estimuló al gobierno á fundar la colonia de Botany-Bay. El capitán Philips, mandado al efecto, encontró más oportuna la posición del puerto de Jackson (1783); y la colonia, aunque compuesta en su mayor parte de malhechores, no tardó en prosperar. Atrevidas exploraciones se hicieron desde allí á las costas contiguas, donde se formaron establecimientos que pudieron ofrecer agua, carbon, ensenadas y abundante caza de focas.

**Oceanía.**—Dirigióse la atención de esta manera sobre países que la Europa había olvidado durante dos siglos; y la quinta parte del mundo recibió el nombre de Oceanía (2), comprendiendo en ella el

continente de la Australia y las islas, lo cual dió un espacio de doscientos cuarenta grados, es decir, de dos terceras partes de la circunferencia de la tierra, con 500,000 leguas de tierra, pobladas por 25,000,000 de habitantes, desde la costa de Africa al Occidente hasta la de América al Oriente, y desde el polo austral hasta el continente asiático. Es una parte muy importante del globo, tanto para el estudio de la naturaleza como para el hombre. Todas las razas parecen haberse reunido allí, desde el blanquísimo albino hasta el negro, desde el gigante hasta el pigmeo; la sociedad patriarcal se mezcla á las tribus antropófagas, y las naciones de una civilización antigua, alternan con los pueblos aun en su infancia. La naturaleza, como para burlarse de la especie humana, ha colocado allí la clase de monos más inteligentes al lado de los hombres más estúpidos. Una risueña vegetación contrasta con la desolación del volcan; se encuentran, en fin, las especies de animales y vegetales más estraños. Un mar muy tranquilo agitado repentinamente por huracanes y trombas inevitables, templos anteriores á todo recuerdo, pequeñas islas sacadas ayer del seno del mar, en las que el lujoso verdor de las palmeras dará pronto sombra á la cabaña del salvaje, que, feliz con su desnudez, goza de las delicias de la naturaleza, cuya bondad tiñe la abundante pluma del ave del paraíso, y hace madurar el fruto del árbol del pan. Las formas de gobierno no ofrecen menos variedad: algunos no conocen más que la tribu, otros la monarquía; variedad aumentada por los pueblos de todo país que domina allí ó ha dominado, ingleses, portugueses, españoles, holandeses, norteamericanos y chinos.

Un fenómeno particular en aquel Océano es la fosforescencia de las olas, que á la caída del día, hacen producirse una nueva luz, brillante como lentejuelas de plata: tan pronto se las tomara por lava vomitada de un volcan, como por estrellas brillantes, redondas, angulosas, que se encienden, corren y deslizan perdiéndose en lontananza; ya forman guirnaldas, ya serpentean y brillan como centellas. A veces bancos de color de rosa, azul ú ópalo, se estienden por un centenar de millas; de aquí proceden los nombres de mar de Sangre, de mar de Leche, que los primeros navegantes les han dado. Los barcos dejan tras sí una brillante estela; todo lo que agita el viento y la misma agua conservada en las casas, produce estos rayos de luz, y se atribuyen á una multitud infinita de moluscos é infusorios de que cada gota está llena.

La naturaleza es aun más maravillosa, si es posible, al verla, por decirlo así, construir nuevas tierras. Corales y madréporas elevan desde el

---

quiere que se divida la tierra en tres mundos, el antiguo, el nuevo y el marítimo, que comprende la Australia, la Nueva Holanda con sus islas, el archipiélago Oriental y la Polinesia.

(2) Walckenaer, en el *Mundo marítimo* (Paris, 1819),

fondo del mar sus mil ramas, las enlazan de manera que forman un obstáculo insuperable hasta para las mismas fragatas, y forman unidas de esta manera una empalizada, erizada en derredor de un espacio de agua, que lleno pronto por los depósitos marinos y por otros pólipos, se convierte en una isla más ó menos grande. Todos los días se presentan otras nuevas; algunas se elevan ya á varios piés sobre el nivel del mar, cambiadas en un suelo fértil; otras apenas se muestran á flor de agua revestidas sólo con el gracioso follaje del pantano odorífero que ofrece á los náufragos lecho y alimento: éstas se ocultan como un lazo bajo las aguas; y aquéllas se elevan perpendicularmente desde el seno de los abismos á donde no llega la sonda. En otras partes estos arrecifes de coral forman bahías y ensenadas en derredor de las antiguas islas, y cierran las que existen, y tal vez llegará el tiempo en que tendiendo sus ramificaciones de isla á isla, formarán un vasto continente de aquel inmenso archipiélago.

**Idiomas.**—Desde el primer viaje á través del estrecho de Magallanes (1519), Pigafeta recogió diferentes palabras de los países que visitó, dando en esto un buen ejemplo á los que vinieron después de él. A mediados del siglo último, Forster trazó un pequeño cuadro comparativo de once dialectos oceánicos, en vista del malayo y de las lenguas de Chile, el Perú y Méjico, lo que hizo resaltar una gran analogía entre estas últimas y el malayo. Bougainville y Cook extendieron esta clase de estudios y los últimos viajes han convenido de que se encuentra en las islas de la Oceanía un sistema de lenguas unidas entre sí por numerosas afinidades, y que proceden de un mismo origen (3). Hay dos que prevalecen sobre las demás: el malayo y el javanés. Poeyendo, como ya hemos visto, monumentos de una época ciertamente muy remota, una literatura rica y original, documentos históricos y restos notables de legislación, ofrecen preciosos indicios sobre el origen y las emigraciones de las naciones oceánicas. El malayo se habla en todo el mar de las Indias, desde el cabo de Buena Esperanza hasta la Nueva Guinea; y hasta en los mismos parajes donde no es de uso habitual, sirve, así como la lengua franca en Levante, de medio general de comunicacion.

Los holandeses se habían dedicado á aprender el malayo para facilitar su comercio y ayudar á los progresos de las misiones. El francés Flaccourt

publicó con el mismo objeto un diccionario de la lengua de Madagascar. Los frailes españoles hicieron otro tanto en las islas Filipinas con profundas notas, á las cuales la creacion de la lengüística ha dado un gran desarrollo en nuestro siglo. Entonces Marsden y Leyden se entregaron á trabajos dignos de elogios sobre el malayo; Crawford y Raffles los publicaron sobre el javanés, mostrando cuánta importancia ofrecian estos idiomas; en fin, los holandeses publicaron textos javaneses. Con respecto á las lenguas aun no escritas, Chamisso y el doctor Martin, metodistas ingleses, dieron alfabetos de las de Sandwich y Tonga; y los sabios que acompañaron a Dumont d'Urville, dieron á conocer la de la Nueva Holanda y la de la Tierra de Van-Diemen.

Parece resultar de estas comparaciones que la semejanza que se encuentra entre las varias lenguas oceánicas podria atribuirse á la existencia anterior de una lengua general que hubiera dejado huellas en países muy distantes el uno del otro; países cuyos idiomas ofrecen tantas relaciones como los dialectos de las provincias contiguas, al paso que los de las provincias intermedias difieren de ellos considerablemente. La lengüística pudo de esta manera unir á los pueblos entre los cuales no se conocia otro vínculo que el de la lengua, y cuya masa se ha extendido por noventa grados de longitud.

El más profundo orientalista de nuestra época, Guillermo de Humboldt, ha aumentado considerablemente los conocimientos con respecto á estas lenguas, y en su obra póstuma sobre el kawi, lengua litúrgica y literaria de los antiguos javaneses, busca las afinidades y sigue los desarrollos de todas las de la Oceanía; no para mostrar la fria y paciente curiosidad de un gramático, sino para perfeccionar la inteligencia de las formas del pensamiento y estender el conocimiento de los monumentos y tradiciones. Así como Guillermo Schlegel, que rivaliza con él en saber y sagacidad, no limitó la comparacion de las lenguas á sólo las palabras, sino que, sin descuidar éstas, examinó las semejanzas gramaticales. Llegó de esta manera á constituir cinco grupos de lenguas: el malayo y el javanés, el idioma de las Celebes, el de Madagascar, el de las Filipinas y Formosa; en fin, el último, que comprende las lenguas de la Polinesia oriental, cuyos principales dialectos son los de las islas Tonga, Sandwich, la Nueva Zelanda y Taiti. Todos estos grupos se conforman á una ley única con adición de prefijos y afijos, es decir, modificando la idea capital por la union de ciertas sílabas á la raíz, por medio de las cuales se convierte en verbo adjetivo, nombre abstracto ó nombre concreto. La afinidad se revela de una manera notable en la identidad de los pronombres personales, y se puede sacar, en consecuencia de ella, la unidad de raza de los pueblos oceánicos, cuyo idioma se modificaria en cinco variedades principales.

(3) Formosa y Malaca deben comprenderse en la Oceanía, segun Urville, por el idioma. El célebre lingüista Bopp leyó, en diciembre de 1840, á la Academia de Berlin una profunda disertacion, en la cual demuestra la concordancia de las lenguas malayas ó polinesias con los idiomas indoeuropeos con relacion á los pronombres personales é indicativos. M. Gustavo Eichthal habló sobre el mismo asunto en la Academia de Ciencias morales de Paris, en marzo de 1844.

**Razas.**—En el primer grupo, comenzando por Levante, los *polinesios* propiamente dichos, de tez amarillenta, habitan al norte de las islas de Sandwich, al Sur en los archipiélagos de la Sociedad, de las Peligrosas, los Amigos, los Navegantes, Fitgis, la Nueva Zelanda, la Nueva Caledonia y las Hébridas. En el centro los *carolinos*, que residen en las islas Kingsmill y en las de los alrededores, como también las Carolinas propiamente dichas y las Marianas. Los *negros* de la Malesia ocupan la Nueva Guinea, el interior de Timor, Flores, Sumbava, Borneo y las Islas Filipinas. Los *malayos*, de color de ladrillo, pueblan las costas de la Malesia, desde la occidental de Sumatra hasta la oriental de las Filipinas; además los archipiélagos de Salomon, la Luisiada, la Nueva Bretaña y la Nueva Irlanda; y por último los *habitantes de la Australia*, aun mal conocidos (4). Además de estas poblaciones, parece que los negros fueron los primeros que habitaron la Oceanía; y diferentes tribus diseminadas en la Nueva Guinea, en el continente de la Australia, en las montañas de Malaca y Filipinas, restos acaso de los primitivos habitantes, hablan dialectos enteramente diferentes é informes, que no se podrían estudiar ni unir á otros con precision.

Las leyes etnográficas mandan, así como las de la geografía, unir á esta quinta parte del mundo marítimo gran número de islas que se asignaron en otro tiempo á Asia; pero aun aprobando esta nueva distribucion, hemos debido atenernos á lo que nos indicaba la razon de los tiempos y de las tradiciones. Sin embargo, después de haber hablado en otra parte de las islas, contadas en otro tiempo en las Indias occidentales, nos queda que ocuparnos aquí de las que se encuentran más cercanas á la Australia.

Algunas están aisladas, otras en grupos; las hay que no presentan más que rocas desnudas; otras varias, como Borneo, Celebes, Java, Sumatra, Madagascar y la Nueva Guinea, además de la Australia, son las mayores que existen en el mundo. Las innumerables pequeñas islas á las cuales se les ha dado el nombre de Carolinas, están esparcidas por un estenso océano: los pólipos, agentes muy activos de la naturaleza orgánica, forman á cada instante otras nuevas, que están aun deshabitadas.

**Islas Carolinas.**—El doctor Chamisso, y después de el Duperrey y d'Urville, como también los rusos Lütke y Martens, fueron los primeros que dieron alguna luz, aunque incierta todavía, sobre el gran archipiélago de las Carolinas. Este nombre se les dió en honor á Carlos II por Laezeano, viajero español, que fué el primero que vió una en 1668; los que llegaron después de él encontraron otras, á las cuales extendieron esta denomina-

cion con la misma idea. Al momento los misioneros acudieron de Manila, como ya hemos dicho, y dieron la descripción de ellas; pero sus esfuerzos para verificar conversiones obtuvieron poco resultado. Estas islas permanecieron después olvidadas hasta el momento en que *el Antilope*, barco de la compañía inglesa mandado por Enrique Wilson (1793), se estrelló contra las rocas de las islas Pelew. Cuando pasó la noche con la tempestad que había arrojado allí aquel barco, los naufragos vieron la tierra, y pasando á los botes y á balsas construidas, apresuradamente saltaron en ella. Era una isla desierta, dependiente del rey de Pelew, que al momento envió á su socorro. Estableciéronse relaciones de amistad entre unos y otros, en medio de la admiracion recíproca que se causaban. Los europeos ayudan á aquel rey, llamado Abbatule, contra sus enemigos; en fin, construyeron un barco en el cual marcharon. Li-Bu, hijo del rey, quiso seguirlos, y se hizo instruir en Lóndres, donde experimentó la sorpresa de costumbre del que ve por primera vez una civilizacion á la cual no está acostumbrado desde la infancia; pero murió de viruelas.

El naufragio del *Mentor*, barco americano, hizo conocer las islas Martz, Chiangle, Lord-North y los Mártires. Martens, Morrel y d'Urville nos hablan de las Carolinas, países encantadores por su clima y su hermosa, industriosa y valiente poblacion, llena de delicadas consideraciones con respecto á las mujeres, y estraña á las costumbres lascivas que parecen generales en el océano Pacífico. Los tejidos fabricados en aquellas islas son notables por su finura. Los muertos los arrojan al mar.

Sería curioso, pero demasiado largo, referir las estrañas aventuras por las cuales tan pronto un barco perdido, como un ballenero ó un naufrago, produjeron el descubrimiento del país que se había escapado á las atentas indagaciones de espediciones combinadas. Así fué como en 1785, habiendo echado el ancla el capitán de un barco de la compañía de las Indias en el puerto de Penang, para hacer aguada, fué visto por la hija del rey, que, enamorándose de él, rogó á su padre se lo diese por esposo. Logró lo que queria; la isla fué su dote, y el feliz marino la vendió en treinta mil libras esterlinas á la compañía de las Indias, la que le dió el nombre de Príncipe de Gales, y la convirtió en depósito principal para el comercio del opio. Bateman encontró, yendo de la Tierra de Van-Diemen al puerto de Philips, conocimientos propios de los pueblos civilizados entre los habitantes del país: se le reveló la causa cuando encontró á un blanco que, abandonado allí en 1803, había vivido cerca de cuarenta años con los indígenas, á quienes había enseñado lo que sabia de las artes de Europa.

**Nueva Holanda.**—La grande isla ó continente de la Nueva Holanda, llamada también Australia, iguala poco más ó menos en estension á las dos terceras partes de Europa; su contorno se asemeja

(4) Esta es la clasificación dada por el capitán LA-FOND en el *Boletín de la Sociedad Geográfica*. Marzo, 1836.

al de Africa: así como el Africa, se prolonga hácia el Sur, se ahonda como ella al Sudoeste, y se desarrolla estensamente en la parte media. Se ofrece á las miradas estéril y monotoná, con habitantes de tez negruzca, débiles y salvajes, con animales y plantas que parecen contradecir las ideas y las clasificaciones recibidas. Árboles gigantescos se elevan allí en una arena árida; las ortigas y el helecho crecen al igual de nuestras encinas, pero un follaje blancuzco y áspero entristece la vista en lugar del risueño verdor de nuestras selvas. Encuéntanse eucaliptos, árboles de la goma con las hojas dispuestas verticalmente, acacias sin hojas y siempre de color verde oliva, sea primavera, sea otoño. Los frutos, que en otras partes proporcionan alimento al hombre, faltan allí, y los animales que corren por la tierra son muy raros, al paso que abundan las aves y las conchas de gran belleza y valor. El perro es el único que está domesticado; un volcán arroja llamas pero no lava. El cisne es negro; otro animal (*el ornitorinco*) participa juntamente del cuadrúpedo, del reptil, del pescado y del ave, y con muy pocas excepciones, todos los animales son de dos estómagos, lo cual determinó á Cuvier á formar un grupo distinto (*los marsupiales*). Grandes ríos se precipitan desde las montañas; pero se pierden ó se reducen á un hilo de agua antes de llegar al mar. Las montañas no tienen valles, y una raza degenerada, apenas digna del nombre de hombres, vive bajo aquel hermoso clima. Seres deformes y débiles de cuerpo, que ignoran las artes y la propiedad particular, pero que se entregan en cambio á toscas supersticiones, y hasta á crueles ritos. Cortan á las mujeres dos falanges del dedo pequeño, los hombres se hacen en el cuerpo dibujos de relieve, entierran al niño de pecho con su madre, y se desuellan la nariz en señal de duelo.

La cadena de montañas, llamadas Montañas Azules, que se estiende en derredor de las comarcas anteriores, no ofrece, aunque poco elevada, valles accesibles. El cirujano Bass, que se aventuró á pasarla y se adelantó bastante lejos, agarrándose á las rocas y metiéndose por los precipicios, se vio precisado á declararlas impracticables, como lo creían también los naturales. Solo en 1813 se encontró un paso hácia el Oeste, que permitió penetrar por un camino que serpenteaba en una vasta llanura propia para la agricultura y la caza, y donde á veces las crecidas de los ríos apenas dejaban á las alturas en seco: allí se fundó la ciudad de Bathurst. Continuando Oxley explorando el país, encontró el río Maquaire, que se pierde en los pantanos del interior, contra la esperanza que tenía de verle desembocar en el Océano. El mismo Sturt y otros despues de él, señalaron hermosas comarcas poco distantes de las costas, que ofrecían probabilidades incitantes á las especulaciones agrícolas; y por últimos, Leichart hizo en marzo de 1846, muchos descubrimientos en el interior, en donde encontró prados y llanuras muy adecuadas para el

cultivo del algodón y del arroz, y para el pasto de bueyes y caballos.

**Polinesia.**—Las islas de la Polinesia están esparcidas á distancias más considerables que las de la Micronesia; son, no obstante, pequeñas, excepto la Nueva Zelanda y algunas otras, como Taiti. Aunque están situadas entre los trópicos, el calor es templado por los vientos: así es, que la primavera es continua y se producen flores y magníficos frutos. El nuevo zelandés se halla en aquel estado en que los sentimientos elevados no moderan las pasiones y los sentidos: inferior al europeo, pero superior por su inteligencia á otros pueblos civilizados, se ve dominado por la religion y por la superstición, á las que no acompaña, sin embargo, la conciencia de sus actos: las leyes que arreglan su conducta se fundan en su interés, y vano y orgulloso, finalmente, es exagerado en sus dichos, siente muy poco los afectos naturales y se desprende inconsideradamente de la vida (5).

Hay alguna duda sobre la manera con que han sido pobladas: unos lo remontan á los fenicios, otros quieren que sus habitantes desciendan de los japoneses; éstos creen que son procedentes de Java; aquellos los tienen por éstos de un gran continente sumergido. La unidad de su origen, además de la de la lengua, se encuentra demostrada, como ya hemos dicho, por ciertas costumbres generales, extrañas á las necesidades naturales, y por una conformidad de culto que se encuentra por doquiera en estas islas. Algunos las hacen derivar de los dayaks de Borneo, á los cuales se asemejan por su tez pálida y amarillenta, por el aspecto del cuerpo, la cabellera larga y negra, las costumbres, el gobierno y el ayuno forzado del tabu, aunque la raza se haya alterado por diferentes mezclas. Los navegantes del siglo XVIII supusieron que la emigración á aquellas islas había seguido, como ellos, la dirección de Occidente á Oriente, y atribuyeron su civilización á los malayos, que tienen en el día tanta importancia en aquel archipiélago. En la actualidad se cree que la civilización no ha podido ir allí sino de Levante y de los polinesios. Esta opinión emitida igualmente por Urville, por el misionero Ellis y el cónsul Moerenhout (6), está fundada sobre la homogeneidad de los caracteres típicos, así como también sobre la dirección de los vientos y de las corrientes. El centro de donde emanara la civilización polinésica, si no se la quiere considerar como espontánea y original, es todavía desconocido, y acaso fuera una tierra que haya desaparecido por completo.

El sistema religioso de los naturales es muy oscuro. Moerenhout es el único que ha dado alguna

(5) Nota de M. Martin á la Asociación británica para el progreso de las Ciencias, 1845.

(6) D'URVILLE, *Viajes*.

ELLIS, *Indagaciones sobre la Polinesia*.

MOERENHOUT, *Viaje á las islas del Gran Océano*.

luz sobre él, y hecho conocer ideas cosmogónicas muy singulares. Creen en un Dios supremo, creador de todas las cosas, de quien han emanado varios dioses y héroes que forman una teogonia de un gran desarrollo poético, y estendida desde un extremo á otro de la Polinesia. Varios ritos se refieren al culto del sol, que en aquella lengua se llama *Rá*, como en el idioma egipcio. Existen además entre los egipcios y los polinesios otras semejanzas, tanto en las costumbres como en los ritos.

**El Tabú.**—El *tabú* es la más notable de sus creencias religiosas. Cuando un hombre se hace *tabú*, es sagrado é inviolable: él solo puede, sin cometer pecado, echar mano de todo, comer puercos, tortugas, dorados, y otros manjares privilegiados, y todo lo que él toque no puede ya servir para los usos ordinarios, debiendo reservarse para funciones elevadas. En otras provincias, por el contrario, el *tabú* es una excomunion, una maldicion, y los jefes de las tribus y en general todo superior, puede imponerla al inferior como castigo, siendo desde este momento prohibido al que la sufre hasta el alimentarse por sí propio. ¡Qué instrumento tan eficaz de poder es éste en mano de los poderosos! Estos, en efecto, si temen que perezca una especie de animales, si quieren hacer solos el tráfico con una nave europea, si se proponen guardar sus posesiones ó castigar á un enemigo, hacen inmediatamente la declaracion de *tabú*: igualmente declara *tabú* su casa, campos y nave el que se cree sujeto á las iras de la divinidad, sin que vuelva á hacer uso de aquellas, y hay algunos actos que llevan consigo el *tabú*, como el cortarse los cabellos, el tocar á los muertos, el pasar inclinándose por debajo de animales vivos ó muertos, y otros muchísimos, de modo que la divinidad interviene continuamente en la vida de los australes. El *tabú* se observaba más rigurosamente en Taiti: en esta isla el fuego de los hombres y todos sus utensilios eran *tabú* para las mujeres, y los sacerdotes, como *tabú*, podian hacer uso de todo género de efectos y manjares.

Parece que á la raza primitiva se agregaron otras, que con diferentes derechos produjeron la diversidad de castas. Generalmente preside aquellas sociedades un rey, del cual dependen otros jefes, que son á su vez señores de sus subordinados. Su religion varia, pero todos creen en la divinidad y muchos en la trinidad, en la vida futura y en la expiacion, teniendo sobre la cosmogonia ideas caprichosas en extremo. Algunos dan gracias al cielo ofreciendo las primicias: los más aplacan sus iras con sacrificios hasta de víctimas humanas, que destrozan en abundancia sobre las gradas de sus *morais*, enormes pilastras naturales, al rededor de las cuales se congregan como los druidas de las Galias, y celebraban sus victorias comiéndose á sus enemigos. En la Nueva Zelanda se hacen sacrificios de hombres al genio del mal: cuando la familia es muy numerosa, la madre oprime con sus dedos el cráneo del recién nacido

hasta que le hace morir, encuentran muy natural el devorarse, porque tambien lo hacen los peces y otros animales, y se comen con más gusto aun á sus enemigos, porque suponen que al destrozar su cuerpo, destrozan tambien su alma, que vienen á ser entonces aumento de la suya. Estos efectos de la supersticion son tanto más extraños, cuanto que los polinesios son pacíficos y humanos, si bien en las grandes carestias se comen á sus padres, á sus madres y á sus mismos hijos.

Las piraguas, embarcaciones de uso general entre los bárbaros, son en estas regiones de gran perfeccion, pues las construyen dobles y las dirigen con el timon y con una rosa de los vientos (y esto es muy notable) dividida del mismo modo que la dividieron los griegos después de Alejandro, y los romanos hasta los tiempos del emperador Claudio. Los polinesios saben tejer las cortezas de los árboles y especialmente su excelente cáñamo, como tambien preparar bebidas espirituosas, y punzarse el cuerpo formando dibujos de muy buen gusto. En sus danzas reina lo mismo que entre otros pueblos una idea religiosa.

En el archipiélago de las islas Agnai ó Sandwich, las costumbres eran apacibles, aunque no dejan de ofrecer algun contraste de fiereza. El alimento es frugal: las mujeres reciben caricias, su trabajo es prudente, y es suyo tambien el cuidado de darse á los placeres sin respeto alguno á la honestidad. Los naturales son feroces en sus guerras, hospitalarios en sumo grado, y muy diestros en la navegacion y en la pesca: tienen aficion suma al canto, al baile y á las representaciones escénicas, y son, por último, muy dados al robo con la inclinacion casi del instinto. Guardaban hácia los muertos las mayores atenciones, dando muestras de su afliccion con ayunos y mortificaciones, y honrándoles con fúnebres salmodias. Una mujer de Chiai Mocai, gobernador de Mavi, repetia el siguiente canto: «Muerto es ya mi señor; muerto es mi amigo, mi amigo en la estacion del hambre; mi amigo en la estacion de la sequia; mi amigo en mi pobreza; mi amigo en la lluvia y en el viento; mi amigo en el sol y en sus ardores; mi amigo en el frio de la montaña; mi amigo en la tempestad y en la calma, mi amigo en los ocho mares. ¡Ay de mí! ¡ay de mí! Mi amigo ha marchado, ya no volverá más» (ELLIS). Igualmente celebraban con canciones todas las demás solemnidades de la vida.

Al arribo de Cook, todas las islas tenian su caudillo, y muchos príncipes subalternos ó arios (7), siendo el mayor de todos el rey de Anai, «Rono-Acua (dice una de sus canciones) habitaba en los tiempos antiguos con su mujer en Chere-Ara-Chema, y Caichi-Rani-Ara-Opuna se llamaba la diosa,

(7) El lector recordará los *arias*, que encontramos en la más remota historia del mundo, y que se convirtieron después en los *héroes* de los pueblos clásicos.

que era todo su amor. Una escarpada roca les servía de albergue.

»Presentóse un hombre en la cima de aquella roca, y desde allí habló á la esposa de Rono: *¡O<sup>h</sup> Caichi-Rani-Ara-Opuna! quien te ama te saluda. Dignate mirarle; desecha de una vez á tu esposo; que quien te habla siempre te será fiel.*

»Rono habia oído estas artificiosas palabras, y en su furor mató á su mujer.

»Lleno de dolor por tal crueldad, llevó á un *morai* su cuerpo exánime, y allí la lloró por mucho tiempo: después se apoderó de él la locura, y corrió á Vai, provocando á batalla á cuantos encontraba.

»El pueblo admirado exclamaba: *¿Está loco Rono?* y Rono respondía: *Sí, está loco por su culpa, por causa de su grande amor.*

»Habiéndose ordenado juegos para celebrar la muerte de la mujer querida, Rono se embarcó en una piragua de tres puntas, dirigiéndose á lejanos países; pero antes de partir profetizó diciendo: *Llegará día en que vuelva sobre una isla flotante, que conducirá perros, puercos y gallos.*»

Hallábase, pues, en continua espectacion de su regreso, que recordaban con solemnidades todos los años, y por esto acogieron con alegría á Cook, creyéndole su desterrado rey, y le adoraron como á Dios, sin que él pudiera comprender la causa. Ofreciéronle, pues, sacrificios bajo la estatua de Rono, colmáronle á él y á su tripulacion de donativos y presentes, y el rey Tarai Opu le rindió toda especie de homenajes, y quiso cambiar con él su nombre, lo cual es entre ellos la mayor demostracion de aprecio, si bien es cierto que se maravilló al verle cargar en sus buques tan gran porcion de efectos, exclamando: *Este viene de un país en que debe morir de hambre, y si prolonga mucho aquí su estancia, concluirá por traer al mio la miseria.*

Tame-Tame-Hah, segundo hijo de aquel rey, supo apartar las dificultades que para subir al trono se le oponian, y llegado á él se dedicó á civilizar el país. Procurábase hierro y armas de fuego de las naves europeas que allí se dirigian para hacer las necesarias provisiones: retuvo consigo algunos prisioneros americanos que le enseñaron nuestras artes, y procuró sustituir con la persuasion la violencia, intimar sus relaciones con los europeos, y aprovecharse de los consejos de los viajeros que en su tiempo llegaron á la isla. Vancouver principalmente, trató de que se sustituyeran con tratados las guerras con que Tame sojuzgaba á sus vecinos; pero éste aspiraba al mando de que se sentia capaz, y al frente de 16,000 hombres armados á la europea, los tuvo á todos á raya, y pensó hacerse el Alejandro y el Napoleon de la Polinesia, civilizando su reino. A él acudieron multitud de europeos que levantaron fortificaciones y fábricas: introdujéronse tambien en él diferentes artes y oficios, y el cultivo de plantas exóticas, y no hubo país alguno que tan rápidamente

prosperase como el de Anai en los 30 años que le gobernó Tame-Tame-Hah, que fiero en la adquisicion de la autoridad real, supo después ejercerla de un modo, que sus súbditos le amaban como á un padre ó un dios. Por esto cuando murió el 8 de mayo de 1819 fué universalmente llorado: hombres y mujeres se mesaban los cabellos, arrojándose por el suelo y destrozándose el rostro: quién se hacia arrancar los dientes, quién agujereándose la piel escribía en ella el infausto suceso, y hubo algunos que pusieron fuego á sus casas y efectos, no apartándose nadie en tres dias de las inmediaciones del palacio.

Rio-Rio, su hijo, aunque amigo de progreso, carecia de la fuerza y actividad necesarias para darles impulso, de donde nacieron disgustos y conmociones, hasta que saliendo de su apatia, puso nuevamente el reino en órden, quiso ser el Numa del país, cuyo Rómulo fuera su padre, y sustituyó el cristianismo á la idolatria. El obstáculo mayor para esto era la inviolabilidad del tabú, pero habiendo traído á su partido á Oa-Lani, jefe del culto, nombrado por Tame, y de concierto con él, dispuso una fiesta á la que concurrieron en tropel los habitantes, deseosos de participar del banquete que se celebraba al rededor de la regia morada. Habíanse colocado en él con la debida separacion los lechos para los hombres y las mujeres; pero llegando el rey, tomó algunos manjares de los prohibidos á éstas, y pasando á sentarse entre ellas, principió á comerlos. Horrorizada la multitud, exclamaba: *Tabú, tabú:* huyen tambien los sacerdotes, esparciendo la alarma por tal sacrilegio; pero al mismo tiempo preguntan segun estaba convenido: *¿por qué causa no se vengan los dioses ultrajados? ¿por qué si éstos toleran semejante accion, han de castigarla los hombres?* Proclaman, pues, por ineptos y falsos á estos dioses: aconsejan que debe abandonarse una costumbre absurda, bárbara é incómoda, y la multitud que los escuchaba se adhirió á sus opiniones.

Rio-Rio, á persuasion de los misioneros ingleses, vino á Lóndres en donde murió con su mujer (1824), y entonces se disputaron muchos la corona, hasta que la obtuvo Can-Ce-Uti, hermano de aquel á quien habia educado un misionero americano. Continuamente, sin embargo, se oyen lamentos y quejas contra la rigidez puritana de los misioneros ingleses, que habiendo logrado excluir á los católicos, pretenden establecer prácticas rigurosísimas, como tambien la observancia de los domingos, hasta el punto de prohibir que se pasee y hasta que se encienda fuego para preparar la comida, lo cual no obsta para verles con frecuencia unciendo á los isleños, para que arrastren los carrajes de sus mujeres (8).

(8) Juan Dumnor Lang, misionero en la Polinesia, escribía en 1839 á lord Durham: «El primer superior de las misiones de Nueva Zelanda fué expulsado por adúltero, el

El archipiélago más vasto de la Polinesia, es el que Bougainville denominó Peligroso, y se compone de más de 70 islas madreporicas ó volcánicas, habitadas por unas 20,000 almas de raza polinésica, aunque incultas. La tripulación del *Bounty*, habiéndose rebelado mientras se ocupaba en cargar el buque de árboles del pan (1787), pobló la isla de Pitcairn, llegando á formar una colonia importante, bajo la direccion de Adams, que introdujo en ella algun órden, y enseñó lo poco de religion que conocia; y aunque el agua es escasa, y no hay en la isla buen puerto ni comodidad para los buques, es lo cierto que los descendientes de los amotinados se han negado hasta el presente á cambiar su patriarcal residencia por otra mejor.

**Taiti.**—Una risueña naturaleza y amables costumbres distinguen al archipiélago de la Sociedad, que gran número de viajeros han descrito. Los poetas y novelistas le han celebrado tanto por la variedad imponente y fecunda del territorio, como por la hospitalidad jovial de los habitantes de Taiti aquella *reina del Océano Pacífico*. Cook encontró á los taitianos benévolos, hermosos, de elevada estatura, fuertes y de tez cobriza. Las personas de distincion llevaban las uñas muy largas, á la usanza china. Se adornaban con plumas de sus magníficas aves, uniendo á ellas mariposas de espléndidos colores. Vivos, incapaces de prestar atencion, aman la ociosidad, son sencillos en sus habitaciones y en sus comidas, las que proporciona la naturaleza con rica variedad. Ligeros, indiferentes, afectuosos é inclinados al robo, conocen el precio de la belleza pero no el del pudor, aunque exigen de las mujeres casadas la reserva de lo que las solteras pueden conceder libremente. Su única industria consistia en fabricar una tela, ó más bien un papel, con el que se vestian con cierta gracia. El hierro no les era desconocido. Tenian gran placer en el baile y en la música, arte muy sencillo entre ellos, y que se componia de varias especies de bailes mímicos y representaciones dramáticas.

Estaban gobernados por un rey, que debía tan

---

segundo por borracho, el tercero en 1836 por un delito más grave. Estos fueron los que primero y con más desfeza despojaron de sus propiedades á los indígenas, y en suma, la conducta de los misioneros fué, bajo este aspecto, la más infame de que hay memoria en la historia de las misiones, la más deshonrosa para el protestantismo... Solemos hablar con noble indignacion de las atrocidades de Cortés y de Pizarro, y de aquella tropa de españoles *ineptos* que siguieron á Méjico y al Perú á aquellos *capitanes de bandidos*; pero nos olvidamos de que nosotros tambien, en el siglo XIX, hemos cometido los mismos crímenes en diferentes paises. El mismo tiempo precisamente, el espacio de treinta años, se necesitó para destruir á los indígenas de la tierra de Van Diemen, bajo el *benéfico yugo de la Gran Bretaña*, que el que fué necesario para destruir á los naturales de la Española bajo el férreo gobierno de Fernando é Isabel.

pronto como le nacia un hijo, abdicar al menos el titulo de su dignidad. Nunca se servia de sus piernas ni salia más que en hombros de sus cargadores. La mayor señal de respeto que se le podia dar era desdunarse en su presencia, ó cuando se pasaba por delante de su palacio. La poblacion se distinguia en tres clases, además del rey (*arii-rey*), á saber: los *ai-arii*, ó la familia real y la nobleza; los *bre-reatira*, propietarios, guerreros y sacerdotes, los *maua-uné*, es decir, el pueblo con los servidores, los esclavos. Decian *Taiti es un navio; el rey es el mástil, los reatira las cuerdas*. La vista de la escuadra de uno solo de los veinte distritos de la isla escitó la admiracion de los europeos; se componia de ciento sesenta canoas, de cincuenta á ochenta piés de largo, sin contar las de transporte. La ley de herencia, por la cual un niño, desde que nace sucede en la autoridad de su padre, que no queda más que de simple tutor, producía frecuentes infanticidios. Los cuidados domésticos pertenecen á las mujeres, que no tienen otros trabajos de que ocuparse; son núbiles á los diez años, y fecundas hasta los treinta. Las sociedades de los arreoís, tenian á las mujeres en comunidad, y cuando una de ellas llegaba á ser madre, al niño se le daba muerte: por lo comun el primer acto de la consumacion del matrimonio se hacia en público.

Los taitianos habian poblado de divinidades á sus risueñas colinas y á sus deliciosas llanuras; creyendo el alma inmortal, pensaban que los buenos estaban destinados á pasar un crepúsculo eterno, como podia imaginarlo el deseo de las gentes sobre quienes el sol tropical dirige sus rayos; los que perecen en el mar encuentran palacios de coral, gozando sin cesar placeres nuevos. Los dioses eran hijos de la noche, de los cuales el primogénito fué Taaroa, que engendró á Oro; tomaba la forma de una ave para comunicarse con los hombres, por esto es por lo que el padre, el hijo y el ave, parecieron en ellos una imagen de nuestra Trinidad. Los misioneros creyeron tambien encontrar en sus fábulas teogónicas mezcladas de historia y de física, de terrores y seguridad, numerosas relaciones con el Génesis, la formacion del hombre nacido de la tierra, la mujer sacada de uno de sus huesos, el diluvio y otras circunstancias. Sus *moray*, altares y sepulcros, eran pirámides de una construccion muy fuerte; pero en lugar de enterrar inmediatamente á los muertos, los depositaban en tierra hasta que estuviesen putreficados.

Mai, que quiso acompañar á Cook á Inglaterra, que se mostró muy afectuoso y benévolo con él, aprendió más pronto las artes frívolas que las demás. Descuidaba los utensilios útiles, al paso que buscaba con pasion todo lo que era armas, con la idea de servirse de ellas para libertar de un usurpador la isla donde habia nacido. Vuelto entre los suyos, el temor que inspiraba Cook le hizo respetar, pero no tenia ya la prudencia necesaria

para consolidar su supremacía, y por otra parte, la superioridad de las armas le inspiraba seguridad. Cuando el rey le tomó por yerno, se enorgulleción con su elevación, y se hizo cruel.

Informados los colonos ingleses de las inmensas ventajas que ofrecía el árbol del pan, pidieron al gobierno inglés que se les concediese (1787). En su consecuencia se mandó al teniente Blig á Taiti, donde embarcó con estremada diligencia más de mil piés, é hizo provision del agua necesaria para regarlos; pero habiéndose rebelado la tripulacion en el camino, le abandonó en el mar en una chalupa con diez y nueve hombres que le habian permanecido fieles. Lejos de perder el ánimo, continuó su camino; y resistiendo á todos los sufrimientos de su posición, después de un trayecto de mil doscientas leguas, llegó á Cupang en la isla de Timor, donde el gobernador holandés le hizo la acogida que merecía su infortunio y su constancia. De vuelta á Inglaterra, obtuvo Blig justicia, y fué promovido al mando de una nueva expedicion que llegó en ocho meses á Taiti. Allí hizo otro nuevo cargamento, y dos años después volvió á Inglaterra sin haber perdido ni un solo hombre de su tripulacion. Los colonos ingleses obtuvieron de esta manera aquel árbol precioso; pero no sacaron de él todas las ventajas que esperaban, en atencion á que los esclavos, á cuyo alimento lo destinaban, prefieren á su fruto el del plátano.

Veinte años después del viaje de Cook, visitó Vancouver la voluptuosa Taiti; pero en lugar de los hermosos y alegres habitantes, encontró una poblacion lívida, descarnada y presa de las guerras civiles. Modificados pronto con el contacto de los europeos, apreciaron estremadamente el hierro que sustituyeron al uso de los huesos y del coral. Aumentaron poco el ganado mayor, prefiriendo á la leche de vaca la de coco. Esta ingénuo sencillez que habia encantado tanto á los primeros navegantes, desapareció del todo, y el fingimiento, la avaricia, fruto de la civilizacion, se introdujeron entre ellos antes que las virtudes que les imponen un freno. Aumentáronse las necesidades, pero no los medios de satisfacerlas; la raza se alteró por las enfermedades llevadas á aquel pais; y cuando Cook contaba allí cien mil habitantes y Forster ciento cuarenta y cinco mil, los misioneros no ascendian su número más que á siete mil en 1828. En 1874 subian á 10,113.

En el día, las armas y los trajes de Europa forman su felicidad: poco les importa que sean unos harapos, que estén usados ó nuevos, muy anchos ó muy estrechos, de hombre ó de mujer, de magistrado ó de arlequin: en su consecuencia los marinos ponen á contribucion las tiendas de los prenderos, y los taitianos se pavonean con la más estrafaña facha que se puede imaginar.

La introduccion del cristianismo ha producido sobre todo grandes cambios entre ellos. Los misioneros ingleses que se instalaron en Taiti en 1799, obtuvieron escasísimos frutos hasta que en 1807 Po-

maré se declaró su protector. Prometió despedir á los dios Oro, y pidió en cambio trajes, sobre todo armas, y además lo que era necesario para escribir. Se ocuparon entonces en proscribir los sacrificios humanos, el tabú, el tatuaje y el uso de ir desnudos. Se dedicaron á desarrollar en ellos el gusto á los placeres mas nobles, y en desbatar su lengua. Sobre todo el misionero Ellis rectificó las relaciones primitivas, y buscó la explicacion de los hechos que se habian referido sin comprenderlos. Ya cierto número saben leer; y de éstos salen como de un seminario, instructores que obtendrán mejores resultados empleando la lengua y las ideas del pais. Los misioneros habian llevado consigo un caballo, que no escitó menos la admiracion que lo que la habia escitado en otro tiempo el de Cook. Hicieron llevar una prensa, y en 1817, el mismo rey quiso tirar las primeras hojas de la traduccion del Evangelio de san Lucas. Fué una fiesta y una admiracion general.

En 1822, Taiti se declaró independiente de los ingleses. Los misioneros han conservado allí su influencia, y todos los años convocan al pueblo á una asamblea donde se discuten las leyes. Gracias á ellos, la constitucion ofrece mejores garantias en lo concerniente á la vida, á los bienes y á la libertad de los súbditos: tambien han hecho abolir la pena de muerte. Después de una larga resistencia, la reina Pomaré fué obligada á aceptar el protectorado de la Francia (6 febrero 1843).

Las misiones encontraron más dificultades en la Nueva Zelanda, por las violentas disensiones entre los jefes y el orgulloso carácter de la poblacion. Por lo demás, aquellos valerosos indigenas son muy aptos para el servicio de la marina: proporcionan maderas de construccion y cañamos afamados; no hay duda en que el trabajo y la ocupacion concluirán por moderar su actividad. El cristianismo tomó un aumento fácil en las islas de Sandwich, y el rey de Hawaii le abrazó en 1830.

Los misioneros, metodistas ingleses en su mayor parte, dan las biblias á millares. ¿Pero es cierto que este libro sea el mejor para confirmar las creencias de un pueblo? Los católicos han tenido pocos medios de trabajar en estas regiones, aunque no han dejado de obtener algun fruto, y la congregacion de la Propaganda confió, en 1833, las misiones de la Oceania oriental á los sacerdotes de Picpus, que han convertido las islas Gambier; en 1837, mil seiscientos insulares habian recibido ya el bautismo.

En la imposibilidad en que se encuentra la Gran Bretaña de sostener la poblacion de los tres reinos, trata de darle salida para fuera. Ya ha formado varios establecimientos y fundado colonias en la Australia, la Tasmania, la Nueva Zelanda, y en los diferentes archipiélagos de la Polinesia.

**Colonias penitenciarias.**—En lugar de encerrar á los delinquentes en las prisiones, donde acaban de corromperse, todas las naciones han reconocido que habia ventaja en trasladarlos á distantes playas,

donde una vez rota aquella deplorable tradicion del crimen y de la infamia que arrastra á nuevos desafueros, les acontece con frecuencia el corregirse, y el ladron, el asesino, la meretriz llegan á ser útiles padres de familias honradas. La Siberia sirve para este uso á los rusos, los presidios de Africa á la España, Mozambique y las Indias al Portugal y á la Holanda. En Inglaterra, donde el rey jura en su coronacion hacer *ejecutar la justicia con misericordia*, la pena de muerte puede ser siempre conmutada; es, pues, importante tener siempre un lugar de deportacion. Cuando se perdió la América para sus antiguos amos, se trató de buscarlo en Africa; pero Banks hizo preferir á Botany-Bay, en la Nueva Holanda: once barcos llevaron allí setecientos sesenta condenados, cierto número de colonos libres, algunos soldados y magistrados, con las provisiones necesarias. Pero no se obtuvieron en este lugar las ventajas que prometia la riqueza botánica del territorio; la colonia se trasladó, pues, á Parramata (1784), y pronto el puerto de Jackson y la ciudad de Sidney adquirieron gran prosperidad. El gobierno transporta á sus espensas los condenados, que, en un pais muy distante, ni tienen que avergonzarse delante de jefes de que los conozcan, ni esperanza de desertar. Llegados allí, entran al servicio de los colonos libres: hay algunos que se portan bien y recuperan su honor; otros se dedican á cortar leña (*bush-ranger*) y algunos, finalmente, se acomodan entre los salvajes y forman una generacion diferente.

Las colonias penitenciarias fueron ensalzadas y calumniadas alternativamente segun el aspecto bajo que se las consideró. La sociedad queda en ellas dividida en gentes puras é impuras, en ovejas blancas y ovejas negras, esto es, en colonos y delincuentes; estos últimos aspiran á constituir una especie de aristocracia: hay en ellas puntos de reunion á los que sólo puede concurrir el que prueba ser descendiente de un condenado, y el que conserva la osadia del crimen, fácilmente se enriquece entre quienes se hallan habituados á un género de vida, de trabajo y honradez.

Los viajes de Flinders (1798-1803), que superaron en arrojo á cuanto la imaginacion puede alcanzar, dieron á conocer todo el circuito de la tierra de Van Diemen, que se halla poblada de delincuentes; infatigables trabajadores que en menos de 40 años adelantaron rápidamente en la civilizacion. Otro tanto hicieron en 70 años en la Nueva Gales del Sur, empeñándose en obras para las cuales no hubiera bastado doble tiempo con braceros ordinarios, así es, que su prosperidad fué más rápida que la de cualquiera otro imperio. Fundada en 1788, civilizada inmediatamente, se dió en ella la primera representacion teatral en el año 96; en 1808 tuvo ya un periódico, y en 1810 se formó el censo general, y se pusieron nombres á las calles de Sidney. Desde el descubrimiento de las minas de oro en 1851 la Australia ha aumentado prodigiosamente. Su poblacion, que era de 100,000 habitantes entonces, se ha elevado á 1.848,363 en 1876; sin contar 55,000 indígenas. Se han construido importantes ciudades; y además de Sidney, la más antigua y que tiene 140,000 habitantes, citaremos á Melbourne con 220,000, Sandhurst, Ballarat, Adelaida y Briobana. Las colonias son cinco: Nueva Gales del Sur, Victoria, Australia meridional, Queensland y Australia occidental, y á escepcion de la última, todas tienen un gobierno libre y responsable y no están unidas á la madre patria sino por ligeros lazos.

La Nueva Caledonia, grande isla del océano Pacífico, situada al este de la Australia y poblada por unos 40,000, canagues y un millar de europeos, fué ocupada por la Francia en 1853. Esta fundó en ella una colonia penitenciaria en 1872, ó más bien trasladó á ella la que tenia establecida en Cayena y que la insalubridad del clima hizo abandonar. La Francia posee aun en aquellos parajes las islas Marquesas. Los norte-americanos se presentan tambien con frecuencia en los mares australes, donde cambian por perlas, aceite de coco y raices de *taro*, perros, cerdos y volateria, tejidos de algodón, quincalla y utensilios de hierro.

## CAPÍTULO XXVIII

### COMERCIO DE PIELES.—ÚLTIMOS VIAJES.

**Polo artico. La Perouse.**—Los viajes de Cook tuvieron, además de su mérito particular, la felicidad de obtener el favor de las gentes doctas, que dirigian entonces y hasta creaban la opinion pública. No repetiremos aquí las consecuencias filosóficas, religiosas y científicas que sacaron de ellos, tomando cada partido armas y materiales. Sólo diremos que tuvieron por efecto el reanimar el ardor á los descubrimientos; y que si á veces se emprendieron las expediciones con un objeto noble, más de una vez tambien tuvieron por móvil ideas de lucro tan bajas como en el siglo xv.

Envidiosos los franceses por rivalizar con la Inglaterra, dando la solucion del problema que Cook habia dejado sin resolver, mandaron al hábil y generoso La Perouse para ilustrar las dudas que no resolvía aun la geografia náutica. Las instrucciones que Luis XVI escribió por su propia mano, en union con Fleurieu, terminaban de esta manera: «Si imperiosas circunstancias, que la prudencia no puede prever, precisan á M. de La Perouse á hacer uso de la superioridad de sus fuerzas sobre las de los salvajes, para procurarse las cosas necesarias á la vida, usará de ellas con la mayor discrecion, y castigará con estremado rigor á los de los suyos que traslimiten sus órdenes. En cualquier otro caso, si no puede obtener amistad de los salvajes con buenos tratamientos, procurará contenerlos por el temor y las amenazas. No recurrirá á la fuerza sino en una necesidad estremada y para su propia defensa, ó cuando la seguridad de los barcos y la vida de los franceses que le está confiada, se encuentren comprometidos. El mejor resultado de la expedicion á los ojos de S. M., será no haber costado la vida á ningun hombre.»

A porfia solicitaban los sábios y marinos embarcarse en la *Brijuia* y en el *Astrolabio*. El estremado cuidado que presidió á la ejecucion, respondió

de la grandeza del plan. Después de haber explorado los archipiélagos del océano Pacífico, confirmando ó corrigiendo las observaciones de los ingleses, La Perouse hizo rumbo hácia la costa Noroeste de la América. Descubrió en las costas de la Tartaria el estrecho que lleva su nombre, entre estas costas y la isla de Saghalien. Lesseps, á quien mandó desde el Kamschatka á Francia con las cartas y descripcion de los países explorados, fué el primero que atravesó el antiguo continente en toda su longitud. Desde aquel momento no se tuvo ya noticia dela expedicion.

Aunque la Francia se vió agitada por tempestades más terribles que las del Océano, mandó en busca de La Perouse barcos á las órdenes del almirante Entrecasteaux; pero no fueron más felices que aquellos cuyas huellas seguian. Desde este momento no hubo navegante que se presentase en el Océano Pacífico sin pedir noticias de La Perouse, porque la esperanza dudosa que sigue á las desgracias no probadas enteramente existian aun; en fin, el capitan Dillon pudo asegurarse en 1827 de que los dos barcos habian perecido en la isla de Vanikoro. Los salvajes que la habitaban no cesaban aun de hablar con admiracion de aquellos extranjeros, que tenian una nariz de un pié de largo, que hablaban con las estrellas por medio de una caña larga, y que ponian á un hombre de centinela, donde permanecía sobre un solo pié con una barra de hierro en la mano; porque de esta manera es como, vistos de lejos, parecian á su vista los sombreros de picos, los telescopios y los fusiles. Parece que algunos de los náufragos se echaron al mar en una embarcacion construida lo mejor que pudieron; pero quién puede decir lo que fué de ellos?

Asustada por su parte la España con ver establecimientos extranjeros acercarse á los suyos en

la California, habia salido de su largo letargo. Perez, que salió de Méjico (1774), fué el primero de los europeos que llegó á la rada de Notka en la costa de noroeste de la América, y le dió el nombre de Puerto de San Lorenzo. Poco despues se adelantó Cuadros desde el 17° hasta el 60° (1779). Es un pais muy frio; pero ofrece puertos escelentes, muy rico en maderas de construccion, y donde pueden madurar varias de las producciones de Europa. Abunda sobre todo en nutrias, cuyas pieles son tan buscadas en la China.

Los compañeros de Cook habian, durante su permanencia en los mares australes, recogido cierta cantidad de pieles, muy abundantes en aquellos parajes, más bien para su utilidad particular que con otro objeto: cuando pasaron al mar Pacífico, las encontraron muy buscadas de los chinos á quienes de muy buena gana se las vendieron, y realizaron de esta manera grandes beneficios cuando menos lo aguardaban. Coñocióse por esto cuán ventajoso podía ser este género de comercio entre el noroeste de América y la China, á donde las peleterías no llegan sino después de haber atravesado grandes distancias y pasado por multitud de manos, comenzando por los rusos, que las reciben del Kamschatka. Ahora bien, este nuevo comercio atrajo al Océano Pacífico tantos barcos como los que en otro tiempo habia traído el de las especias. Los puertos de Notka fueron entonces el mercado general, con gran envidia de la España, que mandó á Martinez á formar allí (1789) un establecimiento antes que los ingleses ó los rusos pensasen en instalarse. Detuvo á dos barcos americanos, que daban la vuelta al mundo, á un navío portugués y á otro inglés, que habian ido para traficar, y comenzó á fortificarse. Pero de repente vió llegar al *Argonauta*, barco inglés, cuyo capitán le notificó que tenia orden de formar una factoria en Notka, preparar habitaciones para los colonos, talleres de construccion, é impedir á cualquiera otra nacion permanecer allí para operaciones de comercio. Martinez le demostró la propiedad de posesion en que estaban los españoles (1) y animándose las palabras, concluyó por hacer poner preso al capitán inglés, á quien envió á Méjico. Llamó el virey á Martinez á título de satisfaccion; pero hizo marchar á otros tres barcos para consolidar el establecimiento comenzado.

Los ingleses, más habituados á cometer que á sufrir vejaciones, se aprestaron para la guerra. Sin

(1) «Las potencias de Europa no conceden el derecho á la que descubre tierras nuevas, de impedir á los demás pueblos el cultivarlas. En su consecuencia, nunca han considerado una simple toma de posesion suficiente para constituir la propiedad. No han tenido consideracion ni á un pabellon ni á una inscripcion colocada en la costa por los navegantes, que pretendian fuera la señal de un derecho de posesion esclusivo en favor de su nacion.» SCHMALZ, *De-recho de gentes*, lib. IV, c. 1.

tener en cuenta los derechos alegados por España, pidieron ayuda á los Estados Unidos; y dos naciones situadas en las estremidades de Europa se vieron prontas á llegar á las manos en una costa desierta, á seis mil leguas de distancia. Vióse precisada España á ceder, y á aceptar condiciones enteramente favorables á la Inglaterra. Devolvió los barcos y los distritos de que se habia apoderado, añadiendo á ellos una fuerte indemnizacion. Se convino que los respectivos súbditos de ambos paises podian navegar y pescar libremente en el Océano Pacífico, en el mar del Sur y en la costa Noroeste de la América. Notka fué demolida; la bandera de Inglaterra reemplazó á la de España; y tanto el rico comercio de las peleterías, como la pesca del mar del Sur, se aseguró á la Inglaterra.

La dificultad que los españoles habian experimentado en explorar una costa que pronto debían recorrer barcos más ligeros, prueba cuán atrás se habian quedado de los demás pueblos; al paso que los ingleses, cuya marina se habia perfeccionado cada vez más, habian comprendido que el comercio de pieles podia hacerse directamente desde allí con la China. Desde 1784, el capitán Hanna habia pasado desde el Japon al estrecho de Notka desde donde habia vuelto á la China con un rico cargamento. Acudieron allí después, no sólo de Macao y de las Indias, sino tambien del Támesis atravesando la mitad del globo. El capitán Vancouver, que recibió la restitucion del territorio de Notka, fué encargado de visitar la costa Noroeste desde el 30° hasta el 60° de latitud, de lo que resultó el más hermoso trabajo hidrográfico, ejecutado en tres mil leguas de costas.

Desde aquella época, las nociones relativas al Noroeste de la América, permanecieron estacionarias hasta 1816. Entonces el conde de Romanzov, señor ruso muy rico, hizo marchar al capitán Kotzebue, que descubrió en el estrecho de Behring una ensenada para abrigarse los barcos, y le dió su nombre; pero no aprovechó la época favorable para internarse en los mares polares.

En el día las costas noroeste de la América están divididas entre la Inglaterra, la Rusia y los Estados-Unidos, que apenas emancipados, conocieron la importancia del comercio de pieles, único objeto por el cual los chinos se prestan voluntariamente á los cambios (2). Fueron secundados en sus proyectos por la adquisicion de la Luisiana, que sin conocer su importancia, les vendió Napoleon en seis millones (1804). Pero ellos, á quienes no se escapó ni la estension de su territorio en la orilla occidental del Misisipi, ni su fertilidad, se

(2) Hay 5,000 leguas marinas desde Filadelfia á Notka, siguiendo el camino ordinario del cabo de Hornos; pero si se abre un paso entre ambos mares por uno de los cinco puntos de la Colombia, por donde se cree practicable entre el 8° y el 18° de latitud Norte, la travesia se disminuirá en 3,000 leguas.

dedicaron á sacar de ella el mejor partido posible. Jefferson propuso una expedición destinada á remontar el Misuri hasta su nacimiento, con el objeto de encontrar un paso entre las montañas al Oeste y bajar por la Colombia al Océano Pacífico; poco después, Lãvis y Clarke, fueron los primeros que atravesaron la América septentrional, desde los Estados-Unidos hasta el mar Pacífico (1814). Otros viajeros, remontando el Misisipi, reconocieron varios de sus afluyentes; algunos atravesaron las montañas Rocosas; en fin, en 1818, el mismo gobierno revolvió hacer reconocer sus posesiones al este de aquellas montañas, para fortificarlas y colonizarlas. La expedición fué mandada por el mayor Long, acompañado del célebre botánico James; y volvieron con multitud de nociones y nuevas especies de animales y vegetales. El general Cass fué con otra á estudiar el país que linda con las posesiones británicas cerca del nacimiento del Misisipi, y de esta manera se obtuvo un completo conocimiento de las estensas posesiones de los Estados-Unidos. La region situada al norte del Lago Superior y del nacimiento del Misisipi es menos conocida; pero los ingleses, que hacen el comercio de pieles, penetran allí cada día más adelante, y han encontrado la série de lagos, en los cuales se recogen las aguas que bajan de las montañas Rocosas. Un rio que han hallado allí ha recibido el nombre de Mackenzie, del que se aventuró á remontarle en medio de las dificultades de un país desconocido, salvaje y frio (1789).

Se debe á los cazadores el reconocimiento de varias comarcas, de otras á la guerra de la independencia, y de algunas á los frailes moravos que extienden la civilización por la Groenlandia y el Labrador. El italiano Beltrami descubrió en el lago de Julie el nacimiento del rio Sanguin. A principios de aquel siglo, Malaspina exploró el Nuevo Mundo desde el rio de la Plata hasta el cabo de Hornos, y desde allí hasta las islas del Príncipe Guillermo, con los instrumentos más perfectos y métodos más exactos. Confesó modestamente haber dejado algunas lagunas en la costa Noroeste, y comisionó al efecto á Galiano y á Valdés, que ayudaron mucho á Vancouver.

La cuestion de saber si existia un paso al Noroeste permanecia aun indecisa, á pesar de tanta perseverancia en buscarle. Huyendo Chateaubriand de la revolución, habia concebido la idea de reconocerle por tierra con solo sus recursos: su plan era ganar las costas del mar Pacífico, seguir las hácia el Norte, y costear desde el Oeste á Este los mares hiperbóreos; pero esto no era más que el sueño de un poeta. Más preocupados los ingleses de la realidad, apenas se vieron libres en la guerra contra Napoleon, cuando enviaron al capitán Ross á explorar la bahia de Baffin (1818). Observó mejor á los esquimales de más allá de Groenlandia, y más toscos aun que los otros; pero no puso bastante cuidado en las observaciones geográficas:

prosiguió su camino, en el que se detenia caprichosamente; así es que volvió con poco fruto, afirmando que el mar de Baffin estaba cerrado. De vuelta sus oficiales á su patria, no disimularon que se hubieran podido obtener mejores resultados si se hubiera querido, y que la prominencia de un cabo habia podido hacer tomar á aquel mar por una bahia. En su consecuencia, el almirantazgo hizo marchar al capitán Parry.

**Viaje de Parry, 1819.**—Se adelantó con grandes peligros por en medio de los hielos (1819), y en un día vió más de ochenta enormes ballenas. Llenos de la esperanza de encontrar al fin el mar Polar, penetraron más adelante de lo que se habia penetrado hasta entonces, y llegaron al 110° del Meridiano occidental, calculado el de Greenwich, y de esta manera ganaron el premio que se habia ofrecido. Sorprendidos en aquel punto por los hielos, permanecieron tres meses privados del sol, sin ejercicio, con un frio de 30° á 60°, y en el fúnebre silencio de una naturaleza muerta. Con el objeto de evitar el abatimiento moral, causa la más inmediata del escorbuto, dispusieron teatros, se ocuparon en oficios, y redactaron un boletín semanal, en el que se referian los accidentes poco numerosos de aquella vida monótona, los serios ó alegres pensamientos que podian tener en aquella penosa situación. El 7 de febrero volvieron á ver enteramente el disco del sol, que no habian visto desde el 6 noviembre, pero el frio se hizo más intenso, y el mercurio se helaba. En fin, el 1.º de agosto, pudieron moverse en medio de los peligros que sólo la más estremada vigilancia podian conjurar. Se habian adelantado hasta los 74° y 26' de latitud, y hasta los 113° y 46' al Occidente de Paris, añadiendo nuevos datos al conjunto de nociones geográficas y físicas. Cuando volvieron á ver la lluvia, les pareció un espectáculo muy singular; porque la humedad que existe en el aire en aquellas alturas toma la forma de agujas de hielo; el soplo de un hombre parecia la humareda de un tiro de fusil, y el que se quedaba espuesto al aire pronto se encontraba rodeado de una nube. El humo de las chimeneas no ascendia, sino que permanecia horizontalmente. Las auroras boreales no brillan allí, ni tan vivas como en una latitud mucho más inferior, en los 60° ó 66°, por ejemplo. Cuando vieron á la aguja imantada cambiar de direccion, creyeron que el polo magnético se encontraba á 72° de latitud y 110° de longitud (3).

Volvió Parry con la certidumbre de que existian brazos de comunicacion con el mar Polar (el Lancaster-Sund), y que se encontrarían abiertos cuando el rompimiento de los hielos. Diósele, pues, un

(3) Se determinó llamar polo magnético á un punto de la superficie del globo para el cual está indeterminada la declinacion de la aguja, siendo su inclinacion igual á 90°. Aquel se encuentra necesariamente en el punto de interseccion de todos los meridianos magnéticos.

barco para otra nueva expedición, introduciendo en él todas las mejoras que había hecho conocer la necesidad en el primer viaje, tanto para la seguridad como para los procedimientos del modo de mantener el calor durante aquel terrible invierno. Marchó entonces (1821) para ir á descubrir aquel paso tan deseado de Noroeste, sin que se sacase mejores noticias que las que se habían conseguido en tiempo de Barentz. En vano había mandado allí la Rusia, en 1819, al teniente Luzareff, y en 1821 á Litke, que en los dos siguientes reconoció el estrecho de Mutochin, que divide en dos la Nueva Zembla. Parry volvió á hallar en el estrecho de Davis y en la bahía de Baffin aquella enorme cantidad de piedras gruesas, arena y conchas, indicadas ya por los antiguos viajeros, y trasladadas no se sabe cómo á aquellos hielos. Comenzó, según sus instrucciones, á reconocer, empezando desde el círculo polar ártico, todas las costas y ensenadas del Nordeste, y continuó así por espacio de doscientas leguas, hasta que llegó el invierno. La expedición pasó á 8° más cerca del polo que en el viaje anterior, recurriendo á los mismos expedientes y á las mismas distracciones del ánimo. Pero lo que hubo de nuevo para ellos, fué el descubrimiento de una cincuentena de esquimales, gentes ignorantes, pero buenas, que vivían allí en cabañas construidas regularmente de nieve. Habiéndose puesto los viajeros en marcha, según las indicaciones recogidas de aquellos salvajes, esperaban encontrar más que nunca el paso buscado, cuando se vieron detenidos por una barrera impracticable de hielos. Pasaron su nuevo invierno entre dos murallas de nieve, y el mar no se heló hasta mediados de agosto de 1823. Volviéronse entonces sin haber perdido más que cinco hombres de ciento diez, en dos inviernos tan rigurosos.

Quedaba demostrado que el continente americano no se estendía más allá de los 70° de latitud, y que el Atlántico se comunicaba con el mar Polar por medio de canales obstruidos por los hielos, de los que podría libertarlos un calor mayor ó algun accidente natural. Pero pareció indigno del valor inglés detenerse sin haberlo conseguido, y Parry obtuvo verificar una tercera expedición (1827). Fué contrariado por penosas circunstancias, y se vió obligado á volverse sin haber avanzado más que las otras veces. Quiso no obstante arriesgar una nueva tentativa, é hizo disponer carros propios para viajar por el hielo, y lanchas ligeras y sólidas al mismo tiempo, para ser arrastrados por rengheros á lo cual añadió una buena provision de vestidos y de espíritu de vino para economizar el combustible. Pero en lugar de la superficie lisa que nos ofrece el hielo en nuestros países, la encontró áspera y desigual, como un mar que se hubiera petrificado de repente durante una tempestad. Como los rengheros no le servían, se pusieron ellos mismos á arrastrar las chalupas, echándolas al agua cuando las encontraban. Adelanta-

ron penosamente de esta manera, viajando de noche para evitar la inflamacion en la vista que produce la brillante blancura de la nieve, y gozar de una temperatura menos rigurosa en las horas de descanso, aunque la noche no se distinguía del día sino con la ayuda de los relojes. Una continua humedad empapaba sus vestidos: en medio de esta monotomía del cielo y de los hielos, una montaña de nieve más elevada que las otras, ó la estrañeza de su forma, les parecia un acontecimiento, y les proporcionaba un asunto de entretenimiento durante todo el día. Llegaron de esta manera hasta los 82° y 41' de latitud; desesperando después de adelantar más, se volvieron atrás.

**Viaje de Franklin.**—En la misma época, al capitán Franklin se le había mandado á explorar con el naturalista Richardson el rio de Mina de Cobre (1816). Después de haber hecho rumbo hasta la bahía de Hudson, tomaron el camino por tierra, y anduvieron el espacio de ochocientas cincuenta y siete millas con un frio de 50°. Ya hemos dicho que los viajeros que van en busca de pieles, se hacen arrastrar por perros. Pasan la noche al raso, durmiendo al lado de aquellos fieles animales; pero á veces torbellinos de nieve hacen que se estravien, y entonces sin víveres se ven precisados á matarlos para alimentarse con ellos. Los animales de pieles finas han desaparecido en el día, y la numerosa nacion de los kristenales va disminuyéndose por las enfermedades que han introducido entre ellos el abuso de los licores fuertes.

Los intrépidos viajeros se vieron sorprendidos en aquellos parajes por un segundo invierno, durante el cual Franklin se adelantó hasta los 68° del paralelo, y á los alrededores del rio Mina de Cobre. Nada puede dar idea de los sufrimientos que se pasan en puntos tan elevados. Aunque habían tenido cuidado de hacer provision de rengheros y pescado, ésta se agotó y estuvieron amenazados de morir de hambre. Entonces tuvo Back el valor de emprender á pié para ir á buscar víveres, un camino enorme, andando cuatrocientas treinta y cuatro leguas, siempre por nieve, con un frio que llegó hasta 57°. Durante aquel tiempo, varios de sus compañeros perecieron de hambre, y el mismo Franklin, vivió durante un mes royendo los huesos que habían quedado del año anterior. Ya no tenían nada para sostenerse, ya habían devorado hasta los pedazos de cuero que habían encontrado, y los últimos iban á sucumbir, cuando adelantándose Back al convoy de provisiones, fué el ángel salvador que les conservó la vida.

Habían reconocido mil ochocientas treinta y tres leguas, y habían tenido tiempo de estudiar tanto los fenómenos eléctricos, magnéticos y atmosféricos de la aurora boreal, como también todos los accidentes de un clima donde cesa toda vida animal y vegetal. El interés de la ciencia es tan vivo, que los atrevidos viajeros no se desanimaron con todo lo que habían sufrido, Franklin propuso

al gobierno ir á reconocer la costa al Occidente de Mackenzie. Los males de la primera expedicion les enseñaron á prevenirse en la segunda, y dejaron en almacen en la bahía de Hudson una reserva de provisiones (1823). Llegó Franklin al fuerte de Buena Esperanza, última habitacion de los hombres civilizados que la esperanza de la ganancia hace que se establezcan hasta el 60° paralelo; y descendiendo el rio tuvieron él y sus compañeros la alegría de ver el Océano. Pasaron el invierno á orillas del gran lago Oso; bien provistos después, se dividieron siguiendo los dos brazos del Mackenzie. Habiendo desembocado Franklin en el Océano, recorrió en dos meses, amenazado siempre por los hielos, seiscientos noventa y dos leguas, sin contar ciento veinte y cinco de costas. Richardson fué tan feliz en el otro brazo del rio, y exploró más de doscientas leguas entre el Mackenzie y el rio de la Mina de Cobre; casi toda la costa septentrional de América, se conoció de esta manera.

El viaje de Franklin dió la certidumbre de que los esquimales, que habitan en aquella altura, tienen el mismo idioma y ofrecen los mismos caracteres que los de Groenlandia, y que las regiones polares están ocupadas por una misma raza. Pero siendo éstos menos toscos que los que andan errantes en la provincia de Merville, tienen cierta organizacion civil y edificios. Como creen á los ingleses mujeres por el color delicado de su tez, este error les da atrevimiento.

**Viaje de Ross.**—Deseoso el capitán Ross de reparar con una nueva expedicion la poca destreza que habia señalado la primera, armó por suscripción la *Victoria* (1829), vapor con el cual se dirigió á la bahía de Baffin siguiendo las huellas de Parry. Por espacio de cuatro años no se oyó hablar de él; y ya se unía su nombre al de la *Perouse*, cuando volvió á presentarse, y refirió que habia pasado del punto á donde Parry habia llegado, que habia experimentado los inviernos más rigurosos, y los sufrimientos más monótonos concebibles como era el país. «Más allá del cabo Parry, dice el mismo, navegamos por en medio de enormes hielos, que conservando la tranquilidad del mar, nos aseguraban que el agua continuaba siendo bastante profunda para nuestro barco. Nuestro mayor temor era encontrarnos cercados de repente por los hielos, y estábamos siempre con cuidado para tomar el largo ó echar el ancla segun el caso. Esta alternativa duró casi ocho semanas; cada dia eran nuevos peligros, nuevas luchas. Tan pronto bajábamos á tierra para reconocer la llanura sin límite que se presentaba á nuestras miradas; tan pronto apoyados en montañas flotantes que se interponian entre nuestro barco y las corrientes, conseguíamos preservarnos del choque de los hielos, arrastrados por las olas. En medio de aquel estenso abismo mugiente, aparecian sin cesar por una y otra parte, enormes cetáceos, vacas marinas, ballenas, osos que agitaban las olas, las lanzaban al aire, y concluian por sepultarse en el abismo; espectáculo ma-

jestuoso del que conservó un profundo recuerdo. Para el que no ha visto el Océano Artico en el invierno, en aquellos momentos de desolacion y tempestades, la palabra hielo no recuerda á la imaginacion más que la imágen del silencio, de la tranquilidad y del reposo. En los mares polares, por el contrario, es la época del movimiento y de la perturbacion. Es preciso imaginarse enormes montañas, arrastradas á un estrecho paso que se chocan y vuelven á chocarse con un ruido semejante al trueno, que sucesivamente separan de sus masas enormes fragmentos, que se rompen unos contra otros, pierden, en fin, el equilibrio, y se sumergen con estruendo, levantando las olas. Los hielos, impulsados por la corriente, se amontonan, caen sobre sí mismos, y aumentan la confusion y el estruendo de aquellas espantosas escenas. Y sin embargo, en presencia de aquellos fenómenos, en medio de aquellos torbellinos que se cruzan, encadenan, y pueden á cada momento envolver en sus inmensas espirales al barco que se ha aventurado en aquellos mares, el navegante se ve precisado á permanecer impasible, á armarse de paciencia como si fuera un espectador indiferente y desinteresado, y aguardar con resignacion su destino que no podria cambiar ni evitar.

«Pero los hielos se amontonaban cada vez más; la intensidad del frio aumentaba cada dia y era imposib'e penetrar ya más adelante. Pensamos, pues, en buscar un abrigo á nuestro barco contra el choque de los hielos, en acercarlo á la tierra y refugiarnos en un puerto seguro. Adoptamos unánimemente este partido después de una madura deliberacion; y para convencernos mejor del estado de la atmósfera y de los efectos del invierno, saltamos en tierra. En ninguna parte una sola gota de agua líquida, y excepto la sombría punta de una roca saliente no descubrí al rededor en el horizonte más que una estension de nieve sin límites, [perspectiva desconsoladora! En medio de la deslumbradora blancura con que un largo invierno reviste aquella tierra de hielos y nieves, ésta no presenta más que un vasto desierto estéril y asolado, cuyo monótono aspecto paraliza las facultades del ánimo, y le impide darse cuenta de las diversas sensaciones, á las cuales están sujetos los seres organizados. El poeta de más fecunda imaginacion no podria expresar el espanto que sobrecoge en aquellas soledades permanentes, donde todo está siempre igualmente frio, triste, inmóvil y mudo.»

Encerrado por los hielos, anudó Ross relaciones con los esquimales, que habitan hasta allí; y con su ayuda continuó sus incursiones hasta más allá del 69°. Unas veces cabañas de hielo, otras grutas abiertas en la nieve, eran el abrigo donde descansaba. Los nombres de Boothia y de Felix eternizarán en aquellas regiones el del hombre generoso que habia proporcionado los medios de realizar aquella expedicion (Felix Booth). Creyeron poder mirar como cierto que no existia paso al Noroeste,

estendiéndose una lengua de tierra entre el estrecho del Regente y el mar del Norte. Es estrecha y cortada de lagos, lo que haría que fuese fácil abrir allí un canal: ¿pero de qué serviría semejante empresa, cuando los peligros de la navegación son tan superiores á las ventajas que podrían conseguirse?

El verano siguiente fué tan corto, que la *Victoria* apenas pudo adelantar tres millas por en medio de los hielos. Entonces se dedicó Ross á buscar el Polo magnético con la idea de llegar á un punto en que la aguja no se desviase de la línea perpendicular: y le encontró á los  $70^{\circ} 5'$  y  $17''$  de latitud, y á los  $99^{\circ} 46' 45''$  longitud al occidente de Paris.

No habiendo aun dejado en libertad al barco, el verano de 1831, tomaron en la primavera la resolución de abandonarlo para ir con trineos tirados á brazo, al lugar donde habian dejado las embarcaciones, con las cuales esperaban pasar la bahía de Baffin; pero fueron sorprendidos por otro invierno aun más rigoroso y tempestuoso que los anteriores: felizmente la pesca condujo allí en el verano siguiente á un barco que los recogió y llevó á su patria. Ross y sus compañeros trajeron consigo conocimientos más precisos de las últimas tierras de Isabel y Alejandro, la certeza de que no habia posibilidad de pasar al Noroeste por el estrecho del Regente ni al Sur á la latitud de  $74^{\circ}$ . Habian determinado además la verdadera posición del Polo magnético, hecho observaciones termométricas muy importantes, y establecido una nueva teoría de las auroras boreales (4).

Aquel Jorge Back que habia acompañado á Franklin en su viaje (1833), habia sido mandado por tierra siguiendo las huellas de Ross: á pesar de la vuelta de éste, se le intimó proseguir su camino para entregarse á estudios geográficos que fueron muy útiles (1837). Enviósele de nuevo por mar para intentar otra vez el paso (1837), pero sin éxito. Pedro William, Dease, y Tomás Simson fueron más felices. Enviados por la compañía de la bahía de Hudson al Copermine (rio de la Mina de Cobre), remontaron el rio Richardson, descubrieron en 1838, y encontraron á treinta esquimales, de los que no pudieron sacar ningun dato. Prosiguiendo su camino, tocaron en los cabos Barrow, Franklin y Alejandro, detenidos á cada momento por las numerosas lenguas de tierra que forman allí bahías, y encontraron por todas partes esquimales que viven de rengíferos y atunes. Después de haber doblado de esta manera el cabo Hay, el último que Back vió, tocaron en otro que llamaron Bretaña, y por la parte occidental del rio de los Pescados de Back, se aseguraron de que Boothia

estaba enteramente separada del continente americano.

De este viaje, el más avanzado que se ha hecho en los mares polares, trajeron, pues, la certidumbre de que la América está aislada del antiguo continente; pero al mismo tiempo las dificultades de aquel paso destruyeron la ilusión, tanto tiempo acariciada por nuestros padres, de poder abrir por allí un nuevo camino al comercio del mar Pacífico. El *Erebo* y el *Terror*, naves inglesas, intentaron de nuevo vencer este paso en 1845; pero es notable que de diez expediciones emprendidas con este objeto al mando de Parry, Ross, Lyon, Beechey, Buchan, Bade y Franklin, sólo se obtuvieron escasísimos frutos, y que las únicas que dieron resultados fueron las tres que se hicieron por tierra.

Los mares del Japon y las islas Kuriles, siempre exploradas con dificultad, fuese por los peligros de la navegación, ó por la envidia de los japoneses ofrecieron resultados más felices. Una vez bien indicada la costa de la Tartaria por la Perouse, el capitán Broughton, completó su exploración.

**Rusos.**—El comercio de pieles atrajo de nuevo la atención sobre el Japon: sólo los holandeses se habian podido conservar con él degradándose ellos mismos y denigrando á los demás; los extranjeros estaban, pues, escluidos, y con trabajo fué, como el alemán Kœmpfer y el sueco Thumberg, que nos dieron algunos detalles sobre aquel país, pudieron obtener acompañar á la embajada holandesa (5). Es probable, sin embargo, que penetrasen allí algunos barcos rusos. Habiéndose estrellado un barco japon contra una de las islas Aleutias, la tripulación fué salvada por los rusos y detenida diez años en la Siberia. Al cabo de aquel tiempo Catalina II los envió con un encargo de despachos y regalos, no en su nombre, para que no pareciese que se hacia tributaria del imperio, sino en el del gobernador de la Siberia. Fué recibido con afabilidad; pero no pudo obtener nada más para el comercio que la entrada del puerto de Nangasaky único accesible á los extranjeros. Diez años permaneció la Rusia sin aprovecharse de aquella concesión (1803); en aquella época fué enviado Resanoff al Japon en calidad de embajador, con dos barcos, por el cabo de Buena Esperanza; era la primera vez que el pabellon moscovita se mostraba en el hemisferio austral; pero cuando los rusos llegaron á Nangasaky no quisieron recibirlos en tierra, y no se les permitió comunicarse ni con los naturales ni con los holandeses. El emperador, en lugar de admitirlos en su capital, envió un plenipotenciario al encuentro de aquel embajador ruso, que después de haber dejado su espada y haberse descalzado, se vió obligado á sostenerse sentado con los piés debajo para oír que no se admitian sus dones y que se le negaba la entrada en el imperio. Krusenstern, hábil marino que mandaba aquella

(4) Segun Duperré, el polo magnético austral se encontraría situado á los  $75^{\circ} 20'$  de latitud y  $130^{\circ} 10'$  de longitud oriental.

(5) Véanse más atrás en el cap. XIX.

expedición, objeto de grandes esperanzas, se dirigió hácia el Kamschatka. Después de haber examinado las costas de Saghalien y las de la Tartaria del lado opuesto, consiguió por último resultado varios datos útiles.

Más tarde (1817) mandó el gobierno al capitán Golowin para explorar las mismas costas de las islas Kuriles; pero se vió preso de repente por los japoneses y quedó prisionero con su tripulación. Consiguieron huir; pero habiendo vuelto á ser cogidos, fueron llevados sin insultos y metidos en jaulas: obtuvieron su libertad dos años después por cange. Su libertad fué muy festejada por los japoneses á quienes encontraron estremadamente humanos y civilizados, y que amaban la lectura, las habitaciones cómodas, y tenían deseo de instruirse, pero no pudieron procurarse conocimientos acerca del país.

**Inglés.**—Los ingleses, cuyo comercio iba siempre en aumento en Europa, no quisieron permanecer en segunda fila en Asia. En el momento en que la guerra de la revolución estalló, arrebataron á los holandeses, con el pretexto de adelantarse á la Francia, el cabo de Buena Esperanza, llave del paso á la India. Después, cuando las colonias holandesas pasaron á aquella, ocuparon á Malaca, Java y las Molucas, y aunque las restituyeron cuando se hizo la paz en 1814, conservaron la península malaya y la colonia de Singapor, isla que, colocada á la estremidad de la península, domina el estrecho que atraviesan, en general, los barcos que van á los mares de China. Fundada Singapor por el sabio orientalista Stamford Raffles, que ha escrito la historia de Java, se aumentó con tal rapidez, que en el día arriban allí barcos de todas las naciones, donde no existían en 1819 más que un puñado de pescadores y piratas malayos, y en 1878 se contaban 100,000 habitantes, y el movimiento de su comercio pasa de 150.000,000 de pesetas al año.

En 1825 la Inglaterra dividió entre ella y la Holanda la dominación del archipiélago de Asia y de la Península, aunque conservando los holandeses las islas más ricas en producciones, tales como Sumatra, Java y las Molucas; al paso que los ingleses se reservaban las posesiones más importantes para el establecimiento de un comercio de cambios entre el Asia oriental, la India y el Occidente. Resultó de ello que las colonias de Singapor y del Principe de Gales se convirtieron en el centro de las nuevas relaciones entre el Occidente y las comarcas más remotas de Oriente, relaciones que en el día se estienden hasta la China.

La Europa no tenía que dar en otro tiempo nada á las colonias de Asia: pero en el día sus manufacturas le proporcionan un importante recurso, sobre todo en telas de algodón, en un país donde no se visten de otra manera (6). Por esto es por lo

que las colonias son esenciales á la existencia de Inglaterra; porque con ellas solo puede proporcionar salida á sus manufacturas, y, en su consecuencia, sostener aquella multitud de proletarios, que excluidos de la propiedad, le piden pan. Solo la China no tiene necesidad de lo que le ofrecen los ingleses; pero han conseguido hacerle necesario el opio á despecho de las leyes imperiales, y al momento han suprimido en la India el cultivo del trigo para sustituir el de la adormidera. De esta manera se encuentran en disposición de proporcionar este narcótico á los chinos, de quienes en cambio reciben te, que venden en Europa con gran ventaja, y de aquí sacan trigo, que los indios se ven obligados á comprar caro porque viene de lejos. Esta larga cadena de operaciones, en parte mercantiles y en parte fiscales, no tardaría en romperse desde el momento en que la China consiguiera escluir el opio y destruir con la embriaguez el embrutecimiento, que es la consecuencia.

La habilidad de la Inglaterra en colonizar deja muy atrás á los que la han precedido, ya eligiendo posiciones más favorables para dominar los mares y asegurar la salida de sus mercancías, ya en su tenacidad en obtenerlas. Jersey y Guernesey la hacen dueña del canal de la Mancha. La isla Helgoland, de las embocaduras del Elba y del Weser; con Gibraltar se enseñorea de España y la Berbería, y cierra el Mediterráneo, en el que Malta y Chipre le sirven de escala para Levante (7). Hace en el día todo lo posible por apoderarse del istmo de Suez y establecerse en el Nilo, con objeto de poseer por esta parte la llave del mar Rojo, así como la tiene por la otra con Socotora, desde donde se comunica con el Africa y la Abisinia. Ormuz, Chesmi y Bouchir le aseguran el golfo Pérsico, con los grandes ríos que bajan á él; Pulo-Pinang la hace dueña del estrecho de Malaca, y Singapor del paso de la India á la China. Desde Melville y Bathurst puede llegar al centro de la Malesia, para disputar á los holandeses las especias de las Molucas. Al mismo tiempo el cabo de Buena Esperanza es un puesto avanzado en el Océano Indio; Santa Elena le facilita el camino para el Brasil, y le sirve de escala para el viaje de las Indias, donde la isla de Francia y las Seichelles aseguran su dominación. Falkland es otro Gibraltar que podrá cerrar el océano Pacífico. Desde la Jamaica, la Inglaterra domina las Antillas y trafica con el resto de la América; al paso que des-

pintadas, llamadas indianas, que fueron después introducidas por los holandeses; los franceses protestantes, espatriados por la revocación del edicto de Nantes, las difundieron por toda Europa, y los ingleses introdujeron el estamparlas con cilindro, siendo sabido que los algodones estampados son la parte principal de las manufacturas de Francia é Inglaterra. La rubia para el tinte fué traída de Oriente por los holandeses.

(7) Corfú y las islas Jónicas fueron devueltas en 1864 á la Grecia; pero los ingleses adquirieron á Chipre en 1878.

(6) Los portugueses conocieron en la India las telas

de la Guinea se insintía en el centro del Africa, y en 1841 proponía al gobierno español le cediese por 60,000 libras esterlinas las dos islas de Fernando-Po y Annobon. En una palabra, por todas partes busca mercados donde haya gran número de consumidores y ninguna competencia, y nada se escapa á los esfuerzos, á la atencion, al atrevimiento y á la admirable perseverancia de esta nacion.

¿Debe creérsela destinada á hacer sola el comercio del mundo?

La Inglaterra no despliega menor poder en la Oceania, donde establece en todas partes factorías, interin llega el momento de hacerse dueña de ella (8). En 1818, el comandante William Smith, encontró en el 62° de latitud Sur, una costa llena de vacas marinas, cuyas pieles se iban á buscar antes al Norte. Adquirió al momento importancia bajo el nombre de Nueva Setland; y se considera que se mataron en los años 1821 y 1822, trescientos veinte mil de aquellos animales, de los que se sacaron nuevecientas cuarenta barricas de aceite. Eran tan poco feroces, que no se movian mientras mataban á otros á su lado; pero por no haber preservado á las hembras, este rico producto se agotó pronto. Descubierta de nuevo la Georgia, por Cook en 1771, procuró tambien ventajas al comercio inglés. Se calcula, en efecto, que se sacaron veinte mil barricas de aceite y un millon doscientas mil pieles de vaca marina; lo mismo aconteció en la isla de la Desesperacion, y más de trescientos marinos se emplearon todos los años en solo los puntos de estos dos países; pero no tardaron en agotarse tambien enteramente.

**Tierras antárticas.**—Continuábanse al mismo tiempo las exploraciones de las tierras antárticas. Ya hemos mencionado los viajes de Blig y de Flinders; pero sobre todo, después de la paz de 1815, las exploraciones se pudieron proseguir con más seguridad. El capitán Felipe Parker-King hizo conocer mejor las costas australes entre los trópicos; Botwell encontró en 1820, el Sur Orknigs. Palmer y otros cazadores de focas, vieron desde lejos las tierras que recibieron el nombre de Palmer de la Trinidad. Bougainville y Camper recorrieron en 1823 la Oceania, como tambien Aragó, cuya descripcion dió en su *Viaje al rededor del mundo*, y los sábios, que siempre formaban parte de estas expediciones, recogieron preciosos conocimientos. Tambien se deben varios á Rienzi, que nos ha proporcionado en el *Universo pintoresco* la historia y la descripcion más completa de aquellos países.

El capitán Bellinghausen descubrió en 1819, con barcos rusos, varias islas nuevas, adelantándose hasta los 70° de latitud; entre otras la isla de Pedro I, la más meridional que se conoce, y cerca de ella la de Alejandro I, y entre ambas un mar

que ofrece señales de tierra. El inglés Weddell penetró, en 1824, hasta los 3° y 5' en el círculo antártico, es decir, doscientas catorce millas más adelante que ningun otro viajero: encontró deshelado el mar, al cual dió el nombre de Jorge IV, y notó que las brújulas se debilitaban como en el polo ártico.

¿Pero no hay verdaderamente más que hielos bajo el polo? ¿ó existe un continente?

Algunos navegantes han notado, al acercarse al Sur, señales seguras de tierra. El capitán Biscoe la tuvo mucho tiempo á la vista en 1830, sin poder arribar á ella por los vientos contrarios. El americano Morrell, en 1830 y Kœmpfer en 1833, confirmaron el hecho, y creyeron que pasando la primera barrera de hielos se podría llegar á las tierras antárticas. Este descubrimiento escitó, pues, un nuevo celo, y la Francia mandó al capitán Dumont de Urville, la Inglaterra al capitán Ross, y los Estados-Unidos á Wilker, para intentar el conseguirlo.

Ya hemos pagado un tributo de elogios merecido al capitán Dumont de Urville, que exploró con el *Astrolabio* (1826-1828) cuatrocientas leguas de costas de la Nueva-Zelanda, como tambien los archipiélagos de Viti, Salomon, la Luisiada, la Nueva Guinea, trayendo datos numerosos y variados, al mismo tiempo que producciones desconocidas hasta entonces. Fué después enviado en 1837 á comprobar los descubrimientos de Weddell, y asegurarse si der tro de un cinturon de hielos, formado á lo largo de las islas, entre los 60° y 70° de latitud existia un mar libre, en el que un ballenero inglés pudiese llegar hasta los 70° y 15'. Rechazado primero por los hielos, llegó á la mayor latitud austral á que se habia llegado hasta entonces. Pero fué un milagro el que pudiese salir de aquellos hielos, donde se encontraba encerrado. Consiguio de todos modos determinar la posicion de algunas islas, que no se habian visto hasta entonces sino desde lejos; y vió la tierra, á la cual se le dió el nombre de Adelia, á los 66° y 30' de latitud Sur, y á los 158° y 21' de longitud oriental. Fué tambien vista al mismo dia por el americano Peacock, que la costeo por espacio de quinientas setenta y seis leguas. Urville, á quien los ingleses quisieron arrebatar todo el mérito, hubiere ido á recoger nuevos datos, si en el agradable tránsito de Versalles á Paris no hubiera perecido víctima con su familia de una esplosion en el camino de hierro. ¡Triste fin para quien habia salido salvo de expediciones tan peligrosas y remotas! (9)

(9) El *Viaje alrededor del Mundo* publicada bajo la direccion de M. DUMONT D'URVILLE (Paris, imp. de Furne) es una compilacion que no tiene autenticidad alguna; una especie de viaje de Anacarsis, en donde se atribuye á un ser ideal los viajes de muchos. El nombre D'Urville no es más que una añagaza ó medio de llamar la atencion, medio muy usado por los editores franceses.

(8) Su última adquisicion, las islas Fidjidata de 1874.

Sin embargo, un barco ballenero, mandado en 1839 por el negociante Enderby, reunido á algunos asociados, bajo el mando del capitán Juan Balleny, apoyaba con hechos nuevos la presunción concebida, aunque fué también detenido por los hielos, después de haber avanzado hasta 69°. Wilkes afirmó haberse acercado á una distancia de pocas millas á los 67° y 4' de latitud Sur, y 147° y 30' de longitud oriental, á la tierra que llamó continente antártico; pero no recogió más que piedras, único regalo que pudo arrancar á aquella naturaleza helada.

El 29 de setiembre de 1839, el capitán Ross marchó para un nuevo viaje al polo Austral con el *Erebo* y el *Terror*, haciendo rumbo á Santa Elena, con el objeto de determinar la menor intensidad magnética en el globo. Arribó á la tierra más meridional á que se había arribado, á los 70° y 47' de latitud Sur, y 174° 16' de longitud Este, de Greenwich, se adelantó después hasta los 78° y 4' y 187° de longitud. Bancos de ciento cincuenta piés de altura, por toda una estension de trescientas millas, le obligaron á detenerse para ponerse en marcha el año siguiente, después de haber navegado mucho tiempo por donde Wilkes y las cartas americanas habían colocado la tierra firme. Vuelto á su empresa en diciembre, vió á otras islas y también un golfo; después el 22 de febrero de 1843, pasó la línea donde la aguja imantada permaneció invariable á los 61° de latitud al Sur y 24° de longitud Oeste, con una declinacion de 57° y 40'. Creyó en su consecuencia poder afirmar que si existen en el Norte dos polos magnéticos verticales, no hay más que uno solo en el hemisferio austral. De esta manera vió la Inglaterra flotar su pabellon cerca del polo, y el nombre de su reina se eternizará con la tierra de Victoria, á cuya estremidad se eleva el volcan Erebo (77° 32' latitud Sur y 167° longitud Este) como un faro natural, que ha de servir de guía á las futuras osadías de los navegantes.

En el día las islas de la Polinesia son principalmente frecuentadas por la pesca de la ballena, por la madera de sándalo y las pieles de la costa noroeste de América, en atención á que los mer-

caderes tienen la costumbre de pasar allí el invierno y abastecerse, para volver al verano á América con objeto de completar su viaje. Viendo que las armas de fuego eran muy buscadas por los polinesios, llevaron gran número de ellas para cambiarlas por provisiones, sin pensar en las consecuencias, de que ha resultado que aquellos insulares se han hecho temibles. Ya han capturado algunos barcos y contraen costumbres de violencia, al paso que serian muy susceptibles de mejora social.

Como la pesca de las focas no bastaria siempre á cubrir los gastos de las expediciones, los patrones ingleses hacen trato con el gobierno para trasladar á aquellos países á los condenados y emigrados. Depositán á sus pescadores en alguna isla desierta, consignán á los deportados recibiendo el flete en letras sobre Lóndres; y después de haber hecho algunos negocios con los isleños del Sur, vuelven por los pescadores donde los han dejado, se dan á la vela para Canton, donde venden sus pieles, negocian las letras que han recibido sobre Lóndres, y cargan para la Europa mercancías de la China.

Con respecto á los viajes de circunnavecion, muchas personas los reprueban, en atención á que, estando todo descubierto, no pueden proporcionar más que algunas observaciones á los astrónomos, ó ciertos detalles ya al magnetismo terrestre, ó ya á la temperatura sub-marina; pero otros los creen útiles para hacer respetar el pabellon en las potencias que no tienen colonias, en los países bárbaros, que por desgracia están armados y podrán llegar á ser pronto Estados temibles. Desde esta época los viajes científicos no fueron ya narraciones de aventuras, sino cúmulo de documentos para dar á conocer el mundo físico: los viajeros dirigieron sus investigaciones en el sentido conveniente á la ciencia, cuyos progresos deseaban, y de este modo se va completando la geografía de los seres vivientes, viéndose reflejar las especies y familias de un continente en las formas análogas del otro, las cuales se suplen mutuamente en la gran série del organismo, analogía, que también se encuentra en la naturaleza inanimada.

## EPÍLOGO

---

Se ha debido sentir varias veces, según la relación de las estravagancias y horrores que acompañaron á los descubrimientos, el que aquellos nuevos países no hubiesen permanecido desconocidos, ya que debían á la vez sufrir y causar tantos males. Esta fué la opinión de muchas personas, tanto en el mismo siglo que fué testigo de ellos, cuando todos los desastres que resultaban se atribuían á aquel descubrimiento que habia comenzado en viernes; como en el anterior al nuestro, cuando se querian remediar los desórdenes reales de la sociedad, exagerándolos hasta el punto de sostener que todos los males de la humanidad proceden de la civilización, y que viviria feliz si hubiera permanecido en el estado de naturaleza.

No faltaban, en efecto, los argumentos, para demostrar los funestos resultados del descubrimiento. Confiado á la hez de la plebe de Europa, á aventureros, malhechores y reclutas mercenarios; proseguido con insaciable avaricia, debió producir asesinatos é infamias. Felices poblaciones en su ignorancia fueron arrancadas á su religión y á su familia para ser avasalladas al capricho del europeo; fueron degolladas, ó precisadas á sufrir trabajos escesivos que eran para ellas un suplicio, aceptar dogmas superiores á su débil inteligencia y que se les imponía con intolerancia sanguinaria. Todo lo invadió después la avaricia, sin asegurar la posesion de nada. Cuanto más oro se posee más se aumentan las necesidades; el bienestar disminuye á medida que el lujo crece, la moral se corrompe, y procurándose nuevos goces, la salud se altera y desaparece.

Vino después el sistema absurdo de las nuevas colonias. Las antiguas eran el punto á donde iba á parar el escedente de la población, ó recompensas militares; el que se establecía allí no participaba de ninguno de los derechos políticos de la me-

trópoli. Fueron en la Edad Media un camino para el trabajo libre. Las nuevas colonias repudiaron este progreso, y volvieron á la antigua servidumbre personal, al sistema que sacrifica las colonias á la metrópoli, sin otro objeto que retribuir á los trabajadores lo menos posible, vender más caro que de derecho, y comprar al menor precio posible los artículos de comercio que producen. El que se acostumbra á una idea escepcional, no tarda en aplicarla de una manera general, por absurda é inmoral que sea. Las colonias fueron de este modo un campo de avaricia, injusticia y tiranía, no sólo para el Nuevo Mundo, sino tambien para el antiguo, poniendo trabas al comercio, y haciéndose depender sus leyes y reglamentos del interés solamente y de la conveniencia de la metrópoli. Una vez fija la atención en las Molucas y en las Antillas, que eran las primeras dotadas por un privilegio natural de ciertos productos, y las demás, depositarias del Asia y del Africa, que extranjeros cultivaban en su territorio, las metrópolis no pensaron más que en poner trabas al comercio para convertirlo en un medio de lucro y de goces; egoísmo que impidió el acrecentamiento de las mismas colonias, y produjo la necesidad de la esclavitud. Avasallados entonces los indígenas á inhumanos conquistadores, á avaros mercaderes é intolerantes apóstoles, que hacían pesar sobre ellos una servidumbre implacable, ó perecían, ó huían; de tal modo, que fué preciso reemplazarlos por los negros.

Gentes distantes de su patria, sustraídos al freno que impone la vista de los parientes, la cercanía de los lugares donde se ha pasado su infancia, la voz de aquellos que los han educado, se entregan con facilidad á excesos, y sobre todo en puntos donde abundan las ocasiones de pecar. Los diferentes pueblos que habían acudido al Archipiélago de las Antillas y del océano Pacífico, no pudieron

menos de tener frecuentes choques, de los que nacieron guerras que complicaron la política; ya no hubo paz entre las naciones comerciantes, sólo armisticios momentáneos, durante los cuales las metrópolis se observaban con envidia, confundiendo los intereses mercantiles con los del Estado.

¿No hubiera sido mejor que los barcos que llevaban á Cristóbal Colon y á Bartolomé Diaz, hubiesen perecido en la travesía para eterno espanto del que de nuevo concibiera la idea de ir á turbar el reposo de un mundo desconocido ó separado del antiguo continente?

Se profesará, no obstante, diferente opinion si se consideran los hechos bajo otro punto de vista. Sepáremos primero la idea tradicional de la felicidad de los salvajes, porque en realidad no se encuentra en ellos ni escenas de idilios, ni la poética inocencia de la naturaleza, ni la sencillez patriarcal; sino, por el contrario, el derecho feroz del más fuerte, la esclavitud de la mujer, la opresion de los débiles, la avaricia, la imprevision, el infanticidio, á veces la antropofagia, siempre una superstición grosera, llena de terrores y repugnante por la sangre.

Nadie de seguro emprenderá defender los procedimientos de los europeos; pero quisiéramos que se hiciese diferencia entre el descubrimiento y la conquista, y que no se crea que la una debió ir necesariamente acompañada de la otra. Si no hubiera sido por la locura del oro, no se habrían precipitado á América los europeos, que tierras bastantes tenían, por cierto, en su patria. La intolerancia filosófica y religiosa que hemos visto ensangrentar á la Europa, desde fines del siglo xv hasta mediados del xvii, inspiraba también á los conquistadores de las dos Indias, y les persuadía que aquellos salvajes idólatras eran de una raza inferior á la nuestra; que su territorio, y hasta su persona no les pertenecía; que conducirlos al cristianismo, por cualquier medio que fuese, era una obra meritoria. No era una intolerancia pura en su origen, como lo son por lo comun los sentimientos exaltados: mezclábase á ella el borron de los intereses materiales y de los vicios sociales; se unia además en los hombres poderosos á una avaricia insaciable, resultado de las necesidades creadas por esta nueva política perturbadora, que, en el antiguo mundo impulsaba también á una nacion contra otra, con el único objeto de despojarla de sus derechos y de sus riquezas. Debe, pues, achacarse menos á la dureza del carácter español que á los frios cálculos de una ambicion avara, á una prudencia cavilosa, y á los rigores que se creyó también justificar en otras partes, prestando la necesidad de consolidar el edificio social.

¿Qué generacion está bajo este punto de vista al abrigo de todo cargo? No es ciertamente la nuestra, jactanciosa propaladora de doctrinas y de ideas de humanidad. Las poblaciones originarias de América han sufrido demasiado; pero que se comparen las que aun no han sido sometidas con

las que la Europa domina hace tres siglos. La poblacion del territorio no estaba en relacion con su estension; y en los países de América situados frente al Asia, donde la civilizacion indígena hubiera podido desarrollarse hacia tiempo, no se veian más que tribus esparcidas de cazadores, de tal suerte, que pudieran establecerse allí colonias más considerables que las que nunca existieron en Asia y Africa, y prosperaron por la feracidad de la tierra para los cereales de Europa. Franklin, Washington y Bolivar han nacido en los lugares donde andaban errantes los antropófagos; Fulton dió movimiento á los primeros vapores en las mismas costas donde no se sabia construir una tosca canoa. Al cazador desnudo suceden pueblos agrícolas, el comercio á la rapiña, el ejemplo de instituciones filantrópicas á la fuerza bruta. La Europa ha llegado, como un maestro que se ve adelantado por su discípulo, á admirar la libertad establecida en el Misisipí y en el Orinoco: ve á la república anglo-americana cuadruplicar su poblacion en medio siglo, y reunir por canales y caminos de hierro, rios que facilitan las comunicaciones entre tribus invenciblemente separadas hasta entonces por enormes distancias. Nueva-York cuenta más escuelas que niños. Academias de bellas artes y medicina se abren en Filadelfia y Boston; fúndanse universidades por todas partes; y, lo que es aun más importante, se ven surgir en todos puntos sociedades agrícolas y filantrópicas, bancos y otras instituciones, que tienen por objeto satisfacer la inmensa necesidad de obrar, de instruirse y de perfeccionarse.

Semejantes hechos nos parecen superiores á todos los sofismas de los filántropos, más propios para hacer apreciar en su valor real el descubrimiento del Nuevo Mundo, que aseguró á la raza europea la superioridad sobre todas las demás.

Puede oponerse á los males incontestables, procedentes de las colonias, muchos resultados útiles, tales como los progresos de la geografía y etnografía, como también los adelantos en la navegacion. El comercio antiguo se hacia enteramente por tierra; el mar no le servia sino de medio accesorio para reunir los lugares que separaba; y no se pueden atribuir los progresos de la navegacion á los del comercio. Era activo en el Mediterráneo; pero solo como estension ó como salida del comercio continental, y como trasporte de las mercancías de un lugar á otro. La vuelta de Africa no hubiera bastado para producir el cambio operado por los nuevos descubrimientos, y el comercio de las Indias hubiera aun continuado mucho tiempo bajo la forma de cabotaje.

El descubrimiento de la América fué el único que hizo sólo posible el comercio en grande, y cambió el camino de Oriente á Europa, camino que, con variaciones parciales, habia quedado el mismo desde el establecimiento de las sociedades. Aun cuando el cabo de Buena Esperanza no hubiese sido doblado, el descubrimiento de Colon

debía producir semejante cambio; porque no se podía llegar al Nuevo Mundo á lo largo de las costas, ni navegando de isla en isla: pertenece, pues, al ilustre genovés el honor de haber transformado el tráfico de tierra en comercio marítimo. Los puertos del Mediterráneo se empobrecieron cuando la Europa occidental abrió los suyos á las dos Indias, y el Océano fué el gran camino de las comunicaciones generales. A principios del siglo XVII, la Europa contaba veinte y dos mil barcos de transporte, de los que once mil cuatrocientos pertenecían á la Holanda, dos mil trescientos á Inglaterra, mil trescientos á la Francia, y seis mil repartidos entre la España, la Italia, la Dinamarca y la Suecia. Todo el mundo puede ver cuánto se ha aumentado después el número.

Desde entonces los goces han sido mayores en Europa, como también los medios de satisfacer las necesidades de todas clases. En el día, sin ser opulento, puede uno recrearse en salones adornados con telas de Damasco, pisar alfombras de Persia, vestirse con los trajes tejidos en la India, saborear en porcelana del Japon el té de la China, el café de Moka y de la Martinica, endulzado con el azúcar de Siam; aspirar á su gusto el tabaco de Virginia ó de la Habana, sazonar sus alimentos con las especias de las Molucas, adornar su jardín con los árboles y plantas del Cabo y de la Nueva Holanda. Por otra parte, el algodón, el maiz, la patata, han venido en ayuda de las necesidades del pobre, y puede decirse que éste se halla hoy al abrigo de las terribles hambres que en otras épocas padeciera.

Los derechos establecidos sobre los géneros extranjeros, enriquecieron la renta de los gobiernos, en una época en que la trasformacion de los ejércitos, y la centralizacion de la administracion exigiendo nuevos gastos les hacia conocer la necesidad de nuevas rentas. Las manufacturas de Europa tomaron un vuelo desconocido, para proporcionar trajes y utensilios de toda especie á tantas poblaciones, que hacia poco tiempo estaban desnudas, como para rivalizar con el lujo de Oriente: tuvieron por otra parte que aprovechar las primeras materias, que ya fuese porque eran nuevas ó por más abundantes, hacia que el pueblo aspirase también á comodidades ó embellecimientos, reservados anteriormente á solo los grandes señores.

La fundacion de los cafés, que se convirtieron en puntos de cita, donde se reunian para hablar de negocios y política, sin encontrar en ellos los peligros é innobles inconvenientes de las tabernas, fué, sin contradiccion, en ventaja de la urbanidad. Por otra parte, el poder de la inteligencia se aumentó, cuando vió dobladas delante de sí las obras de la creacion; cuando se le abrió la entrada de pueblos, aun por explorar, cuando tantos errores y antiguas preocupaciones fueron desmentidas, y reveladas tantas verdades; porque entonces se encontró necesariamente roto el círculo estrecho en que la razon permanecia aprisionada por la autoridad, y

pudo, por el contrario, lanzarse al vasto campo de la esperiencia.

Entonces fué necesario pesar con escrupulosa exactitud los fenómenos nuevos, que hicieron después comprobar los antiguos. Se quiso conocer las circunstancias y las causas de cada cosa; ejercicio lógico que hizo perder la costumbre de jurar por la palabra del maestro. Entonces, relaciones inesperadas produjeron combinaciones científicas, y todo lo que antes se llamaba monstruosidades y accidentes, entró en las clases amplificadas. De esta manera pudieron completarse las ciencias, y crearse otras nuevas. Estendida la geografía física por todos los climas y todas las alturas, despidió sus primeros rayos; la historia pudo aspirar á hacerse universal; la arqueología salió de los carriles clásicos, y nacieron la geología y la etnografía. Tantos objetos nuevos que se ofrecían á la reflexión en tiempos en que la inteligencia habia creído posible renovar por la mejora de las formas, hicieron que se pasase de la penuria de las ideas á una inesperada abundancia. Las opiniones, las leyes, las costumbres y la política fueron modificadas por estas nociones, que nacidas de un contacto más íntimo, más estenso en el mundo material, proporcionan al pensamiento un alimento continuo.

Este progreso de la educacion particular desarrolló inmensamente la educacion general, y desde aquel momento comenzó una nueva vida de inteligencia, de sentimiento, de esperanza, de tentativas y de ilusiones. Surgian nuevas industrias, las antiguas sufrieron reformas. Enriqueciase, fortaleciéndose el espíritu humano: el que se encontraba arraigado en la sociedad antigua, refugiábase ahora al Nuevo-Mundo. La razon adquirió, ilustrándose, aun mayor atrevimiento; de tal manera, que un descubrimiento puramente material produjo un cambio moral, inmenso, indefectible, eterno.

Si la especie humana debió sentirse humillada viendo hasta qué grado de barbarie puede bajar, y á qué monstruosidades fué impulsada por la sed del oro, también pudo enorgullecerse viendo al hombre afrontar en un frágil barco tempestades desconocidas, y convertir en instrumento para la propagacion de la cultura aquel elemento mismo que parecia destinado á impedirlo. Es cierto que el poder del hombre para luchar contra la naturaleza, se manifiesta más que en ninguna parte, en los viajes en que, pasando alternativamente de los ardores de la línea á los hielos del polo, se espone á peligros desconocidos, para destrozarse el velo que cubre los misterios de nuestro planeta. Pero al mismo tiempo puede observarse cómo pesa sobre él en ocasiones tales aquella influencia superior que solemos llamar fortuna, y como una mala embarcacion, un aventurero insensato, un naufrago infeliz lleva á cabo importantísimos descubrimientos, mientras que la expedicion mejor acondicionada y más provista va á hacerse pedazos contra una roca.

Dirigiéndose esta coincidencia de aventuras fortuitas á un gran fin, sin que no obstante nada se hubiese combinado, se encontró en los primeros descubrimientos, de tal manera, que se sucedieron no sólo con rapidez, sino también con maravillosa oportunidad. Apoderándose los turcos de Constantinopla, habían amenazado á la Europa con una nueva invasión; y cuando Selim destruyó la dominación de los mamelucos en Egipto, pudo hacerse árbitro del comercio, señor como era de todos los caminos de la India. Ahora bien, ni á él ni á Soliman les faltó inteligencia para comprender la importancia de aquel manantial de riqueza, ni ambición para conservarles; Soliman hizo hasta un código de comercio, y envió flotas al mar Rojo para arrojar de él á los portugueses tan luego como se presentasen. Abriendo, pues, los portugueses un nuevo camino por el cabo de Buena Esperanza, pusieron trabas al incalculable acrecentamiento del poder musulmán, é impidieron á la Europa sufrir la preponderancia comercial de los turcos, cuyo poder guerrero tenía ya que temer.

Una vez conocido este nuevo paso, todo el dinero de Europa hubiera pasado á otros países remotos que no tienen ninguna necesidad del nuestro, lo que le hubiera agotado entre nosotros, y por consecuencia anonadado el comercio. Pero ved que de repente se ofrece la América con sus minas de oro, que pronto es conocida en toda su extensión, como para probar que la fortuna no abandona á las naciones perseverantes, y favorece á los que se aventuran. No conociendo la España más que el provecho inmediato que había que sacar, destruye á los naturales, tiraniza á los colonos, hace pesar sobre ellos y sobre los europeos medidas absurdas, con el objeto de detener el oro en su casa; pero por el contrario, se escapa de sus ensangrentadas manos, y esto sin volver, para pasar como precio de los géneros de la India, ó de los objetos manufacturados de Europa, á las industrias manos de los portugueses, de los franceses, de los holandeses y de los ingleses; y de esta manera es como la orgullosa indiferencia de los españoles fomenta la industria de toda la Europa.

Los portugueses encontraban países cultivados y comerciantes; los españoles poblaciones bárbaras y desnudas, sin agricultura ni comercio, sin hierro ni animales domésticos. Los primeros sacaron en consecuencia ventajas inmediatas de sus descubrimientos, los segundos sólo cuando se dedicaron á explotar las minas del Potosí y de Méjico. Bastó á los portugueses procurarse puertos, puntos de escala y factorías, sin tener necesidad de colonias, agricultura y esclavos, dejando á los naturales el cuidado de procurarse los géneros que transportaban. Por el contrario, los españoles, se vieron obligados á formar colonias, á utilizar con la industria las riquezas naturales del Nuevo Mundo, y á adquirirlas en cambio de los productos fabricados en Europa, manera también con que contribuyó la América más que con los viajes á la

India, á dar impulso á las manufacturas del antiguo mundo.

Por otra parte, ¡cuántos motivos de reflexión! La América fué descubierta por un italiano, y es la ruina de la Italia. Fué conquistada por los españoles, y su empobrecimiento es la consecuencia. Los italianos que tuvieron tanta parte en las primeras expediciones, no se presentan ya después, porque el nombre de Italia se borró de la lista de las naciones. Los mismos españoles cesan pronto de cooperar á ellas; y un mundo que el dedo pontificio había dividido entre la España y Portugal se pierde para estas dos potencias, al paso que pueblos desheredados en esta partición, llegan á ser los nuevos poseedores.

Una costosa esperiencia ha demostrado el vicio de los medios con cuya ayuda se pretendía avivar el comercio y hacer prosperar las colonias, concediendo privilegios á algunos con detrimento de los demás, poniendo obstáculos á la misma naturaleza en los dones que prodiga más generosamente. A medida que se aumentaron los rigores que se usaban para la conservación del monopolio, el contrabando redobló en actividad y audacia para eludirlos. En fin, las colonias probaron, emancipándose, que el territorio colonial puede ser cultivado por manos libres, con tal que no se ponga traba á la venta de sus productos.

Los intereses de una compañía son por necesidad diametralmente opuestos á los de la colonia, y como aquella puede dictar leyes é imponerle condiciones, resulta que trata de arruinarla en beneficio suyo, y lo proseguirá con aquella ambición que si admite el freno de la caridad en un individuo aislado, no tiene correctivo alguno en las asociaciones. Esto es lo que se observó en todas partes, en que el comercio fué el privilegio de una sociedad; y como los que cometen errores comerciales concluyen por sufrir ellos mismos la pena, se vieron languidecer todas las compañías después de un momento de prosperidad, y quebrar al cabo de cierto tiempo. Aun aquella que se ha señalado entre todas hasta el punto de dominar un imperio más vasto que el de la antigua Roma, se vió precisada á hacer presente sus males para implorar urgentes remedios. Ha conseguido, de todos modos, resolver un problema que los siglos habían dejado sin solución. Antes y después del descubrimiento del Cabo, la India había sido constantemente el pozo donde iba á sepultarse todo el oro del mundo: allí era donde se encontraba el que los españoles sacaban de la América: los barcos holandeses, ingleses y portugueses, llevaban mercancías indias á la península gangetica, al Pegu, á Siam, á Ceilan, á Achem, á Macasar, á las Maldivias, á Mozambique y á todas las partes de aquel mar, y llevaban dinero á la península; allí reflúa también el que los holandeses sacaban del Japon. Aunque la India tuviese necesidad de clavo, cobre y nuez moscada, que recibía por mediación de los holandeses, estaño de la Inglaterra, caballos de

Persia y de la Arabia, almizcle y vasos de la China, frutas de Cabul, perlas de Bahrein, cambiaba todos estos productos por los de su suelo.

Las cosas han cambiado después de la conquista de los ingleses, y sobre todo desde que el hombre tuvo el vapor á su servicio, enviamos al Oriente no solo dinero, sino tambien nuestras manufacturas y los mismos finísimos tejidos que pedíamos un tiempo á la India y á la China. Antes de esto, sin embargo, los ingleses sacaban continuamente dinero de la India, obligando al indigena á comprarles el alimento; porque, como ya dijimos, dedicaron los campos todos al cultivo de la adormidera, que los suministra las soporíferas gotas con que envenenan la China, de la cual extraen el té que produce nueva riqueza á la Inglaterra.

¿A qué fin tan desenfadada tiranía? Para que el comercio inglés permaneciese encadenado en empresas que la industria privada habia hecho más productivas, y para que la nacion pagase á mayor precio las mercancías procedentes de la India y de la China. Con efecto, apenas se abolió el monopolio en 1814, cuando vimos aquellos mares cubiertos de especuladores que todo lo emprendian. Aumentáronse la actividad y los beneficios, el consumo fué mayor, la importacion de tejidos ingleses se hizo cincuenta veces más considerable, y todo esto evitando al Estado los enormes gastos que le costaba el sosten del monopolio (1).

Sabemos los motivos que se alegan en favor de las colonias: el ejercicio que por su medio se proporciona á la marina; el respeto que adquiere el pabellon de las naciones que las poseen; en fin, la gloria. Pero el Asia no es en el dia lo que era en tiempo de Vasco de Gama y Alburquerque; ya no es de temer que la media luna eclipse el esplendor europeo. La América no piensa ciertamente en conquistar á la Europa: trata más bien de consolidar su emancipacion, y proporcionarnos ejemplos de libertad, como única venganza por los golpes que les han dado nuestros padres.

Sin embargo, los presupuestos de todos los Estados manifiestan cuán onerosas son las colonias: así es que la Martinica y la Guadalupe tienen con respecto á la Francia una deuda de 130 millones, al paso que el valor total de todas sus propiedades inmuebles no se estima más que en 300 millones. No se hace, pues, con las colonias, más que restringir el número de los consumidores y vendedores. La legislacion se encuentra precisada á medidas absurdas para sostener un orden de cosas que repugna á la naturaleza. Además, la moral clama contra la esclavitud, inevitable en este sistema, si

es verdad que la emancipacion de los negros produciría su destruccion. Las colonias septentrionales han podido emanciparse porque son agrícolas, y en su consecuencia convertirse en una nacion indigena, sin depender más que de sí misma; pero de otra manera acontece en las Indias y en las posesiones de España y Portugal. Acontecimientos extraordinarios como la revolucion francesa y las guerras de España, han podido crear una república de negros en Haiti, y constituciones en la Colombia; pero por lo demás nada hace entrar á las colonias naturalmente en el camino de la emancipacion, si los europeos no se deciden á abandonarlas para ir en busca de los mismos productos á países más cercanos.

Ahora bien, la simple reflexion práctica hace que uno se pregunte por qué se van á hacer en aquellas remotas islas plantaciones que prosperaban en Sicilia, en España, y sobre todo en las costas de Africa, donde crecen espontáneamente el algodón, la caña de azúcar, el café, y donde son casi indigenas los negros que se trasladan con tantos gastos á América. Además la ciencia inquiere á su vez por qué vamos á buscar el azúcar á la Guadalupe y á la Habana, cuando podian pedirse en nuestros suelos al maiz y á la remolacha.

Sabemos las contestaciones que se dan á estas preguntas; pero lejos de ser decisivas, no son más que razones de conveniencia que no deben tener fuerza alguna para el porvenir. Otras adquisiciones, otras glorias se buscarán entonces en los descubrimientos, y la propagacion de la cultura, y la libre comunicacion de los productos, y la mútua satisfaccion de las necesidades y de los placeres, y la intimidad entre los hombres de apartados climas para que cumplan de acuerdo su destino, serán los resultados que se buscarán y obtendrán por aquéllos.

Nada más notable, cuando la civilizacion ha procedido de Oriente á Occidente, que su constante tendencia á volver á su origen, y la idea con que se preocuparon todos los imperios en su mayor prosperidad, de asegurarse lugares que dan paso hácia el Asia. Alejandro fundaba su ciudad en el punto en que el istmo de Suez separa del Mediterráneo los mares que conducian á las estremidades de Oriente; Constantino elegia en el Bósforo el punto de su nueva capital, que debian disputarse después los cruzados, los mongoles, los turcos y los rusos. Los califas trasladaron desde su península nativa á Bagdad y á Basora las sedes de su poder y el gran mercado de su comercio; los francos se esforzaron en plantar la cruz en Palestina y en las costas de Siria; Colon y Vasco de Gama caminaban por opuestos caminos en busca de los mismos países. Y es para encontrar un camino más corto, por lo que los hombres se obstinan aun contra los eternos hielos del polo Artico. Aun vemos en el dia á la Inglaterra y á la Rusia, únicas potencias conquistadoras de nuestra época, estenderse continuamente hácia Oriente, la una

(1) El descubrimiento del *guano*, abono animal, dió por un momento gran importancia á Ischaboe, y á otras islas en el cabo de Buena Esperanza. Esportaron en poco tiempo de la primera, más de quinientas mil toneladas de esta sustancia. En 1875 Inglaterra ha esportado del Perú guano por valor de 26.000,000 de pesetas.

por el Cáucaso, la otra por la India, al paso que dirigen una mirada de envidia al istmo de Suez y al Bósforo. La Inglaterra reina tiránicamente en los países de la India, donde la antigua civilización añadía dificultades para penetrar en ellos, y posee en el inmenso espacio que se extiende desde el Indo hasta Bramaputra y desde el mar de la India á las montañas del Tibet 190 millones de súbditos, y 48 millones de vasallos y tributarios. La Rusia ocupa la vertiente septentrional hasta el Kamschatka y casi todo el Turkestan, y avasallando las tribus errantes, que hace entrar en la vida agrícola, se prepara á arrojar sobre la China las hordas que la conquistaron en otro tiempo, pero después de haberla civilizado. Entre tanto la muralla del celeste imperio es violada por los contrabandistas; penetran en los puertos desafiando sus leyes, y una expedición de algunos millares de ingleses acaba de atacar un imperio de 350 millones de hombres. Ahora bien, con tanta rapidez caminan los acontecimientos, que la paz de Nankin (Agosto, 1842) ha abierto á la Europa cinco puertos del imperio, de donde proseguirá su triunfante carrera satisfaciendo la inextinguible sed de movimiento, y el deseo de lo infinito de que está atormentada. Tal vez la isla de Hong-Kong, cedida momentáneamente á los ingleses, está destinada á ejercer otro Gibraltar, cuyos cañones darán la ley al río de Canton.

El Japon, tanto tiempo inaccesible ha roto sus barreras en 1867, y tales son los rápidos progresos que ha hecho en la civilización moderna que se puede prever el importante papel que está llamado á ejercer próximamente en el extremo Oriente.

La América ve ya con impaciencia el estrecho istmo de Panamá alargar varios centenares de leguas el camino que hay de uno á otro de los mares que bañan sus costas; y las naciones europeas se apresuran á ocupar puntos favorables para el momento en que las Antillas estén á poca distancia de las Marquesas. Entretanto los vapores remontan el Eufrates, el Tigris, el Indo y el Níger; comunicaciones regulares están establecidas entre la Inglaterra, la América del Norte y las estremidades de la India. El camino del cabo de Buena Esperanza no es el único que conduce á Oriente desde que el istmo de Suez ha sido abierto (1867), el cual ofrece un camino más corto y más directo á los buques de todas las naciones. ¿Quién sabe si entonces Venecia no volverá en sí, y que destino está reservado á la Sicilia y á toda la Italia en aquel Mediterráneo, que volvería á ser el puerto de la Europa?

En otro tiempo, era mucho, según parece, que los correos recorriesen diez y seis millas métricas cada hora: en el día hombres y mercancías andan más de sesenta millas. Se remontan ochocientas y novecientas leguas por los ríos más rápidos para fundar Estados en los países que parecen destinados á permanecer eternamente separados de los que están civilizados. ¿Quién puede decir lo que

sucedará cuando los caminos de hierro surquen todo nuestro continente?

¡Valor, pues! porque los descubrimientos son un deber sagrado, puesto que tienden á procurar á las necesidades una satisfacción más completa, á extender la dominación del hombre á las regiones aun incultas de la creación terrestre, á poblar el mundo con una raza más numerosa y siempre menos imperfecta, á formar familias regulares y amigas en países que hasta entonces no habian conocido más que el desorden y las enemistades, á acercar á los hombres y las naciones á fin de que puedan domar la naturaleza y explotarla unidos.

La civilización debe aun mejorar mucho sus medios de progreso. En la época de Colon, los descubrimientos tuvieron por móvil el entusiasmo, carácter dominante de aquella época; en el día todo es cálculo. Entonces se pretendía convertir por fuerza; en el día la Inglaterra lleva la tolerancia en sus posesiones de la India, hasta permitir que las viudas continúen quemándose á centenares todos los años en las hogueras de sus maridos. Entonces también el hombre de bien se entregaba á enormes crueldades, en la orgullosa persuasión de que era de una naturaleza superior; en el día los más perversos se abstienen de cometerlas, por respeto á la opinión, que ha encontrado en la libertad de la prensa un órgano tan temible á toda iniquidad. En el día los descubrimientos tienen por objeto el interés científico ó filantrópico. Los antiguos alabaron á aquel rey de Sicilia que impuso por única condición á los cartagineses vencidos, cesar en los sacrificios humanos; pero no se hace en la actualidad un tratado con los negros del interior de Africa, como también con los príncipes europeos, sin estipular la abolición de un infame tráfico, para cuya supresión hasta los abusos parecen excusables. Es necesario en la actualidad obrar sobre los colonos con la persuasión, el ejemplo, la influencia de una civilización superior. Es preciso respetar la individualidad de los pueblos, y persuadirse de que llega un tiempo en que el hijo debe emanciparse y en el que no tiene que prestar á su padre la ayuda de un brazo esclavo, sino el libre concurso de la inteligencia.

No han faltado las pruebas para demostrar cuánto se engañan las naciones fundándose en el egoísmo y el exclusivismo, buscando su interés particular con perjuicio del género humano. Los barcos de vapor han hecho también imposible la envidia colonial. La venta libre del azúcar, el café y el algodón, que ya no se puede negar á las colonias, hará resaltar las ventajas del cultivo libre; en su consecuencia ya no se considerará como necesaria la esclavitud, de la que no resultaría sino mal para todos, sin que ni la bondad del corazón, ni las leyes humanas, ni la clemencia de los amos puedan jamás mejorarla.

A la política de exclusión sucederá como consecuencia, la política de asociación fraternal, de

mútua generosidad: siendo el hombre criado para una vida de lucha, continuará combatiendo, no guerreando para someter á hombres, sino para avasallar la naturaleza, y solo cuando haya conocido totalmente la superficie de nuestro planeta, es cuando podrá esperar dar á la civilizacion su carácter de grandeza y de generosidad.

Pues bien. Aun queda que explorar el centro del Asia y del Africa, la China y la Nueva Holanda, adonde el reflexivo ardor que se dirige en el día hácia aquellos países, está impulsado por circunstancias semejantes á las que se presentaron en tiempo de Colon, y será tal vez seguido de pa-

recidos efectos. La pólvora y la imprenta acababan de descubrirse entonces, así como en el día la máquina de vapor, el electro-magnetismo. Entonces sucumbia en España el poder musulman, así como en el día se disuelve ó trasforma en Constantinopla; entonces renacian los estudios clásicos, y en la actualidad el estudio de las lenguas orientales; entonces nació la reforma, y se aseguraron las nacionalidades europeas. Nuestros hijos verán los que preparan los acontecimientos actuales; pero de seguro los héroes futuros no serán ni un Lutero ni un Cárlos Quinto ni debemos esperar, Corteses y Pizarros.

## NOTAS AL LIBRO XIV

---

(A) PÁG. 14.

### VIAJE DE IBN BATUTA

Aunque las obras que nos han trasmitido los geógrafos árabes carecen del interés que nace de los relatos personales, hay sin embargo alguna digna de atención; á lo menos por el modo de pensar y de ver acerca de unos mismos asuntos, que es muy diverso entre ellos y los europeos. Ocupan un lugar preferente los viajes del jeque Ibn Batuta, que abrazan todas las comarcas pertenecientes en particularidad á la geografía árabe, aducen ejemplos singularísimos de la gran propagación de los árabes en el Oriente, y llevan el sello nacional, de modo que Ibn Batuta puede ser enumerado entre los viajeros más notables. Por desgracia, la única relación que existe de sus muchas peregrinaciones no es más que el extracto de un compendio; justo parece, pues, suponer que el original, compendiado dos veces, ha perdido mucho de su mérito. En el tomo ocupan demasiado espacio notas rápidas y superficiales sobre los lugares más importantes, áridos catálogos, enumeraciones de sepulcros, y con todo, estos viajes son de grande importancia, sean mirados bajo el aspecto crítico ó de una moral general.

Abu Abd Mohammed Ibn Abd Allah el Lawati, conocido con el nombre de Ibn Batuta, dejó á Tánger, su patria, para llevar á cabo la peregrinación, el año 725 de la hégira, 1324-5 de J. C. Como viajaba, inducido de intenciones piadosas, se muestra particularmente ansioso de descubrir los santos, vivos ó muertos que hubiese. Uno de los principales santos de Alejandría al llegar él allí, era el docto y piadoso iman Boran Oddin el-Aarag, que poseía la facultad de hacer milagros. Cuando Ibn Batuta fué un día á su casa, el iman le dijo: «Conozco que os abrasais en deseos de visitar países lejanos: ireis á ver á mi hermano Farid Oddin en la India, á mi hermano Rokn Oddin Ibn Zakarias en la Sindhia, y también á mi hermano Baran Oddin en la China: hacerles presente mis saludos.» Nuestro peregrino se sintió afectado por estas palabras, y determinó visitar aquellos parajes, no desistiendo hasta que vió las tres personas indicadas, y la saludó en nombre del iman.

Después de recorrer durante algun tiempo las ciudades de Delta, Ibn Batuta llegó al Cairo. Una breve digresión á propósito del Nilo, prueba sus conocimientos geográficos. «El Nilo que atraviesa este país, excede con mucho á los demás ríos por la dulzura de sus aguas, la extensión y utilidad de su curso; es uno de los cinco grandes ríos del mundo; los otros cuatro son, el Eufrates, el Tigris, el Siun y el Yon. Existen cinco más que pueden compararse con éstos, á saber: el Sindhia (el Indo) llamado el Penjab, ó cinco ríos; el Ganges, á donde van los indios en peregrinación, y en el cual arrojan las cenizas de los muertos cuando son quemados, diciendo que baja del paraíso; el río Jun (ó Jumma), el Athil (el Volga) en los desiertos del Kipsiak, y el Saro en la Tartaria, á cuya orilla está la ciudad de Kant Balikn (Peking); corre desde aquel lugar á el-Kansa, y desde aquí á las ciudades de Zaitun en la China. El curso del Nilo se dirige del Mediodía al Septentrion, al revés de todos los ríos.»

Desde el Cairó se adelantó Ibn Batuta al través del Egipto hasta las fronteras de la Nubia; pero los disturbios de aquel país no le permitieron continuar hácia el Mediodía, y volvió á bajar por el

Nilo, dirigiéndose á Gaza, donde vió los sepulcros de Abraham, Isaac y Jacob y de sus esposas. Todas las personas doctas que encontró tenían por cosa averiguada que aquellos patriarcas y sus mujeres habían sido enterrados allí: «sólo (dice el viajero) los infieles contradicen unas noticias trasmitidas por los antiguos y admitidas como ciertas tan generalmente.» Desde Tiro, que encontró en extremo fuerte y rodeada de agua por tres partes, marchó á Tiberiade, que deseaba ver con particularidad; mas no halló en ella sino fuentes de aguas termales y grandes ruinas.

Las primeras han sido descritas más largamente por el-Harawi. «Los baños de Tiberiade (dice este escritor), maravillas del mundo, no son los que están cerca de las puertas de la ciudad por la parte del lago, pues semejantes á éstos pueden verse en otros puntos, sino los que se encuentran en un valle al Oriente de la ciudad, llamado el-Hosainya. La construcción que los comprende es antiquísima, y se la cree obra de Salomon: consiste en un grande edificio, de cuya fachada sale el agua. En otro tiempo brotaba ésta por doce puntos, cada uno de los cuales estaba destinado á la cura de alguna enfermedad: así, los pacientes se lavaban en aquella agua y se ponían buenos. Es bastante caliente, muy pura y agradable al gusto y al olfato, y de los manantiales pasa á un ancho y hermoso estanque, donde la gente va á bañarse. La utilidad de estos baños es evidente, y en ningún país hemos visto nada capaz de compararse con ellos, salvo las *Termas* cerca de Constantinopla.»

Nuestro viajero se encaminó luego al Líbano, pasando por las fortalezas de los Fedavia, ó Ismaíliah, Asesinos. El Líbano es la montaña más fructífera del mundo; abunda en varias especies de frutas, en manantiales, en retiros sombríos, y está cubierta de celdas de ermitaños. De allí se trasladó por Balbek á Damasco: Desgraciadamente su compendiador nos ha privado de una descripción de aquellas famosas ciudades: sin embargo, las anécdotas religiosas están conservadas escrupulosamente, y entre ellas es singular la que sigue: «Fuera de Damasco, en el camino de la peregrinación, existe la *mezquita del pié*, muy venerada, y en ella se conserva una piedra donde se halla estampado el pié de Moisés. En aquella mezquita se hacen rogativas en épocas de calamidad. Yo estaba presente en 746 (1345) cuando el pueblo reunido dirigía súplicas al cielo para que le librase de la peste, que cesó el mismo día. Veinte mil personas morían diariamente en Damasco; hallándome yo allí, sucumbieron 24,000; sin embargo, acabadas las rogativas, cesó la peste.» La mortandad que en este pasaje se indica es menos creíble que el milagro; mas, la piedra con la impresión del pié, merece algún exámen. Se supone generalmente que los monumentos de esta especie son restos del buddismo; pero quizá cuenten mayor antigüedad. La impresión de un pié vista por Herodoto cerca del río Tira, se atribuye á Hércules: una semejante en el Ceilan ó entre los birmanes, á Buddha; la de Damasco á Moises. La gran distancia entre los países donde se descubrieron estos monumentos de una especie particular, y su existencia en Damasco, propenden igualmente á probar su remota antigüedad.

Dejando á Damasco, Ibn Batuta fué en peregrinación al sepulcro del Profeta en Medina, y pasó por la ciudad de Meshed Alí, enriquecida con las ofrendas de los peregrinos. «El 17 de rajab (dice el viajero) llegaban estropeados de los países de Fars, Rum, Korassam é Irak, y se reunían en compañías de 20 á 30 hombres cada una; á poco de ponerse el sol se arrodillaban en el sepulcro de Alí, y unos orando, otros recitando el Corán ó simplemente prosternados, esperaban la cura de sus padecimientos.

Parece que nuestro viajero abandonó por esta vez el pensamiento de visitar á Medina. Habiendo ido á Basora, recorrió el Irak y fué tratado honoríficamente, recibiendo del príncipe, tanto él como sus compañeros, dinero para los gastos del viaje. El incansable musulmán, habiendo visitado en diez días los distritos pertenecientes al rey de Irak, entró en los de Ispahan. Nada de particular refiere acerca de esta ciudad ni de la de Schiraz que fueron los dos primeros que vió: confiesa, sí, que sólo le movió á ir á la última el deseo de visitar al jeque Magel Oddin, modelo de los santos y taumaturgo. Hallábase en Schiraz el sepulcro del iman Abü Abd Allad, que segun observa el autor, enseñó el camino desde la India á la montaña de Serendib, y anduvo errante en las montañas de la isla de Ceilan: de lo cual debemos quizá inferir que fué el primero que esparció la creencia de aquella peregrinación entre los mahometanos. Mientras que el iman recorría las montañas de Ceilan en compañía de unos 30 faquires, sus compañeros, acosados del hambre, se arriesgaron, no obstante sus consejos, á matar un elefante y comérselo. Cuando todos se pusieron á dormir, los elefantes llegaron en tropas, y olfateando á uno de los que descansaban, le dieron muerte; enseguida se acercaron al jeque, y habiéndole olido también, no le hicieron mal; por el contrario, uno de los elefantes le levantó del suelo con su trompa, y llevándole á unas casas, le colocó en ellas y se fué. Esto atrajo al jeque una gran veneración por parte de los habitantes de Ceilan.

De allí Ibn Batuta pasó á Bagdad, la cual, si bien había experimentado poco antes muchos daños gozaba aun de grande importancia. Enseguida visitó á Tebriz, viajó por el país de los curdos, y dirigió luego su curso hácia Medina y la Meca, donde se detuvo tres años. Desde la Meca se puso en camino con los mercaderes que iban al Yemen, y después de visitar las ciudades principales de esta comarca, pasó de Aden á Zaila, puerto de Abisinia, «ciudad de los bereberes (dice), pueblo del Sudán y de la secta Saffa. Su país es un desierto que necesita para andarse dos meses. La primera parte

se llama *Zaila* y la otra *Makdashu*.» Esta es la Magadocia de los portugueses. El pueblo se alimenta de carne de camello y de pescado, por lo cual el país es insoportable á causa del hedor del pescado y de la sangre de los camellos que degüellan en los caminos. En Madagocia, á quince dias de navegacion, partiendo de *Zaila*, parece que habia abundancia de manjares delicados, pues nuestro autor habla con delicia del *el Kushan* ó fricasé, del llanten cocido en leche fresca, del cedro confitado, de la pimienta negra y del jengibre verde; golosinas que no se tocaban hasta haber moderado con el arroz los estímulos del hambre. «Los habitantes de *Makdashu* son muy corpulentos y comen mucho; uno de ellos consume lo suficiente para alimentar una compañía.»

Desde *Makdashu* se dirigió por mar al país de los *Zanug* (*Zingos* ó habitantes del *Zanguebar*) y de allí á la isla de *Mambasa* ó *Mombas*. Volviendo entonces á *Kulwa* en la costa del *Zanug*, se dió á la vela para *Zafar*, «última ciudad del *Yemen*, situada en la playa del *Mar Indico*,» que encontró sucia, aunque bastante frecuentada, y llena de moscas, con motivo de la gran cantidad de pescado y de dátiles expuestos á la venta pública. Allí se alimenta el ganado mayor y menor con pescado, costumbre que el autor no observó en ningun otro punto. De *Zafar* se esportaban caballos para la *India*, y si soplabla viento favorable se empleaba en la travesía un mes: hoy apenas se necesitarian diez dias. A media jornada de *Zafar* halló la ciudad de el *Akaf*, en cuyas cercanias habia magníficos jardines que desplegaban toda la pompa de la vegetacion indiana, y en los cuales se veia el betel enredarse en el tronco del cocotero. Siguiendo la costa arábiga hácia *Aman* ú *Oman*, vió por la primera vez en *Hasik* el árbol del incienso, de cuya corteza, cuando se la hiende, brota un líquido semejante á la leche, que se endurece al poco tiempo y toma el nombre de *loban* ó incienso. Las casas estaban construidas con huesos de peces, y cubiertas con pieles de camellos. En las ciudades del *Oman* se comia el asno doméstico, vendiéndose por las calles como manjar permitido.

De la *Arabia* pasó nuestro viajero á *Ormuz*, ciudad situada en la costa «enfrente de la cual se halla la nueva *Hormuz*, isla cuya capital lleva el nombre de *Harauna*.» Aparece de esto que la isla llamada *Organa* por los antiguos, recibió una colonia de *Ormuz* ó *Armozeya*, y mudó de nombre gradualmente. Allí vió *Ibn Batuta* la cosa más rara que se habia presentado á su vista hasta entonces; la cabeza de un pez «que podia compararse con una colina: sus ojos eran como dos puertas; de modo que hubiera sido fácil á la gente entrar por el uno y salir por el otro.» Exageracion mayor que la de los griegos que guiaba *Nearco*, los cuales al concluir su navegacion por el golfo Pérsico, tuvieron la oportunidad de medir una ballena que encalló en la playa, junto á *Mesambria* (quizá en las arenas de la punta de *Rohilla*), y que tenia cincuenta codos de longitud, la piel del grueso de un codo, llena de conchas y de algas, y estaba rodeada por delfines más gruesos que los que se ven en el *Mediterráneo*. Segun las relaciones de los escritores antiguos, parece que las ballenas visitaban en otro tiempo con frecuencia el golfo Pérsico.

Partiendo de *Ormuz*, se detuvo *Batuta* algun tiempo en la provincia persa de *Fars*, y vió pescar las perlas; enseguida, desde *Siraf*, uno de los primeros puertos mercantiles del golfo Pérsico, se dirigió á *Bahreïn*, donde las arenas del desierto derriban á menudo las casas, y luego á *Kotaif*, tan abundante en dátiles, que forman el principal alimento del ganado. Al poco tiempo emprendió su segunda peregrinacion á la *Meca*, y llegó á esta ciudad el año 733 de la hegira (1332), tres años después de su primera visita. Uná vez cumplida la peregrinacion, se puso de nuevo en camino para *Yudda*, con intencion de ir por mar desde el *Yemen* á la *India*; pero los vientos contrarios le obligaron á arribar á un puerto llamado *Ras Dawair*, y como le era indiferente ir á una parte que á otra, se reunió con algunos árabes beduinos, á través de un desierto lleno de avestruces y gacelas, llegó al Alto *Egipto*, y sucesivamente al *Cairo*. Allí descansó unos cuantos dias; enseguida continuó visitando la *Siria*, *Jerusalen*, *Tripoli*, y se dirigió por mar al país de *Rum* y al distrito de la *Natolia*.

Entre los turcomanos de la *Natolia* parece existia cierta forma de hospitalidad antigua, que el viajero moro no comprendió, pues una costumbre como la que va á referirnos, no es verosímil naciese en Oriente en virtud de una asociacion voluntaria. «En todas las ciudades turcomanas (dice) existe una cofradia de jóvenes, de los cuales uno particularmente es llamado *hermano mio*. No hay nadie que sea más cortés que ellos con los extranjeros; nadie que los provea con mayor esmero de alimentos y otras cosas necesarias, y que sea más enemigo de las injurias. La persona que lleva el nombre de *el hermano* es presidente, y en torno de él se reunen individuos que tienen una misma ocupacion, ó extranjeros que carecen de amigos. En cuanto se elige, fabrica una celda, y pone en ella un caballo, una silla y demás arreos de montar; es servicial con sus compañeros, y por la tarde se juntan todos, llevando cuanto han podido recoger para el uso de la celda. Si llega un extranjero, le mantienen de buena voluntad hasta que deja el país. Los socios se denominan *los jóvenes*, y el presidente *hermano*.» *Ibn Batuta* experimentó en *Natolia* la cortesía de esta sociedad. Un hombre se le presentó convidándole á un banquete y tambien á sus camaradas de viaje, y como se sorprendiese de que uno que parecia tan pobre pensase en convidar tanta gente, se le dijo que pertenecia á la asociacion de doscientos mercaderes de seda, los cuales tenian celda propia; aceptó, pues, la oferta, y fué testigo de la benevolencia y liberalidad de aquéllos. Después asistió á otros banquetes por el estilo, entre los turcomanos. Una

vez, al entrar en una ciudad, se vió de improviso rodeado de muchas personas que cogieron las riendas de su caballo, con no poco terror suyo; pero una de ellas le dijo que eran de la sociedad de los jóvenes y perfiaban entre sí por el comun deseo de convidarle. Entonces conoció que estaba en manos de amigos: los jóvenes echaron suertes, é Ibn Batuta se dirigió con sus compañeros á la celda de los vencedores.

Visitando las principales ciudades de la Natolia ó Asia Menor, llegó á Erzerum. Allí le preguntó el rey, si habia visto alguna vez una piedra caída del cielo, y como le contestase que no, aquél añadió que habia caído una en las cercanías de la ciudad, y mandó la llevasen á su presencia. Era de sustancia negra, lúcente y muy dura, y pesaba más de un talento. No es ésta la única mención de aerolitos que se encuentra en los escritores árabes: hablan de una lluvia de piedra en el Africa, propiamente dicha, de que fueron víctimas todas las personas á quienes alcanzó; dicen tambien que un dia llevaron al califa Matawakkel una piedra que habia caído de los aires en el Tabaristan, cuyo peso ascendía á 840 rotl (620 libras de á 16 onzas): el ruido que hizo al caer se oyó á la distancia de cuatro parasangas, y la piedra penetró en el terreno hasta la profundidad de cinco codos. Citan otros casos semejantes, y las observaciones no permiten dudar de la exactitud de sus relatos. Pero Yahed refiere un fenómeno meteórico mucho más extraordinario. En Haidag, entre Ispahan y Kuzistan, se vió una densa y negra nubecilla tan próxima á la tierra, que casi se tocaba con la cabeza, y de la cual salian sonidos como los de los camellos machos; rasgóse al fin, y cayó de ella tan terrible lluvia, que parecia iba á inundar la tierra un segundo diluvio. Después arrojó ranas y ciertos peces llamados *shabbut*, de extraordinario tamaño, parte de los cuales se comió el pueblo y parte se conservó. Está averiguado que los volcanes de las Cordilleras vomitan gran cantidad de peces, y si bien una lluvia de estos animales no es fácil de explicarse sin la accion de un volcan, sin embargo, la naturaleza está tan llena de portentos, que aun en el estado actual de la ciencia, adoleceria de presuncion negar totalmente el fenómeno anterior.

Parece que Ibn Batuta visitó las ciudades principales y los príncipes turcos de la Natolia; pero por desgracia nos ha dejado sólo una breve indicacion de uno de los más valientes y afortunados de la familia otomana, la cual en su tiempo se aumentaba de un modo rápido. «Fuf (dice) á Brusa, vasto pais gobernado por Ikhtiyar Oddin Urkan Beg, hijo de Otman Yuk, uno de los más ricos é insignes reyes turcomanos, no menos por la extension de sus Estados que por su poderoso ejército. Tiene la costumbre de visitar continuamente sus fortalezas y las varias partes de su reino, y de examinar su condicion. Dícese que nunca permaneció un mes en el mismo lugar.»

Ibn Batuta pasó de Castemuni á Crim por el mar Negro. Describe el desierto de Capchak como lleno de verdor y fértil, pero sin árboles, montañas, colinas ni bosques: Allí se viajaba en una especie de carro llamado *ariva*, y se necesitaban seis meses para atravesarlo. Batuta alquiló uno de estos carros que le condujo á la ciudad de el-Kafa, sometida al kan Mohammed Usbek, acampado entonces con su séquito en un sitio llamado *Bisc Tagócinco montañas*, adonde el viajero llegó el primer dia del ramadan, quedándose atónito ante el espectáculo de una ciudad movable, cual se ofrecia á su vista el campamento con sus mezquitas y las cocinas, cuyo humo iba dejando atrás una señal á medida que aquéllas se adelantaban. El sultan le acogió con bondad, y le envió una oveja, un caballo y un pellejo con *kumis* ó leche de yegua, bebida predilecta de los tártaros.

Nuestro viajero deseaba ardientemente visitar la ciudad de Bulgar para tener la oportunidad de ver hasta qué punto era verdad lo que se contaba del rigor del clima y de la desigualdad de los dias y las noches. Estaba situada á diez jornadas del campamento tártaro. Se puso en marcha acompañado de un guia que le proporcionó el sultan, y al llegar allí, quedó convencido de que las relaciones de los viajeros eran exactas en todas sus partes. Batuta visitó aquella ciudad en el verano, y las noches eran tan breves, que antes de concluirse la oracion que se recitaba al ocultarse el sol, llegaba el tiempo señalado á la de la noche, y tenia que decir la apresuradamente, lo mismo que la de la media noche, y la llamada el Witr, viéndose sorprendido por la aurora antes de acabar sus rezos.

Habiendo oído hablar en Bulgar del pais de las Tinieblas, sintió vivos deseos de visitarlo. «Se requerian 40 dias de camino, y me alejó de tal empresa el gran peligro que iba á correr y la poca ventaja que sacaria de llevarla á cabo. Me dijeron que era preciso viajar en pequeños trineos, tirados por perros muy grandes, y que todo el camino estaba cubierto de hielo, en el cual no podia estampar su huella los piés del hombre ni las patas del animal; pero estos perros tienen uñas que les permiten andar por el hielo con paso firme y ligero. Nadie entra en aquel pais, á excepcion de mercaderes ricos, cada uno de los cuales posee quizá 100 trineos cargados de provisiones, bebidas y madera, pues allí no se encuentran árboles, piedras ni casas. Sirve de guia el perro que ha hecho más veces tal viaje, y su precio puede subir á 1,000 dineros. Se le ata al cuello el trineo, y se añaden tres perros más, á las cuales dirige. Siguen los otros con los trineos, y si el primero se para, todos se detienen. El dueño no le da golpes, ni le grita; y cuando quiere comer, los primeros que deben tomar alimento son los perros, pues de otro modo se irritarian y huirian quizá, dejando perecer á su amo. Al cabo de las 40 jornadas, los viajeros llegan al pais de las Tinieblas, y dejando cada cual lo que ha llevado

consigo, retrocede al punto de su residencia. A la mañana siguiente van á ver sus mercancías y encuentran en vez de ellas pieles de marta cebellina, de armiño y de singiab. Si el mercader queda contento con estos efectos, los toma; sino, los deja y entonces se agrega alguna cosa. Tambien suele suceder que los habitantes vuelvan á llevarse sus géneros y devuelvan los de los mercaderes. De este modo se compra y se vende, ignorando los negociantes si trafican con hombres ó con demonios; pues no se ve alma viviente durante tales cambios. Es propio de estas pieles no hallarse expuestas á la polilla.»

Enseguida Batuta volvió al campamento del sultan, á quien acompañó á Astrakan á orillas del Atil ó del Volga, uno de los mayores rios del mundo. Allí residia el sultan en el rigor del invierno, y cuando el Volga y los rios vecinos se helaban, los tártaros esparcian en el hielo algunos millares de haces de heno, y pasaban por encima.

Una de las mujeres del kan tártaro era hija del emperador de Constantinopla. Habiendo esta princesa obtenido permiso de visitar á su padre, se concedió á Ibn Batuta la gracia de acompañarla. La reina, que se llama allí *bailun*, era escoltada en el viaje por 5,000 soldados del kan, entre los cuales habia unos 500 ginetes. «A una jornada de el-Sarai (dice el autor) están las montañas de los rusos, nacion fea y páfida, con los cabellos rojos y los ojos de color azul celeste, que profesa la religion cristiana. Tienen minas de plata, y de su pais vienen los *suwam* ó barras de plata, cada una de las cuales pesa cinco onzas.»

Cuando la cabalgata llegó á la fortaleza de Matuli, en las fronteras del imperio (que segun parece, se extendian á unas veinte y dos jornadas de camino hácia el Norte), el emperador, seguido de las damas de su corte, salió con un numeroso ejército á recibir á la princesa. Llevaba ésta consigo una mezquita, que en la primera parte de su viaje mandaba colocar en órden á cada descanso; pero la dejó en Matuli, y luego que cesó el oficio del muezin, empezó á beber vino y á comer carne de cerdo. En suma, tan pronto como pisó los dominios de su padre, volvió á sus antiguas costumbres, y recomendó vivamente á los oficiales que fueron á recibirla, que tratasen con toda consideracion á Batuta.

Cuando la princesa se encontró cerca de Constantinopla, la mayor parte de sus habitantes, hombres, mujeres y niños, con vestidos de fiesta salieron de la ciudad á pié ó á caballo, tocando tambores y exhalando gritos de alegria. Al encontrarse ambas comitivas, era tal el tropel de gente, que nuestro viajero declara no haber podido, sino con riesgo de su vida, ver en parte la reunion de la princesa con sus parientes. Entraron en Constantinopla al ponerse el sol, y era tal el ruido, «que temblaba el mismo horizonte.»

Poco después de la llegada de la princesa de Constantinopla, Ibn Batuta, que gozaba ya de la reputacion de gran viajero, fué admitido en la corte. «Al cuarto dia de nuestra llegada (dice) fué presentado al sultan Takfur, hijo de Jorge, rey de Constantinopla. Su padre Jorge vivia aun; pero se habia retirado del mundo, y entrándose monje, habia cedido el reino á su hijo. Cuando llegué á la quinta puerta del palacio, que estaba custodiada por soldados, me registraron, por temor de que llevase oculta alguna arma, lo cual se ejecuta tanto con el ciudadano como con el extranjero que desea ser presentado al rey: lo mismo se verifica en el palacio de los emperadores de la India. Una vez introducido, tributé el debido homenaje. El emperador ocupaba el trono al lado de la reina y de su hija, nuestra señora: los hermanos de esta estaban sentados al pié del trono. Fui acogido afablemente é interrogado acerca de mis cosas y de mi llegada, como tambien sobre Jerusalem, sobre el templo de la Resurreccion, la cuna de Jesús, Belen y la ciudad de Abraham (ó Ebron); enseguida, acerca de Damasco, del Egipto, del Irak y el Rum: á todo respondí de un modo conveniente. Un indio hacia de intérprete. El rey quedó sorprendido al oír mi relacion, y dijo á sus hijos: *Quiero que se trate honoríficamente á este hombre y que se le den cédulas de salvo-conducto*. Enseguida me puso encima un manto de honor y mandó se me diese un caballo cubierto con uno de sus propios caparazones; lo cual entre ellos es señal de proteccion. Le rogué entonces que enviase alguno que cabalgase conmigo por los diversos barrios de la ciudad, á fin de que los pudiese ver. Accedió á mi peticion, y anduve algunos dias, en compania del oficial que se me envió, examinando las maravillas locales. De todas sus iglesias la mayor es Santa Sofia; pero solo ví la parte exterior, pues á la entrada del templo hay una cruz que todos tienen obligacion de adorar. Dicese que la fundó Asaf, hijo de Baraquia y nieto de Salomon. Las iglesias, los monasterios y los otros sitios destinados al culto en la ciudad son innumerables.

No es fácil explicar porqué nuestro viajero llama Takfur al emperador Andrónico II, que reinaba entonces en Constantinopla. Su aserto de que el padre de aquel príncipe vivia todavia, aunque retirado del mundo, no concuerda con otras narraciones. No debe sorprender que los historiadores bizantinos pasasen en silencio aquellas humillantes alianzas entre la familia imperial y los príncipes tártaros: pero se sabe que Andrónico el Mayor en 1302, ofrecia su hija por esposa al gran kan de los mongoles, y en antiguos viajeros se encuentran varios indicios de relaciones mucho más íntimas entre las cortes de Constantinopla y las de Oriente, que no resultan de la historia.

Al apoderarse los turcos de Constantinopla, quitaron á los griegos muchas de sus costumbre y

ceremonias, y hasta la moda en los vestidos. La pompa de la corte otomana fué en gran parte imitacion de las de los emperadores griegos; y es curioso observar que el repugnante uso de registrar á las personas que se admitían á la presencia imperial (uso del que aun quedan restos en el palacio del gran Señor hasta tratándose de embajadores), parece ser uno de los que copiaron los turcos de los griegos. Tambien es singular que el siglo xiv la creencia popular de los griegos atribuyese la fundacion de su principal templo á Azaf, nieto de Salomon.

Como lo que refiere Ibn Batuta de aquella iglesia se limita á su parte exterior, no desagradará tal vez al lector leer la relacion que hace de Santa Sofia otro escritor árabe, el Harawi, el cual visitó á Constantinopla en el siglo xiii. «En esta ciudad hay estatuas de bronce y mármol, columnas, talismanes portentosos y otros monumentos sin rivales en el mundo. Agia Sofia es el mayor de sus templos. Yakut-abn-Allah me dijo que habia entrado en él, encontrándolo tal como yo le describo. En lo interior hay 360 puertas, y dicen que mora allí un ángel. Al rededor del sitio en que habita se ha construido una reja de oro, y es muy extraordinaria la historia que de él se cuenta.» El Harawi promete hablar en otro lugar de la particular disposicion de aquella iglesia, de su anchura, de su altura, de las puertas y columnas que tiene; como tambien de las maravillas de la ciudad, del órden público, del pescado que se encuentra en ella, de la puerta de oro, de las torres de mármol, de los elefantes de bronce y de todos los monumentos y cosas admirables.

Después de permanecer un mes y seis dias en Constantinopla, Ibn Batuta volvió á Astrakan, donde se detuvo algun tiempo. Dejando luego la Tartaria, continuó su viaje al Khawaresm ó Coaresm, al través de un desierto escaso de yerba y agua. Pero, en esta parte de su relato se nota una carencia tal de pormenores, sea por la prisa del viajero, sea por culpa de su compendiador, que nada invita á seguir sus huellas, y no se experimenta más interés que el que escita su incansable pasion á los viajes. Coaresm era una ciudad populosa, y le pareció la más vasta que poseian los turcos; la gente cortés y hospitalaria. Prevalencia aun entre sus habitantes un uso singular: los que no asistian á las oraciones públicas, eran azotados por el sacerdote en presencia de la congregacion, y se les condenaba además en cinco dineros. En cada mezquita se veía colgado el látigo para los negligentes. Este uso se halla aun vigente en Bokara, donde se valen del mismo castigo para reunir el pueblo á orar. La secta cismática, ó de los que negaban la predestinacion, era la más numerosa de Coaresm; pero no se cuidaban de propagar su herejia.

De Coaresm pasó Batuta á Bokara, donde encontró aun muchos indicios de la desolacion que produjo en ella Gengis-kan. Después fué á Samarcanda, rica y hermosa ciudad santificada á los ojos del devoto viajero por los sepulcros de varios santos. Habiendo atravesado el Yon, entró en el Coaresm, y viajando un dia y una noche por un desierto desprovisto de toda habitacion, llegó á Balk, gran ciudad en otro tiempo, pero entonces reducida á ruinas. Gengis-kan la habia destruido de tal modo, que si bien se reconocia su situacion, era imposible formarse idea del órden de sus edificios. El Mahometano afirma que la mezquita era de los mayores del mundo, y sus columnas incomparables; pero el bárbaro conquistador destruyó éstas, llevado de la creencia popular que aseguraba habia enterrado debajo de ellas un gran tesoro, destinado á la restauracion del edificio.

Dejando á Balk, el viajero tardó siete dias en atravesar las montañas de Kubistan, pais quebrado y lleno de aldeas. Ibn Batuta pasó de allí á Herat, la mayor ciudad del Corasan desde que Gengis-kan devastó el pais. Enseguida llegó á Barwan «en cuyo camino se encuentra una elevada montaña, cubierta de nieve, llamada Indu Cush, ó sea, segun la fantástica traduccion del autor, el matador de los Indus, porque la mayor parte de los esclavos indios trasladados allí mueren á causa del frio, en extremo rigoroso. En la montaña denominada Bashai habia una celda habitada por un viejo llamado Ata Evlia, esto es, *padre de los santos*. Decíase que tenia trescientos cincuenta años, aun que á Batuta no le pareció contar más de cincuenta. Ata Evlia decia que cada cien años se le renovaban los cabellos y los dientes, y que en otro tiempo habia sido el radjá de la India Aba Raim Ratan, enterrado en Multan en la provincia de Sindia. Semejantes invenciones locas y estravagantes hallaron poca fe en el supersticioso musulman que esta vez se mostró algo escéptico, faltándole el ardor de la credulidad indiana.

El Candaar y el Cabul estaban asolados cuando Batuta lo visitó: «este último (dice) se halla habitado por una nacion procedente de Persia, y que lleva el nombre de afganes.» Su testimonio acerca del origen de ese pueblo merece algun crédito. Los afganes pretenden descender de los hebreos, y si bien todo lo que en Europa se conoce de su idioma desmiente tal aserto, sin embargo algunos doctos orientalistas se atienen á la autoridad de las historias afganes. Como éstas tienen tan poco valor intrínseco y son tan modernas, la aseveracion de un instruido viajero oriental del siglo xiv nos parece de algun peso. Batuta los describe como pueblos violentos y poderosos, que vivian de robos.

El infatigable viajero se embarcó en el Sind, que llama el rio mayor del mundo, y bajó á Lahari (quizá Larry Bunder) situada á su embocadura. A pocas millas de esta ciudad se veian las ruinas de otra, en que habia infinitas piedras esculpidas, figurando hombres y animales. Era opinion general entre aquellos pueblos que allí habia existido una gran ciudad, que sus habitantes se volvieron

tan impíos y malvados, que Dios los trasformó, juntamente con los animales y las yerbas, en otras tantas piedras. Desde Lahari pasó á Multan, capital de la Sindhia, donde vió la manera de hacerse los alistamientos de soldados entre los indios. El día del alistamiento ó revista, el emir tenia ante sí varios arcos de diversas dimensiones, y cuando alguno se presentaba para ser alistado como arquero, debia probarse disparando uno de bastante fuerza; de este acto dependia el grado que luego se le asignaba. Los que preferian ser ginetes, debian correr, á rienda suelta, hácia un tambor colgado á modo de blanco, y alcanzaban puestos correspondientes á los golpes que daban en él con sus lanzas.

Describe á Dehli como la ciudad mayor del islamismo en Oriente, y dice que su hermosura era igual á su fuerza. Estaba compuesta de cuatro ciudades que prolongándose habian llegado á formar una sola. Sin embargo, observa que la mayor ciudad del mundo tenia menos habitantes que las demás, habiéndola abandonado éstos para huir de la crueldad del emperador, y cuantas seguridades se prometian á los que fueren á residir en ella, no bastaban para poblarla de nuevo.

Este terrible soberano era el emperador Mahomed, hijo de Yat Oddin de Toglik, descendiente de los turcos que se habian establecido en las montañas de la Sindhia. «Mohammed (segun nuestro autor) era uno de los emperadores más generosos y de mayor munificencia cuando estaba de buen humor; en otros casos, nadie le excedia en lo impetuoso é inexorable, siendo muy raro que á su cólera siguiera el perdón.» Habia peligro en acercarse á semejante hombre; pero el docto Ibn Batuta fué recibido con sigular favor, recogió los frutos de la generosidad del emperador, y tuvo la dicha de no incurrir en su cólera. Cuando se le llamó á la presencia de Mohammed, y después que hubo prestado los debidos homenajes, le dijo el visir: «El señor del mundo os confiere el nombramiento de juez de Dehli, y os da al mismo tiempo un vestido de oro, un caballo enjaezado y 12,000 dineros para vuestra inmediata manutencion; además, os asigna el estipendio anual de otros 12,000 dineros y una porcion de terrenos en las aldeas que produzcan todos los años igual suma.» El viajero al oír tan inesperado nombramiento, tributó el acostumbrado homenaje y se retiró enseguida. No se limitó á esto la munificencia del emperador. El nuevo juez de Dehli recibió 12,000 dineros más, y se puso á su disposicion una casa provista de todo lo necesario. Sin embargo, montaron tanto los gastos que tuvo que soportar para seguir á la corte en las expediciones del emperador, que en breve se encontró con la deuda de 55,000 dineros. Pensó salir de este embarazo, usando de un artificio oriental. «Compuse en árabe un panegirico en alabanza del emperador, y se lo leí. El mismo lo tradujo y quedó sumamente satisfecho, pues los indios son amantes de la poesia árabe, y gustan mucho de que se haga mencion de ellos en este idioma. Entonces le informé de la deuda que habia contraido, y mandó que fuese pagada de su peculio, diciéndome: «Cuidad en lo futuro de no ir más allá de lo que vuestras rentas os permitan.»

No tardó Ibn Batuta en experimentar la ansiedad en que vive el que depende de un tirano caprichoso. No sé por qué motivo un jeque, á quien el emperador honraba con su confianza, se habia atraído su resentimiento. De las indigaciones que se hicieron para saber las personas que se trataban con aquel personaje, apareció que Batuta se contaba en el número de ellas. Durante cuatro dias permanecieron todos á la puerta del palacio, mientras que un consejo, reunido allí, deliberaba acerca de su suerte; la situacion era dolorosa para nuestro juez, el cual habia visto á las víctimas de las sospechas del emperador lanzadas al aire por ballestas, y pisoteadas por elefantes con los piés armados de cuchillos. Por lo tanto, recurrió á un continuo ayuno, y no probaba más que agua. El primer día repitió treinta y tres mil veces la frase «Dios es nuestro sosten y protector escelentísimo,» y después el cuarto quedó libre; pero el jeque, y los demás que le habian visitado, fueron condenados á muerte.

Aterrado con tan cruel despotismo, Ibn Batuta renunció el cargo de juez, dió cuanto poseia á los faquires, y vistiéndose el hábito de la orden, pasó por los varios grados del noviciado, hasta que pudo sostener un ayuno continuado de cinco dias. Entonces hizo colacion con un poco de arroz. Después, enviado á llamar por el emperador y dirigiéndose al palacio con la grosera túnica, Mohammed le recibió más favorablemente que nunca, y le dijo: «Deseo enviaros en embajada al emperador de la China, porque sé que os agrada viajar á países extranjeros.» Consintió Ibn de buena voluntad, y al punto se le dieron los vestidos propios de su categoria, caballos, dinero y demás necesario para el viaje.

Por aquel tiempo habia mandado el emperador de la China regalos de gran precio al sultan, pidiéndole permiso para reedificar un templo de ídolos en el país próximo á la montaña de Kora, sobre cuyas alturas inaccesibles se prolongaba, segun referian, una llanura de tres meses de camino. «Allí (dice el autor) habitaban muchos reyes indios infieles. Los últimos confines de aquella comarca se estienden hasta las montañas del Tibet, donde se encuentran las gacelas de almizcle. Existen tambien en aquellas montañas minas de oro y una yerba tan venenosa, que cuando las lluvias caen á torrentes en los ríos vecinos, no hay quien se atreva á beber de sus aguas hasta que se desbordan; pues si alguno lo hiciese moriria al instante. El templo de los ídolos se llama *Bud Khana* (Budda Khana): estaba al pié de la montaña, y habia sido destruido por los mahometanos, cuando se apoderaron de la llanura. Pero como los montañeses no podian proporcionarse el sustento sin poseer la llanura, habian acudido al emperador de la China para que intercediese á su favor con el rey de la India. Además los

chinos estaban acostumbrados á ir en peregrinacion á aquel templo de los ídolos, situado en un lugar llamado Semhal.» Es fácil comprender que el templo ó Bud Khana, á que se alude en este sitio, se hallaba situado en las fronteras del Budtan, cuya atmósfera pestífera, por efecto de una vegetacion demasiado vigorosa y superabundante, ha podido dar origen á la historia de los rios envenenados.

A esta peticion el emperador de Dehli respondió que no podia existir ningun templo en un pais sometido á los mahometanos, á menos de pagar un tributo, y que sólo en este último caso se permitiria reedificar el templo. Ibn Batuta fué nombrado embajador para llevar tan dura respuesta: en el templo mismo se habian preparado regalos de gran precio, confiados á dos favoritos del emperador. Mil ginetes escoltaban la embajada hasta el punto de embarque. La expedicion, al adelantarse hácia la costa, pasó por un pais sublevado, y habiendo encontrado una banda de insurrectos, la derrotaron completamente, si bien perdieron en el conflicto uno de los oficiales encargados de los regalos. Pocos dias después se esparció la noticia alarmante que los indios atacaban en aquel momento una aldea mahometana en las cercanias, é Ibn Batuta, con los suyos, acudió á la defensa de los musulmanes. A la primera embestida los indios volvieron las espaldas; pero al ver á nuestro desgraciado embajador quedarse atrás con sólo cinco de sus compañeros, tornaron á la carga y lograron cortarle la retirada. Huía él con todas sus fuerzas: pero habiéndose metido en un valle cubierto de espesos matorrales, del cual no habia medio de salir libre, bajó de su caballo y se rindió prisionero.

Los bandidos, cuyo lenguaje no comprendia Batuta, le despojaron de cuanto llevaba, y atándole le llevaron con ellos durante dos dias con intencion de darle muerte; pero al fin le dejaron marchar, y él se puso en camino sin saber adónde iba. Temiendo luego que mudasen de opinion y volviesen para matarle, se ocultó en un espesísimo bosque, y allí permaneció algun tiempo, tomando las mayores precauciones á fin de no ser descubierto. Siempre que se aventuraba á salir á los caminos, le parecia que su direccion era, ó á las aldeas de los indios, ó á otras ruinas, y retrocedia inmediatamente: así pasó siete dias deagonia. Su comida eran las frutas y las hojas de los árboles de la montaña. Al sétimo dia vió á un negro que llevaba un cántaro de agua y tenia un baston con la punta de hierro. Habiéndose saludado mutuamente, el negro le preguntó su nombre, é Ibn contestó que se llamaba *Mohammed*, el negro, á su vez dijo llamarse el-Kalb el-Karih (*corazon herido*); dió al infeliz viajero unas cuantas legumbres y agua, y le suplicó que le acompañara. Ibn Batuta trató de caminar, pero no le fué posible moverse y cayó á tierra. Entonces el negro le tomó sobre sus hombros, y mientras andaba, su estenuado compañero se durmió, y habiendo despertado á la mañana siguiente, vió que estaba á las puertas del palacio imperial.

Un correo habia llevado ya á Dehli la noticia de lo acaecido. El emperador, remediando con ánimo benigno las desgracias de su embajador, le entregó 12,000 dineros, nombró otro oficial que cuidase de los regalos en lugar del muerto, y poco después la expedicion se puso de nuevo en marcha. Pasaron por Kul, donde la vez primera habian tropezado con tantos accidentes, y prosiguieron por Canoja, Merma y Gualior, fortaleza notable de la India, de la cual nuestro autor hace una curiosa descripcion, después llegaron á Burun, pequeña ciudad habitada por musulmanes.

En sus cercanias habia distritos de infieles, infestados por fieras que entraban á menudo en la ciudad y dañaban á los habitantes. Se decia tambien que no eran verdaderas fieras, sino más bien magos llamados yogos, que tenian la facultad de tomar la figura que les acomodaba. Ibn Batuta repitió la historia relatada por Ctesias, diez y siete siglos antes, cuando afirma que los yogos podian abstenerse de comer duranté muchos meses. «Varios de ellos (dice) construyen casas subterráneas, y es lícito á cualquiera fabricar encima, con tal que se deje una cercera suficiente para el paso del aire. Los yogos suelen permanecer en estas casas meses enteros sin comer ni beber, y he oido referir de uno que estuvo un año. Tienen el poder de adivinar lo futuro.»

Entre las cualidades milagrosas atribuidas por el autor á estos yogos, se contaba la de matar á un hombre con la mirada, propiedad más frecuente en las mujeres, que en tal caso se llaman goftaras. Las crueldades cometidas en la India con los infelices que llegaban á ser objeto de miedos supersticiosos, eran semejantes á las empleadas en Europa con las brujas. Mientras Batuta administraba justicia en Dehli, una supuesta goftara fué conducida ante él, acusada de haber dado muerte á un niño con la mirada. El juez la envió al visir, el cual decretó que fuese arrojada al Yumna, con cuatro grandes tarascas colgadas del cuerpo. Ella sobrenadó sin embargo, y el visir la mandó quemar. El pueblo se disputó sus cenizas, atribuyéndoles la virtud de preservar durante todo el año de los maleficios de las goftaras. Waab y Abuzaid, viajeros árabes del siglo IX, observaron tambien que el Norte de la India estaba en uso la prueba del fuego, como en Europa. El acusado llevaba una barra de hierro candente á cierta distancia; enseguida se le vendaba la mano, y el magistrado sellaba la venda: si al cabo de algunos dias las señales del fuego habian desaparecido se declaraba inocente al acusado: en caso contrario, se consideraba justificado el delito.

El embajador se dirigió desde allí al Malabar. El camino por tierra estaba cubierto de árboles, y á cada media milla habia una casa de madera con cuartos para alojar á los viajeros. En la ciudad de

Menyaron se contaban cuatro mil mercaderes musulmanes: al contrario en Pattan, habitada por bracmines, no habia un solo mahometano.

En Calcuta, gran puerto frecuentado por mercaderes de todas las naciones, Batuta se detuvo tres meses aguardando la estacion favorable para darse á la vela con direccion á la China. Su descripcion de las grandes naves chinas, llamadas juncos, es bastante completa. «Las velas de estos barcos son de cañas entretejidas á modo de estera, y cuando entran en un puerto las dejan desplegadas. En algunos se cuentan hasta 1,000 hombres, 700 de los cuales son marineros, y los demás soldados. Cada una de las naves mayores va seguida por tres de menores dimensiones. Bajeles de esta hechura no se construyen sino en los más lejanos puertos de la China. Emplean remos desmesurados, comparables á grandes palos de buques, y á «algunos de ellos están destinados 25 hombres que bogan de pié. El comandante de cada nave es un grande emir. En los barcos mayores siembran hortalizas y jengibre, que cultivan en cestas colocadas en toda la extension de los costados. Tienen tambien aposentos de madera, donde los oficiales superiores habitan con sus mujeres; de modo que cada barco parece una ciudad. En la China hay algunos particulares que poseen muchas naves de esta especie, pues los chinos son el pueblo más rico del mundo.»

Cuando llegó el tiempo de darse á la vela, habia en el puerto trece grandes juntos, uno de los cuales se destinó á llevar al embajador y su comitiva. Los dones imperiales estaban embarcados ya, y Batuta que preferia valerse de un buque más pequeño, habia mandado todas sus cosas á bordo, quedándose todavia en tierra para asistir á la oracion en la mezquita. La escuadra debia zarpar al dia siguiente; pero aquella noche sopló un violento huracan, el mar se ensoberbeció y destruyó casi todos los buques mayores anclados en el puerto, entre otros el junco donde iba el tesoro. El equipaje y los oficiales del emperador perecieron todos; nada pudo salvarse. La nave en que Batuta habia embarcado sus efectos, consiguió salir á alta mar, así no le quedó más que la alfombra para las genuflexiones y diez dinercs que le dieron algunos devotos.

No atreviéndose Ibn Batuta después de esta desgracia, á volver á la corte de Dehli, solicitó y obtuvo la proteccion del rey de Hinaur, en cuya compañía permaneció poco tiempo, pasando enseguida á las islas Maldivas, cuyo número hace subir á cerca de 2,000, y que forman una de las maravillas del mundo. Los habitantes, segun los describe, son extremadamente limpios, pero débiles y delicados en cuanto á su persona; una mujer gobernaba las islas principales, y esta observacion la hicieron tambien los viajeros árabes del siglo IX. Su principal tráfico consistia en una especie de hilo sacado de las fibras de la cáscara de coco, que maceraban en agua y batian luego con una agramadera hasta que conseguian ablandarla: enseguida hilaban las fibras y las torcian para formar cuerdas, que empleaban en coser los maderos de las naves del Yemen y la India.

Ibn Batuta alcanzó gran reputacion en la isla de Mohl de cuyo nombre supone tomaron todos los del grupo el de *Maldivas* (1). Aceptó allí el cargo de juez, se casó con tres mujeres, y andaba á caballo, honor concedido únicamente á él y al visir; pero este gran personaje, que era tambien marido de la reina, concibió celos del creciente influjo de Batuta; el cual, quizá ya cansado de permanecer tanto tiempo en un mismo lugar, creyó prudente retirarse, y divorciándose de dos de sus mujeres, se embarcó para Maabar, nombre que dan los árabes á la parte meridional de la costa del Carnático y de Coromandel, y que no debe confundirse con Malabar.

Desde el principio de la navegacion el tiempo se alborotó, y la nave fué impelida hácia Ceilan. El antor afirma que la gran montaña de Serendib era visible á la distancia de nueve dias de navegacion, como una columna de humo rodeada de nubes en su base. Cuando la nave entró en el puerto, con dificultad se concedió á los mahometanos bajar á tierra; pero Batuta dijo que era pariente del rey de Maabar, y entonces se le mostró cierto respecto. Admitido á la presencia del rey, declaró que habia venido á la isla «para visitar la sagrada huella de nuestro comun padre Adan.» El rey consintió en aquella peregrinacion, y dió á algunos yogos y bracmines la comision de acompañar al mahometano, seguidos de siervos que llevasen provisiones. Se va á la montaña de Serendib ó Pico de Adan por dos caminos; uno que llaman los habitantes *camino de Baba* ó Adan, y otro *camino de Mama* ó Eva. El segundo es más comodo; pero como el mérito de ta peregrinacion crecia á medida de las asperezas con que se tropezaba, se prefirió el de Baba. El precipicio que está inmediatamente debajo de la cima, se sube por medio de cadenas de hierro, aseguradas á clavijas fijas en la roca. Estas cadenas son en número de diez, una sobre otra, y la última se llama *cadena del testimonio*; porque los que llegan allí, al mirar hácia abajo, se sienten sobre cogidos de un gran miedo de caer. A la décima cadena se encuentra la espaciosa caverna de Kizr, donde dejan sus provisiones los peregrinos, para subir enseguida cerca de dos millas por la cima de la montaña hasta la roca donde está la señal que los indios llamaban *pié de Budda*, y los mahometanos *pié de Adan*. «La señal (dice Batuta) tiene

(1) Es más probable la conjetura de los que suponen que aquel nombre, como los de las Laquedivas, significa las mil islas. *Mal* en los dialectos y *Lacca* en sanscrito significan *mil*; y *Dip* ó *Dipa*, isla.

once palmos de largo. Los chinos fueron allí en otro tiempo; cortaron de la piedra la parte ocupada por el dedo pulgar, y la colocaron en un templo en la ciudad de Zaitun, á la que se va en peregrinacion de los puntos más distantes de la China. En la roca que contiene la señal, se han abierto nueve agujeros donde los peregrinos ponen oro, rubíes y otras joyas, y enseguida los faquires que llegan á la caverna de Kizr, corren á porfía á apoderarse de los objetos depositados.» La descripcion que Ibn Batuta hace del *pie de Adan* difiere esencialmente de la hecha en el siglo ix por Waab, quien no verificó en persona la peregrinacion, contentándose quizá con repetir lo que le dirian los habitantes: segun Waab la señal no es de once palmos, sino de setenta codos de longitud, y añade la curiosa circunstancia de que mientras Adan colocaba un pié en la montaña, tenia el otro en el mar.

En los bosques que rodean las faldas del Pico de Adan, vió muchos monos de color oscuro y con barbas semejantes á hombres, inclinándose á creer, como los antiguos griegos, que estos animales eran una variedad de la especie humana. El jeque Otman y su hijo, personas piadosas y fidedignas, le aseguraron que los monos tenian un jefe, al cual trataban con el respeto debido á un rey, y que llevaba un turbante formado de hojas de árboles. Cuatro monos, con una vara en la mano, le servian constantemente, proveyéndole la mesa de nueces, limones y otros frutos de la montaña. Allí se mostró tambien á nuestro viajero un elefante blanco que pertenecia al rey,

No tardó el inquieto mahometano en zarpar de Ceilan, siguiendo la costa de Coromandel. A la mitad del viaje sobrevino un violento temporal, y faltó poco para que el buque zozobrase. De Coromandel pasó por tierra al Malabar, y en breve se embarcó en Culan á fin de volver á Hinaur. Pero le aguardaban nuevas calamidades. La nave fué cogida por los piratas, y llevándose éstos cuanto poseia, le dejaron casi desnudo en la playa. En tal estado llegó á Calcuta, y fué á acogerse en una mezquita, hasta que algunos mercaderes que le habian conocido en Dehli, acudieron en su ayuda. Después de visitar de nuevo las Maldivas, pasó á Bengala, que le pareció el pais más fértil de todos los que habia visto, y donde podia vivirse más barato. El primer objeto de aquel viaje fué visitar un gran santo en las montañas de Kamru, adyacentes á las del Tibet, y en que abundan las gacelas de almizcle. El jeque Yalal Oddin, que así se llamaba el santo, trató á nuestro peregrino cortesmente, y al irse colocó en sus hombros la hermosa capa de pelo de cabra que él llevaba puesta.

De vuelta al puerto, vió Batuta un junco pronto á darse á la vela para Sumatra, y no pudiendo resistir á la tentacion de emprender aquel viaje, se embarcó en él. A los cincuenta dias de navegacion llegó al pais de Baranakar (probablemente una de las islas Nicoler), donde los hombres tienen *boca de perros*, y viven en casas de caña, construidas en la costa. Quince dias empleó desde Baranakar á Sumatra, que entonces estaba gobernada por un príncipe generoso, apasionadísimo de los mahometanos. En consecuencia, Ibn Batuta fué perfectamente acogido en la corte; pero no permaneció allí arriba de quince dias, y el rey le dió provisiones, frutas y dinero para su viaje á la China. Después de una navegacion de treinta y cuatro dias se encontró en el mar denominado Tranquilo, de color rojo, sin viento, ni movimiento, ni olas; pero al llegar á aquellas aguas, los juncos chinos necesitan ser remolcados por buques más pequeños.

Después de haber navegado treinta y siete dias en aquellos tranquilos mares, algo parecidos á la parte del Atlántico llamado *bahia de la Señora (Lady's Bay)*, el viajero llegó á un pais que se denominaba Tawualiski, del nombre de su rey, y sobre cuya posicion es imposible formar la menor conjetura. Aquel rey, dice, tenia bastante poder para resistir al emperador de la China; los habitantes eran idólatras, de hermosa presencia, semejantes á los turcos; de color rojizo tirando á cobre, dotados de gran fuerza y valor. Las mujeres iban á caballo, eran diestras en lanzar las javalinas, y combatian lo mismo que los hombres. Kailuka, una de las ciudades principales, y puerto en que habia entrado la nave, estaba gobernada por la hija del rey, la cual envió á buscar al viajero, le saludó cortesmente en lengua turca, y mandando traer papel y tinta, escribió en su presencia el *bismillah*. Partiendo de allí, Batuta llegó á los siete dias á la primera provincia de la China, cuya industria, opulencia, civilizacion y orden describe con palabras inspiradas por una admiracion profunda.

Observa, sin embargo, que los chinos celebran sus contratos por medio de papel. «En sus compras y ventas no interviene el dinero, y si hubiesen á las manos alguna moneda, la fundirian inmediatamente. En cuanto al papel, cada trozo es casi tan ancho como la mano, y lleva el sello del rey. Cuando estos papeles están rotos ó gastados, se llevan á una casa, que hace las veces de nuestras casas de moneda, y se cambian por otros, sin ningun interés, pues el rey se contenta con el beneficio que le resulta de su circulacion.»

En su sentir los chinos eran los mejores artífices del mundo; en la pintura no habia quien los igualase, y en prueba de ello nos refiere una graciosa enécdota. «Entré cierto dia en una de sus ciudades un instante, y al cabo de algun tiempo, presentándoseme ocasion de volver á ella ¡cuál fué mi sorpresa al ver que habian trazado tanto mi figura con la de mis compañeros en las paredes y en hojas de papel fijados en las calles! Acostumbran hacer esto con todos los que pasan por sus ciudades, y si algun extranjero cometiese algun delito que le obligase á huir, enviando su retrato á todas las provincias, descubririan necesariamente su paradero.»

La primera ciudad de la China en que Ibn Batuta puso los piés, es llamada por nuestro viajero el-Zaitun (2). El puerto le pareció uno de los más hermosos del mundo. En él había cerca de cien juncos de los mayores; innumerables barcos más pequeños; mercaderes mahometanos en gran cantidad y ricos, y cuando alguno de su religion llegaba allí, le trataban con tanta liberalidad, que al poco tiempo era tan rico como ellos. Desde Zaitun, Ibn Batuta, navegando durante veinte y siete días, arribó á Sin-kilan, una de las principales ciudades de la China. Tambien allí encontró una mezquita y un juez mahometano, como en toda gran ciudad de la China: habia en ella mercaderes mahometanos, con su juez y un jeque el-Islam, para arreglar sus diferencias. Allí supo que más allá de Zaitun no existia ninguna ciudad importante. «Entre ella y el impedimento de Gog y Magog hay, segun me dijeron, sesenta jornadas: la gente que habita en aquellas comarcas se come á todos los que logran atrapar, y así nadie los visita.» Por este *impedimento* de Gog y Magog han supuesto algunos que debe entenderse la gran muralla; pero como Batuta tiene cuidado de informarnos de que no la habia visto ni habia hablado tampoco con ninguno que viniese de allí, es verosímil que dudase en esta parte de su relato. En Fanyanfur encontró á un natural de Ceuta á quien habia conocido siendo jóven, y que habia desempeñado un empleo en el palacio de Dehli. Dirigiéndose luego á la China, habia acumulado grandes riquezas. Algun tiempo después, como encontrase Batuta al hermano de éste individuo en el Sudan, exclamó: «¡A qué distancia se hallan ambos hermanos, uno de otro!» Pero en la época de Ibn Batuta, los mercaderes mahometanos estendian frecuentemente su tráfico desde la China al Atlántico.

Diez días de navegacion por el rio condujeron al viajero á el-Kansa (quizá Chen-si), que describe como la ciudad más vasta de la tierra. La circunstancia de estar todas las casas rodeadas de un jardin, hace que la ciudad tenga tres jornadas de largo, y se divide en otras seis ciudades, cada una cercada de un muro. En la primera habia 12,000 guardias. En la segunda, que era la más hermosa, residian los judios, los cristianos, los turcos y los adoradores del sol. Los cristianos que aquí se mencionan, pertenecia probablemente á la secta de los nestorianos, que habrian penetrado en la China por la Persia, ó cristianos de Santo Tomás de Malabar. La tercera division estaba ocupada principalmente por los oficiales del gobierno. La cuarta era el barrio de los ricos. En la quinta, la más grande de todas, habitaban las clases inferiores. Entre las raras manufacturas que Batuta vió allí, habia en particular unos platos formados de cañas unidas entre sí con cola, y pintados de colores vivos y permanentes. La poblacion de la sesta ciudad estaba compuesta de marineros, pescadores, maestros de calafate y carpinteros. Suscitáronse á la sazón diferencias entre los individuos de la familia reinante, cuyas consecuencias fueron, la guerra civil y la muerte del kan. El difunto monarca fué sepultado con la pompa que acostumbra los tártaros: se abrió un hoyo grande, y estendiendo en él una hermosa cama, se le colocó en ella con sus armas y sus magníficos vestidos; la vajilla de oro y plata de su casa, cuatro esclavos y seis mamelucos predilectos fueron enterrados en su compañía; enseguida se formó un montecillo de tierra, y en la cúspide se empalaron cuatro caballos. Batuta, viendo tales disturbios, se dió prisa á dejar el pais.

De Zaitun se dirigió á Sumatra y luego á Calicut y á Ormuz. Recorriendo después la Persia y la Siria, verificó por tercera vez la peregrinacion á la Meca en 749 (1348). Al año siguiente volvió á Tángier, y visitó su suelo natal; pero aun no se habia estinguido en él la pasion á los viajes. Al poco tiempo marchó á España, y atravesando la parte meridional de la península, tornó á Marruecos, y se encaminó al Sudan ó comarca del Nilo. Desde Segelmessa llegó en veinte y cinco días á Tagari, «aldea en que no hay nada bueno, porque las casas y mezquitas están construidas de piedras de sal y cubiertas de pieles de camellos.» Los habitantes del Sudan compraban aquella sal cortada en pedazos regulares, y se servian de ellos en lugar de dinero.

Después de atravesar el gran desierto, llegó á Abu Latin, primer distrito del Sudan, cuyos habitantes tenian por principal ocupacion el comercio, y llevaban sus vestidos del Egipto. Las mujeres parecieron á nuestro viajero muy lindas. «Aquí ninguno toma el nombre de su padre, y sí de su tio materno. El hijo de la hermana sucede siempre en la herencia, prefiriéndole al propio: costumbre que no he visto en otra parte, á no ser entre los indios infieles del Malabar.»

Desde Abu Latin á Mali halló los caminos llenos de árboles tan enormes, que una caravana hubiera podido ponerse á cubierto bajo uno de ellos, y vió á un tejedor trabajando en su telar en el hueco que formaba el tronco de uno de aquellos árboles. Mientras estaba en Mali, habiendo encontrado un día al rey en un banquete, se levantó y dijo: «He recorrido todo el mundo y visto sus reyes: hace cuatro meses que habito en tus dominios, y no he recibido de tus manos ningun regalo ni provision: ¿qué deberé decir de tí cuando se me pregunte sobre el particular?» Al oír tal exhortacion, el sultan le destinó una casa con todo lo necesario.

(2) Esta ciudad, que muchos han creído era Canton, es la *Tsian-cheu-fu* de los chinos, situada á más de 120 leguas al Nordeste de aquella ciudad y un poco al Norte de Nankin. Antiguamente se llamaba *Tseutung*, que convirtieron los Arabes en *Zaitun* y Marco Polo en *Zaitum*. Klaproth, *Journ. asiat.*, tom. V, p.º 41.

En su viaje por el Níger, que Ibn Batuta llama Nílo, vió gran número de hipopótamos á orillas de un gran golfo ó lago. Allí le dijeron que en algunas partes del Sudán los infieles comen carne humana; pero sólo de negros, pues consideran mal sana la de los blancos, por no estar bastante madura. Al cabo de algunos días llegó á Tumbuctú, acerca de la cual no entra en pormenores.

La ciudad de Kakau, situada más allá de Tumbuctú, era mirada como la más hermosa del Sudán. De Allí pasó á Bardama, y después á Nakda, ciudad de encantador aspecto, construida de piedra roja, en cuyas cercanías habia ricas minas de cobre. Desde Nakda volvió á Fez, donde fijó su residencia en 754 (1353), veinte y ocho años después de su primer viaje. Entre tanto habia cumplido todas las obligaciones que se impuso en el curso de sus peregrinaciones: visitó á los tres hermanos del jeque Boran Obdin el-Aaraj, que habitaban uno en Persia, otro en la India y el tercero en la China; y llevó noticias del jeque Kawan Obdin, que habia encontrado entre los chinos, á su hermano, que encontró en el centro de Sudán.

(B) PÁG. 16.

## LA AMÉRICA DESCUBIERTA POR LOS ESCANDINAVOS

El descubrimiento de la América en el siglo x debe mirarse como uno de los sucesos más notables en la historia del mundo, y la posteridad tiene que reconocer tal honor á los escandinavos. Véase un compendio de la historia antigua de América, y noticias de geografía, hidrografía é historia natural, contenidas en la obra *Antiquitates Americanae*. La Groenlandia (dice Rafn, de quien tomamos esta noticia) estuvo habitada en otro tiempo por una numerosa poblacion europea, y formó una diócesis especial. Pero en vez de examinar el contenido de los muchos documentos que se refieren á este país, recordaremos tan sólo que el descubrimiento de la Islandia á la mitad del siglo ix, y la ocupacion de esta isla en 874, verificada por Ingolfo y en el espacio de un siglo por una colonia de ricas y poderosas familias del Norte, precedieron al descubrimiento de la América. Los navegantes, después de surcar en todas direcciones el mar que circunda la Islandia, no debían tardar en reconocer la Groenlandia. Si echamos una ojeada á la historia primitiva de Islandia, á la colonizacion de esta isla y á los acontecimientos que se siguieron, el descubrimiento de la América nos parecerá un resultado natural de las escursiones aventureras y de los sucesos de aquella época.

### RESUMEN DE LOS VIAJES DE LOS ANTIGUOS ESCANDINAVOS A LA AMÉRICA DEL NORTE

#### *Viaje de Biörn Heriulfson en 986.*

En la primavera de 986 Erico el Rojo, desterrado de Islandia, se dirigió á la Groenlandia, y fijó su residencia en Brattalid en el Ericsfiord. Muchos le acompañaban en este viaje, entre otros Eriulfo hijo de Bard, que era pariente de Ingolfo, primer colono de Islandia. Eriulfo se estableció en Heriulfnes, en la parte meridional de la Groenlandia. Su hijo Biörn se dirigió á Noruega, y habiendo vuelto á Islandia y tenido noticia de la partida de su padre, decidió, segun su costumbre, pasar el invierno con él. Aun cuando ni él ni sus compañeros habian navegado jamás en el mar de Groenlandia, desplegaron no obstante las velas, y partieron con la bruma y el viento Norte, encontrándose al cabo de muchos días de navegacion sin saber dónde estaban. Cuando se aclaró el cielo, vieron una tierra cubierta de bosques, sin montañas, y con solo algunas colinas; como no correspondía á la descripción que les habian hecho de la Groenlandia, la dejaron á un lado, y navegaron dos días más, hasta que distinguieron otra tambien llana y cubierta de bosques. Volvieron á lanzarse en alta mar, y á los tres días de navegacion con viento Sudoeste, descubrieron una tercera tierra elevada, montañosa y cubierta de hielos. Después de costearla reconocieron que era una isla; pero en vez de desembarcar, pues su aspecto no pareció bastante halagüeño á Biörn, volvieron la popa hácia tierra, y con el mismo viento siguieron su viaje, consiguiendo llegar á los cuatro días á Heriulfnes en la Groenlandia.

#### *Descubrimientos de Leif Ericson, y primer establecimiento en Vinland.*

Algun tiempo después de este viaje, probablemente en 994, Biörn hizo una visita á Erico, yarl de Noruega, á quien contó su viaje y las tierras desconocidas que habia visitado. Erico le culpó por no haber examinado con más atencion aquellos diferentes países, y á su vuelta á Groenlandia se trató

de emprender un viaje de descubrimiento. Leif, hijo de Erico el Rojo, compró el buque de Biörn, y embarcó á su bordo treinta y cinco hombres, entre ellos un alemán llamado Tyrker, que habia estado largo tiempo junto á su padre, y habia querido con extremo á Leif cuando era niño. En 1000 todos estos hombres empezaron su viaje, y llegaron al último de los países que Biörn habia visto. Anclaron, echaron el bote al mar y se acercaron á la orilla. No se distinguía una sola yerba, y sí hielos en toda la parte interior; desde el mar á éstas habia como una cuesta pedregosa (*hella*). Llamaron á aquella tierra, que les pareció desnuda de toda clase de atractivos, Helluland. Haciéndose á la vela y entrando en alta mar llegaron á otra tierra llana, selvosa, con una costa perpendicular y bancos de arena blanca, que denomina Markland (tierra de bosque). Se dieron de nuevo á la vela con viento Nordeste, y al cabo de dos dias descubrieron una isla, situada al Oriente de la tierra. Habiendo entrado en un estrecho que habia entre ésta y una península, que se prolongaba en el mar al Este y al Norte, dirigieron el rumbo hácia Occidente. En tiempo de marea se veian muchos bajos profundos. Acercándose á la orilla, llegaron á donde un rio, que salia de un lago, desembocaba en el mar. Condujeron á este rio su nave, después al lago y echaron el ancla. Allí construyeron algunas cabañas de madera; pero habiendo resuelto después pasar el invierno en aquellos parajes, edificaron casas grandes, llamadas posteriormente Leifsbudir (casas de Leif). Terminadas estas construcciones, Leif dividió sus compañeros en dos partes, que alternativamente debian estar en las casas y hacer correrias por los alrededores. Les recomendó no alejarse demasiado, volver á la noche y no separarse unos de otros: también él partió con ellos á continuar sus exploraciones. Un dia se notó que Tyrker habia desaparecido: Leif, tomando consigo una docena de hombres, salió en su busca; pero apenas habian dado dos pasos, le vieron venir. Habiéndole preguntado Leif la causa de su ausencia, respondió en alemán, sin que le comprendiesen: entonces dijo en la lengua del Norte: «No me he alejado mucho, y sin embargo tengo que participaros un descubrimiento: he hallado viñedos y racimos de uvas.» Añadió en corroboracion de la verdad que habia nacido en un país donde abundaban las vides. Los compañeros de Leif se ocuparon entonces en proporcionarse madera de construccion con que cargar el buque, y racimos de uvas de que llenaron la chalupa. Leif llamó á esta tierra Vinland, país del vino. A la primavera partió para la Groenlandia.

*Expedicion de Thorwald Ericson á países más meridionales.*

El viaje de Leif fué el tema frecuente de las conversaciones, y su hermano Thorwald pensó que aquella region habia sido poco explorada. Hizo, pues, que Leif le diese la nave y al mismo tiempo le asistiese con hombres y consejos, y empezó su viaje acompañado de treinta hombres en 1002. Habiendo llegado á Leifsbudir en el Vinland, pasaron allí el invierno, viviendo de la pesca. En la primavera del año 1003 Thorwald envió parte de su gente en la chalupa á hacer un viaje de exploracion al Sur. Encontraron allí un país hermoso, lleno de selvas, sólo habia un corto espacio entre los bosques, el mar y los bancos de arena blanca; muchas islas y bajos fondos: ninguna huella humana; nada que indicase que aquella tierra hubiese sido visitada antes, á escepcion de una especie de cabaña de madera que divisaron en una isla al Oeste. Hasta el otoño no volvieron á Leifsbudir.

El verano siguiente, en 1004, Thorwald se dirigió con la nave al Este, luego al Norte, más allá de un cabo considerable que cubria una bahia, y que llamó Kialarnes, esto es, cabo de quilla. Siguiendo la costa oriental del país, pasó por la embocadura de las bahias más próximas, y llegó cerca de un promontorio que se prolongaba en el mar, todo cubierto de árboles. Allí desembarcó con todos sus compañeros, y mirando alrededor, exclamó: «¡Qué hermoso país! ¡Aquí fijaré mi residencia!» Al momento de embarcarse, vieron al pié del promontorio, en la arena, tres canoas, ocupada cada una por tres Skrellings, es decir, esquimales. Mataron á ocho; pero el noveno huyó con su canoa. Un momento después muchos esquimales salieron de la bahia y se encaminaron contra ellos, que trataron de defenderse, rodeando las naves con una empalizada. Los esquimales los atacaron por un instante y se alejaron enseguida. Thorwald herido en un brazo por una flecha, y advirtiendo que la herida era mortal, dijo á sus compañeros: «Partid lo más pronto que podais; pero me subireis al promontorio donde me parecia que hubiera sido tan hermoso habitar. Mis palabras eran proféticas: quizás conviene permanecer allí algun tiempo. Allí me enterrareis; plantareis cruces sobre mi sepulcro, sobre mi cabeza y á mis piés, y de hoy en adelante llamareis este sitio Krossanes.» Dicho esto, murió; sus órdenes fueron ejecutadas: los demás volvieron á Leifsbudir, donde estaban los camaradas, y pasaron juntos el invierno; pero á la primavera siguiente (1005) se embarzaron para la Groenlandia, llevando una importante relacion que hacer á Leif.

*Desgraciada expedicion de Thorstein Ericson.*

Thorstein, tercer hijo, resolvió ir á Vinland á buscar el cuerpo de su hermano. Después de equipar el mismo buque, escogió veinte y cinco hombres fuertes y hábiles, y llevó consigo á su mujer Gu-

drida; pero todo el verano anduvieron errantes en el mar sin saber dónde se encontraban. Al fin de la primera semana de invierno arribaron á Lysufjord, establecimiento al Oeste de la Groenlandia; allí murió Thorstein en aquella estacion, y en la primavera su mujer volvió á Ericfsjord.

*Establecimiento de Thorfinn en Vinland.*

El verano siguiente (1006), dos buques de Islandia llegaron á Groenlandia: uno de ellos estaba mandado por Thorfinn, cuyo sobrenombre era Karlsefne, esto es, destinado á ser grande hombre; sujeto rico y poderoso, de familia ilustre, que contaba entre sus antepasados daneses, noruegos, suecos, irlandeses, escoceses, algunos de los cuales habian sido reyes ó descendientes de reyes. Le acompañaba Snorr Thorbrand son tambien de familia distinguida. Mandaba la otra nave Biörn Grimolfson de Breidefjord y Thorhall Gamlason de Austfirdir. Celebraron la fiesta de Navidad en Brattalid. Thorfinn se enamoró de Gudrida, y habiendo pedido su mano á Leif, se casó con ella en el invierno. El viaje de Vinland era entonces, como antes, el tema obligado de las conversaciones, y Thorfinn cedió á las instancias de su esposa y de sus amigos, que le escitaban á emprenderlo.

En la primavera de 1007 Karlsefne y Snorr prepararon un buque; Biörn y Thorhall el suyo; otro (el que Thorbion, padre de Gudrida, habia llevado á Groenlandia) era mandado por Thorward, marido de Freydisa, hija natural de Erico el Rojo. A bordo de éste se hallaba tambien un tal Thorhall, que habia servido mucho tiempo á Erico, como cazador en el verano, y como mayordomo en el invierno, y que conocia perfectamente la parte desierta de la Groenlandia. Componíase la expedicion de 160 personas, además del ganado de todas clases, pues llevaban la intencion de fundar, si les era posible, una colonia. Llegaron primero á Westerbydgc, después á Biarney (Disco). De aquí se dirigieron al Sur hácia Helluland, donde encontraron muchas zorras; continuando siempre al Sur, llegaron en dos dias al Markland, pais lleno de bosques y de animales. Navegaron luego al Sudoeste, y arribaron á Kialarnes, donde vieron desiertos sin huella humana, rios largos y estrechos, y médanos que llamaron Furdustrandir. Después de superar todos estos inconvenientes, la tierra empezó á presentarse interceptada por bahias. Tenian consigo dos escoceses, Hake y Hekia, dados á Leif por Olaf Triggvason, rey de Noruega, excelentes corredores. Los enviaron á tierra, recomendándoles ir al Sudoeste y explorar el pais, y volvieron á los tres dias con racimos de uvas y espigas silvestres. Los navegantes prosiguieron su curso hasta donde el mar formaba una bahia profunda. Pasada esta bahia, habia una isla, donde las corrientes eran rápidas, como tambien las de la bahia. En aquella isla abundaban tanto los eider, que era imposible dar un paso sin aplastar sus huevos. La denominaron Straummei (pais de las corrientes), y á la bahia Straumfiord (bahia de las corrientes). Desembarcaron, dispusieron lo necesario para pasar allí el invierno, y como el pais era extramadamente hermoso, sólo se ocuparon en explorarlo.

Thorhall queria dirigirse desde allí al Norte en busca del Vinland, y Karlsefne, por el contrario, al Sudoeste. Thorhall, habiéndose separado de los demás con ocho hombres, pasó más allá de Furdustrandir y Kialarnes, pero fué arrojado por un recio viento que soplabá del Oeste sobre la costa de Irlanda, y segun el relato de algunos mercaderes, cogido con todos los suyos y obligado á servir como esclavo. Karlsefne, Snorr, Biörn y el resto de la expedicion (51 hombres) navegaron hácia el Oeste, y llegaron á donde sale de un lago un rio que desagua en el mar. Cerca de la embocadura de este rio habia un grupo de grandes islas: entraron en el lago y llamaron al pais Hop. En la llanura encontraron campos de trigo silvestre, y en la colina racimos de uvas. Una mañana vieron muchas canoas, y con señales amistosas invitaron á los naturales á aproximarse, lo que éstos hicieron, mirándolos con maravilla. Eran negros y feos, iban desgreñados, y tenian los ojos grandes y la cara aplastada. Después de contemplar unos instantes á los recién llegados, partieron en sus canoas, impulsadas por los remos, al Sudoeste más allá del cabo. Karlsefne y sus compañeros habian construido su habitacion en lo alto de la bahia, y allí pasaron el invierno. No cayó nieve y el ganado pudo pastar á campo raso. Al principiar el año 1008 vieron una mañana otras muchas canoas venir del Sudoeste. Karlsefne hizo señales de paz con un escudo blanco levantado en el aire, y ellos se acercaron inmediatamente y empezaron la permuta de efectos. Mostraban evidente preferencia por las telas encarnadas, y daban en cambio pieles grises. Hubieran querido comprar tambien espadas y lanzas; pero Karlsefne y Snorr prohibieron su venta. En lugar de una piel enteramente gris, aquellos Skrellings recibieron un pedazo de paño encarnado de un palmo de ancho, que se envolvieron al rededor de la cabeza. El comercio siguió algun tiempo de este modo; pero los escandinavos, viendo que su paño empezaba á disminuirse, lo cortaron en listas del ancho de un dedo, y los Skrellings compraron éstas al mismo precio y aun más caros que los pedazos anteriores. Karlsefne mandó á las mujeres llevar pan y leche, y los Skrellings se aficionaron tanto á estos manjares, que compraron leche con preferencia á todo, abandonando las mercancías por el placer de saciar su apetito. En medio de este tráfico, un toro, conducido por Karlsefne, salió del bosque mugiendo de una manera horrible. Los Skrellings al oirlo sintieron

tal miedo, que se arrojaron en sus canoas y bogaron hácia el Sur. En este tiempo Gudrida, esposa de Karlsefne, dió á luz un niño, que recibió el nombre de Snorr.

Al principiar el invierno siguiente, los Skrellings volvieron en mayor número, con intenciones hostiles, exhalando espantosos gritos. Karlsefne mandó levantar el escudo rojo: las dos tropas avanzaron, y principió la batalla. Cayó entonces una lluvia de flechas: los Skrellings empleaban además una especie de honda: ponían en lo alto de una pértiga un globopesado, semejante al vientre de un carnero y de color azul, y lo lanzaban contra la gente de Karlsefne, haciendo gran ruido al caer. Los escandinavos se amedrentaron y huyeron á lo largo del río: Freydisa salió en aquel momento, y viendo que volvían la espalda les gritó: «¡Cómo! ¿hombres de vuestro denuedo emprenden la fuga ante un puñado de miserables, que pudieran matar como corderos? ¡Si tuviese armas, os enseñaría á combatir!» Viendo que no le daban oídos, trató de seguir tras ellos, pero su embarazo la obligó á ir con más lentitud. Sin embargo, consiguió alcanzarlos en el bosque, donde encontró un cadáver, era el de Thorbrand Snorrason, que había sido herido en la cabeza con una piedra plana, y tenía al lado la espada desnuda. Cogióla, se puso en posición de defenderse, y con el pecho desnudo, esgrimió la espada contra los enemigos. La vista de esta mujer armada los aterró, y tornando á sus canoas, huyeron de aquellos lugares. Karlsefne y sus compañeros se acercaron á Freydisa y elogiaron su valor; pero conociendo que si permanecían allí estarían expuestos á los ataques de los naturales, resolvieron volverse á su patria.

Navegando al Este llegaron á Straumfiord, y Karlsefne fué con una nave en busca de Thorhall. Adelantándose al Norte de Kialarnes, se dirigió al Noroeste, dejando la tierra á babor. Por todas partes veía bosques, sin que hubiese un pequeño espacio desprovisto de árboles; las alturas de Hop y las que tenían á la vista, no formaban más que una larga cadena. Los navegantes pasaron el invierno en Straumfiord: entonces Snorr, hijo de Karlsefne, contaba tres años. Al partir de Vinland soplaban el viento del S; cuando llegaron á Markland, encontraron cinco Skrellings y habiendo cogido dos niños, se los llevaron consigo, les enseñaron la lengua del Norte y los bautizaron. Estos dos niños dijeron que su madre se llamaba Wethildi, y su padre Uvæge; que los Skrellings, eran gobernados por reyes, uno de los cuales tenía el nombre de Avaldamon, y el otro el de Valdídida; que no había casas en su país, habitándose en cavernas. Biörn Grimolfson se desvió de su camino hasta ir á parar al mar de Irlanda, y aaribó á un punto tan infestado de gusanos, que su nave quedó arruinada: unos cuantos únicamente lograron salvarse en un barquichuelo bañado de brea hecha con aceite de perro marino preservativo contra los gusanos. Karlsefne continuó el viaje hácia la Groenlandia, y llegó á Ericsfiord.

#### *Viaje de Freydisa, Elge y Finnboge. Establecimiento de Thorfinn en Islandia.*

El mismo verano de 1011 llegó á Groenlandia un buque noruego, mandado por dos hermanos islandeses de Austfirðir, Elge y Finnboge, que pasaron el invierno siguiente en Groenlandia. Freydisa les ofreció hacer un viaje á Vinland, con la condición de que dividirían con ella los productos del viaje. Consintieron, y se decidió que cada una de las partes llevaría consigo treinta hombres vigorosos, además de las mujeres; pero Freydisa tomó seis más, que tuvo ocultos. En 1012 llegaron á Leifsburðir, y pasaron allí el invierno. La conducta de Freydisa causó discordia entre los jefes de la empresa, y con sus intrigas persuadió á su marido á dar muerte á los dos hermanos y á sus compañeros. Después de aquel vergonzoso asesinato, volvió á Groenlandia, donde Thorfinn aguardaba sólo á que soprase el viento para dirigirse á Noruega. Su buque estaba tan lleno de riquezas, que corrían voces de que nunca había salido de Groenlandia un cargamento más rico. Apenas sopló el viento favorable, se dió Thorfinn á la vela, llegó á Noruega, y pasó allí el invierno vendiendo sus mercancías. Al año siguiente cuando iba á embarcarse para la Islandia, llegó un alemán de Bremen que quería comprar un pedazo de la madera de Vinland, llamada *mansur*, y se la pagó en medio marco de oro. Karlsefne fué al año siguiente (1015), á Islandia, compró en Skagefiord, en el distrito del Norte, la tierra de Glaumboe, y pasó allí el resto de sus días. Después de él la habitó su hijo Snorr, que había nacido en América. Cuando Snorr se casó, su madre hizo una peregrinación á Roma, y volvió á la casa de su hijo en Glaumboe, donde había mandado erigir una iglesia. Allí vivió largo tiempo como monja. Del hijo de Karlsefne descendió una numerosa é ilustre familia, entre cuyos individuos citaremos á Thorlak Runolfson, obispo de Scalholt, que nació en 1085 de Alfrida, hija de Snorr. A él se debe el más antiguo código eclesiástico de Islandia, publicado en 1123, y es probable que el mismo obispo haya recogido los pormenores acerca de los viajes que dejamos citados.

#### *Geografía é hidrografía.*

Por fortuna hallamos en estas antiguas relaciones de viajes, no sólo nociones geográficas, sino también náuticas y astronómicas, para determinar la posición de los lugares. Los hechos náuticos tienen una importancia especial, aunque nadie se haya cuidado de ellos hasta ahora, esto es, la indicación del curso de los buques y de las distancias parciales, día por día. De las noticias contenidas en el

*Landnama* y en alguna otra obra geográfica de Islandia, puede calcularse que la navegacion de un día se valuaba en unas 27 ó 28 millas geográficas, danesas ó alemanas, de 15 al grado. Desde la isla de Elluland, llamada después Litla Elluland (pequeña Elluland), Biörn llegó á Heriulfsnes (Ikigeit) en Groenlandia, con un viento Sudoeste en cuatro dias. La distancia entre este cabo y Terra-Nova es de unas 150 millas, que corresponderán perfectamente á la distancia que anduvo Biörn, si pensamos en la violencia del viento que impulsó su nave.

Esta isla está representada en las descripciones modernas como una tierra compuesta en parte de rocas desnudas y planas, más ó menos estensas, sin un árbol, sin una mata, por lo cual se la denomina *barrens*. Este nombre conviene con el de *hellur*, que dieron los antiguos escandinavos al país.

Markland estaba situado al sudoeste de Elluland, á distancia de tres dias de navegacion (80 á 90 millas). Es la Nueva Escocia, cuya reciente descripcion concuerda con la que los escandinavos hicieron del Markland. El país es bajo por lo general, y la costa marítima llana y baja. En la orilla se ven rocas blancas. «El país es bajo con rocas de arena blanca, que se distinguen muy bien desde el mar,» dice J. W. Norrie en el *New American Pilot*; y otra obra de marina americana: «En la costa hay algunos bancos de arena extremadamente blanca.» La Nueva Escocia, el Nuevo Brunswick y el Bajo Canadá, más hácia lo interior, y que puede mirarse como perteneciente al antiguo Markland, están casi en todos puntos cubiertos de inmensos bosques.

El Vinland estaba á dos dias de navegacion (54 á 60 millas) al sudoeste de Markland. La distancia del cabo Sabbia al cabo Cod está marcada en las obras náuticas como (*Weby S*) de 70 leguas (unas 52 millas). La descripcion de estas costas viene bien con la de Biörn, y en la isla situada al Este, que en union de la misma península al Este y al Norte formaba el paso por donde navegó Leif, reconocemos á Nantucket. Los escandinavos encontraron allí muchos bajos fondos. Los navegantes de nuestros dias han hecho igual observacion, y han hablado de muchos bancos de arena y otros bajos fondos que hay en aquella comarca; dicen que el estrecho presenta el aspecto de una tierra sumergida.

El nombre de Kialarnes está compuesto de *Kiolar*, quilla, y *nes*, cabo, y esta palabra, segun todas las probabilidades, se deriva de la semejanza que presenta la configuracion de este cabo con una quilla de barco, y en particular con la de las naves largas que usaban los escandinavos. Este debía ser el cabo Cod, el Nauset de los indios, que, conforme al dicho de algunos viajeros, se parece á un cuerno, y segun el de otros á un fusil. Los escandinavos encontraron allí desiertos sin huella humana, orillas largas y estrechas, y méganos de un aspecto particular, á que dieron el nombre de *Furdustrandir*, playas maravillosas (voz que se deriva de *furda*, prodigio ó maravilla, y de *strand*, faja ú orilla). Cotejemos la descripcion de este cabo con la que hizo Hitchcock, autor moderno del *Report on the geology of Massachussetts*. «Los méganos ó colinas de arena, que en gran parte ó totalmente se hallan desprovistos de vegetacion, atraen las miradas por su particular carácter (*forcibly attract the attention on account of their peculiarity*). Cuando nos acercábamos á la extremidad del cabo, la arena y la esterilidad del suelo se aumentaban, y en muchos lugares no faltaba al viajero más que tropezar en el camino con una horda de beduinos para hacerle creer que estaba en el fondo de un desierto de Arabia ó de Libia.»

Un fenómeno singular que se observa en aquel cabo, es quizá la primera causa del nombre que le fué dado. El mismo autor lo describe del modo siguiente: «Atravesando los desiertos del Cabo, noté un efecto raro de miraje ó de ilusion. En Orleans, por ejemplo, se me figuró que subíamos por un ángulo de tres ó cuatro grados, y no salí de mi error hasta que, volviéndome, ví que semejante ascension aparecia en el trozo de camino ya recorrido.» No me esforzaré en explicar esta ilusion de óptica; observaré tan sólo, que tal vez era un fenómeno de la misma naturaleza que aquel que sorprendió á Humboldt en las pampas de Venezuela. «A nuestro alrededor (dice) todas las llanuras parecian subir al cielo.» Por tanto, los nombres que los escandinavos pusieron á aquellos tres rios llamándolos Nauset Beach, Chatam Beach y Monomy Beach estaban perfectamente ideados.

Lo que llaman gran Gulfstream, que sale del golfo de Méjico y pasa por la Florida, Cuba y las islas de Bahama, va luego hácia el Norte en direccion paralela á la de la costa de éste de la América septentrional: este rio, cuyo lecho, segun dicen, estaba en otro tiempo más próximo á la costa, se derrama en muchas corrientes, precisamente en el sitio donde la península de Barnstable lo rompe cuando viene del Sur. El Straumfiord de los antiguos escandinavos, es probablemente la bahia de Bruzzard y Straumey Marta's Vineyard, aunque la mencion de la gran cantidad de huevos que se encuentran allí, conviene mejor á la isla situada á la entrada del estrecho de Vineyard, llamada hoy por la misma razon Egg Island, *isla de los huevos*.

Es probable que Krossanes sea la punta de Gurnet. Hallábase, sin duda, un poco al Norte de aquel país á que se acercó Karlsefne, cuando vió la línea de montañas que pretendió era la misma que se extiende hasta el país donde encontramos el punto llamado Hop (*i Hope*).

En islandes la voz *hop* significa una bahia pequeña formada por un rio que viene de lo interior, y un seno del mar, ó la misma tierra que rodea la bahia. Corresponde á este hecho la bahia del

Mount-Hope ó del Monte-Haup, como lo llaman los indios, al través del cual pasa el rio Tauton, que se reúne con las aguas afluentes del mar en el estrecho de Seaconnet, por el rio angosto, pero navegable de Pocasset. En Hop estaba situado Leifsbudir. Más arriba, probablemente en la hermosa elevación denominada por los indios Mount-Haup, construyó Thorfinn Karlsefne sus habitaciones.

#### *Clima y suelo.*

Los escritos antiguos nos dan una idea muy característica sobre el clima, las cualidades del suelo, y por consiguiente sus producciones. El clima era tan dulce, que les parecia no tener necesidad de proveerse de heno, para alimentar en el invierno al ganado, pues no helando nunca, las yerbas apenas se marchitan. Las mismas expresiones emplea Warden para pintar aquel país. «La temperatura (dice) es tan dulce, que la vegetación rara vez experimenta los efectos del frío ó de la sequía. Se denomina el paraíso de la América, porque aventaja á los demás países en situación, suelo y clima.» Yendo de Taunton á Newport por el rio Taunton y la bahía de Mount-Hope, el viajero dice Hitchcock, «ve grandes escenas, hermosos puntos de vista y el risueño aspecto de la comarca: las memorias históricas que le son concernientes, atraen la atención y seducen el entendimiento.» Esta observación es aplicable á tiempos más antiguos que los que Hitchcock tenia presentes cuando escribió aquel pasaje.

Un país de tal naturaleza puede muy bien llamarse bueno; calificación que le daban los antiguos escandinavos (*It goda*). Hallaron allí producciones á que atribuían gran valor, y de las cuales su frío país estaba desprovisto casi del todo.

#### *Producciones. Historia natural.*

La vid crecía allí naturalmente; hecho (*quod vitis ibi sponte nascantur*) atestiguado por Adam de Bremen, que vivía en el mismo siglo xi. Este autor extranjero refiere lo que ha llegado á entender, no ya por conjeturas, sino por la relación auténtica de los daneses, y cita como autoridad al rey danés Svenon Estridson, nieto de Canuto el Grande. Es sabido que hoy la vid es muy común en aquel país. El trigo crecía también sin necesidad de cultivarse. Cuando los europeos llegaron á aquellas regiones, encontraron maíz, llamado allí grano de India (*Indian corn*): los indios lo recogían sin haberlo sembrado, lo conservaban en cuevas subterráneas, y constituía uno de sus principales alimentos. Sobre la yerba de la isla situada enfrente de Kialarnes, hallaron mielat, y aun lo hay en el día. El *mausur* es una madera de hermosura no común, probablemente una especie de *acer rubrum*, ó de *acer saccharinum*, que crece allí, recibiendo el nombre de ojo de pájaro *bird's eye*, ó arce rizado (*curled mable*). Se extraía de allí madera de construcción.

En los bosques, había gran número de animales de todas las especies, y los indios eligieron aquella región con motivo de las cazas que hicieron allí; hoy los bosques están en gran parte destruidos, y la caza se ha retirado á otros parajes. Los escandinavos reciben de los indígenas, en cambio de sus géneros, pieles de marta cebellina (*safvali*) y toda clase de peleterías, que forman un artículo importantísimo de comercio. Las islas vecinas abundaban en aves, sobre todo en adoris (*eidor*), como también se ven actualmente; por eso á muchas de ellas se las llamó *Egg Island* (islas de los huevos). Todos los ríos estaban poblados de peces, y sobre todo de excelente salmon (*lax*). Se encontraban muchos peces en la ceta: abrían hoyos en la tierra de las orillas que el mar bañaba, cuando la marea subía, y al bajar ese encontraban allí lenguados (*helgir fiskar*). En la costa cogían ballenas, entre otras la *reidr* (*balena physatus*). Las descripciones modernas de este país dicen también que todos los ríos abundan en peces, y que en el mar que rodea las costas los hay innumerables casi de todas las especies. Entre otros se citan los salmones en los ríos y los lenguados en las costas; no hace mucho tiempo que la pesca de la ballena era la principal industria, especialmente de las islas vecinas. Es probable que el nombre de *Wale Roch*, (escollo de la ballena) dado á un escollo que se encuentra cerca de la orilla, se derive de esta circunstancia.

#### *Astronomía.*

Además de los documentos geográficos y náuticos conservados en los escritos antiguos, existe también en uno de estos manuscritos un índice astronómico, donde se dice que el día y la noche son allí más iguales aun que en la Groenlandia ó en Islandia, y que en el día más corto el sol salía á las siete y media y se ponía á las cuatro y media, de modo que el día era de nueve horas. Esta observación coloca el país de que se trata á los 41° 24' y 10" de lat. Seaconnet Point, y el cabo meridional de Connecticut Island están á 41° y 23'. Estos tres cabos limitan la entrada de la bahía llamada hoy Mount-Hope Bay, y que los antiguos denominaban Hopsvatn. Así, esta noticia astronómica corrobora cuanto llevamos manifestado.

*Descubrimiento de países más meridionales.*

La expedición enviada por Thorwald Ericson en 1003 desde Leifsbudir, para explorar las costas del Sur, vió probablemente las costas de Connecticut y de Nueva-York, como asimismo las de Nueva-Jersey, Delaware y Maryland. La descripción que los antiguos hicieron de estas conviene con la de los viajeros modernos.

*Mansion de Are Marson en la Grande Irlanda.*

En otro tiempo los esquimales habitaban una región mucho más meridional que hoy, según resulta de antiguos documentos, y lo confirman esqueletos antiguos que se han encontrado al Sur. Esta particularidad merece examinarse más atentamente. Enfrente del país habitado por los esquimales cerca de Vinland, había otro, donde, según relación de ellos mismos, se encontraba un pueblo que vestía traje blanco, llevaba pértigas, en cuya punta había atados pedazos de tela, y que gritaba de un modo particular, como cacareando. El autor antiguo opina que se trata de la *Hvitramannaland* (tierra de los hombres blancos), llamada además *Irland it mikla*, la Grande Irlanda. Probablemente esta parte de la América del Norte es la que se extiende al Sur de la bahía de Chesapeake, y contiene la Carolina del Norte y del Sur, la Georgia y la Florida. Entre los indios savaneses (*shawanos*), que emigraron hace casi un siglo de la Florida, y que hoy se hallan establecidos en el Estado de Ohio, se encontró una tradición de suma importancia; á saber, que la Florida había sido habitada en otro tiempo por un pueblo blanco, que hacía uso de los instrumentos de hierro. Si hemos de juzgar por lo que resulta de los documentos antiguos, debía ser una colonia de cristianos irlandeses, establecidos allí primero en 1000. Are Marson, poderoso jefe de Reykianes, en Islanda, fué arrojado á aquel país por una tempestad en 983, y recibió el bautismo. El primero que refiere este hecho es Rafn, contemporáneo de Are, afamado navegante de Limerik, ciudad conocida en Irlanda, donde había residido largo tiempo. Are Frode, inglés ilustre y docto, el autor más antiguo de Landuama, descendiente en cuarto grado de Are Marson, refiere que á Are se le conocía en Hvitramannaland, que no le permitían alejarse de allí; pero que al mismo tiempo se le profesaba gran respeto. Había oído estas cosas á su tío Thorkel Gellerson (cuyo testimonio, dice, merece absoluta confianza), el cual lo había oído á su vez á algunos irlandeses á quienes Thorfinn Sigurdson, yarl de los Orcadas, lo había relatado. Su relación muestra que en aquella época existían relaciones entre las tierras occidentales (las Orcadas ó la Irlanda) y esta parte de la América.

*Viaje de Biörn Asbrandson y de Gudleif Gudlögson.*

Sin duda Biörn Asbrandson, apellidado Breidvikingakappe, pasó la última parte de su vida en aquellas mismas regiones. Había sido admitido en la célebre banda de guerreros de Jombsburg, mandada por Palnatocke, y había combatido con los Yomsvikings en la batalla de Fyrisval en Suecia. Sus relaciones con Thurida de Frodo, hermano de Snorr Gode, le valieron la amistad de este hombre poderoso, y le obligaron á abandonar para siempre el país. En 999 partió de Hraunhoeften, en el Sniøfellsnes, con viento Nordeste. Gudleif Gudlögson, hermano de Thorfinn, abuelo del célebre historiador Snorr Sturleson, había hecho un viaje comercial á Dublin; pero cuando salió de esta ciudad con la idea de ir á Islandia, navegando al Oeste, encontró vientos continuos del Nordeste, que en alta mar le impelieron al Sudoeste, y llegó en la estación ya muy adelantada del verano á un vasto país que le era desconocido. En el momento de desembarcar, le salieron al encuentro centenares de indígenas, que le atacaron y cogieron con su gente, atándolos á todos. No conocían á ninguno de aquellos individuos; pero les pareció que su lengua era semejante á la de los irlandeses. Habiéndose reunido los naturales para deliberar sobre la suerte de los extranjeros, se preguntaban unos á otros si les darían muerte ó los venderían como esclavos. En medio de la discusión apareció una turba de hombres, precedida por una bandera, y seguida de un hombre de buen aspecto, anciano y cubierto de canas. Se interrumpió la deliberación, determinándose que él decidiese: era Biörn Asbrandson. Llamó á Gudleif, y dirigiéndole la palabra en el idioma del Norte, le preguntó de dónde venía, y habiéndole Gudleif contestado que era islandés, Biörn le pidió noticias de personas con quienes había tenido relaciones en Islandia, y principalmente de su amada Thurida de Frodo, y de Kiarion, hijo de éste, al cual se miraba como hijo de Biörn, y que á la sazón era propietario de Frodo. Los naturales impacientes exigían una decisión, y Biörn eligió á doce de sus camaradas por consejeros: después de hablar con ellos, se acercó á Gudleif y le dijo que los habitantes le habían cometido el encargo de terminar aquel asunto; en consecuencia le devolvió la libertad, y también á sus compañeros; pero le indujo á partir inmediatamente, aunque la estación estuviere muy adelantada, diciéndole que los habitantes, malos y envidiosos, podrían creerse de otro modo atacados en sus derechos. Dió á Gudleif un anillo de oro

para Thurida, una espada para Kiarton, y le suplicó recomendase á sus amigos que no fuesen nunca mas á visitar aquel pais, porque, en vista de su edad avanzada, no podria vivir largo tiempo; que el pais era grande y tenia pocos puertos, corriendo peligro los navegantes de ser tratados como enemigos por los indigenas. Gudleif marchó, volvió á Dublin, y habiendo invertido allí, se dirigió el año siguiente á Islandia, entregó los regalos que le habian sido confiados, y nadie dudó de que aquel hombre era realmente Biörn Asbrandson.

#### *Viaje del obispo Erico á Vinland.*

Puede mirarse como cosa cierta que las relaciones entre Islandia y Vinland continuaron mucho tiempo después de este período, aunque los antiguos manuscritos, donde se habla de la Groenlandia, no den de ello noticia alguna exacta. Es sabido que el obispo Erico de Groenlandia, llevado del deseo de convertir á los colonos ó de hacer que perseverasen en la religion cristiana, llegó á Vinland en 1121. No tenemos noticias del resultado de aquel viaje; pero la expresion empleada en el relato nos hace ver que llegó á Vinland, donde es probable se estableciera. Su viaje es una prueba más de que los dos paises seguian comunicándose.

#### *Descubrimientos en las regiones árticas de la América.*

El primer acontecimiento, segun el órden cronológico, de que los escritos antiguos nos dan alguna idea, es un viaje de descubrimiento á las regiones septentrionales de América, hecho en 1266 bajo los auspicios de algunos eclesiásticos de la diócesis de Gardar en Groenlandia. Esta noticia se encuentra en la carta de un sacerdote, llamado Halldor, á otro, llamado Arnald, establecido primero en Groenlandia, y que después fué capellan de Magno Lagabæter, rey de Noruega. En aquel tiempo todos los groenlandeses de importancia poseian naves construidas de intento para ir al Norte á cazar ó pescar. Las regiones septentrionales que visitaban eran denominados *Nordrsetur*, y las principales estaciones *Greipar* y *Kroksfiardarheidi*. Greipar debia hallarse al Sur de Disco; pero una piedra rúnica que se encontró en 1824 en la isla de Kingiktorsoak, á los 72° y 55' de la latitud boreal, muestra que los groenlandeses se alejaban aun más hácia el Norte. La otra estacion estaba al Norte de la primera. Los mencionados eclesiásticos llevaban por objeto visitar las regiones más septentrionales, y de consiguiente más distantes que Kroksfiardarheidi, donde los groenlandeses tenian sus cuarteles de verano, y á donde acostumbraban dirigirse. Habiendo salido de Kroksfiardarheidi, los sorprendió el viento Sur, quedando envueltos en tal oscuridad, que se vieron precisados á abandonarse á la voluntad de las olas; pero cuando se aclaró el cielo, distinguieron á poca distancia una multitud de islas, de focas, osos y ballenas. Penetrando en el golfo por la parte del Sur, percibieron á la mayor distancia á que podia alcanzar la vista, hielos, y reconocieron por algunas señales que los Skrellings habian habitado ya en aquel pais; sin embargo, los osos no les permitieron aproximarse. Retrocedieron á los tres dias, y descubrieron nuevamente huellas de los Skrellings en algunas islas situadas al Sur de una montaña llamada *Snioffell* (montaña de nieve). El día de Santiago se encaminaron al Sur, costeano á Kroksfiardarheidi, y bogando constantemente, por la noche empezó á helar; mas el sol estaba siempre en el horizonte de día y de noche, y al medio dia su elevacion era tan poca, que si un hombre se echaba de costado en un barquichuelo de seis remos, extendido hácia la ribera plana, la sombra de ésta con respecto al sol le caia en el rostro; pero á media noche estaba tan elevado como entre ellos en la colonia groenlandesa, cuando se halla á su mayor elevacion al Noroeste. Desde allí se volvieron á Gardar.

Kroksfiardarheidi, como hemos dicho, habia sido visitado con regularidad por los groenlandeses. Este nombre indica que el golfo estaba ceñido por alturas estériles, y conforme á las descripciones de los viajeros, es preciso suponer que era muy extenso y que se necesitaban muchos dias para atravesarlo. Se sabe que los navegantes de aquel golfo ó estrecho pasaron á otro mar y á un golfo interior, y que emplearon algunos dias en volver. En cuanto á las dos observaciones hechas el día de Santiago, una de ellas no da ningun resultado seguro, pues no pudiendo nosotros determinar la profundidad del barquichuelo, ó mejor dicho, la posicion del hombre y la altura de la borda, no nos es posible determinar el ángulo formado por la parte superior del barquichuelo con el rostro de aquél. Dicho ángulo daria la medida de la altura del sol el 25 de julio, día de Santiago, á las doce. Si admitimos lo que es muy probable, que este ángulo fuese de unos 33°, el lugar de que se habla debe hallarse situado á los 75° de latitud septentrional. No puede suponerse un ángulo más ancho, y de consiguiente no indica un pais más meridional. La segunda observacion presenta resultados más satisfactorios. En el siglo XIII el 25 de julio la declinacion del sol era = +17° 54', la oblicuidad de la elíptica = X 23° 32'. Concediendo que la colonia, y particularmente la sede episcopal de Gardar, estuviese al Norte de la bahia de Igaliko, donde las ruinas de una grande iglesia y de muchas otras construcciones indican todavía el asiento principal de una colonia, y por consecuencia á los 60° y 55' de latitud septentrional, en este pais la altura del sol al Noroeste es en el solsticio de verano de 3° 40': equivale á la altura del

sol el día de Santiago á media noche en el paralelo de 75° y 46' que cae un poco al Norte del estrecho de Barrow, situado en la latitud del canal de Wellington ó muy cerca. Así, el viaje de descubrimiento de los eclesiásticos groenlandeses corresponde exactamente al que se hizo con mayor cuidado en nuestros días y cuyas distancias determinaron Guillermo Parry, Juan Ross, Jacobo Clark Ross y muchos otros viajeros ingleses en sus expediciones tan atrevidas como peligrosas.

*Terranova descubierta por los islandeses.*

Este descubrimiento lo hicieron Adalbrand y Thorwol Helgason, eclesiásticos de Islandia, muy conocidos en la historia de su país, por la parte que tomaron en las disputas entre Erico Prætheder (enemigo de los sacerdotes), rey de Noruega, y el clero, y que fueron sostenidos especialmente en Islandia por el gobernador Rafn, Oddson y Arne Thorlakson, obispo de Scalholt. Las relaciones de los contemporáneos dicen únicamente, en breves palabras, que en 1285 los sacerdotes mencionados descubrieron al Oeste de Islandia, una tierra nueva. Algunos años después, de orden de Erico, Landa Rolf se dirigió de Noruega á Islandia, para emprender un viaje á aquel país, que sin duda es el mismo á que damos el nombre de Newfoundland ó Terranova.

*Viaje á Markland.*

El último documento sobre América que existe en los manuscritos concierne á un viaje desde Groenlandia á Markland, emprendido en 1347 por diez y siete hombres reunidos en un mismo buque. Estos viajeros tenían intención, sin duda, de llevar á sus respectivos países madera de construcción y otras mercancías que necesitaban. A su vuelta, el bajel se vió acometido de una tempestad, y habiendo perdido las anclas, llegó al golfo de Straumfiord, al Este de Islandia. Aparece evidentemente del cortísimo relato que se hizo de aquel viaje, nueve meses después de emprendido, que las relaciones entre la América y la Groenlandia subsistian aun en aquel tiempo; pues se dice allí de un modo explícito que el barco había ido á Markland, mencionando á este país, como conocido á la sazón y visitado con frecuencia.

Después de haber recorrido, según acaba de verse, los documentos auténticos, todos reconocerán, como un hecho histórico, que en los siglos x y xi los antiguos escandinavos descubrieron y visitaron gran parte de las costas orientales de la América del Norte, y que entre ambos países existían relaciones en los siglos siguientes. El hecho esencial es cierto é incontestable. Pero sucede con estos documentos lo que con todos los manuscritos antiguos; en ellos se encontrarán pasajes oscuros que podrían ser aclarados mediante un nuevo exámen y nuevas interpretaciones. Para ello importa que los documentos originales se publiquen en la lengua en que fueron escritos antiguamente, así todos podrán consultarlos, y apreciar por sí mismos el modo cómo han sido interpretados.

En cuanto á los vestigios descubiertos en el Estado de Massachusetts y de Rhode-Islandia, y atribuidos á la residencia y al establecimiento de los escandinavos en aquellos países, objeto de las primeras expediciones americanas, nos limitamos por ahora á referirnos á las ideas contenidas en las *Antiquitates americanae*.

*Relacion de C. CR. RAFN, á la sociedad de los anticuarios del Norte.*

(C) PÁG. 18.

VIAJE DE CLAVIJO

El rey D. Enrique III de España, con el objeto de saber la gran pujanza que en el mundo tenía el gran Tamorlan, llamado por otro nombre Tamurbec, le envió por embajadores á Payo Gomez de Sotomayor y Hernan Sanchez de Palazuelos, caballeros de su casa. Habiendo vuelto éstos á España acompañados del caballero Mahomad Alcagi, portador de un rico presente de joyas y mujeres y una carta para el rey, éste, no mostrándose ingrato, le tornó á enviar de nuevo su embajada con fray Alonso Perez de Santa Maria, maestro en teología, Ruy Gonzalez Clavijo, su camarero, y Gomez de Salazar, su guarda.

Escribió Gonzalez Clavijo el itinerario de su viaje porque, según nos dice, «la dicha embajada es muy árdua, y á lueñas tierras, es necesario y conplidero poner en escrito todos los lugares é tierras por do los dichos embajadores fueron, é cosas que les ende acaescieron, porque no cayan en olvido, y mejor y más cumplidamente se puedan contar y saber.» Presentaremos, pues, como dignos de estudio, los principales acontecimientos referidos en este itinerario.

El lunes 21 de mayo del año del Señor, 1403, llegaron los embajadores al puerto de Santa Maria,

de donde partieron al día siguiente en union de Micer Julian Centurio, patron de la carraca en que habian de ir. El 23 salieron de Cádiz y continuaron su viaje pasando por Tanger, Tarifa, Ceuta, Algeciras y Gibraltar, hasta llegar á Málaga, donde se detuvieron tres ó cuatro días, con objeto de descargar algunas mercaderias. Tambien estuvieron detenidos en Ibiza á causa de no tener viento favorable para seguir su viaje.

El 13 de junio salieron de Ibiza, y atravesando por varias islas llegaron el 27 á Gaeta, donde se detuvieron diez y seis días con objeto de cargar y descargar mercaderias. El 22 de julio, después de haber sufrido una gran tormenta y pasado por algunas islas, entraron en el golfo de Venecia. Partidos de aquí, llegaron al puerto de Rodas, donde se detuvieron los embajadores con el fin de adquirir noticias del Tamurbec; pero no lo consiguieron, por lo que determinaron ir á Carabaqui, lugar de Persia, donde el Señor solia invernar. El 31 de agosto arrendaron una nave para ir á la isla de Chio, á donde llegaron el 18, después de haber tenido algunos contratiempos á causa del temporal. De aquí fueron arrojados á la isla de Metelin, en la que hallaron al emperador de Constantinopla, á quien habian echado del imperio. En la isla de Tenio y sus cercanias se detuvieron con ocasion del tiempo, hasta que permitiéndolo éste partieron, llegando á tierra de Grecia, donde anclaron á dos millas de tierra. Desde aquí se dirigieron á Pera, desde donde mandaron un recado al emperador de Constantinopla.

El emperador de Constantinopla mandó por los embajadores, y les recibió muy afectuosamente en su cámara, donde «fallaron al Emperador, dice Clavijo, en un estrado un poco alto con unos tapetes pequeños, y en el uno dellos puesto un cuero de leon pardo; y á las espaldas una almohada de tapete prieto con unas labores de oro. E desque ovo estado con los dichos embajadores una gran pieza, mandóles ir para sus posadas, y un gran ciervo que entonces troxeron al dicho Emperador unos sus monteros, mandólo traer á la posada de los dichos Embajadores, é el emperador tenia allí consigo á la Emperatriz su mujer, é tres hijos pequeños machos, é el mayor dellos podia aver fasta ocho años.»

Habiendo manifestado los embajadores al emperador el deseo de visitar la ciudad, mandó á su yerno Micer Hilario Genovés que les acompañase y mostrase todo lo que quisiesen ver.

La primera cosa que les enseñaron fué una iglesia de san Juan Bautista, que llaman San Juan de la Piedra, donde se conservaban muchas reliquias, de las cuales tenia la llave el emperador. «E fueles mostrado este dia el brazo izquierdo de San Juan Baptista: el cual brazo era de so el hombro, ayuso fasta en la mano. Este brazo fue quemado, é non tenia salvo el cuero é el hueso, é á las coyunturas del codo é de la mano estaba guarnecido de oro con piedras.»

«E luego fueron ver otra iglesia de Sancta Maria que ha nombre Peribelico, y en él un cabo della á la mano izquierda estaba una gran sepultura de piedra de jaspe colorado, y alli yacia un Emperador romano: é aqui en esta iglesia estaba el otro brazo de San Juan Baptista, el cual brazo era el derecho, y era desde el codo ayuso con su mano, é estaba bien fresco é sano. E otrosi le fue mostrada una cruz pequeña quanto un palmo, guarnida con un pie de oro, la cual es que dijeron que fuera fecho de palo mesmo de la vera cruz en que nuestro Señor Jesu-Christo fuera puesto, y era de color prieto, y fuera fecho quando Sancta Elena, madre de Constantino que pobló aquella ciudad, traxo la vera cruz á Constantinopla, que alli fue traída toda enteramente desde Jerusalem, donde la falló quando la hizo buscar. E otrosi les fue mostrado el cuerpo de Sant Gregorio, el cual estaba sano y entero. Otrosi les fueron mostrados un campo que es llamado de Hipodiamo, onde solian justar y tornear, el cual es cerrado de mármoles blancos é tan gruesos quanto tres omes podrian abarcar con los brazos, é tan altos como dos lanzas de armas, é mas; sobre estos mármoles acostumbraban á estar las Dueñas é Doncellas, é gentiles mujeres, quando miraban las justas é torneos que alli se facian. Otrosi les fueron mostradas las parrillas en que Sant Lorenzo fue asado.»

«E otro día fueron ver las reliquias que estaban en la iglesia de Saint Juan Baptista, las cuales non les fueron mostradas el dia de antes por mengua de las llaves, é les mostraron un arca de donde sacaron un talegon de dimito blanco, é sacaron del una arqueta de oro pequeña redonda, é dentro estaba el pan que el jueves de la cena dió nuestro Señor Jesu-Christo á Judas, é seria aquel pan quanto tres dedos de la mano. Otrosi les mostraron una buxetilla de cristal, é dentro en ella estaba de la sangre de nuestro Señor Jesu-Christo, de la que le salió por el costado, quando Longinos le dió la lanzada; é el fierro de la lanza con que Longinos dió á Christo, é podria ser tan luengo como un palmo. E otrosi un pedazo de la caña con que dieron á Jesu-Christo en la cabeza, é un pedazo de la esponja con que le fue dada la hiel é el vinagre en la cruz, é la vestidura de Jesu-Christo nuestro Dios.»

«En la ciudad de Pera hay dos monasterios uno dellos Sant Pablo, y el otro de Sant Francisco do les fueron mostradas estas reliquias: un relicario en que estaban los huesos del bienaventurado Sant Andres, é de Sant Nicolas, é otro en que estaba un hueso de la islalla de Sancta Catalina, é otro en que estaban los huesos de Sant Luis de Francia, é de Sant Si de Genoa. Otrosi les fueron mostrados los huesos de los inocentes. Otrosi una canilla del brazo de Sant Pantaleon é una canilla del brazo de Sancta Maria Magdalena, é una canilla del brazo de Sant Lucas Evangelista, tres cabezas de las once mil vírgenes é un hueso de Sant Ignacio. Otrosi les fue mostrado el brazo derecho con su mano de Sancta Ana.»

Después de haber visitado todo lo más notable que hay en Constantinopla y Pera, salieron el día 14 de noviembre de este último punto, y entrando en Turquía después de una penosísima navegacion fueron recogidos en Carpi, de donde volvieron á Pera, por ser imposible continuar el viaje á causa del estado de aquella mar entrado el invierno. Aquí permanecieron hasta el 20 de marzo de 1404 en que partieron, pasando por varias villas hasta llegar el 31 á Sinopoli, de donde salieron el 5 de abril, llegando á la ciudad de Trapisonda el 11. En este punto les obsequió el emperador, y dándoles un guarda que les guiase por su tierra, salieron el 26 de dicho mes, llegando el 2 de mayo á la aldea de Arsinga, Alangogaza, donde supieron que Tamurbec habia ya partido de Carabaquí. El 4 del mismo mes llegaron á la ciudad de Arsinga donde «el Señor de aquella ciudad les fizo dar cierta cuantía de dineros de cada dia, de que se mantuviesen mientras allí estoviesen, que les abastaba para cosas diversas, é á hora de medio dia el Señor envió por ellos, que los queria ver, é envióles caballos en que fuesen, é lleváronlos á un prado fuera de la ciudad, é fallaron que estaba el Señor asentado en un estrado llano, so una sombra de un paño de seda con dos mástiles, é con cuerdas que lo tiraban; é como los dichos Embajadores fueron llegados, vinieron unos caballeros con pieza de gente é rescibieronlos, é desdeque llegaron á do estaba el Señor, él se levantó á ellos é les dió las manos, é fizoles asentar cerca de sí: é el Señor tenia vestidos unos paños de sutimi azul con unas brosladuras de oro, é en la cabeza tenia un sombrero alto, é en él cosas de alxofar é piedras, é encima del sombrero tenia un castillejo de oro en el bubalax, é del castillejo descendian dos trenzas de cabellos bermejos fechos en trisne, que descendian fasta las espaldas, que llegaban fasta los ombros, é estos cabellos así fechos es la devisa del Tamurbec; é el Señor podia ser de edad de fasta cuarenta años, é era ome bien fecho é bazo, é la barba negra; é desdeque ovo demandado á los dichos Embajadores por el estado del Rey nuestro señor, la primera honra que les fizo tomó una taza de plata con vino, é dió con su mano á beber á los dichos Embajadores: é desdeque les ovo dado á beber con su mano troxieron unas acémilas en que venian unas cofinas de madera encima dellas, en que venia cociendo al fuego asaz ollas de cobre, é de sí tiraronlas de encima de las acémilas, é troxieron muchos tajadores de fierro estañado redondo, con un pie alto sobre que estaban: otrosi trajeron fasta cien escodillas de fierro redondas é fondas que querian parecer bacinetas ginetes, é de sí pusieron cosas de carne en aquellos tajadores, é en las escodillas carnero adobado é albóndigas é arroz é otros manjares, que era cada uno de su color, é sobre cada escodilla é cada tajador pusieron una torta de pan delgada; é ante el Señor é ante los dichos Embajadores pusieron un paño de seda por el suelo como manteles, é comenzaron á comer todos quantos ahí estaban, é cada uno tenia su cañibete para cortar, é su cuchara de madera para comer; é desdeque ovieron comido los dichos, se tornaron para sus posadas, é desdeque fue noche, el Señor fizo enviar á los dichos Embajadores muchas cosas, é calderas de carne cocida, é con ellos sus cocineros que las escodillasen, é servidores que sirviesen aquella vianda.»

El Señor de Arsinga continuó colmando de distinciones á los embajadores todo el tiempo que permanecieron en su ciudad, que fué hasta el 15 de mayo. Tanto en este punto como en los demás por que atravesaban, les recibieron muy bien, sabiendo que iban á ver al gran Señor Tamorlan, de quien los embajadores procuraban tomar todas las noticias que les era posible. Acerca del nombre Tamorlan, véase lo que escribe Clavijo: «é otrosi el Tamurbec es su nombre propio este, é non Tamerlan, como nos lo llamamos, ca Tamurbec quiere decir en su propia lengua, tanto como Señor de fierro, ca por Señor dicen ellos Bec, é por fierro Tamur; é Tamorlan es bien contrario del su Señor, ca es nombre que le llaman en denuesto; porque Tamorian quiere decir tollido, como lo cual él lo era tollido de la una anca derecha, é de los dos dedos pequeños de la mano derecha, de feridas que le fueron dadas robando carneros una noche, segun adelante vos será más largamente contado.

Respecto al modo con que Tamorlan se encumbró al supremo poder, dice: «El padre del Tamurbec fue ome fidalgo, del linage de estos Chacatays: pero fue de pequeño estado, de tres fasta cuatro omes de á caballo; é vivia en una aldea, ca los gentiles omes dellos mas se pagan de vivir en las aldeas é en los campos, que non en las ciudades: é eso mesmo su fijo luego en el comienzo fué ome que non alcanzaba mas que para sí, é para cuatro ó cinco de á caballo; é dicese, que él viendo estos cuatro ó cinco omes, que se metió un dia á tomar un carnero, é otro dia una vaca por fuerza á los de la tierra. E quanto alcanzaba tanto comia con aquellos que lo aguardaban: é lo uno por esto, é lo otro por que era ome de buen esfuerzo é de buen corazon, é partia bien lo que tenia, llegóronse á él otros omes, fasta tanto que lo guardaban trecientos de á caballo; é desdeque estos ovo, iba por las tierras á robar y furtar lo que podia, para sí é para ellos: otrosi iba á los caminos é robaba á los mercaderes. E desto que él facia vinieron nuevas al Emperador de Samarcante, que era Señor de aquella tierra, é mandolo matar doquiera que lo fallasen. E en casa del Emperador andaban unos caballeros Chacatays del su linage, é estos ficieron tanto con el Emperador, á que lo ovo de perdonar, é lo troxieron á merced del Emperador, que viviesen con él. E dicen, que el viviendo con el dicho emperador de Samarcante que lo volvieron con el de tal manera, que el Emperador era dispuesto de lo mandar matar: de lo qual ovo quien lo avisase en ello, é fuyó con su gente, é metiose á robar los caminos: é un dia que robara una gran caravana de mercaderes, en que alcanzara gran algo. E despues de esto fue á una

tierra que se llama Cistan, é robaba carneros é caballos, é cuanto fallaba; é quando esto el facia, tenia consigo fasta quinientos omes de á caballo: é los desta tierra de Cistan desde esto supieron, ayuntáronse para él, é una noche saltó un ható de carneros: é ellos estando en esto llegó la gente de la tierra, é dieron sobre él y sobre los suyos, é mataron muchos dellos, é á él derrocándolo del caballo: é firieronlo en la pierna derecha, de que quedó coxo; é otrosi le firieron en la mano derecha, de que quedó manco de los dedos pequeños, é dexaronlo por muerto, é de allí se levantó como pudo, é fue á unas tiendas de gente que en el campo andaba, é de allí se fué, é guareció, é tornó á juntar á sí su gente. E este Emperador de Samarcante era malquisto de los suyos, señaladamente del pueblo menudo é de los comunes, é de otros omes grandes que lo querian mal. Fablaron al Tamurbec que él matase al Emperador, é que ellos se lo ponian en poder; é sus tratos fueron tales, que una vez yendo el Emperador á una ciudad que es cerca de Samarcante, el Tamurbec lo saltó é dió sobre él, é fayó á una montaña, é llamó á un ome que lo encubriese y le ficiese guarecer, é que lo faria rico; é dióle luego unas sortijas que en la mano tenia, que valian gran algo: é aquel ome en lugar de lo encubrir, fuelo decir al Tamurbec, é el vino allí é matolo, é de si fue á la ciudad de Samarcante é tomala, é apoderose en ella; é tomó la mujer del Emperador, é casose con ella, é hoy día la tiene por su mujer mayor, é llamanla Caño, que quiere tanto decir como la gran Reyna, ó la gran Emperadora.» Después conquistó el imperio de Horazania, que en union con el de Samarcante, sirvieron de base para su engrandecimiento, nuevas conquistas, y poderio á que después llegó.

El 15 de mayo partieron de Arsinga, y atravesando por varias aldeas, llegaron el 29 á Calmarín, ciudad que decian era la primera del mundo, por cuanto á seis leguas de ella se encontraba la alta montaña en que se halló el arca de Noé cuando el diluvio. Al día siguiente partieron de aquí, y pasando por la montaña en que se encontró el arca, y por varios castillos y aldeas, entraron el 5 de junio en la ciudad de Hoy, donde encontraron un embajador que el sultan de Babilonia enviaba á Tamorlan, que llevaba quince camellos cargados de presente además de otros muchos objetos. El 11 de junio pasaron por Tauris con direccion á la ciudad de Saltonia, en la que encontraron al hijo mayor de Tamerlan Miaxa Mirassa, que les vistió y obsequió cumplidamente, dándoles caballos para la partida, que fué el 29. El 6 de julio entraron en la ciudad de Teheran de donde les salieron á recibir, vistiendo al Ruy Gonzalez una ropa de camocan; salieron de ella el 12, pero dejándose parte del acompañamiento que se hallaba enfermo, hasta que volvieron por ellos. El 14 de julio llegaron á un castillo llamado Perescote, de donde hacia doce días se habia marchado Tamorlan, que les envió recado para que le siguiesen, pues era su voluntad fuesen á ver la ciudad de Samarcante, dándoles acompañamiento y órdenes para su buen alojamiento y trato. De esta manera prosiguieron su viaje hasta llegar á una huerta cerca de Samarcante, cuya llegada y recepcion que les hizo Tamorlan, describe así Clavijo:

«E este dicho dia lunes, ocho dias del mes de setiembre, los dichos Embajadores partieron desde huerta, é casa donde estaban, é fueron por la ciudad de Samarcante; é á hora de tercia llegaron á una gran huerta é casa, onde el Señor estaba, que era fuera de la Ciudad, é desde allí llegaron ficeronlos descender en unas casas que ende estaban de fuera, é vinieron á ellos dos caballeros que les dixeron, que aquellas cosas é presente que al Señor traian, que las dieren, é las ordenarian é darian á omes que las llevasen ante el Señor, é así lo mandaban los Mirassaes privados del Señor; é vieronlas de dar á aquellos dos caballeros. E los embajadores pusieron aquellas cosas que llevaban en brazos de omes que las llevasen ante el Señor ordenadamente; é desde las ovieron dado, fueronse con ellas: é eso mesmo ficeron saber al Embajador del Soldan del presente que llevaba. E desde las cosas fueron llevadas, tomaron á los embajadores por los brazos é llevaronlos. A la entrada de la puerta de esta huerta era muy grande é alta, labrada bien fermosamente de oro é de azul é de azulejos, é á esta puerta estaban muchos porteros que guardaban, é avian mazas en las manos, que non osaba ninguno á la puerta llegar, como quiera que estoviese ahí mucha gente. E como los dichos Embajadores entraron fallaron luego seis marfiles que tenian encima sendos castillos de madera con dos pendones en cada uno, é con omes encima dellos que los facian facer juegos con la gente; é llevaronlos adelante, é fallaron los omes que tenian en brazos las cosas é presente que les avian dado: é de si ficeron á los Embajadores pasar adelante del presente, é ficiéronlos estar aquí un poco; é enviaronles mandar que fuesen delante, é todavia iban con ellos dos caballeros que los llevaban por los sobacos, é con ellos el Embajador que el Tamurbec enviaba al Señor Rey de Castilla, con el cual reian los que lo veian, porque iba vestido á la usanza de Castilla en aquella manera. E llevaron á un caballero viejo que estaba sentado en un estrado llano: era fijo de una hermana del Tamurbec, é ficeronle reverencia: é de si llevaronlos á unos mozos pequeños que estaban en un estrado sentados, que eran nietos del Señor, é ficeronles otrosi reverencia: é aquí les demandaron la carta que el Señor Rey enviaba para el Tamurbec, é dieronla; é tomola uno de aquellos mozos, é decian que era fijo de Miaxa Mirassa, fijo mayor del Señor; é estos tres mozos se levantaron luego é llevaron la carta al Señor, é de si mandaron á los dichos Embajadores que fuesen adelante. E el Señor estaba en uno como portal é estaba en un estrado llano en el suelo; é ante él estaba una fuente que lanzaba el agua alta facia arriba, é en la fuente

estaban unas manzanas coloradas: é el Señor estaba sentado en unos como almadragues pequeños de paños de seda broslados, é estaba asentado de codo sobre unas almoadas redondas, é tenia vestido una ropa de un paño de seda raso sin labores, é en la cabeza tenia un sombrero blanco alto con un balax encima é con alxofar é piedras. E desde los dichos embajadores vieron al Señor, ficiéronle una reverencia, llegando el finojo derecho al suelo, é poniendo las manos en cruz ante los pechos; é de si fueron adelante é ficiéronle otra reverencia, é de si ficiéronle otra, é estuvieron quedos los finojos en el suelo. E el Señor mandoles levantar, é que llegase adelante: é los caballeros que los tenian por los brazos, dexaronlos, que non osaron llegar adelante; e tres Mirassaes que ante el Señor estaban en pie, que eran los más privados que el avia vinieron é tomaron á los dichos Embajadores, é llevaronlos fasta que estoviesen todos juntos ante el Señor, é ficiéronles fincar los finojos. E el Señor diciendo que llegasen adelante, é esto cuido que los facia por los mirar mejor, ca non veia bien, ca tan viejo era que los párpados de los ojos tenia todos caidos; é non les dió la mano á besar, ca non lo han de costumbre que á ningun grande Señor besen la mano, é esto teniendose en mucho lo facen; é de si preguntoles por el Señor Rey, diciendo: *¿Como esta mi fiijo el Rey? ¿é como le va? é si era bien sano.* E los dichos Embajadores le respondieron é dijeron su embajada bien cumplidamente, é desde ovieron dicho, el Tamurbec se volvió á unos caballeros que estaban á sus piés asentados, é dixoles: *Catad aquí estos Embajadores que me envia mi fiijo el Rey de España, que es el mayor Rey que ha en los Francos que son en el un cabo del mundo; é son muy gran gente é de verdad; é yo le daré mi bendicion á mi fiijo el Rey; é abastará farto que me enviara él á vosotros con su carta sin presente, ca tan contento fuera yo en saber de su salud y estado, como en me enviar presente.* E la carta que el dicho Señor Rey le enviaba teniala en la mano aquel su nieto alta ante el Señor, é el maestro en Theología dijo por su Truximan, que aquella carta, non la sabia otro leer salvo él, é que cuando su merced fuese de la oír, que él se la leeria: é el Señor dijo, que el enviaria por él despues, é que estarian con el despacio en apartado, que allí la leeria é diria lo que quisiesen. E de si levantaronlos de allí, y llevaronlos á sentar á un estrado llano que estaba á la mano derecha del Señor. E los Mirassaes que los tenian por los brazos asentaronlos debajo de un Embajador que el Emperador Chayscan, Señor del Catay, enviara al Tamurbec. E desde el Señor vido á dichos Embajadores ser asentados baxo del Embajador del Señor de Catay, envió mandar que asentasen los dichos embajadores encima, é el otro debaxo dellos, é de allí en adelante en las fiestas é combites que el Señor fizo, siempre los asentaron é ordenaron así. E desde los dichos Embajadores fueron ordenados, é otrosí otros muchos Embajadores que ahí estaban de otras muchas partes, é otro mucha gente, troxieron mucha vianda de carneros cocidos é adobados é asados; é ponianlos en unos cueros como de guadamacir redondos, muy grandes, y con asas de que travaba la gente para los llevar. E desde el Señor demandó la vianda, troxieron aquellos cueros rastrando gente asaz que travaba dellos, que los non dodian traer, é venian resgando, tanta era la vianda que en ellos estaba: é desde fueron cerca del Señor quanto veinte pasos, vinieron cortadores que cortasen, é fincaron los finojos ante los cueros; é echaron mano de aquella carne, é facian pedazos della, é ponian en baces, dellos de oro y de ellos de plata, é aun dellos de barro vedriado, é otros que llaman porcelanas, que son muy preciados é caros de aver. La mas honrada pieza que ellos facian eran las ancas del caballo enteras con el lomo sin piernas: é destes ficiéron fasta diez tajadores de oro é de plata, é en ellos ponian eso mesmo lomos de carnero con sus piernas sin los jarretes, é pedazos de las tripas de dos caballos redondas así como el puño, é cabezas de carneros enteras; é de si desta manera ficiéron otros mucos tajadores: é desde ovieron fecho tantos que abastarian pusieronlos en rengles unos ante otros; é luego vinieron omes con escodillas de caldo, é echaron de la sal en ello é desficiéronla, é de si echaba en cada tajador un poco como por salsa; ó tomaban unas tortas de pan muy delgadas, é doblaban las de cuatro dobles, é ponianlas sobre la vianda de aquellos tajadores. E desde esto fue hecho, los Mirassaes, é los mayores mes que ahí estaban, tomaban de aquellos tajadores de dos en dos, ó tres, ca un ome solo non lo podia llevar, é pusieron ante el Señor é ante los Embajadores é Caballeros que ahí estaban: é el Señor envió á los dichos Embajadores dos cazadores de los que ante él estaban por les facer honra. Otrosí es costumbre que quando algunas viandas quitan delante los dichos Embajadores, danla á sus hombres para que lleven; é desta fue tanta puesta ante los omes de los dichos Embajadores, que si la llevar quisieran, les abastara para medio año. E desde lo cocido é asado fue levantado, troxieron muchos carneros adobados é albondigas, é otros fechos de muchas maneras, é despues de esto troxieron mucha fruta é melones é uvas é duraznos; é dieronles á beber con unas escodillas, ó aguamaniles de oro ó de plata, leche de yeguas con azucar, que es un buen brevage que ellos facen para en tiempo de verano. E acabado de comer pasaron por ante el Señor los omes que tenian en brazos el presente que el Señor Rey les enviara, é eso mesmo el presente que el Soldan de Babylonia le envia: otrosí pasaron ante el Señor trescientos caballos que aquel dia presentaron al Señor. E desde esto fue fecho levantaron á los dichos Embajadores é llevaronlos fuera, é de si dieronles un Caballero por guarda que los guardase, é les ficiese dar todo lo que oviesen menester, el cual les llevó á ellos é al dicho Embajador del Soldan, á una posada que era cerca desta donde estaba el Señor. E como los dichos Embajadores se partieron del Señor, fizo traer el pre-

sente ante sí que el Señor Rey le enviara, é recibido y tomolo, é ovo con él gran placer; é de las es-carlatas partió luego con sus mugeres, señaladamente con la su muger mayor que llaman Caño, é el presente que el Soldan le envió é los otros que ese día le presentaron non les recibió, mas tornaron-les á sus omes que los guardasen, los cuales los recibieron é tovieron tres dias fasta que el Señor los mando tomar; ca tal es su costumbre de non recibir presente fasta tercero dia.»

De esta manera siguió Tamorlan obsequiando á los embajadores todo el tiempo de su permanencia en aquella tierra, ya disponiendo correrías ya mandando hacer infinidad de fiestas diariamente para que asistiesen á ellas, ya llenádoles de regalos, como ropas, monedas, etc. Tamorlan disponia con entera libertad de la vida de sus gobernados, y tenia generalmente su residencia en Samarcante, cuidando mucho de la mejora de esta ciudad. Dice así Clavijo acerca de este punto y de la administración de justicia.

«La ciudad de Samarcante esta asentada en un llano, é es cercada de un muro de tierra, é de cavas muy hondas, é es poco mas grande que la ciudad de Sevilla; pero de fuera de la ciudad ay muy gran pueblo de casas, que son ayuntadas como barrios en muchas partes: ca la ciudad es toda en derredor cercada de muchas huertas é viñas, é duran estas huertas en lugar legua é media, é lugar dos leguas, é la ciudad en medio, é entre estas huertas ay calles y plazas muy pobladas ca vive mucha gente, é venden pan y carne, otras muchas cosas, así que lo que es poblado de fuera de los muros, es muy mayor pueblo de lo que es cercado. E entre estas huertas que de fuera de la ciudad pon, estan las grandes é honradas casas; é el Señor allí tenia los sus palacios é casas honradas: é por la ciudad é por entre estas dichas huertas iban muchas acequias de agua, é entre estas huertas habian muchos melonares é algodones, é los melones de esta tierra son muchos y buenos; é por Navidad ay tantos melones é uvas, que es maravilla. E es tierra muy abastada é todas las cosas, así de pan, como de vino é de carnes, frutas é aves: é los carneros son muy grandes, é han las colas grandes; é carneros hay que han la cola tan grande como veinte libras, é destos carneros hay tantos é tan de mercado, que estando allí el Señor con toda su hueste, valian un par dellos un ducado. Otrosi de mercado habia tan gran mercado, que por un meri, que es medio real, daban hanega y media de cebada; é de pan cocido ay tan gran mercado, que non podia ser más; é de arroz ay tanto, que es infinito. E tan gruesa é abastada es esta dicha ciudad é su tierra que es maravilla: é por este bastimento que en ella ay ovo este nombre Samarcante, é el su nombre propio es Cimesquinte, que quiere decir aldea gruesa, é Cimes dicen por grueso é Quinto por aldea; de aqui tomo nombre Samarcante. E el bastimento non es solamente de viandas, más de paños de seda setunis, é camocanes é cendales, é tafetaes é terciñales, é forraduras de paños é sedas, é tinturas é especeria, é colores de oro é de azul, é de otras maneras. Por lo qual el Señor avia tan gran voluntad de ennoblecer esta ciudad, ca en quantas tierras el fue é conquistó, de tantas hizo llevar gente é señaladamente maestros de todas artes. De Damasco los maestros que pudo ver, así de paños de seda, como los que facen arcos con ellos tiran, é armeros, é los que labran el vidrio é barro, que los avia allí los mejores del mundo. E de la Turquía llevo ballesteros, é albañis é plateros, é tantos destos llevo, que todos los maestros é menestriles que quisieredes, fallariades en esta ciudad. Otrosi llevo de maestros de ingenios é lombarderos, é los que facen las cuerdas para los ingenios: é estos sembraron cáñamo é lino, que lo nunca ovo en esta tierra fasta agora. E tantas gentes hizo traer de todas las naciones, así omes como mujeres, que decian que era más de ciento cincuenta mil personas: é en estas gentes avia muchas naciones, así como Turcos é Alaveses é Moros, é de otras naciones é Christianos Armenios, é Griegos Catholicos, é Nascorinos é Jacobitas; é de fuera de la ciudad so árboles é en cuevas habia tantos, que era maravilla. E otrosi esta ciudad es muy abastada de muchas mercaderias que á ella vienen de otras partes, ca de Rusia é de Tartaria van cueros é lienzos, é del Cata y paños de seda. Otrosi, vien almizque, que non lo ay en el mundo salvo en el Catay, é otrosi balaxes é diamantes, é alxofar, é ruybarbo, é otras muchas especias. E las cosas que del Catay esta dicha Ciudad vienen, son las mejores é mas preciadas; é los del Catay así lo dicen, que ellos son las gentes mas sotiles que en el mundo ay; é dicen que ellos han dos ojos, é que los Moros son ciegos, é que los Francos han un ojo; é ellos llevan las ventajas en las cosas que facen, á todas las naciones del mundo. E de la India vienen á esta ciudad las especias menudas, que es la mejor suerte dellas; así como nueces moscadas, é clavos de girofre, é macis, é flor de canela, é gengible, é cinamomo é mana, é otras muchas especies que no van en Alejandria. E por la ciudad ay muchas plazas en que venden carne cocida é adobada de muy muchas maneras, é gallinas é aves muy limpiamente adobadas, é otrosi pan y frutas muy limpiamente. Otrosi hay muchas carnicerías de carne é de gallinas, é de perdices é faisanes, é fallabanlas de dia é de noche. E al un cabo de la ciudad estaba un castillo que era muy llano de partes de fuera; pero avia unas quebraduras muy hondas en demasia, que un arroyo le face, así que es fuerte el castillo por aquellas quebradas; en este castillo tenia el Señor un tesoro, é non entraba ende ningun home, salvo el Alcayde é sus omes; é en este castillo tenia el Señor fasta mil omes captivos, que eran maestros de fojas é bacinetes, é de arcos é flechas, que todo el año, labraban para el Señor.

»E quince jornadas desta ciudad de Samarcante, facia la tierra del Catay, ay una tierra donde

fueron las Amazonas, é hoy día mantienen la costumbre de non tener omes consigo, salvo quando viene un tiempo del año, han licencia de las mayores dellas, é toman sus fijas consigo, é vanse á las tierras é lugares que son mas cercanos; é quando los omes las ven, convíndanlas; é ellas vanse con aquel que mas quieren, é comen é beben con ellos, é estanse allí un tiempo comiendo é bebiendo, é de si tornanse para sus tierras. E si paren fijas tienenlas consigo; é sin paren fijos, envíanlos al lugar donde sus padres; é esas mujeres son so el señorío de Tamurbec. E otrósi esta ciudad de Samarcante es mantenida en justicia, ca los de la tierra non osarian facer desafuero nin fuerza uno á otro, salvo con mandado del Señor, é el las facia á tanto que bastaban asaz.

»E el Señor trae consigo continuamente jueces que libran en su real é casa, é cuando llegan á alguna tierra, á todos los de la tierra libran, é oyense ellos, los cuales jueces son ordenados é libran en esta manera: los unos libran los grandes, fechos é querellas de fuerzas que entre ellos acaesen; é otros libran en fecho del dinero del Señor, é otros despachan a los Procuradores de las tierras é ciudades que al Señor vienen, é otros á los Embajadores: é estos, quando el real está asentado, ya saben donde cada uno dellos se han de sentar á librar. E ponen las tres tiendas, é allí oyen é libran á los que ante ellos vienen, é de allí se levantan é van á facer relacion al Señor; é de si tornan é libran de seis en seis, é dellos de quatro en quatro. E quando mandan dar alguna carta sus escribanos estan allí que le facen luego, é non de mucha escriptura: é como es fecha, ponenla en su libro del registro, que traen ellos consigo, é facen luego una señal: é de si dala al oydor que la libre, é el toma luego un sello de plata cavado: é untalo con tinta, é de si ponelo en las cartas de partes dentro, é de si tómalala el otro é registrala, é dala á su Señor, é sella con tinta; é desde que ha librado tres ó quatro, pon en medio otro sello del Señor, que es escripto de unas letras que dicen, LA VERDAD; e tiene en medio tres señales como esta:



»Así que cada oydor tiene su escribano ó su registro. E esta carta tal desde que es dada, é ven aquellos sellos de los Mirassaes, é el sello del Señor, quanto la vean, luego sin otra luengo es ese día á esa hora cumplida.»

Salieron los embajadores de Samarcante en union de otros que habian ido cerca de Tamorlan, el 21 de noviembre. Su salida fué de un modo muy particular. Habiendo comido con el señor el día 1.º de noviembre les mandó volver al día siguiente, á pretexto de no poderles entonces hablar por tener que despachar á un nieto suyo, para su tierra, de donde le habia mandado venir. Volvieron al día siguiente, y les dijeron que el señor estaba malo, y que no le podia recibir, por lo cual se retiraron á sus posadas. Otra vez volvieron al otro día y los Mirassaes, privados del señor, les preguntaron quién les habia mandado venir, y dieron de palos al caballero que les guardaba porque creyeron que les habia llevado allí.

«E los dichos Embajadores, dice Clavijo, estando así, que el Señor non enviaba por ellos, nin ellos osaban ir á el vino á ellos un Chacatay, é dixoles que los Mirassaes del Señor, les enviaban decir, que se aparejasen de andar para otro día siguiente en la mañana, que el avia de ir con ellos, é con el embajador del Soldan de Babilonia, é con los embajadores de la Turquía, é con el de Carvo Toman Ulglan, que allí estaban, que avian de llevar un camino fasta en Turis, é que el les avia de facer dar viandas, é todo lo que oviesen menester, é caballos, é todas las cosas que los Mirassaes avian ordenado que les diesen en las ciudades é lugares do llegasen fasta Turis; é que allí los libreria Homar Mirassa, el nieto del Señor, é los enviaria á cada uno á su tierra. E los dichos Embajadores dixeron, que el Señor non los avia librado, nin dado respuesta para su Señor el Rey, que como podia ser aquello, é el les dixo, que sobre esto non dijessen más que ya era acordada por los Mirassaes, é que se aparejasen, que así habian de facer los otros Embajadores. E los dichos Embajadores fueron luego al palacio del Señor, é estovieron con los dichos Mirassaes, diciéndoles, que bien sabian en como el Señor por su boca les avia dicho el jueves de antes, que viniesen á el, que queria fablar con ellos é librarlos; que agora avia ido á ellos un ome, que les dixera de su parte, que se aparejasen de andar de allí para otro día, de lo cual eran maravillados. E los dichos Mirassaes les dixeron, que non podian ver al Señor, nin estar con él mas, é que les cumplía partir de allí segun les avian enviado á decir, que ya librado los avian de lo que era acordado. E esto facian ellos porque el Señor era muy flaco, é avia perdido la fabla, é estaba en punto de muerte, segun les fué dicho por omes que lo sabian cierto; é que esta priesa le daban, porque estaba el Señor acerca de la muerte, é porque se fuesen antes que se publicase la su muerte, nin lo publicasen por las tierras donde fuesen: é por muchas razones que los dichos Embajadores dixeron á los dichos Mirassaes de como se tornaban así vagos sin respuesta del Señor para el Rey su señor; ellos les respondieron; que sobre esto non fablasen mas, que de todo en todo les convenia partir de allí, é que el recado era aquel ome que con ellos avia de ir. E estovieron así este día lunes fasta el martes, que los Mirassaes les enviaron quatro albaes con

aquel Chacatay que les avia de llevar; por los cuales les mandaban dar en cuatro ciudades, en donde avian de llegar, á cada uno un caballo: el cual les dixo que los Mirassaes les enviaban á mandar que partiesen luego de allí: á ellos les dixerón que non partirian de allí sin ver al Señor, ó sin una carta suya: é el les dixo, que en caso que ellos non quisiesen, avian de partir con su grado ó sin él. E este día ovieron de partir de allí do posaban, é fueron á posar en una huerta fuera de la ciudad, é con ellos el Embajador del Soldan de Babylonia, que pasaban en uno é la guarda que los avia de llevar, é dixerón que descendiesen allí, é esperarían á los Embajadores de la Turquía.»

Salieron de aquí como llevamos dicho el 21 de noviembre, y el 27 llegaron á una gran ciudad llamada Boyar, donde les cuidaron mucho y les dieron buenos caballos. El 5 de diciembre partieron de Boyar, y atravesando el gran río Biamo y varias aldeas y pueblos, llegaron el 21 de diciembre á la ciudad de Bambartel que es ya tierra del emperador de Horazania. El jueves 1.º de enero de 1405 llegaron á Cabria, ciudad que se halla en tierra de Media. Después de atravesar varios despoblados y por muchos de los puntos donde habian estado á la ida, el 18 llegaron á la ciudad de Cenán donde concluye la tierra de Media y comienza la Persia.

El 23 de enero llegaron á la ciudad de Vatami, donde se encontraba un yerno del Tamorlan que les obsequió mucho, cuidando muy bien á varios del acompañamiento de los embajadores que cayeron enfermos. El 29 fueron á dormir á una ciudad que se llamaba Xaharica, y el 3 de febrero á otra llamada Casmonil, la más grande que habian encontrado en su viaje, exceptuando á Tauris y Samarcante: en esta ciudad se detuvieron algunos días, esperando que se derritiese la mucha nieve que habia, para ir á Carabaque, con el objeto de ver un nieto de Tamorlan; pero después acordaron dirigirse á Turis por ser mejor el camino, donde llegaron el último día de febrero. A dos leguas de Turis les mandó un recado el nieto de Tamorlan, para que se volviesen á esta ciudad y esperasen hasta que él les enviara á llamar, pues era justo que descansase quien venia de tan lejanas tierras. El 19 de Marzo marcharon de aquí y el 27 cuando llegaban ya cerca del señor, llegó un Chacatay que les dijo se volvieran á Turis, hasta que se les enviase á llamar, porque el Señor se hallaba muy ocupado. Era el caso que con motivo de haberse sabido la muerte de Tamorlan, estalló una guerra entre los diferentes Mirassaes que se disputaban el dominio de las tierras, de modo que los embajadores recibieron una carta que les envió el nieto Homar Mirassa, «por la cual les envió á decir, que non tomasen enojo, porque se les alongaba su partida, mas agora cuando se aviniere con su padre, que sería muy aína, é los libraría é enviaria muy aína de allí.»

«E después desto, martes veinte y nueve días del mes de abril, estando los dichos Embajadores en una posada, llegó á ellos el Alguacil de la ciudad é un Escribano, é otra mucha gente con él; é como entraron en casa, tomaron las espadas é armas que ende fallaron, y cerraron las puertas, y dixerón á los dichos Embajadores: *Que el Señor enviaba á mandar, que todas las cosas que avian, se las diesen y entregasen, porque las ellos pusieron en recabdo.* E los dichos Embajadores dixerón: *Que les placia, pues que en su poder estaban; pero que el Rey su Señor les avia enviado al Señor Tamurbec á lo visitar como su amigo, é que entendían de otra mente ser tratados; mas que pues el gran Señor era muerto, que podían hacer lo que quisiesen.* E el aguacil les dixo: *Que lo non facia el Señor aquello, salvo porque estoviesen mas guardados, é les non fuese fecho enojo alguno.* E esto non lo entendía hacer como lo decían, antes quería hacer el contrario, como lo después hicieron; y tomaronles cuantas cosas tenían, así ropas como dineros é caballos é sillas, é quanto tenían que les non dexaron salvo las ropas que vestían, é pusieronlo en otra casa en guarda: é eso mesmo hicieron á los Embajadores del Soldan é á los de Turquía, que hai estaban; á quando estas cosas les tomaron, les llevaron furtado y por fuerza mucho de lo suyo. E después desto á cañtra de veinte días, envióles á decir el dicho Homar Mirassa una carta, por la cual envió á decir, que non tomasen enojo por lo que les enviara á mandar é hacer, mas que se alegrasen é oviesen placer, que él era ya avenido con su padre, é que se venia á un lugar que se llama Assarec, que es cinco leguas de Turis, é que allí enviaria por ellos, é los vería é libraría: é non era esta la verdad, ca el non era avenido con su padre: mas estas nuevas é otras facia él echar por la tierra; por quanto todos estoviesen sosegados, é se non levantasen contra él. E desta guisa pasaron los dichos señores Embajadores: esperando quando el señor Homar Mirassa venia allí á Assarec.»

«E jueves, trece días del mes de Agosto, Homar Mirassa envió á los dichos Embajadores dos Chacatays, con los cuales una carta, en que les envió á decir que lo fuesen á ver. E otro día partieron dende, é fueron dormir al campo: é otro día en amanesciendo fueron con el Señor allí en Vian, allí onde estaba, é aposentólos cerca de un arroyo, é allí armaron sus tiendas. E luego otro día sábado, día de Santa María de Agosto, el Señor salió de sus tiendas, é vino so un gran pavellon, é envió por los dichos embajadores: é fueron so el pavellon onde él estaba, é ficiéronle su reverencia, é resciblelos bien, diciéndoles buenas razones; é de si mandolos llevar so una sombra que ante el pavellon estaba; é comieron allí: é otro día domingo hizo ir ante si so aquel pavellon á los dichos Embajadores, é hizo una gran fiesta, é predicaron ante él loando aquel día al Tamurbec; é la vianda fué mucha este día. E los dichos Embajadores diéronle su presente de ropas de paño, de lana é de seda, é una espada

de una usanza bien guarnida, que el precio mucho. E su costumbre es, que non quiere ver al que le non lleva nada, é la primera cosa que á los dichos Embajadores preguntaron, como al real llegaron, fue, si traian algo para el Señor, é que se lo mostrasen. E martes que fueron diez y siete dias del mes de Agosto, dió á los dichos Embajadores sendas ropas, é dioles un ome que les llevase é guiasé á ellos, y á los Embajadores de la Turquía; é al Embajador del Soldan de Babylonia mandolo detener é meter en prision. E partieron de aquí este dia, é otro dia miércoles fueron á Turis, é pusieron por obra ellos é los Turcos de partir de allí aina, é ovieron un consejo del camino que avian de traer.»

«E viernes siguiente en anocheciendo, ellos estando aparejados para partir de aquí, vino el Derroga de la ciudad, que es como Regidor, é con él Alguaciles é Escribanos, é mucha gente que ante él venian con mazas y palos; é dixeron á los dichos Embajadores, que les ficiesen traer ante si todas las cosas que tenian que las querian ver; é en tal son é con tal soberbia lo decian, que se lo ovieron de dar; é desde lo tuvieron ante si, tomaronles ciertos paños de setunis, é camocanes del Catay, é una ropa de escarlata é otras cosas é dixeron que el Señor mandaba tomar aquello, por quanto lo non avia en aquella tierra tan bueno; pero se lo mandaria pagar: é como esto ovieron fecho, cabalgaron é fueronse. E sobre esto los dichos Embajadores ovieron un consejo con los Embajadores de la Turquía é acordaron de partir luego otro dia de allí, é decian que eso mesmo avian á ellos fecho, é les habian tomado algunas cosas; é que si esperaban mas, que este fecho podia llegar á mas.»

Despues de cinco meses y veinte y dos dias de estancia en esta tierra salieron los embajadores el 22 de agosto, y variando de direccion por haberse rebelado contra el señor un caballero de aquella tierra, el 1.º de setiembre llegaron á Alesquiner, y pasando por Aumian donde les dió un guia el señor de esta cindad, fueron á parar el 12 del mes de setiembre á un castillo llamado Vicer, que pertenecía á un moro, llamado Mora, al que visitaron los embajadores é hicieron algunos presentes, correspondiendo por su parte el moro, con darles un hombre que les acompañase hasta el Imperio de Trapisonda. A este Imperio llegaron el 17 de setiembre; allí se embarcaron, y el 22 de octubre fueron á dormir á Pera. De aquí partieron el 4 y atravesando por Galipuli é isla de Xio, la isla Sapientia y el cabo del Angel entraron en Venecia el 17 del mismo mes, de donde salieron dias después sufriendo una tormenta que les arrojó á Gaeta, y posteriormente otras dos, hasta llegar al puerto de Veane. El domingo 3 de enero encontraron en el puerto de Génova, dirigiéndose de aquí á Saona, donde se hallaba el papa á quien tenian que ver. Vueltos á Génova salieron de ella el 1.º de febrero llegando el 1.º de marzo á San Lucar; aquí tomaron tierra y pasando por Sevilla llegaron el 24 de marzo de 1406 á Alcalá de Henares donde se hallaba el rey terminando su difícil comision, en la que si bien fueron muchas veces obsequiados, no fueron pocas las tormentas, escaseces y rigores de las estaciones que sufrieron y hemos apuntado muy ligeramente.

(D) PÁG. 34.

## LOS BANCOS.

Merece ser uno de los estudios más profundos de los economistas el de los bancos y sus varias combinaciones, que son una de las instituciones más admirables y benéficas de nuestro siglo, como propagadores del crédito mercantil. Sin entrar en el fondo del asunto, importa á la claridad de nuestra obra dar una idea de la índole é historia de tales establecimientos.

Los bancos son medios que sustraen inmensos capitales metálicos de las transacciones puramente comerciales, instituyendo en su lugar billetes pagaderos, que se ponen en una circulación incesante, en la cual los productos con que se cambian, nacen y se consumen sin tiempo ni espacio intermedio. Su oficio es, en una palabra, quitar el dinero de la circulación estéril de las vías puramente mercantiles, para aplicarlo á la fecunda que se establece entre el productor y el consumidor. Esta razon filosófica de los bancos no presidió á su principio, y á ella se llegó poco á poco.

En la actualidad los bancos se dividen en *territoriales* y *comerciales*, y estos últimos pueden ser *de depósito, de descuento, de circulacion y de préstamos*.

Los primeros son referentes á la propiedad territorial, y tienden á proporcionar anticipos á los poseedores de tierras. Hay muchos en Suecia, Polonia, Prusia, Bélgica y otros países del Norte, y emiten billetes, cuya garantia consiste en una especie de hipoteca sobre los fondos, y que producen un interés, suministrado por el producto anual del suelo. Cada propietario puede obtener dinero del banco, que mediante una hipoteca sobre el valor total de sus fondos, le anticipa hasta las dos terceras partes ó las tres cuartas partes de su importe. Los anticipos no deben reembolsarse en un plazo fijo, sino que perciben un interés anual, por ejemplo, el ciento por ciento. El banco se proporciona el caudal necesario emitiendo billetes contra la caja pagaderos al portador, y que circulan de mano en mano: no son, sin embargo, reembolsables á la vista, pues el banco no podria verificarlo, recobrando

insensiblemente sus subvenciones; pero producen un interés, á razon del cinco por ciento anual, pareciéndose de este modo más bien á los títulos de rentas públicas que á los billetes de banco acostumbrados. El banco recibe, pues, todos los años de mano de los propietarios el interés de las subvenciones hechas, y lo distribuye á los portadores de sus billetes.

Es fácil comprender que todo consiste en centralizar los préstamos hipotecarios y la misma hipoteca, sustituyéndose el banco á la multitud de los prestamistas, y reuniendo en sí al propio tiempo toda la suma de las garantías parciales para formar una general y comun. Idea feliz, fácil de efectuar y de copiosos resultados, pues remedia la confusion que nace del fraccionamiento de la hipoteca, aumenta la seguridad de los prestamistas, señalándoles como garantía, no una propiedad particular, sino todas las propiedades hipotecadas; suministra á los que poseen tierras el medio más invariable y seguro de conseguir dinero á precios moderados, con ahorro de tantos gastos y formalidades: movilizándolo luego los créditos hipotecarios bajo la forma de billetes al portador, hace circular multitud de valores que en otro caso permanecerian estériles, y multiplica así la riqueza social y los instrumentos de la industria.

Mas extensas y variadas son las operaciones de los bancos comerciales, que pudieran subdividirse en muchas clases. Sin verificar esta subdivision, ni hablar tampoco de las relaciones que tuvieron frecuentemente con los gobiernos que los establecieron, ni los empleos secundarios que compartieron con los bancos particulares, diremos que sus principales funciones consisten:

1.º En descontar efectos de comercio, recibiendo un interés proporcionado al plazo del vencimiento;

2.º En emitir billetes pagaderos á la vista y al portador, en cambio de efectos de comercio que se les ceden ó para extinguir otro débito cualquiera; billetes que puedan circular hasta que los propietarios quieran presentarlos á la caja para convertirlos en dinero;

3.º Hacer anticipos á particulares en billetes de banco ó al contado, cuya garantía se constituye en depósitos de efectos, y especialmente en oro y plata, valores públicos, ó hipotecas en bienes raíces;

4.º En abrir á los particulares ó á los establecimientos públicos un crédito hasta una cantidad determinada, sea después de haber exigido una caucion, sea con la sola garantía que da la confianza, en lo cual consiste principalmente los bancos de Escocia;

5.º En recibir en depósito dinero de particulares, obligándose á devolverlo siempre que lo pidan; ora pagando un interés por las sumas depositadas, como acontece en Escocia; ora obligándose sólo á verificar su retribucion, por cuenta de los deponentes en todo género de pagos, como hace el banco de Francia; ora, por último, efectuando sólo los pagos con girar las partidas en los libros, como lo ejecutaban en otro tiempo los bancos de Venecia, Génova, Amsterdam, Rotterdam y Hamburgo.

El primer banco de que hay mencion fué el de Venecia, que se fundó á consecuencia de un préstamo hecho en rentas constituidas, á cuyo cargo se obligaron los ingresos de la república, y que devengaba el cuatro por ciento. No consta cuál fué en un principio la naturaleza de las operaciones de este banco; pero es lo cierto que se convirtió luego en un banco de giro, que recibía en depósito el dinero de los particulares, abriéndoles un crédito por el importe de éste, créditos que se trasmitian con sólo girar las partidas, de suerte que cualquier pago podía realizarse sin traslacion de metálico.

A imitacion del banco de Venecia se estableció el de San Jorge en Génova, que tuvo principio en 1407, pero las vicisitudes sucesivas de la república lo convirtieron más bien en una caja de empréstitos que en una institucion comercial.

El banco de Amsterdam, fundado en 1609 con arreglo á los mismos principios, se limitó al comercio, y fué el más importante de aquella época: no emitia más valores que los que tenia en efectivo, y cuando Luis XIV invadió los Países Bajos en 1672, el banco devolvió los capitales á los depositarios. Sin embargo, cuando en 1794 cayó en poder de los franceses, hubo de confesar que se había prestado á la Compañía de las Indias y á las provincias de Holanda y Westfrisia por valor de 10.624,793 florines, que aquella no se hallaba en posicion de restituir. Actualmente su estado es bastante próspero, y el capital primitivo de 5.000.000 de florines formado por acciones de 1.000 florines, se dobló en 1819; descuenta al dos por ciento.

Semejante á éste era el de Hamburgo, fundado en 1619 para sustraer el escudo de las alteraciones: extendióse después, de modo que hoy es al mismo tiempo banco de depósito y de circulacion, y no presta sino sobre oro, plata y cobre en barras, y á razon de cuartillo por mes: pasa por uno de los mejor administrados.

Se establecieron otros bancos en Nuremberg, en 1621, y en Rotterdam en 1635.

Encerrados los bancos en tan estrecho círculo, ni pensaban en ampliar el crédito, ni descontaban efectos de comercio, ni hacian subvenciones, ni emitian billetes para circular; sólo facilitaban los pagos de las personas particulares, efectuándolos con simples transcripciones y sin entrega de metálico. A pesar de todo, la circulacion de los billetes no era desconocida, y parece que en el siglo xv se usó en Venecia; pero luego los suprimió, asustada de ver desaparecer el dinero efectivo, fenómeno que hoy es fácil de explicar.

Sorprende que ciudades tan industriosas como Venecia, Amsterdam y Hamburgo, no llevasen más adelante tales instituciones ni desarrollasen el crédito, advirtiendo que en vez de dejar ociosas las enormes sumas depositadas, se podían utilizar poniéndolas en circulación por otros medios. En esto no había ningún peligro, con tal que tuviesen un fondo de reserva, pues la experiencia convence de que los depósitos permanecen largo tiempo en las cajas, y se van retirando en pequeñas sumas, que luego son reemplazadas por otras, de modo que basta reservar un fondo capaz de hacer frente á los pedidos eventuales, é invertir el resto en el comercio, sirviendo para descuento de los propios efectos. Si los bancos hubieren aumentado así los recursos del comercio por medio del crédito, habrían llegado pronto á la idea de emitir billetes que circularan, y se hubieran puesto á la altura en que están en el día.

Si á pesar de ser tan hábiles y avisados negociantes no llegaron á lograr este efecto, debió consistir, no en que no lo viesen, sino en que alguna complicación política los detuvo. Los depósitos eran recibidos en todas partes bajo la autoridad del gobierno, que se constituía en fiador; de suerte que el usar de ellos, aunque con garantías suficientes, hubiera parecido una especie de violación de la fe pública. No había inconveniente de que lo verificaran las compañías de particulares, obrando bajo la autoridad de la ley; pero sí de que lo hiciesen los poderes constituidos, contra los cuales es menos fácil interponer un recurso. En caso de un terror súbito, en que todos acudiesen á retirar las cantidades depositadas, los poderes públicos no querían ser responsables del dinero que entrase en las cajas.

Añádase á esto que los bancos de depósito no se habían instituido sólo para efectuar el pago de las deudas del negociante, girando las partidas, sino que además tenían por objeto crear una moneda ideal inalterable, con el nombre de dinero de banco. Las escandalosas alteraciones de la moneda introducían entonces á cada instante el desorden en las relaciones mercantiles, de manera que las repúblicas traficantes pensaron alejar los desastrosos efectos de este abuso, oponiendo al dinero variable corriente, una moneda ideal inalterable. Tal fué el origen de los depósitos públicos, donde el dinero se recibía según su valor intrínseco, esto es, en razón del oro y la plata que contenía; de aquí provino la regla de efectuar los pagos con la cesión de los títulos ó con simples escrituras, evitando el uso peligroso del dinero al contado. Si los bancos hubiesen puesto inmediatamente en circulación, como préstamos y subvenciones, las sumas que recibían en depósito, habrían faltado al objeto esencial de su institución.

Sin embargo, por reducidos que los antiguos bancos fuesen en sus operaciones, prestaron grandes servicios; mientras que la moneda efectiva, empeorándose cada vez más, hacía vacilar al comercio en su base, los bancos establecieron una moneda inalterable, por cuyo medio no sólo estorbaron las pérdidas reales del comercio, sino que introdujeron la seguridad y la confianza, creando así un crédito superior al que se había visto hasta entonces. La misma facilidad de realizar los pagos multiplicaba los negocios, y los fijaba en aquellas ciudades; beneficio que cesó desde que los gobiernos europeos abandonaron el perjudicial recurso de alterar la moneda.

En 1668 se estableció un banco de distinta especie en Estokolmo, que llegó á ser el modelo de los territoriales, pero los bancos modernos no principiaron hasta que se fundó el de Inglaterra, conforme á la idea sugerida por Guillermo Patterson. El estatuder de Holanda, que ocupó el trono de Inglaterra bajo el nombre de Guillermo III, impulsó su creación; y si bien se ajustó al modelo de los antiguos establecimientos de la misma clase, separóse de ellos en la parte reglamentaria, ó según creo, sujetó á reglas lo que antes se reducía á ensayos y excepciones. Un decreto del Parlamento permitió abrir una suscripción de 1.200.000 libras esterlinas (30.000.000 de pesetas) que en diez días estuvo cubierta: enseguida otro decreto instituyó el banco, erigiéndolo en corporación, con todos los privilegios anejos á tal título. Verificóse esto por medio de una cédula del 27 de julio de 1694, en la cual se permitía al banco negociar toda clase de billetes ó efectos comerciables, como letras de cambio, y oro y plata, acuñado ó en barras, etc.; recibir en depósito todo género de mercancías y hacer anticipos; tomar en hipoteca tierras, excepto las de la corona, y vender su producto; hacer anticipos al gobierno, previo el consentimiento de las Cámaras; emitir billetes pagaderos á la vista y al portador, aunque sólo hasta donde llegase el capital; para todo lo demás, se necesitaba un nuevo decreto del Parlamento.

El banco de Inglaterra reunía, pues, las principales condiciones de los bancos comerciales, sólo que se alteró la base por la cláusula del acta de institución, determinando que se obligaba, en recompensa del privilegio, á dar al gobierno, en clase de empréstito, el valor completo de su capital. De este modo no podía negociar más que un título de crédito contra el gobierno, no realizable, y una renta anual regulada como sigue: 96.000 libras esterlinas, valor de los intereses de su crédito al 8 por 100, y 4.000 libras esterlinas que se le pagaban por la administración de los negocios relativos á la hacienda pública. Con solas estas 100.000 libras esterlinas y sin capital disponible, se puso á emitir billetes, y empezó á fundar aquel inmenso crédito que adquirió más adelante.

Aunque el buen éxito haya justificado con creces la tentativa, es preciso convenir en que tenía

mucho de temeraria: el banco no podía menos de sucumbir, ó entregarse á las operaciones secundarias á que se habian limitado hasta entonces todos los bancos. Producíale demasiado peligro la emision de billetes con destino á circular, cuando le faltaba un fondo de reserva que asegurase al público la solidez de aquellas. Así, al principio su marcha fué lenta y fatigosa, y durante diez y seis años luchó con las justas prevenciones del público; aconteciendo, que no obstante dar la ley curso forzado á sus cédulas, los billetes perdian un 20 por 100 relativamente al dinero. Pero su rara perseverancia, y el constante favor del Parlamento lo sostuvo, sin embargo; mas persistiendo en el abuso de prestar al gobierno todo el capital segun éste se iba aumentando con nuevas suscripciones, ambicioso á medida que crecia el número de las riquezas nominales, y sin embargo desprovisto siempre de medios efectivos, se encaminaba inevitablemente á su ruina, que se hubiera consumado á no ser por una circunstancia imposible de prever.

En 1708 el Parlamento prohibió en Inglaterra y en el pais de Gales el comercio de banco y la emision de los billetes á toda compañía de más de seis socios, excepto el banco de Inglaterra. Esta extraña disposicion produjo el efecto inesperado de crear allí un sistema de crédito particular, vicioso sin duda, y sin embargo no escaso de armonia y de consistencia. Llenóse el pais de pequeños bancos, con las mismas facultades que los grandes, pero que tenian á lo más seis socios: se llamaron *private banks*, y eran una especie de banqueros, facultados por la ley para emitir billetes pagaderos á la vista y al portador. Pero esta facultad era ilusoria, pues mal podrian acreditarse billetes de tan mediana garantia. A fin de suplir su insuficiencia, se adhirieron con estricta solidariedad al banco privilegiado, y emprendieron el descuento de los efectos de comercio; pero en vez de pagarlos con sus propios billetes circulables, los tomaron prestados al banco grande, remitiéndole en cambio la totalidad ó parte de los billetes descontados.

Provino de aquí un sistema mixto y complejo, en el cual quedaron separadas funciones naturalmente unidas; esto es, los bancos privados se encargaron del descuento, y el grande de la emision de los billetes, pero aquellos proveian á este de dinero, que reunido formaba una gran masa de capital, dándole de este modo una solidez que en sí no tenia, y recibiendo en cambio la facultad de emitir que de hecho no gozaban. Debiendo valerse de los billetes del primero para verificar sus descuentos, estaban interesados en sostener la circulacion en los respectivos cantones, como si les perteneciesen, y siempre pagaron los billetes del banco generador, contrayendo hasta una obligacion formal de hacerlo así en momentos calamitosos. Se convirtieron, pues, en sucursales voluntarias del banco privilegiado, que con este inesperado apoyo alimentó su esplendor, no obstante el vicio de su constitucion primitiva y la insuficiencia de los medios.

La extraordinaria fortuna de aquel banco despertó la emulacion, y se aspiró á realizar proyectos de locura gigantesca y teorías absurdas, pues viéndolos sin capitales realizables, ni más propiedad que las rentas, sostener el crédito del Estado al mismo tiempo que mantenía la más extensa circulacion de billetes, hubo quien pensó que se podía inundar á todos los paises de papel-moneda y enriquecer así desmedidamente á los pueblos; otros redujeron semejante facultad al gobierno, el cual pudiese dentro de ciertos límites dar seguridad de esta manera á los pagos del tesoro; otros, por el contrario, no hacian mas que profetizar la ruina del banco inglés. Pero la confusion se esparció por todas las teorías, cuando, en 1793, el banco privilegiado suspendió todo pago, y sin grave pérdida sostuvo durante más de veinte y dos años tan sorprendente suspension. La admiracion se habria disminuido examinándolo, no aislado, sino en compañía de sus infinitos satélites, y considerando, no sus medios únicamente, sino los que le suministraban los bancos privados.

Esto no constituye todavia una evolucion normal del crédito, y á pesar de tantas compensaciones, el banco no hubiera durado en un pais menos tranquilo ó expuesto á invasiones. Además, el punto supremo de las instituciones de crédito no fué tocado por él, sino por el banco de Escocia.

En 1695, un año después de establecido el banco de Inglaterra, se formó tranquilamente en Edimburgo una institucion de igual género, más modesta, sólida y completa, que se llamó *Bank of Scotland*. El parlamento escocés la autorizó y erigió en corporacion, con el capital primitivo de 83 libras esterlinas, seis chelines y ocho dineros en acciones; no debiendo exceder de 1,000 libras esterlinas; humilde, y sin embargo suficiente para los negocios que queria emprender y que conservó en toda su integridad. Rápido y feliz en su primer desarrollo, su capital se aumentó con la extension de los negocios, quedando reducido siempre á estrechos límites, como los demás establecimientos de esta clase en aquel pais.

En 1727 se instituyó el *Royal bank of Scotland*, empleando en él 246,550 libras esterlinas, asignadas á Escocia como indemnizacion de su reunion con Inglaterra; pero al principio, sólo se pusieron en caja 111,000 libras, y en 1738, el capital se fijó en la cantidad de 150,000. Este banco progresó como el primero, sin que se dañaran uno á otro.

En 1746 se estableció otro banco, denominado compañía del lino, *British linen company*, destinado al principio á estimular la industria del lino, nula á la sazón, y que luego floreció tanto; en lo sucesivo protegió todo género de industria, en nada diferente de los demás bancos. Su capital primi-

tivo de 100,000 libras esterlinas, ascendió á 500,000, deteniéndose en esta cifra, sin que esto le impidiese llegar al altísimo puesto que hoy ocupa.

Se habian establecido en Edimburgo los primeros bancos; imitó su ejemplo Glasgow, á que siguieron otras ciudades, pero la autoridad pública sólo intervino en los tres primeros, erigiéndolos en corporacion; los demás surgieron espontáneamente, constituyéndose en compañías de fondos reunidos (*Joint stock banks*), especie de sociedad muy estendida en la Gran-Bretaña, dispensada de autorizacion prévia, y correspondiente á las sociedades anónimas, sólo que no se encuentra limitada la responsabilidad de los asociados.

Los bancos escoceses están constituidos sobre bases mejores que los de Lóndres, por su situacion distante de la residencia del gobierno, con el cual afortunadamente no han tenido nunca relaciones directas. En efecto, la ruina de los bancos dependió siempre de que los gobiernos los tomasen bajo su tutela, haciéndoles servir de caja de empréstito. Abandonados á sí mismos, se hubieran conducido con reserva y prudencia, no entrando en el espíritu del comercio las empresas extravagantes, y mucho menos en los bancos constituidos en grandes compañías, y por lo mismo más mesurados. Los errores de tales establecimientos procedieron casi siempre de los poderes que los instituian, como sucedió con las extravagancias del banco de Law, con las temeridades del de Inglaterra, y con los más dolorosos aun de los bancos americanos, cuya fundacion primitiva se verificó conforme á los proyectos del poder que los autorizaba. Menos privilegios y más libertad los hubieran hecho prosperar, y en ningún país el crédito por medio de los bancos creció más libre y espontáneamente que en Escocia. Es probable que Escocia tomase de Inglaterra la idea de la institucion de los bancos, pero pronto le llevó ventaja: en 1696 estableció sucursales; en 1704 emitió billetes al portador, cuyo valor era de una libra esterlina, recibió depósitos á interés, y desde 1729 concedió créditos en cuenta; operaciones desconocidas al banco de Lóndres y características de los bancos escoceses.

Estos, dilatándose por toda la superficie del país, extendieron su influencia y sus beneficios, y crearon, con ventaja del comercio, comunicaciones fáciles y seguras, que dieron actividad á los contratos. Los créditos en cuenta, puestos en práctica por ellos juntamente con el descuento de los efectos de comercio, difieren de éste en el fondo, pues son otra manera de hacer anticipos y de conceder á los negociantes el beneficio del crédito.

La mejor innovacion fué el uso de los depósitos á interés. Mientras en Venecia, Amsterdam, Hamburgo, los deponentes pagaban al banco un tanto por la custodia del dinero, una ligera retribucion cada vez que se verificaba un traspaso, y otra cuando se removía el capital; en Escocia los bancos pagaban un interés, de donde resultan diferencias radicales. Primeramente aquel interés lleva á las cajas de los bancos todas las sumas custodiadas en las cajas particulares, creciendo de este modo la masa de los depósitos. La costumbre de confiar al banco el dinero disponible, no es, pues, primitiva de una clase de negociantes, sino universal. En consecuencia, generalizado el uso de los traspasos y restringido el de los pagos en metálico, objeto especial de los bancos antiguos, los depósitos no se redujeron á una simple lista para los traspasos, sino que fueron un medio de orden y de economia, pudiendo cada cual hacer productiva la cantidad que tuviese disponible, hasta que llegare el momento de servirse de ella. Aquí vemos ya economizada la riqueza social y aumentada la actividad en el empleo de la misma, no quedando ninguna suma, por pequeña que fuese, sin dar productos diarios.

Habiéndose estendido poco á poco el uso de los depósitos hasta las ínfimas clases, los bancos escoceses desempeñaron funciones más elevadas y que no estaban previstas, pues al mismo tiempo que eran cajas de custodia de reserva y de prevencion para el rico, lo fueron de ahorro para el pobre, ejerciendo este oficio mucho tiempo antes de que se oyese el nombre de *cajas de ahorro*. Por otra parte su organizacion era mejor que la que se ha dado á estas últimas, pues en sus créditos y descuentos encontraban siempre ocasion de utilizar los depósitos, sin sentirse obligados á poner medida á los beneficios.

Es evidente lo mucho que el cúmulo de los depósitos recibidos por los bancos, y que hicieron circular de nuevo en el comercio, debió aumentar el poder de tales establecimientos como cajas de descuento y crédito, pues aunque no empleasen los capitales propios, hallarian en la masa de los depósitos que les estaban confiados, cuanto bastase para los innumerables descuentos y los inmensos créditos.

Los embarazos del comercio y la utilidad probada de los bancos escoceses, indujeron en 1826 al Parlamento á ampliar el decreto de 1708 que prohibía en Inglaterra el comercio de banco á compañías de mas de seis personas; pero la aplicacion fué limitada á sesenta millas al rededor de Londres. Entonces, junto á los bancos privados surgieron *joint stock banks*, á imitacion de los de Escocia: lentos al principio, tanto que en 1833 apenas existian treinta y cuatro, se aumentaron luego hasta el punto de contarse ya en 1836 ochenta, los cuales reunidos á los bancos escoceses, constituyen en la Gran Bretaña el sistema de crédito más vasto que se ha visto nunca.

Subsistiendo el banco de Inglaterra en virtud del privilegio concedido por el Parlamento, debió

someterse á las exigencias de éste. Al espirar el privilegio, se encontró con un crédito considerable contra el Estado, que por lo mismo le impuso, como precio de la próroga, la condicion de reducir un dos por ciento los intereses que le pagaba, esto es, rebajarlos del ocho al seis, y prestarle 400,000 libras esterlinas sin interés. Espirando de nuevo el privilegio en 1733, el Parlamento le concedió otra próroga de 31 años, pero exigiéndole que entregase en la caja del Estado 1.600,000 libras esterlinas por muchos años. En 1764 tuvo que anticipar nuevamente al gobierno 1.000,000 de libras sobre billetes del fisco, además de 110,000 para la próroga del privilegio hasta 1786. Entonces se renovó esto la quinta vez, mediante el empréstito de 2.000,000 de libras esterlinas por tres años al cinco por ciento. La sexta vez hubo de anticipar 3.000,000 al tres por ciento.

En agosto de 1833, al espirar el privilegio, debía el gobierno 14.686,800 libras esterlinas al tres por ciento. Prorogóse aquel hasta agosto de 1853, estableciéndose que los billetes tendrian curso legal, y no sólo facultados como antes, y que el banco conservaria el privilegio de ser único en el radio de 65 millas; en recompensa, consintió que la asignacion que le pagaba el gobierno se redujese á la mitad, esto es, á 120,000 libras esterlinas, y la deuda del Estado á 11.150,000.

El valor mínimo de los billetes hasta 1789, era de 20 libras esterlinas; después emitió de diez; en 1793 lo verificó de cinco; y en 1797 de tres y de una; sin embargo, hoy los menores son de cinco;

El descuento por las letras de cambio pertenecientes á particulares, habia sido siempre de un cinco por ciento hasta 1824: entonces se redujo al cuatro; pero no se descontaban sino letras, cuyo valor fuese á lo menos de 20 libras esterlinas, no excediendo el plazo de tres meses.

En 1790 se constituyó el banco de Filadelfia por un decreto del Congreso americano; pero su vida fué languida hasta que lo reconstituyó otro decreto del 10 de abril de 1814. Es de depósito y circulacion; tiene su residencia en Filadelfia; pero cuenta con 25 sucursales en los varios Estados de la Union. Hay otros 450 bancos en los Estados-Unidos, cuyo capital se estima en 150.000,000 de duros. El de Filadelfia ejerce inspeccion sobre todos, y si ve que extienden demasiado sus especulaciones, les exige los pagos en metálico.

En nuestros días se ha visto la ruina que puede causar el abuso de los bancos.

El banco de Francia empezó sus operaciones en 1800, después de haberse liquidado la caja de las cuentas corrientes; la ley del 24 de germinal, año XI, modificó sus estatutos y le concedió el privilegio esclusivo de emitir billetes á la vista por espacio de 15 años, y con la prudencia supo sustraerse de los peligros de los sacudimientos políticos. Segun sus estatutos, descuenta efectos comerciales á tres meses de fecha, con la garantia de tres firmas á lo menos, ó sólo de dos si se añade un giro de acciones de banco ó de rentas contra el Estado, ú otros efectos públicos; hace anticipos sobre efectos públicos á plazos determinados, y sobre barras ó monedas extranjeras de oro y plata que se le entregan en depósito, con el uno por ciento al año; *tiene caja* de depósitos voluntarios por títulos, barras y monedas extranjeras, mediante un octavo del uno por ciento cada seis meses; se encarga de recaudar efectos en representacion de personas particulares ó de establecimientos públicos; recibe en cuenta corriente las sumas que le confien aquéllas y éstos, y verifica los pagos á que se sujetan dichas cantidades. Se puede ceder el usufructo de las acciones del banco, y no obstante disponer de la propiedad. En descuentos se giran en un año hasta 3,600.000,009.

El banco de San Carlos en España se fundó en 1782, con un capital de 300.000,000; era de descuento, y á pesar de los caudales procedentes de América, la administracion estaba tan desarreglada, que el gobierno carecia de fondos, y le fué preciso crear los llamados vales reales, ó sean billetes del Tesoro de á 300 pesos.

El gobiernos se propuso principalmente facilitar el descuento de estos vales y sostener su crédito en la plaza. Al poco tiempo empezó á contratar con el banco, y absorbió su capital, de suerte que en el año 1828, segun la liquidacion que se practicó al extinguirse aquel establecimiento, tenia en metálico 199,000 rs., y en créditos contra el gobierno 325.000,000. El gobierno verificó una transaccion con los accionistas, que redujo éstos 325.000,000 á 40, y en 1829 fundó con este capital el banco de San Fernando, que fué poco á poco adquiriendo grandes privilegios. Al principio su crédito se aumentó extraordinariamente, tanto, que á pesar de la guerra civil de 1833 á 1840, nada desmereció, y sus billetes eran buscados, prefiriéndose al metálico.

Hasta entonces apenas habia celebrado algunos contratos con el gobierno, siendo aun más parco en este punto en los años de 1843 y 44, pues no prestaba dinero al Estado sin grandes garantias. Pero en 1844 el gobierno fundó otro banco que tituló de Isabel II, con los mismos privilegios que el de San Fernando, y entre otros, el de negociar en fondos públicos y prestar sobre sus propias acciones. Suscitóse enseguida rivalidad entre dos bancos, disputándose los pocos negocios de la plaza de Madrid, único punto donde circulaban sus billetes; rivalidad que perjudicó á ambos, tanto, que sobreviniendo la crisis comercial en 1848, el gobierno tuvo que suprimir el de Isabel II, uniéndole al de San Fernando: en aquella época circulaban por Madrid 180.000,000 en billetes, y sólo habia en caja 100,000 rs. disponibles.

La reorganizacion del banco se efectuó por una ley hecha en Córtes y publicada el 4 de mayo

de 1849. Dos años antes se habían establecido los de Cádiz y Barcelona; el primero con un capital nominal de 100.000.000, que después se redujó á 50, y el segundo con otro de 20.000.000. La ley que reorganizó el de San Fernando, le fijó un capital de 200.000.000. Creó dos departamentos, uno de descuento y otro de emisión; dispuso que hubiera siempre en caja y en metálico la tercera parte del importe de los billetes circulantes, y el resto en obligaciones de fácil cobro, cuyo plazo no pasara de noventa días.

El gobierno, para salvar el establecimiento, había tenido que imponer al país un anticipo extraordinario. Los 200.000.000 no se emitieron por completo, y en 1851 se reformó esta ley, reduciendo el capital á 120.000.000, si bien el gobierno quedó autorizado para aumentarlo hasta 200 cuando las necesidades del comercio lo exigieran. Dióse entonces un paso hácia la destrucción del monopolio, determinándose que si en alguna plaza se necesitase una sucursal, y el banco no quisiese establecerla, el gobierno presentaría á las Córtes un proyecto de ley con tal objeto. Por lo demás, las disposiciones de la ley de 1849, relativas á la reserva metálica, permanecieron vigentes.

De este modo continuó el banco hasta que en 1855 el gobierno presentó otro nuevo proyecto, aumentando el capital, á fin, decía, de ponerlo en estado de dar las prometidas sucursales; pero los diputados de las provincias importantes en que aquéllas eran más necesarias, quisieron tener bancos por derecho propio, y la Asamblea dió la ley que actualmente rige, según la cual pueden crearse bancos en todos puntos del territorio, á excepción de algunas ciudades donde el de San Fernando deberá establecer sucursales, ó de lo contrario el gobierno dará facultad para fundar bancos especiales. La España ha entrado, pues, y no la última, en la senda de la libertad de crédito.

(E) PÁG. 43.

#### DE LOS MAPAS Y DE LA PRIORIDAD DE LOS DESCUBRIMIENTOS

Los documentos más importantes de la geografía, son sin duda los mapas, y á ellos es preciso recurrir cuando se quieren determinar con exactitud los descubrimientos de nuevos países. La antigüedad nos ha transmitido pocos: algunos más la Edad Media, pero diseminados en puntos distantes, de forma que una persona estudiosa sólo podía consultar un corto número. Heeren, al publicar en Gotinga un planisferio correspondiente al siglo xiv, expresó su sentimiento de no haberle sido posible compararlo con el del museo Borgia.

El portugués vizconde de Santarem, satisficó los deseos de las personas de todos los países que se dedican á este género de estudios. Había cooperado á los estudios geográficos publicando la crónica de la conquista de Guinea, redactada por Gómez Yañez de Azurara, y las investigaciones históricas sobre Américo Vespucio. En 1842 publicó un *Atlas de todos los mapamundis y cartas hidrográficas é históricas desde el siglo v hasta el xviii* (Paris en fol.). A esta importante obra añadió un complemento preciso sobre la *Historia de la cosmografía y de la cartografía durante la Edad Media*, (Paris, 1849-52, 3 tomos en 4.<sup>o</sup>). Hé aquí la lista de los treinta y dos mapas. Desde el siglo vi al ix. Mapamundi de Cosme Indicopleusta.

En el siglo ix. Mapamundi de un manuscrito de la biblioteca de Roda en Aragón.

» » x. Mapamundi anglo-sajon del museo Británico.

Otro de un ms. de la biblioteca de Florencia.

» » xi. Planisferio de un ms. de Marciano Capella en la biblioteca de Leipsig.

Mapamundi de la cosmografía de Azaf.

» » xii. Planisferio de un ms. de la biblioteca Real de Turin.

Mapamundi de un ms. de Salustio en la Laurenciana.

Dos planisferios de Honorato de Autun.

» » xiii. Planisferio griego de un ms. de Salustio en la Medicea de Florencia.

Planisferio de Cecco de Ascoli.

Otros cuatro del ms. *Imago mundi* de Gualtero Metz.

Mapamundi de un ms. del museo Británico.

*Mapa terræ habitabilis* de las crónicas de Matias Paris.

Por último, un mapamundi del museo Británico, no menos importante para la geografía de la Edad Media, que la carta de Haldinghan de la catedral de Hereford.

» » xvi. Mapamundi de Nicolás de Oresme, maestro de Carlos V de Francia.

Mapamundi de Martin Sanuto, de un ms. de la Biblioteca Nacional, perteneciente al año 1320.

Mapamundi de las *Crónicas de San Dionisio*.

Mapamundi añadido á un ms. de Guillermo de Trípoli.

En el siglo XIV Dos mapamundis de dos Salustios de la Medicea.

Mapamundi perteneciente al año 1350 en un ms. de Marco Polo en la Biblioteca de Estokolmo.

La importancia de los mapas se aumenta en el siglo XV, pues nos hacen ver en qué estado se hallaban los conocimientos cuando aparecieron los grandes descubridores. Santarem publicó el mapamundi del *Imago mundi*, de Pedro de Ailly, en el cual se encuentra indicada, en el centro de Africa, la ciudad de Arina, por donde los árabes hacían pasar su meridiano.

El mapamundi del cardenal Filastro, ms. de Pomponio Mela en la biblioteca de Reims.

El mapamundi de Andrés Bianco, perteneciente al año de 1436.

Un planisferio sacado de un poema geográfico del siglo XV.

El mapamundi del fin de aquel siglo, que acompaña á la obra rarísima de Lasalle, y un planisferio que está á la cabeza de un ms. latino de la biblioteca nacional de Paris.

Los demás documentos son, ó cartas parciales ó extractos de otras mayores; van publicados hasta aquí los siguientes: del siglo XIV un fragmento del Africa, de los Pizzigani en 1367.

Un fragmento del Africa occidental, sacado de una carta catalana.

El atlas de la biblioteca Pinelli, compuesto de seis cartas marítimas, representan el mundo de aquella época.

Del siglo XV son: el Africa tomada de un mapa de la biblioteca de Weimar, perteneciente al año 1424.

Un fragmento del mapamundi de Andrés Bianco del año 1436.

El Africa sacada de la carta de Valsequa, perteneciente al año 1439.

Fragmento del Africa occidental del mapamundi de Fray Mauro; este mapamundi es la mayor de las cartas geográficas antiguas, y se publicará entero en facsímile.

Dos dibujos del Africa occidental de Benincasa, correspondientes á los años 1467 y 1471.

El Africa del Globo de Martin Behaim, perteneciente al año 1492.

Del siglo XVI son: el Africa de la carta de Juan de la Cosa, de Ruycck, correspondiente al año 1508, de la de Tolomeo de 1513, del mapa de Weimar de 1527, de los de Jacobo de Vaulx de 1533, de Diego Rivero en 1529, de Guillermo el Cabezudo y de Juan Martinez.

En el siglo siguiente el Africa está representada segun la carta de Guillermo Levasseur, perteneciente al año 1601; la de Dupont de Dieppe en 1625; de Juan Gherardo de Dieppe en 1634.

Los mapamundis son figuras circulares del globo, destinados á representar lo que el autor conocía en masa sobre la posición relativa de las tierras; pero sin una relación necesaria con la forma verdadera del globo, ó con los círculos paralelos ó meridianos. En estos mapamundis las últimas tierras del Africa están colocadas donde nosotros fijamos el polo austral; las últimas de Europa cerca del polo boreal, y la extremidad occidental de Europa y la oriental del Africa tocan en los dos extremos del hemisferio. Así se pretendía representar la tierra habitable *οικουμένης* de Homero. El mar rodeaba esta área. Acá y allá se ven indicados algunos países más famosos, como Troya, Jerusalem, Babilonia, Roma, y tampoco falta el Páramo Terrenal. Las grandes divisiones aparecen contorneadas por líneas rectas; pero al acercarse al siglo XV, éstas van tomando la forma curva que se advierte en la carta de Marin Sanuto, si bien todavía no se sigue más regla que el capricho, y la mudanza de un lugar obliga á variar el orden observado en todos,

Se advierte en los planisferios un arte más adelantado y el intento de representar las tierras con alguna proporción, atendiendo á las posiciones relativas de los paralelos y de los meridianos. Así el planisferio de Cecco de Ascoli muestra la Europa, el Asia y el Africa con discreta exactitud, y de tal modo que no llenan todo el globo, sino que están al norte del Ecuador, como un hemisferio envuelto en una superficie plana. El exámen, pues, de tales mapas, puede dar alguna idea del progreso de la geografía.

Este progreso se ve mejor en las cartas parciales, principalmente en las marítimas, que estando hechas para el uso de los navegantes, requerían más precisión, y cualquiera error no tardaba en advertirse. Hay dudas en cuanto á la época de su introducción; pero el famoso historiador árabe Ibn Kalidun, que vivió desde 1332 á 1406, las cita como una cosa ya usada en su tiempo, pues hablando de las Canarias, dice. «Estas islas fueron descubiertas casualmente, en atención á que las naves no van hácia aquellos mares sino impelidas por los vientos. Los dos países que rodean el Mediterráneo, son conocidos perfectamente y están dibujados en planos y sobre pliegos con su forma verdadera, indicándose hasta las direcciones de los vientos: se denomina á los tales planos Alxambas, y los navegantes disponen sus viajes con arreglo á ellos. Pero no existe nada semejante respecto del Atlántico; así los barcos temen arriesgarse á surcar sus aguas, pues en llegando á perder de vista las costas, ignoran el modo de volver al punto de salida.»

El derrotero más antiguo que inserta Santarem, es el de Pizzigani, correspondiente al año 1367.

A la parte que llamaremos gráfica, añade el vizconde de Santarem una polémica, donde sostiene la prioridad de Colon y de los portugueses en aquellos descubrimientos, que hoy pretenden algunos

atribuir á éste ó á aquél, llevados de su afición á las paradojas, y de su frenético deseo de humillar las glorias adquiridas. Los habitantes de Dieppe colocaron antes de él á un tal Cousin, que animado por las conjeturas de su conciudadano Dechaliers, mirado como padre de la ciencia hidrográfica, emprendió largas navegaciones, y en 1488 descubrió la embocadura del río de las Amazonas, de donde volvió al año siguiente á su patria, costeando los países del Congo y de Angola. Pero todo esto descansa en la fe de un escritor que vivió en 1667, y si se pregunta por qué no existen recuerdos de aquel viaje en los archivos de Dieppe, contestan que se quemaron en 1694. El ilustre polaco Lelewel citó á su compatriota Juan Szcolny, el cual, hallándose en 1476 al servicio del rey de Dinamarca, llegó á las orillas del Labrador, pasando más allá de la Noruella, de la Groenlandia y de la Frislandia de los Zeni. Humboldt hizo fuertes objeciones al aserto de Lelewel, alegando principalmente el silencio de Gomara, que sin embargo conocia el viaje del polaco y tenia empeño en minorar la gloria de Colon. Mayores títulos poseen sin duda los islandeses, que partiendo de la Groenlandia, llegaron el año de 1000 á la Vinlandia y á Droceo, países que corresponden con Terranova, ó con el continente de la Nueva Escocia, y parece penetraron hasta la Carolina; pero el relato de tales expediciones está en forma mitológica (dice acertadamente Bancroft, el mejor historiador de los Estados-Unidos) difícil de entender; es antiguo, pero no contemporáneo. No se concibe que Sturleson desdenase esta gloria nacional, y sin embargo, su relacion, que es el documento más antiguo que se cita en la materia, es mirada como apócrifa. Las particularidades geográficas son demasiado vagas, y pueden aplicarse á cualquiera latitud desde Nueva-York hasta el cabo Farewell, así como la Vinlandia se buscó desde la Groenlandia y el río San Lorenzo hasta el Africa.

Lo mismo aconteció á Diaz y Vasco de Gama: atrayéndose al principio la admiracion por haber doblado el cabo de Buena-Esperanza, pronto se encontró quien quisiese rebajar su gloria, pretendiendo que otros habian pasado más allá del cabo Bojador primero que los portugueses. Santarem se esfuerza en defender la gloria de éstos, y en probar, que antes que Gil Yañez doblase en 1443 el formidable promontorio, no se tenia ninguna noticia exacta de aquella costa, de la fisonomía geográfica del país, ni aun de su existencia. El argumento más fuerte se deriva de las cartas mencionadas, pues por ellas se evidencia que los geógrafos no conocian aquellos países sino á medida que los portugueses se iban descubriendo. Los antiguos se habian ceñido á narrar hechos fabulosos cuando aludian á aquellas playas inhospitalarias, cubiertas de ardientes arenas, de reptiles venenosísimos, afligidas por el mortal simoun, y azotadas por olas que parecian deber alejar de allí siempre á los navegantes.

Los árabes hubieran podido adquirir mejores conocimientos de aquellos parajes, acostumbrados como están á vivir en climas ardientes y viajando como el camello al través del desierto; sin embargo, sus geógrafos son completamente ignorantes en este punto. Edrisi, que á todos aventaja, cree que solo se halla habitado el hemisferio septentrional, y que en el meridional no pueden resistir el calor los animales, la vegetacion ni las aguas. Los árabes adquirieron luego algun conocimiento más de aquellas playas y rios, aunque por tierra y confusamente. Brunetto Latini, Sacrobosco, Miguel Escoto, Roger Bacon y Marin Sanuto, no tienen el particular más que ideas inexactísimas ó falsas; Juan de Mandeville asegura que en el mar de Etiopia no hay peces; Fazio de los Uberti dice que los habitantes son allí negros como carbon; Boccacio, que fué discípulo de Andaló del Negro, escribe que al pié del monte Atlas habitan hombres con el pié á modo de horquilla y sátiros.

Bastarian estos errores para probar que no era conocido aquel país; no obstante, se empeñan en combatir la prioridad de los portugueses los marineros de Dieppe, Bethencourt, el catalan Jaime Ferrer, y los genoveses Doria y Vivaldi. El vizconde de Santarem esgrime las armas de su ingenio á fin de refutar á éstos, deteniéndose principalmente en los normandos, como que son los más obstinados en sustentar sus pretensiones. Además, el autor de la *Noticie historique sur le Sénégal et ses dépendances* (Paris 1839) dice que en 1375 algunos negociantes de Ruan se asociaron con marinos de Dieppe para formar establecimientos mercantiles desde la embocadura del Senegal hasta la extremidad del golfo de Guinea, y fundaron el Petit-Dieppe, el Petit-Paris y otros establecimientos; pero todos estos asertos no se apoyan más que en un tal Villaut de Bellefond, que así los escribió en 1667, en una relacion de la costa de Guinea dirigida á Colbert. Habiéndole copiado los autores subsiguientes, y admitiendo sus aseveraciones la vanidad de sus conciudadanos, y las personas que cuentan las autoridades que afirman un hecho y no examinan los datos de que parten, no se reflexionó que entonces la Francia estaba ocupadísima en defender su independencia contra los ingleses, los cuales eran dueños del canal en que está situada Dieppe, y que ningun analista ni historiador anterior á Villaut hablan una palabra de ello.

La *Histoire de la première découverte et conquête des Canaries faiste des l'an 1402 par messire Jean de Bethencourt, écrite du temps mesme par J. Pierre Boutier et Jean Verrier, prestre domestique du dit sieur de Bethencourt, et mise en lumière par M. Galien de Bethencourt conseiller du Roy en la chambre du parlement de Rouen*, fué publicada en Paris en 1630, y en ella se dice que llegaron hasta Guinea; pero Santarem demuestra que se indicaba entonces con este nombre un país situado más acá del Cabo Bojador.

El catalan Jaime Ferrer, habiendo zarpado de Mallorca el 16 de agosto de 1346, se dirigió al río del Oro; mas, suponer que éste sea el río de Oiro en Guinea, es cosa enteramente gratuita, y más bien parece se tratase de un río al Norte del cabo Bojador; además, cualquiera que fuese la dirección, es lo cierto que Ferrer no volvió de aquel viaje.

El único viaje verdadero más allá del cabo Bojador parece ser el de Ibn Fathima, que habiéndose embarcado en Noul, más acá del espesado cabo, sin llevar idea de pasar éste, fué obligado á ello por la tormenta, y llegó hasta el cabo Blanco: habiendo entrado de nuevo en el golfo de Arnim, al Sur del Trópico, verificó su retorno por tierra. Viaje fortuito, tanto que ni Bakoni, ni Ibn Kalidun, ni Abulfeda hacen de él mencion; debiendo advertirse que este último había visto el manuscrito donde se refiere.

Santarem combate también las pretensiones de los genoveses, que quieren atribuir aquella gloria á sus compatriotas. Es sabido que poco antes se aseguró habían zarpado de Génova en 1287 Vadino y Guido Vivaldi con dos galeras para dar la vuelta al Africa y llegar á la India; pero que una galera encalló en la costa de Guinea, y la otra arribó á Etiopía, donde la tripulación fue hecha prisionera, logrando salvarse un solo marinero. Encuétrase de este notas en el itinerario de Antoniotto Usodimare; además, Pedro de Abano y Cecco de Ascoli dicen, que animados con tal noticia, Teodisio Doria y Ugolino Vivaldi, en union de dos frailes franciscanos, se embarcaron en 1292, siguiendo el mismo camino, y no se supo más de ellos. Sebastian Ciampi publicó en 1827 una *Relacion del descubrimiento de las islas Canarias y otras islas del Océano encontradas recientemente en 1341*, escrita por Boccaccio; conforme á los datos que le comunicaron algunos mercaderes florentinos que los habían recogido en Sevilla de Nicolás de Reco, uno de los jefes de aquella expedicion. El abogado Canale citó un pasaje del continuador de Cafaro, que habla, refiriéndose al año de 1291, de los mencionados Teodisio Doria y Ugolino de Vivaldi. Para apreciar como se merecen estas indicaciones, se necesita probar la autenticidad del testimonio, y el señor Canale suministró medios al efecto. Veinte historiadores, entre los cuales los dos Caffaro, Obecto Cancelliere, Ottobono Scriba, Ogerio Pane, Barthelémy Scriba, cuatro analistas y Jacobo Doria, han escrito la historia auténtica de Génova. Ahora bien, todas éstas, como tuvo la bondad de verlo á peticion mia el señor Canale, contienen el pasaje citado en los precisos términos siguientes: *Eodem anno (1292), Theodisius Auriæ, Ugolinus de Vivaldo et ejus frater, cum quibusdam aliis civibus Januæ, cæperunt favere quoddam viagium, quod aliquis usque tunc facerè minime attemptavit. Nam armavit optime duas galeas, et de victualibus, aqua et aliis necessariis in eis impositis, miserunt eas de mense madii de versus strictum Septe (el estrecho de Seta), ut per mare Oceanum irent ad partem Indiæ, mercimonia utilia inde deferentes. In quibus verum dicti duo fratres de Vivaldo personaliter et duo fratres minores. Quod quidem mirabilis fuit non solum videntibus, sed etiam audientibus, Et postquam locum quod dicitur Gozora (Acores?) transierunt, aliqua certa nova non habuimus de eis. Dominus autem eos custodiat et incolumes reducat ad propria.*

Contra tal testimonio pareceme que nada puede la crítica de Santarem. Otras memorias de atrevidos navegantes genoveses pudieran rebuscarse: recordaré especialmente que el rey Dionisio de Portugal en 1317, empleó como almirante hereditario á Manuel Pezagno, natural de Génova, el cual debia tener siempre á disposicion del monarca un estado mayor de 20 oficiales genoveses para mandar y conducir sus galeras.

El análisis de los mapas publicados por el vizconde de Santarem convence de que la figura del Africa, en su parte última, era totalmente desconocida antes del viaje de Gil Yañez en 1443; que adquirió mayor exactitud á medida que se verificaron los descubrimientos de los portugueses, y que en los siglos xv y xvi todas las denominaciones de la costa estaban tomadas del idioma portugués. Pudiéramos oponer algunas autoridades al aserto de Santarem, cuando dice que nadie tenia conocimiento de los antípodas, y que se creia inhabitable la Zona Tórrida. En cuanto á los antípodas, ya entre los antiguos, Gemino, contemporáneo de Ciceron, aseguraba, «que no debia creerse inhabitable la Zona Tórrida, pues al contrario, algunos que llegaron hasta allí, habían encontrado gente, no faltando quien sostuviera que las tierras situadas en el centro estaban mas pobladas que las de las estremidades.» Dante había explicado la posibilidad de que hubiese antípodas, con indicar claramente en el centro de la tierra el centro de gravedad, el punto «á donde son atraídos todos los cuerpos pesados.»

(F) PÁG. 48.

#### SOBRE LA CONFIANZA DE COLON DE PODER DESCUBRIR LAS INDIAS.

Fernando, hijo de Cristóbal Colon, expone en estos términos las causas que indujeron á su padre á creer que podría descubrir las Indias:

«Las causas que determinaron al Almirante á emprender el descubrimiento de las Indias fueron tres, á saber: fundamentos naturales, autoridades de escritores é indicios de navegantes. Con respecto á lo primero, que es una razon natural, digo, que consideró que toda el agua y la tierra del universo constituian y formaban una esfera, cuya vuelta se podia dar de Oriente á Occidente, caminando los hombres hasta que llegasen á estar piés con piés, en cualquiera parte que fuese, encontrándose á la opuesta.

»Supuso, en segundo lugar, y conoció, por la autoridad de escritores estimados, que en una gran parte de esta esfera se habia ya navegado, y que sólo faltaba para que estuviese toda descubierta, y manifiesta el espacio que se extiende desde el fin oriental de la India, de que Tolomeo y Marin tuvieran noticia, hasta que siguiendo el camino de Oriente se volviese por nuestro Occidente á las islas Azores y de Cabo Verde, que era la tierra más occidental descubierta hasta entonces.

»Consideraba en tercer lugar que el dicho espacio entre la extremidad oriental conocida de Marin, y las dichas islas de Cabo Verde, no podia ser más de la tercera parte del circulo mayor de la esfera; pues el referido Marin habia llegado en otro tiempo á Oriente en quince horas ó partes, de las veinticuatro que hay en la redondez del universo, y faltaban cerca de ocho para llegar á las islas de Cabo Verde. Ahora bien, el referido Marin no comenzó su descubrimiento tan al Poniente como creyó; porque habiendo escrito en su *Cosmografía* en quince horas ó partes de la esfera hácia el Oriente, si no habia llegado aun el fin de la tierra, era preciso que esta extremidad estuviese más adelante, y, de consiguiente, más próxima á las islas de Cabo Verde por nuestro Occidente. Si aquel espacio era mar, un buque podria fácilmente recorrerlo en poco tiempo; y si tierra, más pronto se descubriría por el mismo Occidente, en atencion á que estaria más cerca de las dichas islas.

»A esta razon se agrega lo que dice Estrabon en el libro XV de su *Cosmografía*, á saber: que nadie habia llegado con un ejército á la extremidad oriental de la India, pais tan grande, segun Ctesias, como toda la otra parte del Asia. Onesicrito afirma que es la tercera parte de la esfera, y Nearcha que tiene cuatro meses de camino llano. Plinio dice además en el capítulo XVII del libro XV de su *Historia natural*, que la India es la tercera parte de la tierra. Deducia, pues, que tal magnitud era causa de que estuviésemos más próximos á nuestra España por el Occidente.

»La quinta consideracion, que hacia creer más en la poca extension de aquel espacio, era la opinion de Alfragano y de sus secuaces, el cual suponé la redondez de la esfera mucho menor que todos los demás autores y cosmógrafos, no atribuyendo á cada grado de esfera más de 56 millas y dos tercios, de cuya opinion inferia que siendo la esfera pequeña, aquel espacio de la tercera parte, que Marin dejó como desconocido, debia ser por precision muy pequeño. En su consecuencia, seria navegado en menos tiempo de lo que él mismo suponía; porque no estando aun descubierta la extremidad oriental de la India, esta extremidad seria la tierra que se encuentra próxima á nosotros por Occidente, y en tal virtud se podria llamar con justa razon Indias á las tierras que descubriese. Se ve, pues, claramente con qué poca razon maese Rodrigo, arcediano que fué de Reina en Sevilla, y algunos de sus secuaces, censuran al Almirante diciendo que no debia llamarlas Indias porque no lo eran: el Almirante no las llamó Indias porque hubiesen sido vistas ni descubiertas por otros, sino porque eran la parte oriental de la India más allá del Ganges, á la cual ningun cosmógrafo habia asignado límite ó confin con otra tierra ó provincia por el Oriente, á no ser con el Océano; y como estas tierras son la parte oriental desconocida de la India y no tienen nombre particular, les asignó el del pais más cercano, llamándolas Indias occidentales; tanto más, cuando que sabiendo la opinion que tenia de rica y célebre la India, quiso invitar con aquel nombre á los Reyes Católicos porque no lo eran: el Almirante no las llamó Indias porque hubiesen sido vistas ni descubiertas por otros, sino porque eran la parte oriental de la India más allá del Ganges, á la cual ningun cosmógrafo habia asignado límite ó confin con otra tierra ó provincia por el Oriente, á no ser con el Océano; y como estas tierras son la parte oriental desconocida de la India y no tienen nombre particular, les asignó el del pais más cercano, llamándolas Indias occidentales; tanto más, cuando que sabiendo la opinion que tenia de rica y célebre la India, quiso invitar con aquel nombre á los Reyes Católicos, dudosos de su empresa, diciéndoles que iba á descubrir las Indias por el camino de Occidente. Todas estas razones le determinaron á desear ser comisionado por los reyes de Castilla, con preferencia á cualquier otro príncipe.

»La segunda razon que animó al Almirante á acometer aquella empresa, y que le permitió llamar Indias á las tierras que descubriese, fueron las muchas autoridades de personas doctas, cuya opinion era que se podia navegar por Occidente desde España hasta la extremidad oriental de la India, y que el mar que existia en medio no era muy grande, segun afirma Aristóteles al fin del libro II del *Cielo y del Mundo*, donde dice que se puede desde las Indias pasar á Cádiz en pocos dias. Esto lo prueban tambien Averroes y Séneca en el libro I de las *Razones naturales*, no estimando en nada lo que se puede saber en este mundo, en comparacion de lo que se llega á aprender en la otra vida; dice que un barco podria ir en pocos dias, con viento favorable, desde la última parte de España hasta la India. Si, como pretenden algunos, este Séneca fué el que compuso las tragedias, podremos decir que aludió á lo mismo en el coro de la *Tragedia de Medea*:

..... Venient annis

Sæcula seris, quibus Oceanus

Vincula rerum laxet, et ingens

Pateat tellus, Tiphysque novus

Detegat orbis, nec sit terris

Ultima Thule.

Lo que quiere decir: «En los últimos años llegarán siglos en que el Océano aflojará los vínculos que unen las cosas, y entonces se descubrirá un gran país; otro Tífis explorará nuevos mundos, y Thule no será la tierra más remota.» Profecía que se considera cumplida en nuestros días en la persona del Almirante. Estrabon dice también en el libro I de su *Cosmografía*, que el Océano rodea toda la tierra, que por el Oriente baña toda la India, y por el Occidente la España y la Mauritania, y que se podría, si la extensión del Atlántico no lo impidiese, navegar de uno á otro país en un mismo paralelo. Repite lo propio en el segundo libro. Plinio, en el capítulo III del libro II de su *Historia natural*, dice también que el Océano circunda toda la tierra, y que su longitud de Levante á Poniente es desde la India á Cádiz. Añade en el capítulo XXXI del libro VI, y Solino en el LXVIII de las *Cosas memorables*, que desde las islas Gorgoneas, que se cree son las de Cabo Verde, la navegacion es de 40 días hasta las Hespérides, que el almirante opinó debían ser las de la India. El veneciano Marco Polo y Juan de Mandeville dicen, en sus itinerarios, haber penetrado en el Oriente, mucho más allá de los lugares descritos por Tolomeo y Marino, y aunque no hablan del mar Occidental, puede, no obstante, deducirse, por lo que refieren del Oriente, que la mencionada India está próxima al Africa y á España. Pedro Aliaco, en el tratado *De Imagine mundi*, capítulo VIII *De Quantitate terræ habitabilis*, y Julio Capitolino, *De locis habitabilibus*, y en otros varios tratados, dicen que la India y España están próximas una á otra por el Occidente, y que el mar que se extiende entre las extremidades de España, el Africa occidental y el principio de la India, hácia el Oriente, no es muy grande, considerándose como cierto que se puede cruzar todo en pocos días con vientos favorables. El principio de la India por el Oriente no debe, pues, estar muy distante de la extremidad occidental del Africa.

»Esta autoridad y otras semejantes de este autor fueron las que más determinaron al Almirante á creer que el pensamiento que había concebido era verdadero, y también un tal maese Pablo, físico de maese Domingo, florentino, contemporáneo del Almirante, fué en gran parte causa de que emprendiese su viaje con más ardor. En efecto, siendo el referido maese Pablo amigo de un canónigo de Lisboa, llamado Fernando Martinez, se escribían uno á otro cartas sobre la navegacion que se hacia al país de Guinea, en tiempo del rey don Alonso de Portugal, y la que se podia hacer á los países de Occidente, lo que llegó á oídos del Almirante, muy curioso en estas cosas, y escribió al momento sobre el particular á maese Pablo por mediacion de un tal Lorenzo Girardi, florentino, que estaba en Lisboa, y le envió una pequeña esfera, descubriéndole su proyecto; maese Pablo le dirigió la contestacion en latin, cuya traduccion es esta:

«A Cristóbal Colon, Pablo, físico, salud:

»Veo tu noble y gran deseo de pasar á las tierras donde nacen las especias: así te envío en contestacion á tu carta la copia de otra que he escrito hace algunos días á un amigo mio de la servidumbre del muy serenísimo rey de Portugal, antes de las guerras de Castilla, en respuesta á una que me dirigió sobre el mismo asunto, por comision de Su Alteza. Te mando también otra carta de navegacion, igual á la que le envié á él, por medio de la cual quedarán satisfechas tus preguntas.»

La copia de mi carta es esta:

«A Fernando Martinez, canónigo, Pablo, físico, salud:

»He sabido con sumo placer la familiaridad en que vives con tu muy serenísimo y magnífico soberano; y aunque varias veces he hablado del cortísimo camino que hay desde aquí á las Indias donde nacen las especias, por la via del mar, que creo más corta que la que haceis por Guinea, me dices que Su Alteza quisiera de mí una declaracion ó demostracion, á fin de que se conozca y pueda emprenderse dicho camino. En tal concepto, si bien estoy seguro de que podria demostrárselo con la esfera en la mano, y hacerle ver como es el mundo, he resuelto, para más facilidad y que me comprenda mejor, indicar este camino en una carta semejante á las que se hacen para navegar, y así la envío á Su Magestad, hecha y dibujada por mi mano. He marcado en ella todas las extremidades de Poniente, desde la Irlanda al Mediodía, hasta la extremidad de la Guinea, con todas las islas que se encuentran en el camino. En frente de las cuales, hácia Poniente, está marcado el principio de la India, con las islas y lugares á donde podeis ir, y cuánto podeis separaros del polo ártico por la línea equinoccial, y hasta qué distancia, es decir, cuántas leguas necesitais andar para llegar á aquellos países fértiles en toda clase de especias, perlas y piedras preciosas. No os admireis si llamo Poniente al país donde nacen las especias, que comunmente se dice proceden de Levante, pues los que navegan hácia Poniente, encontrarán siempre dichos lugares á Poniente; y los que caminen por tierra hácia Levante los encontrarán siempre á Levante. Las líneas rectas tiradas en toda su longitud en dicha carta, indican la distancia que hay de Levante á Poniente; las demás, marcadas oblicuamente, la distancia de Norte á Mediodía. También he trazado en ella varios puntos de las comarcas de la India, á donde se podría ir en caso de tempestad, vientos contrarios ó cualquiera otra circunstancia inesperada. Además, para dar un informe completo sobre todos aquellos lugares, que tanto deseais conocer, os diré, que todas aquellas islas no están habitadas ni frecuentadas sino por mercaderes; advirtiendo, que hay allí más cantidad de barcos y marineros con mercancías, que en

cualquiera otra parte del mundo, especialmente en un hermoso puerto llamado Zaiton, donde cien grandes naves cargan y descargan todos los años pimienta, además de otras muchas que conducen otras especias. Aquel país está muy poblado; se componen de muchas provincias, reinos y ciudades, bajo el dominio de un príncipe llamado el Gran Kan, nombre que significa rey de los reyes, cuya residencia es la mayor parte del tiempo la provincia de Catay. Sus predecesores desearon tener relaciones de amistad con los cristianos, y enviaron, hace 200 años, embajadores al sumo pontífice, suplicándole que les mandase sabios y doctores para enseñarles nuestra fe; pero los obstáculos que encontraron estos embajadores, hicieron se volviesen sin poder llegar á Roma. Otro embajador enviado al papa Eugenio IV le refirió la grande amistad que aquel príncipe y sus pueblos han contraído con los cristianos, y yo hablé largamente con él de varias cosas, como tambien de la grandeza de los edificios reales, de la estension de los ríos, en su longitud y latitud; me refirió varias maravillas con respecto á la multitud de ciudades y aldeas que existen en sus orillas. Sólo en un río hay 200 ciudades, edificadas con puentes de mármol, muy anchos y largos que están adornados con muchas columnas. Este país es tan excelente como cualquiera otro de los descubiertos; no sólo se encuentran allí grandes ventajas y muchas cosas ricas, sino tambien oro, plata, perlas, piedras preciosas, gran cantidad de especias de todas clases, de lo que nunca se ha traído nada á nuestro país. Muchos hombres doctos, filósofos, astrólogos, y otros grandes sabios en todas las artes y dotados de gran talento, gobiernan en aquella gran provincia, y mandan en las batallas. Saliendo de Lisboa, y caminando rectamente hácia Poniente, hay en la dicha carta 26 espacios, cada uno de 250 millas, hasta la muy noble y gran ciudad de Quinsay, cuyo circuito es de 100 millas. Cuéntanse de esta ciudad, cuyo nombre significa ciudad del cielo, cosas maravillosas acerca de la grandeza de los ingenios, construcciones y rentas. Este espacio es casi la tercera parte de la esfera. Aquella ciudad está situada en la provincia de Mango, próxima á la del Catay, donde el rey reside la mayor parte del tiempo. Desde la isla de Antilia, que llamais de las siete ciudades, y que ya conoceis, hasta la nobilísima isla de Cipango, hay 10 espacios, que componen 2,500 millas, es decir, 225 leguas, y esta isla es muy abundante en oro, perlas y piedras preciosas; pues debeis saber que allí se cubren los templos y las habitaciones reales con planchas de oro fino. De modo que, no siendo conocido el camino, todas estas cosas se encuentran ocultas é ignoradas, y á la isla se puede ir con seguridad. Seria fácil añadir otras muchas cosas; pero como ya hemos hablado, y sois prudente y de buen juicio, estoy seguro que no os quedará nada por comprender; así no me extiendo más. He satisfecho á vuestras preguntas en lo que me lo ha permitido la brevedad del tiempo y mis ocupaciones. Quedo además á las órdenes de Su Alteza, pronto siempre á servirle en todo lo que guste mandarme.» Florencia 25 junio de 1474.

Después de esta carta volvió otra vez á escribir al Almirante en la forma siguiente:

«A Cristóbal Colon, Pablo, físico; salud:

«He recibido tu carta con las cosas que me mandaste, las cuales he considerado como un gran favor, y he estimado tu deseo noble y grande de navegar de Levante á Poniente, como lo demuestra el mapa que te envié; y se demostrará mejor aun en forma de esfera redonda. Me alegro mucho de que haya sido bien entendido y de que dicho viaje no sólo sea posible, sino verdadero y cierto, capaz de producir honra y ganancia inestimable, como tambien una gloria inmensa á los ojos de todos los cristianos. No lo podeis conocer perfectamente sino con la experiencia ó con la práctica, cual la he tenido yo larga y repetida, y con buenos y verídicos datos de hombres ilustres y de gran saber que han llegado de aquellos países á esta corte de Roma, y de otros negociantes que han traficado mucho tiempo allí, personas todas de grande autoridad. Así es, que cuando dicho viaje se haga, será á reinos poderosos, en medio de ciudades y provincias muy nobles, muy ricas, abundantemente provistas de todas las cosas que nos son necesarias, es decir, de todas clases de especias en gran cantidad y de innumerables joyas. Esto convendrá tambien á aquellos príncipes y reyes, ansiosos de traficar y contratar con cristianos de nuestros países, tanto porque entre ellos hay tambien cristianos, como por hablar y tratar con los hombres sabios é ingeniosos de estas comarcas, acerca de religion y de todas las demás ciencias, por el gran concepto que han formado de nuestros imperios é instituciones. No me admiro, pues, por todas estas cosas y otras muchas que podrian añadirse, que tú, dotado de gran corazon, y toda la nacion portuguesa, que ha tenido constantemente hombres distinguidos en todas las empresas, deseéis con ardor ejecutar semejante viaje.»

Esta carta, como he dicho, estimuló aun más al Almirante á emprender su descubrimiento, si bien el que se la habia enviado estaba en un error, creyendo que las primeras tierras que encontrase deberian ser el Catay y el imperio del Gran Kan con las demás cosas que refiere; pues, como la experiencia nos ha demostrado, hay mucha más distancia desde nuestra India hasta allí, que la que hay desde aquí á aquellos países.

La tercera y última causa que impulsó al Almirante á emprender el descubrimiento de las Indias, fué la esperanza de poder encontrar, antes de llegar á ella, alguna isla ó tierra de grande utilidad, desde donde le seria fácil proseguir su proyecto principal. Confirmábale esta esperanza la autoridad

de varios hombres sabios y filósofos, que tenían por cosa cierta que la mayor parte de esta esfera de agua y de tierra está seca, es decir, que hay más espacio y superficie de tierra que de agua. De donde infería, que desde la extremidad de España hasta los límites de la India, conocidos entonces, había otras muchas islas y tierras, como lo ha demostrado después la experiencia. Daba á esto crédito más fácilmente por las muchas fábulas y cuentos que oía referir á diferentes personas y marinos que traficaban en las islas y mares occidentales de las Azores y de la Madera, no dejando de grabar en su memoria todos los indicios que se rozaban con su proyecto. Por lo mismo, no los omitiré, para satisfacción de los que gustan de tales curiosidades. Conviene se sepa que un piloto del rey de Portugal, llamado Martin Vicente, le dijo que encontrándose una vez á 450 leguas al Oeste del cabo de San Vicente, vió y recogió en el mar un pedazo de madera ingeniosamente trabajado, pero no con hierro; por esto y porque habían soplado los vientos del Oeste varios días, dedujo que aquel pedazo de madera procedía de alguna islas situadas hácia el Occidente. Además, un tal Pedro Corea, casado con una hermana de la mujer del Almirante, le dijo que había visto en la isla de Porto-Santo otro pedazo de madera bien trabajado, como el anterior, impulsado allí por los mismos vientos; que tambien habían impelido cañas tan gruesas, que de un nudo á otro contenían nueve garrafas de vino, lo cual dice afirmaba tambien el mismo rey de Portugal, hablando con él de estas cosas, y que le fueron manifestadas, y no existiendo comarcas en Europa donde crezcan semejantes cañas, debía colegirse que los vientos las habían traído de algunas islas vecinas, ó á lo menos de la India; pues Tolomeo dice, en el capítulo 10 del libro I de su *Cosmografía*, que se encuentran de estas cañas en las regiones orientales de las Indias. Algunos habitantes de las islas Azores le dijeron tambien, que cuando reinaban mucho tiempo los vientos del Oeste, el mar arrojaba algunos pinos á aquellas islas, sobre todo, á la Graciosa y al Fayal, donde se sabe que no crecen, ni tampoco en todas aquellas partes, árboles de esta clase; que además, en la isla de las Flores, una de las Azores, el mar arrojó á la costa dos cadáveres humanos, de rostro muy ancho y de diferente aspecto que los cristianos. En el cabo de la Verga y en todo aquel país se dice que una vez se vieron algunas almadías ó barcas con cabañas, las cuales se cree fueron separadas de su camino por el mal tiempo, atravesando de una isla á otra.

Estos indicios que en aquella época parecían en cierto modo razonables, no eran los únicos; no faltaban gentes que decían haber visto algunas islas, entre otros, un tal Antonio Leme, casado en la isla de la Madera, el cual le aseguró haber visto una vez tres islas, después de una correría bastante larga, hácia Poniente, con una carabela. No daba fe á estos últimos, conociendo por sus palabras y relaciones que no habían navegado 100 leguas hácia Poniente, y que engañados por ciertas rocas, las habían creído islas, á menos que no fuesen las que flotan sobre el agua, llamada por los marinos *aguedes*, que Plinio menciona tambien en el capítulo 97 del libro XI de su *Historia natural*, diciendo que en los países septentrionales, el mar descubre algunas tierras en las cuales hay árboles de enormes raíces, cuyas tierras son llevadas juntamente con los troncos, á manera de balsas ó de islas flotantes. Queriendo Séneca explicar la existencia de tales islas en el libro III de las *Razones naturales*, dice, que hay piedras tan esponjosas y ligeras, que las islas que se forman de ellas en la India flotan sobre el agua. Así pues, aun cuando fuera cierto que el dicho Antonio Leme hubiese visto alguna isla, no podría ser, segun el Almirante, sino una de las antedichas, como se presume de las de San Brandan, donde se cuenta haberse visto muchas maravillas. Tambien se mencionan otras islas situadas muy al Norte; las hay tambien en aquellos alrededores, que arrojan siempre llamas. Juvencio Fortunato refiere que se ha hablado de otras dos islas situadas al Occidente, y más australes que las de Cabo Verde, que flotan sobre el agua. Por ellas y por otras semejantes es por lo que muchos habitantes de las islas de Hierro, la Gomera y las Azores han afirmado que veían todos los años varias islas hácia la parte del Poniente. Lo tenían por cosa muy cierta, y varias personas honradas juraban que era verdad. El mismo Juvencio dice tambien que en el año de 1484 un habitante de la isla de la Madera fué á Portugal á pedir al rey una carabela para ir á reconocer cierto país que aseguraba bajo juramento ver todos los años, y siempre del mismo modo, conforme con esto con los demás que decían haberlo visto desde las Azores.

Por estos indicios se marcaban antiguamente en las cartas y mapamundis que se hacían, varias islas en aquellos alrededores, en atencion principalmente á que Aristóteles, en el libro de las *Cosas naturales maravillosas*, afirma que algunos mercaderes cartagineses habían navegado por el mar Atlántico hasta una isla muy fértil, de que hablaremos después con más pormenores, cuya isla algunos portugueses colocaban en sus cartas con el nombre de Antilia. Aunque no estaban conformes con Aristóteles en cuanto á la situacion, nadie la colocaba á más de 200 leguas hácia el Occidente, en frente de las Canarias y de las islas Azores. Se considera por lo demás como cosa cierta que la Antilia es la isla de las siete ciudades, poblada por los portugueses en la época en que España fué ganada al rey don Rodrigo por los moros, esto es, en el año 714 del nacimiento de Cristo. Cuéntase, pues, que en aquella época se embarcaron siete obispos que fueron con gente y varios barcos á aquella isla donde cada cual construyó una ciudad, y á fin de que los suyos no pensasen volver á España, quemaron los barcos con todas las cuerdas y demás cosas necesarias para navegar. Hablando después ciertos

portugueses de aquella isla, aseguraban que habian ido á ella muchos compatriotas suyos, los cuales no habian podido retroceder. Dicese, especialmente, que en vida del infante don Enrique de Portugal, un barco que salió de este reino, fué arrojado por una tempestad á Antilia, y que habiendo bajado á tierra las personas de á bordo, las de la isla las condujeron al templo para ver si eran cristianos, y si observaban las ceremonias romanas. Viendo que las observaban, les rogaron no se marchasen hasta la vuelta de su señor, que estaba ausente, el cual los agasajaria y les haria muchos regalos, añadiendo que inmediatamente iban á informarle de su llegada. Pero el patron y los marineros temieron ser detenidos, figurándose que aquella gente, no queriendo ser conocida, les quemaria el barco, por lo cual se volvieron á Portugal con la esperanza de ser recompensados por el infante. Este los reprobó severamente y les mandó dirigirse otra vez á aquella isla; pero el patron huyó de miedo con su barco y tripulacion fuera de Portugal. Dicese que mientras los marineros estaban en la iglesia en la isla Antilia, los grumetes del barco recogieron arena para la cocina, y encontraron que la tercera parte de ella era oro fino.

Un tal Diego de Tiene fué tambien en busca de aquella isla, y su piloto, llamado Pedro de Vasco, natural de Palos de Moguer en Andalucia, dijo al Almirante en Santa Marta de la Rábida, que salieron de Fayal y navegaron más de 150 leguas al Sudoeste, y que al volver descubrieron la isla de las Flores, á la cual los guiaron muchas aves que volaron en aquella direccion; pues siendo aves terrestres y no marinas, juzgaron que no podrian ir á descansar sino en alguna tierra. Caminaron después tanto al Nordeste, que llegaron al cabo de Chiara, en Irlanda, por el Oeste, y encontraron allí fuertes vientos que soplaban del Oeste, sin que no obstante estuviese el mar agitado, lo que creyeron procederia de alguna tierra que existiese hácia Occidente. Pero como el mes de agosto habia comenzado ya, no quisieron volver á la isla por temor del invierno. Esto sucedió 40 años después de que se descubriesen nuestras Indias. Estos hechos le fueron confirmados en el puerto de Santa María por un pobre marinero, que le dijo que en uno de sus viajes á Irlanda, vió dicha tierra, tomándola entonces por una parte de la Tartaria que daba vuelta á Occidente, debia ser la que llamamos hoy Tierra de Balcayos, pero que no pudieron acercarse á ella á causa del mal tiempo.

Confirmaba todo esto un tal Pedro Velasco Gallego, que aseguró al Almirante, en la ciudad de Murcia, que haciendo aquella navegacion, se acercaron tanto al Nordeste, que vieron una tierra al occidente de Irlanda. Esta tierra, segun él, era la que un tal Zernaldolmos trató de descubrir del modo que contaré fielmente, segun lo he leído en los escritos de mi padre, á fin de que se sepa cómo una cosa pequeña sirve á algunos de punto de partida para emprender otra mayor. Gonzalo de Oviedo refiere en su *Historia de las Indias*, que el Almirante tuvo una carta, en la cual halló descritas las Indias por un individuo que las habia descubierto antes. Esto sucedió del modo siguiente: Un portugués, llamado Vicente Diaz, ciudadano de Tavira, que navegaba de Guinea á la isla Terceira, habia pasado ya más allá de la Madera, que dejó al Este, cuando vió ó se figuró ver una isla que no dudó fuese verdaderamente tierra. Luego que llegó á Terceira comunicó esto á un mercader genovés, llamado Lucas de Cazzana, que era muy rico y amigo suyo, persuadiéndole á que armase algun buque para conquistar aquel pais. Prestóse á ello con gusto el genovés, y obtuvo del rey de Portugal la autorizacion de hacerlo. Escribió, pues, á su hermano Francisco de Cazzana, que vivia en Sevilla, diciéndole que armase al referido piloto una barca con la mayor diligencia. Pero, mofándose el dicho Francisco de tal expedicion, equipó una Lucas en la isla Terceira, y aquel piloto fué tres ó cuatro veces en busca de la referida isla, alejándose de 120 á 130 leguas; pero se cansó en vano, porque ni aun encontró tierra. Sin embargo, ni él ni su compañero desistieron de su empresa hasta su muerte, conservando siempre la esperanza de encontrar la isla, y me fué dicho y afirmado por el mencionado hermano, que habia conocido á dos hijos del capitan que descubrió á Terceira, llamados Miguel y Gaspar Cortereal, los cuales en diversas épocas se pusieron en camino para descubrir aquellas tierras, y concluyeron por sucumbir en la empresa uno después de otro en el año 1503, sin que supiese cómo ni dónde; y que esto era cosa conocida de muchas personas.

(G) PÁG. 58.

#### CARTA RARÍSIMA DE COLON.

Con este título publicó Morelli en 1810 una traduccion italiana hecha en 1505 de la relacion del cuarto viaje de Colon, dirigida por él mismo desde la Jamaica á los reyes. Luis Bossi la tradujo al francés, tomándola de esta version; pero cambiando con frecuencia el sentido y á veces interpolando frases. Humboldt, el que más estudió y mejor dió á conocer á Colon, dice que nada hay más patético que la tristeza que domina en esta carta, y recomienda especialmente á los que quieran profundizar el carácter de aquel hombre extraordinario, la narracion de la vision nocturna. En efecto, en ella se

presenta Colon con todas las debilidades y todos los delirios de un grande hombre sumido en la anargura; se deja llevar más que nunca de fantasias metafísicas; ofrece en suma lo que por algunos se ha llamado espectáculo digno de los dioses, el del hombre fuerte luchando con la desgracia. Damos esta carta en su texto original.

—Carta que escribió don Cristóbal Colon, virey y almirante de las Indias, á los cristianísimos y muy poderosos rey y reina de España, nuestros señores, en que les notifica cuanto le ha acontecido en su viaje y en las tierras, provincias y ciudades, rios y otras cosas maravillosas, y donde hay minas de oro en mucha cantidad, y otras cosas de gran riqueza y valor.

Serenísimos y muy altos y poderosos príncipes rey é reina, nuestros señores: De Cádiz pasé á Canarias en cuatro días, y dende á las Indias en diez y seis días, donde escribia. Mi intencion era dar prisa á mi viaje en cuanto yo tenia los navios buenos, la gente y los bastimentos, y que mi derrota era en la isla de Jamaica; y en la isla Dominica escribí esto: fasta allí truje el tiempo á pedir por la boca. Esa noche que allí entré fue con tormenta y grande, y me persiguió despues siempre. Cuando llegué sobre la Española envié el envoltorio de cartas, y á pedir por merced un navio por mis dineros, porque otro que yo llevaba era inavengable y no sufría velas. Las cartas tomaron y sabrán si se las dieron la respuesta. Para mí fue mandarme de parte de ahí, que yo no pasase ni llegase á la tierra: cayó el corazon á la gente que iba conmigo, por temor de los llevar yo lejos, diciendo que si algun caso de peligro les viniese que no serian remediados allí, antes les seria fecha alguna grande afrenta. Tambien á quien plugo dijo que el Comendador habia de proveer las tierras que yo ganase. La tormenta era terrible, y en aquella noche me desmembró los navíos: á cada uno llevó por su cabo sin esperanzas, salvo de muerte: cada uno de ellos tenia por cierto que los otros eran perdidos.—¿Quién nasció, sin quitar á Job, que no muriera desesperado? que por mi salvacion y de mi fijo, hermano y amigos me fuese en tal tiempo defendida la tierra y las puertas que yo, por la voluntad de Dios, gané á España sudando sangre.—E torno á los navíos que así me habia llevado la tormenta y dejado á mí solo. Deparómelos nuestro Señor cuando le plugo. El navio sospechoso habia echado á la mar, por escapar, fasta la isola la Gallega; perdió la barca, y todos gran parte de los bastimentos: en el que yo iba, abalumado á maravilla, nuestro Señor le salvó que no hubo daño de una paja. En el sospechoso iba mi hermano; y él, despues de Dios, fue su remedio. E con esta tormenta, así á gatas, me llegué á Jamaica: allí se mudó de mar alta en calmeria y grande corriente, y me llevó fasta el *Jardin de la Reina* sin ver tierra. De allí, cuando pude, navegué á la tierra firme; adonde me salió el viento y corriente terrible al oposito: combatí con ellos sesenta dias, y en fin no le pude ganar más de 70 leguas.—En todo este tiempo no entré en puerto, ni pude, ni me dejó tormenta del cielo, agua y trombones y relámpagos de continuo, que parecia el fin del mundo. Llegué al cabo de *Gracias á Dios*, y de allí me dió nuestro Señor, próspero el viento y corriente. Esto fue á 12 de setiembre. Ochenta y ocho dias habia que no me habia dejado espantable tormenta, á tanto que no vide el sol ni estrellas por mar; que á los navios tenia yo abiertos, á las velas rotas, y perdidas anclas y jarcia, cables, con las barcas y muchos bastimentos, la gente muy enferma, y todos contritos, y muchos con promesa de religion, y no ninguno sin otros votos ni romerías. Muchas veces habian llegado á se confesar los unos á los otros. Otras tormentas se han visto, mas no durar tanto ni con tanto espanto. Muchos esmorecieron, harto y hartas veces, que tenamos por esforzados. El dolor del fijo que yo tenia allí me arrancaba el ánima, y más por verle de tan nueva edad de trece años, en tanta fatiga, y durar en ella tanto, nuestro Señor le dió tal esfuerzo, que el avivaba á los otros, y en las obras hacia él como si hubiera navegado ochenta años, y él me consolaba. Yo habia adolescido y llegado fartas veces á la muerte. De una camarilla, que yo mandé facer sobre cubierta, mandaba la via. Mi hermano estaba en el peor navio y más peligroso. Gran dolor era el mio, y mayor porque lo truje contra su grado; porque por mi dicha, poco me han aprovechado veinte años de servicios que yo he servido con tantos trabajos y peligros, que hoy dia no tengo en Castilla una teja; si quiero comer ó dormir no tengo, salvo al meson ó taberna, y las más de las veces falta para pagar el escote. Otra lástima me arrancaba el corazon por las espaldas, y era de don Diego mi hijo, que yo dejé en España tan huérfano y desposicionado de mi honra é hacienda; bien que tenia por cierto que allá como justos y agradecidos príncipes le restituirian con acrescentamiento en todo.

Llegué á tierra de *Cariay* adonde me detuve á remediar los navios y bastimentos, y dar aliento á la gente, que venia muy enferma. Yo, que, como dije, habia llegado muchas veces á la muerte, allí supe de las minas del oro de la provincia de *Ciamba*, que yo buscaba. Dos indios me llevaron á *Carambaru*, adonde la gente anda desnuda y al cuello un espejo de oro; mas no le querian vender ni dar á trueque. Nombráronme muchos lugares en la costa de la mar, adonde decian que habia oro y minas; el postrero era *Veragua*, y lejos de allí obra de veinte y cinco leguas: partí con intencion de los tentar á todos, y llegado ya el medio supe que habia minas á dos jornadas de andadura: acordé de enviarlas á ver víspera de San Simon y Judas, que habia de ser de la partida; en esa noche se levantó tanta mar y viento, que fué necesario de correr hácia donde él quiso, y el indio adalid de las minas siempre conmigo.—En todos estos lugares, adonde yo habia estado, fallé verdad todo lo que

yo habia oido: esto me certificó que es así de la provincia de *Ciguare*, que segun ellos, es descrita nueve jornadas de andadura por tierra al Poniente: allí dicen que hay infinito oro, y que traen corales colgados de la cabeza á las espaldas. En esta que yo digo, la gente toda de estos lugares conciertan en ello, y dicen tanto que yo seria contento con el diezmo. Tambien todos conocieron la pimienta. En *Ciguare* usan tratar en ferias y mercaderías; esta gente así lo cuentan, y me amostraban el modo y forma que tienen en la barata. Otrosí dicen que las naos traen bombardas, arcos y flechas, espadas y corazas, y andan vestidos, y en la tierra hay caballos, y usan la guerra, y traen ricas vestiduras, y tienen buenas cosas. Tambien dicen que la mar boxa á *Ciguare*, y de allí á diez jornadas es el rio de *Ganges* (1). Parece que estas tierras con *Veragua*, como Tortosa con Fuenterrabia, ó Pisa con Venecia.

Quando yo partí de *Caramburu* y llegué á estos lugares que dije, fallé la gente en aquel mismo uso, salvo que los espejos del oro, quien los tenia los daba por tres cascabeles de gabilan por el uno, bien que pesasen diez ó quince ducados de peso. En todos sus usos son como los de la Española. El oro cojen con otras artes, bien que todos son nada con los de los cristianos. Esto que yo he dicho es lo que oyo. Lo que yo sé es que el año de noventa y cuatro navegué veinte y cuatro grados al Poniente en término de nueve horas, y no pudo haber hierro porque hubo eclipses: el sol estaba en Libra y la luna en Ariete. Tabien esto que yo supe por palabra habialo yo sabido largo por escrito. Tolomeo creyo de haber bien remedado á Marino, y ahora se falla su escritura bien propinqua al cierto. Tolomeo asienta *Catigara* á doce líneas léjos de su occidente, que él asentó sobre el cabo de San Vicente en Portugal dos grados y un tercio. Marino en quince líneas constituyó la tierra é terminor. Marino en Etiopia escribe al indo la línea equinocial más de veinte y cuatro grados, y ahora que los Portugueses le navegan le fallan cierto. Tolomeo diz que la tierra más austral es el plazo primero, y que no abaja más de quince grados y un tercio. E el mundo es poco: el enjuto de ello es seis partes, la séptima solamente cubierta de agua: la experiencia ya está vista, y la escribí por otras letras y con adornamiento de la Sacra Escritura, con el sitio del Paraiso terrenal, que la santa iglesia apruebaba: digo que el mundo no es tan grande como dice el vulgo, y que un grado de la equinocial está cincuenta y seis millas y dos tercios: pero esto se tocará con el dedo. Dejo esto, por quanto no es mi propósito de hablar en aquella materia, salvo de dar cuenta de mi duro y trabajoso viaje, bien que él sea el más noble y provechoso.—Digo que vispera de San Simon y Judas corrí donde el viento me llevaba, sin poder resistirle. En un puerto excusé diez dias de gran fortuna de la mar y del cielo: allí acordé de no volver atrás á las minas, y dejélas ya por ganadas. Partí, por seguir mi viaje, lloviendo: llegué *puerto de Bastimentos*, adonde entré y no de grado: la tormenta y gran corriente me entré allí cartorce dias; y después partí, y no con buen tiempo. Quando yo hube andado quince leguas, forzosamente, me reposó atrás el viento y corriente con furia: volviendo yo al puerto de donde habia salido fallé en el camino al *Retrete*, adonde me retruje con harto peligro y enojo, y bien fatigado yo y los navios y la gente: detúveme allí quince dias, que así lo quiso el cruel tiempo; y quando creí de haber acabado me fallé de comienzo: allí mudé de sentencia de volver á las minas, y hacer algo fasta que me viniese tiempo para mi viaje y mearar: y llegado con cuatro leguas revino la tormenta, y me fatigó tanto á tanto que ya no sabia de mi parte. Allí se me refrescó del mal la llaga: nueve dias anduve perdido sin esperanzas de vida: ojos nunca vieron la mar tan alta, fea y hecha espuma. El viento no era para ir adelante, ni daba lugar para correr hácia algun cabo. Allí me detenía en aquella mar fecha sangre, herbiendo como caldera por gran fuego. El cielo jamás fué visto tan espantoso: un dia con la noche ardió como forno; y así echaba la llama con los rayos, que cada vez miraba yo si me habia llevado los masteles y velas; venian con tanta furia espantables que todos creíamos que me habian de fundir los navios. En todo este tiempo jamás cesó agua del cielo, y no para decir que llovía, salvo que resedungaba otro diluvio. La gente estaba ya tan molida que deseaban la muerte para salir de tantos martirios. Los navios ya habian perdido dos veces las barcas, anclas, cuerdas, y estaban abiertos, sin velas.—Quando plugo á nuestro Señor volví á *Puerto Gordo*, adonde reparé lo mejor que pude. Volví otra vez hácia *Veragua* para mi viaje, aunque yo no estuviera para ello. Todavía era el viento y corrientes contrarios. Llegué casi adonde antes, y allí me salió otra vez el viento y corrientes al encuentro, y volví otra vez al puerto, que no osé esperar la oposicion de Saturno con mares tan desbaratados en costa brava, porque las más de las veces trae tempestad ó fuerte tiempo. Esto fué dia de Navidad en horas de misa. Volví otra vez á donde yo habia salido con harta fatiga; y pasado año nuevo torné á la porfia, que aunque me hiciera buen tiempo para mi viaje, ya tenia los navios innavegables, y la gente muerta y enferma. Dia de la Epifania llegué á *Veragua*, ya sin aliento: allí me deparó nuestro Señor un rio y seguro puerto, bien que á la entrada no tenia salvo diez palmos de fondo, metime en él con pena, y el dia siguiente recordó la fortuna; si me falla fuera no pudiera entrar á causa del banco. Llovió sin cesar fasta catorce de Febrero, que nunca hubo lu-

(1) Como Colon creia ser aquel continente del Asia juzgaba estar allí el rio *Ganges*, á diez jornadas de *Ciguare*.

gar de entrar en la tierra, ni de me remediar en nada; y estando ya seguro á veinte y cuatro de enero, de improviso vino el rio muy alto y fuerte, quemóse las amarras y proeses (2), y hubo de llevar los navios, y cierto los ví en mayor peligro que nunca. Remedió nuestro Señor, como siempre hizo. No sé si hubo otro con más martirios. A seis de Febrero, lloviendo, invié setenta hombres la tierra adentro; y á las cinco leguas fallaron muchas minas: los Indios que iban con ellos los llevaron á un cerro muy alto, y de allí les mostraron hácia toda parte cuanto los ojos alcanzaban, diciendo que en toda parte habia oro, y que hácia el Poniente llegaban las minas veinte jornadas, y nombraban las villas y lugares, y á donde habia de ellos más ó menos. Después que supe yo que el *Quibian* que habia dado estos indios, les habian mandado que fuesen á mostrar las minas lejos y de otro su contrario, y que adentro de su pueblo cogian, cuanto él queria, un hombre en diez dias, una mozada de oro. Los indios, sus criados y testigos de esto traigo conmigo. Adonde él tiene el pueblo llegan las barcas. Volvió mi hermano con esa gente, y todos con oro que habian cogido en cuatro horas que fuese allá á la estada. La calidad es grande, porque ninguno de estos jamás habia visto minas, y los más oro. Los más eran gente de la mar y casi todos grumetes. Yo tenia mucho aparejo para edificar y muchos bastimentos. Asenté pueblo y di muchas dádivas al *Quibian*, que así llaman al Señor de la tierra; y bien sabia que no habia de durar la concordia: ellos muy rústicos y nuestra gente muy importunos, y me aposesionaba en su término: después que él vido las cosas fechas y el tráfigo tan vivo acordó de las quemar y matarnos á todos: muy al revés salió su propósito: quedó preso él, mujeres, y hijos y criados; bien que su prision duró poco; el *Quibian* se fuyó á un hombre honrado, á quien se habia entregado con guarda de hombres; é losijos se fueron á un Maestre de navios á quien se dieron en él á buen recaudo.—En enero se habia cerrado la boca del rio. En abril los navios estaban todos comidos de broma, y no los podia sostener sobre agua. En este tiempo hizo el rio una canal, por donde saqué tres de ellos vacios con gran pena. Las barcas volvieron adentro por la sal y agua. La mar se puso alta y fea, y no les dejó salir fuera: los indios fueron muchos y juntos y las combatieron, y en fin los mataron. Mi hermano y la otra gente toda estaban en un navio que quedó adentro: yo muy solo de fuera en tan brava costa, con fuerte fiebre, en tanta fatiga: la esperanza de escapar era muerta: subí así trabajando lo más alto, llamando á voz temerosa, llorando y muy aprisa, los maestros de la guerra de vuestras Altezas, á todos cuatro los vientos, por socorro; mas nunca me respondieron. Cansado, me dormecí gimiendo: una voz muy piadosa oí, diciendo: «¡Oh estulto y tardo á creer y á servir á tu Dios, Dios de todos! ¿Qué hizo él mas por Moisés ó por David su siervo? Desde que naciste, siempre él tuvo de tí muy grande cargo. Cuando te vido en edad de que él fué contento, maravillosamente hizo sonar tu nombre en la tierra. Las Indias que son parte del mundo, tan ricas, te las dió por tuyas; tú las repartiste adonde te plugo, y te dió poder para ello. De los atamientos de la mar Oceana, que estaban cerrados con cadenas tan fuertes, te dió las llaves; y fuiste obedecido en tantas tierras, y de los cristianos cobraste tan honrada fama. ¿Qué hizo el más alto pueblo de Israel cuando le sacó de Egipto? ¿Ni por David, que de pastor hizo rey en Judea? Tórnate á él, y conoce ya tu yerro: su misericordia es infinita: tu vejez no impedirá á toda cosa grande: muchas heredades tiene él grandísimas. Abrahan pasaba de cien años cuando engendró á Isaac ¿ni Sara era moza? Tú llamas por socorro incierto: responde, ¿quién te ha afligido tanto y tantas veces; Dios ó el mundo? Los privilegios y promesas que da Dios, no las quebranta, ni dice después de haber recibido el servicio, que su intencion no era esta, y que se entiende de otra manera, ni da martirios por dar color á la fuerza: él va al pié de la letra: todo lo que él promete cumple con acrescentamiento; ¿esto es uso? Dicho tengo lo que tu Criador ha fecho por tí y hace con todos. Ahora medio muestra el galardón de estos afanes y peligros que has pasado sirviendo á otros.» Yo así amortecido oí todo; mas no tuve yo respuesta á palabras tan ciertas, salvo llorar por mis yerros. Acabó él de fablar quien quiera fuese, diciendo: «No temas, confía; todas estas tribulaciones están escritas en piedra mármol, y no sin causa.»— Levantéme cuando pude, y al cabo de nueve dias hizo bonanza, mas no para sacar navios del rio. Recogí la gente que estaba en tierra, y todo el resto que pude, porque no bastaba para quedar y para navegar los navios. Quedara yo asostener el pueblo con todos, si vuestras Altezas supieran de ello. El temor que nunca aportarian allí navios me determinó á esto, y la cuenta que cuando se haya de proveer de socorro se proveerá de todo. Partí en nombre de la Santísima Trinidaad, la noche de Pascua, con los navios podridos, abrumados, todos fechos agujeros. Allí en *Belen* dejé uno, y hartas cosas. En Belpuerto hizo otro tanto. No me quedaron salvos dos en el estado de los otros, y sin barcas y bastimentos, por haber de pasar siete mil millas de mar y de agua, ó morir en la via con fijo y hermano y tanta gente. Respondan ahora los que suelen tachar y reprender, diciendo allá de en salvo: ¿por qué no haciades esto allí? Los quisiera yo en esta jornada. Yo bien creo que otra de otro saber los aguarda; á nuestra fe es ningun. Llegué á trece de Mayo en la provincia de *Mayo*, que parte con aquella

(2) Debe decirse *proises* ó *proizes*. *Proiz* es la piedra ú otra cosa firme en tierra donde se amarran las embarcaciones. Hoy se llama *noray*.

del *Catayo* (3), y de allí partí para la Española; navegué dos días con buen tiempo, y después fué contrario. El camino que yo llevaba era para desechar tanto número de islas por no me embarazar en los bajos de ellas. La mar brava me hizo fuerza, y hube volver atrás sin velas; surgi á una isla adonde de golpe perdí tres anclas, y á media noche; que parecía que el mundo se ensolvía, se rompieron las amarras al otro navio, vino sobre mí, que fué maravilla como no nos acabamos de se hacer rajás; el ancla, de forma que me quedó, fué ella después de nuestro Señor, quien me sostuvo. Al cabo de seis días, que ya era bonanza, volví á mi camino: así ya perdido del todo de aparejos y con los navios horadados de gusanos mas que un panal de abejas, y la gente tan acobardada y perdida, pasé algo adelante de donde yo habia llegado denantes: allí me torné á reposar atrás la fortuna: paré en la misma isla en más seguro puerto: al cabo de ocho días torné á la via y llegué á Jamaica en fin de junio siempre con vientos punteros, y los navios en peor estado: con tres bombas, tinas y calderas no podian con toda la gente vencer el agua que entraba en el navio, ni para este mal de broma hay otra cura. Cometí el camino para me acercar á lo más acerca de la Española, que son veinte y ocho leguas, y no quisiera haber comenzado. El otro navio corrió á buscar puerto casi anegado. Yo porfié la vuelta de la mar con tormenta. El navio se me anegó que milagrosamente me trujo nuestro Señor á tierra. ¿Quién creyera lo que yo aquí escribo? Digo que de cien partes no he dicho la una en esta letra. Los que fueron con el Almirante lo atestigüen. Si place á vuestras Altezas de me hacer merced de socorro un navio que pase de sesenta y cuatro, con ducientos quintales de bizcocho y algun otro bastimento, bastará para me llevar á mi y á esta gente á España de la Española. En Jamaica ya dije que no hay veinte y ocho leguas á la Española. No fuera yo, bien que los navios estuvieran para ello. Ya dije que me fué mandado de parte de vuestras Altezas que no llegase á allá. Si este mandar ha aprovechado, Dios lo sabe. Esta carta invio por via y mano de Indios: grande maravilla será si allá llega. —De mi viaje dijo: que fueron ciento y cincuenta personas conmigo, en que hay hartos suficientes para pilotos y grandes marineros: ninguno puede dar razon cierta por donde fui yo ni vine: la razon es muy presta. Yo partí de sobre el puerto del Brasil: en la Española no me dejó la tormenta ir al camino que yo queria: fue por fuerza correr adonde el viento quiso. En ese dia caí yo muy enfermo: ninguno habia navegado hácia aquella parte: cesó el viento y mar dende á ciertos dias, y se mudó la tormenta en calmería y grandes corrientes. Fui á aportar á una isla que se dijo de las *Bocas*, y de allí á Tierra firme. Ninguno puede dar cuenta verdadera de esto, porque no hay razon que abaste, porque fué ir con corriente sin ver tierra tanto número de días. Seguí la costa de la tierra firme: esta se asentó con compás y arte. Ninguno hay que diga debajo de cuál parte del cielo ó cuando yo partí de ella para venir á la Española. Los pilotos creian venir á parar á la isla de *Sanct-Joan*; y fué en tierra de *Mango*, cuatrocientas leguas más al Poniente de adonde decian. Respondan, si saben dónde es el sitio de *Veragua*. Digo que no pueden dar otra razon y cuenta. salvo que fueron á unas tierras adonde hay mucho oro, y certificarle, mas para volver á ella el camino tienen ignoto: seria necesario para ir á ella descubrirla como de primero. Una cuenta hay y razon de astrologia, y cierta: quien la entiende esto le abasta. A vision profética se asemeja esto. Las naos de las Indias, si no navegan, salvo á popa, no es por la mala fechura, ni por ser fuerte: las grandes corrientes que allí vienen, juntamente con el viento hacen que nadie porfie con bolina, porque en un dia perderian lo que hubiesen ganado en siete; ni saco carabela aunque sea latina portuguesa. Esta razon hace que no naveguen, salvo con colla, y por esperarle, se detienen á las veces seis y ocho meses en puerto; ni es maravilla, pues, que en España muchas veces acaece otro tanto.—La gente de que escribe Papa Pio (4), segun el sitio y señas se ha hallado, más no los caballos, pretales y frenos de oro, ni es maravilla porque allí las tierras de la costa de la mar no requieren, salvo pescadores, ni yo me detuve porque andaba aprisa. En *Cariay* y en esas tierras de su comarca, son grandes fechiceros y muy medrosos. Dieran el mundo porque no me detuviera allí una hora. Cuando llegué allí luego me enviaron dos muchachas muy ataviadas: la más vieja no seria de once años y la otra de siete; ambas con tanta desenvoltura que no serian más unas putas: traian polvos de hechizos escondidos, en llegando las mandé adornar de nuestras cosas y las invié luego á tierra: allí vide una sepultura en el monte, grande como una casa y labrada, y el cuerpo descubierto y mirando en ella. De otras artes me dijeron y más escelentes. Animalias menudas y grandes hay hartas y muy diversas de las nuestras. Dos puercos hube yo en presente, y un perro de Irlanda no osaba esperarlos. Un ballestero habia herido una animalia, que se parece á gato paul, salvo que es mucho más grande, y el rostro de hombre; teniale atravesado con una saeta desde los pechos á la cola, y porque era feroz le hubo de cortar un brazo y una pierna: el puerco en viéndole se le encrespó y se fué huyendo: yo cuando esto ví mandé echarle *begare*, que así se llama

(3) Así lo dice Marco Polo en el cap. 65 de su viaje, y de allí tomó Colon probablemente esta noticia, creyendo era aquel el continente del Asia.

(4) Pio II que publicó un libro cuyo titulo es: *Cosmographia seu historia rerum ubique gestarum descriptio* (Rossi).

donde estaba: en llegando á él así estando á la muerte y la saeta siempre en el cuerpo, le echó la cola por el hocico y se la amarró muy fuerte, y con la mano que le quedaba le arrebató por el copete como á enemigo. El auto tan nuevo y hermosa montería me hizo escribir esto. De muchas maneras de animalias se hubo, mas todas mueren de barra. Gallinas muy grandes y la pluma como lana vide hartas. Leones, ciervos, corzos otro tanto, y así aves. Cuando yo andaba por aquella mar en fatiga en algunos se puso heregia que estábamos enflechizados, que hoy dia están en ello. Otra gente fallé que comian hombres: la desformidad de su gesto lo dice. Allí dicen que hay grandes mineros de cobre: hachas de ello, otras cosas labradas, fundidas, soldadas hube, y fraguas con todo su aparejo de platero y los crisoles. Allí van vestidos: y en aquella provincia vide sábanas grandes de algodón, labradas de muy solites labores; otras pintadas muy sotilmente á colores con pinceles. Dicen que en la tierra adentro hácia el *Catayo* las hay tejidas de oro. De todas estas tierras y de lo que hay en ellas, falta de lengua, no se saben tan presto. Los pueblos, bien que sean espesos, cada uno tiene diferenciada lengua, y es en tanto que no se entienden los unos con los otros, mas que nos con los de Arabia. Yo creo que esto sea en esta gente salvaje de la costa de la mar, mas no en la tierra dentro. —Cuando yo descubrí las Indias dije que eran el mayor señorío rico que hay en el mundo. Yo dije del oro, perlas, piedras preciosas, especerías con los tratos y ferias, y porque no pareció todo tan presto fuí candalviado. Este castigo me hace agora que no diga salve lo que yo oigo de los naturales de la tierra. De una oso decir, porque hay tantos testigos, y es que yo vide en esta tierra de *Veragua* mayor señal de oro en dos dias primeros que en la Española en cuatro años, y que las tierras de la comarca no pueden ser más fermosas, ni más labradas, ni la gente más cobarde y buen puerto y fermoso rio, y defensible al mundo. Todo esto es seguridad de los cristianos y certeza de señorío, con grande esperanza de la honra y acrescentamiento de la religion cristiana; y el camino allí será tan breve como la Española, porque ha de ser como viento. Tan señores son vuestras Altezas de este como de Jerez y Toledo: sus navios que fueren allí van á su casa. De allí sacarán oro: en otras tierras, para haber de lo que hay en ellas, conviene que se lo lleven, ó se volverán vacios; y en la tierra es necesario que fien sus personas de un salvaje.—Del otro que yo dejo de decir, ya dije porque me encerré: no digo así, ni que yo me afirme en él tres doble en todo lo que yo haya jamás dicho ni escrito, y que yo estó á las fuentes genoveses, venecianos y toda gente que tenga perlas, piedras preciosas, y otras cosas de valor; todos las llevan hasta el cabo del mundo para las trocar, convertir en oro: el oro es excelentísimo: del oro se hace tesoro, y con él quien lo tiene hace cuanto quiere en el mundo, y llega á que hecha las ánimas al paraíso. Los señores de aquellas tierras de la comarca de *Veragua* cuando mueren entierran el oro que tienen con el cuerpo, así lo dicen: á Salomon llevaron de un camino seiscientos y sesenta y seis quintales de oro, allende lo que llevaron los mercaderes y marineros, y allende lo que se pagó en Arabia. De este oro fizo doscientas lanzas y trescientos escudos y fizo el tablado que habia de estar arriba dellas de oro y adornado de piedras preciosas, y fizo otras muchas cosas de oro, y vasos muchos y muy grandes y ricos de piedras preciosas, Josefo en su coronica De *Antiquitatibus* lo escribe. En el Paralipomenon y en el libro de los Reyes se cuenta de esto, Josefo quiere que este oro se hobiese en la Aurea; si así fuese digo que aquellas minas de la Aurea son unas y se convienen con estas de *Veragua*, que como yo dije arriba se alarga al Poniente veinte jornadas, y son en una distancia léjos del polo y de la línea. Salomon compró todo aquello, oro, piedras y plata, é allí le pueden mandar á cojer si les aplice. David en su testamento dejó tres mil quintales de oro de las Indias á Salomon para ayuda de edificar el templo, y segun Josefo era el destas mismas tierras. Hierusalem y el monte Sion ha de ser reedificado por manos de cristianos: quien ha de ser Dios por boca del Profeta en el décimo cuarto salmo lo dice. El Abad Joaquin dice que este habia de salir de España. San Gerónimo á la santa mujer le mostró el camino para ello. El Emperador del Catayo, ha dias que mandó sabios que le enseñen en la fe de Cristo. ¿Quién será que se ofrezca á esto? Si nuestro Señor me lleva á España, yo me obligo de llevarle, con el nombre de Dios, en salvo.—Esta gente que vino conmigo han pasado increíbles peligros y trabajos. Suplico á V. A. porque son pobres, que les mande pagar luego, y les haga mercedes á cada uno segun la calidad de la persona, que les certifico que á mi creer les traen las mejores nuevas que nunca fueron á España. El oro que tiene el *Quibian de Veragua* y los otros de la comarca, bien que segun informacion él sea mucho, no me pareció bien ni servicio de vuestras Altezas de se le tomar por via de robo: la buena orden evitará escándalo y mala fama y hará que todo ello venga al tesoro: que no quede un grano. Con un mes de buen tiempo yo acabara todo mi viaje: por falta de los navios no porfié á esperarle para tornar á ello, y para toda cosa de su servicio espero en aquel que me hizo, y estaré buena. Yo creo que V. A. se acordará que yo queria mandar hacer los navios de nueva manera: la brevedad del tiempo no dió lugar á ello; y cierto yo habia caido en lo que cumplia.—Yo tengo en más esta negociacion y minas con esta escala y señorío, que todo lo otro que está hecho en las Indias. No es este hijo para dar á criar á madrastra. De la Española, de Paria y de las otras tierras no me acuerdo de ellas, que yo no llore, creia yo que el ejemplo dellas hobiese de ser por estotras al contrario: ellas están boca á yuso, bien que no mueren: la enfermedad es incurable ó muy larga; quien

las llegó á esto venga agora con el remedio si quiere ó sabe: al descomponer cada uno es maestro. Las gracias y acrescentamiento siempre fué uso de las dar á quien puso su cuerpo á peligro. No es razon que quien ha sido tan contrario á esta negociacion le goce ni sus hijos. Los que se fueron de las Indias fuyendo los trabajos y diciendo mal dellas y de mí, volvieron con cargos: así se ordenaba agora en *Veragua*: malo ejemplo y sin provecho del negocio y para la justicia del mundo: este temor con otros casos hartos que yo veía claro me hizo suplicar á V. A. antes que yo viniese á descubrir esas islas y tierra firme, que me las dejasen gobernar en su real nombre: plúgoles: fué por privilegio y asiento, y con sello y piramento, y me intitularon Viso-Rey y Almirante y Gobernador general de todo; y aseñalaron el término sobre las islas de los Azores cien leguas; y aquellas del Cabo Verde por línea que pasa de polo á polo y desto y de todo que mas se descubrirse, y me dieron poder largo: la escritura á mas largamente lo dice.—El otro negocio famosísimo está con los brazos abiertos llamando: extranjero ha sido fasta ahora. Siete años estuve yo en su real córte, que á cuantos se fabló de esta empresa todos á una dijeron que era burla: agora fasta los sastres suplican por descubrir. Es de creer que van á saltar, y se les otorga, que cobran con mucho perjuicio de mi honra, y tanto daño del negocio. Bueno es de dar á Dios lo suyo y aceptar lo que le pertenece. Esta es justa sentencia y de justo. Las tierras que acá obedecen á V. A. son más que todas las otras de cristianos y ricas. Después que yo, por voluntad divina, las hube puestas debajo de su real y alto señorío, y en filo para haber grandísima renta; de improviso, esperando navios para venir á su alto conspecto con victoria y grandes nuevas de oro, muy seguro y alegre, fui preso y echado con dos hermanos en un navio, cargado de fierros, desnudo en cuerpo, con muy mal tratamiento sin ser llamado ni vendido por justicia: ¿quién creerá que un pobre extranjero se hobiese de alzar en tal lugar contra V. A. sin causa, ni sin brazo de otro Príncipe, y estando sólo entre sus vasallos y naturales, y teniendo todos mis hijos en su Real córte? Yo vine á servir de veinte y ocho años (5) y agora no tengo cabello en mi persona que no sea cano y el cuerpo enfermo, y gastado cuanto me quedó de aquellos, y me fué tomado y vendido, y á mis hermanos fasta el sayo, sin ser oido ni visto, con gran deshonor mio. Es de creer que esto no se hizo por su Real mandado. La restitucion de mi honra y daños, y el castigo en quien lo hizo, fará sonar su Real nobleza; y otro tanto en quien me robó las perlas, y de quien ha fecho daño en ese almirantado. Grandísima virtud, fama con ejemplo será si hacen esto y quedará á la España gloriosa memoria con la de vuestras Altezas de agradecidos y justos Príncipes. La intencion tan sana que yo siempre tuve al servicio de vuestras Altezas, y la afrenta tan desigual, no da lugar al ánimo que calle, bien que quiera: suplico á vuestras Altezas me perdonen.—Yo estoy tan perdido, como dije: yo he llorado fasta aquí á otros: haya misericórdia agora el Cielo, y llore por mí la tierra. En el temporal no tengo solamente una blanca para el oferta: en el espiritual he parado aquí en las Indias de la forma que está dicho: aislado en esta pena, enfermo, aguardado cada dia por la muerte, y cercado de un cuento de salvajes y llenos de crueldad y enemigos nuestros, y tan apartado de los Santos Sacramentos de la Santa Iglesia, que se olvidará de esta ánima si se aparta acá del cuerpo. Llore por mí quien tiene caridad, verdad y justicia. Yo no vine este viaje á navegar por ganar honra ni hacienda: esto es cierto, porque estaba ya la esperanza de todo en ella muerta. Yo vine á V. A. con santa intencion y buen zelo, y no miento. Suplico humildemente á V. A. que si á Dios place de me sacar de aquí, que haya por bien mi vida á Roma y otras romerías. Cuya ida y alto estado la Santa Trinidad guarde y acreciente. Fecha en las Indias y en la isla de Jamaica á siete de Julio de mil quinientos y tres años.

De esta carta hace mencion el licenciado Antonio de Leon Pinelo, en su Biblioteca Occidental, diciendo: «Hállase una carta suya (de Colon) escrita en Jamáica á siete de Julio de mil quinientos y tres, que fué su último viaje, del cual es relacion enviada á los Reyes Católicos, imp. 4.º; aunque don Lorenzo Ramirez de Prado, del Consejo de Indias, con su curiosidad la tiene manuscrita. La impresa estaba en la libreria de don Juan de Saldierna» (Epit. de la Biblioteca, Oriental, Occidental, etc. imp. en 4.º, año 1629, pág. 61, y en la edicion de Barcia en folio hace 1738 tomo II, pág. 560). Don Hernando Colon en la *Historia* de su padre (Cap. 94), asegura que esta carta la envió á los Reyes católicos por Diego Mendez, y que estaba impresa. El señor Bossi dice (*Vida de Colon*), ilustracion número XXVIII), que traducida por *Constanzo Baynera de Brescia*, se imprimió en Venecia en 1505, y que ha llegado á ser muy rara hasta que el caballero Morelli, bibliotecario en Venecia, la ha publicado recientemente ilustrándola con eruditas notas. El señor Bossi la incluye tambien en su obra, y la ilustra con juiciosas observaciones.—El texto que

(5) En esto hay equivocacion, como ya lo advirtió el señor Roasi. Algunos historia-dores suponen que Colon murió de 60 años en el de 1506, y que por consiguiente nació en 1446. Su hijo don Hernando asegura que vino á Castilla desde Portugal al fin del año 1484. El cura de los Palacios, que le trató y conoció, dice que murió *in senectute bona* de edad de 70 años, poco mas ó menos. Esto parece lo más probable.

publicamos se copió de un código de letra de mediados del siglo xvi, que era del Colegio mayor de Cuenca en Salamanca, y probablemente la misma copia que tuvo Ramirez de Prado, cuyos papeles legó á dicho Colegio. Ahora existe en la Biblioteca particular de Cámara del Rey nuestro Señor, y se cotejó en Madrid, á 12 de Octubre de 1807.—Martin Fernandez de Navarrete.

## (H) PÁG. 72.

## LAS CASAS Y LOS INDIOS.

Tengo á la vista una porcion de escritos publicados en aquel tiempo en defensa de los americanos, y principalmente los de Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapa. El principal es la *Brevísima relacion de la destruccion de las Indias occidentales*, en la que designa país por país las crueldades de aquellos asesinos que se llamaron conquistadores. Como sucede siempre en estas cuestiones, exagera la bondad de los naturales y la crueldad de los españoles; pero aun quitando mucha parte, queda lo suficiente, y aun demasiado, para conocer los estragos que allí hicieron. Escogeremos sólo algunas de aquella larga monotonía de crueldades.

Después de escribir la suave condicion de los indios y vivo deseo de aprender las cosas de la fe, añade:

En estas ovejas mansas, y de las calidades susodichas por su Hacedor, é Criador así dotadas, entraron los españoles desde luego que las conocieron como lobos, é tigres y leones crudelísimos de muchos dias hambrientos. Y otra cosa no han hecho de cuarenta años á esta parte hasta hoy, é hoy en este dia lo hacen, si no despedazallas, matallas, afligillas, atormentallas, y destruillas por las entrañas, y nuevas é varias, é nunca otras tales vistas ni leídas ni oídas maneras de crueldad: de las cuales algunas pocas abajo se dirán, con tanto grado: Que habiendo en la isla Española sobre tres cuentos de ánimas que vimos, no hay hoy de los naturales de ella doscientas personas. La isla de Cuba es quasi tan lengua como desde Valladolid á Roma, está oy quasi toda despoblada. La isla de San Juan, é la de Jamaica, islas muy grandes, é muy felices, é graciosas: ambas están assoladas. Las islas de los Lucayos que están comarcanas á la Española, é á Cuba por la parte del Norte, que son más de sesenta con las que llamaban de gigantes, é otras islas grandes, é chicas, é que la peor de ellas es más fertil, é graciosa que la huerta del Rey de Sevilla, é la más sana tierra del mundo: en las cuales habia más de quinientas mil ánimas: no hay hoy una sola criatura. Todas las mataron trayéndolas, é por traellas á la isla Española, después que vian que se les acababan los naturales de ella. Andando un navio tres años á rebuscar por ellas la gente que habia, después de haber sido vendimiadas; porque un buen cristiano se movió por piedad para los que se hallasen convertillos, é ganallos á Cristo, no se hallaron sino once personas, las cuales yo vide. Otras más de treinta islas que están en comarca de la isla de San Juan, por la mesma causa están despobladas é perdidas. Serán todas estas islas de tierra más de dos mil leguas, que todas están despobladas, é desiertas de gente.

De la gran tierra firme somos ciertos que nuestros españoles por sus crueldades y nefandas obras, han despoblado y assolado, y que están oy desiertas, estando llenas de hombres racionales más de diez Reinos mayores que toda España, aunque entre Aragon y Portugal en ellos, y más tierra que hay de Sevilla á Jerusalem dos veces, que son más de dos mil leguas.

Daremos por cuenta muy cierta y verdadera, que son muertas en los dichos cuarenta años por las dichas tiranías, é infernales obras de los cristianos injusta, y tiránicamente, más de doce cuentos de ánimas, hombres y mujeres y niños, y en verdad que creo, sin pensar engañarme, que son más de quince cuentos.

En la isla Española, que fue la primera como dijimos donde entraron cristianos, é comenzaron los grandes estragos, é perdiciones destas gentes, é que primero destruyeron, y despoblaron: comenzando los cristianos á tomar las mujeres é hijos á los indios para servirse, é para usar mal de ellos: é comerles sus comidas que de sus sudores, é trabajos salian, no contentándose con lo que los indios les daban de su grado, conforme á la facultad que cada uno tenia, que siempre es poca: porque no suelen tener más de lo que ordinariamente han menester, é hacen con poco trabajo é lo que basta para tres casas de á diez personas cada una para un mes; come un cristiano, é destruye en un dia: é otras muchas fuerzas, é violencias, é vejaciones que les hacian: comenzaron á entender los indios que aquellos hombres no debian de haber venido del cielo. Y algunos escondian sus comidas, otros sus mujeres é hijos: otros huíanse á los montes por apartarse de gente de tan dura y terrible conversacion. Los cristianos dábanles de bofetadas, é puñadas, y de palos, hasta poner las manos en los señores de los pueblos. E llegó esto á tanta temeridad y desvergüenza, que al mayor Rey señor de toda la isla, un capitán cristiano le violó por fuerza su propia muger. De aquí comenzaron los indios á buscar maneras para echar los cristianos de sus tierras: pusiéronse en armas, que son arto flacas, é de poca ofension é

resistencia, y menos defensa (por lo cual todas sus guerras son poco más que acá juegos de cañas, é aun de niños); los cristianos con sus caballos y espadas é lanzas comienzan á hacer matanzas, é crueldades estrañas en ellos. Entraban en los pueblos ni dejaban niños ni viejos, ni mugeres preñadas, ni paridas, que no desbarrigan, é hacían pedazos, como si dieran en unos corderos metidos en sus apriscos. Hacían apuestas sobre quién de una cuchillada habria el hombre por medio ó le cortaba la cabeza de un piquete, ó lo descubria las entrañas. Tomaban las criaturas de las tetas de las madres por las piernas, é daban de cabeza con ellos en las peñas. Otros daban con ellos en rios por las espaldas riendo, é burlando, é cayendo en el agua decían: Bullis cuerpo de tal. Otras criaturas metían á espada con las madres juntamente, é de todos cuantos delante de sí hallaban. Hacían unas horcas largas, que juntasen casi los piés á la tierra, é de trece en trece á honor, y reverencia de nuestro Redentor, é de los doce Apóstoles, poniéndoles leña, é fuego los quemaban vivos. Otros ataban ó liaban todo el cuerpo de paja seca, pegándoles fuego allí los quemaban. Otros, y todos los que querían tomar á vida, cortábanles ambas manos, y dellas llevaban colgando, y decíanles, andad con cartas, (conviene á saber), lleva las nuevas á las gentes que estaban huidas por los montes. Comunmente mataban á los señores, y nobles desta manera; que hacían unas parrillas de varas sobre horquetas, y atábanlos en ellas, y poníanles por debajo fuego manso, para que poco á poco dando alaridos en aquellos tormentos, desesperados se les salían las ánimas.

Una vez vide que teniendo en las parrillas quemándose cuatro ó cinco principales y señores, (y aun pienso que habia dos ó tres pares de parrillas donde quemaban otros), y porque daban muy grandes gritos, y daban pena al capitan, ó le impedían el sueño, mandó que los ahogasen: y el alguacil que era peor que verdugo que los quemaba (y sé como se llamaba, y aun sus parientes conocí en Sevilla), no quiso ahogallos: antes los metió con sus manos palos en las bocas para que no sonasen, y atizoles el fuego hasta que se asaron de espacio como él queria. Yo vide todas las cosas arriba dichas, y muchas otras infinitas. Y porque toda la gente que huir podia se encerraba en los montes, y subia á las sierras huyendo de hombres tan inhumanos, tan sin piedad, y tan feroces bestias, estirpadores y capitales enemigos del linage humano, enseñaron y amaestran lebreles perros bravísimos, que en viendo un indio lo hacían pedazos en un credo: y mejor arremetían á él y lo comían que si fuera un puercu. Estos perros hicieron grandes estragos y carnicerías. Y porque algunos veces, raras, y pocas mataban los indios algunos cristianos, con justa razon y santa justicia, hicieron ley entre sí que por un cristiano que los indios matasen, habían los cristianos de matar cien indios.

Habia en esta isla Española cinco reinos muy grandes principales, y cinco reyes muy poderosos, á los cuales cuasi obedecían todos los otros señores, que eran sin número: puesto que algunos señores de algunas apartadas provincias no reconocían superior dellos alguno. El un reino se llamaba Magua, la última sílaba aguda, que quiere decir el Reino de la Vega. Esta vega es de las más insignes, y admirables cosas del mundo; porque dura ochenta leguas de la mar del Sur á la del Norte. Tiene de ancho cinco leguas, y ocho hasta diez, y sierras altísimas de una parte y de otra. Entran en ella sobre treinta mil rios y arroyos, entre los cuales son los doce tan grandes como Ebro y Duero y Guadalquivir. Y todos los rios que vienen de la una sierra que está al Poniente, que son los veinte, y veinte y cinco mil, son riquísimos de oro. En la cual sierra, ó sierras se contiene la provincia de Cibao, donde se dicen las minas de Cibao, de donde sale aquel señalado, y subido en quilates de oro que por acá tiene gran fama. El rey y señor de este Reino se llamaba Guarionex: tenía señores tan grandes por vasallos, que juntaba uno de ellos 16,000 hombres de pelea para servir á Guarionex, é yo conocí algunos dellos. Este Rey Guarionex era muy obediente y virtuoso, y naturalmente pacífico y devoto á los Reyes de Castilla, y dió ciertos años su gente por mandado cada persona que tenía casa, lo hueco de un cascabel lleno de oro, y despues no pudiendo henchirlo se lo cortaron por medio, é dió llena aquella mitad; porque los indios de aquella isla tenían muy poca, ó ninguna industria de coger ó sacar el oro de las minas. Decía, y ofrecíase este cacique, á servir al Rey de Castilla, con hacer una labranza que llegase desde la Isabela, que fue la primera poblacion de los cristianos, hasta la ciudad de Santo Domingo, que son grandes cincuenta leguas, porque no le pidiesen oro; porque decía, y con verdad, que no lo sabían coger sus vasallos. La labranza que decía que haría, se yo la podia hacer y con grande alegría; y que valiera mas al rey cada año de tres cuentos de castellanos, y aun fuera tal, que causara esta labranza haber en la isla oy mas de cincuenta ciudades tan grandes como Sevilla.

El pago que dieron á este Rey y señor tan bueno y tan grande, fue deshonorarlo por la muger, violándosela un capitan mal cristiano: el que pudiera aguardar tiempo, y juntar de su gente para vengarse, acordó de irse y esconderse sola su persona y morir desterrado de su reino y estado, á una provincia, que se decía de los Ciguayos, donde era un gran señor su vasallo. Desde que lo hallaron menos los cristianos, no se les pudo encubrir: van y hacen guerra al Señor que lo tenía. Donde hicieron grandes matanzas, hasta que en fin lo hubieron de hallar, y prender y preso con cadenas y grillos lo metieron en una nao para traerlo á Castilla. La cual se perdió en la mar y con él se ahogaron muchos cristianos, y gran cantidad: entre lo cual pereció el grano grande, que era como una hogaza, y pesaba 3,600 castellanos, por hacer Dios venganza de tan grandes injusticias.

El otro Reino se decía del Marien, donde agora es el Puerto-Real, al cabo de la Vega hacia el Norte, y más grande que el Reino de Portugal, aunque cierto hartó más felice y digno de ser poblado, y de muchas y grandes sierras y minas de oro y cobre muy rico, cuyo Rey se llamaba Guacanajari, última aguda, debajo del cual había muchos y muy grandes señores, de los cuales yo vide y conocí muchos; y á la tierra de este fué primero á parar el almirante viejo que descubrió las Indias. Al cual recibió la primera vez el dicho Guacanajari cuando descubrió la isla, con tanta humanidad y caridad y á todos los cristianos que con él iban; y les hizo tan suave y gracioso recibimiento, y socorro y habiamiento (perdiéndosele allí aun la nao en que iba el Almirante), que en su misma patria y de sus mismos padres no lo pudiera recibir mejor. Esto sé por relacion y palabras del mismo Almirante. Este rey murió huyendo de las matanzas y crueldades de los cristianos, destruido y privado de su estado, por los montes perdido. Todos los otros señores súbditos suyos murieron en la tiranía y servidumbre que abajo será dicha.

El tercero reino y señorío fue la Maguana, tierra tambien admirable, santísima y fertilísima, donde agora se hace la mejor azúcar de aquella isla. El Rey del se llamó Caonabo: este en esfuerzo, y estado y gravedad y cerimonias de su servicio, escedió á todos los otros. A este prendieron con una gran sutileza y maldad, estando seguro en su casa. Metiéronlo después en un navío para traerlo á Castilla, y estando en el puerto seis navíos para se partir, quiso Dios mostrar ser aquella con las otras grande iniquidad é injusticia, y envió aquella noche una tormenta que hundi6 todos los navíos, y ahogó todos los cristianos que en ellos estaban, donde murió el dicho Caonabo cargado de cadenas y grillos. Tenia este Señor tres ó cuatro hermanos muy varoniles y esforzados como él: vista la prision tan injusta de su hermano y señor, y las destrucciones y matanzas que los cristianos en los otros Reinos hacian, especialmente desde supieron que el Rey su hermano era muerto pusieron en armas para ir á cometer y vengarse de los cristianos: van los cristianos á ellos con ciertos de á caballo (que es la más perniciosa arma que puede ser para entre indios), y hacen tantos estragos y matanzas, que asolaron y despoblaron la mitad de todo aquel Reino.

El cuarto Reino es, que se llamó Xaragua, este era como el meollo, ó médula, ó como la corte de toda aquella isla, escedia en la lengua, y habla ser más polida, en la policía y crianza mas ordenada y compuesta, en la muchedumbre de la nobleza y generosidad, porque habia muchos y en gran cantidad señores y nobles; y en la lindeza y hermosura de toda la gente á todos los otros. El Rey y Señor del, se llamaba Bohcchio; tenia una hermana que se llamaba Anacaona. Aquí llegó una vez el Gobernador que gobernaba esta isla con sesenta de acaballo, y más trescientos peones, que los de á caballo solos bastaban para asolar á toda la isla, é la tierra firme: é llegaron mas de trescientos señores á su llamado seguros, de los cuales hizo meter dentro de una casa de paja muy grande los mas señores por engaño, é metidos los mandó poner fuego, y los quemaron vivos. A todos los otros alcanzaron, é metieron á espada con infinita gente: é á la Señora Anacaona por habelle honra ahorcaron. Y acaecia algunos cristianos, ó por piedad, ó por codicia tomar algunos niños para ampararlos no los matasen, é poníanlos á las ancas de los caballos; venia otro Español por detrás é pasábalo con su lanza. Otro si estaba el niño en el suelo le cortaban las piernas con la espada. Alguna gente que pudo huir de esta tan inhumana crueldad, pasaronse á una isla pequeña, que está cerca de allí ocho leguas en la mar; y el dicho Gobernador condenó á todos estos que allí se pasaron, que fuesen esclavos porque huyeron de la carnicería.

El quinto Reino se llamaba Higuey, é señoreábalo una Reina vieja, que se llamó Higuana. A esta ahorcaron é fueron infinitas las gentes que yo vide quemar vivas y despedazar, é atormentar por diversas y nuevas maneras de muertes, é tormentos é hacer esclavos todos los que á vida tomaron. Y porque son tantas las particularidades que en estas matanzas, é perdiciones de aquella gente ha habido, que en mucha escritura no podrian caber (porque en verdad que creo que por mucho que digese no pueda explicar de mil partes una), solo quiero en lo de las guerras susodichas concluir con decir é afirmar, que en Dios y en mi conciencia, que tengo por cierto que para hacer todas las injusticias y maldades dichas, é las otras que dejo é podria decir, no dieron más causa los indios, ni tuvieron más culpa que podrian dar, ó tener un convento de buenos, é concertados religiosos, para roballos é matallos; y los que de la muerte quedaron vivos ponerlos en perpétuo cautiverio é servidumbre de esclavos. Y más afirmo que hasta que todas las muchedumbres de gentes de aquella isla fueron muertas é asoladas, que pueda yo creer y conjeturar, no cometieron contra los cristianos un solo pecado mortal que fuese punible por hombres, y los que solamente son reservados á Dios, como son los deseos de venganza, odio y rencor, que podian tener aquellas gentes contra tan capitales enemigos, como les fueron los cristianos; estos creo que cayeron en muy pocas personas de los indios, y eran un poco más impetuosos é rigurosos, por la mucha esperiencia que de ellos tengo. Que de niños, ó muchachos de diez ó doce años. Y si por cierta é infalible ciencia, que los indios tuvieron siempre justísima guerra contra los cristianos; é los cristianos una ni ninguna nunca tuvieron justa contra los indios: antes fueron todas diabólicas, é injustísimas, é mucho más que de ningun tirano se puede decir del mundo: é lo mismo afirmo de cuantas han hecho en todas las Indias.

Después de acabadas las guerras é muertes en ellas, todos los hombres, quedando comunmente los mancebos, é mujeres y niños, repartieronlos entre sí dando á uno treinta, á otro cuarenta, á otro ciento y doscientos, (segun la gracia que cada uno alcanzaba con el tirano mayor que decian Governador); y así repartidos á cada cristiano dábanseles con esta color: que los enseñase en las cosas de la Fe Católica, siendo comunmente todos ellos idiotas, y hombres crueles avarisimos, é viciosos, haciéndoles curas de ánimas. Y la cura ó cuidado que de ellos tuvieron, fué enviar los hombres é las minas á sacar oro, que es trabajo intolerable: á las mujeres ponian en las estancias, que son granjas, á cabar las labranzas, y cultivar la tierra; trabajo para hombres muy fuertes y recios. No daban á los unos ni á las otras de comer sino yerbas y cosas que no tenían sustancia; secábaseles la leche de las tetas á las mujeres paridas, y así murieron en breve todas las criaturas. Y por estar los maridos apartados, que nunca veian las mujeres, cesó entre ellos la generacion: murieron ellos en las minas de trabajos y hambre, y ellas en las estancias, ó granjas de lo mesmo, é así se acabaron tantas é tales multitudines de gentes de aquella isla, y así se pudiera haber acabado todas las del mundo. Decir las cargas que les echaban de tres y cuatro arrobas, é los llevaban ciento y doscientas leguas. Y los mesmos cristianos se hacian llevar en hamacas que son como redes, acuestas de los indios; porque siempre usaron dellos como bestias para carga. Tenian mataduras en los hombros, y espaldas de las cargas como muy matadas bestias. Decir así mesmo los azotes, palos, bofetadas, puñadas, maldiciones é otros mil géneros de tormentos que en los trabajos les daban: en verdad que en mucho tiempo ni papel no se pudiese decir, é que fuese para espantar los hombres.

Y es de notar que la perdicion destas Islas é tierras, se comenzaron á perder, y destruir desde que allá se supo la muerte de la serenísima Reina doña Isabel, que fué el año de mil é quinientos é cuatro: porque hasta entonces solo en esta isla se habian destruido algunas provincias por guerras injustas pero no del todo. Y estas por la mayor parte, y casi todas se le encubrieron á la Reina. Porque la Reina que haya santa Gloria tenia grandísimo cuidado é admirable celo á la salvacion y prosperidad de aquellas gentes, como sabemos los que lo oimos, y palpamos con nuestros ojos é manos los ejemplos desto.

Débase notar otra regla en esto, que en todas las partes de las Indias donde han ido y pasado cristianos, siempre hicieron en los indios todas las crueldades, é matanzas, é tiranias y opresiones abominables en aquellas inocentes gentes, é añadian muchas más é mayores y más nuevas maneras de tormentos, é mas crueles siempre fueron: porque los dejaba Dios más de golpe caer y derrocarse en reprobado juicio, ó sentimiento...

Esta es la historia de todas las demás islas, de modo que el referirla se reduce á una serie monótona de crueldades. Por ejemplo, en Cuba donde habia un cacique é señor muy principal, que por nombre tenia Hatuey, que se habia pasado de la isla Española á Cuba con mucha de su gente por huir de las calamidades é inhumanas obras de los cristianos; y estando en aquella isla de Cuba, é dándole nuevas ciertos indios, que pasaban á ella los cristianos, ayuntó mucha ó toda su gente é díjoles: ya sabeis como se dice que los cristianos pasan acá, é teneis esperiencia que les han pasado á los señores fulano, y fulano, y fulano; á aquellas gentes de Haiti (que es la Española), lo mesmo vienen á hacer acá: ¿sabeis quizá porque lo hacen? digeron no, sino porque son de su natura crueles, é malos. Dice el, no lo hacen por solo eso; sino porque tienen un Dios á quien ellos adoran, quieren mucho, é por habello de nosotros para lo adorar nos trabajan de sojuzgar, é nos matan. Tenia cabe si una cestilla llena de oro en joyas, é dijo veis aquí el Dios de los cristianos, hagamosle si os parece Areites (que son bailes y danzas), é quiza le agradaremos, y les mandará que no nos hagan mal. Dijeron todos á voces, bien es, bien es. Bailáronle delante hasta que todos se cansaron. Y después dice el Señor Hatuey, mira como quiera que sea si lo guardamos para sacarnoslo: al fin nos han de matar, echemoslo en este rio. Todos votaron que así se hiciese, é así lo echaron en un rio grande que allí estaba.

Este Cacique y señor anduvo siempre huyendo de los cristianos desde que llegaron á aquella isla de Cuba, como quien los conocia é defendíase cuando los topaba, y al fin lo prendieron. Y sólo porque huya de gente tan inicua é cruel, y se defendía de quien lo queria matar é oprimir hasta la muerte é así é á toda su gente, y generacion lo hubieron vivo de quemar. Atado al palo deciale un religioso de San Francisco, santo varon que allí estaba, algunas cosas de Dios, y de nuestra fe, el cual nunca la habia jamás oido, lo que podia bastar aquel poquillo tiempo que los verdugos le daban; y que si queria creer aquéllo que le decia, que iria al cielo, donde habia gloria y eterno descanso, é sino, que habia de ir al infierno á padecer perpetuos tormentos y penas. El pensando un poco preguntó al religioso si iban cristianos al Cielo.

El religioso le respondió que sí, pero que iban los que eran buenos. Dijo luego el Cacique sin más pensar, que no queria él ir allá sino al infierno, por no estar donde estuviesen, y por no ver tan cruel gente. Esta es la fama y honra que Dios, é nuestra fe ha ganado con los cristianos que han ido á las Indias.

Sigue refiriendo de otros países semejantes atrocidades: no nombra á los Gobernadores ó tiranos, pero el Consejo de Indias los conocia muy bien. Y continúa:

En tres ó cuatro meses, estando yo presente, murieron de hambre por lleballes los padres y las madres á las minas, más de siete mil niños. Otras cosas vide espantables.

Mandaba, ó los ladrones que enviaba lo hacian cuando acordaban de ir á saltear, é robar algun pueblo de que tenian noticia tener oro, estando los indios en sus pueblos, é casas seguros; ibanse de noche los tristes españoles salteadores hasta media legua del pueblo, é allí aquella noche entre sí mismos apregonaban ó leian el dicho requerimiento, diciendo: Cacique, é indios desta tierra firme, de tal pueblo, hacémoos saber que hay un Dios, é un Papa y un rey de Castilla, que es Señor de estas tierras: venid luego á le dar la obediencia, etc. Y si no sabed que os haremos guerra, é mataremos, é captivaremos, etc. Y al cuarto del alva estando los inocentes durmiendo con sus mugeres é hijos, daban en el pueblo poniendo fuego á las casas que comunmente eran de paja, é quemaban vivos los niños é mugeres, y muchos de los demás antes que acordasen: mataban los que querian, é los que tomaban á vida mataban á tormentos; porque digesen de otros pueblos de oro, ó de más oro de lo que allí hallaban, é los que restaban, herrábanlos por esclavos: iban después acabado, ó apagado el fuego á buscar el oro que habia en las casas.

Enviaba españoles á hacer entradas, é ir á saltear indios á otras Potencias; é dejaba llevar á los salteadores cuantos Indios querian de los pueblos pacíficos é que les servian. Los cuales echaban en cadenas porque no les dejasen las cargas de tres arrobas que les echaban acuestas. Y acaeció vez de muchas que esto hizo que de cuatro mil indios no volvieron seis vivos á sus casas, que todos los dejaban muertos por los caminos. E cuando algunos cansaban é se despeaban de las grandes cargas y enfermaban de hambre, é trabajo y flaqueza; por no desensartarles de las cadenas les cortaban por la collera la cabeza, é caia la cabeza á un cabo y el cuerpo al otro. Véase que sentirian los otros.

Una vez quiso hacer nuevo repartimiento de los indios; porque se le antojó (y aun dicen que por quitar los indios á quien no queria bien é dallos á quien le parecia); y fue causa que los indios no sembrasen una sementera: é como no hubo pan, los cristianos tomaron á los indios quanto maiz tenían para mantener á sí, é á sus hijos, por lo cual murieron de hambre más de veinte ó treinta mil animas, é acaeció muger matar á su hijo para comello de hambre.

En la Nueva España entre otras matanzas hicieron esta en una ciudad grande de más de treinta mil vecinos, que se llamaba Cholula, que saliendo á recibir todos los Señores de la tierra, é comarca, é primero todos los sacerdotes con el sacerdote mayor á los cristianos en procesion y con grande acatamiento é reverencia, y llevándolos en medio á aposentar á la ciudad y á las casas de aposentos del Señor, ó señores della principales. Acordaron los españoles de hacer allí una matanza ó castigo, (como ellos dicen), para poner y sembrar su temor é braveza en todos los rincones de aquellas tierras. Porque siempre fue esta su determinacion en todas las tierras que los españoles han entrado (conviene á saber) hacer una cruel, é señalada matanza, porque tiemblen dellos aquellas ovejas mansas. Así que enviaron para esto primero á llamar todos los señores é nobles de la Ciudad, é de todos los lugares á ella sugetos con el señor principal: é así como venian y entraban á hablar al capitan de los españoles, luego eran presos sin que nadie los sintiese que pudiese llebar las nuevas. Habíanles pedido cinco ó seis mil indios que les llebasen las cargas: vinieron todos luego, é metenlos en el patio de las casas. Ver á estos indios cuando se aparejaban para llevar las cargas de los españoles, es haber de ellos una gran compasion y lástima. Porque vienen desnudos: en cueros, solamente cubiertas sus vergüenzas, é con unas redecillas en el ombro con su pobre comida: pónense todos en cuclillas como unos corderos muy mansos. Todos ayuntados é juntos en el patio con otras gentes que á bueltas estaban, pónense á las puertas del patio españoles armados que guardasen, y todos los demás hechan mano á sus espadas, y meten á espadas y á lanzadas, todas aquellas ovejas, que uno ni ninguno pudo escaparse que no fuese trucidado. A cabo de dos ó tres dias salian muchos indios vivos llenos de sangre, que se habian escondido, é amparado debajo de los muertos (como eran tantos), iban llorando ante los españoles, pidiendo misericordia que no los matasen. De los cuales ninguna misericordia, ni compasion hubieron; antes así como salian los hacian pedazos. A todos los señores, que eran más de ciento, y que tenian atados, mandó el capitan quemar, é sacar vivos en palos hincados en la tierra.

Porque el reino de Yucatan no tiene oro, porque si lo tuviera, por sacallo en las minas los acabara; pero por hacer oro de los cuerpos y de las ánimas de aquellos por quien Jesucristo murió, hace abarrisco todos los que no mataba esclavos, é á muchos navios que venian al olor, y fama de los esclavos enviaba llenos de jentes vendidas por vino y aceite, y vinagre y por tocinos, é por vestidos, y por caballos, é por lo que él y ellos habian menester segun su juicio, y estima. Daba á escojer entre cincuenta y cien doncellas, una de mejor parecer que otra, cada uno la que escogiese por una arroba de vino, ó de aceite, ó vinagre ó por un tocino: é lo mesmo un muchacho bien dispuesto entre ciento doscientos escogido por otro tanto. Y acaeció dar un muchacho, que parecia hijo de un príncipe por un queso, é cien personas por un caballo.

Quando se salian los españoles de aquel reino, dijo uno á un hijo de un señor de cierto pueblo, ó provincia que se fuese con él: dijo el niño que no queria dejar su tierra. Responde el español, vente

conmigo, si no cortarte hé las orejas, dice el muchacho que no. Saca un puñal, é córtale una oreja y después la otra. Y diciendo el muchacho que no queria dejar su tierra, córtale las narices, riendo, y como si le diera un repelon no más.

Este hombre perdido se loó, é jactó delante de un venerable religioso desvergonzadamente diciendo: que trabajaba cuanto podía por empreñar muchas mujeres indias, para que vendiéndolas preñadas por esclavas, le diesen más precio de dinero por ellas.

En este reino ó en una provincia de la Nueva España, yendo cierto español con sus perros á caza de venados ó de conejos, un dia, no hallando que cazar, parecióle que tenian hambre los perros, y toma un muchacho chiquito á su madre, é con un puñal córtale á tarazonas los brazos y las piernas dando á cada perro su parte; y después de comidos aquellos tarazonas, échales todo el cuerpecito en el suelo á todos juntos.

En esta averiguada verdad, que nunca traen navio cargado de indios, así robados, é exalteados como he dicho, que no echan á la mar muertos la tercera parte de los que meten dentro con los que matan por tomallos, en sus tierras. La causa es, porque como para conseguir su fin, es menester mucha gente para sacar más dineros por más esclavos, ó no llevan comida, ni agua, sino poca por no gastar los tiranos, que se llaman armadores, no basta apenas sino poco más de para los españoles que van en el navio para saltar, y así falta para los tristes, por lo cual mueren de hambre y sed, y el remedio es dar con ellos en la mar. Y en verdad que me dijo hombre de ellos, que desde las islas de los Lucayos, donde se hicieron grandes estragos desta manera, hasta la isla Española, que son sesenta ó setenta leguas, fuera un navio sin aguja, é sin carta de marear, guiándose solamente por el rastro de los indios, que quedaban en la mar echados del navio muerto.

Después que los desembarcan en la isla donde los llevan á vender, es para quebrar el corazon de cualquiera que alguna señal de piedad tuviere, verlos desnudos y hambrientos que se caian de desmayados de hambre niños y viejos, hombres y mujeres. Después como á unos corderos los apartan padres de hijos, é mujeres de maridos, haciendo manadas de ellos de á diez y de á veinte personas y hecha suerte sobre ellos, para que lleven sus partes los infelices armadores, que son los que ponen su parte de dineros para hacer el armada de dos y de tres navios, e para los tiranos salteadores que van á tonallos, y salteallos en sus casas. Y cuando cae la suerte en la manada donde hay algun viejo ó enfermo, dice el tirano á quien cabe, este viejo, dadlo al diablo, ¿para qué me lo dais, para que lo entierre? Este enfermo, ¿para qué lo tengo de llevar, para curallo? Véase aquí en qué estiman los españoles á los indios, é si cumplen el precepto divino del amor del prójimo; donde pende la ley, é los profetas.

La tirania que los españoles ejercitan contra los indios en el sacar ó pescar de las perlas es una de las crueles é condenadas cosas que pueden ser en el mundo. No hay vida infernal y desesperada en este siglo que se la pueda comparar, aunque la del sacar el oro en las minas sea en su género gravísima y pésima. Métenlos en la mar en tres, y en cuatro y cinco brazas de hondo desde la mañana hasta que se pone el sol; están siempre debajo del agua nadando sin resuello, arrancando las ostras donde se crian las perlas. Salen con unas redcillas llenas dellas á lo alto y á resollar, donde está un verdugo español en una canoa ó barquillo, é si se tardan en descansar les da de puñadas, y por los cabellos los echa al agua para que tornen á pescar. La comida es pescado, y del pescado que tienen las perlas, y pan cazabí é algunos mahiz (que son los panes de allá), el uno de muy poca sustancia, y el otro muy trabajoso de hacer; de los cuales nunca se hartan. Las camas que les dan á la noche es echallos en un cepo en el suelo porque no se les vayan. Muchas veces zambúllense en la mar á su pesqueria ó ejercicio de las perlas é nunca tornan á salir (porque los tiburones é marrajos que son dos especies de bestias marinas cruélsimas que tragan un hombre entero) los comen y matan. En este insoportable trabajo, ó por mejor decir, ejercicio del infierno. acabaron de consumir á todos los indios lucayos que habia en las islas cuando cayeron los españoles en esta grangeria, é valia cada uno cincuenta y cien castellanos y los vendian publicamente, aun habiendo sido prohibido por las justicias mismas aunque injustas por otra parte porque los lucayos eran grandes nadadores. Han muerto tambien allí otros muchos, sin número de otras provincias y partes.

Otra cosa es bien añadir que hasta hoy desde sus principios no se ha tenido más cuidado por los españoles de procurar que les fuese predicada la fe de Jesucristo á aquellas gentes que si fueran perros, ó otras bestias; antes han prohibido de principal intento á los religiosos con muchas aflicciones y persecuciones que les han causado que no les predicasen, porque les parecia que era impedimento para adquirir el oro é riquezas que les prometian sus cudicias. Y hoy en todas las indias no hay más conocimiento de Dios si es de palo, ó de cielos ó de tierra, que hoy há cien años entre aquellas gentes, si no es en la Nueva España donde han andado religiosos, que es un rinconcillo muy chicho de las Indias, é así han perecido, y perecen todos sin fe é sin sacramentos.»

En el *Indio esclavo suplicante*, que escribió el mismo Las Casas de órden del Real Consejo de Indias, entre otras cosas se lee:

«Otros después de hechas las crueles é injustas guerras, y repartidos todos los pueblos de los indios entre sí (que es por lo que siempre rabian), la primera de las tiranias é iniquidades era

esta que ellos escitaban. Decian á los caciques y señores de los pueblos: habéisme de dar de tributo tantos tejuelos ó marcos de oro, cada sesenta, setenta ú ochenta dias, y esto que fuese tierra de oro ó que no lo fuese. Decian los caciques: Daros hemos lo que tuviéremos, y traianles todo lo que podian por el pueblo arañar. Respondian los españoles, sois unos perros, y habéisme de dar el oro que pido, sino yo os tengo de quemar. Respondian los desventurados, no tenemos más porque no se coje en esta tierra oro. Sobre esto les daban doscientos palos. Después con grandes amenazas que les hacian, y con asomallos los perros brabos ó acometer que los querian quemar, los constreñian á que les diesen cada sesenta ó setenta u ochenta dias, cincuenta ó sesenta esclavos. Ibase de miedo el cacique por el pueblo é pueblos, si era señor de muchos y tomaba á quien tenia dos hijos uno, y á quien tres hijas las dos, y á todos los que eran huérfanos, y no tenian quien volviere por ellos desamparados, y juntaban su número y no de los más feos, ni dispuestos, sino escogidos como se lo mandaban, y de tal estatura como le daba el español una vara, y entregabáelos diciendo: *ves aquí tu tributo de esclavos.*

Los clamores y llantos que los padres y las madres hacian por el pueblo de ver llevar sus hijos á vender, y donde sabian que poco habia de durar, ¿quién podrá encarecellos ni contallos? Mandaba el español al cacique que dijese á los indios, que cuando los llevasen á examinar para herrallos, que confesasen que eran esclavos y hijos de esclavos, é que en tantas ferias ó mercados habian sido vendidos y comprados, y que si no que le habia de quemar. El cacique de miedo tenia harto cuidado desto, y los indios de obedecelles, aunque los hubiesen de hacer pedazos. Y acaecia así como llegaban los indios un tiro de piedra donde los habian de examinar comenzaban á dar voces, diciendo: *Yo soy esclavo y hijo de esclavo, y en tantos mercados he sido comprado y vendido por esclavo.* Preguntábale el hombre perdido del examinador porque tambien este robaba, y sabia las maldades con que estos inocentes eran así traídos y fatigados, ¿de dónde eres tú? Respondia el indio: *yo soy esclavo y hijo de esclavo, y en tantos mercados vendido y comprado por esclavo.* Miré aquí vuestra Alteza como venian tambien enseñados. Finalmente asentábalo así el escribano y con esta examinacion y justicia, con el hierro del rey los herraban. Todas estas infernales cautelas y fraudes sabian y veian los gobernadores y oficiales de su majestad, y ellos mismos eran los inventores primeros, y los que en ello tenian parte, y que mas inícuo y cruelmente lo hacian en los pueblos que para así aplicaban, como tenian mayor poder y licencia, y menos cuidado de sus almas. Y Gobernador hubo que de una parada jugó quinientos indios, que se escogiesen en el pueblo que él señalaba, y que los tomasen por esclavos. Y esto se debe tener por verdad, como abajo diré mas largo, que entre los indios habia (ya que hubiese algunos) muy poquitos esclavos. Otro gobernador ó por mejor decir destruidor de hombres, tirano, estando en Méjico, doscientas leguas de su gobernacion, jugaba doscientos y trescientos, y cuatrocientos esclavos; y enviaba á mandar al tirano que tenia en su lugar puesto por tiniente, dándole prisa que le enviase tantos cientos de esclavos, porque tenia necesidad de pagar dineros que le habian prestado. Este mismo estando en su reinado, porque ni aun al rey conocia (y estuvo siete años que nunca hizo entender á los indios que habia otro rey ni señor en el mundo sino él, hasta que á aquella provincia fueron frailes) juntaba trescientos y aun cuatrocientos y quinientos muchachos y muchachas, tomados de los pueblos los más dispuestos que en ellos hallaba, y decia á los marineros y mercaderes que á aquel puerto donde él estaba venian, y andaban á este trato: *escoged destas doncellas y destes muchachos; mira cuán hermosos son á arroba de aceite, ó de vino, ó de tocino, ó así á otras cosas de poca valia se los daba.* Y desta manera fueron muchos los navios que destes corderos cargaban. Y acaeció por una llegua dar ochenta animas racionales, y ciento por un harto astroso caballo.»

(I) PÁG. 123.

#### CONCILIO DE LIMA.

«Este concilio declaró que atendida la ineptitud de los indios, debian ser excluidos del sacramento de la Eucaristia, aun cuando Paulo III por su famosa bula de 1537 los habia declarado criaturas racionales que tenian derecho á todos los privilegios del cristianismo; pues á pesar de haber trascurrido dos siglos desde que se hicieron miembros de la Iglesia, han hecho tan escasos progresos, que apenas se encuentra alguno que tenga suficiente inteligencia para ser considerado digno de participar de la Eucaristia. Tambien se observa que su fe, después de haber empleado la instruccion más completa, es siempre débil y vacilante; y aunque algunos aprenden las lenguas doctas y cursan los estudios académicos con algun buen éxito, se hace tan poco mérito de ello, que á ningun indio se ordena de sacerdote. ni se admite en las órdenes religiosas.»

Son palabras de Robertson, *Historia de América*, lib. VIII, en las cuales opina Clavijero se encuentran á lo menos cuatro errores.

I. La asamblea de Lima, que no fué verdaderamente un concilio, quiso que la Eucaristia no se administrase á los cristianos sino después de perfectamente instruidos y convencidos de las verdades de la fe, creyendo débil su inteligencia: esto aparece de la decision del primer concilio provincial, llamado ordinariamente segundo, celebrado en Lima en 1567, donde se manda á los sacerdotes que administren la Eucaristia á los indios que se reputen dignos de recibir este sacramento. Esto son sus palabras: «*Quamquam omnes christiani adulti utriusque sexus teneantur sanctissimum eucharistiæ sacramentum accipere singulis annis, saltem in Paschate, hujus tamen provinciæ antistites, cum animadverterent gentem hanc Indorum et recentem esse et infantilem in fide, atque id illorum saluti expidere judicaret, statuerunt ut, usque dum fidem perfecte tenerent, hoc divino sacramento, quod est perfectorum cibus non communicarentur, excepto si quis ei percipiendo satis idoneus videretur.... Placuit huic sanctæ synodo monere, prout serio monet, omnes Indorum parochos, ut quos, audita jam confessione, perspexerint hunc cœlestem cibum a reliquo corporali discernere, atque eundem devote cupere et poscere, quoniam sine causam neminem divino alimento privare possumus, quo tempore cæteris christianis solent, Indis omnibus administrarent.*»

Después el segundo concilio, celebrado en 1583 y presidido por santo Toribio Mogrobejo, dió el decreto siguiente:

«*Cœleste viaticum, quod nulli ex hac vita migranti negat mater Ecclesia, multis ab hinc annis Indis atque Æthiopicibus, cæterisque personis miserabilibus præberi debere, concilium limense constituit. Sed tamen, sacerdotum plurium vel negligentia, vel zelo quodam præpostero atque intempestivo, illis nihilo magis hodie præbetur. Quo fit, ut imbecilles anime tanto bono, tamque necessario priventur. Volens igitur sancta synodus ad executionem perducere, quæ, Christo duce, ad salutem Indorum ordinata sunt, severe præcipit omnibus parochis, ut extreme laborantibus Indis atque Æthiopicibus viaticum ministrare non prætermittant, dummodo in eis debitam dispositionem agnoscant, nempe fidem in Christum, et pœnitentiam in Deum suo modo... Porro parochos, qui á prima hujus decreti promulgatione negligentes fuerint, noverint se, præter divinæ ultionis judicium, etiam pœnas arbitrio ordinariorum, in quo conscientiæ onerantur, daturus; atque in visitationibus in illos de hujus statuti observatione specialiter inquirendum.*»

«*In Paschate saltem eucharistiam ministrare parochus non prætermittat iis, quod et satis instructos, et correctione vitæ idoneos judicaverit, ne et ipse alioqui ecclesiastice præcepti violati reus sit.*»

No es pues la poca inteligencia de los indios y de los negros, sino la indiferencia ó el celo mal entendido de los eclesiásticos, lo que privó á estos desgraciados del sacramento de la Eucaristia. Los sínodos de Lima, de la Plata y de la Paz prescribieron de nuevo la ejecucion de este decreto.

II. Es falso que Paulo III declarase que los indios eran hombres, si bien es cierto que reconocia en ellos todos los derechos de la humanidad para condenar á sus opresores. Garcés, tercer obispo de Tlascala, en 1536, escribia al mismo papa que en sus largas relaciones con aquellos pueblos no podia menos de elogiarlos, y aun los cree superiores en talento á sus compatriotas:

«*Quis tam impudenti animo ac perfricata fonte incapaces fidei asserere audet, quos mechanicarum artium capacissimos intuemur, ac quos etiam ad ministerium nostrum redactos bonæ indolis, fidelis et solertes experimur? Et si quando, beatissime pater, tua sanctitas aliquem religiosum virum in hanc declinare sententiam audierit, et si eximia integritate vitæ vel dignitate fulgere videatur is, non ideo quicquam illi hac in re præstet auctoritatis, sed eundem parum aut nihil insudasse in illorum conversione certo certius arbitretur, ac in eorum addiscenda lingua aut investigandis ingeniis parum studuisse perpenderit: nam qui in his charitate christiana laborarunt, non frustra in eos jactare retia charitatis affirmant; illi vero qui, solitudini dediti, aut ignavia præpediti, neminem ad Christi cultum sua industria reduxerunt, ne inculpari possint quod inutiles fuerint, quod propriæ negligentiae vitium est, id infidelium imbecillitati adscribunt, veramque suam desidiam falsæ incapacitatis impositione defendunt, ac non minorem culpam in excusatione committunt, quam erat illa a qua liberari conantur. Lædit namque summe istud hominum genus talia asserentium hanc Indorum miserrimam turbam: nam aliquos religiosos viros retrahunt, ne ad eosdem in fide instruendos proficiscantur: quamobrem nonnulli Hispanorum qui ad illos deballandos accedunt, horum freti judicio illos negligere, perdere ac mactare opinari solent non esse flagitium.*»

«*Hoc vero de horum sigillatim hominum ingenio, quos vidimus abhinc decennio, quo ego in patria conversatus eorum potui perspicere mores ac ingenia perscrutari, testificans coram te, beatissime pater qui Christi in terris vicarium agis, quod vidi, quod audivi et manus nostræ contrectaverunt de his progenitis ab Ecclesia per quaecumque ministerium meum in verbo vitæ, quod singula singulis referendo, id est, paribus paria, rationis optime compotes sunt et integri sensus ac capitis; sed insuper nostratibus pueri istorum et vigore spiritus et sensum vivacitate dexteriores, in omni agibili et intelligibili præstantiores reperiuntur.*»

Esta carta fué la que dió lugar á la bula que se ha querido tomar á chanza y que tendia á asegurar á los americanos el apoyo de la religion y de sus ministros:

«Paulus papa III, universis Christi fidelibus præsentis litteras inspecturis salutem et apostolicam benedictionem. Veritas ipsa, quæ nec falli nec fallere potest, cum prædicatores fidei ad officium prædicationis destinaret, dixisse dignoscitur: *Euntes docete omnes gentes*. Omnes dixit, absque omni delectu, cum omnes fidei disciplina capaces existant. Quod videns et invidens ipsius humani generis æmulus, qui bonis operibus, ut pereant: semper adversatur, modum excogitavit hactenus inauditum, quo impediret ne verbum Dei gentibus, ut salvæ fierent, prædicaretur: et quosdam suos satellites commovit, qui suam cupiditatem adimplere cupientes, occidentales et meridionales Indos, et alias gentes, quæ temporibus istis ad nostram notitiam pervenerunt, sub prætextu quod fidei catholice exportes existant, uti bruta animalia, ad nostra obsequia redigendos esse, passim asserere præsumant, et eos in servitutem redigunt, tantis afflictionibus illos urgentes, quantis vix bruta animalia illis servientia urgeant. Nos igitur, qui ejusdem Domini nostri vices, licet indigni, gerimus in terris, et oves gregis sui nobis commisas quæ extra ejus ovile sunt, ad ipsum ovile toto nixu exquirimus, attendentes Indos ipsos, utpote veros homines, non solum christianæ fidei capaces existere, sed, ut nobis innotuit, ad fidem ipsam promptissime currere, ac volentes super his congruis remediis providere, prædictos Indos et omnes alias gentes ad notitiam christianorum imposterum deventuras, licet extra fidem Christi existant, sua libertate et dominio hujusmodi uti, et potiri, et gaudere libere et licite posse, nec in servitutem redigi debere, ac quidquid secus fieri contigerit, irritum et inane; ipsosque Indos et alias gentes verbi Dei prædicatione, et exemplo bonæ vitæ ad dictam fidei Christi invitandos fore auctoritate apostolica per præsentis litteras decernimus et declaramus, non obstantibus præmissis, cæterisque contrariis quibuscumque.

»Datum Romæ 1537 IV, non jun. pontificatus nostri anno III.»

Antes de este tiempo, opina Clavijero, que los misioneros franceses ya habian bautizado en Méjico más de un millon de estos *sátiros*, y en 1534 se habia fundado en Tlatelolío el seminario de Santa Cruz para la educacion de estos *monos*, que aprendian latin, retórica, filosofia y medicina.

III. Es positivo que en toda la Nueva España los indios estaban obligados como los españoles á la comunión pascual, exceptuándose solamente aquellos que habitaban en regiones muy distantes.

IV. En cuanto á no ser aptos para el sacerdocio, contesta Clavijero, que aunque el primer concilio provincial celebrado en Méjico en 1555 prohibia conferir las órdenes sagradas á los indios, no por su incapacidad, sino porque su baja condicion hubiera podido desprestigiar el estado eclesiástico, sin embargo, el tercer concilio provincial de 1585, el más célebre de todos, y cuyas disposiciones todavía están vigentes, permitia que se les elevara al presbiterado, aunque con la debida circunspeccion. Y se cree que estas reservas son aplicables tambien á los mulatos de padre europeo y madre negra ó viceversa, y cuya capacidad para los estudios nadie duda. Torquemada escribe que al principio no se admitian los indios al sacerdocio por su violenta pasion á las bebidas; pero que en su tiempo habia muchos sacerdotes de aquel país que eran sobrios y ejemplares. Desde entonces siempre ha habido centenares de sacerdotes americanos.

(L) PÁG. 135.

#### EL DIAMANTE.

El diamante es el cuerpo que más refleja la luz y todos los rayos bajo un ángulo de incidencia de más de 24°, de donde resulta su inexplicable fulgor. Frotándole desarrolla su electricidad, da fosforescencia y tiene el peso específico de 3'4 á 3'55. Es la más dura de las piedras preciosas, y sin embargo, es combustible, como formado de carbono puro cristalizado, sin mezcla de ningun otro ingrediente, de modo que quemándolo con oxígeno é hidrógeno combinados á 5000° de Fahrenheit, desaparece sin dejar el más mínimo residuo. Arago y Biot se inclinaron á creer que contenia algun hidrógeno, y Davy que pudiera hallarse en él oxígeno; pero en el experimento no se encontró más que carbono. Newton fué el primero que lo clasificó entre los combustibles. Averani ensayó la combustion del diamante para instruir al príncipe Juan Gaston de Toscana, y en 1694 demostró á los físicos, que expuesto al fuego de un espejo ustorio desaparecia, mientras que el rubí sólo se ablandaba.

Una composicion tan sencilla ha hecho que muchos estudiasen el modo de fijar ó cristalizar aquel gas, y la mania de los siglos pasados de buscar la piedra filosofal que convirtiese en oro los metales inferiores, se ha dirigido ahora á este nuevo intento, que hasta hoy ha quedado sin resultados, aunque ha costado sumas considerables.

Al analizar Woelker las antracitas en 1850, observó que además del carbono y el oxígeno, en alguna parte contienen el sulfuro, y de aquí dedujo, que no seria carbono primitivo. Tras esto, G. Vil-

son supone que la antracita podría convertirse en carbon cristalino, que es una de las variedades del diamante.

Otros se industrializaron por medios más groseros en fundir diamantes pequeños para formar de ellos uno grande, y entre otros Fernando II, emperador de Alemania gastó tesoros en estas pruebas. Una vez puso en un crisol diamantes y rubíes por valor de 6,000 florines, y lo expuso por 24 horas al fuego de reverbero, después de lo cual encontró que los rubíes se hallaban intactos; pero los diamantes habían desaparecido. Estos resultados fueron poco conocidos hasta que Darcet en 1768 los expuso á la Academia de Francia, variando los experimentos y probando, que el diamante se consume al fuego, lo mismo que al aire libre y en los crisoles de porcelana cerrados herméticamente. En julio de 1847 Jacquelin participó á la Academia que habia podido convertir un diamante en carbon.

Dónde y cómo lo forma la mano de la naturaleza, es todavía un misterio. No hallamos entre los antiguos el nombre de diamante, porque con el de *adamante* designaban el acero. Plinio dice que fué por mucho tiempo desconocido. Después se pretendió que se encontraban diamantes en muchos lugares, que tal vez no eran más que los mercados donde concurrían los vendedores. Hoy se recogen en las Indias orientales y en el Brasil. En las primeras, las minas se hallan en los reinos de Golconda, Visapur y en Bengala; pero no parece que cuenten más de cuatro siglos de antigüedad. Un pastor que llevaba su ganado paciendó por rocas solitarias, encontró una piedra brillantísima y la vendió por un poco de arroz á otro que no conocia su precio, y de una en otra mano llegó al fin al poder de un negociante que sacó de ella grande lucro. Entonces todos se pusieron á buscarlos por aquellos áridos parajes, y así se descubrió la mina de Golconda hará como dos siglos.

Se dice que antes de la ocupacion inglesa, trabajaban en ella 30,000 operarios, y que el rey se reservaba los que excedían de 10 quilates. En Golconda y Visapur se encuentran tantos, que el soberano de Coromandel para mantener su precio sólo permitía buscarlos en ciertos sitios. Se encuentran tambien cerca de las montañas escocesas, y la primera mina que allí se abrió fué la de Quolura, donde en terreno amarillento y lleno de piedras blandas están diseminadas á tres brazas de profundidad. Las minas de Malabar, Pattepallan, y Cedawilikal están en una tierra rojiza, bajo de la cual se encuentran á cuatro brazas. La mina más célebre de Golconda es la de Curruca, donde se encuentran hasta de nueve onzas. Poco más lejos se hallan las de Lattawar y Ganjeconto, estando reservada al Gran Mogol la última de ellas. Las de Vazergere y Manuemurg se cavan hasta la profundidad de 40 ó 50 toesas. Los mineros ignorantes, especialmente los labriegos, hacen en el terreno una boca profunda de unos seis piés hasta que encuentran una capa mineral semejante á la de las minas de hierro; la llenan de leña y mantienen un fuego violento por espacio de tres ó cuatro días; lo apagan repentinamente con agua, creyendo que de este modo ablandan el terreno. Entonces cavan y renuevan aquella operacion cuantas veces alternan las capas de tierra y de mineral, hasta que encuentran los diamantes. Si hallan agua, no conociendo máquinas para agotarla, cesan de beneficiar aquella mina. En el Visapur se explotan 15 ó 20 minas que dan diamantes que pueden competir con los de Golconda.

El pais de Londak de la gran isla de Borneo es muy nombrado por sus diamantes, entre los que se cuenta el del Sultan de Matan, que pesa 367 quilates.

En 1728 descubrieron los portugueses en el Brasil terrenos diamantíferos, y es curioso oír á los viajeros la descripcion de aquel precioso territorio. El distrito de los diamantes (*Democacan diamantina*) es una especie de santuario al cual difícilmente se puede uno acercar. Está defendido por un cordón militar de dragones, distribuidos en compañías, que se hallan apostados á cinco millas unas de otras y no permiten que nadie entre ni salga sin licencia especial del intendente general de la provincia que reside en Tejuco. Todo el que sale del distrito, ya sea extranjero ó del pais, tiene que someterse á un riguroso reconocimiento, registrándoles las maletas, los vestidos, la persona y sus caballos ó mulos, y si se sospecha que los viajeros se han tragado diamantes, para sustraerlos, los detienen y vigilan por espacio de 24 horas.

Cuando Ipix y Martius llegaron á Villa do Príncipe, que dista unas cinco millas de las fronteras del distrito de los diamantes, despacharon un correo del gobierno á Tejuco pidiendo al intendente general pasaportes, y apoyando su instancia con la presentacion del permiso real que habían obtenido en Río Janeiro. Conseguida su pretension, prosiguieron su viaje y en pocas horas llegaron á su término.

La ciudad de San Antonio de Tejuco se halla situada en uno de los territorios más fértiles y agradables del Brasil: es capital del distrito de los diamantes y residencia del intendente general y de la *junta diamantina*, que la componen el corregidor fiscal, dos cajeros, un inspector general y un registrador. La poblacion de esta ciudad llega á 6,000 almas.

Tejuco debe su prosperidad á las minas de diamantés. A principios del siglo XVIII comenzaron á descubrirse en este distrito algunas piedras preciosas, que entonces se creyeron de poco valor. Un empleado del gobierno que habia visto en Goa diamantes en bruto, fué el que primeramente los reconoció idénticos con las piedras preciosas de Tejuco; recogió una gran porcion de ellos y comunicando su secreto á un amigo, volvió con su tesoro á Portugal. El amigo del descubridor refirió lo

ocurrido á Geraes, gobernador de Minas, quien lo participó al gobierno, y por real orden se impusieron á los cavadores de diamante de Tejuco en 1730, las contribuciones ya prescritas para los mineros de oro. Su recaudacion ofreció obstáculos insuperables, y se sustituyeron por un impuesto de capitacion de 20 á 30,000 reis (120 á 180 francos) sobre cada uno de los esclavos encargados de recoger diamantes por cuenta del empresario. Diez años después se marcaron de un modo más positivo los confines del distrito de los diamantes, y se concedió á Fernando da Oliveira y á Francisco da Silva por término de cuatro años el arriendo de aquellas minas bajo condicion de no emplear más de 600 esclavos negros y pagar al Estado 230,000 reis (cerca de 1,500 francos) por cada esclavo. Esta clase de contrato fué repetido muchas veces, y el precio del arriendo fué creciendo poco á poco hasta llegar á 450,000 cruzados (1,350,000 francos). Los arrendatarios se rehicieron de las pérdidas que pudiera causarles lo excesivo de tal precio, aumentando más de lo que permitian las condiciones del contrato el número de los negros empleados en este trabajo, y para quedar impunes sobornaron á los administradores públicos.

En 1772 mandó el soberano que las excavaciones para buscar diamantes se hiciesen por cuenta del gobierno. Desde entonces se formó, si así puede decirse, un pequeño Estado, dentro del mismo Estado, dirigido por una administracion régia, encargada únicamente de la recoleccion de los diamantes, escluyendo de esta industria á todos los particulares. El marqués de Pombal tuvo la inspeccion suprema de este grandioso establecimiento, y nombró tres directores en Lisboa, tres administradores que debian residir en el Brasil y un intendente general del distrito de los diamantes, todos con estensas facultades. Después se atribuyó al intendente la direccion de todos los trabajos que ocurriesen en las excavaciones que se practicaban para recoger los diamantes; la administracion de justicia y buen gobierno; la facultad de expulsar del territorio á cualquier habitante sospechoso y hasta confiscarle sus bienes, caso de encontrarse cerca del mismo un solo diamante. El intendente, asistido de la Junta diamantina que dependia de él, pronunciaba sus sentencias, que eran inapelables tanto en lo civil como en lo criminal.

En aquella organizacion se hizo el cómputo numérico de los habitantes del distrito. Al que no justificaba su procedencia, se le expulsaba del pais, y si trataba de volver furtivamente, se le castigaba por primera vez con una multa y seis meses de cárcel; caso de reincidencia, se le deportaba á la costa de Angola por tiempo de seis años. Los mismos esclavos estaban numerados y sometidos á la más severa vigilancia. Por cada esclavo, cuya introduccion no se hubiese notificado, se condenaba á su dueño á tres años de deportacion y seis en el caso de reincidencia. Igual pena se imponia al dueño de un esclavo, cuando éste habia tratado de buscar diamantes. Esta rígida disciplina que tenia por objeto asegurar la exclusiva recoleccion de los diamantes por cuenta del Estado, se hallaba vigente todavia, cuando Ipix y Martius visitaron á Tejuco.

Tambien se encuentran los diamantes entre el cascajo y arenas de los rios y torrentes. Los esclavos de los particulares de Tejuco son pagados semanalmente por el gobierno al precio de dos á cuatro francos para que se ocupen en buscarlos. Muchas veces los trabajos están muy lejos de los parajes habitados, y entonces se construyen chozas de junco para los trabajadores, y la Junta diamantina envia cada semana los víveres necesarios. El número de los esclavos ascendia en 1773 á 5,000, y en 1818 no pasaba del millar. A fin de animar á los negros se les hacen regalos cuantas veces encuentran un diamante algo grueso: el que llega á recoger uno de 17 quilates y medio, es rescatado á costa de la administracion y puesto en libertad: si el valor del diamante es menor, continúa trabajando por la administracion hasta que haya ganado lo necesario para adquirir su absoluta emancipacion: si por el contrario, el valor del diamante supera al precio del rescate, se añade al don de la libertad una cantidad que pueda bastarles para establecer su casa.

Los esclavos están siempre vigilados por inspectores (*feitores*), la mayor parte blancos, cuyas funciones son custodiar los trabajadores para que no oculten algun diamante. Hay inspectores superiores que vigilan á los *feitores*, reciben los diamantes, los colocan en un cinturón que llevan y los conducen luego á Tejuco.

A pesar de tantas precauciones, se hace un contrabando considerable en perjuicio del fisco. Los que buscan los diamantes, que se llaman *garimpeiros*, se introducen encubiertamente en las arenas de las corrientes distantes de las minas reales: algunos tienen la audacia de meterse en los laboratorios régios (*serviços*) para robar los diamantes en bruto amontonados en ellos. Casi siempre son negros los que hacen esta clase de contrabando, y están ocultos entre rocas y malezas inaccesibles. Los esclavos que emplea la administracion no omiten ningun género de artificios para robar diamantes, y saben aun á presencia de los mismos inspectores que los vigilan, introducirlos entre los dedos de sus piés, en los oídos, en la boca, entre el cabello y algunas veces hasta se los tragan. Estos mismos negros se encargan de sacar del distrito los diamantes robados, y pronto encuentran compradores que los ocultan en las pacas de algodón ó de otras mercancías, y los remiten á sus correspondientes de Rio Janeiro y Bahia.

El lavado de los diamantes se hace del modo siguiente: se recoge del sedimento de un torrente

cierta cantidad de arenas y cascajo, se cava un pequeño foso de dos pies de profundidad y en él se introduce agua. Los negros encargados de examinar aquel cascajo (*cascalbo*), se sientan sobre un banco colocado en el foso; cada uno de ellos tiene un vaso de madera del diámetro de quince pulgadas, dentro del cual pone alguna arena, se quitan las piedras gordas, lo sumerge en el agua y lo menea repetidamente hasta que en el fondo sólo queda una arena menuda. Si entre aquel sedimento descubre algún brillante, coloca el vaso sobre un banquillo situado delante del asiento del inspector. Allí se reconoce la arena y después vacía el vaso, alarga el brazo, extiende los dedos de ambas manos para manifestar que no tiene ninguno oculto, y luego vuelve a llenar el vaso de cascajo, y principia de nuevo su trabajo.

Al fin de cada día los inspectores entregan los diamantes a los administradores. Estos, una vez cada semana llevan a Tejuco el producto del lavado de los diamantes, y allí la *Junta de excavaciones* los examina, pesa y anota en sus registros.

Se tienen doce cribas cuyos agujeros van disminuyendo su magnitud hasta la última, y por ellos se pasan sucesivamente los diamantes. Los mayores quedan en la criba de agujeros más anchos, y así siguen hasta los más pequeños, que quedan en la criba más fina. De este modo se tienen diamantes de doce grados diferentes, que se envuelven en papel, luego se meten en sacos que se depositan en una caja sobre la cual ponen sus respectivos sellos el intendente, el fiscal y el primer tesorero. La caja sale acompañada de un empleado elegido por el intendente, dos soldados del regimiento de caballería de la provincia y cuatro de infantería. Apenas llega a Villa Rica, se presenta al general que sin abrirla la pone también su sello. Cumplida esta formalidad, el convoy se vuelve a poner en camino hacia la capital. El tesoro tiene tres llaves, de las cuales una está en poder del intendente, y las otras dos en el de los empleados superiores. Cada año se remiten a Rio Janeiro tan sólo los diamantes recogidos en el año precedente.

De los documentos oficiales comunicados a Ipix y Martius, resulta que el peso de los diamantes recogidos en Tejuco desde el año 1772 hasta el de 1818, ascendía a 1.198,073 quilates. Esta suma parece considerable, y sin embargo, no compensó los gastos de administración; de modo que el gobierno brasileño, después de la visita de los dos mencionados viajeros, renunció a las excavaciones por su propia cuenta, y las arrendó de nuevo a empresarios particulares.

En la actualidad es libre cualquiera en el Brasil para buscar diamantes, y los que se enriquecen por haber encontrado una vena abundante, se suelen empobrecer buscando otra. Los esclavos trabajan por su cuenta los días festivos, pero la utilidad generalmente no la obtienen los cavadores, sino los comerciantes, quienes les prometen anticipadamente el cambio por alimentos y otros artículos necesarios.

Véanse AUG. DE SAINT-HILAIRE, *Voyage dans le district des diamants*. París, 1833.

G. GARDNER, *Travels in the interior of Brazil, principally through the northern provinces, and the gold and diamond districts*. Londres, 1846.

El rajá de Matan en Borneo posee, como hemos dicho, un diamante de 367 quilates, por el cual se dice, que un gobernador de Batavia ofreció inútilmente 150,000 piastras, dos bergantines armados y muchas provisiones. El gran Mogol tiene uno de 279 quilates, valuado en 11.723,000 pesetas. Tavernier, que lo vio todavía informe, le encontró del peso de 793 quilates; pero el joyero Borgnis, veneciano, al trabajarlo lo dejó muy pequeño, por cuya causa le impuso una enorme multa el emperador del Mogol. El que adquirió el tesoro de la corona de Inglaterra (1850) con el nombre de *Montaña de luz* (Koh-i-nor), está trabajado en forma de rosa. Se encontró en Golconda en 1550, de donde pasó a Delhi, conservándose allí hasta que el Scha Nadir lo arrebató y se lo llevó a Persia, pero después fué asesinado y los afganes tomaron aquel precioso brillante, cuyo poseedor subió al trono del Mogol. Su descendiente, expulsado del Cabul, debió cederle al de Lahor, de quien lo adquirieron los ingleses.

Cuando Carlos el Temerario fué muerto en la batalla contra los suizos, un labriego se encontró un diamante y lo vendió a un cura por un escudo, quien lo volvió a vender por poco más. Después la casa Fugger de Augsburgo lo compró por 47 florines, y lo vendió luego a Enrique VIII de Inglaterra. Ocurrida la muerte de éste, su hija Maria lo regaló a su esposo Felipe II de España. Se ignora cómo pasó de España a Toscana de donde el emperador Leopoldo lo llevó a Viena. Es de 139 quilates y medio, tan gordo como un huevo de paloma, pero de agua que tiene algo de color de paja, y está valuado en 2.600,000 pesetas. Otro de 56 quilates fué vendido en 70,000 francos por el rey de Portugal a Nicolás Harlay de Soucy. Hallándose éste de embajador de Enrique IV en Suiza cuando el rey tenía gran necesidad de dinero, buscó un empréstito de un hebreo, proponiéndole empeñarle aquel diamante, y como lo había dejado en París mandó por él a su fiel ayuda de cámara recomendándole cuanto pudo que no se lo dejase robar. El criado respondió que no se lo quitarían ni aun con la vida. Precisamente los ladrones le quitaron la vida; pero Soucy por la respuesta de aquel honrado servidor, sospechó si se lo habría tragado. Buscó su cadáver, mandó abrirlo y dentro de él se encontró aquella preciosa piedra. Después se compró por 600,000 francos, cuando todavía no era bien conocido el precio de los diamantes, y no se sabe quién lo posee en el día. En Constantinopla se encontró un

niño un diamante gordísimo en los tiempos de Mahomet II, que tal vez perteneció á la corona de los antiguos emperadores. Otro de 84 quilates y de bellísimas aguas, ahora forma el fondo de la pluma de Airon del sultan, fué hallado por un pobre entre las barreduras de la puerta Agrikapu: éste lo cedió por tres cucharas; el comprador lo vendió por 10 aspros á un artífice y éste á su jefe por una bolsa de oro, hasta que un hati cherif lo destinó al tesoro imperial.

Cuenta el duque de San Simon que un trabajador de las minas del Mogol se tragó un diamante gordísimo, y de este modo lo sustrajo á la vigilancia de los empleados; lo llevó á Europa y enseñó á varios príncipes, que lo admiraron, pero conocieron que el precio era mayor que sus rentas. El duque de Orleans, regente de Francia, tenia grandes deseos de adquirirle para la corona; pero no se atrevia atendida la escasez en que á la sazón se hallaba el tesoro. Sin embargo, le animó el financiero Law, é indujo al dueño á reducir el precio á 2.250,000 pesetas, además de restituirle todos los fragmentos que quedasen después de trabajarlo. Hecha esta operacion, pesaba 200 quilates y es el más hermoso de Europa. Si es cierto lo que refiere Federico II, Federico I de Prusia para comprar este diamante quiso dar en prenda á los holandeses todos sus dominios en el principado de Halberstadt. Se empeñó en tiempo de la revolucion, y se recobró durante el Consulado.—Cierta armenio poseia uno irregularísimo, de 193 quilates, y no admitió la oferta de Catalina de Rusia de darle 2.500,000 pesetas y una renta vitalicia de 25,000; pero como no se le presentó después ningun comprador, se tuvo por afortunado con que Orloff le diese la misma cantidad sin la renta, y Catalina lo aceptó como regalo de su amante. Se cree que era uno de los ojos de la estatua de Brama en Seringam, y que un granadero francés ó algun sipai indiano lo robase.—La compañía inglesa de las Indias orientales adquirió otro con el nombre de *nossuk*, que fue otro de los despojos arrebatados al rey de los Maratas que pesa 82 quilates y medio, de purísimas aguas, el cual se vendió en Londres hace algunos años.

Todos estos son procedentes de la India. El más gordo de los brasileños se posee en Portugal; pesa 95 quilates y tres cuartos, y fué hallado en 1800 en un arroyo cerca de Tejuco; pero aquella corona tiene la más rica coleccion de diamantes, valuada en 72.000,000. El rey José I tenia un vestido de seda con veinte botones que cada uno era un grueso brillante, y todos ellos estaban estimados en 2.500,000 francos.

Por los diamantes de un anillo, se ha creido que en los antiguos tiempos de Roma, se sabian cortar, si no es que venian ya cortados de la India, donde se pretende que este arte fué conocido antiquísimamente. En los tiempos modernos se descubrió de nuevo por Luis de Bèrguem, el cual observó que dos diamantes, frotándose entre sí, se cortaban. Por medio de esta operacion obtuvo un polvo que aplicado á ciertas ruedas inventadas por él mismo, le sirvió para cortar los diamantes del modo que queria pulirlos y figurarles las facetas. Esto ocurrió en 1476, y desde entonces se conoce toda su belleza.

El diamante, segun la figura que se le da al cortarlo, toma el nombre de brillante, rosa ó tabla. El brillante tiene siempre una superficie plana en su parte superior que da á la piedra mejor aspecto. El diamante rosa es un poliedro de triángulos equiláteros, terminado en punta, lo cual se hace cuando la piedra es muy ancha comparativamente con su grueso. Se reducen á tabla los diamantes de poco grueso comparado con la superficie. El brillante y la rosa pierden al cortarlos cerca de la mitad de su peso, por lo cual un diamante después de desbastado vale doble que en bruto. El milanés Claudio Birago inventó el modo de cortar los diamantes.

Plinio dijo que se encontraban diamantes mezclados con oro entre Tangeh y Meroe en Africa, pero no habiéndose hallado jamás ni diamantes ni oro en aquellos paises, se ha tenido esto como fabuloso. Hace años se recogieron diamantes en los Estados de Argel entre las arenas del Ued-el-Raml ó rio de las arenas, y se colocaron en las colecciones de Paris. Los primeros diamantes hallados en Europa fueron descubiertos por M. Schmidt y el conde de Polier, que por órden de Alejandro I viajaban por la Rusia Asiática con Alejandro Humboldt, por la pendiente occidental de los Urales.

Hace tiempo que Claussen participó á la Academia de Bruselas haber hallado el lecho de un diamante en la roca, entre el gres psammítico de San Antonio de Gramagna, de modo que muchos acudieron á hacer pedazos aquel frágil mineral para sacar diamantes. En este gres psammítico están simplemente engastados; en el gres itacolunita se hallan revueltos entre hojas de mica, como los granates en el micasquisto. Estos últimos tienen los ángulos cortados, mientras los del gres psammítico están perfectamente cristalizados.

(M) PÁG. 322.

#### ETNOGRAFIA DEL AFRICA DEDUCIDA DE LAS LENGUAS QUE EN ELLA SE HABLAN.

(LATHAM, *Rapport of the XIV he meeting of the British association for the advancement of science*, 1844).

Cinco son los idiomas nativos del Africa continental:

- I. EL COPTO, que comprende los dialectos existentes en Egipto.
- II. EL BEREBER, que comprende las lenguas no árabes de Fezzan, Trípoli, Túnez, Argel, Marruecos, los tuariki del Sahara occidental, y la lengua muerta de los guanchos de las Canarias.
- III. EL HOTENTOTE.
- IV. EL CAFRE, que se extiende desde el Norte hasta Melinda y Loango, sobre las dos costas de Africa. Ninguna de estas divisiones ofrece grupos inmediatos ó subordinados, á no ser tal vez el cafre.
- V. La última division tiene 11 grupos subordinados, cada uno de los cuales corresponde á las divisiones llamadas gótica, clásica, céltica, eslava, etc., en la etnografía general, y son:
  1. El grupo Nubio, que comprende las lenguas contenidas en los vocabularios siguientes:
    - α. El *Kensy* de Burkardt.
    - β. El *Noub* del mismo.
    - γ. El *Dungola* de Mitridates.
    - δ. El *Barabbra* del mismo.
    - ε. El *Dongolawy* de Cailliaud.
    - ζ. El *Routana* de Eusebio de Salle.
    - π. El *Nubio* de Costaz.
    - θ. El *Koldagi* de Rüpell.
    - ι. El *Jebel-Nuba* de Holroyd.
    - κ. El *Chillouk* de Mitridates.
    - λ. El mismo de Rüpell.
    - μ. El *Darfour* de Mitridates.
    - ν. El » de Salt.
    - ο. El » de König.
    - π. El » de Rüpell.
    - ρ. El *Dâr Rounga* de Mitridates.
    - σ. El *Takeli* de Rüpell.
    - τ. El *Denka* del mismo.
    - υ. El *Chaboun* del mismo.
    - φ. El *Fertit* del mismo.
    - χ. El *Darmitchegan-Changalla* del mismo.
    - ψ. El *Tacazzé-Changalla* del mismo.
    - ω. El *Camamyl* de Cailliaud.
  2. El grupo Galla ó Danakil, que comprende el *Danakil*, el *Chino*, el *Arkiko*, el *Hurrur*, el *Adaiel*, el *Sondli*, conocidos por los vocabularios de Salt; el *Danakil* y el *Galla* de Krapt y de Ienberg, el *Saho* de d'Abbadie.
  3. Las lenguas de Borgho, que comprenden el *Mobba* de Mitridates, y el *Borgho* de Burckhardt.
  4. Los vocabularios Bergharmos de Mitridates y de Denham.
  5. Las lenguas Bornou, que abrazan la *Affadeh* de Mitridates, el *Bornou* de Denham, los nombres de número *Maiha* de Bowdich. El *Affadeh* de Mitridates es probablemente el *Bedeh* de Clapperton.
  6. El *Mandara* de Denham.
  7. El grupo Hooussa, que comprende los vocabularios conocidos bajo los nombres de Hooussa, el *Affnou*, y el *Kachné* de Mitridates, los nombres de número *Quolla-liffa*, *Malowa* y *Kallaghi* de Bowdich, además de los vocabularios *Timboctou* de Adams, de Denham, de Lyon, de Caillié.
  8. El grupo Mandingo, que abraza las lenguas *Bambarra*, *Djallonka*, *Sousou*, *Sokko*, *Bullom*, *Timmani*, además los nombres de número *Garangi*, *Kong*, *Callana*, *Föbi*, *Garman* de Bowdich.
  9. Las lenguas Ouoloff.
  10. Las lenguas Foulah.
  11. El grupo Ibo-Achanti, numeroso y de muchas subdivisiones; pero poco fundadas, atendiendo á que sólo tenemos escasos fragmentos de vocabularios; los cuales son:
    - α. Las lenguas *Fanti* del reino de Ascianti y del Bouroum. El *Feti* del Müller, el *Afoutou* de Bowdich, los nombres de número *Inta*, *Aowin*, *Amanahea*, *Ahanta* del mismo, son *Fantis* ó *Asciantis*.
    - β. La lengua *Akra* de Protten y de Schonning, misioneros daneses.
    - γ. Las lenguas *Dahomey* ó *Foi*, que corresponden al *Judah* de Labat, y al vocabulario *Vatjé*, *Atjé*, *Popo* de Mitridates.

6. Las lenguas *Ibo*.
- ε. Las lenguas *Nouft*.
- ζ. Las lenguas *Yorruba*. A alguna parte de este grupo pertenecen casi todos los fragmentos de los vocabularios de la costa entre los rios Cherbro y Gabou, bajo los diferentes y mal distinguidos nombres de *Adampi*, *Tambi*, *Tembu*, *Akkim*, *Akripon*.  
 El vocabulario de la Costa de Oro de Artus.  
 El *Asianten* (Ascianti) de Mitridates.  
 El *Crepi* del mismo.  
 El *Adah* del mismo.  
 El *Okoua* y el *Ouavou*.  
 El *Kassenti*.  
 El *Kanga*, el *Mangri*, el *Djien*.  
 Los nombres de número *Dagouhumba*, *Kumsalahou*, *Mosi*, *Hio Yngoua*, *Badagri*, *Kerrapai*, *Empoungoua*, *Oundjobai*, *Oungormo*; *Kaïli*, *Checan* de Bowdich.  
 Las pocas palabras *Malembras* del mismo.  
 El *Kakundi* ó el *Chablé* de Laird y de Olfield.  
 El *Mokko* ó el *Karabari*.  
 El *Calbra* y el *Camacons* de Mitridates.  
 Otras lenguas no pueden todavía clasificarse, como son:
1. El *Agou*.
  2. El *Tibbou* (probablemente nubio).
  3. El *Bichari*, el *Adareb*, el *Souakin*.
  4. El *Seravoulli*.
  5. El *Serére*.
  6. El *Akouambou*.
  7. El *Krou*.
-



# EDAD MODERNA

---

## DISCURSO PRELIMINAR

*Dem Schnee dem Regen,  
Dem Wind entgegen,  
In Dampf der Klüfte.  
Durch Nebeldüfte,  
¡Immer zu, immer zu!  
Ohne Rast und Ruh.*

GÖTTE

Contra lluvias y nieves,  
Contra el furor del perpetuo viento.  
Entre la niebla umbria  
Sin tregua ni descanso un solo instante.  
¡Adelante, adelante!

Cada vez que por la energia de su voluntad, unida al poder de su inteligencia, sobrepuja un hombre las proporciones ordinarias, y se aventura más allá de los límites comunes, el docto vulgo que ama la mediania, y no tolera sino aquello de que es capaz, exclama: *¡Imposible! es un visionario, un presuntuoso*; tal vez añadirá: *Es un loco, ó un charlatan*. Si asegurais que el diamante existe en una piedra en bruto, sereis silbado por aquellos que no tienen bastante voluntad y vigor para romperla, y descubrir el tesoro que contiene.

Si el hombre superior no sabe resistir á todo lo que tiene que sufrir, por razon de la sensibilidad que constituye la debilidad y el poder del genio, y en la cual encuentra su recompensa y expiacion, sucumbirá dudando de sí mismo y de su juicio, muy diferente del de los demás. Aquel que en tiempo de Luis XIV propuso hacer mover un barco por medio del vapor, atrajo sobre sí las burlas de los cortesanos, y de Ninon se volvió loco, y murió en un hospital. El Dominiquino estuvo á punto de cambiar la paleta por el cincel, para es-

capar á la critica de los burlones. Racine renunció al teatro por despecho, al ver se le preferia al insipido Pradon. Newton, cansado de las contrariedades que se le suscitaban, exclamó: «No quiero ocuparme ya de filosofia; imprudencia fué abandonar el inestimable tesoro de mi tranquilidad para correr tras una sombra.» Pergolesi murió á los treinta y tres años bajo la denigrante tenacidad de los que le proclamaron divino, el siguiente día de sus funerales.

Peró la paciencia no constituye el genio, es una de sus primeras cualidades: sabe que toda grande obra es una lucha, una educacion, una lid. Léjos de declinar las dificultades, las hace frente: se resigna á la envidia, al insulto, y lo que es peor aun, á la indiferencia de sus contemporáneos. Soporta los flechazos, y las picaduras de alfiler más penosos aun. Se mejora con la contradiccion, así como el turíbulo aumenta sus espirales de humo á medida que se le agita, y triunfa una por una de las enemistades, envidias y rivalidades. Desprecia los que le desprecian, desafia los ódios que desenca-

denan contra él, el poder ó la preocupacion, y prosigue aislado su camino en el cual el que sucumbe es pronto olvidado ó entregado á la bafa. Pero, si con aquel valor que trasforma las contrariedades en problemas, llega al fin que se propuso, si triunfando de los obstáculos que el vulgo siquiera sospecha, consigue fatigosamente su objeto, entonces algunos se apresuran á tributarle una tardía justicia, no sólo con el objeto de poder alabarse de haber sido de los primeros en reconocer un mérito probado ya, sino tambien porque es mejor hacerse el protector de aquellos que no se pueden pisotear. Pretendidos amigos le conceden una inactiva aprobacion, que se asemeja á la compasion; muchos por orden de otros, ó por adularles, ó bien por demostrar que no principiaron en vano sus ultrajes, repiten con voz hostil: «¡Hermosa maravilla! Cualquiera haría otro tanto. No hay más que pensar y ver. Esto se ha hecho antes que él; no ha tenido más que imitar y aprovecharse del ejemplo de otros.»

Estas gentes ignoran ó más bien fingen ignorar, que la eficacia del genio consiste en *saber querer*, y que la *imitacion* no depende de la reunion de circunstancias de los detalles tan pronto fortuitas como inevitables, sino de la de los principios, al poner en accion los métodos y la esencia de los sistemas. Dedicarse á una idea, hasta el punto de sacrificarle afecciones, honores y existencia; procurar conseguir un objeto nuevo por antiguos caminos, ú otro conocido por medios que aun no se han empleado, es el privilegio de los grandes hombres. Hiram proporcionó los cedros; David preparó el bronce y el oro; pero Salomon tuvo la idea y la perseverancia, y por esto el templo llevó su nombre.

Llega, en fin, un tercer periodo después de la burla del primer momento, y de las alabanzas de los preconizadores: éste es aquel en que la empresa de aquel talento selecto, su descubrimiento ó su nueva idea han entrado en el conjunto de los conocimientos generales, y todos sacan provecho de él. Por atroces que hayan sido los trabajos, á cuyo precio ha comprado estos resultados, por más que vea desconocido su mérito, como ha contribuido á él sin formarse ilusiones, sin aguardar el reconocimiento, se considera ámpliamente remunerado, porque no ha sido madurado ni por la idea de conquistar á sus contemporáneos, género cuya reparticion es siempre más ó menos injusta, ni por la esperanza de la gloria, sueño de niños, sino por la necesidad de descubrir y manifestar la verdad, y el deseo de estenderla en ventaja de sus hermanos.

Tales son los pensamientos que ocurren cuando se medita sobre aquel grande hombre con el cual saliendo de la época más tumultuosa y menos inteligible, entramos en la edad moderna. Otros habian sostenido ya la posibilidad de ir á las Indias por un camino opuesto á aquel que se seguía entonces; pero sólo Colon tuvo la constancia de en-

contrarle, y convertir en una realidad lo que no era más que una idea. Se ve precisado á sufrir la negativa de los poderosos, la ignorancia de los doctos, los desdenes del orgullo, las mezquindades de la avaricia, las perfidias de sus rivales, la indiferencia de los que, incapaces de obrar, están siempre dispuestos á condenar á los que obran. Desciende Colon á discutir en persona con los que se abrogan el privilegio de sancionar la verdad: recurre al sentimiento para persuadir á un fraile y á una reina. Cita á los unos á Aristóteles, á los otros los santos padres; habla á unos de cálculos matemáticos, á otros de inmensas riquezas, y en fin, á otros de los intereses de la religion. Sigue mil caminos diferentes para llegar al mismo objeto con el heroismo de la paciencia: la paciencia, que también es una clase de valor. *¿Por que, se le habrá objetado, no atenerse á lo que se ha hecho? ¿Es de creer que un genovés adelante á los griegos y fenicios?* Se le tratará tambien de bajo, porque llamaba á las puertas del palacio ó de los conventos, sin calcular cuánto valor se necesita para inmolar todo el amor propio que se posee por el triunfo de la verdad.

Todos los dias se repite que teniendo el genio vida propia, no necesita del galvanismo de la alabanza y de la popularidad; que las contrariedades no producen dilacion en las grandes empresas. Aun cuando esto fuera cierto, aun cuando no supiéramos que Kant permaneció ignorado hasta que fué proclamado por los periódicos, y que Vico en vano adelantó la ciencia en un siglo, porque no tuvo preconizadores, las fuerzas que el genio ha consumido en vencer laboriosamente los obstáculos, le impiden intentar nuevas empresas, ó sacar todo el fruto posible de la que ha conducido á buen fin. ¿Qué no hubiese hecho Cristóbal Colon en los catorce años que empleó penosamente en inspirar confianza en sus proyectos?

En fin, los reyes le ayudan porque se prometen crecidas ganancias. Un simple particular le da ayuda, pero con el pensamiento de participar de su gloria; hasta su misma tripulacion no le obedece sino á condicion de verle obrar á su antojo. Se embarca con tan insuficientes recursos que raya en la temeridad y en la locura; anda errante á merced de los vientos desconocidos; le es preciso engañar á sus compañeros con ayuda de falsas indicaciones; todo se parece en medio de aquel Océano sin límites, donde va buscando una costa cuya posicion ignora. Todo parece unirse para deterrar sus esperanzas; y no obstante, su confianza adquiere nueva energia con el vasto proyecto de reunir á los hombres en una misma fe y en una misma civilizacion.

En fin, se oye resonar aquel grito tanto tiempo esperado: *¡tierra, tierra!* Es adorado por los suyos como un dios, porque ha conseguido su objeto. Cree haber descubierto las Indias: es un error; pero en su camino ha descubierto un nuevo mundo.

Vencer, conseguir el fin, ver las fatigas de toda

su vida coronadas de éxito, y dar tantas más gracias á Dios cuanto menos ha sido la asistencia de los hombres, son goces inefables, cuya existencia nadie puede revelar. ¿Pero qué es lo que debe aguardar entonces el grande hombre? La ingratitude.

El piloto que le ha proporcionado un barco, trata de arrebatárle la gloria que ha conquistado. Los reyes evitan con cavilidades el cumplirle las promesas que le han prodigado locamente. Los espíritus fuertes se mofan de él porque ha buscado en vano en el cielo la esperanza que el mundo le negaba. Sus rivales se dedican á rebajarlo, engrandeciéndolo al lado suyo á un hombre mediano, designando su descubrimiento bajo el nombre de otro. Los unos le tachan de vanidad, porque busca títulos que aseguran tantos derechos á los que los deben al acaso; otros le acusan de avaricia, porque hace caso del oro que necesita para intentar nuevas empresas; otros más de crueldad, porque sus sucesores asesinan las poblaciones que da á conocer. Muere Colon, y quiere que se coloquen en su sepulcro las cadenas con que volvió del Nuevo Mundo; porque nada enorgullece tanto como el martirio sufrido por una causa cuyo triunfo es inevitable.

Cuando ya no tiene que temer la envidia que encuentre otro mundo, confiesa la grandeza del héroe que ya no existe, y se da por dispensador de la equitativa gloria (1). Llega hasta la exageración, para rebajar á aquellos que aspiran á nuevas y atrevidas empresas.

Colon es el primer gran inventor que pertenece verdaderamente á la historia. La antigüedad, que colocó en la categoría de los astros, el barco que intentó la navegacion de Grecia á Cólquida, y la lira con que se cantó aquella espedicion, hubiera convertido á Colon en un semidios; la Edad Media hubiera visto en su descubrimiento la intervencion del diablo, como la vió en la de la imprenta y la pólvora. En aquella época, él mismo es el que se nos presenta, con sus luchas, su poca seguridad, su desanimacion momentánea, su perseverancia final y sublimes errores; éste es Colon, es el hombre.

**Diferencia entre la historia antigua y la moderna.**—Esta es ya una inmensa diferencia entre la historia antigua y moderna. La primera nos muestra, en efecto, á los héroes, y la otra á los hombres; aquélla personifica la muchedumbre en un individuo, ésta la descompone en sus elementos; la una pone en escena la sublimidad del individuo, la otra el poder de la humanidad. Ahora bien, nos agrada encontrar en las vicisitudes de Colon la de la misma humanidad, cuya historia seria tan interesante, aun cuando no fuera más que un espectá-

culo. Como él, mientras que los mortales están ocupados cada uno en particular, la humanidad madura sus conquistas con la ayuda de la fuerza de todos. Se lanza á ellas con los recursos que le parecen menos efectivos, lo cual no le impide triunfar; es castigado por sus triunfos, pero se forma con ellos un escalon para conseguir nuevos adelantos.

En esta cooperacion de todas las generaciones, ¿qué es el hombre? el término medio de una proporcion, necesaria entre los antecedentes y los consecuentes; el resultado de las circunstancias. Una bala hiere á Gustavo Adolfo en Lützen; y la guerra de los Treinta años cambia de aspecto; un gusano traído de las Indias, en la madera de un barco, roe los puntales sobre los cuales está construida Amsterdam, y poco falta para que se desvanezcan las amenazas de aquella rival de Luis XIV, de aquella reina de Oriente.

Hasta el grande hombre, cualquiera que sea su nombre ó fortuna, no es más que la manifestacion de una necesidad social, nacida inevitablemente, como el día que sucede al anterior. En vano los escandinavos descubren la Carolina en el año 1000. Si Colon hubiera perecido en la travesia, ya Cabral se habia dado á la vela, y cualquier accidente le hubiera hecho arribar al Brasil. La voz de Arnaldo de Brescia y de Huss es sofocada, pero si Lutero sucumbe, Zuinglio ha hablado ya. Si San Simon parece combatiendo en la guerra de la independencia americana, Owen y Fourier habian ya nacido para proclamar utopias, de las cuales alguna no es tal vez más que una proposicion precoz, que con el tiempo llegará á ser un lugar comun.

**Fatalismo.**—Hay personas que contemplando al hombre bajo este único aspecto, nos le ofrecen como instrumento accidental de la fatalidad, y que afirmando que todo lo que fué debía ser, cuentan la vida del individuo y de las naciones con una tranquilidad de hierro que todo lo explica, y de nada se conmueve. O que proclamando la teodicea de la historia, no ven en ella más que la accion inmediata de la voluntad suprema, hasta el punto de negar el poder del hombre (2).

Sin embargo, yo siento en mí una fuerza superior al torbellino que me arrastra; y llamo cobarde á aquel que no resiste á sus malos impulsos, héroe al que sabe lidiar contra los demás y contra sí mismo, hablar y callarse á tiempo; veo que admi-

(2) Además de su *Discurso sobre la historia universal*, Bossuet dice en la oracion fúnebre de la reina de Inglaterra: «Cuando Dios ha elegido á alguno para instrumento de sus designios, nada detiene su curso; encadena, ciega ó avasalla todo lo que es capaz de resistencia.» El mismo autor dice que Enriqueta «estudiaba los deberes de aquellos cuyas vidas componen la historia.»

Para él la historia es «la sábia consejera de los príncipes» ¿pero cuántos de ellos la leen?

(1) *Virtutem incolumen odimus  
Sublatam ex oculis querimus invidi*

HORACIO.

ramos más allá de la tumba á aquel que ha salido de la multitud, convirtiendo en hechos lo que no era más que deseos en los demás, cumpliendo ó previniendo las esperanzas de su época. Si no fuese así, ¿podría yo contemplar sin proferir blasfemias aquel eterno espectáculo de prosperidad para el intrigante y el fuerte, y de desgracias para el débil y el virtuoso? ¿aquella vida de placeres que gozan los malvados, mientras gimen los buenos en la opresión? ¿podría ver sin indignación á los más virtuosos deslumbrados por los triunfos de la iniquidad, y que ni las lágrimas, ni los gemidos consuelen al justo que perece ó á las naciones que quedan sin venganza? La historia no sabría, sin faltar, sustraerse á este comun sentimiento, si desecha el libre albedrío, abdica el derecho de juzgar los acontecimientos, se convierte en un ramo de las ciencias naturales, como cuando se describen las inundaciones del Po ó las erupciones del Vesubio. La casualidad no hace nada grande ni seguido. Aceptad la fatalidad, negad la fe á la eficacia del brazo y de la voluntad, recusad la excepción de las obras maestras, y no tendreis más que hombres holgazanes y naciones pusilánimes. Pero la misión de la historia es enteramente otra: ejerce el sacerdocio de la verdad y las inspiraciones generosas.

**Filosofía de la historia.**—La historia sobrepuja igualmente su objeto cuando no hace más que registrar los acontecimientos y los refiere á reglas establecidas de antemano; cuando los encadena invisiblemente, ó imita á Hume, que destruía toda relación entre los fenómenos de la naturaleza; cuando pretende que el hombre lo puede todo, y cuando quiere que no pueda nada. ¡Oh! no: las generaciones se transmiten algunas obras lentas que concluyen sin prevision, pero con conexión; que no son designios, sino necesidad ó más bien pensamientos de la Providencia que el pueblo efectúa. La libertad de que el hombre cree gozar, y que es la única que le hace digno de castigo y de recompensa, no es una ilusión digna de burla; pero la Providencia le ha dicho: *Llegarás hasta aquí*. Todos los días dirige el labrador votos por la vuelta del sol, y el sol vuelve. ¿Pero es el hombre el que le hace aparecer? Nuestra voluntad influye sobre las funciones vitales que continúan ejerciendo durante el sueño, tiempo de los misterios más maravillosos.

Reunid todos los elementos del mundo moral, y habreis hecho la historia de la Providencia; y así como se demuestra al Criador con el mandamiento de la Creación, las obras del hombre demuestran el dios que las dirige. El primer exámen no descluye las causas inmediatas, y el segundo no desecha la voluntad humana libre y eficaz.

¿Pero quién determinará los límites de la competencia divina y los de la humana? ¿Quién deducirá de los hechos de la Providencia, las doctrinas del hombre, ó de los fenómenos de este mundo la esplicación del otro?

Tal es el objeto á que se dirige la filosofía de la historia: ¿Pero lo ha conseguido? Nuestro siglo se ha complacido en sistemas, ideales en su modo de proceder, absolutos en sus principios, arbitrarios en la esplicación, en lugar de subordinar las concepciones científicas á los acontecimientos, de los que no deben más que manifestar su verdadera conexión. Así como la física ha reducido los siete colores á tres, que se encuentran todos en el blanco, del mismo modo se ha pretendido encontrar en la marcha de la especie humana, una sencillez que no tenemos ningun motivo para reconocer. En los países que piensan, cada profesor improvisa un método el primer año de su curso; es adoptado en los países que imitan con las aclamaciones de los que trafican con la ciencia. Sistemas nebulosos, en que cada uno toma por erudición sus propias imaginaciones, donde se sacrifica la claridad de la inteligencia en el altar simbólico y trascendental, y sin reflexionar que su vaga y misteriosa oscuridad no puede dar ninguna esplicación efectiva al conjunto de los fenómenos. En efecto, no es ver la realidad el abarcar una grande extensión; pero aficionada nuestra época á grandes palabras, á fórmulas y principios absolutos, abraza voluntariamente estas teorías *à priori*, que tan fácil es inventarlas como trocarlas en humo, y que revelan el poder de algunos talentos y la ignorante presunción de otros muchos, que eternizan las discusiones sin adelantar un paso en la solución buscada.

¿Quién ha podido, en efecto, deducir con certeza las revoluciones futuras de la reproducción de ciertos hechos y de su encadenamiento? El séptimo sello está puesto sobre las causas segundas del orden moral; la esperiencia, la observación no podrían penetrar en él, sobre todo por la razón de que las circunstancias exteriores de un pequeño número de acontecimientos que se nos han transmitido, es todo lo que conocemos, sin determinar las causas ni las consecuencias íntimas. La filosofía de la historia, es decir, la inteligencia de la marcha admirable con que procede, consiste menos en sus acontecimientos que en sus principios determinantes. Pero ella misma encadenará su impulso, si inmola los hechos á doctrinas absolutas, en lugar de deducir en su completo conjunto las conclusiones que resulten de él; si no se humilla ante el más intrincado de los problemas, la permisión del mal y los misterios de la vida del hombre y del mundo, donde sólo el medio está ilustrado, al paso que el principio y el fin están envueltos en las tinieblas, si no tiene para guiarse en este laberinto un triple hilo, para saber las miras ocultas de la Providencia, el libre albedrío del hombre y la bondad de Dios que rescata la humanidad. Será verdaderamente la filosofía, cuando absteniéndose igualmente de poner el hombre en el altar y de aniquilarle, busque sólo esplicarle, y enseñar de dónde procede, á donde va, porque se muestra tan sublime y tan desgraciado, abismo de

magnificencia y de miseria, de crimen y generosidad.

Todas las páginas de esta obra dicen donde debe buscarse la solución final de tan grande problema. Los palingenios ó progresos sistemáticos nos parecen temerarios; y hay presunción, según nosotros, en creer que el hombre, cualquiera que sea su inteligencia y su poder, es capaz de dirigir á su antojo el órden de las cosas; así como nos parecería cobarde y bajo decir, que está precisado á sufrirlo inevitablemente. La marcha general de la humanidad, ó por mejor decir, la Providencia, guía las renovaciones prodigiosas que se operan en este mundo, y hace salir el bien del mal. Pero Dios es paciente porque es eterno, al paso que el hombre, que conoce su fugitiva duración, quisiera que todo se cumpliera en aquel rápido instante en que llega para sufrir, expiar, mejorar y morir. De esta manera desearía el astrónomo que se acelerase el curso de Urano, para que reproduciéndose en sus fenómenos pudiesen confirmar la verdad de su cálculo. Sólo el ignorante cree que un cometa es accidental, pero que no vuelve todos los años; la verdadera vida descansa en la voluntad de Dios sobre las criaturas, y de la humanidad colectiva sobre cada hombre individualmente, en la unión de la materia con el espíritu, del yo con el mundo exterior; por esto es por lo que Pascal decía que «todas las partes del mundo están encadenadas de tal suerte, que es imposible conocer una de ellas sin las demás y sin el todo.» Elevándose la inteligencia con la humildad, sabe observar con confianza y respeto las leyes divinas; puede mucho, porque conoce lo que no puede; y en lugar de disipar sus fuerzas con obstáculos insuperables, las concentra en los justos límites, y se hace también el auxiliar de la Providencia.

El grande hombre no es, pues, el producto de la casualidad; no hay fatalidad en el poder de su pensamiento, en la eficacia de los medios que emplea, ninguna ciega necesidad en su éxito, nada de arbitrario en las facultades de que está dotado. El génio no adivina, no crea, estudia, lucha, se esfuerza, se obstina para llegar á lo mejor: si lo consigue, el vulgo, al que no presenta más que los resultados, los atribuye á una inspiración, á una gracia particular, forma de él un sér de una especie diferente, como si fuera preciso haber nacido de otra clase que los tejedores comunes para llegar á ser un Harkwright ó Jacquard.

«La naturaleza y sus leyes yacian en las tinieblas: Dios dijo: Que exista *Newton*, y existió la luz.» De esta manera se espresa el poeta; pero sabemos que Leibnitz, Wren y otros habían precedido al gran filósofo inglés; sabemos que la geometría necesitaba su cabeza, así como la espada de Escanderbeg no era temible más que en su mano. Sabemos que todo lo que se ha descubierto es una oportunidad, confundida á veces por el vulgo con la fatalidad; sabemos que no se podrian

determinar las perturbaciones en la astronomía, si las principales gravitaciones no se hubiesen va-luado primero. Detrás de todo grande hombre, hay generaciones olvidadas, cuyo trabajo se aprovecha, como hizo Homero con las rapsodias, y Dante con las leyendas; de esta manera es cómo las plantas se nutren con los restos con que la tierra se ha abonado. El hombre de génio no es en fin más que un hombre; y la contemplación de sus esfuerzos, los obstáculos á que se ha sobrepuesto, las contradicciones que ha vencido, serán siempre el mejor espectáculo para hacernos sentir nuestra dignidad. ¿Pero puede la paloma medir el vuelo del águila, y el hombre con su débil vista no dice que la reina de las aves se remonta hasta la región del sol, cuando apenas alcanza á la de las nubes?

**Paralelo entre la antigüedad y los tiempos modernos.**—Si no nos engañamos, el carácter de la historia antigua consiste precisamente en observar más bien al hombre que á la raza humana. Aturdida por los esfuerzos anormales más que atenta al proceder tranquilo y persistente, hace guerrear á los héroes, representa las facciones en los corifeos, hace depender la felicidad ó desgracia de una nación, de un sabio irreprochable, de un tirano odioso. La tierra permanece muda en el momento en que desaparece el grande hombre que la llenaba, pero pronto ocupa otro su lugar. De aquí procede una admirable sencillez de dibujo, puesto que toda determinación y todo hecho parte de la voluntad reflexiva ó del impulso de un héroe, y la obra del pueblo parece la de un personaje; y Graco, Mario, Pompeyo representan la plebe que levanta la cabeza, ó la aristocracia derrocada.

Al paso que las sociedades antiguas están constituidas á intento, las modernas surgen de los elementos en lucha mezclados accidentalmente. Allí vemos legislaciones inmutables y juradas; aquí modificaciones incesantes y de progresos; en unas partes, fusion en un carácter general; en otras, eferescencia de los principios heterogéneos: de lo que resulta que el Estado, la Iglesia y la opinion arrastran cada uno á sí un fragmento de la verdad y de la razón. Nuestros gobiernos templados permiten un campo más vasto al pensamiento y á la variedad de los hombres y de sus oposiciones: tan pronto una parte como la totalidad de una nación quieren participar del gobierno; los príncipes encuentran resistencia, primero indeterminada, después compacta; los intereses se aumentan, los sentimientos permanecen en lucha, y el letrado y el filósofo adquieren tanto ó más poder que un rey. La ola que crece é inunda la ribera, ó arroja enormes barcos, es mucho más poética que cuando tranquila en los canales, mueve molinos ó riega prados. Por esto es por lo que el período antiguo, escena continua de tempestuosas revoluciones y de extraordinarios acontecimientos, en que figuran hombres envueltos en los artísticos pliegues de la toga, se presenta á nosotros bajo un aspecto más grandioso; pero al paso que las glorias de la anti-

güedad aparecen aisladas sobre un fondo iluminado con una luz incierta, uniéndose las glorias de los tiempos modernos á las del pasado, se muestran á toda luz, y se reflejan sobre todo el género humano.

No creemos que existiesen antiguamente menos pasiones en el corazón de los hombres; pero sólo un pequeño número de ellos se ocupaba de las cosas públicas, y pocos escribían de ellas, y aun estos últimos no han llegado todos hasta nosotros. Como consecuencia de esto, y por falta de contradicción, ciertos juicios están aun admitidos, como por ejemplo, que Dionisio y Tiberio fueron tiranos, que Tito fué clemente, y Marco Aurelio filósofo. Entre los modernos todos escriben, todos juzgan. No hay monstruo que no tenga quien le ensalce. El duque de Valentinois (César Borgia) es virtuoso según opinión de Maquiavelo; Enrique VIII é Isabel están colocados en el cielo por los reformados, en el infierno por los católicos; lo contrario sucede á Maria Estuardo y á Felipe II. Luis XIV es enteramente otro para la Francia que para la Holanda y la Alemania; y aun ahora mismo tributamos honores á nombres sangrientos que la humanidad pronuncia temblando. En efecto, sin tener en cuenta la adulación, habiéndose aumentado la lucha de los partidos, ó al menos los elementos que la producen, todo es de una naturaleza mixta, y el derecho y la razón difícilmente se encuentran en una misma parte; motivos dignos de condena, cuando se les considera aisladamente, adquieren un aspecto de justicia colocados en su tiempo y en su lugar propio. En medio de tantos movimientos simultáneos de descomposición y recomposición, opuestos aunque convergentes, muchos hombres no distinguen los elementos que sucumben de los que fructifican, y acusan una época de lo que le ha dejado la anterior; porque á las ideas batidas en brecha sobreviven las costumbres; y aunque verificada la revolución intelectual, la social no hace más que comenzar. Además, el espíritu de contradicción natural á los sábios, tan activo como sutil, se mezcla en todo, y se complace en destronar las glorias adquiridas, al mismo tiempo que la muchedumbre ciega y presuntuosa acepta las opiniones que reúnen hermosura y coordinación. No pudiendo abarcar los trabajos de la inteligencia todas las partes de un campo, que cada vez se hace más extenso, se asemeja en el día á los círculos que forma el agua movida por un cuerpo extraño, y que están menos determinados á medida que se estienden. Por esto es por lo que la alabanza y el vituperio clásicamente prodigados, se encuentran fácilmente contradichos por observaciones en sentido opuesto, y á veces que se elevan para decir: *Esto no es verdad*, para atribuir á la marcha natural de las ideas y de las cosas lo que parecería prevision política, para derrocar al héroe de su resplandeciente trono, y arrojarle á la clase de los demás mortales.

Nos encontramos, pues, en aquella *comedia*, en

que Dante supo tan bien interpretar la divinidad. La tragedia nos ha enseñado á admirar la dignidad y el heroísmo de las razas nobles; la historia, á no comprender la gloria sino personificada, á figurarnos mejor á Hércules vencedor del león de Nemea que á la civilización, arrojando á los monstruos de comarca en comarca. ¿No conocéis la escuela en esta animación, en este entusiasmo por el individuo más bien que por las masas; por lo que se verifica en un día, mejor que por la obra de los siglos, y en este deseo de reducir la historia á un drama con unidad de acción y de protagonistas.

Tal era la historia antigua; por esto es por lo que era mejor conocida. El asunto es uno: no se encuentra en ella más que un actor ó son pocos; no se observa más que un centro de interés, un sentimiento único, el del pequeño número de oligarquías que dominan á una generación esclava y se destacan de la desordenada multitud. En el día toda la nación tiene vida propia, y si hay alguna que domine sobre las demás, es una casualidad, una escepción violenta; pero entre las naciones antiguas, era preciso reinar ó sucumbir; y la historia sólo se ocupaba de la que vencía. El escritor moderno se encuentra precisado desde los primeros pasos como á desmontar el campo que debe recorrer, á discutir los orígenes, que ya no se remontan á los semi-dioses, sino á los bárbaros, á diseminar su atención sobre infinidad de elementos, á refutar las opiniones opuestas sobre cada acontecimiento, dirigirse por medio del análisis filosófico al través de tantas causas completas y remotas, con una insistencia científica que daña al interés dramático. Debe, además, ocuparse de estadística, en atención á que las rentas son el nervio de los Estados, cuando de todos modos no se trata sólo de proporcionar dinero á los gobiernos, sino de crear la riqueza nacional, y conseguir una equitativa distribución, y una circulación rápida de la riqueza pública.

El imperio de la voluntad se revela más entre los antiguos, al paso que la complicación moderna apenas deja discernir al hombre entre los innumerables instrumentos. En aquéllos un choque instantáneo, en éstos la indagación del orden que consigue la fusión, sacado de la filantropía, y que no deslumbra tanto como los trastornos y las ruinas. Resulta de ello, que los antiguos narradores se asemejan en todo, y que los modernos presentan tantos géneros como diferentes puntos de vista poseen. Los unos se adhieren únicamente á los fenómenos, los otros á las causas de una manera abstracta; éstos se ocupan del gobierno, aquéllos del pueblo; algunos se complacen en trazar cuadros genéricos y sin nombre, otros creen no deber descuidar el menor detalle; los hay que ven en todas partes la mezcla de las razas y la guerra, y otros los efectos del comercio ó los progresos de la religión.

**Diversidad de historiadores.**—¿No es natural que los historiadores de la antigüedad, al verse ora-

dores y artistas, y agraden mucho más que los historiadores modernos, obligados á ser políticos y economistas? Después de haber estudiado en ellos los tiempos que marcan, estos tiempos nos parecen radiantes, hasta el punto de que muchos de nosotros los echan de menos, como ofreciendo á la humanidad lo mejor que podría desear; y los filósofos, como Maquiavelo, Rousseau, y Mably, han querido aplicar á los modernos los dogmas de las antiguas repúblicas, proponiéndoselas por modelo. Pero sin indagar si los tiempos antiguos fueron más felices que los modernos, estos autores no conocieron lo que los hacía diferentes de los nuestros, y los juzgaron con la idea que no les pertenecía. Entonces pequeños pueblos (no hablamos de los del Asia, cuyos imperios no han encontrado sérios apologistas) vivían de los latrocinios que ejercían unos contra otros, considerando su grandeza en la ruina de su vecino, reduciendo á esclavitud á los prisioneros y colonos de los vencidos, con el objeto de que los ciudadanos pudiesen pasear su ociosidad por las basílicas ó por el foro, pronunciar sentencias y traficar con sus votos. Algunos con el objeto de enriquecerse, se sujetaban á privaciones claustrales, al paso que preferimos en el día multiplicar los medios de satisfacer las necesidades del pueblo, y en lugar de disminuir las cargas que pesan sobre él, preferimos ponerlo en estado de satisfacerlas con facilidad.

**Importancia de la industria.**—Lo que se debe deplorar en los antiguos que han tratado de economía política, son más bien máximas dignas de lástima, que las aplicaciones prácticas de que se han seguido. Ninguno de ellos se remonta á las verdaderas fuentes de la riqueza nacional, y no se ocupa de lo que hace vivir á las sociedades; aun cuando el buen sentido los conduzca por la senda de las verdades útiles, no saben ni coordinarlas, ni ponerlas en evidencia. *¿Qué hacer, decía Jenofonte, de hombres sujetos todo el día al oficio de tejer, cuyos productos enervan á los consumidores y hacen malgastar el dinero?* Aristóteles aprueba lo que él llama la *producción natural*, es decir, que se consuma lo que se ha procurado por la agricultura, por la caza, por la pesca, y por las *artes útiles*; pero no la producción artificial; es decir, que no admite que se venda, en atención á que no se trata por esto más que de ganar dinero; aun admite menos el que se deba especular y prestar, operaciones que cree contrarias á la naturaleza: ¡Como si fuera posible producir sin capitales, ó tener capitales sin reunirlos! Platon instala su república imaginaria lejos del mar, es decir, lejos del mejor vehículo del comercio, procesa al ciudadano que se envilece entregándose al negocio. *No conviene, declara Ciceron, que el pueblo dominador de la tierra sea comercial; y no se pueden realizar beneficios traficando sino por la mentira y el fraude.*

Nosotros que hemos salido del taller ó de la tienda, ¿qué simpatía podemos tener hacia una so-

ciudad que nos condenaba á la infamia? Si el ciudadano no puede, pues, producir, le será preciso vivir de limosna, y el Estado no podrá sostenerle sino con el pillaje. En efecto, Roma sacrifica perfectamente lo útil á lo grande; y por una inversión del orden, quiere consumir sin producir, enriquecerse sin trabajar, es decir, apoderándose de los bienes y de la libertad ajena. Donde falta la industria, la sociedad es imposible sin gran multitud de esclavos; la igualdad es una quimera, y la libertad una mentira. Por esto es por lo que las personas ociosas y el esclavo forman el carácter de la sociedad antigua, así como la tendencia continua á la emancipación es el de la nuestra. Para los antiguos, la economía política es la conquista, para nosotros, es la libertad del trabajo y el empleo del crédito. Uno de sus filósofos llamó el más hermoso de los espectáculos, á aquel en que el hombre soporta con firmeza el dolor y la adversidad. Los antiguos héroes se muestran en efecto en la actitud de hombres que desafían á la fortuna; en lugar de la dignidad pasiva, se exige á los héroes modernos que luchen con energía contra la naturaleza indomable y las pasiones subversivas.

En el siglo pasado, cuando la industria era en la opinión una cosa innoble, los enciclopedistas aguzaron su ingenio para convertirla en honrosa hasta el punto de confundirla con las bellas artes, y Diderot exclamaba: *Tributemos, en fin, tribute-mos á los artesanos lo que les es debido; las artes liberales se han cantado bastante á sí mismas: empleen lo que les queda de voz en celebrar las artes mecánicas.* En el día, las clasificamos aparte, porque la rehabilitación se ha cumplido: la ciencia presta ayuda á las manufacturas, el artista anima con su inteligencia los trabajos del artesano, y estamos convencidos de que el mejor medio de sostener la dignidad del hombre es ponerle al abrigo de la necesidad; porque la más segura garantía de la libertad es la mayor suma posible de independencia personal entre los ciudadanos, y el acrecentamiento de esta independencia, á medida que los beneficios del trabajo se encuentran mejor repartidos. ¿Era esto posible en los gobiernos en que un pequeño número de hombres libres mandaba innumerables esclavos, donde poblaciones enteras trabajaban en provecho de algunos privilegiados? (3).

(3) El elocuente é impetuoso sofístico girondino Vergniaud pintó muy bien estos inconvenientes en la asamblea Constituyente. Hé aquí sus palabras: «¿Quereis crear un gobierno austero, pobre y guerrero como el de Esparta? En este caso sed consecuentes como Licurgo; dividid como él las tierras entre todos los ciudadanos; proscribid para siempre los metales que la avaricia de los hombres arrancó de las entrañas de la tierra; quemad también los asignados, cuyo lujo podría ayudar, y que la lucha sea el trabajo de todos los franceses. Sofocad su industria; no pongais en sus manos más que la sierra y el hacha; marcad con la infamia el ejercicio de todos los oficios útiles; des-

Por lo demás, los medios propios para desarrollar la industria hubieran faltado en una época en que la geografía, la física y la química, se limitaban á tan restringidas nociones; cuando la division del trabajo y de las profesiones no era conocida; cuando las tierras, los capitales y los trabajadores pertenecian á un mismo individuo. Por esta razon la economía se limitaba á administrar bien el patrimonio doméstico y el público; por lo demás las propiedades estaban garantidas, no por un interés mútuo, sino solo por el predominio de su nacion sobre las demás. Perteneciendo todo á los vencedores, era preciso conseguirlo á cada momento con las armas; y tanto la economía privada, como la pública, se apoyaban en el inmoral poder de la espada.

**Aristocracia antigua y democracia moderna.**— Existe, pues, la misma diferencia entre las sociedades antiguas y modernas que entre las aristocracias y democracias, es decir, la disparidad ó la igualdad ante la ley. Entre los antiguos vemos apariencias de lujo, concordia, fuerza, voluntades más unánimes, y por consecuencia más eficaces, más firmeza en los peligros y generosidad en los sacrificios, más reflexion para obrar, más constancia en conservar. Entre los modernos, más discusiones, más diferencias, más inquietud de lo presente, más gusto á los cambios, aun cuando no sean una mejora. Entre los primeros, particulares estremadamente poderosos aniquilaban la autoridad social; entre los segundos, los hombres están nivelados, y el poder público se estiende sobre más vigoroso sobre la cabeza de todos. En aquellos la idea del respeto con respecto á los privilegiados es exagerado; en éstos, el interés individual cede al del interés comun, porque está comprendido en él. Allá las fuerzas son anormales, aquí uniformes; de donde resulta que la independencia y la originalidad se confunden en una fisonomía comun. Todo hombre aprecia á su patria y á sí mismo: adquiere facilidad en la conversacion porque no se cree despreciado por los demás no despreciándolos él; ama el bienestar material, porque nadie puede imponerle privaciones inútiles á su mejora física y moral; hácia este bienestar es al que dirige constantemente su talento y sus fuerzas particulares, sin aguardarle de los gobiernos ó de los grandes. El hombre aparece siempre en el lugar del héroe; y hasta en las más locas tentativas de las facciones, se distingue la dignidad que le impulsa á elegir una causa, y á servirla por conviccion. De aquí procede el desarrollo del talento, que opone la autoridad de la ra-

zon al imperio de la autoridad; de aquí el sentido comun que predomina, y que le hacia decir á Talleyrand: «Hay alguno que tiene más talento que Luis XIV, más que la Asamblea constituyente, más que Napoleon: este es el público.» En una palabra entre los antiguos hay grandes hombres; entre nosotros hombres que hacen grandes cosas.

La existencia de la patria consistia entonces únicamente en las hazañas militares; cesaba cuando no era vencedora. De aquí la necesidad de destruir para no ser destruidos, hasta que agotadas las fuerzas, el pueblo quedaba esclavo de alguno de éstos ó de algun déspota. El germen necesario de la destruccion no se encuentra en las raíces de las sociedades modernas, que fundadas sobre el interés de cada nacion y de cada particular, concluirán por buscar, no el empobrecimiento, sino la prosperidad de los Estados vecinos, y su propia ventaja en la de todos.

Estaba en la naturaleza de esta sociedad que un solo hombre conservase, no sólo el poder puramente material aplicado á los actos, sino tambien el moral destinado á vigilar los pensamientos, las inclinaciones y las creencias. No era posible separar á uno de otro, en atencion á su comun origen y á la obligacion de restringir la política á una ciudad principal, aun cuando habia sometido á la mitad del mundo. No hacia distinciones en los hechos, ni aun en las utopias, entre la direccion de las opiniones y de los actos; y hasta cuando se proponia entregar el gobierno en manos de los filósofos, esperaba una autoridad absoluta. Como consecuencia de esta confusion de poderes, la moral permanecia subordinada á la política; y como ésta es esencialmente guerrera, no dirigia la educacion sino para la guerra, abandonando la parte moral á los cuidados privados de los filósofos, ó á la impresion de los espectáculos. Por lo demás, los magistrados intervenian en todos los detalles de la vida. La legislacion disponia enteramente del hombre y de sus acciones, hasta en su vida privado, penetrando en el sagrado doméstico, mientras hoy retrocede ante la inviolabilidad del derecho individual; la patria era el todo, el individuo nada; el mismo hombre se enagenaba á la sociedad; al paso que la asociacion moderna sólo pide al ciudadano lo que es indispensable para el orden: quiere que conserve su sér propio, y sabe que hay acciones malas en sí mismas, aunque no estén prohibidas. Era, pues, preciso en éstas el impulso de los grandes hombres, al paso que los nuestros caminan siempre adelante, hasta bajo el mando de imbéciles reyes y perversos jefes. En aquella el hombre se aísla: sostiene la sociedad de que es miembro, odiando á los demás; cree que el patriotismo consiste en aborrecer á todo el que ha nacido en otro pais, y la política en apoderarse del territorio ageno, sirviéndose de las poblaciones como de instrumentos de grandeza.

El espíritu de conquista no conoció otros límites que la posibilidad; Agesilao decia: «La frontera

honrad las artes, y sobre todo la agricultura; que los hombres, á los cuales habeis concedido el título de ciudadanos, no paguen impuestos; que otros, á los cuales negareis este título, sean tributarios y provean á vuestros gastos. Tened extranjeros para hacer vuestro comercio, ilotas para cultivar vuestras tierras, y haced depender vuestra subsistencia de vuestros esclavos,» etc., etc.

de la Laconia comienza donde alcanzan las puntas de nuestras lanzas.» Para los romanos, el extranjero era un enemigo, y su condicion habitual la guerra; sus soldados hacian, pesadamente y cargados, largas marchas, sin otros víveres que un poco de harina para amasarla y hacer galletas, á las cuales acompañaban sebo ó manteca, algunas gotas de vinagre para mezclar con el agua que bebían; sin hospitales que les curasen sus enfermedades y heridas. Animados de un valor feroz, espuestos á escesivos sufrimientos, el hombre se endurecía contra sí mismo, y era de una aspereza cruel con respecto á los demás, llamaba heroismo á la carnicería después del combate y á la matanza de los pueblos desarmados. Los vencidos eran destruidos: los persas trasladan al corazon del Asia naciones enteras, judías ó griegas, así como los hebreos y los griegos habian anonadado las poblaciones anteriores; Roma estermina las civilizaciones florecientes de Etruria, Corinto, Cartago y Roma; el tratamiento que impone á la Grecia no cede en nada al que los otomanos han hecho sufrir á este pais.

Tantas calamidades constituian el fondo de las costumbres heróicas; y así debia suceder, atendiendo á que no habia otro derecho que el del conejo ó del Estado, al cual faltaba toda base moral, cuando el tipo de la existencia perfecta sólo se puede deducir de sus relaciones con el orden de todo lo creado. Entonces la antigüedad no le poseía, ó á lo más era conocido de los filósofos, sin descender á la conciencia de las masas, cuyos sentimientos engendran la sociabilidad y el derecho. Por esto es por lo que el derecho romano era una espresion rigurosa de las necesidades materiales de la asociacion, tal como existia, consagrando con una lógica inflexible hechos violentos y consecuencias monstruosas. La equidad, en lugar de presidir á ella, no se desliza allí sino furtivamente: lejos que el derecho natural sea su espresion, se llaman así las relaciones puramente instintivas de los seres animados, y al derecho de gentes y los usos comunes de las naciones. Coexistiendo con el derecho civil, se ponen trabas en lugar de limitarse, sin que una de ellas sea causa final, y por consecuencia regla superior á todas. La jurisprudencia dirá que el hombre es libre por el derecho natural; pero que se convierte legalmente en esclavo, que puede llegar á ser cosa por el derecho de gentes, y enemigo por el civil.

Al fin el Verbo se revela, tipo ideal y á la vez real de una existencia necesaria; mirando al cual el hombre concibe de él la perfeccion á que está destinada su naturaleza. De aquí procede la necesidad de conseguirla en la práctica de la vida. El cristiano creyó un deber el perfeccionarse siempre, sacrificarse mutuamente por Dios; creyó en la caridad como ley obligatoria y en una ciudad eterna de la que debia hacerse digno. Desde entonces la pura equidad, la fraternidad universal no fueron sueños, sino las bases de un estado normal, al cual

el hombre no puede ya renunciar sin cambiar de naturaleza; el orden civil no es ya un simple hecho necesario, sino obligatorio, como reflejado por el orden social perfecto, y bajo condicion de aproximarse más y más á su perfeccion y el derecho existe en tres elementos constitutivos, á saber: las reglas de pura equidad, código de la sociedad ideal; en los hechos sociales presentes, relacionados con aquel ideal; y su constante reforma para aproximarse progresivamente á la perfeccion.

**La política humanizada.**— En adelante la palabra *fraternidad*, que por la primera vez fué pronunciada en el cenáculo, resuena en los gabinetes; la atroza denominacion de *enemigos naturales* se ha borrado hasta de los inexorables libros de la diplomacia, y nadie pretende que el sol alumbré á un solo hombre con exclusion de los demás. Las nacionalidades son sagradas: el único objeto de la guerra es restablecer el derecho; el único efecto de la victoria, ganar la causa sostenida y preservarse de nuevas injurias. Si esto no sucede siempre, al menos se finge que es así; la violencia se cubre hasta con el pretexto de la legalidad, y los héroes, incensados y maldecidos á la vez, son felizmente una escepcion. Un general debia haber muerto lo menos diez mil hombres en una batalla campal, para obtener el triunfo; en el día alabamos al que ha conservado la vida de los hombres y evitado los sufrimientos: la guerra se hace entre los gobiernos y no entre las personas; la misma naturaleza de las armas evita el furor personal; y si para Roma era un caso excepcional el cerrar el templo de Jano, para nosotros es lo contrario. No se tienen las armas prontas sino para dar fuerza al derecho y seguridad á la moral, y las naciones están conformes en romper el carro del que amenaza á los demás sin motivo. Los que combaten no son ya los vasallos de un individuo, sino los representantes de una nacion; y aunque el derecho de la guerra aun se funda forzosamente en el estado natural que se presume del hombre, las propiedades se graban con impuestos, pero son respetadas; las personas sufren violencias como individuos, pero no en masa; el prisionero no se convierte en esclavo, sólo es custodiado para que no pueda dañar; y como en materia de suplicios, fué un progreso mutilar el cuerpo de los condenados, en lugar de destrozár vivos á los pacientes, asimismo la guerra se hace, pero profesando el deseo de la paz; ella misma contribuye á justificar la idea del poder público contra el privado, de tal manera, que del derecho de la guerra nace entre los modernos la idea de la cosa pública.

Tal vez llegará un tiempo (¿por qué arrebatarnos tan dulce ilusion?) en que no haya guerra entre los pueblos civilizados, y sí sólo una rivalidad de industria, una union general para avasallar á la naturaleza. A ello se dirigen las sociedades modernas, al paso que las antiguas tenían á oprobio el ejercicio de las fuerzas del hombre sobre la materia; hasta las artes no se perfeccionaban sino

para la guerra; como era la ocupacion de todos, el trabajo y el comercio se reservaba á los esclavos, como un castigo.

No nos detenemos en las detestables virtudes de Esparta; pero deslumbrados por las pomposas arengas de los oradores de Atenas y Roma, nos figuramos los que las pronunciaban como gentes muy libres en sus ideas y en sus actos. Obsérvase, sin embargo, y se verán surgir en los días más brillantes de la libertad romana tiranías sin freno, tales como las de Sila y Mario, y cualquiera, como los triunviros, ejerce un poder incontestable. Hasta en la misma constitucion, ¡qué fatal poder el de los censores! ¡qué inquisitorial! ¡qué arbitrario! Livio Salinator, que se encuentra investido, á pesar de una condena popular, declara infame al pueblo en masa, y arrebató á treinta y cuatro tribus, de las treinta y cinco, los privilegios de ciudadanía. Estos magistrados son, pues, dueños de trastornar la república. Arrojan del senado un considerable número de sus miembros, treinta y dos en en 633, sesenta en 682; Apio Claudio excluye á todos los partidarios de César; aun se hace más con respecto á los caballeros, relegándolos entre la plebe, de la que se sacan otros. ¿Cuánto no debía hallarse infringida la constitucion, y cuán poco respetada se encontraba la seguridad personal? El dictador Cornelio Rufino es excluido del Senado, porque posee diez libras de vagilla de plata; Caton degrada al senador Manilio, porque da un beso á su mujer en presencia de su hija. ¿Hay algo más intolerable que semejante tiranía doméstica?

Lejos de que la justicia estuviese rodeada de todas las garantías de los tiempos modernos, los oradores peroraban, no para desenmascarar al culpable y hacer absolver al inocente, sino para confundir la verdad con ayuda de las pasiones; y si lisongea ver en sus arengas los poderes de los medios oratorios, debe comprenderse también que la justicia dependía únicamente de la voluntad del juez. Las lágrimas derramadas por el anciano Horacio salvan á su fratricida hijo: así como el orador romano manifiesta las heridas del soldado, para ganar su causa por sus sufrimientos, el orador griego enseña el seno de Friné para que la vista de sus encantos haga inclinar la balanza en su favor.

El imperio romano realizó un despotismo tal que apenas se puede creer en él: millones de hombres son enviados legalmente á la muerte, porque creen y adoran á Dios á su manera; un procónsul, hombre honrado aprisiona á varios, por simples apariencias; como titubease entre la legalidad y su conciencia, consulta al emperador, que aprueba y confirma su conducta, estendiendo aun estas atroces arbitrariedades. Y nosotros, nosotros maldecimos la inquisicion moderna, que en efecto no tiene excusa por no haber sabido corregir, con la tolerante caridad del Evangelio, aquella antigua severidad, después que por espacio de tres siglos

los mártires habian luchado á fin de que la fuerza material fuese excluida del santuario del alma, y que no ejerciese su poder sobre la razon y la conciencia; y sólo entonces el derecho llegó á ser humano, y la tolerancia ley de Dios y cánón de la humanidad entera.

**Estension de la libertad.**—Las dos sociedades difieren, pues, radicalmente y ya se ha podido comprender cual es la más libre. Es verdad que los derechos de ciudadano llegaron en algunas repúblicas, como en Atenas á una estremada perfeccion; pero cuántos gozaban de ellos? Algunos millares de individuos, clasificados por escalones, para tiranizar una plebe que no se contaba por nada, y un mundo de esclavos.

Y cuando decimos plebe, entendemos todo el pueblo de los campos, y una gran parte del de las ciudades; porque en los mismos lugares, en que á fuerza de insurrecciones ó sutilezas legales, se habia asegurado, como en Roma, los derechos de hombre, es decir, el derecho de poseer á una mujer, hijos reconocidos por suyos, y un campo propio, en tanto que no le fuese arrebatado por su acreedor, allí mismo se encontraba reducido á vivir en la ociosidad, ó á aguardar su alimento de la generosidad, es decir, de la limosna de los que tenían necesidad de su voto, ó temian su furor. Si un día la tempestad retarda los convoyes de granos, ó si un capricho de Calígula impide su distribucion, la plebe muere de hambre. Cuando sale de los teatros de mármol, donde ha olvidado que ayer sufrió necesidades, y que las sufrirá mañana, se esconde en miserables guaridas, de tal modo pensada, confundida y oculta á la vigilancia pública, que se pueden establecer allí talleres desconocidos, y llevar á ellos, para someter á un trabajo forzado, á los transeuntes, á quienes se ha robado.

Cuando decimos esclavos, entendemos hombres que otro hombre puede vender, mutilar ó dar muerte á su capricho; que no tienen familia, ley ni Dios: entendemos mujeres á quienes no se deja siquiera el consuelo de ceder á la fuerza ó á la seducccion; que el amo tenía ayer abrazadas, y que venderá mañana con los hijos que de ellas ha tenido: entendemos personas de quienes no se digna ocuparse la ley, ó si prohíbe mutilarlas, es únicamente para que el corazon del amo no se endurezca con aquel espectáculo.

Basta en realidad que haya esclavos para ser imposible la moral, en atencion á que su educacion es esencialmente descuidada. Acostumbrándose los amos á un mando duro, absoluto, y sin embargo adulado, este imperio sobre sí mismo, esta primera condicion del desarrollo moral, se debilita en ellos; la costumbre de una crueldad arbitraria sofoca el amor á la humanidad, que es el carácter del progreso social; la facilidad del libertinaje corrompe las relaciones domésticas.

¿Y qué destino es el de la mujer en la antigüedad? Será madre de los guerreros, obrera asidua, mujer económica, á lo más amable compañera del

lecho nupcial y á veces de la mesa. Por lo demás, nada de la libre y poderosa personalidad de la sociedad moderna, que hace que la más ínfima criada pueda, sin recurrir á los subterfugios de la reina Penelope, rechazar un pretendiente importuno. ¿A qué hablar de los ultrajes de los poetas y de los oradores (4), y de las locuras de aquel emperador que hacia arrastrar su carro por mujeres desnudas donde él mismo iba tambien desnudo (5)? El genio de la antigua legislacion la deprime constantemente; insulta á su inteligencia y á su veracidad. No hemos encontrado entre los antiguos ningun instinto de educacion respecto de las mujeres. Si quieren caminar á la par con el hombre y adquirir influencia, se hacen cortesanias: entonces, como Aspasia, dan lecciones á Pericles y á Sócrates; y como Pitonice, tendrán un sepulcro en la via sagrada que conduce á Atenas. Y sin embargo, abominables amores entre hombres manifiestan aun más el desprecio á la mujer, reservado únicamente para procrear. Dejando aparte á los poetas criticos, satíricos y cómicos, el buen Plutarco nos refiere que Epaminondas no se casó nunca, porque tenia dos mancebos amigos; y habiendo perecido uno de ellos con él en Mantinea, se tuvo cuidado de que su sepulcro estuviese próximo al del héroe.

Pero entre los mismos hombres libres, se encuentran en cada familia una tirania más dura, porque es más inmediata: padres que pueden dar muerte á sus hijos ó esponerlos, repudiar á su mujer, cederla ó prestarla, y que, dueños de los bienes y de la vida, ejercen una jurisdiccion privada en los delitos domésticos (6).

La Grecia, tipo de la antigua libertad, no llega más que á la libertad del conejo; y á éste es al que el hombre es sacrificado. En Esparta, no hay más propietario que el Estado; en Atenas, el propietario es la familia, como consecuencia de una combinacion singular de sentimientos humanos y de intereses del conejo; en Roma, la república es una asociacion de padres de familia, soberanos en el ejercicio del poder doméstico, de manera que los hijos son una especie de propiedad. En ningun pueblo estaban desvinculadas las propiedades; las instituciones ponian trabas á los contratos, obli-

gando á vender únicamente en tal ó cual ciudad ó tribu: en Atenas un ciudadano no podia dejar sus bienes más que á sus parientes naturales ó adoptivos; la mujer ni testar, ni hacer donaciones: sólo los varones eran llamados á la sucesion como continuacion de la persona y de la familia del padre, á falta de ellos, sucedia la mujer, pero con la infelicísima obligacion de casarse con el pariente más próximo.

Por todas partes el individuo es inmolado en bien de la familia y de la ciudad: la trasmision de los bienes, el derecho de testar, los matrimonios, los divorcios... todo está regulado segun esta tirania pública, los escritores más adelantados no ven allí otra cosa que el bien de la república. Así es que Aristóteles coloca al frente de su *Politica* el derecho de esclavitud, y Platon no se ocupa en su *utopia*, mas que de dar al estado esplendor y fuerza, cualesquiera que sean los sufrimientos del individuo.

Si la antigüedad es el dominio del politeismo; y nuestra era el del cristianismo, la cuestion está resuelto en nuestro favor. Porque sin recordar siquiera que el vicio se consagra allí con escándalos divinos, la multiplicidad de los dioses suprimia la conciencia de la igualdad, y en su consecuencia, toda idea justa de los derechos y deberes (7). El Evangelio enseñó á los grandes y á los pequeños á invocar á *nuestro Padre*, y desde entonces á reconocerse como hermanos. No prohibió el amarse á sí mismo; pero prescribió amar á los demás como á nosotros mismos. Recomendando hacer el bien á sus semejantes por amor de Dios, introdujo al hombre en el pensamiento divino, y le hizo comprender que el objeto de Dios es el orden. Instituyó, como remedio de las desigualdades necesarias y de los inevitables sufrimientos, la caridad, que es el mismo amor trasformado en sentimiento religioso; en deber lleno de dulzura. ¿Dónde encontrar en toda la antigüedad una institucion que se asemeje á la simple magistratura de nuestros curas, cuerpo regular de institutores para el pueblo, de tribunos para los oprimidos, de consoladores para los afligidos, reclutado en todas las clases con el objeto de dar á todos luz, moralidad y consuelo?

**Poblacion.**—Algunos pretenden que la poblacion antigua fuese cincuenta veces mayor que la del dia, pero aunque se pudiese probar que era

(4) Pindaro vencido trata á Corina, su coronada rival, de *marrana*. ELIANO, *Var*, XIII. 25.

(5) LAMPRIDIO, *Hellogábalos*, XXIX.

(6) En un diálogo en que manifiesta las diferencias de las naciones entre los antiguos y los modernos, espone Hume gran cantidad de costumbres crueles con nombres bárbaros, como el encierro de las mujeres, los tormentos impuestos á los esclavos, la esposicion de los niños, el destierro de los hombres distinguidos, y otras cosas aun peores, suponiéndolas en un país distante y salvaje; pero cuando uno de los interlocutores se admira y horroriza, declara que ha hablado de Atenas, y prueba con textos clásicos todos estos hechos crueles y extravagantes, sacando en consecuencia, con qué razon los atenienses son llamados los franceses de la antigüedad.

(7) M. Toroplong publicó en las *Actas de la Academia de ciencias morales y políticas*, una larga memoria, cuya conclusion es esta: «El derecho romano fué mejor durante la época cristiana que en los más brillantes siglos anteriores; pero fué inferior á las legislaciones modernas nacidas á la sombra del cristianismo, y penetradas mejor de su espíritu. No me siento capaz, dice el autor, de admirar un derecho tan esclavo de la letra y tan rebelde al espíritu; derecho orgulloso, al mismo tiempo, que tenia la pretension de proveer á todo y no tenia la inteligencia de las más simples garantias debidas á la buena fe.»

mucho más numerosa, esto resultaría desmentido por otros datos. Se puede creer que la especie se multiplicase donde subsistían las castas, estando asegurada la subsistencia de todos; pero á medida que las clases ínfimas se elevan, crece la necesidad; la cual empobrece hasta la casta superior. Además todo induce á creer que en el mundo griego y romano fueron más escasas las poblaciones. El pensamiento supremo de los legisladores era que el número de los ciudadanos estuviese en proporción con los recursos de la república, la cual debía alimentarlos; y el remedio más acostumbrado era dejar que los padres matasen á sus hijos cuando se hallaban en la infancia. Además, la parte más numerosa eran los esclavos, y en la esclavitud es muy escaso el aumento. Aun entre los libres, se hacían en Roma los matrimonios muy tarde, esto es, concluido el servicio militar. Después la ruina de su poca agricultura hizo que inmensas posesiones quedasen despobladas. En fin, aun cuando fuesen verdaderos los millones de habitantes que suponen que tenía Roma, sólo revelarían un inconveniente peor, el acrecentamiento de la cabeza, en daño de los demás miembros.

¿Eran acaso los antiguos más ricos que nosotros? La opinión general apoyada por cierto número de hechos, quiere que sea así. ¿Quién no ha admirado en su infancia la opulencia de Salomón y su magnífico templo? Alejandro encuentra por valor de trescientos millones en la tienda de Darío, y el botín hecho en la batalla de Iso bastó para enriquecer y corromper á la Grecia. En Cartago y en Corinto abundan los metales preciosos, que fundidos juntos en el incendio forman otro nuevo. ¡Qué ciudad la de Rodas construyendo su coloso para adornar la entrada de su puerto! En un teatro de Atenas, aguas olorosas caen sobre los espectadores por ocultas aberturas, y la representación de tres tragedias costó al tesoro más que la guerra del Peloponeso. Escauro construyó en Roma un teatro capaz de contener ochenta mil personas, adornado con cinco mil estatuas, y que sin embargo no debía durar más que un año. Es inútil reproducir las magnificencias de Lúculo y Cleopatra, los banquetes de Vitelio, los tesoros de Herodes Atico, y los de Creso, que tenía en sus arcas 7,000 talentos en numerarios, y la suntuosidad de aquellos triunfos con que Roma se engrandeció desde los Escipiones hasta Aureliano.

Pero hemos procurado en lo que ha dependido de nosotros, no hacer considerar como riqueza la que se encuentra acumulada en un pequeño número de manos, sino la que repartida sirve para las necesidades y bienestar del mayor número. ¿Para uso de cuántos individuos eran los antiguos tesoros? ¿Cuántos millares de hombres no perecían de hambre por un sólo personaje opulento? El aspecto general de prosperidad que presentaban las ciudades escede á toda creencia. Todo eran palacios revestidos de mármoles y metales, con estatuas elegantes y admirables grotescos, y con alhajas,

en que el precio de la materia rivalizaba con la exquisita perfección del trabajo. En las casas de recreo (Baia lo atestigüa), el lujo se extendía á los mayores detalles. Los baños de un rico ciudadano pudieron convertirse en templos; se ha encontrado en el gabinete de otro las obras maestras más alabadas de escultura; un mosaico que bastaría en el día para hacer la gloria de un museo, formaba el pavimento de un triclinio de una ciudad secundaria como Pompeya.

¿Pero no se distingue en todo esto la ostentación y el fausto teatral, más bien que el cuidado de la comodidad? En Roma, gabinetes de un maravilloso trabajo no recibían luz, y el más insigne grupo antiguo, fué sacado de un recinto enteramente oscuro. Admiramos aquellas termas y aquellos baños; pero su necesidad se ha disminuido entre nosotros con el uso del lienzo, y las diferentes comodidades domésticas generalmente extendidas. Nos admiramos al aspecto de aquellos largos acueductos, cuyas pintorescas ruinas interrumpen la monotonía del desierto romano; ¿pero no manifiestan, á la par que el poder de los constructores, su imperfecto conocimiento de las leyes de la hidrostática, y no obtenemos nosotros en el día con bombas y conductos subterráneos, mayores prodigios? Los caminos que conducían de una estremidad á otra del imperio, parecen por su solidez, que resistió á más de veinte siglos, obras sobrehumanas, pero solo estaban destinados para los soldados, lo que hizo se les considerase por Suetonio, como *opera magna potius quam necessaria*, al paso que entre nosotros, sin hablar de los caminos de hierro, un sistema de ellos reúne cada aldea á los grandes centros: los caminos romanos servían para trasladar las contribuciones de las provincias á las ciudades capitales (8); nosotros suplimos á ellos con letras de cambio.

No considerando más que á los que gozaban de la plenitud de los derechos de ciudadano, es decir, del derecho de oprimir á los demás y engordar con su sangre, ¡cuánto no cambiarían las cosas de aspecto, por poco que se les quitase el barniz brillante que las cubre! Una corta distancia separa á Nápoles, sin cesar creciente, de dos ciudades enterradas en otro tiempo. En la capital moderna las habitaciones informes se presentan en desorden, pegadas á la costa ó esparcidas por la playa, al acaso, según el capricho ó medios de cada uno, dejando entre sí calles tortuosas, con cuevas ú hondonadas. Por el contrario, en Pompeya y en Herculano, todo es regular; las calles y las casas están alineadas, las puertas euritmicas, los patios

(8) *Ut omnia tributa velociter et tuto transmitterentur.* PROCOPIO. Los grandes caminos del imperio romano eran veinte y siete, que se extendían en un espacio de 4,500 leguas. Solo los del imperio francés en 1807, comprendían 13,400 leguas, y todos conocen cuanto se han aumentado desde entonces.

y los comedores muy adornados; las plazas, las balsicas, los templos arquitectónicos, los menores utensilios domésticos, no son menos elegantes y acabados que los cimacios de las curias. Pero disipada la primera admiración, se dirige uno esta pregunta que un rey de aquel país hacia á otra metrópoli de la Italia: *¿Donde está el pueblo?* Se ven palacios para un pequeño número de ricos, tiendas para algunos mercaderes; pero dónde se abrigaba la masa de la población? ¿Dónde están las casas donde iba á descansar de noche? No preguntaremos si hay un hospital, ó un refugio para los pobres, estos eran beneficios desconocidos. Pero en la soledad de aquellas habitaciones exhumadas, ¿cuántas comodidades no faltan de las nuestras? El dueño de la casa tiene un comedor para invierno y otro para verano; pero su alcoba es una cueva sin aire y sin luz; recinto donde apenas se pueden mover, son los gineceos donde encierran á las mujeres; aquellos donde amontonan los esclavos que no tienen encadenados á la puerta, son verdaderos calabozos. No hay ventanas con vidrios que den claridad y aire, satisfagan la curiosidad é interrumpen la monotonía de las paredes; sin conducto para las aguas domésticas, comunes ni chimeneas; y en lugar de escaleras, rampas muy estrechas; asientos y lechos elegantes pero muy duros; hermosos carros, pero sin muelles ni sopandas; calles estrechas, y puertas aun más, indican que pocas personas usaban aquellos carruajes que en el día recorren á millares la ciudad vecina hasta para el servicio de los más pobres. Sin alumbrado de noche, sin bombas para sacar agua, sin medios para preservarse de la lluvia y del rayo, y sin manteles ni tenedores en la mesa (9). Además, por todas partes se ofrece la imagen de un amo rodeado de un enjambre de esclavos sujetos por el temor, y desde luego temidos; que se rodea de sus amigos para entretenerse y divertirse con ellos. La mujer no interviene en su vida, sino como estímulo ó desahogo de sensualidad.

**Comodidades de la vida.**—Supóngase que uno de los antiguos habitantes de aquella comarca resucitase en el día, y viese en la aldea que se estiende encima de su patria, al sastre, al zapatero y al carpintero trabajar libremente, y disponer con libertad de su ganancia, obligarse con respecto al rico, y negarse á contratar con él, poder llegar á ser su igual por la industria, y si se considera ofendido ó defraudado, citarle ante la justicia; entrando después en alguna tienda, que notase las infinitas perfecciones introducidas hasta en las artes más sencillas, que viese á aquel pobre artesano y á su mujer vestirse con telas de seda, lo que parecia un excesivo lujo en las emperatrices, colgar de su cuello un reloj que indica las horas con otra precisión que lo que las indicaba la aguja de su gno-

mon, ó su imperfecta clepsidra: que viese á su lado una chimenea para encender fuego, y un claro espejo; conducto para las inmundicias, grabados de cuadros notables adornando las paredes, y algunos libros; las ventanas preservadas del viento por los cristales, y del sol por las persianas; que le viese saborear el azúcar y el café, tributo de un mundo en quien ni siquiera soñaban los sábios; recorrer calles iluminadas por el gas, y encender en su cuarto una lámpara que equivale á varias antorchas; usar una vagilla de un barniz de los más brillantes, mudar con frecuencia la ropa blanca de su uso y la de su lecho, poder en fin, procurarse con algunos sueldos con que satisfacer á todas sus necesidades en las tiendas de sus numerosos compañeros ¿no se inclinaria á decidir que aquel artesano es más feliz que los príncipes de su época?

Para representarnos aquella sociedad bajo su verdadero punto de vista, quitemos de la nuestra, no ya solamente los trasportes por medio del vapor, los telégrafos y los últimos adelantos; sino los correos, esta necesidad suprema de la civilización, el papel y la imprenta: reduzcámonos á vestirnros de lana, á escribir con mayúsculas y en pergamino, á no conocer las letras de cambio, á ver cerrarse los puertos, y no recibir tantas cosas esquisitas: renunciemos el algodón, rompamos las máquinas que nos procuran á un precio mínimo tantos objetos útiles, no tengamos termómetros, barómetros, higrómetros ni lentes de cristal, anteojos ni otros instrumentos que doblan el poder de los sentidos; sin medias ni tejidos de dibujo; sin carbon de piedra y sin ninguna de las preparaciones químicas que contribuyen en tanto número á la salud, hermosura y placeres; consideremos entonces si somos de parecer de que los antiguos eran más ricos que nosotros. Era un magnífico espectáculo ver ciudades y provincias enteras reunirse para discutir, deliberar y divertirse; pero en el día hemos multiplicado los medios de comunicarnos nuestras sensaciones, nuestras ideas, nuestros placeres y nuestras resoluciones sin cambiar de hora ni de lugar. Aquellos inmensos circos, aquellos espectáculos suntuosos donde las mujeres podían palpar de horrible placer, contemplando á millares de gladiadores degollarse y morir con arte, donde la embotada sensibilidad de la plebe, despertaba al aspecto de los leones y de los elefantes que cebaban su rabia unos contra otros, ó sobre los designados sectarios del Nazareno; aquellos teatros donde se ostentaban los ópimos despojos del Asia desolada á los escesos de la lubricidad, y si quereis cosas más humanas aquellos juegos olímpicos, donde el pueblo, que poseia en el más alto grado el sentimiento estético, iba á admirar la belleza de las formas, el atrevimiento de las posturas, la verdad de los colores, la sublimidad de la escultura, las inspiraciones de la poesía y de la historia, ¿os parece digno de envidia para nuestra época? La ostentación de las diver-

(9) Algunas escepciones no hacen más que confirmar la regla.

siones públicas, encubría la pobreza y malestar de la vida privada. La imperfecta organización de la familia, la servidumbre de la mujer, el envilecimiento de las clases bajas, producían la necesidad de las diversiones exteriores, y aun éstas no se reproducían sino á grandes intervalos. Cuando un interés más tierno y suave nació con las relaciones de los parientes y amigos, y la igualdad creó la felicidad doméstica, se abrieron manantiales de goces hasta entonces desconocidos; la contemplación de la historia y de los descubrimientos cada día nuevos, y las lecturas sencillas é inagotables; de modo que hoy apenas basta el tiempo para las reminiscencias, para la curiosidad, para los sentimientos. De esta manera es como nos agrada hacer suceder á las ruidosas diversiones de la juventud los placeres tranquilos y razonados de la edad madura.

No trataré del número muy pequeño de los que eran admitidos á los nobles goces del talento; pueden contarse con los dedos las copias completas de Homero; no queda más que una de Aristóteles, y tan pocas de Tácito y Tito Livio, que se les podía considerar perdidos doscientos años después de su aparición. En general, la comunicación de los libros era tan difícil, que talentos nada vulgares, se dedicaban exclusivamente á compilar. Solo de esta manera se han hecho conocer de la posteridad Justino, Valerio, Máximo, Eutropio, Focio, y el mismo Plinio el Viejo. Pero sin hablar de los goces materiales, el particular menos acomodado, tiene en nuestros días á la mano otros muy superiores en número y elección á los de los privilegiados de la antigüedad. Se procura por un débil gasto los de la música, los bailes y los teatros, diariamente si le conviene, y no recibe por caridad, como el ciudadano de Atenas, el dinero que emplea en ellos, sino que lo ha adquirido noblemente con su trabajo. Se viste con más comodidad, su lecho es más blando, se pasea más á su gusto, viaja más pronto, aprende más fácilmente, y se aprovecha de todos los descubrimientos de los pensadores acostumbrados á reflexionar antes de obrar, que saben apropiarse á las necesidades usuales los servicios de la inteligencia.

En suma, poseemos todas las artes de los antiguos con inmensas mejoras, y con la insigne ventaja de estar al alcance de todos. En otro tiempo se trabajaba para el menor número, en el día para las masas: cuando solamente algunos centenares de individuos poseían la igualdad de derechos civiles, en el día se cuentan á millares y pueden pasar al lado del rico sin tener que sufrir ninguna humillación, pedir justicia contra el poderoso, sentarse en el banquete de la vida con una multitud cada día más numerosa.

**Bellas artes.**—Pero si nos es fácil reconocernos superiores á los antiguos en la inteligencia, no se puede concedernos otro tanto en los productos de la imaginación. Cuando se contempla la Vénus de Milo y el grupo de Niobe, y se ve el *Edipo rey*

de Sófocles, la *Trilogía Orestiada* de Esquilo, las *Geórgicas* de Virgilio, es preciso confesar que no les igualamos. Una lengua de una armonía estremada, el espectáculo de una naturaleza encantadora, la vista incesante de las bellezas desnudas en los baños ó en los teatros, trajes que no incomodaban ni desfiguraban los miembros; las continuas relaciones de los artistas y de los filósofos; una religión enteramente material, y la necesidad de adornar las ciudades, é inmortalizar á los héroes hicieron adelantar extraordinariamente el arte en la Helade (10). Añádase á esto que los griegos no conocían nada más perfecto; á diferencia de nosotros, los modernos, que hemos consumido en imitaciones el tiempo en que el genio posee todo su poder, y que no hemos vuelto á la naturaleza sino cuando éste se ha desvanecido. Por esto es por lo que el genio y el gusto que coexistieron entre los griegos, llegaron sucesivamente á nosotros; y queriendo ponernos en su seguimiento, nos hemos encontrado detenidos en caminos por donde hubiéramos podido ir lejos sin ser tal vez mejores; pero permaneciendo de seguro originales. En efecto, es necesario considerar las artes de lo bello en relación con el estado social y con las costumbres; y así como una china muy admirada entre los suyos, no brillaría á nuestra vista, aun cuando tal vez cesasen las prevenciones, asimismo las obras de otra época nos parecen menos perfectas.

Es de notar que el arte, en el cual los modernos han hecho más progresos, y el en que los antiguos no han dejado obras maestras, es la pintura, en la que nosotros no solo escedemos en la espresion moral, sino tambien en la parte técnica. No podemos comprender como pueden ser considerados como hermosos, cuadros sin fondo, sin perspectiva sin escorzo, por los que se alaba á un pintor por un retrato que parecia mirar al espectador, por cualquier lado que se colocara, ó por racimos de uvas que los pájaros habian picoteado. Los frescos de las paredes ó los mosaicos que proceden de las ciudades enterradas por el Vesubio, se habian señalado á nuestra admiración como capaces de sostener la comparación con las obras de los maestros italianos del siglo XIV; pero están bien distantes de ello.

Los antiguos permanecieron tambien en la infancia de la ciencia musical, escepto que conocieron el poder de los coros. Ignoraron tambien los acordes (11) y no poseyeron instrumentos de arco; y si las maravillas de Orfeo y de Anfiton, no eran fábulas, podemos oponerles efectos no menos poderosos con el tambor y los aires populares.

Aquellas estatuas en que el mármol, el márfil y los metales, estaban juntamente combinados,

(10) «No queriendo Dios conceder la verdad á los griegos, les dió la poesia.» JOUBERT.

(11) J. F. Dannely, sostiene en la parte XXIX de la *London Encyclopedia*, que los griegos conocieron la armonía.

y cuyos ojos estaban formados de piedras preciosas, ofrecen de seguro un aspecto diferente de lo que llamamos hermoso. Es verdad que quedan obras que el más escéptico debe admirar sin restricción. ¿Pero quién resolverá el problema de cual es la causa porque nace un gran artista? Si el Apolo y la Vénus se hicieron en los días más brillantes de Atenas, el inimitable Laocoonte lo fué en los tiempos de su decadencia, así como el gran Canova se lanzó desde sus estravagancias á sus más sublimes obras. Varios críticos han dado á ciertas obras modernas la preferencia sobre las de la antigüedad (12); hay algunos de ellos que admiran aun más como tesoros antiguos falsificaciones modernas (13); pero repetiremos que ambas épocas tienen bellezas diferentes, y que los antiguos no poseen ni el Moisés, ni el papa Rezzonico, así como tampoco tuvieron al *Macbeth*, ni el análisis de nuestros romanceros y moralistas; repetiremos que no sabemos porque entre nosotros, que además de los recursos que ellos tenían, poseemos sus preceptos y ejemplos, no puede surgir un Praxiteles. Es verdad que no querriamos proclamarle tal, porque idólatras de lo antiguo, no concedemos el título de grande más que á aquel que imita, y queremos que para ser el primero se coloque en el segundo lugar. Unicamente por este motivo es por lo que desdeñamos la originalidad de las catedrales de la Edad Media y la libre transición del arte á la época del renacimiento, sujetándolo á los tipos inevitables del Partenon y la Rotonda; por este mismo motivo es por el que obligamos á nuestros arquitectos á multiplicar las ficciones y las estravagancias para adaptar fachadas romanas y griegas, á edificios destinados á necesidades enteramente diferentes, en lugar de escitar el genio á crear, y á sobreponerse á las disonancias que el arte no se ha atrevido aun á armonizar (14). Con-

sesemos de todos modos que las bellas artes en la parte que representan enérgicamente la existencia moral y social de los pueblos, convienen con preferencia á una sociedad homogénea y fija, cuyo carácter completo y decidido tolera una reproducción más clara y mejor definida. Esto es lo que la sociedad era entre los antiguos, al paso que entre nosotros es una transición desprovista de fisonomía duradera. Nuestra inferioridad en las bellas artes, no indicaria que las facultades estéticas se han disminuido, sino más bien que no han encontrado un estimulante directo y enérgico, ni atribuciones tan importantes ó disposiciones tan favorables como en el politeísmo. Por lo demás, ¿quién se atreveria en el día á decir que las naciones más civilizadas de Europa, son las que poseen mejores artistas?

**Literatura.**—En la misma literatura, hecha para un pequeño número de talentos cultivados, tratada como arte y no como oficio, cada cosa estaba regularizada, coordinada por ciertas reglas introducidas por la costumbre, y en las que el estilo tiene tanta importancia como las ideas. Todavía hay algunos que quieren esta voluptuosidad esquisita: por eso, aun después que los clásicos perdieron sus flores, y dieron todos sus frutos, deleita y satisface sentarse á su sombra, y aun cuando no hagan sino ostentacion de belleza, complace en penetrar en ellos como en torrentes de luz, en donde el hombre nada descubre, pero se encuentra inundado de claridad y alegría.

Es verdad que acomodándose á reglas establecidas de antemano, y no tomando por juez más que un pequeño círculo, se puede insensiblemente salirse del camino recto. De aquí tal vez la inevitable decadencia de los antiguos siglos de oro, sin que jamás volviesen á renacer.

Con respecto á nosotros, modernos, la literatura aristocrática, impotente como todo lo que se separa del pueblo, es la obra de un pequeño número de imaginaciones estériles que tratan de reducirnos á una admiracion ociosa ó á una imitacion servil de los antiguos. Llena de trabas por las teorías de las escuelas, de los periódicos, y privada de su más bella gloria, la de vivir en los corazones, más bien que en las bibliotecas; esta literatura artificial se asemeja á las arpas cólicas, que dan algunos bellos sonidos, pero no tocan un aria. En el día los literatos no están al servicio de una corte, sino al de todo el mundo; descuidan, pues, la delicadeza de los supuestos, de las sutilezas, de las alusiones para buscar la claridad, la precision y el colorido. En el día la literatura es un combate como todo lo demás: la forma acompasada sucumbe bajo el choque y el capricho; la indestructible fe en un autor cede al infinito de las opinio-

(12) Vasari dice del David de Miguel Angel, que «destronó todas las estatuas modernas y antiguas, griegas ó latinas, cualesquiera que fuesen;» y Bottari, que «ha sobrepajado á los griegos, cuyas estatuas, cuando son mayores que el tamaño natural, no ofrecen tanta perfeccion.» Referir estos juicios no equivale á aceptarlos, como no podríamos aceptar el de Voltaire, cuando dice, «que los discursos improvisados en el parlamento de Inglaterra son superiores á toda la elocuencia estudiada de los antiguos.»

(13) Winckelmann cita algunos en el prefacio de su *Historia de las artes*; pero él mismo ha descrito pomposamente, como procedentes de Herculano, obras hechas espresamente para engañarle. Un Júpiter y Ganimedes, de que Mengs era el autor, fué mirado como antiguo por él y por todo el mundo. Se conoce la anécdota de la estatua del Amor de Miguel Angel; ¡y cuántas producciones de Juan de Bolonia no pasan por obras griegas! Por otra parte, hay muchos artistas, y Mengs es de este número, que sostienen que todas las estatuas antiguas que poseemos son copias. Pueden verse las contestaciones muy débiles de este pintor á Falconet, que atacaba temerariamente el mérito de los escultores antiguos.

(14) Creemos muy injusta la comparacion que se hace

continuamente en el patio de Belvedere entre las antiguas obras maestras y el Perseo de Canova. Es necesario comparar la parte de originalidad que hay en cada una.

nes; la polémica sofoca el arte, y no hay necesidad de lisonjear halagando los oídos. Por eso ya no se estudia el arte por sí mismo, y cada día desaparece más el estilo; hacen una excepción en su favor, los que le consagran todas sus fuerzas y concentran en él todos sus pensamientos. El mundo los alaba y los abandona a un lado como a las bellotas de la edad de oro. ¿Hay de qué admirarse? Las letras y las bellas artes han dejado solamente de ser, como las llamaba Raynal, la decoración del edificio social; la república literaria comprende tantos miembros como gentes hay que sepan leer, es decir, a todo el mundo. El arte, semejante en esto al teatro, pierde tanto más en delicadeza, cuanto más considerable es el número de aquellos a quienes se dirige. El pueblo quiere encontrar en él su espontaneidad, su pensamiento, sus formas, su lenguaje, las grandes verdades espresadas sin pretensión. Las lecturas poco numerosas, pero repetidas y profundas, han cedido el puesto a las fáciles y multiplicadas. Hasta personas sin instrucción leen por divertirse, por pasar el tiempo; resulta de ello que incapaces de sentir las delicadezas estudiadas, buscan las bellezas inteligibles; aman la novedad, para interrumpir la uniformidad de la existencia; la ejecución rápida para suplir a la perfección de los detalles; la facilidad para satisfacer con prontitud una necesidad desmesurada de conocer.

Los antiguos tenían fe en la duración, y los romanos contaban ser leídos mientras subsistiera el Capitolio; nosotros esperamos que nuevas verdades envejecerán nuestros libros. Componer laboriosamente, conservar nueve años un manuscrito en su cartera, es una tonta vanidad en una época en que las glorias se suceden con tanta rapidez, que no se puede creer en las ilustraciones póstumas; en las que el interés del momento se perderá mañana, y las ideas se presentan con tal rapidez, que desgraciado de aquel cuyo repertorio tiene diez años de fecha. En estos diez años puede encontrarse un 1774 que renueva la física y la química, un 1789 que cambia la política, y casi podía decirse la moral.

Los perezosos abusan de ello, y bajo el pretexto de ideas muy abundantes, descuidan la forma, ignorando que, como consecuencia de su último vínculo, refinando la expresión pulimentan e ilustran el pensamiento; sacrifican lo bello a lo útil, como la Revolución que convirtió el jardín de las Tullerías en un campo de patatas. Pero si observamos a aquellos que fijan su atención hasta en la elegancia, cedro que las obras clásicas perpetúan entre el párrafo de las perecederas, encontraremos que los antiguos son más pintores, los modernos más escritores, por poco que se quiera distinguir el arte de las formas y del colorido del del estilo, que coordina y espresa la idea; el más exterior de los talentos del más íntimo; la reproducción de las apariencias luminosas, de la revelación de los sentimientos internos.

**Ciencias.**—Con semejante paralelo, hubiera ganado mi causa si hubiera nombrado las ciencias; porque, aunque los antiguos pueden reclamar la parte más difícil, es decir, la de haber puesto los cimientos, nos las transmitieron más bien como fragmentos sueltos que como un encadenamiento sistemático, que es como son necesarias para que sirvan de base a los progresos futuros. Hemos descubierto otras nuevas: las que hemos recibido en su infancia han adquirido de nosotros un inmenso desarrollo, y todas las hemos renovado. Se encuentra en sus principios alguna cosa que pertenece a la casualidad, a la fatalidad y a la adivinación, de lo que se sigue que en la imposibilidad de esplicar su origen, varios escritores dedujeron la prueba de una revelación primitiva; no atreviéndose otros a confesar la fe, con pobres recursos, procuraron encontrar un justo medio, e imaginaron un pueblo anterior que pereció con sus conocimientos, del cual quedaron flotantes sin embargo ciertas nociones. Los antiguos construyeron con estos restos, pero no hicieron verdaderas experiencias. Observaban los fenómenos naturales sin dedicarse a reproducirlos aisladamente con el objeto de ilustrar las causas y la esencia. Mostraron curiosidad, pero no espíritu científico; y si poseyeron conocimientos, no poseyeron verdaderas ciencias.

La ciencia médica, que tantas abrazaba, no podía adelantar mucho entre ellos, cuando solamente conocían la marcha general y exterior de las enfermedades, sin su conexión con los órganos, cuya estructura ignoraban, así como sus funciones y su relación.

Cada fenómeno del universo da lugar a consideraciones de número, desde las dosis farmacéuticas hasta la órbita de los cometas. En el día se conoce cuán poco adelantaron los antiguos, visto su sistema imperfecto de numeración, en la ciencia de los números, que es la aritmética, y su ignorancia de las leyes, también de los números, que es el álgebra, medio secreto de sondear los secretos de la naturaleza.

El dominio de la sensación se ha extendido inmensamente desde que se ha podido precisar con el termómetro el grado de calor, medido las alturas con el barómetro, calculado las aplanaciones del globo con el péndulo, y las misteriosas combinaciones químicas con ayuda de la balanza. Determinando algunos ángulos con el sextante, el navegante sabe a qué distancia está del polo; con los círculos repetidores, marca el astrónomo el instante y los países donde se reproducirá en el transcurso de los siglos un fenómeno celeste, y aun cuando con los instrumentos no se ha podido llegar a la perfección, se han sabido calcular los límites del error posible.

No avanzando sino por medio de la observación, hemos abolido toda una clase de ciencias, es decir, las ocultas, que se presentaban siempre en competencia con las verdaderas; y si aparecen inexplicables efectos, veneramos sus misteriosas causas,

pero sin suponer que esceden á la fuerza de la naturaleza. Recopilamos los hechos con un cuidado concienzudo, esperando que la casualidad ó el genio descubra el punto á que convergen, y de que reciben su esplicacion.

Los talentos que pueden fijarse únicamente en algunas partes, son más lúcidos que los que lo abrazan todo en masa. Tales eran los antiguos, al paso que nosotros, colocados entre el análisis filosófico que todo lo descompone y enerva, y la confusa síntesis que produce una vaga ignorancia, surgió el verdadero espíritu metafísico, el genio de las relaciones y de las armonías, que conduce á los descubrimientos de todas clases. De aquí las inmensas conquistas de la razon y la verdad. Si en otro tiempo se obraba sin discutir, en el día se razona sobre todo, y la doctrina adelanta en union con las aplicaciones. Otro carácter que faltaba entre los antiguos á las ciencias y á la literatura, era la de no creerse degradadas con las aplicaciones prácticas, ocupándose de intereses materiales, de dinero, de produccion y de consumo. Mucho tiempo la filosofía antigua no hizo más que pensar: era preciso que sintiese, que amase; y á esto es á lo que se dedicó, desde el momento en que la voz del cielo dijo: *Id, é instruid toda la tierra*. Una vez que se estinguió el orgullo de una ciencia privilegiada, que se disiparon las nubes que envolvían á la academia y al templo, que se arrancó el arcano de las doctrinas á los sacerdotes, todos los hombres fueron convidados á la ciencia; é hicieron que redujeran á la práctica todos los descubrimientos del espíritu humano, por eso la edad moderna lleva en su cabeza la prensa con que se eterniza y multiplica la palabra, y empuña el arma que imposibilita que de la civilizacion pasemos á ser verdaderos bárbaros.

Sobre todo, en el día, los sabios se han puesto en comunicacion con los industriales. Durante la Revolucion francesa, el gobierno interrogaba á los sabios sobre todas las operaciones, sobre los mejores medios para procurarse nitro, hacer pólvora y pan; hacia que Lagrange se dedicase á calcular la teoria de los proyectiles; mandaba ir con el ejército de Egipto á una comision de sábios. El naturalista ayuda al agricultor, la botánica proporciona colores á los tintoreros y las recetas que éstos emplean se simplifican por los químicos; las máquinas y los procedimientos están sometidos al examen y á los cálculos de los sabios, para que los juzguen y perfeccionen. Así es, que cuando la ciencia pasó á esplicaciones inmediatas, procuró nuevos placeres al hombre, y le dulcificó los sufrimientos del destierro. Iniquidades que parecen invencibles sucumbieron ante sus descubrimientos; el azúcar de remolacha destruyó el estimulante más activo de la trata de negros, y el poder del vapor abolió el horrible suplicio de las galeras, el envilecimiento que resulta de las servidumbres opresivas.

**Progreso continuo.**—No titubearemos en repe-

tir al fin de nuestro curso, lo que hemos adelantado al principiarlo: á saber, que la edad de oro no es de sentir en lo pasado, sino que se debe esperar en lo futuro; que, mientras que los antiguos se desconsuelan con la idea de que el mundo envejece sin cesar, siendo cada día peor, nosotros nos consolamos con la creencia de que se mejora, y sostenidos por esperanzas siempre prorogadas, pero cada vez más estensas, emprendemos la tarea de mejorarlo en efecto, sin dormirnos en la seguridad, ni dejarnos desanimar por el temor. Era preciso para esto, pedir á los tiempos pasados la luz, sin la cual el espíritu se pierde buscando el porvenir: era justo reverenciar á los antiguos, por haber allanado el camino á sus sucesores, pero no era imitarlos siempre, sólo la locura puede creer que hay injuria al juzgarlos, y que se desconoce su mérito decidiendo que se les ha adelantado.

En tanto que el mundo permanezca compuesto de muy grandes y muy pequeños, de muy ricos y muy pobres, de sábios eminentes y de ignorantes ínfimos, la historia fija sus miradas en los primeros, porque deslumbran, ó porque su vista no basta á comprenderlos á todos. Si se cambian las condiciones, no se entretiene en contemplar la beatitud del pequeño número, sino que se instruye buscando el bienestar de todos. Se hace tambien contemporanea de los siglos más diversos; empareja los dos elementos con todo lo que es bello, la unidad y la variedad. Siendo uno el actor, es decir, el hombre, y uno tambien el teatro, que es el mundo, mientras que las circunstancias varian, el interés y las ventajas resultan hasta de las agitaciones más remotas, comparándolas al movimiento actual; y hay á la vez de esta manera curiosidad satisfecha é instruccion. Esta es la razon por la que en los tiempos antiguos nos hemos detenido menos en las batallas y en las conquistas, que en las luchas del esclavo con el hombre libre, del plebeyo con el patricio; luchas que se renovaron en la Edad Media entre el propietario y el siervo, y en el día entre el capitalista y el proletario, entre el empresario y los obreros.

En el siglo de Tarquino no habia ciudades más allá del 43° paralelo: en tiempo de Constantino llegaron hasta el 49° y á las cataratas del Nilo; y al mismo tiempo que las águilas romanas destruaban el manto de la reina de Asia, desmontaban las selvas de la Germania para abrir por allí un camino á la civilizacion.

En la antigüedad no habia habido más que aglomeracion y concejos, y sólo Roma habia concebido la idea de la nacionalidad procurando reunir, fundar y organizar. Vémosla, en efecto, ocupada en sujetar á su dominio á las pequeñas poblaciones animadas de una antipatía mútua y una actividad guerrera, que las hacia rebeldes á la civilizacion, y fundar de esta manera un imperio, de lo que no habia habido ejemplo. De todos modos, para organizarle, tuvo que sujetarse á las tentativas, y su código es una tentativa sublime; pero para

conseguirlo, le faltaba la unidad religiosa; prodújola el cristianismo, y la civilización que se había puesto en marcha para conquistar el mundo con ayuda del acero y de la ley, adoptó entonces el manto del misionero, y enarboló el estandarte de la cruz.

Con la cruz hemos atravesado la Edad Media; y los que han creído que nos habíamos dedicado á hacer su panegírico ó á echarla de menos, ó no nos han comprendido, ó no lo han querido. ¿Acaso las instituciones son buenas para todas las épocas? ¿Y según éstos las mejores no se cambian en peores, como sucede con la turmalina que calentándola invierte su polaridad? El que señala la necesidad de estudiar las enfermedades en los hospitales, ¿quiere acaso persuadir á los que le oyen que se metan en cama? Creemos que los que piensan como Voltaire, aun cuando Voltaire no pensara ya de esta manera, cesarian de desdeñar y de burlarse del estudio de aquella época, semejante á las tierras vírgenes del Nuevo Mundo, que á la vez producen el precioso árbol del pan, y el *upas* venenoso, cuya sombra da la muerte. Nuestra intención ha sido considerada bajo el aspecto de los verdaderos progresos que ha hecho hacer á la humanidad, y refutar á los escritores que quieren manifestárnoslas como una pura anarquía, sin conocer que de esta manera no hacen más que el que deseen el despotismo las personas honradas que prefieren siempre el orden social al orden legal. Por otra parte, las convicciones que dominaron en la Edad Media eran nobles, porque eran francas; podían producir grandes criminales, pero nunca cobardes; hemos tenido necesidad con frecuencia de separar nuestra vista de los horrores de aquella época, pero para dirigirlos sobre alguna otra cosa capaz de reanimar nuestro valor; no hemos tenido necesidad de negar lo que otros han dicho, sino echar á un lado lo que han descuidado. Afligido el observador cristiano con el aspecto de los males de la vida y la iniquidad de la naturaleza humana, se consuela dirigiendo, desde este fango lleno de lágrimas, una suplicante mirada hácia el esplendor supremo.

**Progresos en la Edad Media.**—El hecho capital de la Edad Media es el haber puesto por obra el cristianismo y el desarrollo de sus consecuencias á través de los obstáculos, mientras que cumple la misión divina de establecer políticamente la moral universal, y obtener la fusión que Roma no había sabido operar, no sólo bajo la forma de nacionalidad, sino también bajo la de la humanidad. Hemos demostrado que el cristianismo se dirigía á mejorar la sociedad, no tanto alterando su organización como contribuyendo á la perfección individual por las privaciones, las penitencias y los sacrificios. Estos no estaban concebidos como prudencia relativa al hombre, sino como debe de su destino social; y la humildad, ardentemente recomendada, era el correctivo del orgullo que dominaba en el mundo; el precepto de amar á los

demás como á nosotros mismos no repugnaba al instinto personal, y era la guía y medida del instinto social. El patriotismo salvaje fue templado por el sentimiento de fraternidad universal; la obligación individual, de consagrar una porción de lo que se poseía al consuelo de otro, procuró un asilo á la miseria. En la familia, el cristianismo fortificó la autoridad paterna santificándola; pero no dejó al padre árbitro de la vida de sus hijos: elevó á la mujer, no haciéndola superior á su propia naturaleza, y hasta la excluyó de toda participación en el sacerdocio (15); pero reconociendo las inextinguibles señales que le dan una misión diferente de la del hombre, y concentrándole en la vida doméstica, le garantizó la libertad, la llamó á tomar parte en la suerte de su marido, y le propuso por tipo la pureza unida á la maternidad. La indisolubilidad del matrimonio impidió que la vida fuese agitada por tempestuosas pruebas, frenó la inconstancia de los deseos, indicó la conducta que había de seguirse en las situaciones independientes de la voluntad, y enseñó á comprimir los apetitos demasiado enérgicos.

Lo que prueba que la influencia moral del cristianismo no procedía sólo de sus doctrinas, sino también de su organización, el poco fruto que produjo, tanto entre los bizantinos como en el islamismo, que se puede considerar como una herejía cristiana. La supremacía pasó de la política á la moral, haciendo que las necesidades fijas y generales prevaleciesen sobre las particulares y variadas. Después de haber hecho distinción en las condiciones elementales de la existencia humana de las que son comunes á todos los Estados de la sociedad y de las que dependen de las situaciones particulares, el poder espiritual se comprometió á hacer respetar las primeras en la vida del individuo y en la de la sociedad.

Los Estados antiguos habían nacido de un principio único, la conquista. En la Edad Media no hubo naciones, sino gentes que se apiñaban en redor de un obispo, y todos los obispos en redor del papa; de aquí, tanto la universalidad sin límites de espacio, como sin personalidad de pueblo. El hombre no pertenece ya en cuerpo y alma á la patria; el legislador no le envuelve enteramente en sus decretos á los cuales reconoce por superior una ley moral, constituida sobre otros principios de la ley positiva. De la independencia de creer y adorar, resulta la libertad de conciencia. Esta distinción entre lo espiritual y lo temporal, hizo que no sólo las naciones pequeñas, sino también el género humano, se abrazase sin violencia. La nueva Roma trasmite sus órdenes á todos los pueblos, y envía á convertir á la India y á la América, lo que hubiera sido para la antigüedad un sueño gigantesco. Constituida sobre el mérito intelectual y moral, que no puede usurpar

(15) *Mulieres in ecclesiis taceant*. I, Cor., XIV.

la espada, con una eleccion libre, y de la que nadie está escluido, con tal que sea digno de ella, la Iglesia adquiere el sentimiento de su superioridad sobre las groseras formas militares de la época, y saca su influencia tanto de la educacion especial del clero, como de la organizacion de los monjes, que no están inclinados como el clero secular á hacerse nacionales. El celibato dió la independencia social y la libertad de espíritu necesaria á la gran mision; puso obstáculos á la tendencia, universal en aquella época, que trataba de hacer los empleos y las propiedades hereditarias, é impidió concentrar el sacerdocio en una casta ó en ciertas familias, como sucedió no sólo en las teocracias antiguas, sino tambien en parte entre los griegos y romanos. Existiendo el peligro de los Estados teocráticos de ver predominar las inspiraciones personales, desaparecia delante de la infalibilidad de un tribunal divino. Al mismo tiempo que una lengua única facilitaba la concentracion y comunicacion de las ideas, alejaba el tiempo en que la crítica debía zapar aquel venerable edificio (16).

Desgraciadamente, para preservar la indepen-

(16) M. Augusto Comte, en su *Curso de filosofia positiva*, demuestra estensamente la incontestable superioridad social, como el la llama, de la Edad Media sobre la antigüedad (tomo V, 409). Partiendo de puntos muy opuestos á los nuestros, y teniendo á la mira consecuencias enteramente diferentes, hace una apreciacion de la Edad Media en todo igual á la que yo he emitido, y que ciertamente no conocia cuando se espresaba así en 1841 en el tomo V, pág. 966; «á la influencia universal de esta aberracion fundamental (de no reconocer al poder espiritual como independiente del poder temporal), es á lo que se debe achacar el principal origen histórico de aquel irracional desden que se manifestó entonces hácia la Edad Media, bajo la inspiracion directa del protestantismo, y que después se ha propagado por todas partes con una energia siempre en aumento, por una consecuencia de la misma situacion fundamental, hasta fines del siglo último, porque es sobre todo por odio á la constitucion católica, por lo que aquella grande época social ha sido tan injustamente tratada con deplorable unanimidad, no solo por los protestantes sino tambien por los católicos, donde la independencia política del poder espiritual no estaba menos despreciada. Tal es el primer origen de aquella ciega admiracion hácia el régimen político de la antigüedad, que ha ejercido tan deplorable influencia social, durante todo el curso del periodo revolucionario (véase nuestro *Discurso sobre la Edad Media*, t. IV), inspirando una exaltacion absoluta en favor de un sistema social que corresponde á una civilizacion radicalmente distinta de la nuestra, y que el catolicismo habia justamente apreciado en la época de su esplendor, como esencialmente inferior. El protestantismo ha contribuido especialmente al peligroso desvio de las almas por su racional y esclusiva predileccion hácia la iglesia primitiva, y sobre todo, por su espontáneo entusiasmo, aun menos juicioso y más dañoso, para la teocracia hebraica. De esta manera es como se ha borrado casi, durante la mayor parte de los tres últimos siglos, ó al menos profundamente alterado, la nocion fundamental del progreso social, que el catolicismo habia bosquejado en un principio... La teoria metafisica del estado de la natu-

dencia del poder espiritual en los tiempos de fuerza, y para que el pontífice del mundo no se viese reducido al papel de capellan del rey, en cuya jurisdiccion se encontraba, fué necesario concederle un principado terrestre. Una condicion escepcional era necesaria á aquel pais. La Italia se aprovechó de ella bajo el aspecto del desarrollo intelectual; pero sufrió trabas por su nacionalidad política, en atencion á que los pontífices no podian estender su dominacion temporal sobre toda la peninsula, ni sufrir un vecino que les amenazase. Pero con respecto al resto del mundo, ¿quién podría negar la eficacia de la organizacion de la Edad Media? La educacion inherente al sacerdocio, y fundamento primitivo de todas las instituciones de la Iglesia se habia estendido á todas clases, imponiéndoles como obligatoria la instruccion religiosa. De esta manera estendió ideas sanas sobre la naturaleza del hombre y sobre la historia de la humanidad: ofreció reglas para apreciar los actos de las opiniones; fecundó el espíritu de discusion social, abrió un libre campo á la filosofia metafísica, aunque reprimiendo los escesos parciales; y el debate nacido entre los dos poderes hizo que los talentos meditasen sobre las bases del sistema social. Pero, como todas las facultades deben dirigirse al amor universal, la misma inteligencia estaba subordinada á la moral, lo que evitaba los desórdenes. Tenia, pues, el clero á merced suya á los talentos y á los corazones. Causaria, pues, admiracion, si con la cátedra, el confesonario y el catecismo, con un culto muy rico en medios morales, de accion individual y de union social, no hubiera llegado á ser el soberano del mundo, donde faltaba la instruccion.

El espíritu de invasion, que hacia siglos agitaba las naciones del Norte, se habia trasformado, por la esencia misma del catolicismo, en espíritu de conservacion, que trataba de reunir en una sola familia política á las naciones cristianas; y todas las grandes expediciones que inspiró tuvieron por objeto rechazar los ataques de los árabes, sajones, mogoles y turcos.

Aunque contrario á los poderes hereditarios, la favoreció en el feudalismo; porque encontrándose simplificado el sistema militar, era necesario dar á los futuros guerreros una educacion especial, que no podia ser entonces otra que la doméstica; no hubiera sido posible tampoco dirigir el ejercicio de la autoridad territorial, sin transmitir con la tierra, á la generacion siguiente, los sentimientos y costumbres que le eran inherentes, sin interesarse en la suerte de los inferiores, entre quienes crecia. Al mismo tiempo estos fraccionados dominios sujetaban los guerreros al pais, y oponian á los bárbaros

raleza ha llegado después á imprimir una especie de sancion dogmática á esta aberracion retrógrada, representando todo orden social como una creciente degeneracion de esta quimérica situacion,» etc.

una barrera insuperable. No pudiendo desde entonces invadir el territorio ajeno, se dedicaban á cultivar el suyo. Una vez concentrada la aptitud militar en una casta, las demás pudieron aplicarse al trabajo; y entonces comenzó la trasformacion gradual de la vida guerrera en vida industrial, objeto de toda la política interior y exterior de la Edad Media, y carácter de la época moderna.

Entonces el cristianismo cambió al esclavo en villano; interpuso una autoridad entre él y el señor, y no se podrian observar las mútuas obligaciones del feudalismo, sin comprender que sólo la Iglesia podria formar y regularizar aquella combinacion tan oportuna del instinto de independencia y del sentimiento que hacia sacrificarse por otro, que elevó á tan alto grado la dignidad moral de la naturaleza humana. Así acontecia, sin duda, á un pequeño número de familias; pero debia servir de modelo á las demás, que operaban después su emancipacion gradual (17).

La caballeria llegó á coronar la obra, institucion admirablemente oportuna, cuando ningun poder social habia prevalecido hasta el punto de imponer un órden interior. Suplió á la insuficiencia de la proteccion individual, convirtió un medio de educacion militar en poderoso instrumento de sociabilidad, haciendo que prevaleciese el mérito sobre el nacimiento.

Pero el mayor número, que no está compuesto ni de príncipes ni de soldados, que no usurpa ni mata, permanece aun olvidado tanto por los hombres de Estado como por los narradores, y no puede uno representárselo sino por induccion, reflexionando que no hay conquistadores sin poblaciones que someter, tiranos sin víctimas que inmolarse. El vulgo sin nombre, trabajaba; pero con el trabajo adquirió la propiedad, y con la propiedad la libertad. Habiendo pasado de la esclavitud romana á la servidumbre feudal, en la que el hombre no pertenecia ya al hombre sino que estaba sujeto al terreno, se organizó después en maestranzas y concejos; elevóse luego, con ayuda del comercio, hasta las franquicias políticas, preludiviendo los tiempos en que ya no habia de haber nadie que no tuviese el pan de cada dia, una industria para procurárselo y la fuerza necesaria para garantírselo.

Cuando los invasores adoptaron la vida agrícola y se verificó la trasformacion de la servidumbre, no tardó en sucumbir el feudalismo, habiendo concluido su mision. Rigurosos legistas quisieron oponer al derecho canónico otro derecho; la gente de

oficio y los mercaderes construyeron barricadas para detener á los caballeros; la campana del concejo contestó con redoblado estruendo á las trompetas de los castillos, y el plebeyo hiere con su fusil al guerrero bajo su impenetrable armadura. Todo cambia entonces: el poder social descompuesto trata de ser uno, y la libertad doméstica que aun faltaba en la Edad Media se conquista; y los reyes á quienes en el dia damos el nombre de tiranos, fueron los instrumentos necesarios para adquirirla por el interés que tuvieron en procurarse súbditos inmediatos, en disminuir el número de los barones, y concentrar en sus manos el poder desparramado en la de los jefes de familia. Hemos llegado de esta manera á reconocer que la libertad religiosa y civil son superiores á la libertad política.

Soberanias fundadas, no sobre las armas, sino sobre el derecho, no podian ser más que absolutas, vista la inflexibilidad de las deducciones lógicas. Fueron tan provechosas á la humanidad como lo es al niño la tutela del padre, templada únicamente por el afecto; pero así como la hora de la emancipacion llega para él, tambien llega para los pueblos, y Dios es quien la marca. La Iglesia habia formado las naciones, pero á medida que se hacen adultas, que los territorios se reunen y nace el poder social, las naciones tratan de abandonar sus pañales. Además de la unidad de gerarquía política, aun se pelea por la unidad religiosa: de aquí ódios encarnizados que se prolongan en el siglo XVI, y resulta en fin la idea precisa del destino de la Iglesia, una suave tolerancia, y la justa delimitacion de lo espiritual y lo temporal; dos sociedades, la una fuera de los límites y del espacio, la otra conformándose á los tiempos, á los lenguajes y á las costumbres de las diferentes épocas.

La actividad general, ocupada en conquistas importantes no puede dirigirse hacia los adornos de la inteligencia, y es mucho si la ciencia desempeña por toda tarea la de conservar. Pero ella no ostenta ninguna pretension bajo este aspecto, y nos vemos precisados á buscar los elementos de su historia donde menos se creia encontrarlos. Una estrofa de un trovador nos revela lo que el sábio no se atreve á decir. La burla ó la reputacion nos completan una doctrina cuya luz apenas se distingue en otras partes. Esto es lo que hace cansado y siempre imperfecto el estudio de aquella época, cuyos hechos más aparentes, pero no más principales, son aquellos que señalan el principio y el fin, á saber, la irrupcion de los germanos en el Mediodia y la de los españoles en la América.

Aquí es donde se termina la mision defensiva y guerrera de la Edad Media: los bárbaros septentrionales se hallan establecidos en el territorio, los del Mediodia no inspiran espanto, y las órdenes religiosas y militares bastan á la tarea que reclamaba en otro tiempo los esfuerzos reunidos de toda la Europa. La mision política del catolicismo de establecer la moral universal, han concluido tam-

(17) Sistema maravilloso por el cual se organizaron y colocaron enfrente uno del otro el imperio de Dios y el del hombre; la fuerza material, la carne, la herencia en la organizacion feudal; en la Iglesia, la palabra, el espíritu, la eleccion, en todas partes la fuerza, el espíritu en el centro y dominando á la fuerza. MICHELET, *Introduccion á la Historia universal*.

bien. Pero los límites de la autoridad sacerdotal no se habían establecido nunca sobre un principio racional. Los papas se dirigían siempre á la concentración; las nacionalidades repugnaban también un César cada vez más, por el motivo de que hacia poco que la actividad había cesado de tener un objeto comun. La gran unidad se rompió; pero el golpe procedió de los miembros salidos del clero; ¡tan falso es que la libre actividad especulativa ha tenido trabas en el seno de la Iglesia!

**Progresos sociales modernos.**—Dado este golpe, las tres autoridades de la Edad Media se disuelven, á saber, en el orden social, la Iglesia; en el intelectual, el aristotelismo; en el literario, el latín: á los tiempos trastornados por la espada y ordenados por la fe, suceden los constituidos por el poder; el mundo, que ha pasado de los guerreros á los sacerdotes, camina á los reyes hasta que llega á los pueblos. Aquí el narrador tiene menos esfuerzos que hacer para olvidar sus costumbres propias. La historia pasa de los dominios de la erudición y de la imaginación al campo de la vida actual; interesa cada vez más, porque es la nuestra.

A fin de que el número de los que pueden gozar de las ventajas de la civilización sea siempre más grande, otras naciones salen de la oscuridad, y se ponen en comunicación con un mundo del que creían estar separadas; una sociedad universal ensaya abrirse el camino, adoptando los mismos medios de civilización, y si nosotros vemos aun horrores, estos horrores serán ejercidos contra *barbaros*, y se tratará de justificarlos diciendo que son de una raza inferior á la nuestra. Las distinciones, los privilegios, las diferencias, que eran el fondo de las constituciones feudales, ceden el puesto á un orden social que tiene por lema la equidad de la familia, la igualdad de las leyes en el Estado, la de las sucesiones, los impuestos, la propiedad y la justicia. La superioridad de Europa está decidida, y las demás partes del mundo se elevan entre las naciones en proporción de lo que se acercan á las nuestras, que van á buscarlas á través de los mares.

El sentimiento batallador ha perecido; y ya Maquiavelo notaba una disminución en la importancia de los generales, omnipotentes en Roma, temibles en la Edad Media, al paso que en el siglo xv la lucha existe en el interior entre el progreso y la resistencia, entre el genio romano de severa y militar disciplina, y el germánico de independencia personal; genios que prevalecieron alternativamente, pero el último más que el primero. La razón y el sentimiento, que constituyen el enigma del hombre y engendran el amor y la ironía, la simpatía y la crítica, la demolición y la reconstrucción, términos correlativos é inevitables, han cambiado para el porvenir de papel. Una civilización escéptica y experimental reemplaza una sociedad dogmática. Es necesario aplicar todo el análisis y razonamiento, regularizando los adelantos de la civilización según el examen y la experiencia. Se

dedican á buscar lo que es útil, dando la preferencia á lo que es material y sensible, independientemente de la idea de autoridad y á veces de honradez; constituyendo las rivalidades del comercio, la guerra incesante de la paz, hasta que las naciones hayan aprendido á repudiar la creencia de que su prosperidad depende de la decadencia de las demás. La opinión se convierte en un vínculo nuevo entre los individuos, las naciones y los Estados, tan poderoso como el del comercio, y las creencias religiosas; y sobre ella, no sobre el sentimiento como en la Edad Media, se funda la época moderna, aunque esta época esté dividida en una infinidad de doctrinas racionales.

Pero al contrario de la Edad Media, la educación se encuentra ahora restringida á la instrucción, y se va á aprender á la escuela doctrinas, pero no la virtud y el modo de conducirse y reformar su carácter.

Había en la Edad Media más naturalidad y genio; pero cada uno de sus relámpagos los aplaudimos como los sucesos precoces de una joven inteligencia, ó los espontáneos frutos de un árbol inculto; no encontrábamos allí reunidos el gusto y la imaginación, la delicadeza de las formas y la originalidad; el sentimiento de la moral faltaba como el de la hermosura perfecta; no se sabía ser elegante sin esfuerzo, ni doctamente ingenioso, proponerse un objeto y marchar á él sin desviarse; pero la era nueva, rigurosa por sí misma, ejerció una crítica cuya severidad, no perdonando ningún defecto por mil bellezas sin tacha, llegó hasta á denigrar.

—Cuanto más nos acercamos á los tiempos modernos, más se conoce la necesidad de representar á la Europa como un todo homogéneo, una anfictionia en la cual considerando la nación aisladamente, sería esponerse á no comprenderlas todas. En efecto, aunque cada una de ellas permanezca distinta de las demás, aun cuando esté avasallada por la conquista y por la fuerza, todas siguen en la independencia indisoluble; y hay siempre alguna que prevalece en un siglo, y arrastra á otras en su torbellino; de lo que resulta que su historia llega á ser universal. En fin, determinando el interés de las colonias movimientos nuevos, nuevas combinaciones políticas, ligas y enemistades, sirve para unir las entre sí con lazos recíprocos. La poesía, que muere, es reemplazada por el álgebra; el entusiasmo, por el cálculo: lo que hacia la Iglesia en la Edad Media, se hace en el día con edictos y por el interés material; á las hermandades sustituimos las asociaciones; á los religiosos los soldados, célibes involuntarios, á las basílicas los teatros, á las lámparas de los tabernáculos los mecheros de gas: leyes severas reprimen á los hombres; mientras en la Edad Media el hombre obraba con independencia, y la lealtad y la virtud no se ordenaban por el gobierno, se ostentaban la nobleza y grandeza; pero después una policía provista de esbirros y una justicia espresada por el

verdugo dispensaron de recurrir á los frailes y á la tregua de Dios.

De aquí un nuevo derecho de gentes, si el derecho, fundado al principio por la fe y la justicia, hablaba en nombre de la religion; cuando fué reducido después á ser juramento político, no se propuso otro medio que la utilidad, ni más límites que la capacidad. La mediacion pasó de los papas á los príncipes; en lugar de las excomuniones que amenazaban á las testas coronadas, se vieron cañones dirigidos contra el pueblo. Las misiones fueron reemplazadas por la diplomacia, cuya intervencion fué funesta cuando queriendo los ministros y los negociadores hacerse necesarios, produjeron la guerra con sus caprichos, ó cuando los intereses domésticos llegaron á complicar á los intereses públicos. Pero al lado de este poder crecía la opinion, que fué para él un freno insólito y robusto.

La prensa llega tambien á ser un poderosísimo instrumento; y de aquí la insistencia de los gobiernos para apoderarse de ella; de aquí el que los partidos luchando sin concordia posible y ayudándose con la pública retórica, ensordezcan el mundo y la vida con sistemas y profecias que fatigan el pensamiento sin ilustrarlos. Los problemas que la teología habia propuesto y desarrollado, se reproducen todos, pero bajo formas diversas y lenguaje cambiado. Las revoluciones se hacen más raras, porque no son las intrigas de algunos, sino la obra del pueblo. Tambien es preciso seguir el hilo de las sociedades secretas, instrumentos eficaces de las mudanzas públicas.

**Evolucion moderna.**—De esta manera se preparó nuestra época, en la que los intereses materiales han llegado á desempeñar el principal papel, opuesto muchas veces á los deberes morales; donde el comercio impide más guerras que la buena union de los gabinetes, en el que un banco se convierte en salvaguardia de la tranquilidad, y un empréstito en dique de las revoluciones. Los hombres de negocios son, por decirlo así, los zapadores y pontoneros de la civilizacion; y gracias á la industria, grande y continua aplicacion de las riquezas intelectuales de la humanidad, los pueblos conocen la necesidad de la paz; la esperiencia, más que los teoremas, han convencido que no es posible separar el bien de un pueblo del de los demás; así es que en los grandes intereses del comercio no se trata ya de conquistar privilegios, sino como Napoleon en sus guerras, de vencer á sus enemigos con rapidez. Ya no es permitido divertirse con la literatura como el niño con el caleidoscopio; ha llegado ha ser una cuestion social y no una cuestion de escuela; no está ya agitada por pedantes que sutilizan sobre una forma, sino por pensadores y moralistas que ponen las ideas á prueba de las consecuencias. A fines del mismo siglo pasado, la pluma se atrevía á hacerse la regente del mundo; y sobre todo, el arte de escribir llegó á ser un poder superior á la accion, y tambien al

pensamiento. El lenguaje cambia de fisonomia á medida que con el desarrollo de la cultura intelectual las palabras son insuficientes para reproducir aquellos simulacros de concepciones vagas y esperanzas indeterminadas que flotan en los espíritus. Pero el sentimiento de lo bello, por la misma razon de que es menos susceptible, no se hace más justo con respecto á lo pasado, enseñándonos á trasladarnos con una erudicion sincera é ingeniosa á los lugares y tiempos antiguos, y á hacer revivir las sociedades estinguídas, para encontrarlas en armonia con la que ellas han producido.

En el dia, la ciencia estiende indefinidamente los límites del poder productivo, se une á la industria para aliviar sus fatigas, y nos avasalla, no nuestros semejantes, sino los elementos. Watt y Stephenson, con el vapor y los caminos de hierro, han muerto la industria perezosa, y forzado á las grandes industrias manufacturera, comercial y agrícola, á concertarse para obtener en grande y en comun la conduccion, la venta y los transportes. Las máquinas se ejercitan en objetos de un consumo general, lo que hace que abunden en ventaja del mayor número; la necesidad innata del bienestar todo lo invade; todos quieren producir para consumir; los pobres enriquecerse con el trabajo, los ricos emplear sus capitales en él. En el dia así las manufacturas, como los monasterios en la Edad Media, fundan ciudades nuevas, al mismo tiempo que las comanditas acumulan los pequeños capitales, fraccionan la propiedad territorial; y dividiendo los seguros, los efectos de los accidentes desgraciados, les arribatan en gran parte su funesta influencia.

Uno de los hechos más sensibles producidos por la Edad Moderna, es la centralizacion de todos los poderes, centralizacion que se verifica, no sólo arrebatando á los particulares el derecho de guerra, la jurisdiccion y las inmunidades, sino dirigiendo tambien la eleccion de la instruccion; los actos más individuales, las cosas de la religion, la administracion de las obras de beneficencia, la ejecucion de las últimas voluntades los capitales del rico para los empréstitos, y los del pobre para las cajas de ahorros. De esta manera se ha estendido considerablemente el número de los empleados, aristocracia nueva, que ejecuta sin raciocinar y aplica sin discutir, sujeta al gobierno por la gratitud y la esperanza, así como las demás clases lo son por el temor y el deseo de la tranquilidad.

Como la importancia principal consistia antiguamente en la tierra, la propiedad fué rodeada de precauciones muy rigurosas, y la industria quedó libre, porque no se ocupaban de ella. Habiendo llegado ésta á tanta influencia, se conoció la necesidad de caminos, canales y puertos, y de aquí la de gobiernos que á ella proveyesen, procurando ejecutarlos por sí mismos y que adquiriesen la preeminencia entre las industrias, por medio de arsenales, ingenieros mecánicos, capitales y el

crédito del Estado, vigilando las asociaciones de particulares, necesarias para la igualdad, y que podían convertirse en un nuevo poder.

Hay sin embargo gentes tímidas que creen bueno repetirnos todos los días que marchamos hacia la anarquía, sin reflexionar que la más degradante tiranía estaría pronta á establecerse desde el momento en que la opinion cesase de combatirla, en atencion á que las insurrecciones, para reivindicar los derechos, son cada día más difíciles, cuando el bienestar material es deseado de tal manera, que se le sacrifican hasta la confianza en las innovaciones oportunas.

Se ha comprendido al mismo tiempo que las mejoras más sensibles y seguras son las que proceden de la perfeccion de las artes y de la estension de los conocimientos humanos. El conquistador material puede derramar lágrimas, por temor de que no le falte el espacio; pero las verdades están de tal manera encadenadas en los descubrimientos de la imaginacion, que cuanto más adelantamos más se agranda el horizonte á nuestra vista. De esta manera puede realizarse el pensamiento cristiano de la fraternidad universal, el pobre puede pagar al rico la proteccion que recibe de él sin que sea con su sangre; el que posee muchos instrumentos de trabajo, es decir, capitales, puede enriquecer, sin oprimir, á aquel que depende de él, y hasta facilitarle una condicion mejor.

Aun subsisten las ficciones legales, como paso entre las generaciones que sucumben y las que nacen; sobre estas ficciones están aun fundadas las constituciones; leyes hechas para otros tiempos y para otras necesidades rigen un mundo en el que toda novedad produce revoluciones; las aduanas guardan las fronteras que los trenes de vapor dejan atrás; la organizacion de la propiedad conserva el sello del feudalismo; el sistema hipotecario ha permanecido lo que era antes de la creacion de los bancos; las antipatías, las exclusiones, los monopolios no han cedido aun á las máquinas y á los grandes medios de comunicacion; conservamos todavia alguna cosa de la naturaleza de una sociedad que no pedía nada á los que poseían mucho, y todo lo exigía de los que nada tenían.

Estamos en la edad media de la industria: los capitales están concentrados en manos de un pequeño número, que corresponden á los feudatarios antiguos, así como á la conquista corresponde el agiotaje; los privilegios no están sancionados por la ley, sino arraigados por la costumbre; la economia política no se ha ocupado hasta aquí como en otro tiempo, mas que de las propiedades territoriales, de las riquezas y de los capitales, es decir, de los productos, y aun no ha dirigido su atencion sobre los salarios, la poblacion y la miseria. De todos modos, si antes se engañaban por ignorancia, en el día, ilustrados por las revoluciones, tenemos la conciencia del mal; vemos la posibilidad de lo mejor: sufriendo el pauperismo, prevemos

la época en que el hombre se emancipará de toda mision servil, y en que el poder del capital y del trabajo se estenderá, como ha sucedido con el de la inteligencia; la economia política será el faro de las revoluciones ó más bien de las evoluciones futuras, como la religion y la filosofia lo han sido en los tiempos pasados; ó si se quiere, será la misma filosofia, pero con medios prácticos y poderes organizadores que no poseía anteriormente. Ya este hecho está espresado históricamente por el comercio inglés, que tiene á los bancos por trono, que se apodera de las Indias como un juego de bolsa, y goza bajo el yugo de algunos especuladores de un imperio más estenso que lo que lo fué nunca Roma, la dominadora del mundo.

Así la civilizacion nueva tiene un carácter fuera de costumbre, el de adaptarse á todas las clases y extenderse á todas las naciones. La antigüedad no consideraba más que dos ó tres superiores con mucho á las que con un estremado orgullo, aunque no era sin embargo irracional, trataba de bárbaras. En el día á las civilizaciones latina y teutónica coaligadas, se reúne la civilizacion eslava de los rusos: ¿y quién sabe si la superioridad que perteneció al principio á la primera y pasó después á la segunda, no está destinada á ser la herencia de la última? Carácter decididos no separan ya como en otro tiempo las diferentes naciones. La Francia, católica en las formas, se inclina al pensamiento protestante, y civilizada como los meridionales, es activa como la raza del Norte; la emancipacion de los Estados-Unidos ha comenzado en América las esperiencias de la libertad, que no sólo han dado fruto en aquel hemisferio, hecho insigne que, unido á la desaparicion del monopolio de la India, ha dejado al comercio tomar vuelo; el Austria, latina de religion, medio eslava y medio tudesca por la sangre, se inclina á ser conciliadora, y puede tambien con su sistema patriarcal aprovecharse de la naciente civilizacion, preparándola á recibir la libertad que ella impedia á las naciones adultas; la Rusia, que tanto se une á los sistemas del Asia, y siempre va ocupando más territorio en Europa, sobre una estension igual á la superficie visible de la luna, lleva las semillas latinas entre los errantes é indómitos asiáticos, y suaviza á los caucasicos con aquel knut que rechaza la desmembrada Polonia: Navarino y Grecia han probado que la horda musulmana debè sucumbir inevitablemente á la reaccion cristiana y la estirpe árabe y turca tal vez están próximas á entrar en el gran concierto europeo.

Queda, pues, por asimilar la estremidad oriental con la intervencion de los asiáticos del Norte y de los americanos; y ya estos últimos, los rusos y los ingleses, han comenzado á introducir allí, á pesar de la inviolable muralla, algunas de nuestras ideas. Entonces podría uno esperar que llegaria el momento en que todos los hombres no formarían más que una asociacion, con la misma religion, los mismos intereses y la misma civilizacion; y en

la que, por la mezcla de las cualidades propias con que se confunden las diferentes razas, reunirían sus conocimientos para sacar el mejor partido posible de cada porción del globo.

No se puede apreciar con verdad las ideas y los hechos modernos sino en tanto que se derivan de ellos todas las consecuencias: en la rica alianza de los pueblos, visiblemente hermanos en su espléndida variedad, la historia podrá ser universal, es decir, conocer las relaciones de los fenómenos diferentes: al paso que en el día comprende á lo más la Europa y los países unidos á ella, permaneciendo los demás estraños á la marcha de sus destinos. ¿Qué sabemos hasta aquí del Asia? ¿Fue más poblada en otro tiempo? ¿Qué porción de sus habitantes han esterminado los mongoles? ¿Cuántos inmolaron la primera furia y el despotismo sucesivo de los turcos en los países occidentales? Así como los antiguos filisteos, los fenicios, los caldeos, los lidios, los bactrianos, los medos, los sogdianos, han pasado sin trasmitirnos una palabra de su existencia, lo menos cuarenta naciones han sido anodadas por los mongoles; otras han perecido en nuestros días, como los doms en la cadena del Hi malaya, los miao-tsé en la China meridional, los tatas en la China del Norte, los samoyedos en las montañas del Sayansk, otros en el Cáucaso y la Europa no lo ha notado.

¿Qué diremos de la América? Llamada ayer aun el Nuevo Mundo, presenta todos los días pruebas de su antigüedad; y aun cuando una era reciente se abre para ella con el desembarco de los europeos, poblaciones enteras se extinguieron, sin que quedase más que palabras repetidas en los bosques por los papagayos, que sobrevivian á los que les habian instruido. Ahora bien, no pudiendo probarse el progreso sino donde se encuentra una série continua, el hilo de la historia no puede seguirse sino entre el pequeño número de pueblos civilizados.

**Evoluciones previstas.**—Cuanto más adelanta la ciencia, más surgen hechos importantes que se dirigen á acusar de impotencia á los sistemas que trazan á la humanidad una marcha deducida de las analogías de lo pasado, y tal vez desmentida por las vicisitudes divergentes de millares de mortales. ¿Qué tiempos deben, no obstante, inspirar más que los nuestros confianza en el progreso? Carlos Quinto y Napoleon se mofaron del vapor, y la libertad americana tuvo fe en él. En vano propuso el emperador francés recompensas al que obtuviera una máquina para hilar el lino y los medios de fabricar el azúcar indígena. Estas son cosas comunes en el día y hasta se está obligado á disminuir los productos de esta última industria. Vemos en la actualidad servir el calórico para los trasportes, pintar la luz y esculpir, alumbrar y transmitir comunicaciones la electricidad; y la luz, el calórico y la electricidad se reducen á un sólo agente, así como la filosofía está próxima á encontrar el vínculo entre la razon, la inteligencia y la sensibili-

dad, para identificar la metafísica, la lógica y la moral, y demostrar que es la misma cosa la que nos hace pensar, razonar y amar.

No se impaciente, pues, la fe en el progreso, y sobre todo, en el día que se hace general. Que se pese, se juzgue, se sepa distinguir lo que es dado al hombre alcanzar con ayuda de lentos esfuerzos, transacciones pacíficas, cultura moral é intelectual, de lo que debe esperar con respecto y humildad de la voluntad suprema. Consolémonos de las pequeñas miserias de lo presente, complaciéndonos en la idea del triunfo del porvenir: no disimulemos el mal como aduladores, ni lo exageremos como misántropos. Ninguna simpatía nos une á lo pasado, hácia el cual tenemos poca admiración; no consideramos como un progreso el deseo de una época ú otra, sea la majestuosa servidumbre romana, la organizacion católica de la Edad Media, la libertad tempestuosa de los concejos, el espléndido absolutismo de Luis XIV; ó la fecunda mescolanza del siglo xviii. Somos mejores que nuestros padres; y nuestros hijos evitarán las faltas y ridiculeces que nos reconocemos. Poseemos bastante bien para estar orgullosos, y tambien suficiente mal para no poder disimularlo sin peligro. Con disgusto vemos á la aristocracia de los banqueros y de los empresarios, feudatarios actuales de la industria, que han sustituido la servidumbre del oficio á la de la tierra. Vemos tambien con disgusto á esta sociedad, más bien sistemática que moral, en la que nos creemos honrados porque somos civilizados; sabios, porque somos hábiles; virtuosos, porque tenemos reglas, y en la que la tranquilidad del mundo está confiada á la policia, y la moral reducida al código civil, sociedad en que la clase elegida sólo busca el descanso y cubre su inercia con *nada de esceso*; de modo que cómoda, ataviada, y en conversaciones frecuentes pasa su vida en la ociosidad de un cauto egoismo, sociedad en que se habla de pelear para defender, no la patria, sino sus almacenes, y donde la paz se conserva, porque el judío se niega á prestar dinero, al menos que la guerra esté declarada para obligar á un pueblo á embriagarse de ópio ó de aguardiente; en la que se habla del restablecimiento de la religion, pero aceptándole en conjunto como una cosa hermosa y buena, sin ocuparse de las prácticas y del dogma, en la que asustándose de los fantasmas sin vida, no se inquieta uno de los peligros reales y eminentes; donde la esperiencia, fecundada por la meditacion, no ha enseñado aun á combinar la garantia de los que obedecen con la integridad de los derechos de los que oprimen; en la cual la frialdad glacial de la duda y el vacío de la incredulidad sofocan todo entusiasmo, de modo que por repentinos sucesos que parecen subvertir los fundamentos de la sociedad, se introduce en ella una debilidad disimulada y cubierta con el velo del heroismo; pero no se busca que hacer, sino pretextos para no hacer, y cuando se quiere reorganizar una sociedad desordenada, no se sabe lle-

varlo á cabo de otro modo que reproduciendo los sistemas, los errores y los males contra los cuales se habia insurreccionado.

Pero las necesidades desagradables nos afligen, no nos envilecen y confesando los males actuales, no reconocemos en lo pasado lo que encuentran sus admiradores, unidad, constancia, fe y armonia entre las acciones y las creencias, dignidad en las costumbres, energia en los sacrificios, elevacion en los caracteres. En el dia las poblaciones conocen su malestar, porque comprenden las ventajas que no tienen y su derecho á adquirirlas, y que relativamente al bien de los pueblos, nada se ha hecho mientras quede algo por hacer. En la masa de la sociedad contenida por las leyes y dirigida por el interés, todos quieren asegurarse una posicion y mejorarla; la estimacion se concede al saber, pero porque es útil; el carácter se reduce á cierta medida que no llega al heroismo, pero que se aleja de la depravacion. La legitimidad de los reyes era respetada, pero á condicion de reciprocidad para con los pueblos; las dinastias son reverenciadas y fuertes, en tanto que representan á las naciones que gobiernan. Los derechos obtenidos no parecen suficientes sino cuando son garantidos, y á veces lo son por un medio que pareceria frívolo: de esta manera es como el ancla, que es tan poca cosa, basta para detener á un barco.

En el dia se busca la economia en los gobiernos y en la administracion de justicia, mostrándose justos, esperando llegará otro en que habrá menos que gastar en la guerra. Los verdugos, los espías, los ministros del terror serán menos necesarios, como tambien los jueces y los soldados, cuando en vez de oprimir á los pueblos y molestar á los vecinos, se comprenda el deber de no impedir más que aquello que realmente perjudica á la sociedad, y la ventaja de las comunicaciones recíprocas y del comercio, lo que será un medio de mejora social, haciendo prevalecer la riqueza sobre el nacimiento, al mismo tiempo que une á las naciones por la recíproca necesidad, las unas de vender, las otras de comprar, y todas de explotar con la mayor utilidad posible la superficie del globo, fatigándose en mejorarlo.

Pero la obra no está aun en su principio: demasiados intereses y prevenciones la retardan y quedan prolongados martirios, en los cuales las compensaciones de la gloria desnaturalizan el castigo, y en los que la falta que se castiga no es la que se denuncia. Sin embargo, la historia tiene tambien en cuenta flores que no han dado fruto, con una justicia independiente del éxito, y elevando las miradas del hombre más allá de los accidentes efímeros, les manifiesta una eleccion superior que no humilla á la dignidad humana, pero que la conduce á sus fines, á pesar de su resistencia. La Revolucion además de quitar algunos obstáculos, manifestó la insuficiencia de las organizaciones anteriores; pero exagerada y absoluta como todas las reacciones, proporcionó un pretexto á los malos

para calumniar el bien, á los buenos para desesperar de él, en atencion á que las revoluciones son como el sol que todo lo hace germinar, pero que nada cultiva. Cuando ha pasado, es preciso que los pensadores lleguen para reorganizarla. Ahora bien; en la mania de reconstituir, proponen la restauracion entera del Estado y de la Iglesia; porque la razon, convertida en pasion de partido, y la pasion erigida en principio de razon son la forma actual de la irreligion, que no se burla, pero que argumenta; que no destruye, pero que quisiera edificar de otra manera. Sea lo que se quiera, las mismas paradojas de nuestra época fijan al menos la atencion sobre puntos poco conocidos, y dan luz al caos.

¿Pero nos acercamos á la verdad? ¿Quién puede afirmarlo ó negarlo? ¿Quién nos dira lo que es la verdad? Entre una escuela estacionaria y una anárquica, en medio de hombres que quieren débilmente, pero que desean sin medida, en medio de aquel eterno contraste de principios que se aceptan y cuyas consecuencias se repudian, ¿cómo conducirnós? ¿Dónde concluyen los derechos de la monarquía y de la democracia? ¿De qué lado se encuentra el derecho evidente? ¿A quién pertenece la naturaleza y la justicia? ¿La luz de una conciencia honrada, es acaso suficiente ó se quiere la autoridad? ¿Cómo resistir á la voz omnipotente que quiere que todo se sacrifique á la opinion? Se ha proclamado el progreso; ¿pero en qué consiste? ¿Cuál es el mal donde comienza la humanidad? ¿Cuál es el bien hácia el cual se dirige? ¿No llaman muchos hombres decadencia lo que otros llaman progreso?

Hay entre los pueblos inclinaciones irresistibles que los tratados pueden suspender, pero no destruir. Las ideas de lo justo y de lo injusto aparecen poco, y las convenciones que las contrarian no más que treguas, en medio de las cuales la voz popular se eleva resonando de nuevo. Ahora bien, ¿cómo aplicar á la historia la justicia pura? ¿Hay deberes positivos ó especulativos entre los pueblos? ¿y hasta qué punto la voluntad de los individuos tiene poder sobre el impulso de las naciones? La misma *humanidad* que idolatramos, ¿qué es? ¿Se compone de hombres aislados? Pero si cada uno es libre é independiente, ¿cómo están ligados en conjunto a una ley providencial? ¿Cómo son solidarios en sufrimientos y felicidad? Si el progreso es la ley de la humanidad, si la humanidad tambien es una ley, debe ser, por su naturaleza inevitable, y en su consecuencia el hombre no será responsable de sus acciones; está justificado si consigue el éxito, y la historia no puede adjudicar alabanza ni vituperio, y sí solo referir hechos.

Se pueden evitar las consecuencias haciendo callar la lógica y las refutaciones, permaneciendo en la vaguedad; pero el historiador debe elegir una opinion, seguro de desagradar á algunos, tal vez á todos, porque las pasiones exigen juicios contradictorios, y aceptar la discusion seria cosa interminable.

**Nuevas fuentes.**—Habitando en la tierra no aper-

cibimos los rayos solares que ella refleja y aun cuando nos parece oscura, brilla con una viva luz para los ojos de los habitantes de los demás planetas. De esta manera deberá juzgarnos el porvenir; pero basta ahora describirlo; para esta tarea nuevos instrumentos se nos han ofrecido, nuevo método se presenta. Ya no tenemos que recorrer tristes desiertos, en los que el camino no nos estaba trazado más que por ruinas y cadáveres, sino penetrar en los jarales de la Luisiana, donde se entrelazan sus numerosas ramas. Tenemos para los tiempos antiguos materiales muy discutidos en los debates que habian producido luz, ó hecho que los pensadores se pusiesen acordes; con respecto á la Edad Media, no queriendo sujetarnos á la historia convenida y sistemática, hemos tenido que anudar la cadena probable de confesiones sorprendidas, de monumentos sueltos, de razonables conjeturas; empujando nuestro trabajo con documentos imperfectos, mal explotados, y sobre todo poco numerosos; con respecto á los tiempos modernos hay muchos, porque mil narradores surgen para cada hecho, viendo cada uno de su modo, y manifestando sus propias impresiones, que, justas, ingenuas ó llenas de preocupaciones, forman un manantial abundante de inducciones, tan pronto verdaderas como erróneas. Lo más trabajoso de la tarea es separar la historia de la multitud de anécdotas malignas, sospechosas ó aduladoras, tan contrarias á la verdad como á la justicia.

Los que se fundan en las estadísticas no reflexionan é incurrer con frecuencia en la frivolidad, hasta el punto de asemejarse á aquel Heliogábalo que queria conocer el número de los habitantes de Roma por el de las telas de araña. ¿Proporcionan acaso las estadísticas los medios de apreciar el valor moral de una institucion ó sociedad, por poco numerosa que sea y por sencillos que consideremos á sus elementos? ¿No se les escapa siempre la vida, como se le escapa al anatómico bajo su escarpelo? Debe, pues, tenerse mucha sobriedad, ya para deducir las reformas que hay que hacer, para sacar una prueba de las teorías aplicadas, ó para servirse de ellas y desarmar las preocupaciones y costumbres.

**Documentos diplomáticos.**—Se busca en las correspondencias diplomáticas los motivos que han hecho obrar á los gobiernos de tal ó cual manera; pero muchas de las verdaderas causas de los actos públicos están sepultadas en el corazón de los príncipes y de los ministros; y los documentos de esta clase exigen gran cuidado, porque siempre están redactados con precaucion, y á veces con hipocresía. No son los debates del foro antiguo ó de los parlamentos modernos, sino con frecuencia compilaciones de personas medianas, obedientes á órdenes, y en las que la falta de color y vida se une á la de la sinceridad. Pero el arte consiste en adivinar el pensamiento bajo la cubierta de las palabras combinadas para dar tormento á la inteligencia, y de esta manera presentar desnuda la políti-

ca con su antiguo requisito de fraudes y pasiones, y en conocer bajo qué máscara quiere aparecer la fuerza, de qué protestas cubrirse la injusticia, y que consideraciones cree deber á la opinion (18).

Las cartas de personas bien informadas, y sin intencion de publicidad, dan á conocer mejor y con más familiaridad los caracteres, las costumbres y los acontecimientos; esplican las causas más impenetrables de las acciones, y aunque la verdad sea desfigurada por las pasiones vivas y actuales, se encuentra en ella la historia de los sentimientos, historia tan importante, y que aun está por conocer enteramente.

**Literatura.**—Tambien hay muchas cosas que pedir á la literatura como manifestacion de la opinion, recordando de todos modos, que ésta no es unánime ni imparcial. Además de que las bellas producciones duran perpetuamente, á pesar de descubrimientos ulteriores, como la perla que no disminuye de precio, porque se encuentren en mayor número en el mar de donde fué sacada; son preciosísimas las correspondencias, las anécdotas, los pensamientos, las conversaciones, las particularidades del carácter de los grandes artistas, marcadas con un tipo especial que en vano se trataría de contrahacer.

**Periódicos.**—Los periódicos, escritos bajo la impresion del dia, no manifiestan el pensamiento del público ni del escritor; órganos del gobierno, no les son imputables las mentiras que les manda insertar; órganos de los partidos, son atroces detractores ó ciegos panegiristas; vendidos ó corrompidos, siempre son corruptores; son muy inferiores á las memorias porque no están escritos por personas versadas, ni garantidos por un nombre respetable; no se les puede leer sin reflexionar qué clase de historia leerán nuestros hijos, estando sacada de fuentes tan cenagosas. Ellos pretenden oscurecer las verdades por otros proclamadas; niegan á las demás la libertad del pensamiento y de la manifestacion, y se las arrogan á sí mismos; no suponen convicciones profundas y dignidad de carácter porque no las tienen, toda sincera verdad se mancha con su inmundicia, todo libro nuevo lo critican ó lo adulan, no segun su mérito, sino segun su pasion; y prevaleciendo entre el vulgo que los lee, porque su voz está más difundida y más repetida, estravian los juicios, y presumen crear una opinion que llaman popular porque es plebeya.

Poseemos un monton de memorias, relaciones animadas en que el narrador, precisado á ponerse en escena, hace tambien entrar en ella á los que le rodean, dándole una fisonomía dramática. A veces merecen el cargo que Vauvenargues hacia á los cortesanos, y era tener el secreto de reducir á la nada las grandes ideas. Así es, que á ellos re-

(18) «Para quien sabe leer en ellos, pocos documentos indican mejor la verdad, que las mentiras diplomáticas.»  
BARANTE.

curren los que buscan á los hechos causas pueriles, odiosas ó miserables. La historia es más picante, pero menos digna y menos verdadera; porque los detalles biográficos, los accidentes no menos que las agudezas y los caprichos de los reyes no son de su dominio. Se trata para ello de penetrar los problemas nacionales, las pasiones y las ideas de las diferentes épocas; franquear los confines de la arqueología y de la geografía para ver la marcha de la humanidad á través de las tinieblas de lo pasado. No debe hacerse el órgano del odio ni de la adulación, sino proclamar la verdad, por repugnancia que inspire; desechar las conchas á pesar de su belleza, para aprovecharse de la perla que encierran; adherirse á lo que debe vivir, descuidando lo que está destinado á extinguirse; dirigir la atención del hombre sobre sí mismo para revelar su poder, y sobre los demás para determinar las conveniencias (19).

**Imparcialidad.**—Tanto en la historia, como en las matemáticas, hay cuestiones que no se deben tratar porque son insolubles, y otras porque son muy vagas y susceptibles de múltiples soluciones, así como una mitad de la luna permanecerá, á pesar de la libración, siempre invisible á los habitantes de nuestro planeta, de la misma manera ciertos hechos permanecerán en el misterio. Tratar de adivinar según las intenciones, ó más bien suponerlas y sutilizarlas sobre las causas ocultas, puede ser llamado por algunos filosofía de la historia; pero esto no es en realidad más que un medio de engañarse á sí y á los demás. Las inteligencias superiores no lo ignoran y saben preservarse de ello; pero los talentos vulgares se revelan con despecho ridículo contra la insuficiencia humana, y no están satisfechos sino en tanto que tienen juicios fijos y determinados, sobre objetos en que la precisión no puede ser más que un error: talento sin alcance, que tiene necesidad de sistemas y fábulas, y no sabe sostenerse sino en la materia.

**Dificultades de la historia moderna.**—Que defendáis á Roma ó á Cartago; que os declareis por Dagoberto ó por Pepino, por Manfredo ó por Carlos de Anjú; que reconozcais ó negueis el poder al papa de investir al emperador y elegir á los obispos; que el Imperio tenga ó no la supremacía sobre las repúblicas; que el feudatario deba ó no el homenaje ligio al señor feudal; que los concejos hayan sustituido durante la invasión, á los vencidos, ó permanecido siervos; que las falsas decretales hayan sido una invención francesa ó romana;

que Gregorio VII haya perdido ó no el derecho de mortificar á un tirano, son cuestiones bastante distantes de nosotros para poder pesarlas con sangre fría, á menos que la pasión no quiera hacer de ellas una arma, y sacar alusiones á los intereses presentes. Pero éstos se nos presentan por todas partes, y aun no están resueltas muchas cuestiones; aun está viva la llaga de la reforma, á pesar de la tregua indeterminada de Westfalia; no sabemos si la Revolución está en la agonía ó da sus primeros vajidos; cada día son más vivos los dolores marcados por el martirio que sufren hace tanto tiempo la Polonia y la Irlanda; las disputas interiores sobre la Grecia se reproducen bajo formas variadas; el renacimiento de las letras y de las artes, bajo la forma clásica, prolonga sus efectos hasta el punto de dividir la literatura en dos escuelas; la constitución de los diferentes Estados no es más que el producto de las ambiciones, usurpaciones ó revueltas; en fin, los debates sobre la gracia se traducen bajo mil diferentes formas.

¡Es una pesada tarea la de escribir una historia que dura todavía! Basta al pintor, para representar á Homero, Rómulo ó Moisés, ciertos símbolos convenidos, y todos los reconocerán sin trabajo; que haga el retrato de Carlos XII, de Luis XIV, pocos se atreverán á acusarle de infidelidad; pero que reproduzca á vuestro padre, á vuestro amigo, ó á vos mismo, al momento se mezclan en ello las afecciones; lo que un extranjero encuentra adulador, parecerá desfigurado á los que vean la obra con los ojos del corazón. Lo mismo sucede á la historia. ¿Quién no ha leído á un autor cualquiera? ¿Quién no tiene predilección por un país? ¿Quién no ha dado su juicio sobre los héroes y hechos próximos? ¿Quién no ha sacado de la escuela de preocupaciones llamadas de educación, falsas ideas de gloria? Cada ciudad posee un artista ó un cuadro que considera sublime; todo editor ensalza hasta las nubes la obra que publica; todas encuentran que se ha hablado muy sumariamente de su arte y de su país, y con demasiada extensión del arte ó país de los demás. El punto de vista de la posteridad abrevia estremadamente la historia literaria; cada día que pasa se lleva consigo una admiración. Pero el hombre á quien se desengaña se vuelve ingrato, como aquel á quien por primera vez revelan las faltas de una mujer que ama; irrita quien se atreve á ilustrar una ceguedad voluntaria. Hay, no obstante, gran diferencia entre hojear un autor y profundizarle, apoderarse de su intención, ó manifestar algún pasaje separado; entre juzgar un hecho, un hombre aislado, y verle en sus relaciones con los demás. Así es, que el que se ha dedicado á indagar la verdad, siente ventrarse a la boca esta respuesta del padre Hardouin: *¡Qué! ¿me he de levantar siempre antes que amanezca para pensar como todo el mundo?*

(19) Algunos tuvieron, para su propio uso, registros diarios de los hechos que iban ocurriendo. Tales son los *Prioratos*, donde algunas casas de Florencia anotaban los priores que anualmente ocupaban el gobierno, añadiendo después los acontecimientos interiores y aun los exteriores de que tenían conocimiento. Tales fueron los diarios de *L'Etoile* para los reinados de Enrique III y IV de Francia.

Lo mismo acontece con las invenciones: no hay una que no haya tenido precedentes, hasta que un

talento superior haya reconocido su importancia, aplicaciones y consecuencias. Entonces nacen de repente las disputas de prioridad. El orgullo nacional hace encontrar magnífico lo que no es más que miserable, y proclama eternas glorias, las que á lo más son pasajeras. Los extranjerios harán un cargo de haber ensalzado toda reputación italiana, á aquel á quien los italianos acusan de haberse manifestado demasiado parsimonioso en sus alabanzas (20). Añádanse á esto las vanidades personales, que exigen por su parte, no sólo respeto, sino también condescendencia á su opinión y elogios por sus méritos domésticos; porque la gloria es como los retratos, que cada uno cree que miran hacia la parte donde él está.

Divididos, como lo estamos, en artistas y especuladores, en inventores y conservadores, lo que agrada á uno es desaprobado por otro (21). Sólo los cálculos tienen para uno importancia; para el otro únicamente el sentimiento. Se pide al escritor imparcialidad, y se le acusa de falta de animación; se le piden detalles sobre el comercio, las artes y el gobierno, é incomoda que las consideraciones accesorias debiliten el relato. Cuando leyó Bernardino de Saint-Pierre por primera vez su *Pablo y Virginia*, Necker se dormía, Thomás permaneció distraído, Buffon pidió su coche, las damas se apresuraron á ocultar sus involuntarias lágrimas; la esposa de Necker le animó, pero de una manera humillante. Bernardino quiso arrojar su obra al fuego; pero Vernet vió su ademán; Vernet, artista, lo había comprendido y un libro inmortal conservó al mundo.

En fin, la historia no sólo debe ser una campana fúnebre que toque para los hombres y las instituciones que ya no existen, sino también para anunciar alegremente el nacimiento de una idea que se dirige á ser un hecho, convidando á los pueblos á saludarla con benévola cortesía.

¡Desgraciado del historiador que trata de agradar á todo el mundo! La impopularidad es una noble cosa cuando consiste en no dejarse arrastrar por la multitud, y en preferir á un sentimiento fácil el valor de su opinión. Y además, la rectitud del juicio y la libertad del talento equivalen á veces á mucha ciencia. El historiador debe sobre todo persuadirse de que las grandes verdades se de-

(20) Mably se espresa de esta manera en el prefacio del *Derecho público de la Europa*: «Ruego á un alemán que apruebe lo que he dicho de Inglaterra, Suecia, España, etc., sospechar que no sería tal vez imposible que aun tuviese yo razón, cuando hablo de la Alemania de una manera que no está enteramente conforme á su modo de pensar, lo que pido á un ruso, á un danés, italiano, etc. Mi demanda es justa; pero conozco que la preocupación no me la concederá.

(21) *Tres mihi conviva prope dissentire videntur, Poscentes vario multum diversa palato, Quid dem? quid non dem? enuis tu, quod jubet alter.*  
(HOR., ep. II, 2.)

muestran menos con una elocuencia fácil, que con la razón y la evidencia de los hechos, y que se consigue más con acercarse á ellas que con asaltos á viva fuerza. Las preocupaciones no ceden más que al tiempo, aunque les sea ciertamente preciso el ceder: sin embargo, el hombre que las combate cede á ciertas consideraciones, á cuyo abrigo zapa con más seguridad la ciudadela del error. Bernoulli obtiene en 1751, el premio en la Academia de Ciencias, en la cuestión relativa á la órbita de los planetas; pero es deudor de él según su propia confesión, al respeto que ha manifestado hacia un error, es decir, hacia los vórtices de Descartes. La Perezosa jactancia sólo podrá hacer un cargo de aquel sacrificio, porque no sabe cuánto le cuesta.

Sobre todo, en las historias modernas es donde se hace necesario el arte que otras veces hemos recomendado de leer lo que no se escribió en los libros, en atención á que el autor, por amor á la verdad, se sujeta al martirio de velarla; si no puede vituperar á Bonaparte, que se hace tirano, alaba á aquel que trata de impedirselo. Se amolda con la esperanza de que el lector sepa romper aquel velo, y suplir las reticencias obligadas ó calculadas (22).

Cuanto menos esperanza tiene el historiador moderno de obtener tolerancia para sí mismo, más debe mostrar á los demás, no la tolerancia, hija de la indiferencia, que acepta igualmente todas las creencias, con tal que sean morales, lo cual es un medio de subvertirlas todas, sino que se apoyen en el sentimiento religioso y en la esperanza de que Dios, sin destruir lo que existe históricamente, hará triunfar la verdad y llegar su reinado. La intolerancia es siempre orgullo, porque pretende disponer las cosas como cree, sin consideración á la debilidad humana y á la historia que nos manifiesta, que la persecución, obligando al secreto, induce á sospechar lo peor; porque toda verdad oprimida, es una fuerza que se acumula.

Esto no significa que el historiador deba caminar rectamente como el ingeniero, que al trazar un camino sólo piense en la línea que debe seguir sin detenerse en la belleza y fertilidad de los países que atraviesa. Lo bello es no sólo un atractivo, sino también un consuelo para el alma; el águila que se lanza á las regiones superiores, conoce la necesidad de respirar y se detiene, aunque las fuerzas no le falten. Limitándose una fría justicia á ofrecer la verdad pura, se asemeja á los retratos fotográficos, que reproducen las líneas reales, pero que tienen el aspecto de cadáveres. Relatar sin sentimiento de lo que sucumbe, sin esperanza de lo que surge, es la imparcialidad del escéptico que se somete á la ley de los hechos sin odio y sin amor, al paso que el amor á la verdad es lo primero en el que escribe la historia (23). Imper-

(22) El abate Galiani hacia consistir la elocuencia en decirlo todo sin ir á la Bastilla.

(23) «Lo mejor que puede ofrecernos la historia es el entusiasmo que despierta.» GÖTTE.

fecto si se limita á disertar, analizar y sacar consecuencias, es necesario que afecte, interese é instruya, es preciso que manifieste el insigne espectáculo del hombre oponiendo á los obstáculos renacientes, á la obstinada adversidad, á las bajas calumnias, el valor civil y cotidiano, mucho más meritorio que el fácil valor de los campamentos; es preciso que sepa denunciar como criminal al vencedor en medio de su gloria, y también proclamarle sublime cuando se porta con longanimidad en un infortunio inmerecido. La instrucción resulta menos del exámen que del interés, y lo que conmueve no se olvida. Debe, pues, hacerse como aquel que, pasando por una ciudad donde tiene muchos amigos, se complace en detenerse con aquellos á quienes más estima y tiene simpatías. Siempre hay provecho en considerar á los grandes hombres tales como son, porque en el hombre existe la verdadera enseñanza de la historia; y de los gobiernos, de las instituciones, de las leyes, de las costumbres, es necesario siempre volver á él, al cuadro de sus debilidades, de sus miserias y de sus virtudes. ¡Cuán útil no es en los combates que aguardan que alguno se atreva á proclamar la verdad, recordar que Sócrates fué perseguido por el Areópago, Colon por sus soberanos, Galileo por la inquisición, Tasso por sus Mecenas, Condorcet y Lavoisier por la Revolución! Cuando Adamson dirige al Instituto el plan de su orden universal de la naturaleza, apreciando este sabio cuerpo su maravilloso trabajo, le invitó á acudir á su seno; pero contesta que no puede ir por falta de zapatos.

Animado de simpatías hácia su asunto, debe, pues, el historiador saber apoderarse de los detalles que son la poesía y el conjunto la verdad de la historia (24). En lugar de las particularidades tan poco fieles como fastidiosas de las batallas (25), pone las discusiones de las escuelas y los debates de los parlamentos: ¿Weishaupt, Jansenio, San Simon, no merecen tanta atención como Montecuculli y Rodubey? Las cuestiones de los *rotten borough* y del impuesto sobre cereales, ¿no son más atendibles que una guerra? La independencia de la América fué conquistada en las cámaras inglesas más bien que en los campos de batalla, y los congresos de Verona y Lóndres son más decisivos que los hechos de armas de Antrodoco y del Trocadero.

¿Pero tratando de esponer la verdad, basta referir los acontecimientos sin ir mas allá del elogio

(24) «He podido convencerme, con el ejemplo de lo pasado y por la esperiencia de lo presente, que el público ha sido siempre avaro de conocer á los hombres que nos han dejado imágen de su alma. Los más minuciosos detalles con respecto á ellos se recogen y leen con avidéz.» GIBBON. *Mém.*

(25) *Quinam sit ille quem non pigeat longinquitatis beliorum scribendo legendoque, que gerentes non fatigaverunt.* TITO LIVIO, X, 22.

ó del vituperio? (26) Los hechos sin los razonamientos, no son más que palabras de un diccionario, que nada espresan, si no están dispuestos y ligados entre sí; así es, que sin contar la obligación de buscar con celo, examinar con sinceridad, esponer con claridad, el historiador debe tener un método para considerar los acontecimientos y recordar siempre, que la verdad, lejos de ser deducida, sirve, por el contrario, para juzgarnos, y que la filosofía domina á la historia más bien que deriva de ella.

Algunos autores quieren hacerlo depender todo de las razas, como si la unidad de éstas bastase para explicar los pueblos: ¿pero la diferencia de los climas, de las instituciones políticas, de las creencias religiosas, no determinan el mayor número de variaciones en la sociedad humana? Los que creen que la multiplicidad de las formas libres no es más que una anarquía, y quieren la unidad del poder por primera condicion de un Estado, no consideran lo que se asegura progresivamente la autoridad absoluta dándole el nombre de orden.

Hay otros que denigran todas las cosas, y á falta suya, las intenciones, lisonjeando de esta manera la debilidad humana, que nos hace amar y reducir á los grandes hombres á la medida comun; pero nosotros tenemos fe en la virtud fecundadora de un hermoso ejemplo. Otros, por el contrario, han tomado á su cargo rehabilitar, como se dice en el día, las memorias más reprobables. En verdad muchos juicios debían reclamar apelacion, muchas glorias debían dejar el puesto. De todos modos, no se rehabilita un hombre, suponiéndole méritos que no ha tenido nunca, sino reconociéndole aquellos que sus contemporáneos han debido atribuirle, y de los cuales una parte de ellos, por lo menos, han debido estar acordés.

Otros más, no consideran la historia más que como una metáfora poética ó una discusion oratoria, complaciéndose en ingeniosos contrastes, en datos curiosos, buenos como paradojas y como alimento del espíritu de secta, pero repugnantes á la verdad. La historia no cambia de teatro; lo que se ha representado la víspera no se reproduce nunca al día siguiente. Aunque el hombre se propone siempre los mismos problemas, y aunque la historia no sea en suma más que la diversidad de soluciones, nunca estas soluciones son idénticas. Bien se podrán sacar alusiones, por la necesidad de comparar lo que es con lo que fué; es imposible hablar de los reyes y de los pueblos, sin pensar en los contemporáneos; y mientras que los hombres sean hombres, lo pasado será la sátira de lo presente, por semejanza ó por diversidad.

(26) Si es preciso admitir la sentencia de Quintiliano: *Scribitur ad narrandum, non ad probandum*, no habria historia de la Edad Media. Los mismos que profesan esta opinion no la siguen en su ejecucion, y los hechos son en sí el accesorio de un pensamiento concebido de antemano.

Otro escollo es la generosa simpatía que hace se crea la justicia de parte del más débil, de la víctima desarmada, de aquel que sucumbe, y admirar las fuerzas sociales, que se forman ellas mismas con el desarrollo de su propia energía. De esta manera, después de haber tenido horror á los emperadores romanos por sus brutales persecuciones, se simpatizó con los papas, que resistían al acero con la palabra; después de haber maldecido á los moros invasores de España, hubo compasión para ellos cuando Felipe III los esterminó; después de haber reprobado las constituciones de la Polonia y de la Hungría, se tembló cuando fueron sofocadas en la sangre. Se maldijo á Enrique VIII porque dió muerte á los católicos, y al mismo tiempo á Felipe II y á Maria Tudor, porque se entregaron á reacciones sanguinarias; estos son en verdad sentimientos muy escusables, y sin embargo el historiador no debe confundir la desgracia con la virtud, ni la debilidad con el martirio.

Pertenécele sin embargo desmentir aquellos que hacen al éxito juez de la moralidad; y quieren siempre que la causa que vence sea la mejor, hasta el punto de decir no solamente: *¡ay de los vencidos!* sino tambien *¡vergüenza á los vencidos!* No, en la historia no se debe juzgar el derecho por el hecho; porque si éste produjese el otro, la guerra obtendría una importancia suprema, la que tan pronto hace triunfar el derecho como lo desprecia.

Las historias de los autores modernos han sido echadas á perder por dos cosas, el entusiasmo y el miedo. El entusiasmo hácia la antigüedad, incitaba á que se le comparase todo, y al mismo tiempo á encontrar en todas partes los mismos hombres, las mismas virtudes, la misma moral en la vida privada y pública, sin calcular la inmensa diferencia que existía entre la individualidad antigua y las masas modernas, y la que existe entre los manuscritos y la imprenta; por esto es por lo que hemos continuado peleando con encarnizamiento en derredor del cadáver de Patroclo; por esto es por lo que no hemos cesado de clamar como los romanos *majores nostri*; por esto es por lo que toda una generación se ha sacrificado con frecuencia á dos ó tres héroes predilectos. El temor á los reyes fué menos funesto que el de los filósofos; porque si se colocaba uno al abrigo de la cólera de los príncipes con reticencias y alegorías, se tenía que sufrir sin remedio el tiro de los enciclopedistas, únicos dispensadores de la gloria. Se observa en Raynal, en Gibbon y otros escritores afamados, el cuidado de escapar á la burla de estos Sansones que hacían caer el templo. Rousseau no se libertó de ellos sino escediéndoles en sus extravagancias.

De aquí una débil condescendencia, una disimulada imitación por lo cual se generalizó el abuso de la filosofía, que consistía en abstraer, dividir, analizar, disecar y descomponer. De aquí la necesidad del análisis considerado como único método, con frecuencia abusivo y á veces mal comprendido. La Grange titula *analítica* su *Mecánica*, cuyo

gran mérito consiste precisamente en ser sintética, en atención á que deduce de los principios generales todos los secundarios, y hasta los hechos más particulares (27). El análisis y la síntesis son los dos procedimientos esenciales y constantes de la lógica, en los que una idea general se descompone en ideas particulares, después se eleva de nuevo á otra tambien general, aislando primero y acercando después los fenómenos. El análisis, dice el profundo Wronski, es retrogresivo, puesto que remonta la corriente de los hechos; la síntesis es progresiva porque los secunda. El primero abre el camino que conduce á la verdad, y la segunda revela su encadenamiento; el análisis considera los acontecimientos bajo todos sus aspectos, interroga la experiencia, y por via de inducción se eleva de causa en causa hasta la que domina á todas; la síntesis, partiendo del hecho superior que manda á los hechos subordinados, desciende á las causas secundarias, á los efectos más particulares, explicando los fenómenos por medio de su misma concepción, ó por mejor decir, justificando ésta con ayuda de los resultados verdaderos de la experiencia y de la observación. De esta manera es como el médico estudia separadamente cada uno de los tejidos elementales de la organización, de la que forma la anatomía histológica; y después la anatomía trascendente vuelve á conducir las variedades á la unidad, no por un instinto vago de generalizar, sino para la determinación científica de las semejanzas positivas. Los dos métodos se parecen, pues, al juego de los nervios y de los músculos en el movimiento humano, tambien al ascenso y al descenso del piston en la bomba, y uno sólo nunca dará enteramente la filosofía. El análisis os dirá que todas las sustancias orgánicas se componen de oxígeno, hidrógeno, carbono y ázoe; ¿pero por esto se ha de confundir la rosa con la ortiga, el inmundo cerdo con la doncella cuya vista nos hace palpar? La física, la música, la mecánica nos han dado los elementos de los sonidos; ¿pero quién revelará el secreto con cuya ayuda Rossini ha compuesto sus sinfonías?

Ahora bien, los maestros del siglo pasado hicieron el análisis superior á todo, y erigieron edificios que no reciben ninguna luz por la parte de arriba. De aquí aquella crítica sin ninguna idea moral, la exclusiva preocupacion con respecto á las causas estereiores, descuidando las verdaderas, abandonando los rasgos distintivos de la historia; de aquí la antigüedad restaurada á manera de la cabeza de Dante íntimamente descubierta en Florencia, que ofrece un hermoso perfil, pero sin un ojo; de aquí tambien la pretension de hacer positivas las ciencias históricas con ayuda de las probabili-

(27) Seria preciso poner á la vista de ciertas mezquinas historias de las ciencias, hechas pieza á pieza, los admirables capítulos preliminares de las diferentes secciones de la *Mecánica analítica*.

dades matemáticas, teoría nacida con Jacobo Bernoulli, reproducida por Condorcet, proclamada por La Place, y que repugna al verdadero análisis histórico, en atención á que pretende subordinar al cálculo numérico el fondo íntimo de una nacionalidad, la condicion individual de un Estado, del que se derivan circunstancias locales y complicaciones extravagantes en la apariencia, que se escapan á los juicios deducidos de una regla general, hasta que no se conoce la naturaleza y los accesorios de la situación histórica.

Cuando la revolucion, en nombre de la razon, es decir, del derecho eterno, declaró la guerra al derecho histórico, los poderosos se ligaron para la defensa de este derecho contra los pueblos, que reclamaban la igualdad. Pero cuando los falsos adoradores de la libertad hicieron que cometiera excesos inescusables, sus amigos sinceros reconocieron que la historia debe enseñar los medios de usar de ella y conservarla, sus peligros y los artificios de que se sirve para anonadarla ó desfigurarla. Se dedicaron, pues, á examinar la situación política y civil de los diferentes pueblos y de sus constituciones; los principios y variaciones del derecho público y privado; los progresos de la legislación y administracion, con su influencia sobre el bien de todos y cada uno; la condicion moral é intelectual de las naciones; en fin, las costumbres, las opiniones, las instituciones, la actividad de los pueblos. La tiranía descubierta de los príncipes que no protegían la veneracion patriarcal de las antiguas dinastías, pero que se apoyaban en el derecho de conquista, invita á buscar las antiguas glorias como una protesta; de aquí surgieron dos escuelas: una que respetando las instituciones feudales y gerárquicas de la Edad Media, pareciendo favorable á los príncipes, no hizo más que revelar el progreso al pueblo y dar nueva luz á ciertos puntos históricos de la mayor importancia; la otra, que procedía de la Edad Media, con otras ideas, fundándose sobre el derecho eterno de la razon, atestiguado por los siglos, emprendió la tarea de demostrar que el despotismo era una invencion reciente. Llenos de trabas con las censuras, los historiadores de esta escuela se sujetaron á la apreciacion de los hechos, que ésta no podia negar sin hacerse absurda. De esta manera es como á la historia, que no hacia más que recargar la memoria, sucedió la que escudriña el espíritu de los hechos, sus causas, efectos, y busca cómo se pueden aprovechar de ellos los hombres para estender sus ideas, perfeccionar los sentimientos, agrandar la ciencia, mejorar la vida, ilustrar las doctrinas políticas y económicas. Por otra parte, como la revolucion ocupa en el tiempo un espacio que equivale á siglos, se han podido considerar los hechos como consumados, los libros como envejecidos, y mirarlo de cerca, sin temer la confusion de lo pasado por lo presente, ni el contagio moral del vecindario y de la novedad. La paciencia que los grandes y sus asalariados empleaban en compilar las ge-

nealogías y los blasones, el pueblo la dedicó á escribir la historia de la plebe, de su lenguaje, religion, industria, bellas artes, arrojando del altar la fuerza y manifestando ser voz de Dios la voz del pueblo, que se mira encarnada en los héroes, y expresadas sus propias necesidades en los grandes inventores; sustituye su nombre al de los Rómulos y Solones, como á los Homeros y Esopos, y se contempla él mismo en las religiones, así como en las revoluciones.

De esta manera es cómo cada siglo rehace la historia bajo un punto de vista.

Sin embargo, la moderna obtuvo su parte de atencion que antes se concedía esclusivamente á la antigua. La suerte de los pueblos fué juzgada segun ciertos principios generales; las vicisitudes se unen á las de toda la humanidad. No teniendo, pues, por objeto la narracion adular á los príncipes, sino hacerse oír de las masas, fué más animada, más desarrollada con aplicaciones á lo presente, y propagó la idea de la libertad con que vive.

Ahora bien, la historia es el mejor remedio contra este espíritu absoluto que ha puesto obstáculos á la justa apreciacion, á la esposicion exacta de los hechos. Porque, poniendo las teorías á prueba de las aplicaciones, muestra la diferencia entre lo bueno y lo posible, y hace ver que á veces el mal protege al bien, que lo falso se mezcla con lo verdadero, hasta el punto de ser necesario sufrir la cizaña para no estirpar el buen grano de ella. A las vicisitudes del hombre interior, es decir, de la conciencia, asocia en sus grandes lecciones las del hombre exterior, es decir, el desarrollo de los Estados al través de los siglos: hace coincidir la ciencia de los hechos y la de la política, tratadas racionalmente, y marchar paralelamente con ella á la jurisprudencia, dos formas sucesivas de la misma idea. En Alemania, una escuela metafísica de jurisconsultos se tituló histórica, porque se impuso principalmente por tarea unir el conjunto de la legislación al estado correspondiente de la sociedad á cada época de lo pasado, y esto, aunque algunos de sus miembros se inclinaron al optimismo y otros á la fatalidad.

Cuando Montesquieu exclamaba: *¡Feliz el pueblo cuya historia es fastidiosa!* Cuando otros alabaron los gobiernos cuyo elogio hacia el silencio de la historia, creyeron que el único bien existía en la privacion del mal, y que el relato debía limitarse á los hechos ruidosos y épicos. Pero aquel que observa la sociedad en sus elementos, es decir, en lo útil, lo justo, lo hermoso, lo santo, lo verdadero, y en su triple simbolo, la Iglesia, la escuela y el mostrador, éste pide á la historia otros goces que las matanzas de los campos de batalla, otras diversiones que las fiestas de las cortes, y otras glorias que las conquistas. Watt y Arkwright, que cambian las condiciones del trabajo, sustituyendo las máquinas á los brazos, y las grandes asociaciones á la pequeña industria, son más dig-

nos de memoria á sus ojos, que muchos héroes admirados y maldecidos.

Creemos que el espíritu humano no se revela del todo sino en el conjunto de sus obras: cada paso en la ciencia es la huella de los hombres que han vivido; tal planta es el vestigio que ha quedado de Linneo y Tournefort; tal demostración matemática manifiesta la existencia de Pitágoras y Galileo. Lo pasado debe en su consecuencia considerarse como un sentimiento vivo de lo presente, y buscar en las historias parciales la significación de las generales. Detrás del mundo político se mueve el mundo del sentimiento, de la inteligencia y de la industria; detrás de los reyes y los jefes de las revoluciones, existen el sacerdote que ruega, el poeta que canta, el autor que escribe, el sábio que medita, el artista que dibuja y el obrero que trabaja. Todos viven con vida propia, pero respirando la atmósfera comun, recibiendo la luz á través de los vidrios pintados con los colores del siglo. De esta manera, esta palabra, *Soy hombre, nada de lo que corresponde al hombre me es extraño*, conviene perfectamente al historiador, porque todo le sirve para formular la condición social, ya las invenciones de la industria ó los caprichos de la vanidad, ya la autoridad de la razón, la filosofía del talento ó la moral del deber; y además todo lo que se ofrece á él en las tres vías por las cuales produce el espíritu humano, la esperiencia, la razón y la imaginación; este conjunto de actividad y ociosidad que se manifiesta en el hombre como en todas las cosas; las inclinaciones de la naturaleza humana y los conceptos de la inteligencia; en fin, la trinidad y la unidad del ser intelectual, moral y físico.

**Universalidad de la historia.**—No hemos creído poder emprender esta tarea sin abrazar la misma unidad la vida de todos los pueblos, y fuimos los primeros que escribimos ó más bien intentamos tratar la historia entera de la humanidad, no la sucesiva de algunas naciones, no la única política de todas, sino la de la humanidad que marcha, ya avanzando, ya dilatándose al través de sus desastres. Sin embargo, así como la escuela histórica de los jurisconsultos de que ya hemos hablado, no consideró si un código era necesario, sino que declarando la imposibilidad de hacerle perfecto, sacó en consecuencia que comenzar lo era de parte del legislador una intervención orgullosa é impotente; del mismo modo no pudiendo hacerse una historia universal completa, también se podía desaprobar una tentativa de esta clase. Pero esta máxima tan profunda como desconsoladora de Goethe: *Para saber alguna cosa es preciso saberlo todo*, ¿no nos conduciría á no escribir nada? Nos hemos atrevido, pues, aunque con fuerzas sin duda muy inferiores á la empresa, á distribuir el color sobre un dibujo enteramente nuevo y con medios nuevos, á lo menos en su unión. Hemos marchado siempre desconfiando de los aplausos, pero sacando nueva energía de la desacostumbrada violencia de los

ataques: en el día nos apresuramos á llegar al término antes de que lleguen las arrugas que la vejez imprime tanto en el espíritu como en la frente.

Nunca, en el cuerpo de la obra, hemos distraído la atención del lector sobre el autor, porque la debe enteramente al asunto; pero esta es la tercera ojeada general que dirigimos sobre nuestra empresa y sobre nosotros mismos. El paso es escabroso, en atención á que todo resúmen se puede censurar más fácilmente por lo que omite, que apreciar por lo que contiene; además, es una ley, una necesidad ó una falta de todo prefacio, afirmar más bien que discutir, presentar aserciones genéricas más bien que esponer hechos distintos. ¿Pero qué importa? Nuestra reputación de temeridad está ya hecha, y nunca hemos aspirado al miserable honor de agradar al vulgo de los doctos, ni al peligroso de complacer á un partido. Hemos conocido que una gran idea se empobrece entre las manos de los imitadores; pero nos hemos persuadido de que una obra estensa no debe tratarse ligeramente, atun menos por los que no la comprenden.

Ahora bien, al dirigirme directamente por la última vez á los lectores que me habrá conciliado, me complazco en creerlo, una compañía prolongada, conozco la necesidad de volver á decir algunas palabras sobre mi trabajo. He continuado mi camino entre dos escollos, la avara erudición que daña al interés, y la ideología que incomoda á la verdad; y esforzándome en vencer, por un lado el fastidio, y por otro el error, he espuesto con franqueza lo que habia estudiado con simpatía, libre de las preocupaciones sistemáticas, sin apoyarme sin embargo en las escepciones; reconociendo á la ciencia moderna los trofeos de su reciente conquista; imparcial en tanto que la imparcialidad es compatible con la naturaleza del hombre, y para con los hombres, de los acontecimientos de los que somos criaturas y víctimas; ilustrando los hechos por amor á la verdad y la necesidad de la certidumbre; teniendo horror á teorías vagas, fué mi propósito avivado por la noble pretension de ser justo é intrépido, y por la imperiosa osadía de la voluntad necesaria al que erigiéndose en juez, debe ó renunciar á su tarea, ó sufrir por ella el martirio.

Me he propuesto evitar la fórmulas generales que dispensan de las ideas exactas, conociendo de que el historiador, en su cualidad de juez, debe dar los motivos de su sentencia, pero no titubear en proclamarla. Desde entonces resolví sujetarme á la filosofía clara, neta, sensata, práctica en nuestra Italia, más bien que á sistemas nebulosos ó atractivas paradojas; no suponer muchas cosas conocidas de los lectores, y no enviarlos á otros libros sino cuando yo mismo no hubiera concebido una idea completa, ó que no pudiera desenvolverla; no callar verdades porque otros las hubieran ya dicho, en atención á que no hay una verdad que sea inútil que se repita; no recurrir á las transac-

ciones de la timidez ni á las recriminaciones del oprimido; no disimular mis opiniones bajo las frases dubitativas que salvan de la tiranía á los años desdenes, y de la guerra, en la cual dos partidos contrarios os atacan igualmente; porque los partidos son por su naturaleza estremados, y el hombre sensato debe seguir su camino por entre ellos. Es fácil y agradable caminar por senderos practicables, llevado por inteligencias limitadas que aplauden en uno su propia medianía; pero la exageración es el lenguaje de las sociedades en decadencia: la verdad es la necesidad de las bien ordenadas y de las que se regeneran.

Precisado el escritor á publicar su obra por fragmentos, y tener que habérselas, por consecuencia, con lectores poco atentos (28), encuentra una dificultad mayor en hacer comprendér la armonía de sus pensamientos; es, sin embargo, imposible formarse sin esto un juicio completo de una obra. Así es, que mientras que se dirige á lo lejos la mirada del lector sobre el progreso del universo, una pedantería miope os hará un cargo de no jurar por Herodoto ni Tito Livio; sereis asaltados de las inquisiciones mezquinas de los que no saben elevarse á la altura, en la que todo lo que es hermoso y verdadero se reune y confunde; se exigirá que no digais nada de lo que otros han dicho, y al mismo tiempo os opondrán los juicios de otro, que serán diferentes del vuestro; aislarán frases y razonamientos que no tienen sentido sino en su conjunto, y se os atribuirán opiniones que no habreis hecho más que referir con la lealtad que no sabe disimular una objeción, ó buscarán sorprenderos en una palabra desmentida por el hecho con aquel arte perpétuo é infame de los sofistas, que separando una frase del contexto, alterando su significado y mascándola, la mezclan con su mortífera saliva, y la escupen venenosa contra aquel por quien habia sido noblemente proferida (29).

No hay, pues, de que admirarse de los juicios tan diversos emitidos sobre un libro, sobre todo por aquellos que no le han leído. No debe tampoco admirar en una época de libertad y hasta de licencia del pensamiento, en la que se lee por ociosidad ó por distracción; cuando cada sonido se acepta como una idea; cuando adquirida la ciencia y perdida la calma, con menos inteligencia y más precipitación aplicamos los principios sin estudiarlos; pensamos á medias y esponemos antes de madurar; cuando los partidos tienen la arrogancia de manifestar que poseen exclusivamente lo bello y lo verdadero sin examinar siquiera las opi-

niones contrarias, y todos tratan de encubrir la debilidad de la duda bajo la violencia de las palabras, sin cuidarse de si tienen razon en el fondo de su resentimiento.

Aquí la palabra ha tomado un carácter acre; y el lector tal vez vituperará á quien después de tantos volúmenes cambiados, deja correr sus disgustos en una página, donde aunque piensa, es sólo con el corazón, concentrando en un punto la amargura que ha sorbido gota á gota en algunos años. Si en un país donde son tantos los obstáculos, poquísimos los consuelos, ninguno los auxilios, se ve uno sólo y vilmente atacado, ¿seria digno en el combate afectar la serenidad del triunfo, despreciar al lector cual si le fuese indiferente su asentimiento, ó reputar tan abyecta la literatura nacional y los que la custodian, que los creyese hasta indignos de hablar de ella? Sin embargo no tiene razon para quejarse: el buen espartano, que se queja cuando la zorra le roe las entrañas, adquiere la nota de cobarde; si entre los estragos muere callando, los espectadores gritan: ¡Bravo!

Pero llega el día de la recompensa, el de la muerte, ó lo que es lo mismo, aquel en que el hombre, cansado ó debilitado, arroja la pluma y cesa de excitar las mezquinas emulaciones contemporáneas. A quien nada hizo jamás, al que no hace ya, y al que repite que está haciendo, se les llaman grandes hombres (30), para ellos son los honores y premios, y lo que más importa, la paz, —aquella paz á cual nuestra indolente generación sacrifica sus convicciones y su dignidad.

Si, la tienen; pero hay gentes para quienes el peligro y la lucha tienen tanto atractivo, como para otros el éxito y el triunfo. ¿La paz del indiferente y del obsequioso puede nunca compararse á la inmensa alegría que se experimenta en señalarse por alguna obra; en emitir una palabra que procede del corazón y se dirige á él, que revela con intrepidez sentimientos que se experimentan en el ardor de la juventud, y que se conservarán aun cuando este ardor se haya entibiado por la edad; saber, en fin, que se encuentra un eco envidiable en millares de corazones vírgenes aun, y de almas libres de preocupaciones?

Por otra parte, ¿cuánto no tiene un autor que aprovecharse de la obligación en que se encuentra de no confiarse más que á sí mismo, y buscar desde entonces toda la energía probable, sin dejarse lisonjear por la condescendencia de otro, ni usarla con respecto á sí mismo; y en la necesidad de llenar un corazón avaro de benevolencia, de penetrarse de sus asuntos con toda la pasión de la juventud, de la persuasión y de la cólera? El exceso de la

(28) «Hay un punto sobre el cual es preciso resignarse á él cuando se escribe: es el ser leído con ligereza, y ser juzgado sobre todos los puntos.» SAY. *Tomo pequeño.*

(29) La acusación más repetida y menos racional que se me ha dirigido es la de no poner citas. Basta mirar al pié de mis páginas; además que NADIE apoyó tanto su narración como se apoya en esta obra enriquecida con tantas aclaraciones y documentos.

(30) Si el poder de mi nombre se ha aumentado, es porque he dejado de escribir, decía Chateaubriand en una carta de 1 de julio de 1842; y Vernet decía á Greuze: *Escúchame, deja de ser pintor, y al momento la academia cantará tus alabanzas.*

opresion se convierte en fuerza; la viga golpeada sin cesar por la maza de hierro, se clava cada vez más profundamente en el suelo, y pronto se halla en estado de sostener el puente que reúne las dos opuestas orillas.

Espero que si no he podido ver ayudado por el consejo de los maestros, y por la crítica que sincera, aun cuando no sea benévola, no descubre solamente un error cometido, sino que advierte el evitar otro; espero, digo, que mi obra tendrá mas originalidad de idea; porque no habrá tenido que estar sujeta á officiosas condescendencias para con aquellos que la hayan favorecido, á transacciones que parecen una obligacion con los que están acordes con vos sobre cien puntos, y difieren de parecer sobre otros dos ó tres; al respecto á hombres, autores, doctrinas y máximas, que sin que se aperciban nos está impuesto por la costumbre de simpatizar con personas amigas. Felizmente el que no ambiciona la recompensa de los grandes, ni adula á la plebe de los doctos, puede en el dia decir una gran parte de la verdad. El dominio del pensamiento no inspira envidia al de la materia, insuficiente por otra parte para zaptarle; el público compra las obras de los autores, y no un Mecenas que paga sus servicios.

Pero llegar al colmo del arte, que consiste en la armonia entre la imaginacion, el pensamiento y la forma, obtener la sencillez y la facilidad, sin las cuales no hay dignidad para el hombre, ni originalidad para el escritor; disponer á su antojo del poder de la palabra, que hace proceder de un mismo manantial la invencion, la conviccion y la elocuencia; unir el cálculo al atrevimiento, y la prudencia al arrebato, fundir los hechos con la moral, no de palabras, sino de accion, encontrar el secreto de ser sábio sin parecerlo, hacer comprender al lector instruido, que se sabe más que lo que se dice, y que se ha tenido bastante valor para ocultarlo; estas son, sin duda, las que han podido ser mis intenciones; pero conozco cuán distante está el resultado de ellas. De todos modos, si no he obtenido lo que hubiera querido alabar en los demás historiadores, ¡ojalá haya yo al menos evitado lo que he vituperado en ellos! Se ha tachado de despecho esta severidad; pero ¿qué hombre seria bastante abyecto para despreciar á los que le han precedido, cuando él mismo sigue con diferente paso la senda que le habian marcado? No es con semejantes pensamientos cómo se ha formado mi corazón; el primero que me inspiró el amor á esta clase de estudios, y cuya palabra, que me animaba y era más poderosa que el precepto y el ejemplo, me acostumbró á considerar lo pasado libre de la preocupacion oficial de las escuelas ó de las prevenciones clásicas de las academias, y á adquirir la independencia de exámen que puede hacer errar, pero no confundirlo á uno con la generalidad del vulgo. No cesaba de repetirme: «Es un deber para todos conocer los pensamientos y acciones de los que nos han precedido en la vida,

y es una obligacion particular de los italianos, escuchar y hacer oír la palabra eficaz de la historia, precisados como están á buscar en lo pasado simpatias, consuelos ó esperanzas. Pero para esto, no bastan los libros: es preciso visitar los lugares, interrogar las tradiciones, ver en juego las pasiones, meditar en la soledad sobre los demás y sobre sí mismo, comer el pan del pueblo, en quien se encuentra la fe del porvenir.—La ignorancia y la presuncion adquieren un aire de sábio escepticismo, para negar las causas remotas de los efectos presentes; pero un estudio infatigable nos hace conocer los vínculos que unen la ironia de Sócrates á las matanzas de Espartaco, Graco á Mirabeau, la venida de Carlomagno al avasallamiento de la Italia; al ver el bien salir del mal, del feudalismo los concejos; de los nidos de piratas las ciudades anseáticas; de la guillotina el código de Napoleon, y el progreso marcado por la Providencia, tan pronto en una institucion como en una guerra, en un hombre como en una doctrina. Hacer estas causas evidentes al lector, es el único medio de obtener que lo pasado aproveche á lo presente, y que los acontecimientos antiguos expliquen los de nuestra época.

»Los especuladores de la ciencia, sabios sólo en fechas y en clasificaciones para repetiros que Ciceron es el orador romano, César el escritor de los *Comentarios*. Dante el cantor de la *Divina Comedia*, no usurpan el título de historiadores, ni tampoco los que se contentan con un lujo estéril de conocimientos, sin recordar que la erudicion es un simple instrumento para las ciencias morales, así como el álgebra para las cuestiones prácticas de mecánica y geometria.

»Cada siglo deposita muchos elementos de su época en la que describe, y quiere recibir instruccion en su propio idioma; de aquí la inagotable novedad de la historia, á pesar de la inalterabilidad de los acontecimientos. Su conocimiento material pertenece á la crítica; el publicista proporciona la interpretacion filosófica, y trasforma la simple relacion en enseñanza sublime de lo que conserva y altera en un pueblo los fundamentos de la sociedad; aplica la moralidad de los hechos á las cuestiones supremas de organizacion social y, asociando á la ciencia de los conocimientos la de sus causas, descubre el carácter real bajo la aparente corteza, corrige los juicios errados y deduce las justas consecuencias. De esta manera es como el historiador se hace creador.

»Las felices temeridades de la crítica han dado frutos más abundantes que los que se esperaban; pero, así como en las primeras esperiencias de Montgolfier se creyó haber conquistado el espacio de los aires, y en la primera sacudida del galvanismo se figuraron haber obtenido el principio de la vida, asimismo la crítica quiso asignar leyes de que procediesen los hechos. De aquí teorías vagas, sistemas generales, orgias de la imaginacion ó del razonamiento, que un nuevo descubrimiento ó la menor reflexion convierten en humo.

»No basta conocer, es preciso juzgar. Para caminar, es necesario saber á dónde se va, y para obrar saber lo que se quiere. Pero otra cosa es tener un sistema, una intencion; negar esto equivaldría á decir que no hay necesidad de ideas; porque esto significa proponerse un objeto, formarse con su asunto un plan lúcido y seguro. ¿Qué son los hechos aislados? Armaduras depositadas en un museo, dentro de las cuales la imaginacion puede colocar un monstruo ó un héroe, Ezzelino ó Ferruccio. Son postes de señal en medio de una selva que indican el camino cuando están dirigidos en cierto sentido, y no sirven de nada cuando yacen por tierra. Es fácil inclinar la historia á tal ó cual suposicion; la realidad puede conducir á la hipótesis y el hecho engendrar la utopia. No hay más ciencia que la que une los acontecimientos, y los explica sacándolos del estado de fragmentos aislados é incoherentes; así como nosotros no llamamos arquitecto á aquel que estrahe los materiales, los entresaca y amontona, sino al que se sirve de ellos para construir un edificio que reúne utilidad y belleza.

»La historia registra las esperiencias morales á las cuales se entrega la humanidad desde el principio del mundo: las clasifica segun su sucesion y dependencia, de modo que descubre la ley de su encadenamiento, con el objeto de revelar el porvenir de la especie humana y enseñar á las sociedades cuáles son los hechos coexistentes en su seno los que se encuentra en progreso ó en decadencia, los que se borran ó son proeminentes, con el objeto de que los pueblos sepan dirigirse, en lugar de abandonarse á una fatalidad ciega, y previendo los perfeccionamientos sociales llegan á separar los obstáculos y evitar los choques peligrosos. De esta manera, cada hecho se hace importante, porque á él conciernen los destinos de la humanidad; así es que los trabajos de cada uno convergen al bien de todos; y los conocimientos son el pasto intelectual y moral que cada hombre proporciona á la humanidad.

»Evítese, pues, si se puede, lo ideal y la caricatura: no hacer de lo presente un porvenir en que se sueña, ó un pasado que se echa de menos, sino pedir la razon á la historia, que une la actitud á la costumbre; porque si el astrónomo va con la cabeza levantada y el minero inclinado esto no nace de diferentes disposiciones, sino de la costumbre y de la oportunidad.

»Queda además la forma, más difícil en los países en que el lenguaje todavía se halla indeterminado, hasta en sus nombres, y en tiempos en que no prestando atencion á ello la generalidad de los lectores, creen los autores poder descuidar su exactitud. El método científico ha embotado el gusto literario; y á fuerza de recordar que la historia es una ciencia se há olvidado que es un arte, y que como tal aspira á la inmortalidad. Sí, como consecuencia de la necesidad de descubrir la verdad, el erudito soporta la incomodidad de un traje ordi-

nario, sólo los libros ordenados segun un plan lógico pueden esperar vivir. El que tiene sus ideas bien claras puede renunciar sin titubear al lenguaje oscuro y pretensioso; pero no debe hacerse el esclavo de una sencillez despojada de todo adorno de una limpieza que nada deja ver en el fondo (31); le es preciso adquirir el gusto escrupuloso de la exactitud y del método, que llega después de muchos errores y ensayos.

»El escritor que no tiene más que un tono, no posee más que un tiempo; esto es á lo que se reducen los que (sobre todo en Italia) convierten á la historia en un simple ejercicio literario, adhiriéndose á las formas y á las frases en cuya uniformidad pulimentada se desvanecen las líneas, como un retrato iluminado en demasia. La elegancia del estilo sóbriamente pintoresco es necesario, pero no basta; es preciso una eleccion delicada de detalles y de imágenes, abundancia sin descuido, concision sin oscuridad y la precision que se combina con la facilidad. Es preciso que la relacion ofrezca proporcion en las partes, encadenamiento en los hechos, novedad en la forma, habilidad en las transiciones, orden juicioso, sobriedad de imaginacion, sensibilidad reservada; el atrevimiento en las ideas y la vivacidad de expresion no deben dañar á la sencillez de un gusto severo; en fin, es preciso que el autor sepa mezclar á la aridez de las indagaciones el calor de las emociones, y sin dejarse arrastrar demasiado por las memorias contemporáneas, dar á las narraciones una imparcialidad no menos picante y más variada que la pasion. No apruebo, pues, ni el estilo cosmopolita, adornado por algunos con el nombre de imparcialidad, ni los lugares comunes, inofensivos, entusiasmo frio, al que sin razon se le dan los nombres de amor á la patria y liberalismo. Es fácil ensartar palabras, hacer ostentacion de un valor irreflexivo, de una pasion descabellada; sol de marzo que todo lo pone en movimiento y nada madura. Y sin embargo, si alguno esclama: *Allanemos los Apeninos para formar un solo Estado de la Italia*, arranca á la multitud aplausos más vivos que los que arrancaría aquel que surcara lentamente de caminos sus montañas, y reuniese por las ideas y los sentimientos á los hijos de la misma tierra.

»Trabajad en la santa dignidad de lo verdadero, y en la majestad de la independencia solitaria. ¿Quién no os concederá atencion? La imprevisora multitud de nuestra época, la ciega necesidad de

(31) «Juzgar y contar á la vez; manifestar todos los dones de la imaginacion en la pintura exacta de la verdad; complacerse en todo lo que hay vida y movimiento, dejar al lector, como á sí mismo, su libre albedrio para vituperar ó aprobar; unir una especie de suave ironia, á una imparcial benevolencia, tales son los rasgos principales de la narracion francesa.» BARANTE, Prefacio á la *Historia de los duques de Borgoña*.

gozar de los frutos, cuando apenas se ha echado la semilla, ponen al hombre reflexivo y profundo en una triste situación, no dejan apreciar la influencia fecunda del tiempo, y hacen aspirar á lo escesivo, á lo inmenso que no está en el destino de los hombres, cuyos deseos solos son infinitos. No, no basta decir á la inteligencia: *Sé libre*; es necesario decirle tambien: *Sé fuerte, ten la energia de la moderacion.*

»Pero la mayor parte de los hombres tienen la vista tan corta, que no conocen más que dos causas; y si demostráis que la una no tiene razon, sacan en consecuencia que la otra la tiene. Si haceis cargos á Carlos I, deducen que haceis el elogio de Cromwell; si poneis en relieve la piedad de Port-Royal, es porque despreciais sus adversarios, y al que reconocia mérito en un alemán, le acusaban de desleal á Italia. No podríais contentar á todo el mundo, aun cuando os resignáseis á la fastidiosa monotonia de una alabanza perpétua. Pero si no ambicionais la gloria que el vulgo dispensa á los que adulan sus pasiones, si no acariciáis á los presuntuosos que, incapaces de crear, tienen á menos adquirir importancia con charla sonora y agitacion, si lavais á vuestra patria de la acusacion de no cuidarse más que de periódicos, novelas y todo el farrago extranjero; si os dedicais sin ruido á introducir la levadura en la masa inerte, á alimentar el talento con ideas y el corazon con sentimientos; si teneis el valor de hacerlos anatematizar por vuestros hermanos; si sabeis tener razon de una manera nueva y con tranquilidad; si un sentimiento de respeto hácia las grandezas reales no os impide mostrar la miseria de la sociedad antigua ni sus vicios, reconocer los méritos, entonces no aguardéis la suerte más deplorable, la de no escitar la admiracion de nadie, y sólo si las honrosas burlas de los talentos superficiales, que leen por fastidio y juzgan por convenio; á los ataques de los que no queriendo ser turbados en su sueño, tratan de paralizar con el ridículo lo que no puede ser derrocado por la discusion; á la sincera intolerancia de los que están unidos á una causa por conviccion, á la hostilidad mercenaria de los que se han alistado á ella por interés. «En medio de las oscilaciones de una sociedad que busca aun el equilibrio entre dos mundos, de los cuales el uno admira y el otro vitupera, no se puede aceptar la gloria sino esponiéndose á un oprobio. Si los que os ultrajan son personas á las cuales sois desconocido, consolao en el silencio. Si son fuertes, abandonadles vuestra túnica y llevaos vuestra alma con toda su pureza igualmente distante del abatimiento que de la elevacion, ambos efectos del orgullo, que impiden reconocerse como un simple instrumento de Dios. Los que reedificaban á Jerusalem trabajaban con una mano y tenían la espada en la otra. La vida es una milicia, batalla el escribir.

»Pensad que los escritos deben tener accion; que la literatura es un sacerdocio social; que la licencia no se deja reprimir sino por aquellos que han

dado prendas á la libertad, y que el que predica los deberes no es escuchado sino en tanto que lo merece, defendiendo los derechos. En el movimiento que hace que los hombres se dirijan hácia las ideas serias, útiles y benévolas, la razon es superior; y el que persevera en un largo trabajo conforme á sus convicciones, á través de las diferentes divagaciones de la inteligencia y la diversidad de opiniones, prueba que son en él reflexivas y sinceras; el mismo burlon concluye por conceder respecto á aquel que defiende con constancia un puesto vivamente disputado.

»Queda, pues, un camino al historiador que ha estudiado laboriosamente y ha aprendido á ocultar su trabajo; éste es el favorecer constantemente su inclinacion al bien, apresurarse á apoderarse de él, á tener constancia y quererlo; mostrar sinceridad, porque el hombre sincero, aun engañándose, no se engaña más que á medias, nutrirse con las ideas que consuelan de la persecucion y hacen honroso el martirio. En el momento de morir, Herder decia á su hijo: «Sugíereme algun gran pensamiento; esto es solamente lo que me alivia.»

Así me hablaba mi preceptor, y sus palabras son más sagradas para mí porque las oigo salir de su tumba (32). He tratado de conformarme á ellas con todas mis fuerzas, buscando la verdad con constancia y queriendo decirlo con franqueza; he tenido combates y continuado marchando adelante seguro de hacer una obra útil, y deseando que otros pudiesen producir una perfecta.

¡Pueda yo al menos, para volver á mi punto de

(32) Habiéndose reproducido ya en los periódicos la carta que él me dirigió desde su lecho de muerte, perdóname la complacencia, pues no es vanidad, de insertarla á continuacion:

«Mi honorable amigo:

»Has emprendido una gran tarea. Es un llamamiento en campo cerrado á todas las hipocresias, á todas las injusticias y á todas las ignorancias. Poco importa conocer lo pasado, cuando nadie se cuida de mejorar el porvenir. Para tí los hombres corrompidos y corruptores no son más que plebe, y no consideras nobles más que á los que han merecido bien de sus hermanos.

»¡Oh mi querido César, cuánta virtud en esta sola ideal! ¡Cuánta fuerza de talento y de corazon existe en consagrar su pluma á la exuberancia del pensamiento llena de justicia y de verdad! No puede haber un corazon cristiano que no te anime con sus votos, sus elogios, sus gracias y sus bendiciones.

»Al enviarme tu obra te dices mi amigo y mi discípulo. Amigo, sí, con leal correspondencia del más afectuoso cariño. Discípulo, tambien, obteniendo de mí en el día, en cambio de la atencion dócil, asidua y confiada que me prestabas, otra igual á tu hábil palabra, sorprendido y encantado de que la pluma de un ilustre italiano tenga tanto poder.

»Consérvate con salud, inspiracion y perseverancia: regójate secretamente en tu conciencia, con el sufragio de todas las personas honradas que admiran el talento que Dios te dió, y el mérito de tu generosa resolucion. Milan 6 de abril de 1838. Tu afectísimo amigo, etc.

J. B. de Cristoforis.

partida, haber hecho como los oscuros viajeros que precedieron á Cristóbal Colon! Su nombre fué olvidado porque perecieron en sus audaces tentativas; señalaron, no obstante, islas y parajes desconocidos, que animaron á mayores osadías: si después de haber conducido sólo con mis fuerzas á la historia hasta el estado de poder juzgar lo pasado para preludiar el porvenir; si después de haber dotado á mi patria con una obra de que carecia y que tal vez á ella sola faltaba; fatigado, pero no

cansado; batido, pero no vencido; náufrago tal vez, pero salvando el tesoro de mis convicciones: si puedo, digo, entonar en la lejana orilla el himno de la verdad, de lo bello y del bien, no pediré á los lectores que me aplaudan, pero sí que me amen. Y si (¡qué he de esperarlo!) la palma de la perseverancia se me concediese voluntariamente, ¡con qué dulce alegría la recibiria para presentarla en homenaje á mi patria!

Milan, enero de 1844.

---



# LIBRO DÉCIMOQUINTO

---

Renace el genio de las conquistas.—Esplendor de las artes y de las letras.—Invasión de las ideas paganas.—Reformas protestante y católica.—Guerras civiles y religiosas.—Restauración de las ciencias.

## CAPÍTULO PRIMERO

---

### ASPECTO GENERAL.—EL IMPERIO.

El campo sobre el cual se dirige la atención de la historia, se ensancha de día en día. Entre los Estados del Asia, el imperio chino decae hasta que se encuentra bajo la dominación extranjera (1644); los Sofis de Persia declinan (1500-1722); sostienen los mongoles con trabajo en la India (1526-1739), y sucumben en Occidente; historias parciales, de las que no puede salir aun un conjunto ni un plan seguido. El poder de los turcos se ha entronizado en Europa donde su infantería regular de genizaros y sus fuerzas marítimas se hacen temibles; aun no han perdido la esperanza de derrocar la cruz de las cúpulas de San Estéban y del Vaticano, y sustituirle la media luna. De todos modos, mézclanse ya á los europeos con tratados y embajadas, y comienzan á decaer desde el momento en que se enfria su fanatismo feroz y sanguinario: Venecia y Hungría los rechazan con las armas; y Portugal y España les arrebatan el comercio, trasladándolo del Mediterráneo al Océano.

Al mismo tiempo que el descubrimiento de la América y el paso por el cabo de Buena Esperanza, imprimen al comercio una diferencia diferente, é introducen en la existencia nuevas necesidades y nuevos medios de bienestar, dirigen la política hácia otros intereses relativos á las especulaciones mercantiles, á las colonias y al acrecentamiento del numerario. Estos cambios, unidos á los del sistema militar y al del derecho público, no dejan ya predominar por todas partes una sola idea moral, sino que cada Estado se dirige á conseguir sus

propios intereses, tales como una provincia que conquistar, un matrimonio que concluir ó una sucesión que alcanzar, un equilibrio que establecer (1).

Una vez terminada la guerra de los reyes con los vasallos, y la de los concejos con los feudatarios, comienza la de pueblo contra pueblo, y la de gobierno contra gobierno. El sistema municipal y el feudal, que aun prevalecían en la época anterior, se han reemplazado en la actualidad por dos ó tres grandes Estados, á los que los demás siguen como satélites. Entregado ya el pueblo á la industria y á las letras, no ocasiona las conmociones interiores que constituyen la parte dramática de la antigüedad y de la Edad Media; y de la concentración de los negocios en manos de los príncipes y de los ministros, resulta la política de gabinete, desconocida hasta entonces.

Monótona sería la época de la historia moderna, si no se encontrasen en ella todas las graduaciones que ofrecen las formas de gobierno; monárquico y hereditario en Francia y en España; electivo en Polonia, ilimitado en Rusia; constitucional en Hungría, nominal en Alemania, teocrático en

(1) HEEREN, *Manual de historia moderna*.

SCHOELL, *Curso de historia moderna*.

FILON.—*Historia de la Europa en el siglo XVI*. Paris, 1838.

L. RANKE.—*Deutsche Geschichte in Zeitalter des Reformation*. Berlin, 1839.

Roma y feudal en los pequeños Estados italianos; repúblicas oligárquicas como las de los alemanes; aristocráticas como las de Venecia y Génova; aristocracia militar en la orden teutónica; democracia pura en Schwitz, Uri y Unterwald; oligarquía mercantil en Lubeck. Esta variedad hizo adelantar considerablemente las ideas políticas.

Pero las repúblicas son eclipsadas por el elemento monárquico; los concejos italianos declinan bruscamente; la Suiza, Estado sin cohesión, no puede adquirir más influencia que la que le dan sus armas, empleadas primero generosamente en defensa de su independencia, y vendidas después para amenazar la de otros. Sólo las provincias unidas de Holanda se consideran capaces de marchar á la par con los grandes Estados. Como éstos todos son monárquicos, no es ya el pueblo el que da impulso á las grandes empresas; no es ya el sentimiento el que domina ni las simpatías nacionales, sino el interés; no son ya los arrebatos instintivos de la juventud, sino los cálculos de la edad adulta.

Así la Europa viene á formar un todo conjunto y sobrepujó en mucho á las demás partes del mundo. Pero fácilmente se hubiera convertido en un despotismo universal, si no se hubiese establecido un sistema de gobierno, del cual surgió un nuevo derecho público entre todos los miembros de este cuerpo. No pudiendo ya confiarse á un sólo la garantía de todos los derechos, se establecieron contrapesos que impidiesen á un Estado elevarse sobre los demás; sistema ya usado en Grecia, renovado en Italia, pero que sólo en la Edad Moderna llega á ser regla suprema, después que había cesado toda idea más sublime. Mientras que en Asia hemos siempre visto, que al momento en que un Estado se hacía preponderante, los demás eran destruidos ó arrastrados en su seguimiento, en Europa, por el contrario, y sobre todo en los siglos nuevos, hay dos ó más que forman contrapeso, impidiendo que uno solo oprima á los demás. Uniéndose los más débiles á aquel que hace frente á un adversario amenazador, sostienen un equilibrio que resulta, no de que haya entre ellos igualdad de fuerzas materiales, sino de que se mantenga recíprocamente el respeto.

De aquí la necesidad de vigilarse mutuamente, combinar alianzas, sostener embajadores, de tal manera, que la diplomacia es el instrumento principal de conciliación y enemistad. De aquí también la importancia de los pequeños Estados; y si en otro tiempo los matrimonios reales atraían algunos feudos á la corona, cambian en la actualidad las relaciones entre los países, é influyen sobre la historia. Habiendo prevalecido la costumbre de que los príncipes no se casasen sino con princesas, los imperios más poderosos hubieran podido entroncar unos con otros, si no se hubiera hallado el expediente de ir á buscar entre los pequeños príncipes de Alemania enlaces que sin inspirar temores, procuraban á los menos fuertes

un necesario apoyo. El derecho público introducido por la diplomacia sobrepujando las obligaciones del derecho de gentes, descende á conveniencias particulares, y hasta á un inviolable ceremonial, que por ridículo que parezca á primera vista, sirve sin embargo para atestiguar la independencia política de cada Estado.

Así es que aunque las grandes naciones se dirigen á absorber á las pequeñas por las conquistas ó los matrimonios, las monarquías á las repúblicas, los países hereditarios á los que eran electivos, cada nación permanecía con el reconocimiento de su derecho, como propietaria legítima de sí misma; así es que cuando fué violada esta propiedad con la partición de la Polonia, no sólo resultaron quejas sino deplorables trastornos.

Esta imprescriptible legitimidad, los tratados parciales y las conveniencias nacionales, son los fundamentos del nuevo derecho, fundamentos arbitrarios y opuestos entre sí, aunque cada uno se pretende esencial; lo que hizo que cada ambicioso pudiese dedicarse por uno ú otro plan, según el interés que tenía, y causar de esta manera guerras proclamadas como legítimas, ya que no como justas.

En medio de los intereses particulares, aun quedaban algunos intereses comunes. En primer lugar, existían los religiosos, en los que la influencia del soberano pontífice declinaba cada día más, hasta que el choque de las opiniones literarias ó populares, concluyó por dividir á la Europa en dos fracciones, la una católica y la otra no católica. A veces también debían los Estados ponerse acordes para rechazar las amenazas de los turcos, que en aquel movimiento hacía la monarquía, se presentaban como obstáculo, del mismo modo que en el día la Rusia, al movimiento que se dirige hacia la república.

Las colonias, que eran la diadema de oro de los reinos de Europa, determinaban sus alianzas ó sus enemistades; las metrópolis se resentían de ellas sobre todo, por las medidas excepcionales de economía política que necesitan; crece el poder marítimo hasta el punto de que las querellas no se deciden ya sólo con las batallas en tierra.

El desarrollo del pensamiento, y mayor facilidad en los medios de comunicarlo con el estudio de las lenguas, la prensa y los correos, llaman más la atención. De esta manera se equilibra la cultura intelectual entre los diferentes países; las invenciones de los unos son comunes á los otros, la república de las ciencias, no es un vano nombre: y así como la Europa, no contenta con sus propios progresos, quiere extender la civilización por todo el mundo, las colonias establecidas en los países últimamente descubiertos, se cambian en nuevos focos de civilización.

Pero ésta, conserva aun en su naturaleza alguna cosa del carácter originario, y el antagonismo entre las naciones meridionales de raza romana, y las septentrionales de tudesca, no ha desaparecido;

déjase, por el contrario, sentir en los accidentes en que menos se espera. Al Occidente, sin embargo, es donde se encuentran las cinco potencias, donde la civilización estaba más adelantada, al paso que en Levante las poblaciones eslavas, ocupadas en rechazar los restos de los bárbaros, y en evitar las nuevas invasiones, son más lentas en civilizarse.

El trabajo con que cada Estado se constituye, no está enteramente consumado en el interior. En algunos las buenas instituciones, que servían de correctivo á los abusos, han perecido. El fraccionamiento de territorio, los pactos comunes, las leyes suntuarias y prohibitivas, los privilegios, las prohibiciones, las cazas y las pescas reservadas continúan subsistiendo bajo nuevos gobiernos; pero sin los contrapesos que el tiempo y la fuerza de las cosas, y no el buen sentido, habían colocado á su lado. Entre los pueblos de raza germánica, el gobierno sacaba su origen de la igualdad de varios jefes que se reunían para hacer la guerra bajo las órdenes de uno solo, y al que les unía un vínculo de lealtad. Se habían trasladado bajo esta forma á los países conquistados: y en su consecuencia, en todas partes había un príncipe con una nobleza tanto elevada como baja, y el clero, que más ó menos poderoso, formaba los primeros cuerpos del Estado, exento de impuestos, y participando en diferentes grados del poder legislativo. Los campesinos ó villanos permanecían en muchos países sujetos al terruño, y privados en todos de representación civil. Pero los concejos sobrevivían en la clase media, que había crecido con ayuda de la industria, y que en varios lugares había obtenido el derecho de hacerse oír en las asambleas por sus diputados, sobre todo, en la votación de las contribuciones.

En aquellos países, el rey dependía, pues, de los nobles, del clero y de las ciudades; porque, sobre todo al principio de los imperios centralizados, se ignoraba aun la ciencia rentística, no se tenían en pié más que ejércitos poco numerosos, y los capitanes aventureros, con el objeto de vender bien sus servicios, sostenían la preocupación de que la caballería era preferida á la infantería. Así es que los reyes, siempre pobres de dinero, y no estando sostenidos por buenos reglamentos de administración, hacían consistir toda la economía pública en el arte de reunir dinero, para gastarlo en la guerra. Atrayendo entonces así las tropas y el tesoro público, tratan de libertarse de las trabas que les incomodan, sometiendo á las leyes á los mismos grandes, y disminuyendo poco á poco los vínculos de su dependencia con respecto á Roma.

Las libertades de los siglos anteriores eran el privilegio de un pequeño número, y es necesario que sucumban para ceder el puesto á la igualdad de todos. En su consecuencia, las aristocracias cesan de existir porque se oponían al pertinaz intento de los reyes de consolidar la monarquía.

En el momento en que comienza esta época, encontramos á la Escandinavia trastornada por la

Union de Calmar y estraña á las potencias europeas. La Polonia, anillo entre estas potencias y la Rusia, prepondera entre los eslavos, y amenaza á los pueblos que un día la aniquilarán, cuando las formas de un gobierno bárbaro la hayan precipitado en el desórden. Apenas emancipados los rusos del yugo tártaro, viven aun como salvajes en cabañas sin tomar parte en la política europea. Los húngaros permanecen de centinelas avanzados contra los turcos en la frontera de Europa. Hubieran podido resistiéndose en union con los bohemios, engrandecerse ambos; pero en lugar de sostenerse unidos, se hacen la guerra y titubean entre la Polonia y el Austria, entre la servidumbre eslava y la servidumbre austriaca, hasta el momento en que uno y otro pueblo sufren la última.

La España había arrojado á los moros, y en el entusiasmo de su victoria, se lanza con una impetuosa para la que es estrecho el Nuevo Mundo. Acostumbrada á invocar los antiguos recuerdos, se adhiere á ellos tenazmente, y rechaza las innovaciones que procedían de Europa, con la firmeza que había desplegado contra las que tenían su origen en Africa. Pero la reunion de sus diversos reinos en uno solo, después de haber dado fuerza á Isabel y á Fernando para espulsar á los invasores extranjeros, animó á sus sucesores á derribar las cortes y los privilegios, y á hacerse déspotas, instituyendo principalmente el tribunal de la inquisición. No contento el Portugal con haber á su vez espulsado á los moros, les había hecho la guerra en Africa; y con admirable actividad llevó la religión y el comercio hasta las estremidades de la tierra.

Los bienes de los reyes de Francia que morían sin hijos volvían á la corona, y así crecía su poder. En lugar de hacer los barones la guerra al monarca, eran obsequiosos con él; de tal manera, que los extranjeros hubieron encontrado temibles adversarios en aquellos duques, que en otro tiempo les abrían paso al corazón del reino. En fin, gracias á los patrimonios, las mejores baronías habían pasado á manos de los príncipes de la sangre, que con la esperanza de ascender un día al trono, evitaban debilitarlo. Además, los dominios de los barones no se fraccionaban como en Alemania y en Italia, sino que enteros los heredaba el mayor, al paso que los demás hermanos se dedicaban á la carrera de las armas (2). De esta manera fué como aquel reino se hizo poderoso. Con Carlos el Temerario feneció el último gran vasallo (3); Carlos VIII adquirió con su matrimo-

(2) MAQUIAVELO, *Ritratti delle cose della Francia.*

(3) El ducado de Borgoña comprendía casi la novena parte del reino actual de Francia. Se extendía por un espacio de treinta leguas desde Bar-Sur-Seine, hasta Mirabel, cerca de Lion, y por treinta de anchura desde Auxonne hasta Vezelay, comprendiendo cerca de ciento veinte leguas de superficie. Este ducado, reunido á la corona en 1477,

nio el ducado de Bretaña, y pretendió la Italia. Perdieron su energía los Estados generales, y el rey hizo lo que quiso. Así es, que aunque la Francia nada poseía en lo exterior, colocada en medio de la Europa, y habiendo heredado el espíritu de conquista de Cárlos de Borgoña, inspiró tanta inquietud á las potencias rivales.

En Inglaterra, las facciones de la Rosa blanca y la Rosa encarnada dieron muerte ó debilitaron hasta tal punto la nobleza, que cincuenta y tres pares, además de los obispos, habían tomado asiento en la alta cámara el año anterior á las hostilidades, al paso que no se encontraron más que veinte y cinco en el primer parlamento reunido por Enrique VII. Este príncipe consiguió en su consecuencia establecer la monarquía absoluta, que no contrabalanceaba aun la autoridad de las cámaras, arrebatando á los nobles el poder militar, las sustituciones y el derecho de asilo, y sometiendo la Irlanda á la política inglesa, para conseguir la unidad territorial. En fin, por el matrimonio de su hija con Jacobo IV, preparó tambien la reunion de la Escocia. La Inglaterra tenia asimismo un pié en el territorio de Francia; pero estaba bien distante del comercio activo y de la dominacion de los mares que son en el día su vida.

Las causas que determinan las grandezas de estas naciones faltan á la Italia, que no conquista nuevos países, ni consolida entre sí la autoridad central, pero que se hace superior á todas por su cultura intelectual, las artes y la riqueza. Los restos de la antigua civilizacion aun existen allí, al mismo tiempo que el nervio de la nueva reside en el soberano pontífice. La agricultura se ejerce con prudencia, el comercio es estenso y el lujo refinado; pero al perder su vigor el carácter nacional, no deja allí ninguna opinion comun para unir el país, cuando los franceses, los españoles y los turcos llegan á disputárselo, rivalizando en astucia y feroz valor.

Aumentaba las dificultades respecto á la situacion del papa, la cualidad de príncipe terreno y de cabeza de la cristiandad. Poder fundado todo sobre la opinion, por lo cual se dividió cuando ésta vaciló; pero con su arte antiguo de esperar y de no ceder jamás, aún cuando pierda, se rehace al fin de sus momentáneos reveses.

En Alemania, escepto la Bula de oro y las convenciones estipuladas en cada nacion, nada determinaban los derechos del Imperio, al mismo tiempo que la dignidad imperial ofrecia á un príncipe ambicioso mil medios de engrandecerse; los Estados se negaban á secundarle, y no le proporcionaban ni tropas ni dinero, aun en los casos de

urgencia. Los principados, entre quienes estaba dividido el Imperio, lo reducian á una especie de federacion, pero se debilitaba por las subdivisiones (4). Cierta numero de señores quedaban de todos modos bajo la inmediata dependencia del emperador, así como algunas ciudades libres en su totalidad ó en parte, principalmente al Mediodía. Su riqueza las hacia importantes y mucho más si se confederaban con la Hansa del Norte ó con la liga sueva del Sur; tenían milicias vecinales y tropas á sueldo que no dejaban de ser de gran importancia en una época en la que habia muy pocas regulares (5). Entre estos diversos Estados,

(4) La historia de las diferentes casas de príncipes de la Alemania en aquella época, ocupa casi enteramente los tomos XIV, XV y XVI, del *Curso de historia de los Estados europeos*, de Schoell, y es muy importante para las transacciones políticas. Como esta historia no podria de ningun modo entrar en nuestro cuadro, nos contentaremos con hacer conocer las casas que dominaban en tiempo de la reforma.

I. Casa de Sajonia. A. Rama *Ernestina*, poseía el círculo de Sajonia con el Wittenberg y casi todo el landgraviato de Turingia. B. Rama *Albertina*, poseía el margraviato de Mignia y una parte de la Turingia.

II. Casa de Wittelsbach. A. Rama principal subdividida en *a*, Rama *electoral* que poseía el círculo del Rhin, y en *b*, Rama de *Simmern*, subdividida en Dos Puentes y Feldenz. B. Rama menor ó casa de Baviera.

III. Casa de Brandeburgo. A. Rama electoral, que poseía la marca de Brandeburgo. B. Rama margraval, en la Franconia, subdividida en Culmbach y Anspack.

IV. Casa de Hesse, de las más poderosas.

V. Casa de Mecklemburgo.

VI. Casa Brunswick. A. Rama de Luneburgo. B. Rama de Wolfenbittel, además de la rama mayor de Grubenhagen.

VII. Casa de Wirtemberg, que de condado se hizo ducado en 1495.

VIII. Casa de Baden subdividida en 1527, en Baden y Durlack.

IX. Casa ducal de Pomerania, estinguida.

X. Casa de Cleves, estinguida.

(5) Maquiavelo (*Ritratti delle cose d'Alemagna*), escribe así:

«Nadie debe dudar del poder de Alemania porque tiene abundancia de hombres, riquezas y armas. En cuanto á sus riquezas, no hay comunidad que no tenga dinero sobrante en su tesoro, y todos dicen que solo Argentina tiene algunos millones de florines. Esto nace de que no hacen más gastos que los necesarios para tener las provisiones indispensables, y cuando han consumido parte de ellas gastan muy poco en repararlas, guardando en ello un orden admirable, porque siempre tienen los artículos de comer, beber y arder que el público necesita para un año; y de este modo procuran con su industria tener lo suficiente para sustentar en caso de sitio á la plebe y á los que viven de su trabajo por espacio de un año entero, sin que por esto esperimenten la menor pérdida. No gastan en mantener soldados porque tienen sus hombres armados y ejercitados. Los días de fiesta, en vez de otras diversiones, acostumbran á entretenerse unos manejando la escopeta, otros la pica, éstos una arma, aquéllos otra; apostando honores y otras cosas semejantes, que son para ellos muy apreciables.

continuó rigiéndose como provincia diferente, con una administracion propia, derechos y privilegios. Su territorio ha formado después los departamentos de Ain, La-Cote d'Or, Saona y Loira, Yonne, y una parte de los del Aube y Alto Saona.

diferentes en su constitucion, desiguales en fuerzas, las ciudades, los nobles y la mayor parte de los príncipes no emitian sufragio en la eleccion del emperador y sufrían todos los inconvenientes de la division, aun cuando la comunidad de origen é idioma, así como el recuerdo de una época en que el rey dominaba sobre todos, aun los tuviese unidos.

En medio de ellos se habia elevado la casa de Austria, que gracias á su posicion y tenacidad, pudo prevalecer y convertir el Imperio en su patrimonio: pero se inquietó menos, administrándole, de sostener la dignidad que de favorecer sus intereses hereditarios. Estaba ocupado entonces por Maximiliano (1493-1519), que la edad de treinta y cuatro años habia heredado por parte de su padre el Austria, la Estiria, la Carintia y la Carniola; por la de Segismundo, su primo, las posesiones de la otra rama austriaca, á saber: el Tirol, la Suabia y la Alsacia; en fin, por su matrimonio, Borgoña, Brisgau, Sudgau, que después cedió á su hijo Felipe, cuando apenas llegaba á su décimosexto año.

Hermoso, de maneras vivas y graciosas, amante de las letras y de las artes. pintaba, escribía, tenia conocimientos de música, arquitectura, metalurgia, geografía é historia; y cuando habia aprendido una cosa no la olvidaba. Tuvo afición á la guerra; y después de haber organizado las milicia, ayudado con los consejos de Jorge Frundsberg, instituyó los *landsekncht*, infanteria permanente, regimentada, armada de picas, y secundada por *reitres* á caballo. Atrevido hasta la temeridad, generoso hasta la prodigalidad; se estraviaba cazando la gamuza en las altas cimas del Tirol. Más caballeresco que los demás príncipes de su raza, amó tiernamente á Maria de Borgoña; y habiéndola perdido después de una corta union, la lloró siempre. Mostró á su padre un respeto que no merecía. Habiéndole ofrecido el emperador una cesta de frutas y una bolsa de oro, aceptó la primera y distribuyó la otra entre los suyos. *Este será un disipador*, exclamó su padre. *No quiero, replicó, ser rey del oro sino de los que poseen oro.*

Gastan poco en salarios y otras cosas, de modo que cada comunidad es rica considerada públicamente.

«La causa de que estos pueblos sean tambien ricos en particular, es porque viven como pobres; no edifican ni visten lujosamente, ni tienen alhajas en sus casas. Les basta estar provistos abundantemente de pan, carne y leña para una estufa que les quita el frio; y quien carece de otras cosas, pasa sin ellas y no las busca. Se gastan en el vestido dos florines en diez años, y cada uno vive en proporcion segun su categoria; ninguno piensa en lo que le falta, sino en aquello de que tiene absoluta necesidad, y sus necesidades son mucho menores que las nuestras...

«De este modo gozan en su rústica vida y libertad; pero no quieren ir á la guerra, como no se les pague con anticipacion; y aun esto no basta sino van mandados por sus comunidades. Sin embargo, necesitan mucho más dinero para los gastos de un emperador que para otro príncipe.»

— Frase copiada y que era un anacronismo, cuando los tiempos caballerescos cedían el puesto al predominio del oro. Precisamente porque tenia poco Maximiliano, figuró siempre tristemente. Cuando fué á casarse con Maria de Borgoña, tuvo que renovar su guardaropa para poderse presentar con decencia. Prometido de Ana de Bretaña, no pudo verificar el matrimonio por no poder hallar mil escudos de oro. Por recibir 300,000 escudos de dote, tomó por mujer á Blanca Esforcia; y aceptó de Enrique VIII un subsidio de cien coronas diarias (6) por pelear contra la Francia. Vendió por dinero los privilegios, el derecho de legitimar á los bastardos, y hasta el de crear poetas (7), y sin embargo, nunca quiso en tan gran penuria tocar al tesoro ni á las alhajas que le habian dejado sus abuelos.

El mal éxito de sus empresas le ha hecho casi ridículo en la historia. Descontentos los Países Bajos de sus tropas extranjeras, se sublevaron, y teniéndole varios dias sitiado en Brujas, en casa de un boticario, no le dejaron ir sino después de haberle hecho jurar las condiciones que quisieron imponerle. Aun tuvo que sufrir otras afrentas personales, de las que tomaba nota en su *libro rojo*, sin otra consecuencia.

Guelldres y la Frisia no se consideraban como reunidas al Imperio, y los alcaldes que delegaba el emperador no eran bien vistos sino en tanto que favorecian al pueblo. Pero habiendo Maximiliano concedido hereditariamente esta dignidad al duque de Sajonia, aquellas provincias le arrojaron y se pusieron bajo la proteccion de Carlos, duque de Guelldres. Resultó de ello una guerra, y Maximiliano se vió obligado á interrumpirla para pelear contra los suizos. Estos montañeses se habian unido á Brunnen para la defensa de su libertad, sin romper por eso enteramente los vínculos que les unian al Imperio, cuyo jefe pretendía de tiempo en tiempo enviarles algun decreto, del que no se cuidaban. Conocía Maximiliano la necesidad de tenerlos unidos á sí por medio de una confederacion de las ciudades de Suabia; pero tenian muchos motivos de descontento, y tomaron las armas.

*No me provoquéis ó iré á vuestro encuentro*, decía á los enviados de los grisones. *Evítase vuestra majestad este trabajo*, le respondieron; *porque nuestra gente son campesinos rústicos y no conocen las consideraciones que se deben á las testas coronadas*. En efecto, le derrotaron en Engadina, y pidieron socorro á los suizos; lo que le obligó á

(6) La corona ó escudo de Francia equivale á seis francos.

(7) Concede el 3 de agosto de 1501, á Urbano Terralunga de Alba, consejero del marqués de Monferrato, *ut facere, creare et instituire possit poetas laureatos, ac quoscumque qui in liberalibus artibus, ac maxime in carminibus, adeo profecerint, ut promoveri ad poeticam et laureatum meritum possint*. TIRABOSCHI, VII, 1823.

tratar con ellos por mediación del duque de Milán. Desde entonces los vínculos que unían la Helvecia al Imperio fueron rotos por aquellas victorias, así como las primeras la habían emancipado del yugo de la casa de Austria. Con el objeto de completar los suizos su libertad, se unieron á la Francia, á la cual proporcionaron tropas.

Ya Federico III había conocido la necesidad de dar una regla al Imperio, la que se efectuó en tiempo de Maximiliano. La dieta de Worms le presentó tres proyectos: el primero, de una paz pública; el segundo de una cámara imperial, tribunal supremo de justicia, y el tercero de un consejo de gobierno, llamado regencia del imperio (1495). Conforme al primer proyecto, se publicó la *paz perpétua*, prohibiendo todo desafío, bajo pena de ser desterrado del Imperio, pagar 2,000 marcos de oro, y perder además los derechos, privilegios, feudos y créditos en todo el Imperio; y amenazando con las mismas penas á todo el que protegiera ó diera asilo á un perturbador de la tranquilidad pública, debiendo comparecer todos ante los tribunales y aguardar su decisión.

También se instituyó la cámara imperial compuesta de un juez, un príncipe, un conde ó un barón eclesiástico ó seglar y diez y seis asesores; de los cuales ocho por lo menos eran caballeros, y ocho doctores nombrados por el emperador, á propuesta de los Estados; debía sentenciar en primera instancia y á pluralidad de votos, según el derecho común, sobre las diferencias de los miembros inmediatos del Imperio, sin restringir la jurisdicción de los Estados sobre sus súbditos, establecióse en Francfort, y el emperador consintió en que la sentencia de destierro se pronunciase por ella. De esta manera en el tribunal del imperio una parte pertenecía á la ciencia y otra á la elección.

Pareció al príncipe que el tercer proyecto vulneraba los privilegios reales; pero cuando, en ocasión de una nueva necesidad de subsidios para la guerra de Italia, fué propuesto otra vez por los Estados, Maximiliano consintió en la creación del consejo de regencia, para velar sobre la cámara imperial y la ejecución de sus decretos relativos á la paz pública; deliberar sobre lo que anteriormente se hubiese sometido á la dieta; convocar, en los casos extraordinarios, al emperador, seis

electores, y doce príncipes eclesiásticos y seculares. Estaba compuesta de veinte miembros, un elector, un príncipe eclesiástico y otro secular, cinco consejeros nombrados por los electores, un conde, un prelado, dos diputados de las ciudades, uno de los Estados de Austria y otro de los de Borgoña. Los otros seis miembros eran elegidos por el Imperio dividido en seis círculos, á saber: la Franconia, la Baviera, la Suabia, el Alto Rin, el Bajo Rin con la Westfalia y la Sajonia.

Esperaba el emperador que le sería más fácil dirigir á veinte señores que á ciento; pero los descontentos no tardaron en nacer: los Estados no representados en el consejo se quejaron; se negó el impuesto establecido para mantenimiento de sus miembros; fué pues disuelto, y desde el año 1502 no hubo ya consejo de regencia ni cámara imperial.

Habiéndose considerablemente extendido los Estados hereditarios, Maximiliano había instituido un consejo áulico para distribuir la justicia suprema, y emitir su parecer en los casos de gracia y administración. A veces le consultaba también sobre los asuntos generales de la Alemania, y se le presentaban las diferencias que acacían entre los Estados del Imperio, y las apelaciones hechas por los súbditos de los príncipes. Con el trascurso de los tiempos este consejo llegó á ser poco á poco la corte suprema del imperio, en oposición á la cámara imperial, y ocupado enteramente en sostener las prerogativas reales.

Con objeto de dar mejor organización al imperio (1512), se distribuyó después en diez círculos; agregando á los cinco que existían anteriormente, el círculo electoral del Rin, que comprendía los tres electores eclesiásticos y el elector palatino; el círculo de la Alta Sajonia, es decir los electores de Sajonia y de Brandeburgo, con los duques de Sajonia, Pomerania, Mecklemburgo, y los príncipes de Anhalt; la Baja Sajonia, es decir, el antiguo círculo de Sajonia; en fin, las posesiones hereditarias del emperador y las del rey de España constituyeron los círculos de Austria y Borgoña; la Prusia y la Bohemia quedaron fuera de esta repartición geográfica. Cada círculo tuvo un capitán y algunos consejeros, para velar por la paz pública y ejecutar las sentencias de la cámara Imperial.

## CAPÍTULO II

### ITALIA.— SAVONAROLA.

La Italia, sobre la cual todos los extranjeros dirigian miradas de envidia, se convirtió en el campo de batalla de las ambiciones y de los intereses; y los movimientos de toda la política europea recibieron de ella su secreto impulso (1). Habia caminado allí la civilización á pasos de gigante; y así como los extranjeros acudian devotamente en peregrinación al solio de los apóstoles, también iban á buscar allí inspiraciones, ejemplos, ardor en las indagaciones literarias, libertad en las discusiones, esperiencia en las franquicias políticas, y volvían á ilustrar á su patria con las luces de que la Italia era el foco. El amor á las letras era reputado un deber de los príncipes; Cosme, padre de la patria, tenia cuarenta y cinco copistas para proveer de libros su biblioteca, y Lorenzo de Médicis reunia lo selecto de los sábios, hacia cantar por la calle versos que componia, organizaba las mascaradas, y se mostraba verdaderamente *magnífico* en toda su conducta. Reclamaba el rey de Nápoles, por premio de su reconciliación con él, un hermoso manuscrito de Tito Livio. Federico, duque de Urbino, contaba en Florencia y otros puntos cuarenta amanuenses y gastó sólo en copias 30,000 ducados. Francisco Esforcia enviaba á Toscana personas con encargo de comprar para él cuantos libros lo mereciesen, y de reunir todos los escrito-

res posibles. Veíanse los fugitivos griegos encargados á la vez de la educación de los príncipes, de las misiones diplomáticas y de la conclusión de los tratados. La corte de Luis el Moro reunia los talentos de la más elevada categoría, el arquitecto Bramante, el músico Franchino Gaffuri, el matemático Lucas Paciolo, Gabriel Pirovano y Ambrosio Varese, médicos y astrólogos, el gran pintor Leonardo de Vinci, los literatos Demetrio Calcondila, Jorge y Julio Merula, Alejandro Minuciano, Julio Emilio Ferrari, Donato Bossi, historiador y jurisconsulto; Pontico Virunio, erudito y hombre de Estado: todos entonaban á porfía alabanzas en favor de aquel príncipe; el florentino Bernardo Bellincioni era su poeta laureado; Bernardino Corio y Tristan Calco, sus historiadores. Andres Cornazzano cantaba en tercetos el arte militar; Bartolomé Calchi, Tomás Piatti y Jacobo Anticuario favorecian las letras, rivalizando con su señor que fundó la universidad de Pavia, y no pasaba un día sin hacerse leer alguna obra de historia.

La menor ocasión proporcionaba un motivo á fiestas y ceremonias, en las que se desplegaban á la vez el lujo y el buen gusto; el estudio de la antigüedad pulia el estilo y embellecía los edificios, sin sujetarlos á una imitación servil.

Ricos, ocupados en las artes, en las industrias y en el comercio, los italianos no tenían tiempo ni deseo de hacerse soldados, y preferían comprarlos como género de la Arabia y de la India gente sin moralidad porque se batía por oficio, y cuya baja contribución á envilecer cada vez más la carrera de las armas. Sólo algunos pequeños señores continuaban dedicándose á ella, como noble ejercicio de mando. Resultaba de esto que la guerra no se hacía con encarnizamiento, admitía ciertas cortesías y tenía gran cuidado en evitar la efusión de sangre. De esta manera se prolongaban

(1) Los historiadores de aquella época son los grandes escritores italianos: Guicciardini, Varchi, Escipion Ammirato, Jacobo Nardi, Maquiavelo, Pablo Jove y Pedro Bembo, etc. La expedición francesa está admirablemente contada por Felipe de Comines, edición de la *Sociedad de la historia de Francia*. Paris, Renouard, 1840 y 1843. Entre la correspondencia literaria, relaciones de embajadores, etc. cuyo número é importancia aumentan, las de Maquiavelo son capitales.

las hostilidades, en las que el oro sólo estaba en juego, y la mejor probabilidad de parte del más rico ó del más pérfido, sin que la victoria dejase al vencido aniquilado, y fuera de estado de reponerse por la astucia. Las inevitables turbulencias de los municipios habian puesto las cosas en esta alternativa, ó los nobles elegían á uno de ellos, que, reuniéndolos, les aseguraba el medio de oprimir al pueblo; ó el pueblo confiaba á alguno sus plenos poderes, con el objeto de evitar la opresion. Ahora bien, como es más fácil contentar al que no quiere ser oprimido que á los que desean oprimir, los pequeños tiranos se mostraban favorables al pueblo y le tomaban bajo su proteccion, impidiendo los actos abusivos de los demás, con el único objeto de abusar ellos mismos con más libertad.

Así era, que las continuas tareas de cada gobierno se reducian á reprimir á los feudatarios y elevar á los ciudadanos, con el objeto de obtener en la igualdad la centralizacion de poderes que da la fuerza; conociendo que «ninguna provincia está unida ni feliz, sino bajo la obediencia de un príncipe ó de una república, como ha sucedido á la Francia y á la España.» (2)

Pero esta nobleza no estaba constituida de una misma manera en los diversos países de la Italia. En Lombardia y en Toscana, los feudatarios subyugados por la república, habian ido á establecerse en las ciudades, donde se entregaban al cultivo de las artes y á las intrigas políticas. Conservaban por el contrario, una funesta vitalidad en la Romaña y en el reino de Nápoles, que agitaban con ambiciosos proyectos y guerras privadas, ó traficaban con su valor; y este brillo que la voluntad caballeresca habia esparcido sobre ellos se perdía en un servicio estipendiado. Aun en los dos primeros países, los nobles no estaban con el pueblo bajo un pie de comunidad: tenían una jurisdiccion diferente y no eran admitidos en los empleos; pero poderosos por su union, trataban de abatir á la clase media, que á su vez los mantenía en respeto por los gremios; de modo que unos y otros se oponían, no la igualdad, sino los privilegios concedidos ó usurpados; y como la máquina del Estado se apoyaba, no en la concordia, sino en la lucha de los intereses particulares, era imposible constituir bien una república. De aquí un movimiento continuo de báscula, y «reformas hechas, no para el bien comun, sino para fortalecer y dar seguridad á un partido. Ahora bien, esta seguridad no se ha encontrado aun, porque siempre hay un partido descontento, que es un instrumento enérgico para los que aspiran á un cambio.» (3)

Semejante estado de cosas habia impedido que se formase una opinion general y unánime en el país; condicion indispensable para llegar á la unidad nacional, sea bajo una monarquía, ó bajo

una confederacion. Los cuatro Estados principales, hostiles entre sí, no tenían bastante vigor propio para vencerse mutuamente por la fuerza. Las repúblicas no podían tener sobre las armas bastantes ciudadanos; y desconfiando de los feudatarios de su territorio y de los príncipes de sus cercanías, se veían precisados á servirse de ellos por sus costumbres militares. Oponíase un triple obstáculo al engrandecimiento de los príncipes, y éste era los barones, el pueblo y las pequeñas señorías, que insuficientes para dominar, bastaban para poner trabas. De todo esto resultaban luchas y perfidias.

Cuando acaeció la muerte de Lorenzo el Magnífico, el sistema de equilibrio, que duraba hacia mucho tiempo, degeneró en egoismo y en astucia. La política fué el arte de llegar al poder, y conservarse en él por todos los medios, sin la menor idea generosa. Se creía entonces comunmente, que saber engañar era el medio racional de vencer, así como para los beduinos el de robar, y para los romanos el tener esclavos y gladiadores. Error de costumbre y de raciocinio más bien que perversidad de corazón, en atencion á que personajes de noble carácter, creían entonces que podían permitirse la perfidia; que el título de grande se adjudicaba al hombre más astuto, y no al más valiente; que habia vergüenza en ser derrotado y no en vencer, cualquiera que fuera el medio. Hemos visto proceder de esta manera á Luis XI, á Enrique VII y á Fernando de Castilla; pero la Italia, centro de las negociaciones, ofrecía además grandes ejemplos y ocasiones más frecuentes de aquella política, cuya invencion se le atribuyó y de la que fué víctima.

No hubieran, sin embargo, empeorado las cosas si los extranjeros no se hubiesen mezclado. En efecto, el ardor francés, la ferocidad española, el valor alemán, desconcertaron aquel Estado artificial; al unirse los grandes planetas, arrastraron en su torbellino, como á satélites, á los pequeños Estados italianos. Las milicias ciudadanas fueron reemplazadas por los suizos borrachos y toscos, por los españoles rapaces, y por los franceses disolutos; á las guerras llenas de cortesania, sucedieron la violacion de todas las leyes de la hospitalidad, de la decencia, y hasta del amor, y se entregaron á una crueldad insensata, no con determinado objeto y sobre personas eminentes, sino sobre todos, y únicamente con el diabólico pensamiento de atormentar, destruir y mostrarse superiores en fuerza á aquellos en quienes no podían llegar á extinguir la vida del corazón y del alma.

Algunas de las antiguas repúblicas existían aun; pero Florencia habia aprendido á obedecer á los Médicis, que la debilitaban embelleciéndola; Luca y Siena estaban reducidas á la oligarquía; Bolonia, bajo la dependencia de los Bentivoglios; Génova no conocía de la libertad más que el trabajo de tener que buscar siempre un nuevo señor; Milan habia caído desde el estado de república desordenada, en el de monarquía absoluta, y pronto ve-

(2) MAQUIAVELO, *Discursos*, I, 12.

(3) MAQUIAVELO, *Della riforma di Firenze*.

remos la ambición de Luis el Moro causar una deplorable invasión del extranjero. Avasallada Venecia á sus nobles, era uno de los gobiernos más fuertes de Europa, admirada por los políticos de entonces, como lo es en el día la Inglaterra; era temida dentro y fuera de Italia, protegida por la elevada opinión que se tenía de su riqueza y de su prudencia, de tal manera, que su alianza con una potencia, era reputada por buen augurio (4). No es verdad que el descubrimiento del cabo de Buena Esperanza produjese la ruina de los venecianos: fueron, por el contrario, más ricos que nunca en el siglo XVI; y Serra decía aun en 1600, que todas las procedencias de Asia (quería hablar de Levante) pasaban por aquella ciudad. Las comunicaciones que usaba el comercio, no se abandonaron sino lentamente, y Venecia no perdió su categoría sino en el momento en que se comenzó á hacer directamente el comercio de Marsella con Levante. Si hubiera persistido, pues, en su naturaleza de potencia marítima, hubiera podido luchar con las nuevas, y asegurar su dominación en el Adriático. Pero mientras que la España y el Portugal se lanzaban por vías desconocidas hasta entonces, ella se obstinaba en seguir las antiguas, procuraba poner trabas á sus rivales con maniobras inconfidentes, en lugar de adelantarlos por su actividad; y cuando hubiera podido entenderse bajo buenas condiciones con el Egipto, y asegurarse el paso de Suez, proporcionaba ingenieros y cañones á los indios para rechazar á los portugueses y á los españoles. Materializándose de este modo, ganaba en astucia lo que perdía en fuerza, y dirigió su ambición hácia la tierra firme; pero cuando se vió atacada por el Austria por una parte, y por la otra por los turcos, se arrojó sobre la Italia despertando la desconfianza de los diferentes Estados de aquella comarca.

Ocupaban los aragoneses el reino de Nápoles, que era el Estado más estenso y más débil de todos los de Italia, porque el rey era allí detestado de los pueblos y tenía que vencer mil obstáculos de los barones, cuya oposición no había podido sofocar sino con sangre. Ambicionaba Fernando el Católico esta corona, pero como su conquista hubiera roto el equilibrio, hubo guerras que concluyeron por atraer á la Italia á los que debían decidir de un modo funesto sus destinos.

Ya el pontífice no era el jefe de la Italia; no representaba más que al partido güelfo y la independencia nacional (5); pero ocupado de los intereses

de un reino temporal, y con frecuencia de procurar un principado á sus sobrinos, le era preciso contemporar. Ahora bien, la autoridad religiosa perdía en sus debates con las autoridades terrestres, y era poco respetada, sobre todo en la Alta Italia (6). Es verdad que el pontífice había estirpado de Roma toda representación municipal, oprimido á los más poderosos barones del territorio, á los Colonna y á los Orsini, reducido á los demás á secundarle en sus empresas, que conservaba siempre gran influencia en el reino de Nápoles, sobre el cual tenía pretensiones de soberanía, y que la destreza habitual de la corte pontificial en las negociaciones, le daba gran peso en la política general, de la que Roma fué aun su centro durante el curso de aquel siglo.

**Alejandro VI.**—A la muerte de Inocencio VIII, que se había mezclado demasiado en las vicisitudes públicas, fomentando guerras y rivalidades, Ascanio Esforcia, descendiente de los duques de Milan, tenía grandes probabilidades en el cónclave; pero viendo que no podría vencer á Julian de la Rovère, su émulo, vendió todos sus votos á Rodrigo Lenzuoli, que había tomado el nombre de Borgia de su tío Calixto III, y fué papa, á fuerza de dinero é intrigas, bajo el nombre de Alejandro VI (11 agosto de 1492). Se había dado ya á conocer por una destreza estremada, una sagacidad extraordinaria, y un atrevimiento que no retrocedía delante de nada de lo que le sugería su ambición; tenía perdida su reputación bajo el aspecto de las costumbres, y debió ser un tiempo bien deplorable aquel en que esto no era un obstáculo para la elevación á jefe supremo de la Iglesia. Hizo entrar con vigorosa mano en sus deberes á los barones y reprimió á los asesinos, cuya audacia había llegado hasta tal punto, que habían perecido á sus manos doscientos veinte ciudadanos durante la última enfermedad de su predecesor. Pero otros intereses que los de la Iglesia le preocupaban; trataba de asegurar una elevada posición á los hijos que había tenido de la Vanozza.

**Florenzia. Los Médicis.**—Florenzia había tenido el predominio en Toscana, destruyendo allí la existencia política de todas las demás ciudades, concepto Luca y Siena, que se sostenían, haciéndose olvidar. Sin renunciar á sus formas democráticas, se había acostumbrado á considerar como su señora á la familia de los Médicis, que dominaba allí hácia un siglo; los capitales que los negociantes de Florenzia empleaban en el extranjero habían puesto trabas exteriormente á la política, obligando al Estado á consideraciones y á inoportunas alianzas.

(4) Se cree generalmente, que nombrar la señoría de Venecia equivale á decir montes de oro; y no solo imaginan que el erario público está lleno, sino también los cofres de los particulares, concluyendo por figurarse á toda la ciudad convertida en oro y plata. » *Relac.* de JUAN CORNEJO en 1569.

(5) El mismo Voltaire hace justicia á los güelfos (*Ensayo*, cap. 52): *Los güelfos, partidarios del papado, y aun*

*más de la libertad, equilibraron siempre el poder de los gibelinos, partidarios del imperio; y añade cap. 66: el emperador quería reinar en Italia sin límites y sin participación de ninguna clase.*

(6) Francisco Esforcia escribía en una carta: *Invito Petro et Paulo.*

El recuerdo de la independencia existía aun vivo en las ciudades que Florencia había avasallado, y principalmente Pisa sacudía de tiempo en tiempo sus cadenas; y con tal de sustraerse del poder de aquella, hubiera servido á extranjeros (7); ceguera perdonable solo porque no había experimentado el dominio de estos, siendo propio de los pueblos no creer sino en la experiencia. Entre tanto las facciones florentinas continuaban, y fuese motivo de ambición, ó verdadero amor á la libertad, agitaban el país. Era preciso una gran fuerza ó una gran habilidad para mantenerlos enfrenados, anonadarlos ó engañarlos. Pero á Lorenzo el Magnífico que había querido no sofocar, sino seducir la libertad, había sucedido Pedro II (1492), hombre tan robusto de cuerpo como débil de espíritu, que sobre todo trataba de formarse una reputación de destreza en el juego de la pelota, y de habilidad como improvisador, y que carecía de ambas dotes en el manejo de los negocios políticos. Olvidando que el poder de su casa era de origen popular, se aisló de los plebeyos, y con sus orgías privadas se ganó las enemistades, que se ocultan y no se estinguen.

**Savonarola, 1452-98.**—Este modo de obrar animó á los descontentos, que pronto encontraron un órgano en Geronimo Savonarola. Nacido en Ferrara, de una familia noble, y sin embargo ardiente partidaria del pueblo; fraile, y no obstante conocedor de los escritores políticos. Savonarola asociaba una sincera devoción á una decidida inclinación por el gobierno popular. Tomó el hábito de dominico en honra de santo Tomás; y Juan Francisco de la Mirandola nos le describe como violento para con los vicios, pero muy indulgente con los pecadores. Su tranquilidad y natural serenidad anunciaban la paz interior de que gozaba; rigurosamente pobre, renunció á lo que más amaba, á algunos libros y á cuadros. Llevaba habitualmente en la mano una pequeña calavera de marfil, para recordarse la nada de las cosas humanas, queriendo huir de la vanidad más bien que de cualquiera otro vicio; deseaba permanecer hermano lego para no ser distraído por la predicación, que era el objeto principal de su instituto. Habiendo sido, sin embargo, llamado á profesar (1475), se señaló en el convento de Bolonia

por la humildad y la penitencia, y se dedicó á estudiar en su origen la palabra de Dios. Comenzó en Brescia (1485) discutiendo sobre el Apocalipsis, mezclando en sus razonamientos algunas ideas políticas, tanto mejor sentidas, cuanto peor era el estado de Italia. Predicó después en San Marcos de Florencia, bajo un gran rosal de damasco delante de un auditorio poco numeroso, pero que se aumentó después de tal manera, que Savonarola se vió obligado á trasladarse á la catedral. Allí, bajo aquellos grandes arcos enteramente desnudos, clamó contra la vida mundana del clero, contra los desórdenes políticos y las profanaciones de los artistas, declarando que todo lo quería por el pueblo y para el pueblo.

No era estudiada su elocuencia, sino que brotaba del corazón con el impulso de las almas fuertes en las complexiones delicadas, al paso que las lágrimas se escapaban de sus ojos. Así es que se le oía algunas veces esclamar destrozado por la emoción: «No puedo más, las fuerzas me faltan. No duermas, ¡oh Señor! en esa cruz: escucha estas oraciones, *et respice in faciem Christi tui*. ¡Oh gloriosa Virgen! ¡oh santos! rogad por nosotros al Señor que no tarde más en oírnos. ¿No ves, oh Señor, que estos hombres perversos se burlan y rien de nosotros, y no dejan á sus servidores hacer el bien? Todos nos ponen en ridículo, y hemos llegado á ser el oprobio del mundo. Hemos dicho nuestra oración, ¡cuántas lágrimas se han derramado! ¡cuántos suspiros se han lanzado! ¿Qué es de tu Providencia, que es de tu bondad y fidelidad?... ¡Ay! no tardes, ¡oh Señor! á fin de que el pueblo infiel y perverso no diga: *Ubi est Deus eorum?* ¿Dónde está el Dios de los que han hecho tantas penitencias y tantos ayunos?... Considera que los malos son peores cada día y parecen en adelante incorregibles. Estiende, pues, tu mano, desplega tu poder. No puedo más, no sé que decir, no me queda más que llorar. Quiero deshacerme en lágrimas en este púlpito. No digo, Señor, que nos escuches por nuestros méritos, sino por tu bondad, por amor á tu hijo... Ten compasión de tus ovejas. ¿No las ves á todas afligidas y perseguidas? ¿No las amas, Señor? ¿No has venido á encarnar por ellas? ¿No se te ha crucificado y dado muerte por ellas? Si no soy bueno para este objeto ni para semejante obra, sepárame, Señor, quítame la vida. ¿Qué han hecho tus ovejas? No han cometido ningún mal. Yo soy el pecador; pero no tengas perdón para mis pecados, Señor, y usa una vez de tu dulzura, de tu corazón, de tus entrañas, y haznos experimentar toda tu misericordia.»

El gobierno de los Médicis, material y egoísta, sin ninguna idea generosa, no dejaba de proporcionar cebo á los ataques del fraile. Considerando la multitud á Lorenzo de Médicis como usurpador de lo que los florentinos poseían más precioso, contaba que llamado Savonarola á su lecho de muerte, le había preguntado primero si confiaba en la misericordia de Dios, después si estaba dis-

(7) Pisa trató de entregarse á Francia, bajo la condición de que ésta tendría allí un gobernador, de que no la entregaría á los florentinos, ni permitiría á éstos habitar dentro de sus muros ni gozar allí ningún privilegio, y de que recuperaría á Liorna, Puerto Pisano y el territorio. No habiendo admitido Francia estas proposiciones, acudió á España, añadiendo que las rentas pertenecerían por mitad á este país y á la ciudad de Pisa, que el gobierno español tendría allí un virrey, como en Sicilia, ó un delegado, y que los pisanos disfrutarían iguales privilegios que los súbditos de España. Los comprobantes de todo esto existen en el *Archivo delle Riformazioni* de Florencia, c. I, II, distr. III, número 9.

puesto á restituir los bienes ilegítimamente adquiridos (á lo que el moribundo habia consentido después de titubear algun tanto); en fin, si restableciera la libertad y el gobierno popular, pero que á la negativa de Lorenzo, el fraile se habia ido sin darle su bendicion.

Tiempos tan desgraciados precisamente en una época en la que se mejoraba la cultura intelectual, una política subterránea de combinaciones tan tortuosas, ostentando descaradamente tanta licencia en la cátedra de san Pedro, las quejas de tantos desgraciados que los cambios de gobierno habian arrojado al destierro, esparcian por todas partes una idea de desastres, tanto más temidos, cuanto menos determinados eran. Fortificaba esta idea el religioso diciendo: «¡Desgraciados, desgraciados! ¡oh Italia! ¡oh Roma!, dice el Señor os abandonaré á un poder que os borraré del rango de las naciones. Pueblos hambrientos como leones llegan, y la mortandad será tan grande, que los sepultureros gritarán por las calles: ¿Dónde hay muertos? Y el uno llevará á su padre, el otro á su hijo. ¡Oh Roma, te lo repito, haz penitencia! ¡Oh Milan! ¡oh Venecia!» (8).

El pueblo le creia en correspondencia directa con la Divinidad, y repetia que tenia éxtasis y que conocia el porvenir. De seguro conocia el corazon del hombre y sabia que el primer instrumento de la tirania es la corrupcion de los súbditos; así era, que se esforzaba á reanimar la libertad con ayuda de la moral. «Pueblo florentino, esclamaba; me dirijo á los malos: sabed que hay un proverbio que dice: *Propter peccata veniunt adversa*; las adversidades proceden de los pecados. Vé y lee. Cuando el pueblo hebreo hacia el bien, y era amigo de Dios, todo era para él prosperidades; por el contrario, cuando se entregaba á los desafueros, Dios le disponia un azote. ¿Qué has hecho, Florencia, qué has cometido? Quiero que lo digas. ¡Ay, se ha colmado la medida, y tu malicia escende los límites! Florencia, aguarda, aguarda un gran azote; porque la medida está llena. Señor eres testigo de mis esfuerzos para evitar con mis hermanos por la oracion esta inundacion y esta ruina. Nada queda ya que intentar; hemos suplicado al Señor convirtiéndose al menos en peste este terrible azote, tú conocerás si hemos obtenido ó no la gracia que hemos implorado.»

Excluido el pueblo de los negocios políticos por una vida activa sin duda, pero enteramente exterior, conocia la necesidad de una cosa superior. Su simpatia era concedida á aquel que dirigia sus ojos hácia el cielo, y le mostraba allí el remedio de sus males, hablándole de esperanza. Así es que acudia en tropel para oírle desde las aldeas del Apenino, antes de que las puertas de Florencia se abriesen á los primeros reflejos del alba. Escitaba la caridad, acogia y sostenia á aquellos oyentes

agrestes que escuchaban temblando al predicador. Las mujeres adoptaron un traje más decente, y reformaron sus costumbres; verificábanse grandes conversiones de tal manera, que se hubiera uno creído en los tiempos de una primitiva Iglesia (BURLAMACHI).

La corte y los amigos del placer, á quienes se les llamó *tiepidi* (tibios), trataban de ridiculizar á los que denominaban *piagnoni* (llorones); y pronto estas denominaciones designaron dos partidos opuestos en moral, en política, y hasta en artes y literatura.

En efecto, no se habia escapado á Savonarola otra causa de corrupcion muy grave para su patria: esta era la invasion de las ideas paganas, que, en aquel primer ardor de los estudios clásicos, se dirigia á sofocar toda buena simiente cristiana. En las academias se cambiaban los nombres de pila por los del antiguo gentilismo. En las historias se llamaba Júpiter á Cristo, á las religiosas vestales; diosa, á la vírgen Maria; á los cardenales, padres conscriptos, y á la Providencia, destino (9). Alusiones mitológicas manchaban las medallas y los elogios prodigados á los pontífices (10); en las escuelas se hacian admirar las fábulas mitológicas á los héroes paganos. Tibulo, Catulo, el *Arte de Amar*, se esplicaban allí, y hasta *Priapeas*. Después se pasaba á la filosofia, en la que las sutilezas de Aristóteles gozaban más crédito que las Sagradas Escrituras, y donde la sublimidad platónica degeneraba en locuras teosofistas. Los predicadores, dice Savonarola, hacen de las *futilezas de la filosofia*, y de las palabras de las Sagradas Escrituras una *mezcla que venden desde*

(9) Bembo llama al colegio de los cardenales *Collegium augurum*, y á la misa de difuntos, *litare diis manibus*. Dice que san Francisco *in numerum Deorum receptus est*: y de un moribundo, que se apresuró, *Deo superos manesque placare*.

(10) En tiempo de la exaltacion de Alejandro VI, las inscripciones aludieron constantemente al heroico nombre:

*Cesare magna fuit, nunc Roma est maxima; sextus  
Regnant Alexander, ille vir, iste Deus.*

Otra: *Opes que sunt tibi, Roma, novus fert Deus iste tibi.*

Otra: *Scit venisse suum patria grata Jovem.*

Dedicóse á Leon X el siguiente epigrama:

*Olim habuit Gypris sua tempora, tempora Mavors  
Olim habuit; sua nunc tempora Pallas habet.*

Marsilio Ficino alaba á Juan de Médicis con estas palabras: *Est homo Florentia missus á Deo, cui nomen est Joannes. Hic venit ut de summa patris sui Laurentii apud omnes auctoritate testimonium perhibeat.* (Dedicatoria de Jámblico). Y hace decir á Plotino acerca de Platon: *Hic est filius meus dilectus, in quo mihi undique placeo: ipsum audite* (Proemio de Proclo). A Isota, primero dama y luego mujer de Pandolfo Malatesta, señor de Rimini, se dió en las medallas y en el sepulcro el titulo de *diva*; y Cárlos Pinti en el epitafio la llamó:

*Honor y gloria de las concubinas.*

(8) Sermon XXI.

el púlpito, *dezcuidando las cosas de Dios y de la fe* (11). En fin, la pintura esponia en los altares desnudeces incitantes ó semejanzas impudentes, y los curiosos iban, en medio del santo sacrificio, á reconocer las bellezas de reputacion en la ciudad.

Indignado el fraile, se pronunciaba con calor contra esta mania hácia lo pasado, que quiere hacer revivir lo que ya no existe ni debe existir. ¿Pero hasta qué punto consiguió su objeto esta severidad en aquel siglo de pedantes, en medio de aquella literatura de imaginacion y lujo entre los contemporáneos del Aretino? Como Savonarola encontraba á los ancianos *duros como piedras*, se dirigia á la juventud, á los niños, que querian ver amamantados por sus madres; educados en el verdadero saber, pero conforme á las sociedades nuevas y al cristianismo. Era preciso, segun él, tomar materiales de la antigüedad, pero bajo la condicion de que el cristianismo proporcionaria la parte alta y las bases del edificio; estudiar á los grandes escritores, pero guardar en medio de ellos un lugar á los Padres de la Iglesia, sobre todo á la *Ciudad de Dios*, ó insinuar á los jóvenes la historia de los santos y de los mártires.

¿No debe admirar el encontrar, tres siglos atrás y llenos de pedanteria, ideas tan verdaderas, y que aun en el dia escandalizan como impertinentes novedades á los partidarios idólatras de la antigüedad?

¿Pero cuánto debía sonreír á aquella alma entusiasta, bajo el hermoso cielo de la Italia, en la ciudad madre de las artes, el pensamiento de regenerarlas, y volver á colocar la belleza en el seno del Eterno de donde se deriva Gozó con esta alegria y vió á la juventud apiñarse en su derredor prometiéndole mejores dias. Vió á aquella juventud, en otro tiempo entregada á las querellas y á la dissolution; reunirse en el hogar doméstico para recitar las oraciones y el rosario; ir en cuadrilla los dias de fiesta á recibir el ramo de olivo, sentarse sobre la yerba á cantar en coro himnos que habia compuesto, adoptádoles música que antes servia á la frivolidad ó á la inmoralidad (12). De esta

manera se regeneraba la ciencia, la poesia y la música.

El Domingo de Ramos, un triunfo mayor que los de Camilo y Paulo Emilio, sucedió á los espectáculos del carnaval: representó la entrada de Jesucristo en Jerusalem. Adelantábanse primeramente ocho niños con la cruz en una mano, y el ramo de olivo en otra; detrás de ellos religiosos, después hombres de todas clases, y luego niñas vestidas de blanco y coronadas de flores. Voces infantiles repetian los cánticos sagrados; mientras que las personas piadosas derramaban lágrimas, una involuntaria emociion hacia abortar la sonrisa en los labios de los *tiepidi*.

Para hacer prosperar las artes del dibujo, proyectaba fray Gerónimo algo semejante á las logias de los fracmasones. Era su intencion unir á su convento una escuela donde los frailes legos se hubieran ejercitado en la pintura y escultura á la sombra del santuario. Entre tanto, estendia mejores y más severas ideas sobre la belleza, y sobre su vínculo con la virtud (13). Varios de los grandes artistas le veneraron como á su maestro y como á un santo. Una vez que le oyó Juan Pico de la Mirandola, le pareció no tener ya otra felicidad que esperar que la de volverle á oír. Admiróle Angel Policiana como un santo, como un excelente y docto predicador de la ciencia sublime; el poeta platónico Benivieni defendió enérgicamente sus doctrinas contra los ataques de que eran objeto. El mejor grabado de Juan de la Carniola representa las facciones del religioso, que reprodujeron tambien los buriles de Baldini y de Botticelli. Andrés de la Robia y sus cinco hijos proclamaron su afecto á fray Gerónimo; el gran arquitecto Cronaca *no queria hablar de otra cosa más que de él*. Lorenzo de Credi le dedicó sus cartas é inspiraciones; fray Benito, célebre en el arte de iluminar, se armó en su favor cuando supo que habia caído en poder de sus enemigos (14); después, cuando sucumbió, Botticelli resolvió dejarse morir de hambre, y el pintor Baccio de la Porta se hizo fraile bajo el nombre de fray Bartolomé.

(11) Sermon para el cuarto domingo de cuaresma.

(12) «Los referidos jóvenes tenían sus reuniones y habian elegido entre ellos oficiales, esto es, *messires*, consejeros y otros empleados, que recorrían el país á fin de extinguir el juego y los demás vicios... quitando cartas y dados, recogiendo libros de amorios y noveluchas que arrojaban al fuego. Si al ir por las calles encontraban alguna de esas jóvenes, vestidas pomposamente con trajes de cola ó adornos deshonestos, la saludaban de un modo cortés y la reprendian con dulzura, diciéndole: *Noble dama, acordaos de que sois mortal y de que llegará dia en que tendréis que renunciar á todas esas pompas y vanidades*, añadiendo algunas otras palabras acomodadas al objeto, de suerte que, si no por gusto, á lo menos por vergüenza dejaban gran parte de su lujo vano. Igualmente los hombres infames y viciosos, por temor de que se les acusase ó descubriese, se abstienen de muchas cosas.» *Vida de Juan de Empoli*.

(13) «¿Pero decidme en qué consiste la belleza: en los colores? No. Pero la belleza es una forma que resulta de la proporcion de todos los miembros, y de la correspondencia de los colores; de esta proporcion nace una cualidad llamada belleza ó hermosura: ahora bien, esta es verdad en las cosas compuestas, pero en las simples, la belleza es la luz. Véase al sol, su belleza es tener luz; véase á Dios, su estremo esplendor es la belleza. Las criaturas son tanto más hermosas cuanto más participan y se acercan á la belleza de Dios; y el cuerpo es tanto más bello cuanto más hermosa sea el alma. Consideradas los mujeres igualmente hermosas de cuerpo; que la una sea santa y la otra pervertida: vereis que la santa será más amada de todos que la pecadora, y todas las miradas se dirigirán á ella, hasta las de los hombres carnales.»

(14) Se ha publicado últimamente una obra suya, titulada: *Cedrus Libani*, que es una vida de san Gerónimo, en tercetos.

Animado Savonarola con el éxito de sus predicaciones, se atrevió á emprender una obra de la que no pueden juzgar los que sacrifican á la admiración clásica de las formas el culto y el sentimiento, la originalidad y la virtud. Niños iban de casa en casa en busca de los objetos de un lujo lascivo, que habian incurrido en la reprobación del predicador, y que designaban con el nombre de *anatemias*, y pronto vieron amontonarse en la plaza cancioneros amorosas, cuadros y grabados deshonestos, naipes, dados, adornos femeninos, bufonadas obscenas de Boccaccio y de Pulci (15); prendióseles fuego en medio de la ciudad de las bellas artes, de la alegre vida, de la poesia indiferente, del placer sensual, en la patria de Florencia: asistió el pueblo á aquel espectáculo, y entonó el *Te Deum*.

Declaró tambien Savonarola la guerra á aquella sed pagana de ganancia, con la idea que tenia de reformar todas las depravaciones. Elevó la voz en favor de los pobres dentro de aquellos muros donde los bancos estaban tan florecientes, y enriquecian á los usureros; hizo establecer montes de piedad, y predicó una constitucion política que hubiera arrebatado á los grandes capitalistas el ilimitado poder de que habian gozado hasta entonces, querian en fin restablecer el gobierno popular y el justo equilibrio entre los dos poderes secular y eclesiástico.

Respetuoso para con éste, no estaba ciego hasta el punto de no ver los abusos, y cuán dañosa eran la ignorancia y las costumbres desarregladas del clero. Así era que le hacia un cargo de sus vicios, gritándole que se enmendara, con la libertad á que nunca puso obstáculo la Iglesia antes de la época de la reforma. «Escribió á los príncipes cristianos que la Iglesia caminaba á su ruina, y que les era en su consecuencia preciso pedir un concilio en el que queria probar que la Iglesia de Dios no tenia jefe, no siendo un verdadero pontífice, ni digno de su rango, ni siquiera cristiano, el que ocupaba la silla entonces (BERLAMACHI).»

¿Pero cuándo los poderosos y perversos han prestado oído á la voz que les reprende? Los *tièpidi* continuaban contrariando á los *piagnoni*, y burlandose del fraile reformador. Falsos devotos presentaban contra él quejas en Roma; y el fraile Marino, predicando un dia delante de Alejandro VI, se olvidó hasta exclamar: «¡Quema, quema, santo padre, al instrumento del diablo; quema,

digo, el escándalo de toda la Iglesia!» Informado Savonarola de aquel ataque, se espresó de esta manera predicando en la catedral: «¡Dios te perdone! él te castigará, y pronto se conocerá cual de nosotros dos ataca á los Estados y á las instituciones temporales.» En efecto, no se tardó en descubrir que fray Marino intrigaba en favor de los opresores.

De esta manera se sostuvo por espacio de siete años el entusiasmo en favor del religioso, al paso que Roma le amenazaba con la excomunion y la horca. Savonarola decia: «Entré en el claustro para aprender á sufrir; los padecimientos han venido á visitarme y los he estudiado: y me han enseñado á amar y perdonar siempre (16).

(16) Damos la siguiente carta, escogida entre algunas suyas que han sido halladas recientemente:

*A fray Domingo Buonvicini de Pescia.*

«Amadísimo hermano en Jesucristo. Paz y alegría en el Espíritu Santo. Nuestras cosas van bien; pues Dios ha obrado maravillosamente, aunque por parte de las personas principales hayamos tenido grandes contradicciones, que os contaré ordenadamente á vuestra vuelta; ahora no conviene escribirlas. Muchos han revelado y aun reclaman que me suceda á mí como á fray Bernardino (*de Montefeltro, que fué desterrado porque predicaba contra las usuras*). En cuanto á esto, es indudable que nuestras cosas no han dejado de correr algun peligro; pero siempre he esperado en Dios, sabiendo, como dice la Escritura, que el corazón del rey está en las manos del Señor, el cual le hace girar á donde quiere. Espero en el Señor, que por nuestra boca sacará gran provecho; pues todos los dias me consuela, y cuando mi ánimo decae, me conforta, valiéndose de sus espíritus, que me dicen á menudo: «No temas, di con seguridad lo que Dios te inspira; porque el Señor está contigo; lo escribas y fariseos combaten contra ti; pero no vencerán.» Por lo que á vos toca, alentad; pues nuestras cosas saldrán bien. No os disgusteis porque hayan acudido pocas personas á esta ciudad á oír los sermones; basta con haber dicho tales cosas á un corto número; en la semilla pequeña se oculta la gran virtud. Fray Julian y su hermana os saludan; esta última dice que no os asustéis, porque el Señor está con vos. Repetidas veces anuncio la renovacion de la Iglesia y las tribulaciones futuras, no absolutamente, sino siempre con el fundamento de las Escrituras; de manera que nadie puede reprenderme, á no ser los que no quieren vivir con rectitud. El conde marcha aun adelante en la senda del Señor, y concurre frecuentemente á nuestros sermones. No me es posible enviar limosnas; pues dado caso que el dinero del conde haya venido, conviene por varios respetos aguardar todavía un poco. Procuraré hacer lo demás que me encargais. Soy breve, porque el tiempo pasa. Ponedme á disposicion del padre prior, del lector, de fray Jorge, de fray Cosme, etc. Todos estamos buenos, especialmente nuestros ángeles, que se ofrecen á vos. Conservaos bueno, y rogad por mí. Espero ansiosamente vuestra vuelta, para poder contaros cosas maravillosas del Señor.

Florencia, á 10 de marzo de 1490.

(15) Un historiador actual de la literatura italiana, nos refiere con pasión que se quemó hasta un cancionero del PETRARCA, adornado de oro y miniaturas que valia 50 escudos. «Finalmente (añade) llegó la hora fatal para el que sembraba tantos escándalos en su patria y las sombras de Petrarca y de Boccaccio fueron vengadas.

## CAPÍTULO III.

### EL MILANESADO.—ESPEDICION DE CÁRLOS VIII

El despotismo popular y la tiranía militar se habían sucedido en el Milanesado, que los Esforcias poseían como feudo imperial, para no reconocerse deudores de él á la eleccion de los pueblos, pero sin cuidarse de solicitar de los emperadores una investidura que conocían no necesitaban. El ducado comprendía, además del territorio de Milan, los de Cremona, Parma, Pavia, Como, Lodi, Placencia, Novara, Alejandria, Tortona, Bobbio, Savona, Albenga, Ventimiglia y el Genovesado, que proporcionaban una renta de 660,000 ducados de oro (1). Juan Galeazzo tenía el título de duque; pero nada más que el título, en atención á que su tío, Ludovico el Moro gobernaba por él. Ambicioso y astuto (2), estaba sostenido Ludovico por el partido gibelino que tenía á su cabeza á los San Severino. Pero cuando este partido se rebeló contra él y declaró la guerra al Milanesado, Ludovico el Moro le rechazó, se apoderó del castillo de Pavia y del tesoro, atrajo á sí toda la autoridad, y reformó el Estado como si le perteneciese. Aspiraba también á ser el amo en el nombre, suplantando á su sobrino. ¿Pero cómo podía esperar que los Estados vecinos le sufriesen, sobre todo, el rey de Nápoles de quien Juan Galeazzo era nieto? Era, pues, indispensable revolver el agua para poder pescar en ella con más seguridad.

Amenazados los príncipes italianos por los franceses, herederos de las pretensiones de la casa de Anjú, conocieron la necesidad de confederarse.

(1) CORIO, p. VII.

(2) *Estoit homme tres saige, mais fort craintif et bien souple quant il avoit peur (j' en parle comme de celluy que j'ay congneu et beaucoup de choses traicty avec luy, et homme sans foy s' il veoit son prouffit pour la rompre.* COMMINES, VII, 3.

Queriendo el Moro, que un acto público hiciese saber esta alianza á la Europa, propuso que los embajadores de cada uno de ellos se encontrasen en Roma en un día determinado para las felicitaciones que debían dirigirse al pontífice, llevando la palabra el del rey de Nápoles en nombre de todos. No contento Pedro de Médicis, que era uno de los embajadores, con eclipsar con el lujo de su comitiva, quiso hacer ostentación de su elocuencia florentina, lo que le indispuso con el Moro; no tardó además en notar que Pedro, desertando de la antigua alianza de los Esforcias, se unió al rey de Nápoles, que hacía el cargo al príncipe milanés de oprimir á su sobrino, reduciéndole hasta el estado de miseria en sus gastos personales. Había acariciado Alejandro VI al príncipe aragonés, con la esperanza de que diera en matrimonio á su hijo una hija natural de Alfonso, duque de Calabria. Pero engañado en su proyecto, y viendo que el rey fomentaba la desobediencia de Virginio Orsini, que colocado entre Viterbo y Civita-Vechia, podía abrir Roma á los napolitanos, se entendió con el Moro. Este supo hacer que Venecia concluyese también una alianza ofensiva y defensiva; y casando á su sobrina Blanca María, ricamente dotada con Maximiliano (1493), obtuvo en secreto de aquel emperador la investidura del ducado de Milan. Acostumbrado, sin embargo, á no contar con las promesas de los soberanos, sino en tanto que tienen interés en mantenerlas, conocía que tal compromiso no tenía valor real, y que sus aliados le abandonarían tan luego como les conviniese. Por lo mismo, jugando á dos manos buscó un nuevo apoyo en la familia real de Francia, á la cual los duques de Milan se habían unido con multiplicados matrimonios.

**Cárlos VIII de Francia, 1483.**—Al morir su padre iba á cumplir Cárlos VIII catorce años, á cuya edad los reyes de Francia salen de la tutela. La en-

fermiza salud, ó más bien los celos de Luis XI, que temia que su heredero no conspirase contra él como él lo habia hecho contra su padre, le habia precisado á tener á Carlos VIII separado de los negocios y sin ninguna instruccion. No conocia, pues, absolutamente á los hombres, á quienes apenas habia visto, y ni siquiera sabia leer ni escribir. Ascendido sin transicion al trono, humillado por su insuficiencia al entrar en la sociedad, se aplicó al estudio; pero tardiamente y sin plan seguido. Apenas aprendió á leer, cuando se enamoró de César y de Carlomagno y quiso ser un héroe. Les igualaba sin duda en valor; pero le faltaba genio para combinar vastas empresas y constancia para proseguirlas á despecho de los reveses. Su hermana Ana de Beaujeu, encargada de la regencia, era una discípula escelente de su padre en el arte de fingir y en la inflexibilidad. Se ganó la opinion pública haciendo ahorcar á Oliverio el Gamo, llamado el Diablo, barbero de Luis XI, su ministro de Hacienda, su ángel malo, y haciendo mutilar y después desterrar á Juan Doyac, procurador general del parlamento y espia del difunto rey. Habándose reunido los Estados generales en Tours para organizar la regencia, el silencio que el terror del reinado precedente habia impuesto, fué roto de repente (1484), estallaron las quejas y se habló de reunir las seis naciones de Francia, tanto se consideraba ya ser uno el país después de la estincion de la aristocracia. Proclamóse allí públicamente que el reino estaba exhausto, y que una larga paz era lo que podia restaurarlo: mas entonces empezaron cabalmente las grandes guerras.

Carlos fué ungido; pero mientras que se divertia con perros, escolares, doncellas y menestrales, la dama de Beaujeu ejercia la autoridad suprema, á despecho de la oposicion de Luis, duque de Orleans, que hasta recurrió á las armas (1488), y concluyó por ser enteramente derrotado en la jornada de Saint-Aubin.

El matrimonio de Carlos con Ana, heredera del ducado de Bretaña, produjo la reunion de este gran feudo á la corona; pero le indispuso con el emperador Maximiliano, cuya hija le estaba prometida. El emperador confió sus agravios al rey de Inglaterra, que aprovechando la ocasion con alegría, hizo alianza con él y desembarcó en Calais. El monarca austriaco, que se habia puesto á sueldo de un soberano extranjero como un aventurero, se adelantó para pelear; pero no proporcionándole sus Estados el dinero necesario, le fué preciso permanecer en inaccion y tratar de la paz. Carlos le devolvió el Franco Condado, el Artois, el Charolais y Noyers; pagó á Enrique VII 745,000 escudos de oro (8.000.000), y restituyó á Fernando el Católico, por escrúpulo de conciencia, el Rosellon y la Cerdeña, llave de la Francia por la parte de los Pirineos. Esto era destruir la obra de unidad, en la cual su padre habia empleado tanto cuidado y esfuerzo. ¿Pero qué importaban estos

fraccionamientos á Carlos VIII, que soñaba en la conquista del mundo?

Carlos, duque del Maine, último heredero de la casa de Anjú, habia instituido á Luis XI por su heredero, autorizando á los príncipes el derecho público de aquella época de disponer de los gobiernos como de su propiedad. Carlos VIII concibió, pues, el proyecto de hacer valer sus derechos hereditarios sobre Nápoles y Constantinopla, con la idea de restablecer el imperio de Oriente.

Ludovico el Moro acarició aquella ambicion que secundaba sus miras, animándole á libertar á la Europa de los turcos y á conquistar el reino de Nápoles, como punto de partida para aquella espedicion. La empresa era fácil segun él; consistia en abrirle paso por Génova (3) y Lombardia, comprometándose además á proporcionarle armas y dinero. El papa debía favorecerle, al menos bajo cuerda, para vengarse de los aragoneses; los negociantes florentinos no desearian indisponerse con la Francia, donde tenian sus principales factorias. Tendria por amiga á Venecia, á quien los turcos daban por otro lado bastante qué hacer. Por su parte, gran número de barones napolitanos prodigaban sus promesas y escitaciones, que eran su moneda habitual. Era avara siempre la nobleza francesa de ejercer sus proezas (4) con la esperanza de ganar buenos feudos. La marcha de Carlos debía dejar el campo libre á la dama de Beaujeu para ejercer un poder despótico; después se estendian profecias anunciando que Carlos conquistaria, no sólo el imperio de Constantino, sino tambien el reino de David.

Reclutó, pues, tropas Carlos, envió á tantear á las poblaciones y reconocer el país. «Vamos, decia, adonde nos llama la gloria de la guerra, la discordia de los pueblos y la ayuda de nuestros amigos.» Pero habia agotado su renta primero por comprar la paz, después en dar espectáculos de justas (5) y fiestas á las damas de Lion «que son muy hermosas y graciosas;» (6) de tal manera, que titubeó si debía pasar adelante. Animado, sin embargo, por confidentes ambiciosos ó corrompidos, se procuró dinero á crecido interés, 50,000 ducados en Milan, 100,000 de los Saulis de Génova, y

(3) Génova estaba bajo el alto dominio de la Francia, y Galeazzo, investido de ella la ofreció al rey Carlos. *Le seigneur Ludovic donne á aucune chambillons du roi huit mil.*

(4) «Al francés le ha gustado siempre no tener las manos ociosas, así es que si no pelea contra el extranjero pelean entre sí. Así es que el borgoñon y el flamenco dicen de nosotros que cuando el francés duerme, el diablo le arrulla.» BRANTOME, *Disc. 89 sobre los coronetes generales.*

(5) «Aquel rey gentil no pensaba más que en proporcionar á las damas y á los señores, hermosos placeres y pasatiempos, bellos torneos á la usanza de Francia, que han sido siempre mejores que los de ningun otro país; juegos guerreros en los que él siempre escedia. BRANTOME.

(6) Memorias de Bayardo.

Blanca de Saboya le prestó sus diamantes que empeñó.

No se dormían por su parte en Italia: Fernando atrajo al papa á su partido, concediendo á su hijo el objeto de su ambicion, es decir, la mano de Sancha, hija natural de Alfonso, duque de Calabria. Como murió en medio de sus preparativos (1494), este último que le sucedió, encontró un tesoro bien provisto, un ejército y una escuadra en buen estado, y á una gran reputacion de valor, unia la crueldad y perfidia necesaria para conseguir su intento. Al principio sostuvo la opinion que se tenia de él, escitando á los príncipes á defender la independencia italiana, fortificando el pais, tanto por tierra como por mar, si bien es cierto que la primera tentativa de la Francia hacia el territorio de Génova no tuvo éxito.

Los italianos tienen la costumbre de considerar á los franceses antes de su llegada como libertadores, así es, que Juan Galeazzo esperaba que le libertarian del yugo de su tio. Los florentinos se prometian emanciparse, con su ayuda, del de los Médicis; Alejandro VI dar un principado á su familia; los venecianos humillar la casa de Aragon; los napolitanos libertarse de la tirania extranjera; al paso que las gentes sábias creian bastante graves las circunstancias para temer el porvenir, sin preocuparse con los prodigios y conjunciones de los astros, que asustaban al vulgo y á los sábios.

Entre tanto Carlos VIII pasaba los Alpes con tres mil seiscientos hombres de armas; seiscientos arqueros bretones, otros tantos ballesteros franceses; ocho mil hombres de infanteria ligera, todos gascones, armados de arcabuces; otros tantos alabarderos suizos, en fuertes batallones de mil hombres cada uno. Todos los soldados franceses se reducian á una turba de miserables que merecian la horca, la mayor parte marcados en la espalda y sin orejas, por lo cual llevaban la barba y el pelo muy largo (7). Lo demás era una horda de bárbaros de todas razas, con un nuevo género de guerra, armas nuevas y de un valor fercz. Entonces se vió claramente la inferioridad de la organizacion de las milicias italianas, tanto por ser, gracias á su viciosa institucion, oficio de particulares más bien que disposicion pública, como por su mala artilleria é infanteria, su caballeria pesada, sus máquinas difíciles de conducir y de manejarse, de modo que costaba mucho tomar las fortalezas, y las guerras duraban mucho tiempo. Mientras pe-

learon italianos con italianos todos tenían iguales defectos; pero ahora no se trataba ya de bombardas que arrastradas por bueyes, lanzasen piedras contra los muros á largos intervalos, sino de ciento cuarenta cañones de grueso calibre, y de dos mil doscientas piezas de montaña llevadas á lomo ó arrastradas por caballos, y lanzando de continuo balas de hierro, contra las cuales las antiguas fortalezas no podian resistir. La táctica no iba ya á consistir en arrojar escuadrones unos contra otros, sucediéndose como en un torneo: estas tropas se batian simplemente por matar (con gran admiracion y escándalo de los italianos) no solo los hombres, sino tambien los caballos; y la batalla de Bapallo, en la que perecieron cien combatientes, fué considerada como una horrible carniceria.

«Y sí, dice Commynes, todas las cosas necesarias á la gran empresa faltaban á aquel ejército, porque el rey niño, aun débil, voluntarioso, poco acompañado de personas prudentes y de buenos jefes, sin tener ningun dinero contante... No tenían ni tiendas ni pabellones, y de esta manera comenzaron en invierno á entrar en Lombardia. Debe, pues, creerse que este viaje fué dirigido por Dios, tanto á la ida como á la vuelta, porque los sentidos de los conductores no servian de nada.» Después de haber atravesado la Saboya y el Monferato, quienes demasado débiles y gobernados por niños, no opusieron resistencia, llegó Carlos á Asti ciudad francesa, como dependiente del duque de Orleans. En Turin, la duquesa salió á su encuentro, á la cabeza de sus damas de honor, «tan bien adornada, que no podia ser más.» La ciudad le ofreció espectáculos, y le regaló un caballo, que por cortesania lo llamó *Saboya*, y que montó constantemente durante toda aquella expedicion. Quiso tambien, á imitacion de Alejandro, que su cronista hiciese repetida mencion de él.

Encontró en Pavia á Juan Galeazzo, débil de cuerpo, y aun más de espíritu. Su mujer Isabel habia ensayado despertar su valor, y hacer que de nuevo intrigase; pero aquel pusilánime príncipe no sabia siquiera callar las tramas que ella urdia para su libertad. No le quedaba, pues, otro recurso que arrojarle á los piés de Carlos. Pero el Moro se habia anticipado (1494) presentando al rey *varias damas milanesas muy hermosas, con algunas de las cuales tuvo amorosas relaciones, y les regaló anillos preciosos* CORIO. Tal vez las viruelas, de que enfermó, fué la consecuencia. Pocos dias después murió Galeazzo de una *fiebre venenosa* como dice un cronista; y Ludovico tomó el titulo de duque á ruego de todos los milaneses.

Los señores franceses, cuya generosidad se indignaba con semejante perfidia, exhortaron á Carlos á dirigir sus armas contra el Moro; pero preferia atacar á los aragoneses, contra quienes no tenia agravios reales, y se adelantó por Italia. De los florentinos, los desterrados se unieron á él; considerando los demás, hacia mucho tiempo á la Francia como protectora natural del partido güel-

(7) «El ejército del pequeño rey Carlos VIII, causaba espanto verlo. De todos los que existian bajo las banderas y bandas de los capitanes, la mayor parte eran gentes de saco y cuerda, pícaros escapados á la justicia, y sobre todo marcados con la flor de lis en la espalda, desorejados y que ocultaban las orejas, con sus largos cabellos erizados, y sus horribles barbas, tanto por esta razon como por mostrarse más espantosos á sus enemigos. BRETOME, *Discurso* 89, sobre los coroneles generales.

fo, se quejaban de ser impulsados por Pedro de Médicis á una guerra contraria á sus sentimientos é intereses. Pero cuando vieron los asesinatos é incendios que el ejército invasor sembraba en su paso, no se atrevió Pedro á resistir; fué el encuentro de Cárlos (6 de noviembre), de quien obtuvo la paz, entregándole además considerables sumas, y Pisa, Liorna, Pietrasanta y otras plazas importantes. Estos actos arbitrarios hicieron crecer la indignación de los florentinos, y arrojaron á pedradas, declarando traidor y rebelde, á aquel que habia bajamente vendido á su país: despertóse entonces el entusiasmo patriótico por Pedro Capponi, por Francisco Valori y por el padre Savonarola. Cárlos declaró á Pisa libre despues de ochenta y siete años de sujecion (17 de noviembre); así es que la estatua del rey libertador reemplazó en aquella ciudad á la del leon florentino. Después de haber hecho su entrada en Florencia, «armado él y su caballo, con la lanza sobre el muslo en señal de victoria» (GUICCIARDINI). Cárlos, pretendió tratarla como plaza conquistada. Habíase rodeado la señoría de los jefes de bandas; cada uno de los nobles y de los principales vecinos, habian llamado á los hombres del campo, de tal manera, que en el momento en que Cárlos se lisonjeaba de hacer firmar la capitulacion, Pedro Capponi, á quien enseñaba los artículos, la rechazó orgullosamente, y exclamó en respuesta á sus amenazas: *¡Pues bien! Haced que toquen vuestras trompetas, nuestras campanas tambien tocarán*. Los franceses, cuyo furor se aplaca cuando encuentran resistencia, pensaron que tanto atrevimiento no podia proceder sino de grandes fuerzas; y desde entonces se prestaron á condiciones razonables. Vióse entonces, que aun no se habia estinguido el soplo de la libertad en el pueblo, puesto que pudo, sin la complicada política de los Médicis, obtener un convenio bastante honroso, aunque disfrazado bajo los términos de sumision.

Prosiguió Cárlos su marcha hácia la Romaña, y los señores de aquella comarca, que se habia convertido en aventureros, después de haber asolado la Italia con sus ambiciones rivales, la arruinaban vendiéndose á las de otros, y siempre con las armas en las mano y divididos en facciones, habian ocupado plazas hasta las puertas de Roma. Cada uno de ellos hizo, pues, su tratado aparte, principalmente los Colonna, que se declararon por la Francia. Gritaba el populacho *¡Paz! ¡Paz!* Los napolitanos aliados emprendieron la fuga, y muchas personas, entre otros, Julian de la Rovere, exhortaba á Cárlos á convocar un concilio y á deponer á un pontífice indigno.

Alejandro VI consiguió, sin embargo, ganarse la voluntad del rey. Tenia en su poder al príncipe Zizim, que tenia derechos al trono otomano. Bayaceto le habia pedido varias veces, aunque en vano, le entregara á aquel pretendiente, prometiéndole tesoros para él y sus hijos, y hasta ofreciéndole la túnica del Salvador. Grandes deseos

tenia Cárlos de haberlo á las manos con el objeto de que fuera un pretexto para declarar la guerra al gran señor. No pudiendo darle una negativa Alejandro, le entregó aquel desgraciado príncipe, pero después de haberle hecho envenenar (esta fué, al menos, la noticia que circuló entonces), hizo después publicar en tres lenguas una indulgencia plenaria para el ejército invasor.

Después de haberse detenido Cárlos un mes en Roma (1495), manteniéndose fortificado en el palacio de Venecia, acuñando moneda con el título de emperador y dejando que los suyos saqueasen y se entregasen á la lujuria, llamado por los barones, marchó sobre Nápoles. La ferocidad de sus guerreros, que en las plazas fronterizas esterminaba poblaciones enteras, y se cebaba en los hospitales cuando no encontraba otro pasto, habia abatido el valor de los italianos y paralizado sus medios de defensa, como cuando un asesino penetra con el puñal en la mano, en medio de una reunion de familia. Así es, que no mostrando «ni energia, ni valor, ni juicio, ni deseo de gloria ó de poder, ni fidelidad» (GUICCIARDINI), no sabian más que huir. Perdiendo Alfonso toda esperanza en medio de estos reveses, tomó el partido de retirarse y hacerse fraile. Fernando, su hijo, cuyas armas habian sido desgraciadas contra los franceses, en tiempo de su primera expedicion, viendo estallar por todas partes traiciones, insurreccionarse al pueblo, y al capitán Jacobo Trivulzio desertar de su servicio por el de la Francia, se refugió en la isla de Ischia, exclamando con el Salmista: *Si el Señor no guarda la ciudad, en vano se cansan sus defensores*. Cárlos, más feliz que César, fué y venció antes de haber visto al enemigo; hizo su entrada en Nápoles con el manto imperial y el globo de oro (22 de febrero), para anunciar sus proyectos sobre Constantinopla. Proponiase en efecto, darse á la vela en Otranto para desembarcar en Valona, en la Alta Albania, donde los esclavones, los albaneses y los griegos debian tenderle la mano; el arzobispo de Durazzo habia reunido armas y tropas; en Tesalia, cinco mil hombres no aguardaban más que la señal. Pero los venecianos habian informado al sultan de los preparativos de su enemigo y de las tramas de sus súbditos, que las expiaron con sangre.

Sin embargo, una vez entrados los franceses en el reino, desplegaron toda la insolencia de una pronta victoria, indisponiéndose con los italianos que se vieron insultados, despojados y vilipendiados. Los mismos partidarios de los Angevinos, después de haberse lisonjeado con la esperanza de reponerse, no se libraban de los sufrimientos comunes. Ocupado Cárlos en justas é intrigas amorosas, descontentaba á los nobles, abatiendo la jurisdiccion feudal, que habia permanecido entera en el país, y proponiendo franceses para el mando de la ciudad y de las fortalezas. Sus gentes, que habian encontrado dinero, mujeres y placeres, se abandonaban á toda clase de licencia; aniquilados después con

las orgias y henchidos de oro, aspiraban á volver á su patria para contar allí sus proezas, lo que para los franceses no es menos importante que verificarlas.

En el interin, todos los días llegaban malas noticias de fuera; y Cárlos pudo saber, que una invasión que no es disputada no es una conquista, y que sólo la posesion asegura éstas.

En Florencia, después de la espulsion de los Médicis, la bailía quiso poner á la cabeza del gobierno á sus primos descendientes de Lorenzo, hermano de Cosme el Viejo, familia popular; pero otros, y en especial Savonarola deseaban la democracia. El crédito de aquel religioso, que no habia cesado de predicar contra los Médicis, y amenazar á la ciudad con el mayor de los azotes, la dominacion extranjera, se habia aumentado considerablemente desde que sus profecias se habian verificado. Los *piagnoni* ó *frateschi* se hicieron superiores; eran sin duda demócratas, pero que se proponian por modelo á Venecia, cuya constitucion era considerada entonces como una obra maestra en la que la moral, la religion y la libertad se encontraban reunidas á la vez. Los principales de los *piagnoni* eran Francisco Valori y Pablo Antonio Soderini, al paso que Guido Antonio Vespucci estaba al frente de los oligarcas, que tan acostumbrados á ejercer los mandos y las magistraturas, como deseados de conservarlas, se les designaba bajo el nombre de *compagnacci* (malos compañeros) y *arrabbiati* (rabiosos) por sus vociferaciones contra la versatilidad é imprudencia de la plebe. Los *palleschi* ó *bigi* (grises) fautores de aquella familia, ó más bien opuestos á una reforma en las costumbres, se acercaban por momentos á los *piagnoni*, porque eran los adversarios de la *bailia*.

Este cuerpo habia sido renovado segun el antiguo método, es decir, por eleccion del pueblo reunido en la plaza; y entre los veinte escrutadores (*accoppiattori*) destinados á *tener las bolsas*, es decir, á hacer la eleccion, se habia encontrado á Lorenzo de Médicis, como plebeyo. La autoridad quedaba de esta manera entre un pequeño número de individuos, que no pudiendo ponerse acordes, y procediendo á escrutinios sin fin, perdian toda su influencia. Savonarola, que fulminaba contra ellos, hizo al fin triunfar la proposicion de admitir en la asamblea general á todos aquellos, cuyos padres, abuelos y bisabuelos habian gozado de los derechos de ciudadanos. Su triunfo estuvo exento de toda mancha; porque al declarar que hacia por primera vez las elecciones populares, el fraile proclamó una completa amnistia.

Pisa procedió tambien á una reforma, borrando las huellas de la dominacion florentina. Montepulciano se emancipó igualmente. Pero aunque Cárlos VIII no mostrase ninguna consideracion á los florentinos y negociase con Pedro de Médicis, le permanecieron afectos, por sujecion de Savonarola, y no se atrevieron á tomar partido con los demás descontentos.

Habian en efecto incurrido los franceses en la aversion general en el resto de Italia, desde el momento en que se temió que quisiesen dominar allí. Satisfecha la ambicion de Ludovico el Moro, pronto conoció que el trono no es un puesto donde se puede descansar: concibiendo recelos, tanto de los derechos que el duque de Orleans hacia valer sobre el Milanésado como descendiente de Valentina Visconti, como del favor que Jacobo Trivulzio, su enemigo, y los desterrados de Génova habian adquirido al lado de Cárlos, pensó ponerse en guardia. Maximiliano se hallaba vejado en sus derechos imperiales, y Fernando el Católico temia las pretensiones de la casa de Anjú á la Sicilia.

Venecia, que no habia querido creer al principio en la bajada de los franceses (8), se constituyó en centro de los descontentos, formó una liga entre ellos, tomó á sueldo á cuantos capitanes aventureros habia en Italia (9), y llamó en su auxilio hasta los turcos; pero Cárlos consiguió atajarles el paso, advertido de todo por el historiador Commine que, heredero de la politica de Luis XI, velaba desde Venecia sobre las calaveradas del nuevo rey. Alejandro VI daba á Cárlos palabras, en lugar de la investidura del reino de Nápoles, donde volvia á ondear la bandera de Aragon. El pueblo habia concebido horror hácia aquella soldadesca disoluta, y cuyos latrocínios eran incansantes; hasta en Francia no se aprobaba una expedicion que comprometia, por intereses privados y no por un objeto nacional, las fuerzas del pais en el extranjero y su tranquilidad interior.

Pensó, pues, Cárlos en volver á sus Estados dejando un virey en Nápoles y gobernadores en las plazas, lo cual, desmembrando su ejército, hacia la defensa del pais imposible y comprometia su retirada. Habiendo atravesado á Roma sin atreverse á castigar la perfidia de Alejandro VI, entró en el territorio de los florentinos, que encontró sobre las armas. Savonarola, que le habia conservado su fidelidad, le hizo un cargo con franqueza de su mala fe y de los escesos de su ejército, lo que le habia hecho fracasar en la mision que Dios le habia confiado, y le amenazó con el castigo del cielo. Pareció que habia predicho la muerte del Delfin que accedió pocos días después.

**Batalla de Fornovo, 6 de julio.**—Cárlos, á quien los suyos evitaron que volviese á vender á Florencia la libertad de Pisa y Siena, después de haberla vendido ya á estas dos ciudades, abandonó

(8) Malipieri escribe: «La Señoría no ha querido creer nunca que los franceses viniesen á Italia; y el consejo de los Pregados, fijo en su idea, se resistia á dar crédito á los avisos que recibia de aquel reino... Pareciale á la Tierra que no bajarían contra nosotros, y muchos creyeron lo que deseaban.»

(9) Malipieri da la lista de ellos *ad an.* 1495. Los capitanes llegaban á 63, á cuyas órdenes habia cerca de 20,000 hombres, sin contar los soldados de á pié de la república.

la Toscana; pero los confederados italianos le cerraron el paso en Fornovo, sobre el Taro, con fuerzas numerosas. Tan inminente pareció el peligro, que nueve guerreros se vistieron como el rey para distraer los golpes dirigidos contra su persona, y él mismo hizo un voto á san Dionisio y á san Martin (10). Pero montados los italianos en caballos más débiles que los franceses, y cubiertos de armas más pesadas, caian á tierra en el choque, y una vez derribados, eran degollados por los escuderos; la infantería no podia resistir á los alabarderos suizos y á la furia francesa; además Trivulzio conocia la naturaleza de la caballería dalmata y epirota que formaba la fuerza de los venecianos; abandonó los bagajes á su avaricia; los *estradiotas* se arrojaron sobre aquella presa, los infantes les siguieron y pronto se completó la derrota (1495). No duró el combate más que algunas horas (11), pero fué muy sangriento, los franceses no daban cuartel, y se apresuraban á abrir por el vientre á sus prisioneros con la idea de que se habian tragado su oro para sustraerlo á la rapacidad del enemigo. De todos modos Carlos se consideró feliz con poder continuar apresuradamente su marcha á través del país enemigo, y en la época de los más grandes calores del estío. Una porción del ejército, que, bajo el mando de Luis de Orleans se habia adelantado por el Milanesado, se encontró vigorosamente sitiado en Novara (12), allí sufrió todos los padecimientos del hambre hasta el momento en que Carlos, no pudiendo libertarla con las armas, lo consiguió por las negociaciones. Así las cosas, engañados los suizos que tenia á su sueldo en su esperanza de conseguir botin, se arrojaron sobre el campo francés; con gran trabajo se salvó el rey recurriendo á la fuga, prometiendo medio millon de francos á aquellos amigos, más incómodos que si fueran enemigos.

(10) Llevaba siempre encima un precioso relicario con trozos del madero de la Sagrada Cruz, del velo de la Virgen, de la túnica del Salvador, de la esponja y de la lanza. Para mayor seguridad lo confió á su camarero, y cayó en manos de los venecianos, como tambien un devocionario en que habia una oracion manuscrita.

(11) «Este combate duró desde las nueve de la mañana hasta las siete de la tarde.» Carta del proveedor á la Señoría, con fecha del 7 de julio. Malipieri da muchos pormenores. «En Bolonia se han encendido fogatas, replica to las campanas y gritado mucho en honor de san Marcos, por la victoria del Taro. En Venecia ha habido procesion, lo mismo que en Milan y en Florencia, para tributar gracias á Dios por un don tan grande... Y se ha tratado en el consejo de los *Diez* de construir un monasterio de frailes observantes en Fornovo, y de dar á la iglesia el titulo de Santa Maria de la Victoria, con 500 ducados de renta... El número de franceses muertos es de 4,000. El que entregue al rey muerto, tendrá 30 mil ducados y el que le entregue vivo en manos de los Proveedores ó del duque de Milan, 30 mil ducados y dos castillos. La apuesta sobre la vida del rey es á 400 partidas.»

(12) El duque de Orleans hizo acuñar allí la primera moneda obsidional de cuero.

Volvió á presentarse Fernando en Nápoles, donde el pueblo le deseaba porque no estaba allí; y los franceses fueron tumultuosamente asesinados por las calles. Próspero Colonna, Alfonso de Avalos marqués de Pescara, Gonzalo de Córdoba apellidado el Gran Capitan, hacian cada dia más difícil la posicion del ejército, que la peste, por aumento de males, diezaba las filas. En fin, no recibiendo socorros de Francia, se vió obligado á capitular (20 de julio).

Tal fué el desenlace de la expedicion de Carlos VIII, expedicion sugerida por una vanidad pueril, conducida locamente y terminada sin otro resultado que haber debilitado el ejército y las rentas. Los efectos fueron numerosos y deplorables para la Italia. Nunca la diplomacia habia intrigado con tanta actividad; agriáronse los odios interiores y trataron de apoyarse en los extranjeros, que seguros de encontrar favor en el territorio italiano, fijaron sus miradas en aquella parte, con la idea de la conquista.

Murió Fernando II de Aragon á la edad de veintinueve años (1496), antes de haber perdido el afecto de los suyos; y tuvo por sucesor á su tio Federico, querido ya de sus súbditos, y que trató de extinguir en ellos los celos y los odios. Consintió Carlos VIII, mediante el pago de una suma considerable, en restituir á los florentinos las plazas que habia ocupado; pero este hecho despertó los celos: los venecianos sostuvieron á Pisa (1496), y los combates continuaron entre aquellos que acababan de sufrir la guerra extranjera, con la ferocidad que habian aprendido.

Ludovico el Moro, que tenia á honor haber llamado y rechazado á los franceses con su astucia, castigado y respuesto á los príncipes aragoneses, premeditaba nuevos golpes; y con el objeto de continuar la guerra conservando sus ventajas, invitó á Maximiliano á ir á hacerse coronar. Este príncipe, que, siempre sin dinero y embarazado con sus propios negocios, amaba mezclarse á los de otro, prestó oídos á las sugerencias de su tio; pero llegó á Italia con tan pocas fuerzas, que no se encontró en estado de reducir á la obediencia á los que no quisieran sometersele: avergonzado él mismo de su impotencia, buscaba los caminos poco transitados, evitando las ciudades. Confederados los italianos contra Florencia, le proporcionaron algun dinero y tropas; pudo entonces pasar á Pisa y sitiar á Liorna, pero pronto se vió obligado á volver á Alemania, dejando de él en Italia una idea cada vez más desfavorable.

Pedro de Médicis, que no habia sabido aprovecharse del favor de Carlos para volver á Florencia, ensayó entonces dos veces el conseguirlo con ayuda de los jefes de las bandas romañolas é inteligencias interiores. El gonfalonero, Bernardo de Nero y otros mas, acusados de haber tomado parte en la conspiracion, fueron condenados á muerte (21 de agosto 1497).

Savonarola perdido.—¡Ay del partido liberal que

se ve precisado á recurrir á la efusion de sangre! Los piagnoni, que habian incurrido en esta falta, decayeron en la opinion. Savonarola pareció un intrigante, cuyas pasiones desmentian sus palabras, y que se habia estúpidamente anunciado como un enviado de Dios á aquel inconstante é imbécil Carlos VIII. Un crimen más grande pesaba sobre él: queremos hablar del atrevimiento con que reprehendia los crímenes cometidos por la familia del pontífice, en la que se multiplicaban los escándalos, y un hermano daba muerte á otro por no tener rival en el amor de su hermana. Alejandro VI le formó, pues, un proceso de heregia, le prohibió la predicacion, y escitó contra él á los partidarios de los Médicis, los oligarcas y la envidia de las demás órdenes. Protestó el fraile contra la injusta condena de que era objeto (13), y continuó predicando, tanto más escuchado cuanto más los *compagnacci* se burlaban de él y los agustinos le lanzaban el anatema. Francisco de Pulla, fraile menor, le desafió á que probase la verdad de sus predicaciones con un milagro (14), ofreciendo entrar con él en el fuego, y estipulando que se debía creer á aquel que saliera sano y salvo. Puede juzgarse si la multitud acogeria con alegría la esperanza de semejante espectáculo. Savonarola se negó á esta prueba impia, pero Domingo de Pescia, su discípulo, se ofreció á sufrirla. Preparada la hoguera, exigió Savonarola que su campeon entrase con la hostia consagrada, pero los franciscanos se negaron á ello obstinadamente. Pasóse el dia en estos debates, y por la tarde una lluvia á torrentes dispersó la multitud.

Decaido el entusiasmo, se convirtió en cólera y en deseo de venganza. Fray Gerónimo fué insultado; y la señoría pudo ya dejarle prender, y enjuiciar sin temor. Diéronsele por jueces quince de sus enemigos. Púsosele en el tormento, para hacer que se retractara de sus revelaciones como mentira; pero desmintió por el contrario las calumnias, y sostuvo que no se creia inspirado, que se fundaba unicamente en las Sagradas Escrituras, y que no era movido por la avaricia y por la ambicion, sino

por el deseo de determinar la convocacion de un concilio, con el objeto de que se reformasen las costumbres, como en los tiempos apostólicos. Condenado al fuego con fray Domingo y fray Silvestre Maruffi, cuando el obispo declaró, al degradarlos, que los separaba de la Iglesia como herejes, *De la Iglesia militante*, añadió Savonarola, y espiró con la confianza de entrar en la Iglesia triunfante (23 de marzo).

No fué un asesinato religioso, sino un asesinato político; y mientras que era maldecido por algunos como un impostor y un demagogo, otros le veneraban como un santo. Viéronse de repente «aparecer escritos, pinturas significativas, medallas, donde estaba adornado con los títulos más gloriosos (BARTOLI).» Poco tiempo después, el pincel de Rafael le daba lugar en el Vaticano entre los doctores de la Iglesia: su retrato figuraba en Santa Maria la Nueva en uno de los vidrios en que está representado Cristo predicando y el nacimiento de santo Domingo. Catalina de Ricci le invocaba en sus oraciones; lo que fué causa de que, cuando se trató de beatificarla, se comenzó á discutir sobre la inocencia de fray Gerónimo, y San Felipe de Neri, que conservaba su retrato en su cuarto, rogaba á Dios que su memoria no fuese reprobada. No lo fué en efecto: léjos de esto, sus imágenes se extendieron y guardaron en las casas, así como las medallas donde se le designaba con el título de doctor y de mártir: en fin, durante dos siglos, en el dia del aniversario de su suplicio, los mancebos sembraban de flores el lugar manchado con aquel acto de iniquidad (15).

(13) Savonarola escribió al papa Alejandro: *Dignetur sanctitas vestra mihi significare quid ex omnibus que scripsi vel dixi sit revocandum, et ego id libentissime faciam*, 20 de setiembre, 1497.

(14) Carlos VIII le habia dicho tambien: *hacedme un pequeño milagro*.

(15) *La vida de Savonarola* por Burlamachi, fué publicada en 1764 en Luca, en las *Miscellanei del Baluzio* por Poggi, con una estensa apologia: habiéndole contradicho un florentino, empleó nuevos argumentos, y hasta comentó el proceso de Savonarola (t. IV, 525). Francisco Meyer de Jena ha publicado, en 1836, varias cartas de Alejandro VI, en que se habla de Savonarola como precursor y émulo de Lutero. P. J. Carle, en su *Historia de fray G. Savonarola*, Paris, 1842, lo convierte en un santo, presa de las malas pasiones de la época, en un mártir de la verdad y de la virtud. Ortodoxo en teología, moderado en política, atacó los vicios, que no saben nunca perdonar. Champollion-Figeac ha publicado en los *Documentos inéditos sobre la historia de Francia*, tom. I, p. 774, una carta de Luis XII á la señoría de Florencia, para obtener una dilacion á toda sentencia que se pronunciase contra Savonarola antes de que el rey hubiese hecho conocer su opinion.

## CAPÍTULO IV

### LUIS XII.—LOS BORGÍAS.—JULIO II.

El día en que el juicio de Dios por el fuego debía hacerse en Florencia (4 de abril de 1498), Carlos VIII murió en París á la edad sólo de veinte y ocho años, dejando el recuerdo de un príncipe libertino, indolente, ambicioso y veleidoso. Tuvo por sucesor á Luis XII, que poco estimable como duque de Orleans, educado en el libertinaje y en los excesos, tal vez porque Luis XI, su suegro, hubiera deseado reducirlo á un estado de nulidad, cambió de naturaleza al ascender al trono, y protegió los derechos del mayor número, de tal manera, que fué apellidado el padre del pueblo, ó por una burla, que es en alabanza suya, padre de los villanos. Hablaremos en otra parte de lo que hizo por la Francia. Por lo que respecta á Italia, manifestó al tomar el título de rey de las Dos-Sicilias y de Jerusalem, y el de duque de Milan, la intencion de sostener sus pretensiones como descendiente de Valentina Visconti y como heredero del príncipe de Anjú (1). Fué impulsado á ello tanto por la política interior como exterior. La guerra se consideró siempre por los reyes de Francia como necesaria para deslumbrar, para ocupar fuera las fuerzas inquietas de la nacion, y proteger sus fronteras mejor que con fortalezas. Por otra parte, si Luis XII hubiera dejado subsistir las pequeñas potencias de Italia, éstas hubieran concluido por aniquilarle.

Entre aquellas potencias predominaba entonces Ludovico el Moro, de un carácter muy activo y con una alma muy baja, amaba las letras, y llamó á su corte á sabios é historiadores, formando con ellos una academia de bellas artes y ciencias; au-

mentó el edificio de la universidad de Pavia y comenzó en Milan el lazareto (1489), probablemente sobre los planos de Bramante. Este arquitecto que habia atraído á sí con fuertes pensiones, construyó entonces la tribuna, y cúpula de la iglesia de las Gracias, el vestíbulo de San Celso, la iglesia de San Sátiro, y el claustro de San Ambrosio; al mismo tiempo Leonardo de Vinci pintaba su admirable cena en el refectorio de las Gracias, aplicaba en el nuevo canal de la Martesana los sostenes que se llaman conchas, fundaba una escuela de donde salieron los Luini, César de Sexto, Lomazo, Marcos de Ogiorno, Salaini y Boltraffi.

Incompleto tanto en sus buenas como en sus malas cualidades, Moro confiaba en su habilidad política para poder dirigir á su antojo los negocios de la Italia; mas espantado de las pretensiones de que no se habia inquietado cuando habia llamado á los franceses, acumulaba los tratos y las alianzas; trataba de impedir que los florentinos se uniesen á Venecia y le abandonasen á Pisa. Pero imitando los venecianos lo que habian altamente reprobado por su parte, no titubearon en arreglarse con el rey de Francia, reconociéndole como duque de Milan, mediante la cesion de Cremona y de la Geradadda. Por otra parte, con objeto de obtener aquel rey la disolucion de su detestada union con Juana de Francia, y poder casarse con la viuda de su predecesor, heredera de la Bretaña, adulaba á Alejandro VI.

La guerra no se hacia ya en Italia sino por los aventureros. Además del célebre Juan Jacobo Trivulzio, Baglione, Marcos Martinengo de Brescia, Galeazzo de San Severino, Appiano de Piombino, Carlos Orsini, Bartolomé é Alviano, Pablo Vitelli de Civita de Castello, que fué decapitado por traidor á los florentinos, tenian gran reputacion de valor. Ludovico el Moro tenia gran necesi-

(1) Luis, hijo segundo de Carlos V, se casó con Valentina Visconti de la que tuvo dos hijos, Carlos, origen de la casa de Orleans, y Juan, de la de Angulema, que sucesivamente llegaron al trono. Luis XII era hijo de Carlos.

dad de ellos; pero Trivulzio se habia declarado su enemigo mortal: San Severino, su general, habia desertado de sus banderas; los demás se habian visto precisados á permanecer en su casa, para defender sus hogares contra el duque de Valentinois. Entre sus aliados, Maximiliano, á quien los italianos llamaban *poco dinero*, estaba ocupado en oprimir á los suizos: y además ¿qué habia que aguardar de este príncipe? Federico, rey de Nápoles, sólo pensaba en remediar los desastres que el pais habia sufrido; sólo Bayaceto I, cuya desconfianza escitó Moro contra Venecia y la Francia (2), envió al Friul á Escander, bajá de Bosnia, que asoló el pais hasta la Livenza, asesinando todos los prisioneros que habia hecho (1499).

Este fué un nuevo motivo de odio contra aquel perpétuo agitador de la Italia; así es, que cuando los franceses bajaron á ella al mando de Trivulzio, que como traidor se veía ahorcado en efigie en muchos puntos de la ciudad, lleno el pueblo de impuestos, y fatigado con aquella tortuosa ambicion, dió muerte al ministro de Hacienda objeto habitual de las maldiciones de los milaneses, y desprovisto Ludovico el Moro de socorros y consejos (3), después de haber aprovisionado el castillo de Milan, huyó á Alemania por la Valtelina. Entonces se insurreccionó el pueblo por todas partes, el rey Luis XII llegó cuando todo estaba consumado; y habiéndole entregado por traicion el castillo, entró en Milan celebrado como mensajero de paz y de libertad. Restituyó á los nobles el derecho de caza que los Esforcias se habian reservado, emancipó á los prelados de la obligacion de proporcionar cada uno un toro para la mesa ducal, aumentó el sueldo de los profesores, acogió á los letrados y artistas y armó caballeros. Sustituyó al consejo secreto un senado, compuesto de

dos prelados, cuatro miliares y once togados viliticos, bajo la presidencia de un gran canciller; tribunal supremo que podia suspender los decretos reales á imitacion del parlamento de Francia.

Era conocido Trivulzio por su orgullo é implacable severidad militar. Encargado en 1483 en el ejército de la liga de reprimir á los merodeadores, envió á varios al patibulo. Irritados los soldados con aquel desacostumbrado rigor, formaron entre sí una asociacion, á cuya cabeza pusieron á un papa, cardenales, arzobispos de su creacion, y cada vez que el grito de *falcetta* (falsario) se lanzaba, debian tomar las armas y correr hacia aquellos que les oponian un obstáculo. Caminaban de esta manera entrando á saqueo y á rescate el pais comarcano. Con el objeto de disipar Trivulzio aquella liga asesina, llegó hasta degollar con sus propias manos. Tales eran los ejércitos y tales los capitanes de aquella época.

Se hace un cargo á Trivulzio de haber servido á los extranjeros contra su patria, como si los capitanes aventureros hubiesen tenido otro lealtad que la de obedecer á aquel á cuyo estipendio estaban. Tal vez evitó á su pais algunas asolaciones é imposiciones muy onerosas; pero nombrado gobernador de Lombardia con poder para armar cuatrocientas lanzas italianas, mandadas por hombres elegidos por él, se dejó arrastrar por los rencores del destierro. Favoreció implacablemente al partido güelfo, y no se acordó más después de la victoria, de aquellos á quienes debia su elevacion (4). No cesaban, pues, todos los nobles de quejarse de su dureza, y echaban de menos el régimencado (1500).

Sin embargo, viendo Ludovico el Moro que Maximiliano no ambicionaba más que su dinero, prefirió gastarlo asalariando tropas en la Suiza, almacén comun é inagotable, en el que cada partido se proveia de alabardas. Habiendo reclutado un buen número de ellas, volvió á pasar los Alpes para arrojar á los franceses, siempre deseados desde lejos y detestados de cerca como señores. El mariscal Trivulzio, maldecido é insultado, se retiró sembrando la muerte; y Ludovico el Moro volvió á entrar aplaudido, en febrero, en aquella Lombardia de donde se habia marchado execrado en noviembre. ¿Se dirá por esto que el pueblo es voluble? Es que desea estar mejor, y cree á aquellos que le prometen consolarle: cuando se ve engañado, añade al odio á las instituciones que no han mejorado el deseo de vengarse de los que le han vendido. ¿De quién es la falta?

(2) Luis el Moro, en una carta del archivo Trivulziano con fecha 29 de julio de 1499, se lamenta de que se hubiese esparcido la noticia de que habia visitado á los turcos: *Sin embargo, añade, juramos por nuestra alma que no es verdad que los turcos se hayan movido á instancia nuestra, ni que jamás hayamos trabajado á fin de que se moviesen.* En otra, que es el 15 de los Documentos de *Historia italiana* publicados por Molini, dice: *En nombre de Dios juro que jamás he enviado á decir cosa alguna á los turcos.* Ahora bien, Corio al fin de su historia, inserta en la comision conferida con tal objeto por Luis á sus emisarios, «segun consta de la minuta de la instruccion que su excelencia entregó á Ambrosio Bugiardo y á Martin de Casale, que decia así,» etc.

(3) Luis el Moro escribia lo siguiente á su embajador en Suiza: *Maese Visconti, no os podemos explicar el estermio y el gran terror en que nos hallamos, viendo que en un instante vamos á perder esta ciudad y el resto del Estado; si inmediatamente no acude en nuestro auxilio un numeroso ejército. No tenemos palabras con que expresar la angustia de nuestra posicion, reducidos como estamos á encerrarnos en esta fortaleza, donde aguardaremos la venida de su majestad, que nos libre de tal apuro; no nos queda más recurso que la muerte.* ROSMINI, *Historia de Juan Jacobo Trivulzio*, p. 722.

(4) Estas faltas están confesadas por Rosmini, su panegirista. En la misma época vivia Francisco Gonzaga, príncipe de Mantua, que primeramente fué capitán general de los venecianos, y mandó el ejército en Fornovo contra los franceses; después en 97 servia en el ejército imperial; en 1501 guió de nuevo á los venecianos contra los franceses en el reino; en 1506, tenia á sus órdenes el ejército del papa, y lo condujo contra Bolonia; por último, en 1508, uniéndose á los franceses, hostilizaba á Génova y á Venecia.

Pronto se vió rodeado el Moro de pequeños príncipes que habían vuelto á los feudos conquistados por los franceses, y se fortificó con alianzas. Pero Luis XII hizo otro tanto, y después de haberse asegurado la amistad de los suizos, única infantería entonces, los hizo que llamasen á los hombres que estaban al servicio de Luis. Esto era romper la espada en las manos de un combatiente; y en efecto, vencido el Moro se vió precisado á refugiarse en Novara. Como saltase disfrazado con la guarnición suiza (abril), fué conocido y conducido á Loches, donde pudo meditar durante los otros diez años de su vida que permaneció prisionero allí, sobre los tristes resultados de su política versátil. Conservó, no obstante, tan gran idea de su habilidad, que desde el fondo de su prisión quiso dar consejos y arreglar los destinos del mundo (5).

Pertenció, pues, la Lombardia á los franceses, excepto Cremona, que fué abandonada á los venecianos á título de compensación. Puesto Trivulzio á la cabeza del gobierno, irritó de tal manera á sus conciudadanos, que el rey le quitó de aquel puesto.

**El duque de Valentinois.**—Regocijábase Alejandro VI de los adelantos de la Francia, y no menos que él César Borgia, que renunció á la púrpura cardenalicia, que había deshonrado, para adornarse con el título de duque de Valentinois, que había obtenido del rey, y que igualmente deshonró. Este disoluto ambicioso, verdadero héroe del crimen, tenía la costumbre de decir: *Lo que no se hace por la mañana se hace por la tarde*. Cuando tenía necesidad de dinero, enviaba á asesinar al primero que se le ocurría; y nadie se atrevía á pedir justicia de sus crímenes, por temor de sufrir la misma suerte. Hizo arrojar en el Tíber á su propio hermano, porque era el amante preferido de Lucrecia, hermana de ambos. Intentó envenenar á uno de sus cuñados, y no habiendo podido conseguirlo, entró en su casa y lo hizo estrangular, sin ocultarse; degolló bajo el mismo manto de Alejandro, á Peroto, favorito del pontífice (6).

(5) Se ha publicado su *testamento*, descubierto en estos últimos años.

(6) La manera indiferente con que están referidos estos crímenes en el *Diario* de Bucardo, asusta aun más que los mismos crímenes.

«El sábado 4 de setiembre, llegó la noticia del matrimonio verificado entre Alfonso, hijo mayor del duque de Ferrara, y la señora Lucrecia Borgia, hija del papa. El domingo después, la dicha dama Lucrecia fué á caballo á la iglesia del pueblo, vestida de brocados de oro rizado, acompañada de trescientos caballos, y delante de ella cabalgaban cuatro obispos.—El lunes siguiente, dos bufones, de los cuales el uno á caballo, á quien la dama Lucrecia había dado un vestido de brocado que había estrenado la víspera, y de valor de 300 ducados, cabalgaban por las calles principales gritando: ¡Viva la muy ilustre duquesa de Ferrara! ¡Viva el papa Alejandro, viva, viva! El otro, que iba á pié, y que también había recibido un vestido de regalo, gritaba también.—En 9 del dicho mes fué ahorcada una mujer que había degollado á su marido. El vier-

Semejantes excesos no podían acaecer sino en un país donde ambas autoridades se encontraban reunidas; pero hacían conocer cuán oportuno había sido el remedio del celibato eclesiástico, cuando el hijo de un sacerdote llevaba hasta tal punto la audacia.

El duque de Valentinois, cuya divisa era *Cesar ó nada*, se lisonjeaba de llegar á constituirse un dominio independiente en medio de los pequeños príncipes que se dividían la Romaña. Pocas ciudades habían conservado en ella el gobierno municipal, como Ancona, Asis, Espoleto, Terni y Narni; las demás estaban á merced de los vicarios pontificios, que prometían á la Santa Sede un censo anual que no pagaban; Julio César Varano dominaba en Camerino; Juan Fogliano en Fermo; Guidoaldo de Montefeltro entre la Toscana y las Marcas; Vitellozzo Vitelli en Civita di Castello; Juan de la Rovere, señor de Sinigaglia, aguardaba la herencia del ducado de Urliño; Perusa tenía por señor á Pablo Baglione; Pérsaro á Juan Esforcia, Imola y Forli, á Octavo Riario; Rimini á Pandolfo Malatesta; los venecianos sostenían á Astor Manfredi, señor de Faenza y de Val de Lamone; en Bolonia los Bentivoglios, y en Ferrara el duque Hércules, no se consideraban absolutamente dependientes del papa aunque se titulaban sus vicarios.

Prolongábase la vida feudal entre estos pequeños tiranos mezclada á la cultura intelectual y á las astucias modernas: abrían un asilo á las gentes de letras como también á los rebeldes de los Estados vecinos, proporcionaban cardenales al sagrado colegio y capitanes aventureros á los que los pagaban; impulsados por pequeñas animosidades y queriendo sostener grandes pretensiones con cortos medios, recorrían á las perfidias, á los puñales y á los venenos (7); y la opinión aceptaba como apología del crimen la audacia con que se cometían.

A veces bandas de asesinos se organizaban en

nes llegó al papa la noticia de que Piombino se había sometido á su obediencia.—El último domingo de octubre por la tarde, cincuenta prostitutas honradas llamadas cortesanas, tuvieron una cena con el duque de Valentinois en sus aposentos en el palacio apostólico: después de cenar...» Apenas se puede creer y referir lo demás.

(7) «La Romaña, antes que fuesen destruidos en ella por Alejandro VI los señores que la dominaban, era un ejemplo de toda clase de perversidades, pues allí se veían por cualquier causa leve asesinatos, y además grandes robos. Provenía esto de la maldad de aquellos príncipes, no de la mala índole de los hombres, como se decía; porque siendo pobres y queriendo vivir á costa de los ricos, tenían que dedicarse á robar, y hacerlo de varios modos. Entre otros desmanes, establecían leyes, prohibían alguna acción, y después eran los primeros que daban margen á la inobservancia de aquellas, sin castigar nunca á los transgresores hasta que habían reincidido varias veces en la misma culpa, y entonces castigaban, no por celo de la ley, sino por codicia de la pena. De donde se originaban muchos inconvenientes, y sobre todo el de empobrecerse y no corregirse los pueblos, procurando los que se empobrecían dominar á los inferiores.» MAQUIAVELLO, *Discursos*.

sus tierras, y el señor que se consideraba bastante fuerte para insultar al feudatario, se abandonaba á todo el furor de sus pasiones. Un caballero de la Umbria estrelló contra la muralla á los hijos de su enemigo, degolló á su mujer en cinta, y clavó en la puerta á otro niño como trofeo de su venganza (8). Oliverotto, educado por Juan Fogliano, señor de Fermo, su tío materno, se fué á servir á las órdenes de Pablo Vitelli; después de haberse señalado por su valor, escribió á su tío espresándole el deseo de mostrarse en su patria con los honores que merecía. Fogliano le permite ir con cien caballeros, le prepara un solemne recibimiento, y le ofrece un gran banquete, al que fueron convidadas todas las autoridades de Fermo; pero en medio del festin, Oliverotto hizo degollar á su bienhechor y á sus convidados, y después proclamábase señor.

Aun tenia más que sufrir el territorio de Roma, si es posible, por parte de los Orsini, al Occidente del Tíber, y de los Colonna al Levante; los primeros eran güelfos, los segundos gibelinos, unos y otros ejercian su valor en venganzas privadas, cuando no podian ponerlo á sueldo de los extranjeros; y «con las armas en la mano á vista del pontífice, le consideraban débil é impotente» (MAQUIAVELLO). Las tierras eran de continuo assoladas; y los cultivadores, en pequeño número, se veian precisados á refugiarse en las plazas amuralladas, dejando la desolacion y los malos aires invadir los campos.

La misma Roma, en su parte material, llevaba el sello de los pasados siglos y de las sucesivas dominaciones del Imperio, el catolicismo, el condejo y los derechos feudales. Vefanse allí templos, basílicas, termas convertidas en iglesias; elevábanse castillos y baluartes donde antes los edificios romanos; cada palacio representaba un feudo en compendio, traslado del campo á la ciudad y sometido á los convenios gerárquicos, y la torre del vasallo no debía llegar á la altura de la del señor. Cada barrio puede decirse que pertenecía á una familia: á los Colonna el Esquilino, á los Orsini la plaza Navona, á los Vico el Transtevere, otros colados á los Savelli, ó á los Frangipani; estaban separados por muros y puertos; en el medio y al rededor de la isla se acumulaba la plebe pobre y turbulenta; y en el Vaticano se defendia el papa cerrando con el castillo de Sant' Angelo el paso del Tíber. Todos se miraban con una envidia propia de enemigos, y oponian las inmunidades al ejercicio de la autoridad pública, abriendo cien asilos á los mil delincuentes.

El papazgo era el alma del pais sin industria ni agricultura, atrayendo el oro de todo el mundo y un pueblo de clérigos, notarios, prelados, banqueros poderosos, peregrinos; poblacion ondulante que se sustraia tambien á toda ley. Creábanse

millares de empleos para el servicio de la corte y de la dataria; y como redituaban mucho, se vendia hasta la expectativa de alcanzarlos, y se negociaban á la alza y á la baja como hoy las rentas públicas. Prelados, cardenales, obispos, mitad sacerdotes y mitad principes, dejando sus iglesias, iban á Roma á gastar, á disfrutar, á ostentar un gran lujo, á intrigar en medio de la elegancia y la licencia. Toda familia ilustre de Italia queria tener un hijo en el sacro colegio, como apoyo, lustre, ganancia; cada cardenal estaba cercado por una corte de guardias, camareros, lacayos, bufones, cantantes, poetas; sin mencionar lo peor. Toda esta riqueza era sólo vitalicia; así que ninguno se cuidaba de hacer economias ni de mejorar los fondos, sino únicamente de refinar sus goces, á cuya sombra existia (alianza no rara) un feroz instinto de sangre y de traiciones, como si el deleite fuese más grato cuando le amenazaba una muerte violenta. Los venenos imperiales se destilaban aun por nuevas Canidias: los puñales del Viejo de la Montaña estaban á sueldo; procedíase (dice el cardenal Caraffa) á cometer homicidios, no sólo con el veneno, sino tambien abiertamente con el cuchillo y la espada, por no decir con escopetas.» Era, en suma, una comedia licenciosa, que tenia por intermedio asesinatos.

En medio de los odios, desórdenes y descontento popular, Alejandro esperó poder, á imitacion de Sixto IV y Luis XI, reducir las pequeñas soberanias á una sola, como lo exigian el orden de cosas que sucedia al de la Edad Media. En su consecuencia, pensó formarse un apoyo con el favor del pueblo, repitiendo César Borgia que el que quiere dominar á los grandes debe hacer mucho por los pequeños. Creáronse, pues, inspectores de las prisiones, para escuchar los agravios de los que estaban presos injustamente; encargóse á cuatro jueces el restablecer la autoridad de la justicia en Roma, donde no se hizo sentir el hambre, mientras él ocupó la silla pontificia, y nunca se defraudó su salario al artesano.

¡Feliz si no hubiera empleado más que semejantes medios! Pero pensó que la perfidia y las crueldades le eran permitidas para conseguir sus fines: vendió su alianza á los poderosos por dinero y matrimonios; sembró la enemistad entre los pequeños señores, para poder aniquilar los unos después de los otros; comenzó por arrojar de Imola y de Forli á los sobrinos del papa Sixto IV; después se unió á los Orsini para dominar á los Esforcias de Pésaro, á los Malatesta y á los Manfredi; luego que ocupó todas sus plazas fuertes, se volvió contra los Orsini; y después de haberlos avasallado, tomó á su sueldo á todos los pequeños señores. Se servia para cumplir esta obra ambiciosa del brazo de su hijo, que resuelto á engrandecerse no consideraba los medios; persuadido de que el éxito le haria perdonar la iniquidad del camino que hubiera seguido para alcanzarlo. Este era tambien el modo de pensar del padre; y se decia proverbial-

(8) RIPAMONTI, *Hist. Medi.*, VII, 667.

mente que el papa no ejecutaba sino lo que decía, y que, por el contrario, el duque de Valentinois no decía nunca lo que ejecutaba.

Habiéndose hecho César Borgia capitán de aventureros, atrajo bajo sus banderas, con el cebo de un sueldo mayor, á los mercenarios que estaban al servicio de los Orsini y de los Colonna, encontró además una ayuda más poderosa en el apoyo del rey Luis XII, que le proporcionó soldados, y declaró que consideraba como hecha á sí mismo toda hostilidad contra el duque de Valentinois. Ya toda la Romaña estaba en su poder, excepto Bolonia; distribuyó entonces Alejandro doce capelos de cardenales á sus hechuras, é hizo declarar á su hijo duque de Romaña por aquellos á quienes acababa de revestir con la púrpura. El nuevo duque quiso merecer bien del país devolviéndole la seguridad. Horribles é inesperados suplicios destruyeron á los bandidos y rebeldes, y hasta el mismo Ramiro de Arco, ministro de aquella implacable justicia, fué pronto objeto de execración, arrastrado al cadalso y descuartizado.

Su ambición le hizo entonces dirigir la vista sobre la Toscana, el Boloñés, las Marcas y el ducado de Urbino, y se dispuso á conquistarlos con su rapidez acostumbrada, ayudado de los socorros del extranjero (9); pero Bentivoglio se acogió bajo la protección del rey de Francia. Entonces el duque de Valentinois le reveló sus tramas con los Marescotti, y Bentivoglio, obligó á su hijo y á los de los principales nobles boloñeses á asesinar á todos los miembros y adherentes de aquella poderosa familia, que se encontraban en Bolonia.

En Toscana, Siena había concedido gran auto-

(9) Maquiavelo decía á los florentinos: «El que ha observado á César Borgia sabe que para conservar los Estados que posee, no ha tratado jamás de contar con la amistad italiana, habiendo estimado siempre poco á los venecianos, y á vosotros aun menos. En tal virtud le conviene adquirir en Italia dominios capaces de darle una seguridad independiente, y de hacer que deseen su amistad otros potentados. Que su ánimo es aspirar á la soberanía de Toscana, como más próxima y apta para constituir un reino en unión de sus demás Estados, y que tiene formado tal proyecto, es indudable, tanto por las cosas que van dichas, como por su ambición, y también por haber vacilado en convenirse con vosotros y no haber querido concluir nunca nada. Resta ahora examinar si el tiempo es á propósito para que dé cima á su obra. Recuerdo haber oído decir al cardenal de los Soderini, que entre otras alabanzas debidas al papa y al duque, se contaba la de que conocen la ocasión de ejecutar un proyecto y saben aprovecharlo perfectamente: opinión demostrada por la experiencia de las cosas que han llevado á cabo en el momento oportuno. Ahora bien, si tuviese que dar mi dictámen sobre la oportunidad de verificar el plan anterior, diría que no ha llegado; pero, considerando que el duque no puede aguardar al partido vencido, por quedarle poco tiempo, en vista de la brevedad de la vida del pontífice, debe suponerse que aprovechará la primera ocasión que se le presente, y que confiará á la fortuna gran parte de su causa.

alidad al capitán aventurero Pandolfo Petrucci, que gobernaba con severidad, pero con moderación, como ciudadano y no como señor; asustado del peligro que le amenazaba, compró la protección de Luis XII. Florencia había quedado arruinada por su desgraciada guerra contra Pisa, á la que no había podido subyugar, por la incierta amistad del rey de Francia, las rivalidades de todos sus vecinos y las intrigas de los Médicis, que maquinaban siempre su restablecimiento. Luis XII le proporcionó tropas para someter á Pisa; pero los pisanos condujeron á sus embajadores delante de la estatua de Carlos VIII, suplicándole no quisiese destruir la obra de su buen rey; y al mismo tiempo se adelantaron quinientas doncellas vestidas de blanco y con los cabellos esparcidos, que suplicaron á los franceses, como defensores de los huérfanos y como campeones de las damas, no hiciesen peligrar el pudor de tantas honestas doncellas; después comenzaron á cantar delante de una imagen de la Virgen, de un modo que tanto conmovía, que no hubo un francés que no derramase lágrimas. Por más que se obstinó el capitán Beaumont en querer sitiarse con franceses á aquella amiga de la Francia, el ejército se desbandó. Al momento las damas de Pisa salieron de la ciudad para buscar en los bosques y en los campos los enfermos y los heridos, que trasladaron á ella, consolándolos y tomándolos bajo su protección (10).

Apenas Florencia (1501) despidió las bandas que tenía á su sueldo, después de haber concluido una tregua con sus vecinos, cuando el duque de Valentinois compró sus servicios, como para ayudar en su expedición de Nápoles al rey Luis XII, á cuyo ejército debía reunirse en Piombino. Pidió en su consecuencia el paso por Florencia; pero apenas entró en su territorio, cuando exigió de ella el pago de 36.000 ducados. Habiendo entonces sitiado á Piombino, que defendía Jacobo Appiano, se apoderó de ella, conquista con la que el papa tuvo tal satisfacción que llegó en persona á gozar de aquel triunfo.

Sin embargo, no aprovechándose Luis XII del ejemplo de su predecesor, pensaba en Nápoles, donde los franceses tenían una mancha que borrar: en lugar de aceptar las buenas proposiciones de Federico, prefirió tratar con Fernando el Católico, deseoso siempre de poseer aquel reino, y se convino entre ellos en Granada, que se lo dividirían. Fiel el monarca español á su política, envió á Nápoles á Gonzalo de Córdoba; recibióle Federico con la confianza de un pariente y de un aliado, sin sospechar una traición; pero sorprendido cuando menos esperaba, apenas tuvo tiempo de huir á Ischia, donde renunció todos sus derechos al trono, estipulando una amnistía en favor de aquellos que le habían quedado fieles, y el condado de Anjú para sí mismo. Su hijo se defendía aun en Taren-

(10) JUAN DE AUTUN.

to. El *gran capitán* juró sobre la hostia respetar su libertad, pero apenas le entregó este príncipe la plaza, cuando le envió prisionero á España por toda su vida.

Fernando el Católico había dado á entender al papa que aquella conquista le era necesaria para marchar contra los turcos. Encontráronse los pueblos sin medios de resistencia, espuestos á sufrirlo todo de las infames licencias de Borgia y de las crueldades de una soldadesca aguerrida en la mantanza de los americanos. Franceses, españoles y capitanes italianos rivalizaron en valor é inútiles proezas, tanto en batalla campal, como en desafíos particulares: en el célebre combate de Barletta, por ejemplo, en el que trece campeones italianos sostuvieron, contra igual número de franceses, que su nacion no cedía á ninguna en valor. Pero esta es una cosa que debe demostrarse en el campo de batalla y alcanzando el triunfo.

A pesar del valor de Luis de Armagnac, duque de Nemours, que mandaba las tropas francesas. Gonzalo hizo triunfar á los españoles, y consiguió una memorable victoria en Ceriñola (28 abril de de 1503). Durante este tiempo se negociaba la paz, y se convenia en dar el reino de Nápoles al joven Carlos de Austria, nacido de la hija de Fernando y del hijo de Maximiliano. Confiado el *buen Luis* en los términos de los tratados, mandó á Luis Armagnac cesase las hostilidades. Protestando entonces Gonzalo que no había recibido órdenes, pero en realidad cómplice de la traicion de su amo, tomó posesion de todo el reino, y los esfuerzos de Luis para volver á ganar el terreno perdido fueron enteramente inútiles. De esta manera es, como la tan vituperada perfidia italiana sucumbia otra vez á la buena fe alemana, á la grosera franqueza suiza, al honor francés y á la lealtad castellana.

Los que vergonzosamente se habían dividido un reino, que pertenecía á otro, pronto se querellaron sobre los límites de sus posesiones; y Gonzalo pretendió tener la Capitanata, donde el paso anual de los rebaños para ir á invernar á la Pulla, producía hasta doscientos mil ducados de peaje.

Dispuesto siempre el emperador Maximiliano á prometer á todo el que le pagaba, é incapaz de terminar nada, no había hecho más que aumentar los obstáculos. Negaba al rey de Francia la investidura del ducado de Milan, y hacia preparativos para ir á recibir la corona á Roma y para una cruzada contra los turcos; porque, en aquel siglo, la cruzada era el preámbulo de todos los tratados, el tema de todas las arengas, los grandes sacaban partido de esta idea, y los políticos se reian de ella (11).

(11) Maquiavelo escribe á Guicciardini, con fecha 18 de mayo de 1521: «Le respondo en pocas palabras y mal dispuestas, fundándome en el diluvio que debe haber ó en el turco que debe pasar, ó informándome si sería bien hacer la cruzada en este momento y semejantes cuentos de saltimbanquis.»

Todo venia en ayuda del duque de Valentinois para hacer que consiguiese sus audaces proyectos. Se había casado con una hija del rey de Navarra y dió en matrimonio á Alfonso de Este, á su hermana Lucrecia. Esta mujer, deshonrada con lúbricas hazañas y un doble incesto, recibió de Alejandro VI la autoridad suprema, para gobernar á Roma, cuando fué á sitiar á Sermoneta. Habitaba en los aposentos del pontífice, abría los despachos, y despachaba los negocios con el consejo de los cardenales. De esta manera era como la torpeza estaba triunfante en primera fila, y el crimen erigido en ciencia. El duque de Valentinois, que debió admirarse de aquellos para quien el éxito es todo, declaró que quería arrojar de los Estados pontificios á los tiranos y á las facciones; envió á Roma para hacerle estrangular allí á Astor Manfredi, que se había entregado á él bajo su palabra. Pidió, con pretesto de sitiar á Camerino, tropas y artillería al duque de Urbino; pero cuando las tuvo en su poder, cayó sobre este príncipe, y se apoderó, de un sólo golpe, de cuatro ciudades y trescientos castillos. Atacó después á Camerino, entró allí por traicion é hizo degollar al duque y á sus hijos.

**San Marino.**—Marino, picapedrero dalmata, que se dirigió en el siglo IV al monte Titan, cerca de Urbino, decidió pasar una vida solitaria y religiosa, y algunos de sus compañeros fundaron allí una república compuesta de gente industriosa, pacífica, moral, que subsiste hace 13 siglos. En los tiempos antiguos Pindiniso, villa de los eleuterocilicios, situada en una altura inexpugnable, había sido respetada por todos los conquistadores, hasta por Alejandro. Napoleon respetó á San Marino. Esta república compró en 1100, al conde de Montefeltro, el castillo de Pennasola; en 1170, el de Casolo, y se sostuvo en medio de los papas, de los obispos de Montefeltro, de los Malatesta, de Rimini y de los Carpegna. En 1460 obtuvo de Pio II, en cambio de la asistencia que había recibido contra los Malatesta, los cuatro castillos de Serravallo, Factano, Monguardino y Fiorentino: de todos modos pronto volvió á su primitiva humildad. Entonces fué tambien ocupado por César Borgia; pero sacudió el yugo, y ha conservado hasta nuestros días su irreprochable libertad (12).

Amenazados los países comarcanos por las invasoras armas de Borgia, reclamaban el socorro de Luis XII, pero el caldenal Amboise, alma de sus

(12) Los florentinos escribían el 2 de junio de 1469 á los habitantes de San Marino lo que sigue: «Conocemos vuestra fe, vuestra generosidad y la grandeza de vuestras almas... Debeis conservar vuestro valor firme y constante, y perder la vida juntamente con la libertad; que al hombre acostumbrado á vivir libre, le está mejor morir que ser esclavo. Dios, que ama la libertad, os ayudará.» Y Julio II les decía: *Hortamur ut forti et magno animo sitiis, considerantes nihil dulcius aut utilius esse libertate.* DELPICO. Docum. p. 61, 88.

consejos, que aspiraba á la tiara, acariciaba á Alejandro VI, con el objeto de que le asegurase mayor número amigos de en el sacro colegio. Seríamente ocupada Venecia con los turcos, no podían reprimir ni la ambicion de los Borgias, ni la invasion de los españoles y franceses, que dejaban á la república el cuidado de defender sola la civilizacion. En Florencia, ciudad rodeada de avaros enemigos, y de amigos débiles, todo era confusion y provisional, por la inestabilidad del gobierno con el cual era imposible tanto dirigirse tras largas previsiones, como conservar un secreto. *Es preciso que os envíe á los Médicis*, decia Petrucci á los embajadores florentinos *porque sin ellos no curaréis*; y muchos ciudadanos proponían llamarlos. Se adoptó no obstante el partido de elegir un gonfalonero vitalicio, y la eleccion recayó en Pedro Soderini, hombre muy débil para la gravedad de las circunstancias.

Envió al papa á Juan Vettori, y al duque de Valentinois á Nicolás Maquiavelo, que de esta manera pudo ver de cerca á aquel astuto político (13), de quien se formó el ideal de un nuevo tirano. Ambos estaban preocupados con la misma idea: la necesidad de reunir la Italia bajo una sola dominacion, y la conviccion de que sólo las obras del leon no bastaban para conseguirlo, sino que eran preciso las de la zorra. Esto es lo que Maquiavelo enseñó en todos sus libros. Quiso el duque de Valentinois ponerlo en ejecucion; y después de haber ocupado la Romaña y el Lacio con una porcion de la Toscana, ambicionaba el reino de Nápoles, esparándolo todo del apoyo paterno, de su propia fuerza y de la perfidia. Pero ocultaba el secreto de los medios que se proponian emplear,

(13) Maquiavelo nos informa de las fuerzas y esperanzas de César Borgia: «Envió á don Miguel Corelia su guerrillero provisto de dinero para reclutar cerca de 1,100 infantes, que se encontraban con los hombres de armas, y hoy tiene á sueldo á unos 800 infantes de Val de Lamona, y los manda en aquella direccion. Ni al presente se encuentran más que unos 2,500 infantes asalariados; y les han quedado de hombres de armas unas 100 lanzas de sus nobles, los cuales podrian poner en pié de guerra, reuniendo la gente de sus haciendas más de 4,000 caballos. Tiene además tres compañías de 50 lanzas cada una, á las órdenes de tres jefes españoles, que están bastante disminuidas por haber permanecido mucho tiempo sin paga. La gente de á pié y de á caballo que trata de alistar nuevamente, y los favores que espera, son éstos. Ha enviado á Rafael de los Pazzi á Milan para tomar á sueldo 500 gascones de los aventureros que se encuentran en Lombardia: ha mandado un hombre práctico á Suiza para alistar allí 1,500; pasó revista hace cinco dias á 6,000 infantes escogidos entre sus vasallos, que puede tener reunidos en dos dias. En cuanto á los hombres de armas y á la caballeria ligera, ha decretado que todos los que pertenezcan á sus Estados vayan á encontrarle, y á todos da recaudo. Tiene tanta artilleria y en tan buen orden, como casi el resto de Italia. A menudo van correos y emisarios á Roma, Francia y Ferrara, y de todos espera alcanzar el objeto de sus deseos.»

y Maquiavelo, á pesar de su gran habilidad, quedó confundido delante de aquel hombre impenetrable de quien no sabia decir otra cosa, sino que era reservadísimo (14).

No se atrevió Florencia á unirse abiertamente á los capitanes aventureros y á los señores que se habian reunido en dieta en Magione en el territorio de Perusa, para tratar de los medios de reprimir la ambicion de César Borgia. El mismo Maquiavelo fué encargado de «ofrecerle asilo y asistencia contra aquellos nuevos enemigos;» lo cual le permitió, contemporizando, turbar su union y sacrificarlos. Con ayuda de una larga serie de tratados falaces y protestas astutas, atrajo á Sinigaglia á Oliverotto de Fermo, á Vitellozzo, á Pablo y Francisco Orsini, que fueron cogidos y asesinados, pagando de esta manera con su sangre la indiscrecion de entregarse á la fe de otro, cuando ellos mismos no habian conservado nunca la suya (15). Al mismo tiempo Alejandro VI hacia poner preso en Roma al cardenal Orsini con los demás miembros de aquella familia. El primero fué envenenado, sus parientes condenados, y Borgia se apoderó de sus fortalezas. Por todas partes quedaron desanimados los grandes; el pueblo, que detestaba á aquellos capitanes aventureros, convertidos en príncipes á sus espensas, se regocijó de su caida con la esperanza de recobrar su tranquilidad (16).

(14) «Jamás se hablan allí las cosas que deben callarse, gobernándose con un secreto admirable.» *El mismo*.

(15) «Esta mañana, desde temprano marchó S. E. el duque con todo el ejército, y vino á Sinigaglia, donde estaban todos los Orsini y Vitellozzo, que le habian ganado este pais. Le rodearon, y habiendo entrado con ellos en la ciudad, se volvió á su guardia é hizo que ésta los prendiera á todos. En mi dictámen no llegarán á mañana vivos.» MAQUIAVELO, *Carta* de 31 de diciembre de 1502. Refiere luego extensamente el hecho, y sin una palabra de desaprobacion. Al contrario, poco después escribia á la señoría florentina: «Todos aquí empiezan á maravillarse de que vueseñorías no hayan escrito ó hecho entender alguna cosa á este príncipe en congratulacion de lo que se ha ejecutado de nuevo en vuestro beneficio, por lo cual piensa que toda la ciudad debe estarle obligada, diciendo que hubiera costado á vueseñorías destruir á Vitellozzo y á los Orsini 200,000 ducados, y que á pesar de este sacrificio no hubieran podido conseguir un éxito tan completo por su señoría.

(16) Guicciardini escribe: «Aun después de la caida del duque de Valentinois, aquella provincia continuaba quieta y sumisa, habiendo conocido por experiencia, cuánto más tolerable estado era para ella servir toda junta bajo un señor solo y poderoso, que obedecer, como antes, cada cual á un príncipe particular, el cual no la podia defender, á causa de su debilidad, ni hacerle bien, á causa de su pobreza; por el contrario, no bastándole sus pequeñas rentas para sostenerse, se veia obligado á oprimir á los súbditos. Los hombres se acordaban aun de que la autoridad y grandezza del duque no menos que la administracion sincera de la justicia, habian alejado de aquel pais los tumultos de los partidos, que anteriormente le atormentaban á menudo; con lo cual se habia captado el afecto de los pueblos, ayu-

Los soldados pasaron al servicio del duque de Valentinois que encontró panegiristas; no pudiendo Pisa resistirse ya contra Florencia, se entregó á él; ya ambicionaba á Siena con la idea de abatir á Pandolfo Petrucci, que daba impulso á la liga formada contra él (17).

dándole á conseguirlo los beneficios que dispensó á muchos de ellos: así ni el ejemplo de los demás que se revelaban, ni la memoria de los antiguos señores, les inducían á sustraerse de la obediencia del duque de Valentinois.»

(17) Es curioso ver con qué impudencia César Borgia se confiaba á Maquiavelo.

«Ves en qué punto me encuentro con los que eran enemigos comunes de tus señores y los míos. Porque los unos han muerto ó están prisioneros, y los otros fugados ó sitiados en sus hogares; entre estos últimos está Pandolfo Petrucci, que debe ser nuestro último trabajo en nuestra empresa, para llegar á la seguridad de los Estados comunes. Es necesario arrojarlo de su casa, porque conociendo su carácter puede hacer dinero, y el lugar en que está, sería, mientras que él estuviera en pie, un foco de donde podría partir un grande incendio. No hay que dormirse con respecto á él; lejos de esto es necesario combatirle *totis viribus*. No creo que sea difícil arrojarle de Siena, pero quisiera tenerle entre mis manos; y, para conseguirlo, piensa el papa adormecerle con breves, haciéndole entender que es bastante que tenga á sus enemigos por enemigos. En este tiempo me adelanto con el ejército. Es bueno engañar á estas gentes que se han mostrado maestras en traiciones. Los embajadores de Siena, que se me han presentado en nombre de la bailía me han hecho buenas promesas, y les he asegurado que no ataco su libertad, y que mi único deseo es que echen á Pandolfo. He escrito también una carta al concejo de Siena, dándolos á conocer mis intenciones, y deben tener una buena idea de ellas, después de lo que ha pasado en Perugia y Castello, que he remitido á la Iglesia sin querer conservarlos. Además, al amo de todo, que es el rey de Francia, no le agradaría que yo tomase á Siena para mí, y no soy tan temerario que lo piense: este concejo debe, pues, prestar fe á lo que le digo, á saber: que no quiero atacar nada de lo que le pertenece, y si solo arrojar á Pandolfo. Deseo que tus señores certifiquen y proclamen esta intencion de mi parte, que es *solum* de apoderarme de este tirano. Creo que el concejo de Siena me creerá; pero si no me cree, estoy dispuesto á marchar adelante, á poner la artillería á sus puertas, y á hacer *ultimum de potentia* para arrojarle. He querido comunicarte esto, á fin de que esos señores conozcan mi pensamiento, y con el objeto de que sepan que si el papa dirige un breve á Pandolfo, no ignoren por qué, en atención á que estoy dispuesto, después de haber arrebatado sus armas á mis enemigos á quitarles su cabeza, que consiste enteramente en Pandolfo y sus manejos; desearía, además, que rogases á tus señores el que en caso de necesidad de alguna ayuda en este negocio me la proporcionasen para ayudarme contra el dicho Pandolfo. Creo verdaderamente, que si hace un año hubiera prometido á esa señoría destruir á Vitellozzo y á Liverotto; reducir á los Orsini, á arrojar á Juan Pablo y á Pandolfo. por precio de cien mil ducados, se hubiera apresurado á dármelos. Habiéndose verificado la cosa con tanta estension, sin que le haya costado nada, sin que haya tenido que hacer un esfuerzo ni por qué inquietarse, aunque la obligacion no sea *in scriptis*, es sin duda tácita: bueno será, pues, comenzar por cancelarla, con el objeto de que no nos parezca ni á mí ni á los demás, que esta ciudad se manifiesta ingrata, contra sus costumbres y carácter.»

**Muerte de Alejandro VI.**—Pero la hora de los Borgia había sonado. César no había preparado todo para poder, en caso de fallecimiento de su padre, quedar árbitro del cónclave, y ascender al papado á una de sus hechuras; pero queriendo Alejandro VI, según se dice, envenenar al cardenal Corneto, á quien había convidado á una colacion, bebió por equivocacion el vino destinado á aquel prelado y murió. El duque de Valentinois se encontró también á la muerte; pero no obstante, se restableció. Sostenido por el cardenal de Amboise, que contaba con él para ascender á la tiara, se apoderó del tesoro pontificio, que ascendía á 100,000 ducados; colocó doce mil hombres en el Vaticano, y fortificó el castillo de San Angelo. Acudieron los Orsini y los Colonna para derribarle, estallaron los odios, incendiáronse las casas, saqueáronse las tiendas, assoláronse los campos. Fabio Orsini se lavó las manos y la cara en la sangre de un Borgia; batiéronse los franceses y españoles dentro de Roma, y en fin, los embajadores y las derrotas indujeron á César á salir de ella.

Pio III, que no reinó más que veinte y seis días, tuvo por sucesor á Julian de La Rovère (1503), que enemigo encarnizado de los Borgia, había estado siempre sobre las armas ó desterrado. Tomó el nombre de Julio II, se dice de él que había arrojado al Tiber las llaves de san Pedro, para no conservar más que la espada de san Pablo. Pronto se anudaron las alianzas con la Francia y la España; varios señores volvieron á sus Estados; todas las ciudades se pusieron sobre las armas, y el duque de Valentinois, preso y acorralado, cedió los castillos ocupados en su nombre. Soltóle el papa entonces, para cumplirle la palabra que le había dado, con el objeto de tener el voto de los cardenales de su partido, y se refugió en Nápoles, donde Gonzalo de Córdoba le recibió con muchas consideraciones hasta el momento en que Fernando le mandó le enviara á España. Fué allá bajo la palabra de honor del monarca castellano; pero envuelto en la misma política astuta de que era maestro, fué preso á su llegada (18). Habiendo conseguido huir y refugiarse al lado de su cuñado Juan II, rey de Navarra, fué muerto en una batalla.

Las fáciles conquistas de los últimos años habían aguijoneado la ambicion de los potentados extranjeros: la Francia, la España y el emperador no veían ya en la Italia más que una presa de que apoderarse, y disputaban á cuál pertenecería, sin que ninguno de ellos pensase en sus

(18) En el momento en que el duque de Valentinois fué preso, Baltasar Escipion de Siena mandó fijar por toda Europa un cartel, desafiando á todo español que se atreviese á sostener que «el duque de Valentinois no había sido retenido en Nápoles, á consecuencia de un salvo-conducto del rey Fernando y de la reina Isabel, con insigne falta de fe y gran infamia de sus coronas.» LUIS DA PORTO, *carta* 30.

verdaderos poseedores (19). Resentido Luis XII por el engaño con que le habían arrebatado el reino de Nápoles, envió á Luis de la Tremouille con suizos é italianos para restablecer allí sus negocios. Comprometió una batalla en el paso del Garellano, en la que Pedro de Médicis se ahogó, y la victoria quedó por Gonzalo (15 de mayo de 1504). Desprovisto el vencedor de dinero y viendo á sus tropas sufrir por el clima, aconsejó al rey aceptar una tregua que se firmó por tres años. Fué seguida del matrimonio del anciano rey Fernando con Germana de Foix (1505), sobrina de Luis XII, quien le cedió sus pretensiones sobre aquel reino. Después, cuando el tratado de Blois, el emperador Maximiliano consintió en abandonar Milan á la Francia, mediante 20,000 florines al año y un par de espuelas de oro.

Dé esta manera permanecian en Italia dos grandes potencias extranjeras, que mutuamente se guardaban respeto; pero que no podian considerarse como dueñas, en atencion á que se encontraban á merced de sus generales. Principalmente Gonzalo podia considerarse como rey; y por más que Fernando le llamaba, no obedecía. Fué, pues, Fernando en persona, y con el pretexto de elevarlo á la dignidad de gran maestre de Santiago de Compostela, se lo llevó á España y lo tuvo desterrado de la corte, castigándole de esta manera de sus hazañas, hasta el momento en que murió á la edad de setenta y tres años (1515).

Si los demás países de Italia no habian perdido su independencia después de una guerra desastrosa de diez años, habian recibido gobiernos poco favorables al pueblo, y no podian confiar en una tregua que se asemejaba á un alto para recobrar aliento y comenzar de nuevo una lucha más terrible.

Continuaba Pisa resistiéndose á Florencia, ofreciéndose tan pronto á uno como á otro, hasta al mismo duque de Valentinois, antes que volver á caer bajo el yugo de su rival, que habia arruinado su comercio, robado su poblacion, y reducido á pantanos las cultivadas llanuras de que estaba antes rodeada. Los españoles la favorecian por odio á los franceses, con el asentimiento de Petrucci y Baglione, envidiosos ambos de la república vecina. Pero los socorros que recibian los pisanos eran muy débiles y consistian sobre todo en promesas.

**Génova.**—La miseria de Pisa servia tambien de pretexto á las facciones de Génova, que habia pasado del dominio de los Esforcia bajo el de la Francia, conservando su administracion republicana, aunque

su poblacion, comercio y fuerza hubiesen declinado. Favorecidos los nobles por el gobernador francés y guiados por Juan Luis del Fiesco, se manifestaban afectos á los intereses de la Francia, hasta el punto de estar en oposicion con la clase media y no admitir la soberania de Pisa, que se ofrecia voluntariamente por súbdita á la que habia hecho tanto sacrificio por someterla. De aqui continuas riñas y hasta revoluciones, que apenas podian reprimir los franceses. La clase media pretendia que se les quitasen á los nobles, es decir, á los descendientes de los Doria, de los Espinola, de los Fieschi y de los Grimaldi, sus castillos fuertes, y que los bienes de la Ribera fuesen regidos por las leyes comunes. Los nobles, en revancha, iban armados de puñales en los cuales estaba escrito: *castiga villanos*. Pero los villanos de Génova han mostrado más de una vez á sus opresores como hieren las piedras de su pais; y en aquella fermentacion un insulto que se hizo á un vecino determinó una sublevacion. Luis XII envió fuerzas para apaciguarla, pero el pueblo reclamó el apoyo del papa, su compatriota y el del emperador: al mismo tiempo eligió á un dux popular, al tintorero Pablo de Novi, lo que equivalia á una declaracion de independencia (20). El mismo rey Luis XII fué en persona con suizos y franceses; las milicias no pudie-

(20) «Fuese por la variedad de las razas que poblaron la Liguria, ó como creo, por la oposicion inconciliable entre una ciudad opulenta y el feudalismo que se habia guarecido en las montañas vecinas, el hecho es que Génova en sus mejores tiempos no tuvo nunca una grandeza estable, porque ni los pueblos ni la aristocracia dominaron allí jamás con seguridad; esto le impidió adquirir, segun debia, el señorío del Mediterráneo. Venció la rivalidad de Pisa; pero se estrelló contra las fuerzas de Venecia, más constante en sus propósitos y más italiana. Derrotada en los mares y desunida en lo interior, mostró un ejemplo, nuevo hasta entonces, á las ciudades italianas: entregó su libertad á la Francia; después buscó un amo en Italia, y obedeció á los señores de Milan, siendo así que valia más que Milan por su poderío marítimo y sus empresas memorables. Volvió á caer en manos de los franceses en 1500, á modo de una esclava fugitiva, sucediéndoles los españoles, y tornando luego por tercera vez los franceses. Aquellos años fueron de los más calamitosos para Génova; las guerras de Italia la asolaban á cada cambio de fortuna, y lo peor de todo era que Savona se habia rebelado y la amenazaba con ser su rival. A Génova en medio de tantos males, aun le quedaba tiempo para despedazarse á sí misma; nobles y plebeyos, güelfos y gibelinos, Adornos y Fregosos, combatian confusamente, y la discordia tenia cien nombres, cien rostros y cien manos levantadas para arruinar la famosa ciudad. Sin embargo, las fuerzas internas no se habian estinguido, como en otros puntos, ni se habian echado á perder enteramente la plebe ni los nobles por una larga tirania. Génova no habia llegado al último grado de su prosperidad; no se habia abusado allí del ingenio ni de la libertad, y en aquellos años la Liguria produjo las tres naturalezas más vigorosas que la Italia poseia á la sazón: Colon, Julio II y Andrés Doria.» GINO CAPPONI, *Notas á los documentos de historia italiana*.

(19) En las cartas escritas por Maquiavelo, como embajador, á la corte de Francia, leemos: «El rey tiene la costumbre de decir, á un hombre que no miente. «El emperador me ha invitado varias veces á dividir con él la Italia; no he querido nunca consentir en ello; pero ahora el papa me obliga á hacerlo;» 9 de agosto de 1510.

ron resistir al choque de los batallones disciplinados, y el caballero Bayardo iba gritando: *Hola, mercaderes, defendeos con vuestras varas de medir, y dejadnos las picas y las lanzas*. Génova fué tomada y entregada al saqueo (abril de 1507). Prometió el rey perdón al pueblo, que había salido á su encuentro con ramos de olivo; pero setenta y nueve culpables no se libertaron por eso del vergüenza; vendido el dux por uno de los suyos, fué desquartzado; impúsose á sus habitantes una contribucion de 200,000 florines, que era la tercera parte de las rentas de la Francia; quemáronse los privilegios; construyóse una fortaleza en el faro y se estableció un gobierno, en el cual los nobles tenían derecho á la mitad de los empleos. Los historiadores celebraron la clemencia de su majestad cristianísima.

Entonces cesaron los socorros proporcionados á los pisanos, que «sin ninguna asistencia, solos y muy débiles, no aceptados por Milan, rechazados por los genoveses, mal vistos por el pontífice y poco sostenidos por los sieneses, permanecian tenaces, esperando en las vanas promesas de otros, al mismo tiempo que en la debilidad y desunion de los florentinos» (MAQUIAVELO). Pero por más que emplearon para sostenerse todo lo que poseian, toda su fuerza, y mostraron por espacio de catorce años un valor y una perseverancia de héroes; atacados á la vez por corsarios y ejércitos, traqueados por las intrigas de la Francia y de la España, que no querian proteger su libertad, sino sacar el dinero vendiéndolos, se vieron precisados á resignarse á sufrir su antigua servidumbre (1509). El precio de esta sumision se estipuló, tanto en Paris como en Madrid, donde ya se decidian los destinos de Italia, y se fijó en 100,000 ducados para el rey de Francia y 50,000 para el de España, que Florencia se comprometió á pagarle. Trató por lo demás á los vencidos con generosidad, no contentándose sólo con perdonarlos sino devolviéndoles los arrendamientos percibidos en los campos, así como tambien las franquicias del comercio. Algunas de las principales familias continuaron el oficio de las armas y entraron en el servicio; otras se trasladaron á Palermo, Luca y Cerdeña.

El sitio de Pisa es tambien memorable por la *ordenanza florentina* que se vió entonces por primera vez: era un cuerpo de diez mil campesinos equipados por la señoría, segun consejo de Maquiavelo, que llevaba un traje blanco uniforme, los calzones en parte blancos y en parte rojos, armado como los suizos y los alemanes, y que hacian el ejercicio los dias de fiesta. Costaron menos que las bandas salariadas, y se mostraron más disciplinados; porque la guerra se hacia con tropas mercenarias, de las cuales las mejores se sacaban de la Suiza: gente venal, que con poco que el sueldo se retardase, se negaban á obedecer, se apoderaban del general, y á veces le obligaban á dar una batalla en circunstancias desfavorables, ó in-

tentar empresas mal combinadas con sólo la esperanza del saqueo.

Animado Julio II con pensamientos belicosos, político hábil, dotado de una mirada previsora y segura, fomentó aquel frenesí de guerras é intrigas. Viendo que el papado había descendido desde la sublime altura que ocupaba en la Edad Media, para representar el papel de un principado terrestre, quiso al menos reponerle en la condicion en que estaba; y durante diez años dominó á los fuertes á la cabeza de un país débil y dirigió los negocios de Europa. Disgustado de aquellas soldadescas brutales que disponian á su antojo de la Italia, y ante las cuales había temblado Alejandro VI, concibió la noble idea de *libertar á Italia de los bárbaros*; pero la sacrificó varias veces á intereses secundarios, para los cuales llamó él mismo á los extranjeros á quienes queria arrojar. Pensó primero que la Romaña volviese bajo su autoridad; pero los venecianos, cuya ambicion se había dirigido inconsideradamente hácia la tierra firme, habían ocupado á Rímmini y á Faenza, se negaban á restituirlas, y favorecian á los demás señores que se resistian á la Santa Sede. Disimuló Julio hasta el momento en que bien provisto de tropas, dinero y alianzas, precedido por entredichos y seguido de ejércitos, sitió en Perusa á Juan Pablo Baglioni (noviembre de 1505). Dejando atrás á su ejército, entró solo en la ciudad con toda su corte; y aquel jefe á quien no habían asustado ni el parricidio ni el incesto, retrocediendo delante de un sacrilegio, no se atrevió á mostrarse criminal hasta el extremo, y se dejó hacer prisionero. Julio arrebató después Bolonia á Juan Bentivoglio, y sin atacar los privilegios ni el gobierno popular de aquella ciudad, le confió á un senado de cuarenta ciudadanos que ha durado hasta este siglo.

Había sido ayudado el papa en esta expedicion por la Francia; pero concibió recelos de esta potencia cuando supo que enviaba un ejército á recobrar á Génova, y sobre todo, cuando se estendió un sordo rumor que anunciaba que Luis XII se proponia bajar á Italia (1507), donde á la cabeza de un gran ejército, con el apoyo de ocho cardenales y treinta obispos y arzobispos, tenia intencion de deponer á Julio II para sustituirle el cardenal Amboise y hacerse coronar emperador. Dirigióse entonces Julio á Maximiliano. Este príncipe, que había ya roto el tratado de Blois, concluido en la Francia, y que ardía en deseos de poseer la corona imperial para devolverla á su hijo, convocó los Estados en Constanza, les representó la ambicion de Luis, y los afectó hasta derramar lágrimas con su elocuencia. Pero en lugar de treinta mil hombres que pedia sólo se le concedieron doce mil, de los cuales apenas se presentaron la tercera parte, y sólo por seis meses. Entonces intimó á los Estados italianos la órden de enviarle los hombres y subsidios que se le debian en semejante caso; pero formulaba pedidos exorbitantes, como emperador que no podia contar sino con recur-

ros de fuera, y que necesitaba tomar á su sueldo á los suizos, ávidos de dinero. En su consecuencia fué mal secundado por todo el mundo. Por otra parte, los venecianos, á instigacion de la Francia, se le opusieron abiertamente (1508), derrotaron sus primeros destacamentos, y le arrebataron los puertos del Adriático. Privado entonces del socorro de los suizos y de los alemanes, le fué preciso volver atrás, con la vergüenza que por lo comun sacaba de sus empresas.

---

## CAPÍTULO V

---

### LIGA DE CAMBRAY.

Venecia habia sacado partido de esta tregua: habiendo salido con ventaja de la guerra contra los turcos, no habiendo tenido que sufrir diez años de hostilidades que habian asolado la Italia, hubiera podido recobrar su esplendor, y sostener la concurrencia con las naciones, que como consecuencia de los descubrimientos nuevos, verificaban una revolucion en el comercio y en la navegacion; pero habiéndose estendido por tierra firme, y aprovechándose de los desastres de todos los príncipes italianos, para aumentar sus posesiones por cualquier medio que fuese, se ganó enemigos por todas partes. La primera liga formada por los príncipes europeos después de las cruzadas, debia ser dirigida contra ella por enemistades y consideraciones personales; triste preludio de un nuevo derecho público.

Luis XII habia cedido por un tratado á Cremona y la Geradadda á los venecianos, que la conquista habia hecho dueños de Bérgamo y Brescia. Pero se habia arrepentido y pretendia en su totalidad el ducado que le habia cabido en herencia. Maximiliano, como sucesor de los emperadores de Alemania, reclamaba á Pádua, Verona y Vicenza, de que Venecia estaba en posesion hacia cierto tiempo; como príncipe austriaco, tenia tambien pretensiones á Roveredo, Treviso y el Friul. La Santa Sede reivindicó á Rávena, Cervia, Faenza, Imola, Rímini y Cesena, territorios que los diversos tiranos habian arrebatado á la Iglesia, César Borgia á los tiranos, y los venecianos á César Borgia. El rey de Nápoles reclamaba á Trani, Brindis, Otranto, Gallípoli, Mola y Polignano, dadas en prendas á los venecianos por Fernando II. El duque de Saboya queria que le devolviesen á Chipre, cuyo título tenia; las casas de Este y Gonzaga, los territorios sobre los que habia dominado en otro tiempo. En fin, la Hungria pretendia re-

cobrar las ciudades de la Dalmacia y la Eslovenia, que dependieron de aquella corona.

Era en realidad una sorda envidia de los reyes contra una república, que no estando gobernada por el genio perecedero del hombre, sino por la sabiduria inmoral del senado, se habia elevado sin gastos de corte y en un corto territorio á la categoría de las primeras potencias. Se atrevia á resistir á Roma, impedía á los franceses permanecer en Lombardia, y á los emperadores pasar los Alpes cuando les agradare (1).

Aunque no poseyese con menos legitimidad que las demás potencias, se pensó en dividirse su territorio; y ya Maximiliano y Luis habian combinado en Blois este punto. La incapacidad del uno y las ocupaciones del otro suspendieron el efecto del tratado. Pero la última expedicion de Maximiliano y la tregua á que se vió obligado, irritaron á aquel emperador, que vió con despecho á sus soldados alemanes llevados en triunfo por Alviano, general de la república. Por otra parte, aunque Luis XII tuvo interés en conservar la amistad de los venecianos para conservar el Milanesado, no le pareció bien que hubiesen concluido aquella tregua en lugar de debilitarse mutuamente, como le hubiera convenido; en fin, el cardenal Amboise creia que la tiara, que nunca pudo conseguir, se le habia escapado de las manos por la oposicion de los venecianos.

---

(1) La baja envidia que excitaba á las potencias se deja ver en el discurso del ministro francés, dirigido á la Dieta germánica. «Nosotros no vestimos púrpura preciosa; nuestras mesas no ostentan vajillas de oro y plata; nuestros cofres no están llenos de oro... Ciertamente, si es impropio de príncipes convertirse en mercaderes, aun es más impropio de mercaderes elevarse á la condicion de príncipes»

Fué el resultado de aquellos odios particulares el que habiéndose avocado Margarita de Austria con el cardenal Amboise, en Cambray (10 diciembre de 1508), con el pretexto de pacificar á los Países Bajos, rebeldes á la autoridad del emperador, y concertar una expedición contra los turcos, concluyeron una liga europea, contra Venecia, como usurpadora, tiránica, provocadora de discordias y culpable de todo lo que se puede imputar peor á aquellos á quien se quiere aniquilar. Se vino en que el rey de Francia mandaría el ejército, y que Julio II, aquel mismo pontífice que quería emancipar á la Italia de los bárbaros, le prepararía el camino con entredichos; que Maximiliano arrojaría al fuego el *libro rojo*, en el cual anotaba las culpas de la Francia para con la casa de Austria, y que, en tregua ó no, intervendría como protector de la Iglesia; que cada pretendiente ocuparía la parte que le correspondía. Cada uno de aquellos á quienes Venecia había hecho temblar, debían asestarle su golpe, y reducirla de esta manera, como decía el lugarteniente Chaumont, á no ocuparse más que de la pesca.

Algo supieron los venecianos; pero Luis XII les aseguró que no se había estipulado nada en perjuicio suyo, y que el rey católico no había tomado parte más que en las negociaciones contra los turcos. Sin embargo, el cardenal Amboise dió prisa á la expedición con su actividad natural, para no dejar tiempo á reflexionar; y él mismo, gotoso como estaba, atravesó los Alpes en litera. Ya había comenzado la guerra sobre el Adda, cuando fué declarada al dux Loredano y á todos los ciudadanos, «hombres infieles y usurpadores violentos.» Lanzó el papa el entredicho sobre Venecia, comprendiendo en él á las autoridades, á los ciudadanos y á todo el que diera refugio á un veneciano (27 abril de 1509), debiendo ser considerados como enemigos del nombre cristiano, y ser esclavos del que se apoderase de ellos.

Encontrábase Venecia espuesta solo á aquel furor amenazador, en el momento en que graves accidentes empeoraban aun su posición. No sólo sus rentas estaban arruinadas por la pérdida del monopolio de los géneros de la India y por la guerra contra Carlos VIII, sino que el fuego prendió al polvorin próximo al arsenal; el rayo derribó la ciudadela de Brescia, diez mil ducados mandados á Ravena se perdieron en un naufragio, y un incendio devoró los archivos. La prudencia de los jefes del Estado se manifestó en medio de tantos desastres, y las riquezas que reunieron se destinaron lo mejor posible.

Venecia, recelosa, confiaba el mando á extranjeros y nunca á nobles de su seno. Hacía mucho tiempo que estaban allí en uso las *milicias provinciales*, debiendo los proveedores en sus respectivas provincias formar una lista de todos los hombres aptos para el servicio, fuese en clase de combatientes, de zapadores ó de conductores de los trenes; y se les pasaba revista una ó dos veces al

mes, llamándolos á las armas en caso necesario. En 1490, llevó allí arcabuceros, y los diseminó por el territorio á fin de que adiestrasen á la juventud en aquella nueva arma, estableciendo ejercicios de fuego y premios. Seguían á las milicias provinciales los *partidarios*, especie de infantería ligera. A los prudentes de segunda clase incumbía velar sobre la milicia terrestre, y siempre iban en el ejército dos proveedores como consejo y freno del general.

De este modo se opuso á la Liga, y también sirviéndose de bandas asalariadas, y aunque el papa detuvo á los capitanes romañoles comprometidos á su servicio por los tratados, pudieron reunir sobre el Oglio un ejército de dos mil cien lanzas, de mil quinientos caballos italianos, de mil ochocientos griegos, de mil ochocientos infantes, y de doce mil hombres de las milicias; era mandado por Nicolás Orsini, conde de Pitigliano, y por el gobernador Bartolomé de Alviano, dos de los mejores capitanes de la época. Pero no sabiendo abandonar la señoría sus recelosas desconfianzas, aun en las circunstancias más críticas, ponía trabas á los movimientos de los generales. Llevaron la guerra á la Geradadda; bien inspirados si hubieran podido aguardar que los franceses hubiesen desfogado el primer ardor que los hace más que hombres, para convertirse después en menos que mujeres: en lugar de obrar de esta manera aceptaron la batalla en Agnadellos. Luis XII peleaba en persona, diciendo: *¡Que los que tengan miedo se coloquen detrás de mí!* Viendo la Tremouille que cedían los suyos, exclamó. *¡Muchachos, el rey os ve!* para hacer que se precipitasen sobre el enemigo con nueva impetuosidad. Los italianos concluyeron por sucumbir, á pesar de todo el valor que desplegaron, y el mismo Bartolomé de Alviano fué hecho prisionero. Inmediamente Caravaggio y Bérnago se rindieron, después Brescia, Crema, Cremona, Pizzighittone y la misma Pescara. Los aliados de la Francia, que habían titubeado hasta entonces en declararse, acudieron cuando la victoria no era dudosa; y Mantua, Ferrara, los españoles y los pontificios, se apresuraron á porfía á arrancar cada uno un pedazo de la república destruida. Llegado Luis XII á Fusine, hizo disparar de quinientas á seiscientas balas contra la reina del Adriático, «para que se pudiese decir en lo futuro que el rey de Francia había bombardeado la indomable ciudad de Venecia» (BRANTOME).

Esta pareció próxima á perecer; y el desaliento invadió los ánimos. «Vése á los proveedores, abatidos, atacados de cierto letargo, bostezar cien veces al día y estirar los miembros, como si estuviesen amenazados de la fiebre, y no conservando ya la habitual altivez de su alta posición, se muestran en extremo humildes y familiares con personas indignas de semejante familiaridad. No se sabe en este apuro cómo remediar tamañas adversidades, hasta tal punto se halla abatida la ciudad y aterrado y confuso el gobierno. Algunos nobles vene-

cianos me han dicho ya, abrazándome y llorando: *Querido Porto, no seréis en adelante de los nuestros*. Y queriendo tributarles el acostumbrado respeto, me dijeron: *No hagais tal, pues todos somos compañeros en un mismo poder é iguales*. La fortuna los habia puesto en el caso de no atreverse á considerarse señores ni á llamar serenísimo á su dux. Otros, de mayor categoría aun, van con frente abatida por la triste ciudad interrumpiendo á cada instante su paso, que es unas veces apresurado, otras lento; ya abrazan á éste, ya á aquél, dispensan algunas acogidas desproporcionadas, y acarician á la gente; todo lo cual prueba, no amor, sino temor desmesurado. Efectivamente, toda Venecia en diez dias ha cambiado de aspecto, convirtiéndose de alegre en angustiadísima; y además de que muchas mujeres han renunciado á llevar sus soberbios trajes, ya no se oye durante la noche en las plazas y los rios ninguna clase de instrumentos, cuando tanta abundancia de ellos suele divertir en tal estacion á los habitantes de esta ciudad. Los venecianos están tan poco acostumbrados á semejantes golpes, que temen perder hasta la misma Venecia; no calculando su inexpugnable situacion, muchos que tienen naves las aprecian más que antes, y otros que carecen de ellas, hablan de adquirirlas, quizá para hacer lo que se dice ejecutó Eneas. Tan grande es el temor que se ha apoderado de sus corazones (2).

Y habia motivo para ello. El tesoro se hallaba exhausto, no habia ejércitos y era indispensable una escuadra para oponerse á la que los franceses armaban en Génova. Además, en el interior gran número de nobles escluidos de los empleos, y multitud de extranjerios urdian conspiraciones; las ciudades de tierra firme, en las que renacian las facciones güelfa y gibelina, se apresuraban á libertarse del pillaje asegurándose una capitulacion; y el leon de San Marcos veía muchos capitanes desertar de su estandarte (3).

(2) *Cartas históricas de LUIS DE PORTO.*

(3) Mayo 17 de 1509. «Era la época de la Sensa, pero todo el mundo lloraba; no acudió á la feria casi ningun forastero; no se veia á nadie en la plaza; los padres del colegio estaban desesperados y más nuestro dux, que no hablaba y estaba triste y como muerto. Se propuso por todos, como último recurso, enviar al dux á Verona, para alentar á los nuestros y á la gente, y auxiliarnos de cerca, el cual llevaria en su compañía y á sus expensas quinientos nobles. Pero aunque se hablaba de ello en la plaza y en los bancos del Senado, los individuos del colegio no quisieron tomar parte ni el dux se ofreció á ir. Se decia á sus hijos, y éstos contestaban: *El dux hará lo que quiera la ciudad*. Sin embargo, está mas muerto que vivo... Son dias malos; vemos nuestra ruina y nadie pone á ella remedio. Pluguiera á Dios que se hubiese adoptado la medida que yo propuse para el caso de que entrase Savio en las Ordenes, lo cual no verificó, y me arrepiento de haberle disuadido de verificarlo, á saber: mandar á tomar cinco ó seis mil turcos, y enviar un secretario ó embajador al gran señor; mas ya es tarde. Se duda que haya viveres en esta ciudad, por lo cual

No desesperó, no obstante, el senado. Ocupándose en llenar las arcas con ayuda de empréstitos y ofrendas patrióticas, pensó en fortificar y aprovisionar á Venecia; relevó á los súbditos de tierra firme de su juramento de fidelidad, permitiéndoles tratar con el enemigo segun acomodase á sus intereses, con orden á los capitanes de evacuar las plazas y reunirse. Más esperaba Venecia del tiempo que de aquellas tropas desanimadas, de las prácticas secretas, y de la esperiencia fatal de las poblaciones, persuadida de que elementos tan diversos no podian permanecer mucho tiempo unidos, y se despojaba casi voluntariamente de lo que escitaba la envidia, como se arroja la bolsa al saltador que os persigue. Las ciudades que hubieran maldecido su soberania, si se hubieran visto precisadas á sufrir los males de un sitio, la echaron de menos desde que experimentaron un yugo mayor (4). Resultaba gran daño para los pequeños mercaderes de la interrupcion de las relaciones comerciales entre las provincias y la metrópoli, de tal manera, que apenas perdieron á San Marcos, cuando se encontró echado de menos por todos.

Los nobles venecianos, que hasta aquel momento no habian peleado sino en el mar, fueron entonces á unirse al ejército de tierra, y seiscientos catorce caballeros levantaron tropas á sus espensas: el mismo Bayaceto habia ofrecido socorros á Venecia; pero no quiso á los turcos por auxiliares. Habiendo llegado Antonio Justiniani á través de los mayores peligros á presentarse á Maximiliano, procuró conmovle con palabras de sumision y promesas; pero aquel príncipe, que hasta entonces no habia hecho nada, se empeñaba en la completa destruccion de Venecia, queriendo que la misma ciudad fuese ocupada y dividida en cuatro jurisdicciones, entre las cuatro potencias aliadas. Por lo demás se daba importancia de gran político; no revelando sus proyectos á nadie, y de gran guer-

conviene pensar en mandar por trigo y aumentar la escuadra, á fin de que la vía marítima quede abierta, y por último, es necesario armar algunas galeras ligeras.» MARIN SANUTO.

(4) «Los alemanes propenden á robar y saquear el pais, y se ven y sienten cosas admirables y sin ejemplo; de manera que en el ánimo de estos campesinos se ha despertado tal deseo de morir y vengarse, que se han vuelto más obstinados y furiosos contra los enemigos de los venecianos, que lo que eran los judios contra los romanos; diariamente sucede que uno de ellos, reducido á prision, se deja matar por no negar el nombre veneciano. En la tarde de ayer compareció uno ante este obispo (de Trento, gobernador de Verona en nombre de Maximiliano), que dijo era de la Marca, añadiendo que como tal queria morir, y que perdiendo aquel carácter aborrecia la vida. En vista de esto, el obispo le mandó ahorcar; y ni promesas de salvarle ni otra ninguna, le pudieron hacer renunciar á aquella opinion. De suerte, que bien considerado todo, es imposible que los reyes conserve esta comarca viviendo estos aldeanos.» MAQUIAVELO, *Legasa Mantova*.

rero, conduciendo sus tropas por el país que los esfuerzos de los demás le habían hecho recobrar.

Pero Vicenza, imperial como era, y la misma Padua, cuya nobleza se había levantado en favor del César, se indignaron de permanecer bajo el dominio de una nación distante y bárbara (5), que imponía á sus queridos súbditos intolerables contribuciones por las guerras pasadas y futuras, y cuyas maneras toscas y soldadescas contrastaban con la afabilidad italiana. Levantó, pues, Padua el estandarte del león, lo que fué un primer paso hácia el restablecimiento de los negocios de la república. Acudió Maximiliano con un ejército sin orden y sin obediencia, que dejaba tras sí horribles huellas, y llevaba hasta perros enseñados á coger y destrozár á los hombres. Seiscientos vicentinos refugiados en una gruta llamada el Covoletto de Masano, fueron sofocados allí. Después Maximiliano sitió á Padua (6) con cien mil soldados entre alemanes y franceses, pagados con el fruto del saqueo y sostenidos por la esperanza de un botín más rico; había además una artillería de doscientos cañones, de tan gran calibre, que algunos no podían montarse. El mismo peleó con valor; pero ignoraba la constancia, y no podía satisfacer á la vez las pretensiones de sus caballeros y las de los señores franceses. Un día envía la orden á la Palisse de hacer que sus hombres de armas echasen pié á tierra para ir á la brecha con los lansquenetes; pero Bayardo hizo esta reflexion: «¿Es acaso razonable poner en peligro á tanta nobleza con peones, de los cuales el uno es zapatero, y el otro herrador, el otro panadero, y gentes obreras, que no estiman tanto su honor como los caballeros? El emperador tiene bastantes condes, señores y caballeros de Alemania, para hacerlos echar pié á tierra con las gentes de armas de Francia, y con mucha voluntad les enseñarán el camino; y luego sus lansquenetes los seguirán, si conocen que no pueden.» Tal fué el parecer del caballero sin mie-

do y sin tacha, el cual fué seguido. Pero los caballeros alemanes no querían tampoco más que los franceses esponerse en medio de la canalla á pié, de modo que Maximiliano se vió obligado á retirarse. Así es, que aunque la escuadra veneciana que sitiaba Ferrara, hubiese sido destruida en Pollicella, y el conde de Pitigliano alma de aquella, guerra murió (1510), las cosas tomaron mejor sesgo.

En efecto los manejos de los venecianos habían adelantado más con los otros aliados. Habiendo recobrado el rey Luis XII todo lo que asignaba la convencion de Cambray, pensaba en abandonar la Italia, donde hubiera visto con sentimiento echar raíces al Austria. No tuvo ya motivos de enemistad Fernando desde el momento en que se le entregaron las ciudades que se habían conservado en rehenes en la costa napolitana. Opúsose pues á que se sitiase á Venecia, alegando que no se habían aliado más que para quitarle sus posesiones de tierra firme, pero en realidad porque deseaba que la guerra se dilatase, con el objeto de que Maximiliano no pudiese mezclarse en la tutela del jóven Carlos. La república ofreció al papa dejarle todo lo que tenía en Romaña, á condicion solamente de que les diese la absolucion; y Julio II se prestó á conciliar las diferencias al mismo tiempo que levantó el entredicho (7). Queriendo después gobernar y no ser gobernado, volvió al proyecto que sólo la venganza le había hecho abandonar, de libertar á la Italia de los bárbaros. Como despreciaba á Maximiliano, y temía al rey cristianísimo, trató de indisponerlo con Enrique VIII, que había ascendido últimamente al trono de Inglaterra; pero no pudo conseguirlo. Reclamó los once millones que el cardenal Amboise había dejado al morir, como procedentes de beneficios eclesiásticos, y debiendo por este título volver á la cámara apostólica, dió á Fernando la investidura del reino de las Dos-Sicilias, sin consideracion á las pretensiones de la Francia; dirigiendo después sus miradas hácia las montañas de la Suiza, desde donde la Lombardia está acostumbrada á ver rodar sobre ella avalanchas de nieve

(5) Véanse las *Cartas* de LUIS DE PORTO.

(6) Este sitio está descrito con estension en la *Historia del Buen Caballero*, llamado por otro nombre Bayardo. «Desjá estoit bruiet par tout le camp que l'on donnoit l'assault á la ville sur le midy, ou peu après. Lors eussiez vue une chose merveilluse; car les prestres estoient retenuz à poix d'or à confesser, pource que chascun se vouloit mettre en bon estat; et y avoit plusieurs gens d'armes qui leur baillioient leurs bourses à garder; et pour cela ne fault faire nulle doucte que messeigneurs les curez n'eussent bien voulu que ceulz, dont ils avoient l'argent en garde, fussent demourez à l'assault. D'une chose veulx bien adviser ceulz qui lysent cette histoire, que cinq cents ans avoit qu'en camp de prince ne fut veu autant d'argent qu'il y en avoit là; et n'estoit jour qu'il ne se desroblast trois ou quatre cents lansquenetz qui emmenoient beufz et vaches en Almaigne, lictz, bleds, soyes à filer, et autres ustensiles: de sorte que audit Padouan fut porté dommage de deux millions d'escus, qu'en meubles, qu'en maisons, et palais bruslez et destruits.

(7) «Antonio Grimani había sido vencido en Lepanto, y la república le condenó á llevar grillos. Su hijo Vicente no quiso que otro le tocara, y él mismo se los puso, no volviendo á separarse de su lado. Después de cumplir el tiempo de la prision, fué privado de su dignidad y desterrado; pero Antonio huyó del punto de su destierro y se refugió en Roma junto á su hijo, que era cardenal. Allí, no cesando nunca de amar á su ingrata patria, trabajó con arduo á fin de alejar á Julio II de la fatal liga. Venecia arrepentida le devolvió la patria y los honores, y le eligió dux á la edad de ochenta y cinco años. Al verificarse la inauguracion se arrodilló, y quitándose la gorra se encomendó á Dios para que le guiase en la difícil senda. Un día, mientras subía al bucentauro, dijo: *Aquí mismo me fueron puestos los grillos, y ahora soy dux.* Vicente no dejó ya nunca el vestido de luto.» M. SAMEDO, *Diari manoscritti*.

y de mercenarios, trató con Matías Scheiner, obispo de Sion, á quien hizo cardenal, y que se comprometió á proporcionarle seis mil soldados para defender á la Iglesia de cualquier enemigo que fuese.

Hércules de Este, que engrandeció á Ferrara y acogió allí á los literatos, habia estado en guerra con Venecia por las salinas de Cervia que habia abierto. Su hijo Alfonso (1505-1534) se habia casado con Lucrecia Borgia, por quien el papa Alejandro VI, redujo á ciento los mil ducados que éstos pagaban á la Iglesia. Después entró en la liga de Cambray; pero como permanecia fiel á la alianza francesa, Julio II le puso pleito con respecto á aquellas mismas salinas, y despues le declaró escomulgado y depuesto. Comenzó al momento las hostilidades, y él mismo marchó á la cabeza de las tropas contra el duque de Este, impaciente de toda dilacion, esponiéndose, aunque octogenario, á la nieve y al fuego, dirigiendo las baterias contra la Mirandola, adonde entró por la brecha, repitiendo: *¡Ferrara, Ferrara, cuerpo de Dios no te escaparás!* Pero Alfonso no se dejó intimidar: empleó sus alhajas y las de su mujer para no sobrecargar al pueblo, y se sostuvo con constancia y moderacion contra el papa, que sin embargo no se araució nunca.

Procuraba Julio II al mismo tiempo hacer que se rebelara Génova contra los franceses, que precisados á llegar á las manos, volvieron á tomar á Bolonia y dispersaron las tropas del Pontífice. Reunidos los prelados franceses en Tours, autorizaron á Luis XII para que rechazase con las armas los ataques del jefe de la religion, y apelaron de sus entredichos al concilio general. Encendióse, pues, la guerra entre la Francia y la Santa Sede: pero como era dirigida contra el poder pontificio muchas personas tenian escrúpulos, sobre todo la reina; y en su consecuencia el mariscal Trivulzio no podía obrar con seguridad. El mismo Luis XII pedia perdón al papa, contra quien peleaba; pero, no pudiendo conseguir el calmarlo, convocó un concilio para declarar nula su eleccion, é hizo acuñar una medalla, en la cual estaban inscritas estas palabras: *Perdam Babylonis nomen*.

Después del concilio de Basilea, resonaba la Alemania con quejas contra Roma, contra la ignorancia y avaricia de los legados y prelados, la venta de las indulgencias, las annatas y las expectativas. En su consecuencia, el emperador, como protector de la Iglesia, convocó un nuevo sínodo en Pisa. bajo la proteccion de los florentinos, que debilitados con la última guerra, habian permanecido neutrales, aunque se inclinaban á la Francia. Indignóse Julio II al ver ultrajada en su persona aquella dignidad de la que habia tenido tan elevada idea; y el entredicho que fulminó, hizo que pocos prelados se reunieran; fueron además ultrajados por el pueblo, tanto en Pisa como en Milan, á donde se trasladaron después.

Aquel singular pontífice, tan superior á las con-

sideraciones personales como á los intereses de familia, no sabia ceder en nada de lo que él creia ventajoso á la Santa Sede. Habiendo obtenido satisfaccion de los venecianos, encontraba imperdonable que otros persistiesen en una guerra provocada por él con aquel objeto. Organizó, pues, una liga que se llamó *liga santa* (5 octubre de 1511), porque tenia por objeto impedir el cisma y restituir Bolonia á San Pedro: en aquella liga entraron Venecia, el rey Fernando, que esperaba encontrar en ella una ocasion de adquirir la Navarra española, y además, el rey de Inglaterra, que contaba recobrar la Guiena. Los suizos, á quienes Luis XII habia irritado diciendo que no queria asalariar rústicos, acudieron hasta las puertas de Milan robando el pais. Continuaba el Friul siendo asolado por las bandas imperiales. Irritado el papa contra Florencia por el concilio, se esforzó en derrocar al gonfalonero Soderini y al partido popular; dejó, en su consecuencia, al cardenal de Médicis, su legado, intrigar para el restablecimiento de su familia.

Los confederados tenian á su cabeza al catalan Raimundo de Cardona, virey de Nápoles, y á sus órdenes á generales de gran reputacion, tales como Pedro Navarro y Fabricio Colonna; el ejército pontificio estaba mandado por el legado Juan de Médicis, que tenia á sus órdenes á Marco Antonio Colonna, á Juan Vitelli, á Malatesta, á Paglioni y á Rafael de los Pazzi, capitanes de los más afamados. Prosperaban las armas francesas bajo el mando de Gaston de Foix, duque de Nemours, que gran capitan, casi antes de haber sido soldado, héroe para los franceses y azote para los italianos, habia, en tres meses, conseguido la victoria en cuatro batallas; peleaba sin loriga en honor de su dama, con la camisa por fuera, desde el codo hasta la manopla.

Bolonia fué defendida; pero habiéndose rebelado Brescia, cansada de las vejaciones de los franceses, y destrozada por los bandos de los Gamba y los Avogadro, se rebelaron con ella los países vecinos, y por lo tanto aquéllos la atacaron. Defendieronse los habitantes con valor, y el caballero Bayardo fué herido en la brecha (10 de febrero de 1512); furiosas sus gentes, redoblaron sus esfuerzos para vengarle, y habiendo entrado en la plaza la saquearon é inundaron de sangre, sufriendo los valientes el suplicio de los traidores. Bayardo fué conducido á una casa, cuya señora se postro ante él, ofreciéndole cuanto poseia, con tal que salvase su honor y el de sus dos hijas; él se lo prometió, añadiendo que era una persona de noble condicion, incapaz de causarle ningun perjuicio. Aquella señora le dispensó durante su larga enfermedad todo género de cuidados, en agradecimiento de los insultos que él le ahorra; y cuando Bayardo, ya curado iba á ponerse en marcha, la noble dama le ofreció una cajita llena de dinero, como precio del rescate que él podia exigirle por no haber saqueado la casa, ni violado á las

mujeres que la habitaban: ¡tales eran las relaciones de la Italia con sus vencedores! Pero Bayardo, sabedor de que contenía 2,500 ducados de oro, le dijo que llamase á las dos jóvenes, ambas hermosas y bien educadas, las cuales mientras duró la enfermedad del buen caballero, le habían divertido cantando, leyendo y tocando el laud y la espineta; enseguida, después de manifestarles su gratitud por tan delicadas atenciones, puso mil ducados en el delantal de cada una, y el resto lo repartió entre los pobres monges de la ciudad, que habían sido víctimas del saqueo. Aquellas mujeres, llorando y dándole gracias, le regalaron dos brazaletes y un bolsillo trabajado por ellas; luego se despidieron del caballero deseándole las mayores felicidades.

Se estimó en 3,000,000 de escudos (72,000,000 de francos) el botín cogido á la infeliz Brescia (8), y muchos franceses, que merced á él se enriquecieron, sólo pensaron en restituirse á sus casas. Este resultado hizo desastrosa aquella victoria.

La sangrienta batalla de Rávena (1512), en la que pereció Gaston de Foix, fué aun más funesta. La mayor parte de los franceses se fugaron cuando el general fué herido de muerte, aunque ya doce mil españoles yaciesen en el campo de batalla, y que ilustres personajes, tal como el marqués de Pescara, Fabricio Colonna, Pedro Navarro y el mismo legado, Juan de Médicis, hubiesen caído en poder de los franceses: Luis XII contestó á los que le felicitaban: *Desead semejantes victorias á mis enemigos.*

Los caballeros estaban acostumbrados hacia tiempo á pelear con poco riesgo de su vida, cubiertos de hierro, juntamente con su caballo; y ejercitándose en el uso de las armas desde sus primeros años, se encontraban superiores sin comparación á la multitud de los villanos que les atacaban á pié y con picas. Si alguna vez éstos, merced al número, lograban vencerlos, aun después de derribarlos no les daban muerte, contentándose con un grueso rescate. Ahora bien, las armas de fuego introducían en esto un gran cambio, y si bien eran aun imperfectas, la bala de un cañon y la honda de un plebeyo podían herir al primer héroe ó á un hijo de Francia. Los italianos empleaban ya las piezas de artillería; pero en mucha cantidad y ligeras, parece no se conocieron hasta

la expedición de Carlos VIII. En la batalla de Fornovo sirvieron muy particularmente á este príncipe para rechazar á los estradiotas, y el terror causado por ellas salvó la vanguardia francesa. El cañon se empleó con más utilidad que nunca en la batalla de Rávena, una de las pocas en que la táctica influyó más que el valor personal, y algunas culebrinas puestas delante acertadamente, por consejo de Bayardo, dispersaron á los hombres de armas de Fabricio Colonna, matando, si creemos al cronista, hasta treinta y tres de un solo tiro. En la batalla de Mariñan, todos los esfuerzos de los suizos se dirigieron contra la artillería francesa, que protegía á los lasquetetes y á los hombres de armas. En la de Pavia, Francisco I, habiéndose adelantado demasiado, fué causa de que sus cañones suspendiesen el fuego para no herirle, ocasionando de este modo la derrota de su ejército. Pero en general, las armas de fuego se mejoraron poco en aquellas guerras, que se cuidaban más de sitios, astucias, sorpresas de todas clases, que de dar batallas y asegurar la victoria. Además de la imperfección de los nuevos instrumentos, los caballeros despreciaban altamente las bocas de fuego, juzgándolas armas propias de cobardes, que acababan con el verdadero valor. Así opinaba naturalmente Bayardo, pues veía á sus mejores héroes heridos por ellas, ignorándose quién fuese el agresor: esto hacía que no diese cuartel á ninguno de los que caían en sus manos provistos de tales armas.

La Palisse, que reemplazó á Gaston en el mando, no tenía ni la misma rapidez ni la misma habilidad guerrera, y no inspiraba tampoco á los soldados la confianza, que es la mitad de la victoria. Sin embargo, el legado prisionero fué recibido en Milan con respeto, y los soldados se apiñaban en su derredor para obtener la absolución, bajo la promesa de no pelear contra la Iglesia. La convocatoria del concilio de Letran por el papa, hacía el cisma más inevitable que nunca, el rey de Inglaterra amenazaba las costas de Francia; una partida de suizos entró en Lombardia proclamando á Maximiliano Esforcia, hijo de Ludovico el Moro, que no disgustó á los potentados ver duque, porque escluía á los extranjeros. Pero para recobrar al ducado, tuvo que desmembrarle; y además de las enormes contribuciones exigidas por los suizos, los tres cantones montañeses conservaron á Bellinzona. Ya la Confederación helvética dominaba en las baillías de Lugano, Locarno y Val Maggia, los grisones en la Valtelina; el papa estaba en posesión de Mántua, Parma y Plasencia, como precedente de la herencia de la condesa Matilde. Para recompensar Esforcia á sus antiguos amigos, cedió además otras porciones de territorio, como Lecco á Gerónimo Morone, Vigevano al cardenal de Sion, Rivolta y la Geradadda á Oldrado Lampugnano. Vióse además precisado á imponer enormes y arbitrarias contribuciones á sus súbditos para satisfacer á los extranjeros, á quienes son-

(8) Juan Jacobo Martinengo, uno de los que mostraron más ardor en la sublevación de Brescia, dejó un relato de ella, donde se leen las siguientes palabras: «Ahora, queridísimos hijos míos y descendientes, os recomiendo, por la obediencia á que estais obligados respecto de mi persona, que en ningún tiempo imiteis mi conducta en este particular, poniendo la vida y la hacienda al servicio de los reyes; pues obrando así, hay mucho que perder y poco que ganar; en atención á que los príncipes son remuneradores liberalísimos mientras se trata de palabras, pero en llegando á los hechos sucede todo lo contrario. Si no atendiéreis á lo que os digo lo sentireis antes de mucho.»

reía la idea de hacer odioso el gobierno nacional. Bolonia fué tomada, y el papa titubeó si debía destruirla; habiendo renovado Génova su independencia, declaró dux á Juan Fregoso, y Alfonso de Este fué en persona á presentar sus excusas al papa.

Manteníase Florencia tranquila, y en la línea de sus deberes, mas no por eso evitó el ataque. Marchó Raimundo de Cardona contra ella, declarando que respetaría sus propiedades y las franquicias de la ciudad si consentía en arrojar á Soderini y en recibir á los Médicis. Podía salvarse ofreciendo dinero, móvil unico de aquellos capitanes, pero recurrió á los razonamientos como si se admitiesen en medio del estruendo de las armas. Soderini, escelente patriota, más bien que hombre de energía, titubeó y no hizo preparativos de guerra. Prato, donde un cuerpo asalariado de guerra, fué tratado con la más atroz barbarie, y la matanza fué horrible (9). Luego una asociacion de jóvenes, que acostumbraban á reunirse en los jardines de Rucellai, hizo arrojar á Soderini, y recibir en Florencia á Julian de Médicis, hijo tercero de Lorenzo el Magnífico. (2 setiembre de 1512). Enorgullecidos los antiguos dominadores con la victoria, y extranjeros ya por el destierro, no tardaron en conseguir la mejor parte. Las leyes dadas después de su espulsion fueron abolidas; constituyóse una oligarquía estrecha; destruyóse la ordenanza; los antiguos piagnoni fueron escluidos de todos los empleos, y Florencia, después de haber pagado liberalmente á los españoles, entró tambien en la santa liga.

Cuatro naciones extranjeras saqueaban alternativamente, ó más bien á porfía, el hermoso país, cuyo territorio pisaban. Pero los franceses dividían el botín con aquellos mismos á quienes se lo habian arrebatado (10), y seducían á las mujeres en lugar de violarlas. Sordos los españoles á la piedad, como hombres acostumbrados á matar moros y americanos, no se dignaban dirigir la palabra al vencido, considerándole como decaído de su dignidad de hombre; orgullosos los suizos y los alemanes con su fuerza, toscos y brutales, buscaban el deleite sensual y no el amor, dinero y no palabras. Sin embargo, la pobre Italia, precisada á considerar á sus opresores como á libertadores; y abandonándose al error de costumbre de tomar por libertad un cambio de amo, se insurreccionó contra los franceses, y asesinó por

pequeños destacamentos á aquellos á quienes no le era ya dado hacer frente en batalla campal.

Amenazaba, pues, un tiempo borrascoso á Francia; y ya Enrique VIII entraba en el Artois, mientras que Fernando invadía la Navarra y los suizos la Borgoña. Pero las opuestas pretensiones de los confederados se reanimaron desde que fueron victoriosos, y cada uno de ellos consiguió el objeto por el cual se habia reunido á los demás. Pudo entonces Luis XII esperar algo de los aliados, aún de aquellos que acababan de pelear contra él.

**Muerte de Julio II.**—Sólo Julio II le guardaba rencor; y distribuyendo el castigo y la alabanza, trasladaba al rey de Inglaterra el título de cristianísimo, con la corona de Francia, é incitaba contra él á los suizos, á quienes se proponía convertir en barrera de la Italia, después de haber expulsado á los bárbaros; pero la muerte le sorprendió en este estado (21 de febrero de 1513). En el delirio de su agonía, se le oía repetir: *¡No más franceses en Italia!* Si sus acciones no hubiesen sido dirigidas más que por aquella idea, hubiera merecido bien del país. Se habia mostrado, por otra parte, digno de gobernar un Estado más grande, por la intencion de sus miras, su abnegacion con respecto á los intereses domésticos, y su respeto hácia la libertad de las poblaciones.

Sucedíole su legado, Juan de Médicis, bajo el nombre de Leon X, y encontró un tesoro de trescientos mil florines, que pensó gastar, no en guerras, sino en magnificencias. Joven y generoso, consumió una tercera parte sólo en las fiestas de su inauguracion. Ocupóse al momento en consolidar su familia en Florencia, cuyo arzobispado con el capelo de cardenal le concedió á Julio de Médicis su primo. Habiendo estallado una de esas conjuraciones que proporcionan al gobierno el enfrenar más y aguijonear con la espuela, dejó á dos de los jefes subir al cadalso (11), é hizo perdonar á los demás, entre los cuales estaba Maquiavelo.

Disponíase Luis XII á reparar sus pérdidas en Lombardia, y siendo en efecto acogido por todas

(11) Lucas de la Robbia, sobrino del pintor que asistió á Pedro Pablo Boscoli en sus últimos momentos, hizo una relacion que afecta de su infortunio y del de Agustin Capponi (1512). Boscoli le decia: «Por favor, Lucas, quitadme á Bruto de la cabeza, con el objeto de que dé este último paso como buen cristiano.» El fraile que le asistió se espresaba tambien en estos términos, dirigiéndose á Lucas: «Con respecto á lo que me habeis dicho esta noche, que tengo que recordarle que las conjuraciones no son nunca permitidas, sabed que santo Tomás hace esta distincion: ó los pueblos han colocado el tirano á su cabeza, ó es por fuerza, de repente, y á despecho del pueblo que reina. En el primer caso, no es lícito conjurarse contra el tirano; en el segundo, es cosa meritoria.» Tampoco esta vez el liberalismo pensaba como Maquiavelo. Véase *Archivio Storico*, tomo I.

(9) Tres descripciones de aquel saqueo se imprimieron en el *Archivio Storico*, tom. I, 1842; y las inhumanidades de los españoles exceden á todo encarecimiento.

(10) «El carácter de los franceses es envidiar el bien ajeno, y prodigarlo al mismo tiempo que el suyo. El francés robará con el aliento para comer, para desperdiciar lo que coja, y disfrutar con aquel á quien haya robado. El carácter del español es enteramente opuesto; no veis nunca nada de lo que os ha robado.» MAQUIAVELO.

partes con entusiasmo, recobró á Génova y el Milanesado. Este último país había estado bajo el yugo de los suizos, que, temibles como soldados, pero no como nación, apenas pasaron los Alpes, cuando conocieron la manía de las conquistas. Aquellos montañeses se atrevieron á creer que su país debía comprender una parte de la Suabia, la Alsacia, el Tirol y el Milanesado, lo que hubiera hecho que llegaran hasta el Mediterráneo, sino más felices, tal vez más poderosos. De todos modos les faltó unidad; y la corrupción causada por el dinero extranjero (12), como también las discordias religiosas, pronto los enervaron.

Ellos solos se habían encargado de sostener á Esforcia en el ducado: habiendo vuelto en mayor número, hicieron sufrir á las tropas francesas en Novara la mayor derrota que experimentaron (15 de junio de 1513). Al momento se evacuó la Lombardia, el Piamonte, y la misma Génova quedó libre. Pero el rey católico continuó haciendo una guerra mortífera á los venecianos, que, además de la derrota de Alviano, vieron un incendio causado por la casualidad devorar la parte más comerciante de la ciudad, y destruir en una noche un valor igual á lo que les habían costado cinco años de guerras.

Ciertamente que los pueblos debían estar cansados de tanto sufrir, y los reyes de imponerles tantos tormentos. Por otra parte, Leon X, menos apasionado que su predecesor, veía que el engrandecimiento de los austriacos en Italia sería ruinoso para la península y particularmente para la Santa Sede (13), y su único deseo era fundar un principado secular en el Pó para su hermano Julian. En su consecuencia se unió al rey cristianísimo (1514), y aquel príncipe renunció al conciliábulo de Pisa, se reconcilió con Fernando, abandonándole la Navarra, obtuvo la paz de los suizos, y tomó por mujer á Maria, hermana de Enrique VIII, engañando siempre descaradamente por su versátil suegro Fernando. Maximiliano, á quien el papa quiso en vano conciliar con los venecianos, se empeñó en una guerra desastrosa y sin ningun resultado.

En medio de aquellos arreglos, murió Luis XII (1515) muy sentido de su país (14), por cuyo inte-

rés había emprendido las guerras de Italia. En efecto, si hubiese dejado subsistir las pequeñas potencias de la península itálica, al fin le hubieran anonadado. Si no se hubiera unido á Alejandro VI, estas potencias se hubieran aliado al pontífice, y de concierto le hubieran aniquilado. Si no hubiese reclamado el concurso de Fernando, no hubiera podido conquistar á Nápoles, y habría sucumbido á los esfuerzos del papa. Si se hubiese decidido á vivir en Nápoles, hubiera perdido este reino y la Francia. Pero se mostró para con los italianos pérfido, sin política y ambicioso sin capacidad; introdujo un cisma en la Iglesia; tuvo diez años en una fortaleza á su rival Ludovico el Moro; provocó la liga de Cambray, é hizo la guerra con crueldad, sin haber no obstante conseguido su objeto.

**Francisco I en Italia.**—Francisco I, que le sucedió, se hizo, cuando su coronación de Reims, proclamar por el heraldo, duque de Milan, y apresuró los preparativos de una expedición, al mismo tiempo que negociaba para obtener la paz. Concluyóse con el Austria y la Inglaterra, pero no pudo atraer á los suizos á su partido. Se entendió, pues, con los venecianos, y se puso en marcha con el mejor ejército que nunca había pasado los Alpes. Componíase de dos mil quinientas lanzas, de quince mil hombres, veinte y dos mil lansquenetes, llamados bandas negras, ocho mil aventureros franceses, seis mil gascones, tres mil zapadores y setenta y dos piezas de artillería de grueso calibre. Pedro Navarro, que había introducido el uso de las minas y se alababa de que ninguna fortaleza se le resistía, había sido hecho prisionero en la batalla de Rávena: no habiendo podido obtener de Fernando el precio de su rescate, entró al servicio de la Francia, y mandaba á los gascones. Con aquel ejército volvía Bayardo, guerrero de gran fama, que nunca mandó en jefe, aunque es cierto que ningun general quiso emprender nada importante sin el socorro de su brazo y de sus consejos; le agradaba mejor el pelear donde le convenía, y afrontar el peligro sin ser detenido por ningun lazo en ningun puesto designado (15).

El *general tonsurado*, como se llamaba al cardenal de Sion, enemigo mortal de los franceses, incitaba á los suizos á conservar á Milan, á Esforcia, su hechura é instrumento. Fortificaron, pues, los pasos de los Alpes, y los demás confederados siguieron su ejemplo; pero Francisco I, inclinándose al consejo del anciano Trivulzio, desembocó por el valle de la Estura; y el caballero Bayardo cayó de tal manera de improviso sobre el enemigo, que hizo prisionero en la mesa á Próspero Colonna, el mejor de los guerreros italianos. Los milaneses permanecían espectadores sin hacer ningun movimiento, con la engañosa esperanza de recobrar su independencia al fin de la lucha empeñada entre los dos amos. Gerónimo Morone, minis-

(12) M. May (*Historia militar de la Suiza*, tom. IV, sección 59) demuestra que los suizos ganaron cien millones de francos en las guerras en que tomaron parte hasta 1514.

(13) Deben leerse, sobre las condiciones políticas de aquella época, las cartas confidenciales entre Maquiavelo y Vettori, viejos zorros ambos; sobre todo las de julio y agosto de 1513.

(14) P. L. Roederer juzga, en su obra titulada *Luis XII y Francisco I, 6 Memorias para servir á una nueva historia de su reinado* (Paris, 1825), á los diferentes escritores que han hablado de aquellos dos reyes. Pretende demostrar: 1.º que las guerras de Luis XII en Italia fueron bien concebidas, mejor dirigidas y no sin resultado: 2.º que su gobierno interior revela el plan más sabio y generoso que ha entrado nunca en la cabeza de un rey.

(15) BRANTOME, *Vidas de los capitanes franceses*.

tro de Esforcia, procuraba escitar el ardor patriótico y suplir con su actividad la insuficiencia de su príncipe.

**Batalla de Marignan.**— Llegaron los suizos y los franceses á las manos en la batalla de Marignan. Fué tan terrible el choque, que Trivulzio, aquel veterano del ejército que había asistido á diez y ocho batallas, dice que eran batallas de niños, comparadas con aquel combate de gigantes. Los *domadores de los príncipes* se vieron domados, por que veinte mil suizos fueron muertos. El rey Francisco I quiso ser armado caballero en el campo de batalla por mano de Bayardo, que exclamó: «¡Feliz, mi querida espada, por haber conferido la caballería á tan valiente y poderoso rey! Querida espada, serás como reliquia guardada, y honrada más que ninguna otra; y nunca te desenvainaré, excepto contra los turcos, los sarracenos ó los moros.»

Los suizos, que habían cesado de ser invencibles, se marcharon con el pretexto de que se les retardaba el sueldo, jurando volver pronto á tomar el desquite; pero no tardaron en concluir con el rey de Francia un tratado de paz perpétua. Encerrado Maximiliano Esforcia en el castillo de Milan, temeroso continuamente de las minas de Navarro, capituló mediante 30,000 escudos de pensión, y fué llevado á Francia, donde murió como su padre en la prision (1530). Entonces hizo Francisco I su entrada en Milan.

Viendo vencidos á aquellos suizos, en quienes los papas tenían costumbre de fiarse como de los menos peligrosos entre los extranjeros, Leon X se consideró perdido (16). Olvidando sus rencres para evitar el peligro, cuando el rey podía muy bien hacerse dueño de toda la Italia, le cedió Parma y Plasencia, á condición de que aseguraria á los Médicis aquella Florencia cuya libertad debiera haber tomado bajo su protección, por su afecto constante á su casa. No teniendo ya nada que temer Francisco I de los suizos, volvió á sus Estados, dejando para gobernar el Milanésado al condesable de Borbon, y después á Lautrec: fué tal la envidia que concibió el mariscal Trivulzio, que le hizo incurrir en la desgracia del rey, y llenó de amargura el fin de su larga carrera.

Temiendo Fernando que los franceses se dirigiesen desde la Lombardia al reino de Nápoles, daba dinero al emperador á fin de que continuase teniendo en jaque al rey Francisco I; Enrique VIII había vuelto á comenzar la guerra; Francisco Esforcia hijo también de Ludovico el Moro, hacia presente sus derechos sobre el ducado, de manera que no tardaron en estallar nuevas hostilidades. Verificábanse éstas débilmente por el emperador, siempre mal aconsejado en la concepcion, y poco

feliz en la práctica; por Lautrec, que secundaba las instrucciones secretas de su amo, y por los venecianos que recobraron á Verona, pero que debilitados con una guerra sin fin, tuvieron que poner los empleos en subasta, vieron disminuirse el comercio, y á los turcos mostrarse amenazadores para con la república.

**Tratado de Noyon.**— En este estado de cosas murió Fernando el Católico, y Carlos de Austria, llamado á sucederle, se apresuró á concluir la paz con la Francia para no atraerse su oposicion. Estipularon las condiciones en Noyon (1516), y se siguió un momento de tranquilidad, que permitió á toda la Europa respirar. Ya Francisco I había hecho un arreglo con los suizos, determinando el subsidio que pagaria á cada canton. Hizo con la corte de Roma un concordato que abolía la pragmática sancion y las libertades galicanas. Habiendo muerto Julian, hermano de Leon X, invistió el papa á Lorenzo, su sobrino, con el ducado de Urbino, que arrebatado por las armas á Francisco Maria de la Rovere, fué pronto, por la muerte de Lorenzo, reunido al patrimonio de San Pedro. Perugia fué también sometida, y Juan Pablo Baglione enviado al suplicio; los demás jefes, que se habían elevado con la caída del duque de Valentinois fueron domeñados por la fuerza ó por la perfidia; el mismo sagrado colegio tuvo que sufrir el yugo, y los dos cardenales, Sauli y Petrucci, convencidos de tramas, fueron condenados á muerte.

Quedó solo Maximiliano en la lucha, que amenazaba á voz en grito tratar á Milan, como lo había hecho Federico Barbaroja; pero los suizos, á quienes no podia pagar, no le querian obedecer, y se retiraron saqueando á Lodi, San Angelo y todo el pais, á orillas del Adda. Pronto se adhirió Maximiliano al tratado de Noyon, dejando Verona á los venecianos, y conservando Riva de Trento, Roveredo y todo lo que había adquirido en el Friul. De esta manera concluyó la guerra suscitada por la liga de Cambray. Venecia, á quien la Europa conjurada había querido trastornar, recobraba en la paz lo que había perdido en ocho años de guerra, excepto que había habido millares de hombres muertos en cada nacion; el comercio de la Italia estaba arruinado, y su territorio espuesto á los ataques de los turcos (17) y de los ambiciosos, que pronto llegaron á causarle males crueles y duraderos.

(17) Los berberiscos no cesaban de incomodar á la Italia. Desembarcados en 1517 con diez y ocho fustas, estuvieron á pique de apoderarse del mismo Leon X. En el mes de abril del año siguiente, el cardenal Bibiena escribia: «Las fustas de los turcos ó de los moros han tomado la vuelta de arriba de Austria, y hasta en las embocaduras del Tíber, algunos barcos que acudian á Roma y habían tocado en tierra han robado hombres y mujeres. El cardenal de San Jorge, que estaba en Ostia, vino huyendo, y asimismo el cardenal Agen, que estaba en el campo cerca de Porcigliano.»

(16) Decia al veneciano Zorzi: *Domine orator, veremur lo que hará el rey cristianísimo si nos entregamos en sus manos pidiéndole misericordia.*

**Muerte de Maximiliano, 12 enero de 1519.**—Poco tardó Maximiliano en concluir una vida pasada entre grandes designios y con la incapacidad de realizar ninguno (18). Sin ningún dinero, y sin embargo pródigo, aquel príncipe, de un valor caballeresco en las batallas, y todo imaginación en los consejos, intentó todos los medios para engrande-

cerse, así como su casa, hasta pensar seriamente en hacerse papa.

(18) En la colección de cartas de Luis XII, por M. Godofredo, hay una en la que, para obtener el dinero de los Frugger, Maximiliano propone darles en prenda el *palio de las investiduras*, perteneciente á la casa de Austria, *et cuius nos post adeptum papatum, non amplius erit ut opus habeamus*, tomo III, pág. 326. Es aun más curiosa la dirigida á su hija Margarita en un francés bastante malo; dice así:

«Carísima y amadísima hija: he oído el consejo que me habeis dado por conducto de Guillermo Pegun, y después de mucho pensar debo manifestaros, que no encuentro ninguna razón plausible para contraer nuevo matrimonio, y que en consecuencia he formado el firme propósito de no volver á tocar mujer alguna desnuda.

»Envío mañana á monseñor de Gurce á Roma, á fin de que vea el medio de conseguir de que el papa me tome por su coadjutor, con lo que podré asegurar el papazgo para después de su muerte, y llegar á ser sacerdote y luego santo; de suerte que me adoreis cuando haya dejado de existir, lo que me colmará de gloria.

»A este propósito mandó una persona al rey de Aragon,

con encargo de suplicarle que me ayude á dar cima á mi proyecto, el cual es de su agrado, pues me he convenido en renunciar el Imperio á favor de nuestro comun hijo Carlos, que era su única exigencia. El pueblo y los nobles de Roma se han aliado contra los franceses y los españoles; son 20,000 combatientes, y me han mandado á decir que quieren estar por mí, y elegir un papa á mi gusto y al del imperio de Alemania; no quieren franceses, aragoneses ni aun venecianos.

»He empezado también á tratar con los cardenales; 200 ó 300,000 ducados me harían un gran servicio con la parcialidad existente ya entre vosotros.

»El rey de Aragon ha dado orden á su embajador para que los cardenales españoles voten á mi favor.

»Os recomiendo reservar esto, aunque temo que dentro de pocos días será preciso que todos lo sepan, porque es imposible mantener secreta una materia tan grande, y que exige tanta gente, tanto auxilio de dinero y pasos. Adios. Escrita de mano de vuestro buen padre Maximiliano, futuro papa el día 18 de setiembre.

»Además, la fiebre no deja al papa, y no puede vivir largo tiempo.»

Es muy interesante la *Correspondencia del emperador Maximiliano y de su hija Margarita de Austria, gobernadora de los Países-Bajos*, 1507-19 publicada por el señor LE GLAY. Paris, 1839.

## CAPÍTULO VI

### FRANCISCO I.—CÁRLOS QUINTO.

**Cárlos I.**—Felipe el Hermoso, hijo del emperador, con quien Fernando había casado á su única heredera (1516), había muerto antes que él; tenía, pues, por sucesor á Cárlos de Austria, que había nacido de aquel príncipe. Por Maria de Borgoña, su abuela, Cárlos era heredero de la mayor parte de los Países Bajos y del Franco-Condado; por su abuelo materno Fernando, de los de Aragon y Valencia, del condado de Barcelona y del Rosellon, de los reinos de Navarra, Nápoles, Sicilia y Cerdeña; además, por Maximiliano, de Austria, de la Estiria, de la Carintia, de la Carniola, del Tirol y de la Suabia austriaca. Añádase á esto una estension de territorio africano y la mitad de la América, y se comprenderá cómo pudo alabarse de que nunca se ponia el sol en sus Estados.

A la muerte de Maximiliano se presentó tambien para pedir la corona imperial; pero tuvo por competidor á Enrique VIII, y aun más á Francisco I. Los embajadores de este príncipe iban al encuentro de los electores, corriendo de corte en corte con un saco bien provisto, y diciéndoles: «que no perpetuasen en la casa de Austria una corona electiva; que sería muy insensato el que al acercarse una tempestad, titubese en confiar al más valiente el timon de la nave.» Pero los talentos que Francisco I había manifestado, eran precisamente lo que le perjudicaba para con los electores, al paso que el príncipe austriaco no había aun revelado ninguno. Acostumbrados los príncipes alemanes á obrar á su antojo, temian que el monarca francés introdujese, en un Estado constitucional, las costumbres de un gobierno despótico. Federico, elector de Sajonia, á quien sus colegas ofrecian, no el poderoso cetro de Carlomagno, sino la inútil dignidad de Maximiliano, se mostró digno del sobrenombre de Prudente, rehusándole; les aconsejó diesen la preferencia á Cárlos, quien,

por la posicion de sus Estados, podria defender con utilidad el Imperio contra los turcos.

Aunque hombres prudentes aconsejasen á Cárlos se contentase con la España y se asegurase su amenazada posicion, éste, que recibió en el camino la noticia de que Cortés acababa de adquirir en Méjico un nuevo imperio que él no veria nunca, no por eso dejó de persistir en adquirir la diadema imperial: gastó é intrigó (1) tanto como su rival, y le venció. De todos modos se le impuso una capitulacion, que ha sido después el modelo de las capitulaciones siguientes, por la cual se obligó á proteger la cristiandad, la paz, la bula de oro, los derechos y la libertad de cada Estado, no colocar extranjeros en los empleos, no reclutar tropas tuera, y no usar otros idiomas que el latin y el aleman; se comprometió además á destruir las ligas comerciales que lo monopolizaban todo con su dinero, y á residir la mayor parte del tiempo en Alemania (1519) (2). Cárlos lo prometió todo,

(1) Aun se manifiesta en Ausburgo un borrador de los banqueros Frugger, con la indicacion de las diferentes sumas pagadas á cada elector para comprar su voto.

(2) *Capitulaciones impuestas por los electores á Cárlos Quinto.*

Primeramente, que su majestad defienda siempre la religion cristiana, el sumo pontífice y la Iglesia romana, de la cual se llame y sea continuo protector.

Que administre siempre la justicia á todos con igualdad.

Que procure siempre la paz.

Que confirme no sólo las leyes del Imperio y particularmente la de la Bula áurea, sino que las amplifique tambien en caso necesario con el consejo de los electores.

Que organice el parlamento de la Alemania en el Imperio.

Que no quite ni disminuya los derechos, los privilegios y las dignidades de los príncipes y de los Estados del Imperio.

porque las promesas no cuestan nada, y se puso á la cabeza de la nueva era.

¿Cuál no debía ser el despecho de Francisco I, héroe de Marignan, célebre en toda Europa, viéndose preferir en castigo de su gloria precoz, una

Que siempre que los electores necesiten reunirse para deliberar ó consultar acerca de las cosas relativas á la república de Alemania, puedan hacerlo, sin que sea dable á su majestad impedirlo.

Que anule todas las federaciones y ligas celebradas entre la plebe y la nobleza contra los príncipes, prohibiendo por medio de leyes y edictos el celebrarlas en adelante.

Que no forme ningun pacto ni convenio con extranjeros sobre los asuntos del Imperio, sin el consentimiento de los siete electores.

Que no empeñe ni venda los bienes del Imperio, ni en manera alguna los deteriore ó disminuya, debiendo recuperar lo más pronto posible aquellos que al presente están ocupados por otras naciones, ó que han sido enajenados por el Imperio, sin cometer no obstante injusticia contra los privilegiados ó contra los que ostenten algun derecho.

Si su majestad misma ó uno de sus parientes ó de su corte, poseyese injustamente alguna cosa del Imperio, deberá restituirla, siéndole ordenado por seis electores.

Conservará la paz y la amistad con los pueblos y los príncipes vecinos y con los demás reyes cristianos.

No podrá declarar la guerra á nadie por asuntos del Imperio, sin que consientan todos los Estados y en especial los siete electores imperiales.

No conducirá soldados extranjeros á Alemania, sin el asentimiento de los alemanes; á no ser que su majestad ó el Imperio sea atacado ó molestado por otros; pues en tal caso, podrá apelar á todos los medios de defensa.

No hará que se reúnan parlamentos ni dietas para tratar de las cosas del Imperio, ni impondrá nuevas gabelas ó pagos sin el consentimiento de los electores.

No celebrará parlamento ni dieta sobre asuntos del Imperio, fuera de los confines de éste.

Los empleos públicos se darán todos á alemanes y no á extranjeros.

Deberá escribir todas las cartas en latin ó bien en el idioma vulgar de Alemania.

No hará comparecer á ningun príncipe ni Estado del Imperio ante un tribunal que resida mas allá de las fronteras imperiales.

En cuanto á los convenios con otros papas, su majestad deberá procurar que se observen por el presente pontífice y sus sucesores tales pactos, así como los privilegios y la libertad del Imperio.

Deberá reunirse á menudo con los electores.

Se habrán de revocar los arrendamientos de los mercados, que sean dañosos á Alemania.

Ni por mandato ni tampoco por carta recomendatoria deberá su majestad disminuir las gabelas que tienen los electores cerca del Rhin.

Si se suscitare alguna disputa entre el emperador y un Estado ó príncipe de Alemania, deberán conocer de la causa los tribunales, sin que su majestad pueda bajo ningun concepto dirigir contra ellos las armas ni hacerles violencia, antes de fallarse la causa.

Su majestad no desterrará á ningun particular ni funcionario público sin antes oírle y sin proceder contra él jurídicamente.

Los bienes del Imperio que vacaren, no se conferirán á nadie individualmente, sino que se agregarán al patrimonio público.

mediana no temida, un mancebo desconocido, dirigido por ministros, y sin más en su favor que la intriga? Resultó de esto una rivalidad de amor propio más que de interés, y tal vez por esto mismo la más encarnizada, y al mismo tiempo la más célebre de la historia moderna (3). La reforma religiosa predicada entonces por Lutero, llegó á complicarla y á concentrar en dos grandes Estados y dos grandes hombres la atencion que en el siglo anterior se hallaba desparramada sobre una multitud de pequeños.

De los dos jóvenes soberanos árbitros de la Europa, el uno habia manifestado ya un carácter guerrero; el otro se inclinaba más bien á la política y á los manejos secretos. Educado Francisco en una condicion privada, prefirió el glorioso título de su abuelo, el de rey de los nobles y *primer caballero de Francia*; y tuvo, en efecto, todas las cualidades y todos los defectos de un caballero. Presentábase, pues, como un héroe de la Edad Media; Carlos como un rey moderno. Francisco amaba la ostentacion y el brillo, hasta rayar en locura; Carlos queria la realidad, y no buscaba más que el éxito. Francisco afectaba un pundonor escrupuloso; Carlos se contentaba con la simple lealtad de su familia, sin que ni uno ni otro viesesen escrupulo de faltar á ella en ocasion dada. Carlos no descansó nunca; Francisco con frecuencia. El uno disminuía las distancias de sus diseminados Estados con sus continuos viajes, sabia ganarse el afecto de sus generales, sin dejarse dominar por ellos, y no concedía ningun imperio sobre el á las mujeres, de tal manera, que no se conoció

Si con ayuda de los Estados se adquiriere alguna provincia, deberá unirse é incorporarse al Imperio.

Si alguna de las cosas que han sido en otro tiempo del Imperio y públicas, se recuperara á expensas y con el trabajo de su majestad sola, habrá de restituirse no obstante al Imperio.

Su majestad ratificará todo lo que el conde Palatino y el duque de Sajonia hubieren hecho á favor del público mientras ha estado vacante el Imperio.

No ejecutará nada en público ni reservadamente, para vincular el Imperio en su familia, sino que dejará á los siete electores libre y entera facultad de elegir, segun la ley de Carlos IV y el orden establecido por el derecho canónico, que se contiene en una decretal de Inocencio III, donde se afirma que los príncipes de Alemania tienen libre y plena voluntad de elegir al emperador, y que la dignidad imperial depende de la eleccion y no de la sucesion.

Su majestad se dirigirá á Alemania lo más pronto posible, á fin de coronarse.

(3) «Dios hizo nacer á aquellos dos grandes príncipes enemigos jurados y envidiosos de la grandeza uno de otro, lo que ha costado la vida á doscientas mil personas y la ruina á un millon de familias; y por último ni uno ni otro han conseguido más que el arrepentimiento de ser causa de tantas miserias. Si Dios hubiera querido que estos dos monarcas se hubiesen unido, la tierra hubiera temblado bajo sus piés.» MONTLUC.

Véase tambien *Ensayo sobre las negociaciones diplomáticas entre la Francia y el Austria durante los 30 primeros años del siglo XVI* por LEGLY.

nunca la madre de sus bastardos; el otro, por el contrario, prodigaba el dinero en magnificencias y caprichos amorosos, daba los mandos á los menos dignos bajo la influencia de sus cortesanos, por intrigas de mujeres ó rencores de corte, irritó al condestable de Borbon, al almirante Doria y al príncipe de Orange, que se pasaron á las banderas de su cauteloso enemigo.

Las más felices guerras de Cárlos se hicieron por generales; pero su política fué la que las dirigió siempre, y en el arte de conducir una intriga, prometer, eludir y corromper, escedia con mucho al rey-soldado. Reflexivo desde sus primeros años, se rodeó de hombres de gabinete, sin confiarse no obstante á ninguno. De una política inexorable y fría circunspeccion, dirigia sus miras á atraerlo todo á sí, á hacer que todo fuese por su interés personal, y tomó por divisa: *Nondum*. Las fáciles conquistas de la América le exaltaron, é hicieron que abarcase en su ambicion á todo el universo. Victorias más felices que merecidas, favorecieron á aquel pensamiento gigantesco; deslumbraron á sus contemporáneos, y pusieron á sus súbditos en el estado de aturdimiento, en el que la obediencia ciega del soldado pasa por heroísmo, y se tienen por lícitos todos los medios, con tal de que produzcan provecho y gloria.

Cárlos era el mayor potentado de la Europa, en atención sobre todo á que la conformacion de sus Estados le ponía en contacto con todos los países, y se unía á todos por algun punto. Bien pudo germinar en su cabeza la idea de una monarquía universal, no como dominacion inmediata, sino como supremacía. En efecto, si la casa de Austria no se hubiera dividido en dos líneas, la libertad de Europa habria perecido. Pero la misma estension causaba daños á Cárlos, que dominaba en países de una naturaleza tan variada, distantes unos de otros, y de los cuales ninguno estaba en una sujecion absoluta. La España supo siempre resistir á sus usurpaciones, y los demás le concedieron el dinero sueldo á sueldo. Francisco I tenia un reino más redondeado, los señores más dóciles, un poder más concentrado, más libertad para imponer contribuciones (4); una infantería nacional, igual en valor á la de los españoles, habia reemplazado á las tropas mercenarias; Luis XI habia humillado á los grandes, Luis XII y el cardenal d'Amboise habian combinado los mejores sistemas de administracion para hacer dinero gra-

vando lo menos posible á sus súbditos, y la falta de Francisco I fué no seguir este camino.

**España.**—El fundamento del poder de Cárlos Quinto era la España. Esta se habia regenerado en la larga lucha de que habia salido nacion enteramente católica, más bien fiel á sus reyes que súbdita, pero su nacionalidad estuvo en peligro cuando le cupo en herencia á Cárlos, príncipe austriaco y emperador. Podia temerse que abandonase el reino á algun virey, y que fuerte con sus Estados de Alemania, sofocase las franquicias de que los españoles eran extremadamente celosos, como de un bien comprado á mucho precio. Encontró á la cabeza del reino, en calidad de regente, al cardenal Jimenez de Cisneros, uno de los más grandes hombres de aquel país, que habia sabido tener á raya con su firmeza á una turbulenta nobleza. Poco acostumbrado á consideraciones en lo que creia bueno, Jimenez de Cisneros queria que Cárlos le concediese la autoridad absoluta de disponer de las rentas, magistraturas, gobiernos, plazas en el consejo de estado ó en el orden judicial, y lo concerniente á la guerra. Pero rodeado Cárlos de extranjeros avaros del dinero español, se lo pedian de continuo. Estas exigencias hicieron que Jimenez descontentase á los españoles para satisfacerle, y tuvo que escribir á Cárlos se presentase lo más pronto posible á apaciguar los ánimos, y que el mejor medio de conseguirlo seria comprometerse á no dar empleos á los extranjeros. Irritóse de ello Cárlos; y apenas llegó con sus flamencos (1517), cuando sin mostrar política ni gratitud hácia el ministro que le habia salvado la España, le autorizó para que se retirase á su diócesis. Pocas horas después murió de pesar Jimenez de Cisneros, y considerado como un santo, se creyó que hacia milagros.

Sustituyóle Cárlos, Adriano de Utrecht, su preceptor, inhábil para los negocios y extranjero. Tanto en esto como en tomar el título de rey de Castilla y de Aragon cuando aún vivía su madre, violaba los privilegios de la nacion. A duras penas obtuvo ser reconocido por las cortes de Castilla, Aragon y Cataluña; y á pesar de todas sus tergiversaciones, no pudo hacerse prestar juramento de fidelidad, sino prometiendo observar lealmente la constitucion. Se le leyó un acta de juramento que en resúmen venia á decir:

«V. A., como rey de Castilla, de Leon y de Granada, con la muy alta y muy poderosa reina Juana, nuestra soberana y vuestra madre, jura ante Dios y por los Santos Evangelios, donde coloca su mano derecha, y promete, por su fe y palabra real, á las ciudades, villas y lugares representados por los diputados presentes en estas cortes y á las provincias, ciudades y concejos que representan á estos reinos, como si aquí se nombrasen con toda distincion, que guardará y conservará el patrimonio real de la corona, y no enajenará de ninguna manera las ciudades, aldeas y concejos, ni su territorio y jurisdiccion, ni los derechos y rentas de

(4) Solia decir el rey Luis XI que su reino era á manera de un florido prado y lo segaba siempre que queria. El emperador Maximiliano comparaba al rey de Francia con un pastor de carneros, que tuviesen el vellon de oro, y decia que los esquilaba cuando le agradaba. Habiendo preguntado Cárlos Quinto á Francisco I cuánto le redevia cada año su reino, contestó: *Cuanto quiero*. Relacion de Juan Correr á la Señoría veneciana en las *Rel. des Ambass.* Paris 1838, II, 144.

las ciudades, ni las demás cosas de su dependencia, ni nada de lo que pertenece á la corona y al dominio real que posee en el día, ó que pueda corresponderle en lo futuro. Que si V. A. las enajena, se tenga esta enajenacion por nula y como no acontecida; y que la persona á quien se hubiere hecho como titulo gratuito ú oneroso no adquiera ningun derecho á la propiedad. V. A. jura además y promete conservar las leyes y derechos de estos reinos, y principalmente la ley de Valladolid, que ordena y dispone todo lo necesario con respecto al presente acto de juramento. «Además, confirmais á las ciudades, pueblos, concejos y provincias, y á cada una de ellas en particular, las libertades, privilegios, franquicias, cartas y esencias concernientes á la conservacion del dominio de la corona, como todo lo contenido en los dichos privilegios... Y de todo esto jura V. A. no alterar nada, suprimir ó disminuir por sí ó por su órden real, bajo cualquiera forma que sea, ni en la actualidad ni en ningun tiempo, ni por cualquiera causa ó motivo que ocurriere. ¡Si así lo hicieris Dios y los Santos Evangelios os presten su ayuda! Amen.»

Juró Carlos; tomó el titulo desusado de *Majestad*, y descontento del pais, se fué á Alemania (1520), donde por entonces habia sido elegido emperador, y donde se hizo solemnemente coronar como tal (5).

**Padilla.**—Cuando marchó, estalló el descontento. Indignado el pueblo de Valencia, se sublevó contra la nobleza que abusaba de los privilegios; y gozoso Carlos con ver humillados á los que se atrevian á poner tasa á sus gastos, no sólo se negó á prestarles ayuda, sino que autorizó al pueblo á permanecer con las armas en la mano. Envalentonado con esto, formó las *germantas*, sociedad que se juró para disminuir el poder de los grandes. Poco despues Juan de Padilla, señor jóven, que gozaba de gran crédito en Castilla, y que meditaba el proyecto de derribar á un regente incapaz, y asegurar las libertades públicas elevando allí las comunidades, se constituyó centro de esta asociacion. Escuchóle el pueblo con favor, reunióse la junta santa en Avila, intimóse á Adriano la órden de abdicar sus poderes; y habiendo caido la reina Juana en manos de la junta, gobernó ésta en nombre de aquella princesa. A la negativa de Carlos de recibir á los diputados de la junta, tomaron las armas. Antonio de Acuña (6), obispo septuagenario de

Zamora, peleó á la cabeza de sus clérigos; María Pacheco mujer de Padilla, enamorada de su marido y de la libertad, condujo á las mujeres en procesion á la iglesia de Toledo, donde pidieron perdon á los santos por despojar los altares para la defensa de la patria. Sostuviéronse las comunidades dos años contra los disciplinados esfuerzos de los nobles; pero en fin consiguieron apoderarse de Padilla (1522). Presa ésta de los sufrimientos, de una herida mortal y en presencia del suplicio, escribia á su mujer: «Señora, si vuestra pena no me lastimara más que mi muerte, yo me tuviera enteramente por bienaventurado, que siendo á todos tan cierta, señalado bien hace Dios al que la da tal, aunque sea de muchos plañida y de él recibida en algun servicio. Quisiera tener más espacio del que tengo, para escribiros algunas cosas para vuestro consuelo: ni á mí me lo dan, ni yo querría más dilacion en recibir la corona que espero. Vos, señora, como cuerda, llorad vuestra desdicha y no mi muerte, que siendo ella tan justa, de nadie debe ser llorada. Mi ánima, pues ya otra cosa no tengo, dejo en vuestras manos. Vos, señora, lo haced con ella como con la cosa que más os quiere. A Pero Lopez, mi señor, no escribo, porque no oso, que aunque fué su hijo en osar perder la vida, no fué su heredero en la ventura. No quiero más dilatar, por no dar pena al verdugo que me espera, y por no dar sospecha, que por alargar la vida alargó la carta. Mi criado Sosa, como testigo de vista é de lo secreto de mi voluntad, os dirá lo que aqui falta; y así quedo dejando esta pena, esperando el cuchillo de vuestro dolor y de mi descanso.»

Dirigió tambien su despedida en estos términos á la ciudad de Toledo: «A tí, corona de España, y luz de todo el mundo, desde los altos godos muy libertada. A tí que por derramamiento de sangres extrañas como de las tuyas, cobrasté libertad para tí é para tus vecinas ciudades. Tu legitimo hijo Juan de Padilla te hago saber, como con la sangre de mi cuerpo, se refrescan tus victorias antepasadas. Si mi ventura no me dejó poner mis hechos entre tus nombradas hazañas, la culpa fué en mi mala dicha, y no en mi buena voluntad. La cual, como á madre te requiero me recibas, pues Dios no me dió más que perder por tí de lo que aventuré. Más me pesa de tu sentimiento que de mi vida. Pero mira que son reveses de la fortuna que jamás tiene sosiego. Solo voy con un consuelo muy alegre, que yo el menor de los tuyos muero por tí, é que tú has criado á tus pechos á quien podria tomar enmienda de mi agravio. Muchos habrian que mi muerte contarán, que aun yo no la se, aunque la tengo bien cerca: mi fin te dará testimonio de mi deseo. Mi ánima te encomiendo, como patrona de la cristiandad: del cuerpo no digo nada, pues ya no es mio, ni puedo más escribir, porque al punto que ésta acabo tengo á la garganta el cuchillo con más pasion de tu enojo, que temor de mi pena.»

Su viuda, enarbolando de nuevo la bandera de Padilla, defendió intrépidamente á Toledo: arro-

(5) Baltasar Castiglioni, en una carta del 2 de noviembre de 1526, describe al cardenal Bibiena aquella coronacion.

(6) Guevara refiere, en las *Epistolas familiares*, haber visto varias veces al obispo Acuña con la partesana al hombro, y nunca con el breviario en la mano ó la estola al cuello. Añade: «He visto con mis propios ojos á un sacerdote, que con su escopeta hizo morder la tierra á once de los nuestros; y lo mejor era, que al apuntarles los bendecia con el arcabuz, y después los despachaba con la bala.»

jada al fin por los habitantes, cansados del sitio, se sostuvo algun tiempo en la ciudadela, y logró refugiarse en Portugal. Después de haber dispuesto Carlos Quinto una veintena de suplicios, proclamó el perdón y se aprovechó de aquella abortada insurrección, para reducir las cortes á una simple formalidad.

Con éstos principios, concibió el rey de Francia esperanzas provechosas á su rivalidad con Carlos Quinto. Se tocaban en tres puntos; y aunque los señores de Chevres y Boissy, sus preceptores, concluyesen en Noyon un tratado de paz por el cual Nápoles quedaba á la España, pasando en silencio los demás derechos, mediante el matrimonio de Carlos con una hija de Francisco I, aun de corta edad, existian entre ellos bastantes elementos de desunion. Además del despecho de ver que se le habia preferido el príncipe austriaco á la corona imperial, Francisco se encontraba sometido, por el ducado de Milan, á la soberanía del emperador, que pronto manifestó sus pretensiones á él como á un feudo vacante, al mismo tiempo que las hacia presente á la Borgoña. La indemnizacion prometida al rey de Navarra no se le dió nunca. Las convenciones pontificias se oponian á que la corona imperial pudiese reunirse nunca en las mismas cabezas con la de Nápoles; en su consecuencia, Francisco I reclamaba esta última.

Habiéndole el interés común unido á Leon X, dió en matrimonio la princesa Magdalena de la Tour d'Auvergne al hijo de Lorenzo de Médicis, que acababa de ser investido con el ducado de Urbino; pero como diferia restituir Parma y Plasencia á la Santa Sede, Leon X proclamó de nuevo la espulsion de los bárbaros. Colocado como estaba en medio de Estados debilitados por las guerras pasadas; engrandecido con las conquistas de Alejandro VI, de Julio II y las suyas propias, árbitro de la república florentina, rico por las contribuciones de toda la cristiandad, Leon X hubiera podido mantener la balanza entre los dos rivales y asegurar la independencia de la Italia; pero sin elevacion en su ambicion, la comprometió fomentando la guerra (1521), y se unió contra su propio interés á Carlos Quinto, consintiendo en que reuniese la posesion de Nápoles al Imperio, y proponiéndose restablecer á Francisco Esforcia en Milan.

**Primera guerra.**—Aprovechóse Francisco I de la insurrección de las *comunidades* en España para invadir la Navarra, con objeto de restablecer allí al rey Enrique, y se hizo dueño de ella en quince dias; pero la volvió á perder en el mismo tiempo. Por otra parte, Roberto de la Mark, señor de Bouillon, habiéndose separado de Carlos, que se habia negado á hacerle justicia, se unió á la Francia y asoló el Luxemburgo. Marcharon los imperiales sobre la Francia, que de repente se armó toda. Bayardo defendió la entrada de la Champaña con muy poca gente contra treinta y cinco mil hombres, diciendo: *No hay plazas débiles cuando son defendidas por gentes valerosas*, salvó á su patria

de los extranjeros, y hasta conquistó algunas plazas en los Países Bajos. Al mismo tiempo, por la parte de los Pirineos, el almirante Bonnavet se apoderaba de Fuenterrabia.

Tenian antipatia los italianos á Carlos Quinto como emperador, es decir, como heredero de antiguas pretensiones, alemán, y oriundo de un país en que la herejía zapaba el trono pontificio; tambien como flamenco, porque pertenecía á una nacion rival á la suya en el comercio; y en fin, como español y dueño de aquel nuevo mundo que les habia arrebatado el cetro de los mares. En su consecuencia, querian á Francisco I. Este príncipe opuso á Próspero Colonna, general del papa y del emperador, á Odec Lautrec, hermano de la señora de Chateaubriand, su querida, guerrero valiente, estraño á la avaricia y á la lujuria, pero muy orgulloso é incapaz de aceptar ningun consejo. Tratado el Milanesado como país conquistado, del que se desterraba á los ricos en partidas para usurpar sus bienes, tenia las peores disposiciones. Gerónimo Morone, ardiente patriota, infatigable, agudo, embustero, escelente, en una palabra, para urdir conjuraciones, sostenia las esperanzas de Francisco Esforcia, fomentaba los desórdenes interiores y las envidias de los Estados vecinos, é hizo tanto, que por todas partes se insurreccionaron contra los franceses. Habiéndose negado los suizos á pelear porque partidas de su país estaban al servicio del ejército enemigo, Lautrec se vió obligado á retirarse al territorio veneciano y Colonna entró en Milan, donde los libertadores continuaron por espacio de diez dias el saqueo y las más brutales violencias. Esta era la recompensa más ambicionada para los combatientes, y á veces su único sueldo.

Con el objeto de poder remediar el mal, Francisco I adoptó el partido de crear en su reino veinte nuevos empleos en venta; envió á la casa de moneda la verja de plata que Luis XI habia regalado á San Martin; hizo que le prestase la ciudad de Paris 200,000 libras, al interés de 12 por 100; y habiendo reunido de esta manera 400,000 escudos, los mandó á Italia; pero su madre Luisa de Saboya, que por envidia á la dama de Chateaubriand no queria que fuese socorrido Lautrec, encontró medio de estraviarlos y hacerlos pasar á sus arcas; de lo que resultó que Lautrec no recibió dinero. Después, cuando los suizos amotinados reclamaron su sueldo, su licencia ó el combate, se vió precisado á presentar la batalla; pero vencido en Bicocca por Próspero Colonna, le fué preciso evacuar la Lombardia (1522).

Entonces volvió á tomar Francisco Esforcia posesion del ducado, pero reducido á la última estrechidad por ejércitos que todo lo robaban, y por la audacia de cualquiera que se consideraba bastante fuerte para desobedecer. Hizo Venecia la paz con el Austria. Génova fué tambien ganada y horriblemente saqueada; pero habiendo ocurrido de repente la muerte de Leon X, el cardenal de

Médicis, legado, y el cardenal Schinner de Sion, que hacian llevar su cruz de plata delante de las turbas de los suizos blasfemadores y ladrones, se separaron de Carlos Quinto, cuya intencion era no dar dinero á aquellos pillos, sino consumirlos haciéndoles reprimir las rebeliones de la Bélgica, la Castilla y el reino de Valencia.

**Liga de Roma.**—La fortuna de los imperiales fué, pues, interrumpida; pero habiendo sido conferida la tiara á aquel Adriano, antiguo preceptor de Carlos Quinto y gobernador de España, hombre enteramente extraño á los intereses italianos, ignorante de los manejos de la política y amigo de la paz, el nuevo pontífice creyó conseguir una pacificación, no sólo absolviendo y restableciendo á los duques de Urbino y Ferrara, sino poniéndose á la cabeza de una liga entre el emperador, el rey de Inglaterra, el archiduque Fernando de Austria, Florencia, Génova, Siena y Luca, contra la Francia. Los apoyaba el condestable de Borbon, gran señor, disgustado con el rey Francisco, por querer éste disminuirle sus dominios, y despedazar el último resto de las grandes fortunas feudales en Francia. Prestó, pues, oídos á Carlos Quinto, siempre pronto á comprar enemigos á su rival, y que le aseguraba uno de los tres principales cargos de la corona de España, tierras por valor de 100,000 escudos de renta, y la mano de su hermana Leonora viuda de Manuel el Grande, rey de Portugal. Por aquellos pactos celebrados como de igual á igual, se obligaba el condestable á alistar en sus tierras trescientos hombres de armas y cinco mil infantes, debiendo corresponderle parte de las conquistas. Carlos Quinto y Enrique VIII se habian repartido ya la Francia en el tratado de Brujas; por lo que Francisco, no pudiendo ir á Italia, confió su excelente ejército de cuarenta mil hombres al más rastrero é inepto de sus cortesanos, al almirante Bonniwet.

El lúgubre drama de que la Italia era teatro se acercaba á su catástrofe. Los pequeños señores de Italia, Colonna, Barbiano de Belgiojoso, Escotti, Pio, Fregoso y Rangoni, que en los tiempos anteriores habian adquirido un dominio con las armas, vendian ahora su brazo para conservársele, y sin tener en cuenta absolutamente la fidelidad, trataban de conciliarse tan pronto al uno como al otro de aquellos soberanos sin fe, y habia quien enarbolaba la bandera de Francisco, quien la del Imperio, pero ninguno la nacional. El pueblo, como acontece cuando sufre, esperaba algun consuelo á sus males; y en aquel movimiento general de la Europa, soñaba con el restablecimiento de los derechos de cada uno. Recordaban los gibelinos que la libertad habia florecido en Italia bajo el nombre imperial, y esperaban que Carlos Quinto la haria renacer. Asustábanse los güelfos sólo con ver tantas tropas reunidas. Tenian confianza en la Francia y en sí mismos para obtener una buena paz. Florencia estaba sobre las armas; Venecia no estaba aun dividida; el papa creaba cardenales

para procurarse dinero, y no hubiera querido regocijar á los luteranos. Entre tanto unos y otros padecian, y se acostumbraban á la servidumbre (7).

Los franceses eran mirados siempre en Italia, á pesar de tantos desengaños, como libertadores; y á la verdad, nunca trataron de exterminar de hecho pensado, ni irrogaban por cálculo injurias ni perjuicios. Abundando en valor, faltábales orden, prudencia, prevencion suficiente, prevision de los desastres: excelentes soldados, creian hallarse aun en los tiempos feudales, y despreciaban las nobles artes introducidas por los españoles. Pero el valor personal no bastaba ya cuando lo eran todos los manejos, la fria astucia, el guardar la ocasion, y el dejar consumirse las fuerzas enemigas. Algunos italianos aprendieron pronto aquellas artes, y se valieron de ellas en daño de la patria; mas en los hombres del pueblo contrastaban con las virtudes de los tiempos libres; fuera de que las combinaciones mezquinas eran impotentes contra los vastos designios de la época. Sin embargo, por haber los italianos expuesto aquella política en un libro donde horroriza más que en la práctica, se les calificó de maestros en lo relativo á maldades, de que eran víctimas.

La expulsion de los franceses no habia consolado á la Italia, porque los imperiales vivian allí á discrecion saqueando y robando las ciudades y aldeas segun la necesidad que tenian, y hasta los Estados independientes. Pero Morone continuaba fomentando contra ellos el odio en Milan; y Andrés Barbato, fraile agustino, escitaba tambien á

(7) Mons. Coro Gheri, gobernador de Placencia, escribe en 1514: «Está aquí Rovato, fraile calzado, hombre de mérito que goza de buena reputacion en la ciudad. Y como ésta se halla dividida, habitando en un lado de ella los güelfos y en otro los gibelinos, de suerte que una faccion no va á oír el sermon á las iglesias que están mas próximas á la otra faccion, y la iglesia catedral es la menos frecuentada por una de las facciones; el fraile Rovato, para encontrar el punto mas comun posible en la ciudad á ambas facciones, ha escogido una iglesia en San Protasio, etc.» *Archivio storico*, ap. VI, 36.

A Julian de Médicis enviaba en 1515 un memorial, donde dice:

«Esta ciudad está dividida en dos facciones principales, á saber, los güelfos y los gibelinos; ó hablando más principalmente, hay en ella cuatro familias principales; dos güelfas, los Scotti y los Fontana; y dos gibelinas, los Landesi y los Anguissola; y entre los nombres de estas cuatro familias se sortean los empleos de la ciudad, no mencionándose en la extraccion de dichos empleos ni al príncipe ni á la comunidad; en las urnas donde están las papeletas se lee, la urna de los Landesi ó la urna de los Scotti, y así de las demás familias precitadas: cosa poco honrosa para el príncipe y odioso á los ojos del pueblo, porque de este modo reciben una superioridad muy extraña; resultando que los que son nobles y hombres de bien huyen de intervenir en las cosas de la comunidad, y que los que aceptan dichos empleos son en su mayor parte personas que necesitan seguir la voluntad de los que se los han dado.»

preservar á la patria de la mancha de los bárbaros, recordando que si los gentiles lo hacian unicamente con la esperanza de la gloria, los cristianos debian tambien pensar además en la vida inmortal (8).

Desunidos, como lo estaban, hubieran sucumbido los milaneses si el almirante Bonnavet, declarando que no queria imitar el ardor comun en los suyos, no hubiese dejado escapar las ocasiones de vencer. De esta manera dió tiempo para que se entendieran los enemigos. A pesar de que éstos perdieron á Próspero Colonna, el general más prudente de la época, que habia enseñado á vencer sin combate, y sólo por la eleccion de las posiciones, pudieron continuar la guerra mandados por Carlos de Launoy, que le reemplazó, y se juntaron al condestable de Borbon y á Francisco Avalos, marqués de Pescara. En sus filas peleaba Juan de Médicis, de la rama de la clase media, que se habia pasado del servicio del pontífice al de la Francia, y después á las filas imperiales. Mandaba las bandas negras, llamadas así porque llevaban luto por Leon X. Volvió á introducir la costumbre de las tropas ligeras que habia caido en desuso. «Quería que sus soldados montasen caballos turcos y rocines de España; que estuviesen bien armados con yelmos á la borgoñona, de tal manera, que siguiendo su ejemplo, y por la comodidad que se ha encontrado, casi se ha renunciado á los hombres de armas en Italia, produciendo con frecuencia entrambos efectos y con menos gastos y más rapidez. El fué tambien el que introdujo la milicia llamada lanzas rotas, que se componia de hombres elegidos y bien pagados, que seguian siempre, ya á pié, ya á caballo, á su capitan, sin estar sujetos á nadie más. De entre ellos salieron después hombres de gran reputacion y autoridad, por su valor y la benevolencia del señor (9).

Bonnavet, abandonado por los suizos, derrotado completamente y herido al atravesar el Sesia, entregó el ejército á Bayardo. Este, olvidando las injusticias cometidas por él, tomó el mando y organizó la retirada; pero herido de muerte cerca de Romagnano, quiso que se le colocase junto á un árbol, con la cara vuelta al enemigo. En esta posicion, mientras dirigia preces y actos de contricion á la cruz de su espada, le encontró el condestable de Borbon, y manifestó compadecerle; pero él le dijo: «No es á mí á quien hay que compadecer, pues que muero como hombre de bien, sino á vos, que peleáis contra vuestro rey y vuestra patria.» Enseguida espiró (30 de abril), y los franceses dejaron nuevamente la Italia.

Sin embargo, los vencedores no se regocijaban. Apenas podian encontrar en el pais más fértil del mundo, reducido por ellos al estado más miserable, las cosas necesarias á su existencia; les fue

preciso, para sostener sus tropas, llevarlas fuera de la Lombardia, principalmente á Romaña, cargando de contribuciones á sus súbditos y amigos, y mostrando á la Italia, que después de tantos sufrimientos, todo el consuelo que tenia que esperar se reduciría á un cambio de amo.

Clemente VII.—En este estado de cosas habia muerto Adriano, hombre santo y principe incapaz. Tuvo por sucesor á Clemente VII, que con el nombre de cardenal Julio de Médicis, se habia hecho amar, sobre todo en Florencia. «No era orgulloso, simoníaco, avaro ó libertino, sino sóbrio en su alimento, económico en su trage, religioso y devoto» (VETTORI). Instruido, además, en las ciencias, protector de las artes, diestro en los negocios más difíciles, orador elegante, fué, sin embargo, para la Italia el pontífice más funesto. Comenzó por hacer volver á la obediencia á los principes vasallos de la Iglesia, que se insurreccionaban cada vez que vacaba la Santa Sede; después pensó procurar una posicion elevada á sus parientes; habia siempre favorecido á la España, y se alababa (10) de haber impedido á Francisco I adelantarse hasta Nápoles, cuando su primera invasion en Italia; de haber decidido á Leon X á no oponerse á la eleccion de Carlos Quinto, y á abolir la antigua prohibicion de unir la corona imperial á la de Nápoles; de haber favorecido la alianza del emperador con el papa para tomar á Milan; «de haber hecho elegir á Adriano VI, y no haber economizado para conseguir su objeto, los tesoros de sus amigos, los de su patria y los suyos.» Asustábase, sin embargo, entonces al ver á los españoles establecidos en Lombardia, lo que le hizo cambiar de política.

Sin embargo, la guerra se habia convertido en una necesidad para aquellos que peleaban, con objeto de permanecer necesarios. El condestable de Borbon insistia en invadir la Francia y marchar sobre Lion: «Tres cañonazos, decia, harán que vengan á echarse á nuestros piés esos vecinos cobardes, con las llaves en la mano y la cuerda al cuello.» Reunió, pues, tropas y naves Carlos Quinto; procuró dinero Enrique VIII (11), y el mar-

(10) En una carta citada por Ranke.

(11) Se lee en las curiosas *Memorias de la ilustre casa de Russel* (Londres, 1833, 2 tomos), que lord Russel, encargado de entregar al condestable de Borbon los subsidios de Enrique VIII, se vió precisado á trasladar el dinero desde Génova á Chambery, en mulas, dentro sacos y fardos, bajo la forma de trajo viejo y legumbres para vender. Escribió desde Chambery á Enrique VIII, que el duque de Saboya, como noble y generoso principe, se habia dignado permitir trasladar el dinero á Turin en sus propias mulas, en el arca de la casa real, donde por lo comun están los adornos de su capilla: sobre cada division de esta arca está escrito lo que contiene, con el objeto de que nadie piense que hay allí otra cosa. Por medio de este artificio el subsidio que debia servir para hacer la guerra á la Francia pudo ser trasladado sin ser robado.

(8) GUICCIARDINI, XIV.

(9) ROSSI, *Vida de Juan de las bandas negras*.

qués de Pescara pasó el Var con el condestable de Borbon. Pero pronto conocieron el horror que inspiran los traidores (1524), y lo fuerte y unánime que se levantaba la Francia contra los invasores. Cansados de la resistencia que experimentaron en Marsella, se retiraron después de cuarenta días de sitio, como si hubiesen emprendido la fuga, y Francisco I, que se adelantaba para castigar la *baladronada española* del desertor, atravesó el monte Cenís con cuarenta mil hombres, y marchó sobre Milan por Vercelli.

Los soldados habian llevado allí la peste, su inseparable compañera; Esforcia y Morone, su canciller, se habian ahuyentado. Viendo Pescara que ya no podia sostenerse allí, se replegó; y los franceses entraron en la ciudad, cuyo gobierno se confió á la Tremouille.

Desanimados los imperiales, se desertaban muchos soldados desde que habian perdido las esperanzas de vencer y saquear; los oficiales no estaban acordes sobre los partidos que habia que adoptar, y Francisco I hubiera podido asegurarse la victoria, si el almirante Bonnivet no le hubiese siempre inclinado en contra de las empresas más ventajosas como no convenientes á un rey, y si hubiese conocido el sistema moderno de no atacar las fortalezas. El tiempo que perdió en hacerse dueño de ellas, lo aprovechó Antonio de Leiva, que habia asistido á treinta y tres batallas y cuarenta sitios, y le empleó en fortificar á Pavia. Mientras que Francisco I se detenía delante de esta plaza, Juan Jacobo de Médicis, aventurero milanés, que habia conseguido en medio de aquellos trastornos una dominacion en el lago de Como, pudo, sitiando á Chiavenna, impedir que los grisonos viniesen en su socorro, mientras que reuniéndose los imperiales por todas partes, rodearon al ejército francés. En una época en que ya todo estaba reducido á táctica, el rey se empeñaba en las proezas de la antigua caballería, convirtiendo en un punto de honra el no retroceder nunca.

**Batalla de Pavia, 28 de octubre.**—Aceptó, pues, la batalla, y ocho mil de los suyos perecieron allí con una veintena de los mejores capitanes. Bonnivet fué muerto, y tambien la Tremouille; el mismo rey, rodeado de enemigos, que sin conocerle, querian matarle, tuvo que defenderse en persona, hasta el momento en que fué hecho prisionero por Juan de Aldana. Este general recibió de rodillas su espada y le entregó otra; los enemigos más próximos se apresuraron á saquear todo lo que tenia sobre él y hasta sus vestidos. (12)

Aunque el rey escribió á la duquesa de Angulema: *Todo se ha perdido, menos el honor* (13),

(12) *De tout pars lors depouillé je fus,  
Rien n'y servit, deffense ne refuz,  
Et la manche de moy tant estimée,  
Par pouvre main fut toute despecée.*

(Carta escrita por él en su prision).

(13) Aunque sea de sentir quitarle parte del mérito á

Cárlos Quinto conocia bien que no habia perdido nada, y que la Francia permanecia entera, aun sin su rey. En su consecuencia, mostró moderacion en la alegría que le causó aquella gloriosa captura, y no siguió el consejo que le daba el duque de Alba de invadir la consternada Francia. Toda la Europa se interesó por el rey-soldado. Erasmo escribió á Cárlos Quinto; los nobles españoles pidieron que se le dejase en libertad bajo su palabra, ofreciendo servirle de fianza. Francisco I se habia confiado á la generosidad de su enemigo; pero Cárlos Quinto le hizo encerrar en el castillo de Pizzighettone, y le pidió por rescate la cesion de la Borgoña, Milan, Asti, Génova y Nápoles; además, para el condestable Borbon, la restitution de sus bienes confiscados, el Delfinado y la Provenza, para formar un reino independiente. *¡Antes morir en la prision,* exclamó Francisco I, *que cercenar el patrimonio de mis hijos!* y se dejó trasladar á España, persuadido de que le bastaria una conversacion con su *hermano Carlos* para obtener su libertad. Pero concibiendo el emperador recelos de los honores que le prodigaba lo nobleza, prohibió la entrada al alcázar donde le tenian prisionero. Tambien se negó á verle, hasta el momento en que supo que estaba enfermo de pesar: temiendo entonces perder una prenda preciosa, de la que esperaba sacar buen provecho, le visitó sin concederle más que cortesanas. Habiendo ido la misma Margarita de Angulema á consolarle, trató de detenerla con maneras muy afectuosas, hasta que espirase el término de su salvo-conducto, para poder hacerla de esta manera prisionera.

Este inesperado acontecimiento evitaba ya los subterfugios de la política, y arrojó el espanto en Italia, que quedó á merced de un ejército victorioso, insubordinado y acostumbrado al saqueo. Clemente VII, que se habia unido á Francisco I, no podia aguardar más que una borrasca, y no se habia preparado bien á hacerle frente con sus economías inoportunas y una deplorable irresolucion. Hubiera podido, uniéndose á los venecianos como se proponía y al duque de Ferrara, sostener el honor italiano contra un ejército sin sueldo y sin disciplina; pero prefirió arreglarse con Cárlos Quinto, desde que este príncipe aseguró Florencia á los Médicis. Le proporcionó dinero, que permitió á los imperiales recobrar vigor, cesando entonces éstos de temer la union de sus enemigos, tiranizaron á los divididos italianos y al mismo pontífice, que no habiendo querido ponerse á la cabeza de sus compatriotas, se encontró á merced de los extranjeros. Reconoció Clemente su falta, y unió sus quejas á las de toda la Italia, que temblaba á

esta frase tan repetida, es preciso restituírle su integridad histórica. *Todo se ha perdido, excepto el honor y la vida que se ha salvado:* (Véase sobre estos acontecimientos la *Historia del cautiverio de Francisco I*, por REY. Paris, 1837).

la idea de permanecer bajo un yugo que acababa de sufrir con tanta dureza.

**Conspiracion de Morone.**—Esforcia, á cuyo nombre se habia recobrado el Estado de Milan, era presa de la soldadesca, y conocia que Carlos Quinto trataba de desposeerle, para reunir el ducado á sus posesiones hereditarias. Su canciller, Gerónimo Morone, á quien aquella ambicion hacia temblar, concibió la idea de una liga italiana para asegurar la independencia del pais (1525). Enrique VIII la favoreció por envidia á Carlos, y la regenta de Francia prometió subsidios con la esperanza de obtener de aquella manera mejores condiciones del vencedor.

El marqués Alfonso de Pescara tenia gran crédito en el ejército español. Nacido en Italia, pero oriundo de aquel pais, no hablaba más que la lengua española: de un orgullo desmesurado, era envidioso, ingrato, avaro, rencoroso y cruel, sin religion, sin humanidad, y nacido solamente para la ruina de Italia. (BELLORI) «No estaba contento con que Launoy hubiera enviado á España al real prisionero, que el ejército queria tener en prenda por sus sueldos atrasados. Lisonjeóse Morone de atraerlo al partido italiano, no atacándole por el lado del sentimiento nacional, sino lisonjeándole con la esperanza de una corona. Estraño á la cultura italiana, y educado por la lectura de los romances españoles, en ideas exageradas de lealtad, Pescara no creyó envilecerse descendiendo al infame papel de espía. Consintió en avocarse con Morone en el castillo de Novara, donde se puso al corriente de las prácticas entabladas ya, de los cómplices y medios de éxito. (14) Pero habia tenido la precau-

cion de ocultar detrás de un tapiz á Antonio de Leiva. En su consecuencia, fué preso é interrogado el canciller por el mismo marqués, ocupado el Milanésado, y sus habitantes obligados á jurar fidelidad al rey de España.

Cuando los italianos vieron á Carlos Quinto en posesion del Milanésado, conocieron que era perdida su independencia. Adoptando entonces Venecia el papel abandonado por Florencia de protectora de la libertad italiana, reunió tropas y dirigió á Clemente VII las más vivas instancias para que se declarase seriamente. En efecto, escribió el pontífice cartas al emperador, que manifiestan cuán poseído estaba del sentimiento de sus deberes, y de los del monarca á que se dirigia (15); pero cuando se trataba de obrar, vol-

visto.» *Relaz. degli. amb. veneti*, série primera, tomo II, página 59.

(15) «En todo el tiempo pasado, teniendo nosotros grande opinion de la bondad y sabiduria de V. M. y de su excelente ánimo hácia la paz y la libertad de Italia, habiamos puesto en V. M. toda nuestra esperanza de pacificar la afligidísima cristiandad, y dirigir los esfuerzos á aquellas obras que pertenecen al honor de Dios y á la exaltacion de su santa fe con suma gloria de V. M.; mas de repente, cuando nadie lo aguardaba, en completa contraposicion de la opinion que tenemos formada de vuestra buena y santa voluntad, segun la hemos encarecido siempre á todos, aconteció que por los ministros de V. M. en Italia, el ducado de Milan fué quitado al duque, y éste se vió sitiado en el castillo, y recabando la obediencia en nombre de César; lo cual ha hecho perder toda esperanza y frustrado todo designio de pacificacion. Apareciendo tan manifiesta la ruina de Italia, los que temian por sí y á la par eran poco amigos de V. M., no cesaron de confortarnos y animarnos, diciendo que antepusiésemos á todo el deber de buen príncipe italiano y de verdadero papa, el cual exigia que impidiésemos la servidumbre y opresion de Italia; mostrándonos que en atencion á habernos anunciado muchas veces lo que ha sucedido luego, debiamos adherirnos más bien á sus razones, que llevaban en sí tan gran sello de verdad, que dejarnos engañar por las de los demás. Pero aunque alguna vez sintiésemos suspendido nuestro ánimo, y dudásemos de la mente de V. M. respecto de nosotros, al ver que no se nos respondia como merecíamos, y que vuestros ministros en Italia inferian á nuestro Estado y á nuestros súbditos muchos ultrajes, como siguen haciéndolo; sin embargo, no hemos querido nunca celebrar contrato alguno que nos privase de la amistad y el amor de V. M... Teniendo firme esperanza de que aquel que tantas veces ha mostrado y prometido que su voluntad era constituir en Italia potentados libres, lo hará ahora con tanta mayor diligencia, cuanto que se ha visto al Estado de Milan conducirse de un modo enteramente contrario á esta esperanza. Con tal objeto, para ver una prueba clara de la fe y buen ánimo de V. M., hemos estipulado con el señor duque de Sessa y el caballero Ferrara, esperar dos meses hasta recibir vuestra determinacion, y hemos señalado este plazo contra la voluntad de todos, pues generalmente se cree que no deberia desaprovecharse la ocasion, y que cualquier plazo es perjudicial á los asuntos de Italia...

»Hacer que esto no suceda, que la desesperacion de muchos no lleve la suma de las penalidades hasta donde nunca ha subido; depende de vos, carísimo hijo, en quien

(14) «Cosa para mí tanto más sorprendente, cuanto que recordaba que Morone me habia dicho muchas veces, que no habia en Italia hombre igual en malicia y mala fe al marqués de Pescara.» GUICCIARDINI, XVI.

El embajador veneciano Gaspar Contarini esparce alguna luz en el acontecimiento de Morone y Pescara: «El consejo de César está dividido en dos partes; el jefe de una es el canciller (Gattinara)... éste aconseja á César que se haga monarca universal, que cuide de la expedicion contra los infieles, cosa propia de un emperador cristiano, y que humille la corona de Francia... para lo cual es preciso que se atraiga el afecto de Italia... Por el contrario, el virey (monseñor de Beaurain) y don Hugo de Moncada, cuyo consejo favorece lo más posible al marqués de Pescara, aconsejan á César que se convenga con Francia y arruine á Italia, de la cual dicen se apoderará arreglándose con el rey cristianísimo. Pero la cesárea majestád, á nuestra marcha de la corte, parecia inclinarse al dictámen del canciller, y querer que prevaleciese. Al llegar á Italia y ver el tumulto del Estado de Milan, me he admirado sobremanera, juzgando que esta comision tan particular (*de destituir al duque*), no la ha recibido el marqués del César, el cual le habia conferido únicamente una comision general por cierta sospecha que tenia del duque. Pero él, impulsado de su mala voluntad contra éste y contra Italia, ayudado además del archiduque de Austria, que aspira al ducado de Milan, se ha excedido hasta el punto que hemos

via á recaer en sus dudas, y recurría á medios de astucia. Príncipe fatal, que queriendo arruinar á la Francia por medio del emperador, y al emperador por medio de la Francia, adhiriéndose tan pronto á uno como á otro lado, segun los celos del momento, sin hacerse amar ni temer, estinguió la libertad de su pais natal, y atrajo sobre la Italia calamidades, de las que tuvo en parte que resentirse él mismo.

En Francia, donde Luisa de Saboya se habia hecho cargo de la regencia, todos los órdenes del Estado daban ardientes pruebas de afecto, y ofrecian dinero para conservar la integridad de las fronteras. Si Francisco I hubiese tenido el valor de abdicar, de modo que no quedase más que un hombre prisionero, nada hubiera tenido que temer la Francia. Lejos de esto, se ostentó como rey, y trató de su libertad con un enemigo que no conoció que le era preciso, ó conservarlo enteramente prisionero, con el objeto de que las discordias interiores consumiesen el reino, ó devolverle generosamente á una nacion que se deja conducir conumente por el sentimiento (16). Pero obedeciendo

Cárlos á mezquinos intereses, y queriendo hacer con su rival lo que Cortés con Motezuma, en lugar de seguir los consejos de su confesor, que le invitaba á perdonar, escuchaba á su canciller Mercurino Gattinara, que le inclinaba á usar de rigor, y llegó hasta tratar mal al rey. Persuadido Francisco I de que era preciso engañar á aquel que le violentaba, consintió, pues, en las condiciones exigidas por Carlos, es decir, en abandonar la Borgoña y otras provincias de Francia, sin contar la renuncia de sus derechos á Flandes, el Artois y el reino de Nápoles.

Leonor de Portugal habia sido prometida en matrimonio por Cárlos Quinto al condestable de Bordon; ¿pero cómo podia dar la mano de su hermana á un hombre manchado con una traicion? Cuando el duque llegó á Madrid, el marqués de Villena, á quien Cárlos Quinto rogaba diese alojamiento en su palacio, le contestó: «No puedo desobedecer á vuestra majestad; pero apenas haya salido de él, cuando le prenderé fuego, como infestado por la presencia de un traidor.» Comprometiése Francisco I á casarse con Leonor, dando en indemnizacion al duque de Borbon, sus feudos confiscados y el ducado de Milan. Sus hijos debian ser entregados en rehenes en cumplimiento del tratado. Estas condiciones parecian de tal manera exorbitantes, que Gattinara se negó á firmarlas como de imposible ejecucion. Pero Cárlos estaba satisfecho con haber conseguido humillar á su rival, y, después de haberle hecho sufrir las penalidades de la prision, no le desagradaba poder hacerle el cargo de desleal. Aspiraba Francisco á la libertad, á los placeres, al ejercicio del poder, y, sin tomarse tiempo para abrazar á sus hijos que se quedaban en su lugar, se lanzó al territorio francés exclamando: ¡Aun soy rey! (18 de marzo de 1526).

Al momento reunió á los grandes en Cognac, y fué la opinion unánime que estaba libre de cumplir un tratado conseguido por la fuerza. Los Estados de Borgoña declararon que el rey no tenia derecho para ceder su pais. La asamblea de los notables proclamó en Paris que no podia enajenar el pais ni constituirse prisionero, y votó subsidios para hacer la guerra. Acusáronse mutuamente de felonía Cárlos y Francisco, y de nuevo se prepararon á pelear. El honor del rey no habia sido empañado en Pavia; ¿pero sucedia lo mismo en las circunstancias actuales?

Por sugerencias de Capino de Capo, nuncio de Clemente VII, y por las del embajador veneciano, entró Francisco I en una santa liga que tenia por objeto libertar á sus hijos, asegurar á Esforcia el

estriba toda esperanza y remedio. Ahora es la ocasion de que V. M. muestre de una manera indudable la verdad de lo que tantas veces ha repetido, á saber, que quiere la paz y libertad de Italia, devolviendo su Estado al duque de Milan, y alejando de las almas de todos un miedo y una desesperacion tal, que de no disiparse corre peligro de estalla: como nunca. Si se acusase al duque de haber celebrado alianza contra V. M., atendida su naturaleza y las infinitas opresiones que se le irrogaban, debe V. M. juzgar que por parte del duque no ha habido sino algun error, mientras que otros han incurrido en una verdadera perfidia, alguno de los cuales quizá da cuenta ya ante Dios...

«Suplicamos, pues, á V. M. encarecidamente, y con nosotros la paz y el sosiego de la cristiandad, que consienta, poniendo en libertad y devolviendo su Estado al duque, en dar esta prueba de su sincera fe y de su deseo de proporcionar la paz á Italia; lo cual atraeria á V. M. el afecto de todos, pudiendo en consecuencia asegurar perfectamente sus cosas con una alianza comun...

«Estos actos, carísimo hijo, no pueden aniquilarles la muerte ni el tiempo, que con tal facilidad destruyen los principados, las victorias y el poderío de los hombres; y dando así algun objeto particular al bien público, se gana el cielo y una gloria imperecedera en las edades futuras. Nosotros, si V. M. se deja persuadir por las palabras de un bueno y cariñoso padre, y cede á nuestras súplicas justas y honestas, le ofrecemos no sólo diezmos, cruzadas, capillas, todo lo que puede conceder nuestra potestad espiritual y temporal, sino tambien nuestra sangre y vida, consagrándole para siempre tanto honor y afecto, que jamás nos separemos de sus consejos ni de su voluntad.» *Lett. di P.* II, 95. La fecha es del 16 de diciembre de 1525.

(16) Maquiavelo escribia á Guicciardini el 3 de enero de 1525... «He sido siempre de opinion, que si el emperador quiere llegar á ser *dominus rerum*, no debe dejar libre al rey; pues conservándole, imposibilita á todos sus adversarios, que por este motivo le dan ó le darán cuanto tiempo necesite para organizarse, porque tiene ora á Francia, ora al papa con esperanza de acuerdo, y ni desecha los

tratados ni los celebra. Y como ve que los italianos están inclinados á unirse á Francia, estrecha con ésta las conferencias; de suerte que Francia no concluye nada y él gana: se ha visto que con estas bagatelas ha ganado á Milan, y ha estado á pique de ganar á Ferrara.»

ducado de Milan y Nápoles al papa, arrojar á los imperiales de Italia y conservar la independencia del país (22 de mayo) (17).

Después de treinta años de guerra, ó más bien de un suplicio vergonzoso impuesto á una poblacion desarmada por una soldadesca feroz y libertina, asistia á Italia sobrada razon para desplegar sus últimos esfuerzos. En vano reclamaba la Sicilia sus privilegios á un rey dueño de la mitad del mundo; veíase asolada Nápoles audazmente por los jefes de bandas y los magistrados, que, no contentos con robar las riquezas, secaban las fuentes; y la Toscana veia espirar su libertad; la Romaña habia tenido que sufrir alternativamente á todos los tiranuelos turbulentos y pontífices ambiciosos; la Lombardia no cesaba de ser un campo de batalla; además, todas estas comarcas eran asoladas por ejércitos formados con reclutas extranjeros, comprados separadamente ó conducidos por un capitan sólo por amor al botín; tropas continuamente dispuestas á volverse contra los que las pagaban, y queriendo á cualquier precio la guerra, que era su único medio de existencia, aun cuando tuviesen que hacerla por su propia cuenta. Las facciones se habian reanimado en Lombardia, en medio de las dominaciones que se sucedian allí sin cesar, y algunos pequeños señores se habian levantado sin otro derecho que el de su espada, y sin más objeto que el de poder obrar al antojo de su capricho.

**Medeghino.**—En este número se señala Juan Jacobo de Médicis, de Milan, llamado el Medeghino. Comenzó su carrera con *venganzas viriles*; y para escapar al castigo, abrazó el oficio de las armas sosteniéndose, como tantos otros lo hacian, en medio de un país desorganizado. Francisco Esforcia le empleó en deshacerse de Astor Visconti, su enemigo particular, y en recompensa le dejó ocupar el castillo de Musso, en el lago de Como. Habiéndose fortificado en aquella posicion, dominó el lago, y acogió á hombres de armas é ingenieros: de esta manera pudo á su gusto, ó reducir á la escasez al ducado, impidiendo trasladar allí trigo, ó asaltar la Valtelina y Chiavenna para secundar al duque. Obligó tambien á los grisones á llamar á las tropas que servian á las órdenes de Francisco I, lo que produjo la derrota de Pavia. Cuando los españoles se hicieron dueños de él, no por eso se sometió á su yugo, sabiendo mostrarse alternativamente leon y zorra. El lago y los montes comarcanos estaban llenos de partidas de hombres armados, que, aprovechándose del desorden general, robaban y mataban con desprecio de las leyes: ¡desgraciadas las gentes pacíficas! Medeghi-

no destruyó á unos, ganó á otros, y se sostuvo de esta manera dominando y esparciendo el terror en los alrededores. Se tituló conde de Lecco, y acuñó moneda. Poco faltó para que no se apoderase tambien de Como. Bien provisto de oro y tropas, no retrocediendo delante de un crimen, uno de los hombres más astutos de aquel siglo de astucia, ganando con todos los partidos, pensaba formarse un vasto dominio, y tal vez apoderarse de todo el ducado. En fin, los grisones y las fuerzas ducales se reunieron contra él, pero él supo tocar tan hábiles resortes, y negoció con tanta destreza, que el orgulloso Carlos Quinto se vió obligado á condescender con él bajo buenas condiciones, y á darle, además de una indemnizacion en dinero, el marquesado de Marignan.

**Segunda guerra.**—La gravedad de los males comunes hacia desear el remedio. La envidia escitada por Carlos Quinto y el desorden de las rentas de este monarca, daban esperanzas de que la independencia de Italia se sostendria eficazmente. Por desgracia, los italianos habian perdido la costumbre de las armas; y aquellos hombres valerosos, que hacian frente al peligro para saquear ó dominar, ó que vendian su valor, no eran más que la hez de la nacion: llenos de energia para las pequeñas hazañas, les faltaba el verdadero valor que nace de un sentimiento generoso. Por otra parte, los gobiernos no tenian ya la firmeza que en otro tiempo les hacia resistirse con constancia, tanto á los extranjeros como á los nacionales. Venecia vivia con el día, y el Papa titubeaba. Carlos Quinto prometió al pontífice restablecer á un italiano en Milan, y restituir Parma y Plasencia á la Santa Sede; luego ponía por obra, segun la antigua táctica de los reyes, heresiarcas y concilios, espantajos para hacer aceptar sus voluntades. Ya Lutero habia crecido hasta el punto de asustar al mundo católico. Maximiliano le habia protegido diciendo: *Algun dia podrá ser bueno para algo*. «Reconociendo entonces Carlos Quinto que el Papa temia mucho la doctrina de Lutero, quiso convertirlo en un freno para sujetarle» (VETTORI). Esperó Clemente que en la ruina de Italia, la Iglesia al menos triunfaria, con el engrandecimiento de Carlos, á quien consideraba como ardiente católico. Tenemos en efecto una carta suya en la cual propone formar una liga con los principes ortodoxos, con objeto de estirpar con el fuego y el hierro aquella planta venenosa. De esta manera es como, dividido entre dos intereses, no supo Clemente VII ser ni buen papa ni buen italiano (18).

- (18) *Un papato composto di rispetti,  
Di considerazioni é di discorsi,  
Di più, di poi, di ma, di si, di forsi,  
Di pur d'assai parole senza effetti, etc.*

BERNI.

Un papazgo formado de respetos,  
De consideraciones y discursos,

(17) El datario Giberto escribia al obispo de Veruli: «Me limitaré á recordaros que no se trata en la guerra actual de una susceptibilidad de pundonor, de una venganza, ó de la salvacion de una ciudad, sino que decidirá la perpétua salvacion ó esclavitud de toda la Italia.» *Carta de Pr. á Pr.*

Sin embargo, desde que estalló la guerra, no hay necesidad de decir con qué ardor los italianos se prepararon á la lucha, conociendo que debía decidir de sus destinos. El duque de Urbino, general de los venecianos, marchó sobre el Milanesado, al paso que Guido Rangone y Guicciardini, historiador, fueron con las tropas pontificias; pero no sabiendo los aliados obrar unidos, el Papa creyó que no tenian para con él las consideraciones que se le debian; Medeghino, que recibia sumas considerables para reclutar suizos, las gastaba en su propio interés; el duque de Urbino, que se daba por imitador de los Colonna, alargaba lo posible la guerra; en fin, «los socorros de los franceses, muchos en palabras, eran cada día menores en realidad» (GUICCIARDINI), sobre todo desde que Francisco I habia entablado nuevas negociaciones con el emperador.

Entre tanto, Milan estaba tiranizado por Antonio de Leiva y Alfonso de Avalos, que procuraban por medio de atroces suplicios y exacciones brutales, producir nuevas sublevaciones para justificar nuevos rigores; de tal manera, que varios milaneses se dieron la muerte para escapar á aquel yugo de hierro, é infinidad de ellos emigraron cuando Leyva les dió permiso para llevarse su dinero. No habiéndosele quitado un caballero su sombrero, Leiva hizo darle muerte (19). Indignado el pueblo, se amotinó, penetró á viva fuerza en el antiguo palacio, donde mató á ciento cincuenta infantes que estaban de guardia, se apoderó del campanario desde donde arrojó á los centinelas, peleó hasta por la mañana, con una pérdida de algunos centenares de ciudadanos. Pero los lansquenets incendiaron por diferentes puntos la ciudad: habiendo acudido en mayor número los españoles, enviaron al suplicio ó al destierro á los jefes; sujetaron á los demás á su discrecion, y Milan fué entregada como presa á la avaricia de los soldados (20). Pocos contentos con haber asolado los campos y saqueado las tiendas, mantenian atado al dueño de la casa del alojamiento de cada

uno para arrancarle con violencia, y toda clase de malos tratamientos, lo poco que pudiera haber ocultado. «Y habiendo despojado de las armas al pueblo de Milan, y enviado fuera de la ciudad á las personas sospechosas... habiéndolo reducido á la cruel servidumbre, no pensaron en las pagas de los soldados, los cuales, alojados en las casas de los milaneses, no sólo hacian que los dueños de estas les proveyesen cotidianamente de un alimento abundante y delicado, sino tambien que les suministrasen dinero para todas las demás cosas de que tuviesen necesidad ó que apeteciesen sin dejar de tratarlos de la manera más dura, aun despues de ver satisfechos sus deseos. Siendo estas cargas intolerables, los milaneses no tenian otro remedio que huir ocultamente de Milan, pues estaba prohibido verificarlo de un modo ostensible. Para impedirlo, muchos de los soldados (especialmente españoles, porque en la infanteria alemana habia más modestia y mansedumbre) ataban á los dueños de las casas, á las mujeres y á los niños, habiendo expuesto además á su lascivia la mayor parte de las personas de cada sexo y edad.

»Todas las tiendas de Milan estaban cerradas; cada cual habia ocultado en lugares subterráneos, ó llevado á otros puntos los géneros de los almacenes, las riquezas de las casas y los adornos de las iglesias, que ni aun asi eran respetadas; pues los soldados, so pretexto de buscar las armas, registraban diligentemente todos los sitios de la ciudad, obligando á los criados de las casas á que les manifestasen éstas, y dejando á los dueños, cuando los hallaban, aquella parte que les parecia. Presentaba, pues, la ciudad un aspecto lastimoso, y movia compasion ver á los hombres sumidos en la tristeza más profunda y aterrados: ejemplo increíble de las mudanzas de la suerte para aquellos que habian contemplado poco antes á Milan llena de habitantes, á causa de la riqueza de los ciudadanos, del infinito número de las tiendas y ocupaciones, de la abundancia y delicadeza de todas las cosas pertenecientes al sustento humano, de la soberbia pompa y suntuosísimos adornos, tanto de las mujeres como de los hombres, y de la índole de los moradores inclinados á las fiestas y á los placeres, no sólo henchida de gozo y alegría, sino en el mayor grado de esplendor y más feliz que todas las demás ciudades de Italia. Encontrábase ahora casi desierta, por el daño gravísimo que habia hecho en ella la peste y por los muchos ciudadanos que habian huido y continuaban huyendo; los hombres y las mujeres llevaban vestidos groseros y sumamente pobres; no se veia señal alguna de las tiendas y las ocupaciones que proporcionaban grandes riquezas á aquella ciudad; la alegría y el ardimiento de los hombres se habian convertido en sumo dolor y miedo...

»Privado el pueblo de Milan de esta esperanza, no teniendo ya á quién acudir ni de quién aguardar ningun auxilio, cayó en tal desesperacion, que algunos, segun se sabe de cierto, para

De sí, después, porque, no obstante,

Rico, en palabras, pero pobre en hechos, etc.

(19) «Era este (Leiva) cruel en extremo: no bastándole quitar á los hombres, donde quiera que iba, juntamente con la vida la hacienda, mandaba tambien prender fuego á las casas, y quemaba de un modo bárbaro cuanto encontraba al paso. Al duque de Urbino, que le envió á preguntar qué clase de guerra era aquella, contestó, que tenia orden de S. M. para obrar así con todos aquellos que le negasen obediencia. Entonces el duque le dijo que no se maravillase después, si le veia asar la carne en el fuego que él encendiese. asegurándole que quemaria en adelante á cuantos alemanes cogiese.» VARCHI, *Storie*, VI.

(20) En cuanto á las nuevas de Milan, el modio de trigo vale 50 libras; el vino 16; no se encuentra leña ni cosa equivalente; todas las personas en Milan comen pan de maiz, excepto los capitanes.

*Dec. di storia italiana*, 163.

poner fin á tantas crueldades y suplicios con la muerte, pues que no lo podian lograr mientras viviesen, se arrojaron á la calle desde los puntos más altos; otros se ahorcaron miserablemente; pero ni aun esto bastó para mitigar la rapacidad y la crueldad feroz de los soldados...

»Era en aquel tiempo extremadamente lastimosa la condicion del país, despedazado con grande impiedad por las tropas de los coaligados: éstos, esperados al principio con suma alegría por los habitantes, habian conseguido, merced á sus robos y extorsiones, que se convirtiese en odio profundo tal benevolencia. Cortuptela general de la milicia de nuestra época, que tomando ejemplo de los españoles, hiere y destruye á amigos y enemigos; porque, si bien durante muchos siglos habia sido grande en Italia la licencia de los soldados, sin embargo la aumentó infinitamente la infanteria española, lo cual se debió á una causa, si no justa, á lo menos necesaria, en atencion á que en todas las guerras de Italia estuvieron pagados pésimamente. Pero como los ejemplos, aunque tengan un principio excusable, imprimen siempre un movimiento que va de mal en peor, los soldados italianos (si bien no les asistia la misma necesidad, porque estaban bien pagados) imitando á los españoles, empezaron á rivalizar con éstos en excesos: así, con grande ignominia de la milicia del presente siglo, los soldados no distinguen ya al amigo del enemigo, y no menos arruinan los pueblos y los países aquellos á quienes se les paga para que los defiendan, que aquellos que están pagados para ofenderles.» (21)

Vióse precisado á capitular el castillo de aquella ciudad á vista de los confederados, cuya lentitud no se desmentia, y Francisco Esforcia pudo escaparse, pero con trabajo. Siena, que se habia declarado por la bandera imperial, no pudo ser to mada por los florentinos, ni Génova por Andrés Doria, almirante de la escuadra pontificia. Juan de Médicis, el más valiente italiano de aquella época, murió de una herida. Habíase lisonjeado Maquiavelo con la esperanza de verle formarse al frente de las bandas negras un Estado independiente, arrojando á los extranjeros de Italia. Véase sobre qué hombres estaban reducidos los italianos á contar para su emancipacion (22).

(21) GUICCIARDINI, lib. XVII.

(22) Sobre el estado de los negocios en Italia en 1326 discurre bien el datario Ghiberti en una carta á don Miguel de Silva:

«Respondiendo á una vuestra, cuya fecha creo que es del 20 de marzo, os escribí el 24 de abril que si no se habia extinguido toda virtud en los franceses, y el rey de Francia cumplia lo que habia dicho, á saber, que se uniria con nosotros para libertar á la Italia y á sus hijos, y vengarse de las injurias de César, seríamos todavía hombres y cooperaríamos á ello á fin de no vernos á discrecion del malísimo ánimo de César: por lo mismo, hemos continuado nuestras negociaciones hasta el punto de quedar concluida

Sin embargo, el condestable de Borbon, sin la menor consideracion al país que le habia sido prometido, le afligió con enormes contribuciones (23)

el 22 del pasado en Francia, donde estaban los mandatos, la liga entre nosotros, el rey de Francia, los venecianos y el duque de Milan, dejando abierta la puerta al rey de Inglaterra durante tres meses para que entre en la confederacion, como tenemos por seguro que lo hará. La ida del virey á Francia ha estado á pique de romper nuestras negociaciones; pero á pesar de hallarse celebrados los contratos, no espero que el rey de Francia se decida tanto en nuestro favor que cese de negociar con España para obtener el rescate de sus hijos, si es cosa que puede arreglarse con dinero; habiendo tomado esta resolucion, hemos empezado á obrar descubiertamente. Aprontaremos diez mil infantes, igual número aprontarán los venecianos; creemos que el obispo de Lodi nos traerá diez mil suizos, el cual los tenia desde antes ajustados, y ahora está allí con tal objeto; nosotros y los venecianos les daremos la paga; y si éstos no vienen, haremos de todos modos que bajen diez mil de aquella nacion. La ciudadela de Milan especialmente se halla reducida al último extremo; tambien la de Cremona padece bastante; espero que acudiremos con tiempo á su socorro. El pueblo de Milan está aun armado, y promete hacer maravillas si se acerca tropa en su ayuda. Los españoles fortifican mucho á Lodi; creemos que querrán encerrarse allí y en Pavia; el asunto es caerles encima antes de las cosechas, porque si ocupasen las tierras abastecidas, nos harian gastar sumas enormes. Los lansquenets carecen de dinero, y creemos que no teniendo los cesáreos medios de pagarles, se marcharán: los españoles servirán aunque no les paguen. Os agradeceremos mucho que no les deis dinero; manteneos firme, y poned todo vuestro empeño en que no se le facilite ninguno. He sentido bastante ver en vuestra carta del primero del pasado que César envia á Italia 200,000 ducados obtenidos de vos; el único aviso que de ello tenemos es que buscaban cambios de 70,000, poco más ó menos, para Italia. Quisiéramos, si es posible, quitarle á Génova, á fin de que no encontrase modo de remitirlos. Desearia que tratásemos ahora de llevar á cabo la empresa del Reino, veremos *ut se initia dant in Lombardia...* Si los franceses se mantienen firmes, y creo que se mantendrán, haremos que César conozca cuánto pierde por haber sido tan ingrato para con Dios y los hombres (sin fuerza estoy seguro de que no podemos aguardar sino desastres); por no hacer caso de la sede apostólica, por su sed infinita de reinar *por fas ó por nefas*, y tantos males que espero en Dios no ha de sufrir más tiempo tan gran desprecio de sus cosas. En cuanto á hacer á vuestro infante duque de Milan, veis que son sueños y quimeras; si llega á los oídos de Borbon tal rumor, no creo venga á Italia. Don Hugo habia salido de Francia el 23; vendrá con grandes promesas de evacuar á Milan y de hacer lo que queramos; pero estando ya descubiertos, no es tiempo de poderse fiar. Vuestras cartas no las ve nadie, excepto el papa; os escribiré, y vos tambien escribid: desde luego sabed que cuanto se haga en contra de César, principalmente no dándole dinero, nos favorece, etc. Pienso que si las cosas van bien en Italia, como es de esperar, César habrá de amansarse, y consintiendo en restituir al rey de Francia sus hijos, podrá celebrarse una paz mejor. Roma, á 10 de junio de 1526.»

(23) Condenó á Morone á muerte: habiéndole perdonado después mediante veinte mil ducados, le tomó por su secretario y alma de sus consejos.

para pagar á sus tropas, á quienes hacia mucho tiempo no satisfacía el emperador, y pedían á grandes gritos el saqueo de una opulenta ciudad. Asustado Clemente VII, prestó oídos á las sugerencias de Hugo de Moncada, astuto embajador de Carlos Quinto, y digno discípulo del duque Valentinois que le prometió que haría la paz con el emperador y con los Colonna, que amenazaban entonces á la Santa Sede. Apenas el Papa, engañado por esta astucia diplomática, estipuló con Launoy y despidió á sus tropas, cuando el cardenal Próspero Colonna (24) (29 setiembre de 1526), de acuerdo con Moncada, atacó á Roma y saqueó á Transtevere y el Vaticano. Clemente quiso hacer tomar las armas al pueblo; pero éste no se movía absolutamente por un papa que era la causa de sus males: «no sólo los frailes en los pulpitos sino tambien varios ermitaños iban por las calles predicando el fin del mundo, y entre éstos no faltaba quien persuadiéndose que era imposible ver tiempos peores que los que corrian, decían que el papa Clemente era el Antecristo» (VARCHI). Fué, pues, preciso refugiarse en el castillo de San Angelo, capitular después con Moncada, perdonando á los Colonna y retirar sus tropas de la Lombardia.

**Freundsberg.**—La ligá santa quedó rota. Por una parte, como Carlos Quinto no estaba en estado de pagar sus tropas, dirigieron sus reclamaciones á Jorge Freundsberg. Este era un comandante del Tirolo, que, estimulado con el botín que otros capitanes hacían en Italia, reclutó una partida de alemanes, cuyo número se aumentó en el camino. Se había presentado, pues, para obtener su parte, jurando por el glorioso saqueo de Florencia, y llevando en el arzon de su silla un ronzal de seda y otro de oro, para ahorcar á los cardenales y al último de los papas. Encontró por su propio crédito, y mediante prendas, el dinero necesario para asalarier treinta y cinco compañías de lansquenetes; después se entendió con el condestable de Borbon para sitiar á Roma, donde el ejemplo de los Colonna prometía un saqueo productivo y facil. Aquella turba de diversas lenguas y religiones, sin disciplina, sin provisiones y sin bagajes, sin pensar más que en el botín, y sin responder á sus oficiales más que, *pagadme*, atravesó la Italia como una nube de langosta. Podía detenerla el duque de Urlino; pero prefirió á la gloria de ser libertador de Roma, la satisfaccion de vengarse de los Médicis, que le habían despojado en otro tiempo en su ducado. Descansaba Clemente VII en el tratado que acababa de concluir con Launoy, que había ido para defender el reino de Nápoles, y prometido su proteccion al Padre Santo contra el condestable de Borbon; pero pronto el espanto general le arrancó de sus acostumbradas fluctuaciones; trató de reclutar tropas vendiendo capelos de cardena-

les, lo que se había negado á hacer hasta entonces, apelando á las ofrendas voluntarias de los ciudadanos, é implorando á sus aliados á quienes había cobardemente abandonado.

**Saqueo de Roma, 8 de mayo de 1527.**—Ya era demasiado tarde. El condestable acampó en las llanuras próximas á Roma, la capital del catolicismo y de las artes fué sitiada por bárbaros y protestantes. La juventud romana se levantó para defenderla; pero, novicia é inhábil en las armas, contrariada además por los gibelinos, alegres con el triunfo de los imperiales, pronto se pusieron en fuga. Faltándoles á los lansquenetes escalas, se ayudaban con sus largas espadas para subir á la muralla: el condestable de Borbon fué de los primeros que subió á ella, pero fué herido de un golpe mortal. Ya un ataque de apoplejia había precisado á Freundsberg á retirarse. El ejército, que había quedado sin jefe, y sin una persona que reprimiese su ardor de venganza y saqueo, se apoderó en dos horas de la ciudad Leonina, excepto del castillo de San Angelo, á donde Clemente VII se había refugiado; romanos, suizos, todos los defensores de la ciudad fueron degollados, y el resto abandonado á la brutalidad de una soldadesca furiosa.

Los terribles saqueos de los tiempos de Alarico no ofrecen nada tan odioso y que cause tanto espanto como lo que pasó entonces en plena civilizacion, y á nombre del rey católico. Forzaronse los conventos y se bararon á las religiosas, para ser entregadas en brazos de soldados desentrenados en medio de orgias, en las que los vasos sagrados se profanaban en los altares, convertidos en mesas de banquete; borrachos los alemanes, se cubrían con los capelos de los cardenales y ornamentos sacerdotales, burlándose de ellos en sus obscenas danzas, y deshonraban á las mujeres á la vista de sus padres y maridos encadenados. Ni siquiera los sepulcros se respetaron, y se arrancó un anillo de oro del dedo de Julio II. Regocijábanse los luteranos con pisotear las cosas sagradas, y destruir la *idolatria* de los cuadros y de las estatuas. El cardenal de Araceli, á quien pusieron vivo en un ataúd, y cuyas exequias celebraron con burla, fué paseado por ellos por las calles de Roma. Se embriagaron en su palacio, con vino que bebían en los cálices; después le enviaron á la grupa de uno de ellos á mendigar su rescate de puerta en puerta. Arrojaron las bulas pontificias por paja á sus caballos; y, habiéndose reunido en una capilla del Vaticano, vestidos de cardenales, é imitando las costumbres de los cónclaves, degradaron al pontífice, y proclamaron á Lutero en su lugar (25).

(24) Pablo Jove ha escrito de una manera pintoresca la vida de aquel cardenal.

(25) Categoría, sexo, edad, estado, Hasta el nombre de Dios fué profanado. Los altares, los templos sacrosantos Donde se alaba á Dios y esparce incienso, Con sangre se regaron y con llantos.

Muchos que se habían librado ya del poder de los alemanes por un precio muy subido, volvían á ser aprehendidos por los españoles, y sufrían nuevos insultos y torturas, viéndose precisados á pagar nuevas sumas. Por añadidura llegaron los campesinos del cardenal Colonna para renovar la desolacion. Italianos, españoles y alemanes, parecían rivalizar únicamente sobre quién había de hacer más daño, no solo á los prelados y al clero, sino también á una poblacion inocente. Concluyó Clemente VII por capitular, obligándose á permanecer prisionero del ejército hasta el pago completo de cuatrocientos mil ducados: ceder Parma, Placencia y Módena; recibir guarniciones imperiales, y en fin, ir á Nola ó Nápoles para aguardar allí las órdenes del emperador.

Cárlos Quinto no tenía otra culpa en estos crímenes, que el que tiene un hombre que da salida á un torrente al campo sin prever los estragos que no podrá impedir. Procuró, en su consecuencia, engañar á los demás y á su propia conciencia con rogativas por la libertad del papa (1527), vistiendo luto, y escusándose echando la culpa á los demás príncipes. Pero gozoso con poder manifestar al mundo que podía vengarse de todo el que se uniera á la Francia, no disminuía en un escudo el rescate impuesto al Padre Santo; hasta trató de atraerlo á España: «y la opinion de los más sabios era que queria que volviese el papado á la sencillez y pobreza antigua, en la que los pontífices, sin mezclarse de las cosas temporales, se ocupaban únicamente de las espirituales. Esta resolucion, consecuencia de los infinitos abusos y de los espantosos excesos de los pontífices pasados, era muy alabada y deseada por muchos. Ya varias personas del pueblo decian que no estando bien juntos el pastoral y la espada, debía el papa volver á San Juan de Letran y cantar allí misa.» (VARCHI)

Indignése toda la cristiandad con el modo brutal con que acababa de ser tratada la metrópoli del mundo y el jefe de la Iglesia. Francisco I y Enrique VIII hicieron alianza en Cognac para libertar al papa y á los hijos de Francia, asegurar á Esforcia el ducado de Milan y reprimir al monarca austriaco. Cárlos Quinto acusó á Francisco I de haber faltado á su palabra, declarando que estaba dispuesto á sostenerlo de hombre á hombre: Francisco le desmintió; cambiáronse carteles de desafio entre ellos (26), y hasta determinaron el lugar y el día en que debían pelear. Si lo hubiesen verificado, pereciendo ambos en el acto ¡cuánta sangre, cuán-

tas lágrimas hubieran ahorrado á la Europa! pero eludió Francisco I el duelo, dejando que las naciones lo ventilasen; y la pobre Italia, asolada además por la peste, regalo de sus crueles huéspedes, tuvo que prepararse á nuevas guerras.

Mientras que Andrés Doria que, por no haber sido pagado por el papa, había abandonado su servicio, se apoderaba de Génova, Lautrec pasó los Alpes á la cabeza de treinta mil franceses, vengó en Pavia el cautiverio de su rey (27), y se dirigió á Roma á libertar al papa. No atreviéndose los campesinos á llevar provisiones al mercado, el hambre era estremada allí; los generales imperiales no podían, sin nuevas sumas de dinero, arrancar á los soldados de aquellos muros donde se saciaban con la sangre y el oro de los romanos, y como Clemente, á pesar de anunciar la venta de cinco capelos por 100,000 escudos y de tomar prestados con un rédito enorme otros 200,000 (SEGUR) no podia procurarse el rescate que había prometido, los alemanes lanzaban horribles clamores, como si estuviesen dispuestos á asesinarle. Obispos, arzobispos y personajes de consideracion de Roma, que habían sido entregados por el papa en rehenes, fueron conducidos tres veces cargados de cadenas al campo de las Flores, con amenazas de ahorcarlos, si no se entregaba el dinero; no pudieron escapar del peligro sino embriagando á aquellos furiosos. El mismo Clemente VII consiguió fugarse disfrazado; pero debía reconocimiento á los franceses por la proteccion que le habían concedido, y Enrique VIII, en recompensa de los sorcos que le había proporcionado, le pedia pronunciase la disolucion de su matrimonio con Catalina de Aragon, y por otra parte Cárlos Quinto le amenazaba con deponerle si accedia á ello. Volvió, pues, á su política habitual, fluctuando sin cesar en medio de sus sutiles previsiones, y por considerar á todo el mundo. los convirtió á todos en enemigos (28).

(27) El primero que subió al castillo de Pavia fué un soldado de Rávena. En vez de la corona mural pidió que se le prometiese restituir á Rávena la estatua de Antonio Pio, que había sido llevada á Pavia. Apenas se puso manos á la obra, los de Pavia mostraron mayor desolacion que al verificarse el saqueo de la ciudad, y levantaron tal clamor, que Lautrec obtuvo del soldado que desistiese de su peticion, dándole en cambio una masa de oro suficiente para hacer una corona.

(28) «Maese Juan Gioachimo llegó ayer, y una sola vez ha estado con nuestro señor, hasta aquí se ha ceñido á exhortar á S. S. á que se declare, alegando que, además de no ser regular queden impunes las ofensas hechas á él y á la Iglesia, á nadie debe inspirar mas recelos la grandeza del emperador en Italia que á S. S.; todo lo cual ha apoyado con muchas razones. S. S. ha respondido, que en el estado en que se encuentra, las tribulaciones de la cristiandad no pueden terminarse sino quedando arruinado y debilitado; pero que aun cuando S. S. quisiese tomar parte en la guerra, era preciso que las condiciones fueran admisibles, lo que no acontecia á la sazón, pues se exigía que

¡Oh pecado inaudito, infando, inmenso!  
Arrastrados se vieron huesos santos,  
Y (me horrorizo más cuanto más pienso)  
Por la turba feroz, desatentada,  
Fué sin piedad, Señor, tu carne hollada.

BERNI. *Or. innam* XIV, 21.

(26) Varchi inserta (*Storie*, libro V) estos carteles que son muy curiosos.

Entretanto Roma, asolada por la peste y los soldados, no sabía cuál de estos dos azotes era peor. Cuando aquellas feroces bandas no encontraron ya en ella nada que saquear, se esparcieron por las cercanías, asolando y robando todo lo que encontraban en su paso. Así es que sucedió más de una vez que los campesinos, tocando á rebato, cayeron sobre sus destacamentos y los destrozaron (29). En

este tiempo las antiguas facciones reanimaban y las venganzas se ejercían con furia entre los Orsini y los Colonna, siempre para la mayor ruina del país (30).

se ligase con tres potencias que habían ofendido y perjudicado gravemente á S. S., á saber, los venecianos, el duque de Ferrara, que le tienen sus tierras, y los florentinos, mortales enemigos suyos. Añadió que no veía con qué razones se pensaba persuadirle á unirse á éstos, si antes no se le restituía lo suyo. Todo se ha reducido, de consiguiente, á conferencias sin resultado positivo hasta el presente...

«Dios y la clara inteligencia de S. S. creo le han guiado hasta ahora, no permitiéndole declararse á favor de una ni otra parte; pero cuanto se ha hecho sería nulo, si en estos momentos, que es cuando el éxito de la guerra me parece más dudoso, S. S. ejecutase alguna resolución temeraria.

«En cuanto á su actual peligro, la neutralidad se presenta como el mejor camino para alejarlo, pues que así no ofende, antes al contrario, obra de un modo grato al emperador, y la Inglaterra le aplaudirá por ello; pero debe considerarse que si aquél vence, S. S. queda á discreción suya, y el resto de Italia sin esperanza de salir jamás de la servidumbre. Por otra parte el cristianismo no se contenta con la neutralidad; si llega nuestro señor á declararse, pierde con el emperador todo el crédito necesario para poder tratar acerca de la paz, y se pone en manifiesto peligro de causar su ruina y la de la Iglesia, si los franceses llevan lo peor en esta empresa. También conviene pensar que, una vez declarado S. S., los franceses serán menos solícitos en proveer á las necesidades de la guerra, y teniendo la seguridad de que S. S. no podrá en adelante celebrar pactos ni paces con el emperador, le abrumarán con cargas insostenibles; si cuando se hallaba en toda su integridad y contaba con las fuerzas de Florencia la dejaron arruinar por no prestarle ayuda, mucho más fácilmente ahora, que le faltan los medios de sostenerse.» *Lett. di Pr. a Pr.*

(29) Ocurriósele alguna vez al papa dejar que los pueblos castigasen á sus asesinos. El que quiera conocer la sinceridad de la época, que lea con atención la siguiente carta dirigida á Juan de la Stufa. Renzo de Ceri era un feroz jefe de bandas, y lo mismo el belicoso Napoleón Orsini, llamado abad de Farfa, porque al principio había tenido esta abadía.

«El señor Renzo pasa la vida, si bien con algún gasto, en su mayor parte á costa del prójimo; y es evidente que el duque de Urbino no le quiere en su Estado, pues de lo contrario podría ir á Sinigaglia por un camino más corto que el que siguen. Nuestro señor no está satisfecho de él, y en respuesta á las nuestras de 28 y 29 del pasado, os digo en nombre de S. S. que hagais entender de nuevo al expresado señor Renzo, que no quiere tener por más tiempo tal fiebre sobre su país, y la cual es mucho menos soportable que la del señor duque de Urbino, y que por tanto continúe sin demora su viaje, yendo á embarcarse á Sinigaglia, como había pensado, ó á los puntos vecinos, pues no debe tratar de verificarlo por Ancona, en atención á que los anconitanos no le admitirían; aun cuando, no hallando orden para el embarque en Sinigaglia, pensase dirigirse á Rávena, y se le permitiese, no oponiéndose el

papa, los pueblos no le tolerarían. Al señor Renzo no debe parecerle corta comodidad la que se le ha concedido hasta aquí, con gran perjuicio de los lugares donde ha estado, y hasta con algún cargo de S. S. cerca de los señores imperiales. Rogadle, pues, modestamente que parta sin detención, y si lo hiciere, no le escaseéis los viveres que necesite por su dinero; pero si se obstinase en alimentar á su gente á costa del Estado de S. S. y de la sangre de los pobres pueblos, protestad y declaradle que tenéis encargo de no tolerarle más tiempo, y que elegiréis otro camino para obligarle á partir, el cual, sin que os lo diga, sabeis cuál es: que no siendo la gente más de la que es, aunque se hubiese agregado el abad de Farfa, al toque de campana y aflojando la rienda á los pueblos, todo quedará remediado, y nuestro señor excusado con Dios y con los hombres, mucho más que ahora que tolera el destroz de su país. Vos comprendéis la voluntad de vuestro señor, y sé que no os faltaría prudencia para ejecutarlo. Viterbo 3 de octubre de 1528.»

Como, hermano Jacobo Salviati.

(30) Al conde Baltasar Castiglioni: «No ha sido posible impedir que los señores de la familia Colonna se vengasen del abad de Farfa, porque el señor Julio y el señor Camilo Colonna han quemado y destruido casi más castillos que el abad casas, y hasta han ofendido á los demás Ursinos, que no tenía parte en los errores del abad, quemando también el Estado del reverendísimo cardenal Ursino y la abadía de Farfa, que es cosa eclesiástica; lo que ha sido causa de que acudiesen frailes á nuestro señor, á los cuales no ha quedado un cáliz, un ornamento, una lámpara que tener encendida en honor de Dios. Esto ha disgustado mucho á nuestro señor, y habiéndose quejado á los señores de Nápoles, ha venido orden de que desistan, pero cuando ya se ha hecho cuanto era posible en perjuicio del país, y sin embargo aun no están depuestas las armas. No me bastaría un cuaderno de cartas para referir á vuestra señoría toda la tribulación de este país; pues así como en un cuerpo, después de una larga enfermedad se siente á menudo alguna desazon, del mismo modo, habiendo quedado el país afligido y débil por efecto de los destrozos del último año, cada día se experimenta alguna aflicción nueva. Tengo escrito á vuestra señoría narrándole los daños causados por el abad de Farfa en las tierras de los Colonna; últimamente, para probar á todo el mundo que obraban contra la mente de nuestro señor, ha tratado las posesiones de S. S. como las del señor Ascanio; ha saqueado á Tivoli, ha hecho prisioneros y cometido todas las crueldades imaginables, alejándose luego de allí, y yendo á unirse con el señor Renzo por la Marca, se ha portado lo peor que ha podido. En tal virtud S. S. procede á privarle de la abadía y del Estado. Por otra parte el señor Julio y el señor Camilo han quemado no sólo los castillos del abad y de los otros Ursinos, sino saqueado también á Anagni, llevándose de Tivoli lo poco que el abad había dejado; el señor Juan Bautista Savello ha ejecutado lo propio en la Sabina, á consecuencia de una disputa empeñada con el reverendísimo Cesarino; le acompañan el señor Cristóbal Savello, el señor Pirro de Castel de Piero, Octaviano Spifriti, y muchos otros de los que, no por servir á su majestad cesárea, sino por escudarse con aquel nombre, quieren ser considerados imperiales.

Hacia ocho meses que duraba la devastación, cuando el príncipe Filiberto de Orange; que había tomado el mando de los imperiales que quedaban, los determinó á salir del territorio pontificio, y se encerró en Nápoles. Allí se le unió Lautrec (29 abril de 1528), cuyo ejército se había reforzado con las bandas negras. Después de haber avasallado la comarca con la facilidad que existe por lo común en países donde el pueblo ni aun quiere saber quién será dueño, sitió la capital por tierra, mientras que Andrés Doria la atacaba por mar. El almirante genovés, que hacia en el mar lo que los demás en el continente, había equipado doce galeas á sus expensas, y se ponía al servicio del que le pagaba. Derrotó la escuadra castellana enviada al socorro de Nápoles, dió muerte al virey Moncada que la mandaba, é hizo prisionero al marqués del Guasto. Francisco I había enviado otros refuerzos á las órdenes del conde de San Pol, que hizo la guerra en Lombardia (31) con diferentes probabilidades, hasta el momento en que fué batido y hecho prisionero por el feroz Antonio de Leiva (21 junio de 1529).

Lautrec se había detenido tanto tiempo bajo los muros de Nápoles, que le faltó el dinero, sobrevino la epidemia; el mal aire, los excesos de los soldados y la insalubridad de los alojamientos pronto diezmaron á los sitiadores, que en un mes se vieron reducidos de veinte y cinco mil á sólo cuatro mil. Los jefes no se libertaron tampoco, ni aun el mismo Lautrec. De esta manera se encontró levantado el sitio de Nápoles, y habiendo tomado el

«Estos, favorecidos del hambre que reina en todas partes y de la libertad de robar, arrastran en pos de sí un buen número de gentes, y las tierras en que entran pueden mirarse como arruinadas, segun aconteció dias pasados en Rieti, donde habiendo sido recibidos amistosamente, por ser país gibelino, no bien estuvieron dentro empezaron á saquear la ciudad; pero cuando tenían saqueada ya parte de ella, los reatinos se repusieron de su asombro, tomaron las armas y los rechazaron, matando unos trescientos; con lo cual no han recobrado los bienes perdidos, á no ser los de menos valor.»

(31) «Como recuerdo que nunca los franceses han salido vencedores de ninguna empresa que haya durado, temo que suceda lo mismo con ésta. Sé, en efecto, cuánta confianza tienen en sus asuntos, y cuanto cuentan con la debilidad de sus enemigos. Me parece ver, que con las noticias que saben de que los lansquenets de los imperiales se vuelven á sus casas, disminuirán sus precauciones, y este buen hombre, monseñor de San Pol, se encontrará en Italia, y se habrá embarcado, como se dice, sin galleta, es decir, que no tendrán cuidado de proveerle de dinero... Pero por amor de Dios, cuando escribais alguna cosa que no sea en favor de los franceses, tened cuidado de no hacerlo sino en cifra; porque no basta que lo escribais por convicción de que la fortuna no les es propicia, como me sucede á mí, teniendo la costumbre de tomar todo lo que se dice contra su deseo por el lado peor, y creer que el que se espresa de esta manera lo hace por malignidad, y porque desea que sea así,» etc., etc. *Carta de Pr. á Pr.*, III, 27.

mando Miguel Antonio, marqués de Saluces, se retiró á Averse, donde precisado á rendirse murió de pesar (30 de agosto). Los restos esparcidos de aquel bello ejército conquistador de la Italia perecieron de miseria en las cuadras; los cadáveres abandonados aumentaron la putrefacción del aire, con ella la gran mortandad y las imprecaciones contra los extranjeros (32). Las bandas negras que habían manifestado que aun no se había estinguido el valor italiano, se dispersaron entonces: el ilustre minero Pedro Navarro, que había desempeñado un papel importante en todas estas guerras fué hecho prisionero, y Carlos Quinto mandó que fuese decapitado; pero compadeciéndose el gobernador de la fortaleza de aquel anciano guerrero, le evitó el suplicio y le degolló por su propia mano.

Promovido el príncipe de Orange al vireinato de Nápoles, colmó en la paz los males causados por la guerra. Acusó á gran número de feudatarios de haber favorecido á los enemigos para enviarlos al suplicio y confiscar sus bienes; hizo además pagar á los nacionales seis meses de sueldo al ejército que había saqueado á Roma. Este fué el principio violento de aquel gobierno absoluto y tiránico, que durante dos siglos hizo tan miserable la más hermosa parte de la Italia.

**Andrés Doria.**—La defección de Andrés Doria había sido el último golpe dado á la fortuna de la Francia. El marqués del Guasto había conocido cuando estuvo prisionero á su bordo, que estaba muy enojado por el orgullo de los cortesanos franceses, y porque el rey había enviado á otro que á él á Levante en calidad de almirante, y porque había concebido el pensamiento de atraer á Savona, en cuyo puerto había ya comenzado trabajos, el comercio de Génova. Habiendo conseguido el marqués insinuarse en su ánimo, le aconsejó sustraer á su patria del yugo de los que acababan de saquearla y vulneraban sus privilegios. Génova parecía estar destinada, en efecto, á ser el objeto de vergonzosos mercados entre la España y la Francia; esta última potencia no la conservaba ya más

(32) Se encuentran en los *Docum. di Storia Ital.*, publicados por Molini, una carta preciosa, la doscientas noventa y una, de Teodoro Trivulzio, y de Guido Rangoni, del año 1529, en la cual indican los medios que convenia que el rey de Francia adoptase para hacer la guerra al emperador. Dice entre otras cosas: «Es tanto más necesaria esta vigilancia y este estremado cuidado, cuanto se tiene que habérselas con enemigos llenos de astucia, perfidia y malicia, que con su obstinación ó constancia tienen la paciencia de aguardar la ocasión; parece que tienen la idea de que los ejércitos de V. M. y sus aliados deben consumirse por sí mismos. Como se ha visto que esto es lo que ha sucedido varias veces, es necesario evitarlo con todas las precauciones necesarias en la empresa que se dice está á punto de verificarse... Bueno sería llevar de Francia una cantidad conveniente de infantes... en atención á que con dificultad se encontrarán en Italia, HABIENDO MUERTO LA MAYOR PARTE DE LOS CAMPESINOS DE HAMBRE, POR LA PESTE, Ó DE OTRA MANERA.»

que para deshacerse de ella á un precio ventajoso. Resolvió, pues, Doria, arrancarla de las manos de ambas naciones contendientes, y sacrificando tímidas consideraciones de honor á la esperanza de ser el libertador de su patria, envió á Francia á pedir satisfaccion de las culpas que se habian consentido con respecto á ella y á él. A la negativa de Francisco I se dirigió al emperador, quien le presentó condiciones que le agradaron. Enarboló entonces la bandera imperial y proclamó la libertad de su patria (33). Este fué un acontecimiento de estremada gravedad para el conjunto de negocios de la Francia en circunstancias tan urgentes; porque, dice Brantome, el que no es dueño de Génova y del mar, no puede dominar bien la Italia.

Doria dió, pues, el último golpe á la independencia de Italia entregándola á Carlos Quinto, convirtiéndose después en el abrigo y sosten de Felipe II; pero devolvió la libertad á Génova negándose á aceptar la soberanía que le ofrecia Carlos Quinto, poco partidario de las repúblicas (34).

(33) «M. Andrés pedia al emperador 60 ducados de sueldo, la libertad de Génova, la extraccion de diez mil salmas de trigo de Sicilia, con otras cosas de leve importancia. S. M. no se lo ha concedido lo que solicitaba, sino que ha escrito al señor príncipe diciéndole, que si la guerra termina de un modo favorable para él, asigne al capitán M. Andrés un Estado en el reino, por valor de 8 á 10,000 ducados; entregando además 1,000 al conde Filipino, 700 á M. Cristóbal Pallavicino, persona adicta á M. Andrés, y otros tantos á Erasmo, para que todos queden contentos de haberle servido.» *Lett. di Pr. á Pr.* 43.

(34) Segni (*St. flor.* II) refiere haber oido decir á Luis Alamanni «que hablando con Andrés acerca del hermoso hecho con que este habia salvado la patria, le dijo sonriéndose: Sin duda, Andrés, vuestra accion ha sido generosa; pero más generosa y esclarecida seria aun, si no se extendiese alrededor no sé qué sombra, que no la deja brillar por completo. Luis me aseguró que Andrés, oyendo tales palabras, exhaló un suspiro, permaneció sin moverse, y después, volviéndose hácia él con afable rostro, dijo: Feliz el hombre que logra ejecutar una accion laudable, aunque sea valiéndose de medios no del todo buenos. Sé que no solamente tú, sino otros muchos pueden echarme en cara, que habiendo apoyado siempre la causa de Francia y alcanzando altos honores por favor del rey Francisco, le haya abandonado en sus mayores apuros, accediéndome á un enemigo suyo. Pero si el mundo supiese cuán grande es el amor que he profesado á mi patria me perdonaria, que no pudiendo salvarla y engrandecerla de otra manera, hubiese escogido un medio no exento de alguna culpa. No trataré de alegar que el rey Francisco, al paso que aceptaba mis servicios, no me cumplia la promesa de restituir la ciudad de Savona á mi patria, porque esto no basta para disculpar al que ha faltado á su antigua fe; pero quizá baste la certeza que yo tenia de que el rey no habria consentido jamás en declarar á Génova libre de su dominacion, de un gobernador nombrado por él, de la ciudadela. Habiendo obtenido yo todo esto felizmente con apartarme de su fe puedo probar á cualquiera que mi accion brilla con toda claridad, sin que empañe su luz sombra alguna.»

Entretanto negociábase entre los soberanos una reconciliacion necesaria á todos los partidos (1529), y en fin, el emperador y el papa se pusieron acordes en Barcelona. Obtuvo el pontífice mejores condiciones que las que hubiera podido esperar después de una victoria: Carlos se comprometió á que los venecianos le restituyeran á Ravena y Cerchia, y el duque de Ferrara, Módena, Reggio y Rubiera; restablecer á los Médicis en Florencia, Esforcia en Milan, si probaba que habia sido extraño á las tramas de Morone, y en fin, someter á los herejes en Alemania. En cambio prometió el papa dar á Carlos la corona imperial y la investidura del reino de Nápoles, con sólo la carga del homenaje de la hacanea.

**Paz de las Damas.**—Por otra parte, Margarita, tía de Carlos Quinto, y Luisa de Saboya, madre de Francisco I, concluian en Cambray un arreglo por el cual Francisco I renunciaba á los condados de Artois, Flandes y Charolais, y Carlos Quinto á la Borgoña, que debia concederse en patrimonio al hijo que naciese de Leonor, futura del rey de Francia. Esta princesa llevó consigo á los príncipes franceses que habian quedado en rehenes, y cuyo rescate se pagó á peso de oro. Francisco I, que para obtener condiciones más ventajosas, habia hecho que las potencias italianas verificasen nuevos esfuerzos, las abandonó entonces vergonzosamente á la venganza española, renunciando á todos sus derechos, y no estipulando nada para sus aliados. El rey caballero hubiera entonces podido cambiar ciertamente su frase de Pavia y esclamarse: *Nada se ha perdido excepto el honor.*

Margarita habia dicho que por volver á ver á uno solo de los hijos del rey, hubiera dado mil Florencias. Esta ciudad, que engañada por las promesas de la Francia, se habia negado á escuchar á Doria y á sus mejores hombres de Estado, que le aconsejaban unirse al emperador, fué entonces vendida cobardemente sin que se tuvieran en cuenta sus derechos y sus quejas.

Habiendo cedido Carlos Quinto á los portugueses por 400,000 ducados sus derechos á las Molucas, llamó á Barcelona á Andrés Doria prodigándole honores; y montando en su galera capitana, bogó con un fuerte ejército hácia Italia, cuyo destino se habia fijado en su mente. Esta acogió con alegría las esperanzas de un descanso esperado por todos. Desplegaron las artes á porfia su brillo en las fiestas y ceremonias, y Carlos se abocó en Bolonia con el Padre Santo, para combinar la realizacion de sus comunes deseos. El emperador deseaba conservar á Milan, como principal llave de sus posesiones de Italia; pero como el duque Francisco estaba abiertamente sostenido por los venecianos y ocultamente por los demás príncipes, consintió Carlos en dejárselo, reservándose verificar su proyecto en tiempos más tranquilos, lo que ejecutó. Concedió, pues, á Francisco Esforcia el ducado de Milan, excepto Pavia con que invistió á Antonio de Leiva, y retuvo como prenda la ciu-

dad de Como con el castillo de Milan hasta el pago completo de 900,000 ducados, la mitad en dinero contante y el resto en el espacio de nueve años. Venecia restituyó al papa Rávena y Cervia, al emperador las ciudades ocupadas en el litoral napolitano con 300,000 ducados además, y se tuvo cuidado de los desterrados y refugiados.

Génova, Luca y Siena permanecieron libres; Federico, señor de Mántua, recibió el título de duque; Carlos III de Saboya, cuñado de Carlos Quinto y tío de Francisco I, habia conseguido guardar la neutralidad entre ellos, y se aprovechó sin pérdida de la victoria. Alfonso de Ferrara habia enviado después de la muerte de Julio II embajadores á Leon X, entre cuyo número estaba el Ariosto, y obtuvo la paz; pero le era perjudicial, en atencion á que queriendo Leon procurar á los suyos un gran Estado, se esforzaba en adquirir Módena y Ferrara, ya por la fuerza, ya con secretos manejos. Su muerte saco á Alfonso *ab ungue leonís*, como lo hizo grabar en una medalla; habiéndole recibido bien el emperador en aquellas circunstancias, le adjudicó Módena y Reggio; por su parte, el papa le concedió la investidura de Ferrara mediante 100,000 ducados.

**Coronacion de Carlos Quinto, 1530.**—Cinco meses permanecieron el pontífice y el emperador bajo el mismo techo, tratando de sus asuntos en persona. Ya fuese por remordimiento, ó por la vergüenza de ver á Milan y Roma en el deplorable estado á que

estaban reducidas, Carlos recibió en el mismo Bolognia la corona de hierro y la de oro. Fué el último emperador de Alemania coronado por un papa. En efecto, desde el momento en que la dominacion pertenecia á la espada, ¿qué significacion podia tener aun una coronacion hecha por el representante de la Italia? Cansados y desanimados sus habitantes, se dedicaron á adular á Carlos Quinto sin cesar de repetir que nunca se hubiera podido imaginar tanta afabilidad y cortesania con el autor de tan horribles desastres.

De esta manera la union de los poderosos consumaba el envilecimiento de la Italia que habia comenzado con sus discordias. Ya no existia equilibrio entre los pequeños Estados, avasallados al emperador ó debilitados. Asustado el papa con los progresos de la reforma, dirigió la mano á aquel imperio que sus predecesores habian hecho temblar tantas veces; y mientras que la oposicion regular del papado habia fundado su gloria y grandeza en lo pasado, cambió de divisa, y se colocó en el partido de los gibelinos, que en adelante decidieron del porvenir de la Italia. Si hasta entonces habia tenido que sufrir los estragos de la peste y de la guerra, males pasajeros que no destruyen los gérmenes de la prosperidad de una nacion, vió entonces establecerse en su territorio una administracion absurda, principios disolventes, opresion sistemática del pensamiento, del talento y de la industria.

## CAPÍTULO VII

### RESTABLECIMIENTO DE LOS MÉDICIS.— TERCERA GUERRA ENTRE CÁRLOS QUINTO Y FRANCISCO I. — ÚLTIMOS ESFUERZOS DE LA INDEPENDENCIA ITALIANA.

Florenia, que era la única que no habia sido comprendida en el tratado de paz general, fué lo que quedó de la independencia italiana. Después de la muerte de Lorenzo de Médicis, último descendiente de Cosme, padre de la patria, los florentinos habian solicitado de Leon X les devolviese la libertad; pero él envió allí al cardenal Julio (26 abril de 1519), bastardo de su casa, que prometió no abrogarse el nombramiento en los empleos, ni ninguna otra prerogativa señorial. En efecto, consiguió el afecto general, y los mismos que deseaban la libertad de su patria no le odiaban; pero como los partidarios de los Médicis tenian la superioridad y tiranizaban á los demás ciudadanos, no se conseguian los empleos sino favorecidos por ellos. Clemente VII envió después á Florenia á otros dos bastardos, á Hipólito, hijo de Julian, tercer hijo de Lorenzo el Magnífico, y á Alejandro á quien Lorenzo, duque de Urbino, habia tenido de una esclava. Florenia, que habia perdido su importancia propia, se encontró arrastrada por la fortuna y política de los Médicis, precisada á seguir su suerte y proporcionar hombres y dinero segun los caprichos de Clemente VII. En la época en que el condestable de Borbon se adelantaba hácia Roma, los vecinos de Florenia pidieron armas para defenderse; y viendo que se les negaban, lanzaron su antiguo grito de *¡Pueblo y libertad!* pero pronto fué sofocado.

La constitucion de aquella república no comprendia bajo la misma igualdad á los nobles y plebeyos, á la ciudad y á los campos. Distinguanse entonces en Florenia los *sopportanti*, ciudadanos contribuyentes, es decir, que pagaban la décima parte de sus bienes, y los no *sopportanti*, que vivian de su trabajo. Entre los primeros, habia algunos que no eran admitidos en el consejo, ni en los oficios ó magistraturas; solo gozaban de los dere-

chos de ciudadanía y eran nombrados para los oficios aquellos cuyos antepasados, habian tenido participacion en los tres empleos mayores de la señoria, del colegio y de los hombres buenos. Entre los admitidos ó *statuali*, se decia que estaban por la mayor, los inscritos en las artes mayores, y por la menor, los que pertenecian á las catorce artes inferiores. Otros pagaban las contribuciones de Florenia; pero vivian en el campo, y se les llamaba salvajes (*salvatichi*) (1).

El gonfalonero Nicolás Capponi, hombre de recto corazon, no tenia bastante energia ó talento para reprimir la violencia de los *arrabbiati*: se liasonjeó, pues, de contenerlos con ayuda de los grandes, esperando que podria entenderse con los Médicis, lo que no era más posible que poner á los grandes acordes. Se habia puesto á la cabeza de los *palleschi*, y de los *piagnoni* de Savonarola. Baltasar Carducci y Dante de Castiglione, capitaneaban la faccion popuiar, que haciendo mucho ruido queria oponer el odio general á la vuelta de los Médicis (2).

La peste, que se habia cebado en Florenia como en el resto de Italia, aumentó las miserias públicas, haciendo en la ciudad durante tres meses unas trescientas víctimas diarias, y doscientas cincuenta mil en todo el Estado; fray Bartolomé de Ficaya recorrió el pais predicando la penitencia, como lo habia hecho Savonarola, y la señoria decretó procesiones públicas, y con todos los mag-

(1) Véase VARCHI *Historias*, al fin del libro III.

(2) Puede decirse con verdad que maese Baltasar Carducci, enemigo de los Médicis, hizo más á favor de su vuelta á Florenia, que el mejor amigo de aquella familia. F. VETTORI, *Sommario della hist. d' Italia* desde 1511 á 1527.

nates descalzos salió á recibir la milagrosa imagen de Nuestra Señora de la Impruneta. El mismo Capponi, antiguo discípulo del fraile mártir, hizo oír en el gran consejo el lenguaje de su maestro. «Al concluir se prosternó en tierra, exclamando en alta voz ¡*Misericordial*! y á ejemplo suyo todo el consejo exclamó: ¡*Misericordial*!» (VARCHI). Después, á proposición suya fué elegido Cristo por rey perpétuo. Su devoción no le impedía pensar tanto como podía en la administración, las rentas y la justicia. Secundando el celo público, organizó una milicia urbana de cuatro mil ciudadanos de familias admitidas á participar del gobierno, y se ocupó en completar las fortificaciones de Florencia; pero de qué podían servir pequeñas medidas en el interior, cuando los destinos de la Italia se decidían fuera?

Hubiera sido ventajoso á los florentinos declararse en favor de Carlos Quinto que tenía prisionero á su enemigo el papa; pero detestando la arrogancia española y acordándose de que Savonarola solía decir que las lises debían florecer con las lises, permanecieron fieles á la Francia, sin conocer que esta potencia procuraba (como le sucedía con frecuencia) comprometer á los demás países para salvarse á sí misma. En efecto, nada estipuló en su favor cuando hizo su tratado de paz; después, con el objeto de que Florencia no fuese la única que tuviese una existencia propia en medio del anonadamiento general, en el momento en que el emperador se alejaba de la Italia pacificada para no oír nuevos gemidos, envió la hez de sus tropas manchadas con la sangre y la rapiña de diez años á apagar en la capital de la Toscana el último soplo de la facción güelfa. Bajamente vendida por el rey de Francia, que no cesaba de animarla con promesas (3), envió al emperador para quejarse, y

(3) Carducci, embajador en la corte de Francia en 1529, escribió: «Como apuraba yo muchas veces al rey para que recordase el afecto y fidelidad de vuestra señoría con respecto á él en aquellos casos, me ha espesado con tanta fuerza las obligaciones que cree deberles, que no se podría decir más; afirmándose que no quisiera nunca hacer ningún arreglo, sin *ventaja total y conservación de esta ciudad, que considera como si fuera suya*. Ultimamente, monseñor, el gran maestro, á quien recordé las mismas cosas, me ha repetido iguales discursos, y dado las mismas seguridades, diciéndome: *Señor embajador, si veis que el rey verifica algún arreglo con el emperador sin que esteis comprendido y nombrado en él en primer lugar, decid que no soy hombre de honor y hasta que soy un traidor.*»

La correspondencia de Carducci, que se encuentra en el archivo de Gino Capponi, es de inmensa importancia. Vese por la carta del 3 de agosto cuán poca confianza tenía en la diplomacia francesa: «Estos franceses están colocados en grado tan inferior á los imperiales, que les es necesario, recibir y aceptar las condiciones que se les dictan. Sin embargo, habiendo recibido siempre del rey y de estos señores una esperanza que raya en certeza de ser incluidos bajo condiciones honrosas y admisibles, no he querido que Vuestras Señorías desesperen.» El 5 del mismo mes decía:

«declarar que estaba pronta á consentir en cualquier arreglo, con tal que se le conservase su independencia. Pero habiéndose burlado de los enviados, como de mercaderes, más bien que no honrado como embajadores, y antes engañados que escuchados» (4), no obtuvieron otra satisfacción que la de ser entregados á merced de Clemente VII, el mayor enemigo de Florencia.

No quedó ya, pues, á aquella república otra esperanza que ella misma. El pueblo, que hacía tantos años había perdido la costumbre de pelear para entregarse exclusivamente al comercio y á la industria, se armó de resolución: rechazó las condiciones de servidumbre, y sitiada por todos los príncipes conjurados para destruir las antiguas constituciones, se mostró digna de fijar la atención general con hechos que sólo la injusticia de los tiempos posteriores ha podido únicamente no señalar entre lo que la historia cuenta de más heroico. Nicolás Capponi, que prefería las vías honorables de conciliación á una inútil resistencia, perdió el favor del pueblo: no sólo se le denigró públicamente (5), sino que hasta se le procesó por

No puedo manifestaros sin disgusto, magníficos señores, la determinación impía é inhumana del rey y de sus agentes en este tratado de paz, faltando á mil promesas, y juramentos de no concluir cosa alguna sin la participación de los oradores, de los adherentes y de los coligados. A pesar de todo, sin contar con ninguno de nosotros, esta mañana han publicado solemnemente el arreglo y la paz, sin incluirnos en ella; de suerte que ninguno ha podido (los embajadores de Venecia están en igual caso) dejar de mostrar á estos señores su injusticia y la mala recompensa que han dado á tanta fe, á tantos gastos, á tantas molestias como tenemos sufridas por la corona de Francia; conducta que quedará como *perpétuo recuerdo á nuestra ciudad y á toda Italia, de la fe que debe tenerse en las alianzas, promesas y juramentos franceses.*» A estas quejas contestó el Gran Maestre (Montmorency): «¿Queréis, pues, impedir que recobremos á nuestros hijos? Cuidad, no sea que en vez de un enemigo contéis con dos.» Esto me trae á la memoria la última seguridad dada por el rey, que oyó M. Bartolomé Calvacanti como por una carta suya habían visto VV. SS. con la cual hubiera engañado á cualquiera, pues juró en términos explícitos que sin incluirnos no se averdria jamás con César, y que prefería perder á sus hijos á faltar á lo prometido á vosotros, sus confederados.

(4) VARCHI.

(5) Una carta de Busini de 31 de enero de 1549, que no se halla entre las publicadas en Pisa, dice: «Nicolás Capponi no quiso nunca que se fortificase el monte de San Miniato; y Miguel Angel, que es hombre en extremo verídico, dice le costó mucho persuadir á ello á los otros sujetos principales, no logrando convencer jamás á Capponi; sin embargo, empezó de la manera que sabeis, y Nicolás le quitaba las obras y las enviaba á otro punto. Cuando tomó asiento entre los Nueve, le mandaron dos ó tres veces fuera, y á su vuelta encontraba siempre el monte sin defensa, lo cual le hacía gritar, así por su reputación comprometida como por el magistrado que tenía. Ponia de nuevo manos á la obra, hasta dejarla en estado de poder resistir si venía el ejército. Por este y otros motivos creo que Nicolás se hallaba persuadido de que el Estado se convertiría, no en

haber mantenido inteligencias con el papa; y aunque absuelto de toda sospecha de traicion, no por eso dejó de ser depuesto, pues en las fiebres populares no se quiere la prudencia que modera, sino la violencia que empuja. Los florentinos le sustituyeron Baltasar Carducci, y animados por los *arrabbiati* y los *piagnoni*, se preparaban á hacer los últimos esfuerzos. Ya habian hecho «el alistamiento general de una milicia civil en toda la ciudad» (6), y restableciendo las bandas de la *ordenanza*, que ascendieron á diez mil hombres, lo selecto del territorio, bien armados y mejor disciplinados que lo que se podia aguardar de gente poco aguerrida: fué una salvaguardia para la tranquilidad pública contra los atentados de los partidos extremos (7). Miguel Angel Buonarroti, como en otro tiempo Arquímedes en su patria, dirigia las fortificaciones y colocaba baluartes en la ciudad; Hércules de Este, hijo del duque de Ferrara y cuñado del rey de Francia, fué nombrado capitán general (8); Malatesta Baglioni, señor de Pe-

trania, sino en gobierno de unos pocos, como deseaban casi todos los ricos, parte por ambicion, parte por necesidad, como Pedro Salviati y su hermano, parte por dependencia, como Ristoro y Pedro Vettori, y añade que desde entonces no quiso ya bien á Nicolás ni este á él.»

Otra carta de Busini, incompleta en la edicion de Pisa, pero que Gaye inserta por completo, refiere los motivos de la fuga de Miguel Angel, que tantas inculpaciones ha valido á este: «He preguntado á Miguel Angel cuál fué la causa de su partida; y me contestó, que siendo uno de los Nueve, y habian invadido el territorio las tropas florentinas, Malatesta, el señor Mario Orsini y otros jefes, los Diez pusieron los soldados por los muros y baluartes, asignando á cada capitán su sitio, y distribuyendo viveres y municiones; entre otros, dieron ocho piezas de artilleria á Malatesta para que les custodiase y defendiese parte de los baluartes, del Monte, el cual las colocó, no dentro, sino al pié de los baluartes, sin ninguna guardia: lo contrario hizo Mario. Miguel Angel, que volvia á ver, como magistrado, aquel punto del Monte, preguntó al señor Mario cuál era la causa de que Malatesta tuviese tan descuidada su artilleria? A lo que contestó el señor Mario: sabe que éste descende de una familia en la cual todos han sido traidores, y tambien el hará traicion á esta ciudad. *Respuesta que le atemorizó en términos de decidirse á partir, por miedo de que la ciudad cayese en poder del enemigo* y EL CON ELLA. Habiendo formado tal resolucion, encontró á Reinaldo Corsini, le descubrió su idea, y Reinaldo le dijo con su natural ligereza: Yo os seguiré, etc.

(6) NARDI.

(7) La Provision de aquella milicia fué dada á la estampa con este verso de Virgilio:

*Encaed in ferrum pro libertate ruebant.*

(8) «Las bases principales fueron: que don Hércules, hijo primogénito de don Alfonso, duque de Ferrara... fuese, aunque muy jóven aun, capitán general de todas las tropas de la república florentina, tanto de á pié como de á caballo, durante un año... con toda aquella autoridad, honores y comodidades que acostumbra tener los capitanes generales de la república florentina; que la escolta se compusiese de doscientos hombres de armas, con 100 florines de *grosso* y retencion de un siete por ciento anual para

rusa y otros afamados caudillos entraron al servicio de la república; empréstos forzosos, la plata de las iglesias y de los particulares, las pedrerías de los relicarios, la tierra de los eclesiásticos y de los gremios, vendidas ó empeñadas, proporcionaron el dinero necesario; nueve comisarios, investidos con plenos poderes se encargaron de dirigir la guerra (9).

cada hombre de armas, que deberian pagarse por cuartas partes y siempre una de éstas adelantada; asignándose á la ilustrísima persona de S. E., la pension de 9,000 florines de *carlinos*, sin retencion alguna, que se pagaria en igual forma. S. E. estaria obligado á convertir la mitad por lo menos de los doscientos hombres de armas, y los más que gustase, con tal de manifestarlo en el espacio de veinte dias, en soldados de caballeria ligera, á razon de dos de éstos por cada hombre de armas. Que todos los años se le pagasen 4,819 florines y ocho sueldos de oro en oro del pais, y esto por la mala condicion de los tiempos y en la grande escasez que reinaba en Italia. Que cada hombre de armas estuviese obligado á tener en época de guerra tres caballos, una lanza, una coraza y una acémila; y en época de paz los dos principales solamente, sin la acémila. Que cuando hubiese guerra, y siempre que la ciudad tomase á sueldo á lo menos dos mil infantes, le deberia dar, cabalgando él, una compañía de mil peones, sin obligacion de revistar más de ochocientos; y si aquélla tomaba á sueldo menos de dos mil, él daria á prórata los peones que le correspondiesen. Que se le pagasen mensualmente, en tiempo de guerra, 100 florines de oro del pais, y en tiempo de paz 50, para poder mantener cuatro jefes de infanteria á su eleccion. Que todo el dinero de estas pagas se le entregase. Que donde quiera que, cabalgando él, le fuese señalada su residencia, se le señalasen asimismo leña y forraje, y además, á su vuelta las cubiertas sin ningun coste. Quiso tambien, y así se decretó, que los señores Diez se obligasen, en nombre de la magnifica y excelsa señoría de Florencia, á no conferir titulo ni grado alguno, durante su mando, á nadie que no fuese, ni superior, á lo menos igual á él. Por su parte S. E. se obligó á servir con su persona y al frente de las tropas, tanto en favor como en contra de cualquier Estado ó príncipe, siempre y cuando lo exigiese la señoría, por medio de los Diez ó de su comisionado general; en la inteligencia de que los señores florentinos habrian de entregarle el baston y la bandera de capitán general con las patentes y letras de tal dignidad. VARCHI, *Storie florentine*.

(9) El podestá escribia á Baltasar Carducci el 12 de marzo de 1530: «Estamos aquí, como de costumbre, muy gustosos, confiando no solo en la ayuda de Dios, sino tambien en las buenas medidas que se han tomado, tanto respecto de las fortificaciones y de la tropa, como de lo demás; y no conjeturamos pueda dañarnos otra cosa que lo largo del tiempo, si bien tenemos decidido resistir mientras nos dure la vida; todas vuestras facultades emplearemos antes que soportar el yugo de la tirania. La conducta de nuestros ciudadanos es digna sin duda de los mayores elogios, pues á pesar de tantas molestias, no hay gravámen que no sufran por conservar esta libertad, cuya dulzura es más grata á proporcion que es mayor la guerra que se le hace. Todos acuden á trabajar con sus manos en las fortificaciones de la ciudad. De suerte que, hallándose ésta en el dia bien fortificada, no tememos á nadie; y con la firme resolucion de no perdonar medio ninguno, pensamos resistir hasta que se abra algun respiradero á nues-

Estas eran excelentes medidas, pero tardías, cuando las armas y la servidumbre se habían abierto ya tan ancha senda. La defensa hubiera sido posible cuando la venida de Carlos VIII, ó cuando Pedro Capponi amenazaba echar á vuelo las campanas; lo hubiera sido también bajo la influencia de Savonarola, y cuando los Médicis no habían adquirido aun tanta audacia bajo la triple influencia del oro, del acero y de la cruz. Pero entonces la libertad tenía en su contra el odio de las provincias mal administradas, el descontento de los grandes oprimidos por el pueblo, y la inmensa turba de los hombres serviles, cuya habilidad secular había sabido corromper hasta lo bueno que había en las instituciones. El amor á la patria, santificado como una religion por las predicaciones de fray Bartolomé, las nobles virtudes güelfas, reanimadas en el corazón de la juventud, un valor inesperado en una población de mercaderes, no podían hacer más que la caída fuese decorosa, siendo imposible resistir á los esfuerzos conjurados de las armas, de la traición y de la fortuna (10).

Reconciliado el duque de Ferrara con el papa, le proporcionó artillería, en lugar de enviar á su hijo á pelear contra él. Podía contar poco con la fidelidad de tropas mercenarias, que parecían tener más vencer, que ser vencidos; y no podía esperar ningunos socorros de la Italia, cansada de luchas y asustada con la victoria. Baglioni, nombrado capitán general, era un guerrero muy hábil, pero «impío, muy cruel, manchado con todos los vicios y todos los crímenes;» (11) además había hecho traición otra vez á Florencia. Clemente VII dirigió entonces sobre su patria aquellas mismas bandas feroces, de las que tan cruelmente había tenido que sufrir. Se adelantaron á las órdenes del príncipe de Orange, que, «aunque detestase sin consideración la avaricia del papa y la injusticia de aquella empresa, había declarado que no podía abstenerse de continuarla sin haber restablecido

á los Médicis.» (12) Las plazas se rindieron una después de otra; los partidarios de los Médicis abandonaron su patria, entre estos, Guicciardini que como varios otros de las principales familias esperaba consolidar una aristocracia sin conocer que la elevación de aquéllos debía fundarse en la humillación de los nobles y que llevó al enemigo el socorro de sus talentos políticos, más útiles desde la muerte de Morone, que se había deshonrado, poniendo al servicio de los enemigos de la Italia consejos que en otro tiempo había dirigido contra ellos. El patriotismo sostenía á los florentinos: Savonarola parecía revivir en los frailes Benito de Foyano, Zacarias de Fivizzano y Bartolomé de Faenza, que prometían la victoria y ejército de ángeles protectores de los valientes, así es que los ciudadanos empleaban en defenderse un ardor estremado. Las casas de recreo, este delicioso adorno de los alrededores de Florencia, habían sido arrasadas, y se veían los naranjos y los olivos ser llevados á la ciudad para añadir á la solidez de las fortificaciones. Después de la misa mayor celebrada en la plaza de San Juan, se hizo prestar juramento á los hombres de ordenanza que ninguno de ellos abandonaría á sus camaradas, y que defendería la libertad hasta el último extremo. En efecto, «aunque hubiese entre ellos muchos licenciosos y de malas inclinaciones, en vista de que estaban divididos en su opinión y pertenecían á diferentes partidos, se abstenerían por tanto de llegar á las manos unos contra otros, é injuriarse de palabra; diciendo que no era el momento de hacer locuras; desembaracémos primero de esta gente, y después ventilemos nuestros asuntos.» (13)

En las primeras escaramuzas con el príncipe de Orange se vió señalarse á Francisco Ferruccio, ardiente patriota y tipo de los héroes ciudadanos. Supo sostener la abundancia en la plaza, y lo que es más, la disciplina entre los soldados. Enemigo de los partidos medios que arruinan y no salvan, cometió varias crueldades; habiendo vencido á Volterra «después de la victoria mandó ahorcar á catorce españoles que cogió prisioneros;... se apoderó luego de los bienes de los ciudadanos y de la plata de las iglesias, y prohibiendo bajo pena de la vida que saliese ninguno de la ciudad, alojó á los soldados en sus casas con maneras ásperas é insolentes... Empleó mucho rigor á fin de hallar dinero, y con este motivo hizo ahorcar á dos ciudadanos en la ventana del palacio donde tenía su residencia.» (14) Mandó que se ejecutase lo mismo en las murallas con un trompeta que le envió el general Maramaldo; durante el suplicio los soldados se burlaban, imitando con una especie de maullido el nombre de aquel capitán. Ferruccio se proponía atacar á Roma, ganar á los alemanes y

tra salvación. Debemos dar gracias á Dios de que, teniendo dentro de los muros tanta gente extranjera, no haya sobrevenido ninguna de las desgracias acaecidas á otras ciudades sitiadas; por el contrario, se ha engendrado tanto amor y benevolencia entre los soldados y nuestros jóvenes, que parecen hermanos, y entre los extranjeros se ve tanta prontitud en correr á nuestra defensa, que parece combaten no menos por sus intereses que por los nuestros. Lo cual resulta de que se hallan muy bien pagados y de que todos les muestran singular afecto; esto, añadido á las malas pagas del enemigo, hace que muchos abandonen diariamente sus filas y se pasen á las nuestras. Así nuestra infantería ha llegado á tal perfección, tanto en cantidad como en calidad, que si saliese á campaña haría temblar á toda Italia.»

(10) Si Clemente VII, enfermo entonces, hubiera muerto, y si Ferruccio hubiese, por el contrario, sobrevivido, hubieran concluido los Médicis, y nunca hubieran dominado en su patria.

(11) VARCHI.

(12) GUICCIARDINI.

(13) VARCHI.

(14) SEGNI, *St. flor.*, lib. IV.

coger prisionero al papa (15); y es seguro que si Florencia se hubiera atrevido á confiar la dictadura á este caudillo, á Carducci ó á otro de sus ciudadanos, las cosas hubieran adelantado más que colocándose en la necesidad de satisfacer las exigencias de los jefes de bandas, no acostumbrados á obedecer á otros que á los príncipes. Los españoles, mirando en los florentinos mercaderes y no guerreros, se negaban á combatir con ellos como iguales; no aceptaban sus desafíos ni querían convenir en su rescate cuando los hacían prisioneros. Habiendo sido cogido Ferruccio en la desgraciada jornada de Gavinana, donde pereció el príncipe de Orange, fué herido por Maramaldo y muerto por los demás.

Entre tanto los padecimientos eran horribles; se comía de todo; «los gatos tenían un precio bastante subido, los ratones formaban el alimento de la gente pobre, y los asnos se comían en los convites sin probar el vino» (SEGNI). Era ya difícil adoptar un partido en medio de circunstancias tan graves, y en tal confusión. Los partidarios de los Médicis tenían inteligencias en la plaza, y cuando Baglioni vió que no tenía nada que esperar de la república, la vendió. El dux de Venecia dijo, leyendo el tratado que aquel jefe mercenario había concluido con el papa: *Ha vendido al pueblo, la ciudad y la sangre de esos pobres ciudadanos, onza á onza; y se ha acreditado de ser el mayor traidor del mundo.*

Vióse, pues, precisada Florencia á capitular, estipulando que las personas y la libertad quedarían en salvo. Pero pronto se eligió una *baillia*, compuesta exclusivamente de los partidarios de los Médicis (Bartomé Valori, Guicciardini, Vettori, Roberto Acciajuoli); la campana, que por última vez había convocado al pueblo para hacerle aprobar lo que habían dispuesto sus vencedores, fué hecha pedazos; comenzaron los procesos y tormentos; á los más respetables patriotas se les cortó la cabeza en el patio del jefe de policía; fray Benito fué enviado á Roma para morir allí de miseria y de malos tratamientos, no menos que de sed y hambre (16). Muchos ciudadanos fueron desterra-

(15) Encontramos un hecho nuevo, á saber, que se reclamó la asistencia de los turcos durante el sitio de Florencia. El embajador Cornaro escribe á la señoría de Venecia: «No quiero dejar de deciros, que estos señores se informan sin cesar de mí, de lo que hace el monarca turco, manifestando que tienen en el gran esperanza. Ayer he recibido una carta de Ragusa, anunciando que esta potencia prepara un numeroso ejército de tierra y mar, y que ha enviado ya á la Vallona cien galeras y cien balandras. Esta noticia ha causado una viva satisfacción á toda la ciudad, de manera que se puede estar casi cierto, de que estos señores han hecho conocer al turco la necesidad en que se encuentran: se me ha hecho tambien por buen conducto una confianza sobre este punto.» *Relazioni Venete*, série II, tomo I, 279.

(16) «No le sirvió haber humildemente espuesto al

dos, y á otros se les confiscaron sus bienes. Declaró enseguida Carlos Quinto que restituía á Florencia sus antiguos privilegios, á condicion de que reconociera por duque al bastardo Alejandro de Médicis, con quien había casado á su hija natural. La *baillia* le proclamó bajo esta cualidad, hereditaria para él y sus descendientes, y se impuso como un deber el aplaudir esta eleccion.

Lo que quedaba de la antigua libertad incomodaba aun á aquellos que se habían atraído la execración de sus conciudadanos. Felipe Strozzi pedía al papa Clemente que acabase con lo que quedaba del gobierno popular. Vettori aconsejaba no fiarse más que de los soldados mercenarios, añadiendo: *Pero el verdugo vale más que ellos*; Acciajuoli era de parecer de favorecer á los enemigos de los Médicis, así como á la ciudad, y simular conjuraciones con el objeto de irritar al emperador; Guicciardini dice á Clemente VII que en vano trataría de hacer popular el nuevo gobierno, y que en su consecuencia sería más provechoso comprometer á los ricos y gentes ilustradas con el pueblo, con el objeto de que no encontrasen otro medio de salvacion que el apoyarse en los Médicis (17).

papa que era capaz; si su santidad tenía á bien concederle la vida, de componer una obra en la cual refutaria con claridad y con pasajes de la Divina Escritura, todas las herejías luteranas.» VARCHI, libro XII.

(17) Desgraciadamente para la reputacion de Guicciardini, se ha dado publicidad á un *Discurso sobre el gobierno de Florencia*, de que es autor, y se espresa en él de esta manera: «Dos me parecen ser las principales dificultades: la primera, es que este Estado tiene en su contra, en el más alto grado, los ánimos de la mayoría de la ciudad, que en general, no podrían ganarse por amabilidad y beneficios que se les hiciesen; la segunda, es que nuestra dominacion está constituida de tal manera, que no puede sostenerse sin grandes rentas; ahora bien, el origen principal existe en la misma ciudad, y está de tal manera debilitada, que si no se trata de aumentar la industria que ha conservado, todo se perderá algun dia. Es, pues, necesario considerar bien esto. Esto tambien es lo que ha impedido usar varios remedios enérgicos apropiados á la primera dificultad: si la razon que se acaba de decir no se hubiese opuesto á ello, hubiera sido preciso renovarlas casi todo, en atencion á que no es útil ni razonable tener lástima de los que han hecho tanto daño, y que se sabe obrarian peor que nunca, si lo pudiesen. Pero cuantas más rentas tiene la ciudad, más poderoso es el que es jefe de ella, con tal que sea su amo; ahora bien, disminuir todos los dias las rentas con exenciones concedidas á sus súbditos, es cosa mal entendida.

»Me parece que es preciso navegar por entre estas dificultades, recordando siempre que es necesario sostener la ciudad en un estado de exaltacion, con el objeto de poder servirse de sus recursos, y que lo que por este motivo se quisiera reservar para otro tiempo, sea una dilacion, y no un olvido, es decir, no cejar nunca de marchar rectamente al objeto que una vez se haya uno propuesto, y no perder aguardando ninguna ocasion de establecer bien á sus amigos, es decir, hacerse partidarios; porque en el caso á que los hombres están aquí reducidos, es preciso que caminen por sí mismos; que propongan y hagan todo lo que se di-

Clemente VII, cuyo principal cuidado era encadenar los destinos de Florencia á los de su familia, no podía hacer nada mejor que confiar á aquellos cobardes ciudadanos el cuidado de reformar el gobierno de su patria (18). Lo verificaron

rija á la seguridad del Estado, sin aguardar á ser impulsados á ello, como se hace tal vez en la actualidad. Es cierto que los amigos son poco numerosos; pero se encuentran en tal posicion, que, si no están enteramente locos, saben que no pueden permanecer en Florencia, mientras que la familia de los Médicis permanezca allí. No sucederá con nosotros, en efecto, como con los del año 34, que tenían enemigos particulares, y se encontraron libres en el espacio de doce ó quince años del mayor número de ellos. Tenemos por enemigo á todo un pueblo, y á la juventud más que á los ancianos; de lo que se sigue, que debemos temer durante cien años, y que nos vemos precisados á desear toda medida que asegure nuestra posicion, cualquiera que sea su naturaleza.

»Los medios de constituir una masa sólida y segura de amigos nuevos y antiguos no son fáciles: no vitupero los compromisos por escrito y otras semejantes declaraciones; pero esto no basta. Es preciso que los honores y ventajas se concedan de manera, que cualquiera que tenga parte en ellas, sea odiado por la generalidad, hasta el punto de creer que no existe su salvacion bajo el régimen popular; como esto no consiste tanto en estender ó restringir al gobierno un poco mas ó menos, á sujetarse á los antiguos ejemplos ó á encontrar otros nuevos, como en arreglarse de tal suerte, que resulte este efecto; es á lo que la pobreza y las malas condiciones en que nos encontramos oponen gran dificultad.

»No veo que llegando enteramente á la forma de un principado se obtenga ni más poder, ni más seguridad; esta es una de aquellas cosas, que si estuviese por hacer, la creeria casi hecha por sí misma, si se pudiesen proporcionar miembros en relacion con la cabeza, es decir, hacer feudatarios en el Estado, en atencion á que atraer todas las cosas á sí proporcionaria pocos amigos: pero no veo cómo podría efectuarse esto en la actualidad, sin desorganizar las rentas y destruir la industria de la ciudad. Con tal escasez de medios, me parece conveniente, después de haber destruido, sin que puedan volver á existir, los consejos y sus charlatanías, elegir por el momento una bailia de doscientos votos, no teniendo entrada en ella más que personas de confianza.

»En suma, quisiera que todas las cosas caminasen con arreglo á esta máxima, que no se debe hacer ningun bien al que no es de los nuestros, excepto á aquellos á quienes se necesita, y con sólo el objeto de sacar la mayor utilidad y provecho posibles. Todos los demás medios, no sólo deben desecharse, sino que son dañosos.» *Carta de Pr. á Pr.* XIII, 124.

(18) El papa decia á Nerli, que se hallaba entonces en Roma: «Dirás de nuestra parte á esos ciudadanos, á los cuales juzgues poderte dirigir, que el tiempo nos ha reducido á últimos de la vida, y que hemos resuelto dejar tras de nosotros asegurado el estado de nuestra familia en Florencia. Di, pues, á esos ciudadanos, que piensen en un gobierno tal, que tengan que correr con él los mismos peligros que nuestra casa, y que lo organicen de modo, que no les pueda suceder lo que en 1494 y en 1527, á saber, que seamos los únicos echados, y que los que gozaron con nosotros de las ventajas del poder permanecieron en su casa, como sucedió. Es preciso, en fin, que las cosas se

suprimiendo la distincion entre las artes mayores y menores, proclamando iguales á todos los ciudadanos en derechos, y no repartiéndose los empleos por barrios. De esta manera, con la abolicion de los privilegios, que son el último refugio de un pueblo oprimido, dieron á Alejandro de Médicis la libertad de ser un monstruo.

Francisco I, que habia vergonzosamente sacrificado la Italia en ventaja propia, no pudo, una vez fuera del peligro, resignarse á la pérdida del Milanesado. Con el objeto de contrariar á Carlos Quinto, prestó socorros á los protestantes de Alemania, y á la liga de Smalkalde (1532). Trató de unirse á Enrique VIII y á Clemente VII, llegando, para separar al pontífice del emperador, hasta pedir para su hijo segundo la mano de Catalina de Médicis: éste era para aquella familia un acontecimiento tan glorioso, que el mismo papa fué á Marsella á tratar el asunto en persona.

El rey mandó tambien á Milan á un tal Merveille, encargado de hablar á Francisco Esforcia, con el mayor secreto, para que entrase tambien en una liga. Prestó oído el duque de Milan á sus sugerencias, pero temiendo siempre á sus amos (1533), apenas tuvo la primera sospecha de ser descubierta, cuando hizo poner preso y decapitar al emisario francés bajo pretexto de un asesinato. Murió él tambien poco después (1535) sin ser sentido, y el emperador ocupó el ducado como feudo vacante. Indignado entonces el rey cristianísimo con el asesinato de su embajador, resucitó sus pretensiones, á las cuales no habia renunciado en el tratado de Cambray, sino en favor de Esforcia, y se apoderó de los bienes de Carlos III, duque de Saboya, apellidado el Bueno, que se inclinaba á los imperiales.

Con el objeto de no tener que sostener un gran ejército, habia organizado Carlos Quinto una liga entre todos los Estados de Italia (1536), que, excepto Venecia, debian proporcionar un contingente á las órdenes de Antonio de Leyva, mientras que las bandas, sanguinarias y dadas al robo de los *bisogni*, se enviaban á Morea y á Sicilia. A la vuelta de su expedicion á Tunez, de donde volvió cargado de gloria y deudas, se le informó de las noticias de Francia, estalló en invectivas, renovó su desafío al rey, y quiso reducir á Francisco I á ser el más pobre caballero de su pais. Para conseguirlo con prontitud, concentró en Lombardia alemanes, españoles é italianos; y preparándose á invadir la

arreglen de tal manera, que si el Estado debe perderse, todos suframos igual suerte. Ahora bien, dirás claramente á esos ciudadanos, y de manera que lo entiendan, que esta es nuestra intencion y nuestra firmísima voluntad. Con respecto á las demás cosas, permitiremos voluntariamente, como es justo y razonable, que se arreglen lo mejor posible, para que nuestros amigos (los que quieren correr la suerte de nuestra casa) saquen de su posicion las ventajas que corresponden equitativamente como justa parte á cada uno.»

Francia, dividió los grandes señoríos entre los suyos; dijo á Pablo Jove: «Prepara tu pluma de oro, porque voy á darte mucha materia para escribir.» Sin embargo, un prisionero francés, á quien preguntaba cuántas jornadas habia desde la frontera hasta París, le contestó: «Doce, pero doce jornadas de batalla.» Los astrólogos habian anunciado que Leyva estaba destinado á conquistar la Francia; Carlos Quinto le confió, contra el parecer de sus más experimentados consejeros, el mando del ejército que invadió la Provenza; pero los imperiales encontraron el país sin habitantes, las fortificaciones dismanteladas y los viveres destruidos; debilitados entonces por el hambre, y «habiendo conocido lo que es habérselas con los franceses en su territorio, defendiendo sus mujeres, hijos, hogares é iglesias» (DU-BELLAY), se vieron obligados á abandonar el sitio de Marsella, después de haber perdido por las enfermedades veinte y cinco mil hombres, y el mismo Leyva, al volverse por Génova y Barcelona, fué blanco de la venganza de los campesinos.

Las armas del emperador no eran menos desgraciadas en los Países Bajos; la Hungría estaba invadida, y el reino de Nápoles asolado por las tropas del gran señor Soliman. En aquellas circunstancias, propuso una tregua el nuevo pontífice Paulo III, de la casa de Farnesio (1538). Aunque dueño Carlos Quinto de las minas de América, se encontraba continuamente escaso de dinero; las córtes de España no se lo concedían. Gante tomó las armas antes que someterse á un impuesto, y sus mal pagadas tropas se amotinaban en todas partes. Aceptó, pues, como un triunfo la tregua que se estipuló en Niza por diez años, y por la cual cada uno debia conservar lo que poseia.

Los dos reyes que se habian recíprocamente acusado con tanta animosidad de los mayores desafueros, pasaron varios dias juntos en Aguas Muertas en la mayor amistad. Luego Carlos Quinto, que tenia prisa de ir á reprimir la sublevacion de los ganteses, atravesó la Francia para abreviar el camino. El rey hubiera podido entonces, ó tomar la revancha de su prision en Madrid, ó arrancarle las mejores condiciones: Carlos se asustó mucho, y se arrepintió de su confianza; pero Francisco I no cometió la bajeza de consentir en la traicion que se le aconsejaba (19).

Consideraba Carlos Quinto los sentimientos magnánimos como una debilidad: acogido con los honores reales en la capital, cuyas llaves le presentaron parisienses, con el regalo de un Hércules de plata

del tamaño natural, violaba la hospitalidad procurando corromper á los cortesanos. Dijo á la duquesa de Etampes, querida del rey, que queria devolverle un anillo de gran valor que se le habia caido del dedo: *Está en muy bellas manos*; y dió su palabra al mariscal Ana de Montmorency de ceder el Milanesado á un hijo del rey, con tal de que no se le hablase ya de ello mientras estuviese en Francia. Se le creyó, y la corte de esta nacion le acompañó hasta San Quintin; pero habiendo el rey reclamado la ejecucion de las promesas, Carlos Quinto se negó á ello, propuso ceder los Países Bajos á su hija Maria dándole por esposo al hijo segundo del rey, y en fin dió la investidura del ducado de Milan á su hijo Felipe.

Viendo Francisco I que la guerra era inminente envió embajadores para consolidar sus alianzas con Turquía y con Venecia (1541); pero fueron asesinados en el camino, sin que sin embargo se apoderasen de sus papeles. De repente se encontró Carlos Quinto asediado á la vez por tres ejércitos, por la parte de Perpiñan, por el Artois y por el Luxemburgo, mientras que la escuadra turca asolaba las costas é iba á atacar á Niza. Dió el duque de Enguien (1544) la principal batalla de Cerisoles que se dió después de ocho años de guerra, y la infanteria creada por Francisco I se portó allí con honor; los imperiales fueron destrozados, todo el Montferrato fué tomado, y el Milanesado hubiera podido tambien ser ocupado si Francisco I no hubiera temido por sus propios Estados.

En efecto, indignábase la cristiandad al ver la media luna unida á las flores de lis (20); Enrique VIII y la Alemania se declararon contra la Francia que se encontró invadida por la Lorena y por Calais; marcharon los aliados sobre París, y nada los hubiera detenido, si la falta acostumbrada de dinero y viveres no lo hubiese verificado.

**Paz de Crespy.**—Entonces se hizo la paz de Crespy en Laonnois (1544), por la cual Francisco I renunció al dominio directo sobre Flandes y el Artois, como tambien á sus pretensiones á Nápoles. Se comprometió á restituir á la Saboya todo lo que le habia arrebatado desde la tregua de Niza; Carlos Quinto renunció por su parte la Borgoña (21). Continuó aun Enrique VIII las hostilidades por espacio de dos años (1546), hasta que obtuvo á Bolonia como prenda de 2.000,000 que la Francia debia pagarle. De esta manera se resolvía esta querrela, siempre renaciente entre Carlos y Francisco, sin que ni uno ni otro sacase la menor ventaja de tantos desastres como los pueblos sufrían, y de este último conflicto que habia espuesto á la Europa á una irrupcion de los otomanos. Renunciando la Francia á sus pretensiones á la Italia, cu-

(19) Triboulet, bufon de Francisco I, tenia la costumbre de escribir en su librito de memoria á todos los locos que encontraba. Consignó, pues, allí el nombre de Carlos Quinto. Habiéndole preguntado Francisco I el motivo, *Es, contestó, porque se espone á atravesar la Francia.—¿Pero si se le dejó atravesar sin causarle ningun daño?—Entonces borraré su nombre para substituir el tuyo.*

(20) El duque de Saboya hizo acuñar medallas con esta leyenda: *Nicea a Turcis et Gallis obsessa.*

(21) Las historias de Pablo Jove no llegan más que hasta este punto.

ya desmembración estuvo á punto de causar, ganó en fuerza nacional, Carlos Quinto había obtenido la gloria de tener á su enemigo prisionero y suplicante; pero sin haber podido siquiera arrancar un pedazo de su reino, cuya oposición trastornó sus vastos proyectos. Cuando poco después murió Francisco I, el emperador estaba seriamente ocupado en Alemania: sin embargo, los odios nacionales fermentaban, y no tardaron en estallar.

Languidecía la Italia debilitada por cuatro guerras. La primera, producida por Carlos VIII, no hizo más que redoblar las intrigas y revelar la fuerza de unión, al mismo tiempo que la imposibilidad de sostenerla. La segunda, entre Fernando el Católico y Luis XII, destruyó el equilibrio y el juego artificial de la máquina política, entregando las más bellas provincias á los extranjeros. La guerra entre Francisco I y Carlos Quinto estendió por toda la península la influencia española, y no hicieron los vencedores más que destrozarse entre sí para disputarse los restos. Sólo en la última fué recorrido el Piamonte por los imperiales y los franceses, pero no sin sufrir también cruelmente con la ambición de aquellos extranjeros, que se arrebataban alternativamente ciudades y provincias, rivalizando en valor y ferocidad.

**Alejandro de Médicis.**—En Florencia, Alejandro de Médicis es amado al principio, porque salvó al país de la temida servidumbre extranjera, se mostró tan perverso como lo había hecho prever su desordenada juventud. Ascendido al trono por las armas extranjeras, considerando á sus súbditos como enemigos, despreciando á los cobardes que habían derribado en provecho suyo las barreras constitucionales, rodeado de satélites, dió rienda suelta á todo el ardor de sus veinte y dos años. Después de haber construido una fortaleza, y prohibido bajo pena de muerte á los ciudadanos el conservar las armas, se esforzó con el espionaje, las denuncias secretas, y haciendo dar muerte tan pronto á uno como á otro, en amortiguar aquel carácter festivo que era peculiar del país (22). Despreciaba las bellas artes y las le-

tras, que es la segunda vida de Florencia; ni el respeto á las familias, ni la santidad del lecho nupcial ó del claustro, detenían á aquel tirano brutal, que sin distinción de sexo, se entregaba á las orgías más desenfadadas, complaciéndose en humillar sobre todo á los que se habían mostrado más amigos de la libertad, y que el pueblo respetaba más. Sus ministros y soldados rivalizaban en deseos de imitarle, y los mismos florentinos parecían olvidar su glorioso pasado en medio de francachelas (23).

El cardenal Hipólito de Médicis, su primo, envidiaba honores que creía se le debían, pero Alejandro no tardó en libertarse de él con ayuda del veneno, diciendo: *Sabemos como desembarazarnos de las moscas que nos incomodan.* Felipe Strozzi, de una familia provincial, sobrino de Lorenzo el Magnífico, hombre valiente en la guerra y político hábil, y que no sólo era el particular más rico de Europa, sino un modelo de saber y cortesania, había aceptado los intereses de Alejandro, y para hacerse recibir bien de este príncipe, le había dado malos consejos; pero el duque le veía con desconfianza, y hasta trató de deshonrarle en la persona de Luisa su hija, á la cual envenenó, en castigo de su resistencia. Felipe con el resto de su familia huyó á Roma y desde allí á Francia. Cuando murió Clemente VII, Strozzi y los demás desterrados en gran número dirigieron sus quejas y las de su patria á Paulo III, adversario de sus enemigos (1535). Enviaron también á esponer á Carlos Quinto sus miserias y las infamias del duque, sembrando el oro para hacer que los cortesanos les fuesen favorables. Carlos escuchó sus agravios, y reconoció la justicia; pero temiendo sobre todo el restablecimiento de una república güelfa, aceptó las excusas del tirano, que

y de que, bastándole á Alejandro el título de duque, los dejaría, reconociendo que les era deudor de tal superioridad, manejarse á su manera, sin buscar, como dice el refrán, tres piés al gato. Pero él aunque no pasaba de veinte y dos años, siendo naturalmente despierto y perspicaz, instruido por el papa Clemente y aconsejado por el arzobispo de Capua, persona sagaz en extremo, fijaba la vista y el entendimiento en todo, y quería que todo se refriese á él. Desagradaba también generalmente ver que ya no se frecuentaba el palacio público de los señores, sino solo la casa de los Médicis, que estaban sin cesar llena de ciudadanos: inspiraba terror al pueblo la guardia (cosa inusitada en Florencia) que el duque llevaba siempre consigo, armada de una manera nueva con lanzas, cuyas puntas de afiladísimo hierro, tenían tres codos de largas... VARCHI.

(23) «Fué célebre aquel invierno por las suntuosísimas cenas que dieron los amigos de los Médicis en las casas particulares, y á las cuales convidaban á las más hermosas y á los más nobles jóvenes de aquella ciudad; empleando toda la noche en fiesta, de que participaba el duque yendo á ellas con máscara, si bien de manera que todos le conocían... Aquellos banquetes costaron tanto, que jamás se habían visto iguales en nuestra ciudad; pues ninguno bajó de la suma de 400 á 600 escudos;... y tres llegaron á 1,000.» SEGGI, lib. VI.

(22) «Hecho el duque Alejandro señor absoluto de Florencia, reinaba en todas partes una tristeza silenciosa y el más profundo descontento. La plebe y la mayor parte del pueblo menudo y de los artesanos, que viven del trabajo de sus brazos, como no tenían en qué ocuparse y los viveres se habían encarecido mucho, estaban sumamente tristes y abrumados de dolor. Los ciudadanos populares viéndose abatidos, teniendo, quién á su padre, quién á su hijo, quién á su hermano confinados ó desterrados, y esperando á cada instante nuevos empréstitos y contribuciones, no se atrevían á presentarse en público, y lejos de despachar negocios y emprender algún nuevo tráfico, cerraban sus establecimientos y se retiraban á las quintas ó á las iglesias, unos verdaderamente pobres, y otros fingiendo ser, además de pobres, mezquinos. Los *Palleschi* conociendo, aunque tarde, como sucede las más de las veces, su engaño, se miraban sin decir palabra; pues se habían persuadido de que debían ser más bien compañeros que siervos,

encontró una ayuda en la infame elocuencia de Guicciardini, en un regalo de 400,000 florines, y en el matrimonio que verificó con la hija natural del emperador. Cuando Cárlos Quinto propuso á los desterrados algunas indemnizaciones de poca importancia, y sin ninguna seguridad, le contestaron: «No hemos venido á preguntar á V. M. bajo qué condiciones debemos servir, ni á pedir perdon de lo que hemos hecho en defensa de la libertad de nuestra patria, sino para rogarle nos restituya la entera libertad que se nos prometió en 1530.»

No quedaba ninguna esperanza, cuando la venganza llegó de donde menos se esperaba. Existian dos ramas de los Médicis plebeyos: la una pertenecía á Cosme, la otra á Lorencino, jóven instruido, pero disoluto, acostumbrado á cumplir todos sus caprichos, espía del duque, compañero, ministro é instrumento de sus desórdenes. Fuese rivalidad de amor, sentimiento de venganza ó deseos de renombre, pensó en recobrar la estimacion de los suyos, por una accion que juzgaba por las ideas clásicas, objetos de sus estudios favoritos. Había ya derribado en Roma las estátuas de los antiguos tiranos, lo que le espuso á ser enviado á la horca por Clemente VII, que tenía hácia él un amor culpable. Formó después el proyecto de dar muerte al pontífice sin ponerlo en ejecucion. Una vez se le ofreció la ocasion de precipitar al duque desde lo alto de la muralla que escalaban juntos, pero se abstuvo de ello, por temor de que creyesen que era una casualidad y no el resultado de una accion reflexionada. Habiendo, pues, atraído á aquel á su cuarto con el pretesto de proporcionarle una mujer que deseaba hacia mucho tiempo, le hizo degollar por un tal Miguel Tavolaccino, (6 de enero de 1537), á quien habia salvado de la cuerda, y que se habia ofrecido á servirle en cualquiera ocasion.

Lorencino no habia confiado su proyecto á nadie, no se habia concertado con los desterrados. y no trató de sublevar al pueblo. Verificado el hecho, huyó á Venecia, desde donde envió una hermosa arenga para hacer resaltar su heroismo. Pero si algunos literatos aplaudieron al nuevo Harmodio, si los desterrados «le ensalzaron hasta las nubes con escesivas alabanzas, no sólo comparándole á Bruto, sino haciéndole superior» (VARCHI), el mundo no le tuvo en cuenta un acto verificado por «un inmenso deseo de adquirir alabanzas,» y anduvo errante hasta que algunos sicarios ganaron en Venecia el premio que se habia ofrecido por su cabeza (24).

(24) Segni, que trata bien á Cosme, dice (lib, XII) haber conocido perfectamente á Beba de Volterra, uno de los asesinos, «el cual, jactándose del hecho, lo referia cual si fuese una hazaña... No habiendo querido los asesinos admitir el dinero del duque Cosme, se le señaló á cada uno la pension de 300 escudos anuales, con título de capitán; así pudieron luego vivir alegremente en Volterra, á costa de la sangre vertida.»

Cosme I.—Florenca se conmovió de aquel asesinato como de un accidente imprevisto. Aunque los piagnoni levantasen la cabeza, mostrando allí el dedo de Dios; aunque los artesanos esclamasen. cuando veian pasar á aquellos nobles, que se apresuraban á apoderarse del gobierno: *Si no sabeis ó no podeis hacerlo vosotros mismos, llamados y nosotros lo haremos*; ningun jefe se levantó para aprovecharse de un momento que aseguraba la victoria al más activo. Los desterrados no estaban en disposicion de obrar, y el cardenal Cibo, principal ministro del duque, tomó sus precauciones para impedir un cambio. Determinada la asamblea por un discurso de Guicciardini y por las armas de Vittelli, general de la guardia, resolvió dar un sucesor á Alejandro. En su consecuencia, Cosme de Médicis, hijo de Juan de las Bandas negras, de edad de diez y siete años, y de excelente carácter, fué proclamado jefe de la republica florentina. Guicciardini, al mismo tiempo que favorecía á Cosme, el cual tenia contraídos esponsales con una hija suya, queria mostrarse interesado por la masa de los ciudadanos, proponiendo que al nuevo señor se le impusiesen estrechas condiciones, como á un dux de Venecia; pero Vettori, á fuer de soldado y burlándose de tales restricciones, decia: «Si le dais guardia, armas y la ciudadela, ¿con qué objeto disponer luego que no pueda traspasar un límite determinado?» En efecto, apenas habia pasado un mes, y ya Cosme tenia olvidados los convenios y los amigos (25). Guicciardini, viendo burladas sus esperanzas de que se realizase el parentesco estipulado, exclamaba: «Matad, pues, príncipes, que pronto surgirán otros en su lugar,» y Vettori contestaba á los que le dirigian cargos: «Sí, justo es dar cima á la obra perversa de constituir un tirano, pues que en la época actual es lo menos malo que pueda hacerse.»

Sin embargo, habiéndose reunido los desterrados, marcharon contra su patria para intentar una revolucion. Felipe Strozzi, que so color de libertad aspiraba á apoderarse del mando (26), se puso á la cabeza de un destacamento de tropas asalariadas

(25) «Al dia siguiente, Betini fué á mi taller, y me dijo que Cosme de Médicis habia sido hecho duque bajo ciertas condiciones destinadas á contenerle, con el objeto de que no pudiera emanciparse á su antojo. Comencé á burlarme de ellos diciéndoles: Estas gentes de Florenca han montado á un jóven sobre un magnifico caballo, le han calzado las espuelas y le han entregado la brida con toda libertad; después le han puesto en un hermoso campo donde hay flores, frutos é infinitas delicias, y le han dicho que no pase ciertos límites marcados. Ahora bien, ¿indicadme vosotros quién es el que podrá detenerle cuando quiera traspasarlos? No se pueden dar leyes al que es dueño de ellas.» CELLINI, *Vita*.—La historia de Varchi concluye aquí.

(26) Demuestran esto de un modo evidente los documentos añadidos por Nicolini al *Felipe Strozzi*, y en especial la carta de Fr. Vettori del 15 de enero de 1537.

por él y confiando en el apoyo de los franceses (27) y en las inteligencias que había conservado en el interior, puso sitio á Pistoya, dividida aun entre los Cancellieri güelfos, y los Pancietichi gibelinos. Però Vitelli, que para mantener á Cosme á devoción del Imperio, había ocupado la ciudadela de Florencia y robado grandes caudales, le sorprendió en Montemurlo, hizo á los jefes prisioneros y dispersó á los demás. Baccio Valori, causa de la ruina de su patria, su hijo Antonio, Francisco Albizzi y otros republicanos fueron puestos en el tormento é inmolados; y el verdugo continuó cortando la cabeza á cuatro por día, hasta que el pueblo no pudo ya resistir el espectáculo de tantos suplicios: lo cual hizo que se encerrase á los demás en fortalezas. El infame Vitelli recibió del emperador un feudo en recompensa de sus servicios. Felipe Strozzi, á quien tenía en un castillo para sacarle dinero usando con él de cierta política, fué puesto en el tormento á pesar de las recomendaciones de la Francia y del papa, para que confesase su complicidad con Lorenzino; y él temiendo el ceder á las angustias del cruel acto, se cortó el cuello, y escribió estas palabras con su sangre: *Exoriare aliquis nostris ex ossibus ultor* (28). Su hijo Pedro Strozzi huyó á Francia con gran número de valientes italianos, donde alcanzó gran fama, como mariscal (29).

(27) El rey Francisco en 6 de julio de 1536, escribió una carta á Felipe Strozzi, la cual llevó un expreso, ofreciendo favorecerle, como también á sus amigos, y cooperar á la libertad de Florencia. «Podeis estar seguro de que, previo aviso de vuestra parte, obraré de modo que conozcáis cuánto deseo hacer por vos, por vuestros amigos, y de consiguiente por la libertad de Florencia.» (Véanse los documentos citados, que siguen al *Felipe Strozzi*.)

(28) En la riqueza no tuvo comparación con ningún hombre de Italia; pues á su muerte se vió que reunía 300,000 escudos en dinero y 200,000 en bienes, joyas y rentas de oficios. Aparecía, pues, muy afortunado; contando además una prole de hijos é hijas, incomparables por su hermosura, la destreza de su ingenio y lo prudente de su juicio». *SEGNI*, lib. IX.

(29) El señor Strozzi abandonó la Italia, y fué á encontrar al rey al campo de Marola, con la más hermosa compañía que nunca se había visto, de doscientos arcabuceros á caballo, perfectamente equipados, montados y armados; porque no había ninguno que no tuviese dos hermosos caballos, que se llamaban jacas, porque son de corta talla, el casco dorado, las mangas de malla, que se usaban entonces; la mayor parte doradas, ó al menos hasta la mitad, los arcabuces y fornituras lo mismo: iban comunmente con los caballos ligeros y corredores, de manera que causaba espanto el verlos; algunas veces se servían de la pica, de la *borgoñota* y del corcelete dorado cuando había necesidad; y lo que es aun más, eran antiguos capitanes y soldados bien aguerridos bajo las banderas del gran jefe, Juan de Médicis, que casi todos habían estado con él; de tal manera, que, cuando era preciso echar pié á tierra, no había necesidad de gran trabajo para ordenarlos en batalla, porque ellos mismos se colocaban tan bien que no había nada que decir, etc. *BRANTOME*, *Vida de Pedro Strozzi*.

A despecho Carlos Quinto de las instituciones y condiciones que él mismo había hecho, declaró á Cosme heredero legítimo del principado, del que excluyó para siempre á la familia del *traidor*. Libertado Cosme de sus enemigos supo también desembarazarse de sus amigos. Guicciardini, Acciajuli y otros intrigantes que esperaban dirigir á su antojo al jóven sin experiencia que había ascendido al trono en sus brazos, fueron víctimas de su ingratitude y de la execración popular. De esta manera es como Florencia se encontraba oprimida por los Médicis, que hacia cien años se habían dedicado á corromperla; y como las formas democráticas, que hasta entonces habían sido su vida, eran incompatibles con un principado, su avasallamiento no tuvo límites. Cosme atrajo á sí toda la autoridad, dirigiendo arbitrariamente las deliberaciones, los juicios y las rentas. Obtuvo de Carlos Quinto que retirase de los fuertes las guarniciones españolas, y armó tropas, lo cual le permitió defender las costas de la Toscana, cuando los turcos fueron, por complacer á la Francia y por odio al emperador, á asolar el litoral italiano.

**Luca.**—No sobrevivía ya, pues, la libertad en Toscana más que en las dos ciudades de Luca y Siena, y Cosme no podía sufrirlo sino contra su gusto. Luca se libertó primero de sus proyectos, soportando con paciencia sus provocaciones, y conservando el favor del emperador. Però Francisco Burlamachi, que era entonces gonfalonero, concibió el atrevido proyecto de hacer resucitar la libertad italiana. Se proponía hacer de algunas tropas que podía reunir por razón de su empleo, el núcleo en derredor del cual se agruparían Pisa, Pescia, Pistoya, Siena, Perusa y Bolonia, comenzando por deshacerse de los extranjeros y con la intención de arrebatar al papa sus dominios temporales, conforme á las doctrinas luteranas, espardidas entonces por Luca. Todo estaba convenido. Los Strozzi, dispuestos siempre á contribuir á las sublevaciones de la Toscana, le proporcionaban dinero, y no se aguardaba más que el momento, cuando un traidor vendió el secreto á Cosme. Carlos Quinto, á quien se apresuró á dar parte, forzó la república á que le entregara á Burlamachi; le hizo poner en el tormento en Milan y después dar muerte como traidor.

**Ley martiniana.**—Entonces Martin Bernardini hace aceptar á los de Luca una disposición, que ordenó que «sólo serían admitidas á los empleos del gobierno las familias que gozaban actualmente de aquel honor (1556), con el derecho de transmitirlo á su descendencia, con exclusion de todo el que hubiera nacido en Luca de padre extranjero, ó de una persona del territorio exterior.» La república se convirtió también de esta manera en aristocrática.

**Siena.**—En Siena la dominación había pasado de Petrucci á manos de Alfonso Piccolomini; però Carlos Quinto, que tenía aquella ciudad bajo su protección, tomando por pretexto sus actos de ti-

rania, envió allí al ministro Granvela para reformar el Estado (1541); lo que hizo éste constituyendo una oligarquía bajo la dependencia de su amo, poniendo guarnición y desarmando á los ciudadanos. De esta manera es como el emperador trataba á la ciudad más gibelina de Italia; habiendo hecho después entrar en ella tropas á las órdenes de Diego Hurtado de Mendoza, el más ilustre historiador de España, construyó allí una fortaleza y dejó á sus saqueadoras y hambrientas bandas cometer sus acostumbrados excesos.

Pero Cosme quería tener á Siena para sí, y el papa la deseaba para su sobrino. Después de haber intentado vanamente los sieneses restablecer la democracia, destrozados siempre por las facciones de los vecinos y del Monte de los Nueve, no vieron otro recurso que recurrir á la Francia. Esta potencia, que estaba de nuevo en guerra con los austriacos, envió á solicitud del mariscal Strozzi, barcos que reunidos á las galeras turcas, asolaron aquellas costas y las islas vecinas, peor remedio que el mal; ayudados después por la sublevación de la ciudad, los franceses penetraron en ella prometiendo como de costumbre la libertad (1552). Empeñóse, pues, la guerra entre los franceses, los alemanes, los españoles, los pontificios y los turcos, no menos funestos unos que otros. Cosme, que odiando á los franceses temía á los españoles, esperaba el momento favorable para aprovecharse de él. Habiendo adormecido á los franceses y sieneses con ayuda de un tratado, levantó tropas, cuyo mando confió á aquel Juan Jacobo de Médicis, que había causado tanto mal cuando las guerras de Lombardia, y que hecho marqués de Marignan por Carlos Quinto, había poderosamente ayudado á los imperiales en la última guerra. Reforzado por los alemanes y los españoles de Carlos Quinto, sitió, con el pretexto de rechazar á los franceses, á Siena desguarnecida de tropas, pero bien provista de valor (1553). Como había declarado que haría ahorcar á cualquiera que aguardara en un fuerte el primer cañonazo, sostuvo su palabra; pero hizo que de esta manera se exaltase el patriotismo hasta la desesperación. Cada pueblo le costó sangre, y tambien cada uno pagó su valor con la suya. Se estiman en cincuenta mil hombres los que perecieron entonces por el hierro, el hambre y el suplicio. El viajero que atraviesa suspirando aquella asolada marisma, cubierta en otro tiempo de habitaciones y floreciente cultura, aun maldice las desnaturalizadas guerras de aquella época, á aquel feroz Marignan, y la memoria de aquellos cuyas voluntades ponía por obra.

Pedro Strozzi, que con el título de lugarteniente de Francia había acudido en union de otras personas de su familia, á pelear con los últimos hombres libres de la Italia, se atrevió á sitiar á Florencia, luchando en crueldades con el enemigo; pero poco secundado por la Francia, que había enviado sin embargo á Italia una bandera verde, donde se leía el verso del Dante: *Libertad voy buscando que*

*es tan cara*, falto de víveres, en un país asolado (1555), batido después en Lucignano (30), se vió obligado á renunciar á sostener la campaña. De vuelta á Francia, volvió á tomar Calais á los ingleses, y fué muerto de un tiro de cañon bajo las murallas Thionville.

Cosme y el marqués de Marignan proseguían el curso de sus barbaries, rechazando las bocas inútiles que se habían hecho salir de la ciudad, y haciendo ahorcar á todo el que trataba de introducir allí víveres. Montluc defendía á Siena con los franceses, que bloqueada estrechamente, vió al número de sus ciudadanos reducido de treinta mil á diez mil; continuaba sin embargo sosteniéndose, y las mismas mujeres se empleaban en penosos trabajos por amor á la libertad (31). En fin, des-

---

(30) El 2 de agosto, día de San Estéban. Por esta razón es por lo que Cosme instituyó el orden de este nombre.

«Después de pasada la revista, se vió que faltaban al campamento francés, entre muertos, prisioneros y enviados á Florencia, cerca de doce mil hombres. El que hubiese visto volver á Siena por la tarde tantos soldados de diversas naciones, desbalijados, heridos y en un estado tan fatal, que se arrojaban llorando en las calles, sin más lecho que los bancos y pretiles (pues cuando estuvo lleno el hospital, donde tocaron á cuatro por cama, y además los bancos, las mesas y la iglesia, tenían que quedarse y yacer en las calles) no hubiera podido reprimir las lágrimas, aunque su corazón fuese de durísima piedra; tal y tan grande era aquel estrago. Excitaba lástima el horrible espectáculo que ofrecían las calles llenas de heridos, y el oír los quejidos de tanto desgraciado, en especial de los alemanes y franceses, que pedían de beber y un poco de sal, pan y vino. Se les ayudó lo mejor que se pudo; y por mis ojos ví á mas de cien personas apoyarse en la pared y llorar, enterrecidos al ver á los pobres soldados en situación tan deplorable.» SOZZINI, *Revoluzioni di Siena*, pág. 272.

(31) Les hace justicia Montluc, en sus Memorias: *Il ne sera jamais, dames siennoises, que je n'immortalise votre nom, tant que le livre de Montluc vivra: car à la vérité vous estes dignes d'immortelle loüange, si jamais femmes le furent. Au commencement de la belle resolution, que ce peuple fit de deffendre sa liberté, toutes les dames de la ville de Siene se despartirent en trois bandres: la premiere estoit conduite par la signora Forteguerra, qui estoit vestuë de violet et toutes celles qui la sui voient aussi, ayant son accoustrement en la façon d'une nymphe, court et monstrant le brodequin: la seconde estoit la signora Piccolhuomini vestuë de satin incarnadin, et sa trouppé de mesme librée: le troisieme estoit la signora Livia Fausta vestuë toute de blanc, comme aussi estoit la suille avec son enseigne blanche. Dans leurs enseignes elles avoient de belles devises: je voudrois avoir donné beaucoup et m'en resouvenir. Ces trois escadrons estoient composez de trois mil dames, gentils-femmes ou bourgeoises. Leurs armes estoient des pies, des pelles, des hottes et des faïnes. Et en cest equipage firent leur monstre, et allerent commencer es fortifications. Monsieur de Termès, qui m'en a souvent fait le compte (car je n'y estois encor arrivé), m'a assuré n'avoir jamais vu de sa vie chose si belle que celle-là. Je vis leurs enseignes depuis. Elles avoient fait un chant à l'honneur de la France, lors qu'elles alloient à leur fortification. Je voudrois*

pués de haber consumido todos los víveres que le quedaban sin que se debilitase su constancia, los sitiados se vieron precisados á rendirse bajo buenas condiciones. Estas fueron las mismas que Florencia había obtenido veinte y cinco años antes, é igualmente violadas.

La guarnicion francesa cedió el puesto á las tropas españolas; muchos sieneses se refugiaron en Francia con Montluc; otros jefes sostuvieron en Montalcino la causa de la independencia; en fin, la paz de Chateau-Cambresis sujetó Siena á Florencia. Cosme había adquirido aquella ciudad con su dinero, sus fuerzas y al precio de su propia infamia; Felipe II la ocupó no obstante, y no la cedió sino cuando tuvo necesidad de él. Las condiciones que le impuso, colocaron tambien á la Toscana bajo una especie de dependencia de la España, que se reservó los puertos de Orbitello, Talamone, Portercole, Monteargentaro y San Estéban, á los que se les llamó *presidios*, cerrando de esta manera el mar á Siena, y privándola de su comercio.

En suma, la muerte de la república estaba decretada por el tiempo, ó más bien por los príncipes. Venecia pudo á pesar suyo permanecer aun en pié para proteger á la cristiandad contra los turcos. Génova había recibido de Andrés Doria una nueva constitucion.

**Génova.**—Además de los dos partidos güelfo y gibelino, entre los cuales estaba dividida Génova, «como generalmente todas las ciudades de la Italia» (VARCHI), lo estaba tambien en nobles y clase media; estos últimos lo eran en ciudadanos y plebeyos, y á su vez los ciudadanos, en mercaderes y artesanos. Todas las familias nobles ó no que habían obtenido importancia en los negocios de la ciudad, se habían asociado, no por efecto de los vínculos de la sangre, sino por la comunidad de intereses, en *alojamientos* (*alberghi*), bajo el nombre de una de ellas. Una porcion de la plebe favorecía á los Adornos, otra á los Fregosos gibelinos, y ningun noble, ningun miembro de la faccion güelfa podia ser nombrado para los empleos públicos; pero la

servidumbre comun había alimentado en los oprimidos el sentimiento de fraternidad, y debilitado las rivalidades entre las fatigadas acciones. Habiéndose, pues, encargado á doce reformadores dar al país el gobierno que les pareciese mejor, se estableció que todas las antiguas familias propietarias gozarian de derechos iguales á los de los gibelinos y ciudadanos de la clase media, que anteriormente se habían abrogado los empleos, y que constituirian la nobleza, cuyos miembros tendrian el título de caballeros, título que la vanidad española hacia pareciese más hermoso que el de ciudadano. Además, cada familia que tuviese seis casas abiertas en Génova debía formar un *alojamiento*, para ser como un núcleo, en cuyo derredor se agrupasen las familias menos acomodadas, mientras que las grandes asociaciones de los Adornos y Fregosos que perpetuaban el recuerdo de los odios intestinos se disolvían. Se tuvo cuidado por otra parte de mezclar en los alojamientos a los nobles con la clase media, á los güelfos con los gibelinos, con el objeto de que las razas dejasen en adelante de representar á los partidos.

De esta manera se formaron veinte y ocho alojamientos (32), de los cuales se eligieron cuatrocientos senadores anuales, encargados del nombramiento de los demás empleos. El gobierno se compuso en su consecuencia del dux, elegido por dos años; de la señoría de los ocho; de ocho procuradores del concejo, para la administracion interior; de los sindicos, en número de cinco, para vigilar los negocios del Estado; de un consejo de ciento, cuyo número ascendió después al doble, renovado todos los años. A la negativa de Andrés Doria, Huberto Lazaro Cattaneo fué elegido dux. Habiéndose reanimado las enemistades entre la antigua nobleza y la nueva, así como entre estas dos clases y el pueblo, excluido de los empleos públicos, los nombres de los alojamientos se abolieron y cada familia volvió á tomar el que tenia antiguamente.

No estaba asignada ninguna parte en aquella constitucion, ni al pueblo bajo de la ciudad ni ai de los campos, á menos que algunos no consiguiesen por servicios prestados ó por sus riquezas, entrar en los alojamientos. Pero, aunque la aristocracia se consolidó de esta manera en Génova, el pueblo no quedó nunca enteramente borrado como en Venecia. Por esto es por lo que aquella república envejeció menos, y pudo, doscientos años después, manifestar su horror á la servidumbre á que estaba acostumbrada la Italia.

Los odios entre los nobles y la clase media no se extinguieron á pesar de aquella mudanza (33).

*avoir donné le meilleur cheval que j'aye, et t'avoir pour le mettre icy.*

*Et puisque je suis sur l'honneur de ces femmes, je veux, que ceux qui viendront après nous, admirent et le courage et la vertu d'une jeune Sienoise, la quelle encore qu'elle soit fille de pauvre lieu il merite toutesfois estre mise au rang plus honorable. J'avois fait une ordenance au temps que je fus créé dictateur, que nul, à peine d'estre bien puny, ne faillit d'aller à la garde à son tour. C'este jeune fille voyant un sien frere, a qui il touchoit de faire la garde, ne pouvoit y aller, prend son morion, qu'elle met en teste, ses chausses, et un colet de buffie: et avec son hallebarde sur le cat, s'en va au corps de garde en cest equipage, passant lors qu'on leut le roolle sous le nom de son frere: filla sentinelle à son tour, sans estre congennue jusques au matin, que le jour eul point. Elle fut ramenée à sa maison avec honneur. L'après dinée le signor Cornello me la monstra.*

(32) A saber: Auria (Doria), Calvi, Cattani, Centurionne, Cibo, Cicala, Fieschi, Franchi, Fornari, Gentili, Grimaldi, Grillo, Giustiniani, Imperiali, Interiano, Lercaro, Lomellino, Marini, Negro, Negrone, Pallavicino, Pinelli, Promontorio, Spinola, Salvaghi, Sauli, Vivaldi, Usodimare.

(33) Huberto Folietta revela, en un discurso redacta-

Aunque Andrés Doria no admitió el principado, conservaba en su patria aquella supremacía que le daban sus beneficios y grandes cualidades. Tenía en el puerto barcos y soldados, tanto á bordo como para la guardia de su palacio. No abusó de estas prerogativas; pero se temía que quisiese transmitir la autoridad de que gozaba á su sobrino Giannettino, valiente marino, pero altanero, disoluto, y que abusaba ya del poder de su tío para satisfacer sus pasiones. Estaba disgustado principalmente Juan Luis Fiesco, conde de Lavagna, hombre de escésiva ambición, que se entendió con la Francia y el duque de Parma para destruir lo que el emperador habia edificado, y arruinar en Italia el poder imperial que amenazaba á todo. Estalló la conjuración: Giannettino fué muerto, el grito de libertad resonó en Génova; pero en medio del tumulto, Juan Luis Fiesco se ahogó por casualidad, sus gentes se dispersaron, y Andrés Doria consiguió, no sin efusión de sangre, que su patria se enfrenase; continuó protegiéndola, mientras que la Provençia le preservaba de los puñales que las cortes y los ciudadanos de aquel deplorable siglo de oro no cesaban de dirigir contra él.

Aun tenemos que contar más sangrientas revoluciones, antes de dejar á la Italia sucumbir al le-

targo á que estaba reservada. No descuidó el papa Paulo III, de la familia de Farnesio, ningun medio de dañar á Cosme, con la esperanza de dar toda, ó al menos parte de la Toscana, á su hijo Pedro Luis ó á su nieto Octavio. Casó á este último con Margarita, hija natural de Carlos Quinto, viuda de Alejandro de Médicis, duque de Ferrara, que robó todas las joyas y dinero de su marido, y le confirió el ducado de Castro y Nepi, después el de Camerino, arrebatado á los duques de Urbino, que lo habian heredado por la línea materna; pero este feudo estaba bien distante de satisfacer las pretensiones de la esposa descendiente de sangre imperial. Obtuvo de los venecianos el título de caballero para el impúdico Pedro Luis, y del emperador la nobleza, con el marquesado de Novara y una gran pensión; después le hizo gonfalonero y capitán general de la santa Iglesia. Pero era menos hábil en la guerra que en el libertinaje, cuya licenciosa obscenidad es superior á toda creencia: Pablo III le disimulaba aquellas *ligerezas de la juventud*, que hacían temblar al mundo; y agotaba el tesoro del Estado para sostener su lujo al nivel de su ambición. Habiéndose rebelado abiertamente los habitantes de Perugia (1540), fueron reprimidos con las armas y los suplicios, y los Colonna despojados de sus dominios.

Procuró Paulo III, adulando á aquellos que decidían despóticamente de los destinos de Italia, obtener para los suyos tan pronto Siena como Milan. No habiendo podido conseguirlo, decia con frecuencia: «He visto tanto por la historia, como por mi propia experiencia y la de los demás, que nunca la Santa Sede ha sido poderosa y próspera más que cuando los franceses han sido sus aliados.» Incomodado ya Carlos Quinto con estos dichos (1645), se descontentó aun más cuando el papa concedió Parma y Plasencia á Pedro Luis con el título de duque. Estas ciudades habian pertenecido al ducado de Milan hasta el momento en que Leon X se las habia hecho ceder; así era que Carlos las veía con despecho en otras manos. Ferran Gonzaga, gobernador del Milanesado, atizaba también su descontento por odio particular que tenia al papa; el cual, á su vez, para perjudicar á Carlos, favoreció la conjuración de Fiesco; y cuando supo que se habia frustrado, dijo que estaba claro que «Dios tenia decidido que aquel emperador prevaleciese para arruinar á la Iglesia y la cristiandad toda» (SEGNI). Los austriacos, pues, ayudaron, si es que no excitaron, una conjuración urdida por individuos de las familias Anguisola, Landi, Confalonieri y Palavicini. Estos, habiendo atacado á Pedro Luis, libertaron á la tierra de un monstruo. Lanzó Plasencia el grito de *libertad*; pero aquel mismo dia fué ocupada por Ferran Gonzaga: Octavio Farnesio, hijo de Pedro Luis, no obstante ser yerno de Carlos Quinto, se sostuvo en Parma, aun después de la muerte del papa; y aquel pequeño país estuvo (como en tiempos

do para su defensa, las discordias intestinas y la arrogancia de los aristócratas (*anécdota Uberti Folietæ*, Génova 1838).

*«Sed quid ego, ut sanguinem miscerem, loquor, cum nobiles ab ipsa popularium consuetudine abhorreant, se sequere ab eorum aditu, congressu, sermone se jungant, illosque devitent, perinde quasi illorum contactu se polluere ac contagione contaminare formident? Quare, separata loca et compita habent, in quæ utriusque corporis juvenus conveniat, cum alteri alterius corporis homines excludant. Quin etiam, cum forum unum esse, in quod omnes cives conveniant, necesse sit, ratione quadam assequuti sunt, ut forum ipsum dividant, ac duo fora prope faciant: due enim sunt porticus, in quas alteri ab alterius corporis hominibus separati conveniunt. Eadem quoque distinctio in juventutis sodalitatibus servatur, quarum multas nobiles instituerunt; in quas neminem unquam ex popularibus acceperunt, cum nonnulli, privatis necessitudinibus illis conjuncti, se admitti postulassent, sed ad repulsæ injuriam, verborum quoque contumelias addiderunt, cum se degenerum sodalitate commaculatos negarent. Jam vero, cum ad animos hominum accedendos major sit contemptus, quam injuriarum irritatio, dii immortales! quam despecti ab istis nostris nobilibus sumus, quam illi a nobis abhorrent, quam nos auribus et animis respuunt, quam contemptim de nobis locuantur, in quanta convicia, linguæ intemperantia, proveduntur, cum nos degeneres et rusticanos, non modo Genæ, sed in aliis civitatibus appellant, perinde quasi deorum genus, atque e celo delapsi ipsi sint; exterosque, simulatque de aliquo ex nobis incidit sermo, etiamsi alia res longe agatur, sedulo admoneant, hominem illum degenerem et ex infima plebe esse, nobilitateque sibi haudquaquam comparandum: neque sentiunt, se risui plerumque exteris esse, quos non pudeat fenus ac sordidiores quæstus exercentes, nobilitatis nomine, quam comprimere deberent, se commedare, haud ullam animæ nobilitatis mentionem facere.»*

más recientes) á pique de poner en combustion la Europa.

**Cuarta guerra.**—Con la intencion Enrique II de causar disgusto á Cárlos Quinto, tomó al jóven Farnesio bajo su proteccion, é hizo pasar á las órdenes del mariscal de Brissac tropas al Piamonte, que era el primero que tenia que sufrir cada vez que bajaban á Italia. Ferran Gonzaga, que con su orgullosa conducta y sus manejos insidiosos habia comunicado incremento á aquella guerra, se vió obligado, á pesar de los socorros del nuevo papa Julio III (34) á levantar el sitio de Parma, para ir á asolar el Piamonte, donde los soldados de Francia parecian ángeles, comparados con aquellos españoles y alemanes, cuya feroz brutalidad igualaba á la indisciplina. Entonces se despertó el partido francés en Italia, formado de los descontentos de todos los paises, que, reunidos en Chioggia, emplearon todos los medios de hacer daño á los imperiales, no titubeando ni aun en llamar á los turcos para lanzarlos sobre el territorio de Nápoles. Pasaremos en silencio las traiciones, puñaladas, envenenamientos y corrupciones, que más que nunca se pusieron por obra en aquella época: nos limitaremos á decir que Cárlos Quinto envió para hacer frente al peligro al duque de Alba con fuerzas considerables, que fueron conducidas por el genovés Doria, con el dinero de la América, para la ruina de la Italia, y que el milanés Medeghino unió sus soldados á aquel ejército de extranjeros.

(34) SEgni, hablando en el lib. XIII de Julio III (Juan María de Monte), dice: «Buena cosa es ser papa; pues además de ocupar la mayor categoria que puede haber entre los príncipes cristianos, los cuales se postran todos ante él, sucede que los hijos, los sobrinos, los parientes, aunque lejanos, se convierten al momento en señores, si bien antes ignoraban su estirpe. Respecto de este papa, más que de ninguno, se prueba la verdad de mi aserto; visto que, habiendo nacido en una pobre aldea, y no siendo de las personas principales de aquel punto, en cuanto fué papa, hizo á sus parientes señores de la patria. Dió un capelo á un dependiente suyo, de humilde extraccion, dotándole con pingües beneficios. Hizo dar á su sobrino Juan Bautista la ciudad de Novara, y él se concedió el generalato de la Santa Iglesia, y á su hermano Balduino el gobierno perpétuo de Camerino, y mayor grandeza en Roma que si hubiese sido duque ó señor de antigua alcurnia en alguna parte de Italia. Ni bastó con esto, pues extendió sus dádivas á los sobrinos, hijos de sus hermanos. A Ascanio de la Cornia, natural de Perusa, y á Vicente de los Nobili, de Montepulciano, dió Estados y títulos de señores, y á sus hermanos é hijos agració con cardenalatos; y después les confirió títulos de capitanes generales, y los igualó con los verdaderos señores. Entre otras cosas que llamaban la atencion, era una de las principales Ersilia, mujer de Juan Bautista Monti, cuyo fausto y magnificencia en Roma llegaba al punto de que la duquesa de Parma, hija del emperador, antes que hubiese ido á Parma, obtenia apenas que la oyese cuando se dirigia en coche á saludarla ó tributarle sus obsequios.

En aquellas circunstancias ascendió al pontificado Paulo IV, de la familia de Carraffa (1555). Cuando se preguntó al nuevo papa, que hasta entonces se habia manifestado sencillo y de austera piedad, cómo queria ser tratado: *Como gran príncipe*, contestó. Así fué que en su coronacion hubo gran esplendor, y desde entonces se mostró suntuoso en todo, y más temporal de lo que conveuia á su dignidad. Decia que Cárlos Quinto queria matarle con una fiebre moral, pero que por su parte le daría que hacer y libertaria á la pobre Italia. La comparaba á un instrumento cuyas cuatro cuerdas eran Nápoles, Milan, Venecia y el Estado de la Iglesia: *¡Desgraciadas, decia, las almas de Alfonso de Aragon y de Ludovico el Moro, que fueron los primeros en echar á perder aquel noble instrumento de la Italia!* Navajero, á quien dirigia estas palabras, añade: «nunca hablaba de su majestad (Cárlos Quinto), y de la nacion española sin tratarlos de herejes, cismáticos ó malditos de Dios, de raza de judios y moros, de hez del mundo, deplorando la miseria de la Italia, precisada á servir á una nacion tan abyecta y tan vil.»

Sospechaba á cada momento que el emperador queria atentar á sus dias. Por instigaciones de sus sobrinos que esperaban aprovecharse de las turbulencias, y de monseñor de la Casa, su secretario, que deseaba ver la emancipacion de la Toscana, su patria, despojó á los feudatarios romanos y concluyó una alianza con Enrique II, rey de Francia, siendo su proyecto de transferir á éste ó dejar para sí el reino de Nápoles y el Milanesado, declarando al pais libre del dominio de los españoles. Se pretende que el papa, á fin de llevar á cabo su plan, trató hasta con los turcos, para que infestasen los mares toscanos y napolitanos, y con el marqués de Brandeburgo, luterano, para que atacase al emperador de Alemania; creyendo lícito cualquier medio con tal de lograr su objeto (35).

(35) En el diario de las cartas de Bernardo Navagero al Senado Veneciano, dice aquel con fecha 21 de mayo de 1557, que Paulo IV al hablarle de la ida de Cárlos VIII á Italia, añadió: *«Hinc omnis mali labes*, porque estos abrieron la puerta á los bárbaros, que nosotros quisiéramos cerrar, y no se nos da oído; creemos que nuestros pecados tienen la culpa de ello. Jamás nos arrepentiremos de haber hecho cuanto hemos podido, y quizá más. Dejaremos el baldon, en los futuros siglos, para los que no han querido ayudarnos; y que se diga que hubo un anciano de ochenta años, el cual, cuando se creia que debiera estar en un rincón, llorando sus males, se presentó lleno de valor y ansioso de la libertad de Italia, abandonándole en su empresa aquellos de quienes menos se esperaba. La penitencia corresponderá, pues, á mí, señores venecianos, y á los demás que no quieren conocer la ocasion de sacudir de sus hombros una carga que empezó á sentirse bajo el reinado de aquel rey, cuyas virtudes le hicieron tolerable; y que no lo es ya con esta gente, mezcla de flamencos y de españoles, en la cual *nihil regium, nihil christianum*, que se conserva asida, como la grama, á la parte donde se adhiere;

Sin embargo el magnánimo proyecto de librar la Italia de extranjeros hubiera podido realizarse entonces, si hubieran ayudado al papa los demás señores; pero la Saboya se obstinó en hacer la guerra á la Francia, contando al efecto con el apoyo del emperador; Venecia tenia celos del engrandecimiento del papa; Cosme de Médicis deseaba apoderarse de Siena; Octavio Farnesio no se sentia bastante irritado por el asesinato de su padre y el despojo de la mitad de sus Estados; los mismos sobrinos, en quienes el papa habia depositado su confianza, obraban á su antojo y de una manera despótica impeliéndolo así á designios inoportunos ó á recursos miserables. Se formó una liga santa (1556), cuyo jefe era Pedro Strozzi, el cual llevó á ella su irreconciliable encono.

En aquel momento se ofreció á las encantadas miradas de los protestantes de Alemania el nuevo espectáculo de un papa en guerra con el emperador y con el rey católico, y la perspectiva de un nuevo saqueo de Roma con el ejército de estos príncipes á las órdenes del duque de Alba, después de los horribles estragos que hizo en Segni, lo que no hubiera dejado de suceder si los franceses no hubieran acudido á tiempo.

**Batalla de San Quintin.**—Sin embargo, el duque de Guisa que los mandaba no fué secundado, y pronto se le llamó para enviarle apresuradamente con lo mejor de la nobleza francesa, hácia la parte de los Países Bajos, donde doce mil ingleses se habian reunido al ejército español mandados por el conde de Egmond y por Manuel Filiberto de Saboya, gobernador de aquellas provincias. Dióse entonces bajo los muros de San Quintin una memorable batalla, en la que los franceses fueron completamente derrotados y sumergió á Paris en el espanto (1557). Al recibir Carlos Quinto, que habia abdicado en favor de su hijo Felipe II, para encerrarse en un monasterio, la noticia de aquel triunfo, preguntó: *¿Ha proseguido mi hijo su victo-*

*ria hasta las puertas de Paris?* Cuando le dijeron que no, lanzó un suspiro y repuso: *A mi edad y con tal fortuna, no me hubiera detenido á medio camino.*

Obstinose, por el contrario, Felipe II en el sitio de San Quintin, mientras que Enrique II se ocupaba en reunir nuevas fuerzas. En menos de tres semanas, el duque de Guisa, ayudado por inteligencias secretas, por el invierno, el descuido del enemigo y el valor de Strozzi, se apoderó de Calais (1558), y arrojó de este modo á los insulares que se sostenian en él hacia doscientos años. Estos acontecimientos habian influido de una manera enojosa sobre los asuntos de la Italia, y fué preciso que el papa abandonado á sí mismo, se resignase á entrar en tratos.

**Paz de Chateau-Cambresis.**—El duque de Alba, «que aun no habia experimentado la gran diferencia que existe entre hacer la guerra contra los demás príncipes y hacerla contra los papas, con quienes en último resultado no hay nada que ganar; y perder hasta sus gastos» (GIANNONE), insistia en que se continuasen las hostilidades; pero Felipe II concedió la paz al pontífice con buenas condiciones. Al mismo tiempo se negociaba una paz general, que se firmó en Chateau-Cambresis (1558). Hemos querido llegar en el relato hasta este punto, porque aquella paz cerró las hostilidades entre el Austria y la Francia, y colocó los negocios de Italia en el estado en que debian permanecer mucho tiempo. Se convino entre las partes contratantes, que el rey católico se casaria con Isabel de Francia, renunciando de nuevo á la Borgoña, y el rey cristianísimo al Milanese y al reino de Nápoles; además, como Felipe II no se inquietó por sus aliados, el Imperio perdió á Metz, Toul y Verdun, y la Inglaterra á Calais, que no le indemnizaban los quinientos mil escudos de oro que recibió (36). Devolvióse la Córcega á los genoveses, y Plascencia al duque Farnesio para separarle de la Francia, y recompensar los servicios prestados á los Países Bajos, por Alejandro Farnesio, uno de los más grandes capitanes de aquel siglo. Aunque los generales franceses reprobasen la cesion de un país adquirido á precio de tanta sangre (37), el duque de Saboya, el héroe de San Quintin, recobró todo lo que habia perdido en la guerra, Bresse, Bugey, la Saboya y el Piamonte, escepto Chieri, Turin, Piñerol, Chivasso, Villanueva de Asti, que fueron retenidas por el rey hasta que se aclarasen los derechos de Luisa de Saboya, abuela de Enri-

son distintos de los franceses, que no permanecerian en un punto aunque se les atase á él. Los hemos visto dueños del reino y del Estado de Milan, y no tardar, sin embargo, en desaparecer. Les es imposible fijarse: *stare loco nesciunt*. Magnífico embajador, hablamos con vos confidencialmente, como si hablásemos con S. A. el dux, con los consultores y con excelentísimos señores jefes de los cristianos, porque sabemos que no divulgareis nuestros pensamientos. En fin, jamás nos arrepentiremos de haber empleado la corta vida que nos resta en honor de Dios y en beneficio de esta pobre Italia; pues á decir la verdad, la existencia que nos hemos trazado es sumamente penosa, y no nos permite el menor descanso...» En la carta del 28 de junio se ve que el papa, entre otras muchas cosas, dijo al embajador: «No olvideis lo que os diremos. Nuestra edad es avanzada, y dejaremos el mundo uno de estos dias, cuando á Dios plazca; pero podrá llegar dia en que conozcais que hemos dicho la verdad; no quiera Dios que sea con daño nuestro. Los dos son bárbaros, y convendria que se estuviesen en su casa, y que en Italia no se hablase mas lengua que la italiana.»

(36) Segni, que como de nacion mercantil, debia entender de esta materia, dice que Enrique para conseguir tal suma, contrajo una deuda, ó como espresaban entonces, abrió un monte, en el cual daba el interés del 16 por 100, pagando las utilidades cada cuatro meses, y el capital cuando se exigiera. *St. flor.* lib. XII hácia el fin.

(37) Véanse las *Memorias* de los Mariscales de Brisac y Montluc, las de Vieilleville, etc.

que II. Manuel Filiberto se casó con Margarita de Francia; y desde este momento, el ducado de Saboya adquirió con la categoría de potencia italiana, una influencia más ó menos grande sobre los asuntos de Europa.

Las agitaciones concluían en el resto de Italia y con ellas la libertad, cuya pérdida deploraron en silencio en lo sucesivo los italianos, sufriendo la insultante compasión de todos sus enenigos.

## CAPÍTULO VIII

### REINOS MUSULMANES.—SOLIMAN.

Guerreando el Austria contra la Francia, estuvieron á pique de entregar á los turcos la Alemania y la Italia (1). El fanatismo guerrero de aquel pueblo habia rejuvenecido el espíritu árabe, y las tropas feudales no estaban en estado de resistir á aquellos disciplinados guerreros, á los genízaros, á los mamelucos y á la caballería persa. Felizmente para la cristiandad, los persas estaban entregados á las discordias políticas y religiosas, y odiaban mortalmente á los otomanos por rivalidad de sectas. Los mamelucos circasianos, á quienes san Luis habia visto dueños de las orillas del Nilo, y que en tiempo de Bibars se habian estendido hasta la Siria, se encontraron después humillados por Tamerlan, rigiéndose durante dos siglos y medio con ayuda de un sistema que no se conocia, pero que constituia un despotismo militar; el imperio otomano no podía, pues, obtener socorros por aquella parte con las guerras que hacia incesantemente. De todos modos atacó el reino de Nápoles, y «amenazó enviar á Venecia á consumir su matrimonio al fondo del mar;» pero como trataba más bien de estender sus conquistas que de estirpar el cristianismo, se verificaron varios tratados y la política del divan marchó acorde con la de nuestros gabinetes.

(1) Francisco Vettori escribia á Maquiavelo en junio de 1513: «Querido compadre, nos estamos chanceando entre los cristianos, y no hacemos caso del turco, que bien podria, mientras que estos príncipes negocian sus tratados, hacer alguna cosa de las que pocas personas se preocupan. Es necesario que sea un hombre de guerra y un capitán por excelencia. Se vé que se ha propuesto por objeto el reinar; la fortuna le es favorable, tiene soldados dispuestos, mucho dinero, un país muy estenso, ningun obstáculo se lo impide y se ha aliado al tártaro. No me admiraria de que antes de que pasara un año, hubiese dado un varapalo á nuestra Italia, y derrotado todos estos clérigos; no quiero decir por ahora más sobre este asunto.»

En los veinte y ocho años que se siguieron á la toma de la *Madre del universo*, como los turcos llaman á Constantinopla, avasalló Mahomet II en Europa la Acaya, la Morea, el Epiro, la Acarnania, la Servia, la Valaquia, Bosnia y Negroponto; en Asia Kastermuni, último Estado seljúcida, el imperio de Trebisonda, las posesiones que les quedaban á los genoveses en el Asia Menor y en el mar Negro, conquistas que se aseguraron á la Puerta despues de la toma de Kilia y Akerman en Moldavia, por Bayaceto. Era un deber el conservarlas; por esto es por lo que el gran visir Ibrahim decia al húngaro Laszki: «Nuestra ley quiere que todo lugar donde ha descansado la cabeza de nuestro amo, donde solamente haya entrado su caballo, pertenezca enteramente á su dominio. No es la corona lo que da el reino; no es el oro ni la pedrería, es el hierro, el hierro asegura la obediencia; lo que la espada adquiere, la espada debe saberlo conservar.»

**Iglesia griega.**—No sólo quiso Mahomet hacer conquistas, sino tambien organizar el imperio otomano: segun los términos de la capitulación, respetó á la Iglesia griega (2), es decir, á sus patriarca, metropolitanos, arzobispos, obispos, sacerdotes y clérigos, dejándoles el derecho de elegir y ordenar sus miembros; pero los dignatarios tenian que obtener á un alto precio el *berat* del gran señor, cartas patentes en las que estaban enumerados los derechos y obligaciones del que la impetraba, y los emolumentos que podia exigir de los griegos. El sultan daba la investidura al

(2) Esto lo afirma positivamente Franza, lib. III, 11. Κελεύσας ἵνα πάντες ὅσοι ἐκ τῆς πόλεως ἐφυγον, δεῖ τὸν φόβον τοῦ πολέμου, ἕκαστος αὐτῶν ἐπιτρέψῃ εἰς τὸν οἶκον αὐτοῦ, ὡς καὶ πρότερον ἦν ὁμοίως προστάξας ἵνα ποιήσωσι καὶ πατριάρχην, ὡς σύνηθες ἦν κατὰ τὴν τάξιν αὐτῶν ἦν γὰρ πραιοθανῶν ὁ πατριάρχης.

patriarca de Constantinopla entregándole el diploma, el pastoral, el capelo violado, la capa negra, el manto, la sotana con flores y un caballo blanco. ¿Pero podían ser libres las elecciones y respetados los cánones, donde la voluntad del soberano es la única ley? El nombramiento se obtenía mediante una fuerte suma, y el menor descontento atraía al titular el destierro ó la decapitación.

El patriarca ecuménico, como se llamaba el de Constantinopla, presidía el santo sínodo permanente que residía allí, y donde entraban, además de diez ó doce obispos de las metrópolis más próximas, el gran logoteta ó camarlengo secular, como también los arcontes, es decir, los griegos revestidos con las altas dignidades por el gobierno. El sínodo, tribunal supremo del clero, era de apelación de las sentencias de los obispos, elegía y hasta deponía al patriarca; nombraba para las demás dignidades, repartía los impuestos eclesiásticos; pero era preciso el berat del sultan para dar fuerza á sus decisiones.

Al patriarca pertenecía el cuidado de proteger á los griegos en general para con la Sublime Puerta, y tenía jurisdicción civil sobre todos los que residían en su diócesis. Sentenciaba, en unión de un tribunal compuesto de jueces elegidos entre el clero secular, sobre los casos criminales, eclesiásticos y mixtos, relativos á los griegos y á los armenios, con el poder de condenar á prision y á galeras, sin que el soberano tuviese necesidad de confirmar la sentencia ó que pudiese perdonar, á menos que el culpable no abrazase el islamismo. A cada instante era preciso emplear las considerables rentas de la Iglesia en satisfacer los pedidos de los turcos.

Los obispos, arzobispos y metropolitanos tenían el gobierno eclesiástico de sus respectivas diócesis, la vigilancia de la enseñanza, con ciertos bienes y diferentes derechos sobre las ordenaciones, las herencias, las dispensas matrimoniales y otras eventualidades. La *caja comun* del patriarcado (de esta manera se llama una especie de banco donde los griegos y también los turcos ponen sus fondos en depósito) hace donativo al fisco de 25,000 pesos al año, mediante el cual el alto clero esta exento de la capitación impuesta á todos los súbditos del gran señor.

Continuó el clero secular dividido en dos *penda* ó clases. En la primera el gran logoteta ó archicanciller del trono patriarcal, scevofilax ó guardián de los muebles sagrados, el cartofilax ó archivero, el gran eclesiarca y el gran orador. En la otra *penda* estaban el gran ecónomo, el protonotario, el refrendario, el primiciero, el archichante, el primer secretario, etc. De los sacerdotes de estas dos clases salen las familias fanariotas, es decir, habitantes cerca del faro de Constantinopla, los elegidos de un país que conservan la lengua y las letras.

En tiempo de la conquista, la silla archiepiscopal de Brusa estaba ocupada por Joaquín, del rito

armenio: habiéndole llamado Mahomet á Constantinopla con algunas familias, le dió el título de patriarca, de jefe gerárquico (1446), y de su segundo en las cosas políticas sobre los armenios que habitaban en Grecia y en Anatalia, y á quien concedía también el libre ejercicio de su culto. Por lo demás se puede concebir cuál fué la condición de los cristianos. Bastará añadir que en 1519, en tiempo de Selim I, después en 1640, en el de Murad IV, y por último á fines del siglo pasado se discutió en el divan si el partido más seguro no sería esterminarlos á todos.

Los conquistadores de la Acarnania, del Epiro y de la Albania, se habian visto precisados, para tener sujetas á aquellas temibles poblaciones en sus montañas, á concederles privilegios. El monte Agrata (3) fué el primero que obtuvo un capitán y soldados para el sosten del orden y de la tranquilidad, y Mahomet II permitió que en la administración de los negocios civiles, el primer voto perteneciese al cadí, el segundo al arzobispo y el tercero a su capitán. Esta constitución se extendió después á toda la Grecia de tierra firme, y no ha contribuido poco en en nuestros días á facilitar la insurrección de los helenos. Los jefes de las milicias nacionales se llamaban *armatolios*, y sus soldados *palicaros*, sin hablar de los *kleftas*, ó jefes de bandas no reconocidos por el gobierno, á quienes permanecían hostiles. El gran señor distribuyó á las tropas que dejó, para guarnecer el Egipto y la Albania, feudos, en cuyo territorio se mezclaron con los habitantes, á lo menos en las costas, ciudades y llanuras. Desconfiaba la Puerta de estos montañeses; y en efecto, sus jefes crecieron en poder; así es que no era raro que se enviase allí un bajá extranjero.

**Legislación turca.**—Existen entre los turcos dos legislaciones, la una religiosa y la otra civil: la primera, sacada del Corán y de la tradición, puesto que los otomanos son sunnitas, y la segunda fundada en constituciones de los soberanos. Los teólogos juriscultos forman la *cadena de los ulemas*, de donde se sacan los doctores, los jueces, los ministros de las mezquitas, dependientes del mufti. Este dignatario emite un *fetwa* en contestación á las preguntas que le dirige el sultan sobre cuestiones de derecho y política, así como la legitimidad de la guerra y la condena de personajes ilustres. Pero si se atrevía á pronunciar en contra de la voluntad del soberano, era destituido; si se hacia culpable de un crimen capital, no se trataba para él de ser estrangulado ó degollado, sino de ser machacado en un mortero reservado para este uso en el castillo de las Siete Torres.

Además de la ley (*chery*) y de las constituciones (*kamun*), los turcos observan las costumbres (*aadet*) y la voluntad del amo (*urf*).

(3) JACOB ADY RIZO NEROULOS, *Historia moderna de la Grecia*.

**Canon de Mahomet II.**—Mahomet II promulgó un cánón dividido en tres partes: la primera trata de la categoría de los dignatarios, la segunda de las ceremonias y costumbres, la tercera de las penas y estipendios. Según este código, cuatro clases ó columnas del imperio forman el núcleo del divan, á saber: los visires, de los cuales el primero, llamado gran visir, especie del gobernador del palacio, manda el ejército, preside el divan, y se encuentra encargado de todos los negocios públicos; dos grandes jueces (*kadiasker*) de la Rómia ó Europa, y de la Anatolia ó Asia; tres grandes tesoreros (*defterdars*), y los secretarios de Estado (*nichantchi*). Después siguen los cuatro elevados empleos de la corte confiados á los eunucos, á saber: el gran maestro (*babi seadet agassi*), el tesoroero (*khasinedor bachi*), el gran copero (*kildardji bachi*), el prefecto del palacio (*serai agassi*); además el gran jardinero, y el jefe de los eunucos negros.

Esta es la consagración del despotismo más ilimitado, porque nada se interpone entre el amo absoluto y el esclavo, colocado enteramente á merced suya. Por temor de que otras familias, uniéndose á la imperial, puedan suscitar pretensiones al trono, este código dispone que el *padischah* no se case más que con una esclava, arrebatada desde niña al círculo de sus relaciones, y que sólo sea reverenciada como *chasseki*, es decir, madre de los príncipes, y aun más, cuando es *validé*, madre del sultán. La costumbre en virtud de la cual los primogénitos del sultán hacen morir á sus hermanos, es sancionada por un fetwa de los mufties, y se sigue como corolario, que no se ata el obligación á las hijas del gran señor. Relegado la vispera entre las mujeres, el sultán se encuentra al día siguiente dueño de la vida y bienes de todos. No hay tribunales permanentes, asamblea legislativa, ni nobleza hereditaria que puedan poner freno á su poder; la única distinción consiste en ser llamado al servicio del amo; y si el esclavo elevado á la categoría de visir es depuesto y no se le da muerte, vuelve á su primitiva clase. Está prohibido al déspota dueño de la vida de todos, perdonar á aquel á quien los cadies han condenado á muerte, en atención á que la ley según la cual juzgan es de origen divino, y por lo tanto inmutable.

**Propiedades.**—Según los términos del Corán, las cosas y las personas pertenecen á Dios, que concede á los hombres ciertas atribuciones de la propiedad. Algunas de las tierras *vivas*, es decir, cultivadas, pagan la décima parte de la cosecha, y otras una contribución territorial. Las primeras pertenecen á los países que aceptaron voluntariamente el islamismo, ó que se han dividido entre los musulmanes después del esterminio de los naturales; algunas también han sido objeto de privilegios especiales por parte de Mahomet ó de los primeros califas. La propiedad sobre las tierras que pagan diezmo difiere poco de la que existe en Europa; es directa, personal y trasmisible como

entre nosotros. Sólo que está gravada con su censo religioso, y se perdería si se dejase de cultivar. No existen otras semejantes sino en la Arabia, en el Irak-Arabi, en la Turquía asiática y en las comarcas de Bagdad y Basora.

Las tierras que pagan un tributo, es decir, conquistadas por las armas, sin espulsar á los indígenas, así como aquellas en que se han establecido colonias no musulmanas, están regidas de diferentes maneras que las nuestras: en efecto, la propiedad es allí colectiva; se divide entre Dios, el soberano, la sociedad musulmana y los descendientes de las razas conquistadas, al paso que el usufructo permanece individual. Todo miembro de tribu, toda familia de vencidos tiene derecho para cultivar libremente y por su propia cuenta, una porción de terreno poseído en comun, y hacer pacer allí sus rebaños, con tal que se le tenga en buen estado y se pague el tributo. El conquistador no conserva el derecho de participar de ella, sino cumpliendo con las obligaciones que le están impuestas para con Dios y la sociedad, obligaciones de las cuales la principal es hacer que se recaude el tributo, y para esto que la tierra esté cultivada. En su consecuencia, las conquistas del islamismo desde Omar, han sido declaradas *uakef*, es decir, fundaciones piadosas en interés de la comunidad musulmana. Una porción pertenece á Dios, es decir, á los pobres, á los enfermos y al culto; se compone de todo lo que se saca del suelo conquistado, botín, diezmo, impuesto sobre los muebles, raíces y capitación.

Además de estas leyes y del código de Soliman, los turcos poseen infinito número de compendios de las decisiones dadas por los jueces supremos, y obras especiales para regir á los súbditos de la India: tan engañado está Montesquieu cuando afirma que los turcos no tenían leyes, derecho de propiedad, de herencia ó de sucesión, y que su única legislación era la voluntad despótica del gran señor (4).

**Zizim.**—Adelantándose Bayaceto II á su hermano Zizim, se hizo proclamar sultán (1482): entonces aquel príncipe, para escaparse á una muerte segura, comenzó una guerra civil; pero vencido por su hermano, huyó de país en país, y en fin llegó á Rodas, donde el gran maestro le tomó bajo su protección. Matias Corvino, Fernando el Católico, Fernando de Nápoles, los mamelucos de Egipto y otros príncipes musulmanes le reclamaron con el objeto de tener un pretexto para hacer la guerra á Bayaceto. Alejandro VI concluyó por obtenerlo con intención de ponerle á la cabeza de una cruzada que proyectaba. Bayaceto envió al papa

(4) MURADGEA DE OBSSON, espone toda la legislación civil, administrativa y judicial del imperio otomano. Véase, también á BOCKING, *Notitia dignitatum et administratio-num omnium, tam civilium quam militarium, in partibus Orientis*.

magníficos regalos, entre los cuales se encontraba la lanza de Longinos (5), rogándole guardase bien á su hermano, y asignándole para el efecto 40,000 ducados al año. Le detuvo, pues, en una honrosa prision en el Vaticano, hasta el momento en que Carlos VIII le obligó á cederle (1494); pero poco después murió aquel príncipe envenenado segun se afirma (6).

Bayaceto, que más benigno que guerrero, fué apellidado *Sofí*, es decir, místico, amaba el retiro y las ciencias; se complacia en grabar una piedra, en trabajar en el torno y en sostener discusiones teológicas. Los turcos habian invadido varias veces las provincias austriacas de la Estiria, la Carintia y la Carniola, pero nunca con tanta furia como el primer año del reinado de Maximiliano. Michalogli fué entonces batido por Rodolfo de Khevenhüller, cerca de Villach; diez mil turcos y siete mil cristianos perecieron allí, y quince mil cautivos fueron libertados de sus cadenas. En 1494 los turcos verificaron una octava irrupcion en Estiria, y Maximiliano los derrotó en persona. En 1499 el sultan firmó la paz con los venecianos; pero como el tratado no estaba redactado más que en latin, no se creyó obligado á observarlo. Envió, pues, á solicitud de Luis el Moro y de otros enemigos de Venecia, á Iskander Bajá al Friul, el cual invadió, adelantóse hasta Vicenza, y se llevó consigo al retirarse diez mil prisioneros. Una escuadra turca atacó la Morea, que Benito de Pesaro defendió con gran valor: en su consecuencia, Alejandro VI y Ladislao II de Hungría se unieron á Venecia contra la Puerta, como tambien la España y la Francia: su escuadra sitió á Mitilene, pero fué dispersada por una tempestad. La paz de Constantinopla costó á Venecia, Lepanto, Modon, Coron, Navarino y Durazzo; sin embargo, obtuvo á Cefalonia. El rey de Hungría hizo tambien con Bayaceto un tratado, que es el primero entre dos Estados cuyo texto se ha conocido.

En 5 de setiembre de 1509, y en los cuarenta y cuatro días que se siguieron, la tierra tembló en Constantinopla, derribó ciento nueve mezquitas, mil setecientas casas, las Siete Torres, gran parte de las murallas, y padecieron bastante los antiguos acueductos y demás construcciones. Cinco mil personas perecieron; el mar cubrió gran parte de la ciudad y el arrabal de Galata; varios países de la Tracia fueron asolados.

Disponíase Bayaceto á abdicar en favor de

Ahmed, que era el hijo á quien más queria; cuando viendo los hermanos de éste que su muerte era inevitable segun la ley fundamental, tomaron las armas para conjurar el peligro, y los genízaros se declararon por Selim (1512). Una vez vencedor, propuso el príncipe rebelde á Bayaceto permaneciera en Constantinopla; pero su padre le contestó: *Dos espadas no pueden existir en la misma vaina*, y marchó. Selim le acompañó gran trecho, y se separó de él después de haberle pedido su bendicion. Pero sabiendo que se alejaba con más lentitud que lo que él hubiera querido, le hizo envenenar y mandó que se celebrasen sus exequias con ostentacion. Después de haber distribuido, siguiendo la costumbre de los nuevos sultanes, regalos á los genízaros, pensó Selim primero en consolidarse, haciendo estrangular en su presencia á los cinco sobrinos que quedaban de sus difuntos hermanos. Entre los que vivian, Korkud, que se habia rebelado, fué muerto, lo mismo que Ahmed, en espacion de la herencia paterna. «De esta manera se ejecutaron, dice el historiador Salakzadé, las leyes fundamentales de la dinastia otomana, que Dios quiere hacer cada día más fuerte!»

*Para reinar con placer*, decia Selim, *es preciso reinar sin temor*. Soberano intolerante, hizo contar todos los siitas del imperio desde la edad de siete años hasta sesenta, y les hizo dar muerte en número de cuarenta mil. Dió orden de arrebatar á los cristianos sus iglesias y su culto y dar muerte á todo el que no abrazase el islamismo; pero felizmente escuchó consejos más suaves.

**Ssafi de Persia.**—Habiendo obtenido el jeque Ssafi, descendiente de Alí, que vivia en el Aderbiyan, de Tamerlan, la vida y la libertad de gran número de prisioneros condenados á muerte, fué honrado, enriquecido, y su descendencia heredó la veneracion de que se vió rodeado. Se dedicó á la vida contemplativa, hasta el momento en que Yuneid, su biznieto (1499), habiendo aspirado á ejercer una influencia politica, fué desterrado por el príncipe del Carnero Negro. Refugióse entonces cerca de Ussum-Cassan, fundador de la dinastia del Carnero Blanco, casándose con una de sus hermanas (1501). Su nieto Ismail, por las discordias acaecidas entre los seis hijos de Ussum, que no tardaron en perecer asesinados ó muertos peleando, pretendió obtener un distrito, como dote de su madre. Habiéndose, pues, hecho jefe de bandas contra los turcomanos del Carnero Negro, se unió á los belicosos kurdos, y no meditó nada menos que la conquista de la Persia. Schaibek kan, descendiente de Batú, conquistador de la Rusia, reinaba en el Karism sobre las tribus de los turcos llamados usbekos: detenido en el Occidente por el moscovita Ivan III, se dirigió hácia la Persia, con la esperanza de restablecer allí las familias de Gengis-kan con exclusion de los descendientes de Tamerlan (1503). Invadió en su consecuencia la Persia septentrional, pero Huseim Baikara, descendiente de Tamerlan, fué socorrido

(5) Inocencio VIII fué representado en el Vaticano con esta lanza por Antonio y Pedro Pollajuolo.

(6) La carta italiana que se encuentra entre las de *príncipes á príncipes*, escrita por Bayaceto al papa para que envenene á Gem, es evidentemente falsa. Existe en la biblioteca de Turin una traduccion en verso toscano de la geografia de Tolomeo, por Francisco Berlinghieri, con una dedicatoria á Gem, en la que hace grandes elogios de su saber y del de su padre.

por Ismail, quien después de haber muerto á Schaibek-kan en una batalla, envió la piel de su cráneo á Bayaceto II, se apoderó del Karism, y del Korassan, y puso allí gobernadores elegidos por él. Sostenidos los usbekos por los sunnitas reunieron sus fuerzas y derrotaron á su vez á Ismail, que se había unido á Babur, último gaznevida descendiente de Tamerlan. Al retirarse Babur espantado, huyó á Kaboul, después á Delhi, de donde arrojó á los kurdos, y fundó un nuevo reino, llamado del Gran Mogol, que comprendió después toda la India septentrional y el Afganistan.

Ismail, habiendo asegurado su poder en Persia, llegó á ser jefe de la dinastía de los Ssafies ó Sofies, que dominaba la Persia, la Media, la Mesopotamia, la Siria, la Armenia, y fijó su residencia en Tebriz. Con objeto de establecer también de esta manera la independencia nacional, Ismail declaró la fe siíta religion del Estado, aunque estaba rodeado de poblaciones sunnitas; y fué en vano el que Thamasp-Kuli-Kan tratase de convertir á sus súbditos á esta creencia para consolidar su poder. La señal distintiva de los adios á Safi era el bonete rojo. Por esto es por lo que los turcos llaman á los persas *kizil basch* (cabezas rojas). El sofeismo era una exageracion de la herejía de Alí, inclinándose aún más al aislamiento y al ascetismo; así es que mientras que los turcos consiguieron la unidad nacional, los persas cultivando cada vez más la imaginacion, se mostraron más civilizados, pero incapaces de formar reinos de larga duracion.

Ismail, que había sido muy amigo de Bayaceto, acogió á los perseguidos hijos de Ahmed; acudió, pues, Selim, y puso en fuga á los secuaces del Carnero Blanco. Armaron entonces los persas á cien mil ginetes, y sus desiertos los protegieron contra los cañones, los genizaros y la disciplina de los turcos. Vencido en fin Selim en el valle de Chaldiran, tomó el partido de retirarse, dando muerte con su familia al príncipe de Armenia que le había vendido. Cuando quiso volver á la carga (1514), los genizaros se negaron á seguirle; pero los distritos del Diarbekir, Orfa y Mossul, hostiles á los Alidas, desertaron de la bandera de Ismail para pasarse á los otomanos (1515), oponiendo de esta manera una barrera á las invasiones de los persas; é Idris, historiador y hombre de Estado, á la vez rebelde á Ismail, ayudó á los enemigos de aquel príncipe á adquirir estos territorios y asegurarse después su posesion. Cada uno de los tres gobiernos fué dividido en varios sanjakatos ó distritos; pero los otomanos se vieron obligados á conceder diferentes derechos á los kurdos, que ocupaban las plazas fuertes, y conservaban un gobierno patriarcal con derecho de vida y muerte. Cincuenta sanjakatos se dejaron á aquellos antiguos jefes de tribus, que son los únicos en quienes se ha respetado la herencia de los gobernantes.

**Egipto.**—En Egipto, pais al cual el descubrimiento de Vasco de Gama había causado gran

perjuicio, reinaba entonces la dinastía mameluca de los Yoridas; era tan agitada su dominacion, que el advenimiento de un jefe al poder era para él un preludio de muerte: así era que había tantas intrigas para evitar la primera categoria, como en otro tiempo trabajaban para obtenerla. Kansu-el-Gawri no la aceptó sino á condicion de no sufrir la muerte si se le deponia (1501). Los gobernadores de Alepo y de Damasco escitaron contra él á Selim, que haciendo uso de cañones que los mamelucos desdeñaban, porque el Profeta había consagrado el uso del arco y del sable, le venció cerca de Alepo y sometió toda la Siria (1516). Kansu, guerrero octogenario, murió de rabia. Se encontraron en su tienda doscientos quintales de plata, cien de oro, y 1.000.000 de ducados en Alepo.

Vencido varias veces su sucesor Tuman-Bey, fué entregado á Selim, que le hizo ahorcar (1517). Viendo los naturales en Selim un libertador, le entregaron los mamelucos, de los cuales hizo arrojar al Nilo veinte mil. Encontró en el Cairo al califa Abasida, que le dió las llaves de la Meca con el estandarte del profeta, y pasó con él á Constantinopla. La Siria y el Egipto permanecieron, pues, dependientes del imperio otomano, que continuó recibiendo de Venecia el tributo que pagaba á los mamelucos para traficar libremente en las comarcas del Nilo. Así como los emperadores romanos, que habían creído deber dar una administracion diferente á un pais tan singular como el Egipto, Selim le dió un bajá encargado de recibir el tributo, fijado en ochocientos mil ducados, después de deducidos los gastos administrativos; pero este bajá debía consultar sobre todos los asuntos con un divan compuesto de los siete jefes, que mandaban los siete cuerpos militares, destinados á la defensa del pais; ahora bien, este divan podia negarse á ejecutar sus órdenes y hasta destituirle si abusaba de su autoridad. Los decretos del divan eran ejecutados por veinte y cuatro beyes ó gobernadores militares de los distritos, elegidos entre los mamelucos, encargados de reprimir los desórdenes interiores, y rechazar las incursiones de los árabes; despotismo militar que pronto llegó á los más monstruosos excesos. El jerife de la Meca fué tambien al Cairo á prestar su sumision á Selim; desde este momento, la Puerta pudo enviar todos los años un ejército á través del pais. Estaba permitido al bajá, que todos los años conduce la gran caravana, suspender al scharif y sustituirle otro mientras dura su permanencia; cierto número de turcos forman además parte de la guarnicion de la Meca, Medina y Yambo.

**Moldavia.**—La Moldavia, tan pronto independiente, como avasallada á los polacos ó á los húngaros, tuvo un gran príncipe en el vaivoda Estéban I, que habiendo arrojado al pusilánime Pedro Aron, no reconoció apenas la supremacia de aquellos pueblos. Queriendo ocupar la Valaquia, hizo la guerra á Mahomet II (1458), y le batió; pero vencido por Bayaceto, contrajo alianza con él para

pelear contra la Polonia; después se unió de nuevo á ésta y á la Hungría, como Estado independiente.

Su hijo Bogdan se sometió á los turcos (1513); Estéban II hizo lo mismo, y también Estéban III, con quien concluyó (1526) la raza de Vlaco Dragosc, que en 1359 había constituido la Moldavia. Los boyardos se disputaban la elección de su sucesor cuando se presentó el pescador Pedro Raresc, diciéndose hijo de Estéban I: fué elegido, y el gran señor le reconoció (1527); pero comprometido después en una guerra con los turcos y con sus propios súbditos, huyó, y la Moldavia perdió el derecho que habría disfrutado de elegir á sus príncipes.

Selim hizo que se le presentara el visir Piri-Bajá y le dijo: «Si esta raza de escorpiones (cristianos) cubre los mares con sus bajéles; si la bandera de Venecia, del papa, de los reyes de Francia y España dominan en las aguas de la Europa, la falta es de mi indulgencia y de tu descuido. Quiero una numerosa y temible escuadra.» Al momento los desocupados carpinteros prepararon buques de guerra á centenares. Asustada la Europa, hizo resonar de nuevo el grito de la cruzada. Leon X exhortó á los reyes cristianos á la concordia, invitándolos á que proporcionasen todos dineros y hombres, de cuyo mando se encargaría el gran maestre de la orden teutónica: todos lo prometieron, pero ninguno cumplió su palabra. En fin, Lutero precisó al papa á ocuparse del cuidado de salvar á su misma iglesia en lugar de pensar en reconquistar la de Oriente (7).

(7) Francisco Muralto de Como, escribió en aquella época una crónica que ha quedado manuscrita, en la que se estiende sobre los preparativos de aquella expedición. Estractamos los detalles (de la fecha de 1518), que pueden dar noticia de las fuerzas respectivas de los príncipes.

Cada príncipe cristiano deberá pagar la quinta parte de sus rentas anuales; los particulares que tengan mas de cien ducados al año pagarán cinco florines por ciento; los demás, un florin al año; si fuese necesario, se venderá la tercera parte de las rentas de las iglesias y de los santuarios; los eclesiásticos darán dos décimos de sus emolumentos anuales.

El emperador Maximiliano proporcionará la mitad del ejército, compuesto entre sus gentes y las de los confederados, de 70,000 hombres de á pié, de los cuales cada uno recibirá cuatro ducados de oro á lo más; 4,000 soldados vestidos de blanco; 12,000 hombres armados á la ligera, y 100 bocas de artillería. El duque de Borgoña proporcionará 1,000 lanzas de á cuatro caballos cada una, 2,000 soldados ligeros á la tudesa, y 25,000 lansquenetes á pié; el rey católico, 1,600 soldados, 3,000 genizaros á la italiana y 20,000 españoles; el rey de Inglaterra, 500 caballeros, 1,000 arqueros á caballo, y 10,000 infantes; el rey de Hungría, comprendida la Bohemia, 500 ginetes, 3,000 soldados ligeros, y 5,000 arcabuceros de Bohemia; el rey de Polonia, 400 ginetes y 3,000 arqueros á la turca. El rey de los romanos mandará un cuerpo de ejército, por la Hungría hácia Belgrado, Andrinópolis y Constantinopla; los víveres irán por el Danubio. El rey de Francia tendrá

**Soliman el Grande.**—Después del sanguinario Selim, la cimitarra fué ceñida á Soliman en el mismo año en que se consagró emperador á Carlos Quinto, y valiente, generoso y emprendedor, hizo que el imperio llegase á su apogeo. Verdadero héroe turco, se confiaba á los grandes visires, y después los hacia degollar. Dió muerte á diez príncipes de la sangre, y no hubo hombre poderoso en sus Estados que no concluyese por el lazo. Empezó tres expediciones, con ayuda de las cuales extendió los confines del imperio por el Oriente hasta el Van, y por el Occidente hasta el Gran; por el Mediodía hasta la Nubia; hizo ondear el estandarte de las colas de caballo en Diu y Viena, en Marsella y en Roma, y fijó sus fronteras en Rodas por una parte, y en Belgrado por la otra. Los comentaristas de César eran su lectura habitual. Enriqueció á su país con libros, y con obras maestras de arte. Dió también buena organización á los ulemas. De carácter activo, vivo y religioso, tenía horror á los siitas y á los judíos; y como se le aconsejara perseguir á los cristianos, se contentó con enseñar un jardín embellecido por la variedad de árboles y flores.

Un griego arrebatado á Parga, su patria, por corsarios, y vendido á una viuda de los alrededores de Magnesia, había sido educado por ella en el islamismo bajo el nombre de Ibrahim. Llamado al servicio de Soliman, á cuyo lado desempeñaba el empleo de cortar las uñas, perfumaba las cortaduras con agua de olor y las conservaba con ve-

el otro ejército del campo con 70,000 infantes, 4,000 ginetes y 12,000 soldados ligeros. Proporcionará 2,500 caballeros franceses, 5,000 infantes ligeros, y 20,000 gascones, normandos y picardos. El papa, Venecia, Saboya, Florencia, y otros Estados de Italia, proporcionarán 1,500 ginetes, 7,000 ballesteros, mosqueteros y medias lanzas, y 20,000 infantes nacionales, de los cuales la tercera parte tendrán fusiles. Las ligas Helvéticas proporcionarán 20,000 infantes, y si es preciso 6,000 aventureros elegidos. El rey de Francia se adelantará por el Friul, la Dalmacia y la Grecia. Los italianos pasarán á Catara por Ancona y Brindes, ó por tierra á Bari y Oziato. La tercera parte de su ejército será marítima, y encargada de llevar forrajes á la Grecia y á la Morea; y allí se nombrará otro jefe, que según la opinión general, será el rey de Portugal. Este proporcionará 30 carabelas; el senado veneciano 100 galeras, de las cuales 80 están prontas; el rey de Francia y Génova 25 galeras, otras tantas carracas, 40 galeones y 20 barcas; el papa y el rey católico, 25 galeras y además el último 30 naves de Vizcaya; el rey de Inglaterra, 10 grandes carracas; el total de todo se reduce á 150 galeras, 37 carracas, 120 barcas, galeones y carabelas y un número infinito de naves de transporte. Cada galera cuesta al mes 500 ducados, cada carraca 600, cada barca 300, el galeon 200, la carabela 50. El ginete recibe al mes 10 ducados, el soldado ligero 5, y el infante 4. Para todos los cuerpos de ejército se gastarán ocho millones y medio de oro, y según el cálculo indicado ya, se sacan doce, sin contar los ornamentos y tesoros de las iglesias.

Pueden sacarse otros datos de Roscoe, *Vida de Leon X*, t. XIII, edicion de Milan.

neracion como, reliquias. Otras veces, por el contrario, reñia á su amo y le trataba con rigor. Pasando de esta manera alternativamente de la adulacion á una conducta poco amable, se ganó de tal manera el favor de Soliman, que le nombró gran-visir, y beylerbey de Romelia; tambien creó el sultan para él la nueva dignidad de seraskier ó generalísimo, con setenta mil ducados de sueldo, mandando se obedeciese á Ibrahim como á él mismo, y se casó con una hermana de su favorito (1529). En fin, las relaciones que existian entre Soliman y él no eran las de esclavo y amo, ni las de rey y ministro, sino las hermano con hermano.

Habiendo maltratado los húngaros al embajador que habia ido á pedirles tributos Soliman se adelantó contra Luis II. rey de Hungria, que era niño, con un numeroso ejército, y treinta tres mil camellos cargados de municiones y víveres (1521). Sitió en persona á Belgrado, y con ayuda de un artillero francés se apoderó de aquel baluarte de la cristiandad, arrojó á los habitantes húngaros hasta la orilla derecha del Danubio, y trasladó los de nacion búlgara á Constantinopla. La Europa que le veia ya en Alemania, se asustó en medio de sus divisiones; pero el sultan suspendió sus golpes por un momento á fin de sitiar primero la isla de Rodas con trescientas velas y cien mil hombres de desembarco. Juzgaba necesaria aquella adquisicion para establecer un punto de comunicacion entre Constantinopla y el Egipto.

**Toma de Rodas.**—Las ocho lenguas de la orden se dividieron en la defensa de los baluartes bajo el mando del gran maestre Villiers de l'Isle Adam. Candia mandó quinientos hombres con Martinengo, habil ingeniero, que dirigió la defensa. Pero se cuenta que Andrés Amaral, canciller de la orden y competidor de Villiers, después de haber incitado á los turcos en aquella espedicion, por venganza, les ayudó en sus ataques. Los turcos, que tenian cien cañones, de los cuales doce lanzaban balas de once y doce palmos de circunferencia, renovaban sin cesar sus sangrientos asaltos; los caballeros peleaban como héroes, las mujeres llevaban tierra para cegar las brechas y piedras para arrojar al enemigo (8). Más de cien mil turcos habian perecido ya cuando Soliman aceptó la capitulacion, y dejó salir al gran maestre con cinco mil personas (1523).

(8) Véase á JACOBO, BASTARDO DE BORBON. *La grande, maravillosa y muy cruel defensa de la noble ciudad de Rodas*, 1526, JAC FONTANY, *De bello Rhodio*: testigos oculares. El último, que era ingeniero, refiere, que habiendo visto una mujer griega caer á su amante en el baluarte inglés, acudió con sus dos hijos en los brazos, y los arrojó á las llamas, después de haber hecho sobre ellos la señal de la cruz, diciendo: *Son demasiado bien nacidos para caer vivos ó muertos en manos de estos perros*; después, tomando el manto y la espada de su amante, se precipitó en la pelea, hiriendo en derredor suyo con furia antes de sucumbir.

Cárlos Quinto concedió á la orden (1530) que anduvo algun tiempo errante las islas de Malta, Gozzo y Comino, rocas áridas que no podian hacer vivir á sus habitantes si la Sicilia no enviase á ellas pan y nieve: dijose entonces que no valian el pergamino sobre que se habia escrito la donacion; pero el emperador encontró el remedio de poner á cubierto Nápoles y Sicilia. Villiers de l'Isle Adam murió allí y se escribió sobre su sepulcro: *Aquí descansa la virtud, victoriosa de la fortuna* (9).

Soliman, que habia querido verle y dirigirle palabras de consuelo, dijo, entrando en el palacio que acababa de abandonar: *Siento precisar á este cristiano á su edad, á salir de su morada*. Y habiendo encontrado á un hijo de Gem, le hizo decapitar en su presencia con sus dos hijos, con desprecio de las convenciones; y estas convenciones no fueron tampoco respetadas por los genizaros que profanaron las iglesias y las imágenes sagradas.

Dirigiéndose entonces Soliman hácia el Danubio con cien mil hombres y cien piezas de artilleria, fué á establecer su campo en Mohacz (1499). Después de la muerte de Matias Corvino, Ladislao II, de Bohemia, de la familia de los Jagellones, habia conseguido victoria sobre sus numerosos competidores. Turbulento en la Hungria y en la Bohemia, que reunió bajo un mismo cetro, no por eso dejó de ser un príncipe despreciado, que volvió á perder lo que su predecesor habia arrebatado al Austria. Los húngaros debian haberse aprovechado de las discordias que estallaron en tiempo de Selim I, si sus rentas no se hubiesen agotado, y si la célebre infanteria de Corvino no hubiese cesado de existir. Cuando Leon X proclamó la cruzada contra los turcos, setenta mil campesinos abandonaron sus campos y viñas para ponerse en marcha, guiados por Jorge Dosa Zekeli, y por Ambrosio Sabares de Pesth. Pronunciándose en tumulto los propietarios contra él, porque los campos habian quedado baldios, los cruzados volvieron sus armas contra ellos con furor; pero el ejército húngaro, mandado por Juan Zapolski, hijo de Esteban, esterminó á los cruzados. Dosa, que habia tomado el titulo de rey, fué colocado con una corona y un cetro enrojado de fuego, sobre un trono abrasado, y tostado miserablemente; sus partidarios, á quienes quince dias de ayuno habian escitado el hambre, se vieron precisados á alimentarse con sus carnes. El resto de los prisioneros se abandonó al furor de los zingaros, de tal manera, que en algunas semanas perecieron cuarenta mil hombres.

(9) El capitán Windes, en 1862, leyó al instituto arqueológico de Londres una memoria sobre la carraca, que los caballeros de San Juan armaron en 1530 y que sirvió al emperador Cárlos Quinto en sus espediciones contra Túnez. Este barco estaba *blindado*, es decir, cubierto de plomo para rechazar las balas.

Con objeto de tranquilizar á las facciones, promulgó Ladislao la coleccion de leyes de Estéban Werböcz, titulada *Opus tripartitum*; pero no correspondieron los efectos á lo que aguardaban (1516). En tiempo del débil Luis II, que le sucedió, se aumentaron las divisiones; Juan Zapolski, vaivoda de Transilvania, tan rico y poderoso como ambicioso, luchó con encarnizamiento á la cabeza de un partido contra Estéban Werböcz, jefe de otro. En medio de estas facciones, el rey, que habia hecho que le fuesen hostiles los Estados, no pudo reunir más que treinta mil guerreros, mientras que la dieta germánica discutia con lentitud sobre la urgencia del peligro.

**Batalla de Mohacz, 29 agosto de 1526.**—La victoria de Soliman fué completa. Veinte y cuatro mil húngaros perecieron en la jornada de Mohacz; entre los muertos se contaron dos arzobispos, cinco obispos y quinientos magnates; cuatro mil prisioneros fueron muertos, y el rey Luis se ahogó en su fuga. Soliman marchó sobre Buda, la que entregó á las llamas; después ganó á Pesth, asolando el pais hasta Raab, y si volvió atrás, fué sólo porque le llamaron las sublevaciones de Asia; y esto, después de haber muerto en dos meses cien mil húngaros, avanzadas de la cristiandad, que las ambiciones dejaban en un deplorable descuido en presencia del peligro comun.

No sobreviviendo á Luis II, ningun príncipe de la familia de los Jagellones, el archiduque Fernando de Austria se presentó para sucederle á la corona de Bohemia y Hungría: el primero de estos reinos le reconoció por soberano; pero Juan Zapolski, cuyo valor velaba por la defensa del territorio, se hizo proclamar en el otro. No tardó Fernando en llegar, consiguió sobre él la victoria, y le declaró traidor. Entonces recurrió Zapolski á Soliman, y reconoció que la Hungría le habia sido concedida por él. El monarca otomano, que ambicionaba con ardor la posesion de estos paises, sabia que no podia invadir la Europa sino pasando por encima de los cadáveres de los magiares, por lo cual hizo marchar ciento cincuenta mil hombres contra el príncipe austriaco, que habia pensado antes en tomar posesion de ellos, que ponerlos en estado de defensa (1529). Tomó á Buda, Estrigonia, y embistió á Viena. No pudiendo sitiaria por falta de artilleria de grueso calibre, dió veinte veces el asalto, pero fué rechazado por la guarnicion; en fin, ya fuese por traicion del bajá ó por escasez de víveres, su ejército emprendió la retirada, dejando todo el pais asolado. La libertad de Viena se festejó con tanto más entusiasmo, cuanto era menos esperada; las campanas, que habian permanecido mudas todo el tiempo que duró el peligro, volvieron á comenzar á tocar alegremente, y la artilleria de los fuertes contestando á las músicas que sonaban en lo alto de las torres, anunció aquel feliz acontecimiento á la poblacion, que entonó piadosas alabanzas al Señor.

Soliman confirió la corona angélica á Zapolski,

y llevó consigo á Constantinopla á sesenta mil esclavos, dejando guarnicion en Buda, como prenda de su vuelta. En efecto, mientras que la Hungría estaba destrozada por la guerra civil de los dos competidores, y presa de las turbulencias nacidas de la reforma (1532), Soliman volvió á presentarse á la cabeza de trescientos mil guerreros para borrar la afrenta que habia sufrido delante de Viena. La resistencia que le opuso en Gúns Nicolás Jurisc, pareció tan prodigiosa, que se atribuyó á milagro; el mismo Soliman quiso verle; y declaró que renunciaba á continuar el sitio. Jurisc rogó á Soliman le diese hombres para reparar la brecha, tan ancha, que trescientas cincuenta personas no bastaban para cubrirla. Los turcos subieron, en efecto á ella con la música á su cabeza y las banderas desplegadas, y entregaron la fortaleza á su heroico comandante.

Adelantóse entonces Soliman por el Austria para buscar á aquel archiduque que huia cobardemente delante de él; asoló tanto á aquel pais como á la Estiria, llevándose consigo á treinta mil cautivos. Entonces Carlos Quinto con objeto de distraer al enemigo, mandó á Andres Doria á Oriente, que ocupó á Coron y á Patras y amenazó á Constantinopla. Aquel ataque y los negocios de la Persia, que reclamaban con prontitud su presencia, decidieron á Soliman á volverse á Belgrado, después á Constantinopla, y á entablar negociaciones (1533). Viena vió por la primera vez á un enviado de la Puerta; y Fernando tuvo, sofocando su orgullo, que adoptar como padre á Soliman, y como hermano y protector á su favorito Ibrahim, y escusarse de haber ofendido por ignorancia al monarca otomano, atacando á Hungría, el que concedió una perpétua paz á su arrepentido hijo.

El veneciano Luis Gritti, uno de los que traficaban con su valor, enviado por Soliman á Juan Zapolski, cometió actos arbitrarios, hasta llegar á decapitar al gobernador de Transilvania mientras estaba dormido. Los amigos de la víctima se insurreccionaron, y apoderándose de Gritti, le trataron del mismo modo (1534). Ocupado entonces Soliman en Persia, no cesaba de pedir satisfaccion con respecto á este asunto; además, los gobernadores turcos no se creian obligados, por la paz que se habia firmado, á renunciar á saquear á sus vecinos, lo que producía sangrientas represalias. Quejóse Fernando de ello; Soliman contestó, y la espada tuvo que decidir entre ellos. Al morir Zapolski (1540), habia recomendado á Juan Segismundo, su hijo, aun en la cuna, no á los austriacos, sus rivales, sino al gran señor; éste, en calidad de tutor del joven príncipe (1541), ocupó á Buda, y convirtió la iglesia en mezquita, con promesa de devolverla á su primer destino cuando llegase la mayoria del rey, volviéndose después á Constantinopla.

Fernando, que pretendia siempre aquella corona, solicitó los socorros de la dieta germánica; pero las disensiones religiosas no hacian más que dilatar las determinaciones de aquella asamblea. Reu-

nió, no obstante, un cuerpo de alemanes, húngaros é italianos, que á las órdenes de Alejandro Vitelli, entró en la Hungría (1542), cuya administración estaba confiada á Martinuzzi, obispo del Gran-Waradino, pero aquella tropa fué tan mal tratada bajo las murallas de Pesth, que no pudo sostener la campaña.

Soliman no habia cesado durante aquel tiempo de hacer la guerra á Carlos Quinto. Considerándole como rey de España, no habia querido comprenderle en el tratado de paz, porque se titulaba emperador. Concluyó con Francisco I un tratado de comercio (1536), y le propuso formar una liga contra Carlos Quinto, con el objeto de invadir el reino de Nápoles; pero Venecia no quiso consentirlo.

Los dos hermanos Aruyi y Kareddin Barbaroja, temibles piratas de Lesbos, habian entrado al servicio del sultan afsida de Tunez: el primero pereció, después de haber sido el terror de las costas de Europa y Africa, el segundo, habiendo sido asesinado el bey de Argel, se apoderó de su reino y del de Tremecen, al que tuvo por vasallo del imperio otomano. Comenzó de nuevo á andar al corso á mayores distancias, y todas las costas tuvieron que sufrir con sus piraterias, escepto las de Francia, libertadas por Soliman. Habiendo desembarcado en Andalucía, marchó con setenta mil individuos de origen morisco, deseosos de escapar á la intolerancia española. Soliman le creyó solo capaz de hacer frente á Andrés Doria, célebre almirante. A la cabeza de ochenta y cuatro barcos, de los cuales diez y ocho le pertenecian, asoló el reino de Nápoles, y sorprendió de noche á Fondi. Habiendo desembarcado después en Tunez con ochenta mil genzaros que le habia dado Soliman, depuso á Muley Hassan, vigésimo segundo sultan afsida, y sometió aquel país á la soberanía de la Puerta. El sultan destronado, se refugió al lado de Carlos Quinto, y sus solicitudes, unidas á las de los caballeros de Malta, le persuadieron que los proyectos de aquel cardenal Jimenez de Cisneros, para quien se habia mostrado tan ingrato, no carecian de utilidad real; y que importaba á la grandeza de España se restableciese su autoridad en las costas de Africa, y se destruyese la piratería.

Argel habia visto sucederse diversas dinastias árabes. Los Aglabitas dominaban en la parte oriental, y los Rostamitas al Poniente. Los Fatimitas vencieron al principio á estos últimos; después se dividieron: los Vaeditas se establecieron al oeste del reino de Tremecen, los Amaditas en el de Bugia al Este, y los Zeinitas ocuparon el Aschir, donde se encontraba Argel. Los Almohades absorbieron estas divisiones, pero pronto se fraccionaron ellos mismos en Zeinitas, en Tremecen y en Afsidas en Bugia, que poseyeron alternativamente á Argel, segun la suerte de las armas. Después de la espulsion de la península ibérica, los moros que se habian refugiado en las costas de la antigua Mauritania, se dedicaron al corso contra la España. Fer-

nando el Católico habia enviado varias veces fuerzas contra ellos; y habiéndose apoderado los españoles en 1510 de la costa próxima á Argel, habian erigido allí un fuerte llamado Peñon de España, de tal fuerza, que aseguraba su dominacion allí, cerrando aquel puerto á los piratas. Después de la muerte de Fernando, los argelinos reclamaron el socorro de Selim Eutemi, chaique árabe de gran fama, que sitió al Peñon con ayuda de Barbaroja del que se apoderó, pero fué á su vez desposeido de él por su temible auxiliario.

Era contra Barbaroja contra quien Carlos Quinto dirigia su ataque. La escuadra se reunió en Cagliari en número de quinientas velas bajo el mando de Andrés Doria. Llevaba consigo á treinta mil hombres de los antiguos tercios españoles á las órdenes de Alfonso de Avalos, marqués del Vasto, y el mismo emperador estaba á bordo. Se pretendió generalmente que Carlos emprendía aquella expedicion contra Barbaroja, para no verse obligado á pelear contra Soliman en Hungría; así era que se decia que nunca se habia visto á un príncipe huir del enemigo con tanto aparato (10).

Barbaroja habia prudentemente fortificado á Tunez y el puerto de la Goleta, donde se abrigaban los piratas, y de donde se lanzaban para surcar el Mediterráneo y asolar sus costas. Se encontraban entonces allí diez y ocho galeras con cien bocas de fuego. Veinte mil caballeros moros y una innumerable infanteria cubrian la ciudad por la parte de tierra. La empresa les salió bien al principio á

---

(10) PABLO JOVE, I, XL. Gregorio Leti acusa tambien á Carlos Quinto de haber huido delante de Soliman dirigiéndose á Italia por el camino mas corto. Este hecho está atestiguado, por un precioso documento inserto en los *Diarios manuscritos* de Martin Sanuto. Le referiremos en este lugar, como prueba de la insubordinacion de las tropas en aquella época.

«No querian (las bandas italianas) ir á Hungría para morir allí de hambre. En su consecuencia, queriendo concluir el señor marqués del Vasto y ver el modo de pensar de aquella infanteria italiana, después de haberlos devuelto á sus coroneles, preguntó, pasando por en medio de sus filas: ¿Quién queria permanecer en Hungría y quién volver á Italia? Entonces un soldado que estaba descalzo y andrajoso comenzó á contestar: ¡Italia, Italia! vamos, vamos, en un momento, pues, como sucede por lo comun en las guerras y en los campos, el deseo de volver á la patria, lo mal que se les pagaba, la escasez de víveres, el temor de morir en Hungría y no volver á Italia, la mala disposicion de los de mas allá de los montes, hostiles á los italianos, fueron causas de que todos estos repitieran con grandes gritos: ¡Italia, Italia! vamos, vamos! De esta manera se colocaron en disposicion de marchar á despecho del emperador, del marqués del Vasto y de sus jefes, á quienes intimidaron y conmovieron varias veces los arcabuces: dieron muerte en efecto á tres de sus coroneles, á quienes sustituyeron otros tres nuevos jefes. Caminaron bajo sus órdenes al encuentro del emperador, haciendo en un día seis leguas, que son sesenta millas. Llegados en buen orden á Chiusa, como no encontrasen víveres y se queria ocultarlos, se pusieron á matar, saquear, maltratar á los

los imperiales, que habiendo asaltado el puerto, se hicieron dueños de él (11), del arsenal y de los barcos de Barbaroja, que salió de la plaza con cincuenta mil hombres. Quería antes de marchar asesinar á diez mil cristianos que se encontraban en Tunez; pero le aconsejaron lo contrario sus oficiales, y tuvo que arrepentirse de haber escuchado una vez la piedad. En efecto, aquellos cautivos se insurreccionaron, rompieron sus cadenas y dirigieron contra él los cañones de la ciudadela; cogido de esta manera entre dos fuegos, sufrió una completa derrota, y huyó á Bona, mientras que los imperiales, penetrando en Tunez, degollaron á treinta mil personas é hicieron diez mil esclavos.

Restablecido Muley Hassan en el trono, se reconoció vasallo de la España, libertó á todos los cristianos que estaban esclavos en sus Estados, y entregó los puertos al emperador, al cual pagó doce mil ducados para la manutención de las guarniciones de la Goleta. Entonces se reunieron todos los piratas en Argel, y aun se juzgó necesario espulsarlos de aquella guarida. Dueño Carlos de Oran y de Tunez, manifestó, por el estremado cuidado que puso en los preparativos de aquella expedición, que apreciaba sus dificultades. Arbitro de la Europa, llamó á marinos de Italia y de España; Génova, Nápoles y Venecia le mandaron galeras. Veinte mil infantes y dos mil caballos españoles, alemanes é italianos, en su mayor parte veteranos, se reunieron en Cerdeña; estaba entre ellos Hernán Cortés con sus tres hijos, Pedro de Toledo, Ferrán Gonzaga, Colonna, Espínola y el duque de Alba; además, cien caballeros de Malta y mil soldados de esta orden, con gran número de

sacerdotes y violar á las mujeres. Pero sobre todo en un punto llamado Trevisana, habiendo sido muertos algunos capitanes y caballeros que marchaban delante, incendiaron é hicieron todo el mal que pudieron, de tal manera, que temo que esto no haya renovado el odio y las antiguas enemistades de los ultramontanos contra los italianos. Vilach, que llegó á rienda suelta por caminos espantosos y apenas abiertos, iba enviado en posta por el emperador al capitán Ponté, maestre del campo imperial, para detenerlos en aquel lugar; con palabras ó por fuerza, nada pudo obtener prometiendo que les daría dinero y aun menos por fuerza; porque incendiaban el pueblo por donde debían pasar, y por espacio de tres días seguidos no vivieron más que de raíces hasta que llegaron á Chiusa. Encontrando ya en nuestro territorio buenos víveres, y viendo que eran comprendidos, comenzaron á gritar: ¡Marcos, Marcos, Italia, Italia! diciendo que aunque tuvieran que ganar un imperio, no volverían á aquel país; donde les faltaba dinero y víveres y cuando pedían pan ó vino, todos les contestaban: *Nicht, furth,* etc.

(11) Allí se empleó el mayor buque de guerra que se había visto hasta entonces; llevaba trescientas sesenta piezas de bronce, seiscientos fusileros, cuatrocientos soldados de rodela y espada, y trescientos artilleros sin contar la chusma. A proa tenía una sierra para romper la enorme cadena que cerraba el puerto. Rota ésta, entró en él, y la gran cantidad de proyectiles que arrojó, hizo que se cambiase su nombre de *San Juan Bautista* en el *Bota-fuego*.

damas españolas. Embarcado ese ejército á bordo de doscientos buques de guerra y trescientos barcos de transporte, se dió á la vela á principios de octubre á pesar de los consejos de Andrés Doria, que manifestaba lo desfavorable de la estación. Verificóse el desembarco en la bahía de Temendufst; pero pronto comenzaron las lluvias con tal abundancia, que el campo parecía un lago. La más terrible tempestad que Doria había visto en el espacio de cincuenta años, destruyó una parte de su escuadra, y causó á la otra grandes averías. Para volverse á embarcar, tuvo el emperador que hacer con el ejército á través de mil peligros, tres leguas en tres días, sin víveres é incomodado sin cesar por el enemigo; otra nueva tempestad dispersó á la vuelta los barcos que, dirigiéndose al acaso, arribaron después de los mayores esfuerzos, unos á España y otros á Italia. Al mismo Carlos Quinto le costó gran trabajo volver al continente en un mal buque.

Había renovado Venecia con Soliman los tratados que aseguraban la libertad de su comercio, y fué protegida siempre por Ibrahim. Sin embargo, habiéndose encontrado algunos de sus buques con barcos turcos, había habido cuestiones con respecto al saludo y á las señales, siguiéndose varias escaramuzas. Aunque Venecia había presentado sus excusas, y castigado á los que se habían escudado de sus instrucciones, Soliman dirigió sobre Corfú las tropas que había reunido para atacar á Nápoles (1537). Kaireddin se apoderó entonces de algunas islas que pertenecían á la república ó á los venecianos; pero la expedición fracasó. Manióbró tan bien Carlos Quinto, que hizo se le uniesen Venecia y Pablo III, con el objeto de libertar á la Europa de los turcos. Grandes preparativos se hicieron entonces, pero cualesquiera que hayan sido las causas, el almirante Doria no se aprovechó de las ocasiones que se presentaron de batir á Barbaroja, y dejó en fin á los venecianos solos en Corfú. Conociendo que habían sido vendidos, fuese por Doria ó por su amo, trataron con la Puerta, y obtuvieron la paz mediante treinta mil ducados (1541) además de la cesión de Malvasia y Nápoles en Morea, Nadinio y Laurona en las costas de Dalmacia, Esciros, Pathmos, Egina, Nio, Estampalia, Paros y Antiparos en el Archipiélago.

Continuó Kaireddin sus correrías de acuerdo con la Francia; tomó á Niza y no concedió nunca tregua al enemigo hasta que el embajador de Venecia en Constantinopla escribió á la señora (1546): «Barbaroja ha muerto esta noche á las tres; ha dejado al gran señor ochocientos esclavos, á Rustembajá doscientos, y diez mil zequés, disponiendo que á todos los demás esclavos de más de quince años se les devuelva su libertad, y se empleen treinta mil ceques en la construcción de una mezquita. Lega además diez mil zequés á Mustafá, su sobrino y yerno; se le han encontrado treinta y cinco mil zequés y cinco mil aspros.» Después de él fueron inquietadas las costas por Dragut (*Torghud-*

*Reis*), gobernador de Menteshé, que, recorriéndolas tan pronto solo, como acompañado del gran visir, ocupó á Bastia, volvió á recobrar á Trípoli de los caballeros de Malta, y se hizo gobernador de aquella plaza. Ancona, Civitavecchia y Roma se fortificaron contra sus ataques.

Durante aquel tiempo los húngaros hacían prodigios de valor. Fernando había permanecido en observación, é intrigaba con intención de adquirir por bajo cuerda la Transilvania. Irritado Soliman con aquellas tentativas, reunió á la Puerta el banato de Temeswar. Auger Gíslén Busbek, fué enviado entonces para negociar con instrucciones limitadas, como siempre (12); consiguió de todos modos concluir la paz entre los austriacos; y Soliman (1562), comprendiendo en el tratado á la Francia, al papa y á Venecia, á condición de pagar anualmente al sultan treinta mil ducados.

Tanto en todas aquellas guerras como en sus correrías por mar, Soliman había encontrado siempre en su paso á los caballeros de Malta, tan valientes como infatigables en hacerle daño. La devoción le animaba también contra aquella sociedad impia que sus votos hacia irreconciliable enemiga del islamismo. Habiendo saqueado los caballeros el *galeon de los sultanes* que llevaba á Venecia las riquezas de Oriente, resolvió hacerles la guerra, y desembarcó en su isla cuarenta mil hombres bajo el fuerte de San Telmo. Fué defendido por ciento treinta caballeros contra ochenta cañones (1565). Los artilleros de la órden inventaron aros de materias combustibles que arrojaban sobre los sitiadores, quemándolos á tres y cuatro juntos. De esta manera pudieron los sitiados resistirse hasta el momento en que los turcos se vieron precisados á retirarse, después de haber perdido veinte mil de los suyos, y reducida su escuadra á un estado tan miserable, que el capitán-bajá tuvo que volver de noche á Constantinopla. Juan de la Valette, gran maestre entonces de la órden, construyó una ciudad que se llamó como él; y habiendo sabido que los turcos hacían nuevos preparativos para atacarle, compró un incendiario que prendió fuego al arsenal de Constantinopla. Este acontecimiento, y aun más la muerte de Soliman, produjo un armisticio. Este fué el más heroico momento de la órden, que después comenzó á declinar. Las encomiendas fueron consideradas desde

(12) Busbek ha escrito una excelente obra sobre las milicias otomanas; envió á Viena 240 manuscritos griegos, entre otros un Dioscórides de mano de Juliana Anicia, hija del emperador Olibrio, animales asiáticos y plantas, entre las cuales se encontraba la lila de Persia y el tulipán. Descubrió el monumento de Ancira, que recuerda las acciones de Augusto. Antonio Wranzy (Verancio), arzobispo de Estrigonia, que fué después que él á Constantinopla como embajador, trajo el *Tauríchi Ali-Osman*, antigua crónica de aquel imperio, de la cual hizo una traducción, y sirvió á Lewenklaui para componer los anales de los sultanes otomanos, primer libro en lengua europea, que dió revelaciones sobre aquella historia.

entonces como un rico patrimonio para los hijos segundos de las familias, y no como recompensa del valor y objeto de emulación. Los jóvenes caballeros se complacieron en figurar en las cortes, mientras que Malta y Gozzo eran tiranizadas por sus compañeros.

Siete veces había ido Soliman á Alemania; la Moldavia fué sometida sin efusión de sangre, y Sziegeth fué tomada tres días después de su muerte (1566). Pero aquellas expediciones habían sido con frecuencia interrumpidas por otras en Oriente. Aamed-Bajá, conquistador de Rodas, que había sido nombrado gobernador de Egipto, se rebeló; pero le hizo volver á la obediencia Soliman, que pensó en reorganizar aquel país, modificando sobre todo el sistema rentístico que vejaba al pueblo sin ventaja del tesoro. Promulgó, pues, el *kanum* llamado de Soliman, en su consecuencia, mientras que las tierras en Romelia y en Natolia estaban divididas en grandes ó pequeños feudos (*tomar siamet*), habitados por vasallos (*raizs*) que estaban obligados al servicio militar, el Egipto no tuvo más que arrendatarios (*multezem*) que pagaban su censo, y á quienes eran inferiores los campesinos (*fellah*).

En Persia el Shah-Ismael, fundador de la dinastía de los Sofis, había irritado con nuevas ofensas el odio que Soliman le tenía como siita hereje. El sultan envió, pues, contra él á Ibrahim que sitió á Persia, y se apoderó de Tebris (1533), á la que preservó de la matanza; habiendo ido á unirse á él Soliman, marcharon juntos sobre Bagdad, por un camino casi intransitable. El gran señor libertó también á esta ciudad del saqueo, y después de haber permanecido tres meses en la antigua residencia de los califas, volvió á Constantinopla.

**Babur.**—El gran conquistador otomano no puso el pié en la India, pero tuvo relaciones en ella. Los portugueses que se apoderaron de Goa, habían penetrado en ella por una parte; la dinastía de Lodi residía en Agra, cuando Babur (Zheir Eddin-Mohammed) pensó en renovar el imperio de Tamerlan, de quien era el quinto descendiente; y en treinta años de tempestuosas vicisitudes, cambió enteramente el aspecto del país (1494). Habiendo heredado de su padre el reino de Fergana, al oriente de Samarcanda, y viendo los príncipes mongoles, turcos y usbeckos disputándose los países limítrofes, confió engrandecerse con sus ruinas. Tomó á Samarcanda, y con doscientos cuarenta compañeros que apenas le quedaban, la defendió contra inmensas fuerzas; varias veces se encontró sin Estados y sin tropas; pero conservando siempre la misma firmeza, pensó en conquistar la India. Llamado á Kabul por un partido próximo á sucumbir (1526), batió con doce mil hombres los cien mil afghanes de Ibrahim Lodi, y en Panipat le mató por su propia mano, redujo á Agra y marchó sobre Delhi. En vano fué que Rana-Sanka armase una liga de príncipes: la victoria de Kanua aseguró el imperio del Gran Mogol.

Además de su intrepidez como guerrero, Babur era alabado por su generosidad. Ardiente partidario de la secta ortodoxa de los kanefas, él mismo escribió sus memorias (*Vakiati-Baberi*) en turco yagatai, y en un estilo sencillo. Abundan en datos sobre países de los que ha habido tan pocos historiadores (13).

Entre éstos no podemos pasar en silencio á Mohamed-Kasim-Ferischta. Nacido en Asterabad en el Mazenderan (1550), fué llevado por su padre á las Indias, donde concibió la idea de escribir la historia de los reyes y de los santos musulmanes de aquel país. Falto de libros, se entregó á las armas, y fué después el confidente de Mortaza, rey de Ahmednagar, que violento y cruel hasta la locura caminaba á su ruina. Mihrab-Kan emprendió en su consecuencia destronar á aquel furioso para sustituirle Miran Hosein, su hijo, á quien perseguía. No se mostró Hosein menos sanguinario, y fué muerto antes de un año de reinado, por Mihrab-Khan, que muerto á su vez, fué reemplazado en el trono por Ismael Nizan-Chah, niño de corta edad.

Todos los reinos del Decan estaban entonces destrozados no sólo por intrigas de corte, sino por perpétuas facciones, á saber: los extranjeros, es decir, los musulmanes últimamente llegados del otro lado del Indo, llamados colectivamente el partido de los mongoles, y los decanos, musulmanes del Decan, con los cuales se entendían los abisinios atraídos á aquellos puntos por el comercio de esclavos. Los primeros eran siitas en su mayor parte, los demás sunnitas; se contrariaban, pues, en todo, y los reyes los perseguían alternativamente. Ferischta, arrojado de su puerta en medio de tales disturbios, y habiendo logrado salir á salvo, se entregó enteramente á la historia por

(13) Han sido traducidas al inglés por Leyden y Erskine (Londres 1826).

Nombraremos para decir algo de otros literatos musulmanes, á Mirkond que murió el año 903 de la hegira y compuso el *Jardin de la pureza* (*Kausatsassafí*), estensa obra histórica, en siete tomos, que comprende desde el principio del mundo hasta la época de Ali Schir, emir que sugirió la idea de ella al autor.

MIRCHONDI, *Historia Seldschukidam, Persia e codicibus mss. parissimo et berolinensi nunc primum edidit, lectionis varietate instruxit, annotationibus criticis et philologicis illustravit Jo Aug. Vutlers*. Giessen, 1837.

Mohammed-al-Kateby (1408), poeta ilustre, escribió la *Union de los dos mares*, tratado de política y de moral, el libro de la hermosura y del amor; y principalmente el *Gulistan ó Jardin de las flores* en loor de Mirza Ibrahim, donde todas las rimas acaban en *gue*, que en persa significa *flor*. Cuando se recitó el poema en presencia del príncipe, éste interrumpió la lectura con un verso:—¿De qué jardín ha salido este melodioso ruseñor?—El poeta improvisó entonces de la manera siguiente: He salido, como el famoso Antar, del jardín de Nisciabur; pero no soy sino la espina, mientras Antar era la rosa de aquel jardín. El sultan le colmó de regalos.

orden de Ibrahim-Adil Shah. Tuvo á su disposición muchos materiales indios, y procuró demostrar, pero con la poca crítica, que se puede aguardar de aquellos escritores, las relaciones que los radjas tenían con los reyes de Persia (14).

Después de la muerte de Babur, el reinado de Humayun, su sucesor, fué agitado por competidores y por multitud de príncipes afghanes, que se erigieron en dominadores en Delhi, en Guzerate y en otras partes. Behardir-Schah, príncipe de Guzerate, envió á pedir á Constantinopla socorros contra los portugueses, que habian conquistado á Diu á favor de aquellas turbulencias. Entonces Soliman-Bajá, gobernador octogenario de Egipto, sitió á Diu por orden del sultan; pero Antonio de Silveira le obligó á retirarse.

Fué allí tambien Buranberg, á quien Humayun habia quitado el trono de Dehli, y Elkas-Mirsa acudió á reclamar asistencia contra su hermano el shah-Tamasp, segundo Sofi; lo cual proporcionó un pretexto á Soliman para declarar de nuevo la guerra á la Persia (1519). Llegado á Tebris, tomó á Van, y después de haber internado en Alepo, se adelantó por la Georgia; pero habiendo caído Elkas-Mirsa prisionero de su hermano, se volvió Soliman atrás.

Enorgullecido Ibrahim por los favores que le habia prodigado su amo, se alababa de tener el imperio en su mano, y trataba con insolencia á los embajadores europeos. Soliman toleró hasta su arrogancia, pero cuando vió que se daba el título de sultan seraskier, á usanza de Persia, concibió recelos, y una noche, mientras que dormía acostado en su cuarto, como de costumbre, le ahogó (1536).

Tal vez su degradinga fué obra de la sultana Roxelana; era rusa (15), y segun se dice, de la sangre real de Polonia; subyugó con sus gracias más que por sus bellezas á su temible amo, que por única escepcion en aquella nacion, la declaró su esposa y no su esclava. Mujer intrigante, trastornó el harem y el palacio, determinó con sus consejos diferentes expediciones, con el solo objeto de engrandecer á Rustem, su yerno, guerrero tan valiente como docto, dispuesto siempre á servirla en el cumplimiento de sus desafueros. Persuadió á su marido á dirigir una tercera expedicion contra el

(14) Su historia ha sido impresa en inglés en Bombay en 1831.

(15) «La sultana Khasseki Khourem, tan célebre bajo el nombre de Roxelana, que es el de su país natal, la Rusia Roja, no era hermosa pero sí graciosa (*grassiada*), como dice Pedro Bragadino, embajador de la república de Venecia,» etc. SCHOELL, t. XXI, pág. 161.

*Grassinda*, en veneciano quiere decir llena de gracias, encantadora, y no *grassette*, como ha creído Schoell.

Niemcewicz, en un periódico polaco de 1822, ha publicado un billete de Soliman al rey de Polonia Segismundo, en el que decia: *tu embajador Opalinnski puede decirte cuán feliz es tu hermana, mi esposa.*

shah-Tamasp, que habia hecho incursiones en el Kurdistan y el territorio de Erzerum (1552), con la esperanza de que Rustem se distinguiria en ella, y poder durante este tiempo allanar á su hijo Selim al camino del trono, con perjuicio de Mustafá y Bayaceto, hijos mayores de Soliman. Tramó, pues, la ruina de aquellos príncipes con Rustem, que habiendo marchado para hacer aquella campaña, envió de Akserai en Caramania, donde invernaba, á informar á Soliman que habia descubierto una conjuración en el ejército para proclamar á Mustafá destronando á su padre. Al momento fué ahorcado Mustafá; pero los genizaros se sublevaron pidiendo el castigo de Rustem. Quitóle en efecto el sultan los sellos para dárselos á Ahmed, conquistador de Temeswar; pero éste se negó á aceptarlos, á menos que el sultan no se comprometiese á no volver á quitárselos. Cumplióle Soliman la palabra, porque cuando Roxelana consiguió el que restableciese á Rustem en sus dignidades, hizo dar muerte á Ahmed por no faltar. En fin, la discordia sembrada por Roxelana dió sus frutos. Bayaceto tomó las armas contra su padre y contra su hermano Selim; pero pronto fué vencido y se refugió al lado del shah-Tamasp. Este príncipe, que le habia prometido hospitalidad, comenzó á desconfiar de él, segun las sugerencias de Soliman y Selim. Le hizo poner preso y estrangular en union de sus cuatro hijos, lo que le valió un regalo de cuatrocientos mil ducados. De esta manera se encontró satisfecho el deseo de Roxelana.

Estas multiplicadas guerras enriquecieron el tesoro con el despojo de los vencidos. Los dominios de la corona producian en aquella época cinco millones de ducados, y las otras rentas tres. Soliman aumentó el número de los genizaros desde doce hasta veinte mil; el ejército permanente era de cuarenta mil hombres; pero hubo á veces hasta doscientos y cincuenta mil sobre las armas. Quitó á los genizaros y á los spahis la custodia del serrallo para confiarla á los bostangis ó jardineros, cuerpo nuevo que formó. Fué una gran felicidad para la Europa que el espíritu de conquistas se distinguiese con Soliman; sin esto, ¿cómo hubieran podido defenderse de los turcos durante la guerra de Treinta Años?

Soliman construyó gran número de edificios en Constantinopla, Jerusalem, la Meca y otras partes; pero el más célebre de todos es la mezquita que lleva su nombre. Su época fué el siglo de oro de la poesia otomana: nueve poetas contemporáneos formaron una pleyade en rededor de su trono (16); él mismo compuso versos bajo el poético nombre de Muhibbi, es decir, amante por amistad (17).

Entonces floreció Abdul Baki, príncipe de la poesia lirica en Turquía, así como Motenebbi entre los árabes, y Afiz en Persia. Soliman le animó y le remuneró, dándole un diploma que le aseguraba una gloria eterna, como si perteneciese á los reyes el dispensarla.

Toleró tanto el uso del café, como los vasos de oro y plata. El código criminal que publicó mitigó el antiguo rigor, dejando, sin embargo, la pena á discrecion del acusador; de lo que resulta que los delitos pueden rescatarse por dinero; además, obligó á los jueces á contar los testimonios y no á examinarlos; medio de asegurar la impunidad á los que pueden procurárselos falsos en gran cantidad.

Concibió Soliman un pensamiento que hubiera producido la ruina de la Rusia antes que hubiese nacido. Este era unir el Volga al Don; poner de esta manera en comunicacion al mar Caspio con el mar Negro, y construir tres fortalezas para defenderlos; hubiera al mismo tiempo conquistado á Astrakan y Kasam para tener sujetos á los rusos.

A pesar de toda su grandeza, aquel sultan hizo caminar su nacion hácia su decadencia; el historiador turco Kochibeg da las causas siguientes: primero, no se presentaba en el divan más que cuando se trataba de declarar la guerra, sino se mantenía detrás de una cortina, como los antiguos déspotas de Oriente, añadiendo de esta manera prestigio á la majestad, pero con detrimento de la autoridad real; segundo, eligiendo á su halconero por gran visir, dió el mal ejemplo de elevar á los favoritos á las principales dignidades sin hacerlos pasar por los empleos intermedios; de aquí nacian intrigas para llegar á ellos, é inesperienza cuando se habian obtenido. Vencido por los irresistibles encantos de Roxelana, dejó que el harem se mezclara en los negocios del Estado. En fin, enriqueció á sus grandes visires con excesivos sueldos, y les permitió traficar con los empleos para satisfacer su lujo y los vicios que produce.

Añadamos que viendo Soliman cada reinado ensangrentado con las discordias que suscitaban los príncipes, educados por lo comun en los empleos del gobierno ó á la cabeza de los ejércitos, estableció que en lo futuro se educarian en lo interior del serrallo, lejos de las armas y de los bajalatos. Previno de esta manera las guerras civiles, pero dió jefes afeminados á una nacion esencialmente belicosa.

---

siguiente: «No creais que tengo el seno enrojecido por las lágrimas: es la llama del corazon la que veis transparentarse. Si me sumerjo como el loto en el mar de las lágrimas, éstas se estrellan sobre mi cabeza. Los párpados velan con el sangriento acero para asustar á los amantes y evitar el que arrostren mi ira; mi corazon nada en olas de lágrimas: los que le ven pasan sobre mi cuerpo. Muhibbi no puede ir al pais del amigo; el camino está cerrado por mis lágrimas.»

(16) Véase sobre estos y otros poetas, á HAMMER, libro XXXIV.

(17) Daremos como muestra de sus poesías, la *gacela*

## CAPÍTULO IX

### LENGUA LATINA Y LENGUA ITALIANA.

Descansemos un momento de las miserias que acabamos de describir, y de las aun mayores de que tenemos que hablar, con el brillo de las bellas artes y la literatura: esta fué la gloria de aquel siglo; y fué bastante grande para deslumbrar tanto á la posteridad como á sus contemporáneos, para hacer olvidar los Leyva, los Medeghino y los Baglioni en presencia de Rafael, Miguel Angel, el Ticiano y Ariosto, y para que se llamase siglo de oro al de César Borgia y Carlos Quinto.

Ya hemos visto en el siglo anterior á Petrarca y á Boccacio, después de los ejemplos señalados por Dante, volver á la lengua latina, tanto más cuanto que multitud de pedantes que habian llegado de la Grecia vencida, sin más medios de existencia que la enseñanza de las lenguas muertas, se esforzaban en sostenerlas con honor, entonces que su ineptitud para espresar las ideas de una civilizacion completamente cambiada se dirigia á destronarlos. Es verdad que la lengua latina era para los italianos una especie de gloria nacional que les recordaba aquellos tiempos en que los que nombraban sus abuelos dominaban sobre los bárbaros que entonces los oprimian. Les parecia, escribiendo puramente en el idioma de Ciceron, volver á una época en la que las mismas palabras se repetian en las tribunas para estender las ideas de libertad.

El fácil Roscre, que representó el siglo de Leon X bueno como él mismo, pero que no le conoció ni le dió á conocer, encuentra que los latinistas italianos no ceden á los contemporáneos de Augusto (1), este es tambien el parecer de Joviano Pon-

tano. Pero su juicio no es más verdadero en esto que cuando llama al Boyardo un gran poeta, y dice que la *Arcadia* de Sannazar sobrepuja á todo lo que la Italia vió producir hasta entonces; ¡á la Italia, madre de Dante! Es de todos modos cierto que se encuentran en este pais los mejores latinistas, en una época en que habia tanto más mérito en escribir con pureza el latin, cuanto que carecian de buenas gramáticas y diccionarios, teniéndose que buscar á fuerza de trabajo, las palabras y frases que se necesitaban. El primer vocabulario que merece ser mencionado fué publicado por Ambrosio Calepio en Reggio, en 1502. Fué aumentado sucesivamente hasta la edicion de Basilea en 1581, en la cual comprendió once lenguas.

**Impresores.**—Era necesario, en la época en que no habia diccionario, que los impresores no fuesen sólo obreros y mercaderes, sino hombres enteramente eruditos; tales fueron en efecto Froben y Oparino en Suiza; Cristóbal Plantin en los Países Bajos; otros varios en Paris pero sobre todo Roberto, Enrique, Carlos y Pablo Etienne (2). Roberto, el más célebre, sabia tambien el hebreo; añadia notas y prefacios á las ediciones de los clásicos, y corregia sin descanso su *Thesaurus lingua latinae*. De Thou, llega hasta decir que contribuyó más á inmortalizar el reinado de Francisco I que los más brillantes hechos de aquel príncipe. Incansable en la correccion de las pruebas, pudo llegar al resultado, apenas creible, de no cometer más

(1) Si mis juicios disienten con frecuencia de los de Tiraboschi, Quadrio, Corniani, Guinguené y otros no se atribuya á ignorancia de la materia, sino á gusto; y el que quiera rebatirme, no se contente con citar autoridades ajenas.

(2) José y Conrado Badio, Gil Gourmont, Felipe Pigouchet, Conrado Neobar, Dionisio Janot, Simon de Colines, Adriano Turnebe, Guillermo y Federico Morel, Bienné, Cristiniano Wechel, Mamerto, Patisson, Miguel Vascosan. Véase RENOARD, *Anales de la imprenta de los Etienne*. Paris, 1837 y 38.

que una falta en la biblia en latin, y cuatro en la escrita en griego. Habia tambien emprendido un diccionario de este idioma, que fué publicado por Enrique Etienne. Las palabras no están allí dispuestas por órden alfabético, sino segun las raices y significacion; método más racional aunque menos cómodo.

Aldo el Mayor habia escrito sobre la puerta de su estudio: «Si no quieres nada, despáchate y vete prontamente, á menos que no vengas á prestar tus hombros como Atlas á Hércules cansado; en esta casa siempre habrá que hacer para tí y para todo el que venga.» Formó una reunion llamada *Aldi Neacademia*, para hablar de literatura, elegir las obras que habia que imprimir y las lecturas que preferir. Hombres de mucha paciencia, ya que no de gran talento, se consagraban á publicar y á ilustrar los antiguos: tales fueron Escaligero, Lipsio y Casaubon; se le deben tambien á Pedro Vettori (1499-1585) escelentes ediciones y algunas traducciones de clásicos. Antonio Maria Conti, llamado Mayoragio (1555), que reanimó la elocuencia en Milan, donde instituyó las *Trasformati*, compuso multitud de obras de erudicion, y combatió las paradojas de Ciceron, lo que le valió una guerra furiosa por parte de Marcos Nizolio (1498-1576), autor del *Thesaurus Ciceronianus*. Acusado de irreligion ante el senado de la ciudad por haber tomado el nombre de Marco Antonio, Conti se escusó diciendo que por falta de ejemplo de un Antonio Maria entre los clásicos, no hubiera podido escribir su nombre en un latin puro. La escusa valia la inculpacion.

Pero lo ridiculo de aquellos eruditos, era amar todo lo de la antigüedad, hasta sus cosas malas y sus escorias. Hubieran querido anonadar hasta su propia personalidad, para hacerse una máscara á la griega y á la romana. Pablo Manucio y otros escluian toda espresion que no era de Ciceron, no admitiendo siempre las de sus amigos. Como no hay raza más querelosa que la de los pedantes, á cada momento se empeñaban batallas, en la que toda la república de las letras llegaba á las manos: entre Policiano y Bartolomé Escaligero entre los florentinos y los napolitanos, siempre por palabras. Es verdad que aquella polémica producía indagaciones sobre la antigüedad; pero aparecia en ellas más buena voluntad que crítica y sólida erudicion. No se trataba de estudiar el latin para enriquecer el italiano, sino se pretendia todo lo contrario, que era indigno de las ciencias; y en la coronacion de Carlos Quinto, Rómulo Amaseo sostuvo en una arenga pronunciada delante del papa y del emperador, que era preciso abandonarla á los frutereros, y al vulgo de donde procedia su nombre. Pero no siendo ya el latin el idioma en que se pensaba, resultó un deplorable divorcio entre la idea y las palabras, y una disposicion á estudiar la frase y el estilo, además de lo natural. De aquí procede se encuentren en el mismo italiano períodos combinados artificialmente, y las trasposiciones inopor-

tas; de aquí tambien las descaradas adulaciones atendido á que era un arte el escribir, y no una manifestacion del pensamiento; de aquí igualmente una medida pedantesca hasta en el estilo epistolar y doméstico, y el aire pomposo y cortesano que pertenece á la época.

Sin embargo, estos escritores latinos formaban una república literaria europea, poderosa por aquella misma lengua y por la unidad, como si hubiesen querido oponerse con su acuerdo al predominio universal de la fuerza. No aparecia una obra, en la que el frontispicio no estuviese adornado con una guirnalda de epigramas y testimonios aduladores, que no tenian nada más ridiculos que los que se compran en el dia al periodismo con dinero contante, ó lo que es peor, aun con humillaciones; los aduladores se creian felices con sacar á luz sus nombres desconocidos en una falange.

La poesia latina fué cultivada de una manera notable por Sannazar, Fracastor, Flamínio y Vida. ¡Con qué ternura no dirige Jacobo Sannazar á su patria su despedida, cuando sigue desterrado voluntario á Federico II, último vástago de la familia real de Nápoles, después de haberlo vendido todo para proveer las necesidades de su protector prisionero! (3) Su poema *De partu Virginis* (1522) respira elegancia, estremada pureza, armonia virgiliana, aunque choque encontrar aquellas ninfas, aquellos Proteos y aquellos Febos mezclados con los más venerables dogmas. Por esta razon es por la que se ven figurar en su sepulcro á Apolo y Minerva, faunos y ninfas en una iglesia cristiana. Vida de Cremona, compuso con facilidad un *Arte poético*. En el *Juego de ajedrez* (1527) y en el *Gusano de seda* (1537), hizo frente á la dificultad de los preceptos áridos que el latin no debia ya dejar de oír. Infundió una verdadera piedad en la *Cristiada* (1535), obra pura de todo adorno profano, y en la que sacó mejor partido de su asunto que Sannazar; cuya dulzura y dignidad no iguala con mucho.

Jerónimo Fracastor (1483-1553), para quien la musa no era más que una distraccion en medio de

- (3) *Parthenope mihi culta vale blandissima siren;  
Atque horti valeant, hesperidesque tue;  
Mergillina valé, nostri memor; et mea flentis  
Serta cape, heu domini munera avara tui.  
Materna salvete umbra, salvete paterna;  
Accipite et vestris thurca dona focis.  
Neve nega optatos, virgo Sebethias, amnes;  
Absentique tuas det mihi somnus aquas.  
Det fesso astivas umbras sopor, et levis aura.  
Fluminaque ipsa suo lené sonent strepitu;  
Exitium nam sponte sequor. Sors ipsa favebit.  
Portibus hæc solita est sæpe et adesse viris.  
Et mihi sunt comites musæ, sunt numina vatium;  
Et mens læta suis gaudet ab auspiciis.  
Blanditurque animo constans sententia, quamvis  
Exilii meritum sit satis ipsa fides.*

(Epigram., lib. ep. 7)

estudios más severos, eligió un tema extraño en la *Sífilis*; pero supo poniendo por obra su doble habilidad como médico y como poeta, ennoblecerla con hermosas digresiones y paliar lo que el asunto pudiese tener de repugnante, como también las perfrases contorneadas y la aridez didáctica. Siempre armonioso, está sin embargo muy distante de la suavidad de número y de la sobriedad de Virgilio.

Navagero tenía tanto odio á las argucias y afectaciones de Marcial, que quemaba todos los años en hecatombe á las musas, todos los ejemplares que encontraba de aquel poeta. Fracastor dió su nombre á un diálogo sobre la poesía, en el que haciéndose superior á los preceptos mezquinos, coloca la esencia en lo ideal, como lo hace una escuela filosófica muy reciente.

Sadoletto escribió con un estilo muy puro y sin afectación; Pedro Bembo, con magnificencia. Pedro Angelio Bargeo, compuso en latin la *Caza con perros y con liga*, así como la *Siriada* ó las Cruzadas. Marcelo Palingenio (*Zodiacus humanae vitae*) reprobó con acritud en versos menos bellos que las ideas, la corrupcion del clero. Basilio Zanchi, de Bérgamo, hábil poeta latino, murió prisionero de Pablo IV. Citaremos además los tres hermanos Capilupi y los cinco Amaltei, *Egregii fratres quos Julia terra superbit*; y Andrés Maron de Brescia, improvisador, comparado por el Ariosto á su homónimo antiguo, y que murió de hambre cuando el saqueo de 1527. Juan Aurelio Augurelli, que hizo homenaje á Leon X de su *Crisopeya* ó arte de hacer el oro, recibió en cambio de este pontífice una bolsa para poner el que tuviera. Francisco Arsilli, en su elogio *De poetis urbanis*, prodiga elogios á más de cien poetas latinos, que vivian en Roma en tiempo de Leon X, y son comparados por sus contemporáneos á los más ilustres.

Julio César Escalígero (1484-1558), natural de Verona, es el primer moderno que en su *Poética*, libro sin límites, ha pensado en reducir el arte de los versos á sistema, citando numerosos ejemplos. En su paralelo entre Homero y Virgilio, se conoce al hombre de gusto más bien que al de genio. Preocupado por su amor á la elegancia más que por el sentimiento de la fuerza, da siempre la preferencia á Virgilio sobre el poeta griego, como á la belleza delicada y acicalada, á la inculta hija de las montañas; pero lo que es aun peor, prefiere á Homero, Museo, el autor de *Hero* y *Leandro*. Cree también á Horacio y á Ovidio superiores á los griegos, y sostiene con mucho arte una tesis que considerada en detalle, no es siempre una paradoja. Pasa también revista á los modernos, entre los cuales da la palma á Fracastor, y los lugares siguientes á Sannazar y á Vida.

Otros eruditos adaptaban las formas y el lenguaje antiguo á las cosas nuevas, queriendo hablar como los antiguos; pero vivir con vida propia, comentar menos y escribir más. Colocaremos entre

estos á los historiadores, los filósofos, y á los que trataban las cuestiones de la época; escritores á quienes abrió la reforma un extenso campo. Habiendo pasado á España en 1488, el milanés Pedro Martir de Anghiera, escribió allí, hasta 1525, ochocientos trece cartas sobre los hombres y los acontecimientos contemporáneos (4). Aprueba la inquisicion y la intolerancia; adivina la importancia de la reforma apenas nacida, describe perfectamente las facciones de Florencia, la batalla de Pavia, y dice al hablar de la libertad de los americanos: «No se ha podido encontrar hasta ahora ningun acomodo. Los dos derechos, el natural y el pontificio, establecen que todo el género humano es libre; el derecho imperial distingue, el uso parece que arrastra algunas consecuencias contrarias. La larga esperiencia quiere que los que por naturalaza se inclinan á vicios abominables no sean libres. Dominicos y franciscanos descalzos que han permanecido mucho tiempo en aquellas comarcas, creen que nada conviene menos que dejarlos dueños de sí mismos (*Carta* 806).» Se ve que sabia salir de la inutilidad, que es el carácter del mayor número. Sobre todo, los alemanes se ocupaban en escribir los menores detalles de su vida, no tanto por egoismo y por la necesidad de desahogarse en confianzas, como para hacer ver que sabian espresarse, en la lengua latina, en frases convenientes y redondeadas.

Erasmus.—De entre ellos surgió como un gigante Erasmo (1467-1536), hombre de viva concepcion, de grandes estudios, de un buen sentido continuo, observador penetrante más que profundo pensador. Nacido de una union amorosa en Rotterdam, fué educado en la escuela de Deventer y ordenado sacerdote; dió lecciones particulares en Paris, y desde allí fué á estudiar teología á Lovaina; vivió mucho tiempo en Italia, como preceptor del arzobispo de San Andrés y corrector de Aldo; Enrique VIII le llamó á Inglaterra; Carlos Quinto le nombró consejero en los Países-Bajos; y en fin, murió en Basilea. Sus *Adagiorum chiliades*, en las cuales reunió las palabras, las sentencias, los diferentes proverbios, para dar á conocer por su conjunto la civilizacion antigua, manifiestan gran conocimiento de la literatura griega y latina sazona comunmente con observaciones filosóficas y literarios muy útiles sus esplicaciones filológicas. Se muestra en esta obra, y aun más en el *Elogio de la locura*, observador moral lleno de sagacidad; y se acuerda ó se sirve de la *Barca de los locos* de Brandt, y lo hace como un hombre que ha visto por sí mismo.

Los envidiosos, que describió tan bien en el *Escarabajo* (5), se esforzaban por poner á su nivel á

(4) Véase el Libro XIV, pág. 67.

(5) «Hay hombrillos, ínfimos, maliciosos, negros como el escarabajo, fétidos como él, y no ménos abyectos, pero perseverantes y que pueden dañar á los grandes sin

Budeo, mejor helenista tal vez que él; pero la posteridad se ha pronunciado en favor de Erasmo. Amplificador, con frecuencia enfático, lleno su estilo de arte, siempre cáustico hasta el punto de estimular las facciones, en lugar de calmarlas como lo pretendía, Erasmo zahería al clero y á los príncipes, es decir, á los pequeños, tan numerosos en Europa, y sobre todo á los de Alemania (6); porque por lo demás adulaba á los poderosos, á quienes tuvo después él por cortesanos y aduladores. Estaba en correspondencia con Enrique VIII, Carlos Quinto, Francisco I y Maximiliano de Sajonia; recibía testimonios de admiración de Bembo, Sadoletto, Tomás Moro, Melanchthon, Ulrico de Hutten, Julio II y su sucesor, era recibido en las ciudades con arcos de triunfo, y si se dirigía una carta al *príncipe de los estudios*, al *jefe supremo de las letras*, al *vengador de la teología*, á él se la mandaban sin titubear.

Cierto de que cada una de sus palabras sería un oráculo, burlándose de todos sin haberse burlado nadie de él; distribuyendo la inmortalidad, *deificando lo que tocaba*, según la espresión de Tomás Moro, pareció un gigante cuando todos estaban sentados. Pero cuando se oyó la voz de Lutero, se amotinaron contra aquel rey de la fama, que fluctuando entre las opiniones de los demás y las suyas propias, no supo tomar partido entre los cató-

licos, á quienes había perseguido, y los innovadores que le disputaban el trono.

En otra parte hablaremos de su influencia en relación con la reforma, y considerándole aquí solamente como literato, diremos que aniquiló á los pedantes cuya turba hacia la guerra á los mejores filólogos. En su *Ciceronianus* ridiculizó las elegancias amaneradas de los latinistas, manifestando como se cometían yerros á pesar de los escrúpulos que tenían para permanecer en el purismo. «Colocad, dice, vuestro primero y principal cuidado en penetraros bien del asunto que quereis tratar; cuando esteis bien enterados de él, las palabras se os ocurrirán abundantemente; los sentimientos verdaderos y naturales saldrán de vuestra pluma. Entonces aparecerá vuestro estilo lleno de calor y vida; arrebatará al lector, y dará una imagen fiel de vuestro talento; lo que añadais por imitación se unirá á lo que os es propio.» No se trataba, pues, solamente de una cuestión de palabras, sino de la que divide perpétuamente á los hombres de erudición y á las personas de gusto, los que buscan lo sólido y los que viven de lo brillante. Tenía razón Erasmo de tronar contra éstos últimos, que no se dedicaban á nada útil para la literatura, y cuya manía engendró el continuo estudio de las palabras, azote después de la Italia.

**Lengua italiana.**—La preeminencia concedida al latín hacia que los italianos descuidasen su idioma. Habían dejado de escribirlo, y cuando se reanimó, su estilo fué afectado y pretencioso; sin análisis y claridad, se habló bien, como se habla cuando se va unido á su madre. Cuando más tarde concedieron cuidado y estudio, aparecieron gramáticas (7) y se dedicaron á discusiones sofisticadas sobre la naturaleza y costumbres de un idioma que se había empleado con tanto gusto en el siglo anterior.

Es de notar que los italianos, cada vez que se vieron en la desgracia, y en cuanto terminaron las cuestiones políticas, emprendieron otras sobre el idioma, como protesta de aquella nacionalidad que querían arrancarles. Cuestionaron primero sobre su nombre; Trissino y Muzio querían que fuera italiana; Varchi y Bembo, florentina; Bargagli, y Bulgarini, sienesa; Claudio Tolomei (8), tos-

ser buenos para nada. Espantan con su negrura, aturden con su zumbido y fastidian por su olor; andan á vuestro rededor, se adhieren á nosotros y permanecen sin dejarnos. Hay vergüenza en vencerlos y nos mancha el triunfo.»

(6) *Quin omnes et veterum et noeticorum annales evolue, uminum ita comperies, vix saculis aliquot unum aut alterum exitisse principem, qui non insigni stultitia maxima perniciem invexerit rebus humanis... Et haud scio an nonnulla hujus mali pars nobis ipsis sit imputanda. Clavum navis non committimus nisi ejus rei perito, quod quator vectorum aut paucarum mercium sit periculum; et rempublicam, in qua tot hominum millia periculantur, cuius committimus. Ut auriga fiat aliquis, discit artem, exercet, meditatatur; at ut princeps sit aliquis, satis esse putamus natum esse. Atqui recte gerere principatum, est munus omnium longe pulcherrimum. Deligis cui navem committas, non deligis cui tot urbes, tot hominum capita credas. Sed istud receptus est quam convelli possit.*

*An non videmus egregia oppida a populo condita, a principibus subvertita rempublicam civium industria ditescere, principum rapacitate spoliari? bonas leges ferri a plebeis magistratibus, principibus violari? populum studere paci principes excitare bellum?*

*Miro studio curant auctores ne unquam vir sit princeps. Adnituntur optimates, ii qui publicis malis saginantur, ut voluptatibus sit quam effeminatissimus, ne quid eorum sciat qua maxime decet scire principem. Exuruntur vici, vastantur agri, diripiuntur templa, trucidantur immeriti cives, sacra profanaque miscentur, dum princeps interim otiosus ludit aleam, dum saltitat, dum oblectat se morionibus, dum venatur, dum amat, dum potat. O Brutorum genus jam olim extinctum! O fulmen Jovis, aut cæcum aut obtusum! Neque dubium est quin isti principum corruptores penas Deo datur sint, sed sero nobis.*

(7) La primera que conocemos es de FORTUNIO. *Regole grammaticali della volgar lingua*. Ancona, 1516.

(8) Salviati en los *Avvertimenti della lingua*, II, 21, se muestra irritado contra Muzio, Trissino y demás escritores extranjeros «que (dice) pronunciando sus idiomas de tal modo, que es imposible escribir las palabras ni oírlos hablar sin reirse, se burlan de nuestra pronunciación, y... condenan en nosotros la virtud que no tienen esperanza de alcanzar nunca... A todo lo que han dicho contra nuestra lengua, hubiera bastado responderles, que nada proponen, que nada prueban, que jamás nombran un escritor que no sea florentino. Motejan nuestra habla; y á quién citan? á Boccaccio. ¿De dónde es natural? De Triboli. Desprecian

cana; y se escribieron sobre esto multitud de libros, cuando el mejor medio de resolver la cuestion hubiera sido producir en aquella lengua alguna cosa digna y elevada. Después Giambullari en el *Gello* se empeñó en traer su origen de la lengua etrusca (que es desconocida) con mezcla de hebreo y arameo; Celso Cittadini, por el contrario, la suponía existente en los tiempos de la Roma antigua, y todos alegaban buenas razones, pues no era de esperar que sus escasas nociones de filología comparada les permitiesen llegar hasta el punto de distinguir la maternidad de la fraternidad. Baltasar Castiglioni dijo en la materia cosas razonables, pretendiendo que el idioma era florentino, pero compuesto de palabras «propias, escogidas, brillantes, bien adaptadas, y sobre todo usadas por el pueblo;» combinándose con una «pureza desdeñada, en extremo grata á los oídos y á las almas de los hombres.» (9) Firenzuola decia: «He empleado siempre aquellas voces y aquel modo de hablar que son de un uso diario, gastando las monedas que corren y no la plata pulimentada;» Davanzati sostiene que «en cada lengua es excelente lo que

el uso ha admitido;» lo mismo sostuvieron Maquiavelo con razones, y todos los buenos escritores con hechos.

Sin embargo, estas disputas se renovaban de tiempo en tiempo, como si se quisiese dar á entender á los extranjeros y hasta á los mismos italianos, que éstos se entretenían en discutir acerca de las palabras, en lugar de ocuparse en las cosas; que preparaban la tela en vez de pintar. Además, como sucede siempre, así los contradictores como los apologistas creyeron razones las villanías; no se elevaron nunca á lo que constituye la esencia de los idiomas, á la comparacion con lo que se ve en los otros países, y por un bajo espíritu municipal, negaron la preeminencia á los toscanos, aquellos mismos que andaban á caza de elegancias toscanas para parecer buenos escritores.

Trissino propuso en la ortografía una innovacion que consistia en diferenciar la *i* de la *j*, la *u* de la *v*; en adoptar la *f* en lugar de la *ph*, la *z* en vez de la *th*, y emplear la *ŋ* y la *z*, la *o* y la *ω* griegas para marcar la diferencia entre las vocales. Desgraciadamente ensayó esta ortografía en un poema que no tenía mérito; y como no era toscano, cometió algunos errores en la aplicacion, lo que fué causa de que se burlasen de él (10). Sin embargo, algunas de estas innovaciones prevalecieron; las demás se desean aun.

Aunque surgiesen algunos que contradijesen el uso de dar alteza, escelencia ó señoría á las personas á quienes se dirigian; estas fórmulas de etiqueta que se habían introducido por la vanidad española, permanecieron á despecho del buen sentido (11).

nuestra manera de escribir: ¿y á quién elogian? á Petrarca. ¿Dónde nació? en Vicenza. Quieren quitarnos nuestro idioma ¿y á quién acuden? á Dante. ¿De dónde era? De Bérnago. Se quiere aprender la lengua en las obras de los escritores. ¿Quiénes son estos escritores? Dante, Petrarca y Boccaccio. ¿En qué lengua escribió Boccaccio? Segun él mismo dice, en el idioma vulgar de Florencia. Este es incorrecto. ¿Quién lo dice? Dante. ¿En qué idioma compuso Dante su poema?.. Pero si Dante despreciaba su idioma, ¿por qué escribió en él las cuestiones del *Convivio*? ¿Por qué la alabó tanto en aquella obra? ¿Por qué no la escribió en la lengua vulgar florentina ni en ninguna de las demás, que censura en el libro de la *Volgar loqueta*; sino en el idioma vulgar ilustre, recogido en las cortes, y entresacado de toda Italia? ¿En cuál de los citados idiomas vulgares escribió la *Comedia*? En el ilustre. ¿En qué ciudad de Italia, fuera de Toscana, se usan veinte palabras de las de su poema? Y al revés. ¿Se encuentran en éste veinte palabras que no sean de uso corriente en Florencia? ¿Qué nuevo lenguaje, qué mezcla inaudita, qué centauro, qué quimera, que monstruo sería, suponiendo pudiese existir, el que formase de la mezcla de vocablos de casi treinta lenguas distintas? ¿Dónde y cuándo se ha visto jamás un escrito de esta clase, ó cómo pudiera llamarse lengua una cosa por el estilo, si no se da tal nombre á la que no se habla ó no se ha hablado algun tiempo por un pueblo? ¿Quién sería el que la entendiera medianamente? ¿Dónde habria de residirse, á dónde acudir para la propiedad de las voces? Si este idioma está esparcido por toda Italia, ¿cómo es que solo nuestra ciudad la regula? ¿Por qué únicamente en ella se encuentran los escritos de mas autoridad, no teniendo en la boca otros nombres que los de Dante, Petrarca, Boccaccio, Villani y demás autores florentinos? ¿Y de qué modo maravilloso anduvieron nuestros autores toda su vida recorriendo la Italia, para tomar cien voces en la Romaña, trecientas en las ciudades de Lombardia, otras tantas en Nápoles y su reino, y finalmente diez en tal pais y cuatro en tal aldea? ¿Qué fatiga, qué esfuerzo, qué miseria debió ser la suya en aquella época!»

(9) *Il Cortigiano*, edicion de los clásicos, tom. II, 52.

(10) Especialmente Firenzuola.

(11) Caro decia á Bernardo Tasso: «...Es cosa resuelta para mí, que ya que se han introducido las *Señorías*, entre ellas pueda usarse el *Vos* cuando acomode, pues no creo que desmerezcan por ello, tanto más, cuanto que el reverendísimo Bembo, que la tiene y la da de continuo, hace la mezcla que decís. Además de que la autoridad de varon tan insigne puede por sí sola servir como ley inviolable, pareceme que la acompaña tambien la razon; pues en mi dictámen, *vuestra señoría, vuestra liberalidad, vuestra gentileza*, no son más que un modo mismo de expresarse. Ahora bien, si después de vuestra *gentileza* puede usarse el *vos* ¿por qué no después de *vuestra señoría*? En cuanto á mí, no me cabe la menor duda. Y como creo conveniente que en el particular haya la mayor latitud posible, por eso no quisiera que se pusiese en tela de juicio el ejemplo de monseñor Bembo, alegando el escrúpulo que decís, de que *pudiera ser que sus cartas no estuviesen impresas de una manera auténtica*. No encontraría ningun obstáculo en dirigirme á un señor, por grande que fuese, llamándole al principio y quizá en el medio por su título, v. gr. *sacra majestad, ilustrísimo señor, reverendísimo monseñor*, y empleando el *vos* enseguida; con lo cual no creeria quitarle nada del honor ni del respeto que le da el título, cuando viese que vosotros haciais lo propio. En las obras de alguna extension estoy resuelto á obrar así, imitando á los autores antiguos y á los modernos que han escrito en nuestro idioma, no en el latino, como alegais; pues á esto úl-

Boccaccio fué por los puntos que menos merecen ser imitados en él la regla de los que pretendieron enseñar la lengua, olvidando demasiado la casta sencillez de sus predecesores. Pedro Bembo (1470-1547), á quien se apellidó señor del idioma, usó más sutilezas que Boccaccio; se servía de cuarenta carteras, á las que hacia pasar sucesivamente sus escritos á medida que los corregía; así es, que sus admiradores decían que había manifestado por este hecho, que se podía escribir con pureza el italiano sin haber nacido en las orillas del Arno. El ejemplo, en todo caso, no era bien elegido, porque Bembo no descendía nunca de su trípode para espresarse con naturalidad, lo que constituyé precisamente el mérito y la ventaja del que se sirve de su lengua nativa; se le ve, por el contrario, escribir con cuidado hasta sus cartas, en las que intercala algunas frases de otros autores, períodos que no tienen fin, y frecuentes textos latinos sin manifestar nunca la menor energía. Con iguales esfuerzos se puede conseguir el mismo resultado; así es que no careció de imitadores entre tantos como buscaban, menos lo que tenían que decir que el modo cómo lo debían decir. Llegaron hasta á establecer una cátedra de italiano por Diómedes Borghese, que pretendió haber adquirido en cuarenta años de estudios el título de árbitro y regulador del idioma toscano.

Cuando sucumbió la libertad de Florencia, se dirigió la atención particularmente á las reglas del lenguaje, es decir, que se pensó en escribir bien cuando cesaron de hacerlo los grandes escritores: este fué el único objeto que se propuso la academia establecida en aquella ciudad por Cosme I. Los miembros de aquella academia se dedicaron,

timo podría contestarse, que cada lengua tiene sus modismos y sus privilegios, por cuya razon el ejemplo de una no sirve para otra. También opino que en las cartas debería hacerse lo mismo; y que es abuso, como decís, supersticion, adulacion é intriga grande de los escritores, á la par que desgracia y deformidad de los escritos el obrar de otra manera. Pero no estoy resuelto á ser yo el que se atreva á estirpar este abuso, ni á ponerme al frente ó aconsejar tal empresa contra el modo de pensar de todos. Este siglo (dice monseñor della Casa) es adulador; todo el que escribe da señorías; aquellos á quienes se escribe, las quieren; y no solo los grandes, sino tambien los medianos y los plebeyos casi aspiran á este tratamiento, siendo para ellos una afrenta no tenerlo, y juzgando que cometen error los que no lo dan. Parece muy extraño y fastidioso haber de hablar con uno como si fuese otro, y además, en abstracto, casi con la idea de aquel con quien se habla, no con su persona. Sin embargo, el abuso está ya arraigado generalmente; y vos sabéis que cuando un río lleva todas sus aguas á un lugar, aunque de él salga un riachuelo, no se detiene su curso: para disminuirlo se necesita, ó el poder de uno solo, ó que la primera vez se le segregue una gran cantidad de agua. Pero mientras vosotros, los que sois grandes, correis, es fuerza que yo siga tambien la corriente, y cuando vea á uno de vosotros separarse, y á Tolomei saltar hacia fuera, entonces me arriesgaré á imitarle.»

pues, á leer disertaciones sobre un soneto, un verso, ó alguna espresion clásica, y sobre todo á Petrarca; y como cada uno queria tener un exordio, una peroracion de conveniente longitud, se concibe qué diluvio de vanas palabras debía resultar en un siglo tan hablador. Pensó el duque prudentemente que seria ventajoso para la lengua ejercitarla en traducciones; en su consecuencia, recomendó varias á aquellos académicos. A Segni se le encargó Aristóteles, á Varchi, Boecio; Salviati tuvo la mision de preparar una edicion de Boccaccio, cuya lectura no fuese peligrosa; lo que le produjo los mismos disgustos que al pintor Braghettono.

Ya se habia formado en aquella academia un partido que se llamaba el partido de los arameos, porque pretendia hacer proceder el italiano de la lengua hebrea. Después algunos académicos, como Juan Bautista Dati, Antonio Francisco Grazzini, Bernardo Canigiani, Bernardo Zanchini y Sebastian Rossi, hicieron el cisma, fatigados de las sutilezas y quinta esencia, para unirse á otras reuniones llamadas *stravizzi* (francachelas). Allí reunidos en un sitio agradable, desterraban el fastidio con ayuda de conversaciones graciosas y delicadas comidas. Pedro Salviati, que habia sido admitido, solicitó se diese á la reunion un objeto más noble, sin escluir la alegría originaria. Formaron en su consecuencia una academia nueva que llamaron por chanza de la Crusca (salvado). Tomaron por emblema el cedazo, por asientos canastas de pan puestas boca abajo, para el trono del archicónsul tres piedras de molino, y cada uno adoptó nombres en relacion con estos simbolos tales como el Enharinado, el Amasado, el Ensacado, etc., y Grazzini quiso conservar su nombre primitivo de Lasca (gobio) en atencion á que se reboza en harina este pescado para freirlo.

Continuaron de aquella manera entregándose á una charla vaga, hasta que emprendieron la tarea de compilar el *Diccionario de la Crusca*, espanto de los pedantes, burla de las gentes frívolas, admiracion de los que conocian el objeto y la utilidad. Era el primer diccionario que se habia hecho de una lengua viva. Aunque persuadidos de que el idioma de una nacion es un dialecto elevado á la categoria de la lengua escrita, y que ningun otro, en Italia, era más digno de este honor que el florentino, los académicos no se contentaron (como los de Paris con su diccionario) con dar todas las palabras del lenguaje toscano, sino que las apoyaron además con ejemplos. Duraba aun el tiempo de la autoridad; los filólogos, en busca del valor de las palabras latinas, no tenían para decidir mas que ejemplos escritos; la dilucidacion de los clásicos era el objeto de gran número de obras. Multitud de academias se ocupaban de ellos, sobre todo en Florencia. Los *cruscanti* justificaron, pues, con textos cada una de las palabras adoptadas con sus diferentes significaciones, con la idea de que de esta manera darian autoridad á los términos indicados, é ilustrarian el sentido de los auteros.

Pero como toda la lengua no se encuentra en los autores, y si solo la menor parte, los cruscanti pusieron á contribucion los escritos en que abundan por lo comun, los términos de uso familiar, como los libros de cuentas, los borradores, y otros papeles domésticos. Se hizo más, y algunos emprendieron componer obras con el objeto preciso de insertar en ellas palabras de que carecian los ejemplos escritos. De este número fueron la *Fiera* y la *Tancia* de Buonarroti. ¿No hubiera sido más breve componer el catálogo de las mismas palabras tales como las pronunciaba el pueblo? Nosotros lo creemos así; y segun nosotros es una hermosa tarea reservada aun á algun toscano deseoso de ofrecer, no un vocabulario numeroso al alcance de un pequeño número, sino un libro usual, asequible á todos. Tal como fué sin embargo hecho por los académicos, el diccionario tiene el mérito muy importante de la época, de explicar los clásicos. Todos los que contribuian con sus conocimientos eran toscanos, es decir, que habian descrito en dialecto toscano, aunque nacidos en otras partes, como Ariosto y otros muchos, y como todos procuran aun en el dia hacerlo.

Se ha dirigido con tal motivo una grave acusacion á los autores de diccionarios, cual si quisieran hacer aparecer como mérito municipal el escribir bien, al paso que se citan honrosísimas excepciones. Pero cuando el milanés ó el napolitano escriben sobre asuntos serios, ¿emplean acaso el dialecto de sus patrias respectivas? ¿Es posible que un francés escriba bien el italiano? ¿y habrá de inferirse de ahí que en el vocabulario deban citarse tambien ejemplos de los autores franceses? Los buenos escritores lombardos y napolitanos ¿no han aprendido de los autores que han tratado de acercarse al idioma toscano? Y si alguno de ellos escribe en la lengua materna, ¿se calificará su estilo de bueno? Oigase, por el contrario, al toscano más inculto, hágansele meras correcciones ortográficas, y se tendrá un italiano, incorrecto quizá en cuanto á la gramática, insulso por lo que respecta al estilo, pero puro y propio. Esta, en mi sentir, es la única solucion capaz de cortar las disputas, perpetuadas por aquellos que, movidos de ruines envidias municipales, niegan á los toscanos una indisputable gloria, si bien, al mismo tiempo que se la niegan de palabra, en el hecho procuran imitarlos; y pretenden convertir el idioma en un no sé qué de áulico y cortesano, ó limitarlo á las obras de

autores muertos; mientras que si quiere llamarse y ser vivo, necesita hablarse por todos, favorecer el curso de las ideas, vestir los nuevos pensamientos. Fuera del pueblo no existe progreso.

Los académicos se equivocaron con frecuencia en la interpretacion de los autores: no hicieron siempre uso de textos correctos, aunque es cierto que se propusiesen tambien libertarlos de las faltas; no registraron tampoco una á una todas las palabras de aquellos autores. Dieron por usual lo anticuado, por comun lo que se referia á una época ó lugar determinado; hasta insertaron errores y alteraciones, procedentes de una mala pronunciacion, á fin de explicar los testos. Carecian sobre todo de una gramática, porque esta ciencia estaba aun en la infancia en aquella época; no tenian tampoco crítica, arte que habia nacido entonces. De aquí procedian verdaderos errores, que confesados por ellos mismos en su prefacio, han sido reparados en parte en las ediciones sucesivas; quedan no obstante bastantes para dar amplia y fácil materia á los que han querido señalar y suplir las omisiones. Las notas llenas de sensatez y agudeza que Tassoni hizo sobre el diccionario, cuando apenas acababa de aparecer, son una mina fecunda que se debe consultar; y es más aguzada su critica que lo que se podia esperar de un académico. Benito Fioretti, natural de Pistoya (que, formándose un nombre con tres diferentes idiomas, se tituló Udeno Nisieli, es decir, hombre que no era de nadie si no es de Dios), añadió numerosas notas muy juiciosas al márgen del vocabulario de la Crusca; y aquel ejemplar, comprado á subido precio, fué muy útil para las ediciones posteriores (12). Esta obra permanecerá, sea lo que quiera, como un hermoso monumento histórico, y no se despreciará mientras no haya otra mejor.

(12) Un académico de la Crusca confiesa él mismo que el defecto principal de aquel diccionario es sujetarse á la autoridad de autores antiguos, en lugar de dar la actual lengua. «El vocabulario de la Crusca tiene esto de particular en relacion con los de Francia, Inglaterra y España, que al paso que estos son un guía seguro para sus respectivos idiomas, el nuestro nos induce precisamente en error de diez veces ocho, y esto porque no tenemos aun bastante ánimo para aprobar como bueno, como hacen los demás pueblos, lo que se habla en el lenguaje comun, y no otra cosa.» MAGALOTTI.

## CAPÍTULO X

### LITERATURA ITALIANA.

Las buenas obras son más útiles á las lenguas que los preceptos y las academias; ahora bien, Italia produjo algunas tan notables, que no sólo aseguraban el triunfo de la lengua vulgar sobre el latín, sino que sirvieron también de modelo á la literatura extranjera, tanto como las obras clásicas de la antigüedad.

**Bembo.**— La prosa se regularizó cuando cesó de abandonarse al acaso y á la inspiración, y los mejores escritores renunciaron á la afectación de los giros latinos. Se pretende que es de gran mérito la canción que compuso el cardenal Bembo, hombre de vasta erudición, eminente en las letras, y uno de los que primero conocieron la importancia de las medallas, para deplorar la muerte de su hermano, y también los sonetos dedicados á la memoria de la Morosini, madre de sus hijos; pero mi corazón no está de acuerdo con tal dictamen. En la historia del momento más lleno de peligros para su patria (1487-1513), se muestra narrador superficial: extraño á los negocios del Estado, no pudo animar la relación con el interés de la verdad: si á veces escribe bien, nunca penetra en las causas ocultas; de suerte, que una gaceta no podía ser más frívola. Escribió en latín y en italiano: le colocamos en este lugar más bien que entre los historiadores, porque su mérito consiste, sobre todo, en una elegancia acompasada y en su método de vestir con expresiones antiguas las ideas nuevas. Puede colocarse en la misma clase sus *Asolani*, colección de pasatiempos que se verifican en la casa de recreo de la reina de Chipre, y cuya conclusión es animar á los jóvenes al amor.

**J. della Casa, 1503-61.**— El estilo de *monseñor* Juan della Casa es de los más cuidados y tal como conviene para dar preceptos de buena ocasión; pero como obra moral, no podemos hacer gran caso de su *Galateo*, obra más amable que

pura, en la que confunde la cortesanía con la moralidad, y no concede ninguna importancia más que á los actos exteriores, cuyo precio pertenece enteramente al impulso del corazón. Una gran parte del libro está consagrada á enseñar el arte de referir acontecimientos y novelas á la compañía, lo que era entonces el colmo de las bellas maneras. El libro de los *Oficios* enseña á alcanzar el favor de los grandes para adquirir honor y fortuna. A falta de dulzura en su poesía, se alaba en ella la nobleza de las ideas y la vivacidad de las imágenes. El papa le encargó hiciese el proceso del obispo apóstata Vergerio, que se había pasado á los protestantes, y fué blanco por su parte de ataques llenos de furor, á que daban motivo ciertas poesías lúbricas que había compuesto, y que le impidieron «cambiar el capelo verde por el rojo.»

Sus arengas son consideradas como tipos de elevada elocuencia; ¿pero cómo esperar que persuada, cuando se espresa como lo hace? Añádase á esto la movilidad de opiniones, llevada hasta tal punto, que en uno de aquellos discursos prodiga alabanzas á Carlos Quinto después de haberle representado en los dos anteriores como el azote de Italia y la ruina de toda libertad (1). En este último llega

(1) «No podría afirmar, príncipe serenísimo, cuáles son más numerosos, si los que no reconocen el poder y la avaricia del emperador, ó los que conociéndola y reputándola grande y espantosa, se aturden como niños pequeños que se despiertan en la oscuridad de la noche, ó sobrecoídos de terror, se callan por exceso de temor sin pedir socorro, como si el emperador estuviese pronto á devorarlos y á anonadarlos, desde el momento en que dijese una palabra ó hiciesen un movimiento, y en el caso contrario, considerarlos y respetarlos.

»¿Qué significan tantas vigiliias, gastos, trabajos y esfuerzos por parte del emperador? ¿Cuál es el objeto ó el tér-

hasta confundir la justicia con su voluntad (2); en las demás exagera su avaricia por apoderarse del bien ajeno; y después de haber predicado la libertad de Italia, pide en otra parte que Siena se someta á la dominacion de la familia Caraffa.

**Oradores.**—Se hacian entonces discursos con cualquier motivo; ¿pero cuál de ellos puede presentarse como modelo de verdadera elocuencia? En medio de todo el esplendor de las letras italianas, no apareció un solo predicador bueno. Fray

mino de ellos? ¿Se puede admitir otro que aquel de avasallar violentamente la Italia y el universo, estender su poder y su dominacion, llevarle más allá de los confines actuales del mundo, como lo indican las palabras escritas en su bandera?

»Estamos ciertos de que ningun pensamiento, ningun acto, ningun paso, ninguna palabra y ninguna señal del emperador se dirige á otra cosa; que no hace nada ni se inquieta por nada, que no tienda á arrebatar, ó como algunos lo piensan, á recobrar los Estados, territorios y ciudades de los príncipes vecinos ó distantes para darlos ó devolverlos al Imperio. A esto circunscribe todos sus placeres, todos sus goces; estas son sus cacerias, su halconería, sus bailes, sus perfumes, sus caricias, sus amores, sus apetitos carnales, sus deleites...

»Hé aquí, príncipe serenísimo, los hechos misericordiosos y magnánimos del emperador, hechos tan glorificados por los que son de su partido: da muerte á los reyes antes que hayan nacido, antes tambien de que hayan sido concebidos ó engendrados y aun antes de que puedan serlo, y cuando las ciudades afligidas se arrojan en sus brazos y acuden á él para obtener algun auxilio, las esquilmá y les vuelve á vender la verdadera libertad, de la que se ha constituido depositario y custodio, para devolvérsela falsificada, contrahecha y adulterada...

»Que vuestra serenidad recuerde que esta misma lengua y esta misma pluma, que os alaba y engaña con su falsedad, ha quemado en Roma sus altares, sus iglesias, sus santas reliquias; ha hecho traicion al vicario de Cristo, ó mejor dicho, al santísimo cuerpo de su majestad divina, para que sea presa de la ferocidad de los bárbaros y de la avaricia de los herejes. Porque el papa Clemente, de santa memoria, fué vencido por tres paces falaces, y no á consecuencia de una guerra real: pues yo he visto las cartas é instrumentos auténticos de los tres tratados...

»¿Y cuáles son sus relaciones de parentesco? ¿Cómo obra con los suyos? Mancha sus manos con la sangre del abuelo de su sobrino, arroja á los perros el inmolado suegro de su hija, y á toda su inocente raza del Estado que le pertenece; estas son sus tiernas caricias para con sus parientes...

»¡Oh infeliz desgraciada, abatida, verdaderamente ébria y soñolienta Italia!

»El emperador quiere derribar y asolar la santa Iglesia; firme y tenaz está en ello. Además, no habiendo bastado la traicion de Plasencia para apagar el odio de S. M., y no habiéndose satisfecho con la sangre de este desgraciado duque, su cólera envidia la vida y el espíritu de su beatitud; quiere igualmente arrojar al rey cristianísimo del Piemonte y de la Francia; quiere destruirle y darle muerte, y nunca acontecimiento alguno ni otra cosa ha podido separarle del designio que ha formado.»

(2) «Aunque pueda aparecer con claros indicios, que es una obra justa (la ocupacion de Plasencia), puesto que es vuestra y ha sido ejecutada por vos...»

Gerónimo Savonarola siguió un camino severo procediendo siempre por arranques, y existen en algunos puntos destellos de elocuencia real, pero les falta el arte, y le acontece con frecuencia convertir el púlpito en tribuna. Nos han quedado más de un millar de discursos profanos; pero nadie está inclinado á leerlos. Es necesario un verdadero valor para saborear los de Leonardo Salviati, tan grande es el diluvio de palabras ociosas y tan oscuros, y sin objeto los períodos, frases y miembros de éstos. Speron Speroni tomó por modelo á Ciceron. Alberto Lollio pretendió alcanzar aquella palma que faltaba á la Italia; pronunciando arengas de una elegancia extremadamente fria; siendo con frecuencia imaginarios sus asuntos, y estribando en el sosten escolástico de figuras retóricas y lugares tópicos, uno después de otro; de suerte, que dan muchos ejemplos á los preceptistas, y un fastidio invencible á los lectores.

Seria grato tener los discursos de que se valian los oradores florentinos y venecianos para excitar á emprender lo que convenia á la patria; pero los que se encuentran en las narraciones de Bembo, Nardi, Varchi y Guicciardini, son ejercicios de arte á compás, sin movimientos espontáneos y maleados frecuentemente por la imitacion. Hay más verdad en Bartolomé Cavalcanti, y por lo mismo más fuerza. Añádase el discurso de Juan Busini al duque de Ferrara en favor de los fugitivos de Florencia, perseguidos por Clemente VII, el de Jacobo Nardi á Carlos Quinto sobre los actos de tiranía del duque Alejandro, y si deseais más, la apologia de Lorenzino, y tendreis reunida toda la elocuencia política de aquel siglo, último en el que les fué permitido hablar á los italianos.

El no haber surgido un grande orador fué una de las causas principales de no tener los italianos una prosa nacional, así como tienen una poesia; prosa que en todos los escritores apareciese única por lo que respecta al fondo, variando de color segun variase de materia, de persona, de estudios; prosa que aprobasen los doctos y de que gustase el pueblo por encontrar en ella sus formas adornadas elegantemente, sus palabras dispuestas de una manera artistica: contentándose con poseer una lengua culta, empleada á menudo en escribir necedades y más á menudo muerta, y otra lengua viva, pero que sólo se emplea en cosas frívolas, en comedias, en novelas, rico tesoro de bellos modismos, de pasajes enérgicos, de frases propias y bellas.

**Novelistas.**—El deplorable uso que Boccaccio hizo de la lengua de Dante y de Petrarca, tuvo bastantes imitadores, así que los novelistas italianos no ofrecen más que un conjunto de torpezas. El luqués Juan Sercambi (1424) finge que durante la peste de 1374, personas de todas clases viajaban reunidas por Italia, y se contaban alternativamente para distraerse ciento cincuenta y seis novelas, que obscenas en su mayor parte, tienen todas un corte y estilo inculto. La *Filena* de Nicolás

Franco, se la consideró por un momento igual al *Decameron*; después cayó en el olvido. El boloñés Juan Saladino Arienti compuso setenta novelas con el nombre de *Porrettane*. Giraldo Cintio pretendió enseñar la moral en sus *Escatomiti*, y no fué leída. Sin embargo, estas relaciones que se creen hechas por jóvenes á quienes el saqueo de Roma precisó á fugarse á Marsella, han proporcionado á Shakspeare el asunto de varias composiciones. Sebastian Erizzo dió á luz seis *Jornadas* en prolijas relaciones, pero más castigadas. Laska (1503-83), que ejerció la farmacia en Florencia, escribió, además de comedias en un lenguaje muy puro, pero sin intriga y con una moral detestable, novelas, con el título de *Cena*. Cinco jóvenes y otras tantas damas á quienes la tempestad precisó á refugiarse en una casa, pasan allí la noche contando alternativamente novelas para matar el tiempo. Se complace al autor en el maligno placer de ridiculizar el interés trágico, que sin embargo sabe escitar. Agnolo Firenzuola, fraile vallumbrosano (1493-1548), de irreprochable conducta, no por eso dejó de mostrarse poco regular en sus escritos y muy apasionado á la belleza de las mujeres. Ha consagrado también á esto un tratado, de detalles poco castos y sueños cabalísticos. Pone en escena una compañía á quien hace hablar de amor, y contar novelas obscenas delante de la *reina de su corazón... bella y púdica cual nunca la hubo*. Hasta hace dar por los animales preceptos y ejemplos de moral, y compone sobre el mismo asunto que Apuleyo, un *asno de oro* apropiado á diferentes ideas. Su estilo trasparente y florido está lleno de gracias inimitables: así es, que es de sentir que se halla empeñado en bufonadas y cosas frívolas.

**Bandello, 1480-1560.**—Mateo Bandello de Castelnuovo de Scriba, general de los dominicos en Milan, se señaló en Nápoles y en Florencia tanto por sus escandalosos amores, como por su flexibilidad de cortesano. Obtuvo de Francisco I el obispado de Agen, y encontró tiempo, en medio de los negocios públicos, cuando ya era prelado, para poder recoger anécdotas verdaderas más bien que no novelas, imitando el método de Boccaccio. En lugar de inventar como sus antecesores alguna ocasión para reunir ciertos personajes que se divierten en contar, separó sus relaciones haciéndolas preceder cada una de una epístola dedicatoria llena de adulación. Única y miserable originalidad, que por lo demás, se une á discursos prolijos, á un diálogo sin vigor, á detalles insípidos y á la ausencia de imaginación; los caracteres son pálidos y carecen de movimiento dramático. No sólo es malo el estilo, sino bárbaro (3), y tanto más inoportu-

ble, cuanto que está sobrecargado de frases clásicas. Lo que hay de peor en el autor, es el aire ingenuo con que dice tanta obscenidad, de lo que los protestantes no dejaron de aprovecharse malignamente. Esto no impidió que el marqués Luis de Gonzaga le confiase la educación de su hija Lucrecia; pero monseñor se enamoró de su discípula, aunque es verdad que con un amor platónico; y la celebró en gran número de versos, sin contar un poema en once cantos en honor suyo.

No menos admira que escandaliza la cantidad de escritos deshonestos que produjo aquella época. Los cantos carnalescos que se repetían entonces en las mascaradas, adolecen todos de una lubricidad más ó menos clara; los *Capitoli* del arzobispo de la Casa, tuvieron demasiados imitadores. Francisco Molza, que es superior á sus contemporáneos en el sentimiento, se mostró tan licencioso en sus escritos como lo fué en su vida. El *Vendimiador* de Tansillo es una torpeza de que se arrepintió, y compuso en expiación las *Lágrimas de san Pedro*; pero se encuentra en ellas frialdad como siempre.

**Cómicos.**—Las comedias abundan en el mismo vicio que las novelas. Los caracteres y los accidentes están sacados de la escena romana, y se encuentran en el desenlace los inevitables reconocimientos. De todos modos se mezclaban á ellos las inmoralidades de los novelistas, y para adaptarlas á la costumbre se introducían caracteres modernos que insultaban la moral y la religión. La obscenidad estaba espuesta á la vista y á los oídos de los espectadores, cuya imaginación se escitaba hasta un punto increíble. Casi todas versan sobre una intriga lasciva. La tefcera es un personaje indispensable, como también el estafador, la prostituta, el tonto y el esbirro; caracteres genéricos y desde luego sin interés ni verdad. Se adaptaban además otros papeles parciales, unas veces eran un sienés que iba á Roma para llegar á ser cardenal, á quien le dicen que es preciso hacerse cortesano, y busca el molde con que se hacen (4); otras son pobres mujeres que tiemblan de ver llegar al turco, y otras, españoles matamoros. En una un judío, arrojado de España, vende recetas de alquimia, y vive con el robo; en otras, frailes que venden por cien escudos la absolución á un ladrón que titubea entre su bolsa, su conciencia y su buen sentido; en otras dicen á comadres el número exacto de días que un alma debe permanecer en el purgatorio, y cuánto dinero se necesita para rescatarla. Todas estas piezas tienen por objeto mani-

Véase una confesion en la que demuestra mas desvergüenza: «Los críticos dicen que mis novelas no son honestas: no niego que hay algunas que no solamente no son honestas, sino que lo confieso sin titubear, son muy deshonestas... pero con esto no digo que yo merezca ser criticado. Deben criticarse... á los que cometen estos errores, y no al que los escribe.»

(4) La *Cortesana* del Aretino.

(3) «Los críticos dicen, que no teniendo estilo, no debería emprender esta tarea. Les contesto que dicen la verdad al asegurar que no tengo estilo y que demasiado lo sé, mas por eso no hago profesión de prosista.» BANDELLO.

fiesto el hacer reír, como sucede en las máscaras que llevan la caricatura y la exageración voluntaria de sí mismo ó lo ridículo arbitrario de los personajes de convención. La risa procede allí de los sentidos y de la imaginación, pero no de la razón, porque no es provocada por una pintura evidente de la vida, ni por el contraste de los caracteres y de los sentimientos. Parece que los autores evitan deliberadamente las situaciones patéticas producidas por el mismo asunto. Prefieren la relación á la acción; y si se hojean un centenar de ellas, no se encontrará después de mucho fastidio y dichos licenciosos, una sola escena, situación ó carácter que sea digno de ser imitado, ó que dé una idea de las costumbres de la época. No se leen ya más que por la espontaneidad del lenguaje familiar, tan raro entre los demás clásicos.

La primera comedia moderna, es la *Calandra* del cardenal Bibiena, que salió á luz en Venecia en 1513 (5). Los *Straccioni* (mendigos) de Annibal Caro, la *Trinuzia* y los *Lucidi* de Firenzuola, indemnizan los defectos que le son comunes con las otras comedias de la época, con el talento cultivado de sus autores y la incomparable gracia del diálogo. Tanto Cecchi como Gelli se distinguen por la naturalidad y el aticismo florentino. Lasca unió á él algunos bosquejos de las costumbres nacionales. Ariosto, para quien el duque de Ferrara hizo construir un teatro, en el que eran desempeñados los papeles por caballeros, se separó algo de la imitación perpétua de Plauto y Terencio. Aretino cede á él en gusto, tanto como le aventaja en agudeza. Pero la *Mandragora* de Maquiavelo prueba que él que se hubiera atrevido á abandonar las huellas de los antiguos hubiera podido formar un teatro nacional. Pronto las representaciones sobre un asunto dispensaron á los autores de cansarse, y á los oyentes de tener que criticar. Los arlequines y los pantalones adquirieron una reputación europea, de tal modo, que el emperador Matias confería la nobleza al arlequin Cecchi.

**Epístolas.**—Cada gran personaje debía tener á su lado un literato que desempeñaba el empleo de secretario, no sólo para escribir á voluntad suya, sino también para encontrar emblemas y divisas, proporcionar ideas de cuadros ó fiestas, componer versos en las épocas de las solemnidades domésticas. Juan Bautista Sanga y Sadoletto escribieron las cartas de Clemente VII, y Berni las del cardenal Bibiena; Tolomei estaba al servicio del cardenal Farnesio, Flaminio al del datario Ghiberti, Bonfadio sirvió al cardenal Bari, después al cardenal Chinucci; Bernardo Tasso al príncipe de San Severino, y así otros muchos. De aquí la prodigiosa cantidad de cartas de aquella época, la mayor parte escritas con una facilidad y precisión que se desearía encontrar en obras más cuidadas.

Pero en las de Bembo y Pablo Manucio, se advierte la intención de publicarlas; Bernardo Tasso emplea el estilo retórico, y está lleno de esteril abundancia; las de Claudio Tolomei y muchas de Casa, son nobles, dignas y de un artificio perfectamente velado. Jacobo Bonfadio de Saló, apreciado por Bembo y por Flaminio, y hasta por el perverso Franco y por Carnesecchi y Valdés, tuvo en Génova cátedra de filosofía y encargo de escribir los anales, como lo ejecutó con elegancia latina, si bien la costumbre retórica le arrastra á largos proemios doctrinales y descripciones intempestivas. Muy versado en las dos literaturas, mejor poeta latino que italiano, prosista distinguido, sobre todo por su estilo epistolar, aunque con algo de afectación, debió tal vez á la sentencia que le condenó al fuego por amores infames, el dejar mayor reputación literaria (1550).

**Caro, 1507-66.**—Annibal Caro nació pobre en la Marca; se creería sin embargo al leerle que era toscano, tanto es lo que emplea los modismos más convenientes de la lengua viva (6). Estuvo al servicio de los Farnesio cuya correspondencia redactó; pero las cartas que escribió bajo su propio nombre son verdaderos modelos. Se quejó muchas veces de que le llueven versos y elogios de gentes desconocidas, á los cuales es preciso contestar, y de que sus cartas son impresas después por los libreros (7). Por esto se puede juzgar del gusto de aquella época á los estudios, y de la importancia que se concedía á las producciones de los mejores escritores. En efecto, una reunión de individuos que convertían la literatura en un oficio, como Porcacchi, Atanagi, Dolce, Ruselli, andaban en busca de las menores composiciones de autores afamados, para componer tomos y sacar dinero. Por esto es por lo que existen tan gran número de correspondencias italianas impresas, farrago de las que un compilador de paciencia podría extraer algunos tomos de gran importancia, no sólo para la historia literaria, sino también para la política. Bastará mencionar las *Cartas de príncipes á príncipes*, coleccionadas por Gerónimo Ruscelli, y cuyo mérito debe apreciarse por las frecuentes citas que nosotros hemos hecho. Las cartas escritas por artistas tienen su valor particular, reina en ellas más libertad, y dan á conocer la más ó menos cultura de cada uno, y como su alma pudo trasladarse á la tela tanto como sobre el papel.

(6) Escribe: «Declararé siempre que me reconozco deudor de lo poco que sé de lenguaje á la práctica adquirida en Florencia.» *Cartas*, t. III, c. 218 de los Clásicos.

(7) «Por favor, señor Bernardo, cuando os escriba de aquí en adelante, romped mis cartas; porque no tengo tiempo de escribir á nadie, lejos de poder hacer cada carta con el compás en la mano; y estos bribones de libreros imprimen lo primero que se les ocurre. Hacedlo, si queréis saber alguna vez de mí, pues de otro modo os protesto que no escribiré. Encolerizado es como digo esto, porque acabo de ver en circulación algunas de mis cartas, de lo que me he avergonzado hasta el fondo del corazón.»

(5) No en 1508, como dice Tiraboschi.

Caro trabajó toda su vida en sus obras, pero sin publicarlas. Queriendo después entregarse al descanso, pensó en hacer un poema, y para prepararse comenzó á traducir la *Enéida*; pero la ancianidad le hizo conocer que había pasado de la edad de la epopeya, y terminó la version que había emprendido. Está en versos libres (*sciolti*), y tiene 5,500 más que el original; resulta de esto que la concision del lenguaje antiguo desaparece; á veces la fidelidad está vendida por descuido ó error; sin embargo, como conserva la riqueza y la flexibilidad del texto, ha permanecido una obra poética, y después de tantas tentativas y censuras, es aun la mejor reproduccion italiana que se ha hecho de Virgilio. Annibal Caro fué el primero que manifestó el poder que tenia el verso suelto, dándole infinita gracia y armonia, al paso que enriquecia el lenguaje poético con frases nuevas. Sus amores de *Dafnis y Cloe*, segun el sofista Longo, respiran todo el encanto de la belleza griega, al paso que manifiesta fuerza y elevacion en sus traducciones de algunos de los Padres de la Iglesia.

Habia compuesto por orden de sus señores en alabanza de la casa real de Francia la cancion *Buscad la sombra de los lises de oro* y como parecia haberse emancipado de la monotonía de los petrarquistas, los partidarios de aquella casa y sus numerosos amigos prodigaron á aquella obra infinitas alabanzas. Luis Castelvetro de Módena, hombre de gran talento, pensó de otra manera, y dirigió contra ella una primera censura, seguida de otras varias, censuras sutiles á veces, pero de una severidad de gusto, que no era de esperar en una época en la que lo bello se sentia más que se discutía. La susceptibilidad de Caro no pudo sufrir este ataque, y opuso apologias y respuestas tan pronto hechas por sí mismo, como por otros, ó que procedían de él, pero puestas á nombre de otro; fingió, entre otras cosas, reproducir las charlatanías de los ociosos que frecuentaban en Roma la calle de los Banchi. Castelvetro respondió; se traspasaron por ambas partes las vallas de la moderacion, y se divulgó una de las cuestiones más ruidosas de aquella república literaria tan turbulenta. Castelvetro tuvo la falta de ser el provocador (8); pero se complació después en dar pruebas de talento, y formarse una celebridad de que había ca-

recido hasta entonces. Escribia sus censuras con mucha rapidez, y con toda la vivacidad del ataque; Caro era secundado en sus contestaciones por sus amigos, principalmente por Molza y Varchi, cuyos consejos y correcciones admitia sin que evitase las más innobles injurias. Groserías dignas de los mercados no se han dicho nunca con más elegancia en la *Apologia* y en los sonetos de los *Mattaccini*, en los que la cólera hizo que Annibal Caro fuese poeta; y no se podrian oponer chistes más espirituales y buenas razones mejor deducidas. Nobles, damas, cardenales, el duque de Ferrara, se interpusieron como mediadores, pero inútilmente. Los partidarios de Castelvetro decian todo el mal posible de Caro á los principes y á los cardenales: habiendo sido muerto un amigo de este último, imputaron el asesinato á Castelvetro; Caro á su vez fué acusado de haber enviado sicarios contra su antagonista. Es cierto que Caro había escrito estas palabras: *creo sobre todo que me veré obligado á ir por cualquier camino, suceda lo que quiera*. Se pretendió que él mismo había empleado los medios infames de que aun hoy día se valen los satélites del arte para hacer sospechosos á los gobernantes aquellos á quienes censuran, y que había denunciado á Castelvetro á la inquisicion. A esta imputacion había dado cuando menos motivo, tratándolo de «filósofastro impio, enemigo de Dios, que no creía en nada después de la muerte, y diciéndole: os recomiendo á los inquisidores, al esbirro y al diablo.» El hecho es que Castelvetro juzgó prudente refugiarse entre los grisones, y que murió en Chiavenna. Critico agudo y sensato, escribió un *poema de Ariosto*, en el que se encuentra en medio de alabanzas fastidiosas, mucha erudicion, y sutiles muestras de una crítica atrevida que sus comentadores no cesan de aplaudir. Censuró frecuentemente á Virgilio, y encuentra en las obras de Dante mucha pedanteria por servirse de términos científicos y de palabras desagradables é inteligibles: «Cuando los poemas son compuestos principalmente para los hombres sin instruccion.» Acusa á Ariosto de plagiarlo, reprochándole entre los otros defectos faltar á la historia hasta el estremo de inventar á su gusto el nombre de los reyes, y no duda en afirmar que hay en Francia y en España tan grandes escritores como en Italia.

Bien se concibe qué escándalo debía causar entre los pedantes que nunca habian leído estos autores; fué tratado sin ningun miramiento por Varchi, á cuyo entender Dante era superior á Homero. La cuestion no terminó aquí; Bulgarino tomó á su cargo manifestar los efectos de la *Divina Comedia*. Mazzoni se levantó para defenderla; los comentadores de Petrarca se pusieron de su parte á discutir sobre sus palabras y á esprimir cada espresion y cada verso del canto de Laura y á investigar hasta los sentimientos; se trató de si ésta fué un ser real ó alegórico, y en este último caso lo que representaba. Cuando Cresci osó pensar que Laura era casada, el escándalo fué general.

(8) Es raro que se dé la razon á Castelvetro: sin embargo confesaremos que aquella cancion, reputada por una de las más hermosas del Parnaso italiano, si no se cuenta su repugnante adulacion (lo que, segun el dicho de los pedantes, nada tiene que ver con el mérito), nos parece peca gravemente en varias de sus partes. Las Musas que se colocan á la sombra de las lises ofrecen una falsa imagen; no hay mas verdad en esto, que en representar á la Francia como una gran concha entre dos mares y dos montañas. Tambien presenta inconveniencia y mal gusto en su juego de palabras: *Vamos, franceses míos (gali, gallos ó galos) ahora franceses perfectos*. La afectacion de sublimidad tiene algo más chocante todavia.

En tanto que un debate originaba otro, Cárlos Quinto sofocaba la libertad en Italia, y Lutero destruía los fundamentos de Roma.

En medio de este culto apasionado de que las musas eran objeto, Giglio Gregorio Giraldis de Ferrara (1478-1552) proclamó que no tan solamente habia vanidad, sino tambien peligro en el saber (*proginasma*); que la medicina está llena de incertidumbre, que la jurisprudencia es un caos; que no habia más que mentiras y sofismas en la elocuencia y en la dialéctica; que la poesia adulaba el vicio; que los literatos son incapaces de gobernar las ciudades y las familias, y que Roma, que fué grande en tanto que era incivilizada, se corrompió con la cultura. Estas paradojas que sugerian al filósofo de Ginebra su desmesurado orgullo, habian sido inspiradas á Giraldis por sus ataques de gota. Confiesa finalmente que todo esto lo habia escrito para dar un poco de ensanche al ánimo. Por penitencia sin duda fué por lo que compuso la Historia de los dioses, y después la todavia más difícil de los poetas anteriores y presentes.

Gerónimo Muzio de Pádua (1496-1575), dotado de un espíritu universal, fué diplomático y guerrero, literato y teólogo, prosista y poeta, y siempre dispuesto á las cuestiones, publicó el catálogo de las innumerables obras que pudieron «salir de la pluma de un hombre, que desde los veinte y un años de edad hasta los setenta y cuatro, habia servido constantemente, habia trabajado en todas las cortes de la cristiandad y vivido en medio de los ejércitos armados, pasando la mayor parte de su tiempo á caballo, y teniendo que ganarse el pan á costa de grandes fatigas. Escribió un *Arte poetico* muy recomendable por el atrevimiento de sus juicios, donde reprocha á Dante la dureza de sus versos, á Petrarca la molicié de los suyos, á Boccaccio su prosaismo y el tono poético de su prosa. Prefiere las comedias de Ariosto al *Orlando Furioso*; y algunas de sus verdades hubieran merecido elogio si no fuesen resultado de la mania de buscar cuestiones, mania de que no se vió libre mientras vivió. Combatió á Amaseo, que pretendia relegar á las plazuelas el uso de la lengua italiana; pero no la creia tomada de una sola ciudad ó provincia, sino de todas las ciudades de Italia: «una ensalada dice de diferentes yerbas y flores.»

Hablaremos en otra parte de los historiadores, que fueron ciertamente los mejores escritores de aquella época, y ahora solamente diremos que no estuvieron exentos de la proligidad comun á ella, y que se entregan á detalles que no vienen á cuento. Sólo el florentino Bernardo Davanzati (1606), con intencion de demostrar que la lengua italiana podria rivalizar con la latina en concision y energia, se dedicó á reproducir con toda brevedad los historiadores más concisos de la antigüedad. Se permitió alguna vez alguna que otra palabra florentina, impropia de la dignidad del narrador,

pero por lo demás ha entendido perfectamente el texto, traduciéndolo con toda naturalidad, y dejando un modelo muy digno á los traductores. Su *Cisma de Inglaterra* es una traduccion, ó más bien un resumen de la obra de Nicolás Sander, en la que la descripcion de la parte política es lánguida y sin color; pero Enrigue VIII está perfectamente juzgado al final.

**Poetas.**—La poesia italiana tomó incremento en tiempo con Lorenzo de Médicis, que la dió una proteccion más razonada que su padre, sosteniéndola con su ejemplo. Con el deseo de imitar á Petrarca, más bien que por pasion, celebró, ayudado de las sutilezas platónicas, á Lucrecia Donati; ensayó con bastante felicidad la poesia pastoral y satírica, y compuso cantos carnalescos para las fiestas que dió en aquella época á sus espensas y bajo su direccion. Celebró en el poema titulado el *Ambar* una de sus casas de recreo. En la *Nencia da Barberino* empleó el dialecto campesino con una naturalidad y una viveza inconcebible para cantar á una bonita aldeana. Espuso en la *Altercacion* muchos pensamientos filosóficos y platónicos, é hizo en los Bebedores (*Beoni*) una sátira de la borrachera. Compuso tambien bajo la inspiracion de su madre, himnos sagrados que se cantaban en las solemnidades religiosas como los hechos por Savonarola (9).

La poesia fué todavia deudora de más á Angel Policiano (1454-1494), que en medio de sus trabajos filosóficos y filológicos, compuso *estancias* cuando las justas de Julian de Médicis. Después de haberlas empezado con objeto de hacer una grande obra, conoció que el héroe no era bastante ilustre para su poema, interrumpiéndolo en el mismo momento en que habia puesto la octava á una altura digna de los grandes poetas épicos que le sucedieron. Su *Orfeo*, que compuso en dos dias en el año de 1483, á instancias del cardenal Francisco de Gonzaga, y que fué representado en Mantua, es el melodrama más antiguo. Los coros serian solamente los que debieron cantarse recitándose el resto de la composicion. La accion es débil pasándose toda en diálogo por el estilo de las *Bucólicas* de Virgilio, autor entonces el más conocido y el más admirado.

Estos ejemplos pusieron los versos á la moda como no lo habian estado nunca, desde los príncipes hasta los mozos de cordel. Siguiendo el ejemplo de Bembo, que habia imitado al Petrarca, nació la inmensa fecundidad de autores de sonetos; todos versificadores sin nombre, y con leer á uno se conocia á todos. Así es, que pocos de ellos han dejado recuerdos en la nacion; y sin embargo, estos

(9) Débese tambien mencion á Feo Belcari, noble florentino (1484), que hizo muchos himnos en latin y se ocupó siempre de asuntos religiosos, mostrando sencillez en una época en que se usaba el estilo embrollado y lleno de giros y voces latinas.

imitadores fueron á su vez imitados por los españoles y por Milton (10). No faltaron los censores y burlones á aquella poesía alambicada, entre otros Gerónimo Muzio y Lasca. El veneciano Antonio Broccardo no cesaba de incomodar á Bembo; Nicolás Franco imputaba á Petrarca las miserias de los que seguían sus huellas; Hortensio Landi decía que lo mejor que había en sus libros, era el papel blanco; Doni se burlaba de toda aquella farsa poética de cabellos de oro, pecho de marfil y garganta de alabastro. No le faltaba razón; y si se quemasen todas las producciones líricas del siglo xv, la gloria de Italia ganaría mucho sin que la literatura perdiese nada.

Si sin embargo nos vemos precisados á elegir entre aquellos versificadores apasionados, citaremos á Francisco Maria Molza de Módena, que cantó sus variados amorillos, que le afligieron á menudo, y por último le consumieron de sífilis. Los doctos aspiraron á llamarse amigos suyos; fué bueno en muchos géneros de literatura, aunque grande en ninguno: decía que la perfección del arte era imitar bien. Casa dió al soneto la fuerza de que carecían los de Bembo, y cortando el verso, aumentó su variedad y majestad. Bernardino Rota consagró sus sonetos á su dama antes de casarse con ella, y después de haberla perdido. Francisco Beccuti, llamado el Coppetta, supo evitar la dureza de la versificación común á los demás. Angel de Costanzo reducía los sonetos á silogismos, y glorificábase de ello, y los demás le alababan. En un siglo tan fecundo en acontecimientos artísticos, el sentimiento poético había desaparecido, ó apenas existía en un pequeño número de personas. Llama á su dama un dulce mal (*dolce male*); pero no quiere acercarse á ella por temor de verse curado por el poder de su vista. Ruega á su pluma derrame en su derredor el pesar, y sin embargo quiere que su dolor tenga por cuna y sepulcro las paredes de la casa. Si hubiese escrito menos sobre el amor, hubiera sido mejor poeta. El asunto disminuye á veces el talento, y es raro que éste ennoblezca un asunto indigno» (TOMASEO). Los sonetos de Baldi sobre la ruina de Roma tienen más fuerza. Monseñor Juan Guicidiccioni de Luca, empleado en la corte de Roma y otras embajadas, hizo oír algunos de aquellos acentos á los cuales responde la simpatía nacional. La oda de Celio Magno sobre la divinidad es una de las últimas y de las mejores producciones de la época.

En medio de aquel entusiasmo, á despecho de

(10) Gabriel Rossetti emprendió demostrar que bajo estas inepcias amorosas se ocultaba una misteriosa doctrina en oposición á la de Roma, con el pensamiento de una regeneración moral y política. Este sistema, desarrollado con gran erudición y paciencia, puede seducir á primera vista, pero no produce convicción. Véase *Il mistero dell'amor platónico, nel medio evo derivato da misteri antichi*. Londres, 1840 y siguientes, cinco tomos.

las personas amorosas que deploran continuamente la crueldad de sus hermosas en un siglo de los más corrompidos, ¿había que esperar algún vigor? Si se admira en aquellas producciones el arte del estilo, es por las dificultades que han tenido que vencer y la espresión armónica de los pensamientos de estremada necedad. Un gusto muy correcto y la justa medida de ideas dominan entre aquella frivolidad característica; pero precisamente porque la energía falta á aquellos versificadores, es por lo que incurren en el género descriptivo, habilidad de los semipoetas y aun así se muestran amancebados.

**Didácticos.**—La didáctica y la pastoral, este género de la decadencia griega, fueron entonces muy cultivadas. Alamanni y Gerónimo Rucellai cantaron los trabajos de los campos y las abejas, mostrando amor á la naturaleza, apasionándose de los sencillos cuidados de los pastores y agricultores, como testimonios de un corazón bueno. La cansada monotonía del primero (11), la prosaica languidez del otro (12) no impidieron que se dieran como modelo para el verso suelto: tan grande era la facilidad con que el siglo adjudicaba palmas. Erasmo de Valvasone, nacido en el Friul, escribió sobre la caza (1591), é hizo además la *Angelida*, poema sobre la caída de los ángeles, del cual Milton tomó algunos versos, y principalmente la desgraciada idea del cañon empleada por primera vez por los demonios para combatir al Eterno. Bernardino Baldi de Urbino, versado en el conocimiento de las lenguas y en las matemáticas (13), que llegó á ser abad ordinario de Guastalla, cuya historia emprendió escribir, hizo varias

(11) Basta leer los doce primeros versos. Sin embargo, se han atrevido á decir que tienen un encanto y perfección tal, que puede sin desdecir, rivalizar con las *Geórgicas*. ¿Pero de qué no son capaces los pedantes?

(12) *Io già mi posi a far di questi insetti.*  
*Incision per molti membri loro,*  
*Che chiama anatomia la lingua greca;*  
*E parrebbe impossibil s'io narrassi*  
*Alcuni lor membretti come stanno,*  
*Che son quasi invisibili á nostri ochi.*  
 Un día la incisión de muchos miembros  
 De estos insectos á efectuar me puse,  
 Que es lo que en griego anatomía llaman:  
 Y si contase cómo están algunos,  
 Casi invisibles á la vista nuestra  
 Imposible al lector parecería.

Citamos estos versos porque son tal vez la primera señal de observaciones entomológicas. Por lo demás, el autor, sin ocuparse de los descubrimientos modernos, adopta las antiguas preocupaciones sobre la generación de las abejas.

(13) En su obra *Delle machine semoventi*, pág. 8, habla de un Bartolomé Campi de Pésaro; «que se atrevió á sacar del fondo del mar, la desmesurada masa del galeón de Venecia; y aunque no lo consiguió, se manifestó no obstante el juicioso inventor de las máquinas aptas por su naturaleza para levantar un gran peso.» El invento de que tanto se glorian los ingleses, es, pues, de origen italiano

versiones del griego y compuso por pasatiempo las églogas de los pescadores, así como también el poema de la *Náutica*, que es difuso y con frecuencia prosaico.

Sannazar (1458-1530) hizo una novela pastoril en armoniosa prosa mezclada de versos, como se usaba entre los portugueses; pero no supo evitar en esta prosa bastarda los latinismos que prodiga enseguida en los versos, para acomodarse más fácilmente á la traba impuesta de terminar con los esdrújulos. Como se había contentado con estudiar á Teócrito, que jamás había estudiado la naturaleza, se trasportó á un campo todo ideal en medio de pastores de ingenio culto y de sentimiento refinado. Algunas de sus pinturas tienen, sin embargo, vivacidad, y se encuentran en él de vez en cuando afectos verdaderos. Además *hizo dejar á las Musas los montes é ir habitar en las arenas*, inventados las églogas piscatorias aun más artificiosas que las pastoriles, no obstante deber inspirarle las playas de la Mergelina, las más hermosas que dora el sol.

A imitación de Orfeo se escribieron una multitud de dramas campestres, que mirados como una innovación, eran por lo tanto reprobados por los puristas. Tales fueron el *Sacrificio*, de Agustín Beccari, representado en Ferrara en 1554 á costa de los estudiantes de aquella ciudad, y el *Infortunado*, de Agustín Argenti, con música de Agustín Viola, pieza que tiene bellísimas escenas. Torcuato Tasso, que asistía á la representación, escitado por los aplausos que se daban al autor, resolvió rivalizar con él, y para ello compuso la *Aminta*, que representada en 1573, oscureció á cuantas la habían precedido. Las flores poéticas están prodigadas en ella con abundancia; más aquella pulida unidad, aquel lenguaje elegante puesto tanto en boca de todos los personajes como en la del sátiro, modera en los amantes de la verdad la admiración que esta composición tan meditada escita en los que se apasionan por lo bello.

El *Pastor Fido* (pastor fiel) fué representado en Turín en 1585. Su autor Juan Guarini ignoró la gran ciencia del drama, que consiste en tener siempre despierta la curiosidad y por eso se le ve debilitar en seis mil versos la acción, que retardan diálogos lentos, vanas reflexiones y lugares comunes. No sabe tampoco enlazar las escenas; sin embargo, la frecuente animación, el conjunto de la fábula (tomada de la aventura de Coreso y Calíroo de Pausanias), la maestría del estilo, la pintura del amor que arranca lágrimas, le han valido general aplauso, lo cual no quita que sea injusto colocarlo al nivel del *Aminta*, pues á los mismos defectos, al mayor refinamiento de los pastores convertidos en palaciegos, á las argucias más alambicadas, une la imitación evidente de Tasso, el cual decía que Guarini no hubiera puesto el punto tan alto si no hubiese leído su obra. En medio del prurito universal de escribir y de contar, un enjambre de poetas se dedicaron también á este género; y al

fin del siglo XVII se contaban doscientos poemas pastoriles. Una naturaleza adornada con todas las bellezas se desplegaba á su vista: podían observar la vida pastoril tan variada desde las cabañas de los Alpes hasta los valles de Sonnino, y desde las llanuras abasadoras de Sicilia, divididas por los vallados de pitas hasta á aquellas de Roma sembradas poéticamente de ruinas, mas no era preciso para inspirarse que se trasportasen á las cortes de Tolomeo ó de Augusto, y que hiciesen resonar las flautas pastoriles de Teócrito y de Virgilio (14).

**Satíricos.**—Algunos poetas, menospreciando las espléndidas miserias de aquel siglo, se dedicaron á la sátira que los *Bebedores* y los cantos de carnaval habían puesto ya en moda. Las sátiras de Ariosto hubieran sido llamadas mejor epístolas; y en ellas se encuentran los rasgos finos de un hombre de corazón deseoso de descanso; pero que se contentaba con goces apacibles, que se entregaba á la impaciencia, mas no al furor, que siempre era espiritual, y muchas veces violento, mas sin dejarse arrebatar, y que habla con frecuencia de sí mismo á la manera de Horacio, pintándose como un epicúreo honrado. Fogoso declamador y lleno de odio Luis Alamanni, desterrado como estaba en su patria, desahogó en sátiras la bilis del proscripito, pasando revista sin consideración á los diferentes gobiernos de Europa. Bentivoglio sigue mejor marcha, conservando el justo medio entre lo jocoso y lo serio. Lasca celebra la locura, reprobando el fastidioso cansancio del pensamiento.

Los satíricos atacan á menudo la vida espléndida de los clérigos y de los prelados, y la molición de los monges. Juan Mauro, después de haber cantado el alegre paraíso que se adquiere con las manos cruzadas, escribió la historia de la mentira, la que nacida en Grecia, pasó á Sicilia, de allí á Nápoles, y después á Roma, donde aun no ha sido destronada, y donde se encuentra siempre el medio más fácil para llegar á los honores, después de haber vendido castañas por las calles. Federico Molza ensalza al escomulgado, en atención á que no tiene ya nada que ver con Roma.

Estos poetas no hacen más que chancearse; pero Gabriel Simeoni y Pedro Nelli adoptaron un tono severo y duro. Antonio Vinciguerra, poeta media-

(14) De una fábula escénica particular, obra de Aurelio Vergerio, dice Muzio en su *Arte poética* lo que sigue:

Con una sola fábula dos noches  
Tuvo el espectador entretenido  
Vergerio; se encerraban en diez actos  
Allí de dos jornadas los sucesos;  
Y al primer acto quinto, conmovidos  
Los corazones, la atención despierta,  
La diversion escénica acababa.  
Arrebatado de placer el pueblo  
Ansiaba ver en el segundo día  
Encenderse las luces del teatro,  
En torno los aplausos resonaban,  
Y del fin deseosos los oyentes  
Que levantasen el telon pedían.

no, ataca á los siete pecados capitales, ruina de la Italia, y á Roma, causa de la depravacion de la Iglesia. Es de admirar que dos géneros tan opuestos como el pastoril y la sátira hayan sido cultivados entonces con igual ardor; pero el primer declinó siempre, y la cólera sostuvo la vida del otro.

**Burlescos.**—Sin embargo, el siglo se mostraba más inclinado á reír que á satirizar (15), pues á porfía se ejercitaban en la poesia burlesca. Francisco Berni de Lamporecchio, que le dió nombre, no podemos decir por qué estaba al servicio del cardenal Bibiena, que nunca le hizo *mal ni bien*, pasó después al del datario Ghiberti, que le envió á *dar finiquitos y ser veedor de una abadía*, hasta el momento en que se retiró á Florencia para vivir de una canongía. Él se pinta como un alegre compañero para quien la suprema felicidad consiste en no hacer nada (16), siempre enamorado y discretamente libertino. Se cuenta que habiéndole propuesto el duque Alejandro de Médicis que envenenase al cardenal Hipólito, le quitó la vida porque se negó á ello.

Esta pereza que amaba tanto, se deja conocer en su manera de componer, donde se deja llevar del natural que le da la ventaja de espresarse en su lengua materna sin contar una buena dosis de libertinaje y de mal tono, con cierto valor tímido. Mas cuando se le lee por reír, no se encuentra más gracia en él que en los demás autores contemporáneos, atendido á que su mérito consiste menos en las agudezas que en la espresion. Su misma dejadez hizo que en vez de trabajar en componer un poema nuevo, se ocupase en refundir el *Orlando enamorado* de Boyardo. La sencillez del original no le agradaba; y por eso substituyó á la palabra propia la espresion general, como cuando se cubrían con pámpanos las columnas de mármol; reemplazó la independencia de una naturaleza rica y animada por el decoro debido á una socie-

dad más escogida y menos espontánea; efectivamente, sin crear nada hizo olvidar á su predecesor.

La division en capítulos fueron la forma adoptada generalmente por los escritores burlescos para las jocosidades. ¡Era excelente la eleccion del momento para reirse! Podemos sin embargo, citar varios centenares de nombres; pero nos limitaremos á recordar el de César Caporali, de Perusa, autor de una *vida de Mecenas* que sirvió después de modelo á Passeroni.

Como si el idioma nacional no hubiera bastado para las burlas, se inventó el lenguaje pedantesco y macarrónico. Debióse el primer á Camilo Scrofa de Vicenza y el otro al mantuano Teófilo Foglengo, que compuso en latin bastardo no sólo epigramas y eglogas, sino hasta poemas completos. El fondo de estas obras consiste en bufonadas inagotables, con mucho sentimiento de la armonia y nada más; pinta orgias y escenas groseras, donde sus héroes desplagan una voracidad épica. Rabelais le cita con frecuencia, y le copia aún más veces, pero proponiéndose al menos algun objeto bueno ó malo, lo cual á su modelo no se le ocurrió nunca.

**Epicos.**—Al mismo tiempo otros escritores elevaban la poesia hasta la epopeya; pero estaban demasiado adelantados los tiempos para producir la verdadera, la que resume en un personaje ó en una empresa los rasgos característicos de un pueblo, de una época ó de una civilizacion. Nunca esta elevada idea, que ya se habia realizado por Dante, se ocurrió que sepamos á sus sucesores. Tampoco se dedicaron á la pura belleza de Virgilio, y nunca pensaron en crear uno de sus poemas, cuyo precio consiste en la esquisita elegancia de la forma y en una perfecta regularidad. Con respecto á los nobles sentimientos de amor á la patria, las severas lecciones de la religion, los misterios de la vida interior, ¡la frivolidad que dominaba entonces les hubiera permitido entregarse á ellos? De los dos elementos de la epopeya, la tradicion y la imaginacion, los italianos abandonaron uno, creyendo suplir á él con alegorias como lo hizo Boyardo; el Ariosto tuvo tambien el buen sentido de renunciar á este frio recurso, escepto en algunos episodios, como las Aventuras de Roger con Alcina.

La poesia caballeresca no es indígena de Italia: no ha producido nada original, ni que propiamente pertenezca á la época en que florecia en otras partes. Procedió de fuera cuando la política de las pequeñas cortes estuvo más distante que nunca de aquel espíritu generoso y dirigida esclusivamente hácia lo positivo. La invencion de los poemas se sacó, pues, de los libros de caballeria; y la lisonja que era otra peste del siglo, mezclándose á ellos, hizo se buscasen las primeras genealogias en los tiempos fabulosos, para hacerlas remontar á los paladines de Carlomagno, y hasta los héroes de Troya. Pero no hubo uno entre tantos escritores

(15) L. De Dionigi Atanagi dijo en su dedicatoria de *Lettere facete e piacevoli di diversi grandi homini et chiarí ingeni*, Venecia, 1565: «Los estóicos y los Catones son muy raros en nuestros dias. Al contrario, si alguna edad amó jamás la risa parece haber sido en verdad ésta, ya porque el número de las molestias se ha aumentado, ya porque la naturaleza se ha hecho más sensible, ó por cualquier otro motivo.»

(16) *Viveva allegramente,*  
*Né mai troppo pensoso e tristo stava...*  
*Era faceto, e capitoli a mente*  
*D'orinali e d'anguille recitava...*  
*Onde il suo sonno bene era il giacere*  
*Nudo, lungo, distesso; e il suo diletto*  
*Era non far mai nulla e starsi a letto.*  
 Vivía alegre y nunca estaba  
 Pensativo ni triste... De memoria  
 Y con risas sin fin, más de una historia  
 De orinales y anguilas recitaba...  
 Su bien supremo era  
 Yacer horizontal en blando lecho  
 Libre de afanes y congoja el pecho.

que comprendiese la vida caballeresca; se detuvieron en las simples esteroidades, en su corteza, limitándose á tomar algunos nombres de la historia de la tradicion, y uniendo á ellos proezas estravagantes y un sobrenatural toscó. Añádase á esto que habiendo empezado á reirse de estas invenciones los primeros que habian tratado de este asunto, los poetas más hábiles que les siguieron hicieron lo mismo, al paso que los que quisieron tratar la materia con tono sério se helaron, y fueron olvidados antes de haber vivido.

**Pulci, 1422-87.**—Sin ser inspirado ni por el culto á la mujer, ni por el entusiasmo del valor, Luis Pulci cantó las hazañas, ó por mejor decir, las inauditas proezas de los héroes que no tenian más mérito que su fuerza, corazones de dragones y miembros de gigantes, no pensando en escitar el interés ni cuidándose de la fe que mereciesen aquellas hazañas. A medida que componia, leia sus cantos en la corte de los Médicis, lo que induciria á esperar que hubiese en ellos delicadeza en las ideas y en la espresion. Pero, por el contrario, no tiende más que á la sagacidad y á lo jocoso, á lo que sacrifica el arte y el sentimiento. A veces se pregunta uno si se burla, ó si habla sériamente; y al fin no se sabe qué es lo que se ha propuesto con aquellas invenciones incoherentes, aquel delirio de imaginacion que le hace ridiculizar las hazañas, y el modo de cantarlas, pasando á saltos de lo patético á lo bufon, y haciendo, con desprecio del gusto y de las conveniencias, una amalgama de ciencias llenas de locura. Hace entablar á rindos diablos interminables discusiones sobre lo más abstruso que tienen la teologia y la filosofia, y trata las cosas más sagradas con un desprecio chocarrero que provocaba la risa cuando merecia la indignacion. No se podria soportar la locura de este poema sin la sencillez del lenguaje que el autor debia al suelo natal, y que no se alteró con el estudio.

**Boyardo, 1434-94.**—Esto fué, por el contrario, lo que faltó á Mateo Boyardo, conde de Scandiano (17), que además de haber compuesto poesias líricas de pensamientos y giros peregrinos, escribió el *Orlando enamorado* en 89 cantos que debian llegar á ciento. La fama que alcanzó esta obra se evidencia por las muchas refundiciones y continuaciones que se hicieron de ella hasta en su tiempo, y no se crea que la refundicion de Berni, con su desden espresado elegantemente, haya hecho olvidar el original, ni que éste se hallase desprovisto de belleza y en particular de fuerza (18). Notable por el órden y por la

imaginacion, inventa Boyardo mucho más que el Ariosto, que tomó de él sus mejores fábulas para conducir las felizmente á su fin, dándoles el encanto del estilo, sin el cual las obras de imaginacion no pueden esperar inmortalidad. Se complació en colocar las escenas de su poema en diferentes lugares de su feudo, y en dar á sus héroes los nombres de varios paisanos; de esta manera es cómo los Rodomonte y los Mandricardo del pais fueron llamados á vivir eternamente al lado de los hombres que habian sufrido ó hecho sufrir realmente.

**Ariosto, 1474-1535.**—Ludovico Ariosto, nacido en Reggio, tuvo una vida oscura y enteramente prosaica con cortos empleos, en pequeñas embajadas, en medio de aquellas cortes enojosas; y tal vez su talento perdió allí mucho de su vigor, al paso que puesto á prueba por las contradicciones y el infortunio, hubiera podido emprender un vuelo más elevado. No hay quien la iguale en el atrevimiento de la espresion, en la estructura de los versos, la abundancia de la frase, la claridad de las

Rime leggiadre e be versi d'amore,  
*Spirami ajuto* alla storia presente.  
 Tu sola al cantar mio facesti onore  
 Quando di te parlai primariamente:  
 Perchè á qualunque *che* di tu ragiona,  
 Amor la voce e l' intelletto dona  
 Amor prima trovó le rime e i versi,  
 I suoni, i canti et ogni melodia  
 E genti estrane e popoli dispersi  
 Congiunse amore in dolce compagnia,  
 Il diletto e il piacer sarien sommersi  
 Dove amor non avesse signoria:  
 Odio crudele e dispietata guerra,  
 S'amor non fosse, avrian tutta la terra.

(Luz de mis ojos, espíritu del corazón, á quien solia cantar dulcemente gracias rimas y versos amorosos, concédeme tu ayuda para narrar la presente historia. Tu sola honraste mi canto, cuando hablé de tí la vez primera; pues á todo el que se ocupa en tu elogio, da Amor la voz y el entendimiento,

Amor halló las rimas y los versos, los sonidos, los cantos y toda clase de melodia, y unió en dulce compañía á personas estrañas y pueblos diversos. El deleite y el placer no existen donde Amor no domina; si no fuese el amor, el cruel odio y la guerra despiadada reinaria en toda la tierra.)

Y el preliminar del canto IV, lib. 2:

Stella d'amor che il terzo ciel governi,  
 E tu, quinto splendor si rubicondo,  
 Che girando in due anni i cerchi eterni,  
 D'ogni pigrizia fai digiuno il mondo,  
 Venga da corpi vostri alti e superni  
 Grazia e virtude al mio cantar giocondo;  
 Si che l'influso vostro ora mi vaglia,  
 Poi ch'io canto d'amore e di bataglia.

(Estrella de amor, que gobiernas el tercer cielo; y tú, quinto esplendor rubicondo, que dando vuelta en dos años á los círculos eternos, destierras del mundo la pereza; enviad desde vuestros cuerpos altos y supremos, gracia y vigor á mi alegre canto; de suerte que vuestro influjo me valga ahora que acabo de celebrar el amor y los combates).

(17) Hay algunos que pretenden que la crónica imperial de Riccobaldo, inserta por Muratori en los *Rer. It. Script.* IX, ha sido supuesta por Boyarddo.

(18) Algunas octavas no las rechazaria Ariosto.  
 Luce degli occhi miei, spito del core  
 Per chi cantar soleva si dolcemente

imágenes, la limpieza constante del estilo, y al mismo tiempo en el espíritu lleno de delicadeza que sabe mirar siempre las cosas por el lado risueño. Si hubiese dirigido hacia un noble objeto aquella práctica del arte, aquel conocimiento superior de los clásicos, aquel buen sentido tan lleno de sagacidad, la Italia hubiera tenido un grande hombre, mas al paso que no ha tenido en él más que á un gran poeta.

No se propuso, ningun objeto. Un tal Agustín continuó á Boyardo, pero con desgracia: Ariosto escribió sobre el mismo asunto algunos cantos, para leerlos en un círculo de amigos; los elogios que éste ensayo le atrajo revelaron su talento, y le hicieron conocer de los demás; prosiguió su obra, y resultó un poema, pero todo fué tomado de sus predecesores, hasta los pasajes rápidos y duros (19). Es suyo propio el desenlace de algunas aventuras, y más que todo el estilo sencillo y trasparente, del que Galileo decía que habia aprendido á dar gracia y claridad á sus escritos filosóficos.

La epopeya debe ser sobre un asunto que importe á toda la humanidad, ó al menos á una nacion. Ahora bien, ¿cuál es el del largo poema de Ariosto? Tres hechos principales y diferentes se encuentran desde luego en él; Carlomagno, sitiado en Paris, la locura de Orlando, y los amores de Bradamante y Roger. Pero el primero es más bien un fondo destinado para hacer resaltar las figuras del cuadro. El segundo es un episodio que comienza cuando el poema está ya adelantado, y concluye antes que él. Permanece como asunto principal el amor de los dos últimos personajes inventado para glorificar la genealogia de los príncipes de Este, con el objeto de representar á esta pareja como el tronco de su raza. El asunto es, pues, la adulacion; adulacion sin dignidad para con príncipes sin mérito, adulacion que llega hasta inventar los Enriques, Azzos y Hugos, que no han existido nunca más que en la imaginacion de algun genealogista.

Excepto el nombre de Carlomagno, todo es falso en el poema. El mismo Carlos no fué emperador antes de haber bajado á Italia (20). Paris no era entonces una ciudad importante: nunca fué sitiada por los moros; los moros no eran dueños de Jerusalem (XV, 99); el reino de Hungria no estaba aun fundado (II, de los V, 128). No sólo estos reyes moros son repudiados por la historia, sino teniendo el emperador griego y su hijo Leon por enseña el águila de oro con dos cabezas (XLV, 69) y peleando por recobrar á Belgrado de los búlgaros (XLIV), no son más que personajes imaginarios

¿Qué figura más épica que la de Carlomagno? Pero se asemeja en el Ariosto, á uno de aquellos vástagos degenerados de las antiguas razas, sin carácter, complaciéndose en rodearse con el brillo de una voluptuosa corte, y en servirse, sin hacer él nada, del valor de sus héroes casi independientes de él. Uno astuto le engaña groseramente, un guerrero valeroso le insulta y queda impune; abandona su espada y su cetro á quien quiera apoderarse de estos objetos, da órdenes que no se obedecen, encuentra la discordia entre los paladines, y no sabe restablecer la paz entre ellos. Por su parte, en lugar de acudir cuando los llama, se divierten en resolver sus querellas particulares; en fin, no consigue el emperador recobrar su poder comprometido, sino sacrificando su dignidad. Cuando varios doctos personajes brillaban en la corte de Carlomagno, Ariosto no sabe mencionar más que un Alfeo dormido en el campo sin saberse por qué (XVIII, 174). Si quiere imitar el Niso y la Euriale de Virgilio, los traslada á los bárbaros, avasallados á amos absolutos, tales como describe á los moros: resulta de esto que la amistad de Cloridan y Medor no están menos fuera de lugar que la libertad con que las mujeres de Oriente, Angélica y Marfisa, andan errantes á traves de los campos.

¿Se dirá que hubiera podido saber todo esto? En este caso es mayor su culpa, pues viviendo en el centro de las luces, y con tal poder de imaginacion, no pensó más que en reirse de su asunto, de los lectores y de sí mismo. Es aun más de admirar que en medio de todo el esplendor de las bellas artes y de las ciencias, se extravíase enteramente hablando de las unas, y mostrarse que ignoraba del todo las demás, tanto en la teoria como en la práctica. Así es que sus palacios son la más estraña monstruosidad que se puede ver (XLII, 75); las pinturas representan acciones sucesivas (XXXIII, 21; XXVI, 33). Describe una fuente *bella y bien entendida*, hecha en forma de pabellon octógono, cubierta de un cielo de oro *coloreado* de esmalte, y sostenida por el brazo izquierdo de ocho estatuas, de las cuales cada una tiene en su mano derecha un cuerno de Amaltea derramando agua: se encuentran además pilastras en forma de mujeres que apoyan cada una el pié en los hombros de dos estatuas, con la boca abierta, y que tienen en su mano grandes escritos. Al conducir á Astolfo á su viaje á la Luna, se equivoca en las nociones elementales de la cosmogonia (XXXIV). Cree que este astro es igual en tamaño á la tierra, ó solo un poco menor; lo representa con luz propia, porque dice que costaba trabajo distinguir desde allí la tierra, en atencion á que no tiene luz. Otros viajeros, «dejando tras sí á Tolemaida, Berenice y toda el Africa, después el Egipto, la Arabia Desierta y la Arabia Feliz, seguian su camino por el mar Eritreo (I, de los V, 89).

Pudiera alguno decir que el Ariosto comenzó antes que Cervantes á desacreditar la caballeria;

(19) Sus primeros versos son de Dante; los últimos están traducidos de Virgilio.

(20) En el cap. III, 25, predice Melisa que nacerá de Roger un hijo que ayudará á Carlomagno contra los longobardos.

pero aun se veían en su época hechos serios, como los desafíos de Carlos Quinto y Francisco I, y el torneo en que fué muerto Enrique II. De ella se ríe en un canto, y la trata seriamente en otro. A veces os harta de sangre derramada por sus héroes, y describe con energía la matanza de millares de hombres desarmados. Indígnase uno contra los héroes y hasta contra el poeta, cuando tiene valor para reírse en medio de la carnicería de ochenta y cien mil desgraciados, degollados en un solo día; cuando multitud de cristianos y casi todos los bravos musulmanes, concluyen por recibir la muerte; cuando la matanza es tan continuada, que él mismo parece cansarse y exclama: «¡Por Dios, Señor, cesemos ya de hablar de odio y de cantar la muerte!» (XVII, 8). Todo para comenzar de nuevo á cantar otros odios y otras muertes.

Se encuentra uno, pues, colocado en un mundo perpetuamente falso, en medio de héroes que se dan terribles golpes sin herirse; que andan errantes por las selvas y los montes conservando toda la refinada política de las cortes de la época, en medio de mujeres que hacen alternativamente el amor y la guerra, de magos y ángeles que turban cada uno á su vez el orden de la naturaleza. Muchos héroes perecen en un canto, y se presentan de nuevo en los siguientes á matar. Angélica, causa de tantas pendencias y vicisitudes, desaparece á la mitad del poema. Esta inerte bella vá desde Paris á Cathay, en la China, con tanta tranquilidad como el poeta de Módena á Reggio, cuando hizo por distraccion este camino con babuchas; Reinaldo y Adolfo viajan á través de los espacios del cielo y por medio de la Italia; pero ni uno ni otro tienen nunca nada que ver con las artes, las profesiones, las leyes, con ninguna de las cosas que forman la vida de la humanidad, y de que estaba lleno el siglo XVI.

Sí, sin duda, lleno estaba; y no obstante la desgraciada Italia era hollada por los ejércitos extranjeros; la traicion era el derecho; el manto de san Pedro se encontraba roto; los turcos se adelantaban amenazadores y las costumbres se pervertían cada vez más. ¡Qué digno hubiera sido el canto de un poeta que celebrase las virtudes benéficas, el valor bien empleado, excitando á sacrificarse por la patria, por la religion! Siéntese Ariosto arrastrado por un poderoso genio á la poesia; pero ¿qué númen le inspira? La adulacion. Este patrimonio de los débiles, aunque había afeado los escritos de los griegos en la corte de los Tolomeos, y los de los latinos en la época de la decadencia, aun no se habia mostrado tan prostituido en las obras de los autores insígnies. Virgilio canta los héroes á quienes Roma debió su nacimiento y grandeza, y hace descender de ellos la familia Julia; pero no inventa abuelos al nuevo Augusto, y las alabanzas que le prodiga no son, bien consideradas, más que dirigidas á Roma. Hasta cuando se prosterna ante el ara de Augusto, que le ha restituido su pequeña herencia, le pinta las tristezas de los cam-

pos distribuidos á sus veteranos, así como al guerrero que ha llegado á ser propietario de campiñas cultivadas, y que ha despojado á los poseedores de aquellas suaves posesiones. Horacio celebra á Augusto, pero porque restablece el órden devolviendo la paz á la patria; y no olvida ni la intrépida alma de Régulo, ni la invencible de Caton. Lucano, bajo el mismo Neron, se atreve á alabar las virtudes republicanas.

Pero Ariosto no alaba más que la casa de Este, «simiente fecunda que la Italia y todo el mundo debe honrar; flor, alegría de todo lo mejor que ha visto el cielo en ilustres linajes.» Ahora bien, ¿cuáles eran estos señores de Este? ¿Quiénes eran aquel justo Alfonso, *aquel benévolo Hipólito*, y aquella Lucrecia Borgia á quien hace superior á la misma Lucrecia romana? La historia nos lo dice.

Sólo una vez recuerda que tiene patria para reír á los cristianos que se entregan á sus odios y á asolar á la Italia, en lugar de pensar en rechazar la inundacion amenazadora de los musulmanes. Entonces, como uno de esos miserables que mendigan la alabanza prodigándola, acumula en su último canto, nombres contemporáneos admirados de verse juntos, los más gloriosos con los más oscuros y los más infames. Así es que numerosas quejas se elevaron contra él (21), encontrándose los unos insuficientemente calificados, y los demás confundidos con la multitud ó mal apareados; y como sucede con frecuencia, la prodigalidad de sus elogios no le valieron más que amarguras. Además, hombres como Cristóbal Colon, Américo Vespucio y Cabot, son sin duda del número con que más se honra la Italia; pero Ariosto, al hablar de descubrimientos de nuevos mundos no menciona más que á los portugueses y á los españoles, y de aquí toma ocasión para alabar á Carlos Quinto, el emperador «más sabio y más justo que ha existido desde Augusto y que existirá nunca» (XV, 24).

¡Si siquiera no se burlase más que de los hombres! Pero no se encuentran libres ni las cosas santas. Se ríe del mismo Dios (XIV, 76), poniendo en su boca mandatos pueriles. Cuando el ángel del Altísimo, de quien se hizo un servidor tosco y grosero, se ve vendido y engañado por la Discordia, vuela á su encuentro; y, *cogiéndola por los cabellos*, hace llover sobre ella puñadas y puntapiés; después «le rompe en la cabeza, la espalda y los brazos, un mango de la cruz» (XXVII, 37). El viaje aéreo de Astolfo, á quien san Juan hace ver el Tiempo, las Parcas y otras antigüedades mitológicas, es una impiedad continua: el Evangelista está comparado allí á los historiadores que disfrazan la verdad (XXXV, 28): Dios muestra á Moisés en el Sinaí una yerba «que hace creer en él á todo el que la coma (III de los V, 21). Estos son rasgos dignos del Aretino.

¡Cuán vana es, cuando no es perversa, la mora-

(21) Maquiavelo se quejó de haber sido olvidado.

lidad que se encuentra al frente de los cantos! Ariosto nos enseña tan pronto que el  *fingimiento es con frecuencia vituperado* (IV) como el que  *vencer es cosa siempre digna de alabanza, ya sea por fortuna ó habilidad* (XV). Si invita á las mujeres á no escuchar á sus amantes, que una vez vencedores se alejan de ellas, se contradice al momento para explicar que deben huir de los jóvenes aturridos para elegir hombres de una edad razonable. Da por lo demás estrañas ideas del vicio y de la virtud, y segun él, la única gloria existe en la fuerza guerrera, de esta manera es como ensalza hasta las nubes á Roger y á Marfisa, aun más á Gradasso, á Sacripante y á Rodomonte, cuyas matanzas no tienen siquiera por excusa la idea de la defensa, y éstos le parecen un *trío eternamente digno de brillante fama* (XXVII, 22). El *buen Roger, manantial de virtud*, ama con la inconstante ligereza de un niño. Apenas le liberta Bradamante, con los más grandes esfuerzos, del castillo de Atlante, cuando se arroja en los brazos de Alcina y olvida á la *bella dama á quien tanto quería*. Además, no se separa de la magia como Reinaldo lo hace de Armida escuchando la voz de la razon; sino porque otros encantos le presentan á sus ojos vieja y deforme. Sale, pues, de sus lazos bien y completamente curado; después liberta á Angélica del monstruo que la amenaza, y si no la roba el bien que es el tesoro más precioso de una doncella, no es suya la culpa. ¿Qué mérito hay por su parte en arrojar en un pozo el escudo encantado, cuando conserva las demás armas y la espada, tambien encantadas como las de Orlando, y con las cuales se puede mostrar valiente sin el menor peligro? Todo lo abandona, hasta su dama, para permanecer fiel á Agramante. Después cuando es elegido para el duelo con Reinaldo, que debe decidir la suerte de la guerra, pelea con debilidad, más bien para defenderse que para vencer (XXXVIII): ahora bien, debía ó haberse negado á él, ó portarse con su valor acostumbrado. Su conducta con Leon es hermosa, pero se habia dirigido hacia aquellas comarcas con el designio de arrancarle la corona, y de hacerse digno de esta manera de ser el esposo de la que amaba (XLIV); excelente razon de derribar tronos: por otra parte, ¿cómo el magnánimo Leon se vuelve de repente tan cobarde y envia á otro á pelear en su lugar? Cuando Roger y Bradamante tienen en su poder el detestable Marganor, le defienden contra los que le quieren dar muerte, ¿pero con qué objeto? Porque han *proyectado hacerle morir de angustia, con malos tratamientos y martirios* (XXXVII, 107). Zerbino, *modelo de virtud*, parece dispuesto á ceder á los ruegos de Oderico, que le ha ofendido gravemente, y á perdonarle, reflexionando que *toda excusa se admite fácilmente cuando la falta es un efecto del amor*: se cree que es un acto de virtud digno de aplaudirse, y no es así; Zerbino no da muerte á Oderico con objeto de precisarle á marchar y á viajar por espacio de

un año con Gabrina, persuadido *que es abrir un foso delante de él, en el que no podrá evitar caer sino por una casualidad* (XXIV).

No nos agrada ver á la mujer despojada de sus cualidades naturales, para encontrarla en medio del estruendo de las armas; pero creaciones de esta clase sonrien á la imaginacion de los poetas. ¡No olviden al menos la nobleza de un sexo criado para el amor y la piedad! Por poco buen sentido que tuvieran los duques de Este, debia repugnarles descender de una raza, en la que no sólo los hombres, sino tambien las mujeres, derramaban sangre con ferocidad. Bradamante, por consejo de Melisa, da muerte á Pinabel, lo cual es una venganza inútil; pero admitiendo que sea justo segun la guerra, ¿es de buen caballero degollarle cuando huye, y no se defiende sino con gritos y súplicas? (XXIII, 4). No sólo Bradamante y Marfisa son crueles cuando pelean en honor de su causa, sino que tienen un verdadero placer en hacer correr la sangre: cuando Roger y Reinaldo llegan á las manos por decidir el gran litigio, ellas se mantienen á un lado, trémulas é irritadas al verse detenidas por el tratado, sintiendo no poder cebarse en tantas presas reunidas (XVXIX, 10, 11); y apenas ven rota la tregua, cuando *alegres* se lanzan en medio de la matanza.

Aun no se puede explicar cómo los liricos en general, comenzando por los sicilianos, han pintado el amor con colores castos, con los cuales cubren sus cuadros, al paso que los poetas épicos, como tambien los novelistas, se han creido obligados á incurrir en la obscenidad, hasta tal punto, que el mismo Tasso, alma honrada y pura, no ha evitado en un poema religioso la lubricidad de las pinturas, ni el epicureismo de los consejos. Pero ninguno ha avanzado tanto como Ariosto, cuyos versos están llenos de ambigüedades impúdicas é imágenes licenciosas que se encuentran tambien en sus comedias. Que no se repita que eran los vicios de la época; siempre quedará al autor la culpa de no haberse hecho superior á ellos, y aun cuando se le disimule, la falta será de la obra, que deberá confesarse perversa aun cuando se la proclame hermosa.

Se ha dicho que Ariosto habia comprendido en su poema todos los estados y clases, y sin embargo, en vano se busca la mujer virtuosa, la madre de familia y la amante casta. No se encuentran en él más que Gabrinas y Origilas, caracteres de los más repugnantes que se pueden concebir, ó madres tiránicas, como la de Bradamante, y queridas voluptuosas, entre las que se debe no obstante distinguir la hermosa figura de Isabel, que resiste á la violencia, pero que no sabe negar nada al amor.

No se sabe además por qué Orlando da su nombre al poema; al menos que no sea por competir con el de Boyardo. Da principio con muy bellas quejas, pero en el estilo de un joven adamado; abandona á Carlos cuando tiene más necesidad de

él; sus locuras le convierten en un azote de la Francia; la guerra se concluye victoriosamente sin su ayuda, y no recobra la razón sino para destruir algunos restos que sobreviven, y dar muerte á Agramante, rey que huye sin ejército ni reino, cuando ya ha sido alcanzado por la espada de Brandimarte; por lo demás, no manda en una sola batalla, ni dirige siquiera un ataque, excepto los consejos que da á Astolfo en la expedición de Africa, empresa muy fácil contra un reino sin defensa, y un ejército creado por milagro. Añádase á esto que todo el valor de los paladines no produce nada, sino con prodigios continuos, aliados traídos por ángeles, piedras convertidas en caballos, y hojas cambiadas en barcos, de tal manera, que la victoria de los cristianos se debe al gran número de los milagros y encantamientos.

¿Se ha de alabar en Ariosto el mérito de imaginación? Para esto sería preciso disminuirlo mucho cuando se leyeran los poemas que han precedido al suyo, sobre todo el de Boyardo, donde están urdidas las fábulas que él ha tejido, en verdad admirablemente. Además, Forteguerra ha probado cuán fáciles eran estas invenciones de puro capricho, componiendo, á razón de un canto diario, un poema que no puede igualarse con el de *Orlando*, pero que es tal vez superior á los demás del mismo género. Ariosto trabajó infinitamente mejor que Boyardo, á quien era muy superior en genio; pero precisamente por esta inmensa superioridad es por la que se tiene derecho para ser severo con respecto á él, pasando en silencio la turba vulgar que se presenta después. Ariosto ha descuidado, por un farrago de maravillas, el estudio severo del hombre: no comprende que en toda clase de poesía, el gran arte consiste en asociar la ficción y la verdad, de modo que lo maravilloso esté acorde con lo creíble. Dejaremos á otros el cuidado de alabarle de este desorden, que no tenía nada de nuevo en poemas de aquel género, y que acusa una falta de arte, al mismo tiempo que denota en él mucha inestabilidad, como es el primero en confesarlo (22), no sólo en amor sino en cualquiera otro sentimiento.

Los poemas, como cualquiera otra obra, no son dignos de alabanza, sino en tanto que resulta de ellos un pensamiento útil y grande. Cuando el sentimiento se esparce al acaso, las impresiones diferentes se borran una á otra en su sucesión, y no sobrevive ninguna. Ahora bien, se creería que el Ariosto ha emprendido precisamente la tarea de destruir á diestro y siniestro las impresiones que produce: si acaba de asustaros, os ofrece de repente una escena de amor; si os ha conmovido, os

provoca la risa; si sentís un movimiento de lástima, os presenta al momento un rasgo lascivo.

¿Pero en qué consiste el que ha agradado tan generalmente y dejado una memoria inmortal? (23) Existe la causa en la vivacidad inimitable de la pintura, en la gracia espontánea de la expresión, en el encanto que da tanto valor á la Vida de Cellini, es decir, en la manera de presentar las cosas sin pretensión, mérito raro en los escritores italianos, sin frases ampulosas, y sin reminiscencias clásicas. El *Orlando* es la mejor prueba de que los libros viven por el estilo.

Cada vez que Ariosto trata de usar figuras, aparece falso (24) al paso que es admirable cuando

(23) La primera edición hecha por el autor, es del año 1516; la última de 1532, con muchos cambios y correcciones, especialmente en el estilo, pues Ariosto había estado largo tiempo en Florencia. Otras sesenta se hicieron en el curso del siglo.

(24) El abate Quadrio (*St. e Rag d'ogni poesia*, I, 495) cita muchas metáforas viciosas que se encuentran en el poema de Ariosto: *Abrir el camino con fatigosa llave; amortiguar los ojos*, por matar; *oscurecer con la niebla una cosa serena*, por ocultar una cosa manifiesta; *quitar al hombre la herrumbre y el moho; el olor hace sentir noticias de sí; romper las mallas al corazón de uno; sospecha de agudo y venenoso diente; falsear la coraza*, por atravesarla; *trillar la tierra*, por ser agricultor; *abrirse un sendero con los pechos; brillar el rostro de vergüenza; ser voraz de sus acciones*; por querer ejecutar su voluntad, *una enmienda que lava el corazón; pisotear por el sacudimiento de la cama; desenvainar el estoque de la ira; estar echado á perder y destruido el recuerdo*, por no conservar memoria de una cosa; *caer la vela al furor*, etc. En la página 550 cita los giros prosaicos.

Muratori (*Perfetta Poesia*, lib. II, cap. 6) reprueba los lamentos de Orlando, cuando aun no se había vuelto loco, en el canto XXIII:

Questi che indizio fan del mio tormento  
Sospir non sono, nè i sospir son tali.  
Quelli han tregua talora; io mai non sento  
Che 'l fatto mio men la sua pena esali.  
Amor che m'arde il cor fa questo vento  
Mentre dibate intorno al foco l'ali.  
Amor con che miracolo lo fai  
Che in foco il tenghi e nol consumi mai?...  
Queste non son più lagrime, che fuore  
Stillo dagli occhi con si larga vena.  
Non suppliron le lagrime al dolore;  
Finir che a mezzo era il dolore appena.  
Dal foco spinto ora il vitale umore  
Fugge per quella via che agli occhi mena;  
Ed è quel che si versa e trarrà insieme  
Il dolore e la vita all'ore estreme.

(Estos, que indican mi tormento, no son suspiros, ni los suspiros se les parecen; pues tienen alguna tregua, al paso que mi pecho no deja nunca de exhalar su dolor. El amor que me abraza hace este aire, mientras agita las alas en torno del fuego, Amor ¿qué milagro es este, pues lo mantienes inflamado, sin consumirlo jamás?..

No son lágrimas las que brotan con abundancia de mis ojos, las lágrimas no bastaron á mi dolor; concluyéndose

(22) *Hoc olim ingenio vitales hausimus auras.  
Multa cito ut placeant, displicitura brevi.  
Non in amore modo mens hæc, sed in omnibus impar  
Ipsa sibi, longa non retinenda mora.*

Carmina, I, II.

procede sin metáforas y con toda sencillez. Se complace en los detalles, que son la vida de un relato, y los elige con mucho arte. Conoce el corazón humano aunque falsea y exagera el lenguaje de la pasión, hace pasar al ánimo de sorpresa en sorpresa, antes que la reflexión haya tenido tiempo de señalar la inconveniencia y el error. Añádase á esto una pintura tan viva y tan variada, que convierten su poema en una mina inagotable de cuadros y el placer que se experimenta en entretenerse casi familiarmente con uno de los mejores talentos de Italia, y hasta del mundo. Esto es lo que hacia decir á un hombre de buen sentido, que no se debía permitir leer el Ariosto más que á aquellos que hubiesen hecho una buena acción por su patria.

Y como es un alivio de la triste realidad el entregarse de tiempo en tiempo á los sueños, algunas veces me he puesto á pensar qué hubiera sucedido si todos los libros de la antigüedad que tratan de guerras y conquistas hubiesen perecido, salvándose sólo los que tratan de artes, ciencias y filosofía. Una fuerza feroz con el nombre de derechos habria dominado aun, herencia de culpas primitivas; pero las personas doctas, al renovarse los estudios clásicos, se hubieran sentido inclinados á estudiar el derecho, el bien del pueblo, la verdad, antes que lisonjear á los guerreros con comparaciones soberbias, y prodigar sus alabanzas sólo á héroes combatientes. Nadie duda, ni los mismos que se rien de tal sueño, que esto hubiera sido lo mejor; adelante, pues; propongámonos, segun nuestras fuerzas, un objeto parecido, y tratemos de acreditar en las obras literarias la verdadera virtud con daño de la falsa.

No se diga *¿qué puedo yo hacer? Estoy solo.* El poder de los escritores es grande, incalculable: ¡ay del que lo desconoce, y más desgraciado aun el que de él abusa! El hombre que se dedica á las tareas del ingenio, debe temblar ante las consecuencias de su palabra. Los *Bandidos*, de Schiller, arrastraron algunos á la senda del crimen descrito con tan bellos colores; el gemido de más de un suicida hirió el oído, si no el corazón del autor de Werther; y ¡de cuánto luto, de cuánta infamia es deudora la Italia á los libros de Maquiavelo! Asimismo la patria puede quizá echar en cara más culpas de las que imagina á Ariosto que transtorna las ideas de virtud, que diviniza la fuerza, que hace delirar al raciocinio, que hermosea el vicio y excusa los deleites sensuales.

No se nos conteste que tomamos por lo sério un poema festivo; pues en eso cabalmente está la culpa; son chistes parecidos al de uno que por diversion hiciese reventar una bomba en medio de sus amigos; y nosotros queremos ser severos con los

grandes escritores, no tanto por censurarles, cuanto por prevenir á la juventud, que esperamos ha de comprendernos, y á quien elegimos por juez igualmente austero, de nosotros y de nuestros contemporáneos.

No acostumbro pedir perdon de la verdad; sin embargo, debo decir, que hace algunos años creí conveniente advertir en voz alta á los padres y maestros el daño que causaban á la juventud poniendo en sus manos este escritor, que en Italia es el más peligroso, por lo mismo que abunda más que en ninguno en bellezas. Inmediatamente estalló contra mí la furia de los pedantes de todas edades, y hubo quien, en nombre de Italia me desafiase á desdecirme ó á probar la injuria irrogada al gran poeta. ¡Miserables! Inclinaos ante el ídolo de lo bello, adornad de juguetes los sueños y las orgias de vuestra patria. Nosotros vemos en las letras una vocacion, un sacerdocio; necesitamos, debemos amonestar á la juventud, induciéndola á evitar lo bello cuando no va unido á lo bueno.

Si nos hemos mostrado más que severos con respecto al gran poeta, se concibe el caso que podemos hacer de sus imitadores, que desprovistos de aquella fuerza de carácter que hace perdonar á aquél, pretenden justificar con su ejemplo sus bajas lisonjas y su licencia.

**Alamanni, 1495-1556.**—Luis Alamanni formaba parte de aquella sociedad de jóvenes florentinos que se reunian en los jardines de Bernardo Rucellai, como Martelli, Vettori, Maquiavelo, para hablar de literatura, filosofía y política. Habiendo sido preso por usar armas prohibidas, se le condenó á una pena pecuniaria: fué tal el despecho que concibió, que entró en una conjuracion que se descubrió y tuvo que huir á Francia, donde encontró más benevolencia que en su patria (25). Volvió á ella en 1527, después de la espulsion de los Médicis, pero su conducta versátil le hizo tambien sospechoso á los republicanos. Compuso multitud de poemas caballerescos, por sólo el gusto de satisfacer al rey Enrique II. Su *Giron el Cortés* es una traduccion en verso de una novela francesa. La *Avarchida* contiene la relacion del sitio de Bourges (*Avaricum*), en el cual convierte á Arturo, á Lanzarote y á Tristan en Agamemnon, Aquiles y Ajax; de tal manera, que la sátira de la obra se encuentra en el elogio que hace su hijo de ella llamándola una Iliada toscana. Ha dejado además sátiras, estancias, sonetos, elegias, salmos, todo mediano.

**Tasso, 1493-1569.**—Bernardo Tasso, natural de Bérnago, debe su fama á la memoria de su ilustre hijo: Preciado á abandonar su patria, entró al servicio de Guido Rangoni, pasó después al de la du-

(25) *E il buon Gallo... ch'io trovo amico  
Piu de figli d'altrui che tu de tuoi.  
Y el buen sendero Galo, más amigo  
Que de sus hijos de ajena prole.*

cuando éste se hallaba á la mitad. El humor vital que impelle el fuego, huye por la senda que conduce á los ojos, brota, y llevará consigo juntamente el dolor y la vida.)

quesa de Parma, y en fin, entró al de don Ferrante Sanseverino, príncipe de Salerno, á quien acompañó á la expedición de Tunez, á Flandes y Alemania. Pero cuando este príncipe, diputado por los napolitanos á Cárlos Quinto, que querían separar de su cabeza el azote de la inquisición, cayó en desgracia con el emperador y se dirigió hácia la Francia, Bernardo le siguió; pero el abandono y la pobreza fueron el premio de su fidelidad, hasta el momento en que Guidobaldo de Urbino le dió un asilo: vivió después en Mántua, y fué gobernador de Ostiglia. En el curso de tan agitada vida compuso mucho, entre otras cosas dos poemas, el *Floridante* de que ya no se habla, y el *Amadis*, en el que se muestra tan rico de imágenes y espresiones, como sóbrio fué su hijo. Su carácter es la elegancia y la morbidez del estilo, lo que le hacia decir: *Nunca me escederá mi hijo en dulzura*. Aunque Speron Speroni le hace superior á Ariosto, así como Varchi preferia, *Giron el Cortés*, al Orlando, nos parece muy distante por la variedad de combinaciones y de estilo. Cada canto del *Amadis*, y son ciento, comienza con una descripción de la mañana, y termina con otra de la tarde. Todo se vuelve también descripciones, recursos de los talentos medianos, con la corrección, que es también el patrimonio de la medianía, sin que haya nada que despierte el interés. A imitación de Ariosto, interrumpe constantemente sus relaciones en el momento en que la curiosidad se encuentra más escitada, y las multiplica hasta la confusión sin que aparezca arraigado á ello por un asunto ó por el deseo de singularizarse. En cuanto á nosotros, lo hemos leído desde el principio hasta el fin, sin experimentar una sola vez el deseo de volver á leer una sola octava. Bernardo Tasso sucumbió también á bajas adulaciones, y buscó la excusa en el ejemplo de Ariosto y en el estado de miseria en que se encontraba (26). El

(26) Escribia el 12 de julio de 1560 á Antonio Gallo: «Envío á su excelencia dos cuadernos del *Amadis*, donde están los dos templos de la fama y del pudor. En el uno alabo al emperador Cárlos Quinto, al rey, su hijo, á varios generales ilustres, tanto muertos como vivos, y á otros personajes célebres en el arte militar. En el otro, á varias princesas y damas italianas; pero quiera Dios perdonar al Ariosto, que, *introduciendo este abuso* en los poemas, ha obligado á que le imiten sea quien quiera el que escriba después de él. En efecto, aunque haya imitado á Virgilio, escedió en esta parte al menos los límites del juicio, arrasrado por la adulación, que así como en el día, reinaba entonces más que nunca en el mundo. De todos modos, reconociendo Virgilio que resultaria saciedad, mencionó pocos nombres en su sexto canto, pero por su parte, se detiene en este asunto, y quiere aludir á tan gran número, que engendra el fastidio. Nosotros que, sin embargo, escribimos después de él, *es necesario* que caminemos por sus huellas. Por lo que á mí corresponde, como *es preciso* que hable de ciertas personas por los beneficios que he recibido de ellas, de ciertas otras por la esperanza que tengo de recibirlos, de algunas por respeto, de otras por consi-

hecho es, que Cárlos Quinto le habia quitado la subsistencia de sus hijos, y que por no saber crearse alguna profesion honrosa, se resignaba á adular á aquel que lo habia despojado, con la esperanza de obtener la restitucion de sus bienes (27).

En esta multitud de epopeyas eruditas forjadas friamente por reminiscencias é imitación, como se hacian sonetos amorosos, porque Petrarca se habia mostrado enamorado: todos los personajes son ó perversos ó virtuosos; pero sus virtudes ó sus vicios son genéricos, sin nada de la mezcla que existe en nuestra pobre humanidad. El arte no se proponia otro objeto que lo que era industria material de oficio. No se sabia ya crear; no se comprendia ya la Edad Media, y la sencilla contemplacion de la naturaleza no se habia reemplazado aun con la finura de observacion, y con el análisis del corazón humano, que constituyen la poesia de los pueblos cultos.

Citaremos aun entre aquellos literatos medianos á Anguillara, traductor de las *Metamorfosis* de Ovidio (28). Su facilidad de espresion, igual á la del poeta latino, le permite ser más prolijo y libre aun que el original: no por eso dejó de hacer treinta ediciones en el trascurso de aquel siglo, y murió de miseria y libertinaje.

Algunos poetas se aventuraron á cantar los hechos contemporáneos como Francisco Mantuano, en el *Lautrec*; Leggiadro Galani, en la *Guerra de Parma*; Oliverio de Vicenza, en la *Alemania* ó liga de *Smalkalde*. Pero no se leen en el día más que las *Decennales* de Maquiavelo por el nombre del autor.

**Tragedia.**—Juan Jorge Trissino de Vicenza, de talento muy cultivado, que veia degenerar todo, tanto en la epopeya como en la escena en bufonadas, concibió la idea de oponer á aquella mania asuntos serios y patrióticos: en su consecuencia, compuso la *Italia libre*. Esto debia ser una innovacion, tanto por el verso suelto, que era el primero que ponía por obra (29), como por la ortografía que queria hacer adoptar. Pero la vena poética no era bastante rica en él, sin contar con que queria trasladar la sencillez griega á un siglo tan lleno de pompa, y á una lengua de naturaleza tan diferente. Por no hablar de su frialdad constante, carece

deracion á su mérito, y de varias, á pesar mio. Me será permitido el creer que, con respecto á éstos, cansaré menos que Ariosto.»

(27) Escribia el 18 de mayo de 1560 al cardenal Gallo: «Si la magnanimidad del rey católico, á quien he dedicado este poema, no tiene lástima de mis desgracias, y no hace que en recompensa de mis numerosos trabajos, se restituya á mis hijos su herencia materna, y si no se reparan en parte los grandes perjuicios que he sufrido, me encontraré en una estremada miseria.»

(28) Se le pagaron 200 escudos romanos.

(29) Sobre él, es sobre quien recae el mérito, y no sobre Rucellai, que le escribió en su dedicatoria de las *Abejas*: «Fuiesteis el primero que disteis á luz este modo de escribir en versos italianos emancipados de la rima.»

siempre de invencion y sensibilidad; ignorando las conveniencias del estilo, hace decir frases procaicas y plebeyas á sus héroes, de tal manera, que no se espresan de otro modo en la *Sofonisba* que en las *Simillimi*, y que Juno habla como si fuera una tendera. Cuando vió olvidada su mesurada prosa, creyó que consistia en que no habia cantado en ella tambien locuras caballerescas (30); pero en realidad se encontró en estado de conocer que, *magistro Aristotele ac Homero duce*, empleando sus espresiones, no se puede hacer con ellas sino una epopeya muy pobre. Algo más adelantó en *Sofonisba*, primera tragedia regular de la época moderna, que modeló al estilo de Sófocles, y en la cual el coro cubre no sólo el intervalo de los entreactos, sino que tambien desempeña el papel moral. El carácter de la heroina, que nadie habia tratado antes que él, ofrece una mezcla conveniente de realidad é ideal. Pero los colores son pálidos y uniformes. La sencillez griega está llevada hasta el exceso, y la intriga es nula: hay demasiada expansion de un dolor tímido, y sobre todo el estilo carece de vigor.

Rucellai hizo tambien para el teatro á *Rosmunda* y *Orestes*; Alamanni, una *Antigone*; Martelli, una *Tullia*; después se multiplicaron las tragedias, cuando se adoptó la costumbre de representar una á cada advenimiento de los príncipes. Tal vez la *Horatia* del Aretino es la mejor tragedia de aquel siglo. Relaciones prolijas, un diálogo frio, coros que proclaman una moral trivial, tales son los defectos de aquellas piezas modeladas segun el estilo clásico. Sin hablar de otras imitaciones peores de la antigüedad, nos limitaremos á espresar el sentimiento de que pasaran tan pronto de la pintura de las afecciones á la de los crímenes. Speron Speroni, autor de tratados morales vacios y pesados, y uno de los adversarios del Tasso, hizo en este género la *Canace*, que fué muy criticada euando aun no estaba más que manuscrita. Las cinco discusiones que publicó para defenderse, le atrajeron nuevos ataques seguidos de respuestas que hicieron entonces gran ruido. El *Orbecche* de Cintio Giraldi, en el que se encuentra un incesto, un parricidio, un suicidio y algunos crímenes secundarios, puede caminar á la par con todas las invenciones de la escuela satánica. La *Arcipranda* de Antonio Decio no le cede en nada bajo este aspecto. Muzio Manfredi pone tambien en la escena el incesto en su *Semiramis*; el fraile Fuligno ostenta á las miradas, los tormentos impuestos á Bragadino por los turcos.

Los italianos fueron tambien los primeros que tuvieron un teatro regular, pero sin nada nacional y espontáneo, en atencion á que su entusiasmo

con respecto á las producciones de la antigüedad no permitia á los que hubieran querido hacer uso de sus propias fuerzas, abrir nuevos caminos á la literatura. El mismo modelo que habian elegido con preferencia era malo, porque se guiaban por Séneca, cuyo estilo ampuloso se ejercita en intrigas romancescas. Luis Dolce imitó á los grandes trágicos griegos, pero sin arte ni provecho. La tragedia tiene necesidad del pueblo, y el pueblo estaba excluido tanto de la literatura como de la política.

**Mujeres.**—Las profanaciones y licencia de Boccacio revelaron la delicada susceptibilidad de Tullia de Aragon. «Es de admirar, dice, que los mismos ladrones y traidores, que sin embargo, se hacian llamar cristianos, hayan podido oír pronunciar este nombre sin santiguarse y taparse los oídos, como la cosa más horrible y criminal que pueda resonar en los de los humanos.» Deploraba las demás producciones sin vergüenza de sus contemporáneos, viendo con dolor que los Morgante, las reinas Ancoja, los Orlando enamorados, los Bueyes de Antona, los Leandra y los Mambrinos y el Ariosto, «ofrecen cosas lascivas, deshonestas, tan indignas, que no digo religiosas, señoritas, mujeres casadas ó viudas pueden verlas en su casa, pero ni aun mujeres públicas.» Habiendo pues reconocido por su propio ejemplo «cuánto es el daño que causa á las almas jóvenes la discusion y aún más la lectura de las cosas lascivas y sucias,» escribió el *Guerin llamado el Pobrecito* con intencion «de alabar á Dios, y con la conviccion de haber procurado á todo el mundo un libro para que le fuera agradable bajo todos aspectos.» Desgraciadamente no se puede elogiar en él más que su buena voluntad.

Otras muchas damas se formaron en aquel siglo una reputacion literaria, y se distinguieron por sus conocimientos. Casandra Fedele, llena de entusiasmo, saber y piedad, se dedicó desde su infancia á estudios elevados, sin perder nada de su gracia y sencillez natural, nunca usó oro ni pederrias: no salió en público sino vestida de blanco, y la cabeza cubierta con un velo. en Admirada toda Italia, era venerada por los venecianos, á quienes maravillaba por su erudicion clásica y teológica, y los embelesaba con el encanto y vigor de sus improvisaciones musicales y poéticas. Isabel de Aragon quiso que fuese á Nápoles haciéndole magníficas promesas; pero el senado no consintió en que la republica se privase en ella de uno de sus más bellos adornos. Juan Bellini fué encargado de retratarla cuando apenas tenia diez y seis años, es decir, en el momento en que, para reproducir con verdad una fisonomia casi infantil y sin embargo, graciosamente inspirada ya, era preciso un pincel, cuyo toque delicado y natural estuviese en armonia con el asunto.

El senado de Roma adjudicó á Tarquinia, nieta de Francisco Molza, el título de ciudadana y el sobrenombre de Unica, que el Tasso colocó á la

(30) *Sia maledetta l'ora e il giorno, quando Presi la penna, e non cantai de Orlando.*

«Maldito sea el dia, la hora y el momento, en que cogí la pluma y no canté á Orlando.»

cabeza de su diálogo sobre el amor. Olimpia Marata compuso arengas, cartas, diálogos en latin y poesias griegas. Habiéndole precisado sus opiniones religiosas á abandonar á Ferrara con su marido Andrés Grunther, que era protestante, la universidad de Heidelberg los invitó á que él enseñara la medicina, y ella la lengua griega; pero murió esta dama á la edad de veinte y nueve años. Gaspara Stampa, de Pádua, compuso versos suspirando por Collalto, guerrero que hizo poco caso de ella, y que se fastidió de tantos gemidos como espresaban sus rimas. Verónica Gambará, de Brescia, después de haber sido en su juventud la amiga de Bembo, y luego, por espacio de nueve años, la mujer de Gilberto de Correggio, pasó en una casta y estudiosa viudez el resto de su vida.

Victoria Colonna (1490-1547), hija del gran

condestable Fabricio, cultivó la poesia con más éxito que sus émulos. Prometida en matrimonio á la edad de cuatro años á Alfonso, marqués de Pescara, que tenia la misma edad, se casó á los diez y siete, pero murió él á los treinta y cinco en la batalla de Pavía, y dulcificó su dolor cantándole, y entregándose después con fervor á las prácticas religiosas. Amada de Miguel Angel, cortejada por lo selecto de los hombres de aquella época, conservó una reputacion sin mancha (31).

---

(31) Aun podemos añadir á Isabel de Este, Argentina Pallavicina, Blanca y Lucrecia Rangone, Francisca Trivulcio, Maria de Cardona, Porcia Malvezzi, Angiola Sirena, Laura Batiferra, Laura Terracina, Silvia Bandinelli, Clara Matriani; estas dos últimas naturales de Luca...

---

## CAPÍTULO XI

### HISTORIADORES POLÍTICOS.—CIENCIA DE LA GUERRA.

Entre tantos espíritus frívolos é indiferentes, era imposible que los grandes intereses que se agitaban en aquella época no encontrasen á nadie que emprendiese contarlos dignamente, para meditar sobre la naturaleza de los acontecimientos y buscar sus mútuas relaciones.

La gloria de haber producido los mejores historiadores recae también en Florencia. Jacobo Nardi (1476-1555), que se había formado traduciendo á Tito Livio, escribió con conocimiento completo de los hechos, las vicisitudes de aquella república desde 1492 hasta 1531. Prodigia las sentencias, pero su estilo es castigado. Se muestra como desterrado tan hostil á los Médicis, como Felipe Nerli, cuyo trabajo adelanta seis años más, les manifiesta benevolencia. Bernardo Segni, de condición noble (1558), narró los acontecimientos de los tres años en que Florencia estuvo libre para hacer ver «cuáles eran las costumbres de los ciudadanos florentinos durante la libertad, á fin de que la posteridad no cifre muchas esperanzas en la gloria y dulzura de la vida de los libres.» Correcto escritor, aunque falto de elegancia, pertenecía al partido moderado, y estaba asociado con el gonfalonero Nicolás Capponi, cuya vida escribió. Continuó luego su historia hasta la toma de Siena, advirtiéndose en ella escaso arte para urdir las intrigas y enlazar los pasajes, pero mucha candidez así en el alma como en el esilo.

**Varchi, 1502-65.**—Benito Varchi comienza en la última proclama de la libertad florentina para detenerse en la elevación de Cosme I. No fué testigo de los hechos, como sus tres predecesores; pero escribe con arreglo á los documentos nuevos, y por los datos que le proporcionaba en sus cartas J. B. Busini (1). Asalariado por los Médicis para

cumplir esta misión, no supo decir ni callar bastante para satisfacerlos, y se trató de suprimir su libro. Aunque prolijo, desigual y careciendo del arte necesario para elegir bien las circunstancias, se hizo leer, por su constante amor á la patria. Nos traslada verdaderamente entre aquellos últimos ciudadanos libres, contando minuciosamente cada detalle y cada discurso, y si no dice por qué medios la libertad fué abatida y reemplazada por la paz, es decir, por la servidumbre, lo deja adivinar.

Aunque Escipion Ammirato de Lecce haya escrito también, por orden de Cosme I, una historia de Florencia desde su fundación hasta 1574, como también la genealogía de las familias florentinas, no muestra servilismo. Se había propuesto por modelo á Tácito, que era el menos imitable de los antiguos. El discurso de don Vicente Borghini sobre la historia florentina está lleno de erudición. El veneciano Juan Miguel Bruto acompañó á Polonia á Esteban Batori; fué nombrado en Praga historiógrafo de Rodolfo II, y parece que murió en Transilvania. Con el objeto de no verse espuesto á venderse, se acostumbró á una vida frugal y bajo la inspiración de los desterrados emprendió vengar á los florentinos de las adulatoras calumnias de Pablo Jove, descubriendo por qué inicuos medios habían conseguido los Médicis sofocar la libertad en su patria. Como había visto varios países, pudo elevarse á consideraciones más estensas que los pedantes asalariados, cuyas adulaciones corrige por el sentimiento de odio de que se encuentra animado. Jacobo Pitti nos ofrece la mejor relación que tenemos desde 1494 hasta 1529. Compila con frecuencia, pero con cuidado y juicio, los escritos de los que le han precedido, tributando á los Médicis las alabanzas que pocos tenían valor para negárselas; pero á esto no debía haberse prestado el que había hecho la apología

(1) Estas importantes cartas se han publicado en Pisa por Rosini, en 1822.

de los Cappucci, y elogiado al gobierno de Florencia desde el tiempo de Soderini, reprobando á Maquiavelo, á Guicciardini y las demás plumas venales.

**Guicciardini, 1482-1540.**—Ya hemos tenido anteriormente ocasion de revelar la vergonzosa conducta de Francisco Guicciardini en los negocios de su patria. Se había lisonjeado con la esperanza de casar á su hija con Cosme de Médicis, nuevo señor de Florencia; pero vió así como Vettori y los demás fautores de aquella tiranía, pagados sus servicios con el desprecio y tal vez con algo peor; así es que el despecho de la ambicion desengañada y del orgullo humillado llenó de amargura sus últimos días. Entonces fué cuando, en parte para justificarse, y en parte para trasmitir con otros títulos su nombre á la posteridad, trató Guicciardini de llevar á cabo una obra meditada de antemano en el tumulto de los negocios, esto es, la historia de Italia desde la bajada de Carlos VIII á aquel territorio.

Actor de los acontecimientos que refiere, juriconsulto, embajador, guerrero, empleado en los gobiernos de la Romaña, teniente general del ejército pontificio contra Carlos Quinto, posee las dos cualidades necesarias á un cumplido historiador, á saber: observar, y saber decir. Acostumbrado á sondear los corazones, é implicado varias veces en vergonzosas maniobras, su mirada alcanza á mucho y aplica juiciosamente observaciones generales. Rico en relaciones íntimas y en juicios propios, describe un cuadro exacto de la política y de la sociedad; cuadro horrible, en el que no se ve nunca virtud, religion ni conciencia, y sí siempre ambicion, interés, cálculo ó envidia. Difícilmente se encontraría otro escritor moderno que se acerque tanto como él á los antiguos en la magnificencia de la esposicion, la majestad constante del estilo y la vivacidad de las descripciones. Pero la imitacion evidente de la antiüegdad le hace incurrir á veces en la retórica. Escribía primero los hechos, reservándose insertar después en el cuerpo del relato discursos acabados con gran arte, pero que nadie lee. Esto es, lo que hace que se encuentren tan pocos de ellos, y éstos apenas bosquejados, en los cuatro últimos libros, al paso que abundan en los cinco primeros donde se han elaborado con cuidado. La imitacion le hace emplear con frecuencia no sólo espresiones y frases oscuras, sino tambien sentimientos que en el día son incomprensibles ó ridículos (2). Al mismo tiempo que da importancia á cosas frívolas, descuida en otras partes las graves. Los perío-

dos están tan llenos de materia, que un editor moderno ha tenido el mayor trabajo en desenredarlos de cualquier modo (3). No queremos animar á los escritores de nuestros días á dividir la historia en folletines; pero no hay duda en que la continua prolijidad de Guicciardini daña ciertamente á la rapidez de la relacion (4). Hay, sin

(3) Sirva de ejemplo éste, que es sin embargo de los más claros, y que cito tambien por las muchas sentencias hermosas y bien espresadas: «Estas cosas dichas en sustancia por el cardenal (de San Pedro Advíncula), pero segun su carácter, mas con un sentido eficaz y con gestos impetuosos y vivos, que con adornos de palabras, conmovieron tanto el ánimo del rey, que oyendo sólo á los que le animaban á emprender la guerra, partió el mismo día de Viena, acompañado de todos los señores y capitanes del reino de Francia, escepto el duque de Borbon, al cual encargó la administracion de todo el reino, el almirante y algunos otros, enviados á gobernar y custodiar las provincias más importantes, y yendo á Italia, al través de la montaña de Monginevra, mucho más fácil de pasar que la de Monsanese, y por donde pasó en lo antiguo con increíble dificultad el cartaginés Anibal, entró en Asti el día 9 de setiembre del año 1494, llevando consigo á Italia el germen de innumerables calamidades y horribles accidentes y la variacion de casi todas las cosas; pues no sólo provinieron de su ida á Italia varias mutaciones de Estados, trastornos de reinos, desolaciones de países, destrucciones de ciudades, asesinatos en extremo crueles, sino tambien nuevos hábitos, nuevas costumbres, nuevos y sangrientos modos de hacer la guerra, enfermedades no conocidas antes; y se desarreglaron de tal manera los instrumentos de la quietud y concordia de Italia, que no habiendo sido posible volver á ponerlos en orden otras naciones extranjeras y ejércitos bárbaros, han podido conculcarla miserablemente y devastarla; y para mayor desdicha, á fin de que el denuedo del vencedor no disminuyese nuestra vergüenza, aquel cuya venida produjo tantos males, si bien dotado ampliamente de los bienes que da la fortuna, estaba privado de casi todas las cualidades, fruto de la naturaleza y del ánimo; porque Carlos, desde la niñez tuvo una complexion muy débil y el cuerpo no sano, estatura pequeña y de aspecto (si se le quita el vigor y la dignidad de los ojos) feísimo, los demás miembros desproporcionados, de suerte que más parecia un monstruo que un hombre; careciendo no sólo de todo conocimiento de bellas artes, sino hasta ignorando casi los caracteres de las letras; ansioso de mandar, aunque más hábil en otras cosas; pues escitado siempre por sus súbditos, no conservaba respecto de ellos majestad ni autoridad; ajeno á las fatigas y negocios, y en los pocos de que se cuidaba, pobre de prudencia y de juicio; si alguna cosa parecia en él digna de elogio, cuando se la miraba intrinsecamente, resultaba hallarse más cerca del vicio que de la virtud; en su inclinacion á la gloria había más ímpetu que consejo; su liberalidad era inconsiderada y sin medida ni distincion: mostrábase á veces inmutable en las deliberaciones, pero consistia más en obstinacion mal fundada que en constancia, y lo que muchos llamaban bondad merece mejor, por lo comun, el nombre de frialdad y de flojedad de alma.

(4) Troyano Boccalini introdujo en sus espirituales *Noticias del Parnasso*, un Espartano, que por haber espresado en tres palabras lo que queria decir en dos, es condenado á leer á Guicciardini. Después de haber recorrido

(2) Dice, por ejemplo, al principio del siglo XIV: «Parece que después de haber estado tres años en paz la Italia aunque dudosa y suspensa, tuvo en su contra al cielo, su destino, y á la fortuna envidiosa de su tranquilidad, que temia (si descansaba más tiempo) recobrase su antigua felicidad.»

embargo, mucho que aprender del más grande de los historiadores de Italia, y principalmente todo el arte del retórico no basta para disfrazar la iniquidad de los príncipes ni la bajeza de los autores.

Se ve, pues, que ya no se trató de leer á los historiadores por los hechos más bien que por ellos mismos, como sucedía en los siglos precedentes, y aun fuera de Italia. Son verdaderos literatos, que conceden á su obra un estuudio cuidado, además de los que hicieron del arte su único objeto: tal fué el florentino Pedro Francisco Giambullari (1564), que escribió en hermoso lenguaje los hechos generales de Europa, comenzando desde el siglo IX, y que es por lo mismo tan apreciado de las escuelas que separan las palabras de la idea.

El cargo de historiógrafo de la república se creó en Venecia para Sabellico, escritor tan mediano como venal; después se le dió á Andrés Navagero. Este continuó la relacion de Sabellico hasta 1498, y no habiéndola podido terminar, quiso se quemase. Sea lo que quiera, la traduccion italiana, verdadera ó supuesta, que existe de ella, es una de las historias que tienen más mérito. Pedro Morosini emprendió rehacer en italiano tanto este trabajo como el de Pedro Giustiniani, que escribió en latin los acontecimientos sucedidos hasta 1555, y después hasta 1575. Llega hasta el año 1486, época en la cual comienza Bembo; pero como no están indicadas las fuentes, estas historias tienen menos autoridad y merecen poco crédito. Pablo Paruta, autor de la *Guerra de Chipre*, cuenta en italiano los hechos que pasaron desde 1513 hasta 1552. Instruido en los negocios y en las intrigas públicas, escribió también *Discursos políticos*, con ideas nada vulgares sobre la grandeza y decadencia de Roma. El capítulo titulado *Si las fuerzas de las ligas son aptas para ejecutar grandes empresas*, merece atencion particular.

**Sanuto, 1466-1535.**—Marin Sanuto, escelente historiador y estadista, escribió dia por dia desde 1495 hasta 1533, todo lo que sucedió en la república: «trató, dice, de lo que aconteció en Italia, y por consecuencia en todo el mundo, bajo forma de diario, en honor de mi patria veneciana, y no por un salario que se me diera por la república, como otros, que sin embargo escriben poco ó nada.» Cumplió esta mision apoyándose en documentos, tanto públicos como particulares, y esponiendo los acontecimientos que le eran personales, importantes como ciudadano partícipe que era de la soberania. El consejo de los Diez autorizó á Sanuto para que consultase los archivos, «y las cartas que trasmitian las noticias de las diferentes partes del mundo, que llegaban diariamente, de los oradores ó retóricos de la república, después de haber sido

leidas en Pregadi, cuando no se haya recomendado particularmente mantenerlas secretas, á fin de que el dicho diario pueda estar redactado con exactitud.» (5) Sus *Vidas de los duces* están impresas; pero cincuenta y ocho gruesos tomos en folio de sus manuscritos que habia dejado al consejo de los Diez, como único patrimonio de una familia de dux, soberana de Naxos, y de las demás islas del Archipiélago, han ido á parar á la biblioteca de Viena (6). Sanuto perteneció constantemente á la oposicion; pero queriendo conservar las antiguas instituciones de su patria, rechazaba las mejoras que reclamaba el siglo.

Los anales de Génova fueron escritos en italiano, sin arte, pero con mucha verdad, en atencion á que no estaban destinados á la publicidad, por Agustin Giustiniani. Huberto Foglietta, latino puro, se manifiesta siempre lleno de vivacidad en sus dos libros *De la república de Génova*. Declama en ellas contra la nobleza, lo que hizo se le deserrase como rebelde. Acogido en Roma por Hipólito de Este, escribió allí, aunque sin documentos, los elogios de los genoveses, y la historia de su patria hasta 1527. La historia de Bonfadio en cinco libros, desde 1528 hasta 1550, es clásica. Ofrece un cuadro fiel de las agitaciones de aquella república, de la que se ha podido decir con verdad, que sus historiadores valian más que su historia. Pedro Bizarro de Sassoferato fué el primero que publicó, en Ambrés, una completa, en 1579. Está en treinta y tres libros; pero compuesta por segunda mano, tiene además la falta de separar los hechos interiores de los esteriore.

Benvenuto de San Jorge, conde de Biandrate, escribió en latin una historia muy exacta del Monferrato, haciendo contribuir á ella los archivos, que podia consultar á su antojo. La historia de Nápoles en veinte libros, que comprende desde 1250 hasta 1489, por Angel de Costanzo, tiene un estilo claro; pero lánguido y nada sobresaliente, no indemniza la monotonía. Solo sí tiene el mérito de citar los documentos. Camilo Porzio ha escrito la conjuracion de los barones contra Fernando I, que forma un episodio muy estimado. Juan Bautista Adriani ha escrito la historia de toda la Italia desde 1536 hasta 1574.

Pablo Jove de Como, obispo de Nocera, trató con bastante estension en un latin elegante, ya que no puro, el cuadro de los tiempos en que vivió, es decir, desde 1494 hasta 1547. Su posicion le per-

(5) Este hecho sirve de refutacion á la celosa desconfianza imputada al gobierno veneciano. El mismo ofrecimiento se hizo á Bembo, quien se contentó con pedir se le permitiese consultar aquellos diarios. Pero en los archivos del consejo de los Diez, se encontró el ejemplar primitivo de la historia de Bembo, nutilado por el indiscreto celo de un pintor.

(6) Véase RAWDON BROWN, *Ragguagli sulla vita e le opere di Marin Sanuto, detto Juniore, veneto patrisio*, etc. Venecia, 1838.

mitió conocer muchos hechos ignorados en su mayor parte de los demás; pero son precisamente los que en él inspiran menos confianza; en efecto, venal hasta el esceso, no sabe hacer más que panegíricos ó diatribas, cree poco en la generosidad, trata de justificar las malas acciones de sus héroes. El obispo de Pavia sucumbe asesinado, y él prorrumpe en invectivas contra él para disculpar al duque de Urbino; Gonzalo de Córdoba vende á César Borgia, y Pablo Jove le disculpa. Como se le advirtiese una vez que habia referido un hecho falso: *Dejadlo, contestó; dentro de trescientos años todo será verdad*. Los trescientos años han pasado, y el laurel que se alcanza entre las contradicciones de los fuertes y las lágrimas de los que sufren le ha sido arrebatado (7).

Su hermano Benito ha dejado una historia regular de Como; Juan Bautista Pigna de Ferrara, la de los príncipes de Este; Polidoro Virgilio, de Urbino, la de Inglaterra, que emprendió por orden de Enrique VII; es una obra no menos mezquina que su tratado *De inventoriis rerum*. Pablo Emilio de Verona, hizo para Luis XII la historia de Francia hasta 1489, poniendo en cierto orden los hechos antiguos, tanto como lo permitia la crítica de aquella época, y su trabajo permaneció por algun tiempo lo mejor que existia sobre el asunto.

Lucas Contile, historiador cuidadoso y claro, aunque con poco valor, se elevó escribiendo sobre las divisas y sobre los escudos de armas á ideas más generales. Hizo la corte á la marquesa del Vasto y á Victoria Colonna. Su poema de la *Nice*, que dedicó á esta última, no tiene nada de casto; compara sus virtudes al vellocino de oro y á las manzanas tambien de oro de las Hespérides, que tienen por custodios, en lugar del dragon, á sus hermosos ojos, de los cuales no pudieran triunfar sino Jason ó Hércules. Valeriano Pierio escribió sobre los geroglíficos como se podía hacer entonces sobre las antigüedades de Bellune y sobre la desgracia de los literatos; obra capaz de triplizarse actualmente, agregándole, lo cual él no hizo, las miserias naturales á la humanidad. Juan Guicidiccioni, de Viareggio, obispo de Fossombrone, hombre escelente y sincero, animado por sentimientos cristianos y á la vez patrióticos, acompañó á Carlos Quinto á Africa en calidad de nuncio, y dejó en sus cartas, que comprenden desde 1480 hasta 1551, datos preciosos sobre los negocios de aquella época. Quedan muchas relaciones de embajadores de este género, principalmente de los de Venecia, que ofrecen, además de datos estadísticos, preceptos y aplicaciones de política y economia.

No haremos mención de los historiadores particulares que han escrito sobre un hecho aislado ó sobre tal ó cual ciudad. Nos seria por otra parte imposible señalar uno que se hubiera abierto un nuevo camino, ó que hubiese marchado por el antiguo con planta firme: todos no han dejado más que materiales que aguardan aun la mano destinada á ponerlos por obra para formar la historia de Italia. Refieren rara vez los documentos y no tienen bastante crítica para elegir: por lo demás, se apasionaban por un país ó un hombre; pero tienen menos gusto para las anécdotas, que el que se tenia en el siglo anterior, porque la vida pública es menor en éste. Los que han escrito en latin permanecen muy inferiores, porque se han sujetado especialmente á las formas, de manera que la historia se encuentra disfrazada y pobre de detalles, que son los que le dan carácter.

**Maquiavelo, 1469-1527.**—La historia tenia un gran paso que dar; tenia que pasar de las impresiones individuales y de los hechos separados á la accion general, de los hombres aislados á las fuerzas políticas, á la union de los elementos sociales. Fué dirigida en este sentido por Nicolás Maquiavelo, que en el cuadro que hace preceder á sus *Historias florentinas*, incompleta y defectuosa como es, dirige sus miras sobre las causas remotas de los acontecimientos y fija su atencion en los puntos principales, omitiendo hablar de los pormenores ineficaces. Aunque no fué un grande observador, tenia abundante dosis de juicio práctico para juzgar la utilidad de los hechos; era un estadista activo y especulativo, gran diplomático y escritor insigne, pero no daba una importancia proporcionada á todos los elementos de la vida social; apenas las bellas artes y la literatura, gloria de su patria, aparecen en medio del choque de las armas y de las intrigas de los gabinetes.

Sus *Discursos sobre las Decadas de Tito Livio* no son obras ni de un crítico ni de un historiador; no examinan la certeza de los hechos; lejos de descubrir el velo de los misterios del gobierno romano, ni siquiera sospecha de él: se limita á tomar pasajes de su autor, como lo hacian entonces los predicadores, y parte de este texto para discurrir sobre diferentes materias. No debe, pues, buscarse en él la historia antigua, sino continuas aplicaciones, y el conocimiento de los hombres y de la sociedad. No busca por esto, como Montesquieu efectos y antítesis para sostener proposiciones caprichosas con ayuda de documentos elegidos al caso ó por designio, pero se muestra convencido por su propia esperiencia, sin cuidarse de que den fe ó no á lo que escribe. Para él la única gloria es obtener buen éxito, y el mejor instrumento la fuerza, sea la de Esparta para conservar ó la de Roma para conquistar. Reniega del derecho; reniega tambien de Cristo sustituyéndole no sé qué religion astrológica: reniega del progreso, diciendo que «si se quiere que un partido ó una república puedan vivir mucho tiempo, es necesari-

(7) Carlos Quinto, aunque ambicionaba sus alabanzas, llamaba á Jove y á Sleidan, *sus dos embusteros*; al uno porque decia demasiado bien de él, y al otro demasiado mal.

rio dirigirla con frecuencia hácia su principio.» (8) Según él, la humanidad sometida al influjo de los astros, recorre un círculo inevitable del bien al mal y del mal al bien (9), y en las instituciones políticas de la monarquía á la aristocracia, y de esta á la democracia, hasta que la anarquía trae de nuevo en pos de sí al rey.

La claridad, la brevedad y el poder son cualidades constantes de su estilo, méritos tanto más dignos de alabanza, cuanto más raros eran en su época. Por lo demás, procede sin arte, sin reminiscencias clásicas, de tal manera, que pasó por no saber el latín; y sus mismos períodos son á veces cojos, en atención á que se dirige únicamente á la fuerza. Como poeta, además de sus comedias en las que manifestó cuánto podía mejorarse el gusto nacional, compuso Maquiavelo las *Decenales*, miserable imitación de Dante, en las cuales cuenta los acontecimientos contemporáneos. En el *Asno de oro*, que sólo por el título recuerda la espiritual sátira de Luciano, finge habérsese extraviado en una selva en la que una dama le salva del furor de los monstruos que la habitan y le conduce á una casa de animales alegóricos.

Nacido en Florencia, de ilustre sangre (1498), fué nombrado, cuatro años después de su entrada en los negocios, secretario de la guerra, en el consejo de los Diez, y permaneció en aquel puesto catorce años, hasta el momento en que, al cambiar de señoría, fué destituido. Habiendo sobrevenido los Médicis, le hicieron poner preso por sospechoso, y después aplicarle al tormento. Resistió al verdugo, pero no á las caricias del príncipe, á quien trató de *buen padre*, y al cual dirigió

desde su prision versos suplicantes y excusas (10). Restablecida la república, se le despreció, como avasallado á los Médicis. Cuando volvieron éstos, hizo obrar á sus amigos y mujeres para obtener un empleo, y no habiendo sido escuchado, se quejó, gimió sin saber acomodarse á la fortuna y conservar su dignidad. Entre tanto, tenido por hombre extravagante, y de opiniones singulares (11), vivía siempre en discordia con los demás, siendo el corifeo de la gente de buen humor, enamorado á los cincuenta años (12), y escribiendo malas comedias. Le escribían de Florencia: *Como no estais ahora aquí no se oye hablar de juego, de tabernas ni de otras cosas por el estilo.*

En medio de aquella existencia de placer, emitía juicios llenos de exactitud sobre las condiciones de la Italia de entonces; acudía á las asambleas de una de las numerosas hermandades devotas de Florencia, y pronunciaba en ella á su vez un discurso. Habiendo tomado una vez por texto el *De profundis*, concluyó invitando á sus oyentes á hacer penitencia; «á imitar á san Francisco y á san Gerónimo, que para sujetar la carne é impedirle les hiciese sucumbir á tentaciones perversas, lo consiguieron el uno revolcándose sobre espinas, y el otro destrozándose el pecho con una piedra..... Pero nosotros (añadía) estamos engañados por los deseos libidinosos, rodeados de errores, envueltos en los lazos del pecado, y nos encontramos en manos del demonio; conviene, pues, para libertarnos de ellas, recurrir á la penitencia y exclamar con David: *Miserere mei Deus*, y llorar amargamente con san Pedro.» De tal manera predicaba quizá poco antes de salir á cantar la siguiente serenata:

(8) *Décadas* III, 1. Véase nuestro juicio en el tomo I, página 6, y en el tomo III, pág. 12. «Maquiavelo en vez de darnos las *Historias florentinas*, como se titula su libro, sólo escribió la historia de las *ambiciones florentinas*. El estado económico y moral de aquel pueblo se encuentra en tal postración, que no se advierte la diferencia entre el siglo de los Médicis y el de los Buondelmonti y los Amadeos.» R. MAGNOSI, *Dell'indole e dei fattori dell'incivilimento*. Parte II, § 3.

(9) «Las sociedades tienen costumbre en los cambios que verifican, pasar del orden al desorden, y volver después de éste al orden. En atención á que no permitiendo la naturaleza el detenerse á las cosas mundanas cuando llegan á su perfección, como no pueden ya ascender, es preciso que vuelvan á bajar; lo mismo sucede una vez que han bajado y llegado á lo más ínfimo de los desórdenes; pues no siéndoles posible descender más, es necesario que suban; de esta manera es como siempre se bajó del bien al mal, y del mal se sube al bien.» *Storia*, lib. V.

El rey, que contribuyó á la participacion de la Polonia, hizo la refutación del *Príncipe* en su *Anti-Maquiavelo*, y decía: *El Príncipe de Maquiavelo es por lo que respecta á la moral, lo que la obra de Espinosa en materias de fe. Espinosa zapaba los cimientos de ésta, y no se dirigía nada menos que á derrocar el edificio de la religion; Maquiavelo corrompió la política, y emprendió destruir los preceptos de la sana moral. Los errores de uno no eran más que errores de especulacion; los del otro correspondían á la práctica.*

Napoleon decía: *Tácito ha hecho novelas, Gibbon es un declamador; sólo á Maquiavelo se puede leer.* (De Prads, embajada en Polonia.) Cuando Napoleon no estaba ya á la moda, se publicó el *Maquiavelo comentado por Bonaparte*. Paris, 1816

(10) Han sido publicadas por primera vez, por ARTAUD. *Carácter y errores de Maquiavelo*. Paris, 1825, donde trata de disculpar al autor.

(11) Francisco Guicciardini le escribió: «Como habeis sido siempre, *ut plurimum*, de opiniones extravagantes en oposicion con las del mayor número, inventor de cosas nuevas é insólitas, creo...» 18 de mayo 1521.

(12) Escribía á Vettori el 31 de enero de 1524, enviándole un soneto amoroso: «No puedo responder á vuestra última carta por nada que me parezca más á propósito que por el adjunto soneto, en el que vereis cuanta destreza ha desplegado el bribon del amor para encadenarme. Ahora bien, las cadenas con que me ha atado son tan fuertes, que desconfo enteramente de mi libertad. No sé cómo hacer para libertarme en algun día; porque aunque la suerte ó cualquiera combinacion humana me abra algun camino para verme libre de esta aventura, no me aprovecharia de él; ¡tan dulces y ligeras me parecen á veces estas cadenas y otras tan pesadas! Resulta de ellas una mezcla de ideas tal, que creo no poder vivir contento sino de esta manera. Siento que no esteis presente para que os burláeis unas veces de mis llantos, y otras de mis risas. Todo el placer que disfrutaríais lo experimenta nuestro amigo Donato,

Abre á tu amante las cerradas puertas...  
Deje el orgullo de empañar tu faz;  
Sigue de Venus y su corte el reino...  
Si eres piadosa, encontrarás piedad.

La burla y la incredulidad constituyen, pues, el fondo de sus opiniones; y su objeto es lograr un buen resultado. Para abrirse camino y contraer méritos, tomó á su cargo enseñar á Julian el modo de conservar su reciente dominio, y al efecto escribió el *Príncipe* (13); pero después que aquel

que, con la amiga de que os he hablado, es el único puerto y refugio de mi pobre nave, que había quedado sin timón ni velas, por la tempestad que le ha perseguido de continuo. No hace dos días que podía yo decir como Febo y Daphne, etc., etc. Sus cartas de enero y febrero de 1513 son tan obscenas, que sería un exceso el mencionarlas.

(13) La carta que damos aquí anonada las estrañas conjeturas que se han hecho sobre el origen y el objeto de este libro.

«Estoy en el campo, y desde mis últimos negocios no he pasado, entre todos, veinte días en Florencia. Hasta ahora me he entretenido en cazar tordos por mi misma mano, levantándome antes de ser de día. Yo mismo preparaba las varetas con la liga, é iba cargado con multitud de redes, tanto, que se me hubiera tomado por Geta, cuando volvía del puerto con los libros de Anfitrión. Cogía lo menos dos tordos, y lo más siete. De esta manera he pasado todo el mes de setiembre; y aunque insípido y estraño como es este placer, me ha faltado con gran disgusto mio. Os diré cuál es mi vida desde entonces.

»Me levanto con el sol, y voy á un bosque mio propio, que hago talar; permanezco allí dos horas viendo el trabajo de la vispera, y paso el tiempo con aquellos leñadores, que siempre tienen alguna diferencia ya entre sí, ya con los vecinos. Cuando abandono el bosque, voy á un manantial, y desde allí al sitio arreglado para la caza de los pájaros, con un libro debajo del brazo, unas veces Dante, otras Petrarca, ó alguno de los poetas de segundo orden, como Tibulo, Ovidio y otros semejantes. Leo aquellas amorosas pasiones; sus amores me recuerdan los míos, y me complazco un momento con aquellas ideas. Después voy á la hospedería: hablo con los que pasan, me informo de las novedades de su país, oigo diversas cosas, y anoto los diferentes gustos y caprichos de los hombres. Llega entonces la hora de la comida, en la que como con mi compañía los manjares que produce mi pobre casa de campo y mi exiguo patrimonio. Terminada aquella, vuelvo á la hospedería. Por lo comun encuentro allí al posadero, ó á un carnicero, un molinero y dos panaderos. Me encanallo todo el día con ellos jugando á los naipes ó al chaquete, lo que produce mil cuestiones, con acompañamiento de injurias; porque con frecuencia se disputa por un sueldo, y se nos oye gritar lo menos desde San Casiano. Entregado á esta vida miserable, distraigo mi mal humor, y alivio la malignidad de mi suerte, alegrándome de que me persiga por este sendero, á ver si al cabo se avergüenza. Al anochechar me vuelvo á mi alojamiento y entro en mi gabinete; me despojo al momento de aquel traje de campesino lleno de fango y basura, me pongo vestidos espléndidos y curiales; ya decente de esta manera, entro en el tribunal de los hombres antiguos: acogido de ellos con benevolencia, me repongo con este alimento que *solum* es el mio, y para el cual he nacido. No tengo vergüenza de hablar con ellos y pedirles razon de sus acciones, á lo cual me contestan con

abandonó el poder, dirigió su discurso á Lorenzo, declarándose adicto á él, y pidiéndole socorros (14). Es libro de una prudencia del todo romana, inexorablemente lógica y egoista, fundada en el derecho rígido. Dice, que el tirano debe tener sin cesar en la boca las palabras de justicia, lealtad, clemencia y religion; pero no inquietarse por faltar á ellas cada vez que lo exija su interés; que las crueldades son necesarias en un gobierno nuevo, y que es preciso más bien hacerse temer que amar, cuando no se puede obtener uno y otro; que el objeto del gobierno es durar, y esto no es posible sino con ayuda del rigor, «en atención á que los hombres son ge-

política. Por espacio de cuatro horas no siento ningun fastidio, olvido todo pesar, no temo la pobreza, no me espanta la muerte, y me dedico enteramente á ellos.

»Como Dante ha dicho *que la ciencia no se adquiere sino conservando en la memoria lo que se ha oído*, he anotado lo que me ha parecido notable en su conversacion, y he compuesto un opúsculo *De principatibus*, en el que me dedico tanto como puedo á consideraciones sobre este asunto, discutiendo lo que es el principado, cuántas clases hay, cómo se adquieren, cómo se sostienen, por qué se pierden, y si alguna de mis fantasías os ha agradado en algun tiempo, ésta no debe desagradaros. Este opúsculo debería tambien ser bien acogido de un príncipe, y sobre todo de un príncipe nuevo; lo dedico, pues, al magnifico Julian. Felipe Casavecchia le ha visto; él podrá informaros y daros cuenta de la cosa en sí misma y de las conversaciones que he tenido con él: continúo, sin embargo, aumentándolo y corrigiéndolo.

»He hablado con Felipe, con respecto á este pequeño trabajo, para saber si era bueno darle á luz ó no, y en caso de la afirmativa, si convenia que yo lo llevase, ó si debía enviarse. No entregándole yo mismo, temia no ser leído siquiera por Julian, y que Ardinghelli se honrase con mi última obra. Ahora bien, estoy inclinado á darlo por la necesidad de salir de apuros, pues me empobrezco, y no puedo permanecer mucho tiempo de esta manera sin llegar á ser despreciable por mi pobreza. Después desearia que los señores de Médicis me empleasen aunque comenzase por dar vueltas á un molino, en atención á que si no consigo su proteccion, después lo he de sentir. Una vez que hayan leído este escrito, verán que no he pasado durmiendo ni jugando los quinze años que he estudiado el arte del hombre de Estado; y cualquiera debia darse por satisfecho de poder servirse de alguno rico en esperiencia adquirida á expensas de otro. Con respecto á mi fidelidad, no pueden dudar de ella en atención á que habiendo observado siempre la fe, no puedo faltarla en el día. El que hasido hombre de bien y fiel por espacio de cuarenta y tres años que tengo, no debe cambiar de carácter. Ahora bien, para atestiguar mi fe y mi honradez, tengo mi pobreza.

»Desearia me escribiéssis lo que pensais sobre este asunto, y me recomiendo á vos. *Sis felix*.

»Die 10 decembris 1513.—NICOLÁS MAQUAVELO.»

(14) «Que vuestra magnificencia acepte este corto don con el mismo ánimo que le envío. Si este libro es considerado y leído con cuidado, reconocerá mi estremado deseo de verle llegar á la grandeza de la fortuna que sus cualidades le prometen. Y si vuestra magnificencia se digna, desde el colmo de su elevacion, *dirigir algunas veces sus miradas á estos humildes lugares*, reconocerá como soporte, sin haberlo merecido, una grande y continua malignidad de fortuna.»

neralmente ingratos, falsos y turbulentos; de lo que se sigue que es preciso contenerlos por temor del castigo.» No aprueba que se pase de la humildad al orgullo, de la compasión al rigor cuando se hace sin las *graduaciones convenientes* (I, 41). Basta pedir á alguno sus armas sin decirle: *quiero darte muerte con ellas*, «porque puedes, cuando las tienes en tu poder, satisfacer fácilmente tu deseo» (I, 44).

Todo esto está espuesto con la frialdad de un algebrista, ó de un general que calcula cuántos miles de hombres necesita para ganar una posición dada. Dice que César Borgia hizo «todas las cosas que debían hacerse por un hombre prudente y hábil, para echar raíces en los Estados que le habían adquirido las armas y la fortuna de otro.» Termina diciendo: «Considerado el conjunto de todas estas acciones del duque, no puedo censurarle; me parece, por el contrario, que debía proponerle por modelo á todos los que, por fortuna, y con las armas de otro, han llegado al poder.» (15)

Los que se han imaginado que había escrito irónicamente, y para hacer odiar á los pueblos la autoridad de uno solo, mostrando cuánta sangre y lágrimas hace correr (16), ó, como hizo Sunderland con Jacobo II, para que los Médicis llegasen con sus excesos á convertir la paciencia en furor, éstos han escuchado más bien el sentimiento humano que la verdad de las cosas y su unión. No cesa de separar á los tiranos de todas las medidas que pueden irritar inútilmente. Por lo demás, Maquiavelo manifiesta en todas partes lo que es en el *Príncipe*. En sus *Discursos* en los que con frecuencia se refiere á lo que dice en este libro (III, 42, 9, etc.), enseña abiertamente que la idea de la justicia ha nacido de ver cuán útil era el bien y cuán nocivo el mal (17); que los hombres no eje-

cutan el bien sino por necesidad; mira como señal de grandeza de la república romana «el poder de sus ejecuciones y la calidad de las penas que imponía al que delinquía.» (III, 49). Proclama la máxima de los terroristas del 93 (III, 6), de «que no hay peligro en las ejecuciones, porque el que ha muerto no puede pensar en vengarse.» Según él, Rómulo no hizo mal por haber muerto á Tacio y á su hermano Remo. Refiere las traiciones con una indiferencia que se asemeja á la complicidad, y en su embajada al duque de Valentinois dice: «No sé qué mejores preceptos dar á un príncipe nuevo que el ejemplo de las acciones del duque» (18). En la *Vida de Castruccio*, novela histórica, arreglada, no á los tiempos del héroe, sino á los del autor, hace notar que este jefe «no trató nunca de vencer por la fuerza, cuando pudo hacerlo por el engaño, porque decía, el éxito y no el medio es el que dá la gloria,» y cree que las acciones hábiles (*virtuose*) de Castruccio, y sus *grandes cualidades* pueden ser un *magnífico ejemplo*.

En todas partes muestra una profunda indiferencia hácia las víctimas y simpatías por el éxito, cualesquiera que sean los medios. La traición no es un mal sino en tanto que no consigue su objeto. Deben evitarse las conjuraciones, porque con frecuencia tienen mal fin; y es mejor arrepentirse de no haber hecho, que de haber obrado. Hace un cargo á los florentinos por no haber destruido en 1502 la rebelde Arezzo, y todo el valle de Chianna, porque, «cuando toda una ciudad falta al Estado, un príncipe no encuentra mejor remedio para ejemplo de las demás y su propia seguridad que destruirla;» de otra manera «se le tiene por ignorante y por cobarde.» (19) Cree que no puede subsistir una república sin luchas entre los grandes y la plebe, y, que de estas luchas solamente nacen las leyes favorables á la libertad. Poco importa que un particular sea víctima de una injusticia; basta que la república esté resguardada de la fuerza extranjera y de las tramas de las facciones poderosas; por donde se ve que Maquiavelo considera lícita y buena la injusticia con tal que aproveche al público. Si se delibera acerca de la salud de la patria, no hay para que cuidarse de que una cosa sea justa ó injusta, piadosa ó cruel, laudable ó ignominiosa (20). En efecto, esto es necesario si se quiere formar un Estado conquistador, pero no cuando se desea, como en las naciones modernas, un gobierno templado, un pueblo activo, que defienda su independencia, no las injusticias, y que de consiguiente necesita ofrecer garantías, al trabajo, al progreso, á la libertad de todos.

(15) *Príncipe* VII.

(16) El primero, según parece, fué Alberico Gentile, que en su obra *De legationibus*, VIII, 9, escribe: *Sui propositi non est tyrannum instituere, sed arcanis ejus palam factis, ipsum miseris populis nudum et conspicuum exhibere*. El cardenal Reinaldo Polo, que estuvo en Florencia pocos años después de la muerte de Maquiavelo, dice que «muchos ciudadanos que habían sido amigos íntimos suyos, le dijeron que á los que le preguntaban, respondía siempre que había seguido, no por su propio dictámen, sino el modo de pensar de aquel á quien dedicaba el libro del *Príncipe*, porque aborreciendo semejantes gobiernos, había tratado constantemente de arruinarlos; de manera que si la persona á quien fué dirigido el libro, hubiese acogido ó puesto en ejecución los preceptos, su reino hubiera durado muy poco, y se habría precipitado por sí mismo.» *Apoloogia ad Carolum V. cesarem*; Brescia, 1774, t. I, pág. 525.

(17) «De aquí nació el conocimiento de las cosas honestas y buenas, diferentes de las que son perniciosas y malas, porque se vió que si alguno hacía daño á su bienhechor, los hombres le odiaban y compadecían al otro; que hacían cargos á los ingratos y honraban á los que habían sido reconocidos, mostrando también que podían haberseles hecho las mismas injurias. Con objeto de evitar semejante mal se decidieron á hacer leyes, á ordenar cas-

tigos para los que contraviniesen, y de aquí procedió el conocimiento de la justicia.» *Décadas*, I, 2.

(18) También se encuentran estas palabras en sus *Cartas familiares*, XL: «El duque de Valentinois, cuyas obras imitaria constantemente si fuera príncipe nuevo...»

(19) *Décadas*, II, 25.

(20) *Idem*, III, 41.

En el siglo precedente se había empezado á difundir la máxima desastrosa de que las cosas del Estado no deben regularse segun las leyes de la moral ordinaria y las reglas del derecho particular. Debilitada luego más cada día la autoridad espiritual y disminuidas las verdades de la fe, el adormecimiento de la conciencia pública preparaba el camino del despotismo. Maquiavelo formuló aquellos teoremas; y suponer en el *Príncipe* una intencion opuesta á la que aparece, equivaldria á creer que Aristóteles habla irónicamente cuando sostiene el derecho de la esclavitud: porque así como nada era más natural en aquella época que el avasallamiento del hombre, la traicion y la perfidia en tiempo de Maquiavelo eran cosas comunes. La política no era la ciencia de los derechos de los príncipes: apoyábase en los hechos, en la esperiencia; era el arte de dominar con honradez ó sin ella, de sostenerse á todo precio. La habilidad del jefe de un Estado no consistia en hacer frente al peligro, sino en hacer sucumbir en él á su enemigo, en perseverar en sus odios, en disimularlos, en hacer espresar al semblante lo contrario de lo que siente el corazon, y en cubrir con el velo de las dulces palabras los más atroces designios.

No es sólo en Italia donde se pensaba y obraba de esta manera; cuando Leon X daba un salvoconducto al cardenal Petrucci, y le hacia después poner preso y dar muerte á su llegada; cuando César Borgia sorprendia, infringiendo los tratados de paz, á los tiranuelos de la Romaña, veíase á Carlos Quinto comprometerse á ceder el Milanesado, y después negarse á ello; á Francisco I renunciar á la Borgoña, y después conservarla, recibiendo además el consejo de apoderarse de la persona del emperador á su paso por Francia; al gran Gonzalo jurar sobre la hostia dejar al duque de Calabria retirarse adonde quisiera, y después conservarle prisionero; convidar al duque de Valentinio, y después enviarle cautivo á España; á Fernando el Católico, invitar al Gran Capitan á acudir á Madrid, con el pretexto de conferirle honores, y tenerle lejos del teatro de su gloria. Informado de que Luis XII se quejaba de haber sido engañado dos veces por él, exclamó: *¡Por Dios que ha mentido el bellaco! le he engañado más de diez.* Veíase á los suizos desertar en el momento decisivo, al cardenal de Sion entregar al saqueo á los brescianos, que él mismo habia hecho se declarasen contra la Francia; á ésta y á la España vender á sus aliados en sus tratados de paz. Entre semejantes gentes la política no podia enseñar más que el medio de evitar la astucia por la astucia y un asesinato con otro.

Maquiavelo se limita á esponer estas prácticas como cosas naturales, sin ninguna pasion; calculando friamente los medios y el objeto, no quiere hacer pasar el mal como bien, sino como útil (21).

Con respecto á saber si lo que es útil debe preferirse á lo bueno, es una cuestion propia de frailes. Así es, como el químico enseña á emplear los venenos y los abortivos; pero no es él quien decide si conviene ó no usar de ellos. La tranquilidad con que se ha atrevido á publicar en alta voz lo que en el día se temeria confesarse á sí mismo, prueba que no habia nada que repugnase á la opinion admitida, que ha descrito simplemente lo que entonces se practicaba, en lugar de haber sido el inventor del arte que ha recibido de él su nombre. Pero se perdona con más facilidad una mala accion que la teoria de ella, y hay más indulgencia para el crimen que para el sofisma.

Es, sin embargo de notar que aun sin Maquiavelo, los hechos habian pasado ya en teoria, y veinte años antes del *Príncipe* se publicó la vida de Luis XI, escrita por Commynes, en que se profesan aquellas doctrinas (22). El ingenuo Montaigne (*De lo útil y de lo honesto*) dice «que en toda organizacion política hay oficios necesarios, no solo abyectos, sino viciosos: y que los mismos vicios sirven para mantener el vínculo social, como los venenos la salud: dice que existen ciudadanos capaces de sacrificarse por la salvacion del país, pero que si el bien público exige que se mienta, que se haga traicion, que se mate, deben dejar tales oficios á personas más diestras. La historia de Guicciardini es una continua predicacion de las mismas doctrinas. Francisco Vettori escribia: «Tendria por una de las mejores noticias la de que el turco hubiese tomado la Hungria y se dirigiese hácia Viena: que los luteranos hubiesen vencido

quien me lee, me ha parecido más conveniente conformarme á la verdad efectiva de la cosa, que á la idea que se han formado de ella. Ahora bien, muchos hombres se han imaginado repúblicas y principados que no se han visto nunca ni reconocido si tienen realidad; porque hay tanta distancia de la manera en que se vive á la en que se debia vivir, que el que deja lo que se hace por lo que debiera hacerse, atrae antes su ruina que su conservacion. Es preciso, en efecto, que el que quiere hacer en todo profesion de hombre de bien, sucumba entre tantos otros que no lo son. Le es, pues, necesario á un príncipe que quiera sostenerse, aprender á no ser bueno, y á usar ó no usar de bondad segun la necesidad...» *Príncipe*, XV.

(22), T. I, p. 137 de la edicion de la *Sociedad histórica*: *Jeveulx declarder une tromperie ou habileté aussi qu'on vouldra nommer, car elle fut saigeement conduite.*

P. 278: *Il pourra sembler, au temps advenir, á ceuls qui verron, tecty, que en ces deux princes (Luis XI y el duque de Borgoña) n' y eul pas grant foy... mais quant on pensera aux aultres princes, on trouvera ceulx-cy grans, nobles et notables et le notre tres saige... je cuyde estre certain que ces deux princes y estoient toux deux en intention de tromper chascun son compaignon.*

T. II, pág. 311: *Ludovic Sforce estoit homme tres saige... et homme sans foy s'il veoit son prouffit pour la rompre.*

Commynes admite la Providencia como árbitra de los destinos de los reinos; pero dice que es necesario hacer conocer tambien la perversidad del mundo, no para servirse de ella, sino para preservarse. Tomo I, pág. 237.

(21) «Siendo mi intencion escribir una cosa útil para

en la Magna, y que los moriscos, que César quiere expulsar de Aragon y de Valencia, se resistiesen y fuesen no sólo aptos para defenderse sino para ofender.» Poco después vivía fray Pablo Sarpi, y escribió también un *Príncipe* ó *Consejos á la señoría de Venecia*, sobre el modo de gobernar sus súbditos en Levante; ahora bien, declara que no debe fiarse de ninguna manera de los griegos, sino tratarlos como animales feroces, limarles los dientes y las uñas, humillarlos con frecuencia, y sobre todo evitar las ocasiones de que puedan amaestrarse en la guerra. Pan y palo, esta ha de ser la regla: la humanidad debe reservarse para otra ocasión. Declara en otra parte que «el mayor acto de justicia que puede hacer el príncipe, es sostenerse;» quiere que se prohíba el comercio á los nobles, porque produce grandes fortunas y costumbres nuevas (23).

La doctrina de Maquiavelo era, pues, general. Su supremo deseo era un gobierno fuerte, «inspirando temor á los grandes, con el objeto de que no pudiesen organizar facciones, que son la ruina de un Estado.» (24) En su consecuencia, cita á Florencia el ejemplo de Venecia, que «tenía sujetos á los hombres poderosos.» (25) Manifiesta la necesidad de «formar un mismo cuerpo de todo lo que es ciudadano, de modo que todos no reconozcan más que á un solo soberano;» (26) y exhorta á Lorenzo de Médicis á que adquiera vigor para libertar á la Italia de los extranjeros. Con respecto á saber qué es preferible, si la república ó la monarquía, ó esto le importaba poco, ó cambió de opinion en este asunto segun su fiebre intermitente por la libertad. Pareció en fin que desesperaba de los poderes fraccionados de las repúblicas, y y declaró «la necesidad de una mano real para enfrenar la escesiva corrupcion de los caballeros:» esperó, pues, que el duque de Valentinois procuraría á su país aquella unidad vigorosa; después cuando el duque fué «rechazado por la fortuna,» se volvió hácia Lorenzo de Médicis, sin duda mucho menos capaz, sostenido por un papa aun joven. Faltándole también esta esperanza, se adhirió á la república florentina; pero en todos los casos insistía en la *represion* de los caballeros. A la manera de los escritores vulgares, juzga del resultado inmediato, sin reconocer ni los resultados lejanos ni el objeto; admira á Borgia, y sin embargo basta un soplo para disipar las mu-

chas astucias y violencias de éste; bastan ciertas circunstancias que él no había previsto.

¿Qué resultó de ello para él? Los tiranos no se cuidaron del consejero, y solo el cardenal de Médicis le encargó una embajada cerca del capitulo de los frailes menores de Carpi, y el hermano de aquel prelado le asignó una pension para que escribiese la historia de Florencia. Pero al cumplir esta mision, tenía gran cuidado de evitar el ir con detalles inoportunos (27). Fué, pues, una felicidad para él el que la muerte le evitase el embarazo de contar hechos contemporáneos, en los que le hubiera sido imposible mantenerse á la capa. Además de que no teniendo á la vista sino á Roma y Grecia, modela por ella á Florencia, no atendiendo á los principios de ésta; hace nacer del acaso lo que era efecto de un desarrollo constitucional, y con la abstraccion y el accidente priva á la historia de la vida que se encuentra en los cronistas.

No es de seguro entre semejantes caracteres donde se debe buscar el liberalismo, y es preciso otra firmeza, no bastando la persecucion. ¿Cómo se ha de considerar un hombre austero y un ardiente republicano en Maquiavelo, que no cesa de exhortar á someterse al gobierno, cualquiera que éste sea; que tiene por amigos á los calaveras de Florencia, y por confidentes á políticos abyectos, traidores á su patria? Esclavo de innobles apetitos y continuamente ansioso de dinero, consideraba como el colmo de la miseria vivir humilde y oscuro, y tenía necesidad de ruido, goces, amores, y del favor de los grandes y empleos lucrativos. Para obtener lo que desea, adula á Leon X, á Clemente VII y al incapaz Lorenzo; éstos le aplicaban el tormento y Maquiavelo los alababa. mendígaha sus gracias, y para lisonjearlos insultaba al estimable gobierno de Soderini.

Ya los contemporáneos que conocian las consecuencias de aquella política, se rebelaban contra la inexcusable ligereza de Maquiavelo, y maldecian los perversos consejos de su libro del *Príncipe*, que había enseñado al duque de Urbino «á arrebatarse á los ricos sus bienes, á los pobres el honor, y á unos y otros la libertad.» En su consecuencia, procuró retirarlo de la circulacion; pero el pueblo no quiso devolverle el empleo de secretario de la guerra en el consejo de los Diez (28). De

(27) Escribia, en 1524, á Guicciardini: «Teniendo que entrar en ciertos detalles, tengo necesidad de saber si no arriesgo el desagradar ensalzando ó rebajando los acontecimientos; consultaré conmigo mismo, y trataré de que aunque diciendo la verdad no desagrade á nadie.»

(28) «El motivo del grande odio que se le tenía generalmente, fué además de su lenguaje licencioso, de una vida poco honrada é indecorosa para su clase, la obra que compuso con el título de *Príncipe*, y que dedicó á Lorenzo, hijo de Pedro y nieto de Lorenzo, con el objeto de que se hiciese señor absoluto en Florencia. En aquella obra (verdaderamente impia, que debía ser no sólo vituperada sino suprimida como él mismo trató de hacerlo después

(23) Se encuentran en las *Memorias del abate Morellet* (Paris, 1825) una carta de Pedro Verri, del año 1766, en la que dice: «¿Qué otro país que el nuestro ha producido un Maquiavelo, un fray Pablo Sarpi? Dos monstruos en política, cuya doctrina es tan atroz como falsa, y muestran fríamente las ventajas del vicio, porque ignoran las de la virtud.»

(24) *Della riform. di Firenze.*

(25) *Disc. lib. I, 49.*

(26) Carta á Vettori.

esta manera la conciencia pública se indignaba con aquel frío análisis que, á la manera antigua, sacrificaba el individuo, á la prosperidad del Estado, identificado en el príncipe. Aunque confesando que Maquiavelo y Guicciardini contribuyeron mucho á desarrollar la nueva ciencia política, los consideramos como un escándalo en la literatura cristiana, y los relegamos al mundo pagano.

**Guerra.**—Mientras que las demás ciencias adoptaban á los antiguos por guías, Maquiavelo quiso que lo mismo sucediese en la guerra.

Hemos notado ya las mejoras que introdujeron en la táctica las bandas mercenarias. El feudalismo era el predominio del individuo sobre la multitud. Los concejos y la plebe que le sucedieron experimentaron la necesidad de obrar en sentido contrario, oponiendo la multitud á la fuerza individual. De este modo se formaron las nuevas milicias comunales de que hemos hablado; de este modo aquella infantería suiza cerrada en batallones cuadrados de tres ó cuatro mil hombres, con picas de seis metros, espadas largas de dos filos, unas cuantas armas defensivas y de fuego, rechazaba la caballería enemiga y causaba una poderosa impresion en el ejército contrario. Pero obligados á combatir por destacamentos, perdian el valor; servían de poco en las defensas que duraban algun tiempo, en sitios y ataques; y cuando llegaban á desordenarse sus filas, con dificultad volvían á rehacerse.

de la revolucion, cuando aun no estaba impresa) parece que aconsejaba robar á los ricos sus bienes, á los pobres el honor, y á unos y otros la libertad. Ahora bien, sucedió cuando su muerte lo que tal vez no sucederá en lo futuro, y fué que tanto los buenos como los malos se alegraron de ella: las personas honradas por que lo juzgaban malo, y los malos, porque no solo le creían mas perverso que ellos, sino tambien mas hábil.» VARCHI, *Storia*, lib. III, página 210.

Juan Bautista Busini dice: «La generalidad le aborrecía á causa de su *Príncipe*; parecía á los ricos que aquel libro era un documento que enseñaba al duque Lorenzo de Médicis á arrebatárles la hacienda, concibiendo igual temor los pobres respecto de su libertad. Los Piagnoni creían que era hereje, los buenos deshonesto, los malos peor ó más hábil que ellos: de suerte que todos le odiaban. Fué deshonestísimo en la vejez; y sobre todo esclavo de la gula; por lo cual usaba ciertas píldoras, cuya receta le habia proporcionado Zanobi Bracci, con quien comía á menudo. Se puso enfermo, ya de dolor, ya por el exceso ordinario; el dolor era causado por la ambicion, al ver que le sustitua Giannotto, muy inferior á él... Empezó entonces á tomar de aquellas píldoras, y á debilitarse y agravarse; en consecuencia, refirió á Felipe, á Francisco del Nero y á Jacobo Nardi, aquel sueño tan famoso, y murió contento, como burlando. Dice M. Pedro Carnesecchi (el cual le acompañó desde Roma, con una hermana suya) que le oyó suspirar con frecuencia, llegando á entender que Florencia gozaba de libertad. Creo que le atormentaba su conducta; pues amaba en efecto la libertad de un modo extraordinario; pero sentía haberse indispuerto con el papa Clemente.» *Carta XI*.

Los españoles, en una lucha de siete siglos contra los moros, habian adquirido aquel valor que nunca se aprende mejor que en la guerra de bandas. Cuando destruida la dominacion extranjera, salieron á conquistar ó molestar la Europa, se les consideraba la mejor infantería después de la suiza, á la que aventajaron con el progreso del tiempo. Extremadamente sobrios, no habia padecimientos ni fatiga capaces de abatirlos. Como armas defensivas usaban la alabarda ó partesana, la espada, el puñal ó la daga; en Italia aprendieron de los suizos á formar batallones cerrados, y adoptaron la pica. Una vez desordenados, volvían á la carga individualmente y cubiertos de *broquel* ó de cota de malla, cada cual se arrojaba en medio de las picas, dando de puñaladas al enemigo. Hallándose lejos de su patria, rara vez desertaban, ni podían tampoco marcharse después de concluida la campaña; de suerte que su pericia y disciplina iban en aumento.

Los franceses pensaron en perfeccionar el órden de batalla durante la guerra con los ingleses. El vencedor de Bovines fijó á los guerreros un sueldo, empezándose desde entonces á tener un servicio regular. Los arqueros-francos y los ballesteros que Carlos VII alistó, fueron la primera caballería ligera que hubo en Francia (29). Instituyó tambien arqueros francos de á pié, especie de guardia nacional, debiendo cada municipio suministrar cierto número de hombres que durante la paz permanecían en sus casas, ejercitándose de tiempo en tiempo. Dispuso la caballería en quince compañías de *ordenanza*, cada una de cien lanzas, esto es, seiscientos hombres, no contando entre los nueve mil á los aspirantes que se les unían con la esperanza de formar un dia parte de ella; y en cada compañía habia un capitán, un teniente, un guia y un alférez. Así, no eran ya ginetes que peleaban aisladamente y á su capricho, sino ordenados en cuerpos y divididos en trozos de veinte ó treinta gendarmes en las ciudades fronterizas y del interior, visitados á menudo por inspectores. El jefe de brigada era responsable de los desórdenes que se suscitaban entre las personas de su mando. El rey pagaba los sueldos, sacándolos de una contribucion llamada *de los gendarmes* impuesta á las ciudades. Esto sirvió para disminuir los males de la sociedad, cuya verdadera peste eran los soldados; y fué la muerte de la antigua caballería, pues

(29) *Ordonnons qu'en chaque paroisse de notre royaume il y aura un archier qui sera et se tiendra continuellement en habillement suffisant et convenable de salode, dague, épée, arc, trousse, jacque, ou hagne de brigandine, et seront appelés les francs archiers, lesquels seront éclus et choisi par nos étus dans chaque élection, sans avoir égard ne faveur à la richesse et aux requêtes que l'on pourroit sur ce faire. Et seront tenus de nous servir toutes les fois qu'ils seront par nous mandez, et leur ferons payer quatre francs par homme pour chacun, mais du temps qu'ils nous serviront.* ORDONNANCE DE MONTILS LEZ-TOURS.

el título de caballero no daba ya derecho á mando ni prerogativa.

Las demás potencias imitaron los estatutos de Francia, pero sólo los borgoñones pudieron rivalizar con los franceses. Los satélites ó soldados de infantería ligera continuaban, como en tiempo de las bandas, el sistema de escaramuzas y persecuciones, colocándose detrás ó al costado de los hombres de armas; y cuando éstos, en fila ó con la lanza en ristre habian roto la línea enemiga, los arqueros se adelantaban, y muchos de ellos rodeaban á un soldado enemigo para cogerle y matarle.

La caballería ligera empezó á adquirir importancia, como cuerpo distinto, sólo cuando Luis XII tomó á sueldo á los estradiotas (30), ginetes griegos que llevaban la cabeza cubierta con un morrion sin cresta ni visera, y usaban cota de malla, espada, maza y largo baston ferrado por ambos extremos. A veces combatian tambien á pié, y los empleaban comunmente los gobiernos de Venecia y Nápoles, reclutándolos entre los albaneses que se refugiaban en ambos países. Commines dice que molestaron mucho á los franceses al principio de la batalla de Fornovo (31). Luis XII, al marchar contra Génova, tomó á sueldo dos mil, con los cuales formó algunas compañías permanentes de caballería ligera que se unieron á las antiguas de ordenanza. La caballería adoptó en breve las pistolas en lugar de la lanza, para no hacer daño á los caballos; lo cual era el principal cuidado de los soldados, llegando hasta perjudicar á veces el éxito de la lucha, mientras no se declaró al caballo propiedad pública.

Maquiavelo, deplorando el desorden en que la milicia italiana habia caido por culpa de los capitanes aventureros (*condottieri*), trató de probar en el *Arte de la guerra* la necesidad de ejércitos nacionales y de disciplina. Como se hacia en su siglo con las demás doctrinas, adhirió la suya á los recuerdos de los latinos y los griegos; y aunque ajeno á las armas, se empeñó en amoldar al arte antiguo los métodos modernos. Tuvo demasiada proporcion en su patria de observar á los extranjeros de todas clases que acudian á disputarse los pedazos de aquel hermoso país que algunos no debian volver á dejar: un rey caballeresco y un rey positivo ponian en contacto la generosidad envejecida y

la nueva táctica; y las armas de fuego introducian cambios que apenas podian preverse.

Aquel Fabio Colonna, á quien Carlos Quinto miraba como maestro en las artes de los sitios, y que expuso sus ideas en un tratado que dedicó á Felipe II, es el principal interlocutor que coloca Maquiavelo en sus diálogos. Muéstrase sobre todo en ellos cansado de los soldados aventureros, verdaderos bandidos pagados hoy para combatir lo que mañana defenderán; feroces cuando no habia ningun peligro, valientes sólo por la esperanza del botin, y que hacian consistir el valor en llevar nombres pomposos, como *Fracassa*, *Tagliacozzi*, *Fieramosca*, *Senzamisericordia*.

Los soldados de infantería italiana usaban entonces una lanza de 3 metros, y la espada más bien redonda que en punta; no llevaban defendida la cabeza: algunos, después de resguardar la espalda y los codos, emplearon en vez de lanza, una alabarda de un metro y medio con el hierro en forma de segur. Maquiavelo propuso combinar los dos sistemas, el macedonio y el romano, armando las primeras filas con picas para rechazar la caballería y las demás con espadas para la defensa; prefería la infantería á la caballería, los campamentos atrincheros á las fortalezas, los ataques rápidos y decisivos á las operaciones prolongadas. A las costumbres de los capitanes (*condottieri*) para quien llevaba cada soldado cuatro caballos, opuso el ejemplo de los alemanes que tenian uno solo, y otro cada veintena para el bagaje. Con el genio político que es su principal carácter, empieza á discurrir acerca de las correspondencias entre la vida militar y la civil, entre la política y la táctica, y aspira sobre todo á armar y disponer los combatientes. Los griegos y los romanos le muestran la importancia de las masas; indica el uso de los tambores, las banderas, los penachos, los colores y otros distintivos á propósito para conservar el orden; la necesidad de ejercitar las tropas, la regularidad de las marchas, de modo que le falta poco para llegar al paso á compás. Desaprueba la division en vanguardia, centro y retaguardia, bastando que una partida de caballería preceda y otra siga á las tropas, que deberán marchar en columnas paralelas; idea no tomada de los antiguos y que formó después una de las glorias de Federico de Prusia. Establece una gerarquía de grados, proporcionada á las facultades del hombre y de las masas, y al orden profundo propuesto por él. Quiere que el ciudadano se ejercite continuamente en el manejo de las armas, pero que no sea soldado sino en el momento del peligro.

Tal era su idea de la ordenanza «no semejante á la del rey de Francia, porque ésta es peligrosa é impertinente, sino á la de los antiguos que formaban la caballería de entre sus súbditos; y en tiempo de paz los enviaban á sus casas á vivir de sus respectivas industrias.» Para conseguir esto, sujeta al alistamiento (*deletto*) á todos los hombres de diez y siete á cuarenta años, y luego á los de diez y

(30) Στρατιώτης guerreros.

(31) Los estradiotas son soldados de á pié y de á caballo, que se visten como los turcos, menos la cabeza, pues no usan turbante, y duermen al aire libre todo el año ellos y sus monturas. Eran todos griegos, procedentes de las plazas nuestras que poseen los venecianos, algunos de Nápoles de Romania en Morea, otros de Albania hácia Durazzo; sus caballos eran excelentes y todos de Turquía. Los venecianos se sirven de estas tropas, y se fían de ellas: son hombres valientes, y molestan mucho un campamento cuando se proponen atacarlo.»

siete por sí solos (edad precoz, sin duda); de manera que, en caso necesario, todos puedan tomar las armas, si bien éstas no constituyan la profesión especial de ninguno. El que se arme, no ha de ser obligado á ello, sino sentir que es un deber santo, sin acudir por eso á las filas con un ardor imprudente. Se tendrán cuerpos distintos para formar las escultas, los pequeños destacamentos; las guardias de honor, con objeto de que estos servicios no debiliten los batallones. Durante la paz, el soldado se ejercitará, usando armas, vestido y calzado de más peso que cuando marche á la guerra.

La proposición de Maquiavelo relativa á reclutar la infantería en los campos y la caballería en las ciudades, es una reminiscencia de Atenas; cosa exigida allí por la constitución, pero que nada significa entre los modernos. Confiesa que la caballería antigua, sin estribos en que apoyarse, para herir, era inferior á la moderna. Comprende que las armas nuevas quitaban el predominio á la fuerza personal; pero cuando las aplica, siempre las subordina á las antiguas; no mira el fusil y el mosquete sino como equivalentes del arco y de la honda de los vélites; y la poca pericia que se tenía aun le disculpa de que, lo mismo que sus contemporáneos, no conociese la importancia ni las consecuencias de aquellos. Pues siendo así que las armas de fuego hubieran debido hacer que se alargase sin demora al frente, oponían á esto la costumbre; y siguió como cosa habitual en la infantería el orden profundo, apoyado por el ejemplo de los antiguos. También detuvieron á Maquiavelo en la admiración que profesaba á los romanos, el uso corriente y el ejemplo de los suizos, aunque la batalla de Marignan hubiese convencido de que el orden profundo no sirve contra la artillería; y apreciando mal la índole de las armas de fuego, que llevan la ofensa á una grande extensión, quiere que los ejércitos no pasen de veinte y cuatro á treinta mil hombres, como los romanos. Sin embargo, al tratar de las fortalezas, prevé los efectos de las minas, y se opone á que en una ciudad fortificada haya ningún castillo ó reducto, para evitar que la guarnición defienda menos resueltamente el todo, confiando en el asilo que aun le resta.

Algarotti esgrime su pluma contra los que no creen á Maquiavelo gran maestro en el arte de la guerra; pero la verdad es que sólo dió de nuevo la extraña idea de construir el foso detrás de las murallas; algunas de las armas que propone no convienen de ningún modo; la opinión acerca de la superioridad de la infantería era en su época bastante comun (32), y algunas, y aun muchas máxi-

(32) Daniel de Ludovisi, en su *Relacion del imperio otomano* al senado de Venecia, el 3 de junio de 1534, dice: «En todos tiempos las armas han sido mejor empleadas y con mas utilidad por la gente de á pié, que por la de á caballo; cosa conocida en diferentes épocas y lugares, especialmente entre los romanos. Si en los tiempos más

mas buenas que contiene no bastan para colocarle en el número de los maestros de estrategia. Como filósofo político merece alabanza, porque aspiró á formar ejércitos nacionales, y porque en vez de métodos puramente militares, trató de oponer al triste espectáculo de las tropas mercenarias la fuerza moral de los italianos, á fin de mostrar que no se habia estinguido entre ellos el antiguo valor.

**Arquitectura militar.**—Es más propio de los italianos el mérito de haber innovado la arquitectura militar. Clemente VIII confió á Miguel Sanmicheli de Verona y Antonio Sangallo el Vieja las fortificaciones, principalmente de Parma y Plasencia; y habiéndoles salido segun deseaban, Sanmicheli se enamoró de aquel género y acomodó su sistema al nuevo modo de hacer la guerra. Hasta entonces una muralla fuerte, un ancho foso y algunas torres cuadradas ó redondas que protegían la interpuesta cortina á la distancia de dos tiros de arco, bastaban para proteger una ciudad. Introducidas las armas de fuego, se construyeron torres angulosas mezcladas con las redondas, que precedieron á los baluartes propiamente dichos (33), y que al inventarse éstos, fué preciso demoler, porque adelantándose más allá de la cortina, impedían la defensa. Sanmicheli hizo los bastiones en forma de triángulo saliente más ó menos obtuso, apoyado en dos flancos que protegen las cortinas; con cámaras bajas en los flancos, que redoblan el fuego de las defensas y protegen la cortina y el foso. Mientras que en el método antiguo el frente quedaba descubierto, en el nuevo todas las partes estaban defendidas por los flancos de los baluartes.

A las defensas construidas con aplomo se sustituyeron las flanqueadas, á las murallas perpendiculares las de escarpa; ninguna parte de la fortaleza permanecía sin ser defendida por otra; la artillería, hiriendo las murallas en ángulo oblicuo, no causaba tanto daño como cuando hería en ángulo recto; y si llegaba á arruinar el revestimiento exterior, el terreno se sostenía por sí mismo. Siguiendo tal

cercanos á los nuestros ha gozado en Italia de reputación la caballería, la causa ha sido la mala disposición y voluntad de los capitanes aventureros, que deprimiendo á los soldados de á pié, ó impidiendo que los príncipes tuviesen gente buena, procuraban rodear de gloria á sus ginetes, para hacerse dueños de Italia: lo cual consiguieron con ruina y desolación, y en gran parte con servidumbre de ésta.»

(33) Promis demuestra en los *Comentarios á Martini*, II, p. 300, que los baluartes de Sammicheli no fueron los primeros que se usaron. Los habia al rededor de Florencia en 1526; de Urbino, después de 1521, de Bari, antes de 1524. En el sitio de Rodas, año de 1522, los baluartes estaban construidos ya al estilo moderno, por el vicentino Basilio de la Scala, ingeniero de Maximiliano I y de Carlos Quinto. En 1519 Carlos III de Saboya añadió baluartes de esta clase al castillo que habia en el monte de Niza. En 1518 Alberto Pio fortificaba del mismo modo á Carpi, é iguales fueron las fortificaciones de Pádua, Treviso, Ferrara, etc.

método construyó Sanmicheli en Verona el baluarte de la Magdalena y otros (1517), demolidos después, á consecuencia de la paz de Luneville y los de Legnano, Orzinovi, Castello; y luego en Sebenico, Chipre, Candia, Nápoles de Romania, buenas barreras contra los otomanos. La fortaleza de San Andrés de Lido en Venecia, tan difícil á causa del terreno húmedo y azotado por el mar, se probó disparando desde sus murallas toda la artillería de grueso calibre á un tiempo. Sanmicheli asociaba la hermosura á la fuerza, adornando las entradas de la manera que Vauban sugirió en época posterior. La puerta Nueva y la puerta del Palió de San Zenon en Verona, muestran cuanto vale la concurrencia de muchos conocimientos.

Varios autores italianos escribieron sobre arquitectura militar mucho tiempo antes de que se publicase el tratado del francés Errard Bardeluc en 1604. El tratado de Roberto Valturio ilustró estas construcciones, como el de Alberti las civiles; y tiene bastante importancia histórica para demostrar la transición de las armas de tiro antiguas á las modernas, indicando también el tiempo de su invención. Hablaron de arquitectura militar por incidencia Pedro Cattaneo de Siena, Daniel Bárbaro, Antonio Filarete, Antonio Cornazano, Francisco Patricio, Leonardo de Vinci, Vannocio Biringucci, Galileo; y de propósito Francisco Jorge Martini, natural de Siena. Galeazzo Alghisi de Carpi inventó un sistema que consiste en aplicar la cortina de tenaza á cualquier polígono, y quiso probar la utilidad de las cortinas en la parte de atrás, reflejadas en un ángulo mejor cuanto más agudo; pero la experiencia no le favoreció.

Nicolás Tartaglia adivinó los tiros de rebote, que se creen inventados siglo y medio más tarde; fué el primero que disputó sobre los grados de inclinación de las piezas, sobre los efectos de los proyectiles, sobre las distancias de los tiros comparados con la inclinación y la carga; y propuso muchas mejoras acerca de las reformas de los baluartes y alturas. Juan Bautista Beltucci de San Marino que sirvió á Medeghino en el ataque de Siena, como también á Francisco I y á otros, perfeccionó las fortificaciones, cuando tanto se confiaba en las fortalezas, y Juan Bautista Zanchi demostró que la sola ventaja que ofrecen en caso de ataque es la de dar tiempo á los sitiados para proveerse de lo necesario. La obra de La Treille (34), que los franceses mencionan como la primera publicada en su idioma acerca de esta materia, es meramente una traducción de la de Zanchi.

Jacobo Lentieri, natural de Brescia, escribió diálogos sobre lo mismo y sobre el modo de levan-

tar las áreas de las fortalezas, y dió antes que nadie aspecto matemático á la ciencia de las fortificaciones. Carlos Theti enseñó á construir varios contrafuertes, recintos dobles, contraguardias continuas, baluartes separados. Gerónimo Maggi y Jacobo Castriotto imprimieron á un tiempo (Venecia 1564) su obra *De la fortificación de las ciudades*; el primero defendió á Fámagusta, donde fué hecho prisionero por los turcos, que le degollaron después de un duro cautiverio. Debe agradecerse á estos ingenieros el haber opuesto una barrera á los nuevos bárbaros que amenazaban la civilización europea, y contra quienes los reyes, amigos de disputas, dejaban pelear sola á Venecia. Más ilustre en la práctica y en las teorías fué el boloñés Francisco Marchi, autor de los tres métodos atribuidos á Vauban (35).

El arte de los sitios debió cambiarse enteramente, desde que se tuvieron armas de tanto alcance y de tan terrible choque; ya no se cuidó nadie de las alturas sino en cuanto no estaban dominadas por otras; además, había que temer siempre las minas, capaces de hacer volar por los aires el castillo mejor fortificado. Sumergiendo las murallas en el foso, se consiguió poder dominar con artillería el glacis que va declinando hácia el campo, y que á favor de su pendiente cubre la cortina; de modo que el enemigo, si la quiere batir, tiene que cortar dicho glacis y la contraescarpa, lo cual ofrece bastante dificultad, y establecer á orillas del foso sus baterías de brecha, no sin gran peligro. Tales mejoras se iban introduciendo poco á poco, y muchas por los italianos, que fueron casi los únicos á quienes se empleó al principio como ingenieros militares en toda Europa. Varias también se deben á Mauricio de Nassau y á otros campeones de la larga guerra de Flandes. Habiéndose convertido el arte de las fortificaciones en ciencia, á que sirven de base la geometría y la mecánica, abundaron escritores en esta materia, y los franceses celebran á Bardeluc como el primero que le dió sólidos principios, perfeccionándola después el caballero De Ville, y enseguida el conde de Pagan.

Cesó entonces de fiarse solamente en el valor personal; el arte lo dispuso todo. En consecuencia, los ejércitos se aumentaron; pues si bastaban escasas guarniciones cuando los castillos no estaban cercados más que por una muralla y un foso, con torres y obras laterales poco salientes y ningunas obras exteriores, se necesitó más gente para el ataque y la defensa desde que las fortalezas modernas ocuparon un trecho vastísimo, con obras separadas. Los villanos no se atrevían ya á exponerse al fuego para trabajar en las trincheras, y así este oficio se concedió á los soldados, que cobraban un tanto por cada codo de trinchera.

(34) *La manière de fortifier villes, châteaux, et faire autres lieux forts: mis en français par le seigneur de Berroít François de la Treille*. Lyon 1586. Véase el tratado de la Guerra de Contú, párrafo 51, *Ingenieros militares en Italia*.

(35) Véase á ERM. PINI, *Dialogo sull'architettura militare*, 1770; MAFFEI, *Verona illust.* P. III, cap. 5.

Permítaseme en este lugar la reflexion de que se obra con injusticia cuando se censura á los italianos de haber depuesto las armas, y empleado tropas mercenarias. No habia otro medio entonces de formar ejércitos en toda Europa; sin embargo, no sólo estaban sobre las armas los Estados feudales de Italia, como el Piamonte, el territorio de Roma y el reino de Nápoles, sino tambien las repúblicas mercantiles, que mostraron un valor heroico, ya en las interminables guerras de Levante, ya en la desastrosa de Pisa con Florencia, ó en la de ésta y de Siena contra sus tiranos. La fuerza de carácter se mostró en tantas conjuraciones, ya con un fin noble, ya obra de la locura, contra los Médicis y los Esforcias; y aparecieron dignos de mejor causa ó de mejor suerte, los Strozzi, Ferruccio y las bandas negras.

Despues, cuando ya no fué posible á los italianos combatir en su patria, llevaron su valor á paises extranjeros. Los Strozzi condujeron hasta Escocia á los desterrados de Florencia; el ingeniero cremonés, Antonio Melloni, construyó castillos

para sujetar la guarnicion inglesa en Picardia; y ocho mil italianos con él, mandados por el príncipe de Melfi, peleaban contra igual número de sus compatriotas al sueldo de Inglaterra, que se fortificaron en Boulogne por obra del ingeniero Gerónimo Pennacchi, natural de Treviso. Gabrio Serbellone se señala en la expedicion de la Goleta; tanto los protestantes de Alemania como los sublevados de Florencia hubieron de maldecir el valor y el arte de los Farnesios y los Piccolomini. Tenia razon Maquiavelo en decir que «en Italia no falta materia para introducir toda forma; existiendo allí gran virtud en los individuos, carecieron de ella los jefes. En los duelos y las reuniones de pocos se ve cuán superiores en fuerzas son los italianos; pero no parecen los mismos tratándose de ejércitos, lo cual consiste en la debilidad de los que mandan.» (36)

---

(36) *Príncipe*, cap. últ.

## CAPÍTULO XII

### BELLAS ARTES.

Ya hemos visto como dándose las bellas artes la mano con la literatura y la filosofía se elevaron, contemplando con ellas el bello visible para remontarse al bello ideal, al conocimiento de la belleza suprema é inmutable, como Pigmaleon que modeló su estatua dándole después vida con el amor. ¿Si no os fijais más que en la idea? obtenéis las toscas figuras hieráticas de la Edad Media, respirando una devoción sin atractivos. ¿Si considerais únicamente las formas plásticas? Obteneis el arte puro y perfecto en lo exterior, pero que no habla al corazón.

Recorrieron las artes estos dos períodos en Italia, elevándose en los treinta primeros años de aquel siglo á una altura á que no habian llegado entre los antiguos. Tres escuelas se disputaban el primer lugar en la pintura: la escuela veneciana, cuidadosa del colorido hasta el punto de despreñar las líneas y la forma; la florentina, de tintas menos fuertes, pero que ofrecia más armonia y suaves graduaciones; la romana, superior en la perfección del dibujo, en la representación de las formas y contornos que habia estudiado en las estatuas antiguas, escuela que declinó por esto mismo, no en la ejecución, sino en el sentimiento, cuando substituyó á las ideas el estudio de las apariencias, y colocó en los altares retratos de manebas y cortesanas. Anterior á éstas, la escuela de Umbria, fiel á los tipos de convención, se sostenia más bien por piadosa inspiración que por imitación de los clásicos, hablando más al corazón que satisfaciendo los sentidos, como si por estar próxima á Asis, el soplo santo de aquel lugar se hubiese estendido sobre ella.

La longevidad de Juan Bellini, á quien hemos visto á la cabeza de la escuela veneciana, le permitió ser el contemporáneo de los renovadores del arte. El sentimiento de aquel maestro pasó á Cima

de Conegliano, cuyo pincel reproducia la belleza, la intensidad de la expresión, mejor que la gracia, á la que se inclinan más Basaiti y Victor Carpaccio, que representó en ocho cuadros la historia de santa Ursula, páginas que conmueven hasta á los hombres más ignorantes en pintura.

**Giorgione, 1477-1511.**—Giorgione Barbarelli, de Castelfranco, separó el arte de aquellas maneras tiernas. Reformador impetuoso y atrevido, se elevó de un acabado minucioso á mayores cosas, como un hombre seguro de sus fuerzas, y que no piensa en medirlas. Sobrepujó á todos sus rivales en lo atrevido de los toques, en el vigor del tono, y en los efectos del claro oscuro, pero prefirió al género místico el natural, los esfuerzos y la anatomía. Las obras al fresco con que adornó las fachadas de los palacios de Venecia, han perecido sucesivamente; mostró en sus cuadros gran sobriedad de colores y armonia entre éstos; pero lisonjando los sentidos, y dejando muda la inteligencia.

El estudio de la anatomía, de la ciencia pura, entra también en la escuela florentina con Pollaiuolo; fray Felipe Lippi comenzó la profanación del arte substituyendo á las fisonomías piadosas retratos de bellezas afamadas. Citaremos, pero para entregar su memoria á la infamia, á Andrés del Castagno, que asesinó al veneciano Dominico, después de haber aprendido de él la pintura al óleo, que Dominico habia aprendido con Antonello de Mesina. Rafaelin del Garbo, Domingo del Gherlandajo y otros se acercan al estilo moderno, tanto como se separan de las castas composiciones de sus predecesores. El *milagro del Santísimo Sacramento*, de San Ambrosio de Florencia, bastaría para colocar á Cosme Rosselli entre los mejores pintores.

**Perugino, 1446-1524.**—La escuela de Umbria

produjo á Pedro Vannucci, Perusa, de llamado el Perugino, que trabajando en Florencia y otras ciudades, contrajo diferentes maneras. Fué tan célebre, que Sixto IV le llamó para pintar su capilla, inmortalizada después por Miguel Angel. Aunque tratase de ganar dinero, y por consecuencia de despachar pronto, sin variar sus composiciones y convirtiendo el arte en oficio, se sujetó á los tipos religiosos y á la espresion reposada. Pobre en los ropajes, seco en las actitudes, sus cabezas están llenas de gracia, su colorido es encantador. La *Pieta*, en el palacio Pitti, y el fresco del convento de Santa Magdalena de los Pazzi, se admiran como obras maestras. Su *Asuncion* ha merecido que se coloque entre el pequeño número de las que adornan el Museo del Vaticano. Además, sus pinturas de la sala del cambio en Perusa y tambien la de la Citta della Pieve, aun más cuidadas, ofrecen el verdadero anillo entre él y Rafael Sancio, que tal vez trabajó allí, y que ciertamente le imitó.

**Rafael, 1483-1520.**—Nacido Rafael en Urbino, tuvo por padre á un pintor, que al mismo tiempo era poeta; produjo á la edad de veinte y un años el *matrimonio de la Virgen* (1), composicion que á pesar de sus defectos, es sóbria, y de una pureza celestial. Encuéntrase en ella la inspiracion de la escuela de Umbria, á la cual permaneció fiel mientras no vió en Florencia á los idólatras de lo antiguo y de la naturaleza. Fundiendo ambas maneras, los tipos con la individualidad, la inspiracion con lo acabado, fué como pudo escitar aquella admiracion que le siguió por todas partes. Presentado por Bramanté, su conciudadano, á Julio II, y dedicado al trabajo en las habitaciones del Vaticano, creció su genio delante de aquellas estensas paredes que debía cubrir; y all íes donde deben verse sus diferentes maneras, llamadas progresos por unos, y juzgadas de diferente modo por otros.

Conforme al genio de la escuela patria, eligió primero asuntos simbólicos, teologia, filosofia, jurisprudencia y poesia. Desplegó en ellos la belleza poética, muy diferente de la simétrica; porque si se encuentra en ello menos de acabado, hay ciertamente más sentimiento que en su segunda manera, de la que la disputa del Santo Sacramento fué el principio. El aspecto de los magníficos restos de Roma y la conversacion de los eruditos cambiaron el curso de sus ideas; al mismo tiempo que daba más amplitud á la ejecucion, abandonaba los asuntos puramente religiosos y los tipos tradicionales, que eran en la pintura lo que el estilo de Dante en la poesia. Adoptó entonces un método más grande, formas más caracterfsticas, un claro oscuro más vigoroso; dió más vuelo á su imaginacion, sin cuidarse tanto de la severa unidad del asunto.

No hubiera podido deteriorarse el arte en manos de tan gran maestro: ayudó, no obstante, á separarle de los tipos italianos, sustituyendo á las sencillas composiciones de la Edad Media otras más grandiosas en la apariencia, pero que no tenían la fuerza y unidad de las ideas elevadas y generales. Sus *Virgenes* sobrepusieron en belleza á todo lo que habian hecho sus predecesores, pero no en la belleza que afecta al corazon, dejando en él una satisfaccion pacífica que procede de Dios y conduce á Dios.

Declinó cuando sus obras fueron buscadas como lo merecian. Leon X le encargó la custodia de todas las antigüedades, con prohibicion de que se cortara ninguna piedra que tuviese alguna inscripcion sin que él consintiese en ello; de esta manera tuvo ocasion de estudiar cada vez más los restos de la antigua Roma, que pensó restaurar. Abandonó en su consecuencia sus primeras tradiciones, y produjo en la historia de Psyquis un verdadero estudio del arte pagano. Cuando en otro tiempo decia á Castiglione: *Me sirvo de cierta idea que se me ocurre*, no hizo entonces más que copiar; así es que las fisonomias de sus mujeres carecen á veces de dignidad, al paso que imprime una grandísima á los hombres, tanto que tienen algo de sobrehumanos.

El rico comerciante Agustin Chigi le encargaba sin cesar nuevos trabajos, llegando hasta tal punto el deseo de complacerle, que sabiendo que estaba enamorado de una bonita panadera, la llevó á su palacio con el objeto de que el pintor no tuviese necesidad de salir de él para verla. Esta jóven, conocida con el nombre de la Fornarina, fué su modelo predilecto y convertida con frecuencia en virgen por sus pinceles.

Ocupado con tantos pedidos, bosquejaba las telas; después les hacia dar color por Julio Romano, concluyéndolas él y recibiendo de su mano la perfeccion que no era posible esceder. Entonces el mismo cuadro era copiado por discípulos de segundo orden, reservándose darles los últimos toques. Por esto es por lo que se atribuyen tantas obras á Rafael, y por lo que hay tantas discusiones sobre las que son verdaderamente originales. ¡Pero cuánta imaginacion, qué prontitud en la ejecucion era preciso tener, para concebir y concluir tantos trabajos! Porque deben añadirse á ellos innumerables retratos, cuadros al óleo de grandes dimensiones, fiestas que dirigir, y cartones que dibujar para los tapices que se ejecutaban en Flandes.

De carácter afable, maneras simpáticas y graciosas como sus pinturas, no se conocieron nunca en Rafael aquellas estravagancias ni aspecto salvaje y distraído que afectan á veces los artistas, como si la estrañeza y la impolitica indicasen el genio. Estraño á la envidia, no denigraba á sus rivales, procuraba; por el contrario, aprovecharse del mérito de cada uno de ellos. En lugar de ofenderse de la exageracion de Miguel Angel, que decia: *Todo lo que Rafael sabe de pintura se lo he ense-*

(1) Probablemente es anterior á la *Crucifixion* de la galleria Fesch.

nado yo, se proclamaba feliz con haber nacido en la época de aquél. Así es, que fué buscado por todos, y su vida una série de triunfos; siempre feliz, lo fué hasta en el morir, por ser antes de llegar la hora de los desengaños. Una sangría, que se le administró cuando estaba debilitado por los placeres amorosos, le hizo sucumbir á la edad de treinta y siete años. Su cuadro de la *Transfiguracion*, en el que se ocupaba para concluirlo, acompañó á sus restos (1520), y fué la más magnífica de las oraciones fúnebres del gran artista, cuya pérdida hizo derramar lágrimas á todos (2).

Se encuentran pintores que le escudieron en ciertas partes, mas no hay uno que le fuese superior en el conjunto de todas las cualidades. Reunió, en efecto, el dibujo, el colorido, la fuerza del claro-oscuro, el efecto de la perspectiva, la imaginación, la conducta y aquella gracia, que encanta más que la belleza. El *Heliodoro* y el *Milagro de Bolsena* son, con respecto al colorido, los mejores frescos del mundo aun comparados, con los del Ticiano, en Pádua. Rafael es principalmente admirable por su habilidad en espresar las particularidades de la vida moral y física, es decir, la individualidad, sin que nunca desaparezcan la armonía y la unidad. Hasta ha sabido estender esta individualidad á todas las edades, á todos los afectos, á todos los caracteres en sus composiciones épicas de la sacristía de Siena y del Vaticano, no en situaciones exageradas, sino en una gradacion combinada. Une á lo profundo una maravillosa flexibilidad, sin tratar nada á la ligera, pero asociando á la gracia de las formas la exactitud de la idea, satisface de esta manera á los sentidos y á la inteligencia. Es de una variedad inagotable, piadoso en los santos, voluptuoso en las Galateas, lleno de gracia para concluir un pequeño cuadro, magnífico cuando pinta aquellas grandes escenas del *Incendio del Borgo* y el *Spasimo*. Poseyendo el secreto de las simpatías, espresa el carácter, lo patético, aun más que lo bello. Puede decirse con verdad, que con invenciones que satisfacen el juicio y afectan al corazón, da vida á sus cuadros, sentimiento y lenguaje visible á sus personajes, y que no ha habido otro que haya representado de aquella manera la naturaleza. Introdujo en los arabescos figuras humanas y simbólicas, cosas desusadas entre los cristianos y los árabes, pero tal vez conoció las pinturas romanas que se descubrieron algunos años después en las termas de Tito. El lujo que desplegó en las galerías del Vaticano sirvió de modelo para adornar los palacios de los reyes, y estendió un gusto más puro en la eleccion de los adornos. La fortuna le favoreció aun en este punto, pues se acababa de perfeccionar el grabado.

(2) Aun después de Vasari, Duppa, Braun, Quatremere de Quincy, la obra más estimable acerca de Rafael me parece ser la de J. D. PASSAVANT, *Rafael von Urbino und sein Vater Giovanni Santi*.

Marco Antonio no creyó que podia emplear de una manera mejor su sábio buril, sino multiplicando las obras de Rafael, que pronto se estendieron por todas partes.

Así como los demás artistas de su época, poseia además la escultura y arquitectura. Los magníficos edificios con que los duques de Urbino embellecian á su capital, y donde reunian las obras maestras, tanto del arte antiguo como el moderno, habian contribuido á desarrollar en él un gusto pulido que no escluia ni la imitacion de los antiguos, ni el atrevimiento de los modernos. Colocó en el cuadro del *Matrimonio* un pequeño templo muy alabado por el estilo y la perspectiva. El fondo de la *Escuela de Atenas* ofrece una hermosa composicion arquitectónica, y lo mismo sucedió con otras varias. A la muerte de Bramante se le encargó acabase el patio donde se encuentran las galerías del Vaticano, salones abiertos, que elevó á tres pisos, y donde pintó cincuenta y dos pasos sagrados con arabescos. En Florencia el palacio Ugucioni, en la plaza del Gran Duque, y el de Pandolfini en la calle de San Gallo, se construyeron por sus dibujos, de un estilo puro y noble en la elevacion y los adornos. Edificó en Roma para Chigi, en frente de la Farnesina de Peruzzi un pequeño palacio de estrema elegancia; y se admira sobre todo el que está próximo á San Andrés del Valle. Nombrado arquitecto de San Pedro, debia esperarse todo de semejante eleccion; pero no queda de su proyecto más que el plano, sencillo, grandioso, lleno de armonía, cual nunca se ha visto.

Dirigido con afectuoso interés á los jóvenes artistas; así era que cuando acudia á la corte iba acompañado de cincuenta pintores, distinguidos discípulos suyos. Después de su muerte y de la de Leon X, al cual sucedió Adriano VI, que no entendia nada de artes, habiendo invadido á Italia la peste y los alemanes, y viendo que se celebraba á Sebastian del Piombo, los discípulos de Rafael se esparcieron por el país y propagaron su gusto exquisito.

Juan de Udino, afamado por los paisajes, las flores, los vasos, los claros oscuros, sobrepujó á todos sus modelos en los arabescos con que adornó el Vaticano. Francisco Penni, llamado el Fattorino, trató de resucitar la escuela napolitana.

**Julio Romano, 1492-1546.**—Julio Pippi, célebre bajo el nombre de Julio Romano, y cuya historia está aun ignorada, fué no sólo gran pintor, sino tambien arquitecto; y Rafael le encargaba ejecutar sus ideas apenas bosquejadas. De esta manera es cómo se formaron diferentes casas de recreo en Roma, la quinta de la Señora en la pendiente del monte Mario, obra maestra de elegancia y gracia, con los más bellos adornos que existen, después de los del Vaticano. Lleno de verbosidad, aunque menos feliz que Rafael en la ejecucion, y sin unir la eleccion de las ideas á la fecundidad, la correccion á la rapidez, la popularidad á la ciencia, Julio Romano permaneció jefe de la escuela hasta el

momento en que el marqués de Gonzaga le confirió la dirección de los trabajos de construcción que hacia ejecutar en Mantua. Allí el sabio artista enfrenó con diques sólidos el Po y el Mincio, secó las partes bajas de la ciudad, compuso los caminos, reedificó los edificios y construyó otros nuevos. Uno de los principales es el palacio del Té, edificio cuadrado de ciento ochenta piés cada frente, con un inmenso patio de columnas encajonadas, construido y pintado por el mismo maestro, que se complació en imitar á lo antiguo, sobre todo en los bajos-relieves de estuco (3). En las salas de los Gigantes, la pintura ilusoria de tal manera, que la vista no puede reconocer la forma arquitectónica; en todas sus demás composiciones históricas, asoció la poesía á la pintura, poesía pagana que no se desdenaba prostituirse á las infamias del Aretino. Reedificó la catedral de Mantua á la manera antigua con un gusto correcto. Siguió un término medio en la fachada de San Petronio, en Bolonia, entre el estilo gótico y el griego.

Tuvo por discípulo insigne á Julio Clovio, natural de Croacia, miniaturista á quien superó á su vez Félix Ramelli, del cual fué maestro. En los libros de coro ó piadosos se encuentran miniaturas de autores desconocidos, que el arte confiesa no haber podido sobrepujar; pero esta clase de pintura se consideraba como de mal gusto, y destinada sólo á ganar dinero, no buscando más que la semejanza.

Perino, hijo abandonado de uno de los franceses que habian seguido á Carlos VIII, fué colocado primero en casa de un boticario, después entró en el estudio de Vaga, cuyo nombre adoptó. Rafael le hizo ejecutar al fresco varios de sus dibujos; Doria le acogió después en Génova, de donde volvió á Roma y trabajó mucho, adoptando más que los demás el método del maestro; pero cuando el Ticiano fué á aquella ciudad, temió verse suplantado por este pintor, y murió poco tiempo después (1547).

Polidoro de Caravaggio llegó á Roma para trabajar allí como obrero, cuando Rafael se encontraba al frente de las obras de construcción. Descubriendo en él, el gran artista, buenas disposiciones, le dedicó á la pintura. Habiéndose unido en su estudio á otros discípulos, sobre todo á Maturino, se dedicaron á pintar el claro-oscuro en el género de la fachada de Baltasar Peruzzi; y persuadidos de la necesidad de conceder el mayor cuidado al dibujo, que no es alterado por el tiempo, se dedicaron á copiar lo antiguo. Arrancados á sus trabajos por las bandas del condestable de Borbon, huyeron á Nápoles, donde murió Maturino, y los nobles, ocupados exclusivamente en cacerías y ceremonias de aparato, no dieron nada que hacer á Polidoro. Pasó después á Sicilia, y allí tenia mu-

chos trabajos encargados, cuando su criado le asesinó para robarle.

En la escuela del Perugino se formó Pinturicchio, que representó en Siena los altos hechos de Pio II, y varió con bellos paisajes el fondo de sus cuadros. Los sieneses, que antes escluían con envidia á los extranjeros, aprendieron de él y de Rafael, que pintó también en la sacristía de la catedral á conocer el arte moderno.

Después de haber trabajado con Julio Romano en el palacio del Té, sobre todo en las obras de estuco, Primaticcio de Bolonia pasó á Francia para adornar allí á Fontainebleau, adonde llevó gran número de estatuas y modelos antiguos, y Francisco I le hizo superintendente de los edificios de la corona; ya trabajaba en aquella corte el florentino Rosso, pintor que no quiso seguir las huellas de ningun otro, y cayó en la estravagancia por querer hacer algo nuevo: por esto fué por lo que en lugar de los apóstoles colocó una *zingarata* (cuadrilla de gitanos) al pié de su *Trasfiguración* en Citta de Castillo. Toto de la Nunciata es muy alabado por los ingleses, habiendo compuesto todas sus obras en su país.

**Miguel Angel, 1474-1564.**—Miguel Angel Buonarroti, uno de los géneos raros que la naturaleza produce de tiempo en tiempo para mostrar el inmenso poder del hombre, procedió por otras vías que las del órden y la corrección. Nació en Caprese, en el territorio de Arezzo; y habiendo concebido desde su temprana edad una viva pasión á las artes, se le colocó en casa de Domingo y David Ghirlandayo, que eran los pintores más célebres de Florencia, y se apasionó al trabajo hasta el punto de hacerse perdonar las correcciones que hacia á los dibujos de su maestro, retocando los contornos bosquejados.

Brunelleschi, Leon Bautista Alberti y Bramante, habian hecho que volviese la arquitectura á la pureza clásica; Lorenzo Ghiberti y Donatello, hicieron producir á la escultura admiradas obras maestras. Masaccio hubiera sido un Rafael si su existencia no hubiese sido tan corta. Miguel Angel se conocia capaz de abrazar las tres artes á la vez; pero no hubiera podido sobrepujar á sus contemporáneos y á los antiguos, sino asociando la perfección clásica al estudio de lo verdadero y á la profundidad del sentimiento. La conversacion de Lorenzo de Médicis y de los literatos de aquella corte, así como el estudio de aquella galería tan rica en obras maestras, le iniciaron en los misterios del arte antiguo. Pero su alma, toda acción, no podia sufrir las trabas del arte, ni casi las de la materia.

La escultura era su vocación. Cuando vió varios restos antiguos que acababan de ser desenterrados, como el Tronco del Apolo de Belvedere, Hércules y Anteo, el Hércules Farnesio, el Laocoonte y los comparó con las producciones modernas, cuya tranquilidad le parecia sin expresión, pensó que convenia dar vida á los mármoles desde

(3) Pero debió trabajar muy principalmente en él Reinoldo, natural de Mantua y discípulo de Julio.

la cabeza hasta los piés; se dedicó, pues, con preferencia á los desnudos y á la anatomía. Los artistas que le habían precedido, habían procedido con timidez, distantes de toda exageración, buscando en el dibujo la conveniencia más que lo maravilloso; en la anatomía, los medios de dar razón de los movimientos más bien que de hacer ostentación de la ciencia; en la arquitectura á la reunión de la fuerza y de la conveniencia del destino. Miguel Angel se aventuró á cosas permitidas solo al génio. Decía que *el que no sabe hacerlo bien por sí mismo, no puede servirse bien de lo que han hecho los demás*; y para burlarse de los que no tenían más que alabanzas para lo antiguo, hizo un Cupido dormido, y le enterró después en el palacio donde se practicaban por lo común las escavaciones. Cuando se descubrió, fué admirado y ensalzado hasta las nubes, hasta que se declaró su autor. Entonces apenas tenía veinte años. Los elogios de que fué objeto, las grandes obras que se le encargaron, aumentaron su confianza en sí mismo. Habiendo tenido que trabajar en Florencia en un mármol empezado ya por Simon de Fiésolo, sacó de él el David del palacio Viejo. Después de la espulsion de los Médicis, fué recogido por el prior del Espíritu Santo, que le proporcionó cadáveres para sus estudios predilectos; llamado en fin á Roma, recibió el encargo de varias obras, entre otras, la de Nuestra Señora de la Piedad, del Vaticano.

Buscado por todas partes y alabado generalmente, de repente le entró tal desanimación y desconfianza de sí mismo y del arte, que abandonando el cincel, se retiró, sin llevar consigo más que la Biblia y la Divina comedia para llorar en versos desconsolados. Las grandes almas saben lo que significan estas alternativas de exaltación y abatimiento. Julio II le devolvió su confianza, mandándole la dispusiese un mausoleo. Este debía estar en relación con el genio del que le encargaba y del artista elegido para ejecutarle, una masa que se dejara ver desde todas partes, de arquitectura grandiosa, acompañada de cuarenta estatuas, entre las cuales debía figurar la de Moisés (4). La ava-

(4) No están conformes en su descripción. Debía tener diez y ocho codos de largo, por doce de ancho, y estar aislado. Por la parte de fuera había una fila de nichos separados por términos revestidos en la parte superior, y que sostenían sobre su cabeza la primera cornisa. En cada nicho estaba encadenado un prisionero desnudo en una actitud estraña, y con los piés apoyados en el borde de un basamento. Estos prisioneros representaban las provincias reunidas al dominio pontificio. Otras estatuas encadenadas también figuraban las Virtudes y las Artes, sujetas á la muerte, así como el papa que las favorecía. En las esquinas de la primera cornisa había cuatro grandes estatuas, á saber: la Vida activa, la contemplativa, San Pablo y Moisés. La obra se elevaba disminuyendo por encima de la cornisa, y desplegando un friso de bronce, con hechos históricos, niños y diversos adornos. En lo alto dos estatuas:

ricia de los herederos del Padre Santo (5), ú otras ocupaciones del artista, fueron causa de que esta obra sin igual no se acabase, y quedase reducida á lo poco que todos van á admirar en San Pedro Advincula apoyado contra la pared.

Los competidores ya viejos del jóven artista le criticaban en alta voz, y trataron de desacreditarle con Julio II; mas habiéndole hecho esperar el Padre Santo un día en su antecámara, se marchó diciendo al ugiar: *Cuando pregunte por mí el papa, le direis que he ido á otra parte*. En efecto, marchó al momento para volver á Toscana. El papa mandó apresuradamente correos en su busca; pero por más que le escribió y dirigió á la señoría de Florencia breves amenazadores, no pudo obtener el que volviese á Roma. Se había dedicado á trabajar en Florencia, donde preparó, para pintar la guerra de Pisa, cartones que le valieron la reputación de dibujante de primer orden, y fueron un objeto de estudio para todos sus contemporáneos. Decía tener intención de ir á Constantinopla, adonde el gran señor le llamaba para construir un puente entre la ciudad y Pera. En fin, consintió en volver á Roma, donde Julio II le encargó hiciese su estatua para la ciudad de Bolonia: Miguel Angel espresó en ella la majestad y la fuerza bajo un aspecto tan temible, que el papa le preguntó: *¿Da la maldición ó la bendición?* Rebelados los bóloñeses, la rompieron, y Alfonso de Este se hizo hacer de ella un cañon.

Se refiere que con intención de mortificarle, Bramante sugirió á Julio II el hacerle pintar la bóveda de la capilla de Sixto IV, pensando que de esta manera apareceria inferior á Rafael y á los demás artistas en la composición de los frescos, á que no estaba acostumbrado. Después de haberse escusado aunque en vano, Miguel Angel, se encerró sin ver á nadie, y sin confiarse á alma viviente. «En lugar de encargar las mezclas, las preparaciones comunes y las demás cosas necesarias, él mismo molía hasta los colores, no fiándose de los prácticos ni aun de los muchachos del estudio» (VARCHI). Si no podia evitar las oficiosas distracciones que iba á causarle Julio II, dejaba caer una tabla á sus piés ó le cubria de polvo, como si fuese obra de la casualidad. Si impaciente el pontífice le preguntaba: *¿Cuándo acabarás?* le contestaba: *Cuando pueda*. Este trabajo, maravilla de todos y desesperación de sus rivales, se terminó en veinte meses. Los profetas y las sibilas en sus nue-

la una era el Cielo, que sostenía un ataúd sobre su espalda, sonriéndose de que el alma del pontífice había pasado á la morada de la gloria; en el otro Cibeles, diosa de la tierra, sosteniendo también el ataúd, pero llorando la pérdida sufrida. Se entraba y salía por los estremos de la cuadratura del monumento entre los nichos: en la parte interior había un templo ovalado, en medio del cual debían descansar los restos del pontífice.

(5) Estos, sin embargo, habían convenido con él que lo concluiría por 16,000 ducados. Véanse las pruebas en GAYE, tom. II.

vas actitudes, en su fisonomía y en el modo con que están vestidas revelan inspiración. El encanto de lo bello se conocía á través de todas las dificultades, y aquellos frescos son considerados como la obra maestra del pincel de Miguel Angel.

Tenia sesenta años cuando Pablo III fué á verle á su casa con diez cardenales, para rogarle pintase una pared de la misma capilla. Aceptó, pero habiéndose caído del tablado y roto una pierna, resolvió dejarse morir, presa de un nuevo desaliento. Habiendo sin embargo renunciado á su proyecto, terminó en ocho años el famoso *Juicio final*, y de esta manera su pincel pintó en aquella capilla los dos puntos extremos de la historia del género humano, la creación y el fin. Así como Fídias había sido inspirado por Homero en las tradiciones poéticas de su siglo, Miguel Angel se inspiró con la Biblia y la Divina Comedia para ennoblecer la naturaleza humana. Pero Dante después de haber entrístecido el alma con las angustias del infierno, la animó con la sonrisa eterna y la maravillosa dulzura de los cielos; Miguel subordina todo á los recursos materiales del dibujo; quiere lo desnudo, ostentar á la vista la anatomía humana, sin cuidarse de la modestia ni de las conveniencias, sin recordar que tanto en el arte como en la moral, «no se debe observar mucho bajo la piel.» Los que gritan contra Pablo IV porque hizo cubrir por Daniel de Volterre (6) las indecentes desnudeces de la Sixtina, deberían recordar que el Aretino, el Arellino, decimos, á quien Miguel Angel consultaba sobre las grandes escenas de la religión, desaprobó también estas indecencias (7), cuyo abuso por parte

(6) Cicognara, por ejemplo, á quien estas desnudeces parecieron efecto de la inocente sencillez del siglo XVI. Pero que también entonces escandalizaban, y no sólo á la gente tímida, resulta, omitiendo citar otros testimonios, de un ms. de la Magliabechiana, cl. XXV, 274, donde se lee: El 19 de marzo de 1549 se descubrieron las repugnantes y obscenas figuras de mármol en Santa María del Fiore, obra de Baccio Bandinello, que representaban un Adán y una Eva; toda la ciudad lo censuró altamente, y extrañó que el duque tolerase semejantes figuras en una iglesia delante del altar, donde se coloca el Santísimo Sacramento. En el mismo mes se descubrió en la iglesia del Espíritu Santo una Piedad, regalo de un florentino, y se decía que el original era del inventor de las porquerías, Miguel Angel Buonarroti, salvándole el arte, pero no la devoción. Todos los pintores y escultores modernos, para imitar tales caprichos luteranos, no pintan ni esculpen hoy en las iglesias más que figuras capaces de extinguir la fe y la devoción; pero confío en que Dios enviará un día á sus santos á echar por tierra las idolatrías de este género.

(7) Esta carta, medio seria y medio jocosa, está referida por Gaye un poco variada del texto, tal como se lee en la correspondencia del Aretino, y merece ser conocida.

«A Miguel Angel en Roma.

» Señor: al ver todo el bosquejo de vuestro *Juicio final*, he acabado de conocer la ilustre gracia de Rafael en la agradable belleza de la invención. Sin embargo, como bautizado, me avergüenzo de la licencia tan contraria al espíritu del asunto que os habeis tomado de expresar las ideas

de tan gran genio, demuestra cómo se habían encarnado las ideas paganas en el arte.

No seguiremos á Miguel Angel en todos sus trabajos, muy numerosos, aunque siempre originales,

por las cuales se resuelve el fin á que aspira cada sentido de nuestra verídica creencia. Ese Miguel Angel, de una fama tan maravillosa; ese Miguel Angel, notado por su prudencia y en todo admirable, ¿habrá querido mostrar á las gentes tanta impiedad religiosa, como perfección en la pintura? ¿Es posible que vos, que siendo divino, desdeñais la sociedad de los hombres, hayais hecho esto en el más grande templo de Dios, en el primer altar de Jesús, en la más ilustre capilla del mundo, en un lugar donde los grandes cardenales de la Iglesia, los venerables sacerdotes y el vicario de Cristo confiesan, contemplan y adoran con las ceremonias católicas, las órdenes sagradas, las oraciones divinas, su cuerpo, su sangre y su carne? Si no fuera una cosa censurable hacer una comparación, me alabaría de bondad en el tratado de la Nanna, haciendo superior mi prudente precaución á vuestra indiscreta conciencia; porque en una materia lasciva é impúdica no empleo expresiones chocantes y reprobadas, sino que me sirvo de palabras castas é irreprochables; al par que vos en tan elevada historia, mostrais á los ángeles y á los santos, á éstos sin ningún decoro terrestre, y á aquéllos privados de todo adorno celestial. Considerad á los gentiles en su escultura, cuando representan, no á Diana vestida, sino á Venus en su desnudez, la representan cubriendo con su mano las partes que no se descubren. ¡Y el que sin embargo es cristiano, sólo porque estima más el arte que la fe, tiene por espectáculo real, tanto la ausencia del decoro en los mártires y en las vírgenes, como el gesto del *dominado* por las partes genitales, de donde la misma prostitución separaría la vista por no verlo! Vuestro asunto hubiera convenido en un baño voluptuoso, no en un coro supremo. Seria, pues, menos de sentir que no creyéseis que faltar, ofendiendo de este modo la creencia de los demás. Pero hasta ahora la excelencia de tan temerarias maravillas no queda impune, puesto que su mismo milagro es la muerte de vuestra alabanza. Reanimad, pues, su brillo convirtiendo en llamas las vergüenzas de los condenados, y las de los bienaventurados en rayos de sol, ó imitad la modestia florentina que cubrió con algunas hojas doradas las de su hermoso coloso, que sin embargo está colocado en la plaza pública, y no en un lugar sagrado... Pero como nuestras almas tienen más necesidad del sentimiento de la devoción, que de la vivacidad del dibujo, que Dios inspire á la santidad de Paulo como inspiró la beatitud de Gregorio, que prefirió privar á Roma de soberbias estatuas antiguas, antes que privarla, por su perfección, del respeto de los fieles á las humildes imágenes de los santos, etc. Venecia, noviembre de MDLXV.

» Vuestro servidor.

» El Aretino. »

Salvator Rosa condenó también las desnudeces de la capilla Sixtina, en este pasaje de sus sátiras:

*Dovevi pur distinguere é pensare,  
Che dipingevi in chiesa: in quanto á me  
Sembra una stufa questo vostro altare...  
Dunque la dove al Ciel porgendo offerte  
Il sovrano pastore i voti scioglie,  
Shanno a veder le oscenita scoperte?*

Debiérais recordar que esas pinturas

sin tradicion de escuela y constantemente con el sello de la personalidad. Si es cierto que Rafael aprendió en sus obras á obrar con más elevacion, y le debió así su último método, seria al revés de Dante, que no consiguió de Virgilio, *su maestro y autor*, imitar su exquisita perfeccion. Al paso que Rafael duda de su genio, se doblega al de los diferentes maestros, y conserva su primitiva gracia aun cuando quiera ensayar lo vigoroso y teatral, Miguel Angel trastorna las nociones de lo bello y hace que los límites del arte sean inciertos, arbitrarios y convencionales. Nos ha acontecido varias veces figurarnos aquellos dos grandes hombres con la vista fija sobre dos de las obras maestras del Vaticano, contemplando uno el *torso*, el otro el *Apolo*, tomando Rafael de éste la espresion correcta de una belleza sobrehumana, y Miguel Angel del otro la fuerza de las articulaciones, el relieve y el juego de los músculos, para que la espresion, que al principio se encontraba en las líneas del rostro, se extendiese por toda la persona: la accion fué el carácter constante de todo lo que produjo el gran artista florentino; sus mismos colores son tan vivos, y sus contornos tan marcados, que se les creeria destinados á recibir el relieve del mármol. Los que buscan los secretos del arte y las dificultades materiales, no pueden menos de admirarse al contemplar las obras de Miguel Angel; los que colocan en primer lugar la precision, encuentran faltas en aquella imaginacion sin reglas, en aquella grandiosidad exagerada, en aquel vigor empleado en todo, tanto en los santos como en los demonios, en aquellos grupos de aparato, en los que la habilidad se muestra con ostentacion, y no despierta el sentimiento. Dispone en su rededor construcciones muy complicadas, estatuas en posturas incómodas, y poderosas voluntades encadenadas por una fuerza superior, sujetas á una tristeza eterna ó á una meditacion próxima á la desesperacion.

En sus indomables caprichos, comenzó varias estatuas que no concluyó; su cincel sentó sobre otras tan vigorosos golpes, que le faltaba mármol; pretendia dar cuerpo al sentimiento, reducir la materia á espesar, fuese esto posible ó no, concepciones generosas, y subyugarlas á su antojo. Los personajes desnudos, acostados en el sepulcro de los Médicis, debian espesar alegorias que nacidas de su violenta imaginacion, significarian otra cosa muy distinta de las glorias de estos ensalzados de la nada. Cuando tuvo que representar á Lorenzo, hijo de Pedro, olvidó que este Médicis habia sido el más miserable y perverso de aquella raza; el nombre de *Pensiero* (pensador), que le dió, mani-

fiesta que acariciaba una idea y ponía la anatomia al servicio de la imaginacion. Todo creció entre sus manos, y siempre se encuentra en él sublimidad de ideas, amplitud de formas, estension en el método, magnificencia en el plan, variedad en los accesorios asociados á la profundidad y á la sencillez. Es natural que el abuso de lo abstracto haga perder el sentimiento de la belleza correcta; pero deben atribuirse al maestro las exageraciones de los imitadores: ¿Qué importa que se admire en el Moisés aquel brazo tan verdadero, ó que se quiera censurar la barba y los músculos de ganapan, ó el traje que no es histórico? Es inútil tambien recordar que aquella estatua debia figurar en medio de otras varias, y en un punto de vista enteramente diferente del en que se encuentra. Lo que es cierto es que observando la melancolia y lo venerable que ha impreso el gran artista en el semblante del gran legislador, no se encuentra nada en la antigüedad comparable á aquella majestad indefinible.

**Bramante, 1444-1514.**—Abrióse para él una tercera carrera en la arquitectura. Ya en el siglo anterior hemos citado con elogio, entre los restauradores del buen gusto, á Bramante Lazari de Urbino, y mencionado las obras que hizo en Lombardia. De talento muy cultivado, escribia é improvisaba versos; honrado y recto, amó á sus rivales, animó á los jóvenes despejados, y sostuvo á Rafael en sus primeros pasos, que son siempre los más penosos, y deciden con frecuencia del porvenir de un artista. Tomando de la arquitectura gótica la independenciam, las construcciones atrevidas y libres, la sabia disposicion de las bóvedas; de los clásicos la decoracion regular, que acompaña á la construccion sin disimularla, y la eleccion ilustrada de las proporciones, que da relieve á los edificios más sencillos, su método permaneció característico para aquella reunion de lo antiguo y moderno. Llamado á Roma para trabajar allí, las ruinas de la quinta de Adriano y los antiguos restos de la Campania le enseñaron una severidad de gusto desconocido hasta entonces, y le hicieron renunciar á la timidez, al mismo tiempo que á la sequedad. El cardenal Carraffa le encargó construir una iglesia en Nápoles, después el claustro de la Paz en Roma. Esta última construccion es ligera, aunque independiente de las reglas establecidas. En efecto, para atenuar lo escesivo que tienen los intercolumnios, ha colocado una columna en falso entre las pilastras de la segunda fila. Se alaba particularmente en Roma el palacio de la chancilleria, y el templete de San Pedro Montorio; así como en Todi la Consolacion, cruz griega de cuatro tribunas semicirculares, aunque en los capiteles y en los adornos haya procurado la variedad á espensas de la monotonia que llaman clásica. Serlio le llama «inventor y antorcha de la buena y verdadera arquitectura;» y segun Miguel Angel, fué «tan escelente como puede haberlo sido otro desde los tiempos más antiguos.»

Eran para mi iglesia; en mi concepto

Es una estufa vuestro altar...

¿Allí, do presentando al cielo ofrendas,

De los votos releva al santo padre

La obscenidad ha de lucir desnuda?

¡Así se hubiera atrevido á respetar más los ejemplos de la Edad Media, y no sustituyera símbolos y alegorías á las sagradas imágenes!

Se le atribuyen los puentes móviles, suspendidos no sujetos á la bóveda, así como haber sido el primero que puso en la armadura de las bóvedas rosetones, que incorporándose de esta manera á la construcción se encuentran enteramente hechas cuando se quita el armazon.

Ejecutó por órden de Alejandro VI la fuente de Transtevere, las de San Pedro y otros trabajos, pero creció su talento cuando Julio II lo llamó para realizar sus magníficos proyectos. Tuvo que unir al principio los dos pabellones de Belveder con el palacio del Vaticano, á través de un valle estrecho y desigual: Bramante lo convirtió en un patio, disminuyendo la diferencia del nivel por medio de una ingeniosa disposición de terraplenes y escaleras: le rodeó después de dos alas de galerías, que desarrollándose en una longitud de mil piés con pilastras dóricas y jónicas en el piso inferior, corintias y compuestas en el superior, le dan un aspecto grandioso y teatral. A un extremo del patio, que tiene cuatrocientos piés de largo, está el gran nicho con la galería circular; en el otro, un anfiteatro de piedra para los juegos. La impaciencia de Julio II que queria ver los edificios no construirse sino formarse de un golpe, fué causa de que Bramante pecase algunas veces por falta de solidez. Así fué que para apoyar después este pórtico, se vió obligado á quitarle lo más original que tenia; el mismo patio se ha dividido en dos para colocar allí la biblioteca. Se alaba, sobre todo, la escalera en espiral, sostenida por columnas de órdenes sucesivos, y por la que pueden subir hasta caballos.

**San Pedro.**—La iglesia de San Pedro muestra á las miradas la historia de las artes, de la que permanece la obra maestra, á pesar de sus defectos. Construida en tiempo de Constantino á imitación de San Juan de Letran y de San Pablo, tiene algo de las antiguas basílicas más suntuosas, precedida como lo está á su entrada, por un átrio cuádruplo. Tiene cinco naves en el interior, en el que las columnas de la del medio sostienen sólo un arquiteave; partes todas ajustadas. Las paredes de ladrillos tenían de seis á ocho palmos de espesor, el piso era de mármoles redondos y cuadrados, de tamaño y fntas variadas; las ventanas, con vidrios de colores y bastidores de bronce. Había varias puertas, de las cuales la principal tenia las hojas de bronce quitadas á algun templo. Esta iglesia fué modificada con el tiempo: añadiéronse altares, monumentos de forma y diversas aplicaciones, oratorios, sacristias, capillas, una biblioteca, monasterios, mausoleos de diverso estilo, segun los progresos del arte; y éstos desde tiempo en que Proba erigia allí en el siglo iv un pequeño templo á Probo Anicio, prefecto del pretorio, su marido, hasta Leon Bautista Alberti. Lo mismo aconteció con respecto á las pinturas y mosaicos, tanto en la

parte interior como en la fachada, en cuya cima habia una cruz de mármol y Cristo sentado en pié de ella, con la virgen á su derecha, san Pedro á su izquierda, en un poco más abajo Gregorio IX de rodillas, y en los cuatro costados los cuatro animales simbólicos.

Tres papas de elevadas ideas se propusieron reedificar aquel templo, y hacerle tal que escediese á los monumentos construidos en su derredor por los dueños del mundo. Nicolás V habia pensado convertir el Vaticano en un magnífico palacio, donde todos los cardenales hubieran rodeado al papa como un consejo permanente. Era el proyecto que se encontrasen en él todas las oficinas de la curia reunidas, un vasto recinto para el cónclave, un inmenso teatro para la coronación, suntuosos aposentos para los príncipes. La colina; sembrada toda de edificios, se hubiera comunicado con la ciudad por grandes pórticos llenos de tiendas; jardines, fuentes, capillas y bibliotecas hubieran completado el conjunto. La muerte de aquel pontífice, hizo abandonar este proyecto, cuyo plano habia dado Nicolás Rosellini. El que L. B. Alberti habia concebido para la iglesia no se conoce sino por la descripción de Bonanni.

Cuando se trató de colocar el mausoleo que preparaba para Julio II, Miguel Angel propuso terminar la tribuna proyectada por Rosellini á la cabeza de la antigua basílica del Vaticano, y dijo que 100,000 escudos bastarian: *Doscientos mil sé necesitan*, respondió Julio II; y comenzaron á ocuparse de ella. Como toda cosa produce otra, aquel pontífice, que amaba lo que era grande, sintió nacer en él el deseo de ocupar dignamente á los artistas ilustres de que se hallaba rodeado, reconstruyendo á San Pedro. Bramante prevaleció á sus concurrentes; pero sus dibujos se han perdido, excepto el que recogió Rafael, y Serlio ha colocado en su tratado. Aquella unidad perfecta, la armonia graciosa de las líneas y de las partes hubieran hecho parecer á San Pedro más grande que la realidad, al paso que produce en el día el efecto contrario. Colocaba delante un peristilo de tres filas de columnas hácia el fondo; el interior hubiera ofrecido una cruz latina terminándose en semicírculo, desde donde la vista se hubiera dirigido hácia la cúpula, para la cual se proponia construir sobre las bóvedas gigantescas del templo de la Paz la retonda del Panteon.

El mérito de este gran pensamiento pertenece, pues, á Bramante, aun cuando no haya sido ejecutado. Comenzados los trabajos, los inconvenientes de la precipitación no tardaron en manifestarse con amenazadoras grietas; y los refuerzos que Miguel Angel tuvo que añadir á las pilastras demasiado débiles, alteraron toda la economía del edificio. Después de la muerte de Julio II y de Bramante, cuando Julian Sangallo, fray Jocondo y Rafael, á quienes Leon X habia confiado esta grande obra, cesaron de existir; se hicieron cargo de ella Antonio Picconi y Baltasar Peruzzi.

Peruzzi, 1480-1536.—Nacido este último en Volterra, de un desterrado florentino, que le dejó niño y pobre, se vió obligado á ganar su vida copiando cuadros; habiendo adquirido después alguna facilidad, comenzó á trabajar originalmente. Un pintor le llevó á Roma para que le ayudara en el Vaticano; pero habiendo muerto el papa, fué despedido. Se formó una reputacion en la pintura al fresco y trabajó con César de Sesto. Agustin Chigi de Siena le animó y le procuró el descanso necesario para el estudio. De esta manera pudo perfeccionar la pintura arquitectónica y la perspectiva en las escenas teatrales; desplegó, sobre todo, gran habilidad en las fiestas dadas por Julian de Médicis, después con la Calandra del cardenal Bibiena. Desgraciado toda su vida, lo fué más en que se perdieron todas estas obras de actualidad. Puede uno, sin embargo, formarse una idea de ellas por la galeria de la Farnesina, cuya ilusion es tan completa, que Ticiano tomó los claros oscuros por relieves (8). Aquel pequeño palacio tan elegante, *sin paredes*, como dice Vasari, pero *muy natural*, es tambien obra de Peruzzi. Dibujó para el San Petronio de Bolonia, dos planos y dos perfiles, el uno gótico y el otro de un género nuevo, para ser adaptados á la construccion anterior; pero no fueron ejecutados.

Prisionero en tiempo de saqueo de Roma, fué blanco de los peores tratamientos, y precisado á hacer el retrato del condestable de Borbon, muerto en el asalto. Habiendo conseguido salvarse, se fugó á Siena; pero fué vuelto á coger, robado y llegó allí desnudo. Se dedicó á construir y dirigir las fortificaciones de la ciudad, y negó su ayuda á Clemente VII para sitiar á Florencia. Se reconcilió no obstante con aquel pontífice, que le encargó, como tambien otros grandes personajes, nuevos trabajos en Roma. Construyó allí principalmente el palacio Massini, su obra maestra, y murió antes de haberlo terminado. Habia vivido pobre, sin más sueldo que doscientos cincuenta escudos como arquitecto de San Pedro. La gente rica le ensalzaban, pero sin prestarle ayuda; y esperaron á que descansara en su lecho de muerte para prodigarle ofrecimientos.

Sangallo habia concebido para el Vaticano un proyecto en el cual ponia á contribucion todos los edificios de la antigua Roma, lo que hubiera sido interminable. El de Peruzzi nos ha sido conservado por Serlio: es una cruz griega terminada por cuatro hemicírculos sobrepuestos de cuatro campanarios, entre los cuales se encuentra la sacristia; en cada hemicírculo se abre una puerta, lo que hace que entrando por cualquiera de los cuatro puntos cardinales, la vista se dirija al altar, colocado en

el centro y bajo la cúpula. Este dibujo es hermoso y lleno de armonia; pero hubiera sido preciso más atrevimiento y vivacidad que la que tenia Peruzzi, al que convenia más trabajar en pequeños palacios y fachadas elegantes.

Habiendo ascendido entonces Paulo III al trono pontificio, dió orden de continuar la construccion de San Pedro; y en 1546, confió su direccion á Miguel Angel, que consagró á él casi los diez y siete últimos años de su vida. No era para él la arquitectura un estudio nuevo; habia dibujado á la edad de 40 años la sacristia de San Lorenzo en Florencia, capilla sepulcral de los Médicis, majestuosa en sus grandes masas, pero con muchas licencias, y ofreciendo pobreza en su conjunto. Tambien habia proporcionado el plano de la biblioteca Laurenciana, en el que habia encontrado obstáculos por tener que guardar muchas consideraciones. En Roma coronó el palacio Farnesio, dibujado por Sangallo, con la más hermosa cornisa que existe después de la del Cronaca en Florencia. Habiéndole encargado Pio IV construir una iglesia en las termas de Diocleciano, supo sacar partido de las antiguas paredes, con un respeto que no guardaron á sus construccion los arquitectos que después tuvieron que trabajar en aquella iglesia. Reparó tambien el Capitolio, adornando el cordon con una balaustrada compuesta de pedazos antiguos y construyendo la estatua ecuestre de Marco Aurelio en la esplanada, donde hizo las dos alas del palacio; comenzó el del Senador, que después fué edificado por Jacobo della Porta y por Rainaldi, con desgraciadas modificaciones. Inventó el capitel jónico con las volutas hácia afuera como consecuencia del deseo de originalidad, que le arrastraba á intentar innovaciones inútiles en la disposicion y en los adornos. Así es que se ve en la puerta Pia la bastarda mezcla de lo clásico y lo nuevo, cuya imitacion ha producido tantas extravagancias. Es un hecho que resucitó el estilo colosal y los principios de orden único en la totalidad del edificio. Pero como la moda antigua no estaba ya en relacion con las necesidades é ideas de la época se reducía á una convencion: no es, pues, de admirar que se buscasen otras clases de bello convencional, y que naciese la extravagancia en las artes, como los juegos de palabras en la poesia.

A la edad de sesenta y dos años, cuando la vida en otros no hacia más que vegetar y la imaginacion alimentarse de recuerdos, emprendió cubrir á San Pedro. Su edad, y aun más su carácter, no le permitian pensar como los demás, perpetuarse en su empleo eternizando el trabajo. Rehusó el sueldo de 600 zequés; y al paso que el modelo muy complicado de Sangallo habia costado 5,184 escudos romanos, terminó el suyo en quince dias con un gasto de 25 escudos, suprimiendo los detalles dispendiosos, y aumentando en cambio la majestad, la grandeza del conjunto y la facilidad en la ejecucion. Dió la preferencia á la cruz griega, de estilo corintio tanto por dentro como por fuera,

(8) Este género estaba entonces en uso, se trazaban los contornos en agamasa, después se les sombreaba con arcilla, carbon y polvos de humo de pez, lo cual les daba el aspecto de bajo-relieve.

con un solo orden, y acercándolo, lo más posible á la unidad. El papa le autorizó para que cambiara lo que quisiera, pero sin alterar en nada el plano. Triunfando, pues, de las cábalas y reduciendo la maledicencia al silencio con el desprecio, elevó igualmente todas las partes del edificio. La cúpula debía ser la principal, y la vista dirigirse á ella desde los cuatro brazos de la cruz; y el grandioso pedestal sobre que levantó todo el edificio, indica lo que hubiera sido la fachada si no hubiera sido echada á perder por los que le sucedieron.

Murió Miguel Ángel (1564) á la edad de 90 años dejando *su alma en manos de Dios, su cuerpo á la tierra, y su herencia á sus parientes más próximos*. Fué ciertamente uno de los caracteres más nobles y elevados que han existido. Incomodado por las intrigas de sus rivales, se contentaba con responder: *Pelear contra medianías, es no vencer á nadie*. Aunque debió muchos favores á los Médicis, no por eso dejó de detestar su dominación, y defendió á Florencia sitiada por interés de ellos; pero se marchó á Venecia antes de que hubiera sucumbido, de lo cual se le hizo un cargo. Habiendo vuelto después y sido perdonado por Clemente VII, es cierto que ejecutó nuevos trabajos para los que habían avasallado su patria; pero escribió estas palabras en la estatua de la Noche: «Es bueno que duerma, para que no vea tantos males y oprobio.» (9) Un profundo sentimiento moral y religioso se revela en sus cartas. Muy austero en su conducta, frugal y sin ocuparse en nada de su bienestar, era por consecuencia inaccesible á la corrupción. Amaba los que le rodeaban, y la muerte de un fiel servidor le desconsoló como si hubiera perdido un hijo (10). Amó á Victoria Colonna

con un amor casto y poético; y sufrió cuando murió toda la poesía del dolor (11). La convicción que tenía de su mérito, debió parecer arrogancia, y no obstante, le entraba á veces profunda desconfianza de sí mismo; entonces dibujaba pasos de la Divina Comedia, imploraba lá misericordia eterna (12), y se creía insuficiente para triunfar del arte cuando la gloria le prodigaba sus más brillantes laureles, y le aseguraba la admiración de la posteridad.

No es de admirar que, encargado de ejecutar trabajos tan grandes, únicos hasta en el universo, habiendo profesado todas las artes del dibujo y sobrevivido á todos los hombres célebres de aquella época, su siglo le admirase como á un *ser más que mortal*, como á un *ángel divino*. Si se une á esto el vigor de un genio que arrastraba en su torbellino á todo el que le rodeaba, la nobleza de un carácter puro y patriótico, el atrevimiento en emitir preceptos y pronunciar sentencias, la producción de modelos espuestos en cada una de las artes y en las dos ciudades capitales entonces del saber, se comprenderá cómo escitó un entusiasmo tan general. Además, el sentimiento que había despertado fué por otra parte sostenido por los escritores florentinos en su mayor parte, que consagraron su pluma á las artes, y por los artistas sus sucesores, que quisieron basar su naciente gloria

(11) «La tenía tanto amor, que recuerdo haberle oído decir que sólo sentía una cosa, á saber: que cuando fué á despedirse de ella en su lecho de muerte, no haberle dado en la frente ó en la mejilla el beso que le dió en la mano.»  
CONDIVI, *Vida de Miguel Ángel*.

(12) Dirigió este soneto á Vassari:

(9) *Grato m'è l'sonno è piú l'esser di sasso,  
Mentre che il danno e la vergogna dura;  
Non veder, non sentir, m'è gran ventura;  
Però non mi destar, deh parla basso!*

«Dormir me es agradable, y aun más ser de piedra, ¡ay! mientras que reine el mal y la vergüenza dure, con no oír ni ver sería feliz. No me despiertes por favor, y habla bajo.»

(10) Escribía á Vasari: «Mi querido maese Jorge, no estoy en estado de escribir, os dirigiré sin embargo unas palabras en contestación á vuestra carta. Sabreis que ha muerto Urbino, en lo que Dios me ha hecho un gran favor, pero con gran daño mio é infinito dolor. El favor ha sido porque, aunque me hacia la vida digna de estimación viviendo; me ha enseñado con su muerte á no morir con sentimiento, sino deseando perder la vida. Lo he conservado 26 años, y lo he encontrado muy adicto y fiel. En el día que después de haberle hecho rico, esperaba tener en él un apoyo y un descanso en mi ancianidad me ha sido arrebatado, y no me queda otra esperanza que volverle á ver en el paraíso. Dios me lo ha presagiado en la felicísima muerte que ha tenido; porque sentía mucho ménos morir que dejarme en este mundo perverso con tantas angustias. Es cierto que la mayor parte de mí mismo ha huido con él; no me queda más que un desconsuelo infinito, y me recomiendo á vos.

*Giunto è già il corso della vita mia,  
Con tempestoso mar, per fragil barca,  
Al comun porto, ov' a render si varca  
Conto e ragion d'ogni opra trista è pia.  
Onde l'affettuosa fantasia  
Che l'arte mi fece idolo e monarca,  
Conosco or ben quant era d'error carca,  
E quel che a mal suo grado ognun desia.  
Gli amorosi pensier già vani è lieti.  
Che fien or, s'a due morti m'avvicino?  
D'una so certo, e l'altra mi minaccia.  
Ne pinger, nè scolpir fia piú che quieti  
L'anima volta a quell'amor divino  
Ch'aperse a prender noi in croce le braccia.*

(Ya mi vida ha llegado, con tempestuoso mar y navegando en frágil barca, al puerto comun, donde se da cuenta de todas las acciones buenas y malas. Conozco en este momento cuán nutrida de errores estaba la tierna imaginación que hizo para mí del arte un ídolo y un rey, y lo que todos desean á pesar suyo. Los amorosos pensamientos, un día vanos y alegres, ¿que serán ahora, cuando me aguardan dos muertes? De una estoy cierto, y la otra me amenaza. Ni la pintura ni la escultura pueden ya calmar los trasportes del alma, cuyo vuelo se dirige hácia aquel amor divino que abrió los brazos en la cruz para recibimos y estrecharnos.)

en el respetado nombre de su maestro. Pero él mismo reconocía que estaba al borde del precipicio; y pensando en los imitadores, decía de la capilla Sixtina: ¡Oh, a cuántos debe corromper esta obra mia! La imitación del mal, como dice Guicciardini, sobre otro asunto, sobrepuja siempre al modelo; al paso que, por el contrario, la imitación del bien le es siempre inferior. En efecto; una multitud de artistas se dedicaron á trabajar después de los dos grandes hombres que hemos nombrado, adhiriéndose unos al toque delicado de Rafael y otros á la grandiosidad de Miguel Angel, pero atreviéndose pocos á seguir su propia inspiración.

Ya hemos citado algunos discípulos de Rafael. Fray Bartolomé se hace notar por el suave encanto de sus figuras: si lo debió á la amistad de Rafael, aun contribuyó más un sentimiento íntimo de piedad que le preservó de prostituir su pincel en aquellos voluptuosos cuadros, tan buscados entonces; y mereció un lugar en la tribuna de Florencia. Como sus rivales le proclamaban inhábil para las grandes proporciones, y sin conocimientos de anatomía, contestó victoriosamente á los burlones produciendo el San Marcos y el San Sebastian. El grabador Baldini, sectario de Savonarola, artista que si no brilló en primera fila, fué siempre correcto, permaneció fiel al arte cristiano; como también Juan Antonio Sogliani, que sobresalía en expresar el amor á la virtud en el semblante de los santos, y la costumbre del vicio en la de los perversos; Lorenzo de Credi, puro, ingenuo y lleno de una dulce melancolía; Rodolfo Ghirlandayo, discípulo de fray Bartolomé, cuya *Virgen* en San Pedro de Pistoya, y los *Milagros de San Zanobi* en la galería ducal, respiran piedad. Este artista tuvo por íntimo amigo á un pintor llamado Miguel, que trabajó con él en varias iglesias de Florencia y fué por este motivo apellidado de Rodolfo.

Podía entonces gloriarse esta ciudad de poseer pintores notables. Pedro de Como, admirador extravagante de la naturaleza, no permitía al hombre corregirla: se enfadaba cuando se podaban los árboles de su jardín, ó cuando se arrancaban las malas yerbas. No tenía horas fijas para sus comidas, se complacía en andar errante por sitios aislados, en contemplar las figuras que formaban las nubes y hasta las que hacían lo que escupían los enfermos. Esta contemplación de la naturaleza hizo que sobresaliese en la imitación, en la perspectiva, y en el claro-oscuro, pero fué pobre de sentimiento. Mariotto Albertinelli, adversario de Savonarola, en atención á que estaban unido á los Médicis, no tuvo elección en sus tipos y murió de intemperancia.

**Andrés del Sarto, 1488-1530.**—Andrés del Sarto estudió las obras de fray Bartolomé, y conservó su método en sus vírgenes y en sus sacras familias; su obra maestra al oleo es la *Virgen de San Francisco*, que se ve en la tribuna de Florencia, y la *Virgen del Sato* es el más perfecto de sus frescos. La

*Historia de San Juan Bautista*, que se le encargó hacer en el *Scala*, es un dibujo puro y fácil: La exposición de las figuras es sencilla; hay seguridad en las posturas, y los ángeles y los niños son encantadores. Empezó también en 1510 la *Historia de San Felipe Benizzi*, en el patio de la Anunciación; pero aunque siempre risueño y gracioso, se deja llevar de la monotonía y de una facilidad descuidada. Aunque se le haya apellidado *Andrés sin errores*, no poseyó la poesía de las grandes concepciones y de los grupos vigorosos. Llamado á Francia por Francisco I, ejecutó allí algunas obras; después volvió á Italia con el dinero que le había entregado el rey para comprar cuadros, pero dispuso de él, subyugado por su pasión á Lucrecia del Fede; y la vergüenza que experimentó por aquella baja se le hizo vivir oculto. Tuvo que sufrir los últimos desastres de su patria, y murió á la edad de cuarenta y dos años, abandonado hasta por Lucrecia. Cuando en el sitio de 1529, se demolieron los arrabales de Florencia, los soldados no se atrevieron á echar abajo una pared de San Salvador, donde Andrés había pintado la cena de Nuestro Señor.

Tuvo por amigos y colaboradores á Franciabigio y á Puligo; pero Jacobo Carducci, llamado el Pontormo, fué el único de sus discípulos que mostró grandeza. Después de haber visto los grabados de Alberto Durer, se consagró á este género, adoptando luego el método de Miguel Angel. Variando de esta manera continuamente, no conservó carácter propio, pero imitaba, hasta confundirse con el de los demás. Tuvo por discípulo al Broncino, cuyas caras son tan graciosas y las composiciones con tanto encanto, pero cuya pintura tiene poco relieve, y desagrada por su colorido amarillento.

Lucas Signorelli comenzó por seguir las tradiciones de la Umbria, después quiso rivalizar con sus contemporáneos ensayándose en diferentes géneros, y se apasionó de la anatomía, como se puede ver en su hermoso *Juicio final*, en Orvieto. Daniel Ricciarelli, de Volterra, se muestra excelente en su *Descendimiento de la cruz*, que existe en la Trinidad de los Montes, uno de los tres mejores cuadros de Roma, y en la *Degollación de los Inocentes*, que adorna la galería de Florencia. Tadeo Zucaro, y aun más su hermano Federico, trabajaron según el método de Rafael, en el palacio Farnesio en Roma y en Caprarola, después en el Escorial. Pero muy decaído debía estar el arte, si semejantes personas eran las llamadas á recoger la herencia de los que les habían precedido.

Cuéntase que queriendo rivalizar Miguel Angel con Rafael, á quien oía alabar por la decencia de sus invenciones y la armonía del colorido, hizo dibujos que se los dió después á pintar á Sebastian del Piombo (1483-1547), imitador de Giorgione, y artista de un acabado cuidadoso. De esta manera nació la *Resurrección de Lázaro*, que compite con la *Trasfiguración*. Concibió orgullo

Sebastian, y creyó poder marchar á la par de Miguel Angel y Rafael; pero cuando se le encargó acompañar al Ticiano á la visita de las pinturas del Vaticano, al ver las restauraciones hechas en las habitaciones después de los estragos del saqueo, exclamó el Ticiano: *¿Quién es el presuntuoso ignorante que ha echado á perder estas figuras?* Era Sebastian.

Entre los pintores que se hicieron notar después de Miguel Angel, citaremos al florentino Granecchi, á Bautista Franco, émulo de Juan Udino, que se distinguió tambien en las pinturas de las porcelanas de Castel-Durante; Bernardino Poccetti, de vigorosos toques en los frescos. El *Milagro del ahogado*, en el claustro de la Anunciacion, prueba que habria podido igualar á los grandes maestros, si al estro hubiese sabido unir la paciencia.

**Leonardo de Vinci, 1452-1519.**—Otra escuela se habia fundado por el florentino Leonardo, de Vinci, discípulo de Verocchio, pintor, escultor, poeta, músico, geómetra, arquitecto y pensador profundo, y mas grande hombre que lo que le pareció á su siglo. Luis el Moro, que se complacia mucho con los sonidos de la lira, «le llamó á Milan para que la tocara; y Leonardo fué con este instrumento que él mismo habia hecho de plata en su mayor parte, cosa estraña y nueva. Habiéndose dado á conocer en aquella corte como otra cosa bien diferente que músico, se vió empleado en trabajos de mecánica é hidrostática; pero *parecia que temblaba cada vez que se ponía á pintar*; por esto es por lo que no concluía nunca lo que comenzaba, considerando la grandeza del arte, de tal manera, que él veía errores en las cosas que parecían á otros milagros» (LOMAZZO). Trabajó diez y seis años en el modelo de una estatua ecuestre de Francisco Esforcia; pero cuando los gascones pasaron los Alpes con Luis XII, la convirtieron en blanco de sus flechas. Empleó un tiempo considerable en pintar el cenáculo (13) que adorna el refectorio de las Gracias en Milan. Separando de sus personajes los símbolos que la tradicion aplicaba á los apóstoles, y los indicios materiales de la divinidad, queria que á todos se les conociese por su aspecto, y por la espresion de los sentimientos que habian hecho nacer en él las solemnes palabras del Redentor. Representó, pues, la escala ascendente de la belleza en la forma, sirviéndose de ella como de manifestacion visible de

la inteligencia y del sentimiento; esta obra maestra mal situada y pintada al óleo en la pared, ha sufrido mucho con estas circunstancias.

Después de la caída de Luis el Moro, Leonardo volvió á Florencia, donde permaneció cuatro años trabajando en el famoso retrato de madama Lisa, que fué comprado por Francisco I en 4,000 escudos. Tambien preparó allí el carton de la batalla de Anghiari, que debia pintar en Florencia, en competencia con Miguel Angel. Pero en medio de un motin popular, sus envidiosos admiradores (porque con frecuencia se llega al mismo resultado por diferentes caminos) le hicieron pedazos disputándose quien se le habia de llevar. Tenia entonces cincuenta y dos años, y como le era muy difícil satisfacerse, tuvo que renunciar á hacer frente á Miguel Angel y á otros, que terminaban sus obras con estremada rapidez. Aceptó, pues, voluntariamente la invitacion del rey de Francia que le llamaba á su corte. Trasladóse á ella en efecto, pero sin hacer que sepamos ninguna obra. Hubiera podido formar el gusto de esta nacion no haciéndole imitar á los grandes artistas italianos, sino enseñándole lo que ellos habian hecho, evitando deslumbrar con el entusiasmo, y secundando más bien la cualidad que domina en ella, es decir, la inteligencia.

Leonardo de Vinci probó que se podia ser gran artista, conservando un carácter puro y firme. Era generoso con sus discípulos, á quienes socorria. Compraba pájaros para tener el placer de darles libertad. Sino quedaban contentos con sus cuadros, restituía el precio convenido. Tenia placer en sorprender á sus amigos con estrañas invenciones: tan pronto esparcía por el aire olores perfumados, como exhalaciones fétidas; le acontecia á veces llevar en el bolsillo una larga tripa que llenaba de aire con un fuelle, de modo de envolver á los asistentes cuando menos lo esperaban en las espirales de ella, ó daba de repente suelta á pájaros mecánicos. Eran diversiones de un talento que sentia la necesidad de crear.

Ha escrito mucho, pero sin dejar ninguna obra completa. Lo que se ha impreso bajo su nombre son extractos ó fragmentos coleccionados. Pero sus manuscritos manifiestan por su variedad de materias uno de los mayores talentos. Su *Tratado de la pintura*, es uno de los primeros donde se han discutido los principios del arte (14). Sentó antes que Bacon el principio de la esperiencia y de la observacion. *La mecánica*, decia, *es el paraíso de las ciencias matemáticas, porque se consigue con ella el fruto de estas ciencias*. Hizo en su consecuencia muchas máquinas, todas para el uso de las artes y necesidades domésticas, y aplicó á ellas

(13) No sé de dónde Roscoe, en medio de tantas inexactitudes, deduce que Leonardo no acabó el Cenáculo, y que «indicando solo con un simple rasgo la cabeza del principal personaje, ha confesado su incapacidad, siendo de lamentar el poco atrevimiento del artista ó la impotencia del arte.» *Vida de Leon X*, c. 2. Para los que no han visto aquel cuadro, hartó deteriorado en verdad, bastará la fe del cardenal Federico Borromeo, que en el *Museum*, impreso en 1625, alaba tanto la mencionada cabeza: *Salvatoris os alium animi maiorem indicat, qui gravissima moderatione occultatus atque suppressus intelligitur.*

(14) *Leonardo de Vinci*, vida escrita por el C. DE GALLENBERG. Leipzig, 1834. LIBRI, *Historia de las ciencias matemáticas*, párrafo III, 30, La obra de José Bossi sobre el cenáculo es arte y nada más.

la geometría. Conoció la teoría de las fuerzas aplicadas oblicuamente al brazo de la palanca y la resistencia de las vigas. Fué el primero de los modernos que se ocupó del centro de gravedad de los sólidos, y de su influencia sobre los cuerpos, tanto quietos como en movimiento. Introdujo el cálculo de las frotaciones con ayuda de ingeniosos métodos perfeccionados después por Amontons. Consideró como imposible el movimiento perpétuo y la cuadratura del círculo; inventó un dinamómetro, y aplicó á gran número de casos el principio de las celeridades eventuales. Calculando la caída de los cuerpos, concibe que procede de un movimiento compuesto por la rotación de la tierra. Sabe que en el descenso por planos inclinados de igual altura, el tiempo está en proporción de las longitudes; un cuerpo baja más bien por el arco de círculo que por la cuerda; y que cayendo por un plano inclinado vuelve á subir con tanta velocidad como si hubiera caído perpendicularmente de igual altura. Repite con frecuencia que los cuerpos pesan en dirección de su movimiento, y que el peso (en el día diríamos la fuerza) se aumenta en razón de la celeridad. Escribe sobre las fortificaciones, sostiene antes que Copérnico el movimiento de la tierra, y es el primero que sienta en la hidrostática, las bases de la teoría de las aguas y de las corrientes; conoce la fuerza del vapor y pensó aplicarlo á la artillería. A él se le debe el pensamiento de canalizar el Arno, desde Pisa hasta Florencia, trabajo ejecutado dos siglos después de él por Vicente Viviani (15). Enseñó á construir las calzadas, ó al menos dió una descripción exacta de ellas y desarrolló su teoría. Adelantó en más de un siglo á Castelli en lo concerniente al movimiento de las aguas. En óptica descubrió la cámara oscura antes que Porta; dió también antes que Maurolico la explicación del espectro solar que atraviesa un agujero anguloso; enseña la perspectiva aérea, la naturaleza de las sombras de colores, los movimientos del arco iris, los efectos de la impresión visual y otros fenómenos de la vista desconocidos á Vittelion. Con respecto á la geología, sabe que el mar debe haber cubierto los terrenos donde se encuentran los depósitos de conchas; y no solo explica las estratificaciones de estos depósitos por vía de sedimentos, sino que parece alude á los levantamientos del continente. Atribuye la oscuridad de la luna en su parte no iluminada á la reflexión de la tierra, como Mestlin lo proclamó mucho tiempo después. Comprende que el aire propio para la respiración debía alimentar la llama (16). Atribuye al calor del

sol el hecho de que las aguas bajo el Ecuador están más elevadas que en los polos, con el objeto de «restablecer la esferoidad perfecta:» era un error, pero indica que conocía la desigualdad de los ejes.

Con respecto á los trabajos de inteligencia, aconseja adquirir el mayor número de conocimientos que se pueda, salvo separar después los exactos de los falsos é inútiles. La experiencia es el intérprete de la naturaleza y nunca se engaña; pero no sucede lo mismo á nuestro juicio, cuando aguarda efectos que aquélla no ofrece. Es necesario, pues, consultarla, variar los métodos, hasta que se puedan sacar consecuencias generales. Las ciencias á que no se pueden aplicar algunas partes de las matemáticas carecen de certidumbre. Los que no consultan los hechos sino los autores, no son hijos de la naturaleza sino sus nietos; porque ella sola es la que forma los verdaderos genios. Aunque comienza con el razonamiento y concluye con la experiencia, debemos seguir un camino opuesto, presentar primero la experiencia; y demostrar después por qué los cuerpos están precisados á obrar de tal ó cual manera.

Debe, pues, colocarse á Leonardo de Vinci en el número de los restauradores de la ciencia y la filosofía, sintiendo que ocupaciones demasiado variadas, le hayan impedido terminar y publicar tantas invenciones capitales. En lo concerniente á la pintura no se le puede clasificar en ninguna escuela; sino creador de una teoría precisa de anatomía, de un sentimiento razonado de las leyes y de los contornos, tuvo suerte en reproducir tanto el aspecto general, como los detalles; es superior á sus contemporáneos en la perfección del dibujo, la firmeza de las líneas y de las formas: así es que su ejemplo y sus preceptos contribuyeron á formar la escuela milanesa, fundada por el antiguo pintor Vicente Foppa; esta escuela produjo buenos maestros, como Civerchio, Zenale y Buttinoni, de Triviglio, que se aprovecharon de los ejemplos de Bramante. Bartolomé Suardi, que seguía las huellas de este último y fué apellidado en su consecuencia el Bramantino, sobresalió en la perspectiva, trabajó también en Roma. En fin, el Borgoñone fué superior á todos; pero no se sabe nada de este pintor, sino que sus pintores en bastante número que han sobrevivido á él, respiran una devoción casta.

La academia de dibujo creada por Luis el Moro, y dirigida por Leonardo de Vinci, fué un plantel de nuevos artistas, tales como Francisco Melzi, Andrés Salvi, su predilecto. Juan Antonio Beltráfio, en fin, para no citar á otros lo haremos de César de Sesto y Bernardino Luino. Privados de la felicidad de tener historiadores como los artistas toscanos, permanecieron casi ignorados de los

(15) Pero no pudo trabajar, como se dice, en el canal de la Martisana, en Milan, que ya estaba concluido, ni inventar los estanques, que se usaban ya antes que él. Véase nuestro Libro XIII, cap. I.

(16) Observó también que si la mecha de una lámpara estaba agujereada, el color de la luz era uniforme (MONTU-

CLA III, 1564). Se anticipó, pues, también á Argand en la teoría.

que no pudieron ver sus obras en su patria. Los frescos de Bernardino Luino, muy numerosos en Lombardia, y sobre todo en Saronno, se cuentan entre los mejores, y los extranjeros atribuyen con frecuencia sus obras á Leonardo. La *Crucifixion* que se ve en Lugano, es un verdadero poema, que ofrece una infinidad de personajes, cuyas aptitudes, trajes y sentimientos son muy variados y verdaderos; en el que las cabezas se destacan del fondo con la mágia de las miradas, enseñada á los milaneses por Leonardo, y cuyo efecto es tan grande, que los personajes parecen aguardar una respuesta. Las numerosas vírgenes de Luino no tienen la elegancia que se nota en los más grandes maestros; pero sí el sello de una suavidad púdica. Parece, sin embargo, que no había visto nada de sus ilustres contemporáneos, y que por otra parte fué siempre retribuido escasamente (17).

César de Sesto ayudó en sus trabajos á Rafael, que siguiendo una tradicion, le había dicho un día: *No comprendo como siendo tan amigos como lo somos, tenemos tan pocas consideraciones uno con el otro.* No se puede separar la vista de las telas en que ha querido ser grande. Bernazzano, excelente en paisajes, con quien estaba íntimamente unido, le pintaba á menudo los fondos. Cuando Antonio Salaino descubrió su cuadro de la sacristía de San Celso, sacado de un carton de Leonardo, todo Milan fué en tropel á admirarlo.

Gaudencio Ferrario de Valdugia (1484-1550), á quien Lamazzo cuenta entre los siete principales artistas, formado en Verceli en el taller de Gerónimo Giovenone, después colaborador de Rafael, y gran admirador de Leonardo de Vinci, conservó siempre alguna cosa de la antigua escuela: sin embargo, adquirió grandeza en la invencion, novedad en la eleccion de las aptitudes, más vivacidad de colorido que los demás pintores milaneses, y se dedicó particularmente á dar expresion á los rostros. Por sus huellas marcharon, entre otros. Andrés Solari, de un pincel cuidadoso y buen colorista; y Bernardino Lanini de Verceli, inferior á Salari en el dibujo y en el claro-oscuro, pero buen compositor y en grande, como se puede ver en su *santa Catalina*, en san Nazario. Marcos de Oggiono, además de los cuadros al óleo, pintó otros al

fresco, y pocos artistas le aventajaron en la expresion y artificio de las composiciones.

Elegidos escultores, y sobre todo ornamentistas, formaban una honrosa comitiva á estos pintores; y Vasari, tan parcial de los florentinos, confiesa que son admirables las obras de Bambaya, de Solaro, de Agrati, de Gaudencio, de César de Sesto, de Marcos Oggiono, de Luino, «que harian mucho si tuviesen tantos objetos de estudios como hay en Roma. Debemos, pues, alegrarnos de que Leon Leoni haya llevado allí tantas obras antiguas y modelos.»

Leon Leoni de Arezzo, era escultor y fundidor, trabajó en Flandes é hizo en la catedral de Milan el mausoleo del Medeghino, fundido de un dibujo de Miguel Angel, aunque un poco amanerado; construyó tambien para sí mismo un palacio, cuya fachada está sostenida por grandes cariátides, y la llenó de yeso y modelos clásicos.

Varios maestros albañiles y picapedreros, procedentes principalmente de los lagos de Como y Lugano, fueron escultores y pintores de primer orden; y las catedrales de la Lombardia están embellecidas con obras, cuyos autores apenas se conocen ó se ignoran. Citaremos las obras de la catedral de Como, debidas sobre todo á los hermanos Rodari de Maroggia, que están ejecutadas con una elegancia encantadora; y los de la semicatedral de Lugano, que estamos inclinados á atribuir á Pedoni que era de aquella ciudad (18).

Bambaya y Cristóbal Solaro, llamado el Jorobado, adquirieron gran reputacion. El primero colcaba en todo arabescos, flores, bordados, aunque no fuese más que en la orla de los trajes, y ejecutaba con estremada delicadeza los cabellos, barbas y pliegues. En la *Presentacion*, que adorna la catedral de Milan, quiso ensayar la perspectiva, cosa muy difícil para el cincel, disponiendo en escorzo una escalera en cuya cima estaba Simon y Maria abajo: aunque tenga mucho arte, no es digno de imitarse. Bambaya es tambien el autor del sepulcro de Caracciolo, en el mismo templo, y del más célebre aun de Gaston de Foix. El cambio de dominacion impidió que se concluyese, y lo que queda de sus pedazos esparcidos parece ejecutado en cera. Solaro ha dejado hermosas obras en la catedral de Milan y en la Cartuja de Pavía, cuando Miguel Angel descubrió su *Descendimiento de la cruz* en el Vaticano, algunos, dicen, lo atribuyeron á Solaro, lo que hizo que el gran artista florentino escribiese allí su nombre. Dos de las estatuas de Solaro que representan á Luis el Moro y á Beatriz, obra la más acabada que se puede ver, están en la Cartuja.

La fachada de San Pablo ofrece además otros trabajos de gran belleza, por Lombardi. Se admiran en San Celso las esculturas de Aníbal Fon-

(17) Por la Crucifixion recibió 224 francos y 8 sueldos imperiales. Una memoria correspondiente al año 1521, dice lo siguiente, acerca de la hermosísima Coronacion de espinas que existe en la biblioteca Ambrosiana: «M. B. de Lovino, pintor, se ha convenido en pintar á Cristo con los doce apóstoles en el oratorio, y habiendo empezado á trabajar el 12 de octubre, concluyó la obra el 22 de marzo de 1522. Es cierto que él hizo tan solo cincuenta y ocho obras, y un discípulo suyo once, y además de estas once, le molía y preparaba los colores en caso de necesidad; tambien tenia siempre un mancebo que le servía. Se le dieron por sus honorarios y por los colores que empleó 11 libras y 9 sueldos.»

(18) Véase *Storia della città e diocesi di Como*, por C. Cantù, libro VII.

tana, y aun más las de Francisco Brambilla, que trabajó en la catedral con Andrés Biffi, Fusina, Bambaya y Solaro, sobre todo en la capilla del Arbol. Fundió las cariátides del púlpito, trabajo esquisito, aunque lleno de pequeños detalles. Ambrosio de Fossano, que dibujó la fachada de la cartuja de Pavia, manejó también el pincel.

Se nos perdonará como lombardos detenernos en una escuela generalmente descuidada; volveremos, pues, á nombrar á Lomazzo, buen pintor también, que habiéndose quedado ciego á la edad de treinta años, procuró consolarse de su desgracia dictando los preceptos de su arte (19). Enseñó todas estas reglas y cosas de convencion que no formarán nunca un pintor, pero que ayudan á los talentos medianos á evitar errores, ya que no á producir bellezas. Lleno de teorías abstrusas, de circunlocuciones, de gerga astrológica, fatiga al lector perdiéndose en las estrellas para hablar de un arte que se dirige á los sentidos; sin embargo, puede, si se medita, sugerir á los jóvenes artistas, ideas sanas y grandes. Así es que no quiere que el discípulo se obstine sobre un modelo, sino que se forme en su mente una idea general, y estudie después los detalles de la naturaleza. Lomazzo es además digno de ser conocido en la historia de las artes, porque apoya sus preceptos en ejemplos aun lombardos, ignorados entonces, y porque en sus juicios examina con más detencion las cosas que Vasari. Había reunido cuatro mil cuadros. Habla con bastante estension de Bramantino, pintor y arquitecto milanés, y dice (lib. IV, c. 21) posee un tratado de perspectiva de Bernardo Zenale, y otro de Vicente Foppa, ambos milaneses, en cuyos tratados habían adelantado á Alberto Dureroy á Daniel Bárbaro.

No habiendo dejado Leonardo de Vinci obras notables en su patria, ejerció en ella poca influencia: pero pronto á la antigua escuela florentina sucedió otra que no llamaremos mejor, y que pareció no ocuparse de otra cosa que del dibujo.

Se ha dicho que Rafael había vivido poco tiempo para las artes, y Buonarroti mucho: en efecto, la adoracion de que el último fué objeto, era causa de que no se buscase, más cualidad que la fuerza. No cesando de imitar á Miguel Angel, los artistas contraían rigidez nerviosa, sin conocer lo bastante el juego de los músculos, ni la flexibilidad en los tegumentos, ni la combinacion de los colores, y no recordaron que había dicho: «el que sigue siempre detrás no pasará adelante.» De esta falta procedieron las posturas forzadas, la musculatura en relieve, una anatomía árida, gigantes y estatuas puestas en grandes lienzos. La ejecucion

había hecho progresos; se modelaba, se esculpía al natural, se componía bien; pero se alejaban cada vez más de la antigua sencillez, y buscando la gracia, se olvidaban de que huye de los que van en pos de ella, y que lo bello de los antiguos no salta á la vista con pretension, sino que se descubre á fuerza de contemplar. De aquí cierto aire de familia entre todos aquellos artistas, y una facilidad de invencion sin reflexion, que choca, tanto más, cuanto se observa en ellos las magníficas ocasiones ofrecidas á sus trabajos. Estos defectos se encuentran ya en el sepulcro de Miguel Angel, en Santa Cruz, donde las estatuas, de las cuales una es de Juan de la Opera, discípulo de Bandinelli, y las demás de Valerio Cioli y Bautista Lorenzi, parecen estar colocadas allí para servir de modelo.

Los pintores no eran ya inspirados por el sentimiento ni por la devocion, sino por los mandatos de los Médicis, que adquirieron de esta manera el título de Mecenas; pero ¿merecían acaso el de protectores ilustrados? Preferían los asuntos mitológicos, y hasta aduladores. El profano Pablo Jove eligió é ideó los de la quinta de Poggio en Cayano. Bajo estas influencias fué como se aumentó el número de los émulos é imitadores de Miguel Angel, que proclamaban el gran estilo y acusaban de sequedad, pobreza y debilidad á los que obraban de otra manera que ellos. Rebajaron más de lo que lo merecía, tal vez, á Baccio Bandinelli, inventor incorrecto, pero vigoroso. Su grupo de *Hércules y Caco* no nos parece inferior á las demás obras contemporáneas, por más que diga la rivalidad envidiosa de Benvenuto Cellini, que encuentra «estas figuras mal hechas y llenas de remiendos,» añadiendo que «se compusieron más de mil sonetos para hacer mofa de aquella obra miserable.»

Es justo citar como hábil escultor á Benito de Rovezzano, que hizo el san Juan Bautista en la catedral de Florencia y el monumento de San Juan Gualberto, destruido cuando el saqueo de 1530. Se deben á Francisco Rustia, discípulo de Leonardo, que murió en Francia, las estatuas de bronce que existen en el baptisterio, donde trabajó también Andrés Contucci de Sansovino, escultor, fundidor y arquitecto, que ha dejado obras en Génova, en Roma en la iglesia del Pueblo, y en Portugal; y del cual, el exterior de la *Santa Casa de Loreto*, es una de las principales obras. Varios artistas de Fiesole siguieron la escuela de Ferruccio, como por ejemplo, Maso Foscoli. El monumento de los Dorias en Génova es de fray Montorsoli, que había trabajado con Miguel Angel, lo mismo que el sepulcro de Sannazar en el monte Pausilipo, y la fuente de Messina, obras complicadas en cuanto á la ejecucion, y pobres por lo que respecta á la idea. Las puertas de San Petronio en Bolonia dan fe del mérito de Tribolo, que supo evitar las exageraciones de la moda. Vicente Danti, de Perusa, escultor muy correcto, al mismo tiempo que fundidor, ha dejado muy buenas noticias sobre su

(19) *Trattato dell' arte della pittura, di* JUAN PABLO LOMAZZO, pintor milanés, dividido en siete libros, que contiene toda la teoría y práctica de este arte. Milan, Pontai 1584. *Idea del tempo della pittura, 1590.*

arte; pero no evitó en la práctica el método de los imitadores de Miguel Angel.

Bandinelli y Sansovino tuvieron por discípulo á Bartolomé Ammanato, productor de colosos. Hizo el Neptuno de la plaza del Gran Duque en competencia con Juan de Bolonia, Danti y Cellini, y fué superior á ellos porque las decisiones no dependían ya del pueblo sino de Cosme. Su Júpiter Pluvioso en Pratinolo, tendria, si estuviera de pié, cincuenta codos de alto. Construyó en Roma el palacio Ruspoli, que debia tener cuatro frentes, y el gran colegio de los jesuitas. Habiendo comprado la duquesa Leonor de Toledo el palacio de Lúcas Pitti, edificó segun los planos de Brunelleschi, encargó á Ammanato terminar el interior: adaptó al efecto el orden exterior, formando en el patio los tres pórticos con figuras salientes, pero interponiendo allí columnas apoyadas en pié-derechos de arcos, lo que produjo una masa imponente con respecto á la solidez y de inimitable efecto.

El arte de los puentes consistia en hacer fuertes bases, que tenían hasta una tercera parte, y nunca menos de la cuarta de la abertura del arco, lo que disminuía el cauce; además los arcos estaban encorvados en semicírculo ó en forma de ojiva, lo que aumentaba la pendiente, y disminuía tanto más el cauce cuanto más elevadas estaban las aguas. Ammanato construyó el puente de la Trinidad en Florencia, formado de tres arcos, que tenían el del medio noventa piés de abertura, los de los costados ochenta y cuatro, sin contar las bases más que veinte y cinco de espesor, y estando formadas las bóvedas en elipse muy aplanada. En su vejez dirigió su pensamiento á Dios y se arrepiñó de la desnudez de sus figuras (20).

(20) *Bartolomé Ammanato al gran duque Fernando.*

«Serenísimo gran duque:

»Mis trabajos desde mi juventud, mis años, y toda mi industria están al servicio de la serenísima casa de V. A. Ya cerca de mis ochenta años, y no distante de oír la voz con que Dios nos llama á todos, así me veo precisado, por mi conciencia, á decir á V. A. lo que espero obtener fácilmente. Se ha visto en este siglo estenderse el abuso, tanto en la pintura como en la escultura que se nota por todas partes, de presentar á los personajes desnudos, y por este medio y con la apariencia del arte, sostener la memoria de las cosas deshonestas ó despertar una adoración fáctica á ciertos ídolos, por cuya destruccion los mártires y los santos, amigos de Dios, creían bien empleada su vida y sangre. Ahora bien, affigidísimo por haber sido durante mi vida instrumento de semejantes estatuas, y no viendo como poderlas quitar de la vista de tantas gentes, he escrito hace ya algunos años, una carta que fué impresa y dirigida á los hombres de mi profesion, con el objeto de que este Estado de V. A. no tenga que recibir, en medio de los demás vicios á que estamos inclinados, algun castigo de Dios. En el día, en que por mi ancianidad debo sentir la importancia de este hecho, sintiendo nacer en mí á tan avanzada edad un vivo deseo de la grandeza y felicidad de V. A.,

Guillermo della Porta de Milan trabajó en la cartujá de Pavia. Ejecutando en Génova el sepulcro de San Juan Bautista, en el que fué ayudado por Perin del Vaga, dió más amplitud al estilo vulgar de los lombardos; pero habiéndose hecho después partidario decidido en Roma de Miguel Angel, construyó el mausoleo de Paulo III, uno de los mejores de San Pedro, si se fija uno solamente en la postura, en la gracia y en la verdad de las carnes. Pero á los dos lados del papa, que es de excelente ejecucion, están acostadas dos mujeres, la una jóven y la otra vieja, que se cree representan ciertas virtudes; ahora bien, una es la querida del pontífice y la otra su madre, ambas en una desnudez tal, que el cuerpo de esta última, todo arrugado, escita asco, y el de la querida despierta el deleite é inclina á pecar. •

Juan Bolonia, nacido en Flandes, fué muy jóven á Florencia, donde trabajó mucho tanto en mármol como en bronce. Hizo principalmente el *Mercurio volante*, composicion atrevida y de graciosa ejecucion, y el *Robo de las Sabinas*, grupo con arte, en el que la diferencia de las tres edades, está felizmente representada. Franceville de Cambray, su discípulo, trabajó mucho en Génova y en París, modelando el mármol con mano maestra pero con la afectacion de costumbre.

Juan Bolonia hizo la hermosa estatua ecuestre de Cosme I, en Florencia y preparó la de Enrique IV, terminada después por Pedro Tucca. Recordaremos con respecto á caballos, el de Enrique II, que Daniel Ricciarelli de Volterra fundió por orden de Catalina de Médicis; y las dos está-

quiero antes de morir aplicarle, por honor á Dios, no dejar pintar ó esculpir cosas desnudas, y disponer que las que se han hecho, por mí ó por otros se cubran ó quiten enteramente de la vista, de modo que Dios quede servido, y no se crea más que Florencia es el nido de los ídolos, ó de objetos que provocan al libertinaje y á cosas que desagradan altamente á Dios. Como V. A. ha mandado que las estatuas que hice hace treinta años por orden del serenísimo gran duque en Pratinolo, fuesen trasladadas al jardín de los Pitti, lo cual ha sido ejecutado, tengo un gran remordimiento de que semejante obra de mis manos permanezca allí para estimular muchos pensamientos deshonestos que pueden ocurrir al verlas. Suplico, pues, reverentemente, como el mayor beneficio y recompensa que puedo recibir de todos mis servicios, que me dispense primeramente de toda cooperacion en su arreglo, concediéndome después la facultad de vestir las artificialmente y con decencia bajo el nombre de cualquiera virtud, á fin de que no puedan proporcionar á nadie ocasion á malos pensamientos. Esto me será tanto más agradable cuanto que los ojos de la serenísima gran duquesa y los de la compañía que tenga consigo, como tambien tantas damas que vendrán á visitarla, tendrán ocasion de ver en todos los lugares del dominio de V. A. cosas hechas para edificar á una princesa tan cristiana como lo es, y yo permaneceré eternamente obligado á V. A.»

Se sabe que remordimientos tuvo Agustin Carracha en sus últimos años, por sus grabados lascivos.

tuas ecuestres de Plasencia, con ropajes flotantes y posturas teatrales, obras de Francisco Mocchi, de Montevarchi. Existía en Nápoles delante de Santa Restituta un caballo gigantesco que el vulgo creía haber sido hecho por Virgilio con ayuda de encantos, y llevaban allí á los caballos, tanto para curarlos, como para preservarlos de alguna enfermedad. Los obispos creyeron deber destruir esta superstición, y el caballo sirvió para hacer las campanas de la catedral: sólo la cabeza, que es magnífica, se conservó por la familia Carajfa. Se alaba mucho en Venecia el monumento de bronce de Coleone, empezado por Andrés Verocchio y concluido por Alejandro Leopardo, de quien son también las astas de los estandartes de San Marcos, tan admiradas.

**Vasari, 1512-74.**—Jorge Vasari, de Arezzo, fué admirador apasionado de Miguel Angel y diestro adulator de los Médicis. La construcción de los Oficios de Florencia y los aposentos del palacio Viejo, manifiestan su habilidad como arquitecto. Parece fatalidad que todos los grandes artistas fuesen invitados á pintar en este último edificio, y que nada pintasen: Vasari lo cubrió de historias de los Médicis, *separándose de la práctica*, segun él dice, y en cien días concluyó la Chancillería. Los artistas encuentran allí algo que alabar, sobre todo en el cuarto de Clemente VIII; pero estas concepciones fáciles y frívolas no llegan al corazón. Lo peor fué, que el ejemplo del caballero, pintor de cámara, que proporcionaba ocupación á la juventud, hizo adoptar á la escuela florentina los toques atrevidos y negligentes y un estilo duro y amanerado.

Vasari escribió las *Vidas de los pintores*, aunque no haya habido un historiador de las artes que no se haya encontrado en el caso de contradecirle á cada momento (21). Habla casi exclusivamente de lo concerniente á la Toscana, ó á lo más sólo de Florencia, y no puede desprenderse de sus pasiones de contemporáneo y artista. Juzgaba como pintaba, así como su escuela, no ocupándose más que de los medios naturales del dibujo, de la justa disposición de los planos, de los relieves de las cabezas, espresasen ó no el estado del corazón. Es idólatra de la forma, sin elevarse nunca hasta la poesía del arte, de la concepción de la idea y de la invención. Por otra parte, cortesano de los Médicis, obedeció servilmente sus deseos. Se aventuró, sin embargo, en una nueva carrera. Mostró haber visto infinidad de cosas con sus propios ojos y haberlas juzgado con conocimiento. La segunda edición de su libro puede ser conside-

rada como una copilación general, tantas son las correcciones y cambios que se encuentran en él, que le sugirieron el tiempo, sus amigos, la prudencia y un nuevo viaje por toda la Italia. Se le leerá siempre como á uno de los autores más simpáticos, por aquella sencillez de lenguaje, tan rara entre los clásicos italianos (22), por la abundancia de anécdotas, que os hacen asistir á la vida de entonces, y sobre todo por el calor con que describe los cuadros. ¡Cómo se exalta cuando habla del retrato de Leon X y del *Spasimo* por Rafael! ¡Con qué verbosidad describe las obras maestras de Miguel Angel! Sólo un artista puede entusiasmarse de esta manera, y todos los que han experimentado estas exaltaciones, gozan al volverlas á hallar en él. Añádase á esto que no está obligado á entablar polémicas, traba perpétua de los que han escrito después de él sobre el arte, y esto por sus numerosos errores. Si descuida indicar la época en que florecía tal ó cual artista, y las circunstancias que pudieron ayudarle ó contrariarle, si no comprende que un gran pintor debe ser otra cosa que un hábil obrero, el intérprete del pensamiento moral de sus contemporáneos, ¿cuántos de sus sucesores hay que se hayan acordado de ellos, aun en nuestros siglos razonadores?

Otros varios escribieron sobre el arte, y además de Lomazzo, de quien ya hemos hablado. Bernardino Campi publicó *Opiniones sobre la pintura*; Juan B. Armenini, de Florencia, *Los verdaderos preceptos de la pintura*, apoyándose en ejemplos. Rafael Borghini no hace más que copiar á Vasari, y después de haber comenzado un diálogo, prosigue en un relato extenso y con un estilo forzado, sin considerar que es absurdo que se puedan contar de memoria tantas cosas positivas. Federico Zuccaro trató también de la pintura como presidente de la academia de San Lucas, que fundada en tiempo de Gregorio XIII, obtuvo que no se publicaria nada en Roma sobre las bellas artes sin su autorización. Escelente manera de impedir el conocer y evitar los abusos.

**Cellini, 1500-70.**—Benvenuto Cellini, uno de los hombres más extravagantes que han existido, y que sólo consentía se le considerase inferior á Miguel Angel, fué también escritor y artista. Se distingue en su *Persico* alguna cosa de la exageración de la escuela dominante, y es más célebre por sus obras de platería. Era entonces costumbre el poner en los birretes ciertas medallas ó planchas de oro cin-

(22) Caro escribía, aludiendo á la primera edición: «Me parece obra bien escrita, con puro estilo y útiles advertencias. Sólo desearía que se desterrasen de ella ciertas trasposiciones de palabras y ciertos verbos colocados al fin, quizá por elegancia, que en este idioma me causan molestia. En una obra semejante quisiera que la escritura fuese como el habla; esto es, que se usase del estilo propio más bien que del figurado, de palabras corrientes y no afectadas.»

(21) Esto es lo que hace constantemente Lanzi, sin hablar de los demás, y sobre todo en la tercera época de la escuela florentina. Véase también á Bellori, Pungile oni, Rossini, *Storia della pittura*; Won Rumohr, *Italianische forschungen*; Gaye, *Cartera de los artistas*; Bottari y todos los demás editores posteriores á su obra.

celado; el milanés Caradosso Joppa, hábil por escelencia, no las vendía menos de cien escudos romanos cada una. Cellini, que le reputaba «como el mejor maestro que hubiese visto en este género, y que tenía más envidia de él que de ningún otro,» hizo muchas, como también otros adornos para los trajes pontificios y para las bellezas de la corte de Francia. Como estas obras eran de materias preciosas, se han destruido gran número de ellas, y las que quedan no tienen precio.

No hubo casi ningún gran artista que no se ensayase en modelar algunas bagatelas ó cincelar alguna alhaja preciosa; pero casi todas se han perdido. La misma pedrería no parecía de gran lujo si no estaba trabajada. Juan de Corniole se inmortalizó en este género en tiempo de Lorenzo el Magnífico, é hizo un maravilloso retrato de Savonarola. Con él rivalizaba Domingo de los Camafeos, milanés, que representó á Luis el Moro en un rubí; Jacobo de Trezzo grabó en un diamante las armas de Carlos Quinto; el milanés Juan Antonio hizo en el mayor camafeo moderno, los retratos del gran duque Cosme, su mujer Leonor y sus siete hijos, hasta las rodillas. Los cinco hermanos Saracci ejecutaron también obras notables en cristal, y grabaron también en piedra dura. Uno de ellos hizo para el duque de Baviera una galera de cristal, montada en oro y pedrería, servida por esclavos negros, armada de cañones que disparaban, con sus velas y todos los aparejos. Un vaso de la misma materia le valió seis mil escudos de oro, y además dos mil libras á título de regalo. El grabador de piedras finas y cristales más afamado por la habilidad y elegancia, fué Valerio Vicentino: ejecutó trabajos difíciles, y «con un trabajo tan asiduo, que no tuvo nunca nadie que le sobrepusiese en hacer tantas obras (VASSARI).» Un cofre con nueve compartimientos en la tapa y nueve en la caja, le valió dos mil escudos de Clemente VII, que lo regaló después á Francisco I con motivo del matrimonio con Catalina. Otros milaneses trabajaron en Florencia y en Francia en el pulimento de piedras duras. El cremonés Gerónimo del Prato, el Cellini lombardo hizo labores á torno, medallas, objetos de platería y una joya que regaló á Carlos Quinto la ciudad de Milan.

La mayor parte de aquellos artistas se dedicaban á imitar lo antiguo, de suerte que sus obras pudieran pasar por antigüedades, prefiriendo á la gloria los grandes beneficios (23). Juan Cavino de

Padua llenó el mundo de medallones falsos, cuando los hubiera podido hacer admirables de su invención. Miguel Angel dijo que el arte había llegado á su mayor altura cuando vió una medalla de Alejandro Cesari, llamado el Grechetto, hecha para Paulo III. El Focion de este artista no cede al de los antiguos. Lucas Kilian tuvo gran reputación con el nombre de *Pirgotele Aleman*; se cita también con elogio á Daniel Engelhard, de Nuremberg; ambos no hicieron, sin embargo, más que sellos y escudos de armas. Caldoré, que estaba al servicio de Enrique IV, se hizo célebre en Francia. Los flamencos y los alemanes han ejecutado hermosos trabajos de estaño para colodras y vajillas, y en acero de damasco, sobre todo para armaduras.

Hacia ya mucho tiempo que se sabían imprimir con planchas de madera cinceladas, naipes é imágenes sagradas (24); después, á medida que se extendió la imprenta, se formaron del mismo modo las letras iniciales, los adornos, los contornos, hasta que se mejoró el mismo procedimiento por artistas ilustres, como el alemán Alberto Durer, Mecherino de Siena, Domingo de los griegos, Domingo Campañola y otros hasta Hugo de los Carpi. Este Hugo, pintor mediano (25), inventó, ó más bien introdujo, lo que se practicaba ya por los alemanes, á saber: el arte de la imprenta en madera al claro oscuro, es decir, por medio de dos, y después de tres planchas, de manera que produjese tres tintas. Publicó así varias composiciones de Rafael con más exactitud que Marco Antonio. El arte se perfeccionó después con sustituir el cobre á la madera.

Desde el siglo XI el *Tractatus lombardicus* de fray Teófilo, de que ya hemos hablado con motivo del empleo de los colores, describe exactamente el *nielage* (*nigellus*). Se dispone, dice, una plancha de plata muy pura, y se graba en ella en hueco con el buril lo que se quiere, después se hace una fusión de plata pura, cobre, plomo y azufre, y se la introduce en aquellas cavidades. Enseguida se pulimenta todo, y resulta una plancha luciente con un dibujo negro. Se adornaban con nielados los cofrecillos de ébano, la parte delantera de los altares, las reliquias, los cálices, los misales y los incensarios. Varios artistas se distinguieron en este género, entre otros Forzone Spinelli de Arezzo, los milaneses Caradosso y Arcioni, Franciade Bolonia, Juan Turini de Siena, los florentinos Mateo Dei y Antonio Pollajuolo. Algunas veces, después de he-

(23) Verona tuvo en el siglo XV escelentes artistas en medallas, tales como Mateo Pasti, Victor Pisano, Julio de la Torre, G. M. Pomedello, Caroto; y escelentes grabadores en piedras duras, tales como Galeazo y Gerónimo Mondella, Nicolás Awanzo, Máteo del Nazaro, J. Jacobo Caralio, Sperandio de Mantua, Francisco Francia de Bolonia, Victor Camelo y Juan Boldú de Venecia, sobresalieron también en medallas. Domingo de Pablo imitaba maravillosamente las medallas antiguas, como Luis Marmita de

Parma. J. Pablo Poggi de Florencia, Leon Leoni, de Arezzo, y su hijo Pascal, trabajaron en la corte de Felipe II. Véase CICOGNARA, lib. V, cap. VII.

(24) Véase el lib. XIII, pág. 216.

(25) Se ve en la sacristía de los Beneficiados, en el Vaticano, un sudario *per Ugo in tajatore, fatto senza penelo* (Por Hugo, grabador, hecho sin pincel, es decir, con los dedos).

cho el grabado para ver el efecto del negro, se hacía el experimento sobre tierra muy fina, en la cual se echaba azufre líquido. Se introducía después negro de humo en los huecos de aquella plancha de azufre, y se colocaba encima papel húmedo, apretándole con la mano ó con el rodillo. Se conservan algunos de estos azufres y pruebas, principios de un arte nuevo. En efecto, después de haber visto lo que resultaba, se pensó en sacar mayor número de ejemplares; y de esta manera fué como la calcografía nació en los talleres de la platería. Se varió la materia de las planchas y concluyeron por preferir el cobre; se introdujeron también las prensas y las diferentes tintas, principalmente el azul.

No está bien probado que se deba á Maso Finiguerra este descubrimiento ó su progreso antes de 1440, y creemos que tanto las pretensiones de los alemanes como las de otras ciudades, escepto Florencia, son menos admisibles. Parece que Conrado Sweynheim, editor del elegante *Tolomeo* de Roma, enseñó en Italia á componer la tinta mas conveniente. Afamados artistas se dedicaron entonces al grabado; en el número de los primeros se encuentra á Baccio Valdini, Antonio Pollajuolo y Andres Mantegna, que grabó cincuenta planchas. A todos escedió Marco Antonio Raimondi, de Bolonia, que instruido en el arte de nielar las planchas por Francisco Francia, imitador después de Alberto Durer, se perfeccionó en el dibujo con Rafael, á quien recompensó bien sus lecciones estendiendo sus obras. Agustin Veneciano y Marco Ravignano le ayudaron en sus trabajos; después caminaron por sus huellas, y multiplicaron las obras de los artistas de aquella época. A veces dibujaron á su capricho, ó variaron las composiciones de los cuadros que copiaban, ó las tomaron de los pensamientos de los maestros, y no de los cuadros acabados. Tales son principalmente las diversas obras de Julio Bonasone, de Bolonia, que hasta grandes artistas han tratado de imitar como originales.

El grabado al agua fuerte se introdujo por el Parmesano, aunque los alemanes quieren honrar con él á Wohlgemuth. En 1643 Luis de Siegen inventó el *método negro*, que consiste en preparar toda la plancha con líneas tiradas con el cincel de granear, llenarla de negro, y después dibujar allí la figura, rascando enteramente el fondo granearado en los puntos donde la luz debe ser mayor; se deja sólo una parte en aquellos donde debe haber medias tintas, y no se toca donde se usa sombra. Esta invención condujo necesariamente al grabado de color.

Otros artistas trabajaron en taracea, principalmente en las sillas de coro y en las sacristias. Se admiran los armarios de Santa Maria del Fiore por Benito de Mayano, y aun más las obras que envió á Matias Corvino. Damian de Bérgamo, dominico lego, trabajó de una manera notable, primero en su patria, después en el coro de Santo Domingo en Bolonia, perfeccionando la disposi-

cion de los colores y sombras; varios de sus compatriotas le imitaron, como por ejemplo, los hermanos Capodiferro de Lovere, que hicieron en Bérgamo el coro de Santa Maria la Mayor, Pedro de Mafei y los Belli; en Brescia, los Legnaghi, los frailes Rafael de Brescia y Juan de Montoliveto; en Milan, Cristóbal San Agustin, José Guzzi, Juan Bautista y Santo Corbetti. Los maravillosos embutidos de la Cartuja de Pavia se atribuyen á Bartolomé de Pola. Este arte permitió poner á las pinturas marcos magníficos. Rafael hizo embutir las puertas y tribunas del Vaticano por Juan Barile, y dió los dibujos de los embutidos que se admiran en los Benedictinos de Perusa. Entre las obras de esta clase que se enseñan en Napoles, citaremos el coro de San Severino y Sossio por Bartolomé Chiarini y Benvenuto Tortelli, de aquella ciudad, ejecutado desde 1550 hasta 1565, y á cuya variedad y elegancia no hay nada que le iguale.

El genovés Damian Lercaro representó en un hueso de cereza á San Cristóbal, San Jorge y San Miguel; y en otro de durazno la Pasión. El mayor pedazo de marfil que existe es el sacrificio de Abraham en la casa Volpi en Venecia, obra de Gerardo Van Obstat, de Bruselas, cuyas figuras tienen codo y medio de alto.

Estamos tentados á denominar embutidos de mármol á los claros oscuros de las piedras sobrepuetas, arte nacido tal vez, pero ciertamente perfeccionado en Siena en aquel maravilloso piso de la catedral, comenzado groseramente por Duccio, y continuado por más hábiles artistas, mejorándose sucesivamente hasta Beccafumi.

En el arte del vidrio se adelantó más en Francia y en Flandes (26) que en Italia. De allí fué de donde llamó Bramante para adornar el palacio del Vaticano y Santa Maria del Pópolo, á Claudio y Guillermo, que enriquecieron después la Toscana con otras obras. Varios flamencos fueron á Italia para trabajar en este género, principalmente Valerio Profondval, de Lovaina, que se fijó en Milan y Gerardo Ornario, que trabajó en Bolonia. Se atribuye á Lucas de Holanda la vidriera de Santa Catalina de Milan.

Los mosaicos de San Marcos fueron una escuela permanente en Venecia para los que practicaron allí aquel arte; pero los mejores se han hecho siempre en Roma.

La pintura en esmalte sobrevivió á la antigüedad, sobre todo en Oriente, de donde pasó á España. Se empleaba en hacer cuadrados y triángulos (*azulejos*), que se colocaban formando dibujos para adornar el piso y las paredes de los aposentos, en los países donde la religion prohibia las figuras, al paso que los cristianos formaban también historias, y la fábrica de Valencia tuvo fama.

(26) Véase M. A. GESSERT, *Historia de la pintura sobre vidrio en Alemania, en los Países Bajos*, etc. Leipzig, 1842.

Tenemos en Occidente obras del siglo vi y viii y Teófilo trata del esmalte de los vasos de arcilla y vidrio. En el siglo xii se adornaban con esmalte los báculos episcopales, las manecillas de los libros, los vasos y los sepulcros; también se hacían retratos con ellos. A mediados del siglo xv, Faenza, Urbino, Pávaro, Castel-Durante, fabricaban vasos, platos, vasijas de barro, adornados con dibujos de esmalte, ejecutados algunas veces por los principales artistas. La familia de Lucas de la Robia continuó vidriando los barros, secreto que se perdió en 1565 con Sante Buglione.

Reducido en Francia Bernardo de Palissy por la pobreza á quemar hasta su lecho para calentar su habitación, consagró diez y seis años de esfuerzos á descubrir la verdadera composición del esmalte. Lo consiguió, y su reputación creció con sus riquezas. Renovó Francisco I la manufactura de Limoges, donde se ejecutaron toda clase de objetos de cobre esmaltado, según los dibujos de los mejores artistas. El primer director fué Leonardo Limosin.

Volviendo á la pintura propiamente dicha, casi todas las ciudades citan maestros de aquella época; pero ninguna puede rivalizar con los de Florencia y Roma. Nápoles contó imitadores del Zín-garo, hasta que los ingenios se formaron según el nuevo estilo. Polidoro de Caravaggio educó á Andrés de Salerno, á Lama á Ruviale, llamado el Polidorino; otros tuvieron por maestros al Fatorino y á Vassari; Juan Marliano de Nola ejecutó esculturas excelentes en Montoliveto, en Santo Domingo Mayor y en el monumento de los tres San Severinos, envenenados por su tía. No hay nadie que no vaya á admirar en Santa Clara el sepulcro de Antonio Gandino, y en Santiago de España el de Pedro de Toledo. Gerónimo Santa Cruz, que hizo con él las compuertas de mármol de las Gracias y otros trabajos en Montoliveto, en el sepulcro de Sannazar, y en la capilla de los Vico en San Juan de Carbonara, se mostró su digno émulo. Juan Antonio Razzi, de Verceli, dejó en Nápoles varias obras, pero sus malas costumbres le valieron el sobrenombre de Caballero de Sodoma. Entre las obras más notables de Nápoles existe la cripta del arzobispado, obra de Tomás Malvita de Como. Es una sala toda de mármol con cuarenta y ocho palmos de largo, por treinta y seis de ancho y diez y ocho de altura, con diez columnas jónicas que sostienen el más hermoso techo que se puede ver, adornado con santos de medio cuerpo, y pilastras de un trabajo magnífico.

Rechazada en Módena Propercia de Rossi por aquel á quien amaba, quiso hacer alusión á su propia aventura esculpiendo al casto José, lo que ejecutó con buen estilo. La escuela de Bolonia, nacida separadamente de la de Florencia, produjo pintores de mérito que sin embargo no se mejoraron hasta el siglo xvi si se exceptúa á Lorenzo Costa en el género de Mantegna, y á Francisco Francia, platero, igual á Caradosso, cuyas vírgenes alabó

Rafael, «siendo más bellas, piadosas y mejor hechas que las de ningún otro.» Envío también á Bolonia su santa Cecilia, rogándole la corrigiese si encontraba alguna cosa que retocar en ella; acto de modestia digno de un gran talento. Es falso que Francia muriese de tristeza poco después; vivió hasta 1533. Su san Sebastian de la Zecca fué el tipo de los boloñeses. Muchos de éstos se formaron según el estilo moderno, como Hipólito Costa que llenó á Mántua de pinturas extravagantes, y no obstante, alabadas; y Sabbatini, gracioso en sus composiciones, aunque de colorido débil. Los santos de Horacio Samacchini, su íntimo amigo, respiran una piedad majestuosa y tierna; este pintor supo, no obstante, mostrarse vigoroso en la bóveda de San Abundio en Cremona.

En Ferrara Dosso Dossi sobresalió en las figuras, y su hermano Juan Bautista en el paisaje. Aunque no estuvieron acordes, trabajaron asiduamente en el palacio del duque Alfonso de Este, y Ariosto los contó entre los grandes pintores. El Garofolo (Benvenuto Tisio), más hábil que ellos, estudió á Rafael y á Leonardo de Vinci; y aunque reproduzca los mismos tipos, los mismos efectos en los ropajes, los mismos matices y los mismos tonos, nunca le falta encanto. Su discípulo, Gerónimo de Carpi, se formó con el estudio de diversos modelos. Felipe Baffico hizo en el coro de la catedral un *Juicio universal* según el gusto de Miguel Ángel, página grande á la vez y nueva aun después de tal predecesor, á la cual es superior en el decoro y el colorido. Sigismundo Scarsella, su competidor, fué sobrepujado por su hijo Hipólito, que se mostró noble tanto en las fisonomías como en los matices, y cuyo dibujo es fácil. Bastarolo (José Mazzola), cuyo pincel es lento y el estilo estudiado, es menos conocido de lo que merece.

Sansovino, en la época del saqueo de Roma, llevó consigo en su fuga modelos, y trasladó á Venecia obreros. La corrupción de los imitadores de Miguel Ángel se introdujo allí de esta manera con él sin ganar la arquitectura. Sobresalía tanto en los colosos como en las vírgenes, y tuvo por discípulo á Tomás Lombardo de Lugano, buen arquitecto, escultor mediano y mal poeta (27). Existen en Bolonia varios bronce dignos de elogio de Ticiano Aspeti; y la pequeña galería del campanario de San Marcos es un pequeño museo. Alejandro Vittoria, de Trento, artista, de ejecución noble é indolente, es bastante correcto en el dibujo, y fecundo en sus invenciones; se puede decir que considerado entre los buenos escultores venecianos es el último de aquel siglo.

**Ticiano, 1477-1576.**—Ticiano Vecelli, de Cadore, conservó á Venecia el primer lugar en la pintura. Discípulo de Juan Bellini, le fué superior en el colorido, y trabajó mucho ganando muy poco, hasta el momento en que se presentó en Venecia el

(27) Escribió la *Marfisa* en veinte y cuatro cantos.

infame Pedro Aretino. Menospreciador de Dios y adulator de los poderosos, semejante hombre no podía más que manchar una escuela que había crecido á la sombra de la fe. Ticiano obtuvo su amistad y sus elogios, y gracias á él tuvo varios encargos, entre otros, el retrato de Carlos Quinto, lo que le puso de repente á la moda entre los cortesanos. De esta manera pudo ganar dinero, y hacer conocer su nombre más allá de los límites de su patria; así fué que su viaje á Roma fué un triunfo continuo, lo mismo que cuando fué á la corte del emperador, y aun más cuando pasó á España, donde dejó sus obras más estimadas. La escuela de los Bellini, y después la emulacion que le inspiró Alberto Durero, le hicieron muy cuidadoso en los detalles, y cuando lo quiso hasta minucioso. Decía que el pintor debía ser dueño del blanco, del rojo y del negro; y en efecto, sobresalió á veces de una manera admirable con estos solos colores, con ayuda de los contrastes, aunque no sea verdad que los emplease esclusivamente. Es sóbrio más bien que vivo en sus composiciones; la espresion forma el mérito de sus retratos, dando á los hombres mucha dignidad y vida, y alcanzando poco éxito en los ángeles y santos. En todo el curso de su vida, que fué larga y sosegada, se mostró enemigo de ser cortesano, porque conocia la dignidad de su arte. Después de haber sobrevivido á todos sus amigos sin conocer languidez ni decrepitud, murió en una época de peste, y el senado de Venecia concedió á su cadáver el no ser quemado como los demás.

Tuvo muy pocos discípulos, porque carecia de paciencia para enseñar, ó tal vez por envidia. Después de él nació, no obstante, una familia de pintores que se dedicó á estudiar el colorido, hasta el punto de descuidar por él la composicion y el dibujo. Este supremo mérito de los venecianos procede, además de la eleccion de la materia y de la blancura de la marca, de que no pintan sino con toques vivos, con ligereza en el pincel y distribuyendo con osadia la tinta que de esta manera resalta con más pureza; esto exige gran seguridad, y el arte de casar los colores, y su contraste da tanta viveza á sus pinturas. Como tenia tan poco que variar en los numerosos retratos que tenia que hacer, el artista afinaba los detalles; de aquí su habilidad en reproducir las telas, los terciopelos, los metales y los adornos de arquitectura, las mesas y demás accesorios.

Francisco I hizo retratar á las principales señoras de su corte por Paris Bordone, imitador del Ticiano, cuyo colorido es risueño y variado, las cabezas llenas de vida, la composicion conveniente, pero en su cuadro lo vaporoso llega hasta sacrificar los contornos. Andrés Schiavone ayudó á Ticiano y después le imitó felizmente, sobre todo en el empleo de los colores. Calixto Piazza, de Lodi, que pintó tambien á la manera del Ticiano la iglesia de la Incononata, en su patria, se formó un nombre en la pintura al fresco y al temple.

Verona no habia olvidado las lecciones de fray Jocondo; y bastará citar entre estos artistas á Brusasorci, algo amanerado, y mejor aun á Pablo Cavazzola, cuya composicion es escelente, y espresa el sentimiento segun las mejores tradiciones. Pablo Caliarì tuvo al principio poca reputacion, en comparacion de la de ellos; pero habiendo salido de Verona, la adquirió tomando por modelos al Ticiano y al Tintoretto, como tambien los grabados y estatuas antiguas. Queriendo los procuradores de San Márcos hacer pintar la biblioteca, prometieron un premio al artista que designase el Ticiano. Los concurrentes eran Salviati, Franco, Schiavone y Zelotti. Habiendo sido designado Pablo, hizo entonces sus cuatro mejores cuadros, dos Magdalenas á los piés de Cristo, *Jesus con los publicanos* y las *Bodas de Caná*. En este último cuadro, donde se cuentan por lo menos ciento treinta figuras que todas son retratos, hasta el perro del Ticiano, representa un concierto en el que cada artista toca un instrumento que simboliza su cualidad. En este banquete tiene asiento el emperador Carlos Quinto, aunque no debian figurar más que pobres galileos: ¡tan encarnado estaba el *naturalismo* en la escuela veneciana, tan pura en su origen! (28)

(28) Algarotti (*obras* t. VIII, página 20), dice que Pablo Veronés no recibió por su cuadro de la *Cena* más que 90 ducados de oro, «como lo he visto en los libros de la *Cilleria* del monasterio de San Jorge Mayor.» Reproduciremos el contrato tal como se lee en aquellos archivos, y se verá cuán mal *tomaba datos* Algarotti.

«A 6 de junio de 1562.

«Se declara por el presente escrito, que en este dia, el padre don Alejandro de Bérgamo, procurador, y yo don Mauricio de Bérgamo, cillerero, nos hemos puesto de acuerdo con maese Pablo Caliarì, de Verona, pintor, para que haga un cuadro en nuestro refectorio, nuevo, de la altura y tamaño de la fachada, cubriéndola enteramente, representando la Historia de la Cena, y el milagro hecho por Cristo en Canaa en Galilea. Entrarán en él las figuras que buenamente puedan, y sean necesarias para el intento; el dicho maese Pablo proporcionará su trabajo de pintor, todos los colores de cualquier clase que sean, y cualquiera otra cosa que se pueda necesitar, todo á sus espensas. El monasterio sólo proporcionará simplemente la tela, y hará hacer el bastidor para el dicho cuadro; por lo demás, el pintor clavará la tela á su costa, y hará que se hagan los demás trabajos manuales necesarios. Está obligado el dicho maese Pablo á emplear en la referida obra buenos y escelentes colores, sin escasear cosa donde tenga que usarse del ultramar, muy fino, y los demás colores muy perfectos, de manera que sean aprobados por toda persona entendida. Y en recompensa, le hemos prometido por dicha obra trescientos veinte y cuatro ducados, dándole dicho dinero diariamente, segun lo necesite, y le hemos entregado á título de señal, cincuenta ducados; el dicho maese Pablo promete dar la obra terminada para la fiesta de la Virgen de setiembre de 1563; y además del trato le hemos prometido un barril de vino traído de Venecia para serle entregado cuando lo pida. El monasterio le sostendrá su gasto de alimento todo el tiempo que trabaje en dicha obra, y este

Muchos artistas se dedicaron á la pintura al fresco para adornar los palacios, con gran inteligencia de la perspectiva; otros á los paisajes y adornos, en cuyo género Juan Udino le habia dado buen ejemplo doméstico.

Venecia honró siempre las bellas artes que la recompensaron de un modo glorioso. En el siglo xv, aquel senado quiso concluir el gran palacio ducal, y en la sala mayor del consejo hizo pintar por Pisanello, Guariento y otros en veinte y dos cuadros los acontecimientos entre Alejandro III y Barbaroja. Habiéndose echado á perder muy pronto, el consejo decretó en 1474 que fuesen renovados por Juan y Gentile Bellini, Albise Vivarini, Cristobal de Parma y otros hasta Giorgione, Ticiano y Tintoretto; pero el incendio de 1577 los destruyó casi enteramente. Los que se ven aun, forman un conjunto grandioso; aunque si se examinan con cuidado, muestran que se ha ido en busca del efecto y nada más.

Licinio de Pordenone quiso rivalizar con el Ticiano en los tres juicios del palacio ducal, pero su dibujo y colorido son muy cargados. Se figuraba continuamente estar rodeado de enemigos, lo que le hacia vivir como un salvaje. Dícese que fué, en efecto, envenenado por sus envidiosos.

**Tintoretto.**—Jacobó Robusti Tintoretto habia hecho escribir en su taller: *El dibujo de Miguel Angel y el colorido del Ticiano*; en su consecuencia se regia más por estos dos modelos que por la naturaleza. No pudiendo encontrar, decia, cuerpos perfectos, hacia pequeñas figuras de cera ó yeso, y las iluminaba segun el caso para copiarlas. Abusó tanto de la facilidad que habia adquirido, que ciertos de sus cuadros no están más que bosquejados. Pero él los queria mejor así que limados, pretendiendo que se disminuía el mérito de ellos cuidándolos. Como honrado, ambicionaba la gloria, pero sin envilecerse; sus discípulos imitaron sus defectos, y no su genio.

**Ponte.**—Francisco de Ponte se estableció en Basano, y comenzó la escuela á que dió nombre esta ciudad. Su hijo Jacobo imitó al Ticiano y al Parmesano, pero con sencillez y naturalidad. Trató con preferencia los asuntos que no exigen mucha fuerza, las luces de la bujía, los pulimentos de cobre, las cabañas, los paisajes; y se puede decir que fué el precursor, ya que no el maestro, de los flamencos. Trabajó mucho y se copió á sí mismo muchas veces, pero el Pesebre, en Basano, es su obra maestra. Le agradaba vivir en paz, sin intrigas, ni mendigar ó envidiar alabanzas. Por el contrario, su hijo Francisco se complació en los asuntos trágicos; quedó tan herida su imaginación de esto, que se creía siempre que le iban á atacar, y

una vez se precipitó por la ventana. Otros pintores de igual nombre llenaron las tiendas con sus producciones.

**Palma.**—Jacobó Palma, discípulo de Giorgione, rivalizó con él en la vivacidad de los colores y en lo vaporoso de las tintas. Fué apellidado el Viejo para diferenciarle de su sobrino, llamado tambien como él, quien pretendió en vano rivalizar con Pablo Veronés y el Tintoretto, mientras vivieron, y fué después de su muerte detestable. Anguisola de Cremona tuvo cuatro hijas, y todas cuatro pintaban: Sofonisba, que era una de ellas, la llevó á España el duque de Alba, donde obtuvo el favor de la reina; algunas de sus obras pasan por ser del Ticiano. Cremona, por no mencionar á otros puede citar con elogio á Galeazo Campi, á sus hijos Julio, Antonio y Vicente, y á uno de sus parientes llamado Bernardino; coloristas mórbidos de dibujo correcto y grandioso, pero carecen de nobleza y elegancia.

**El Moretto.**—Alejandro Bonvicino, natural de Brescia, llamado el Moretto (*negrillo*), después de haber hecho excelentes obras con un estilo propio, estudió el modo de unir el dibujo de Rafael al colorido del Ticiano; y dejó, principalmente en Brescia y los alrededores, ensayos muy alabados con variado ropajé, magníficos accesorios, riqueza de tintas, y al mismo tiempo una tierna espresion de piedad debida á sus ideas religiosas. Siguen de cerca sus pasos Morone, gran retratista, y Jerónimo Romanino, á quien pertenece una excelente pintura que existe en Santa Justina de Padua, ambos compatriotas de Bonvicino.

**Correggio.**—No se tienen sobre Antonio Alliegrí, llamado el Correggio, más que datos muy inciertos. Trabajando en Parma, no fué retribuido con la liberalidad que lo hubiera podido ser en Roma y en Florencia, pero es falso que haya estado en la miseria. Formado segun las obras de Mantegna, buscó un estilo más vasto y pastoso, aunque parece que nunca vió á Roma. Cambió muchas veces de método, y de aquí procede la incertidumbre en que se está sobre sus obras. Cuando dió pruebas de su talento adornando con escenas más que mundanas el aposento de la abadesa de San Pablo, se le encargó pintar en San Juan la cúpula, que fué un nuevo milagro, no existiendo aun el juicio final de la capilla Sixtina. Se hizo después superior á sí mismo en la *Asunción*, que pintó para la catedral. La espresion del sentimiento degenera á veces en él en gestos: escitó por lo demás, la admiración de los académicos por los escorzos de abajo arriba y la perspectiva de la figura humana, cuyos contornos produce con curvas siempre elegantes, hasta en las obras más pequeñas; la soberana inteligencia del claro-oscuro, la fusión armónica de la luz con la sombra y la gradación imperceptible de las tintas, hacen parecer sóbrio en él, lo que está tratado con una riqueza que es sólo capaz de apreciar el que trata de imitarle.

**El Parmesano.**—Los dos Mazzola son el mejor

alimento será igual al que se come en el refectorio. En fe de lo cual, etc.

(Siguen las firmas y el recibo definitivo dado por Pablo Veronés el 6 de octubre de 1563, de los 300 ducados.)

adorno de su escuela, alabada principalmente por los escorzos: pero sobre todo Gerónimo, su primo y discípulo, que empasta y colora: feliz en la perspectiva y variado en las composiciones, la precipitación dañó á su talento. Francisco, llamado el Parmesano, se formó un estilo propio estudiando los maestros. Es amanerado y deseoso de conseguir la gracia, cae en la afectación. Dedicado únicamente á sus pinceles, no se apercibió de la toma de Roma que asolaban los soldados de Carlos V, cuya rapacidad le redujo á él mismo á la miseria. Hizo el retrato del emperador, que, muy contento al principio con él, le olvidó después. Comenzó á pintar en la Steccata de Parma; no terminándola, aunque habia recibido ya el dinero, se vió obligado á fugarse á Casal. Por todas partes obtuvo honores, pero sin conseguir nunca la fortuna. Pidió á la alquimia las riquezas que los hombres no querian concederle, y acabó de arruinarse. Así como Rafael, murió á los treinta y siete años; fué tambien grabador muy hábil.

Cuando los Farnesios fueron á dominar á Parma, favorecieron á los artistas, pero sin hacer surgir ningun gran talento. Habiendo sido llamados para pintar en la catedral Sammachini y Hércules Proccaccino, y luego Aretusi y Aníbal Carracha, se modificó entonces el método de Correggio, por el de la escuela boloñesa; y tanto Tinti como Lanfranco, se formaron un nombre ilustre.

**Arquitectura.**—Las buenas tradiciones arquitectónicas se conservaron más tiempo que las de la pintura (29); pero los artistas cesaron de dedicarse á la escultura, y á la arquitectura al mismo tiempo; y la veneración tributada á los clásicos, especialmente á Vitrubio, hizo considerar como bárbaras las obras de la Edad Media, y como incorrección todo pensamiento atrevido. Fray Jocondo, de Verona, que comentó á Vitrubio y á los demás autores que se habian ocupado del arte, poseyó una habilidad singular en la construcción de los puentes, habilidad de que dió pruebas en el de la Pietra en Verona, y en otros dos en Paris,

(29) Se leen con placer las *Memorie degli architetti antichi et moderni*, de Francisco Milizia. Esta obra, escrita de una manera estraña con un desprecio á las preocupaciones que llega hasta la insolencia, cede sin embargo en temeridad á otras obras compuestas por él anteriormente. Sin hablar de su falta de consideración para con los extranjeros, ha olvidado á varios italianos, tales como Reinaldo, que construyó, en el siglo XI, la fachada de la catedral de Pisa; Felipe Calendario, arquitecto y escultor del palacio ducal en Venecia, complicado en la conjuración del dux Marino Faliero, el de la *bella esposa*, y condenado á muerte por este motivo; Tomás Formentone, de Vicenza, arquitecto de la logia de Brescia, Baltasar Langhena, arquitecto de Santa Maria de la Salud y del palacio de Pesaro en Venecia; los arquitectos militares piamonteses, Bertola, Devincenti y Pinto. No habla tampoco de Marchi y Pacciotti de Urbino, del conde Alfieri, etc.; ni de los milaneses, Omodei, Richini, Meda, Mangone, Bassi, Ceregna, que no ceden á ningun otro.

con bóvedas de piedra labrada y de medio punto; mereció bien de Venecia particularmente, arreglando el curso del Brenta. La preferencia dada á otros planos, por las intrigas de costumbre, al que él habia concebido para un puente en Rialto, con los edificios accesorios, le causó tanto disgusto, que se fué á Roma, donde se le nombró arquitecto de San Pedro.

**Lombardo.**—Pedro Lombardo edificó en la misma Venecia la iglesia de Santa Maria de los Milagros con adornos, en que se ve la libertad unida á la gracia; el monumento Zeno, que todos van á admirar á San Marcos: el vecino altar aun más hermoso; y sin hablar de otras cosas, el palacio Vendramin y la magnífica torre del reloj. De él tomó origen una generacion de arquitectos lombardos, cuyas obras tienen un sello especial. Bartolomé Buono construyó las procuradías viejas. El veronés Juan Maria Falconetto llenó el territorio veneciano de bellos edificios, y construyó la muy hermosa y adornada galeria de los Cornaros en Padua. Estudiaba constantemente á los antiguos, cuyos teatros y anfiteatros fué el primero en dibujar y describir. La capilla Emiliana en San Miguel de Murano, basta para la gloria de Guillermo Bergamasco. Antonio Rizzo de Bregno hizo hermosas estatuas en el monumento Tron, en los Frari, como tambien el diseño de la parte interior y la escalera de los Gigantes en el palacio ducal.

**Sansovino, 1479-1570.**—Tomaron las cosas mejor direccion cuando dejó á Roma, que acababa de ser presa del saqueo, y se trasladó á Venecia el florentino Jacobo Tatti que tomó el nombre del arquitecto Andrés Contucci, de Monte Sansovino. Habia hecho sus primeros ensayos de arquitectura en Florencia, cuando la entrada de Leon X. Hubo entonces allí una especie de certámen entre los mejores artistas, pues Granacci y Rosso erigieron arcos de triunfo. al mismo tiempo que fachadas y perspectivas provisionales se ejecutaban por Sangallo, y el mismo Sansovino, que simuló una para Santa Maria del Fiore. Andrés del Sarto, se habia encargado del claro-oscuro, Feltrino de lo grotesco, Rustici, Candinelli y Sansovino de las estatuas; por otra parte Ghirlandajo, Pontormo, Franciabigio y Ubertini, rivalizaban en adornar el barrio habitado por el pontífice: en fin, Miguel Angel y Rafael deliberaban con otros maestros con respecto á la fachada de San Lorenzo y otras obras proyectadas por Leon X.

Sansovino, habiéndose formado con el estudio de las mejores tradiciones, se dejó deslumbrar por el estilo de Miguel Angel. Como le nombrase arquitecto mayor la república veneciana, hizo desocupar la plazuela, reparó las cúpulas de San Marcos, construyó la iglesia de San Geminiano que no existe, y que ha merecido más elogios de los que en realidad merecia; el interior de San Francisco de la Viña, notable por su sencillez; la escalera de oro en palacio, la pequeña galeria recargada de adornos, la biblioteca, uno de los mejores edificios

modernos, y la casa de moneda que lleva la señal del uso á que estaba destinada; además, el hermoso palacio Cornaro, cerca de San Mauricio, y el de Juan Dolfin en San Salvador. Pero apenas estaba terminada la biblioteca, cuando la bóveda se hundió. En su consecuencia fué preso, y cuando se le devolvió su libertad, la ejecutó de madera y cañas. En las esculturas adolece de hinchazon; defecto que contrajo por querer acomodarlas al nuevo estilo arquitectónico; y sus dos gigantes, que reducen á menos la escalera así denominada, son inferiores con mucho á sus bronce sobre la puerta de San Julian, en los nichos de la pequeña galería y sobre la bellísima puerta que él no hizo más que dibujar, de la sacristía de San Marcos. Entre los varios monumentos, recordaremos, por ser el mejor, el del Venier en San Salvador. Había dado para el puente Rialto, donde hizo las construcciones nuevas, un plano que la guerra con los turcos impidió se ejecutase. Habiendo obligado esta guerra á la república á decretar un impuesto extraordinario sobre todo el mundo, sólo Ticiano y Sansovino fueron exentos de él. Su hijo Francisco ha dado una descripción de esta ciudad.

**Sangallo, 1470-1546.**—Antonio Sangallo, de Florencia, de familia de arquitectos, dibujó en Roma, donde ayudó á Bramante, y llegó á ser arquitecto de San Pedro, un palacio para el cardenal Farnesio, que pasó por el más perfecto, principalmente el patio del edificio, y fué terminado por Miguel Angel y Vignola. Ejecutó diversas partes del Vaticano, y principalmente hermosas escaleras. Construyó también las ciudadelas de Civitavecchia, Ancona, Florencia, Montefiascone, Nepi, Perusa, Ascoli y otras varias. Habiéndose retirado Clemente VII á Orvieto, después del saqueo de Roma, remedió Sangallo la falta de agua por medio de un pozo maravilloso de veinte y cinco codos de ancho con dos escaleras por donde bajan y suben las acémilas sin tropezar. Cuando Carlos Quinto volvió vencedor de Tunez, Sangallo dirigió en Roma las fiestas de que este príncipe fué objeto; y entre otras maravillas los contemporáneos ensalzan la riqueza y variedad de un arco de triunfo erigido en la plaza de Venecia. Aunque más sencilla la puerta del Espíritu Santo que no está terminada, es no obstante un modelo.

Conociendo Génova su riqueza, quiso también hermosearse. Dedicáronse sus principales familias á adornarla con edificios, como si se hubieran unido para este objeto. No pudiendo estenderla construyendo barrios nuevos, rehicieron los antiguos, y en esto se ocuparon Andrés Vannon, de Como, Bartolomé Bianco, el lombardo Roque Pennone, Angel Falcone, Pellegrino de Tibaldo, y otros artistas de fama.

**Alessi, 1500-1572.**—Entre ellos se distinguió sobre todos Galeazo Alessi, de Perusa, que había terminado en su patria la fortificación comenzada por Sangallo, y hecho varios palacios. Abrió en Génova la calle Nueva, donde están los hermosos pala-

cios Grimaldi, Brignole, Lercari, Carega y Gius-tianiani, en los cuales la naturaleza del lugar exigía una distribución diferente, al mismo tiempo que ofrecía mármoles y columnas. El de los Saulis cuyas columnas de mármol son todas de un solo pedazo; pasa por ser uno de los mejores ideados de Italia. En el atrevidísimo edificio de los Banchi, cubrió con muy pocos materiales una longitud de ciento cinco pies, por sesenta y cinco de anchura. Sin hablar de las casas de recreo que hizo en las cercanías, construyó la iglesia de la Virgen de Carignan, una de las más acabadas y sólidas que existen. Prolongó el muelle y embelleció el puerto y los almacenes. Trabajó también en otras partes, y tanto el palacio de Tomás Marino, en Milan, como las fachadas de San Celso son suyas.

El pintor napolitano Pirro Ligorio, que hizo dibujos de alfombras, y fué el primero que publicó un libro sobre las costumbres de los pueblos, merece mención particular por el pabellon del papa en el Vaticano, que ofrece originalidad. Nos ha conservado los dibujos de los monumentos romanos, é hizo un cuadro, en el cual restauraba la antigua Roma y la quinta de Adriano. Si la poca crítica de la época fué causa de que se equivocase con frecuencia en las inscripciones, y no diese exactamente las medidas geométricas, no por eso deja de ser útil su obra, sobre todo por no existir ya varios de estos edificios. Fué también ingeniero civil y militar, y Alfonso de Este le encargó preservar á Ferrara de las inundaciones del Po.

**Serlio.**—Sebastian Serlio, natural de Bolonia y discípulo de Peruzzi, hizo también dibujos, y tomó la medida de los edificios de Roma, por los cuales formó su estilo. Llamado á Francia por Francisco I, se ocupó en construcciones mientras vivió, y dejó un buen tratado de arquitectura.

**Barozzio de Vignola, 1507-1573.**—Jacobo Barozzio, nacido en Vignola, en el ducado de Módena, se dedicó á la perspectiva, en la que su propio génio le hizo descubrir varias reglas: y una academia de arquitectos le encargó dibujar todos los antiguos edificios de Roma. Pasó á Francia con Primaticcio, pero la guerra no le permitió ejecutar ninguno de sus planos, ni tampoco el que había hecho para San Petronio, en Bolonia, donde, sin embargo, dirigió algunos trabajos, principalmente el *Naviglio*. El palacio ducal de Plasencia, los Angeles de Asis que Galeazo Aressi y Julio Danti ejecutaron después, y otras iglesias más le honrarán eternamente. Habiéndole nombrado Julio III su arquitecto, le encargó construir el acueducto de Trevi, la casa de recreo que lleva su nombre, en el camino Flaminia, y el pequeño templo redondo que está cerca de él. El palacio de Caprarola hecho por el cardenal Alejandro Farnesio, tiene algo de arquitectura militar por el plano pentágono, y los baluartes que están al pié, al paso que su distribución y pazadizos son excelentes; además, su pintoresca situación le procura una gran perspectiva. Anibal Caro dirigió las pinturas, ejecutadas por

los Zuccaris y por otros artistas, con perspectivas del mismo Vignola. Por recomendacion del cardenal Farnesio, se le encargó la direccion de la iglesia de Jesus y la casa profesa, que el milanés Jacobo della Porta (30) sobrecargó al concluiría, lo causó mucho perjuicio á la elegancia de los perfiles y á la primitiva regularidad y distribucion.

Construia entonces Felipe II el Escorial, y descontento con su plano se dirigió á los arquitectos italianos para procurarse otros. Se le propusieron veinte y dos, y Vignola eligió las mejores partes de cada uno de ellos para componer otro nuevo; pero no quiso ir á ejecutarlo, prefiriendo trabajar en San Pedro, donde continuó el pensamiento de Miguel Angel, construyendo dos cúpulas laterales.

Ya varios arquitectos habian emprendido comentar á Vitrubio, lo cual sugirió á otros la idea de componer nuevos tratados de arquitectura. Vignola en su *Regla de los cinco órdenes de arquitectura*, dió á este arte reglas fijas y un principio constante. No contentándose con ejemplos, estudió las razones, y proclamó que los edificios antiguos más alabados deben su mérito á que ofrecen una inteligible correspondencia de miembros, reglas sencillas y claras, y un conjunto en que las menores partes están comprendidas y dispuestas en armonia con las mayores, lo que constituye el fundamento de las proporciones.

**Palladio, 1518-1580.**—El vicentino Andrés Palladio siguió dignamente el camino abierto por sus predecesores, y fué un modelo de buen gusto para los que no conocen otro fuera del griego y el romano; pues, segun parece, se propuso no dar un paso sino autorizado por Vitrubio. Demostró habilidad en la basílica gótica de Vicenza, empezada en 1444, que se estaba arruinando; y adoptó para ella un contrafuerte de pórticos de un estilo nuevo. Ejecutó en Roma varias construcciones, y se dedicó á medir los edificios antiguos, que dibujó restaurando los planos que se habian perdido. Publicó una obra sobre varias ruinas, y además un tratado de arquitectura (1570), que se tradujo á todos los idiomas (31). Llamado á porfia para adornar á Venecia, Viena y las orillas del Brenta, esperimentó todas las combinaciones de órdenes y materiales en la construccion de palacios adaptados á las necesidades modernas y á las costumbres de la aristocracia veneciana; palacios en que la igualdad de las grandes fortunas y el deseo de no ser inferior á su vecino, es mayor que la magnificencia. Ateniéndose estrictamente á los pocos elementos antiguos, hizo hermosos atrios, tales como los veía en los edificios romanos; pero sus aposentos carecen de comodidad; da á las quintas

pórticos por el estilo de los que tenian los templos de Roma, y no se cuida de la propiedad, con tal de mostrar gusto correcto, ejecucion pura, formas adornadas y selectas. Habiendo sucedido á Sansovino en Venecia, ejecutó en el monasterio de San Juan de la Caridad, el plano dado por Vitrubio para las casas romanas; pero tanto aquella construccion como su teatro los destruyó el fuego. En la iglesia y el refectorio de San Jorge el Mayor desplegó mucho gusto, é imitó más las basílicas que el templo pagano.

La obra maestra de Palladio es la iglesia del Redentor, construida á consecuencia de un voto que hizo el Senado durante la peste de 1576; pero manifestó esterilidad con reproducir por tres veces la misma fachada, sin atender á la distribucion interior y la diferencia entre dos iglesias de pobres capuchinos y una de benedictinos extremadamente ricos. Además, no abrazando en la concepcion de sus obras la arquitectura y la escultura, dejaba que las afeasen los estucos y las estatuas de Vistorio y de Ridolfi; habia dado tambien diseños para las catedrales de Brescia y de Bérgamo, y para otros muchos edificios no concluidos: no se ejecutaba ninguna obra de importancia en que no tomase parte. Las inundaciones del Brenta le proporcionaron ocasion para dibujar un puente en Basano; pero teniendo que ser muy considerable su coste, construyó uno de madera de ciento ochenta piés de longitud y de admirable sencillez. El de Rialto, que él no obtuvo, se confió á Juan Da Ponte, que propuso el plano menos costoso. Dos siglos y medio han atestiguado la solidez de esta atrevida construccion, que al principio habia inspirado dudas. ¡Ojalá igualase á la solidez la hermosura!

Palladio trabajó en Brescia en la catedral y en el pretorio; en Turin en el parque real. Hizo además en Vicenza numerosos edificios, la rotonda de Capra, y para la Academia Olimpica, un teatro dispuesto á la usanza de los antiguos, y destinado á representaciones clásicas. Se complació en construir con ladrillo, porque veía edificios hechos con este material, mejor conservados que los de piedra labrada. Edificando con riqueza, sin gastos escesivos, empleando en el adorno toda clase de materiales, mereció ser estudiado como clásico, no por los contemporáneos, cuyo gusto se habia viciado, sino por los modernos, y obtendrá igual éxito siempre que la seguridad se considere como principal belleza.

**Scamozzi, 1552-1616.**—Vicente Scamozzi, á quien los ejemplos de su conciudadano Palladio hicieron cultivarse su arte, fué llamado á trabajar á Venecia, centro de la arquitectura civil. Pero encontrando allí ocupados los primeros lugares por Palladio, Sanmicheli y Sansovino, pensó en innovar caprichosamente ó en paliar la imitacion, afectando en la práctica y en sus escritos no tener ninguna relacion con los maestros y hablando de ellos con desden. Constructor hábil é ingenioso, conocia los

(30) Este arquitecto hizo la bóveda de la cúpula de San Pedro, y construyó varios palacios y fachadas. El Belveder de los Aldobrandini, en Frascati, es suyo.

(31) *La arquitectura* de Antonio Labacco merece tambien citarse.

escritos y trabajos de los antiguos. Su mausoleo del dux Nicolás del Ponte, en la Caridad, le hizo obtener la preferencia para ejecutar la parte anterior de la biblioteca de San Marcos las Procuradorías nuevas. En la primera obra triunfó con talento del desnivel del terreno; en la otra, en la que tenía que hacer una competencia con las Procuradorías viejas, y poner bajo un mismo estilo diferentes construcciones, adoptó el dibujo hecho para la biblioteca por Sansovino, pero lo echó á perder añadiéndole un piso, y empleando en él los tres órdenes, á cuyo plano se conformó Baltasar Longhena para terminarle. No se negaba á ejecutar ninguno de los trabajos que se le proponían, aunque se los ofreciesen á montones; pero no nos quedan de muchos de ellos más que los dibujos. Hizo en Bérgamo el palacio del municipio, uno de los más hermosos que existen; pero el plano de los Fontana para la reconstrucción de la catedral, obra de Antonio Filarete, fué preferido al suyo. Lo mismo sucedió con el que hizo para la catedral de Salzburgo, que tuvo que ceder el puesto á otro de Santino Solari de Como.

Al mismo tiempo se proponía con la *Idea de la arquitectura universal*, unir á los preceptos del arte, ejemplos tomados de toda Europa. Ahora bien, con objeto de procurarse dibujos, tenía cuidado de relacionarse con caballeros venecianos, que iban en las embajadas á diferentes países. De esta manera pudo, sin gastar nada, hacer con ellos viajes lejanos y repetidos, escribiendo y dibujando todo lo que veía. Pero hubiera necesitado más conocimientos, viajes y doctrinas, y por esta razón es por lo que no produjo más que una obra confusa, prolija, llena de digresiones, sin contar el fastidio que se experimenta al verle colocar siempre, inferiores á las suyas, todas las demás obras de primer orden (32). Hasta en su testamento da un testimonio del orgullo que respiran sus escritos.

La lonja de Brescia basta para acreditar al vicentino Formentone: en Milan, José Meda ideó las naves de los templos de Paderno y Pavia, y construyó el majestuoso patio del seminario grande: el del colegio Helvético y la biblioteca Am-

(32) Además de los numerosos elogios que pone en boca de los otros, no cesa de prodigárselos él mismo. Así es que se lee en la *Idea*: «Hemos sufrido los trabajos sin ningún sentimiento por nuestra instrucción particular y por interés de los que edifican, como también para dejar algún ejemplo á la posteridad del mejor modo de edificar, porque verdaderamente Palladio, Buonarroti, Vignola, Sanmicheli y Sansovino, no han dejado nada que pueda servir de modelo,» etc. En su testamento dice: «He tratado de restituir su antigua majestad á esta nobilísima ciencia... Con mucho trabajo y gastos he hecho que mis libros lleguen á la perfección... He adornado á Venecia con infinidad de edificios, que no ceden en belleza y magnificencia á ninguno de los antiguos... No dudo que mis escritos, y tantas construcciones como he hecho, conserven el recuerdo de mi nombre eternamente.»

brosiana han dado fama á Fabio Mangone. Martin Bassi edificó la puerta Romana en San Lorenzo; Vicente Seregni construyó varios edificios en derredor de la plaza de los Mercaderes, y algunos claustros; Francisco Richini, de Novato, muchas iglesias y diversos palacios, entre otros el de Brebra; pero son nombres ignorados fuera de su patria.

Pellegrino Pellegrini, de Tibaldo, nació en Bolognia, de padres milaneses. Desconsolado de no adelantar en la pintura, habia resuelto dejarse morir; pero le dieron el consejo de dedicarse á la arquitectura, y no se arrepintió de haberle seguido. Fué nombrado en Milan ingeniero de Estado, y encargado de dirigir la construcción de la catedral. Hizo el pavimento y el dibujo de la fachada, al que Martin Bassi, arquitecto también de aquella iglesia, apoyado en la opinión de varios buenos maestros, hizo suprimir varias ideas extravagantes (33). Entre muchos trabajos de Tibaldo, citaremos los santuarios de Ró y Caravaggio, el palacio del arzobispo de Milan, la casa profesa de los jesuitas en Génova. Llamado por Felipe II para construir el Escorial, recibió de él, además de sumas considerables, el feudo de Valsolda.

**Fontana, 1543-1607.**—El cardenal Montalto confió á Domingo Fontana, nacido en Mili, en el lago de Lugano, la capilla del Pesebre, en Santa Maria la Mayor. Habiendo retenido el papa las pensiones del prelado, no le fué posible atender á este gasto; pero Fontana ofreció continuar el trabajo á sus expensas, lo que el cardenal le agradeció mucho. Ascendido á papa con el nombre de Sixto V, no sólo le hizo acabar esta capilla, notable por las elegantes proporciones de la cúpula, así como el palacio próximo (la quinta Negroni), sino también le encargó levantar los obeliscos, de los cuales el del Vaticano, medio sepultado, era el único que permanecía en pie. Cuando se trató de trasladarle á la nueva basilica de San Pedro, todos los matemáticos que habia se consultaron, y resultaron quinientos pareceres tan sábios como extravagantes. Dióse la preferencia á de Fontana, que ha descrito el *Método empleado para trasladar el obelisco del Vaticano*. Embellecido este hecho por las tradiciones, es uno de los más dramáticos del arte. El monolito, con su revestimiento de peso de un millon y quinientas mil libras, era preciso levantarle de su base, acostarle sobre los carros, volverle á levantar, y colocarle sobre su base nueva. Sixto V eligió para esta operación un miércoles, días que decía le eran propicios. La ansiedad era general entre los habitantes; se habia prohibido bajo pena de muerte, pronunciar una palabra en la plaza para no impedir los mandatos de los jefes. Encontrábase suspenso el arquitecto entre la gloria y los castigos con que le habia amenazado el severo pontífice, que por una mezcla de violencia,

(33) Véase á Bassi *Dispareri in maniera d'architettura di prospettiva*, 1572.

grandeza y exaltacion, queria someter á la cruz los monumentos de la idolatria, en el mismo lugar donde los mártires habian derramado su sangre. Ya estaba trasladado el obelisco, y próximo á ser colocado en su sitio; pero las poleas no podian conseguir el enderezarlo, cuando un aldeano exclamó, desde en medio de la silenciosa multitud: *¡Agua á las cuerdas!* Consejo lleno de buen sentido, que produjo el que los cables no se rompiesen, y que haciéndolos contraerse, determinó el resultado esperado. Al momento las campanas y el cañon del castillo de San Angelo, anunciaron que la empresa se habia conseguido. Sixto V hizo al arquitecto caballero; y el aldeano que habia arrostrado la pena de la horca para emitir un parecer oportuno, pidió en recompensa el privilegio para su pueblo de proveer á Roma de las ramas de olivo el domingo de Ramos (34).

La ereccion de otros obeliscos ofreció más facilidad Fontana, escelente mecánico, rindió culto á la novedad por lo que respecta á la arquitectura. Hizo la fachada de la basilica de Letran, por la parte de Santa Maria la Mayor, y el palacio pontificio adjunto, masa grandiosa, con adornos correctos y sóbrios. En el Vaticano construyó á través del patio de Bramante, un edificio destinado á la biblioteca, é hizo la parte del palacio que mira á Roma. Trabajó tambien en el del Quirinal, cuya plaza agrandó, donde puso los dos colosos, y construyó cuatro fuentes en la encrucijada de las dos calles, Felice y Pia. Restauró las columnas Trajana y Antonina: se le debe además el hospicio de los pobres mendigos, el Acqua Felice, la fuente de Termini, una de las más hermosas entre tantas notables fuentes como hay en Roma, donde representó, ó más bien indicó, el milagro de Moisés. Felizmente la fábrica de hilar la lana proyectada en el Coliseo, no se ejecutó. Todos estos trabajos se verificaron en los cinco años del reinado de Sixto V. Después de su muerte, prestando oido Clemente VIII á malévolas insinuaciones, destituyó á Fontana del empleo de arquitecto del pontífice, y le pidió cuenta de las sumas empleadas; pero el conde de Miranda, virey de Nápoles, le llamó á su lado y nombró arquitecto real. Llegado

á aquella ciudad, Fontana reparó varias calles y palacios, la plaza del castillo Nuevo, y construyó la hermosa fuente de Medina, los sepulcros de Carlos I, Carlos Martel y Clemencia, en el palacio del arzobispo, varios altares, principalmente el del palacio arzobispal de Amalfí, y el hermosísimo *sottocorpo* de San Mateo, en Salerno. El palacio del rey, que es su obra más notable, ha sufrido tantos cambios en su distribucion interior, que no se conoceria el primitivo plano. Hizo tambien para la torre de San Vicente, el proyecto de una mole y un puente que no se ejecutaron.

Su hermano Juan se ocupó en construir diques á lo largo del Pó, y procurar agua á gran número de casas de recreo y ciudades. Llevó de Bracciano la de la Fontanone de Roma, que desde allí pasa á una cascada en frente de la calle Giulia, que atraviesa el puente Sixto.

Miguel Sanmicheli de Verona, precedió á aquellos arquitectos, y se manifestó superior á ellos en talento. Formando por las lecciones de su padre y de su tio, estudió los restos de la antigüedad, primero en su ciudad natal, después en Roma, donde pronto adquirió reputacion. Encargado de continuar la catedral de Orvieto, en la que los mejores arquitectos le habian precedido, se conformó á su estilo. Usó de más libertad en la de Montefiascone, donde hizo una cúpula con ocho aristas, cuya circunferencia constituye el templo. Embelleció con otras obras á su patria y á Venecia, fiel á la costumbre de no entender ningun trabajo sin haber hecho cantar una misa solemne. En otra parte le hemos indicado como arquitecto militar, y allí indicamos los que se distinguieron en el mismo género. Otros se dedicaron a la arquitectura náutica (1572) como el milanés Camilo Agrippa (35) y Mario Saborgniano, conde de Belgrado (36). Muchos escribieron tambien sobre la hidráulica, ciencia que ofreció constantemente aplicaciones en Italia, y entre ellos se distingue á Luis Cornaro, que trata de las lagunas de Venecia como medios de defensa (37).

Las artes del dibujo se estendieron tambien fuera de Italia: Enrique VIII, Francisco I y Carlos Quinto trataron de atraer á si á los artistas de aquel pais. Deschamps refiere (38) que en 1573, Maximiliano II de Austria pidió un pintor y un escultor á Juan Bolonia, quien le envió á Spranger de Amberes y á Juan Monti. Un año después de la muerte de Maximiliano, Rodolfo estuvo á punto de despedirlos; pero siguiendo el parecer de su camarlengo, conservó al pintor y despidió al escultor.

(34) El caballero Adamini de Montagnola, compatriota de Fontana, y el ingeniero francés Montferrand, erigieron una masa semejante en San Petersburgo, esto es, la columna que el emperador Nicolás consagró allí á la memoria de Alejandro I y que es el mayor monolito de todo el mundo.

La armazon sola pesa. . . . .	293,820 kil.
Con los aparatos. . . . .	424,500 »
Solo el obelisco. . . . .	337,000 »
Con los aparatos.. . . .	375,922 »

La ereccion del obelisco de Luxor en la plaza de la Concordia, por M. Lebas, causó tambien viva emocion en Paris, donde los aplausos saludaron al hábil arquitecto.

La *aguja de Cleopatra* fué erigida en Londres en 1879.

(35) *Nuove invenzioni sopra il modo di navigare*. Roma, 1595.

(36) *Arte militare terrestre e marittima, secondo la ragione e l'uso de' più valorosi capitani antichi e moderni*, 1599.

(37) *Trattato delle acque*. Padua, 1560.

(38) *Vidas de los pintores flamencos*, t. I, pág. 193.

El favor concedido á las artes en Francia, contribuyó á engrandecer al monarca, que por esto mismo se encontró superior á los pequeños feudatarios. Se continuó mucho después construyendo segun el estilo gótico; testigo de ello la hermosa torre que ha sobrevivido únicamente á la destrucción de San Jacobo de la Carnicería, y que fué construida en París en 1502, como tambien toda la iglesia de San Eustaquio comenzada en 1532. La pintura no era ignorada allí; pero se limitaban á retratos de una semejanza muy estudiada, á miniaturas en pergamino, á dar color á los vidrios, arte nacional que no se desdénaban de ejercer los mismos caballeros. A ejemplo de los lombardos habian adoptado, en tiempo de Carlos VIII, un método mejor que unia la flexibilidad á la verdad, el arte al sentimiento, la corrección á la inspiración, sobre todo en arquitectura y escultura. Fr. Jocondo trabajó en París en el tribunal de cuentas, y en el castillo de Gaillon en Normandía, que pertenecia al cardenal de Amboise; y quizá tambien en el castillo de Blois, que es tal vez el más interesante de todos los edificios reales. El sepulcro del cardenal de Amboise, de mármol cuidadosamente esculpido con pinturas y dorados, es el monumento más hermoso de aquel siglo. Ya el arte se encuentra enteramente renovado en el mausoleo de Luis XII en San Dionisio, que ofrece un estilo más libre y una prudente imitación de la naturaleza. Se atribuye á Poncio Tribatti, pero parece más bien ser obra de Juan Justo de Tours. Ricos negociantes como Ango, elevados dignatarios como Duprat, cortesanos, señores, construían á porfía castillos. Francisco I hizo edificar uno muy hermoso en Chambord á manera de fuerte, con torres cuyos adornos son de un estilo mezclado. Es de 1525, es decir, anterior á Primaticcio; y el castillo de Madrid en el bosque de Bolonia, donde se encontraban tierras de cemento, segun el gusto de Lucas de la Robbia, fué construido en 1530.

Al llamar de repente á otros la Francia á copiar de la Italia, se la privó de la ventaja del noviciado, y la imitación impidió allí la originalidad. Rosso, artista enteramente académico, que no creyendo que existia pintura antes que el *gran estilo*, trabajaba por práctica y no comprendía más que lo que sabia, desdeñando á todo el que no era su igual; tenia lástima de los pobres franceses de pincel seco y duro. Si le fué preciso aceptar algunos por discipulos, fué á condicion que renegarian de las tradiciones nacionales y sencillas, para adoptar la manera teatral y el gran método. Prefiriendo maese Roux, como se le llamaba, los talentos medianos, empleó en Francia á Lorenzo Naldini, discípulo de Francisco Rustici, que habia ya trabajado allí; á Antonio Mimi, discípulo de Miguel Angel, á Domingo del Barbiero, Lucas Penni, Bartolomé Miniati y Francisco Caccianimici.

**Primaticcio, 1504-1570.**—Primaticcio, que le sucedió, se habia formado en la escuela de Rafael; pero se habia modificado después de haber visto

á Miguel Angel y trabajado con Julio Romano; conservaba elegancia, aunque creyendo siempre en los procedimientos de la escuela. Tuvo por colaboradores á Bagnacavallo, á Ruggeri de Bolonia, á Próspero Fontana y á Nicolás Abbate, que todos dejaron obras en Francia en el Louvre y en San Dionisio. Vignola vivió dos años en París, Serlio murió allí, y á Cellini le sucedieron extrañas aventuras. Si se añaden á estos artistas otros que fueron llamados ó que por sí mismos se trasladaron á Francia, y los de este país que viajaron por Italia, se verá que el arte italiano ejerció una verdadera tiranía sobre el arte francés aun en la cuna. Fontainebleau fué un museo de las artes italianas y copias.

Pedro Lescot y Juan Goujon se formaron con éstos ejemplos. Francisco I confió á aquel la reconstrucción del Louvre; la parte que se ha conservado en él y que ha servido de modelo al resto le honra. De un estilo poco correcto, pero esbelto y elegante, sobresalió en los adornos, en las cariátides, en los esclavos y en los trofeos. German Pilon, alabado por sus compatriotas más de lo que merece, ejecutó muchos monumentos.

**Cousin, 1530-90.**—Imitador Juan Cousin de Miguel Angel, aunque no estuvo nunca en Italia, fué empleado en los grandes trabajos de aquella época, en los castillos de Vincennes, de Sens y de Anet. Hizo los mausoleos de Diana de Poitiers y su marido, como tambien el de Carlos Quinto. Se cree que su *juicio final* fué el primer cuadro al óleo que se hizo en Francia. Su estilo es grandioso, su dibujo vigoroso, y su colorido lleno de fuerza; pintó tambien sobre vidrio. Su mejor obra de escultura es la estatua del mariscal Chabot. Escribió sobre las proporciones del cuerpo humano. Ya hemos hablado antes de Leonardo de Limoges y de Bernardo Palissy, pintores sobre esmalte.

Mientras la mayor parte se dedicaban á trabajar en el estilo de moda, otros conservaron el gusto antiguo, sin las grandes actitudes y los escorzos que nada espresan; y las cofradías de artistas en las varias ciudades de provincias, cerrando la entrada al estilo de Miguel Angel, conservaron alguna forma original.

**Delorme, 1518-1577.**—Filiberto Delorme, natural de Lyon, se formó en Italia. Construyó ó renovó en Francia gran número de edificios; se le debe principalmente el sepulcro de los Valois en San Dionisio y el de Francisco I. Queriendo Catalina de Médicis tener un palacio superior á todos los que existian en Francia, le encargó construyese uno á poca distancia del Louvre, en el sitio donde habia una fábrica de tejas, de donde tomó el nombre de Tullerías. Prodigó en él más adornos que riqueza y corrección: este palacio debia ser además más estenso que lo fué; pero Catalina se cansó de aguardar y todo fué variado por otros arquitectos. Ha escrito *sobre el arte de edificar*. Sus *Nuevas invenciones para edificar bien y con pocos*

*gastos*, consisten en sustituir á las vigas comunes techos, curvas poco distantes unas de otras, y sostenidas en una posición vertical por argamasas compuestas de dos líneas de planchas muy delgadas. De esta manera se pueden cubrir espacios de gran extensión y formar bóvedas sin incomodidad de las vigas transversales destinadas á darles solidez. Existieron ejemplos anteriores en algunas iglesias de Venecia, y Serlio cita otros; pero DeLorme no parece que las haya conocido, y por otra parte combinó mejor su armazón. Es cierto que es más costosa por el aumento de la mano de obra, y el empuje más grande contra las paredes del recinto que el de los techos ordinarios.

Su contemporáneo Juan Boullant, edificó el castillo de Ecouen, en el que lo gótico y lo estravagante se mezclan á buenas imitaciones clásicas y á la delicadeza de ejecución: sin embargo, este edificio no se acerca á lo que se construía en la misma época en Italia.

La España comenzó en tiempo de Fernando é Isabel á inclinarse hácia los clásicos, cuyas obras habían estudiado en Italia. El palacio Viejo de Florencia sirvió de modelo al que Carlos Quinto hizo construir en la Alhambra de Granada, y que es de Pedro Machuca, aunque se atribuya á Alonso Berruguete. Hermoso en sí mismo, parece enorme en medio de las ligeras construcciones moriscas. No se cita en este país ningún gran talento, pero sí varios buenos artistas, como Fernando Ruiz, que construyó la iglesia de Sevilla (1455) elevando la gran torre de la Giralda (1561), obra de los moros, y á Berruguete, pintor, arquitecto y principalmente escultor, de la escuela de Miguel Angel. Sus obras en el Prado de Madrid y en la Alhambra, y la *Trasfiguración* que esculpió en el coro de la catedral de Toledo, han servido de modelo á los artistas de aquella nación. Domingo Teotocópoli, nacido en Grecia (1625), discípulo de Ticiano, construyó en Madrid el colegio de doña Maria de Aragon, y la iglesia y hospital de Huesca, cuya concepción es grandiosa. Bartolomé de Bustamante edificó el hospital de San Juan Bautista en Toledo, con un patio suntuoso (1567). Juan Bautista de Toledo abrió en Nápoles la hermosa y ancha calle que conserva su nombre, y edificó á Santiago de los Españoles; trazó después el plano del Escorial, que fué continuado por Juan de Herrera, su discípulo. El hermoso tabernáculo dibujado en forma de pequeño templo por este último, con ocho columnas de jaspe sanguíneo, y gran riqueza de estatuas de oro y pedrerías, fué ejecutado por Jacobo Trezzo de Milan.

Francisco de Holanda, miniaturista portugués, escribió en 1549 un diálogo entre Victoria Colonna, Buonarroti y Lactancio Tolomei, en Roma (39).

La Rusia, menos accesible á nuestra civilización, conservó el sello del arte bizantino. Valdimiro I, bautizado en el antiguo Quersoneso, hizo que los griegos construyesen allí un templo, la iglesia de la Virgen en Kief el año 989, y la de Santa Sofia en Novogorod; todas con imágenes conforme al estilo bizantino. Solo en el siglo XII aparecen artistas nacionales que modifican esto; luego, al verificarse la invasión de los tártaros, se ven construcciones según el gusto oriental y lombardo; de donde resultó que las iglesias de Moscou y el Kremlin adquiriesen originalidad. Son originales los edificios que Ivan III hizo por la primera vez de piedra en Moscou; en 1433 Eufemio, obispo de Novogorod, hacia fabricar para él por alemanes un palacio de piedra con pinturas y reloj. Ivan pidió artistas hábiles á Alemania é Italia, y Alberti Aristóteles Fioravanti edificó allí la iglesia del Kremlin; Pedro Antonio Solaro (40) empezó en 1487 el palacio de Kremlin llamado de granito, que terminó Pablo Bossi, natural de Génova, Marcos y otros. El milanés Aloisio construyó el Belveder del mismo Kremlin y concluyó la iglesia de la Asunción, con nueve cúpulas, y otros edificios en que se ven mezclados los estilos italiano y oriental. Posteriormente hubo también mezclas extrañas; por ejemplo la Vasili Flaggenoi en Moscou, del año 1554, que tiene cúpulas bulbosas, como debieron los rusos verlas en las guerras con los turcos. Las iglesias, en su mayor parte, son por dentro cuadrados oblongos, con bóveda que sostienen seis columnas equidistantes, cinco cúpulas, tres puertas, tanto en lo exterior, donde se hallan precedidas de un pórtico, como en el espacio interior que introduce á los tres altares, ocultos á las miradas por los iconostasios. Con frecuencia se ve allí una iglesia debajo de otra, pero no subterránea, donde se depositan los príncipes. En 1600 Moscou tenía cuatrocientas iglesias, de ellas cuarenta y cinco en el Kremlin. En cuanto á pinturas, los czares querían que las nuevas reprodujesen fielmente las antiguas, y hasta Fedor I, en 1581, solo se pintaron santos.

Los italianos guardaron silencio respecto á los artistas extranjeros, ó hablaron de ellos con el menosprecio que presta una superioridad incontrastable. Efectivamente, exceptuadas Francia y Alemania, no se halla un encadenamiento histórico, ni un recuerdo científico de las artes y de las escuelas, que tenga un carácter propio.

Desde 1454 se hallaba instituida en Amberes una academia que representaba á la naturaleza, tal como el artista la observaba, aunque el gusto del colorido que en ella predominaba, debilitase algún tanto del sentimiento de la forma y la belleza ideal. Ya hemos hecho mención de los Van Eyck, 1529, cuyas tradiciones se siguieron hasta Quintin Mes-

(39) Ha sido publicado por C. A. RACKZYNSKI, en la obra titulada *Las artes en Portugal*, 1846.

(40) Klaproth, *Taöl. historiques*, pág. 274.

sis ó Methzys, de Amberes, de quien se admiran aun varios cuadros en la galeria de esta ciudad. Desde esta última época empezó la imitacion italiana. Miguel Cockier, de Malinas, se formó en la escuela de Rafael, y Pedro Campana, tambien flamenco, abandonó, durante los veinte años que permaneció en Italia, la sequedad de su escuela natal, obteniendo en Sevilla el sobrenombre de Divino, y su *Descendimiento* en la iglesia de Santa Cruz escitó la admiracion.

Pedro de Wit (*Cándido*), de la escuela de Vasari, dirigió en Baviera muchas obras, siendo de notar entre ellas, el mausoleo de Luis de Baviera, uno de los monumentos más notables de Munich, vaciado en bronce por Kramper de Weilheim, en 1622, con cuatro caballeros de tamaño natural, arrodillados á los lados y con las efigies del emperador y de los duques. Lamberto, Lombardo de Lieja, está citado como arquitecto y pintor muy hábil. Pedro Breughel pintaba con estremada verdad las escenas campestres, y todo lo que pasaba á su rededor. Llegado á Italia, siguió ocupándose en reproducir la naturaleza, visitando las campiñas y las tabernas para observar mejor. En medio de la inmensa y original variedad de sus cuadros, representó varias escenas de brujerías. Su hijo Jacobo, que se inspiró en ellos, fué apellidado por esta causa del Infierno, y como Callot, concluyó por creer en el diablo y en las hechicerías, que en todas partes veía. Su hermano Juan (fué, por el contrario, llamado del Paraiso, en razon á que se dedicó enteraamente á reproducir flores y ángeles. Su *Paraiso terrestre* es célebre sobre todo, y los más hábiles buriles no han podido conseguir imitar lo bien acabado de sus bellezas.

**Collin.**—Collin de Malinas dejó en Inspruck el mausoleo de Maximiliano I, uno de los más notables. Está rodeado de veinte y ocho estatuas colosales de bronce, figurando reyes y príncipes austriacos con los trajes de la época, y una perfeccion incomparable (41); sin contar veinte bajo-relieves de mármol que representan las hazañas del difunto, y son los más bellos é ingeniosos que creemos haber visto. Con este mausoleo rivaliza el monumento de Filipina Welser, esposa de Fernando de Austria, gobernador del Tirol, que murió en abril de 1580.

En Alemania, Martin Schoen de Colmar, ni tuvo modelos ni discípulos. La catedral de Friburgo posee hermosas pinturas de Juan Grüm; las obras del sajón Lucas Cranach conservan la originalidad primitiva apreciada tan mal por los idólatras de la forma.

**Durero, 1471-1528.**—Alberto Durero, lejos de llevar la vida móvil y espléndida de los artistas italianos, pasó la suya en la calma y en la sencillez

segun él mismo nos la describe en sus Memorias. Colocado en el taller de un platero, cuya profesion ejercia su padre, mostró á los veinte y un años su habilidad, cincelando admirablemente una Pasion. Entonces viajó, y, habiéndose dedicado al grabado, se dió á conocer hasta muy lejos. En 1506 llegó á Venecia para pedir reparacion de ciertos grabados falsificados por Marco Antonio. Los venecianos, apasionados del colorido, hicieron poco caso del grabador; mas Juan Bellini se hizo su protector para con los patricios. «Puedes quedarte ahí, escribia Durero á uno de sus amigos. ¡Qué amables son los italianos! Me cercan con sus agasajos, y cada día me demuestran más afecto, en lo que halla mi corazon un indecible placer. Son hombres perfectamente educados, instruidos, elegantes, tocan el laud, llenos de valor y de dignidad, afables y tan buenos para mí, como me es imposible describir. Cierito es que no falta entre ellos tambien gente sin fe, engañosa y tan bribona como no se encuentra igual bajo del cielo. Si la vieras, la creerias la mejor del mundo; se rie de todo, hasta de su mala reputacion. Mis amigos me avisaron á tiempo que no comiese, ni bebiese con ellos ni con los pintores de su camarilla. Algunos de esta clase se han decidido á hacerme la guerra, y por ello copian descaradamente mis cuadros en las iglesias y palacios, en tanto que dicen que aruino el gusto, separándome de los antiguos. Esto no ha impedido á Juan Bellini que me elogie en numerosas reuniones; por otra parte, ha querido tener alguna obra mia, y ha venido en persona á visitarme para pedirme un dibujo, diciéndome que deseaba pagármelo bien. Es amado, respetado y admirado de todo el mundo: no se habla más que de su bondad y de su valor, y aunque viejo, no tiene igual.»

De vuelta á su patria, hizo Durero los retratos de los hombres ilustres de su tiempo, pero se dedicó más particularmente á grabar. Cuéntanse efectivamente ciento seis planchas grabadas por él en cobre y trescientas doce en madera. El gran arco de triunfo del emperador Maximiliano, compuesto de noventa y dos planchas de dimensiones diversas, que reunidas forman un cuadro de nueve piés sobre diez y medio, es tambien de Durero, ó ejecutado por sus dibujos. Además de los asuntos de la historia y de la mitologia, inventó muchos, como el famoso *Caballo de la Muerte* y el de la *Melancolia*. La pureza del estilo y el sentimiento de la belleza física no fueron apreciados en Alemania hasta él. Escribió tambien elementos de geometria para la fortificacion de las plazas y para la proporcion del cuerpo humano, y siempre con láminas la explicacion. No olvidó por esto la pintura, y su más célebre cuadro es la *Crucifixion*, que se halla en Viena. Preciso es estudiar en la preciosa coleccion del archiduque Carlos, esta pintura única entre la numerosa variedad de grabados de todo género, tan acabados en los detalles como atrevidos en la composicion. Viajó dos veces por Holan-

(41) Se ha descubierto después, que las estatuas no son de Collin sino de Hoffer; y los mejores se deben á un desconocido.

da, siendo agasajado por todos, y hallando en tan buena acogida el valor suficiente para producir tan bellas obras (42). La escuela que dejó después

de su muerte cedió más tarde á los flamencos, italianos de la Alemania.

**Holbein, 1497-1554.**—Juan Holbein nació en Augsburg, de un pintor mediano; sin otros maes-

(42) Se revela Durero perfectamente en la descripción de este viaje, del cual ha publicado recientemente una parte Demurr, en el periódico alemán de bellas artes. «Yo, pobre Alberto Durero, partí de Nuremberg á mis expensas con mi mujer. Pasamos la noche en un pueblo de Baviera, donde gastamos tres *batsen* menos seis dineros. De allí pasamos á Amberes. El domingo se celebraba á San Ospito, y la congregación de pintores me convidó á un gran banquete con mi mujer y mi hija. Nada faltaba en la rica mesa, la vajilla era de plata, y todo el servicio de cristal. Las señoras estaban todas vestidas de día de fiesta, y cuando se me conducía al sitio destinado para mí, el gentío se agolpaba á los lados de la mesa para verme. Había allí muchas personas de valía, príncipes y duques que me recibieron con la mayor afabilidad, ofreciéndome sus servicios y su protección para lo que me pudiera ser útil. Cuando me senté, el mayordomo de los señores de Antorff se me acercó acompañado de dos criados, y me ofreció en nombre de estos nobles señores cuatro pintas de vino, que suplicaba bebiese enseguida, aceptándolas en señal de alta consideración. Yo me sometí á esta leal invitación, protestando mi adhesión á la ilustre familia; llegóse enseguida maestre Pedro, carpintero del pueblo, y me presentó también dos pintas de vino, ofreciéndome sus servicios. Después de pasar una buena parte de la noche alegremente bebiendo y cantando, se levantaron los convidados y me acompañaron hasta mi casa con antorchas, como á un cónsul romano. A la puerta me despedí de ellos, y dormí de un buen sueño hasta la siguiente mañana. Enseguida fui á la casa del maestro Quintín (*Methuys*). Fischer me compró, por cuenta de los señores Antorff, diez y seis imágenes de la Pasión en cuatro florines; otras del mismo asunto, pero más pequeñas, en tres; y veinte medias hojas de diferentes especies, en uno. Item, vendí á mi huésped una vírgen pequeña, pintada en un mal lienzo, por dos florines del Rhin.

«El día siguiente á San Bartolomé, me llevaron á Malinas, y maestre Ronsard y un pintor, cuyo nombre he olvidado, me convidaron á cenar. El primero, es el famoso escultor al servicio de Margarita, hija de Maximiliano. El lunes marchamos á Bruselas. He visto allí en casa del consejero cuatro bellas pinturas del gran maestro Rudiger, y los dos regalos traídos de Méjico para el rey, á saber: un sol de oro del tamaño de una toesa, y una luna de plata del mismo tamaño, y en su circunferencia toda clase de vasos y utensilios de oro y plata, y otros adornos extraños, de tal magnificencia, que difícilmente se podrán hallar otros que se le igualen; en mi vida he visto cosa de más gusto. Al admirar obras tan finas en oro, que se estiman en 100 libras de oro, me he asombrado de la habilidad y del trabajo sutil de hombres de países tan lejanos.

«Madama Margarita me envió á decir que tenía en ella una protectora para con el rey Carlos; y habiendo demostrado mucho interés, la he enviado una bella prueba de mi Pasión. Cuando fui á la capilla de la casa de Nasau, vi el admirable retrato hecho por el gran maestro Hugo. El pintor Bernhardt me convidó á comer, y fué tan magnífica la comida, que estoy seguro de que no la ha costado con diez piezas de oro. Asistieron á ella muchos nobles que había convidado él para que fúviese yo compañía, y entre otros estuvieron el tesorero de Margarita, del que ya he hablado, el camarlengo del rey, el tesorero de la ciudad, al que envié una prueba de la Pasión, y en retribución me

mandó un escabel al gusto español, de madera negra, que podrá valer tres piezas de oro. También he mandado otra prueba á Erasmo de Rotterdam, secretario de Bonisio. Después he hecho al lápiz el retrato de maestre Bernhardt, pintor de Margarita, y de nuevo el de Erasmo. Pero seis personas, de las que concluí los retratos en Bruselas, no me dieron siquiera un cuarto. Pasé después á Aquisgram, donde ví la coronación de Carlos Quinto.

«El viernes salí de este punto para Lovaina. El sábado me hallaba en Colonia, donde compré por cinco dineros un tratado del doctor Lutero, y por uno, otro titulado: *Condenación del santo varón Lutero*. El domingo ví las fiestas y diversiones, asistiendo á un banquete dado para celebrar la coronación. El lunes recibí del emperador el diploma de pintor de cámara. El sábado siguiente partimos para Brujas con Hans Lixbem de Ulm y Saint-Plos, famoso pintor, nacido en este pueblo. En el palacio del emperador he visto la capilla pintada por Rudiger, y los cuadros de un antiguo pintor, probablemente Zemling. En casa de Jacobo he examinado también cuadros de mucho precio, de Rudiger, Hugo y de otros grandes maestros. He visto la estatua de la Vírgen, de alabastro, obra de Miguel Angel, y los cuadros de Van Eyck, y de otros pintores. También me dieron en este punto un convite suntuoso: los consejeros de la ciudad me hicieron presentar doce pintas de vino, y la reunión, compuesta de sesenta personas, me acompañó á mi alojamiento después de la comida. De allí pasé á Gante, donde el pintor decano y las principales personas me recibieron con entusiasmo, conduciéndome á la alta torre de San Juan. Allí está el famoso cuadro de Van Eyck, tan bello, tan admirable; que no hay bastante dinero para pagarlo. La Vírgen sobre todo y el Padre Eterno tienen una expresión maravillosa. Los pintores y su decano no me dejaron un momento, y todo el tiempo que permanecí en esta ciudad quisieron tenerme siempre á su mesa. En fin, partí para Amberes, y después de haber pasado algún tiempo en este punto, volví con los míos á Malinas cerca de Margarita, á quien le enseñé el retrato del emperador que le quise regalar; pero que de ningún modo aceptó.

«De cuanto he trabajado en los Países Bajos, sólo pérdidas me han resultado. Ni los nobles ni los plebeyos me han pagado, no habiéndose portado mejor Margarita. Por todos los presentes que les he hecho, por todos los diseños que les he dirigido, no me han dado ni una paja. Cuando iba á partir, recibí una carta de Cristiano II, rey de Dinamarca, en que me ordenaba que marchase á su corte con toda premura, para hacer su retrato y el de los principales señores, asegurándome que sería bien tratado y que comería en la mesa real. Al siguiente día me embarqué en un buque del Estado y me dirigí á Bruselas y vi al rey de Dinamarca, al que presenté mis mejores grabados. Fué muy curiosa para mí ver la admiración con que la gente de Bruselas veía pasar á Cristiano, y también al emperador ir á su encuentro y recibirlo con toda magnificencia. Asistí también al banquete que el emperador Carlos y Margarita le dieron al día siguiente. El rey de Dinamarca á su vez les dió también un convite opíparo: el emperador y Margarita estaban invitados y también yo, que tuve el gusto de sentarme á la mesa de los reyes. Hice allí al óleo la efigie de Jesucristo, por la que recibí treinta piezas de oro.»

tros, y sin abandonar sus montañas, adivinó la pintura, haciéndose admirar muy luego, al pintar en Basilea la *Danza de los muertos*, que propagada por el grabado influyó tanto en el arte nacional. Fácil y fecundo, multiplicó sus obras. Finalmente, incitado por Erasmo para que abandonase su retiro, se presentó en la corte de Enrique VIII, que le acogió casi con amistad. Disputáronse los señores ingleses el conseguir su propio retrato hecho por mano de Holbein; y se daba por dichoso aquel que obtenía á peso de oro un cuadro histórico. Tuvo que pintar sucesivamente las mujeres á quienes Enrique VIII concedió el honor de

participar de su lecho, para pasar de él al cadalso. Contristado con aquellas escenas de sangre, murió Holbein envidiando la gloria indigente, pero tranquila, de que habia gozado en las montañas de su patria (43).

---

(43) El que tenga la paciencia de comparar este capítulo con las ediciones precedentes, hallará modificados, corregidos y cambiados muchos juicios, á consecuencia de haber visto por mí mismo y juzgado con mi entendimiento, cualquiera que este sea, obras acerca de las cuales habia hablado antes solo de oídas.

## CAPÍTULO XIII

### MÚSICA.

Mientras que la escultura y la pintura, expresión del orden en el espacio llegaban á tanta altura, tampoco la música, expresión del orden en el tiempo, permaneció extraña al impulso universal de aquella época.

Juan XXII reprendía el abuso de consonancias y disonancias en la música eclesiástica; sin embargo, aquel siguió adelante, y se introdujo el contrapunto fugado, esto es, una serie de sonidos más recargados de fugas y artificios. En la música profana, los provenzales asociaron el canto al son de muchos instrumentos y aires profanos distintos de los que se oían en las iglesias, sencillos y pobres con una sola nota por cada sílaba; nos quedan las notas de algunos hasta del año 1100 (1).

Difícil sería adivinar la naturaleza de las tonadas, baladas y otros cantos carnalescos inventados por los italianos. Seguían en el contrapunto las mismas reglas de la música sagrada; solo que la mayor libertad produjo mejoras que ésta adoptó luego.

Las notas, después de la invención de Guido de Arezzo, permanecían en extremo imperfectas señalando sí los grados de entonación, pero no las diferencias de duración. El primero que indicó de un modo diverso las largas, breves, mínimas, semibreves, máximas, fué según se cree Juan Muris, canciller de París y doctor de la Sorbona en el *Speculum musicae*, pero habla de ello como de cosa ya conocida. El mismo Muris, en el tratado *De discantu*, puede decirse que dió las primeras lecciones de armonía moderna: secundando la reacción contra los antiguos que entonces estaba en toda su fuerza, desterró de las consonancias la

cuarta, y estableció como perfectas el unísono, la octava y la quinta, y como imperfectas las terceras mayor y menor y la sexta mayor. Allí se encuentran por primera vez las reglas que hasta hoy se aplican á la sucesión de los intervalos, en cuya virtud las consonancias perfectas no pueden sucederse por un movimiento semejante; la armonía consonante adquiría más plenitud, componiéndose de acordes de tercera y quinta, de tercera y sexta. La disonancia se introdujo también pero tímida y como retardo de una consonancia. En las armonías del siglo XIV se encuentran acordes de cuarta y quinta, tercera y séptima, y aun de tercera y novena. Inventóse después el contrapunto doble que fué armonía á cuatro partes desde que los intervalos del contrapunto llegaron á formar acordes.

La música prosperó más en el siglo XV. Franchino Gaffori, natural de Lodi y los tres extranjeros Bernardo Hicart, Juan Tintore de Bélgica y Guillermo Guarnerio llamados por el rey Fernando (1487), fundaron en Nápoles una academia, de donde procedieron los mejores maestros. La sociedad de los Rozzi en Siena daba frecuentes representaciones con intermedios y coros cantados por un personaje que se nombraba *Orfeo*. Así los filarmónicos de Verona, instituidos por Alberto Lavezzola para la mejora de la música, tenían en ciertas épocas la obligación de salir con la lira á divertir la ciudad. También en otros puntos se pusieron maestros (2). Se introdujo una elegancia

(1) Algunos de Adam de La Halle fueron publicados en la *Revue musicale* de 1827.

(2) Véase á MARTINI, *Storia de la musica*; ESTEBAN ARTEAGA, *Le rivoluzioni del teatro musicale italiano dalla sua origine fino al presente*. Venecia 1785; el ya citado discurso de A. Biche Latour, y las historias de la música de Hawkins y de Strafford.

desconocida en la escritura por Binchois, Destables y principalmente por Guillelmo Dafay, natural de Bélgica que perfeccionó la escala de Guido de Arezzo, añadiendo á su sistema tres tonos en las notas graves; escribió las primeras *imitaciones* bien hechas, y en sus obras se encuentran también cánones á dos voces que pueden considerarse como las primeras tentativas de contrapunto condicional, nombre que daban á aquel en que el músico se imponía condiciones caprichosas, por ejemplo, emplear sólo el movimiento conjunto (*contrapunto á la derecha*), ó no emplearlo nunca (*contrapunto saltando*), y otras infinitas extravagancias á cual más inútiles.

Del cánón, como es notorio, nació la fuga donde el compositor se obliga á elegir un tema tal, que colocado á cierto intervalo armonioso, se sirve á sí mismo de acompañamiento. Ahora bien, el cánón ó la fuga exigían gran perfección, no solamente en las relaciones armónicas, resultantes del desarrollo del tema, sino también en las relaciones de duración de cada sonido, los cuales debían combinarse entre sí por medio de la repetición periódica.

Así, de las reglas arbitrarias del cánón y de la fuga, salió completa la frase musical que dió origen á la forma poética de los idiomas modernos. Tales elementos pudieron servir á los maestros del siglo XVI para perfeccionar el contrapunto en la tonalidad del canto armonioso, resto de la música griega.

Los flamencos eran considerados maestros, y hasta se les llamaba desde Italia, donde gozaban de singular estimación los madrigales franceses; la capilla del papa se abastecía principalmente de españoles, y Bartolomé Ramos Pereira, de Salamanca, nombrado por Nicolás V para desempeñar la cátedra de música en Bolonia, demostró la insuficiencia del sistema de Guido de Arezzo, y propuso un medio, que si bien combatido por Gaffori y otros, fué adoptado. Fray Pedro de Ureña, que vivía también en Italia hacia el año 1520, añadió el *si* á la escala; y se reputa á Francisco Salinas como el mejor teórico del siglo XVI.

El mencionado Gaffori (1451-1522) se proporcionó copias y traducciones de los tratados de música antigua y los explicó en público, de donde resultó la moderna escuela italiana; publicó varias obras, donde explica el sistema de la notación, cuyos signos eran la máxima, la longa, la breve, la semibreve y la mínima (3); pero en las composiciones del principio del siglo XVI se encuentran ya la semínima, la corchea y la semicorchea. Enrique

Isaac, por los años de 1475, escribía en Florencia los cantos carnavalescos de ocho, doce y hasta de quince voces; pero no sabemos cuál fuese la índole de las melodías populares, pues lo que ha llegado á nosotros está escrito con sujeción al contrapunto.

Gerónimo Mei trató de la *música antigua y moderna* y de los *modos*, pero sin datos ciertos, pues muchas obras no se conocían y otras se interpretaban mal. Vicente Galileo en el *Fronimo* y otros diálogos sobre la música, muestra copiosa erudición y hace buenas reflexiones: habiéndose suscitado en la materia una disputa entre don Nicolás Vicentini y Vicente Lusitania, todas las personas doctas tomaron parte en ella, y la discusión tuvo efecto en la capilla del papa. El primero sostenía que la música griega no era más que una confusión de nuestros géneros cromático, diatónico y enarmónico; y el segundo, que sólo comprendía el diatónico; éste alcanzó el triunfo.

La música, así instrumental como vocal, era la verdadera pasión de aquellos tiempos: Cristóbal Landino, en los comentarios á Dante, habla de Antonio de los Organi, natural de Florencia, organista tan famoso, que iban desde Inglaterra y el Norte á oírle; Leonardo de Vinci fué llamado á la corte milanés para tocar; Benvenuto Cellini se gloriaba tanto de su habilidad en el laúd, como en el buril; los príncipes y los reyes se dedicaban á la música; Jacobo de Escocia y Enrique VIII compusieron; Carlos Quinto tenía siempre á la hora de comer una orquesta, y en su corte de Bruselas empezaron los conciertos vocales. En Alemania no faltó nunca quien cultivase este arte, y los waltzes, baile nacional, traen su origen de aquellos tiempos. Lutero quería reformar la música sagrada, y en efecto la simplificó, probando muchos cantos suyos que se conservan, el alto grado en que poseía el sentimiento de este arte. Por el contrario, Calvino sustituyó á la majestad de los coros y á la noble sencillez del canto llano la salmodia métrica; encargó á Guillermo Frank que adaptase á los salmos de Marot y de Beza aires fáciles para una voz sola, y luego para cuatro. En Inglaterra, después de la reforma, Mabeck dispuso la música para el servicio divino, y Sternhold y Hopkins publicaron la versión de los cincuenta primeros salmos para una sola voz de tenor. Más adelante el canto coreado desapareció de las parroquias, y únicamente se conservó en las catedrales. La música era como el término indispensable de la educación. Peachan, al describir á un noble, dice que debe saber cantar de repente y tocar la viola ó el laúd; y Philomates, en la introducción á la música de Morley, refiere lo siguiente: «Después de levantar la mesa se trajeron los libros de música, según costumbre, y la señora me suplicó que cantase; y cuando después de muchas excusas, declaré sinceramente que no sabía, todos se admiraron y empezaron á murmurar preguntándose unos á otros cómo me había introducido allí.»

(3) Creo que el primer ensayo de notas músicas que se ha impreso es precisamente éste de Gaffori, en Milan, con caracteres de madera. Los ingleses presentan el *Poylchronicon* de Ralph Higden, impreso en Westminster en 1495, donde se ven algunas notas sobre ocho líneas. Attaignant dió á la estampa en Paris en 1529 una colección de música.

**Jannequin.**—El maestro más célebre de Francisco I, fué Clemente Jannequin, que publicó en 1544 sus *Invenções musicas para quatro ó cinco voces*; es bastante rara la referente á la derrota de los suizos en Mariñan, donde emplea los términos del arte militar de aquella época, é imitó los cañones, las trompetas, los tambores y el choque de las armas.

Los progresos del arte escénico cooperaron al desarrollo de la música. En las comedias y tragedias se cantaban coros é intermedios, especie de madrigales cantados por muchas voces, hasta que se trató de formar una composición distinta. Habiendo creído algun erudito que los antiguos cantaban los dramas, se quiso imitarlos. Emilio del Cavaliere, natural de Roma, que puso en música el *Sileno* y el *Sátiro*, de Laura Guidiccioni, se limitó á copiar los artificios del gusto madrigalesco de entonces. Hablóse de ello, no obstante, y el caballero Juan Bardi, conde del Vernio, en cuya casa se reunieron las personas más distinguidas de Florencia para asistir á las bodas de Fernando de Médicis con Cristina de Lorena, hizo representar el combate de Apolo con la serpiente. Después don Garcia de Toledo, virey de Nápoles, desplegó gran magnificencia en la ejecución de la pastoral de Tansillo, y tambien en la de la *Aminta* de Tasso, con intermedios del jesuita Marotta. Acompañóse luego con la música alguna escena, como sucedió en el *Sacrificio*, de Agustin Beccari, en Ferrara el año 1555, y en la *Aretusa*, de Alberto Lollo (1563), y en el *Infortunado*, de Agustin Argenti (1567) con la música de Alfonso de la Viola, que fué quizá el primero que unió el canto á la declamación (4).

Pero en la práctica, la música estaba llena de obstáculos, y la agitaba el frenesí de demostrar gran lujo de notas sin atender á las palabras; tanto, que se cantó el primer capítulo de san Mateo con aquellos nombres tan poco armónicos. Se componia un canto, y luego se acomodaba debajo la prosa: mera ostentación de arte. Vicente Galileo se opuso á este mal, é inventó un nuevo modo de componer melodias para una voz sola, haciendo la música del *Ugolino*, de Dante, y después la de las *Lamentaciones* de Jeremias.

Entretanto, hasta la música madrigalesca era perfeccionada por Lucas Marenzio, Pablo Quagliati, Alejandro Strigio, otros compositores, y especialmente por el príncipe de Venosa. El cremónés Claudio Monteverde, simple violinista, luego director de la música del duque de Mantua, y por

último maestro de la capilla de San Marcos de Venecia, publicó en 1598 el tercer libro de sus madrigales para cinco voces, donde se atrevió á introducir sin preparacion las disonancias dobles y triples de las prolongaciones. Entonces únicamente se le calificó de ingenioso, y, sin embargo, debía producir una revolución completa: mientras que antes la disonancia no se habia mostrado sino como anticipación ó prolongación de una consonancia. Monteverde la hizo hasta cierto grado independiente, creando á un tiempo la tonalidad moderna y el verdadero acento apasionado.

Así como la disonancia fué para la armonía el medio de expresar las pasiones, el ritmo lo fué para la melodía, debiendo resultar tambien aquél lógicamente de la disonancia que por necesidad creaba cadencias periódicas. De este modo la música dramática marchó, provista de todos los elementos que constituyen su poder, y modificó hasta la sagrada, de la cual habia nacido. Sólo faltaba aun el buen recitado, única parte en que los griegos podían suministrar útil enseñanza.

Julio Caccini se dedicó en la mencionada sociedad de Bardi, á perfeccionar la invención de Galileo, principalmente aplicando la invención de palabras apasionadas; pero las de los clásicos no se adaptaban bien á la música; los madrigales se referían por lo comun á un pensamiento agudo, poco conveniente para la pasión. Algunos, pues, se animaron á componer estrofas á propósito; don Angel Grillo escribió los *Afectos piadosos*, y el citado conde de Vernio otras. Habiendo marchado éste á Roma, la reunion se trasladó á casa de Jacobo Corsi; el cual, juntamente con Caccini y Octavio Rinucini, pensó acomodar la música á las palabras, creyendo haber descubierto el verdadero recitado de los antiguos. Allí se representó la *Dafne* con notas del mismo Caccini y de Jacobo Peri; pero tuvo mejor éxito la *Euridice*, representada con motivo del enlace de Enrique IV con Maria de Médicis y puesta en música por Corsi, Peri y Caccini.

Grillo escribia á este último diciéndole: «Vos sois autor de un nuevo género de música, ó mejor dicho, de una cántiga sin canto, de un canto recitativo, noble y nada popular que no trunca ni destroza, ni quita á las palabras su valor y sentimiento; antes bien lo aumenta redoblando su expresión y fuerza. Invención vuestra es este gracioso género de canto, ó vos sois acaso el que ha hallado de nuevo aquella forma antigua, perdida hace tanto tiempo en medio de las distintas costumbres de infinitos pueblos y sepultada en la remota oscuridad de tantos siglos. Me he afirmado en mi opinión después de haberse recitado, segun vuestro método, la bella pastoral del señor Octavio Rinucini, en la cual, los que creen que en la poesía dramática representativa el coro es inútil, pueden comprender muy bien para qué se servian de él los antiguos y cuánto realce da á semejantes composiciones.»

(4) A lo menos, la obra más antigua que conozco en este género es la titulada *Orbecche*, tragedia de J. B. Giraldi Cinthio, ferrarés, representada en Ferrara, en casa del autor, el año 1541, delante de Hércules II de Este, cuarto duque de Ferrara: hizo su música Alfonso de la Viola, y el arquitecto y pintor fué Gerónimo Carpi de Ferrara.

Posteriormente se representaron otros dramas, especialmente la *Ariadna* de Rinuccini con música de Monteverde y magníficas decoraciones. Aunque aquella música tiene pocas notas y es poco variada, marca muy bien los tiempos, es de una admirable sencillez y respeta los derechos de la palabra; y aunque el recitado de Peri y el del romano Emilio del Cavaliere en la *Representación de alma y de cuerpo* no son más que una declamación con notas, sin embargo, conocida la necesidad de acentuar la poesía y según se fué puliendo la frase poética, nació la verdadera melodía de la frase y luego la del período, que es lo que constituye su desarrollo.

Entre tanto se habían perfeccionado los instrumentos. Algunos atribuyen á los cruzados haber importado el violín, que dicen se usaba en la India; pero ésta es una conjetura que carece de razón. En un bajo-relieve de la puerta mayor de San Miguel de Pavia, que si no es longobardo, es poco posterior al siglo xi, hay una figura grosera que está tocando este instrumento: en un manuscrito del siglo viii se halla también un instrumento con arco, de la figura de un bandolín con una sola cuerda. En Francia no se conoció el violín hasta el tiempo de Carlos IX: al principio estaba en boga la *rebeca*, usada por los juglares. La viola tenía siete cuerdas con mástil y trastes divididos por semitonos como la guitarra. Eran infinitas las clases de viola; las había de pierna, de brazo, de bordon con cuarenta y cuatro cuerdas, de amor con doce, de las cuales seis están colocadas sobre un puente alto y otras seis en otro más bajo, mientras que la que se llamaba *trompa marina* en los Países Bajos tenía sólo una cuerda y puede considerarse como precursora del contrabajo. Se parece á la anterior la que usan todavía los saboyanos por medio de un arco redondo.

El laúd era muy común, siendo variedades de él la pandora, la bandurria, la tiorba, el bandolín con cuerdas dobles de latón, el colachón, el pantalon, el salterio y el timbal. Nicolás Vicentini inventó el archicémbolo, Francisco Migetti el cémbalo omnícordio, Bernhard el órgano con pedales. Luego se perfeccionó el clavicordio en el siglo siguiente por Juan Sebastian Bach en Alemania, en Italia por Domingo Scarlatti, en Francia por Francisco Couperin. Casi igual es la espineta; pero cayó en desuso luego que se inventó el piano, el primero de los cuales fué construido por Silbermann, constructor de órganos de Sajonia.

Respecto de los instrumentos de aire, son muy antiguos la flauta de Pan, que constaba de doce á diez y seis tubos de caña, en dos filas que armonizan en terceras; el flautín, la flauta de boquilla, á la que substituyó la trasversal, y el pífanó, que se conserva aun en algunos ejércitos. Lo son igualmente la gaita compuesta de un odre, cañas y un bordon, el corno inglés, el corno de *basetto*, que se parece al clarinete, sólo que es corvo y llega hasta una tercera más abajo, de suerte que tiene

una extensión de cuatro octavas. La trompa-corva fué usada por Mehul en el *José en Egipto*; el bajón que se toca por medio de una boquilla, sirve hace mucho tiempo para acompañar al coro en las iglesias; empleábase también en las músicas militares, así como el trombon, el corno, etc. El cuerno de caza es lo mismo que el corno ruso.

En el siglo á que nos referimos se construían en Cremona muy buenos laúdes, especialmente por los Amati; y el violín *á la francesa* se hizo común sirviéndose de él los compositores en los primeros ensayos dramáticos (5). Pero en vez de formar aquella unidad que nosotros llamamos orquestas, constituían partes distintas, reservada cada una á acompañar á un personaje ó coro determinado. Así, pues, en el expresado *Orfeo* los clavicordios tocaban los ritornelos y los acompañamientos del prólogo cantados por la música; Orfeo era acompañado por dos contrabajos; los diez sopranos hacían el ritornelo al recitado de Eurídice; el arpa doble acompañaba á un coro de ninfas, los dos violines franceses á la Esperanza; las dos guitarras á Caronte, y los dos órganos al coro de espíritus infernales: Proserpina cantaba con tres bajos de viola, Plutón con cuatro trombones, y Apolo con el órgano real; el coro final de pastores era sostenido por la chirimía, las cornetas, el clarín y las trompetas sordas.

Con los ritornelos de los recitados y de las arias tuvo principio la música puramente instrumental, que hasta entonces había estado siempre subordinada al canto y al baile; y como se vió que los ritornelos eran muy importantes para preparar el ánimo del auditorio, se perfeccionaron y se hicieron más largos; luego se hizo preceder la ópera de una sinfonía.

Después de servir de adorno á la poesía y de arreglar la danza, llegó la música á tener una vida independiente. Con haber hallado Monteverde el acorde de sétima dominante é inventar Peri la ópera, hicieron en la música la última transformación, con la cual quedó separado el canto llano de la música con la que estaba confundido. Esto era un retroceso hácia el paganismo, pues que el objeto había sido reproducir la tragedia antigua con los coros, pero en lugar de conseguir este objeto, los compositores consiguieron la reforma más acertada.

La primer ópera bufa que se conoce es el *Amfiparnaso*, música y letra del modenés Horacio Vecchi, dedicada á don Alejandro de Este en 1597. En ella hablaba cada personaje (máscara) un dia-

(5) En el *Orfeo* de Monteverde (1607) se componía la orquesta de dos monacordios, dos contrabajos de viola, diez sopranos de viola, un arpa doble, dos violines franceses de cuatro cuerdas, dos guitarras, dos órganos de madera, tres bajos de viola, cuatro trombones, un organillo real, dos cornos, una chirimía, un clarín y tres trompas sordas.

lecto distinto, y la música era tan estraña como el argumento. Se prefería lo maravilloso porque ofrecía mejores situaciones y se prestaba más á presentar lujosas decoraciones, haciendo al mismo tiempo menos chocantes las inverosimilitudes.

Aquel género se extendió en breve: donde no había teatro buscaban los señores quien les cantase canciones, se formaron academias, y también en Francia se introdujo el drama musical en 1645; Roland's Heer Claes (Orlando de Lasso), uno de los más famosos compositores de aquella época, le había presentado en 1520 entre los flamencos, los cuales aventajaron bien pronto á los italianos.

Entonces se multiplicaron las escuelas: en Nápoles, se comenzó á cantar con muchas voces la música popular, que consistía en melodías, llamadas arias, *villotte*, *villanelle* y otras semejantes que estuvieron muy en moda; Denticio describe en 1554 un concierto del palacio de Juana de Aragón, en que las voces eran acompañadas de la orquesta y cada una cantaba con diferente instrumento (6): De la escuela veneciana, fundada por Adriano Willaert de Brujas, salieron Juan Gabrieli (7) y Constancio Porta, jefe de la de Lombardia. José Caimó se dedicaba en Milan en 1560 á componer madrigales; Santiago Castoldi baladas, lo mismo que José Biffi; en aquella misma ciudad fué organista famoso Pablo Cima. Podemos añadir á los precedentes á Festa, poeta lleno de gracia y de facilidad y que hacia excelentes versos; Jacome Arkadelt, Giachetto Berchem, Francisco Corteccia, maestro de capilla del gran duque Cosme y otros muchos. La melodía debe su desarrollo á Gesualdo, príncipe de Venosa, San Felipe Neri introdujo los oratorios que antes eran laudes cantados en la iglesia con la música de Juan Animucia, maestro de San Pedro, y que luego llegaron á ser representaciones completas de hechos morales y sagrados.

La música que había nacido en las iglesias, introdujo después en ellas lo profano con que se había engrandecido. Cuando este arte era sólo un estudio de dificultades vencidas y ponía todo su conato en imitar los sonidos, los ligados, las fugas, los enigmas y la voz humana por medio de los instrumentos, ¿podía ya convenir á la santidad de los ritos que elevan el alma al Criador? Se compusieron misas enteras sobre temas profanos, contra lo cual tronaron los reformadores, los católicos

y los protestantes; el concilio de Trento se mostró escandalizado; Paulo IV mandó examinar si se debería permitir la música en la iglesia; y no se resolvió nada porque los teólogos querían que la letra fuese la parte principal, y los maestros decían que esto no podía hacerse con las reglas de su arte.

**Palestrina, 1524-94.**—*¿Y por qué no se ha de poder?* dijo Pedro Luis Palestrina. Este compositor había salido, lo mismo que Animucia, Bettini y Merlo, de la primera escuela de música instituida en Roma por el francés Goudimel. Pertenecía á la capilla del papa cuando le excluyó de ella Paulo IV en 1555, porque habiéndose casado, «su presencia era grande objeto de escándalo» Dos meses después, fué nombrado maestro de capilla de San Juan de Letran y más tarde ocupó el mismo empleo en Santa Maria la Mayor (1561) y después en San Pedro (1571). Fué amigo de san Felipe de Neri. En la soledad y en la desgracia profundizó su arte y pudo elevarse hasta hacer composiciones libres y originales (8). Sus madrigales son aun el motivo de las aspiraciones de los maestros de contrapunto; sobre todo supo expresar con verdad en cantos solemnes el profundo sentido de la Escritura, su significacion simbólica y sus relaciones con el alma y la religion. Puede decirlo el que haya asistido en Viernes Santo á la capilla Sixtina.

Se le encargó por tanto que compusiera una misa que sirviera de prueba, y la hizo como quien trata de salvar á su arte de la muerte. En su manuscrito se encontraron las palabras: *Señor, ilumíname*. Después de dos tentativas poco felices, compuso la *missa papalis*, que tiene una melodía sencilla y en que se respeta el pensamiento del texto, adaptándola á la diferente significacion de los cánticos y de las plegarias; así que las comparaba á aquellas celestiales que el apóstol predilecto oyó en sus éxtasis.

Con esto bastó para que tanto este arte como los demás saliesen vencedores; y se vió tambien que la Reforma sólo sabia destruir y anoadar, mientras que la Iglesia resucitaba y santificaba.

Sus dotes son la precision, la claridad, la severa observancia de las reglas de la armonia, la gracia, la verdad de expresion unida á un gusto delicado y la grata sencillez en la modulacion. Es pobre sin embargo la melodía; pero poseia con tanta perfeccion el puro sentimiento de la armonia y de los tonos, que nadie llegó á hacer cantar cuatro, seis y hasta ocho partes distintas con tanta facilidad y elegancia. Sólo Hændel y algun otro le igualaron en la majestad del estilo; ninguno en valentia, en profundo y sencillo acento, en la mística ternura, en la encantadora suavidad de sus ar-

(6) En Nápoles se estableció la escuela de Santa Maria de Loreto en 1537, la de la Piedad de los *Turchini* y la de San Onofre en 1583, la de los Pobres de Jesucristo en 1589.

(7) C. G. A. von WINTERFELD, Juan Gabrieli y su tiempo: *Historia de la época más floreciente del canto sagrado en el siglo XVI, y del primer desarrollo de música actual, sobre todo en la escuela veneciana* (alem.) Berlin, 1834.

(8) JOSÈ BAINI, *Mem. storico critiche della vita é delle opere di di Pier Luigi da Palestrina*. Roma 1828.

monías, que ya nos revelan los dolores de la madre de un Dios, ya los padecimientos del Verbo, ya nos trasportan á un mundo invisible á escuchar las músicas con que los ángeles rodean el trono del Eterno.

Carissimi cierra aquella época (1649); y el arte ha ido cada vez peor, por más que Bach, Hændel y Haydn se hayan esforzado por reducir los efectos de la antigua música religiosa á las condiciones del arte moderno.

---

## CAPÍTULO XIV

### LOS ARTISTAS Y LOS MECENAS.

De este modo la Italia, en los momentos en que perdía su independencia y la esperanza de recobrar su libertad, se entregaba enteramente á las letras y á las artes, como un lenitivo, como un objeto de orgullo nacional, y como el medio de mostrarse superior á los bárbaros, cuya espada la oprimía. Pero ¿se ofreció este objeto á la imaginación de aquellos escritores y de aquellos artistas? ¿Cuáles son, además, las condiciones que hacen florecer el talento? ¿Por qué se vió surgir en esta época tan numerosa multitud de hombres ilustres? Estos son problemas que no nos corresponden resolver limitándonos á preparar su solución, al seguir en este largo intervalo, á la decadencia y prosperidad parcial de las artes y del talento.

Que una filosofía vulgar vague en torno de aquella curva fatal al rededor del cual gira la civilización, ó que la adulación atribuya á los príncipes el desarrollo de los gérmenes felices, siempre se hallarán numerosas pruebas en apoyo de estas dos tesis en la historia, que desde luego presta fuerzas á todos los sistemas.

Ningun siglo merece mejor que el de los Médicis el sobrenombre de Siglo de Oro; y nunca los honores y los premios dados á los hombres de mérito fueron tan espléndidos y universales. Francisco I invitó á los italianos á que viniesen á reanimar el gusto á lo bello, y Leonardo de Vinci, Primaticcio, Cellini, Andrés del Sarto y toda una colonia de artistas, dejaron en este país obras y discípulos. Al mismo tiempo Alamanni y los Strozzi, acogidos en Francia con aquella hospitalidad generosa que otorga siempre á los extranjeros, inspiraban el gusto á aquella literatura, con que habia sido celebrada recientemente en Valclusa la bella Avignonésa. El altivo Carlos Quinto no se sonrojó por bajarse á coger del suelo el pincel del Ticiano, y se levantó cuando llegó Miguel Angel,

esclamando: «Hay muchos emperadores, pero son pocos los artistas como vos.» (1) También respondió á los cortesanos que se indignaban por los honores que hacia á Guicciardini. «Con una palabra puedo hacer cien caballeros, y todo mi poder no es bastante para formar un escritor como él.» El orgulloso Julio II mandaba correos incesantemente para llamar á Miguel Angel, y llegó hasta el extremo de disculparse con él, por haberle hecho esperar. Muchos príncipes y papas lo sentaban á su lado, y Venecia y Francia, y hasta el gran señor, lo llamaban continuamente. Cuando murió en Roma, se llevó su cadáver para que reposase, no en la basilica del cristianismo, sino en Florencia, en el templo dedicado á los grandes hombres. Los emperadores de Alemania y los reyes de Francia y España tenian sobre las pilas bautismales á un hijo de Mattiolo, y el cardenal Bibiena quiso casar á una de sus sobrinas con Rafael.

El nombre de Leon X reasume cuanto hay de notable en el amor á las letras: puso á disposición de los sábios, empleos, beneficios, dignidades de la Iglesia, y hasta sus mismas riquezas. Tenia por secretarios á Bembo y á Sadoletto, escritores latinos superiores á cuantos les habian precedido. Encargó á Beroaldo de la conservacion de la biblioteca del Vaticano; hizo que se fijasen en Roma Juan Lascari y Marcos Musuro, célebres filólogos,

---

(1) Hé aquí la famosa idea de Fourier, de la autoridad imperial. «Si un dia muriesen todos los príncipes, los presidentes, los mariscales, los prelados y la alta nobleza, todos serian reemplazados al siguiente dia, sin causar otro mal que el sentimiento natural de la pérdida de gente tan principal; pero si los grandes artistas, los grandes literatos, los sábios mecánicos, los sastres y los zapateros muriesen, seria la pérdida irremediable.»

confiando al primero la direccion de un colegio especial para la enseñanza del griego, cuyos maestros habian sido llamados de Grecia, dotándolos además con una imprenta; asalarió á más de cien profesores en el colegio de Roma; y envió á buscar manuscritos diciendo: «Que favorecer los progresos de la literatura clásica, era una parte importante de los deberes pontificios.» Dió á Tibaldeo de Ferrara, venido á su corte de la de los Gonzagas, un sueldo y muchas riquezas, sin contar quinientos zequíes por un epigrama. Habiendo reconocido las felices disposiciones del jóven Flaminio, lo retuvo á su lado; y al mismo tiempo que oía con admiracion y gusto las improvisaciones de Marone, prometia recompensas á los que descubriesen otro libro de Tito Livio ó de Tácito, concediendo privilegios á las ediciones más bien hechas.

Trasmitió á sus descendientes este gusto delicado, que habia heredado de sus abuelos. El gran duque Cosme I fué estremadamente estudioso: escribía de su propio puño á los artistas, instaba á Miguel Angel á que volviese á Venecia y á que le llevase peces de los llamados sola, que le gustaban mucho. Francisco I, su hijo, versado en todo género de literatura, erigió las universidades de Pisa, de Florencia y de Siena, además de la academia florentina: fundó la academia de la Crusca y la magnífica Galeria, aumentó la biblioteca Lorenzana, dió incremento á la botánica, atendiendo á cualquiera que tuviese mérito: escribía á Juan Bologna: «No podian menos de agradarnos, segun ha sucedido, las dos figuritas que nos habeis enviado, no pudiendo ser otra cosa al tratarse de obras que salen de vuestra mano;» y Fernando I decía al mismo: «Deseamos que continuando en vuestro deseo de trabajar procureis tener principalmente cuidado de vuestra salud, porque esto importa más que todo lo demás.» (2) El mismo Fernando I compró la Venus de Médicis, empezó la capilla real de San Lorenzo, y estableció la imprenta con caracteres orientales.

Del mismo modo hemos visto obrar á los príncipes de Milan y de Nápoles, hasta el momento en que fueron derribados por los extranjeros. Las repúblicas confiaron á los literatos importantes comisiones, porque los habian recomendado ya sus caracteres. Alfonso I de Este, aunque ocupado por las continuas guerras, y poco instruido, hizo florecer de nuevo á la universidad de Ferrara, donde Lucrecia Borgia, Lucrecia y Ana de Este, é Isabel de Médicis colmaban de favores á la sabiduría, honrándola con su amor. Isabel de Este, mar-

quesa de Mantua, no la favorecia menos. El belicoso Alviano, en el momentáneo intervalo de los combates, reunia en su casa de recreo de Porde none á Fracastor, Cotta, Navajero y otros, á lo que llamaba su academia, complaciéndose é instruyéndose con ellos. El duque de Urbino, en medio del estruendo de las armas, habia hecho á su corte asilo del talento y de la sabiduria. El mismo infame duque de Valentinois, y hasta el innoble Alejandro de Médicis, aspiraban á tener la reputacion de hombres instruidos. Todos dirigian cartas muy familiares á Miguel Angel, Puccini, Bandinelli y Bronzino, discutiendo los proyectos y rogándoles que hiciesen cualquier trabajo; Felipe II escribía á Ticiano: «Me dareis un gran placer y me hareis un servicio si os ocupais en pintar ese cuadro con la mayor actividad posible.»

No solamente los príncipes, sino tambien los ricos, querian ser y mostrarse Mecenas. Entretanto qued el otro lado de los Alpes, la aristocracia se gloriaba de su ignorancia, y que el noble ponía una cruz por firma, *no sabiendo escribir por su cualidad de baron*, en Italia adornaba su talento por el estudio de las artes y ciencias. ¿Qué no debió Rafael al cardenal Chigi, Juan de Bolonia á Bernardino Vecchiotti de Florencia, y aun Ammanati y otros á Marcos Mantua Benavides de Pádua? Angel Collocci reunió en la antigua quinta de Salustio los cipos, los bustos, las estatuas y las medallas, como tambien los fastos consulares. En Génova los Sauli, y en Milan los Sanseverino eran la Providencia de los literatos, y los tesoros de erudicion recogidos por Pinelli, fueron los fundamentos de considerables bibliotecas (3).

La generalidad se conformaba á estos ejemplos, y el entusiasmo por los literatos era comun. Apenas supieron los malhechores que habian sorprendido á Ariosto, quien era, lo respetaron. Desde que los artistas espusieron sus obras al público, llamaron la atencion los sonetos á centenares, donde se les juzgaba con un sentimiento esquisito y una severidad de gusto que los maestros respetaban, y la posteridad ha sancionado. Cuando se desenterró en los jardines de Tito el grupo que Sadoletto reconoció por el de Laoconte, descrito por Plinio, todas las campanas de Roma repicaron en señal de alegría; y esta obra de mármol, rodeada de flores, fue llevada por toda la ciudad con una pompa triunfal al son de muchos instrumentos, y los poe-

(2) Juan Bologna les escribía, segun él decía, ya á lo *filosofesco* ya á lo *escultoresco*, pero siempre estaban sus escritos llenos de barbarismos; por ejemplo: «He recibido su dos cariñosas, aunque de uno mismo tenor, el cual da á V. S. infinitas gracias por el buena oficios que ha hecho acerca de S. A. S. á favor de aquel jóven de Saconia,» etc.

(3) Merece mencion Juan Grolier de Lion nombrado en 1515 por Francisco I gran tesoroero de Milan, donde se hizo querer; lo cual es muy extraño tanto por ser forastero, como por ocupar tal empleo. Así lo aseguran los literatos con los cuales se mostraba tan generoso, que habiendo ido á comer á su casa muchos de ellos, regaló á cada uno un par de guantes, y se hallaron con que estaban llenos de monedas de oro. Murió siendo intendente de hacienda de Francia en 1575, á los ochenta y seis años, y dejó la más rica coleccion de libros y medallas que habia en Francia.

tas cantaron á porfia, en tanto que la subian al Capitolio con una solemnidad memorable, aun en aquel pais donde todo es solemnidades. Tartaglia hizo publicar sus descubrimientos matemáticos al son de trompetas, recibiendo de todas partes problemas para resolverlos. A Rómulo Amaseo, natural de Udina, profesor de elocuencia se les disputaban Venecia y el papa, las universidades de Bolognia y de Padua; le llamaban tambien á porfia el cardenal Bembo desde Padua, Gonzaga desde Milan, Volsey desde Inglaterra y Clemente VII desde Roma. Bernardo Accolti, de Arezzo, llamado el Unico, salia rodeado de prelados y escoltado de guardias suizos, iluminándose las poblaciones á su llegada. ¿Debia él declamar las tiendas de Roma quedarian cerradas. Fué hecho duque de Nepi; y habiendo recitado delante del papa un terceto en honor de la Virgen, el auditorio rompió en aplausos, mezclados con estos gritos: «¡Viva por siempre el divino poeta, el incomparable Accolti! Apoteosis hecha para engañar á la posteridad, si desgraciadamente para él no hubieran sobrevivido estos versos (4).

Si volvemos la medalla, la historia verdadera tiene mucho que rebajar el mérito de estos protectores. Leon X parece que no comprendió más que la belleza del estilo. Encargó á Leonardo un trabajo; más observando que se habia puesto á destilar barnices y plantas, exclamó: «¡Ah, nunca hará nada; porque piensa ya en el fin de la obra sin haberla empezado!» Leonardo ignoraba seguramente las lisonjas, con cuya ayuda se adquiere el favor, además de que Leon no tomaba nunca por lo serio la proteccion que daba á los literatos. Ariosto se quejaba de que después de haberse dignado besarle en las dos mejillas, lo habia dejado en la miseria (5) hasta el punto de no tener para comprarse una capa nueva. Bembo fué obligado á abandonar la corte de Leon X, que gustaba de los poetas cuyas agudezas lo entretenian, y se entregaba á jocosidades propias para desagradar á un hombre instruido y grave. El improvisador

Camilo Querno, gran bebedor y gloton rematado, que recreaba con sus bufonadas nos banquetes del pontífice, fué creado por éste archipoeta. Favoreció con el mismo título á Juan Gazzoldo y á Gerónimo Britonio, haciéndolos apalear cuando sus versos le desagradaban. A fuerza de elogios se hizo creer á Baraballo, abad de Gaeta, que era un segundo Petrarca, y Leon quiso coronarle. Un elefante, dado por Manuel de Portugal, fué adornado pomposamente y montaron en su lomo á Baraballo, vestido con el traje de los triunfadores, con la toga bordada de palma y el laticlave: toda Roma era una fiesta, y el dinero no se escaseó para hacer subir al Capitolio á un mal poeta, en medio de honores que el Ariosto no obtuvo (6).

¿Semejantes escenas se representaban para animar á las letras? ¿y el que ama á una doncella la espone al ridículo.

Ariosto fué enviado como gobernador á la Garfagnana, pais montuoso, que se habia dado entonces á Alfonso. El cardenal Hipólito lo tuvo quince años en continuo movimiento para negocios de poca importancia, «cambiándolo de poeta en correo;» después, cuando hubo comprometido su reputacion por ensalzar hasta las nubes á una familia poco recomendable, oyó al prelado preguntarle: *Maese Ariosto, ¿dónde habeis aprendido tanta hojarasca?* (7) y porque se negó á seguirle á Hungria, se vió despedido, perdiendo veinte y cinco coronas de sueldo, que se le entregaban cada cuatro meses. El gran Leonardo de Vinci no tuvo el favor ni de Lorenzo ni de Pedro de Médicis. El último ocupaba á Miguel Angel en hacer estatuas de nieve, y se alababa de tener en su corte dos prodigios, á Miguel Angel y á un andarin español. Ni estos dos Médicis ni sus sucesores se atrevieron á terminar las grandiosas obras, comenzadas cuando el soplo de la libertad republicana no se habia extinguido aún; el monumento de Julio II y la capilla de los Médicis quedaron sin concluir; Cosme, protector ignorante de las artes, preferia Vasari á Ticiano. Los desprecios del cardenal Farnesio hicieron morir de pesar á Onofre Panvinio, así como los del duque de Este apresuraron la locura del Tasso.

En lugar, pues, de aplaudir aquellos insensatos

(4) El Aretino nos los ha conservado: se reducen á un juego de palabras.

*Quel generasti di cui concepisti  
Portasti quel di cui fatta fosti,  
E di te nacque quel di cui nascesti.*

«En tí fué engendrado, de él concebiste, llevaste en tu seno al que te creó, y ha nacido de tí aquel de quien tú nacistes.»

(5) *Finche me ne rimembre esser non puote  
Che di promessa altrui mai piu mi fidi.  
La sciocca speme alle contrade ignote  
Sali del ciel quel di che il pastor santo  
La man mi strinse e mi baciò le gote.*

«Mientras conserve la memoria no me fiaré nunca de las promesas de otro. Toqué la loca esperanza y los desconocidos caminos del cielo aquel dia en que el pastor santo me apretó la mano y me besó en las mejillas.»

(6) «Es una chanza el decir que ha sido coronado,» dice Virginio, hijo del poeta.

(7) *Opra che in esaltarlo abbia composta.  
Non vuol che ad acquister mercè sia buona;  
Di mercè degno e l'ir correndo in posta  
Sio l'ho con laude u' miei versi messo,  
Dice ch'io l'ho fatto á piacere e in ozio,  
Piu grato forà essergli stato appresso.*

Sátira primera.

«No creyó que debia premiar la obra que habia compuesto para enaltecerle porque digno de premio es solamente ir corriendo la posta... Si le he alabado en mis versos, dice que lo he hecho por gusto y por pasar el tiempo: mas le hubiera agradado que hubiera estado á su lado.»

deseos que para disculpar la inercia, oímos todos los días dirigirse hacia los grandes de cierta época, me parece muy digna de lástima la condicion de aquellos artistas y literatos, que no podían esperar la única recompensa desinteresada, es decir, el favor del pueblo y la gloria espontánea, sino que se veían precisados á buscarla en las cortes. Se puede también decir que no tenían público, y si sólo dos clases de lectores, los cortesanos y el clero. De aquí procedía la funesta necesidad del patronato, y la obligacion para los hombres de genio de resignarse á sufrir una proteccion, y á no reclamar tolerancia y perdon por la verdad que repugna, sino la seguridad para sus ócios á costa de su dignidad, carácter y pudor del arte.

Es cierto que nunca un artista podrá, por grande que sea, construir á Santa Maria de los Angeles ó la cúpula de San Pedro, ni pintar las galerias del Vaticano, si este trabajo no le es encargado por alguno que pueda atender á los gastos: es preciso necesariamente la alianza del genio que concibe y la riqueza que hace ejecutar; pero que no se diga que sólo la última basta para producir grandes hombres, y formar una época, no diremos de genio, pero ni siquiera de buen gusto. La parte moral de las bellas artes, la expresion y el objeto, que á nuestro parecer son el alma, no pueden menos sino perder, cuando en lugar de surgir del sentimiento íntimo, no obran sino por el mandato. Siempre que sea así, se verá renacer el predominio de la materia, la idolatria de la forma, que se refinará con detrimento de la idea, así como la multiplicidad de las obras será funesta á la originalidad.

El pueblo de los concejos, el pueblo creyente habia sacado las artes de la barbarie, y les habia dado impulso por senderos desconocidos, de una manera incorrecta si se quiere, pero atrevida, original y conforme á las nuevas necesidades. Entonces se construyeron en cada ciudad magnificas catedrales, y entonces resonaron los cantos de Dante. El conocimiento y el estudio de los antiguos, que sobrevino hubiera debido limitarse á pulir aquellas formas primitivas sin sofocar la inspiracion íntima, que en el siglo anterior habia acelerado tanto los progresos del espíritu humano.

El impulso popular ya habia suscitado á los hombres superiores; los Médicis, que los encontraron formados, tuvieron á lo más el mérito de emplearlos. Pero cuando las letras, las artes y la poesia, que son un mismo arte, es decir, lo bello revestido con formas sensibles fueron asalariadas por los príncipes, se divorciaron de las necesidades y sentimientos de la nacion, y perdieron en genio á proporcion de lo que adquirieron en gusto, convirtiéndose en un elemento aristocrático en lugar de ser una expresion popular; y colocados entre la calleja de donde salian, y las cortes que les estipendiaban, los literatos, sin llegar á la refinada delicadeza de la aristocracia, perdieron la feunda y nativa energia del pueblo.

El amor del arte hace prosperar al arte; pero de la proteccion, ó si se quiere, de la indole de ésta depende en mi concepto que aquellos grandes ingenios no hayan llegado á la cumbre, adonde puede llegarse solamente con la feliz reunion de todas las facultades del alma y del entendimiento. Con respecto á nosotros, que observamos las artes históricamente y como expresion de la sociedad, séanos permitido admirar su ejecucion y deplorar su objeto. Nos hemos complacido muchas veces en considerar lo que hubiera sido Ariosto, si en lugar de cantar aquella familia sin gloria de Ferrara, hubiera emprendido tratar el tema de Dante ó del Tasso, la *nacion ó la cristiandad*; lo que hubiera legado á ser Guicciardini si no hubiese tenido que justificarse de los vergonzosos servicios que habia prestado á la tirania; Maquiavelo, si no hubiera escrito la historia por orden de Clemente VII, y el *Príncipe* para obtener un empleo; Miguel Angel, si no hubiese cambiado con tantas alternativas el cincel por la paleta y el compás, ni precisado á irritarse contra el mármol para forzarle á espresar sobre los sepulcros de los Médicis un ideal en oposicion con las órdenes que debia ejecutar.

En medio de tantas reglas y de las censuras lanzadas en aquellas ruidosas y encarnizadas rivalidades, ¿se creyó nunca que el arte estaba obligado á hacer algo más elevado que el mismo? Agradar á la corte, á los literatos, tal era su único objeto. La religion desaparecia, y se creia sostenerla mandando escribir diatribas á Muzio. Se criticaban las inconveniencias que se habian introducido en la liturgia, y Leon X hacia corregir los signos y el breviario por las frases de Ciceron y Tíbulo; la patria perecia y se cantaba; perecia y ningun hombre superior se levantaba á entonar el epicedio, con una voz que penetrase en los sepulcros y resonase un día como la trompeta de la resurreccion; perecia, y no habia un escritor que animase la historia con aquellos magnánimos acentos de despecho que permanecen como una protesta inmortal de las naciones.

Elegian el primer asunto que se les ocurria, con tal que permitiese desplegar las bellezas del arte. Tasso al menos agitó mucho tiempo en su cabeza la eleccion del asunto de su epopeya; el Ariosto no tuvo otro motivo, al adoptar el suyo, que hacer un poema en que se contentó con acomodarlo á las piedras salientes de otro. Alamanni escribió los suyos, porque aquel tema caballeresco agradaba á Enrique II; Bernardo Tasso estaba en su centésimo canto, y aun no sabia si su Amadis era de Galia ó de Gales (8); Vida y Fracastor can-

(8) Pregunta á Gerónimo Ruscelli en una carta de 4 de mayo, 1558, si debe titular á su poema *Amadis de Gaula ó de Francia*:

«No dudo que el autor de tan agradable y vaga composicion no la haya sacado en parte de alguna historia de Bretaña, embellecida y agraciada después con lo que en-

taron el gusano de seda y la sífilis, para manifestar que se pueden decir en latin cosas que los latinos no han tratado nunca.

De aquí procede la ausencia de toda dignidad en la moral y en los asuntos. Sannazar, cumplimentado por su piedad por Leon X y Clemente VII, prostituye á poesias lascivas la musa que habia cantado el parto de la Virgen; della Casa hace el elogio de aquel Carlos Quinto á quien habia representado como el azote de la Italia: aquel emperador no es menos incensado por Alamanni, que al oír que le echaba en cara sus palabras contra el águila rapaz y devoradora se disculpó diciendo, que la tarea de la poesia es mentir. Maquiavelo fué en calidad de embajador cerca del duque de Valentinois, y después á un capítulo de frailes; se describe al gran pontífice Borgia como un santo, y á su querida como una vírgen, sin sospechar que haya en eso baja: Holbein hace sucesivamente el retrato de las mujeres de Enrique VIII, á quienes aguarda el sepulcro; Leonardo de Vinci trabaja para Luis el Moro, y construye arcos de triunfo para su vencedor. La única reflexion que el primero le inspira cuando, anota su caída en su libro de registro, es esta: «No ha acabado ninguna obra.» Rafael enternece con sus vírgenes, y al mismo tiempo escandaliza con sus Psiquis y sus Galateas; Miguel Angel fortifica á su patria contra los tiranos,

canta al mundo. Ahora bien, tengo por indudable que ha errado al dar á Amadis el nombre de su patria, no para dotar á la Francia con aquella repatacion, sino por no haber entendido la palabra *Gaulles*, que en inglés quiere decir *Gallia*. Por otra parte creo, si no me engaño, que el hijo mayor del serenísimo rey de Inglaterra se hace llamar príncipe de Gales, únicamente por razon de los derechos que el dicho rey pretende tener sobre la corona de Francia. Y que es verdad que el autor se habrá engañado en la interpretacion, ó mejor, traduccion de la palabra *Gaula*, y que el primero que escribió esta historia quiso hablar de la Francia, puede verse en el libro II, cap. XX, en el que Gaudanel, envidioso de la gloria y grandeza de Amadis, dice al rey Lisuarte: *Va sabeis, señor, que existió mucho tiempo la discordia entre este reino de la Gran Bretaña y el de la Gaula, porque de derecho, éste debe estar sujeto á aquél, como lo están los demás Estados comarcanos que os reconocen por superior.* Fácilmente puede conjeturarse por estas palabras, que el autor no queria designar otro reino que el de Francia. No seria una falta verdaderamente digna de vituperio, una falta no de descuido, pero si de las que Aristóteles, en su *Poética*, considera como indignas de discurso, ¿si publicase este poema bajo el título de *Amadis de Gaula*, sin saber dónde se halla situado este reino? (Sin embargo esto es lo que ha hecho). ¿No veis que nombro algun puerto y algunas ciudades principales? Pero como podria engañarme fácilmente, no teniendo, como tantas personas, la práctica de las cosas de Inglaterra, en este punto como en otros muchos, os suplico que teniendo la proporcion que teneis del embajador de Inglaterra, ó de otros que pueden mejor daros noticias sobre estas particularidades, os informéis y me los escribais.» Hacer un poema en cien cantos, sin saber dónde ni cuándo pasa la accion, es cuanto hay que decir.

y los inmortaliza con su cincel. Todos piensan lo que dice Cellini: *Sirvo al que me paga.*

La misma baja existia en las alabanzas que los literatos se prodigaban. Sin hablar de tantos nuevos Virgilio, Cicerones y Tito Livios, Varchi colocaba á *Giron el Cortés* en un lugar superior al *Orlando furioso*; Stigliani proclamaba á Tansillo superior á Petrarca, y el Ariosto consagraba medio canto á inmortalizar las medianias de su época.

Las academias fundadas en el siglo precedente y que en el de que hablamos llegaron á su apogeo, eran la expresion de este prurito de alabar y ser alabado, y de la aficion de limitarse á la aprobacion de pocos. Resucitaron al principio á imitacion de las antiguas en la academia platónica de Lorenzo de Médicis, y se multiplicaron hasta el infinito, siendo ridiculos la mayor parte de sus nombres y pueriles sus ocupaciones; con las comidas y el vino se inspiraba el estro y cantaban y recitaban versos y oraciones; los príncipes y los obispos se sentaban al lado de los literatos. A veces, en medio de aquellos graves personajes se levantaba Annibal Caro á hacer el elogio de la nariz: «Nariz perfecta, nariz principal, nariz divina, nariz bendita entre todas las narices. Bendita sea tambien la madre que os dió semejante nariz, y benditas todas las cosas que olfatea vuestra nariz!» Otras Berni alababa las anguilas, los cardos y la peste; Firenzuola la sed y las campanas; Casa la cólera y el tormento de amor; Varchi los huevos duros y el hinojo; Molza la ensalada y los higos; Mauro las habas y las mentiras; éste la tos; aquel la fiebre tercianaria; otro la alopecia, sin faltar alguno que lo hiciese de cosas peores. Estos elogios, en los cuales tenian buena parte los príncipes de quienes recibian los beneficios, eran aplaudidos por los *adormecidos, los infecundos, los filopones*, y tantos otros disfrazados con nombres de esta clase.

Además de su frivolidad, estas academias causaban perjuicio á la originalidad en atencion á que la naturaleza de estos cuerpos es atribuirse el monopolio del buen gusto, y juzgar por las reglas establecidas de antemano; y como no se puede esperar fama sin su parecer, es preciso resignarse á estas reglas arbitrarias, y proceder siempre por reflexion, y no por inspiracion.

Consistiendo la única inspiracion en los elogios y en el dinero, se mendigaban tanto los unos como los medios de adquirir el otro. Bernardo Tasso alarga la mano, y causa lástima ver las transacciones á que se cree obligado para obtener alguna proteccion y pan (9) de aquel emperador que le habia arrebatado todo por haber sido fiel á su protector. Habiendo ido Luis XII á oír las lecciones de Jason del Maine en Pavia, le pregunta por qué no se casa: *Con el objeto*, contesta, *de que el papa*

(9) Véase la pág. 528.

*Julio sepa, por manifestacion de V. M., que no soy indigno del capelo de cardenal.* Queriendo Guicciardini obtener dotes para sus hijas, le anima Maquiavelo á que se dirija á Leon X, le cita ejemplos de la generosidad de aquel pontífice, y le enseña el giro que debe dar á su súplica: «Todo consiste, le dice, en pedir con atrevimiento, y en mostrarse descontento cuando no se obtiene.» Todos los despachos de Maquiavelo en sus misiones políticas concluyen con pedidos de dinero; y esto es lo que hacen igualmente los otros embajadores. Anguillara, que vendia sus *octavas* á medio escudo cada una, y que por consecuencia hizo tantas, no habiendo recibido nada por una cancion en honra del duque Cosme, se quejó de ella con arrogancia (10).

Pablo Jove, dispensador venal de gloria é invectivas, decia poseer dos plumas, una de oro (11) y

(10) «Hace más de seis meses que dí al secretario de V. E. en Venecia una cancion mia, á fin de que la hiciese llegar á vuestras manos, como me prometió hacerlo y como era su deber. Hasta hoy no he tenido respuesta alguna ni de V. E. ni de su secretario, ni de nadie; lo cual me hace creer que no la ha recibido, porque sé muy bien cuán diligente y cortés es V. E. en contestar; y me parece imposible, si la hubiese recibido, que no me hubiese devuelto á lo menos cancion por cancion como de algun tiempo á esta parte ha principiado á usarse... En el caso, pues, de que dicha cancion no haya llegado á V. E., le ruego haga que don Silvano, monge de la orden de camaldulenses, se la preste y la lea; porque no dudo obtener tan fina contestacion cual conviene á vuestra grandeza. Estoy seguro que don Silvano tiene copia de ella, porque no sólo me contestó que la habia recibido y me dió las gracias de palabra, sino que en recompensa me envió un rico regalo de telas delicadamente trabajadas, dignas, no de un fraile, sino de un papa, y de tal valor, que si los príncipes á quienes he escrito me hubiesen regalado á proporcion, me encontraría con que tenia más telas trabajadas en mis baules que versos en la prensa... Si pues mi cancion estuviese en poder de V. E. digo con resolucion que el estar seis meses sin contestarme es hacer un desprecio á mi persona que nada tiene de duque; que creo no encontrará millares como yo en los setos de Toscana, como halla zarzamoras; y yo ofendido por tanto silencio estoy tentado de hacer conocer mi resentimiento en una sátira en verso; pero he querido escribir en prosa porque me acuerdo que un florentino me dijo una vez en Francia con cierto motivo, que si las letras de cambio estuviesen en verso, no se pagaría ninguna; y deseo que se me pague la presente, á lo menos con una contestacion, cualquiera que sea... Vuelvo á decir que habéis con don Silvano que me conoce, y segun su modo de proceder manifiesta tener buen juicio y que conoce lo bueno; perdonad si por darme por aludido por un desprecio que me parece sufro con razon, me he estralimitado; sin embargo, soy aquel mismo servidor vuestro como dicen mis versos, refiriéndome á los cuales, concluiré deseándoos toda clase de felicidades y esperando una respuesta de duque, no de sofista.—Venecia 22 de mayo de 1563.

«Vuestro amigo y seguro servidor

»Juan Andrés de la Anguillara.»

Ha sido publicada por Gamba en las *Memorias del Ateneo veneciano*, y es may larga.

(11) «He mojado la pluma de oro en la tinta mas fina.

de plata, para igualar las alabanzas con los regalos. Amante de una vida muelle y dispada (12), causa disgusto verle mendigar con instancias, ya un rupon, ya un caballo, ya dulces, ya setenta resmas de papel para imprimir sus obras (13), ya dinero, (14) quejándose si estos regalos se hacian esperar, ó no eran proporcionados á su avaricia; llama trabajos perdidos á aquellos por los que no obtenia la recompensa que se los habia hecho emprender. Principes y ricos personajes le daban á porfia con el objeto de que *hiciese valer su dinero una tercera parte más* (15). En suma, la idea que inspira gene-

Me considero obligado á consumir una botellita de la tinta más fina con mi pluma de oro, para celebrar las obras de vuestra santidad.»

(12) «Sabeis que en la actualidad descanso y no trabajo. *Quia nemo nos conduxit...* Sabeis que no quiero estudiar sino vestido de pieles de marta y de lobo cervical...; que no cabalgo en mulas mal enjaezadas...; que quiero comer dos veces al dia y con potaje...; que necesito fuego desde san Francisco hasta san Jorge. Para hacer esto el hombre no debe dar tormento á la imaginacion, *impensis propriis.*» *Cartas*, página 100.

(13) Carta á Isabel de Mantua, *Arch. stor. app.* II, 322.

(14) Escribe al marqués del Vasto: «Vuestra excelencia me hace saber, que quiere venir esta Semana Santa al Museo (su casa de recreo de Como). Le aguardo con estremada impaciencia, y sé que no abandonará sus costumbres liberales y magnánimas de llevar provisiones para un mes, aunque sólo salga por cuatro dias, segun lo hace cuando va á distraerse á las Gracias ó á San Víctor, por más que allí haya siempre abundancia de todo. ¡Cuán to deseo que venga V. E. al Museo entre tantos hombres inmortales, que si bien no comen, atraen sin embargo á muchísimos gastronómos! Quiero que Pitigian sepa que los toneles de su bodega favorita están vacios y suenan como los tambores. Seria una cosa digna de verse el que vuestra excelencia uniese á las provisiones que ha dejado otras semejantes... Creo que me será preciso trasladarme á Roma dentro de algunas semanas... No sé cómo he de hacerlo si vuestra excelencia, mientras que permanezca aquí no hiere más de una vez la tierra con el tridente de Neptuno para que produzca un buen par de caballos. ¿Pero cómo se ha de suponer que tan gran príncipe pueda desmentir su generosidad habitual?» *Carta* del 25 de marzo de 1544. Pide á Lucas Contilio «manzanas, melocotones y carne de membrillo, en atencion á que le han llegado de Nápoles un diluvio de estas cosas á la *signora principessa.*» Escribe á monseñor Farnesio: «Comienzo á elucubrar, y lo haré en honor de vuestra señoría, alguna cosa que la posteridad leerá, y esto es decir bastante. Pero vuestra señoría reverendísima é ilustrísima haga de manera que mi sobrino Alejandro sea obispo de Nocera.» 5 de setiembre, 1547; y á Gerónimo Anghiera: «Bendito seas vos que, sin ofender á nadie, contentais á todos, lo que yo procuro hacer tambien publicando esta historia.»

(15) «Estaria fresco, si mis amigos y mis patronos no se considerasen obligados para conmigo *cuando hago valer su dinero una tercera parte más* que el de los picaros y libertinos. Sabeis que, gracias á este santo privilegio he vestido algunos de rico brocado, á otros, por el contrario, de tela ordinaria por sus méritos; y peor para los que les ha tocado la suerte. Si nos atacan como tiradores, nosotros usaremos de la artilleria gruesa. Sé bien que ellos

ralmente á los escritores es adquirir dinero y protectores, ya haciendo reir con una novela, como *Belfegor*, ó con un poema entero como el Ariosto, ya gimiendo como el Tasso, ó componiendo obras dignas de condena, como el *Príncipe* ó la *Hija errante*.

Así como el amor engendra el odio, la alabanza produce la sátira, y de aquí las ruidosas cuestiones de aquella época. «Los literatos, dice Gerónimo Negro, están en guerra: Pedro Cursio combate contra Erasmo sobre la palabra *bellax*, para decidir si se toma á mal por lo que respecta á la guerra, ó si no es más que un *verbum merum*. Todos los días aparecen nuevos libros é invectivas sobre este asunto; los hay entre ellos que contestan en nombre de Erasmo á Cursio y éste se enfurece.»

Habiendo estallado una terrible lucha con motivo de Petrarca, entre Tassoni, José de los Aromatari y Brusantini, se hicieron prisioneros, y resultó de ello un proceso. Los Médicis se divertían con los sonetos, que mutuamente se dirigían Luis Pulci y Mateo Franco. Gerónimo Ruscelli llegó á las manos con Ludovico Dolce, pedante como él, y ambos no se animan más que para lanzarse la injuria; Sigonio se defiende de Robertello en cuestiones de erudición; Gherardi Cintio con Pigna, Pablo Manucio con Lambino, porque quería imprimir *consumptus* sin *p*; y habiéndole presentado su adversario un mármol en el que estaba escrito *consumptus*, se lo tiró á la cabeza. Varchi disputa con Lasca y con Pazzi, que le invita á que le mande sus manuscritos para hacer encerados, á fin de que vean la luz á lo menos por un invierno; posteriormente fué dado de puñaladas por algunos señores que creían haber sido injuriados en su historia. Pedro Angeli, llamado Bargeo, se ve precisado á abandonar á Bolonia por versos picantes, y dar después muerte á un francés en desafío. Anton Francisco Rainer, poeta milanés, es muerto por un amigo suyo; Diomedes Borghesi tiene que andar errante fuera de Siena, su patria, á causa de sus disputas; Dionisio Atanagi usurpa una traducción á Mercurio Concorecio que le acomete é hiere. Chiabrera da también muerte á un caballero romano; Davila á otro, y en fin, él mismo es asesinado. Torcuato Tasso da puñaladas; Boccacini fué muerto después de haberle golpeado con sacos llenos de arena. Murtola y Marini se hacen la guerra de tal modo, que el primero le dispara un tiro al otro, y llega hasta á hacer el oficio de espía, como lo hizo tal vez Anibal Caro con respecto á Castelvetro.

Aretino, 1492-1556.—Pedro Aretino, á quien nos hemos abstenido de colocar en la categoría de los literatos, ofrece el ejemplo de la más desvergonzada audacia para pedir, alabar y censurar. Dotado de talento natural, sin cultura: *Yo, decía, no sé bailar ni cantar, pero sé hacer el amor como un*

*asno*. Conoció su siglo, y puso por obra el descaro y el libertinaje con la certeza de llegar de esta manera á la gloria de donde estaban escluidas entonces las virtudes tranquilas. Conoció el poder de la prensa; y en lugar de sonetos lánguidos ó períodos contorneados, se dedicó á injuriar en un estilo desordenado. Sus primeros escritos hicieron se le espulsase de Arezzo donde había nacido de una prostituta en un hospital. Llegado á pié á Roma, entró de criado en casa del cardenal Chigi, el Mecenas de Rafael; después fué arrojado de aquella casa por ladrón. Vivió del libertinaje, se hizo capuchino, ahorcó los hábitos, aduló, quitó el crédito, robó un hermoso vestido para presentarse á Leon X, á quien ofreció alabanzas que le valieron un puñado de ducados; obró de la misma manera con respecto á Julian de Médicis, que le dió un caballo, y adquirió fama escribiendo ciertas cosas que no exigen más que desvergüenza.

Su única ciencia es ostentar su ignorancia, y saber despreciar las letras cuando todos los demás las idolatran; lanzar al acaso metáforas en medio de la esterilidad culta de aquellos humanistas, é infamar los estudios y sus imitadores. «Me río de los pedantes, que creen que el saber consiste en la lengua griega, y dan gran importancia al en *bus* y en *bas* de la gramática... No me he separado por ignorancia de las huellas de Petrarca y Boccacio, porque sé lo que son, sino por no perder mi tiempo, mi paciencia y mi reputación, siguiendo la locura de querer trasformarme en ellos. El pan seco en nuestra casa aprovecha más que el que se come con muchos manjares en mesa ajena. Imitación aquí, imitación allí, todo es imitación para la mayor parte de los escritores. Admiro al que inventa, y me río del que imita; porque los inventores son dignos de admiración, y los imitadores ridículos. Por lo que á mí corresponde, me esfuerzo tanto en separarme de las costumbres del saber, y en encontrar algo nuevo, que puedo jurar ser siempre yo mismo, y nunca otro. No niego la divinidad de Boccacio, reconozco que el modo de componer de Petrarca es maravilloso; pero aunque admirador del génio, no trato de servirme de ellos como de una máscara, creo en el juicio de estos dos talentos eternos; pero aun creyendo en ellos, concedo también alguna poca de fe al mío.»

De esta manera llego á ser temible, buscado ó despedido por unos y por otros, ya se aprobase ó detestase su vida desarreglada, ó se asustasen de sus terribles ataques. «Me encuentro en Mantua, cerca del señor marqués, y en tan gran favor, que deja la comida y el sueño por hablar conmigo. Dice que no encuentra placer completo en otra parte; y ha escrito de mí al cardenal cosas muy honrosas, que ciertamente me aprovecharán. Me ha regalado además trescientos escudos, y aun me hace otros regalos. He comenzado á recibirlos en Bolonia. El obispo de Pisa me ha dado una casaca de raso negro, la mejor que he visto; y de este modo me he presentado en Mantua como un prin-

morarán y que nosotros sobreviviremos á nuestra muerte...»  
Carta 12.

cipe.» Habiendo pintado Julio Romano diez y seis figuras voluptuosas, y grabáolas Marco Antonio Raimundo, obtuvo el Aretino su perdon de Clemente VII, y añadió á ellas igual número de sonetos descriptivos. Aquel resultado de una infame alianza de las bellas artes se extendió por el mundo, y aumentó la miserable fama de aquel escritor venal. Echado entonces de Roma, que parecia perder la vida perdiéndole, se refugió al campo de Juan de las Bandas Negras. Llegó en el momento en que aquel jefe acababa de conceder á los suyos una *noche franca*, es decir, la facultad de pasar el tiempo á su antojo: júzguese entonces de los escesos, riñas, robos, amores suplantados, pagados ó conquistados, de las violencias de aquella escena infernal y de la parte que tomó en ella el Aretino. Juan, que en nada cedía al más bribon de sus bribones, celebró tan hermosa adquisicion: quiso tenerle siempre á su lado en la mesa, y á veces en la misma cama; pensó en hacerle príncipe (16), y le presentó á Francisco I, que le regaló una cadena de oro, y no pudo ya pasarse sin este bufon de nueva especie (17). Enrique VIII le envió tambien trescientas coronas de oro de una sola vez; Carlos Quinto le concedió una pension, y le hizo ir á su derecha; Julio III le dió mil coronas de oro con el diploma de caballero de San Pedro, lo cual le hizo hasta concebir la esperanza de llegar á ser cardenal. Tomó el nombre de *Divino*, y de *Azote de los príncipes*. Los primeros artistas quisieron hacer su retrato; y no sólo se acuñaron monedas en honor suyo, sino en el de su mujer é hija; y se leía en el reverso de una de ellas: **LOS PRÍNCIPES QUE RECIBEN LOS TRIBUTOS DE LOS PUEBLOS LOS PAGAN Á SU SERVIDOR** (18).

- (16) *Sotto Milan dieci volte, non ch'una,  
Mi disse: Piero, se di questa guerra.  
Mi campa Dio e la buona fortuna,  
Ti voglio insignorir della tua terra.*

«En Milan me dijo no una sino diez veces: «Pedro, si con la ayuda de Dios y de mi buena fortuna sucede que salgo vencedor de esta guerra, quiero hacerte señor de tu país.»

(17) Juan le escribia: «Se me quejó el rey con razon de que no te habia llevado conmigo, como acostumbraba. Dije que era la culpa de que te agradaba más la corte que el campo. Su majestad me replicó que tenia que escribir para que fueras. Sé que no dejarás de venir, tanto por tu interés como por verme, cuando sabes que no puedo vivir sin Aretino.»

(18) «Tantos señores me rompen de continuo la cabeza con sus visitas, que mis escaleras están gastadas con sus pisadas, como el suelo del Capitolio por las ruedas de los carros triunfales. No creo, para espesarme de esta manera, que Roma haya visto nunca una mezcla de naciones parecida á la que se presenta en mi casa. Vienen á ella turcos, judíos, indios, franceses, alemanes y españoles. Ahora bien, pensad lo que hacen nuestros italianos. No hablo del pueblo bajo; porque es más fácil separaros de vuestro afecto imperial, que verme un solo momento sin soldados, sin estudiantes, sin frailes y sin sacerdotes á mis

Carlos Quinto, que aspiraba á la monarquía universal, prodiga los honores al *divino* Aretino, que se espresa con respecto á él en estos términos:

«Estoy admirado no de que no me haya honrado segun me dijisteis, sino de que la modestia del religioso emperador haya sobrepujado á lo que vos pensabais. Encontrándole casualmente en el camino, además de mandarme que fuese á caballo con él, me dió la derecha, lo cual es un acto tan digno de su clemencia, cuanto indigno de mi condicion. Yo seguramente estoy fuera de mi al verle y oirle; así es que el que no le oye ni le ve, no puede figurarse la prudencia y la familiaridad de aquel agradable afecto...»

¡Con qué destreza se insinúa en su ánimo, protestándole que los pintores no le han hecho favor en sus retratos, y hablándole Isabel de su difunta mujer! «Cuando después le dije que no creia que mis escritos fueran leidos por él, que tiene en sus manos los destinos del mundo, contestó que todos los grandes de España tienen copia de lo que le he escrito sobre la retirada de Argel. Me contó toda aquella expedicion con detalles, y mi corazon vertió lágrimas; tan conmovido estaba cuando le oi decirme: *¿Y con qué objeto hubiera yo querido vivir más, si tanta gente habia muerto por mí en aquella empresa?* Aun siento temblando resonar en mis oidos el sonido de su palabra augusta...»

«Mi poca vanidad me hacia olvidar que cabalgando, habia llamado á los respetables embajadores de Venecia, y que dijo á sus escelencias serenísimas: *Honrados amigos: no os costará trabajo ciertamente decir á la señoría que le pido por favor tenga consideraciones á la persona del Aretino como á una que me es querida.*»

En efecto, aun cuando todo el mundo lo despidió, Venecia, donde la licencia es general y donde se puede hacer todo con libertad, con tal de que no se hable de los asuntos de Estado, Venecia le está siempre abierta: «Yo que he acabado de aprender á ser libre, escribió al dux Gritti, en la libertad de tan gran Estado, rechazo la corte para siempre, y hago aquí mi tabernáculo eterno para los años que me quedan, porque la traicion no tiene lugar en este punto; el favor no puede faltar al derecho; aquí no reina la crueldad de las prostitutas; aquí no manda la insolencia de los afemina-

alcances. En su consecuencia, me parece haberme convertido en el oráculo de la verdad, pues todos vienen á contarme la sinrazon que han sufrido de tal príncipe ó tal prelado; soy, pues, el secretario del mundo, y no teneis más que titularme así en los despachos que me dirijais.» *Cartas*, tomo I, pág. 206. MAZZUCHELLI, pág. 57. «¿Qué sábio griego ó latino es igual á mí en la lengua vulgar? ¿Qué colosos de plata y oro son comparables á los capítulos en que yo he escuchado al papa Julio, al emperador Carlos, á la reina Catalina y al duque Francisco Maria? Si hubiese predicado á Cristo del modo que he alabado á César, tendria más tesoros en el cielo, que deudas tengo en la tierra.»

dos, aquí no se roba, no se violenta, no se mata. Por esto es por lo que yo, que he hecho temblar á los culpables y tranquilizado á los hombres de bien me entrego á vosotros, padres de vuestros pueblos, hermanos de vuestros servidores, hijos de la verdad, amigos de la virtud, compañeros de los extranjeros, sostenes de la religion, observadores de la fe, ejecutores de la justicia, héroes de la caridad y súbditos de la clemencia. En su consecuencia, ilustre príncipe, recibid mi afecto en un rincón de vuestra piedad, á fin de que pueda alabar á la nodriza de las demás ciudades y á la madre elegida de Dios, para hacer al mundo más famoso, dulcificar las costumbres, para dar humanidad al hombre y humillar á los soberbios, perdonando á los que se descarrían..... ¡Oh patria universal! ¡oh libertad comun! ¡oh asilo de las naciones dispersas!»

Cuando vuelve á Roma: «Estuve siempre fuera de mí, únicamente por temor, cuando la buena acogida que me hizo el papa, cuando me besó abrazándome con una ternura fraternal, no me escitase á concluir mis días en aquel palacio, donde me dieron habitaciones de rey, más bien que de servidor. Ya se ha visto realmente la emoción tumultuosa que han manifestado las poblaciones por cada punto por donde hemos pasado, para aprovechar la milagrosa casualidad de contemplarme, honrarme y hacerme regalos, de tal suerte que la misma peste de su veneno ha hecho desaparecer la envidia... La opinion comun asegura que en el número de todas las felicidades que merece su beatitud, el supremo pastor cuenta la de haber yo nacido en su época, en su país, y que le soy enteramente afecto.»

Sin embargo, aun no le parecen suficientes tantos honores y bienes: «Leon y Clemente escribe á Hersilia del Monte, sobrina de Julio III, en lugar de limpiarme el sudor de la servidumbre con manos dispuestas á la recompensa, las mancharon en mi sangre con una crueldad ardiente, sólo porque no sé engañar, porque la verdad es mi ídolo, porque la adulacion no es de mi gusto, porque huyo del libertinaje, porque obro con libertad, porque conozco á los bribones, porque odio á los ingratos y porque (no quiero decirlo por modestia, sin embargo, se sabe y nadie lo niega) no me falta creencia en la Iglesia, después de ofensas tan moras y turcas, de lo cual dan fé los libros que he escrito sobre Jesucristo y sobre los santos. Sea lo que se quiera, es lo cierto que soy conocido del Sofí, de los indios y de todo el mundo, al igual de aquel cuyo nombre resuena en el día en boca de la fama. Aun más, los príncipes que reciben los tributos de los pueblos son de continuo mis tributarios, mientras que yo soy su esclavo y su azote á la vez. No cito la fuerza de este milagro increíble por orgullo ó vanidad, pero lo digo para confesarme á mi mismo la obligacion que tengo con Dios que me ha hecho tal.»

Dinero, joyas, trajes llovan en su casa. «La alquimia de su pluma ha estraído de las entrañas de

los príncipes más de veinte y cinco mil escudos de oro;» tenia dos mil de pensiones; pasa por haberse embolsado más de ochenta mil en toda su vida. Francisco I le envió un collar formado de lenguas entrelazadas, con la punta roja, y la frase: *Lingua ejus loquatur mendacium*. Carlos Quinto le mandó otro del valor de cien zequies, despues de su derrota de Berberia, para ponerse al abrigo de su burla; pero él contestó tomando en peso la cadena: «Es muy ligera para tan gran tontería.» Dijo al tesoro de Francia que le pagaba una suma: «No os admireis si me callo; he consumido mi voz pidiendo, y no me queda ya para dar gracias.»

Si tardan en darle, amenaza con poner á Cristo en manos de los turcos. «Voy á comenzar entretanto, escribe á un confidente del papa, á ocupar enteramente mi pluma en el *Santorál*: tan pronto como lo componga, os juro (que en caso de que no me dieran con qué vivir) dedicarlo al sultan Soliman, haciendo la epístola de una manera tan nueva, que el mundo se asombrará en los siglos venideros; porque será cristiana hasta el punto de hacerle dejar la mezquita por la Iglesia.» Si son pobres los regalos que se le hacen, no los admite. «Le he enviado sus diez ducados, rogándole se digne, recobrando sus regalos, devolverme las alabanzas que le he prodigado, porque no me parece conveniente honrar á aquel que me infama hasta el punto de envilecerme, aceptando lo que más bien es una limosna para mendigos, que regalos para personas de talento. Es cierto que conviene á los que compran la gloria ser generosos, dando, no segun el grado de su corazon, sino como lo requiere la clase de aquel que las adjudica, porque las pobres plumas tienen mucho que hacer para levantar del suelo un nombre pesado como el plomo por su falta de mérito (19).

Véase hasta dónde llegaba su descaro, se titulaba *hombre libre por la gracia divina*, y escarneció á los príncipes en general, aunque alabándolos en particular; ó denigraba á aquellos que tenia interés en atacar escitando las mútuas envidias. «He tenido la fuerza de secundar la altura de los grandes con escesivas alabanzas, permaneciendo siempre en el cielo en alas de las hipérboles. Me ha sido preciso trasformar las digresiones, las metáforas y las pedanterías, en cabrestantes que conmueven, y en tenazas que abren; es necesario obrar de manera que mis escritos interrumpen el sueño de la avaricia.»

(19) Escribia á Francisco I: «Absteneos al menos de prometer á las personas de talento, á fin de que no tengan donde saciar su hambre, después de haberse consumido en esperanzas... ¿No sabeis, señor, que no conviene á la clase de vuestra alteza acordaros de los seiscientos escudos, que segun vos mismo dijisteis á mi enviado, debían serme pagados aquí por el embajador? Considere, pues, vuestra gloria la injuria que se hace á sí misma difiriendo la recompensa que me ha ofrecido y que por todas partes preconizo.»

No eran solo los príncipes para él las únicas testas coronadas, sino también los que ocupan el primer lugar en las artes y en la literatura, los que no dejaban de ofrecerle su tributo. Ariosto le colocó entre aquellos con que se honra la Italia; Ticiano adoptaba sus consejos, y le retrató varias veces (20); preguntaba Miguel Angel, «punto de mira de las admiraciones, adonde el favor de los astros ha lanzado á porfia todas las flechas de sus gracias,» el permiso de proclamar sus alabanzas, «porque la Europa tiene varios reyes, y sólo un Miguel Angel,» el gran artista le contestaba: *A mesire Pedro, mi señor y hermano;* despues le exhortaba á mencionarle en sus escritos: «No sólo los estimo mucho, sino que os suplico lo hagais considerando como consideran los mismos emperadores y los reyes un gran favor ser nombrado por vuestra pluma.»

Fernando de Adda, rector de la Universidad de Padua, le escribió un epigrama en que le pone sobre Carlos Quinto y Francisco I; ninguna academia queria estar sin su nombre, ninguna galeria sin su retrato, el cual se veia tambien en los gabinetes de los príncipes como en las tiendas y en los lupanares; se esculpian en las medallas, no sólo su efigie, sino las de los frutos de sus amores: la ciudad de Arezzo le declaró noble y gonfalonero honorario; hay un volúmen de cartas en su alabanza; y lo que es más le llamaron el quinto evangelista.

Quando se ve á aquel hombre escribir en un estilo contorneado y estraño, con frases afectadas, fuera de lugar y sembradas de metáforas estravagantes, se dudaria de aquel irresistible poder, si no lo viésemos usurpado en nuestros días por algunos que tienen el descaró de decir y hacer lo que repugnaria á un hombre honrado. ¡No se crea, sin embargo, que salió bien de todos aquellos de quienes se burló! Fué manso como un cordero con los que supieron enseñarle los dientes, como Albican-

(20) Véase cómo el Aretino, aunque amigo del Ticiano, hablaba de su admirable retrato:

«A Cosme I.—Venecia, 17 de octubre, 1545.

»Señor mio: la cantidad no pequeña de dinero que posee el Ticiano, y tambien el gran deseo que tiene de aumentarla, es causa de que, no cuidándose de sus obligaciones para con los amigos, ni de su deber para con los parientes, se ocupe con estraña ansiedad de lo que le promete gran provecho. No es, pues, de admirar si, despues de haberne entretenido seis meses con la esperanza, se ha ido á Roma atraido por la prodigalidad del papa Paulo, sin hacerme el retrato de vuestro inmortal padre, cuya plácida y temible estátua os enviaré tal vez tan exacta, como si saliese de mano del referido pintor. Entretanto, os remito un retrato mio, que él mismo ha ejecutado con su pincel. Puede decirse que está respirando, que tiene pulsos y espíritu, y se mueve como yo lo hago en vida; y si hubieran sido en mayor número los escudos que le he dado, los paños serian brillantes, mórvidos y rígidos como el mismo terciopelo y el brocado. No hablo de la cadena, porque está pintada; que *sic transit gloria mundi.*»

te, Berni y Bernardo Tasso. Algunos le escarmenaron, lo que hacia le llamase Boccacini, «iman de los puñales y de los palos.» Un tal Volta, su rival en los favores de una condesa, le dió cinco estocadas; Pedro Strozzi, á quien nombró en un soneto, le previno que si le acontecia otra vez volver á nombrarle, le haria matar; y no olvidó la insinuación. El embajador de Enrique VIII, de quien habia sospechado, se quedaba con una parte de los regalos que le mandaba su amo, le hizo apalear; y dió gracias á Dios que le concedió la fuerza de perdonarlas ofensas. Tintoretto á quien habia insultado le llamó á su taller, con el pretesto de hacer su retrato; y sacando entonces un pistolete comenzó con él á medir su estatura y su ancho, y concluyó diciendo: «Teneis dos pistoletes y medio de longitud, acordaos de ello;» despues le despidió muy asustado, pero enteramente dispuesto á cantar sus alabanzas. Otros cayeron sobre él atacándole con sus propias armas, como Gerónimo Muzio, Berni, Doni y otros.

Este último publicó el «Temblor de tierra de Doni, florentino, con la ruina de un gran coloso, antecristo bestial de nuestra edad; obra escrita en honor de Dios y de la santa Iglesia, no menos que para la defensa de los buenos cristianos.» El prefacio está dirigido al infame y criminal Aretino, origen y fuente de toda iniquidad, miembro podrido de la pública falsedad, y verdadero antecristo de nuestro siglo.

Aquel Antonio Franciscano Doni, hombre y escritor de los más estravagantes, ha dejado, entre otras composiciones, las piezas tituladas, la *Calabaza*, los *Mármoles*, los *Mundos*, las *Pinturas* y las *Pistololas*, que representan dichos burlescos y locuras. Fué el enemigo encarnizado de Ludovico Domenichi, escritor superficial y árido, á quien acusó de plagios (pecado muy comun entonces), y no sin fundamento, segun parece, porque en sus *Diálogos* se encuentra uno que habia aparecido diez años antes en los *Mármoles*; habia publicado tambien diferentes traducciones como trozos originales. En una carta que para eterna vergüenza suya ha quedado, Doni le acusó con toda la infamia de un delator (21), y tuvo el despecho de no ser escuchado.

(21) «Todos los miembros debieran estar unidos á una buena cabeza; ahora bien, si hubo alguna escelente, ésta fué la majestad de Carlos Quinto. Soy su afectísimo servidor, y en mi ardiente celo, noche y dia procuro mostrarme reconocido á S. M. y á todo el que hace por amor suyo honoras empresas. Vuestra excelencia debe, pues, saber que un tal Luis Domenechi, de Plasencia, es uno de los más grandes traidores que hay en el mundo; y segun lo que puedo comprender, tenia antiguamente con un desterrado ó un súbdito rebelde del duque de Plasencia, inteligencias contra S. M., como vuestra señoría podrá conocerlo por la adjunta carta. Este rebelde debia obtener su perdon si hacia alguna traicion, como se puede conjeturar por esta carta, que está escrita por mano del secretario nombrado Francisco Antonio Riniero. Que el tal Luis Domenechi es

Tuvo Aretino por imitador á Nicolás Franco de Benevento, unas veces su amigo y otras su enemigo; mendiga con impudencia, no sin obtener, y ataca en sus sonetos á los reyes, á los papas, á los cardenales, á los sábios con tal violencia y rabia, con tal desdoro y grosería, que hace avergonzarse del nombre de literato. Aretino le empleó para escribir sátiras; y cuando riñeron se destrozaron mutuamente. Nicolás, tan vil en la alabanza como insolente en la invectiva, se titulaba *flagellum flagelli*, y le lanzaba injuriosas obscenidades. Dirigió una virulenta carta á los infames príncipes de su infame siglo, con motivo de los favores que concedían á semejante monstruo (22). Comentó á la *Priapea*, y recibió también su parte de estocadas heroicas, como decía Aretino; pero habiéndosele ocurrido atacar en sus escritos á una persona poderosa, Pio V le condenó á la horca: *¡Es demasiado!* exclamó Franco; y fué estrangulado.

Entre tanto, Aretino continuaba componiendo sátiras, comedias, cartas, libelos, que dedicaba á personas instruidas ó pertenecientes á la Iglesia, haciendo libros con tal impudencia, que no se pueden siquiera nombrar, y al mismo tiempo sermones, obras de un ascetismo exagerado, vidas de santos, en las que había tanta materia para merecer la hoguera como en sus más cínicos escritos. Por fin marchó á Venecia, «receptáculo de toda inmundicia,» como dice Boccaccio, y donde sus hermanas tenían una casa de prostitucion. Un día que les escuchaba contar las proezas graciosas de aquella casa, una risa loca se apoderó de él, y al

enemigo de S. M imperial, es lo que resulta de un soneto impreso (porque es poeta), del cual es adjunta copia; y es evidente que es enemigo de vuestra señoría ilustrísima, aunque una luz no puede hacer sombra al sol, puesto que ha compuesto otro soneto contra Mantua, por lo que hubiera merecido en otro tiempo ser desterrado como una obra buena. Pero yo creo más bien que conserva un odio particular á vuestra señoría, porque los oficiales de justicia han ahorcado de las almenas de Pavia (del castillo quiero decir) á uno de sus hermanos. Ahora bien; este mal hombre, mala lengua, y cuyas acciones son peores que la lengua, piensa volverse á Plasencia; y creo que no medita nada bueno, en atención á que la víspera de carnaval fué á Roma y volvió al momento. Vigile vuestra señoría ilustrísima estas cosas y siga en silencio los pasos y conducta de este mal sugeto, para que no pueda causar ningún daño á S. M. y al Estado; le ruego no le castigue, y si le perdona, considerando más bien en él un hombre apasionado que malo. Que vuestra señoría se digné excusarme si he hablado con poca reverencia, é imputar la culpa al amor que tengo á S. M. imperial, como también al profundo afecto que profesó á todos los personajes que se asemejan á vuestra señoría ilustrísima, cuyas manos he saludado con todo respeto.

»Florenca 3 de marzo de 1540.

»Su muy humilde servidor, Antonio Francisco Doni.»

(22) «Príncipes, os he hablado en verso; ahora os hablo en prosa. Podeis conocer el papel que desempeñais en medio de tantas infamias, si vuestra indiferencia no es tan ciega para leer, como lo ha sido para dar.»

dejarse caer en su asiento, se hirió mortalmente. Después de haber recibido el santo óleo, *Libradme de las ratas*, exclamó, *ahora que estoy untado de grasa*. Y murió en un lugar y de una manera digna de su vida.

Menos perverso que él, Benvenuto Cellini no se manifiesta menos extravagante. Lleno de admiración por el *muy divino* Miguel Angel, no la tiene menos por las estocadas dadas por los espadachines, y por los que desplegan en los duelos un corazón *tan valeroso*: toca la trompeta y la flauta, y se jacta de ello no menos que de manejar el buril. ¡Desgraciado del que le toque con la punta del dedo ó se encuentre con él en rivalidad del oficio! No encuentra bastantes espresiones para designarlos, y no tolera en su jactancia que se la ponga, sino á Miguel Angel: se le creería un fanfarrón inútil, si no existiesen sus admirables obras. Si se dirigen los alemanes en 1527 á sitiar á Roma, se hace artillero contra aquella *infernidad cruel* y su mano dirige el tiro que da muerte al condestable de Borbon, y hierre al príncipe de Orange. Se queja que no se le haya dejado disparar cuando pretendía destrozár á los jefes del ejército enemigo reunidos en consejo. Se arrodilla delante del papa, pidiéndole la remision de las muertes que ha cometido en servicio de la Iglesia: y habiendo el papa levantado las manos, y héchole una gran señal de cruz en el rostro, le despide con la absolucion. Es admitido en la intimidad de los príncipes; el gran duque va de cuando en cuando á hablar con él á su taller; los pequeños príncipes de Italia, los cardenales, las mujeres de los reyes, las queridas de los otros se disputan la posesion de algunas de sus obras. El papa le dijo: «Si fuera un rico emperador, daría á mi Benvenuto tantas tierras como pudiera abarcar con la vista; pero como en el día somos pobres emperadores arruinados, sólo podemos darle todo el pan que necesite para saciar su poco apetito.» Pero los regalos no se verificaban, ó eran siempre muy cortos para su mérito grande, ó para su presuncion aun mayor. Se le escasean hasta las alabanzas; y entonces da suelta á una lengua que pica como un dardo, á un mosquito «con el cual da en una moneda», y á la excelente espada, con la que ha acometido muchas veces á sus enemigos ó á los esbirros.

Si un posadero se hace pagar demasiado caro, «se le ocurre la idea de prender fuego á la casa ó degollar á cuatro hermosos caballos que tiene en su caballeriza.» Pero se contenta «con destrozár cuatro camas con su puñal.» Otra vez da de estocadas á su enemigo que cae muerto: «No era esta mi intencion, dice, pero las estocadas no son condicionales.» Defrauda con valor al papa mucho de oro que emplea, aunque haciéndose absolver después; roba doncellas, pierde mancebos, y cuenta sus desafueros con tanta seguridad como si fueran actos meritorios; pretende que «los hombres como Benvenuto, únicos en su profesion, no están sujetos á las prescripciones de las leyes,» y cree que

se le falta considerablemente, cuando por primera vez se le pone preso á la edad de treinta y nueve años.

Por lo demás, tiene tambien su moral al servicio de sus pasiones; y si uno de sus enemigos muere, «se ve que Dios tiene cuenta de los buenos y de los malos, y retribuye á cada uno segun sus méritos.» Es religioso y crédulo. Le hacen ver en el Coliseo el conventiculo de los demonios, donde es el único que no tiene miedo. Metido en una prision lee continuamente en ella la Biblia en italiano, donde se encuentra favorecido con apariciones de Dios y de los santos, de lo que procede que tiene sobre la parte superior de la cabeza una pequeña llama «que han podido ver perfectamente todos aquellos del corto número á quienes he querido mostrarla.» En fin, alegre con poderse fugar del castillo de San Angelo, «á despecho del que manifiesta la verdad en la tierra y en el cielo, *perdona libremente á la santa madre Iglesia, aunque haya cometido para con él esta culpa criminal.* Después en el terrible momento de la fundicion de su estatua de Perseo, momento cuyas angustias no pueden ser sentidas más que por un artista, invoca el socorro de Dios. y como es esta devocion á la que atribuye su inesperado éxito, emprende una peregrinacion, cantando de continuo en honor de Dios salmos y oraciones.»

*Sin cesar de reir y de cantar* es como fué desde Florencia á París á través de los mayores peligros. Llegado allí, comienza á vivir con toda magnificencia, «con tres caballos y tres servidores;» se le alojó en un palacio real; pero la envidia se desencadena contra él. y se lisonjea con tener enemigos poderosos. Tal fué para él la duquesa en Florencia, y madama de Etampes en París. Arma camorra con los cortesanos á quienes llama rompe-molletas (*scannapagnotte*); y siempre son subalternos los que trastornando las buenas intenciones del rey con respecto á él, las hacen abortar. Encuentra en París «cierta raza de gente que se llaman aventureros, los cuales asesinan en las calles; y aunque se ahorca á algunos, parece que no hacen por esto gran caso.» Encuentra allí otro inconveniente, á saber, los procesos (23); porque «al momento que comienzan á ver alguna ventaja en el litigio, encuentran ocasion de venderle; algunos lo han dado en dote, y los hay que se entretienen en comprar los procesos. Hacen otra cosa peor, y es, que los normandos, en su mayor parte, prestan testimonios falsos. Resulta de ello que los que compran un proceso instruyen al momento á cuatro ó seis de aquellos testigos, segun la necesidad; así es que los que no pueden presentar otros tantos en sentido contrario, y que no conocen la costumbre, oyen una sentencia condenatoria.» Con

respecto á él, cuando ve que su causa toma mal giro, «recurre para su asistencia á una grande daga, y corta las piernas á uno y el otro es herido, de manera que el proceso se estaciona;» de lo cual da gracias á Dios, como de las demás cosas.

Tanto como es temido de los otros, cree deber por sí mismo el sucumbir en peligros continuos. Es atacado muchas veces; otras está ó se cree envenenado. Lleva su dinero consigo «para no estar espuesto á ser asesinado y robado como se acostumbra en Nápoles.» El papa le hizo envenenar con diamante en polvo, pero la avaricia del platero le hace no moler más que berilo; en otras ocasiones debe su salvacion á su robusta salud. Se liberta de procesos que se quieren intentar contra él por horribles desafueros, y á veces sólo haciendo gran ruido; como en el caso en que, acusado por una mujer de un pecado contra la naturaleza, no se disculpa de otra manera sino exclamando que es preciso comenzar por quemarla como cómplice y paciente.

De seguro su relacion, como todas las autobiografías, es exagerada, á pesar de una apariencia de confiada ingenuidad por los sentimientos propios al autor; y su incomparable jactancia le impele á alabarse hasta del crimen. Sin embargo, las querellas y los ataques eran entonces muy frecuentes entre los artistas. Miguel Angel tuvo siempre la señal del puñetazo que le dió Torrigiano; Ticiano pintaba muchas veces con la coraza; Pedro Facini atentó á la vida de Annibal Carracho; Lazaro Calvi envenenó á Jacobo Barégone, y se cree que el Dominiquino concluyó tambien con el veneno.

Para terminar: no se encuentra en el siglo de oro de la literatura italiana un nuevo género, un arranque de verdadera originalidad como en el siglo anterior. En un principio los estudios se fundaron sobre lo antiguo, pero para hacerse superior á él, se meditaba sobre Aristóteles y Platon, pero para rechazar sus errores y desarrollar sus concepciones. Los políticos adoptaban las reglas de los antiguos, para seguir los giros sociales en todos sus pasos, lo que nunca habian hecho aquéllos. La poética se deducia de la epopeya clásica, pero se escribían poemas que violaban todas las reglas; y de esta mezcla de imitacion y espontaneidad resultó un estilo naturalmente puro y bueno, tanto en todos los escritos, como en todas las artes: eran clásicos mientras podían serlo sin genio.

Pero el estudio de los antiguos hace contentarse con imitarlos, en lugar de dar á las inteligencias una nueva actividad. Ruscellai compila la *Rosmunda* como las tragedias antiguas, y las *Abejas* como Virgilio: Sannazar, que tiene á la vista á Mergellina y al más hermoso golfo del mundo, canta la Arcadia ó traslada los dioses del Olimpo á la casta cabaña de Nazaret. La comedia alambica las intrigas de Plauto ajustándolas á las costumbres modernas. Lo mismo sucede á las bellas artes: Palladio edificó un teatro á la antigua y con-

(23) L'Hopital decia en 1560 al parlamento de Paris: *Puede decirse que hay más procesos en el Chatelet de Paris que en toda la Italia.*

vierte al Vaticano en palacio de las musas. El pensamiento debía de esta manera permanecer con trabas dentro de formas que le eran estrañas; de aquí procedía el haber poco ó ningún vigor, sentimiento, profundidad, idea, concisión poderosa y sagacidad filosófica. Sutiles en conocer los defectos de la sociedad y en revelar el ridículo y la infamia, los escritores aceptan las opiniones más varias, y no diferencian el error de la verdad ó permanecen indiferentes á ella.

La pretension de escribir como Ciceron hizo conocer la impotencia del latin en espresar ideas nuevas. En su consecuencia se pensó en rivalizar con los antiguos en la lengua vulgar, dando al italiano una correccion y dignidad desusada. Pero aun entonces se introdujo la guerra de la erudicion y de las formas escolares: en lugar de manejar la lengua del pueblo con un artificio doctrinal, se produjeron ideas comunes en un estilo suelto. Hicieron períodos vacíos y prolijos circunlocuciones sin fin, frases pedantescas, con la deplorable necesidad de aplicar, para ser puro, las ideas del mundo antiguo á la sociedad moderna. Los versos son centones de Petrarca por la costumbre que habian adquirido al hacer los latinos, que sólo podian componerse de memoria; todo el entusiasmo se cifraba en hacer buenos versos, reduciéndose á continuos lamentos por la crueldad de las hermosas y á deseos de dejar la vida que eran

muy raros en tiempo tan indulgentes, y muy combatidos por los novelistas. Ya no se hallan entonces la política, la teología, las severas inspiraciones de Dante, sus estensas alusiones, ni los grandes resortes religiosos. Los literatos no procuran penetrar en la inteligencia divina; y á lo sobrenatural en los pensamientos sustituyen lo sobrenatural en las fantasias. Siendo un objeto agradar más bien que al pueblo, á los doctos y á las cortes, necesitaban entregarse á la frivolidad y á la adulacion, á una literatura de mero lujo, que nunca llega á una grandeza verdadera.

En aquella época florecian en Europa hombres cuyo nombre ha permanecido inmortal. Sin embargo, nada indica en los escritores italianos el que los hayan conocido, y ninguno, en sus discusiones tan vivas, persó en establecer un paralelo entre la literatura nacional y la de los extranjeros. Sólo el Tasso manifestó más tarde admiracion por Camoens, tal vez con el objeto de no confesar la superioridad de Ariosto.

Proclamemos, pues, el incontestable mérito de los grandes escritores del siglo xvi con respecto á la forma; pero sintamos la necesidad de estudiar en ello lo bello separado de lo bueno y de lo verdadero; deploramos un progreso que era enteramente en ventaja de la elegancia, al paso que del otro lado de los Alpes la razon se aprovechaba de ello.

## CAPÍTULO XV

### COSTUMBRES. — OPINIONES.

Faltaríamos á nuestro objeto si después de todo lo que hemos dicho sobre las letras y las artes, no presentáramos á nuestros lectores una idea de las costumbres del siglo que describimos. Todo el que conozca la diferencia (como deseamos) que hay entre la cultura intelectual y la civilización, comprende que ésta no puede aumentarse sino con un progreso simultáneo de las facultades humanas. En el momento en que la una se desarrolla con detrimento de la otra, se destruye la armonía, que es la única que puede prometer progresos útiles y durables. Ahora bien, ya se habrá conocido que la imaginación era muy superior entonces al raciocinio; y que los frutos de aquella semilla hermosaaron y mataron á la Italia. Tanto en las artes como en las letras, en los gobiernos y en las costumbres, había vuelto á introducirse el paganismo con la frente levantada, con sus seducciones sensuales, colocando lo bello en el altar, lo bello con exclusión de todo, inmolándole la verdad, cuyo esplendor y manifestación debe ser. No conocieron, pues, las letras, la elevación ideal, y no se inquietaron para dar un noble objeto á los deseos y á la voluntad; fueron un juego, en lugar de ser un culto. Los pinceles y el cincel perfeccionaron las formas descuidando la idea; la ciencia se limitó á admirar á los grandes genios de la antigüedad, y á declarar bárbaros, por respeto á ellos, los tiempos sin civilizar, pero enérgicos, durante los cuales había madurado la nueva civilización. Entonces fué cuando Leon X dió una bula para proteger la edición del más inmoral poema; cuando Clemente VII concedió un privilegio á Antonio Baldo de Roma para la impresión de todas las obras de Maquiavelo, sin exceptuar el *Príncipe*. Abraza Julio III al Aretino, que dedica la más infame de sus tragedias al cardenal de Trento: otro cardenal aspirante á la tiara, escribe la *Calandra*... Composiciones todas inmorales, obscenas y homicidas; ¿pero qué im-

portaba? Eran bellas y esto bastaba, pues la imaginación se recreaba y se ofuscaba la razón.

Como el vínculo entre el corazón y el talento es más fuerte de lo que algunos creen, el gran siglo de Leon X no produjo una obra original que marque un nuevo sendero en el campo de la inteligencia, una obra en que se pueda conocer un verdadero progreso, ya en las letras, en las ciencias ó en el conocimiento de la verdad.

Nunca abundan tanto las supersticiones como en el momento en que se desvanece el justo sentimiento de la religión. La fe no había dado aun acceso á la duda sistemática sobre los dogmas; pero se aislaba de las acciones, dando lugar á una relajación de costumbres enteramente pagana. No es decir esto que hablamos del pueblo, en el que la devoción parece más viva que nunca, como si hubiese conocido la necesidad de buscar en el cielo un consuelo á las miserias de la tierra. Esta es la razón por la que se habló entonces de multitud de milagros y frecuentes apariciones de la Virgen. No estaba tampoco estinguida la piedad en los mismos grandes á pesar de las iniquidades sin cesar renacientes. Cicco Simonetta escribía en su libro de memorias: «He estado hoy en Santa Maria de las Gracias, de Monza; he oído allí dos misas de los frailes, y he hecho voto de no comer de carne el viernes; también lo he hecho de no comerla el miércoles, y desde entonces no me atormenta tanto la gota.» Carlos VIII hacia ofrendas el día de la batalla de Fornovo; los florentinos, «cuando temían que los lansquenets fuesen á Toscana con el duque de Borbon, hacían cada viernes una procesion llevando el cuerpo de Cristo, y toda la ciudad seguía á la comitiva con gran devoción.» (1)

(1) Relacion del embajador veneciano, Márcos Foscarí, en 1527.

Hecho prisionero Vitellozzo por el duque de Valentinois, «le ruega interceda con el papa, á fin de que le conceda indulgencia plenaria de sus pecados (2);» y los que se disponian á cometer alguna iniquidad, llevaban sobre sí reliquias y absoluciones. No hablamos de las gentes honradas que se imponian las más rigurosas penitencias, peregrinaciones y maceraciones, que se azotaban hasta saltar la sangre, se hacian voluntariamente pobres, y se anticipaban su sepulcro, permaneciendo encerrados por espacio de años enteros entre cuatro estrechas paredes (3). En los primeros dias del pontificado de Leon X, «habiéndose reunido doce frailes para observar la vida más pobre, caminaban por Italia cada uno por la provincia que le habia sido designada, predicando y anunciando las cosas futuras. Uno de ellos, fray Francisco de Montepulciano, aun muy jóven, se presentó en la iglesia de Santa Cruz, donde reprendió con severidad los vicios, asegurando que Dios queria castigar á la Italia y con particularidad á Florencia y á Roma, y tal fué el espanto que causaron sus predicaciones, que los oyentes clamaban: ¡*Misericordial* entre lágrimas y sollozos. La desolacion era general, y los que no podian oírle por la gran muchedumbre, oían á otros, con no menos espanto, repetir lo que habia dicho. No sólo hicieron surgir estas predicaciones frailes que predicasen y predijesen las renovaciones y aficciones de la Iglesia, sino tambien religiosas, mendigos, doncellas y aldeanos se dedicaron á hacer otro tanto... Estas cosas confundieron de tal manera los ánimos y sembraron tal temor en el público, que en parte, con objeto de distraerle, ordenaron Julian y Lorenzo de Médicis grandes fiestas, cacerias, triunfos y justas en presencia de seis cardenales, que llegaron disfrazados de Roma.» (4) Tambien se recuerdan los efectos admirables producidos por Gerónimo Savonarola, que precisamente habia empleado todos sus esfuerzos en oponerse á aquella recrudescencia del paganismo.

Habia llegado hasta tal punto, que se veian en los altares los retratos de las más célebres transteverinas, y se reconocia en la Virgen de los castos amores las queridas de los pintores. Entonces fué cuando se colocaron en Siena, en la sacristía de la catedral, las tres Gracias desnudas, que aun se admiran allí. Las desnudeces abundaron en medio de la austera majestad de los sepulcros contruidos para los duques de Florencia, y hasta en las

capillas del pontífice. El papa Alejandro VI se hizo pintar en el Vaticano por el Pinturicchio, bajo la figura de un rey mago, prosternado ante una Virgen que no era otra que Julia Farnesio. El cardenal Bembo escribia á Sadoletto: «No leais las epístolas de san Pablo, por temor de que este bárbaro estilo no os corrompa el gusto; abandonad estas tonterias indignas de un hombre grave.» (5)

No sólo todas las ideas de pudor, sino tambien las de la justicia, debian ser trastornadas cuando la inmoralidad en las costumbres, en las acciones y en los libros se manifestaba abiertamente. Los prelados no tenian inconveniente en tener á su lado á sus hijos, y como á tales concederles los honores. Las cortes de los príncipes estaban pobladas de cortesanos, de los que se decia que servian de bufones cuando tenian corta edad, de mujeres en su infancia, de maridos en su adolescencia, de compañeros en su juventud, de terceros en su ancianidad, y de diablos en su decrepitud (6). La cortesana Imperia, que era, no diremos aplaudida, pero honrada en Roma por reminiscencia de la antigua Aspacia, «fué muy amada de muy grandes y ricos personajes,» de Sadoletto, de Campari, de Colocci, y su casa era á la vez la reunion de los amores, de las buenas maneras y de las letras (7). Cuando murió, en la flor de su edad, fué enterrada en la iglesia de San Gregorio, con este epitafio: *Imperia, cortisana romana, quæ*

(5) *Omitte has nugæ; non enim decent gravem virum tales ineptia.*

(6) Véase el retrato que hace Anibal de Ortigues, poeta contemporáneo, de los cortesanos franceses de aquella época:

«Adular todo el dia por temor ó esperanza; acariciar sin cesar á quien se quisiera ver muerto; mofarse después de ellos, y con risa burlesca, medio cerrados los ojos verse precisado á hacer la reverencia; besarse en la mejilla con tierno ademan, prodigar siempre tesoros de promesas, disimular, adular, incensar á los grandes á quienes se ve que en la apariencia gobiernan el Estado; ocultar sus cabellos blancos para engañar á Cupido, sahumarse, componerse como un brillante Adonis, llevar en la mano un junco para golpearse con suavidad en la pierna, imitar á los grandes, bostezar alguna vez, desdeñar la decencia, y tratarla de necia, son los rasgos característicos de las cortes de nuestros reyes.»

(7) En la casa que le habia amueblado Bufalo, «habia entre otras cosas una sala, una alcoba y un gabinete, adornado con tanto lujo, que todo era terciopelo y brocado, con alfombras muy finas. En el gabinete, á donde se retiraba, cuando era visitada por algun gran personaje, los tapices que cubrian las paredes eran de brocado de oro, bordados esquisitamente. Habia una cornisa revestida de oro y de azul de ultramar, hecha admirablemente, y en la cual habia soberbios vasos de materias preciosas, alabastro, pórfido, serpentino y otras clases. En su derredor se veian varios cofres y arcas ricamente esculpidas, que todas eran de gran precio. Además un velador de lo mejor, cubierto de terciopelo verde. Sobre este velador habia siempre un laúd ó una cítara, con libros italianos y latinos ricamente encuadrados,» etc. BANDELLO, P. III, Nov. 42.

(2) MAQUIAVELO.

(3) En Venecia se hace mencion de muchas *reclusas* ó mujeres que se hacian encerrar y aun emparedar en celditas sobre los tejados ó debajo de los pórticos de las iglesias, viviendo en abstinencias y oraciones y asistiendo á los Oficios divinos por un ventanillo que daba á la iglesia, por donde recibian tambien los Sacramentos y las limosnas. MUTINELLI, *Del costume veneciano*, pág. 38.

(4) J. PIRTI, *Storie florentine*, 112.

*digna tanto nomine raræ inter homines formæ specimen dedit, vixit annos XXVI, dies XII, obiit MDXI, die XV Augusti.* La Tullia no tuvo menos reputacion en Venecia, donde fué cortejada por Bernardo Tasso, y por otros hombres distinguidos, á quienes Speron Speroni hace entretenerse con ella en su *Diálogo de amor*. Es inútil recordar las infames celebridades de la Vanozza y de Lucrecia Borgia, que siguieron de cerca los faustos de Blanca Capello. Solo hay que admirarse de que mujeres afamadas por su libertinaje se casasen con príncipes. Pero estos príncipes, á quienes no contenian ni la autoridad de un poder superior, ni la más temible aun de la opinion, se lo creian todo permitido. En 1534 el concejo de Luca se tomaba gran cuidado por las meretrices, lamentándose de que por los desprecios que se les hacian no estuviere la ciudad bastante provista de ellas, como conviene, y se originasen peores desórdenes (8): por tanto no sólo las protegió, sino que les concedió no pocos privilegios, y hasta las de ciudadanas originarias, que eran tan apreciados (9). En Venecia se contaban once mil seiscientos cincuenta (10); y sin embargo el lenocinio de los esclavos y el recurso de las góndolas se prestaban á las intrigas; además se cometian raptos y escesos contra la naturaleza; los claustros tenian muy mala fama, y el panegirista del dux Andrés Contarini, le elogiaba públicamente por haberse resistido á las tentaciones de las monjas (11).

No sólo César Borgia y su padre empleaban el veneno y el puñal, sino tambien personajes que pasaban por personas honradas no temian hacer otro tanto. Alejandro Farnesio, que tenia reputacion de ser amable y humano, recurria tambien á estos medios, y cuando sabia un atentado contra la vida del príncipe de Orange, enviaba circulares que manifestaban su regocijo. Los asesinatos eran una parte de la táctica de entonces, así como los envenenamientos eran muy comunes entre gentes de toda clase, como lo atestiguan las biografías y las novelas. Fr. Pablo Sarpi aconsejaba á la señoría de Venecia recurrir á él para desembarazarse de los hombres peligrosos, siendo el veneno menos odioso y más útil que el verdugo.

En Florencia, Baglioni vivia públicamente en relaciones incestuosas con su hermana. Una dama de Ferrara, querida del cardenal Hipólito, Mece-

nas de Ariosto habiéndose enamorado de Julio de Este, hermano del prelado, echa la culpa á los hermosos ojos del mancebo: y el cardenal no encuentra otro espediente que hacer arrancar á su rival sus medios de seduccion. Conspira Julio entonces con su hermano Fernando para derribar á Alfonso; pero son descubiertos, presos y conducidos al suplicio; cuando llegaron al cadalso recibieron su perdon, mas fueron encerrados en una prision perpétua. Leemos en los diarios manuscritos de Sanuto, con fecha de 1497: *Hace pocos dias que don Alfonso (que después se casó con Lucrecia Borgia) hizo en Ferrara una cosa muy indecente, pues anduvo enteramente desnudo por las calles en compañía de otros jóvenes y en mitad del dia* (12). La pluma se niega á recordar el ultraje que Pedro Luis Farnesio hizo sufrir al obispo de Fano.

Las escenas trágicas con que la corte de Cosme espantó á la Toscana, fueron tal vez exageradas por el odio de los desterrados. Pero el diario en que Burcardo nota dia por dia enormes desafueros, con una frialdad que indica cuán comunes eran, no asusta menos que la lectura de Maquiavelo. «En Roma, dice (hacia el año 1489) no se hacia nada bueno, se cometian en la ciudad infinidad de robos y sacrilegios. Robaron de la sacristia de Santa Maria en Transtevere cálices, patenas, incensarios, una cruz de plata, en la cual habia un pedazo de la verdadera, que después se encontró en una viña. Lo mismo sucedió en otras iglesias. Añádase á esto numerosos asesinatos. Ludovico Mattei y sus hijos dieron muerte, contra su palabra y la seguridad que habian prometido, á Andrés Mattucci, cuando le estaban afeitando en una barberia; no tuvieron siquiera necesidad de abandonar la ciudad, y se dice que el papa los dejó libres por dinero. Se da tambien por cierto, aunque no he visto la bula, que el Santo Padre concedió remision á Esteban y á Pablo Margano de crímenes y homicidios cometidos por ellos y por diez de sus sicarios, aunque no los perdonaron los herederos de las personas muertas, trasformando su casa en asilo. Lo mismo sucedió con respecto á Marin de Stéfano por los asesinatos cometidos por él y sus secuaces. Igual con los hijos de Francisco Bufalo, que dieron muerte á su madrastra en cinta, y se les dieron ocho condenados á muerte para que pudiesen ir con seguridad. Lo mismo se cuenta respecto de otros; por esto es porque la ciudad está llena de pícaros, que tan pronto como han asesinado á alguno, se refugian en las casas de los cardenales. No se ejecuta á casi nadie en el Capitolio; y sólo algunos por orden del tribunal del vice-canciller, son ahorcados cerca de la Tor de Nona, donde se encuentran por la mañana sin indicacion de nombre ni motivo. Dicese tambien

(8) *Quod causatur quod in ipsa nostra civitate ipsæ mulieres in ea stare non possunt libere, prout decens et conveniens est, in civitate libera prout est nostra; ex quod procedit quod vitium sodomiticum in ea radicatur, et nimis incrementi suscipit, ac etiam ex defectu ipsarum mulierum nullæ sixe fiunt et scandala committuntur.*

(9) «Que las mujeres públicas que habiten ó estén en Luca de cualquier manera, sean ó no extranjeras, se consideren como ciudadanas originarias de Luca.»

(10) FILIUSI, *Mem. stor.*, t. III, 263.

(11) GALLICIELLI, *Delle Mem. venete*, t. I, pág. 254, 262, 336; t. III, 269, 272, etc.

(12) *Pochi zorni fur, don Alfonso fece ir Ferrara cosa assai liziera, che andoe nudo per Ferrara con alcuni zoveni in compagnia, di mezo zorno.*

que un tal Lorenzo Stali, posadero de la Rotonda, dió muerte en diversas épocas á dos de sus hijas y á un criado que se pretendia haber tenido algo con ellas. Habiendo sido preso por esto en el castillo de San Angelo, con uno de sus hermanos, el verdugo fué con sus utensilios para decapitarlos; pero poco después quedaron en libertad sanos y salvos. Yo mismo los he visto y he oido decir que se han libertado por 800 ducados. Como se preguntase una vez al *procamerario*, porqué en lugar de hacer justicia de los delinquentes, se recibia dinero, contestó estando yo presente: *Dios no quiere la muerte del pecador, sino que pague y viva*. Añadió que lo mismo se hacia en Bolonia. En 1514 la ciudad de Placencia hizo al papa una esposicion contra el gobernador Campeggi, que permitia todos los crímenes, de tal modo, que á su vista eran heridos impunemente muchos de los principales ciudadanos, degolladas las matronas en sus propias casas, arrebatadas las mujeres, robadas las tiendas y talleres en medio del día, saqueadas las ciudades, engreidas las facciones; así es que todo está lleno de armas y soldados.» (13)

Algunos recuerdos de las antiguas ideas caballerescas sobrevivian, sin embargo, en medio de tanta corrupcion y atrocidades. Francisco I peleaba como un antiguo paladin, Bayardo y Gaston de Foix murieron como héroes al otro lado de los Alpes. Sabiendo este último que Marco Antonio Colonna á quien sitiaba en Verona, estaba enfermo en cama, le envió su médico; y cuando se curó, le rogó saliese un momento con objeto de procurarse el placer de verle. Se creia que algo de la cortesania europea habia pasado á los turcos al ver los actos de Soliman.

Pero la Italia, en sus bellos días, habia empleado sus tesoros en erigir las catedrales que se admiran en cada una de sus ciudades, cuando en otras partes se cuentan por reinos, y en construir canales que fertilizaban las campiñas y daban impulso al comercio en las ciudades. Ahora bien, el pueblo ya no tenia cuidado de preocuparse de sus intereses y de la gloria del país; tenian en cambio ese cuidado los duques y señores, deseosos de ostentar magnificencia para deslumbrar é imponer, para hacer creer á los Estados vecinos, que sus súbditos eran felices, en atencion á que tenian fiestas y regocijos de corte.

Cuando se recorren las historias de aquella época con otro sentimiento que el de la curiosidad, sorprende el ver tanto lujo al lado de tanta miseria, y tanta alegría entre tan crueles desdichas. El gusto á los regocijos materiales, tan perjudicial á la libertad, tan favorable á los que quieren destruirla, habia adquirido un acrecentamiento más rápido que nunca; al esplendor de las artes y las repentinas riquezas de América parecieron reunirse para escitar la imaginacion, y dar á aquella época un

aspecto de brillantez que hace se la distinga entre todas.

Los países nuevamente descubiertos enviaban á la Europa el tributo de sus productos, que eran acogidos con la avidez que engendra una posesion reciente; la erudicion empleaba sus esfuerzos en asuntos pra mascaradas y composiciones teatrales; la Edad Media proporcionaba sus torneos; presentábanse mezclados en la escena los santos misterios, las divinidades del Olimpo y las inocencias pastoriles. El príncipe de Condé se vestia de Orfeo, llevando en su comitiva á los huéspedes amansados de los bosques; graves personajes se disfrazaban de driadas; el cruel Enrique VIII y la astuta Isabel se presentaban el día 1.º de mayo, vestidos de pastores; y los almirantes, los caballeros de la más elevada categoria, en un traje campestre se dirigian cumplimientos en el estilo de Mirtilo y Licoris. En Roma el jueves lardero, cada cardenal enviaba por la calle máscaras en carros triunfales y á caballo escoltados de músicos, mancebos que cantaban y decian palabras lascivas, bufones, cómicos y otras personas de la misma clase, vestidos todos, no con telas de hilo ó de lana, sino de seda, de brocados de oro y plata, lo que producía gran gasto (14). Los matrimonios, los bautizos, las entradas de los príncipes ó de los papas, ofrecian continuas ocasiones de regocijos, en los que se desplegaba á la vez la opulencia y el buen gusto. Los más magníficos eran los de Roma y Florencia, aunque Ferrara y Nápoles no querian ceder en nada. En Venecia, las fiestas del carnaval, así como el matrimonio del dux con el mar, continuaban teniendo fama lo mismo que las demás solemnidades nacionales en que el pueblo, haciéndose ilusiones, aun creia participar á un gobierno que le convidaba á fiestas y banquetes. Puede verse en Sansovino las fiestas que se dieron en honor de Zilia Dandolo, mujer del dux Lorenzo Priulli, en 1557, y las que se celebraron cuarenta años después, con motivo del matrimonio de la jóven Morosini con el dux Grimani.

Así como en otro tiempo Atenas, Florencia asociaba á sus diversiones la delicadeza y perfeccion de las artes. Veíanse salir en el carnaval veinte y cuatro ó treinta pares de caballos ricamente enjaezados, con sus dueños disfrazados segun el asunto inventado, cada uno escoltado por seis ú ocho criados á pié, vestidos con una misma librea y con antorchas en la mano, escediendo á veces su número de cuatrocientos. Después el carro triunfal (como se llamaba) estaba sobrecargado de adornos, ó lleno de despojos y trofeos estravagantes (15). Tenian tambien la costumbre las diferentes escuelas de artistas de dar espectáculos públicos; y por esto paseaban tambien carros triunfales con numerosas compañías, rivalizando en la inven-

(14) INFESSURA, año 1490.

(15) VASARI, en *Piero di Cosimo*.

tiva, en los asuntos, tomados unas veces de la historia y otras de la alegoría, siendo esplendidos los adornos y las decoraciones. Una vez era el triunfo de Pablo Emilio; otra el de Camilo, bajo la dirección de Francisco Granacci. Baccio Baldini nos ha dejado la descripción de la genealogía de los dioses, cuyos personajes figuraron en veinte y un carros. Vasari nos presenta á los pintores ocupados en estas invenciones. En una de ellas, obra de Cosme Ridolfi, se figuró el carro de la muerte tirado por bueyes negros, pintado con calaveras, huesos y cruces blancas y sobre el un esqueleto con la guadaña y la urna cineraria, y alrededor sepulcros abiertos, de donde, cuando se paraba la procesion, salian descarnados esqueletos cantando

«Hemos sido lo que sois,  
Vosotros sereis cual somos;  
Hemos muerto como veis;  
Tambien morireis vosotros.»

Esta moralidad convertida en burla y elegida para una diversion, nada tenia más admirable que las obscenidades que se veian en las acciones y siempre en las canciones que acompañaban á aquellos simulacros de las antiguas bacanales.

Ya hemos mencionado las dos compañías florentinas del Diamante y de la Rama (*Broncone*), como tambien la solemne entrada de Leon X en aquella ciudad (16). No se desplegó menos magnificencia en el matrimonio de Francisco de Médicis con la reina Juana de Austria, y Vasari ha dejado una minuciosa descripción de aquellas fiestas (17).

Aun no se habian olvidado los *misterios* de la Edad Media, y la hermandad de la Pasion representaba en Lion en 1499, en presencia de Luis XII, la vida de la Magdalena; y los frailes agustinos, la de San Nicolás de Tolentino. En 1571, el drama de Saul, en el cual figuraban seiscientas personas, de las que ciento una hablaban, duró cuatro dias.

Roma dió tambien espectáculos escénicos, que se asemejaban más á las representaciones de la Edad Media, que á las composiciones modernas. En el palacio pontificio se representó una historia de Constantino en el carnaval de 1484. Tambien se representaron dramas antiguos en ciertas cortes, y principalmente en Ferrara. Pomponio Leto hizo se verificase delante de Sixto IV la representación de las comedias de Plauto y Terencio, y en Ferrara, en 1486, los *Menecmos* traducidas al italiano. Hacia la misma época ponía en escena Reuclin en Alemania, piezas latinas, compuestas por él, y

Conrado Celte caminaba por sus huellas. El 11 de febrero de 1514 se representó en Venecia la *Asinaria* de Plauto en tercetos (18) posteriormente apareció un tal Anton de Molino llamado Burchiello que hablaba á lo bufon el griego y el eslavo corrompido (19).

A principios del siglo xv se formaron en aquella ciudad muchas compañías llamadas *de representaciones*, es decir, farsas, y llevaban el nombre de *Compañías de la calza*, porque su divisa consistía en el color de una pierna de los calzones. Cada uno se distinguía por su nombre particular; habia la de los Bermejos, de los Pavones, de los Sempiternos, de los Corteses, de los Floridos, de los Eetéros, etc., con presidente, síndico, secretario, escribano, capellan y mensajero. Sus estatutos eran aprobados por los Diez, y jurados solemnemente; lejos de tomar parte en las contiendas ni en los pleitos, existía entre ellos la amistad más fraternal, festejaban á sus compañeros cuando se casaban, haciéndoles regalos, acompañándoles á la tumba cuando morían y llevaban luto. Tomaban á sueldo á los buenos artistas para que dirigiesen sus fiestas, entre ellos al Ticiano que fué empleado por los Sempiternos. Una de estas compañías mandó á Palladio hiciese un teatro en el gran atrio de Corintio del monasterio de la Caridad; y á Federico Zucaro doce decoraciones, y en él se representó la *Antigone*, tragedia del conde Dalmonte de Vicenza (1565); pero como era de madera se quemó al poco tiempo. El mismo Palladio fué invitado por la academia Olímpica para construir en Vicenza un teatro con una sola decoracion, y él le edificó conforme á los antiguos en forma de semielipse, que no era á propósito ni para la acústica ni para la visualidad. El escenario formaba siete calles con palacios, templos y arcos de relieve; pero como todo era pequeño por necesidad, presentaba muy mal aspecto, y en breve se conoció que no eran oportunas las decoraciones permanentes que sólo servian para una sola composicion. Vicente Scamozzi construyó el teatro de Sabionetta con arreglo á los antiguos con más exactitud que Palladio, sin duda con objeto de hacer ver las faltas que éste habia cometido, por lo cual le hizo semicircular con un escenario que podia verse desde todas partes. Ranuccio I Farnesio fundó un extenso teatro en la Pilotta de Parma, bajo la dirección de Juan Bautista Aleotti, el cual pudo contener después catorce mil espectadores; pudiendose conducir á él agua por medio de cañerías. Posteriormente se multiplicaron mucho, alejándose de la forma antigua con la sustitucion de los palcos á las escaleras, y en tiempo del cardenal Bibiena tenian ya la forma actual.

En una representacion que se dió en la corte de Urbino, de la que nos ha dejado Baltazar Cas-

(16) VASARI, *Vida de Andrés del Sarto*.

(17) Véase DOMINGO MELINI, *Descrizione dell'entrata della S. reina Giovanna d'Austria in Firenze*. Florencia, 1566. Se encuentra en CICOGNARA, *Storia della scultura*, II, 249, una larga nota de los artistas que trabajaron allí.

(18) MISSAGLIA, *Biografia univers.*, art. Plauto.

(19) SANSOVINO, lib. X, pág. 450.

tigioni una descripción, la escena figuraba una calle lejana que la componían las últimas casas de la ciudad y las murallas: éstas estaban pintadas en la parte delantera de la rampa, y el llano era considerado como foso. Encima de las gradas donde se sentaban los espectadores había una cornisa de relieve, en la que se leía en letras blancas sobre un fondo azul un dístico de Castiglioni alusivo al duque de Guidobaldo:

*Bella foris ludosque domi exercebat et ipse  
Cæsar: magni etenim utraque cura animi.*

Ramilletes, guirnardas, flores y follaje estaban colgados del techo de la sala, en cuyo derredor había dos filas de candelabros que figuraban las letras de *Deliciae populi*, tan grandes, que cada una la formaban cien antorchas. En la escena se veía una hermosa ciudad, de la cual una parte era de relieve con un templo octógono de estuco, historiado con mucha delicadeza, las ventanas de alabastro, los arquivraes y las cornisas de oro y de ultramar, adornado con pedrería falsa, estatuas, columnas y bajo-relieves; de tal manera, que todos los artistas de Urbino no hubieran podido ejecutar otro tanto en cuatro meses. La música salía de sitios ocultos para amenizar dos comedias, la una representada por niños, la otra la *Calandra* de Bibiena. Los intermedios eran aun más estrafalinos. En el primero, Jason, armado á la antigua, se adelantaba bailando; después, habiendo cogido dos toros que vomitaban fuego, los sometía al yugo: veíanse después surgir de los surcos en que había sembrado los dientes del dragón, hombres armados que comenzaban á bailar una zambra terrible, hasta que unos á otros se esterminaban. En el segundo aparecía Venus en un carro tirado por dos palomas, en el que iban unos amores; otros amores, caracterizados por símbolos, formaban variadas danzas, hasta el momento en que prendían fuego con sus antorchas á una puerta, de la que salían nueve parejas de amantes que se mezclaban á sus danzas. En el tercero figuraron á Neptuno y á ocho monstruos marinos; en el cuarto, Juno, con sus pavones y los Vientos. Salía un Amor á la escena á explicar el asunto de cada intermedio recitando versos compuestos por Castiglioni, con objeto de hacer resaltar la unidad y la moralidad de acción (20).

El gusto hacía aquellas magnificencias se introdujo entre los franceses, que lo adoptaron, tanto del país como de los diferentes enlaces contraídos por sus príncipes con italianas, y sobre todo cuando Catalina de Médicis llegó á ser reina de Francia. Diéronre espléndidas fiestas en tiempo de Enrique II, y hubo, cuando su entrada en Lion, combates de gladiadores, á la usanza antigua; después el duelo de los Horacios y Curiacios, y luego una

batalla con armas verdaderas, que agradó tanto al rey, que pidió se diese otra representación de ella. Las principales damas, que representaban á Diana y á su comitiva en un bosque lleno de ciervos y liebres domesticadas, presentaron al rey un león manso y dócil, como símbolo de la ciudad cuyo nombre llevaba. Hubo en el Ródano una nauquia terminada con fuegos artificiales; después hizo representar el cardenal de Ferrara la *Sofonisba*, en una sala adornada espresamente para ello, lo que le costó más de diez mil escudos romanos. Cuando pasó el rey por San Juan de Mauriana, las gentes del país quisieron darle un espectáculo de otra clase. Arreglaron una mascarada de cien osos imitados, que con el bastón al hombro, le escoltaron hasta el palacio; allí comenzaron á ejecutar danzas y posturas grotescas, á subirse por todas partes y á aullar, con lo que se divirtió mucho el rey, mientras que asustados los caballos, se encabritaban y rompían las bridas y correas (21).

Las riquezas y comodidades de la vida eran en los demás países de Europa mucho menores de seguro que en Italia, como también la civilización y la amabilidad de su carácter distintivo. Hasta los más pequeños detalles se extendía la rigurosa disciplina; y sin embargo, los ladrones andaban por todas partes, organizados hasta por compañías, además de los espadachines que iban á ofrecer sus servicios á todo el que tenía que vengarse ó libertarse de un rival. La horca era permanente y los suplicios frecuentes, á pesar de su poca eficacia; consistían aquéllos en ahogar, en hacer cocer, en quemar, en enrodar, en emparedar y en marcar á los culpables, sin contar la infamia que recaía en toda su parentela. Ana de Montmorency escuchaba, mientras rezaba el rosario, los desafueros de que acusaban á sus soldados, y se interrumpía entre dos *Aves* para decir: *Que se le ahorque, que se le degüelle*. El coronel Strozzi hizo arrojar al río á ochocientas prostitutas que habían permanecido en el ejército. Los medios de evitar estos rigores estaban en relación con ellos mismos. Se recurría á la fuerza, ó se refugiaban en lugares de asilo, que eran muchos entonces, y estaban bajo la protección de los grandes y de los prelados.

En estos países, los nobles y aun la clase media, con apariencia de lujo, tenían poco dinero. En Inglaterra los cultivadores y los mercaderes se cuidaban más de tener buena mesa que de vestirse y alojarse con elegancia. Sebastian Giustiniani (22), dice Enrique VIII que «tiene muchas habilidades, que es buen músico, que es caballero de los más hábiles y buen justador... Le agrada mucho la caza, y nunca se entrega á estas diversiones sin cansar ocho ó diez caballos, que es necesario enviar de antemano á donde propone ir. Cuando deja uno, monta en otro, de manera que antes de llegar al

(21) BRANTOME y *Memorias* de VIELLEVILLE.

(22) Mss. del archivo Sagredo, en Venecia.

(20) Carta de B. Castiglioni.

alojamiento los ha cansado todos. Se divierte mucho en el juego de pelota; y es hermoso verle con su cutis tan blanco, vestido con una camisa muy fina, tener tal placer, que no se puede uno formar idea de cosa más digna de verse. Juega con los rehenes franceses, y se cuenta que á veces ha jugado 6 ú 8,000 ducados en un día.»

Habia generalmente bienestar en las ciudades de Alemania, pero la clase de vida era allí tosca. En 1524 varios príncipes que se encontraban reunidos en Heidelberg para el tiro de arcabuz, disgustados con los escesos que se cometían allí, se comprometieron entre ellos á abstenerse de blasfemar y de beber demasiado, prohibírsele á sus oficiales, servidores, parientes y súbditos, y castigar á los contraventores. Se convino no obstante que se dispensaba de este compromiso cuando se viajase por los Países Bajos. la Sajonia, el Brandeburgo, el Mecklemburgo, la Pomerania, «países donde la embriaguez es de costumbre» (23). Cuando fué Carlos Quinto, después de su vuelta de Argel, á alojarse en Augsburgo en casa de los Fugger, encendieron un fuego de canela (aroma entonces muy raro), quemando para mantener viva la llama las obligaciones de crédito que el emperador tenía con aquella casa.

En Italia habia por lo comun buena mesa, y las habitaciones eran cómodas; el traje, que variaba segun las clases, que inviolablemente diferenciaba, no estaba destrozado entre los pobres, y los ricos los sobrecargaban de pieles, bordados y adornos de oro y perlas; el uso de los perfumes se prodigaba bastante (24). Si los nobles en sus casas carecían de los muebles cuya comodidad elegante preferimos en el día á todo, en cambio eran magníficos, estaban tallados por manos maestras, y pintados por los más hábiles artistas. Gerónimo Negro (25) escribe que el cardenal su protector se encuentra muy pobre para su clase. «Sostiene, dice, veinte caballos, porque sus medios no le permiten tener más, y cuarenta personas á su servicio. En su casa se vive medianamente, como los

religiosos, sin lujo. El papa le ha asignado 200 escudos romanos mensuales para su sostenimiento; esta posesion unida á los emolumentos del capelo, bastan para el gasto comun; y pasaremos de este modo hasta que Dios nos envíe otra cosa.» No hay tal vez en el día ningun cardenal por opulento que sea cuya magnificencia pueda igualar á semejante pobreza.

Introducíanse en aquella época nuevos usos delicados, como el café y el chocolate, importados del Nuevo Mundo con otras sustancias aromáticas. El uso del azúcar se estendia; y los relojes portátiles eran ya comunes; tambien lo era el uso del tabaco, á pesar de las prohibiciones de que era objeto; el diamante, que Luis de Berghem habia hallado medio de pulimentar, brillaba en la frente de los reyes.

**Carrozas.**—Las calles se habian mejorado tambien, y ya se habia comenzado á ponerlas letreros que indicaban su nombre; pero los viajes y los paseos se hacían á caballo ó en litera, siendo aun muy raras las carrozas y además incómodas. La primera con caja colgada de que se hace mencion sirvió á la reina Isabel cuando su entrada en Paris en 1405. La reina de Francia se sorprendió en 1457 al recibir de Ladislao, rey de Hungría, una «carreta colgada y muy rica;» pero este vehiculo, de que se mofaron los señores feudales, no fué imitado. En 1588 Julio de Brunswick prohibía á sus vasallos servirse de carrozas, como de uso menos varonil que el caballo. En tiempo de Francisco I solo habia dos en Paris, una para la mujer del rey y otra para su querida. Renato de Laval obtuvo después el poder tener unas por su estremada obesidad, y algunas damas de la corte participaron del mismo favor. Cuando Carlos IX dió cartas patentes para la represion del lujo, prohibió, á peticion del parlamento, con penas muy severas, las carrozas por el interior de la ciudad. En tiempo de Enrique III las mismas damas no iban á la corte sino á caballo. Enrique IV no tenia más que una carroza para él y la reina: esta era la razon por lo que escribía á Sully que no podia ir á verle aquel día, porque su mujer se servía del coche. Aquel en que fué asesinado consistía en una caja fijada sobre un eje con cuatro columnas de madera que sostenian un techo, de donde colgaban cortinas de cuero. Aumentóse su número, cuando en tiempo de la regencia de María de Médicis, los duques y grandes oficiales tuvieron derecho á entrar en carroza en el patio de Louvre; y en 1653 se contaban unas trescientas en Paris. En Lóndres las primeras carrozas se introdujeron en 1564 por el holandés Guillermo Boonen, cochero de la reina. Algunas señoras obtuvieron el privilegio de tener una, y escitaron la admiracion en las provincias. Habíase aumentado considerablemente su uso en el espacio de treinta años, cuando se vió restringido por un bill del parlamento; pero esta restriccion duró poco.

Aun después que se suspendieron con cade-

(23) LUNIG, R. A. tomo VII, pág. 193, núm. 50.

(24) Bandello *Nov.* 47, pág. II, habla de un milanés que «se vestía con mucha riqueza y cambiaba con frecuencia de traje, inventando todos los días algunos cortes y bordados nuevos y otras galanuras; sus gorros de terciopelo estaban adornados, tan pronto con una medalla como con otra, sin hablar de las cadenas, anillos y brazaletes; las monturas en que cabalgaba por la ciudad, ya fuese mula, jaca, caballo turco ó hacanea, estaban más relucientes que las moscas. El animal que debia montar en el día, además de los ricos arneses guarnecidos de oro batido, era perfumado de los piés á la cabeza, de modo que el olor de las composiciones de almizcle, algalia, ámbar y otros preciosos olores se dejase sentir por todo el barrio... Tenia algo de portugués, porque cada diez pasos, ya fuese á pié ó á caballo, se hacia limpiar su calzado por uno de sus servidores, y no podia sufrir tener la más ligera mancha.»

(25) *Cartas de Pr. á Pr.*, III, 149.

nas, después con sopandas, y en fin con muelles cada vez más perfeccionados, la parte superior quedaba descubierta, ó á lo más con un techo y cortinas. Poco á poco se les sustituyeron otras clases de cortinas, y en fin se cerraron del todo, escepto las entradas. Cuando llegó el caso de cerrarlas también, la parte superior fué tapada con telas, á las que después se sustituyeron cristales, lo cual fué ya el mayor refinamiento. Se cree que esta moda pasó de Italia á Francia, donde Bassompierre fué el primero que la adoptó, en tiempos de Luis XIII. ¿Pero cuánto era necesario para que el carruaje de aquella época se aproximase á la comodidad de los de nuestros días? Era una máquina sólida, que costaba enormemente por los dorados, pinturas y esculturas de que estaba sobrecargada, y que cada bache, en un terreno desigual, hacia darse golpes insoportables.

Se trató de poner límites al lujo siempre en aumento, por medio de las leyes suntuarias, eludidas por todos medios. En la república de Venecia se obligó á todos los ciudadanos á vestirse de negro. Pero se aguardaba el carnaval para ostentar magnificencia en telas, alhajas compradas al extranjero, y sobre todo en diamantes, en atención á que las joyas no se vendían y se acumulaban para ser transmitidas en herencia á los hijos (26). También en Francia se creía que se podían remediar los excesivos gastos y la exorbitante carestía de ciertos objetos, no aumentando las fabricas, sino disminuyendo el consumo. Así fué que Carlos IX, viendo que la hechura de un traje costaba más que la misma tela, dispuso que no se pagasen más de sesenta sueldos por uno, ya fuese de hombre ó de mujer, so pena de cien libras parisiés al que contraviniera. Se prohibió á las mujeres usar vestidos que tuviesen más de una vara de circunferencia; á todos, pagar más de veinte sueldos por los trajes de los servidores y criados de á pié; á los sastres y medieros hacer calzones bordados, y con otra cosa por dentro que el forro comun; dar á los bolsillos más de dos tercias, so pena de doscientas libras de multa y confiscación de bienes. También se prohibió á las mujeres de los mercaderes y á las demás personas de la clase media, usar perlas y oro; á las personas jóvenes, llevar nada de oro en la cabeza, escepto el primer año de su matrimonio. No obstante se permitió usar cadenas, collares y brazaletes, con tal de que no fuesen esmaltados (27).

(26) Sabemos que las muchachas nunca salían de casa, excepto para ir á misa, ó á confesarse en la Pascua y el día de su santo, pero cubiertas con un velo, y se casaban sin que los novios las conociesen. En medio de la plaza de San Márcos hubo hasta 1518 una jaula donde se encerraba á los malhechores famosos hasta que morían, y les daban el pan y el agua por medio de una cuerda. GALLICIELLI, *Mem. venete*, t. I, pág. 262, t. III, pág. 200.

(27) DELAMARE, *Tratado de la policía*, VII, 1.

El lujo debió aumentar la sed de oro, el deseo de recibir regalos y la facilidad de venderse. Carlos Quinto, que lo sabía, dejaba caer á intento un anillo de valor á los piés de una querida de Francisco I, ó en la palangana de un príncipe; los ministros aceptaban pensiones de los soberanos extranjeros, y el cardenal de Amboise recibió cincuenta mil ducados de diversos príncipes y repúblicas de Italia, y treinta mil sólo de Florencia. Juan Micheli, embajador de Venecia en la corte de Inglaterra, habla de los diferentes regalos que mistress Clarence, camarera de la reina Maria, solicitó de él «para uso y servicio de su majestad. Le regalé también, dice, un coche con caballos y arneses, por necesidad, y por el deseo que tenía de él la referida camarera, á quien se lo dió después la reina. Tenía para mi comodidad aquel coche que habia hecho ir de Italia, y del que me habia servido toda aquella estacion, y no quiero decir por modestia lo que me costó; baste que se sepa que no deshonoraba la categoria de embajador.» (28)

Consolábase la Italia de la servidumbre en medio de los regocijos, ó se olvidaba de odiarla. Así como aquellas solemnidades pomposas, aquellas fiestas de corte se asociaban á grandes miserias y sufrimientos, así también muchas locuras acompañaban á aquel brillante vuelo de las artes y de las letras; pero la más funesta y más general fué la creencia en las relaciones inmediatas entre el hombre y los seres sobrenaturales en la magia, es decir, en la violación de todo el órden moral y físico, como si se pudiese unir el poder divino y la libertad humana, y romper las leyes de la creación con actos materiales, sin inteligencia ni amor. Esto es otra recrudescencia del paganismo, otra tiranía de la imaginación.

Manifestóse esta locura bajo dos formas, la una científica y la otra vulgar, que se reunieron para producir efectos espantosos. Al hablar en otra parte de las ciencias ocultas (29), hemos dicho cómo habia sido depositado el germen de las artes teosóficas en el seno de la sociedad moderna, por el neoplatonismo, es decir, por la mezcla medio poética, medio filosófica de las doctrinas indias, egipcias, griegas y hebreas, que la escuela de Alejandria pretendía sustituir ó oponer al cristianismo. Conservadas á través de la Edad Media, reanimadas por otras ideas orientales que produjo el contacto de la Europa con el Asia, estas doctrinas desplegaron un nuevo vigor con el renacimiento del saber; y la afición á los autores de la antigüedad en lugar de inspirar ideas fuertes é independientes, impulsaba á creencias, segun las cuales de principios falsos deducíanse lógicamente deplorables errores. La adquisición de los tres prime-

(28) *Relas. d'ambasc. veneti*, Série 1.<sup>a</sup>, tomo II, página 379.

(29) Lib. XI, cap. 27.

ros bienes de este mundo, la salud, el oro y la verdad, fueron el objeto de aquellas ciencias; y, sin repetirnos, podemos pasar revista á los hombres célebres de aquella época que se dedicaron á ellas.

Teofrasto Paracelso de Einsiedeln, por afición á la química, pasó su juventud como la pasaban los *collegiales errantes*, es decir, los que iban por el mundo aprendiendo y enseñando la alquimia; viajó después como médico de ejército llegando hasta el corazón de la Rusia; y tal vez visitó el Asia y el Africa, siempre en busca de minas ó personajes queridos del cielo que poseyesen los misterios del grande arte. Propagador de quimeras, combatió toda verdadera doctrina, confesando él mismo que no había abierto un libro en diez años y que lo más que poseía eran seis folletos que componían toda su biblioteca; en atención á que la iluminación superior hace supérfluos los libros y las ciencias y que basta dedicarse á la cábala. En su consecuencia, trató de hacer popular la *revelación de Dios*. Felices curaciones le hicieron adquirir gran reputación; los príncipes querían tenerle por médico, y salvó á diez y ocho, á quienes los médicos galenos habían reducido al más deplorable estado. Aun se acreditó más asistiendo gratuitamente á los pobres. Llamado á Basilea para profesar allí la química y la cirugía (1526), fué el primero que dió sus lecciones en alemán, porque había olvidado el latín, y no careció de imitadores. Es inútil decir cuán diferente era el número de los que asistían á sus lecciones que á las de los demás, en las cuales prometía revelar cosas misteriosas, y contaba maravillas, con la íntima confianza de sí mismo que hacia se diese el nombre de Teofrasto, se comparase á Hipócrates, á Razis, á Marsilio Ficino, y declaraba que los cordones de sus zapatos sabían más que Galeno y Avicena.

Parece una reproducción de Aretino; por eso le separamos de los médicos, así como hemos aislado al otro de los literatos, para hacer mención de él, cuando nos ocupemos en revelar las costumbres de aquella época, en la cual tuvo gran influencia.

El charlatanismo da fama, pero no basta para conservarla. Pronto el gemido de numerosas víctimas se dejó oír en medio de los aplausos de aquellos á quienes Paracelso había curado. Huyó pues á puntos donde no se le conocía, á Alsacia, á Colmar, á Nuremberg, á San Gal, á los baños de Pfeffer y á otras partes, encontrando en todas, personas crédulas entre el vulgo, y apoyo en algunos hombres de ciencia amigos de agradables novedades. Sus libros son un conjunto de contradicciones é ignorancia, que se hacen notar por una jactancia fabulosa y fórmulas ininteligibles. Así como el hombre es en parte corporal y en parte espiritual, todo el universo está animado por espíritus, silvanos en el aire, ninfas ú ondinas en el agua, gnomos en la tierra, salamandras en el fuego, que á veces se hacen visibles del hombre. Su fisiología es en consecuencia una relación conti-

nua de las cualidades del hombre (*mundo pequeño*) con el universo (*mundo grande*): así es que la epilepsia es el temblor de tierra del microcosmo, la apoplejía corresponde al rayo, y los eclipses son las intermitencias de los siete pulsos celestes, determinados por la circulación de los siete planetas. La química desempeña un gran papel en su fisiología, como también en su terapéutica, explica la digestión por la operación de un espíritu llamado Arqueo, que prepara los alimentos en el estómago y los trasforma. Busca después la quinta esencia en los medicamentos, y no aprueba que se mezclen una con otra las sustancias medicinales; pero con sus ideas no podía haber en todo más que bálsamos y específicos. No debemos, pues, admirarnos de que entre tantas estravagancias haya producido algunas ideas nuevas; pero en vano sería buscar sus intenciones; porque, así como lo ha dicho Erasto, nunca emite una doctrina sin destruirla en otra parte.

Apenas tuvo sectarios en Italia; en Inglaterra contó varios de ellos, entre otros al famoso Roberto Fludd; pero fué sobre todo en Alemania donde se estableció la secta de los Rosa-Cruz, que estendió aquellas ideas filosóficas (30). Cristiano Rosencreutz, viajando por Palestina, había aprendido de los sábios caldeos la magia y la cábala: fundó una sociedad que decia poseer la piedra filosofal, y la panacea universal; pero sus miembros no hacían uso de ella sino para un objeto laudable, y hacer que el mundo volviera al siglo de oro. Después de haber vivido Rosencreutz ciento veinte años sin enfermedades, murió en 1484. Hay, sin embargo, personas que consideran todo esto como una fábula de Juan Valentino de Andrés, teólogo de Wurtemberg, con el designio de experimentar la credulidad de su siglo. Prestaron fe á su relación, y todos los que cultivaban las ciencias ocultas se creyeron agregados á los Rosa-Cruz: si esta sociedad no existía, ellos fueron los que la constituyeron. Pretendía, como los francmasones, tener su origen de Hiram, rey de Tiro, y su nombre del madero santificado con la sangre del Salvador. Imponía á sus miembros la obligación de ejercer la medicina gratuitamente, guardar el secreto, prometiendo á los prosélitos grandes riquezas, salud y perpétua juventud, sin contar la piedra filosofal, y la panacea universal. Los empíricos, decia, sacaban de la Biblia toda especie de luz, y curaban las enfermedades por la fe y la imaginación. Los que tenían que propagar algunas ideas estrañas se unían á aquella sociedad para procurarse los medios.

El oro, poder cada día más eficaz, absorbía todos los deseos, todos los estudios: los alquimistas

(30) SEMLER, *Ensayos históricos sobre los Rosa-Cruz*. Véase también: *Confessio fraternitatis, R. † c., et fama fraternitatis R. † C., vel detectio fraternitatis ordinis Rosæ Crucis*, Cassel, 1615.

se consumían velando sobre los hornillos y alambiques, é iban á aprender el gran arte de los orientales, ó á interrogar á las montañas magnéticas de la Escandinavia, para arrancar allí el secreto de hacer oro. Los reyes favorecían á aquellos bienhechores de la humanidad; y se encontraron, después de la muerte de Rodolfo II, diez y siete barriles de oro en su laboratorio, destinados á ser consumidos en experimentos, ó convertirse en presa de algun alquimista. El célebre cipriota Marcos Bragadino, que se jactaba de haber encontrado el secreto filosofal, se hacia llamar Mammon, es decir, genio del oro, y llevaba consigo dos perros, con collar de este metal, que decia eran demonios á su servicio. La Europa le dió crédito: Enrique IV le escribió para ganárselo; otros principes le requerian; pero él prefirió ir á Venecia, donde tuvo una admirable acogida, y vivió con magnificencia, agasajado por todos. Es verdad que no faltaban incrédulos que se burlasen de él: una compañía de jóvenes organizó una mascarada de alquimistas con todos los utensilios del laboratorio, y uno de ellos que desempeñaba el papel de Mammon, gritaba: *¡A tres libras el sueldo de oro fino!* El duque de Baviera le tuvo después en su corte; pero engañado en la esperanza que tenia de poseer por su ciencia grandes riquezas, le hizo ahorcar, y después quemar con sus perros (31).

Cornelio Agrippa de Nettesheim, que se distinguió por una estremada estravagancia, adquirió

(31) El tratado más importante que nos ha trasmitido la Edad Media sobre bellas artes es la *Diversarum artium schedula* del monge Teófilo de los siglos XI y XII, la cual está llena de preciosas reglas, pero no carece de misterios. El cap. 47 del libro I, trata del modo de hacer *oro hispánico* diciendo: «Está compuesto de cobre rojo, polvos de basilisco, sangre humana y vinagre. Los gentiles cuyo saber es reconocido, buscaban basiliscos con este objeto. Tienen debajo de tierra una habitacion hecha de piedra con dos ventanas pequeñas al través de las cuales apenas se ve. Meten en ella dos gallos viejos de doce á quince años dándoles bien de comer. Cuando están gordos se encelan, se unen y ponen huevos. Entonces se separan los gallos y se echan unos sapos á que cubran los huevos alimentándoles con pan. De aquellos huevos salen pollos machos como los de las chuecas, á los cuales al cabo de siete dias les crecen colas de serpiente; y si la habitacion no estuviere empedrada pronto se meterian debajo de tierra. Así, pues, para impedirlo los que crían tienen vasijas de bronce redondas y muy grandes, agujereadas por todas partes y les cierran los agujeros: meten en ellos estos pollos, tapan las bocas de las vasijas con coberteras de cobre, los entierran y los dejan que se alimenten por espacio de seis meses con la tierra fina que penetra por los agujeros. Después los descubren y les ponen al fuego hasta que aquellos animales se quemen dentro. Cuando se enfrían los sacan, los machacan y añaden una tercera parte de sangre humana... Luego se cogen unas planchas delgadas de cobre muy puro, y en cada una se pone un poco de aquella preparacion y se pone al fuego... Se tiene allí hasta que la preparacion consuma el cobre y tome el peso y el color del oro. Este oro sirve para todos los usos.»

tambien gran nombre en las ciencias ocultas. Nacido en Colonia en 1487, de una familia ilustre, se manifestó desde su juventud inclinado á las ideas de los místicos: cuando estaba estudiando en Paris formó una sociedad secreta para cultivar las ciencias ocultas, de las que fué el más insigne representante. Tuvo una vida muy aventurera, fué consejero del emperador, inspector de las minas de Austria, comandante de las tropas de Italia, y creado caballero en el campo de batalla. Asistió al concilio de Pisa como delegado del cardenal Santa Croce, enseñó la teología en Dola y Pavia, revestido con el traje militar, gloriándose de explicar las obras del divino Hermes Trismegisto. Le buscaron para que fuese su astrólogo el marqués de Monferrato, Enrique VIII de Inglaterra, Margarita de Austria y el canciller Gattinara; fué síndico de Metz, médico de Friburgo, jefe de banda al servicio de la Francia, admirado por su erudicion; arrojado de aquel país por violencias, se refugió á Amberes, donde fué nombrado historiógrafo y archivero del Brabante. Perseguido criminalmente por veinte y una veces, se vió reducido á la miseria: entonces aceptó el partido de Lutero y Calvino; preso después en ocasion de un viaje que hizo á Lion, pudo escaparse con gran trabajo, y fué á morir á Grénoble.

Habia escrito á la edad de veinte y tres años su libro de las *Ciencias ocultas*, en el que pretende demostrar que la magia es la más elevada de las ciencias, la filosofia perfecta, que revela los secretos de la naturaleza. Tres mundos existen, segun su opinion, el corporal, el celeste y el intelectual; del que resultan tres magias, la una natural, la otra celeste y la tercera religiosa, que consiste en ceremonias. Los cuatro elementos poseen propiedades milagrosas, el fuego terrestre es un reflejo del del cielo; el aire es un espejo en el que se retratan las imágenes de las cosas. Penetrando por polos imperceptibles en los cuerpos de los animales y de los hombres, puede producir los sueños, los sentimientos, las previsiones, aun sin concurso de los espíritus; las ideas pueden comunicarse por su medio hasta inmensas distancias, á la manera que presentando á los rayos de la luna caracteres ú otros objetos, pueden reproducirse su imagen sobre la superficie de los cuerpos celestes, de modo que otro pueda leerlos allí ó reconocerlos; y como los elementos entran en la composicion de todo, hasta de las sensaciones y pasiones, todo esto sujeto al imperio de aquel con que tienen más analogia. Los objetos poseen atributos de tres especies: unos proceden de los mismos elementos, como el calor y el frio; otros de diferentes combinaciones, como las fuerzas corroborantes, disolventes y digestivas; y en fin, otros que obran sobre partes determinadas, y producen la leche, la sangre, y así sucesivamente. Pero al lado de estas fuerzas patentes, existen otras ocultas, cuya causa se busca en vano, como la que atrae al hierro ó la que neutraliza el veneno; difieren de las fuerzas

elementales, porque basta una muy pequeña cantidad para producir inmensos efectos.

Mediante la intervencion de los espíritus celestes y bajo la influencia de los astros, las cosas terrestres reciben ciertas virtudes ocultas del alma del mundo, que móvil por sí misma, no puede estar unida al cuerpo inerte é inmóvil, sino por mediacion de un espíritu del mundo, con cuya ayuda las virtudes del alma de este mundo obran sobre todas las cosas del universo. Este espíritu está sacado de los astros, y por medio de él se puede producir todo aquello de que él mismo sea capaz, con tal de que se sepa separar solamente los elementos, ó emplear las cosas cuyas sustancias penetra. Que se aisle el oro y la plata, y se podrán producir estos metales. Agrippa asegura haber visto hacer y hecho él mismo (créalo el que quiera) esta separacion. Transformó tambien, si se le ha de dar crédito, otros metales en oro, pero sólo en cantidad igual á aquella que consiguió extraer del espíritu del mundo. Es, pues, preciso oro para hacer oro.—Ya lo sabíamos.

El que aspire á producir grandes efectos con ayuda de las virtudes ocultas, debe tener presente lo que sigue:

1.º Todos los seres tienden á los de la misma naturaleza y buscan á asimilarse á otros; de tal manera, que con ciertas partes de animales (Agrippa las indica) se podrá producir el amor ó prolongar la vida.

2.º Todos los seres se atraen ó se rechazan mutuamente. El iman atrae al hierro, la esmeralda el favor de los grandes, el jaspe la facilidad de los partos, la ágata vuelve elocuente, el zafiro incita al deleite, y la amatista ayuda á la circulacion de la sangre.

3.º Ciertas propiedades pertenecen á toda la especie, y otras sólo á algunos individuos; unas á todas las sustancias, otras solamente á algunas partes. Estas las poseen los animales mientras viven, y aquéllas continúan aun después de su muerte. No es, pues, indiferente tomarlas en caso de necesidad de individuos vivos ó muertos.

Todo está en el todo y opera sobre el todo. Los seres que existen bajo la luna, sufren la influencia de los astros, de los que reciben sus propiedades y virtudes. Las relaciones de las cosas con los astros pueden determinarse segun su figura, movimiento, analogia ó diversidad de rayos, colores, olores, etc. El fuego, la sangre, los espíritus vitales, las piedras finas con puntas de oro y muy brillantes, están en relacion con el sol y reciben su influencia: lo mismo acontece con los demás astros; pero como éstos son innumerables, los caracteres de las cosas varían hasta lo infinito.

La astrologia está aun en su infancia, pues los sábios no han descubierto más que la menor parte de las virtudes y relaciones contenidas en la naturaleza. Combinar las fuerzas atractivas del universo, es lo que forma la esencia de la magia, para acercar las cosas superiores á las inferiores, y tras-

mitir á éstas las virtudes de aquéllas. Agrippa, que conoce los medios para ello, enseña á robar á la naturaleza el uso del espíritu del mundo, á resucitar á los muertos, á evocar los espíritus, á ligar los seres animados ó inanimados, impidiendo por ejemplo, á las aves el volar, á los barcos el salir del puerto, y á las llamas elevarse, como tambien á preparar venenos, filtros y amuletos, á presagiar el porvenir y á componer fórmulas mágicas. El mejor disolvente es la sangre de hiena ó de basilisco. Las mejores fumigaciones se componen de esperma de ballena, alumbre y almizcle; y con ciertas mezclas son muy oportunas para evocar las almas. El espíritu vital sacado de la sangre más pura, ocasiona la fascinacion al pasar de los ojos del que opera á los de los demás; y penetra hasta el fondo de su corazon para colmarlo de alegría ó tristeza. Prodigiosos efectos pueden producirse por los gestos, las miradas, la forma del cuerpo ó de ciertos miembros; y sobre esto es sobre lo que se funda la fisiognomonia, la metoposcopia y la quiromancia. Pueden sacarse pronósticos de todos los cuerpos que existen en la naturaleza, pero aun más de los animales, cuyo instinto es más sublime que la razon humana, y tiene algo de divino.

Las palabras son susceptibles tambien, en tanto que representan las cosas, de recibir milagrosas fuerzas, ó por lo que representan ó por aquel que las ha hecho signos de las referidas cosas. Especialmente los nombres propios ó la denominacion de los objetos particulares, poseen propiedades de las cosas que designan. Además, la emocion del que las profiere y las aviva con su talento, añade una nueva eficacia á los cantos y fórmulas de encantamiento. Tiene más eficacia en las letras hebreas, porque tienen más similitud con el mundo y con los cuerpos celestes.

La magia está fundada en las matemáticas, porque las cosas sublunares están reguladas por número, peso y medida, armonia, movimiento y luz; de donde se sigue que la ciencia de los números tiene gran afinidad con la magia. Los números son sustancias más perfectas, más espirituales, más próximas á las sustancias celestes que los seres corporales; ejercen virtudes más admirables, y todo lo que es ó se hace, existe ó se verifica por medio de los números ó de sus relaciones. Asi es, que la verbena cura la fiebre tercianaria si se corta en su tercera articulacion, y la cuartana cuando lo es en la cuarta. Cada número tiene propiedades y virtudes particulares. Asi es que la unidad es el principio y esencia del todo, y fuera de ella no existe nada. Comprende como architipo la letra A; en el mundo intelectual, el alma mundana; en el celeste, el sol; en lo elemental, la piedra filosofal; en lo pequeño ó microcosmo, el corazon; en el infierno, á Lucifer. La dualidad comprende por architipo á los nombres de Dios; por mundo intelectual, al alma y á los ángeles; por mundo celeste, al sol y á la luna; por elemental, el agua y la tierra; por el pequeño, el corazon y el cerebro; por el infierno,

el Behemot y Leviatan. Sigue de esta manera toda la escuela septenaria.

Al lado de Agrippa entusiasta y escéptico colócaremos al milanés Gerónimo Cardan de Gallarate, que según Escaligero, su enemigo declarado, era superior á toda inteligencia humana en muchas cosas, y en otras tenía menos que un niño. Entre la multitud de sus obras (32) dejaremos á un lado sus numerosos tratados de medicina, aritmética y física, los que versan sobre juegos de dados y cartas, en los que era muy hábil, y también sus estravagantes elogios de la gota y de Neron. A creérsele, puede quedarse á su voluntad en éxtasis, y ver entonces lo que le agrada. Preveía en sueños lo que debía sucederle, y lo conocía también por ciertas manchas que se le presentaban en las uñas. Su vida, como todo lo demás de sus escritos, está llena de encantamientos, historias de muertos y espíritus. Habla de todas las ciencias ocultas con íntima persuasión, reprobando en mucho á los profesores inhábiles, *por cuya culpa se encuentra contaminada una ciencia en que la certidumbre no es menor que en la náutica y en la medicina*. Para vengarla de las injurias de que es blanco, y demostrar «que los decretos de las estrellas están manifiestos en nosotros,» no procede sino apelando á la razón y á la experiencia. Reduce aquella doctrina á aforismos distribuidos en siete secciones, en las que se ve que cada color, cada país y cada número estaban bajo la influencia de un astro particular. Sacó el horóscopo de cien personajes ilustres, determinando por el momento de su nacimiento la causa de sus cualidades; y llevó la audacia hasta á sacar el de Jesucristo.

A creerle, la magia natural enseña ocho cosas: 1.<sup>a</sup> los caracteres de los planetas y la fabricación de los anillos y sellos de las constelaciones: 2.<sup>a</sup> la significación del vuelo de las aves: 3.<sup>a</sup> la inteligencia de sus sonidos y de los demás animales: 4.<sup>a</sup> las virtudes de los simples: 5.<sup>a</sup> la piedra filosofal: 6.<sup>a</sup> el conocimiento de lo pasado, de lo presente y de lo futuro, por medio de una triple vista: 7.<sup>a</sup> los experimentos necesarios, tanto para obrar como para conocer: 8.<sup>a</sup> en fin, el secreto de prolongar la vida por espacio de varios siglos.

Por mucha paciencia que el lector tuviese, no podría acompañarme en la mera indicación de las reglas de aquella doctrina. Cardan las conocía to-

(32) *H. Cardani Medionanensis philosophi ac medici celeberrimi, opera omnia cura Caroli Sponii*. Lugduni, 1663, tomo X, en folio.

El editor dice: *Inter innumeros elapsi saculi scriptores vix ullus occurrit, cujus monumenta maiore omnium eruditorum applausu, admirationis asseda, fuerint hactenus excepta ac concelebrata, quam H. Cardani... idque merito quidem.—Quo factum, ut author ipse maximus literarum dictator a quibusdam magni nominis viris, ab aliis vir incomparabilis ab aliis portentum ingenii audire meruerit...* Y añade una serie de testigos.

das, y no hace misterio de ello; hasta enseña á componer sellos que hacen dormir o amar; para hacerse invisible, para no cansarse, para tener buena suerte, y esto combinando cuatro cosas; la naturaleza de las facultades, la de la materia, la de la estrella y la del hombre que obra. Al efecto, divide la naturaleza de las diferentes piedras preciosas, y de los astros que corresponden á ellas. De los talismanes, el más poderoso era el sello de Salomon. Una vela de sebo humano, cuando se acerca á un tesoro, chisporrotea hasta apagarse; era la razón porque el sebo humano se forma de sangre, y siendo ésta el sitio del alma y de los espíritus, durante toda la vida del hombre ambicionan el oro y la plata, se puede estar igualmente cierto de que la sangre permanece agitada por esta pasión aun después de la muerte. Cardan enseña también con igual certeza los presagios que se pueden sacar de todas las artes y accidentes naturales, los secretos de la quiromancia, la significación de las manchas que aparecen en las uñas, la manera de interpretar los sueños y obtener las respuestas deseadas. Era además consultado por los más ilustres personajes, entre otros por el rey de Inglaterra Eduardo VI. San Carlos le propuso por maestro á la universidad de Bolonia. Teosofista, y al mismo tiempo sabio ilustre, de variada erudición, y fecundo en ideas estrañas, aunque independientes, ora se eleva como un genio, ora aparece privado de sentido común y fluctúa sin cesar entre unas opiniones sanas y otras malas, y sus diez volúmenes en folio no son más que la obra de un periodista que se ve precisado á empezar una cuartilla, y cuanto antes la llena más gana, y trabaja más cuanto menos reflexiona.

Por si á pesar de todo esto se quisiera buscar un fondo de unidad filosófica en medio de sus interminables digresiones, diremos que explicaba ser la naturaleza el conjunto de los seres y de las cosas. En ella dice que hay tres principios eternos y necesarios: el espacio, la materia y la inteligencia del mundo, siendo la función de esta última el movimiento. El espacio es eterno é inmóvil, y nunca se halla sin cuerpos, ó como dijo Descartes, en la naturaleza no hay vacío. La materia es también eterna, pero no inmóvil ni inmutable, sino que pasa de forma á forma mediante dos cualidades primordiales, el calor y la humedad. No puede concebirse ninguna porción de materia sin forma. Toda forma es esencialmente una é inmaterial, es decir, un alma, por la que todos los cuerpos están antes animados; de lo contrario, no serían capaces de movimiento. Las almas particulares son funciones del alma universal, ó alma del mundo. En ella están encerradas todas las formas de los seres como los números en la década; aseméjase á la luz del sol, que aunque es una é igual en la esencia, aparece á los ojos bajo infinita diversidad de imágenes.

Admitido este principio, no podía sustraerse al panteísmo, sino difiriendo la consecuencia ó apar-

tándose de la opinion de la unidad de la inteligencia. El hombre era el órgano de esta inteligencia universal: no obstante la conciencia le imprimía un carácter distinto. Esto le enseñaba á distinguir el alma del cuerpo, y le demostraba valiéndose de todos los argumentos de los filósofos antiguos, la inmortalidad del alma. Creía, sin embargo, que este dogma habia acarreado tantos males como las guerras de religion.

Dejó escritas sus memorias, notables por la franqueza con que nos presenta su corazón, y la pintura que hace del hombre del siglo xvi en medio de la doctrina cabalística que tan poéticamente disponia del mundo. Jugador, y en su consecuencia desarreglado, recurrió á bajezas. Su hijo mayor fué envenenado por su mujer, quien pagó su crimen con la muerte. Tuvo que hacer cortar una oreja al segundo para contenerle. En el curso de una vida atormentada por mil desgracias, combatió la magia y la astrologia, que sin embargo ejerció. Si era inconstante, envidioso, lascivo, maldeciente, y no se cuidaba de nada, echaba la culpa á las estrellas que habian precedido á su nacimiento; habia, pues, que tener presente la estrella hasta para medicarse; y era infalible el resultado de una plegaria á la Virgen hecha el 1.º de abril á las ocho de la mañana. Apenas nace cada mil años un médico que le iguale, y no cesa de alabar sus curas, y su habilidad en la discusion. En ciertos momentos se rie de la quiromancia, de la hechiceria de la alquimia, de la magia, y considera las fantasmas como el efecto de una imaginacion turbada. Pero en otros cree que los incubos engendran hijos, y que las brujas deponen la verdad en los procesos criminales de que son objeto; da reglas precisas sobre la quiromancia, y asegura que hay en Salamanca una cátedra especial de nigromancia. Por lo que á él toca, era objeto de una predileccion especial del cielo; sabe más lenguas que las que habia aprendido; Dios le ha hablado varias veces en sueños, y con más frecuencia un genio familiar que le dejó su padre (33). Podia en los éxtasis trasladarse de un lugar á otro, oír á los ausentes y prever el porvenir. El placer, según su opinion, es la cesacion del dolor, y el mal es útil, al menos porque enseña á evitarlo. Era casi una necesidad en él sufrir ó causar sufrimientos: atormentaba á los demás, se azotaba á sí mismo, ó se mordía los labios y se pellizcaba. En su física, todo está fundado sobre la simpatia general entre los cuerpos celestes y las partes del cuerpo humano.

No deja de ocupar Cardan un buen lugar en la ciencia, por observaciones llenas de agudeza y saga-

dad, y por varios descubrimientos, entre los cuales se distingue la fórmula *cardínica*, y la posibilidad de instruir á los sordo-mudos.

Juan Bautista della Porta de Napoles fundó en su propia casa una academia de los Secretos, en la que no eran admitidos más que aquellos que habian encontrado algun remedio ó mecanismo nuevo. Espone en su *Magia natural* todos los sueños teosóficos, y sostiene que los cuerpos sacan sus formas sustanciales de las inteligencias, emanaciones de la Divinidad. Existe, según él, un espíritu mundial que engendra nuestras almas y nos hace aptos para la magia, así como por este espíritu influyen los astros en el cuerpo humano. No hay que admirarse de que estas ideas le hayan atraído una acusacion de magia, de la que tuvo que ir á disculparse á Roma. Reveló, sin embargo, los procedimientos, con cuya ayuda se producian ciertos efectos que se consideraban como sobrenaturales: así fué cómo demostró que el unguento de las hechiceras era una composicion de acónito y belladona, sustancia que determina naturalmente la exaltacion de las facultades.

Ambrosio Paré, uno de los más atrevidos médicos franceses, sostiene la realidad de las operaciones diabólicas, aunque le parezcan tan difíciles de explicar como la accion del iman sobre el acero. Dice haber visto él mismo enfermedades demoniacas, como las vió el famoso Juan Langio, y Felix Plater, que enviaba á los exorcistas á los catalépticos; Juan Cardino de Montalban proclama la necesidad de asociar la astrologia á la medicina: Jacobo Millich es alabado por haberlo intentado por Melanchton, que fué amigo de Juan Carion, astrólogo de la corte y autor de los pronósticos impresos. Las *Centurias*, de Miguel Nostradamus, que son del mismo género, le valieron el renombre de profeta. En su libro *De occultis nature miraculis*, el holandés Levino Lemnio acumula relaciones de hechos sobrenaturales, y explica todo fenómeno por la simpatia y antipatia de los efluvios: por esta razon es por qué la nuez moscada tiene más eficacia en un hombre que en una mujer; los piojos nacen de la putrefaccion; la corneja concibe con la vista y la absorcion de las lágrimas; el perro marino pare por la boca; la herida de un muerto destila sangre en presencia del asesino; en fin, los demonios emplean los humores de las personas melancólicas para engañarlos con ilusiones.

Así fué, que cuando se presentó en Schwidnitz un niño con un diente de oro, todos los sabios se dedicaron á explicar este fenómeno por medio de las constelaciones dominantes el 22 de octubre de 1580, fecha de su nacimiento: los optimistas creyeron en un presagio de la edad de oro, dispuesta á renacer cuando el emperador hubiera arrojado á los turcos de la cristiandad; pero aquellos bellos dias debian ser los últimos del mundo, así como también fué el último aquel diente: los pesimistas por el contrario, creyeron en desastres,

(33) Otra opinion comun á su época, Marsilio Fisino, *De vita*, nos dice: «Hay una axioma entre los platonicos, que parece pertenecer á toda la antigüedad, á saber, que un demonio está destinado á la conservacion de cada hombre en el mundo, y asiste á aquellos á quienes está encargado de proteger.»

en atención á que el tal diente estaba á la izquierda de la mandíbula inferior.

No hay nadie que no conozca á Juan Bodin, consejero del duque de Alençon, médico de Enrique III y célebre publicista. Sostiene, sin embargo, la realidad de las influencias diabólicas, y se entrega á los sueños de la cábala. Aunque detesta la magia y reprueba á della Porta, cree en los poseídos, en los incubos, en la trasformación de los hombres en lobos, y se declara contra Wier, que no quisiera que se condenase á los hechiceros.

No hay más que leer los escritores más desprecupados, para convencerse de que se creía entonces generalmente en la astrología, en los pronósticos y en los sueños. Pomponazzi, que niega la inmortalidad del alma, sostiene (*De incantationibus*) la influencia de los planetas como instrumentos de la Divinidad. A ellos y no á los demonios es á los que se debe en algunas personas la facultad de adivinar lo futuro; el poder de la imaginación produce milagros, que sin embargo, no son más que efectos físicos; y el hombre puede, según los planetas bajo los cuales haya nacido conjurar el tiempo, cambiar las personas en animales, y verificar otras maravillas. Tanto Campanella como Fracastor creyeron en la astrología. Eduardo VI, rey de Inglaterra, quiso que Cardan sacase su horóscopo; y el arzobispo de San Andrés, primado de Escocia, se confió á sus sueños astrológicos para obtener su curación. Reuclin, sabio el más afamado de Alemania, se dedicaba á combinar las ideas cabalísticas con las pitagóricas; Francisco I tuvo por médico á Cornelio Agrippa, que le disputaron Carlos Quinto, Enrique VIII y Margarita de Austria. La corte de Catalina de Médicis estaba llena de astrólogos; cada dama tenía uno á quien llamaba el barón. Enrique IV hizo sacar el horóscopo de su hijo. Mazarino y Richelieu consultaban á Juan Morin. Tycho Brahe creía en aquella pretendida ciencia; y no se casó, porque los astros predecían una suerte funesta á sus hijos. El gran matemático Cavalieri pretendió revelar por la *Rueda planetaria* lo que hacen las estrellas en sus esferas, y como influyen en bien ó en mal. Borelli escribió una defensa de la astrología para Cristina de Suecia: Stoffer de Tubinga pronosticó un diluvio universal para el año de 1554, causado por la conjunción de los tres planetas superiores: en su consecuencia toda la Europa se ocupó en preparar los medios para preservarse de él; y Carlos Quinto estaba muy inquieto á pesar de todo lo que hacia Agustín Nifo para tranquilizarle. Los doctos compiladores de almanaques escitaron también otras alarmas parciales, anunciando unas veces una peste, otra la llegada de los turcos, y algunas un año de hambre; como indicaban además, no sólo la estación, sino hasta los días precisos en que convenia sangrarse, muchas personas crédulas morían antes que someterse á una sangría contra las prescripciones.

En suma, las ciencias ocultas formaban la parte

más oscura de los conocimientos humanos; no había, pues, en las *Centurias* de Nostradamus ni en otros tratados semejantes, acontecimiento que no predijera; Carlos VIII inspiró confianza en sus expediciones haciendo correr antes una profecía en que se le aseguraban insignes victorias. Considerada la naturaleza como una sucesión de prodigios, á la magia correspondía la explicación de todos los fenómenos; un niño enfermo, una mujer debilitada, una fortuna inesperada, los temporales, y sobre todo, las combustiones espontáneas, las ilusiones de óptica, las exaltaciones nerviosas, y ¿qué más? hasta las enfermedades comunes, el mal de amor y de celos, todo se tenía por efecto sobrenatural; y para esclarecerlos y asegurarse de las causas que los producían, se recurría á pactos entre el hombre y el diablo, dándole aquél una carta firmada con su propia sangre, y escrita con el sacrosanto cáliz en la mano.

No hay necesidad de decir que había también hombres de buen sentido, que se atrevían de tiempo en tiempo á protestar contra la opinión común, haciendo frente á las persecuciones, y lo que aun es más sensible á los sarcasmos de los crédulos. Como del vulgo iliterato tomaron los sabios el fundamento de sus errores, el vulgo se apoyó en la opinión de los sabios para afirmarse en ellos; y de aquí nació aquella horrible dosis de locura pública, que llegó á presentar síntomas alarmantes.

La creencia en las hechiceras es uno de los numerosos errores que la antigüedad transmitió en herencia á los tiempos modernos. Refiérese, aunque de distintas maneras, que habiéndose enamorado Júpiter de Lamia, reina muy hermosa y muy cruel, la celosa Juno, hizo degollar á sus hijos; por lo que Lamia se enfureció tanto, que mandó dar muerte á todos los niños de sus Estados. Añádese que se quedó ciega, pero que llevaba sus ojos encerrados en una bolsa, y podía (por un favor de su divino amante) trasformarse á su antojo. De aquí el nombre de Lamia empleado para asustar á los niños (34), y la creencia vulgar en las apariciones, transformaciones de las mujeres, ansiosas de los placeres de la Venus y asesinas de los recién nacidos (35). A veces también se acusó en la antigüedad á ciertas mujeres de autoras de maleficios. Los latinos decían que chupaban la sangre de los niños, ó los estenuaban dándoles el pecho: en su consecuencia aconsejaban como preservativos el ajo (36)

(34) Δια τούτο καὶ τὰς τίθας φοβούσας τὰ βρέφη, καλεῖν ἐν' αὐτοῖς τὴν λαμίαν.

(35) *Neu pransa Lamie vivum puerum extrahat alvo.*  
HORAC. *Art. poet.*, 339.

(36) *Praterrea si forte premit strix atra puellus,  
Virosa immulgens exertis ubera labris  
Allia precepit Titini sententia necti.*

SERENO SAMONICO, 39.

Puede verse en DELRIO, lib. II, pág. 9, las citas de los antiguos sobre la magia.

y los encantamientos particulares (37). Añaden que las mujeres se cambiaban en brujas (*striges*), de donde les procede el nombre italiano de *streghe* (38). Hemos visto en Luciano y en Apuleyo lo que se creía, á lo menos entre el vulgo, con respecto á las magas de Tesalia, á la influencia de la luna y á las diferentes trasformaciones. El Talmud, en el que se han recopilado tantos errores en medio de algunos restos tradicionales de la sabiduría antigua, habla de una Lilit, primera mujer de Adán, generadora de los demonios y funesta á los recién nacidos. Con objeto de defenderlos de ella, se marcaba en el cuarto de la parida un triángulo, con los nombres de Dios, Eva y Adán, y estas palabras: *Huye Lilit*, Creíase también que apenas Herodias obtuvo la cabeza del Bautista, fué á besarla; pero al ir á hacerlo, la cabeza se retiró y alentó; Herodias desapareció, y desde entonces todas las noches se hacia visible.

Estas creencias se conservaron á través de la Edad Media de tal manera, que las leyendas, en que se confunden el misticismo y la impiedad, lo terrible y lo grotesco, abundan en ellas. Rechazada por los legisladores y los doctores, permaneció arraigada entre el vulgo, hasta el momento en que fué á reunirse á los prodigios fantásticos de las ciencias ocultas: los septentrionales los añadieron sus *ssaga*, *valkirias*, *oldos*, *gnomos*, *espíritus elementales*, y los árabes sus *hadas*.

Se creía que las hechiceras, máscaras ó malas mujeres, bajo cualquier nombre que se les designase, *iban á correrías*, y se reunían en ciertos lugares (39), bajo la presidencia de Herodiade ó Diana, para bailar y entregarse á vergonzosos amores, transformadas en lobos, gatos y otros animales (40). Pronto se arraigó aquella superstición

tan hondamente en los ánimos, que se formaron procesos criminales contra las pretendidas hechiceras; por lo comun se las sometía á la prueba del agua fría, y se absolvía á las que sobrenadaban. Es probable que lo contrario sucedería á un pequeño número.

La impiedad y el libertinaje era, según decían, el objeto de aquellas asambleas. En los sábados tenían espléndidos banquetes para quebrantar la abstinencia prescrita en él: los frailes bailaban en aquellos conventículos, y se tenía cuidado de hacer todo lo contrario de lo que hacia la Iglesia, insultando á lo más sagrado de ella. Por esto era por lo que el contacto y la presencia de las cosas sagradas redoblaba los sufrimientos del poseído. La inteligencia de los que están bajo el poder del demonio, ostenta por momentos una gran brillantez, y dan respuestas maravillosas, hablan el latín y el hebreo, ven las cosas distantes y el porvenir.

En esto es lo que se apoyaba la ciencia del exorcismo, que en ciertos casos era un verdadero tratamiento dietético. En el que lleva el nombre de San Martín, el energúmeno debía ayunar cuarenta días y cuarenta noches; la primera semana sólo con pan cocido bajo ceniza y agua bendita, las cinco semanas siguientes podían hacer uso de tocino y vino, pero no embriagarse; debía privarse de la tenca y de la anguila; no lavarse más que con agua bendita, no matar ni ver matar, no manchar su vista mirando cadáveres; y le estaba prescrito, cuando él sacerdote estaba exorcisándolo, beber ajeno hasta vomitar (41).

Pero en el siglo XVI la fe en las hechiceras se extendió considerablemente (42) con la persuasión de que el hombre puede obtener del diablo los goces culpables que no se atreve á pedir á Dios. Pero si existió un medio de estipular con un ser dotado de poder extraordinario, ¿por qué sólo un pequeño número de individuos recurría á él? Llegaron, pues, á creer que muchos estaban en aquel caso, sobre todo mujeres, y que formaban entre sí una especie de sociedad secreta con sus

(37) Festo nos ha conservado dos versos incorrectísimos que Dachery ha corregido de esta manera:

Στρίγγ' ἀποπέμπαν νυκτιόπαν στρίγγα, Τ' ἀλαβὴν  
Ὠρνὶν ἀ νύκτων, ὠκυπόρουκ ἐπὶ νῆας ἐλαύνειν.

Huye de la nocturna estriga, de la sucia estriga, ave de mal agüero, huye á las veloces naves.

(38) *Striges aves nocturnas, Græci στρίγγας appellant; a quo maleficis mulieribus nomen inditum est, quas volaticas etiam vocant. FESTO.*

(39) En el monte Tonal, en Lombardia, en el Barco de Ferrara, en la esplanada de la Mirandola, en el monte Paterno de Bolonia, en el nogal de Benevento, etc.

(40) En el penitencial de Burcardo, obispo antes del año 1000, referido en la *Colección de cánones*, libro XIX, se habla mucho de magia. El sacerdote debe preguntar al penitente:

*Credidisti unquam vel particeps fuisti illius perfidie, ut incantatores, et qui se dicunt tempestatum immissores esse, possint per incantationem demonum aut tempestates commovere, aut mentes hominum mutare? Si credidisti aut particeps fuisti, annum unum per legitimas ferias peniteas.*

*Credidisti aut particeps fuisti illius credulitatis, ut aliqua femina sit, que per quendam maleficia et incantatio-*

*nes mentes hominum permutare possit, id est, aut de odio in amorem, aut de amore in odium, aut bona hominum in fascinationibus suis damnare aut surripere possit? Si credidisti aut particeps fuisti, unum annum, etc.*

*Credidisti ut aliqua femina sit que hoc facere possit, quod quedam a diabolo decepta se affirmant necessario et ex precepto facere debere, id est, cum demonum turba in similitudinem mulierum transformata, quam vulgaris stultitia Holdam vocat, certis noctibus equitare debere super quasdam bestias, et in eorum se consortio numeratum esse? Si particeps fuisti illius credulitatis, annum, etc.*

(41) MARTENE, *De antig. Ecclesia ritibus*, tomo II, 993.

(42) Bernardo de Como dice en 1584, que no habia hechiceras, *tempore quo compilatum fuit decretum per dominum Gratianum... Strigiarum secta pullulare cepit tantummodo á 150 annis citra, ut apparet ex processibus inquisitorum.*

jefes y sus reuniones, en las que sus miembros se abandonaban á los placeres carnales y á los deleites de la venganza.

Fr. Bernardo Rategno, de Como, celoso inquisidor, nos ha dejado un libro *De strigis* (43) en el que no solamente manifiesta tener certidumbre moral de la existencia de las hechiceras, sino hasta escandalizarse de que se dude de ello (44). «Tienen nombre de *brujas* (masche) dice: se reúnen principalmente la noche antes del viernes, y reniegan en presencia del diablo, de la santa fe, del bautismo, y de la Santísima Virgen: pisotean la cruz, prometen fidelidad al diablo tocándole la mano con el reverso de su mano izquierda, y le dan alguna cosa en señal de vasallaje. Cuando se ponen á jugar al juego que se llama *de la buena compañía*, hacen la reverencia al diablo que asiste á la asamblea bajo forma humana. No se crea que van ilusoriamente como lo pretenden ciertos menguados de inteligencia, sino corporalmente y despiertas; á pié si la cita está cerca, sino el diablo los lleva acuestas (45), y á veces la abandona en medio del camino: esta es la razón porqué se encuentran algunas que se han perdido. Todas estas cosas están probadas por sus *espontáneas* declaraciones en toda la Italia.» Con objeto de *cerrar ente-*

*ramente la boca á sus adversarios*, cita lo que le ha sucedido á él mismo (46) en la Valtelina, donde recibió, instruyendo procesos de aquel género, deposiciones de hombres dignos de fe que verdaderamente las habían visto. No había por otra parte nadie en Como que no supiese lo que había sucedido en Mendrisio, cerca de cincuenta años antes al podestá Lorenzo de Concorezzo y á Juan Fosato. Habían obtenido de una hechicera que los llevara al conventículo: en efecto, les cumplió su deseo, y vieron completa toda la asamblea; pero habiendo notado el diablo su presencia, les hizo dar de golpes atrocemente (47).

Juan Bodin dice, que hay en el aquelarre un gran macho cabrio en cuyo derredor bailan los afiliados, que le besan debajo de la cola, con una vela encendida en la mano. El macho cabrio aparece entonces devorado por las llamas, y cada uno toma de sus cenizas para dar muerte á las vacas, caballos, corderos y ganados de las cercanías, ó hacer languidecer y perecer á los hombres. El diablo les grita con voz terrible: *¡Vengaos ó morireis! Quis ergo, esclama Rategno, dicere velit hoc in fantasia, aut in somnis contigisse?* Además, lo que hace que la causa sea evidente, es el número de los que se han quemado por haberse encontrado en el aquelarre, y la aprobacion dada por los mismos papas á su suplicio.

Este argumento era en efecto de gran peso. Establecida la inquisicion para proceder contra los herejes, se dedicó á perseguir á las hechiceras, y toda la Europa se convirtió en teatro de una carnicería legal, cuyos ejecutores lo tenían á gloria, como los guerreros las sangrientas batallas. El temor de las hechiceras se había extendido extraordinariamente en Alemania, país tan inclinado al misticismo: en su consecuencia, Inocencio VIII lanzó contra ellas una bula muy severa en 1484 y envió á dos inquisidores, Enrique Institor, y Jacobo Sprenger, con poder para estripar aquellas infamias, por todos los medios que se les ocurriese. Apoyados los inquisidores en su mision por Maximiliano I, se alaban de haber condenado á muerte á cuarenta y ocho personas en cinco años en la diócesis de Constanza. Möhsen refiere que se procesó en pocos años por hechicería á seis mil quinientos individuos en solo el electorado de Tréveris, degollándose gran número de ellos en Flandes en 1459. En Ginebra se condenaron á más de cincuenta convictos de aquel crimen en el espacio de tres meses (48): su sangre corrió con abundancia en Francia y en España. Pedro Crespét dice que en tiempo de Francisco I había cien mil entre he-

(43) Es continuacion de la *Lucerna inquisitorum hereticae pravitatis R. P. F. Bernardi Camensis ordinis predicatorum ac inquisitoris egregii, in qua summam continetur quidquid desideratur ad hujusce inquisitionis sanctum munus exequendum. Mediolani, ac Metios, 1566.* Fué impreso por el cuidado del reverendo padre inquisidor de Milan *ad laudem Dei*, reimpresso muchas veces, y comentado por Francisco Pegna.

Véanse algunas de las reglas que da:

«Pocos indicios basta para presumir que un individuo es hereje (pág. 60 61); una ligera sospecha (pág. 74), tener opinion de ello (pág. 39). No hay necesidad de que las declaraciones de los testigos estén acordes: si dicen saber esta infamia por haberlo oido decir, no están obligados á probarlo (pág. 79).

»No importa el que los testigos estén escomulgados y llenos de crímenes (pág. 56).

»El que quiere caminar con planta segura hace lo siguiente: Si hay alguno que sea difamado como hereje ó sólo como sospechoso, que se le cite y se le interrogue. Si confiesa, *bene quidem*; si no, que sea apisionado (pág. 3).

»Que los abogados no presten ayuda ó consejo á los herejes; bien se les puede procesar sin necesidad de abogado. La apelacion se les niega (pág. 18).

»La confesion borra cualquier vicio de procedimiento (página 27).

»El inquisidor no está obligado á mostrar el proceso á la autoridad secular, que es la que únicamente debe ejecutar sus órdenes (pág. 60).

»El proceso no se vicia, aun cuando el nombre de los testigos no se publique, ni se haya dado copia de él al preso.

(44) Habiendo sostenido el célebre legista Pomponazzi que aquellos maleficios no podían ser obra del demonio, su libro *De incantatione* fué prohibido.

(45) Pág. 91.

(46) Pág. 92.

(47) Este hecho está tambien citado por Bodin en el prefacio de la *Demonomania* y por Silvestre Priero, que fué el primero que refutó á Lutero, en las *Mirabili operazoni delle strighe e degli demoni*.

(48) TARTAROTTI, lib. I.

chiceros y hechiceras; pero Trescale, que condenado en 1571 obtuvo el perdón, confesó que habia muchos más. Nicolás Remy, profundo criminalista y gran jurisconsulto, consejero íntimo del duque de Lorena, se alaba de haber hecho morir á novecientos en quince años (49). Cuéntase que Enrique IV envió á la hoguera á más de seiscientos sólo en la provincia de Labourd. En Silesia quemaron doscientos en 1651, y ciento cincuenta y ocho en los años 1627 y 1628 en Wurtzburgo, comprendidos entre ellos catorce curas y cinco canónigos. En Italia la diócesis de Como es la que parece haber sido particularmente asolada por aquellas ejecuciones; el inquisidor entregó en 1485 cuarenta y una víctimas á la hoguera, y Bartolomé Spina asegura que procesaron en un año á más de mil individuos, de los cuales se quemaron más de ciento.

A vista de tan gran número de procesos y víctimas detiéndose la razón asustada; y se pregunta: ¿si no hubo más que mentira y delirio, ó si no fué más que una atroz invención de los tribunales avaros de cebarse en la pobre humanidad?

Que los crímenes se multiplican con los castigos de que son objeto, es un hecho demasiado cierto para los que han estudiado las enfermedades del corazón humano. La experiencia manifiesta que á fuerza de oír decir que una cosa se hace, ciertas personas se inclinan á hacerla. La realidad de varios fenómenos referidos con respecto á hechiceras, no está distante de recibir su explicación del magnetismo animal, que es para la ciencia un misterio que debe estudiarse antes que negarlo. Nos separamos de los casos extraños que la medicina examina aun sin poder determinar sus causas, sobre todo las enfermedades nerviosas, y las afecciones histéricas que se creían entonces obsesiones del demonio, después de haber sido tratadas durante algún tiempo con las peregrinaciones. La influencia del ejemplo en las mujeres nerviosas está reconocida. Si se veía que una de ellas propagaba su mal á otras, se atribuía á hechicería aquella repentina invasión; siendo constante el hecho, estaba fuera del orden natural; la ciencia y las opiniones de la época le asignaban sus causas; y en su consecuencia se procedía según la jurisprudencia de entonces.

Los que conservaban toda su razón proponían algunas veces remedios eficaces, pero que no eran dictados por la prudencia. Si un vampiro llegaba á chupar la sangre de los vivos, la autoridad hacia quemar el cadáver, y el mal cesaba, si hemos de dar crédito á Montaigne. Llamado el médico Marcelo Donato, para curar una señora de Mantua que se creía hechizada, puso en sus deyecciones clavos, plumas y agujas; y la señora creyó que ella las habia arrojado, y curó. Fué muy bien hecho;

y para la enferma el resultado era exacto: habia visto aquellos objetos que creía eran la causa de sus dolores; no podía, pues, dudar; y su convicción se extendía á todas las personas de su conocimiento, que á su vez la comunicaban á otras.

Podían contribuir mucho á estos delirios las fumigaciones y las uncciones, que según Porta y Cardan, se hacían con solano soporífero, beleño, opio, belladona, datura, estramonio, mandrágora y láudano. Según las recetas de Agrippa, se producía la ilusión por medio de las *yerbas de los espíritus*, como la linaza sanguinaria, raíces de opio, cilantro y cicuta, y se disipaba con *fugas de demonios*, como la asafoetida, la simiente de perforata y el hipericon (50). Gassendi produjo el sueño en varios aldeanos, valiéndose de semejantes medios, y les prometió que durante él serían conducidos al aquelarre: una vez vueltos en sí, refirieron las particularidades del congreso infernal. Médicos de gran fama sostenían la existencia de las enfermedades infernales; y entre ellos el ilustre Zacchia, que asegura que los dementes ó histéricos fueron tenidos por endemoniados; que las alteraciones gástricas hipocóndricas podían producir los mismos efectos; que David, al parecer, naturalmente curaba á Saul de su melancolía con los sonidos de su arpa, y del mismo modo concedía que el demonio se prevale de estas enfermedades para ensayar en los enfermos sus inícuas operaciones.

La realidad de algunos de aquellos hechos bastan para determinar un proceso. Ya hemos dicho anteriormente cuántas sutilezas prácticas habian desplegado los legistas, al mismo tiempo que introducían el procedimiento secreto, iniquidad con cuya ayuda el hombre más honrado puede aparecer culpable. ¿Cuántos hombres, y sobre todo mujeres, entregados al terror de la soledad y á la impasible crueldad de jueces endurecidos por el espectáculo del dolor, encontrando su gloria, y á veces su interés en convencerlos, hubieran podido sustraerse al suplicio? Convencidos también muchos de que tenían que perecer de todos modos, ó sufrir si escapaban un oprobio peor que la muerte, se confesaban culpables *espontáneamente* para abreviar sus sufrimientos; y de esta manera se fortificaba la opinión.

Los mismos jueces eran más supersticiosos que los acusados; y sus reglamentos disponían que se hiciese entrar al preso por fuerza y de espaldas en la sala donde estaban, con objeto de verle antes de ser vistos por él (51). Otro decía que si el pa-

(50) Todos conocen los efectos recientemente descubiertos de las aspiraciones del éter sulfúrico. Davy padeció una locura temporal por haber aspirado el gas protóxido de azogue. Véase JOS. ENNEMOSER, *Gesch. der Magie*. Leipzig, 1844.

(51) No tenía sin embargo poder sobre los inquisidores en el ejercicio de sus funciones: preguntadas varias veces aquellas magas y autoras de maleficios por qué

(49) Llamaban al diablo *Maitre Persin*. DUMONT, *La justicia criminal de los ducados de Lorena y Bar*, 1848.

ciente no puede soportar el olor del azufre, era señal de que estaba vendido al diablo. Por otra parte, hacían despojar al acusado, y se le purgaba con objeto de que no tuviese ni dentro ni fuera de él ningún maleficio que le impidiese revelar la verdad. No hubo una legislación que no pronunciasen penas contra las hechicerías; y lo que prueba que los procesos instruidos sobre ella por la inquisición eran considerados como cosa muy regular y legal, es ver que en lugar de tener secretos los principios, por los cuales dirigían su instrucción, les hicieron imprimir (52). Por lo demás ¿que necesidad había de

ocultarlos, puesto que se obraba en ellos como en todos los tribunales y juicios? (53).

Pronto la existencia de las asambleas nocturnas llegó á ser materia de discusión. Habiendo Samuel de Cassini, fraile franciscano, emprendido probar que el demonio no traslada efectivamente las hechicerías, sino que produce en ellas un arrobamiento estático, con el que ellas se figuran volar por el aire ó encontrarse en medio de una multitud numerosa, el dominico Juan Dodone sostuvo que á veces eran realmente trasladadas (54). Esta realidad es defendida con encarnizamiento por los dominicos Juan Nider (55) y Nicolás Jaquerio (56) en apoyo de los procedimientos criminales de aquella época. Pedro Mamor, canónigo de Limoges, adopta su opinión (57) como también Enrique Institor y Jacobo Sprenger, autores del *Malleus maleficarum*, Bartolomé Spina, maestro del sagrado palacio (58), fray Silvestre Mozolini, llamado Priero, Pablo Gallandi, legista florentino, que primero había negado la existencia de los hechiceros (59); y en fin, el mismo Juan Francisco Pico de la Mirandola (60), para hacer cesar los escándalos que ha-

motivo no ofendían á los jueces inquisidores, contestaron haberlo intentado en diversas ocasiones, y no haberlo podido conseguir. » Fray Gerónimo Menghi que se expresa de esta manera en su *Compendio dell'arte exorcistica* (Venecia, Bertano, 1605, pág. 416), aconseja á los jueces estar prevenido y no dejarse tocar, «llevar consigo sal exorcisada, palmera y yerbas benditas, como ruda y otras semejantes,» página 480.

(52) De los muchos que existen solo transcribiré los siguientes:

EIMERIC, *Directorium inquisitionum* CES. CASENA, *De officio sancto inquisitionis*. FRAY PEGNA, *Praxis inquisitionum*.

*Flores commentariorum in directorium inquisitionum, collecti per* FRAY ALOISIO BARIOLAM, *mediol.* Milan, 1610.

ELISEO MASINI, *Arsenal sagrado ó Práctica de la sagrada inquisición*, corregido y aumentado. Bolonia, 1665. Hablando de los magos, hechiceros y encantadores, contra los cuales debe proceder el santo oficio, se expresa de la manera siguiente: «Conviene tanto más ser diligente, cuanto que esta clase de personas abunda en varios sitios de Italia y fuera de ella; es de saber que á éstos corresponden todos los que han hecho pacto con el diablo, ya implícita ó explícitamente por sí mismos ó por otros.

»Los que (como lo pretenden) tienen presos á los diablos en anillos, espejos, medallas, redomas ú otras cosas.

»Los que se han entregado al diablo en cuerpo y alma, apostatando de la santa fe católica, han jurado ser suyos ó han firmado algun escrito con su sangre.

»Los que van al baile, ó (como se acostumbra á decir) al aquelarre (*Striozzo*).

»Los que malefician criaturas, ya en edad de la razón ó sin ella, sacrificándolos al demonio.

»Los que le adoran implícita ó explícitamente, ofreciéndole sal, pan, alumbre ú otras cosas.

»Los que le invocan pidiéndole gracias, arrodillándose, encendiéndole cirios ó antorchas, llamándole ángel santo, ángel blanco ó negro, diciéndole *tu santidad*, ú otras palabras semejantes, sirviéndose para esto de personas vírgenes, ó hacen el encantamiento diciendo: Pongo cinco dedos en la pared, conjuro cinco diablos, ú otras cosas semejantes.

»Los que le piden cosas que no puede hacer, como precisar la voluntad humana, saber lo futuro que depende de nuestro libre albedrío.

»Los que en estos actos diabólicos se sirven de cosas sagradas, como son los sacramentos, ó materia ó forma de las cosas sacramentales y benditas, y de las palabras de la Divina Escritura.

»Los que colocan en los altares donde se ha de celebrar, habas, papel blanco, imán ú otras cosas, con el objeto de que la santa misa se celebre de una manera impía.

»Los que hacen, escriben ó recitan oraciones no aprobadas ó reprobadas por la santa Iglesia, como las de este género.

»Las que se rezan para hacerse amar con una pasión deshonesta, como la oración á san Daniel, santa Marta y santa Elena.

»Las que se recitan para saber cosas futuras ú ocultas, como Angel santo, Angel blanco, etc., y la de Dulce Virgen, y otras semejantes.

»Las que contienen nombres desconocidos, cuya significación no se sabe, con caracteres, círculos, triángulos, etc., que llevan consigo para hacerse amar, preservarse de las armas del enemigo, ó no confesar la verdad en el tormento.

»En esto está también comprendido los que poseen escritos de nigromancia; hacen encantamientos, y ejercen la astrología judiciaria por lo que respecta á las acciones dependientes de la libre voluntad.

»Los que hacen *martillos* (como se dice), ó ponen al fuego calderas para inspirar pasiones, ó impedir el acto matrimonial.

»Los que arrojan las habas, se miden los brazos, á palmos dan vueltas á los *cedazos*, levantan la *pedica* ó se dejan examinar las manos, para saber las cosas futuras ó pasadas, y practican otros sortilegios semejantes.»

(53) Cuando en 1763 tradujo Morellet el *Directorium Inquisitionum*, Malesherbes le dijo: Habeis creído reunir hechos extraordinarios, cuyos procedimientos os parecen inauditos. Ahora bien, sabed que la jurisprudencia de Eiméric y de su inquisición está enteramente tomada de nuestra jurisprudencia criminal.—Quedé confuso ante estas aseveraciones (dice Morellet, *Memorias*, I, 59), pero después conocí que tenía razón.»

(54) FRAY VITTORIA *Praelection. theolog.*, lib. II, *De magia*, 7.

(55) *Myrmecia honorum, seu fornicarum ad exemplum sapientiae de fornicis*.—*De visionibus et revelationibus*.

(56) *Flagellum haereticorum fascinarium*.

(57) *Flagellum maleficorum*.

(58) *De strigibus*, 1523, y cuatro apologías en 1525.

(59) *De sortilegiis*.

(60) *Strix, sive de iudificatione daemonum*, 1523. Fray Leandro Alberti, que dió á luz una versión italiana en Venecia, en 1556, con el título de *Libro llamado de la magia ó de las ilusiones del demonio*, se expresa de esta manera

bia suscitado la frecuencia de los suplicios. Uno de los escritores más convencidos de esta cuestion, es el padre Gerónimo Menghi de Viadana, cuya obra es verdaderamente deliciosa, como lo anuncia

en su dedicatoria: «Habiéndose descubierto aquí el año pasado, ilustre señor, el mago y criminal juego de la mujer, en el que se reniega, infama y vitupera á Dios, en el que la misma santa cruz, consuelo de los fieles cristianos y su seguro estandarte, es pisoteado, y en el que se hacen además otros actos en contra de nuestra santa fe, lo que habiéndose examinado detenidamente, reconocido con maldad, é instruido jurídicamente por el sabio y prudente censor é inquisidor de los herejes; varios de aquellos maldecidos hombres fueron señalados por él, y según lo que mandan las leyes, los hizo colocar sobre un gran monton de madera, y quemarlos en castigo de sus crímenes, con el objeto tambien de que sirviesen de ejemplo á los demás. Ahora bien, como esto se ejecutaba todos los días para estirpar y destruir aquellas ramas de punzantes espinas, y separarlas de las buenas y odoríferas yerbas de los fieles cristianos, muchas personas comenzaron á decir con injuriosas palabras, que no era justo se diese tan cruelmente muerte á aquellos hombres, en atención á que no habian hecho nada para merecer semejante tratamiento. Pero los que hablaban así lo hacian por tontería, falta de inteligencia ó temor á los grandes tormentos; no les parecia verosímil que tan ignominiosos insultos y oprobios se hiciesen por los hombres á la hostia consagrada, á la cruz de Cristo ó á nuestra santa fe. Esto podia fácilmente apoyarse en que habiendo sido convictos varios de aquellos hombres, lo habian negado enseguida constantemente; lo cual no hubiera sucedido si la imputacion hubiese sido fundada. Alegaban además otras cosas para fortificar aquellos razonamientos culpables. En su consecuencia, semejantes murmuraciones aumentaban cada día más en el pueblo. Lo que sabido por el ilustre príncipe y señor Juan Francisco (Pico de la Mirandola), hombre ciertamente tan cristiano como docto y letrado, y teniendo algunas dudas con respecto á ello, resolvió ilustrarse enteramente, y conocer con ayuda de sutiles investigaciones, tanto el fundamento de aquellas cosas, como los menores detalles de lo que las producía. Intervino, pues, y asistió á los interrogatorios de los presos delante del inquisidor, les interrogó después él solo sobre cada una de las partes de aquel pacto criminal, de los abominables ritos, de las costumbres profanas, de las prácticas escomulgadas, de las operaciones maldecidas que se hacen allí continuamente, interrogando no sólo á uno de ellos, sino á muchos. Habiendo encontrado que estaban acordes sobre las cosas de mayor importancia (aunque parecian contradecirse á veces), ora por falta de memoria, ora por astucia y maligno fraude, confesando estar encenagados en tan horribles vicios, que el oído casto y púdico del cristiano no puede oírlos sin gran repugnancia, como verdadero servidor de Jesucristo que era, y tambien como hombre letrado y sabio para descubrir los lazos y emboscadas ocultas del demonio, y hacer resplandecer en cualquier lugar la perfecta verdad de la fe de Cristo, con objeto de que cada uno pudiese libertarse de las asechanzas de nuestro antiguo enemigo, y tambien con el de poder darle mejor caza en otro punto, se dedicó á escribir estos tres libros sobre la escuela culpable, perversa y criminal del demonio. Hace discutir en ellos, pero con cierta libertad, á dos alegres y doctos compañeros; interroga después á una astuta hechicera, y concluye por hacer pronunciar la sentencia por un juez muy sábio, con tanto orden, y variada doctrina y con tanto gracejo, que el lector no

su titulo (61) Nicolás Remy, consejero íntimo del duque de Lorena fué aplaudido por su *Dæmonologia* (1595), obra extractada de las deposiciones prestadas por las numerosas hechiceras que se per-

puede menos de leer la obra una vez comenzada, pues siempre está en expectativa por cosas curiosas, raras y de instruccion, y con la esperanza de encontrar aun otras más agradables.»

(61) *Compendio dell'arte esorcistica, e possibilità delle mirabili e stupende operazioni delli demoni e de' malefici, con li remedj opportuni alle infermita maleficiali... Opera non meno giovevole agli esorcisti, che dilettevole ai lettori, e a comune utilita posta in luce.* Venecia, 1605. Este libro es muy rico en anécdotas curiosas, sobre todo en lo concerniente á las operaciones de las hechiceras. No citaremos más que una para evitar las repeticiones inútiles. «En la época en que la señoría de Venecia hizo una gran guerra al duque de Ferrara, estando don Alfonso de Aragon, duque de Calabria é invicto capitán en la ciudad de Milan, con otros muchos ilustres señores, se elevó entre ellos una larga discusion sobre esta materia, donde se habló y discutió de diferentes maneras por aquellos señores esponiendo cada uno su opinion. Después de haberlos oído se expresó el duque de esta manera: *Sabed, señores, que es cosa muy cierta, y no ficcion humana lo que se dice de los demonios.* Les contó entonces que estando un día en Carrone, ciudad de Calabria, como pensaba procurarse, después de los cuidados reales y el despacho de los negocios, algun recreo y paseo, se le dijo que habia allí una mujer que estaba poseida de los espíritus inmundos. A esta noticia, dispuso que fuese conducida ante él, lo que se ejecutó enseguida. Comenzó el duque á dirigirla la palabra; pero no contestaba ni se movia como si no hubiese tenido sentido ni conocimiento. Viendo el príncipe esto, se acordó de una pequeña cruz que llevaba á su cuello con ciertas reliquias, á saber, madera de la verdadera cruz, un agnus Dei bendito, y otras cosas santas que le habia dado Juan de Capristano. Se la quitó y ató sin que ella lo sintiese al brazo de aquella desmayada mujer, que al momento empezó á gritar, torcer la boca y mover los ojos de una manera admirable. Preguntóle entonces este señor, por qué gritaba así; y ella contestó que le quitase del brazo lo que le habia puesto. *¿Y qué quieres que te quite?* replicó: *La pequeña cruz, le dijo la mujer, que me has puesto secretamente en el brazo, porque hay en ella madera de la cruz, agnus bendito, y una cruz de cera consagrada por mi grande enemigo.* Habiendo quitado el duque aquellas cosas, volvió á caer de nuevo como si estuviera muerta. Como llegase en aquel momento el embajador de Venecia para hablar con el duque de cosas importantes, se llevaron á aquella mujer. Llegada la noche, cuando el príncipe iba á acostarse, oyó de repente gritos y grandes rumores en el palacio y hasta en su cuarto, de lo cual se asustó. Hizo, pues, llamar á algunos de sus servidores para su seguridad, y permaneció con ellos hasta el día sin dormir absolutamente. Al siguiente hizo que volviesen á llevar por segunda vez á aquella mujer á su presencia, y le oyó preguntarle sonriéndose si se habia asustado la noche anterior. Dirigiéndole entonces cargos el duque como á un espíritu infernal dañoso al descanso de los mortales, le preguntó si era este espíritu el que habia turbado su sueño con extraños ruidos, y ella contestó que sí. *¿Dónde te habias ocultado?* dijo el duque al espíritu. *Me habia puesto, respondió, en lo alto del baldaquín que rodea tu cama; y te declaro que si no hubieras tenido contigo esas cosas sagradas que llevas en secreto al cuello, y que me lo han impedido, de seguro te hubiera co-*

siguieron en aquella provincia. Felipe Luis Elíchio (62) refutó vivamente á los que ponian en duda los maleficios y los encantamientos; el español Torreblanca hizo un tratado sobre esta materia para uso de los jurisconsultos (63), como tambien Herman Goehausen en Alemania (64).

Deberia uno apiadarse de la especie humana, si el error no encontrase contradicciones, cuando la misma verdad encuentra tantas. Ahora bien, los mismos libros que están consagrados á defender la existencia de los hechiceros, manifiestan cuantos opositores tuvieron sus autores. Cuando en 1523 el inquisidor Leandro Alberti se dedicó á perseguir en la Mirandola á un gran número de mujeres, se murmuró contra un exceso de rigor, del que eran blanco personas engañadas. Al dar los teólogos de Colonia su aprobacion al *Malleus maleficarum*, se quejan de que «varios curas y predicadores no temen afirmar al pueblo, en sus sermones, que no hay hechiceras, ó que no pueden dañar, impidiendo de esta manera imprudentemente el que el brazo secular pueda castigarlas.» Al mismo tiempo que el senado de Venecia desaprobaba los escisivos rigores de los inquisidores en la Valcamónica, país célebre por esta semilla, evocó los procesos de 1518, y dispuso que para resolver sobre los negocios de aquella especie, los gobernadores de las ciudades se reunirían con los eclesiásticos. La opinion comun tuvo por adversarios al franciscano Alfonso Spina (65) al jurisconsulto Ambrosio Vignato, caballero de Lodi (66), y más resueltamente Ulrico Molitor, jurisconsulto de Costanza, profesor de Pavia (67), que negaba que el demonio pudiese engendrar como incubo ó como sucubo, y creia ilusion el vuelo de las hechiceras y los aquelarres. La misma tesis sostuvieron Juan Francisco Ponzinibio, legista de Plasencia (68), Andrés Alciato (69),

y Martin Arlés, teólogo español (70), para sustraer tantas desgraciadas al suplicio. El célebre Reinaldo Scot niega que el demonio pueda cambiar el curso de la naturaleza (71) y que los pretendidos hechiceros tengan poder.

Estos campeones de la razon se apoyaban principalmente en un cánon del papa Dámaso, reconocido en el dia por supuesto, en el que los viajes aéreos de aquellas mujeres se atribuyen á pura ilusion. Ahora bien, es singular ver á ciertos teólogos declarar herejía y pecado mortal la creencia en las asambleas nocturnas, al paso que otros las ponian en duda. Jacobo Pedro Borboni, arzobispo de Pisa, consultó á los sábios de aquella universidad con respecto á ciertas religiosas poseidas, para saber si el hecho era natural ó sobrenatural. Celso Cesalpino redactó en contestacion un tratado, que existe, donde espone con toda latitud los portentos atribuidos á la magia sin decir nada para combatirlos. Argumentando después con Aristóteles, afirma que existen inteligencias intermedias entre Dios y el hombre, pero añade que no pueden comunicarse con nosotros (72). La conclusion evidente parecia deber ser la de que las hechicerías de que se trataba no eran efectivas y reales; pero se limita á declarar (tantas consideraciones creia debia tener con la opinion de aquel tiempo) que no son naturales, y que deben aplicárseles los remedios de la Iglesia.

Entre otros muchos, Juan Wier, protomédico del duque de Cléveris (73), atacó con atrevimiento las preocupaciones de su siglo, descubriendo los fraudes, explicando naturalmente los hechos considerados como maravillosos, y exhortando al emperador á evitar el derramamiento de sangre inocente de personas engañadas. Niega la generacion espontánea de los animales; que puedan salir agujas por la boca, y huesos de cereza vegetar en el vientre; afirma que las enfermedades no se curan con sortilegios, que el incubo procede de la san-

*gido con mis manos y echado fuera de la cama. Te diría, además, que podría contar te desde el principio hasta el fin todo lo que has hablado ayer con el embajador, porque todo lo he oído y comprendido. A estas palabras contestó el duque que no era posible; pero á fin de convencerse hizo salir á cuantos se hallaban presentes, y pidió que le contase lo que habia pasado con el embajador. Entonces le repitió el espíritu, por boca de la mujer, palabra por palabra toda la conversacion como si hubiese estado presente, en el mismo órden y del mismo modo que habia pasado; de lo cual se maravilló tanto aquel señor, que desde entonces creyó siempre que los espíritus malignos andaban errantes tanto en el aire como en los cuerpos humanos.»*

(62) *De dæmonomagia, sive de dæmonis cacurgia, comagoruu et lamiarum energia*, 1607.

(63) *Epitomen delictorum, in quibus aperta vel occulta invocatio dæmonum intervenit*.

(64) *Processus juridicus contra sagas et veneficos, una cum decisionibus quæstionum ad hanc materiam pertinentium*, 1630.

(65) *Fortalitiu fidei*.

(66) *De hæresi*.

(67) *De pythonicis mulieribus*, 1480.

(68) *De lamiis et excellentia utriusque juris*.

(69) *Pavergon Juris*. «Apenas (dice, lib. VII, cap. 22)

estaba yo de vuelta en el alojamiento, revestido con las insignias de doctor (1517), cuando se me ofreció la primera causa sobre la cual tenia que evacuar una consulta de derecho. Un inquisidor encargado de perseguir la depravacion herética en los valles subalpinos habia ido á buscar á los herejes á quienes llamamos hechiceros. Ya habia quemado más de ciento, y casi todos los dias ofrecia otras nuevas víctimas en holocausto á Vulcano, de las cuales muchas merecian más bien purgarse con eléboro que con el fuego. En fin, habiendo tomado las armas las gentes del país, se opusieron á aquella violencia y apelaron de la sentencia al obispo, quien me envió los autos, y me pidió parecer.»

(70) *De superstitionibus*.

(71) *Discovery of Witchcraft*, 1584.

(72) *Dæmonum investigatio peripatetica, in qua explicatur locus Hippocratis, si quid divinum in morbis habeatur*. Florencia, 158c.

(73) *De prestigis dæmonum et incantationibus ac beneficiis*, lib. VI.

*Liber apologeticus, Pseudomonarchia dæmonum*.—*De Lamiis*. Basilea, 1564.

gre coagulada; declara que hay ilusiones diabólicas, pero que el que se encuentra sometido á ellas, es víctima y no cómplice del demonio. Esta obra causó gran trastorno, y poderosos adversarios se levantaron para combatirla, no sólo entre los católicos, sino también entre los protestantes. De este número fueron los médicos Tomás Erasto y Daniel Sennert, Lamberto Daneo, Juan Campano, Hemming, Rainoldo, Perkins, Jacobo, rey de Inglaterra, en su *Demonologia*, y sobre todo el ilustre Juan Bodin. Este último enumera quince capítulos de acusación, por los cuales habian sido enviadas á la hoguera las hechiceras. Renegar de Dios, blasfemar, adorar al demonio, inmolarse niños, sacrificárselos antes del bautismo, consagrárselos antes de su nacimiento, prometerle sectarios, jurar en nombre del diablo, cometer incestos, matar personas para cocerlas y comerlas, alimentarse con los cadáveres de los ahorcados, hacer morir con venenos y sortilegios, hacer mal de ojo á los frutos y al ganado, y en fin, tener comercio carnal con el demonio; crímenes de los cuales el menor merece, segun él, la muerte más cruel.

Bodin tuvo por contradictores á Juan Jorge Godelman (74) y á Martin Biermann (75); pero Martin Delrio, jesuita flamenco (76), derrotó á todos los opositores. Justo Lipso le llama el prodigio de su siglo (77), y Manzoni dice que sus vigiliias costaron la vida á más hombres que las hazañas del mayor conquistador. Su obra, en la que desplegó mucho talento y una gran erudición, «fue el texto más imponente y la regla más irrefragable, dió poderoso impulso á los asesinatos legales, horribles y no interrumpidos.»

Está dividido en seis libros, y cada uno de ellos en varias cuestiones. Después de haber hablado de los demonios en general, y la necesidad de tratar de ellos completamente en un momento en que el maleficio se asocia á la herejía, el autor habla de la magia, que divide en natural, artificial y diabólica. Ocupándose de cada una de ellas, trata primero de los amuletos, de las palabras misteriosas, de los números, y sobre todo de la alquimia. Pasando en el libro II á la magia diabólica, revela los pactos con el diablo, tanto extrínsecos como intrínsecos, y refiere una infinidad de historias de todos los pueblos y épocas; inquiere hasta donde

(74) *De magis, beneficiis et lamiis.*

(75) *Ἐξέτασις de magis actionibus.*

(76) *Disquisitionum magicarum libri sex, quibus continentur accurata curiosarum artium et vanarum superstitio- num confutatio, utilis theologis, jurisconsultis, medicis, pilogis.* Me sirvo de la edicion de Lion, 1612.

(77) El mismo Lipso decia de esta obra:

*Hic pura et liquida omnia; hic venena  
Nula que timeas opinium.*

Con permiso de sus superiores dice que sus libros son *gravius doctorum, theologorum, iudicio approbatus*; y el censor los aprueba, porque no contienen nada *quod catholicae fidei adversetur.*

llega el poder de los magos sobre las cosas esterores, si el demonio puede servir de incubo y de sucubo, deteniéndose en la multitud de otras cuestiones que nacen con motivo de esta impureza; si es capaz de hacer que los cuerpos sean penetrables, trasformarlos, hacer hablar á los animales, rejuvenecer, causar éxtasis y resucitar á los muertos. Refiere tambien diferentes apariciones de difuntos en cada siglo, pero sobre todo en el suyo, todas fuera de duda, y en las que sin embargo no hay motivo para suponer la intervencion del diablo. Se encuentra en el mismo libro el discurso sobre las hechiceras y sus asambleas, cuya realidad no duda en reconocer, hasta la prueba y da detalles. Habla en el libro III de los maleficios que se pueden verificar con polvos, yerbas, pajas, ungüentos, con el soplo, las palabras, las amenazas, los cargos, las alabanzas, con agua bendita y otras cosas sagradas: maleficios que tienen por objeto procurar el insomnio, el odio ó el amor, fascinar, envenenar, facilitar los partos ó retardarlos, retirar la leche, hacer morir á aquel cuya imagen se atraviesa, incendiar, ligar, producir en el cuerpo gran cantidad de cosas extraordinarias.

¿Pero por qué permite Dios que los demonios obren tan audazmente sobre las criaturas? ¿Por qué pudiendo dañar por sí mismos, se sirven de los demás como instrumentos? Esto es lo que pretende explicar. El mismo libro contiene la enumeracion de vanas observancias, catálogo sin fin de actos supersticiosos para todos los accidentes de la vida.

El libro IV trata de la adivinacion de las cosas futuras, distinguiendo lo divino de lo que es humano y diabólico, las profecias, las revelaciones, las conjeturas, los oráculos y la adivinacion. A este libro se refiere lo concerniente á la nigromancia, la hidromancia, la licanomancia, la catoptromancia, la cristalomancia, la dactilomancia, la quiromancia, la aeromancia, la coscinomancia, la axinomancia, la cefalomancia que se relaciona con la frenologia. Después llegan el aruspicismo, los pronósticos astrológicos, la explicacion de los sueños y de las suertes. El autor se ocupa tambien de las loterias, que admite como lícitas á condicion de observar en ellas algunas reglas de equidad, que con vergüenza de los gobiernos no están adoptadas aun en el día. Coloca en esta categoria las purgaciones, los juicios de Dios, de que hemos hablado en otra parte, y con cuyo motivo espone los motivos, los ritos, y los límites con reflexiones de oportunidad que se han escapado á filósofos más sútiles que él.

Pasa en el libro V al oficio del juez, y revela los deplorables medios empleados para intentar aquéllos inicuos procesos. Aunque comienza declarando que su intencion es evitar con esto los abusos cometidos por algunos, él mismo manifiesta que no se trataba ya de probar el crimen, sino de convencer á los acusados. No sólo enseña que el juez puede emanciparse de todas las reglas comunes, sino que llega hasta inclinarlo á la mentira y hasta prometer al acusado que si confiesa, *hard*

un favor, entendiéndose á la república, y que su confesion le procurará la vida, y por restriccion mental, la eterna. Trata en libro el VI de los más sagrados y delicados deberes del confesor en aquella materia, y defiende á todo trance la inviolabilidad sacramental del secreto. Segun él, el confesor es á la vez juez y médico, y debe indicar los remedios para aquella nueva plaga. Sostiene contra los protestantes el uso de las reliquias, escapularios, toque de campanas, bendiciones, agua bendita, agnus Dei, pequeños panes, exorcismos y sal consagrada.

Si se deja á un lado la iniquidad fundamental de la cosa, es difícil encontrar un tratado que apure tan completamente su asunto, y donde se halle recopilado con tanta erudicion todo lo que se ha escrito sobre los prodigios de la naturaleza y de la imaginacion. Muchos de ellos están esplicados con razones poco comunes entonces, otros muchos rechazados con sana crítica, y no pocos aceptados como verdaderos, apoyándose en tésigos oculares ó afamados sabios.

Cuando la opinion del vulgo y de los hombres instruidos se encontraba de esta manera estraviada, no es de admirar que los obispos y pontifices creyesen deber remediar una infamia de cuya verdad no se dudaba (78). Pero entre las bulas pu-

(78) El 15 de diciembre de 1588, Agustin Valerio, obispo de Verona y cardenal, publicaba una pastoral en la que deploraba que «hubiera personas, aunque de vil y baja condicion, que hubiesen pactado con el infierno, es decir, con el demonio infernal, dedicándose á supersticiones, encantamientos, hechicerias y otras abominaciones semejantes.»

En 1494, el papa Alejandro VI, habiendo sido informado; in provincia Lombardia diversas utriusque sexus personas incantationibus et diabolicis superstitionibus operam dare, suisque beneficiis et variis observationibus multa nefanda scelera procurare, homines et jumenta ac campos destruere, et diversos errores inducere, manda á los inquisidores perseguirlos.

En 1521, Leon X: *Quoddam hominum genus perniciosissimum ac damnatissimum labe hæretica, per quam suscepto renuntiabatur baptismatis sacramento, Dominum abnegabant, et Satana, cujus consilio seducebantur, corpora et animas conserebat, et ad illi rem gratam faciendam in necandis infantibus passim studebant, et alia maleficia et sortilegia exercere non verebantur...* Se dirige á los inquisidores de Venecia.

En 1523, Adriano VI escribia á los inquisidores de Como: *Reperita fuerunt quamplures utriusque sexus personarum diabolium in suum dominum et patronum aussumentes, eique obedientiam et reverentiam exhibentes, et suis incantationibus, carminibus, sortilegiis, aliisque nefandis superstitionibus jumenta et fructus terræ multipliciter lædentes, aliqua quamplurima nefanda, excessus et crimina, eodem diabolo instigante, committentes et perpetrantes, etc.*

En 1623, Gregorio XV manda que se dé muerte, emparedándolos, á todos los autores de maleficios, que cuando no matan, causan enfermedades, divorcios, impotencia para engendrar, muchas pérdidas de animales, trigos, frutos, etc.

En sama, los inquisidores se apoyaban en ciento tres bulas de los papas.

blicadas con respecto á este asunto, la más célebre fué la de Sixto V en las nonas de enero de 1585 (*Cæli et terræ creator Deus*). Condena en ella la geomancia, la hidromancia, la aeromancia, la piromancia, la oniromancia, la quiromancia, la nigromancia, prohibiendo echar suertes con dados, granos de trigos ó habas, hacer pactos con la muerte ó el infierno para encontrar tesoros, consumir actos criminales, practicar encantamientos, quemar perfumes y cirios al diablo. Aquel pontífice reprobaba también igualmente á los que interrogan al demonio sobre lo futuro en los poseidos, como también en las mujeres línfáticas y fanáticas; condena también á los que conservan al diablo en redomas, y le adoran untándose la palma de la mano ó las uñas con agua ó con aceite. Prohibe además leer los libros de astrologia, así como formar horóscopos, trazar pentágonos, y practicar las demás supersticiones que tenían crédito entonces.

Wier afirma que los protestantes se manifiestan aun más convencidos que los católicos de la verdad de las asambleas nocturnas de hechiceros; y Tommasio (79) dice que no se atrevian á contradecir á Delrio, aunque habia tratado muy mal á Lutero y á la Reforma, y que se instruian continuamente entre ellos deplorables procesos. En efecto, Lutero creia tanto en las obras del demonio, como si fuera una pobre campesina: Melancton defiende la astrologia ó destino físico contra Pico de la Mirandola, refiriendo numerosos casos precedidos por conjunciones de planetas, y no contribuyó poco su sufragio á fortificar aquella creencia entre los reformados. Beza tachaba de incredulidad al parlamento de Paris, porque titubeaba en condenar á las hechiceras á muerte, á cuya acusacion el consejero del rey, Florimundo de Remundis, se apresuró á contestar en su *Antecristo: Nuestros registros manifiestan lo contrario.*

El jesuita Federico Spée, noble wetsfaliano, de

San Carlos, en el primer concilio provincial: *Magos et maleficos, qui se ligaturis, nodis, caracteribus, verbis occultis mentes hominum perturbare, morbos inducere, ventis, tempestati, aeri ac mari incantationibus imperare posse sibi persuadent aut aliis pollicentur, ceterosque omnes qui quovis artis magica et beneficii genere pactiones et fœdera expresse vel tacite cum demonibus faciunt, episcopi acriter puniant, et e societate fidelium exterminent.* Act. 5.

Coincidió con la visita de monseñor Bonomo á la diócesis de Como, un edicto del obispo Felipe Visconti sobre el modo de exorcisar. «Que no se encargue este trabajo más que á un pequeño número de sacerdotes; que éstos se informen antes del médico para saber si la enfermedad depende de causas físicas ó vejaciones del demonio, que no la desempeñen nunca fuera de la iglesia parroquial y sin tener la sobrepelliz y la estola, que dos parientes ó personas honradas asistan á la ceremonia, si se trata de mujeres, sin tocarlas de otra manera que poniéndolas la mano en la cabeza; que se abstengan de dar medicamentos, y dirigir al diablo preguntas sobre cosas curiosas ó supersticiosas.»

(79) *De origine processus inquisitorii contra sagas*, párrafo 81. Atribuye sin razon á Inocencio VIII la institucion del procedimiento inquisitorial.

Kaiserwerd, elevó su voz con vigor y éxito contra aquellas legales carnicerías. Habiendo asistido á varios condenados en sus últimos momentos, pudo convencerse de que perecían inocentes. Sin emprender el rechazar abiertamente la posibilidad de la magia, en la que manifiesta no creer (80), se contentó con sostener que muchos eran condenados por este motivo, sin ser criminales, y concluía diciendo: «Aseguro bajo juramento no haber acompañado á la hoguera á una sola de aquellas mujeres, de que pueda atestiguar prudentemente que era culpable: otro tanto me han dicho dos teólogos muy concienzudos; y sin embargo, he empleado todo cuidado en reconocer la verdad.» Bastaba, en efecto, poner al público en expectativa, para estar cierto de que la razon concluiría por lucir á pesar de ciegas autoridades. Por lo demás, no había tenido cuidado en no herir la opinion comun; tanto, que el protestante Federico Bierling se admira de que un católico se haya atrevido á escribir cosas que un celoso partidario de la verdad apenas osaría formular sin esponerse á las burlas (81).

Describe Spée de una manera interesante la naturaleza y marcha de la instruccion criminal. Las primeras sospechas de magia escitan hasta un grado increíble la supersticion del vulgo, la envidia, la calumnia y las murmuraciones. Todos los castigos con que Dios amenazó en las Santas Escrituras se han realizado por las hechiceras: nada se hace por Dios ni por la naturaleza; todo procede de ellas. La multitud se amotina, pues, para pedir á voces que el magistrado proceda contra crímenes que ella ha creado por su charlataneria, y el príncipe dispone que se instruyan procesos. Tanto los jueces como los consejeros no saben por donde comenzar por falta de pruebas y hasta de indicios. Sin embargo, las instancias se aumentan; la multitud clama contra estas dilaciones que le inspiran sospechas; los mismos príncipes están convencidos, y es cosa grave no obedecerlos en Alemania, donde se aprueba todo lo que les place. Préstanse, pues, los jueces á lo que se espera de ellos, y buscan un ardid en que fundar el proceso. Si lo retardan, ó si la indignacion los contiene, pronto se presenta un inquisidor especial, cuya impericia y ardor se llama justicia. El celo es escitado por el galardón del premio, sobre todo entre las personas viles y cargadas de familia, que reciben algunas monedas por cada individuo que se quema, sin hablar de los provechos eventuales y de las contribuciones que los inquisidores pueden exigir libremente á los campesinos (82).

En efecto, cuando circula por alguna aldea noticias de hechiceras, el inquisidor á quien se apela promete ir á estirpar el azote. En el interin envía á un recaudador para recoger las ofrendas anticipadas. Va después él: el espanto y la relacion de los desafueros se aumentan con dos ó tres procesos, y manifiesta como que quiere marcharse, hasta el momento en que nuevas retribuciones procuradas por el mismo recaudador consiguen detenerle.

Estos abusos, y otros peores aun, eran muy frecuentes no sólo en Alemania, sino tambien en Italia; el mismo juez se hacia acusador, recibia las denuncias secretas, admitia las de las personas interesadas, y se apropiaba una parte de los bienes de los condenados. No podemos citar un testimonio más elocuente ni más severo que los legajos de los procedimientos publicados por la inquisicion romana, en el que se repueban altamente y se prescriben las reglas más razonables y humanas. Pero siendo la base falsa, no se podia menos de caminar de error en error. La misma inquisicion romana, proclamada como la más benigna de todas, no dejaba de incurrir en estas enormidades, producidas por la adopcion del procedimiento secreto.

Continuemos siguiendo con Spée la marcha de aquellas instrucciones criminales. Si el dicho de un energúmeno ó alguna noticia falsa denuncia particularmente á alguna humilde y pobre criatura (83), al momento se la cita. Pero para que no aparezca que se sujetan únicamente al rumor público, se proporcionan al momento un indicio con este dilema. O Gaya tuvo mala vida, y entonces se la puede presumir inclinada al mal, ó fué buena su conducta, y esta máscara es la que suelen tomar las hechiceras. Es, pues, presa, y aquí se presenta otro dilema: si se manifiesta asustada, es una prueba de que su conciencia la acusa; y en el caso contrario, es lo que con más frecuencia hacen las hechiceras, que no dejan nunca de proclamarse inocentes.

Con el objeto de procurarse además otros indicios, el inquisidor y sus gentes, escoria generalmente de la sociedad, se informan por todas partes de la vida anterior de la acusada. Ahora bien, es imposible que no haya alguna palabra ó algun

(83) ¿Cómo descubrir á las hechiceras? se preguntó Rategno. Véase su respuesta: «Unas veces por conjeturas, otras por confesion de sus compañeras, en atencion á que se conocen entre sí en su arte, aunque el diablo puede haber tomado su forma para el aquelarre. Se les reconoce tambien si manifiestan algun desprecio al Santísimo Sacramento, si vuelven la cara por no ver la cruz, si amenazan á alguno de quien estén descontentos con alguna desgracia, y si en efecto sucede. Matias Berlica habla de un labrador que, para conocer á las hechiceras, ponía en un saco tantos ovillos de hilo como mujeres habia en su aldea. Después de haber dicho ciertas palabras, comenzaba á sacudir sobre el saco grandes palos, luego iba de casa en casa, y si encontraba alguna mujer con cardenales, la denunciaba como culpable; puesta después en el tormento, preciso la era confesar.»

(80) *De tripudiis seu conventibus an unquam corporatiter fiant non parum dubitari potest: et utinam quis eruat accuratius.* Dub. 48.

(81) *De pyrrhonismo historico*, c. IV, pár. 5.

(82) La Peyrere, autor de una historia de Groenlandia, á quien se preguntaba por qué habia tantas hechiceras en el Norte, contestó: *Porque los bienes de las que condenan á muerte se confiscan, y una parte corresponde á los jueces.*

hecho susceptible de recibir alguna maligna interpretación que huelga á maleficio; es fácil además encontrar personas que la tenga mala voluntad y se aprovechen de cualquiera ocasion para vengarse. Aumentados así los cargos, se le aplica al tormento, si no ha sido sometida ya á él á su arresto (84) No se le concede ni abogado ni defensa completa, en atención á que se trata de un crimen escepcional; el que emprendiera defenderla sería llamado abogado de las hechiceras, y adquiriría mala fama. Con frecuencia, y con el objeto de que no se diga que la desgraciada ha estado privada de la facultad de defenderse, se atienden á las generalidades y se le notifican los indicios. Pero aun cuando los refutara y consiguiera disculparse, no por eso se disminuye la fuerza; se la vuelve á su calabozo para que pueda examinar con más detención si debe persistir obstinándose, creyéndose que es así cuando se defiende; y si consigue probar su inocencia plenamente, se le forma un nuevo cargo, reducido á que no sería tan elocuente, si no fuera hechicera.

Después de haberla dejado toda la noche entregada á sus meditaciones, se la oye de nuevo el día siguiente, y se la lee el decreto de tormento, como si nada hubiera probado. Para esto se le examinan primero por el verdugo todas las partes más secretas de su cuerpo, y se le corta el cabello, á fin de que no pueda conservar sobre sí ningún amuleto mágico contra el dolor. Aplícasele entonces con el objeto de que revele la verdad, es decir, que se confiese culpable. Cualquiera otra cosa que diga, no es ni puede ser la verdad. Sométesela primero á un tormento ligero; ligero, decimos, en comparación á otros que son atroces: si se decide á confesar, se dice entonces que lo ha hecho sin violencia. ¿Cómo, siguiendo esta asercion, no creer culpable á la que se ha confesado tan espontáneamente? Pero es condenada, aun cuando persista en negar; porque una vez sufrido el tormento, no hay medio de libertarse: es preciso morir ya confiese ó no. Hecha la confesion, no hay remedio; el

retractarse sería en vano. Pero si la acusada se obstina en negar, se repite el tormento dos, tres y cuatro veces (85), tantas como se quiere, en atención á que en los crímenes escepcionales, no se tiene consideracion al tiempo ni al rigor de los tormentos, ni tampoco á su repeticion. Si en medio de las angustias, Gaya mueve la vista por el dolor, dicen que busca á su infernal amante; si permanece con ella quieta, es que le ha encontrado; si su semblante se contrae, es que se rie; si no interrumpe el silencio, si se desmaya, dicen que duerme en los tormentos por el maleficio de taciurnidad. En su consecuencia se la puede quemar viva, como se hizo últimamente con algunas (el jesuita es siempre el que habla) que persistieron en negar, después de haber sufrido el tormento varias veces; sus confesores y religiosos dicen entonces que ha muerto obstinada é impenitente sin querer faltar á la fe prometida á su amante. Si muere en los tormentos, dicen que el diablo le ha retorcido el cuello (86), y en su consecuencia, su cadáver es arrastrado por las zarzas por el verdugo, y enterrado debajo de la horca.

Si sin embargo de todo Gaya no sucumbe y no se atreven á atormentarla con más pruebas, ni á quemarla sin que confiese, la conservan presa, cada vez con más rigor, un año ó hasta que ceda. Porque nunca puede quedar disculpada ni libre con los tormentos sufridos, como la justicia lo exige; sería una vergüenza para los inquisidores soltarla después de haberla preso: criminal ó no, debe ser culpable desde el momento en que se han apoderado de ella (87). En el interin, le mandan sacerdotes que, sin esperiencia é impulsados por un fogoso celo, y más importunos que los verdugos, incomodan á la desgraciada hasta que se confiesa culpable; le aseguran que si no lo hace así, no podrá salvarse ni recibir los sacramentos. Se guardan bien de mandar sacerdotes sensatos y tranquilos, ni á nadie que pueda instruir al príncipe, en atención á que nada temen tanto como descubrir la inocencia. Mientras que Gaya permanece presa, no dejan los jueces de inventar subterfugios, no sólo para convencer á la culpada, sino para procurarse tambien nuevos indicios. Algunos por complemento la hacen exorcisar, cambiar de lugar, y

(84) Dos ligeros indicios, está escrito, bastan para aplicar el tormento á un acusado (RATEGNO, pág. 37). No hay siquiera necesidad de que el inquisidor y el obispo ó su vicario estén conformes en ello (pág. 79). El juez solo puede á su antojo apreciar los indicios para atormentar. Debe prodigarse más cuanto más secretos sean los crímenes de que se trata (pág. 82). Que primero se ensaye si hay algun medio más fácil para llegar al descubrimiento de la verdad; que aquellos de quienes se espera más veracidad sean los primeros á quienes se atormente; de las mujeres á las más débiles, al hijo antes que al padre y en presencia de éste. El ojo del juez era el árbitro y daba la medida del tormento (pág. 84). El que tenga menos de catorce años no debe ser puesto en el tormento, aun cuando no se le pueda hacer confesar la verdad con el azote y los golpes; tampoco se aplicará á los ancianos que pasen de setenta años y á las mujeres reconocidas por estar en cinta.—Citamos en esta nota otras autoridades en atención á que se podría suponer que Spée, como interesado, ha podido exagerar.

(85) «¿Cuántas veces se puede aplicar al acusado el tormento por haberse retractado de su confesion? dice Pegna (*Flores Comm.* pág. 3). R. Dos ó tres.» Rategno se expresa de esta manera (pág. 881): «Si el acusado niega después de haber confesado en los tormentos? Contesto: está obligado á perseverar en aquella confesion; si no los tormentos se repiten hasta la tercera vez.» Delrio cita á un caballero westfaliano que *viciis sæva questioni subditus*, no confesó, pero el verdugo le dió una bebida que embriagaba, y entonces cedió.»

(86) *Constitit flagitii reos in tormentis á demone fuisse strangulatos.* RIPAMONTI, *De peste*, 115.

(87) *Perseverant ne videantur frustra capisse*, decia Tácito; lo que puede aplicarse á gran número de procesos en todos los siglos.

atormentar de nuevo, para ver si el encantamiento de taciturnidad se ha destruido. Pero si nada basta, la envían á la hoguera.

¡Pero Dios mío! si ha de perecer, confiese ó no, ¿qué refugio le queda? ¿cuál era ¡ay! tu esperanza, desgraciada? ¿por qué no te has declarado culpable desde el momento en que fuiste presa? ¡Insensata, que quieres sufrir mil muertes, cuando puedes conseguir una sola! ¡Sigue un buen consejo, confiéstate criminal y muere! De ninguna manera puedes escapar porque el celo alemán no lo comprende así.

Si alguna desgraciada se acusa á sí misma á fuerza de tormentos, difícil sería describir su desdicha: no sólo no hay salvación para ella, sino que se ve precisada á acusar á otras á quienes no conoce, cuyos nombres se los sugiere el juez inquisidor ó el verdugo, ó de quienes ha oído hablar anteriormente como sospechosas ó como acusadas ya. Y como éstas se ven á su vez obligadas á denunciar á otras nuevas, puede conocerse qué ocupación tan grande resulta. Es, pues, preciso que los jueces corten los procesos, ó condenen su propio sistema, quemén á sus mismos secuaces, á ellos mismos y á todo el mundo, porque las falsas denuncias concluirán por estenderse á todos, y será fácil demostrar la culpabilidad con poco que ayude el acaso, de tal modo, que los mismos que al principio opinaban con mayor tenacidad por el fuego, sin prever que les tocaría su vez necesariamente, permanecerán envueltos en la proscripción.

En efecto, refiere el jesuita en otra parte, que un fraile fué acusado por varias hechiceras de haber estado en el conventículo á una hora en la que todos sus demás hermanos en religion le habían visto cantar en el coro, y un príncipe de Alemania preguntó á otro si se podía intentar un proceso á un individuo denunciado por diez ó doce hechiceras, y como el religioso le contestase afirmativamente, en atención á que el diablo nunca podía simular la persona de un inocente; el príncipe le mostró las declaraciones de quince mujeres que atestiguaban haberle visto en el juego criminal, lo que le confundió y redujo al silencio.

Pero continuemos con Spée el proceso cuya relación supuesta hace. Mientras que está instruyéndose, y las pobres mujeres que atormentan designan otras, espárcese la noticia de que tal ó cual es denunciado. Los que designan, ó huyen, lo cual es un indicio de culpabilidad, ó permanecen, y esta es una señal de que el demonio los sujeta. Si alguno se presenta á los inquisidores para defenderse y hacer frente jurídicamente al mal, se considera que ha sido impulsado por su conciencia á obrar de aquella manera sin que se haga ninguna indagación sobre aquel asunto. Por más que trabaje, la mala fama le queda; y cuando haya adquirido, después de uno ó dos años, bastante consistencia, no será preciso más para que se le ponga en el tormento, aunque la causa originaria de aquella fama que le pierde no exista más que en

las primeras denuncias, y Spée dice haber visto ejemplos de todo esto.

Lo mismo acontece á cualquiera que ha sido una vez blanco de la calumnia por parte de algun malevolo. Si no se defiende en juicio, el que calla otorga. Si se defiende, la calumnia se estiende más; las sospechas y el espionaje le ayudan, y pronto el rumor público le aniquila. Nada más fácil que encontrarse nombrado durante el tormento. En su consecuencia resulta este corolario, que si los procesos continúan, nadie, cualquiera que sea su sexo, fortuna, clase ó dignidad, tendrá seguridad, con poco que un enemigo ó un detractor haya hecho concebir de él sospecha de magia. Así es, dice Spée, que por cualquiera parte que dirija mis miradas, la justicia me parece en gran peligro en la época actual, si no se remedia de otra manera.

De esta suerte es como se espresa aquel intrépido jesuita, añadiendo que sabe los medios de estirpar los desafueros de aquella especie. Aunque no se atreva á indicarlos, es probable que es el aconsejado por Malebranche, á saber: renunciar á perseguir á los pretendidos hechiceros. Como era de esperar, multitud de adversarios, sobre todo, entre los protestantes (88) emprendieron refutar á este anticipado Beccaria; pero él obtuvo la más estimable recompensa, pues muchos príncipes de Alemania abolieron aquellos procedimientos, entre otros Juan Felipe Schönbrunn, arzobispo de Maguncia, y el duque de Brunswick.

En el proceso de Moira, en Dalecarlia, en el siglo xvii, se declara que las hechiceras se reúnen en el Blocula en Suecia; que después de haber sido bautizadas por un sacerdote del diablo hacen una comida frugal sin vino, y á veces el diablo les quita el palo de la escoba y les da con él de palos riéndose. Estas son las declaraciones textuales. También se dijo en otra, que estando una vez enfermo el diablo, lo trataron con sangrias y vejigatorios; y como llegaron á temer que se muriese, hubo un luto general en toda la compañía. Sesenta y dos mujeres y quince niños fueron quemados por semejantes declaraciones.

Treinta años antes Antonia Bourignon, que había fundado un colegio de huérfanas en Lille, creyó haber visto á multitud de diablos negros revolotear encima de las cabezas de sus discípulas, y en su consecuencia las exhortó á permanecer alerta. Pocos días después, una de ellas, que había sido encerrada en el cuarto de disciplina, sale de repente, y cuando se la pregunta cómo se ha libertado, contesta que lo ha sido por un diablo con quien ha hecho pacto desde su infancia. Pronto todas las jóvenes dicen estar poseídas, y ser blanco

(88) Tales como Benito Carpovio, Daniel Sennert, Cristóbal Crucio, Merico Casaubon, Erico Mauricio, Teodoro Spizelio, José Glanvil, G. B. Van Helmont, Conrado Hartz, F. Garmann. Godofredo Voigzio, profesor en Hamburgo, en una tesis de *Conventu sagarum ad sua sabbata*, sostuvo la realidad de las asambleas nocturnas.

de las tentaciones nocturnas por parte del diablo, para asistir á los bailes del aquelarre. Recúrrese á los exorcismos, después á los procesos, y entáblase una discusión entre los capuchinos que creen y los jesuitas que dudan; por su parte los parientes de las alumnas acusan de magia á la Bourignon, que conoce cuán peligroso es escitar las imaginaciones de las jóvenes.

Numerosos casos de magia se verificaban en Inglaterra, y se hace mención en los estatutos de Enrique VIII, de Jacobo I, de Isabel, bajo cuya dominación se formó un célebre proceso á Warbais por hechicero. Barrington, en el vigésimo estatuto de Enrique VI, valúa en treinta mil el número de los procesos por hechicerías. El rey Jacobo escribió una obra sobre los artificios de aquéllos y sobre los espíritus malignos, cuyo pensamiento, con el objeto de adularle, llegó á ser de moda, y el parlamento espidió la orden siguiente: «Si alguno se vale de indicaciones ó conjuros de los espíritus malignos, consulta á algun demonio, mantiene relaciones con él y hace uso de sus servicios ó le recompensa; saca de la tumba á un hombre, una mujer ó un niño, la piel, los huesos ó cualquiera otra parte de un cadaver para hacer con ello hechizos, magia ó conjuros; ó ejerce cualquiera otra especie de brujerías, magia ó conjuro, por el cual alguno sea muerto, ofendido, herido, estenuado ó estropeado en alguna parte del cuerpo; aquel que lo hiciere ó se le probare haberlo hecho, perderá la vida.»

Aun era peor en Escocia, sobre todo después de la Reforma. El acta setenta y tres del noveno parlamento de la reina Maria decretó la pena de muerte contra los hechiceros, y los que tuviesen trato con ellos. Los procesos se generalizaron en tiempo de Jacobo VI, como instrumento de calumnias; y se ve aparecer las hechicerías principalmente en las causas de envenenamiento. Refiérese entre otros uno que se intentó por medios mágicos en las personas del rey Jacobo y su mujer (1591). Una criada, llamada Gelis Duncan, sobre quien recaían las sospechas por ciertas curas extraordinarias que había hecho, fué puesta en el tormento. Le apretaron la cabeza con una cuerda, y los dedos con cuñas, sin que se lograra confesara nada, por lo que se infirió que tenía pacto con el diablo; pero apenas se descubrió una mancha lívida que tenía en el pecho, cuando quedó roto el encanto. Confesó entonces sus sortilegios y numerosos cómplices, de los que pusieron presos á unos cuarenta, entre los cuales había señoras de elevada categoría. El principal acusado era un tal Cunningham, llamado el doctor Fian y el Maestro. Se le sometió á horribles tormentos, apretándole primero la cabeza con violencia, comprimiéndole después hasta tres veces las piernas en borceguíes, de tal manera, que confesó los horribles detalles del crimen de lesa majestad, para el cual había recurrido á los maleficios. Pero apenas se vió libre, cuando se retractó de sus confesiones. Comenzaron

de nuevo á martirizarlo, clavándole entre las uñas pequeños clavos con dos puntas, después machacándole los dedos; y sin embargo, resistió á estos terribles dolores. Aplicáronle de nuevo los borceguíes, que convirtieron sus piernas en una llaga por donde salían los huesos á traves de las carnes destrozadas. Vencido en fin por el dolor, dió cuenta de todo, pero con circunstancias tan ridículas, que Jacobo exclamó *¡Estas gentes son unos grandes impostores!*

Aquel rey que nunca dejaba de asistir al interrogatorio, quiso, como verdadero aficionado á la diablería, ver á la Gelis Duncan ejecutar el baile del sábado. Sabía que el diablo le había tendido varias veces lazos, pero inútilmente. Un día que había emprendido un viaje por mar, los espíritus infernales se reunieron para su pérdida. Fian había escrito cartas de convocatoria; de manera, que doscientas hechiceras por lo menos acudieron embarcadas en cribas y tamices, é hicieron desencadenar la tempestad. Cuando saltaron en tierra comenzaron á beber en sus tamices, y fueron en procesion á la iglesia de Northberwick, donde el diablo se presentó entre ellas, é hicieron el aquelarre con las ceremonias descritas punto por punto en la indagatoria. En su consecuencia, se quemaron gran número de personas hasta de elevada clase. Formáronse otros procesos en aquel país por los reformatos, sobre todo por los puritanos, que en su asamblea de 1640 mandaron á todo ministro de su secta tener nota de los hechiceros de su parroquia, y presentarla ante el juez.

Howel, uno de los más ilustrados de su tiempo, é historiador del rey, creyó en los maleficios y aprobó los castigos que se impusieron en 1646, cuando sólo los tribunales de Essex y Suffoch mandaron ajusticiar más de doscientos. El cura Glanville, precursor de Hume en su escepticismo sistemático, creyó ciertamente en las brujas y en las apariciones (89).

En 1651, el inglés Pordage vió con sus sábios discípulos, desfilár delante de él las potestades infernales en carros que cruzaban oscuras nubes y eran arrastrados por leones, dragones y tigres; y en su comitiva espíritus del abismo con orejas de gato, y todos contrahechos: se les veía también con los ojos cerrados, en atención á que no era con los del cuerpo con los que se les apercibía, sino con los del alma. Hacia el año 1670, habla Aubrey, en su periódico inglés, de una aparición y de poseídos, como de una cosa comun. Zacarias Grey, editor del *Hudibras*, manifiesta haber visto una lista de tres mil víctimas, muertas por sortilegios en Inglaterra durante el largo parlamento.

En 1661, primer año de la restauración, se dictaron veinte sentencias por crímenes de esta clase por el tribunal judicial de Escocia, y con frecuen-

(89) *Consideraciones filosóficas sobre la existencia de las brujas*. Londres, 1666.

cia se daban comisiones particulares, principalmente á sacerdotes, para instruir semejantes procesos. Añadiremos un hecho que tuvo importancia en el porvenir. Hácia el año de 1600 miss Shaw, doncella de Paisley, en Escocia, habiendo sido maltratada por una criada, de su casa, comenzó á gritar que ésta queria hechizarla, haciendo creer la acusacion, las convulsiones que le produjeron la cólera. La criada confesó el delito con ayuda de los medios de costumbre, denunciando á multitud de personas, de las cuales veinte fueron condenadas á diferentes penas, cinco entregadas al fuego, y una estrangulada en su prision por el diablo. Arrepentida miss Shaw, adoptó una vida retirada y laboriosa; se dedicó á hilar lino y cáñamo con tal perfeccion, que comenzaron á hacerle numerosos pedidos de fuera. Con objeto de satisfacer á ellos, estendió su manufactura, lo cual empezó á dar fama al hilo de Escocia, y aumentó la prosperidad de Paisley.

Desde entonces los magistrados, mejor inspirados, dirigieron los interrogatorios de manera, que el jurado tuviese que pronunciar la no culpabilidad. Una anciana de la parroquia de Loth fué no obstante quemada en 1708. El juez Powel buscó inútilmente demostrar en 1711 lo absurdo del proceso intentado contra Wenham; los jurados le declararon culpable. Pero él les preguntó si le creian verdaderamente culpable de haber tenido comunicacion con el diablo bajo la forma de un gato. La respuesta fué afirmativa, y esto era suficiente para garantizar el que el condenado obtendria su perdon. Todavia se ahorcó en 1716 á mistriss Hicks y á su hija, por haber dado su alma al diablo y levantado un huracan, quitándose las medias para lavarlas. Los americanos ingleses continuaron los procesos de hechicerias en el Massachusets, especialmente desde 1688 al 92, por encargo del ministro Cotton Mather, que se fundaba en la Biblia (90).

El parlamento de Paris condenó en 1617 á la mariscalca de Ancre por hechicera, cubriendo con esta absurda acusacion una venganza política. En 1634, Urbano Grandier, cura de Loudun, acusado de magia por las religiosas ursulinas de aquella ciudad, y por las declaraciones de Asmodeo, Astaroth, Cedon y otros espíritus de que se hallaban poseidas las hermanas, fué condenado á ser quemado vivo. Sin embargo, los doctores de la Sorbona declararon que no se debia creer en el diablo, porque era embustero. Pero el verdadero crimen de Grandier era haber escrito contra Richelieu; pues tanto entonces como en cualquiera otra época, los procedimientos secretos fueron seguros instrumentos para satisfacer el odio, la avaricia ó la ambicion. El parlamento de Normandía condenó tambien á una hechicera á muerte; pero Luis XIV conmutó la pena. Como se suscitaran

quejas, publicó el edicto de 1682, en el cual prueba la pretension de ejercer poderes sobrenaturales. ¡Tan obligada se encuentra la razon á proceder con cautela para conseguir estirpar el error!

Hauber dice, en la *Biblioteca mágica*, que se hicieron en Wurtzburgo, desde 1627 hasta 1629, veinte y nueve ejecuciones de cincuenta y siete hechiceros, entre los cuales se encontraban ancianos, mujeres, niños, extranjeros, sacerdotes, un senador y una hermosísima doncella. En Linden, desde 1660 hasta 1664, se quemaron á treinta personas de seiscientos habitantes. Se conservan en el castillo de Gleichenberg el protocolo de cuarenta causas de hechiceras enviadas á la hoguera desde 1689 hasta 1691; y se encuentra en los archivos de Hainfeld en Istria, toda la instruccion de un proceso célebre intentado en 1674 y 75, por el cual varias hechiceras fueron condenadas al fuego. La misma literatura emprendió la tarea de avivar aquella hoguera, pues se publicó una balada en 1629 con música é irrágenes que representaban aquellas aventuras diabólicas; lo que contribuia á darles crédito. Hermann Sampson imprimia en 1626 en Riga nueve sermones contra los hechiceros. Sin embargo, desde 1631 se habia publicado en Alemania la *Cautio criminalis*, que batia en brecha el procedimiento inquisitorial.

Tambien en Glaris, en 1786 fué quemada una hechicera, cuando hacia ya dos siglos que los otros paises suizos se encontraban libres de ellas: en Ginebra, donde habian existido mayores precauciones, sucedió el último caso de sortilegio en 1652. Trece personas fueron aun quemadas en 1729 en Segedin, en Hungria. Pero cuando en 1749 Maria Renata de Wurtzburgo fué entregada á las llamas, el horror fué general, y la voz de la razon encontró en todas partes simpatia.

El doctor Merklin recopiló en 1698 la série de enfermedades atribuidas á encantamientos (91), sin que sea posible decidir si cree ó no en las causas sobrenaturales; describe, por lo demás, con una precision científica, casos muy singulares en efecto, concernientes en su mayor parte á personas curadas después de haber depuesto ó desechado cuerpos extraños. Cree que pueden ser introducidos por medio de hechizos, pero que pertenece al arte de la medicina el ayudar á curar el mal (92).

(91) *Sylloge physico-medicinalium casuum incantationi vulgo adscribi solitorum, maximeque præ cæteris mirabilium decurias VI complectens, cum inspersis partim, partim subnexis huc spectantibus judiciis et curationibus.* Nuremberga, 1698.

(92) Véanse casos que merecen la atencion de los facultativos: \*Ledino Fischer ofrece, como síntomas de las enfermedades producidas por encantamiento, el horror al pan, las inquietudes, los ataques epilépticos, la repugnancia á los medicamentos que no agradan. Si el enfermo mete su brazo en un hormiguero, no siente las picaduras. Cuando se pone su orin al fuego en una vasija nueva, si hierve, no está hechizado; porque el de las personas que están bajo la influencia de algun maleficio no hierve nunca.\*

(90) BANCROFT, *Historia de los Estados-Unidos*, capítulo XIX.

Cuando Tommasio combatió en 1701 la hechicería y la magia en la universidad de Halle, apoyándose en los argumentos de Bekker, encontró en Alemania muchos contradictores. En 1725, Boissier se levantó en Francia contra el médico San Andrés, esforzándose en probar «que todo lo que se cuenta de sucesos mágicos y de las asambleas nocturnas de las hechiceras, es verdad.»

Pero las ciencias habian progresado, y dieron la esplicacion de varios fenómenos, considerados hasta entonces como milagrosos. La medicina dió la razon, ó demostró la analogia de numerosos casos. La jurisprudencia enseñó que la confesion del acusado no debe bastar para su condena. Cuando se pensaba con madurez el hecho que escitaba mayor sorpresa, que eran las concordancias de las diferentes deposiciones, se hallaba que sólo estaba reducida á las generalidades, pues todos habian oido hablar; los interrogatorios se habian puesto en este sentido, hasta el punto de que con frecuencia no se trataba más que de contestar sí ó no. En el proceso del Linden mencionado anteriormente, el inquisidor era un antiguo soldado: quiso, pues, saber lo que á los demás nunca se les habia ocurrido preguntar los nombres de los oficiales y principales capitanes del infierno. Dicen que obtuvo, con respecto á esto, respuestas precisas.

No estando considerada entonces la literatura como instructora del pueblo, los mismos que rechazaban la magia no trataban la cuestion sino citando textos y cánones sólo al alcance de los doctos; nada se dirigia al vulgo; así era que permanecia en sus ilusiones. Gerónimo Tartarotti, de Roveredo (93), fué el primero en Italia que presentó la cuestion al tribunal del público, negando la existencia del aquelarre, y refutando sobre todo á Delrio. Pero disminuyó su mérito en atencion á que aceptó y sostuvo la verdad de la magia. Admitiendo, pues, el poder inmediato del demonio, no se ve cómo podria negársele la facultad de trasladar á las hechiceras de un lugar á otro. Se limitó, pues, á sostener que en casos especiales repugnaba al buen sentido creer en aquellos viajes de las hechiceras, y sobre todo en su número.

Que no se diga que se vió obligado á hacer esta concesion á su siglo, porque Juan Reinaldo Carli (94) y Escipion Maffei (95) estendieron aquella negativa á todo arte diabólico inmediato, Tartarotti creyó que era de su deber combatirla y demostrar que, aunque habia considerado á las he-

chiceras como ilusiones, no por esto habia puesto en duda el poder del demonio. ¡Tanta fuerza necesita la razon humana para sustraerse á las preocupaciones de la educacion! (96)

El padre Concina, que posteriormente al año 1759 admitia en su estensa obra todos los prodigios de las hechiceras, y sobre todo sus relaciones carnales con los demonios, conforme con la opinion comun (97), probó cuán poderosa era la oposicion.

No parecerá que nos hemos estendido bastante sobre esta materia, si se considera que ésta es la revelacion del doble azote suspendido sobre la cabeza de aquellos hombres, tan joviales, sin embargo, del siglo xvi; el terror de los poderes maléficos y la cuchilla de una terrible justicia, cuyas persecuciones eran inevitables. Tendremos que hablar en otra parte, en el curso de este libro, de herejes contra los cuales se dirigieron los mismos procedimientos para aplicarles los mismos suplicios, y las penas que se estendian hasta sus hijos (98). Ahora bien, es útil, segun nosotros, señalar los errores tanto entre los doctos como entré el vulgo, y las atrocidades así violentas como legales de los siglos pasados, porque cada época tiene las suyas; y la maldicion y el desprecio de las gentes honradas debe tarde ó temprano hacer lucir la justicia.

(96) Los que deseen otras noticias sobre estos delirios pueden consultar tambien á:

CALMET, *Sobre la aparicion de los espíritus y sobre los vampiros.*

LE BRUN, *Historia de las prácticas supersticiosas.*

LE GENDRE, *Tratado de la opinion.*

CONSTANTINO GRIMALDI, *Della magia naturale, artificiale, etc.*

FRAY PABLO SARP-, *Discorso sopra l'inquisizione dello Stato Veneto.*

FELIPE DE LIMBROCK, *Historia de la inquisicion.*

LAMI, *Lezioni di antichità etrusche*, XV, XVI, XVII.

En mi *Historia de la Diócesis de Como*, libro VII, página 97 y siguientes, he tratado estensamente de los procedimientos inquisitoriales, citando tambien una sentencia motivada. Pueden verse otros varios en el MAZZONI TOSELLI, *Origenes de la lengua italiana*, III, pág. 880, 1043, 1076, 1370.

(97) *Communis aatholicorum sententia docet re ipsa hanc commixtionem demonum mulierumque accidere.* Tehol. Christ., tom. III.

(98) «Los hijos de los herejes, aunque buenos católicos, están privados de la herencia paterna; los herederos están obligados á cumplir la penitencia impuesta al culpable. Puede privarse de sus oficios y dignidades á los fautores, hijos y herederos de los herejes (pág. 45). Puede declararse á un individuo hereje después de su muerte y confiscarle los bienes; porque el delito de herejía no se estingue ni aun con la muerte. Ninguna parte de los bienes confiscados recaen en el diocesano; se da una tercera parte al concejo donde se ha pronunciado la sentencia; la otra á los oficiales del Santo Oficio, y el resto se emplea en favorecer la fe y extirpar las herejías.» RATEGNO, *Lucerna inquisit.*

(93) *Del congresso nocturno delle lamie*, lib. III, Roveredo, 1749.

(94) *Lettere del Pr. F. R. Carli al Sig. G. Tartarotti, in tomo all'origine e falsità della doctrina dei maghi e delle streghe.*

(95) *Arte magica diliguata*. Verona, 1750.

# INDICE DEL TOMO VII

## LIBRO DÉCIMO CUARTO

Geografía y viajes.—Comercio.—Descubrimientos.—Colonias.—Misiones.—China.—Viajes emprendidos por curiosidad, por especulación, por amor á la ciencia.

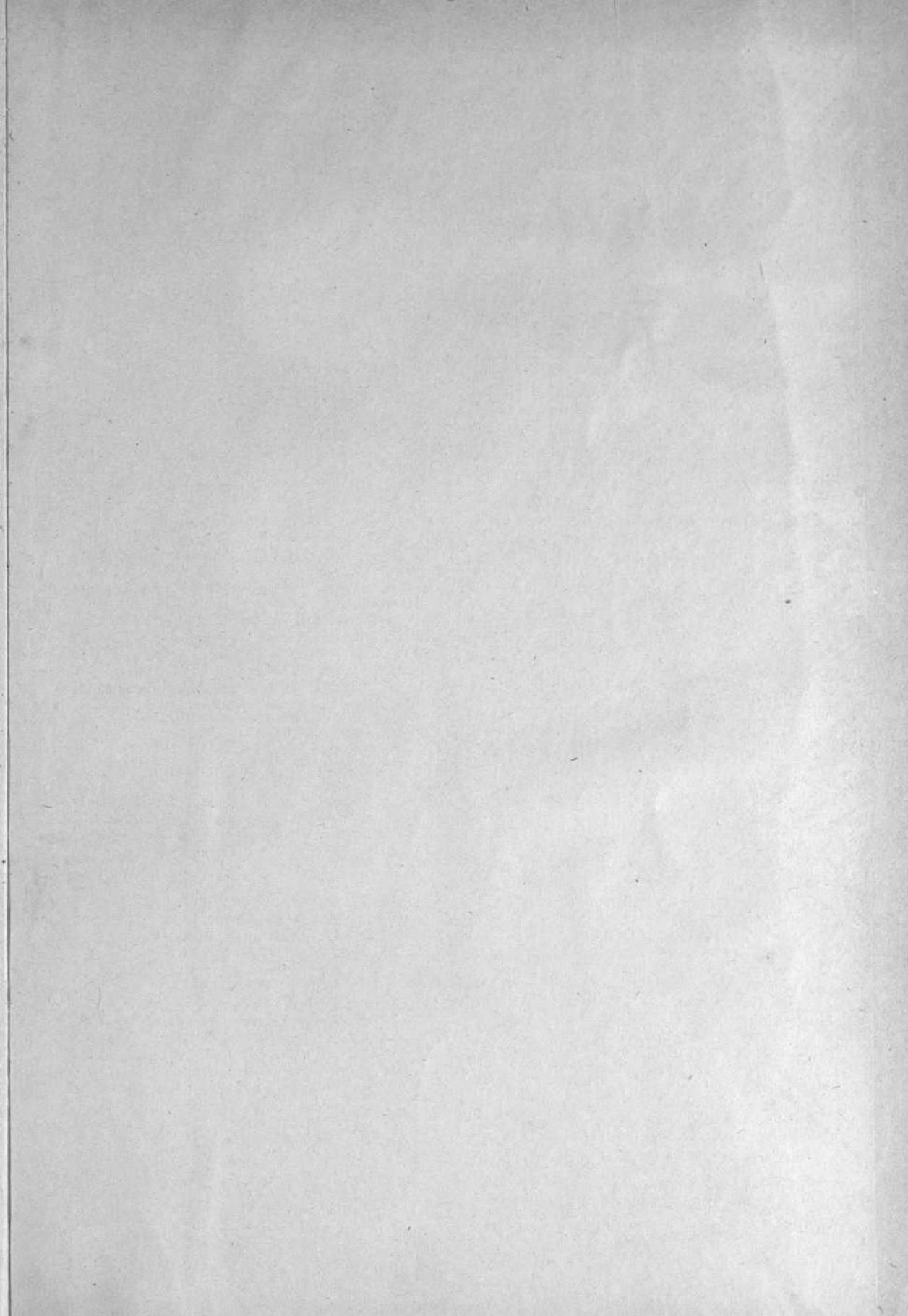
Capítulo.	Págs.
I. Geografía y viajes antiguos. . . . .	5
II. El comercio antes de los grandes descubrimientos. . . . .	21
III. La brújula.—Descubrimientos de los portugueses. . . . .	36
IV. Colon.. . . .	46
V. Otros descubrimientos.—Viaje al rededor del mundo.—Historiadores. . . . .	62
VI. Esclavitud india.—Las Casas.—Tráfico de negros. . . . .	70
VII. Méjico. . . . .	81
VIII. Perú. . . . .	97
IX. América Meridional.—El Dorado. . . . .	105
X. Colonias españolas. . . . .	112
XI. Misiones en América. . . . .	120
XII. El Brasil. . . . .	130
XIII. América Septentrional.—Colonias inglesas y francesas. . . . .	136
XIV. De las Américas en general. . . . .	143
XV. Producciones de la América. . . . .	160
XVI. Los portugueses en Asia. . . . .	171
XVII. Holandeses, dinamarqueses, franceses é ingleses en Asia. . . . .	188
XVIII. Misiones en Oriente. . . . .	198
XIX. El Japon. . . . .	204
XX. China.—XXI Dinastia.—Lon mings, 1368-1644. . . . .	212
XXI. Dinastia XXII.—Los Tay-Tsing.—Misiones en la China. . . . .	217
XXII. Africa. . . . .	230
XXIII. Las Antillas.—Los filibusteros. . . . .	248
XXIV. Viajes por los mares del Sur. . . . .	255
XXV. Viajes al Norte.—La Siberia . . . . .	259
XXVI. Progresos de la Geografía y de la Nautica.—Derecho marítimo. . . . .	269
XXVII. Cook.—El Mundo Marítimo. . . . .	288
XXVIII. Comercio de pieles.—Últimos viajes. . . . .	299
Epilogo. . . . .	308

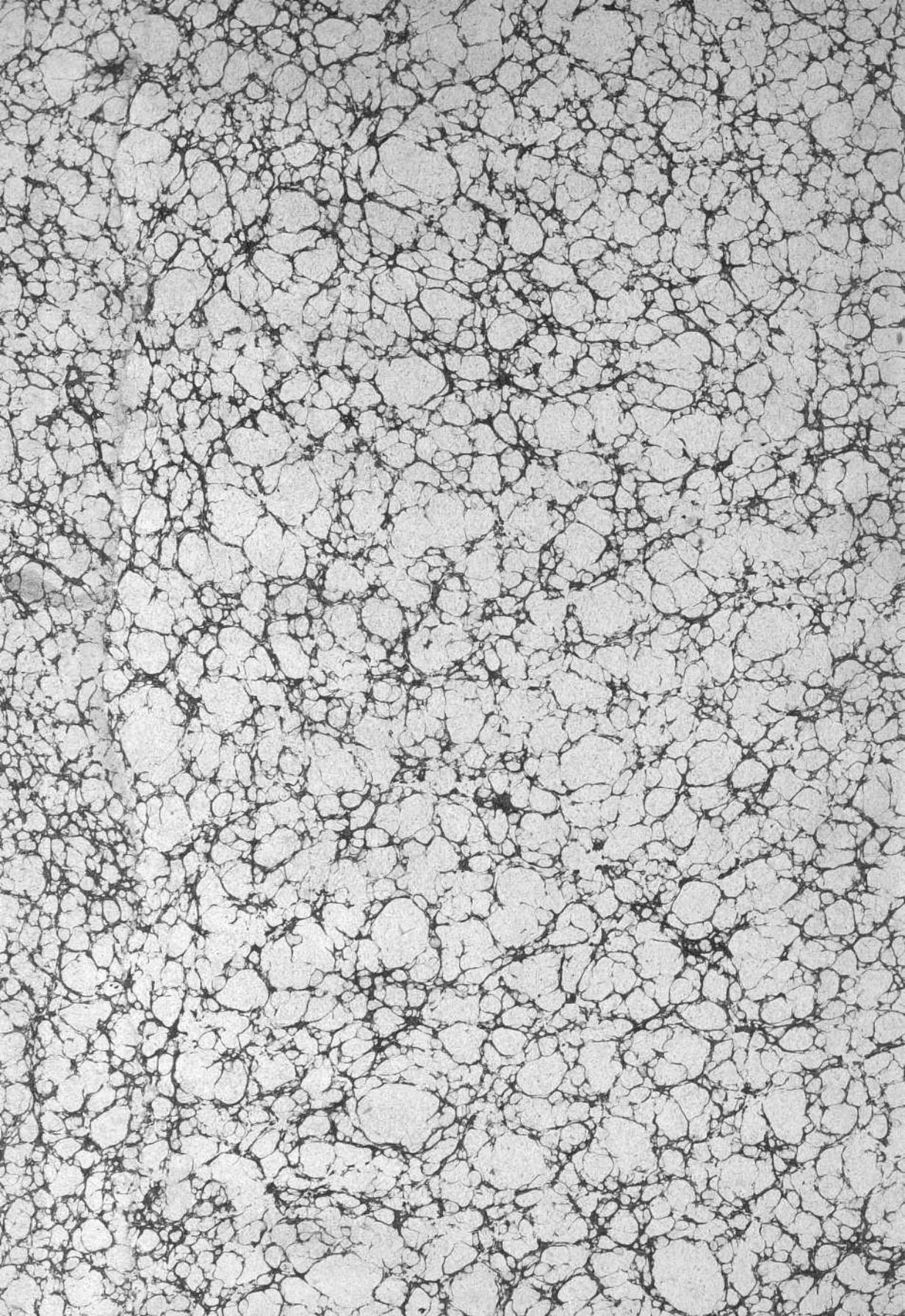
	Págs.
NOTAS AL LIBRO XIV.—(A) pág. 14.—Viaje de Ibn Batuta. . . . .	315
(B) pág. 16.—La América descubierta por los escandinavos. . . . .	326
(C) pág. 18.—Viaje de Clavijo. . . . .	334
(D) pág. 34.—Los bancos. . . . .	342
(E) pág. 43.—De los mapas y de la prioridad de los descubrimientos. . . . .	348
(F) pág. 48.—Sobre la confianza de Colon de poder descubrir las Indias. . . . .	351
(G) pág. 58.—Carta rarísima de Colon. . . . .	356
(H) pág. 72.—Las Casas y los indios. . . . .	363
(I) pág. 123.—Concilio de Lima. . . . .	369
(L) pág. 135.—El diamante. . . . .	371
(M) pág. 322.—Etnografía del Africa deducida de las lenguas que en ella se hallan. . . . .	375
EDAD MODERNA.—Discurso preliminar. . . . .	379

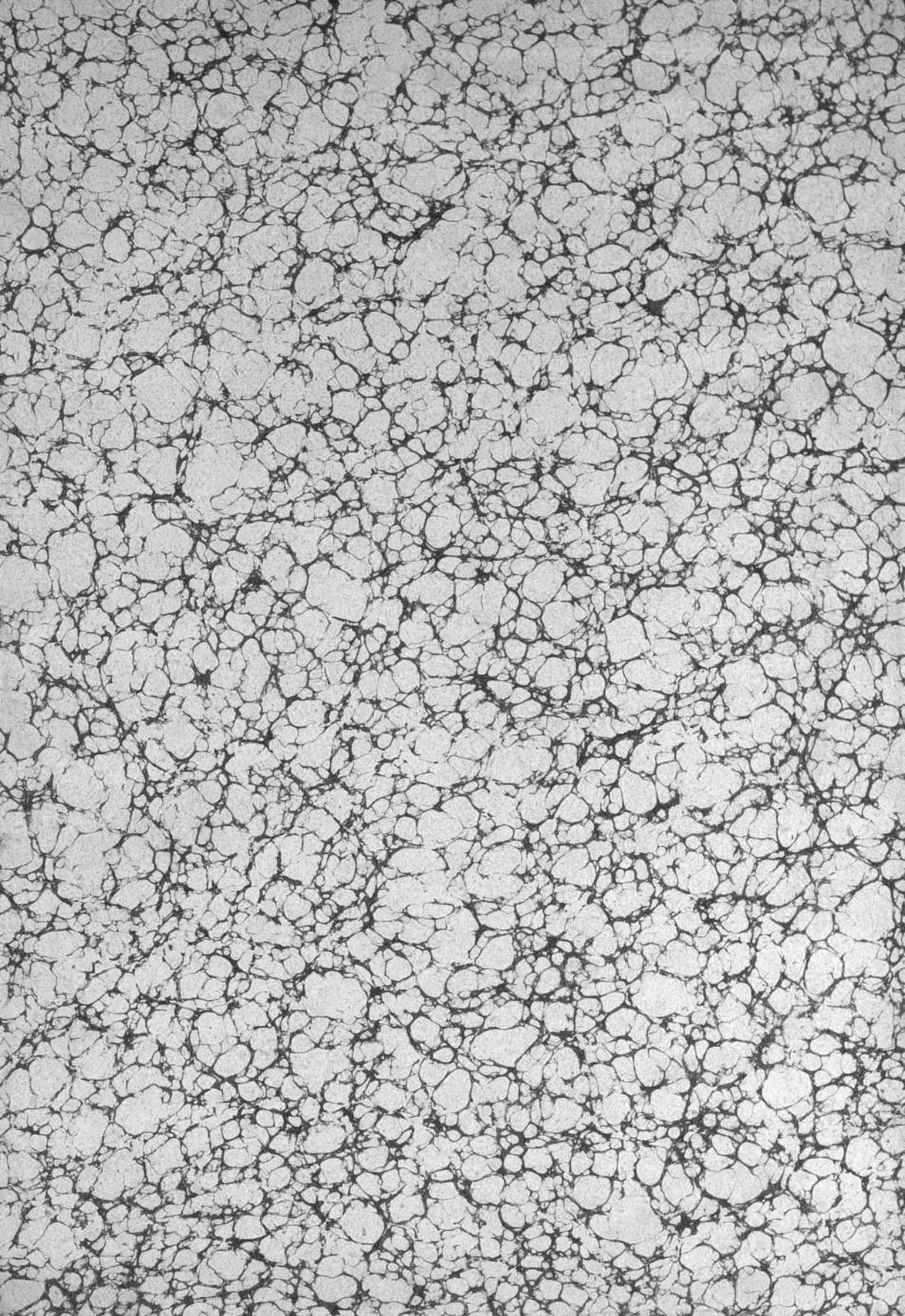
## LIBRO DÉCIMO QUINTO

Renace el genio de las conquistas.—Esplendor de las artes y de las letras.—Invasión de las ideas paganas.—Reformas protestantes y católicas.—Guerras civiles y religiosas.—Restauracion de las ciencias.

Capítulos.	Págs.
I. Aspecto general.—El Imperio. . . . .	417
II. Italia.—Savonarola. . . . .	423
III. El Milanésado.—Espedicion de Cárlos VIII. . . . .	430
IV. Luis XII.—Los Borgias.—Julio II. . . . .	437
V. Liga de Cambray. . . . .	448
VI. Francisco I.—Cárlos Quinto. . . . .	458
VII. Restablecimiento de los Médicis.—Tercera guerra entre Cárlos Quinto y Francisco I.—Últimos esfuerzos de la independencia italiana. . . . .	477
VIII. Reinos musulmanes.—Soliman. . . . .	493
IX. Lengua latina y lengua italiana. . . . .	506
X. Literatura italiana. . . . .	513
XI. Historiadores políticos.—Ciencia de la guerra. . . . .	531
XII. Bellas artes. . . . .	545
XIII. Música. . . . .	577
XIV. Los artistas y los mecenas. . . . .	583
XV. Costumbres.—Opiniones. . . . .	596









Quintæ  
HISTORIA  
UNIVERSAL

7

D-1  
922